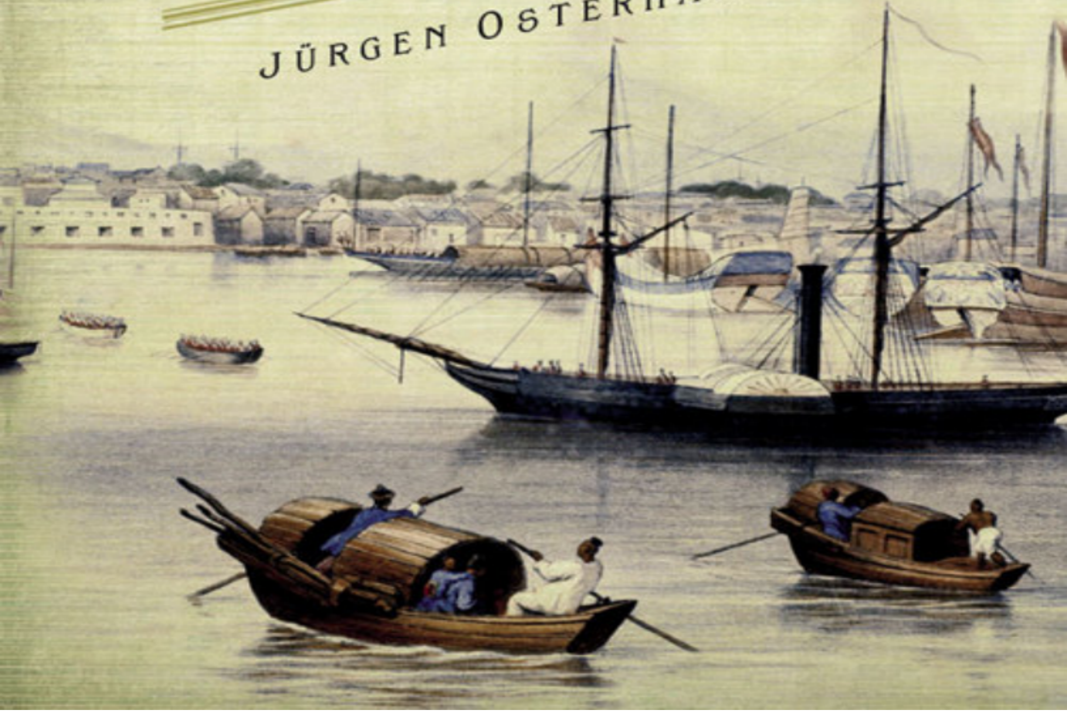
«El Braudel del siglo XIX.» Jonathan Sperber

La transformación del MUNDO

Una historia global del siglo XIX

Jürgen Osterhammel



Reseña

Una historia global de la época que vio nacer el mundo actual: un largo siglo XIX que comienza en 1760 y concluye hacia 1920. Estas páginas se despliegan en una doble secuencia de «panoramas» (niveles de vida, ciudades, fronteras, naciones) y de «temas», que abarcan desde la energía y la industria hasta la religión.

Índice

Introducción

Parte I: Aproximaciones

1. Memoria y observación de sí mismo
2. Tiempo
3. Espacio

Parte 2: Panoramas

4. Movilidad y asentamiento
5. Estándares de vida
6. Ciudades
7. Fronteras
8. Imperios y estados nacionales
9. Sistemas de poder, guerras, internacionalismos
10. Revoluciones
11. El Estado

Parte III: Temas

12. Energía e industria
13. Trabajo
14. Redes
15. Jerarquías
16. Conocimiento
17. «Acción civilizadora» y exclusión»
18. Religión

Conclusión: El siglo XIX en la historia

Epílogo

Abreviaturas

Bibliografía citada

El autor

Introducción

Toda la historia tiende a ser historia universal. Las teorías sociológicas nos dicen al respecto que el mundo es el «medio de todos los medios», el último contexto posible de todo el acontecer histórico y su representación. La tendencia a ir más allá de lo local se incrementa en la *longue durée* de la evolución histórica. Una historia universal del Neolítico todavía no podría hablar de contactos intensivos a larga distancia, mientras que una del siglo XX se encuentra desde el principio con el hecho básico de una densa red planetaria de conexiones, una «red humana», según la denominaron John R. y William H. McNeill, o mejor aún: una diversidad de tales redes. [1]

La historia universal queda especialmente legitimada para el historiador cuando logra enlazarla con la conciencia humana del pasado. Incluso hoy, en la era de la comunicación por satélite y de internet, hay miles de millones de personas que viven en contextos estrechos y locales de los que no pueden escapar ni en realidad ni virtualmente. Solo unas minorías privilegiadas piensan y actúan «globalmente». Pero al buscar las huellas tempranas de la «globalización», los historiadores actuales no son los primeros en descubrir en el siglo XIX —que a menudo, y con razón, ha sido definido como el «siglo del nacionalismo y los estados nacionales»— relaciones transfronterizas: transnacionales, trascontinentales, transculturales. En efecto, muchos contemporáneos ya entendieron que el siglo se caracterizaba en especial por la ampliación de los horizontes de pensamiento y actuación. Entre las capas medias y bajas de Europa y Asia, muchas personas dirigieron la mirada y la esperanza hacia países remotos de los que se hablaba bien; muchos millones se atrevieron a emprender viajes a lo desconocido. Estadistas y militares aprendieron a pensar en categorías de «política mundial». En ese siglo surgió el British Empire, el primer imperio verdaderamente mundial de la historia, que ahora incluía también Australia y Nueva Zelanda. Otros imperios tuvieron la

ambición de medirse con el modelo británico. El comercio y las finanzas se concentraron más que en los de la Edad Moderna hasta formar un sistema-mundo integrado. Para 1910, los cambios económicos que se producían en Johannesburgo, Buenos Aires o Tokio se registraban en el acto en Hamburgo, Londres o Nueva York. Los científicos reunían datos y objetos en todo el mundo y estudiaban las lenguas, costumbres y religiones de los pueblos más distantes. Los críticos del orden mundial imperante empezaron a organizarse también en el plano internacional —a menudo, más allá de Europa—: obreros, mujeres, pacifistas, antirracistas, anticolonialistas. El siglo XIX reflejó su propia globalidad emergente.

En lo que respecta a cualquier época precedente —también el siglo XIX—, cualquier otra historia que no sea universal no pasa de ser un recurso de urgencia. Ciertamente, si la disciplina histórica ha llegado a ser una ciencia es a partir de estos recursos de urgencia; llegó a ser una «ciencia» sobre la base de regir sus procedimientos por una racionalidad comprobable y por medio de un estudio de las fuentes intensivo y (en la medida de lo posible) exhaustivo. Esto sucedió en el siglo XIX y por ello no debe extrañarnos que la historia universal pasara a segundo plano precisamente en esta época. La disciplina parecía incompatible con la forma en que los nuevos profesionales de la historia se entendían a sí mismos. Aunque en nuestros días esto ha empezado a cambiar, ello no significa que todos los historiadores quieran o deban dedicarse al estudio universal.[2] El estudio histórico requiere casos delimitables que puedan someterse a un estudio intensivo y profundo. El resultado de estos estudios será materia repetida para síntesis más generales. El marco más habitual de estas síntesis, al menos para la Edad Moderna y la Contemporánea, ha tendido a ser la historia de una nación o un estado nacional, a veces de todo un continente, como Europa. La historia universal sigue representando una perspectiva minoritaria, pero que ya no se puede descartar sin más como esotérica y carente

de seriedad. Las cuestiones fundamentales, desde luego, son las mismas en todos los planos lógicos y espaciales: «¿Cómo relaciona el historiador, a la hora de interpretar un fenómeno histórico concreto, la individualidad ofrecida por las fuentes con el saber abstracto y general sin el que es imposible interpretar los casos aislados?, y ¿cómo puede el historiador plantear afirmaciones con base empírica sobre los procesos y las entidades históricos mayores?».[3]

La profesionalización de la historiografía, que ya es irrevocable, ha comportado que la «gran historia» (*Big History*) se dejara a las ciencias sociales. Las grandes cuestiones del desarrollo histórico se consideraron responsabilidad de los sociólogos y politólogos que demostraban interés por la profundidad temporal y la extensión espacial. El historiador ha aprendido el hábito de huir de las generalizaciones arriesgadas, las fórmulas universales manejables y las explicaciones monocausales. Influidos por el pensamiento posmoderno, algunos consideran imposible por principio desarrollar interpretaciones o «narraciones maestras» de los procesos de larga duración. Pese a todo: escribir historia universal supone también el intento de arrancar del campo de la historia especializada, centrada en casos concretos, un poco de competencia interpretativa pública. La historia universal es *una* de las posibilidades del análisis histórico, un registro que debe probarse de vez en cuando. El riesgo recae sobre el autor, no sobre el público, protegido de la charlatanería y las suposiciones infundadas por una crítica atenta. Aun así nos preguntamos: ¿por qué la historia universal de *un único* autor? ¿Por qué no nos conformamos con los múltiples volúmenes colectivos que genera la «fábrica académica» (Ernst Troeltsch)? La respuesta es simple: para hacer justicia a las exigencias constructivas de la historiografía universal hace falta una organización central de las preguntas y los puntos de vista, las materias y las interpretaciones.

La cualidad más importante del historiador universal no es la omnisciencia. Nadie dispone de un conocimiento tan amplio

que le permita verificar la corrección de todos los detalles, hacer justicia por igual a todas las regiones del mundo y extraer siempre la mejor conclusión general posible a partir de los incontables estados de la cuestión. Las cualidades principales de un historiador universal son otras dos. Por un lado, necesita saber captar las proporciones, las relaciones entre magnitudes, los campos de fuerza y las influencias, y captar asimismo lo típico y representativo. Por otro lado, debe mantener con humildad una relación de dependencia con la investigación. El historiador que se sumerge en el papel del historiador universal durante un tiempo (pues debe seguir siendo experto en algo específico) no puede sino intentar «dar en el clavo» y resumir en pocas frases el penoso y laborioso trabajo de investigación de otros, en las lenguas que pueda manejar. Esta es su auténtica labor y debe conseguirlo siempre que pueda. Al mismo tiempo, su trabajo carecería de valor si no procura acercarse lo máximo posible a los mejores estudios, que no necesariamente son siempre los más recientes. Sería ridícula una historia universal que, con el ademán de la pontificación pedante, repitiera acríticamente y sin darse cuenta leyendas rebatidas hace mucho. Como síntesis de síntesis se malinterpretaría a sí misma; como una «historia del todo» sería aburrida y grosera.[4]

Este libro es el retrato de una época. Pone en práctica modos de representación que, en sí, también cabría emplear para otros períodos históricos. Sin la presuntuosa ambición de analizar un siglo de la historia universal de forma completa y enciclopédica, sí se plantea como una propuesta interpretativa cargada de material. Es una actitud compartida con *El nacimiento del mundo moderno*, de sir Christopher Bayly (*The Birth of the Modern World*, aparecido en inglés en 2004) [La traducción alemana, según indicaba el autor a continuación, es de 2006; la versión española de R. García Nye se publicó en 2010 (editorial Siglo XXI, Madrid). *(N. del t.)*] un libro ensalzado con razón por ser uno de los pocos ejemplos válidos de síntesis de la historia universal en el ámbito temporal de la Edad Contemporánea.[5]

Mi libro no va contra el de Bayly, sino que es una alternativa emparentada en su espíritu (igual que puede haber *más de una* interpretación de, por ejemplo, el imperio alemán o la República de Weimar). Ambas representaciones renuncian a la distribución regional en naciones, civilizaciones o grandes espacios continentales. En las dos se entiende que el colonialismo y el imperialismo fueron tan importantes que no se los puede confinar a un capítulo específico, sino que se deben tener siempre presentes. Ninguna establece una oposición clara entre lo que en el subtítulo de Bayly se denominan «conexiones y comparaciones globales».[6] Las conexiones y las comparaciones se pueden y deben combinar entre sí, de forma flexible, y no todas las comparaciones necesitan la plena seguridad de una metodología histórica rigurosa. En ocasiones —no siempre, desde luego—, el juego moderado con las asociaciones y analogías es más fructífero que una comparación sobrecargada con pedantería.

En otros aspectos, los dos libros se diferencian. Bayly se formó en el estudio de la India, yo en el de China; eso se notará. Bayly se interesa en particular por el nacionalismo, la religión y las «prácticas corporales», que son quizá los temas de sus mejores secciones. En mi libro se tratan con más amplitud las migraciones, la economía, el medio ambiente, la política internacional y la ciencia. Yo quizá tengo una disposición más «eurocéntrica» que Bayly; en comparación con él, tiendo a pensar que el siglo XIX fue aún más europeo; y pese a todo, no puedo ocultar una fascinación creciente por la historia de Estados Unidos. En cuanto al marco teórico, pronto quedará manifiesta mi proximidad a la sociología histórica.

La diferencia más importante entre Christopher Bayly y yo radica en otros dos puntos. En primer lugar, el presente libro está aún más abierto, en sus márgenes cronológicos, que el de Bayly. No es la historia interior y acotada de una época netamente delimitable entre dos fechas. Por eso no hay indicación de años en el título, y por eso también se dedica todo

un capítulo (el segundo) a las cuestiones de periodización y estructura temporal. Este libro ancla el siglo XIX «en la historia» de varias maneras, y se permite deliberadamente, aunque pudiera parecer anacrónico, retroceder bastante más allá de 1800 o 1780 o adelantar hasta cerca de nuestros días. De este modo, es como si la importancia del siglo XIX se pudiera triangular en el largo plazo. A veces dista mucho de nosotros, a veces es muy próximo; a menudo es la prehistoria del presente, pero en ocasiones está tan hundido como la Atlántida. Se puede ir determinando caso a caso. El siglo XIX se concibe menos a partir de unas cesuras temporales netas que a partir de un centro de gravedad interior que se halla más o menos en las décadas de 1860 a 1880, cuando se concentran innovaciones de efecto mundial y parecen converger procesos que transcurrían de forma mutuamente independiente. Por todo ello, tampoco se considera aquí (como hace Bayly, que en este caso excepcional se ajusta a la concepción) que el inicio de la primera guerra mundial fue un descenso súbito e inesperado del telón en la escena histórica.

En segundo lugar, elijo una estrategia narrativa distinta a la de Christopher Bayly. Hay un tipo de historiografía que cabría denominar «de convergencia con énfasis temporal». En esta manera, algunos historiadores de juicio equilibrado, experiencia inmensa y mucho *common sense* han logrado presentar con pinceladas dinámicas épocas completas de la historia universal con sus rasgos principales y secundarios. La historia mundial del siglo XX de John M. Roberts es un ejemplo magistral. Roberts entiende que la historia universal es «lo general que mantiene cohesionado el relato (*the story*)».7 En consecuencia, busca las claves y características de la época y las dispone en un flujo narrativo continuo, sin un esquema preconcebido ni una gran tesis rectora como telón de fondo. Eric J. Hobsbawm, con su pizca de rigor marxista, que le sirve de brújula, consiguió algo similar en sus tres volúmenes de historia del siglo XIX.8 Frente a cada digresión acaba encontrando de nuevo

el camino a las grandes tendencias de su época. Bayly practica una segunda vía, la «de divergencia espacial». Se trata de un enfoque bastante descentralizador, que a diferencia del anterior no avanza sin apenas freno a lo largo del flujo temporal. Esta manera historiográfica se mueve con menos ligereza. Se adentra en la simultaneidad y los cortes transversales, busca paralelos y analogías, establece comparaciones y procura detectar las interdependencias ocultas. A cambio, cronológicamente es más bien impreciso, exteriormente se las arregla con pocas fechas, y preserva la línea narrativa mediante una división interior (que no se observa con demasiada insistencia) de la época en fases; en el caso de Bayly, los tres bloques de 1780-1815, 1815-1865 y 1865-1914. Mientras que Roberts piensa dentro de la dialéctica de los procesos principales y secundarios y se pregunta sin cesar qué hizo avanzar la historia (para bien o para mal), Bayly se centra en los fenómenos concretos y los ilumina desde la perspectiva mundial.

El nacionalismo servirá como ejemplo. Se lee repetidamente que se trató de un «invento» europeo que, de forma cruda y con varios malentendidos, fue adoptado luego por el resto del mundo. Bayly examina con más atención ese «resto del mundo» (como especialista en la India, le queda más cerca que a muchos otros) y llega a la tesis convincente de que se dio una poligénesis de formas de solidaridad nacionalista: en muchas regiones del mundo, *antes* de que se importaran de Europa las doctrinas nacionalistas, ya se habían formado identidades «patrióticas» propias que después, en años posteriores del siglo XIX y durante el XX, se pudieron reinterpretar a la luz del nacionalismo.[9] La historiografía de Bayly es ante todo horizontal —en sus propias palabras, él la denomina «lateral»—[10] y se determina espacialmente; la que representan John M. Roberts o Eric J. Hobsbawm es más bien «vertical» y de énfasis temporal. Los tres autores afirmarían sin vacilar que combinan las dos dimensiones, la horizontal y la vertical. Sin duda es así, pero se diría que pese a todo domina una especie de relación de

indeterminación, paralela a la que se halla en la conocida tensión entre la presentación narrativa y la estructural: ninguno de los intentos de combinación logra una armonía perfecta.

La concepción del presente libro va en la dirección de Bayly, pero la radicaliza hasta llegar a una tercera vía. Entiendo que, con los medios cognitivos del historiador, apenas es posible captar la dinámica de una época en un esquema con aspiraciones de totalidad. La teoría del sistema-mundo, el materialismo histórico o el evolucionismo sociológico quizá puedan confiar en lograrlo. Pero como la tarea de la historia es *describir* los cambios, antes de proponer las explicaciones, la historia *topa* pronto con restos que se resisten, elementos específicos y no integrables. Bayly es consciente de ello, por descontado, pero deja los escrúpulos de lado cuando pese a todo intenta determinar el rasgo distintivo de la época: que entre 1780 y 1914 el mundo —esta es su tesis principal— se volvió más uniforme, pero con más diferenciación interna.11 El «nacimiento de la modernidad» sería un proceso lento que no se cerraría hasta después de 1890, por medio de una «gran aceleración» (que Bayly ya no entra a analizar).12 Suena un tanto trivial y es una quintaesencia decepcionante para un libro que nos va sorprendiendo, página tras página, con perspectivas originales. Como Bayly renuncia a una separación neta entre sectores de la realidad histórica, tampoco puede captar bien la lógica propia de cada uno. Solo la industrialización, la formación de los estados y el renacimiento religioso aparecen en su obra perfilados como procesos aislados. A partir de un cosmos de observaciones e interpretaciones particulares —que son todas ellas sugerentes y, en su mayoría, convincentes— surge directamente una «narración maestra» muy general sobre el mundo del siglo XIX.

Yo experimento con otra solución: las «narraciones maestras» son legítimas. La crítica posmoderna no las ha convertido en obsoletas, sino que nos permite explicarlas de forma consciente.

Estas *grand narratives*, desde luego, se pueden establecer a distintos niveles: una historia de la industrialización mundial o de la urbanización en el siglo XIX ya sería suficientemente *grand*. Este plano de los órdenes de la vida humana comunitaria, que aun siendo muy generales son reconocibles como sistemas parciales de un todo apenas abarcable, dota al libro de su estructura fundamental; si en una primera impresión puede parecer una estructura enciclopédica, en realidad se trata de vueltas sucesivas. Fernand Braudel describió un procedimiento similar: «Al principio, el historiador abre la puerta al pasado que conoce mejor. Pero si intenta lanzar la mirada lo más lejos posible, inevitablemente tendrá que llamar a la siguiente, y luego a la siguiente. Y cada vez se mostrará ante él un escenario nuevo o ligeramente distinto... Sin embargo, la historia los unifica todos, forma un todo con esas proximidades, con esas propiedades fronterizas, con sus interacciones sin fin».13 En cada uno de los ámbitos nos preguntaremos por sus propios modelos de movimiento (sus «lógicas») y la relación entre los desarrollos más generales y las variantes más regionales. Cada ámbito tiene su propia estructura temporal: un principio específico, un final específico, tiempos, ritmos y subperíodos específicos.

La historia universal quiere dejar atrás el «eurocentrismo» y cualquier otra clase de ingenio egocéntrico cultural. Esto no se logra fingiendo la «neutralidad» de un narrador omnisciente o adoptando una posición de observador supuestamente «global», sino mediante un juego deliberado con la relatividad de los puntos de vista. Aun así, no cabe pasar por alto quién escribe y para quién. El hecho de que un autor europeo (alemán) se dirija a lectores europeos (en origen, alemanes) afectará de un modo u otro al carácter del texto: las expectativas, los conocimientos previos y los elementos culturales que se dan por sabidos dependen del lugar de origen. Esta relatividad permite concluir asimismo que centrar las percepciones no se puede separar de las distribuciones de importancia *en la realidad* (dicho en otras

palabras: de las estructuras de centro y periferia). Esto puede ser una faceta metódica o empírica. Desde el punto de vista del método, la falta de fuentes hace fracasar muchos proyectos con buena voluntad de justicia histórica. Desde el punto de vista empírico, la relación entre las distintas partes del mundo se va desplazando en las largas oleadas del desarrollo histórico. El poder, la capacidad económica y el espíritu de innovación cultural se reparten de formas distintas en cada época. Por ello, sería arbitrario y caprichoso esbozar una historia del siglo XIX haciendo caso omiso de la centralidad de Europa. Ningún otro siglo ha sido tanto, ni siquiera remotamente, una era europea. Según las acertadas palabras del filósofo y sociólogo Karl Acham, fue una «época de iniciativas abrumadoras y abrumadoramente europeas».[14] Antes la península euroasiática nunca había dominado y explotado tal extensión del globo. Los cambios que nacían en Europa nunca habían penetrado con tanta fuerza en el resto del mundo. La cultura europea nunca había sido adoptada con tal entusiasmo, mucho más allá de la esfera de acceso colonial. El siglo XIX fue también un siglo de Europa porque los demás se midieron con Europa. Europa ejerció sobre el mundo tres factores: poder, que a menudo desplegó con violencia; influencia, que logró asegurarse por medio de los incontables canales de la expansión capitalista; y un efecto de modelo que no bloquearon ni siquiera muchas de las víctimas de Europa. Esta supremacía múltiple no había existido en la fase previa de la expansión europea durante la Edad Moderna. Ni Portugal, ni España, ni los Países Bajos, ni la Inglaterra anterior a 1760 (aproximadamente) habían proyectado su poder en rincones tan alejados del planeta e impresionado culturalmente a los «otros» en la medida en que lo hicieron Gran Bretaña y Francia en el siglo XIX. La historia del siglo XIX se hizo en Europa y desde Europa, en una medida muy superior a la de los siglos XVIII y XX (por no hablar de épocas anteriores). Europa nunca había liberado tal exceso de iniciativa y capacidad de innovación, e

igualmente de arrogancia y voluntad de sometimiento.

Pese a todo, en este libro, la pregunta central no es: «¿Por qué Europa?», como la han ido formulando tantos autores, desde los ilustrados, pasando por Max Weber, hasta David S. Landes y Michael Mitterauer. Hace tan solo dos o tres décadas, una historia universal de la Edad Moderna y Contemporánea habría podido salir adelante sin reparos sobre el tema de la «vía singular de Europa». Hoy se intenta estudiar esta pregunta más allá de la autosuficiencia europea (u «occidental») y se modera la idea del camino singular mediante generalizaciones y relativizaciones. Como ha constatado Michael Mitterauer: «Los espacios culturales tienen muchas vías singulares y la vía europea es solo una entre ellas».15 En este contexto, el siglo XIX merece nueva atención porque una corriente poderosa de historiadores comparatistas entienden que, durante la Edad Moderna, las diferencias económico-sociales entre Europa y las demás partes del mundo fueron menos radicales de lo que se pensaba en generaciones anteriores. Esto retrasa temporalmente hasta el siglo XIX el problema de la «brecha universal» o de la «gran diferencia» (*great divergence*) entre pobres y ricos.16 Nos lo tendremos que plantear, pero sin que por ello esta cuestión vaya a presidir todo el libro. Acercarse al material histórico con las gafas de la excepcionalidad significa que, desde el principio, en la relación de Europa con otras civilizaciones, veremos más diferencias que rasgos en común. Se corre el peligro de un apriorismo *contrastivo*, extremo contrario al de un apriorismo *ecuménico* no menos incompleto, que solo da validez a la *conditio humana* más general. Tiene más sentido buscar una salida a la infructuosa dicotomía entre Occidente y los otros (*West/Rest*) y determinar de nuevo, caso por caso, qué distancias separaban «Europa» (según se entienda en cada momento) y otras partes del mundo. Esto solo puede hacerse en ámbitos parciales de la realidad histórica.

El libro se divide en tres partes. Los tres capítulos de la primera parte («Aproximaciones») esbozan las premisas, los parámetros

generales para todo lo que sigue: la reflexión sobre uno mismo, el tiempo y el espacio. Al dar el mismo trato al tiempo y al espacio se contrarresta la impresión de que la historiografía universal se asocia necesariamente a la desdiferenciación temporal con un «viraje espacial» (*spatial turn*). En los ocho capítulos siguientes se plantea un «panorama» sobre un ámbito de la realidad. Con «panorama» no se da a entender la pedantería de pretender representar todas las regiones del mundo, pero sí que se aspira a que la mirada universal no esté marcada por un exceso de vacíos. En la tercera parte —los siete capítulos de «Temas»— la vista panorámica cede el terreno a un análisis decididamente selectivo y de carácter netamente estilístico de aspectos concretos, que renuncia deliberadamente a mucho y presenta ejemplos particulares elegidos ante todo para ilustrar los argumentos más generales. Si estos temas se hubieran expuesto con la amplitud «panorámica», se habrían agotado sin remedio tanto las posibilidades de trabajo del autor como la paciencia del lector. Digámoslo de otro modo: el libro traslada el peso de la síntesis al análisis, dos modos de investigación y presentación que no son contrarios entre sí. Los capítulos del libro forman un todo coherente. Aun así cabe leerlos por separado. Para redondearlos, se han tenido en cuenta mínimas coincidencias y repeticiones. El número y la extensión de las notas se ha tenido que limitar. La bibliografía recoge solamente los libros citados en las notas; no pretende ser una bibliografía de obras de referencia ni refleja en toda su magnitud el material abordado. En las revistas abundan los artículos excelentes, pero solo se han podido mencionar unos pocos. En cuanto a los límites de su conocimiento de idiomas, el autor es dolorosamente consciente de ellos.

Parte I
Aproximaciones

Capítulo 1
Memoria y observación de sí mismo

La perpetuación del siglo XIX en los medios de comunicación

¿Qué significa el siglo XIX hoy? ¿Cómo se presenta a aquellos que no se ocupan de esta época como historiadores profesionales? La aproximación a la época empieza por las representaciones con las que esta se muestra a la posteridad. Con ello no debemos pensar tan solo en *nuestra* «imagen» del siglo XIX, en el modo concreto en que *nos gustaría* verlo, en nuestra manera de construirlo. Estas construcciones no se crean simplemente al gusto, no son el mero fruto inmediato de las preferencias e intereses de la actualidad. Las percepciones actuales del siglo XIX todavía están muy marcadas por el modo en que aquella época se observaba *a sí misma*. El carácter reflexivo de este tiempo —y sobre todo, el nuevo mundo de los medios de comunicación, producto de la época— siguen determinando de qué forma lo vemos. En ninguna época anterior ocurre así en una medida similar.

Hace aún poco tiempo que el siglo XIX, separado de la actualidad por una centuria completa, ha desaparecido tras el horizonte del recuerdo personal: como muy tarde, en junio de 2006, cuando en un zoo australiano falleció la tortuga Harriet, con la que el joven naturalista Charles Darwin se había encontrado en las islas Galápagos en 1835.17 Hoy ya no vive nadie que se pueda acordar aún del levantamiento de los bóxers en China, en el verano de 1900; de la guerra Sudafricana (de los «bóers») de 1899 a 1902, o de las exequias solemnes de Giuseppe Verdi y la reina Victoria, que perecieron a finales de enero de 1901. Hoy no quedan recuerdos transmisibles ni siquiera de la solemne procesión fúnebre por el emperador Meiji, en Japón, en septiembre de 1912, o del estado

de ánimo que reinaba en agosto de 1914, cuando empezó la primera guerra mundial. En noviembre de 2007 murió el penúltimo superviviente británico del hundimiento del *Titanic*, que el 14 de abril de 1912 era solo un niño de pecho; en mayo de 2008, el último veterano alemán de la primera guerra mundial.[18] El recuerdo del siglo XIX ya no obedece a la memoria personal, sino a la información transmitida por los medios de comunicación y a los rastros legibles. Son rastros que hallamos en los libros de historia, tanto especializados como de divulgación; en las colecciones de los museos históricos; en novelas, cuadros, antiguas fotografías y sonidos musicales, paisajes urbanos y rurales. El siglo XIX ya no es un recuerdo activo, sino solo una representación. Aunque comparte esta característica con las épocas precedentes, ocupa un lugar único en la historia de la representación de la vida cultural, que lo distingue netamente incluso del siglo XVIII. En efecto, la mayoría de las formas e instituciones de esa representación son inventos del propio siglo XIX: el museo, el archivo estatal, la biblioteca nacional, la fotografía, la ciencia de la estadística social, el cine. El siglo XIX fue una época de memoria organizada que, al mismo tiempo, se observaba a sí misma más que antes.

Que el siglo XIX tenga un peso propio en la conciencia de la actualidad no es un hecho obvio. Esto no vale solo para el canon estético, sino también para la formación de las tradiciones políticas. Empecemos por un ejemplo en negativo: China. En este país, el siglo XIX supuso una catástrofe política y económica, y así, con este valor, es como pervive en la conciencia general de sus habitantes. Nadie se acuerda a gusto de esta época penosa, de debilidades y humillación, y la propaganda histórica oficial no hace nada para revalorizarla. Hoy incluso las quejas contra el «imperialismo» de Occidente se han vuelto más débiles, porque la China que prospera de nuevo no se reconoce en el papel de víctima de ese tiempo anterior. En la perspectiva cultural también se tiene al siglo XIX por una

edad decadente y estéril. En la valoración de nuestros días, ninguna obra artística o filosófica de ese período se considera equiparable a las de la antigüedad. Para los chinos actuales, el siglo XIX es mucho más remoto que el esplendor de algunas de las dinastías más antiguas, hasta llegar a los grandes emperadores del siglo XVIII, que los libros de historia popular y las series de televisión siguen evocando sin descanso.

Entre Japón y China no podría haber más distancia. En el archipiélago, el siglo XIX goza de un prestigio incomparablemente superior. La restauración Meiji, a partir de 1868, no solo se convirtió en el acto fundacional de su estado nacional, sino que se la ensalza como símbolo de modernidad específicamente japonesa. Todavía hoy, esta época interpreta en la conciencia japonesa un papel similar al que tiene en Francia la Revolución Francesa de 1789.[19] Por otro lado, en Japón, el valor estético del siglo XIX también es distinto al que tiene en China. Si en este último país no cabe hablar de una literatura moderna hasta la década de 1920, en cambio las letras japonesas modernas empiezan con la «generación de 1868», que salió a escena en la penúltima década del XIX.

En Estados Unidos, el recuerdo histórico del siglo XIX también tiene un efecto cautivador, como en Japón. Aquí, la guerra de Secesión —la guerra civil de 1861-1865— se considera un acto fundacional del estadonación, equiparable a la formación de la propia Unión a finales del siglo XVIII. Los descendientes de los ciudadanos blancos de los estados del Norte, que se impusieron en la guerra; los de los estados del Sur, derrotados en la contienda, y los de los esclavos, liberados al acabar el conflicto, han otorgado desde entonces significados muy distintos al acontecimiento, para componer así su propio «pasado útil». Pero hay unidad en considerar que la guerra civil fue una «historia sentida» común, en palabras del poeta Robert Penn Warren.[20] La guerra civil se vivió, durante mucho tiempo, como un trauma colectivo, que en el sur del país todavía no se ha superado del todo. Como ocurre siempre con la memoria

histórica, la formación de la identidad no es meramente natural, sino también el fruto de una instrumentalización guiada por intereses reconocibles: los propagandistas del Sur se esforzaron sobremanera por ocultar que dos temas claves de la guerra civil fueron la esclavitud y la emancipación, y con ese fin pusieron en primer plano la defensa de los «derechos de los estados». El otro bando se arremolinó en torno de la mitificación de Abraham Lincoln, el presidente asesinado al finalizar la guerra, en 1865. En Gran Bretaña, en Francia, en Alemania no ha habido ningún estadista —ni siquiera Bismarck, más respetado que amado, y tampoco el controvertido Napoleón— que gozara de tal honra en la posteridad. Todavía en 1938, el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt formuló públicamente la pregunta «¿Qué haría Lincoln?»,21 con el héroe nacional como salvador de sus descendientes en una situación de emergencia.

1. VISIBILIDAD Y AUDIBILIDAD

El siglo XIX como género artístico: la ópera

Las épocas pasadas siguen viviendo en la representación sostenida de sus obras, en los archivos y en los mitos. Hoy el siglo XIX perdura con vitalidad allí donde su cultura sigue regresando a la escena y siendo consumida. La forma artística más característica del siglo en Europa —la ópera— es un buen ejemplo de tal representación repetida. La ópera europea surgió hacia 1600 en Italia, tan solo unos decenios después de un primer auge del teatro musical urbano en el sur de China, inicio de una tradición del todo independiente, ajena a la influencia europea, que culminó después de 1790 en la ópera de Pekín.22 Aunque surgieron obras maestras, fuera de Italia la condición cultural de la ópera tardó en consolidarse de verdad. Solo con Christoph Willibald Gluck y Wolfgang Amadeus Mozart pasó a ser el género más noble del teatro, y en la década de 1830 ya imperaba el consenso de que estaba en la cúspide de la jerarquía artística.23 Algo similar cabe decir del desarrollo sincrónico de la ópera de Pekín, que hacia mediados de siglo

entró en su era de consolidación artística y organizativa. Desde entonces, la ópera europea ha perdurado triunfalmente, mientras que su prima lejana, la ópera de Pekín, después de rupturas radicales de la tradición y la irrupción de una cultura mediática de influencia occidental, hoy solo pervive en nichos folclóricos.

Entre Lisboa y Moscú, los teatros de la ópera erigidos en el siglo XIX continúan funcionando con plenitud e interpretan un repertorio que, en su gran mayoría, procede del mismo siglo XIX. La ópera se globalizó pronto. A mediados del siglo XIX contaba con un punto de irradiación de alcance mundial: París. La historia musical de París, hacia 1830, era de hecho la historia universal de la música.[24] Y la Ópera de París no era tan solo el primer escenario de Francia: la ciudad pagaba más que ninguna otra a los compositores y, con ello, impedía que la competencia pudiera rivalizar por la condición de imán principal de la música.[25] Hacerse famoso en París suponía alcanzar la fama mundial; fracasar allí —como le ocurrió a Richard Wagner con *Tannhäuser*, en 1861, pese a que ya era un maestro reputado— suponía una auténtica humillación.

En el imperio otomano ya hubo representaciones de ópera europea desde la década de 1830. Giuseppe Donizetti, hermano del celebrado compositor Gaetano, fue nombrado en 1828 director musical de la corte del sultán, en Estambul, y formó allí una orquesta de tipo europeo. En el imperio independiente de Brasil, la ópera se convirtió en el género artístico oficial de la monarquía, sobre todo desde 1840, con Pedro II. La *Norma* de Vincenzo Bellini se representó muchas veces, y también subieron a escena las óperas más destacadas de Rossini y Verdi. Después de que Brasil se convirtiera en república, los millonarios empresarios del caucho de Manaos (situada a la sazón en mitad de la selva amazónica) levantaron entre 1891 y 1896 un opulento teatro de la ópera. La construcción fue el fruto de toda una combinación mundial: maderas nobles de la zona, mármol de Carrara, lámparas de Murano, acero de

Glasgow y hierro colado de París.[26] El poder colonial también sirvió para difundir la ópera muy lejos de Europa. La superioridad de la civilización francesa debía demostrarse en las colonias mediante la construcción de teatros magníficos. Como ejemplo especialmente colosal destaca la Ópera de Hanói, capital de la Indochina francesa; como tantos otros, el edificio imitaba el palacio Garnier de París, que, cuando se acabó de erigir, en 1875, era el mayor del mundo, con 2.200 asientos. Con 870 asientos para los cerca de cuatro mil franceses de la ciudad, este palacio eclipsaba a muchos teatros de provincias de la propia Francia.[27]

En Norteamérica, la ópera arraigó todavía antes. La French Opera House de Nueva Orleans, inaugurada en 1859, destacó durante mucho tiempo como uno de los mejores escenarios musicales del Nuevo Mundo. En San Francisco, que por entonces contaba con unos 60.000 habitantes, surgió tal entusiasmo por el género que, tan solo en la temporada de 1860, se vendieron 217.000 entradas. La Ópera Metropolitana de Nueva York, inaugurada en 1883, se convirtió con el cambio de siglo en uno de los teatros más reputados del mundo; allí se exhibía además la *high society* del país, en formas que apenas se distinguían de las europeas. En las vertientes de la arquitectura y la técnica escénica, los creadores de la «Met» combinaron elementos del Covent Garden londinense, La Scala de Milán y, por descontado, la Ópera de París.[28] El repertorio procedía de Europa, sin apenas excepciones; antes del *Porgy and Bess* de George Gershwin (1935), el teatro musical apenas contó con aportaciones reputadas de los compositores estadounidenses. La «operamanía» estalló incluso en lugares inesperados. En la década de 1830, Chile se vio poseído por una fiebre por Rossini.[29] En Japón, cuyo gobierno fomentó la difusión de la música occidental desde la década de 1870, la primera representación de ópera europea tuvo lugar en 1894, con una escena del *Fausto* de Charles Gounod. Si en 1875, cuando una *prima donna* italiana hizo parada en Tokio, se

cuenta que la visita despertó tan poco interés que se oía chillar a los ratones, con el paso del siglo se desarrolló un interés estable por la ópera que, en 1911, fructificó espacialmente con la construcción de un primer teatro de estilo occidental.30

El tipo de la estrella de los escenarios, que actúa en múltiples regiones del mundo, nació también en el siglo XIX.31 Jenny Lind, el «ruiseñor noruego», empezó en 1850 una gira que constaría de 93 paradas cuya actuación inicial, en Nueva York, se realizó ante siete mil oyentes. Desde su debut europeo, en 1887, la soprano Helen Porter Mitchell —que se hacía llamar Nellie Melba, por haber nacido en Melbourne— se convirtió en una de las primeras divas verdaderamente intercontinentales del mundo de la música; su voz se reprodujo también en los gramófonos, desde 1904, y se erigió en símbolo de autoestima cultural en una patria que, hasta entonces, tenía fama de tosca. La ópera europea del siglo XIX fue un acontecimiento universal, y no ha dejado de serlo. El repertorio operístico del siglo XIX se ha mantenido como el rey de la programación: Rossini, Bellini, Donizetti, Bizet, sobre todo Verdi, Wagner y Puccini. Pero si pensamos en el conjunto de los compositores y en los más apreciados antaño, queda poco. Gaspare Spontini o Giacomo Meyerbeer, vitoreados en su tiempo como maestros, apenas suben a la escena hoy; y el resto se ha archivado irrecuperablemente. ¿Quién conoce aún las incontables óperas medievales que surgieron en paralelo a Wagner y después de él? Podríamos hacer una reflexión similar sobre la pervivencia del teatro tradicional o de otro género típico del siglo XIX: la novela. De toda la prosa alemana del realismo, probablemente hoy el público solo lee aún a Theodor Fontane.32 Solo la filología especializada presta atención a Wilhelm Raabe, Adalbert Stifter e incluso Gottfried Keller, por no mencionar a los autores de menos categoría. En todos los demás países cabe distinguir igualmente entre la herencia viva y la muerta de la alta cultura del siglo XIX. En la actualidad está muy presente, pero solo en una estricta selección que obedece a las leyes y el gusto de la

industria cultural.

*Paisajes urbanos*33

Otra forma muy distinta de pervivencia del siglo XIX es su encarnación visible en los paisajes urbanos, a menudo constituyendo el telón de fondo y la arena de la vida actual de las ciudades. Londres, París, Viena, Budapest o Múnich son ciudades cuya fisonomía está marcada por planificadores y arquitectos del siglo XIX, en parte con lenguajes constructivos clasicistas, neorrománicos y neogóticos, que recurren a modelos anteriores. De Washington D. C. a Calcuta, los edificios representativos de la política se expresaron imitando la antigüedad europea. Así, el historicismo arquitectónico del siglo XIX ofrece un repaso, a cámara rápida, del conjunto de la tradición constructiva de Europa. En algunas metrópolis de Asia, en cambio, apenas se preservan rasgos identificables de la arquitectura del siglo XIX. Por ejemplo en Tokio, que fue la capital de Japón durante varios siglos (primero, con el nombre de Edo), los terremotos, los incendios, las bombas estadounidenses y el afán de constante reconstrucción han borrado casi todos los vestigios arquitectónicos de más de veinte años de edad; han eliminado incluso muchas huellas de los Meiji. Las grandes metrópolis del mundo se mueven en una escala que oscila entre los paisajes urbanos compactos y bien preservados, como la Ringstrasse vienesa, y el exterminio material de los frutos del siglo XIX. Ahora bien, la destrucción causada por el tiempo es selectiva: la arquitectura industrial del siglo XIX ha desaparecido antes que muchos monumentos medievales. Hoy es casi imposible tener una impresión sensorial de la revolución industrial con la aparición repentina de una fábrica colosal en un valle estrecho o la novedad de las grandes chimeneas en un mundo en el que, hasta entonces, nada se había levantado por encima de los campanarios.

2. PRESERVACIÓN DEL RECUERDO Y EL CONOCIMIENTO

Al hilo del conocido concepto del «lugar de memoria» (*lieu de mémoire*), cabría decir que los archivos, bibliotecas, museos y

otras colecciones para la conservación son *refugios* de la memoria. Además de a esos lugares de la memoria (como núcleos en los que cristaliza la imaginación colectiva), debemos prestar una atención especial a los refugios del recuerdo. No se los puede clasificar de forma abstracta y ahistórica. La separación entre las distintas subformas definidas hoy se desarrolló de un modo progresivo. Así, en un principio no había una diferencia clara entre las bibliotecas y los archivos, sobre todo cuando se disponía de grandes cantidades de manuscritos. En el siglo XVIII europeo, se denominaba «museo» a espacios dedicados a toda clase de estudio del pasado e intercambio de reflexiones particulares; e incluso a publicaciones periódicas creadas para reproducir fuentes históricas y estéticas. El carácter público y de acceso general de los museos no se añadió hasta el siglo XIX. Los refugios de la memoria conservan el pasado en un estado de posibilidad, como presente virtual. Pero *solo* preservado —sin ser leído ni escuchado—, el pasado cultural está muerto; no cobra vida sino en los actos de apropiación, para los que nos prepara la educación recibida.

Archivos

En ningún otro siglo han tenido los archivos más importancia que en el XIX. En esta época, por toda Europa, el estado se apoderó de la memoria. Se fundaron archivos estatales con el fin de almacenar, de forma centralizada, los vestigios de la acción gubernamental. Con ellos surgieron las profesiones y tipos sociales del archivero y del historiador especializado en esa clase de documentos. Este podía servirse entonces de las antiguas colecciones de los príncipes y las repúblicas: en Venecia, en Viena, la española en Simancas. En los países dotados de constitución, el gobierno asumió la apertura de archivos públicos como un acto de soberanía. En 1790, la república francesa nombró como Archives Nationales su colección nacional, a la sazón aún modesta. Durante la revolución, los fondos se ampliaron rápidamente con numerosas confiscaciones, sobre todo de propiedades de la

Iglesia. Napoleón tenía un gran proyecto archivístico: quería que los Archivos Nacionales fueran el depósito central de «la mémoire de l'Europe» e hizo llevar a París una ingente cantidad de documentos de Italia y Alemania. Gran Bretaña estableció en 1838 la base legal para el departamento de los archivos públicos (Public Record Office), y en 1883 se pudo acceder por vez primera a los legendarios archivos del Vaticano.

La «nueva historia», que cristalizó desde la década de 1820 en torno de Leopold Ranke y sus discípulos, incluía entre sus imperativos la proximidad al texto. A su entender, la historia se podría reconstruir a partir de las fuentes escritas, sobre todo las inéditas. De esa forma la disciplina sería más científica, es decir, más verificable, y también más crítica con los mitos. Al mismo tiempo, adquiría cierta independencia frente a la política archivística de los gobiernos, que controlaban el acceso a las fuentes que ahora los historiadores ansiaban consultar. La organización sistemática de la documentación contribuía asimismo al desarrollo de nuevos hábitos de estudio. La sabiduría quedó desvinculada del vigor de la memoria personal; la polimatía por sí sola pasó a ser objeto de mofa; también los expertos en las ciencias sociales pudieron considerar imperativa la investigación de las causas.[34]

Los archivos no fueron un invento europeo, pero en el siglo XIX no hubo en otros lugares un interés similar por la conservación del material documental. En China, el estado se había reservado desde el principio el control sobre la conservación de la tradición escrita; entre los particulares no había afán de coleccionismo. Había, y sigue habiendo, pocos archivos de entidades no estatales, como templos, monasterios, gremios o clanes. Era habitual que una nueva dinastía destruyera los documentos de su predecesora en cuanto completaba su propia historia dinástica oficial. En 1924, el Museo Histórico estatal de Pekín vendió como papel viejo 60.000 kg de materiales de archivo; la colección —que hoy se custodia en la Academia Sínica de Taiwán— solo se salvó gracias a la intervención del

experto bibliófilo Luo Zhenyu. Hasta la década de 1930, los impresos y manuscritos oficiales de la dinastía Qing (1644-1911) se trataron como papel de desecho. A pesar de su venerable tradición historiográfica, en China, en el siglo XIX, todavía no había una conciencia archivística. El departamento de documentación del Museo del Palacio, fundado en 1925, fue la primera institución que aplicó los valores de conservación reglada, propios de los archivos modernos, a la producción de la época imperial.35 En el imperio otomano —donde, como en China, el carácter muy documentado de la acción administrativa contribuyó casi desde el principio a la cohesión de un territorio especialmente extenso—, los documentos se producían y conservaban en tal cantidad que cualquier estudio —a diferencia, aquí, de lo que sucede en China— apenas se puede concebir fuera de los archivos. Además de los expedientes de la corte y el gobierno central, se conservan por ejemplo registros tributarios y actas judiciales (de los cadíes) de muchas partes del imperio.36 Antes del siglo XIX, en Europa, en el imperio otomano y en algunos otros lugares se conservaba lo escrito; pero solo desde el siglo XIX esta producción fue archivada, protegida y evaluada de forma sistemática.

Bibliotecas

También las bibliotecas, en tanto que colecciones custodiadas del pasado cultural, son refugios de la memoria. En este caso, en Europa ya hubo fundaciones destacadas en los siglos XVII y XVIII. Entre 1690 y 1716, Leibniz ordenó, en su calidad de bibliotecario, la magnífica colección ducal de Wolfenbüttel, y la dispuso de modo que la investigación fuera más fácil. A este respecto, a los pocos años, la biblioteca universitaria de la vecina Gotinga fue aún más lejos y, durante un tiempo, se la consideró la biblioteca mejor organizada de todo el mundo. La colección del Museo Británico, fundado en 1753, se concibió desde el principio como biblioteca nacional. En 1757 se le sumó la Biblioteca Real y se introdujo la obligación de donar un ejemplar de cada libro impreso en el Reino Unido. Antonio (más

adelante, sir Anthony) Panizzi, un exiliado italiano que trabajaba desde 1831 para el Museo Británico y fue su bibliotecario en jefe entre 1856 y 1866, estableció aquí los principios de la biblioteconomía moderna: un catálogo completo, estructurado según reglas sistemáticas, y una sala de lectura ajustada a las necesidades del uso científico. Esta sala, redonda y coronada por una cúpula, se tuvo por una de las más magníficas de todo el mundo.37

En el siglo XIX, surgieron en todos los continentes bibliotecas nacionales que seguían el modelo británico. En Estados Unidos, Canadá y Australia se partió de las colecciones de los respectivos Parlamentos.38 A veces estaban asociadas a academias científicas. Custodiaban la memoria impresa de la nación, a la que podían acceder libremente el público respetable y todos los estudiosos serios; pero también recopilaban saber en general. Las bibliotecas más prestigiosas se caracterizaron por su ambición de universalidad: querían recoger el saber de todos los pueblos y todos los tiempos. Para ello necesitaban librerías con contactos comerciales internacionales y que el mercado anticuario pudiera disponer de bibliotecas de particulares. Se fundaron secciones orientales y se recopilaron libros escritos en las lenguas más curiosas (a veces, enviando emisarios desde los propios departamentos de adquisiciones). Las bibliotecas simbolizaban la aspiración a ocupar, o compartir, una condición cultural de prestigio. En Estados Unidos se hizo mediante la fundación de la Biblioteca del Congreso, en 1800; el hecho de que, desde poco después de 1930, esta biblioteca pasara a poseer el fondo más cuantioso del mundo culminó la emancipación cultural del país. A las naciones que se unificaron más tarde, les resultó más dificultoso. La Biblioteca Estatal de Prusia no adquirió carácter nacional hasta 1919, y en Italia no ha existido nunca una biblioteca central única y completa.

Las bibliotecas municipales prestaban servicio a un público con ansias de formación y eran una señal de orgullo ciudadano.

Pero desde mediados del siglo XIX aún se tardó un tiempo en que resultara no solo legalmente posible, sino también políticamente aceptable invertir en ellas dinero procedente de los impuestos. En Estados Unidos, el mecenazgo privado fue más importante que en ningún otro sitio. La Biblioteca Pública de Nueva York, construida desde 1895 gracias a una fundación, se convirtió en la más reputada de las muchas bibliotecas municipales (muy ambiciosas, en general). En el siglo XIX, en Occidente, las bibliotecas se convirtieron en templos del saber. El Museo Británico de Panizzi, cuyo núcleo era la Biblioteca Nacional, también lo puso de manifiesto arquitectónicamente, por medio de su monumental fachada clásica. La edificación de la Biblioteca del Congreso, en la década de 1890, adoptó este mismo lenguaje simbólico y lo intensificó mediante pinturas murales, mosaicos y estatuas. Estos colosales repositorios del saber eran al mismo tiempo nacionales y cosmopolitas. Así, los exiliados preparaban aquí sus conjuraciones, como hizo el revolucionario chino Sun Yatsen, que en 1896-1897, en la biblioteca del Museo Británico —el mismo lugar donde antes Karl Marx había fundamentado científicamente su lucha contra el sistema capitalista—, urdió planes para derrocar a la dinastía Qing.

La biblioteca no es ningún monopolio de Occidente, como se constata al echar la vista atrás hacia tiempos remotos. En China ya se instituyó una primera biblioteca imperial en el palacio del Han Wudi (el emperador Wu, de la dinastía Han, *r.* 141-87 a. C.). Para esta misma colección, los expertos desarrollaron un sistema de catalogación que se usó durante mucho tiempo. Las bibliotecas chinas, pese a todo, vivieron una existencia precaria. Entre el siglo II a. C. y el XIX de nuestra era, las colecciones imperiales de libros y manuscritos resultaron destruidas al menos en catorce ocasiones. Una y otra vez se erigieron nuevos edificios y se recopilaron nuevos fondos. Sobre todo desde la difusión de la impresión xilográfica, en el siglo XI, surgieron también grandes bibliotecas por

iniciativa de academias privadas (*shuyuan*), círculos de eruditos y bibliófilos individuales. Para la época Qing (1644-1911), disponemos de detalles sobre más de 500 coleccionistas y sus fondos. La cantidad de obras impresas de uso personal en circulación era tan ingente que bibliografiarla se convirtió en una de las más nobles tareas de un erudito.39 En suma: en China, las bibliotecas y su catalogación no fueron ninguna importación cultural de Occidente. De Occidente sí vino la idea de una biblioteca *pública*, que se abrió por vez primera en 1905, en Changsha, capital de la provincia central de Hunan. La que hoy es la mayor biblioteca de China, la de Pekín (*Beitu*), se fundó en 1909 y se abrió al público en 1912; en 1928 adquirió la condición de biblioteca nacional. La biblioteca moderna, en China, no supuso la continuación ininterrumpida de la tradición propia. El doble concepto de la biblioteca como espacio público de formación *y al mismo tiempo* instrumento científico vino de Occidente y no se instauró activamente hasta principios del siglo XX, cuando el país se enfrentaba a circunstancias exteriores difíciles.

En el Japón tradicional, el estado se dedicó mucho menos a coleccionionar documentos. Faltaban los grandes sistemas de ordenación obligatoria que resultaban característicos de China. Durante mucho tiempo, la selección de los fondos se centró en China. La biblioteca de los sogunes (dominadores militares de la casa Tokugawa), creada desde principios del siglo XVIII, con carácter privado, aún tenía una orientación esencialmente anticuaria y sinológica, y renunciaba a reunir la producción de libros en japonés, por entonces en auge. Como en China, después de la apertura del país (1853) no tardaron en aparecer coleccionistas *occidentales*. Las descomunales bibliotecas sinológicas y japonesas de Europa y Estados Unidos deben su origen a la coincidencia del mencionado interés occidental, el abandono temporal de la propia tradición educativa en Asia, y precios bajos de los libros. En Japón, el concepto de la biblioteca pública lo dio a conocer, desde 1866, el publicista y

educador Fukuzawa Yukichi, que en 1862 había viajado a Occidente en misión diplomática. Pero incluso en un país con ansias de modernización como Japón, hasta finales del siglo no se impusieron los modelos tanto de la biblioteca de investigación como de la edición próxima al público.40

El mundo árabe, aunque desde el punto de vista geográfico está más cerca de Europa que China, se hallaba más lejos en cuanto a la historia de los libros. En China hacía tiempo que se reproducían textos mediante impresión xilográfica. Por lo tanto, allí los oficios de amanuense y copista eran menos importantes que en el mundo árabe, que no vivió su propia revolución de la imprenta hasta principios del siglo XIX; de hecho, hasta los primeros años del siglo XVIII los libros árabes y turcos se imprimían mayoritariamente en la Europa cristiana. En la citada revolución participaron también, además de musulmanes, árabes cristianos y misioneros. En el imperio otomano había bibliotecas privadas y semipúblicas que contaban con algún título europeo aislado. Sin embargo, hasta la introducción de la escritura latina en la república de Turquía, durante un período de casi dos siglos tan solo se imprimieron, en el imperio otomano y la posterior Turquía, unos 20.000 libros y opúsculos; y muchos, en ediciones muy reducidas. El hecho de que la producción libresca árabe y otomana fuera relativamente escasa contribuyó asimismo a que las bibliotecas públicas se desarrollaran allí con más lentitud y más tarde que en el este de Asia.41

Museos

También el museo debe al siglo XIX su forma habitual hoy en día. A pesar de cierta renovación en la pedagogía museística, en la actualidad todavía se vuelve siempre a la disposición y los programas del siglo XIX. Toda la tipología de los museos se desarrolló ya en esa época: colecciones artísticas, etnográficas, de ciencia y técnica. El museo público surgió en la «era de la revolución» a partir de las colecciones principescas, a las que a veces se permitía acceder a los súbditos.

El museo de *arte* integró elementos distintos: la idea del arte autónomo, según la formuló por primera vez Johann Joachim Winckelmann; el concepto del «valor» de una obra de arte, superior a su carácter material como producto de artesanía; el «ideal de una comunidad estética» que reuniera en su seno a artistas, expertos, aficionados y, en el mejor de los casos, también los mecenas principescos, que a la sazón estaban perdiendo el trono (como el rey Luis I de Baviera).42 Los museos prosperaron en un ambiente de diferenciación creciente de la esfera pública. Pronto fue posible formular también la pregunta de si el arte pertenecía al estado o a sus príncipes; a principios del siglo XIX era un problema delicado, porque la Revolución Francesa había establecido un precedente radical al confiscar y nacionalizar los tesoros artísticos privados que hicieron posible que el Louvre fuera el primer museo público de Europa.

En Estados Unidos, la situación era distinta, porque aquí la construcción de los museos, a partir de la década de 1870, se debió sobre todo a la munificencia personal de los ricos y millonarios de la que Mark Twain bautizó como *gilded age* («edad dorada»). Muchos edificios se financiaron de forma mixta, combinando fondos públicos y privados, pero las colecciones artísticas fueron adquiridas en el mercado, en lo esencial por los inversores privados. En Estados Unidos había pocos fondos antiguos. Sus colecciones se crearon en estrecha simbiosis con el desarrollo del mercado artístico a ambos lados del Atlántico. Este mercado posibilitó asimismo la formación de nuevas colecciones en Europa.

La monumentalidad de los edificios museísticos, cada vez más evidente en el transcurso del siglo (la Alte Pinakothek, en Múnich; el Kunsthistorisches Museum, en Viena; el Victoria and Albert Museum, en Londres) atrajo aún más atención sobre el paisaje urbano en sí. Como en las ciudades apenas se erigían ya palacios, solo podían competir con los museos los teatros de la ópera, ayuntamientos, estaciones de tren y sedes del

Parlamento; por ejemplo, el neogótico palacio de Westminster, sede de las dos cámaras británicas, levantado entre 1836 y 1852 en la ribera del Támesis, o los parlamentos de Budapest y Ottawa. También el nacionalismo se apoderó del arte. Una gran parte del botín que Napoleón se había llevado a París fue devuelta triunfalmente después de 1815 —en ese momento, el Louvre perdió cuatro quintas partes de sus fondos— y pasó a necesitar lugares de exposición con capacidad representativa. La pintura se abrió a los temas históricos de resonancia nacionalista; las galerías nacionales de muchos países todavía están adornadas hoy con las obras de gran formato creadas sobre todo en las décadas centrales del siglo XIX, cuando la pintura histórica alcanzó la cúspide de su prestigio en Europa.

Por último, en los museos y su disposición interior se materializó un programa formativo que ahora, por primera vez, estaba dirigido por profesionales de la historia del arte. En siglos anteriores, en Europa, China, el mundo islámico y otras zonas, los entendidos y aficionados cultos habían esbozado programas similares para sí mismos y su círculo inmediato (pensemos por ejemplo en el papel de Goethe como coleccionista de objetos artísticos y naturales). Con el auge de los expertos en Europa, el museo pasó a ser un espacio en el que recorrer, con guía, la historia del arte. La instalación de museos de arte *contemporáneo*, como el parisino Musée du Luxembourg, añadió un aliciente para muchos artistas afanosos por gozar del patrocinio público y la fama asociada. El museo conservaba y «musealizaba» no solo en el sentido de separar el arte y la vida; además, presentaba cosas nuevas.

Los museos *históricos* partían de premisas distintas a las de las colecciones de antigüedades. El primer museo de esta índole —el Musée des Monuments Français, fundado por Alexandre Lenoir en 1791, todavía durante la Revolución— disponía en orden cronológico estatuas, sepulcros y retratos de personalidades que Lenoir consideraba de importancia nacional.[43] Desde los años de las guerras napoleónicas,

muchos nuevos museos de orientación histórica adquirieron el carácter de museos nacionales: con este mismo nombre, en Hungría, donde a falta de una colección principesca se partió de donaciones de la aristocracia, ya en 1802; algo después en los países escandinavos. En Gran Bretaña, la National Portrait Gallery, creada por el Parlamento en 1856, aspiraba a reforzar por igual la conciencia nacional y la imperial. El museo histórico se basaba en una nueva interpretación de los «objetos históricos». No bastaba con que un objeto fuera «antiguo»; por un lado, debía poseer una relevancia reconocible, que se transmitiera espontáneamente al espectador; por otro lado, debía necesitar y merecer que lo salvaran y preservaran. En Alemania, donde después de 1815 se fundaron en numerosos lugares sociedades históricas y anticuarias que volvían la mirada al pasado «de la patria», no hubo ninguna prisa por disponer de un museo nacional. No se decidió crearlo hasta 1852; y se erigió en Núremberg, con el nombre de Museo Nacional Germánico (no «Alemán») y un espíritu de patriotismo exaltado casi obsesionado con la Edad Media.[44] Nunca se pensó en levantar un museo central en la capital del país, ni siquiera después de que, en 1871, se fundara el imperio alemán.

En Asia y África, la mayoría de los museos históricos surgieron con posterioridad a la independencia política. En esa etapa, no obstante, ya había desaparecido en muchos casos una gran parte de los tesoros artísticos nacionales, de sus manuscritos y vestigios arqueológicos, que se hallaba en los museos de las metrópolis coloniales.[45] En Egipto, la fuga empezó ya con la invasión francesa de 1798. Aunque Mehmet Alí, valí del país entre 1805 y 1848, publicó en 1835 una orden que venía a prohibir la exportación de objetos de la antigüedad, él mismo regaló aquellas obras valiosas con notable generosidad. El Museo Egipcio de El Cairo se debe, ante todo, a una iniciativa personal del arqueólogo Auguste Mariette, que en 1858 fue nombrado conservador de las antigüedades egipcias. Los

soberanos musulmanes de la época veían con ciertas reservas la construcción del museo de Mariette, erigido en estilo neofaraónico: por una parte, el mundo pagano de las momias les resultaba extraño; pero por otra, entendían que el creciente entusiasmo europeo por las antigüedades preislámicas beneficiaba la fama universal de Egipto.46 Para los museos de Estambul (Constantinopla),47 fue importante que el imperio otomano estableciera, en 1874, el reparto de los hallazgos obtenidos en las excavaciones arqueológicas bajo control extranjero. En China, el colosal conjunto del antiguo complejo imperial, que se estaba desmoronando —la Ciudad Prohibida, que constaba de un millar de templos, recintos y pabellones—, fue nombrado museo en 1925, y se permitió el acceso público a amplias zonas; pero hasta 1958, el estado no fundó un museo histórico de programa nacionalista.

En cuanto a los museos *etnológicos*, solo tuvieron una relación intermitente con las aspiraciones patrióticas o nacionalistas.48 Se desarrollaron desde mediados del siglo XIX, aproximadamente, a veces como continuación de los gabinetes de curiosidades de los príncipes y de colecciones privadas. En 1886 se fundó en Berlín el Museo Real de Etnología (Königliches Museum für Völkerkunde), que pronto tuvo fama de ser el más completo del mundo. La investigación etnológica no fue fruto del colonialismo, sino hija de una tradición liberal y humanista de los estudios culturales alemanes anteriores, previa a la era colonial.49 Los viajeros y etnólogos alemanes fueron reuniendo material en todos los continentes. Desde el principio, fue un proyecto muy ambicioso. La labor del museo —en su propia definición— no debía satisfacer la mera curiosidad de la «masa». Los objetos se convertirían en material científico en un museo que también servía para la investigación y la formación de los expertos.50 Los museos etnológicos exhibían piezas obtenidas mediante el robo o adquisiciones no muy distintas del robo; ni habían llegado a ser propiedad de los europeos por transmisión ni eran parte de su herencia

nacional.[51] El objetivo era presentar la diversidad de las formas de vida de los seres humanos, pero solo de los denominados «primitivos». Cada uno de los museos era un elemento más del mundo de colecciones y exposiciones que se estaba constituyendo por entonces. Como en las galerías pictóricas, los aficionados dispusieron pronto de una visión de conjunto de los fondos de todo el mundo. Los museos competían entre sí y, al mismo tiempo, eran también elementos de un movimiento universal por la representación de la cultura material. Tuvieron efecto subversivo por la inspiración que podían ofrecer a los artistas de vanguardia. Para exponerse a la fuerza renovadora de los «primitivos» ya no era necesario, como hizo el pintor Paul Gauguin en 1891, viajar a los mares del Sur.[52]

No solo objetos, sino también personas fueron conducidas de modo fraudulento a Europa y Estados Unidos; se las exhibía para poner de manifiesto—con un afán a un tiempo «científico» y comercial— la diferencia y el «salvajismo» de los pobladores no occidentales. Hacia finales del siglo XIX, estos espectáculos humanos eran habituales en el ocio cotidiano de las grandes metrópolis, y había también exposiciones itinerantes que llegaban a ciudades menores, como por ejemplo Constanza. Este fue un rasgo característico de esta época de rápida y brusca transformación cultural.[53] Antes de la mitad del siglo, tales espectáculos eran todavía muy raros; y después de la primera guerra mundial, un tabú humanitario volvió a contenerlos. En el siglo XX, la exhibición comercial de personas de razas distintas a la blanca, o de discapacitados, pasó a ser objeto de desdén y finalmente se criminalizó. El *principio* del museo etnológico, en cambio, perduró más allá de la era de la descolonización y cambió la antigua meta de identificar y divulgar las formas de vida «primitivas» por la de conservar una herencia cultural común en un mundo multiétnico. A la postre, esta clase de museo del siglo XIX se descolonizó sola.

Exposiciones universales

Las exposiciones universales —expresión más visible de la

combinación de la mirada panorámica con la documentación enciclopédica— fueron una novedad del siglo XIX.[54] Se las ha considerado como un «medio» de carácter «indisolublemente volátil» que sin embargo «dejaba legado por su persistencia».[55] La tradición se inicia con la «Gran Exposición de las obras industriales de todas las naciones», instalada en 1851 en el Hyde Park de Londres, cuyo espectacular palacio de cristal —un pabellón de hierro y cristal de 600 metros de longitud— pervive aún hoy en la memoria, pese a que, tras ser trasladado a la periferia de la ciudad, sus restos ardieron en 1936. La Gran Exposición fue un producto de la era del ferrocarril, que se iniciaba entonces. Solo el tren podía posibilitar el transporte de las más de 100.000 piezas expuestas y de hasta un millón de visitantes llegados de las provincias (en un anticipo del «expoturismo» de épocas posteriores). El legado que fue capaz de dejar se debió, en primer lugar, al rico simbolismo que reunió en torno de sí: para unos, representaba la era de paz mundial y armonía social que entonces empezaba; para otros, la superioridad de la economía y la tecnología británicas en la competencia de las naciones; otros aún veían en ella el triunfo del orden imperial sobre el caos de la barbarie. En segundo lugar, la exposición presentaba una minuciosa taxonomía del mundo de los objetos, repartido en «clases», «divisiones» y «subdivisiones». Allí se unificaban en un sistema común (yendo mucho más allá de las clasificaciones de la antigua historia natural) la naturaleza, la cultura y la industria. Por detrás se escondía una dimensión de profundidad temporal, pues no se perdía ocasión de poner de relieve que la humanidad en ningún caso se hallaba *toda ella* en el mismo estadio de la perfección civilizada.[56]

Hasta 1914 hubo numerosas grandes exposiciones internacionales, *Expositions universelles*, *World's Fairs*, cada una de las cuales puso en práctica un programa ideológico ajustado a sus propias coordenadas espacio-temporales: en París (1855, 1867, 1878, 1889, 1900), Amberes (1885, 1894),

Barcelona (1888), Bruselas (1888, 1897, 1910), Chicago (1893), Filadelfia (1876), Gante (1913), Londres (1862, y también la *Colonial and Indian Exhibition* de 1886), Lieja (1905), Melbourne (1880), Milán (1906), St. Louis (1904), Viena (1873).

La Exposición Universal de París, en 1900, fue la que tuvo mayor asistencia, con más de 50 millones de visitantes; la que hoy resulta más visible es la que se organizó en la misma ciudad en 1889, motivo de la construcción de la Torre Eiffel. Las exposiciones universales eran acontecimientos que transmitían mensajes. Así, la que se celebró en Filadelfia en 1876 puso de manifiesto ante el mundo, por vez primera, el poderío técnico e industrial de Estados Unidos. Las exposiciones universales se propusieron exhibir la actualidad: en el centro figuraban siempre los adelantos más modernos, lo recién creado. Esto no impedía que hubiera asimismo una exhibición abundante de los pueblos y las civilizaciones «extranjeros». Se los presentaba como elementos exóticos o como vestigios aún visibles de estadios anteriores de la evolución humana, lo que además se entendía que demostraba que el orden mundial basado en el conocimiento podía acoger incluso a las regiones y etnias más remotas del mundo. Las exposiciones universales encarnaron la ambición universal del «Occidente» atlántico con más claridad que ningún otro medio de la época.

Enciclopedias

Las grandes enciclopedias, en tanto que arcas monumentales de lo conocido y lo que vale la pena conocer, están relacionadas con los archivos, los museos e incluso las exposiciones universales. También son refugios de la memoria y catedrales del saber: la *Encyclopaedia Britannica* (desde 1771), los *Konversations-Lexicon* de las casas Brockhaus (desde 1796) y Meyer (desde 1840), y muchos proyectos editoriales similares que dieron continuidad —con novedades— a la rica tradición enciclopédica de la Edad Moderna.[57] Crecían con el paso del tiempo, se renovaban de una edición a otra. Los nacionalistas

reconocieron pronto el valor de una enciclopedia como colección de las fuerzas científicas, monumento cultural y señal perceptible internacionalmente de autoestima y competencia cultural. Por esta clase de motivos, el historiador y político František Palacký empezó a planear en 1829 un compendio checo, que aun así no se hizo realidad hasta la gran enciclopedia que, con sus 28 volúmenes aparecidos entre 1888 y 1909, superó en extensión a todas las obras del estilo publicadas hasta entonces, con la sola excepción de la *Britannica*.58

Hacia el fin de siglo, tanto todos los países europeos como Estados Unidos contaban con al menos una de estas enciclopedias en múltiples volúmenes. Todas se presentaban con la ambición de ser universales, recopilar el saber de todos los lugares, las épocas y los pueblos de la Tierra, y documentar el estado más actual de la ciencia. Eran *más* que simples obras de consulta e instrumentos que favorecían la conversación y los estudios de las clases burguesas. La ordenación alfabética no era sistemática, pero, a cambio, permitía desarrollar las materias linealmente. Seguro que hubo lectores que, con tesón de varios años, leyeron toda la obra de la A a la Z. La enciclopedia más perfecta del siglo, y la más atractiva si volvemos la vista atrás desde el presente, fue el *Grand dictionnaire universel du XIXe siècle*, de Pierre-Athanase Larousse, publicado en 17 volúmenes entre 1866 y 1876. Aunque durante varios años Larousse proporcionó unos pocos ingresos extraordinarios a un sector de la necesitada intelectualidad parisina, él mismo en persona escribió una gran parte de las 24.146 páginas de letra apretada de la obra. Era un republicano radical, partidario de la gran revolución y opuesto al segundo imperio, que aun así le dejó plena libertad: ningún censor se atrevió con aquella obra colosal. Larousse no quería formar a la burguesía, sino preparar al «pueblo» para la democracia; por ello, para que los volúmenes fueran asequibles, se imprimieron en papel sencillo y con escasas ilustraciones. No

se amedrentaba ante ningún tema.[59] Para calcular cuán subversiva podía considerarse una enciclopedia, recordemos el denodado empeño del estado otomano, en tiempos del sultán Abdulhamid II, por impedir la entrada de esas obras al país. Con algo de habilidad, desde luego, uno podía conseguirlas por medio de un librero turco. Cierta persona que lo consiguió en la década de 1890, para poderse costear los diecisiete volúmenes del Larousse, había traducido antes 3.500 páginas de novelas de misterio; irónicamente, editadas para el deleite de la corte. Otro interesado se hizo enviar una enciclopedia francesa por cuadernos, remitidos por correo postal.[60]

¿Cómo se relaciona la otra gran tradición enciclopédica, la de China, con las novedades de Europa? Las enciclopedias chinas (*leishu*), compiladas sin interrupción como muy tarde desde el siglo XI, eran en realidad colecciones (a veces, muy completas) de reimpresiones y pasajes seleccionados de la bibliografía anterior de todos los campos del saber. Servían, para empezar, para que los candidatos al funcionariado imperial preparasen sus exámenes estatales. A diferencia de lo que ocurría en Europa, donde la enciclopedia, ordenada alfabéticamente por lemas, se convirtió en *organon* del razonamiento público y en foro del progreso tecnológico —por lo menos desde la gran *Encyclopédie* colectiva de D'Alembert y Diderot, compilada de 1751 a 1780—, las enciclopedias chinas practicaban la compilación acrítica —tan solo mediante la adición de nuevas capas de comentarios— a un saber bendecido por la tradición. Solo en el siglo XX surgieron también en China obras de referencia universales, al estilo occidental, y el género del *leishu* desapareció.[61]

Por último señalaremos que, en el siglo XIX, las lenguas europeas —que en parte no empezaron a ser objeto de apreciación consciente hasta el romanticismo— lograron disponer de algo que China ya tenía desde el gran diccionario que el emperador Kangxi encargó hacia 1700: un inventario completo de todas las formas de expresión escrita de una

lengua. Jacob Grimm, que emprendió un proyecto de esta índole en 1852 con su *Deutsches Wörterbuch* («Diccionario alemán»), y James Murray, que lo hizo desde 1879 para los círculos culturales anglófonos con el *Oxford English Dictionary*, se cuentan entre los héroes más influyentes y venerados de la cultura de su tiempo.

Precisamente en esta época, que ha sido descrita a menudo como la «era del nacionalismo», ¿qué hizo posible la universalidad de los grandes repositorios del saber? Si desde nuestro presente podemos pensar en el siglo XIX de forma global es porque el siglo *se pensó a sí mismo* de este modo. El carácter universal de las bibliotecas, las exposiciones y las enciclopedias supusieron una nueva fase en el desarrollo de la sociedad del conocimiento en Europa. Las corrientes teóricas más destacadas de la época —positivismo, historicismo y evolucionismo— compartían una concepción del saber tanto acumulativa como crítica, relacionada, además, con la idea de la importancia pública del conocimiento. El saber debía formar *y también* ser útil. Los nuevos medios permitían reunir lo heredado *y* lo nuevo. La cultura del estudio y la investigación no se desarrolló en una dirección similar en ninguna otra civilización. Sin embargo, las élites culturales de algunas de estas civilizaciones —la japonesa o la china, por ejemplo— estaban preparadas para contribuir a la transferencia de las nuevas ideas europeas y las instituciones relacionadas con estas. Esta transferencia empezó en el último tercio del siglo XIX, pero en muchos lugares de ultramar no llegó a ser digna de mención hasta pasado 1900. El siglo XIX alimentó la memoria, y esto ayuda a explicar el peso que esta época aún tiene en la actualidad. Las instituciones de colección y exposición que alimentaron esa memoria siguen floreciendo hoy en día, desligadas ya de los objetivos establecidos en la época de su fundación.

3. DESCRIPCIÓN, REPORTAJE, «REALISMO»

Salta a la vista otro elemento que también perdura desde el

siglo XIX: las magnas descripciones y grandes análisis de los contemporáneos. Haberse observado a sí mismo no es un privilegio ni una particularidad del siglo XIX. Desde Herodoto, Tucídides y Aristóteles, desde Confucio y el antiguo consejero de estado indio Kautylia, en numerosas civilizaciones se ha intentado una y otra vez someter a la propia época a un examen profundo para comprenderla desde el interior del propio mundo. La novedad del siglo XIX *europeo* fue que, más allá de una filosofía social y estatal bastante normativa, emergieron ciencias que se pusieron como meta describir su coetaneidad y detectar los modelos y las regularidades que se daban bajo la apariencia de los fenómenos. Desde Maquiavelo, en Europa no han faltado los intentos de descubrir el funcionamiento real de la política y la vida social. Los mejores escritores de viajes, ya desde el siglo XVII, lograron profundizar en el funcionamiento de las sociedades no europeas. En la propia Europa, Montesquieu, Turgot y los fisiócratas franceses, los economistas ingleses, escoceses e italianos del siglo XVIII, y los cameralistas y estadísticos alemanes (recordemos que, entonces, la «estadística» incluía también la compilación de datos no numéricos) aportaron elementos de importancia para describir la realidad de las condiciones sociales. Examinaron el estado y la sociedad según *eran* a sus ojos, no según *debían* ser. Lo que Joseph Alois Schumpeter, en su magistral (y aún no superado) estudio sobre la historia del pensamiento económico, calificó de «teoría» frente a la «investigación factual», adquirió en el siglo XIX un nuevo significado y un mayor alcance.62 En el siglo XIX, los europeos produjeron una cantidad de material de autoobservación y autodescripción incomparablemente superior a la de los siglos anteriores. Surgieron nuevos géneros: el reportaje social y la investigación empírica. Se dirigió la atención hacia las condiciones de vida de las clases bajas. Muchos autores, ya fueran de tendencia conservadora o radical, sometieron a examen minucioso y crítico a la burguesía, de la que tantos procedían. Entre los analistas más destacados de la

realidad social y política —pensemos en Thomas Robert Malthus, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill, Karl Marx, Alfred Marshall y los representantes alemanes más notables de la «escuela histórica» de la economía, como el joven Max Weber— se daba una estrecha relación entre la búsqueda teórica de conexiones y la investigación factual. El positivismo, orientación filosófica típica de la época, dotó de carácter programático a esta relación entre la investigación factual y la ordenación en categorías.

Panorama social y reportaje social

La observación precisa halló expresión literaria en una forma típica: la del panorama social. Ya en vísperas de la Revolución Francesa, Sébastien Mercier había creado la obra modélica del género con su *Tableau de Paris*, un cuadro colosal de la vida interior de la metrópoli, publicado en doce volúmenes entre 1782 y 1788. Mercier no filosofa sobre la ciudad, sino que, por usar sus propios términos, emprende *recherches* («investigaciones») en ella y sobre ella, mirando por detrás de las fachadas y los pareceres de cada cual. «Si existiera alguna clase de Historia Social de la Atención —ha escrito el romanista Karlheinz Stierle en su libro sobre las vistas interiores de París —, Mercier figuraría en ella como uno de los grandes descubridores de un nuevo campo de atención». Mercier hizo una «labor de diferenciación» innovadora, que presentaba la ciudad como un gigantesco cosmos social. Rétif de la Bretonne adoptó el procedimiento literario de Mercier en su *Nuits de Paris ou le spectateur nocturne* (1788) y presentó el contrapunto nocturno de la metrópoli en forma narrativa y ficcional.63

En las décadas siguientes, el reportaje social se liberó de gran parte de sus ambiciones literarias. El informe de Alexander von Humboldt sobre la esclavitud en la isla de Cuba, redactado según las impresiones de sus viajes de 1800-1801 y 1804, y publicado por vez primera (en francés) en 1825, se ajusta al tono distanciado de un estudioso de la geografía y la historia. En su crítica inflexible a la esclavitud, Humboldt renunció a

cualquier dramatización y sentimentalismo y, con ello, logró que los hechos hablaran todavía con más fuerza.64 Ya en 1807, el médico Francis Buchanan había publicado una descripción de la sociedad agrícola del sur de la India, en la que reconstruía con todo detalle los mecanismos de la vida cotidiana; la compuso por encargo de la Compañía de las Indias Orientales (East India Company), que dominaba grandes extensiones del subcontinente.65 Así surgieron los primeros reportajes sociales «modernos», en el marco de las colonias y mediante una combinación de la mirada etnográfica y la «descripción estatal» (un género con el que Humboldt se había familiarizado como estudiante).

En su estudio *La situación de la clase obrera en Inglaterra, según observación personal y fuentes auténticas*, el joven Friedrich Engels, hijo de un empresario textil, describió en 1845 la que, en sus palabras, era la «condición clásica del proletariado del imperio británico».66 Lo hizo combinando los rasgos de un libro de viajes a países remotos con los de los *Blue Books* gubernamentales, informes encargados por el Parlamento que hoy aún se cuentan entre las fuentes primarias de la historia social de Inglaterra en el siglo XIX. La narración explícita de casos y destinos concretos hace más gráfica la denuncia de Engels. Más adelante, el escritor y periodista Henry Mayhew obró de un modo parecido en su *London Labour and the London Poor*, una enciclopedia sobre el trabajo y las clases pobres en la capital inglesa (1861-1862, cuatro volúmenes), basada en doce años de investigación personal y entrevistas planificadas. El propio Mayhew declaró con orgullo que se trataba del «primer intento de historia de un pueblo contado por su propia voz».67 Frédéric Le Play, un culto ingeniero de minas, estudió desde la década de 1830 las condiciones de vida de los trabajadores manuales en varios países de Europa, y, tras adquirir un conocimiento preciso, creó retratos sociales vívidos de grupos que van desde los nómadas de los Urales a los cuchilleros de Sheffield y los carboneros de

Austria.[68] Charles Booth, rico comerciante y armador de Liverpool, movido por ansias religiosas y filantrópicas y una voluntad de reforma política, se esforzó por aportar más claridad analítica a la descripción detallada de la vida de los pobres de Londres, que publicó en 1889-1891, después de diecisiete años de trabajo. La tercera edición de su magna *Life and Labour of the People in London* (1902-1903) comprende diecisiete volúmenes. Booth, que abrumó a sus lectores con la abundancia de datos y materiales precisos, renunció sin embargo a la sentimentalidad y los cuentos de horror y creó antes un perfil que un panorama del Londres de la era victoriana tardía. A diferencia de un impresionista como Mayhew, empleó métodos de la estadística social y un modelo muy bien perfilado de las clases sociales. Diferenció entre tipos de pobreza y acuñó el concepto aún en uso de la *line of poverty* («umbral de la pobreza»). Con ello contribuyó a pasar del reportaje social a la investigación social empírica (*social survey*).

Realismo literario

Emparentada con el reportaje social está la novela realista, que en Europa fue una de las formas características de la literatura del siglo XIX. El género busca conectar con la «vida real», y no se limita a reproducirla figurativamente sino que examina las fuerzas formales de carácter social y psicológico que viven en su interior.[69] En su ciclo novelístico *La comedia humana*, que vio la luz entre 1829 y 1854, Honoré de Balzac sometió a la sociedad francesa de su tiempo a una disección y un diagnóstico colectivos. Wolf Lepenies, en su estudio sobre la sociología del siglo XIX, recoge que el escritor, «con una pizca de ironía y mucha conciencia de sí», se denominaba a sí mismo *docteur ès sciences sociales*. En las 91 novelas de diversa extensión de *La comedia humana*, Lepenies encuentra «un sistema social» y reconoce, bajo forma literaria, «el equivalente exacto a lo que Auguste Comte, fundador de la disciplina de la sociología, aspiraba a conseguir».[70] Antes de que la sociología existiera como disciplina científica (Comte acuñó la

denominación en 1838), los auténticos especialistas en lo social eran los poetas y escritores, que luego no dejaron de competir productivamente con los sociólogos. Entre *Sentido y sensibilidad* de Jane Austen (*Sense and Sensibility*, 1811) y *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann (1901), o *La madre*, de Maksim Gorki (*Mat'*, 1906-1907), se establece a lo largo del siglo una extensa cadena de novelas «sociales» que nos permiten aprender mucho sobre las normas, las formas de comportamiento, las diferencias de estatus social y las condiciones de vida materiales; y ello, en no menor grado que las obras de las ciencias sociales. James Fenimore Cooper y Henry James, Charles Dickens, George Eliot y Anthony Trollope, Gustave Flaubert y Émile Zola, Iván Turguénev y León Tolstói, y Theodor Fontane figuran entre los testigos más destacados de la historia de la sociedad, las mentalidades y las costumbres del siglo XIX.

¿Hasta qué punto la novela «realista», con su descripción de la coetaneidad, se ha difundido universalmente a partir de las tres grandes literaturas nacionales que hay a este respecto: la francesa, la inglesa y la rusa?[71] En algunos ambientes culturales se consolidó ya en el mismo siglo XIX, pero en otros lo hizo más tarde o no llegó siquiera a arraigar. En Estados Unidos, cuando acabó la guerra civil, en 1865, la novela se convirtió en foco de oposición contra las convenciones culturales y la destrucción de los valores sociales por efecto del individualismo exacerbado.[72] En Europa hay literaturas nacionales de importancia —como la italiana o la húngara— en las que la narrativa del realismo social, como género distinto a la novela psicológica o histórica, ocupa un lugar marginal en el siglo XIX. Por otro lado, en literaturas menos conocidas hay ejemplos de novelas que reflexionan con hondura sobre los problemas sociales de la época. Con su ciclo *Escenas de la vida portuguesa*, José Maria Eça de Queirós se situó en la estela inmediata de *La comedia humana* de Balzac, con la intención de esbozar un panorama de todas las clases de la sociedad lusa contemporánea. Solo llegó a completar una pequeña parte,

sobre todo la relativa a la vida de los salones portugueses en la década de 1870, que describe en la novela *Os Maias* («Los Maia»). En Polonia, Bolesław Prus consiguió trazar en *Lalka* («La muñeca», 1887-1889) un retrato artístico de los problemas de la época, especialmente agudo en lo que atañe a la relación de la nobleza y la burguesía. En la literatura noruega, Alexander Kielland ocupa una posición similar con *Garman & Worse* (1880), una novela con ribetes irónicos sobre una familia de comerciantes, que influyó a Thomas Mann en la preparación de *Los Buddenbrook*. En Chile, el *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana (1862), primera novela realista de la literatura hispanoamericana, refleja la transformación de un país que abandonaba el orden patriarcal y agrícola en favor de una organización social de índole capitalista. Bajo el seudónimo «Multatuli», Eduard Douwes Dekker publicó en 1860 la novela *Max Havelaar*; es un prodigio de estilo y elaboración formal que hoy se considera el texto en prosa más importante de la literatura neerlandesa del siglo XIX. Además, la novela adquirió una significación real al desvelar sin paliativos cómo era la política colonial de los Países Bajos en las Indias Orientales (la moderna Indonesia). Los ataques de Multatuli tuvieron tanto eco entre la opinión pública y en el Parlamento que hicieron que algunas de las situaciones más crueles de las colonias se corrigieran.

¿Qué estaba ocurriendo en los entornos culturales de Asia y África que, en el siglo XIX, entraron en contacto con Europa? Mientras que en los dominios del imperio británico surgió una literatura colonial, la población original no logró que se escuchara su voz hasta el siglo XX. Las condiciones de vida en Sudáfrica se describieron por primera vez desde dentro en 1883, en la *Story of an African Farm* («Historia de una granja africana»), de Olive Schreiner. En Australia, las novelas del siglo XIX describen las condiciones de vida de los presos. En este campo, se considera que el clásico de la crítica social es una novela basada en acontecimientos reales: *For the Term of His*

Natural Life («Condenado de por vida», 1870-1872), de Marcus Clarke. En *The Imperialist* (1904), Sara Jeanette Duncan trata del surgimiento de una conciencia nacional en Canadá.

La gran tradición novelística china de la dinastía Ming y la anterior dinastía Qing culminó en *Honglou Meng* («Sueño en el pabellón rojo»), una saga familiar sumamente reveladora que, en vida de su autor, Cao Xueqin (1715-1764), solo circuló en forma manuscrita; pero desde que se dio a la imprenta, en 1792, no ha dejado de ser una de las novelas más populares de China. El siglo XIX aportó poco. Los cambios que provocó la irrupción de Occidente tardaron en manifestarse en forma novelada. En realidad, aún no se ha escrito la gran novela china sobre la rebelión Taiping o el desafío de los misioneros cristianos. Como primer texto que se enfrenta a las nueva realidad se suele citar *Haishang hua liezhuan* («Biografías de flores de Shanghái»), de Han Bangqing. La novela transcurre en el ambiente de cortesanas y clientes de la sociedad mixta, sino-occidental, de Shanghái. Nada más iniciarse el nuevo siglo —que, con el levantamiento de los bóxers, significó una profunda ruptura para China— empezaron a aparecer novelas que describían las condiciones del presente con una paleta muy sombría. Una de las más conocidas es *Henhai* (1905, de Wu Woyao, el novelista chino más productivo de aquellos años), cuyo título («Mar de pesadumbre») describe de forma gráfica el estado de ánimo imperante en el momento.73 En China, en su conjunto, la novela social crítica no fue una importación de Occidente, sino que da continuidad a una tradición prosística propia que había surgido en el siglo XVI, con independencia de las influencias europeas. Aun así, la novela realista no fue el principal de los géneros literarios —como sí lo era en Europa— hasta la década de 1930.

En Japón, la jerarquía de los géneros literarios era distinta de la europea y la china. Aquí, la prosa narrativa novelesca ya había logrado en el siglo XI una perfección considerable, por medio de las obras de algunas damas de la corte (sobre todo en

el *Genji monogatari*, «La novela de Genji», de Murasaki Shikibu). Aun así, en el período Tokugawa los géneros más prestigiosos eran la poesía y el teatro. Tras la apertura del país a Occidente —sobre todo a partir de 1868, el que se considera año fundacional de la moderna literatura japonesa—, los géneros narrativos locales fueron sustituidos por las formas occidentalizadas con mucha más celeridad que en China. La primera novela moderna de Japón, compuesta en un estilo próximo a la lengua oral, que también resultaba comprensible para los lectores menos cultos, fue *Ukigomo* («Nubes flotantes», 1885-1886), de Futabatei Shimei. Como después de la guerra sino-japonesa de 1894-1895, a pesar de la victoria nipona (o precisamente por eso mismo), se hicieron aún más evidentes las contradicciones internas de la modernización, fueron numerosos los autores que abordaron cuestiones de crítica social; sin embargo, la mayoría limitaron la descripción al ámbito más privado y familiar. El análisis panorámico de Balzac o Zola no se encuentra entre los autores japoneses de finales de la era Meiji.[74]

Libros de viajes

Junto a la novela realista, para el siglo XIX (y para los historiadores actuales que se ocupan de esta época), los libros de viajes supusieron una fuente imprescindible de conocimiento del mundo. Pese a todo, el género había perdido un poco de importancia con respecto a la Edad Moderna, cuando de las zonas más remotas no se sabía nada más que lo aportado por la literatura de viajes. En el mismo siglo XIX, algunos textos del género ya adquirieron no solo una significación literaria mundial, sino el carácter de fuentes de primera categoría. En lo que atañe a los viajes dentro de Europa, bastará como ejemplo el libro de Madame de Staël sobre Alemania (*De l'Allemagne*, 1810), de enorme influencia. En cuanto a los viajes por lugares más remotos, destacan la valoración que Alexander von Humboldt hizo de sus viajes por Sudamérica entre 1799 y 1804; los diarios de la expedición con la que Meriwether Lewis y

William Clark, por encargo del presidente Jefferson, cruzaron el continente norteamericano entre mayo de 1804 y septiembre de 1806; el informe del joven juez francés Alexis de Tocqueville sobre Estados Unidos, país que visitó en 1831-1832; el viaje del naturalista Charles Darwin a las islas Galápagos, de 1831 a 1836; las impresiones de Heinrich Barth sobre el África septentrional y central, reunidas al servicio de los británicos entre 1849 y 1855; la descripción del viaje a La Meca y a Medina de sir Richard Burton, en 1853; la exposición enciclopédica de la isla de Java en la década de 1850, por Franz Junghuhn; el informe de August von Haxthausen, un barón de Westfalia, sobre un recorrido de más de 10.000 kilómetros por la Rusia continental, publicado de 1847 a 1852 —este libro logró que, por primera vez, la intelectualidad de las ciudades del imperio ruso[75] tuviera constancia de cómo vivían sus compatriotas del campesinado—; o los cinco volúmenes del barón Ferdinand von Richthofen sobre China (1877-1912), basados en viajes de los años 1862 a 1872, cuando casi ningún europeo había puesto el pie en las provincias del interior del imperio.[76] Todos estos textos comparten la emoción del descubrimiento, que en la siguiente generación de viajeros ya desapareció y que hoy resulta casi irrecuperable. Y todos aquellos viajeros (con la salvedad de Burton, un aventurero con más sombras) compartían asimismo el considerar la ciencia como un deber sagrado. No pocos de aquellos «grandes» viajes nacieron como proyectos de hombres jóvenes que ansiaban sentar la base de una futura carrera académica. Más que en ningún otro período anterior o posterior, en el siglo posterior a la visita americana de Humboldt, los viajes se convirtieron, en Europa, en una fuente autorizada de conocimiento científico.

A diferencia de lo ocurrido en la Edad Moderna, en el siglo XIX fueron llegando a Europa cada vez más viajeros de ultramar que también describieron el viejo continente a sus propios compatriotas: legados chinos y ministros japoneses; sabios indios y norteafricanos; un rey de la actual Botsuana; y

también monarcas orientales como el sultán del imperio otomano (con ocasión de la exposición universal de París, en 1867, Abdülaziz fue el primer soberano turco que visitó la Europa cristiana), el sah persa Naser al-Din (que acudió a Europa en tres ocasiones —1872, 1878 y 1889— y compuso, u ordenó componer, un diario sobre la experiencia); y el rey Chulalongkorn de Siam, un observador particularmente perspicaz, que entró en Europa por primera vez en 1867.77 Sabios asiáticos como el bengalí Ram Mohan Roy, que llegó a Inglaterra en 1831 y falleció en Bristol en 1833, o Li Gui, un funcionario de baja jerarquía —el primer chino que emprendió una vuelta al mundo, en 1876-1877, e informó sobre ella en un diario publicado— influyeron sobre el concepto de Occidente que se tenía en su propio país.78 Dentro del Asia oriental también surgió una importante literatura de viajes y de observación mutua. Así, Fu Yunlong —que por encargo del gobierno chino viajó, entre 1887 y 1889, a Japón y Norteamérica, y luego trabajó como jefe de una sección en el Ministerio de Guerra— compuso una completa geografía de Japón en treinta volúmenes. Los japoneses enviaron informes igual de completos sobre el este del Asia continental.79

El grupo más extenso de viajeros que recorrieron Europa fue, por descontado, el de los americanos: algunos, ya vinieran de Iberoamérica o de Norteamérica, buscaban las raíces de su propia cultura; otros —con Mark Twain como figura más destacada— acudían con la firme convicción de proceder de un mundo más joven y mejor. En la segunda mitad del siglo XIX, los europeos ya no tuvieron que inventar «espejos extranjeros» en los que verse distorsionados hasta lo irreconocible o con miras a reconocerse satíricamente, como había hecho Montesquieu en las *Lettres persanes* (*Cartas persas*, de 1721). El resto del mundo empezó a expresar qué pensaba de Europa. Así ocurrió también en las colonias; primero, en la India británica, la zona colonial cuya clase culta estaba más fuertemente influida por Europa y la de vida literaria y política

más dinámica.[80] En el siglo XIX, las reacciones de los asiáticos ante Europa todavía no se organizaron en ninguna clase de «estudios occidentales» de carácter sistemático, que pudieran oponer al orientalismo surgido en Europa. Solo Japón poseía una base para ello, en el caso de los «estudios holandeses» (*rangaku*), establecidos allí desde el siglo XVIII para observar a los comerciantes neerlandeses en Nagasaki y examinar los libros que traían.[81] Cuando los geógrafos norteamericanos empezaron a dedicar atención a Europa, lo hicieron con los instrumentos de la ciencia *europea.*

Mapas y mediciones

En el siglo XIX, los estudiosos viajeros, geógrafos universitarios y otros autores por el estilo seguían siendo, en su conjunto, los principales recopiladores europeos de información sobre el mundo exterior. No es de extrañar que su actividad se integrara cada vez más en los proyectos imperiales y coloniales de las grandes potencias.[82] La geografía, en *una* de sus facetas, era un discurso universal y cada vez más imperial que, sin embargo, podía usarse para criticar la conquista mundial de Europa (como hicieron los geógrafos alemanes más influyentes de la primera mitad de siglo, Carl Ritter y Alexander von Humboldt). Al mismo tiempo, fue una de las grandes historias de éxito de los siglos XVIII y XIX: una descripción precisa de la realidad social y natural, que dio a Europa una de sus ventajas decisivas sobre otras civilizaciones. Por mucho que a veces los viajes de estudio «de campo» nacieran de ideas irracionales o increíbles, pese a todo la suma de sus actividades representó un incremento colosal en el conocimiento preciso del mundo.[83] Resulta especialmente claro en el campo de la cartografía.[84] La medición y la transposición cartográfica de toda la superficie terrestre y marítima del planeta fue uno de los grandes proyectos colectivos de la ciencia moderna, estrechamente relacionado con la conquista marítima universal de los europeos. Empezó con los mapas portugueses y españoles, continuó desde 1700 con el proyecto neerlandés de trazar una

descripción completa de la Tierra y, en el siglo XVIII, se benefició del refinamiento de las técnicas de medición y el nuevo incremento del alcance de la navegación europea. La forma material de la que durante mucho tiempo fue la zona más «oscura» del planeta —África, al sur del Sahara— se sabía representar correctamente, en lo esencial, desde la década de 1880. Si el siglo XVIII había sido la era de la revolución en las técnicas agrimensoras y cartográficas, el siglo XIX lo fue por la utilización universal de esas herramientas. Con tal tenacidad exploradora y medidora se pudo abordar al fin, literalmente, el mundo *al completo*. A finales del siglo XIX se disponía de una imagen cartográfica de todo el planeta que apenas quedaría superada hasta el advenimiento de la cartografía satelital y el trabajo computerizado. En muchas de aquellas empresas cartográficas, los no occidentales participaron informando, aportando material, aconsejando o actuando como socios científicos; sobre todo, es cierto, en posiciones formalmente subordinadas, pero aun así, sin el conocimiento local nunca se habría logrado representar de verdad el planeta al completo, sin omisiones.

Fuera de Occidente, Japón fue el primer país (y durante mucho tiempo, el único) en crear mapas y mediciones con un nivel de precisión equiparable al europeo. Al principio fue una iniciativa privada, debida a la inquietante aparición, en la década de 1790, de barcos rusos en las proximidades de las costas japonesas. La cartografía no se convirtió en un proyecto nacional promovido con total seriedad por el estado hasta la era Meiji, después de 1868.85 Entre las tradiciones culturales no europeas, la china era la que primero podría haber desarrollado una geografía «moderna». Entre las tareas de los funcionarios regionales figuraba la de presentar informes empíricos detallados sobre las condiciones de su zona de referencia. Igual que la filología desarrolló el examen minucioso de los textos tradicionales, la geografía encajaba con la erudición *kaozheng*, un estudio empírico que, a finales del siglo XVII, se había

convertido en la forma dominante de la investigación académica.86 Sin embargo, la geografía china del siglo XIX careció de los grandes encargos estatales que fueron típicos de Europa.87 La geografía china no alcanzó a emanciparse de los objetivos restrictivamente prácticos de la administración, ni tampoco de la preponderancia de la historiografía, considerada una disciplina principal a la que la geografía se debía subordinar. Además, había olvidado las innovaciones cartográficas y agrimensoras que los jesuitas habían llevado a China en el siglo XVII. La geografía china moderna, según surgió a partir de 1920, podía haber partido exclusivamente de sus propios precedentes nacionales, pero aun así adoptó elementos esenciales de la ciencia geográfica occidental. En consecuencia ha sido, desde el principio, un discurso híbrido.88

Sociología

La geografía era una ciencia de mirada global, pero raíces locales. Como geografía económica, acompañó el proceso de la industrialización en Europa y Norteamérica; como geografía colonial, la expansión territorial de Occidente. Pero las ciencias sociales, surgidas en el propio siglo XIX, fueron un órgano de autoobservación todavía más importante. Por la orientación teórica de su cuestionamiento, fueron más allá que los viejos reportajes sociales, pero sin descuidar nunca la descripción empírica de la realidad social. La economía ya había incorporado esta relación *antes* del memorable estudio de Adam Smith sobre la riqueza de las naciones (1776). La tendencia a establecer modelos abstractos se percibía ya en 1817, con David Ricardo, pero no se erigió como estilo preponderante hasta después de 1870, con la aparición de las teorías matemáticas de la utilidad subjetiva y el equilibrio de mercado que se desarrollaron de forma aproximadamente simultánea en Austria, Suiza y Gran Bretaña. Al mismo tiempo, sobre todo en Alemania, continuó floreciendo la *Nationalökonomie* entendida como el estudio histórico y descriptivo de los sucesos

económicos coetáneos y pasados. Esta orientación se organizó en 1872 con la fundación del Verein für Socialpolitik (Asociación de Política Social), que, a lo largo de los años, hizo una gran aportación al mejor conocimiento de la sociedad.
La sociología, fundada por Auguste Comte y Herbert Spencer, se concebía antes que nada como una disciplina teórica. En Alemania, en cambio, al ser un bastión del historicismo y la investigación crítica con las fuentes, se mantuvo especialmente cerca de la historia desde Lorenz von Stein, autor de la *Historia de los movimientos sociales en Francia* (1842) y primer experto en ciencias sociales dentro del ámbito lingüístico germano; y fue desde el principio menos general y dada a las conjeturas que en Francia y Gran Bretaña. En todas partes, también en Estados Unidos, la sociología se anexionó hacia finales de siglo el campo del estudio social empírico, que antes había sido más bien dominio de las instituciones estatales y de reformadores sociales a título personal, como Charles Booth. En Gran Bretaña, el nacimiento en 1895 de la London School of Economics and Political Science, como departamento universitario de ciencias sociales caracterizado por la inspiración reformista, marcó el paso hacia un estudio social que integraba tanto la teoría como la investigación factual; pese a todo, la «sociología» como tal solo contó con profesores específicos a partir de 1907, y la disciplina se profesionalizó con más lentitud que en el continente. En Estados Unidos supuso un hito similar la creación del primer departamento de Sociología en 1892, en la recién fundada Universidad de Chicago.89
Hasta la década de 1890, la sociología académica no hizo una aportación a gran escala a la investigación de las sociedades contemporáneas. Solo hacia esas fechas comenzó la autoobservación metódica de las sociedades avanzadas, que desde entonces no ha dejado de institucionalizarse. La sociología se expandió con rapidez, al menos hacia el Asia oriental, donde se encontraron las influencias de Europa y

Norteamérica. Ya en 1893 se instauró en la universidad imperial de Tokio una cátedra de sociología, tan solo unos años después de que se hallara un equivalente japonés al concepto europeo de «sociedad».90 En China, al principio, esta materia fue enseñada por extranjeros que realizaron estudios propios sobre temas como los gremios municipales, las relaciones internas de los clanes manchúes dominantes o la estructura de la sociedad agrícola del norte del país. En 1915 —es decir, cuando aún vivían héroes fundacionales de la disciplina, como Émile Durkheim, Max Weber y Georg Simmel— apareció la primera descripción sociológica de la sociedad china obra de autores nacionales; ese mismo año empezó a haber docentes chinos de la materia en unas pocas universidades. Desde entonces, los sociólogos chinos —sobre todo, de orientación marxista— han realizado un gran número de estudios sobre la sociedad contemporánea.91

Antes del siglo XIX, las sociedades nunca habían logrado disponer de un espacio para la observación de sí mismas, de forma permanente y en instituciones estables. De muchas fuentes antiguas podría decirse que son descripciones de la realidad social de sus civilizaciones respectivas; pero al mismo tiempo se trata de interpretaciones. En el siglo XVIII ya se habían realizado avances en lo que después se calificaría de contextos «sociológicos», como por ejemplo el modelo económico basado en los procesos de circulación de la sangre, concebido por el médico francés François Quesnay, o la variopinta «ciencia del hombre» de la Ilustración escocesa, inglesa y francesa. Pero solo después de 1830, cuando se aceleró la transformación social de Europa, surgió un discurso científico y social perdurable, que se desarrolló primero entre los intelectuales y reformistas filantrópicos y, hacia finales de siglo, se consolidó en las universidades. Aquí debemos precisar, una vez más, que se trata de una particularidad de Europa. Las ciencias sociales, sin embargo, se exportaron pronto con éxito. La primera, la economía política, que, además de en Norteamérica, se recibió

primero en Japón y la India; sus pioneros, sobre todo Adam Smith y John Stuart Mill, estuvieron entre los autores europeos más traducidos.92 En sus variantes más radicales, la economía política también sirvió como arma crítica contra el colonialismo: hacia el final del siglo, llegaron a esta consecuencia tanto los opositores al expolio de la India (*drain of wealth*) mediante tributos obligatorios, según el análisis del funcionario estatal e historiador económico Romesh Chunder Dutt, como algunos teóricos del imperialismo europeos y japoneses.

4. ESTADÍSTICA

Censos de población

El siglo XIX fue la época fundacional de la estadística *moderna*: no la mera compilación de datos reunidos más o menos al azar, sino su obtención metódica e íntegra con la posterior elaboración matemática. El estado fue asumiendo estas tareas y, de hecho, las tareas fueron adquiriendo tal complejidad que, a la postre, *solo* el estado era capaz de domeñar su organización. En la segunda mitad del siglo XIX, la estadística se convirtió en lo que hoy todavía es: la herramienta más destacada con que las sociedades se «monitorizan» a sí mismas de forma continuada.

Su forma primigenia fue el censo de población. Las autoridades empezaron pronto a hacer recuento de sus súbditos. Por razones militares y fiscales se contaban los hogares, las personas, las cabezas de ganado. En los estados más extensos era poco frecuente que el proceso afectara a todo el territorio por igual; los resultados suelen ser incompletos o directamente se han perdido. Los geógrafos históricos, que necesitan esa clase de fuentes, deben determinar en cada caso —por difícil que resulte en ocasiones— si cabe hablar o no de un censo con datos mínimamente útiles y fiables. A este respecto, ni Europa ni «Occidente» pueden reclamar con claridad haber sido la vanguardia en este campo. En el caso de China, los datos más antiguos que la demografía histórica considera aprovechables se remontan a los años 1368-1398, cuando el primer

emperador de la dinastía Ming hizo contar la población después de que se restableciera un gobierno central.93 En Japón, entre los siglos VIII y XI, hubo un registro de familias no muy distinto del que en principio aún existe. El primer censo nacional japonés que hoy resulta útil para los fines de la investigación demográfica se remonta a 1721, pero para nuestro conocimiento del Japón precontemporáneo son muy completos y aún más útiles los datos preservados localmente.94 Las autoridades otomanas hicieron recuentos demográficos regulares de los territorios recién conquistados; aunque solo fuera por razones fiscales y militares, había interés por tener datos realistas. La identidad étnica no se apuntaba, pero sí la pertenencia a grupos religiosos, porque hasta 1855 los súbditos no musulmanes debían satisfacer un impuesto de capitación. Entre 1828 y 1831 se llevó a cabo el primer censo general de habitantes varones del imperio en Europa y Anatolia; con él empieza la historia de la demografía turco-otomana.95 En el caso de Egipto —que por entonces era una provincia del imperio otomano, pero solo nominalmente—, tiene una utilidad similar el censo de 1848.

En Europa, el país pionero fue Suecia. El primer censo nacional sueco se realizó en 1755. En España, el gran monarca ilustrado Carlos III ordenó contar la población en 1787; se hizo con medios tan avanzados y metódicos que se ha hablado del primer censo «moderno» de Europa.96 En todos los grandes estados europeos, el período de modernidad de las estadísticas demográficas se inició hacia 1800.97 Esta modernidad suponía regularidad, institucionalización y verificabilidad de los procedimientos. Desde el punto de vista institucional, se precisaban cuatro elementos: (1) un departamento de estadística, incluido por lo general en el Ministerio de Interior, encargado de recopilar, valorar y publicar los datos; (2) un comité estadístico permanente, de funcionarios de gran nivel, responsables de coordinar la centralización; (3) sociedades estadísticas privadas, integradas por médicos, profesores,

ingenieros y titulares de cargos, que presionan conjuntamente para mejorar la ciencia estadística; y (4) oficinas municipales de estadística, que sin embargo no fueron habituales hasta la segunda mitad del siglo. Estos cuatro elementos no aparecieron todos a la vez, ni de hoy para mañana. Introducirlos en toda Europa requirió varias décadas. Empezaron Inglaterra, cuyo primer censo nacional se llevó a término en 1801, y la Francia revolucionaria y napoleónica. En 1810 se crearon, de forma simultánea, departamentos de estadística en Prusia y Austria, todavía poco eficaces. En los grandes imperios multiétnicos, obtener datos relativamente fiables resultaba mucho más difícil que en países pequeños como los Países Bajos y Bélgica, cuyos departamentos de estadística, a partir de 1830, tuvieron fama de modélicos. Hacia 1870 habían surgido en toda Europa autoridades estadísticas modernas, y en las actas de los Congresos Internacionales de Estadística (1853-1878) se formularon normas de calidad de las que ningún estado se podía sustraer. En Estados Unidos hubo censos demográficos guiados por criterios bastante modernos desde 1790, es decir, algo antes que en Europa. El sexto censo federal de 1840, pese a que en la práctica abundaron los errores y deficiencias, fue celebrado en todas partes como uno de los grandes logros de la nación.[98]

Obtener un censo de la población india era una de las labores demográficas más arduas que se pudieran imaginar. En el subcontinente indio, a diferencia de en China, Japón o Birmania, los gobiernos precoloniales apenas se habían preocupado por contar a sus súbditos. Los británicos, en cambio, se esforzaron pronto por disponer de datos empíricos. Esto suponía, para empezar, recabar información sobre las ciudades más populosas, su situación, importancia política y número de habitantes.[99] En 1820 se dispuso de un primer *gazetteer* o directorio geográfico de la India, todavía muy incompleto. Aún se desconocía la cifra total de habitantes del país y no se comprendía, ni siquiera de forma aproximada, la

estructura interior de la sociedad india. Para empezar, las magnitudes de trabajo de origen europeo no se podían exportar sin más a la India: ¿qué sentido debía darse, en este país, a conceptos como «familia», «hogar» o «pueblo»? ¿Qué límite de edad separaba allí a un «adulto» de un «niño»? ¿Había una correspondencia fija entre la «casta» y determinados oficios? ¿Y cómo se debía identificar la pertenencia a una casta? Hubo varias décadas de experimentación; la población se calculaba a escala provincial, pero con una minuciosidad muy variable. No se lograron resultados satisfactorios hasta los censos de procedimientos más exactos y de ámbito nacional que se emprendieron, desde 1881, cada diez años.100 Para ello fue necesario dar rigidez al esquema categorial: la estadística no reflejaba la realidad sin más, sino que imprimía su propio orden sobre ella. Así, se consideraba *a priori* que la sociedad india estaba determinada por la religión. Si en las islas británicas nunca se preguntaba por el credo religioso de sus habitantes, en la India británica se entendía que la religión era un criterio de clasificación decisivo. Ello favoreció la consolidación de las *communities* («comunidades»), que tanta importancia adquirieron en la política posterior del subcontinente. Los demógrafos de la India británica, como sus consejeros etnológicos, estaban obsesionados por establecer una jerarquía de castas. Por ahí se abrieron paso las teorías raciales típicas de la época, y el censo de 1901, considerado especialmente científico, partía del supuesto de que la jerarquía social de la India era paralela a una graduación jerarquizada de la «pureza racial».

Los censos modernos no se limitan a contar personas. En Escandinavia, antes que en ningún otro lugar, se empezó a tomar nota asimismo de datos que, con el tiempo, serían obvios: nacimientos (diferenciando los legítimos de los ilegítimos), edad de la madre en el parto, edad al contraer matrimonio, edad al morir. Sin embargo, que se dispusiera o no de tales datos dependía de lo que Iglesias y autoridades

consideraban que valía la pena registrar. En la católica Filipinas, por ejemplo —país que, durante bastante tiempo, vivió en relativo retraso frente a otros países asiáticos—, los registros parroquiales contienen un largo historial de datos incompletos, aunque relevantes, sobre los enlaces matrimoniales. Allí donde se introducía el registro del estado civil —constatando la (i)legitimidad oficial de los matrimonios—, mejoraba de inmediato la colección de datos demográficos. En un país como China, donde los casamientos siguieron siendo una materia privada, se carecía de esos datos.

Estadística y política nacional

Un censo es un asunto público, una medida de la autoridad. El estado se convirtió en el órgano de la propia observación de las sociedades. A este respecto, el siglo XIX retoma tendencias anteriores. En Centroeuropa, la disciplina encargada de reunir los datos de la actualidad era la *polizeywissenschaft* («ciencia política»); en el ámbito anglófono se hablaba de *political arithmetic*. ¿Qué novedades aporta el siglo XIX? Refinar las prácticas de observación, preservar institucionalmente los resultados, y un afán de objetivación. Este pensamiento se reflejó en la creación de una nueva estadística matemática, plenamente desarrollada hacia 1890. Ya desde 1825, el astrónomo y matemático belga LambertAdolphe Quetelet se empeñó en identificar promedios y regularidades sociales en el material numérico y establecer correlaciones repetidas en la aparición de los diversos hechos sociales. Buscaba una «física social» que fuera más allá de los simples números e inventó el concepto de *l'homme moyen* («hombre promedio»), una de las grandes figuras míticas de la era moderna.101 Quetelet devino uno de los pensadores más influyentes del siglo XIX.

En varios países europeos, en las décadas de 1830 y 1840, se vivió una pasión por la estadística. Hacía que fueran visibles aspectos que, hasta entonces, o habían quedado ocultos o se habían dado por sentados. Los pobres no aparecen como muchedumbre si no se los cuenta. Así nació la magnitud

abstracta de «pobreza», que pedía un compromiso moral. Se fundaron publicaciones y sociedades estadísticas, se crearon departamentos estatales para la recopilación, valoración y archivo de los datos. La política pasó a depender, más que nunca, de informaciones exactas. En Francia, ya durante el Consulado de Napoleón, en 1801, se introdujo en el nivel de las prefecturas la obtención sistemática y regular de datos estatales. El estado napoleónico ansiaba llegar a lo más hondo de la sociedad burguesa y, con ese fin, necesitaba disponer de información lo más precisa y completa sobre ella.[102] El gobierno parlamentario de una Gran Bretaña que, en el nivel regional, estaba mucho menos burocratizada, hizo un uso extensivo de datos empíricos sobre toda clase de aspectos, desde las condiciones sanitarias en los barrios obreros al estado de salud de sus ejércitos.[103] La obtención de esos datos se confiaba a «comisiones reales» (*Royal Commissions*) que actuaban a instancias del Parlamento con un encargo específico y por un período de tiempo determinado. Los resultados se hacían públicos y quedaban a disposición no solo de los gobernantes, sino también de sus críticos. En *Hard Times* (*Tiempos difíciles*, 1854), Charles Dickens se burló de la figura del recopilador de datos y positivista a ultranza con el personaje de Thomas Grandgrind. Pero esta clase de positivismo no solo generó conocimientos útiles para el poder; además vertió agua en el molino analítico de voces antipositivistas y críticas con el sistema, como la de Karl Marx.

En Estados Unidos, la estadística también adquirió un papel relevante en la vida pública, quizá incluso más relevante aún que en Inglaterra o Francia. Solamente desde la perspectiva estadística podía pensarse en una integración a gran escala; solo con los números podían ponerse de manifiesto las dimensiones sin igual, pero hasta entonces inadvertidas, de Estados Unidos. Por motivos similares, la estadística interpretó un papel importante en la unificación de Italia: actuó como anticipo de la futura nación unida y ofreció a las nuevas élites

conocimientos especiales. Apenas se alcanzó la unidad política, se multiplicaron los estudios estadísticos, e incluso los liberales mostraron interés por registrar la población y los recursos y supervisar la actuación de las autoridades subordinadas desde una atalaya central. Italia fue hija de la estadística.[104]

El siglo XIX fue el siglo del recuento y la medición. Solo entonces, la aspiración ilustrada de describir el mundo al completo y ordenarlo taxonómicamente pudo dar paso a la fe en los números, capaces de desvelar la verdad; en los datos elaborados estadísticamente; e incluso, como proponía el marqués de Condorcet, el luminoso faro tardío de la Ilustración, en una «matemática social». Solo en el siglo XIX las sociedades se midieron a sí mismas y crearon archivos con los resultados. Quizá fueron incluso demasiado lejos. En algunos países se obtenían más datos estadísticos de los que se podían manejar administrativa y científicamente. La estadística se convirtió en lo que hoy día aún es: una forma de hablar de la retórica política. En manos de la burocracia estatal, se materializaron las categorías que los estadísticos se vieron obligados a usar. Eran categorías —clases, estratos, castas, grupos étnicos— surgidas de las necesidades técnicas de la estadística social, que, sin embargo, adquirieron la capacidad de moldear tanto la administración como la propia percepción. La estadística tenía una doble faceta: por un lado, contribuía a la descripción y la ilustración sociológica; por otro, era una gran máquina de etiquetar y estereotipar. En ambos casos, durante el siglo XIX, y en todo el mundo, se convirtió en elemento básico del imaginario social. La segunda faceta era especialmente visible en el espacio colonial: donde las relaciones sociales eran mucho más difíciles de comprender que en el entorno más próximo y conocido, se sucumbió reiteradamente a la tentación de una supuesta exactitud y objetividad; eso cuando no se fracasaba, para empezar, en la dificultad práctica de establecer un número fijo para poblaciones que eran móviles.

5. NOTICIAS

La prensa y su libertad

La expansión de la prensa en el siglo XIX la convirtió en algo aún más universal que la novela realista, la estadística y el análisis social empírico. Con frecuencia semanal o diaria, los periódicos, gacetas y revistas ofrecían espacios de comunicación para toda clase de ámbitos, desde la publicación local al *Times* de Londres, que, a finales de siglo, recogía noticias de todo el mundo y, a la inversa, se leía en todos los continentes. Allí donde la prensa arraigaba, transformaba en seguida las condiciones de la comunicación política. La exigencia de libertad de prensa —la seguridad de poder expresar en público y de forma recurrente la propia opinión, sin ser castigado por ello— actuó en todo el mundo como un impulso transformador. La prensa fue la primera en crear algo parecido a un espacio público, en el que el ciudadano «razonaba» y, al mismo tiempo, afirmaba su derecho a ser informado. Los padres fundadores de Estados Unidos ya defendieron que solo un miembro bien informado de la comunidad sería capaz de cumplir bien con su responsabilidad cívica; sin embargo, tras la aparición de la prensa de masas en Estados Unidos y otros países, poca gente compartía aquel optimismo.[105]

Al mismo tiempo, el espacio abierto por la prensa se puede interpretar de otra manera: como un nuevo nivel de reflexión de la sociedad sobre sí misma. Entre los diversos medios impresos, la distinción era fluida. En Europa, durante las primeras décadas del siglo, tuvieron un papel destacado los «opúsculos» —obras de corta extensión, publicadas individualmente—, porque escapaban a la censura con más facilidad que los libros y las publicaciones periódicas. La interconexión de las formas se puso de manifiesto igualmente en el hecho de que muchas novelas —la mayoría de las de Charles Dickens, por ejemplo— se publicaron primero en revistas, por entregas.

El periódico se caracterizó por varios rasgos especiales: (1) aparecía de forma regular; (2) era el producto de todo un grupo,

la «redacción»; (3) se dividía en secciones esquematizadas; (4) incluía noticias que iban más allá del horizonte de experiencias regionales y sociales de sus lectores; (5) estas noticias tendieron a ser cada vez más actuales (en Alemania, en 1856, solo el 11 % de los artículos se ocupaban de hechos ocurridos hacía menos de un día, pero en 1905 el porcentaje era del 95 %);[106] (6) su producción era cada vez más industrial y se beneficiaba de las innovaciones técnicas más recientes, lo cual, con la aparición de la prensa de masas, exigió la entrada de grandes capitales; y (7) vivía en un mercado de oscilación diaria y (salvo en el caso de los suscriptores) dependía de que el consumidor decidiera comprar la prensa.

La prensa otorgó la mayoría de edad a los lectores en cuanto súbditos políticos y, cada vez con más frecuencia, intentó movilizarlos para sus propios fines. Entre mediados del siglo XIX y finales de la década de 1920 (cuando en Europa y Norteamérica la radio alcanzó a públicos más numerosos), la prensa dominó sin competencia. Como en el sector la concentración empresarial no era todavía tan intensa como lo fue un cuarto de siglo más tarde, puede afirmarse, por ejemplo de Estados Unidos, que poco después de 1900 el número y la diversidad de las cabeceras fue mayor que nunca antes o después. Hacia finales de siglo, el magnate de la prensa, en países como Estados Unidos, Gran Bretaña o Australia, se convirtió en una fuerza política sui géneris.

La edad de oro de las publicaciones periódicas necesitaba la *libertad* de prensa. En países como Alemania, donde la censura no se relajó al mismo tiempo que la productividad técnica mejoraba, los periódicos lo tenían más difícil que publicaciones políticamente menos comprometidas, como la *Gartenlaube* (desde 1853), antecedente de las modernas revistas ilustradas. En los estados de la Confederación Germánica, los Decretos de Karlsbad, de 1819, institucionalizaron una regulación particularmente represiva con la prensa. Aunque las autoridades censorias carecían de la agilidad precisa para

aplicar siempre la ley al pie de la letra, determinaban la vida diaria de editores y periodistas. Tras la revolución de 1848, el sistema de Karlsbad no se recuperó; sobre todo, no volvió a haber censura *previa* a la publicación. Ya no era necesaria, pues ahora los aparatos estatales disponían de medios suficientes para controlar la palabra impresa. La policía y los jueces desempeñaban ahora la tarea que habían hecho los censores en la época Biedermeier, a veces con más dureza que estos. El primer estado alemán que introdujo la plena libertad de prensa fue el reino de Wurtemberg, en 1864. La censura previa no se abolió de forma general y definitiva hasta la ley imperial de prensa de 1874. En lo sucesivo, las cabeceras mal vistas por el poder eran objeto de acoso, pero ya no de represión. En adelante, en la lucha contra los católicos —y sobre todo los socialdemócratas— Bismarck no tuvo reparos en atacar la libertad de prensa.[107] El periodismo de oposición, en la época de Bismarck, nunca tuvo garantía de no ser perseguido judicialmente; por otro lado, entre bambalinas, el canciller utilizaba a una parte de la prensa conservadora para sus propios fines. Solo después de 1890, la prensa burguesa —la socialista todavía no— pudo disfrutar de la libertad de acción que, en el mundo anglosajón, hacía tiempo que se daba por descontada.[108]

En casi ningún otro ámbito resulta tan evidente la posición peculiar de los países marcados por la civilización británica. En 1644, John Milton (en *Areopagitica*) ya se había alzado en contra de que se exigieran permisos antes de publicar, y su petición ejerció una gran influencia. En Estados Unidos, la primera enmienda (*First Amendment*) prohibió al Congreso, en 1791, limitar de ningún modo la libertad de expresión y de prensa. Por descontado, esto seguía siendo una cuestión interpretable, y a partir de 1798 emergió repetidamente la duda de si se había superado la barrera del «libelo sedicioso» al castigar el delito —recogido en el derecho consuetudinario, pero de mala fama, debido a su imprecisión— de la ofensa a una

«figura pública».[109] En conjunto, sin embargo, en el siglo XIX Estados Unidos fue un país de prensa libre. Con el tiempo, en la cultura política estadounidense se consolidó la idea de que la prensa era un contrapeso institucionalizado de los gobiernos (el *fourth estate* o «cuarto poder»). En Gran Bretaña, desde 1695, el estado carecía de procedimientos legales para actuar en contra de las cabeceras demasiado críticas, pero la circulación de periódicos se veía obstaculizada por un impuesto sobre la producción impresa, llamado *stamp duty*, cuyos últimos vestigios no se abolieron hasta 1855.

En Canadá, Australia y Nueva Zelanda surgió una prensa dinámica con escaso retraso frente a Gran Bretaña y Estados Unidos. En Canadá, un país con 4,3 millones de habitantes, el servicio postal repartió en 1880 unos 30 millones de ejemplares de periódicos.[110] Una visitante inglesa quedó sorprendida cuando, a finales de la década de 1850, al pasear una mañana por la ciudad de Melbourne, vio un periódico en cada umbral. En un país de baja densidad demográfica como Australia, la prensa, apenas estorbada por el gobierno colonial, contribuyó de forma importante a la concentración comunicativa de una «sociedad civil» democrática. La prensa recogía abundantes noticias sobre la metrópoli imperial, pero también favoreció la difusión de las voces de Australia en Londres. En el extenso país oceánico, la prensa se convirtió pronto en un poder político.[111]

No es fácil determinar, en todos y cada uno de los casos nacionales, cuándo se abolió legal y constitucionalmente la censura de prensa; menos aún, saber cuándo los obstáculos que las administraciones interponían *de hecho* a la acción editorial y periodística —exigencia de fianzas, registros policiales de la redacción, confiscaciones, amenazas procesales, etc.— no pasaron de ser incidentes aislados. La censura *posterior* a la publicación desapareció siempre después que la previa. En los países en los que —como en España— la prensa descansaba sobre cimientos tan débiles que los periodistas no

podían sostenerse sin un segundo puesto de trabajo proporcionado por sus contactos políticos, ni siquiera una ley de prensa muy liberal resultaba de gran utilidad.[112] En la Europa continental, el primer país donde rigió la libertad de prensa fue Noruega, desde 1814; en 1830 se le unieron Bélgica y Suiza; en 1848 se habían sumado también Suecia, Dinamarca y los Países Bajos.[113] En Francia, el hecho de que en 1789 los revolucionarios afirmaran, en la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, que «la libre comunicación de los pensamientos y opiniones» era «uno de los más valiosos derechos del hombre» (artículo 11) tuvo una influencia práctica escasa. El segundo imperio, con Napoleón III (1851-1870), todavía se esforzó mucho, en sus primeros años, por controlar y despolitizar la prensa y la industria editorial; sin embargo, cuando en la segunda década el régimen se transformó en un sistema casi parlamentario, aflojó notablemente las riendas.[114] La esfera pública solo funcionó sin obstáculos después de que en 1878, con la Tercera República, se abolieran las medidas represivas —propias casi de un estado del terror— impuestas tras el levantamiento de la Comuna, en 1871. En 1881, una ley de prensa modélica en su liberalismo inauguró una nueva época de la historia de la prensa francesa: una auténtica *belle époque* en la cual la prensa política alcanzó la cúspide, por nivel y diversidad de sus voces políticas, por su prosperidad económica y su influencia en los asuntos de la república;[115] después de 1914, la situación declinó otra vez. Hasta el cambio de 1881, en ningún otro país de Europa se vivió tal división y lucha por la libertad de prensa como en la Francia políticamente partida en dos.

En la monarquía de los Habsburgo no empezó a formarse un clima de opinión liberal hasta la década de 1870. Hasta la primera guerra mundial hubo confiscaciones repetidas de periódicos. En un imperio multiétnico, la situación se complicaba por la existencia de publicaciones en las distintas lenguas de las nacionalidades. Sobre cualquier afirmación que

pudiera tildarse de «separatista» colgaba siempre la espada de Damocles del artículo legal sobre la alta traición; esto afectó en particular a la prensa checa.116 En el imperio zarista, la ley de censura de 1865, de carácter liberalizador, hizo posible la «aparición de una prensa relativamente independiente, pese a todos los actos de censura y represión».117 Se compara aquí con la situación en Rusia *antes* de la reforma, no con la vida de la prensa contemporánea —libre y vital— en Estados Unidos, Gran Bretaña o los países escandinavos. Con esta reforma, Rusia siguió el modelo de la Europa occidental, por el que se pasaba de la censura preventiva a un control jurídico y gubernamental *posterior* a la publicación. A partir de 1905, la prensa rusa tuvo tanta libertad como en Occidente, en teoría, pero en la práctica siguió expuesta a las trabas de las autoridades, más intensas que las que se padecían todavía en Alemania o Austria. Desde luego, no puede decirse que *toda* Europa fuera un paraíso de la libertad de prensa frente a un mundo exterior menos adelantado.

La prensa en Asia y África

La prensa diaria fue un invento europeo y estadounidense que no tardó en adoptarse fuera del ámbito noratlántico. Allí donde había clases locales cultas (o donde surgieron por la educación colonial), estas no tardaron en aprovechar la ocasión de hacerse oír, tanto en las lenguas locales como en la de sus señores de la metrópoli. Es un fenómeno particularmente visible en la India británica. Aquí la prensa se desarrolló casi en plena sincronía con Europa. Debe tenerse en cuenta, además, que de hecho se produjo una *doble* revolución en las comunicaciones, pues junto con la prensa se introdujo la imprenta. El primer periódico en lengua inglesa apareció en 1780, en Calcuta; el primero en una lengua india, el bengalí, en 1818. En 1830 se fundó el *Bombay Samachar*, en lengua gudyaratí, que aún se publica. Pronto hubo también periódicos anglófonos redactados por indios. Todos compartían la técnica de la litografía, que se difundió asimismo con rapidez por las pequeñas ciudades de

provincias. La adopción del nuevo medio en la India fue tan rápida, ávida y exitosa porque pudo basarse en una rica tradición local de redacción de noticias.118 Entre 1835 y 1857 se vivió un período de vivo avance en un marco liberal con el que, por ejemplo en la Confederación Germánica de la época, solo se podía soñar. Tras la rebelión de 1857 («de los Cipayos»), el gobierno colonial se volvió más susceptible a las críticas locales y reforzó el control de la prensa, pero sin llegar nunca a amordazar la opinión pública. El régimen del virreinato entendía que la prensa resultaba útil como un órgano de comunicación con la población que, al mismo tiempo, transmitía al gobierno noticias y estados de ánimo de la sociedad india. Si a estas consideraciones pragmáticas se añade la tradición legal inglesa —que, en general, obligaba también al poder estatal de Gran Bretaña en la India—, se comprende por qué la India figura entre los países del siglo XIX con una prensa más desarrollada. No es un hecho trasladable a las colonias de otras potencias europeas. Así, aunque los Países Bajos era un país tan democrático como Gran Bretaña, en las Indias Orientales Neerlandesas se arredraron mucho más que el Raj (como se denominaba al gobierno de la India británica) a la hora de liberalizar la vigilancia sobre la prensa y, en general, sobre la vida pública.119

La evolución de China vuelve a ser particular. A diferencia de la India, en China, con su antigua tradición de cultura impresa, ya existían gacetas independientes. Si desde aproximadamente 1730 se publicaba el *Jingbao* («Noticias de la capital», más conocido en Occidente como «Gaceta de Pekín»), en realidad este contaba con cerca de un milenio de precedentes. Se trataba de una publicación oficial que, sin «redacción», reproducía noticias de palacio, edictos, peticiones e informes de la censura. Esta gaceta cortesana perduró hasta el fin de la monarquía, en 1911; desde 1900 se asemejaba más a un periódico y se denominó *Guanbao* («Periódico del funcionariado»). La prensa moderna fue introducida por misioneros protestantes que, antes de la

apertura de China en 1842, actuaban desde el exterior (Malaca y Batavia/ Yakarta), luego desde Hong Kong, Cantón (Guangzhou) y Shanghái. Desde el principio se dirigieron en chino a la población que aspiraban a convertir y proteger. Además de propaganda cristiana, sus publicaciones incluían información cultural en general sobre Occidente. No se trataba de una prensa de noticias políticas. En los «puertos de los tratados» que fueron siendo creados desde el final de la guerra del Opio, en 1842 —como espacios donde se aplicaban las leyes extranjeras—, y en particular en Shanghái, el más importante de todos con diferencia, floreció una prensa foránea. Reflejaba las ideas e intereses de los comerciantes europeos y estadounidenses de esos puertos de los tratados, pero además estaba en general bien informada sobre los asuntos de China. Desde 1861 se desarrolló igualmente una prensa china de propiedad privada, libre del control de las autoridades chinas, tanto en los puertos de los tratados (como Shanghái y Tianjín) como en la real colonia británica de Hong Kong.

Una cabecera como *Shenbao* («Noticiario de Shanghái»), fundada en 1872, se publicó en Shanghái hasta 1949; hasta 1909 fue una empresa conjunta sino-británica que, hacia el cambio de siglo, aguantaba perfectamente la comparación con la prensa seria de Europa (como el prestigioso *Berliner Tageblatt*, de una importancia similar y fundado en el mismo año). Pese a todo, antes de la revolución de 1911 no alcanzó nunca una difusión superior a los 10.000 ejemplares por día. Intentaba emular, con bastante éxito y rigor en la composición de sus noticias, el modelo del *Times* londinense. El *Shenbao* logró convertir las viejas formas chinas del discurso político y la crítica al poder en los editoriales de índole moderna que, tanto en China como en Gran Bretaña, alcanzaron la máxima relevancia a finales del siglo XIX. Para los lectores cultos, como los que hubo pronto bastante más allá de los puertos de los tratados, el editorial de un periódico como el *Shenbao* no se entendía como una importación extranjera, sino como una

evolución modernizadora de antiguas formas del discurso, aplicada ahora a las cuestiones más candentes y actuales, pero capaz de incluir tanto citas clásicas como un carácter intensamente emocional.120 Desde entonces, los cambios generales que vivió la prensa se experimentaron también en China. Acabada la primera guerra mundial se escuchaban, tanto en China como en Europa, quejas sobre su «americanización».

Una peculiaridad de China fue la existencia de una prensa política, de opinión y agitación, que, tras la derrota en la guerra sino-japonesa de 1894-1895, voceó análisis sobre la aguda crisis del país firmados por intelectuales de todas las tendencias. En Japón, por el contrario, la guerra provocó una movilización patriótica positiva de la población lectora, que se dejó convencer por la prensa —cuya tirada había ascendido al menos una cuarta parte, debido a la contienda— de la legitimidad de las ambiciones territoriales del imperio insular.121 Los órganos críticos de China —muchos de los cuales aparecían en el extranjero o en los puertos de los tratados— contaban con tiradas inferiores a las de los grandes periódicos y, además, por su estilo exigente, no podían llegar a un público de masas. Pese a todo, adquirieron una importancia extrema en la politización de las nuevas capas «medias» —los propios periodistas reformadores hablaban del «estrato medio de la sociedad» (*zhongdeng shehui*)— incluso en las ciudades de las provincias interiores.122 Estas cabeceras aportaron un nuevo tono, más polémico, a la prensa china. El gobierno imperial, sin embargo, no concedió un espacio de tolerancia como el que permitió que en la India colonial se desarrollara una prensa semilibre. Hasta 1911, la prensa tanto en lengua china como inglesa solo pudo existir en los enclaves de costa amparados por leyes foráneas. Aquí colaboraban estrechamente los periodistas chinos y extranjeros, unidos por su interés común en los problemas de la reforma de China.123

También en el imperio otomano la década de 1870 se

caracterizó por la introducción vacilante de una prensa privada que ya no dependía del aparato estatal. El primer semanario semioficial (en lengua árabe) había surgido ya en 1861 y perduró hasta 1883.124 La censura perduró en el imperio, por descontado, y en 1867 se la dotó incluso de base legal. En tiempos del sultán Abdulhamid II, desde 1878, se intensificó la represión de la opinión pública; los medios nacionales tuvieron que ser muy cautelosos. No había enclaves liberales como Hong Kong o Shanghái; los periódicos y las revistas de la oposición se imprimían en París, Londres o Ginebra y, en parte, entraban en el país escondidos en cartas personales.125 La situación en Egipto, que solo nominalmente seguía siendo parte del imperio otomano, fue distinta. El monarca local, el jedive Ismaíl (*r.* 1863-1879) se esforzó por mantener buena relación con una prensa a la que supo manejar con habilidad para sus propios fines. Ismaíl entendía que no bastaba con un periodismo dócil y partidario del gobierno; creía que sacaría más partido a una prensa cuya manipulación quedara oculta y que, de cara al exterior, aparentara independencia. Los periodistas (nacionales y extranjeros) recibían regalos opulentos, y las agencias de noticias británicas y francesas eran subvencionadas discretamente.126 Este relativo liberalismo, sin embargo, también favoreció la aparición de iniciativas puramente privadas. La principal fue la fundación del periódico *Al-Ahram* por obra de los hermanos Salim y Bishara Taqla, católicos de origen libanés, en 1876. *Al-Ahram*, de publicación diaria desde 1881, aportaba noticias fiables y actuales de todo el mundo y cierta medida de comentario crítico. Quedaba muy claro que los hermanos Taqla eran *partidarios* de más liberalismo y *contrarios* a la intervención extranjera. Entre 1877 y 1882 aparecieron en El Cairo y Alejandría treinta cabeceras que alcanzaron (en otoño de 1881) una tirada total de 24.000 ejemplares diarios.127 Además de textos propios, se incluían traducciones de la prensa europea, como el *Times* o *Le Débat*. Así pues, en vísperas de la ocupación británica de 1882, la prensa egipcia,

en árabe y en lenguas europeas, ya presentaba un panorama diverso. La situación se mantuvo durante el período posterior de dominio fáctico de los británicos (1882-1922). La suma de la difusión de la imprenta, la ampliación de los círculos alfabetizados, la profesionalización del oficio de periodista y la actitud liberal de las autoridades de ocupación británicas permitió que Egipto se convirtiera en una isla de la libertad de expresión en el Oriente Próximo. En el último cuarto del siglo XIX surgió un público lector —aún limitado a una minoría escasa, desde luego— y, con él, una esfera pública de argumentación política. La sed de noticias, que crecía con más rapidez que la alfabetización, se satisfizo también con medios orales de propagación. En el imperio otomano hubo que esperar a que la revolución de los Jóvenes Turcos, de 1908, que puso fin a la autocracia del sultanato, liberase las fuerzas de una prensa arraigada en la sociedad civil.[128]

Nacimiento de la prensa de masas

En el mundo de la prensa, las grandes novedades llegaron de Estados Unidos. Allí se desarrollaron asimismo las innovaciones técnicas más destacadas de la industria de la época. La primera máquina rotativa se construyó en Filadelfia, en 1846. Entre 1886 y 1890 se produjo la novedad más destacada en el ámbito de la composición desde los tiempos de Gutenberg: en Baltimore, un inmigrante alemán, el relojero Ottmar Mergenthaler, resolvió el problema de la lentitud de la composición mediante una linotipia que, accionada por un teclado, permitía seleccionar y colocar las matrices.[129] En el país norteamericano se lograron también progresos en la organización, que luego se trasladaron a Europa. En la década de 1830, con el nacimiento de la *penny press*, se alcanzaron tiradas inauditas en la costa este de Estados Unidos: periódicos para la masa, baratos, impresos sobre papel de mala calidad, que en vez de informar sobre las cotizaciones bursátiles recogían noticias policiales y otras de carácter sensacionalista. Hacia esa misma época nació también el periodismo «de

investigación», en el cual los propios reporteros indagaban sobre asesinatos, inmoralidades y escándalos políticos. Aunque los visitantes europeos estuvieron mucho tiempo arrugando la nariz ante estas tendencias de la prensa estadounidense, al final tales investigaciones *in situ* se hicieron asimismo habituales en Gran Bretaña y, pronto, en otros países.130 Esta clase de prensa se desarrolló en paralelo a la democratización que en Europa se produjo unas décadas más tarde. El obrero, ahora con derecho a voto, fue tomado en serio por medios de comunicación que, más que analizar su época, la reflejaron.

Fueron periódicos exitosos que introdujeron, en Estados Unidos antes que en ningún otro país, la era de la prensa de masas. Se apoyaban en la convicción de que la conciencia ciudadana (*civic-mindedness*) exigía adquirir periódicos y estar dispuesto a pagar por la recepción de noticias (cuando, tradicionalmente, las noticias se habían transmitido ante todo oralmente y por lo tanto gratis).131 Hacia 1860, el *New York Herald* —una cabecera fundada en 1835 que, pese a su estridencia, atraía también a las capas medias por publicar toda clase de información— alcanzó la tirada más elevada del mundo con sus 77.000 ejemplares vendidos al día. El *New York Tribune* del gran editor Horace Greeley, que tenía a Karl Marx como corresponsal en Londres —y fue el primer periódico estadounidense que acertó a combinar popularidad con seriedad— llegó hacia 1860, con su edición semanal, incluso a los 200.000 lectores.132 El sistema requería (no ya en Estados Unidos, sino en cualquier lugar) una red de ferrocarril que permitiera la difusión rápida. Por la noche, los trenes distribuían los ejemplares del día por todo el país. En Francia, el primer periódico de masas fue el *Petit Journal* de Moïse Millaud, que apareció en 1863, a un precio muy reducido (una cuarta parte del precio medio de las cabeceras consolidadas).133 En Gran Bretaña, donde la prensa culta, conservadora y convencional, siguió dominando el panorama durante mucho más tiempo que en Estados Unidos, el cambio

llegó en 1896, con la fundación del *Daily Mail* de Alfred Charles William Harmsworth, quien, bajo el nombre de lord Northcliffe, fue el primer magnate legendario de la Fleet Street londinense. Ya en 1900, cuando la guerra de los bóers incrementó la sed de noticias, el nuevo matinal barato llegó a la increíble cifra de los 989.000 ejemplares vendidos. En todo el mundo solamente lo superó el *New York World* de Joseph Pulitzer (en 1898, con 1,5 millones).134 El *Times* de Londres, en la cúspide de su prestigio e influencia política, llegaba tan solo a unos 30.000 lectores; pero eran los lectores de la clase dirigente, precisamente aquellos a los que *pretendía* llegar.135

La creciente importancia de la prensa en la vida social se manifiesta igualmente en otras cifras. En 1870 se vendían en Estados Unidos unos 2,6 millones de periódicos diarios; en 1900 no bajaban de 15 millones.136 La prensa política, defensora de cruzadas propias (*crusading press*), apareció de forma casi simultánea en Estados Unidos y Gran Bretaña; en el país norteamericano, desde los primeros años de la década de 1880, ante todo por obra de Pulitzer, húngaro de nacimiento que, como propietario y director de la redacción del *New York World*, decuplicó en quince años la tirada; la clave de este éxito económico fueron los artículos de investigación con tendencia a la crítica social. En Gran Bretaña, W. T. Stead —el auténtico inventor de la entrevista— aplicó desde 1885, en su *Pall Mall Gazette*, métodos similares de intensificar la información en campañas de prensa esporádicas. Estas cabeceras no se limitaban a reaccionar ante los acontecimientos, sino que intentaban crearlos. Ejercían una presión pública sobre los gobiernos y forzaban retiradas, decisiones y medidas legislativas. En este contexto, la prensa dejó de ser —como era habitualmente en la Europa continental— un mero altavoz de los partidos y las tendencias políticas; al contrario, los propietarios y jefes de redacción dominantes podían dar rienda suelta a sus convicciones y obsesiones. Paradójicamente, la comercialización de la prensa —que se incrementó con el auge

de los anuncios y la publicidad— reforzó la independencia de los dueños de las cabeceras: obtener cerca de la mitad de la financiación a través de los anuncios daba más cancha que depender de los partidos y el mecenazgo político.137

La prensa de calidad, según la conocemos hoy, y también, con algunos matices, la prensa de masas nacieron en el último cuarto del siglo XIX. Ahí nació asimismo el tipo social del periodista moderno. Hacia 1900, en los países con libertad de prensa y un público multitudinario (fruto de la alfabetización), surgió un grupo numeroso de especialistas en la recopilación y presentación de noticias. Uno de estos países fue Japón. Sobre la base de un sector editorial activo en la era precontemporánea, y tomando las novedades de Occidente con una distancia temporal cada vez menor, en las décadas de 1870 y 1880 se desarrolló un panorama periodístico muy completo: técnicamente, estaba a la última; lo impulsaban periodistas y propietarios de nuevo cuño; y se apoyaba en las transformaciones sociales que acarreó, desde 1868, la restauración Meiji (mayor alfabetización por medio del sistema escolar estatal, desarrollo de una red postal nacional, modificación estructural de la esfera pública por la parlamentarización y la formación de partidos políticos). Los primeros periódicos japoneses de importancia no fueron (como en China) fundados por extranjeros. Japón adoptó elementos de la cultura occidental a los que incorporó, como solía hacer, su propio carácter. Entre sus rasgos definitorios destacó (y destaca aún hoy) la gran proximidad del periodismo a la jerarquía de las instituciones de educación superior; había solo unos pasos entre las universidades principales y las redacciones más selectas. Además, hubo una competencia sostenida entre los centros editoriales de Tokio y Osaka, que actuó como una tensión vitalizadora en un país que por lo general tendía al centralismo y la organización uniforme.138

Un sistema informativo global

Entre los rasgos típicos de la prensa del siglo XIX figura el

carácter globalizado de sus organizaciones rectoras. Los grandes periódicos se sentían obligados a dar noticias «de todo el mundo» y, a la inversa, solamente podían acceder al círculo selecto las cabeceras capaces de ofrecer esa clase de noticias. Había un nuevo tipo de periodista: el corresponsal en el extranjero. Al principio, apenas se lo diferenciaba del corresponsal de guerra. El primer periodista que corrió de un escenario a otro para ir contando los levantamientos, sitios y batallas a los lectores de su país natal fue William Howard Russell, corresponsal de guerra del *Times* de Londres. Russell transmitió sus impresiones sobre la India, Sudáfrica y Egipto, sobre la guerra de Crimea, la guerra civil estadounidense y la guerra franco-prusiana de 1871. No era militarista ni, desde luego, partidario del imperialismo, y logró elevar el género del informe de guerra a una altura literaria que apenas se ha vuelto a alcanzar desde entonces.[139] La figura típica que él creó se mantuvo, y el *Times* la cultivó en particular. Cuando Russell inició su carrera, aún tenía que enviar sus colaboraciones por correo postal. En un cuarto de siglo, el cableado telegráfico transformó las condiciones del envío internacional de noticias. Desde 1844 se empleaba la telegrafía eléctrica de larga distancia. En 1851 se instaló el primer cable submarino que atravesó el Canal de la Mancha de forma perdurable; en 1866 se estableció una conexión permanente a través del Atlántico norte.[140] En 1862, la red telegráfica *terrestre* se extendía en todo el mundo por unos 250.000 kilómetros; en 1876, la India y diversas colonias con asentamientos británicos estaban enlazadas con la metrópoli imperial y entre sí mediante el telégrafo. En 1885 se podía telegrafiar a Europa desde casi todas las grandes ciudades de ultramar. El cable era demasiado lento y caro y se sobrecargaba en demasía (en 1898, el *Times* tuvo que dedicar el 15 % de sus beneficios a costear las conexiones telegráficas), por lo que no se lo puede calificar de «internet victoriano»; pero sí cabe afirmar, como mínimo, que sentó las bases de una red mundial, una *world wide web*, sin

precedentes históricos.141 Estaba muchísimo más centralizado que el internet actual. Las conexiones telegráficas —al igual que los hilos financieros de un negocio mundial más orientado a las necesidades del comercio que a las de la prensa— acababan todas en Londres.

La nueva tecnología hizo posible el trabajo de las agencias de noticias. Julius Reuter, que había nacido en Kassel, abrió su oficina en Londres en el mismo año de 1851 en el que se acortó en varias horas el tiempo de transmisión a través del Canal de la Mancha. Otros dos empresarios judíos ya habían abierto antes agencias de noticias u «oficinas telegráficas»: Charles Havas en París y Bernhard Wolff en Berlín; en 1848 se fundó en Estados Unidos la Associated Press (AP). Las agencias ofrecían material a los periódicos, pero también contaban novedades a los gobiernos y a clientes privados, como por ejemplo la reina Victoria, desde 1865. Reuter tuvo tanto éxito que, pese a ser un don nadie venido de Alemania, en 1860 ya fue presentado a la reina británica. La guerra de Crimea (1853-1856) fue el último gran acontecimiento mundial del que *no* se informó principalmente por cable. Entre las agencias, Reuters era la única empresa con una expansión mundial. En 1861 había terminado de formar una red de corresponsales que cubría toda Europa, la India, China, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Donde aún no había conexión telegráfica, la agencia empleaba el correo urgente por medio de los buques de vapor. Reuters cubrió de principio a fin, para los lectores europeos, la guerra de Secesión (1861-1865). Las agencias fueron incorporando también noticias de los ámbitos de la ciencia, las artes y el deporte. Cuando Julius Reuter consolidó su emporio de las noticias, su agencia se convirtió en una «institución del imperio británico».142 Las agencias de noticias contribuyeron a globalizar la obtención y difusión de las noticias, que transmitían sin añadirles comentario; eran una poderosa expresión de la ideología de la «objetividad». Por otro lado, al unificar la cobertura de las noticias, favorecieron un periodismo

uniforme en el que, en principio, en todas las publicaciones figuraba lo mismo. Solo unos pocos periódicos grandes —de forma singular, el *Times* de Londres— disponían de redes propias de corresponsales exteriores que reducían su dependencia de las agencias. Para el *Times* fue una cuestión de principios disponer de cobertura propia para ocuparse, por lo menos, de todos los intereses *imperiales*.143

Tuvieron que pasar cuatro siglos desde Gutenberg para que los medios impresos de difusión periódica alcanzaran el poder de afectar a capas de población más amplias que el reducido estrato de los más cultos. La estructura fundamental de la prensa que hoy conocemos quedó establecida en la segunda mitad del siglo XIX. La prensa utilizaba tecnologías avanzadas. Obedecía a las leyes del mercado a la vez que dependía de un marco regulador político y legal. En todo el mundo, los liberales exigieron libertad de prensa. A este respecto —como tan a menudo—, resulta poco útil diferenciar entre Occidente y Oriente. Así, en algunas colonias del imperio británico la prensa era más libre que en algunos países de la Europa central y oriental. Con la prensa surgió el nuevo tipo social del periodista, que recuperó en su persona una faceta importante de los «intelectuales». Los periodistas gozaron de influencia política en el mundo occidental, pero también en la India o China. Dieron cara a la opinión pública. Los mejores ayudaron a modelar la lengua en el proceso de ruptura con la vieja y clásica escritura elitista y el desarrollo de estilos más flexibles, aptos para un público más amplio, quizá incluso recién alfabetizado. Como el arte «realista», la estadística y las ciencias sociales descriptivas, la prensa era otro instrumento de autoobservación social en un contexto de ampliación radical del alcance de las comunicaciones, gracias a los nuevos medios. Además poseía un monopolio técnico: que el joven ingeniero italiano Guglielmo Marconi, a partir de los descubrimientos de Nikola Tesla —un colega estadounidense de origen croata—, pudiera radiar mensajes a través del Canal de la Mancha (en

1899) e incluso del Atlántico (en 1901), no bastó para que la transmisión por radio se convirtiera en un medio *de masas*. Hubo que esperar a después de la primera guerra mundial. 144

6. FOTOGRAFÍA

El nacimiento de la autenticidad

Por último: el siglo XIX aprendió a tomar imágenes de la realidad externa por medio de técnicas que empleaban procedimientos químicos y ópticos. 145 Esto tuvo consecuencias colosales para la posterior memoria de la época. Existe una divisoria en el siglo a partir del momento en que disponemos de documentación visual que reconocemos como genuina. Nadie sabe qué aspecto tenía en realidad Ludwig van Beethoven, que falleció en 1827; pero sí lo sabemos de Frédéric Chopin, quien por entonces ya adolecía de graves problemas de salud, pero vivió hasta 1849. De Franz Schubert solo existen retratos pictóricos; pero Gioachino Rossini, cinco años mayor, vivió lo suficiente para ser fotografiado en el prestigioso estudio de Nadar. Algunos otros héroes culturales de la era del romanticismo y el idealismo llegaron también a los días de la fotografía, que se inició en 1838-1839, con el descubrimiento fundamental del daguerrotipo, y dos años después, con la apertura del primer estudio. Así, hay fotografías de Friedrich Wilhelm Joseph Schelling o de Alexander von Humboldt como ancianos; pero no de Hegel, Goethe o Wilhelm von Humboldt (el hermano de Alexander). En 1847, cuando el rey Federico Guillermo IV invitó a Berlín a Hermann Biow —el primer fotógrafo alemán, originario de Hamburgo— para que hiciera retratos de la familia real con la nueva técnica, también participó en la sesión el famoso Humboldt, que ya había reconocido la revolucionaria importancia de la invención de Daguerre a los pocos meses de que este la hiciera pública. 146

Cuando la fotografía devino reproducible, a principios de la década de 1850, la «eminencia» personal adquirió un nuevo significado. Fueron incontables las salas en las que se colgaron retratos de los soberanos y gobernantes políticos: Lincoln,

Bismarck, el emperador Guillermo I... Sin embargo, mientras la prensa no reprodujo imágenes —y no le resultó económico hacerlo en cantidad hasta los primeros años de la década de 1880—, el reconocimiento personal aún fue limitado: cuando Ulysses S. Grant, el héroe de la guerra civil y general de mayor rango de la Unión, descendió en la estación de Nueva York, los periodistas no fueron capaces de identificarlo entre la multitud de pasajeros.147

Biow también realizó numerosos daguerrotipos de las ruinas del barrio de Alster, en Hamburgo, arrasado por el gran incendio de 1842; se trata de uno de los primeros testimonios fotográficos de un desastre.148 Desde la guerra de Crimea, todas las contiendas bélicas en las que participaron estadounidenses o europeos quedaron documentadas fotográficamente. De la gran rebelión Taiping, en China (1850-1864) no hay fotografías ni apenas otros testimonios visuales; y en cambio, la guerra de Secesión estadounidense, que fue coetánea (1861-1865), ha quedado profundamente grabada en la memoria visual de la posteridad. Un solo fotógrafo, Matthew B. Brady, empleó más de 7.000 placas de vidrio químicamente preparadas en los campos de batalla o mientras se dirigía de uno a otro.149 Si en otros ámbitos la pintura y la fotografía siguieron rivalizando, las imágenes puramente verídicas de los campos de batalla y los soldados, vivos o muertos, acabaron con la pintura bélica glorificadora. Desde 1888, con la invención de la cámara Kodak —provista de carrete, económica, de fácil transporte y uso manual—, la documentación visual pasó a contar con nuevas posibilidades. De la gran hambruna de 1876-1878, en la India, llegaron pocas fotografías a la opinión pública mundial; pero dos décadas más tarde, cuando se repitió una catástrofe similar, había la posibilidad de que cada viajero y cada misionero documentase la realidad.150 En la era moderna de la fotografía, su carácter artístico, como obra singular de un fotógrafo, apenas se apreciaba.151 Sin embargo, se la consideraba fascinante como medio técnico más objetivo y

fidedigno que ningún otro. Pronto tuvo un uso notable en las ciencias naturales. En primer lugar, en la astronomía, pero no tardó en ser relevante para la medicina, donde la fotografía con rayos X abrió un campo que hasta entonces había permanecido invisible.152 Desde la década de 1860 se acumularon las instantáneas del mundo laboral. Algunos años antes, la fotografía de viajes —y sus parientes científicas, la fotografía geográfica y la etnológica— ya acrecentó sobremanera su relevancia.

Acercar lo lejano

Cada vez se emprendieron más expediciones fotográficas con el fin de retratar tanto yacimientos arqueológicos (en primer lugar, los de Egipto) como pueblos exóticos.153 En Gran Bretaña —que dominaba, con gran diferencia, el imperio más extenso de ultramar—, la opinión pública solo empezó a comprender entonces a quién y cuánto se había reunido bajo el techo imperial. Si, durante siglos, los relatos ilustrados de viajes habían sido el único medio por el que los europeos pudieron obtener una impresión sensorial de las tierras remotas, ahora la fotografía aportó una mejora extraordinaria en el grado de detalle del conocimiento, la atmósfera y la concreción. La India nunca se había podido visualizar con tanta diversidad como en los ocho espléndidos volúmenes de *The Peoples of India* (1868-1875), que reproducían 460 instantáneas.154 Ahora bien, la cámara quedó reservada, durante un tiempo inusitadamente largo, al uso de europeos y estadounidenses, que pronto descubrieron también su utilidad en la guerra imperial.155 A la inversa, las miradas subversivas en la dirección contraria tardaron bastante en llegar. Pese a todo, algunos fotógrafos educaron la mirada con lo remoto de un modo que luego les permitió analizar con más nitidez lo próximo. John Thomson, creador de los cuatro volúmenes documentales de *Illustrations of China and Its People* (1873), dirigió luego su cámara documentadora hacia los pobres de Londres; los mismos que, unos años antes, Henry Mayhew

había descrito con los medios del periodismo.
Si se mira desde otro punto de vista, la fotografía instalaba cierto equilibrio neutral entre Oriente y Occidente. La máquina fotográfica producía un efecto menos exótico que la pluma o el pincel. Ya en 1842, Joseph-Philibert Girault de Prangey obtuvo unos daguerrotipos maravillosos de la arquitectura tanto islámica como europea medieval, y estableció entre ellos una gran afinidad estética.156 Lo «extraño» o «ajeno», en la imaginación de los europeos de la segunda mitad del siglo XIX, apenas se puede concebir sin la representación fotográfica. Hubo toda una obsesión por contar con un «museo fotográfico de las razas del mundo», cuyos frutos fueron ciertamente diversos. Por un lado, las imágenes del padecimiento —por ejemplo, de los antros del opio, en China, o de los escenarios asolados de la rebelión de los Cipayos— contribuyeron a desnudar para siempre el «fabuloso encanto» atribuido al Oriente. Por otro lado, lo extraño resultaba ahora visible con detalle, más allá de las convenciones descriptivas del noble (o no tan noble) salvaje; y el poder colonial pudo presentar ante la opinión pública nacional imágenes ilustrativas de sus dominios.
El primer país no occidental en el que la fotografía se consolidó fue el imperio otomano, en cuyas grandes ciudades ya aparecieron estudios fotográficos en la década de 1850 (poco después que en la Europa central y occidental). Primero los dirigieron europeos y miembros de las minorías religiosas, no musulmanes; también los primeros clientes fueron europeos. Entre 1880 y 1900, sin embargo, el retrato familiar, o la foto de grupo en el trabajo, se hicieron típicos igualmente entre las clases musulmanas media y alta. El estado empezó pronto a emplear la fotografía en su propio beneficio, primero para fines militares. El sultán autocrático Abdulhamid II usó la fotografía para poder controlar mejor a los delegados del poder en las provincias. Gracias a las fotos se podía hacer una idea visual, por ejemplo, del avance de los proyectos de obras estatales. También usó el nuevo medio para proyectar una imagen de su

propio país ante Europa y, según se dice, presentó instantáneas de los posibles esposos a una de sus hijas casaderas.157

A finales de siglo, la fotografía se había abierto paso en la vida cotidiana de muchas sociedades. Varias de las ramas más conocidas arraigaron durante el propio siglo, incluidas la publicidad, la propaganda y la tarjeta postal. Además, la fotografía se convirtió en una forma de artesanía muy difundida, con estudios y laboratorios propios en las ciudades pequeñas. La cámara Kodak de 1888 —que cualquiera podía manejar, sin formación específica ni conocimientos técnicos— democratizó el medio y rebajó sus pretensiones artísticas. Las cámaras más ligeras y económicas, así como el invento del carrete, hicieron que el público lego pudiera gozar de las posibilidades más sencillas de la obtención de imágenes fotográficas para su uso personal. Apenas hubo un hogar de clase media que no exhibiera la representación profesional de algún festejo, o apenas un álbum sin instantáneas tomadas por los propios miembros de la familia.

Entre los sistemas de observación que el siglo XIX perfeccionó o inventó, la fotografía fue el que más incrementó la objetividad. Ello es cierto aun si tenemos en cuenta la maleabilidad y «subjetividad» del medio, además del potencial artístico. Por descontado, buena parte de las fotos habían sido compuestas y escenificadas, lo que pone de relieve los prejuicios y las inhibiciones de la época. Con esas imágenes se ha emprendido una deconstrucción muy fructífera.158 Pese a todo, la técnica había hecho posible una nueva manera de acercarse al mundo, creó nuevos conceptos de verdad y de autenticidad, y puso medios de obtención de imágenes en manos de personas sin formación o sin talento artístico.

Imágenes en movimiento

El cine nació en 1895.159 El 22 de marzo, en París, el Cinématographe —obra de los hermanos Louis y Auguste Lumière, hijos de un empresario, y de su ingeniero Jules Carpentier— proyectó por vez primera imágenes en movimiento.

Los Lumière pudieron ofrecerlo todo al mismo tiempo: cámara, dispositivo de proyección y película. A diferencia de lo ocurrido con la fotografía, por otro lado, la nueva técnica se pudo usar en serie de inmediato. En diciembre de 1895 ya hubo pases públicos previo pago de una entrada. La familia Lumière envió por todo el mundo a una tropa de personas formadas en el uso del nuevo aparato y, en 1896-1897, ya se mostraron películas Lumière en toda Europa —de Madrid a Kazán, de Belgrado a Uppsala— y en algunas ciudades de la costa este de Estados Unidos. Uno de los temas predilectos fue la coronación del zar Nicolás II, celebrada el 26 de mayo de 1896. Al mismo tiempo que se imponía en Occidente, el cine se fue difundiendo por el resto del mundo. En el mismo año de 1896 ya había agentes de Lumière en Estambul, Damasco, Jerusalén, El Cairo, Bombay, Ciudad de México, Río de Janeiro, Buenos Aires y Australia. En 1899 ya se podían ver también películas en Shanghái, Pekín, Tokio y Yokohama.160 Y en casi todos estos lugares, además, se rodaban películas propias.

Así pues, en 1896 se empezó —de golpe y en todos los continentes— a documentar cinematográficamente las apariciones reales y las maniobras militares, así como la vida cotidiana. Entre los primeros motivos hallamos corridas de toros en España, las cataratas del Niágara, bailarinas japonesas y escenas callejeras de todo tipo. El cine empezó siendo un medio de reportaje. La globalización se hizo extensiva también al contenido. El primer introductor conocido de la nueva tecnología francesa en una tetería de Shanghái fue James Ricalton, de Maplewood (Nueva Jersey), que enseñó al público asiático cintas con la visita del zar ruso a París y la actuación de una danzarina del vientre egipcia en la exposición universal de Chicago.161 En muchos países, la película que Auguste Lumière había rodado sobre los trabajadores de su propia fábrica obtuvo un gran éxito.162 El nuevo medio no tardó en poner de manifiesto su doble naturaleza de documentación y teatralización. En el gran acontecimiento internacional del

verano de 1900 —el levantamiento de los bóxers en el norte de China— no hubo presencia de cámaras; pero en prados ingleses y parques franceses se rodaron escenas espeluznantes que se exhibieron como testimonios reales de la rebelión. Fue especialmente famoso un ataque —escenificado— de los rebeldes contra una misión cristiana. Solo se han conservado tomas genuinas de 1901, cuando Pekín ya había sido liberada y derrotada.163 Ahora bien, resulta complicado diferenciar entre la autenticidad y el engaño. George Méliès, considerado el creador del cine artístico, rodó en su estudio la conocida cinta de *Le couronnement du roi Edouard VII* (1902) a partir de un análisis minucioso del acto de coronación, celebrado el año anterior, y con ayuda de un maestro de ceremonias inglés. Su película sobre el caso Dreyfus fue más bien una forma de disponer en movimiento el material periodístico fotográfico de las revistas y los periódicos.164

Entre las tendencias del más reciente estudio científico de los medios de comunicación, es típico hacer hincapié en el carácter perspectivista y subjetivo de los medios y, en general, sembrar dudas sobre sus pretensiones de veracidad y objetividad. A tenor de la experiencia actual con la maleabilidad de los medios y las diversas posibilidades de manipular su contenido o su técnica, esta desconfianza parece estar muy justificada. Las artes también se han ido alejando, desde hace mucho, de la imitación «realista»; e incluso las corrientes testimoniales de la literatura y el cine, según nacieron en el siglo XIX, aunque no han desaparecido del todo, sí han perdido por completo la inocencia. En consecuencia, no resulta sencillo comprender el valor que se otorgó a la objetivización y el conocimiento «positivo», característicos del siglo XIX. En este sentido, el siglo XIX, con su búsqueda de la verdad —que, de nuevo, hunde las raíces en el empirismo de la Edad Moderna, desde Francis Bacon—, es un mundo extraño, un mundo sobre el cual no faltaron advertencias: desde los románticos hasta Friedrich Nietzsche denunciaron que el positivismo y el realismo eran

solo una ilusión.
Por otro lado, el siglo XIX es un antecedente claro de nuestro presente. En este tiempo surgieron las instituciones y formas cognitivas de autoobservación social que, en lo esencial, no se transformaron hasta la difusión general de las televisiones en las sociedades más ricas o incluso la «revolución digital» de finales del siglo XX. Los medios de comunicación *de masas*, con un alcance muy superior al de los círculos de las élites; el Estado que atesora de forma organizada el saber y los objetos con fines de utilidad pública; la supervisión de los procesos sociales y, al mismo tiempo, el surgimiento de *autodescripciones* de la sociedad por medio de la estadística y las ciencias sociales; la posibilidad de reproducir técnicamente los textos y artefactos gracias a la imprenta, la fotografía o la fonografía, con un alcance de masas: todo esto, hacia 1800, era poco conocido y apenas previsible, pero hacia 1910, había pasado a ser algo natural.
El siglo XIX desarrolló una relación ambivalente con el pasado, que aún nos resulta próxima. Si anteriormente había sido inusual que el futuro se contemplara con franqueza y optimismo, que hubiera tanta conciencia de lo nuevo y confianza en el progreso técnico y moral, y que lo viejo en sí se considerase de entrada obsoleto, este siglo fue a la vez la gran era de un historicismo que no fue tan solo imitativo y dado a la reconstrucción artificial, sino también conservador. La era de los museos y los archivos, de la arqueología y las ediciones críticas, forjó puentes de colección, preservación y orden que la unían con el pasado distante y que en el presente seguimos usando. El conocimiento escrito de la historia previa de la humanidad se potenció, durante el salto de 1800 a 1900, más que en ningún siglo precedente.
En rigor, esto solo se aplica a Occidente: a Europa y su esqueje norteamericano, en proceso de rápido crecimiento a todos los respectos. Aquí surgieron innovaciones técnicas y culturales que se difundieron por todo el planeta; en parte —como en el

caso del telégrafo— gracias al apoyo del poder y el capital imperiales; y en parte —como la prensa, la ópera o los entretenimientos musicales de cuño occidental— por medio de procesos complejos, no imperiales, de exportación del gusto y su adopción local. Nadie obligó a los egipcios a fundar periódicos; ni a los japoneses a escuchar a Verdi o a Gounod. Sin duda hubo movilidad cultural del este hacia el oeste, como pone de relieve el efecto cautivador que por ejemplo el arte japonés o el africano despertaron en Europa.[165] Pero todas las nuevas formas de pensar, las técnicas, las instituciones y los «dispositivos» que, con el paso del tiempo, adquirirían universalidad y, como muy tarde hacia 1930, se erigieron en rasgos característicos de una «modernidad» mundial, surgieron sin excepción en el siglo XIX en Occidente e iniciaron aquí sus diversas carreras por el mundo. Los contenidos de la memoria y la observación fueron (y siguen siendo) ante todo específicos, local o «culturalmente»; pero los medios y las formas se expandieron por todo el mundo bajo la influencia de Occidente, aunque fuese en medidas muy diversas y mediante combinaciones siempre distintas de adaptación y resistencia hacia una europeización que en parte se recibía con los brazos abiertos y en parte se temía.

Capítulo 2
Tiempo

¿Cuándo fue el siglo XIX?

1. CRONOLOGÍA Y NATURALEZA DE LA ÉPOCA

Siglos y calendarios

¿A qué período se refiere el «siglo XIX»? Hablamos de un «siglo» como algo evidente, suponiendo que todo el mundo le otorga un significado preciso, quizá incluso idéntico. ¿De qué podría tratarse, sino del período temporal que fue de 1801 a 1900? Pero este lapso temporal no se corresponde con ninguna percepción de la experiencia. En efecto, el inicio de un siglo no se percibe de la misma manera en que notamos el ciclo de los días o de las estaciones; es el resultado de un cálculo numérico. El siglo es un producto del calendario, una magnitud calculada que no se introdujo hasta el siglo XVI. Para el historiador no es «más que un recurso», en palabras del experto en historia universal John M. Roberts.166 Cuanto menos cree un historiador en la posibilidad de reconocer los rasgos y caracteres «objetivos» de una época, más tiende a considerar la periodización en épocas como una simple convención ordenadora; en consecuencia, también pone menos reparos a la simple cronología dividida en bloques de cien años. En el caso del siglo XIX, la escasa carga semántica de las fechas pone de manifiesto la formalidad de este procedimiento: si nos atuviéramos al calendario, ni el principio ni el final del siglo coincidirían con hitos y acontecimientos de especial alcance. Los años con dos o tres ceros no suelen ser hitos destacados que permanezcan en el recuerdo de los pueblos. 2001 se nos ha grabado en la memoria, pero no 2000.

Todo esto puede ser beneficioso para la escritura de la historia. Un marco estrecho nos distrae menos del propio cuadro. Todo el problema de la periodización se resolvería con un golpe decisionista. Con la justicia ciega se destacaría un marco de referencia espacial y culturalmente neutral que permitiría abarcar todos los tipos de cambio en todo el mundo y, al mismo

tiempo, nos liberaría de discusiones complicadas sobre los grandes momentos de cambio de la historia. Solo un fotograma (*frame*), en el sentido de imagen limitada por una cámara, abarca los contenidos de los diversos cursos históricos sin privilegiar uno como vara de medir de los demás. Se han escrito libros sobre lo que sucedió en un año determinado —pongamos, por ejemplo, 1688 o 1800— en las escenas más variadas del mundo.167 Se logra con ello un efecto panorámico que pone de relieve, al imponer la simultaneidad *formal*, el carácter *sustancialmente* no simultáneo de diversos fenómenos. Algo similar puede ocurrir con la sincronía extendida por todo un siglo. Sin embargo, cuando ampliamos el período a los cien años, el cambio resulta visible. Si tomáramos instantáneas al iniciarse y acabarse cien años cronológicos, revelaríamos procesos que habrían alcanzado distintos estadios de madurez en las diversas zonas del mundo. Junto al conocido relato del progreso de Occidente, emergen también otras contemporaneidades.

Sin embargo, no es fácil quedar satisfecho con ese formalismo: a cambio de ofrecer claridad, la periodización sin contenido no aporta nada al conocimiento histórico. Por eso, los historiadores la rehúsan. Algunos sostienen incluso que la periodización es el «el núcleo de la forma que la historiografía da al pasado» y, por lo tanto, supone el problema cardinal de la teoría de la historia.168 Los que de por sí no irían tan lejos se enzarzan como mínimo en discusiones sobre los siglos «cortos» o «largos». Muchos historiadores defienden la idea de un siglo XIX «largo», que llegaría desde el inicio de la Revolución Francesa (1789) hasta el estallido de la primera guerra mundial (1914). Otros prefieren diversas variantes de siglo «corto», de menos de cien años de duración, regido por ejemplo por los criterios de la política internacional; en este caso, iría desde la reordenación de Europa en el Congreso de Viena (1814-1815) hasta la entrada de Estados Unidos en la política mundial, al entrar en guerra con España en 1898. Elegir un marco temporal

fundamentado en los contenidos siempre pone de relieve un determinado énfasis interpretativo. Por ello, preguntarse por el alcance y la magnitud temporal de un siglo no debe atribuirse a la pedantería. Como cada historiador *debe* dar una respuesta implícita a esa pregunta, le apetezca o no, lo mejor sería que lo hiciera de antemano, de forma explícita. Así pues, ¿cómo situamos el siglo XIX en el continuo temporal estructurado? La cuestión se debe plantear, sobre todo, cuando no cabe dar por sentado que este continuo se estructure *solamente* a partir de los grandes acontecimientos políticos, las coyunturas económicas y las tendencias intelectuales *de Europa*.

Un siglo es una porción de tiempo que carece de sentido salvo que la posteridad se lo otorgue. La memoria estructura el tiempo, lo distribuye en profundidad, a veces lo acerca al presente, lo dilata o lo abrevia, lo disuelve incluso. La inmediatez religiosa a menudo atraviesa el tiempo: el fundador, el profeta o el mártir pueden tornarse plenamente contemporáneos. Hasta que apareció el historicismo en el siglo XIX, no quedó encapsulada en el pasado. Una cronología lineal es una abstracción que raramente se corresponde con la percepción del tiempo. Solo cuando se produjo el reconocimiento universal de un continuo temporal secuenciado por años se planteó, en algunas civilizaciones no occidentales, el problema de una datación más precisa de sucesos del pasado. Solo la linealidad distribuye el saber histórico en un «antes» y un «después» y hace que la historia sea explicable según los modelos del historicismo.

La investigación histórica y arqueológica «moderna» se ocupó, antes que nada, de fechar los acontecimientos y vestigios. En Japón —aquí, de nuevo, un pionero en el mundo extraeuropeo— no se pudo contar, hasta el cambio de siglo, con una cronología nacional satisfactoria que abarcara el pasado remoto.169 En China, que gozaba de una tradición historiográfica especialmente rica, y no menos antigua que la europea, el estudio crítico de las fuentes, necesario para

completar la tarea, no se emprendió hasta la década de 1920.[170] Se tardó varias décadas en establecer una cronología de la historia antigua del país que fuera al menos medio fiable. En muchas otras sociedades, por ejemplo en África y los mares del Sur, los hallazgos arqueológicos dieron fe de una variada actividad humana que, sin embargo, no se podía fechar con precisión ni siquiera en lo relativo a la Edad Moderna y Contemporánea. En Hawái se habla incluso de un «período protohistórico» que se extiende hasta la aparición de la escritura en las islas, hacia 1795.[171]

En este libro me he decantado por la siguiente solución: «mi» siglo XIX no se concibe como un continuo temporal que va de una fecha inicial A hasta una fecha final B. Las historias que me interesan no son lineales, no son historias que se puedan presentar narrativamente a lo largo de cien o más años con el modo del «... y entonces», sino transiciones y transformaciones. Cada una de ellas muestra una estructura temporal particular, ritmos particulares, puntos de inflexión particulares y diferencias espaciales particulares; podríamos hablar de «tiempos regionales». Uno de los principales objetivos de este libro es exponer con claridad esas estructuras de tiempo; por eso incluye muchas fechas y llama la atención repetidamente sobre los matices cronológicos. Las distintas transformaciones se inician y terminan en puntos temporales distintos. Sobre la flecha del tiempo, hallan continuidades en las dos direcciones. Por un lado, dan continuidad —con una intensidad muy diversa— a los procesos de la época anterior, de la «Edad Moderna»; sin los precedentes, no se pueden entender ni siquiera las grandes revoluciones. Por el otro lado, el siglo XIX es el paso previo al presente. Las transformaciones que se iniciaron en el siglo XIX y fueron características de la época solo en contadas ocasiones se acabaron de golpe en 1914 (o 1900). Por lo tanto, con una falta de disciplina deliberada, llevaré la mirada una y otra vez hasta el siglo XX, a veces hasta la actualidad. En este libro no pretendo exponer y comentar una historia aislada y

autosuficiente *del* siglo XIX, sino la inserción de una época en las líneas temporales más generales: el siglo XIX *en la historia*.

¿Qué supone esto para el marco temporal de la exposición? Cuando se da preferencia a las continuidades, y no a los bloques temporales netamente definidos, no se pueden establecer fechas exactas. Me moveré con flexibilidad entre dos formas de macroperiodización. A veces me estaré refiriendo al segmento temporal formal, vacío de contenidos, de (hacia) 1801-1900: el *siglo de calendario* o *siglo cronológico*. En otros casos estaré pensando en el siglo XIX *largo*, que solo se manifiesta a partir del análisis contextual y empieza aproximadamente en la década de 1770. Si queremos señalar el inicio con un gran acontecimiento, un hito emblemático de la historia universal, entonces hablamos de la revolución americana, que condujo a la fundación de Estados Unidos. Resultaría cómodo, y muy efectista y teatral, y coherente con una convención acreditada, cerrar el siglo XIX largo con una repentina caída del telón en agosto de 1914. La idea tiene sentido para algunas transformaciones —por ejemplo, la de las relaciones económicas mundiales—, pero no para todas. La primera guerra mundial fue, en sí, una colosal fase transitoria con amplísimas cadenas de efectos. Empezó siendo un enfrentamiento militar en el espacio comprendido entre el noreste de Francia y el Báltico, que pronto desarrolló ramas en el oeste y el este de África, y solo después se convirtió en una guerra *mundial*.172 Las condiciones de vida en los estados concernidos solo cambiaron de forma radical en 1916-1917. La reestructuración política en Europa, el Oriente Próximo y África, además de disturbios revolucionarios o anticoloniales que fueron de Irlanda a Egipto o de la India a China y Corea, se produjo en 1919. También tuvo una difusión mundial la decepción ante el hecho de que las promesas de la paz no llegaran al punto ansiado por muchos.173 Por expresarlo con patetismo: solo cuando la guerra hubo acabado, la humanidad comprendió que ya no vivía en el siglo XIX. En algunos ámbitos,

por lo tanto, debemos hacer que el siglo XIX largo, que se iniciara en la década de 1770, concluya ciento cincuenta años después, en los primeros años de la década de 1920; es decir, con la transición a una posguerra global, en la que nuevas tecnologías y nuevas ideologías abrieron un abismo entre aquel presente y la época anterior a 1914. A pesar de esta doble definición temporal del siglo XIX, en parte cronológico, en parte largo, queda mucho por precisar sobre los tiempos de los historiadores y sus coetáneos. Este es el tema del presente capítulo.

La construcción de las épocas

Entre las múltiples posibilidades de formación del tiempo histórico está la de que este se condense formando épocas. El pasado se concibe —al menos, desde la conciencia europea actual— como una sucesión de bloques temporales. Pero la denominación de las épocas casi nunca es la cristalización de un recuerdo crudo; casi siempre resulta de la construcción y la reflexión histórica. Con cierta frecuencia, es una obra histórica de importancia la que da vida a las épocas: el «helenismo» (Droysen), el «Renacimiento» (Michelet, Burckhardt), la «Edad Media tardía» (Huizinga), la «Antigüedad tardía» (Peter Brown). En algunos casos, los nombres creados y adoptados por el mundo académico apenas han hallado eco en la expresión pública corriente. Así ocurre con la *Frühe Neuzeit* («Edad Moderna»). El concepto se propuso a principios de la década de 1950 y, en la antigua República Federal de Alemania se le dedicaron cátedras en seguida; la etiqueta halló pronto reconocimiento en la diferenciación interna del gremio histórico, casi como si fuera una cuarta época de igual valor a las otras tres, lo que completaría la visión apocalíptica de los cuatro imperios que se encuentra en el veterotestamentario libro de Daniel.174 Un caso muy poco claro es el de la «modernidad», concepto que se aplica en demasía: se ha empleado para todos los siglos de la historia de Europa, desde el siglo XVI, e incluso para la China «medieval» del siglo XI; la historia social

argumenta que se aplicaría a la época posterior a 1830; para la estética y la alta cultura, es incluso posterior, no anterior a Baudelaire, Debussy y Cézanne.175 La ubicua mención de la modernidad, la posmodernidad y las «modernidades múltiples», casi siempre sin precisar ni un mínimo la referencia cronológica, apunta claramente a una debilitación de la conciencia de época. Quizá la «Edad Moderna» sea la última construcción de época aceptada generalmente por el mundo académico.176

El siglo XIX ya se ha escapado a la nomenclatura epocal. Independientemente de cómo se lo limite, a casi todos los historiadores les parece una época específica, pero innominada. Si en los tiempos anteriores es habitual que una época comprenda varios siglos (unos diez en el caso de la Edad Media, tres en la Edad Moderna), el siglo XIX se ha quedado solo. La denominación próxima de «Edad Moderna tardía» nunca se ha propuesto en serio. De hecho, en Alemania impera confusión al respecto de si el siglo XIX debe considerarse «moderno» o quizá «contemporáneo». En el primer caso, se lo considera más bien una fase de culminación de los cambios iniciados antes de 1800; en el segundo, la etapa previa a los tiempos que se iniciaron con la primera guerra mundial.177 Eric J. Hobsbawm, que ha escrito la mejor exposición conjunta de la historia de Europa desde la Revolución Francesa, no da ningún nombre que abarque todo el siglo XIX, sino que lo divide en tres eras: la de la Revolución (1789-1848), la del Capital (1848-1875) y la del Imperio (1875-1914).178 Desde el punto de vista de la historia del pensamiento, tampoco se ha logrado una unidad similar a la que ha bautizado el siglo XVIII como «la era de la Ilustración». Estamos, pues, ante un siglo fragmentado y sin nombre, una larga fase de transición entre dos estadios que hoy se cree reconocer; quizá un dilema.

2. CALENDARIO Y PERIODIZACIÓN

En amplias zonas del mundo, nadie notó, en 1801 o 1800, que se hubiera iniciado un nuevo «siglo». En la Francia oficial no se

quería saber, pues en 1792 se había empezado a contar según los años de la República (1793 fue el año II), y además en 1793 se había introducido una nueva distribución del año, que fue seguida cada vez con menos entusiasmo hasta la restauración del calendario gregoriano, a principios de 1806. Como los meses también se contaban de otra manera, el 1 de enero de 1801 pasó como el undécimo día del cuarto mes (llamado «Nivoso») del año IX. Según el cómputo musulmán, el 1 de enero de 1801 fue un anodino día de mediados del octavo mes de 1215 (como es sabido, los musulmanes cuentan desde la hégira, la huida de Mahoma a Medina, el 16 de junio de 622). El nuevo siglo musulmán —su siglo XIII— había empezado ya en 1786. En Siam y otros países budistas, entendían que estaban en el año 2343 de la era budista; según el calendario judío, corría el año 5561. En China, el 1 de enero de 1801 era el segundo de los Diez Troncos Celestiales y el octavo de las Doce Ramas Terrenales, en el quinto año de reinado del emperador Jiaqing (pero dentro del ingente imperio chino se usaban también otros calendarios; así lo hacían los musulmanes, los tibetanos y las minorías Yi y Dai). Allí no se asoció ninguna ruptura temporal con el paso de 1800-1801, sino con el 9 de febrero de 1796, cuando el glorioso emperador Qianlong, después de sesenta años de reinado, cedió el trono a su quinto hijo, Yongyan, que adoptó el nombre real de Jiaqing. En Vietnam el calendario occidental se introdujo, para determinados usos oficiales, antes que en otros países de Asia: con la unificación territorial de 1802; pero junto a este se siguió empleando el calendario de la dinastía Ming, que en China ya no se usaba, pues la dinastía había caído en 1644.[179] Podríamos seguir acumulando ejemplos que, entre todos, dibujan la imagen de un rico pluralismo de calendarios, cuyo mensaje es claro: la magia del cambio de siglo, en lo que respecta a 1800-1801, se limitó al cristianismo. «Occidente» se extendía por todos los lugares donde se percibía un cambio de siglo; «nuestro» siglo XIX solo empezó en Occidente.

A quien la última idea le resulte sorprendente, debe recordar que, en realidad, en la propia Europa el calendario unificado fue el fruto de un proceso gradual y lento. Entre que el calendario gregoriano se introdujo en los países católicos de Europa —en 1582, poco después en los dominios de ultramar españoles y en 1600 en Escocia— y que fue aceptado en Inglaterra y con ello en todo el imperio británico, pasaron exactamente 170 años.180 En Rumanía no fue oficial hasta 1917; en Rusia, un año después; y en Turquía, en 1927. El calendario gregoriano —que no supuso una revolución, sino perfeccionar el sistema juliano— se convirtió en una de las exportaciones más exitosas de la Europa de la Edad Moderna. Iniciado por un papa contrarreformista, Gregorio XIII (1575-1585), llegó hasta los rincones más remotos del planeta por las vías de un imperio mundial protestante, el de Gran Bretaña. Fuera de las colonias tendió a ser importado voluntariamente, antes que ser impuesto a las «otras» civilizaciones por el imperialismo cultural. Donde fue objeto de disputa, lo fue por razones científicas o pragmáticas. El filósofo positivista Auguste Comte, por ejemplo, puso especial empeño en elaborar un calendario propio que dividía el año en 13 meses de 28 días (lo que da 364 días, a lo que se sumaba un día adicional, fuera del sistema). En la propuesta que realizó Comte en 1849, la denominación tradicional de los meses sería sustituida por nombres de benefactores de la humanidad: Moisés, Arquímedes, Carlomagno, Dante, Shakespeare.181 Técnicamente, era una propuesta acertada, que luego se ha defendido en varias ocasiones, con pequeños refinamientos.

La Iglesia ortodoxa rusa todavía emplea sin modificaciones, hasta el día de hoy, el calendario juliano. Fue una iniciativa de Julio César, que este, en su calidad de Pontifex Maximus, creó en el año 46 a. C. aprovechando la rica reflexión sobre el tiempo de los astrónomos griegos y egipcios. Este instrumento perduró y demostró su fiabilidad durante varios siglos, pese a que, en el

largo plazo, acumulaba algunos días de más. En el imperio otomano y la posterior Turquía, la situación fue especialmente compleja. El profeta Mahoma había elegido la luna como referencia temporal y solo había otorgado validez al calendario lunar. Pero no se había extinguido el uso del calendario solar juliano, heredado de la cultura bizantina. El estado otomano reconoció que este último le resultaría más práctico y orientó el ejercicio económico hacia las cuatro estaciones. Esto era importante para determinar cuándo se cobrarían los tributos de las cosechas. Como no había correspondencia exacta entre el calendario solar y el lunar, resultaba inevitable que se produjeran transiciones, aplazamientos y omisión de pagos. Aún hoy, en algunas zonas del mundo, conviven los dos calendarios, el local y el gregoriano. En algunos países musulmanes, la población rural siguió usando el calendario lunar durante mucho tiempo, mientras que la urbana adoptó el internacional.182 Los chinos de todo el mundo —incluso los que han sido pioneros en la globalización— festejan el año nuevo según el calendario lunar, en algún momento de nuestro mes de febrero. Junto a los calendarios «tradicionales» y «modernos», existieron y existen aún sistemas de nueva creación. Para empezar, los calendarios de celebración, con los que los nuevos estados nacionales fijaron simbólicamente su historia previa y fundacional, eligiendo días festivos nacionales o de recuerdo a los héroes. Pero también hay sistemas de ordenación temporal del todo independientes. Así, la religión bahái, nacida en Irán, emplea un calendario de 19 meses de 19 días cada uno y una cronología que se inicia en 1844, con la iluminación del fundador de la fe.183

El tiempo histórico, desde luego, tampoco se cuenta en todas partes según la era cristiana. Nuestro moderno sistema de datación, lineal y exacto, que lo sitúa todo antes o después de un año 1 convencional (el *annus Domini* o «año del Señor»), se conoce en lo esencial desde el siglo VI; fue perfeccionado en 1627 por el jesuita Dionysius Petavius (Denis Péteau) y

difundido poco después por Descartes.[184] A lo largo del siglo XIX se fue difundiendo por todo el mundo, pero no ha anulado las alternativas. En Taiwán, una de las sociedades más modernas del planeta, se sigue contando a la manera de las antiguas crónicas dinásticas: a partir de 1912, año de la revolución, cuando sustituyó al imperio la República China (*Minguo*) de la que el sistema de gobierno actual se dice heredero. Así, el año 2000 ha sido en la isla el año «*minguo* 88». Si en China, con cada cambio de trono, se reiniciaba el recuento interrumpiendo la continuidad que caracteriza a los calendarios judío, cristiano o musulmán (solo los comunistas han adoptado del todo el sistema occidental), en Japón también pervivió la numeración ligada a los períodos de gobierno; así, 1873 fue «Meiji 6». Pero en 1869 —en un bonito ejemplo de tradición inventada—, se introdujo también la continuidad de una sucesión de emperadores ininterrumpida, ajena a los cambios dinásticos; con ello, 1873 fue también el año 2553 desde el acceso al trono del mítico primer emperador, Jimmu, nieto de la diosa solar. Se entendía que, de este modo, Japón adoptaba el pensamiento temporal lineal propio de Occidente.[185] Pese a las objeciones cuidadosamente formuladas por numerosos historiadores, este sistema arcaizante, que refería la era al año ficticio de 660 a. C., no ha dejado de ser un mito fundacional del nacionalismo japonés; perduró más allá de 1945 y, con la entronización de Akihito, en 1989, se vio indudablemente reforzado.[186] La nueva cronología buscaba el fin político manifiesto de situar al emperador en el centro del mundo mental del nuevo estado nacional.

Japón introdujo en el mencionado año de 1873 —es decir, casi medio siglo antes que Rusia— el calendario gregoriano, y también la semana de siete días, desconocida hasta entonces en el país. El noveno día del undécimo mes del calendario lunar, un edicto imperial declaró que el tercer día del duodécimo mes se redefiniría como 1 de enero de 1873, según el calendario solar. Sin embargo, pese a la pretenciosa retórica

de modernización —se denostaba el calendario lunar como supersticioso y anticuado—, la abrupta reforma temporal se produjo en ese momento principalmente porque el tesoro del estado amenazaba con la bancarrota. En el sistema antiguo, habría correspondido un mes de corrección que suponía un 13.º mes de salario para todos los funcionarios, que, en la delicada situación presupuestaria del momento, no se habría podido costear. El nuevo año se adelantó de golpe 29 días, sin tiempo para que las amas de casa, perplejas por el cambio, pudieran cumplir con la tradicional limpieza del hogar. La incorporación de Japón al calendario estandarizado más influyente del mundo supuso también que la corte ya no necesitó a los astrónomos para determinar el calendario correcto.187

Sucesiones de épocas

El carácter relativo de las cronologías es aún más claro cuando tenemos en cuenta la diversa utilización de las denominaciones de época. En Europa, desde la década de 1680, se fue imponiendo el uso de la división ternaria de Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna; pero no surgió nada similar en ninguna otra de las civilizaciones que también podían lanzar la mirada atrás hacia un pasado remoto y continuado. Hubo épocas de renovación y renacimiento, pero antes del contacto con Europa, apenas se constata la idea de que se estuviera viviendo en una época nueva y superior a las épocas precedentes. Solo con el cambio de sistema de la restauración Meiji, impulsado por jóvenes aristócratas de carácter enérgico, como Ōkubo Toshimichi, salió a la luz en Japón la retórica del nuevo principio, orientada hacia el futuro, que es un ingrediente esencial de la conciencia «moderna».188 No obstante, pronto quedó atrapada en el tradicionalismo, por el hincapié oficial en que se restauraba un imperio sagrado (pese a que, para la práctica política de la era Meiji, no había modelo en el pasado japonés) e, igualmente, por el empeño con que, desde 1868, se buscó una propia «Edad Media» que permitiera equipararse al

prestigioso modelo histórico de Europa.189 La idea de una «era intermedia» desempeña cierto papel en la historiografía musulmana tradicional, pero no así en la china. La importación de la forma de pensar occidental no ha cambiado nada al respecto: ni en Taiwán ni en la República Popular China se emplea para la historia propia la categoría de la «Edad Media». No solo los historiadores tradicionalistas prefieren la periodización dinástica; incluso la historiografía actual de la República Popular China —y la *Cambridge History of China*, buque insignia que se empezó a publicar en 1978— siguen este mismo principio.

Las primeras desviaciones del modelo son las que se refieren al siglo XIX. La ortodoxia marxista sitúa el inicio de la «historia moderna» de China (*jindai shi*) en el tratado sino-británico de Nankín, de 1842, interpretado como el principio de la «invasión imperialista»; la etapa siguiente es la «historia contemporánea» (*xiandai shi*), que empieza con el movimiento de protesta antiimperialista de 1919. Según estos principios, el siglo XIX, definido por su contenido y no por la mera cronología, no podría empezar hasta la década de 1840. Sin embargo, tanto en la actual historiografía estadounidense, que lidera la investigación mundial sobre China, como de forma creciente entre los propios historiadores chinos, se empieza a imponer la denominación «imperial tardío» (*late imperial China*). El concepto no se refiere solo a las últimas décadas del imperio (que se suelen designar como «era Qing tardía»), en ningún caso, sino al período comprendido entre finales del siglo XVI y el final del siglo XIX «largo»; algunos autores se remontan incluso al siglo XI, que fue para China una época de consolidación política, reforma social y prosperidad cultural. Esta China imperial tardía llega hasta el final de la monarquía, en 1911. Tiene cierta semejanza formal con el concepto europeo de la «Edad Moderna» o, en su versión más actualizada, la idea de una «Vieja Europa» que se habría iniciado ya en la «Edad Media»; pero no pone el mismo énfasis en la época de hacia 1800 como fin de una formación histórica.

En las largas continuidades de la historia china, según es consideración general, el siglo XIX cronológico (a pesar de varias innovaciones manifiestas) es la época de decadencia última de un Antiguo Régimen de estabilidad sin igual. A este respecto, China es tan solo *una* de las posibilidades de variación que hallamos al preguntarnos por definiciones sustanciales del siglo XIX.

3. RUPTURAS Y TRADICIONES

Hitos nacionales y universales

Salvo que uno acepte la idea mística de que un único *Zeitgeist* o «espíritu de la época» se expresa en *todas* las manifestaciones vitales de un período, la periodización histórica se halla ante el problema de la «diversidad temporal de los ámbitos culturales».190 En la mayoría de los casos, los hitos de la historia política no marcan al mismo tiempo los elementos de la historia económica; los estilos artísticos no se inician y terminan, por lo general, allí donde creemos detectar los cambios en el desarrollo de la historia social. Aunque la historia social suele verse libre de los debates de la periodización, porque tiende a adoptar de forma tácita la división en épocas políticas, hay quien ha advertido en contra de conceder un valor excesivo a la historia de los acontecimientos. Ni siquiera Ernst Troeltsch, aun habiéndose destacado en el estudio de la teología y la historia de las ideas, pudo hacer gran cosa al respecto. Tras analizar modelos de épocas históricas que no se basaban en los acontecimientos, en autores como Hegel, Comte y Marx, Kurt Breysig, Werner Sombart y Max Weber, llegó a la conclusión de que «una periodización verdaderamente objetiva solo» se podía basar «en cimientos legales, políticos, económicos y sociales», solo anteponiendo las «grandes fuerzas elementales».191 Troeltsch tampoco creía que tales fuerzas elementales posibilitaran una secuenciación de la historia *inequívoca* y sin solapamiento.

Ernst Troeltsch pensaba en la historia de Europa en su conjunto, no en la de una única nación. Si una determinada

historia nacional todavía halla seguridad en el consenso general sobre sus grandes hitos, para Europa en general resulta más difícil ponerse de acuerdo en cambios de época con significación común. Si el historiador parte de lo que ve en Alemania, se engañará, porque los cortes definidos (como los de la historia del país en nuestro siglo) no son característicos, en absoluto, de todos los países europeos. La historia política de Gran Bretaña, por ejemplo, donde ni siquiera la revolución de 1848 interpretó un papel de importancia, se desarrolló de tal manera que los historiadores populares no son los únicos que emplean, para la época de 1837 a 1901, la denominación «victoriana», que deriva del tiempo de gobierno de una monarca constitucional. Inglaterra ya había experimentado su ruptura profunda en las dos revoluciones del siglo XVII. La Revolución Francesa no provocó allí la misma conmoción que, desde 1789, causó en el continente. Como hito histórico de transición, en la actual historiografía británica, no se habla de 1789, sino de 1783, año de la pérdida definitiva de las colonias norteamericanas. En consecuencia, a la fecha de 1800 se le concede en la isla mucha menos importancia que, digamos, en Francia, Alemania o Polonia. El paso del siglo XVIII al XIX, en Gran Bretaña, se vivió sin las turbulencias que las guerras napoleónicas comportaron al otro lado del Canal.

Si la forma temporal de la historia europea ya es objeto de polémica, no digamos el intento de hallar una periodización válida para todo el mundo. Las fechas políticas apenas resultan de ayuda al respecto. Antes del siglo XX, no cabe afirmar que ningún año aislado marcara una época en el mundo entero. En perspectiva, podemos decir que la Revolución Francesa acarrearía una significación futura universal; pero deponer y ajusticiar al soberano de un estado europeo de tamaño medio no tuvo el efecto de un acontecimiento mundial. En Asia oriental, el Pacífico y el sur de África, esta revolución pasó inadvertida durante mucho tiempo. Ya en 1888, el filósofo e historiador francés Louis Bourdeau afirmó que, para 400

millones de chinos, la Revolución Francesa no había existido y, por lo tanto, cabía albergar dudas sobre su importancia.[192] Además, el programa revolucionario, en su implantación dentro de las fronteras de Francia, no tuvo consecuencias directas en el exterior; fue su difusión por medio de la expansión militar. En América —con la excepción de las colonias francesas del Caribe— y en la India, la Revolución en sí no se hizo notar, solo las consecuencias del conflicto bélico entre Napoleón y los británicos. Ni siquiera el estallido de la primera guerra mundial, en un principio, conmocionó al mundo. Solo su final, en 1918, desató una crisis universal a la que contribuyó además una epidemia mundial de gripe.[193]

El primer dato *económico* con auténtico peso global fue el principio de la crisis económica mundial de 1929: a los pocos meses, productores y compradores de todo el mundo percibían las consecuencias del hundimiento de la bolsa de Nueva York. La segunda guerra mundial, de nuevo, empezó de forma progresiva: para chinos y japoneses, la contienda se inició en julio de 1937; para Europa, al oeste de Rusia, en septiembre de 1939; para el resto del mundo, con el asalto alemán a la Unión Soviética y el ataque de Japón contra Estados Unidos, en 1941. Latinoamérica y el África subsahariana se vieron claramente menos afectadas por la segunda guerra mundial que por la primera. Antes de 1945, no se encuentra un dato de historia *política* global cuyos efectos *próximos* fueran percibidos por toda la humanidad. Solo después empieza algo parecido a una «historia de los acontecimientos» referida al mundo entero.

Podemos continuar con un experimento teórico y preguntarnos cuáles fueron, para las diversas historias nacionales, los hitos principales de la evolución política *interior* en el marco del siglo XIX largo, a juicio de los historiadores (e, influida por ellos, probablemente también de la opinión pública). Si se consideran sobre todo los estrechos paralelismos y la interdependencia de la historia francesa y alemana, que comparten las fechas clave de 1815, 1830, 1848, 1870-1871, 1914-1918 y 1940-1944,

sorprenderá que, desde un punto de vista más amplio, se constatan determinadas concentraciones de hitos políticos, pero que los grandes ritmos de la evolución política apenas coinciden.

Los años próximos a 1800 fueron rompedores, y supusieron el inicio de una época, allí donde los ejércitos de Napoleón derrocaron los regímenes antiguos, los debilitaron irremediablemente o, al menos, dieron el impulso para tal debilitación. Así ocurrió en el mundo de los pequeños estados del oeste de Alemania, en España y Portugal, en la isla colonial de Haití (Santo Domingo) y en Egipto; pero no, por ejemplo, en el imperio zarista. También hubo efectos indirectos: si la monarquía española no se hubiera desmoronado en 1808, las revoluciones de independencia hispanoamericanas no habrían empezado en 1810, sino *más tarde*. Para la élite gobernante del imperio otomano, la ocupación francesa de la provincia de Egipto, en 1798 —aun cuando duró muy poco, pues los franceses abandonaron el Nilo al cabo de tres años—, supuso una conmoción que desató varios proyectos de modernización. A largo plazo, sin embargo, para el sultanato fue todavía más grave la derrota de 1878 en la guerra contra Rusia, que comportó la pérdida de algunas de las zonas más ricas del imperio: en 1876, el 76 % de la península balcánica era otomano; en 1879, solo el 37 %. *Este* fue el gran hito político de la historia tardía de los otomanos, la peripecia de su caída, que tuvo como consecuencia revolucionaria inevitable el hecho de que en 1908, los oficiales de los Jóvenes Turcos derrocaran el régimen autocrático del sultán. Por último, también se sintieron efectos indirectos de las guerras napoleónicas allí donde Gran Bretaña intervino militarmente: el Cabo de Buena Esperanza y Ceilán (Sri Lanka) fueron arrebatados al estado holandés, que era parte del imperio napoleónico, y siguieron integradas en Gran Bretaña a la caída de este. En Indonesia, y sobre todo en la gran isla de Java, a la breve ocupación británica (1811-1816) siguió la restauración del gobierno colonial neerlandés, que sin

embargo experimentó en consecuencia una profunda transformación. En la India, los británicos apostaron por el más exitoso de sus conquistadores coloniales, el marqués de Wellesley, y se hicieron con la supremacía a lo sumo en 1818.

En otros países, los hitos políticos más destacados —más importantes que los inmediatos a 1800— se produjeron en pleno siglo XIX. Numerosos estados ni siquiera empezaron a existir hasta después de 1800: en 1804, la república de Haití; entre 1810 y 1826, progresivamente, las repúblicas hispanoamericanas; en 1830 (o 1832), los reinos de Bélgica y Grecia; en 1861, el reino de Italia; en 1871, el imperio alemán; en 1878, el principado de Bulgaria. La moderna Nueva Zelanda debe su existencia como estado al tratado de Waitangi, que firmaron en 1840 representantes de la corona británica con jefes de las tribus maoríes. Canadá y Australia, que eran conglomerados de colonias adyacentes, pasaron a ser estados nacionales con las actas de federación de 1867 y 1901, respectivamente. Noruega no rompió la unión con Suecia hasta 1905. En todos estos casos, las fechas de fundación de los estados nacionales dividen el siglo XIX en un período *anterior* y uno *posterior* a la conquista de la unidad y la independencia. La fuerza estructurante de estos momentos de corte es mayor que la de los marcos temporales que, según el calendario, solemos denominar «siglo».

No faltan ejemplos. Gran Bretaña no se vio conmocionada, interiormente, por la era de las revoluciones, y se adentró en el siglo XIX con un régimen político de lo más oligárquico. Hasta la reforma electoral de 1832 no se amplió sustancialmente el círculo de la ciudadanía activa y se puso fin a la forma específicamente británica del Antiguo Régimen. En la continuidad propia de la historia constitucional británica, el año de 1832 representa el salto transformador más significativo, quizá aún más simbólico que real. Hungría, que se había librado de las campañas napoleónicas, no vivió una gran crisis política hasta la revolución de 1848-1849; a cambio, en

Hungría, esta se vivió con más intensidad que en ningún otro lugar de Europa. En cuanto a China, la rebelión Taiping, de 1850-1864, supuso un desafío revolucionario que marcó una época y fue la primera crisis de tales dimensiones desde hacía más de doscientos años. En la década de 1860 se acumulan los cambios en los sistemas políticos. Los dos acontecimientos más importantes —y, como se verá más adelante, de esencia revolucionaria— fueron, en 1865, el hundimiento de la confederación de los estados sureños, al acabar la guerra civil estadounidense, con lo que se restableció la unidad nacional; y en 1868, el derrocamiento del gobierno sogunal de Japón, tras lo cual se inició una etapa de resuelta construcción estatal, la restauración Meiji. En ambos casos, la crisis del sistema y el impulso reformista acabaron con prácticas políticas y estructuras de gobierno heredadas del siglo XVIII: en Japón, el federalismo feudal de la dinastía Tokugawa, en el poder desde 1603; en Estados Unidos, el esclavismo de los estados del sur. La transición de un mundo político al otro ocurrió, en los dos países, *a mediados* de siglo.

¿*Una Edad Moderna mundial*?

El inicio *político* del siglo XIX, a tenor de lo visto, apenas se puede determinar cronológicamente. Identificarlo con la Revolución Francesa supone otorgar un peso excesivo a Francia, Alemania o Haití. Durante todo el siglo XIX estuvieron cayendo gobiernos del Antiguo Régimen. En un país de las dimensiones e importancia de Japón, la modernidad política no empieza hasta 1868. ¿Qué podemos hacer, entonces, con las periodizaciones que se basan en el criterio que Ernst Troeltsch denominó «fuerzas elementales» de la sociedad y la cultura? Esta pregunta nos devuelve a la categoría de la «Edad Moderna». Cuanto más convincente sea la fundamentación de la Edad Moderna como una época redonda, más sólidos serán los cimientos sobre los que situar el inicio del siglo XIX. Ahora bien, aquí las señales son contradictorias. Por un lado, una combinación de investigación especializada, originalidad

intelectual y los intereses del mundo universitario ha contribuido a que muchos historiadores de este campo den por sentada la «existencia» de una Edad Moderna y ajusten su sistema de pensamiento al marco temporal de 1500 a 1800.194 De ello resulta un problema típico de los casos en los que los esquemas temporales, de tan rutinarios, aparentan adquirir vida propia: los fenómenos de transición desaparecen de la vista. De ahí la propuesta, muy razonable, de situar los grandes acontecimientos —1789, 1871, 1914— en el centro de los períodos, y no en el margen, para que puedan ser contemplados desde una periferia temporal que abarque el antes *y* el después.195

Por el otro lado, se acumulan los indicios de que las fechas de inicio y final de la definición típica de la Edad Moderna deberían concebirse con más flexibilidad, para dar cabida a las continuidades.196 La única cesura que no ha sido objeto de polémica durante mucho tiempo, al menos en lo que respecta a la historia europea, es la de 1500 (para algunos historiadores, una fase de transición que iría aproximadamente de 1420 a 1520). La coincidencia de diversos procesos innovadores de especial trascendencia es evidente: Renacimiento (tardío), Reforma, capitalismo temprano, surgimiento de los primeros estados modernos, descubrimiento de las rutas marítimas a América y el Asia tropical, y, si nos remontamos a 1450, también la invención de la imprenta de tipos móviles. Son numerosos los editores de historias universales que han adoptado 1500 como fecha de orientación; a veces, dejándose llevar, pero otras veces, con razones bien fundamentadas.197 Pero recientemente, incluso la trascendencia de 1500 se ha puesto en discusión, en favor de una transición prolongada y progresiva de la Edad Media a la Moderna: se quita relieve a la divisoria entre una y otra época. Heinz Schilling ha hecho hincapié en la *lentitud* de la formación de la Edad Moderna europea y ha relativizado la importancia de 1500 frente a los momentos de cambio de hacia 1250 y 1750. La idea enfática de

una modernidad que irrumpió de golpe la atribuye Schilling al hecho de que, desde la perspectiva del siglo XIX, se elevó a Colón y Lutero a la condición de héroes; y defiende que ya no hay razones para perpetuar el mito.198 Anteriormente, Dietrich Gerhard había descrito la persistencia de las estructuras institucionales de Europa entre 800 y 1800, una condición que designó como «Vieja Europa», haciendo caso omiso de los conceptos de «Edad Media» y «Edad Moderna».199 Sin duda, aquí existe una analogía con el concepto de la «China imperial tardía».

Aunque la determinación clásica y eurocéntrica de la «Edad Moderna» como época solo ha tenido una validez indisputada en referencia a Europa, en fecha reciente ha encontrado el apoyo de historiadores de civilizaciones no europeas que han optado por experimentar con esta categoría. Solo a una minoría cabe reprocharle que quisieran imponer por la fuerza conceptos ajenos a la historia de Asia, África y América. La mayoría, por el contrario, quieren integrar a esas regiones del mundo en una historia general de la modernidad y traducir sus diversas experiencias históricas particulares a un lenguaje comprensible para los que piensan desde Europa. Quien ha ido más lejos, sin dogmatismos, ha sido Fernand Braudel, quien, en su historia del capitalismo y la vida material de los siglos XV a XVIII ha tenido en cuenta el mundo *entero* como si la cuestión no mereciera ni comentarse.200 Braudel tuvo la prudencia de no dejarse arrastrar al debate sobre la periodización de la historia universal. Le interesaban menos los grandes impulsos transformadores de los ámbitos de la tecnología, la organización comercial o las imágenes del mundo que el funcionamiento de las sociedades y las redes intersociales dentro de un marco temporal dado.

Sorprendentemente, la mirada panorámica de Braudel ha creado poca escuela. Las polémicas más recientes sobre la adecuación del concepto de «Edad Moderna» han partido sobre todo de las distintas regiones. En los casos de Rusia, China,

Japón, el imperio otomano, la India, Irán, el sureste asiático y, por descontado, la América colonial (del norte y del sur), se ha planteado la pregunta de qué semejanzas y qué diferencias existieron con las formas de organización social y política de la Europa (occidental) contemporánea. Cabe plantear muchas comparaciones, por ejemplo, entre Inglaterra y Japón; también son llamativos los paralelos entre el Mediterráneo en tiempos de Felipe II (según lo describió Fernand Braudel) y el mundo coetáneo, y también multicultural, del sureste asiático (estudiado por Anthony Reid): auge del comercio, introducción de nuevas técnicas militares, centralización estatal y disturbios religiosos (en el sureste de Asia, no obstante, causados *desde fuera*, por el cristianismo y el islam).201

En la medida en que el debate se ha ocupado también de la cronología, se ha logrado cierto consenso en que la época comprendida aproximadamente entre 1450 y 1600 trajo grandes cambios, de especial relevancia, en grandes extensiones de Europa y América.202 Hay argumentos para defender que, en numerosas regiones del planeta, se produjo una transición relativamente simultánea a la Edad Moderna. Salvando México, Perú y algunas islas del Caribe, esta transición todavía no tuvo demasiado que ver con la expansión europea. Solo durante el siglo XVIII, entendido como siglo «largo» (de modo que empezaría hacia la década de 1680), empezó a percibirse la influencia de Europa *mundialmente*, y no solo en el ámbito atlántico. En esas fechas, incluso China, aún cerrada y resistente a toda colonización, se integró en las corrientes económicas mundiales de la seda, el té y la plata.203

Sobre la cuestión del *final* de esta posible Edad Moderna de alcance mundial, todavía no se han expuesto reflexiones comparables. En algunos casos regionales, el diagnóstico parece claro: en Hispanoamérica, la independencia de varias regiones antaño incluidas en el imperio colonial español, completada antes de 1830, supone el fin de la Edad Moderna local. Cuando Napoleón invadió Egipto, en 1798, no solo

derribó el régimen de los mamelucos, en el poder desde la Edad Media, sino que además hizo temblar el sistema político y la cultura política de la potencia dominante: el imperio otomano. La conmoción francesa fue el motor de las primeras reformas acometidas por el sultán Mahmud II (*r.* 1808-1839). Ante esta situación, se ha propuesto hablar de un siglo XIX otomano largo, que habría durado de 1798 a 1922, o del «siglo reformista, 1808-1908».204 El caso de Japón fue muy distinto. Allí, entre 1600 y 1850, hubo mucho movimiento social, pero ninguna transformación de especial calado comparable a la que supuso la apertura del país hacia mediados de siglo. El «Japón moderno temprano», si cabe darle sentido al concepto, no llegaría hasta la década de 1850.205

En casi todo el resto de Asia, y en toda África, fue la colonización europea la que marcó un cambio de época; pero se inició en fechas muy diversas y no siempre es fácil constatar cuándo se empezó a percibir de verdad la influencia europea; en general, desde luego, no antes de 1890. La conquista británica de la India, por ejemplo, se desarrolló por etapas entre 1757 y 1848; y los franceses tomaron Indochina entre 1858 y 1895, por lo que una periodización militar y política sería poco relevante. En el caso de África, los principales especialistas hacen durar la «Edad Media» incluso hasta cerca de 1800, y renuncian por completo a denominar «Edad Moderna» los tres primeros cuartos del siglo XIX.206 Las décadas previas a la invasión europea han quedado sin bautizar.

4. *SATTELZEIT*, ERA VICTORIANA, *FIN DE SIÈCLE*

Desde un punto de vista global, por lo tanto, resulta mucho más difícil que desde la perspectiva europea establecer el principio del siglo XIX ajustándolo a los contenidos, y no solo a la cronología estricta. Hay muchos argumentos para considerar que el período comprendido entre un siglo XVIII «largo», estirado más allá de 1800, y un siglo XIX asimismo «largo», que se iniciaría antes de esta fecha, posee carácter de época. Para denominarlo, podemos recurrir al concepto de *Sattelzeit* («época

de collado»), que acuñó Reinhart Koselleck en un contexto algo distinto, pero aun así próximo.207 Esa «época de collado» duró aproximadamente de 1770 a 1830. Condujo a un período intermedio en el que, al menos en el caso de Europa, se concentran los fenómenos culturales que, al echar la vista atrás, se consideran característicos del siglo XIX *en general*. Luego, en las décadas de 1880 y 1890, hubo tal «sacudida» en el mundo, que parece razonable hablar de un subperíodo. Con un concepto de la propia época, podríamos llamarlo *fin de siècle*: no un fin de un siglo cualquiera dado, sino *el* fin de siglo. Esta época, según la interpretación corriente, termina con la primera guerra mundial; pero como hemos visto al principio de este capítulo, más hacia 1918-1919 que en 1914, pues lo que la propia guerra hizo desarrollarse fue la potencialidad de los años previos. Ahora bien, también hay argumentos a favor de un concepto temporal más amplio, expuesto en 1989 por un grupo de historiadores alemanes. Con ánimo de historiadores universales, no solo defendían un «cambio de siglo» más largo —de 1880 a 1930— sino que lo acompañaron de abundante material, incluyendo mucho espacio para las ciencias y las artes.208 Decidir si 1930 es una fecha de conclusión acertada para un cambio de siglo así de prolongado, queda en el ámbito del estudio histórico de la periodización. También podríamos llegar a 1945 y considerar que el período que va de la década de 1880 al final de la segunda guerra mundial fue la «era de los imperios y el imperialismo», dado que, sin lugar a dudas, *las dos* guerras mundiales fueron en lo esencial enfrentamientos entre imperios.

A riesgo de caer en un anglocentrismo inadmisible, cabría emplear el sintagma «era victoriana» para las décadas por ahora innominadas comprendidas entre la *Sattelzeit* de Koselleck y el *fin de siècle* (es decir, para el siglo XIX «genuino»). Este nombre más bien decorativo puede salvarnos del apuro de tenernos que decidir entre una nomenclatura de época ajustada a los contenidos, pero, por eso mismo, también menos flexible: «era

de la primera globalización capitalista», «auge del capital» o incluso también «era del nacionalismo y la reforma». ¿Por qué «era victoriana»?209 El nombre refleja el inaudito predominio económico y militar (y en parte, cultural) que Gran Bretaña ejerció durante esas décadas (y no había ejercido antes ni volvió a ejercer después) en el mundo. Además, es una categoría temporal relativamente establecida, que por lo general no coincide estrictamente con los años de reinado de Victoria. En su famoso retrato de la época, *Victorian England*, de 1936, G. M. Young se refirió solo a los años que iban de 1832 al punto en el que cayó «la profunda sombra de la década de 1880».210 Muchos otros han seguido esta senda y han considerado el lapso de mediados de aquellos años ochenta a la primera guerra mundial como un período *sui generis*, en el que la época «neovictoriana» se transformó en otra cosa.211

¿*Una «época de collado» global*?

¿En qué se fundamenta la coherencia temporal de una «época de collado» global, o casi global (según se la denomina aquí, con la libertad de ampliar el concepto original de Koselleck)? Rudolf Vierhaus ha sugerido que se debe liberar al siglo XVIII de una asociación demasiado estrecha con la precedente Edad Moderna «clásica» y entenderlo más bien como el «umbral del mundo moderno», abierto hacia delante.212 En lo sucesivo aportaré mis precisiones al respecto. ¿Qué rasgos señalados de la historia universal permiten atribuir un carácter propio como época a las cinco o seis décadas de hacia 1800?213

Uno. Según ha demostrado sobre todo C. A. Baily, en este período hubo un cambio radical en la relación de fuerzas del mundo. Durante los siglos XVI y XVII hubo coexistencia y competencia entre imperios; ni siquiera las más exitosas de las grandes organizaciones de origen europeo —el imperio colonial español y la red de comercio intercontinental de las sociedades monopolísticas de Holanda e Inglaterra— lograron asentar una superioridad clara frente a China y los «imperios de la pólvora» (*gunpowder empires*) del mundo islámico, es decir, el imperio

otomano, el imperio mogol de la India y el imperio persa de los sahs safávidas. Solo una renovación en la organización de (algunos) estados europeos, que se perfeccionó primero en Inglaterra, concedió a Europa la ventaja clara en la capacidad de ataque; nos referimos al estado militar y fiscal basado en el uso racional de los recursos. Esta forma de estado, con apariencias algo diversas, es la que surgió en Gran Bretaña, en la Rusia de Catalina II (y los dos sucesores de la emperatriz) y en la Francia revolucionaria-napoleónica. Estos tres imperios se expandieron ahora con tanta fuerza y alcance, que cabe referirse al período comprendido entre 1760-1770 y 1830 como «primera era del imperialismo».214 En la guerra de los Siete Años (1756-1763), librada entre ingleses y franceses, ya se lidió por la hegemonía; no solo se combatió en ambos hemisferios, sino que las tribus indias de Norteamérica y los príncipes de la India asiática interpretaron un papel significativo como aliados.215 El gran conflicto entre los imperios, de 1793 a 1815, se quedó aún menos limitado a Europa. Se extendió a cuatro continentes, como una verdadera guerra mundial, cuyos efectos directos alcanzaron hasta el sureste de Asia, y los indirectos, hasta China: en 1793, Gran Bretaña envió a Pekín una legación encabezada por lord Macartney, para realizar los primeros tanteos diplomáticos con la corte imperial. Después de 1780, dos nuevos elementos se sumaron a la «combinación de factores» de la guerra de los Siete Años: por un lado, el exitoso empeño independentista de la población «criolla» en la Norteamérica británica y, más adelante, en las colonias españolas de la América central y del Sur, así como entre los esclavos negros de Haití; por otro lado, el debilitamiento *adicional* de los imperios asiáticos, debido a causas específicas de cada uno (y no necesariamente interrelacionadas), que les llevó, por vez primera, a quedar por detrás de Europa en cuanto a la potencia militar y la política del poder (*Machtpolitik*). La interacción de estas fuerzas transformó la geografía política del mundo. España, Portugal y Francia desaparecieron del

continente americano. La expansión de los imperios asiáticos quedó interrumpida definitivamente. Gran Bretaña conquistó en la India una posición dominante que utilizó como trampolín de futuros asaltos; además, se estableció en Australia y rodeó el globo con una red de bases navales.

Si algunos historiadores anteriores han hablado de una revolución «atlántica», que abarcaría todo el espacio comprendido entre Ginebra y Lima, y con ello corregían la fijación excesiva con la «doble revolución» europea —la revolución política en Francia y la revolución industrial en Inglaterra—,216cabe ahora dar un paso más y considerar que la «era de la revolución» europea fue solo una parte de una crisis y un desplazamiento de fuerzas *general*, que se percibió también en las colonias de América y en el mundo islámico, de los Balcanes hasta la India.217 La crisis general de las décadas de hacia 1800 fue, al mismo tiempo, una crisis de la monarquía borbónica, del poder colonial británico, español y francés en el Nuevo Mundo, y también de estados asiáticos antaño tan poderosos como los imperios otomano y chino, la federación tártara de Crimea y los estados que sucedieron al imperio mongol en el subcontinente surasiático. Las nuevas relaciones existentes durante la «época de collado» se manifiestan de manera evidente cuando Francia invade el «nido de piratas» de Argel, en 1830 (*de iure*, Argel formaba parte del imperio otomano) y cuando China pierde la guerra del Opio, en 1842 (la primera derrota militar de la dinastía Qing después de doscientos años).

Dos. La emancipación política de las sociedades de colonos de la Edad Moderna en el hemisferio occidental (al sur de Canadá, que continuó integrado en el imperio británico), concluida temporalmente hacia 1830, unida a la colonización contemporánea de Australia, contribuyeron a reforzar la posición de los «blancos» en el mundo.218 Si las repúblicas de América, en los ámbitos económico y cultural, siguieron unidas a Europa, e interpretaron papeles funcionales en el sistema

económico mundial, ahora, en comparación con el período colonial, acentuaron la agresividad contra las poblaciones de pastores y cazadores no blancos de sus propios países. En Estados Unidos, en la década de 1820 se llegó a un punto en el que a los «nativos americanos» ya no se los consideraba socios comerciales, sino que se los trataba meramente como objetos de violencia administrativa y militar.219 También Australia, Nueva Zelanda, Siberia y, en ciertos aspectos, Sudáfrica encajan con este modelo de colonización con desplazamiento de poblaciones y confiscación de tierras.220

Tres. Una de las novedades más importantes de la «época de collado» fue la aparición de formas de solidaridad inclusivas en el marco de un nuevo ideal de igualdad ciudadana. Este «nacionalismo» estabilizó la identidad colectiva y la delimitó frente a los pueblos vecinos y los «bárbaros» remotos. En el primer período, hasta 1830 aproximadamente, fue especialmente exitoso allí donde pudo actuar como ideología integradora y reforzadora de capacidades en un estado territorial ya existente y, además, coincidió con un sentimiento misionario de superioridad cultural. Así ocurrió en Francia, Gran Bretaña y pronto, también en Estados Unidos (como muy tarde, al imponerse en la guerra contra México, 1846-1849). En el resto del mundo, en un principio (la situación cambiaría más adelante), el nacionalismo surgió como reacción: primero, en la resistencia de alemanes y españoles contra Napoleón y en los movimientos de liberación de Hispanoamérica; y luego, después de 1830, se fue extendiendo sucesivamente a todos los continentes.

Cuatro. De entre todo el mundo, solo en Estados Unidos se constató una correspondencia entre el ideal con que se proclamaba la igualdad ciudadana y la realidad de una participación activa de círculos sociales más amplios en la toma de decisiones políticas y en el control de los gobernantes; aun con la exclusión, desde luego, de las mujeres, los indios y los esclavos negros. Con el acceso al poder del presidente Andrew

Jackson, en 1829, Estados Unidos —que había vivido un primer proceso de democratización con el presidente Thomas Jefferson, entre 1801 y 1809— desarrolló el modelo de democracia antioligárquica que se convertiría en rasgo definidor de su civilización. Antes de 1830, *en el resto del mundo*, la modernidad democrática pasaba apuros. Es cierto que la Revolución Francesa no fue tan inocua, conservadora o incluso irrelevante como determinada historiografía «revisionista», obsesionada por las continuidades, ha querido plantear. Ahora bien, *no* supuso la democratización general de Europa *ni* llegó siquiera a ser una revolución mundial. Quien acabó de llevarla a cabo, Napoleón, rigió con un despotismo no inferior al de Luis XV, y la monarquía borbónica (restaurada de 1815 a 1830) fue una caricatura de las monarquías pasadas. Gran Bretaña, hasta 1832, fue gobernada sin obstáculos por los magnates aristocráticos. En grandes zonas de la Europa del sur y central, como en Rusia, gobernaba un absolutismo reaccionario. Solo hacia 1830 se fue dibujando un cambio de tendencia progresivo, a favor del constitucionalismo, que sin embargo no se hizo extensivo a las colonias «de color» de las potencias europeas. Desde el punto de vista de la política, la «época de collado» no se caracteriza, ni en Europa ni en Asia, por la irrupción de la democracia; antes bien es la última estribación de la aristocracia o la autocracia (según los casos). El siglo XIX, en la política, empezó *después*.

Cinco. Es más difícil establecer una periodización basada en la historia social que en la historia política. La transición de una sociedad de estados a una sociedad de clases (más intensamente definida por las oportunidades de mercado) se reconoce con claridad en países como Francia, los Países Bajos o Prusia; y, algunas décadas después, en Japón. Pero en Gran Bretaña ya resulta complicado hallar «estados» a finales del siglo XVIII. En Estados Unidos y en los dominios británicos solo existían en forma rudimentaria; en la India, África o China, menos aún. En varios países, e incluso continentes enteros,

fueron trascendentes tanto el final de la trata en el Atlántico como la emancipación de los esclavos en el imperio británico, que entró en vigor en 1834. Durante las cinco décadas posteriores, la esclavitud desapareció, en lenta retirada de la civilización occidental y de su ámbito de poder en ultramar. Visto a la inversa: hasta por lo menos la década de 1834, esta reliquia del poder señorial extremo en la época moderna pervivió con escasos obstáculos.

Desde el punto de vista de la historia social, un rasgo característico de la «época de collado» fue cómo, cada vez más, las jerarquías sociales heredadas fueron objeto de crítica y subversión. No se ha podido demostrar si, fuera de la Europa occidental y central, los años de hacia 1800 fueron también una fase de reestructuración agraria y disturbios rurales; pero hay ciertos indicios de que así fue.221 Pese a las revoluciones en Francia y Haití, en el conjunto del período, el tradicionalismo social se vio sacudido, pero no llegó a caer. El «ascenso de la burguesía», y en general la aparición de fuerzas sociales completamente nuevas, no se constata —antes del período siguiente— más que en un puñado de países. Pero aun así, las «sociedades burguesas» plenamente desarrolladas siguieron suponiendo, en todo el mundo y durante todo el siglo XIX, una minoría. La consolidación de la tendencia a la formación de clases —ya derivaran de los estados o de otros orígenes— fue una consecuencia inmediata, o un fenómeno paralelo, de la lenta expansión mundial del modo de producción industrial-capitalista, que no se inició antes de 1830 y no llegó a Japón, el país más avanzado de Asia, hasta después de 1870.

Seis. La historia de la economía debe enfrentarse a la pregunta de cuándo la dinámica de la «revolución industrial» inglesa se transformó en un crecimiento económico que superó las fronteras de la propia Inglaterra. Angus Maddison —el más reputado estadístico contemporáneo de la historia mundial— ha dado una respuesta clara: a su juicio, la década de 1820 es el punto de inflexión en el cual el estancamiento mundial da paso

a un ritmo más dinámico e «intensivo» (en el sentido económico del término).222 Lo poco que se sabe con alguna certeza sobre la evolución de los ingresos reales apoya la tesis de que la industrialización temprana, incluso en el país pionero, Inglaterra, no experimentó un incremento digno de mención hasta *después* de 1820. Ciertamente, los años comprendidos entre 1770 y 1820 se consideran la fase crítica de transición entre el crecimiento lento de los ingresos per cápita durante la primera mitad del siglo XVIII y el aumento más rápido posterior a 1820.223 Fuera del noroeste de Europa, el modo de producción industrial no había arraigado en ninguna parte antes de 1830. Los historiadores de la técnica y el medio ambiente hacen hincapié en las mismas fechas de corte cuando recuerdan que, hacia 1820, empezó la «era de los combustibles fósiles». Si ya resultaba posible, desde el punto de vista de la tecnología, cambiar el motor de los procesos de producción —pasar de la fuerza muscular de los animales y el ser humano, la madera y la turba, a la energía orgánica almacenada en los fósiles (el carbón)—, ello se hizo ahora perceptible para el conjunto de la economía.224 El carbón puso en marcha las máquinas de vapor, las máquinas movieron los telares y las bombas, los barcos y los trenes. Por lo tanto, la era de los combustibles fósiles, iniciada en la tercera década del siglo XIX, no fue tan solo una época en la que la producción de bienes alcanzó niveles inauditos, sino también una era de conexión en red, rapidez, integración nacional y mayor facilidad de los controles imperiales. Hasta la década de 1820, en cambio, en el sistema energético imperaba un Antiguo Régimen.

Siete. La sincronía global más floja se dio en el ámbito cultural. Los contactos y las relaciones de intercambio entre las distintas civilizaciones, aunque no fueran irrelevantes, todavía no alcanzaron la intensidad necesaria para que se desarrollara una «cultura mundial». Sobre el cambio de experiencia entre las minorías articuladas, que se produjo hacia 1800 —y en el cual se basa el concepto de Koselleck de la «época de collado»—,

sabemos poco de las condiciones de las no occidentales. Fuera de Europa (y los territorios que colonizó), apenas se han podido comprobar fenómenos como la conciencia temporal de las categorías de interpretación del mundo, o la experiencia de una aceleración general de la vida. La intensificación característica de estos fenómenos no se constata hasta la segunda mitad del siglo. Probablemente, también fue peculiar de Europa el descubrimiento de profundidades y causas orgánicas que Michel Foucault diagnosticó en el pensamiento europeo de hacia 1800, en los ámbitos de la economía y las ciencias naturales.[225] En cualquier caso, 1830 representa uno de los puntos de inflexión más evidentes de la historia *paneuropea* de la filosofía y las artes: concluye el apogeo del idealismo filosófico (Hegel muere en 1831, de resultas de una epidemia de cólera global) y del utilitarismo estricto (Jeremy Bentham fallece en 1832); acaban también la «era de Goethe» y el conocido como «período artístico» clásico-romántico; se debilitan las corrientes románticas en las literaturas alemana, inglesa y francesa; en la música termina el estilo clásico, pues enmudecen Beethoven y Schubert (1827-1828) y se forma la «generación romántica» de Schumann, Chopin, Berlioz o Liszt; [226]en la pintura de la Europa occidental se produce una transición al realismo y el historicismo.

Así pues, hay razones fundadas para interpretar el siglo XIX genuino o victoriano como una época comprimida, a la que podemos aplicar estas palabras dichas en origen sobre la historia alemana: «Una era de transición relativamente breve y, a todas luces, muy dinámica, entre las décadas de 1830 y 1890».[227]

El umbral de la década de 1880

La década de 1880 fue una fase de cambio peculiar, una bisagra temporal que une la era victoriana con el *fin de siècle*. Lógicamente, en lo que atañe a los acontecimientos militares y políticos, el cambio de siglo (en referencia a las fechas de hacia 1900) también fue una fase de profundas sacudidas en amplias

zonas del mundo. Aunque en las historias nacionales de la mayoría de los países europeos este cambio de siglo *no* se identifica con ninguna ruptura especial, los últimos años de la centuria abrieron una brecha clara en la política china: la inesperada derrota contra Japón —un rival al que se había desdeñado— en 1895 le hizo perder muchísima soberanía, y la rivalidad de las grandes potencias neoimperialistas por controlar los territorios chinos había ido abriendo una puerta tras otra y provocó una crisis existencial de enorme calado, que a su vez llevó a la catástrofe del levantamiento de los bóxers, en 1900. En España, el fracaso militar de 1898 en la guerra con Estados Unidos comportó reacciones muy similares; todavía hoy, 1898 se considera en España como el punto más bajo de la historia nacional. En ambos casos, los vencedores —aquí Estados Unidos, allí Japón— vivieron un impulso inverso y consolidaron su acceso a las vías de la expansión imperial. Toda África se encontraba en un estado de turbulencia permanente desde la ocupación británica de Egipto, en 1882. La conquista británica del Sudán (1898) y la guerra de los bóers en Sudáfrica (1899-1902) concluyeron en lo esencial con el «reparto de África» y permitieron pasar a un período —menos traumático y menos tormentoso— de saqueo sistemático. En los primeros años del nuevo siglo, el mundo vivió toda una oleada de revoluciones: en Rusia, en 1905; en Persia (posterior Irán), en 1905-1906; en el imperio otomano, en 1908; en Portugal, en 1910; en México, desde 1910 (en la que fue la más sangrienta de estas revoluciones, que duró hasta 1920), y en China, en 1911. En todos estos países, ya en vísperas del atentado de Sarajevo, la revuelta causó un impulso de modernización política al cual la guerra mundial aportó pocos elementos sustancialmente nuevos. Con el fin de la primera guerra mundial, cuando cayeron las monarquías europeas al este del Rin, en otras partes del mundo —más «retrasadas», desde la perspectiva europea— ya habían desaparecido o perdido gran parte de su poder.

Estos procesos se añaden al novedoso carácter de crisis de la época que aquí denominamos *fin de siècle* y que otros historiadores designan como «alta Edad Moderna». La transición hacia esta época, que se produjo durante la década de 1880, se puede caracterizar por los siguientes rasgos.

Uno. Como en la década de 1820, aquí también se supera un umbral global, de la historia conjunta del mundo: hacia 1890 se estima que, en el uso global de la energía, los combustibles fósiles (carbón, petróleo) superaron a la biomasa; y ello, a pesar de que la mayoría de la población todavía no empleaba directamente esos combustibles. La era de los combustibles fósiles había empezado hacia 1820, en el sentido de que el empleo de tales recursos pasó a ser la tendencia más innovadora de la generación de energía. Hacia 1890, esta tendencia también se impuso en el conjunto del mundo desde el punto de vista cuantitativo.228

Dos. La industrialización, concebida como fenómeno global, entró en una nueva fase. Se expandió geográficamente: Japón y Rusia experimentaron entonces lo que los historiadores económicos denominan «despegue» (*takeoff*), es decir, la transición a un crecimiento autosostenido. En la India y Sudáfrica (donde, en 1886, se descubrieron grandes minas de oro) no se había llegado tan lejos, pero aun así empezaron a formarse núcleos de cristalización del desarrollo industrial y minerocapitalista, los primeros en existir fuera de Occidente y Japón.229 Al mismo tiempo, en los países de Europa que se industrializaron primero y en Estados Unidos, el carácter de la organización económica se modificó. La fase de industrialización más intensa se vinculó tecnológicamente con una «segunda revolución industrial» que iba más allá de la máquina de vapor. No hay consenso al respecto de cuáles fueron los inventos más importantes —por sus consecuencias— de la época. En cualquier caso, debemos recordar la bombilla (1876), la ametralladora (la Maxim de 1884), el automóvil (1885-1886), el cinematógrafo (1895), la transmisión por radio

(1895) y el diagnóstico mediante rayos X (1895). Desde el punto de vista de la historia económica, lo más relevante fue la aplicación de los descubrimientos de los campos de la electricidad (dínamo, motor eléctrico, centrales de producción de energía) y la química. En los dos ámbitos, la década de 1880 aportó innovaciones decisivas. La sola producción en serie de motores eléctricos revolucionó ramas enteras de la industria y las manufacturas que apenas podían sacar provecho a las máquinas de vapor.230 Al mismo tiempo, la industria y la economía se aproximaron mutuamente, como ya había ocurrido en el pasado, y empezó el tiempo de la gran investigación industrial. Este se relaciona con la transición del capitalismo, en Estados Unidos y varios países europeos, a una fase de concentración en unidades mayores (lo que, a juicio de los contemporáneos críticos, era un «capitalismo monopolista») y la anonimia empresarial («capitalismo corporativo»), que situaba a los gestores junto a los distintos miembros de la familia empresarial. Simultáneamente, surgieron nuevas burocracias en el sector de la economía privada y jerarquías cada vez más elaboradas dentro de la clase en expansión de los empleados.231

Tres. Esta reorganización del capitalismo avanzado produjo efectos globales, porque cada vez eran más numerosas las grandes empresas europeas y estadounidenses que explotaron el consumo de los mercados extranjeros. Se inició la era de los grandes consorcios multinacionales. La definitiva introducción del vapor en el tráfico oceánico y el cableado telegráfico de todos los continentes dieron más densidad a la economía mundial. Los grandes bancos europeos de ámbito mundial (y, desde finales de siglo, las instituciones estadounidenses) empezaron a practicar en gran escala la exportación de capital a través del Atlántico, de la Europa occidental a la oriental, a colonias como Sudáfrica y la India, y zonas en teoría independientes como China y el imperio otomano.232 En la misma década de 1880, hubo un incremento vertiginoso en el número de emigrantes de

Europa europeos que se marcharon al Nuevo Mundo.233 Se crearon nuevos sistemas internacionales de trabajo, con contratos de cumplimiento forzoso, que supusieron exportar mano de obra asiática hacia América del Norte y del Sur. Desde la mencionada década, el *fin de siècle* se convirtió en el período de más intensa migración de la historia moderna. En total, la década legó un impulso de modernización que, por vez primera, hizo surgir redes y sistemas comunicativos y económicos que enlazaban a todos los continentes.234 Ahí comenzó una gran fase de expansión del comercio internacional que duró hasta 1914 y, en algunas zonas (como Latinoamérica) hasta aproximadamente 1930.

Cuatro. Desde la ocupación británica de Egipto, en 1882, se percibía en todas partes un nuevo clima de expansión imperialista más intensa. Si, por una parte, se perfeccionó el instrumental de los controles financieros y se inició una colaboración cada vez más estrecha entre los gobiernos europeos y el capital privado, por otra parte, pasó asimismo a primer término el objetivo de aspirar a regiones de ultramar y, en lo posible, controlarlas también de hecho territorialmente. Esta fue la quintaesencia del neoimperialismo. Ahora no bastaba con la influencia directa o el acceso a las bases navales y los enclaves costeros. África se repartió sobre el papel —y pronto, también *de facto*— y los imperios coloniales europeos se adueñaron igualmente del Asia oriental, hasta Siam.

Cinco. Tras un período de continua agitación, la década de 1880 fue testigo, en varios de los grandes países de la Tierra, de la consolidación del orden político. En la definición, al igual que en las causas, hubo una gran diversidad: se puso término a un proceso de construcción nacional iniciado anteriormente (Alemania, Japón), se retiraron intentos de reforma previos (Estados Unidos al acabar el período de la «reconstrucción», en 1877; la vuelta a una autocracia estricta en el imperio zarista, desde 1881, con Alejandro III, y en el imperio otomano desde 1876, con el sultán Abdulhamid II), se fue dando paso a

regímenes de reformismo autoritario (México con Porfirio Díaz, Siam con el rey Chulalongkorn, China con la restauración Tongzhi, Egipto con el proconsulado de lord Cromer), se refundaron democracias parlamentarias (Francia hacia 1880, tras la pacificación interior que trajo consigo la Tercera República; Gran Bretaña tras la reforma electoral de 1884). Y sin embargo, los resultados se asemejan asombrosamente: hasta que la agitación revolucionaria estalló de nuevo, hacia 1905, los sistemas de gobierno fueron más estables, en el mundo en general, que en las décadas precedentes. Cabe considerarlo un rasgo negativo, de endurecimiento de los aparatos estatales; pero también positivo, por la recuperación de la capacidad de intervención estatal y la defensa de la paz interior. Como fuera, en este período aparecieron los primeros proyectos de una asistencia social sistemática del estado, más allá de la mera gestión de las crisis: son las raíces del estado social («del bienestar») en Alemania, Gran Bretaña e incluso Estados Unidos, donde había que lidiar con las consecuencias humanitarias a largo plazo de la guerra civil.

Seis. A finales del siglo XIX, también hallamos que las rupturas en la estética y la historia de las ideas quedan netamente vinculadas a las peculiaridades de cada una de las culturas. Desde luego, no cabe dudar de que la década de 1880, en Europa, fue un período de renovación artística. Ahora bien, la transición a la «modernidad clásica» no fue un fenómeno de toda Europa, ni siquiera de la Europa occidental, sino francés. En pintura, empieza con la obra tardía de Vincent van Gogh y Paul Cézanne; en literatura, con los poemas de Stéphane Mallarmé; en música, muy poco después, en 1892-1894, cuando Claude Debussy compuso *Prélude à l'après-midi d'un faune*.235 En filosofía, autores alemanes como Friedrich Nietzsche, con sus obras clave de la década de 1880, y Gottlob Frege (*Conceptografía*, de 1879, fundamentación de la lógica matemática moderna), aportaron una renovación tan influyente como, sin duda, divergente. En la teoría económica, las

propuestas del austríaco Carl Menger (1871), el inglés William Stanley Jevons (1871) y sobre todo el suizo Léon Walras (1874) hallaron eco mundial en la década de 1880 y sentaron las bases del siglo XX. Fuera de Occidente, en esta época no se constata una renovación estética y filosófica de radicalidad similar. También contribuyó a una mayor uniformidad cultural del mundo el auge de la prensa, que se evidencia, durante las dos últimas décadas del siglo, en Europa, América del Norte, Australia, Japón, China, la India, Egipto y otros lugares.

Siete. Hacia 1880 hay una novedad en el mundo no occidental: una conciencia crítica desconocida hasta la fecha, que cabe describir como una primera articulación del anticolonialismo o el inicio de un conflicto con Occidente, desarrollado con los propios medios. Siendo una actitud distinta a la de los movimientos de resistencia, espontáneos y antiextranjeros, también se diferencia de la admiración acrítica con la que las élites reformistas no occidentales contemplaban a veces, en la era victoriana, a la Europa en expansión. Esta clase de conciencia de sí, de corte reflexivo (que, en aquel tiempo, no cabría generalizar como «nacionalista»), se manifestó sobre todo en la India, donde en 1885 se fundó el Congreso Nacional Indio (más adelante, «Partido del Congreso»), que, aun conservando la lealtad hacia los británicos, denunciaba todas las injusticias, dando pie a una especie de «resurgir» que, en algunos aspectos, recuerda al *Risorgimento* italiano; y también en Vietnam, donde todavía hoy se destaca el año 1885 como el de fundación de una sólida resistencia nacional contra los franceses.236 En el mundo musulmán, diversos eruditos y activistas —como Sayyid Jamal al-Din, «al-Afghani»— defendieron la idea de renovar y actualizar el islam como fuente de autoafirmación frente a Europa.237 En China, desde 1888, un joven literato llamado Kang Youwei formuló una especie de confucionismo reformista, cosmopolita y en ningún caso a la defensiva frente a Europa, que diez años más tarde adquirió importancia política en un ambicioso proyecto de modernización imperial, la reforma de los

Cien Días.[238]
Estos movimientos de resistencia anticolonial se desarrollan simultáneamente, en muchas partes del mundo, a nuevas formas e intensidades de protesta entre las clases bajas trabajadoras y de las mujeres. Se quebrantan normas impuestas por las autoridades, se definen nuevas causas y objetivos para las protestas, se encuentran formas de organización nuevas y más eficientes. Esto es aplicable tanto a las grandes oleadas de huelgas en Estados Unidos, durante las décadas de 1880 y 1890, como al movimiento coetáneo en pro de la libertad y los derechos cívicos en Japón.[239] También empezaron a transformarse las protestas agrarias. En esta época, en varias sociedades campesinas (por ejemplo, en todo el Oriente Próximo), la revuelta espontánea, de militancia explosiva, de la era precontemporánea (*jacquerie*) dejó paso a una defensa de los propios intereses más fuerte y económicamente argumentada, ya fuera por parte de los sindicatos agrarios o mediante acuerdos para el impago colectivo de las rentas.

Procesos sutiles

Ahora bien, uno no debe entregarse con exceso de parcialidad e ingenuidad a la búsqueda de épocas de transición y giros históricos. No hará falta insistir demasiado en que la historia universal, menos aún que la nacional o continental, puede repartirse en espacios temporales delimitados con una precisión anual. Los umbrales temporales no se reconocen ahondando en un supuesto «sentido» objetivo de las épocas, sino al superponer toda una serie de parrillas temporales. El umbral lo marca la espesura mayor, por la coincidencia de varias de esas sutiles líneas divisorias; por decirlo con otra imagen, es cuando la frecuencia de los cambios se intensifica. Por esta razón, no solo resulta de interés la separación gruesa entre épocas; es tanto o más interesante la periodización más sutil que debe desarrollarse de cero para cada unidad espacial, cada sociedad humana y cada esfera de existencia, desde la historia del clima

a la del arte. Todas estas estructuraciones son recursos: ayudan a orientar la conciencia histórica de los no profesionales y, a los profesionales, les sirven como instrumentos útiles para su análisis.

Fernand Braudel, en su teoría de las épocas históricas, ha mostrado que hay diversas capas temporales que se superponen, pero se desarrollan a ritmos netamente diferentes: desde la exactitud horaria con que se describe una batalla o un golpe de estado en la *histoire événementielle* («de los acontecimientos») hasta el avance lento —al estilo de un glaciar — de la historia del clima o la agricultura.[240] Calificar cada proceso como lento o rápido dependerá del juicio personal; la respuesta dependerá del propósito con que el observador argumente. La sociología histórica, y la historiografía próxima, suelen manejar el tiempo con mucha libertad. Entre 1750 y 1850, es decir durante «un tiempo muy breve» —dice el sociólogo Jack Goldstone, en una formulación clara de esta forma de pensar—, la mayoría de los países de la Europa occidental llegaron a la modernidad económica.[241] Ahora bien, por mucho que ofrezca esta clase de afirmaciones *al fresco*, el análisis histórico universal no debe descartar como una mera pedantería el estudio cronológico minucioso, ajustado a los años y los meses. Debe manejar los parámetros temporales con flexibilidad y aclarar la dirección de las transformaciones.

Los procesos históricos no se desarrollan tan solo dentro de diversos marcos temporales; no son solo (por mencionar únicamente la diferenciación más gradual) de corto, medio o largo plazo. También se diferencian según si transcurren de forma continua o discontinua, aditiva o acumulativa, reversible o irreversible, con un ritmo fijo o variable. Hay procesos repetitivos (las «estructuras de repetición» de las que habla Reinhart Koselleck)[242] y procesos de carácter único y transformador. Entre estos últimos, revisten particular interés los que se despliegan causativamente entre campos categoriales que los historiadores suelen manejar por separado: efectos

ambientales sobre las estructuras sociales o efectos de las mentalidades sobre el comportamiento económico, por ejemplo.243 Cuando los procesos transcurren «en paralelo», suelen tener una relación mutua de «no simultaneidad»: dentro de la misma cronología natural se clasifican y valoran diferentemente según la medición de modelos de fases extracronológicos.244 Cuando se compara con la dificultad de describir estructuras temporales de tanta sutilidad, la división de la historia en «siglos» no pasa de ser un mal necesario.

5. RELOJES Y ACELERACIÓN

Historia cíclica y lineal

Las estructuras temporales que los historiadores emplean por su utilidad no derivan nunca por completo de la reconstrucción de la percepción temporal de los sujetos históricos. Si fuera de otro modo, no habría cronologías vinculantes, sino solo un caos de culturas temporales distintas y autosuficientes. Solo dentro de esa clase de cronología —doblemente asegurada sobre la base de, por un lado, la construcción matemático-astronómica y, por otro, por la sucesión lineal de narraciones de historias e historia—, la percepción del tiempo puede contribuir a una diferenciación interna. Solo ante el telón de fondo de una regularidad temporal se puede formular algo similar a la experiencia de la aceleración.

Debemos tener en cuenta, no obstante, que la historia universal suele ocuparse de cadenas de efectos inusualmente largas. La industrialización, por ejemplo, se puede situar en diversas series de décadas, para los distintos países europeos; pero en cuanto proceso global, todavía no ha llegado a su fin. A pesar de las incontables influencias que han afectado particularmente a los procesos de industrialización de cada una de las economías nacionales, el impulso de la «revolución industrial» inglesa todavía se percibe hoy en algunos países asiáticos; por ejemplo, en China, donde incluso se repiten varios efectos secundarios de la primera industrialización europea, como el uso abusivo de los recursos naturales o la explotación de mano

de obra desprotegida.

La idea de que la historia no transcurre de forma lineal y progresiva, sino que se mueve con formas «redondas», tampoco se debe rechazar sin más como expresión de una espiritualidad precontemporánea. Y analíticamente tampoco carece de valor. La historia económica trabaja con modelos cíclicos, ciclos de coyuntura y producción de diversa duración temporal; el descubrimiento de estos ciclos fue uno de los logros destacados en el desarrollo de la teoría económica del siglo XIX.245 En el estudio de la distribución mundial de las fuerzas militares, las *long waves* («ondas largas») han sido útiles para la interpretación de la hegemonía y el control de los imperios.246 En Occidente, el transcurso histórico ha avanzado según modelos tanto lineales como cíclicos, pero desde el siglo XVIII el movimiento, pese a sus interrupciones y algunos retrocesos, ha sido netamente hacia delante: el «progreso».247 Otras civilizaciones carecían de este concepto del progreso, que, con el paso del tiempo, importaron de Europa. Pero sigue habiendo otras —como la civilización musulmana— que se aferran a su propia idea de linealidad estática; no conciben la historia como un desarrollo continuo, sino como una sucesión interrumpida de momentos.248 Valdría la pena sopesar si tales concepciones indígenas de la historia y el tiempo podrían servirnos para reconstruir adecuadamente la realidad según corresponde a la moderna *ciencia* histórica.

Veamos un ejemplo: para explicar la historia social del sureste asiático hasta el segundo tercio del siglo XIX, Michael Aung-Thwin ha recurrido a la forma de la espiral. El autor llega a esta hipótesis —no pasa de hipótesis, a su juicio— al observar el conflicto entre la forma de pensar de los historiadores, que dan por sentados la evolución, el progreso y las relaciones de causa y efecto, y la propia de los antropólogos, que parten más bien de las estructuras, analogías y homologías, así como de las interacciones. Los historiadores pueden caer en la falsa conclusión de que los cambios observados en un determinado

período temporal son transformaciones *permanentes*. En cambio, según la interpretación de AungThwin, la historia del sureste de Asia se desarrolla en espiral —como «oscilación», en su terminología— entre el ciclo «demográfico-agrario» de los distritos o estados de orientación interior y el ciclo «comercial» de las ciudades y unidades políticas de orientación marítima. Así, la sociedad birmana, después de varios cambios hacia mediados del siglo XVIII, regresó a una condición que se asemejaba mucho a la del siglo XIII, con la gloriosa dinastía Pagán. Lo posibilitó la fortaleza de las instituciones birmanas.249 La colonización británica, que fue sometiendo Birmania paso a paso entre 1824 y 1886, socavó esa fortaleza; pero el antiguo modelo de movimiento no quedó suspendido hasta la revolución de independencia de 1948.

No es necesario que lleguemos a ninguna conclusión personal al respecto de esta interpretación general de Birmania y el sureste asiático. Otro ejemplo podría haber cumplido el mismo propósito de ilustración. Se trata de un argumento general: en la filosofía de la historia europea, desde aproximadamente 1760, se instauró con firmeza la idea de que las sociedades de la Europa occidental, por su dinamismo, se oponían a las sociedades «estancadas» o «estacionarias» de Asia.250 En la década de 1820, Hegel elaboró la idea con cierto grado de complejidad. Poco después se quiso extraer de aquí la difundida idea de los pueblos «sin historia»; en sus versiones más zafias, se incluía en la categoría no solo a los «salvajes» sin estructura estatal ni escritura, sino también a la alta cultura asiática y a los eslavos. Esta negación de la simultaneidad y de la participación en un espacio-tiempo común a la humanidad es un ejemplo evidente de lo que aquí se critica: una grosera «simplificación binaria».251 Es un error observar en el pasado, sobre todo de Asia, solo el eterno retorno de lo mismo y las complicaciones superficiales de las dinastías y las cuestiones militares. No obstante, sería igualmente erróneo caer en el extremo contrario y situar toda su historia —o aunque fuera

solo su historia «moderna»— bajo el brillo uniforme del concepto europeo de progreso. Así lo hizo la teoría de la modernización (que, aunque desarrollada en la década de 1960, aún no ha desaparecido por completo de los estudios) al entender la historia como una carrera de velocidad: los países del Atlántico norte, más eficientes, iban en cabeza, y los demás rezagados o con un desarrollo más tardío. Mantener abierta la posibilidad de un movimiento histórico no lineal permite, como mínimo, liberarnos de la alternativa peor de la simplificación binaria y los supuestos eurocéntricos y homogeneizadores.

Reforma temporal

Nos aproximamos más a una historia de las mentalidades del siglo XIX cuando nos preguntamos qué experiencias del tiempo pueden haber caracterizado una época. En este caso, las ideas del tiempo son una «construcción cultural» que se cuenta entre los criterios claramente preferidos por antropólogos y filósofos de la cultura a la hora de distinguir una civilización de otra.252 Más aún: apenas hay un punto de partida más exigente y productivo para la comparación intercultural.253 La concepción del tiempo varía enormemente, tanto en los planos de los discursos religioso y filosófico, cuyas terminologías temporales son a menudo de una sutilidad extrema, como en el de la conducta cotidiana observable. A pesar de ello, ¿se puede plantear alguna afirmación suficientemente general sobre las ideas y experiencias del tiempo en el siglo XIX?

En ninguna otra época se vivió una unificación similar de la medición del tiempo. Al iniciarse el siglo, había incontables tiempos distintos, culturas temporales de ámbito local o ligadas a entornos concretos. Al terminar, se había instaurado sobre toda esta diversidad (que se redujo, pero no desapareció) el orden de un tiempo mundial. Hacia 1800, en ningún país se daba una sincronización de las señales temporales más allá de los límites de una ciudad; cada lugar, o por lo menos cada región, determinaba la hora según su propia valoración de la altura del sol. Hacia 1890, la medición del tiempo se había

coordinado internamente, y no solo en los estados industrializados de mayor progreso técnico. Sin las innovaciones tecnológicas, habría sido imposible. La estandarización de la hora fue una exigencia técnica de la que se ocupó no solo el viejo emperador Carlos V, sino también muchos ingenieros y teóricos (incluso el joven Einstein). En la práctica, el problema no se pudo resolver hasta que se inventó e introdujo la transmisión telegráfica de los impulsos eléctricos.254

En 1884, la Conferencia Internacional del Meridiano, celebrada en Washington con delegados de 25 países, se puso de acuerdo sobre el tiempo mundial (*standard time*) que aún empleamos hoy, con la división regular del globo en 24 zonas temporales de 15 grados de longitud cada una. Esta unificación histórica respondía a un impulso individual, el de sir Sandford Fleming, un discreto ingeniero de ferrocarriles que había emigrado de Escocia a Canadá y al que, desde luego, cabe destacar como uno de los «globalizadores» más influyentes del siglo XIX.255 Los defensores de una reforma temporal ya habían propuesto planes similares desde principios de siglo, pero los gobiernos de la época apenas mostraron interés. La lógica del ferrocarril, con sus horarios, exigía una coordinación que, sin embargo, se iba demorando. En 1874, el horario de los ferrocarriles alemanes aún se estableció según un sistema complicado, basado en las horas de las distintas ciudades principales, que se medían con exactitud y supervisaban oficialmente;256 los pasajeros debían calcular por sí mismos cuándo llegarían a tal o tal otra estación. En Estados Unidos, en 1870, había más de 400 compañías ferroviarias que, en total, empleaban más de 75 *railroad times* distintos, de modo que el viajero debía preguntar la hora en la ventanilla. Un primer paso hacia la unificación fue el uso de relojes sincronizados eléctricamente para la estandarización interna de la hora en el seno de *una misma* compañía.257 Pero ¿de dónde se podía tomar el patrón? Los marinos profesionales, desde el siglo XVIII, empleaban en su

mayoría una hora común que situaba el meridiano cero en la longitud del Real Observatorio de Greenwich. En el Reino Unido, ya en 1855, cerca del 98 % de los relojes públicos se regían por el estándar horario de Greenwich (GMT), pese a que este no fue oficialmente obligatorio hasta 1880.258 El primer país que introdujo oficialmente el uso del tiempo medio de Greenwich fue Nueva Zelanda, en 1868. En Estados Unidos, cuyos problemas de coordinación eran de otra magnitud, se llegó en 1883 a un acuerdo nacional, basado en la hora de Greenwich y dividiendo la longitud geográfica del país en cuatro zonas temporales. Este principio se aplicó, al año siguiente, al mundo entero, pero con gran número de ajustes para acomodarlo a las fronteras nacionales, no lineales.259

Es decir, la unificación se produjo en dos planos: en el ámbito *nacional* y en el *interestatal*. La coordinación internacional, con cierta frecuencia, se adelantó a la nacional. En el imperio alemán —lo bastante pequeño para poder renunciar a separar entre zonas temporales occidental y oriental— no hubo una hora oficial única hasta 1893. Quien lo pidió con más insistencia fueron los militares. El mariscal de campo Von Moltke presentó en el Reichstag —cuando ya era muy viejo, cinco semanas antes de morir— un emotivo alegato a favor de la «hora unificada». Francia no adoptó la hora de Greenwich hasta 1911. El retraso es muy revelador. ¿A qué obedecía?

Es una paradoja llamativa que los grandes pasos hacia la estandarización internacional (no solo de la hora, sino también de las medidas y pesos, las monedas, los envíos postales y telegráficos, y la anchura de vía de los ferrocarriles, entre otros) se dieran en paralelo a la consolidación del nacionalismo y los estados nacionales. De aquí que los planes de Sandford Fleming toparan con mucha resistencia en Francia. Cuando en 1884, en la conferencia de Washington, se eligió como meridiano cero universal el que pasaba por el gran observatorio astronómico del imperio británico, en Greenwich, junto al río Támesis, París habría preferido que se eligiera su propio «viejo» meridiano, el

del Observatorio de París, del siglo XVII (y había igualmente otras muchas propuestas como Jerusalén o Tahití). El uso del meridiano de Greenwich, sin embargo, no estaba difundido solo entre los navegantes oceánicos; los ferrocarriles de Estados Unidos también habían ajustado sus zonas horarias a Greenwich, lo cual sin duda ponía de manifiesto la hegemonía británica, aun cuando aquí no fuera impuesta, sino reconocida con libertad. En consecuencia, la aspiración francesa apenas contaba con posibilidades, en la práctica.

Hacia 1884, las relaciones entre Francia y Gran Bretaña no eran especialmente malas. Sin embargo, *los dos* países tenían la pretensión de representar a la civilización occidental en su forma más perfecta y, por ello, no carecía de importancia el hecho de que el estándar mundial fuera británico o francés. Los franceses llegaron a proponer un acuerdo recíproco: en última instancia, aceptarían que el meridiano cero pasase por la periferia de Londres, a condición de que los británicos adoptaran el sistema métrico de pesos y medidas. La idea no prosperó, como es bien sabido. Cuando en la Revolución Francesa se intentó pasar el tiempo a un sistema decimal también se cosechó un sonoro fracaso.[260] Por descontado, nadie podía obligar a Francia a sumarse al sistema horario universal. A mediados de la década de 1880, el país galo seguía contando con una serie de tiempos locales en los que cada ciudad calculaba su propia posición del sol. Los ferrocarriles se ajustaban al horario de París, adelantado 9 minutos y 20 segundos con respecto al tiempo medio de Greenwich. Todavía en 1891, una ley se obstinó en erigir la hora parisina como *heure légale* de todo el país. Hasta 1911, Francia no se sumó al estándar horario universal y Europa siguió básicamente sumida en la anarquía horaria. El caso francés pone de relieve que la unificación nacional no necesariamente tenía que preceder a la estandarización universal y que las reglas globales no desactivan de forma automática las peculiaridades nacionales. En paralelo a la universalización, la hora se nacionalizó. Pero al

menos en este caso, a largo plazo acabó imponiéndose la tendencia unificadora.

Cronometrización

Todo esto ocurrió en sociedades que ya cronometraban intensamente la vida. Pero a los visitantes asiáticos y africanos de países como Gran Bretaña o Estados Unidos siempre les llamaba la atención la ubicuidad de los relojes y la obediencia de sus propietarios y usuarios a un dictado temporal mecánico. La unificación del estándar temporal solo podía darse en sociedades que sabían medir el tiempo y se habían habituado a hacerlo: en las sociedades del reloj. Resulta muy difícil determinar cuándo se produjo la plena cronometrización de cada sociedad, y cuándo solo sus eruditos, sacerdotes y príncipes se regían por los relojes mecánicos. Probablemente solo se podía llegar a ese umbral cuando ya era factible la producción industrial en masa de instrumentos para medir el tiempo en la sala de estar, la mesita de noche y el bolsillo del chaleco (y luego, a gran escala, la propiedad privada de relojes); y no fue factible hasta la segunda mitad del siglo XIX. La «democratización del reloj de bolsillo» (David Landes), una vez que las máquinas pudieron producir mercancías económicas, convirtió la puntualidad en una virtud al alcance de todos. La producción mundial anual de relojes de bolsillo pasó de 350.000-400.000 piezas, a finales del siglo XVIII, a más de 2,5 millones hacia 1875; para entonces, hacía pocos años que se podían fabricar relojes *más baratos*.[261] Se producían principalmente en Suiza, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. No se sabe cuántas de esas piezas llegarían a bolsillos no occidentales. En cualquier caso, como la cúpula de la medición mundial del tiempo, los aparatos también quedaban ante todo en manos de hombres blancos. El mundo se dividía en propietarios de relojes y gentes sin reloj. Los misioneros y los gobernantes coloniales permitieron acceder a nuevos recursos horarios a la vez que monopolizaban el control del tiempo. Cuando Lewis Mumford comenta que el mecanismo técnico más

importante de la era industrial no fue la máquina de vapor, sino el reloj, tiene razón al menos en lo que respecta al mundo no occidental.262 El reloj, en efecto, se difundió muchísimo más que la máquina de vapor, y en varias sociedades tuvo un efecto ordenador y disciplinador que la mera tecnología de producción no podía causar. Hubo relojes en zonas del mundo que no habían visto ni una sola locomotora u otras máquinas propulsadas por carbón. Ello no obstante, por prestigioso que fuera el mecanismo, a menudo persistían las dificultades a la hora de darle uso con sentido.

El reloj se convirtió en un emblema y principal vehículo transmisor de la sociedad occidental. En Japón, donde no se usaban bolsillos, se llevó al principio al cuello o en un cinturón. El emperador Meiji (*Meijitennō*) recompensaba a los mejores estudiantes del año con relojes de bolsillo; primero, de producción estadounidense.263 Hacia 1880, en Latinoamérica, la clase alta que ansiaba reproducir los modelos de consumo occidentales tenía al reloj como símbolo de estatus, junto con el sombrero de copa, el corsé de cintas o la dentadura postiza. En el imperio otomano, la voluntad del estado y las élites impulsó la modernización occidentalizante menos que los relojes de torre que el sultán Abdulhamid II hizo erigir, en el último cuarto del siglo XIX, en las grandes ciudades del imperio.264 Los británicos hicieron algo similar en su imperio, por ejemplo en ocasión del 60.º aniversario del acceso al trono de la reina Victoria, en 1897. Estas torres del reloj, evolución laica y culturalmente neutral de las torres de iglesia provistas de reloj, hicieron que el tiempo resultara públicamente visible y, en una mayoría de casos, también audible. En China, hasta el siglo XX, era frecuente que la hora se indicase desde torres de tambores, y se conformó durante más tiempo con el mero aviso acústico.

La difusión de la medición mecánica del tiempo fue uno de los factores que favoreció cuantificar y consolidar los procesos laborales. En el mundo preindustrial —según ha expuesto en un famoso ensayo el historiador social inglés E. P. Thompson—,

el trabajo se desarrollaba de forma irregular y desigual. A lo largo del siglo XIX, con la creciente división del trabajo y la organización de la producción en empresas cada vez mayores y de capital más intensivo, los empresarios y las fuerzas del mercado impusieron un régimen temporal más estricto y horarios de trabajo más prolongados. Los trabajadores que llegaron a las primeras fábricas desde la agricultura y la artesanía se hallaron sometidos a un concepto abstracto del tiempo que les resultaba extraño y se les comunicaba mediante relojes, timbres y castigos.[265] La exposición de Thompson resulta plausible y tiene el atractivo adicional de situar a los obreros de las fábricas inglesas en una posición de disciplina social y extrañamiento cultural que se asemeja a la que vivieron los obreros de los países que se industrializaron más adelante, así como los súbditos coloniales. La tesis de Thompson, que es crítica con la modernidad, parece además exportable universalmente. En todas partes, el reloj actuó como arma de la modernización. Pero es probable que ello ocurriera más tarde de lo que Thompson apuntó. Incluso en Gran Bretaña, los relojes exactos y vinculados a un uso horario normativo no fueron habituales en la vida cotidiana hasta finales del siglo XIX.[266]

Es recomendable mantener separadas la faceta cuantitativa y la cualitativa de esta exposición. Ya Karl Marx había sostenido que la jornada laboral se había alargado a ojos vista. Muchos otros testigos contemporáneos dan fe de que el arranque de la producción industrial en fábricas quedó asociado, a menudo —o casi siempre—, a un incremento de las horas dedicadas al trabajo. En los primeros tiempos de los telares algodoneros industriales, las jornadas laborales de hasta 16 horas parecen haber sido habituales en todas partes. Las ciencias sociales, pese a contar con medios para el estudio detallado y la cuantificación precisa, no lo han podido determinar fácilmente. Según estudios meticulosos, al menos en el caso inglés se ha podido constatar que hasta 1830, en la primera etapa de la industrialización, hubo una clara prolongación de las jornadas

laborales.[267] Este incremento, que se produjo a lo largo de unas ocho décadas, se acompañó de una mayor difusión de los relojes entre los propios trabajadores, que, por lo tanto, empezaron a poder cuantificar más claramente qué se les exigía.[268] La lucha por acortar la jornada exigía que también los obreros tuvieran una idea clara de su propio rendimiento. Con el reloj en la mano, los obreros podían someter a prueba las afirmaciones de los capitalistas.

Desde el punto de vista *cuantitativo*, cabe discutir, por lo tanto, que el reloj actuara solo como instrumento de coerción al servicio de los empresarios. Y si no queremos concebir la evolución tecnológica como una variable independiente, podemos preguntarnos: ¿la necesidad de una medición exacta del tiempo surgió en respuesta al invento mecánico del reloj o fue más bien una necesidad preexistente que movió a buscar soluciones técnicas para su satisfacción?[269] Sin lugar a dudas, el reloj como medidor exacto del tiempo, allí donde se introdujo su uso, actuó como instrumento de la mecanización, e incluso de su forma más intensa: la «metronomización» de la producción (y otros muchos procesos de la vida cotidiana). Fue emblema de un régimen horario más uniforme que la experiencia temporal de una forma de vida campesina y más natural.[270] En el siglo XIX, los campesinos y nómadas se toparon por doquier con esta clase de régimen temporal, irradiado desde las ciudades.

Quien haya tenido que aprender en sus propias carnes que, hoy en día, no en toda Europa (por no hablar del resto del mundo) rige el mismo concepto estricto de puntualidad, no subestimará cuán capaz es el ser humano de resistirse al tiempo y vivir en más de un orden temporal; es decir, se convive simultáneamente con distintas experiencias temporales concretas y el tiempo abstracto del reloj y el calendario.[271] La antropología ha encontrado muchos ejemplos de que las sociedades sin astronomía ni reloj también pueden establecer una diferenciación clara entre los «puntos» temporales y los

procesos continuos, y son capaces de coordinar sus actividades con precisión temporal.272 La atractiva tesis de E. P. Thompson, conforme la cual en la primera etapa de la industrialización de Inglaterra se libró un conflicto cultural en el campo de batalla de la percepción temporal, solo parece poder trasladarse de forma limitada a otros espacios y épocas. En el caso de Japón, se ha discutido abiertamente su aplicabilidad. Los campesinos japoneses de finales del período Tokugawa (acabado en 1868), organizados en pequeñas unidades económicas que competían entre sí y, en su mayoría, se dedicaban a explotaciones agrícolas intensivas y manufacturas dirigidas al mercado, no vivían en sintonía idílica con los ritmos de la naturaleza, sino que se esforzaban por usar con inteligencia un recurso tan valioso para ellos como el tiempo. Una economía temporal deficiente habría supuesto la ruina de la familia. Hacia 1880, cuando se inició la industrialización de Japón, la mano de obra ya estaba acostumbrada a un flujo laboral continuo, independiente de las estaciones. Adaptarse a la disciplina horaria de la fábrica —que, además, en Japón fue relativamente laxa durante mucho tiempo— no requirió un gran esfuerzo. A diferencia de las clases obreras de Europa y Estados Unidos, en Japón no se protestaba porque la explotación se hubiera acentuado ni se tenía como exigencia básica la reducción de la jornada laboral. Para ellos, era más importante sentirse moralmente reconocidos: que la dirección los incluyera como socios en la jerarquía de la empresa.273

La situación era distinta en las plantaciones algodoneras del sur de Estados Unidos, antes de la guerra civil. Hacía tiempo que la faena de los esclavos, en las cuadrillas o *gangs* controladas por los supervisores, se sometía a un ritmo exigente y un régimen de disciplina sumamente violenta. Los amos de los esclavos tardaron muy poco en disponer de relojes mecánicos que usaron para reforzar los controles laborales. A diferencia de los obreros de las fábricas —ya fueran los de

Inglaterra, Japón o los estados sin esclavitud del norte del país —, los esclavos no podían discutir la jornada a sus superiores. Aquí, más que en otros ámbitos del capitalismo, el reloj actuó sin duda como un instrumento de coerción unilateral, que sin embargo también acabó por transformar la vida de los amos esclavistas: no solo el servidor, también el señor vivía ahora en un mundo sometido a un tic-tac inflexible. Al mismo tiempo, el reloj sirvió a otro fin muy distinto: con la propiedad de estas máquinas, la oligarquía plantacionista intentó hallar una conexión simbólica con los estados del norte, más desarrollados. A este respecto, como en tantas otras situaciones a lo largo y ancho del mundo, la propiedad privada de los relojes se convirtió en uno de los símbolos más potentes de la modernidad.274

Cuando se examina el problema de cerca, pues, hay que introducir muchas distinciones: el tiempo de los habitantes rurales y el de los urbanos, de hombres y de mujeres, de ancianos y de jóvenes, de soldados y civiles, de músicos o de arquitectos. Entre el tiempo objetivo del cronómetro y la percepción subjetiva del tiempo hallamos el tiempo *social* de los ciclos vitales «típicos» de la familia y la vida profesional. Este, a su vez, comprende posibilidades diversas de combinar las normas culturales, los deberes económicos y las necesidades emocionales. Vale la pena preguntarse, en especial, si el tiempo social también se percibía, de forma colectiva, como el ciclo de una generación; y los historiadores, en su trabajo de reconstrucción, pueden verlo así. Para aportar luz a esta diversidad necesitaremos estudios de sociología y antropología histórica.

Aceleración

¿Quizá la aceleración fue la experiencia característica que, con el paso al siglo XIX, más personas compartieron?275 Con la invención de la máquina de vapor y la combinación mecánica de esta con las ruedas y las hélices navales, en el siglo XIX la velocidad vivió una revolución. Aunque en el siglo XX, con la

aviación y el perfeccionamiento del viaje por carretera, la velocidad del transporte se aceleró enormemente, la ruptura decisiva con toda la historia pasada fue la que representaron el tren y el telégrafo. Eran más rápidos que el cochero más rápido y el jinete postal más veloz. El transporte de las personas, los bienes y las noticias se liberó de los límites biomecánicos. Este cambio se debió a causas meramente tecnológicas. El efecto del ferrocarril en todo el mundo, al principio, fue el mismo, por muchas diferencias que hubiera en las distintas formas de uso y reacciones culturalmente condicionadas.276 La experiencia *física* de la aceleración fue una consecuencia directa de las nuevas posibilidades técnicas.

El hecho de que el ferrocarril se inventara en Europa fue menos relevante que su expansión por todos los continentes. En las *posibilidades* de uso, el tren era neutral, culturalmente hablando; pero no lo era la propia utilización en sí. Había varias formas de usarlo. Se ha afirmado incluso que la opinión pública rusa mostró, durante mucho tiempo, un escaso entusiasmo por la rapidez de los trenes (que, en cualquier caso, iban más despacio que los ferrocarriles de la Europa occidental) debido a una preferencia cultural por la lentitud que solo se abandonó cuando, después de mirar al exterior, se comprendió cuán retrasado quedaba el país con ello.277 El tren no solo era más veloz, sino también más cómodo que los antiguos medios de transporte terrestre. En 1847, Hector Berlioz todavía sufrió «penalidades atroces» al desplazarse de Tauroggen (hoy Tauragė, en Lituania) a San Petersburgo en un trineo helado (una «caja de metal herméticamente cerrada», en sus palabras) durante cuatro días y cuatro noches. Pocos años más tarde, habría podido realizar el viaje en tren, sin sufrir heridas ni padecer por la nieve.278 Por otro lado, surgió el nuevo desastre de los accidentes de ferrocarril: en Inglaterra, en 1865, en el camino de la costa a Londres, uno estuvo a punto de costarle la vida a Charles Dickens; en Rusia, el zar Alejandro III vivió una situación similar en 1888; en la India, en Canadá... Hacia 1910,

como muy tarde, es probable que la mayoría de la población mundial pudiera (aunque no necesariamente lo hiciera) tener la vivencia genuina de la aceleración mecánica y la desnaturalización de la experiencia del tiempo que trajo consigo el siglo XIX.279

Esto se puede afirmar con menos seguridad sobre la temporalización de las categorías de interpretación del mundo que Reinhart Koselleck atribuyó a la «época de collado» de hacia 1800 en la Europa occidental. La aceleración de la experiencia histórica establece una relación poco estricta con la aceleración física del viaje y la comunicación. A diferencia de estas, no fue universal. Ya hemos indicado más arriba que la Revolución Francesa ejerció una irradiación *indirecta* limitada. También cabe poner en duda que se pueda encontrar en otros lugares el modelo de filosofía de la historia que Koselleck considera núcleo de ese cambio de época en Europa, hacia 1800, y suponía «forzar la apertura» de un continuo temporal mediante la violencia de una acción revolucionaria presente.280 ¿Hubo casos análogos en aquellas partes del mundo que no se vieron sacudidas por 1789? En tal caso, ¿cuándo? ¿Permanecían en el duermevela de la sociedad precontemporánea? ¿O hubo allí otras experiencias parecidas de apertura forzosa? Inglaterra, que en 1649 ya había decapitado a un rey, sufrió alguna agitación por los acontecimientos de París, pero no una revolución. Para 1789, Estados Unidos ya había dirigido su propia revolución hacia vías de seguridad institucional codificándola en una constitución.

¿En qué otro lugar, en el siglo XIX, se tiene la percepción de que algo totalmente nuevo ha irrumpido en los círculos vitales habituales y las esperanzas de futuro típicas? Hubo movimientos milenaristas y predicadores del apocalipsis que vivían de este efecto. Existieron en varias partes del mundo: desde China, pasando por Norteamérica —entre los indios tanto como entre los blancos (por ejemplo los mormones)— hasta llegar a África. Según atestiguan muchas voces de la época, los

libertos experimentaron el fin de la esclavitud como la irrupción repentina de una nueva era, por mucho que la auténtica «muerte de la esclavitud» se desarrollase a menudo de forma penosa, larga y decepcionante.[281] A menudo, la visión de lo nuevo —de los revolucionarios franceses hasta la rebelión Taiping, en la década de 1850— se asociaba con la voluntad de hacer que se rigiera por un nuevo orden temporal. Precisamente a una revolución le corresponde romper con la tradición del calendario. En ningún caso hay que atribuirlo siempre a una espiritualización mesiánica o la resistencia frente a un supuesto «logocentrismo» de la cultura hasta entonces «hegemónica».

La etapa tardía de la Edad Moderna se caracteriza mucho más por racionalizar la experiencia temporal y acomodarla al mundo moderno. En Francia ocurrió así en 1792; en Japón después de la restauración Meiji de 1868; en Rusia, con la introducción del calendario gregoriano, en febrero de 1918, como una de las primeras medidas del régimen bolchevique. También fue así en el contraestado que los rebeldes Taiping estaban intentando construir, cuyo calendario tenía referencias muy prácticas, además de las apocalípticas. «El nuevo cielo y la nueva tierra», se lee en los documentos Taiping, dejarán atrás las supersticiones y falsas enseñanzas del pasado y permitirán que los campesinos repartan racionalmente sus horas de trabajo.[282] El tiempo nuevo debía ser sencillo y claro y manejar de forma razonable los recursos temporales.

Capítulo 3
Espacio

¿Dónde se encuentra el siglo XIX?

1. ESPACIO Y TIEMPO

Cuanto sucede se desarrolla en el tiempo como secuencia cronológica, como sucesión vivida y narrada, y como conexión causal. Parece evidente que todo ello incluye también un lugar, pero la historiografía le ha prestado escasa atención. Las ramas clásicas de la historia del pensamiento y la historia política han sido, durante mucho tiempo, ramas sin espacio. Todo cuanto despertaba la sospecha de estar naturalizando la «acción moral» quedó proscrito ya en el historicismo del siglo XIX. El determinismo, ya sea geográfico o geopolítico, sigue siendo desde entonces uno de los peores pecados que se pueden achacar a un historiador. Solo en la tradición científica francesa se desconocía ese miedo al contacto. En Alemania, la localización concreta, el contacto de la historia con la realidad local se toleraba solo para ramas secundarias como la historia militar, agraria o regional. Esto ha cambiado desde que se ha prestado más atención a la historia del medio ambiente y la geografía histórica. Los historiadores del tráfico, las migraciones y la expansión colonial nunca han podido hacer caso omiso de la dimensión espacial. Karl Schlögel la ha evocado con palabras expresivas: no las abstracciones de una geografía posmoderna, sino el espacio contemplado y vivido «en su plena atrocidad».[283]

La relación del tiempo y el espacio es un tema principal de la filosofía. Los historiadores pueden abordarlo con menos ambición. A ellos les puede bastar el siguiente consejo de Reinhart Koselleck: «Todo espacio histórico se constituye en virtud del tiempo con el que se lo puede atravesar, con el que se lo puede dominar política o económicamente. Las cuestiones temporales y espaciales no dejan nunca de estar interrelacionadas entre sí, aunque el poder metafórico de todas las imágenes del tiempo proceda, al principio, de los conceptos

espaciales».[284] El geógrafo David Harvey enfoca la cuestión de espacio y tiempo desde otra dirección y habla de una densificación o «compresión» del espacio y el tiempo.[285] La separación de ambos aspectos, en cierto sentido, resulta por lo tanto artificial. Por eso podemos hablar de un determinado «espacio de tiempo», con un sintagma que apunta al carácter llano y extenso de la temporalidad.

Pese a la múltiple interrelación, desde el punto de vista histórico no debemos olvidar tres diferencias importantes entre el espacio y el tiempo.

Uno. El espacio es más directamente perceptible que el tiempo. Se lo puede percibir con todos los sentidos. Como «naturaleza», es la base material de la búsqueda humana del sustento: tierra, agua, atmósfera, plantas y animales. El tiempo limita la vida humana mediante los procesos de desgaste natural de los organismos; el espacio se puede oponer a ellos *en situaciones concretas*, como un espacio hostil, abrumador o incluso letal. Sin embargo, las comunidades humanas se organizan en espacios muy concretos —un medio ambiente natural—, pero no en temporalidades *específicas*. El tiempo, más allá del ciclo astronómico del ciclo de días y noches, del ciclo anual del clima y de la regularidad de las mareas, es una construcción cultural. El espacio, en cambio, es para empezar una condición previa a la supervivencia humana, que solo más adelante se interpreta culturalmente.

Dos. El espacio —fuera de las matemáticas, un campo de pocos especialistas— apenas se puede pensar en abstracto. Carece de la regularidad esquemática del tiempo, cifrado y ordenado cronológicamente. ¿Existe el espacio puro o solo un espacio relativo, dependiente de las formas de vida que habitan en él? ¿El espacio solo pasa a ser un tema apto para los historiadores cuando el ser humano intenta darle forma, cuando lo carga de mitos, le atribuye un valor? ¿Puede ser el espacio algo distinto de una serie de lugares?

Tres. El tiempo se puede definir y ordenar arbitrariamente a

partir de las regularidades astronómicas, pero es imposible transformarlo materialmente de forma que las futuras generaciones perciban las consecuencias. En el espacio terrestre, el trabajo adquiere forma material. El espacio es más maleable que el tiempo: es el resultado de su propia «producción» (Henri Lefebvre). También es más fácil «vencer» al espacio, someterlo, destruirlo: mediante la conquista, mediante el agotamiento material, mediante la pulverización en incontables parcelas de propiedad. Sin espacio no puede haber un estado; los estados extraen recursos del espacio. En las diversas épocas, sin embargo, el espacio ha adquirido una importancia también diversas. En cuanto «territorio», hasta la Edad Moderna europea no poseía valor político en sí.

¿Dónde se encuentra el siglo XIX? Una época, por su propia naturaleza, se define temporalmente. Al mismo tiempo, no obstante, cabe describir su configuración espacial. El modelo más importante de tal configuración es la relación del centro con las periferias. Los centros son los lugares que, situados en el seno de un contexto más extenso, concentran gentes, poder, creatividad y poder simbólico. El centro irradia y atrae. Las periferias, por el contrario, establecen una relación asimétrica con el centro y representan el polo más débil. Son receptoras de impulsos, más que irradiadoras. Por otro lado, en diversas periferias surgen novedades sin cesar. En las periferias se han fundado grandes imperios, se han creado religiones, se han escrito historias relevantes. Estas periferias dinámicas, cuando las circunstancias son favorables, pueden erigirse a su vez en centros. Los pesos de los centros y las periferias se desplazan sin cesar, a veces en magnitudes cortas, a veces con cambios radicales. A menudo hay que lidiar a la vez con varios centros que cooperan o rivalizan entre sí. El mapa del mundo se ve distinto, según sea el punto de vista sistemático desde el cual lo miramos. La geografía política no es idéntica a la económica, y la distribución de los centros culturales por el mundo ofrece una imagen distinta a la de los puntos de concentración del

poder militar.

2. METAGEOGRAFÍA: LOS NOMBRES DE LOS ESPACIOS

En el desarrollo de la ciencia geográfica, el siglo XIX representa una fase de transición en un doble sentido.286 En primer lugar, fue la época en la que la geografía europea adquirió una posición de dominancia neta sobre la representación geográfica del mundo que ofrecían otras civilizaciones. En 1900, la geografía europea ya se había desarrollado como una ciencia independiente con sus propios métodos de investigación, su propia sistemática y terminología, la imagen profesional del geógrafo, y sus instituciones universitarias, manuales de estudio y revistas especializadas. Los geógrafos profesionales se concebían a sí mismos en parte como científicos naturales (estrechamente relacionados con disciplinas exactas como la geología, la geofísica o la hidrología) y en parte como geógrafos humanos y antropológicos; ya no como meros auxiliares de la siempre prestigiosa historiografía. Ejercían el «poder de nombrar» con cada manual, cada libro escolar y cada mapa (sobre todo, si estos exhibían una autorización oficial).287 Se convirtieron en consejeros solicitados por los gobiernos que aspiraban a controlar nuevas colonias o ansiaban «poner en valor» con criterios científicos —es decir, explotar— las colonias que ya dominaban. Este modelo de ciencia geográfica, surgido en Alemania y Francia, halló pronto adeptos e imitadores en otros países europeos y en ultramar. Su popularidad se vio reforzada por la labor de las sociedades geográficas, que aunaban a aficionados y grupos de intereses. Allí donde la geografía se estableció como disciplina, lo hizo con la forma de la ciencia europea, independientemente de si el país importador era una colonia o conservaba su libertad. Hacia 1920, la geografía se había tornado un discurso uniforme en todo el mundo, incluso cuando habían surgido formas híbridas en países que —como China— gozaban de una tradición geográfica propia.288 El siglo XIX fue la época en la que las contribuciones, aisladas pero a menudo eminentes, de los

diversos geógrafos se transformaron en una disciplina científica, esto es, una empresa colectiva supervisada por instituciones.

La última era europea de los descubrimientos

Sin embargo —y esta es la segunda peculiaridad—, al mismo tiempo que el siglo XIX fue la *primera* fase de la conversión de la geografía en ciencia, fue también la *última* era de los descubrimientos. Siguió habiendo viajeros aislados que, de forma heroica, se iban adentrando en zonas de las que ningún europeo había informado; en los mapas seguía habiendo huecos que rellenar; y estos viajes extremos todavía podían resultar muy peligrosos para las propias expediciones. En 1847, sir John Franklin desapareció mientras buscaba el famoso «paso del Noroeste», junto con algunos de los oficiales más capaces de la Royal Navy y los mejores instrumentos científicos del momento; hasta 1857-1859, los equipos de búsqueda no hallaron esqueletos y otros vestigios de la misión de Franklin, que había partido de Inglaterra con 133 hombres.289

Temporalmente, la última era de los descubrimientos se sitúa en un siglo XIX largo. Empezó en 1768, cuando James Cook completó su primera circunnavegación del mundo, que llevó al capitán y sus acompañantes científicos a Tahití, Nueva Zelanda y Australia; la fase en la que la Royal Navy fue la exploradora más activa del mundo llegó a su fin con la debacle de Franklin; y concluyó definitivamente en diciembre de 1911, con el intento de Roald Amundsen de alcanzar el Polo Sur. En adelante todavía se podrían realizar actos heroicos en las grandes montañas, los desiertos y las profundidades del mar, pero ya no quedaba nada por descubrir.

En el transcurso del siglo, se viajó por vez primera a zonas del mundo que aún no habían sido descritas:

• el África subsahariana (fuera de la conocida franja de costa), en la que se adentraron viajeros como el médico sudafricano Andrew Smith, el geógrafo Heinrich Barth (alemán, pero en misión británica) o el misionero escocés David Livingstone;

• todo el oeste del continente norteamericano, a donde Thomas Jefferson, en su etapa como presidente de Estados Unidos, envió la famosa expedición de Meriwether Lewis y William Clark (1804-1806), pero que no se acabó de cartografiar sin vacíos hasta muy entrado el siglo;
• el interior de Australia, del que durante mucho tiempo no hubo mapa alguno (en un intento de atravesarlo, el explorador brandemburgués Ludwig Leichardt desapareció sin dejar rastro en 1848);
• amplias zonas del Asia central, que la geografía china, desde el siglo XVIII, conocía mejor que la europea, y que, desde aproximadamente 1860, fue siendo objeto de estudio de rusos, británicos y franceses (y, con el cambio de siglo, también de viajes e investigaciones alemanas).

En otros casos, en Europa ya se disponía de una información geográfica razonable desde la primera Edad Moderna. Tal era el caso de México, antiguo epicentro de la expansión española; de la India, sobre la que ya se escribió extensamente antes de la época colonial; pero también de países que Europa no colonizó, como Siam, Irán o el Asia Menor turca. En Europa se tenía un conocimiento tan completo sobre amplias regiones de Asia que, a partir de 1817, el geógrafo berlinés Carl Ritter —que, junto con Alexander von Humboldt, es considerado uno de los dos cofundadores de la geografía científica— pudo reunirlos y evaluarlos críticamente en una obra magna (*Die Erdkunde im Verhältnis zur Natur und zur Geschichte der Erde*, «La geografía en relación con la naturaleza y la historia de la Tierra») que llegó a las 17.000 páginas y 21 volúmenes y compila varios siglos de noticias europeas sobre Asia. Sin embargo, muchas de las fuentes estaban anticuadas, y a Ritter (que en ningún caso era crédulo) le costó un gran esfuerzo separar los datos valiosos. Así pues, hacia 1830, el saber europeo sobre las provincias interiores de China todavía se basaba en las relaciones de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII; y en el caso de Japón, cerrado a todos los extranjeros, apenas se había

avanzado nada desde la narración clásica de un médico de Westfalia, Engelbert Kaempfer, que había pasado un tiempo en el país en la década de 1690.290 En todos estos casos, hacían falta testimonios más recientes. Para ello se emprendieron numerosos nuevos viajes, muchos a instancias de personalidades de la gestión científica como Ritter, Humboldt o, en Gran Bretaña, sir Joseph Banks o sir John Barrow; con el paso del tiempo, promovidos cada vez más por organizaciones como la African Association (Asociación Africana) o la Royal Geographical Society (Real Sociedad Geográfica), fundada en 1830.291 El modelo de todas las empresas lo ofreció el propio Alexander von Humboldt con su viaje americano (de junio de 1799 a agosto de 1804), cuyos resultados estuvo evaluando durante el siguiente cuarto de siglo, en trabajos muy diversificados que, junto con la propia noticia del viaje, suponen una obra clave de la época.292 Hacia 1900, muchas zonas del mundo contaban ya con descripciones geográficas reconocidas en general como obras de referencia científicas y actualizadas.

La exploración geográfica de *Europa* se desarrolló en paralelo a las grandes empresas de ultramar, no necesariamente de forma anticipada. En septiembre de 1799, pocos meses antes de que Alexander von Humboldt subiera a un velero con destino a La Habana, su hermano mayor, Wilhelm, partió hacia España. Allí pisó un terreno que, desde el punto de vista turístico y científico, apenas era más conocido que el Nuevo Mundo de Alexander. Vistas desde Berlín o París, las provincias vascas del imperio español no eran menos exóticas que las americanas, y lo mismo cabía afirmar de otras zonas de la periferia de Europa.293 A lo largo de todo el siglo, siguió habiendo también quien viajaba en solitario, movido por la sed de aventuras y conocimiento. Asimismo se incluyen en la categoría mujeres como la trotamundos inglesa Isabella Bird, que, sin ser una investigadora, sabía observar atentamente los usos y costumbres extraños.294 Otros dos tipos fueron cobrando cada vez más importancia: el pionero imperial, cuyo objetivo era

«tomar en posesión» nuevos territorios para su gobierno patrio, y el que venía a continuación, el geógrafo colonial, atento a los minerales preciosos, posibles tierras de cultivo y rutas de transporte.

La visión de los geógrafos tiene alcances diversos. Viajeros y cartógrafos ven localmente su entorno inmediato; y solo en la sala de estudio, con el total de las medidas y descripciones, se obtiene una imagen espacial de conjunto. Los expertos franceses que, en el siglo XVIII, revolucionaron la cartografía de Asia, al igual que Carl Ritter, nunca habían puesto el pie en el continente que con tanta precisión dibujaban. El siglo XIX, por descontado, partió de concebir el globo en forma de bola; las nuevas circunnavegaciones habían aportado más pruebas y datos al respecto. Pero no debemos olvidar que, antes de la posibilidad de la fotografía aérea, la perspectiva de esa bola terráquea seguía siendo la terrestre: la que veían ante sí los trotamundos o los navegantes. La vista de pájaro, por no hablar del descomunal alejamiento del universo, eran meramente ficticios (a lo sumo, cabía aproximarse a ellos por medio de los globos cautivos). Ante una peculiaridad geológica como el Gran Cañón, fracasaba la técnica de representación convencional de los paisajes que, en cambio, había logrado cartografiar sin problema los valles alpinos. No había ninguna dirección desde la que se pudiera evidenciar el dramatismo del abismo inconmensurable. Ante tal limitación de la mirada naturalista, el dibujante de la primera expedición científica al río Colorado (1857-1858) reaccionó con una perspectiva aérea *imaginada*, desde un punto de vista que distaba una milla del suelo.295

Los nombres de los continentes

Quienes han bautizado siempre los diversos lugares y espacios han sido los geógrafos y cartógrafos.296 Pero fuera como fuese que un nombre llegaba a existir, pasaba al conocimiento público en cuanto aparecía en un globo o en un mapa bien realizado y provisto de autoridad científica o política. Cuando se trataba de objetos topográficos aislados —montañas, ríos,

ciudades—, había alguna posibilidad de que los europeos adoptasen los nombres locales. Entre los cartógrafos de la India británica, en el siglo XIX, imperó la regla de consultar a los conocedores del lugar y, en lo posible, conservar la denominación local. Una excepción famosa fue, en 1856, el Pico XV del Himalaya, bautizado con el apellido del supervisor general de la India, ya retirado, George Everest (quien modestamente objetó que a los lugareños les resultaba difícil pronunciar su nombre).297 En otras partes del mundo, se diseminaron sin escrúpulos ni moderación los nombres de los monarcas, estadistas y descubridores europeos: la lista es muy larga e incluye casos como los del lago Victoria, Albertville, Melbourne, Wellington, Rodesia (Rhodesia), Brazzaville, el archipiélago de Bismarck o la franja de Caprivi.

Sin embargo, estas denominaciones parciales fueron menos arbitrarias y menos ideológicas que los nombres de los espacios mayores. En este contexto, se ha hablado de una «metageografía», en referencia a esta esquematización espacial del mundo, que todos nosotros llevamos en la cabeza sin ser conscientes de qué implica.298 Estos esquemas se incluyen entre el gran número de *mapas mentales* que dividen el globo en continentes y otras «regiones del mundo». Ya a principios del siglo XVI, junto a los nombres antiguos de Europa, Asia y África, se añadió (según la propuesta de Martin Waldseemüller) el nombre de «América» para designar todo el hemisferio occidental. En el siglo XIX, las grandes categorías geográficas todavía eran fluidas, por lo cual debemos tener claro el anacronismo de emplear nombres de épocas posteriores. No resulta una obviedad ni siquiera el concepto de «Latinoamérica», que hoy ya supone un dolor de cabeza para los que prefieren denominar por separado Hispanoamérica y la zona de lengua portuguesa. Hasta el día de hoy, impera el desacuerdo en torno a si deben incluirse en esa denominación las islas del Caribe (conocidas asimismo como «Indias occidentales») en las que se habla también inglés y francés (o criollo). Alexander von

Humboldt, y cuantos viajaron inmediatamente en pos de sus huellas, no conocían el concepto de «Latinoamérica». La América de Humboldt la formaban las regiones de la «medianoche», o tropicales, del imperio español del Nuevo Mundo; y por descontado, eso incluía Cuba. La generación de Simón Bolívar hablaba de «América del Sur». El nombre de «Latinoamérica» no surgió hasta 1861, marcado por el contexto del «panlatinismo» de los sansimonianos franceses y adoptado pronto por la política. Por entonces, Napoleón III intentó forjar un imperio francés en América del Sur, un intento que fracasó sonoramente en 1867, cuando las tropas francesas fueron expulsadas de México y se fusiló al emperador francés, el archiduque Maximiliano de Habsburgo. A juicio del emperador, la ventaja estratégica de la calificación de «latina» radicaba en la posibilidad de establecer lazos «naturales» entre América y los pueblos franceses de lengua románica.[299]

Pese a todo, el de Latinoamérica es un concepto regional relativamente antiguo. Varias de las otras «regiones del mundo» son de fechas netamente posteriores. La denominación conjunta del «sureste de Asia» (o «Asia suroriental») nació en Japón durante la primera guerra mundial. Debe su difusión general al hecho de que, en 1943, en mitad de la guerra del Pacífico, hubo que crear —por razones políticas— una zona de operaciones específica para un alto mando *británico*; y por eso se le otorgó a lord Mountbatten el South East Asia Command.[300] Hasta entonces, en Occidente no se disponía de un concepto común para esta región que, desde los puntos de vista topográfico y cultural, es en realidad de lo más heterogénea. Cuando los europeos se referían al nivel situado por los diversos reinos y dominios coloniales, o hablaban en general de las «Indias orientales» o distinguían, en el mejor de los casos, entre la «Ultraindia» (que se correspondía con los territorios modernos de Birmania, Tailandia, Vietnam, Camboya y Laos) y el «archipiélago de Malasia». Hasta hace pocas décadas, los «asiáticos surorientales» apenas sentían alguna

identidad en común; la primera historia conjunta de la región no se publicó hasta 1955.[301]

Lo mismo cabría aplicar más al norte: los mapas de la Edad Moderna incluían, hacia la mitad del continente asiático, como región casi nunca delimitada con exactitud, «la Tartaria». Vagamente se corresponde con los conceptos de «Asia interior» o «Asia central», que, hasta la fecha, no han adquirido estabilidad semántica. Los autores rusos quieren incluir ahora en el término las zonas del antiguo Turquestán ruso, de población mayoritariamente musulmana; otro concepto más añade Mongolia, el Tíbet y la actual región mongola («Mongolia interior») de la República Popular de China. A menudo se excluye el Tíbet, pero sin incorporarlo a ninguna otra región superior, porque tampoco es del «Asia meridional». El sur de Siberia y Manchuria, que en el siglo XVIII todavía se consideraban por lo general parte de la Tartaria, han desaparecido del concepto de «Asia central». Limitar el Asia central al «Asia oriental» y el «Oriente Medio» es una idea discutida desde hace tiempo; algunos autores han acuñado conceptos nuevos, como por ejemplo el de «Eurasia central».[302]

Si en la Tartaria y el Asia central todavía resonaba la imagen de un país de las maravillas, misterioso y difícilmente alcanzable para el viajero común —que Halford Mackinder, en su concisa historia geográfica universal de 1904 (la conferencia «The Geographical Pivot of History», que se cita muy a menudo), elevó a núcleo o *heart-land* estratégico de la política de las grandes potencias euroasiáticas—,[303]los rasgos territoriales del concepto de «Oriente» estaban aún menos desarrollados. Se trataba, en lo esencial, de un concepto definido culturalmente, referido a las tierras de población árabe, turca y persa, que los comentaristas europeos, a lo largo de los siglos, habían ido cubriendo de capas de significados. También los Balcanes otomanos formaban parte del Oriente así entendido. Nunca se aclaró, en cambio, si las regiones musulmanas más alejadas (como el imperio mogol, la península malaya o la isla de Java)

se incluían o no. Durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando se hablaba de «los orientales» se hacía referencia también a indios y chinos. A fin de cuentas, era la única categoría conjunta de la que podían disponer los observadores europeos durante el siglo XIX. La expresión «Oriente Próximo» (*Near East*; en alemán, *Naher Osten* y, casi contemporáneamente, *Vorderer Orient*; en ruso, *Blizkii Vostok*; en francés, solo después de la primera guerra mundial, *Proche-Orient*) empezó a usarse en los círculos diplomáticos hacia finales de siglo, y en ese uso comprendía el imperio otomano, incluidas las regiones del norte de África que (como Egipto y Argelia) ya no le pertenecían *de facto*. El de «Creciente Fértil», acuñado en 1916, fue un concepto favorito entre los arqueólogos, con resonancias preislámicas. La categoría «Oriente Medio» fue, de nuevo, una creación de Alfred Thayer Mahan, un teórico militar estadounidense, con título de almirante, que lo inventó en 1902 sin que la idea tuviera connotaciones culturales o históricas. Se aludía con ella a la zona situada al norte del golfo Pérsico, que se consideraba escenario importante del conflicto entre Gran Bretaña y el imperio zarista; otros comentaristas incluían Afganistán, Nepal y el Tíbet (que otros adscribían al «Asia central»). Desde el punto de vista británico, se pensaba sobre todo en las tierras estratégicamente vulnerables que lindaban con la India.304 Los conceptos geográficos que hoy manejan acríticamente tanto los expertos como los legos, y que fueron asumidos en gran medida por las propias élites locales de la región, deben mucho a la geopolitización de la descripción geográfica en la era del neoimperialismo.

«Lejano Oriente» y «Asia oriental»

La metamorfosis de la semántica espacial europea se percibe con especial claridad con el ejemplo de la región que hoy se denomina «Asia oriental». El concepto es más habitual en los *area studies* de las ciencias sociales y la geografía que en las filologías asiáticas. Desde el punto de vista lingüístico, en

efecto, no hay razón obvia para unir China, Japón y Corea. Las tres lenguas tienen una constitución distinta, y la japonología, sinología y coreanística siguen siendo disciplinas no ya separadas, sino a menudo celosas de su independencia. Desde sus inicios, en el siglo XIX, estos ámbitos de estudio no han promovido ningún esfuerzo por desarrollar un concepto común del Asia oriental. Desde finales del siglo XVIII existía, de forma muy vaga y con un sentido principalmente topográfico, la idea de «l'Asie oriental». Pero no se impuso hasta la década de 1930, después de que el ascenso de Estados Unidos como potencia del Pacífico hiciera absurdo seguir empleando una etiqueta tan eurocéntrica como la de «Lejano» (o «Extremo») Oriente; solo conservaba alguna validez la posibilidad de un «Lejano Oriente ruso», aplicado a Siberia. Desde entonces —más desde fuera de la región que desde los propios países implicados— ha habido intentos de coordinar una especie de «círculo cultural sínico», que se mantendría unido por el lazo común del «confucianismo», una construcción que, desde los punto de vista de la historia y la sociología de la religión, no resulta problemática.

Volviendo al «Lejano Oriente», este concepto, aún en uso, nace en el léxico del imperialismo, igual que sus hermanos «Próximo» y «Medio». Se relaciona con la nueva división metageográfica del mundo según criterios de estrategia geopolítica, tan popular por igual entre geógrafos y entre políticos en la era del neoimperialismo (es decir, del *fin de siècle*). Algunos estadistas, como por ejemplo lord Curzon (virrey de la India y posterior ministro de Exteriores británico), se tenían a sí mismos por geógrafos aficionados y se entregaban con entusiasmo a las conjeturas sobre el ascenso y la caída de regiones del mundo enteras. Cuando se acuñó el concepto de «Lejano Oriente», hacia finales del siglo XIX, se hizo con un doble objetivo. Por un lado, se expandían espacialmente, más al este, los tópicos comunes sobre el «Oriente», derivados de la observación del mundo árabe. China, Japón y Corea aparecían ahora como

formas específicas de un «Oriente» generalizado —completamente opuesto a Occidente, se decía—, como ampliación espacial del Oriente habitado por la «raza amarilla». Por otro lado —y esto era mucho más importante—, el «Lejano Oriente» se entendía como un concepto geopolítico. No podía aparecer hasta que fuera desapareciendo el antiguo orden mundial de tradición sinocéntrica. Desde la perspectiva europea, el «Lejano Oriente» se veía como un subsistema de la política mundial, en el que se había asegurado una importante influencia europea, aunque sin la ocupación colonial de zonas como la India o África. Las peculiaridades culturales de los diversos países, en esta clase de concepto, interpretaban un papel secundario; ante todo, ofrecían un campo de operaciones para las grandes potencias. El centro gravitatorio geoestratégico de este Lejano Oriente estaba en el mar Amarillo y, cada vez más, Manchuria, designados como «eje central» (el *pivot* de Mackinder) de la rivalidad entre las grandes potencias. El quid político de la «question d'Extrême-Orient» era el futuro de China como estado imperial. A diferencia de la «Eastern Question» del Oriente Próximo —por lo demás análoga, pero referida a la suerte de otro imperio multiétnico, el otomano—, en el Lejano Oriente se añadía el factor del auge de otra potencia militar en la zona: Japón.

La posición singular de Japón complicaba la situación metageográfica. Si en lo que respectaba a la política del poder, Japón, junto a Gran Bretaña y Rusia, era uno de los actores principales del escenario lejanooriental, su relación con las otras partes de la región «asiático-oriental» siguió siendo ambivalente. Corea, históricamente, había sido el principal estado tributario de China y había establecido poco contacto (y, por lo general, desagradable) con Japón; pero en la era Meiji se entendió que se integraría bien en la zona de influencia japonesa y, cuando la ocasión fue propicia, en 1910, fue anexionada. Desde el último tercio de siglo (y sobre todo, desde 1890), Japón estuvo distanciándose mentalmente del Asia

continental. Según escribió Fukuzawa Yukichi en su *Despedida de Asia* (*Datsu-a*, 1885), Japón formaba parte de Asia desde el punto de vista geográfico, pero ya no desde el cultural; material y políticamente se orientaba hacia el exitoso «Occidente» y cada vez sentía un mayor desdén por quien antaño había sido su maestra cultural, China.305 Hacia el cambio de siglo, sin embargo, surgió la tendencia contrapuesta de, como acto de solidaridad «panasiática», encabezar la renovación de Asia y la resistencia frente al todopoderoso Occidente. Esta ambivalencia era una contradicción básica presente asimismo en toda representación japonesa del «Asia oriental» (*Tōa*): querer formar parte de la región, pacíficamente, y al mismo tiempo querer dominarla y «civilizarla». Que tales ideas se desarrollaran primero en el ejército japonés, como descripción de su zona de actuación potencial, realza aún más la tensión.306

Alternativas metageográficas

En la época de Ritter y Humboldt, la geografía trabajaba con cuadrículas regionales más refinadas que en la etapa posterior, *después* de que se consolidara el mapa amplio de las «regiones del mundo». Desde aproximadamente la primera década del siglo XIX, dejó atrás el esquematismo de la «geografía de compendios» y la «estadística» según se practicaban sobre todo en Alemania en el siglo XVIII, y buscó nuevas unidades para la interpretación geográfica. A este respecto, el pensador clave fue Carl Ritter. Descartó la obsesión por los estados como unidad básica, puso en duda la idoneidad de las taxonomías que de ello se derivaban, y desaprobó la falta de conexión entre los datos recopilados en los antiguos manuales.307 Esbozó una nueva división de la superficie terrestre atendiendo a criterios físicos. En vez de reinos clasificados estadísticamente, aparecían «países» y «paisajes» definidos por su fisonomía. Reconocer la primacía de los rasgos físicos no impidió a Ritter investigar la forma de vida material y las acciones de las sociedades humanas del planeta, entendidas como los escenarios de la historia. Consideraba labor de la geografía

examinar el desarrollo de los pueblos —es decir, de las individualidades que le interesaban especialmente— en relación con la «naturaleza del país». Con ello evitaba reducir la vida social y el «movimiento social» a constantes naturales, como por ejemplo el clima. No era geodeterminista. Para Ritter, la naturaleza era el «centro educativo de la raza humana», la fuente en la que se acuñaban las identidades colectivas y tipos sociales particulares.308 Sobre el vínculo entre naturaleza e historia, reconocía más correspondencias que causalidades. Ritter adoptó el elaborado vocabulario descriptivo del que la geografía se había dotado en los siglos XVII y XVIII309 y lo completó con metáforas «dinámicas» de crecimiento y actividad. A partir de su concepto integral de una «geografía de las regiones», intentó establecer la relación entre las formas del relieve natural (en particular, las cordilleras montañosas y los «sistemas hídricos») y los escenarios de la historia. Se tuvo que enfrentar una y otra vez con la cuestión de la «división de las partes del mundo»;310 el hecho de que se tomara en serio este problema le sitúa por encima de los geógrafos anteriores (y muchos de los posteriores). De esta forma, por ejemplo, llegó a un concepto de «Asia superior» que no se definía «estrechamente» por la geopolítica, sino por el relieve; y tomaba en cuenta, además de las singularidades de la naturaleza, las formas de vida de sus habitantes.311 En vez de un concepto único y general de «Oriente» (o, más adelante, del «Próximo y Medio Oriente»), él solo diferenciaba entre Asia occidental (incluido el mundo persa), Arabia y la «tierra escarpada» de los sistemas del Tigris y el Éufrates.

La original nomenclatura de Ritter no se impuso. Pese a todo, la riqueza de sus ocurrencias terminológicas halló continuidad en la obra de dos importantes geógrafos del último tercio de siglo que, aunque por otro lado tenían muy poco en común, sin embargo resistieron la tendencia de la época a la simplificación metageográfica. El anarquista y librepensador francés Élisée Reclus, en el exilio suizo y posteriormente belga, al igual que el

geógrafo y etnógrafo Friedrich Ratzel, un alemán de Leipzig, de ideas políticas conservadoras pero innovador en sus métodos, se esforzaron con denuedo por introducir nuevos matices lingüísticos en la descripción del mundo. Ratzel, tanto en la *Antropogeografía* (1882-1891) como en la *Geografía política* (1897), rehúsa emplear las metacategorías de su tiempo y ofrece una elaborada casuística de tipos de paisajes y «situaciones» espaciales en relación con las formaciones políticas, por ejemplo en el estudio de las islas.312 En su última obra, de publicación ya en parte póstuma, en la que analiza la situación del mundo contemporáneo poco después del cambio de siglo, Ratzel también experimentó con una macrodivisión del mundo que ni se remite a las regiones tradicionales ni emplea neologismos geopolíticos. Reclus, cuyo conocimiento de la bibliografía geográfica y política solo era comparable al de Ritter, renuncia a describir Europa en su conjunto. La disuelve en tres campos magnéticos, tres zonas abiertas al mundo extraeuropeo, establecidas con criterios económicos y de política del poder: (1) latinos y germanos, incluido todo el litoral mediterráneo y el imperio otomano, todos ellos, a juicio del autor, «dependientes por completo de los capitalistas»;313 (2) rusos y asiáticos, es decir, Eurasia desde Polonia hasta Japón; y (3) Gran Bretaña y su *cortège* («séquito»), con todo el imperio, incluido el de Asia, con la India a la cabeza, que Reclus esperaba que se occidentalizaría por entero.314 Además, entendía que se estaba formando una nueva unidad, constituida por las dos Américas y el espacio del Pacífico. Reclus, como en cierto pensamiento moderno, pensaba en las relaciones, no en grandes categorías regionales esencializadas. A este respecto, su obra —más que la de Ratzel, que tendía más a la categorización esquemática— puede verse hoy como una suma geográfica del siglo XIX, aunque no sea representativa en concreto de la geografía europea del siglo XIX.

Ratzel y, más aún, Reclus se situaron asimismo muy lejos de la teoría de los círculos culturales que, hacia el cambio de siglo, se

puso de moda en Alemania y Austria. Reclus, por su tendencia política de izquierdas, también era reacio a cualquier definición geopolítica de las grandes zonas regionales. La citada teoría de los círculos culturales utilizó la gran cantidad de material etnográfico disponible para construir una serie de civilizaciones extensas, en la línea de una interpretación holística de la ciencia. Por lo general, no se entendían esas construcciones como simples instrumentos, sino que se creía realmente en la existencia objetiva de los círculos culturales. Así, el «círculo cultural» (*Kulturkreis*) se convirtió en un concepto básico del posliberalismo y, en la generación de Carl Ritter, ocupó el lugar del «individuo» en la historiografía y la geografía idealistas.[315] Estas ideas no influyeron en el público (y, con menor frecuencia, en la ciencia) hasta la aparición de la escuela austríaca de etnología, con Leo Frobenius y Oswald Spengler. Fueron un fenómeno típico del *fin de siècle*, expresión de una simplificación excesiva de la comprensión del mundo, que, de otro modo, se expresa también en la nomenclatura espacial de los geopolíticos.

3. «MAPAS MENTALES»: LA RELATIVIDAD DE LA PERSPECTIVA ESPACIAL

Para reconstruir la perspectiva espacial del siglo XIX es necesario poner en cuestión toda clase de aspectos que hoy damos por sentados. No podemos excluir de la duda ni siquiera los conceptos más establecidos. Así, la categoría de lo «occidental» —la «comunidad de valores» de cuño cristiano que primero se delimitó como «Occidente» en oposición al «Oriente» musulmán; luego, desde 1945, en oposición al comunismo ateo de cuño soviético; y por último de nuevo contra «el islam»— no ocupa una posición teórica central antes de la década de 1890.[316] Como es sabido, la oposición entre Occidente y Oriente se remonta a cosmologías antiguas y las experiencias de las guerras médicas. Pero la categoría del «mundo occidental» surgió en origen de la idea de un modelo de civilización *transatlántico*. Esta categoría presupone que

europeos y estadounidenses ocupan una posición equivalente en la cultura y la política mundial. Tal simetría, a juicio de los europeos, no se asentó hasta el cambio de siglo. El concepto conjunto de «civilización judeo-cristiana», sinónimo bastante extendido hoy para el «mundo occidental», es una propuesta aún más reciente, que no adquirió influencia pública antes de la década de 1950.317

La idea de lo «occidental», desde el principio, estuvo aún menos ligada a un territorio concreto que la del «Oriente». ¿Debía incluir las colonias de población neoeuropea del imperio británico, como Canadá, Australia y Nueva Zelanda? ¿Acaso podía negarse tal condición a países latinoamericanos con un porcentaje importante de población de origen europeo, como Argentina o Uruguay? En el siglo XIX largo, se habló más a menudo del «mundo occidental» que del «mundo civilizado». Esto último se entendía como una autodescripción en buena medida flexible y apenas localizada. Su poder de persuasión dependía de que aquellos que se designaban a sí mismos como «civilizados» supieran hacer comprender a los demás que en efecto lo eran. Y a la inversa: desde mediados de siglo, las élites de todo el mundo pusieron un gran empeño en satisfacer las exigencias de la Europa civilizada. En Japón, esta aceptación en el seno de los países civilizados se convirtió incluso en objetivo de la política nacional. La occidentalización no se reducía a incorporar selectivamente determinados elementos culturales de Europa y Estados Unidos; en los casos de mayor ambición suponía mucho más: el reconocimiento como *parte integrante* del «mundo civilizado». En esencia, esto no se podía representar espacialmente o fijar en un mapamundi. El «mundo civilizado», y su sinónimo aproximado de «Occidente» en este sentido concreto, no eran tanto categorías espaciales como puntos de referencia de una jerarquización internacional.318

Europa

En el siglo XIX, incluso la categoría «Europa» tenía límites menos claros de lo que hoy podríamos suponer. Sin duda, se

entendía que Europa, *de alguna manera*, era una unidad histórica y un espacio vital en principio más uniforme, aunque con su diferenciación interna. La «conciencia de Europa» general, más allá de la propia definición religiosa como cristiandad, fue surgiendo entre diversos miembros de las élites durante el proceso de la Ilustración, y alcanzó todo el continente, como muy tarde, en el período napoleónico.319 En la primera mitad del siglo XIX, sin embargo, surgieron varios conceptos distintos de Europa, asociado cada uno con un alcance espacial propio:320

• la Europa del imperialismo napoleónico, organizada y concebida en torno de una zona nuclear que se extendía de Tours a Múnich y de Ámsterdam a Milán; el resto eran «zonas intermedias» o el anillo exterior;321

• la *Europa christiana* del Romanticismo antirrevolucionario de Chateaubriand y Novalis;

• el sistema de poder del Congreso de Viena, que pretendía establecer equilibrios que favorecieran la paz y la estabilidad, pero sin imponer ideas y normas que ahondaran en una mayor occidentalización ideológica;322

• la fantasía europea —de escasa trascendencia práctica, a nivel político— de la Santa Alianza rusa, prusiana y austríaca de 1815, que unía, bajo una retórica de intenso romanticismo, a católicos romanos, protestantes y ortodoxos, y ponía grandes esperanzas en el poder regenerativo de los elementos eslavos ortodoxos;

• la Europa del liberalismo europeo occidental, con el historiador y estadista François Guizot como autor más influyente; a diferencia de la Santa Alianza, se diferenciaba claramente entre la Europa oriental y la occidental, y se daba prioridad a la solidaridad noratlántica, sobre todo del eje Francia-Gran Bretaña, no a la euroasiática;

• la Europa de los demócratas, que descubrieron el pueblo como objeto de la historia (como hizo, con especial trascendencia literaria, el historiador francés Jules Michelet en

Le peuple, de 1846, y su *Histoire de la Révolution française*, 1847-1853), al mismo tiempo que hacían hincapié en el pensamiento nacional y la idea de una federación de naciones europeas, basada en el ideal griego de la libertad; esta Europa se radicalizó y consolidó en la idea de la solidaridad internacional de los trabajadores, que, en un primer momento, era una solidaridad europea.

Los británicos tenían ideas propias sobre Europa. Una minoría de su élite política —por ejemplo Richard Cobden, incansable paladín del libre comercio, o el economista y filósofo liberal John Stuart Mill— tendían al internacionalismo e incluso reconocían de forma expresa su francofilia. La mayoría, sin embargo, consideraba entes distintos las islas británicas y el continente —que se descartaba como modelo cultural— y querían mantenerse fuera de los equilibrios del poder continental para conservar la libertad de actuación en ultramar. Cuando empezaron a proliferar las teorías raciales en Europa, hacia la década de 1880, en Gran Bretaña se desarrolló una variante especial que enaltecía la «raza anglosajona» como raza que se había extendido por todo el mundo (y no solo en el continente europeo) dominándolo y sembrando cultura.[323]

Cuando Bismarck afirmó, en 1876, que Europa solo era un concepto geográfico, se hacía eco de un descontento general en Europa, en una época en la que se habían evaporado las viejas solidaridades revolucionaria, liberal y también conservadora, y los europeos habían vuelto a enfrentarse bélicamente.[324] Detrás no se ocultaba tan solo un diagnóstico político, sino también una concepción espacial específica: una especie de darwinismo de las grandes potencias. Las grandes potencias rivalizaban entre sí con escaso respeto por los pequeños estados europeos, a los que veían como posible causa de disturbios. Países como España, Bélgica o Suecia apenas interesaban a la élite culta de Gran Bretaña, Francia o Alemania, que no los tomaban en serio. Noruega, Polonia o

Chequia todavía no existían como estados independientes. La idea de un pluralismo europeo con cabida para estados de todas las dimensiones —como la que sirvió de base tanto a los proyectos de paz de la Ilustración como a la unificación europea iniciada en 1957— no era imaginable a finales del siglo XIX. Añádase a ello que, en la que se ha dado en llamar «era de los estados nacionales», los actores principales y de mayor tamaño eran imperios. Eso implicaba que las relaciones exteriores, y el punto de vista espacial asociado con ellas, tenían tendencia a mirar fuera de Europa, y no solo en el caso de Gran Bretaña. Francia, por ejemplo, mantenía una relación más estrecha con Argelia que con España; el Mediterráneo parecía una barrera más franqueable que los Pirineos. España y Portugal se aferraban a los restos de su riqueza de ultramar; y los Países Bajos conservaron en el Asia oriental, durante todo el siglo, la colonia indonesia, que, en ciertos aspectos, era la más imponente de las colonias europeas (por detrás tan solo de la India británica). Los contemporáneos siempre veían la Europa de los estados nacionales en el contexto más amplio de los imperios.

Desde la perspectiva contemporánea, Europa no solo carecía de homogeneidad interior, sino que sus fronteras exteriores eran imprecisas. La frontera oriental del continente, que se establecía (y sigue estableciéndose) en los Urales, era arbitraria, una simple construcción teórica de escasa significación política y cultural.[325] En el siglo XIX quedaba escondida por en medio del imperio zarista. Esto influía en la cuestión de si Rusia pertenecía a Europa o no, una cuestión que sigue siendo de suma importancia para la comprensión propia de la Europa occidental. Las ideologías oficiales de Rusia intentaban minimizar la oposición entre Europa y Asia. La forma en que se veía Asia desde Rusia dependía directamente de cuál fuera su posición, en aquel momento, con respecto a la Europa occidental. Si durante las guerras napoleónicas se produjo un movimiento occidentalizante y neopetrino, después de 1825,

con el zar Nicolás I, hubo un retorno mental hacia la tierra ancestral eslava. Entre Pedro el Grande y el Congreso de Viena, en cambio, la Europa occidental entendió que el imperio del zar era cada vez más «civilizado». Hubo un cambio radical de opinión desde 1825, con la represión de la revuelta «decembrista», de carácter moderadamente constitucional, y 1830-1831, cuando en Polonia se aplastó el levantamiento de Noviembre y se inició la «gran emigración» de héroes nacionales perseguidos; desde entonces, los liberales de la Europa occidental achacaron a Rusia las culpas de todo.326 El despotismo de Nicolás I supuso un retroceso tal que la imagen de Rusia tardó mucho en recuperarse, si es que ha llegado a recuperarse nunca. La opinión pública europea occidental veía a Rusia como una civilización peculiar, situada en el margen de Europa. No pocos rusos hicieron suya esta valoración.

El imperio zarista, después de perder la guerra de Crimea y ver que el Congreso de Berlín, en 1878, recibía inamistosamente sus pretensiones como gran potencia, se orientó aún más hacia el este. Siberia adquirió un nuevo brillo en la propaganda y la imaginación nacionales, y se hizo un gran esfuerzo científico por «apropiarse» de la región. Rusia se desplazó mentalmente hacia el este, donde parecían aguardar grandes tareas al despliegue de las fuerzas nacionales. Si en la primera mitad del siglo se había impuesto la convicción de que la expansión de Rusia hacia el este era la propia de un supuesto representante de la civilización occidental, con la misión de llevar la cultura a Asia,327 la opinión pública rusa viró luego en contra de Occidente. Nuevas doctrinas paneslavas y euroasiáticas buscaron establecer una identidad nacional o imperial en el margen de Europa y transformar en un privilegio espiritual el carácter marginal de Rusia, su situación de puente geográfico entre Europa y Asia.328 Los paneslavistas, a diferencia de los eslavófilos de la generación romántica anterior, más introvertidos y moderados, no renunciaban a una política exterior más agresiva, que se arriesgara a entrar en conflicto

con las grandes potencias occidentales. Esta fue una tendencia. Pero tras la guerra de Crimea, una tendencia contraria reforzó a los «occidentalizantes», que, en la década de 1860, se esforzaron —no sin éxito— por hacer de Rusia un país europeo «normal» y exitoso según los criterios de la época. Así, las reformas de Rusia con el zar Alejandro II parecieron conectar, una vez más, el lazo de unión con la civilización «universal».329 Esta ambivalencia de la búsqueda y la huida de Europa no se disolvió nunca. Aunque de una forma muy distinta a la de su gran contrincante en la política mundial, Gran Bretaña, Rusia nunca tuvo claro si formaba parte de Europa, ni si quería formar parte de ella. Los dos gigantes eran imperios transcontinentales orientados hacia el exterior y carentes de una identidad estable como estado nacional propiamente europeo.

«La Turquie en Europe»

La Europa cristiana, mientras veía el noreste como un flanco abierto —tanto real como mentalmente, debido a la interminable expansión a través de una Siberia habitada por «pueblos primitivos»—, en el sureste se mantenía un viejo antagonismo. El imperio otomano inició una «decadencia» (muy analizada y, durante mucho tiempo, exagerada por los historiadores europeos) que, como muy tarde, en la política internacional se hizo evidente con la derrota definitiva frente al imperio zarista, en 1774 (paz de Küçük Kaynarca);330 pero incluso después de que empezara el declive otomano, a los Habsburgo les pareció necesario mantener una amplia zona de seguridad, la «frontera militar», que los separase de su vecino meridional. Esta franja de asentamiento militar, que iba de la costa adriática hasta Transilvania, y que pervivió de un modo u otro hasta 1881, fue variando con el tiempo su objetivo principal: de servir como defensa contra las correrías bélicas otomanas, pasó a ir incorporando los diversos pueblos y territorios conquistados a los turcos paso a paso. En el momento de su disolución todavía era un estado militar

autónomo, con una superficie de 35.000 kilómetros cuadrados (como el moderno *Land* alemán de Baden-Wurtemberg).[331] En el siglo XIX, la monarquía de los Habsburgo ya no aspiraba a la expansión ni a salir de Europa, pero continuó actuando como una especie de «frente» opuesto, como estado, contra el imperio otomano. Por otro lado, durante todo el siglo, Viena tuvo cuidado de no alimentar los movimientos nacionales antiturcos, que pronto podían adquirir un carácter prorruso y antiaustríaco. El poder otomano, en 1815, todavía llegaba hasta Moldavia; Belgrado, Bucarest y Sofía estaban en territorio otomano. No obstante, a consecuencia de la guerra ruso-otomana de 1877-1878, el imperio otomano perdió aproximadamente la mitad de sus territorios balcánicos. Hasta la segunda guerra balcánica, en 1913, pervivió pese a todo «la Turquie en Europe», situada dentro de los límites geográficos del continente y denominada con este nombre en la mayoría de los mapas.[332] Durante siglos, las grandes potencias europeas mantuvieron relaciones diplomáticas con la Sublime Puerta, establecieron acuerdos con el imperio y lo incorporaron al «Concierto Europeo» (oficialmente, en 1856, cuando ya no servía como un garante efectivo de la paz, sino como círculo estable de cumbres relativamente comparables a las del moderno G8).[333]
En los panoramas de la historia europea del siglo XIX, la historiografía tiende a considerar el imperio otomano tan solo como un estado oriental ajeno a Europa; ello obedece, en parte, a que aquella no se ha liberado de los clichés del exotismo oriental ni de las doctrinas de los círculos culturales.[334] Para los contemporáneos, la realidad era otra. Incluso los que consideraban que el imperio otomano era un ocupante ilegítimo de muchos territorios europeos (en la tradición de la vieja enemistad de Europa y Turquía y de un filohelenismo agresivo, como el que se desarrolló en la década de 1820), no dejaban de reconocer lo que de hecho era la soberanía otomana sobre una zona extensa (aunque cada vez menos) de los Balcanes. Mientras no se formaron estados nacionales en los Balcanes,

los contemporáneos carecieron de nombres con los que visualizar la geografía del suroeste de Europa. Hacia 1830, los conceptos de «Bulgaria» y «Rumanía» solo movilizaban a un puñado de activistas e intelectuales. La opinión pública británica no «descubrió» a los eslavos del sur hasta que, en 1867, vio la luz el relato de un viaje a la zona.[335] Por entonces, en el norte nadie había oído hablar aún de «Albania» y «Macedonia». Ni siquiera Grecia —un reino de campesinos misérrimos con aproximadamente la mitad del territorio del actual estado griego, fundado en 1832 por gracia de las grandes potencias— interpretó un papel relevante en el imaginario geográfico de la Europa «civilizada»: tras la gran agitación de la década de 1820 volvió a caer pronto en el olvido.

Así, todas las categorías espaciales necesitan la historización. Los historiadores, gracias a los hallazgos de la más reciente geografía social, pueden constatar que sería una ilusión creer que los diversos «espacios», «paisajes» o «regiones» son hechos «dados por su propia esencia».[336] Debemos dirigir la mirada historiadora (o «deconstructora») hacia las obras científicas y los manuales escolares, el comentario de la política mundial en la prensa, los mapas de referencia contemporánea o histórica, la integración de los diversos mapas en los atlas. Precisamente, los mapas difunden con eficacia la terminología geográfica y sirven a la formación de la conciencia espacial. Bajo la necesidad de cartografiar con precisión subyacen motivos muy distintos. Además de los objetivos prácticos conocidos desde antaño —como el transporte, la guerra o el control colonial—, en el siglo XIX se añade el deseo de dar visibilidad a la propia nación. Esta relación estrecha entre la conciencia nacional y la representación cartográfica ya ha sido investigada a propósito de muchos casos.[337] Sin embargo, fueron los imperios repartidos por el mundo —más aún que los estados nacionales de territorio compacto— los que necesitaron el refuerzo visual. No es nada descabellado afirmar que, entre la opinión pública británica, la conciencia del imperio se debió gracias a la amplia

difusión de mapamundis que, desde 1830 aproximadamente, mostraban la extensión del imperio con una característica coloración roja.

Horizontes espaciales chinos

El material cognitivo básico de cualquier ser humano incluye mapas mentales. Entre las imágenes espaciales que del mundo tienen las diversas personas y colectividades se produce una interacción compleja.338 La percepción espacial no se debe interpretar tan solo como códigos fijos e imágenes estáticas del mundo; no existe *la* concepción china o islámica del espacio. Las imágenes espaciales siempre están abiertas a lo nuevo, tienen que asimilar cosas literalmente inauditas. El etnohistoriador Daniel K. Richter imaginó en un estudio cómo los nativos norteamericanos vivieron la llegada de los europeos al oeste de sus tierras: primero se difundirían rumores, novedades quizá contradictorias entre sí (y, sin duda, exageradas), y luego irían llegando a los pueblos indios, de alguna manera, distintos objetos extraños. Solo más adelante tuvieron ante sí a los primeros blancos.339 De este modo, con el paso del tiempo fue surgiendo una nueva cosmología india. A muchos pueblos del mundo les sucedió algo parecido.

Ninguna de las imágenes espaciales no europeas podía competir, en el siglo XIX, con la cosmología global de los europeos. En ningún otro lugar nació una metageografía alternativa que diferenciara de forma sistemática entre continentes y grandes regiones. Hay tres rasgos básicos de la geografía moderna de origen europeo que se diferencian de toda la concepción espacial precontemporánea: (1) la idea de la equivalencia natural (¡no cultural ni política!) de los diversos espacios; (2) el hecho de basarse en mediciones precisas; (3) la relación con unidades mayores e inclusivas, hasta llegar al mundo en su conjunto (o bien, por decirlo a la inversa: la hipótesis general de la Tierra como forma esférica estructurada). Como resultado de un proceso más largo de evolución del pensamiento geográfico, se añadirá otro rasgo: (4)

la autonomía del discurso geográfico y su cristalización institucional como ciencia. Los mapas precontemporáneos, por ejemplo, son a menudo la ilustración de relatos *ajenos*: la narración de una curación religiosa, la descripción de un viaje o un campo de batalla. En cambio, el discurso geográfico moderno se basta a sí mismo con sus palabras e imágenes.

Tenemos un conocimiento bastante amplio sobre China, que usaremos ahora como ejemplo. Los eruditos funcionarios de la era Qing, administradores y depositarios de la cultura del imperio, daban una gran importancia a la recopilación de noticias del territorio imperial. Para perfeccionar la ordenación del espacio interior empleaban técnicas cartográficas. Mostraron especial interés por las fronteras interiores entre las diversas provincias y distritos; para poder controlar desde el centro la organización territorial de la administración, la justicia y las instalaciones militares, se precisaba el saber geográfico.340 Los emperadores del siglo XVIII promovieron la cartografía y la agrimensura con la misma intención, en cuanto a la política exterior, que movió a los monarcas europeos en esa misma época: defender con claridad los derechos y las aspiraciones territoriales frente a los estados vecinos (ante todo, el imperio zarista). Sin embargo, en la China de la plenitud de la dinastía Qing no había interés por la forma espacial del mundo exterior, más allá de las propias fronteras. Antes de que acabara la guerra del Opio, en 1842, China no había enviado oficialmente al extranjero a ningún legado; no animaba a realizar viajes privados; ni, menos aún, aprovechaba la presencia de jesuitas en la corte para informarse sobre Europa. La primera descripción personal de tierras de ultramar fue posterior a la apertura de China. Se debe a Lin Qian, un joven que, en calidad de intérprete comercial, se marchó en 1847 de Xiamen (Amoy) a Nueva York. Volvió en 1848, tras una estancia de año y medio en el extranjero, y publicó un opúsculo con el título de «Esbozos de un viaje al Lejano Oeste» (*Xihai jiyoucao*). La primera impresión del «Oeste» u «Occidente», por lo tanto,

según se lo llama en el título mismo, fue la obtenida en Estados Unidos, no en Europa. Esta obrita es, según lo que se sabe hasta el momento, el primer informe publicado sobre el viaje de un chino a un país occidental. Es muy breve, en comparación con las voluminosas descripciones de los autores europeos; pero sorprendentemente abierta con respecto a la tecnología y la cultura material de Estados Unidos, de cuya importación a China es Lin Qian un partidario entusiasta.341 Aunque por su forma no se trata de un estudio sobre una cultura extranjera, el texto se ciñe notablemente a la realidad y no muestra rechazo e incomprensión por lo foráneo. Pero Lin Qian, en el sistema de la erudición confuciana, era un don nadie; su obra no representa la concepción del mundo que por entonces imperaba en China y tampoco se difundió ni ejerció especial influencia, sino que pasó sin pena ni gloria.

Tuvo mucho más efecto la obra *Haiguo tuzhi* («Tratado ilustrado de los reinos de ultramar»), del erudito y funcionario Wei Yuan, que vio la luz en 1844. No fue solo la guerra del Opio, recién padecida, lo que llevó al polifacético Wei Yuan a interesarse por la situación de ultramar. Le movía la política de defensa y, aunque recabó mucha información sobre Europa y Estados Unidos, dirigió la mirada ante todo a las relaciones —largamente descuidadas— de China con el litoral del sureste de Asia. El objetivo político de Wei era de índole conservadora: (re)instaurar la soberanía china sobre el sistema de tributos, jerárquicamente ordenado, del mar de la China, para usarlo como defensa contra las potencias coloniales europeas.342 Ni Wei Yuan ni el funcionario Xu Jiyu, que le sucedió en el estudio de los países extranjeros —y, con *Yinghuan zhilüe* («Breve noticia de las regiones marítimas», 1848), ofreció la primera descripción de la situación política del mundo animada por el realismo confuciano—, fundaron una tradición científica de la geografía universal. Xu no entendía ninguna lengua extranjera y tuvo que conformarse con los escasos materiales que ya se habían traducido al chino.343 La obra de Xu Jiyu empezó

causando problemas a su editor, y solo después de hacia 1866 halló reconocimiento y un público más numeroso entre los funcionarios. En estas fechas, China ya había tenido que librar una segunda guerra con Gran Bretaña (y, en esta ocasión, también Francia) y ahora buscaba con gran urgencia conocer mejor los países occidentales. En el siglo XIX, los chinos por sí mismos no exploraron intelectualmente los espacios globales; solo intentaron orientarse en ellos cuando, desde mediados de la década de 1890, ya no les quedó otro remedio.344

En Japón se constata antes que en China un interés por los procesos del mundo exterior y sus aspectos espaciales. Mediado el siglo XVII, cuando Japón ya se había cerrado frente a los europeos, el sogunato Tokugawa organizó una especie de servicio secreto de Exteriores, que recababa noticias sobre los sucesos más destacados del continente; sobre todo, entre las décadas de 1640 y 1680, mientras la dinastía manchú Qing conquistaba China.345 Se temía que los «bárbaros» manchúes repitieran el intento de invasión de Japón emprendido por los mongoles en el siglo XIII. En el siglo XVIII se crearon los «Estudios Holandeses» (*rangaku*); los empleados de la VOC (la Vereenigde Oostindische Compagnie o Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales) eran los únicos europeos autorizados a detenerse en Japón, y aun en condiciones claramente determinadas y bajo una estricta supervisión. En la ciudad portuaria de Nagasaki, donde se les asignó una factoría, había toda una estructura jerarquizada de traductores encargados de evaluar los libros neerlandeses (más adelante, también en inglés y ruso) para usos políticos y eruditos. De esta manera, hacia 1800 se sabía mucho más en Japón que en China sobre Occidente y sobre sus actividades coloniales en Asia. No obstante, el auténtico «descubrimiento» de Occidente tuvo que aguardar a la apertura del país, en la década de 1850. Solo entonces se inició la exploración sistemática del mundo exterior, tanto por medio de la recepción de numerosas obras de la geografía occidental como por una búsqueda planificada

de impresiones e informaciones del extranjero. En 1871, cuarenta y nueve altos dignatarios y funcionarios japoneses (entre ellos, más de la mitad de la cúpula estatal) emprendieron un viaje de exploración por Estados Unidos y Europa, con una duración prevista de año y medio. Gracias a los libros y a casi dos décadas de trato constante con diplomáticos extranjeros, ya se sabían algunas cosas sobre las condiciones de vida de ultramar. Aun así, varios elementos sorprendieron a los participantes de esta misión, denominada «de Iwakura» por quien fuera su jefe: no solo el encuentro divertido con un estilo de vida distinto, sino también la magnitud del atraso de Japón en muchos campos, las diferencias entre Europa y Estados Unidos, el declive de la civilización europea a medida que uno avanzaba de París y Londres hacia el este, y sobre todo el hecho de que los impresionantes logros de Europa se habían obtenido en poco tiempo, durante las décadas más recientes.346

En la segunda mitad del siglo XIX, se fueron desarrollando en paralelo dos procesos estrechamente interrelacionados. En primer lugar, los geógrafos europeos, tanto profesionales como aficionados, sistematizaron más que nunca su programa de «descubrimiento», a la vez que, cada vez más, competían unos con otros según criterios nacionales. Los «puntos en blanco» de los mapamundis, no descritos ni medidos hasta entonces, se rellenaron; y los viajeros y geógrafos siguieron recopilando un saber que resultaba de utilidad inmediata para los gobernantes imperiales y coloniales. Al mismo tiempo, la cartografía *local* se volvió más refinada. A fin de cuentas, el primer plano urbano de París que reflejaba adecuadamente sus edificaciones no surgió hasta el inicio de la década de 1780; y no para utilidad de los turistas, sino como instrumento para resolver litigios de propiedad.347 El fruto de ello fue una representación del mundo que se pretendía objetiva, libre de perspectivas y correcta en sus detalles geodésicos; una representación científica de la superficie terrestre, no una imagen mental ligada a localismos. Que la empresa se pudiera realizar con

éxito antes de la primera guerra mundial contribuyó al prestigio mundial de los geógrafos europeos y estadounidenses. Los jefes militares también recibieron con agrado el material, incluidos los japoneses, que en las guerras contra China (1894-1895) y Rusia (1904-1905) se beneficiaron de contar con mapas mejores.

En segundo lugar, a esta objetivación acompañó una nueva estructuración general de las imágenes espaciales. Los horizontes se ampliaron. Los antiguos centros perdieron la nuclearidad; muchos se dieron cuenta de que ya no ocupaban el centro de su propio mundo y se vieron en la periferia de nuevos contextos mayores, en proceso de desarrollo: el sistema de estados mundial, las redes internacionales del comercio y las finanzas, etc. Aparecieron nuevos centros y puntos de referencia. Por ejemplo, después de 1868, Japón dejó de mirar hacia la China inmediata y se orientó hacia un Occidente más remoto, pero militar y económicamente más próximo, hasta que, al cabo de treinta años, redescubrió el continente asiático como espacio para la propia expansión imperial. Las sociedades orientadas más bien hacia su propio interior comprendieron que el mar les traía amenazas inauditas, pero al mismo tiempo parecía ofrecer también nuevas oportunidades. Los viejos centros imperiales veían surgir nuevas perspectivas: así, los líderes del imperio otomano, a la vez que estaban siendo expulsados de los Balcanes, empezaron a descubrir la utilidad potencial de Arabia.

4. ESPACIOS DE INTERACCIÓN: TIERRA Y MAR

La geografía histórica trabaja con distintos conceptos de «espacio», útiles todos ellos para las cuestiones de la historia universal. Cinco de esos conceptos revisten especial importancia:348

a) El espacio como distribución de lugares: historias de localizaciones

¿Cómo se distribuyen en el espacio los fenómenos de diversos puntos temporales, y qué regularidades cabría reconocer al

estudiar una serie de distribuciones tales? Esta clase de preguntas son propias de la historia de los asentamientos humanos; en el siglo XIX, por ejemplo, en cuanto a la forma espacial de la urbanización. Se plantean también en la historia agraria, cuando nos preguntamos por la distribución de los usos de la tierra y de los tipos de empresas; o en la historia de la industrialización, espacialmente muy concentrada y ligada a los depósitos de recursos minerales.349 El enfoque resulta útil, asimismo, porque puede explicar la difusión de instituciones, técnicas y prácticas fuera de las fronteras nacionales; por ejemplo, la difusión de la imprenta, de la máquina de vapor o de las cooperativas agrarias. Incluye igualmente el análisis espacial de las epidemias o del uso de las lenguas. Todo esto se puede representar sobre mapas con la ayuda de secciones temporales.

b) El espacio como entorno: historias de naturaleza causante y naturaleza causada

¿Qué interacciones se dan entre las comunidades humanas y sus entornos naturales? Si los espacios de las historias de localizaciones son superficies más bien vacías y formalmente descritas sobre las que se perfilan relaciones, proporciones y clasificaciones, los espacios de la historia ambiental cabe entenderlos como espacios de acción. La vida social depende de condicionantes naturales: el clima, las cualidades del suelo, el acceso al agua y los recursos minerales... La distancia al mar también es una variable de importancia incluso política y militar. No podemos pasar por alto, por ejemplo, que Gran Bretaña y Japón son archipiélagos.350 En lo que atañe a la historia *universal*, el mejor enfoque de la historia del medio ambiente lo ha esbozado Felipe Fernández-Armesto, quien busca correspondencias entre las condiciones ambientales y los tipos de civilización. Fernández-Armesto emplea una tipología de formas naturales capaces de marcar las sociedades, surgidas de la combinación de diversos factores: desiertos, pastizales incultivables, trópicos continentales, tierras de aluvión de clima

moderado y semihúmedo, tierras altas, montañas, costas e islas menores (*seabord civilizations*), civilizaciones navegantes.351 La primera fase del siglo XIX fue el último período en el que los hábitats de esta clase afectaron ineludiblemente a la vida social en amplias zonas del planeta. En la época industrial (que, en la mayor parte del mundo, no se inicia hasta la segunda mitad del siglo XIX), la intervención del ser humano en la naturaleza fue más intensa que en cualquier tiempo pasado. La industrialización hizo que las sociedades incrementaran inmensamente su capacidad de modificar y alterar la naturaleza. La transformación del medio ambiente por una aplicación intensa de la tecnología al transporte, la minería o la anexión de tierras ganadas al mar se convirtió en rasgo característico de la época. Fue una intervención mecánica. El siglo XX, por su parte, fue la era de la química (incremento del rendimiento agrícola por medio de los abonos artificiales, uso del petróleo y el caucho, materiales sintéticos).

*c) El espacio como paisaje: historias de contemplación de la naturaleza*352

El concepto de paisaje pone sobre la mesa la cuestión de la especificidad cultural: las sociedades —mejor dicho, partes de ellas— se diferencian según si son o no conscientes del paisaje y, si lo son, según la medida en que lo son. Paul Cézanne observó en cierta ocasión que los campesinos de la Provenza no habían «visto» nunca el macizo de Sainte-Victoire, en la zona de Aix, que él había pintado en incontables ocasiones.353 La tesis que esto implica, más en general, es que las sociedades agrarias habían actuado en y con el entorno natural de un modo «ingenuo», sin contemplar admirativamente el paisaje. Por descontado, a este respecto conviene advertir en contra de las atribuciones ahistóricas y «culturalistas». Así, por ejemplo, en China no ha habido ninguna actitud «típica» hacia el medio ambiente. *Todo*, desde la más cruda explotación y destrucción de la naturaleza, hasta la obtención respetuosa de los recursos y la delicada poesía y pintura de tema natural, resultaba

posible (y se ha llevado a la práctica) en épocas distintas y en constelaciones sociales diversas.354 Desde el punto de vista transnacional, lo más interesante son los procesos de transferencia: por ejemplo, la recepción de la estética del jardín asiático en Europa o la exportación de determinados ideales del paisaje a través de los colonos europeos.355 La lectura de los paisajes también tiene su propia historia, al igual que las opiniones sobre qué supone destruir o poner en peligro la naturaleza.

d) El espacio como región: historias de identidades delimitadas

En todo espacio surge la cuestión central de qué factores actúan como cimientos de su unidad y permiten hablar de un contexto espacial integrado. Desde la perspectiva de la historia universal, las regiones son espacios de interacción que se forman por la condensación del transporte, la emigración, la comunicación y el comercio. Pero desde ese punto de vista histórico también cabe concebirlas como unidades subnacionales de menor extensión. En la realidad histórica, en efecto, es más habitual que la interacción se produzca entre regiones menores (incluso a través de grandes distancias) que entre estados nacionales al completo. De una región salen emigrantes que otra región recibe; una región produce materias primas que se consumen o elaboran en otra situada en un continente lejano. El centro económico del imperio británico no era «Gran Bretaña» sino, con toda precisión, Londres y el sur de Inglaterra.356 A menudo, incluso la mera comparación solo tiene sentido (o resulta posible) entre regiones. Obtendremos un resultado distinto si comparamos Gran Bretaña con el conjunto de China o la región central y sur de Inglaterra con la zona de Shanghái y Nankín, con varios siglos de especial dinamismo económico.357 No siempre es fácil, desde luego, determinar qué constituye y da unidad a una región. Pensemos en Galitzia, al este de Centroeuropa. En el siglo XIX era un espacio reducido reconocido en general como región independiente, con una diversidad de naciones, lenguas y confesiones, un espacio cuya

población estaba profundamente dividida, que se definía más por el contraste que por la unidad y cumplía funciones de puente.[358] Hay muchos ejemplos similares de zonas intermedias de gran indefinición e inestabilidad.

e) El espacio como arena de contacto: historias de interacciones

Los espacios de interacción son esferas en las que varias civilizaciones de diversa índole entablan un contacto perdurable y que, a pesar de algunas tensiones y enfrentamientos, siempre acaban con la formación de nuevos híbridos. Dado que, en las condiciones tecnológicas anteriores al ascenso de la aviación, fue la navegación la que provocaba más interacción y diversidad multicultural, los mares se han convertido en espacios predilectos de los historiadores universales.[359] Se ha estudiado sobre todo el papel del mar durante la Edad Moderna. En lo que respecta al siglo XIX, las interacciones aún no han sido objeto de análisis.

Mediterráneo y océano Índico

El Mediterráneo y el «mundo mediterráneo» son el prototipo de los espacios de interacción marítima desde que Fernand Braudel publicara en 1949 su estudio clásico, titulado precisamente *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (edición revisada en 1966). Pese a la sucesión en el dominio a lo largo de los siglos (romanos, árabes, cristianos italianos y otomanos), el espacio mediterráneo siempre se caracterizó por la «intensa fragmentación acompañada del intento de controlar las vías de comunicación».[360] En el siglo XIX, se perciben transformaciones contradictorias: por un lado, en la época se vivió una presencia sin precedentes, marítima y colonial, del norte, representado por un país vecino, Francia (con intereses en el norte de África), por la flota rusa del mar Negro (reconstruida después de la guerra de Crimea) y, sobre todo, por la Gran Bretaña exterior, que ocupaba los puntos estratégicos más destacados desde Gibraltar a Chipre, pasando por Malta y Egipto. Al mismo tiempo, desaparecieron tanto la

antaño temible fuerza marítima otomana como la piratería argelina. Por otro lado, *el conjunto* de la región mediterránea (incluidos los Balcanes y el sur colonizado por Francia, Gran Bretaña e Italia) empezó a quedar atrasado, económicamente, en comparación con el desarrollo industrial del otro lado de los Alpes. Se consolidaron los antiguos lazos con el mar Negro, forjados por la Génova medieval. Odesa se convirtió en una ciudad portuaria de amplia irradiación: la apertura del Canal de Suez, en 1869, hizo del Mediterráneo una de las rutas comerciales más transitadas del mundo.361 Los antropólogos de orientación histórica llevan tiempo debatiendo si cabe hablar de una cultura mediterránea unitaria (por ejemplo, una cultura del «honor») a pesar de las grandes distancias y de los conflictos entre el islam, la cristiandad romana y la ortodoxia griega.362 El mero hecho de que esté justificado plantear la pregunta es un indicio de que en la región mediterránea existe una integración, como mínimo, *relativamente* alta.

La concentración en los océanos ha hecho olvidar que existen otros muchos ejemplos del tipo general del «mar entre tierras» (*medi-terráneo*), masas de agua que, en tiempos de la navegación a vela, se podían surcar más fácilmente que la «alta mar», y cuya disposición clara facilitaba una mayor frecuencia de contactos. El mar Báltico y el del Norte pertenecen a esta clase de mares intermedios o marginales de los océanos, al igual que el golfo de Guinea, el Pérsico o el de Bengala, el mar de la China e incluso los Grandes Lagos de América del Norte, alrededor de los cuales se formaron varias civilizaciones indias.

El enfoque braudeliano —que supone incorporar también al panorama total las ciudades portuarias y las tierras del interior de las costas— se trasladó primero al *océano Índico*. El autor más ambicioso ha sido K. N. Chaudhuri, que de una historia bastante convencional de las interacciones, centrada en el comercio exterior, pasó luego a un grandioso lienzo conjunto de cuatro civilizaciones sucesivas.363 A diferencia del Mediterráneo de Braudel, en el que los cristianos y

musulmanes del siglo XVI tenían al menos la noción de un destino común, los sujetos históricos de este extenso arco espacial —que abarca desde el este de África hasta Java y, en la concepción posterior de Chaudhuri, incluso hasta China— carecen de la conciencia de comunidad y no creen en ninguna identidad común, por vaga que fuera.364 Una peculiaridad de este espacio de interacción es que, desde muy pronto, hubo en el comercio una posición destacada de agentes «foráneos» llegados de geografías y culturas remotas. En los últimos años se ha demostrado que ya no cabe sostener la vieja idea de que las compañías europeas de las Indias Orientales dominaron, antes del siglo XIX, el comercio del océano Índico y sus mares marginales; pero una rigurosa investigación cuantitativa ha permitido corregir también la idea contraria, según la cual el comercio de los europeos en Asia, durante la Edad Moderna, se limitó a una cantidad irrelevante de bienes de lujo.365

En el siglo XIX, el hecho cardinal de la política del sur de Asia fue el dominio británico en la región. La India era el centro de un campo de fuerza tanto político-militar como económico, de amplísimo efecto. Sirvió como base militar para el control de la totalidad del Oriente. En 1801 se desplegaron por primera vez soldados indios (los «cipayos») en Egipto. El gobierno de la India tenía voz y voto en todo lo que afectaba a la seguridad de las rutas marítimas y se consideraba el responsable de la presencia británica al este de Calcuta. El comercio y la emigración, favorecidos ambos por la introducción de la navegación a vapor y la apertura del Canal de Suez, actuaron como las fuerzas de integración principales. Una singularidad del Índico, en comparación con otros océanos, fue la ausencia de colonias de población neoeuropea, si dejamos de lado Sudáfrica (cuya estructura económica, aunque el país sirviera de base intermedia para la navegación desde y hacia Europa, no orientaba claramente hacia el mar). Así pues, pese a que desde la década de 1880 se constata ininterrumpidamente la presencia y el control europeo de sus costas (incluido el golfo

Pérsico, dominado por los europeos a través de la protección británica de los emiratos) y sus islas principales, desde el punto de vista de la demografía el océano Índico siguió siendo un mar afroasiático. Además fue un océano cruzado sin cesar por viajeros, peregrinos y trabajadores emigrantes, que las décadas de en torno a 1900 formaron un espacio abierto y transnacional específico, comparable en muchos aspectos al del Atlántico.366

Pacífico y Atlántico

En el Pacífico —el océano más extenso y con más islas—, la situación fue distinta. El siglo XIX trajo consigo transformaciones claramente más profundas que en el caso del océano Índico. Desde fechas tempranas, el Pacífico acogió civilizaciones genuinamente marítimas que dominaban la navegación; podría decirse que fue como un Egeo de la época clásica, pero a escala gigantesca. Antes de 1650 hubo un período largo —medio milenio— de migraciones de isla a isla y ampliación de las redes de comunicación a larga distancia.367 El Pacífico alcanzó gran relevancia en el comercio mundial ya desde 1571, cuando los españoles fundaron Manila, una ciudad que, a mediados del siglo XVII, con sus 50.000 habitantes, alcanzó unas dimensiones similares a las de, por ejemplo, Viena; el motor principal de ese comercio fue la demanda china de plata de las minas de los Andes y Japón. En el siglo XVIII, la fascinación de la imaginación europea por los lugares remotos se concentró en particular en «paraísos terrenales» como Tahití y otras islas tropicales.368 En la misma época se observa en Japón —país que hoy tiene un papel muy destacado en la cuenca del Pacífico— un completo desinterés por el mar: no se viajaba por él, no tenía un uso comercial notable, incluso los japoneses más cultos no miraban más allá de las propias costas.369 Pero el siglo XIX trajo consigo una revolución radical en las relaciones del marco pacífico, que afectó a todos los países: la intensa emigración europea a Australia y Nueva Zelanda; la colonización de California y, a la postre, de toda la costa occidental de Estados Unidos; la apertura al comercio y

las ideas de ultramar, y a los movimientos migratorios, de China y Japón (países que, en la Edad Moderna, se habían orientado mucho hacia el mar); y, de forma no menos destacada, la incorporación a las redes internacionales de islas hasta entonces incomunicadas (con consecuencias a menudo fatales para sus habitantes, que adolecían de una muy escasa resistencia biológica y cultural).370

Hasta ahora, los historiadores han estudiado menos las interacciones del Pacífico que las propias de las zonas costeras con un desarrollo económico paralelo. Esto obedece a que, con la excepción de la emigración de trabajadores chinos a América, el flujo demográfico transpacífico no fue particularmente intenso. También el viaje privado de los europeos siguió siendo una excepción. El hincapié en el desarrollo económico refleja asimismo la experiencia de la segunda mitad del siglo XX, cuando California, Australia y Japón se convirtieron al mismo tiempo (aunque en lo esencial no como resultado de la división del trabajo en el Pacífico) en motores del crecimiento económico mundial.371 El Pacífico ascendió al «primer mundo»; *en comparación*, el océano Índico —que había sido el mar del comercio de especias, té y seda— quedó relegado a un «tercer mundo». Que podía haber una «era del Pacífico» ya lo predijo en 1890 el economista japonés Inagaki Majirō.372 Al océano Índico no se le pronosticó un futuro igual de glorioso.

Los países de la cuenca del Pacífico, desde el punto de vista cultural, estaban aún menos cohesionados que los del Índico, donde el islam actuaba como poderosa masilla de unión: fuera del sur de la India, Ceilán y los países budistas del sureste asiático, el islam estaba en todas partes, incluso en los enclaves costeros del sur de China. China y el oeste de los pioneros estadounidenses actuaban como dos extremos culturales: la más antigua y la más nueva de las grandes civilizaciones, y dos potencias con la aspiración de dominar toda su región, a la que China no renunció nunca, ni siquiera en las décadas de más debilidad. Desde el punto de vista político, en el siglo XIX, el

Pacífico no estuvo nunca bajo un dominio único tan marcado como el que se daba en el Índico, que era un océano cada vez más británico. Australia dejó de ser pronto una mera delegación de Londres y destacó con rapidez como miembro más bien díscolo del imperio británico. Antes de 1941, ninguna potencia extranjera dispuso de una hegemonía regional equiparable a la que tuvo Estados Unidos después de la guerra del Pacífico.373

Con la sola salvedad del Mediterráneo, el Atlántico es el espacio de interacción marítima del que más sabemos. Se han publicado ya gruesos volúmenes sobre la historia de la cuenca *antes* de Colón, y auténticas bibliotecas sobre la era que se inició después. En 1492 empieza una nueva época; nadie ha podido poner en duda la estrecha interacción que se ha producido desde entonces entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Sin embargo, sí ha habido mucho debate sobre qué fuerzas impulsaban la interacción, qué efectos se derivaban de ella y cuáles fueron las cuotas respectivas de acción y reacción. El mero concepto europeo del «descubrimiento» de América ha sido objeto de feroces polémicas. En el siglo XVIII, los «patriotas» criollos protestaron contra la construcción histórica eurocéntrica.374 Desde que Frederick Jackson Turner, en 1893, interpretó la historia de Norteamérica como el avance gradual de la *frontier* —frontera de población y civilización—, en cuyo marco se desarrolló la especificidad política y social de Estados Unidos, la prehistoria y la historia de Estados Unidos no se han vuelto a describir tan solo desde la costa atlántica. Se añadió una nueva perspectiva cuando C. L. R. James, historiador y especialista en críquet originario de la isla de Trinidad, descubrió a la opinión pública en general, en 1938, la revolución de Haití (1791-1804), por medio de su libro *The Black Jacobins* («Los jacobinos negros»). Desde entonces, la historia del tráfico de esclavos y la esclavitud en el ámbito del Atlántico se ha alejado del discurso meramente victimista, y ha visto la luz un vivaz y animado «Atlántico negro».375

En el caso del Atlántico como espacio de interacción, también

ocurre que ha sido estudiado con más intensidad y descrito con más viveza para el período de la Edad Moderna que para los siglos XIX y XX.[376] En el cuadrado formado por las dos Américas, Europa y África se ha mostrado de forma reconocible el comercio de seres humanos y mercancías, las relaciones de coerción y las ideas de libertad, la conexión entre las revoluciones y la formación de nuevas identidades coloniales. Historias nacionales al completo, como la irlandesa, se han interpretado de nuevo en el marco atlántico e imperial: de la historia de un pueblo insular y autosuficiente surgió la de los pioneros (en parte, involuntarios) de la globalización.[377] La integración historiográfica de los Atlánticos británico, ibérico y africano sigue suponiendo un gran reto: ¿qué hay de distintivo en cada uno de esos sistemas parciales?, ¿cómo se puede establecer una relación entre ellos para verlos dentro de una unidad superior?[378] Y ¿de qué unidad se trataría, cuando el Atlántico —al igual que los otros grandes océanos, pero a diferencia de la franja costera del pequeño Mediterráneo, cerrada y relativamente uniforme desde el punto de vista ecológico— no forma ninguna arena *natural* de la historia, no es ningún «teatro» (*Schauplatz*) en el sentido de Ritter? Hay muchas otras preguntas que también debemos plantearnos una y otra vez. ¿Hasta qué punto de la zona continental se adentra el «espacio atlántico»? ¿Llega acaso hasta el Misisipi, donde empezaría entonces, sin interrupción, el área de influencia del Pacífico? Ya desde la guerra de los Siete Años —que desde la perspectiva imperial y en América se denominó *the French and Indian War* («la guerra francesa e india»)— se ha visto que existe una unión muy profunda entre los acontecimientos del centro de Europa y los de la América interior. ¿O debemos considerar franjas costeras más amplias y atenernos a la diferencia entre «continental» y «marítimo»? En ese caso hablaríamos de una Francia o una España que miran hacia fuera y otras que miran hacia dentro (Nantes frente a Lyon, Cádiz o Barcelona frente a Madrid, ¿o diferenciaríamos entre la Nueva Inglaterra

mentalmente abierta y el Medio Oeste cerrado? Y si nos atenemos a la historia de las migraciones, ¿Sicilia no está más cerca de América del Norte que de África? Si en el período de 1876 a 1914, catorce millones de italianos emigraron a América del Norte, Argentina y Brasil, ¿no hay que incluir esa Italia en el espacio de migración y socialización del Atlántico?379

En el siglo XIX, el Atlántico quedó sujeto a tendencias distintas a las del Pacífico. En este océano se vivió un impulso de integración en *todas* las zonas; en cambio, en esa misma época, las dos orillas del Atlántico se distanciaron entre sí tanto mentalmente como en la realidad. El tráfico de esclavos transatlántico —que supuso las transacciones más importantes del Atlántico en la Edad Moderna— llegó a su punto culminante en la década de 1780 y desde entonces fue retrocediendo, primero de forma progresiva, y a partir de 1840 de un modo abrupto. Desde 1810 aproximadamente, el flujo de esclavos se dirigió en su mayor parte hacia Brasil y Cuba, mientras Estados Unidos y el Caribe británico se retiraban del negocio.380 Ira Berlin ha expuesto la tesis de que, en Norteamérica, ya hacia mediados del siglo XVIII, el mundo vital de los esclavos se redujo y, al estar atados al auge de las plantaciones, cada vez menos fueron los que mantuvieron una relación genuina con un mundo atlántico más amplio que el mismo Berlin denomina asimismo «cosmopolita».381 Un segundo factor de distanciamiento fue la independencia de casi todos los países hispanoamericanos frente a España, en 1826, y la de Brasil frente a Portugal (aunque fuera gobernada por un hijo del rey portugués), en 1822. Esto cortó las viejas relaciones imperiales. Al mismo tiempo, en diciembre de 1823, el presidente James Monroe formuló, con la doctrina que recibe su nombre, el rechazo y desinterés de Estados Unidos hacia Europa. Aunque la «doctrina Monroe» nació de una problemática concreta en materia de política exterior, simbolizó que Estados Unidos se alejaba del Atlántico y se reorientaba hacia el oeste del continente. Si nos fijamos en el posterior

desarrollo de la relación europeo-americana hasta la década de 1890, destacará ante todo la impresión de que, tras una gran separación —que culminó en la guerra civil estadounidense de los años sesenta y en la intervención de Francia en México—, europeos y americanos se volvieron a aproximar mutuamente, aunque con vacilación. Solo el descomunal flujo migratorio que se inició hacia la década de 1870 y las innovaciones de la época en la tecnología del transporte matizan la valoración general de que el Atlántico, durante el siglo XIX, en comparación con el denso entrelazado de la *Sattelzeit* revolucionaria, no se volvió significativamente más estrecho.

Espacios continentales

Las masas continentales favorecen menos que los océanos el contacto rápido e intenso. En las condiciones de la tecnología del transporte preindustrial, era más rápido y cómodo (aunque no necesariamente más seguro) recorrer grandes distancias por mar, antes que a lomos de caballos o camellos, en carros o en trineos, a pie o gracias a los pies de los portadores de literas. Europa fue una excepción. Debido a la forma de sus costas — en las que abundan las divisiones claras y las bahías naturales — y a la gran cantidad de ríos de buena navegación, el tráfico costero y fluvial interpretó aquí un papel mucho mayor que en otros lugares. Las ventajas técnicas del transporte por mar y tierra, además, se podían combinar bien; solo se combinaron igual en Japón, con sus 28.000 kilómetros de perímetro costero.382 La cuestión inagotable —y fácilmente ideologizada — de qué es común y qué exclusivo de Europa en relación con otras civilizaciones que se supone serían fundamentalmente distintas, debería interesar menos a los historiadores que la diferenciación interior del continente en varios espacios extensos cuyas fronteras no suelen coincidir con las particiones políticas. Otro tópico esencial de la forma en que Europa se ha descrito a sí misma sostiene que Europa combina mejor que ningún otro lugar del mundo la unidad y la diversidad. Pero ¿se puede catalogar esa diversidad y nombrar sus elementos? De

Herder y los primeros años del siglo XIX heredamos la tríada de la historia nacional romántica: románico-germánico-eslavo. Fue muy popular hasta la propaganda de la primera guerra mundial y el nacionalsocialismo la revivió con especial intensidad.

En comparación, la agrupación regional de los estados nacionales parece ser poco problemática. Pero incluso en un concepto aparentemente anodino como el de «Escandinavia», que ya menciona el antiguo Plinio en su *Historia naturalis*, cabe dudar de si en el siglo XIX representaba de verdad una denominación regional comúnmente aceptada. La separación conceptual entre el norte y el este de Europa no triunfó hasta el siglo XIX, cuando Rusia pasó de la Europa «septentrional» al este «semiasiático». Ranke todavía consideraba «héroes del Norte» tanto a Carlos XII de Suecia como a Pedro el Grande. Para la formación de una identidad escandinava se necesitó el hundimiento definitivo de las aspiraciones suecas de gran potencia, con la desaparición del estado dual polaco-lituano en 1795 y la pérdida del gran ducado de Finlandia, absorbido por el imperio zarista en 1809. El «escandinavismo» que hizo su aparición hacia 1848 en reducidos círculos políticos e intelectuales no era capaz de pasar por encima de los nacientes nacionalismos sueco, danés y noruego. En 1864, en la Guerra de los Ducados, Suecia no puso en práctica ninguna solidaridad escandinava. Y Noruega, que los suecos habían tomado a los daneses en 1814, buscaba una estatalidad que logró por fin en 1905. Finlandia —separada por razones de lengua de los otros tres países, pero acostumbrada al sueco como segunda lengua— no existió como estado propio hasta 1917. Una imagen propia de amplia difusión como «Escandinavia» no surgió hasta después de la segunda guerra mundial. Hoy los cuatro estados se denominan a sí mismos «nórdicos»; desde el exterior suele incluirse a Finlandia entre los estados escandinavos.383

Si la denominación de una región que, desde el punto de vista natural, está marcada con bastante claridad ya presenta

dificultades como las anteriores, ¿qué podemos decir de la estabilidad y precisión conceptual de otros nombres habituales? La «Europa occidental», con la inclusión de Alemania (en su momento, la República Federal), es un fruto de la Guerra Fría, posterior a 1945. En cuanto a la Europa situada *al oeste de* Alemania, el concepto carecía de sentido antes de la unificación imperial de 1871 y del áspero enfrentamiento entre los nacionalismos francés y alemán. Presupone una solidaridad anglo-francesa que no existía antes de la primera guerra mundial; desde el punto de vista de la política exterior, Francia y Gran Bretaña no acercaron sus posiciones hasta 1904. Tampoco sería correcto hablar de una comunidad de valores constitucionales y democráticos. La clase política británica contemplaba el régimen «despótico» (pues así se lo consideraba) de Napoleón III con suma desconfianza. Así, para el siglo XIX, el concepto de «Europa occidental» resulta problemático. En cuanto a «Centroeuropa» (*Mitteleuropa*) —que en origen era un invento de los geógrafos, sin relevancia política, entendido más como un espacio económico federado que como un imperio germánico—, el término fue usurpado luego por la ambición hegemónica de la Gran Alemania y durante la primera guerra mundial se utilizó en provecho propio, para maximizar los objetivos bélicos.384 Solo después de la Guerra Fría se ha vuelto a usar el concepto en referencia a Polonia, Hungría, Chequia y Eslovaquia. Hay otras versiones que, sin inquietarse por las aspiraciones de la Gran Alemania, proponen incluir de nuevo Alemania y Austria.385 Se ha impuesto más el término de *Ostmitteleuropa* («Europa centro-oriental»), con un claro componente antirruso.

El historiador económico húngaro Iván T. Berend —que entiende que el siglo XIX se caracterizó por la irradiación y el papel modélico de «Occidente»— ha propuesto hablar en sentido inclusivo de la «Europa central y oriental», una gran región que llegaría desde el mar Báltico hasta, por abajo, la frontera septentrional del imperio otomano, y que comprendía tanto

toda la monarquía Habsburgo como la Rusia europea. Su presentación general de la historia de esta región entre 1789 y 1914 se basa en suponer que, en esta misma época, la región exhibía una identidad característica, así como una serie de rasgos que la diferenciaban tanto de Europa occidental como de otras zonas del mundo.386 En esta cartografía imaginaria, el imperio alemán pertenece a la Europa *occidental*.

Con su dicotomía de oriental y occidental, Berend se distancia de una tendencia anterior a incluir la Europa oriental en un esqueleto de historia paneuropea por la vía de superar la oposición binaria entre el Este y el Oeste. Desde la década de 1920, el historiador polaco Oskar Halecki también había estado reflexionando sobre la división geográfica y cultural de Europa a lo largo de un eje este-oeste.387 Al empezar la década de 1980, el medievalista húngaro Jenö Szücs dio un impulso destacado al debate (por entonces retomado) sobre «Centroeuropa» al hacer la distinción entre tres «regiones históricas» de Europa.388 A partir del ejemplo de la Europa centro-oriental, se han esbozado asimismo nuevas ideas de «regiones históricas».389 Todavía no disponemos, sin embargo, de una geografía histórica de Europa en el siglo XIX que sea convincente y se base en la diferenciación espacial regional.

Eurasia

Por último, hay denominaciones espaciales que son una mera construcción. A esa categoría pertenece «Eurasia». La propia «Asia» es un invento europeo, y esto es aún más cierto en el caso de un doble continente Europa-Asia. Ya había precedentes en el siglo XIX, pero desde la década de 1920, en Rusia, el concepto de «Eurasia» se tornó muy ideológico (y sigue siéndolo). Fue así en parte por la esperanza de que, frente a un Occidente que demostraba su superioridad, Rusia podría utilizar una «carta asiática»; y en parte, por el temor a la desventaja de hallarse en la posición intermedia entre la Europa occidental y China.390 Sin embargo, el concepto no carece de utilidad, por dos razones. Por un lado, hay grupos

humanos que vivieron la conexión de los continentes con una vivencia muy intensa, es decir, tuvieron biografías «euroasiáticas». Tal fue el caso de los «mestizos» de Asia (la *Eurasian community*, según se los denomina en la India), sobre todo los nacidos de uniones entre portugueses y asiáticos, primero, y más adelante los hijos de británicos y asiáticos. En una primera fase del siglo XIX, en la India, muchos niños euroasiáticos eran hijos de soldados británicos, que, por su escaso salario y prestigio, tenían pocas oportunidades de casarse en el mercado matrimonial de las mujeres europeas. Los euroasiáticos, desde el inicio de la Edad Moderna hasta cerca de 1830, fueron un sector aceptado por asiáticos y europeos; más aún, por su competencia bicultural y su capacidad de mediación, fueron parte insustituible en el funcionamiento del sistema colonial. La condición de estos cristianos era comparable a la de los armenios y los judíos. En el segundo tercio del siglo XIX, estas identidades euroasiáticas se tornaron precarias. Nadie volvió a hacer una carrera tan ascendente como el teniente coronel James Skinner (1778-1841), un comandante muy estimado en la caballería que además recibió el título de Comandante de la Orden del Baño. El carácter «híbrido» de estas personas, al igual que su existencia social intermedia, pasó a juzgarse en negativo. Sus posibilidades de ascender en el servicio estatal colonial pasaron a ser inferiores incluso a las de los indios, y en el transcurso del siglo no dejaron de menguar. Su pobreza, aunque fuera consecuencia directa de esta condición, los excluía desde el punto de vista de los gobernantes, más aún que a los *poor whites* («blancos pobres»). Según las teorías racistas de Europa, carecían de un valor pleno; pero el nacionalismo creciente entre los asiáticos también los marginó.[391] Debemos considerar igualmente euroasiáticas, en razón de su biografía, aquellas familias coloniales que, como dinastías de colonos o funcionarios, a veces a lo largo de varias generaciones, estuvieron relacionadas con Asia, sobre todo en las Indias

Orientales Neerlandesas y la India británica.[392]
Si este era un concepto social y étnico de «Eurasia», en fechas muy recientes se lo ha revivido también para designar un determinado espacio de interacción de la Edad Moderna.[393] Por entonces, los europeos se sentían más próximos a Asia de lo que ocurrió durante el siglo XIX. La dicotomía abrupta y de intención jerárquica entre Oriente y Occidente fue posterior a 1830, aproximadamente.[394] La unificación temporal del mundo euroasiático, de China a Hungría, en el imperio mongol (y los estados que lo sucedieron) se ha convertido en uno de los temas clásicos de la historia universal. En los siglos posteriores a esta «Edad Media» asiática, no obstante, el interior del gran continente estuvo repartido entre una pluralidad de estados. Un factor de particular importancia fue la perdurable fuerza integradora del islam, difundido sobre todo por los pueblos turcos.[395] El Asia interior —el viejo núcleo de las iniciativas en pro de una historia universal— fue siendo colonizado paso a paso por los tres imperios pujantes del imperio zarista, el imperio sino-manchú de la dinastía Qing y la potencia hegemónica de Gran Bretaña en la India. El poder militar de los mongoles, que había sobrevivido a la descomposición de su gran imperio desde mediados del siglo XIV, fue destruido para siempre por los ejércitos Qing, en la década de 1750. En 1860, los janatos musulmanes habían quedado incorporados en parte al imperio chino, en parte al ruso. A lo largo del siglo XIX, Eurasia devino cada vez más heterogénea, hasta que apenas cabía hablar de interacciones en los espacios intermedios entre los imperios; el proceso se debió a una serie de reordenaciones, intervenciones y conquistas imperiales, a los nacionalismos inicipientes y a la modernización de la Europa occidental y Japón, que dejaron tras de sí el núcleo asiático, *relativamente* estancado, que iba de Moscú a Pekín. Episodios como la conquista continental de Japón, entre 1931 y 1945, que de hecho apenas afectó al Asia central, salvo en lo que respecta a la Mongolia interior; o la formación temporal (1950-1963) de un

bloque comunista desde el río Elba hasta el mar Amarillo, no han bastado para modificar gran cosa. La era de Eurasia —si a uno no le arredran esta clase de calificativos pomposos— empezó con Jengis Kan y terminó cerca de 1800. En lo que atañe al siglo XIX, «Eurasia», como categoría espacial, no tiene particular importancia.

5. ORDENACIÓN ESPACIAL: ESPACIO Y PODER

La ordenación del espacio es desde antiguo una responsabilidad estatal; pero *no todos* los estados ordenan el espacio. Los sistemas feudales y patrimoniales, en los que los intereses de los terratenientes están protegidos frente a la autoridad reguladora por medio de las costumbres y el poder local, no están en disposición de hacerlo. Solo los regímenes despóticos y los estados de derecho pueden imponer desde arriba objetivos de planificación. La ordenación espacial exige una voluntad racionalizadora central e instrumentos para hacerla realidad. Estas condiciones se dan principalmente, pero no solo, en el mundo moderno. Tres ejemplos —China, Estados Unidos y Rusia— pondrán de manifiesto la gran diversidad de posibilidades del siglo XIX.

En el caso de China, los esquemas de ordenación espacial son tan persistentes que la situación no tiene parangón en todo el mundo. La división del imperio en provincias se remonta al siglo XIII. En el número de provincias, quince, nada ha cambiado desde la dinastía Ming (1368-1644); en sus fronteras, casi nada.396 Como China ocupa una extensión similar a la de la Europa occidental, imaginemos que la estructura territorial de Europa no se hubiera modificado significativamente desde 1500. Las provincias chinas no son «paisajes» que hayan crecido en el sentido que se le da a esta idea en la historia constitucional, sino construcciones administrativas. La extraordinaria potencia normativa del orden territorial chino ha marcado también, durante siglos, las formas de vida de sus habitantes. Hasta el día de hoy, la imagen que los chinos tienen de sí mismos depende de identidades provinciales firmes, y los

estereotipos provinciales definen también la percepción de los otros (igual que lo hacen los estereotipos nacionales dentro de Europa). La persistencia del viejo orden se percibe asimismo en el hecho de que, además de la denominación provincial moderna, todavía se emplean los nombres clásicos (por ejemplo, *Lu* para *Shandong*). A veces, aunque no siempre, las provincias también son unidades útiles para el análisis de la geografía social y económica. En la investigación geográfica-histórica, es habitual que se agreguen para formar ocho o nueve «macrorregiones» definidas ante todo por su constitución física (por ejemplo, el Noroeste, Bajo Yangzi, Alto Yangzi), cada una de ellas con la dimensión de un gran estado nacional europeo.397 Sea como fuere, ya en la denominación clásica de las regiones había espacios supraprovinciales que, en la dinastía Qing, a menudo se asignaron a un gobernador general responsable de dos o tres provincias.

China, con su ordenación espacial imperial tan estable, representa más una excepción que la norma histórica. Solo cabe comparar con ella la división de Estados Unidos en estados federales, cuyas fronteras también se han transformado menos que las de los numerosos estados nacionales europeos o latinoamericanos. No obstante, mientras la ordenación espacial de China se mantenía estable en el siglo XIX, sin cambios en las provincias interiores, el imperio perdió el control de las provincias periféricas; en cambio, Estados Unidos no dejó de crecer. En el momento de su fundación, en 1783, Estados Unidos ya era una de las estructuras políticas más extensas del mundo; en 1850, la superficie estatal se había triplicado y todavía no se divisaba el final.398 La incorporación de nuevas regiones se produjo de forma diversa: por efecto de adquisiciones (la Luisiana a Francia, Nuevo México y el sur de Arizona a México, Alaska a Rusia), acuerdos con tribus indias, toma de posesión por medio de los colonos, cesión del territorio tras ganar una guerra (Texas). En todos los casos, la entrada en la Unión supuso un problema de especial importancia política.

Hasta la guerra civil, la pregunta de si en un nuevo territorio se autorizaría la esclavitud resultaba extraordinariamente explosiva. Precisamente de esa pregunta nace la disputa constitucional que llevó a la guerra civil.

A primera vista, el desplazamiento hacia el Oeste de los colonos podría parecer espontáneo, no planificado. Sin embargo, Estados Unidos fue el primer país del mundo que —antes incluso de la completa reorganización del espacio y el registro catastral en Francia, que se inició con Napoleón— sometió su espacio nacional a un orden unitario y sencillo. Hasta hoy, el paisaje estadounidense está marcado por una plantilla cuadricular a la que se ajustan a menudo desde las fronteras interestatales hasta la disposición de los municipios y la delimitación de los terrenos privados. Es habitual lamentar que las potencias coloniales trazaran fronteras «artificiales» en África, pero al respecto conviene recordar que la geografía política interior de Estados Unidos también se determinó con la misma artificialidad deliberada. Esta *grid* o cuadrícula, que se extiende por unas dos terceras partes de Estados Unidos, se remonta a las Ordenanzas Territoriales (*Land Ordinances*) que elaboraron y acordaron en 1784, 1787 y 1796 comisiones del Congreso. Usaban como modelo la proyección geométrica lineal de la cartografía marina asociada con Gerardo Mercator, el cosmógrafo del siglo XVI. Sobre el «salvaje» Oeste de Norteamérica, territorio virgen de extensión oceánica, se imprimió, literalmente, una cuadrícula que solo en el mar podía tener su carácter ficticiamente astronómico. Esta cuadrícula favoreció —sobre todo en contraste con la confusión que imperaba en Inglaterra— la racionalización administrativa y la claridad jurídica. Para prevenir la anarquía en la apropiación del suelo, Thomas Jefferson y otros responsables del sistema pretendían que *primero* se midieran los terrenos y solo después se vendieran a los particulares.

En la estela de la expansión hacia el oeste del continente norteamericano, la *grid* actuó como «una máquina que traducía

las aspiraciones de soberanía a litigios de propiedad y los intereses territoriales a intereses económicos, y, en el proceso, unió entre sí los intereses públicos y privados en la adquisición de tierras». Esto convertía en planificables tanto la gran política de formación de la nación como las decisiones vitales de cada colono.399 Además, aportó ingresos sustanciosos al estado, que iba otorgando tierras a los particulares. En 1902, el gobierno imperial de China empezó a hacer algo parecido en las provincias manchúes: transfería terrenos estatales a los colonos para tapar con lo ingresado agujeros del presupuesto.400 La intención política práctica de Estados Unidos iba más allá de la mera cartografía. En el siglo XIX, la topografía pasó siempre por concebir los grandes espacios como superficies geométricas unitarias, con lo que se aspiraba a una representación *definitiva* de la superficie física. Así ocurrió por ejemplo en la India desde 1814, cuando se pretendió, con mediciones definitivas en todos los niveles, poner fin a la anarquía cartográfica y completar el conocimiento geográfico. En Europa hubo un modelo ligeramente anterior, que se realizó en parte en paralelo: la cartografía oficial de Irlanda, organizada por el estado británico, que resultó muy superior incluso a la de la propia Inglaterra.401 En Estados Unidos no se pretendía (solo) describir la realidad con la mayor exactitud posible; la cuadrícula también esbozaba una planificación del futuro.

En Rusia hallamos un tercer tipo de ordenación espacial centralizada: la fundación de ciudades a instancias de la autoridad, fenómeno muy extraño en la China de la Edad Moderna y la etapa inicial de Estados Unidos. Para ello se necesitaba una voluntad de imposición autocrática de la que la democracia estadounidense carecía (la fundación de la nueva capital, Washington, fue una excepción), y una capacidad de imponerse de la que el estado chino (ciertamente, autocrático) ya no disponía después de 1800. Entre 1775 y 1785, siendo zarina Catalina II, se dividió el imperio en 42 gobernaturas (*gubérniyas*) y, como subdivisiones, 481 «círculos» (*uyezds*)

agrupados en torno de una ciudad. En vez de los *óblasts* y las gobernaturas de origen histórico, se optó por unidades administrativas de creación estatal, con una población de entre 300.000 y 400.000 personas. Como no existían suficientes ciudades para cumplir con esa función central, numerosos asentamientos rurales, por decisión de la autoridad, adquirieron el rango legal de ciudad. Se puso especial cuidado en fundar ciudades en las zonas limítrofes oriental y suroriental. Entre las nuevas ciudades, no todas se consolidaron como tales, desde luego, y en el siglo XIX ya no se practicó la conversión de pueblos en ciudades.402 Aunque este proyecto, a diferencia de la cuadrícula estadounidense, quedó interrumpido, la reforma rusa de la administración territorial dejó tras de sí huellas profundas en la geografía histórica del espacio zarista.

La ordenación espacial china de la dinastía Ming, y la rusa y estadounidense de la «época de collado», dieron sus nombres a los espacios del siglo XIX. Las unidades administrativas territoriales —estados federales, provincias, gobernaturas— no dejan duda de en qué lugar se halla uno. En otras zonas del mundo, la situación es más complicada. Lo habitual es encontrar una diversidad de denominaciones regionales, tanto nacionales como importadas, que mantienen relaciones muy diversas entre sí. Para no proyectar, de forma acrítica, el atlas actual de los estados nacionales sobre el siglo XIX, los historiadores deben esforzarse por comprender qué sentido tenía en realidad la nomenclatura geográfica. Así ocurre por ejemplo con la India, Asia y el Asia occidental. No es raro que la denominación actual de los países no coincida con el uso lingüístico del siglo XIX. Por «Sudán occidental» (un concepto hoy casi desaparecido), se entendía la colosal tierra de sabanas que se extendía justamente al sur del Sahara y llegaba desde Darfur (en el Sudán actual) hasta la costa misma del Atlántico. Antes de 1920, «Siria» designaba una región geográfica que comprendía los estados modernos de Siria, el Líbano, Israel y

Jordania. En el caso de la India hay que contar con cuatro capas de nomenclatura que se superponen sin por ello equivaler a los mismos espacios: (a) la geografía política previa a la colonización británica, que sobrevive en los estados principescos; (b) las presidencias británicas (Calcuta, Bombay, Madrás) y las provincias de la época colonial; (c) los estados federados de la moderna República India, y (d) los espacios naturales de los geógrafos.

En el «mundo islámico» hallaremos problemas especiales. En la medida en que se define según el criterio de la filiación religiosa, nunca se le ha podido dar una representación territorial exacta. Para la Edad Moderna, hay que incluir en ese mundo zonas del sur de Asia, Afganistán y numerosas islas del archipiélago malasio. Esto entra en clara contradicción con las convenciones. Los geógrafos culturales han propuesto varias subdivisiones de un «mundo islámico» definido más estrechamente; por ejemplo, un «mundo turco-iraní», independiente de las fronteras lingüísticas, se oponía a un «mundo árabe» que a su vez se subdividía en «Oriente Próximo», norte de África y Sahara.403 A diferencia del Asia oriental y la zona de la Europa oriental-norte de Asia, en el Próximo y Medio Oriente, en el siglo XIX, no hubo ningún imperio que lo abarcara todo, aunque no se debe desdeñar la influencia administrativa del imperio otomano.

La ordenación espacial actúa en varios planos: desde la reestructuración política de los grandes espacios (como se puso en práctica, por ejemplo, en la conferencia de paz de París de 1919), pasando por la planificación regional de los ferrocarriles, hasta la microordenación de las relaciones de propiedad agraria. La disolución y privatización de las tierras comunales se desarrolló a veces de forma caótica y sin regulación estatal; en otros casos, de forma planificada y con instrucciones rigurosas de las autoridades. Allí donde el estado (ya) no cobraba la contribución territorial a las comunidades rurales, sino a los diversos propietarios o usuarios, surgió la necesidad

de saber *quién* debía *qué* al fisco. Esta fue, en todo el mundo, la principal fuerza impulsora de que la estatalización se extendiera al nivel local. Luego se llevó a cabo el esfuerzo por eliminar confusión en la propiedad de la tierra y fusionar parcelas para hacerlas más racionales. Casi ninguna de las reformas agrarias de los siglos XIX y XX dejó de tomar precauciones al respecto.404 La ordenación del territorio es una operación clave de la época moderna. En las grandes colectivizaciones del siglo XX en la Unión Soviética, la Alemania Oriental o China, emergió hasta la misma superficie; en el resto de casos, tiende a quedar oculta al historiador. Pero es válida la regla según la cual ningún estado es «moderno» sin catastro ni el derecho legal a disponer libremente de la propiedad.

6. TERRITORIALIDAD, DIÁSPORA, FRONTERAS

Territorialidad

Todas las consideraciones de este capítulo, hasta ahora, presuponen un carácter bidimensional continuo. Ciertamente, en el siglo XIX los espacios fueron en gran medida uniformes y continuos; y lo fueron a consecuencia de la intervención estatal. La actividad del estado —desde las *Land Ordinances* de Estados Unidos, pasando por la cartografía minuciosa y sistemática y la catastralización de la propiedad en muchos países (de los Países Bajos a la India), hasta la introducción de administraciones coloniales en regiones que hasta entonces habían tenido gobiernos débiles— tuvo un efecto plenamente homogeneizador. Fue una tendencia de la época, sobre todo después de 1860, entender y organizar más que nunca el dominio estatal no solo como forma de control de los centros estratégicos, sino como actividad regular de las corporaciones regionales. Podemos denominarlo «territorialización» progresiva o producción de una «territorialidad», un proceso que no solo en Europa hunde sus raíces en la Edad Moderna.405 Esta territorialización estaba tan relacionada con la formación de los estados nacionales como con la reforma de los imperios y la consolidación del poder colonial, que ahora por primera vez se

interpretaba en general como el control de un país, y no solo de las bases comerciales. En línea con esta revalorización de los territorios viables, se produjo también una reducción radical del número de entidades políticas independientes en el planeta. Hacia 1500, en Europa, había unas 500 entidades políticas relativamente independientes; hacia 1900, el número se había reducido a 25.406 La *Reichsdeputationshauptschluss* de 1803, [Ley de la Dieta Imperial, que secularizó un gran número de territorios eclesiásticos y mediatizó estados pequeños transfiriendo su soberanía a estados mayores. (*N. del t.*)] la fundación del imperio alemán en 1871, la derogación de los principados en Japón en el mismo año de 1871, y la conquista colonial de la India y África, todos estos procesos comportaron la supresión de numerosas esferas de poder semiautónomas. Fuera de Europa, esto no fue solo una consecuencia de la expansión europea. Más allá de la India, por ejemplo, en un siglo precolonial como el XVIII la cifra de unidades políticas independientes ya bajó de 22 a solo tres: Birmania, Taiwán y Vietnam.407 Las dinastías redujeron mucho el grado de dispersión de sus posesiones. Surgieron grandes estados, unidades colosales como Estados Unidos, Canadá (federado en 1867) y el imperio zarista, que solo ahora tomó plena posesión de Siberia y, al mismo tiempo, se expandió hacia el Asia central. El moderado Friedrich Ratzel no estaba meramente absorto en un sueño de imperialismo y darwinismo social cuando desarrolló una «ley del crecimiento espacial de los estados».408

La territorialidad no era tan solo un atributo de los estados modernos, sino, en una forma más débil, también una clase de política monárquica: en la Persia del siglo XIX, por ejemplo, un país apenas afectado por la influencia occidental, se consideraba un criterio importante del éxito del gobernante que ganara nuevos territorios o, como mínimo, defendiera acertadamente las fronteras del país. Si no lo lograba, los príncipes que ansiaban sucederlo se sentían legitimados para tomar las armas. El control de la tierra fue la base del reino

(*mulk*) y posteriormente la nación (*millat*).409 A tenor de la debilidad de Irán frente a sus vecinos imperiales, la posición del sah quizá no era tan envidiable.

Espacios sociales discontinuos

No todos los espacios deben pensarse como una continuidad. La vida social no siempre tenía lugar —tampoco en el siglo XIX — en espacios cohesionados. La forma más notable de espacio social discontinuo es la diáspora. Este concepto se refiere a una comunidad que vive fuera de su tierra de origen (real o imaginaria), pero que sigue sintiendo lealtad y dependencia emocional hacia la «patria». Se debe a una dispersión forzosa de la patria de origen, o a una marcha voluntaria para buscar trabajo, realizar actividades comerciales o cumplir con fines coloniales. A lo largo de generaciones, se cuida un mito idealizador del (supuesto) antiguo hogar, a veces incluso trazando planes de renovarlo o recrearlo. La decisión individual de regresar cuenta con la aprobación colectiva. La relación con la sociedad receptora nunca está por completo libre de problemas; como mínimo, incluye la sensación de ser poco aceptado y, a veces, el temor a que la comunidad vuelva a vivir penalidades. También son características la empatía y la solidaridad con miembros del mismo grupo étnico que residen en un tercer país.410

Las diversas diásporas se diferencian entre sí por la forma en que ocurren y la singularidad de su experiencia histórica. Podemos distinguir entre una diáspora de víctimas (africanos en América, armenios, judíos), una de trabajadores (indios, chinos), una diáspora comercial (chinos, libaneses), una imperial (los europeos en las colonias) y la cultural.411 Las que tenían un origen más remoto, *todavía* existían en el siglo XIX; las otras surgieron en esta época (la armenia, por cierto, no se inició después de la primera guerra mundial, sino en los disturbios antiarmenios de 1895). Las situaciones de diáspora se distinguen también según la relación del centro y la periferia: cuando hay ausencia de un espacio central (los judíos antes de

que empezara la *aliyá* o emigración de Europa a Palestina); cuando hay un centro dominante que protege a la diáspora (China); un centro colonizado (Irlanda); un centro sometido a un poder ajeno, que da a la diáspora el carácter de un exilio político (Polonia en el siglo XIX, el Tíbet hoy). Los grupos de la diáspora se diferencian por su grado de aculturación en las sociedades receptoras. A este respecto, una adecuación solo parcial podía representar una ventaja. Las Chinatowns surgidas en el siglo XIX en Estados Unidos y otros países supusieron una forma de integración parcial positiva para todos los implicados.

La formación de una diáspora como consecuencia de una migración masiva fue un caso omnipresente, casi el más normal. Solo los franceses se quedaron en su país. Incluso China, prototipo de una civilización redonda que *no se debía* abandonar, se convirtió entonces en fuente de comunidades de ultramar: tras una primera oleada migratoria durante la dinastía Ming, en este período se sentaron las bases de una «Gran China». Hasta los japoneses —que, aún menos amigos de viajar, no habían abandonado nunca las islas— pidieron permiso a su gobierno para desarrollar una nueva existencia en Norteamérica; entre 1885 y 1924, 200.000 personas llegaron a Hawái desde Japón, y 180.000 desembarcaron en el continente norteamericano.412 El entorno solo se dio cuenta de verdad de cuántos japoneses había en Estados Unidos después del ataque de Pearl Harbor, en diciembre de 1941, cuando se los internó. Se formaron naciones para reunir a los que sentían pertenecer a la misma etnia y cultura. Paradójicamente, al mismo tiempo creció la disposición a reconocer como parte de la propia nación a las diásporas lejanas, aun cuando de la existencia de tales comunidades no se pudiera derivar ninguna ambición irredentista sobre una tierra remota.

La formación de diásporas comportó la creación de espacios sociales discontinuos. En algunos casos, esto fue un paso intermedio en la integración de los grupos de inmigrantes en la

sociedad receptora. En algunas grandes ciudades de Estados Unidos, como por ejemplo Nueva York, los alemanes constituyeron una comunidad compacta que a largo plazo, sin embargo, no supuso ninguna cabeza de puente de la resistencia a la asimilación al Nuevo Mundo.[413] En otros casos, la vida de la diáspora fue mucho más allá de la nostalgia y el folclore. Las redes «laterales» entre la sociedad receptora y la emisora se convirtieron en apoyos indispensables para las regiones de origen: partes del sur de China y la India, Sicilia, Irlanda o (en los primeros años del siglo XX) Grecia llegaron a ser plenamente dependientes de las remesas de dinero enviadas por los compatriotas emigrados. En el siglo XIX, el espacio social discontinuo de la diáspora adquirió una importancia desconocida hasta el momento. Esta circunstancia relativiza la tesis de una territorialización creciente en general. La formación de estados nacionales en Europa agravó la situación de las minorías e hizo que estas, en cuanto se abrieron mercados de trabajo en el extranjero, estuvieran más dispuestas a emigrar. Al mismo tiempo, la mejora en las comunicaciones permitió mantener más contacto con la tierra de origen. El redondeo de los espacios nacionales, en los que el control gubernamental y el apego emocional se aplicaban a un único territorio definido con toda claridad, iba de la mano del surgimiento de espacios transnacionales con un anclaje territorial más débil, pero en ningún caso inexistente.[414]

Fronteras[415]

Los espacios terminan en fronteras. Existe una gran diversidad de fronteras: las de las fuerzas armadas, de los economistas, de los juristas, de los geógrafos.[416] Es raro que se traslapen totalmente. En el siglo XIX se agregaron nuevos conceptos de frontera que hallaron defensores: a las fronteras lingüísticas, por ejemplo, se les había prestado poca atención en la Edad Moderna. Desde la Revolución, en Francia se compilaron estadísticas sobre las lenguas, que pronto se tradujeron en mapas; en Alemania hubo tal clase de mapas lingüísticos desde

la década de 1840.[417] Pese a todo, el significado primario es el militar, y así lo fue también en el siglo XIX: las conquistas se delimitaban, las fronteras eran causa repetida de guerras. En las fronteras se materializa la historia de las relaciones de un estado con sus vecinos. Las fronteras de la soberanía estatal se dotan casi siempre de una representación simbólica: mediante puertas, atalayas u otras formas de arquitectura fronteriza. Por ende, las fronteras políticas son concretas: cosificaciones materiales del estado y lugares de condensación simbólica y material del poder, una condensación debida a que, en la vida cotidiana de la frontera, el estado se hace perceptible de forma permanente.[418] A la inversa, existen fronteras simbólicas casi invisibles, que resultan mucho más estables e inamovibles que las estatales.

El concepto de la frontera política presupone una «concepción egocéntrica del estado», por la cual se impone el derecho del más fuerte.[419] Las fronteras acordadas son posteriores; es la concepción de los juristas, más pacífica. En el siglo XIX hubo fronteras de las dos clases, impuestas y negociadas. Al crear el estado de Bélgica, las grandes potencias reactivaron las fronteras provinciales de 1790.[420] La nueva frontera francoprusiana de 1871 fue dictada unilateralmente al perdedor de la guerra; el mapa político de los Balcanes en 1878, en el Congreso de Berlín, se dibujó sin la participación de representantes de los países balcánicos. En África se trazaron fronteras por medio de una diversidad de acuerdos y convenciones entre las potencias coloniales europeas. Los comisarios europeos inspeccionaban las zonas y delimitaban el paisaje con indicadores. En 1884, cuando, bajo la presidencia de Bismarck, se reunió una cumbre de alto nivel para hablar del África occidental, las relaciones territoriales ya habían sido aclaradas in situ, en su mayor parte, por los gobiernos activos en la zona (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal y Liberia). Primero se trataba de fronteras arancelarias; solo en la década de 1890 se consolidaron para formar fronteras

territoriales entre las distintas colonias (y Liberia). Pero la cumbre también dio su aprobación a fronteras que atravesaban zonas en las que los europeos no habían puesto nunca el pie (sobre todo en el caso del Estado Libre del Congo, del rey belga Leopoldo II).421 En cambio, las fronteras de las repúblicas latinoamericanas se establecieron en gran medida sin intervención externa.422

Tradicionalmente se considera que, en la Edad Moderna y en particular durante el siglo XIX, hubo una consolidación de fronteras y una reducción de las *zonas* de linde a *líneas* fronterizas. Pero no se puede generalizar sin más. Ya existían territorios de soberanía delimitada en una época en la que la norma era la jurisdicción personal. Por otro lado, la frontera estatal «lineal» no es ningún invento europeo que el imperialismo hubiera exportado fuera del continente. El imperio de la dinastía Qing y el zarista ya se habían puesto de acuerdo, en dos tratados de 1689 y 1727 (negociados localmente cuando en la región imperaba cierto equilibrio de poder), sobre la delimitación exacta de sus zonas de soberanía en el norte del Asia central. En ningún caso era la regla que esas fronteras se desarrollaran con linealidad geométrica. Así ocurrió en África, donde unas tres cuartas partes de la delimitación fronteriza total (incluidas la que atraviesa el Sahara) son rectas, pero en Asia fue mucho menos frecuente.423 Allí los europeos se atuvieron en ocasiones a su ideología de las fronteras «naturales», un dogma de la época de la Revolución Francesa, y buscaron fronteras «con sentido».424

El esfuerzo por comprender con realismo las relaciones de poder de cada región también ha sido bastante diverso. Entre 1843 y 1847, una comisión formada por representantes persas, otomanos, rusos y británicos intentó establecer una frontera entre la jurisdicción persa y la otomana que resultara aceptable para todos. Como base de las negociaciones se determinó que solo se reconocía el derecho de los estados —y no de las tribus nómadas— sobre las tierras. Los dos bandos aportaron gran

cantidad de documentación en apoyo de sus pretensiones. En la práctica, ciertamente, el estado persa no podía obligar a todas las tribus de la frontera a someterse a su autoridad.425

Los nuevos instrumentos de medición y procedimientos geodésicos permitieron precisar más que nunca la delimitación de las fronteras. Las comisiones de fronteras —hubo una segunda comisión en la década de 1850—no podían resolver el problema por completo, pero hicieron que las dos partes tomaran más conciencia que hasta entonces del valor de la tierra. Con independencia de cualquier «nacionalismo», esto aceleró el proceso de información de los territorios nacionales. No fue inhabitual recurrir a la mediación de terceros (a menudo, representantes de la hegemónica Gran Bretaña), por ejemplo para la delimitación de fronteras entre Irán y Afganistán.

En Asia y África imperaba un concepto de frontera más plástico y permeable cuando las potencias coloniales introdujeron sus ideas de fronteras fijas y lineales, que obviamente consideraban más civilizadas. Estas fronteras plásticas no solo demarcaban esferas de soberanía, sino que también separaban grupos lingüísticos y comunidades étnicas. Los diversos conceptos de frontera chocaban antes en la delimitación concreta sobre el terreno que en la mesa de negociaciones. Por norma general, se imponía la parte localmente más fuerte. En 1862, cuando se delimitó de nuevo la frontera ruso-china, los rusos impusieron una solución topográfica que, sin embargo, separaba tribus de algunos pueblos, como los kirguises. Los expertos rusos rechazaron los contraargumentos chinos con la arrogante afirmación de que no podían tomarse en serio a los representantes de un pueblo que no dominaba siquiera los rudimentos de la cartografía.426

Cuando un concepto europeo de las fronteras chocaba con otro, no se resolvía a favor de los europeos tan solo porque hubiera un reparto asimétrico del poder. El estado de Siam, con el que los británicos negociaron varias veces en el siglo XIX debido a

su frontera con la Birmania colonial, era un socio plenamente respetable al que no se podía engañar sin más. Pero los siameses entendían la frontera como el radio de movimiento efectivo de los vigilantes de una torre de guardia; durante mucho tiempo, no comprendieron por qué los británicos insistían en determinar una línea concreta y, en el proceso, Siam perdió más territorio del que habría sido preciso.427 A la inversa, en Siam, como en otros muchos lugares, hubo que buscar repetidamente nuevos criterios para la delimitación del recorrido concreto de la frontera. Las potencias imperiales no solían aparecer con mapas detallados en la zona de delimitación. El proceso de *border making*, el trazado de las fronteras, era a menudo una actividad improvisada y práctica, aunque sus consecuencias fueran de difícil reversión.

En casos extremos, las fronteras trazadas a cuchillo con las que se inició el siglo XIX solo tuvieron efectos destructivos. Sobre todo en las zonas de población nómada, como el África sahariana, podía resultar un desastre cuando de pronto una frontera impedía el acceso a zonas de pasto, fuentes de agua o lugares de culto. Pese a todo, en la mayoría de los casos —hay buenos ejemplos en el África subsahariana o el sureste de Asia—, surgieron en torno de la frontera, a los dos lados de la membrana delimitadora, nuevas sociedades fronterizas de un carácter particular, que se acomodaron a la situación y la aprovecharon para mejorar las propias circunstancias. Así, esto podía suponer utilizar la frontera como defensa contra la persecución: por ejemplo, cuando las tribus tunecinas buscaban refugio en el ejército colonial franco-argelino, cuando los habitantes de Dahomey huían de los recaudadores de impuestos franceses en la vecina Nigeria británica, o cuando los siux perseguidos se retiraron a Canadá con su jefe Toro Sentado. La verdadera dinámica fronteriza —en la que tenían mucho que decir los comerciales locales, contrabandistas y trabajadores desplazados— solo se aproximaba a la línea dibujada en los mapas. En el pequeño tránsito fronterizo

surgían novedosas oportunidades de ganar dinero.[428] No obstante, desde la perspectiva de las estrategias imperiales, las fronteras tenían un sentido distinto: si convenía, una violación de la frontera siempre ofrecía una buena excusa para la intervención militar.

La frontera estatal como «órgano periférico» del estado soberano (Friedrich Ratzel), claramente marcada, armada con símbolos de soberanía y defendida por policías, soldados y aduaneros surgió y se difundió en el siglo XIX. Era un subproducto, y a la vez un indicio, de un proceso de territorialización del poder: controlar la tierra adquirió más importancia que controlar a las personas. La soberanía ya no radicaba en la persona del gobernante, sino en el «estado». Los territorios debían ser zonas conexas y redondeadas. Se pasó a considerar anacrónicos la propiedad dispersa, los enclaves, las ciudades estado (Ginebra se convirtió en 1813 en cantón de Suiza) y los «tapices de retazos» políticos. Que Neuchâtel, en Suiza, estuviera sometida al rey de Prusia, no le resultaría extraño a nadie hacia 1780; pero en 1857, en la víspera de su incorporación a la Confederación Helvética, se había convertido en una curiosidad. Europa, América del Norte y América del Sur fueron los primeros continentes en los que se impusieron el principio territorial y las fronteras estatales. En el seno de los imperios, antiguos o más recientes, la situación era menos clara. Las fronteras intraimperiales eran en parte divisiones administrativas sin un arraigo territorial profundo, y en parte (sobre todo en los casos de «dominio indirecto»), la ratificación de las zonas de gobierno precolonial. Las fronteras entre los imperios no solían marcarse sin fisuras sobre el terreno ni podían vigilarse con la densidad con que se protegían las fronteras estatales europeas. Cada imperio tenía sus flancos descubiertos: Francia, en el Sahara argelino; Gran Bretaña, en el noroeste de la India; el imperio zarista, en el Cáucaso. En consecuencia, el momento histórico de la frontera estatal no se vivió hasta después de 1945, en la era de la descolonización,

con la adición de numerosos estados soberanos. En la misma época se produjo la división de Europa y Corea por medio de un «telón de acero», frontera de una militarización sin precedentes, cuya integridad no se garantizaba solo mediante alambradas de espino, sino con misiles nucleares. El concepto de frontera del siglo XIX se desarrolló con su plenitud definitiva en la década de 1960.

Parte II
Panoramas

Capítulo 4
Movilidad y asentamiento

1. TAMAÑOS Y TENDENCIAS

Entre 1890 y 1920, emigró un tercio de la población campesina del Líbano, sobre todo a Estados Unidos y Egipto. Las causas eran una situación de enfrentamiento próxima a una guerra civil, el estancamiento económico (en contradicción con el elevado nivel de formación del país), la falta de libertad de expresión en el régimen del sultán Abdulhamid II y el atractivo de los países de destino.[429] Pero incluso en un caso así de extremo, dos tercios de la población se quedaron en casa. La vieja historia nacional servía de poco para explicar la movilidad transfronteriza; la historia universal, por el contrario, parece atender a veces *solo* a la movilidad, las redes, el cosmopolitismo. Deberían interesarnos *los dos* grupos: las minorías emigrantes y las mayorías estáticas en todas las sociedades del siglo XIX.

La cuestión no se puede analizar sin números. Sin embargo, en el siglo XIX, las cifras demográficas todavía solían ser sumamente imprecisas. Cuando los viajeros de finales del siglo XVIII hicieron cálculos sobre la población de Tahití —un paraíso en la Tierra al que se le prestó un particular interés «filosófico»—, el resultado osciló entre los 15.000 y los 204.000 habitantes; un nuevo cálculo basado en todos los indicios conocidos da una cifra algo superior a los 70.000.[430] Cuando, en la década de 1890, surgió en Corea un movimiento nacionalista, sus primeros activistas se enardecieron porque nadie se había tomado la molestia de contar los súbditos del reino. Los cálculos, poco fiables, oscilaban entre 5 y 20 millones de habitantes. No hubo recuento hasta 1913, cuando el poder colonial japonés dio la cifra de 15 millones.[431] En China, con el debilitamiento del estado central, decayó también la calidad de

la estadística. Las cifras más citadas en la actualidad —215 millones de habitantes para 1750, 320 millones para 1850— son más fiables que el típico valor posterior de entre 437 y 450 millones para 1900.432

El peso de los continentes

Asia siempre ha sido el continente más poblado del planeta, pero con una ventaja variable (Tabla 1).

TABLA 1: PORCENTAJE DE ASIA EN LA POBLACIÓN MUNDIAL

1000	60 %
1200	65 %
1400	54 %
1500	53 %
1600	58 %
1700	64 %
1800	66 %
1900	55 %
2000	60 %

FUENTE: Calculado a partir de Massimo Livi-Bacci, A Concise History of World Population, Oxford, 1997, p. 31, Tab. 1.3.

Durante los siglos XVII y XVIII, el peso demográfico relativo de Asia aumentó. Esto se reflejó en los comentarios de asombro de los viajeros europeos ante el «gentío» de países como China o la India. En esa época, se consideraba que la abundancia de la población era un signo de bienestar. Los monarcas asiáticos, se decía a menudo, podían congratularse de contar con tantos súbditos. En el siglo XIX, el porcentaje de Asia se redujo radicalmente. ¿Lo intuían acaso los europeos que hablaban del «estancamiento» de Asia? En cualquier caso, faltó dinamismo demográfico. En la actualidad Asia aún no ha recuperado el porcentaje de 1800. ¿Quién disputaba a Asia la posición de liderazgo relativo? (Tabla 2).

TABLA 2: LA POBLACIÓN MUNDIAL, POR CONTINENTES (EN PORCENTAJE)

	Asia	Europa	Rusia	África	América	Oceanía	Mundo
1800	66,2	15,1	5,0	11,0	2,5	0,2	100
1900	55,3	18,0	7,8	8,4	10,1	0,4	100

FUENTE: Calculado a partir de Massimo Livi-Bacci, *A Concise History of World Population*, Oxford, 1997, p. 31, Tab. 1.3.

Los cálculos indican que el descenso cuantitativo del peso relativo de Asia se acompaña de un ascenso de Europa y en general del hemisferio occidental.433 África, que entre 600 y 1700 probablemente estuvo más poblada que Europa, fue superada luego con rapidez: su población se estancó y la europea creció aceleradamente. La población de Europa (sin Rusia) pasó, de 1700 a 1900, de unos 95 millones a 295; la de África, solo de 107 a 138 millones.434 Desde el punto de vista demográfico, al menos, el «auge de Occidente» en el siglo XIX —en el que debemos incluir también a países receptores de emigración como Argentina, Uruguay y Brasil— fue un hecho incontestable. El ritmo de crecimiento demográfico fue diverso en una población mundial que creció con más lentitud de lo que se considera habitual desde finales del siglo XX. Entre 1800 y 1850, la población del planeta creció, en el promedio anual, un 0,43 %. En la segunda mitad del siglo XX, solo había ascendido al 0,51 %; es poco, en comparación con el 1,74 % al que se llegó en la década de 1970.435

Grandes estados

En el siglo XIX aún había muchos países demográficamente pequeños. En el año de su fundación, en 1832, Grecia contaba con menos de 800.000 habitantes: la mitad que la metrópoli británica. En Suiza había, hacia 1900, 3,3 millones de ciudadanos; de nuevo, la mitad de la aglomeración del Gran Londres de la época (6,58 millones). La colosal Canadá tenía, al empezar el siglo, 332.000 habitantes de origen europeo; la línea del millón no se cruzó hasta 1830. Australia no llegó al millón hasta 1858, después de que la fiebre del oro de mediados de siglo le diera un impulso.436 En el otro extremo del espectro, ¿cuáles eran los países más poblados? Los datos más completos

son los de 1913. En un mundo regido por imperios, sin embargo, resulta algo anacrónico partir de los estados nacionales actuales. Lo mejor es preguntarse directamente por las unidades mayores y las agregaciones políticas de la época (Tabla 3).

TABLA 3: UNIDADES POLÍTICAS MÁS POBLADAS DEL MUNDO EN 1913 (EN MILLONES DE HABITANTES)

Imperio británico	441 (de los que el Reino Unido: 10,4 %)
Imperio chino	437-450 (China Han: 95 %)
Imperio ruso	163 (de etnia rusa: 67 %)[a]
Estados Unidos	108 (los estados propiamente dichos: 91 %)
Imperio francés	89 (en el «Hexágono»: 46 %)
Imperio alemán	79 (Alemania: 84 %)
Imperio japonés	61 (archipiélago japonés: 85 %)
Imperio neerlandés	56 (Países Bajos: 11 %)
Monarquía Habsburgo	52[b]
Italia	39 (en «la Bota»: 95 %)
Imperio otomano	21[c]
México	15

[a] según el censo de 1897, más exactamente: 44 % Gran Rusia, 18 % Pequeña Rusia, 5 % Bielorrusia.
[b] 1910.
[c] sin Egipto, antes de la guerra balcánica de 1912-1913.

FUENTES: Angus Maddison, Contours of the World Economy, 1-2030 AD: Essays in Macroeconomic History, Oxford, 2007, p. 376 (Tab. A.1); Bouda Etemad, La possession du monde: Poids et mesures de la colonisation (XVIIIe-XXe siècles), Bruselas, 2000, pp. 231 (Tab. 21), 236 (Tab. 22), 241 (Tab. 23), p. 311 (Apéndice 4); Jean-Pierre Bardet y Jacques Dupâquier (eds.), Histoire des populations de l'Europe, vol. 2: La révolution démographique 1750-1914, París, 1998, p. 493; Jean Bérenger, Geschichte des Habsburgerreiches 1273 bis 1918, Viena, 1995, p. 691; Kemal H. Karpat, Ottoman Population, 1830-1914: Demographic and Social Characteristics, Madison (Wisc.), 1985, p. 169 (Tab. I.16. B); Meyers Großes Konversations-Lexikon, vol. 17, Leipzig, 1907, p. 295.

¿Qué llama la atención en esta estadística? *Todos* los grandes estados se habían constituido como imperios, y la mayoría se denominaban así. El único gran estado que no se aplicaba este nombre oficialmente —Estados Unidos— era en realidad un imperio desde el punto de vista estructural: las Filipinas, cuya soberanía controlaba Estados Unidos desde 1898, eran una de las colonias más pobladas del mundo. Aunque no podían competir con las dos enormes posesiones de la India británica y las Indias Orientales Neerlandesas (Indonesia), sus 8,5 millones de habitantes casi igualaban la población de Egipto y superaban la de Australia, Argelia o el África oriental alemana. El país soberano más poblado del mundo, entre los que no tenían colonias en ultramar ni estaba compuesto por una diversidad de pueblos agregados, era México; con sus 15 millones de habitantes, tenía la dimensión de una gran colonia como por ejemplo Nigeria o Vietnam. Pero México, asolada ya en 1913 por la revolución y la guerra civil, tampoco era ningún modelo de estado nacional compacto y estable. En Europa, el país no imperial más poblado era Suecia, con unos seis millones de habitantes.

La dimensión demográfica no se traducía directamente en poder político mundial. En la era del rearme industrial, la cifra de población absoluta dejó de ser, por primera vez en la historia, una garantía de peso político. China, que hacia 1750 era la potencia militar más poderosa de Eurasia, en 1913 apenas ejercía influencia alguna en materia de política exterior y estaba sometida militarmente a un país pequeño, en comparación, como Japón (con un 12 % de la población de China). El imperio británico, que ocupaba el primer lugar de la estadística gracias a la importancia demográfica de la India, no era en realidad la superpotencia todopoderosa del *fin de siècle*. Aun así, el imperio albergaba inmensos recursos humanos y económicos; y en la primera guerra mundial se puso de manifiesto que además era capaz de movilizarlos en caso de necesidad. La tabla 3 no refleja exactamente el orden jerárquico de los países, pero en su

conjunto sí muestra las relaciones de fuerzas de la escena internacional. Gran Bretaña, Rusia, Estados Unidos, Francia, Alemania y Japón, como caso límite también la monarquía Habsburgo, eran hacia 1913 las únicas grandes potencias: estados con la capacidad y la voluntad de intervenir más allá de su ámbito de influencia inmediato.

Llaman la atención algunos casos aislados. Así, los Países Bajos eran un país europeo muy pequeño con una colonia enorme. Con sus 50 millones de habitantes, Indonesia estaba más poblada que las islas británicas y casi tanto como el conjunto de la monarquía Habsburgo. Demográficamente era ocho veces mayor que la metrópoli. En cuanto al imperio otomano, sorprende su escasa importancia. Era consecuencia del efecto combinado de una continua reducción territorial y una baja tasa de reproducción natural de su población. La pérdida de los Balcanes no se debe sobrevalorar, pues era una zona muy poco poblada. Si dejamos de lado Egipto —que en teoría formó parte del imperio otomano durante todo el siglo XIX (hasta que se declaró el protectorado británico, en 1914), pero nunca fue regido efectivamente desde Estambul—, veremos que la población total del imperio, hasta las grandes pérdidas territoriales del Congreso de Berlín, en 1878, era de tan solo 29 millones de habitantes.437 A tenor de los datos demográficos, por lo tanto, es obvio que la antigua superpotencia del Mediterráneo en la Edad Moderna y el Asia occidental tenía que perder comba en la era del imperialismo.

Ritmos de crecimiento

Por detrás del elevado valor absoluto de la población de Asia se oculta, como ya se ha dicho, una relativa debilidad demográfica: en el siglo XIX, ninguna región asiática alcanzó las grandes tasas de crecimiento que caracterizan nuestra imagen del «Tercer Mundo» en el siglo XX (Tabla 4).

TABLA 4: RITMO DE CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO EN GRANDES REGIONES DEL MUNDO (PROMEDIO ANUAL DE LOS PERÍODOS)

	1500-1820	1820-1870	1870-1913
Europa occidental	0,26	0,69	0,77
Imperio ruso[a]	0,37	0,97	1,33
Estados Unidos	0,50	2,83	2,08
Latinoamérica	0,07	1,26	1,63
India	0,20	0,38	0,43
Japón	0,22	0,21	0,95
China	0,41	-0,12	0,47

[a] en las fronteras de la URSS (sin Polonia, etc.).

FUENTE: simplificado a partir de Angus Maddison, *Contours of the World Economy, 1-2030 AD: Essays in Macroeconomic History*, Oxford 2007, p. 377 (Tab. A.2).

La cifra más llamativa de esta estadística probablemente sea el crecimiento negativo de China durante la era «victoriana». Siguió a un período de «Edad Moderna» en el que, incluso en comparación con Europa y otras regiones de Asia, el crecimiento había estado por encima de la media. La explicación no hay que buscarla en anomalías de la conducta reproductora china, sino en actos de violencia de la mayor magnitud. Entre 1850 y 1873, en muchas zonas de China hubo disturbios con un poder destructivo que no tiene parangón en el mundo del siglo XIX: la rebelión Taiping, la guerra de guerrillas del levantamiento de Nian contra la dinastía Qing, y la sublevación de los musulmanes en el noroeste y en la provincia suroccidental de Yunnan. En las cinco provincias más afectadas por la rebelión Taiping, en el este y el centro de China (Anhui, Zhejiang, Hubei, Jiangxi y Jiangsu), la población se redujo, entre 1819 y 1893, de 154 millones a solo 102; no se vuelven a documentar 145 millones de habitantes hasta el gran censo de 1953. En las tres provincias noroccidentales en las que se concentraron los disturbios de los musulmanes (Gansu, Shanxi y Shaanxi), la población cayó de 41 millones en 1819 a 27 en 1893.438 Las cifras totales de víctimas de la rebelión Taiping, que fue reprimida por el gobierno con una brutalidad extraordinaria, deben tomarse con gran cuidado; para empezar, porque es difícil diferenciar entre las víctimas de la violencia

directa y las consecuencias de la hambruna que causaron la revolución y la guerra civil. No obstante, los especialistas más respetados de este campo han propuesto cifras de hasta 30 millones de muertos.439

Que la tasa de crecimiento de Asia sea comparativamente baja no sorprende solo si se mira después de la segunda mitad del siglo XX, sino también en el contexto de los estereotipos —profundamente arraigados— de Asia en Europa. El gran teórico de la demografía Thomas Robert Malthus, cuyo análisis de la evolución demográfica de la Europa occidental (y en particular de Inglaterra) antes del siglo XIX ha resistido en lo esencial la crítica, había sostenido que los chinos, a diferencia de los europeos, eran incapaces de controlar conscientemente la fertilidad (con los «controles preventivos» o *preventive checks*) y, en consecuencia, estaban sometidos sin remedio a las penalidades de la escasez alimentaria. A intervalos regulares, el crecimiento inmoderado de la población chocaba contra el límite constante de la producción agraria; y entonces, el equilibrio se restauraba mediante *positive checks* en la forma de carestías letales. Los chinos —seguía Malthus— no habían logrado librarse de este círculo infernal con la modificación racional de su conducta reproductiva (por ejemplo, retrasando la edad del matrimonio). Bajo esta interpretación se esconde la premisa antropológica de la escasa racionalidad y mayor «naturalidad» del «hombre asiático», que no había sabido dar el salto civilizador del reino de la necesidad al reino de la libertad. Durante los doscientos años posteriores a su fecha de publicación, en 1798, la tesis de Malthus ha seguido repitiéndose de forma acrítica. Incluso los propios expertos chinos perpetuaron la imagen de China como un país atrapado sin remedio por los mecanismos de la miseria y el hambre.440

Hoy la perspectiva ha cambiado. No se pone en duda el hecho de que el crecimiento demográfico de China en el siglo XIX fue inusualmente bajo, pero sí las causas. Es falso que los chinos se reprodujeran ciega e impulsivamente y que, a intervalos

regulares, una naturaleza implacable los diezmara de nuevo. Nuevos estudios han mostrado que la población de China estaba plenamente capacitada para decidir con respecto a la reproducción. Los métodos principales eran matar al recién nacido o abandonar al niño durante el período de lactancia. Desde luego, los campesinos chinos no consideraban que esa práctica fuera un «asesinato»; se consideraba que la «vida» humana no empezaba hasta el sexto mes.441 El infanticidio, un bajo índice de enlaces matrimoniales entre los hombres, una escasa fertilidad en la pareja y la preferencia por las adopciones crearon un patrón demográfico característico del siglo XIX, con el que los chinos reaccionaron a los límites de sus condiciones de vida. La tasa de crecimiento «normalmente» baja, que las calamidades del tercer cuarto del siglo XIX convirtieron en una tasa negativa, se debían a una adaptación consciente a la escasez de recursos. La idea de que Europa era racional y cariñosa, mientras que China se entregaba al instinto y la irracionalidad, no se sostiene.

En el caso de Japón cabría exponer razonamientos similares. La demografía del archipiélago había vivido un siglo y medio de expansión en condiciones de paz interior, pero la tendencia se interrumpió en la primera mitad del siglo XVIII. Aquí, la reducción del crecimiento no se debió ante todo a hambrunas y catástrofes naturales, sino al deseo de mantener el nivel de vida alcanzado o, a ser posible, aumentarlo (y con ello, preservar la propia posición en el pueblo).442 Como en China, en Japón el infanticidio también era un medio habitual del control demográfico, pero en este caso se debía más a una planificación optimista del futuro que al hecho de ajustarse a una carestía dada. Poco antes de que empezara la industrialización, hacia 1870, Japón perdió el nivel demográficamente estable de su «larga» Edad Moderna. Desde aquí hasta la década de 1990 (con la interrupción del final de la segunda guerra mundial, 1943-1945), el crecimiento demográfico fue casi constante. En su primera fase, ello se explica por una tasa de nacimientos

más elevada, la reducción de la mortalidad infantil y una esperanza de vida superior. Como factores de fondo estaban una mejora de la alimentación (por el incremento en la producción nacional de arroz y la importación de cereales) y avances médicos e higiénicos. La estabilidad demográfica de Japón en el período Tokugawa tardío no fue expresión de penalidades malthusianas, sino el resultado de asegurar un nivel de bienestar modesto, a la vez que respetable en comparación con el mundo en su conjunto; y el crecimiento renovado después de 1870 fue un efecto adicional de la modernización.443

El cambio más asombroso de Europa fue la aceleración biológica de la sociedad británica. En 1750, Inglaterra (¡sin Escocia!) todavía era la más débil, desde el punto de vista demográfico, de las grandes potencias políticas de Europa. La población total era de 5,9 millones de habitantes. La Francia de Luis XV, con 25 millones, la cuadriplicaba; incluso España, con 8,4 millones, se hallaba claramente por encima. Durante los cien años posteriores, Inglaterra ascendió con rapidez, sobrepasó a España y redujo la distancia con Francia, que en 1850 ya no llegaba a duplicar su población (35,8 millones de franceses por 20,8 millones de la suma de Inglaterra, Gales y Escocia). En 1900, Gran Bretaña (37 millones de habitantes) estaba a la par de Francia (39 millones).444 Durante el total del siglo XIX, esto supuso la tasa de crecimiento más elevada —con mucha diferencia— de todas las grandes potencias europeas: un 1,23 % anual. El segundo lugar lo ocupaban los Países Bajos, con un porcentaje inmensamente inferior: 0,84 %.445

La población de Estados Unidos creció de forma permanente. Su historia demográfica es la más apasionante del siglo XIX. Si en 1870, Alemania todavía superaba ligeramente a Estados Unidos en el total de población, en 1890 Estados Unidos había dejado muy atrás *a todos* los países europeos (salvo Rusia). Entre 1861 y 1914, la población de Rusia se multiplicó por más de dos, en paralelo a la evolución inglesa durante el mismo

período. Esta misma tendencia se constata en el imperio zarista en su conjunto; la expansión colonial en el Asia interior y oriental supuso a este respecto una contribución escasa, porque los territorios recién anexionados estaban poco poblados. Así, Rusia entró —aproximadamente al mismo tiempo que Japón— en una fase de rápido crecimiento demográfico, sobre todo en las zonas rurales. El campesinado ruso, durante el último medio siglo del Antiguo Régimen, estuvo entre los grupos sociales que se multiplicaban con más celeridad en todo el mundo. Rusia supone un caso raro para la época: la población rural crecía con más rapidez que la de las ciudades.446

Si intentamos ordenar los datos cuantitativos de las zonas rurales para obtener un cuadro cualitativo del siglo comprendido entre 1820 y 1920, aparecen tres clases a través de los continentes:447

1. *Crecimiento explosivo*. Sin embargo, como este crecimiento demográfico se iniciaba en unos datos de salida bajos, la apariencia estadística resulta engañosa. Es el caso de las zonas de clima templado en las que era posible abrir, en gran medida, las fronteras. La población de Estados Unidos se multiplicó por diez; la evolución fue con extremo similar en Australia, Canadá y Argentina, las «Neoeuropas» (los *Western offshoots* o «vástagos de Occidente», también llamados a menudo «colonias blancas»).

2. El otro extremo —un *crecimiento lento, casi estancado*— no se encuentra solo en el norte y el centro de la India y en China (además de en Japón antes de, más o menos, 1870), sino también en medio de Europa: donde más marcada se vio esta clase de evolución fue en Francia. Hacia 1750, a tenor de su número de habitantes, Francia era el primer país de Europa; hacia 1900, en cambio, incluso Italia estaba a punto de atraparla. Esto retroceso no se debió solo a influencias externas dramáticas. Ahora bien, durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871, Francia experimentó una grave crisis demográfica que, en el siglo XIX, no tuvo que atravesar ningún otro gran

país europeo. Debido a las guerras y las epidemias, murieron medio millón más de personas de las que nacieron; entre 1939 y 1944, el déficit fue poco mayor.448 Pese a todo, se trató de una interrupción atípica, no de la expresión de una crisis permanente; la causa principal fue un retroceso anterior de la fertilidad, difícilmente explicable. Este retroceso, que sin apenas excepción se observa con un crecimiento del bienestar, se dio en Francia ya antes de 1800, cuando en Gran Bretaña y Alemania no surgió hasta después de 1870. En Francia, la cuestión de la «despoblación» se convirtió en una tema de discusión pública cada vez más relevante, sobre todo después de la derrota militar de 1871.449 También en España, Portugal e Italia, la población creció con una lentitud desacostumbrada. Ahora bien, estos tres países no pertenecían a la vanguardia de la modernización social. La falta de impulso demográfico, por lo tanto, no es ningún indicador de modernidad especialmente válido.

3. Hubo un *crecimiento muy alto* en Europa (Gran Bretaña, la Rusia europea desde 1860) y América del Sur (Brasil), así como en algunas zonas de África (sobre todo en Argelia después de 1870) y de Asia (Java, Filipinas, Japón después de 1870); y *bastante alto*, pero sin llegar a los valores ingleses, en Alemania o los Países
Bajos.

El destino demográfico de la humanidad en el siglo XIX —esta debe ser nuestra conclusión principal— no se ajustó ni a una simple oposición Oriente-Occidente ni tampoco a la macrogeografía de los continentes. ¿Una Europa dinámica frente a los «otros» estancados? Desde el punto de vista de la historia de la población, no resulta tan sencillo.

2. CATÁSTROFES DEMOGRÁFICAS Y TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

Las catástrofes demográficas del siglo tampoco se limitaron a una única región del mundo, pero afectaron a Europa menos que a otros continentes. Irlanda fue, con diferencia, el país que

más dificultades atravesó en la Europa del siglo XIX: el único caso europeo de reducción demográfica del conjunto de una nación. La gran hambruna irlandesa de 1845-1849 —que siguió a una fase de crecimiento muy rápido de la población, iniciada hacia 1780— anuló el modelo demográfico anterior. El hambre, debida a una plaga de hongos que destruyó la cosecha de patatas, causó la muerte de al menos un millón de personas, lo que equivalía a uno de cada ocho habitantes de Irlanda.[450] La emigración, que ya había empezado antes, adquirió grandes proporciones: entre 1847 y 1854, abandonaron la isla un promedio de 200.000 personas al año. En esos años y las décadas siguientes, la población de Irlanda se redujo de los 8,2 millones de 1841 a los 4,5 millones de 1901. A ello contribuyó asimismo el hecho de que, a instancias del clero y los terratenientes, se elevara la edad de matrimonio. En la segunda mitad del siglo, la economía irlandesa se recuperó otra vez, en buena parte gracias a la emigración. Por un lado, el salario real de los campesinos ascendió; por otro, Irlanda —al igual que, por ejemplo, Italia o el sur de China— se benefició de las remesas de dinero desde el extranjero.[451] Al menos en cierto sentido, las consecuencias de la tragedia quedaron superadas después de algunas décadas.

Las guerras fueron en Europa, una vez acabadas las campañas napoleónicas, una fuente de pérdida de población menos importante de lo que fueron en el siglo XVIII y volvieron a ser en el XX. Los grandes excesos de violencia colectiva se produjeron fuera de Europa:

• como guerras civiles revolucionarias, por ejemplo, en China entre 1850 y 1876 o en México entre 1910 y 1920;

• como guerras de secesión, el caso de Estados Unidos, cuya guerra civil de 1861-1865 costó la vida a 620.000 soldados, o el de Sudáfrica hacia el cambio de siglo;[452]

• como guerras de conquista colonial, entre 1825 y 1830 en Java (donde hubo, probablemente, más de 200.000 muertos),[453] desde 1830 en Argelia, y más adelante en muchas

otras zonas de África; y, durante todo el siglo, en las guerras de expulsión y exterminio libradas por los colonos blancos y sus órganos estatales contra la población nativa de América;

• finalmente, en un caso de conflicto entre grandes potencias de fuera de Europa: la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, de importantes consecuencias.

En Europa, entre tanto, hubo paz. Entre 1815 y el principio de la guerra de Crimea, en 1853, no hubo ninguna guerra; y la propia guerra de Crimea, al igual que las guerras de la unificación de Alemania, alcanzaron un grado de violencia inferior al de muchas acciones libradas fuera de Europa y, sobre todo, inferior al de las grandes guerras de la Edad Moderna (más aún, sin pensamos en las contiendas del siglo XX). Entre las diez guerras que, entre las que han enfrentado a las grandes potencias desde 1500, han causado un mayor número de bajas, ninguna tuvo lugar entre 1815 y 1914. No hubo paralelo con la guerra de Secesión española, de 1701-1714, que en numerosos campos de batalla costó la vida, según se cree, a 1,2 millones de personas; resulta sumamente impresionante el contraste con las guerras de 1792 a 1815, con 2,5 millones de víctimas solo entre los ejércitos.454 En su conjunto, en el siglo XVIII europeo hubo siete veces más muertos en conflictos bélicos (en relación con el total de la población) que en el siglo XIX.455

Shocks *microbianos y enfrentamientos violentos*

Fuera de Europa, en el siglo XIX todavía era posible que poblaciones enteras quedaran al borde de la extinción por efecto de un «*shock* microbiano». Como consecuencia de una serie de epidemias llegadas desde el exterior, la población de Tahití había descendido, en 1881, a solo 6.000 personas: menos de una décima parte del total que habitaba en la isla en la época de la famosa visita de Bougainville y Cook, en la década de 1760. Por causas similares, la población canaca, en la Nueva Caledonia francesa, se redujo un 70 % durante la segunda mitad del siglo XIX. En Fiyi se calcula que, tan solo en

el año de 1875, un cuarto de la población (entre 200.000 y 250.000 habitantes) falleció a consecuencia de una epidemia de gripe.456 En América del Norte, muchos pueblos indios sucumbieron a la viruela, el cólera o la tuberculosis; en su mayoría, las pandemias globales del siglo XIX alcanzaron también a los indios del Nuevo Mundo. En el caso de los indios de California, la población cayó, entre 1848 y 1860, de entre 100.000-250.000 a solo 25.000-35.000; pero no tanto por las enfermedades como por los ataques frontales a su forma de vida desde que se inició la fiebre del oro. Estas cifras esconden desde actos de terrorismo y masacre hasta el simple genocidio.457 Entre 1803 y 1876, Tasmania perdió a todos sus habitantes, cerca de 2.000. Antes de 1850, a medida que la era de la anarquía llegaba a su fin, en Australia se practicaba la caza del aborigen. Se los podía matar sin castigo. No era raro que los aborígenes se defendieran, por lo que, en los asaltos y escaramuzas, también perdían la vida algunos blancos. Es probable que, entre los aborígenes, una de cada diez muertes «no naturales» se debiera al uso directo de la violencia. La viruela —cuya presencia se constató ya en 1789, a los pocos meses de la llegada de los primeros europeos— y un empeoramiento general de las condiciones de vida materiales, además de la presión cultural, causaron un descenso abrupto de la población aborigen.458 Se cree que poco antes de 1888 vivían en todas las regiones de Australia cerca de 1.100.000 aborígenes; en 1860 solo quedaban 340.000.459

Es difícil ofrecer un cálculo riguroso de la cantidad de vidas que costó, en su conjunto, la expansión imperial de los europeos.460 Aun así, debemos intentar al menos aproximarnos al problema del coste humano de la colonización. En el cálculo deben incluirse también las víctimas occidentales, sobre todo entre el proletariado militar enviado a combatir en los trópicos. El historiador ginebrino Bouda Etemad ha concluido que, entre 1750 y 1913, perdieron la vida entre 280.000 y 300.000 soldados europeos (y en las Filipinas,

norteamericanos) en las guerras de ultramar, ya fuera en combate o por enfermedad. Los lugares más peligrosos para los soldados europeos fueron la India y Argelia.461 A ello hay que añadir las tropas auxiliares de las potencias coloniales, formadas por indígenas, con 120.000 fallecidos. El número de combatientes asiáticos y africanos que murieron en las batallas defensivas contra los blancos ascendería, según el cálculo de Etemad, a entre 800.000 y un millón. Todas las demás pérdidas entre los no europeos son casi incuantificables. Etemad incluye la mortalidad inusualmente elevada de la India entre 1860 y 1921 entre las consecuencias propias del *choc colonial*, y acepta un cálculo que estima en 28 millones las víctimas atribuibles a factores externos, como las hambrunas y una nueva «ecología de la enfermedad». La gran mortalidad de la India no se debe ante todo a las masacres coloniales y otras fechorías deliberadas de los británicos. Sgún el mismo Etemad, las hambrunas de entre 1860 y 1900, de una gravedad infrecuente, solo supusieron cerca del 5 % de las muertes adicionales. Fueron mucho más graves los efectos secundarios de la modernización (la construcción del ferrocarril, instalación de grandes sistemas de riego, incremento de la movilidad, urbanización con deficiencias higiénicas), que favorecieron el desarrollo de enfermedades como la malaria, entre otras propias del país (no introducidas por los colonos). Solo el análisis de la India y la incorporación de múltiples causas *indirectas* justifica un número total de bajas tan elevado entre los no europeos, que Etemad cifra entre 50 y 60 millones de «víctimas de la conquista colonial». Con estos datos podría llegarse a la conclusión —el propio Etemad, prudentemente, no lo hace— de que se produjo un «holocausto colonial».462

A diferencia de América después de 1492, del Ceilán de la Edad Moderna, y de los casos ya mencionados de Oceanía y Australia, en el siglo XIX el *shock* microbiano derivado de la introducción de enfermedades ajenas a la zona no interpretó un papel destacado en las conquistas coloniales de los europeos en

África y Asia. Fue más bien al contrario: los europeos no estaban protegidos contra determinadas enfermedades endémicas de Asia y África. No obstante, la invasión colonial sí provocó en todas partes una desestabilización política, social y biológica. Las guerras de conquista, más las posteriores acciones de «pacificación» —es decir, la represión de los movimientos de resistencia, que a menudo causó muchas muertes— se acompañaron de alteraciones en la producción autóctona, expulsaron a muchas personas de sus zonas de arraigo y dieron nuevas posibilidades de difusión a las enfermedades endémicas. La invasión europea, por lo tanto, comportó casi invariablemente un descenso demográfico; sobre todo al sur del Sahara, donde se concentró en el período aproximado de entre 1882 y 1896. En una segunda fase, que en África se inició después del cambio de siglo, el fin de las grandes batallas y el inicio de una política médica colonial sentaron bases más favorables en general al crecimiento demográfico.

La crisis de la invasión tuvo un alcance muy distinto, según el lugar. En el Estado Libre del Congo —que en la Conferencia de Berlín de 1884-1885, para el reparto de África, se le había otorgado al rey belga Leopoldo II como una especie de colonia privada— imperaban condiciones terribles. Aquí, el régimen colonial fue especialmente inhumano: desatendió por completo a la población nativa, a la que utilizó como un simple instrumento de explotación, lo cual supuso que, entre 1876 y 1920, la población se redujera probablemente a la mitad (sin embargo, la cifra que se ha difundido en los medios internacionales actuales, de 10 millones de congoleños «asesinados», carece de base fiable).463 En Argelia, cuya brutal «pacificación» duró tres décadas, se calcula que la población nativa se redujo, entre 1830 y 1856, un 0,8 % anual. A esto se sumaron, durante los años particularmente duros de 1866 a 1870, penalidades tales como sequía, enfermedades y plagas de langosta. Solo después de 1870 hubo un crecimiento

demográfico sostenido.464 Otros escenarios de luchas especialmente sangrientas y crueles fueron Sudán, la Costa de Marfil y el África oriental. Donde la resistencia local mantuvo algo de terreno, los combates duraron años. Así, entre 1893 y 1899, hasta 20.000 soldados británicos libraron una guerra brutal en Uganda. Aunque en ese momento ya se habían introducido las ametralladoras, la guerra no supuso ningún paseo para los británicos. Se libró con los métodos de la «tierra quemada», cuyo objetivo no es otro que destruir las condiciones que permiten la vida de la población civil, y en especial la ganadería.465 En el África suroccidental alemana, entre 1904 y 1907, la tropa colonial local (*Schutztruppe*) y un cuerpo expedicionario de Marina enviado desde Alemania combatieron contra la resistencia herero y nama empleando métodos de extrema crueldad. La guerra de exterminio contra los africanos se hizo extensiva, incluso después de su derrota militar, a los no combatientes y los prisioneros de guerra: por ejemplo, los expulsaban al desierto o los obligaban a trabajar en condiciones que pronto acababan con su vida. La cifra de fallecimientos, para la cual carecemos de datos fiables, tuvo que ascender a decenas de miles. La situación no merece otro nombre que el de «genocidio». Pero la guerra de exterminio en el África suroccidental no fue un episodio entre otros muchos de su especie, sino un caso extremo por el alcance de sus consecuencias y la absoluta falta de escrúpulos de la actuación alemana. Asesinar a los propios súbditos no formaba parte de la «lógica del colonialismo»; se los utilizaba como mano de obra.466

Transición demográfica

¿Siguió la evolución demográfica en todo el mundo un patrón único que acabara por imponerse en todas partes? La teoría demográfica ofrece el modelo de la «transición demográfica»,467 que describe el proceso de transformación del sistema de conducta reproductiva «precontemporáneo» al «contemporáneo». La situación de partida se caracteriza por tasas de natalidad y

mortalidad muy próximas: nacen muchas personas y mueren pronto. En el último estadio, que se entiende como de equilibrio, las tasas de natalidad y mortalidad vuelven a hallarse próximas, pero son bajas, porque la esperanza de vida es elevada. El modelo postula varias fases de transición entre el equilibrio inicial y el final. Las tasas de natalidad y mortalidad se separan abriéndose como tijeras: primero baja la mortalidad, sin que la fertilidad haga lo mismo, al revés: nacen más personas, y ahora viven por más tiempo. La población asciende con mucha rapidez. No es un modelo nacido del aire, de la mera conjetura; derivaba de la observación de Inglaterra, Australia y los países escandinavos y se ha comprobado su validez para otros casos. Desde el punto de vista histórico, esto significa que una serie de sociedades nacionales vivieron, en distintos momentos temporales, que las familias se ampliaban, morían menos niños y el horizonte temporal de los proyectos vitales se podía alargar, tal como se alargaba la esperanza de vida. *En principio*, se trataría de experiencias similares; pero el cúmulo de causas del cambio las iría singularizando en cada caso. La fertilidad y la mortalidad no sostienen una relación mecánica, sino que dependen en parte de factores independientes.

Tuvo una duración muy diversa, sobre todo, el proceso transformador que se inició con el descenso de la tasa de mortalidad: duró 200 años en Inglaterra (1740-1940), 160 años en Dinamarca (1780-1940), 90 años en los Países Bajos (1850-1940), 70 años en Alemania (1870-1940), 40 años en Japón (1920-1960).468 Así, solo en algunos países europeos y en las «Neoeuropas» de ultramar, este proceso empezó antes de aproximadamente 1900. En Estados Unidos se inició ya hacia 1790 y duró hasta el final de un siglo XIX demográficamente «largo». Ahora bien, fue un rasgo singular de Estados Unidos que allí la fertilidad, durante toda la época, descendiera de forma sostenida, antes incluso de que la mortalidad se redujera. El modelo estadounidense se asemeja más, por ello, al caso excepcional de Francia en Europa.469 En el mundo en su

conjunto, el siglo XIX «victoriano» todavía estuvo dominado mayoritariamente o bien por el orden demográfico precontemporáneo, o bien por el proceso de transición demográfica. Si buscamos el punto de inflexión en el que la fertilidad se equipara a la mortalidad en descenso, hallamos una confirmación sorprendente de que el *fin de siècle* marcó un cambio de época; al menos, en Europa. Salvo en Francia, en el resto de países este punto de inflexión se constata a partir de 1870 y en las décadas posteriores.470 En la víspera de la primera guerra mundial, las sociedades europeas, en su mayoría, se habían adaptado a la planificación familiar individual. Las causas de esta adaptación son complejas y objeto de polémica. Bastará indicar aquí que se trató de un proceso fundamental en la historia de la experiencia humana: una «transición del desorden al orden y del derroche al ahorro».471

3. LA HERENCIA DE LAS MIGRACIONES DE LA EDAD MODERNA: CRIOLLOS Y ESCLAVOS

Nos complace imaginarnos una «población», incluso una «sociedad», como una realidad arraigada, estacionaria, representable en un mapa, claramente delimitable. La idea parece encajar del todo en lo que respecta precisamente al siglo XIX: un siglo en el que el poder se territorializó y, gracias a las infraestructuras técnicas, el ser humano hundió más sus raíces en el suelo. Tendió líneas de ferrocarril, excavó canales, explotó minas a una profundidad insospechada. Y sin embargo, fue también una época de incremento de la movilidad. Una forma característica de la movilidad del siglo XIX fueron las migraciones *de larga distancia*: el traslado del lugar de subsistencia, a largo plazo o de larga duración, a un punto remoto y situado más allá de la frontera de un orden social distinto. Debemos distinguirla de la migración *de frontera* (Frontier): el avance de los pioneros como puntas de lanza de un movimiento que se adentra en tierras nuevas y «salvajes».472 En el siglo XIX, la migración remota afectó a la

mayor parte de Europa y diversos países de Asia. En todas partes fue un factor social de particular influencia. Lo impulsaba la demanda de mano de obra en el marco de una economía capitalista mundial en expansión. La migración atañó a muchas profesiones, a muchas capas sociales, a hombres y mujeres. Reunió motivos materiales e inmateriales. Ninguna zona de emisión y ninguna zona de recepción de los emigrantes quedó inalterada.

En el siglo XIX, la historiografía nacional buscó en todas partes la fundación de la nación como caso de interrupción de la movilidad. Parecían inspirarse en el motivo mitológico de Eneas, el héroe troyano que, después de mucho vagar, se asentó en Italia. En la imagen histórica nacional, hallaron un lugar fijo las tribus germánicas de la época de las grandes migraciones de los pueblos; los dóricos, en Grecia; más adelante, la normandización de Inglaterra desde 1066. Los pueblos asiáticos también mostraron inquietud por su origen y desarrollaron ideas propias sobre la inmigración de sus antecesores; por lo general, desde el norte (por ejemplo, los primeros vietnamitas, que habrían llegado de China). Las sociedades sedentarias del siglo XIX se aseguraban a sí mismas un origen móvil; y las nuevas sociedades (por ejemplo, la australiana) nacían precisamente en tiempos caracterizados por la movilidad. Lo que se ha dado en llamar «sociedad de la inmigración» es una de las grandes innovaciones sociales del siglo XIX. En las sociedades de la época, el proceso social fundamental fue la migración. Se suman en la migración tres aspectos estrechamente interrelacionados: el éxodo y la fundación de la nueva comunidad (el motivo del *Mayflower*), la garantía de supervivencia por la llegada de nuevos inmigrantes y, por último, la ocupación expansiva del espacio. Las migraciones del siglo XIX representaban tres capas temporales distintas. En primer lugar, podían ser la consecuencia migratoria de procesos ya *cerrados* de la Edad Moderna. En segundo lugar, podían ser movimientos que, habiéndose iniciado en una época anterior, se

adentraban en el siglo XIX, como por ejemplo el desplazamiento forzoso de los esclavos. En tercer lugar hallamos corrientes causadas por *nuevas* fuerzas del siglo XIX: por la revolución del transporte y la creación de oportunidades de negocio en el mundo capitalista. Estas corrientes no siguen siempre la cronología política: para muchas de ellas, 1914 supuso un corte, pero mucho más profundo fue el corte que representó la crisis económica mundial de 1929 en adelante.

Raíces de la emigración europea en la Edad Moderna

La migración a ultramar ya fue una característica diferenciadora de la Edad Moderna en Europa. En una época en la que gobiernos como los de China y Japón hacían casi imposible abandonar esos países, los europeos se expandieron por el mundo. En relación con la población total, fue de Inglaterra y los Países Bajos de donde más personas partieron a ultramar; en el caso inglés, sobre todo al Nuevo Mundo; en el neerlandés, hacia Asia. El tercer lugar, pero ya a distancia, lo ocupó España. En el caso de Francia —el país más poblado al oeste del imperio zarista—, la emigración tuvo poco peso. Muchos emigrantes volvieron a la patria de origen, cuya vida social y cultural enriquecieron con sus experiencias. De las 973.000 personas que, entre 1602 y 1795, se marcharon a Asia al servicio de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (la mitad de ellos, alemanes y escandinavos), más de un tercio fueron repatriados de nuevo a Europa.473 No todos los que se quedaron en el extranjero sobrevivieron y fundaron una familia.

En los trópicos, de hecho, no hubo núcleos de colonos europeos capaces de reproducirse por sí solos. Los 750.000 españoles que se quedaron en el Nuevo Mundo solían vivir en las mesetas, donde la salud no estaba expuesta a peligros tan graves como en la selva. Formaron una sociedad española que se consolidó con éxito gracias al crecimiento natural, al mestizaje con las mujeres locales y a la llegada de más españoles (moderada, pero creciente con el paso del tiempo).

La experiencia portuguesa fue muy distinta. Portugal era un

país muy pequeño; antes de 1800, su población nunca llegó a superar el umbral de los tres millones de habitantes. Y aun así, su total migratorio, entre 1500 y 1760, se calcula en un máximo de 1,5 millones de personas (el doble del español, por lo tanto). En su Siglo de Oro, el XVI, Portugal poseyó numerosas bases en Asia, África y la costa brasileña; pero en todas ellas el medio ofrecía condiciones de vida mucho más duras que las mesetas de México y Perú. Por otro lado, Portugal exportó mucho antes que España (y a este respecto, también los Países Bajos) la mano de obra no cualificada. En esas circunstancias, no se forman sociedades criollas. Los neerlandeses también siguieron la estrategia de enviar sobre todo extranjeros a las zonas más insalubres. En realidad, en el conjunto de la historia colonial existen también grupos «terceros» de población, además del grupos de los colonizados y de los súbditos de la nación colonizadora. A finales del siglo XIX, por ejemplo, en algunos departamentos de Argelia había más españoles que franceses.474

En el siglo XVIII, la emigración inglesa (también) fue selectiva. Las insalubres islas tropicales solo atrajeron a un número reducido de gestores de plantaciones; y allí el trabajo, como en las colonias del sur de Estados Unidos, quedaba en manos de los esclavos africanos. La ampliación de las fronteras norteamericanas por parte de los pioneros recayó principalmente en escoceses e irlandeses. El colono inglés más típico de la época comprendida entre, digamos, 1660 y 1800, era un hombre de formación relativamente elevada, que se dirigía a las ciudades y los núcleos de población más antiguos. La necesidad de personal británico en la India, antes de 1800, fue muy inferior a la de trabajadores neerlandeses en Indonesia. Mientras que los neerlandeses reclutaron a sus soldados coloniales en Sajonia y el norte de Alemania, los británicos no tardaron en emplear soldados indios, los cipayos, a los que se contrataba in situ. En suma: al principio, solo la emigración española supuso un éxito pleno; y así es como fue

considerada en toda Europa. Para los demás europeos occidentales que se mostraban dispuestos a emigrar —ingleses, irlandeses, escoceses, alemanes—, América del Norte no se convirtió en un lugar atractivo hasta mediados del siglo XVIII.475 Esto presuponía que, en casi todas partes, se hallaba la manera de que los trabajos más desagradables recayeran sobre población no europea. También hubo algunos casos especiales, que se diferenciaron del modelo de la corriente *continua* que partía de Europa. En Sudáfrica, los bóers, después de la migración inicial desde los Países Bajos, a mediados del siglo XVII, no recibieron nuevos flujos exteriores, solo la propia reproducción local. También los francocanadienses del siglo XIX (1,36 millones en 1881) descendían principalmente de los inmigrantes que habían llegado antes de 1763, cuando llegó a su fin el dominio francés en Norteamérica, con escasas incorporaciones posteriores.

La historia social del siglo XIX, por lo tanto, debe centrar la mirada en las consecuencias de la migración *inmediatamente* antes de que esta se produjera. Los cimientos de numerosas sociedades deben buscarse en los siglos XVII y XVIII, no en los antiguos tiempos de las «migraciones de los pueblos». Si nos situamos en los primeros años del siglo XIX, se trata de sociedades *jóvenes*, es decir, exactamente lo contrario de paisajes sociales históricamente tan profundos como el mediterráneo o el chino. Ninguna otra gran región del mundo fue escenario de tantos casos de etnogénesis asociada a la migración como Latinoamérica y el Caribe.476 Las sociedades latinoamericanas surgieron a partir de tres componentes: los nativos que sobrevivieron a la conquista y al *shock* microbiano, los inmigrantes europeos y la población que llegaba de África esclavizada. El hecho de que estos componentes se reunieran en proporciones distintas explica por qué el proceso total del comercio esclavista de la Edad Moderna en el Atlántico, que llegó hasta los primeros años del siglo XIX, hizo que se acuñaran cuatro clases de sociedades distintas en el hemisferio

occidental.

El tráfico de esclavos y la formación de las sociedades del Nuevo Mundo

El primer tipo de sociedad surgió en Brasil. Allí se formó una sociedad luso-brasileña que constaba de los descendientes de los conquistadores y emigrantes portugueses más una población de esclavos mitad africanos, mitad indios. Entre estos grandes grupos existieron muchos niveles intermedios. Un rico espectro de coloraciones de la piel, con diversos matices de mestizaje, se correspondía con una separación relativamente laxa entre las distintas clases sociales legalmente libres. Aunque durante todo el siglo XVIII la población india del interior del país permaneció esclavizada por una tropa ilegal y brutal, apenas controlada por el estado —los *bandeirantes*—, la economía de las minas y plantaciones brasileñas siguió dependiendo de la afluencia de esclavos de África. La desequilibrada distribución por sexos de los esclavos, originarios en su mayoría de Angola, así como las condiciones de trabajo inhumanas, provocaron tal mortalidad entre ellos que la población esclava de Brasil no se podía reproducir por sí sola. Entre 1701 y 1810, se llevó a Brasil a casi 1,9 millones de africanos. El punto culminante de este comercio no se alcanzó hasta la década de 1820, cuando llegaban anualmente a Brasil unos 40.000 africanos.[477] La importación de esclavos a Brasil duró hasta 1851, cuando la trata ya se había interrumpido en el resto del continente latinoamericano. En Brasil fue más fácil que en las otras sociedades esclavistas del Nuevo Mundo adquirir la condición de hombre libre mediante la compra o la liberación. Los negros libres y los mulatos tuvieron la tasa de crecimiento demográfico más elevada entre todos los grupos de la sociedad brasileña.[478] Brasil estuvo marcado por la esclavitud hasta su abolición, en 1888: una consecuencia de la migración forzosa en la Edad Moderna.

En todas partes, la esclavitud todavía perduró unos años después de que el tráfico humano se suspendiera. En Estados

Unidos no fue declarada ilegal hasta 1865. Sin embargo, la importación de esclavos al país había terminado ya en 1808, después de que, en los siete años anteriores, se hubiera alcanzado una cifra récord: un total de 156.000 recién llegados.479 Una particularidad de Estados Unidos, en comparación con las otras sociedades esclavistas, fue que la población de esclavos alcanzó tasas de reproducción altas *antes* de que la trata internacional llegara a su fin. *Después* de 1808, Estados Unidos tenía una población de esclavos que se perpetuaba a sí misma, en la que los nacidos en África no tardaron en suponer una minoría.480 Ya no se necesitaba traer a más personas para cubrir la necesidad de mano de obra esclava. Desde entonces, en Estados Unidos se desarrolló más intensamente el tráfico interior, lo que permitió ingresar fortunas a empresas especializadas de *speculators* o *soul drivers*. A los negros libres se los apresaba y vendía; a las familias de esclavos se las separaba sin escrúpulos. Los dueños de plantaciones en el *Deep South*, el «Sur profundo» que era el reino del algodón, viajaban a Virginia o Maryland para renovar las existencias de esclavos. Entre 1790 y 1860, se calcula que un millón de esclavos cruzó las fronteras estatales bajo coerción.481 El tráfico interno se convirtió en la forma más visible, escandalosa y fácil de atacar de la esclavitud. Casi al mismo tiempo, en África, el fin del tráfico transatlántico potenció la circulación de esclavos dentro del continente.

El tercer modelo de relación entre migración y sociedad lo hallamos en México. Como todo el Nuevo Mundo, el virreinato de Nueva España (México), que era el centro administrativo del imperio español, conoció la esclavitud; pero nunca fue una sociedad esclavista como Brasil o los estados del sur de Estados Unidos, donde la esclavitud representaba la institución clave que integraba y marcaba todos los ámbitos vitales. Ello no obedecía a una particular repulsión de los españoles hacia la esclavitud: la Cuba española se mantuvo como sociedad esclavista plenamente desarrollada hasta la década de 1870.

Pero en México, principalmente por razones ecológicas, no podía arraigar una economía basada en las grandes plantaciones. Hacia 1800, México, a diferencia de Brasil o Estados Unidos, ya no era una tierra de destino; entre los primeros años del siglo XVIII y la prohibición de la trata en el país, en 1817, se calcula que no llegaron más de 20.000 africanos.482 La población india se había ido recuperando lentamente, desde 1750, de diversos retrocesos demográficos. Según el censo de 1793, los negros suponían a lo sumo el 0,2 % de la población mexicana. El segundo grupo más pequeño lo formaban los 70.000 españoles nacidos en la propia España (*peninsulares*), con cerca del 1,5 % del total. La inmensa mayoría de la población mexicana eran los *indios* autóctonos (52 %), seguidos de los *criollos*, es decir, los nacidos en México pero como descendientes de europeos.483 Hacia 1800, México era una sociedad aislada de las corrientes migratorias intercontinentales, cuya población se renovaba por sus propios recursos biológicos.

El cuarto modelo lo hallamos en el Caribe británico y francés. En la mayoría de las islas antillanas, la población nativa había fallecido durante las primeras oleadas de la invasión europea. En el siglo XVII, sobre esa *tabula rasa* demográfica, la dinámica de la producción capitalista temprana para el naciente mercado mundial creó un nuevo tipo de sociedad formada exclusivamente por extranjeros: sociedades de inmigración pura, carentes por completo de tradiciones locales. Estas sociedades solo podían cumplir con su razón de existir —la producción de azúcar en plantaciones— mediante una incorporación ininterrumpida de esclavos de África. No se llegó nunca —como sí ocurrió en los estados sureños de Estados Unidos— a la reproducción autónoma de la población negra, que cubriera las necesidades de mano de obra de las plantaciones sin la nueva afluencia de esclavos del exterior. El porcentaje de población europea se estancó después de la oleada de colonos ingleses, franceses y neerlandeses de los

primeros años del siglo XVII, pese a que durante todo el siglo XVIII salieron de Europa trabajadores especializados y capataces para las plantaciones (no así propietarios de las clases altas). Los blancos no dejaron de ser una minoría reducida. En el siglo XVIII, en las islas azucareras, como la Santo Domingo francesa y las posesiones británicas de Jamaica y Barbados, los esclavos negros suponían del 70 al 90 % de la población.484

Comprar la libertad o lograr la emancipación resultaba mucho más difícil en el Caribe que, por ejemplo, en Brasil. En consecuencia, hasta el final de la esclavitud, la capa social intermedia de los negros libres (*free persons of colour*) fue relativamente poco numerosa. En Brasil, hacia 1800, unos dos tercios de la población eran legalmente libres. En Estados Unidos, las personas libres también fueron siempre mayoría en el total de la población. Esto diferenció a estas dos regiones de las islas azucareras del Caribe. (Sin embargo, en Brasil los libres eran principalmente negros y mestizos, y en Estados Unidos, blancos.) Otro rasgo pone de manifiesto la singularidad del Caribe. En este mar, los sistemas esclavistas se destruyeron antes que en Brasil y Estados Unidos: en parte por una revolución de los esclavos (en Santo Domingo-Haití, entre 1791 y 1804), en parte por decisiones legislativas adoptadas en las metrópolis (en Gran Bretaña en 1833, en Francia en 1848, en los Países Bajos en 1863). Estas sociedades entraron después de la emancipación en su propio «siglo XIX», que, como época, no se inició hasta la abolición de la esclavitud. La inmigración libre, después del fin del tráfico de esclavos, interpretó un papel muy secundario, y numerosos blancos huyeron de la zona durante la fase de revolución y emancipación. Solo Cuba siguió actuando como imán para aquellos que querían participar del auge del azúcar en la isla: entre 1830 y 1880, llegaron unos 300.000 nuevos colonos, en su gran mayoría españoles. En otros lugares, los blancos eran mal recibidos (Haití) o no se sentían atraídos por el estancamiento económico de las islas.

En consecuencia, el crecimiento general de la población del Caribe fue claramente más lento en el siglo XIX que en el siglo anterior.

El tráfico de esclavos a través del Atlántico hizo de puente entre la Edad Moderna y el siglo XIX. Llegó a su apogeo cuantitativo durante la *Sattelzeit* o «época de collado», y alimentó con ello una institución, la esclavitud, que aún sobrevivió varios años a su cancelación. La formación de sociedades de migrantes en el hemisferio occidental entró en una nueva fase en el segundo tercio del siglo XIX, en el que la migración transatlántica forzosa interpretó un papel menor que antes. Pese a todo, a quienquiera que visitaba las Antillas, Brasil o Estados Unidos le quedaba claro que la América del siglo XIX era también un pedazo de África.

4. COLONIAS PENALES Y EXILIO

Siberia, Australia, Nueva Caledonia

¿Qué novedades se observan en la historia de las migraciones durante el siglo XIX? Dejaremos de lado por ahora la *migración de frontera*, que se tratará en un capítulo posterior, así como la migración interior en el seno de los diversos países y estados nacionales, sobre la que difícilmente cabe generalizar. Veamos primero algunas formas particulares. Entre ellas, la nueva popularidad de la colonia penal, usada para exponer a los delincuentes y los opositores políticos a la soledad, la privación y las torturas del clima. Siberia se utilizó como colonia penal desde 1648; con Pedro el Grande, también como destino para los prisioneros de guerra. En Rusia, cada vez fueron más los delitos penados con el destierro. Los siervos rebeldes (hasta 1857), las prostitutas, los marginados incómodos que resultaban una carga para su comunidad rural, los vagabundos (que durante el siglo XIX fueron, en varias zonas, la mayoría de los deportados), desde 1800 también los judíos que no habían satisfecho sus impuestos durante tres años seguidos, se veían despachados a Siberia. En el siglo XVIII aumentó el peso del trabajo forzoso (*katorga*) en las obras estatales. Solo después

del fracaso de la revuelta decembrista de 1825 se usó en mayor medida el norte de Asia como destino del exilio *político* forzoso. Desde el punto de vista estadístico, esto se notó poco, en un principio. El tiránico zar Nicolás I amedrentaba a sus súbditos de tal manera que estos no osaban desafiar el poder estatal. En Siberia se fueron sucediendo las oleadas de radicales antizaristas. Hacia 1880 había allí aún muchos desterrados de la revuelta polaca de 1863, a los que ya seguían los primeros marxistas y anarquistas. Pocos exiliados gozaron de las comodidades que tuvo en Siberia Mijaíl Bakunin, pariente del gobernador que pudo participar en la vida social de la clase alta local. Muchos otros tuvieron que trabajar en condiciones penosas en las minas de oro y carbón. En los casos corrientes, los desterrados no vivían encarcelados, sino que de una forma u otra formaban parte de la vida social; algunos incluso tenían familias.

Los jueces rusos condenaron a la deportación, en las últimas tres décadas del siglo XIX, a un promedio de entre 3.300 y 3.500 personas al año. En enero de 1898, la estadística oficial reconocía la presencia de 298.600 deportados en Siberia; si sumamos a los parientes directos, hablamos de una población de al menos 400.000 desterrados, lo que supone casi el 7 % del total de la población siberiana. Poco antes de 1900, los casos de exilio a Siberia fueron reduciéndose lentamente, pero volvieron a aumentar después de la revolución de 1905.[485] El destierro a Siberia se denunció una y otra vez desde la Europa occidental como una demostración de la «barbarie» del imperio zarista. La comparación estadística, no obstante, muestra que a finales del siglo XIX —por elegir un indicador aplicable en general— la pena de muerte, en relación con la población total, se aplicaba con menos frecuencia en el imperio ruso que en Estados Unidos (¡donde se ejecutaba diez veces más!), Prusia, Inglaterra y Francia.[486] Por otro lado, la mortalidad entre los condenados era *inferior* a la de las colonias penales que la república francesa tenía en los trópicos. En el siglo XIX, el sistema de

castigo siberiano cumplió una doble función: era tanto una «cárcel sin paredes», con la que disciplinar a la oposición política y los grupos sociales marginales, como un medio de destinar mano de obra al gigantesco proyecto estatal de colonización y «civilización»: un proceso de ampliación colonial que se asemejaba mucho más a la aplicación colonial de la *corvée* que al movimiento de los pioneros en el Oeste de Estados Unidos, impulsado sobre todo por la voluntariedad y las fuerzas del mercado. En la época de la revolución rusa de 1905, hacía tiempo que la deportación y el trabajo forzoso, a juicio de la opinión pública de la Europa occidental, eran condenas anacrónicas y en general carentes de justificación.

En China también habían perdido legitimidad y utilidad para el estado. El punto culminante de esas prácticas en el imperio chino se halla en el siglo XVIII. En 1759, el emperador Qianlong concluyó la conquista de un extenso territorio en el Asia central, y pronto se empezó a investigar las posibilidades de las inhóspitas tierras fronterizas como lugar de destierro. Durante las décadas posteriores, decenas de miles de personas fueron enviadas al destierro a zonas de la actual provincia de Xinjiang. Fueron objeto de una institución que cabe calificar de *sistema* de exilio, no menos que en el caso de Rusia. Aquí también se combinaron los objetivos del castigo con los de la colonización de las tierras de frontera. Hacia 1820, aproximadamente, el estado Qing estuvo experimentando con este sistema. Posteriormente, aunque perduró hasta la caída de la dinastía, en 1911, las autoridades estatales perdieron interés debido a otros problemas urgentes y a que las condiciones de colonización resultaban cada vez más complicadas. Entre las peculiaridades del sistema chino destacan el gran porcentaje de funcionarios y oficiales que fueron castigados con un traslado disciplinario; la práctica de permitir la compañía de las familias; y el gran valor que se daba a la renovación moral. No era infrecuente que el funcionario, después de pasar entre tres y diez años en el lejano oeste, pudiera continuar su carrera en

las tierras del centro. La China imperial fue más moderada en el recurso a la pena de muerte que muchos de los estados europeos del Antiguo Régimen; era habitual conmutar la muerte por el destierro. El traslado de presos y desterrados a Xinjiang se organizaba minuciosamente y cuenta entre los grandes logros logísticos del estado Qing. No hay cifras al respecto.487

El estado francés deportó a los que consideraba indeseables políticos después de los disturbios de 1848 y 1851. Tras aplastar el levantamiento de la Comuna de París, en 1871, más de 3.800 insurgentes fueron enviados al archipiélago de Nueva Caledonia, en el océano Pacífico, a bordo de 19 convoyes. La deportación de los *communards* a aquella colonia, que Francia controlaba desde 1853, pretendía desarrollar un doble proceso de «civilización» en paralelo: no solo de la población nativa (los *canacos*), sino *también* de los revolucionarios franceses trasladados a la fuerza; y así se organizó.488 Anteriormente había fracasado, por las condiciones climáticas, el intento de contar con un asentamiento de franceses libres. Hasta 1898, llegaron a Nueva Caledonia, en promedio, entre 300 y 400 presos al año.489 La otra colonia de destierro francesa era aún más dura, en cuanto a las condiciones climáticas: la Guayana francesa, en el noreste de América del Sur, con Cayena como capital. Se trata de una de las regiones más inhóspitas del mundo, que atrajo sobre sí la atención de la opinión pública mundial, como muy tarde, cuando el capitán Alfred Dreyfus fue condenado por alta traición (según se supo después, víctima de una conspiración) y, en 1895, trasladado en una jaula de hierro a la isla del Diablo, situada a poca distancia del continente. Al iniciarse el siglo XX, había en la Guayana Francesa una prisión y un sistema de trabajo forzoso en el que vivía cerca de una quinta parte de la población de la colonia (sin contar a las tribus indias ni a los buscadores de oro). El destierro a las «islas de la pimienta» no se abolió hasta 1936.490

Australia se utilizó como colonia penal a gran escala. De hecho,

debe su misma existencia colonial al envío de la *first fleet* («primera flota»), cuyos once barcos, con 759 presos, llegaron el 18 de enero de 1788 a la bahía de Botany, muy cerca del lugar de la posterior fundación de Sídney. La pérdida de las colonias norteamericanas había colocado al estado británico en el apuro de hallar un nuevo destino para los presos condenados a la deportación. Después de que se rechazaran, por razones humanitarias, varias alternativas extremas —por ejemplo, una isla en el río Gambia, en el África occidental—, alguien se acordó de la bahía de Botany, descubierta por el capitán Cook en 1770. Aunque no cabe excluir otros motivos —como la rivalidad marítima con Francia—, sin la grave crisis de los presos desterrados, de mediados de la década de 1780, probablemente no se habría llegado a una acción tan espectacular. Australia, en cualquier caso, durante los primeros cuarenta años de su historia colonial, apenas fue nada más que una enorme colonia penal. Los primeros colonos fueron inmigrantes forzosos, enviados por los jueces a la remota Oceanía.

Hasta el último transporte de presos, que se realizó en 1868, se envió a Australia a un total de 162.000 presos. En su mayoría, eran productos de la creciente subcultura criminal de las ciudades británicas que vivían la etapa inicial de la industrialización: ladrones, carteristas, estafadores, etc. Solo una minoría fue condenada por razones políticas. La inmigración libre fue fomentada por el estado desde finales de la década de 1820, pero por ello se redujo el envío de presos. Antes al contrario: el 88 % de los condenados llegó después de 1815. El apogeo cuantitativo se alcanzó en la década de 1830; solo entre 1831 y 1835 arribaron a Australia 133 barcos con un promedio de 209 presos cada uno, tras un viaje oceánico de un mínimo de cuatro meses.[491] Pese a todo, la mayoría poseían al menos los derechos elementales de un ciudadano británico. Desde el principio, los presos pudieron defender sus intereses ante un juez y no estuvieron del todo obligados a elegir una u

otra profesión. Este factor fue importante para que en Australia, sin revoluciones dramáticas, se pudiera ir dando paso a una sociedad burguesa.
La colonia de castigo —que se ha grabado indeleblemente en la memoria gracias al relato de Franz Kafka *En la colonia penal*, escrito en 1914 e impreso en 1919— fue un tipo de lugar difundido por todo el mundo, característico del siglo XIX imperial, que sin embargo aún no ha desaparecido del todo. En la corriente migratoria que salió de Europa, el traslado forzoso siguió siendo un elemento de importancia. Cabría enumerar más ejemplos al respecto. España despachó delincuentes a Cuba y el norte de África; Portugal, a Brasil, Goa y sobre todo Angola. Los ciudadanos británicos podían hallarse de golpe en las Bermudas o en Gibraltar. También se castigaba así a los súbditos coloniales: en la India, por ejemplo, se los enviaba a Birmania, Adén, Mauricio, Bencoolen, las islas Andamán o las Colonias del Estrecho, en la península de Malaca. Los diversos objetivos que se perseguían con tales traslados no se lograban siempre de la misma manera. El efecto disuasorio que se buscaba era tan inseguro como la «civilización» de los presos. Su trabajo forzoso probablemente contribuyó, en general, al desarrollo económico de la región receptora, pero por ejemplo, los poderes coloniales de Birmania o Mauricio solo necesitaban mano de obra joven y fuerte, no el tipo de presos indios que les solían enviar.492 El trabajo de los presos solo fue racional cuando no se podía disponer de ninguna otra fuente de mano de obra.
Exilio
El exilio político como destino de una persona o un grupo reducido no fue ninguna novedad del siglo XIX. Antes al contrario: siempre había habido refugiados que huían de una guerra, una epidemia o una hambruna. En la Edad Moderna, en particular en la europea, se añadieron los refugiados religiosos: musulmanes y judíos que huían de España; hugonotes protestantes que se iban de Francia; «no

conformistas» contrarios a la ortodoxia protestante de Inglaterra. Resulta especialmente difícil determinar las cifras. Obviamente, en comparación con el problema que supusieron los refugiados desde que se inició la primera guerra mundial, en el siglo XIX los colectivos desplazados aún no fueron una forma de migración predominante. Sin embargo, el fenómeno sí cobró más importancia, debido a varios factores: (1) una persecución más dura de los oponentes políticos en la atmósfera ideológica de una guerra civil de origen laico, como la que se produjo por vez primera durante la Revolución Francesa; (2) diferencias en el grado de liberalismo de los estados, que convirtió a algunos de ellos en codiciados refugios de la libertad, dispuestos a acoger a terceros en sus fronteras; y (3) el hecho de que en lo sucesivo, en las sociedades más ricas, había más margen material para permitir la supervivencia de los extranjeros, al menos temporalmente.

Fue característico del siglo XIX, en comparación con la época siguiente —por lo menos, hasta la década de 1860—, el exiliado personalmente visible, surgido a menudo de un medio culto y acomodado, más que la figura del refugiado anónimo en medio de una multitud. Las olas de la revolución hicieron emerger a esa clase de exiliados: en 1776, los cerca de 60.000 colonos lealistas, partidarios del rey británico, que huyeron de las excolonias norteamericanas hacia Canadá y el Caribe (algunos del segundo grupo tuvieron que buscar lugar seguro otra vez después de una segunda revolución, la de Santo Domingo-Haití, desde 1791); en 1789, los *émigrés* que no renegaron de la dinastía borbónica; en 1848-1849, las víctimas de la represión tras las revoluciones fracasadas en muchas partes de Europa. Suiza acogió, después de 1848, a unos 15.000 exiliados, en su mayoría alemanes e italianos; unos 4.000 alemanes se establecieron en Estados Unidos.[493] Los decretos de Karlsbad, de 1819, y la ley antisocialista alemana de 1878 provocaron huidas menos numerosas. Desde el punto de vista de la historia del Derecho, el momento de inflexión es la revolución de julio de

1830, que llevó a una clara consolidación del asilo político —y la protección frente a la extradición política— en el ordenamiento jurídico de los estados de la Europa occidental, sobre todo Francia, Bélgica y Suiza. En las revoluciones europeas de 1848-1849, el principio también se acreditó en la práctica. Se relacionó con ello la ayuda financiera pública para refugiados políticos y, al mismo tiempo, la posibilidad de influir indirectamente en su conducta.494

Las relaciones entre el exilio y la revolución son complicadas: en 1830 era precisamente la revolución de Francia la que despertaba esperanzas de libertad en otros pueblos y los animaba a la rebelión; y, al mismo tiempo, las circunstancias política favorecían que la propia Francia se convirtiera en un codiciado lugar de asilo. Después de que la revolución de noviembre de 1830 se derrumbara en el reino de Polonia, sometido a Rusia, en 1831 una gran parte de la élite política polaca —unas 9.000 personas, dos tercios de las cuales pertenecían a la (numerosa) nobleza del país— atravesó Alemania en dirección a Francia, en una marcha triunfal. Esta «gran emigración» (*Wielka Emigracja*), que se estableció primordialmente en París, llevó al extranjero creatividad cultural e iniciativa política. El exilio se interpretó como una «misión metafísica» cuyas víctimas se sacrificaban en representación de todos los oprimidos de Europa.495 Para ocupar a los más turbulentos de entre los refugiados de las revoluciones, el gobierno francés fundó en 1831 la Legión Extranjera.

Antes del siglo XIX, nunca se había practicado tanta política desde el exilio. Desde París, el príncipe Adam Czartoryski —el «rey no coronado de Polonia», a quien también se había llamado «gran potencia unipersonal»— agitó en toda Europa actos contra el zar Nicolás I y su política, e intentó que sus compatriotas superaran la división interna y jurasen estrategias y objetivos comunes.496 Alexander Herzen, Giuseppe Mazzini y el botafuego Giuseppe Garibaldi, condenado repetidamente al

exilio, también actuaron desde la emigración. El levantamiento griego contra el poder otomano se organizó en el extranjero. No obstante, el imperio otomano no fue tan solo un foco de despotismo, sino que a veces se convirtió también en lugar de asilo de los derrotados en el combate por la libertad: después de que la intervención de las tropas rusas aplastara el movimiento independentista húngaro, en 1849, Lajos Kossuth y varios miles de sus partidarios hallaron refugio en el reino del sultán. La diplomacia francesa y británica apoyó a la Sublime Puerta en su negativa a extraditarlos a Rusia, haciendo referencia a las costumbres del «mundo civilizado», un mundo en el cual, excepcionalmente, estaban dispuestos a incluir al imperio otomano.497

Avanzado el siglo, también los imperios asiáticos se vieron socavados desde el exilio. Hasta entonces, apenas había ocurrido así. Por ejemplo, quienes permanecieron leales a la dinastía Ming, en la China del siglo XVII, no lograron establecer una base de operaciones fuera de las fronteras del imperio. La rebelión Taiping, de 1850 a 1864, tampoco pervivió en el exilio. Pese a que en el siglo XIX hubo turcos que criticaron con severidad al imperio otomano desde el extranjero, al principio fueron solo disidentes aislados. Antes incluso de que, en 1878, el sultán Abdulhamid II pasara a la autocracia, los intelectuales críticos como el poeta y publicista Namık Kemal fueron enviados al exilio interior (por ejemplo, a Chipre) o exterior. Al empezar la década de 1890, se formó en París un movimiento de oposición a Abdulhamid, bajo el nombre de *Jeunes Turcs*. En la capital francesa, en asociación con grupos conspirativos en el seno de las fuerzas armadas otomanas, se preparó la revolución de los Jóvenes Turcos, de 1908.498 Desde la década de 1880, las organizaciones revolucionarias y nacionalistas armenias actuaron desde Ginebra y Tiflis.499 En China, los opositores occidentalizantes de la dinastía Qing tenían la ventaja de poder preparar sus acciones revolucionarias por detrás mismo de las fronteras del imperio. El líder revolucionario Sun Yatsen y sus

adeptos lo hicieron desde 1895 en la real colonia británica de Hong Kong; luego vivieron entre las comunidades chinas de Estados Unidos y, sobre todo, Japón.500

El Asentamiento Internacional de Shanghái, que estaba sometido al control internacional (pero léase: occidental), también sirvió de base para planificar y actuar contra el régimen imperante. En 1898, cuando el emperador Guangxu, joven y políticamente débil, se atrevió a respaldar un intento de reforma constitucional (la «Reforma de los Cien Días»), que hizo fracasar su tía Cixi, la conservadora emperatriz viuda, los protagonistas del movimiento buscaron la protección británica en el extranjero. En la India, en Darjeeling, el más destacado de ellos, Kang Youwei, escribió su *Datongshu* («Libro de la gran unidad»), una de las utopías más sobresalientes de la literatura universal.501 En América también hallamos ejemplos en los que se hizo saltar, desde el exilio, regímenes supuestamente estables. La caída del viejo dictador Porfirio Díaz, que había gobernado México desde 1876, se preparó en San Antonio (Texas), donde el opositor más señero, Francisco Madero, reunió a sus adeptos en 1910.502 Todas estas personas y estos movimientos se caracterizan por haber aprovechado la brecha de liberalismo sin por ello convertirse en medios directos de la intervención de las grandes potencias.

El exilio ofreció cierta seguridad (no completa) frente a los esbirros del régimen atacado, permitió la creación de círculos de intelectuales capaces de difundir sus ideas a través de los medios de comunicación contemporáneos, y dio acceso tanto a personas que simpatizaban con la causa como a mecenas financieros. En todos estos aspectos, la política en el exilio fue «moderna». Se apoyó en técnicas de comunicación avanzadas y en la naciente opinión pública mundial. Pero las posibilidades de un exilio activo, que no se conformara con la marginalidad, se concentraron en pocos lugares. Si los *émigrés* de la Revolución Francesa de 1789 se congregaron primero en Coblenza, en fechas posteriores del siglo XIX destacaron como

base de operaciones de la política en el exilio las ciudades de Londres, París, Zúrich, Ginebra y Bruselas. Desde la perspectiva actual sorprende la libertad de la que muchos exiliados políticos gozaron, pese al progresivo empeño controlador de las autoridades (por ejemplo, en Francia). En Gran Bretaña, durante todo el siglo XIX, ni un solo refugiado político del continente tuvo dificultades para entrar en el país o fue luego deportado.503 Nadie pensó en amordazar a Karl Marx en Londres o a Heinrich Heine en París. Los gobiernos no habían suscrito convenios de mutua asistencia judicial. Cuando en Londres se solicitó perseguir a los opositores a un régimen, la petición siempre fue denegada; en ocasiones ni siquiera se le dio respuesta. Tampoco se ponían trabas judiciales a la crítica del propio imperialismo, el británico. En general, los exiliados políticos en activo no se consideraban ni saboteadores de la propia política exterior ni un peligro para la «seguridad nacional».

El exilio no solo reunió a revolucionarios y miembros de la resistencia anticolonial (como Abd al-Qadir de Argelia y Shamil del Cáucaso), sino también a los gobernantes depuestos. Un sitio inexistente como la isla de Santa Helena pasó a la historia gracias al destierro de Napoleón. En 1833, Chateaubriand se encontró vagando por el desierto distrito de Hradčany, en Praga, a Carlos X —el rey borbónico depuesto tres años antes— en compañía de sus nietos. El sucesor de Carlos, Luis Felipe, terminó sus días en 1850 en una propiedad del condado de Surrey; el dictador argentino Juan Manuel Rosas, los suyos en 1877 —un cuarto de siglo después de ser derrocado— en la inglesa Southampton. La forma más curiosa de emigración monárquica que se vio en el siglo XIX tuvo lugar en noviembre de 1807. Acosado por el ejército invasor de Napoleón, el príncipe regente de Portugal, Dom João, subió a bordo de una flota de 36 barcos junto con su corte y la mayoría de la burocracia estatal —en total, 15.000 personas— para mudarse a la colonia de Brasil. Durante los trece años siguientes, la

capital virreinal de Río de Janeiro fue el centro del mundo lusitano. Fue una novedad doble: no solo fue el primer éxodo completo a ultramar de todo un sistema de gobierno, sino que la primera vez en toda la historia de la expansión marítima europea que un monarca reinante visitaba una de sus colonias. Una corte del absolutismo tardío corría el riesgo, en la era de las revoluciones, de trasplantarse en un contexto político del todo diferente; y lo hizo así bajo las tensiones entre un evidente interés propio y un genuino patriotismo. Este exilio peculiar, rodeado por la tragedia a la par que la legitimidad, alimentó visiones de rejuvenecimiento y renovación de la monarquía, incluso de la creación de un gran imperio con el próspero Brasil como centro. De hecho, en 1815 se produjo un intento de reunir un imperio brasileño-portugués muy integrado, que sin embargo se malogró.504

5. HUIDA EN MASA Y LIMPIEZA ÉTNICA

El Cáucaso, los Balcanes y otras zonas de expulsión

Mientras que la emigración política y su punto final, el exilio heroico, fue un fenómeno característico del siglo XIX —primero de Europa, luego también de otros lugares—, en cambio la imagen de una multitud de refugiados pasando penalidades y buscando la supervivencia colectiva en el extranjero suele asociarse con la era de la «guerra total» y un ultranacionalismo racista y homogeneizador. Sin embargo, en el siglo XIX las corrientes de refugiados transfronterizos, provocadas por una acción estatal, no fueron desconocidas. Algunas de las decisiones más efectistas de la época ocultan tras de sí una realidad más cruda. Así, la lucha de independencia de Grecia fue menos una acción heroica —la de algunos nórdicos filohelénicos de ánimo elevado, el más conocido de los cuales sería Lord Byron, más los valerosos descendientes griegos de las antiguas guerras médicas— que una primera señal de la posterior limpieza étnica en la región. La población de Grecia se redujo de los 939.000 habitantes de 1821 a los 753.000 de 1828, lo que obedece ante todo a la expulsión y la huida de los

residentes turcos.505 En 1822, los propios turcos hicieron estragos en la isla de Quíos, en el Egeo: masacraron a una parte de la población cristiana, vendieron a otra parte como esclavos y condenaron a miles al exilio. La diáspora de Quíos recaló sobre todo en Londres, Trieste y Marsella.

El hecho de que, desde finales del siglo XVIII, los tártaros de Crimea dejaran sus hogares en la península y se mudaran al imperio otomano tuvo que ver con el desprecio ruso por la forma de vida tártara, la pérdida de terrenos entregados a los colonos de Rusia y el creciente antiislamismo ruso. La migración empezó con la guerra ruso-otomana de 1768-1784 y se intensificó con la anexión del janato de Crimea, en 1783. Al menos 100.000 tártaros de Crimea, y entre ellos casi todo el estrato superior (los notables), se establecieron durante el siglo posterior en Anatolia y formaron el núcleo de lo que los mismos tártaros denominan «primer exilio» (*sürgün*). La guerra de Crimea (1853-1856) fue la perdición para los tártaros que se quedaron en la península, pues ahora los rusos los consideraban la quinta columna de los odiados otomanos. Cuando cesaron las operaciones militares, los barcos aliados ya habían evacuado de la zona de soberanía zarista a 20.000 tártaros de Crimea a los que concedieron asilo; otros 20.000 huyeron por otras vías. En los primeros años de la década de 1860, se dice que otros 200.000 tártaros abandonaron Crimea en condiciones penosas.506 Pese a todo, ya *a finales* del siglo XIX, el gobierno zarista sí intentó retener en la zona a los tártaros y otros musulmanes; no se le puede atribuir sin más una política de expulsión sistemática.507

El éxodo de los pueblos musulmanes del Cáucaso adquirió proporciones aún más inmensas, después de que el ejército ruso quebrantara, en 1859, la resistencia armada de las mesetas, que encabezaba Shamil. En la conquista y «pacificación» del alto Cáucaso, los rusos emplearon todos los métodos de limpieza étnica. Un mínimo de 450.000 musulmanes de los pueblos de las montañas —pero la cifra

podría ser de hasta un millón— fueron expulsados de sus tierras entre 1859 y 1864. Durante la huida hacia el reino del sultán, varias decenas de miles perecieron por hambre, enfermedades y accidentes. En 1860 huyeron 40.000 chechenos; en ese año, solo una pequeña minoría de los musulmanes de Georgia decidió quedarse en la región.508 Aun en la desdicha, los tártaros hallaron la suerte de ser bien recibidos por una potencia protectora vecina, que fue adquiriendo el papel de patria religiosa. Al impulso de la expulsión se sumó la fuerza de la atracción de la bendita «tierra del califa»; las corrientes mesiánicas de la diáspora explicaban la huida como un regreso a la patria.

Otros grupos étnicos perseguidos no encontraron ningún refugio similar. En los primeros días de mayo de 1877, después de varios años de combates en la retaguardia y de haber vencido el año anterior al ejército de Estados Unidos en Little Big Horn, los lakota-siux supervivientes —encabezados por su jefe Toro Sentado— cruzaron la frontera de la tierra de la «gran madre blanca», la reina Victoria; esta parecía gobernar con mucha más indulgencia que el «gran padre» de Washington D. C., y se creía que en su territorio las leyes valían para todos. Por primera vez en su vida, el jefe se encontró con blancos, en Canadá, que le trataban con respeto y parecían de fiar. La diplomacia dio al traste con sus esperanzas. Estados Unidos, que se consideraba en guerra con los lakota, ya debilitados y empobrecidos, exigió a Canadá que internara a los indios. El hambre y la incesante presión estadounidense hizo que la pequeña comunidad lakota —una sombra de la antigua potencia siux— regresara a Estados Unidos, donde se los trató como prisioneros del gobierno.509

En una Europa de ideario cada vez más nacionalista, hubo flujos de refugiados transfronterizos que fueron resultado de desplazamientos de la frontera, ya fueran acordados políticamente o conquistados por las armas. Tras el estallido de la guerra franco-prusiana, Francia expulsó a 80.000 alemanes.

Cuando Alsacia-Lorena, según la paz de Fráncfort, de 1871, quedó anexionada al imperio alemán, 130.000 habitantes hicieron el camino contrario y abandonaron las que habían sido provincias francesas, pues no deseaban vivir bajo dominio alemán.510 En la frontera oriental de Alemania, la *Kulturkampf* («lucha cultural») de Bismarck contra el catolicismo afectó también a las de por sí precarias relaciones germano-polacas. Cuando la lucha cultural se calmó, se hizo manifiesto que el enfrentamiento de la «lucha por la lengua y la tierra» era de carácter chovinista. En el transcurso de la política de germanización, que a su vez se construyó como defensa frente a la supuesta amenaza de «polonización» de las zonas orientales del imperio alemán —lo que se dio en llamar «inundación polaca»—, las autoridades alemanas no vacilaron en emplear la expulsión como medio para sus fines. Entre 1885 y 1886, se desalojó de las provincias orientales del imperio alemán a 22.000 polacos y 10.000 judíos de nacionalidad rusa y austríaca; muchos fueron enviados al zarista «reino de Polonia», en el que no poseían medio alguno de subsistencia.511 En dirección contraria, numerosos alemanes abandonaron el imperio zarista, que cada vez se definía más claramente según el nacionalismo ruso. Entre 1900 y 1914, unos 50.000 alemanes del Volga dejaron sus hogares. En las décadas anteriores a la primera guerra mundial, allí donde surgían nuevos estados nacionales y donde, en el seno de imperios multiculturales, se practicaba una «política de nacionalidades», se corría el riesgo de «deshacer la mezcla de los pueblos» (lord Curzon).

Durante todo el siglo XIX, los Balcanes fueron una de las regiones etnopolíticas más turbulentas del mundo. En la guerra ruso-otomana, las tropas rusas llegaron a estar a tan solo 15 kilómetros de Estambul. El gobierno zarista había iniciado la guerra en abril de 1877, aprovechando un creciente estado de opinión antiturco, después de que se hubiera reprimido sublevaciones antiturcas con crudeza en Hercegovina, Bosnia y

Bulgaria; fueron los «horrores de Bulgaria», que hicieron elevarse a cumbres de la retórica moral al jefe de la oposición británica, William E. Gladstone.512 Durante este avance, entre los soldados rusos y las bandas búlgaras mataron a entre 200.000 y 300.000 musulmanes y dejaron sin hogar a muchos más.513 Una vez acabada la guerra, se habían asentado en el imperio otomano cerca de medio millón de refugiados musulmanes.514 En 1878, el Congreso de Berlín intentó poner orden en el mapa político del suroeste de Europa; pero precisamente ese orden tuvo consecuencias muy graves para las minorías religiosas y étnicas. Los refugiados se ponían en marcha para escapar a la venganza de otra religión o nacionalidad o para no ser gobernados por infieles. Los cristianos buscaron amparo en las nuevas estructuras estatales autónomas o —aquí las fronteras eran difusas— amparadas por Rusia o Austria. Los musulmanes buscaban la seguridad en las menguantes lindes del imperio otomano. Es muy difícil establecer las diferencias entre la expulsión directa y una huida prácticamente inevitable. Hasta mediados de la década de 1890, cerca de 100.000 residentes de lengua búlgara habían partido de Macedonia, que quedaba en manos otomanas, en dirección a Bulgaria. A la inversa, se marcharon de Bosnia pobladores musulmanes y titulares de cargos turcos, pero también campesinos ortodoxos, porque el Congreso de Berlín había dejado la zona bajo ocupación de los Habsburgo (luego católica).515 La cifra total de desarraigados por la guerra ruso-otomana de 1877-1878 quizá llegara a las 800.000 personas.

La fase más intensa de los flujos de refugiados en el suroeste de Europa se dio con la guerra balcánica de 1912-1913. Las masacres y acciones de limpieza étnica de aquellos años apuntan a las consecuencias posteriores de las guerras yugoslavas de la década de 1990. Hacía siglos que en Europa no se daban, en un espacio comparable, movimientos demográficos de aquella magnitud. Musulmanes de todas las categorías étnicas (turcos y miembros de otros pueblos turcos,

albaneses, búlgaros islamizados, etc.) huyeron de todos los territorios antaño otomanos y ahora integrados en estados balcánicos. Los griegos abandonaron la Serbia ampliada, la Bulgaria engrandecida, Tracia, pero también el Asia menor (pese a que muchos griegos de la zona solo hablaban turco). A consecuencia de las dos guerras balcánicas, Salónica —otomana desde el siglo XV y pacífico mosaico de pueblos desde hacía mucho— se convirtió en una ciudad griega en la que turcos, judíos y búlgaros tuvieron que reconocer la primacía de los conquistadores griegos; en 1925, la población musulmana había abandonado la ciudad natal de Kemal Atatürk.516 Según cálculos contemporáneos de las autoridades británicas, entre 1912 y el inicio de la primera guerra mundial, solo en el cuadrado dibujado por Macedonia, Tracia occidental, Tracia oriental y Turquía, se produjo el desarraigo de 740.000 civiles.517 Tras la primera guerra mundial y la guerra greco-turca de 1919 a 1922, en el Mediterráneo oriental siguió «deshaciéndose la mezcla» étnica. Todo ello renovó el problema que causan todas las expulsiones: la integración de los recién llegados en las sociedades receptoras. Se dio un pequeño paso adelante cuando, a partir de 1919, la Sociedad de Naciones —sobre todo mediante la Comisión para el Asentamiento de Refugiados— intentó introducir un mínimo de orden en el caos de los refugiados.

La violencia —real o amenazante— que está en la base de estos desplazamientos no se produjo simplemente por un enfrentamiento religioso dicotómico entre cristianos y musulmanes. Los frentes tenían un recorrido más complejo; en la segunda guerra balcánica, hubo combates entre estados cristianos. Los musulmanes también hacían distinciones: hasta que las relaciones entre griegos y turcos se acabaron de estropear, podían esperar de los griegos un trato menos espantoso que el que les darían los campesinos eslavos que abarrotaban los ejércitos búlgaro y serbio. El criterio de inclusión o exclusión se basó en nuevos conceptos, a menudo

improvisados, de estados nacionales. En general, las autoridades toleraron estos movimientos de huida, y a veces incluso los promovieron; a la emigración correspondía la inmigración de nuevos ciudadanos que eran deseados. Desde luego, en su mayoría los gobiernos practicaron una política moderada al respecto, para no animar un flujo inmigratorio excesivo; pero las minorías irredentistas de otros países podían fundamentar futuras ambiciones de expansión y, con ello, prestar un buen servicio como instrumento de una política exterior nacionalista.

Huida y emigración de los judíos

Una fuente nueva y especialmente destacada de emigración transfronteriza provocada fue el nuevo antisemitismo del imperio ruso y otros países de la Europa oriental.518 Desde los primeros años de la década de 1880 a 1914, cerca de 2,5 millones de judíos partieron de la Europa oriental hacia el oeste. Hay que tener cuidado antes de calificar en general este éxodo —probablemente, el movimiento demográfico más importante de la historia judía posbíblica— como el desplazamiento de refugiados políticos. Los judíos en cuestión formaban parte de una corriente humana más amplia, que ansiaba mejorar sus condiciones de vida emigrando a la economía más avanzada de Occidente. Sin embargo, ciertamente en el caso de los judíos se sumó la hostilidad creciente de las autoridades estatales. En la década de 1870, vivían unos 5,6 millones de judíos al este del imperio alemán; de ellos, cuatro millones lo hacían en el imperio zarista, en un «distrito de asentamiento» específico y territorialmente delimitado; 750.000, en las tierras habsburguesas de Galitzia y Bucovina; poco menos de 700.000, en Hungría, y otros 200.000, en Rumanía. En el imperio zarista, cuando Alejandro II accedió al trono en 1855, surgió la esperanza de que las autoridades favorecieran la integración de los judíos. Pero la tendencia se cortó tras la represión del levantamiento polaco de 1863, y solo se abolieron unas pocas discriminaciones legales.

Los últimos años de gobierno del zar, que fue asesinado en marzo de 1881, se caracterizaron por la intensificación de la autocracia y la cesión de más espacio al nacionalismo ruso conservador, que veía en los judíos su oponente principal. Pero también amplios sectores de la opinión pública del imperio zarista, que antes tendían al liberalismo, se alejaron durante la década de 1870 del respaldo a la emancipación de los judíos. Pese a todo, mientras tanto, la emigración judía no se incrementó radicalmente.

La situación cambió cuando empezó la primera serie de asaltos violentos —los pogromos— en el mismo año de 1881.519 La participación de una terrorista de origen judío en el regicidio se usó como excusa para pogromos antisemitas de gran magnitud, primero en Ucrania, luego también en Varsovia. No hay un consenso claro sobre si los disturbios fueron urdidos por las autoridades o fueron estallidos «espontáneos» (sobre todo de las capas bajas urbanas), o en qué medida cada cuál. En cualquier caso, a la gran pobreza general de la población judía, al alto número de hijos de las familias (a los que no se podía atender bien por la falta de perspectivas laborales) y a la creciente fragilidad derivada de la violencia callejera, se añadió una nueva política de marginación de los judíos, que les negaba un lugar propio en la vida nacional de Rusia. En la década de 1890, casi todos los artesanos y comerciantes judíos fueron expulsados con brutalidad de Moscú al distrito de asentamiento occidental. Al mismo tiempo, el estado dificultaba cuanto podía la salida de los judíos y otros emigrantes voluntarios. Así, abandonar el imperio zarista, para muchos, se convirtió en una aventura ilegal, una especie de huida obligada para dejar atrás a funcionarios corruptos, guardias de la frontera y policías abusivos. La estadística del exilio judío solo se puede reconstruir en cierta medida a partir de las cifras de los países receptores. Si en la década de 1880, un promedio de unos 20.000 judíos dejaban cada año el imperio zarista con destino a Estados Unidos —el país más codiciado, con diferencia—, entre

1906 y 1910 fueron 82.000 al año. El incremento se explica tanto por el efecto del reencuentro familiar, después de la primera oleada migratoria, como por el abaratamiento claro del billete transatlántico a finales de siglo, debido a la intensa competencia entre navieras. Como prueba de que la emigración judía no se debió tan solo a la persecución, hay que anotar aquí que también hubo una destacable reemigración hacia la Europa del este: en las décadas de 1880 y 1890, probablemente, del orden del 15 % al 20 %.520

La emigración coetánea de los judíos de Galitzia, en el imperio de los Habsburgo, se debió en su gran mayoría a la pobreza extrema. Después de haber sido emancipados legalmente en 1867, los judíos de Galitzia disfrutaban de todas las libertades burguesas e hicieron algunos progresos en la integración social, que, sin embargo, por la falta de oportunidades socioeconómicas, quedaron en poco. En la última década del siglo también se extendieron a la zona los asaltos antisemitas, pero el gobierno habsburgués nunca actuó oficialmente en contra de ellos. En Rumanía, por el contrario, que fue reconocida en 1878 como estado soberano por el Congreso de Berlín, sí se combinó la miseria con un antisemitismo temprano e intenso. El estado definió a la minoría judía como enemigo de la nación, le complicó la vida tanto como pudo, desde el punto de vista económico, y no hizo nada por protegerla de la violencia «espontánea». Las grandes potencias occidentales intentaron que las autoridades de Bucarest cumplieran con el acuerdo de Berlín, que preveía derechos civiles para los judíos, pero fue en vano. No es de extrañar que, proporcionalmente, no salieran tantos judíos de ninguna otra región de la Europa oriental: entre 1871 y 1914, Rumanía perdió un tercio de la población judía.521

Los judíos orientales fueron los primeros refugiados que, en el sentido actual de la palabra, llegaron a la Europa occidental siendo identificables como tales. En su mayoría hablaban yidis, se vestían con el atavío tradicional y daban la impresión de vivir

en la miseria. Se los veía en los muelles, en las estaciones de tren y en los centros de las metrópolis. Los judíos del lugar los observaban con una mezcla de sentimientos, como «hermanos» y a la vez «extraños», que necesitaban socorro pero ponían en duda el éxito de su propia y precaria integración. En su mayoría, entendían Europa como una estación de paso en el camino al Nuevo Mundo. Los artesanos eran quienes tenían más probabilidades de quedarse en Europa, pero no se les ponía fácil. En el imperio alemán, la política gubernamental (aunque la defensa no llegaba hasta el punto de frustrar el buen negocio a las compañías navieras) y la opinión pública les tenían poca simpatía. Pese a todo, hacia 1910, al menos un 10 % de los judíos alemanes habían llegado de la Europa oriental.522

6. MIGRACIÓN INTERIOR Y TRANSFORMACIÓN DE LA TRATA DE ESCLAVOS

Aunque el siglo XIX todavía no fuera el «siglo de los refugiados», sí fue una época de migración laboral intercontinental. Esta migración fue la más cuantiosa que se había visto nunca en la historia. No era del todo voluntaria —si dejamos de lado el comercio de esclavos, que aún no había desaparecido—, pero en el balance general obedecía a las decisiones vitales libres de cada cual, tomadas sin imposición ajena. La hicieron posible el crecimiento demográfico, la tecnología del transporte, el surgimiento de nuevas oportunidades laborales a consecuencia de la industrialización y de la ampliación de las «fronteras» agrarias, así como por las medidas posmercantilistas, de mayor libertad de elección tanto en los países emisores como en los receptores.

Topografías de la migración transnacional: Europa y Asia oriental

En todos los continentes surgieron, pues, nuevas «topografías de las migraciones transnacionales».523 En el caso de Europa, la investigación histórica ha podido trazar un retrato bastante preciso de tales desplazamientos transfronterizos; en otras

zonas del mundo, los modelos están menos claros. En Centroeuropa, hacia mediados de siglo, el «sistema del mar del Norte» —el único de los varios sistemas migratorios de la Edad Moderna que aún funcionaba hacia 1800— fue sustituido por el «sistema del Ruhr», que se solapaba con el anterior.524 En lugar de las actividades coloniales y comerciales de los Países Bajos, actuó como imán más importante de los migrantes voluntarios el aprovechamiento industrial de regiones mineras. La alta movilidad espacial de la Edad Moderna se incrementó aún más durante la industrialización y no retrocedió de nuevo hasta entrado el siglo XX. Al examinar con más atención los diversos países de Europa, se constata que esta movilidad de origen industrial fue más elevada en Gran Bretaña y Alemania que en ningún otro lugar, mientras que en algunos otros países apenas tuvo relevancia. En la nueva topografía de la migración transnacional estaban las zonas de emigración del sur, el suroeste y el este de Europa; fueron de especial importancia Italia, la Polonia central rusa, la Galitzia habsburguesa y, en menor medida, también Bélgica, los Países Bajos y Suecia. Como naciones receptoras, las más atractivas fueron Alemania, Francia, Dinamarca y Suiza. Los flujos principales, dentro de la complejidad del proceso, fueron quizá las emigraciones de polacos al Ruhr y de italianos a Francia; las dos adquirieron gran intensidad poco después de 1870. Como flujos secundarios cabe denominar, entre otros, los desplazamientos de una región receptora central a otra región. Así, en París había toda una población de alemanes que habían acudido allí a trabajar, desde subproletarios a pequeños burgueses. Hacia 1850 vivían unos 100.000 alemanes (algunos, en condiciones de penuria). Esta «colonia» alemana, según la denominaban los franceses con desconfianza, no se disolvió hasta después de la guerra franco-prusiana y se desvaneció por completo con la crisis económica de la década de 1880.525

También en Asia y África es conveniente diferenciar entre los nuevos espacios de migración del siglo XIX y, por un lado, la

caótica movilidad de las épocas de crisis y, por otro lado, los modelos más antiguos de desplazamiento laboral estacional. Los europeos cultivaron durante mucho tiempo el mito del campesino ligado a una pequeña parcela, pasando por alto la movilidad que podían causar las guerras y las catástrofes naturales. Durante la guerra de Java, de 1825 a 1830, un cuarto de la población —que representaba el modelo clásico del campesino asiático estable— pasó a quedarse sin hogar ni patria;526 en China, en la época de los disturbios de Taiping, podemos suponer un porcentaje similar para algunas provincias. En cualquier lugar, los campesinos solo conservan el «arraigo» donde los beneficios de la cosecha les aseguran la supervivencia. Si no ocurre así, buscan otras posibilidades de subsistencia. Además, las comunidades campesinas demográficamente crecientes envían a buscar trabajo a otros lugares a los jóvenes que no necesitan en sus propios campos. En el siglo XIX, esto dio lugar a la formación de modelos claros donde los nuevos sectores de trabajo intensivo —nuevos desarrollos agrarios, la minería— crearon una necesidad en constante aumento de mano de obra.

En China tuvo continuidad una tendencia que ya se había iniciado en el siglo XVIII: la incorporación de tierras marginales, de colinas y montañas, por habitantes de las llanuras densamente pobladas. El estado Qing apoyó el movimiento con iniciativas de planificación directa, rebajas de impuestos y la protección militar de los colonos contra las poblaciones tribales hostiles. En estas tierras fronterizas no se practicaban los cultivos tradicionales de las llanuras, como arroz y cereales, sino que se plantaban variedades traídas de América en tiempos de la dinastía Ming: sobre todo, maíz y patatas. Eran variedades poco exigentes, toleraban el desmonte mediante incendio y requerían poco cuidado de la tierra y pocos fertilizantes y riego.527 En el siglo XIX se abrieron también posibilidades de migración del todo nuevas: el gobierno Qing permitió a los chinos *han* comerciar y tomar posesión de tierras

en Mongolia. En 1858 se autorizó que los chinos cruzaran la frontera con Rusia en el lejano oriente, como temporeros estacionales, pero también como emigrantes permanentes. Hasta el cambio de siglo, cerca de 200.000 aprovecharon esta posibilidad. Cuando los colonos rusos, a partir de 1860, fueron avanzando hasta la zona situada al norte del río Amur, ya se encontraron allí a campesinos chinos. En los años posteriores, los chinos plantaron campos de centeno, trigo y amapolas. Los comerciantes chinos usaron la zona de libre comercio de ambos lados de la frontera para realizar negocios de toda clase en las ciudades. Desde 1886, las autoridades rusas se tomaron en serio el propio temor a un «peligro amarillo» y actuaron repetidamente contra los chinos de Siberia oriental (al igual que contra los coreanos, menos numerosos, pero por eso mismo más dispuestos a la asimilación). Esto apenas redujo la importancia de la diáspora «oriental», y al estallar la guerra en 1914, los trabajadores chinos eran imprescindibles en el lejano oriente ruso.528 El actual predominio económico de los chinos en el territorio ruso del norte del Amur, por lo tanto, cuenta con una larga historia previa.

La migración continental más numerosa (con diferencia) de los chinos *han* no fue «transnacional» en un sentido estricto, pero tampoco fue un ejemplo típico de migración interior. Se dirigió a Manchuria, la tierra de origen de la dinastía, que sin embargo llevaba tiempo cerrada a los colonos *han*. En 1878 ya se había autorizado, en principio, la inmigración libre; pero solo la combinación de la miseria en el norte de China (perdurable o en proceso de empeoramiento) y de nuevas posibilidades en los extensos territorios situados al norte de la Gran Muralla (plantación de soja para la exportación, construcción del ferrocarril, explotaciones mineras, actividad maderera) puso en marcha una *oleada* migratoria. La base logística la puso el bajo coste del transporte en ferrocarril y vapor. Entre 1891 y 1895, cruzaron la frontera cada año un promedio de 40.000 chinos septentrionales. El apogeo de la tendencia se dio a finales de la

década de 1920, con un millón por año. Entre aproximadamente 1890 y 1937, unos 25 millones de chinos emprendieron viaje al noreste; unos dos tercios volvieron y unos ocho millones se establecieron allí de forma permanente. Se trata de uno de los movimientos demográficos más cuantiosos de la historia moderna, solo superado por la gran migración que salió de Europa hacia la otra orilla del Atlántico.529

En la península del sureste asiático también hubo migraciones de relevancia entre el campesinado. Aquí, el modelo geográfico fue el contrario al de China. En vez de una colonización de las tierras altas por los habitantes de las llanuras, los colonos de las zonas altas (más sanas y habitadas desde antaño) bajaron al clima tropical de los deltas fluviales. En algunos casos, durante el siglo XIX llegaron a su fin movimientos de esta clase que hacía mucho que estaban en marcha. Un proceso similar fue la apertura del delta de Birmania a la plantación de arrozales inundados, después de que Gran Bretaña se anexionara la Birmania inferior en 1852. Ahí surgió una «frontera del arroz» (*rice frontier*) que atrajo a cientos de miles de campesinos de la Birmania superior y, más adelante, también de la India. En 1901, una décima parte de los cuatro millones de habitantes de la Birmania inferior procedía, en su primera generación, de la Birmania superior; y otro 7 %, de la India.530

De forma similar, numerosos campesinos del noreste tomaron parte en la colonización de la llanura central de Siam. En Vietnam, el vasto delta del Mekong no se ocupó hasta la época colonial francesa, después de 1866, con colonos llegados del norte. Las grandes inversiones del estado colonial en la construcción de canales transformaron la Cochinchina en una de las principales regiones exportadoras de arroz del mundo. En latifundios de propiedad vietnamita, francesa o china, el trabajo de campo fue realizado principalmente por inmigrantes.531 Decenas de miles de campesinos chinos se desplazaron, en la misma época, hacia Laos y Camboya.

En el Asia meridional, la migración interna, en comparación

con el porcentaje desplazado de la población total, fue escasa a tenor de lo visto en Europa. El estado también intervino para frenar la movilidad. Igual que en la Europa del Antiguo Régimen se intentó reforzar cada vez más el control de los vagabundos y los pueblos errantes, en la India se actuó contra los grupos de población no sedentaria. La autoridad colonial británica ensalzó ideológicamente a los campesinos indios sedentarios, que pagaban impuestos, y persiguió a los grupos nómadas, a los que se acusó de bandidaje y de alterar la paz, el orden y el pago puntual de impuestos; a veces incluso, se los perseguía como a partisanos antibritánicos. Así, en 1826, apenas una década después de que acabara la guerra contra los marathas, y en una situación de gran agitación interior en la India, se empezó una contienda de erradicación —hasta cierto punto legalizada por el derecho público, desde luego— contra el culto religioso errante de los *thugs*, a los que se demonizaba y se temía como a asesinos rituales. En la década de 1870, se empezó a sospechar que los pueblos de pastores del norte de la India eran *criminal tribes*, y se los persiguió penalmente.532 La aparición de una nueva demanda de mano de obra trajo consigo modelos de movilidad muy poderosos, que el estado se vio obligado a tolerar. Además de la emigración a imanes urbanos como Bombay, Delhi, Calcuta y Madrás, que ya habían crecido mucho de ese modo en el siglo XVIII, hubo ante todo un flujo a plantaciones de nueva creación, en particular las de té en Assam. Entre 1860 y 1890, el té chino fue expulsado del mercado mundial, que antes dominaba, y reemplazado por té de Assam y Ceilán. Los campesinos locales, ajenos al nuevo sistema de la plantación, se negaron a aceptar trabajos de jornalero en Assam y Darjeeling; y no había un proletariado rural sin tierras. Por eso, se captó a trabajadores de otras zonas con salarios baratos y contratos de varios años; a menudo, familias enteras, de las que se esperaba que regresasen a su lugar de origen durante la temporada de descanso.533

Para Rusia —y el norte de Asia en su conjunto, que estuvo *de*

hecho bajo el dominio ruso hasta la década de 1890—, Dirk Hoerder, destacado especialista en la historia universal de las migraciones, habla de un «sistema migratorio ruso-siberiano» distinto de otros dos sistemas extensos: el sistema atlántico y el de los contratos de trabajo en Asia.534 A diferencia de estos dos sistemas, de carácter marítimo, el sistema rusosiberiano era continental e interior. Los pioneros en este gran proceso de asentamiento agrario fueron campesinos libres, siervos huidos, terratenientes, delincuentes y, entre 1762 y la década de 1830, también emigrantes buscados de forma organizada en Alemania. En el período de 1801 a 1850 solo entraron en Siberia un promedio anual de 7.500 personas (incluidos exiliados y presos); entre 1851 y 1890, la cifra de recién llegados ascendió a entre 19.000 y 42.000 al año. El número total de emigrados a Siberia entre 1851 y 1914 se eleva a seis millones. A ello se añaden cuatro millones de colonos en Kazajistán y las regiones situadas por detrás del Caspio y el Aral. En 1911, el porcentaje de los pobladores originales de Siberia, en sus diversas etnias, se había reducido hasta el 10 %. En el este quedaron cada vez más atrapados entre el martillo de la colonización rusa y el yunque de la china.535

Nómadas y emigrantes de temporada

Reviste una importancia fundamental distinguir entre la migración de trabajadores y de colonos agrarios, por un lado, y la movilidad de los pastores, por otro. La vida pastoril es en efecto un caso especial de nomadismo, en el cual el colectivo es no sedentario por definición.536 En los diversos continentes ha adquirido un peso distinto, pero en Europa también ha tenido su presencia. En la Francia del siglo XVIII, la parte de la población que por una u otra razón era «nómada» ascendería por lo menos al 5 % del total. Los pueblos pastores no suelen aparecer en la historia escrita. Las civilizaciones urbanas que acogieron y siguen acogiendo a los historiadores los tendían a contemplar como «bárbaros», como el *otro* por antonomasia. Esto podía conllevar asociaciones negativas, pero también

positivas: los patriarcas del Antiguo Testamento gozaban de un gran prestigio cultural en el mundo judío y cristiano; en el siglo XIX, se popularizó en bastantes puntos de Europa una especie de interpretación romántica de los beduinos, que atribuía a los «hijos del desierto» (a los indios del Oeste norteamericano) la cruda pero bondadosa personificación de valores perdidos como la proximidad a la naturaleza y la falta de artificiosidad. Eran el «noble salvaje», más apreciado por lo general en Occidente que en la civilización islámica dominada por las ciudades. Entre tanto, era ciertamente raro contar con descripciones realistas e informadas sobre su forma de vida. Antes de la década de 1770 no hay en Europa relaciones de cómo «funcionaban» las sociedades nómadas vistas desde dentro. La lógica interior de la vida nómada no se buscó sistemáticamente hasta el desarrollo de la etnología moderna.

Hubo ganaderos móviles en todos los continentes. En este sentido, Europa fue un caso peculiar, porque aquí la ganadería fue una rama de la división del trabajo en el total de la economía y, con la salvedad de los sinti y los romaníes, no había etnias que basaran toda su existencia en el nomadismo. En Europa no había *pueblos* pastores, solo pequeñas comunidades que se iban desplazando con el ganado (a veces, acompañadas por la familia). Esta «trashumancia» —en la que el ganado pasta en los prados de montaña en verano y desciende a dehesas más bajas en invierno— se mantuvo como un fenómeno marginal y, desde el punto de vista cuantitativo, menguante, por ejemplo en los Alpes, los Pirineos, los Cárpatos o Valaquia. Rutas extensas del ganado vivo como las que recorrían el Oeste norteamericano ya no existían en la Europa del siglo XIX. Los enormes rebaños de bueyes que antaño apisonaban las veredas desde Hungría hasta la Alemania central y Alsacia se tornaron superfluos con la mejora de la ganadería local en muchas regiones del continente, con la industrialización de los mataderos, la introducción del ferrocarril y la difusión de la técnica refrigeradora en la década

de 1880. En el mundo, ya nada se asemejaba a los rebaños de entre 150.000 y 400.000 cabezas (en casos infrecuentes, hasta 600.000) que entre las décadas de 1760 y 1780 ascendían hacia el norte desde Texas, durante tres largos meses, guiadas por hasta dos millares de vaqueros a caballo.537

Como forma de vida colectiva, el nomadismo pastoril tuvo particular importancia en el Asia occidental (entre Afganistán y el Mediterráneo), Mongolia y África. Es imposible presentar aquí el panorama completo, ni siquiera sobre Asia. Desde el Hindukush hasta el Sinaí o el Yemen, pasando por la meseta anatolia, se extendía un arco en el que los pastores nómadas todavía revestían gran importancia. En Persia, el porcentaje de nómadas en la población total, durante la segunda mitad del siglo XIX, cayó de un tercio a un cuarto.538 Durante todo el siglo, sin embargo, la ganadería siguió siendo uno de los sectores económicos más destacados de Persia. El hecho de que una gran parte de la población viviera moviéndose creaba problemas que en Europa se habían olvidado hacía mucho: conflictos y cooperación en el triángulo formado por los habitantes urbanos, los agricultores sedentarios y los pastores; disputas por el derecho de paso y de pasto; destrucción ecológica; luchas entre tribus... Los gobernantes, en cualquier caso, tuvieron que seguir contando con el factor de los nómadas. Las tribus nómadas no fueron sometidas hasta que lo hizo el dictador, y posteriormente sah, Reza Khan (*r.* 1925-1941 como Reza Sah), quien las consideraba salvajes, problemáticas e indignas de un estado nacional y las trató con gran brutalidad.539 En el imperio otomano, en la segunda mitad del siglo XIX, el estado ya había quebrantado el poder de las tribus o las había relegado a regiones marginales. La medida reforzaba la seguridad nacional y facilitaba la movilidad de los que no eran nómadas; por otro lado, la expansión de los terrenos cultivados y la formación de haciendas más extensas y de gestión comercial iba en detrimento del control nómada de la tierra.540

En África, el nomadismo pastoril era habitual en casi todas partes, fuera de las zonas tropicales y de las costeras: se extendía del Atlas a la meseta de Sudáfrica. Existía en el Sudán (en la terminología del siglo XIX, entiéndase toda la zona de sabanas al sur del Sahara, es decir, un territorio mucho más vasto que la actual república del Sudán), en la meseta etiópica, en el este de África y en Namibia.541 Como siempre en el caso del nomadismo, los radios de movilidad de los diversos grupos eran muy distintos entre sí; iban desde el entorno de un asentamiento al *grand nomadisme* del norte, que cubría vastas áreas del desierto.542 En el Cabo de Buena Esperanza, a lo largo de la costa y más adelante también en el interior, se estableció incluso una sociedad de ganaderos nómadas de raza blanca, los bóers (o *trekboers*), que entraron en conflicto con los vecinos nativos de la zona, los *xhosa*, primeramente por los pastos.543 Durante todo el siglo XIX, África fue un continente con un constante movimiento nómada.

Es un fenómeno distinto al de la migración. Esta presupone que no se pone en camino un «pueblo» o una sociedad *al completo*, sino solo algunos de sus miembros, ya sea por imposición externa o voluntariamente. El emigrante deja tras de sí una patria, una sociedad de origen; y en ocasiones regresa a ella: por ejemplo de acuerdo con un modelo estacional (que en determinadas fases del año le proporciona ocupación en el extranjero), o tras una estancia larga en la sociedad de destino, o incluso tras el fracaso de las esperanzas asociadas a la partida. En África, esta migración respondía a dos fuentes distintas. Por un lado, estaba la emigración voluntaria de los campesinos y agricultores hacia los nuevos centros de la producción agraria para el mercado (*cash crop*), como las zonas de cultivo de cacahuete y cacao en Senegambia y la Costa de Oro (Ghana). Esta producción estaba en manos africanas y ahora los extranjeros la estaban conectando con los mercados mundiales.544 Por otro lado, una emigración económica directamente colonial, en la que los extranjeros controlaban

también los medios de producción, ofrecía asimismo nuevas oportunidades de empleo asalariado. Así ocurrió con la formación de economías mineras y los asentamientos agrícolas de trabajo intensivo, que a menudo solo podían competir con la agricultura africana si gozaban de la protección del aparato estatal colonial. Esta investigación factual se desarrolló en tan poco tiempo que, en los casos de África del sur y central, en el período de 1865 a 1900 (y sobre todo a partir de 1880), se ha hablado de una *revolución mineral.*545 En cada uno de los sistemas de extracción de diamantes, oro, cobre y carbón que iban del sur del Congo (Katanga) hasta la cordillera de Witwatersrand (Sudáfrica), los empresarios europeos instalaron primero a trabajadores europeos cualificados al lado de jornaleros africanos sin formación específica. Siempre acababa llegando el punto en el que el análisis de costes favorecía la presencia de empleados cualificados *africanos*, pero esto no sucedió casi nunca antes de la década de 1920. Mientras tanto, sin embargo, se impusieron nuevos modelos de ocupación estacional de los obreros sin estudios. Sobre los modelos tradicionales de movilidad de las incontables sociedades de pastores nómadas, se consolidó una topografía de la migración de trabajadores desplazados, estructurada de acuerdo con los nuevos núcleos de crecimiento capitalista.

Exportación de esclavos de África

Por medio de la trata de esclavos transatlántica, numerosas zonas de la costa occidental de África (con consecuencias indirectas que alcanzaban también zonas muy interiores) se vieron involucradas en uno de los grandes sistemas de migración. Además estaba el Sudán, como ámbito geográfico de actuación tanto del tráfico transahariano como del «oriental» (que aún no se ha descrito como sistema reconocible). Con la lenta contracción del comercio de esclavos —que, desde la perspectiva del conjunto del continente todavía ocupó el siglo XIX por entero—, se redujo la intensidad de la inclusión de África en los flujos de migración intercontinental. Hacia 1900,

África participaba de las redes migratorias del mundo menos densamente (desde el punto de vista cuantitativo) que un siglo antes; fue un caso de *desglobalización*. Desde una perspectiva africana, ¿qué alcance tenía el tráfico de esclavos en el siglo XIX? Es una cuestión muy debatida, tanto por la ausencia de datos sólidos como por su elevada carga político-moral. Abundan los reproches mutuos de encubrimiento o exageración. Los cálculos rigurosos sobre el volumen total de esclavos llevados de África a América desde aproximadamente 1500 oscilan entre los 9,6 y los 15,4 millones. Un análisis especialmente cuidadoso de los datos concluye que en África *embarcaron* 11,8 millones de personas; debido al espanto del *middle passage* —la travesía del Atlántico— el número de los que *llegaban* era entre un 10 % y un 20 % inferior (compárese con los barcos de la emigración europea, que a lo sumo perdían un 5 %).546

En las tierras receptoras de la trata «oriental», los esclavos se destinaban a las plantaciones o a las casas y harenes de los más acaudalados. Mehmet Alí y los posteriores señores de Egipto necesitaron refuerzos para un gran ejército de esclavos, que se fue constituyendo desde la década de 1820 y continuaba una vieja tradición islámica de esclavitud militar. En el apogeo de esta demanda, hacia 1838, entraron en Egipto entre 10.000 y 12.000 de estos esclavos militares. En este momento, la iniciativa del reclutamiento directo mediante la captura de esclavos soldados dejó paso a la mediación de comerciantes privados, lo que supuso la privatización de un sector en crecimiento en el Sudán.547 En Etiopía, el norte árabe adquiría sobre todo niños, en su mayoría niñas; en el último cuarto de siglo, entre 6.000 y 7.000 al año.548 En la trata oriental, los europeos no actuaban como mediadores, pero las consecuencias que tenía este comercio para las regiones africanas afectadas no eran menos graves que las del tráfico atlántico. En el caso oriental, es aún más difícil dar cifras precisas. Hoy tenemos la certeza, sin embargo, de que (en

contra de lo que se había afirmado) *no fue* netamente superior al comercio atlántico. Si aceptamos el cálculo que sitúa la cifra *total* de esclavos africanos que atravesaron el Sahara, el mar Rojo y el océano Índico en 11,5 millones, sería una cantidad *exactamente equivalente* al volumen de la trata de esclavos transatlántica desde sus inicios; y aquí no se incluyen los esclavos que acabaron en Egipto.549 Si, como parece, durante el siglo XVIII el rendimiento del tráfico «oriental» se estancó en un tope relativamente estable de en torno a los 15.000 esclavos anuales, la curva había ascendido, en 1830, hasta más de 40.000 al año.550 Esta fue la gran era de la caza árabe de esclavos en el este del Sudán, el Cuerno y el África oriental. De Jartum o Darfur salían tropas de brutales cazadores musulmanes que se adentraban en territorios de «infieles» sin medios para defenderse. Letales caravanas de prisioneros recorrían a veces hasta un millar de kilómetros, hasta llegar al mar Rojo.

Según la perspectiva que adoptemos en la comparación entre el siglo XVIII y el período posterior a 1800, podemos o constatar un ligero retroceso en el comercio de esclavos o más bien destacar la continuidad en una época en la que, al menos en Europa, empezaba a ponerse en duda que el tráfico violento de seres humanos fuera legítimo. En cualquier caso, la cantidad de esclavos exportados desde el continente en su conjunto, después de 1800, fue 1,6 millones inferior al total del siglo XVIII; pero aun así, en el siglo XIX, incluso en un cálculo moderado, el tráfico afectó todavía a 5,6 millones de personas.551

El África oriental fue la única región del continente de la que se sirvieron tanto el tráfico americano como el afroasiático. A finales del siglo XVIII, aparecieron traficantes europeos que buscaban esclavos para las plantaciones en expansión de las islas francesas del océano Índico, Mauricio (Île de France, británica desde 1810) y Reunión (llamada Île Bourbon hasta 1793). Luego llegaron comerciantes brasileños que no podían

poner el pie en Angola, seguidos de los españoles y estadounidenses, que organizaban el suministro de Cuba. Entre los compradores estaba asimismo el reino de Merina, en la isla de Madagascar, que curiosamente a su vez perdía habitantes como esclavos. Portugal, la potencia colonial en Angola y Mozambique, había respondido a la presión británica accediendo a decretar la «abolición completa» del tráfico de esclavos. Pero en la realidad, nada se abolió. En 1842, Gran Bretaña se puso más firme y forzó un tratado con Portugal que declaraba piratería el comercio esclavista y, con ello, daba a la Royal Navy el derecho a registrar las naves. Desde entonces hubo barcos de guerra británicos patrullando las costas orientales de África. Pero las fuerzas del mercado —a las que daba alas en todo el mundo, precisamente, la política de libre comercio de los británicos— demostraron ser más poderosas: el ascenso de los precios del azúcar y el café en la década de 1840 intensificó la demanda de mano de obra africana y los traficantes hallaron formas de satisfacerla. Contrabandear con seres humanos por detrás de un puñado de oficiales de la Marina británica y de misioneros, para una red tan experta, era una bagatela. En la década de 1860, partía de Mozambique un tráfico «ilegal» no inferior a la trata «legal» de antes de 1842, que ascendía a un promedio de más de 10.000 esclavos al año.552
Solo desde 1860, aproximadamente, cabe hablar del final *de facto* del tráfico transatlántico de esclavos africanos; al menos, de los movimientos comerciales que han dejado alguna huella documentada, al alcance de los historiadores.553 La trata de esclavos terminó en fechas distintas según las distintas zonas (de nuevo, es preciso investigar las circunstancias concretas). Desapareció primero en las costas del África occidental, donde se había iniciado pronto y alcanzó durante mucho tiempo el volumen más elevado. A finales de la década de 1840, se puede decir que aquí había concluido.554 El África occidental —el arco costero que va de Sierra Leona a la bahía de Biafra— fue la primera zona de África que pudo recuperarse de la sangría

demográfica, antes de caer, en la década de 1880, en las turbulencias de la conquista colonial. La zona oeste del África central (esto es, el Congo y Angola) gozó en el mejor de los casos de una pausa más breve, de una sola generación. En cambio, en todo el este del continente, desde Somalilandia hasta Mozambique, los conquistadores coloniales europeos llegaron en una fase, en la década de 1880, en la que el tráfico esclavista aún funcionaba a pleno ritmo. En Sudáfrica —no hay que olvidarlo— se conocía la institución de la esclavitud, al igual que en toda África, y en el momento de la prohibición de la trata en el imperio británico, los esclavos representaban una cuarta parte de la población de la colonia del Cabo;555 pero la región nunca se implicó claramente en el comercio esclavista. Solo raramente hubo una sustitución del viejo tráfico esclavista y el nuevo comercio «legal» con los productos agrarios exportables (en el África occidental, por ejemplo, derivados del aceite de palma) tan netamente como en algunas regiones del África occidental. Y si miramos con más precisión, más localmente, constataremos la coexistencia de los sistemas: en este o aquel lugar podemos hallar una economía esclavista con sus propios intereses institucionalizados y, al mismo tiempo, irrumpía en las ciudades un torrente de comerciantes africanos libres que se abría paso a los mercados.556 Las viejas rutas de los cazadores de esclavos no se habían borrado y olvidado en todas partes, desde luego, cuando la presencia colonial europea creó su nueva topografía de la migración.

La herencia más importante de la trata de esclavos fue la propia esclavitud. Ya existía antes de la llegada de los traficantes europeos, en el siglo XVI, pero el comercio comportó una generalización de la institución e hizo surgir sociedades cuya lógica se basaba en apresar esclavos mediante campañas militares. Entre 1750 y 1850, quizá una décima parte de la población africana tenía condición de esclava (con las consecuencias prácticas que esto tuviera en cada caso).557 Y la tendencia aumentó. Surgieron nuevos mercados interiores de

esclavos. La ciudad de Banamba, por ejemplo, en el actual Malí, no se fundó hasta la década de 1840 y actuó pronto como punto central de una amplia red de trata de esclavos: estaba rodeada por un cinturón de plantaciones esclavistas, de 50 kilómetros de anchura.558 Los primeros censos demográficos coloniales constataron, a menudo, una elevada proporción de la población esclava; y las potencias coloniales justificaron en parte su intervención y la legitimidad de su dominio en una actuación «civilizadora».

Muchos indicios apoyan la idea de que la esclavitud no era, en ningún caso, una mera reliquia arcaica de la era precontemporánea, sino que todo un modo de producción basado en los esclavos (*slave mode of production*) se adecuaba bien a las nuevas posibilidades del siglo XIX. Mientras que las autoridades coloniales, sobre todo en la fase inicial, utilizaron la mano de obra africana en condiciones de trabajo forzoso (*corvée*), muchos regímenes africanos siguieron empleando esclavos en la producción: eran la base existencial de su economía. Podía tratarse de prisioneros de guerra, esclavos adquiridos como tales o entregados como tributo, deudores, víctimas de secuestros o personas raptadas específicamente para los oráculos, etc. En el oeste de África había estados como el califato Sokoto, Asante y Dahomey, que importaban a menudo esclavos de zonas lejanas para emplearlos en las plantaciones o la artesanía. Se dice que en la década de 1850 (en vísperas del Protectorado británico, de 1861), nueve décimas partes de la población de la ciudad de Lagos eran esclavos.559

En algunas zonas de África, la esclavitud adquirió una nueva vitalidad en el siglo XIX, que bebía tanto de las nuevas oportunidades económicas como de la dinámica de los movimientos de renovación musulmana, cuya *yihad* creadora de estados latió por toda la extensa franja de sabanas del sur del Sahara (desde la actual Malí hasta el lago Chad) y con ello despobló comarcas enteras.560 Además de cuanto quedaba del

tráfico marítimo de esclavos, también surgieron estímulos intraafricanos para la elevada movilidad (en general, de larga distancia) asociada con aquella economía esclavista. De larga distancia, para empezar, porque las sociedades *no* deseaban esclavizar en masa a sus *propias* clases inferiores. La «revolución de las armas» —que permitió disponer en África de armamento desechado en Europa e instruir en su uso a los africanos—, que se desarrolló a partir de 1850 aproximadamente y permitió la formación de nuevos tipos de unidades militares, aceleró el proceso.

Aunque África, tras la disminución del tráfico de esclavos, no volvió a servir de base para un sistema de migración trascontinental propio —es decir, a diferencia de Europa, el sur de Asia y China, en el *fin de siècle*, ya no cedió más mano de obra con regularidad, a largo plazo y según modelos geográficos claros—, no hay que pasar por alto la *inmigración* colonial al continente. En vísperas de la primera guerra mundial, el continente del Viejo Mundo donde vivían más europeos no era Asia, con sus colonias antiguas y muy pobladas, sino África.561 Argelia, con 760.000 europeos (dos tercios, franceses) era el asentamiento de colonos más importante fuera del imperio británico, y muy por encima de la India, donde nunca se superaron los 175.000 europeos (sumando todas las categorías). Sudáfrica tenía, en esa misma época, cerca de 1,3 millones de habitantes blancos. El primer gran flujo fue el derivado de la revolución minera de la década de 1880. En el Egipto ocupado y gobernado por los británicos vivían más de 140.000 europeos, casi todos ellos en las grandes ciudades; el grupo más numeroso era el de los griegos. Los 150.000 europeos del protectorado francés de Túnez eran, en su mayoría, italianos. En las colonias europeas situadas al sur del Sahara, había hacia 1913 un total del unos 120.000 residentes permanentes europeos. En total, en 1913 vivían en África unos 2,4 millones de «blancos», personas de origen europeo que, en su mayoría, habían llegado después de 1880. En Asia, la

población colonial europea tan solo ascendía a 379.000 personas, más 11.000 estadounidenses en las Filipinas.

En el siglo XIX no hubo una migración de trabajadores africanos hacia Asia organizada por europeos. Que los neerlandeses, en el siglo XVII, llevaran esclavos del Cabo a Batavia no supuso el principio de un tráfico humano continuado y a gran escala, igual que no lo fue a la inversa, con el traslado de esclavos de la India e Indonesia a la colonia del Cabo. Este extraño intercambio se explica porque la VOC (Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales) prohibía esclavizar a la población local de sus posesiones. Después de una larga pausa, en el siglo XIX volvieron a llegar —y esta vez, en cantidad muy superior— asiáticos a África. Entre 1860 y 1911, 153.000 obreros indios fueron despachados bajo contrato a las plantaciones azucareras de Natal (Sudáfrica). Algunos comerciantes acudieron voluntariamente. En Kenia, 20.000 indios participaron en la construcción del ferrocarril de Kenia a Uganda, y muchos se quedaron después de que se extinguieran sus contratos.562 En Mauricio también había muchos indios. En la zona de la actual Tanzania había una pequeña comunidad de mercaderes indios antes incluso de la era colonial. En 1912 se censó en el África oriental alemana a 8.700 indios, mediadores imprescindibles que mantenían la economía colonial en funcionamiento, pero que las autoridades contemplaban con recelo porque seguían siendo, en su gran mayoría, súbditos británicos.563 En total, entre 1800 y 1900 llegaron a África quizá unos 200.000 asiáticos.564 Al estar situada en la intersección entre varios sistemas de desplazamiento humano de larga distancia, en el siglo XIX África fue el continente con una mayor diversidad de formas de migración.

7. MIGRACIÓN Y CAPITALISMO

Ninguna otra época de la historia ha vivido migraciones de larga distancia tan intensas como el siglo XIX. Entre 1815 y 1914, un mínimo de 82 millones de personas cruzaron *voluntariamente* la

frontera para ir a otro país. Esto supone que, por cada millón de la población mundial, 660 emigraron. En el período de 1945 a 1980, por ejemplo, solo 215 personas por millón optaron por esa movilidad.[565] La partida de tantos millones de europeos hacia América destaca, en este siglo de emigración acelerada, como un caso especialmente llamativo y plagado de consecuencias. Ha sido analizado desde una multitud de puntos de vista:

• desde el punto de vista europeo, como una *emigración* que se derivaba en parte de la dinámica de las migraciones intraeuropeas;

• desde el punto de vista de América, como una *inmigración* integrada en el proceso de asentamiento y toma de posesión del territorio continental, de varios siglos de duración;

• desde el punto de vista de los *nativos* de Norteamérica, como una invasión enemiga;

• desde la perspectiva de la historia social, como la creación de nuevas sociedades de diáspora e inmigración, o la ampliación de las ya existentes;

• desde una perspectiva sociológica, interesa como suma de fenómenos de aculturación;

• para la historia económica, es la adición de nuevos recursos y la mejora del nivel de productividad alcanzable globalmente;

• políticamente, como la huida de un Viejo Mundo monárquico y represivo;

• para la historia de la cultura, marcó una época en el proceso (de largo plazo) de occidentalización global.

Aquí bastará con esbozar un panorama demográfico conjunto.

América como destino

Una ruptura clara, no infrecuente en la historia de la demografía (que no siempre transcurre con fluidez) permite establecer aquí una periodización bastante precisa del siglo XIX. La ruptura se produjo hacia el año 1820, cuando el «sistema de redención» desapareció con rapidez y casi por completo.[566] En este sistema de financiación a crédito del

pasaje, los hombres y mujeres que deseaban emigrar se comprometían a devolver la deuda al poco de llegar a América. El sistema supuso una mejora legal y humanitaria con respecto a la vieja forma del *indentured service*, habitual en el Caribe y más adelante en Norteamérica, que suponía por definición un período de trabajo obligatorio en el marco de una relación privada. En el sistema de redención había otras posibilidades de amortizar la deuda, por ejemplo mediante un fiador; pero en último lugar, solo cabía devolver el crédito mediante el trabajo propio y, en ocasiones, incluso de los hijos. Es decir, en la esencia, el sistema de redención seguía suponiendo una relación de limitación voluntaria de la propia libertad.567 Legalmente siguió existiendo hasta los primeros años del siglo XX, pero desde 1820 perdió pronto su importancia. Los emigrantes —por ejemplo los alemanes, antes que los irlandeses— estaban cada vez menos dispuestos a servir sin libertad, y por otro lado la opinión pública de Estados Unidos —en la que abundaban los inmigrantes asentados hacía poco— consideraba cada vez más inaceptable aquella «esclavitud blanca». En 1821, el Tribunal Supremo de Indiana dictó una sentencia crucial en contra de la servidumbre por deudas de los inmigrantes blancos. Eso redujo sobremanera la base jurídica de aquella práctica. La posterior inmigración de los europeos quizá fuera obligada por las circunstancias del continente, pero en su consideración legal, era libre.

Al mismo tiempo, en ambos lados del Atlántico se pusieron en marcha procesos por los que, durante la década de 1820, los distintos modelos antiguos de migración en Europa y a ultramar se unificaron para formar lo que Dirk Hoerder ha denominado «un sistema hemisférico integrado».568 Este subsistema —parte de un mercado de trabajo internacional en formación— colmó todo el espacio comprendido entre el distrito de asentamiento judío de la Rusia occidental y, en la otra orilla, Chicago, Nueva Orleans y Buenos Aires. En los márgenes se tocaba con el sistema migratorio siberiano y asiático. La

movilidad en el seno del sistema fue generada por desequilibrios: desequilibrios entre las regiones pobres y las más ricas, entre las economías de salarios bajos y altos, entre las sociedades agrarias y los centros de la primera industrialización (tanto en la Europa occidental como en Norteamérica); entre sociedades con jerarquías rígidas y escasas posibilidades de medro y otras, como las de América, en las que imperaba lo contrario; por último, entre organizaciones políticas represivas o con libertad. El ritmo interior del movimiento del sistema lo determinaban los cambios en todas estas dimensiones. Las diversas partes de Europa canalizaron hacia el sistema sus excesos de población en momentos distintos. En su conjunto, se trató de una migración ante todo proletaria. Lo más típico era hallar gentes sencillas que buscaban una vida mejor, no caballeros con sed de aventuras.

Para el período comprendido entre la fundación de Estados Unidos y 1820, el total neto de emigrantes que entraron en Estados Unidos se ha cifrado en 366.000 personas.569 Poco más de la mitad de esos migrantes (el 54 %) procedía de Irlanda; algo menos de un 25 %, de Inglaterra, Escocia y Gales. Hacia 1820, asombrosamente, el volumen anual de la emigración libre a Estados Unidos aún era menos de la mitad que el del tráfico de esclavos destinados a Brasil. Antes de 1820, la emigración a Estados Unidos era un goteo. Después de 1820, la línea se vuelve ascendente; como épocas de auge destacaron las décadas de 1840, 1850, 1880 y 1900.570

La llegada de nuevos inmigrantes a Estados Unidos pasó de las cerca de 14.000 personas anuales de la década de 1820 a más de 260.000 en la de 1850 y cerca de un millón en 1911, el año del apogeo. Los motores constantes más notables del proceso fueron, durante todo el siglo, la coyuntura económica estadounidense, que dibuja un auge aproximadamente paralelo al de la inmigración, y el descenso continuado de los costes de transporte. A partir de 1870, el porcentaje de los llegados del

norte y el oeste de Europa retrocedió al tiempo que ascendía el de inmigrantes del sur, el este, y el centro-este de Europa. Fue un cambio radical: entre 1861 y 1870, llegaban de la Europa oriental y centro-oriental solo un 0,5 % de los inmigrantes, y un 0,9 % eran europeos del sur; pero en 1901-1910 fueron respectivamente un 44,5 % y un 26,3 %.[571] Esto tuvo un efecto colosal en la constitución cultural —y en particular, religiosa— de la sociedad estadounidense.

Si volvemos la vista al lado europeo, hallaremos un factor indicador útil en el porcentaje de emigrantes transatlánticos por cada 100.000 habitantes. Irlanda estuvo en cabeza, entre los países del oeste y el sur de Europa, durante las tres últimas décadas del siglo XIX. En segundo lugar, más o menos igualados, figuraban Gran Bretaña y Noruega; en tercera posición, un grupo formado por Italia, Portugal, España y Suecia; y ya a distancia, Alemania. En la década de 1870, por cada 100.000 habitantes se marcharon como emigrantes: de Irlanda, 661; de Gran Bretaña, 504; de Noruega, 473; de Portugal, 289; de Alemania, 147.[572] En números absolutos, los que más cruzaron el Atlántico fueron británicos, italianos, alemanes y súbditos de los Habsburgo. Hasta 1880 aproximadamente, los italianos tendieron a emigrar dentro de Europa, antes que a ultramar. Solo un gran país europeo estuvo ausente del proceso: Francia. En cuanto a los promedios nacionales, por descontado, describen la situación a vista de pájaro; luego, la emigración se concentraba en determinadas regiones. Entre las grandes reservas de la emigración sobresalen regiones como Calabria, el oeste de Inglaterra, el oeste y suroeste de Irlanda, la Suecia oriental o Pomerania.

En el caso de la emigración transatlántica voluntaria, la cifra total de implicados tampoco se puede calcular con absoluta precisión. Las conjeturas mejor fundadas, para el período comprendido entre 1820 y 1920, rondan los 55 millones.[573] De ellos, 33 millones (un 60 %) fue a Estados Unidos. La segunda tierra de acogida fue Argentina, adonde se dirigieron, entre

1857 y 1924, unos 5,5 millones de personas (10 %), por delante de Canadá y Brasil.574 Son números que no incluyen a los que regresaron. Aun cuando la emigración europea —a diferencia de la emigración laboral china e india— solía ser considerada un movimiento definitivo, siempre había una parte que volvía o que pasaba del primer destino a un segundo. Canadá disponía de territorios enormes sin colonizar. Sin embargo, no cumplió la expectativa de que una parte del colosal flujo inmigratorio de Estados Unidos siguiera hacia el norte. Antes al contrario: hacia finales de siglo, *salían* de Canadá hacia Estados Unidos más migrantes de los que retenía. Canadá fue una clásica estación de paso, un cedazo demográfico.575

Argentina representa un caso extremo en la historia de las migraciones. En ningún otro país del mundo —ni siquiera en Estados Unidos— había, a finales del siglo XIX, un porcentaje tan alto de población inmigrada. De los ocho millones de habitantes de un país que quintuplica la extensión de Francia, en 1914 cerca del 58 % o habían nacido en el extranjero o eran una primera generación de hijos de inmigrantes.576 Durante varias décadas, la mitad de los habitantes de la capital, Buenos Aires, habían nacido fuera del país. La inmigración de españoles (que no fueran ni funcionarios ni militares) a la región de La Plata empezó mediado el siglo, no antes. Guardaba poca relación directa con el hecho de que Argentina hubiera sido una posesión española; es decir, no fue ningún fenómeno poscolonial.577 En 1914, Buenos Aires era la tercera ciudad con más población española en todo el mundo, solo por detrás de Madrid y Barcelona. El grupo más numeroso entre los inmigrantes, no obstante, fue el de los italianos. Muchos venían solo temporalmente, porque el viaje entre Italia y Argentina era tan fácil de superar que la travesía del Atlántico sur permitía incluso la migración estacional. Como apenas hubo continuidad con el pasado colonial, la inmigración no prosiguió con las tradiciones antiguas; a diferencia de Norteamérica, por lo tanto, no estuvo marcada por prácticas como las del *indentured*

service. Y en este caso a diferencia de Brasil, la esclavitud africana apenas tenía relevancia. La inmigración a Argentina, en suma, fue «moderna», sin la carga de las relaciones laborales opresivas. Su lógica económica, dado que el mercado interior nunca fue lo bastante grande, dirigió siempre la producción a la demanda internacional. Al principio, la base de la economía argentina fue la cría de ovejas (antes de 1900, la carne de vacuno no representó ningún papel destacado). A partir de 1875 se completó una revolución agrícola que, en unos pocos años, transformó un país que importaba cereales en uno de los mayores exportadores de trigo del mundo. Los inmigrantes trabajaban como campesinos y arrendatarios; fueron pocos los que lograron cultivar tierras extensas de su propiedad. Argentina no fue un «crisol de culturas» tan diverso como Estados Unidos, en ningún caso. La clase alta criollo-española hizo poco por la integración de los recién llegados; y estos, a su vez, rechazaron la ciudadanía argentina en más de un 90 %, para no verse sometidos al servicio militar.578 Los italianos de Buenos Aires eran famosos por su patriotismo exaltado. Mazzini y Garibaldi contaban con muchos partidarios entre ellos, y los conflictos entre los italianos laicos y los fieles a la Iglesia se resolvían con pasión.579

Contratos de cumplimiento forzoso

En el siglo XIX aparecieron nuevas migraciones que no procedían de Europa. Las movía el factor de atracción de la necesidad de mano de obra y se desarrollaron en muy buena medida (aunque no exclusivamente) en el seno del imperio británico (o al menos bajo gobierno británico). El motor económico no fueron tanto las industrias manufactureras como tres puntos diferentes de innovación capitalista: la plantación, la minería mecanizada y el ferrocarril. Cuantitativamente, el factor más destacado fue el de las plantaciones, fruto combinado de la revolución industrial y la agraria, que trasladó la mecanización industrial y la organización del trabajo a la producción y el procesamiento de las materias primas agrícolas.

Las personas afectadas por el traslado eran de raza negra, sin excepción. El alcance de estas migraciones fue aún mayor que el de la emigración masiva de europeos a América. Los indios iban al África oriental y meridional, a la costa oriental sudamericana, a las islas del Caribe y a Fiyi, en el Pacífico; los chinos, al sureste de Asia, a Sudáfrica, a Estados Unidos y a la zona occidental de Sudamérica. Para ver la dispersión geográfica de estas migraciones, véanse las cifras de la Tabla 5, que deben considerarse *bajas*, pues no incluyen el dato sin duda considerable de los movimientos no registrados y los debidos al tráfico de personas.

TABLA 5: PRINCIPALES ZONAS DE IMPORTACIÓN DE TRABAJADORES CON CONTRATO DE CUMPLIMIENTO FORZOSO, 1831-1920

Caribe británico (Trinidad, Guayana británica)	529.000
Mauricio	453.000
África (sobre todo Sudáfrica)	255.000
Cuba	122.000
Perú	118.000
Hawái	115.000
Reunión	111.000
Caribe francés (Guadalupe, Martinica)	101.000
Fiyi	82.000
Queensland (Australia)	68.000

FUENTE: Simplificado a partir de David Northrup, *Indentured Labour in the Age of Imperialism, 1834-1922*, Cambridge 1995, pp. 159-160 (Tab. A.2).

Antes de 1860, estas migraciones sirvieron para rellenar los huecos que había dejado el fin de la esclavitud en las plantaciones azucareras del Caribe británico y la isla de Mauricio, que hacia mediados del siglo XIX eran los proveedores principales de azúcar para Gran Bretaña. Los antiguos esclavos, sin excepción, dieron la espalda a los grandes campos de azúcar para buscarse la vida con tierras propias, vida que a menudo era casi igual de mísera que la de los esclavos. La reducción de la oferta local de mano de obra se acompañó de

un aumento en la demanda global de azúcar y, al mismo tiempo, una caída a largo plazo de los precios del azúcar (en parte, porque la oferta de azúcar de remolacha crecía aún más que la producción de azúcar de caña).[580] Se necesitaba mano de obra, lo más económica posible. Entraron en el mercado centros nuevos como Trinidad, Perú y Fiyi. En una atmósfera tan competitiva aumentó la necesidad de trabajadores baratos y dóciles.[581]

Más adelante, la migración asiática se dirigió a *nuevos* grupos de plantaciones organizados en colonias que nunca habían conocido la esclavitud, así como a la minería y la construcción del ferrocarril. Hacia 1840 ya se habían delineado las líneas maestras de este sistema asiático de trabajo con obligación contractual (*Asian contract labour system*). Se basaba en una forma universalizable de ocupación dócil y barata que ya hemos visto, la servidumbre temporal del *indentured service*. Así, poco después de que la servidumbre por obligación contractual desapareciera como forma de organizar la inmigración que entraba a Estados Unidos, resucitó con los trabajadores asiáticos. Pero no debemos pasar por alto las peculiaridades de esta sujeción laboral, en contraste con sistemas anteriores. Aunque los trabajadores sometidos a la obligación contractual, al igual que los esclavos, sufrían a menudo secuestros y engaños; y aun cuando en su puesto de trabajo (como los obreros de las fábricas europeas en la primera fase de industrialización) estaban sometidos a una disciplina dura, pese a todo no carecían de la libertad personal; poseían derechos, no estaban estigmatizados socialmente y no padecían la intromisión sistemática de un «señor» en su vida privada. Su empleo tenía fecha de caducidad y sus hijos —clara diferencia con los esclavos— estaban legalmente excluidos de la dependencia laboral. En cambio, en el destino sufrían a menudo un racismo que los blancos, como *indentured servants*, no padecían.

El pasaje marítimo tendía a ser espantoso. Lo describió Joseph

Conrad en su novela *Tifón* (1902), que narra el regreso de culis chinos a su patria. Las condiciones eran especialmente duras a bordo de los barcos dirigidos a Latinoamérica y el Caribe, que incluso tras la introducción de los vapores, cuando salían del sur de China, aún tardaban 170 días en llegar a Cuba y 120 hasta Perú. En esta ruta, los barcos de vela estuvieron en uso más tiempo que en casi cualquier otra. Los trabajadores estaban apiñados en minúsculos catres, bajo cubierta, a veces hasta encadenados. En cubierta había jaulas y picotas para el castigo de los alborotadores. Pese a todo: el horror de los barcos de esclavos, que era aún más espantoso —en el mismo volumen, solían apiñar a seis veces más personas que los trabajadores de servidumbre contractual—, no se repitió.582

En algunos aspectos, incluso les iba mejor que a los *indentured servants* de la Europa moderna: a diferencia de estos, no recibían solo el catre y la comida, sino un salario, por lo general alojamiento gratuito y un mínimo de cuidados médicos.583 Los trabajadores con contrato de cumplimiento forzoso no suponían dar continuidad a la esclavitud por otros medios, como arcaísmo; eran un sistema antiguo, de migración laboral esencialmente más libre, que se adecuó a las necesidades imperiales de una era capitalista. No debemos tratarla como una forma exótica, especial, «tropical», sino en el contexto de la migración transatlántica. Donde los salarios ofrecidos en ultramar eran tan bajos que solo interesaban a los más pobres entre los pobres, era imprescindible que alguien financiara el pasaje o que se adelantaran los fondos.

Por otro lado, en realidad no había una diferencia clara entre los «pobladores» blancos y las «aves migratorias» de color. Salvo cuando fueron repatriados por razones políticas (como los chinos del Transvaal), en los países receptores los asiáticos no se quedaron a vivir menos que los inmigrantes europeos; por ejemplo, casi todos los que acudieron del sur de Asia al Caribe. Hacia 1900, los indios habían superado a los africanos como grupo demográfico más numeroso de Mauricio, hasta conformar

el 70 % de la población total; en Natal (Sudáfrica) eran más numerosos que los europeos; en Trinidad y la Guayana Británica representaban un tercio de la población. El 40 % de los habitantes de Hawái eran de origen japonés; el 17 %, chino.584 En partes muy distintas del mundo, las minorías asiáticas se convirtieron en componentes estables de la sociedad local, a menudo, formando una especie de clase media. La emigración asiática mediante contrato de cumplimiento forzoso fue, ante todo, un fenómeno indio y chino. De los dos millones de trabajadores no europeos con este contrato que se constatan estadísticamente entre 1831 y 1920, el 66 % procedía de la India, y el 20 %, de China.585

La migración india fue la única que se desarrolló en una cantidad digna de mención durante *todo* ese período temporal.586 Empezó en la década de 1820, llegó rápidamente al apogeo en la de 1850, y se mantuvo hasta aproximadamente 1910 en un nivel promedio alto, de entre 150.000 y 160.000 personas por década. Esta exportación humana fue el desbordamiento de una migración interior acelerada en general, así como un efecto secundario de la emigración (aún más numerosa) a Birmania y otras zonas del sureste de Asia. Los números de la emigración muestran una relación no solo con la demanda en el seno del imperio británico, sino también con la cronología de las hambrunas en las diversas regiones indias. Asimismo recibió un fuerte impulso con las restrictivas y caóticas condiciones posteriores a la represión del levantamiento de 1857. Pero también tuvieron un papel los factores de más largo plazo. Por ejemplo, entre los emigrantes hubo un número asombroso de tejedores, lo que se explica por la destrucción de la industria textil de las zonas rurales de la India. La emigración no se limitó, en ningún caso, a los que pasaban penalidades; también salieron del país miembros de las castas superiores. Sobre la emigración de Calcuta poseemos datos especialmente completos, que ponen de manifiesto que el proceso afectó transversalmente a toda la población rural del

norte de la India.
La emigración india estuvo regulada por una legislación cuyos principios básicos se establecieron en 1844, por lo que fue manejada con menos arbitrariedad y malos tratos que la exportación de trabajadores de China. También fue voluntaria en una medida mayor. En el reclutamiento de trabajadores en la India fueron menos habituales que en China los engaños, las trampas y los secuestros.587 Al principio, se manifestó una intensa oposición de los abolicionistas, los defensores de los derechos humanos y de los administradores coloniales.588 Más adelante, sin embargo, se impusieron los intereses imperiales de las plantaciones y la reflexión de que, según los principios de una economía política liberal, no se podía impedir a nadie que se buscara libremente un puesto de trabajo. Los propios gobiernos incluidos en el imperio británico llegaron a convenios básicos para remediar los cuellos de botella en la mano de obra. Era difícil emplear a la población local en las nuevas plantaciones azucareras de Natal. En consecuencia, el gobierno de Natal, anexionada por Gran Bretaña en 1845, acordó en la década de 1860 con el gobierno indio la entrega de trabajadores con contrato de cumplimiento forzoso. El convenio preveía el retorno de los indios a la conclusión del plazo contratado, pero la mayoría se quedaron en Sudáfrica, lo que hizo surgir una sociedad india.589
Las críticas al sistema no se apagaron nunca, ciertamente, ni en Gran Bretaña ni en la India; durante todo el siglo, formó parte de un discurso constante sobre los límites aceptables de la falta de libertad. El destino de los indios en el extranjero fue un tema recurrente para los primeros periodistas nacionalistas del país. Tuvo especial efecto la campaña que el abogado Mohandas K. Gandhi emprendió contra el menoscabo de los derechos de los indios en Natal. En 1915, la cuestión del *indentured service* llegó a ser un tema central de la política india: ese año se decidió abolir el sistema, lo cual tuvo efecto en 1916.590 El sistema del trabajo con contrato de cumplimiento

forzoso se diferenciaba en un aspecto *fundamental* del sistema de la migración transatlántica: estaba sometido a una dirección política mucho más intensa y, por lo tanto, se lo podía atajar mediante decisiones ejecutivas. Esto se debió a una combinación de factores: al intento de quitar viento a una crítica que empezaba a navegar a toda vela, pero también al deseo de proteger a la mano de obra «blanca» frente a la competencia de color, que, al acabar la relación del contrato personal (y más aún, en la segunda generación) se encontraba sin limitaciones. El fin del sistema del contrato de cumplimiento forzoso, por lo tanto, fue una victoria del nacionalismo periférico y del humanitarismo; pero *al mismo tiempo*, fue la consecuencia lógica de una defensa de base cada vez más racista frente al peligro «moreno» o «amarillo». A los propios migrantes no se les preguntó. Mientras que la esclavitud se abolió con la plena aprobación de los propios esclavos, en el caso del *indentured service* indio no está tan claro que fuera así. De cualquier modo, no hubo protestas y la emigración siguió saliendo del país después de que se pusiera fin al sistema. El factor decisivo, desde el lado indio, fue la herida en el orgullo nacional de las capas medias del país, que se ofendieron ante el hecho de que los dominios de Canadá y Australia cerraran sus fronteras a los trabajadores indios para así, con un ideario racista, poder mantener el alto nivel salarial de los trabajadores blancos.

El «tráfico de culis»

Cuando en la India se puso fin a los contratos de cumplimiento forzoso, en China el «tráfico de culis» (*coolie trade*) ya había desaparecido, en buena medida. Tuvo un principio titubeante después del fin de la guerra del Opio, en 1842, floreció entre 1850 y 1880 aproximadamente, y luego remitió con rapidez. Se avivó por última vez con la importación de 62.000 trabajadores del norte de China para las minas de oro del Transvaal, con la idea de que se ofrecieran por salarios más bajos que los mineros africanos, como en efecto sucedió; en 1906, el papel de

los chinos y el trato que se les dispensaba fue un tema destacado en la política parlamentaria y la disputa electoral tanto de Gran Bretaña como de Sudáfrica. En Londres, el nuevo gobierno liberal era contrario a esta práctica; en Sudáfrica, entre tanto, la industria minera optó por volver a los trabajadores locales.591 El apogeo de la migración laboral china fue, en su sentido literal, una «edad de oro». Empezó con la fiebre del oro (*gold rush*) de California en 1848-1849, continuó con un torrente de mineros chinos para los yacimientos de oro de Australia, de 1854 a 1877, y concluyó con la repatriación de los últimos chinos de Sudáfrica en 1910.

El punto de partida de la emigración laboral marítima fueron las provincias costeras del *sur* de China: Guangdong (Cantón) y Fujian, cuya población había empezado a aumentar a consecuencia de la introducción de la batata y los cacahuetes en los primeros años del siglo XVII. El objetivo natural de los habitantes de la costa que buscaban el contacto con el extranjero era el sureste de Asia, adonde se llegaba bien con los juncos. Sin embargo, tradicionalmente, los chinos no habían mostrado más interés por la emigración que los indios. Si en la India, la religión ponía trabas notables a los viajes a ultramar, en China lo hacía el estado. En general, los súbditos imperiales tenían muy restringida la libertad de movimientos. El estado se permitía repetidamente trasladar habitantes a las zonas de frontera, para colonizarlas, pero desconfiaba de la movilidad voluntaria. Abandonar el país no solo estuvo prohibido, una y otra vez, por los gobiernos imperiales, sino que se descartaba el retorno. El sistema social de origen confuciano también dificultaba el movimiento espacial. En la tierra de origen se hallaban el templo familiar y las tumbas de los antepasados. La obligación piadosa hacia los padres y ancestros no se podía satisfacer desde el extranjero. En diversas regiones del sureste de Asia, entre los siglos XV y XVIII, como fruto de una esporádica emigración de comerciantes, surgieron comunidades locales chinas: en las Filipinas, en Java, en la península de

Malaca; en estas comunidades, la mezcla de culturas acabó cristalizando en una tradición propia.592 Los mercaderes que se asentaban en los puestos de ultramar y las ciudades del sureste asiático atrajeron luego a mano de obra sencilla. Con la difusión del dominio colonial europeo en la región, crecieron los puestos de trabajo en las plantaciones y las minas, que la población local no podía cubrir. Para la defensa de sus intereses se asociaron en hermandades rituales cuya organización se asemejaba a la de las sociedades secretas chinas tradicionales.593

La «apertura» de China se produjo en 1842, en un momento en el que ya se iniciaban las nuevas estructuras migratorias. Por entonces se daba una relación de complementariedad entre un sur de China inseguro, superpoblado y empobrecido, y un Siam más pacífico y próspero, pero demográficamente débil. Cuando, con la conexión a mercados más amplios, se inició la producción de arroz para la exportación (algo antes que en la vecina Birmania), no tardó en constatarse una división del trabajo por grupos étnicos: los siameses se dedicaban a la agricultura, y los chinos, a la molinería, el transporte y el comercio. Hacia el cambio de siglo, los emigrados a Siam formaban la comunidad china más numerosa del extranjero.594 Mientras los emigrantes a Siam —que fue el destino más destacado inmediatamente antes del tráfico de culis— llegaban en su mayoría para sumarse a la comunidad ya existente, y sus pasajes eran costeados por familiares y miembros del clan ya residentes en Siam, la emigración de los culis a la península de Malaca, Indonesia, Australia y el Caribe se organizó sobre todo mediante el *indentured service*. Esto supuso una ruptura revolucionaria con la anterior práctica china de la emigración. Una segunda novedad tuvo que ver con el transporte. La navegación a vela europea desbancó en parte, y en parte complementó, el tradicional comercio mediante juncos. La difusión de los barcos a vapor, durante la segunda mitad del siglo XIX, reforzó el volumen de los flujos migratorios

hacia el sureste asiático y América. Los lazos y las reunificaciones familiares crearon redes importantes que se ocuparon del traslado de la mano de obra china a ultramar. Desde el sureste de Asia, negociantes chinos organizaron el desplazamiento e hicieron que los mediadores de los pueblos de la costa suroriental batieran la zona en busca de mano de obra. El tráfico de culis fue un negocio multinacional. En los puertos de emigración china lo organizaron cada vez más intermediarios británicos, estadounidenses, españoles, alemanes, neerlandeses, portugueses y peruanos, que, a menudo, colaboraban con socios chinos de muy dudosa reputación, que les pagaban un importe por cabeza. Se atraía a los hijos de los campesinos a bordo de los barcos mediante pequeños regalos para los padres, historias sobre riquezas fabulosas o trampas en los juegos de azar. Podían ser vendidos o ser víctimas de luchas entre clanes. Para los intermediarios, el método más sencillo de procurarse mano de obra exportable era el secuestro.595 Nótese que no era una práctica de bárbaros «asiáticos», sino el mismo método con el que la Royal Navy había tendido a solventar la falta de marinos voluntarios.

En su primera fase, la exportación de trabajadores —al igual que el tráfico de opio contemporáneo— era ilegal, de acuerdo con el derecho chino, y desde el principio levantó revuelo en la opinión pública china. Ya en 1852 estallaron disturbios contra los secuestros en la ciudad de Amoy (Xiamen). En 1855 se produjeron protestas en todo el sur de China; en 1859, en la zona de Shanghái, la cantidad de raptos despertó el pánico entre la población y derivó en ataques contra extranjeros. El gobierno intentó —en vano— utilizar esta agitación para cancelar el tráfico. En 1859, a consecuencia de la ocupación británica de Cantón, en la denominada «segunda guerra del Opio», la parte china tuvo que conformarse con «cooperar» y tolerar el tráfico de culis, aunque no se logró que dejara de castigar con la pena de muerte a los secuestradores.596 Desde el principio, para las autoridades chinas el tráfico de culis

supuso un grave problema de «ley y orden», y siguió siéndolo hasta el final. Después de que se raptara incluso al hijo de un gobernador general, el gobierno chino aprobó en 1866 una norma internacional que ilegalizaba los secuestros incluso bajo el derecho occidental. Sin embargo, no hubo forma de controlar el agujero de la portuguesa Macao. Allí se ofrecía trabajar en California a chinos que luego eran desembarcados en Perú, donde las condiciones eran más duras. Cuando España y Perú, en la década de 1870, solicitaron suscribir convenios comerciales con China, se enviaron allí comisiones de investigación y se puso la protección de los culis como condición de los acuerdos. A partir de 1874, el gobierno Qing optó por una estrategia aún más dura: proclamó la prohibición general del tráfico de culis, envió a funcionarios consulares a proteger a los emigrantes y, en 1885, obtuvo las disculpas del gobierno de Estados Unidos, después de que 28 mineros chinos fueran masacrados en Rock Springs (Wyoming).597

La lucha contra el *indentured service* de indios y chinos se diferenció de las anteriores campañas contra el tráfico de esclavos transatlántico porque aquí también existió una presión política por parte de los países exportadores. El gobierno colonial de la India nunca fue unánime con respecto a la emigración con contratos de cumplimiento forzoso, ni la apoyó plenamente; con el tiempo, estuvo preparado para quitarle al menos *esta* razón a los primeros nacionalistas indios. El gobierno chino representaba a un país independiente en situación de debilidad con respecto a las potencias imperiales. Pese a tal fragilidad, el pertinaz patriotismo de los diplomáticos chinos logró avanzar en la protección de los culis, y contribuyó a la desaparición del sistema; aunque no fue el factor decisivo. Lo esencial fue que se dejó de necesitar a los chinos en las economías de los países receptores.

El *indentured service* tradicional surtió de mano de obra a las plantaciones, el destino principal de los indios en ultramar. Una gran parte de los emigrantes chinos tomó otros rumbos.

Aunque a menudo tuvieran que satisfacer el importe del pasaje por medio de créditos, no estaban sometidos a un trabajo obligatorio. En otras palabras: en su mayoría, los chinos que abandonaron el país *no* lo hicieron como culis. La inmigración china a Estados Unidos, que empezó con la fiebre del oro californiana de 1848-1849, fue «libre», con lo que se asemejó más al influjo contemporáneo de los europeos que a las condiciones de servidumbre del tráfico de culis. Lo mismo sirve para la mayor parte del éxodo al sureste asiático y Australia. Entre 1854 y 1880 —período culminante de la emigración china — dejaron el imperio a través del puerto de Hong Kong más de medio millón de chinos sin servidumbre.598

En ninguna otra emigración masiva del siglo XIX, el porcentaje de retorno fue tan elevado como entre los chinos. Su vinculación con la localidad de origen era tan fuerte que, en ocasiones, incluso después de varias generaciones se consideraba que la estancia en el extranjero era provisional. A diferencia del caso europeo, no se solía entender que la emigración rompía los puentes con el propio pasado, no imperaban la predisposición a desarrollar nuevos modelos de vida ni la voluntad de asimilarse. La emigración china se comprende mejor como una expansión de la economía del sur de China en ultramar. Posiblemente, el 80 % de los chinos que cruzaron en el siglo XIX las fronteras de la costa regresaron en algún momento; en el caso de Europa, la tasa de retorno se calcula en una cuarta parte.599 La elevada circularidad y fluctuación de las emigraciones significa asimismo que los números absolutos que constan en las fechas clave con estadísticas resultan sorprendemente bajos. El censo estadounidense de 1870 contó solo a 63.000 chinos, y el de 1880, cuando la inmigración china a Estados Unidos ya había empezado a declinar, no más de 105.465.600

La única región del mundo en la que los chinos sí se quedaron en gran número fue el sureste de Asia, que era a su vez la más antigua de las zonas de emigración «de ultramar» —pues a

Siam, Vietnam y Birmania se llegaba principalmente en barco —. Aquí las autoridades coloniales europeas favorecieron en general la llegada de chinos, que adoptaban en las economías respectivas papeles de comerciante, empresario o minero que ni los locales ni los europeos podían colmar suficientemente. Sobre todo, pagaban bien los impuestos. Desde el punto de vista de la autoridad, los chinos, además de su laboriosidad y sentido comercial, tenían la ventaja adicional de organizarse muy bien por sí solos, bajo la dirección de notables y sociedades secretas; es decir, vivían en comunidades funcionales que causaban pocos problemas al estado colonial. A pesar de su apego a la patria, las minorías chinas del sureste de Asia fueron súbditos leales a las potencias coloniales europeas. A largo plazo, el resultado era independiente del modo de emigración: en China, como en la India, determinadas franjas costeras giraban en torno de la emigración y dependían económicamente de esta. Regiones enteras, pueblos y las diversas familias desarrollaron un carácter transnacional. Sus miembros se sentían más estrechamente vinculados a sus parientes y vecinos, que vivían en Idaho (que, por un tiempo, tuvo un 30 % de población china) o Perú, que a los paisanos del pueblo vecino.601

La migración por la vía del contrato de cumplimiento forzoso se controlaba más desde los puntos de vista legal y político, y se refleja en las estadísticas mejor que la emigración no regulada. Si añadimos esta última, la cifra de la emigración remota desde el sur y el este de Asia se eleva considerablemente. Tampoco debemos despreciar la cantidad de emigrantes que se marcharon del país no como trabajadores, sino como comerciantes. Según algunos cálculos, entre 1846 y 1940 más de 29 millones de indios y 19 millones de chinos emigraron a países del océano Índico y el sur del Pacífico; este movimiento demográfico es comparable, cuantitativamente, a la emigración de Europa a América. Solo una décima parte de ellos lo hicieron con el método del *indentured service*, aunque el adelanto de

fondos, ya fuera personal o estatal, tuvo su papel en muchos otros casos.602 La primera guerra mundial supuso, para estas emigraciones del «sur» global», una ruptura menos profunda que para los flujos trasatlánticos. Tan solo la crisis económica mundial y luego la guerra del Pacífico dañaron las vías de la emigración india y china.

8. MOTIVOS GLOBALES

En el siglo XIX hubo más personas que nunca que se pusieron en camino recorriendo trayectos muy largos. Ello les ocupó mucho tiempo. En 1882, el maestro budista Xuyun se encaminó al Wutaishan, santuario situado en la provincia china de Shandong; como se lanzaba al suelo cada tres pasos, tardó dos años en recorrer los cerca de 1.500 kilómetros.603 Xuyun fue un peregrino y, cuando consideramos la movilidad de grandes multitudes, no podemos pasar por alto el peregrinaje. En Europa, Asia y África, la atracción de los centros religiosos hizo ponerse en marcha, también en el siglo XIX, a cientos de miles de personas. La peregrinación más cuantiosa fue la del *hajj* a La Meca; por lo general, un viaje colectivo en barco o caravana, que luego se acortó mucho con el Canal de Suez y el tren de Hiyaz. El número de peregrinos (que en la actualidad puede superar el millón) oscilaba mucho según los años, pero en el curso del siglo XIX se triplicó hasta llegar a unos 300.000. El típico peregrino llegado de un lugar remoto (por ejemplo, la península de Malaca) era entonces un miembro mayor de la élite local, lo bastante acomodado para emprender el viaje por sus propios medios.604 En el siglo XIX se abrieron vías de peregrinación adicionales, sobre todo desde los Balcanes y el imperio zarista. Después del cambio de siglo se fundaron nuevos reinos islámicos en el África occidental, lo que provocó un «impulso hacia el este» en dirección a los Santos Lugares que ayuda a explicar la migración intraafricana de ciertos grupos de adeptos o incluso pueblos enteros. Las expectativas milenaristas se dirigieron hacia un Mesías salvador, el *Mahdi*, del que se deseaba estar cerca cuando llegara la hora. La

presión de la invasión colonial quizá reforzó esos movimientos.[605] Hasta el siglo XIX habían surgido redes de peregrinación a escala mundial: musulmanes chinos que viajaban a La Meca o El Cairo, y, a la inversa, también los sepulcros de los santos sufíes en el imperio chino fueron imanes notables para el peregrinaje.

Fueron una novedad del siglo XIX las grandes migraciones remotas, aparte de la trata de esclavos, que se iniciaron a partir de 1820, progresivamente, y aumentaron radicalmente desde mediados de la década de 1870. Su volumen creció claramente más rápido que el de la población mundial. Los estudios migratorios han dejado de verlas como un flujo indiferenciado de «masas», según sugerían por ejemplo las flechas gruesas de los mapas simplificados con intención didáctica. Ahora se presenta en su lugar un mosaico de las distintas situaciones locales, en el que a menudo el pueblo y el traslado de una parte de sus habitantes es marco de un microestudio. Los ingredientes de estas historias de la migración, hasta cierto punto, eran supraculturales: había pioneros, organizadores, solidaridades de grupo. Las decisiones migratorias solían adoptarse en el seno de la familia, más que individualmente. En la era de la revolución del transporte, mejoraron las posibilidades logísticas; y al revés, un capitalismo más acelerado y extenso en su organización exigía la movilidad de la mano de obra. En su mayoría, los emigrantes, ya salieran de Europa, la India o China, procedían de las capas inferiores. En el país receptor se esforzaban por ascender a las capas medias, lo que lograron más a menudo que los antiguos esclavos y sus descendientes.[606] La relación entre la movilidad interior y exterior (o «transnacional») era variable. Sería superficial afirmar que, en el mundo moderno, la vida es más rápida y móvil siempre y en todas partes. Estudios realizados hace ya tiempo en Alemania o Suecia demuestran más bien que, en el siglo XX (y en tiempos de paz) tendió a descender la movilidad horizontal en el seno de las sociedades, y no solo la intensidad

de la emigración.[607] En lo que a Europa respecta, el alto nivel de movilidad de finales del siglo XIX fue una excepción.

Hasta la década de 1880, los gobiernos no pusieron prácticamente ningún obstáculo legal a la migración remota, aunque los casos concretos sí se pudieron ver expuestos repetidamente a los controles de las autoridades. La era de la promoción estatal de la emigración no se inició hasta pasado el cambio de siglo. Esta apertura administrativa por ambas partes era un requisito previo para que pudieran surgir los grandes sistema migratorios. Pero no era evidente: Japón y China intentaron controlar tanto la entrada como la salida de migrantes, al igual que el comercio exterior. Hacia el cambio de siglo, Japón pasó a fomentar activamente la emigración a Latinoamérica, incluso aportando medios financieros. ¿Hubo en otros lugares apoyo político? A veces, el imperio otomano se esforzó por aumentar la población de sus territorios balcánicos, de escasa densidad demográfica. Las colonias australianas también practicaron una política de inmigración activa. En el caso australiano era especialmente importante porque el elevado precio dificultaba la emigración *unassisted* («sin ayuda»). Australia necesitaba más población, con urgencia, y debía competir por ella con Estados Unidos. La emigración masiva solo fue posible porque desde 1831 el estado ofreció estímulos financieros. Casi la mitad del millón y medio de británicos que en el siglo XIX llegaron a Australia recibieron apoyo estatal para cubrir los costes: no créditos, sino subvenciones a fondo perdidos, derivados en general de la venta de tierras del gobierno. Durante décadas, la Colonial Land and Emigration Commission de Londres fue uno de los órganos principales, y más exitosos, del estado australiano.[608] Esto también permitía examinar y elegir. En el conflicto entre el interés del gobierno británico, que deseaba alejar a su «plebe», y el de las colonias por recibir a gentes más selectas, se impuso la sociedad receptora. En el caso australiano se constata la regla económica de que los gobiernos de estados democráticos

preferían la política migratoria con la que esperaban mantener o acrecentar los ingresos de sus votantes. La pregunta consiguiente es cuándo ofrecer a los inmigrantes la nacionalización en condiciones idénticas a las de los ciudadanos.

Los motivos de cada uno de los migrantes, lógicamente, respondían a la propia cultura. Las personas de países muy cálidos no suelen trabajar a gusto en los muy fríos, y viceversa; y de preferencia se tiende a ir allí donde se espera encontrar a paisanos o miembros del propio grupo relativamente satisfechos, a los que a menudo se agradecen también informaciones decisivas. En un caso extremo —por ejemplo, los irlandeses tras la gran hambruna de mediados de siglo—, surge de ello un efecto magnético por el que la emigración casi se da por descontada. En otros casos, cuando la libertad de decisión era relativamente grande, podían imperar puntos de vista culturalmente neutrales. Un elemento clave era la clara diferencia de sueldos entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Pero la primacía del Nuevo Mundo fue disminuyendo por el efecto de la misma inmigración, lo cual fue una de las razones principales del lento retorno.[609] En cualquier caso, este motivo tenía validez universal. En el último tercio del siglo XIX, la mano de obra india prefería emigrar a Birmania antes que a las Colonias del Estrecho porque, hasta que empezó el *boom* del caucho malayo, el nivel salarial de Birmania era claramente superior. Muchas otras consideraciones se referían al futuro menos inmediato. Los pequeños productores agrícolas solían aceptar una proletarización temporal para huir de la permanente. Las predicciones, sin embargo, eran siempre inseguras. Los mal informados y los crédulos a menudo se dejaban embarcar en aventuras arriesgadas: desde rumores sobre riquezas legendarias a falsas promesas de matrimonio. Para el historiador resulta un tema emocionante, cuando se trata de explicar microdiferencias: por ejemplo, por qué de una región partían más emigrantes que de otra. A los grandes sistemas,

interrelacionados entre sí, hay que concederles cierta vida propia, pero se forman, persisten y cambian solo mediante la acción conjunta de incontables decisiones personales en situaciones vitales concretas, en pocas palabras: mediante la práctica.

Capítulo 5
Estándares de vida

Riesgos y seguridades de la existencia material

1. «ESTÁNDAR DE VIDA» Y «CALIDAD DE VIDA»

Calidad y estándar de la vida material

Una historia del siglo XIX no puede omitir la cuestión de en qué nivel material se desarrollaba la vida humana. Reuniremos lo poco que la investigación nos puede decir sobre el tema en el plano más *general*. Al respecto, conviene distinguir entre el «estándar de vida» y la «calidad de vida». El primer concepto pertenece a la historia social; el segundo, a la antropología histórica.610 A la calidad de vida pertenece la impresión subjetiva del propio bienestar; de hecho, de la propia suerte. La suerte está ligada a una persona o un grupo reducido, su calidad no es mensurable y es difícil compararla. Incluso hoy resulta casi imposible decidir si los hombres de una sociedad A están más «satisfechos» con su vida que los de la B. Con respecto al pasado, casi nunca está a nuestro alcance reconstruir esa clase de valoraciones. Además habría que diferenciar entre pobreza y miseria. Algunas sociedades del pasado, aunque con escasos bienes de mercado, posibilitaron tener éxito en la vida. No se apoyaban solo en la economía del mercado, sino también en las economías de la comunidad y de la naturaleza. Quienes padecían las penalidades personales o colectivas no eran tanto los desposeídos (sin propiedad) como los privados de *acceso*: acceso a una comunidad, a protección fiable, a la tierra o el bosque.

El «estándar de vida» es un poco más palpable que la «calidad de vida». Aun así, el concepto vive en tensión entre la magnitud económica «concreta» de los «ingresos» y el criterio más «inconcreto» de la «utilidad» que a cada persona le rentan esos ingresos. En fechas recientes se ha propuesto medir el estándar de vida según la capacidad de dominar crisis repentinas a corto plazo; por ejemplo, de desempleo (con la consiguiente pérdida de ingresos), inflación abrupta o la muerte de un sustento de la

familia. Los que superan tales crisis y logran hacer realidad una planificación vital a largo plazo poseen un alto estándar de vida. Más en concreto, en las condiciones de vida precontemporáneas, esto significaba sobre todo la cuestión de a qué estrategias recurrían las personas y los grupos para prevenir la muerte temprana, y con cuánto éxito.611

Los economistas se acercan a la historia del estándar de vida con algo más de solidez que los historiadores sociales. Intentan calcular el ingreso de las distintas economías, acotadas de algún modo (en la Edad Contemporánea se trata en su mayoría de economías *nacionales*), y luego lo dividen entre la cifra de población, lo que resulta en el conocido Producto Nacional Bruto (PNB) per cápita. Un segundo aspecto que los economistas se complacen en calcular es la capacidad de ahorro de las economías: si pueden crear valor de cara al futuro y, en lo posible, dedicar una parte de lo ahorrado a «invertir» de forma que creen nuevo valor. Ahora bien, no hay una relación positiva e inequívoca entre el crecimiento económico estadísticamente comprobable y el estándar de vida experimentado de hecho. El crecimiento de cualquier magnitud, incluso el alto, *no necesariamente* se traduce en una mejora vital. En el caso de varios países europeos se ha constatado que, durante la Edad Moderna, los salarios reales se redujeron a la par que se incrementaba la riqueza material del conjunto de la sociedad; tuvo que darse un colosal proceso de inversión a largo plazo por el que los ricos se hacían más ricos, y los pobres, más pobres.612 Tampoco existe ninguna conexión directa entre los ingresos y otros aspectos de la calidad de vida. Durante el siglo XIX, a medida que los ingresos de los japoneses iban aumentando lentamente, cada vez más consumidores podían permitirse el arroz descascarillado, blanco y pulido, más caro y con más prestigio asociado. Pero entonces emergió el problema de la pérdida de las vitaminas contenidas en la cáscara. Así, incluso algunos miembros de la familia imperial fallecieron por beriberi, producido por la falta de vitamina B1;

era un peligro del bienestar. Algo similar vale para la relación entre el consumo de azúcar y la salud dental. Según la experiencia histórica, no hay suficientes pruebas de que el bienestar económico se traduzca automáticamente en una mejora de la calidad de vida biólogica.

Geografía de los ingresos

Aunque *antes* de la estadística mundial, los cálculos de las cifras de ingresos son muy inseguros, debemos tomar como base del análisis la propuesta de cuantificación más plausible, relativamente hablando, de las existentes (Tabla 6).

TABLA 6: ESTIMACIÓN DEL PRODUCTO NACIONAL BRUTO PER CÁPITA EN PAÍSES ESCOGIDOS, DE 1820 A 1913 (EN DÓLARES ESTADOUNIDENSES DE 1990)

	1820	1870	1913	Factor 1870-1913
		Europa		
Gran Bretaña	1.700	3.200	4.900	1,5
Países Bajos	1.800	2.700	4.000	1,5
Francia	1.200	1.900	3.600	1,9
Alemania	1.000	1.800	3.600	2,0
España	1.000	1.400	2.300	1,6
		América, Oceanía		
Australia	–	3.600	5.700	1,6
Estados Unidos	1.200	2.400	5.300	2,2
Argentina	–	1.300	3.800	2,9
México	760	670	1.700	2,5
		Asia		
Japón	670	740	1.400	1,9
Tailandia (Siam)	–	700	830	1,2
Vietnam	540	520	750	1,4
India	530	530	670	1,3
China	600	530	552	1,04
		África		
Sudáfrica	–	1.600	–	–
Egipto	–	700	–	–
Costa de Oro (Ghana)	–	–	700	–

FUENTE: Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, OCDE, París, 2001, pp. 185, 195, 215, 224 (con

redondeo superior o inferior; factor calculado).
Los cálculos de Maddison, a falta de datos estadísticos, forman una estructura poco sólida. Sobre todo se les ha reprochado el otorgar un valor demasiado bajo a la potencia económica de Asia. En lo esencial son datos «imposibles», aunque Maddison ha intentado usar también ampliamente las fuentes cualitativas, con el fin de ofrecer una impresión general que a grandes rasgos respete las proporciones. Si pese a todo se toman los números de Angus Maddison como la representación más plausible de las relaciones de magnitud, y se le concede un mínimo de validez a la ratio PNB/per cápita, destacan las siguientes consecuencias:

• Entre 1820 y 1913, se abrió una profunda brecha entre el estándar de vida material de los países más pobres y las zonas más ricas del mundo. En 1820, la diferencia era del triple o quizá el cuádruple; pero en 1913, las zonas ricas, como poco, octuplicaban a los países pobres.613 Incluso si no nos fiamos de estas cifras, es indiscutible que, en este período temporal, la brecha de los ingresos y el bienestar en el mundo se ha vuelto mucho más profunda, probablemente más en que en ninguna época anterior, y ello en un marco de crecimiento global conjunto. Esta tendencia no se frenó hasta después de 1950, cuando se estabilizó el grupo de los países «ultrapobres» que no se beneficiaban de la industrialización ni de la exportación de materias primas.614

• Junto a las zonas centrales de la industrialización en la Europa occidental y septentrional, los incrementos más sustanciales los consiguen los países que Maddison denomina «vástagos de Occidente» (*Western offshoots*), esto es, las sociedades neoeuropeas de Norteamérica, Oceanía y el Río de la Plata.

• Estados Unidos y Australia ya adelantaron a los líderes de Europa *antes* de la primera guerra mundial. Pero la diferencia en el seno del grupo de los países «desarrollados» era muy inferior al abismo cada vez mayor que los separaba del resto del

mundo.615

• A la inversa, ya en el siglo XIX (sobre todo, en las últimas décadas) se formó lo que estadísticamente supondría algo similar a un «Tercer Mundo»: un grupo de países que apenas mejoraron respecto de un punto de partida ya bajo de por sí.

• En Asia y África hubo siempre *dos* excepciones al panorama general: Japón, cuya industrialización se inició en la década de 1880, y Sudáfrica, que en esas mismas fechas descubrió las reservas de oro más importantes del mundo.

• En muchos países, cabe hablar de un punto de inflexión aproximado a partir del cual asciende el bienestar promedio y, con ello, la capacidad de consumo. Este punto de inflexión se sitúa, para Gran Bretaña y Francia, en el segundo cuarto del siglo XIX; para Alemania o Suecia, a mediados de siglo; para Japón, en la década de 1880; para Brasil, después de 1900; para la India, China o Corea (del Sur), en algún punto posterior a 1950.616

2. PROLONGACIÓN DE LA VIDA Y *HOMO HYGIENICUS*

Los límites de la utilidad de los cálculos de Maddison sobre los ingresos per cápita, en lo que respecta a la cuestión del estándar de vida, se ponen de manifiesto cuando se hojea el capítulo de su estudio estadístico dedicado a la esperanza de vida. La «pobreza» de Asia en comparación con Europa no se refleja con claridad en la duración de la vida humana, lo cual, de nuevo, es en sí un indicador bastante fiable de la salud. Los japoneses y las japonesas, con la mejor salud de Asia, vivían solo un poco menos que la población de la Europa occidental con ingresos per cápita superiores. En otras palabras: en la Edad Moderna, en cualquier lugar del mundo, la vida era corta por igual. Antes de 1800, solo en pequeños grupos de la élite (como la alta nobleza inglesa o la burguesía ginebrina) la esperanza de vida superó los 40 años. En Asia, el valor era algo inferior, pero no exageradamente. Entre la nobleza Qing, en Manchuria, la esperanza de vida de los nacidos hacia 1800 era de 37 años; y de los nacidos hacia 1830, de 32, un

empeoramiento que refleja bien la evolución social general de China.617 La esperanza de vida al nacer, en la Europa occidental —en el tramo comprendido entre una Suecia de vidas largas y una España de vidas más cortas—, era de 36 años en 1820; en Japón era de 34 años. En 1900, en la Europa occidental y Estados Unidos, había subido a entre 46 y 48 años; Japón se quedaba atrás, con 44 años; de nuevo, con el resto de Asia por detrás.618 Si tenemos en cuenta que Japón, en su evolución económica, todavía estaba al menos una generación por detrás de Estados Unidos y los países más avanzados de la Europa occidental, se pone de manifiesto que, en las condiciones de la industrialización *temprana*, alcanzó niveles de salud que en otros lugares no fueron característicos hasta la industrialización *plena*. Por mucho peso que uno conceda a los cálculos de ingresos: hacia 1800, el imaginario japonés medio llevaba una vida más frugal que un «típico» europeo occidental, pero su esperanza de vida no era netamente inferior. Incluso cien años después, cuando las sociedades de ambos continentes habían multiplicado su riqueza, el diferencial no se había reducido con claridad. Probablemente, sin embargo, la riqueza nacional estaba distribuida con más igualdad en Japón, y sobre todo, los japoneses —que *hoy* poseen la esperanza de vida más elevada del mundo— mostraban una salud inhabitual. En los siglos XVII y XVIII ya contaban con formas de alimentación, técnicas de construcción de los edificios y costumbres que potenciaron la higiene tanto personal como pública, lo cual redujo la vulnerabilidad a las enfermedades; por otro lado, eran medios que economizaban inusualmente los recursos.619 En pocas palabras, los japoneses eran «más pobres» que los europeos, pero no cabe sostener que por ello también vivieran «peor».

Más años de vida

La esperanza de vida media (a la hora de nacer) de la población mundial no superaba los 30 años, hacia 1800; solo en circunstancias excepcionales llegaba a los 35 años o incluso un

poco más. Más de la mitad de las personas morían antes de alcanzar la edad adulta. Pocos disfrutaban de una vida posterior al trabajo, ni al acabar la jornada ni como «jubilación» tras haber concluido una fase profesional. Típicamente, la muerte se producía por infecciones de evolución rápida. La Muerte gastaba «armas más afiladas» (Arthur E. Imhof) que en la actualidad, cuando, en las sociedades ricas, predominan como causa de defunción las enfermedades degenerativas prolongadas.620 Para el año 2000, la esperanza de vida, entre aumentos muy rápidos del total de la población, había alcanzado los 67 años. A este respecto, las perspectivas de supervivencia biológica se han igualado muchísimo más *entre* sociedades y *dentro de* ellas de cuanto lo ha hecho la desigualdad de ingresos. Es decir, ha sido más rápido el proceso de vivir más años que el de ser materialmente más ricos.

La expectativa de una vida larga, hasta cierto punto, se ha «democratizado». Esta es una de las vivencias más destacadas de la historia reciente. Desde luego, hay excepciones. En los países más pobres del África subsahariana —que, por lo general, además están muy afectados por el sida—, la esperanza de vida media de los jóvenes adultos (no así la de los recién nacidos) es veinte años inferior a la de la Japón, China y la Inglaterra preindustriales, e incluso a la de la Edad de Piedra.621 No hay consenso al respecto de por qué en el siglo XIX se produjo una auténtica «explosión» de la duración de la vida. Unos se remiten a los progresos médicos y sanitarios; otros, a la mejora en la alimentación; una tercera línea de investigación considera que el factor determinante fueron las nuevas técnicas de la atención sanitaria oficial; y otros expertos proponen modelos multicausales en los que intervienen todos estos factores.

Para determinar el carácter de época del siglo XIX, tendría un especial interés datar con la mayor precisión posible el proceso que condujo a la revolución de la longevidad. Robert W. Fogel,

que recibió el premio Nobel de Economía en 1993, ha extraído la conclusión, a la luz de los datos disponibles hoy, de que el salto decisivo a una era de vidas largas se produjo en «Occidente» —con ello, Fogel se refiere a la Europa occidental, Norteamérica y Japón— en la primera mitad del siglo XX, en especial entre 1890 y 1920.622 A este punto no se llega, de ningún modo, por la vía de una diagonal ascendente y regular que atravesara todo el siglo XIX. Durante la primera fase de industrialización en Gran Bretaña (entre 1780 y 1850, más o menos), primero la esperanza de vida se redujo y se alejó del alto nivel que Inglaterra había alcanzado ya en los tiempos de Shakespeare.623 En su conjunto, en la Inglaterra de 1780 a 1850, la vida material de la población trabajadora no mejoró. *Después* los salarios sí terminaron por superar claramente a los precios y la esperanza de vida empezó a subir lentamente.624 En Alemania, donde la industrialización no empezó hasta 1820, aproximadamente, ya se hablaba a los pocos años de lo que se dio en llamar «pauperismo»: una nueva pobreza colectiva, que se entendía catastrófica, tanto en el campo como en la ciudad.625 Aquí ocurría un proceso similar al que ya se había dado antes en Inglaterra. Esta «sima» de la «época de collado» se atribuye ante todo a dos factores. *Primero*, la cantidad de la alimentación —y sobre todo la calidad— no ascendió como lo hicieron las exigencias energéticas del trabajo en las primeras fábricas. En los primeros años del siglo XIX, en las sociedades «occidentales», solo Estados Unidos fue capaz de asegurar a sus ciudadanos una aportación alimentaria con suficiencia energética. El crecimiento de los ingresos reales, que ha sido constatado por los estadísticos, debe reducirse mucho al sopesar su traducción en bienestar material; a juicio de Robert Fogel, debe reducirse en torno a un 40 %.626 *En segundo lugar*, las ciudades en rápido crecimiento eran un nido de riesgos para la salud, provocados por la concurrencia de gran número de personas de las zonas más diversas. Como se vivía apiñado, sin que con la densidad residencial hubiera crecido también la

necesaria previsión higiénica, se potenciaron los causantes de enfermedades letales. En su mayoría, las víctimas no las causaron epidemias de aparición concentrada, sino las enfermedades propias de las circunstancias vitales correspondientes. En lo esencial, esto es válido para todas las sociedades europeas que entraron en la fase de la industrialización. Pero *solo* es aplicable a las ciudades. Durante bastante tiempo, la vida en el campo fue comparativamente más sana, con una brecha que, en la Europa noroccidental, solo se cerró hacia 1900.627

En Europa, Norteamérica y Japón, la tendencia global al incremento de los años de vida *empezó* hacia 1890; en otros lugares del mundo, vivió su fase de auge en épocas distintas:

- Latinoamérica hizo su gran salto entre 1930 y 1960;
- la Unión Soviética, entre 1945 y 1965 (con un retroceso radical en los estados que sucedieron a la URSS, durante la década de 1990);
- China, a partir de 1949, cuando el régimen comunista implantó una política sanitaria de gran éxito y la esperanza de vida pasó de menos de 30 años, antes de 1949, a casi 70, en 1980;628
- muchos estados africanos, en las dos décadas posteriores a la independencia, es decir, aproximadamente entre 1960 y 1980;
- Japón experimentó otra fase de auge entre 1947 y 1980.629

Agua limpia

Las bases del incremento del siglo XX se pusieron durante el XIX, en muchos sentidos. Sin embargo, su difusión requirió tiempo. El siglo XIX vivió dos impulsos de especial importancia: por un lado, nuevos conocimientos sobre la prevención de enfermedades; por el otro, el surgimiento de la atención sanitaria pública. Comenzaremos por el segundo de estos puntos. A partir de 1850, aproximadamente, los gobiernos admitieron la necesidad de ir organizando cuidados de salud pública sistemáticos. En la Europa occidental, los estados ampliaron su repertorio de controles y exclusiones de enfermos

o portadores potenciales de enfermedades (por ejemplo, cuando las autoridades imponían cuarentenas en las ciudades portuarias, según se hacía desde antaño en el Mediterráneo y el mar Negro)630 mediante inversiones en infraestructuras para anular los caldos de cultivo de las enfermedades. Solo a partir del siglo XIX, la asistencia sanitaria dejó de ser cuestión de la filantropía personal y el compromiso de diáconos y religiosos y se convirtió en un deber del estado. La teoría del «ambientalismo» (*Environmentalism*), muy difundida en la época, proponía dos puntos de partida: eliminar las inmundicias y aguas fecales de las ciudades y proporcionar agua potable para todos. En el mundo, el movimiento higienista (*sanitary movement*) lo encabezó Inglaterra; aquí se desarrollaron ideas básicas, desde la década de 1830, y se pusieron en marcha iniciativas pioneras. Los daños colaterales de la revolución industrial no habían pasado por alto. El impulso británico halló eco al poco tiempo; en Estados Unidos, de la forma más completa, y pronto también en el continente europeo.631

El primer punto de partida era la mejora del agua por medio de iniciativas ciudadanas y estatales. El desarrollo de algo similar a una política del agua exigía haber reconocido que el agua era un bien público; había que definir los derechos sobre el agua y separar las pretensiones estatales de las privadas. Elaborar una provisión legal completa sobre la propiedad y los usos del agua (incluida su utilidad industrial) era un proceso penoso y extraordinariamente complicado. Incluso en un país tan centralista como Francia, la cuestión no se cerró hasta 1964; en muchas zonas del mundo, todavía sigue en proceso. A la voluntad política y las disposiciones legales debía sumarse una tecnología adecuada. Esta combinación se llevó a efecto por primera vez con la creación de una moderna red de suministro de agua en Nueva York. En 1842 se inauguró —con una de las fiestas más magníficas que la ciudad había visto— un sistema de acueductos, canalizaciones y depósitos. Daba servicio a

fuentes públicas, edificios privados y los bomberos.632 El valor de una limpieza técnica del agua quedó plenamente de manifiesto en 1849, cuando el médico inglés John Snow comprobó que el cólera no se propaga por el aire ni por el contacto humano directo, sino por el agua. La teoría de Snow tardó más de quince años en recibir la aceptación general. En Londres, la mejora del suministro era especialmente complicada porque estaba repartido entre numerosas empresas privadas. En 1866, las canalizaciones de una de estas empresas todavía introdujeron el cólera en la ciudad y causaron 4.000 muertes tan solo en el East End. Sin embargo, después sí mejoró la calidad del agua y los pozos privados fueron desapareciendo, poco a poco. Desde 1866, en Londres ya no hubo nuevas epidemias de cólera o fiebre tifoidea.633

La cuestión dependía asimismo de la opinión admitida entre los científicos del lugar, como demuestra el ejemplo de Múnich. En esta ciudad destacaba, como gran autoridad en la materia de higiene, el médico y farmacéutico Max von Pettenkofer. Al igual que John Snow, reaccionó a la amenaza del cólera; en el caso de Múnich, al segundo episodio epidémico de 1854. Según explicaba Pettenkofer, en la difusión de la enfermedad, lo más apremiante era atender a la limpieza del terreno y, para ello, antes que nada, mejorar las condiciones de las fosas. Como Pettenkofer había descartado que el cólera se expandiera por medio del agua contaminada, la mejora del suministro en la ciudad se persiguió con mucho menos énfasis que por ejemplo en Londres. Solo a partir de 1874 se empezaron a trazar proyectos para modernizar y centralizar el suministro, pero ni siquiera con la tercera epidemia de cólera en Múnich cedieron los contrarios a la teoría del agua. La ciudad no comenzó a construir nuevos equipos de abastecimiento de agua hasta 1881.634 La equivocación de Pettenkofer se pagó cara en la capital del reino de Baviera.

En Múnich —en este caso, aun a pesar de Pettenkofer— tampoco se empezó a mejorar la eliminación del agua residual

hasta la década de 1880. En Londres, la canalización se completó con éxito antes; una segunda causa de la desaparición de las enfermedades de transmisión hídrica, como la fiebre tifoidea, la disentería y el cólera, en la metrópoli británica. En Londres se reconoció que había una relación, en cuestión de higiene, entre el abastecimiento de agua potable y la eliminación del agua residual. Esto no se daba por sentado. Napoleón había regalado a los parisinos acueductos y fuentes públicas, pero no se preocupó por otras mejoras higiénicas. En Londres se fundó, en 1855, un Metropolitan Board of Works (Consejo Metropolitano de Obras), el primer órgano, de hecho, con autoridad sobre *todo* Londres. Al principio, el caos de las competencias y la resistencia de los partidarios de un liberalismo de mercado radical pusieron toda clase de obstáculos en el camino del Consejo. Pero entonces llegó el Gran Hedor (*Great Stink*). En el Támesis, hacia 1800, todavía se pescaban salmones; pocos años después, Lord Byron aún se bañó en sus aguas. Pero en junio de 1858 el río emitía un hedor tal que la Cámara de los Comunes se intentó proteger con cortinas empapadas en cloruro de calcio y, a la postre, tuvo que suspender las sesiones. Los honorables parlamentarios sintieron una inquietud próxima al pánico, al comprender que las emisiones del río no eran tan solo desagradables, sino también peligrosas. Por ello se encargó al ingeniero en jefe del Metropolitan Board of Works —sir Joseph Bazalgette, uno de los pioneros en la modernización de la mayor ciudad de Europa— construir un sistema de canalización principalmente subterráneo. Que el príncipe Alberto, amado esposo de la reina, falleciera el 14 de diciembre de 1861 a la edad de 42 años —víctima de la fiebre tifoidea, según los rumores— subrayó la urgencia de la solución.635

En 1868 se habían dispuesto unos 2.100 kilómetros de canales de agua residual, incluidos 132 kilómetros de colosales túneles de ladrillo para los que se habían empleado 318 millones de piezas; fue una de las inversiones públicas más importantes y

caras de todo el siglo XIX. En el proceso también se levantaron los *Embankments* del Támesis, consolidaciones de las riberas en las que, además de instalar todas las conducciones y tuberías de una capital moderna, se hizo sitio para el metropolitano. Los trabajos de construcción en los terrenos de la ciudad se acompañaron de gran entusiasmo público.636 La tecnología empleada en este monumento de la modernidad, curiosamente, fue preindustrial, si se dejan de lado las estaciones de bombeo con máquinas de vapor, realizadas en un magnífico estilo florentino o neoárabe. Las cloacas de teja y las conducciones de cerámica vidriada no eran nada nuevo; el agua se movía sencillamente por la inclinación del canal. Desde el punto de vista técnico, las canalizaciones victorianas del agua residual se habrían podido construir ya un siglo antes. Fue cuestión de percepción del problema, de voluntad política y de una actitud distinta hacia la suciedad.637 Si las nuevas instalaciones, tan ensalzadas, cumplieron de veras sus fines como se deseaba, ya es otra cuestión. El 3 de septiembre de 1878, cuando un vapor de recreo colisionó con una gabarra en el Támesis, cerca de la salida de la canalización de agua residual, hubo un torrente de conjeturas públicas al respecto de cuántas de las numerosas víctimas mortales habían perecido ahogadas y cuántas envenenadas por el agua del río.638

Todavía no disponemos de estudios completos sobre la higiene urbana en los otros continentes. Habrá que contentarse pues con algunas impresiones. En el Asia occidental musulmana, los viajeros europeos elogiaron siempre la gran calidad de su abastecimiento de agua urbano. Todas las noticias sobre la persa Isfahán —antes de que los afganos la asolaran en 1722— destacan este aspecto. A Isfahán, al igual que a otras ciudades del Asia occidental, se les atribuyeron repetidamente sistemas de suministro de agua sin igual en Europa. Que los rusos destruyeran las canalizaciones del agua de los tártaros, después de anexionarse Crimea en 1784, fue condenado por los testigos occidentales como un acto de suma barbarie. Todavía

en 1872, un viajero alemán que recorría Siria (y que, en el resto de temas, apreciaba muy poco el Oriente) se admiraba de que en la ciudad de Damasco, a la sazón con 150.000 habitantes, «todas las calles, todas las mezquitas, todos los edificios públicos y privados y todos los jardines» poseían «una gran copia» de canales y «fontanas».[639] Cuando en Bombay se iniciaron los trabajos del moderno abastecimiento de agua, no se debió a principios higiénicos, sino sobre todo a la inquietud por la falta de agua en una capital en rápido crecimiento. Después de la intensa resistencia de los notables indios —que, no sin razón, temían que se aumentaran los impuestos—, hubo una red de suministro organizada por el gobierno de la ciudad ya desde 1859, es decir, antes que en muchas ciudades europeas. También proporcionaba agua a la floreciente industria algodonera de esta metrópoli de la India occidental, y reducía el riesgo de que los propietarios de cisternas privadas pudieran usar las sequías para su beneficio personal.[640] En Calcuta hubo un sistema para las aguas residuales en 1865 y en 1869 se inauguraron instalaciones para el filtrado del agua.[641] Los primeros chinos que descubrieron el agua de grifo fueron emisarios imperiales en vapores oceánicos, en la década de 1860. En Shanghái —donde la calidad del agua había sido mejor que la de las capitales europeas de la época— se puso en marcha en 1883 una central moderna de abastecimiento de agua con un sistema de cañerías. La financiaron inversores privados y primero solo abastecía a los europeos acaudalados y algunos chinos ricos del Asentamiento Internacional, un enclave colonial regido por extranjeros. La central se esforzó por ampliar su radio de negocio y en ningún caso quería privar a los chinos de agua limpia por ninguna discriminación «colonial». Pero la población china lo contemplaba con escepticismo; a fin de cuentas, eran muchas las generaciones que, más o menos, habían sobrevivido al agua del río Huangpu. Por otro lado, el gremio de los portadores de agua, con más de tres mil miembros, protestó contra la nueva competencia.[642]

Mengua y recuperación de la salud pública

La modernidad, en sus inicios, fue insana. La industrialización comportó, para la población trabajadora de las ciudades de Inglaterra, durante las primeras cinco o seis décadas del siglo XIX, depauperación, escasez, decadencia cultural y una reducción del bienestar corporal. Inglaterra sufrió las consecuencias de haber empezado a industrializarse *antes* de analizar las condiciones higiénicas de las grandes ciudades modernas y de emprender la búsqueda de soluciones para ello. Pese a todo, muchas personas se sometieron libremente a los riesgos de vivir en las capitales, después de sopesar la decisión. Las grandes urbes, al igual que las nuevas ciudades fabriles especializadas de la industrialización, eran menos sanas que las zonas rurales; pero los sueldos que se podían ganar eran superiores. La disciplina laboral en las fábricas era muy estricta, pero muchos prefirieron huir de la estrecha vigilancia rural de la pequeña nobleza y los párrocos del lugar, y gozar de la libertad de fundar clubes y comunidades eclesiales independientes.643 En Estados Unidos, que en 1800 se beneficiaba de una situación inusualmente favorable, también disminuyó claramente el nivel de salud —a este respecto, los historiadores suelen emplear como indicador la altura media— durante la primera fase de la industrialización nacional (1820-1850). En Alemania, el estándar de vida sufrió una oscilación fuerte, aunque a largo plazo la tendencia fue positiva. Una misma tendencia se observa en los Países Bajos y Suecia, dos países que aún tardaron en industrializarse, pero que gracias al comercio, la banca y una agricultura en proceso de modernización experimentaron un proceso similar de desarrollo económico.644 En Francia, la industrialización, que se inició hacia 1820, estuvo en general asociada con mejoras claras y constantes en todos los ámbitos. Se trata de un caso infrecuente, en el que un país industrializado en segunda generación no tuvo que lidiar con graves mermas del bienestar corporal, en contraste con la evolución contemporánea en

Estados Unidos. Se han propuesto para ello dos explicaciones complementarias. Por un lado, en Francia la urbanización fue mucho más lenta que en Inglaterra; ello evitó los riesgos graves para la salud propios de la formación de suburbios en ciudades superpobladas. Por otro lado, en Francia la población urbana comía más carne que en Inglaterra (en el siglo XVIII, la relación aún había sido la inversa) y el mayor aporte de energía se tradujo en más resistencia a las enfermedades. Además, la Revolución Francesa igualó un poco la distribución de los ingresos, hecho que también parece estar siempre relacionado con la mejora de la salud.[645]

En general, los países con un desarrollo tardío debieron soportar un coste biológico menor. Cuando se dispuso de nuevos conocimientos sobre la transmisión de las epidemias y de nuevas tecnologías para aplicar ese saber, las grandes ciudades perdieron la condición de «mortalidad excesiva» y se convirtieron en mundos más sanos que las zonas rurales. Esto se ha podido demostrar por ejemplo en los casos de Alemania y una colonia como la India, donde ciudades como Calcuta, Bombay y Madrás importaron, al menos en parte, las mejoras higiénicas implantadas en las ciudades británicas. En ambos países, la tendencia se inició en la década de 1870.[646] La difusión del saber higiénico y médico y de las tecnologías de canalización y abastecimiento de agua fue un proceso (al menos, en Europa) típicamente «transnacional». Los diversos países de Europa se fueron intercambiando las novedades en un plazo de pocos años. Así, una empresa británica construyó una red de suministro moderna en Berlín, desde 1853, o en Varsovia, a partir de 1880. A menudo, la práctica iba por delante de las normativas legales. Gran Bretaña fue pionera en la legislación sobre salud pública, pero tardó un tiempo relativamente largo en aplicarla. A la inversa, un rezagado industrial como Alemania adoptó pronto novedades higiénicas antes de que hubiera bases legales suficientes. Aquí las autoridades se aplicaron su tradicional derecho de intervención.

La importante competencia administrativa autónoma de las ciudades (prusianas), con su fuerte administración municipal, demostró ser una ventaja. En cambio, en Inglaterra, la poderosa clase media que satisfacía la contribución territorial se arredraba ante los costes; y las autoridades municipales eran débiles e incapaces, durante mucho tiempo, de hacerle frente.647

La introducción de los *sistemas* de salud marcó, en todo el mundo, un antes y un después. También se percibe el cambio donde las técnicas de la medicina tradicional se preservaron y reconocieron. En efecto, la medicina tradicional —por ejemplo, en África— era netamente individualista, asociada a la capacidad virtuosa y carismática de los diversos sanadores (o sanadoras).648 La introducción de sistemas de salud necesitaba tres requisitos: (1) una nueva definición de los deberes del estado *y* la voluntad de destinar recursos a esa nueva tarea; (2) la disponibilidad de saber biomédico, incluidas las consecuencias prácticas, y (3) el desarrollo de la expectativa ciudadana de que el estado querrá ocuparse de los asuntos de salud.

La base intelectual del ente de salud pública universal fue la teoría microbiana de Louis Pasteur, que se impuso en Europa desde la década de 1880. Hasta entonces, las acertadas observaciones de prácticos como John Snow carecían de una base científica. Pasteur alejó de la arena política la fundamentación de la política de higiene. Las primeras iniciativas, aunque «bienintencionadas», partían de suposiciones frágiles y no condujeron a conclusiones generalizables. Solo la teoría microbiana fijó la limpieza como suma prioridad; ahí surgió, como hijo de la bacteriología, el *Homo hygienicus*. Científicos como Louis Pasteur y Robert Koch se convirtieron en héroes de la cultura de la época. La enfermedad se separó de los contextos ecológico, social, político y religioso, la salud se declaró valor supremo, y estas ideas fueron interiorizadas por las *middle classes* y, cada vez más,

otros estratos sociales.[649] Probablemente, las mejoras higiénicas contribuyeron a la reducción de la mortalidad, en Europa y Norteamérica, más que en ninguna otra región del mundo, donde hoy aún se aspira a lograr resultados similares con tecnologías más simples y económicas. La universalización de los objetivos no ha supuesto, en este caso, una universalización de los medios. En la práctica, por lo tanto, la influencia de Occidente ha sido escalonada.

Las grandes inversiones públicas para «cubrir superficie» con un servicio de hospitales no se produjeron, *en el mundo en general*, hasta el siglo XX. El Allgemeine Krankenhaus u Hospital General de Viena, fundado en 1784 por orden del emperador José II, fue el primer hospital moderno. En Gran Bretaña, la era de fundación fue el siglo XVIII: hacia 1800 había hospitales en casi todas las grandes ciudades de Inglaterra y Escocia, y en Londres había incluso toda una serie de hospitales especializados. Gran Bretaña fue la pionera en todo el mundo. En Estados Unidos, la evolución fue bastante más lenta. A diferencia de lo que ocurría en el continente europeo, todos estos centros de atención médica eran de fundación privada.[650] En el imperio alemán, se fueron construyendo tantos hospitales desde la década de 1870 que, poco antes de la primera guerra mundial, había un exceso en la oferta de camas. Los hospitales de finales del siglo XIX eran algo distintos a los centros de custodia y cuidado de la Edad Moderna. Las clínicas más recientes se adecuaron a los conocimientos sobre higiene, sirvieron sobre todo para la atención temporal de los enfermos y se convirtieron, cada vez más, en centros de formación de médicos y laboratorios del arte y la ciencia médicas. Con la diferenciación entre especialidades y el auge de los médicos especialistas (en Alemania, desde la década de 1880), creció la importancia de esas tareas.[651] Mientras hubo que temer el estallido de epidemias, los hospitales tuvieron la importante encomienda de preparar asimismo la atención de casos graves; pero durante mucho tiempo, no quedó muy claro si los

hospitales aumentaban, o quizá más bien reducían, las expectativas de supervivencia.652 La universalización del modelo occidental de la clínica es un fenómeno más reciente, muy asociado a nuevas formas de financiación de la salud.

Los esclavos de Jamaica (relativamente) sanos

El estado de salud medio de un grupo se determina por una variedad de factores: adaptación a las condiciones climáticas, cantidad y calidad de la alimentación, exigencia física y psíquica de la vida laboral, conductas que suponen la reducción de riesgos (por ejemplo, la higiene personal), disponibilidad y acceso a la asistencia médica, etc. La información disponible, en lo que atañe al siglo XIX, solo permite esbozar un perfil de salud mínimamente compacto para pocos grupos. En su mayoría, se trata de colectivos europeos. Por ejemplo, por ahora sabemos poco sobre el estado de salud del país más poblado del mundo: China. Pero hay excepciones. Entre ellas, la población esclava del Caribe británico en el intervalo comprendido entre el final de la importación de esclavos desde África, en 1807, y la abolición de la esclavitud en el imperio británico, en 1833. En este período, incluso para los dueños de plantaciones más crueles y sádicos, era irrazonable hacer trabajar a los esclavos hasta que morían de agotamiento. La mano de obra negra había dejado de ser un bien fácil de reponer. En su mayoría, los plantadores contrataron a médicos, europeos o criollos, que habían completado estudios en Inglaterra o Escocia. No era raro que hubiera centros médicos en las plantaciones más extensas. La lógica de los sistemas de explotación preveía cuidar relativamente bien de los esclavos y esclavas más jóvenes y fuertes, mientras se descuidaba a los mayores (o, a menudo, incluso se los expulsaba de la plantación). En su conjunto, probablemente, el cuidado de los esclavos no fue mucho peor que el que recibían contemporáneamente los obreros de las fábricas inglesas. La eficacia de la asistencia médica —tanto en Europa como en el Caribe— tenía como limitación principal la

ignorancia de la ciencia europea de la época, que en los inicios del siglo XIX aún desconocía las causas de muchas enfermedades, en particular las tropicales. Muchos esclavos vacilaban —prudentemente— a la hora de confiar en los remedios europeos y preferían consultar a los sanadores negros, representantes de una medicina popular a la que no tenía acceso el proletariado industrial europeo.653

3. TEMOR A LAS EPIDEMIAS Y PREVENCIÓN

Grandes tendencias

Un segundo factor que, dondequiera que la teoría se reflejó en consecuencias prácticas, ayudó a reducir la mortalidad fue el de los nuevos conocimientos sobre prevención de enfermedades. Al igual que la «transición demográfica», también hubo una transición epidemiológica que se fue poniendo de manifiesto, en las distintas partes del mundo, en distintos momentos. En general, durante el siglo XIX se redujo la probabilidad de morir de resultas de una epidemia de gran difusión, lo que los demógrafos denominan «crisis de mortalidad». En el caso de la Europa noroccidental, se ha descrito la siguiente secuencia: en una primera fase, que se inició ya hacia 1600 y alcanzó el punto culminante entre 1670 y 1750, perdieron su importancia enfermedades como la peste bubónica o la fiebre tifoidea; en una segunda fase, retrocedieron infecciones letales como la escarlatina, la difteria y la tos ferina. Durante una tercera fase, que empezó hacia 1850, fueron perdiendo relevancia las enfermedades de las vías respiratorias, con la salvedad de la tuberculosis. Por último, el siglo XX se caracteriza por la lenta aparición del perfil de mortalidad que constatamos hoy en todas las sociedades europeas: las causas principales de muerte son las enfermedades cardiovasculares y el cáncer.654 En cada región del mundo se podría establecer un balance específico de las enfermedades viejas y nuevas.

Entre las enfermedades que en la época se tenían por nuevas destaca la tuberculosis. Como no se reconoció como enfermedad única hasta principios del siglo XIX, es poco lo que

cabe afirmar sobre su aparición en las épocas anteriores; sin duda fue más frecuente de lo que se puede colegir en los documentos históricos. Tuvo que ser endémica en diversos lugares de Eurasia y el norte de África, como probablemente en la América «precolombina». En el siglo XIX pasó a convertirse en un signo de la época porque adquirió un espectacular carácter epidémico. No se difundió solo en las nuevas periferias urbanas proletarias, sino también en los salones de la sociedad distinguida de París: la cortesana Marie Duplessis —que Alexandre Dumas hijo perpetuó en 1848 como *La dama de las camelias*, y Giuseppe Verdi en 1853, en *La Traviata*, como Violetta— fue una de sus víctimas más conocidas. Durante la primera mitad del siglo, en Francia, se duplicó el porcentaje de la tuberculosis entre las causas de muerte. Hasta pasada la primera guerra mundial, siguió suponiendo una de las grandes calamidades sociales, contra la cual la política sanitaria tenía resultados decepcionantes. Aún no se atisbaban medicamentos útiles; solo se pudo disponer de ellos desde 1944, y de forma verdaderamente eficaz, desde 1966. Como la tuberculosis se consideraba hereditaria, en las familias burguesas se solía ocultar. Aun así no pudieron silenciarse las muertes de algunos notables, desde John Keats (1821) a Frédéric Chopin (1849), de Robert Louis Stevenson (1894) a Anton Chéjov (1904) o Franz Kafka (1924).655

Las curas a las que los ricos se sometieron, desde la década de 1880, en una pléyade de sanatorios de montaña de nueva creación, formaron una especie peculiar de esfera internacional semipública. Aquí los clientes estaban a solas, pero no solos, mientras descansaban, comían saludablemente, dejaban tras de sí el estrés de la vida en la gran ciudad y se sometían voluntariamente a la tiranía del personal del sanatorio.656 En *La montaña mágica* (1924), que transcurre en un sanatorio de los Alpes en los años que precedieron a la primera guerra mundial, Thomas Mann retrata una clase de experiencia característica de la época. El modelo de los sanatorios se

difundió hasta Corea, donde se ha afirmado que un quinto de la población estaba infectada.657 En efecto, la explosión de la tuberculosis no fue exclusiva de Europa. En Japón, el número de enfermos también ascendió de forma radical desde 1900, aproximadamente, y no remitió hasta después de 1919. Por mucho que la ciencia japonesa prestaba especial atención a los conocimientos de Occidente, su aplicación podía durar todo este tiempo. Solo varias décadas después de que Robert Koch describiera el bacilo de la tuberculosis (1882), que proporcionaba una explicación causal fácil y, al mismo tiempo, empírica y experimentalmente demostrada (aunque no hubo vacuna eficaz hasta la década de 1890), los médicos japoneses estuvieron listos para reconocer la tuberculosis como un patrón de enfermedad unitario, y como enfermedad infecciosa. Pero después todavía se repitió la misma divergencia entre la percepción científica y la popular que se podía constatar en Europa. Entre la población, la tuberculosis se concebía como una dolencia hereditaria, que se debía ocultar todo lo posible; para la burocracia responsable de la atención médica, había que registrar el mayor número posible de casos. Los dueños de las fábricas también se aferraron con gusto a la teoría hereditaria, que no suponía la necesidad de introducir mejoras en las condiciones laborales. En efecto, en Japón la enfermedad recayó sobre todo en los trabajadores de las industrias de la seda y el algodón, que luego la fueron contagiando en sus aldeas de origen.658

En el siglo XIX también aparecieron enfermedades completamente nuevas. Es el caso de la meningitis, documentada por primera vez en 1805, en un joven de Ginebra. A los pocos días, causaba la muerte de la mitad de los enfermos. Parece ser que, en Francia, los portadores fueron ante todo soldados en traslado de un destacamento a otro. Al final afectó a toda Francia y Argelia. En la fase de mayor virulencia, entre 1837 y 1857, la enfermedad costó la vida de varios miles de personas, casi exclusivamente menores de

treinta años. La poliomielitis aguda también fue una enfermedad grave y recurrente propia del siglo XIX. La polio se conocía desde hacía tiempo como patrón infantil, pero vagamente. En el último cuarto del siglo XIX, con condiciones favorables para su difusión, adquirió un carácter de epidemia en Francia y otros países. No se pudo contar con una vacuna hasta 1953. La poliomielitis no ha sido nunca una enfermedad asociada con la pobreza y atribuible a los factores de un entorno poco higiénico. Primero adquirió carácter epidémico en los países que, desde el punto de vista de la higiene, eran los más avanzados del mundo: para empezar, en Suecia, en 1881. Otras enfermedades se propagaban en grupos de riesgo claramente delimitados; por ejemplo, el moquillo, temible e incurable, que en realidad es una enfermedad caballar y afectaba a los cocheros, a quienes trabajaban con caballos en las fuerzas armadas o a los que ingerían carne de caballo infectada.

Desde la perspectiva de la historia universal, se constata lo siguiente: En el siglo XIX, surgió una tensión entre una transmisión más fácil y una cura más exitosa. Por un lado, con los transportes y las migraciones, se crearon las condiciones para una difusión mundial de las enfermedades infecciosas. La peste del siglo XIV ya había afectado a casi todo el «mundo» de la época —ciertamente, no solo a Europa— y causó la muerte de un tercio de la población de Egipto.[659] Ahora las epidemias se transportaban cada vez con mayor rapidez. El auge se alcanzó con la epidemia mundial de gripe de 1918, que, según los cálculos, provocó el fallecimiento de entre 50 y 100 millones de personas. Causó más víctimas que la guerra mundial que acababa de concluir y se extendió hasta las remotas islas de los mares del Sur. Atacó especialmente en Italia, que perdió el 1 % de su población, y México, donde las víctimas ascendieron al 4 %.[660] Por otro lado, era la primera vez que las medidas sanitarias y de control epidémico se podían enfrentar a algunas de las grandes epidemias de la historia. Aunque ninguna llegó a

desaparecer por completo, sí se quebrantó su fuerza. Al mirar con qué cronologías y en qué modelos espaciales sucedió tal cosa obtenemos información sobre los procesos globales. El siglo XIX fue la primera época en la que las enfermedades epidémicas se combatieron de forma sistemática en todo el mundo. Para hacerlo con éxito, fue necesario actuar doblemente, combinando un suficiente saber médico y biológico con la idea de las políticas de salud pública. Veremos algunos ejemplos al respecto.

Prevención de un azote: la lucha contra la viruela

La historia original, que luego se repitió múltiples veces con modificaciones, fue la lucha contra la viruela. Empezó en una fecha clara (al menos en Europa), en 1796, cuando Edward Jenner probó con éxito las primeras vacunas (*vaccination*). La vacunación coronó una historia previa de combate contra la viruela, que se desplegó fuera de Europa. Ocupó el lugar de la inoculación o variolización, según se practicaba en China desde finales del siglo XVII y era habitual también en la India y el imperio otomano. Según este método, los patógenos de un enfermo de viruela se introducían directamente en la piel de una persona sana que desarrollaba reacciones inmunitarias. A principios del siglo XVIII, lady Mary Wortley Montagu, esposa de un diplomático y conocida autora de libros de viajes, observó en Turquía que las campesinas —pero también los miembros del estrato social más rico— usaban este efecto inmunizador, y se lo comunicó a las amistades especializadas de Londres. Aunque la inoculación tuvo muchos partidarios en Inglaterra, Alemania y Francia durante el último tercio del siglo XVIII, se solía practicar inadecuadamente, lo cual provocaba epidemias; no se pensaba en aislar a los recién inoculados, pese a que eran altamente infecciosos. Antes de Edward Jenner —que descubrió que la viruela *vacuna*, mucho más leve, tenía un efecto protector para el ser humano— no había un procedimiento de profilaxis de la viruela que se pudiera aplicar sin riesgo a poblaciones enteras. Después de experimentar durante dos

años, Jenner hizo público su descubrimiento pionero en 1798. La vacuna supuso una alternativa a la inoculación, más segura y más económica.

Pronto quedó claro que la vacunación solo comportaría la extinción del azote si se producía una inmunización obligatoria del *total* de la población. Los estados de tradición centralista o con gobiernos autoritarios de voluntad modernizadora lo pusieron en práctica con especial rapidez. Napoleón ordenó realizar las primeras vacunas en 1800; en total, entre 1808 y 1811, se inmunizó en Francia a casi 1,7 millones de personas.661 Ya en 1819, el Egipto de Mehmet Alí dictó la obligatoriedad (al menos, teórica) de la vacuna. El pachá envió a los pueblos equipos de médicos franceses, con la misión de vacunar a los niños y enseñar la técnica a los barberos. El hito más importante fue la creación de un servicio de salud permanente tanto en la capital como en las provincias, en 1842.662 Egipto fue más rápido que Gran Bretaña. Allí la inmunización no fue obligatoria hasta 1853, lo que duró solo hasta 1909, cuando los parlamentarios libertarios, contrarios a la vacuna como a cualquier imposición estatal, impusieron su criterio en una época en la que también en Estados Unidos abundaban los debates públicos sobre las ventajas y desventajas de la vacunación.663

El descubrimiento de Jenner no tardó en dar la vuelta al mundo. Los barcos europeos, que antaño habían sido un vehículo tristemente famoso de propagación de enfermedades, llevaron las linfas de la vacuna a muchos países del mundo, en un ejemplo temprano de circulación global del conocimiento y resolución global de los problemas. ¿Cómo se transportaba la vacuna? El mejor método consistía en trasladar agentes humanos infectados. Para ello se necesitaba un grupo de personas no inmunes (a menudo, se recurría a niños huérfanos). Se infectaba a un miembro del grupo, y las linfas de las pústulas se transmitían al siguiente; con ello había que conseguir que, al llegar al destino, hubiera a bordo como

mínimo *un* caso virulento.

En 1803, el gobierno español mandó una expedición con la misión de divulgar las vacunas en todas sus colonias. Desde las Filipinas, la expedición recaló también en el sur de China, donde casi al mismo tiempo habían llegado vacunas de Bombay. Los médicos de la factoría de la Compañía de las Indias Orientales en Cantón empezaron a vacunar en 1805; ese mismo año, se tradujo bibliografía específica al chino. En Japón, la noticia del descubrimiento de Jenner llegó el mismo año de 1803; en 1812 se supo más cosas gracias a un tratado de medicina ruso que llevaba consigo un prisionero de guerra. Pero aún faltaban las vacunas, que no llegaron hasta 1849, desde la metrópoli colonial neerlandesa de Batavia; desde una perspectiva global, fue asombrosamente tarde.664

Pero seamos cautelosos, no se trata de una historia de éxito lineal. La necesidad de renovar la vacuna tardó tiempo en quedar clara; los agentes humanos inadecuados transmitían otros patógenos junto con las vacunas; muchos gobiernos subestimaron —a diferencia del napoleónico— la importancia de la vacunación *general*. Así surgieron asimetrías de la mayor importancia: los soldados alemanes que en 1870 marcharon a combatir contra Francia quedaban protegidos casi del todo por una vacunación doble; en Francia, en cambio, una gran parte de los soldados estaba sin vacunar. Eso hizo que, hacia la misma época, la viruela prendiera en numerosos departamentos del país. La guerra francoprusiana se desarrolló en medio de una crisis epidémica aguda, por lo tanto, y la protección asimétrica contribuyó a la derrota francesa. Durante la guerra, la viruela causó la muerte de ocho veces más soldados franceses que alemanes. A ello hay que sumar que posiblemente, entre 1869 y 1871, en Francia fallecieron por la viruela unos 200.000 civiles. Ahora bien, los prisioneros de guerra introdujeron la enfermedad en Alemania, donde los civiles estaban mucho peor protegidos que los soldados. Entre 1871 y 1874, una epidemia grave costó la vida a más de

180.000 personas.[665]

La calidad de la protección frente a la viruela no era, en ningún caso, un reflejo del desarrollo económico del país. Un país pobre como Jamaica se liberó de la viruela varias décadas antes que la rica Francia. La inoculación se practicaba en las islas de las Indias Occidentales desde la década de 1770, y la vacunación según Jenner, desde poco después de 1800. A este respecto, Jamaica —la mayor de las «islas azucareras» de Gran Bretaña, y la que esta colonizó primero— fue modélica. La administración colonial creó una Autoridad Vacunal específica, la Vaccine Establishment. Desde mediados de la década de 1820, la viruela se esfumó de Jamaica; y a los pocos años, también de la mayoría de las otras islas del Caribe británico, antes que en la mayor parte del resto del mundo.[666] Se dice que Ceilán —también una isla bajo control británico— quedó libre de la viruela después de una gran campaña de vacunación, en 1821. No fue así en toda Asia. En la enorme India, cada año aparecían casos de viruela en algún rincón del país; la acumulación más dramática se produjo en 1883-1884. En la región de Cachemira no hubo vacunaciones hasta 1894. Como las autoridades coloniales de Francia en Indochina fueron aún más descuidadas que las británicas en la India, allí la viruela fue especialmente pertinaz.[667] Los japoneses sometieron a la población china de Taiwán —colonia que se habían anexionado en 1895— a campañas de vacunación tan efectivas que, con el cambio de siglo, Taiwán quedó prácticamente libre de la enfermedad.[668] Los primeros europeos que llegaron a Corea, que permaneció cerrada hasta la década de 1880, casi no hallaron habitantes que no estuvieran picados; aquí la enfermedad no se había introducido por contacto con el exterior. Se erradicó durante la segunda y tercera década del siglo XX, bajo el dominio colonial de los japoneses.[669]

Aunque la Organización Mundial de la Salud no declaró oficialmente que el mundo estaba libre de viruela hasta 1980, la gran ruptura se produjo en el siglo XIX. Donde la viruela siguió

apareciendo hasta la segunda guerra mundial —luego, solo esporádicamente— fue como consecuencia de la incuria estatal, la corrupción de las administraciones sanitarias o particularidades epidemiológicas locales. La última aparición epidémica en Occidente se registró en Estados Unidos entre 1901 y 1903. El primer país en quedar libre incluso de la viruela *endémica* fue Suecia, desde 1895. En África y el Oriente Próximo, la viruela todavía arraigaba profundamente en la víspera de la primera guerra mundial y solo una pequeña minoría de la población disfrutaba de la protección de las vacunas.670 Aquí, los grandes éxitos inmunitarios no llegaron hasta el siglo XX.

Los problemas que había que resolver hasta que toda una población gozaba de la inmunidad eran los mismos, en principio, en todo el mundo. Había que superar la resistencia de los contrarios a las vacunas, que se daba tanto en Gran Bretaña como en el África colonial (donde se desconfiaba de las autoridades coloniales); los gobiernos debían imponer la obligación de vacunarse y garantizar que se dispusiera de cantidades suficientes de una vacuna de buena calidad. Eran tareas organizativas complejas que, en principio, en Europa no se dominaron más que en Asia. Las sociedades disciplinadas fueron las más exitosas, pero aquí también debemos hacer diferencias: Hesse y Baviera fueron los primeros estados que, en 1807, por influencia napoleónica, introdujeron la vacunación obligatoria contra la viruela; sin embargo Prusia, que protegía a su ejército muy bien, a este respecto se fio del compromiso de los médicos locales.671

Medicina occidental y autóctona

Las regiones coloniales parecen haber gozado de ventaja —al menos, teórica— porque se les permitió acceder más directamente a la nueva tecnología de la vacunación. En los otros casos, los caminos de acceso fueron más sinuosos. En África fue Etiopía —el único país del continente, junto con Liberia, que en vísperas de la primera guerra mundial no había

sido colonizado— el último en recibir el método de vacunación de Jenner. En otros lugares, las vacunas llegaron pronto, pero por mucho tiempo solo se aplicaron en los círculos del poder. Así, ya en 1818, el rey de Madagascar —donde tradicionalmente se enterraba vivas a las víctimas de la viruela— hizo vacunar a la familia real; pero no supo proteger eficazmente el conjunto de la isla, un nudo estratégico del tráfico de esclavos.672 La necesidad de obtener las vacunas en el extranjero también fue un punto débil de la política reformista que, en otros campos, emprendieron con gran éxito los reyes de Siam. Solo al finalizar el siglo —más tarde que en el promedio de las colonias europeas de Asia o el Caribe— los programas de vacunación estatal empezaron a coger fuerza en este país independiente.673 Es decir, las colonias —al menos, las consideradas importantes— no necesariamente tenían malas expectativas. Las autoridades coloniales partidarias de la vacunación entendían que, con eso, mataban varias moscas de un golpe: fortalecían la mano de obra de la población colonial, adquirían buena fama como poder colonial bienhechor y protegían la patria frente a la importación de patógenos.674

¿Qué papel interpretaban en ello los conocimientos científicos? Aquí debemos prestar atención otra vez a la cronología. Los hitos más importantes no se dieron hasta la segunda mitad del siglo. Desde finales de la década de 1850, Louis Pasteur y Robert Koch descubrieron que algunas enfermedades eran portadas por microbios y, para algunos casos, desarrollaron terapias medicamentosas. La primera vacuna *según* Jenner no se encontró hasta 1881, sin embargo, cuando Pasteur aisló el bacilo del ántrax o carbunco; en 1890, Robert Koch halló una antitoxina contra la difteria.675 Hacia 1900, la medicina aún poseía pocos medicamentos de efecto fiable; entre ellos estaban la quinina, la digital y el opio. La aspirina apareció en el mercado en 1899. Hasta el siglo XX no llegó la gran época de la inmunización general contra las enfermedades infecciosas y la eficiencia antibacteriana mediante las sulfamidas y los

antibióticos. Entre los grandes logros del siglo XIX, en cambio, sí figura una mejor comprensión de las causas que subyacen a los procesos inflamatorios. La utilización general de la antisepsia y la desinfección hizo que, en los países occidentales —pero solo aquí—, a partir de aproximadamente 1880, se redujera la mortalidad en el posparto.676 La contribución más destacada a la mejora de la calidad de vida del conjunto de la sociedad radicó más en la prevención que en la curación de las enfermedades. A este último respecto, la tendencia no se inició hasta el siglo XX. La generación de los que crecieron en los países occidentales después de la segunda guerra mundial fue la primera de la historia que no vivió bajo la espada de Damocles del contagio. En Estados Unidos, por ejemplo, entre 1900 y 1980, el riesgo de morir por una enfermedad infecciosa se redujo a menos de una vigésima parte.

En el caso de Europa, tampoco debemos sobrestimar la celeridad con la que los nuevos conocimientos se notaron en la praxis médica. Fuera de Europa, la medicina occidental se encontró en su difusión, en todas partes, con los sistemas indígenas de saber médico y práctica curativa. Donde el arte curativo no se transmitía por escrito, como en África, gozaba de escaso respeto entre los representantes de la medicina moderna —ya fueran europeos o nativos— y quedó relegada a la mera práctica cotidiana.677 Se daba una situación distinta cuando se topaban dos *great traditions* («grandes tradiciones»). En Japón, donde ya se sabía alguna cosa sobre la medicina europea desde la Edad Moderna, esta se practicaba en la segunda mitad del siglo. En la era Meiji, reemplazó oficialmente a la medicina china, empleada hasta entonces. En uno de sus primeros decretos, el nuevo gobierno Meiji —que incluía un número inusual de políticos con formación médica— decretó ya en marzo de 1868 que el único contenido obligatorio de los estudios médicos sería la ciencia occidental. Desde 1870, la enseñanza de la medicina en Japón se adecuó al modelo alemán y, con la ayuda de muchos doctores de este país, se

reformó por completo a este fin. La «vieja» medicina (léase la china) debía ir desapareciendo poco a poco, a juicio del gobierno. Quien quisiera ser médico titulado debía aprobar un examen de la concepción occidental de la disciplina. Los expertos tradicionales se resistían. En el tratamiento de una enfermedad tan difundida como el beriberi, además, la medicina nativa se mostró superior a la occidental porque en Europa no había supuesto ningún gran riesgo para la salud. En la práctica, los dos sistemas de conocimiento siguieron actuando complementariamente. Hacia el cambio de siglo, aún dos tercios de los médicos registrados como tales por la estadística japonesa pertenecían a la escuela china tradicional.678 En el siglo XIX fue inhabitual que la transferencia de conocimientos se produjera al revés, de Asia a Europa. Aunque gracias a los informes de diversos jesuitas y, sobre todo, al relato del viaje de Engelbert Kaempfer —un médico de Westfalia que estuvo en Japón de 1692 a 1694; la obra se publicó en 1727— se conocían prácticas asiáticas como la acupuntura, no tuvieron uso en Occidente hasta la segunda mitad del siglo XX. Los nuevos saberes de las ciencias médica y biológica no suelen triunfar por sí solos. Necesitan un corpus de sanadores que los pongan en práctica; de pacientes que los acepten; y de una base institucional de algo parecido a un «sistema de salud».

4. PELIGROS MÓVILES, NUEVOS Y ANTIGUOS

El fin de la peste en el Mediterráneo

Cada epidemia impone exigencias específicas a las sociedades. Cada una posee su propia velocidad, su propio modelo de difusión espacial y su propio perfil de víctima. Cada una tiene también su propia «imagen» y los significados siempre propios que se le atribuyen. Cada una se dibuja a sí misma, por último, a través de una forma de transmisión que le resulta específica, a través de un momento distintivo del contagio. La peste (bubónica), transmitida por ratas con ayuda de las pulgas, y grabada en la conciencia europea más hondamente que

ninguna otra epidemia, era en el siglo XIX un asunto asiático. En la Europa occidental remitió tras la gran oleada de 1663-1679, que atacó Inglaterra, el norte de Francia, los Países Bajos, el valle del Rin y Austria. El penúltimo estallido lo provocó, en 1720, un barco francés que venía de Siria, un país azotado por la peste. Durante los dos años siguientes, esta enfermedad causó la muerte de más de 100.000 personas en la Provenza.679 La última gran epidemia en Europa, si dejamos a un lado los Balcanes otomanos, fue la que sacudió de 1738 a 1742 Hungría, Croacia y Transilvania. Europa quedó protegida de nuevas importaciones de la peste desde Asia gracias a la mejora de la seguridad en los grandes puertos y al *cordon sanitaire* austríaco en los Balcanes, asegurado militarmente, pero que no se completó hasta la década de 1770.680 Francia y la monarquía Habsburgo representaban el frente de Europa contra la peste, en lo que a los estados se refería, y por ello eran también los más experimentados. Tuvieron un papel decisivo a la hora de liberar Europa de la peste en la Edad Moderna tardía. Se añadió otro factor: en el siglo XVIII, en las ciudades de Europa, se produjo una transición general de la arquitectura de madera y entramado a la de piedra, lo que redujo el hábitat de las ratas domésticas, principales portadoras de la peste.681

Hacia mediados del siglo XVIII empezó en Asia un nuevo ciclo de la peste, el tercero, tras los de los siglos VI a VIII y XIV a XVII. En el imperio otomano, esta nueva oleada se juntó con sedes estables de la peste en el Kurdistán y Mesopotamia. Estambul se consideraba el reino de las ratas, un peligroso foco de contagio de una enfermedad que los soldados otomanos difundían por todo el imperio. La peste también viajó tanto a bordo de barcos, hasta los puertos otomanos de Estambul, Esmirna, Salónica y Acre, como por tierra, por los grandes caminos estatales.682 Las tropas de Bonaparte se infectaron en 1799, al avanzar de Egipto a Siria. El comandante intentó elevar la moral escenificando una visita propagandística al hospital de empestados de Jaffa. En el sitio de Acre, perdió la

vida la mitad de su ejército, por efecto de la peste, la disentería y la malaria.683 En años posteriores, se informó de brotes en Estambul (1812, con 150.000 muertos), Siria (1812), Belgrado (1814) y Sarajevo en varias ocasiones. Helmuth von Moltke vivió en 1836, siendo un joven consejero militar prusiano del sultán, una epidemia en Estambul que costó la vida de 80.000 personas. En el viaje de regreso, Von Moltke quedó «detenido» por diez días en la frontera austríaca, la experiencia típica del cordón sanitario.684 Von Moltke fue testigo del *final* de la peste. En un plazo de veinte años —entre 1824 y 1845— la epidemia desapareció rápidamente del imperio otomano, con la salvedad de las zonas endémicas del Kurdistán y el actual Irak. Para ello resultó decisivo que las cuarentenas se hicieran más estrictas y se crearan nuevas autoridades estatales de salud. Pese a todo, esto no basta para explicar el final de la peste —un hito en la historia del imperio otomano— desde el punto de vista de la historia de las epidemias. Sigue habiendo una parte de misterio.685 A pesar de las eficaces medidas defensivas de Europa, el continente siguió viviendo a la sombra de la peste hasta 1845, cuando se registró el último brote al este del Mediterráneo. Antes de esa fecha no pudo relajar los controles.686

La nueva peste de China

La que fue la última gran oleada de peste hasta hoy se inició en 1892 en el suroeste de China. En 1893 llegó a la capital de Cantón, en el sur del país; en 1894, a la vecina colonia británica de Hong Kong; y en esas fechas, como muy tarde, ya había despertado internacionalmente la atención general, casi el pánico. El tráfico marítimo llevó los patógenos en 1896 a la India, en 1898 a Vietnam y en 1899 a las Filipinas. Para 1900 había alcanzado puertos tan distantes como San Francisco y Glasgow. En Ciudad del Cabo, en 1901, murieron la mitad de los infectados: 371 personas.687 Australia supuso una excepción asombrosa: aunque la peste se descubrió en los puertos en numerosas ocasiones, nunca llegó a originar una

epidemia porque las autoridades mostraron el acertado instinto de actuar implacablemente contra las ratas.688 La pandemia alargó los estragos hasta mediada la primera década del siglo XX (pero algunos historiadores de la medicina no sitúan el final hasta 1950). Hubo una derivación tardía en 1910, cuando un barco de pasajeros la llevó de Birmania a la isla de Java, donde nunca habían sufrido este azote; entre 1911 y 1939 fallecieron más de 215.000 javaneses. La consecuencia fue una mejora perceptible de las condiciones de vida y la atención sanitaria en la colonia.689

Como en otras epidemias de la época, los expertos acudieron prontamente a trabajar in situ. En el primer momento, imperó la confusión, porque no se estaba preparado para una reaparición de la peste en Asia. Japón nunca había entrado en contacto con ella. En la India era tan poco conocida que allí, a diferencia de en China, ni siquiera había existido una divinidad de la peste. Al cabo de poco, la Hong Kong británica se convirtió en el laboratorio principal de una investigación internacional en competencia mutua. El gobierno de Tokio, alarmado, envió sin demora al reputado bacteriólogo Kitasato Shibasaburo, que había sido asistente de Robert Koch; y desde la sucursal del Instituto Pasteur en Saigón partió a toda prisa un pupilo de Pasteur, Alexandre Yersin. Fue Yersin, en 1894, quien descubrió el agente patógeno y, a la vez, señaló inequívocamente la necesidad de eliminar las ratas; poco después se constató también la importancia de las pulgas en la transmisión.690 Fueron malos tiempos para las ratas. La administración municipal de Hanói pagó, durante la peste de 1903, 0,20 piastras por cada entrega de un espécimen muerto; fue una medida exitosa, aunque también estimuló la cría particular de ratas.691 En Japón aparecieron casos aislados en 1899, que no derivaron en ninguna epidemia. Como demostración de lo nueva que era la enfermedad para los japoneses, cabe señalar que carecía de nombre local, por lo que la llamaron con la mera adaptación fonética de la voz

extranjera: *pesuto*.[692]

La pandemia del cambio de siglo —pese a lo que pareció entonces— ni surgió de la nada ni se había ocultado en la todavía misteriosa «Asia central». En la apartada provincia china de Yunnan, hábitat de la rata de pecho amarillo (*Rattus flavipectus*), la peste se había descrito ya en 1772. Sin duda permaneció allí estacionaria hasta que el desarrollo económico de la región creó las condiciones para una difusión epidémica. La dinastía Qing había promovido una ampliación de la minería del cobre en Yunnan, lo que hizo de la provincia un imán para la mano de obra en un radio de varios cientos de kilómetros. Entre 1750 y 1800, un cuarto de millón de emigrantes transformaron un páramo deshabitado en una región de campamentos mineros y asentamientos urbanos crecientes. Con la minería llegaron el comercio y los transportes. La demanda de alimentos estimuló la producción de arroz en la vecina Birmania.[693] La peste se propagó gracias a esta circulación tan intensificada. La pandemia, por lo tanto, fue el fruto de la conquista dinámica de una «frontera» y, al principio, un fenómeno exclusivo del interior de China, o mejor dicho: del suroeste de China, porque por entonces la provincia estaba escasamente integrada en el mercado nacional. Y durante un tiempo, el problema siguió siendo interior, lo que lo ocultó a los ojos de Occidente. Durante la primera mitad del siglo, una depresión económica lo fue amortiguando. Pero con los grandes levantamientos musulmanes —que sembraron de turbulencias el suroeste de China entre 1856 y 1873—, el azote se reavivó. Tanto los rebeldes como las tropas opuestas de los Qing fueron los portadores principales. Al mismo tiempo, el comercio del opio en las costas enlazó el suroeste chino con redes más densas. Como las crónicas locales chinas eran detalladas, podemos seguir con exactitud temporal la difusión de la peste de un distrito a otro.

La medicina china no estaba desprevenida. Una de sus escuelas se preocupaba por la higiene personal; otra corriente establecía

relaciones con el medio natural y social, lo que recordaba claramente a las teorías «miasmáticas» que fueron moneda común en Europa hasta mediados de siglo. Ninguna de las dos escuelas, sin embargo, contemplaba la transmisión por contagio. El empeño colectivo por combatir la peste se centró en celebrar ritos de exorcismo, penitencias públicas y otros actos simbólicos. Como en la Europa de la Edad Moderna y en el mundo musulmán, se entendió que la epidemia era un castigo divino. Aquí, como allá, se barrían las calles, se limpiaban las fuentes y se quemaban las posesiones personales de las víctimas. La gran diferencia con la Europa precontemporánea fue que ni los médicos más señeros ni los funcionarios creían en el contagio y, en consecuencia, no reconocían la necesidad de aislar a los infectados y sospechosos. En Occidente ya se había demostrado la eficacia de esos métodos con las cuarentenas portuarias. Las autoridades coloniales de Hong Kong pusieron en práctica otra estrategia en 1894. Partiendo de la suposición de que la peste anidaba entre la miseria, aplicaron toda la fuerza de un estado interventor, creando aislamiento, reforzando la segregación de chinos y europeos y asolando barrios de la pobreza. Esto provocó la resistencia enérgica, en parte violenta, de los chinos; y no solo de los «pobres» afectados, sino también de los notables con intereses filantrópicos.

Esta resistencia no era reflejo de un espíritu supersticioso y precontemporáneo de los asiáticos, sino una respuesta racional ante la convicción de que los métodos brutales servían de poco. Por otro lado, la medicina occidental tampoco podía ofrecer ninguna curación a los enfermos, y la idea de que había que perseguir directamente a las ratas y las pulgas, pese al descubrimiento de Yersin, aún no se había divulgado. En Manchuria, la peste reapareció no desde el sur de China, sino desde Mongolia. Fue en 1910-1911, con gran vehemencia, y supuso el último gran brote del Asia oriental. La sometieron los médicos y las autoridades de la propia China, sin una ayuda

exterior significativa. Fue la primera vez que se aplicaban en China los métodos europeos de la cuarentena y de la supervisión, mediante una política sanitaria, de la población. Si en 1894, en Cantón, los funcionarios no se habían ocupado lo más mínimo del problema de la peste, ahora su actitud había cambiado: la lucha contra la peste fue declarada tarea del estado aún durante el Antiguo Régimen, en 1911. El estado Qing tardío vendió el éxito de sus medidas de política sanitaria como un logro patriótico: al fortalecer la salud del pueblo, se anticipaba además a cualquier nueva intervención de los extranjeros en una China «atrasada». En el tratamiento médico y político de la peste, China había recortado radicalmente la distancia con Europa.

Donde la peste hizo más estragos fue en la India.694 En 1896 estalló con violencia epidémica, primeramente en Bombay. De los 13,2 millones de vidas que, según se ha documentado, la peste segó entre 1894 y 1938, 12,5 millones murieron en la India. El hambre y la epidemia reforzaron mutuamente sus efectos. En la India, las autoridades británicas actuaron al menos con la misma dureza que habían empleado poco antes en Hong Kong y con más rigor que las epidemias anteriores de viruela y cólera. Los enfermos eran encerrados en campamentos o se los obligaba a quedarse en hospitales donde la tasa de mortalidad subió hasta el 90 %. Se registraban las casas en búsqueda de cadáveres o de infectados ocultos, se cacheaba a los viajeros, se arrancaban techos y tiraban paredes para que entraran el aire y la luz, se rociaron cantidades ingentes de desinfectante.695 Estos procedimientos toscos fueron fruto de la presión internacional, que exigía contener la epidemia; del empeño por impedir que la vida económica de las grandes ciudades se derrumbara por completo; y también, entre la profesión médica, de la seguridad científica y la necesidad de crearse una imagen propia. No obstante, en la India fue tan ineficaz como en Hong Kong. La gente que huía por el carácter drástico de los métodos difundía aún más la epidemia. Sin

embargo, las autoridades tuvieron flexibilidad para corregir el curso. Hasta entonces, el estado colonial se había ocupado esencialmente de cuidar la salud de los extranjeros, desatendiendo a la población india. Pero ahora se impuso el deber —como la última burocracia Qing— de construir un sistema público de salud.

La gran epidemia asiática del cambio de siglo provocó un debate internacional sobre cómo Europa se podría proteger a sí misma. Desde 1851 ya se habían organizado conferencias internacionales de salud, que se habían ocupado sobre todo del cólera.696 En 1897, en Venecia y con la participación de expertos chinos y japoneses, se habló de la defensa contra la peste. Muchos estados europeos enviaron también representantes de sus propios comités de la peste a hacer investigaciones en Bombay. La Organización de la Salud de la Sociedad de Naciones, precedente de la Organización Mundial de la Salud (OMS), nació en última instancia a partir de estos esfuerzos de control de la peste.

El brote de peste que adquirió visibilidad internacional en los primeros años de la década de 1890 apenas fue, en la geografía de las víctimas, «más global» que otros azotes del siglo XIX; ni siquiera más que la Peste Negra (digamos de paso que, muy probablemente, se trataba de una enfermedad *distinta* a la del siglo XIV). En su mayoría, las víctimas perecieron en la India, China e Indonesia (Indias Orientales Neerlandesas). En Europa se registraron 7.000 víctimas; en Estados Unidos, 500; y en la América Central y del Sur, «solo» otras 30.000. Que «Occidente» se librara del azote no se debió tan solo al motivo evidente de que los países «más desarrollados» contaran con mejores instalaciones médicas. Oponer el «Primer» y el «Tercer Mundo», oponer las metrópolis y las periferias, no agota el tema. La reaparición epidémica de la peste no habría sido posible sin el desarrollo de redes más densas y de gran alcance. Esto empezó con la conexión del suroeste de China a los mercados remotos. Cuando la peste adquirió una dinámica acelerada, ciudades

«modernas» como Hong Kong o Bombay, entretejidas en numerosas redes a través tanto de la navegación oceánica como de los trenes, se convirtieron durante un tiempo en los lugares más peligrosos del mundo. Los patógenos se aprovecharon de los deficientes hábitos de higiene, sumados a una conexión más intensa con redes de largo alcance.

Los modos en los que cada estado reaccionó no se dispusieron a lo largo de un eje Este-Oeste. La utilidad de la revolución microbiológica y la medicina de laboratorio (que nacía precisamente por entonces) para la política de salud era todavía tan nueva y desconocida que las autoridades occidentales no mostraron ser más inteligentes que las asiáticas. En una ciudad como San Francisco, se cerró los ojos a la amenaza; y en Honolulú, recién anexionada por Estados Unidos, se actuó por reflejo y, eligiendo a los chinos y japoneses como chivo expiatorio, se redujo sus barrios a cenizas.697 En varios países, a los grupos de minorías extranjeras —a menudo, de otro color de piel— se los trató como portadores de la amenaza infecciosa y se los puso bajo una vigilancia más estricta de la policía sanitaria. Entre las valoraciones más racionales de la situación destaca la del moribundo estado imperial de China, que evitó los infructuosos excesos de los británicos en la India.

La muerte azul de Asia

A finales del siglo XIX, Europa no se había convertido, en ningún caso, en una isla segura frente a las epidemias. Exactamente en la época en la que la peste hacía estragos en la ciudad portuaria de Hong Kong, la ciudad portuaria de Hamburgo resultó afectada por un brote de cólera de suma gravedad. Durante el siglo XIX, ningún azote sembró tanto el pánico en Europa como el cólera. No representaba una conmoción epidémica, pero temporal, sino que ponía en peligro a largo plazo la calidad de vida en muchas partes del mundo. El cólera se convirtió en una amenaza global. Llegó a amplias zonas del planeta. Aunque Robert Koch había descubierto el bacilo del cólera en Calcula, en 1884, en un viaje de

investigación financiado por el gobierno imperial alemán, y con ello aportó claridad al caos de las conjeturas antiguas sobre el origen de la enfermedad, todavía se tardó veinte años más en dar con una terapia sencilla, barata y eficaz: corregir la pérdida de agua y sales del cuerpo enfermo. En Europa, no menos que en otros sitios, las víctimas tenían que soportar a menudo intentos de curación grotescos, ilógicos y brutales. Los que huían de los médicos lo intentaban con medios caseros: alcanfor, ajo, vapores de vinagre, pez ardiente...698 En cuanto al saber médico y la experiencia terapéutica, Europa no aventajaba claramente por ejemplo a China, en este campo, *antes* de Robert Koch. La gran importancia del agua potable, dejando a un lado a John Snow y algunos otros corifeos europeos y angloindios, también la afirmaba el médico de Shanghái Wang Shixiong en su *Tratado sobre el cólera* (*Huoluan lun*, 1838, revisado en 1862).699 En Europa, se estaba tan inerme ante el cólera como en cualquier otro lugar. Durante todo el siglo XIX, no se pudo conceder descanso en el estado de alerta. Cada enfermedad tenía su propia cronología, distinta en cada lugar. Así se pone de manifiesto en la polaridad de la India y Europa. Europa hacía siglos que estaba acostumbrada a la peste y, aunque nunca le perdió el miedo, con el tiempo aprendió a dominarla. En la India, en cambio, la peste de 1892 representó algo nuevo; los únicos que adoptaron medidas al respecto fueron los europeos de la colonia. Pero el cólera fue, *tanto* para la India *como* para Europa, una desagradable sorpresa del siglo XIX. Durante varios siglos, la medicina europea no fue por delante de la india a la hora de explicar la enfermedad y desarrollar estrategias para contrarrestarla.

A diferencia de la disentería, la fiebre tifoidea o la malaria —pero al igual que la peste—, el cólera es una enfermedad viajera. Como la peste, llegó de Asia y los contemporáneos la denominaron a menudo «cólera asiático». Con ello se despertaron viejos miedos a una invasión del este, a un «peligro oriental». La apariencia de la enfermedad subrayaba el horror.

Golpeaba de pronto; acarreaba, como la peste, más del 50 % de probabilidades de morir al poco tiempo (a veces, en un plazo de pocas horas); y, en principio, podía afectar a cualquiera. A diferencia de la viruela, que da fiebre alta, el cólera se describió repetidamente como una enfermedad «fría»; a diferencia de la tuberculosis o la «tisis», no era apta para ningún romanticismo. El paciente no delira ni cae en una lenta decadencia; observa con claridad cuanto le está ocurriendo con suma rapidez. Diarrea, vómitos, coloración azul de la piel y las extremidades... los síntomas se asemejan a los de un envenenamiento grave por arsénico.

La vía de expansión del cólera se puede establecer con claridad. La imagen de la enfermedad ya había sido descrita desde los primeros años del siglo XVI por visitantes europeos de la India. Apareció multiplicado en diversas regiones del país a partir de 1814; desde 1817 se comunicó que, en Bengala, la cifra de muertes se había elevado espectacularmente. Con una celeridad que no se había experimentado nunca, derivó en una pandemia que superó las fronteras geográficas del sur de Asia. Los estudios de historia de la medicina han distinguido entre varias oleadas pandémicas: seis en el período de 1817 a 1923, y una séptima a partir de 1961. Llama la atención que los diversos brotes terminaron de forma abrupta: el cólera desaparecía tan bruscamente como había aparecido, y quizá tardaba media generación en volver a ser visible. En 1819, el azote había llegado a Ceilán; desde allí, a través de rutas marítimas muy frecuentadas, viajó hacia el oeste (hacia Mauricio y el este de África) y el este (sureste asiático y China). En 1820 entró en Siam, Batavia y, al poco tiempo, tras pasar por las Filipinas y, por vía terrestre, por Birmania, también en el sur de China; al año siguiente ya estaba doscientos kilómetros al norte, en la capital, Pekín. En 1821 alcanzó Bagdad con un ejército persa; en 1823 se lo documenta en Siria, Egipto y las orillas del mar Caspio. Desde el norte de China infectó Siberia. En 1829 se había manifestado en

Orenburg, en septiembre de 1830 en Járkov (Ucrania) y Moscú, en la primavera de 1831 en Varsovia y Riga.[700] En el verano de 1831 la enfermedad alcanzó Estambul, Viena y Berlín, en octubre Hamburgo, de allí, Inglaterra, a los cuatro meses, Edimburgo. En junio de 1832, el cólera atravesó el Atlántico, se cree que a bordo de un barco de emigrantes irlandeses que iba a Quebec. El 23 de junio de 1832 estaba en Nueva York. La Habana perdió, en la primavera de 1833, el 12 % de su población, y en Ciudad de México murieron, en unas pocas semanas, 15.000 personas. Las oleadas posteriores hicieron revivir las epidemias locales y afectaron nuevos lugares. Pese a la enorme agresividad de la primera pandemia, en muchas zonas la situación aún fue a peor. La tercera pandemia de cólera (1841-1862) se propagó desde China, durante la guerra del Opio. La habían llevado allí tropas indias británicas desde Bengala. En París, tras los primeros ataques de 1832, el cólera de 1849 acarreó otros 19.000 muertos. En esas mismas fechas (1848-1849), en el imperio zarista, el cólera se cobró la vida de un millón de personas.[701] En París hubo nuevas erupciones, aunque cada vez más débiles, en los años de 1854, 1865-1866, 1873, 1884 y 1892. A partir de 1910, no volvió a haber cólera en Francia.[702] Londres no se vio afectada desde 1866; sin duda, fruto de un saneamiento de la ciudad que, para lo propio de la época, resultaba modélico. Nueva York también escapó de la epidemia de 1866, que en otras zonas de Estados Unidos atacó con virulencia, gracias a medidas protectoras muy razonables. La última vez que el cólera invadió Estados Unidos fue en 1876.[703]

En la guerra de Crimea (especialmente en el invierno de 1854-1855), fue sobre todo el auge del cólera entre las tropas, desprotegidas y en condiciones higiénicas deplorables, lo que llevó a reformadoras como Florence Nightingale —que no fue solo una enfermera compasiva, sino uno de los grandes talentos políticos y administrativos de su época—[704]a proponer mejoras en el sistema de salud militar. De los 155.000 soldados que,

sumando los británicos, franceses, sardos y otomanos, perdieron la vida en Crimea, más de 95.000 perecieron por el cólera y otras enfermedades. México volvió a quedar muy afectado en 1850; Japón, en 1861; China, con especial virulencia, en el año siguiente.705 En Múnich, que tenía mala fama como foco de la enfermedad, la epidemia de 1854-1855 fue más grave que la de 1836-1837, y la de 1873-1874 volvió a atacar con fuerza.706 En Viena, durante la exposición universal del verano de 1873, el cólera causó casi 3.000 víctimas mortales. Hamburgo, que se había mantenido algo alejada de las pandemias anteriores, resultó más afectada que nunca en 1892-1893, en un caso sin igual entonces en la Europa occidental: murieron más hamburgueses que en todas las epidemias precedentes juntas. Como la epidemia de Hamburgo se produjo en una época en la que las técnicas de la estadística social habían avanzado mucho, está muy bien documentada y ha permitido realizar un análisis de los efectos sociales de una crisis colectiva de salud más detallado que ningún otro de finales del siglo XIX.707 En las Filipinas ya había habido epidemias en 1882 y 1888; cuando regresó otra vez, en 1902-1904 (probablemente, por verdura contaminada importada de Hong Kong y Cantón), causó hasta 200.000 muertos entre una población debilitada por la guerra de conquista estadounidense.708 En Nápoles, donde había estallado un brote en 1884, el cólera reapareció en el verano de 1910 —venía de Rusia, donde se le atribuyeron 101.000 víctimas—; y en Estados Unidos, que en esa época recibía un número particularmente alto de emigrantes italianos, el problema se observaba con inquietud. Fue el único caso de la historia europea en el que las autoridades —en el caso italiano, presionadas por las navieras napolitanas— se esforzaron decididamente por ocultar la pandemia.709

El número total de víctimas mortales no se puede calcular ni siquiera de forma aproximada. Para la India —probablemente, la región más afectada— se ha hablado de que entre 1817 y

1865 (cuando empiezan las primeras estadísticas útiles al menos en cierta medida) habrían muerto unos 15 millones de personas; entre 1865 y 1947, otros 23 millones.[710] El carácter súbito del cólera, que al infectar el agua potable de una gran ciudad podía enfermar a miles de personas en un solo día, aumentó el dramatismo de la percepción asociada. En 1831-1832 y de nuevo en 1872-1873, Hungría se vio afectada con una intensidad sin apenas paralelos en Europa. Durante la década de 1870, la tasa de mortalidad fue superior en cuatro puntos porcentuales a la de las décadas precedente y posterior. En las ciudades, las tasas de mortalidad ascendieron: en Londres, a un máximo de 6,6 muertes por cada 1.000 habitantes; en Estocolmo y San Petersburgo, a más de 40; y en Montreal en 1832, a 74.[711]

La gran pandemia de cólera de 1830-1832, en la que también perdieron la vida personajes célebres como Georg Wilhelm Friedrich Hegel y el conde Neidhardt von Gneisenau, ha quedado especialmente grabada en la conciencia europea occidental. La rapidez de la penetración —que hizo pensar en una invasión asiática, equiparando a mogoles los microbios— y el desamparo de las víctimas acarrearon la demonización de la «nueva peste». El azote despertó miedos: el miedo de los ricos a las clases inferiores, consideradas portadoras de la muerte; el miedo de los pobres a ser envenenados por los superiores, para así resolver el problema del desempleo; miedo al Oriente, que volvía a verse como algo primitivo (si hacía algunas décadas que Occidente se sentía claramente superior al Oriente, ahora este parecía estar demostrando de nuevo su incesante poder de subversión).[712] En Inglaterra, Francia y Alemania, los médicos intentaron preparar la situación para la llegada de la enfermedad, después de recibir las primeras noticias inquietantes desde Rusia. No se sabía nada sobre la magnitud y las vías de la infección ni sobre posibles medidas protectoras; las descripciones más precisas sobre el cólera de las que se disponía procedían de médicos británicos que trabajaban en la

India, pero en Europa se les había prestado poca atención.

Las fuentes describen repetidamente la primera aparición del cólera en Francia y los efectos que surtió en la sociedad de la metrópoli francesa. El 14 de marzo de 1832 se constataron los primeros casos en París, en unos médicos que habían regresado de Polonia. A diferencia de la peste, el cólera no llegó a Francia a través del Mediterráneo, sino (como otras epidemias posteriores) a través de la Renania o el Canal de la Mancha. Si en marzo se contaron 90 muertos, en abril ya fueron 12.733. Los espacios públicos se vaciaron; quien pudo hacerlo, huyó de la ciudad. El problema de los cadáveres se tornó casi irresoluble. Se difundieron rumores sobre las causas de la enfermedad en los que sonaban ecos de otros tiempos.[713] Hubo levantamientos que causaron como mínimo 140 muertos entre uno y otro bando. El 1 de octubre de 1832, se proclamó el fin de la epidemia. Las clases inferiores, como es habitual en todas las epidemias, la sufrieron con más intensidad, proporcionalmente. Las primeras oleadas del cólera afectaron a algunas sociedades que estaban viviendo fases particularmente tormentosas de su historia política. Francia acababa de dejar atrás la revolución de 1830 y aún no se había habituado a la nueva Monarquía de Julio. El cólera llegó en un momento en el que la burguesía, recién «liberada», buscaba nuevos deberes para el aparato estatal del que se había apoderado. El cólera, en consecuencia, puso a prueba las nuevas regulaciones estatales de la vida civil.[714]

En la India, en 1817, el cólera apareció en el preciso momento en que los británicos habían derrotado militarmente al más poderoso de sus rivales indios, la confederación maratha, y se disponían a consolidar su propio gobierno civil; de hecho, los últimos movimientos de las tropas ayudaron a la propagación del bacilo. Además, la India acababa de abrirse a los misioneros protestantes. Desde el punto de vista indio, se veía una relación entre la conquista y la enfermedad: estaba muy difundida la idea de que los británicos, al quebrantar tabúes del hinduismo,

habían atraído la venganza de los dioses. Tanto los funcionarios británicos como los campesinos indios entendían que el cólera, más que una mera crisis de salud, suponía que el «orden» en general estaba en peligro.715 Las autoridades británicas en la India no adoptaron, durante todo el siglo, ninguna medida específica contra el cólera. La actuación nacional en materia de política sanitaria que se introdujo en la década de 1890 contra la peste no fue la misma que la que se llevó a cabo contra el cólera: apenas hubo aislamiento ni cuarentena, ni siquiera se intensificaron un poco los controles del numeroso flujo de peregrinos hinduistas que, con razón, se temía que favorecía la propagación. Así lo confirmaron los hechos de La Meca: en 1865, unos peregrinos de Java introdujeron el cólera en la ciudad, desde donde, pasando por Egipto a bordo de los vapores, se provocó una nueva reacción mundial en cadena.716 Mientras no se tuvo clara la naturaleza del cólera, no hacer nada podía ser tan útil como cualquier otra reacción. Como justificación de la inacción, se sumaban: la preferencia del estado colonial por las soluciones baratas; el liberalismo doctrinario; y también la opinión dominante entre los expertos médicos británicos, tanto en la India como en Inglaterra: no se había demostrado el carácter contagioso del cólera, por lo que era irrazonable optar por medidas onerosas de política sanitaria.

En el continente europeo, imperaron los hábitos adquiridos con la peste, y se entendió que los medios más seguros eran los del aislamiento. Rusia, Austria y Prusia se intentaron proteger estableciendo un cordón sanitario escalonado: el imperio zarista, en Kazán, frente a Asia; Prusia, a lo largo de la frontera polaca, contra todo el este. Tan solo Prusia destinó 60.000 soldados a sus 200 kilómetros de cinturón protector. A los que atravesaban la frontera se los sometía a un riguroso régimen de cuarentena, con procedimientos de limpieza y aislamiento descritos con exactitud; el papel moneda se lavaba y las cartas se ahumaban.717 Detrás había teorías sobre la transmisión del

cólera por el aire, el agua o el contacto directo, que sostenían también *lobbies* y autoridades médicas. Donde no se compartían tales ideas «contagistas» —como en la Baviera de Pettenkofer—, no se imponían cordones ni cuarentenas. Su eficacia, desde luego, quedaba plenamente en entredicho por la dinámica casi imparable de los diversos brotes epidémicos. Cabe preguntarse si los cantos rituales en defensa frente a los malos espíritus, como los que ordenó entonar el rey de Siam, eran esencialmente menos adecuados. En el ir y venir de las teorías, sin embargo, casi toda Europa volvió a adoptar, durante la década de 1890, una actitud «neocuarentenal».718
La cuarentena siguió siendo un rasgo característico de los viajes internacionales en la fase de la gran expansión de la navegación a vapor. Los puertos generaban confianza entre los viajeros y comerciantes cuando podían organizar instalaciones de cuarentena eficaces y no excesivamente pesadas. Así, por ejemplo, Beirut empezó a consolidarse como «puerta del Oriente Próximo» en la década de 1830 con la construcción de un centro de cuarentena y un lazareto modernos.719 A los países receptores de emigración que no querían o no podían interrumpir el flujo de llegada, pero aun así tenían que adoptar medidas de protección (pese a que la cuarentena estricta, desde el principio, había demostrado servir de poco), les aguardaban problemas especiales.720
La viruela y la peste, el cólera, la fiebre amarilla y la gripe son enfermedades móviles, en cierto sentido muy bien adaptadas a la globalización; son enemigos de la humanidad con una acción de parámetros militares: atacan, conquistan, se retiran otra vez. A veces, como última esperanza, solo queda recurrir a la defensa física, mediante cuarentenas y barreras. El auge del comercio mundial y del tráfico marítimo en el siglo XIX no hizo sino acelerar el ritmo de propagación. Podían infectarse las personas, los animales e incluso las mercancías, y difundir los patógenos fatales.721 Además hubo enfermedades locales que, sin diseminarse por medio mundo, se quedaban instaladas en

una zona concreta, pero causaban igualmente penalidades y muertes.
En el siglo XIX, este fue el caso, sobre todo, de la fiebre tifoidea, buen indicador de determinados problemas históricos. La descripción clásica de esta fiebre, que ataca a las poblaciones malnutridas que viven en circunstancias «sumamente penosas», es la que proporcionó Rudolf Virchow. Como enviado del Ministerio de Asuntos Médicos, Educativos y Espirituales de la Silesia Superior, Virchow había visitado en febrero y marzo de 1848 una de las zonas más pobres de Centroeuropa, sobre la cual redactó luego un panorama social impresionante.[722] Por medio de la industrialización y la urbanización, numerosas ciudades europeas se habían convertido en nidos perdurables del que se llamaba «tifus esporádico». La fiebre tifoidea también era un enfermedad de los soldados, signo de una institución militar no reformada. Acompañó a los ejércitos napoleónicos desde que, en 1798, se infectaron con agua del Nilo contaminada. En 1808, en España, la situación fue especialmente grave; pero aún lo fue más durante la campaña de Rusia. En la guerra franco-prusiana de 1870-1871, la zona de Metz se tornó endémica. La fiebre tifoidea adquirió especial virulencia en la guerra ruso-turca de 1877-1878. Hacia el cambio de siglo, una crisis de fiebre tifoidea todavía bastaba para poner al borde del colapso todo el sistema sanitario militar de cualquier estado.[723]
Por último —desprovisto de todo brillo y de aquel estremecimiento del jinete apocalíptico que aniquila sin elección, «democráticamente», tanto a las capas más altas como a las bajas— estaba el tifus exantemático: una enfermedad de pobres en los climas fríos, perfectamente opuesta a una dolencia tropical. La portan los piojos y aparece con preferencia donde conviven muchas personas en poco espacio, con condiciones higiénicas y calefacción insuficientes, por lo cual la ropa se lava y se muda menos de lo preciso. Esta infección tífica es, junto a la fiebre tifoidea y la disentería, una consecuencia

clásica de las guerras. Hasta la primera guerra mundial, todas las contiendas de la Edad Moderna en Europa se vieron acompañadas por el tifus. La Grande Armée de Napoleón quedó literalmente diezmada, más que por sus enemigos, por la disentería y el tifus exantemático.

El principio del fin del Antiguo Régimen en la medicina

En la historia de la medicina, en muchos sentidos, el siglo XIX todavía pertenece al Antiguo Régimen. Seguían existiendo grupos de riesgo muy patentes, tales como, en primer lugar, los soldados de cualquier país. Posiblemente, las guerras de conquista de Nueva Zelanda fueron las únicas del siglo XIX en las que fallecieron más personas en combate o por accidentes que por las enfermedades. El caso contrario más extremo fue la campaña de conquista de Madagascar en 1895, cuando unos 6.000 soldados franceses perdieron la vida por la malaria, y solo 20 en las acciones militares.724 Una nueva era se inició primero fuera de Europa, con la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, cuando los japoneses, gracias a una vacunación cuidadosa y a haber preparado bien las instalaciones médicas e higiénicas, lograron reducir las bajas por enfermedad a una cuarta parte de los muertos en combate.725 Como partía de una situación de debilidad, el emergente estado militar japonés solo podía confiar en el éxito si protegía y cuidaba particularmente bien sus escasos recursos materiales y personales. Pero el siglo XIX vio asimismo el principio del fin del Antiguo Régimen médico, algo que, pese a todas las inconsistencias e irregularidades, bien merece el nombre de «progreso». La transición tuvo tres aspectos, separados muy a grandes rasgos, que también se pueden considerar fases sucesivas.

El *primer* aspecto se refiere al retroceso de la viruela en todo el mundo, gracias tanto al éxito de la vacunación de tipo Jenner, así como a la profilaxis y terapia de la malaria con el desarrollo y la aplicación de los alcaloides obtenidos de la corteza de la chinchona o quina. Aproximadamente desde 1840 —con más

claridad, desde 1854— la mortalidad de la malaria, al menos de los europeos residentes en los trópicos, empezó a descender; esto, por otro lado, abrió puertas antes cerradas a las conquistas militares en las latitudes del sur.726 *Antes* del nacimiento de la microbiología, no cabe duda de que estas fueron las dos únicas innovaciones médicas de efecto global.

En *segundo* lugar, una de las grandes innovaciones de la época fue la medicina científica de laboratorio, representada por nombres como los de Louis Pasteur y Robert Koch. Logró sus primeros éxitos de calado en la década de 1870 y, durante el decenio posterior, se asentó como campo propio del conocimiento, aunque todavía se tardó un tiempo en poder hallar estrategias de prevención viables, además de terapias aplicables en general, para las diversas enfermedades cuyas causas se descubrían entonces. También siguió siendo objeto de discusión durante mucho tiempo, en la opinión pública de la sociedad «occidental», la idea de que la auténtica investigación médica debía realizarse en un laboratorio. A menudo, la duda se expresó formulada como lucha contra los experimentos con animales («vivisección»).727

Entre estos dos hitos —los momentos de Jenner y Pasteur en la historia de la medicina, por así decir— hubo una fase intermedia o un *tercer* aspecto, que supuso más un triunfo de la práctica que de la teoría. Se asocia más con nombres de reformadores sociales y prácticos de la higiene médica que con investigadores de microscopio.728 Nos referimos al movimiento higienista que se inició hacia mediados de siglo en la Europa occidental y Norteamérica y que pronto tuvo un efecto al menos esporádico en muchas otras partes del mundo: bastante antes de que se demostrara científicamente la relación causal, la experiencia puso de manifiesto que era más sano vivir en ciudades con agua potable, canalizaciones, un servicio de recogida de basuras y limpieza de las calles (lo cual, no como hoy, en el siglo XIX suponía retirar sobre todo materia orgánica: cenizas y estiércol de caballo). Este saber se consolidó antes de

que se tuviera la posibilidad de constatar qué era el agua limpia desde el punto de vista bacteriológico.

Este tercer aspecto se refiere a un cambio en las actitudes que, en principio, fue posible sobre bases culturales diversas entre sí, sin necesidad de haber entendido correctamente las más recientes teorías científicas de Europa. Las sociedades que destinaban (y *podían* destinar) los recursos económicos para mantener más limpias sus ciudades y cuidar mejor de los soldados cosecharon un descenso de la mortalidad, mejoraron la capacidad de combate de sus fuerzas armadas y aumentaron el nivel de energía general. Las diferencias en la forma de vivir una epidemia podían suponer cambios en el reparto del poder internacional. La reforma —más bien, «revolución»— de la higiene en todo el mundo fue uno de los grandes hitos del siglo XIX. Empezó a partir de 1850 en la Europa occidental y septentrional, y se extiende hasta la actualidad. En algunas zonas de la India se adoptó pronto; luego en el este de Centroeuropa y en Rusia, y desde aproximadamente 1930 en países como Brasil, Irán y Egipto.[729] Sería una simplificación considerar que este proceso global es una consecuencia inmediata de la revolución industrial o incluso de los nuevos descubrimientos científicos de la época. El incremento de los ingresos nacionales y los nuevos conocimientos no se traducen *directamente* en una mejora, para toda la sociedad, en los ámbitos de la salud, la esperanza de vida y la calidad de vida. Tuvo que darse también un cambio normativo: estar dispuestos a dejar de considerar las epidemias como un castigo de Dios o como consecuencias de comportamientos incorrectos ya fueran individuales o colectivos; es decir, hubo que separar la moral de la interpretación científica del mundo. En la medida en que quedó claro que las epidemias respondían a la intervención social, creció el apoyo a los programas estatales de construcción de sistemas públicos de salud. La novedad decisiva, probablemente —y aquí, ciudades como Londres o Nueva York se adelantaron a todo el mundo—, fueron las redes

de autoridades de salud local bajo una dirección central, pero con margen de acción para responder a las particularidades locales. Ahora se esperaba tener agua potable en el grifo y una eliminación organizada de la suciedad (desde hacía poco, objeto de temor y desprecio). Y los consumidores estaban dispuestos a gastar dinero en instituciones de promoción de la salud.

Las enfermedades tropicales (las que se hallan en las peculiares condiciones climáticas de las latitudes próximas al Ecuador) se combatieron con menos éxito, en el siglo XIX, que algunas de las grandes plagas que azotaron Europa. A menudo, higienizar los espacios de vida no urbanos costaba más empeño y más dinero que en las ciudades, sobre todo en los trópicos. La diferencia se explica por una suma de factores: el alcance relativamente escaso de la medicina colonial, que, pese a algunos éxitos —como la lucha contra la enfermedad del sueño — no logró combatir con eficacia las plagas en la misma fuente; el coste extraordinariamente elevado de resolver las causas intermedias, por ejemplo, desecando pantanos (hasta 1879 no se aceptó como seguro que los insectos, con sus picaduras, podían transmitir enfermedades infecciosas), costes que las regiones afectadas no podían cubrir por sí solas, ni siquiera por medio de los sistemas fiscales coloniales; por un círculo vicioso de alimentación insuficiente e insuficiente resistencia a las enfermedades, del que Europa y Norteamérica se habían podido librar con bien. Hay muchos indicios de que, dentro del proceso universal de retroceso conjunto de las epidemias, la presión biológica y económica se redujo con mayor rapidez en las zonas templadas de la Tierra que en las tropicales. El clima no es una explicación inmediata del rendimiento económico y no desconecta los factores políticos y sociales, pero no se puede pasar por alto que, en las zonas de clima tropical, la salud estaba (y está hoy) sometida a una presión mayor que en las latitudes moderadas. En los países cálidos, en ocasiones, esto ha conducido a un fatalismo ambiental que enturbiaba la esperanza de desarrollo.[730] Respecto a la cuestión de si la

medicina tropical fue instrumento de un imperialismo médico, es difícil determinarlo en general. En parte (por ejemplo, con la malaria), sirvió para dar estabilidad médica a las conquistas coloniales de europeos y norteamericanos, pero en parte no (fiebre amarilla). En las colonias, por un lado, se hicieron descubrimientos científicos de importancia; por otro lado se experimentó con tratamientos y medicamentos que ya no se podían poner a prueba con los europeos de la época. El sistema médico y sanitario colonial se impuso, como objetivo primario, mejorar las condiciones de vida de los colonizadores. Pero en muchas colonias se aspiraba asimismo a elevar la capacidad de trabajo de los colonizados, así como a consolidar la legitimidad del poder colonial en cuanto régimen reformista. Combatir las epidemias que podían ser globales, como por ejemplo la peste, en sus lugares de origen fuera de Europa fue una nueva concepción que complementó las anteriores estrategias protectoras. En el siglo XIX se reconoció que la defensa contra esas plagas era una labor internacional; en el siglo XX se ha convertido en uno de los campos principales de la prevención y el control, global y coordinado, de las crisis.

5. CATÁSTROFES NATURALES

Además de las epidemias, en el siglo XIX cabalgaron también otros jinetes apocalípticos. Los desastres naturales parecen actuar desde fuera de la historia; son agentes libres, variables independientes, antihistóricos. Los más perturbadores son aquellos para los cuales no estamos preparados y que la intervención humana no puede impedir. Es el caso de los terremotos. Existe una historia de los terremotos —como hay una historia de las inundaciones o las erupciones volcánicas— que *no puede* ser de progreso. Solo en la segunda mitad del siglo XX la geología y la meteorología han desarrollado nuevas tecnologías de medición que posibilitan, hasta cierto punto, la prevención: es posible lanzar advertencias y divulgar unas precauciones mínimas.

Terremotos y volcanes

En la Europa del siglo XIX, ningún acontecimiento tuvo un impacto mental más potente que el terremoto de Lisboa en 1755. Su horror aún resuena, treinta años después, en «*il terremoto*» musical que concluye las *Siete últimas palabras de Cristo en la Cruz*, de Joseph Haydn. Heinrich von Kleist basó una de sus primeras novelas breves, *El terremoto de Chile* (1807), en un caso real del año 1647. A juzgar por sus efectos, el terremoto más similar a la gran conmoción de Lisboa fue el que sacudió San Francisco el 18 de abril de 1906, a las 5 de la mañana. Muchas de las casas victorianas de la ciudad, levantada sin tener en cuenta los temblores de tierra, se derrumbaron. El orden social se estiró hasta el límite de lo soportable. Las calles se llenaron de saqueadores. El alcalde pidió la ayuda de la policía y el ejército. Durante varios días, el fuego destruyó una gran parte de la ciudad. En el apogeo de la crisis, se salvó a decenas de miles de personas por mar, en lo que probablemente fue la mayor evacuación marítima de la historia antes de la retirada de las tropas británicas de Dunkerque, en 1940. En total, el terremoto de San Francisco, según cálculos pesimistas, costó la vida a más de 3.000 personas y dejó a más de 225.000 sin techo.[731] Las primeras estructuras de hormigón resistieron el temblor mejor que el ladrillo; si no, el número de víctimas habría sido más elevado. Desde el punto de vista de las vidas humanas, el temblor de 1906 no fue una catástrofe extraordinaria, de la magnitud del terremoto de 1923 en Kanto, en Japón, que mató a más de 100.000 personas; pero fue relevante porque halló un eco sin igual en los medios y porque, al igual que el terremoto que padeció Japón en 1891, en la gran isla de Honshu (con unos 7.300 muertos), destruyó sobre todo los edificios de estilo constructivo europeo. Esto animó a los que criticaban una occidentalización exagerada, que vieron en el temblor un buen ejemplo de un nuevo tipo de desastre «nacional»: un acontecimiento catastrófico que se interpretaba como un ataque de la naturaleza a la inviolabilidad de la nación y, al mismo

tiempo, daba la oportunidad, a esa misma nación, de poner de manifiesto la solidaridad y capacidad propias en las tareas de ayuda y reconstrucción.732 Esta forma de reaccionar ante los desastres naturales marcó una tendencia general: en la década de 1870, enormes enjambres de langostas de las Montañas Rocosas asolaron amplias zonas del oeste de Estados Unidos. Los daños fueron devastadores. La langosta fue declarada enemigo de la nación y se movilizó al ejército, bajo la dirección —como quizá no podía ser de otro modo— de un antiguo general de la guerra civil y la guerra contra los indios. Las fuerzas armadas organizaron el reparto de la ayuda material a los campesinos necesitados. Solo en el invierno de 1874-1875 se repartieron, en los estados de Colorado, Dakota, Iowa, Kansas, Minnesota y Nebraska, dos millones de raciones alimentarias; desde una perspectiva logística, fue una de las acciones más costosas de las autoridades nacionales desde el final de la guerra civil, en 1865.733

Las erupciones volcánicas, aunque ocurren de forma repentina y local como los terremotos, pueden tener consecuencias geográficas de mayor alcance. La explosión del volcán Krakatoa, en la isla del mismo nombre (en el estrecho de la Sonda, en la actual Indonesia) fue uno de estos acontecimientos geológicos con efectos globales. Las cenizas volcánicas que lanzó al aire la explosión del 27 de agosto de 1883 se dispersaron por todo el planeta. El maremoto que recorrió la costa del sureste de Asia causó unas 36.000 muertes. Los aparatos de medición del planeta habían avanzado bastante, y en todos los continentes se midieron ondas sísmicas producidas por el Krakatoa. Así, una catástrofe natural local se transformó en un acontecimiento científico global.734

La que aún no estuvo bajo la mirada de la opinión pública mundial fue la erupción del volcán Tambora en la pequeña isla indonesia de Sunbawa el 10 de abril de 1815. Por su fuerza, fue más poderosa, y por sus consecuencias, aún más destructiva que la del Krakatoa. Se calcula que localmente hubo unos

117.000 muertos. Una gran parte del archipiélago indonesio quedó en completa oscuridad durante tres días. Las explosiones se oyeron a cientos de kilómetros de distancia, confundidas a menudo con cañonazos: en las ciudades de Macasar y Yogyakarta, las tropas se prepararon para una guerra. Una lluvia de piedra y cenizas cayó sobre la isla, densamente poblada, y de economía orientada a la exportación; quedó desforestada, en su mayor parte, y un maremoto destruyó los campos de arroz de la costa. El monte Tambora, de resultas de la explosión, pasó de los 4.200 metros de altura a solo 2.800. La isla quedó casi inhabitable. Los supervivientes, a menudo heridos de gravedad, no recibieron ninguna clase de asistencia médica. Las reservas de alimentos, al igual que los campos, habían quedado asoladas; el agua potable estaba contaminada. La isla pasó a depender por completo de las importaciones. Se tardó varios meses en que las autoridades coloniales y el mundo exterior se formaran una imagen mínimamente realista de la magnitud del desastre. Era imposible apresurarse con la ayuda de emergencia. Las islas vecinas de Bali y Lombok habían quedado cubiertas de una capa de cenizas de entre 20 y 30 centímetros. Aquí también se perdieron del todo las cosechas, ya almacenadas para la venta, lo que causó el estallido de hambrunas. En 1821, la agricultura de Bali todavía estaba muy mermada. Sin embargo, desde finales de la década de 1820, la isla de Bali, que había tenido que lamentar unas 25.000 víctimas mortales, se benefició del efecto de abono de los materiales volcánicos: el auge renovado de su producción agraria, sin duda, se debe entre otras a esa causa.

La erupción del Tambora tuvo consecuencias en todo el mundo. En muchas zonas de Europa y Norteamérica, el año de 1815 fue el más frío y húmedo desde el inicio de las estadísticas climáticas. 1816 todavía pasó a los anales como el «año sin verano». En Nueva Inglaterra y el oeste de Canadá se vivió con particular intensidad. Pero también Suiza, Alemania, Francia, los Países Bajos, Inglaterra e Irlanda sufrieron un tiempo

anormal y cosechas miserables. En Suiza se padecieron hambrunas. Aun varios años después, las partículas arrojadas a la estratosfera obstaculizaban la radiación solar y las temperaturas quedaban entre 3 y 4 grados por debajo de la media. La crisis más grave se produjo, durante el invierno de 1816-1817, en el sur de la Renania y en Suiza. Incluso el abastecimiento básico de cereales importados se vino abajo, porque los hielos tempranos y la dureza del invierno demoraron la importación de los trigos a través de los puertos bálticos. Se puso en marcha todo el viejo mecanismo de la carestía de alimentos, el encarecimiento de los precios y el hundimiento de la demanda de los productos no agrarios. La población huyó de las zonas de crisis hacia Rusia, el imperio de los Habsburgo o, desde los puertos neerlandeses, hacia el Nuevo Mundo. Los capitanes negaban el embarque a los refugiados sin recursos, y muchos que no lograron partir tuvieron que regresar a la patria mendigando por el camino. La grave crisis agrícola de Centroeuropa entre 1815 y 1817 se ha descrito a menudo como la última crisis «de tipo antiguo». Algunos historiadores consideran incluso que desestabilizó los gobiernos europeos. Que tuvo su origen en la distante Indonesia, sin embargo, no se admitió entre los historiadores e investigadores hasta el siglo XX.735

Hidráulica

En la escala de la causación humana, las catástrofes hídricas se hallan en uno de los extremos. Están sujetas a una determinada periodicidad de las lluvias y deshielos, pero, aun así, resultan difíciles de predecir incluso en la actualidad. Pese a todo, en muchas sociedades, las afluencias de agua naturales se regularon pronto. Aunque el carácter plenamente «hidráulico» solo se puede atribuir a unas pocas sociedades asiáticas, sigue siendo cierto que, en varias zonas del mundo, los cultivos agrícolas y de otra índole solo pueden basarse en, por un lado, el riego estable y controlado y, por otro lado, la defensa contra las inundaciones. Las tecnologías necesarias

para ello tardaron poco en desplegarse y perfeccionarse en numerosas zonas del mundo. En el siglo XIX se dio un nuevo impulso a la ingeniería hidráulica. Esto posibilitó realizar proyectos magnos, como la regulación del Alto Rin y la desembocadura de este río, así como los grandes canales construidos en Norteamérica y Centroeuropa, y más adelante también en Egipto y Centroamérica. Asimismo hay ejemplos en los que, al combinar instalaciones más antiguas con la tecnología de la época, se crearon nuevos sistemas de irrigación. Así, en el *hinterland* de Bombay se iniciaron ambiciosos proyectos de riego ya en la década de 1860.736 Desde 1885, el gobierno de la India británica renovó y amplió —en una labor de varias décadas— las instalaciones hídricas existentes desde los tiempos del imperio mogol en el Punyab (hoy una provincia de Pakistán). De esta manera, las mesetas altas del noroeste de la India, de riego difícil, se convirtieron en campos de trigo. Se reclutaron trabajadores de lugares remotos y se sustituyó a los pastores por campesinos recién venidos (y contribuyentes) de cuya lealtad política al poder colonial no había dudas.737

Los sistemas de irrigación delicados pueden ir erosionándose y dejar de rendir bien si intervienen en demasía los intereses privados descoordinados, en vez de las regulaciones colectivas en pro de la comunidad; además, para mantener aunque sea un mínimo de eficiencia, también requieren un mantenimiento técnico incesante.738 La guerra los puede destruir en poco tiempo, como ocurrió en el siglo XIII con la red de riego mesopotámica. Las catástrofes más graves se producen donde se rompen los diques, las represas u otros muros de contención. Es un peligro constante, no solo en la protección de las costas marinas, sino también en algunos grandes ríos. Donde antes cabía la posibilidad de esos sucesos fue en China, la tierra clásica de la contención de las aguas en época precontemporánea; y las inundaciones más destructivas de la época, en efecto, se produjeron allí. La investigación ha

empleado los numerosos documentos sobre exenciones tributarias a las víctimas de esos desastres, con el fin de calcular la magnitud de los daños sufridos a lo largo del curso de agua más complejo de China, el río Amarillo (Huanghe). Hacía varios siglos que el río Amarillo cruzaba las provincias de Henan y Shandong entre diques cada vez más altos. La ruptura de los diques se convirtió en un peligro cada vez mayor. En 1855 se rompió el dique septentrional de Henan e incluso a 300 kilómetros de distancia se notó el retroceso de las aguas por las colosales inundaciones. Aunque los administradores de las vías fluviales emplearon a más de 100.000 hombres en el lugar del accidente, no se pudo devolver el río a su curso. Después de 361 años, el segundo río de China abandonaba el lecho por sexta vez en la historia documentada. Ahora fluía hacia el noreste, no hacia el sureste, y la nueva desembocadura quedaba a 300 kilómetros de la anterior. (La avenida amenazó campos de la extensión del estado de Hesse, el 60 % en zonas bajas, esto es, en una situación aún más arriesgada.)

Si se compara con la gigantesca catástrofe de 1938, cuando el alto mando chino hizo dinamitar los diques del río Amarillo para detener el avance del ejército japonés, y las crecidas causaron la muerte de 900.000 chinos, las inundaciones del siglo XIX provocaron un número de víctimas sorprendentemente bajo. Esto se debió a que incluso el estado Qing tardío era capaz de mantener una especie de sistema de alerta temprana, así como, en varios lugares, diques menores de protección, por detrás de los principales. Aun así no era infrecuente que, con las aguas desbordadas del río Amarillo, un gran número de personas perecieran ahogadas o se quedaran sin hogar. A menudo, las inundaciones acarreaban también hambrunas y epidemias. En las distintas roturas de diques secundarios de las décadas de 1880 y 1890, consta en los registros de las autoridades que hasta 2,7 millones de personas por caso (hasta el 7 % de la población de la provincia de Shandong) recibieron ayuda para paliar la situación catastrófica. El empeoramiento de las tensiones sociales, los saqueos y los disturbios también estaban a la orden del día, en estos casos. En una región de China tristemente famosa por los robos, en la que habían actuado los rebeldes de Taiping y de Nian, y en la que parte de la población formaba milicias armadas, el orden civil se derrumbó con rapidez. La protesta social no suele ser el fruto directo y único de las catástrofes naturales; pero en el norte de China —una región asolada a menudo por las sequías, para colmo— no cabe duda de que sí se sumaron a las otras causas.739 Las inundaciones del norte de China no fueron, en el sentido trivial de la expresión, *man-made disasters* («desastres causados por el hombre»): las exigencias de aquellas construcciones —en cuanto a la ingeniería técnica, la organización del trabajo y la financiación— eran colosales, se mire como se mire. La burocracia de los diques —en el siglo XIX, la rama administrativa especializada más numerosa del estado Qing— reunía mucha competencia y no resolvió pocas tareas; pero su eficacia se veía limitada por

una corrupción creciente, la debilidad financiera del estado central, la falta de planificación, una actitud más reactiva que preventiva y, por último, la resistencia a las tecnologías más recientes.740

En total, en el siglo XIX los modelos básicos más antiguos se transformaron poco; y, en principio, todavía están vigentes. La vida cotidiana de los europeos, por los favores de la naturaleza, se veía menos expuesta a la amenaza de los desastres naturales que en muchas de las zonas de Asia. Aunque la capacidad reguladora de los aparatos estatales no mostraba una diferencia significativa en uno u otro continente (ningún estado del mundo tiene más experiencia que China en la gestión de las catástrofes naturales), y aunque también en «Occidente» se requería un impulso masivo para que los desastres fueran ocasión de la intervención estatal (como muestra el ejemplo de la plaga de langostas en Estados Unidos), para los europeos, en caso de duda, resultaba más sencillo: podían concentrar más recursos y se lidiaba con un número más bajo de casos menos graves. Pese a todo, las personas afectadas, por lo general, contaban ante todo con ellas mismas y con la solidaridad del entorno más próximo. En el siglo XIX, en los casos de catástrofes, no se conocía ni la asistencia médica (o humanitaria de otra índole) ni el socorro internacional de las víctimas. Las dos son novedades posteriores a 1950. Necesitan tanto la logística del puente aéreo como una moral que comprenda la ayuda en el seno de una comunidad mundial en formación, uno de los grandes avances civilizadores de la historia más reciente.

6. HAMBRE

No cabe determinar en general hasta qué punto las hambrunas catastróficas son «obra» del ser humano. Más aún, resulta complejo definir qué es el «hambre» en realidad. Se trata de una dificultad doble. Por un lado el hambre es una «construcción cultural»: no en todas partes ni en todas las épocas se ha querido decir lo mismo cuando se hablaba de «hambre». Por otro lado, se plantea la cuestión de qué más se debe tener en

cuenta —además de la fisiología humana y la «semántica» culturalmente específica del hambre— para llegar a una comprensión razonablemente completa del estado existencial de «hambre». La primera gran pregunta, por lo tanto, se convierte en varias preguntas parciales relativas a: (1) la *cantidad* de alimentos, esto es, el mínimo necesario de la ingestión de calorías, diferenciado por edades y sexos; (2) la *calidad* de los alimentos, considerando el riesgo de síntomas carenciales; (3) la regularidad y *fiabilidad* del abastecimiento por los propios medios, por asignación o a través de los mercados; (4) la *distribución* social real, es decir, la especificidad de los niveles de alimentación según las capas sociales; (5) las pretensiones y *derechos* (*entitlements*) de acceso a la alimentación, asociados con las distintas situaciones sociales; (6) las instituciones de *emergencia* movilizables en caso de hambruna, ya sean estatales o de filántropos privados.

Las últimas hambrunas (hasta la fecha) en Europa

Cabe establecer una distinción sencilla entre el hambre crónica, como alimentación deficiente durante un lapso de tiempo sostenido, de las crisis de hambre aguda con mortalidad elevada o incluso masiva.741 Estas hambrunas críticas han caracterizado más al siglo XX que al XIX. En efecto, el siglo de los grandes avances médicos, en el cual la esperanza de vida se duplicó, fue también la época de las mayores emergencias por hambre de las que se tiene noticia: en la Unión Soviética en 1921-1922 y 1932-1934, en Bengala en 1943, en el gueto de Varsovia en 1941-1942, en Leningrado durante la ocupación de las tropas alemanas (1941-1944), en los Países Bajos en el invierno de 1944-1945, en China de 1959 a 1961, en el Sudán en 1984-1985... Los efectos de estas hambrunas críticas son los mismos en todas las culturas: personas de todas las edades (primero, los niños y los ancianos) se alimentan cada vez peor y en menor cantidad: hierbas, cortezas de árbol, animales sin limpiar. Se adelgaza hasta quedar convertido en «esqueleto». Es casi inevitable que surjan problemas adicionales como el

escorbuto, sobre todo allí donde (como en Irlanda) se estaba acostumbrado a dietas ricas en vitaminas. La urgencia de sobrevivir destruye los lazos sociales e incluso los familiares. La lucha por la comida enfrenta a los vecinos entre sí. Los adultos se suicidan, a los niños se los vende, no hay defensa contra el ataque de los animales. El canibalismo —por mucho que las noticias al respecto son siempre poco fiables— forma una línea recta con la desesperación. Los supervivientes quedan traumatizados, los niños de una generación hambrienta suelen padecer daños físicos, los gobiernos a los que se reprocha la culpa original o la falta de ayuda suficiente suelen quedar desacreditados durante décadas. Los recuerdos se apelotonan en la memoria colectiva.

¿Se dieron tales hambrunas graves en el siglo XIX y, de ser así, dónde? En los manuales históricos apenas suele mencionarse el tema. En el caso de Alemania, se recuerdan los terribles años del hambre de la guerra de los Treinta Años (sobre todo 1637-1638) y la gran carestía de 1771-1772. Los años de 1816-1817 volvieron a ser de hambre. Tras la última crisis de subsistencia «de tipo antiguo», en 1846-1847, las hambrunas clásicas —provocadas por la pérdida de cosechas, la especulación con los cereales y una intervención estatal insuficiente— desaparecieron de la historia de Centroeuropa y de Italia (donde el período de 1846-1847 fue especialmente duro).[742] Sin embargo, debemos situar la imagen en un contexto más general. No debe olvidarse que la era de las guerras napoleónicas, en muchas zonas de Europa, se caracterizó por el hambre. Incluso en el que entonces era el país más rico de Europa, Inglaterra, hubo durante la década de 1790 —difícil en muchos sentidos— revueltas repetidas por causa del hambre; y ello a pesar de que en Europa nadie había organizado mejor el socorro de los pobres que Inglaterra con la *Poor Law* («Ley sobre los pobres»), que gozaba del apoyo de iniciativas privadas, filantrópicas y religiosas. En Inglaterra, eran pocos los que pasaban hambre regularmente. Pero para

amplios sectores de la población, los alimentos a los que se habían acostumbrado pasaron a ser inasequibles. El que no podía permitirse el trigo, cambiaba a la cebada; y el que tampoco llegaba a esta, se conformaba con patatas y nabos. Las mujeres y los niños debían hacer la renuncia mayor, para preservar la capacidad laboral del padre que aportaba los ingresos de la familia. Los bienes de casa se empeñaban y hubo un ascenso rápido de los robos. Este era el rostro del hambre en un país que, gracias a su riqueza y sus contactos mundiales, a partir de 1800 podía asegurar el suministro de alimentos con fuentes de ultramar.743

En el continente, a partir de 1816-1817, la crisis de subsistencia remitió. En algunas zonas de Europa que anteriormente habían sufrido hambrunas regulares, estas se convirtieron en algo excepcional (por ejemplo, en los Balcanes, desde la década de 1780). España no mejoró tanto y, en 1856-1857, aún vivió una crisis de subsistencia grave. En Finlandia, tras una cosecha fallida, ocurrió todavía en 1867 —en la que sin duda fue la última gran crisis de subsistencia en Europa, al oeste de Rusia— y costó la vida de 100.000 de los 1,6 millones de habitantes.744 En la misma época y condiciones meteorológicas similares, la provincia más norteña de Suecia, Norbotten, experimentó dificultades graves con los alimentos; pero como la ayuda de emergencia estaba mucho mejor organizada, la cifra de bajas fue netamente inferior a la que se vivió en la vecina Finlandia.745 Escocia —a diferencia de, por ejemplo, Francia— había superado bien el siglo XVIII. Desde 1690 no había vivido años de carestía como los que sufrió entonces, entre 1846 y 1855, cuando un año tras otro, la cosecha de patatas resultó insuficiente tanto en las Tierras Altas del oeste como en las islas. El hambre de las Tierras Altas escocesas no causó la muerte de un número particularmente elevado de personas, pero fue un motor destacado de la emigración y, por lo tanto, sí adquirió especial relevancia demográfica. Esta fue la última gran crisis de subsistencia en

las islas británicas.[746]

Excepciones europeas: Irlanda y el imperio zarista

En Irlanda, el integrante más pobre del Reino Unido, la gran hambruna de 1845 a 1849 se debió a que, durante varios años, la cosecha de patatas se malogró. Las plantas habían sido atacadas por el misterioso hongo *Phytophthora infectans*.[747] La corrupción de las patatas golpeó una sociedad en la que los pobres padecían una escasez brutal en cuanto a ropa, vivienda y educación, pero no tanto de comida. Los visitantes ingleses describieron las penalidades irlandesas durante el hambre con estridencia. No podía haber sido de otro modo, cuando se trataba de visitantes aristocráticos o burgueses de un país cuyos ingresos medios duplicaban los irlandeses. Ahora bien, para no perder de vista las proporciones, debemos recordar que Irlanda no era el farolillo rojo de Europa. Sus ingresos reales per cápita, en 1840, equivalían a los de la Finlandia contemporánea, Grecia en 1870 y Rusia en 1890; o a los del Zaire hacia 1970.

La cosecha de patatas de 1845 fue un tercio inferior a lo normal; en la de 1846 faltaron tres cuartas partes. En 1847 el fruto fue algo mejor, pero en 1848 apenas se pudo hablar de cosecha. En el hambre irlandesa pesó sobre todo, más que en muchas otras hambrunas, la carestía material de alimentos; el encarecimiento y la especulación, los desencadenantes habituales de las revueltas alimentarias de la Edad Moderna, no estuvieron entre las causas principales. La magnitud de la catástrofe se pone de relieve con claridad si atendemos a la extensión de las tierras dedicadas al cultivo de la patata: antes de la hambruna eran dos millones de acres, y en 1847, solo un cuarto de millón. La mortalidad llegó a su apogeo en 1847-1848. La disentería y la fiebre tifoidea diezmaron a una población debilitada; varias decenas de miles fallecieron en las casas de caridad al tiempo que la tasa de natalidad se hundía. Esto no afectó solo a los pobres, pues no había nadie a salvo de las enfermedades infecciosas. Como ocurrió a menudo

precisamente en las epidemias del siglo XIX, también sucumbieron muchos médicos. Los estudios actuales han confirmado la vieja cifra de un millón de muertos por encima de lo normal, para una población de 8,5 millones antes de la crisis; además murieron unas 100.000 personas más por las consecuencias del hambre o nada más haber emigrado.

No se ha aclarado del todo cómo llegó a Irlanda el hongo destructor. Según una de las teorías más plausibles, lo hizo a través del guano importado de Sudamérica como fertilizante. Poco después de que se constatara que la primera cosecha se había malogrado, se pusieron en marcha proyectos de ayuda, primero de iniciativa privada. Las noticias sobre el hambre despertaron en muchos países la empatía y la voluntad de socorrer, que fue organizada por la Iglesia católica o los cuáqueros. Incluso el pueblo indio de los choctaw envió donativos desde Oklahoma. Como ya se había demostrado en una hambruna de 1822, resuelta relativamente bien, es posible que una acción de socorro estatal de las proporciones adecuadas hubiera podido corregir el curso de las cosas. Se habrían podido importar cereales de Estados Unidos, que en 1846 se había anotado una cosecha de récord (a diferencia de Europa). La reacción del gobierno británico estuvo condicionada por varios parámetros. La ideología imperante del *laisser-faire* excluía por completo intervenir en el «libre funcionamiento» de las fuerzas del mercado, pues ello perjudicaría a los terratenientes y comerciantes. Influyó asimismo la idea de que el hundimiento del mercado de las patatas abría oportunidades a la modernización y reorganización de la agricultura, que debía hallar su «equilibrio natural». Esta idea la reforzaba, en algunos casos, la creencia de que la crisis de las patatas era obra de la Divina Providencia, para corregir el mal en la sociedad católica de Irlanda. Además, la actuación del gobierno británico estuvo animada por la animosidad contra los terratenientes irlandeses; se achacaba el problema a su avaricia y al hecho de que hubieran descuidado las mejoras agrícolas, y el estado británico

no veía motivo para reparar el perjuicio a sus propias expensas. En 1845-1846, en el primer año del hambre, el gobierno *tory* de sir Robert Peel compró en Estados Unidos Indian Meal, una maicena tosca y barata, para repartir como raciones de emergencia en los puntos de venta oficiales; al mismo tiempo inauguró un programa de obras públicas. El gobierno *whig* de lord John Russell, que tomó el poder en junio de 1846, adoptó el esquema pero negándose a intervenir en el comercio. En 1847 se abrieron comedores sociales que no se tardó en clausurar. Se ha formulado muchas veces la pregunta de cómo podía ser que tres millones de personas dependieran tan directamente de las patatas. Cabría responder que el tubérculo se había ido afianzando como puntal de la alimentación durante décadas y su cultivo no parecía demasiado arriesgado ni impredecible. Según *una* de las corrientes, la catástrofe de 1845 a 1849 fue el punto final de una larga decadencia de la economía irlandesa. Para *otra* escuela histórica, la invasión del hongo venenoso fue una irrupción externa y súbita en un proceso de lenta modernización histórica.

En el imperio zarista, y en particular en la región del Volga, hubo una hambruna crítica entre 1891 y 1892, que causó en total cerca de 800.000 víctimas mortales. Tuvo causas muy distintas a las del hambre irlandesa; el caso ruso no se explica por una falta absoluta de alimentos. La cosecha de 1891 fue muy reducida, pero no más que las de 1880 o 1885, años en los que Rusia había sobrevivido sin necesidad de ningún programa de socorro especial. Al iniciarse la década de 1890 se combinaron una serie de causas ya existentes desde hacía un tiempo. En efecto, en los años precedentes, los campesinos (en especial en las regiones de la tierra negra) habían intentado aumentar la producción multiplicando el trabajo y explotando el suelo sin miramientos. Ahora el mal tiempo se sumó al agotamiento de los hombres, los animales y la tierra. Se habían usado todas las reservas de supervivencia. La hambruna de 1891-1892 fue un punto de inflexión en la historia de Rusia.

Puso el cierre al período «reaccionario» posterior al asesinato de Alejandro II y además desató una fase de disturbios sociales que desembocó en la revolución de 1905. Visto en su conjunto, el gobierno del zar no se desempeñó mal en la ayuda de emergencia, pero esto tuvo poco peso en el ámbito de la política simbólica. Las hambrunas —se decía en la opinión pública de la época— solo eran propias de países «incivilizados», coloniales o casi, como Irlanda, la India o China, no así de un estado «civilizado». La hambruna de 1890-1892 se consideró anacrónica y parecía ser una prueba más de que el imperio zarista se estaba quedando cada vez más atrasado con respecto a los países más prósperos y avanzados de Occidente.748

Entre esas zonas «civilizadas» estaba también el Nuevo Mundo. Norteamérica, en el siglo XIX, se libró del hambre; posiblemente, solo algunas pequeñas comunidades indias quedaron reducidas, de forma pasajera, a un estado extremo de subsistencia. El hecho de que en el hemisferio occidental no se adoleciera de malnutrición causó una impresión muy positiva entre muchos europeos que padecieron las grandes hambrunas continentales de 1816-1817 y 1846-1847. Un inmigrante del norte de Italia, donde la población rural sufría pelagra por avitaminosis y solo se servía carne en la mesa en los días de fiesta mayor, se encontraba en Argentina con una sobreabundancia de carne. También en México, que no fue una típica tierra de destino de los inmigrantes, los años del hambre habían quedado atrás: el último se dio en 1786. Durante la primera mitad del siglo XIX, la disponibilidad de alimentos mejoró ostensiblemente. La producción de cereales creció el doble de rápido que la población. Además, la república mexicana adoptó precauciones con más acierto que el estado colonial español. A partir de 1845, en los casos de emergencia, se compraban cereales en Estados Unidos.749 En Australia y Nueva Zelanda también hacía tiempo que habían dejado de temer al hambre.

África y Asia

En el Oriente Medio y en África, la situación era distinta. En Persia, se produjo una gran hambruna entre 1869 y 1872 que costó la vida a cerca de 1,5 millones de personas.750 En el África subsahariana, las décadas de 1830, 1860 y 1880 se caracterizaron por una sequía especialmente intensa. A partir de 1880, las guerras de conquista agravaron más los problemas de abastecimiento. En la que quizá es la peor conocida de las grandes crisis alimentarias previas a la primera guerra mundial, la de 1913-1914 en la zona del Sahel —donde ya se había pasado muy mal entre 1900 y 1903— falleció entre el 25 % y el 30 % de la población.751 La sequía no se traduce necesariamente en hambre. Las sociedades africanas poseían mucha experiencia a la hora de evitar en lo posible el hambre y la escasez alimentaria, así como de amortiguar las consecuencias. Estos mecanismos de prevención y gestión de las crisis incluían transformar los métodos de producción, movilizar las estructuras de red social y emplear reservas ecológicas. Las técnicas de conservación de las provisiones eran diversas y estaban muy avanzadas. Pese a todo, en los períodos de sequía duradera, a los que —como en otros lugares de los trópicos, por ejemplo en el Asia monzónica— seguían fases de lluvia que a menudo eran poco menos peligrosas, pues acarreaban malaria y otras «fiebres», el orden social se podía disolver. Para sobrevivir, los miembros de la comunidad se dispersaban por la selva. En tales situaciones también aumentaba la violencia, que determinados grupos de guerreros intentaban aprovechar. En regiones como el África suroccidental (Angola), también se daba todavía una relación directa con el tráfico de esclavos: las víctimas de la sequía acudían en tropel a centros donde asumían posiciones de subordinación e incluso de «esclavitud»; así ocurrió todavía en la generación de 1810-1830, un período marcado por la sequía.752

Antes incluso de la gran invasión colonial de la década de 1880, se produjeron dos innovaciones que dificultaron el recurso a

aquellas estrategias consolidadas: en el cinturón de las sabanas del sur del Sahara, desde la década de 1830, la difusión del comercio con caravanas y la trata de esclavos («oriental») llevó a una nueva forma de comercialización; ahora las reservas de alimentos pasaban de las redes redistributivas regionales al comercio de larga distancia. En Sudáfrica, además, se sumó como nuevo factor una intensa competencia por la tierra entre las sociedades africanas y los colonos europeos. La situación, por último, se complicó más por el hecho de que las ideas coloniales de protección de los paisajes y preservación de la naturaleza tendían a corresponderse más con las fantasías europeas de una África «salvaje» que con las necesidades de supervivencia de la población nativa.753

Asia, que durante la segunda mitad del siglo XX se ha alejado de su pasado de hambre con más rapidez que África, vivió en cambio durante el siglo XIX hambrunas extraordinariamente destructivas. Parecen haber sido especialmente fatales en aquellas sociedades donde la productividad agrícola era crónicamente floja y había escasez de excedentes, y quedaban atrapadas temporalmente entre la creciente comercialización del mercado alimentario y una logística aún infradesarrollada para socorrer en los casos de catástrofe. No hay que extraer de ello ninguna regularidad general, solo comparar las diversas experiencias de cada país. Aun a pesar de que su agricultura era relativamente productiva y que el estado de salud general era inusualmente bueno, el Japón Tokugawa no se libró del hambre. Al igual que en Europa, el Japón de la Edad Moderna fue escenario de hambrunas repetidas, por ejemplo en 1732-1733 y la década de 1780, cuando las dificultades económicas y ecológicas del país se intensificaron por la erupción del volcán Asama, en agosto de 1783. La última gran tragedia de Japón, en este ámbito, fue la hambruna de Tempo, debida a la pérdida de las cosechas de 1833. Las dos cosechas posteriores fueron poco mejores, y la de 1836, un desastre. No disponemos de un recuento de víctimas; es probable que, en

estos años, la tasa de mortalidad habitual se triplicara.

La hambruna crítica estaba directamente relacionada con un incremento claro de las protestas sociales. Pero con esta crisis, al mismo tiempo que en gran parte de Europa, también en Japón se vivió el final de la amenaza siempre repetida del hambre. Pero no hay que exagerar la importancia de la amenaza. Siempre fue inferior a la que se vivía en muchos países del continente asiático. En Japón, el clima (si exceptuamos aquí el extremo norte) no tendía a causar la pérdida natural de las cosechas, y, además, su agricultura era bastante productiva. La economía Tokugawa garantizaba, en lo esencial, el abastecimiento de las ciudades en crecimiento; y durante el siglo XVIII, el acceso medio a los alimentos no se diferenció en gran cosa del de la Europa occidental. El segundo cuarto del siglo XIX siguió a una época de relativa prosperidad, que se había iniciado hacia 1790.754 La hambruna de Tempo —comparable, por su magnitud, a la crisis europea de 1846-1847— se recibió con incredulidad y se entendió como signo de una crisis social general por eso mismo: porque *no* era característica, porque si los japoneses no estaban protegidos ante las hambrunas, era porque no estaban acostumbrados a ellas como fenómeno recurrente.755

Las hambrunas con más víctimas de Asia, y las que más atrajeron la atención mundial durante el siglo XIX, se desarrollaron en la India y China. Estos países vivieron casi contemporáneamente, de 1876 a 1879 y de 1896 a 1900-1902, unas condiciones meteorológicas inusualmente malas. También Brasil, Java, las Filipinas, el norte y el sur de África padecieron en esos años cosechas especialmente pobres. Se ha propuesto como causa común de todo ello el fenómeno meteorológico del Niño, pero no hay consenso al respecto. En los casos de la India y China, en total, se ha calculado que la mortalidad adicional en esos años fue de entre 31 y 59 millones de personas (la cifra oscila según los autores).756 En ambos casos —a diferencia de la crisis rusa de la década de 1890 y la japonesa de la década

de 1830— cabe la duda de si la hambruna provocó grandes convulsiones históricas. En China, la hambruna de la década de 1870, aunque fue claramente más grave que la del cambio de siglo, apenas se intensificó la protesta política y social. La dinastía Qing, que poco antes había superado un desafío mucho más exigente, como fue la rebelión Taiping, no se desestabilizó en serio; si en 1911 cayó fue por motivos muy distintos. El poder británico en la India también se mantuvo firme, al igual que el control de Irlanda tras la gran hambruna. Sin embargo, Alfred Russel Wallace, el conocido naturalista, escribió en 1898, en su balance personal de la época victoriana, que ambas hambrunas se contaban entre los «fracasos más funestos y espantosos del siglo XIX».757

Pero aunque las hambrunas no siempre hayan sido puntos de inflexión de la historia, aun así nos informan sobre el estado de la sociedad en la que se han producido. En la India, como en China, no resultó afectado el país entero. En la India, donde el desencadenante fue la ausencia del monzón, el hambre más grave de finales del siglo XIX se concentró en el sur, sobre todo en las provincias de Madrás, Mysore y Hyderabad.758 Hubo un segundo foco en la región centro-septentrional, al sur de Delhi. En China solo se padeció en las regiones del norte, entre Shanghái y Pekín, sobre todo en las provincias de Shanxi, Henan y Jiangsu. Sin duda, en la India, el gobierno colonial actuó de tal forma que empeoró la situación. Ya en la época se criticó que al atenerse de forma doctrinaria a los principios del libre mercado, la administración era responsable de la gravedad de la crisis. Se tardó un tiempo en que el gobierno se hallara en alguna disposición de admitir la dimensión del desastre y aplazar la recaudación automática de los impuestos.759 En el norte de la India, donde la reducción de las cosechas había sido relativamente menor, el alto precio de los cereales en el mercado británico hizo salir demasiados alimentos, dejando a los campesinos por debajo del mínimo necesario de subsistencia. Pese a que varias autoridades de segundo nivel

mostraron iniciativa para aliviar el desastre, la política del Raj se adecuó a un doble principio: no imponer ninguna restricción al comercio privado de cereales *y* evitar en lo posible cualquier gasto público adicional. Entre 1896 y 1898 se repitió el mismo efecto: incluso en las zonas donde la cosecha se había malogrado más, se podían comprar cereales a muy alto precio.760

Las autoridades británicas coloniales fueron objeto de la crítica de comisiones organizadas por el propio gobierno de Londres. Sin embargo, estas comisiones no pusieron pega alguna al principio de que el colonialismo no debía suponer ningún coste (*colonialism on the cheap*). Las grandes hambrunas del último cuarto del siglo XIX no se debieron al carácter primitivo de una India incapacitada para el progreso —aunque en Occidente algunos lo entendieran así—, sino que, por el contrario, fueron el síntoma de una de las primeras crisis de modernización. Los ferrocarriles y canales que permitían transportar la ayuda material a las zonas en crisis eran al mismo tiempo la base logística de negocios especulativos con los frutos de la cosecha de las comunidades rurales. Facilitaban tanto la afluencia de cereales a la zona como el sacarlos de allí. Las malas cosechas repercutieron invariablemente sobre los precios, elevándolos.761 Esto podía suceder también en las circunstancias «precontemporáneas». La novedad era que las reservas de seguridad que se almacenaban tradicionalmente en los pueblos también fueron atraídas al mercado nacional indio y el internacional. Por ello, una alteración menor en el resultado de la cosecha podía acarrear un encarecimiento extraordinario. El efecto de todo ello sobre la población rural (porque las ciudades siguieron estando mínimamente bien abastecidas) fue tan gravoso, en última instancia, porque con el proceso de modernización económica que entonces se iniciaba había aumentado la vulnerabilidad de determinados grupos de población; en particular, de los pequeños arrendatarios, los campesinos sin tierras y los tejedores que trabajaban en su

casa. Entre los factores intensificadores se contaron el declive de las manufacturas rurales y la desintegración de varias instituciones sociales que en el pasado habían ofrecido protección contra los infortunios: las castas, las familias, las comunidades rurales.

En muchas zonas de la India, los campesinos estiraban de la agricultura hasta el límite de lo posible. Esto pasaba sobre todo por la expansión de los cultivos a suelos de peor calidad, que exigían más trabajo y, en particular, una irrigación constante. Estas exigencias, en muchos casos, no se podían cumplir. En la competencia por aprovechar la ocasión de introducir la producción agraria en los mercados de exportación, hubo una privatización a gran escala de las tierras comunitarias; los pastores y el ganado fueron empujados hacia las montañas; se talaron árboles y arbustos. Es decir, como parte de la fatal crisis de modernización se produjo también un agotamiento ecológico, un desgaste excesivo de las reservas del suelo. La creciente vulnerabilidad económica de las familias y las personas tuvo como consecuencia una espiral de endeudamiento creciente. Además de los comerciantes que especulaban con los cereales, la otra gran amenaza para la existencia campesina fueron los prestamistas, que a menudo residían en las ciudades y actuaban en los pueblos por medio de agentes. La falta de fuentes de crédito suficientes, de control estatal o cooperativo, para los pequeños agricultores, alimentó aún más la espiral de endeudamiento y pérdida de tierras, un hecho que el poder colonial asumía sin más como libre funcionamiento de las fuerzas del mercado.

La capa de la sociedad rural que parece haberse visto más gravemente afectada por las crisis del hambre es la de los campesinos sin tierras, que ni disponían de medios de producción propios, ni podían hacer valer derechos más antiguos (por rudimentarios que fueran) a la economía moral, basada en la ayuda social mutua. Que un cuello de botella en la cosecha diera origen a una hambruna no dependía meramente

del «libre funcionamiento» de las fuerzas del mercado y de una política interesada del poder colonial. Los productores campesinos, en su mayoría, estaban desconectados del mercado y expuestos a las maquinaciones de los terratenientes, comerciantes y prestamistas, muchos de los cuales intentaban aprovecharse de la crisis. Así, el hambre se debe *también* al reparto del poder en las sociedades rurales.762

En el norte de China, entre 1876 y 1879, se vivieron escenas tan espantosas como en la India; la región no había experimentado ninguna hambruna similar desde 1786.763 La gran hambruna del norte de China, que causó entre 9 y 13 millones de muertos —muchos, víctimas de la fiebre tifoidea— fue la catástrofe humana más grave y, geográficamente, la más extensa de todos los años de paz de la era Qing. No fue una crisis observada por funcionarios coloniales, solo por algunos cónsules y misioneros de Occidente; por ello, en las fuentes occidentales aparece mal documentada. Las fuentes chinas, en cambio, la describen con el mayor detalle. El horror que la hambruna india despertó en el extranjero se explica en parte por las primeras fotografías espectaculares de víctimas de esa índole que vieron la luz pública. Son muy pocas las fotografías de los padecimientos del norte de China; desde la perspectiva de los medios de comunicación, esta fue la última hambre «de tipo antiguo». Los extranjeros de Shanghái o Hong Kong tardaron casi un año en recibir noticias sobre la dimensión de la hambruna en una provincia remota como Shaanxi. Sin embargo, en Gran Bretaña se fundó al poco tiempo un Fondo de Socorro del Hambre en China, de carácter privado, que transfería el dinero a China por medio del telégrafo (en una de las primeras aplicaciones de esta técnica a la solidaridad).764

En el norte de China, las condiciones eran distintas a las de la India. La región todavía no se había abierto al ferrocarril y el capitalismo apenas había dejado huella. La provincia de Shanxi, por ejemplo, solo se conectaba con la costa por medio de caminos estrechos, a menudo intransitables, que serpeaban

sobre altas montañas. El traslado de la ayuda desde otras regiones del imperio era más difícil de organizar que en la India, especialmente desde que el Gran Canal que durante siglos había abastecido la capital, Pekín, con arroz de la zona del Bajo Yangzi, había dejado de funcionar bien por la acumulación de arena y falta de cuidados. Las regiones afectadas pertenecían desde hacía mucho a las de economía más precaria y agricultura menos productiva de China. Los graneros del país —el Bajo Yangzi y la zona próxima a la costa del sur de China— no sufrieron la catástrofe natural que había originado la hambruna. Al final, el estado chino también dedicó un esfuerzo notable a la ayuda de emergencia, que sin embargo, ante la gravedad del problema, solo obtuvo resultados modestos; y, en comparación con alguna de las grandes operaciones de socorro del siglo XVIII, el compromiso fue algo tibio. Pero esto tuvo poco que ver con las doctrinas contrarias a la intervención del estado y los obstáculos al mercado; la clave fue que la dinastía Qing, después de combatir contra los rebeldes de Taiping y los musulmanes, estaba en situación de agotamiento financiero. A diferencia de la hambruna india contemporánea, la del norte de China no se vio tan marcada por la distribución como por la producción. Surgió en un nicho ecológico particularmente delicado, en el que la intervención estatal había logrado, durante varios siglos, aliviar las consecuencias más graves de la severidad climática. Pero ahora la intervención estaba más limitada que en el pasado.

Pese a todo: ¿fue China una «tierra del hambre»?

La hambruna de 1876-1879 pone sobre la mesa la cuestión de cuál era el nivel de vida general en la China del siglo XIX. ¿Se había convertido acaso el país en una «tierra del hambre»? Es un tema interesante, además, porque la investigación reciente, tanto en la propia China como en Occidente, dibuja un panorama muy próspero para la economía del país en el siglo XVIII, lo cual de paso confirma las noticias favorables que dieron los misioneros de la época. La diversidad de la

agricultura en el imperio Qing iba de la economía del pasto, en las praderas de Mongolia, hasta la economía combinada (de extrema productividad) de los arrozales y viveros de peces del sur, pasando por la producción de monocultivos elaborados a mano y dedicados a la exportación, como el té y el azúcar. Aunque no es nada fácil realizar una afirmación general a este respecto, entre los expertos impera el consenso de que la economía china, hasta el último cuarto del siglo XVIII, podía alimentar suficientemente incluso a una población en rápido crecimiento. Durante mucho tiempo, en Occidente no se ha dado crédito a la idea de que los campesinos chinos del siglo XVIII vivieron al menos igual de bien (e incluso mejor, probablemente) que los representantes de la misma clase en la Francia de Luis XV; pero según lo que sabemos hoy, es una idea plausible.

En comparación por ejemplo con la población campesina del este de Europa, la situación en China era netamente favorable. Casi incesantemente, el funcionario de este o aquel distrito de cualquier rincón del colosal imperio notificaba a la corte problemas de abastecimiento de comida y rogaba ayuda. Al estado chino, estas peticiones de auxilio le llegaban en una cantidad que no tenía paralelos en Europa. En tiempo del emperador Qianlong (*r.* 1737-1796), el famoso sistema chino de graneros públicos alcanzó la cima de su eficacia. En los casos de emergencias, gracias a este almacén descentralizado —cuyo mantenimiento y cuidado era uno de los deberes principales del funcionariado local—, se podía conceder ayuda en una cantidad que era varias veces mayor a los ingresos recaudados en un año normal. El emperador y los gobernadores provinciales se ocupaban personalmente del buen funcionamiento del sistema. La dinastía de los conquistadores manchúes Qing debía en parte su legitimidad al éxito con el que garantizaba la paz interior y el bienestar público. Cuando desde la década de 1790, además de los funcionarios, los notables de las ciudades empezaron a mostrar un compromiso filantrópico, su primer

objetivo fue construir graneros privados.[765] Los graneros estatales también desarrollaron tareas corrientes. Sobre todo en la capital, Pekín, y en los alrededores, se hacían cargo de los impuestos y tributos en especie y vendían los cereales, incluso en épocas normales, por debajo de los respectivos precios de mercado. También sometían a una estrecha vigilancia a los comerciantes privados de cereales y arroz, para impedir que acaparasen. De esta forma surgió un mercado de cereales mixto, entre estatal y privado, que había que ir ajustando repetidamente a un nivel intermedio; en lo esencial, se conseguía. En las dos últimas décadas del siglo XVIII, los graneros públicos almacenaban un 5 % del total de la cosecha del imperio. Durante todo el período de gobierno del emperador Qianlong, el sistema acreditó su valía. Pese a que se produjeron numerosas sequías e inundaciones catastróficas, no consta que en el siglo XVIII se produjera ninguna hambruna cuya magnitud se asemejara, ni de lejos, al desastre de la década de 1870.[766]

Aún no comprendemos suficientemente bien qué sucedió con la agricultura china en el siglo XIX. Hacia el cambio de siglo, al parecer, el clima empeoró y los desastres naturales aumentaron. Al mismo tiempo, la capacidad del aparato estatal de intervenir de forma preventiva en la sociedad fue mermando. Así, se optó menos por los recursos habituales de eximir a los distritos afectados del pago de impuestos o concederles una demora, y cada vez se fueron reduciendo más las zonas en crisis que recibían apoyo directo como antaño. El estado Qing vivía una situación de miseria general. La moral de los funcionarios públicos se debilitó y la corrupción se acrecentó, lo que por necesidad afectó directamente a un mecanismo tan complejo como era el sistema de los graneros imperiales. Hubo depósitos descuidados, en los que los cereales se pudrían, y depósitos que no se rellenaban como era de esperar. Con la guerra del Opio se inició una larga serie de enfrentamientos entre China y las grandes potencias; y a los pocos años, la

rebelión Taiping inauguró una cadena de levantamientos interiores. Con ello, el estado Qing aplicó nuevas prioridades a unos recursos cada vez más escasos: en adelante, el abastecimiento de las fuerzas armadas tuvo preferencia sobre la ayuda en los casos de emergencia civil. Esta nueva orientación comportó asimismo que el sistema de los graneros se quedara prácticamente en nada durante la década de 1860, unos cien años después de haber alcanzado su máxima eficacia.767 Sin embargo, la hambruna de la década de 1870, con su enorme magnitud, fue un caso singular. Es muy probable que la agricultura china, hasta la década de 1920 o fechas próximas, todavía fuera capaz de producir lo suficiente para alimentar a la población al menos pasablemente.

Eurasia, en su conjunto, se diferenció de Norteamérica y los dominios coloniales de Oceanía por el hecho de que, en la segunda mitad del siglo XIX, la zona occidental y del extremo oriente (Japón) del continente se liberaron de la vieja y constante amenaza del hambre. Esto no significó que todas las capas de la sociedad tuvieran siempre una alimentación suficiente y equilibrada, que todos sus miembros evitaran la pobreza extrema; pero sí que el colectivo como tal dejó atrás la penuria total, las hambrunas capaces de causar miles de muertos. En Europa, durante el siglo XIX, también pasó a ser infrecuente otra forma ancestral del hambre: la que aniquilaba ciudades en tiempos de guerra. Hubo aun así al menos una excepción: París en 1870-1871. La estrategia alemana de bloquear los alimentos y combustibles contribuyó a que la tasa de mortalidad entre la población civil se elevara considerablemente, sobre todo entre los niños y los ancianos. Lo que acabó forzando la capitulación de París no fue el bombardeo de la artillería alemana, sino el agotamiento inminente de las reservas de alimentos.768 Diez años antes se había producido un episodio muy similar en China. En el invierno de 1861-1862, las tropas imperiales sitiaron la ciudad de Hangzhou, tomada por los rebeldes de Taiping. Tras dos

meses de asedio y bloqueo económico, se calcula que en la ciudad se produjeron las muertes de entre 30.000 y 40.000 personas.769 En la primera guerra mundial, se recurrió esporádicamente a provocar el hambre por medio de un sitio; lo hicieron, por ejemplo, las tropas otomanas en 1915-1916, con la fortificación de Tigris, donde aun así había más soldados que población civil. En la segunda guerra mundial, esta forma de guerra se puso en práctica de nuevo, pero ahora —por ejemplo, en el caso de Leningrado— con una motivación distinta: la de una guerra ideológica de exterminio. Otra forma de bloqueo afectaba países enteros y aun espacios mayores. Esta estrategia se aplicó por dos veces a gran escala, causando siempre graves perjuicios a la población civil: el bloqueo antibritánico introducido por Napoleón en 1806, al que Gran Bretaña respondió con uno aún más intenso contra el continente; y el bloqueo británico de Alemania entre agosto de 1914 (con más fuerza, desde 1916) y abril de 1919.

7. REVOLUCIONES AGRARIAS

Las transformaciones de la geografía de la carestía y el exceso que cabe observar en el siglo XIX deben situarse en un contexto aún más general: el desarrollo de la agricultura a escala global.770 En lo que atañe al siglo XIX, resulta muy difícil sobrestimar la importancia universal de la agricultura. En vísperas de la primera guerra mundial, las sociedades del planeta, en su mayoría, aún eran agrarias; el mundo aún era un mundo de agricultores. Esto no quiere decir que persistieran en el estancamiento general que las ciudades del siglo XIX se complacían en reprochar a unos campesinos que ya les resultaban extraños. Pasada la mitad del siglo, la agricultura mundial, vista en su conjunto, experimentó un auge extraordinario. Esto se reflejó con especial claridad en la expansión de las tierras cultivadas. En las economías arroceras del este y el sureste de Asia, ya no quedaba espacio, literalmente, para tal expansión. En cambio, en Europa, en Rusia y las sociedades neoeuropeas de ultramar, entre 1860 y

1910, el total de la tierra arable pasó de 255 millones de hectáreas a 439; es decir, se multiplicó por 1,7, lo que no tiene parangón en ningún otro período histórico de solo cinco décadas. Europa occidental aportó una cuota muy secundaria a este crecimiento. También en Canadá, la ocupación humana y la explotación agrícola de las inmensas praderas no se inició antes de 1900. En cambio, fueron decisivas las gigantescas adiciones de tierras arables en Estados Unidos y Rusia.771
Entre 1800 y 1910, solo en unos pocos países (del total de los países en los que es posible realizar cálculos al respecto) retrocedió la superficie cultivada de campo y monte; fue así, sobre todo, en Gran Bretaña y Francia. Pero no existe ninguna relación directa entre el auge de la industria y el retroceso del suelo agrario, puesto que en Estados Unidos, Alemania, Rusia y Japón —países que, a lo sumo hacia 1880, ya habían erigido una estructura industrial— siguió habiendo un desarrollo extensivo de la agricultura.772
Durante el período de 1870-1913, se calcula que la producción agraria mundial creció en un 1,06 % anual, un valor que, entre las dos guerras mundiales, no volvió a alcanzarse ni de lejos. El crecimiento per cápita, lógicamente, fue menor. Sin embargo, un crecimiento del 0,26 % anual per cápita significaba que, en vísperas de la Gran Guerra, la población mundial podía disponer de bastante más alimentos y materias primas agrarias que a mediados del siglo anterior. Se llega a este resultado agregando tendencias nacionales que pueden ser muy diversas entre sí. Pero esto no supone, en ningún caso, que todo el progreso se concentrara en el espacio del Atlántico norte. El crecimiento de la producción fue más elevado en Rusia que en Estados Unidos y, desde el punto de vista de la estructura agraria, encabezaron la tabla países tan distintos entre sí como Argentina e Indonesia.773 La expansión productiva esconde inmensas diferencias en la productividad de cada país, esto es, la relación entre los recursos empleados y la cosecha obtenida. Así, a finales del siglo XIX, el resultado por hectárea en la

economía norteamericana del trigo y el de la economía india del arroz eran prácticamente iguales, pero en la India la productividad era 50 veces inferior.774

Más aún que la producción creció el comercio internacional con los productos agrarios, pese a que lo hizo con tasas algo inferiores a la del conjunto del comercio mundial. Emergieron nuevas regiones exportadoras de trigo, arroz y algodón (este era una materia prima industrial de gran importancia) que disputaron la primera posición a los países productores tradicionales. Se abrieron nuevos terrenos a la agricultura en el Medio Oeste estadounidense y en Kazajistán, pero también en el África occidental, Birmania o Vietnam. En la Cochinchina (el delta del Mekong y la zona del interior), que apenas estaba poblada antes de que llegara el poder colonial francés, surgió una economía dinámica, exportadora de arroz, que abastecía sobre todo a la zona deficitaria del sur de China, puesto que el arroz birmano se vendía principalmente para la India. Entre 1880 y 1900, la superficie de los arrozales se multiplicó por más de dos y el volumen exportado se triplicó.775 Nuevos productos tropicales conquistaron mercados extranjeros: café, cacao, productos de la palma y muchos otros. Los productos agrarios se ofrecían en el mercado mundial tanto para países «desarrollados» como «atrasados»: Gran Bretaña adquiría el trigo en la India, pero también en Estados Unidos y Rusia.776

Desde el punto de vista de la historia social, ¿qué significó esto, por ejemplo, para Europa? Aunque en Europa, la proporción de los tres grandes sectores —(a) agricultura y pesca, (b) industria y minería mecanizada, (c) servicios— fue cambiando poco a poco, durante mucho tiempo la más numerosa en términos *absolutos* fue la ocupación en el sector primario. En 1910, en los países europeos, la cifra total de los trabajadores agrarios no estaba por debajo de la que había en 1870, salvo en unos pocos casos: Gran Bretaña, Bélgica, Dinamarca y Suiza (y, por motivos muy particulares, Irlanda). En algún momento, en toda Europa se llegó al punto en el que el empleo del sector agrario

cayó por debajo del 50 %: en Inglaterra, ya antes de 1750; después de una larga pausa, entre 1850 y 1880, en casi todo el oeste y el norte de Europa; en Italia, Portugal y España, solo después de 1900.777 La causa típica fue antes la emigración del campo a los centros industriales urbanos que la reducción del número de empresas familiares. Durante todo el siglo XIX, *todas* las sociedades de Europa, con la excepción de Inglaterra (en una medida mucho menor, Gales y Escocia), tuvieron un carácter netamente agrario. E incluso en Inglaterra, con su aristocracia terrateniente, siguieron dominando los ideales culturales de la vida rural preindustrial. La gran reducción de la agricultura, unida a la marginación tanto social como cultural del mundo campesino, no empezó en el continente europeo hasta después de 1945, y en países como China solo ahora mismo está alcanzando su apogeo.

Así pues, estadísticamente, el estado de la alimentación en el mundo, entre 1800 o 1850 y, por el otro lado, 1913, ha experimentado una mejora espectacular. Como según la «ley de Engel» —una de las pocas regularidades del mundo de las ciencias sociales cuya solidez se ha podido constatar empíricamente, que debe su nombre al estadístico prusiano Ernst Engel—, cuando los ingresos crecen se reduce el porcentaje dedicado a la alimentación, del ascenso de la producción per cápita no se beneficiaron solamente los ricos. Se ha intentado probar el cambio haciendo referencia al concepto de la «revolución agraria».778 Sin embargo, hace ya tiempo que este concepto genera un debate encendido, sobre todo en el ámbito de la historia económica de Inglaterra, es decir: de la prehistoria de la revolución industrial. Al respecto, la cuestión clásica es si una revolución agraria precedió a la industrial y si quizá no habría habido la segunda sin la primera. No es un problema que debamos solventar aquí. Desde el punto de vista de la historia universal, nos interesan sobre todo las proporciones; y sobre ello, cabe afirmar lo siguiente:

Uno. Los historiadores de Inglaterra o de Europa definen la

revolución agraria en general como el principio de un incremento estable a largo plazo de la productividad agrícola, medida por el incremento de la producción por hectárea (en Europa, antes que nada, a consecuencia de los nuevos sistemas de rotación de cultivos y de las mejoras de la tecnología preindustrial)779 o la elevación de la productividad de la mano de obra (a consecuencia, sobre todo, de la mecanización y el recurso a las ventajas del tamaño, en las denominadas *economías de escala*). El ascenso también se puede determinar o en relación con el número de trabajadores o con la superficie. Esta mejora perceptible y constante de la eficacia agrícola ya se ha descrito en los Países Bajos del siglo XIV. La «auténtica» revolución agraria, sin embargo, se produjo a finales del siglo XVIII en Inglaterra y prosiguió en la primera mitad del siglo XIX.780 Comportó que, hacia 1800, un campesino inglés ya duplicara el fruto obtenido por uno ruso, y que la producción de trigo por hectárea en Inglaterra y los Países Bajos multiplicara por más de dos la de casi cualquier otro lugar del mundo. Por ello, en el transcurso del siglo XVIII, Inglaterra pudo convertirse en un importante exportador de cereales para el mercado continental, antes de que, debido al rápido incremento demográfico que se dio desde el cambio de siglo, se convirtiera en un importador neto. A cambio, la cuestión de los aranceles sobre la entrada de esta mercancía, desde la primera «Ley de los cereales» (*Corn Law*) de 1815, se erigió en punto central de las polémicas de la política interior británica.781

Dos. La evolución peculiar de Inglaterra, sin embargo, no permite concluir que, a finales del siglo XVIII, toda la agricultura europea (ni siquiera la «occidental») fuera la más avanzada del mundo. En extensas partes de Europa, la productividad agrícola no era superior a la de las zonas de cultivo intensivo de la India, China, Japón o Java. Se tardó bastante en que la agricultura incluso de las regiones más dinámicas de Europa pudiera beneficiarse claramente de un adelanto en la mecanización. En 1790, en el sur de Inglaterra,

el 90 % del trigo se cosechaba con la hoz arcaica; el uso de la guadaña no se consolidó hasta más tarde. Y hacia 1900, cuando en Inglaterra ya era habitual el uso de la segadora agavilladora, en el continente europeo la mayor parte de la cosecha todavía se realizaba a golpe de guadaña.782 Si en Inglaterra era mayoritario el uso de trilladoras a vapor desde la década de 1880, en otros sitios no lo fue hasta mucho más tarde. En 1892 empezó la producción en serie de tractores en Estados Unidos, pero incluso allí, en 1914 no había en funcionamiento más de 1.000 (mientras que en 1930 había un millón). En 1950, la agricultura europea todavía se movía, en un 85 %, con el tiro de los animales.783 Los abonos artificiales, cuyo uso se generalizó primero en Alemania y los Países Bajos, no se emplearon en toda Europa hasta la década de 1930, es decir, cien años después de que Justus von Liebig realizara sus descubrimientos pioneros, algo esperable. La plena mecanización de una agricultura de base científica fue una innovación del siglo XX, incluso en Europa y Estados Unidos. Y todavía quedaron vestigios de los usos agrarios precontemporáneos. De Escandinavia al sur de Italia se siguieron practicando formas técnicamente simples de una economía de subsistencia; a veces incluso desmontando con el fuego, como en África. Y en Europa hubo asimismo casos de «decadencia»: por entonces, la agricultura española aún no había logrado recuperarse del saber perdido con la expulsión de judíos y musulmanes, que culminó en 1609, y permitió la ruina de las antiguas y preciosas instalaciones hídricas.784

Tres. Hace ya un par de siglos que la explotación hortícola del arroz en campos irrigados y con trabajo intensivo, propia de las latitudes tropicales y subtropicales, pertenece a las formas más productivas de la agricultura jamás conocidas. Este cultivo ha hallado su expresión plenamente característica como culminación de un proceso largo, concluido por primera vez en el sur de China, en el siglo XII; como ha escrito Fernand Braudel, se trata del «acontecimiento más importante de la

historia de la humanidad en el Lejano Oriente».785 Trascender los límites dados de la agricultura —sirva como definición general de la revolución agraria, a partir del ejemplo inglés— solo se puede lograr en el nivel más alto de la agricultura «tradicional», con lo cual algunas regiones de Asia serían candidatas a este salto adelante. La revolución agraria requiere, como puntos de partida, una gran densidad de población, un sistema de mercado funcional, mano de obra libre y un saber específico notable y ampliamente difundido. Tales requisitos también se cumplían aún a finales del siglo XVIII en zonas del sur y el centro de China. Sin embargo, otros factores actuaban en contra de una revolución agraria independiente en China (o en general en Asia): los arrozales inundados podían absorber una mano de obra siempre creciente en zonas dadas; aunque hubiera incentivos a la variedad, apenas se disponía de terrenos cultivables adicionales; los costes ecológicos de la agricultura intensiva eran netamente más perceptibles en China (y Japón y la India) que en Europa; fuera de los pueblos no había alternativas de empleo; los terratenientes, que vivían en las ciudades y cobraban de los arrendadores, no tenían estímulo para mejorar la producción agrícola; entrado el siglo XIX y a principios del siglo XX, no había acceso a los fertilizantes de origen industrial. En el norte de China, donde las condiciones ecológicas eran menos favorables que en el sur y en vez de arroz tendía a cultivarse trigo y mijo, se añadía el hecho de que la propiedad estaba muy dividida en parcelas pequeñas, lo que dificultaba el uso de las economías de escala.786 Pero además, en el cultivo del arroz, las grandes dimensiones, ya sean de fincas o granjas, no aportan nada; centralizar la gestión apenas supone algún beneficio; y la maquinaria a motor —con excepción de las pequeñas bombas eléctricas o diesel, que a partir de 1910 aproximadamente aumentaron la productividad primero en Japón— encuentra muchos límites a la hora de moverse por las plantaciones de arroz y té.787 Las posibilidades de hacer rotación de cultivos para proteger el

suelo son mucho más limitadas: en un terreno inundado y abancalado, ¿qué puede crecer, salvo el arroz y las carpas?

Todo esto supone que sería injusto, y alejado de la realidad, utilizar el modelo de la revolución agraria neerlandesa e inglesa como vara de medir una agricultura de una variedad ecológica y social completamente distinta. En los diversos países de Asia, en diferentes momentos distintos, esta agricultura alcanzó el punto en el que le resultaba difícil alimentar a una población que a menudo seguía creciendo. Cuándo se alcanzaba este punto dependía también de circunstancias *externas*. Los arrozales inundados del sur de China, por ejemplo, formaban parte de un complejo de producción más general que incluía asimismo la pesca, el cultivo de té y la sericicultura. Desde principios del siglo XVIII, el té y la seda eran ramas de la producción que dependían en gran medida de la exportación. El hundimiento del mercado exterior chino, a finales del siglo XIX, causado por la creciente competencia india y japonesa —primero en el té, luego en la seda— contribuyó decisivamente a la crisis aguda de la agricultura china a principios del siglo XX, que fue descrita en esas fechas por muchos observadores occidentales.

Cuatro. En Occidente, el modelo de la revolución agraria inglesa tampoco se difundió como lo hizo el modo de producción industrial, que podía encontrar un nicho en contextos muy distintos entre sí. La agricultura depende en mayor grado que la industria de las condiciones ecológicas locales y está mucho más ligada a estructuras sociales tradicionales que no son fáciles de superar. El rendimiento agrario, para empezar, era bastante diverso. En la Europa continental fueron pocos los países que lograron éxitos espectaculares en la cosecha y la productividad: primero ocurrió en Alemania (donde, ya durante la primera mitad del siglo XIX, la cosecha de cereales por hectárea se elevó en torno a un 27%)788 y luego en Dinamarca, los Países Bajos y Austria-Hungría; pero apenas se dio tal circunstancia en Francia, la principal economía agraria de la

Europa occidental. Con el crecimiento de la producción absoluta sucedió algo semejante: entre 1845 y 1914, el volumen de la cosecha cerealística se multiplicó en Alemania por un factor de en torno al 3,7; y en Francia, solo del 1,2.789 Una particularidad de Europa y Norteamérica, en comparación con Asia y amplias zonas de África, es la economía mixta, combinación de cultivos y ganadería; es difícil calcular su rendimiento conjunto, por cierto, ya que el forraje suele ir en detrimento de la superficie que se puede destinar a patatas y cereales panificables. Por otro lado, en Asia, en el siglo XIX, la distancia entre la agricultura y la ganadería (a menudo, de carácter nómada) fue mayor que en Europa; se trata de un punto importante porque en Europa, cuando se consiguió integrar mejor la ganadería con la agricultura, la productividad subió especialmente.790 Un país como Dinamarca desarrolló una revolución agraria muy específica al especializarse en la ganadería. La mantequilla, el queso y el jamón también pueden ser un camino hacia la riqueza.

Cinco. El modelo «genuino» de la revolución agraria se basa ante todo en una intensificación de la producción agrícola, es decir, parte de entender que el rendimiento crece primordialmente por una mejora de la productividad, y solo secundariamente por la ampliación de la superficie cultivable. En Inglaterra y Gales, entre 1700 y 1800, las tierras de pasto y cultivo aumentaron casi un 50 %, pero en los cien años posteriores, el aumento fue muy poco significativo.791 Los grandes incrementos universales del siglo XIX se deben en buena medida, sin embargo, al carácter *extensivo* de la producción, esto es, la incorporación de nuevas tierras de cultivo en las «fronteras» agrícolas del imperio zarista, Estados Unidos, Argentina, Canadá y también la India.792 Esta expansión del cultivo de productos agrícolas básicos («productos coloniales» que pertenecían más bien al sector del lujo, pero del menos oneroso, con un modelo algo distinto) tuvo consecuencias de gran efecto en la historia política. A este respecto, debemos llamar la

atención ante todo sobre dos puntos.

Por un lado, en la primera guerra mundial los oponentes de las potencias centrales lograron una ventaja decisiva al poder movilizar la capacidad agraria —netamente superior— de Norteamérica y Australia.793 La dirección alemana juzgó la política mundial sin el suficiente realismo y pasó por alto este factor fundamental.

Por otro lado, en muchos países la agricultura ya había pasado a ser un terreno central de los conflictos políticos. Aunque en casos como el de Alemania se ha sostenido lo contrario durante mucho tiempo, esto solo en parte tenía que ver con la persistencia de unas élites aristocráticas autoritarias. En efecto, la problemática era muy similar en países como Estados Unidos o los Países Bajos, donde esas élites no existían o tenían solo una relevancia escasa. Los adelantos intensivo *y* extensivo de la agricultura habían supuesto el ascenso de un capitalismo agrario en ambos lados del Atlántico, como muy tarde hacia el cambio de siglo (en el imperio zarista, lentamente, desde la liberación de los campesinos en 1861), que producía con ayuda del trabajo asalariado y estaba orientado en gran medida hacia la exportación. La crisis de la agricultura mundial, que se inició en 1873 y duró dos decenios, se expresó en un cruce de tendencias: los precios de los productos agrícolas cayeron y, en cambio, los sueldos de los jornaleros cayeron poco o incluso subieron, adecuándose a los incrementos laborales de las ciudades. Ante esta situación, las grandes empresas o haciendas tendieron a pasar más dificultades que las unidades de producción menores, cuyos trabajadores pertenecían en su mayoría a una misma familia. Con el descenso de los ingresos, los terratenientes defendieron cada vez con más denuedo sus propios intereses —en primer lugar, la exigencia de aranceles a las importaciones agrarias— en el seno de los respectivos sistemas políticos, tuvieron especial éxito en el imperio alemán, y no tanto en Gran Bretaña o Estados Unidos. La condición preponderante de los temas agrarios en los debates públicos y

los motivos del romanticismo campestre en la propia imagen cultural velaron el hecho de que, en varias economías nacionales de Occidente en situación de crecimiento, el peso del sector agrario estaba menguando lentamente.794 En otros lugares donde no se había desarrollado un capitalismo agrario y, en el sistema político, los intereses rurales eran defendidos no por los productores agrarios (grandes o más humildes), sino solo por rentistas urbanos muy distanciados de la vida de los pueblos, los problemas agrícolas quedaron prácticamente ocultos. Tal fue el caso del imperio otomano y Japón. Lo más sorprendente fue el silencio que se vivió en la mayor sociedad campesina del mundo: China. Es desconcertante que, en toda la polémica reformista que se inició al acabar la rebelión Taiping, en 1864, y se intensificó tras la guerra sino-japonesa de 1894-1895, no se hablara casi nunca de los campesinos ni la agricultura. El discurso público de China estaba ciego a uno de los problemas más acuciantes del país.

8. POBREZA Y RIQUEZA

Pobreza y modernidad

Si prescindimos de las utopías del país de Jauja, que existen en muchas civilizaciones, antes del siglo XIX nadie dudaba de que la pobreza fuera una parte del orden natural y determinado por Dios. La economía política clásica, de Thomas Robert Malthus a John Stuart Mill, cuyo estado de ánimo fundamental era pesimista, todavía no confiaba en que el capitalismo moderno produjera tal incremento de la productividad y entendía que los pobres solo podían «elevarse» de su condición mediante el empeño personal. Sin embargo, esto convivía con una tendencia más optimista que no daba la pobreza por sentada y, por lo tanto, le veía salida. La iniciaron dos pensadores de la Ilustración tardía: Tom Paine y el marqués de Condorcet. Los dos, de forma independiente uno de otro, formularon en la década de 1790 la idea de que la pobreza era inaceptable en su presente. No debía aliviarse con dádivas, sino resolverse con una nueva distribución y el desarrollo de las fuerzas

productivas; además, se debía ayudar a aquellas personas que no estaban en situación de ayudarse a sí mismas. Desde las aportaciones de Paine y Condorcet —dos revolucionarios que acabaron olvidados o aniquilados por sus revoluciones—, el mundo occidental ha considerado la pobreza, en principio, como un escándalo.[795]

La relación entre la pobreza y el hambre es estrecha, pero no del todo recíproca. Al pobre le puede faltar casi todo y lo último que le queda es el alimento suficiente para seguir viviendo. No todos los pobres pasan hambre y no todos los hambrientos están en la miseria. El concepto más abarcador es el de la pobreza. Las sociedades definen sus propias ideas de «los pobres»; los que no son pobres disertan sobre ellos y los convierten en objeto de su beneficencia. En comparación con las sociedades industriales desarrolladas, *todas* las sociedades precontemporáneas, sea cual sea su cuño civilizador, fueron pobres. Sin embargo, la modernidad económica tampoco ha hecho desaparecer la pobreza, razón por la cual —dicho sea de paso— no hay que complacerse en demasía al celebrar las conquistas de la «modernidad». Incluso en los primeros años del siglo XXI, en África y en Asia sigue habiendo hambrunas y revueltas por hambre; en el mundo actual, una de cada seis personas sufre malnutrición crónica. El aumento de las fuerzas productivas —en lo que respecta al siglo XIX, sobre todo, el incremento de la productividad agrícola y la nueva extracción y el uso económico de los combustibles fósiles— no se ha acompañado, por lo general, por la igualación de las oportunidades vitales materiales. Pobreza y riqueza, tanto *dentro* de una sociedad concreta como *entre* sociedades distintas, son conceptos relativos. Una sociedad —por ejemplo, la inglesa de mediados de siglo XIX— puede enriquecerse en su conjunto; pero cuando la diferencia en los ingresos, posibilidades de consumo y acceso a la educación entre los segmentos sociales superior e inferior tiende a incrementarse en lugar de a reducirse, entonces la pobreza relativa salta a la vista

más que antes. Es muy difícil determinar las tendencias generales en la distribución de los ingresos para la Europa occidental, pese a que disponemos de datos especialmente buenos; más difícil aún es en el resto del mundo. Hace mucho que los «optimistas» y los «pesimistas» sostienen posiciones irreconciliables. Muchos indicios apuntan a que, al menos en los casos de Inglaterra y Francia después de 1740 aproximadamente se abrió una brecha entre ingresos y posibilidades que no empezó a cerrarse otra vez, con lentitud, hasta pasado un siglo. En esta época se abrió ante todo la brecha que separaba a la gran burguesía de las clases de los trabajadores manuales. En el último tercio del siglo XIX, en muchos países se desarrolló un nuevo período de reducción de las diferencias. Esto encaja asimismo con una sencilla reflexión teórica: los procesos de crecimiento de la «plena industrialización» no los podía producir el «subconsumo» del proletariado, sino que se requería que la demanda adquiriera proporciones masivas.796 Ciertamente, esto no supuso un empobrecimiento de los ricos.

Ricos y superricos

Los más ricos tampoco estaban del todo a salvo de las enfermedades e infortunios. Comían, vivían y se vestían mejor, no sufrían el peso del trabajo corporal, los viajes les resultaban más fáciles y tenían acceso ilimitado a la gran cultura. Vivían en un mundo del consumo de lujo y con su conducta definían las normas y los ideales del consumo. El proceso capitalista hizo surgir en todas partes —en Europa, en Norteamérica, en Sudáfrica— estas posibilidades tan amplias, que en épocas precedentes solo se habían podido reunir con el control del poder político y militar (y en ocasiones contadas, quizá, con el comercio con zonas remotas). Hacia 1900, los más ricos, tanto en el valor absoluto como en el relativo, habían logrado la riqueza en condiciones de capitalismo. En algunos países europeos, la aristocracia terrateniente conservaba la riqueza de los tiempos pasados; a finales del siglo XIX, la cúspide de la

nobleza inglesa y rusa (entre ellos, algunos patricios del comercio que habían ascendido a la condición nobiliaria) todavía figuraba entre las familias más acaudaladas del mundo. Por detrás, pero a cierta distancia, seguían la nobleza austríaca, húngara y prusiana (ante todo, de la Alta Silesia); la francesa nunca se recuperó del todo de la revolución de 1789-1794.797 Como mejor se preservaba esa riqueza era invirtiéndola no solo en haciendas agrarias bien gestionadas, sino también en sectores más modernos como la banca, la minería y la propiedad inmobiliaria urbana. Al mismo tiempo se habían amasado nuevas fortunas en la banca y la industria. Sobre todo en Gran Bretaña, estos *nouveaux riches* imitaron el estilo de vida y la exhibición simbólica de una aristocracia que no formaba una casta cerrada, sino que se separaba de los estratos inferiores por medio de finas transiciones de estatus. La nueva y la vieja riqueza, los lores, los «caballeros» (que podían usar el tratamiento de «sir») y los millonarios sin títulos se encontraban en un mundo común de magníficas residencias urbanas y de latifundios rurales, habitado por no más de unas 4.000 personas.798

En las sociedades de pioneros del Nuevo Mundo y Oceanía, *casi todas* las grandes fortunas tenían orígenes capitalistas; no había raíces feudales, pese a que algunos grandes terratenientes de la Norteamérica británica podían imitar sin esfuerzo el señorial estilo de vida de la rica nobleza provincial de Inglaterra. Entre las diversas «Neoeuropas», sin embargo, se constatan diferencias claras. La fiebre del oro australiana engendró pocas fortunas espectaculares y perdurables, al igual que la cría de ovejas. Aunque el ingreso per cápita de Australia en 1913 era claramente superior al británico e incluso superaba ligeramente al estadounidense, allí había pocas grandes fortunas; hasta los más acaudalados eran humildes en comparación con el sector más adinerado de Gran Bretaña y Estados Unidos. En Canadá vivían más millonarios, pero la auténtica excepción histórica es solo una: Estados Unidos.

Cuando Alexis de Tocqueville visitó el país, en 1831-1832, y tuvo la impresión de hallarse en una sociedad fundamentalmente igualitaria, no solo subestimaba el hecho de que por entonces se estuvieran formando fortunas *colosales*, sino también que las diferencias de ingresos entre las diversas capas de la sociedad estadounidense se estuvieran agrandando (aun cuando es cierto que este proceso solo lo ha puesto de manifiesto la investigación histórica). El crecimiento y la concentración de la riqueza permitieron la formación de oligarquías adineradas tanto en el norte de Estados Unidos como entre los dueños de las plantaciones del sur. Los *self-made men* de mediados de siglo, que antaño solía considerarse que favorecieron una nivelación antioligárquica, sin embargo se sumaron al universo de esa élite.

Desde que, en 1865, acabara la guerra civil, la división entre las élites del norte y del sur fue desapareciendo de forma progresiva. Paralelamente surgieron posibilidades inéditas de acumulación, gracias a la transición a una economía industrial madura, con altas tasas de crecimiento; a las ventajas de las economías de escala a nivel nacional; y a la introducción de las sociedades de capital (*corporations*). El sector de la décima parte más acomodada de la población estadounidense poseía hacia 1860 cerca de la mitad de los recursos nacionales, y hacia 1900, dos tercios. En la cúspide, el 1 % de las familias estadounidenses más opulentas disponían de más del 40 % de la riqueza nacional.799 Entre 1900 y 1914, aproximadamente, se alcanzó la desigualdad máxima en la distribución de los ingresos en Estados Unidos. Si hasta la década de 1880 todavía resonaba la convicción de los padres fundadores de la revolución americana —sobre todo, de Thomas Jefferson— de que la virtud republicana exigía imponer un límite a las desigualdades sociales, una nueva ideología del mercado libre dotó a la acumulación ilimitada de capitales de una legitimidad que en Estados Unidos se ha puesto en duda en alguna ocasión, pero nunca se ha combatido radicalmente.800 Por otro

lado, las grandes fortunas también eran símbolo de la supremacía de Estados Unidos en el mundo, que por entonces se iniciaba. Los Astor, Vanderbilt, Duke o Rockefeller, con sus riquezas fabulosas, ensombrecieron a los europeos y exhibieron una vida entregada al consumo de lujo que halló publicidad en todo el mundo.

La representación más visible de la nueva superriqueza fueron las mansiones enormes, recreaciones de las *country houses* inglesas, los *châteaux* franceses o los *palazzi* italianos, llenas a rebosar de valiosas obras de arte del Viejo Mundo. Tampoco fue problema dotar de grandes presupuestos a universidades que, con ello, pronto figuraron entre las más prestigiosas del mundo. La explosión de la riqueza en el lado norteamericano del Atlántico permitió que los propietarios de las fortunas de primer e incluso segundo nivel contrajeran matrimonio fácilmente con la alta nobleza europea: Consuelo Vanderbilt, partícipe de una herencia de 14.000 millones de dólares (en su valor actual), se casó con el noveno duque de Marlborough, cuya salud económica no era nada boyante, y se convirtió en la señora de Blenheim Palace, una de las mayores mansiones de Europa. Hacia el cambio de siglo, otra generación tomó posesión de la riqueza legada por sus padres, los fundadores de las industrias: estos herederos fueron campeones mundiales del consumo de lujo, a los que el sociólogo Thorstein Veblen dedicó una «teoría de la clase ociosa» (*Theory of the Leisure Class*, 1916). Pese a todo, en Estados Unidos el origen familiar tampoco carecía por completo de importancia. Los más selectos —si habían logrado conservar y multiplicar su riqueza— eran miembros de las viejas familias de la era colonial y vivían en ciudades como Charleston, Filadelfia, Boston y Nueva York. Se las denominaba «aristocráticas» sin denotar por ello una posición fija en la cumbre de una jerarquía. La Constitución estadounidense de 1787 no preveía la concesión de títulos nobiliarios, y los que ocupaban cargos públicos, al menos, no aceptaban las distinciones extranjeras. «Aristocracia», por lo tanto, era una

metáfora del gran prestigio preservado durante generaciones, así como de un estilo de vida de insuperable confianza en el propio gusto, que tenía poco que envidiar a la más destacada nobleza europea. La aristocracia estadounidense, en la Nueva York de finales del siglo XIX, comprendía quizá unas cuatrocientas personas que se podían permitir una exclusividad y gozaban de tal seguridad en sí mismas que, a su lado, incluso los magnates más ricos y poderosos de la industria eran un tanto conscientes de su carácter de *parvenus*. La vieja y la nueva riqueza compitieron a veces por el poder político de alguna ciudad, pero en el juego de las distinciones, incluso un patriciado debilitado podía llegar a hacerse con la ventaja.801

La magnitud de las principales fortunas de Estados Unidos no tenía precedente en toda la historia universal. Nunca antes unos particulares habían amasado tantísima riqueza material. El dinero que se podía ganar en Estados Unidos a finales del siglo XIX, en campos como el petróleo, los ferrocarriles y el acero, multiplicaban por mucho los obtenidos durante la industrialización europea hasta por los empresarios más exitosos del algodón; entre los pioneros de la revolución industrial inglesa, de hecho, solo un número muy corto se hizo verdaderamente rico.802 Los archimillonarios miraban con desprecio a los simples millonarios. Se cuenta que, cuando el banquero John Pierpont Morgan dejó tras de sí en 1914 una fortuna de 68 millones de dólares, el magnate del acero Andrew Carnegie comentó despectivamente que Morgan «desde luego, no había sido un hombre rico».803 El capital del propio Carnegie, o el de industriales como John D. Rockefeller, Henry Ford y Andrew W. Mellon superó la barrera de los 500 millones de dólares. La gran velocidad de la concentración de la riqueza se ve en el hecho de que las fortunas privadas más elevadas de Estados Unidos estaban, hacia 1860, en torno a los 25 millones de dólares; veinte años después, ya habían alcanzado los 100; y otras dos décadas después, habían llegado a los 500. En 1900, el estadounidense más rico era doce veces más acaudalado que

el más rico de los europeos (que pertenecía a la alta nobleza británica). Entre las fortunas burguesas, ni siquiera los Rothschild (banca), Krupp (acero, maquinaria, armas) o Beit (capital británico-sudafricano basado en el oro y los diamantes) podían compararse con los grandes millonarios estadounidenses. Esta dimensión única de la riqueza privada en Estados Unidos se explica en parte por factores como la amplitud del mercado interior, un punto de partida relativamente alto en la economía, la abundancia de recursos naturales y la ausencia de obstáculos políticos y legales al desarrollo capitalista. A ello se unieron efectos de sinergia en el sistema industrial. Rockefeller solo se enriqueció tanto después de que el nacimiento de la industria automotriz estadounidense le ofreciera ocasiones de oro. Ninguno de los grandes plutócratas de Estados Unidos basaba su fortuna en la propiedad agrícola; desde aproximadamente 1880, en Gran Bretaña tampoco hubo nuevos millonarios en ese campo, sino en la banca, la prensa o el comercio de oro y diamantes. Sin embargo, la propiedad urbana sí estaba muy solicitada como inversión de capital.804

La década de 1870 fue, en todo «Occidente» (posiblemente con la excepción de Rusia) el período de nacimiento de una «nueva» riqueza, jerárquicamente diferencia de por sí. Bajo el ápice de las fortunas colosales había un estrato formado por los que eran solo millonarios (incluso solo a medias). Paralelamente el estilo cultural de la élite adinerada se transformó. Las familias de tradición millonaria empezaron a quejarse de los «nuevos ricos» que se exhibían de forma vulgar o indolente y, a fuerza de imitarla, vaciaban de contenido la conducta aristocrática. También se transformó otro tercer factor. En las décadas de 1830 y 1840, en los Estados Unidos del presidente Andrew Jackson, en la Francia de la Monarquía de Julio, en la Inglaterra posterior a la «Ley de reforma» (*Reform Bill*) de 1832 o en la Alemania del Vormärz, había habido hombres muy ricos con ideas políticas democráticas y hasta radicales. Pero ahora,

a lo sumo en la década de 1880, surgió la plutocracia clásica del *fin de siècle*. El liberalismo político se hallaba profundamente dividido; la defensa de los intereses de los ricos había pasado a identificarse casi por completo con los partidos conservadores y de la derecha liberal. Tanto en Europa como en Estados Unidos, no todos los ricos y superricos defendían con vehemencia los valores conservadores. Sin embargo, el concepto del «plutócrata radical» había pasado a ser una contradicción en sus propios términos.

La riqueza en Asia

Como en Estados Unidos, en Asia también había muy pocas grandes fortunas cuyos orígenes fueran «medievales» (en este caso, que fueran más allá de los disturbios del siglo XVII). Las condiciones para la formación de la riqueza personal eran distintas a las de Europa y las «Neoeuropas». En China, antes de la conquista manchú de 1644, no había habido una aristocracia terrateniente hereditaria; de hecho, los propios *latifundios* eran inusuales. A la élite se llegaba a través de la formación, antes que de la propiedad. El servicio público permitía adquirir bienestar, pero no riquezas espectaculares, y era raro que las familias conservaran la riqueza durante muchas generaciones. En la China del siglo XVIII y principios del XIX, los más ricos o bien pertenecían a la alta nobleza manchú —por ejemplo príncipes que vivían en Pekín, en grandes residencias señoriales organizadas en torno a una progresión de patios interiores—[805]o bien eran mercaderes que explotaban un monopolio estatal (la sal, el comercio de Cantón) o banqueros de la provincia de Shanxi. En el siglo XIX se sumaron comerciantes que intermediaban en el comercio exterior del sistema de los puertos de los tratados, conocidos con el término portugués de «compradores». El prestigio social de los comerciantes era muy inferior al de un funcionario erudito, que materialmente vivía con más humildad. Aquellos se podían permitir un consumo de lujo (que los funcionarios conservadores despreciaban por considerarlo propio de

arribistas) a la vez que procuraban invertir el dinero en fincas agrícolas, la adquisición de títulos nobiliarios y la educación de los hijos varones. La acumulación dinástica de grandes fortunas era infrecuente. En el siglo XIX, parecen haberse formado más bien entre los comerciantes chinos, recaudadores de impuestos y propietarios de minas de las zonas coloniales del sureste de Asia, por ejemplo en Batavia, en cuya economía los mercaderes chinos tuvieron un gran peso ya desde principios del siglo XVII. Hacia 1880, la familia Khouw, cuyo antepasado original había emigrado de China en el siglo XVIII, destacaba entre los grandes propietarios de Batavia y los alrededores y vivía con magnificencia en una de las más selectas direcciones de la ciudad.806 En China, la riqueza tendía a mantenerse oculta, para no atraerse las iras de la autoridad. Así, la arquitectura señorial —la suntuosidad más visible de la aristocracia europea y sus imitadores estadounidenses— tuvo una relevancia escasa. «Los ricos», en la China del imperio tardío, no representaban un modelo social. A ello se añadía que, aunque la familia imperial manchú habitaba el mayor complejo de palacios del mundo, disponía ante todo de la fortuna del clan y de la tribu, no de la riqueza personal de una familia dominante reducida.

En Japón, aunque la estructura social era por completo distinta, el resultado fue similar. Los aristócratas samuráis, privilegiados y netamente diferenciados de los «plebeyos», no solían ser ricos, en el sentido europeo del término. Por lo general vivían de los estipendios hereditarios que les otorgaban los respectivos señores feudales (daimios), los únicos autorizados a recaudar impuestos en sus dominios; y también de un pago escaso por sus labores administrativas. El empobrecimiento de muchos samuráis —tanto el objetivo como, más aún, la percepción subjetiva del proceso— alimentó el malestar con respecto al Antiguo Régimen del período Edo, lo cual, a mediados de la década de 1860, halló expresión política en la restauración Meiji.807 Sin embargo, el período Edo fue

hasta el final —en cierta forma que no se dio en China, más austera— una época de consumo ostentoso. En una variante singular de Japón del «mecanismo real» que Norbert Elias estudió con respecto a la corte del rey Sol, los auténticos señores del Japón de la Edad Moderna —los sogunes de la casa Tokugawa— domesticaron a los príncipes territorialmente subordinados al obligarlos a realizar estancias regulares en la corte sogunal de Edo (Tokio). Edo era un gran escenario en el cual los príncipes y sus séquitos competían entre sí por el brillo y el dispendio: edificios, fiestas, regalos, concubinas… Los miembros del séquito no podían poner en ridículo al rey, por lo que se esperaba de ellos el gasto correspondiente. Más de un príncipe ahorrativo que era consciente de cuál era la situación financiera real de su territorio llegó a estar al borde de la ruina por esta dinámica ineludible de la competencia por el esplendor. En la mayoría de los tesoros, quedaba poco después de pagar el estipendio a los samuráis y los costes de mantenimiento de la corte.808 En consecuencia, pocas grandes fortunas aristocráticas sobrevivieron hasta el período Meiji: después de 1868, los señores feudales perdieron su poder y, con una indemnización, también sus tierras; al cabo de unos pocos años se abolió la condición de samurái. Desde 1870, Japón fue una sociedad mucho más «burguesa» que Prusia, Inglaterra o Rusia. Las nuevas fortunas acumuladas con la industrialización (algunas sobre la base de la riqueza de los comerciantes del período Tokugawa) no dieron origen a una clase superior de «los ricos». Además, la ostentación personal se quedó en límites discretos; se consideraba impropio exhibir el propio bienestar mediante las residencias privadas.

En el sur y el sureste de Asia, la riqueza estaba, tradicionalmente, en manos de los príncipes. La invasión colonial de los europeos mermó sus posibilidades de enriquecimiento, así como las de las aristocracias cortesanas. Sin embargo, al mismo tiempo, creó nuevas oportunidades de negocio con el comercio. En la India, desde 1815 más o menos,

algunas familias de mercaderes bengalíes empezaron a amasar grandes fortunas; desde 1870 aproximadamente se añadió la riqueza generada en el oeste del país por las fábricas de algodón. En muchos lugares de Asia y el norte de África, los caudales corporativos tuvieron al menos tanta importancia como las propiedades de la Iglesia en la Europa anterior a la Reforma y la Revolución Francesa. Los clanes y las comunidades de procedencia (linajes o *lineages*), los templos de toda índole, los monasterios budistas o los santuarios musulmanes y sus fundaciones pías (*waqf*) poseían y arrendaban tierras —por las que no pagaban tributos al estado— o guardaban y multiplicaban grandes sumas de dinero.809 La acumulación privada de caudales, en los siglos XVIII y XIX, quedó a menudo en manos de minorías religiosas y culturales que, con frecuencia, mantenían redes comerciales de larga distancia: judíos, parsis, armenios, griegos del imperio otomano, chinos en el sureste de Asia.

Sabemos demasiado poco sobre las condiciones de enriquecimiento de estas dinastías de mercaderes, al igual que sobre las de los maharajás indios, sultanes malasios, terratenientes filipinos y monasterios tibetanos; por lo tanto, no podemos establecer comparaciones con la riqueza de Europa y Norteamérica. Pero una idea sí esta clara: estas élites vivían entre la comodidad y el lujo. La riqueza de la alta burguesía o la aristocracia de estilo occidental no se consideraba modélica ni envidiable en ninguna zona de Asia. Si dejamos a un lado la magnificencia que, antes de mediados del siglo XIX, mostraban las cortes indias y las residencias señoriales del período Edo, el lujo ostentoso tuvo poca relevancia; no solo porque las sociedades, en su conjunto, se hubieran empobrecido, sino porque al éxito material apenas se le otorgaba la función de actuar como guía de la cultura.

Tipos de pobreza

En el extremo inferior de la escala social, las diferencias entre los pobres, a primera vista, no parecen gran cosa. Al

examinarlas con más detalle, en cambio, llaman la atención toda clase de posibles distinciones. Pensando tan solo en Londres, un pionero de los estudios sociales como Charles Booth estableció, hacia 1900, cinco subcategorías entre los que no llegaban a la condición de «acomodados» (*well-to-do*). La condición mínima decisiva de la prosperidad era la capacidad de sostener a personal doméstico de forma regular, aunque fuera en una residencia de alquiler. Desde aquí, podía bajarse mucho, desde la elegancia gastada de la *shabby gentility* hasta la pura miseria. Aquí nos centraremos en los extremos. Si el siglo XIX, con el ascenso de los ricos y superricos del capitalismo, ocupa un lugar muy evidente en la historia de la riqueza, ¿qué se puede decir sobre este período en cuanto a la historia de la pobreza?

Pobreza y riqueza son categorías relativas, culturalmente específicas. En el África subsahariana, la propiedad de tierras era un criterio mucho menos relevante que el control de personas dependientes. En el África precolonial, muchos señores poseían tesoros que podían almacenar poco más que sus súbditos. Se destacaban por el número de esposas, de esclavos, de cabezas de ganado, por la dimensión de sus graneros. La riqueza permitía acceder a la mano de obra, lo que a su vez hacía posibles el consumo ostentoso; por ejemplo, gastar en hospitalidad. En África, el pobre era aquel que se hallaba en una situación vital especialmente vulnerable y (casi) no tenía acceso a la mano de obra ajena. Como estrato inferior de la sociedad estaban los que no se habían casado, no tenían descendencia o, quizá por alguna disminución física, no estaban en condiciones de trabajar. En cuanto a los esclavos, a menudo estaban mejor alimentados que aquellos que no eran objeto de la atención de nadie, pero sin duda pertenecían a la capa de los más pobres. A veces, las sociedades africanas contaban con instituciones que atendían a los pobres; pero a veces no (por ejemplo, en la Etiopía cristiana). La idea de que, antes del colonialismo, existió una «África asistencial» con vidas

comunitarias integradas es un mito romántico.810 El hecho de que el control sobre otras personas se valorase más que la propiedad de la tierra no fue una peculiaridad de África, puesto que, en general, la riqueza se define como la capacidad de disponer de los bienes más escasos. Así pues, antes de la liberación campesina de 1861, la condición de los potentados rusos se determinaba por el número de «almas» que les servían, no por la extensión superficial de sus posesiones; en el Brasil contemporáneo, la importancia de un terrateniente dependía del número de esclavos que tenía. En la Batavia de principios del siglo XIX, ningún europeo que quisiera figurar podía permitirse siquiera la sospecha de estar economizando con la cantidad de esclavos negros.811

En las sociedades de pastores —no solo en África, sino también en el Asia occidental, desde Anatolia hasta Afganistán, o en Mongolia— la riqueza se medía por la extensión de los rebaños. El estilo de vida nómada impedía amasar grandes tesoros y descartaba invertir la fortuna en edificios permanentes. Así, las concepciones europeas de riqueza y pobreza no sirven de nada para las sociedades nómadas. Esto favoreció el tópico, repetido una y mil veces, de que su vida estaba marcada por la carestía, y esta fue la imagen que numerosos viajeros transmitieron sobre los pastores africanos, los mongoles y los beduinos árabes. Acertaban en la idea de que la existencia nómada era (y sigue siendo) especialmente arriesgada. Entraba en conflicto, cada vez más, con los intereses de los agricultores; y estaba particularmente expuesta a los azares de la sequía y el hambre. Los pastores eran los primeros en sufrir en caso de hambruna. El que perdía sus rebaños, se quedaba sin medios de subsistencia ni recursos con los que rehacer la vida después de la sequía.812

En Sudáfrica, ya antes de la primera guerra mundial, la pobreza empezó a adoptar la forma que conocemos por las sociedades muy pobladas de Europa y Asia, en las que la fuente principal de privación material era la falta de tierras, antes que

las dificultades físicas de cada cual. La enajenación de tierras para los colonos, apoyada por el estado, fue una causa típica de este tipo de pobreza. En África, las ciudades interpretaban un papel algo distinto al que tenían en Europa. Si aquí, al menos durante la primera mitad del siglo XIX, la pobreza más visible (y probablemente, la más penosa) era la urbana, la pobreza en África surgía (y sigue surgiendo en la actualidad) del campo. Es de creer que los habitantes de los suburbios de Johannesburgo se sentían más afortunados que sus parientes de las zonas rurales. La pobreza estructural en grado sumo se daba menos entre los emigrantes varones (sin disminución física) de las ciudades que entre las familias que dejaban atrás, en el campo, en zonas que todavía hacia 1920 quedaban muy apartadas de las ayudas en caso de hambruna (tal es el caso también de la China actual). Sin embargo, poder mantener las relaciones con la familia rural seguía representando una ventaja: en las ciudades de África, a la sazón en proceso de crecimiento, los más pobres de todos eran los que, en tiempos de crisis, no podían regresar a una aldea. Hay pocos indicios de que, en amplias zonas del mundo como África y China, la vida de los que en el siglo XIX eran considerados «pobres» mejorase claramente a lo largo de la centuria.

La pobreza se consolidó primero en las ciudades, donde cabía observar todo el espectro de la distribución de los ingresos, desde los mendigos hasta los que habían ganado fortunas con la industria, la banca o las propiedades agrícolas. Además, con los medios de la investigación social, por entonces aún rudimentaria, solo es posible establecer perfiles de ingresos y estándares de vida para los espacios urbanos. En las ciudades inglesas se llegó a un punto de inflexión hacia 1860. Los estratos inferiores, en su conjunto, podían alimentarse algo mejor, y el porcentaje de personas que vivían en condiciones de hacinamiento (estadísticamente: más de dos adultos por habitación) empezó a descender. En parte, esto fue fruto de una emigración de familias trabajadoras a la periferia de las

ciudades. Pero a la vez, en Gran Bretaña, uno de los países más ricos del mundo, el destino de las capas urbanas inferiores no mejoró nada, en su conjunto. El número de varones en condiciones de trabajar acogidos en las *workhouses* británicas (hospicios donde el que podía debía trabajar) es un buen indicador de la magnitud de la pobreza urbana *extrema*. Pues bien, entre 1860 y la primera guerra mundial, esta cifra no retrocedió significativamente. Lo mismo cabe afirmar sobre los que eran catalogados como «vagamundos» (*vagrants*).813

No es posible cuantificar la pobreza del siglo XIX *en todo el mundo*. Solo en casos aislados tenemos información para comparar Europa y las otras civilizaciones. En el caso de los *más pobres*, es casi imposible saber con qué contaban, incluso en las ciudades. Solo disponemos de unos datos mínimos cuando en el extremo inferior de la escala de los ingresos se satisfacían salarios que están documentados. Sobre esta base, se ha establecido por ejemplo que, en Estambul, la metrópoli musulmana sita en suelo europeo, el salario *real* de los peones de construcción no especializados, más o menos entre 1500 y 1850, siguió la misma tendencia general que las grandes ciudades del norte del Mediterráneo; los sueldos estaban muy poco por debajo, hasta que, después de 1850, sí empezaron a quedarse atrás. Según los cálculos de otro estudio, poco antes de 1800 el salario real (medido en una equivalencia diaria de trigo) de los obreros de Estambul y El Cairo eran ligeramente superiores a los de Leipzig y Viena, y mucho más altos que los del sur de la India o el delta del Yangzi.814

Mendicidad y caridad

El hecho de que, en Alemania y algunos otros países europeos, hacia finales del siglo XIX, se estuviera construyendo poco a poco un estado del bienestar, no debe hacernos olvidar que, en muchas zonas del mundo, esta *también* fue una época en la que se dio continuidad —con una nueva motivación— al alivio filantrópico de los pobres. En Europa cabe hallar muchos ejemplos al respecto, en los que la atención a los pobres (de las

autoridades o la comunidad, con medios públicos) fue de la mano de la beneficencia personal. La combinación entre ambos fue diversa, al igual que fueron diversos los motivos subyacentes. En el imperio zarista, por ejemplo, no se puede apuntar a ningún *sistema* de asistencia pública de los pobres (similar a la práctica inglesa que se acogía a las *Poor Laws* hasta su abolición en 1834). El altruismo (cuantitativamente, no muy considerable) de las clases de los terratenientes y los servidores del estado obedecía en parte al deseo de emular los modelos del compromiso social en la Europa occidental.[815] Los ejemplos contrarios de fuera de Europa se descubren sobre todo en la orientación filantrópica del mundo musulmán. En Egipto continuó en marcha una vieja tradición de generosidad y donación de limosnas. Según dictaba la ley del islam, esto —que era un deber moral— no se debía cumplir en público y con ostentación, sino discretamente. A menudo se trasladaba a instituciones colectivas de protección. Esta práctica específicamente musulmana hizo que los europeos contaran a menudo historias sobre pordioseros millonarios. Sin embargo, también en Egipto, a lo largo del siglo XIX el estado fue considerando que entre sus tareas figuraba socorrer a los pobres.

No debemos exagerar las diferencias entre la Europa occidental y Norteamérica, por un lado, y el mundo musulmán por el otro. Ni en un lugar ni en otro hubo un desarrollo lineal del estado del bienestar. Las formas de ayuda familiar y comunitaria persistieron junto a las nuevas instituciones estatales. Que el estado egipcio fracasara más que los de Europa occidental a la hora de contener la mendicidad urbana tuvo mucho que ver, asimismo, con una mayor tolerancia de la opinión pública hacia los limosneros (sucedió lo mismo en la Rusia zarista). Pese a todo, Egipto se distinguía en varios aspectos de la Europa septentrional: (1) El menor nivel de desarrollo económico limitaba los recursos de la asistencia estatal. (2) Los hospicios egipcios eran asilos temporales para los pobres, que nunca se

transformaron en «casas de trabajo» como las *workhouses* inglesas. (3) La asistencia a los pobres adquirió una primera dimensión colonial con la aparición de los misioneros; después de la ocupación británica de 1882, con las iniciativas —muy poco ambiciosas— del estado de orientación colonial; más adelante hubo programas nacionales que pretendieron ofrecer alternativas propias a esas prácticas coloniales. (4) Los pobres no desaparecieron nunca del espacio público, sino que reclamaron sus derechos con vehemencia; esto contrasta por ejemplo con las capas inferiores de las ciudades inglesas, que, desde la década de 1860, consideraban que recibir asistencia pública —y más aún, mendigar— eran penoso e indigno.816

La ausencia de mendicidad es una condición histórica ciertamente inhabitual, que probablemente no se alcanzó casi nunca antes del siglo XX. En cuanto al siglo XIX, su situación en la historia se caracteriza por el hecho de que, en esta época, el pordioseo todavía se consideraba un hecho normal en la existencia social. La mendicidad siempre ha sido un indicador bastante claro de pobreza o miseria, pero también representa algo de otra índole: una clase especial de economía parasitaria, a menudo organizada con suma complejidad (en China, incluso de forma corporativa) y por lo general tolerada no sin límites por las autoridades. A este respecto, la etiqueta victoriana de «inframundo» (*underworld*) no suele resultar adecuada. Como fuera, en el siglo XIX ni siquiera en Europa se había dado con una explicación racional que quitara hierro al tipo social del marginado sin recursos (figura intermedia entre el «organillero» que cierra el *Viaje de invierno* de Franz Schubert y el vagabundo desclasado de un Charlie Chaplin) ni se lo había recogido en las redes de asistencia social. La lucha por la existencia, en el margen inferior de la necesidad, seguía siendo visible.

9. CONSUMO GLOBALIZADO

La pobreza extrema, tanto en las zonas rurales como en las urbanas, se puede definir como un estado de infraalimentación permanente. Por encima de este umbral de un hambre que no

mata, pero tampoco ceja, el espectro de variación es menor que en otras áreas de consumo: el rico posee unos ingresos cien veces superiores a los del pobre, pero no por ello se alimenta cien veces mejor. Como ha demostrado Fernand Braudel, las diferencias entre los sistemas culinarios de las distintas civilizaciones tienen más importancia que las diferenciación vertical de la cultura alimentaria entre las capas de una única sociedad.817 La comida de los adinerados era más variada, más fresca y de mayor valor alimentario, y solía estar preparada por cocineros profesionales; pero por lo general seguía entrando en el marco del mismo sistema culinario. Desde el punto de vista de la historia universal, solo cabe hacer unas pocas generalizaciones.

La interacción más completa de las prácticas alimentarias entre continentes diversos se produjo ya en el siglo XVI.818 Con el que se ha dado en llamar «intercambio colombino», se introdujeron en el Nuevo Mundo cultivos y animales europeos y se regresó a Asia y Europa con plantas americanas. La transferencia universal de plantas de la Edad Moderna no se redujo tan solo a unas pocas variedades de lujo, sino que transformó la agricultura y la jardinería con efectos descomunales en la productividad agraria y los hábitos de consumo de muchas partes del mundo. Los primeros tubérculos de patata llegaron poco antes de 1600 y tardaron unos doscientos años en convertirse en el alimento básico de las dietas de países como Alemania, los Países Bajos y Gran Bretaña. Mucho antes, la introducción de variedades de arroz más fructíferas había elevado notablemente la producción de China y el sureste de Asia. Al mismo tiempo que las patatas llegaron a Europa, los boniatos llegaron a China desde Manila, y en el acto se usaron para el socorro contra el hambre. El chile picante, cuyo uso generoso caracteriza hoy la cocina de las provincias de Sichuan y Hunan, también procedía del Nuevo Mundo. Después de que, en el plazo de unos pocos años, el sistema culinario chino hubiera absorbido todas estas

novedades, en principio la cocina china no volvió a cambiar.819 La raíz americana de la mandioca se acabó naturalizando en África, primero en los dominios de influencia portuguesa, pero en el último tercio del siglo XIX, por iniciativa tanto africana como de los estados coloniales, también en amplias zonas del continente. Hoy, la mandioca es el alimento vegetal más difundido en las regiones tropicales de África. Algunos siglos después de atravesar el océano, algunas plantas de origen americano se difundieron en el Viejo Mundo debido a las nuevas necesidades y posibilidades de uso. Un ejemplo es el cacahuete; es probable que se domesticara primero en Brasil y alcanzó especial importancia con los incas, en Perú. Cuando fue introducido en China, no tardó en convertirse en la fuente más común de aceite de fritura. En el siglo XIX se empleó en Estados Unidos como alimento animal, antes de que se resolviera que podía ocupar el lugar del algodón en plantaciones devastadas por parásitos. El cacahuete está muy integrado en bastantes tradiciones culinarias de Asia y el África occidental. Su aceite, con el tiempo, también fue apreciado en Europa porque soporta temperaturas altas. En su conjunto, el uso de aceites tropicales fue una de las incorporaciones más importantes del siglo XIX (no solo en la cocina; también en los jabones y la cosmética).820 El comercio internacional de los productos agrarios, que vivía una expansión colosal, contribuyó asimismo a que los frutos tropicales también se vendieran allí donde no se podían aclimatar.

Movilidad culinaria

Los sistemas culinarios se diferencian por la forma en que reciben las novedades, un tema al que los historiadores apenas han prestado atención. La incorporación era más sencilla en los lugares donde casi todos los hábitos alimentarios eran importados, como por ejemplo en Estados Unidos. Con las grandes migraciones ultramarinas del siglo XIX llegaron a América nuevas preferencias culinarias. Desde la fiebre del oro de mediados de siglo, ya hubo italianos asentados en California,

y pronto inmigraron también a muchas otras zonas de Estados Unidos. Llevan consigo el trigo duro, que se necesita para cocinar la pasta. Así, la difusión internacional de la cocina italiana empezó mucho antes del triunfo universal de la pizza.821

La geografía de la influencia culinaria no encaja con la distribución del poder político y económico. Así, los chinos, que durante el siglo XVI ya habían demostrado su disposición a aprender de otras cocinas, quedaron extraordinariamente debilitados tras la apertura obligada de su país con la guerra del Opio, pero no por ello perdieron la confianza en su propia cultura. Al principio no veían ninguna razón para incorporar las influencias de Occidente en su cocina. Esto cambió ligeramente después de hacia 1900, cuando en las ciudades se popularizaron tres productos «blancos» de consumo masivo, obtenidos con los métodos occidentales (aunque en parte lo hacían empresas chinas dentro del país): la harina blanca, el arroz blanco y el azúcar blanco. Desde la década de 1860 abrieron unos pocos restaurantes europeos en algunas de las grandes ciudades; desde la de 1880, en Shanghái, visitar un restaurante europeo con manteles blancos, cubiertos de plata y «comida china al estilo occidental» fue un acto típico del consumo ostentoso de las familias ricas. Sin embargo, en su conjunto, los estratos con más poder adquisitivo de China siguieron mostrando un interés inusualmente bajo por los platos occidentales y en general los bienes de consumo de Occidente.822 Japón, que en muchos otros ámbitos se mostraba receptivo a lo occidental, en el campo culinario halló poca inspiración —al menos, durante el siglo XIX—, con la sola salvedad de la multiplicación del consumo de carne, que se consideraba la expresión de un mayor desarrollo civilizador y uno de los misterios que explicaban la desbordante energía del típico hombre occidental.

A la inversa, desde Marco Polo, numerosos europeos —viajeros, misioneros o comerciantes con residencia en Cantón— se

familiarizaron con la cocina de China y la describieron. Tras la apertura de China en la década de 1840, cientos de extranjeros se interesaron por la cultura culinaria china, ya fuera en los restaurantes de los puertos de los tratados o por medio de sus cocineros personales. Otros muchos no podían o no deseaban acostumbrarse y no ahorraron en gastos ni esfuerzos para procurarse los alimentos y condimentos europeos, tanto básicos como de lujo. Fuera de China, durante mucho tiempo, no hubo ocasión de probar los platos del país. Los culis emigrados tenían puestos de comida rápida, y había restaurantes en las diversas Chinatowns de Europa y América, pero en ellos apenas se aventuraba nadie que no fuera chino. Mark Twain, en sus años de periodismo, fue uno de los primeros occidentales que describió la experiencia de comer con palillos fuera de China. El primer restaurante chino de Europa se pudo visitar y degustar en Londres en 1884, en el barrio de South Kensington, como parte de una feria de salud; quien procuró que se instalara fue sir Robert Hart, jefe irlandés del departamento de la aduana marítima china. Sin embargo, ello todavía no puso en marcha el paseo triunfal de la gastronomía china entre los consumidores occidentales, cuyo lento inicio cabe situar en California, en la década de 1920. La globalización fue posterior al fin de la segunda guerra mundial.823 Solo en el último tercio del siglo XX se dio el caso contrario y la comida de origen occidental empezó a influir con claridad en los hábitos alimentarios de Asia oriental fuera de los hoteles de lujo y los enclaves occidentales; pero ahora, como producto masivo industrial y estandarizado.

A finales del siglo XIX los comercios europeos empezaron a multiplicar la oferta de productos «ultramarinos» y «coloniales». En Londres y las grandes ciudades de las provincias inglesas, durante todo el siglo XVIII ya se podía comprar (a veces, en tiendas especializadas) azúcar de caña, té y otras mercancías exóticas.824 Gran Bretaña fue el país europeo donde más influencia tuvieron los productos alimentarios de ultramar. La

Compañía de las Indias Orientales había educado a la nación en el consumo del té, sobre todo después de que, en 1784, el impuesto sobre el té experimentara una rebaja radical. Hacia 1820 se gastaban en Gran Bretaña unos 30 millones de libras de té.825 Solo otra importación exótica, el azúcar, salió del círculo reducido del consumo de lujo para convertirse en un endulzante consumido por la población general. La demanda de azúcar de caña había activado ya en los siglos XVII y XVIII la dinámica económica de las plantaciones del Caribe y el Brasil, así como del tráfico de esclavos trasatlántico. Solo desde finales del siglo XVIII gozó de tal difusión —en buena medida, para endulzar el té— que alcanzó el nivel del consumo masivo; sin embargo, el auténtico ascenso del consumo de azúcar no se produjo hasta el siglo XIX. La producción de azúcar en el mundo se duplicó entre 1880 y 1900 y se volvió a duplicar entre el cambio de siglo y 1914.826 Se calcula que el porcentaje de azúcar en el promedio de ingestión de calorías de los británicos pasó, en el transcurso del siglo, del 2 % al 14 %. Como ha argumentado el antropólogo Sydney W. Mintz en un libro influyente, el azúcar se convirtió en un alimento para los pobres: una fuente de energía rápida para la agotada mano de obra de la industrialización.827 Esta popularización del azúcar no habría sido posible si, durante todo el siglo, no hubiera habido un descenso casi continuado del precio «real» del azúcar en el comercio minorista.828

El azúcar solo se puede producir como azúcar de caña, en los trópicos, y de remolacha, en las latitudes templadas. La sal, en cambio, se obtiene con una variedad de métodos y, por lo tanto, puede ser mucho más local. Lo mismo cabe afirmar, claro está, de la ganadería. También la matanza, tradicionalmente, fue un oficio local; a ello contribuye la escasa durabilidad de la carne fresca. Entre las grandes tendencias del siglo XIX en el sector alimentario figuró industrializar la producción de carne y transformar el mercado cárnico en un negocio transcontinental. Durante la Edad Moderna, el consumo medio de carne en la

Europa occidental sufrió un lento retroceso. Esta tendencia persistió en algunos lugares, de forma transitoria, hasta entrado el siglo XIX, o quedó oculta por un descenso de las expectativas (en los malos tiempos, los pobres de París comían gatos).829 A lo sumo desde mediados del siglo XIX, en Europa creció claramente la ingesta de carne, también en los estratos inferiores. Así, entre las décadas de 1860 y 1890, la carne consumida por las familias trabajadoras inglesas subió a más de una libra semanal por cabeza, el doble que antes.830 Los japoneses, que en la era Meiji, por lo demás, siguieron con la cocina del período Tokugawa, abandonaron la dieta vegetariana. Aunque antes de 1866 algunos grupos de la población ya tomaban carne (por ejemplo, los samuráis y los luchadores de sumo), hasta el último tercio de siglo los japoneses no se convencieron de que la imponente fortaleza de Occidente tenía que ver, entre otras cosas, con el consumo habitual de carne en esas tierras; y concluyeron que la alimentación vegetariana era indigna de un pueblo «civilizado».831

La expansión de la demanda en Europa hizo que, entre 1865 y 1892, en el continente las cabezas de vacuno crecieran más rápido que la población. El oeste de Estados Unidos, Canadá, Argentina, Paraguay, Uruguay, Australia y Nueva Zelanda se sumaron a la cría de vacuno en ese mismo período. En 1876 se envió por vez primera carne de vaca en un barco refrigerado de Argentina a Europa.832 Desde 1880 aproximadamente, las nuevas técnicas de refrigeración permitieron que Argentina y los países de Oceanía transportaran a Europa grandes cantidades de carne. A partir de 1900, Argentina se situó a la cabeza de los exportadores mundiales de vacuno; la producción de Estados Unidos era gigantesca, pero cada vez quedaba más absorbida por un mercado interior en rápido crecimiento.833

La causa inmediata del ascenso de la exportación cárnica argentina a Europa fue el deseo del gobierno británico de alimentar con carne de lata y refrigerada a los soldados que

luchaban en la guerra de los bóers. Sin embargo, el verdadero auge de la exportación argentina no se inició hasta 1907, cuando las empresas de empaquetado cárnico, con una mejor tecnología de refrigeración, tomaron en sus manos el comercio con Europa; por cierto, fue el primer gran lazo inversor entre Estados Unidos y Argentina, que hasta entonces había estado especialmente ligada a la economía británica. Ahora bien, los productores argentinos siguieron sin tener acceso al mercado estadounidense.834 El proletariado móvil de esta industria cárnica de ámbito mundial lo formaban figuras sociales románticas como el *cowboy* de Estados Unidos y el gaucho argentino.

Los ranchos del «salvaje oeste» cobraron cada vez más importancia como proveedores de los gigantescos desolladeros de Chicago. En el sur de la ciudad surgió algo singular que acabaría atrayendo a los turistas: un infierno industrial para las vacas y los cerdos, cuyos mataderos llegaron a su desarrollo pleno después de la conexión con el tren. Solo los barrios de los mataderos bonaerenses, con sus colosales osarios, fueron necrópolis animales un poco más escalofriantes todavía. La industrialización de la producción de alimentos había comenzado durante la guerra civil estadounidense, cuando surgió una gran necesidad de dos inventos muy recientes, la leche en polvo y la carne enlatada. En el caso de los estados del norte, el vacío lo llenó Chicago, que recibió el mote burlón de «Porcópolis». El complejo de desolladeros podía procesar al mismo tiempo 21.000 vacas y 75.000 cerdos; solo en 1905 se sacrificaron 17 millones de animales.835 No es casualidad que uno de los ataques literarios más acerados contra el capitalismo estadounidense, *La Jungla*, de Upton Sinclair (*The Jungle*, 1906), tuviera lugar en los mataderos de Chicago, que Sinclair describe como un infierno dantesco con los medios estilísticos de un naturalismo aprendido de Zola. Al aparecer la novela, que se convirtió en superventas, muchos lectores perdieron el apetito: la demanda de carne sufrió un descenso temporal.

Probablemente, un estadounidense típico del Medio Oeste consumía, hacia el cambio de siglo, unas 4.000 calorías diarias; en la misma época, la ingesta de una familia trabajadora inglesa rondaba más bien las 2.400 calorías por cabeza.836 En la era del gran excedente cárnico, en Estados Unidos se produjo una glorificación del bistec que solo ha tenido paralelo en el bife de la cultura gastronómica argentina.

Grandes almacenes y restaurantes

La industrialización de la producción de alimentos en el mundo occidental (en el caso de Alemania, el inicio se sitúa en la década de 1870)837 mantuvo una relación recíproca con otros aspectos de la transformación social. A medida que aumentaba la presencia de mujeres de las clases bajas y medias-bajas en el mercado laboral, se reducía el tiempo sobrante para la casa y crecía la demanda de productos elaborados. Esta clase de productos solo podían llegar al consumidor final a través de sistema de distribución translocales. Esto suponía que, además del propio abastecimiento en la granja, el mercado periódico y la carnicería o panadería local, surgieron tiendas que recibían sus productos a través de los grandes mercados y comerciantes. Ahora bien, esta novedad no se difundió en Europa hasta el mismo fin de siglo, y aún lo hizo de forma irregular e incompleta. En muchas zonas rurales del continente, la provisión de productos que no fueran locales estuvo en manos, durante toda la época, de los vendedores ambulantes. A este respecto, los mecanismos de la distribución no se distinguían especialmente de los de la China contemporánea, donde los mercados regulares de las capitales de los distritos se completaban con cadenas complejas de mediadores. La transición del mercado a la tienda (con la variante de las cooperativas de consumidores) fue un efecto derivado inevitable de la industrialización e internacionalización de la producción de alimentos.838

Los grandes almacenes —a innovación más espectacular del comercio en el siglo XIX— también presuponían una

producción masiva y estandarizada de muchos de los productos que ofrecían. Los grandes almacenes inauguraron un espacio comercial y social completamente novedoso. Ofrecieron un escenario en el que exhibían todo el mundo de lo comercializado y fascinaban al público con una especie de exposición universal en miniatura. Los primeros aparecieron en la década de 1850, en París. Junto con los famosos «pasajes» o *passages couverts* de la metrópoli, Walter Benjamin los convirtió en tema central de su análisis de la cultura del capitalismo francés.839 A diferencia de Londres o Hamburgo, París no era puerto internacional y de trasbordo marítimo; a diferencia de Nueva York o Berlín, tampoco era un centro de la industria. En Francia, la producción industrial todavía no había desplazado a la manufactura con la intensidad con que lo había hecho en Estados Unidos. En la cultura del consumo parisino, la industria y la artesanía se daban la mano.840 La edad de oro de los pasajes cubiertos parisinos fueron las décadas de 1830 y 1840; la de los grandes almacenes fue la *belle époque*, entre 1880 y 1914. En Londres, los grandes almacenes de Londres surgieron pocos años después de los parisinos. Allí se fue todavía más consecuente con el programa de reunir todas las necesidades de la vida bajo un mismo techo; como es lógico, tampoco faltaron los departamentos funerarios. Charles Digby Harrod erigió su tienda en la década de 1880, en una combinación de tienda y club.841 En Nueva York, los primeros grandes almacenes abrieron antes que en Londres, en una fecha tan temprana, de hecho, que podemos descartar del todo cualquier influencia de París. Aquí se menciona como año fundacional el de 1851, cuando Alexander T. Stewart erigió en Broadway su palacio de mármol, de cinco plantas, en estilo renacentista italiano, y con ello dio inicio a una competencia en la arquitectura de estos edificios a la que se sumaron también ciudades recién fundadas como Chicago.842 El triunfo del modelo de tienda universalista no se impuso en todas las ciudades con rapidez. En Alemania, el período fundacional fue

el decenio de 1875 a 1885, cuando surgieron los emporios de las familias Wertheim, Tietz, Karstadt y Althoff. Algunas obras magistrales, como el KarstadtKaufhaus de la población sajona de Görlitz, de estilo *art déco*, estaban a la altura de los grandes edificios de las metrópolis. En Viena, que era otro de los principales centros de consumo del continente, no ocurrió hasta el cambio de siglo que los grandes almacenes generalistas se impusieron a los comercios especializados de gran tamaño.843

En Tokio, los grandes almacenes aparecieron en los últimos años del período Meiji. Se hizo una primera prueba en 1886, cuando, por vez primera, una de las viejas sederías empezó a ofrecer además ropa de estilo occidental. En los años siguientes, estos comercios dieron cobijo a varias innovaciones: allí se instalaron los primeros teléfonos y trabajaron las primeras vendedoras (tradicionalmente, en los mostradores de las tiendas y los puestos de los mercados solo atendían hombres). El primer gran palacio comercial al estilo de los de Occidente se inauguró en 1908. Además se produjo otra novedad en la organización del comercio: los mercados denominados *kankōba* («espacio para el fomento de la industria»). En cierto sentido recordaban a los pasajes de París y, adoptando el principio del bazar oriental, reunían bajo un mismo techo una serie de tiendas separadas, anticipándose al «centro comercial» global del siglo XX. En Tokio, durante la segunda década del siglo XX, estos bazares fueron desbancados por los grandes almacenes.844

Otra novedad que se tiende a asociar con el siglo XIX es el restaurante. Esta forma de servicio de comidas no fue un invento europeo, según todos los indicios, sino el fruto de una poligénesis. El restaurante se diferencia de las tascas, tabernas y mesones que han existido desde hace mucho en tantas civilizaciones por dos rasgos característicos. Por un lado, ponía a disposición de todo aquel que pudiera pagarlos platos de una calidad gastronómica que, hasta entonces, solo se encontraba

en las cortes y en el espacio privado de las residencias de los ricos: el restaurante democratizó el buen gusto. Por otro lado, el restaurador era un empresario libre que ofrecía productos y servicios sin quedar atado por gremios ni corporaciones. En París, donde aún hoy tiene su centro, surgió un mundo en el cual la comida no era una necesidad biológica, sino una pasión artística. Por debajo de las complejas consideraciones que, desde el campo de la historia de la cultura se le han superpuesto, se oculta un suceso relativamente prosaico: la Revolución Francesa destruyó la corte real, cuya exhibición de pompa incluía la gastronomía, y dejó sin trabajo a un gran número de cocineros privados de la aristocracia desposeída o en fuga. Eso hizo surgir una nueva oferta en un mercado nuevo: al arte culinario se abrió a los burgueses urbanos acomodados. En el transcurso del siglo XIX, este público se tornó cada vez más internacional; a los grandes atractivos de París para el turismo de lujo, a la sazón en auge, se unió la gastronomía selecta y sin rival de la metrópoli.845 Pero la cuestión no se acababa en los restaurantes de mayor clase y precio. Por debajo de los grandes templos de la cocina se desarrolló un amplio espectro de la oferta culinaria pública, hasta llegar a los simples figones de los barrios trabajadores. Se añadieron giros específicos de cada cultura nacional: en 1910, se cuenta que en el Reino Unido había 26.000 puestos de *fish and chips* que cada semana consumían una tonelada de aceite de fritura. No se ha podido aclarar, más allá de la leyenda, cuándo surgió la combinación de bacalao y bastones de patata que tanto porvenir tendría, pero debió de nacer, probablemente, en la década de 1860. Desde entonces, los *fish and chips* se convirtieron en toda una marca de identidad de la clase trabajadora británica y en un plato emblemático de la sustancia nacional.846

Locales públicos de comida con orientación comercial y ambiciones de calidad ya los había desde hacía tiempo en China, desde luego; la pretensión francesa de haber «inventado

el restaurante» se apoya sobre pies de barro. En el período Ming tardío (es decir, sobre todo en el siglo XVI), la nueva riqueza de los mercaderes, que se pudieron beneficiar del auge del comercio exterior, condujo a una especie de aburguesamiento de amplias capas de la cultura urbana. En este contexto, prosperó también la gastronomía privada. La cultura culinaria pública creció en esa época y pudo superar los disturbios del siglo XVII. Las fuentes noticiosas y literarias del período posterior atestiguan paisajes culinarios diversos que incluían restaurantes públicos en todos los planos de exigencia y de precio; desde la simple parrilla callejera a los grandes salones de banquetes, pasando por las teterías y los establecimientos especializados. En la sociedad china de la Edad Moderna, la segregación jerárquica o estamental era mucho menos marcada que en la europea o en la japonesa. Las fronteras entre la cultura popular y la de la élite eran más permeables. Además, las residencias de los ricos, con sus pabellones y patios interiores, eran comparativamente modestas y no podían rivalizar con los hoteles y palacios urbanos de la nobleza de París o Londres. Así pues, el sector de más calidad de la oferta gastronómica china pudo acceder antes al espacio público. Lo que sucedió en Francia después de la revolución, ya resultaba natural en la China de la época.

¿Y Japón? Aquí, el restaurante empieza en el siglo XVIII. Hasta el siglo XIX, la sociedad y la cultura japonesas estuvieron caracterizadas por una profunda brecha entre las diversas condiciones sociales. El desarrollo del restaurante, con su variedad de tipos, sirvió aquí —con más claridad que en Europa y, sobre todo, en China— como indicador de distinción social. El primer restaurante chino —plenamente exótico— se abrió en Japón en 1883; los establecimientos occidentales fueron muy raros. En el mundo gastronómico, los «matices de diferenciación» eran claramente reconocibles. En suma: el restaurante es un doble invento de Europa y del Oriente asiático, con una primacía indudablemente asiática, pero

ningún indicio de que Europa hubiera adoptado el modelo chino de la misma forma en que, en el siglo XVIII, sí recibió la influencia de la jardinería artística china.847

Los cambios en los hábitos de la comida y, en general, del consumo iban ligados a nuevas formas de comercialización. Aquí la primacía corresponde a Estados Unidos, seguidos de cerca por Alemania. En la década de 1880 se vivió el nacimiento de los artículos de marca y su difusión por medio de la mercadotecnia, es decir, de estrategias de «conquista» del mercado con una planificación casi militar. Las máquinas de coser Singer o el licor de hierbas Underberg, con su botella característica, son ejemplos de artículos de marca de la primera fase. Podían existir porque la producción en serie y estandarizada de la mayoría de los bienes de consumo lo había hecho posible, desde el punto de vista técnico. Mientras que, hasta entonces, los consumidores no solían saber de dónde procedía un producto (salvo que lo hubieran adquirido al productor original), ahora se grababan los nombres y los símbolos de las empresas de cigarrillos, jabón o sopas de lata; es una nueva época del consumo masivo organizado, en la que destacan el *branding* y una legislación de patentes adaptada a las marcas.848 Ninguna mercancía representa este gran cambio en la historia de la economía y la cultura de forma tan meridiana como la bebida estimulante, marrón y pringosa que el farmacéutico John Styth Pemberton mezcló por primera vez en Atlanta un 8 de mayo de 1886, mientras buscaba un remedio contra la resaca y el dolor de cabeza: Coca-Cola. La producción pasó de 57 hectolitros en 1887 a 256.000 en 1913.849

Coca-Cola perteneció a la primera generación de la gran producción industrial de alimentos y bebidas que se inició en la década de 1880 en Estados Unidos y que pronto derivó, también en Europa, en la fundación de grupos empresariales. Los productos cruciales de este sector —el kétchup de Heinz, los copos de cereales Kellogg’s, la margarina de los hermanos

Lever— fueron creaciones de laboratorio. Los artículos de marca se expandieron con rapidez por todo el mundo. En los primeros años del nuevo siglo ya se encontraban en las aldeas remotas de China el combustible para lámparas de la Standard Oil Company de Rockefeller, abonos artificiales o cigarrillos de empresas occidentales. Otro elemento adicional del nuevo complejo de la mercadotecnia —y decisivo para elevar su capacidad de penetración en los mercados— fue la venta a distancia, que, por descontado, fue también un invento estadounidense. La extensión del país y el aislamiento de muchas granjas parecían pedirlo. Contó con la ayuda imprescindible del ferrocarril, que desde 1913 facilitó aún más la distribución de los paquetes, incluidos los pesados, a través del servicio de correos estatal.850

¿Podemos resumir todo esto en la formación de un nuevo tipo de sociedad, la «sociedad de consumo»? En los primeros años de la década de 1980, la investigación de la historia del consumo redescubrió —y con ello, corrigió y completó— una imagen histórica en la cual se daba un peso excesivamente central a la capacidad *productiva* de la industrialización. El volante del comercio giraba mejor gracias al aceite de la necesidad, la competencia, el hedonismo y la moda. Esto no solo reviste interés para la historia de la cultura, sino que también es importante para explicar el progreso económico. En efecto, solo una demanda suficiente podía y puede convertir en procesos de crecimiento macroeconómico los impulsos derivados de una racionalización de la producción. ¿Cuándo empieza la sociedad de consumo? Si no la entendemos como sinónimo de una sociedad del bienestar —en la que *casi todo el mundo* persigue el consumo en tanto fin en sí mismo—, si nos interesamos solo por la existencia de capas sociales orientadas al consumo, más allá de los bienes de lujo tradicionales entre una élite minúscula, entonces sin duda puede decirse que la Inglaterra del siglo XVIII fue esa clase de sociedad de consumo.851 Una vez más, corresponde preguntarse si la China del período

comprendido entre, digamos, 1550 y 1644 también se puede designar como una de estas sociedades de consumo. Sin duda entre esas fechas existió una demanda de gran poder adquisitivo, ampliada a nuevos círculos sociales, más allá de la corte imperial y el funcionariado, esto es, los equivalentes chinos de una aristocracia. Y en contra de la idea de que la moda fue una innovación del siglo XVIII europeo, y del viejo tópico europeo de que en Asia no existía como tal, podemos hacer referencia al ejemplo de la China Ming tardía, donde las normas estatales sobre la indumentaria se vinieron abajo y la frecuencia de las quejas de los conservadores tradicionalistas sobre la decadencia moral pone de relieve la magnitud de la erosión de las normas en el ámbito de la vestimenta.852

Hannes Siegrist ha definido así el tipo ideal de la «sociedad de consumo»:

Un bienestar relativamente elevado que no se concentra en una élite reducida. Existe un mínimo de igualdad social y derechos políticos, una extensa clase media, competencia y movilidad social. Cierto pluralismo en los valores, la diligencia, la ética del trabajo y el deseo de obtener bienes (por razones intramundanas, pero en parte también religiosas) son elementos habituales en general, que se entienden como legítimos. En la agricultura, la industria y el comercio hay cierta división del trabajo y racionalización. Las familias se orientan hacia el exterior en lo relativo al trabajo, la vida profesional y la búsqueda de beneficios. Hay un sistema legal e institucional diferenciado; un saber racional que posibilita y promueve una acción calculable y calculadora; un aparato cultural que favorece la comprensión entre productores, intermediarios y consumidores de los bienes y guía en qué manera se interpretan la compra y el consumo. El dinero actúa como medio de intercambio general.853

En su mayoría, la China del período Ming tardío cumple con las características de esta definición. Sin embargo, China no siguió desarrollándose en esta dirección y, como tantos otros países,

en el siglo XIX se vio superada por Europa. En Europa y Norteamérica se formó una dinámica a largo plazo dirigida hacia el tipo de sociedad caracterizado por Siegrist. Si ello ha intensificado o más bien reducido las diferencias entre las diversas culturas nacionales se ha analizado mucho en lo relativo al siglo XX, con las polémicas sobre la «americanización de Europa». Desde el punto de vista de la historia universal del siglo XIX reviste especial interés la pregunta de hasta qué punto en el resto del mundo se adoptaron, ya entonces, modelos y objetivos de consumo euronorteamericanos. Es una cuestión que no cabe responder en general, sino solo mediante ejemplos.

Sobre todo en las nuevas repúblicas latinoamericanas, las élites criollas orientaron claramente el consumo hacia Europa. Nada más producirse la independencia, Latinoamérica quedó inundada por los productos textiles británicos. Bastante antes de que se tendiera la red de ferrocarriles hubo caravanas de tiro animal cargadas de algodones británicos que partían de las ciudades portuarias a las mesetas y los altos valles de México y Perú. Al cabo de veinte o treinta años, los mercados latinoamericanos ya estaban, en lo esencial, saturados de productos textiles británicos. Las importaciones no solían pasar más allá de las ciudades y llegar a las haciendas o explotaciones mineras del interior. Las élites con poder adquisitivo, sin embargo, adoptaron un estilo de vida cada vez más europeo. A falta de una producción propia, hubo que importar los símbolos del progreso occidental de Inglaterra y Alemania, Italia y Francia y, cada vez más, Estados Unidos. El surtido iba de máquinas a carruajes, gafas, bicicletas o mármol para las residencias exclusivas, pasando por el vino francés y la cerveza inglesa. Gilberto Freyre ha escrito que, a principios del siglo XIX, los ricos de Brasil intentaron emular a los británicos (hasta entonces, despreciados como herejes protestantes) por medio del uso de dentaduras postizas.[854] Una pequeña minoría de consumidores latinoamericanos exhibió un estilo de

vida ostentosamente europeo, en el que, por cierto, los modelos españoles apenas tenían papel. Desde mediados de siglo también se percibió en la imagen de una ciudad como Buenos Aires, donde surgieron bulevares de compras, grandes hoteles, salones de té y confiterías. El cambio de orientación hacia los modelos europeos se acompañó de una nueva valoración racista: ya no se compraba en la tienda del panadero de origen africano, sino en un *patisseur* originario de Francia; y los profesores de piano, entre los que hasta entonces habían abundado los negros, pasaron a contratarse directamente en Europa.[855] Entre tanto, la mayoría de la población no se vio afectada por la modernización social. La demanda se financió cada vez más con los beneficios de la exportación latinoamericana a Europa (café, cobre, guano…).

La ropa siempre es un buen indicio de las preferencias de consumo. En Latinoamérica, sobre todo en los países con mayor porcentaje de población india, la sociedad se dividió entre los campesinos, que aún se vestían como en la era colonial, y los residentes de las ciudades, para los que resultaba importante distanciarse de sus compatriotas «incivilizados». Los mestizos también otorgaban valor a la ropa singular, como por ejemplo los zapatos de cuero pulidos. Del mismo modo, en otras esferas hubo una rápida deriva que separó la cultura material del campo de la urbana. Durante la *belle époque*, hacia el cambio de siglo, llegó a su punto culminante la identificación de la clase alta latinoamericana con la civilización y el mundo comercial de Inglaterra y Francia. Como se equiparaba en el «extranjero» al progreso, había una disposición ilimitada a interpretar las mercancías extranjeras como símbolos de modernidad. Las economías exportadoras fueron al mismo tiempo sociedades importadoras y, en ambos aspectos, ocupaban una posición periférica en el orden internacional. Como el auge económico de los países latinoamericanos no se basaba en la producción industrial propia, había que traer casi todas las mercancías de prestigio. Toda la vida urbana de

Latinoamérica adquirió un sello europeo, porque no se importaron solo la ropa y los muebles, sino también las instituciones típicas de la Europa contemporánea: el restaurante, el teatro, la ópera, el baile. Se captó a grandes chefs franceses y, por ejemplo, en las festividades oficiales del aniversario de la independencia de México, en 1910, no se sirvió ni un solo plato del país. En Lima, el golf y las carreras hípicas se convirtieron en una obsesión. Se construyeron estaciones que eran copias exactas de los modelos de París o Londres.

Como caso extremo de imitación de las normas de referencia europea cabe citar la adopción del pesado traje inglés de caballero en zonas de clima tropical y subtropical. Los británicos ya habían concluido antes que era necesario hacerlo así en la India. En 1790, el gobernador general lord Cornwallis todavía se había permitido cenar en mangas de camisa. Dos décadas después se consideraba evidente que los miembros de la élite colonial, por mucho calor que hiciera, solo se podían presentar a una mesa ante los *nativos* provistos de la chaqueta adecuada; en 1830 se prohibió que los cargos de la Compañía de las Indias Orientales aparecieran en público con vestimenta india.856 En Latinoamérica no tardó en difundirse algo similar. En Río de Janeiro y muchas otras ciudades, los hombres debían mostrarse con «traje de pingüino» hiciera el calor y la humedad que hiciera: chaqué negro con camisa blanca almidonada y chaleco blanco, corbata, guantes blancos y sombrero de copa. Las señoras de los círculos acomodados se oprimían con corsés y se cubrían con varias capas de telas pesadas. Hasta finales de la década de 1860, en Brasil fue *de rigueur* el miriñaque. Ese martirio era el precio de la «civilización».

Para llegar a la «civilización», el camino más largo era el de aquellas culturas tropicales en las que, tradicionalmente, ni siquiera la clase alta se había acostumbrado a llevar en público vestimenta europea o islámica. El rey Chulalongkorn, el

reformador de Siam, se esforzó con denuedo por habituar a sus súbditos a la ropa abotonada; al iniciarse el siglo XX, el Siam urbano iba completamente vestido.857 En Lagos, ya desde la década de 1870 y 1880, un pequeño grupo de africanos de tendencia occidental que vestían levita y costosos trajes de mujer creó una vida social con asistencia a la iglesia, bailes, conciertos y partidos de críquet.858 Gandhi, el gran político de los símbolos, que era partidario de la austeridad, dio más tarde la vuelta al proceso: si en las primeras fotografías aparece como un petimetre de estilo victoriano tardío, luego se muestra como un «faquir desnudo», según la referencia despectiva de Winston Churchill.859 En el mundo de fuera de Europa, sin embargo, donde se adoptó de forma más literal y acrítica la apariencia material de la civilización europea fue en Latinoamérica; en ningún otro lugar —quizá solo en el Egipto del jedive Ismaíl (*r.* 1863-1879)— hubo en esa época un fetichismo imitativo del consumo igual de intenso.860

En cambio, en el Asia occidental y oriental hubo una mayor resistencia cultural. El sultán Mahmud II había preceptuado que los principales funcionarios otomanos lucieran traje de caballero al estilo occidental. También los militares se pasaron a los uniformes europeos. Esto no significa en ningún caso que se adoptara la concepción europea de la ropa, sometida a las modas, sino más bien un cambio exterior del traje de servicio. Los cambios apenas fueron más allá de la corte y el aparato estatal. En las calles de Estambul, los hombres todavía lucieron durante mucho tiempo la vestimenta tradicional, principalmente; y no hay fotografías de mujeres con ropa europea antes de la década de 1870. La influencia extranjera se manifestó, como había ocurrido durante siglos, en el empleo de nuevos materiales (por ejemplo, seda francesa o china) para formas de vestir tradicionales. Solo en el transcurso del último cuarto del siglo XIX, la ropa europea pasó a considerarse como una alternativa apreciada y culturalmente aceptable.861 El material extranjero no se debe entender como un préstamo

cultural consciente. Allí donde las importaciones europeas habían destruido, en su mayoría, la fabricación textil local, a menudo no había otro remedio. Ya en la década de 1880 se decía de Marruecos, que por entonces aún no era una colonia, que allí casi todo el mundo vestía algodón de origen extranjero.862

Japón, lógicamente, no compartía con Europa ningún pasado colonial, como pasaba en Latinoamérica. Antes de 1853 los contactos fueron mínimos y no influyeron en la sociedad japonesa en su conjunto. Después —en particular, tras la ruptura de sistema político que supuso la restauración Meiji de 1868— Japón se abrió a Occidente e inició una política de modernización que adoptó nuevas formas de organización en el estado, la justicia y la economía, tomadas ante todo de Europa y, secundariamente, de Estados Unidos. Esta europeización estructural tan profunda, sin embargo, no fue en paralelo a una desjaponización igual de profunda de la vida privada. Si en un acuerdo del consejo de estado de 1872, la dirección del estado Meiji, hasta el mismo emperador, se mostraban con levita y sombrero de copa o uniformes de estilo occidental, en la década de 1880 incluso un humilde funcionario local se vestía como en Occidente, salvo en el espacio del hogar, donde conservaba la vestimenta japonesa. Si primero hubo un frenesí por la occidentalización lujosa de la ropa, al cabo de un tiempo cedió paso a una «mejora» moderada del kimono. En otros ámbitos de la cultura material, imperaba el apego aún más consciente a lo conocido. Aun así, al parecer se impuso pronto la preferencia por los zapatos de cuero, especialmente apreciados cuando crujían y «cantaban». Quien deseaba unir tradición y progreso, llevaba la vestimenta tradicional *con* los zapatos de cuero, en una combinación habitual aún hoy entre los monjes budistas.863 El sombrero se convirtió en símbolo universal de la condición burguesa. Los funcionarios del estado japonés lo exhibían tanto como un abogado africano o indio o, el domingo, los trabajadores más pudientes de la ciudad industrial polaca

de Łódź.[864] En la década de 1920, Kemal Atatürk obligó a los turcos a llevarlo, prohibiendo el fez, introducido en 1836 como símbolo de la voluntad de reforma estatal. Antes de que el sombrero —reservado en el siglo XIX a la minoría no islámica del imperio otomano— fuera obligatorio, los Jóvenes Turcos revolucionarios se habían decantado por el gorro de piel «caucásico», netamente antiotomano.[865]

En China, la resistencia a los modelos de consumo occidentales fue aún más fuerte que en Japón. La ropa occidental no ingresó en la práctica china hasta que se produjeron las reformas militares de la dinastía Qing, después de 1900. En las fotografías y grabaciones cinematográficas de 1919, el año del «movimiento del 4 de mayo», de carácter crítico y nacionalista, los profesores y estudiantes de Pekín —de ideas políticas radicales y, a menudo, familiarizados con la cultura europea— aparecen con la vestimenta tradicional de los eruditos, larga hasta los pies. El pantalón y la chaqueta, que en la década de 1920 conquistaron también este círculo, habían sido hasta entonces las ropas características de los campesinos y los soldados sin distinción.[866] Los grupos de comerciantes chinos que, desde mediados del siglo XIX, habían establecido relaciones especialmente estrechas con socios occidentales en Hong Kong, Shanghái y otras ciudades portuarias, también mantuvieron en gran medida la lealtad, en su vida privada, a los modelos antiguos, y fueron clientes poco dados a las exportaciones de lujo europeas. Hasta la década de 1920, en las ciudades chinas se sintió poco aprecio por las ofertas de consumo occidentales; pero ello se acompañó otra vez de una mala conciencia patriótica, que veía como una traición nacional el uso de «mercancías imperialistas». En la China continental, la gran época de acceso de las clases consumidoras urbanas a los modelos y productos occidentales no llegó hasta mediados de la década de 1980, toda una centuria después que en Latinoamérica; pero en esta ocasión lo impulsaron tanto la importante industrialización nacional como la piratería de las

marcas a gran escala.

Sin embargo, también hallamos el efecto inverso, de aculturación europea a las costumbres asiáticas. En China y sobre todo en la India, en el transcurso del siglo XIX, esto se condenó cada vez con más claridad como un *going native*, una «ennativación» que suponía cruzar una barrera entre las condiciones raciales. También se despreciaba la adaptación contraria. Igual que más adelante, en África, se escucharon chanzas sobre los «negros con pantalones», en la India del siglo XIX ya se percibía el recelo de los británicos ante los indios calzados y vestidos a la occidental. Esta práctica se entendía como una insolencia y una imitación simiesca de los europeos. Se esperaba de la clase media del país que se vistiera «a la india», y para los príncipes —que había tendencia a considerar reliquia museística de un feudalismo colorista—, los diseñadores de símbolos de la India británica inventaron atavíos de gala especialmente «exóticos». Así, estalló un enorme escándalo cuando uno de los príncipes indios de posición más notable, Sayaji Rao Gaekwad III, el maharajá reformista de Baroda, se presentó ante el rey-emperador Jorge V —en diciembre de 1911, en la corte de Durbar en Delhi, la «asamblea de los príncipes»— no como los demás príncipes, enjoyado y con ropa oriental, sino vestido con un sencillo traje blanco de corte occidental; y provisto no con la espada que se esperaba de su rango, sino con un bastón.[867] La aculturación inversa estuvo a la orden del día en la India del siglo XVIII, cuando era habitual y tolerado que se adoptara el estilo de vida indio.[868] En el siglo XIX, esto aún era posible en las Indias Orientales Neerlandesas. Aquí, la orientalización de los blancos durante el siglo XVIII había llegado tan lejos que los británicos, que ocuparon Java durante las guerras napoleónicas, entre 1811 y 1816, se preocuparon por «civilizar» a los holandeses de la colonia, tildados de decadentes: los hombres debían renunciar al concubinato público con mujeres nativas, y las holandesas, a holgazanear, mascar betel y vestirse con ropas orientales. No

tuvieron especial éxito, pues el estilo de vida de los europeos en Batavia, así como de los chinos, se volvió *aún más* asiático: comían *rijstafel*, se vestían con *sarong* (al menos, en casa) y hacían siestas interminables.869

Hay que seguir haciendo hincapié en que la aceptación de los modelos europeos, en gran cantidad de casos, fue un proceso cultural voluntario. En algunas ocasiones, quizá hubo ayuda de las autoridades coloniales y los misioneros, pero en ningún caso fue esta la norma. Cabe aportar toda una serie de ejemplos en los que la arquitectura europea se adoptó en Asia y África fuera de cualquier dependencia colonial o pseudocolonial. Los emperadores Qing, en el siglo XVIII, hicieron erigir en las cercanías de Pekín un palacio de verano de estilo rococó, con arquitectos jesuitas. El soberano de Vietnam Nguyen Anh —desde 1806, emperador Gia Long—, que tras muchos años de desórdenes unificó de nuevo el país, construyó en su nueva capital de Hanói, así como en todas las capitales provinciales, ciudadelas adaptadas a los principios de las famosas fortificaciones de Vauban. Los planos se los proporcionaron oficiales franceses que servían al emperador como mercenarios sin que París lo hubiera ordenado. Gia Long prefirió la arquitectura europea a los estilos chinos tradicionales en Vietnam porque comprendía que era más eficaz para los fines buscados. La influencia francesa, o hasta los ecos mínimos del prestigio francés, no tuvieron peso alguno en esta decisión. Gia Long no era un imitador de Occidente, sino uno de los primeros *free shopper* de lo que se ofrecía en el extranjero. Las buenas relaciones con los misioneros católicos no le impidieron obligar a sus mandarines y oficiales, antes que nada, a practicar el culto a Confucio.870

Un último ejemplo: en la isla de Madagascar, que no devino colonia (francesa) hasta 1896, surgió desde la década de 1820 una arquitectura fantástica creada por aficionados europeos. Se empezó con las residencias humildes de algunos misioneros. Fue más ambicioso Jean Laborde, un aventurero cuyo barco

había naufragado en la isla en 1831. En 1839 levantó un nuevo palacio para la reina, combinando con habilidad elementos de estilo local y neogótico, y estabilizando el conjunto con las técnicas de construcción europeas. En otros edificios públicos metió citas del hinduismo que había aprendido en la India. Arquitectos posteriores importaron fachadas de granito, balcones y arcos de medio punto románicos. Así surgió un nuevo estilo gubernamental que dotó de una apariencia inconfundible a la capital, Antananarivo, donde las damas de la corte vestían la nueva moda de París y Londres. A pesar de todo, la monarquía Merina no se contaba, en ningún caso, entre los regímenes que en esta época se occidentalizaron voluntariamente. En lo que atañe a la política, el país quedó cerrado al exterior en varias ocasiones, y se desconfiaba profundamente de las intenciones de los europeos.871

Los estándares de vida, entendidos como el conjunto de las circunstancias materiales o la medida del bienestar material, pueden ser en parte esencialmente idénticos para grandes sociedades diferenciadas, y en parte mostrar una extraordinaria variación social y regional, y por ende, según sexos y colores de la piel, dentro de esas mismas sociedades. La situación epidemiológica, por ejemplo, puede resultar muy similar para los miembros de una sociedad aun cuando entre ellos existan grandes diferencias de ingresos. Los ricos no estaban más protegidos que los pobres contra la viruela y el cólera. Por un lado, los estándares de vida se pueden cuantificar de manera aproximada para luego establecer una jerarquía: sin duda, hoy en día en Suiza «se vive» mejor que en Haití. Por otro lado, las diversas sociedades y *tipos* de sociedades poseen diversas varas de medir: la riqueza entre los arroceros es distinta a la riqueza entre los beduinos o entre los terratenientes. Las sociedades (y los grupos sociales que la integran) perciben distinto qué es una «enfermedad» y se refieren a ello con expresiones distintas. Algunas enfermedades son características de determinadas épocas. Hacia el cambio de siglo, en Centroeuropa se sufrían

bastantes casos de «neurastenia», un concepto y un término que prácticamente han desaparecido de la medicina actual.872 A la inversa, el siglo XIX aún no conocía el concepto del «estrés», que en la década de 1930 se tomó del campo de la física y la ciencia de los materiales. Esto no significa, naturalmente, que en el siglo XIX todo el mundo viviera «desestresado» según la concepción actual. No obstante, cuando hablamos de pobreza o riqueza, enfermedad o salud, hambre o buena alimentación: las categorías que describen esos estados son relativas; por emplear la jerga de moda, son «construcciones culturales». Aun así, hacen referencia a realidades tangibles de la vida corporal y material.

El siglo XIX, visto en toda su duración temporal, fue sin duda una época en la que las condiciones de vida de una gran parte de la población mundial mejoraron. Aunque hoy nos hemos habituado a ser escépticos frente a la idea del «progreso» —que desde la Ilustración ha sido la ideología básica del Occidente atlántico—, no por ello hay razones para poner en duda la afirmación anterior. Por otro lado, una aseveración así de general adolece de cierta trivialidad. Es más interesante el hecho de que no todas las tendencias apuntaron siempre en la misma dirección y, a menudo, incluso fueron contradictorias entre sí. Hay muchos ejemplos al respecto: en las grandes ciudades, a principios del siglo XIX, muchos de sus habitantes obtenían ingresos mayores que los del campo, pero a menudo padecían condiciones de vida peores. En el seno de una misma sociedad, los estándares de vida no se distinguen solo en la escala del más y el menos. Con frecuencia respondían a lógicas económicas diferentes. En el siglo XIX, muchos hogares de clase trabajadora disponían de poco más que del mínimo existencial y, en consecuencia, se veían muy limitados en el horizonte temporal; en cambio, los hogares con formación o propiedades podían planificar más el futuro y hacer cálculos con diversas fuentes de ingresos.873 En otro ámbito, el de la alimentación: en Europa hubo un siglo XVIII «largo», que se

extiende hasta la década de 1840, que fue todavía un siglo del hambre. Desde mediados del siglo XIX, sin embargo, en Europa se percibió una «deslocalización» del hambre, gracias la capacidad de obtener alimentos a gran distancia (con las nuevas técnicas de transporte), a la mejora de los métodos de conservación y almacenamiento, y a los rudimentos de la industria alimentaria.874 El ejemplo de la hambruna en la India, sin embargo, muestra que este incremento de la circulación podía tener consecuencias fatales para las regiones productoras de economía más débil. Y aun así, no hallamos víctimas del progreso tan solo entre los que se habían «quedado atrás» o no habían recibido las novedades. La invasión sin límite ni freno de la «modernidad» también podía provocar consecuencias desagradables.

Hay muchos aspectos del estándar de vida que no se han podido atender en este capítulo. Por ejemplo, pocas cosas ponen de manifiesto el carácter de una determinada sociedad con mayor claridad que la forma en que trata a los más débiles: los niños, los ancianos, los impedidos o los enfermos crónicos.875 Es preciso contar las historias de la infancia y la vejez, por lo tanto. Nos mostrarían claramente si, en el siglo XIX y desde entonces, se han disparado no solo las diversas curvas del crecimiento económico, sino también las perspectivas de supervivencia de los más pequeños y los desvalidos; nos mostrará si el mundo se ha vuelto más humano.

Capítulo 6
Ciudades

Modelos europeos y pertinacia mundial

1. LA CIUDAD COMO NORMALIDAD Y EXCEPCIÓN

La «ciudad» es una forma de organizar socialmente el espacio. Resulta difícil distinguir con claridad una forma de otra. La ciudad siempre se halla en tensión con alguna otra cosa, la «no-ciudad». Puede ser muy variada: el «campo», con sus pueblos y aldeas de campesinos estables; los desiertos y estepas de los nómadas; el mundo de las grandes haciendas y plantaciones, donde se concentra el poder de los terratenientes. También puede ser *otra* ciudad situada no demasiado lejos, unidas ambas por una relación de rivalidad pacífica, que a veces llegaba a ser —Atenas y Esparta, Roma y Cartago— de enfrentamiento irreconciliable.[876] Una ciudad se reconoce fácilmente cuando se la comprende en su polaridad específica con la no-ciudad. Aun así resulta difícil describir formalmente qué requisitos debe cumplir un asentamiento para ser reconocido como ciudad. Muralla más mercado más carta de población: ni en el siglo XIX, ni en ningún otro espacio de civilización, la solución fue tan inequívoca como la Europa occidental precontemporánea. La población no es una pauta fiable, pues ¿dónde empieza una ciudad? ¿En los 2.000, 5.000, 10.000 habitantes? Los departamentos estadísticos nacionales no han conseguido hasta hoy ponerse de acuerdo en un solo criterio internacional para la definición de una «ciudad». En consecuencia, por lo general es difícil comparar las distintas estadísticas. La identidad de lo urbano también está en duda. Algunos historiadores urbanos han llegado al punto de discutir que la *urban history* se pueda diferenciar como tal de otros ámbitos de la historiografía: ¿Acaso casi *todas* las facetas de la evolución histórica no se reflejan, de un modo u otro, en las ciudades? Tampoco están de acuerdo en si las ciudades se deben considerar como campos sociales con un perfil característico y un «espíritu» particular o si no son más que

articulaciones intercambiables de un proceso más general de urbanización.877 La historia de las ciudades y la de la urbanización se sitúan, una al lado de la otra, como dos puntos de vista distintos. La primera se fija en la fisonomía de la ciudad aislada; la segunda, en una de las grandes tendencias de la Edad Moderna o incluso del conjunto de la historia de los asentamientos humanos.878

Modelos de ciudad

Toda civilización que ha formado ciudades tiene su propio concepto de la ciudad ideal y una terminología específica para designar las distintas clases de ciudades. El *dushii chino* no es lo mismo que una *polis* griega o una *township* inglesa, y en las evoluciones de largo plazo —como la que va de Bizancio a Estambul— pueden sucederse imágenes urbanas del todo distintas. Las diversas culturas urbanas han formado cada una su propia interpretación de la «ciudad» y el carácter urbano. Así, las ciudades son la expresión concentrada de una civilización particular, lugares en los que la creatividad de las sociedades se expresa con la mayor claridad. En el siglo XVIII, y todavía en el XIX, nadie habría podido confundir Pekín y Agra, Edo (rebautizada como Tokio en 1868) y Lisboa, Isfahán y Tombuctú. En la ciudad reconocemos dónde estamos antes que en el pueblo. La arquitectura urbana hace más visible que casi cualquier otro ámbito la singularidad de cada civilización. El carácter cultural se hace piedra. Solo el crecimiento de las «megaciudades» —uno de los procesos más importantes de la historia social en la segunda mitad del siglo XX— ha rebajado esta personalidad urbana, típica de cada civilización.

Aun así, incluso para los tiempos pasados, debemos tomarnos con su grano de sal los modelos de ciudad que han descrito geógrafos y sociólogos. Hablar de *la* ciudad china, india o latinoamericana como si hubiera rasgos básicos siempre repetidos solo tiene sentido cuando entendemos esos tipos como el fruto de una abstracción radical a partir de muchos casos específicos. Estos modelos suponen una gran

simplificación, solo pueden describir de forma muy incompleta las transformaciones de largo plazo —por ejemplo la urbanización del siglo XIX— y en consecuencia ofrecen una imagen excesivamente estática.879 Además pasan por alto que, entre las ciudades con funciones similares —digamos, las ciudades portuarias o las capitales— de civilizaciones distintas suele haber más semejanzas que diferencias. Sobre todo, sin embargo, debemos poner en duda que las civilizaciones (los «espacios culturales» de la geografía alemana) se puedan contemplar como esferas de orden social claramente delimitadas unas de otras y uniformes en sí mismas. De ningún modo hallaremos «la ciudad india» en cualquier rincón del sur de Asia; incluso en el caso de China, tampoco es riguroso afirmar que allí donde se fundaban asentamientos eran siempre del mismo tipo. Las formas urbanas no son «códigos culturales» latentes que hallen una expresión automática sean cuales sean las circunstancias. Sin duda, existen preferencias respecto de las variantes de la vida urbana: los europeos buscan el centro de una ciudad, los norteamericanos lo echan menos en falta. Pero reviste más interés preguntarse cómo se buscaron y consiguieron las metas de las ciudades en circunstancias específicas que dar por sentada de principio la morfología cultural característica de cada una. En «la ciudad china», por ejemplo, dedicaremos atención a lo no chino.

Las ciudades son nodos de relaciones y redes. Organizan el área que tienen en torno. El mercado, un aparato estatal de rango superior o la actividad diplomática de las autoridades urbanas, crea redes comerciales, jerarquías administrativas y lazos federativos entre varias ciudades. Ninguna ciudad es una isla. La influencia del exterior penetra en las sociedades pasando por la ciudad, que es una puerta al «mundo». Según una tradición poderosa del pensamiento tanto occidental como del Oriente Próximo musulmán, las ciudades son el punto de origen de toda civilización. El viajero precontemporáneo las busca: para él, representan la salvación frente a los peligros del mundo

salvaje. Aquí resulta menos extraño que en el pueblo, está menos amenazado por ese carácter marginal. En las ciudades se concentran el saber, la riqueza y el poder. Aquí la vida ofrece oportunidades para los ambiciosos, curiosos y los desesperados. En comparación con las comunidades rurales, las ciudades siempre son «crisoles». Los imperios se gobiernan desde ciudades, los sistemas globales se dirigen desde ciudades: el mundo financiero internacional, desde Londres; la Iglesia católica, desde Roma; el sector de la moda, desde Milán o París. Tras la caída de las civilizaciones, lo que a menudo se preserva en el recuerdo forjador de mitos de la posteridad son las ciudades: Babilonia, Atenas, la Jerusalén del Primer Templo, el Bagdad de los califas, la Venecia de los *duces*. La ciudad nace antes de la era contemporánea y es, al mismo tiempo, la cuna de la modernidad. Las ciudades destacan frente al entorno porque van por delante, tienen fuerza de sobras y son *relativamente* progresistas. Así ha sido siempre. ¿Qué hubo de peculiar en el siglo XIX?

Petrificación y universalidad

No debemos despreciar la variedad del espectro de las formas de vida urbanas. Llegan desde las metrópolis de los primeros rascacielos —aquí se adelantó Chicago, en 1885, con un inaudito edificio de 17 plantas—880hasta grandes asentamientos efímeros. En el siglo XIX aún había ciudades móviles: las *villes itinérantes*, que se asemejaban a las sedes del poder de la Europa altomedieval. En Etiopía la capital fue itinerante durante varios siglos. Hasta 1886, cuando el emperador Menelik II fundó Adís Abeba, la corte estaba en camino, con gigantescos rebaños de ganado y 6.000 porteadores esclavos que transportaban tanto los objetos de culto como el mobiliario y los enseres del emperador y los nobles. La fundación de una capital cargada de poder simbólico debía acompañar la entrada de Etiopía en la modernidad. Después de que Menelik II lograra derrotar y aniquilar a los italianos en Adua, en 1896, el paso dado obtuvo el crédito

internacional: las grandes potencias saludaron el inesperado éxito etíope levantando embajadas de estilo europeo.881 Los reyes de Marruecos también pasaron, hasta finales del siglo XIX, más tiempo en la silla que en las distintas ciudades de residencia; se dice que en 1893, el sultán Mulay Hassan —que sin embargo destacó en la construcción de residencias— todavía se ponía en marcha con un séquito real de 40.000 personas.882 ¿Debemos considerar arcaica *per se* toda esta itinerancia? En cualquier caso, los monarcas siguieron teniendo, en China como en el imperio zarista o Gran Bretaña, palacios de verano e invierno. Desde 1860, uno de los países más extensos del mundo se gobernaba varios meses al año desde un balneario de altura: desde la fría Simla (hoy, Shimla) en el Himalaya Menor. En este paisaje tan agreste, el aparato entero del virrey británico de la India instalaba su cuartel después de un viaje en caravana. El representante supremo de la reina Victoria, emperatriz de la India, no residió desde 1888 en una construcción provisional, desde luego, sino en el *Viceregal Lodge*, una mansión erigida en el estilo del Renacimiento tardío inglés.883

Pese a todo: en su conjunto, el siglo XIX fue una época de fijación del poder y de las ciudades, de petrificación. Incluso en Europa, hacia 1800, la construcción de viviendas en piedra no era en ningún caso universal. En una zona marginal como Islandia, solo fue así a partir de 1915.884 La transición a la piedra resultó especialmente clara en las colonias. Las autoridades coloniales buscaron solidificar —literalmente— la fluidez de la política local para crear un orden más fácil de abarcar. De paso subrayaban la pretensión de haberse establecido en ultramar para toda la eternidad. A fin de cuentas, cuando hacían realidad el triunfo de la piedra sobre el adobe y la madera creían estar cumpliendo una misión civilizadora. Ello tuvo un resultado irónico. La casa de fácil construcción desaparece para siempre: un fuego la destruye o se la sustituye rápidamente por otra cuando se transforman las

condiciones políticas y económicas. Como los edificios de piedra no perecen así, hoy son los testimonios más conspicuos de la caída del colonialismo: ruinas desdeñadas, residencias convertidas en infraviviendas, sedes del gobierno de la política poscolonial, o reliquias acicaladas para los turistas, en zonas del mundo en las que, con no poca frecuencia, son los monumentos más antiguos preservados.

El agotamiento de los bosques también hizo que, aquí y allá, fuera aconsejable pasar a la piedra. Las construcciones de madera pasaron a ser consideradas cada vez más como bárbaras, como anticuadas o, con una autorreferencia negativa, como un recuerdo de la grandeza preburguesa: el entramado que cubría la fachada de las casas de estilo neotudor (*mock Tudor*) era una reacción ornamental a un clasicismo pétreo a cuya base sólida, sin embargo, no se renunciaba. Las ciudades de madera o adobe se preservaron allí donde la ecología o la economía excluían las alternativas. Podían ser el fruto de aplicar la racionalidad a la situación real. En 1885 el zoólogo y coleccionista de arte estadounidense Edward S. Morse observó que, al igual que en Occidente, en Japón muy pocas personas podían permitirse una casa que resistiera el fuego; allí la única solución juiciosa pasaba por construir con materiales sencillos, desmontables e inflamables, para limitar los daños y quizá, si se obraba con rapidez, rescatar tejas y tablones de un incendio inminente.885 Esta filosofía fatalista se dejó atrás. Las casas de las ciudades japonesas empezaron a construirse también con piedra y cemento. La belleza de la madera que envejece y los apretados techados de junco se sacrificó por la resistencia al fuego, pero banalidad estética, del hormigón.886

La ciudad es un fenómeno prácticamente universal. Se ha dicho que el estado fue una invención europea, pero no sería correcto afirmarlo igualmente de la ciudad. En todos los continentes, con la salvedad de América del Norte y Australia, surgieron culturas urbanas independientes entre sí. En la mayoría nacían manteniendo una estrecha relación con la agricultura, en el

Oriente Medio, junto al Nilo, en la zona este del Mediterráneo, en China y la India; bastante más tarde, también en Japón, en Centroamérica y al sur del Sahara. La ciudad como forma física y modo de vida social no es el resultado de una transferencia de Europa. Cuando la ciudad «moderna» de origen europeo se difundió por todo el mundo, topó en casi todas partes con culturas urbanas indígenas que, por lo general, no retrocedieron. Tenochtitlán fue destruida en la década de 1520 para hacer sitio a la Ciudad de México colonial. Pero el viejo Pekín, con sus murallas gigantescas (que formaban tres rectángulos concéntricos) y las dieciséis puertas de la ciudad, sobrevivió a los invasores europeos y japoneses y persistió hasta que, en las décadas de 1950 y 1960, los planificadores urbanos y el Jardín Rojo de Mao Zedong demolieron los vestigios del «feudalismo». Fueron los dos casos extremos: desaparición o persistencia ante las fuerzas agresivas de Occidente. El resto fueron casos intermedios. Los elementos arquitectónicos y de organización de la ciudad se combinaron, superpusieron, mezclaron, situaron uno junto a otro en espacios reducidos, a menudo en clara contradicción. La tendencia general a la modernidad urbana se abrió paso en distintos momentos temporales, pero solo raramente lo hizo guiándose tan solo por las condiciones occidentales.

Tendencias del siglo XIX

¿Qué sucedió con «la» ciudad en el siglo XIX? Este período, en particular la segunda mitad, fue una época de urbanización muy intensa. Ninguna otra época había vivido tal condensación espacial de la vida social. En comparación con los siglos precedentes, el crecimiento de la población urbana se aceleró. Por primera vez, en varios países de especial extensión la existencia urbana pasó a ser la forma de vida dominante, tanto en lo económico como en lo cultural. Hasta entonces, esto solo había ocurrido en las zonas nucleares del Mediterráneo antiguo, en la China central del período Song (960-1279) o en la Italia septentrional de la Edad Moderna. Ninguno de los

sistemas urbanos consolidados, ya hablemos de Europa, China o la India, estaba preparado para la gran corriente inmigratoria que recibieron. En consecuencia, las fases de crecimiento inicial (sobre todo estas) tendieron a ser de crisis y ajuste. Una parte del crecimiento se canalizó hacia nuevas ciudades situadas fuera de los viejos sistemas. Desde el punto de vista social (aunque no siempre desde el estético), las regiones más exitosas fueron aquellas en las que no había ciudades antiguas de ninguna clase, sobre todo en el Medio Oeste y la costa del Pacífico de Estados Unidos, así como en Australia. Aquí, a partir de 1820, aproximadamente, la urbanización empezó de cero, aunque a veces se adoptaron los emplazamientos —bien elegidos— de los poblados indios. No se podía plantear ninguna cuestión de continuidad o discontinuidad.

En otras partes del mundo, solo raramente la evolución fue continua. En Europa, muchos de los contemporáneos tenían la impresión de que la gran ciudad del XIX —que desde mediados de siglo existía ya en casi todos los países del continente— representaba una quiebra fundamental con el pasado urbano. Los economistas franceses de finales del siglo XVIII fueron los primeros en afirmar que la gran ciudad —a todas luces, con París en mente— era el lugar donde «la sociedad» se reunía y donde se constituían las normas que le daban forma. La gran ciudad actuaba como fuerza motriz de la circulación económica y multiplicadora del movimiento social. El valor no se incrementaba solo por la producción, como en el campo, sino por la pura interacción. Los cambios raudos creaban riqueza.887 Se entendía que la esencia de las nuevas grandes ciudades era la circulación: el movimiento —cada vez más acelerado por las técnicas de transporte— de personas, animales, vehículos y bienes dentro de la ciudad, así como en la relación de intercambio entre la ciudad y el entorno, ya fuera próximo o remoto. Los críticos lamentaban la rapidez del nuevo ritmo de vida en la gran ciudad. Los reformistas urbanos, a la inversa, querían adecuar la constitución física de la ciudad a su

esencia moderna y dar vía libre a las corrientes frenadas: a las del tráfico, ampliando las calles, los bulevares y las vías férreas; a las del agua y las aguas residuales, con canalizaciones y alcantarillas subterráneas; el aire sano, saneando los suburbios y las construcciones apiñadas. Este fue el impulso básico de buen número de propuestas de reforma municipal, desde los higienistas ingleses hasta el barón Haussmann, creador del París posmedieval.[888]

La gran ciudad europea de finales del siglo XIX, desde el punto de vista social, muestra una diferenciación interna más clara que la ciudad de la Edad Moderna. Sus oligarquías eran menos homogéneas. La simple división ternaria entre un patriciado con el dominio de la política, una burguesía «intermedia» formada por artesanos y comerciantes, y la pobreza urbana se había quedado obsoleta. El consenso de la élite en materia de gusto también había perdido fuerza. Los complejos urbanos ya casi nunca tomaron su forma «de una pieza», como había podido ocurrir no solo en las residencias principescas, sino también en una ciudad burguesa como Bath, en el sur de Inglaterra. La ciudad victoriana fue un «campo de batalla» estético, tanto como social y político.[889] No obstante, también se levantó con más solidez: menos estuco, mampostería más sólida, más hierro. Eran ciudades para la eternidad. Y su magnitud era mayor. El ayuntamiento habitual en las grandes ciudades, o la estación de tren corriente, adquiría dimensiones que antes solo habían alcanzado las catedrales o los palacios de modelo versallesco. Paradójicamente, la arquitectura de exhibición burguesa empequeñeció al ser humano más de lo que había logrado nunca la ostentación principesca.

Además del incremento puramente cuantitativo de las ciudades —en superficie, número de habitantes y porcentaje de la población total—, en el siglo XIX cabe observar varias tendencias generales:

1. La urbanización casi completa se desarrolló, en las diversas partes del mundo, con velocidades distintas. Las separaron

discrepancias ascendentes en el crecimiento de las ciudades y el grado de urbanización. La diferenciación de los ritmos regionales de esta transformación social —característica fundamental de la modernidad— se percibe con especial claridad en este ámbito.

2. Se incrementó la diversidad de tipos de ciudad en todo el mundo. De los tipos antiguos, desaparecieron pocos, y se les sumaron muchos tipos nuevos. La diversificación respondió a la aparición de funciones singulares adicionales: el ferrocarril creó el nudo ferroviario; el aumento del tiempo libre y la necesidad de reposo entre los burgueses creó los centros turísticos costeros.

3. Metrópolis que dominaban e influían sobre zonas extensas han existido desde los tiempos de Babilonia y la antigua Roma. Hasta el siglo XIX no se dio una medida de vinculación internacional capaz de enlazar las principales ciudades del mundo en una red de contacto perdurable. Así nació el sistema urbano mundial, que aún conocemos hoy, con una red aún más densa y otro reparto interior del peso relativo.

4. Las ciudades crearon infraestructuras en una escala inédita en la historia. Durante siglos, la arquitectura urbana (*built environment*) había constado en lo esencial de edificios. Ahora se pavimentaban las calles, se levantaban muros de ladrillo en el perímetro de los puertos, se abrían y revestían túneles para las canalizaciones del agua residual y para el metro, se tendían raíles para trenes y tranvías, se instalaba iluminación callejera. Se construía hacia arriba, pero también hacia abajo. A finales de siglo, las ciudades eran más limpias y más claras. Al mismo tiempo, las grandes metrópolis incorporaron un inframundo misterioso que dio origen a toda clase de fantasías de huida o de terror.[890] En la construcción de las infraestructuras, se emplearon inversiones colosales de capital público y privado. Junto con las instalaciones fabriles, es el sector donde más capital se empleó durante la industrialización.[891]

5. En estrecha relación con esta solidificación material, las

propiedades urbanas se comercializaron cada vez más e incrementaron su valor a largo plazo, hubo un auge en el sector «inmobiliario» y creció la importancia de los alquileres. En este siglo es cuando la propiedad *urbana* se convierte en objeto de inversión y especulación. Por primera vez, el terreno adquiere valor no por la producción agrícola sino por su mera situación. El emblema de esta transformación fue el «rascacielos».892 El valor del suelo se podía multiplicar con una velocidad inimaginable en los sectores productivos de la economía. Una parcela urbana de Chicago, que su propietario vendió por 100 dólares en 1832, al poco de fundarse la ciudad, alcanzó en 1834 un precio de 3.000 dólares, y doce meses después, de 15.000.893 En una ciudad antigua como París, la especulación inmobiliaria empezó en la década de 1820.894 En los años de explosión de ciudades asiáticas como Tokio y Shanghái intervinieron mecanismos de mercado muy parecidos. En estas circunstancias, el registro catastral logró una nueva precisión y se agrandó su importancia económica. Se consolidaron nuevas ramas del Derecho, especializadas en el suelo, la construcción y los alquileres. La economía financiera quedó inextricablemente ligada a las hipotecas. Surgieron nuevos tipos sociales: el mediador inmobiliario, el especulador de propiedades, el *developer* (empresario constructor que erigía en serie viviendas estandarizadas para las clases medias e inferiores), y por último el inquilino.895

6. Las ciudades siempre se han planificado. Proyectaban geometrías cósmicas sobre la tierra. Los príncipes trazaron ciudades ideales; en el barroco europeo, esta fue una de sus ocupaciones preferidas. Hasta el siglo XIX, sin embargo, la planificación urbana no se entendió como una labor constante compartida entre el estado y el municipio. La voluntad de planificación municipal se convirtió en parte imprescindible de la política y la administración urbanas, siempre en lucha con la expansión incontrolada (y en no pocas ocasiones, perdedora de la batalla). Cuando una ciudad quería ser «moderna», delineaba

visiones técnicas de su futuro.

7. Surgieron nuevas ideas sobre la política comunitaria y la vida pública de la ciudad, y se fueron difundiendo. En el espacio público ya no solo actuaban un pueblo indiferenciado e imprevisible y una oligarquía. La flexibilización de la reglamentación absolutista, la representación política más amplia, los nuevos medios de comunicación de gran alcance y la organización de partidos y grupos de intereses en la arena ciudadana cambiaron el carácter de la política local. En las capitales, al menos en las de los estados constitucionales, la política nacional se gestionaba también a la luz pública de los parlamentos: la nación de electores seguía la vida política de la capital con un grado de participación inaudito hasta entonces. El rico y vital asociacionismo de los clubes, sociedades, comunidades parroquiales y sectas religiosas —que se ha descrito con especial detalle en los casos de Inglaterra y Alemania durante la Edad Moderna— también emergió en su primera fase, bajo condiciones políticas muy distintas, por ejemplo en las capitales de provincia de la China imperial tardía.896

8. Los nuevos discursos sobre lo «urbano» y la nueva crítica a la vida en la ciudad empujaron a las urbes al centro de las batallas por la interpretación del mundo. Las ciudades siempre habían sido algo particular, y sus ciudadanos (al menos, en las culturas urbanas de en torno al Mediterráneo) miraban con desdén a los *rustici*. Pero solo el pensamiento histórico dinámico del siglo XIX pudo elevar la gran ciudad a la condición de pionera del progreso y sede verdadera de la creatividad cultural y política. Jules Michelet incluso construyó un mito con París como ciudad universal del planeta, un tópico que más adelante cuajó en la definición de la metrópoli francesa como «capital del siglo XIX».897 Desde entonces, quien ensalzaba la vida rural quedaba expuesto a la sospecha de ser un simple o un reaccionario. Quien defendía el campo ya no lo hacía por un equilibrio sereno de «aldea» y «corte», sino por crítica a la

civilización de tintas cargadas: el romanticismo agrario, el espíritu de la *Junkertum* militante. Incluso los ideales arcádicos se redefinieron hacia finales de siglo con la idea de la «ciudad jardín». La nueva ciencia de la sociología, de Saint-Simon a Simmel, se ocupaba en lo esencial de la vida humana en la gran ciudad; más de la «sociedad» (*Gesellschaft*) que de la «comunidad» (*Gemeinschaft*); más del ritmo y el nervio que de la flema rural. La economía política dejó de considerar la tierra como fuente de la riqueza social, según hacían todavía los fisiócratas del siglo XVIII. El «factor de producción» de la tierra se contemplaba ahora con escepticismo, como un obstáculo que estancaba el progreso económico. Para la generación de Karl Marx y John Stuart Mill, la creación de valor se producía en las industrias, en el espacio urbano. Esta nueva preponderancia cultural de la ciudad refleja también, por lo demás, una pérdida de importancia política de los campesinos. Entre la insurrección de Pugachov, en el sureste de Rusia (1773-1775) y un auge de las protestas hacia el cambio de siglo (levantamiento de los bóxers en China, en 1900, rebelión campesina en Rumanía en 1907, inicio del movimiento de Zapata en México, en 1910) hubo en todo el mundo pocas sublevaciones rurales que supusieran un desafío para el orden imperante. Varias grandes rebeliones en las que podríamos pensar —sobre todo el gran levantamiento de la India en 1857, o la casi contemporánea rebelión Taiping en China— contaban con una base social más amplia que la de los aldeanos; eran más que el estallido espontáneo de la ira campesina.

En el siglo XIX, según se ha dicho con frecuencia, nació la «ciudad moderna», y en las ciudades nació la «modernidad». Para determinar qué fue esa modernidad urbana y quizá incluso hallar puntos para fijar una «modernidad» [«Moderno», en este caso, en el sentido corriente del término, no en el historiográfico de la Edad Moderna. (*N. del t.*)] cronológica, deben entrar en la definición todos los procesos mencionados arriba. Las propuestas usuales no son inútiles, pero sí unilaterales. La modernidad urbana que surgió en la segunda mitad del siglo XIX se ha intentado comprender como unión de

la planificación racional y el pluralismo cultural (David Ward/ Olivier Zunz), orden en la compresión (David Harvey) o espacio de experimento y «subjetividad fracturada» (Marshall Berman).898 Como lugares de esa modernidad se han citado el Londres de la primera época victoriana, el París del segundo imperio, Nueva York, San Petersburgo y Viena a partir de 1890, el Berlín de la década de 1920 y el Shanghái de la de 1930. No tiene nada que ver con la simple dimensión. A nadie se le ha ocurrido incluir megalópolis actuales como Lagos o Ciudad de México como prototipos de la modernidad. La modernidad heroica de las ciudades es un momento huidizo, que a veces dura solo unas pocas décadas: un equilibrio de orden y caos, la unión de inmigración y estructuras técnicas en funcionamiento, la apertura de espacios públicos no estructurados, un flujo de energía en los nichos de lo experimental. Para existir, el momento moderno necesita una cierta forma de la ciudad, que a finales de la época clásica todavía era reconocible, y una oposición a lo que no es urbano. En las megalópolis de las «conurbaciones» interminables, difusas y policéntricas de media densidad faltan los límites interiores y exteriores. Ni siquiera contienen un paisaje de campo que se pueda explotar o consumir como zona recreativa próxima. El siglo XIX urbano termina con la pérdida de forma de las grandes ciudades.

2. URBANIZACIÓN Y SISTEMAS URBANOS

La urbanización se había entendido antes, en un sentido estricto, como el crecimiento rápido de las ciudades, relacionado con la expansión de la producción fabril mecanizada: urbanización e industrialización aparecen como dos caras de una misma moneda. No es un planteamiento sostenible, sin embargo. Hoy el concepto corriente es más general: la urbanización se entiende como un proceso de aceleración, densificación y reorganización que puede darse en circunstancias muy distintas entre sí.899 El fruto más importante del proceso fue que surgieron espacios de mayor interacción humana, en los que la información se intercambiaba con rapidez, se le daba un uso óptimo y, en condiciones institucionales favorables, se podía crear nuevos conocimientos. Las ciudades, sobre todo las grandes, eran concentraciones de saber; no raramente, este fue un motivo de inmigración.900 Algunos historiadores diferencian entre un

proceso de conversión en ciudad —un proceso *cuantitativo* de intensa condensación espacial, que se origina por la aparición de nuevas concentraciones de puestos de trabajo— y el de la «urbanización» propiamente dicha: el surgimiento *cualitativo* de nuevos espacios de actuación y experiencia, en otras palabras, el desarrollo de formas de vida específicas de la ciudad.901 Esta diferenciación pone de manifiesto la diversidad de aspectos del fenómeno, pero es un poco esquemática y, en la práctica, difícil de sostener.

Ciudad e industria

Como en el siglo XIX, en casi todas las regiones del mundo, hubo un desarrollo de las ciudades, y en esta época la urbanización fue un proceso mucho más difundido que la industrialización, desde el punto de vista geográfico: también crecieron ciudades, y se hicieron más densas, donde la industria no podía ser la fuerza impulsora. La urbanización sigue una lógica propia. No es un efecto derivado de *otros* procesos, como serían por ejemplo la industrialización, el crecimiento demográfico y la formación de un estado nacional. Sostiene una relación diversa con estos procesos.902 Un mayor grado de urbanización al acabarse la Edad Moderna no fue en absoluto una garantía de éxito en la industrialización. Si no, regiones como la Italia septentrional habrían figurado entre las pioneras de la revolución industrial.903

Por medio de la industrialización, la concentración humana en asentamientos urbanos densos adquirió una nueva cualidad. Como ha mostrado sir Anthony Wrigley en un ensayo clásico sobre Londres, debemos tener claro que hubo un lazo interactivo con la urbanización. En vísperas de la revolución industrial, Londres ya había crecido hasta convertirse en una metrópoli en la que, en 1750, vivía más de una décima parte de la población inglesa. La riqueza comercial, la capacidad de consumo (sobre todo, la demanda de alimentos, que motivó una racionalización de la agricultura) y la reunión compacta de mano de obra y competencia laboral (el «capital humano»)

hicieron que las ciudades gigantescas fueran puntos de origen de una dinámica que ofrecía mejores posibilidades al efecto multiplicador de las nuevas tecnologías de la producción.904 El desarrollo de Londres, completado por un «renacimiento urbano» en las ciudades de provincias de Inglaterra y Escocia, que sirvió para contrapesar el peso excesivo de la metrópoli, formó parte de un proceso conjunto de incremento de la eficiencia y la capacidad sociales. En Inglaterra, las concentraciones industriales como Manchester, Birmingham y Liverpool se convirtieron en ciudades enormes, pero en la segunda mitad del siglo las ciudades que crecieron con mayor rapidez no fueron estas, sino las que tenían una oferta de servicios más amplia y una mayor capacidad de elaborar la información en un entorno de contacto presencial directo.905 En el continente europeo, en otras zonas del mundo e incluso en Gran Bretaña se completó una urbanización rápida también en lugares donde la industria local no podía ser la causa última.

Muchos ejemplos indican que, en el siglo XIX, hubo ciudades que crecieron sin una base industrial digna de mención. Brighton, en la costa sur de Inglaterra, estuvo entre las ciudades con un crecimiento más rápido del país y no contaba con ninguna clase de industria. La dinámica de Budapest partió menos de la industria que de la combinación de la modernización agraria con funciones centrales en el comercio y las finanzas.906 También algunas ciudades del imperio zarista, como San Petersburgo y Riga, deben el constante crecimiento demográfico a la expansión comercial, que estaba relacionada con un sector artesano numeroso y todavía eficiente; la industria tuvo un papel secundario.907 En un campo especialmente dinámico del desarrollo económico las ciudades podían dejar pasar oportunidades: hasta mediados de la década de 1840, St. Louis pasó a ser, con una celeridad asombrosa, la ciudad de referencia del valle del Misisipi y el centro de todo el Oeste norteamericano. Pero sobre todo porque dejó pasar la

ocasión de adquirir una base industrial, a los pocos años tuvo que ceder la posición de primacía a Chicago. La *window of opportunity* se cerró y la economía de St. Louis se vino abajo.908 Una vuelta por los centros de ciudades como Londres, París y Viena pone de manifiesto que nunca fueron ciudades industriales. Al contrario, alojan las huellas de una batalla por impedir que la industria destruyera la cultura de gran ciudad. Las metrópolis emblemáticas del siglo XIX crearon su apariencia perdurable más en su defensa frente a la industrialización que por rendirse a sus consecuencias.909 Por otro lado, durante el siglo XX, la formación de megaciudades *desprovistas* de base industrial (Lagos, Bangkok, Ciudad de México, entre otras) debería corroborar la idea de que entre urbanización e industrialización solo existe una conexión laxa. La urbanización es un proceso verdaderamente global, mientras que la industrialización es un proceso esporádico de formación de un centro «desigual».

Ciudades señeras

Solo cuando se separa la urbanización del marco temporal del siglo XIX y de una asociación demasiado estrecha con la «modernidad», se puede determinar el lugar de este siglo en los períodos más amplios de la evolución urbana.910 Con ello también se pone en duda la pretensión de que Europa monopoliza la urbanización. Igual que la ciudad no es un invento de Europa, tampoco lo es la *gran* ciudad. Durante la mayor parte de la historia documentada, las ciudades más pobladas del mundo se hallaban en Asia y el norte de África. Se cree que, hacia 1700 a. C., Babilonia ya había superado la cifra de 300.000 habitantes. La Roma imperial fue la única excepción: sumaba más habitantes incluso que las mayores ciudades de la China de la época. Se representaba a sí misma, sin embargo, no a Europa. Roma rebasó en el siglo II d. C. el listón del millón de habitantes; Pekín no lo hizo hasta finales del siglo XVIII y Londres, hasta poco después de 1800.911 La Roma imperial fue un caso único en la historia del

asentamiento humano. No se alzaba en la cumbre de una pirámide de ciudades europeas, finamente escalonada; por decirlo así flotaba por encima de un mundo de asentamientos dispersos. Solo Bizancio, que tampoco reposaba sobre una jerarquía escalonada, estuvo cerca de alcanzar las dimensiones de ciudad mundial en su época dorada (esto es, antes de la catástrofe de la cuarta cruzada, 1204).

En general, hasta bien entrado el siglo XIX, las cifras de población de las ciudades no occidentales —más aún que en el caso de las europeas y estadounidenses— dependen de cálculos que descansan sobre bases muy poco sólidas. En 1899 todavía lamentaba un lacónico Adna Ferrin Weber, padre de la estadística urbana comparada, que el imperio otomano estaba lleno de ciudades, pero que solo las mayores eran «conocidas de los estadísticos, y aun de forma insuficiente».912 Por ello, los datos que siguen no son más que conjeturas más o menos fundamentadas. Cuanto mayor era la ciudad, más probable era que hubiera sido objeto de las impresiones de viajeros u otros comentaristas. Esto nos permite, al menos, barruntar las dimensiones de las mayores ciudades del mundo en distintos cortes temporales.

Hacia 1300, de las ciudades europeas, solo París figuraba entre las diez más pobladas del mundo. Pero solo en sexto lugar, detrás de Hangzhou, Pekín, El Cairo, Cantón y Nankín, seguida de Fez, Kamakura (en Japón), Suzhou y Xi’an.913 Seis de estas ciudades se hallaban en China, las primeras noticias de la cual llegaban entonces a Europa por medio de Marco Polo. Hacia 1700, el panorama había cambiado. A consecuencia del crecimiento de los imperios musulmanes de la Edad Moderna, ahora Estambul era la primera, Isfahan, la tercera, Delhi, la séptima, y Ahmedabad, en el mismo imperio mogol de la India, la octava. París, la quinta, había sido superada por poco por Londres, la cuarta, y no había otras ciudades europeas en la lista. La capital francesa ya no volvió a adelantar a la inglesa. Pekín estaba en segundo lugar, y las otras ciudades del pódium

estaban en Japón, que con la paz Tokugawa acababa de dejar tras de sí un siglo de frenético desarrollo urbano: Edo, Osaka y Kioto.914

En 1800, la situación había cambiado poco:

1. Pekín	1.100.000	6. Hangzhou	500.000
2. Londres	900.000	7. Edo (Tokio)	492.000
3. Cantón	800.000	8. Nápoles	430.000
4. Estambul	570.000	9. Suzhou	392.000
5. París	547.000	10. Osaka	380.000

915

Seis de estas ciudades estaban en Asia (siete, si se quiere incluir Estambul). Por detrás de Londres, París y Nápoles, no hay otra ciudad europea hasta el 15.º lugar: Moscú, con 238.000 habitantes, seguida de Lisboa, con una cifra casi idéntica, y en 17.º lugar Viena, con 231.000. De las 25 ciudades principales del mundo —si seguimos los cálculos de Chandler y Fox, que cuentan con un apoyo suficiente de las fuentes, aunque dadas las circunstancias, no pueden partir de un concepto estadísticamente unitario de ciudad—, en 1800 solo seis estaban en el Occidente cristiano. Berlín, con 172.000 habitantes, quedaba a nivel de Bombay y Benarés. En América, la lista la encabezaba Ciudad de México (128.000), seguida de Río de Janeiro (100.000), la gran ciudad de la América portuguesa. Hacia 1800, en cuanto al desarrollo urbano, Norteamérica todavía iba por detrás del sur del continente, aún no independizado. La ciudad principal seguía siendo Filadelfia (69.000), la primera capital de Estados Unidos. Pero Nueva York ya estaba preparada para saltar a la posición de cabeza. Gracias a una inmigración insospechada y a una explosión económica, se había convertido en el principal puerto atlántico de Estados Unidos y, en el nuevo siglo, llegaría a ser también la ciudad más grande del país.916 Australia, que como Norteamérica fue escenario de un crecimiento demográfico explosivo, en 1800 no tenía aún historia urbana. Sus habitantes de origen europeo habrían cabido sin dificultad en la

residencia de cualquier príncipe alemán.917

A partir de estas impresiones numéricas, destaca que hacia 1800 las culturas urbanas dominantes todavía eran China, la India y Japón. En cuanto al significado de «ciudad» en cada lugar, las diferencias eran enormes. Los visitantes europeos hallaban la ciudad amurallada a la que estaban acostumbrados, sobre todo, en China, pero ni siquiera aquí era así en todas las regiones. En sus relaciones se habla una y otra vez de las ciudades sin forma, no «urbanas» de Asia. A veces parece perderse del todo la relevancia de la oposición clara entre mundo urbano y mundo rural. La isla de Java, por ejemplo, tenía una gran densidad de población en el siglo XIX, pero no en el espacio centralizado de unas pocas grandes ciudades y sin los pueblos en su mayor parte aislados y de economía autárquica que se solía atribuir a Asia; era más bien una gran zona gris entre la ciudad y el campo, en realidad, ni una cosa ni la otra.918 Aun así, *todas* las ciudades representaban una atmósfera de comunicación condensada y la arena de consumo de los excedentes producidos en el campo. Eran los nodos de alguna especie de red de migración y comercio. Todas debían resolver problemas de abastecimiento y orden público, que eran distintas a los de la «campiña»: las grandes ciudades de Asia habían podido solventar estos problemas, porque de otro modo, no habrían llegado a existir. El *hecho* de hallarse en una ciudad lo reconocía hasta el viajero más torpe: la gramática de la vida urbana era comprensible por encima de las fronteras culturales.

Poblaciones urbanas: Asia oriental y Europa

La urbanización, entendida como estado mesurable de una sociedad, es una magnitud relativa y ciertamente artificial, que inventaron los estadísticos del siglo XIX. Implica que el crecimiento de las diversas ciudades se desarrolla en relación con el entorno. El valor más significativo es el porcentaje de habitantes urbanos en la población total. Este porcentaje no tiene por qué ser más elevado allí donde están las ciudades más

grandes. Aporta mucha información comparar Europa con los países del este de Asia, es decir, la zona del mundo en la que, durante la Edad Moderna, se formaron las principales congregaciones de carácter urbano. Hacia 1600, Europa había superado un poco el grado de urbanización de China, donde la proporción de la población urbana llevaba unos mil años siendo relativamente estable. Aun así, *en promedio*, las ciudades chinas eran más populosas que las europeas. En China había dos regiones: las tierras del curso bajo del Yangzi (con Shanghái, Nankín, Hangzhou, Suzhou, etc.) y el sureste (la ciudad portuaria de Cantón, la zona inmediata y el *hinterland*) que impresionaron una y otra vez a los viajeros europeos de la Edad Moderna por la densidad de población y las dimensiones de las ciudades. En 1820, China contaba con 310 ciudades de más de 10.000 habitantes; Europa, en 1800 —sin contar Rusia — tenía 364. En China la población media era de 48.000 habitantes, en Europa, de 34.000.919

La siguiente tabla ofrece los porcentajes para fechas de corte elegidas del siglo XIX:

TABLA 7: PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN EN ASENTAMIENTOS CON MÁS DE 10.000 HABS., H. 1820-1900

	China	Japón	Europa occidental
1820-1825	11,7	12,3	–
déc. 1840	3,7	–	–
1875	–	10,4	–
déc. 1890	4,4	–	31,0

FUENTES: China y Japón: Gilbert Rozman, «East Asian Urbanization in the Nineteenth Century: Comparisons with Europe», en: Ad van der Woude, Akira Hayami y Jan de Vries (eds.), *Urbanization in History: A Process of Dynamic Interactions*, Oxford, 1990, p. 65, Tab. 4.2a/4.2b; Europa occidental: Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, 2001, p. 40, Tab. 1-8c.

Destaca con claridad, por un lado, la constante posición intermedia de Japón entre China y la Europa occidental; por el

otro, la extraordinaria celeridad del proceso de construcción urbana de Europa, pasado el primer cuarto de siglo. En vísperas de que Occidente forzara la apertura de los dos grandes países del Asia oriental, el porcentaje de población urbana de Japón multiplicaba por más de tres el de China. Pero ¿este método de comparación resulta legítimo? ¿Era Japón ya entonces —según el criterio del grado de urbanización— «más moderno» que China? La distancia se reduce cuando desglosamos regionalmente el promedio del gigante asiático y no comparamos Japón con el conjunto de China, sino con su macrorregión económicamente más desarrollada, el Bajo Yangzi; en este caso, las cifras demográficas son menos disparejas. En el Bajo Yangzi, el porcentaje de población urbana de la década de 1840 era del 5,8 %; en 1890 había ascendido al 8,3 %, bastante cerca del 10,4 % de Japón en la fase de su primera modernización.920 Si lo miramos en números absolutos —interesándonos por cuántas personas vivieron la experiencia de la vida urbana en estas regiones tan densamente pobladas—, se observa lo siguiente. En 1825, 3,7 millones de japoneses vivían en ciudades de más de 10.000 habitantes; en 1875 eran solo 3,3 millones. Las cifras de China son de 15,1 millones en la época de la guerra del Opio y 16,9 millones en la década de 1890.921 En el caso de Europa, solo contamos con los cálculos de Paul Bairoch y sus colaboradores, que consideran como ciudad el asentamiento de más de 5.000 habitantes. Según estos cálculos, en la Europa continental vivían en ciudades, en 1830, 24,4 millones de personas, y en 1890, ya eran 76,1 millones.922 Como aquí hablamos solo de cifras aproximadas, lo que podemos deducir es que, hacia 1830, en ningún caso existía una oposición entre una Europa urbana y un este de Asia rural; hacia 1890, la evolución se había polarizado.

Las experiencias de la urbanización del siglo XIX en China y Japón fueron tan claramente distintas entre sí que induciría a error partir de un modelo urbanizador conjunto, «asiático

oriental». En Japón, paradójicamente, la modernización iniciada por el estado condujo a una desurbanización temporal. Con la abolición de los señoríos feudales (de los daimios o *han*), la pérdida de privilegios de las ciudades con castillo como centros administrativos, y el final de la obligación de que los samuráis residieran en esas ciudades con castillo y la corte del sogún en Edo (Tokio), aumentó la movilidad horizontal en las zonas rurales, de lo cual se aprovecharon sobre todo las ciudades de tamaño intermedio. En la transición de la era Tokugawa a la Meiji, Tokio pasó de más de un millón de habitantes a 860.000 en 1875. En este caso, en la contracción estaba la semilla de la recuperación, porque muchas tierras de los daimios en la zona urbana de Tokio cayeron en manos del nuevo gobierno, que las destinó de forma planificada al crecimiento de la ciudad. En China, el escaso ascenso del porcentaje urbanizado también se explica ante todo como efecto de la modernización: la incorporación de las regiones costeras a la economía mundial y el crecimiento rápido de algunas ciudades portuarias, con Shanghái en cabeza. Los incrementos, por lo tanto, se producen casi sin excepción en el Bajo Yangzi y la región de Cantón y Hong Kong. En su conjunto, sin embargo, Japón siguió siendo lo que era, en comparación con China, desde principios del siglo XIX: una sociedad claramente más urbanizada.

A más largo plazo, podemos extraer varias consecuencias de la comparación con Europa. En la Edad Moderna, Europa no llegó nunca a las cifras absolutas de población urbana que exhibieron China y Japón en común; además, el Asia oriental poseía más ciudades *muy grandes*. Europa, después de 1550, experimentó un primer impulso de urbanización, y un segundo, a partir de 1750.[923] Entre 1500 y 1800, el porcentaje de la población urbana se duplicó. Entre 1650 y 1750, el grado de urbanización de Europa estuvo algo por debajo del japonés, en una posición similar a la del Bajo Yangzi y por encima del de China en su conjunto. El rápido crecimiento de Europa en el siglo XIX no se explica tan solo como consecuencia de la

industrialización y la emergencia paralela de las ciudades fabriles. Tenía raíces algo anteriores en lo que Jan de Vries denomina la «nueva urbanización» posterior a 1750: un proceso —que se inició en Inglaterra y a partir de 1800 se extendió al sur de Europa— de crecimiento de la población urbana en su conjunto, sobre todo de las ciudades medias y pequeñas. En cambio, el crecimiento de las ciudades *muy grandes* fue menos espectacular y se movió dentro del marco de la tendencia demográfica general. Solo el ferrocarril dio un nuevo impulso al crecimiento desproporcionado de las grandes ciudades, sin que se llegara nunca a una urbanización «hidrocéfala» y la formación de las megaciudades habituales en el siglo XX fuera de Europa.

Jerarquías

Así, a lo largo del siglo XVIII, salvo en Rusia o España, en Europa se fue desarrollando lentamente una jerarquía de ciudades escalonada y con buena representación de todos los tamaños. Jan de Vries, empirista cauteloso que prefiere hablar de «microrregiones» antes que de los estados nacionales en su conjunto y menos aún de toda Europa, considera razonable, a la vista de la regularidad de esta distribución de posición y tamaño (*rank/size*), hablar de un modelo de urbanización característico de Europa.924 Las ciudades de Europa (al oeste de Rusia) formaban un sistema geográficamente muy integrado, unido mediante interacciones densas y verticalmente diferenciado sin pausa, al que también pertenecían (primero, de formas que no se ha logrado explicar bien) las ciudades coloniales de ultramar. De Vries constata otra peculiaridad de Europa a finales del siglo XIX: en algunos países, quizá por primera vez en la historia, se superó el umbral a partir del cual el motor principal de la urbanización no fue ya la inmigración desde las zonas rurales u otros países, sino la reproducción natural en las propias ciudades. Por el contrario, aunque la población de las ciudades más grandes de *Estados Unidos*, en las que se concentraban los inmigrantes, poseía un desarrollo

económico comparable al de la Europa noroccidental, no alcanzaron la autorreproducción antes de la primera guerra mundial.925 Por mucho escepticismo que nos provoque la afirmación (de base principalmente ideológica) de que Europa siguió una trayectoria singular, lo cierto es que en la vía de la urbanización hay razones empíricas para creer que sí.

Los estudiosos de la urbanización tienden a valorar comparativamente las estructuras de las ciudades. Prestan atención a si «parece correcta» la relación entre las ciudades grandes, medianas y pequeñas. En este sentido, se dice que, junto con Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos o Alemania, en el siglo XIX también Estados Unidos poseía una jerarquía urbana «madura». Dinamarca o Suecia, con el predominio claro de Copenhague y Estocolmo, carecían de ella. Lo mismo cabe afirmar de Rusia, que en realidad no tenía más grandes ciudades que las dos metrópolis de San Petersburgo (en 1913, la cuarta ciudad más grande de Europa) y Moscú: la que en la década de 1890 era la tercera ciudad del país, Sarátov, apenas llegaba a la décima parte de la población de San Petersburgo. Las tendencias dinámicas de Rusia en los últimos años del imperio zarista no afectaron a las típicas capitales de las gobernaturas, creadas por el poder central y destinadas a funciones militares y administrativas de las que nunca fueron más allá: su población llegó, a lo sumo, a las 50.000 personas.926 La ausencia de un sistema urbano escalonado fue un gran obstáculo para la modernización de Rusia.

Japón, en cambio, se acercaba al ideal del espectro urbano continuo. También lo hizo China en la época tardía, aunque en el siglo XIX le faltaron ciudades pequeñas (entre 10.000 y 20.000 habitantes) y el crecimiento rápido de las urbes muy grandes se limitó a unas pocas metrópolis situadas casi todas en la costa o las inmediaciones. La suposición de los estudiosos según la cual tales vacíos y desproporciones en la escala de los tamaños urbanos eran indicios de debilidad en la conexión con la red del sistema de ciudades contradice, de hecho, los

hallazgos de historiadores chinos que han podido demostrar la creciente integración de un mercado «nacional». En otras palabras: resulta problemático partir de la norma de una jerarquía uniforme de las ciudades, de carácter más bien «estético» y basada en ejemplos occidentales, sin explicar con claridad cómo funcionaban económicamente las distintas estructuras. En China, además de las escasas metrópolis costeras, crecieron en número y tamaño medio sobre todo aquellas ciudades intermedias que no eran sede de la administración y, por ende, en ellas el comercio podía desarrollarse con menos reglamentación estatal (los expertos hablan de «centros comerciales no administrativos»). Una jerarquía «no ideal», por lo tanto, podía tener su propio sentido.

3. ENTRE LA DESURBANIZACIÓN Y EL SUPERCRECIMIENTO

Contracciones

Hay que ser muy cuidadoso con las valoraciones. El crecimiento cuantitativo de las ciudades, aunque sea especialmente rápido, no es por sí solo el síntoma de una modernización que avanza frenéticamente; y a menudo la desurbanización fue un fruto de la crisis y el estancamiento, pero no siempre. En Japón, como en Europa, la «protoindustrialización» del siglo XVIII se acompaña de una emigración desde las grandes ciudades. Antes de 1800, de hecho, se constatan casos de desurbanización en varias partes de Europa, como por ejemplo Portugal, España, Italia y los Países Bajos.927 La reducción de la vida urbana en el sur de Europa reflejó una tendencia general de desplazamiento del centro de gravedad de la cultura urbana europea hacia el norte y a través del Atlántico. Solo hacia 1840 se rompieron en toda Europa estas tendencias viejas al declive de las ciudades.

Los Balcanes representan una excepción. En comparación con regiones de un similar estadio de desarrollo económico, la región estaba muy urbanizada. Esto no fue fruto de una dinámica propia del siglo XIX, sino de procesos anteriores: los otomanos valoraban mucho la cultura urbana y las plazas

militares fortificadas tenían especial importancia. Al terminar el dominio otomano, varios países balcánicos vivieron una desurbanización. Fue el caso de Serbia, donde el peso de las ciudades se redujo claramente durante los disturbios de 1789 a 1815. En 1777, Belgrado tenía unas 6.000 casas, pero en 1834 solo se contaron 769.928 La revolución serbia destruyó por completo las instituciones otomanas y, con ello, la estructura urbana se tornó superflua; algo parecido ocurrió en Montenegro a partir de 1878. En Bulgaria se constata, como mínimo, una recesión urbana sostenida.

La desurbanización del sureste asiático tuvo otras causas. A consecuencia de un auge comercial, aproximadamente a partir de 1750, las ciudades habían crecido mucho. En los primeros años del siglo XIX, más de una décima parte de la población de Siam vivía en Bangkok.929 La situación era parecida en Birmania y en la pluralidad de estados de Malasia. Sin embargo, con la expansión de la cultura arrocera, desde 1850, se inició un «acampesinamiento» (*peasantization*) y, con ello, un incremento relativo de la población rural. Entre 1815 y 1890, el porcentaje de la población javanesa que vivía en ciudades de más de 2.000 habitantes se redujo del 7 % al 3 %. Esto fue consecuencia directa de una creciente orientación de la economía hacia la exportación. Para 1930, el sureste asiático se había convertido en una de las grandes regiones del mundo con menor grado de urbanización. Solo en la Siam no colonizada se mantuvo la primacía tradicional de la gran capital, Bangkok, que adoptó este papel desde 1767. El resto de las capitales coloniales fueron, desde el punto de vista funcional, mucho menos relevantes de lo que habían sido las metrópolis del pasado dinástico.930 Únicamente en las Filipinas, por sus condiciones políticas de extrema descentralización, las ciudades no habían sido un lugar de concentración del poder antes de la era colonial. Por ello mismo, Manila —fundada por los españoles en 1565— pudo reunir desde el principio todas las funciones administrativas, militares, eclesiales y económicas y

dominar la colonia con una intensidad que no se reprodujo en ningún otro dominio. Las Filipinas suponen, por lo tanto, un ejemplo temprano y duradero de la estructura «hidrocéfala» que caracterizaría luego a países tan distintos como Siam y Hungría.931 En Java, la presencia neerlandesa solo empezó unas pocas décadas después que la española en la gran isla filipina de Luzón; y sin embargo, Batavia —cuya economía, como la de Manila, no habría funcionado sin la presencia de una activa comunidad china— nunca logró la plena hegemonía sobre las ciudades de residencia de los caudillos autóctonos. En las Filipinas no se formaron centros secundarios, todavía relativamente débiles, hasta más o menos finales del siglo XIX.932

El dominio colonial, por lo tanto, según fueran las circunstancias, podía hacer que la urbanización se acelerase, frenase o revirtiese. En la India, probablemente, la población no se incrementó entre 1800 y 1872. Casi todas las grandes ciudades del período prebritánico perdieron habitantes: Agra, Delhi, Varanasi, Patna y muchas otras. En su conquista del subcontinente, entre 1765 y 1818, los británicos se habían adueñado de sistemas urbanos muy avanzados, lo que no tiene parangón en la historia colonial. En las guerras de conquista se destruyeron elementos de la infraestructura urbana y de conexión interurbana, como por ejemplo las renombradas carreteras de larga distancia. Los británicos introdujeron nuevos impuestos y monopolios, lo cual a menudo dificultó el comercio autóctono; no pocos comerciantes abandonaron la ciudad y escaparon de la fiscalidad huyendo a las zonas rurales. También el desarme de las tropas nacionales, la reducción de industrias urbanas como la producción de armas y la supresión de la administración principesca contribuyeron a la desurbanización. En los primeros años de la década de 1870, la tendencia se invirtió, pero aún lentamente. Hacia 1900, el grado de urbanización de la India no era sustancialmente mayor que el de cien años antes.933

La desurbanización del conjunto de una sociedad supone, en el plano individual, que las ciudades se encogen.934 Ya hemos visto antes que Tokio vivió esta experiencia de forma temporal. En otros casos asiáticos, las ciudades no lograron recuperarse de la destrucción de tiempos anteriores hasta finales del siglo XIX. En Isfahán, la brillante capital del sah safávida, vivían 600.000 personas; después de quedar asolada por una invasión afgana en 1722, en 1800 seguía siendo una sombra de sí misma, con tan solo 50.000 habitantes, y en 1882 no pasaba de 74.000. Agra, la capital del imperio mogol, no recuperó hasta 1950 el medio millón de habitantes que había tenido en 1600. Había perdido para siempre su peso central en la política. Varias ciudades de Asia o África se desmoronaron cuando los estados con los que habían crecido fueron destruidos por el colonialismo, o cuando las rutas comerciales se trasladaban. En la Europa de la Edad Moderna, la decadencia de las ciudades no había sido nada inusual. Las ciudades de crecimiento rápido, como Londres, París o Nápoles, coexistieron con otras estancadas o en retroceso. Muchas ciudades alemanas de medio tamaño se engrosaron poco entre la Reforma y mediados del siglo XIX: Núremberg, Ratisbona, Maguncia o Lubeca, entre otras. Venecia, Amberes, Sevilla, Leiden o Tours poseían en 1850 menos habitantes que en 1600. En 1913, Roma, con 600.000 personas, alcanzaba poco más de la mitad de sus dimensiones de antaño. Si aceptamos que en la Atenas de Pericles vivieron cerca de 150.000 personas, antes de 1900 la capital griega aún no había recuperado esa cifra. En casi toda Europa empezó un cambio de tendencia hacia 1850, cuando se inició un proceso de urbanización *general* que afectó a *todos* los países del continente (incluso a Portugal, el farolillo rojo). A partir de aquí, ni una sola de las grandes ciudades con importancia en Europa volvieron a perder habitantes. El fenómeno de la decadencia urbana quedó relegado, por el momento, al pasado.

Supercrecimiento

Si nos fijamos en ciudades aisladas, el crecimiento cuantitativo resulta singularmente espectacular allí donde, estadísticamente, se partía de la nada. No extrañará, por lo tanto, que en el siglo XIX el crecimiento urbano más acelerado se diera en Australia y Estados Unidos. Melbourne, capital de la colonia de Victoria (y del actual estado federal del mismo nombre, que la sucedió), no era en 1841 sino un pueblo grande, de 3.500 habitantes. Entonces llegaron los hallazgos de oro y, por lo demás, un raudo desarrollo económico de Victoria; y en 1901 ya se superó el umbral de los 500.000 habitantes.935 En el cambio de siglo (igual que hoy en día), Australia poseía una jerarquía urbana de cabezas muy pesadas: había unas pocas grandes ciudades dominantes —que eran todas ellas, al mismo tiempo, centros económicos, sedes de los gobierno estatales y puertos transoceánicos— y luego ciudades medias, de desarrollo débil; se trataría de un modelo «del Tercer Mundo», que sin embargo en este caso no fue obstáculo para una evolución muy dinámica. Desde el punto de vista estadístico, Australia pasó a ser una de las regiones más urbanizadas del mundo.936

La Norteamérica colonial fue un mundo más bien rural, de ciudades pequeñas en las que no cabía hablar del anonimato urbano. Solo unas pocas ciudades —Boston, Filadelfia, Nueva York, Newport o Charleston (Virginia)— alcanzaron las dimensiones de lo que eran por entonces las ciudades de provincias de Inglaterra. El gran impulso urbanizador de Estados Unidos se produjo a partir de 1830 y duró cerca de cien años. Desde 1900, el porcentaje de la población que vive en grandes ciudades de más de 100.000 habitantes no ha vuelto a subir significativamente.937 Con mucha más fuerza que en Europa, en Estados Unidos la urbanización estuvo orientada hacia los nuevos medios de transporte: el canal y el ferrocarril. Solo en este momento se pudo crear una ciudad como Denver, en Colorado, sin ninguna conexión con vías fluviales: fue en todos los sentidos una creación del ferrocarril.938 Solo el tren

hizo de las ciudades aisladas sistemas urbanos enlazados. Incluso en el noreste atlántico, con las viejas ciudades de la antigua era colonial, el ferrocarril comportó numerosas fundaciones y en general logró comprimir tanto horizontal como verticalmente lo que acabó siendo un sistema urbano. En el oeste de Estados Unidos, esta clase de sistema emergió de pronto pasada la mitad del siglo. En cabeza se puso Chicago, que vivió una explosión y pasó de 30.000 habitantes en 1850 a 1.100.000 cuarenta años más tarde.939 Chicago y otras ciudades del Medio Oeste surgieron literalmente de la nada (al igual que, en esa misma época, las urbes de Australia). A lo largo de una «frontera urbana» que avanzaba hacia el oeste crecieron ciudades que no seguían el modelo de Europa, sino que se fundaban de forma previsora, como cabezas de puente del comercio, antes de que se labraran los campos del entorno.940 En la costa del Pacífico, en el oeste de Estados Unidos, la atractiva red de misiones españolas ofrecía al menos una base geográfica para la formación de ciudades. Así, California nunca fue campo de acción de indios y vaqueros. A falta de una estructura rural básica, en 1885 la población urbana ascendía ya a más de la mitad del total, en una época en la que el valor promedio del conjunto del país era del 32 %.941 Pero la auténtica explosión demográfica, en cifras absolutas, empezó después. En la década de 1870, Los Ángeles todavía exhibía rasgos propios de un «pueblo» mexicano; solo más adelante se tornó «anglo», es decir, mayoritariamente de lengua inglesa, religión protestante y raza blanca.942

Junto al crecimiento urbano en las Midlands, la región central de Inglaterra, durante la revolución industrial, la urbanización del Medio Oeste de Estados Unidos y de la costa suroriental de Australia en el siglo XIX fueron los casos más espectaculares de aparición rápida de auténticos archipiélagos urbanos. En circunstancias especiales también podía darse el auge de ciudades relativamente aisladas. Así, impulsada por el raudo establecimiento de una economía exportadora en una «frontera»

agrícola, una ciudad como Buenos Aires —que durante el dominio español no se había destacado— pudo pasar de 64.000 habitantes (en 1836) a 1.576.000 (en 1914).943

En Europa hubo pocos casos de multiplicación tan acelerada. Durante todo el período de 1800 a 1890, Berlín, Leipzig, Glasgow, Budapest y Múnich, estuvieron entre las grandes ciudades de crecimiento más veloz, con un aumento anual del 8-11 %. Las otras —también Londres, París y Moscú— se expandieron más despacio. Así pues, las tasas de crecimiento del Nuevo Mundo, incluidas las ciudades más antiguas de origen colonial, no se dieron en ningún lugar de Europa: Nueva York, 47 %; Filadelfia y Boston, 19 %.944 El panorama se presenta algo distinto si se analizan por separado las dos mitades del siglo. En este caso se constata que el crecimiento de las grandes ciudades de la costa oriental de Estados Unidos, durante la segunda mitad del siglo, no se diferencia fundamentalmente del europeo. De hecho, en todo el mundo, las décadas posteriores a 1850 fueron la época culminante del flujo de inmigrantes a las grandes ciudades; y las incorporaciones de núcleos de población anejos también incrementaron la superficie y el número de habitantes de los municipios. Solo en Inglaterra y Escocia (y en menor medida, en Bélgica, Sajonia y Francia) la transformación fue más intensa en la *primera* mitad del siglo que en la segunda. En Dinamarca y los Países Bajos, de hecho, el porcentaje de la población urbana se redujo en este período. Entre 1850 y 1910, aproximadamente, se dieron las tasas de crecimiento anual más elevadas de toda la historia de la población urbana de Europa.945 En 1850 había en Europa dos ciudades con más de un millón de habitantes —Londres y París— y luego, a gran distancia, un grupo de ciudades de entre 300.000 y 500.000 habitantes. En 1913, este «escalón» quedó nivelado. Ya había trece ciudades con más de un millón de habitantes: Londres, París, Berlín, San Petersburgo, Viena, Moscú, Manchester, Birmingham, Glasgow, Estambul, Hamburgo, Budapest y

Liverpool.946
¿Qué fuerzas impulsaron el crecimiento de las ciudades? A diferencia de lo que ocurría en etapas anteriores de la historia, la voluntad política ya no fue un factor primario. En el siglo XIX apenas hubo actos de fundación titánicos, como cuando el caudillo Tokugawa Ieyasu estableció Edo (Tokio), en 1590; cuando Madrid fue elevada a capital de España, en 1561 (aunque no se consolidó como metrópoli urbana antes de 1850); cuando el zar Pedro I, en 1703, decidió levantar el fortín de San Petersburgo en una isla del río Neva; o cuando el joven Estados Unidos decidió instalar una capital completamente nueva junto al río Potomac, en 1790. En el mejor de los casos, entraría en esta categoría el traslado del gobierno virreinal de la India británica, que en 1911 pasó de Calcuta a Delhi, y la construcción de una capital de prestigio en la nueva ubicación. Las ciudades ya no crecieron por el mero hecho de ser residencia o sede del gobierno. Solo representaron una excepción, pero de escaso éxito demográfico, algunas capitales coloniales de África —como Lagos, que en 1900, en comparación con la antigua metrópoli nigeriana de Ibadán, era tan solo un tercio de esta; o Lourenço Marques (hoy, Maputo) capital del África oriental portuguesa— y algunos puestos avanzados de la expansión oriental de Rusia: Blagovéshchensk (1858), Vladivostok (1860), Jabárovsk (1880). Como prueba de lo contrario están los numerosos lugares de residencia de poderes pequeños que, tras la formación del estado nacional en Alemania, Italia o Japón, perdieron gran parte de sus funciones. También perdieron su relevancia y, a menudo, muchos habitantes.
El crecimiento de las ciudades, en el siglo XIX, estuvo más determinado que nunca por las fuerzas del mercado y la iniciativa privada. El ascenso de algunas de las ciudades más grandes y dinámicas del mundo fue el fruto de iniciativas «ciudadanas» privadas. No eran tanto las sedes del poder y la alta cultura de prestigio como centros comerciales que

competían ferozmente con lugares de superior condición política. Chicago, Moscú y Osaka representan este tipo especialmente bien.947 Las características que de veras podían situar a una ciudad con ventaja eran ahora distintas: una mejor organización social de la división del trabajo, una mayor disponibilidad de servicios especializados (por ejemplo en el sector financiero), mecanismos de mercado más complejos o comunicaciones más rápidas. Las grandes ciudades podían dilatar enormemente su radio de operación gracias a las nuevas tecnologías: navegación a vapor, canales, ferrocarriles, telegrafía, etc. A las ciudades que, sin ser desde el principio centros industriales, podían poner a disposición del mercado mundial los recursos de un extenso *hinterland* —como Buenos Aires, Shanghái, Chicago, Sídney o Melbourne—, les aguardaba la oportunidad de un crecimiento particularmente alto. En general, tanto en los contextos coloniales como en los no coloniales, las ciudades portuarias se apuntaron los crecimientos particularmente elevados. En el caso de Japón, por ejemplo, se ha querido ver que la fuente principal del desarrollo de las grandes ciudades no fue la industrialización, sino el comercio exterior tras la apertura del país.948

Sistemas urbanos

A pesar de que las ciudades viables solo raramente se fundaron por decisión de las autoridades, una coordinación estatal central, por lo general, tenía un efecto positivo. La formación y consolidación de los sistemas urbanos se vio facilitada por la existencia de gobiernos centrales fuertes, que crearon condiciones relativamente uniformes en zonas extensas: por la creación de amplios espacios monetarios y legales, la estandarización de normas de comunicación e intercambio, y la planificación de infraestructuras orientadas al beneficio comunitario. El último de estos puntos reviste una importancia especial. Ya antes de la era del ferrocarril, en Inglaterra y Estados Unidos, los sistemas de ríos y canales habían favorecido mucho las intensificación de las relaciones

interurbanas. Al iniciarse el siglo XIX, los ríos y canales permitían enviar a Londres productos de todas las regiones de Gran Bretaña; y el orgullo, con el que se festejó en Estados Unidos, en 1825, la inauguración del canal del lago Erie, se basaba en buenas razones.949 Desde el punto de vista geográfico, en todo el mundo solo podía darse algo similar en la llanura del Ganges, en el *hinterland* de Cantón y en Jiangnan. En China, los distintos sistemas urbanos nunca se integraron en un único sistema nacional (ni siquiera en el corazón del país) y apenas se dio uso a las nuevas posibilidades tecnológicas. La integración horizontal y la diferenciación vertical de los sistemas urbanos tuvo que ver, por lo tanto, no solo con los procesos económico-sociales básicos, como la industrialización, sino también con la formación de los estados nacionales. En el siglo XIX, el éxito económico acompañó a los que dispusieron de un sistema urbano interiormente integrado y diferenciado y abierto hacia el exterior. Y aunque los estados nacionales requerían sistemas urbanos, las ciudades, por el contrario, no siempre dependían del marco de un estado nacional en funcionamiento. Ni una gran colonia portuaria como Hong Kong, ni tampoco una gran ciudad marítima no colonial como Beirut, situada en una de las zonas periféricas del imperio otomano, se vieron obstaculizadas en su desarrollo por la falta (o la relativa debilidad) de una integración territorial estatal.950 En su mayoría, los sistemas urbanos nacionales eran permeables al exterior: mientras el estado nacional (allí donde existía) se fue convirtiendo, con el paso del siglo, en el marco organizador de la economía —en la que los espacios urbanos de la industrialización desempeñaban un papel cada vez mayor—, las ciudades *más grandes* se integraban en redes internacionales de comercio, migración y comunicación. En otras palabras: incluso en la «era de los estados nacionales», no necesariamente los estados fueron «más fuertes» que las grandes ciudades, que actuaron como puntos de reunión y distribución de un capital no solo nacional y fueron la base

imprescindible de las relaciones «transnacionales». El desarrollo urbano no fue consecuencia directa de la formación de los estados ni, en la misma medida, fue tampoco un epifenómeno de la industrialización.951

En la Edad Moderna, las redes de larga distancia ya supusieron una dimensión insoslayable, sin la cual no se podría escribir la historia de las ciudades. A este respecto, había lazos comerciales regulares dentro de Europa (por ejemplo, con las grandes ferias) y también actividades marítimas, primero las del Mediterráneo y luego, con mucho mayor alcance, las de los puertos orientados al Atlántico: Lisboa, Sevilla, Ámsterdam, Londres, Nantes o Bristol, más los respectivos puertos de correspondencia en ultramar. Estos podían ser ciudades portuarias coloniales (Ciudad del Cabo, Bombay, Macao, Batavia, Río de Janeiro, La Habana) o bien puertos situados bajo control autóctono (Estambul, Zanzíbar, Surat, Cantón, Nagasaki). Las ciudades coloniales —por ejemplo, las de la América española o Batavia— eran a menudo copias apenas modificadas de los modelos urbanos europeos. Al menos *una* fundación colonial, sin embargo, se veía a sí misma como algo más que una cabeza de puente y satélite de Europa, y adoptó también funciones clave en la política y la cultura: hacia 1760, Filadelfia, con apenas ochenta años de vida y 20.000 habitantes, era un poco más grande que Nueva York y una de las ciudades más dinámicas del mundo anglohablante. Su núcleo, que reunía comercio, política y cultura, era el punto de conexión de la colonia de Pensilvania con todo el espacio del Atlántico.952

Una novedad del siglo XIX fue que la geografía del crecimiento urbano colonial pasó a obedecer más —también en el plano internacional— a las leyes del mercado que a las decisiones políticas. Así, hasta la década de 1840, en el imperio británico tuvieron vigencia las «Leyes de navegación» (*Navigation Laws*), que definían muchas de las relaciones comerciales de ultramar. Regulaban, por ejemplo, que un productor exportador como

Jamaica, a cambio de gozar del monopolio de sus productos en el mercado británico, debía obtener sus importaciones del Reino Unido. Estas leyes fueron un arma afilada en la rivalidad de los imperios comerciales europeos y, entre otros factores, contribuyeron a que en el siglo XVIII la importancia de Ámsterdam en la economía mundial cayera por debajo de la de Londres. Exactamente en el momento en que las Leyes de navegación se abolieron, en China, sometida a la presión británica, cesó el privilegio por el cual el puerto de Cantón podía monopolizar todo el comercio marítimo con Europa. Estas regulaciones mercantilistas, que existían de forma mutuamente independiente tanto en Asia como en Europa y sus colonias, acarrearon directa o indirectamente la preferencia por unas ciudades y obstáculos a la emergencia de otras. Las dependencias del camino nacidas durante la Edad Moderna siguieron funcionando después; habían creado hechos estructurales. Pero el triunfo universal de la libertad de comercio y de residencia, desde la década de 1840, reforzó el aspecto extraestatal y los rasgos de economía de mercado de la transformación formal de los sistemas urbanos.

Redes y nodos

¿Ahora bien, qué es un sistema urbano? El concepto se ha empleado hasta aquí sin una definición previa, y convendrá aportar un tanto de teoría. Los sistemas urbanos se pueden concebir de dos maneras. Por un lado, se pueden entender *en vertical*, como pirámides: entre una diversidad de aldeas en la base y un punto central en la cúspide se extiende un jerarquía más o menos escalonada de asentamientos de diversa dimensión: pequeñas ciudades con mercados periódicos, las que habían organizado un mercado permanente, ciudades medias con funciones administrativas y de servicios, etc. El planteamiento alternativo se pregunta por las relaciones interurbanas *horizontales*, es decir, por las redes en las que se integran y en cuya materialización y funcionamiento participan. Si el primer modelo se puede visualizar como una estructura de

subordinaciones y supremacías, el segundo puede verse como la interacción de un centro urbano con su periferia o con otros centros urbanos similares. Cuanto más asciende uno en la jerarquía, más fácil resulta combinar los dos modelos. En efecto, muchas ciudades, en especial las grandes, poseen lazos intensivos tanto verticales como horizontales. Para acceder desde la historia universal, el modelo de red horizontal es más fructífero. Como hace más hincapié en el carácter de nodo de una ciudad que en su posición dominante en una jerarquía regionalmente delimitada, pone de manifiesto que, probablemente, el hecho de que una ciudad controle el entorno inmediato es mucho menos importante que el control que pueda ejercer sobre mercados remotos o fuentes de abastecimiento. Así, las ciudades textiles de Lancashire mantenían una relación al menos igual de estrecha con los puertos rusos del mar Negro (donde se abastecían de cereales) o los latifundios algodoneros del Medio Egipto, que con el interior del vecino condado de Suffolk. Esta clase de topografía económica invisible, que no cabe reproducir en ningún mapa convencional, también tenía consecuencias políticas. Para ciudades como Manchester o Bradford, la guerra civil estadounidense tuvo efectos mucho más directos que revoluciones mucho más próximas como las de 1848-1849 en el continente europeo. Sin embargo, en el seno de un estado nacional las ciudades también se relacionaban con contextos mayores. Las ciudades del auge de la revolución industrial quizá organizaban con sus propios medios la producción, la adquisición de materias primas y la venta; pero aun así dependían de las decisiones políticas y financieras que se adoptaban en Londres.

El planteamiento de la red tiene además la ventaja adicional de poder explicar la formación de nuevas ciudades en la periferia. Muchas de las nuevas ciudades del siglo XIX no surgieron tanto de su entorno rural como crecieron porque fueron capaces de atraer intereses *externos*.953 Esto es válido para numerosas

ciudades de las colonias y el oeste de Estados Unidos, pero también para Dar-es-Salam, que a finales de la década de 1860 (es decir, antes de la era colonial) fue creada *ex nihilo* por Seyyid Majid, sultán de Zanzíbar, como punto final del comercio de caravanas;954 e igualmente para una metrópoli como Beirut, que emergía con rapidez. Al empezar el siglo XIX, Beirut tenía una población de tan solo 6.000 habitantes; en el cambio de siglo eran más de 100.000. Sin la antigua, pero aún viva, tradición urbana de Siria su ascenso no habría sido posible, pero el auténtico motor fue el relanzamiento del comercio en el conjunto del Mediterráneo, impulsado desde Europa.955

El hecho de que los sistemas urbanos, por principio, sean de fronteras abiertas es una consecuencia directa de la circulación constante. Las redes son el resultado de la acción humana. No poseen una existencia «objetiva». Los historiadores deben intentar verlas asimismo desde las perspectivas cambiantes de sus creadores y usuarios. Las redes también viven una incesante reconstrucción interna. Las relaciones mutuas de sus nodos interiores —las ciudades— se transforman sin descanso. Cuando una ciudad se estanca o experimenta una «decadencia», ello se debe valorar también en relación con el sistema urbano del que forma parte. A menudo, los diversos sistemas urbanos exhiben una gran continuidad entre el cambio. Así, en Europa, durante el último siglo y medio, ninguna de las ciudades de nueva creación ha logrado subir a una posición de auténtico primer nivel. También puede ocurrir que el balance conjunto del grado de urbanización se mantenga estable aun cuando el sistema, en su interior, haya sufrido un seísmo. La reducción y pérdida de funciones de una ciudad puede equilibrarse con el crecimiento en otro sitio. En la India se han expresado lamentos nostálgicos sobre la caída de muchas ciudades que habían sido sede de los poderes regionales; pero se pasa por alto que la dinámica económica (y en parte, la cultural) se ha desplazado a menudo hacia las ciudades menores, con mercado, que ocupaban una posición inferior en la jerarquía

funcional y de prestigio. Por detrás de las geografías urbanas oficiales pueden emerger, entre las sombras, repartos nuevos.956

Las ciudades que ocupan una posición dominante en los dos modelos (esto es, que son al mismo tiempo nodos importantes en las redes horizontales y espacios de centralidad en la cúspide de las jerarquías verticales) se pueden denominar asimismo «metrópolis». Por metrópoli entendemos una gran ciudad que (1) es una expresión reconocida de una cultura determinada; (2) ejerce control sobre una extensa zona interior o *hinterland*, y (3) atrae a muchas personas de otros lugares. Si adicionalmente forma parte de una red *global*, merecerá el título de «ciudad mundial» (*Weltstadt*, *world city*). ¿Hubo esa clase de «ciudades mundiales» en la Edad Moderna y el siglo XIX? La respuesta se complica porque el concepto se está empleando con diversos significados. Tautológicamente (y con exceso de simplificación), serían ciudades con una «importancia mundial, ya sea real o en potencia»; en este caso, la primera ciudad mundial habría sido la sumeria Uruk.957 Es un poco más precisa la idea de Fernand Braudel, para quien una «ciudad mundial» domina su *propia* y limitada «economía mundial», como hicieron durante un tiempo Venecia o Ámsterdam.958 Hasta el siglo XIX, sin embargo, no emergió la ciudad *hegemónica* a escala mundial, de la que hubo un único ejemplar: Londres. A partir de 1920, el puesto lo ocupó Nueva York. Por descontado, este punto de vista también está muy simplificado. En cuanto a una posible «capital cultural del mundo», reconocida ampliamente como tal, en el siglo XIX lo fue París más que Londres, con una fuerte competencia, hacia 1800 y 1900, de Viena, que en cambio apenas tenía peso en el comercio y las finanzas mundiales. La «cesión del testigo» de Londres a Nueva York tampoco fue tan neta como podría sugerir la fecha de un año exacto. Londres siguió siendo el centro de un imperio mundial y conservó una posición central en el ámbito financiero aun cuando su importancia relativa en

el comercio y la industria ya había menguado.
Hoy se suele hablar más bien de «ciudades mundiales», en plural. En este sentido, la ciudad mundial no es solo una metrópoli muy influyente (por ejemplo, como punto central de un gran imperio), sino un «actor global», nacionalmente arraigado, relacionado con una pluralidad de actores semejantes. Forma parte de un sistema urbano global, en el cual los lazos *entre* las ciudades mundiales de países distintos son más fuertes que la integración respectiva en el propio medio nacional o imperial, o con su zona de influencia. Este distanciamiento de la base territorial no ha sido posible hasta el desarrollo de las actuales tecnologías telemáticas.959 Varios de los parámetros de la interconexión global, que nos permiten determinar valoraciones sobre la posición de una ciudad en la jerarquía urbana universal, no se formaron hasta finales del siglo XIX; por ejemplo, las corporaciones transnacionales con una jerarquía interior propia de sedes principales y filiales, o las sedes de las organizaciones internacionales, o la integración en las redes mediáticas mundiales.
Aún no se han emprendido estudios empíricos sobre la forma y la frecuencia de los contactos entre las grandes ciudades del mundo durante el siglo XIX. Quizá lleguen a la conclusión de que un sistema de metrópolis *propio* —un verdadero sistema de las ciudades mundiales— no podía surgir hasta la aparición de las tecnologías de finales del siglo XX. Antes de que la telefonía intercontinental, la comunicación por radio y los vuelos regulares se convirtieran en hechos regulares y normalizados, por lo tanto, no se puede hablar de que las ciudades más grandes e importantes del mundo en los diversos continentes hubieran establecido una relación de comunicación e interacción *permanente*. La tecnología satelital e internet han supuesto un nuevo salto cuántico en la densidad de los contactos. A este respecto, el siglo XIX —cuando el viaje transatlántico todavía era una aventura onerosa y no un medio rutinario y asequible— se parece a una gris prehistoria de la

actualidad. Esto comprende incluso la era de los zepelines y del paso rápido del Atlántico (de 4 a 5 días de trayecto) en cómodos vapores transatlánticos, cuya edad dorada se inició en 1897 con la botadura del primer *superliner*: el *Kaiser Wilhelm der Große*, de 14.000 toneladas, de la naviera Norddeutscher Lloyd. La red de interconexión densa y perdurable de Londres, Zúrich, Nueva York, Tokio, Sídney y algunas otras metrópolis es una novedad posterior a 1960, que se debe a los vuelos regulares.

4. CIUDADES ESPECIALIZADAS, CIUDADES CORRIENTES

Destinos de peregrinación, turismo costero, ciudades mineras

A partir de una determinada dimensión, no es fácil clasificar las ciudades basándose en una única función. Desempeñan varios papeles al mismo tiempo. Las ciudades son, en su mayoría, pluralistas. En cualquier época, sin embargo, hay ciudades a las que *no* se les puede aplicar la afirmación anterior, pues concentraciones muy especializadas de mano de obra con una orientación concreta. A mediados del siglo XVII, Potosí, en la actual Bolivia, era la ciudad más grande de América, con unos 200.000 habitantes. Se levantaba a 4.000 metros sobre el nivel del mar, y las condiciones de vida eran sin duda muy duras; pero allí se explotaban las reservas de plata más abundantes de todo el Nuevo Mundo. Aún fue claramente mayor, a principios del siglo XVIII, Jingdezhen, en la provincia de Jiangxi (China central), un núcleo productor de cerámica para el mercado tanto autóctono como internacional, que probablemente representó la aglomeración manufacturera más densa del mundo antes de la era de la mecanización. En el siglo XIX siguió habiendo también ciudades monofuncionales de una variedad más antigua: los destinos de la peregrinación religiosa tienen una población extraordinariamente móvil y fluctuante, pero en sí suelen ser también muy estables y duraderos. Junto a centros tradicionales como La Meca y Benarés, surgieron muchos nuevos destinos en tierras de religión hinduista, budista, musulmana o cristiana, como Lourdes, en las faldas septentrionales de los Pirineos, cuyo ascenso como imán de la

peregrinación se inició a principios de la década de 1860. La peregrinación a los sitios sagrados era, a finales del siglo XIX, un negocio más próspero que nunca. El orientalista neerlandés Christiaan Snouck Hurgronje, que en 1884-1885 había pasado un año en Arabia estudiando la erudición musulmana, constató que la explotación profesional de los peregrinos había comportado una desagradable transformación del carácter de los mecanos, lo cual no había provocado pocas decepciones entre los píos caminantes.960 En Lourdes no pudo ser muy distinto. Los movimientos carismáticos pueden concentrar a multitudes en un tiempo muy breve. Omdurmán, el centro religioso del movimiento sudanés del Mahdi, se fundó en 1883 y en poco tiempo pasó a acoger siempre hasta 150.000 personas, partidarios del líder religioso o soldados, pues no era fácil separar ambas funciones.961 Estratégicamente abierto al desierto, donde el Mahdi reclutaba a la mayor parte de sus partidarios, estaba fortificado de cara al Nilo (al revés que Jartum). Era a la vez un lugar de culto y un campamento militar. No quedó nada en pie después de que las tropas británicas destruyeran el movimiento, en 1898.

Otros tipos de lugares monofuncionales no pudieron surgir hasta el siglo XIX. El tren creó el nodo ferroviario, donde se cruzaban líneas importantes. Son buenos ejemplos Clapham Junction, cerca de Londres; Kansas City; Roanoke, en Virginia; y Changchun, en Manchuria, un poblacho de provincias, por el cual pasó en 1898 la vía férrea que los rusos construyeron hacia China. También Nairobi creció a partir de un asentamiento ferroviario, fundado por los británicos en 1899, como centro logístico para la construcción del ferrocarril de Uganda.962 Esta clase de lugares solía acoger asimismo talleres de reparación. Si además lograban establecer una conexión entre el ferrocarril y un río (como Cincinnati o Memphis de Tennessee), sus expectativas de crecimiento eran especialmente favorables.

Otra novedad del siglo XIX fue el centro turístico costero, con

sus «baños de mar». Debemos distinguirlos de los balnearios curativos del siglo XVIII, donde los miembros de la clase alta iban a «tomar las aguas» para fortalecerse en manantiales medicinales. Estos centros de salud, usados también para la exhibición de la alta sociedad, adquirieron más importancia con el transcurso del siglo: Karlsbad, en Bohemia; Spa, en Bélgica; Wiesbaden o Baden-Baden, en Alemania. También fueron puestos avanzados de las aristocracias de la Europa oriental en la zona occidental; y cada vez más —con varios grados de exclusividad y accesibilidad—, un destino de las familias de los banqueros y los consejeros privados, con su matiz de mala fama por la afición a los juegos de azar. En Bad Ems, donde Guillermo I de Prusia tomaba las aguas, se produjo en julio de 1870 el embrollo diplomático entre el rey y el embajador francés que permitió a Bismarck (que estaba al corriente por vía telegráfica) «provocar una guerra de defensa nacional de los alemanes».963 El emperador Francisco José acudió repetidamente a Bad Ischl, cuando no pasaba el invierno en la Riviera francesa (donde, en 1895, coincidió en el mismo hotel con el antiguo primer ministro británico Gladstone, sin que ambos señores se dignaran a cruzarse una palabra).964

La democratización de las vacaciones junto al mar comenzó en Inglaterra y Gales. Aquí empezó a desarrollarse también la «industria vacacional» como factor económico cada vez más importante. En 1881 había en Inglaterra y Gales 106 zonas de baño costero; en 1911 eran 145 y acogían a 1,6 millones de habitantes (cerca del 4,5 % de la población total). El crecimiento de este sector se debía al equilibrio entre una demanda que surgió de las clases acomodadas, pero se fue filtrando hacia abajo con el creciente bienestar de la sociedad en su conjunto, y una oferta cada vez más numerosa, elástica y ajustada a las necesidades de los distintos estratos sociales. Así como los balnearios más antiguos se especializaban en determinadas enfermedades, también los pueblos costeros, en cierto sentido, se centraban en un perfil de clientela. En el siglo XVIII ya

existía en Inglaterra una jerarquía social de los baños, que encabezaban Bath y Tunbridge Wells, donde acudían los aristócratas y la alta burguesía. Más al norte, en Lancashire, algunos miembros de las clases inferiores ya habían descubierto a mediados de ese siglo el placer de los baños de mar.

Estos centros costeros eran un tipo especial de ciudades, en comparación con los balnearios tradicionales, porque el desarrollo urbano no se organizaba en torno de los manantiales, baños termales y parques, sino de cara a la playa. El ambiente social era más atractivo que en los centros curativos de interior. La vida se desarrollaba con más naturalidad, no se necesitaba exhibir con tanta claridad los signos de la propia condición social, y los niños tenían más libertad de movimiento que de costumbre. La temporada vacacional era mucho más corta que en los baños medicinales; las estancias eran de unas semanas, no de varios meses. Hacia 1840, en Inglaterra y Gales ya se había formado el tipo de población costera con la mayoría de características que aún poseen hoy. El prototipo del nuevo centro turístico de mar fue Blackpool, en la costa occidental de Inglaterra. Hacia 1900, unos 47.000 habitantes daban acogida a más de 100.000 veraneantes. Se les ofrecían los primeros logros de una particular arquitectura «del entretenimiento» (*fun architecture*), que se había inventado en principio para las distintas exposiciones universales. Junto a un circo, una ópera y un salón de baile había una imitación de la Torre Eiffel (estable e imponente) y una «Old English Village» en la que pasear por una reconstrucción del pasado inglés.965 En adelante, el crecimiento de estos centros de turismo costero se apoyó en el incremento del tiempo libre, su precio asequible y la conexión con ferrocarriles y carreteras. Hacia 1900 había ciudades de una índole muy similar por todo el Atlántico medio y el Mediterráneo, en las costas e islas del Pacífico, en el litoral báltico, en Crimea y en Sudáfrica. En China, el descanso se

buscaba tradicionalmente en las montañas; solo se pensaba en bañarse en fuentes termales, no en el mar. La inauguración de Beidaihe, en el golfo de Zhili, respondió a las ansias de los europeos que a finales del siglo XIX vivían ya en mayor número en grandes ciudades próximas como Pekín y Tianjín. Hoy el lugar, ocupado por cientos de hoteles, es punto de atracción del turismo de masas, aunque las mejores playas siguen estando reservadas a los miembros del partido comunista y la dirección estatal. Esta clase de población turística es, indudablemente, un invento occidental de principios del siglo XIX, cuyas raíces se remontan al período preindustrial, y que ha continuado expandiéndose por todo el mundo hasta la sociedad actual, postindustrial y de servicios.966

Otra clase de ciudad también la hallaremos pronto en todos los continentes: la ciudad minera, de la que ya hemos mencionado un ejemplo (el Potosí de la Edad Moderna). En el siglo XIX, las sociedades se introdujeron más que nunca antes en las profundidades de la tierra. La minería de carbón se convirtió en base energética de la industrialización y, a la inversa, gracias a las innovaciones técnicas incrementó su eficacia y pudo alcanzar reservas cada vez más profundas. La ciudad especializada en la minería fue todo un emblema de la época. Las hubo en Silesia y la cuenca del Ruhr, en la Lorena, en las Midlands inglesas, en la cuenca ucraniana del Donéts y en los montes Apalaches. Poco después de 1900 comenzaron a explotarse también minas de carbón en el norte de China y en Manchuria. Se encargaron empresarios en parte británicos, en parte japoneses, que emplearon las innovaciones técnicas más recientes. Por otro lado, la industrialización aumentó la demanda de otros productos de la minería y las nuevas tecnologías de extracción permitieron explotar nuevos yacimientos. No solo el lavado de oro en California y Australia (sin exigencias técnicas ni de capital), sino también el hallazgo de minerales que sí requerían inversiones cuantiosas provocaron con inmensa rapidez concentraciones de

trabajadores similares a las de las fiebres del oro. En Chile, durante la época colonial, se había extraído oro y plata, pero también cobre. En la década de 1840 empezó un rápido ascenso de la producción y la exportación. Durante otras varias décadas, sin embargo, la minería del cobre siguió dependiendo ante todo de empresas pequeñas y el trabajo manual; era raro emplear máquinas de vapor. Y después del cambio de siglo, cuando lo normal ya fue emplear la tecnología moderna, Chile siguió sin tener ciudades mineras como tal. Los campamentos mineros eran tan solo enclaves aislados, situados en la periferia de la economía local.967

Aspen (en Colorado) sí fue una auténtica ciudad minera después de que, en 1879, se descubrieran yacimientos de plata. Tras las primeras prospecciones, llegaron en seguida los desarrolladores urbanos. Lo que empezó con dos aisladas cabañas de madera, era en 1893 la tercera ciudad de Colorado, con calles adoquinadas, alumbrado de gas, un tendido de tranvía de dos kilómetros, abastecimiento de agua municipal, tres bancos, una oficina de correos, un ayuntamiento, una prisión, un hotel, tres periódicos y un teatro de la ópera. Pero en el mismo año de 1893 se produjo un hundimiento del precio de plata y «la más hermosa ciudad minera del mundo», como se la dio en llamar, perdió su razón de ser económica.968

Capitales

El caso contrario de la ciudad especializada fueron las metrópolis que, además de muchas tareas particulares, desempeñaban las funciones *centrales* de las ciudades: (a) la administración civil y religiosa; (b) el comercio internacional; (c) la producción industrial; y (d) la prestación de servicios.969 Si dejamos a un lado los servicios —como una oferta sostenida, ubicua y difusa, de gran número de ciudades—, entonces podemos diferenciar tres tipos de ciudades según predomine el grado de manifestación de las otras tres funciones: capitales, ciudades industriales y ciudades portuarias. Por descontado, una única ciudad puede pertenecer a las tres categorías a la

vez; no obstante, los ejemplos son asombrosamente escasos. Nueva York, Ámsterdam y Zúrich no son capitales nacionales; París, Viena y Berlín no son puertos. En Pekín, que está lejos del mar, apenas había industrias hace unas décadas. A lo sumo, Londres y Tokio son *al mismo tiempo* sedes del gobierno, puertos internacionales y centros industriales. No obstante, el peso funcional diverge tanto entre las categorías que no resulta del todo irrazonable separar los tres tipos.

Una capital, independiente del número de habitantes que tenga, se diferencia de las otras ciudades por el hecho de que allí tienen su sede el poder político y el militar. Eso le otorga las peculiaridades que siguen. La capital es al mismo tiempo la sede de una corte y de una burocracia central. El mercado laboral de una capital se orienta hacia los servicios más claramente que en otras ciudades: desde abastecer a los miembros del aparato estatal hasta un ramo de la construcción especialmente activo y de aspiraciones artísticas. Los gobernantes deben atender singularmente bien a la población de la capital, porque en todos los sistemas de gobierno —incluso en los más representativos— la capital es un escenario de la política de masas. En las sociedades precontemporáneas, el suministro de cereales a la capital era un problema político de primer orden. Era así en la Roma imperial y en la papal, pero también en Pekín, donde una gran parte de los alimentos llegaban desde la China central oriental por medio de los canales imperiales. El sultán otomano era el responsable directo de alimentar a la población de Estambul; se esperaba de él no solo que garantizase un abastecimiento básico, sino también que protegiera frente a la usura y otras malas prácticas. Esta situación se mantenía inalterada a principios del siglo XIX.[970] La «chusma» urbana, que era especialmente activa —y temida— en Londres, pero también existía en otras ciudades, contenía dinamita revolucionaria. Podía ser manipulada y reprimida, pero no someterla en todos los casos a un control pleno. La capital era un espacio donde los soberanos

eran coronados con gran pompa, y a menudo también sepultados; en alguna ocasión, todavía durante el siglo XIX, podían ser asimismo ejecutados, como el sultán Mustafá IV en 1808. La capital era escenario del espectáculo público, un territorio simbólico en el cual la concepción del orden político se traducía en geometría y en piedra. Las otras ciudades no están tan cargadas de sentidos —a menudo, con varias capas de significados históricos— como la capital. Su arquitectura de prestigio pone de manifiesto visualmente la voluntad de cada soberano.

Salvo en el caso de Roma, las capitales no suelen ser centros religiosos de primera categoría. Lugares como La Meca, Ginebra o Canterbury nunca desempeñaron las funciones capitalinas en el marco de un estado nacional. Pero en cualquiera de las diversas monarquías sacralizadas, la capital era por sí misma arena de los rituales religiosos. Los emperadores chinos de la dinastía Qing ejecutaban los ritos prescritos para el transcurso del año. El sultán de Estambul, por su condición de califa, también estaba a la cabeza de los fieles suníes. En la católica Viena, desde 1848, se consolidó la alianza de trono y altar. El emperador Francisco José no dejó escapar ninguna ocasión de participar en las suntuosas y solemnes procesiones de Corpus Christi y cada Jueves Santo realizaba el rito del lavatorio de los doce ancianos cuidadosamente elegidos entre los residentes de los asilos de la ciudad.971

A la postre, las capitales siempre han intentado cumplir con independencia funciones centrales en el ámbito de la cultura. Esta aspiración no siempre se logró. Las verdaderas capitales culturales no las eligen gobiernos ni comisiones. Surgen porque alcanzan una densidad comunicativa que apenas se puede planificar y desarrollan mercados culturales; solo de este modo se logra el efecto magnético decisivo para la centralidad cultural. No en todos los casos resultaba factible. La Filadelfia del siglo XVIII fue, durante un tiempo, lo que deseaba ser: una «Atenas del Nuevo Mundo». La ciudad que la sucedió en la

capitalidad de Estados Unidos, Washington D. C., no consiguió nunca esa hegemonía cultural. Similarmente, tampoco Berlín logró el predominio cultural de una metrópoli nacional dominante del tipo de Londres, Viena o París.

En el siglo XIX surgieron pocas capitales nuevas, si dejamos a un lado las de las repúblicas hispanoamericanas, que en su mayoría ya habían sido la sede principal del período de la colonia. Fueron casos especiales (aparte del ya mencionado de Adís Abeba) Freetown, en Liberia, una «verdadera» capital ajustada al modelo europeo,972 y Río de Janeiro, que a partir de 1808 fue sede de la monarquía portuguesa y luego, desde 1822, como capital del reino independiente de Brasil, fue reformada para crear un «Versalles tropical».973 En Europa, las nuevas capitales nacionales más destacadas fueron Berlín, Roma (elegida capital al tercer intento, en 1871, después de Turín y Florencia) y Berna («capital federal» de la Confederación desde 1848), así como Bruselas (que al mirar atrás hallaba un pasado capitalino, pero solo a partir de 1830 concentró en sí todas las funciones centrales del país). Budapest representa un caso interesante. Tras el «compromiso austro-húngaro» de 1867 se convirtió en la segunda capital de la monarquía del Danubio. En la competencia con Praga fue de gran importancia que la metrópoli checa no lograra condición de capital en la monarquía Habsburgo. Budapest (que en realidad no existió como tal hasta 1872, con la fusión de Buda y Pest) se erigió en uno de los grandes escenarios de la modernización urbana de Europa. Hacia finales de siglo, la creciente magiarización de sus habitantes le dio un carácter netamente nacional, también en los aspectos cultural y étnico. Pese a todo, en el contexto imperial pervivió la tensión entre Viena y Budapest.

En la monarquía real e imperial de Austria-Hungría hallamos un dualismo entre metrópolis que fue más característico del siglo XIX que de ninguna época anterior. El dualismo podía surgir, por ejemplo, cuando se separaban a propósito la centralidad económica y las funciones como capital. No solo

Washington D. C., sino también Canberra y Ottawa eran apacibles ciudades de provincias en comparación con centros comerciales, industriales y de servicios tan efervescentes como Nueva York, Melbourne y Sídney, Montreal y Toronto. Algunos regímenes fomentaron la competencia de forma deliberada. El pachá de Egipto Mehmet Alí no quitó la capitalidad a El Cairo, pero se esforzó por reanimar a la decaída Alejandría.[974] En otros casos, las «segundas ciudades», impulsadas por la firmeza de la burguesía, pasaron por delante de las grandes metrópolis. Moscú perdió la capitalidad imperial en 1712, pero se sobrepuso y se convirtió en la ciudad más pujante de la industrialización temprana. Osaka, que tras el vuelco de 1868 con Meiji recibió poco apoyo del gobierno central de Japón, consolidó aun así su posición como ciudad portuaria e industrial, capaz de rivalizar con Tokio. En vez del antagonismo entre la Edo del sogún y la Kioto del emperador apareció una competencia más moderna entre el centro de negocios de Osaka y la sede del gobierno en Tokio. En China, un país muy centralizado, fue Shanghái —cuyo ascenso se inició en la década de 1850— la que plantó cara a la sede del gobierno, Pekín, más seriamente que ninguna otra ciudad desde el siglo XV. La tensión entre una Pekín burocrática y conservadora y una Shanghái comercial y liberal perdura hoy en día. Tuvo un carácter similar el dualismo de la geografía urbana colonial (sobre todo en las colonias más antiguas), que no siempre obedeció a la planificación política: centros económicos como Johannesburgo, Rabat y Surabaya desgastaron el prestigio de capitales como Ciudad del Cabo (sustituida en 1910 por Pretoria como sede del gobierno de la Unión Sudafricana), Fez y Batavia/Yakarta. En Vietnam hubo un reparto similar de los roles entre la capital política —Hanói, en el norte, que antes de 1806 ya había sido lugar de residencia de los gobernantes pero no volvió a ser sede del gobierno hasta 1889, bajo el dominio francés— y el centro económico del sur, Saigón. En el nuevo estado nacional italiano se desarrolló una tensión entre Roma y

Milán. En la India la oposición se volvió más intensa en 1911, cuando el aparato del gobierno se trasladó de Calcuta, el centro económico, a la Nueva Delhi de reciente construcción. En el total, llama la atención el hecho de que, en el siglo XIX, solo unas pocas ciudades del mundo se desarrollaron según el modelo de Londres y París, reuniendo en una sola metrópoli las funciones generales de todo tipo. Incluso allí donde ya hacía varios siglos que existía tal clase de metrópolis dinámicas (Tokio, Viena) hubo la exigente competencia de una «segunda ciudad». En Roma se mantuvo también el dualismo entre el régimen secular y el Vaticano.

Residencias del poder principesco y republicano

Ninguna de las cinco metrópolis más importantes (y pobladas) de Europa en 1900 —Londres, París, Berlín, San Petersburgo y Viena— eran creaciones de la industria como lo era Manchester, que desde 1800 había ascendido en la jerarquía urbana de Europa de la 24.ª posición a la 7.ª, ya muy cerca del grupo de cabeza. Estas ciudades, sin embargo, también eran demasiado grandes para ser capitales políticas sin más, de fácil dominio para las cortes monárquicas. En Francia, Napoleón y Josefina habían creado una corte de nuevo cuño, formada por advenedizos elegantes y vencedores de la revolución. Sin embargo, como el emperador solía estar fuera, antes de 1815 no se estabilizó ningún centro de poder dentro de la ciudad. Después, incluso los Borbones restaurados en el poder, y más aún el «rey burgués» Luis Felipe, cultivaron un estilo de pompa bastante modesta. Al bey de Túnez Ahmad I le gustó tanto que, con intención de distanciarse simbólicamente de su señor otomano en Estambul, lo copió fielmente.975 En Londres la monarquía tenía una presencia aún más débil. Tanto era así que el príncipe Pückler-Muskau escribió en 1826 desde la capital inglesa que esta solo había adquirido la apariencia propia de la sede gubernamental gracias a John Nash y su magnífica reforma de Regent Street.976 El palacio de Buckingham, no obstante, surgido de la restauración de la

ruinosa Buckingham House entre 1825 y 1850, no fue ninguna obra maestra de la arquitectura, y la reina Victoria prefería los castillos de Windsor, Escocia y la isla de Wight. En Viena, la residencia imperial de Hofburg se veía muy modesta, en comparación con la pompa de la Ringstrasse.

La corte dominó su ciudad de una manera singularmente intensa en las sedes imperiales tardoabsolutistas de Estambul y Pekín, donde se reservaron zonas enteras para el uso de los monarcas y su séquito. En Estambul, en el transcurso del siglo, muchas propiedades imperiales —a menudo, usadas como jardines o emplazamiento de palacios de madera— pasaron al territorio público y se emplearon para instalaciones portuarias, arsenales o los ferrocarriles.977 Pekín no se vio alterado por el ferrocarril hasta 1897, y por la industria moderna, hasta bastante más tarde: su apariencia urbana era mucho más antigua que la de Estambul. Aquí, en 1900, la corte y los departamentos del gobierno todavía estaban reunidos detrás de las murallas de la Ciudad Prohibida. Aun así, por entonces, buena parte del poder ya había abandonado el palacio imperial: ahora estaba en el barrio diplomático, en manos de los representantes de las grandes potencias; de los gobernadores de las capitales provinciales; y de los capitalistas de Shanghái. Pekín era un caparazón arquitectónico, un paisaje simbólico muy denso, pero sin sustancia. La doble invasión de 1900, tanto de grupos de campesinos de las zonas rurales como de los soldados de las grandes potencias, puso fin a una época. Las botas militares marcharon por los salones de la Ciudad Prohibida y los templos se usaron como caballerizas. Los funcionarios habían huido y se prendió fuego a los documentos. Pekín siguió siendo la capital de China hasta 1927, y lo volvió a ser después de la segunda guerra mundial. Las iglesias cristianas destruidas durante el levantamiento de los bóxers se reconstruyeron, pero no así, en general, los muchos templos dañados. La Pekín imperial no se recuperó nunca de la conmoción de 1900, cuando murieron su dignidad y su aura

ritual.[978] A los pocos años, Pekín, provista de nuevos hoteles, se había convertido (junto con Roma, las pirámides de Guiza y el Taj Mahal, en Agra) en uno de las grandes focos del incipiente turismo internacional.[979]

La sede de la república estadounidense en Washington D. C. también tenía una guerra tras de sí: en 1814, los británicos prendieron fuego al Capitolio y la Casa Blanca. Washington era un modelo de capital planeada. El Congreso del país ya había decidido establecer una nueva capital en 1790; en 1800 el asentamiento del Potomac se convirtió en sede de la presidencia. El lugar aproximado se determinó por acuerdo entre los estados del sur y los del norte; y la ubicación exacta la escogió George Washington en persona, con la ayuda del arquitecto y comandante de ingeniería Pierre Charles L'Enfant. El plan original, como tantas otras cosas, lo concibió Thomas Jefferson, que partió del principio de un tablero de ajedrez. L'Enfant agigantó la idea primordial: anchos paseos y una ciudad de espacios abiertos generosos y *magnificent distances*. El arquitecto, que había crecido junto al jardín de Le Nôtre en Versalles (donde su padre fue pintor de corte), había aprendido allí a pensar en ejes. Así, su esbozo de la capital surgió, desde los primeros planos, de una visión que era aún del barroco tardío. Es llamativo que, hacia la misma época (entre 1800 y 1840), pero sin ninguna relación comprobable, la capital rusa de San Petersburgo se reformara como ciudad ideal del clasicismo, con un similar *esprit mégalomane*; aunque los gastos materiales fueron más impresionantes que en Washington, y los resultados, más definidos.[980] La iniciativa surgió de la auténtica contrafigura del republicano George Washington: el zar Pablo I, uno de los déspotas más crudos de la época. Una segunda diferencia fue el papel de la arquitectura religiosa, central en el caso de San Petersburgo. La catedral de Kazán tenía que ser el equivalente ruso a la basílica de San Pedro, en Roma; y la catedral de Isaac se concibió como síntesis de toda la tradición catedralicia de Europa. En cambio, en

Washington D. C., la arquitectura sacra no tuvo el más mínimo papel.
Los planes originales apenas se hicieron realidad, ni detalladamente ni según el espíritu de su creador. Al poco tiempo, en 1792, L'Enfant fue despedido, después de una violenta discusión con el afable presidente, y desapareció llevándose muchos de los planos.981 La superficie urbana de Washington se convirtió entonces en un campo de experimentación, aunque de dimensiones menores que las calculadas por L'Enfant, quien había imaginado, como residencia presidencial, un palacio seis veces mayor que la actual Casa Blanca. Lo que surgió primero no transmitía la *grandeur* concebida por L'Enfant. Charles Dickens, que pasó por la ciudad en la primavera de 1842, no se mostró impresionado; no vio una ciudad de «distancias magníficas», sino tan solo de «magníficas intenciones»: «espaciosas avenidas que empiezan en la nada y llevan a ningún sitio; calles de varios kilómetros sin casas, caminos ni habitantes; edificios públicos a los que solo le falta el público».982 La cúpula y las alas del Capitolio, como sede de las dos cámaras parlamentarias, no se añadieron hasta finales de la década de 1860. El diseño final del National Mall no se terminó hasta la década de 1920. El monumento a Lincoln se inauguró en 1922, el dinero para el monumento a Jefferson no se aprobó hasta 1934. El complejo clásico de tendencia ecléctica (adornado incluso con el Smithsonian Castle, un castillo neorromántico de finales del siglo XIX) es en esencia el fruto del trabajo realizado por el arquitecto John Russell Pope entre las dos guerras mundiales. Washington engaña: es más joven de lo que afirma ser.
Manchester y la «conmoción»
La capital estadounidense fue, desde el principio, una localidad marginal en el sistema urbano; además, se hallaba muy distante de la fuerza económica principal de la época: la industria. Entre las capitales del siglo XIX, la más industrial quizá fue Berlín (que, en cambio, no podía competir con

Londres, París o Viena ni en la plenitud histórica ni en la posición de centralidad en el sistema urbano nacional). En ninguna otra ciudad alemana se congregó, en el transcurso de la industrialización, tanta fábrica grande y representativa de la técnica más reciente, sobre todo en el ámbito eléctrico. Berlín no fue ningún centro de la primera fase de la industrialización, asociada a la máquina de vapor. Halló su propio carácter con la aplicación sistemática del saber científico a los problemas de la producción industrial. En ninguna otra ciudad la investigación de los laboratorios de las grandes empresas (que trabajaban en estrecha colaboración con el estado, como organizador de la ciencia, y con los grandes clientes) había resultado tan importante para la innovación económica. El Berlín del imperio se convirtió en la primera «tecnópolis»; según la expresiva formulación de Peter Hall, en la «primera Silicon Valley».983 Sobre todo París, en comparación con Berlín, siguió siendo una ciudad de servicios y negocios pequeños: desde el punto de vista de la economía, fue una metrópoli del pasado y del futuro.

No solo París; tampoco otras ciudades del mundo se convirtieron nunca en centros industriales de primera categoría, pese a que crecían con gran rapidez y que, a juicio de los contemporáneos, representaban la modernidad económica. En Londres, a diferencia de Berlín o el Moscú de finales del siglo XIX, dominaron la producción de la pequeña y mediana industria y el sector de los servicios, incluidos los servicios bancarios internacionales de la *City*. Hacia 1890, Nueva York también era en lo esencial una ciudad portuaria y mercantil.984 Ambas ciudades encontraron gran dinamismo en sus propias necesidades internas. En ambas, la industria de la construcción fue un motor destacado del crecimiento. En Londres apenas había una industria del hierro y del acero de las dimensiones de una Krupp. En el sector textil (como en París y Berlín) era más importante la manufactura de las telas mediante la confección y la sastrería que el hilado y el tejido mecanizados. Londres y el bajo Támesis lideraban el sector de

los astilleros al iniciarse el siglo, pero al acabar este hacía ya años que habían cedido el testigo a Glasgow y Liverpool.985 La ventaja posicional de Londres no radicaba en la especialización de las grandes industrias, sino en la diversidad de sus sectores productivos, lo que diferenciaba Londres del típico centro textil, químico o acerero. La impresión de que, en general, la gran empresa era «más moderna» que el negocio de pequeña escala es engañosa: la modernidad económica de una gran ciudad, con el paso del siglo, radicó cada vez más en que fuera capaz de dar cabida a la innovación.986

¿Dónde podemos hallar, pues, una «típica» ciudad industrial (que, sin duda, fue un tipo nuevo y sin precedentes del siglo XIX)?987 En un principio, solo en Inglaterra. Los visitantes de Francia o Inglaterra que pasaban por las Midlands inglesas antes de 1850 estaban acostumbrados a las ciudades antiguas, de la Edad Moderna, y no comprendían la urbanización de origen industrial. Por mucho que conocieran las penalidades de los pobres de sus lugares de origen y que interpretasen la vida en los húmedos y abarrotados sótanos de Manchester como una intensificación de lo que ya conocían, no estaban preparados para el paisaje de chimeneas y fábricas descomunales. La Manchester de las décadas de 1830 y 1840 causaba conmoción, fue la *shock city* de la época; para empezar, por la mera dimensión física que estaba alcanzando.988 Aquí había edificios fabriles de siete plantas que, a todas luces, se habían levantado sin la más mínima atención a la estética o a la integración en el conjunto urbano. Esto no era tan chocante en los antiguos núcleos urbanos como en los asentamientos industriales de las poblaciones pequeñas, cuyo carácter se transformó por completo en muy poco tiempo. Ya en la primera generación de la industrialización —en Inglaterra, entre los 1760 y 1790, aproximadamente— las nuevas fábricas destacaban con claridad sobre el entorno en que se habían levantado. Dos o tres de esas fábricas bastaban para transformar un pueblo en una ciudad pequeña; en las

fases posteriores del desarrollo industrial, la instalación de una sola gran empresa creó muchos centros industriales. Las chimeneas devinieron símbolos visuales de una nueva forma económica. Marcaban la imagen de las ciudades, y quizá más aún, cuando se las disfrazaba de *campanile* italiano.989 Otras ciudades se fundaron de cero como núcleo fabril y hallaron en la industria, durante mucho tiempo, su razón de ser principal. Tal fue el caso de Sheffield y Oberhausen, de Katowice y Pittsburgh. Otras ciudades contaban ya con un pasado preindustrial considerable, pero solo las fábricas las convirtieron en grandes ciudades.

La denostada Manchester, que observadores como Charles Dickens, Friedrich Engels y Alexis de Tocqueville denunciaron como instrumento para la conversión de la civilización en barbarie, fue el ejemplo más conocido de esta clase de gran ciudad monofuncional.990 Aquí tanto los asentamientos industriales como el influjo de masas de trabajadores se desarrollaron antes que cualquier posible red de infraestructuras. Birmingham triplicó la población entre 1800 y 1850, pasando de 71.000 a 230.000 habitantes. En el mismo período, Manchester pasó de 81.000 a 404.000; y la ciudad portuaria de Liverpool, de 76.000 a 422.000.991 Manchester y otras ciudades similares conmocionaron a los contemporáneos por la suciedad, el ruido y el hedor, pero también porque no hacían realidad ninguna forma urbana. Las ciudades del nuevo tipo manchesteriano crecieron muy rápido, sin que hubieran surgido en paralelo las instituciones y los rasgos distintivos considerados imprescindibles para una ciudad. La funcionalidad económica creó espacios y entornos sociales para sí misma, cuando anteriormente nadie había pensado en usar la economía como base existencial última de la vida urbana.992 Esto también se reflejó en la arquitectura. La fábrica no se podía integrar en la ciudad como elemento arquitectónico. En esas ciudades, la planificación urbana no era la estructuración global de un conjunto (como en un tablero de dibujo barroco)

sino la solución de los problemas locales. Mientras que la ciudad europea tradicional había tendido siempre a fortalecer el centro urbano, las fábricas cuya ubicación se elegía por la pura búsqueda de beneficios ejercían, inevitablemente, un efecto centrífugo.993 Quizá por eso mismo los edificios de nueva construcción de los ayuntamientos de Manchester y Leeds a Hamburgo y Viena fueron igual de gigantescos que sus precedentes de la Edad Moderna: porque querían contraponer al simbolismo del capital (y de la corte, como en Viena) un símbolo de ciudadanía.

El modelo de Manchester, ciertamente, no fue la única variante posible de unión entre la industria y la ciudad. Con su estructura económica diversificada, Birmingham —como reconoció Alexis de Tocqueville tras visitar las dos ciudades— siguió una fórmula distinta a la de Manchester; y la propia Manchester no era tan típica como aseveraría luego el joven Friedrich Engels.994 La cuenca del Ruhr también se desarrolló a partir de una combinación de factores puramente económicos y, aun así, constituyó poblaciones muy distintas. La receta de éxito se halló en el momento en que se reunieron cuatro elementos: extracción del carbón, tecnología del coque, ferrocarril e inmigración de trabajadores del este. Al principio, en el valle del Ruhr apenas había estructuras urbanas, más bien asentamientos dispersos y no estructurados donde vivían hasta 100.000 trabajadores, y que, inicialmente solo tenían la condición legal de pueblos. Durante todo el siglo XIX, en la cuenca del Ruhr no se desarrolló ni un solo núcleo urbano. Fue una de las primeras «conurbaciones», un espacio de agregación urbana multipolar, que, aunque en otro sentido, era tan radicalmente nuevo como la ciudad industrial concentrada del tipo de Manchester.995

Hoy algunos historiadores dudan incluso de que Manchester se correspondiera con el estereotipo de una ciudad industrial pura que aplastara a sus habitantes. Hacen hincapié en que la economía de Manchester, incluso en la fase de industrialización

temprana, era mucho más diversa de lo que se colige al fijarse solo en el sector fabril algodonero. Por otro lado, Manchester formaba parte de un sistema urbano con una división del trabajo específica que, con el tiempo, acabaría extendiéndose a toda la zona media de Inglaterra. Las grandes ciudades industriales solo podían seguir avanzando si interpretaban su papel característico en esos sistemas urbanos y si lograban organizar la relación con el entorno, desde los alrededores inmediatos hasta el mercado mundial. Así, los industriales (y no solo de la generación pionera) eran más que los dueños de unas fábricas que esclavizaban. Tenían que formar «redes», tener presentes el progreso tecnológico, la situación económica general y la situación política, y esforzarse por contar con una representación colectiva de sus intereses.996 La ciudad industrial, por lo tanto, no se podía concebir solo desde la fábrica. Al menos en aquellas grandes ciudades industriales que no estaban dominadas por un puñado de empresas, surgió un clima cultural que permitía la innovación. Ciudades como Manchester, Birmingham o Leeds pudieron alzarse sobre el caos de su despegue industrial por la propia fuerza de sus compromisos ciudadanos. Mejoraron la infraestructura comunitaria, fundaron museos y a veces incluso universidades (*civic universities*, en vez de las instituciones medievales de Oxford y Cambridge) y adornaron sus centros con edificios de prestigio burgués, sobre todo un teatro y un ayuntamiento magnífico en el que no podía faltar un gran salón de festejos con un órgano gigante.997 El espectro de los asentamientos de origen industrial era muy amplio. Incluía campamentos chabolistas (por ejemplo en Rusia o Japón), en los que imperaban condiciones no menos terribles que en los barrios miserables de las grandes ciudades industriales; pero también ejemplos modélicos de patriarcado empresarial, en los que el propietario vivía junto a la fábrica y procuraba que el trabajo fuera soportable y los alojamientos, correctos.998

5. LA EDAD DE ORO DE LAS CIUDADES PORTUARIAS

La polifacética Londres era *también* una ciudad portuaria. Toda su historia se podía escribir desde el mar, al menos desde finales del siglo XVII, cuando se inició el gran comercio transoceánico con las Indias Occidentales y Orientales. Si diferenciamos entre dos modelos de capitales —uno marítimo y comercial y otro político y continental—, veremos que Londres los encarna los dos a la perfección.999 A bote pronto, uno diría que la ciudad portuaria es antigua, y la industrial, moderna. Pero es una impresión engañosa. No solo porque en algunas de las grandes ciudades —Amberes es un buen ejemplo al respecto— la economía pasó de la producción preindustrial a los servicios de un puerto transoceánico;1000 sino también porque en el siglo XIX se produjo una revolución del transporte que alteró radicalmente la naturaleza de las ciudades portuarias. En algunas partes del mundo, la urbanización empezó precisamente en los puertos y, hasta la actualidad, se ha limitado principalmente a ellos: en el Caribe, ya en el siglo XVII, *todas* las ciudades de importancia hasta el día de hoy se fundaron como puertos orientados a la exportación. Así cobró vida un mundo de pequeños puertos coloniales entre los que destacaron sobre todo Kingston (Jamaica) y La Habana. En él se entretejían estrechamente el comercio y (antes de 1730, más o menos) la piratería.1001

Ascenso de las ciudades portuarias

El siglo XIX fue la edad de oro de los puertos y las ciudades portuarias; pero precisemos más: de los *grandes* puertos, pues solo unos pocos podían asumir las magnitud de los trasbordos requeridos por el comercio mundial en expansión. En Gran Bretaña, al empezar el siglo XIX, una multiplicidad de ciudades enviaban barcos en rutas de ultramar, pero en 1914, la exportación se había concentrado en solo doce ciudades portuarias. En la costa occidental de Estados Unidos, Nueva York fue ampliando su ventaja sin cesar. A partir de 1820 se convirtió en el puerto principal del gran producto de las exportaciones estadounidenses: el algodón. Al principio se

dibujaba un triángulo: los barcos algodoneros partían directamente de Charleston o Nueva Orleans, con rumbo a Liverpool o El Havre, de donde regresaban hacia Nueva York cargados de emigrantes y mercancías europeas; pero cada vez con mayor frecuencia, el algodón de las plantaciones meridionales se expedía primero hacia el norte, hasta Nueva York. Hasta la guerra civil, los intermediarios, navieros, aseguradores y banqueros neoyorquinos dominaron el mercado internacional de los estados del sur.1002 En China, entre 1842 y 1861, una serie de importantes ciudades portuarias se abrieron al comercio ultramarino como puertos de los tratados (más adelante se añadieron muchos más). Hacia finales de siglo, solo Shanghái y la real colonia británica de Hong Kong habían crecido hasta poder asumir en su plenitud las exigencias del comercio transoceánico; en menor medida, Tianjín, el puerto más importante del norte de China, y Dalián, en el extremo sur de Manchuria.

Los puertos de mar eran lo que en la segunda mitad del siglo XX fueron los aeropuertos: los puntos de transacción más importantes entre países y continentes. Lo que primero veía el viajero que llegaba por mar eran los muelles y edificios de la fachada portuaria. Las primeras personas del país con las que se encontraban eran los prácticos, los trabajadores del puerto y los aduaneros. Con la navegación a vapor, la multiplicación del transporte transoceánico de mercancías a gran escala y la migración intercontinental dieron al mar y a la navegación marítima una importancia de la que nunca había gozado, ni en las cantidades ni en cuanto al peso cultural. No todos los estados que lindan con el mar han mantenido una buena relación histórica con el agua salada, por descontado. Algunos pueblos isleños olvidaron la tecnología náutica que los había llevado hasta sus islas. En Tasmania, se dice que hasta perdieron la costumbre de comer pescado.1003 Como ha demostrado Alain Corbin, los europeos continentales (o al menos, los franceses, que ocupan el centro de su análisis) no

desarrollaron una actitud abierta hacia el mar hasta mediados del siglo XVIII. Ámsterdam, concebida en 1607, con una jugada brillante, como un *waterscape* («panorama acuático») entre la tierra y el mar, fue una de las primeras excepciones.1004 Antes del siglo XVIII, con la salvedad de los Países Bajos, las costas y los puertos no fueron motivos populares en la pintura. En esa misma época, se descubrió que los puertos podían acoger la pompa arquitectónica y las innovaciones de la ingeniería. En muchas ciudades de la costa se construyeron entonces los paseos marítimos. Incluso en Gran Bretaña, hasta 1820 no fue habitual que una ciudad portuaria tuviera esa clase de paseos.1005 Desde el siglo XIV, en cambio, las clases superiores del imperio otomano, que venían del Asia continental, descubrieron cuán agradable era vivir junto al mar. Estambul, conquistada en 1453, ofrecía condiciones ideales para la construcción de palacios, pabellones y residencias con vistas al Bósforo y el Cuerno de Oro.1006 A los europeos, la idea de considerar que una franja de arena desnuda era una playa en la que disfrutar del mar no se les ocurrió hasta finales del siglo XIX.

Este volverse hacia el mar no fue de ningún modo un cambio «natural» en todas partes, como demuestra el hecho de que los gobiernos más cortos de vista de la Edad Moderna tuvieron que hacer no poco esfuerzo para erigir bases navales y comerciales; por ejemplo, la Francia de Luis XIV o la Rusia de Pedro el Grande. Probablemente, en todas las épocas históricas anteriores al siglo XIX, las ciudades más grandes y los principales centros del poder y del esplendor cultural *no* estaban situadas en la costa: Kaifeng, Nankín y Pekín, Ayudhya y Kioto, Bagdad, Agra, Isfahán y El Cairo, Roma, París, Madrid, Viena y Moscú, y tampoco Ciudad de México. La primera excepción llamativa a la regla se produjo en Estados Unidos: *todas* las ciudades notables de la primera época eran puertos o tenían acceso fácil al mar. El gran historiador japonés Amino Yoshihiko, que ha estudiado intensivamente la presencia

humana en las costas, llegó a la conclusión de que incluso el archipiélago de Japón, con un perímetro litoral total de 28.000 kilómetros, se definió siempre como una sociedad agraria y nunca hizo del viaje por mar, la pesca o el comercio internacional elementos centrales de su identidad colectiva.1007 Aquí, sin embargo, debe hacerse una distinción clara entre las aldeas de pescadores y los puertos urbanos. En todas las civilizaciones los pescadores viven en comunidades pequeñas, a menudo aisladas, que preservan durante un tiempo inusualmente largo su peculiar forma de vida. Los puertos, en cambio, están asociados a cambios sociales mayores y más recientes, en los que las coyunturas de los mercados mundiales determinan el acontecer económico. Un gran puerto mantiene relaciones más estrechas con sus socios de la otra orilla del mar que con la aldea de pescadores de las inmediaciones.

La historiografía ha tendido a mirar por encima del hombro los puertos y sus poblaciones.1008 Por definición, se hallan en la periferia, alejados de los centros del interior del país; su población tiene fama de turbulenta e incontrolable, así como de cosmopolita y, en consecuencia, es sospechosa para los representantes de la ortodoxia cultural, religiosa y nacional. Incluso la Hansa quedó en los márgenes del contexto nacional emergente en Alemania. Hamburgo no se integró en la zona aduanera alemana hasta 1883. Hasta entonces, en cuanto a las aduanas, era el extranjero, y esas fronteras aduaneras la mantenían apartada de su *hinterland* natural. Los puertos casi nunca han sido santuarios de primer orden ni lugares de la gran erudición. Los grandes templos, iglesias y altares, las universidades y academias más destacadas, tienden a estar situados en el interior del país. Todo esto vale para Europa, pero también para el norte de África y el conjunto del mundo asiático.

El puerto como un mundo especial

En el siglo XIX, dos procesos generales aumentaron la

importancia de las ciudades portuarias y transformaron su carácter: por un lado, la diferenciación interna de las actividades marítimas y, por otro lado, el paso de los navíos de madera a los de metal.

Con el auge del comercio transoceánico y el poder naval, la navegación se tornó cada vez más especializada y se dividió en un mosaico de actividades. Funciones que antes estaban reunidas en las grandes compañías transoceánicas (como por ejemplo la Compañía de las Indias Orientales), ahora se diferenciaron. Sobre todo, se separaron las ramas civil y militar de la navegación. En el siglo XVIII, la guerra naval requirió instalaciones especiales situadas bajo el control exclusivo del aparato estatal. Las bases navales de Plymouth, Portsmouth y Chatham, en Inglaterra; de Brest y Toulon, en Francia; o Kronstadt, en Rusia, adquirieron una importancia suma como lugares de estacionamiento, construcción y reparación de las colosales flotas de buques de guerra. En Alemania se fundaron más tarde: Wilhelmshaven, el puerto de guerra prusiano, en 1856. En el siglo XIX, esta clase de bases se difundieron por todo el mundo. El imperio británico mantuvo grandes astilleros bélicos en Malta (que aumentó el valor estratégico tras la apertura del Canal de Suez en 1869), las Bermudas y Singapur.1009 El ascenso de la navegación a vapor, en su primera fase, exigía escalas más regulares, lo que hizo surgir otro tipo de puerto: la estación carbonera, en la que se recalaba para reponer las reservas de combustible. Algunas de las disputas imperiales de apariencia más absurda de finales del siglo XIX se comprenden cuando se reconoce que, en el fondo, se lidiaba por el abastecimiento carbonero de los buques de guerra.1010

Una brecha similar como la que separó la navegación militar de la civil se abrió entre el tráfico de pasajeros y la marina mercante. Se puso de manifiesto en la creciente diferenciación de los paisajes portuarios. La atención a los pasajeros seguía estando lo más cerca posible de los centros urbanos, pero el

ferrocarril posibilitó la carga y descarga de mercancías en zonas más remotas de los puertos. Marsella es un buen ejemplo de esta dualidad del espacio portuario. Hacia mediados del siglo XIX, el puerto viejo, que no había sufrido transformaciones fundamentales desde la época de los romanos, se transformó en un «puerto moderno» (según la misma denominación de la época). El puerto viejo estaba muy integrado en la vida urbana. Los navíos poderosos habían dominado igualmente el interior de ciudades como Boston o Bristol. El puerto de nuevo cuño se convirtió en un mundo cerrado sobre sí mismo. Era un organismo independiente, concebido como una unidad técnica, con administración propia y separado de la ciudad tanto espacial como mentalmente.[1011] Los primeros muelles separados fueron los *docklands* de Londres, Hull y Liverpool. La modernización del puerto de Marsella se inspiró en el modelo de los West India Docks londinenses, cuya construcción se había iniciado en 1799. Durante todo el siglo XIX, en Londres se fueron añadiendo nuevas instalaciones portuarias para poder dominar toda la variedad del tonelaje. El volumen conjunto de los buques que entraban en Londres provenientes del extranjero ascendió de las 778.000 toneladas de 1820 a los 10 millones de toneladas de 1901, multiplicándose casi por trece. En el mismo período, el número de grandes buques con los que el puerto tuvo que apañarse se decuplicó.[1012] A diferencia de los muelles abiertos a lo largo del Támesis, cuyo lugar ocuparon, los West India Docks eran un espacio cerrado. Estaban rodeados por un muro de ladrillo de ocho metros de altura, estrictamente vigilado. En un principio se trataba de lagos artificiales profundos, rodeados de edificios que recordaban a fortificaciones, con puertas casi medievales. Precisamente en el momento histórico en el que caían las murallas exteriores de las ciudades, los puertos alzaban en torno tapias colosales. Albergaban un universo de actividades cada vez con más diferenciación y división del trabajo. Los *docks* de Londres cobraron fama de maravilla de la ingeniería y

las famosas guías turísticas de Karl Baedeker los recomendaban como uno de los atractivos que nadie se debía perder.[1013]

El moderno puerto de Marsella —que en el siglo XIX era la segunda ciudad más grande de Francia— debía incluso superar el modelo londinense. La dársena permitía la entrada de barcos muy grandes; su construcción se había simplificado notablemente por el uso de hormigón. Los barcos atracaban lo más cerca posible de los almacenes. Gracias a las tecnologías del hierro y el acero, se disponía de grúas hidráulicas y a vapor cada vez más potentes. La presión modernizadora hizo que los puertos de Europa siguieran los caminos trazados por Londres y Marsella. Hacia mediados de siglo, por lo tanto, se halla la ruptura más significativa en la historia portuaria de los tiempos de la Edad Media. En Hamburgo, por mencionar otro ejemplo, el antiguo puerto natural fue sustituido a partir de 1866 con instalaciones de nueva construcción.[1014] Aquí, como en tantos otros lugares, la construcción del puerto obligó a reubicar a muchas personas.

Con la demora previsible, las novedades también se hicieron extensivas a Asia. Tras muchas vacilaciones por la financiación, Bombay, que se beneficiaba en especial de la apertura del Canal de Suez en 1869, dispuso desde 1875 de un puerto a la altura de los tiempos. En Japón, la ciudadanía de Osaka, sin ayuda del gobierno de Tokio, costeó una reforma muy onerosa de su puerto, en lo que fue el proyecto de construcción urbana más destacado del Japón de finales del siglo XIX. Hasta 1886, en Batavia no se podían cargar ni descargar los barcos directamente desde el muelle; ya fue demasiado tarde para que la antigua capital colonial conservara la ventaja frente al auge del puerto de Surabaya. En China, se considera que 1888 —cuando se inauguraron en Hong Kong los primeros muelles modernos— es el año que marca el inicio de la modernización portuaria del país.[1015] Sin embargo, la reforma avanzó muy despacio a lo largo de la costa china, porque el exceso de mano

de obra por extremo barata suponía un freno a la mecanización: ¿para qué se necesitaban grúas, si los portadores salían casi por nada?
Los nuevos puertos formaron un mundo especial de fletes masivos, trabajos manuales pesados y algo de mecanización, cada vez más separado de aquellas partes de la bahía en la que subían a los barcos los viajeros acaudalados de la clase alta y las grandes multitudes de emigrantes. Después de 1950, aproximadamente, las líneas de pasajeros transatlánticas desaparecieron del todo; al mismo tiempo, los puertos de contenedores y los depósitos petrolíferos se trasladaron lejos, a las desembocaduras de los ríos. Los puertos «modernos» del siglo XIX fueron cayendo en el silencio paso a paso: demolidos, rellenados y empleados como suelo para nuevos rascacielos.
A veces, la deficiencia de las instalaciones portuarias fue un inconveniente grave para la prosperidad del comercio. En Buenos Aires, que no podía utilizar ninguna ensenada natural, los vapores oceánicos tuvieron que descargar y cargar en la rada exterior, con ayuda de barcazas, hasta la década de 1880; hasta entonces no se impuso la rama de la oligarquía argentina que no se arredraba por el alto coste de la ampliación portuaria. En 1898 el laborioso proyecto llegó a su conclusión y Río de la Plata quedó provisto de nueve kilómetros de muelles de hormigón, con fondeaderos profundos y los recursos modernos de la tecnología de carga.[1016] En Ciudad del Cabo, la modernización no se puso en marcha hasta la guerra de los bóers. Por su coste y su técnica, fue la tarea más descomunal que había emprendido nunca el municipio.[1017]

Buques de hierro y vías férreas

El reemplazo de los navíos de madera por los de hierro, al igual que otro aspecto un poco posterior, pero relacionado —la transición de los barcos de vela a los impulsados por combustibles— fue la segunda gran tendencia de transformación. Hacia 1870 era perceptible en todas partes y concluyó hacia 1890. Tuvo como consecuencia el aumento de la

capacidad de transporte, la rebaja en los precios del flete y los pasajes, una mayor velocidad, más independencia con respecto al buen o mal tiempo, y la posibilidad de mantener líneas con horarios regulares. La velocidad no se notó solo en la duración del trayecto; los vapores hacían escalas más reducidas que los veleros. Esto también incrementó claramente el ritmo de la vida y del trabajo en los puertos.

Otra consecuencia del éxito de los buques de vapor fue la superación, en parte, de las barreras entre el tráfico marítimo y el de los grandes ríos. Es difícil remontar un río a vela. Por el contrario, las cañoneras y los barcos mercantes más pequeños pueden llegar sin gran obstáculo hasta un *hinterland* de puertos antes inaccesibles. China se «abrió» por dos veces: primero, sobre el papel, con los «tratados desiguales» firmados a partir de 1842; por segunda vez a partir de 1860, en la práctica, por el paso de los barcos de vapor. Varias décadas antes de que el ferrocarril se abriera camino hasta el interior del país, habían empezado a hacerlo los vapores chinos y occidentales. Entre 1863 y 1901, vapores oceánicos de todos los tamaños subieron hasta Hankou (hoy, Wuhan), la gran ciudad situada en el centro mismo de China, cuando las aguas del río Yangzi iban altas. Solo después del cambio de siglo, gracias a una profunda reforma, las instalaciones portuarias de Shanghái pudieron monopolizar el destino final de los viajes oceánicos. Desde entonces, también se descargaron en Shanghái las mercancías que venían de Hankou o se dirigían a esta ciudad.[1018]

La construcción del ferrocarril ejerció asimismo una gran influencia en el funcionamiento de las ciudades portuarias. Por mencionar una vez más el ejemplo del este y el sureste de Asia: aunque unos pocos puertos marítimos especialmente bien situados —ante todo, Hong Kong y Singapur— pudieron seguir funcionando sin una conexión ferroviaria eficaz con su territorio interior, en realidad fueron excepciones. La norma general, válida en todos los continentes, fue que los puertos mal o no conectados con el ferrocarril carecían de futuro. Las *grandes* ciudades portuarias del mundo moderno son puntos de encuentro e interacción del transporte por mar y por tierra.

No todos esos grandes puertos fueron y son también al mismo tiempo centros de construcción naval; pero muchos sí que lo fueron. Muy a menudo, los astilleros fueron la primera variedad industrial de esas ciudades, por ejemplo en Barcelona o Bergen. Se trata de una de las formas más duras, y tecnológicamente

más exigentes, de la ingeniería industrial, más en una época en la que los cascos de los buques todavía se remachaban, en vez de soldarse. En China, la industrialización no empezó con la instalación de fábricas algodoneras, sino con los grandes astilleros de Shanghái, Hong Kong y Fuzhou, inaugurados bajo control estatal. No solo en China los gobiernos comprendieron la importancia de la construcción naval para el progreso de la nación, tanto económico como militar, y fomentaron esa industria naciente. Algunas ciudades portuarias (por ejemplo Glasgow o Kiel) tuvieron más importancia como astilleros que en el comercio transoceánico. A partir de 1850, Glasgow acertó al pasar del hilado de algodón, que vivía un estancamiento, a la construcción de buques y máquinas; en el momento de mayor auge, las décadas de 1880 y 1890, su arsenal fue el más productivo del mundo.1019

Sociedades portuarias

Desde el punto de vista de la historia social, el aspecto más importante de una ciudad portuaria —sobre todo de los puertos en proceso de industrialización— fue la diversidad y movilidad de sus mercados laborales. Hubo demanda de marineros y trabajadores del sector del transporte, de especialistas de los astilleros y de mano de obra no cualificada en la industria ligera local, de capitanes, oficiales de marina, prácticos e ingenieros de puertos. Se ofrecían y solicitaban servicios de toda clase: desde financiación para el comercio a los barrios de la prostitución y el juego. Hay buenos motivos para definir las ciudades portuarias no solo por su ubicación geográfica, sino también por las peculiaridades de su estructura de empleo.1020 La diferencia principal entre un puerto y una ciudad de interior era la extraordinaria importancia del empleo de corta duración. Se pedían jornaleros de un día para el otro y había una gran cantidad de hombres que buscaban trabajo; *hombres*, porque en los puertos la mano de obra era casi exclusivamente masculina, a diferencia de la industria ligera de la primera fase de la industrialización, donde el porcentaje de

mujeres podía llegar a tres cuartas partes de la plantilla. En Europa, los trabajadores portuarios estaban en lo más bajo de la jerarquía laboral; en la China de principios del siglo XX, protagonizaron huelgas y boicots contra el imperialismo, siempre en la vanguardia de la política. En Europa se les pagaba especialmente mal, se los trataba con brutalidad y por lo general no se les ofrecía más que el jornal de los días trabajados. Incluso cuando el pago por jornales empezó a reducirse en otros sectores, en los puertos siguió siendo mayoritario. La mecanización de las labores de transporte, por otro lado, hizo bajar la demanda de mano de obra. El empleo cobró una gran estacionalidad y, en esas familias, a menudo era imprescindible que también buscaran ingresos las mujeres y los niños. Estos últimos no solían hallar empleo en los puertos, pero las labores portuarias, indirectamente, arrastraron tras de sí el trabajo infantil. 1021

Que los puertos tuvieran una población especialmente inestable y fluctuante no fue una novedad del siglo XIX. Desde antiguo habían sido destino de las diásporas del comercio. Tampoco los debemos ver tan solo como un conglomerado de personas llegadas del extranjero. Los inmigrantes venidos del *hinterland* solo eran extraños en cierta medida. En las ciudades portuarias chinas, por ejemplo, los inmigrantes de las provincias tendían a reencontrarse en el mismo sector de negocio, a vivir cerca unos de otros y a desarrollar sus propios entornos sociales, organizaciones gremiales y redes de reclutamiento propias. Sobre todo en Shanghái había todo un mosaico de comunidades del estilo, con la solidaridad del origen común. A principios del siglo XX hubo intentos de organizar política y sindicalmente al proletariado portuario que tuvieron que lidiar con estos particularismos. 1022

La formación de grupos basados en el lugar de origen no fue exclusiva de las ciudades asiáticas. La red trascontinental de las ciudades portuarias tiende siempre a favorecer las estructuras étnicamente diferenciadas. En Trieste, por ejemplo,

convivían en el siglo XIX las «naciones» armenia, griega, judía y serbia; Odesa creció, a partir de 1805, por la contratación deliberada de judíos, suizos, alemanes, griegos y otros.1023 Con posterioridad a la gran hambruna irlandesa, hubo minorías de trabajadores irlandeses en puertos como Liverpool, Glasgow o Cardiff, en comunidades acotadas y bastante cerradas. En 1851, más de la quinta parte de la población de Liverpool eran irlandeses. Situaciones como las de Hamburgo, donde la segregación de los inmigrantes era muy débil, eran casos excepcionales. Los recién llegados solían contar con alojamientos muy deficientes y las oportunidades de medro de sus hijos eran comparativamente menores.

Las fuerzas de seguridad de toda índole solían considerar los puertos como criaderos de disturbios y criminalidad. Esta valoración se confirmó en el siglo XX más aún que en el XIX. En Alemania, la revolución de 1918 se inició con un motín naval. En Rusia, en 1921, la marinería de guerra se levantó contra una revolución que había traicionado sus propios principios. Los trabajadores de los muelles se situaron en primera línea de la batalla contra el colonialismo y los intereses extranjeros, ya fuera en las ciudades chinas de Hong Kong y Cantón, en la india Madrás, en la vietnamita Haiphong o en la keniana Mombasa. Los puertos eran (y son) un lugar más abierto que las ciudades del interior no solo al extranjero, sino también a las ideas foráneas. En Alemania, el autoritarismo prusiano halló el contrapeso del liberalismo burgués de las ciudades hanseáticas como Hamburgo o Bremen. Podemos hallar oposiciones similares en otras partes del mundo. Los puertos, más que otros lugares, tienden a ser lugares de desviación e innovación. Aquí el estado solía estar representado por un órgano que no necesitaba en el ámbito urbano: el de los aduaneros. Había tribunales especiales para un derecho especial, el marítimo. Por su situación, los puertos eran especialmente vulnerables a la piratería y la guerra naval. El imperio británico, desde las acciones de los corsarios

isabelinos, ha sabido ejercer siempre la «presión naval» mediante bloqueos de puertos y bombardeos desde el mar. Un episodio famoso se produjo en 1807, cuando la Royal Navy devastó el casco viejo de Copenhague; este ataque no provocado contra un país neutral perjudicó mucho la fama de Gran Bretaña en Europa. El «nido de piratas» de Argel, que no despertaba las simpatías de nadie en Europa, fue bombardeado por fragatas estadounidenses ya en 1815.1024 En 1863, barcos de guerra ingleses destruyeron una gran parte de la ciudad japonesa de Kagoshima para vengar el asesinato de un comerciante.1025

El comercio transoceánico fue un motor destacado de la urbanización no solo en las colonias, sino también en Europa. Hacia 1850, el 40 % de las ciudades de más de 100.000 habitantes eran puertos; solo a mediados del siglo XX, las concentraciones industriales ascendieron a la primera posición de la jerarquía europea, superando a los puertos.1026 En algunos países de Europa, la urbanización fue en principio un fenómeno costero. Salvo Madrid, todas las grandes ciudades de España daban al mar: Barcelona, Cádiz, Málaga, Valencia, más indirectamente Sevilla. Algo similar ocurrió en los Países Bajos y Noruega; incluso en un país «continental» como Francia, algunos de los grandes centros provinciales estaban en la costa (Burdeos, Marsella, Nantes, Ruan). La cultura industrial de los puertos, dejando a un lado los más grandes, era distinta de la de los centros interiores. Entre las industrias típicas de los puertos figuraban los molinos de cereales y las almazaras, las refinerías de azúcar, el empaquetado de pescado, el tostado de café, la elaboración de los aceites minerales, raramente la industria pesada e incluso complejos mayores de la industria ligera. En ciudades como Nueva York o Hamburgo, las zonas más innovadoras no eran los barrios industriales sino los puertos.1027 Fue bastante raro que los puertos se convirtieran (también), con el tiempo, en centros industriales: un ejemplo fue Génova, que acabó siendo uno de los principales núcleos

industriales de Italia, y cuyo desarrollo a finales de siglo estuvo más marcado por la industria que por el comercio exterior, e igualmente lo fueron Barcelona o la Shanghái posterior a la primera guerra mundial.

Los puertos estuvieron dominados a menudo por pequeñas oligarquías de comerciantes, banqueros y navieros, una *grande bourgeoisie* que, en el siglo XIX, creó cámaras de comercio como órganos de defensa de los propios intereses y garantía de la exclusividad social. Ocurrió así tanto en Rotterdam o Bremen como en Shanghái o Izmir. Los terratenientes tenían menos influencia política que en las grandes ciudades de interior. Sin embargo, estas oligarquías no siempre mostraron unidad interna. Podían surgir conflictos de intereses entre el comercio y la industria o entre partidarios y críticos del libre comercio. En general, la ideología dominante de las oligarquías capitalistas comerciales implicaba una preferencia por un estado de «vigilancia nocturna», que se inmiscuyera poco y se conformara con impuestos reducidos. El valor superior era garantizar que el comercio fluyera tranquilamente. Eran ciudades poco innovadoras en el ámbito de la administración urbana. Los comerciantes tendían a contemplar la planificación urbana con escepticismo y con recelo las inversiones en infraestructuras fuera del puerto. Por ello, generalmente los puertos no estaban a la vanguardia de las novedades en la higiene urbana. Durante más tiempo que en otros lugares, se confió antes en la caridad paternalista y la filantropía *ad hoc* que en prestar asistencia social regularmente. Así, Liverpool o Génova se caracterizaron por unos conflictos de clase relativamente graves, fruto de una estructura de clases polarizada, en la que los trabajadores manuales (y más tarde, también los empleados) tenían menos peso que en las ciudades de cuño industrial del interior, como Birmingham, Berlín o Turín.

6. CIUDADES COLONIALES, «PUERTOS DE LOS TRATADOS», METRÓPOLIS IMPERIALES

Cuando un puerto o un centro de administración se hallaba en

una colonia, ¿tiene sentido clasificarlo como «ciudad colonial»? 1028 A finales del siglo XIX, eran tan extensos los territorios situados bajo dominio colonial que no es irrazonable suponer que la «ciudad colonial» fue una variedad específica de la época. Tenía antecedentes en la Edad Moderna. Desde el principio, los españoles habían exportado al Nuevo Mundo la forma de las ciudades ibéricas, aunque no siempre con la misma planta fundamental. A finales del siglo XVI, la ciudad colonial hispanoamericana se transfirió también a las Filipinas: Manila, salvo por la presencia de chinos, no se diferenciaba en nada de una ciudad mexicana. Como caso único en las cabezas de puente de la temprana expansión europea en Asia, no eran tan solo un centro comercial, sino también un centro de dominio laico *y* religioso.1029 En una dimensión más humilde, los neerlandeses, que también procedían de un entorno muy urbanizado, imitaron a los españoles en Asia, al menos en la ciudad de Batavia, fundada en 1619 con éxito evidente.

Calcuta y Hanói

Más adelante, cuando los británicos controlaban la India con firmeza, convirtieron su base más importante, Calcula, en una ciudad de palacios. A partir de 1798 —después de que la Compañía de las Indias Orientales ya hubiera ejercido desde allí, durante más de cuatro décadas, la autoridad política suma —, la capital de Bengala se transformó en un espléndido conjunto neoclásico sin apenas rival en el mundo. La función de la ciudad no se alteró en lo fundamental. Lo único que le faltaba, a pesar de la intensa actividad constructiva que emprendieron los británicos desde la década de 1760, era una vestimenta arquitectónica coherente. En el centro del nuevo diseño estaba la New Government House, un gigantesco palacio del gobernador que ya no provocaba (como sus modestos predecesores) el desdén de los indios críticos o los franceses envidiosos. En el momento de su inauguración, en 1803, la nueva residencia destacaba mucho más que cualquier otra sede de gobierno o vivienda oficial de los monarcas ingleses. Se le

sumó toda una serie de edificios públicos adicionales (ayuntamiento, juzgados, aduana, etc.), iglesias y numerosas mansiones privadas de funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales y comerciantes; y sobre todo ello se levantaba la antigua ciudadela de Fort William.[1030]

La Calcuta de los pórticos y las columnatas dóricas no se limitaba a trasplantar a la India una ciudad inglesa. Era la utopía pétrea de una nueva Roma imperial, menos pensada como ciudad funcional que como un paisaje de poder en el que también debían hallar su lugar los indios. Desde el punto de vista de la arquitectura, no es difícil hallar las huellas coloniales de Europa en todo el mundo. No siempre crecen de un modo tan compacto y macizo como en Calcuta. Eran muy pocas las colonias provistas de tanto peso simbólico como la India. Además, pocas eran tan ricas y de explotación tan fácil que la pompa colonial se pudiera financiar localmente; a fin de cuentas, las colonias solo debían ser un negocio con pérdidas cuando el prestigio internacional lo exigía irremediablemente. Por ello, no hubo edificios de estilo europeo que se añadieran a un panorama urbano colonial ya cerrado. Como equipamiento mínimo de la capital de una colonia —imprescindible incluso en la más pobre de las propiedades— se necesitaba un palacio del gobernador, cuarteles para los militares y una iglesia. El núcleo se completaba con unas pocas residencias señoriales para comerciantes y funcionarios europeos. El hecho de que surgieran barrios de viviendas plenamente europeos dependía de la fortaleza personal de la presencia extranjera.

Era muy excepcional que se diera la voluntad planificadora e inversora precisa para desarrollar de cero una ciudad colonial modélica. Dakar, la futura capital de toda el África occidental francesa, que fue fundada en 1857, es un ejemplo singularmente impresionante.[1031] Podemos considerar que Dublín fue un caso especial: no ofrecía un paisaje urbano colonial deliberado, pero sí un opulento campo simbólico de carácter imperial. En la capital de Irlanda abundaban las

estatuas de los reyes y las reinas de Inglaterra, lo cual servía por un lado para expresar la voluntad de poder de Londres y por otro lado, al mismo tiempo, como punto de partida de las ceremonias protestantes. Como los británicos nunca llegaron a controlar del todo el gobierno de la ciudad, sin embargo, los monumentos imperiales también se fueron convirtiendo poco a poco en símbolos de la resistencia nacional.1032

La Hanói de principios del siglo XX fue una metrópoli colonial desarrollada en su plenitud, al mismo tiempo centro del protectorado de Tonkín y desde 1902 capital de la Unión de Indochina, una federación de los tres *pays* franceses de Vietnam, más Camboya y Laos. Vietnam fue, desde el principio, un territorio rebelde, y la Francia de la Tercera República consideró que allí era especialmente necesario impresionar a la población autóctona y convencer al mundo de la capacidad colonizadora de la nación. Hanói, la ciudad más importante de Tonkín y, desde 1806, residencia del emperador vietnamita, había pasado al control francés *de facto* en 1889. Sin demora se empezó a transformarla en una ciudad francesa en suelo asiático. Se derribaron las murallas de la ciudad y, no sin ironía, la ciudadela erigida al empezar el siglo con el estilo de Vauban; se abrieron nuevas calles e incluso paseos, dispuestos como en un tablero de ajedrez y pavimentados parcialmente. Además de los nuevos edificios gubernamentales y una catedral inusualmente fea y ostentosa, se levantaron una estación de tren, un teatro de la ópera (copia reducida de la Ópera Garnier de París), un instituto (*lycée*), una prisión (tristemente célebre), un puente técnicamente notable sobre el río Rojo, monasterios y conventos, incontables edificios de la burocracia y grandes almacenes con cúpulas de vidrio al estilo parisino; junto a las típicas mansiones para los grandes comerciantes y la cúpula de la jerarquía administrativa —a la postre hubo doscientas viviendas de lujo de apariencia personalizada—, se erigieron edificios de viviendas estandarizados, en la periferia, para el personal francés de menor categoría. En el mismo

emplazamiento de las pagodas asoladas y los centros de estudio confucianos, se construyeron, con gran brutalidad simbólica, los monumentos más toscos del colonialismo, el palacio del gobernador y la catedral. A diferencia de los británicos, que en Calcuta alzaron la ciudad nueva y colonial *al lado* de la antigua y autóctona, el poder colonial de Francia se levantó en lugar de lo existente. Las calles y plazas se bautizaron con los nombres de los «héroes» de la conquista francesa de Indochina, o con las grandes figuras de la Francia pasada y coetánea.

El estilo arquitectónico de la era de fundación colonial no hizo concesiones al lenguaje constructivo asiático. De hecho en Saigón, por motivos de política simbólica, los colonos se situaron directamente en contra. El esplendor de Francia debía brillar sin falsedad, propagando su función civilizadora. Se realizó una mezcla irreflexiva de columnas corintias y elementos del neogótico o el barroco temprano. En la India británica de la época tampoco se vacilaba a la hora de emplear cualquier posible préstamo histórico, pero al menos se tuvo el atrevimiento —por ejemplo en la estación de ferrocarriles de Victoria, en Bombay, culminada en 1888— de combinar elementos del gótico veneciano, francés e inglés con rasgos de lo que se denominaba estilo «indo-sarraceno».1033

Solo tras el cambio de siglo, se despertó en Vietnam y París incomodidad ante la pompa y el pavoneo de la década de 1890. Los estudiosos descubrieron que, tras la tradición sino-vietnamita, una «antigua» Indochina políticamente más aceptable, la de Angkor y Cham; y tras la primera guerra mundial, también se introdujeron en Hanói algunos diseños *art déco*.1034 Políticamente, la europeización también se llevaba lo más lejos posible. Hanói, que tan solo tenía entre un millar (1901) y cuatro mil (1908) habitantes franceses, contaba con alcalde, corporación municipal, presupuesto y disputas entre bandos, como cualquier metrópoli de provincias francesa.1035 La principal diferencia con Tours o Lyon radicaba en que, aunque los nativos, al igual que los inmigrantes no europeos

(chinos, indios), gozaban de cierta protección del derecho civil y posibilidades de participación informal (los comerciantes chinos acomodados incluso eran miembros de la cámara de comercio), no tenían ningún derecho de intervención en la política.

El ideal de la «ciudad colonial»

Hanói se convirtió en una de las ciudades coloniales de aspecto más asombrosamente europeo en todo el mundo. En consecuencia, a grandes rasgos, la podemos tomar como base para la definición de un tipo ideal de ciudad colonial «contemporánea» (un tipo distinto del propio de la Edad Moderna). Al igual que la ciudad global de finales del siglo XX, la ciudad colonial contemporánea está marcada por su propiedad más general: una orientación primordial hacia el exterior, más allá de las fronteras políticas. El resto de rasgos característicos son:1036

• el estado ejerce el dominio político, militar y policial (el «monopolio de la violencia» en la ciudad) por medio de gobernantes de origen extranjero, que de hecho solo están legitimados por la conquista (derecho del más fuerte);

• exclusión de la población autóctona, incluso de la élite, en las decisiones sobre el modo en que las autoridades regulan la vida en la ciudad;

• importación de la arquitectura representativa europea (tanto religiosa como laica), orientada en su mayoría a la (pen)última moda constructiva, es decir, al estilo que en la patria se considera «nacional»;

• dualismo espacial y segregación horizontal entre un barrio de los extranjeros (estructurado según los principios europeos más generosos y sanos) y una «ciudad nativa» que solo se modernizaba tibiamente y tenía fama de atrasada;

• ausencia de una sociedad urbana homogénea; en su lugar, hay estratos rígidos establecidos con criterios de raza, y la población nativa queda relegada a puestos dependientes, de servicio y mal pagados; • punto de partida para la apertura, reforma y explotación del interior del país, de acuerdo con los

intereses extranjeros y las exigencias de los mercados internacionales.

Esta lista de características tiene la ventaja de que evita el calificativo apresurado: la «ciudad colonial» no se puede definir *solo* por su forma arquitectónica o su función económica. Por otro lado, las características no están «en un solo plano», por ejemplo cuando se mezclan forma y función. Además, la suma de rasgos supone una definición tan específica que en la realidad le corresponden muy pocos casos. Así, Hanói no carecía de importancia económica, pero no era ni un puerto ni la típica «sanguijuela» colonial de los recursos locales. Sus funciones solo se pueden describir adecuadamente en el contexto de un *sistema urbano*, que en Indochina incluía como mínimo el puerto de Haiphong y la metrópoli survietnamita de Saigón, pero en el exterior también Hong Kong, Batavia y, en última instancia, Marsella o Nantes.

Como todo tipo ideal, el de la «ciudad colonial» también puede ser tan solo un instrumento para comprender con más detalle la realidad observada y poder extraer peculiaridades a partir de la comparación. Además excluye algunas posibilidades de antemano. Si entendemos que una ciudad colonial es un lugar de contacto duradero entre culturas distintas,[1037] entonces *todos* los grandes puertos multiculturales tienen algo de colonial en sí, tanto si se hallan en colonias como si no: también Londres, Nueva Orleans, Estambul o Shanghái. Todos poseen estructuras sociales plurales; este rasgo, por lo tanto no sería específico por sí solo. En cambio, si se define un concepto exclusivamente político y se considera como criterio decisivo que la élite local ceda el sitio a un aparato de dominio autocrático implantado desde el exterior, entonces una ciudad como Varsovia, parte del imperio zarista, cumpliría esa condición. A finales del siglo XIX, en una ciudad sin permiso para ser capital de un estado nacional polaco, siempre había destacados 40.000 soldados rusos. Una fea e intimidatoria ciudadela vigilaba desde lo alto, los cosacos patrullaban por las

calles y la autoridad última estaba en manos del jefe de la policía rusa, sometido directamente a Moscú. Compárese con una metrópoli europea «normal» como Viena, donde regularmente solo había 15.000 soldados y, en su mayoría, de origen nacional.1038

Muchas características de una ciudad colonial deben definirse dinámicamente, no «binariamente» por presencia o ausencia. Los historiadores que atienden más bien a los casos de segregación estricta y *apartheid* urbano se oponen a los que se interesan sobre todo por la mezcla, la fusión o la «hibridez» y admiran el «cosmopolitismo» de algunas de las grandes ciudades coloniales. Entre medio ha habido muchos grados. La composición social de las ciudades coloniales estuvo marcada por matices, transiciones y solapamientos, ante el telón de fondo de una dicotomía entre colonizadores y colonizados que actuaba *en principio*, pero no en todas las expresiones de la vida. Las jerarquías sociales y étnicas se solapaban de una forma compleja. Incluso en la época de mayor auge del pensamiento racista, la solidaridad del color de piel y nacionalidad no cancelaba del todo la solidaridad de clase. Los comerciantes ricos de la India, o los príncipes malayos, solían tener el acceso vedado a los clubes británicos de las grandes ciudades coloniales; pero lo mismo les pasaba a los «blancos pobres» (*poor whites*). En caso de duda, la distancia social entre el funcionario británico del Indian Civil Service y un blanco acogido en un *workhouse* de la India era mayor que la diferencia étnica entre ese mismo funcionario y un abogado indio *acomodado y culto*; salvo que la relación se viera enturbiada por la *política* (lo que no era de esperar hasta pasada la primera guerra mundial). La sociedad «típica» de una ciudad colonial no era un orden basado en la división simple entre dos clases o dos razas.

Segregación

Es más fácil identificar un dualismo especial entre un barrio extranjero (privilegiado y protegido, y a menudo situado en la

zona climática más favorable) y los barrios de asentamiento de la población autóctona. Sin embargo, esta partición *binaria* también es la construcción de un modelo. Las relaciones de poder y la estratificación social no se tradujeron directamente en una abrupta bipartición de la planta urbana. E incluso donde este fue el caso, como los colonos europeos dependían de una muchedumbre de personal doméstico nativo, nunca podía haber una separación neta de las dos esferas vitales. Los colonizadores casi nunca estaban totalmente a solas. En la vida cotidiana se movían en un escenario semioficial, ante un público local que los observaba con suma atención. La separación de los barrios de residencia no significaba por sistema que hubiera una relación de subordinación unívoca de la población autóctona. Kazán, junto al río Volga, poseía un barrio ruso y un tártaro, sin que por ello quepa hablar sin más de relaciones coloniales.1039 En las ciudades más grandes de Asia, al menos, ya desde antes de la Edad Contemporánea se toleró la presencia de comunidades especiales formadas por minorías que además, a menudo, vivían en la misma zona; así pasaba en Estambul, donde, en 1886, residían de forma estable un mínimo de 130.000 no musulmanes.1040 Muchas ciudades del sur y sureste de Asia también ofrecieron a los visitantes europeos esta imagen de coexistencia en comunidades integradas, coexistencia que por lo general (aunque no siempre) era pacífica. Eran *villes plurielles* —como lo eran sin excepción las del imperio otomano—, donde la religión y, en segundo lugar, la lengua representaban los criterios de distribución esenciales.1041 El colonialismo se colocó por encima de estas estructuras de mosaico, sin borrarlas.

La segregación no surgió de ninguna «esencia» de la ciudad colonial. En cada caso tiene su propia historia. En Delhi, conquistada por los británicos en 1803, no hubo ningún barrio especialmente británico hasta la rebelión de los Cipayos, de 1857. Lord Palmerston y muchos otros pidieron que, como castigo, la ciudad quedara arrasada. Pese a que la destrucción

fue considerable —por ejemplo, se perdió una gran parte del Fuerte Rojo del emperador mogol— no se llegó a tanto.1042 Tras el susto de 1857, muchos británicos prefirieron vivir lejos de la *native city*. Pero después todavía se permitió que los indios poseyeran propiedades en el barrio de los extranjeros, y la policía nunca pudo garantizar la plena seguridad de los «señores» coloniales frente a los ladrones nativos. Algunos ingleses vivían en su «propio» barrio, en viviendas alquiladas a indios, pero seguían realizando el trabajo (y buscando la diversión) en la ciudad vieja. Después de que la epidemia de peste de 1903 demostrara las ventajas de las construcciones espaciadas de la periferia, cada vez más propietarios indios se mudaron a las *civil lines*, como se dio en llamar al distrito británico.1043 El caso de Bombay fue distinto: aquí, la factoría de la Compañía de las Indias Orientales, protegida casi como un fortín, fue el núcleo del desarrollo de la ciudad, al cual no se añadió una «ciudad de los nativos» hasta los primeros años del siglo XIX. Como tercer elemento, pero *aún más tardío*, se añadieron zonas residenciales ajardinadas para los europeos más acomodados.1044

¿Qué diferencia en realidad la segregación *colonial* en el interior de una ciudad de otras clases de separación espacial? En las ciudades europeas había (y sigue habiendo) micromodelos de segregación, a veces de una calle a otra, o en vertical dentro de un mismo edificio de viviendas (con los burgueses en el *bel étage* y el poeta pobre en la mansarda).1045 Así pues la segregación, entendida con cierta laxitud, está muy extendida y es una forma elemental de la diferenciación social, que se expresa de incontables maneras. En este contexto, «colonial» solo puede referirse al *apartheid* urbano *impuesto* por el aparato de poder de un régimen extranjero minoritario según criterios *étnicos*. Sin embargo, hay pocos ejemplos de ello. Algunas de las prácticas más intensas de la segregación en la historia moderna carecieron de toda connotación étnica: por ejemplo, la separación de los combatientes y el común de las gentes en la

Edo del período Tokugawa. A la inversa, es difícil decidir si los irlandeses, tanto en las ciudades industriales y portuarias de la primera era victoriana como algo después en Norteamérica, permanecieron en las posiciones inferiores de la jerarquía social por razones sociales o quizá «étnicas» (en este caso, también, religiosas).1046 Aunque los irlandeses eran «blancos», había muchos matices de «blanco».1047

En conjunto, el tipo ideal de la «ciudad colonial», cuando se lo inspecciona de cerca, pierde el contorno marcado. No todas las ciudades de un territorio colonial se convertían por eso en ciudades coloniales típicas, y tampoco debemos exagerar las diferencias entre aquellas ciudades coloniales y no coloniales que cumplían funciones similares. El hecho de que Marsella y Madrás fueran ciudades portuarias significa, probablemente, que las semejanzas superaban con mucho a las diferencias propias del marco colonial-no colonial. Por otro lado, en el desarrollo global de las ciudades hubo algo parecido a una fase de transición colonial, que se extiende de mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Aunque la «ciudad fronteriza» al estilo de Boston y Nueva York, de Río de Janeiro y Ciudad del Cabo, como nueva fundación en un entorno carente de ciudades, fue una innovación urbana de la Edad Moderna, en cambio la ciudad colonial «contemporánea» de origen europeo se imprimió sobre las antiguas culturas urbanas del norte de África y de Asia, y a veces provocó su resistencia. Antes de este período, los modelos del urbanismo europeo nunca habían ejercido un efecto tan poderoso en el mundo. La ciudad colonial en sentido estricto desapareció con los imperios coloniales. Hoy se la percibe como una estación de paso anterior a las megaciudades poscoloniales de la actualidad, cuya evolución se ha distanciado de los modelos europeos y se ha nutrido de fuentes de naturaleza en parte local y en parte global, pero no de una dinámica específicamente europea u occidental.

Occidentalización colonial

El pasado colonial y el paso posterior a la megaciudad

mantienen entre sí una relación tan variable que no es posible hacer afirmaciones generales. Entre las diez ciudades más grandes del mundo en el año 2000, solo hay una antigua metrópoli imperial: Tokio; una segunda podría ser Nueva York, si se opta por considerarla el centro de la hegemonía mundial estadounidense.1048 Las dos metrópolis imperiales que fueron aún más importantes que Tokio en el período comprendido aproximadamente entre 1850 y 1941 —Londres y París— hace tiempo que no figuran a la cabeza de las ciudades más pobladas; sin embargo se han forjado una posición como *global cities*, es decir, como puntos nodales en el nivel más alto del sistema urbano global y concentraciones múltiples de una capacidad de dirección universal. Con la excepción de Londres, las ciudades globales de la actualidad —en cabeza: Tokio, Nueva York, Londres, París— no tienen esta condición *porque* hubieran sido antes metrópolis coloniales. Salvo Tokio, entre las diez ciudades *más grandes*, todas las otras (¡también Nueva York!) habían sido en algún momento «ciudades coloniales», aunque de diversa clase y en épocas muy distintas. Cuando Seúl quedó sometida al dominio colonial japonés, en 1905, Ciudad de México llevaba ya casi un siglo de historia poscolonial. Mientras que El Cairo solo fue una colonia, en sentido estricto, durante 36 años (1882-1918), Batavia-Yakarta lo fue 330 años (de 1619 a 1949). Otras ciudades coloniales antaño espectaculares *no* han seguido el camino de las megalópolis: Ciudad del Cabo, Hanói, Dakar y muchas otras existen hoy con dimensiones *relativamente* modestas. Hay centros de antiguos grandes imperios coloniales, como Madrid o Ámsterdam, que en la escala global de hoy no pasan de ser destinos turísticos medianos. Ciudades que son «mega» desde el punto de vista puramente estadístico, como Bangkok y Moscú, nunca estuvieron colonizadas; Shanghái lo estuvo de una forma muy peculiar y limitada.

La época de las ciudades coloniales supuso una preparación no específica para las megaciudades, en cuanto a sus conexiones

globales; y ciertamente es fácil dudar de si el pasado colonial ha demostrado ser una ventaja o un inconveniente para el mundo de hoy. Lo más práctico es la formulación exclusiva: el pasado como ciudad colonizada *no* es una condición imprescindible ni la causa principal de la explosión urbana que se ha producido desde mediados del siglo XX; y haber «poseído» un imperio colonial tampoco garantizaba una posición de primer orden en el mundo poscolonial.

Las ciudades de «frontera» neoeuropeas de los dominios coloniales británicos —de forma especialmente llamativa en Australia, y luego en Canadá (sobre todo el oeste) y Nueva Zelanda— representan un tipo urbano específico. Son el producto inmediato de la colonización europea y su carácter tiene poco de «híbrido». Como no se añadieron a un paisaje urbano preexistente, sino que se crearon de cero en condiciones límite, no se corresponden con la «ciudad colonial» según esta se definía más arriba. Las ciudades australianas tampoco fueron meras copias de las ciudades británicas en el sentido en que lo fueron los fundaciones españolas en América, que, pese a todas las diferencias locales, en lo esencial reproducían un modelo urbanístico español. A lo que más se asemejan es a las ciudades del Medio Oeste de Estados Unidos, que medraron casi al mismo tiempo. A diferencia de las ciudades coloniales asiáticas o norteafricanas, las ciudades australianas mantuvieron un desarrollo continuo. No hubo descolonización repentina, sino un proceso lento, constante y político de emancipación política en el marco de la tradición constitucional británica. Desde el punto de vista económico, las ciudades australianas siguieron siendo «coloniales» en la medida en que no lograron la independencia del mercado financiero londinense (lo que fue sucediendo paso a paso a partir de 1860),[1049] en que los mercados del imperio británico tuvieron un peso sin alternativas y en que el propio comercio exterior se realizaba, en buena parte, a través de las agencias de empresas británicas.[1050] La suave descolonización económica de los

dominios se completó, en lo esencial, en la década de 1950.

Una novedad llamativa del colonialismo del siglo XIX fueron los puertos de los tratados (*Treaty Ports*; también es corriente usar la denominación inglesa).1051 En Asia y África, por lo general, los soberanos habían limitado las actividades comerciales de los extranjeros a unos emplazamientos determinados, y habían intentado mantener el control sobre ellas en todo lo posible.1052 Cuando, a partir de 1840, China, Japón y Corea «se abrieron» uno tras otro al comercio internacional, incluso a los más fanáticos partidarios del libre comercio les quedó claro que no se podía «penetrar» en estos espacios económicos tan solo con la libre acción de las fuerzas del mercado. Se requerían formas institucionales especiales, tras las cuales, en última instancia, estaba la amenaza militar. En la ramificación de convenios internacionales («tratados desiguales»), los extranjeros recibieron privilegios unilaterales, sobre todo inmunidad frente a la justicia de los países asiáticos; pero también se erigieron regímenes comerciales que privaban a los gobiernos locales del control sobre la política aduanera. En algunas de las ciudades abiertas por contrato a los comerciantes extranjeros (no todos los puertos de los tratados estaban junto al mar), también hubo pequeñas zonas interiores libres de los controles del poder urbano autóctono; se cedieron o bien a cónsules extranjeros («concesiones») o bien a oligarquías de comerciantes extranjeros que se regían a sí mismas (*settlements*: «colonias» o «asentamientos»).

No se debe exagerar la importancia general de estos enclaves territoriales o colonias portuarias, como se las ha denominado con acierto.1053 En Japón, pese a que en los primeros años posteriores a la apertura del país fueron el foco más señero de la influencia occidental, después de 1868 no tardaron en perder la relevancia, debido a la política de modernización del estado Meiji, que cooperaba sin reservas con Occidente. En la urbanización de Japón no interpretaron ningún papel especial; entre las ciudades principales, solo Yokohama debe su

fundación a los puertos de los tratados. Los primeros extranjeros se establecieron allí en 1859, y treinta años más tarde, la ciudad portuaria tenía 120.000 habitantes (en su mayoría japoneses, por descontado); este crecimiento fue tan acelerado como el de Vladivostok, fundada nueve años después.1054 En China, los puertos de los tratados fueron mucho más importantes. Hasta el final de estas aperturas de los puertos, en 1915, un total de 92 lugares fueron contractualmente declarados *Treaty Ports*, en un momento u otro; pero solo siete tuvieron alguna vez una minicolonia europea, y entre estas siete, de nuevo, solo *dos* ciudades quedaron marcadas profundamente por los enclaves extranjeros: Shanghái, con el Asentamiento Internacional y la vecina Concesión Francesa, y la ciudad portuaria de Tianjín, en el norte de China, donde convivían nueve concesiones, aunque mucho menores que las de Shanghái. El extraordinario crecimiento de estas dos ciudades desde aproximadamente 1860 se explica sobre todo por la creciente orientación de la economía china hacia el mercado mundial; esta orientación, a su vez, la fomentó la presencia protegida de los extranjeros en los puertos de los tratados.

Algunas de las concesiones menores (por ejemplo, en Cantón y Amoy) eran algo parecido a «guetos de extranjeros» insulares. Este calificativo no se puede aplicar a la zona especial de Shanghái y Tianjín. El Asentamiento Internacional de Shanghái estuvo regido, hasta la década de 1920, por representantes de las grandes corporaciones occidentales en China, sin participación oficial de los propios chinos. El 99 % de su población, sin embargo, eran chinos, que podían poseer tierras y realizar toda una serie de actividades económicas. Además, el espacio de acción de la política de oposición era aquí mayor que en la zona jurisdiccional del estado chino. La opinión pública crítica, en China, surgió sobre todo aquí, donde en principio regían las condiciones de un estado de derecho.1055

A pesar de que muchos otros emplazamientos eran ventajosos,

Shanghái creció en torno del núcleo colonial. Las concesiones y los asentamientos de los puertos de los tratados se convirtieron en espacios de transmisión de las ideas urbanas europeas a China. En lugar de una pomposa arquitectura palaciega al estilo de Calcuta y Hanói, aquí predominaron la construcción funcional para la apertura al mercado mundial: las centrales de negocios de las grandes firmas, que sin embargo no formaron en conjunto la conocida silueta de los edificios del «Bund» hasta la década de 1930. De vez en cuando alguien se permitía construcciones fantásticas al estilo de Disneyland, por ejemplo el Gordon Hall, edificio administrativo de la concesión británica en Tianjín, que se asemejaba a un castillo medieval, de base amplia, con sus torres y almenas; o la reproducción de una pequeña ciudad alemana, con su entramado de madera y sus ventanas emplomadas, en Qingdao, punto principal de la «zona protegida» (es decir, colonia) alemana en la provincia nororiental de Shandong. Fue más relevante que, allí donde los asentamientos podían crecer, surgiera una nueva clase de imagen urbana: calles más anchas, edificaciones más separadas, técnicas de piedra y mortero también en las casas de estilo chino, y sobre todo la apertura de las viviendas hacia la calle cuando la casa tradicional, en China, estaba cerrada por paredes sin ventanas al exterior (solo las tiendas miraban hacia la calle).1056

«Autooccidentalización» urbana

No solo en las colonias hubo «ciudades coloniales». Esta es quizá la objeción principal contra un tipo ideal de fácil manejo: algunas de las ciudades que, por su apariencia, eran más claramente «coloniales», en realidad no se originaron en la iniciativa de ninguna autoridad colonial, sino que fueron el fruto de una «autooccidentalización» preventiva. En el siglo XX, esto ya no causaba sorpresa. A lo sumo en la década de 1920, en todo el mundo imperaba el consenso sobre qué se necesitaba para contar con una ciudad «moderna» y «civilizada»: calles adoquinadas o asfaltadas, abastecimiento de agua corriente,

canalización del agua residual, recogida de basuras, lavabos públicos, construcciones antiincendios, iluminación de las calles y plazas principales, rudimentos (al menos) de un transporte público de proximidad, a poder ser conexión ferroviaria, escuelas públicas (como mínimo para una parte de la población), un servicio de salud con hospital, un alcalde, una policía con capacidad de intervenir y una administración semiprofesional. Incluso cuando las circunstancias exteriores eran negativas (por ejemplo, en la China de entreguerras, asolada por la guerra civil), las élites y los poderes locales se esforzaban por, como mínimo, acercarse a esos objetivos.1057 El hecho de que este modelo fuera de origen occidental no inquietaba a nadie. Sin embargo, las circunstancias locales exigieron adaptaciones y renuncias de toda clase.

Antes de la primera guerra mundial, cuando el prestigio de Europa estaba en lo más alto, la occidentalización urbana voluntaria, además de una exigencia práctica, era también una señal política. El Cairo, *antes* de la época colonial (que no empezó hasta la ocupación británica de 1882) ofrece un buen ejemplo de ello. Aquí, en un plazo de unos pocos años (entre 1865 y 1869) se hizo realidad un dualismo urbano tan puro como el que cabía hallar en algunas capitales coloniales francesas. Después de que los franceses —encabezados por Napoleón, en 1798 y 1800— causaran graves daños en la ciudad, el primer modernizador de Egipto, el pachá Mehmet Alí (*r.* 1805-1848), se ocupó asombrosamente poco de su capital, que vivía un estancamiento demográfico. El estilo arquitectónico favorito empezó a transformarse despacio: se comenzó a usar el vidrio en las ventanas, se modificó la distribución interior de las viviendas, se introdujo la numeración de las casas y el pachá encargó a un arquitecto francés una mezquita monumental en el estilo «neomameluco», que declaró estilo nacional de Egipto. Pero con estas salvedades, la apariencia de la vieja El Cairo, bajo Mehmet Alí y sus dos sucesores, cambió muy poco.1058 Quien sí introdujo

una ruptura profunda en la historia de la ciudad fue el pachá Ismaíl (*r.* 1863-1879, desde 1867 con el título virreinal de jedive), que «soñaba con la occidentalización».[1059] Entre el laberíntico casco antiguo, cuyas estrechas callejas no dejaban paso ni al carruaje de Mehmet Alí, y el río, hizo construir una ciudad nueva de ordenación geométrica: si allí había calles oscuras, que solo se podían pasar a pie, aquí abrió paseos idóneos para los cocheros; allí polvo, aquí parques verdes; aquí un aire agradable, allí hedor; aquí el alcantarillado canalizado, allí sumideros y surcos descubiertos (como poco antes había aún en el gran modelo de París); allí el contacto remoto se establecía mediante caravanas, aquí por medio del ferrocarril. En El Cairo —al igual que, casi contemporáneamente, en Estambul—, la introducción de avenidas trazadas con regla y de largas vistas supuso también una revolución estética.

El jedive había quedado convencido de las ventajas del urbanismo europeo en la exposición universal de París de 1867, y pidió consejo al gran señor de la planificación urbana parisina, el barón Haussmann. Al regresar, envió al ministro de Obras Públicas, el capaz y dinámico Ali Pachá Mubarak, a realizar un estudio detallado de la capital francesa. La inauguración del Canal de Suez, prevista para 1869, se convirtió en la meta de un frenético programa constructivo, tras el cual El Cairo brillaría como una moderna París oriental. El jedive no escatimó en nada e hizo levantar un teatro, un teatro de la ópera, parques, un nuevo palacio para él mismo y los dos primeros puentes sobre el Nilo.[1060] Que todo ello contribuyera a la bancarrota del estado, era otro tema. Ismaíl persiguió en parte el objetivo táctico de convencer a los europeos de que Egipto ansiaba modernizarse y podía ser aceptada en el círculo mágico de Europa; y en parte porque estaba seguro de que la modernidad que veía desarrollarse al norte del Mediterráneo era netamente preferible. La planificación urbana le pareció un medio idóneo para hacer que esa modernidad fuera real y, al mismo tiempo, simbólicamente visible. Ismaíl intervino también

en el casco antiguo y logró lo que en tiempos de Mehmet Alí aún habría sido difícilmente imaginable: que algunas calles rectas lo atravesaran. La necesidad de mejorar las condiciones de salud en todos los barrios de la ciudad también se tenía muy clara, pero el único avance —que por su naturaleza dejó poca huella en la apariencia de la ciudad— fue el abastecimiento de agua por medio de acueductos y un sistema de tuberías.[1061] Esto apenas redujo las diferencias abruptas entre la ciudad vieja y la inmediata ciudad nueva.[1062] A partir de 1882, la era colonial británica adoptó las estructuras básicas de El Cairo de Ismaíl y Ali Pachá Mubarak sin añadir casi nada. El Cairo «colonial» fue por lo tanto la creación de un soberano egipcio que tenía fe en el progreso, reconocía que debía aspirar a la civilización europea contemporánea, pero intentó (sin éxito, a largo plazo) no convertirse en un cliente político dependiente de las grandes potencias.

En otras ciudades de Asia y el norte de África se explican historias similares de «autooccidentalización»:

• en Beirut, la historia de una ciudad *nueva* (a diferencia de El Cairo), que se convirtió en expositor de la modernidad otomana, sin las cargas del pasado, y un espejo burgués de la admirada Marsella, en la otra orilla del Mediterráneo;

• en Estambul, la historia de una ciudad que adaptó las formas de las ciudades europeas tomándose en serio la mejora de las infraestructuras (en comparación con El Cairo, menos violenta pero más profunda) y evitando el dualismo crudo;

• en Tokio, la historia de fuerzas centrífugas que, por un lado, hacia 1880 ya había hecho que algunas partes de la vieja Edo se asemejaran a la periferia de Chicago o Melbourne (creando una imagen arquitectónica de notable fealdad) y, por otro lado, también ayudó a que un neotradicionalismo firme se impusiera en la dirección de la vida cotidiana;

• en Seúl, la historia de un país que se abrió muy tarde (en 1876) y no fue una colonia como tal hasta 1910, y que en ese intervalo reformó la capital con el lenguaje arquitectónico

internacional-occidental de la época.[1063]
La historia de Hankou, en cambio, vuelve a ser muy distinta.
Dinámica no colonial: Hankou
La incorporación constante de nuevas zonas, en todos los continentes, a las redes del comercio mundial situó en ventaja a las regiones próximas al mar. Prácticamente toda la urbanización de Australia estuvo orientada hacia el mar. En los países no coloniales con un sistema urbano antiguo (como China o Marruecos), el peso demográfico, económico y político se trasladó del interior a la costa.[1064] Shanghái y Hong Kong, Casablanca y Rabat se aprovecharon de este desplazamiento. Sin embargo, algunas ciudades del interior también lograron convertirse en el núcleo de una dinámica que enlazaba tanto las fuerzas del mercado mundial como las del comercio interior. Los centros económicos continentales de esta índole, si estaban situados en las colonias, habrían sido calificados sin reservas de «típicamente coloniales». No obstante, solo lo fueron en la medida en que actuaron en contra de la tendencia, creciente a largo plazo, hacia una disparidad estructural entre los entornos económicos más dinámicos («desarrollados», «occidentales») y los más estáticos («atrasados», «orientales»).
Esta clase de ciudades surgieron con dimensiones diversas y en planos múltiples de los sistemas urbanos (si es que existían). Un ejemplo fue Kano, en la zona del Sahel, metrópoli del califato nornigeriano de Sokoto. Hugh Clapperton visitó la región en 1824-1826, y Heinrich Barth, en comisión británica, en 1851 y 1854. Los dos vieron una ciudad de murallas imponentes, que, en la primavera —época culminante de la estación de las caravanas transsaharianas— contaba de 60.000 a 80.000 habitantes. En vísperas de la intervención británica de 1894, que inició la era colonial en la región, había unas 100.000 personas (la mitad, esclavos). Kano fue un centro económico dinámico con un sector artesano considerable y una extensa zona de influencia comercial. Se exportaban productos de cuero al norte de África, y telas e incluso ropa de confección

al Sudán occidental. En el entorno prosperaron el algodón, el tabaco y el añil, gran parte de cuyos frutos se destinaban también a la exportación. La esclavitud y el tráfico de esclavos siguieron siendo importantes. Los esclavos servían como soldados y trabajaban en la producción. Como punto de partida de yihads, Kano mantenía un control propio sobre el suministro de esclavos. La ciudad sacó pleno partido a las oportunidades económicas y fue la más señera de las varias *villes industrieuses* del Sahel.[1065]

La situación de Hankou, que hoy forma parte de la triple ciudad de Wuhan, es un sueño para la geografía económica: en el centro de un paisaje fértil y muy poblado, y con acceso directo a un sistema hídrico ramificado que permitía enlazar con todos los puntos cardinales, pasando por el río más grande de China, el Yangzi, hasta llegar a Shanghái y ultramar.[1066] A diferencia de Hong Kong, en la costa del sur de China, que no fue una ciudad portuaria relevante hasta la intervención británica, a partir de 1842, Hankou —que está documentada como asentamiento desde aproximadamente 1465— era a finales del siglo XIX un centro de interior con conexiones de ultramar, y no a la inversa: un puerto de mar (*entrepôt*) y centro organizativo cuyos lazos con la tierra eran relativamente débiles.[1067] Los jesuitas ya habían descrito Hankou, en el siglo XVIII, como un núcleo rico y dinámico; un manual de comercio chino mencionaba la ciudad como el punto de trasbordo de mercancías más importante de todo el imperio.[1068] En comparación con Kano, Hankou era una ciudad colosal, con al menos un millón de habitantes —poco después de 1850, antes de la destructora rebelión Taiping—; de hecho era una de las ciudades más grandes del planeta, de las dimensiones de Londres (varios observadores europeos plantearon la semejanza porque la construcción era inusualmente densa, y la ocupación, muy alta). Hasta ese punto, Hankou no debía su crecimiento a la presencia extranjera ni a la conexión con el mercado mundial. En 1861 fue sumada a los puertos de los tratados.

Británicos y franceses abrieron de inmediato pequeñas concesiones territoriales, en las que solo se aceptaba a los chinos como personal doméstico; a partir de 1895 se incorporaron también alemanes, rusos y japoneses. Nada más producirse la «apertura» llegaron misioneros, comerciales y cónsules extranjeros (los primeros se movieron sobre todo en la ciudad china, más que en las concesiones). La aparición repentina de los europeos, las casas que erigieron y las ambiciones que plantearon —con el apoyo militar de cañoneras en el Yangzi— marcaron una época en la historia de la ciudad.

Sin embargo, esto no hizo que Hankou, en su carácter general, se volviera «colonial». Las zonas de las concesiones no dominaban el interior de la ciudad como ocurría en esa época en Shanghái. En la más importante, la británica, solo vivían 110 extranjeros en 1870. No surgió una auténtica «ciudad de los europeos» como en Shanghái, Hong Kong, El Cairo o Hanói. Sobre todo, el extenso comercio de Hankou no quedó sometido al dictado de los intereses económicos foráneos. Su estructura no pasó al polo del imperialismo y Hankou no pasó de ser un centro del comercio «nacional» a ser una mina explotada por el capitalismo europeo y norteamericano. Como ha puesto de relieve William T. Rowe en un análisis magistral, antes de 1861 Hankou era muy distinta de la «ciudad oriental» estática, geométricamente concebida y sometida a la primacía de la administración estatal; y después de 1861 no fue una típica «ciudad colonial». Rowe evita ponerle una etiqueta. Su estudio presenta un cosmos urbano de corte más bien «burgués», en el que se desarrolló una clase comerciante muy diversa y especializada que incorporó nuevas actividades. Los gremios —que tras leer la historia urbana de Rowe ya no cabe calificar sin más de «precontemporáneos»— se adaptaron con flexibilidad a las nuevas circunstancias, y acrecentaron la eficacia de las instituciones de crédito tradicionales, sin sustituirlas por bancos de tipo occidental. La sociedad urbana aceptó nuevos inmigrantes, se volvió más plural y, bajo la dirección de los

notables de la ciudad, se convirtió en una comunidad en la que las capas inferiores (sin quedarse siempre paradas) hallaron su lugar. Acabado el terror de Taiping, que llegó a la ciudad desde el exterior, Hankou necesitaba una reconstrucción colosal, que en efecto se llevó a cabo en su mayor medida. Los habitantes de Hankou no se dejaron colonizar pasivamente. Solo el principio de la industrialización, en la década de 1890, transformó el sistema y el clima social de la ciudad. Algunas de las primeras fábricas fueron fundadas por extranjeros; pero las mayores —por ejemplo la fábrica de hierro y acero de Hanyang, de tamaño colosal y tecnológicamente avanzada, inaugurada en 1894— se debieron a la iniciativa china. En cualquier caso, la Hankou de la primera industrialización tampoco se tornó una ciudad colonial. El gran centro urbano del valle del Yangzi medio es un ejemplo especialmente claro del hecho general de que no todo contacto de una economía débil con el mercado mundial acaba en la dependencia colonial.

En el siglo XIX ya hubo las primeras ciudades *poscoloniales*, es decir, aquellas que, alejándose del pasado colonial con más fuerza que las urbes del joven Estados Unidos, intentaron en cierta medida «inventarse» de nuevo. Ciudad de México estaba en esta situación. Aquí, el primer paso de la propia descolonización se dio a partir de 1810 (antes, por lo tanto, de la independencia oficial del país), se abolió la «república india», que suponía antes que nada la exigencia del «tributo indio». Aun así, el panorama de la ciudad todavía estuvo marcado, durante varios decenios, por el cinturón de aldeas cuyos indios cultivaban el maíz. En años posteriores, la tierra de los indios fue pasando a manos de especuladores privados. En noviembre de 1812, con la Constitución de Cádiz, se convocó por primera vez a los mexicanos a las elecciones municipales. Desde abril de 1813, ocho años antes de la independencia, Ciudad de México estuvo gobernada por un consejo municipal electo, formado solamente por «americanos», incluidos algunos notables indios. Eso supuso una verdadera revolución anticolonial: se querían

exterminar las huellas del Antiguo Régimen. En realidad, los cambios fueron menos radicales de lo previsto en el programa. Ciudad de México no había interpretado ningún papel destacado en el movimiento de liberación. En el nuevo estado republicano, la ciudad perdió el esplendor y el poder del que había gozado en la era colonial. La imagen urbana apenas se modificó hasta mediados de siglo. Sobre todo, el catolicismo conservó su lugar como religión estatal, y la ciudad siguió siendo, al igual que antes, un gran monasterio. En 1850 se contaban siete conventos y 21 monasterios de religiosas. Ciudad de México siguió siendo «barroca», con un firme ensamblaje mutuo del estado y la Iglesia. Solo a partir de mediados de siglo, la ciudad experimentó cambios de más calado.1069

Ciudades imperiales

En la posición opuesta a la ciudad colonial, a la postre, estaba la ciudad imperial, la metrópoli desde la que se dirigía el imperio, la fuente del poder de los colonizadores. La ciudad imperial se define fácilmente: es al mismo tiempo la central del mando político, el punto de reunión de toda la información, un beneficiario económicamente parásito de las relaciones asimétricas con las distintas periferias y el lugar de exhibición de los símbolos de una ideología dominante. La Roma del principado de Augusto y de los dos primeros siglos d. C. fue una de estas ciudades imperiales en su forma pura, igual que Lisboa y Estambul en el siglo XVI o Viena aún en el siglo XIX. En la Edad Moderna no es fácil cubrir todos los criterios. Así, en la imagen urbana de Berlín se han hallado muchas huellas de su pasado como metrópoli colonial (entre 1884 y 1914-1918), pero desde el punto de vista económico, Berlín nunca dependió significativamente del imperio colonial (comparativamente pobre) de Alemania en África, China y el mar del Sur.1070 A la inversa, la prosperidad de los Países Bajos en el siglo XIX es inseparable de la explotación de Indonesia; sin embargo, esta dependencia (bastante profunda,

para lo habitual en la historia imperial moderna) se manejó con gran discreción y economía de medios, y solo hubo intentos tímidos de adecuar Ámsterdam al fenotipo de una ciudad imperial. El Real Museo de los Trópicos es hoy el recuerdo más visible del antiguo lujo colonial. En cambio la Roma de la época, cuyo imperio colonial en formación era más bien reducido, se adornó a partir de 1870 con monumentos imperiales; tampoco era tan extraño, a la vista del escenario heredado de los césares.1071 En París las condiciones también eran favorables: el colonialismo de ultramar del segundo imperio y la Tercera República se podía sumar al paisaje urbano imperial de Napoleón I. En Francia, por detrás de París, Marsella interpretó el papel de *segunda* ciudad imperial, una relación parecida a la que sostuvo Sevilla con Madrid. Glasgow, que en algunos sentidos era el centro de un imperio escocés propio, se empeñó en ser la *second city of the Empire*, aunque la imagen de la ciudad no lo transmitiera de inmediato a los visitantes. Pero tampoco Londres, el centro del único imperio mundial de la época, se mostró muy pesado con su faceta imperial. Hacia 1870, Calcuta tenía un aspecto «más imperial» que la metrópoli. Londres renunció durante mucho tiempo a la monumentalidad imperial. En la competencia con París por el prestigio arquitectónico, la capital británica tendió a quedarse por detrás: la Regent Street de John Nash fue una réplica débil al Arc de Triomphe (cuyos trabajos de construcción duraron de 1806 a 1836), y tampoco tuvo mucho que oponer a la reforma de París en época de Napoleón III. Con el tiempo, los franceses también aprendieron a potenciar mejor el esplendor de sus exposiciones universales y coloniales. Londres siguió siendo el «patito feo» de las metrópolis europeas, con una apariencia más pobre de lo real; de hecho, en todo el siglo XIX contó con un alcantarillado y una iluminación mejores que los de la ostentosa París.

Cuando se buscaron razones para la moderación imperial de Londres, se apuntó a la tradición de economía personal y

pública y al rechazo de una monarquía constitucional frente a la pompa huera del absolutismo. Además, se carecía de una administración municipal unitaria con poderes suficientes en cuanto a la planificación. Incluso cuando se formularon quejas en voz alta al respecto de que Londres no podía competir con la ostentosidad de Viena e incluso de Múnich y que al turismo no se le ofrecían atractivos bastantes (ni hoteles correctos), al principio no ocurrió nada. Solo con el 50.º aniversario de la reina Victoria en el trono, en 1887, y diez años después con el *Diamond Jubilee* (de la monarca) la nación se despertó del adormecimiento imperial. Aun así, arquitectónicamente, engendró poco más que el Arco del Almirantazgo, en la esquina suroeste de Trafalgar Square.1072 Salvo unas pocas estatuas de conquistadores y del Albert Memorial, en el límite norte de Hyde Park, con su iconografía de imperio mundial, antes de 1914 Londres no tenía una apariencia muy imperial; mucho menos, por ejemplo, que Chengde (Jehol), en la Mongolia Interior, residencia de verano del emperador Qing, cuya arquitectura representaba sutilmente la ambición de dominar el Asia central. Edificios como la Australia House o la India House no surgieron hasta después de la primera guerra mundial, y con el fin expreso de servir como sede de las grandes comisiones (*de facto*, embajadas). Sin embargo, Londres sí era una ciudad imperial en un sentido distinto al arquitectónico y de planificación urbana: por el puerto, con hombres que a menudo venían de Asia y África; por las calles con visitantes de ultramar, de piel oscura; por los ornamentos exóticos del estilo de vida de los funcionarios coloniales retornados; por los espectáculos de *music hall* de tema exótico. El nexo imperial tendía a funcionar bajo la superficie.1073 A Londres no le hacía falta potenciar la carga simbólica.

7. ESPACIOS INTERIORES E INFERIORES

Murallas

Antes de la era contemporánea, la ciudad era un espacio amurallado, protegido con instalaciones de defensa. Cuando ya

no cumplían fines militares, las murallas siguieron sirviendo como puestos de aduana. E incluso cuando perdieron también esta función, sirvieron como delimitadores simbólicos del espacio. Imperios enteros pusieron de manifiesto su superioridad frente a los «bárbaros» mediante la mera capacidad técnica, organizadora y financiera de erigir murallas. Los bárbaros podían destruir murallas, pero no levantarlas. La muralla y sus puertas separan la ciudad del campo, la densidad de la diseminación. La ciudad «típica», en Europa, Asia y África, estaba amurallada, aunque no lo estuvieran todas y cada una de ellas. Si Damasco o Alepo tenían murallas, en cambio El Cairo —aunque estaba atravesado por muchas murallas *interiores* entre barrios— nunca contó con una fortificación exterior única y cerrada. Por razones militares, los franceses, durante su corta ocupación (1798-1801) derribaron muchas de las murallas interiores; nada más acabarse la época francesa se volvieron a levantar, pero desde la década de 1820 ya no las patrullaron milicias privadas, sino la policía pública.1074 En el Nuevo Mundo, la muralla urbana —como en la ciudad de Quebec o en Montreal— fue más bien insólita. El desarrollo urbano de Estados Unidos o Australia nunca se topó con el freno de las murallas. Sin embargo, desde la década de 1980, los estadounidenses le han encontrado el gusto a las murallas: el *gating* de los distritos urbanos y complejos residenciales —delimitados y amparados por muros protectores, vallas altas y centinelas— no deja de aumentar. Esta práctica colonial se extiende allí donde destacan las diferencias de ingresos y la segregación social de la vivienda. Se ha tornado habitual incluso en las grandes ciudades de un país que oficialmente aún es socialista: China.

Hacia 1800, en la ciudad europea media aún se consideraba natural contar con un perímetro amurallado. No siempre se vivía encerrado allí dentro; muchas ciudades rusas tenían la población dispersa. A veces la periferia cubría todo el espacio de intramuros y se expandía también por el extrarradio, pero la

fortificación continuaba mayoritariamente intacta. Su desaparición no fue un proceso lineal y no funciona bien como vara medidora de la modernidad. Una ciudad como Hamburgo, que en muchos sentidos era moderna, siguió cerrando por la noche las puertas de la ciudad hasta que acabó el año de 1860; en 1900, en la marroquí Rabat, que pronto se convertiría en una capital colonial, aún se cerraban las puertas al caer el sol y se entregaban las llaves al gobernador de la ciudad.1075

La retirada de la fortificación urbana exterior no se limitaba a demoler murallas, rellenar zanjas y urbanizar el glacis. Estas transformaciones siempre comportaban efectos colosales en el mercado del suelo, y, a menudo, se producía un choque entre intereses enfrentados. La administración de la ciudad debía sopesar no solo la utilidad y el elevado coste del desmontaje, sino también el desarrollo infraestructural del terreno recién ganado. La caída de la muralla material obligaba con frecuencia a incorporar poblaciones, una cuestión asociada asimismo con muchos conflictos.1076 El desmontaje, por lo general, empezó en las grandes ciudades y solo después se hizo extensivo a las medias y pequeñas. En Burdeos, a mediados del siglo XVIII las murallas ya habían cedido a una amplia modernización del espacio urbano que sustituyó el perímetro fortificado por plazas y avenidas. También Nimes convirtió las murallas en explanadas.1077 No todas las ciudades francesas lo hicieron de inmediato. Grenoble siguió comprimido tras las murallas hasta 1832, y después no se retiraron, sino que primero se ampliaron.1078 En Alemania, antes de 1800 varias grandes ciudades se habían librado de sus murallas: Berlín, Hannover, Múnich, Mannheim o Düsseldorf. Durante las guerras napoleónicas, numerosas ciudades se vieron obligadas a derribar sus fortificaciones, por ejemplo Ulm, Fráncfort del Meno o Breslavia (Wrocław). Cuando la antigua superficie amurallada se empleaba para zonas verdes y paseos, el antiguo perímetro seguía siendo reconocible en el panorama urbano. En las décadas posteriores al Congreso de Viena, el estancamiento

económico general de Alemania se tradujo también en una mayor lentitud en la retirada de las murallas. Durante la segunda mitad del siglo XIX, pese a todo, desaparecieron las últimas, por ejemplo en 1881 en Colonia y 1895 en Dánzig (Gdańsk). Hasta el final de siglo, casi ninguna gran ciudad europea se mantuvo aferrada a sus murallas por más tiempo que Praga, que en la década de 1830 se había «reinventado» como ciudad mágica, medieval y romántica, en oposición al modernismo resuelto de Budapest.1079 En Gran Bretaña, hacia mediados de siglo, ya no había murallas urbanas que cumplieran más función que la nostálgica y estética; en los Países Bajos se retiraron entre 1795 y 1840.1080 Donde un patriciado conservador llevaba la voz cantante y se ensimismaba en el «sueño de la ciudad cerrada» (Philipp Sarasin), el desmontaje se podía retrasar. En Basilea no se produjo hasta después de 1859, mientras que en Zúrich y Berna, la población rural y el sector radical urbano se coaligaron para que desaparecieran ya en la década de 1830.1081

En España, el cinturón amurallado saltó a partir de 1860; una gran ciudad dinámica como Barcelona estuvo comprimida hasta esa época. En Italia, solo las ciudades portuarias de Génova y Nápoles habían prescindido hacía tiempo de las murallas. El resto de ciudades italianas, en su mayoría, perseveró hasta el paso al siglo XX «en el vestido amurallado para el que se les había tomado la medida a finales de la Edad Media o en la Edad Moderna».1082 Cuando la eliminación de las murallas urbanas se produjo ya en la época de una construcción de calles más intensiva, se optó a menudo por emplear el tramo despejado para crear rondas representativas, que de paso aligeraban el núcleo antiguo, como ocurrió por ejemplo en Viena, Milán o Florencia. En 1857, el emperador Francisco José ordenó demoler las antiguas fortificaciones de la guerra contra los turcos, con la intención expresa de crear en Viena un nuevo escenario para la exhibición de la pompa

cortesana e imperial.1083

Sobre todo en las ciudades más pequeñas, a menudo se dejaron en pie algunas puertas por razones decorativas. En el siglo XIX también hubo algunas restauraciones de las murallas urbanas. Cuando, en el París de 1840 —que aún recordaba con viveza la ocupación rusa y alemana de 1814-1815—, parecía avecinarse otra guerra, se determinó erigir un nuevo perímetro defensivo. Entre 1841 y 1845 se construyó una muralla de 36 kilómetros de longitud con 94 bastiones y una fosa de 15 metros de anchura, que cercaba incluso algunas poblaciones del exterior, aún no unidas administrativamente con París. Los restos de esta muralla, obsoleta desde hacía mucho, no se retiraron hasta 1920, cuando se los reemplazó en parte por parques, pistas deportivas, etc.1084 En la India, los británicos se marcaron un «gol en propia meta» en el ámbito urbanístico. En 1720, las murallas de Delhi habían resultado gravemente dañadas por un terremoto; los británicos las reconstruyeron tan concienzudamente, entre 1804 y 1811, que les costó cuatro meses de penoso esfuerzo reconquistar la ciudad durante el gran levantamiento de 1857. Como reacción a la rebelión de los Cipayos, los británicos asolaron todas las fortificaciones urbanas de la India, allí donde pervivían. En Delhi, donde dinamitar siete kilómetros de murallas muy gruesas habría sido demasiado oneroso, siguió habiendo una *walled city* rodeada de bastiones perforados, cuyas puertas, sin embargo, dejaron de cerrarse.1085

Después de que también en Estambul se fueran retirando paso a paso las murallas terrestres y marinas, las murallas de Pekín pasaron al nuevo siglo como los últimos monumentos de un tiempo pasado. Parecían el equivalente urbano a la Gran Muralla, que se extiende más al norte, a unas pocas docenas de kilómetros de la capital. Las gigantes murallas de la capital Qing se hicieron conocidas en todo el mundo durante la época del levantamiento de los bóxers. Parecían simbolizar la Edad Media del imperio chino, más aún cuando daban continuidad a

los modelos clásicos del país: a diferencia de los bastiones de Estambul, no mostraban huellas de ninguna influencia de la arquitectura fortificada de la Edad Moderna europea. El ataque de un ejército de ocho potencias contra Pekín, que se inició a principios de agosto de 1900, tomó la forma de asalto medieval contra una ciudad fortificada. El objetivo del asalto eran las puertas orientales de la ciudad. Se abrieron brechas en las batientes de las puertas, se apoyaron escalas en las murallas y se combatió hombre contra hombre en el adarve. Por última vez —aunque sin mayor utilidad, a largo plazo— se sacó partido a la doble estructura del anillo amurallado: para varios soldados rusos, el terreno comprendido entre la puerta exterior y la interior fue como una trampa mortal.[1086] La capital china era la superficie amurallada más extensa del mundo. En el interior ocultaba —y oculta aún hoy— rodeado asimismo de murallas altas, el palacio imperial, es decir la Ciudad Prohibida, que a su vez estaba cercada por las murallas de la ciudad imperial, de la cual también formaban parte lagos, parques y edificios de instituciones administrativas y económicas. Las dos murallas exteriores y *aún más extensas* que rodeaban la ciudad norte (que los europeos bautizaron en el siglo XIX como «ciudad tártara») y la ciudad sur («ciudad china»), con sus trece puertas monumentales y bien vigiladas, se remontaban en su mayoría a los siglos XV y XVI y fueron ampliadas a mediados del siglo XVIII. Tras imponerse en la guerra de los bóxers, las grandes potencias no insistieron y le ahorraron al imperio la humillación —y el coste— de demoler las murallas. Solo en 1915 se derribó un lienzo corto de una de las puertas, para aligerar el tráfico.[1087]

Todas las ciudades chinas estaban cercadas por murallas —el carácter *cheng* se puede traducir tanto por «muralla» como por «ciudad»— y se ajustaban a grandes rasgos, aunque no de forma automática, a un mismo modelo de raíz cosmológica. La decisión de levantar las murallas en cada localidad, sin embargo, se tomaba a tenor de las circunstancias locales. Así,

las de Shanghái no se erigieron hasta la década de 1550, cuando la vida de la población civil se tornó insegura porque los piratas atacaban con ferocidad a lo largo de toda la costa china. A los pocos decenios, el peligro de los piratas pasó y las murallas quedaron sin utilidad. Hacia mediados del siglo XIX, la fortificación, construida esencialmente con tierra y ladrillos de adobe, se hallaba en un estado de decadencia avanzada. Los fosos y las canalizaciones del interior de la ciudad estaban embozados por el barro. Hacia finales de la década de 1850, se empezó a dibujar un nuevo perfil de esta pujante metrópoli china. La muralla de la ciudad continuó en su lugar, aun desmoronándose poco a poco; cerraba la *walled city* en la que se hallaban tanto las sedes importantes de la administración como los templos.

A principios del siglo XX, la cuestión del derribo fue objeto de una encendida polémica entre los «demolicionistas» modernizadores y sus oponentes tradicionalistas. Fuera de las murallas se habían creado barrios periféricos de gran ajetreo y calles estrechas y serpenteantes. Junto a esta «ciudad meridional», como la llamaban los extranjeros, surgió en un plazo de pocos años la «ciudad del norte». Al terminar la guerra del Opio, Shanghái quedó abierta a los extranjeros por un tratado, y a lo largo de los años posteriores, británicos y franceses tomaron el control de amplias zonas del ámbito urbano. Aquí surgió ahora una ciudad de carácter europeo, de calles trazadas con escuadra, con plazas, un parque, un hipódromo y una avenida a la orilla del río, donde con el tiempo se fueron alineando los edificios de las grandes empresas europeas de China.[1088] Como más adelante en la gran ciudad del norte de China, Tianjín, o como en Saigón, los extranjeros levantaron en Shanghái una especie de «contraciudad» de la vieja «ciudad amurallada» china. Las murallas del casco antiguo, originarias de la época Ming, habían invertido su función: ya no servían para defenderse de atacantes, sino que cercaban un asentamiento con el que los extranjeros no querían

tener nada que ver, puesto que, a sus ojos, encarnaba la suciedad y de la decadencia de los nativos de China. En la cronología de Hong Kong, la pequeña «ciudad amurallada» también siguió siendo un enclave en el que la administración y la policía británica no querían intervenir. Los planos británicos de la ciudad de Shanghái, a finales del siglo XIX, solían dejar en blanco la zona de intramuros. La Shanghái extranjera no se rodeó de ninguna muralla material, pero en otros lugares, estos barrios sí se retiraron a una zona protegida: el barrio diplomático de Pekín estaba rodeado por una muralla que se volvió a reforzar tras el levantamiento de los bóxers; y en Cantón, en el punto más meridional, los extranjeros residían en una isla artificial del río de las Perlas.

La invasión del tren

Si algo contribuyó a tornar obsoletas las murallas, fue el ferrocarril (con el automóvil podían coexistir más fácilmente).1089 Ninguna otra innovación en las infraestructuras supuso un corte tan profundo en la organización de las ciudades. Comportó «la primera gran laceración de la textura urbana heredada».1090 Pensemos primero en la conexión ferroviaria entre ciudades. En Gran Bretaña, la primera línea —que unía Londres con Birmingham— se inauguró en 1838; en la India, por dar una fecha temprana de Asia, el tren que iba de Bombay a la pequeña ciudad de Thana se inauguró en 1853. La proximidad a los ríos y mares ya no determinaba las posibilidades de desarrollo de un asentamiento. Las ciudades se unieron formando redes primero nacionales, luego transfronterizas. Esto sucedió, en Europa y el este de Norteamérica, en un plazo de unas dos o tres décadas, ante todo las de 1850 y 1860. Más interesante que el inicio cronológico del tráfico ferroviario en las primeras líneas, es el umbral a partir del cual cabe hablar ya de un *sistema* de trenes. No importa únicamente la extensión en forma de red. También se necesita dominar mínimamente el material y la organización, más una base de seguridad,

regularidad, rentabilidad y concurrencia del público. En Francia y los países alemanes ajenos al imperio de los Habsburgo se logró en la década de 1850 el grado de cohesión que permite hablar de un sistema similar; en los estados de Nueva Inglaterra, algunos años antes. Hacia 1880, toda Europa —hasta los Urales y con la única salvedad de los Balcanes y el norte de Escandinavia— estaba atravesada por una red ferroviaria que satisfacía las exigencias de un sistema.1091 En 1910 ya había también tales redes en la India, Japón, el norte de China y Argentina.

¿Qué significaba la llegada del tren para una ciudad? En general, las primeras *railway manias* no tuvieron que ver solo con el dinero y la técnica, sino también con los temas de la futura organización de las ciudades. Se celebraban debates encendidos sobre la consecuencia de la introducción del ferrocarril, sobre la relación entre los intereses privados y la utilidad social, sobre la situación y el diseño de las estaciones. La década de 1840 fue ya, en Gran Bretaña y la Europa central, una gran época pionera de la construcción de estaciones, que trajo consigo una estética y una tecnología del todo propias. En 1852, con la Gare de Lyon, se terminó la última de las estaciones de largo recorrido de París. Esa construcción se realizaba con urgencia, además, porque los costes del terreno urbano situado en las inmediaciones de la estación se disparaban. Los trenes y las estaciones devoraban el territorio. Al terminar la fase de transición de una gran ciudad sin estaciones a una marcada por los trenes, las sociedades ferroviarias poseían entre el 5 % (en Londres) y el 9 % (en Liverpool) del terreno urbano británico, y ejercían una influencia indirecta sobre el uso de los terrenos anejos, hasta otro 10 %.1092 Las líneas de tren crearon pasillos profundos en el interior de las ciudades. El argumento de que con ello se eliminaban suburbios surtía poco efecto porque en realidad casi nadie se preocupaba del reasentamiento de los desplazados; el problema, literalmente, se dejaba para otro momento. Cientos

de miles de británicos perdieron la casa por el tendido del ferrocarril. En unas pocas semanas, estructuras urbanas completas podían quedar arrasadas para levantar nuevas barriadas (*neighbourhoods*) a uno y otro lado de las vías. Los viaductos, muy apreciados al principio, no resolvían este problema. Las vías y las estaciones eran sucias. La expectativa de que la vida comercial del entorno se viera favorecida se cumplía a veces, pero a menudo, no ocurría así. En ciudades de mucha inmigración, como Moscú, se corría el peligro de que se formaran nuevos suburbios de trabajadores extranjeros en las cercanías de las estaciones.1093 En Gran Bretaña, primero se desarrolló el tráfico de pasajeros en líneas de larga distancia; en una segunda fase, el transporte de mercancías, que sin embargo necesitaba de la construcción de estaciones específicas que ocupaban terrenos muy extensos. Solo en una tercera fase, a partir de 1880, se inició el desplazamiento de trabajadores en el ámbito local, que no interesaba en demasía a las sociedades ferroviarias y que a veces contó incluso con subvenciones de las ciudades.1094 En los países que empezaron primero a tender las líneas, hacia 1870 el ferrocarril y las estaciones ya habían dejado su impronta física en el interior de las ciudades.

Las estaciones no solo transformaban el paisaje urbano, sino que a veces incluso revolucionaban por completo el carácter de una ciudad. La estación central de Ámsterdam, inaugurada en 1889, se levantaba sobre tres islas artificiales y 8.687 postes, y creó una barrera poderosa entre el interior de la ciudad y el frente portuario. El contraste tan admirado entre las callejuelas urbanas y la amplitud del panorama marino desapareció. Ámsterdam volvió la espalda al mar. Por percepción y estilo de vida, pasó de ser una ciudad marítima a una terrestre. Al mismo tiempo, se rellenó un canal tras otro, hasta un total de dieciséis. Los planificadores aspiraban a «modernizar» Ámsterdam, adecuándola al modelo de otras metrópolis. Solo la protesta de los conservacionistas consiguió detener, en 1901, la destrucción de los canales. Con ello, por lo menos, Ámsterdam

logró conservar al menos la base del diseño que tenía en la Edad Moderna.1095 En Constanza, que estableció la conexión ferroviaria en 1863, las vías y la estación también bloquearon el paso de la ciudad antigua al lago.

Las estaciones supusieron uno de los desafíos arquitectónicos más destacados de la época; al menos, desde el momento en que las empresas ferroviarias (o las autoridades responsables) se decidieron a aportar dinero para ello, dado que las primeras —por ejemplo, la Euston Station de Londres— se construyeron con economía de medios. Nunca antes se había dado forma a espacios techados tan amplios abiertos a la circulación. La estación tenía que organizar el movimiento, dirigir las máquinas y a las personas, y satisfacer las exigencias de control horario. Los nuevos materiales del hierro y el cristal —que ya se habían probado poco antes, por ejemplo en los *passages couverts* de París— crearon nuevas posibilidades de construcción más ligera, que se usaron magistralmente en casos como los de Newcastle (1847-1850). Las fachadas, en cambio, debían ser pesadas y destacar con claridad los rasgos visuales. A menudo eran el punto final, visible desde muy lejos, de calles que llevaban hasta allí. Se admiraba como grandes obras de arte aquellas estaciones que combinaban la técnica más moderna, la comodidad y una forma exterior acertada, como por ejemplo la Gare du Nord, de Jakob Ignaz Hittorf.1096 Las decisiones de estilo de los arquitectos de las estaciones —que debían reunir en sí toda una variedad de competencias y alcanzaron un grado de influencia enorme— eran del todo inagotables.1097 No quedó nada por probar: el estilo renacentista (Ámsterdam, 1881-1891), la mezcla de románico y gótico (Madrás, 1868), un eclecticismo europeo brutal más la artesanía india (Bombay, 1888), la estación fortificada (Lahore, 1861-1864), la adornada extravagancia neogótica con una virtuosa tracería de hierro (Saint Pancras en Londres, 1864-1873), una fachada con un arco de medio punto colosal (Gare du Nord, 1861-1866; Fráncfort del Meno, 1883-1888), la mezcolanza de todo

(Amberes, 1895-1899), la fantasía «árabe» (Kuala Lumpur, 1894-1897), el modernismo (Gare d'Orsay, en París, 1898-1900), citas de la antigua Roma (la Pennsylvania Station de Nueva York, inaugurada en 1910) o el romanticismo nacional nórdico (Helsinki, 1910-1914).1098 Como muestran estos ejemplos, la India también fue campo de acción de la primera arquitectura ferroviaria. Estambul, con las dos estaciones levantadas por ingenieros alemanes (concluidas en 1887 y 1909), obtuvo dos puntos de gran belleza para recibir a los viajeros de Europa con una arquitectura de inspiración «islámica», y a los viajeros del Asia Menor, por el contrario, con una fachada griega y clasicista.

Peatones y caballos

Hacia 1870, quien entraba con el ferrocarril en una gran ciudad europea, viajaba con un medio de transporte que en principio todavía se emplea hoy; pero a los pocos minutos se hallaba en el mundo arcaico del tiro de caballos. Todas las ciudades del mundo, en 1800, seguían siendo ciudades de peatones; en este sentido, permanecían en el mismo nivel evolutivo.1099 En su imagen externa, se diferenciaban sobre todo según el grado de uso de los caballos, una posibilidad que no estaba disponible en todas partes ni era accesible en cualquier circunstancia. En las ciudades chinas no era habitual encontrar estas monturas; el que no iba a pie, se hacía llevar en literas. En Estambul, estaba prohibido que los no musulmanes fueran montados dentro de la ciudad; e incluso en el transporte de mercancías, hasta entrado el siglo XIX, era menos habitual ver carros de mulas y asnos que la tracción humana.1100 En Japón, hasta finales de la era Tokugawa, solo el noble samurái gozaba de permiso para ir a caballo; todos los demás los seguían esforzadamente a pie —con frecuencia, descalzos— por calles cubiertas de barro o de polvo. Tras la apertura del país, hacia mediados de siglo, se prohibió caminar descalzo, pues se creía que los extranjeros lo consideraban vergonzoso.1101

En la ciudad de peatones, el trayecto entre la vivienda y el lugar

de trabajo no podía ser muy largo. Esta era una razón esencial para que surgieran núcleos pobres muy poblados en los barrios interiores e, igualmente, tardaran en disolverse. Solo se podía lograr con un transporte de masas tal que pudiera pagarlo hasta la población peor pagada. Las tecnologías del transporte preindustrial —que perduraron hasta que hacía ya bastante que se había iniciado la era de la industrialización— no aportaban ninguna mejora clara. Durante mucho tiempo, la primera innovación importante en el tráfico intraurbano fueron los ómnibus a caballo, que funcionaban a partir de una nueva organización empresarial de los cocheros —hasta entonces, forma del transporte privado, no del colectivo— y no exigían novedades técnicas. El ómnibus de tiro, en cuanto transporte público —que seguía un horario establecido y recorría cada trecho concreto a un precio fijo—, fue un invento norteamericano, introducido por vez primera en Nueva York, en 1832. Tardó 21 años en llegar a París.1102 Estos vehículos de caballos tenían que ser caros, porque el funcionamiento era oneroso: debía mantenerse a un gran número de animales de reserva; un caballo trabajaba, por lo general, de cinco a seis años; el pienso y los cuidados eran costosos. Además, la tracción animal no era muy rápida, solo el doble, a lo sumo, que un peatón corriente. Así pues, un ómnibus de tiro animal no podía solucionar el transporte de los trabajadores entre la vivienda y el lugar de trabajo. Por otro lado, los caballos ensuciaban mucho. Solo en Chicago, el servicio urbano de limpieza recogía cada año de las calles, hacia 1900, la increíble cantidad de 600.000 toneladas de estiércol caballar.1103 El choque de los cascos contra el pavimento y el restallar de los látigos causaban tal ruido que no solo el filósofo Arthur Schopenhauer se quejó de ello, a propósito de Fráncfort. Los atascos y los accidentes estaban a la orden del día. La mera limpieza de los cadáveres de los caballos suponía un gran problema sanitario.

El tranvía de tracción animal —que, tras echar a andar por vez

primera en Liverpool en 1859, se extendió por el continente europeo a lo largo de la década de 1870— no resolvía este problema, pero al menos suponía un cierto adelanto técnico: gracias a los raíles, cada bestia podía tirar del doble de peso. Los costes y los precios de los billetes se redujeron, aunque no todavía radicalmente. Fue un medio de transporte especialmente apreciado en Estados Unidos. En 1860, Nueva York ya contaba con 230 kilómetros de raíles y lo utilizaban 100.000 personas cada día. En la década de 1880 había en Estados Unidos 415 *street railway companies*, que daban servicio a 188 millones de pasajeros anuales.1104 En Estambul, donde el transporte marítimo no ha dejado de ser importante hasta el día de hoy, se tendieron raíles de tranvía por las calles anchas, ya existentes, de estilo occidental. Los tranvías hicieron que la imagen de las calles se asemejara a la de las grandes ciudades europeas, aunque por delante de los caballos iban hombres armados de bastones que espantaban de las vías a los famosos perros estambulitas.1105

Las sociedades tranviarias tenían prohibido por ley especular con el terreno, al menos en Gran Bretaña (pero no en Estados Unidos). Por eso, no hallaban estímulo para llegar hasta la periferia. Aun así, los ómnibus y tranvías de tiro animal ayudaron a reducir la diferenciación del espacio social. Permitieron que la clase media, que se podía permitir tanto el coste de los billetes como el aumento del precio de los terrenos intermedios, viviera alejada de su puesto de trabajo y, con ello, se disolviera lo que los sociólogos han denominado *workplace communities*.1106 Para lograr tal fin, los ómnibus y tranvías de caballos necesitaban al ferrocarril, porque su potencial radicaba en los trayectos de enlace con las líneas ferroviarias interurbanas o periféricas. El tren, a su vez, hizo indispensable el empleo creciente de los caballos en el interior de la ciudad, por el aumento general de la circulación urbana. Es una paradoja llamativa: la técnica de transporte más avanzada de la época no provocó ninguna mejora en el transporte intraurbano

hasta, literalmente, el fin de siglo. En 1890, el movimiento por las grandes ciudades de Europa y América todavía se realizaba con la tecnología de 1820.

En 1890 había en Gran Bretaña, en total, 280.000 caballos dedicados a los ómnibus y tranvías.1107 El empleo de este tiro está especialmente bien documentado en París. Se calcula que, en toda Francia, habría en 1862 unos 2,9 millones de caballos (una buena parte, en la agricultura y las fuerzas armadas); en el París de 1880, un mínimo de 79.000; en 1912, unos 55.000. Los *fiacres* —carruajes con función de taxi— estaban en uso desde el siglo XVII; en 1828 formaron un primer rudimento de línea de transporte. Los ómnibus de caballos no se propagaron hasta que se fundó la Compagnie Générale des Omnibus, en 1855, una época en la que también surgió demanda de nuevos servicios de transporte. Así, los grandes almacenes Bon Marché, de fundación muy reciente, alojaban —en unos establos subterráneos de gestión magistral— a más de 150 caballos y un extenso parque de carruajes con los que librar las mercancías en el domicilio de los clientes. También necesitaban caballos los servicios de correos, bomberos y policía. Los particulares acaudalados mantuvieron, hasta bien entrada la era del automóvil, caballos de monta y de tiro. En Londres había en 1891 más de 23.000 cocheros privados.1108 En el segundo imperio francés, debido a la influencia inglesa, el paseo público a caballo gozó de una popularidad inédita. Las clases de monta, los hipódromos y el alquiler de caballos formaban parte del ocio burgués, y una auténtica barrera de la distinción social apartaba a aquellos que no se podían permitir un carruaje propio con cochero privado. Las clases inferiores se aprovecharon de la última edad de oro de los caballos por la consiguiente oferta de carne barata.1109

A largo plazo, por descontado, como medio de transporte por tierra, el carruaje no podían competir con el ferrocarril. Pero no desapareció de la noche a la mañana. Antes al contrario: al empezar el siglo XIX, el correo por diligencia alcanzó en Europa

el punto más alto de su eficacia y elegancia. Seguía la nueva máxima —desarrollada primero en Francia— de transportar con la mayor celeridad posible tanto a las personas como las cartas, como un servicio de mensajería. En Inglaterra, los coches interurbanos nunca se usaron tanto como en la transición a la era del ferrocarril. A principios de la década de 1830, la empresa de cocheros más importante de Londres, la Chaplin & Company, todavía tenía 64 carruajes y 1.500 caballos. En 1835, cada día salían 50 coches de Londres a Brighton, 22 a Birmingham, 16 a Portsmouth y 15 al puerto de transbordadores de Dover. El servicio de carruajes de larga distancia de Londres ofrecía una capacidad total de 58.000 asientos. Como la navegación a vela, el transporte postal por carruaje alcanzó al final de sus días el máximo de su perfección técnica. Las carreteras más favorables (asfaltadas), tras lo cual había, lógicamente, tanto intereses económicos como decisiones políticas, unidas a la mejora de los coches, supusieron que un viaje de Londres a Edimburgo (530 kilómetros), que hacia 1750 necesitaba diez días de verano, se pudiera completar ahora en tan solo dos días. De Fráncfort del Meno a Stuttgart, tras la introducción del «coche rápido» en 1822, se tardaba solo 25 horas (anteriormente, 40). Se podía llegar de Moscú a San Petersburgo en 4 o 5 días. Nunca se había estado tan cerca de los ideales de puntualidad y suavidad en el trayecto.[1110] En las carreteras más llanas y regulares, los mejores coches alcanzaban velocidades de 20 kilómetros por hora (o incluso algo más). El modelo contrario era el de los colonos estadounidenses, con sus pesados carromatos de 4 a 6 caballos, que atravesaban el continente hacia el oeste a unos 3 o 4 kilómetros por hora. En la década de 1880, el ferrocarril los dejó obsoletos.[1111] En el resto del mundo, en un contexto ya moderno, el caballo siguió teniendo peso en el transporte de larga distancia hasta entrado el nuevo siglo. En 1863 se inauguró una buena carretera entre Beirut y Damasco, por la que circulaba un servicio expreso que tardaba entre 12 y 15

horas en completar el recorrido y exigía mantener hasta un millar de caballos. Aunque el ferrocarril —abierto en 1895— redujo la duración del viaje a 9 horas, en la carrera del tren y el caballo el primero no se impuso definitivamente hasta la década de 1920.1112

Tranvía, metro, automóvil

Muchos de los problemas del transporte intraurbano de pasajeros se empezaron a resolver con la introducción del tranvía eléctrico: en 1888 en Estados Unidos, en 1891 en Leeds y Praga, en 1896 como proyecto de prestigio del zar en Nizhni Nóvgorod, en 1901 en Londres, en 1903 en Friburgo de Bresgovia. Desde el punto de vista técnico, se necesitaba saber convertir la energía eléctrica en movimiento rodante. El tranvía eléctrico supuso la primera gran revolución del transporte en el interior de las ciudades: en comparación con el de tiro animal, era el doble de rápido y de barato, lo que por fin permitía vivir lejos del lugar de trabajo. La rebaja del precio de los billetes tuvo consecuencias tan poderosas como las había tenido, unas décadas antes, la rebaja del pasaje en los vapores transatlánticos. En Gran Bretaña, en 1870, la población usaba el transporte público de proximidad unas ocho veces por cabeza al año; en 1906, era ya en 130 ocasiones. En vísperas de la primera guerra mundial, casi todas las grandes urbes poseían una red de tranvías eléctricos, lo cual anunciaba el fin de la era de la tracción animal en las ciudades. En 1897, Nueva York canceló todos los ómnibus de caballos; en París dejó de haberlos en 1913.1113 Pese a todo, para los más pobres, el precio del tranvía seguía siendo inasequible. La mejora alcanzó sobre todo a la clase trabajadora con empleo regular.

En Asia, para acudir hasta las estaciones de tren no se empleaban medios de transporte de tracción animal, sino humana. El *rickshaw* japonés (también llamado *kuruma*), una especie de litera sobre dos ruedas, se inventó en 1870; pronto se estaba produciendo en serie y, en la década de 1880, se exportó a China, Corea y el sureste de Asia.1114 En las

grandes ciudades de Japón, el transporte en *rickshaw* no tardó en organizarse empresarialmente, y las distintas compañías establecieron una agresiva competencia de precios. En 1898, se calcula que ante la estación de Osaka aguardaban de forma estable más de 500 *rickshaws* a la espera de clientes. En 1900, en Tokio, había más de 50.000 «conductores» en servicio. El uso de estos coches de un solo eje y tracción humana empezó siendo un lujo; luego el precio quedó al alcance de muchos bolsillos, pero tras la difusión de los tranvías, al final de la era Meiji, volvió a ser un servicio más propio de personas con pretensiones.[1115] En Japón, tras el cambio de siglo, la energía de los caballos también fue sustituida con celeridad por el tranvía de tracción eléctrica (aunque siguió habiendo coches de plaza, aquí o allá, para los más acaudalados).

Al terminar el siglo, la era del automóvil aún no había comenzado. Esta fue la innovación técnica que posibilitó la auténtica explosión de las ciudades, primero en Estados Unidos, y en Europa solo después de la segunda guerra mundial. En 1914 había en el mundo 2,5 millones de automóviles de uso personal; en 1930 ascendían ya a 35 millones. En el cambio de siglo, en la Europa continental, ver un automóvil todavía resultaba impresionante para mucha gente. Pero aunque no se poseyera una de estas máquinas tan extrañas y onerosas, empezó a haber la posibilidad de subirse a coches motorizados: a partir de 1907, en Berlín, los coches de plaza de tiro animal se redujeron radicalmente, y en 1914 ya había un número equivalente de «taxis» motorizados (algunos, con motor eléctrico). En 1913, en Alemania, había un automóvil por cada 1.567 habitantes; en Francia, por cada 437; en Estados Unidos, uno por cada 81. En el sur y el este de Europa aún escaseaban mucho los coches privados. En la vida cotidiana del período anterior a la primera guerra mundial, sobre todo fuera de las grandes ciudades, el coche era una rareza. Estados Unidos, que producía los mejores automóviles, desde el punto de vista técnico, era el único país del mundo al

que no se puede aplicar la frase precedente. El siglo XX, en cuanto a los transportes, empezó en Estados Unidos. Solo allí el automóvil era ya antes de 1920 algo más que una simple curiosidad: la base técnica de un nuevo sistema de transporte de masas.1116

La mayor de las empresas pioneras en el transporte público de cercanías fue la construcción de la primera red de tren subterráneo del mundo, el *Underground* de Londres, que combinaba la tecnología del ferrocarril con la de excavación de túneles puesta a prueba en la red de canalización del agua residual. Se debía a la iniciativa privada y, durante todo el siglo XIX, fue un proyecto capitalista movido por la búsqueda de beneficios. No se inició a partir de una decisión sobre la planificación urbana a largo plazo, sino por la visión de un hombre: Charles Pearson. Los trabajos se iniciaron en 1860. A los tres años se inauguró el primer tramo, de 5,6 kilómetros, de la Línea Metropolitana (que dio nombre a todos los «metros» del mundo). Las vías corrían bajo tierra a entre 15 y 35 metros de la superficie. Sin embargo, no hubo un auténtico *tube* —nombre popular del metro británico, aplicado ahora en el sentido literal de la forma tubular de los túneles— hasta después de 1890, cuando la técnica de perforación permitió abrirse paso a mayor profundidad. Al mismo tiempo se empezó a electrificar la tracción. Hasta entonces, los vagones del metro, carentes de ventanas, eran tirados por locomotoras a vapor, técnica particularmente problemática en un túnel cerrado. En los vagones había una iluminación escasa con lámparas de aceite y de gas. A plena carga, era frecuente que las locomotoras hallaran dificultades para remontar las pendientes subterráneas y se frenaban e iban para atrás. Muchos de los propietarios de terrenos urbanos se negaron a autorizar que se trabajara bajo sus propiedades y sobre ellas. Esto explica que el trazado sea complicado y, a menudo, serpenteante. Pese a todo, los terratenientes eran *aún* más reacios al ferrocarril de superficie, con lo cual el metro debe su existencia, en realidad,

a decantarse por el mal menor. Al igual que el tren, en un principio el metro tuvo que convencer a los escépticos. El primer ministro lord Palmerston, a la sazón de 79 años, se negó a participar en la celebración inaugural de 1863: a su edad, dijo, uno se alegraba de no estar aún bajo tierra, y cuanto más tiempo siguiera siendo así, mejor. En cambio, el público adoptó el nuevo medio sin reservas. Solo el primer día de funcionamiento, el 10 de enero de 1863, el servicio ya transportó a 30.000 personas. Aunque era incómodo y sucio (un funcionario retirado de la colonia del Sudán comparó más adelante el ruido con la respiración de un cocodrilo), pronto se demostró que era un medio relativamente rápido y con poco número de accidentes. La progresiva expansión de la red contribuyó en mucho a la integración de la metrópoli y la incorporación de los pequeños municipios anejos. El metro era un medio asequible para amplias capas de la población y, aun así, fue una fuente de beneficios para sus explotadores empresariales. Los otros primeros metros se ajustaron el modelo de Londres: Budapest (1896), Glasgow (1896), Boston (1897), París (1900), Nueva York (1904), Buenos Aires (1913). En Asia, el primer metro se inauguró en Tokio en 1927.1117 La vieja ocurrencia de los ingenieros británicos funciona hoy en todo el mundo, y en ninguna época se han puesto en marcha tantos proyectos como a partir de 1970.

Periferias pobres y ricas

En la ciudad peatonal, las mejores direcciones personales eran las más céntricas. Desde París hasta Edo, en las urbes de la Edad Moderna, los asentamientos de extramuros solían estar reservados a la gente de menor condición. El ejemplo de Ciudad de México en 1800 ilustra muy bien esta ordenación concéntrica: los españoles ocupaban el centro de la ciudad con sus edificios públicos, iglesias, monasterios, centros universitarios y establecimientos comerciales, con profusión de servidores de piel morena. Alrededor se ordenaban los nuevos inmigrantes, por grupos de origen. El sector más exterior era el

de los poblados indios.[1118] En 1900, Moscú tenía un aspecto similar: se preferían los lugares del centro y, cuanto más al exterior, peores eran las condiciones. Las zonas más apartadas eran agrestes e inhóspitas: calles deficientes y sin iluminación, cabañas de madera en las que aún no había lámparas de queroseno, mucha tierra sin cultivar, habitantes descalzos... Para los moscovitas burgueses y aristocráticos, representaba el fin de la civilización.[1119] En muchas megaciudades de la actualidad, las *shantytowns* o poblados de chabolas de los desempleados se hallan igualmente en la periferia más exterior, sin conexión con el centro de la ciudad.

Por lo tanto, no era especialmente previsible que se invirtiera la valoración del centro y la periferia. Donde esto sucedió —donde se entendió que valía más la pena vivir lejos del centro—, se produjo la tercera gran revolución de la historia urbana en el siglo XIX, junto a la invasión del ferrocarril y al saneamiento de las ciudades. El proceso de la *suburbanization* o urbanización extraurbana —en el que las zonas periféricas crecen con más rapidez que el núcleo urbano e ir en transporte al trabajo se convierte en el caso más normal— se inició en Gran Bretaña y Estados Unidos a partir de 1815, aproximadamente. Se llevó al extremo en Estados Unidos y Australia; en Europa nunca se consolidó esta preferencia definida por la descentralización frente a la residencia intraurbana.[1120] Antes incluso de la generalización del automóvil en la década de 1920, en Estados Unidos se consolidó el ideal de la casa espacialmente aislada. Con algunas salvedades en el caso de Canadá, pocas cosas caracterizan el modelo de civilización propio de Norteamérica con más claridad que la preferencia por la propiedad de una casa separada, distante del trabajo y con poca densidad demográfica. La tendencia alcanzó la forma más pura en el *metropolitan sprawl* posterior a 1945; el caso más extremo es el de Los Ángeles, que se ha descrito como «retirada de la metrópoli a favor de la periferia».[1121]

Los estilos nacionales de la urbanización extraurbana se

diferencian en algunos aspectos: la *banlieue* francesa es distinta de la *Schrebergartenkolonie* alemana (o escandinava), según se popularizó en la década de 1880. Pese a todo, hay estilos de la urbanización de extrarradio que se explican bien con los ejemplos de Inglaterra. En Londres, donde nacieron los suburbios, y en otros puntos del sur de Inglaterra, estaba difundida desde antaño la costumbre de retirarse al campo con comodidad, a una finca aristocrática o una residencia rural (denominada con el modesto nombre de *cottage*). La urbanización de extrarradio era nueva y distinta a la vez. Quien debía seguir acudiendo de forma regular a trabajar a la ciudad abandonaba la vivienda del centro y se trasladaba diariamente. Ya hacia 1820, la clase media-alta que se podía permitir el desplazamiento en carruaje empezó a trasladarse a mansiones y casas semiadosadas que formaban nuevos asentamientos privilegiados en las cercanías de Londres. El Regent's Park de John Nash creó una atractiva combinación de ciudad y mundo rural que actuó de modelo para numerosas zonas residenciales ajardinadas en toda Inglaterra. Cuando el urbanita parisino Hippolyte Taine visitó en la década de 1860 zonas de este estilo en Manchester y Liverpool, se asustó por la calma que imperaba en ellas.[1122] En Manchester, la «gente bien» abandonó los barrios centrales antes incluso que en Londres. Al mediodía se comía en el Club y, al caer la tarde, uno se hacía trasladar a casa por el cochero. Pasaba algo parecido en la Alemania imperial, el segundo gran país de las «villas» y las «zonas residenciales selectas» a distancia del centro urbano. Pero ¿era la «villa», con sus resonancias romanas, una verdadera singularidad de Europa? Cuando en el último tercio del siglo XIX el sultanato marroquí se tornó más liberal y permitió que las familias acaudaladas no tuvieran que vivir expuestas al control inmediato de los gobernantes, las alturas de Fez —una antigua ciudad islámica de carácter medieval— se llenaron rápidamente de mansiones ostentosas.[1123]

Las condiciones para vivir en el extrarradio, para sectores cada

vez más amplios de las clases medias, eran ingresos más elevados, medios de transporte más cómodos, disponer del tiempo suficiente para los traslados y que los constructores ofrecieran un mayor número de casas. La primera urbanización extraurbana, desde luego, no se puede analizar aisladamente. Dependía claramente de otro proceso que se desarrollaba en las grandes ciudades victorianas: el ascenso y la caída de los suburbios marginales o *slums*.1124 La industrialización impulsada por la clase media hizo que en el centro de la ciudad se condensaran las viviendas de bajo nivel. Esa *middle class* huyó de los riesgos sanitarios de esa concentración de la miseria hacia el extrarradio, pero siguió ganando dinero en los suburbios, ya fuera con el alquiler o al vender los terrenos. Así pues, la formación de suburbios marginales y extrarradios privilegiados son dos aspectos de un mismo proceso capitalista. Durante mucho tiempo, se desarrolló en el marco de un mercado no regulado. Antes de 1880, en los países europeos no caló la convicción de que un mercado libre de viviendas no bastaba para que todo el mundo gozara de las condiciones de alojamiento mínimas; y hasta después de la primera guerra mundial no se empezó —en algunos países como Gran Bretaña— a poner en práctica una política estatal de vivienda eficaz.1125 Esta progresiva politización de la cuestión de la vivienda exigía, antes que nada, que se la pudiera llegar a definir como un problema. En tanto que la pobreza extrema y la marginalidad fueron consideradas «normales» por los círculos con capacidad de intervención posible —o incluso, en una valoración moralista, se achacó las culpas a quien las padecía—, no se vio necesidad de actuar. Se tenía la convicción de que los barrios de la miseria eran solo una estación de paso previa a la integración de los inmigrantes en la sociedad urbana.1126 En Estados Unidos, de forma más bien excepcional, la marginalidad se apiñó en centros urbanos de gran densidad demográfica (en edificios con varias plantas de apartamentos de alquiler, por ejemplo en Nueva York o Cincinnati), con una

población de composición más exótica; estos núcleos tenían cada vez más la fama de ser un abismo de asocialidad. Con todo ello, a finales de siglo, la idea de los límites de la asimilación de los inmigrantes cobró una especial importancia en el país. La creciente formación de suburbios en algunas ciudades de Europa —por ejemplo en Glasgow, Liverpool, Dublín, Lisboa o, en París, los *arrondissements* 12 y 13— hizo que el tema no se olvidara.1127 En Gran Bretaña, los suburbios despertaban temor y desprecio por ser una fuente de difusión de los males sanitarios y morales, por recordar dolorosamente los límites del mundo moderno y, no se vaya a olvidar, por la ocupación improductiva de terrenos valiosos.1128

Las clases medias no solían volver a las zonas rehabilitadas, que se convertían en barrios de negocios. Pero huir a una periferia espaciosa, verde y sana, de vivienda residencial, no se convirtió en norma general en Europa, y tampoco siquiera en Estados Unidos. Los burgueses de París, Budapest o Viena se aferraron a las grandes casas urbanas con espacios lujosos para la recepción y aposentos privados más modestos; así, en 1890 los centros de estas ciudades duplicaban la densidad demográfica del de Londres.1129 Aunque aquí también surgieron zonas residenciales periféricas y creció el vaciado de los núcleos urbanos, estos procesos nunca alcanzaron la medida y velocidad de la urbanización del extrarradio británico. En Nueva York, la situación se diferenció de la más típica de Estados Unidos. Entre las décadas de 1860 y 1880, las viviendas de la alta burguesía —en su mayoría, casas altas y estrechas— ganaron volumen; sucedió así a expensas de los jardines, ante un ascenso de los precios de las parcelas. Al final, con la excepción de los superricos, *casi ningún* neoyorquino podía disponer de terreno útil. Como alternativa a la creciente presión de desplazarse a la periferia, en la década de 1880 se pusieron de moda los *french flats* (literalmente, «pisos franceses»). Con la difusión de los ascensores,

hidráulicos o eléctricos, ahora era posible poner en oferta comercial torres de apartamentos de lujo en el corazón de la ciudad. Desde el cambio de siglo, más o menos, quien no prefería centrar las aspiraciones en una villa urbana —por extremo onerosa— podía trasladarse a un piso amplio en un bloque de viviendas del centro de Manhattan, con teléfono, correo neumático, grifos de agua fría y caliente, lavandería y piscina en el sótano.1130

¿Por qué en (la mayoría de) las ciudades de Norteamérica y Australia no se formaron suburbios marginales en el siglo XIX? ¿Por qué en estos países, el modo de urbanización dominante fueron las viviendas unifamiliares, asequibles para una gran parte de la población (incluida la mano de obra cualificada)? ¿Por qué no se dieron condiciones como las del París del «rey burgués», donde entre la cuarta y la quinta parte de los obreros vivían apiñados en hoteles *garni* venidos a menos: edificios de cinco plantas con habitaciones húmedas y de techo bajo, a menudo sin chimenea ni alfombra, y provistas tan solo de los muebles imprescindibles?1131 En otras palabras: ¿por qué en los países neoeuropeos se desarrollaron modelos de aprovechamiento del espacio tan distintos a los del Viejo Mundo?

Esta es quizá la cuestión más interesante de la historia de las ciudades en esta época. La explicación que a uno le viene antes a la cabeza —que allí había más oferta de terrenos— no es suficiente. La respuesta del enigma parece estar en otro lado. La urbanización extensa es ciertamente más cara que la compacta, porque exige mayores inversiones en infraestructuras: líneas de tren de extrarradio más largas y con más paradas, alcantarillado más extenso, etc. Para que la diseminación de la vivienda fuera viable, debían coincidir tres factores: (1) nuevas tecnologías, más económicas, de construcción de las casas (como las estructuras prefabricadas), (2) disponibilidad de medios de transporte mecanizados, como los trenes de cercanías y metros a vapor, o el tranvía eléctrico; y

(3) ingresos medios altos y, sobre todo, *repartidos de forma bastante regular*. La combinación de estas tres condiciones no se dio en los países europeos en el momento en que se inició la urbanización más intensiva; en cambio, en una ciudad como Melbourne se dio a la perfección.1132 Así pues, no cabe pensar que la preferencia cultural «anglosajona» o «americana» por la vivienda unifamiliar fuera una variable independiente; dependía de la posibilidad práctica de su realización.

Las nuevas ciudades de Australia y el Medio Oeste de Estados Unidos quizá parecieran aburridas, o incluso feas, según los criterios estéticos de Europa; pero pusieron al alcance de una gran parte de la población trabajadora el sueño «pequeñoburgués» de una vida sana, donde una reducida familia nuclear vivía en una casa propia que les garantizaba la protección de la esfera privada. La producción en serie capitalista ofreció, desde principios del siglo XIX, barrios residenciales uniformes de diversa clase: desde las hileras de casas pareadas de las ciudades inglesas (de ladrillo y a menudo sin jardín ni apenas separación con una hilera opuesta) hasta los bloques de viviendas de Glasgow, París o Berlín. En el Londres victoriano, nueve décimas partes de los edificios de viviendas eran —como en la actualidad— proyectos especulativos que anticipaban una futura demanda, y no una respuesta a peticiones específicas (*purpose-built*). Ahora bien, el modo de producción todavía no garantizaba la cualidad del resultado. Solo en los extrarradios democratizados del Nuevo Mundo se resolvió el exceso demográfico de los barrios residenciales. A cambio, con esto se legó al siglo XX el problema del despoblamiento de los cascos urbanos.

El extrarradio residencial de 1910, con sus progresos técnicos, nos resulta hoy tan conocido y próximo que sin duda lo calificaríamos de «contemporáneo». La ciudad peatonal del siglo XIX, en cambio, era puramente medieval: incluso tras las muertes en cadena de la guillotina francesa, las ejecuciones públicas seguían siendo uno de los entretenimientos populares

favoritos (en la «civilizada» Londres, hubo un total de 140 ahorcamientos públicos entre 1816 y 1820).[1133] También era una ciudad oscura.[1134] Las luces de las casas se apagaban pronto y en las calles solo se contaba con antorchas y faroles. El alumbrado de gas se instaló primero en las fábricas algodoneras, con el fin de alargar el horario de trabajo. A las calles de Londres llegó por primera vez en 1807; en 1860, 250 ciudades alemanas contaban con iluminación de gas.[1135] En Japón, mediada la década de 1870, se produjo la introducción simultánea del alumbrado de gas y de petróleo en los sitios públicos. El petróleo se mantuvo junto al gas porque apenas requería de infraestructura: el ferrocarril lo llevaba a los consumidores, tanto grandes como pequeños, por todo el país. En 1912, cuando murió el emperador Meiji, en Japón predominaban las luces de petróleo.[1136] En todo el mundo, los espacios interiores gozaron de la nueva técnica de alumbrado más tarde que en las calles y plazas centrales.

Desde la década de 1880, un hogar medio de la clase trabajadora británica tenía acceso al gas para la luz, la cocina y la calefacción. La técnica del gas sostenía una estrecha relación con la industria. Sobre todo a partir de que, en la década de 1880, en la Europa occidental se empezaran a usar los hornos de gas, se incrementó la demanda de hierro. En París se pudo disponer públicamente de la electricidad desde 1875. El alumbrado eléctrico de las calles llegó en 1882 a Núremberg (como primera ciudad alemana), en 1884 a Berlín, en 1897 a Ciudad de México, donde hubo que importar toda la instalación. Al principio, a la electricidad le fue difícil penetrar en el mercado del gas. El alumbrado de gas cumplía con su función y además las ventajas de la electricidad tardaron un tiempo en quedar claras. Resultaba muy espectacular como iluminación de los escenarios teatrales. Ya a finales de la década de 1830, en París, se había logrado apagar la luz en la sala de espectadores por la vía de reducir la intensidad del alumbrado de gas, lo que causaba un gran efecto. Pero solo la

plena iluminación de la escena posibilitó el arte dramático moderno, con su hincapié en el cuerpo.1137 Cuando la nueva técnica se pudo ofrecer colectivamente, estalló una auténtica pasión por la luz. Las ciudades europeas competían por el título de «Ciudad de la Luz».1138 Alumbrar el interior de las ciudades tuvo consecuencias de especial calado: la tarde-noche se democratizó y dejó de estar reservada para los que se podían permitir el carruaje o un séquito con antorchas. Al mismo tiempo, el estado pudo controlar mejor la acción nocturna de sus súbditos y ciudadanos. El campo siguió estando a oscuras. Nada creó más diferencia entre el mundo urbano y el rural que la transformación de la luz: de la débil iluminación de velas y lamparitas a un producto de sistemas técnicos.

8. SIMBOLISMO, ESTÉTICA, PLANIFICACIÓN

Castigo y exotización

El carácter particular de los barrios y los paisajes urbanos (*townscapes*) se escapa, en cierto punto, al examen formal. La descripción literaria puede hacer más justicia al colorido local, el *genius loci*.1139 No por ello es necesario suponer que en la construcción de cada paisaje urbano se expresa el «espíritu» de una sociedad. Es más sencillo preguntarse con qué ideas los coetáneos articulaban la esencia de la ciudad. En la Europa del siglo XIX hallamos a menudo el concepto de que la ciudad es un organismo natural, una idea que está en la raíz de la sociología urbana. Calcular desde fuera cuán «moderna» resulta una ciudad es problemático. Los historiadores se entregan con demasiada facilidad o al entusiasmo por las «gentes de la gran ciudad» o, a la inversa, al rechazo de las antiguas élites (nobleza terrateniente, mandarines) contra el ascenso de las ciudades industriales y comerciales. Es difícil desentrañar el discurso del atraso. ¿Qué significa decir de una ciudad que es «un pueblo grande»? Cuando se hallaban en Moscú o Pekín, los europeos occidentales se mofaban porque en la imagen urbana era habitual y natural encontrarse con simples campesinos; luego se admiraban de la mezcla de las clases sociales, insinuando

con ello que quizá se trataba de sociedades urbanas de un tipo distinto al de la Europa occidental.
Las imágenes y las valoraciones de cada ciudad pueden sufrir modificaciones abruptas. Lucknow, habitada por 400.000 personas, era la capital del *nawab* de Awadh, magnífica sede residencial de uno de los príncipes más ricos de la India; probablemente, a mediados del siglo XIX, la ciudad interior más acomodada de todo el subcontinente y centro cultural de una ambiciosa élite de orientación persa. Sin embargo, en 1857, de la noche a la mañana, para los británicos pasó a ser un foco del mal y la rebelión. La admiración por la vieja India musulmana desapareció de un día a otro. En Lucknow, durante la rebelión de los Cipayos, el destacamento británico estuvo 140 días bajo asedio; lo posibilitó, entre otros factores, la irregularidad de la ciudad vieja. A partir de 1857, por lo tanto, se emprendió una reforma por razones de seguridad, además de mejoras sanitarias: entre los europeos, las enfermedades habían causado más víctimas que las acciones de combate. Durante dos décadas, hasta 1877, se estuvo remodelando la ciudad. También otras destacadas ciudades precoloniales que se convirtieron en campos de batalla durante el levantamiento recibieron un trato similar, como Agra, Meerut o Jhansi. Se demolió la mayor parte del casco antiguo y se devaluó sistemáticamente su simbolismo: así, uno de los principales santuarios islámicos de Lucknow, que además era mausoleo de un nabab venerado por el pueblo, se usó como cuartel militar en el que los soldados británicos pisaban con sus botas, bebían alcohol y comían carne de cerdo. La gran Mezquita del Viernes, hasta entonces centro religioso de la ciudad, se cerró y abandonó a la decadencia. Fue una intrusión de primer orden en el espacio social de la ciudad, tras lo cual solo quedaron las pequeñas mezquitas de barrio. Se abrieron grandes pasillos viarios a través de la ciudad, útiles para las fuerzas armadas, y se hizo desaparecer las callejas serpenteantes y callejones sin salida. Los monumentos de la tradición india, a ojos de los

británicos, eran zonas a rehabilitar por razones militares.[1140] A Lucknow se la privó, radicalmente, de su carácter exótico.

Los ideales urbanos y los estilos constructivos interactuaban entre sí de varias formas. Los estilos se podían copiar fácilmente, pero solo muy a duras penas el carácter conjunto de la ciudad, el «espíritu» de un urbanismo culturalmente específico. En el siglo XIX se oscilaba entre el eclecticismo y la búsqueda de la autenticidad cultural. No ocurría solo en Europa: en Osaka, los arquitectos Nahouchi Magoichi e Hidala Yitaka introdujeron el *art nouveau* europeo y los diseños más recientes; Yokohama, ciudad de nueva construcción, se convirtió en un revoltijo de las influencias más diversas: había cúpulas y columnatas, ojivas góticas y arcos de medio punto árabes.[1141] A principios del siglo XX, un segundo país no colonizado, Siam, se esforzó conscientemente por desarrollar un estilo tailandés «nacional», expresión arquitectónica de una nación en proceso de formación, que sin embargo debía crearse primero a partir de los elementos ya existentes.[1142]

A la inversa, Europa vivió su segunda oleada de exotismo arquitectónico desde aproximadamente 1805 (tras una primera a mediados del siglo XVIII), y Norteamérica, su primera oleada desde poco después. En esa época surgieron, en un centro marítimo inglés como Brighton, el Pabellón Real, con sus cúpulas y minaretes «indios»; y en las inmediaciones, los establos —de esplendor orientalizante— de los purasangres del príncipe de Gales, que hoy se usan como sala de conciertos.[1143] En Estados Unidos, el empresario del espectáculo Phineas Taylor Barnum intentó superar el Pabellón de Brighton con su fantástico «Iranistán», un edificio de tres plantas en «estilo mogol». La frágil construcción, completada en 1848, fue devastada por un incendio nueve años más tarde. Otras «villas orientales» del otro lado del Atlántico tuvieron una vida más larga y estéticamente más acertada.[1144] Es más habitual hallar interiores de estilo orientalizante que edificios enteros: azulejos, metalistería y ebanistería con calados,

alfombras y tapices. Los lugares de la vanguardia técnica, como las estaciones de tren o de bombeo, se decoraron con elementos «árabes»; con detalles y objetos exóticos, los cementerios. Tanto en el mobiliario como en los parques urbanos burgueses se hallaban pagodas chinas y portales japoneses, de madera y en forma de arco.1145 En la dirección contraria, la típica estatua ecuestre de Europa nunca tuvo resonancia en Asia. Las exposiciones universales acogieron muestras arquitectónicas de todo el mundo (o lo que se tenía por arquitectura exótica).1146 Por su efecto, dos elementos «orientales» fueron más allá de la ornamentación de los edificios aislados: el bazar y el obelisco. Desde 1816, cuando se abrió en Occidente la primera galería comercial denominada «bazar», hasta los *shopping malls* de la actualidad, la forma oriental del mercado cubierto ha disfrutado de una popularidad duradera. En los «bazares» europeos, no obstante, no se regateaba; en realidad fueron pioneros del precio fijo.1147

Los obeliscos tienen una historia propia. Desde que la Europa del Renacimiento empezó a atribuir una profunda sabiduría a los antiguos egipcios, fueron el símbolo estético perfecto de este pueblo. No representaban tanto el Oriente contemporáneo como una primera perfección civilizadora que se remontaba muy atrás en el tiempo. La novedad fue decorar las metrópolis europeas, en puntos de una visibilidad central, con esos objetos culturalmente extraños. Más adelante, en 1885, los estadounidenses se simplificaron la vida cuando, para erigir el obelisco de 50 metros que sería un monumento a Washington, en Washington D. C., lo construyeron ellos mismos; pero durante el siglo XIX, las potencias imperiales se obstinaron en conseguir obeliscos originales para su país. Se instalaron «agujas de Cleopatra» en 1880, en la orilla del Támesis, en Londres; un año más tarde, en el Central Park de Nueva York.

El modelo nunca superado, sin embargo, fue levantar un gigantesco obelisco en medio de la Place de la Concorde de París, el 25 de octubre de 1836. Este monolito de 220 toneladas

había sido regalado al rey francés por Mehmet Alí, el pachá de Egipto. El pachá no sentía especial afecto por los tesoros artísticos del pasado preislámico y usó la ocasión para dar una satisfacción diplomática a los franceses, que desde la campaña de Napoleón en Egipto estaban bien informados sobre las antigüedades del Nilo. A fin de cuentas, necesitaba el apoyo francés para hacer realidad su deseo de independizarse del sultán de Estambul. La única condición era que los franceses trasladaran el coloso por sus medios. El encargado de examinar las posibilidades en persona no fue otro que Jean-François Champollion —venerado por igual en Francia que en Egipto por haber descifrado los jeroglíficos—, que viajó al país en 1828. Champollion aconsejó optar por el obelisco occidental de Luxor. El nuevo gobierno de la Monarquía de Julio envió en 1831 un barco especial al Alto Egipto, con un equipo de ingenieros. Se tardó más de cinco años en desmontar el obelisco, embarcar las piezas, transportarlo por el Nilo, el Mediterráneo y el Sena, bajarlo a tierra y, por fin, en un acto público espectacular, erigirlo. Como resultado de esta empresa extraordinariamente costosa, la «capital del siglo XIX» engalanó uno de sus espacios públicos más queridos —emplazamiento de la guillotina— con un monumento del antiguo Oriente de 33 siglos de antigüedad.1148 La calma de la colosal estructura de piedra contrastaba intensamente con los sangrientos espectáculos de la era de la revolución. El obelisco, cubierto de signos incomprensibles para los profanos, poseía además la gran ventaja de que nadie podía oponerle nada. Era un símbolo integrador, no divisor. Así, no se asemejaba en nada al templo expiatorio del Sacré Cœur, del cerro de Montmartre, también posrevolucionario; se erigió entre 1876 y 1914 para reforzar el orden y la Iglesia tras el desastre del levantamiento de la Comuna, y muchos lo tomaron como una provocación.

Las ciudades norteamericanas y australianas adaptaron los diversos modelos europeos a los distintos medios y necesidades sociales. Los barrios residenciales de extrarradio, como se ha

visto, fueron un invento europeo que Estados Unidos y Australia naturalizaron y llevaron hasta las últimas consecuencias. Hubo también algún cambio en dirección contraria. La prisión modélica «Panopticón», con pisos de celdas en torno de patios interiores cerrados, que salían como radios desde una sala de observación central —concebida en 1791 por el filósofo, teórico del estado y reformador social inglés Jeremy Bentham—, se construyó primero en Estados Unidos y luego se importó otra vez desde allí. Los americanos también fueron pioneros en la construcción de hoteles. Desde la década de 1820 había en Estados Unidos hoteles gigantescos, que a los viajeros europeos, al principio, les recordaban a cuarteles. La magnificencia y grandeza del alojamiento comercial de lujo no se trasladó a Europa hasta 1855, con la apertura del Grand Hôtel du Louvre, que ofrecía la inaudita cantidad de 700 habitantes. Este nuevo tipo de edificios fue tan exitoso que Edmond de Goncourt se lamentaba ya en 1870 de que París se estaba «americanizando».1149 Todas las ciudades del mundo que se jactaban de ser modernas y mundanas —y, más prosaicamente, querían alojar a los viajeros— necesitaban hoteles, desde entonces. Los dos decenios previos a la primera guerra mundial se caracterizaron por la fundación de hoteles de lujo legendarios tanto en Europa como en varios puntos del mundo colonial. Beirut ya disponía en 1849 de un hotel que los europeos podían identificar como tal. En el norte de África y el Asia occidental, se contaba con la ventaja adicional de una institución tan consolidada como el caravasar, que era fácil modernizar: a menudo eran un patio cerrado, en el que los comerciantes extranjeros pasaban la noche con sus animales y en el que también se realizaban transacciones.1150

Planificación urbana de regulación y desarrollo

Las ciudades del siglo XIX, ¿respondían a una planificación? Probablemente, casi nunca se ha planificado *tanto y tan poco* como en esta época. En las ciudades emblemáticas del período —las *shock cities* de crecimiento rápido, de Manchester a Osaka

pasando por Chicago—, toda voluntad planificadora se vio superada por las fuerzas espontáneas del cambio social. Además, solo podía planificarse cuando los organismos políticos lo incluían entre sus tareas. Londres, por ejemplo, pasó mucho tiempo en situación de relativo desgobierno. El primer organismo municipal central, el Metropolitan Board of Works, no recibió una financiación suficiente hasta 1869. Antes de 1885, la metrópoli no tuvo una representación parlamentaria acorde con su rango, de modo que no pudo influir correspondientemente en la política nacional; y no hubo una corporación municipal constituida por elección directa, el London County Council, hasta cuatro años más tarde. En Manchester, visitantes como Alexis de Tocqueville o Charles Dickens se horrorizaban porque las novedades de la ciudad no respondían a un plan pensado para el conjunto. Sin embargo, los críticos pasaban por alto con facilidad que precisamente en Manchester se había empezado a formar muy pronto —pocos años después de los informes creadores de opinión de las décadas de 1830 y 1840— una administración sensible a las cuestiones sociales.[1151] De acuerdo con este malentendido y a partir de sugerencias de Josef Konvitz, conviene distinguir entre dos clases de planificación urbana: por un lado, la del *desarrollo*, que construye la planta y la imagen estética general de una ciudad; por el otro, la de la *regulación*, que comprende la ciudad como una labor permanente de gestión político-social y técnica. Tenían en común el ascenso de los planificadores urbanos profesionales, que podían llegar a adquirir una gran influencia.

La planificación reguladora surgió en Europa y Norteamérica en la década de 1880. Hacia esa época, las élites urbanas vieron la necesidad de pasar de las medidas paliativas *ad hoc* —como las mayoritarias en el primer movimiento de reforma sanitaria e higiénica— a intervenir de forma corriente e ininterrumpida en el entorno urbano en su conjunto. Se pasó a entender las infraestructuras como sistemas regulables. En los temas

técnicos y político-sociales, los puntos de vista sistémicos ganaron la mano a los motivos económicos personales y no coordinados (como ejemplo revelador, la anarquía en la construcción de las estaciones de tren de Londres). Esto suponía, entre otras cosas, no respetar tanto los intereses de los propietarios de los terrenos. El ascenso de la planificación reguladora se reconoce claramente en la expropiación despreocupada en interés de la comunidad.[1152]

La *planificación del desarrollo*, por su naturaleza, es antiquísima y no el fruto de un invento europeo. En el siglo XIX tuvo continuidad. Al menos en China y la India, la geometría del poder y la geometría de la religión tenían raíces más antiguas y profundas que en la Europa occidental, donde a menudo se exigía poco más que la correcta orientación del eje de las iglesias. La reticulación espacial uniforme fue una de las primeras formas de la planificación, tan sencilla como eficaz. La hallamos en la disposición cuadrangular de las viejas ciudades chinas, así como en plantas europeas geométricas (Mannheim, Bari) y la cuadrícula o *grid* que en Estados Unidos sirvió de base no solo a amplias extensiones de tierra, sino también a las ciudades. Con pocas excepciones (por ejemplo, Boston y el Lower Manhattan), siguieron una lógica de reproducción celular rectangular. A principios del siglo XIX, Boston hacía pensar a los viajeros, una y otra vez, en una ciudad medieval; pero ya en Filadelfia, uno se hallaba ante un racionalismo urbano que aplicaba la Ilustración y miraba hacia el futuro. *Primero* se creó una cuadrícula del terreno y se asignaron parcelas a los propietarios, y luego se rellenó la cuadrícula.[1153] Repetidamente, sin embargo, la especulación con el suelo hizo descontrolarse los planteamientos de un desarrollo urbano ordenado.[1154]

En el siglo XIX, la planificación urbana llama especialmente la atención porque no era lo normal. Muchas ciudades, en todos los continentes, se expandieron con un crecimiento salvaje; en Osaka, por ejemplo, no hubo nada similar a la planificación

hasta 1899.[1155] El hecho de que se planeara o no dependía de circunstancias específicas. Un gran incendio podía crear condiciones favorables; o tampoco. Moscú, tras el gran fuego de 1812, se reconstruyó según un plan de 1770; la realidad tuvo un aspecto menos ordenado. Madrid perdió en 1790, por un gran incendio, una parte del encanto rococó que acababa de darle la renovación experimentada con Carlos III; y esta edad de oro se fue para no volver.[1156] Hamburgo, en cambio, tuvo una oportunidad de planificar el urbanismo tras el incendio de 1842, y la aprovechó. En Chicago, en 1871, todo el barrio de los negocios fue pasto de las llamas (no así la zona de las fábricas); la ciudad resurgió como la primera metrópoli de rascacielos del mundo.[1157]

La mera velocidad de expansión de las metrópolis más dinámicas, por un lado, condenó al fracaso las buenas intenciones de unas autoridades que aún pensaban en modo barroco; por el otro, creó —todavía más— la necesidad de actuar para ordenar un crecimiento desorbitado. En Moscú, la agregación desordenada de casas, jardines y calles creó una imagen en la cual los visitantes extranjeros no reconocían una ciudad, sino solo una acumulación de viviendas humanas. Aquí, la realidad de la urbanización chocó con todas las ideas de planificación urbana, ya fueran tradicionales o modernas, europeas occidentales o rusas.[1158] En muchas otras ciudades del mundo ocurrió algo similar. Las contradicciones podían resultar especialmente llamativas allí donde un régimen del absolutismo tardío con la ambición arquitectónica de dar forma a la ciudad como un todo fue sustituido por otro régimen que dejaba rienda suelta a los intereses privados. En Ciudad de México sucedió así, según se vio con meridiana claridad tras una fase de transición, pasada ya la mitad del siglo. Bajo el gobierno liberal de Benito Juárez, a partir de 1855, la imagen barroca de la ciudad fue destruida sin compasión; como la Iglesia perdió los privilegios específicos, el proceso se desarrolló sin resistencia. El año de la gran demolición fue 1861. En un

plazo de pocos meses, se derribaron varias docenas de edificios religiosos. Los soldados entraban en las iglesias con los caballos y arrancaban las imágenes de los altares. Algunos edificios se salvaron porque fueron destinados a nuevos propósitos: la Biblioteca Nacional halló alojamiento en una iglesia transformada. Esta iconoclasia a gran escala perseguía un programa político: que los intelectuales liberales de una nación independiente desmontaran el pasado colonial, cuyo arte se consideraba una mala copia de los modelos europeos. Como medio siglo antes en Francia, se llevó el laicismo el espacio público por medio de la violencia.1159

El París de Haussmann, la Nueva Delhi de Lutyens

La planificación del desarrollo debía empezar de cero, y lo hizo, básicamente, de tres formas distintas. Por un lado, intervenía como un cirujano en los centros urbanos ya existentes y los sacrificaba en beneficio de visiones estéticas de gran alcance. Es el modelo de Haussmann. Al principio fue una especialidad de París, surgida de la voluntad política de su presidente —y posteriormente emperador— Luis Napoleón, que ansiaba modernizar Francia para que recuperase la posición hegemónica de la que había gozado con el primer Napoleón. En 1853, el barón Georges Haussmann, prefecto del *département* del Sena, fue nombrado director de Obras Públicas; con el tiempo se le proporcionaron poderes completos y financiación generosa. Durante muchos años, los objetivos y métodos de Haussmann despertaron gran polémica en Francia. El resultado acabó dándole la razón y su concepto de planificación urbana se convirtió en modelo para toda Europa.

Pocas ciudades del continente fueron capaces de planear a tan gran escala como Haussmann; la primera, quizá, Barcelona.1160 A menudo, solo se adoptaron elementos aislados; por ejemplo, en Nottingham, muy pronto, el concepto *haussmanniano* del bulevar, que en la década de 1880 también se realizó a lo grande en Buenos Aires. Fue un indicio de un desplazamiento general del modelo cultural: hasta entonces se

prefería Inglaterra, ahora se entendía que Francia era «más moderna» y modelo de una reforma completa. Los *salons de thé* que surgieron entonces duraron en buena medida hasta la invasión de los McDonald's en la década de 1980.1161 En cuanto el modelo parisino estuvo a la vista de todos los visitantes, otros lo tomaron con libertad. En Budapest se propusieron contar con el teatro de la ópera más hermoso del mundo, y fueron espigando posibilidades: el ejemplo de París, pero también en Dresde (con la Ópera de Gottfried Semper) y Viena, con un Burgtheater modélico. En *una faceta*, la Ópera de Budapest, inaugurada en 1881, superó en efecto a todas las demás: estaba dotada de la técnica más moderna y adquirió fama su protección contra incendios.1162 En general, Budapest —una ciudad de desarrollo tardío, que no completó la transición de la madera a la piedra hasta los últimos años del siglo XVIII— mostró un criterio afortunado a la hora de elegir sus referentes, sobre todo en la fase culminante de construcción y reforma, entre 1872 y 1886. Copió de Londres la organización de los proyectos por medio de un comité central, la construcción de carreteras a la orilla del río y la arquitectura del Parlamento; de Viena, parte de la idea de la Ringstrasse; de París, los bulevares. Con el cambio de siglo, Budapest, tardía en su evolución urbanística, se había convertido en una perla estudiada con interés por arquitectos de Alemania y Estados Unidos.1163

La causa inmediata de la reforma de las ciudades francesas fue la necesidad de hacer sitio para las nuevas estaciones de tren y las vías de acceso. A ello se añadieron otros factores: la intención de alejar del centro urbano las zonas de arrabal, así como un regreso nostálgico a la magnificencia impresionante del *Empire*. Además, se buscaba un efecto de dinamización. Imperaba la convicción de que una explosión constructiva reanimaría el conjunto económico de cada ciudad y, a la postre, de todo el país. De la dinámica —que se puso en marcha desde la política, pero cada vez más fue impulsada por las inversiones

privadas— se benefició en primer lugar París, donde ya se habían emprendido numerosos intentos de reforma desde la década de 1840. En esas fechas faltaban aún las bases legales para una intervención estatal de tanto calado. Las sentó un decreto que permitió que la administración municipal de París expropiara terrenos en el interior de la ciudad. Haussmann aprovechó un período en el que la justicia, influida por la explosión constructiva, apoyaba esa determinación. Pero ni siquiera Haussmann era todopoderoso y algunos de sus planes de ampliación de las calles se fueron al traste después de topar con los intereses de los propietarios. Que, aun así, la mayoría de sus visiones se hiciera realidad obedeció al doble apoyo de una voluntad política resuelta y el cálculo de muchos pequeños inversores con ganas de sacar partido al ascenso en los precios del suelo. En palabras de Peter Hall, Haussmann estaba «apostando por el futuro».1164

A Haussmann lo movían tres pasiones: el amor por la geometría, y en particular por la línea recta; el deseo de crear espacios útiles *y* placenteros, por ejemplo paseos en los que el tráfico rodara bien y el paseante callejeara descansadamente; y por último la ambición de situar París en la cúspide de las metrópolis. La ciudad debía convertirse en una maravilla del mundo; y a partir de 1870, fue considerada en gran medida como tal. Aunque la inversión técnica requerida para renovar todo el interior de la ciudad era sin duda colosal, Haussmann y sus colaboradores también prestaron gran atención a la estética y, de hecho, lograron adecuar el clasicismo parisino de los siglos XVII y XVIII a las dimensiones de una ciudad de masas. El proyecto se mantuvo cohesionado por la unidad estilística y las variaciones en los detalles y la gran calidad de la realización arquitectónica impidieron la monotonía. El elemento básico fue el edificio de apartamentos de cinco plantas, integrado longitudinalmente en los nuevos bulevares por las líneas horizontales y el empleo general de la piedra caliza (solo entonces, con el ferrocarril, se pudo llevar este material a la

capital en grandes cantidades) en la serie de fachadas. Las plazas y los monumentos estructuraron la imagen conjunta.[1165]
La segunda forma de planificación urbana lleva firma alemana. En Alemania se combinaron cierta tradición organizativa y una posición tradicionalmente fuerte de las autoridades locales. Como en comparación con Gran Bretaña y la Europa occidental, la industrialización empezó algo más tarde, ya se estaba al caso de los problemas de las ciudades de crecimiento muy rápido y se les pudo buscar soluciones a tiempo. El nuevo modelo de planificación se interesaba menos por la reforma grandiosa de los centros urbanos que por la organización del crecimiento en la periferia. En lo esencial, en Alemania, se trataba de planificar la ampliación. Empezó mediada la década de 1870 y en los primeros años de la de 1890 dio paso a una planificación urbana completa.[1166] Para el cambio de siglo, Alemania era el país modélico de la expansión ordenada de las ciudades, así como de la planificación municipal de concepción comunitaria única, en la cual la gran ciudad se estructuraba al mismo tiempo como espacio social, sistema de circulación, conjunto estético y suma de propiedades privadas.[1167] En otras palabras: además de una planificación del desarrollo, y coordinada con esta, en Alemania se instaló pronto y de forma ejemplar la conciencia de lo necesaria que era la planificación reguladora.
Si hubo modelos definidos en Francia y Alemania, no así en Gran Bretaña, salvo que entendamos por ello la dedicación pública enérgica y temprana por la cuestión de la higiene urbana. Tras el gran incendio de 1666, Londres se reconstruyó con un talante más bien conservador, y tras el trabajo sobre Regent Street en la década de 1820 —conexión entre el palacio del príncipe regente (Carlton House) y el nuevo Regent’s Park en el norte— no hubo más intervenciones de radicalidad similar. Regent Street fue la primera calle principal que, tras varios siglos de proyectos no realizados, cruzaba por un distrito

interior de una ciudad europea muy poblada. En Londres hubo mucha labor de construcción y transformación, pero sin la gran jugada *à la Haussmann*. Para hallar otro ejemplo de cambio enérgico, hay que volver la mirada al imperio. Poco antes de la primera guerra mundial se había empezado a construir una nueva capital para la India. La realización del proyecto se demoró hasta la década de 1930. Por ello —y porque, pese a cierta ornamentación orientalizante, el impulso motor era modernista—, el proceso supera los límites del siglo XIX, se defina como se defina. Aun así, la voluntad política imperial que originó el proyecto y la disposición a financiarlo (mejor dicho: a dedicar impuestos a ese fin) todavía llevaban la signatura de los años de preguerra, cuando el poder colonial se complacía en imaginarse como (casi) eterno. En Nueva Delhi, los arquitectos sir Edwin Lutyens y Herbert Baker —con ayuda de un numeroso departamento de planificación y el empleo simultáneo de hasta 30.000 trabajadores indios— pudo hacer realidad visiones ambiciosas para las que no se habían dado las condiciones ni en la patria ni en ningún otro lugar del imperio. Lo que surgió de ello no fue tanto una ciudad funcional y «habitable» como un conjunto representativo y de prestigio; un conjunto en el que, sin embargo, la estética imperial —a diferencia de la Hanói de la década de 1880 y, unos años más tarde, de los planes (de una vulgaridad aberrante) de Albert Speer para la capital del «imperio de la Gran Alemania»— no se proclamaba superior con brutalidad. El palacio del virrey (Viceroy's House), las oficinas gubernamentales, las misiones de los grandes estados principescos, el archivo, los jardines, las fuentes y avenidas debían formar un conjunto armónico.

La Nueva Delhi de Lutyens y Baker se concibió como una síntesis de estilos en la que debían fundirse los idiomas arquitectónicos importados (ya asentados en la India desde hacía tiempo) con elementos tanto indios como musulmanes de origen hinduista. Lutyens había estudiado con detalle las obras de sus predecesores en la planificación urbana, sobre todo el

París de Haussmann y el Washington de L'Enfant. Estaba tan familiarizado con los esbozos de las ciudades jardín —antiguo ideal islámico, renovado desde hacía poco en Europa— como con las corrientes más novedosas del modernismo arquitectónico, y sentía una profunda antipatía hacia la ampulosidad victoriana con la que se había encontrado en la estación central de Bombay. En lo que respecta a nuestro período de estudio, la muestra más extravagante de planificación urbana se dio justo al final, y no en Europa, ni en Washington D. C., ni en Canberra —la nueva capital de Australia, desde 1911—, sino en la India, sobre el terreno de una antigua tradición arquitectónica.1168 Desde el punto de vista estilístico, en las líneas rectas y las superficies de Lutyens y Baker se encontraron un Oriente alejado del *kitsch* y la resistencia occidental a la ornamentación. Esto dotó a su arquitectura posvictoriana de cierto carácter atemporal y quedó asombrosamente cerca de una síntesis cultural en piedra. El proyecto de Nueva Delhi fue único y nunca tuvo igual.

El modernismo arquitectónico, que se convertiría en lengua universal de la arquitectura del siglo XX, se había originado entre tanto en la otra punta del mundo. En Chicago, a finales de la década de 1880, se elevaron los primeros rascacielos que expresaban exteriormente la modernidad del nuevo estilo constructivo. El Monadnock Building Complex (1891) es quizá el primer edificio que, cuando uno lo ve, lo atribuye espontáneamente a una nueva era de la arquitectura.1169 Hasta 1910 no fue posible, por razones técnicas, levantar edificios de más de cincuenta plantas. Este modernismo tardó en salir de Estados Unidos. Aunque los planificadores urbanos y los arquitectos estaban consolidando una especie de movimiento internacional —se observaban unos a otros, se visitaban e intercambiaban experiencias, con lo cual las transferencias técnicas y los préstamos estilísticos pasaron a ser de lo más normal—, esto no significó aún que los gustos se globalizaran y homogeneizaran. En el Madrid del siglo XIX, los

edificios nuevos más espectaculares fueron enormes plazas de toros, no necesariamente un gran éxito entre las exportaciones.1170 Y al igual que los europeos mostraron muy poco entusiasmo por la idea esencialmente estadounidense de zonas residenciales de extrarradio, tampoco les interesó gran cosa el rascacielos. Los planificadores europeos lucharon contra esas alturas desproporcionadas, contra las siluetas que reducían el valor icónico de las iglesias y otros edificios de prestigio.1171

El siglo XIX fue uno de los más importantes en los varios milenios de historia de la ciudad como materialidad y forma de vida. Si se lo contempla desde la perspectiva de 1900 (más aún, desde la década de 1920), este período sentó las bases de la época contemporánea en la historia de la ciudad, de su «modernidad». Las continuidades con el pasado, con la Edad Moderna propiamente dicha, son más débiles que las que se adentran en el siglo XX. Con la salvedad de la formación de las «megaciudades» y de la integración próxima y remota por medio de las telecomunicaciones, todos los rasgos del urbanismo actual se remontan al siglo XIX. En el horizonte se dibujaba incluso la relevancia del automóvil, aunque todavía no el dominio —o tiranía— del coche sobre *todas* las ciudades del mundo.

¿Qué queda de los tipos de ciudades, netamente definidos por su cultura, que se complacía en diferenciar la antigua sociología urbana (y diferencia aún hoy la geografía urbana)? Incluso para la época precontemporánea, podemos ver que las diferencias entre la ciudad «europea», «china», «islámica», etc., son menos abruptas y expresivas. Al menos, las semejanzas funcionales se perciben con tanta claridad como los rasgos específicos de cada cultura. Aun así, sería superficial caer en el extremo contrario y ver tan solo, por todas partes, formas «híbridas».1172 Algunas tendencias de evolución se difundieron por todo el mundo, apoyadas por la auténtica expansión económica, militar y demográfica de Europa, pero no solo como

efecto colateral del imperialismo y el colonialismo. Así se ha visto, repetidamente, cuando se analizan ciudades de los países no colonizados de fuera de Europa (Argentina, México, Japón, el imperio otomano). Los esbozos de la ciudad del futuro se concebían cada vez más en un contexto espacial más general: transatlántico, transmediterráneo, transpacífico, euroasiático, etc. El tipo de la «ciudad colonial» también se desvanece como definición clara. Y es del todo insostenible defender una dicotomía abrupta entre una ciudad «occidental» y una «oriental». Basta con examinar el lado occidental. En Norteamérica y Australia surgieron paisajes urbanos completamente nuevos, que no eran la simple reproducción de los modelos europeos. El Chicago o el Los Ángeles de 1900 carecía de modelos directos en Europa. No resulta sencillo construir el tipo de una ciudad «estadounidense» o «australiana». Desde la perspectiva de la historia universal, saltan a la vista otra vez conexiones cruzadas: Melbourne adoptó una forma poco densa y más diseminada, como las ciudades de la costa occidental de Estados Unidos; Sídney era densa y compacta como Nueva York, Filadelfia y las grandes ciudades de Europa.1173

La modernización de las infraestructuras urbanas fue un proceso mundial que exigió voluntad política, un cierto grado de eficacia administrativa, dinero, tecnología y la implicación de los intereses privados, tanto los filantrópicos de la sociedad civil como los personales de la búsqueda del beneficio económico. La modernización se desarrolló en diversos plazos temporales, pero en 1930, en general, ya llegaba más allá de las grandes metrópolis. En China, por ejemplo —a la sazón un país muy pobre y con una autoridad estatal débil—, la reforma material y sanitaria de las ciudades no se limitó al escaparate cosmopolita de Shanghái. La modernización urbana, después de 1900, se halla igualmente en el interior de los países, en puntos muy alejados de la influencia extranjera más fuerte; a menudo, iniciada y culminada por iniciativas —de motivación

nacionalista— de las clases altas de las ciudades y provincias.[1174]

La renovación de la organización, la técnica y los materiales de construcción no remite automáticamente a la transformación paralela de la sociedad urbana. Una ciudad es un cosmos social propio y, al mismo tiempo, un espejo de su medio social. En las distintas sociedades urbanas actúan mecanismos e instituciones específicos de integración social. Así pues, no podremos explicar las ciudades del Próximo y Medio Oriente musulmán con nuestros modelos de estratificación social, si no reconocemos al mismo tiempo la importancia ininterrumpida de las fundaciones religiosas (*waqf*), que a su vez llevaban a cabo muchas funciones centrales: eran centros de autoridad política, de sabiduría religiosa y secular, de intercambio y de espiritualidad. Surtían un efecto de estabilización, protegían la propiedad y definían su significación en el espacio. Ofrecían mecanismos de mediación entre los intereses privados personales y empresariales y las necesidades más generales de la sociedad urbana.[1175] En todas partes del mundo se encuentran ejemplos similares. Instituciones sociales especiales —a menudo, con varios siglos de vida— sobrevivieron a una presión adaptativa venida del exterior y siguieron estando entretejidas en el entramado de una sociedad de una ciudad que se transformaba con rapidez.

Capítulo 7
«Fronteras»

Se subyuga el espacio y se ataca la vida nómada

1. INVASIONES Y PROCESOS FRONTERIZOS

El extremo opuesto a la ciudad, en el siglo XIX, ya no es el «campo», la esfera vital de los campesinos atados a la tierra. Es la «frontera» (*the frontier*, pues para el caso puede usarse la expresión estadounidense como un préstamo): el límite en movimiento del aprovechamiento de los recursos. Avanza por territorios que normalmente no están tan «vacíos» como los partidarios de la expansión quieren creer y hacer creer. Desde el punto de vista de los que habitan al otro lado de la «frontera», el movimiento es la punta de lanza de una invasión. Después, pocas cosas volverán a ser como habían sido. La gente acude en tropel a la ciudad y a las fronteras; ambas tienen algo en común: son el gran imán de la emigración del siglo XIX. Como espacio de posibilidades de ensueño, atrajeron a los emigrantes más que ningún otro factor de la época. Ciudad y fronteras también tienen en común la permeabilidad y la maleabilidad de las relaciones sociales. Quien no tiene nada, salvo *capacidad*, quizá la haga *realidad* aquí. Hay oportunidades mejores, aunque también más riesgos. En la «frontera», las cartas de ganar y perder se barajan de otra manera.

En relación con la ciudad, la *frontier* es «periferia». En última instancia, en la ciudad se organiza el dominio de la «frontera»; las armas e instrumentos para someterla se forjan aquí (literalmente). Si se fundan ciudades en la «frontera», entonces el frente de la expansión se aleja y más allá surgen nuevos puntos comerciales que serán la base de la posterior ampliación. Pero la «frontera» no es una periferia *pasiva*. Allí surgen intereses, identidades, proyectos vitales y caracteres típicos que luego interactúan con los centros. La ciudad puede reconocer en la periferia su opuesto. Para un patricio de Boston, los *backwoodsmen* o habitantes de bosques aislados, con sus cabañas de troncos, eran poco menos salvajes y

exóticos que los guerreros de las tribus indias. Las sociedades que se forman en las zonas de «frontera» llevan una vida propia en los contextos más amplios. A veces se emancipan de forma duradera; a veces sucumben a la presión de la ciudad o a las consecuencias del propio agotamiento.

Adquisición de tierras y aprovechamiento de recursos

Toda la documentación histórica o arqueológica está llena de procesos de adquisición de tierras como forma de colonización. Las comunidades humanas se apoderan de nuevas tierras para asegurarse con ellas la supervivencia. El siglo XIX llevó la tendencia al punto culminante y, en cierto sentido, también a un final. En ningún siglo anterior, la superficie destinada a la agricultura había sido tan extensa. Esto fue consecuencia, sin lugar a dudas, del incremento demográfico en muchas partes del mundo; y aun así, esta explicación no es suficiente. En efecto, en el siglo XX la población mundial creció *aún más* rápidamente que en el siglo XIX, y sin embargo el uso *extensivo* de los recursos no se incrementó a la misma velocidad. En su conjunto, el siglo XX se caracteriza por el aprovechamiento más intensivo —en menos espacio— de las posibilidades. Pese a todo, la destrucción de las selvas tropicales y la sobrepesca en los mares dan continuidad al anterior modelo de explotación extensiva en una época que, en otros ámbitos, ha logrado una intensividad inaudita por medio de la nanotecnología o la comunicación en tiempo real.

La adquisición colonizadora de tierras a gran escala fue una excepción en la Europa del siglo XIX (de nuevo, con la salvedad de Rusia). En su mayoría, adquirió la forma de una expansión de los colonos europeos por el mundo. En ultramar parecieron repetirse antiguos dramas de la historia europea. Además hubo procesos comparables por ejemplo entre los chinos y algunos pueblos del África tropical. Los movimientos migratorios hacia la frontera birmana del arroz o la «frontera de las plantaciones» en otras zonas del sureste asiático fueron fruto de las nuevas posibilidades de exportar en los mercados internacionales. Con

esta forma de colonización ligada a la anexión de nuevas tierras se asociaron experiencias de lo más distintas, que han encontrado reflejo en la historiografía. Por un lado, estaban los colonos activos, que con sus carromatos —a su propio entender— se adentraban en la «naturaleza salvaje», aprovechaban las tierras «sin amo» para el cultivo y la ganadería y llevaban consigo las conquistas de la «civilización». La antigua historiografía tendía a glorificar los logros de los pioneros; en parte los ensalzaban por haber contribuido al surgimiento de las naciones modernas, en parte por representar el progreso de toda la humanidad. Pocos autores se ponen en la piel de los pueblos que, desde hace siglos o incluso milenios, viven en ese supuesto «mundo salvaje». James Fenimore Cooper —cuya familia (era hijo de un patricio) poseía tierras en el límite del estado federal de Nueva York— ya describió en sus *Leatherstocking Tales*, publicadas entre 1824 y 1841, la tragedia de la desaparición de los indios. Pero en la historiografía estadounidense, esta perspectiva sombría es muy excepcional hasta los primeros años del siglo XX.[1176]

Después de la segunda guerra mundial, a lo sumo durante la descolonización, surgieron dudas sobre si el «hombre blanco» en efecto había estado difundiendo el bien por el mundo; en ese contexto, los historiadores empezaron a interesarse por la obra de los etnólogos y a ocuparse de las víctimas de la expansión colonizadora. Se expusieron a la comunidad científica y a la opinión pública general las injusticias que se habían cometido contra los nativos de Norteamérica, los indios de Brasil o los aborígenes australianos. Los heroicos pioneros de la historiografía precedente se convirtieron en imperialistas cínicos y brutales.[1177] En una tercera fase, este panorama tan crudo, en blanco y negro, se fue refinando con tonos de gris. Los expertos descubrieron lo que el historiador estadounidense Richard White, especialista en historia etnológica y del medio ambiente, ha denominado «terreno intermedio» (*the middle ground*): espacios de contactos prolongados en el tiempo en los

que los papeles de víctima y culpable no siempre se repartían unívocamente; de acuerdos negociados, equilibrios temporales e interrelación de los intereses económicos de «nativos» y «recién llegados»; a menudo, también espacios de «hibridación» cultural y biológica.1178 En esta tercera fase de la investigación histórica, en la que hoy todavía nos hallamos, la imagen se ha ampliado con mucha diferenciación. Se ha prestado atención a las variaciones regionales; se ha atendido al papel de minorías de «terceros» en los procesos de expansión (por ejemplo, la minoría china del oeste norteamericano); también a la circunstancia de que muchos procesos de expansión (aunque no todos) fueron impulsados por familias. Al mirar asimismo con las gafas del *gender*, se ha dado visibilidad a las vaqueras (*cowgirls*), y no solo a los vaqueros.1179 Una bibliografía especialmente rica se ha destinado a estudiar la mitificación de los procesos de colonización y su representación en los medios, desde los antiguos relatos de viajes ilustrados hasta los *westerns* de Hollywood.

Pese a todos los matices, no debemos pasar por alto el hecho fundamental de que es fácil distinguir entre los que salieron perdiendo y los que salieron ganando con la agregación colonizadora. Aunque algunos pueblos no europeos —por ejemplo, los maoríes en Nueva Zelanda— lograron oponerse con éxito a la invasión, a la postre la ofensiva global contra las formas de vida tribales acarreó, en casi todo el mundo, la derrota de las poblaciones originales. Las sociedades nativas perdieron su base de subsistencia tradicional sin que al mismo tiempo se les ofreciera un lugar en la nueva ordenación de su propia tierra. A unos se los perseguía implacablemente, a otros se los sometía a procesos de «civilización» basados en la desvaloración plena de la cultura autóctona tradicional. En este sentido, ya en el siglo XIX emergieron los «tristes trópicos» sobre los que Claude Lévi-Strauss escribió con emotividad en 1955. Los graves ataques contra los que en Europa y Norteamérica se designaba despectivamente como «primitivos» dejaron huellas

aún más profundas que la colonización —aunque esta en apariencia fuera más dramática— de los pueblos no europeos que, como súbditos, prometían por lo menos beneficios económicos.
En el siglo XX, el dominio colonial llegó a su fin de forma oficial. Sin embargo, en cuanto a la posición subordinada de las «minorías étnicas» que antaño habían sido dueñas y señoras de sus países prácticamente no ha cambiado nada en ningún sitio. La subordinación fue el fruto de un proceso relativamente rápido: en el siglo XVIII todavía surgieron, en muchas partes del mundo, las zonas de contacto semiestables del «terreno intermedio». En la segunda mitad del siglo XIX, esta forma de coexistencia precaria dejó de ser viable. Solo con la deslegitimación general del colonialismo y el racismo, a partir de 1945, se reflexionó sobre la injusticia, los «derechos aborígenes» y la reparación (lo cual se toca con la cuestión del tráfico de esclavos y la esclavitud). El naciente reconocimiento exterior dio a las minorías afectadas nuevas posibilidades de formación de la propia identidad. Pero el hecho fundamental de que sus formas de vida hubieran pasado a ser marginales ya no se podía corregir.
Frederick Jackson Turner y las consecuencias
La colonización por la anexión de tierras es una de las formas en las que surgen los imperios. No siempre tiene que haber una vanguardia de legionarios; a menudo, la gran invasión empieza también con el mercader, el nuevo colono o el misionero. Aun así, en algunos casos son los propios estados nacionales los que «llenan» un territorio definido de antemano, para colonizarlo. Existe algo similar a las «fronteras» y la colonización *interiores*. El proceso más llamativo, y en general más exitoso, de apertura de nuevos territorios para los pioneros fue el asentamiento europeo en Norteamérica, que avanzó de la costa atlántica hacia el oeste, en lo que la antigua historiografía estadounidense ha celebrado como «la conquista del Oeste» (*the winning of the West*, Theodore Roosevelt). El nombre que se ha

dado a este proceso gigantesco también viene de Estados Unidos. El joven historiador Frederick Jackson Turner lo acuñó en 1893, en una conferencia que, probablemente, hoy todavía es el texto más influyente de la historiografía estadounidense.1180 Turner habló de una «frontera» (*frontier*) que iba desplazándose de este a oeste hasta llegar, en el presente del historiador, a un estado de detención final (*closure*). Aquí, la civilización y la barbarie chocaron entre sí con un reparto asimétrico de poder y derecho histórico; en el empeño de los pioneros se forjó un carácter nacional específico de Estados Unidos; el peculiar igualitarismo de la democracia estadounidense se debe a la vivencia comunitaria de los bosques y praderas del oeste. *Frontier* se convirtió en una palabra clave que posibilitó primero una nueva «gran narración» de la historia nacional de Estados Unidos, y luego se desarrolló más y se generalizó hasta crear una categoría aplicable a otras circunstancias.1181

El concepto original de *frontier* en Frederick Jackson Turner aparece en cientos de libros y ensayos: lo han interpretado los historiadores de las ideas, lo han refinado los neoturnerianos, ha sido objeto de críticas fundamentales y los historiadores de tendencia más pragmática lo han ido adaptando a sus planteamientos particulares. Este concepto y la visión conjunta del pasado nacional que con él se asocia han marcado profundamente la interpretación que los estadounidenses hacen de sí mismos incluso en contextos en los que nadie conoce a Turner. El mito de la «frontera» cuenta con una historia propia.1182 La originalidad de Turner radica en que halló una noción que servía por igual como categoría científica elaborada y como clave para interpretar el peculiar papel de Estados Unidos en la historia. Para Turner, el avance de los colonos por las regiones escasamente pobladas del oeste fue el acontecimiento *fundamental* de la historia del país en el siglo XIX. Con el desplazamiento de la «frontera», la «civilización» se adentraba en un territorio de «naturaleza virgen». Este espacio

«salvaje», en el que habitaban algunos nativos, era el marco de encuentro de personas situadas en distintos «niveles» de la evolución social. La «frontera» no solo se desplazaba geográficamente, sino que también abría espacios de movilidad social. Los «hombres transfronterizos» (*transfrontiersmen*) y sus familias podían lograr el éxito material si se esforzaban con denuedo en la batalla con la naturaleza y los «pueblos primitivos». Eran los forjadores de su propia fortuna y al mismo tiempo creadores de una sociedad de nuevo cuño. Esta sociedad se caracterizaba por un grado inhabitual de igualdad en las actitudes, las condiciones de partida y las oportunidades vitales; no solo en comparación con Europa, sino también con la otra sociedad de la costa este del país, más jerarquizada y solidificada.

Turner, que además de ser un visionario estudió la situación con meticulosidad, diferenció entre varios tipos de fronteras. Más adelante, sus seguidores llevaron la clasificación hasta el exceso, en el intento —que nunca falta, en los casos similares de construcción de modelos— de amoldar el concepto básico, que es bastante general, a la interminable diversidad de los acontecimientos históricos. Así, por ejemplo, Ray Allen Billington —el más influyente de los neoturnerianos— distinguió seis «zonas» y «empujes» sucesivos en el movimiento de avance: primero llegaron los comerciantes de pieles, luego los vaqueros, en tercer lugar los mineros, posteriormente los pioneros del cultivo y la ganadería (*pioneer farmers*), en quinto lugar los granjeros preparados (*equipped farmers*) y por último los pioneros de la ciudad (*urban pioneers*), que cerraron la «frontera» y levantaron sociedades urbanas estables.1183 Los críticos han reprochado que la secuencia idealiza demasiado, echan en falta la dimensión político-militar y se formulan preguntas al respecto de qué se debe entender por «apertura» y «cierre» de una determinada «frontera». El propio Turner renunció expresamente a dar una definición precisa. La investigación más reciente sobre las *frontiers* —que adopta el

dinamismo de Turner pero en vez de una delimitación clara entre la «civilización» y el «vacío» sitúa las «zonas de contacto»— tampoco ha podido dar hasta hoy con una definición del concepto que haya sido ampliamente aceptada.

Una tradición de las definiciones que se aparta de Turner —aquí el autor clave es Walter Prescott Webb— se adentró en la historia universal e hizo especial hincapié en el carácter orgánico de la *frontier*, es decir, en su capacidad de transformar aquello con lo que entra en relación.1184 Esta idea sirvió de madrina del concepto de Immanuel Wallerstein de incorporación de las zonas periféricas en un sistema-mundo dinámico. En un notable ensayo comparativo, Alistair Hennessy planteó sencillamente que la suma de todos los procesos de «frontera» era «la historia de la expansión del capitalismo europeo en los ámbitos no europeos», como una difusión irreversible de la economía comercial y monetaria y de las ideas europeas sobre la propiedad en las praderas interminables de los espacios de ultramar: los prados de Canadá, las Grandes Llanuras del oeste de Estados Unidos, la Pampa argentina, el Veld surafricano, las estepas rusas y centroasiáticas y el Outback australiano.1185 Por su parte, William H. McNeill, el gran maestro del análisis en el campo de la historia universal, aplicó el concepto de Turner a Eurasia retomando el motivo de la libertad (especialmente importante para el propio Turner). Para McNeill, la «frontera» es ambivalente: por un lado, es una línea de clara ruptura política y cultural; por otro, también supone la apertura de espacios de libertad que ya no se toleraban en las sociedades de estructura más sólida de los asentamientos estables en las zonas nucleares. Por ejemplo, la posición de los judíos, que se establecían a menudo en las zonas fronterizas, era claramente mejor que en las condiciones de menor fluidez.1186

¿Debemos concebir la «frontera» como un *espacio* delimitable sobre un mapa? Hay argumentos razonables a favor de concebirla más bien como una constelación social especial. En

este sentido, una definición suficientemente amplia y no demasiado laxa podría ser:[1187] la «frontera» (*frontier*) es un tipo de proceso o situación de contacto que se manifiesta en territorios extensos (no solo localmente), en el que, en un terreno dado (un mínimo de) dos colectivos de distintos origen étnico y orientación cultural establecen relaciones de intercambio, en su mayoría mediante el uso o la amenaza de la fuerza, que no están reguladas por un orden legal y estatal unitario y superior. Uno de estos colectivos desempeña el papel de invasor. El interés primario de sus miembros es la anexión y explotación de tierras u otros recursos naturales.

Una «frontera» específica es el producto de una incursión desde fuera, que surge ante todo de iniciativas privadas y solo secundariamente goza de la protección estatal e imperial o se instrumentaliza a propósito desde el ámbito estatal. El colono de la «frontera» no es ni un soldado ni un funcionario. Esa «frontera» es un estado de elevada inestabilidad social, que tiende a ser rápido y fluido, aunque a veces dura mucho tiempo. Al principio, se produce la oposición de (un mínimo de) dos «sociedades de frontera» locales, implicadas en procesos de cambio más generales, impulsados desde el exterior. En una minoría de casos, los de la «frontera inclusiva», se funden para dar paso a una sociedad híbrida —siempre étnicamente estratificada—, cuyo mestizaje vivió, sobre todo en Norteamérica, en la «clandestinidad» de la sociedad respetable de los cabezas de familia blancos y protestantes.[1188] Por norma general, el equilibrio inestable se derrumba en perjuicio de una de las partes, que entonces queda apartado, excluido o incluso expulsado del marco social cada vez más sólido («en proceso de modernización») del colectivo más fuerte. En el proceso, hay un estadio intermedio: la dependencia económica del más débil con respecto al más fuerte. Mientras que la «frontera» abre espacios a nuevas vías de comunicación —por ejemplo con la formación de lenguas francas— y la agudización de la propia interpretación cultural —identidad—, las líneas de

conflicto más importantes se hallan en ámbitos no culturales. Por un lado, se produce una guerra por la tierra y la consolidación de derechos, con conceptos como el de la propiedad de la tierra; por el otro, hay distintas formas de organizar el trabajo y ordenar los mercados laborales. En el campo de los invasores, se aportan tres modelos de justificación, aisladamente o en combinación, según se necesite:

• el derecho del conquistador, que en caso necesario puede declarar nulos y sin valor los derechos de propiedad existentes de antemano;

• la doctrina de la *terra nullius*, popular ya entre los puritanos del siglo XVII, que afirma que una tierra poblada por cazadores, recolectores o pastores es una «tierra sin amo», que se puede adquirir y cultivar libremente;

• la idea (que a menudo se añadía después, como ideologización secundaria) de que existía una misión civilizadora con respecto a los «salvajes».

Aunque el concepto de *frontier* se emplea hoy, en el lenguaje corriente, para cualquier situación en las que se aspira al beneficio económico por medio del espíritu emprendedor y la apuesta por la innovación, las situaciones históricas de «frontera» están asociadas al aura de la transición de salida del período precontemporáneo. En cuanto una zona en la que se había desarrollado una situación de «frontera» se adhiere a los grandes macrosistemas técnicos del mundo moderno, no tarda en perder el carácter fronterizo. La domesticación de la naturaleza, a su vez, no tarda en dar paso a una explotación de los recursos a través de las grandes empresas. Así, la llegada del ferrocarril destruyó las condiciones existentes de equilibrio precario, no solo en el oeste de Estados Unidos. La «frontera», por lo tanto, es una constelación social particular, que por su esencia pertenece a una época intermedia, en la víspera de la locomotora de vapor y las ametralladoras.

«Frontera» e imperio

¿Qué relación sostienen la «frontera» y el imperio?[1189] Aquí debemos aportar una argumentación ante todo espacial. Los estados nacionales nunca tienen espacios de «frontera» —en el sentido que se ha dado al término en la sección precedente— en sus límites territoriales. Esa «frontera» solo puede pervivir más allá de la primera fase de invasión allí donde, en primer lugar, no se pueden trazar límites territoriales claros (*borders*) y donde, en segundo lugar, la estatalización resulta aún rudimentaria o fragmentaria. Desde la atalaya de la «frontera», el «estado» está relativamente lejos. Los límites de los imperios sí que son —típicamente, aunque no siempre— «fronteras». En cuanto los imperios dejan de expandirse, las «fronteras», en la medida en que siguen existiendo, ya no son zonas de anexión potencial, sino más bien flancos abiertos en la seguridad contra las amenazas exteriores. En tal caso, se trata de espacios no controlados y no controlables situados más allá de lo que se percibe como perímetro de la defensa: franjas de tierra situadas por detrás del último puesto de vigilancia de las que emergen guerrilleros o jinetes armados. En el imperio británico del siglo XIX, el límite *noroccidental* de la India fue esta clase de zona neurálgica de defensa, que exigía formas bélicas especiales; en primer lugar, la «guerra de montaña» con equipaje ligero en paisajes mal conocidos. Los rusos emprendieron guerras fronterizas similares en el Cáucaso; los franceses, en Argelia.[1190] En cambio, en el límite *septentrional* de la India británica no se daban tales agujeros en la seguridad. Era más bien un límite acordado entre estados, en negociaciones minuciosas; pertenecía a la categoría de las *borders*, no de las *frontiers*.[1191] También los límites que en las zonas de colonización plural como África o el sureste asiático fueron trazados por las potencias coloniales europeas fueron fronteras territoriales acordadas, esto es, *borders*. Aun así, como localmente solían carecer de efecto casi por completo, la geografía política de los límites de la soberanía intercolonial tendía a quedar superada por una geografía de las *frontiers*. De

este modo, en las zonas de contacto entre los habitantes de las llanuras y las etnias de las tierras altas se han producido con frecuencia situaciones de «frontera» que, de vez en cuando, adquirían también un perfil adicional por las diferencias religiosas.

Allí donde dos o más potencias coloniales se disputaban territorios con sus conceptos modernos de la estatalidad territorial, no debemos hablar de *frontiers* o «fronteras», sino de *borderlands* o «tierras fronterizas». Ha cuajado la definición de uno de los discípulos de Turner, Herbert Eugene Bolton; esas «tierras fronterizas» son «zonas limítrofes disputadas entre dominios coloniales».[1192] En esas zonas, los nativos tienen posibilidades de actuar distintas a las de la «frontera», pues hasta cierto punto, pueden enfrentar a los invasores rivales al traspasar los distintos límites fronterizos. Sin embargo, en cuanto se llegaba a un acuerdo, era a expensas de la población local. En casos extremos se deportaba a pueblos completos, o se negociaban traslados forzosos, como ocurrió ya en el siglo XVIII en el límite entre el imperio zarista y el imperio Qing.

A veces, los imperios necesitan «fronteras», a veces se les imponen. La relación que los centros coloniales sostienen con ellas siempre es ambivalente. Una «frontera» siempre es turbulenta y, en consecuencia, supone en todo caso una amenaza para lo que más ansía un imperio en el período *posterior* a la fase de conquista: la tranquilidad y el orden. Los pioneros de esos límites, armados a título personal, van en contra del monopolio de la violencia que el estado colonial (del mundo moderno) también intenta ejercer en todo lo posible. Una «frontera» en el límite de una zona situada bajo el control colonial, por lo tanto, casi nunca puede ser sino un imperio-aún-no-existente o un imperio-que-pronto-dejaráde-existir; no puede ser un estado perdurable. Los imperios toleran a las «sociedades de frontera» particulares por más tiempo que los estados nacionales, donde solo reciben tolerancia cuando el medio natural obliga a ello. En la «frontera», por consiguiente,

no se hace realidad la idea del imperio en su forma pura. Es más bien una anomalía tolerada. Dicho en general: el colonialismo de los asentamientos y el imperio son dos cosas completamente distintas. Desde el punto de vista de un centro de control imperial, el colono, salvo que se lo haya enviado como «defensa campesina» a un límite sin seguridad militar, es una contradicción en sí mismo. Por un lado es el «colaborador ideal» (Ronald Robinson),1193 pero por el otro nadie ha causado tantos problemas políticos a los administradores de grandes riquezas como los colonos: desde los rebeldes conquistadores españoles, con sus haciendas y sus trabajadores forzados americanos, hasta la élite blanca dominante de Rodesia del Sur, que en 1965 declaró unilateralmente la independencia del imperio.

Entre los nuevos sentidos que ha adquirido en los últimos tiempos el concepto de las *frontiers*, el más interesante es el ecológico. Turner ya había mencionado como segundo tipo en importancia, por detrás de la «frontera» de los colonos y pioneros, la «frontera minera». Es de otro origen y tiende a derivar en sociedades más complejas que una mera constelación agraria, de la que puede ser del todo independiente. Cabe hablar en general de las «fronteras» de explotación extractiva de los recursos. En este caso se trata de contextos económicos, pero al mismo tiempo ecológicos. En la frontera clásica de los pioneros, lo que se empezó a denominar «ecología» después de Turner ya desempeña un papel de primer orden. Los colonos debían acomodarse a un nuevo entorno ambiental con sus métodos agrarios. Vivían con animales salvajes, practicaban la ganadería y —por expresarlo en términos muy simplificados— introdujeron su propia civilización basada en el vacuno en el territorio de una civilización india basada en los bisontes. Es imposible hablar de las «fronteras» y no referirse a la ecología.

Otro enfoque, en este caso independiente de Turner, lleva en una dirección similar. En 1940, el estadounidense Owen

Lattimore —viajero, periodista y experto en el Asia central— publicó un libro revolucionario: *Inner Asian Frontiers of China* («Fronteras asiáticas interiores de China»). En él Lattimore interpretaba la historia de China desde el conflicto permanente —simbolizado por la Gran Muralla— entre las culturas campesina y pastoril, es decir, entre dos formas de vidas sociales que se explican ante todo a partir de su base natural.1194 Lattimore no practicaba, en ningún caso, el determinismo geográfico. Entendía que se podía dar una forma política a la oposición fundamental entre el campo y la estepa. Tanto en China como en los imperios que emergían una y otra vez en su periferia —en las estepas— se desarrolló todo un espectro de posibilidades de manipulación. La base última seguía siendo la oposición entre los campesinos y los pastores nómadas.

A la luz del nuevo interés por la ecología, es fácil relacionar las sugerencias de Turner con el punto de vista mucho más extenso de Lattimore. Los historiadores que sitúan toda la intervención —más bien extensiva— del ser humano en la naturaleza bajo el concepto de «frontera» se enlazan directamente con la idea de una «frontera» de explotación de los recursos. Así, John F. Richards ha escrito una historia universal del medio ambiente en la Edad Moderna siguiendo el hilo conductor de las diversas *frontiers of settlement* del mundo. En la Edad Moderna ya se inició el proceso que en el siglo XIX alcanzó su punto culminante y su conclusión: los colonos, provistos de la superioridad técnica, tomaban posesión de tierras que hasta entonces habían sido aprovechadas por cazadores y recolectores, pero no cultivadas «a fondo» en un sentido agrícola. Los pioneros de esos asentamientos intervinieron en las formas existentes de caza y cultivo amparándose en que ellos usaban la tierra con más eficacia. Araban, secaban los humedales, regaban tierras secas y masacraban la fauna que no les parecía provechosa. Al mismo tiempo, debían emplear los métodos de su propia tradición en

las nuevas condiciones ambientales.[1195] Si seguimos a Richards en su gran obra, es imposible separar la faceta social, política, económica y ecológica de una «frontera». El propio Richards busca constelaciones de «fronteras» en todo el mundo y, por lo tanto, es capaz de presentar la diversidad de cada faceta. Como este capítulo no puede dar una imagen completa de cada región, de las fronteras de explotación de recursos naturales solo nos ocuparemos brevemente en una de las secciones posteriores.

Transgresión y estatalización

El planteamiento ecológico tiene el mérito de que afina nuestro olfato en la cuestión de los *procesos* de la «frontera». Es casi imposible describir estáticamente las «fronteras». Son constelaciones de espacios sociales en las que ocurren efectos para los que una expresión tan tibia como «cambio social» es muy insuficiente. Son procesos de diversa índole, dos de ellos, especialmente difundidos:

1. Se denomina «procesos transfronterizos» a los movimientos de grupos a través de los límites territoriales ecológicos. Un buen ejemplo al respecto son los bóers, que aparecen en Sudáfrica en el último tercio del siglo XVIII. Cuando en El Cabo empezaron a escasear los terrenos fértiles y fácilmente irrigables, muchos blancos de lengua afrikáans dejaron la agricultura intensiva de estilo europeo y adoptaron una forma de vida seminómada. Algunos (se calcula que una décima parte) se unieron a comunidades africanas. Al empezar el siglo XIX, los *griquas*, de ascendencia mixta, formaron sus propias organizaciones sociales, ciudades e incluso estructuras paraestatales (Griqualand East y West). En Sudamérica también hallamos esta clase de «hombres transfronterizos», aunque aquí no en circunstancias de escasez, sino donde la abundancia de animales salvajes hacía posible cazar ganado y caballos. En el resto, hubo muchas semejanzas entre África y América, sobre todo donde las comunidades transfronterizas eran prácticamente ingobernables desde el exterior. También se

caracterizaron por la mezcla biológica y étnica, a la que solo se intentó separar e imponer otra forma a partir del siglo XIX, por medio de las doctrinas raciales. Otros ejemplos fueron los bucaneros del Caribe y los *bush rangers* de Australia, bandas guerreras formadas en buena parte por antiguos presidiarios, que el estado empezó a perseguir a partir de 1820, aproximadamente.1196

2. La estatalización de la «frontera». Incluso cuando la colonización y la violencia fronteriza podían funcionar en un principio sin un apoyo militar permanente, y cuando a la hora de diferenciar entre la conducta criminal y la legal no siempre se adecuaba todo a los procedimientos regulares de la justicia, el estado no dejaba de aparecer en escena cuando se trataba de proteger la propiedad de la tierra. La contribución más general de los gobiernos a la colonización de las «fronteras», ya en la Edad Moderna, radicó en que legalizaron en bloque la ocupación *de facto* de las tierras y, con ello, el rechazo total a los derechos de propiedad de la población autóctona. Los diversos regímenes de «frontera» se diferenciaron por el grado de minuciosidad con que el estado asumió la gestión catastral y la medición y distribución apresurada de los terrenos. Precisamente en el «salvaje oeste», pese a que en la imaginación popular todo se desarrollaba con especial anarquía, el reparto y la protección de las propiedades rústicas se reguló muy pronto y con particular rigurosidad. Sin embargo, los gobiernos casi nunca llegaban al punto de influir en la concentración de los bienes raíces. Las «fronteras» de Estados Unidos, con una oferta de tierras que en un principio se antojaba interminable, facilitaban el cumplimiento de la utopía del bienestar general, a partir de una distribución relativamente equitativa. Esta fue la gran visión de Thomas Jefferson: una sociedad sin clase baja. La oferta ilimitada de tierras rompería las cadenas de la escasez. Resulta aclarador, a este respecto, una comparación con Canadá y Argentina. En ambos países, las tierras de la «frontera» se gestionaron, al principio, como propiedades

públicas. En Canadá, la oferta de tierra estatal fue absorbida por pequeños empresarios agrarios dispuestos a asumir el riesgo y a desplazarse; por otro lado, no tardó en haber especulación con las propiedades. En Argentina, la tierra cayó en manos de grandes terratenientes. A los arrendatarios se les solían proponer condiciones favorables, pero a largo plazo, la «frontera» decepcionó a quienes acudían a Argentina con la expectativa del igualitarismo. En condiciones ambientales similares y con relaciones parecidas con el mercado mundial, en Canadá y Argentina se desarrollaron estructuras de la propiedad opuestas. Esto obedeció asimismo a que, en Argentina, el estado aplicó una política más orientada al crecimiento y la exportación, mientras que en Canadá tuvieron más peso los fines de ordenación social. La oligarquía dominante en Canadá no tenía interés por poseer bienes raíces, en Argentina sí.[1197]

2. EL «SALVAJE OESTE» NORTEAMERICANO

La «frontera» de Estados Unidos como excepción

De todas las «fronteras», la de Estados Unidos, sobre todo en el período comprendido entre aproximadamente 1840 y 1890, sobresale por varios motivos.

Uno. En todo el siglo XIX, ningún otro movimiento de colonización mediante asentamientos tuvo tanto peso demográfico. Más aún que en el caso de Australia, el continente, desde el punto de vista de la población, se rellenó. Esto fue válido para el proceso general de colonización, pero también para episodios específicos de aceleración radical. Así, la fiebre del oro de California representó el mayor movimiento migratorio continuo de la historia de Estados Unidos. Solo en 1849, acudieron 80.000 personas a ese estado; en 1854 vivían allí 300.000 blancos. En 1858 hubo una *gold rush* menos conocida, pero de dimensiones similares, en Colorado.[1198] Hubo fiebres de estructura similar en la sierra sudafricana de Witwatersrand, en Nueva Gales del Sur (Australia) o en Alaska, pero fueron más localizadas y no estuvieron tan asociadas con

el empuje colonizador que atravesaba una enorme masa continental.

Dos. Ninguna otra «frontera» tuvo un impacto tan poderoso en la sociedad, más allá del estricto ámbito fronterizo. En ningún otro lugar se produjo una integración exitosa de estructuras de la sociedad de «frontera» en el contexto nacional. El oeste de Estados Unidos *no* acabó siendo una zona de «colonialismo interior», marginal y atrasada. Esto tuvo que ver con una particularidad geográfica de Estados Unidos: a lo largo de la costa del Pacífico, después de la fiebre del oro de mediados de siglo, emergió una región de un dinamismo económico extraordinario, que no partía sobre todo de los mecanismos de la adquisición de tierras extensas. Así pues, la región de la auténtica «frontera» quedaba comprendida *entre* una costa oriental dinámica desde hacía mucho y la costa del otro extremo del continente, cuya economía, aunque por otras causas, también prosperaba. Era literalmente un «terreno intermedio». Desde la perspectiva de la historia social, la diferenciación básica que se debe establecer es la que separa dos clases de «sociedad de frontera». Por un lado, estaba el Oeste de los granjeros y las ciudades rurales habitadas por la clase media, un Oeste caracterizado por las familias, la religión y comunidades estrechamente entretejidas. Enfrente estaba el Oeste de los pioneros, mucho más turbulento, reconocible por los rebaños de ganado, buscadores de oro y puestos del ejército; aquí, el tipo social característico era el de un varón joven y sin lazos familiares, con empleos a menudo solo estacionales, de gran movilidad y expuesto a unas condiciones laborales peligrosas. A ello se añade, como forma regional especial, la sociedad surgida en California tras la fiebre del oro. Contradice de un modo tan claro algunos rasgos del Oeste convencional que no han cesado las polémicas al respecto de si la California del Pacífico debe considerarse, y hasta qué punto, una parte del «Oeste».

Tres. Con respecto a los indios autóctonos, la «frontera»

estadounidense, en el siglo XIX, actuó sin excepción como mecanismo de exclusión. En Sudamérica ocurrió algo parecido, mientras que en algunas zonas de Asia y África pervivieron espacios de acción mayores para la población nativa. En épocas anteriores, el suelo norteamericano había visto casos de fuerte asimilación entre los indios y los europeos. En el siglo XVIII, los franceses —mucho más que los ingleses y escoceses— habían llegado a una especie de *modus vivendi* con los indios. En el actual Nuevo México, la relación de españoles e indios pueblo, en circunstancias de un aproximado equilibrio de poder, también había derivado en una «frontera inclusiva» estable a largo plazo.1199 La situación no se repitió en la zona de influencia de Estados Unidos. La forma característica de tratar a los nativos, según se fue constituyendo paso a paso en el transcurso del siglo, fue la reserva. A medida que los colonos iban ocupando el centro del continente, era menos posible apartar a los indios hacia zonas «salvajes» no habitadas aún. Tras la guerra civil —y del todo, tras el fin de las guerras indias de la década de 1880— el sistema de zonas especiales dispersas se convirtió en la norma puesta en práctica en general. En ninguna otra «frontera» —aunque hay algunas semejanzas con el sistema de las *homelands* en la Sudáfrica del siglo XX— adquirió tanta importancia este cerco y aislamiento de la población autóctona.1200

Cuatro. Ya sea como concepto científico o como mito popular (que se ha visto poco afectado por el proceso de «desheroización» de la historiografía reciente), ya hacía bastante tiempo —antes de que Turner le diera nombre— que la «frontera» era el gran tema integrador de la construcción histórica nacional. Hacia 1800, Thomas Jefferson ya tenía claro que el futuro de Estados Unidos pasaba por el Oeste del continente. En la década de 1840, se añadió el ideologema del «destino manifiesto» (*Manifest Destiny*), que se usó repetidamente para justificar una política exterior agresiva. En ese sentido, algunos historiadores han interpretado la

expansión marítima de Estados Unidos en el Pacífico, cuya punta de lanza fue la pesca de ballenas, como el desplazamiento de una «frontera» más allá de los límites territoriales del país.1201 La conquista del Oeste se vio y se sigue viendo como la forma específicamente estadounidense de construcción de la nación. El tema también tiene un efecto integrador porque casi todas las regiones del país han sido, en un momento u otro de su historia, un «Oeste».

La investigación sobre el Oeste norteamericano es tan rica que no se puede resumir aquí.1202 En un extremo, la historiografía del Oeste se ha distanciado por completo del concepto de «frontera». Era en buena medida inevitable en aquellos casos en los que se centraba la mirada casi exclusivamente en la historia de regiones y localidades aisladas, porque entonces se prescindía de una de las ideas fundamentales de Turner: que las diversas «fronteras» geográficas e intersectoriales, en última instancia, estaban interrelacionadas y representaban un solo y único proceso. Otra dirección de los estudios norteamericanos —más próxima a la nuestra— es contraria a la reificación geográfica del Oeste. No se trataría entonces de una región describible mediante rasgos geográficos objetivos, sino del resultado de unas relaciones de dependencia. Desde esta perspectiva, el «Oeste» es antes una clase particular de campo de fuerza que un lugar identificable en los mapas. Otras relativizaciones apuntan hacia la diversidad de los actores sociales en regiones que no cabe reducir a la simple oposición de rancheros e indios; y, a partir del siglo XX, hacia el carácter urbano del Oeste. En los *westerns* clásicos de las décadas de 1930 y 1940 nunca aparecen ciudades, aunque en la época en que se rodaron ya había zonas del Oeste que estaban entre las más urbanizadas de Estados Unidos. Las revisiones de la interpretación histórica solo raramente se alimentan de avances en el saber empírico. En consecuencia, el debate entre los neoturnerianos y sus oponentes no se puede resolver apelando tan solo a la evolución de los estudios. Todo revisionismo tiene

también un telón de fondo político y el intento de desmontar la ortodoxia turneriana incluye asimismo cierto grado de crítica al «excepcionalismo» estadounidense. Cuando la «frontera» se desvanece, se reducen (al menos, a este respecto) las pretensiones de que exista una *American way* peculiar.

Desde el punto de vista de la historia universal del siglo XIX, no obstante, Estados Unidos sí tiende a destacar como un caso particular. En el tema del urbanismo ya hemos visto que en el Nuevo Mundo no se reprodujeron sin más los modelos europeos, sino que, con el desarrollo de los barrios residenciales de extrarradio, se formó una vía no europea especial, cuya tipología deja Estados Unidos muy cerca de Australia. Si la conquista y colonización del Oeste norteamericano, a ojos de los europeos, no hubiera representado una singularidad clara, no habría sido descrita y comentada con tanta fascinación ni se la habría tomado como punto de partida de las propias ficciones y fantasías. Al empeño estadounidense por hacerse con una historia nacional «normal» se opone el asombro de los europeos ante la singularidad con la que evolucionó la «frontera» estadounidense. Así pues, los europeos no criticarán el «excepcionalismo» estadounidense con tanta intensidad como algunos historiadores del propio Estados Unidos. Vistas desde el sur y el este de Asia, las particularidades de Estados Unidos resaltan aún con más claridad: se admiraba sin reservas aquella abundancia inacabable de tierra fértil. En muchas zonas de Asia, hacia 1800 ya se habían ocupado casi todas las regiones de alta productividad y se habían agotado las reservas de tierra. Desde ese punto de vista, Estados Unidos parecía la tierra prometida de la exuberancia y el despilfarro.

Indios

Cuando se hace hincapié en el carácter singular de la «frontera» estadounidense, hay que considerar primero la relación entre los euroamericanos y los indios. Como antes en el Caribe, en Centroamérica y en Sudamérica, el número de habitantes

nativos de Norteamérica se redujo muy claramente de resultas de la invasión europea. El reproche *general* de que los blancos cometieron un genocidio con los indios es exagerado. Sin duda, no obstante, varias etnias americanas se perdieron y hubo catástrofes locales de primer orden, para empezar en California. Cuando los españoles empezaron a crear asentamientos, en 1769, había unos 300.000 habitantes autóctonos, y al terminar el período español, en 1821, quedaban todavía unos 200.000. Pero tras la fiebre del oro, en 1860, solo había 30.000. El dramático descenso fue causado por las enfermedades, el hambre y en muchos casos el asesinato; un destacado historiador ha hablado de un «programa de masacre sistemática».[1203] A los supervivientes también les aguardaba una catástrofe porque la sociedad blanca de California no planteó ninguna clase de oferta de integración.[1204]

Lo primero que llama la atención, entre los indios, es su gran diversidad. No existió una forma de vida común a todos los indios, ni una lengua común; ello dificultó mucho coordinar la resistencia contra los blancos. El espectro iba desde la caza de búfalos de los habitantes de las llanuras occidentales, pasando por los pueblos, que eran sedentarios y practicaban la agricultura (cereales y judías), hasta llegar a los navajos, que criaban ovejas y fabricaban joyas de plata, o los pescadores del extremo oeste, de una organización especialmente laxa.[1205] Hasta entrado el siglo XIX, a menudo hubo muy poco contacto entre ellos; no existía una conciencia india compartida y no hubo ni un frente unitario contra la invasión ni siquiera, a menudo, solidaridad entre las tribus vecinas y emparentadas. Mientras los europeos codiciaron la alianza con los indios, los políticos autóctonos lograron con frecuencia enfrentar a unos blancos con otros: británicos, franceses, españoles y colonos rebeldes. Pero después de la guerra británico-estadounidense de 1812, apenas lo lograron. Además, se había desaprovechado la posibilidad de una resistencia panindia organizada desde el norte con un espíritu de fervor militar.[1206] En todas las

guerras indias posteriores hubo renegados indios que luchaban en el bando euroamericano y proporcionaban ayuda logística.

La mayoría de los indios sí tuvieron en común el impacto de una revolución tecnológica: no cabe denominar de otro modo la introducción de los caballos como bestias de carga y montura, que empezó hacia 1860, desde el sur de Norteamérica, la zona colonizada por los españoles.1207 Con los caballos llegaron las armas de fuego, que primero trajeron los franceses para armar a los aliados indios contra los españoles. El caballo y el mosquete transformaron radicalmente las vidas de decenas de miles de personas que todavía no habían visto nunca un hombre blanco. En la década de 1740 ya se tienen relatos sobre rebaños de caballos, comercio (y robo) de animales y guerras montadas; y hacia 1800, prácticamente todos los indios situados al oeste del Misisipi habían adaptado su forma de vida al caballo. Pueblos enteros descubrieron un nuevo ser como centauros. Esto no se aplica solo a los habitantes ancestrales de los márgenes de las llanuras. Siguiendo en parte objetivos de migración propios, empujados en parte hacia el oeste por los euroamericanos, las varias tribus indias del noreste (por ejemplo los lakota-siux) se asentaron en las Grandes Llanuras, con lo que entraron en conflicto con los agricultores y, a la vez, con grupos de nómadas montados. Si entre los cazadores y guerreros a caballo (como los siux, comanches o apaches, entre otros) se produjeron negociaciones que permitieron alcanzar en 1840 una paz relativamente estable, en cambio entre las tribus nómadas y las sedentarias hubo combates violentos: fueron los conflictos más sangrientos de Norteamérica en las cuatro décadas anteriores a la guerra civil.1208 Por otro lado, los propietarios de los caballos dependían de los agricultores y campesinos para asegurar el abastecimiento de hidratos de carbono y, al mismo tiempo, trocar los productos de la caza (en especial, pieles y carne curada) por objetos del este lejano.1209 Era perfectamente posible porque la agricultura india, pese a usar una tecnología muy simple (sin arado ni abonos) había

logrado una gran productividad, de la que al principio se beneficiaron también los euroamericanos. Para 1830, las Grandes Llanuras estaban más pobladas que nunca. Se calcula que a la sazón compartían aquel ingente espacio vital unos 60.000 indios, de 360.000 a 900.000 caballos domésticos, dos millones de caballos salvajes, 1,5 millones de lobos y hasta 30 millones de bisontes.[1210]

Solo el caballo permitió la anexión definitiva de las llanuras situadas entre el Misisipi y las Montañas Rocosas, una extensión de 300 kilómetros de este a oeste y 1.500 kilómetros de norte a sur. El caballo actuó como transformador de energía. Convirtió la energía acumulada en las praderas en una fuerza muscular que —a diferencia de los otros grandes animales no domesticables— obedecía a las órdenes humanas.[1211] Desde entonces, el ser humano pudo competir con la velocidad del bisonte. Ya no era preciso arrojarlos por un precipicio con la participación del conjunto de la población de la tribu; los cazaban tropas reducidas y móviles de jóvenes a caballo. La nueva tecnología cinegética revolucionó las comunidades indias. El trabajo de las mujeres perdió valor. En adelante ya no se dedicaron ante todo a su propia producción independiente de alimentos, sino a la elaboración de los derivados de la caza. Por otro lado, la creciente demanda de pieles de bisonte aumentó a su vez la necesidad de mujeres que las curtiesen. Un hombre precisaba el mayor número posible de mujeres, que se compraban con caballos; en consecuencia pasó a ser imprescindible acumular caballos y esto, a su vez, fomentó el robo de animales.[1212] La distribución de los hombres en grupos de caza acarreó una fragmentación social y eliminó jerarquías; pero también impuso nuevos requisitos de cooperación y coordinación. Al mismo tiempo, aunque las tribus y comunidades indias se tornaron aún más móviles de lo que habían sido antaño, debían ir en pos de los gigantescos rebaños.[1213] Fue la cultura de los bisontes y caballos lo que convirtió en auténticos nómadas a los indios de las Grandes

Llanuras. Las bestias de carga permitieron transportar bienes más pesados, como las tiendas. Así, quien poseía propiedades personales necesitaba caballos que, a su vez, poseían valor como bienes de prestigio. Además, los caballos otorgaban ventajas en la guerra. Pero esto también exigió a los indios creatividad y capacidad de adaptación, pues no había una tradición autóctona de la guerra a caballo, y la caballería pesada de los españoles —que en el siglo XVII se había podido ver en el sur— no servía como modelo. Como el caballo tenía una doble utilidad, para la caza y para el combate, era ineludible combinar ambas técnicas lo mejor posible. Así, los indios desarrollaron técnicas de caballería ligera, en las que algunos alcanzaron una maestría insuperable. El estereotipo del indio como jinete armado virtuoso, por lo tanto, solo se corresponde con la última fase de su existencia en libertad. En un plazo de tres o cuatro generaciones evolucionó también el arte de la doma y el cuidado, que dio fama a los indios, quizá en particular a los comanches, que, después de haber expulsado a los anteriores habitantes de la zona, controlaban el territorio situado al este de las Montañas Rocosas meridionales y al sur del río Arkansas.1214

La nueva cultura del bisonte y el caballo, surgida en el siglo XVIII, se puede considerar en lo esencial una adaptación ejemplar a un medio ambiente en el que (por dar una referencia, al este del 99.º meridiano) la sequedad del clima no hace concesiones a la agricultura. La imagen del indio ecológico, en paz y armonía con la naturaleza, es sentimental y ajena a la realidad.1215 La nueva vinculación con círculos comerciales más amplios comportaba también sus cadenas. Los primeros contactos estables de indios y blancos se debieron al comercio de pieles, que hacía ya dos siglos que unía a cazadores y tramperos del interior de Norteamérica (así como de Siberia) con el comercio mundial. Este nexo se estabilizó por la elevada adaptabilidad de los euroamericanos que vivían en los bosques y las alianzas matrimoniales interétnicas. Sin embargo,

a través del comercio de pieles (que por ello no necesita aquí de explicación), los indios también conocieron el alcohol, una droga que —como algunas décadas más tarde hizo el opio en China— debilitó gravemente la cohesión y capacidad de resistencia de sus comunidades. La cultura del bisonte y el caballo reforzó los lazos con los mercados exteriores. En ciertos campos, aumentaron las necesidades que los indios se vieron obligados a cubrir mediante la compra y el intercambio. Ni siquiera los más rigurosos entre los enemigos de los blancos renunciaron a los cuchillos y las cazuelas, las alfombras y las telas que adquirían a los intermediarios que traían estos productos de las fábricas y manufacturas del este. Después de que muchos indios, además del arco y las flechas (sin par en la caza del bisonte) adoptaran también las armas de fuego, que no podían fabricar ni reparar por sí solos, dependieron también en este campo del abastecimiento en los canales comerciales. A la inversa, los bisontes, como producto de explotación única, dependían cada vez más de factores de mercado que los indios no podían controlar, cuando a partir de aproximadamente 1830 las pieles y los curtidos del comercio transfronterizo cobraron más importancia que la carne de los animales. Hacia esa fecha empezó también la sobreexplotación de los rebaños. Hoy sabemos que cada persona podía «cosechar» unos seis o siete bisontes al año, sin poner en peligro con ello la reproducción de la especie. Por encima de estas cifras, los rebaños menguaban en demasía.[1216]

Las bases de la supervivencia de los indios de las Llanuras, que respondieron al estímulo de la demanda de una forma económicamente racional, pero ecológicamente insostenible, desaparecieron ante sus propios ojos. A ello contribuyeron otros factores: enfermedades de los bisontes, períodos secos más frecuentes y el consumo de recursos por parte de los rebaños de la ganadería comercial de los colonos. Además, cuando la industria pasó a necesitar más cuero (por ejemplo, para correas de transmisión), creció la demanda; y entraron en el negocio

cazadores blancos que practicaron masacres que los indios nunca habían realizado. Un cazador euroamericano derribaba, en promedio, 25 animales cada día. Desde que terminó la guerra civil y hasta finales de la década de 1870, el número de bisontes de las Grandes Llanuras se redujo de 15 millones a tan solo unos pocos cientos de ejemplares.1217 El interés económico se disfrazó con cinismo, con el doble argumento de que con el exterminio de los rebaños de bisontes «salvajes», crecidos en la naturaleza, se quería dejar sitio a la economía del vacuno «civilizado»; y que además se quería obligar a los indios a renunciar a un sistema de vida «bárbaro». Hacia 1880, la cultura del bisonte y el caballo de las Grandes Llanuras se había extinguido. Los indios se quedaron sin su base de subsistencia y ya no pudieron controlar por sí mismos los recursos. A los antiguos señores de las praderas solo les quedaba el camino de las reservas.

El hecho de que los colonos no necesitaran sistemáticamente la mano de obra de los indios, ¿debe considerarse una ventaja o un infortunio? Es probable que escaparan a un destino de trabajo forzado y esclavización, pero a cambio de la marginalidad social. En algunos lugares hubo vaqueros indios, pero no un proletariado indio. En el siglo XVII ya habían fracasado intentos de utilizar a los indios como una clase baja al servicio de la sociedad colonial. Los indios que más se integraron en la economía de mercado fueron los de California, sin que esto les abriera perspectivas de estabilidad. Solo raramente la adaptación fue una estrategia más eficaz que la resistencia. El avance de los blancos, cada vez más irresistible, limitó en todas partes la libertad de acción de los indios. Desde el principio, las reacciones se diversificaron sin que se pueda reconocer una regla. Entre tanto, los vecinos inmediatos desarrollaron comportamientos del todo distintos. Los indios de Illinois prefirieron una estrategia de asimilación por la que renunciaron casi del todo a la propia cultura. En cambio, el pueblo vecino de los kickapoo destacó por combatir ferozmente

contra toda clase de intrusión, ya fuera de los europeos o de otras tribus indias; durante mucho tiempo se los tuvo por los enemigos más acérrimos de los blancos. Aunque su resistencia militar fue quebrantada en 1812 y al final ellos también fueron expulsados de sus lugares de residencia, aun así lograron conservar la propia cultura más que muchos otros grupos.1218

Colonos

La «frontera» estadounidense muestra dos facetas distintas: por un lado, la expulsión de los indios; por otro, la expansión del espacio nacional de Estados Unidos por medio de la adquisición personal y estatal de tierras. Cada faceta tenía su propia demografía. En el lado de los indios, la evolución demográfica solo se puede calcular de forma aproximada. Se han propuesto cifras muy distintas sobre el número de indios que vivían en vísperas de los primeros contactos con los europeos. Un total de 1,15 millones parece una cifra bien fundamentada. En 1900, los descendientes se habían reducido a 300.000.1219 Los datos de la emigración están más claros. Si consideramos (como la estadística oficial de Estados Unidos) que el «Oeste» es todo el territorio nacional salvo Nueva Inglaterra y los estados de más al sur, en la costa atlántica, hasta llegar a Florida (además de Alaska y Hawái), en 1800 vivían en esa zona unas 386.000 personas, es decir, un 7,3 % de la población total de Estados Unidos. En cambio, en 1900 el Oeste aportaba 44,7 millones de personas: el 53 % del total. El umbral del 50 % se superó ya en la década de 1860. A partir de entonces, la población del este y el oeste del país creció a un ritmo aproximadamente similar.1220 La colonización del Oeste no se produjo tan solo, al hilo de Turner, como un *rellenado* progresivo de espacios vacíos. Con la anexión directa de la costa del Pacífico por medio de la «senda de Oregón», así como pocos años después con la apertura de la «frontera» del oro en California, se añadió una migración *abrupta*. La senda de Oregón —en un mundo en el que por entonces no había carreteras— era una conexión terrestre preparada que iba desde el río Misuri hasta la

desembocadura del río Columbia en el Pacífico, en el territorio de Oregón (incorporado como 33.º estado de la Unión en 1859). A través de esta ruta, de 3.200 kilómetros de extensión, llegaron al lejano oeste en 1842 los primeros colonos con sus carromatos y rebaños. A los pocos años, lo que nació como una senda de tramperos y comerciantes se convirtió en una conexión transcontinental muy frecuentada. Estuvo en uso hasta la década de 1890, cuando el ferrocarril la hizo prescindible.[1221]

Si la realidad del avance hacia el oeste fue la suma de millones de decisiones personales, el todo formaba parte, a su vez, de una visión política a lo grande. Para la generación de los fundadores del país —cuyo portavoz más representativo, en esta cuestión, fue Thomas Jefferson—, volver la mirada hacia el oeste ofrecía la posibilidad de realizar una grandiosa utopía espacial. Desde el punto de vista de Jefferson, Estados Unidos tenía una ocasión novedosa de evitar la decadencia de las viejas sociedades europeas, a condición de crecer en el espacio y no sobre todo en el tiempo. Ello se relacionaba con la idea adicional de que ese espacio debía emplearse —explotarse incluso— para el bien general, y no solo para el enriquecimiento personal.[1222] El ideal de Jefferson, tanto para el este como para el oeste de Estados Unidos, era el del granjero como pequeño empresario, que vivía con su familia en comunidades autosuficientes y resolvía democráticamente los asuntos generales. Este ideal todavía siguió siendo, en gran medida, un ideal para la colonización del oeste en el siglo XIX. El estado lo apoyó siempre legalmente; con especial hincapié, el presidente Abraham Lincoln en 1862, con la Ley de Granjas (*Homestead Act*), concebida como contraproyecto político-social frente a la esclavitud de los estados del sur. Esta ley otorgaba a todo ciudadano adulto que fuera cabeza de una familia el derecho a recibir, sin apenas coste, una extensión de 160 acres (unas 65 hectáreas) de tierras públicas en el oeste, a condición de que las labrara continuadamente durante un mínimo de cinco años. La

realidad fue bastante distinta, en no pocos casos. Numerosas familias de las ciudades del este, que primero solicitaron una *homestead*, cedieron luego la tierra, que, a menudo, cayó en manos de especuladores. De hecho, la figura del agente y del especulador inmobiliario resulta tan característica de la «frontera» como la del pionero tosco y sobrio.

La movilidad de los colonos —que en la mitología de la «frontera» siempre es motivo de celebración— no fue para muchos de ellos sino una triste necesidad. Había que buscar la tierra allí donde estuviera disponible y se pudiera pagar; una familia se marchaba de un lugar para evitar conflictos, y abandonaba repetidamente posiciones que se habían tornado insostenibles. Junto a las numerosas historias de éxito en la «frontera», están las vivencias menos publicitadas del fracaso. Los colonos que llegaban de las ciudades del este no estaban preparados para la dureza de vivir en un mundo desprovisto casi por completo de infraestructuras y, a menudo, de la protección oficial de los delegados de la soberanía estatal. Muchos vivían con el temor a volverse salvajes y caer en un estado cultural ya superado.[1223] En las ciudades del este se expresó varias veces esa idea. La progresiva mitologización de la «frontera» no pudo desplazar del todo la mirada despectiva de la ciudad. El desprecio general de los residentes urbanos hacia los nómadas se trasladó igualmente a los pioneros que hacían avanzar la frontera, y con cierta frecuencia los comentarios de la época recogen comparaciones con las migraciones populares de otras partes del mundo; varias veces se hizo alusión a los «tártaros» de la frontera.

Hasta que se formaron pequeñas comunidades urbanas estables, los pioneros varones debían buscarse las novias en el *hinterland* de los asentamientos «civilizados», lo que suponía un ir y venir constante. A diferencia de lo que ocurrió con los comerciantes de pieles del siglo XVIII, las bodas interétnicas estaban ciertamente mal vistas. La frontera debía seguir siendo «blanca», al menos en teoría. En ella se reproducía la familia

nuclear cristiana con una estricta separación de papeles. El hombre debía conquistar el mundo exterior, mientras la mujer aseguraba la estabilidad en el hogar. En casi ningún otro lugar del mundo, sino en el oeste norteamericano, se encarnó de un modo tan inquebrantable el ideal de la familia nuclear independiente a la par que entretejida en las redes vecinales.1224 Pero no solo entre los buscadores de oro, más individualistas, hubo desviaciones frente a la norma del hogar pionero autónomo, que era al mismo tiempo familia y pequeña empresa. En California, la tierra no tardó en pasar a manos de grandes terratenientes; allí, la agricultura se rigió desde el principio por un capitalismo agresivo, y la gran mayoría de los inmigrantes no tenía otro futuro que el de jornaleros sin propiedades.1225 El que ingresaba en ese sistema como ayudante en una granja o incluso arrendatario solo raramente lograba ascender por medio de su trabajo. Los inmigrantes de la segunda generación seguían estando en una situación relativamente desfavorable; por ejemplo, los irlandeses y los europeos continentales, cuyos ingresos no bastaban para adquirir parcelas propias y, por lo tanto, quedaban relegados a posiciones de dependencia.

En el suroeste, la clase inferior de los mineros y campesinos constaba en su mayoría de mexicanos, a los que se discriminaba y explotaba a menudo. Ello fue fruto ante todo de la guerra ofensiva de Estados Unidos contra México, que de la noche a la mañana convirtió a 100.000 mexicanos en habitantes de Estados Unidos; pero también de idearios racistas.1226 En la «frontera», junto a los «clásicos» colonos de Turner, que se habían dirigido al oeste por patriotismo, había también toda clase de grupos étnicos: inmigrantes que habían llegado a título personal, a menudo también en grupo, desde Europa (por ejemplo, de los países escandinavos) directamente al oeste, sin haberse aclimatado antes en las ciudades del este; había negros, tanto libres como esclavos (algunos trabajaban como esclavos para tribus indias); y desde la fiebre del oro, y

sobre todo desde que se empezó a construir el ferrocarril, también chinos. En la segunda mitad del siglo XIX, la «frontera» poseía una composición étnica todavía más diversa que las sociedades urbanas del este. Pero al igual que estas, no hubo ningún proceso automático de formación de un «crisol».1227 Así, la «frontera» no se puede reducir a un enfrentamiento «binario» entre los blancos y los pieles rojas. Entre los mismos colonos, las jerarquías reguladas por el color de la piel eran tan visibles como en el espacio urbano.

A diferencia de lo que sucedía en muchas regiones de Europa, en la «frontera» norteamericana la tierra era relativamente asequible. Por lo general, se podía obtener una parcela del estado mediante compra o subasta. La ley determinaba un precio mínimo por unidad de superficie y una extensión mínima del negocio. Era raro que el estado regalara las tierras sin coste (como con la *Homestead Act*), y complejo poner obstáculos legales a un abuso especulativo; en consecuencia, muchos colonos tuvieron que resolver un problema de financiación.1228 Por lo tanto, al pionero no le bastaba con una mera economía de subsistencia en la cabaña de troncos. Hace mucho que existe una polémica al respecto de cuán involucrados estaban los colonos en relaciones de mercado, y dónde y cuándo ocurría. No cabe duda de que la tendencia general iba hacia una comercialización creciente. En la segunda mitad del siglo, el tipo social dominante en la «frontera» agraria no era ya el de la vida rústica autosuficiente, sino el del un granjero con mentalidad empresarial. La tierra no era tan fácil de obtener como la ideología prometía. La *buena* tierra era objeto de competencia y los costes de compra y explotación debían satisfacerse con una economía de empresa. Después de que las Grandes Llanuras quedaran «limpias» de bisontes e indios, se expandió en ellas el *Big Business* de los barones de la ganadería, originado en Texas y financiado en gran medida desde las grandes ciudades y con capital británico. Como en las constelaciones de «frontera» de otros continentes, la ganadería

norteamericana dio paso a una economía de «grandes hombres» (*big man economy*).1229

La diversidad de las experiencias fronterizas se refleja también en los distintos problemas que pasaron a primer plano. Aquí hallamos desequilibrios temporales como los sugeridos por Turner en su concepto de la evolución social a través de estadios. Si después de que, en general, se pusiera fin a la amenaza de los indios, los granjeros de las Grandes Llanuras (desde Texas, en el sur, hasta Dakota del Norte) tuvieron que enfrentarse a cuestiones típicas del siglo XIX —hipotecas, costes del ferrocarril, liquidez en la gestión cotidiana—, en California ya se debatía sobre temas característicos del siglo XX: abastecimiento de agua, cultivo de frutales, comercio transpacífico, mercado inmobiliario urbano. El agua era una palabra clave, no por casualidad: en el oeste, ningún otro problema ecológico era más amenazador. Aunque la mitología de la «frontera» se complacía en cantar la «ilimitada» disponibilidad de los recursos naturales, debe replicarse que *uno* fue escaso desde el principio: el agua.1230

Las guerras indias y el terror de los revólveres

Una constelación de «frontera» incluye casi siempre violencia. A este respecto, el oeste estadounidense es paradigmático. Desde la primera guerra anglo-powhatan (en Virginia, 1609-1614) hasta la conclusión de la última guerra apache en el suroeste, en 1886, la relación entre blancos e indios se caracterizó por una larga serie de enfrentamientos bélicos.1231 En total, los pueblos indios del este, que a menudo estaban federados, resistieron más y fueron los oponentes comparativamente más fuertes. No se los terminó de aniquilar militarmente hasta 1842, cuando se deportó a los últimos guerreros seminolas de los pantanos de Florida. En el este, los combates duraron unos 230 años. En cambio, al oeste del Misisipi, las refriegas con los indios duraron unos 40 años escasos. Los colonos euroamericanos no empezaron a invadir las Grandes Llanuras hasta la década de 1840. En 1845 se registraron los primeros

asaltos mortales de indios contra las caravanas; pero las tribus solían contentarse con que los colonos satisficieran un peaje al paso e intercambiaran provisiones en condiciones que les parecieran justas. Algunos de los asaltos más brutales los llevaron a cabo bandidos blancos, a veces ataviados con ropas indias.1232 En la década de 1850, el número de incidentes se incrementó; en la siguiente estallaron las guerras indias clásicas, que están profundamente grabadas en la memoria nacional de Estados Unidos y Hollywood inmortalizó. En 1862 los indios siux perpetraron la mayor masacre contra los colonos blancos desde la fundación de Estados Unidos, con la muerte de varios cientos de personas; y creció el temor a un gran levantamiento indio en la retaguardia de los ejércitos de la guerra civil.1233 Sin embargo, en las guerras indias solo intervino una minoría de las tribus. Solamente los apaches, siux, comanches, cheyennes y kiowas ofrecieron una resistencia duradera; otras tribus (pawnee, osage, crow o hopi, entre otras) lucharon a favor de las tropas federales.1234 A partir de 1850, cuando la Unión se hizo con Nuevo México como botín de guerra, surgió una frontera militar de Estados Unidos contra los indios hostiles: el suroeste se llenó de campamentos desde los que se aspiraba controlar a los indios «salvajes».1235 Si en un principio los fuertes tuvieron problemas para repeler los asaltos de los apaches y comanches, tras el fin de la guerra civil se convirtieron en puntales de una eficaz «pacificación» de la zona. Se envió al sur a antiguas tropas de combate de la Unión en la guerra civil, con el fin de quebrantar la autonomía de los indios.

A algunas de las guerras indias se les puede aplicar el concepto de guerra propio de la Edad Moderna europea. Entre los indios aparecieron repetidamente estrategas de primera categoría que, aprovechando la relativa igualdad de las condiciones materiales, infligieron muchas derrotas al bando blanco. Los indios de las Grandes Llanuras eran la mejor caballería ligera del mundo, de una eficacia extraordinaria contra oponentes mal

entrenados e insuficientemente armados. A sus adversarios blancos les solía faltar motivación y estaban debilitados por las condiciones de vida de los fuertes y el campo de batalla. Junto a una élite de jinetes jóvenes, en el bando federal había también unidades heterogéneas y envejecidas de más: veteranos irlandeses del ejército británico, húsares húngaros, y a principios del siglo XIX, supervivientes de las guerras napoleónicas. El punto flaco de los indios, desde el punto de vista militar, era por descontado las carestías de su equipo (contra los temidos obuses de montaña, al final, no tenían nada que oponer), pero también la falta de disciplina, la ausencia de una estructura de mando superior y la escasa protección de los campamentos y poblados. Se repetían aquí las asimetrías que en tantos escenarios de Asia y África, a largo plazo, favorecieron la victoria militar de los europeos.1236

Se vivió una transición fluida entre la guerra y otras formas de violencia asociadas. Así, estuvieron al orden del día, por parte de los dos bandos, las masacres y los asaltos contra asentamientos desprotegidos. Los dos lados estaban armados y en numerosas secciones de la «frontera» la vida cotidiana estaba marcada por la violencia preestatal. La herencia de una violencia excesiva la recibieron ambos bandos de las guerras coloniales de finales del siglo XVIII.1237 El belicismo entre civilizaciones corría en paralelo a la violencia general de la vida civil en la cara euroamericana de la «frontera». En el siglo XIX, los pioneros del «salvaje oeste», que resolvían los asuntos cotidianos con revólver o fusil, figuraban entre las poblaciones con mayor número de armas del planeta, aun siendo civiles. La disposición y el recurso a la violencia también marcaron la vida social en tiempos de paz de un modo que solo es propio de las guerras civiles. Se desarrollaron normas extremas de honor masculino que no se conocían en las ciudades del este de Estados Unidos. El sistema normativo occidental incluía la regla de agravar los conflictos, en vez de atenuarlos (*no duty to retreat*); la predisposición a imponer los propios intereses

mediante el uso de la fuerza; y en muchos casos, una cultura suicida del «coraje». También fue típico del oeste el *war vigilantism*: bandas de justicieros imponían su criterio en situaciones en las que el derecho estatal carecía de poder, en el lugar del estado; esto es, se comportaban objetivamente de un modo revolucionario. Se apoyaban en la idea del derecho a la propia protección, así como en una interpretación muy física del principio de la soberanía popular.

Richard Maxwell Brown ha postulado que —aunque con un coste humano más elevado— este fue un modo de garantizar el orden *más económico* que un sistema legal regular. En los cerca de cuatro decenios posteriores al fin de la guerra civil (esto es, a partir de 1865), el imperio del terror de los héroes del revólver alcanzó la máxima intensidad y difusión más amplia. Brown defiende la opinión de que se trató de algo similar a una pequeña «guerra civil»: la mayoría de los 200 o 300 asesinos más famosos (o infames), así como un gran número de los menos conocidos, habían actuado por encargo de los terratenientes para imponer los intereses de estos frente a los pequeños rancheros y las familias granjeras de los *homesteads*. No eran bandidos sociales con un sentido de la justicia y simpatía por la gente humilde, sino más bien agentes de una lucha de clase dirigida desde arriba. Sin embargo, las peores masacres contra los indios —como la de 1864 en Sand Creek, en el este de Colorado, que costó la vida a unos 200 cheyennes, entre hombres, mujeres y niños— las perpetraron antes los miembros del ejército que las milicias o las bandas de justicieros. Que el ejército, en muchos otros casos, protegiera a los indios frente a la violencia privada de los blancos, destacaba aún más el carácter complejo de la situación.1238

Deportaciones

La política relativa a los indios se decidía principalmente en la capital, pero se ponía en práctica en la frontera. En el momento de la fundación de Estados Unidos, la mayoría de las comunidades indias ya poseían una rica experiencia de los

conflictos con el exterior. Habían sufrido choques médicos, ecológicos y militares y se habían hallado de forma repetida en la necesidad de actuar y «reinventarse». En 1800, por lo tanto, no cabe hablar de un enfrentamiento entre «civilizados» astutos y «salvajes» simplones.1239 En ocasiones, los indios recibieron un trato correcto, sobre todo por parte de los cuáqueros de Pensilvania; pero era más frecuente el caso contrario lo que ofendía su sentido de la justicia. El comportamiento del gobierno estadounidense para con los indios fue contradictorio. Por un lado, afirmaba *de facto* su carácter de «naciones» (*nationhood*), pues se firmaban con ellos acuerdos que no siempre, desde luego, eran un dictado unilateral. Por otro lado, la antigua fe puritana en la superioridad de los cristianos frente a los paganos indios se redefinió, en la era de la Ilustración, fraguando en la idea de la misión civilizada. El «Gran Padre» de Washington debía ocuparse de los «niños» indios con rigor y benevolencia.1240 El efecto civilizador debía llegar primero desde fuera. Hasta mediados de siglo, no hubo medidas legales que permitieran intervenir en los asuntos *internos* de las tribus, que estaban sometidas a una especie de «gobierno indirecto» (*indirect rule*) en condiciones especiales. Solo a partir de 1870 se impuso la idea de que los indios también debían obedecer las leyes generales del país.1241

En 1831, el *Chief Justice* (presidente del Tribunal Supremo) John Marshall, que durante 35 años fue una de las personalidades más renombradas del país, declaró que la nación de los cheroquis era «una sociedad política independiente, distinta de otras y capaz de regular sus propios asuntos y gobernarse a sí misma». Pese a todo, las «tribus» no eran estados soberanos sobre suelo estadounidense, sino —en la influyente formulación de Marshall— «naciones interiores dependientes».1242 Sobre el papel, la definición parecía proteger a los indios. Pero hacía tiempo que el ejecutivo seguía otro curso e hizo caso omiso de la opinión del Tribunal supremo. El general Andrew Jackson —séptimo presidente de

Estados Unidos, que asumió el cargo en 1829— ya había demostrado su belicosidad contra los británicos, españoles e indios. No tenía reparo en incumplir los tratados indios y no respetó la opinión de Marshall, para quien la expropiación de terrenos a los indios necesitaba como mínimo una justificación jurídica sostenible. La política de deportación de Jackson (*Indian removal*), popular y efectiva, se ha atribuido en ocasiones a su psicología personal: la infeliz infancia del presidente le hacía tanto envidiar a los indios por ser «eternamente niños» como, al mismo tiempo, desear imponerles una poderosa autoridad paterna.1243 Quizá fuera así; es más importante el resultado de su política.

A juicio de Jackson, la misión civilizadora de la generación de Jefferson había fracasado. Se fundaba en la mentalidad de los que se dio en llamar «Paxton Boys», de Pensilvania, que en la década de 1760 habían perpetrado graves masacres contra los indios.1244 Consideraba que no tenía sentido ser tolerante con los enclaves indios. Su objetivo era expulsar a los indios más allá del Misisipi, con los métodos que hoy se denominan de «limpieza étnica». Durante la década de 1830 —quizá la más catastrófica en la historia de los indios de Estados Unidos, junto a la de 1870—, fueron deportados unos 70.000 indios, en su mayoría originarios del sureste. El programa se extendía por el norte hasta los Grandes Lagos y solo pudieron resistirse con éxito los iroqueses, en el estado de Nueva York. Se organizaron campos de concentración, y comunidades enteras fueron obligadas a caminar hasta llegar al «Territorio Indio», con escasas pertenencias y, a veces, en condiciones meteorológicas extremas. Aunque algunas de las tribus que recibieron este trato se habían empeñado —con gran éxito— en «civilizarse a sí mismas», pero esto no bastó para protegerlas. Miles de indios murieron en aquellas marchas interminables, por efecto de las enfermedades, la falta de alimentos y la hipotermia. Pese a que estas consecuencias fueron espantosas, debemos comprender que la *Indian removal* de Jackson solo reforzaba un proceso

anterior de éxodo hacia el oeste. Ya desde 1814, hubo una emigración voluntaria de personas que habían vivido en la zona del Creek. Para algunos indios con afán emprendedor, el oeste «abierto» era tan atractivo como para los colonos blancos.1245

El episodio más grave fue la deportación del pueblo de los seminolas, que vivía en Florida. Aquí se entrelazaron la campaña de Jackson con la cuestión de la esclavitud. Entre los seminolas vivían numerosos americanos negros, incluidos esclavos fugados; algunos, en comunidades específicas, pero otros integrados en la comunidad india. Los blancos de Florida estaban menos interesados en los pantanos en los que vivían los seminolas que en los afroamericanos. Como los seminolas se resistieron, se emprendió una guerra de varios años de duración, que también costó la vida a muchos soldados blancos.1246 Algunas de las tribus expulsadas dieron continuidad, en sus nuevas zonas de residencia, a la adaptación al entorno euroamericano, pese a que eran recibidas con desprecio. A las «cinco tribus civilizadas» —cheroquis, creeks, choctaws, chickasaws y seminolas— les fue relativamente bien entre 1850 y el inicio de la guerra civil. Pudieron superar las consecuencias de la deportación y recobrar la unidad, se otorgaron constituciones y desarrollaron instituciones políticas propias que combinaban la vieja democracia india con las formas institucionales de la democracia estadounidense. Muchos gestionaron granjas familiares, otros dieron trabajo a esclavos negros en plantaciones. Desarrollaron vínculos con los nuevos territorios (aunque no fuera el que habitaron sus antecesores) que no se diferenciaban de los lazos de los granjeros blancos con sus tierras. En la década de 1850 crearon un sistema de escuelas que la población blanca de los estados vecinos de Arkansas y Misuri tenía razones para envidiar. Daban la bienvenida a los misioneros y los aceptaban en la comunidad. Con ello, las cinco tribus seguían la vía de «civilización» establecida por los blancos y, al mismo tiempo, se distanciaban cada vez más de sus

vecinos indios.1247

Si los pueblos indios hubieran recibido una garantía en firme de que podrían quedarse en los nuevos territorios, entonces la brutal política de Andrew Jackson habría supuesto la penúltima fase en el desarrollo de la frontera india. Pero no hubo tal garantía permanente.1248 El afán de tierras de los colonos y las sociedades ferroviarias, así como las incursiones de mineros indisciplinados en tal o tal otro punto de las zonas indias, obstaculizaron el surgimiento de comunidades viables. El embrutecimiento general de la sociedad estadounidense durante la guerra civil continuó, tras el fin de los combates, con una renovada agresión contra los indios. Se difundió un lenguaje de la erradicación como el que se escuchaba un siglo antes. En 1860 apareció la infame frase de «no hay indio bueno que no sea un indio muerto», representativa del espíritu de la época.1249 Para las cinco tribus del denominado «Territorio Indio» (situado en la actual Oklahoma), resultó fatal que, durante la guerra civil, se aliaran con los estados del sur. Una vez acabada la guerra, el gobierno federal actuó contra las naciones del Territorio Indio alegando que eran tropas enemigas, confederados derrotados, que debían pagar por su falta de lealtad. Los pueblos indios perdieron la mayor parte de su territorio y tuvieron que dejar pasar a las empresas del ferrocarril. Al cabo de veinte años eran minoritarios en el territorio que, en tiempos del presidente Jackson, habían aceptado a cambio de la renuncia obligada a sus tierras de origen.1250

Las grandes guerras indias de las décadas de 1860 y 1870 deben ser vistas frente a este telón de fondo. A consecuencia de la guerra en el este, de un aumento simultáneo del flujo de colonos y de una serie de provocaciones locales, los indios intensificaron la resistencia en toda la extensión de las Grandes Llanuras. Hasta entonces, el ejército había mantenido una relación de neutralidad y distancia hacia las tribus indias y las había protegido repetidamente contra la violencia. Ahora el

estado lo utilizó como herramienta para resolver de una vez por todas el «problema indio». A principios de la década de 1880, la resistencia de los indios se quebró del todo. La capitulación del famoso jefe siux Toro Sentado en 1881 y el fin de las guerras apaches en el suroeste representan dos hitos en este giro de la historia de los indios norteamericanos.[1251]

Bajo las guerras indias cabe discernir un patrón aproximado. Antes de que blancos e indios chocaran militarmente, ya habían trabado relaciones; en su mayoría, con el paso del tiempo, estos contactos habían generado desconfianza mutua. Los asuntos indios se trataban en Washington, como prerrogativa central, por lo que tuvieron un gran peso los representantes civiles y militares del gobierno federal. A menudo, estos representantes pretendían situarse por encima de las partes locales (es decir, también con cierta distancia con respecto a los lugareños euroamericanos) y solventar los problemas mediante su sabiduría autorizada. El resultado tendía más bien a ser de confusión por todas las partes, una situación favorable al estallido de conflictos militares. Por lo general, los primeros combates no fueron el fruto de agresiones deliberadas. Lo más típico era que un enfrentamiento espontáneo escalase con rapidez. Los euroamericanos, en los casos concretos, no se veían a sí mismos como agentes de una gran tendencia expansiva histórica; a menudo, los hechos locales les bastaban para considerarse justificados. Aunque los blancos no solían diferenciar mucho entre los guerreros indios y la población civil, siempre citaron los asaltos de los indios contra los colonos como prueba de la superioridad moral y de derecho del bando occidental. A la primera atrocidad india, los blancos se consideraban plenamente justificados.

Hasta la última fase de las guerras, los indios lograron victorias tácticas, a menudo sorprendentes, contra el ejército federal. El bando blanco tendía a sobrestimar las propias fuerzas y desdeñar la capacidad militar de los adversarios, a los que se tenía por «primitivos» e inflexibles. Es asombroso cómo aquella

arrogancia impidió extraer lecciones de lo ocurrido. Por muchas victorias tácticas que lograsen los indios, sin embargo, a largo plazo su derrota era inevitable. Las guerras no solían acabar con las convenciones habituales del enfrentamiento bélico «civilizado» de la época. En cuanto se lograba quebrantar la resistencia de los indios, no quedaba un ejército derrotado con honor, sino una muchedumbre que padecía y pasaba hambre y frío, que se resguardaba en alojamientos provisionales o se daba a la huida. Los indios, en su estado de poderío militar, eran un enemigo capaz de sembrar el pánico; una vez derrotados ofrecían una imagen miserable. Al terminar las guerras, los dos lados sentían tanta amargura que nadie podía haber imaginado la transfiguración que sufriría el conflicto, años más tarde, en las expresiones de romanticismo indio de la literatura y el cine. La brutalidad de ambos bandos dejó tal grado de traumatismo que parecía casi inconcebible cualquier reconciliación o incluso coexistencia pacífica de los implicados.[1252]

Si existió alguna vez el Oeste mítico de la literatura y el cine, debe limitarse al período comprendido más o menos entre 1840 y 1870, y al espacio de las Grandes Llanuras y los pies de las Montañas Rocosas. Lo que se había «cerrado» en 1890, cuando Frederick Jackson Turner formuló la tesis de la «frontera», no fue el límite de la colonización y los asentamientos, que (a juicio de muchos historiadores actuales) permaneció abierto hasta la década de 1920. Lo que concluyó fue la resistencia india en sus dimensiones tanto militar como ecológica y económica. Al mismo tiempo, avanzó mucho la parcelación comercial de las extensiones del Medio Oeste. Con la difusión del alambre de espino —que se patentó en 1874 y en seguida pasó a producirse en grandes cantidades— y la consolidación de la propiedad privada en todo el territorio, se puso fin al «oeste abierto».[1253] La «naturaleza salvaje» estaba parcelada y colonizada, sin dejar espacio a los «salvajes errantes» (como se los llamaba en la lengua de la época). Si en teoría todo el territorio estatal de

Estados Unidos debía quedar sometido a una misma cuadrícula de medición unitaria, ahora la idea se podía poner en práctica en todas partes. Ello imposibilitó la pervivencia de las formas de existencia transfronterizas.1254 Empezaba la época de las reservas. Los últimos indios quedaron ahora como «pueblos prisioneros, sujetos a una gran presión para que se convirtieran en algo que contradecía todo lo que habían sido hasta entonces».1255

En la década de 1880, los últimos resistentes quedaron desarmados y pasaron a ser súbditos dependientes del estado. A las «naciones» indias ya no se las consideraba en serio como parte posible en ninguna negociación, según se demostró, en 1871, con la decisión de no suscribir ningún nuevo acuerdo con ellas. Hacia mediados de siglo todavía se habían celebrado grandes ceremonias en cuya preparación, habitualmente, participaban los dos bandos. El punto culminante de esas escenificaciones quizá fuera el Consejo del Tratado organizado por Thomas Fitzpatrick (como agente indio del gobierno federal) en septiembre de 1851 en la zona del Fuerte Laramie. Para la ocasión se reunieron 10.000 indios de pueblos diversos, con 270 soldados y enviados blancos, que negociaron entre sí y se intercambiaron regalos.1256 Aunque el desarrollo fue pacífico, a los mediadores del gobierno les quedó claro que la mayoría de los indios se negaban a encerrarse voluntariamente en las reservas. En la década de 1880 era impensable que se pudiera repetir una escena similar. En California y la costa noroccidental ya hacía un tiempo que, por medio de la violencia, se había metido a los indios en reservas. En Texas, Nuevo México y las Grandes Llanuras ocurrió así después de la guerra civil. Desde el punto de vista de los indios, era importante el hecho de si las reservas estaban en zonas consideradas «tierras ancestrales» o si se trataba de un exilio permanente. Este motivo fue la causa principal de que, en marzo de 1850, unos 350 cheyennes emprendieran, a las órdenes de los jefes Cuchillo Romo y Pequeño Lobo, una

aventura en la que recorrieron más de 2.000 kilómetros; en cierto sentido, repetían la larga marcha de los mongoles *torghut*, que, en 1770-1771, regresaron desde el Volga hasta sus tierras de origen.1257 La huida no obedecía solo al componente sentimental, sino también al hecho de que las autoridades no les proporcionaban alimento suficiente. Fueron atacados por el ejército sin que mediara provocación y solo unos pocos llegaron a su meta. En cualquier caso, una comisión encargada de investigar el asunto concluyó que resultaba inútil «civilizar» a los indios si estos interpretaban su situación como un encarcelamiento.1258

Propiedad

El aprovechamiento agrario de la tierra no fue el núcleo de las constelaciones de «frontera» en todas partes. En Canadá, donde no había nada similar a la fértil llanura del Misisipi e incluso las praderas eran inhóspitas, el asalto a la «naturaleza salvaje» y sus habitantes no se produjo ante todo por la colonización de familias agricultoras. La antigua «frontera» canadiense había sido un «terreno intermedio» de cazadores, tramperos y peleteros. En el siglo XIX la «frontera» conservó el carácter comercial, pero ahora capitalista. El comercio de pieles, la tala y la ganadería se organizaron según principios industriales, de gran empresa y capital intensivo. La carga material de la explotación de la naturaleza no la llevaron a cabo pioneros independientes, sino trabajadores asalariados.1259 A diferencia de la «frontera» canadiense, la estadounidense vivió un conflicto incesante por la tierra fértil. Este factor —no la convicción cristiana de ser superiores ni el racismo— fue lo que agravó los desencuentros entre los nativos y los recién llegados. Los contactos comerciales se conforman «interculturalmente», pero el control de la tierra es una cuestión de «tuya o mía». El concepto de propiedad de los europeos, arma ideológica de los colonos, dejaba poco espacio para los acuerdos.

La idea básica de que los conceptos de propiedad europeos son individualistas y orientados el intercambio, mientras que los

indios son colectivistas y orientados al uso, puede bastarnos aquí, aunque simplifica mucho una materia más compleja. Los indios —como tantos otros pueblos de cazadores, recolectores y labradores del mundo— conocían a la perfección la propiedad «privada». Pero no se refería a la tierra «en sí», sino a las cosas que se hallaban en ellas. Por ejemplo, la cosecha, de la cual en principio podían disponer los que la habían trabajado.1260 La idea de distribuir la tierra en parcelas fijas resultaba tan extraña, para los indios, como la idea de que una persona (o una familia o un clan) podían poseer una tierra por más tiempo del que la podían cultivar. El derecho de control de la tierra se fundamentaba en el trabajo constante. Quien labraba la tierra como era de esperar podía seguir haciéndolo sin problemas. Paradójicamente, el control colectivo (la «propiedad pública» o «comunitaria» de la tierra), que en el siglo XIX los europeos tuvieron por «anticuado» en todo el mundo, se consolidó como reacción a la invasión blanca.1261 Después de que, a finales del siglo XVIII, los cheroquis (por poner un ejemplo) aprendieran que en materia de tierras se los engañaba una y otra vez, prohibieron la venta individual de tierras a los blancos y reforzaron los derechos comunitarios.1262 Ejercer tales derechos fue una cuestión complicada, más aún en el imperio británico, con su tradición legal diferenciada.

Los franceses, en Norteamérica, nunca reconocieron los derechos de los indios sobre la tierra, y desde el principio se remitieron al derecho de conquista y ocupación efectiva. Lo mismo hicieron los británicos en Australia. En cambio, las autoridades coloniales inglesas de América, aunque situaban toda la tierra bajo la «soberanía» de la corona, admitían la existencia de un derecho «privado» de los indios a la tierra. Solo eso posibilitaba, por otro lado, la cesión o venta directa de tierra de los indios. Los tribunales estadounidenses se acomodaron a esta práctica. Con la Ordenanza del Noroeste (*Northwest Ordinance*) de 1787, uno de los documentos fundacionales del nuevo estado (adoptado antes incluso que la Constitución y

muy conocido porque limitaba la difusión de la esclavitud), en Estados Unidos se estableció el principio de la cesión de suelo contractual; para los indios no era una buena solución, pero tampoco la peor posible.1263 En la práctica, sin embargo, el estado hizo poco para proteger a los indios frente a la agresividad de los *frontiersmen*. Desde esta perspectiva, la política de deportación del presidente Andrew Jackson puede interpretarse como la adaptación de la línea oficial a la realidad: la posición de los indios en el este, hacia 1830, resultaba ya *de facto* insostenible.1264

La historia de la «frontera» norteamericana, a partir de ese momento, se puede escribir como la de la pérdida, sostenida e irreversible, de las tierras que habían sido de los indios.1265 Incluso innovaciones magníficas como la cultura del bisonte y el caballo, en el siglo XVIII, no suponían una alternativa real a largo plazo. Los nativos de América del Norte, en este proceso, quedaban separados de sus medios de producción: un ejemplo clásico de lo que Karl Marx denominaba «acumulación originaria del capital». Como no se toleraba a los indios como propietarios de las tierras y no se los necesitaba como mano de obra, porque su papel como proveedores de pieles y cuero se acabó a las pocas décadas, en el orden de los inmigrantes no les quedaba ningún papel digno. La «naturaleza salvaje» dio paso a los parques nacionales: espacios de protección natural sin habitantes o incluso decorados de forma folclórica.1266

3. SUDAMÉRICA Y SUDÁFRICA

Argentina

¿Hubo también una «frontera» en Sudamérica, donde la colonización europea fue aún anterior?1267 Hay dos países en los que cabría imaginar algo parecido al Oeste de los pioneros: Argentina y Brasil. Las «fronteras» más tempranas de Sudamérica fueron las mineras, relacionadas con la extracción de oro y plata; el aprovechamiento de nuevos territorios para la agricultura fue posterior. La semejanza más clara con el caso de Estados Unidos se halla en Argentina. Allí las praderas de la

Pampa se extienden desde la región del Gran Chaco, en el norte, hasta el río Colorado, en el sur, y en dirección oeste, desde el Atlántico hasta unos mil kilómetros al interior. No obstante, faltan los ríos que, como el Misisipi, llevaron a los inmigrantes hasta el corazón del continente. Hasta 1860, aproximadamente, aquí apenas se observaron alteraciones en el medio natural (a diferencia de lo que ya ocurría en Estados Unidos): vegetación salvaje, un suelo en principio fértil. La «apertura» de la Pampa empezó en la década de 1820, con apropiaciones de tierra a gran escala.1268 Aquí la tierra no se vendió en parcelas de poca extensión, como en Estados Unidos. Los gobiernos vendían o donaban fincas extensas como regalos políticos. Así surgieron los grandes ganaderos terratenientes que, a su vez, arrendaban la tierra a diversos rancheros. Al principio solo se producían pieles; los cereales no tenían ningún peso, de hecho incluso había que importarlos.1269 La «frontera» argentina —al igual que la australiana, pero en clara oposición a la estadounidense— fue una *big man's frontier*. No se pudo imponer ninguna normativa legal más favorable a la pequeña familia de colonos independientes, y los derechos de propiedad se consolidaron con gran lentitud y no sin vacíos.1270 Los italianos, que a finales del siglo XIX acudieron en tropel a Argentina, entraron en el sistema más como arrendatarios que como cultivadores de parcelas propias. Pocos lograron la ciudadanía argentina, lo cual impedía de entrada hacer oposición política a los latifundistas. Con el tiempo, la propiedad de la tierra volvió a quedar concentrada. No había base para el surgimiento de una clase media agraria, de carácter estable, como la que cohesionó socialmente el Medio Oeste de Estados Unidos. En Argentina no se desarrolló la clase de ciudad rural pequeña que ofrecía servicios e iba ampliando su infraestructura, tan típica del oeste estadounidense. En consecuencia, en la concepción argentina de la frontera, la oposición entre la ciudad «civilizada» y el campo «bárbaro» se traza con especial intensidad. La ausencia de un sistema

crediticio al que pudieran recurrir los pequeños granjeros, y la renuncia a establecer un registro catastral de la tierra, dificultaron aún más el asentamiento de pequeños empresarios rurales. En un sentido estricto, Argentina careció tanto de una «frontera» de los colonos como de una *frontier society* definida, con peso propio en la política y capacidad de forjar mitos. La periferia no se convirtió nunca —como sí pasó con las ciudades del Misisipi y el Misuri— en el centro de una irradiación propia. La llegada del ferrocarril acentuó el flujo hacia las ciudades costeras, antes que la colonización del interior. En Buenos Aires se temía que los emigrados a la Pampa pudieran regresar a la capital y ejercer su influencia bárbara. El ferrocarril, de hecho, contribuyó tanto a contraer la «frontera» como a ampliarla.[1271] Como tipo social característico de Argentina destaca el gaucho: un hombre de campo y jinete trashumante de la Pampa.[1272] (El «vaquero», en el fondo, era un invento *latinoamericano*: si se difundió hacia Texas y, desde allí al resto del «salvaje oeste», fue a través de las grandes ganaderías del norte de México. El vaquero también completó su última actuación *política* de importancia *fuera* de Estados Unidos, en la forma de los partidarios de Pancho Villa, durante la revolución mexicana, a partir de 1910.)[1273] Como grupo social llamativo, el gaucho desapareció en el último tercio del siglo XIX. Los desplazó una alianza entre una poderosa élite rural y la burocracia del estado, en lo que fue un proceso clave de la historia argentina durante el siglo XIX. Los gauchos —el término parece haber emergido en 1774— surgieron durante el siglo XVIII, a partir de los cazadores de animales salvajes. En su mayoría eran mestizos, hijos de españoles e indios, y por lo tanto eran objeto de un racismo que en Argentina, tanto en la colonial como en la poscolonial, fue virulento. Durante la guerra de la Independencia (1810-1816) su capacidad de combate les reportó un prestigio que no lograron conservar. En 1820 ya se había terminado la era de la caza de reses y caballos y de la matanza descontrolada de bóvidos por la piel y el sebo. Ya

había explotaciones sencillas que producían carne seca y salada que, en buena medida, se vendía a las plantaciones de esclavos de Brasil y Cuba.

Durante las dos o tres décadas posteriores, la oveja adquirió un peso especial como factor económico en Argentina. Era un animal robusto y sin exigencias, al que no hacía falta matar para obtener provecho de él. El tendido de cercados y la instalación de granjas ganaderas específicas convirtieron la economía de pastores en una economía mixta. Hasta 1870 aproximadamente, en la provincia de Buenos Aires —la más poblada de Argentina—, podía calificarse como «gauchos» a una cuarta parte de los habitantes de las zonas rurales; pero en adelante, la cifra cayó con rapidez. Los cercados redujeron la necesidad de pastores montados. Para 1900, el frigorífico, así como el empaquetado y congelación modernos de la carne, habían adquirido una gran importancia. Con la industrialización de la producción cárnica se redujo rápidamente la necesidad de mano de obra de esa especie, lo cual privó al gaucho del último vestigio de independencia. Además, sus valores se estimaban en poco.

En 1879, cuando el general Julio A. Roca atacó y en buena medida exterminó a los araucanos —el principal pueblo indio de Argentina—, también se sometió a los gauchos más turbulentos. La élite social entendía que los gauchos podían caer en el crimen y forzó a muchos a servir como arrendatarios, dependientes o militares. Una legislación rigurosa limitó sus movimientos. Como ha sucedido a menudo a lo largo de la historia, los intelectuales urbanos transfiguraron románticamente la figura del gaucho en el preciso momento en que desaparecía como tipo social auténtico. En su caída, y de forma póstuma, el gaucho quedó convertido en símbolo de la nación argentina.[1274]

En Argentina —en Brasil, la situación sería distinta— los indios tardaron en retroceder. En la década de 1830, la provincia de Buenos Aires todavía era objeto del asalto repetido de los

indios. Se raptó a cientos de mujeres y niños. Para trasladar la frontera más al interior se necesitaba, por un lado, definir la zona máxima del ámbito estatal; por otro, un discurso que desdeñara a los nativos, a los que se deseaba excluir de la comunidad nacional. Se planteaba una batalla no contra los nativos en concreto, sino contra la «barbarie». La «campaña del desierto» contra los indios, que se inició en 1879 y se arrastró hasta 1885, solo se decidió a favor del gobierno republicano con el uso generalizado de los fusiles de retrocarga. Casi en el mismo año de la última gran guerra india de Estados Unidos, las colosales extensiones del interior de Argentina quedaron libres para el aprovechamiento agrícola. A los indios no se les ofreció ni una supervivencia mísera en reservas.

Brasil

En Brasil, que poseía unas reservas de tierra al menos tan extensas como Estados Unidos, la evolución de la «frontera» fue muy distinta que en el país norteamericano, y diferente a su vez de la argentina.[1275] Brasil es el único país del mundo en el que aún se están desarrollando algunos procesos de «frontera», de explotación y colonización, iniciados en América a partir de 1492. Junto a la antigua «frontera» minera, en Brasil hubo una especie de «frontera» de las plantaciones azucareras cultivadas por mano de obra esclava, similares a las de Alabama y el Misisipi antes de la guerra civil. La «frontera» de la agricultura se desarrolló más tarde y de forma incompleta. Todavía hoy, la vida social de Brasil se concentra en una franja costera. El interior del país (*sertão*), que en origen comprendía toda tierra situada más allá del alcance de los cañones de los conquistadores portugueses, se consideraba (y en parte se considera hoy) un espacio simbólico de menor valor, cuya exploración revestía poco interés. Hasta los grandes ataques contra las selvas tropicales de las últimas décadas del siglo XX, el Amazonas estaba considerado una «“frontera” por detrás de la “frontera”».[1276] En la bibliografía brasileña, la «frontera» se concibe de forma netamente espacial, y apenas como un

proceso. La categoría espacial del *sertão* es el equivalente más próximo a la *frontier* de Turner; cuando se habla de *fronteira*, se suele aludir al límite territorial del estado.

En Brasil no se daban muchas de las condiciones objetivas requeridas para que se conquistara el interior del país. Sobre todo, no había una red de vías fluviales útil, comparable al menos en parte al valiosísimo sistema formado por los ríos Ohio, Misuri y Misisipi. Tampoco se habían descubierto recursos minerales que, en el transcurso de la industrialización, habrían podido ser importantes (en el oeste de Estados Unidos, el carbón y el hierro tuvieron cierta relevancia). Solo cuando Brasil se aseguró un papel pionero en el mercado mundial del café se produjo algo parecido a la ampliación de la frontera agrícola. A mediados de la década de 1830, la exportación de café superó por vez primera a la de azúcar y Brasil se convirtió en el principal productor de café de todo el mundo.1277 Cuando se agotaba el suelo —que, con la tecnología de la época, solo mantenía la productividad durante una generación— las plantaciones se trasladaban hacia el oeste. Tras la abolición de la esclavitud, en 1888, se creó una demanda de mano de obra para las plantaciones, a la que respondieron sobre todo italianos. En aquel mercado laboral hallaron condiciones aún peores que las de Argentina. La situación era tan desastrosa, que el gobierno italiano prohibió en 1902 la publicidad de la emigración a Brasil. En ambos países sudamericanos había unas estructuras de poder similares. Los latifundistas argentinos no distaban de los dueños de las grandes plantaciones de Brasil. Al igual que no la había en Argentina, en Brasil tampoco hubo ninguna política de (re)distribución de la tierra entre los pequeños campesinos.1278 La *fronteira* de Brasil era en lo esencial un monocultivo de cafetales, explotado por grandes empresas, con esclavos o sin ellos; pero no un lugar en el que —en el sentido de Frederick Jackson Turner— pudiera desarrollarse un carácter pionero independiente, con hogares de clase media, y

establecerse una escuela democrática al aire libre. Como ha descrito John Hemming en una trilogía emocionante, a los indios brasileños atrapados en el comercio del caucho amazónico (no, es cierto, en la economía del azúcar y el café), hasta 1910 no se les concedió ni siquiera la protección de las reservas.1279 Las selvas tropicales (a diferencia de las Grandes Llanuras, cerradas y pobladas por colonos euroamericanos) eran una frontera abierta. Los indios se fueron retirando hacia zonas cada vez más apartadas. La última resistencia contra los colonos se había extinguido hacia el cambio de siglo.

Sudáfrica

Los procesos de la «frontera», en Sudamérica y Sudáfrica, no experimentaron ninguna interacción mutua real; por eso es aún más llamativa su exacta simultaneidad. Las últimas guerras indias de América del Norte y del Sur se produjeron en las décadas de 1870 y 1880: precisamente las décadas en las que se concluyó la conquista blanca (británica) del interior sudafricano. En Sudáfrica, el punto de conclusión es 1879. Ese año, los zulúes —el principal poder africano opuesto a los británicos— sufrieron la derrota militar. Fue la última de toda una serie de guerras de la potencia colonial contra ejércitos africanos. El rey zulú Ketchwayo, al que los británicos provocaron con exigencias imposibles de cumplir, pudo reunir a más de 30.000 hombres (número del todo inalcanzable para los indios norteamericanos), pero al final él también tuvo que darse por vencido ante la superioridad británica.1280 Tanto siux como zulúes fueron dos grandes potencias militares regionales que habían logrado someter a varios de sus propios vecinos autóctonos. Después de varias décadas de contacto con los blancos, no albergaban dudas sobre las posibilidades militares de estos. Unos y otros, además, se habían asimilado muy escasamente a los invasores y su estilo de vida. Desarrollaron sistemas de creencias y estructuras políticas complejas que europeos y euroamericanos no comprendían y consideraron un ejemplo de «barbarie» irracional y opuesta a la civilización,

según afirmaba su propia propaganda. Tanto en Estados Unidos como en la Sudáfrica colonial, en 1880 la supremacía blanca se había consolidado del todo.1281

Estos rasgos en común se contraponen con determinadas diferencias en el destino de los siux y los zulúes. Los dos pueblos pudieron oponer una resistencia distinta a la elevada presión económica que se les imponía. Los siux eran cazadores de bisontes, un pueblo nómada, organizado en bandas cinegéticas, que carecía de una jerarquía militar y política asentada. En el mercado interior de Estados Unidos, en proceso de expansión, carecían de toda utilidad económica. En cambio, los zulúes se apoyaban sobre la base de una economía mixta, ganadera y agrícola, de un carácter más netamente sedentario. Disponían de una organización monárquica y centralizada y se integraban socialmente por medio de un sistema de grupos de edad, claramente definido. Por ello, pese a la derrota militar y la posterior ocupación de su territorio de residencia, la sociedad zulú no quedó tan destruida y desmoralizada como la siux. En el contexto económico de Sudáfrica, además, Zululandia no quedó marginada, sino que se transformó en una proveedora de mano de obra barata. Aunque los zulúes se fueron proletarizando, todavía desempeñaron una función importante en la división del trabajo económico del país.

Las cronologías iniciales de la «frontera», en Sudáfrica y Norteamérica, también discurren con un paralelismo asombroso. Los primeros contactos entre los emigrantes europeos y la población nativa se producen en el siglo XVII y, en ambas historias, la década de 1830 supone un claro punto de inflexión: en Estados Unidos, con la política de deportación de los indios del sur, ordenada por Andrew Jackson; en Sudáfrica, con el inicio de la gran marcha (*Groot Trek*) de los bóers. Un rasgo peculiar de Sudáfrica fue que la población blanca se dividió en dos después de que los británicos conquistaran el Cabo de Buena Esperanza en 1806. A partir de entonces, además de la población bóer (que descendía de los emigrantes

neerlandeses del siglo XVII), hubo también una *community* británica, más reducida, pero vinculada con una metrópoli imperial rica y poderosa, que adoptaba las decisiones importantes en El Cabo. Los bóers, que habían vivido exclusivamente de la agricultura, se vieron forzados a desplazarse al haberse quedado sin tierras. A ello se añadió que, en la década de 1830, Londres decidió dar la libertad a los esclavos; esta decisión también se llevó a término en El Cabo y afectó a un elemento central en la estructura de la sociedad bóer. La igualdad entre razas que se proclamó legalmente desde Londres resultaba inaceptable para los bóers. Pero los pioneros no pudieron elegir en qué dirección marchaban con sus carromatos, pues se enfrentaban a la resistencia de potencias militares africanas bien armadas, sobre todo los xhosa, al este. Era de esperar que hallasen menos resistencia en la meseta del norte (el High Veld). Los bóers se beneficiaron de la desintegración de muchas comunidades africanas, derivada del Mfecane, un período reciente de enfrentamiento militar entre los pueblos africanos: entre 1816 y 1828, el estado militar zulú, fulminantemente fortalecido y regido por el rey guerrero Shaka, despobló amplias extensiones de las praderas y, al mismo tiempo, envió a los colonos blancos aliados del campamento antizulú.1282

La gran marcha fue una maniobra, exitosa desde el punto de vista logístico y militar, de uno de los varios grupos étnicos que competían entre sí por el territorio. Se convirtió en un movimiento de conquista colonial, pese a que su carácter empezó siendo «privado». El proceso de formación estatal no llegó hasta más adelante, como una especie de «consecuencia adicional» (Jörg Fisch) de la apropiación de tierras en el plano privado, cuando los bóers crearon dos repúblicas propias: en 1852, la Republik Transvaal, y en 1854, el Oranje Freistaat. En ambos casos se trataba de fundaciones sedicionistas, opuestas a la colonia británica del Cabo. Aun así, obtuvieron el reconocimiento formal de los británicos del Cabo, algunos de

los cuales ejercieron además cierta influencia en la vida económica de las repúblicas. Así pues, en la Sudáfrica del siglo XIX no existió un estado unitario y abstracto capaz de desarrollar una «política negra» de validez general, a diferencia de Estados Unidos, donde sí se atendía a la «política india».1283 Los bóers no contaron con el apoyo de un ejército central. Como colonos armados, debían cuidar de sí mismos y demostrar por sí solos la capacidad de formar un estado. En el Estado Libre de Orange, este fin se logró en cierta medida; en el Transvaal, que en 1877 fue anexionado temporalmente por los británicos, se tuvo mucho menos éxito. En ambos casos, el aparato estatal era rudimentario; la situación financiera, precaria; y salvo en la Iglesia, apenas había integración en una «sociedad civil».1284 Como en la década de 1880, la «frontera» sudafricana quedó «cerrada» —no había más «tierras libres» que distribuir— las repúblicas de los bóers dejaron de ser estructuras estatales en una frontera de colonización.

Todas las «fronteras» exhiben rasgos demográficos específicos, y a este respecto hay una diferencia crucial entre Norteamérica y Sudáfrica. Antes de la década de 1880, Sudáfrica no recibió flujos de inmigración masiva; e incluso después, la multitud que acudió a las minas de oro y diamantes no podía compararse con la colosal migración trasatlántica que se dirigió a Norteamérica. Además, los indios, ya a mediados del siglo XIX, representaban un porcentaje cada vez menor de la población de Estados Unidos; en cambio los africanos suponían más del 80 % de la población total del sur de África. Los africanos negros se vieron mucho menos diezmados que los indios de Norteamérica por las enfermedades introducidas por los europeos. El trauma cultural tampoco fue tan profundo que causara un hundimiento demográfico. En Sudáfrica, por lo tanto, los habitantes precoloniales no terminaron siendo una minoría en su propio país.1285

En Sudáfrica, como en Norteamérica, el tipo que predominó en un principio en la frontera fue el pionero armado que cuidaba

de sí mismo y de su familia. En América, sin embargo, no tardaron en entrar en la frontera elementos de producción propios de la gran empresa destinada a la exportación. En el siglo XVIII, las plantaciones de tabaco y algodón, muchas de ellas situadas en la frontera, quedaron enlazadas en redes comerciales de larga distancia. En el transcurso del siglo XIX la frontera fue, cada vez más, un órgano de procesos de desarrollo capitalista. En Sudáfrica, los bóers, después de que una parte emigrara al interior del país, quedaron todavía más alejados que antes de los mercados mundiales. Solo en la década de 1860, cuando se hallaron diamantes en el territorio de las repúblicas bóers, y dos décadas más tarde, cuando se encontró oro, apareció junto a la economía agraria de subsistencia del granjero bóer una «frontera minera» orientada en gran medida al mercado mundial.[1286]

Al terminar el siglo XIX, la población bantú de Sudáfrica había podido conservar, en el orden social del país, una posición relativamente más favorable que los indios en Norteamérica. Aunque los pueblos khoisan, en la región meridional del Cabo, perdieron casi todo el acceso a la tierra cultivable al poco tiempo de empezar el período colonial, en el interior del país, los bantúes se aseguraron el uso efectivo de importantes recursos agrarios, pese al desplazamiento de la «frontera» de colonización. En extensas zonas de Lesotho (Basutoland), en Suazilandia y en algunas zonas de la región oriental de la actual República Sudafricana, pequeños campesinos africanos cultivaban sus propias tierras. Esto fue el fruto en parte de su resistencia, en parte de las decisiones *ad hoc* de los distintos gobiernos, que se opusieron a expropiar por entero a los africanos. En Norteamérica no se hicieron tales concesiones. Aquí el nomadismo de los cazadores de bisontes chocó frontalmente con la expansión de las granjas y el uso de las praderas para la ganadería capitalista. Ninguna de esas modalidades económicas necesitaba a los indios como asalariados. En Sudáfrica, las granjas y las minas sí

necesitaron contratar mano de obra local. Los africanos, por lo tanto, no quedaron encerrados en el nicho de la mera subsistencia; también se integraron —en el nivel inferior de una jerarquía definida con criterios racistas— en los sectores dinámicos de la economía. El hecho de que los dirigentes sudafricanos impidieran la dispersión de un proletariado negro por todo el país y para ello erigieran zonas residenciales delimitadas, similares a guetos, recuerda en muchos aspectos a las reservas en las que se encapsuló a los indios de Estados Unidos. Las reservas de Sudáfrica, que solo hallaron su expresión plena mucho más tarde —a partir de 1951, bajo la denominación de *homelands*—, eran mucho menos una prisión al aire libre creada para aislar a una población carente de función económica que el intento de controlar políticamente a la clase trabajadora negra y canalizarla económicamente. Se apoyaban en el principio de que, en las reservas, las familias se alimentaban a sí mismas por medio de la agricultura de subsistencia, mientras que a los varones en edad de trabajar —cuyos costes de reproducción, de esta manera, quedaban reducidos al mínimo— se les podía emplear en los sectores dinámicos.

La actitud de los blancos hacia la mayoría demográfica negra se caracterizó, en gran medida, por la brutalidad y el cinismo. Esto tuvo el efecto adicional de que —con la excepción de algunos misioneros— se consideraba que no valía la pena «civilizar» a los africanos, es decir, socavar su autonomía cultural. En cambio, precisamente esto es lo que, desde el último tercio del siglo XIX, ciertos bienintencionados «amigos de los indios» hicieron en Estados Unidos. En Sudáfrica, si atendemos al conjunto, los africanos de lengua bantú no sufrieron una derrota completa. Demográficamente siguieron siendo la mayoría de la población; culturalmente conservaron un mínimo de espacio propio; y económicamente, desempeñaban un papel imprescindible. Cuando, en la década de 1930, se empezó a practicar por vez primera en Estados Unidos una política humanitaria con

respecto a los indios, ya era tarde para un renacer genuino de su cultura. En la Sudáfrica de la época, el punto culminante en la represión de la mayoría negra todavía no había llegado. En el país africano, la población no se encontró en condiciones de autodeterminarse hasta la caída del aparato represor, a finales del siglo XX. La «frontera» había marcado profundamente el desarrollo del estado sudafricano, pero tras una larga demora, pasó por fin a la evolución «normal» de los estados nacionales. En Estados Unidos siguen existiendo reservas; en Sudáfrica, sobre el papel, ya no existen las *homelands*, pero en la práctica han dejado una huella clara en la distribución de las tierras.

Turner en Sudáfrica

En ninguna otra interpretación de una historia nacional, fuera de la de Estados Unidos, se ha mencionado la tesis de la «frontera» de un modo tan frecuente y constante, pero a la vez tan controvertido, como en la de Sudáfrica. En lo esencial, todos los defensores sudafricanos de esta tesis (en sus múltiples variantes) están de acuerdo en que las tensiones sociales y las actitudes racistas se agravaron a medida que se incrementaba la distancia con la atmósfera colonial y cosmopolita del Cabo. Los bóers emigrados al interior aparecen siempre como modelos del tosco pionero de la frontera. Pero a ello se añaden valoraciones muy distintas: para algunos, estos hombres de la frontera eran amantes de la naturaleza y la libertad; para otros, racistas implacables. Como sea, las dos interpretaciones comparten el hincapié en el aislamiento de la población de la «frontera» frente a la «civilización occidental» o, al menos, la de la Europa urbana, que tenía un puesto africano en la Colonia del Cabo. El panorama se completaba con una rígida convicción calvinista de ser elegidos para una misión. El futuro orden racista de Sudáfrica, que tuvo su punto culminante a partir de 1947-1948, surgió precisamente en esa zona fronteriza, según las versiones críticas de la tesis de la «frontera». Así, las experiencias fronterizas del siglo XIX habrían marcado en su conjunto el orden social de Sudáfrica en la

segunda mitad del siglo XX. Esta suposición de que existió una continuidad de largo plazo de las actitudes racistas en la frontera de la década de 1830, hasta el pleno desarrollo del sistema del *apartheid*, forma el núcleo de la interpretación sudafricana de la «frontera».

En 1991, un libro muy leído en Sudáfrica repitió esta afirmación y consideró que la Ilustración y el liberalismo habían pasado sin dejar huella entre los bóers del país, que eran «el componente más simple y atrasado de la civilización occidental en la Edad Moderna».1287 Hay críticos con esta tesis que no quieren cargar todo el peso del racismo sobre los hombros de los bóers y también encuentran huellas de pensamiento racista entre la población del Cabo de finales del siglo XVIII. Otra línea crítica ha expresado dudas sobre la gravedad de los enfrentamientos entre blancos y africanos, y —de un modo semejante a las interpretaciones de la «frontera» norteamericana en el contexto del *middle ground* o «terreno intermedio»— apuntan numerosos ejemplos de contacto y cooperación interraciales. Como salida a la oposición de estos puntos de vista tan netamente irreconciliables, el historiador Leonard Guelke ha propuesto la tesis de una *doble* comunidad fronteriza: una ortodoxa, representativa de una «frontera exclusiva», y otra liberal, representativa de una «frontera inclusiva». Según otra propuesta, conviene distinguir entre una fase de frontera aún abierta y otra de cierre; solo en esta segunda fase, la situación se endureció y radicalizó. Entre los historiadores actuales, la tesis de la continuidad estricta tiene pocos seguidores. Ni la «frontera» del siglo XIX ni la esclavitud en el Cabo (antes de que se aboliera la esclavitud en el imperio británico, en 1833-1834) se consideran fuentes directas del *apartheid*. Las dos cosas, esclavitud y «frontera», contribuyeron a que, ya a finales del siglo XIX, los blancos desarrollaran una arrogancia cultural (y también de base religiosa) y prácticas claras de exclusión. La tesis de la «frontera» no ofrece ninguna clave general para la historia de Sudáfrica, pero hace énfasis en

cuánto influyeron la geografía y el medio ambiente en la cristalización de las actitudes sociales.[1288]

El motivo de Turner sobre la emergencia de la libertad en la frontera no se halla en Sudáfrica sino de forma parcial. El éxodo bóer del Cabo al interior del país fue, entre otras cosas, la reacción a una revolución social: la liberación de los esclavos del Cabo, en 1834. La había precedido un decreto del gobernador, según el cual todo aquel que no poseyera la condición de esclavo era igual ante la ley y gozaría de su plena protección.[1289] Cuando los bóers se marcharon de la Colonia del Cabo (relativamente) urbana y abierta al mundo, desde el punto de vista político huían de este igualitarismo legal. En su propia república —fundada en una época en la que incluso en Europa era extraño que el estado adoptara forma republicana —, los bóers hicieron realidad una modalidad de cierto helenismo primitivo, con un gobierno propio y democracia en la que tomaban parte todos los ciudadanos varones con exclusión del sector demográfico al que se consideraba indigno de tener voz política (aunque en las repúblicas bóers tampoco se permitió la esclavitud).

Esta democracia fronteriza recuerda menos a un moderno estado constitucional que al igualitarismo propio de los «hombres transfronterizos» en todo el mundo. En Argentina, Juan Manuel de Rosas, prototipo de caudillo, creó primero una base de poder al combatir contra los indios en la «frontera», después se dejó querer como «hombre fuerte» por la oligarquía urbana de Buenos Aires, y por último completó el giro volviéndose en contra de sus antiguos aliados gauchos. En Sudáfrica, el poder colonial de los británicos en el Cabo estaba tan arraigado que no se temía por un movimiento de liberación bóer; por su parte, los bóers solo aspiraban a que los dejaran en paz en sus repúblicas aisladas, sin ningún afán por conquistar el Cabo. La fiebre del oro de la cordillera de Witwatersrand, que se inició en 1886, puso en dificultades la autosuficiencia. Los bóers querían sacar el máximo provecho

posible a la nueva riqueza y dejaron vía libre a los capitalistas británicos, pero siempre procurando conservar el poder político. Eso suponía proteger su democracia fronteriza no solo de la clase inferior negra, sino también de los recién llegados blancos (*uitlanders*). La guerra Sudafricana o de los Bóers, de 1899-1902, surgió a partir de este contexto complicado. Terminó con la victoria militar de un poder imperial que tuvo que emplearse a fondo, inesperadamente, para doblegar a un rival que no aparentaba ser tan fuerte; y los británicos acabaron poniendo en duda si el dominio colonial —más aún, frente a otros blancos— seguía valiendo la pena a un coste tan alto.

Para la sociedad bóer del High Veld, la guerra significó heridas profundas. Cerca de una décima parte de la población murió en el conflicto. Pese a todo, los bóers aún representaban la gran mayoría de la población blanca de Sudáfrica y controlaban la agricultura. Los británicos no tenían otros aliados en el país. Como no cabía pensar en un régimen de ocupación permanente, hubo que llegar a un acuerdo con los derrotados. El terreno estaba despejado porque la nueva dirección bóer, más joven y relativamente más liberal, veía la situación bajo un prisma parecido. El acuerdo llegó en 1910, con la fundación de la Unión Sudafricana, que representó un triunfo para los bóers y una derrota para los africanos negros. Para los británicos supuso proteger sus intereses estratégicos y económicos elementales, puesto que pudieron conservar la Unión como «dominio» hasta 1931; es decir, dentro del imperio, con un estatus similar al de Canadá y Australia.1290

A partir de aquí, los elementos precedentes de discriminación racial marcaron la formación de un estado racial pleno. Los valores políticos y culturales de la «frontera» bóer se encarnaron en el estado total, primero progresivamente, pero en 1948 de forma radical, con la victoria electoral del Partido Nacional, de ideología racista. A diferencia de Argentina, donde el poder de la «frontera» gaucha no tardó en ser destruido, en Sudáfrica la

periferia de la «frontera» conquistó el centro político e imprimió en él su sello durante casi todo el siglo XX. Ni siquiera en Estados Unidos se había visto un caso paralelo. El ascenso del presidente Andrew Jackson, en 1829, fue la primera vez en que un representante de la «frontera» expulsaba de la cúspide del poder estatal a la oligarquía urbana de la costa oriental. Desde entonces hasta la dinastía petrolífera texana de los Bush, las actitudes del «Oeste» han marcado una y otra vez la política de Estados Unidos. Pero en el siglo XIX se produjo un desafío más grande, por obra de los estados esclavistas del sur. Para el desarrollo político de Estados Unidos, la guerra civil fue lo que sería para Sudáfrica la guerra de los Bóers (solo que en un espacio temporal mucho más comprimido). La secesión de los estados sureños, que en 1860-1861 abandonaron la Unión, fue un equivalente a la gran marcha; y la democracia de las plantaciones en los estados del sur, antes de la secesión, muestra una gran semejanza con el republicanismo contemporáneo de los pioneros bóers, cuyo concepto de la «raza superior», sin embargo, se fundamentaba menos en una ideología racista elaborada (como en los estados sureños) que un sentimiento de superioridad difuso y poco articulado.

La derrota del sur en 1865 impidió que en Estados Unidos se produjera, en el ámbito estatal al completo, lo que en Sudáfrica se consolidó e impuso a partir de 1910: la ideología y la práctica de la supremacía blanca. Pese a todo, desde finales de la década de 1870, en Estados Unidos se volvió a privar a los negros de una parte de los derechos que durante la guerra civil, o algo después, se les habían concedido o al menos prometido. El fin de la esclavitud no supuso en ningún caso que los negros de Estados Unidos fueran ciudadanos de pleno derecho, legalmente (y aún menos, de hecho). En los grandes acuerdos posteriores a la respectiva conclusión de cada contienda (en 1865 en Estados Unidos, en 1902 en Sudáfrica) los partidos blancos derrotados lograron en buena medida hacer valer sus propios valores e intereses; y en los dos casos, a expensas de los negros. Evidentemente, sin embargo, en Estados Unidos la «frontera» no triunfó de un modo tan total como en Sudáfrica: los símbolos y valores del auténtico «salvaje oeste» no quedaron grabados en el plano del orden político, sino como ingredientes de la conciencia colectiva y el «carácter nacional» del país. La oposición entre norte y sur complicó más la geografía política en Estados Unidos, convertida en el equivalente a una frontera rebelde en otras regiones del mundo.1291

4. EURASIA

Al empezar este capítulo, definimos la «frontera» como una forma especial de situación de contacto en la que dos colectivos de origen y orientación cultural distinta tomaban parte en procesos de intercambio en los que se combinaban de distinta manera los conflictos y la cooperación. La antigua premisa de Turner según la cual estos colectivos y sociedades se hallaban en diferentes «estadios de desarrollo» no ha demostrado ser aplicable en general. En la época de la gran marcha, por mencionar solo un ejemplo, los bóers ganaderos no se hallaban más evolucionados, desde el punto de vista social, que sus vecinos bantúes. Por retomar otro tema de Turner, en ningún caso era obvio dónde se hallaban los «bárbaros» y dónde los

«civilizados». En Norteamérica, con el ascenso de la caza de los bisontes entre los indios, se formó —ya relativamente tarde— una oposición clara entre dos formas económicas distintas: en un lado, pioneros que cultivaban la tierra de forma sedentaria, con la ganadería como complemento, pero en cercados; en el otro lado, pastores nómadas con la movilidad adicional de los cazadores montados. Estos contrastes tan netos no se daban por lo general en África, por los ricos matices de su nomadismo. Sin embargo, como ya destacó Owen Lattimore, sí resultan característicos del norte de Asia en su conjunto. Incluso a principios del siglo XIX, había formas de vida móviles basadas en la cría y el aprovechamiento de rebaños, dispersas por un territorio muy extenso, que iba desde la frontera sur del cinturón de los bosques escandinavos-siberianos-manchúes hasta, por el sur, el Himalaya, las mesetas de Irán y Anatolia y la península arábiga; y de este a oeste iba desde el Volga hasta cerca de las puertas de Pekín. La zona abarcaba un territorio mucho más vasto que el Asia central de los mapas actuales. La agricultura sedentaria se concentraba en los márgenes del continente euroasiático, desde el norte de China hasta el Punyab y, de nuevo en Europa, al oeste del Volga, que delimitaba el mundo de las estepas y praderas.1292 Esta oposición tan típica entre sedentarismo y movilidad no debe hacernos olvidar, aun así, que también en Europa y el sur de Asia (aunque apenas en China) hubo grupos demográficos errantes durante el siglo XIX.1293

Nomadismo en el límite de la estepa

Dentro de esta colosal esfera de formas de existencia sin residencia fija, los etnólogos han distinguido varias clases de nomadismo: (1) los nómadas del desierto, en camello, que se encuentran también por todo el norte de África; (2) los pastores de ovejas y cabras de Afganistán, Irán y Anatolia; (3) los jinetes nómadas de la estepa euroasiática, los más conocidos de los cuales son los mongoles y kazajos; y por último, (4) los pastores de yaks de la meseta tibetana.1294 Estas variantes del

nomadismo compartían varios rasgos: una gran distancia (y a menudo, rechazo intenso) a la vida urbana; una organización social en comunidades de linaje con elección de los jefes; además, en la formación de su identidad cultural, la proximidad con los animales tenía una importancia suma. El Asia nómada estaba atravesada por incontables fronteras ecológicas, dividida en numerosos ámbitos lingüísticos y, desde el punto de vista religioso, se diferenciaba al menos en tres grandes orientaciones: islam, budismo y chamanismo (con numerosas subcategorías y especificidades). En la frontera de este mundo, que, por superficie, ocupa la mayor parte de Eurasia, las condiciones eran sin embargo relativamente claras. Cuando el nomadismo no llegaba hasta la misma playa —como en Arabia y el golfo Pérsico—, encontraba por todo el camino agricultores sedentarios. Así ocurría desde hacía siglos tanto en Europa como en el Asia oriental: las dos poseían una frontera con la estepa.

La historia casi nunca se ha escrito desde el punto de vista de los nómadas. Los autores de Europa, China e Irán veían —y siguen viendo— en ellos al «otro» por antonomasia, una amenaza exterior agresiva que autorizaba a protegerse con cualquier medio (por lo general, una defensa preventiva). Aunque ya Edward Gibbon se preguntó qué empujó a los guerreros montados del antiguo islam o a los mongoles de Genjis Kan a tal violencia elemental, las sociedades sedentarias, que se conciben a sí mismas como «civilizadas», casi nunca han comprendido a los nómadas. Y a la inversa: los nómadas nunca sabían qué hacer ante los representantes de las culturas inmóviles y urbanas. Esto no impidió que las dos partes desarrollaran en el contacto un extenso repertorio de estrategias de trato mutuo. Así, la relación con los «bárbaros» del interior de Asia fue desde antiguo uno de los campos más finamente perfeccionados de la política estatal china; e Ibn Jaldún ya formuló en el siglo XIV la oposición entre habitantes de las ciudades y beduinos como base de su teoría sobre la

civilización (islámica).

La vida de los nómadas es más peligrosa que la de los campesinos, y esto se refleja en su concepción del mundo. Aunque los rebaños se pueden multiplicar con una velocidad exponencial y cimentar un enriquecimiento rápido, por su biología son aún más delicados que los cultivos. La vida móvil exige tomar decisiones constantes sobre los caminos a seguir, el manejo de los rebaños y la relación con los vecinos y con los extraños que uno se encuentra. Hay una racionalidad del todo específica, por lo tanto, que es inherente a la existencia nómada. Como ha destacado el antropólogo ruso Anatoly M. Khazanov, las sociedades nómadas, a diferencia de las de agricultura de subsistencia, nunca son autárquicas. No pueden funcionar en aislamiento. Por otro lado, cuanto más detallada es la diferenciación social de una determinada sociedad nómada, más activamente busca el contacto y la interacción con el mundo exterior. Los nómadas tienen a su disposición, según Khazanov, cuatro grandes clases de estrategias: (1) se tornan sedentarios por propia voluntad; (2) comercian con otras sociedades complementarias o intermedian con ayuda de medios de transporte perfeccionados (como el camello), que están a disposición de muchas sociedades nómadas; (3) se subordinan (voluntariamente o sin resistencia) a sociedades sedentarias y traban con ellas relaciones de dependencia; y (4) a la inversa, dominan a sociedades sedentarias y establecen relaciones asimétricas perdurables.[1295]

La cuarta estrategia llegó a su punto de mayor éxito en la Edad Media, cuando las sociedades campesinas, de España hasta China, cayeron bajo el control de jinetes nómadas. Asimismo, las grandes dinastías que gobernaron el Asia continental en la Edad Moderna todavía procedían del Asia central y, aunque no siempre procedían de un contexto nómada, tampoco eran de origen campesino. Esto se aplicaba también a la dinastía Qing manchú, que gobernó China entre 1644 y 1911. A partir de 1644, este tipo de formación imperial ya no se repitió; en su

caso, el surgimiento del estado y el imperio Qing se demoró durante más de una centuria.1296 Pese a todo, en diversas zonas de Eurasia siguió habiendo sociedades nómadas lo suficientemente fuertes como para saquear a los vecinos sedentarios y exigirles el pago de tributos. Incluso Rusia, hasta bien entrado el siglo XVII, satisfizo tributos astronómicos a los tártaros de Crimea. Así pues, durante períodos temporales muy largos, la realidad histórica de Eurasia incluyó procesos de «frontera» de muy diversa índole, y la defensa frente a la amenaza nómada fue un motivo importante en la formación de estados centralizadores en el continente, ya fueran de signo ruso o sino-manchú.

Esta clase de fronteras atravesó diversas historias particulares de relaciones de poder y de intercambio. Como tanto los campesinos como los nómadas tenían acceso a recursos que el otro grupo necesitaba, la cooperación fue mucho más habitual que el enfrentamiento pleno. Aunque en ningún caso existió siempre un «terreno intermedio» de hibridación cultural, deserciones y lealtades múltiples, pese a todo la «frontera» unió en tantos casos como separó. Siguió siendo así hasta entrado el siglo XVIII. Desde hace tiempo, es un lugar común de las interpretaciones de historia universal afirmar que las conquistas mongolas de principios del siglo XIII inauguraron una ampliación inaudita del espacio de comunicación e interacción; incluso se ha llegado a decir que crearon un «sistema-mundo medieval». Después, según la perspectiva habitual, los estados y las civilizaciones de Asia se habrían retraído sobre sí mismos —se cita como ejemplo la China de la dinastía Ming (1368-1644), que se ocultó detrás de la Gran Muralla— y habrían puesto fin con ello a la Eurasia «ecuménica» medieval. Los estudios más recientes apuntan, en cambio, a una apertura de las redes de conexión y una diversidad de relaciones transfronterizas que duraron hasta el umbral del siglo XIX. Por lo tanto, todavía es razonable hablar, para este período, de Eurasia como una entidad continua. La

clara dicotomía que separa Europa de Asia, aunque en algunos autores europeos se inicia ya en el siglo XVIII, no es sino una construcción ideológica de principios del siglo XIX.

Periferias imperiales

Una peculiaridad de las «fronteras» de Eurasia es que su forma estuvo marcada por los imperios. A diferencia de en América y el África subsahariana, el gran imperio centralizado y con un orden interior jerárquico fue la variedad política predominante. Hubo al respecto, a grandes rasgos, dos formas de imperios: por un lado, los imperios de las estepas, apoyados por jinetes nómadas, que actuaron como parásitos de su entorno campesino y sedentario; por otro lado, imperios que obtenían los recursos sobre todo por la exigencia fiscal directa sobre su propio campesinado.1297 También se dieron formas de transición entre ambos tipos. Así, el imperio otomano, aunque surgió como una estructura laxa a partir de las fuerzas militares —y por lo tanto, en un principio se asemejaba estructuralmente al imperio mongol—, con el tiempo se fue transformando en un imperio del segundo tipo. Con la consolidación general de este tipo, que también se ha denominado (con menos fortuna) «imperio de la pólvora» (*gunpowder empire*), los imperios de Eurasia se acercaron mutuamente, hasta lindar uno con otro en más de un punto. Sobre todo la expansión del imperio sino-manchú Qing, que nadie pudo parar hasta aproximadamente 1760, y la expansión del imperio zarista, que solo se puso en marcha de veras después, comportaron que muchas de las «fronteras» abiertas se convirtieran en *borderlands* o «tierras fronterizas» interimperiales (en el sentido de Herbert Bolton). Así pues, ya en la Edad Moderna, los nómadas del Asia central quedaron rodeados por imperios. Por sí solos (sobre todo los mongoles, kazajos y afganos) eran capaces de emprender grandes esfuerzos militares, pero no lograron formar nuevos imperios al estilo de Genjis Kan o incluso Tamerlán.

La expansión definitiva del imperio chino hacia el Asia central

representó un acontecimiento de importancia universal. Fue precisamente una dinastía de origen no chino, la de los conquistadores manchúes Qing, la que entre 1680 y 1760 logró en parte someter a las tribus mongolas (en la Mongolia Interior), en parte hacerlas dependientes (Mongolia Exterior), e integrar en la unión imperial las sociedades de oasis, de religión islámica, del Turquestán oriental (hoy Xinjiang). A finales del siglo XVIII, por lo tanto, las tierras nucleares de la antigua dinámica militar de los jinetes nómadas quedaron repartidas entre los imperios. La situación ya no se modificó hasta la fundación de las repúblicas centroasiáticas tras el fin de la Unión Soviética, en 1991.

Que los imperios dieran forma a las fronteras tiene como consecuencia que la cuestión se funde con el tema anejo del surgimiento de los imperios. Por ahora, sin embargo, nos interesa el destino de los nómadas en el siglo XIX. La gran importancia de los imperios permite formular la cuestión de la «frontera» en este marco. El imperio Qing, al expandirse a partir de 1680, topó en muchos de sus márgenes con pueblos que no eran de etnia china («chinos *han*») y que, por ello, fueron clasificados como pueblos necesitados de dominio o civilización: en el sur de China, en la recién tomada isla de Taiwán y en Mongolia.[1298] Después de la conquista, estos pueblos quedaron sometidos a un sistema de control o supervisión estatal, de acuerdo con una jerarquía estudiada. Es decir, no eran estados tributarios semiautónomos, como Corea o Siam, sino pueblos colonizados en el interior del imperio. Lo mismo se aplicó, desde mediados del siglo XVIII, a los tibetanos, aunque por la distancia solo fueran gobernables indirectamente desde Pekín. En el caso chino, se mantuvo la primacía de la política. Solo hubo movimientos de asentamiento sin control estatal cuando se iban anexionando regiones montañosas no cultivables en el seno de las provincias centrales. En la periferia ajena a los chinos *han* —que primero se consideró como un cordón de seguridad estratégico frente al imperio zarista en el

norte, el imperio otomano en el oeste y el imperio británico en la India, que se empezaba a constituir entonces—, desde el centro del imperio se prefirió no poner en peligro el orden desestabilizando las sociedades. La solución ideal fue, por ello, una clase de dominio indirecto, en la que sin embargo siempre hubo que destacar una presencia suficiente de fuerzas militares sino-manchúes, para asegurar la inclusión en el imperio. Hasta fechas tardías del siglo XIX, el estado Qing, mientras tuvo fuerzas para ello, impidió que los colonos de etnia china *han* acudieran a Xinjiang, a Mongolia y, en particular, a Manchuria, protegida como tierra de origen —y potencialmente, de retirada — de la dinastía.

No obstante, no lograron evitar que los comerciantes chinos se dispersaran por todas estas zonas y, sobre todo, llevaran a los mongoles, de nula experiencia comercial, a una situación de endeudamiento ruinoso. El movimiento de colonización de chinos *han* no adquirió auténtico peso demográfico hasta los primeros años del siglo XX, pese a todo, y primero se concentró en Manchuria, geográficamente más próxima. En la década de 1930, todavía se plantearon quejas intensas por el abandono de la periferia interior, en particular de las provincias mongolas, como fuente del poder de la nación. La expansión de millones de chinos *han* a la periferia solo se inició a partir de 1949, bajo el dominio comunista. Solo en el siglo XVIII, por lo tanto, surgió en el interior de China una «frontera» de aprovechamiento de recursos, relacionada asimismo con la esperable pérdida de tierras por parte de la población original. En China no surgieron cápsulas del estilo de las reservas norteamericanas. En particular, conservaron una gran autonomía cultural y política los habitantes islámicos de Xinjiang, que, hasta la fijación del poder comunista, en la segunda mitad del siglo XX, disfrutaron más de las ventajas que de los inconvenientes de hallarse en las *borderlands* interimperiales.[1299]

A pesar de su creciente debilidad comparativa, el imperio Qing pudo conservar asombrosamente bien sus fronteras

continentales (con la excepción de la Manchuria meridional) hasta 1911.1300 Tampoco perdió tantas zonas de la importancia económica y demográfica como el imperio otomano. La retirada progresiva del dominio otomano en los Balcanes tornó obsoletas, una y otra vez, las defensas y los trazados fronterizos ya existentes. Su lugar fue ocupado por las fronteras de los nuevos estados nacionales de los Balcanes, según iban surgiendo bajo la dirección y con las garantías de las grandes potencias europeas. En la zona del poder otomano no se produjo un movimiento de colonización interior como empezaba a darse en el imperio Qing y existía ya con mayor intensidad en el imperio zarista. Para ello no había modelos tradicionales, porque la fuerza militar otomana de la Edad Moderna se había adentrado en regiones con un campesinado estable, como los Balcanes y Egipto, en las que no había un vacío que posibilitara la ocupación de nuevas tierras por los turcos. Además, los campesinos anatolios estaban mucho menos familiarizados que los chinos o rusos con las técnicas de la agricultura extractiva. Y la ecología también imponía límites, porque en el imperio otomano apenas había espacios más extensos que se pudieran volver a cultivar con la dedicación de más mano de obra. Pese a todo, hallamos formas de un desplazamiento expansivo de la frontera. Cuando el estado otomano fue objeto de la presión de los movimientos nacionales del sur de Europa y la expansión militar del imperio zarista, y dejó de controlar el norte de África entre Egipto y Argelia, se acordó de las regiones tribales que aún quedaban en el este de Anatolia.

En los primeros años del siglo XIX vivían aquí, ante todo, pueblos kurdos regidos por kanes. Incluso en el punto culminante de su poder, el estado otomano sintió temor de los kurdos y se contentó con ejercer una soberanía laxa. Pero la élite otomana empezó a desarrollar una nueva imagen de sí misma y, en ese nuevo contexto, a partir de 1831 se alejó de esta política tradicional. Se veían como el gobierno moderno y reformista de un imperio que debía ir incorporando elementos

del estado nacional; les parecía necesario liquidar los dominios semiautónomos e integrar en la unión estatal homogeneizadora regiones marginales como el Kurdistán, en la frontera con Irán. Para lograr este objetivo, el gobierno del primer período de Tanzimat recurrió a los medios militares. En la década de 1830, varias campañas destruyeron los principales kanatos kurdos; desde 1845, se consideró por primera vez que el Kurdistán quedaba bajo el gobierno directo de Estambul. Pero la victoria militar no dio paso a ninguna política constructiva. El Kurdistán se convirtió en una zona de ocupación desolada y en parte deshabitada, cuya población albergaba un intenso odio a los turcos. Esto supuso una carga gravosa para el fisco central sin que se pusiera en marcha un crecimiento económico que rentara más impuestos. La coerción no transformó a los miembros de las tribus kurdas en ciudadanos leales al estado otomano. Mientras la frontera de los Balcanes se iba retirando cada vez más hacia el sur, la frontera oriental del imperio necesitaba una presencia militar cada vez más intensa. Pero esto no se acompañó de colonización y asentamientos y tampoco hubo una conexión entre el Kurdistán y otros mercados más amplios.[1301] Hallamos huellas de una colonización interior en los nuevos asentamientos de musulmanes que huían de los Balcanes y el Cáucaso. Se envió a varios miles como colonos a Siria y Transjordania.

Por lo tanto, si hubo una «frontera» en la Eurasia del siglo XIX, entonces hay que buscarla en el sur y el este del imperio zarista.[1302] El estado ruso surgió como un estado de frente: empezó siendo una concentración de fuerzas que se resistían contra la Horda de Oro mongola. En cuanto se sacudieron el «yugo» mongol, la superioridad económica y cultural de la Europa occidental se hizo dolorosamente perceptible. Pedro el Grande fue el primer gobernante ruso que se empeñó en sacar al país de esta posición relativamente secundaria. Sin embargo, Rusia no alcanzó la potencia imperial de primera categoría hasta Catalina la Grande. En tiempos de la zarina, el antaño

poderoso kanato de los tártaros de Crimea quedó destruido y el imperio pudo acceder al mar Negro. Rusia se situó por vez primera en una posición de superioridad militar frente al imperio otomano que ya no volvería a ceder, aunque los otomanos todavía se defendieron con acierto varias veces. A partir de 1780 se inició también la conquista del Cáucaso, un proceso muy arduo, que no concluyó hasta 1865; la fase más importante de las campañas del Cáucaso se desarrolló en la década de 1830, después de que los chechenos se hubieran unido en contra de Rusia.1303 Al concluir el reinado de Catalina, los representantes del estado ruso habían trabado relaciones con una gran diversidad de pueblos y estructuras estatales de la Eurasia oriental: desde las etnias de Siberia (que a menudo solo recibían la visita de tramperos o exploradores) hasta el emperador de Georgia, pasando por los diversos grupos tártaros y las hordas kazajas.1304 No solo hubo relaciones interimperiales con el imperio otomano, sino también con China —con la que en 1689 ya se había suscrito un tratado fronterizo de larga duración en la ciudad limítrofe de Nerchinsk—, Irán —que hasta la guerra ruso-persa de 1826-1828 mostró un ánimo muy expansivo (en 1795 asoló amplias zonas de Georgia y deportó a decenas de miles de sus habitantes)— y por descontado Gran Bretaña, con la que acabó aliándose en 1798, en coalición contra la Francia revolucionaria.

A pesar de estas bases, la auténtica formación del imperio multinacional de los zares, así como la expansión militar hasta el otro extremo del continente asiático, queda comprendida en el marco del siglo XIX (cronológico). El marco temporal de este proceso de expansión —sin paralelos en toda Eurasia— se puede delimitar con la anexión de Georgia (en parte solo nominal, en 1801) y la derrota de Rusia en la guerra contra Japón (1905).

Aunque el propio Frederick Jackson Turner advirtió, en sus escritos posteriores, contra la idea excesivamente simple de que en Norteamérica los pioneros formaron *un único* frente

ininterrumpido que se fue desplazando constantemente hacia el oeste, de hecho las condiciones del Nuevo Mundo sí fueron netamente más claras que en el gran número de «fronteras» diversas de la Eurasia bajo influencia rusa. Esta diversidad se debe a la geografía y la ecología, y la forma de organización social y política, de las etnias implicadas; a la política zarista; y a las decisiones locales de los comandantes rusos. De una *política* fronteriza como tal no puede hablarse antes de 1655, cuando el zar firmó un tratado de fronteras con los calmucos, que no fue un instrumento para la sumisión, sino un pacto relativamente equilibrado.1305 Con ello, el estado ruso recurrió pronto a un medio que Estados Unidos utilizaría contra los indios desde el principio. Los acuerdos contractuales exigen —incluso cuando el contenido no es equilibrado— un mínimo de competencia negociadora en *ambos* bandos. Por lo tanto, no son un instrumento de colonialismo plenamente evolucionado, sino, en el mejor de los casos, una etapa previa. Tratados como el de 1655 sirvieron, en un principio, para apaciguar a vecinos fronterizos militarmente poderosos. Desde aquel punto, la política zarista desarrolló un rico instrumentario de posibilidades de trato fronterizo, que iban desde el apaciguamiento hasta el genocidio.1306 Tras el uso de estos medios, sin embargo, nunca hubo una política unitaria, formulada según un plan general, de expansión imperial y administración de las colonias interiores. Así, cada una de las fronteras se tuvo que tratar por separada, al igual que es habitual hacer hoy en la investigación histórica.1307

Comparación entre el imperio zarista y Norteamérica

Desde el punto de vista de la problemática de la «frontera», en este punto no podemos limitarnos a exponer —bajo un prisma rusocéntrico— cómo se fue armando el imperio multiétnico de los zares. Reviste mucho más interés preguntar por las peculiaridades de la «frontera» euroasiática, en comparación con la de Norteamérica.

Uno. Hasta le época de la fundación de Estados Unidos, e

incluso hasta la guerra británico-estadounidense de 1812, las naciones indias más poderosas vinieron a ser «socios en política exterior» de los colonos blancos, de un modo que recuerda la relación tradicional del estado moscovita con los tártaros, kirguises y kazajos. En ambos países, el gran desplazamiento de las relaciones de poder no llegó hasta cerca de 1800. En Norteamérica, no obstante, los indios nunca se adentraron al otro lado de la frontera, en la sociedad de los colonos. Precisamente el hecho de que en Estados Unidos la «frontera» fuera exclusiva desde un principio permitió que se formara el «terreno intermedio» (es decir, una zona de contacto con un carácter híbrido y de transición). En el imperio zarista, por el contrario —como ha puesto de manifiesto Andreas Kappeler en una obra de referencia—, existían «tradiciones de simbiosis poliétnica que se remontan hasta la Edad Media».1308 Los pueblos no rusos incluidos en el sistema imperial no estaban plenamente desarmados y los rusos reconocían a sus élites, hasta cierto punto, como aristocracias de propio derecho. En las zonas marginales del imperio, definidas con menos claridad, surgieron asimismo formas especiales semiautónomas que no existieron en Norteamérica, pero en cierto sentido sí recuerdan a los *bandeirantes* de Brasil: los cosacos, sociedades guerreras formadas desde finales del siglo XV, en la actual Ucrania y otras regiones. Los cosacos eran habitantes típicos de la frontera y tanto su actitud vital como sus tácticas militares apenas se diferenciaban de las de sus vecinos, los nómadas de las estepas (tales como los tártaros de Nogái y los calmucos). Los zares los temieron durante mucho tiempo y, en la Edad Moderna, no se sintieron nada predispuestos a actuar como instrumento del poder central. Este carácter autónomo de la frontera no existió nunca en Norteamérica.

Estas sociedades especiales eran de naturaleza volátil porque, en un momento u otro, obstaculizaban la creación de estructuras nacionales o imperiales más sólidas. Así como el estado británico, aproximadamente a partir de 1720, actuó con

energía contra los filibusteros del Caribe (que hasta entonces habían sido útiles para luchar contra los españoles y franceses), la posición de los cosacos se fue debilitando cada vez más a medida que disminuía su función como cojín protector frente a los nómadas esteparios y cuanto más satisfacía el estado zarista sus necesidades de seguridad con sus propia gestión. No sería correcto imaginar a los cosacos como guerreros «europeos» opuestos a furibundas hordas asiáticas. En muchos sentidos, la organización social y los modelos culturales de los cosacos se parecían más a los de sus vecinos no rusos que a los de la metrópoli. Sobre todo en el Cáucaso ocurría así donde los cosacos de Terek y los pueblos de los montes caucásicos vivían en estrecha relación de intercambio, como culturas guerreras de organización mimética. Para los cosacos, las caravanas y los comerciantes rusos eran un botín más fácil que sus vecinos armados. Cuando el estado zarista empezó a presionar a los cosacos de Terek para que lucharan contra los pueblos del Cáucaso, en la primera mitad del siglo XIX, muchos vivieron un conflicto de lealtades; no pocos desertaron, se pasaron al bando caucásico y se convirtieron al islam. Los cosacos de Terek no ingresaron oficialmente en el estado zarista, con deberes que cumplir e impuestos que pagar, hasta 1824.1309

Dos. En la lucha contra los indios, el ejército de Estados Unidos desempeñó un papel que no se debe subestimar. Dejando a un lado el interludio de la guerra civil, el control de la «frontera» fue la función más importante de las tropas entre la guerra con México (1846-1848) y la guerra contra España (1898). El punto culminante de las actividades del ejército en el oeste estadounidense coincidió de forma casi simultánea (aunque sin relación causal) con las campañas de las fuerzas armadas zaristas en el Cáucaso y contra los emiratos del Asia central (sobre todo, Jiva y Bujará). La diferencia más importante radica en el hecho de que el ejército de Estados Unidos se desplegó para proteger a los colonos privados, es decir, en última

instancia, actuó más en acciones policiales de gran alcance que en campañas de conquista guiadas por una planificación militar; en cambio, el ejército zarista, en el transcurso del siglo XIX, se convirtió en un instrumento de conquista de territorios en los que ni precedió ni vino después un movimiento de colonización campesina. Con ello se daba continuidad a un modelo antiguo: como anteriormente, el estado ruso mostró más capacidad para las acciones militares que para la organización de asentamientos sistemáticos. Bajo aquella ampliación militar del imperio también tenían algún peso los motivos económicos: la conquista del Asia central entró en su fase decisiva en 1864, cuando la guerra civil estadounidense dificultó el abastecimiento de algodón de la industria textil rusa, y los políticos moscovitas otearon los horizontes del Asia central en busca de otras fuentes de suministro.1310 Pero en los enfrentamientos con el imperio otomano, Irán y el imperio británico, los objetivos estratégicos fueron un motivo de tanta relevancia como la determinación personal de atacar por parte de los jefes militares locales (*men on the spot*). Esta clase de imperialismo militar no conllevó la aparición de una «frontera». Fue un acto estatal, que siempre sacudió las sociedades no rusas que fueron objeto de la agresión, pero no comportó el surgimiento de nuevas formas sociales.

Tres. A diferencia de los indios de América del Norte y del Sur, los pueblos del Asia central hostigados por el imperio zarista gozaron de la oportunidad (aunque a menudo fuera mínima) de establecer alianzas con terceros o por lo menos ser recibidos como exiliados en otros países. A los norteamericanos les quedaba, a lo sumo, huir a Canadá, que sin embargo solo ofreció un exilio seguro a unos pocos. Los pueblos del Cáucaso, en cambio, participaban de las redes de la solidaridad islámica y podían contar, al menos, con ser aceptados en el imperio otomano. En la pinza que formaban el imperio zarista y el imperialismo sino-manchú, hacia finales del siglo XVIII el campo de acción de los pueblos centroasiáticos quedó bastante

reducido. Aun así, algunos todavía pudieron sortear la situación durante bastante tiempo. Hasta 1864, varios pagaban tributos tanto a Rusia como a China. Desde 1820, cuando China empezó a ceder en el dominio de Xinjiang, hubo levantamientos —tanto allí como en Kokand, en el otro lado de la frontera imperial y a corta distancia de esta— entre la población musulmana. Hasta 1878 se repitieron los intentos de formar estados musulmanes entre los imperios.1311 Con la excepción de algunos pueblos de Siberia, las víctimas de la expansión zarista conservaron un margen de actuación del que no gozaron los indios de Norteamérica.

Cuatro. En cuanto a los asentamientos invasores, del tipo de la «frontera», cabe situarlos en dos grandes regiones: en la Siberia occidental y en las estepas kazajas. La conquista rusa de Siberia —la inmensa extensión territorial situada al este de los Urales—, desde sus mismos principios, en el siglo XVII, fue impulsada por la demanda de pieles. De esta forma, Siberia quedó incluida en el comercio internacional de pieles que unía los terrenos boscosos de residencia de los animales, en el hemisferio septentrional, con los mercados compradores de Europa y China.1312 Como los recursos estaban dispersos y la actuación de tramperos y cazadores se repartía por un espacio muy amplio, no se formó ninguna auténtica «frontera peletera». Al igual que en Norteamérica, primero los nativos se pudieron beneficiar de las nuevas oportunidades de mercado. Su situación empeoró con la creciente colonización agraria de la Siberia occidental, que empezó en el siglo XVIII. Logísticamente, no fue posible hasta que, en 1763, se inició la construcción de una carretera que unía los Urales e Irkutsk bordeando el lago Baikal. Desde allí ya no faltaba mucho para llegar a la frontera china. Pero había que abrir un pasillo de miles de kilómetros entre los bosques y cubrir la carretera con una superficie que soportara el paso de carruajes y trineos. Varias décadas *antes* de que la senda de Oregón, de un modo similar, cruzara el norte de Estados Unidos, y más de un siglo antes de la

construcción del ferrocarril transiberiano, fue un logro relevante, desde el punto de vista técnico. Esta ruta o *trakt*, como fue bautizada, se llevó tan al sur como resultó posible, para minimizar el peligroso vadeo de los ríos. Por un lado, espoleó la construcción de nuevas ciudades y el crecimiento de las ya existentes, sobre todo de Omsk, elegida en 1824 como sede del gobernador general de Siberia. Pero la *trakt* aligeró también la explotación del medio natural y alteró mucho las condiciones de vida de los pueblos siberianos afectados.

Un segundo hito histórico fue la emancipación de los siervos campesinos, en 1861. Entonces aún no permitió una movilidad ilimitada, ya que los antiguos siervos, aun habiendo sido liberados legalmente, seguían atados a sus comunidades rurales (esta restricción no se levantó hasta 1906), pero cientos de miles de campesinos lo pasaron por alto. En la década de 1880, un promedio de 35.000 emigrantes entró en Siberia desde la Rusia europea; a finales de la década de 1890 eran unos 96.000, y desde 1906, la entrada de inmigrantes adquirió la intensidad de una avalancha. El máximo se alcanzó en 1908, cuando 759.000 personas pasaron la frontera siberiana.[1313] Surgieron múltiples tensiones entre los antiguos inmigrados (los «antiguos colonos» o *starožily*), que en su mayoría se habían adaptado al modo de subsistencia de los pueblos siberianos, y los recién llegados.[1314] Para los pueblos autóctonos, la colonización tuvo consecuencias fatales. Su capacidad de resistencia social fue tan escasa como la de los indios norteamericanos contra los euroamericanos, o la de los mongoles frente a los chinos *han*. La mayor escasez de caza y pesca, el endeudamiento y el alcohol socavaron la orientación cultural y las formas de vida tradicionales. Hasta llegar al mar de Ojotsk —y en el este, se añadía la presión de los asentamientos chinos—, los pueblos siberianos intentaron sin éxito tanto adaptarse a las nuevas circunstancias como retirarse a una zona más profunda de los bosques. Como en el caso de los indios de Sudamérica, no se previó para ellos ni la

protección de las reservas.1315

La zona más importante para la colonización agraria fue la estepa kazaja, es decir, la zona comprendida entre el curso bajo del Volga y el pie de los montes Altái, cerca de la ciudad de Semipalátinsk.1316 Desde la década de 1730, el estado ruso había intentado protegerse frente a los jinetes nómadas kazajos, organizados en grandes «hordas», y otros pueblos de las estepas anejas, como los baskires, erigiendo una serie de fortificaciones entre las cuales destacó, en un principio, la de Orenburg. Desde aquí, los representantes de los zares pusieron en práctica una política mixta de negociación, división e intimidación. Pese a que —si lo miramos desde la perspectiva rusa— estas medidas dieron algún fruto, estas fronteras con las estepas no conocieron la paz hasta entrado el siglo XIX. En 1829, cuando Alexander von Humboldt viajó a la zona por invitación del zar, todavía se lo recibió con una escolta muy reforzada de cosacos, porque la frontera entre Orenburg y Orsk se consideraba especialmente peligrosa. Los jinetes nómadas se adentraban con cierta frecuencia en territorio ruso, donde raptaban personas o robaban ganado. Algunos de esos secuestrados eran vendidos como esclavos en China, donde al parecer se apreciaba singularmente su trabajo en las obras de irrigación. Los soldados rusos observaban los acontecimientos de las estepas desde torres y atalayas de madera. La incorporación de los kazajos en el imperio ruso no fue el fruto de una conquista rápida, sino de un proceso lento en el que intervinieron tanto las expediciones militares como una reinterpretación progresiva del juramento de lealtad feudal como sometimiento al dominio zarista. Se pretendía tanto asegurar el control de la región como «civilizar» a los jinetes nómadas integrándolos en las estructuras imperiales superiores y convirtiéndolos en agricultores.1317

La realización de estas intenciones no tuvo tanto efecto como el asentamiento de campesinos rusos y ucranios, que labraron las zonas marginales de las estepas con mucha más energía de lo

que habían hecho antes los cosacos, con su economía mixta seminómada. La emancipación de los campesinos también representó aquí, como en Siberia, el impulso inicial. Sin embargo, como en todas las fases de la expansión rusa, el estado ayudó mucho. Con el Estatuto de la Estepa, de 1891, se limitó radicalmente la posibilidad de que los kazajos fueran propietarios de tierras. Los pastores nómadas, que en general no querían pasar al sedentarismo, fueron expulsados hacia el sur y, con ello, perdieron el acceso a los prados húmedos del norte, imprescindibles para el ciclo anual de la trashumancia ganadera. Prestemos atención al desplazamiento temporal, en comparación con Estados Unidos y Sudáfrica. Solo en la década de 1890, cuando la «frontera» de Estados Unidos y la frontera colonizadora de Sudáfrica ya se habían «cerrado» y tanto en el Medio Oeste como en el High Veld ya no quedaban tierras «sin amo», *se abrió* la frontera de las estepas en el sur de Rusia. Aquí también ocurrió, sin lugar a dudas, a expensas de la población autóctona, que, aunque no desapareció en enclaves cercados, solo pudo continuar la existencia nómada en terrenos marginales. La frontera de colonización kazaja fue, en el conjunto del imperio zarista, el caso más claro de *frontier* o «frontera». La forma de vida nómada tuvo que retirarse ante el arado de los agricultores. El conflicto no fue tanto el enfrentamiento de poblaciones situadas en distintos «estadios de desarrollo» como un choque entre etnias y formas sociales distintas. La región en la que tuvo lugar el proceso de «frontera» pasó de ser «una zona fronteriza con los nómadas y cosacos, a un territorio imperial de campesinos y burócratas», y el mundo turco-mongol dejó sitio a una esfera multiétnica dominada por los eslavos.1318 Es bastante indiferente si el resultado lo denominamos «colonia interior» o «tierra fronteriza». Aunque como careció de gobierno especial, incorporada sin más al orden estatal ruso, quizá el concepto de la colonia es menos apropiado.

Hallamos una secuencia similar en otras zonas fronterizas del

imperio zarista: primero vinieron los cosacos, luego las fortificaciones de frontera y las ciudades que eran esencialmente un destacamento militar, por último los colonos campesinos. El estado intentó animar el proceso con mucha más dedicación que en Estados Unidos; de hecho, en todas las formas de incorporación de terrenos fronterizos, el control y la iniciativa estatales fueron mucho más fuertes que en América y Sudáfrica. La aportación estatal más importante de Estados Unidos a la «frontera» fue organizar la distribución de tierras económicas para los colonos. En el plano personal, los pioneros eran personas completamente libres que nadie enviaba a ningún lugar. En cambio, el estado zarista, hasta la posterior liberalización de la política agraria bajo el gobierno del presidente Stolypin, practicó una política de asentamientos dirigidos. No suponía problema actuar así con los campesinos estatales, pero con respecto a otros campesinos (ya fueran siervos o «liberados»), el estado adoptó una actitud de tutela. Aunque al final, muchos de los colonos daban forma por sí mismos a su destino personal, en un principio la frontera de la colonización no se constituyó por sí sola, a partir de las decisiones libres de los emigrantes, como sí ocurrió en Estados Unidos.1319 Otra diferencia con Estados Unidos radica en la escasa importancia de los asentamientos urbanos. La «frontera» norteamericana estuvo asociada, en multitud de lugares, con la creación de pequeñas ciudades rurales, algunas de las cuales, donde las condiciones geográficas y de transporte fueron favorables, se convirtieron en grandes centros urbanos al cabo de poco tiempo. En el extremo occidental del continente, la «frontera» terminaba en una zona urbana muy poblada, que no nació a consecuencia de aquella. En Rusia no surgió nunca una California similar; Vladivostok no fue un segundo Los Ángeles, y en el resto de lugares, la urbanización asociada a la «frontera» fue siempre escasa.

Cinco. La expansión rusa de los siglos XVIII y XIX, en cualquiera de sus formas, se acompañó de una ideologización

inusualmente fuerte. En Estados Unidos, la retórica pública contra los indios también atravesó diversas fases en las que se consideraba que su «civilización» era o bien inútil, o bien una tarea de relevancia humanitaria. En el imperio zarista, el este estuvo ligado con fantasías aún mucho más exuberantes que las del oeste norteamericano. En toda la historia de la expansión europea, en ningún lugar se tomaron más en serio el programa de la «misión civilizadora» que en el imperio ruso.[1320] Dado que muchos coetáneos rusos entendían que la civilización sería el fruto antes que nada de la colonización, en el imperio zarista surgieron interpretaciones históricas que, en muchos sentidos, anticipaban la tesis de la «frontera» de Frederick Jackson Turner. Es el caso del influyente historiador moscovita Serguéi M. Soloviov.[1321] A principios del siglo XIX empezó a difundirse la idea de que Rusia debía actuar frente a Asia en defensa de los intereses de la Europa avanzada. El este, desde el océano Glacial en el norte hasta el Cáucaso en el sur, parecía ser un espacio en el que la clase alta e ilustrada de Rusia podía demostrar su papel como promotora de la civilización europea. Se conquistaba y colonizaba mirando de reojo la Europa occidental. También se buscaba alejarse de todos los aspectos de mala fama del colonialismo y el imperialismo; de hecho, la historiografía tanto rusa como soviética siempre ha sido reacia a admitir el carácter imperialista de la política rusa. Esta vergüenza eufemística —no muy distinta de la que acompaña a la aversión estadounidense a admitir las facetas imperialistas de la propia expansión continental— resuena incluso en la formulación preferida de la «asimilación» (*osvoenie*) de las zonas no rusas y sus habitantes. Una diferencia de peso entre los conceptos estadounidense y ruso de la «frontera» estaba en el valor concedido a Europa: si en la «frontera» de Turner uno se alejaba de Europa y se constataba el nacimiento de un carácter pionero propiamente estadounidense, en el caso de Soloviov y sus seguidores la Europa occidental era la medida de todas las cosas. El proceso

de europeización de Rusia debía continuarse como rusificación de las nacionalidades del imperio.

En Rusia, el concepto estadounidense de la «naturaleza salvaje» no parece haber interpretado ningún papel especial. En cambio, se llegó a una ideologización especialmente intensa donde la expansión daba paso a una lucha contra el islam. Había propagandistas formados en la filosofía de la historia que se creían capaces de dar la vuelta a la «decadencia histórica» del cristianismo frente al islam. Los arqueólogos se pusieron a buscar formas culturales «puras» —esto es, preislámicas— en la periferia conquistada. El islam se definió en la teoría como una importación ajena; se entendió que los puestos avanzados del cristianismo, como Georgia, debían sumarse a este plan de salvación.1322 El efecto purificador de la experiencia en la frontera debía sentar igual de bien a los propios rusos. Por ello, a partir de 1830, el estado envió a la periferia a numerosos disidentes religiosos (por ejemplo, «viejos creyentes», que se habían distanciado de la Iglesia ortodoxa a mediados del siglo XVII); entre otras razones, con el fin de proteger del contagio herético a la población ortodoxa del centro del país. En la década de 1890, los cristianos heterodoxos suponían la mayoría entre los habitantes de etnia rusa de las zonas transcaucásicas.1323 Como de costumbre, aquí el discurso imperial también muestra contradicciones internas. Los mismos guerreros islámicos del Daguestán, a los que se demonizaba como enemigos del cristianismo civilizado, podían ser vistos bajo otra luz como montañeses aguerridos y «nobles salvajes». Estos motivos del orientalismo romántico unen el pensamiento ruso sobre lo «ajeno» con las ideologías de otros imperios, por ejemplo la transfiguración de los bereberes en la zona francesa del norte de África o la admiración británica por las «razas marciales» en la India y el África oriental.1324

Seis. A diferencia de lo ocurrido con los indios norteamericanos, en cuanto al imperio zarista se pueden contar al menos algunas historias de éxito. Así, algunos pueblos replicaron a la presión

de las fuerzas expansivas que se les echaban encima con una gran capacidad de resistencia cultural y, al mismo tiempo, de adaptación. Tal fue el caso de los habitantes de Bujará, que en el siglo XVIII destacaron entre los tártaros de Siberia por su urbanidad, su relativa lealtad al gobierno ruso y una alfabetización bastante difundida en árabe y persa. Formaron el núcleo de un estrato social comercial y mantuvieron vivos los contactos intraislámicos entre Bujará y el imperio zarista. Otros ejemplos son los yakutos y los buriatos. Los buriatos —junto con los calmucos, los dos únicos pueblos mongoles del imperio ruso— representaban, desde el punto de vista ruso, un estadio evolutivo culturalmente superior a los pueblos chamanistas de la Siberia «primitiva»; más aún, cuando poseían una estructura social diferenciada con una aristocracia claramente reconocible, apta para la «colaboración» colonial. Pese a todas las posibles intromisiones de los misioneros o los funcionarios del gobierno, los buriatos, en cierta medida, conservaron un respeto y una libertad de acción que no pudieron preservar los pueblos indios del continente americano. En particular, junto a la tradicional jerarquía eclesial y política, lograron poner en marcha una élite culta moderna capaz de poner voz a sus intereses tanto públicamente como en el sistema burocrático.[1325] En todo el mundo, las etnias y sociedades peor situadas fueron las que, a largo plazo, no cumplían al menos con uno de los siguientes tres criterios: se las temía por su capacidad militar; tenían utilidad económica; eran capaces de defender su propia posición en los foros de la política moderna.

5. COLONIALISMO DE ASENTAMIENTOS

Proyectos de asentamientos del colonialismo estatal en el siglo XX

Las «fronteras» pueden ser espacios tanto de aniquilación como de remodelación. La destrucción y la construcción suelen estar estrechamente interrelacionadas. Aunque en otro contexto, Joseph Alois Schumpeter lo denominó «destrucción creativa». En el siglo XIX, pueblos enteros quedaron diezmados en las

«fronteras» (o, por lo menos, sufrieron grandes penalidades). Al mismo tiempo, allí surgieron los primeros estados constitucionales. Así pues, las «fronteras» pueden ser tanto la escena de una violencia arcaica como la cuna de la modernidad política y social.

En el siglo XX todavía hubo «fronteras»; algunas dieron continuidad a procesos del siglo XIX. Según parece, sin embargo, las «fronteras» perdieron la ambigüedad. Las transformaciones constructivas escasearon; las «fronteras» se convirtieron en zonas periféricas de imperios dirigidos con severidad, muy distintos de la pluralidad interior del imperio británico.

Tras la primera guerra mundial, las nuevas anexiones de colonos campesinos se caracterizaron por una mayor intervención estatal y más peso de la ideología. Estos colonos no eran individuos emprendedores como los que hacia esa misma época se animaban a emigrar a Kenia o Canadá, sino personas de contextos sociales en su mayoría míseros, enviados por detrás de los ejércitos conquistadores para que, en condiciones de dureza, asegurasen los «hitos delimitadores». La idea de que una nación «fuerte» necesitaba «espacio vital» (*Lebensraum*) para superar la amenaza de la escasez de recursos mediante la superpoblación, y la convicción de poseer el derecho y el deber de «cultivar» las tierras insuficientemente aprovechadas por los pueblos menos hábiles y las «razas inferiores», fue muy habitual, a principios del siglo XX, entre los movimientos y los creadores de opinión de la derecha radical. Esta política del espacio vital fue la que pusieron en práctica los nuevos imperios surgidos en la década de 1930: la Italia fascista en Libia (y en menor medida, en Etiopía); Japón, a partir de 1931, en Manchuria; la Alemania nacionalsocialista, durante la corta vida de su imperio oriental, en la segunda guerra mundial. En los tres casos, se combinaban las visiones de una defensa «popular» (*völkisch*) en las batallas de frontera con la concesión de una categoría especial a la tierra nacional.

Hitler, que leía y admiraba a Karl May, trazó paralelos directos entre el salvaje oeste de Old Shatterhand y el «salvaje este» que él mismo empezó a crear poco después de 1940.1326 Las «fronteras» se estilizaron, convertidas en espacios de experimentación en los que, sin el obstáculo de las tradiciones, se podrían hacer nacer «hombres nuevos» y nuevas formas sociales: una utopía del orden militar, en Manchuria, una tiranía racial «aria» en la Europa oriental conquistada. La ideología alemana de «sangre y tierra», precursora del genocidio y la limpieza étnica a gran escala, encarna la forma extrema de este pensamiento. No se esperaba que los colonos ejecutaran por sí mismos unos objetivos tan extremos, pero en cualquier caso, sirvieron como instrumentos de la política estatal. El estado los reclutaba, los enviaba, les proporcionaba las tierras en las zonas de ultramar y los márgenes coloniales, y los convencía de que cumplían con un deber nacional de especial importancia y debían soportar la inevitable dureza de la vida cotidiana por el bienestar de la «totalidad del pueblo». Los colonos del sueño imperial fascista —ya fuera en África, en Manchuria o junto al Volga— eran cobayas de laboratorio de una «política de carácter nacional» (*Volkstumspolitik*) guiada por el estado. Carecían de los rasgos principales de los pioneros de Turner: libertad y autosuficiencia.

En el siglo XX se añadió otro motivo, esta vez no limitado a los sistemas fascistas o (en el caso japonés) ultranacionalistas. El sociólogo James C. Scott lo ha denominado «ingeniería social» de la producción y los asentamientos rurales. La naturaleza, según se tendía a creer, se podía explotar al máximo mediante una distribución planeada, organizada y masiva de la mano de obra y una estructuración racional y uniforme de las condiciones de producción agrarias.1327 Ello tuvo siempre como efecto secundario que se intensificara el control del estado sobre la población del campo. La colectivización de la Unión Soviética y la República Popular China, asociada siempre a programas de cultivo de nuevas tierras (*Campos roturados*) [Título de una novela de Mijaíl Aleksándrovich Shólojov. (*N. del t.*)] siguió esta lógica tanto como lo hicieron muchos proyectos —de cuño netamente menos antiliberal— de la Autoridad del

Valle de Tennessee durante el «New Deal» de Franklin D. Roosevelt. En la política de colectivización comunista, el componente de la libertad de los colonos desapareció del todo y el roturado efectivo de los nuevos terrenos se confiaba a menudo a soldados y granjas estatales. Aun así, las ideas de que el espacio podía moldearse y se podía hacer avanzar una frontera ecológica y «civilizadora» relacionan todas las variedades de adquisición de tierras de origen estatal del siglo XX con las formas más antiguas del colonialismo de asentamientos.

Este sintagma clave, «colonialismo de asentamientos», se encuentra sobre todo en asociación con los imperios y el imperialismo. En estos contextos se lo considera (al menos, en lo que respecta a los siglos XIX y XX) un caso particular, porque antes de 1930 no había precisamente muchas colonias en las cuales los colonos europeos supusieran una parte considerable de la población total y dominasen los procesos políticos: salvo en los dominios británicos —que ya hacía tiempo que se gobernaban a sí mismos con formas próximas a las del estado nacional—, en lo esencial solo hablamos de Argelia, Kenia, Rodesia del Sur, Angola y Mozambique. En toda Asia no hubo tal clase de colonias de asentamientos europeos. Irlanda del Norte era un caso especial dentro mismo de Europa. La historiografía del colonialismo, por lo tanto, ha prestado poca atención a las colonias de asentamiento. Solo Argelia ha recibido muchos estudios, como parte destacada del imperio de ultramar francés. Analizar esa clase de colonias en el contexto de la «frontera» supone desplazar las referencias. Ya no se trata tan solo de un tipo especial de dominio colonial, sino de la resistencia y la expresión de formas particulares de expansión fronteriza.

Colonialismo de asentamientos: la «frontera» congelada[1328]

No todas las formas de expansión fronteriza mediante actores no estatales acarrearon el avance perdurable de una línea de separación reconocible entre sistemas de vida y economía. La antigua «frontera» canadiense fue una zona de contacto poco definida entre indios, por un lado, y por el otro tramperos y

comerciantes de pieles blancos, todos ellos personas de gran movilidad y el extremo contrario a los colonos sedentarios; y la frontera del Amazonas nunca fue más que un espacio de saqueo y explotación. La *colonización* de las fronteras, por lo tanto, es una subcategoría de la *expansión* de las fronteras.1329 Con ello se alude a un fenómeno conocido en la mayoría de los espacios de civilización: la apertura de territorios extensos al aprovechamiento humano, por el que la frontera de los cultivos se adentra en la «naturaleza salvaje» para obtener recursos minerales o agrícolas. Esta colonización se acompaña, de por sí, de asentamientos; desde el punto de vista económico, se trata de acercar los factores de producción móviles (trabajo y capital) a recursos naturales ligados a un territorio.1330 En cambio, esta clase de colonización, como a menudo se desarrolla en el margen de zonas de asentamiento ya existentes, no requiere fundar colonias en el sentido de entidades políticas específicas. Un ejemplo es la ampliación progresiva de la zona cultivada por chinos *han* a expensas de la economía pastoril del Asia central, ampliación que llegó a su punto culminante en el siglo XIX y principios del XX. Esta colonización, sin embargo, también se puede originar secundariamente a partir de núcleos de nuevo asentamiento en ultramar; el ejemplo más conocido al respecto es la apertura del continente norteamericano desde su costa oriental. La técnica industrial ha multiplicado colosalmente el alcance —y el efecto destructor sobre la naturaleza— de la colonización. En particular, el ferrocarril ha reforzado el papel del estado en un proceso que, históricamente, en la mayoría de los casos, era organizado por comunidades no estatales. La colonización ferroviaria de origen estatal más completa fue la apertura de la Rusia asiática desde finales del siglo XIX.1331

El colonialismo de asentamientos es una forma especial de la colonización de fronteras, que, en Europa, halló su primera expresión en los movimientos coloniales de la Antigüedad griega (y antes aún, de la fenicia): la plantación de «vástagos urbanos»

en otras orillas marítimas, en regiones en las que normalmente solo se precisaba (y solo se podía poner en práctica) un despliegue militar relativamente reducido. Tanto en los tiempos antiguos como en la Edad Moderna, la logística suponía una diferencia decisiva frente a otras formas de colonización fronteriza. El mar, pero también otros espacios intermedios de territorio continental no cultivable (en las condiciones del transporte preindustrial, era mucho más lento llegar a Kulja, en Xinjiang, desde Pekín, que a Filadelfia desde Londres), obstaculizan el carácter regular y frecuente de las relaciones en el que se basa la continuidad social.

En tales condiciones, era posible que la colonización diera paso de hecho a colonias, no solo en el sentido de asentamientos fronterizos, sino de comunidades específicas, esto es: sociedades de colonos con estructuras políticas propias. El caso clásico es la primera fase de los asentamientos ingleses en Norteamérica. Los grupos fundadores de esas colonias intentaron formar cabezas de puente de economía en lo posible autosuficiente, cuya existencia no dependiera ni del suministro de la patria ni del comercio con el medio autóctono. En Norteamérica, Argentina o Australia —a diferencia de los romanos en Egipto, los ingleses en la India y en parte los españoles en la América Central y del Sur—, los europeos no se encontraron con sistemas agrícolas eficaces cuyos excedentes hubieran podido tributar obligados por un aparato de control colonial apoyado por un ejército. Por lo tanto, no había posibilidad de transferir un tributo estructuralmente ya disponible del tesoro de los antiguos gobernantes al de los nuevos señores. Además, tanto la población india como los aborígenes australianos eran poco aptos para el trabajo forzado en la agricultura de estilo europeo. Estas circunstancias dieron origen al *primer* tipo de colonialismo de asentamientos, el tipo de «Nueva Inglaterra»: prospera una población de colonos agrarios que satisfacen la necesidad de mano de obra mediante la propia familia o al reclutar en Europa a los siervos

temporales del *indentured service*, y expulsar del territorio a la población autóctona, que para ellos carecía de utilidad económica y demográficamente era débil. De esta forma, en 1750 habían surgido en Norteamérica —y *solo allí*, en lo que atañe al total del mundo extraeuropeo— territorios europeizados de gran homogeneidad social y étnica, núcleos de formación de futuros estados neoeuropeos. Los británicos siguieron este mismo modelo de colonización en Australia —en las circunstancias especiales de una migración inicial de presos, de carácter forzoso— y en Nueva Zelanda, aquí ante la resistencia especialmente intensa de los maoríes autóctonos.

Un *segundo* tipo del colonialismo de asentamientos surgió allí donde una minoría de colonos en posición de dominancia política, con ayuda del estado colonial, logró expulsar de las mejores tierras a una mayoría demográfica de tradición agrícola, pero siguió dependiendo de su mano de obra y tuvo que competir siempre con ella por unos recursos escasos. A diferencia del tipo de Nueva Inglaterra, los colonos de este segundo tipo —al que podemos denominar «africano» porque en ese continente halló su forma contemporánea más definida (Argelia, Rodesia, Kenia, también Sudáfrica)— dependían económicamente de la población indígena.1332 Este factor explica asimismo el carácter inestable de este segundo tipo. Solo la colonización europea de Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda ha demostrado ser irreversible, mientras que las colonias africanas derivaron en luchas de descolonización especialmente violentas.

Un *tercer* tipo de colonialismo de asentamientos resolvió el problema de la mano de obra —originado por la expulsión o el exterminio de la población original— mediante la importación forzada de esclavos y el empleo de estos en una economía de plantaciones organizada en empresas de mediano o gran tamaño. Aquí podemos hablar del tipo «caribeño», a tenor del espacio donde se desarrolló con más claridad; de un modo menos dominante se halla también en el sur de la Norteamérica

británica. Una variable de importancia es la relación demográfica de los grupos de población. En el Caribe británico, hacia 1770, los negros representaban cerca del 90 % del total; en las colonias del norte de los futuros Estados Unidos, en la misma época, solo el 22 %; y en los futuros «estados sureños», pese a todo, no más del 40 %.[1333] Este tercer tipo, no obstante, es un caso límite. Con la excepción de los estados del sur de Estados Unidos en el medio siglo anterior a la guerra civil, no surgieron en ningún sitio, sobre la base de la esclavitud de la Edad Moderna, oligarquías coherentes formadas por los dueños de las plantaciones, con capacidad de gestión política y una visión propia en este campo. Sobre todo donde —como en Jamaica o Santo Domingo— muchos de los propietarios de las «grandes» plantaciones residían en Europa, esto era casi imposible. A esos dueños, por lo tanto, solo cabe considerarlos colonos en un sentido muy laxo.

Así pues, en la larga historia del colonialismo de asentamientos, ¿qué tiene de peculiar el siglo XIX, que se expresó ante todo en el tipo uno? Esta clase de colonialismo del siglo XIX se puede considerar «clásico» en varios aspectos, a la vez culminación de transformaciones pasadas y modelo del futuro.

Uno. Como ya había visto Adam Smith en 1776, este colonialismo seguía el principio del asentamiento libre y, con ello, de una lógica de mercado individualista: los colonos acudían en tropel, en calidad de pequeños empresarios, allí donde había oportunidades de emplear óptimamente los recursos propios —fuerza de trabajo y, en ocasiones, también capital— en terrenos extraordinariamente económicos. Por lo tanto, no eran colonos ni agentes imperiales enviados por ninguna autoridad. Su economía se basaba en la empresa familiar, pero solo en el estadio inicial de los pioneros, o si no en casos excepcionales, aspiraba como tal a la autosuficiencia. La agricultura de esta clase de colonos produce bienes de consumo masivo (*staples*), a partir de una división del trabajo, para los mercados interior y de exportación, y a su vez necesita

el comercio para abastecerse.[1334] Da empleo a trabajadores asalariados y prescinde del trabajo forzado extraeconómico. Durante el siglo XIX, en muchos casos —desde el trigo argentino hasta el algodón australiano— es superior a la media en productividad, rentabilidad y competencia internacional. En pocas palabras: en el siglo XIX las «fronteras», sobre todo las dirigidas según principios capitalistas, se convirtieron en los graneros del mundo. Este proceso de añadir prados puestos en cultivo a la economía capitalista mundial alcanzó el apogeo hacia el cambio de siglo. Hacia 1870, Canadá y Argentina todavía eran países comparativamente pobres, menos atractivos que otros para los emigrantes. Entre 1890 y 1914 los dos dieron un salto adelante inmenso en cuanto a su desarrollo. No hallaron la prosperidad en la industrialización, sino como líderes en la producción y exportación de trigo. Entre 1909 y 1914, Argentina aportó el 12,6 % de la exportación mundial de trigo, y Canadá, más aún: hasta el 14,2 %.[1335] Lo hizo posible la anexión de una «frontera» abierta, un proceso que había concluido al iniciarse la primera guerra mundial.

Dos. El colonialismo de asentamientos clásico se basaba en aprovechar un excedente de tierras económicas. Esta tierra llegó a ser propiedad exclusiva de los nuevos habitantes a través de toda clase de métodos, desde la compra al engaño o la expulsión violenta.[1336] No sería del todo correcto afirmar que fueron tierras «robadas» a sus antiguos propietarios. Muy a menudo, *antes* de la invasión imperaban los usos mixtos con relaciones de propiedad y uso poco claros. El factor decisivo fue que se privó de acceder a la tierra a sus anteriores usuarios, con gran frecuencia, sociedades tribales nómadas. Los productores quedaron separados de sus medios de producción (en los términos de Marx) o apartados a espacios marginales: los nómadas perdieron sus mejores pastos, dedicados a la agricultura o a dehesas cercadas por los colonos, etc.

En todas partes, el colonialismo de asentamientos comportó la introducción de un concepto europeo moderno de «propiedad»,

según el cual el propietario *individual* gozaba de la disponibilidad exclusiva de parcelas medidas y delimitadas con exactitud. Dondequiera que los *europeos* expandieron «fronteras», estallaron conflictos entre las diversas concepciones de la propiedad de las tierras.1337 La desposesión de las comunidades autóctonas puso en marcha en ultramar procesos que en Europa ya se habían desarrollado o estaban aún en marcha, sobre todo en cuanto a la privatización de los terrenos comunales. En el lado europeo, pese a todo, también hay que establecer distinciones entre diversos conceptos legales. Tenía suma importancia la libertad para comerciar con la tierra. En el imperio británico y los estados que le sucedieron (como por ejemplo Estados Unidos), la tierra se convirtió en una mercancía que se podía comprar, vender o empeñar libremente. En la tradición legal española, en cambio, los lazos familiares de la propiedad tenían mucho más peso. Tras la era colonial, se mantuvieron limitaciones en el comercio de las tierras, de tipo fideicomisario: un latifundio no se podía repartir y vender sin más. Esto contribuyó de forma clara a la estabilización de las oligarquías de terratenientes en Hispanoamérica y, posiblemente, obstaculizó el desarrollo económico local.

Tres. El colonialismo de asentamientos clásico, a diferencia de la variante «fascista» del siglo XX, sostenía una relación ambivalente con el estado colonial. Ya la monarquía española de la Edad Moderna se empeñó, con notable éxito, en dificultar la acumulación de propiedades permanentes en manos privadas, y con ello obstaculizó en un principio que los conquistadores dieran origen a una clase terrateniente difícil de controlar. En el siglo XIX, la corona británica no siempre se mostró cómplice de los intereses de los colonos. En Nueva Zelanda, por ejemplo —que era una de las colonias de asentamientos más destacadas—, desde las primeras décadas posteriores a la colonización, iniciada hacia 1840, las autoridades estatales se esforzaron con denuedo por proteger a los maoríes de los «tiburones», impidiendo el traspaso directo de

tierras de los maoríes a particulares británicos. Para los maoríes, como para los indios norteamericanos, la tierra no era independiente de las comunidades tribales y la autoridad de los jefes: los derechos de uso se podían ceder o incluso vender, pero no la tierra en sí. Para ellos, en un principio, el concepto legal europeo era incomprensible del todo. El estado colonial se aferraba a una prerrogativa real para disponer de toda la tierra, incluida la que la población nativa empleaba con eficiencia; *de facto*, empleó una especie de derecho preferencial; e intentó evitar una anarquía de intereses privados mediante la cesión de tierras de la corona. Estas concesiones (*crown grants*), por descontado, eran un primer paso para el traspaso permanente, y en principio los jueces daban primacía a la «seguridad de la posesión» sobre los «derechos aborígenes», que se tenían por ficticios. En cualquier caso, las concesiones de la corona se podían retirar si la tierra no se «mejoraba» con el uso. En todas las colonias británicas (y en algunas otras), se dio en algún momento la situación de que las autoridades actuaban para «proteger a los nativos» frente a exigencias desmedidas de los colonos. Desde luego, esto ocurría en un marco general de afinidad entre los colonos y el estado colonial. Un ejemplo destacado de interés en común era el de combatir a los grupos de población nómadas, aunque los motivos no fueran idénticos: desde el punto de vista de los nuevos habitantes, las «tribus errantes» competían por la misma tierra; desde el punto de vista del estado, podían sembrar el desorden y no estaban pagando impuestos.1338

Cuatro. El colonialismo de asentamientos clásico se caracterizaba por una tendencia inherente a la formación de estados *semiautónomos*. Los colonos desean gobernarse a sí mismos y aspiran a unas relaciones democráticas (o por lo menos oligárquicas). La secesión abrupta que se permitió la mayoría de los colonos británicos de Norteamérica (de 1776 a 1783) y las declaraciones de independencia de las repúblicas bóers en Sudáfrica (1852 y 1854) fueron excepcionales. En

Rodesia del Sur (más adelante, Zimbabue) no hubo una revuelta de colonos con una dimensión política estatal hasta 1965. En su mayoría, estos colonos necesitaban el techo protector de un imperio: la patria debía dejarles plena libertad, pero en caso de urgencia, poner a su disposición el uso de la fuerza. Por ello, la posición de los colonos (sobre todo en las colonias de tipo africano, con una mayoría de población autóctona) solo podía ser *semi*autónoma. Pero en ningún caso fueron simples instrumentos de la metrópoli; a la inversa, a menudo se esforzaron por influir en el proceso político de la patria. Los más exitosos, en este intento, fueron los *colons* argelinos. Aunque su representación en el Parlamento parisino supuso una fuente de fortaleza, la dependencia de las fuerzas armadas coloniales les recordaba constantemente su posición amenazada por principio. Los dominios británicos eligieron otra vía. En Canadá, Australia, Nueva Zelanda y, de un modo particular, también en Sudáfrica, los colonos, en el transcurso del siglo XIX, tomaron posesión del estado colonial y se hicieron con el control de sus principales instrumentos de coerción, sin por ello quedar incluidos formalmente en el sistema político del Reino Unido. Ninguna colonia británica envió nunca —como Argelia— sus diputados a la Cámara Baja. Antes al contrario, los dominios se resistieron siempre a los planes de aumentar el grado de integración interior del imperio. Bastante antes de que aparecieran los movimientos de liberación nacional, los colonos eran los factores de agitación más notables de los imperios europeos de ultramar. Desde el punto de vista del estado colonial, además de «colaboradores ideales», aquellos eran también una clientela muy obstinada y de trato difícil. Cuando se hablaba de «democracia en los asentamientos», el objetivo excluía de por sí los imperios.

Cinco. El colonialismo de asentamientos clásico fue una fuerza histórica de una increíble energía transformadora. Donde más claramente se percibió esta fuerza fue en la naturaleza. A lo largo de la historia, pocas veces se ha dado que grupos

humanos relativamente reducidos, en períodos relativamente cortos, hayan causado cambios de tanto alcance en su medio ambiente como los provocados por los colonos de las regiones de asentamiento neoeuropeas. Esto sucedió antes de la gran revolución técnica que, en relación con la naturaleza, se desarrolló por medio del tractor, los fertilizantes artificiales y la motosierra (de la que se podía disponer, técnicamente, desde 1947). Durante mucho tiempo, los colonos europeos y euroamericanos supieron muy poco sobre la naturaleza de las nuevas regiones en las que intentaban ganarse el sustento. Su primer reflejo fue crear tierras cultivables según los modelos que conocían mejor.[1339] Al principio, tuvieron éxito sobre todo allí donde las condiciones del espacio natural se asemejaban a las de Europa. Sin embargo, con el tiempo también se reconoció el potencial de los paisajes menos habituales, y a la vez se descubrieron los límites naturales de las diversas posibilidades colonizadoras. Las Montañas Rocosas, el interior de Australia, el norte de Canadá, los pantanos del oeste de Siberia, la región sahariana del sur de Argelia: todo ello planteaba desafíos de una dimensión a la que la experiencia europea no podía dar respuesta. Los colonos destruyeron ecosistemas y crearon otros nuevos en su lugar. Exterminaron animales e introdujeron otros; a veces, de forma deliberada, pero a veces como portadores inconscientes de un «imperialismo ecológico» que difundió formas de vida —del microbio hacia arriba— por todo el mundo. Nueva Zelanda —un destino tan remoto que quien viajaba allí desde Europa renunciaba a regresar con rapidez— sufrió una revolución biológica especialmente radical. Ya los barcos del capitán Cook, que arribaron en 1769, actuaron como una especie de Arca de Noé sobre una tierra en la que no había más mamíferos que el perro, el murciélago y una variedad de rata pequeña. Con Cook —varias décadas antes de los primeros colonos— llegaron patógenos diminutos y rollizos puercos; y allí se quedaron. Los colonos trajeron consigo caballos, ganado vacuno, ovejas, conejos, gorriones, truchas y ranas, además de

piezas de caza, necesarias incluso en las colonias para el deporte preferido de los caballeros ingleses. Los maoríes vieron en la invasión biológica no solo una amenaza, sino también una oportunidad, y se dedicaron con gran éxito a la cría de cerdos. El algodón se convirtió en la principal materia de exportación de la economía colonial. En 1858 ya había en las dos islas 1,5 millones de ovejas; veinte años después, eran 13 millones.1340 Nueva Zelanda representa un ejemplo especialmente radical de las transformaciones que el colonialismo de asentamientos provocó en general en el medio ambiente. En el siglo XIX se generalizó el «intercambio colombino» de plantas y animales, que pasó de ser un fenómeno transatlántico a uno global; y la intrusión de la agricultura colonial llegó más lejos y más hondo que nunca.

6. LA CONQUISTA DE LA NATURALEZA: INVASIONES DE LA BIOSFERA

Las «fronteras» interactúan entre sí. Son constelaciones en las que se viven distintas variedades de experiencias que luego se pueden aplicar en los marcos de condiciones similares. La guerra fronteriza de la nobleza española contra los musulmanes y, más tarde, los asaltos contra la población originaria de las islas Canarias dieron forma a todo un carácter, ya preparado para la conquista de América. Quien durante el siglo XVII había servido a la corona inglesa en Irlanda también sería muy útil en ultramar. Las «fronteras» quedaban enlazadas por el comercio mundial y experimentaban presión para que se adaptaran al mercado global. Las «fronteras» con los mismos productos de exportación masiva —por ejemplo, el trigo, el arroz o el algodón — entablaron una competencia feroz. A menudo recurrían a estrategias similares para resguardar sus propios intereses. Así, a finales del siglo XIX, tanto California como Australia vieron en la horticultura y los frutales una protección contra las oscilaciones en el precio mundial de los cereales.1341 Las «fronteras» también establecían relaciones ecológicas mutuas. El intercambio pasó a planificarse cada vez más: los

californianos importaban el eucalipto australiano como variedad adecuada para la reforestación de los paisajes áridos, y en Australia el pino de Monterrey fue el preferido para las plantaciones.[1342] Por detrás de la aparente inocencia de los experimentos botánicos había también visiones políticas: en Australia, no pocos soñaban con que el «quinto continente» se convirtiera en una segunda América.

A lo sumo desde los trabajos de Owen Lattimore, nuestra comprensión de la «frontera» posee no solo las dimensiones demográfica, étnica, económica y política, sino también una ecológica. Amplias secciones de la historia del medio ambiente, de hecho, se pueden escribir como historias de la expansión de las fronteras. Esto es válido en particular para el siglo XIX, la fase más importante —y también la última— de la apertura *extensiva* de nuevos territorios, antes de que, en el primer tercio del siglo XX, las fronteras que aún quedaran abiertas se cerraran (con la salvedad de las aguas abisales y las selvas tropicales). Este libro no incluye ningún capítulo específico sobre la historia del medio ambiente. Hay dos razones para ello. Por un lado, en lo que respecta al siglo XIX, la historiografía ha avanzado por ahora aún menos que en los casos de la Edad Moderna o el siglo XX. Por otro lado, «medio ambiente» y «naturaleza» son factores casi omnipresentes y a menudo de una importancia clave.[1343] En esta sección, trataremos de algunos procesos ecológicos de la «frontera» de los que no hemos hablado aún. Todos tienen en común que el ser humano amplió enormemente el control de los recursos naturales. Además, todos continúan transformaciones que ya se habían iniciado en épocas anteriores.

Por descontado, la industrialización causó una contaminación ambiental nunca antes vista, inauguró ámbitos completamente nuevos de la demanda de productos agrarios y permitió disponer de tecnologías que multiplicaron la eficacia de la acción humana sobre la naturaleza. Sin embargo, muy a menudo solo modificó procesos de origen más antiguo. Los

ejemplos siguientes no proceden del sector de la extensión de los cultivos ni afectan a la ampliación del conocimiento o la percepción de la naturaleza. En este caso también hubo «fronteras» no solo metafóricas, sino muy concretas. Un buen ejemplo al respecto es la transformación de la actitud de los europeos hacia la alta montaña. En muchas partes del mundo se podía observar el fenómeno de que, con el crecimiento demográfico, las comunidades ascendían cada vez más por las pendientes y los valles de la alta montaña y allí experimentaban con nuevas formas de agricultura; se vio en los Alpes, en el Himalaya o en las montañas del suroeste de China, donde ya en el siglo XVIII surgió un tipo especial de *frontier society*, anárquica y apenas controlable por el estado, que contrastaba claramente con el orden burocrático y agrario de las llanuras.1344 Solo en Europa, sin embargo, la admiración ante todo estética por los Alpes —que se inició en el siglo XVIII, primero como interés especializado de los círculos de intelectuales de Ginebra y Zúrich— se convirtió en la práctica deportiva del alpinismo; aquí se encontraron dos culturas: la de los caballeros escaladores de otros países y los guías de montaña autóctonos, más rústicos.1345 El alpinismo empezó hacia 1800 en el Mont Blanc y el Grossglockner (en Austria), de forma simultánea a los extraordinarios ascensos de Alexander von Humboldt en los Andes, que llevaron al naturalista alemán a alturas nunca alcanzadas hasta entonces por ningún europeo. En el siglo XIX, se ascendió a montañas de todos los continentes, que fueron medidas y bautizadas. Todo ello —que simbólicamente culminó con el primer ascenso del monte Everest, en 1953, por Edmund Hillary y Tenzing Norgay— supuso abrir y cerrar una frontera. A partir de ahí hubo una intensificación del desafío deportivo, al elegir los ascensos más complicados, prescindir de los aparatos de oxígeno…, pero la conquista extensiva de la alta montaña quedó cerrada, igual que en 1911 se había concluido la de la Antártida. A continuación hablaremos de tres procesos ecológicos de las

«fronteras»: deforestación, pesca de la ballena y tierras ganadas al mar con la construcción de diques.

Deforestación

En la larga historia de la deforestación planificada y de las protestas por ello (que tanto en Europa como en China empezaron entre la década de 1850 y el cambio de siglo), el siglo XIX no ocupa un lugar especialmente definido. Desde luego, nunca antes se había sembrado tanta destrucción en los bosques vírgenes; pero aun así fue una época todavía inocua, en comparación con el siglo XX. Se ha calculado que, de los grandes desmontes desde los primeros tiempos de la agricultura, cerca de la mitad se produjeron en el siglo XX.[1346] En el siglo XIX la velocidad de las talas se aceleró. Entre 1850 y 1920 es probable que se perdiera tanta extensión de selva virgen como la derribada en los 150 años precedentes. La región con más roturaciones fue, con gran diferencia, Norteamérica (36 %), seguida del imperio ruso (20 %) y el sur de Asia (11 %).[1347] El gran proceso de deforestación de las zonas templadas de la Tierra vivió un alto hacia 1920, en prácticamente todo el mundo, en un giro importante de la historia universal del medio ambiente. Este giro a favor de los bosques ya se había iniciado en Francia y Alemania a principios del siglo XIX; en Estados Unidos, en el último tercio del siglo; en Rusia, en cambio, no antes del fin del imperio zarista. Después, muchas de esas arboledas se han estabilizado o incluso regenerado.[1348] Las dos causas principales fueron, por un lado, que se interrumpió la adición extensiva de nuevas tierras a expensas de los bosques; por otro lado, que las demandas de madera del norte se cubrieron en parte ampliando la producción en las selvas tropicales.

En la actualidad todavía resulta difícil llegar a los hechos demostrables entre la maraña de discursos sobre la esteparización y la escasez de madera. Y cuando se logra aclarar el estado de cosas para extensiones temporales y espaciales delimitadas, se añade la dificultad de juzgar las

consecuencias a corto y largo plazo de la deforestación. La reducción de los recursos forestales en una región dada puede ir avanzando durante mucho tiempo sin que se reconozcan con claridad los efectos críticos. Y una crisis, ¿cuándo se torna «general», cuándo adquiere un significado suprarregional? Cabe contar muchas historias distintas que demuestran que, dentro de una tendencia general y universal de destrucción y gestión insostenible de los bosques, existen diversas vías de desarrollo particular.1349

En China, hace dos milenios y medio que se destruyen los bosques; pero solo a partir del siglo XVIII resulta apropiado hablar de una crisis general de la madera. Solo a partir de este punto, la falta de madera como combustible y material de construcción afectó no ya a las provincias más pobladas y de agricultura más intensiva, sino también, probablemente, a la mayor parte de las zonas centrales del país. Las comunidades que no eran de chinos *han*, en las periferias remotas, empezaron a organizarse entonces para defender sus últimos bosques frente a los chinos *han*, que a menudo aparecían como comandos de asalto de empresas grandes. En las zonas centrales, robar madera se convirtió en un delito muy común. Cuando se plantaban nuevas arboledas con fines comerciales, se usaban especies de crecimiento rápido; e incluso a estas, con frecuencia no se les daba el tiempo suficiente para crecer.1350

En el siglo XIX China llegó a un estadio de crisis general de deforestación. No obstante, nadie —ni el estado ni los particulares— emprendió nada al respecto; en la actualidad, la situación no es muy distinta. No había una tradición de protección oficial de los bosques, como la que se desarrollaba en Europa desde el siglo XVI. La crisis medioambiental de la China del siglo XXI hunde sus raíces dos centurias antes. La debilidad del estado chino en el siglo XIX, y la circunstancia de no estar orientado al bienestar común; el hecho de que en China el control de los bosques no hubiera servido nunca de base de poder (al igual que ocurría en el Mediterráneo, pero a

diferencia de la India, donde los bosques supusieron en varios casos el punto de partida de la formación estatal);1351 o la indiferencia cultural hacia el mito y la belleza de las bosques son factores que, ni aun sumados, bastan para explicar la situación por sí solos. Hay que sumar por lo menos *un* factor económico, una especie de «dependencia del camino» de las calamidades. La crisis había llegado a un punto en el que la reparación de las causas costaría una suma que la sociedad no era capaz de aportar.1352

En todo este proceso, los factores externos no tuvieron ningún peso. Ni China era tradicionalmente un país exportador de madera ni, en la época de la agresión occidental (a partir de 1840) hubo interés de las empresas extranjeras por los bosques chinos. En cualquier caso, China se encontraba en vías de sufrir una crisis forestal que se había provocado *a sí misma*, y sin posibilidad de corregirla. No es algo que se pueda achacar a deficiencias «esenciales» de las sociedades «asiáticas». Así, Japón, que desde finales del siglo XVI —sobre todo a consecuencia de la construcción de fortalezas y navíos durante el período de unificación, hacia 1600— atravesaba una grave crisis forestal, la interrumpió desde finales del siglo XVIII gracias a la reforestación y la producción de madera a partir de plantaciones. Esto sucedió todavía durante el Antiguo Régimen, en el período Tokugawa, sin la influencia de las doctrinas forestales europeas. La industrialización de Japón, que se inició en la década de 1880, volvió a afectar gravemente los bosques, y el estado no consideró prioritario protegerlos. Como Japón apenas dispone de combustibles fósiles, una gran parte de su energía industrial se obtuvo —durante un tiempo inusualmente largo— a partir del carbón vegetal (además de la fuerza hidráulica). La tendencia solo se invirtió a partir de 1950, de nuevo a favor de los recursos forestales.1353 Japón, como China, no destacó nunca en la exportación de madera. En cambio, Siam/Tailandia —que, como Japón, era un país independiente (y el único en el sureste asiático)— despertó el

interés de las empresas europeas por sus bosques de teca, objeto de concesiones estatales. No hubo ningún movimiento a favor de la protección forestal.

Sobre la isla indonesia de Java hay que explicar una historia distinta. Es una de las regiones del mundo más afectadas por el colonialismo, durante más tiempo y de un modo más profundo. En el sureste asiático, la deforestación intensa empezó bastante antes de que, en el siglo XIX, la era de la economía de las plantaciones devorase un bosque tras otro. En muchas zonas, la pimienta para la exportación se cultivaba ya hacia 1400, es decir, mucho antes de cualquier contacto colonial. Los compradores europeos recibían la especia a través de los puertos del Mediterráneo, primero, y luego por medio del monopolio comercial portugués. Esta sustitución de las selvas originarias por monocultivos se incrementó con el paso de los siglos, sobre todo en Sumatra.1354 En Java, durante los 330 años de presencia neerlandesa, se atravesaron varias fases.1355 En la década de 1740, la VOC (Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales) se había adueñado de la mayor parte de los bosques de teca javaneses, es decir, de los recursos forestales considerados más valiosos y aptos para la exportación, a diferencia de la jungla, más difícil de aprovechar. Con el tiempo, las consecuencias de los destructivos métodos de obtención de la madera se hicieron visibles. En 1797 se formuló por vez primera el principio de la «sostenibilidad» (*sustained yield*); en 1722 ya se había decretado una suspensión temporal de la tala en un bosque concreto. Con ello, surgió como alternativa la idea básica de la conservación. Primero se aplicó en contra de los métodos autóctonos perjudiciales, como la quema de bosques de teca (prohibida por completo en 1857). En 1808 se creó una Administración Forestal que vetaba todo uso privado de los bosques y elaboró con detalle los argumentos de la conservación. En esta misma época, surgió en Alemania una cultura forestal de base científica que pronto despertó la atención en otros países

europeos, en el imperio británico y en Norteamérica.

Después de que en 1830 se introdujera el conocido como «sistema de cultivo» (un sistema de explotación colonial de base obligatoria), se rompió por completo con toda la tradición de la intervención neerlandesa en Java. La demanda de madera y de tierra (para la agricultura, en particular para las nuevas plantaciones de café, para las carreteras y, desde 1860 aproximadamente, también para el ferrocarril) creció de forma brusca. Esta fase de explotación abusiva y no reglamentada, debida sobre todo a las iniciativas privadas, duró hasta 1870. Entre 1840 y 1870, Java perdió cerca de un tercio de sus bosques de teca; no se pensó en reforestar. Sin embargo, a partir de aquí (como después de 1808) se inició otra fase de reforma conservacionista: se recompuso la administración forestal, se refrenaron los intereses privados, se regeneraron bosques por medio de planteles. En 1897, la economía de la teca quedó definitivamente sometida al control del estado y subordinada al cuidado forestal. En adelante, la demanda de madera se satisfizo sin los destrozos de antaño.

El ejemplo de Java muestra que el colonialismo —que en muchos aspectos marcó una «divisoria en la historia del medio ambiente»—1356 pudo tener efectos diversos sobre los bosques de la «frontera» de aprovechamiento de nuevos recursos: la explotación descontrolada (a favor del beneficio económico a corto plazo) y también la introducción de una conservación forestal concebida a largo plazo. No sería apropiado responsabilizar en general al estado colonial de la destrucción de las reservas forestales indonesias. El estado *también* introdujo —como en la India o el Caribe— puntos de vista novedosos y métodos de conservación.1357

En la India, el gobierno colonial tuvo un efecto igual de ambivalente. Los británicos extrajeron madera de los bosques del Himalaya, en gran escala y, antes que nada, de los tipos más valiosos. La demanda más apremiante procedía de la construcción naval, porque desde las guerras napoleónicas no

solo la Compañía de las Indias Orientales, sino también la Royal Navy había empezado a construir grandes navíos en los astilleros indios. Acabada la era de la navegación a vela, desde 1850 aproximadamente, en la India las talas siguieron incrementándose por el efecto combinado del tendido del ferrocarril (con sus habituales amplios pasillos por entre las zonas rurales), el crecimiento demográfico y la progresiva comercialización de la agricultura.1358 Sin embargo, los gobernantes coloniales, que por un lado apoyaban y ponían en marcha la «modernización» del país, por el otro también dirigían programas de reforestación y adoptaban tradiciones conservacionistas (de los señores indios, más que de los campesinos). Allí donde los dirigentes coloniales —como los británicos en la India— mostraron cierto respeto por los derechos de la población autóctona, tuvieron que ahondar en una diversidad de viejos derechos de uso de los bosques y entablar largas negociaciones hasta llegar a acuerdos.1359 La protección forestal era más fácil de imponer donde la competencia en el seno de la burocracia era capaz de divulgar los beneficios fiscales a largo plazo. La faceta negativa de los mandos conservacionistas, sin embargo (no solo en circunstancias coloniales), podía consistir en que las comunidades que tradicionalmente habían vivido en el bosque y de los bosques se convertían ahora en objetos de la intervención estatal, «subordinados sin voz a la gestión forestal».1360 De forma análoga a las regulaciones y disposiciones cinegéticas y forestales de la Edad Media europea, la intervención conservacionista de un estado atento al medio ambiente creó nuevos límites entre la legalidad y la ilegalidad.1361 Una y otra vez, la iniciativa provocó la resistencia de las comunidades campesinas.1362

Así pues, la India ejemplifica con singular claridad una paradoja del estado colonial: durante el segundo cuarto del siglo XIX, los británicos, con ayuda de expertos forestales alemanes, armaron una administración forestal y un corpus de

legislación que, durante varias décadas, no tuvo parangón en ningún otro país. Este Departamento Forestal (*Forest Department*) diseñó y puso en práctica una gestión de los bosques que sometió a control la caótica destrucción de las selvas indias. El modelo se copió en todo el mundo, para empezar en Inglaterra y Escocia, entre otras razones porque demostró ser eficaz y lucrativo. Al mismo tiempo, sin embargo, a muchos indios les pareció un rostro especialmente feo del estado colonial: la irrupción sin escrúpulos de un invasor extranjero en las vidas de millones de personas que, fuera para conservarlo o talarlo, tenían que ver con los bosques de un modo u otro.1363

En el siglo XIX, la India e Indonesia participaron de una tendencia universal a sustituir los bosques por plantaciones de monocultivos (té, café, algodón, caucho, plátanos, etc.). Solo secundariamente se trataba de comerciar con la madera; lo esencial era el viejo impulso de ampliar la superficie cultivada, ahora espoleada por el capitalismo. Este mismo motivo impulsó la destrucción forestal de las regiones costeras de Brasil. La expansión de los cafetales empezó poco después de 1770. En la década de 1830, el cafeto, importado del África oriental, adelantó a la caña de azúcar como cultivo comercial más destacado, y preservó esta posición hasta principios de la década de 1960. El desmonte de los cafetales afectó sobre todo a los paisajes de colinas, que al quedar desprotegidos no tardaron en sufrir los efectos de la erosión, se desertizaron y fueron abandonados. Esta economía móvil —que no era preciso practicar de un modo tan extremo— se explicaba también por la convicción de que el cafeto necesitaba de la tierra «fresca» de un bosque recién roturado. Así, hasta la segunda mitad del siglo XIX, el cafetal representó una combinación peculiar de economía capitalista «moderna» y de cultura nómada primitiva: una «frontera» claramente visible, que se iba adentrando sin descanso hacia el interior del continente. A partir de la década de 1860, el ferrocarril permitió explotar asimismo las mesetas

más alejadas de la costa. Hacia el mismo tiempo hubo también un incremento drástico del número de emigrantes del sur de Europa, que ocuparon el lugar de los esclavos negros en la producción. En 1900, había 6.000 kilómetros de vías férreas, cuya construcción aumentó en todas partes la deforestación y la extensión de los cafetales. En los métodos de explotación, entre tanto, no había cambiado nada. Como antaño, se recurría a menudo al fuego, que con frecuencia se descontrolaba. El bosque de los campos abandonados no se regeneraba naturalmente porque el ganado pastaba en libertad por los terrenos sin cercar. En Brasil, el aprovechamiento de la tierra y los bosques hizo caso omiso tanto del futuro de los recursos forestales como de la sostenibilidad de la agricultura. A menudo, la tierra quedaba convertida en extensiones de estepa o matorral. Nadie parecía interesado en los bosques de calidad. Era más fácil y económico importar de Estados Unidos la madera para los astilleros y, más adelante, de Australia las traviesas del ferrocarril.

El caso brasileño representa un uso forestal de derroche extremo, que no frenó ningún cuidado por los bosques. A diferencia del estado colonial, que en el mejor de los casos tenía en mente lograr el sostenimiento a largo plazo de los recursos, el estado del Brasil independiente autorizó el desarrollo ilimitado de los intereses privados. La destrucción de la selva tropical atlántica —que se inició ya en la era colonial portuguesa pero cobró proporciones verdaderamente destructoras en el imperio poscolonial (1822-1889) y la república posterior— se cuenta entre los procesos de deforestación más radicales y brutales de la Edad Contemporánea; más aún, porque la economía en su conjunto no se benefició lo más mínimo de ello, y no surgió ninguna clase de fuerzas políticas o científicas que hubieran podido al menos frenar la tarea destructiva.[1364]

No se puede escribir una historia *unitaria* de los bosques europeos en el siglo XIX. Ello se debe, ante todo, a que en las

zonas peninsulares e insulares del continente (las penínsulas ibérica e itálica, Gran Bretaña y Dinamarca), a principios de siglo, ya apenas quedaban bosques, si de hecho quedaban; también ocurría así en los Países Bajos. El extremo contrario lo representaban los países escandinavos, en particular Suecia y Finlandia. Allí, una combinación de motivos ha permitido preservar los bosques hasta hoy: la proximidad cultural al arbolado, la mera abundancia de recursos forestales (en comparación con una población escasa), la inclusión continua del bosque en la agricultura y, en Suecia, un estado con ganas de desarrollar una política forestal. Inglaterra suponía un caso muy distinto: la demanda insaciable, entre otras, de la Royal Navy, llevó primero a la tala y luego al lamento sobre el riesgo estratégico de depender de las fuentes forestales extranjeras. Entre tanto, para un navío de guerra grande se necesitaban unos 2.000 troncos de roble adulto de la mejor calidad. La escasez de madera obligó a la Marina de guerra británica (bajo la presión de la Cámara Baja) a emplear bastante pronto la tecnología del hierro. A partir de 1870, se hizo evidente en todas partes que los barcos de hierro *grandes* son más ligeros que los de madera; este efecto se reforzó con el paso del hierro al acero. En Francia, entre 1855 y 1870, la Marina de guerra también pasó casi por completo de la madera al acero. Con ello se redujo la doble presión a la que estaban sometidos los bosques europeos, por la construcción de buques y de traviesas de tren. Precisamente en este momento, hacia 1870, la crisis crónica en la que entraba la agricultura británica creó nuevos espacios para el uso forestal de la tierra. Se plantaron especies arbóreas de crecimiento rápido, y simultáneamente, la población urbana descubrió el valor de entretenimiento de los grandes bosques. Cuanto quedaba en pie de los bosques ingleses fue ahora objeto de la atención conservacionista.1365

Estas historias particulares pueden interconectarse de una forma aún más clara. Por ejemplo, el comercio de madera incrementó notablemente su alcance. Así, a consecuencia del

bloque continental que impuso Napoleón en 1807, el interés maderero de los británicos se trasladó del Báltico y Rusia a Canadá. En la década de 1840, tan solo la provincia canadiense de Nuevo Brunswick enviaba cada año 200.000 toneladas de madera a Europa.1366 El mercado de madera auténticamente global surgió a finales del siglo XIX. Lo fomentó la creciente demanda de pasta de madera para el papel de periódico de la prensa de masas. También se continuó con la transferencia mundial de especies arbóreas y su «aclimatación», iniciada en el siglo XVIII. Antes de 1800 se habían introducido en Gran Bretaña unas 110 especies nuevas de árboles; entre 1800 y 1900 fueron más de 200. Aunque las historias locales se pueden y deben interconectar, resulta difícil sumarlas para obtener una historia conjunta de inmoderada degradación medioambiental. La deforestación no se prolongó hasta la tala del último árbol. Ya en el siglo XIX, en muchos países, eso chocaba con la lógica del aprovechamiento energético y el arranque de la conciencia conservacionista, que podían partir de motivos muy diversos, desde el amor romántico por la naturaleza a la fría consideración de las consecuencias de una explotación abusiva y descontrolada. Sería erróneo creer que la industrialización desplazó continuadamente la economía de la leña como parte de un «sector primario» arcaico. Al principio, incrementó fuertemente el consumo local de la leña allí donde las primeras máquinas de vapor y ferrerías se alimentaban de carbón vegetal. Esto no ocurría tan solo en las economías donde escaseaban los recursos, como en Japón, sino también donde había sobreabundancia de madera barata, como en Pensilvania u Ohio, donde el carbón vegetal tardó mucho en dejar de usarse como fuente de energía de la industria pesada.

Otro factor de demanda importante fue la calefacción privada. Muy pronto, poder caldear el hogar se entendió como una de las comodidades básicas del progreso material. Hacia 1860, la leña todavía era la fuente de energía más usada en Estados Unidos, con un 80 % del total; el carbón no la superó hasta la década

de 1880.[1367] Allí donde la producción se industrializó menos, fue la industrialización del transporte, en forma de traviesas de ferrocarril, la que engulló mucha madera; así sucedió por ejemplo en la India, donde en ocasiones el material tuvo que traerse desde muy lejos. Además, las primeras locomotoras se alimentaban de leña. En la India, en 1860, cerca del 80 % de las máquinas funcionaban con leña, y solo hacia el paso de siglo se produjo de forma clara el cambio al carbón.[1368] En un país de economía «moderna» como Canadá, y aun en Estados Unidos, la economía de la madera (incluidos los grandes aserraderos) fue uno de los sectores con mayor creación de valor. Algunas de las fortunas más señeras del mundo nacieron de la madera.

Añadamos, por último, una mirada a otra clase más de frontera ecológica. Esta no surgió tanto por efecto de la destrucción humana, como de las transformaciones climáticas, más lentas. Fijémonos para ello en la zona del Sahel, «frontera» desértica. El Sahel es una zona ecológica de unos 300 kilómetros de anchura, situada en el margen meridional del Sahara. Desde 1600, aproximadamente, la vida en la región ha estado marcada por una aridez creciente. La ganadería tuvo que desplazarse más al sur; en las proximidades del desierto cobraron especial importancia los camellos, que pueden sobrevivir entre ocho y diez días sin agua ni pasto y caminan sobre la arena con especial firmeza. Así, a mediados del siglo XIX había emergido una «gran zona del camello» que se extendía desde el Magreb hasta la meseta de Adrar, en el sur. La aridez ascendente también impuso nuevos modelos de trashumancia en la zona ganadera que se desplazaba hacia el sur, en la que predominaba una economía mixta de vacuno, caprino y camellos. En estas circunstancias surgió una *desert frontier* de etnicidad híbrida: pueblos árabes, bereberes y negros vivían aquí juntos y desarrollaron una nueva identidad como «blancos» asociada a un distanciamiento frente a los negros de más al sur. Los estilos de vida del pastoreo nómada y la agricultura

sedentaria adoptaron un perfil cada vez más separado. También se expresaron en variantes de movilidad: los jinetes (ya fuera de camellos o caballos) podían emprender asaltos contra los cuales los pueblos y las comunidades negras apenas sabían defenderse. Al otro lado de la «frontera» se extendían, en ambas direcciones, redes de tributación complejas, caracterizadas por una dependencia creciente de los campesinos del sur frente a los «blancos», más marcada cuanto menos se dedicaban estos últimos a la producción agraria en su propia esfera. Pese a todo, en la jerarquía social persistían muchos rasgos en común que, en última instancia, cohesionaban la zona de «frontera»: una separación neta entre guerreros y sacerdotes y la delimitación de castas. El islam se expandió en toda la zona del Sahel por medios tanto bélicos como pacíficos. Desde el norte, con el islam llegó también la esclavitud, que arraigó con una profundidad inusual. Todavía son testigo de ello los vestigios de esclavitud en la Mauritania de la segunda mitad del siglo XX.1369

Caza mayor

Otra «frontera» ecológica es la de la caza. En el siglo XIX, en el mundo abundaban aún los pueblos plenamente cazadores: no solo en el Medio Oeste estadounidense, sino también en el océano Glacial, en Siberia o en las selvas tropicales de la Amazonia y el África central.1370 Simultáneamente, europeos y euroamericanos descubrieron nuevas dimensiones en la vieja ocupación de la caza. Lo que había sido un privilegio de la nobleza, se aburguesó, como era de esperar, en las sociedades netamente burguesas del Nuevo Mundo; pero en Europa también pasó a ser accesible para la burguesía que aspiraba a conectar con el estilo de vida y la riqueza de la aristocracia. La caza sirvió como símbolo público de una convergencia de condiciones sociales. Los señores se dedicaban a la caza, sin que por ello todos los aficionados a la caza se convirtieran en señores, lo que supuso un motivo predilecto de los satíricos.

Una novedad fue el asalto organizado a la caza mayor exótica, el

mayor desde las hecatombes de animales salvajes en las arenas sangrientas de la antigua Roma (una peculiaridad que, para un comentarista de la historia tan poco convencional como Lewis Mumford, hacía especialmente repulsiva la civilización romana).1371 En el siglo XIX, con modelos totalmente distintos, se perpetró una masacre sin igual contra las piezas mayores. Los primeros relatos de viajes todavía se muestran impresionados por la paradisíaca variedad y mansedumbre de la gran fauna de África, el sureste asiático o Siberia. Esto cambió en cuanto se empezó a librar una guerra por la «civilización», en contra de los animales salvajes. Hubo una matanza y captura a gran escala de la fauna salvaje, en nombre del mantenimiento del orden colonial —para el cual una figura animal como el tigre suponía un rebelde, tanto real como simbólicamente— y con el fin de satisfacer la curiosidad del público de los circos y zoológicos de las metrópolis del norte, así como para representar espectáculos de prestigio señorial. Para ello se requería, como condición técnica previa, la difusión general de las armas de fuego. Esto permitió además que asiáticos y africanos imitaran las prácticas de exterminio de los europeos. Como figura profesional, el cazador de piezas mayores no pudo existir hasta la difusión del fusil *de repetición*, que reducía la poco halagüeña perspectiva de verse ante un tigre o un elefante belicosos habiendo disparado ya la *última* bala.

En numerosas sociedades de Asia, la caza mayor había sido un privilegio de los reyes. Ahora, según el modelo europeo, también accedían a ello los rangos inferiores de la aristocracia. En la India, la caza del tigre sirvió para consolidar la alianza británica con los príncipes autóctonos, que seguía siendo esencial para la estabilidad del Raj. Un maharajá y un alto funcionario del gobierno colonial tenían poco que decirse, fuera de ese campo, pero hallaron cosas en común en el estilo de vida del gran cazador. A menudo, las preferencias europeas en materia de caza se difundieron por un efecto de goteo. En los primeros

años del siglo XX, el sultán de Yohor, uno de los príncipes del *hinterland* de Singapur, subordinado a los británicos, tenía fama de gran cazador de tigres: en su palacio se exhibían 35 trofeos disecados. Con ello no retomaba ninguna tradición de sus predecesores, pues tal tradición no existía. El sultán, buscando el prestigio, copió el comportamiento de los maharajás de la India, que a su vez imitaban a los gobernantes británicos.

En este período, los aldeanos también trataron con ferocidad a los grandes animales. Por descontado, entre el ser humano y las bestias nunca había imperado una relación de armonía inocente. El tigre, por ejemplo, podía aterrorizar territorios enteros. Los poblados se abandonaban cuando ya no se podía seguir protegiendo al ganado (la posesión más preciada de los aldeanos), cuando resultaba imposible recoger más fruta y leña menuda (ocupación de las ancianas y mujeres jóvenes) o cuando un número excesivo de niños perecía por el ataque de los carnívoros. Al respecto se han contado historias desgarradoras, además del motivo literario del búbalo que salva a un niño de los depredadores. Algunas regiones no se podían atravesar sin sumo peligro. Las columnas de porteadores llevaban a menudo un caballo viejo al final de la fila, que se ofrecía como víctima al tigre. En 1911, en la Sumatra occidental, todavía hubo un asalto a un carruaje de correos cuyo cochero fue arrastrado a la jungla.[1372]

La caza del tigre no era un simple lujo, sino en muchos casos una necesidad, que además ya existía antes de la llegada de los colonizadores europeos. A veces, una comunidad rural entera (a menudo bajo la dirección de un anciano o de un funcionario colonial de baja categoría) emprendía auténticas expediciones de castigo. Sobre todo en Java, el tigre fue declarado enemigo militar, literalmente, contra el que actuar en venganza procurando la aniquilación. Los islámicos no sentían ningún escrúpulo al respecto: su religión monoteísta les prohibía dar crédito a la superstición de que en el tigre vivía un espíritu (ni

bueno ni malo). Se veía al tigre como una bestia contra la que había que combatir. Pese a todo, la idea de que era necesario exterminar al tigre como tal parece haber sido excepcional. Había una tendencia a dejar en paz a los animales «inocentes». En general, la población no musulmana de Asia —y probablemente una parte de los musulmanes marcados por la cultura popular— no se sentía cómoda al actuar en contra del tigre. Esto se manifiesta en el hecho de que con frecuencia se presentaban disculpas al animal difunto: por razones prácticas había sido inevitable darle muerte, pero suponía una especie de regicidio. En ocasiones, el tigre muerto era honrado como un caudillo bélico, con bailes y juegos de armas en la plaza del pueblo.1373 Hay costumbres europeas que muestran una cierta afinidad mental con estas prácticas: la galería de caza, expuesta y ordenada según la jerarquía del reino animal, y la diferenciación de sonidos del cuerno para las distintas especies animales.

El tigre muerto no se comercializaba hasta los primeros años del siglo XX. Entre la aristocracia javanesa, la carne de tigre tenía fama de exquisita; pero entre el pueblo no se comía. Al menos en el caso del sureste asiático, hay muy pocos indicios de que se matara al tigre por la piel. A la piel no se le daba valor específico. Decorar casas con pieles de animales no era habitual ni siquiera entre la nobleza. Los trofeos de caza, que en un hogar europeo podían degenerar hasta convertirse en alfombrillas de cama, parecen haber sido un invento de Europa. A principios del siglo XX llegó a las ciudades portuarias de la India una demanda turística de pieles e incluso de cadáveres disecados enteros. A menudo, los comerciantes y taxidermistas encargaban las piezas a cazadores locales (¡no británicos!). Los restos de tigre despertaron especial interés, sobre todo, en Estados Unidos.1374

Algunos cazadores se especializaron en obtener grandes felinos para los zoos y circos de Europa y Norteamérica. El primer zoológico «moderno» de Europa fue el que se inauguró en

Londres en 1828, seguido por el de Berlín en 1844 (con un edificio para grandes carnívoros a partir de 1865); en Estados Unidos los hubo desde 1890. Los animales los enviaba un número reducido de comerciantes especializados y conectados en red. Johann Hagenbeck (hermanastro del hamburgués Carl Hagenbeck, tratante de animales y propietario de un circo, que acabó abriendo un zoo propio en 1907) se estableció en 1885 en Ceilán, como mediador; allí compraba animales a los vendedores locales y él mismo emprendió expediciones a la India, la península de Malaca e Indonesia. Lógicamente, estas personas empleaban métodos de caza algo menos destructivos, pero el efecto de sus actividades no era distinto al de otros cazadores: el retroceso de la fauna. El negocio tenía sus riesgos, por otro lado, pues muchos animales no sobrevivían al transporte; pero el enorme margen comercial lo compensaba. En la década de 1870 se podía comprar un rinoceronte en el África oriental por entre 160 y 400 marcos, que luego en Europa costaba entre 6.000 y 12.000 marcos. En 1887, la empresa Hagenbeck había vendido más de 1.000 leones y entre 300 y 400 tigres.1375

El tigre fue la víctima más espectacular de la deforestación y el afán cinegético importado de Europa. Los especialistas podían derribar, en el transcurso de sus carreras en la India, Siberia o Sumatra, 200 animales o más; el rey de Nepal y los invitados a sus cacerías todavía sumaron 433 entre 1933 y 1940.1376 En la época colonial la cuestión se abordó con timidez y solo a partir de 1947, ya bajo la República India, el tigre gozó de una protección efectiva. Los elefantes contaron con protección legal antes que los tigres —en Ceilán, ya en 1873— y se acabaron los tiempos en los que un solo cazador podía jactarse de haber derribado 1.300 ejemplares. En cambio, el empleo de elefantes en el trabajo no parece haber perjudicado la estabilidad biológica de la especie en Asia. Por otro lado, las potencias coloniales pusieron fin al uso de elefantes en la guerra, que en Asia había sido una fuente tradicional de bajas cuantiosas.

En el siglo XIX hubo sectores de la caza que fueron negocios importantes en la economía mundial. Esto no supuso una novedad *absoluta*. El comercio de pieles ya había sido, desde el siglo XVII, una rama trascontinental del comercio. Pero el sector no se quedó en su existencia «precontemporánea». En 1808 Johann Jacob Astor fundó la American Fur Company, que no tardó en ser la empresa más grande de todo Estados Unidos. La aparición de una frontera de caza comercializada resultó especialmente perjudicial para los elefantes africanos. En la república bóer del Transvaal, hasta que arrancó la minería de los diamantes y el oro, el marfil fue —con diferencia— el principal artículo de exportación. Los elefantes fueron masacrados en gran número para abastecer Europa y América con mangos de cuchillo, bolas de billar y teclados de piano. Tan solo en la década de 1860, Gran Bretaña importaba anualmente 550 toneladas de marfil tanto de la India como de diversas partes de una África aún no colonizada. El punto culminante de las exportaciones africanas se alcanzó entre 1870 y 1890, es decir, precisamente cuando las potencias coloniales entablaron una carrera por ocupar el continente. En esas fechas, cada año se daba muerte en África a entre 60.000 y 70.000 elefantes. Desde entonces, las exportaciones fueron decayendo (aunque las estadísticas nunca fueron exactas). En 1900 Europa todavía seguía importando 380 toneladas de marfil, la cosecha de unos 40.000 elefantes que, salvo por los colmillos, carecían de cualquier valor comercial.[1377]

Después de que en algunas colonias, el número de animales sufriera un descenso radical o que —en el imperio británico— se introdujeran las primeras medidas de protección oficial, aún tímidas, el Estado Libre del Congo quedó como la última reserva activa de colmillos: no fue solo un lugar de extrema explotación humana, sino también un colosal cementerio de elefantes. Entre principios del siglo XIX y mediados del siglo XX el elefante desapareció en extensas zonas de África: en el cinturón de la sabana septentrional, en Etiopía y en todo el sur.

Hasta después de que concluyera la primera guerra mundial, en África morían más elefantes de los que nacían. Solo en el período de entreguerras despegó la eficacia de la protección.
Cabe explicar historias parecidas de muchos otros animales. El siglo XIX fue para todos ellos —como para el bisonte norteamericano— una época de desprotección y masacre. El rinoceronte era especialmente reputado entre los cazadores deportivos europeos por la dificultad de la pieza. Sin embargo, lo que causó su perdición (hasta hace muy poco) no fue la demanda europea, sino la asiática. En el Oriente musulmán y el Lejano Oriente, se consideraba que la sustancia de los cuernos era un afrodisíaco merecedor de precios muy elevados. Las plumas de avestruz también eran muy solicitadas, pero en este caso se practicó la cría en granjas, lo que salvó a esta ave del exterminio. El modelo fue el mismo en todas partes: violencia implacable contra los animales salvajes en el siglo XIX y luego un cambio de opinión progresivo, primero entre los avanzados del ecologismo y en la burocracia colonial británica. El siglo XX, desde la perspectiva de la historia humana, se ha considerado con justicia como el «siglo de la violencia». En cambio, desde la perspectiva de los tigres y los leopardos, los elefantes y las águilas, la situación es más favorable: marca el inicio del empeño por hallar un *modus vivendi* del ser humano con otros seres vivos con los que —antes de la invención de las armas de fuego— había desarrollado una relación de relativa igualdad de oportunidades.
Por descontado, la caza obedecía a muchos motivos, y no solo al del beneficio económico. Los cazadores de las piezas mayores se convirtieron en héroes culturales. La capacidad de sobrevivir con éxito a un encuentro con un oso grizzly en plena naturaleza parecía resumir las cualidades más elevadas del carácter norteamericano. Hacia el cambio de siglo, el presidente Theodore Roosevelt puso todo su empeño en encarnar esa idea, y participó en grandes cacerías —con despliegue mediático— que le llevaron hasta el Kilimanjaro. La caza era propia de

caballeros, pero también era un privilegio natural de los colonos, que casi siempre eran al mismo tiempo campesinos y cazadores. A fin de cuentas, al menos a principios del siglo XIX, los grandes carnívoros todavía eran tan numerosos en todas las regiones con asentamientos coloniales del mundo que los pioneros no podían descuidarse al proteger sus posesiones.1378

Moby Dick: la pesca de la ballena

La pesca de arenques o bacalaos se asemejaba más a cosechar en el mar que a cualquier acción de sigilo y astucia, pero en el siglo XIX todavía quedaba al menos *una* forma de acosar animales marinos que no carecía del todo de los rasgos del deporte y la caza: la pesca de la ballena, que estuvo entre las grandes epopeyas del siglo XIX, aun cuando era al mismo tiempo una clase de industria. En la Edad Media los vascos ya habían cazado ballenas y desarrollado para ello técnicas que en el siglo XVII fueron adoptadas por neerlandeses e ingleses. En el siglo XIX se inicio la pesca de ballenas en las aguas de Groenlandia.1379 Al iniciarse el siglo, el archipiélago de Svalbard (Spitzbergen) estaba tan esquilmado que ya no resultaba provechoso buscar ballenas en la zona. Los norteamericanos se sumaron a la pesca de los grandes cetáceos en 1715, desde el puerto de Nantucket, en Massachusetts; y al principio se concentraron en apresar cachalotes en el Atlántico. En 1789 los balleneros estadounidenses irrumpieron por vez primera en el Pacífico. Durante las tres décadas siguientes, se descubrieron casi todos los caladeros importantes del mundo.1380 La pesca de la ballena llegó al apogeo de su importancia internacional, aproximadamente, entre 1820 y 1860. Tras la guerra de 1812, la nación más destacada en el sector fue Estados Unidos. La flota ballenera estadounidense, que anclaba sobre todo en los puertos de Nueva Inglaterra —entre los cuales había una competencia descarnada por la primacía— comprendía en 1846 no menos de 722 naves. La mitad cazaban cachalotes, un odontoceto en cuya colosal

cabeza se encuentra la cetina o «esperma de ballena», una sustancia grasa que se empleaba para hacer las velas de mayor calidad y más caras del mundo.

La pesca de la ballena era un negocio global con una cronología y geografía complejas, que, entre otros factores, dependía también de las características de cada una de las numerosas y diversas especies de ballena. En los mares del Sur había caladeros de cachalote ante las costas de Chile, donde, hacia 1810, sembró el pánico una colosal ballena blanca llamada «Mocha Dick», inspiración para el mítico monstruo de Herman Melville.1381 Por entonces, la pesca internacional se concentraba en una franja marítima entre Chile y Nueva Zelanda, así como en las aguas próximas a Hawái. Los descubrimientos de nuevas poblaciones de ballenas desataban «luchas por la grasa» entre los diversos barcos e incluso flotas nacionales al completo, no muy distintas de las fiebres del oro de California o Australia. Australia fue especialmente exitosa hacia 1830, aunque de forma pasajera.1382 En la zona occidental del océano Glacial Ártico (Alaska, estrecho de Bering, etc.) se descubrieron en 1848 caladeros abundantes, poblados sobre todo por ballenas de Groenlandia (hoy casi desaparecidas); fue el descubrimiento más importante de toda la pesca ballenera en el siglo XIX, porque ninguna otra especie produce mejores «barbas de ballena». Aquí Estados Unidos estrenó su presencia comercial en los mares del Norte, partiendo sobre todo del puerto de New Bedford (Massachussetts), gran rival de Nantucket, con San Francisco como principal puerto de apoyo. Sin este factor, no es probable que Estados Unidos hubiera mostrado interés por Alaska. Hubo en punto de inflexión en 1871, cuando la mayor parte de la flota ballenera ártica de Estados Unidos se perdió entre las banquisas.1383 Al mismo tiempo, los caladeros más destacados estaban cerca de agotarse. La década de 1870 supuso un período de crisis general para la flota ballenera estadounidense. La salvación provisional llegó por un incremento de la

demanda: el nuevo ideal de belleza de cintura de avispa hizo que se vendieran más corsés fabricados con una técnica que dependía de la elasticidad y resistencia de las «ballenas» (las láminas de las barbas). Ahora valía la pena salir otra vez al mar, aunque hubiera que llegar más lejos.1384

La pesca de la ballena no era una especialidad anglo-estadounidense. Desde Nueva Inglaterra se bajaba a pescar al Pacífico sur para poder abastecer de velas y ballenas para corsés el mundo de las damas parisinas. Pero sobre todo desde Le Havre, a partir de la década de 1860, también lo hicieron los franceses. Sus caladeros llegaban hasta Australia, Tasmania y Nueva Zelanda, regiones en las que, hacia 1840, un ballenero anclado todavía podía ser atacado y su tripulación, asesinada. En realidad era un negocio peligroso en general: entre 1817 y 1868, el 5,7 % de las expediciones balleneras francesas terminaron con el hundimiento del barco, en su mayoría en una tormenta. En ese mismo lapso temporal, los arponeros franceses mataron entre 12.000 y 13.000 ballenas, lo que supone una cifra relativamente modesta si se tiene en cuenta que poco antes de la segunda guerra mundial se sacrificaban 50.000 ballenas al año.1385

La era de Moby Dick —en la que el duelo entre el hombre y la ballena todavía dejaba alguna posibilidad, aunque fuera mínima, al oponente animal— terminó cuando se introdujeron los cañones lanzadores de arpones. En la década de 1880, la época del *open-boat lancing*, cuando se asaltaba al animal desde los botes, había quedado atrás para siempre. Solo unos pocos románticos practicaban aún el arte del arpón manual, que por entonces resultaba todavía más difícil porque los inteligentes cachalotes habían aprendido a mantener la distancia. La época post-Ahab de la pesca de la ballena la inició el noruego Svend Foyn, que hacia 1860 inventó un cañón arponero instalado a bordo del barco, que disparaba balas de 104 milímetros que explotaban en el cuerpo de la ballena; se asemejaba más a un arma de artillería que a una de caza. Los *whalers*

estadounidenses ya no adoptaron estos nuevos métodos.1386 En 1880 llegó otra novedad, con la introducción de los barcos de vapor, que sin embargo duplicó los costes de construcción de los navíos. Las nuevas técnicas de captura suponían un progreso dudoso incluso desde la perspectiva de los balleneros: hacia 1900, numerosos caladeros habían quedado esquilmados.1387 Varias especies estaban cerca de la extinción, otras se habían retirado a aguas de más difícil acceso. La evolución técnica, por otro lado, había dejado atrás la demanda de muchos de los productos de la industria ballenera. Sobre todo, habían empezado a usarse toda una serie de grasas alternativas, de origen vegetal o fósil, y productos derivados. (En 1858, unos empresarios balleneros ya habían tenido la previsión de fundar una fábrica para destilar el petróleo.)1388 Que la pesca de la ballena todavía se recuperase, después de haber tocado fondo, ya es otra historia.

La única nación no occidental que persiguió las ballenas independientemente de la influencia occidental fue Japón. En el archipiélago, la pesca comenzó hacia la misma época que en aguas del Atlántico. Hacia finales del siglo XVI, la pesca de las ballenas próximas a la costa era una ocupación que daba de comer, literalmente, a un gran número de pueblos del litoral. Desde finales del siglo XVII, en vez del arponeo, se usó el método de atrapar a las ballenas desde botes, en grandes redes (las especies de Japón son en su mayoría más pequeñas y de nado más lento). El despiece de la ballena, de la que no se desaprovechaba nada, no se hacía en los barcos (como en los balleneros estadounidenses), sino en tierra. Después de que, hacia 1820, las pescadores británicos y estadounidenses descubrieran la abundancia de las regiones comprendidas entre Hawái y Japón, en poco tiempo varios cientos de balleneros se apiñaron en las aguas oceánicas niponas. Al parecer, un ballenero extranjero ya recibió en 1823 la visita de funcionarios japoneses. En el archipiélago se dio mucha publicidad al caso de Nakahama Manjirō, el hijo de un pescador, al que un

ballenero estadounidense rescató de un naufragio en 1841. El capitán se lo llevó a su casa, lo adoptó en su propia familia y le proporcionó una buena educación. Nakahama fue el primer estudiante japonés en Estados Unidos. Se distinguió en un centro universitario donde aprendió navegación y en 1848 halló empleo como oficial en un ballenero. Pero la nostalgia le hizo regresar a su país de origen, después de varias aventuras, en 1851. Allí fue sometido a un interrogatorio de varios meses, porque las autoridades japonesas utilizaban cualquier mínima ocasión para obtener información sobre el mundo exterior. Nakahama trabajó como maestro en una escuela del clan de Tosa; algunos de sus alumnos estuvieron entre los líderes de la restauración Meiji. En 1854, el sogún recurrió a Nakahama como intérprete en las negociaciones con el comodoro Perry, comandante de la flotilla estadounidense que «abrió» Japón. Nakahama también tradujo una serie de libros extranjeros sobre navegación, astronomía y construcción naval y aconsejó al gobierno sobre la formación de una flota japonesa moderna.1389

La pesca de la ballena formaba parte del contexto diplomático de la apertura de Japón en 1853-1854. Los estadounidenses buscaron el contacto con Japón, entre otras razones, por el deseo de proteger a los balleneros del país que naufragaran en la zona frente a las sanciones oficiales de un país que llevaba doscientos años de rigurosa política de aislamiento deliberado. El comodoro Perry tenía la misión de conseguir un mínimo de garantías legales para ellos, así como lograr que los barcos estadounidenses pudieran aprovisionarse de carbón.1390 Sin la rápida expansión previa de la pesca de la ballena, es probable que Japón no se hubiera abierto hasta más adelante. Los japoneses estuvieron entre los primeros que adoptaron los poco deportivos métodos de cañoneo de Svend Foyn; sin embargo, no fueron los estadounidenses, ni tan siquiera los propios noruegos, los que dieron a conocer en Japón estos «métodos noruegos», sino que fueron los rusos. Este contacto

ballenero, de hecho, tenía también una faceta de política exterior, pues solo después de que Japón se impusiera en 1905 en la guerra que la enfrentó con Rusia pudo expulsar a ese importante competidor de las aguas del país y monopolizar los caladeros comprendidos entre Taiwán, al sur, y Sajalín, al norte.1391

Moby Dick, de Herman Melville, de 1851 —una de las grandes novelas del siglo XIX— grabó la pesca de la ballena profundamente en la conciencia de la época, y con más intensidad aún, en la posteridad. La propia novela incluye extensos pasajes con todos los detalles imaginables sobre el oficio. Melville conocía bien esa pesca. En su juventud había pasado cuatro años embarcado en balleneros, lo que le proporcionó un conocimiento directo sobre el mundo social de sus pescadores. Había modelos reales para la «ballena blanca», el capitán Ahab y la tragedia de los naufragios. El caso más conocido —que el propio Melville estudió con atención— fue el del ballenero *Essex*, de Nantucket, que el 20 de noviembre de 1820, tras ser embestido por un cachalote furioso en el Pacífico sur, a miles de millas de su puerto de origen, se fue a pique. Veinte miembros de la tripulación se salvaron a bordo de tres pequeños botes. Ocho de ellos sobrevivieron durante noventa días, tras haberse comido a siete de sus compañeros. En 1980 se descubrió el informe de uno de los implicados, que complementa y confirma la descripción del proceso del testigo Owen Chase, conocida y empleada por Melville.1392 Este espantoso drama de canibalismo en alta mar se produjo solo cuatro años después del caso tristemente similar de la balsa con los náufragos de la fragata francesa *Méduse*, hundida ante las aguas del África occidental; de los 149 hombres refugiados al principio en la balsa, solo 15 sobrevivieron.1393

Fausto: ganar tierras al mar

Si la pesca de la ballena y en general la pesca en alta mar representan una relación ofensiva con el mar y su fauna, y al mismo tiempo son una forma de vida peculiar en tanto vida

marítima en la que todo gira en torno de los peces y las ballenas, también podemos hallar el extremo contrario: una actitud defensiva frente al mar, en los proyectos de ganancia de tierras y ampliación de la costa. El control de los grandes ríos —por ejemplo, el del curso alto del Rin, que se inició en 1818,1394 o del Misisipi, un siglo más tarde— ya fue muy espectacular. Aún fue más fascinante el plan «fáustico» de ganar al mar, de forma permanente, tierras habitables. Goethe, que ya en 1786 había estudiado con detalle la situación de Venecia en cuanto a la ingeniería hidráulica, se mantuvo al tanto de los trabajos de construcción del puerto de Bremen (1826-1829) e hizo del Fausto entrado en años un empresario destacado en la ganancia de tierras al mar:

Kluger Herren kühne Knechte
Gruben Gräben, dämmten ein,
Schmälerten des Meeres Rechte
Herrn an seiner Statt zu sein.1395

El poeta también vio que la escala de aquellos proyectos acarrearía el sacrificio de algunas vidas de los trabajadores («Menschenopfer mussten bluten / Nachts erscholl des Jammers Qual»). Instalar diques, desecar marismas o abrir canales figuraban entre las tareas más penosas de la Edad Moderna, a las cuales las autoridades, que por lo general eran quienes solían ponerlas en marcha, destinaban a menudo equipos de reos o de prisioneros de guerra (por ejemplo, de las guerras con los turcos). El siglo XX se ha caracterizado por la construcción de grandes diques y una especial afición por secar zonas húmedas, hasta desecar una sexta parte de las marismas de todo el mundo.1396 En el mismo siglo XX se ha dado continuidad a grandes proyectos de ingeniería en el litoral, que se extendieron a lo largo de muchos decenios: tierras ganadas en la bahía de Tokio (cuyas obras empezaron en la década de 1870) y en la desembocadura del Yangzi, o el cierre del Zuiderzee (proyectado en 1890, pero emprendido solo a partir de 1920), que terminó ampliando el territorio neerlandés en

más de una décima parte.

En el siglo XIX también había muchas personas activas, en muchas zonas del mundo, en esta «frontera» ecológica. En Francia, por ejemplo, en 1860 ya se habían secado todas las grandes regiones de marismas, que se convirtieron en pastos; era necesario para aumentar el consumo de carne, según demandaba una sociedad que se enriquecía. Sobre todo en el caso de los Países Bajos, el control de los ríos y la ganancia de nuevas tierras formaba parte de su existencia nacional. Desde la Edad Media, el drenaje fue una labor organizada; desde principios del siglo XVI hubo una protección centralizada contra las inundaciones. Aquí se exigía a los campesinos que pagaran impuestos, no que prestaran servicios colectivos. Esto contribuyó, por un lado, a la comercialización de la agricultura; por otro lado, hizo surgir un proletariado móvil de trabajadores de los diques. Ya en el siglo XVI —no a partir del XIX— se desarrollaron los avances técnicos determinantes. Entre 1610 y 1640 se llegó a un apogeo de la desecación que apenas se ha superado desde entonces; entre 1500 y 1815, los Países Bajos ganaron en total 250.000 hectáreas, cerca de un tercio de la superficie cultivada.1397 Con la mejora de la tecnología de los molinos de viento, el rendimiento de las bombas aumentó. Si en el siglo XVIII las fuerzas se concentraron en controlar el Rin y el Waal, en el siglo XIX se intensificó otra vez la ganancia de tierras. En total, entre 1833 y 1911 se cultivaron 350.000 hectáreas nuevas; unas 100.000 de ellas se ganaron mediante diques y desecación.1398 En esta época se dio prioridad por vez primera a la protección frente a la ampliación, después de sufrir una inundación destructora en 1825. Ahora se iniciaron, por ejemplo, labores de cuidado de las dunas.1399 También fue novedoso que las cuestiones de ingeniería hidráulica se declarasen tarea del gobierno central —como ocurría en China desde hacía casi dos siglos— y no ya tan solo cuestión de las provincias y los particulares.

El proyecto principal del siglo XIX fue desecar el Haarlemermeer

(lago de Haarlem), de 18.000 hectáreas, entre 1836 y 1852, un lago interior poco profundo, situado en el centro de la provincia de Holanda, la más importante del país. Se había formado por inundación, durante las tormentas de otoño de 1836. La consecuencia más gravosa afectó las vías de comunicación: quedaron anegadas y dañadas las carreteras de la zona, en particular las *straatwegen*, de técnica avanzada (estaban hechas de ladrillo y piedra natural), de las que los neerlandeses se sentían especialmente orgullosos. A ello se añadieron dos factores. Primero, el temor a que el lago de Haarlem, cada vez más extenso, pusiera en peligro las ciudades de Ámsterdam y Leiden. Segundo, un nuevo punto de vista en la política económica: la desecación se organizó con criterios muy modernos, que aún son habituales hoy en los proyectos de infraestructuras. Antes de emprender las obras, y durante todo su desarrollo, se hicieron rigurosos estudios científicos. Intervinieron juristas para reconciliar los intereses de los numerosos vecinos afectados. Los trabajos salían a concurso público y se confiaban a empresas privadas. Los *polderjongens* u obreros trabajaban en columnas de entre ocho y doce hombres, a las órdenes de un capataz. En su mayoría eran solteros, pero otros trajeron a sus familias y se les proporcionó alojamiento en casetas de junco o paja, próximas a las obras. En la época de mayor actividad, en verano, trabajaban simultáneamente varios miles de hombres. No faltaron los problemas habituales en obras de aquella dimensión: riesgos para la salud, la potabilidad del agua, delincuencia. Desde 1848 hubo en funcionamiento bombas de vapor británicas —entre ellas, tres grandes estaciones de bombeo—, en lo que es otro ejemplo más de la diversa utilización de la máquina de vapor fuera de la producción industrial.1400 En 1852, el lago de Haarlem quedó seco y se pudo ir transformando lentamente en tierra útil. En la actualidad, el aeropuerto de Schiphol ocupa una parte de esa superficie.1401

Todas las «fronteras» tienen una dimensión ecológica. Son

espacios naturales, además de sociales. Esto no significa que uno deba seguir la naturalización de las relaciones sociales típica de las «fronteras». Desplazar a pueblos cazadores no es lo mismo que desplazar el mar. Los nómadas y las estepas no son elemento indistinguibles de una misma «naturaleza salvaje».1402 El retroceso de las estepas, los desiertos o las selvas tropicales tiene siempre la consecuencia de destruir un hábitat y además privar de su base existencial a las personas que viven allí. El siglo XIX fue la época de la historia universal en la que la apertura de territorios y recursos se hizo más expandida y extensa que nunca, hasta llegar a su máximo, y las «fronteras» adquirieron una importancia social e incluso política que no habían tenido antes ni han vuelto a tener después. En las zonas de la actual destrucción de la selva tropical, o en el espacio exterior, no surgen nuevas formaciones sociales como en los Estados Unidos, la Argentina, la Australia o la Kazajistán del siglo XIX. Muchas «fronteras» —no solo la de Estados Unidos— habían quedado «cerradas» hacia 1930. A menudo procedían de la Edad Moderna, pero el siglo XIX marcó una nueva época con las migraciones masivas, la economía de los nuevos colonos, el capitalismo y las guerras coloniales. Varias «fronteras» han tenido una poshistoria en el siglo XX: el sometimiento de un «espacio vital» en forma de colonialismo del estado, entre aproximadamente 1930 y 1945; los grandes proyectos de tecnología ambiental y social de cuño socialista; o la expansión de los chinos *han*, con el apoyo de la política, que en los últimos decenios ha acabado reduciendo a los tibetanos a una minoría en su propio país.

En el siglo XIX, las «fronteras» representaron muchas cosas: espacios de nuevos cultivos y aumento de la producción, imanes para los emigrantes, zonas disputadas de contacto entre imperios, puntos álgidos en la formación de clases sociales, esferas de violencia y conflicto étnico, cunas de la democracia de los nuevos colonos y de regímenes raciales, puntos de partida de fantasmas e ideologías. Temporalmente, las

«fronteras» fueron el foco de una dinámica histórica de primer orden. Solo una interpretación de la época reducida a la industrialización limitará esas dinámicas a las fábricas y altos hornos de Manchester, Essen o Pittsburgh. En lo que atañe a las consecuencias de esta dinámica, no pasemos por alto una diferencia importante: los obreros industriales de Europa, Estados Unidos y Japón se fueron integrando cada vez más en la sociedad, crearon organizaciones para defender sus propios intereses y, a lo largo de varias generaciones, lograron mejorar su situación material. Las víctimas de las expansiones de «fronteras» quedaron excluidas, despojadas y privadas de sus derechos. Hace solo unos años que algunos tribunales de Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda o Canadá han comenzado a reconocer sus pretensiones legales; los gobiernos han asumido la responsabilidad moral y se han disculpado por las atrocidades del pasado.[1403]

Capítulo 8
Imperios y estados nacionales

La persistencia de los imperios

1. TENDENCIAS: LA DIPLOMACIA DE LAS GRANDES POTENCIAS Y LA EXPANSIÓN IMPERIAL

En el siglo XIX, los imperios y los estados nacionales fueron las entidades políticas más grandes de la existencia humana en común. Hacia 1900, también eran ya los únicos con peso en todo el mundo. Casi todas las personas vivían bajo la autoridad de un imperio o un estado nacional. Todavía no existía un gobierno mundial ni instancias de orden supranacionales. Solo en lo más profundo de las selvas tropicales, las estepas o los paisajes polares vivían etnias pequeñas que no debían tributo a ningún poder superior. Las ciudades autónomas ya no desempeñaban ningún papel, en ninguna parte. Que Venecia —durante siglos, encarnación de la comunidad ciudadana capaz de defenderse a sí misma— perdiera la independencia en 1797, y que la república de la ciudad de Ginebra, tras un interludio bajo dominio francés (1798-1813), se uniera como cantón a la confederación suiza, en 1815, simbolizaba el fin de una larga era de las ciudades-estado.1404 Ahora el marco de la vida social lo formaban los imperios y estados nacionales. Solo las comunidades de solidaridad de unas pocas religiones —la *societas christiana* o la *umma* musulmana— tuvieron una aspiración más completa, sin que por ello les correspondiera una estructura de poder igual de extensa. Los imperios y los estados nacionales poseían una segunda faceta adicional: eran los actores de una escena particular, la de las «relaciones internacionales».

Fuerzas motrices de la política internacional

En lo esencial, la política internacional se ocupa de la paz y la guerra. Hasta las grandes masacres estatalmente organizadas del siglo XX, la guerra había sido el más grave de los males que el ser humano podía causar; evitarla, en consecuencia, era un bien mayor. Si bien los conquistadores, a corto plazo, suelen

gozar de la fama más alta, aun así todas las civilizaciones —al menos, desde la perspectiva de la posteridad— prefieren a quienes han sabido crear y preservar la paz. Quien conseguía ambas cosas —conquistar un imperio y traer la paz— gozaba sin duda del mayor prestigio. La guerra afectaba a la sociedad en su conjunto, como solo podían hacer los otros jinetes apocalípticos: la epidemia y la hambruna. Su ausencia discreta —la paz— es la principal condición previa para garantizar la vida civil y la existencia material. Por ello, la política internacional nunca ha representado un campo aislado en sí mismo: está estrechamente relacionada con todos los demás aspectos de la realidad. Cuando se produce una guerra, nunca deja de afectar la economía, la cultura o el medio ambiente. Otros momentos dramáticos de la historia también han estado vinculados, en su mayoría, con la guerra. A menudo, no hay revolución sin guerra (como la revolución inglesa del siglo XVII, la Comuna parisina de 1871 o las revoluciones rusas de 1905 y 1917) o aquella desemboca en esta (como la Revolución Francesa de 1789). Solo unas pocas revoluciones (por ejemplo, las de 1989-1991 en el ámbito de la hegemonía soviética) carecieron de consecuencias bélicas,[1405] pero incluso los acontecimientos de 1989-1991 tenían causas militares *indirectas*: la carrera armamentística de la anterior guerra «fría», en la que nunca hubo garantía de que no estallara un conflicto bélico *per se*.

La estrecha interconexión de la política internacional con la vida social en todas sus facetas no debería hacernos olvidar, sin embargo, que en la Europa moderna, las relaciones internacionales se diferenciaron como un campo de acción que, en parte, ha seguido una lógica propia. Desde que nació la diplomacia (europea), en la Italia del Renacimiento, ha habido especialistas en las relaciones entre estados. La forma de pensar de estos especialistas, y los valores que los movían —como por ejemplo los conceptos de «razón de estado», de los intereses dinásticos y más adelante nacionales, y del prestigio u

honor de un soberano o un estado— suelen ser ajenos al súbdito o al ciudadano de a pie. Forman un «código», unas retóricas y sistemas de reglas. Precisamente la ambivalencia de autonomía e inserción social hace que la política internacional resulte un tema especialmente atractivo para los historiadores, desde el punto de vista intelectual.

En el siglo XIX nacieron las relaciones internacionales según las conocemos hoy. En los últimos años, esto ha quedado singularmente claro, cuando —tras el fin de la confrontación atómica «bipolar» entre Estados Unidos y la Unión Soviética— han regresado al primer plano algunos modelos de las estrategias de guerra y la conducta internacional que recuerdan a la época de la Guerra Fría o incluso de las dos guerras mundiales. Desde luego, con una gran diferencia: desde 1945, ya no es normal que dos estados libren una guerra para imponer sus fines políticos. Los convenios internacionales han deslegitimado la guerra de agresión como recurso político. Por otro lado, la capacidad bélica ya no se considera, como en el siglo XIX, una «prueba de modernidad» (Dieter Langewiesche), salvo en el caso de las armas atómicas en algunos estados de la Asia contemporánea.1406 En el siglo XIX se constatan cinco grandes procesos:

Uno. La guerra de independencia de Estados Unidos (1775-1781) ya fue una forma de transición entre el viejo duelo de las castas de oficiales y un nuevo combate de milicias patrióticas; pero fueron las guerras que pronto acompañaron a la Revolución Francesa las que pusieron en pleno vigor en el mundo el principio de la condición armada de los pueblos. El punto de partida, en Europa, es el decreto de la Convención Nacional francesa sobre la «leva en masa» (*levée en masse*) del 23 de agosto de 1793, que, tras una fase preparatoria de cuatro años, obligaba a todos los franceses al servicio militar permanente.1407 Así, el siglo XIX fue la primera época de naciones movilizadas. Ya se podía pensar en ejércitos masivos, y pronto se los supo organizar cada vez mejor. Tomaron como

base el servicio militar generalizado, aunque en los diversos países europeos este se introdujo en fechas distintas (en Gran Bretaña no lo hubo hasta 1916), con grados de eficacia muy diversos y con respuestas también diferentes por parte de la población. Que estos ejércitos masivos, después de que en 1815 el imperio napoleónico se hundiera, pasaran todo un siglo sin que apenas se entablaran guerras interestatales se explica por el efecto de freno de fuerzas contrarias como la disuasión, el equilibrio y la reflexión racional, y sobre todo el temor de los gobernantes a desatar el tigre apenas controlable de un pueblo armado. Aun así, el instrumento ya se había creado. Sobre todo allí donde se introdujo el servicio militar obligatorio y donde ya no se veía a las fuerzas armadas como un simple brazo del poder —sino la encarnación de la voluntad política de una nación—, surgió como factor latente un nuevo tipo de guerra desatada.

Dos. Solo a partir del siglo XIX se puede hablar, en un sentido estricto, de política *internacional* tal que pospone las consideraciones dinásticas y se ajusta a un concepto abstracto de razón de estado. Presupone que la unidad normal de la acción política y militar es un estado: un estado que no se concibe como el patrimonio utilizable a voluntad por una casa gobernante, que define y defiende sus fronteras, y garantiza su continuidad institucional independientemente de quién lo rija en concreto. Esta clase de estado es, de nuevo en teoría, un estado nacional. Hablamos de una forma especial de organización estatal que no se desarrolló hasta el siglo XIX ni se empezó a imponer en todo el mundo (ciertamente, con vacilaciones y ausencias). En el siglo XIX, la política internacional se llevó a cabo entre «potencias» organizadas en parte como estados nacionales, en parte como imperios. La idea se cumple mejor cuando otros actores permanecen lejos de la escena: filibusteros y partisanos, caudillos bélicos y jefes de bandas violentas semiprivadas, Iglesias supranacionales, empresas multinacionales y grupos lobistas transfronterizos, en

suma: todas las fuerzas que cabe describir como agrupaciones de nivel intermedio (*communautés intermédiaires*).1408 Los parlamentos y la opinión pública democrática contribuyeron de una forma novedosa a introducir confusión en el conjunto, y los «políticos de Exteriores» se esforzaron por contener su influencia imprevisible. En este sentido, la época que va desde 1815 a la década de 1880 fue la época clásica de una política internacional «despejada», más protegida que antes y después de factores de interferencia y confiada ante todo a las manos profesionales (no por ello necesariamente más capaces) de los diplomáticos y militares.1409 Esto no excluyó de ningún modo las acciones populistas, orientadas a lograr un efecto público, que ya existían incluso en sistemas tradicionalistas y autoritarios como el imperio zarista.1410 El hecho de que la opinión pública no fuera una simple caja de resonancia manipulada de la política exterior oficial, sino una fuerza determinante y «agente», fue una novedad que apuntaba más allá de la inteligencia política del siglo XIX. Un ejemplo temprano y radical de ello fue la guerra hispanoestadounidense, en la que la prensa de masas, con su nacionalismo agresivo («jingoísta»), impulsó al presidente William McKinley a abandonar sus reticencias y entrar en confrontación, en 1898, con España (a la que no por ello cabría calificar de «inocente»).1411

Tres. El desarrollo tecnológico dotó al nuevo tipo de estado nacional de una capacidad destructora inédita en la historia precedente. Se perfeccionó el fusil de repetición, se inventó la ametralladora, se incrementó la eficacia de la artillería, se usaron nuevos explosivos químicos, en los barcos de guerra se sustituyó la madera por hierro, los vehículos motorizados fueron aumentando sus dimensiones (poco antes de la primera guerra mundial, además, se sentaron las bases técnicas necesarias para las embarcaciones submarinas), el ferrocarril abrió posibilidades muy novedosas para el transporte de tropas, y en el ámbito de las comunicaciones, los mensajeros a caballo,

las banderas y la telegrafía ligera dieron paso a la telegrafía eléctrica, la telefonía y, al final, la radio.1412 La técnica no engendra violencia por sí sola, pero la violencia potencia sus efectos por medio de la técnica. Hasta entrada la segunda mitad del siglo XX, cuando las armas atómicas, biológicas y químicas (ABC, en sus siglas inglesas) hicieron ascender el umbral del horror, todos los inventos militares hallaron una aplicación práctica real.

Cuatro. Desde que empezó el último tercio del siglo XIX, como muy tarde, estos nuevos instrumentos de poder estuvieron en relación directa con la capacidad industrial de un país. La brecha económica entre países se fue ampliando al tiempo que lo hacía la tecnológica y militar. Los países sin base industrial —por ejemplo los Países Bajos, que antaño habían dominado el mar— ya no podían aspirar a la primera clase internacional. Surgió una nueva clase de gran potencia, que ya no se definía por el total demográfico, la recaudación fiscal y la presencia marítima de un país, sino antes que nada por sus posibilidades productivas e industriales, así como por su capacidad de organizar y financiar un proceso de armamento. Hacia 1890 —antes, por lo tanto, de que iniciara sus actividades militares en ultramar— Estados Unidos disponía de un ejército de Tierra y Mar formado tan solo por 39.000 hombres, y sin embargo, como ya ejercía el liderazgo industrial internacional, no se lo respetaba menos que a Rusia, con un personal militar diecisiete veces superior.1413 La cantidad de soldados de los ejércitos siguió siendo importante (más importante que en la «era nuclear» posterior a 1945), pero ya no era el criterio determinante del éxito. Fuera de Europa, la élite japonesa lo comprendió con especial rapidez, después de que, a partir de 1868, se marcó el objetivo de hacer un Japón «rico y fuerte» al mismo tiempo; forjaron un estado industrial con capacidad militar que, en la década de 1930, se transformó en un estado militar industrializado. Durante poco más de un siglo —aproximadamente desde la década de 1870 hasta que Estados

Unidos, con su mayor poderío económico, «dejó atrás» a la Unión Soviética en la carrera armamentística— la política exterior se decidió ante todo por el factor de la potencia industrial. Desde entonces, el terrorismo y la guerra de guerrillas —la vieja arma de los pobres— han vuelto a relativizar este factor, y poseen bombas atómicas países que son enanos desde el punto de vista industrial (Pakistán, Israel) mientras algunos gigantes industriales carecen de ellas (Japón, Alemania, Canadá).

Cinco. El sistema de estados europeo, que en lo esencial se había formado ya en el siglo XVII, se amplió durante el siglo XIX hasta dar origen a un sistema de estados *mundial.* Esto ocurrió por dos vías: por un lado, por el ascenso de grandes potencias no europeas, Estados Unidos y Japón, hacia finales de siglo; por otro lado, por la fuerza de la incorporación de amplias partes del mundo a los imperios europeos. Estos dos procesos están estrechamente interrelacionados. Los imperios coloniales fueron una forma de transición hacia una comunidad de estados mundial desarrollada. No hay consenso al respecto de si aquellos aceleraron la transición o quizá la frenaron. En cualquier caso, antes de la primera guerra mundial, la pluralidad global del mundo de los estados todavía estaba en una fase de cierta latencia imperial. Solo en el siglo XX se formó, en dos fases distintas, el sistema internacional actual: inmediatamente después de la primera guerra mundial, en el marco organizativo de la Sociedad de Naciones, que permitió que países como China, Sudáfrica, Irán, Siam y las repúblicas latinoamericanas establecieran un contacto institucional duradero con las grandes potencias; y en su segunda fase, por la descolonización, en los veinte años posteriores al fin de la segunda guerra mundial. El imperialismo, según se acepta hoy, se tornó en lo contrario de lo que sus protagonistas habían aspirado a crear: era el factor que más redondeaba las relaciones políticas mundiales, y con ello ayudó a que naciera un orden internacional posimperial que, sin duda, aún acarrea

en múltiples sentidos la herencia imperial.

Relato I: ascenso y caída del orden estatal europeo

En los manuales de historia del siglo XIX, hallamos dos grandes relatos generales (*master narratives*) que casi siempre se cuentan por separado: la historia de la diplomacia de las grandes potencias en Europa y la historia de la expansión imperial. En ambos casos se suma el trabajo de varias generaciones de historiadores. Con unas pinceladas muy simplificadas, como mera orientación inicial, podríamos resumirlas como sigue.

La primera historia narra el ascenso y la caída del orden estatal europeo.1414 Podríamos situar el principio en los acuerdos de paz de Münster y Osnabrück, de 1648, o con la paz de Utrecht, de 1713; pero basta con que comience hacia 1760. Por entonces no cabía duda de cuáles eran las «grandes» potencias de Europa y cuáles no. No se habían podido afianzar países antaño hegemónicos como España y los Países Bajos; regiones de una geografía extensa, pero débilmente organizadas, como Polonia-Lituania; ni estados intermedios que, provisionalmente, mostraron una intensa actividad militar, como Suecia. Con el ascenso de Rusia y Prusia se constituyó una «pentarquía» de cinco grandes potencias: Francia, Gran Bretaña, Austria, Rusia y Prusia.1415 Desde la paz de Karlowitz (1699) se pudo descontar la presión exterior de un imperio otomano agresivo y, durante mucho tiempo, superior. En el seno de esta constelación de cinco miembros se formaron mecanismos particulares de un equilibrio frágil. Este se apoyaban en el principio del egoísmo de cada estado; no se estabilizaba mediante visiones de una paz general y, en caso de dudas, se sostenía sacrificando a uno de los «pequeños», como por ejemplo Polonia, que fue repartida en varias ocasiones entre sus poderosos vecinos. La Francia revolucionaria, liderada por un caudillo militar como Napoleón, intentó transformar este sistema de «equilibrio de poder» en un gran imperio continental de poder hegemónico frente a sus vecinos; pero el intento

fracasó en octubre de 1813, en la batalla de Leipzig. Hasta 1939 (si dejamos de lado los objetivos bélicos, de carácter extremo, de Alemania en la primera guerra mundial) nadie se arriesgó a apostar tan fuerte por la soberanía de Europa. En 1814-1815, el Congreso de Viena fue benévolo con Francia, derrotada dos veces (en 1814 y de nuevo en 1815, después de que Napoleón regresara de la isla de Elba), y se recompuso la pentarquía; ahora, sin embargo, impulsada por la voluntad general de las élites políticas, que ansiaban asegurar la paz y frenar las revoluciones. En comparación con el siglo XVIII, el sistema quedó estabilizado y consolidado por algunas reglas que se explicitaron, por mecanismos de consulta elementales por una renuncia deliberada (debida en parte al conservadurismo social) a las nuevas técnicas de la movilización militar de las masas. Durante varias décadas, este orden —un paso adelante claro en la política de la paz, en comparación con el siglo XVIII— aseguró que en Europa hubiera paz. Las revoluciones de 1848-1849 lo hicieron temblar, pero no lo derribaron. Pese a todo, el sistema de Viena tampoco garantizaba la paz «perpetua», aunque muchos lo predijeran así y figuras como Immanuel Kant lo considerasen posible en 1795. En la segunda mitad del siglo, paso a paso, el orden se fue desmontando.

El sistema de Viena, cuyo auténtico impulsor —y manipulador más hábil— fue el famoso estadista austríaco, el príncipe de Metternich, se basaba en algo parecido a congelar el *statu quo* de 1815 (con más precisión, de 1818, cuando Francia fue aceptada otra vez en el círculo de las grandes potencias). En otras palabras: suponía un bastión contra las nuevas transformaciones históricas, en la medida en que los gobiernos lo interpretasen desde una política interior conservadora y, en el continente, luchasen con fuerzas combinadas no solo contra los movimientos populares, sino también contra el liberalismo, el constitucionalismo y toda forma de cambio social que tendiera hacia la ciudadanía. A este respecto destacaba sobre todo el nacionalismo en cuanto ideología y principio motivador

de los movimientos políticos. Este seguía dos líneas distintas. En los grandes imperios multiétnicos de las dinastías Romanov y Habsburgo (y también en el imperio otomano, que desde 1856 fue un integrante *pro forma* del «concierto de las potencias» europeas) se percibía que grupos étnicos más pequeños, que se sentían oprimidos, aspiraban a lograr más autonomía y, en algunos casos, incluso la plena independencia política. Una segunda forma de nacionalismo partía antes que nada de las clases medias burguesas y exigía que un aparato estatal más racional y eficiente procurase espacios económicos más amplios. Esta forma de nacionalismo se hallaba en especial en Italia, así como en el norte y centro de Alemania. Pero también los diversos cambios de régimen en Francia, entre 1815 y la década de 1880, se debían en buena medida a la búsqueda de una política nacional más *eficaz*.

Otro factor novedoso fue que la industrialización se desarrolló con una plena diversidad regional. Creó nuevos potenciales útiles para la política de poder, que no obstante no se debe subestimar para el período anterior a aproximadamente 1860. La idea simple de la vieja bibliografía, según la cual el orden de Viena resultó «socavado» por variables independientes y las fuerzas «irresistibles» del nacionalismo y la industrialización, se queda demasiado corta. Es una buena prueba de ello la guerra de Crimea, que de 1853 a 1856 enfrentó a Rusia contra Francia, Gran Bretaña y finalmente también Piamonte-Cerdeña (el estado que fue el núcleo del futuro reino de Italia). Era la primera guerra entre las grandes potencias europeas después de casi cuarenta años, pero se libró en una región periférica, trasladada al margen de los «mapas mentales» de la Europa occidental. La contienda mostró que era una desventaja que el sistema de Viena no hubiera regulado la posición del imperio otomano en relación con la Europa cristiana. La guerra de Crimea no resolvió ni la «cuestión oriental» —en alusión al futuro del imperio multiétnico otomano— ni, de hecho, ningún otro problema de la política europea.[1416] Lo esencial es que no

supuso ni un choque entre maquinarias bélicas industrializadas ni una batalla más intensamente ideológica entre nacionalismos; es decir, que en ningún caso expresaba las tendencias «modernas» de la época.

Al terminar la guerra de Crimea se había perdido la ocasión de renovar el orden de Viena de acuerdo con los tiempos. Tras la guerra, el concepto de «concierto de las potencias» dejó de ser aplicable. En ese vacío normativo llegó la hora de los realistas maquiavélicos —el concepto de *Realpolitik* se acuñó en 1853—, que se arriesgaban sin escrúpulos a provocar tensiones internacionales, e incluso guerras, para llevar a término sus planes de creación de nuevos estados nacionales más grandes. Aquí destacaron Camillo Benso di Cavour, en Italia, y Otto von Bismarck, en Alemania,1417 que lograron sus objetivos sobre las ruinas de la paz de Viena. Después de que Alemania (dirigida por Prusia) se hubiera impuesto contra la monarquía Habsburgo, en 1866, y en 1871 contra el imperio francés de Napoleón III (otro perturbador de la paz, a su manera), se convirtió en una gran potencia capaz de poner en la balanza un peso relativo netamente mayor que el de la antigua Prusia. Entre 1871 y 1890 el canciller alemán Bismarck dominó la política de, al menos, el continente europeo, por medio de un sistema de acuerdos y alianzas finamente graduados, que sirvió al objetivo superior de asegurar la posición internacional del imperio alemán (creado en 1871) y, sobre todo, protegerlo de las ansias de revancha francesas. Pero el orden bismarckiano, que vivió varias etapas, no fue una regulación de la paz en toda Europa, según el modelo del Congreso de Viena.1418 Aunque en su núcleo era de concepción defensiva y a corto plazo sirvió para garantizar la paz, de él no surgió ningún impulso constructivo en la política europea. Al terminar el tiempo de gobierno de Bismarck, este sistema supercomplejo de antagonismos equilibrados —que se movía «cada vez más en la cuerda floja»— apenas resultaba funcional.1419

Los sucesores de Bismarck abandonaron la relativa contención

del «fundador del imperio». En nombre de una *Weltpolitik* («política mundial») que en parte sacaba consecuencias del fortalecimiento económico de Alemania, en parte estaba impulsada por un hipernacionalismo ideológico, en parte reaccionaba a aspiraciones similarmente ambiciosas de otras potencias, Alemania renunció a contribuir a que Europa tuviera un orden pacífico. Al mismo tiempo, la política alemana comportó que las otras grandes potencias superasen los antagonismos (que Bismarck había avivado ingeniosamente) y se reagruparan excluyendo a Alemania de la alianza. Ya en 1891, un año después de que el emperador Guillermo II despidiera a Bismarck, se hizo realidad una de las pesadillas de este: un acercamiento entre Francia y Rusia.1420 De forma casi inadvertida desde la política europea continental, se produjo asimismo una aproximación transatlántica entre Gran Bretaña y Estados Unidos. A partir de 1907, como muy tarde, se constataba una nueva configuración de las fuerzas de la política mundial, que sin embargo no llegó a consolidarse en un sistema de alianzas formal: Francia había logrado salir del aislamiento al que Bismarck intentó siempre reducirla y se acercó primero a Rusia y luego (dejando de lado algunos conflictos en las colonias), en 1904, a Gran Bretaña. Gran Bretaña y el imperio zarista apaciguaron en 1907 el conflicto, de varias décadas de duración, que los había enfrentado en muchas zonas de Asia.1421 Entre el Reino Unido y el imperio alemán se abrió una brecha que se amplió aún más por la provocación del rearme de la flota alemana. Alemania —que apenas podía ocultar que, a pesar de su fortaleza económica, carecía de medios para desarrollar una política mundial genuina— se quedó sin más aliado que Austria-Hungría, cuya política en los Balcanes se tornó cada vez más irresponsable y fue oscilando entre la agresividad y la histeria. El estallido de la primera guerra mundial, en agosto de 1914, no fue en ningún caso inevitable. Aun así, para haber evitado un choque al menos entre algunas de las grandes potencias europeas —a

tenor de la creciente dinámica de conflicto—, habría hecho falta que todas las partes desplegaran una dosis excepcional de pericia en los asuntos de estado, contención militar y freno del sentimiento nacional.1422 La primera guerra mundial destruyó por completo el sistema de poder de los ciento cincuenta años precedentes. En 1919 fue imposible recomponerlo como se había hecho en 1814-1815.

Las nuevas grandes potencias —Estados Unidos y Japón— solo interpretaron un papel secundario en este escenario. La sorprendente derrota de Rusia frente a Japón en una guerra que se libró mayoritariamente en territorio chino —la guerra ruso-japonesa de 1904-1905— desató de hecho una crisis de la política rusa que tampoco careció de consecuencias para Europa y la «cuestión oriental». El hecho de que, en 1905, Estados Unidos actuara como intermediario entre los dos contrincantes bélicos (lo cual valió el premio Nobel de la Paz a un presidente tan marcial en otros sentidos como Theodore Roosevelt) simbolizó —tras la guerra hispano-estadounidense de 1898, en la que los norteamericanos actuaron con una agresividad desenfrenada, y tras la participación del país en la intervención de las ocho potencias contra el levantamiento de los Yihetuan («bóxers») en China en 1900— la tercera vez consecutiva en que Estados Unidos aspiraba a un papel como gran potencia. Este papel ya se le reconoció a Japón en 1902, cuando la principal potencia del mundo, Gran Bretaña, suscribió una alianza con el imperio insular.1423 En 1905 el paso del sistema de estados europeo al mundial era ya irrevocable. Pese a todo, Japón y Estados Unidos no participaron directamente en el origen de la primera guerra mundial. Por su génesis, se trataba de una guerra europea; el sistema de estados europeo se destruyó *desde dentro*.

Relato II: metamorfosis de los imperios

Junto a esta narración general de renovación, erosión y catástrofe del sistema de estados europeo existe una segunda historia. Lleva por título «Expansión en ultramar e

imperialismo». Aunque en los últimos años las versiones antiguas de esta historia se han puesto más en duda que el relato estándar sobre el sistema de estados europeo, aún es posible reconstruir un patrón secuencial sencillo. En su esencia, que no es objeto de disputas, se trata de lo siguiente: en 1783, después de que las colonias norteamericanas se enfrentaran a Gran Bretaña, obtuvieran la independencia y se organizaran en la nueva federación de los Estados Unidos de América, empezó el fin de la fase de expansión e historia colonial europea en la Edad Moderna. Francia también sufrió una grave derrota cuando, en 1804, tras largos enfrentamientos, la colonia francesa de mayor peso económico —la caribeña Santo Domingo, importante como productora de azúcar— se independizara con el nombre de Haití. Francia ya había perdido sus posesiones norteamericanas en 1763. La revolución y el imperio napoleónico, que la llevaron a ser la principal potencia de Europa, se asociaron paradójicamente con un retroceso en las posesiones de ultramar, ya que Napoleón no conquistó ninguna nueva colonia. Bonaparte había entrado en Egipto en 1798, pero a los tres años ya tuvo que retirarse; y la intención de desplazar a Inglaterra de Asia no dio ningún fruto. Los británicos pudieron compensar más fácilmente la derrota en América que los franceses su propia debacle colonial, porque entre 1799 y 1818, mediante grandes campañas, pudieron hacerse con el control de la India. Ya estaban allí desde el siglo XVII, como comerciantes, y desde la década de 1760, como señores territoriales de la provincia de Bengala; pero solo en el transcurso de su enfrentamiento mundial con Francia (que había buscado aliados entre los príncipes indios) lograron derrotar, o como mínimo neutralizar, a los poderes militares autóctonos que aún quedaban en el país. Por último, en cuanto a España, mediada la década de 1820 ya había perdido los dominios de las zonas central y meridional de América. Del imperio mundial español solo quedaban Filipinas y Cuba.

En las décadas intermedias del siglo XIX, los europeos no

mostraron un especial interés por las colonias. Este interés lo despertaron y fomentaron políticos aislados, por razones de política interior: Napoleón III en Francia, o Benjamin Disraeli en Gran Bretaña. Donde ya había colonias (la India, las Indias Orientales Neerlandesas, Filipinas, Cuba) se intentó mejorar su aprovechamiento económico. Se añadieron unas pocas conquistas nuevas: Argelia, cuya invasión se inició en 1830, pero Francia no pudo ponerle fin hasta que acabó la década de 1850; el Sind (1843) y el Punyab (1845-1849) como adiciones occidentales al dominio británico ya existente; Nueva Zelanda, donde los maoríes se defendieron militarmente hasta 1872; ampliaciones hacia el interior de las colonias costeras del Cabo de Buena Esperanza y Senegal; el Cáucaso y los kanatos del interior de Asia. En esas décadas intermedias del siglo, Gran Bretaña y Francia (que a la sazón eran las únicas potencias en expansión agresiva en ultramar, consiguieron hacerse con bases en Asia y África (por ejemplo, Lagos o Saigón) que luego servirían como puntos de partida de conquistas territoriales; y con la presión militar, obligaron a los países asiáticos a hacer concesiones al comercio europeo. El típico instrumento imperialista de la época no fueron tanto los ejércitos expedicionarios como las lanchas cañoneras, baratas y eficaces, que llevaban la amenaza a los puertos. Aun así, al menos las dos guerras contra China (la primera guerra del Opio, 1839-1842, y la segunda o «guerra del *Arrow*», 1856-1860) también estuvieron asociadas con acciones en tierra y significaron bastante más que un mero paseo. Algunas empresas imperiales fracasaron, como por ejemplo la primera intervención británica en Afganistán (1839-1842), o la guerra franco-mexicana (¡que costó unas 50.000 vidas!), con la que Napoleón III intentó instalar a un príncipe Habsburgo como soberano de un estado satélite en un país que había dejado de pagar la deuda exterior. Este episodio estrambótico concluyó en 1867, cuando el archiduque Maximiliano, que se hacía llamar «emperador de México», fue sometido a un consejo de guerra,

condenado a muerte y ejecutado. A menudo se pasa por alto que, al iniciar Francia su aventura mesoamericana, contó con el apoyo de Gran Bretaña y España.[1424]

En la década de 1870 se percibió un cambio en la forma de actuar y la prontitud agresiva de las grandes potencias europeas. El imperio otomano y Egipto, que habían contraído deudas elevadas con acreedores occidentales, sufrieron un grado de presión financiera del que las grandes potencias pudieron sacar provecho político. Al mismo tiempo, África, por efecto de algunos viajes de exploración espectaculares y con amplia cobertura publicitaria, entró en el horizonte de atención de la opinión pública europea. En 1881, el bey de Túnez tuvo que aceptar un «residente general» (*résident général*) de Francia como poder por detrás del trono. Fue el inicio del «reparto de África». En 1882, cuando Gran Bretaña ocupó militarmente Egipto —que, después de que en 1869 se abriera el Canal de Suez, había adquirido una importancia estratégica extraordinaria para el imperio— como reacción a un movimiento nacionalista, se dio la señal de salida a una carrera por la posesión colonial de África. A los pocos años, en todo el continente se formularon reclamaciones (*claims*) impuestas pronto por la fuerza militar. Entre 1881 y 1898 (los británicos derrotaron al movimiento sudanés del Mahdi), casi toda África quedó repartida entre las potencias coloniales: Francia, Gran Bretaña, Bélgica (aunque al principio no fue el estado belga como tal, sino que el rey Leopoldo II «poseía» una colonia), Alemania y Portugal (que ya poseía algunos asentamientos más antiguos en las costas de Angola y Mozambique). En una última fase, Marruecos quedó bajo control francés (1912) y el desierto libio (apenas «controlable», de hecho, pero observado con atención renovada desde Estambul), bajo control italiano (1911-1912).[1425] En esos años, solo conservaron la independencia Etiopía y un país fundado por antiguos esclavos de América: Liberia. La que se ha dado en llamar «carrera» o «pelea por África» (*scramble for Africa*) debe entenderse como un

proceso unitario, aunque en sus detalles se desarrollara a menudo de forma imprevista, caótica y oportunista. La ocupación de un continente tan extenso en un plazo de unos pocos años, como tal, carece de paralelo en toda la historia universal.1426

Entre 1895 y (aproximadamente) 1905, se repitió en China un proceso de *scramble* similar, con la diferencia de que no todas las potencias imperiales estaban igual de interesadas en la posesión territorial. Algunas —sobre todo Gran Bretaña, Francia y Bélgica— aspiraban más bien a lograr concesiones en el ferrocarril y la minería, así como a delimitar zonas de influencia informal para el comercio. Estados Unidos proclamó la igualdad de oportunidades (el principio de la *open door*) para los intereses económicos de *todos* los países sobre el mercado chino. En esa época, solo Japón, Rusia y Alemania se pudieron apoderar de territorios de tipo colonial y cierta importancia en la periferia china: Taiwán (Formosa), el sur de Manchuria, también Qingdao y su zona de influencia en la península de Shandong. Con todo, China siguió siendo un estado; en su mayoría, los chinos nunca fueron súbditos coloniales. Así, la «carrera por China» fue «menor» y tuvo efectos mucho menos graves que la «gran carrera» por África. Las potencias de la Europa occidental buscaban contar con colonias en el sureste de Asia, más que en el noreste. Así, los británicos se instalaron en Birmania y la península de Malaca, y los franceses, en Indochina (Vietnam, Laos, Camboya). Entre 1898 y 1902, Estados Unidos conquistó las Filipinas, primero a España, luego al movimiento de independencia local. Hacia 1900, en aquella región especialmente diversa en los ámbitos político y cultural, solo Siam era independiente, en teoría (aun cuando, dada la debilidad de su posición, actuaba con cautela). Todos los procesos de conquista y toma del poder en Asia y África, entre 1881 y 1912, por parte de los europeos (y los norteamericanos) se basaban en los mismos principios ideológicos: el «derecho del más fuerte», a menudo, teñido de

racismo; la supuesta incapacidad de los nativos de gobernarse a sí mismos de forma ordenada; y la defensa (con frecuencia, preventiva) de los intereses nacionales en la competencia con los rivales europeos.

La segunda historia general no desemboca tan directamente como la primera en la guerra mundial de 1914 a 1918. El mundo colonial ya se había estabilizado algunos años antes de 1914. Las tensiones entre las potencias coloniales habían declinado y en parte incluso se regulaban mediante convenios. Los escenarios extraeuropeos servían en ocasiones para un despliegue simbólico del poder, dirigido a un público europeo; así ocurrió por ejemplo con las dos crisis de Marruecos (1905-1906 y 1911), cuando el imperio alemán decidió fanfarronear con la exhibición de maniobras en el norte de África y la prensa reveló su fatal capacidad de inflamar los conflictos. Era raro que, más allá de la apariencia, hubiera una auténtica rivalidad colonial. La primera guerra mundial no fue el fruto directo de la colisión de las dinámicas imperiales en Asia y África. Desde el punto de vista de la historiografía, esto tiene como consecuencia que el relato número II se entiende a menudo como una ramificación del relato número I, que concluye claramente en el verano de 1914. No pocos panoramas conjuntos de la historia europea del siglo XIX dedican al colonialismo y el imperialismo tan solo comentarios al paso.1427 Dan la impresión de que la expansión de Europa en el mundo no forma parte de la esencia de la historia europea, sino que es un fruto secundario de los cambios vividos en la propia Europa.

En consecuencia, la historia diplomática y la colonial se han encontrado de verdad en pocas ocasiones. No es suficiente para la mirada de la historia universal. Es necesario encontrar un puente entre los puntos de vista centrados en Europa y los que se centran en Asia o África, y le aguardan dos tareas ambiciosas. Primero, debe intentar establecer una relación entre la historia del sistema de estados europeo (que hacia

finales de siglo se estaba tornando global) y la historia de la expansión imperial y colonial europea. Segundo, debe resistirse a permitir que la historia internacional del siglo XIX se oriente, de forma teleológica, al estallido bélico de 1914. Sabemos que la guerra se inició el 4 de agosto de 1914, pero en su mayoría los contemporáneos no imaginaban (ni siquiera pocos años antes) que pronto se llegaría tan lejos. En el horizonte de actuación de los actores históricos no figuraba una guerra genuinamente mundial, y entender que el siglo XIX fue solo una larga prehistoria de la gran catástrofe supondría limitar nuestra comprensión de un modo improcedente. A todo ello se añade un tercer desafío: tomar en consideración la diversidad de los fenómenos imperiales. Ciertamente, sería superficial agrupar todas las entidades que se denominaban a sí mismas «imperio». La semántica imperial posee sentidos muy diversos en los distintos países y civilizaciones. Debe analizarse como un «discurso» que no resulta válido para diferenciar con exactitud entre los fenómenos de la realidad histórica. Por otro lado, el análisis de las «fronteras» (*frontiers*) en contextos diversos ya ha sacado a la luz grandes semejanzas entre casos que, por lo general, se solían considerar sin relación entre sí. Por lo tanto, debemos intentar poner en duda la separación —habitual y, a menudo, carente de reflexión previa— entre los imperios «marítimos» de la Europa occidental y los imperios «continentales» que se gobernaban desde Viena, San Petersburgo, Estambul y Pekín. Antes, sin embargo, hay que volver la mirada al estado nacional.

2. VÍAS HACIA EL ESTADO NACIONAL

Semántica imperial

El siglo XIX, entre los historiadores (sobre todo entre franceses y alemanes), tiene fama de haber sido la era del nacionalismo y los estados nacionales.1428 El conflicto de Prusia-Alemania y Francia enfrentó a uno de los estados nacionales más antiguos de Europa con un vecino que deseaba medirse con el país de las revoluciones, con ansias de superarlo. Si es que en Europa

han llegado a darse alguna vez las *entangled histories*, entonces lo fueron la historia francesa y la alemana; no entre socios esencialmente desiguales, sino en una constelación que, a largo plazo, evolucionó hacia el equilibrio al que se llegó después de 1945. Ahora bien, la perspectiva franco-alemana, ¿puede servir para sustentar una interpretación de Europa o incluso de todo el mundo en el siglo XIX? La historiografía británica siempre se ha mostrado más cautelosa. En su caso, el concepto de unificación imperial (*Reichsgründung*) no adquiere una resonancia tan profunda como ha tenido mucho tiempo para los historiadores alemanes de orientación nacionalista; por ello, no ha hecho tanto hincapié en la importancia de la formación de los estados nacionales. Desde la atalaya británica, la *Reichsgründung* fue un fenómeno alemán con efectos en Europa. El imperio británico, en cambio, no debe su existencia a una «fundación», salvo que uno quiera celebrar como autores a unos pocos Freibeuter de los tiempos de Isabel I. No surgió en un acto de creación repentino, sino en numerosos escenarios de todo el mundo, en un proceso lento y complicado para el cual no cabe fechar un «estallido original» ni identificar una dirección central. En el siglo XIX, Gran Bretaña no necesitó fundar ningún imperio porque hacía tiempo que poseía uno, sin que se pudiera determinar exactamente de dónde procedía. Que las posesiones dispersas de la corona y otros territorios de colonización y asentamientos británicos pudieran formar un «imperio» cerrado no se le había ocurrido a casi nadie antes de mediados del siglo XIX. Hasta la década de 1870, los asentamientos de colonos de los que Gran Bretaña afirmaba ser la «madre patria» se entendían como un concepto muy distinto al de las otras colonias, que carecían de toda relación «maternal»: solo contaba un paternalismo estricto y pedagógico.1429 Más adelante también se produjo mucho debate sobre la naturaleza del imperio.

En otros casos, la semántica del imperio es heterogénea e incluso contradictoria. Hacia 1900, el «imperio» (*Reich*) alemán

era al menos tres cosas distintas, según fuera el punto de vista: (1) un joven estado nacional en el centro de Europa, que se había dotado a sí mismo de una autoridad imperial más bien advenediza (con ecos de cuando Pedro el Grande se ascendió a sí mismo a emperador, en 1721) y se hacía llamar «imperio alemán» (*Deutsches Reich*); (2) luego, el «imperio» colonial con pequeñas posesiones en ultramar y hegemonía del comercio, que ese *Deutsches Reich* se agregó paso a paso desde que Bismarck incorporase las primeras posesiones coloniales de África, en 1884; (3) por último, también la fantasía romántica (para la cual el concepto de la «Pequeña Alemania» de Bismarck supuso más bien una decepción) de un gran imperio continental y extenso, renovación del Sacro Imperio Germánico, reunión de todos los alemanes o «germánicos», esfera del «espacio vital» alemán o incluso una «Centroeuropa» dominada por Alemania: es decir, un imperio como el que cobró vigor brevemente a principios de 1918, con el tratado de Brest-Litovsk (la paz con Rusia), y que los nazis hicieron realidad por vez primera, a partir de 1939, durante unos pocos años.[1430]
Podríamos continuar así: en todas las épocas y en muchas culturas ha habido conceptos de «imperio», e incluso en el seno de la Europa de la Edad Moderna tardía (más aún: en cada semántica imperial nacional) cabe hallar diferencias colosales. Así pues, un imperio no se identifica adecuadamente por la forma en que se describe a sí mismo; y la solución de considerar imperio *todo* lo que se denomina así tampoco resulta convincente. Un imperio debe poderse describir estructuralmente, mediante rasgos observables.

Estado nacional y nacionalismo

Los imperios son un fenómeno paneuroasiático de enorme antigüedad: surgieron ya en el tercer milenio a. C. Por ello, están cargados de una plenitud de sentidos surgidos de una gran diversidad de contextos culturales. Los estados nacionales, en cambio, son una invención relativamente moderna de la Europa occidental: un fenómeno cuya aparición cabe observar

—por decir así, en condiciones de laboratorio— en el siglo XIX. Pese a todo, ha resultado difícil dar con una definición de «estado nacional». Veamos si valdría la siguiente: «el estado nacional moderno es un estado en el que la nación (en cuanto totalidad de los ciudadanos) es la soberana [que] determina y supervisa el gobierno político. Su principio rector es que todos los ciudadanos poseen igual derecho a participar en las instituciones, los servicios y los proyectos del estado».[1431] Esta definición, aunque a primera vista puede parecer muy razonable, es tan ambiciosa en lo que atañe a la participación política que excluye un número demasiado alto de casos. La Polonia gobernada por los comunistas, la España de Franco o Sudáfrica hasta el fin del *apartheid* no habrían sido estados nacionales. Y si entendemos que la idea de «todos los ciudadanos» excluye las diferencias por razón de sexo, ¿cómo habría que calificar a Gran Bretaña, la «madre de la democracia», que no introdujo el sufragio universal de las mujeres hasta 1928, o a la Francia de la Tercera República, que no lo hizo hasta 1944? En el siglo XIX hubo en todo el mundo pocos países que cumplieran con esos criterios de calificación como estado nacional: solamente Australia, a partir de 1906; y antes que ninguno Nueva Zelanda, el primer estado del mundo en introducir el sufragio universal activo para las mujeres, en 1893 (el pasivo, solo en 1919), que además daba derecho a voto a los nativos maoríes.[1432]

Una alternativa de acceso al estado nacional pasa por el *nacionalismo*.[1433] Por ello cabe entender un sentimiento de pertenencia a un colectivo que se concibe a sí mismo como un actor *político* y como una gran comunidad de lengua y de destino. Esta actitud estuvo en vigor en Europa desde la década de 1790. Se basa en ideas básicas simples y generales: el mundo se divide en naciones como unidades fundamentales «naturales»; en cambio, los imperios, por ejemplo, son formaciones forzadas y artificiales. La nación —no la localidad donde crecimos, no una comunidad religiosa supranacional—

es el punto de referencia primordial de la lealtad personal y el marco decisivo de forja de la solidaridad. Una nación, por lo tanto, debe formular criterios claros de pertenencia al colectivo mayor y debe categorizar a las minorías como tales (en lo que supone un paso previo a una discriminación posible, pero no obligatoria). Una nación ambiciona la autonomía política sobre un territorio definido y, con el fin de garantizar esa autonomía, necesita un estado propio.

No es fácil comprender la relación entre la nación y el estado. Hagen Schulze ha expuesto cómo en Europa apareció en escena, primero, el «estado moderno»; en una segunda fase las «naciones-estado» y las «naciones-pueblo» se forman (o se definen a sí mismas como tales); solo en la época posterior a la Revolución Francesa un nacionalismo de amplia base social (para Schulze, «nacionalismo de masas») adopta la estructura formal del estado. Schulze evita dar una definición explícita de «estado nacional», pero aclara a qué se refiere en un *grand récit* que, con una periodización esmerada, establece la secuencia del estado nacional «revolucionario» (1815-1871), el «imperial» (1871-1914) y por último el «total» (1914-1945).1434 En todos los casos, el estado nacional emerge aquí como producto compuesto o síntesis superadora del estado y la nación: no es una nación virtual, sino *movilizada.*

Wolfgang Reinhard ha dado otro giro al debate sobre el lugar histórico del estado nacional. En sintonía con teóricos del nacionalismo como John Breuilly o Eric J. Hobsbawm, ha escrito: «La nación era la variable dependiente de la evolución histórica; el poder estatal, su variable independiente».1435 Según esto, el estado nacional —cuya existencia tampoco reconoce Reinhard hasta el siglo XIX—1436no fue el resultado casi inevitable de un proceso masivo de formación de la identidad y la conciencia «desde abajo», sino el producto de una voluntad de poder que se fue concentrando «desde arriba».1437 En esta concepción, el estado nacional no es el caparazón estatal de una nación dada. Es un «proyecto» de los aparatos

estatales y las élites con poder, pero también —deberíamos añadir— de las élites *opuestas*, revolucionarias o anticoloniales. Por lo general, el estado nacional se funda en un sentimiento nacional ya existente, que sin embargo instrumentaliza para una *política* de formación de la nación. Esta política se plantea ser varias cosas de forma simultánea: un espacio económico viable por sus propias fuerzas, un actor capaz de moverse en la escena internacional, a veces también una cultura homogénea con sus propios símbolos y valores.1438 Por ello, no solo existen naciones que buscan su propio estado nacional, sino también a la inversa: hay estados nacionales en busca de la nación perfecta, con la que, en una situación ideal, habría una plena correspondencia. Como ha observado con acierto Wolfgang Reinhard, en su mayoría, los estados que hoy se designan como estados nacionales son en realidad estados *multi*nacionales con porcentajes significativos de minorías que se organizan, como mínimo, en el espacio social prepolítico.1439 Estas minorías se diferencian entre sí, sobre todo, según si sus líderes políticos cuestionan la existencia del estado conjunto —como los vascos o los tamiles— o si se conforman con una autonomía parcial —como por ejemplo los escoceses, catalanes o francocanadienses—. Estas «minorías» eran los «pueblos» y (en un sentido precontemporáneo) las «naciones» de los grandes imperios. El carácter poliétnico de *todos* los imperios se ha trasladado a los estados nacionales, incluso a los recién formados del siglo XIX, aunque estos intentan ocultarlo siempre bajo discursos homogeneizadores.

¿Dónde están ahora los estados nacionales que, supuestamente, fueron un rasgo característico del siglo XIX? Un simple vistazo al mapamundi muestra antes imperios que esos estados nacionales.1440 Hacia 1900, nadie podía pronosticar que se avecinaba el final de la *era imperial*. La primera guerra mundial destruyó tres imperios —el otomano, el de los Hohenzollern y el de los cuatro pueblos habsbúrguicos—, pero no puso fin a la era. Siguieron en pie todos los imperios

coloniales de la Europa occidental y el pequeño imperio colonial de Estados Unidos, concentrado en las Filipinas; más aún, el apogeo de su importancia económica y mental para los países metropolitanos no se alcanzó en general hasta las décadas de 1920 y 1930. El nuevo poder soviético logró, en un plazo de unos pocos años, reconstruir el círculo de posesiones en el Cáucaso y el Asia interior del imperio ruso del zarismo tardío. Japón, Italia y —muy brevemente— la Alemania nacionalsocialista formaron nuevos imperios que imitaban y caricaturizaban los de la Antigüedad. La era imperial no se cerró hasta la gran oleada descolonizadora comprendida entre la crisis de Suez (1956) y el final de la guerra de Argelia (1962).

Aunque el siglo XIX no fuese la «era de los estados nacionales», sí cabe afirmar dos cosas al respecto. Por un lado, fue la era del *nacionalismo*, la época en la que surgió esta mitología política y nueva forma de pensar, en que se formuló como doctrina y programa y que actuó eficazmente como sentimiento movilizador de las masas. El nacionalismo tenía, desde el principio, un fuerte componente antiimperial. En Alemania, el nacionalismo no se radicalizó hasta la experiencia de la «xenocracia» francesa. En el imperio zarista, en la monarquía Habsburgo, en el imperio otomano, en Irlanda: en todas partes, la resistencia se agitaba en nombre de las nuevas ideas nacionales. Ahora bien, no todos los movimientos de resistencia estaban asociados al objetivo de la independencia como estado nacional. A menudo, en un principio, solo se aspiraba a la protección frente a los asaltos o la discriminación, una representación más clara de los propios intereses en el seno de la unión imperial, espacio de acción para la propia lengua y otras formas de expresión cultural. En Asia y África, la primera reacción inmediata contra las invasiones iniciales de la conquista colonial («resistencia primaria») tampoco solía plantearse la creación de un estado nacional propio. No hubo una «resistencia secundaria» hasta el siglo XX, cuando las nuevas élites cultas, ya familiarizadas con Occidente, se

marcaron la meta del estado nacional y reconocieron la fuerza movilizadora de una retórica de emancipación nacional. Aun así, el propio estado nacional, por muy vagamente que se imaginara, fue siendo un objetivo cada vez más atractivo como marco de estructuración y desarrollo de las élites políticas que ya no querían subordinarse a ninguna autoridad superior: en Polonia, Hungría, Serbia y muchas otras regiones de Europa. Y ya ocurrió igualmente en un puñado de contextos extraoccidentales: por ejemplo en el movimiento de independencia de Egipto, en 1881-1882 —denominado «movimiento Urabi» por su cabecilla más destacado—, que reunió a sus partidarios bajo el lema: «¡Egipto para los egipcios!», en contra de un gobierno prooccidental en extremo; también en los primeros grupos del anticolonialismo vietnamita (a partir de 1907, aproximadamente).[1441]

Por otro lado, el siglo XIX sí fue una era de *formación* de estados nacionales. Pese a que hubo varios actos de fundación espectaculares, siempre se trató de procesos más largos, y no siempre es sencillo determinar cuándo se llegó *de hecho* a la condición de estado nacional y cuando habían madurado suficiente la formación estatal nacional «exterior» y la «interior». La faceta «interior» es la más difícil de valorar. Requiere decidir cuándo una determinada comunidad territorialmente organizada (que por lo general está viviendo una evolución progresiva) ha alcanzado un grado de integración estructural y de formación de una conciencia homogeneizadora que lo distingue de forma clara, cualitativamente, de su estado anterior (como estado principesco, imperio, república urbana de la Vieja Europa, colonia, etc.). Ni siquiera es fácil juzgar cuándo se convirtió en estado nacional Francia, el país que se considera caso modélico de la formación de los estados nacionales. ¿Ya con la revolución de 1789 y su retórica y su legislación nacionales? ¿O con las reformas centralizadoras de Napoleón? ¿O en el transcurso de las varias décadas de transformación de los «campesinos en franceses», un proceso cuyo inicio su

historiador más reputado ha retrasado hasta hacia 1870?1442 Si ya resulta tan complejo evaluarlo en el caso de Francia, ¿qué se puede afirmar de los casos menos transparentes?

En cambio, resulta más fácil decidir cuándo una comunidad es capaz de actuar a nivel internacional, es decir, ha adoptado la forma *exterior* de un estado nacional. En las condiciones de los órdenes internacionales de los siglos XIX y XX, un estado solo *contaba* como estado nacional cuando era aceptado como actor independiente por una gran mayoría del conjunto de los estados. Este concepto occidental de soberanía es una condición imprescindible, pero aún no suficiente, para que un estado nacional se haga realidad. No todo poder con un lugar en la política exterior es también al mismo tiempo un estado nacional. Esto daría un peso absoluto a la perspectiva «exterior» y habría convertido en estado nacional la Baviera de hacia 1850. Sin embargo, como criterio básico necesario resulta de utilidad: no existe ningún estado nacional que carezca de fuerzas armadas y diplomacia propias y que no sea aceptado como firmante de tratados internacionales. En el siglo XIX, el número de actores internacionales era más bajo que el de las entidades comunitarias de las que se puede certificar que lograron cierto éxito en la *nationbuilding* («formación de una nación») social y cultural. Aunque hacia 1900, la Polonia controlada por Rusia, la Hungría del imperio de los Habsburgo o la Irlanda del Reino Unido mostraban numerosas características de formación nacional, no cabe considerarlos estados nacionales. Solo lo fueron una vez acabada la primera guerra mundial, en un impulso de emancipación de estados nacionales que hizo trizas todo cuanto tenía que ofrecer el «siglo del estado nacional». En la segunda mitad del siglo XX ocurrió lo contrario: muchos estados exteriormente reconocidos como soberanos eran frágiles seudoestados sin cohesión institucional ni cultural.

En el siglo XIX, surgieron estados nacionales por tres vías distintas: (1) las colonias que lograron la independencia

mediante una revolución; (2) por unificación hegemónica; (3) por evolución hacia la autonomía.1443 A ello correspondieron tres formas de nacionalismo, a juicio de John Breuilly: el nacionalismo anticolonial, el de unificación y el separatista.1444

Independencia revolucionaria

En su mayoría, los nuevos estados aparecidos durante el siglo XIX (cronológico) surgieron ya en su primer cuarto. Fueron frutos de la *Sattelzeit* o «época de collado», nacidos al terminar un ciclo de revoluciones atlánticas.1445 Esta primera oleada de la descolonización formó parte de una reacción en cadena transatlántica que se había iniciado en la década de 1760 después de la intervención centralizadora (más o menos simultánea, pero sin relación causal) de Londres y Madrid en sus respectivas colonias americanas.1446 La reacción norteamericana fue pronta, la hispanoamericana, algo más retrasada. Cuando en 1810 estallaron revueltas francas en el Río de la Plata y México, el contexto había cambiado: contaban con el ejemplo de Estados Unidos, pero sobre todo con el hundimiento de la monarquía española en 1808, después de que Napoleón invadiera la península ibérica (consecuencia, a su vez, de la Revolución Francesa, que desde el principio fue de carácter militarmente expansivo). La revolución de 1789 ya había tenido un efecto anterior y más directo en la isla de La Española. En la colonia francesa de Santo Domingo había empezado, ya en 1792, una revolución de la clase media mulata (*gens de couleur*) y los esclavos negros. Gracias a su revolución —genuinamente social y anticolonial— nació en 1804 la segunda república de América: Haití.1447 Francia la reconoció en 1825, y luego, paso a paso, lo hizo la mayoría de los otros estados. En el continente surgieron, en un proceso de revoluciones de independencia, que tenía varios centros, las repúblicas de Hispanoamérica que aún existen hoy: Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Perú, Bolivia, Colombia, Venezuela y México. Simón Bolívar había aspirado a formar unidades

mayores, pero la idea fracasó.1448 Mediante posteriores segregaciones secundarias, surgieron en 1830 Ecuador, en 1838, Honduras y en 1839, Guatemala. Así apareció todo un archipiélago de nuevas estructuras estatales de carácter republicano (con el interludio de un primer imperio mexicano de 1822 a 1824), que reclamaron la soberanía al exterior, y en efecto la obtuvieron, aunque a menudo aún hubo que esperar mucho tiempo para que tuviera éxito la formación interior de la nación.

En Brasil, la evolución fue menos revolucionaria. Aquí las élites criollas no rompieron con un centro imperial indeseado. En 1807, la dinastía portuguesa logró huir del avance de Napoleón hacia su colonia más importante. Tras la derrota del francés, el regente Dom João (más adelante, Juan VI) decidió quedarse en Brasil, elevó el país a la condición de reino y desde 1816 gobernó como rey de Portugal, Brasil y el Algarve. Después de que el monarca regresara a Europa, su hijo se quedó en América como príncipe regente y, en 1822, se hizo coronar como emperador Pedro I de un Brasil ahora independiente, pero que se separó de la metrópoli pacíficamente. El país más poblado de Latinoamérica no fue una república hasta 1889.

Un caso aislado —el único nuevo estado de *Europa* que se independizó de un imperio— fue el de Grecia. Aquí se unieron fuerzas de liberación autóctonas (que actuaban también desde el exilio), una intensa agitación filohelénica en Gran Bretaña y Alemania y, por último, una intervención naval antiturca de Gran Bretaña, Rusia y Francia, en 1827, que pretendía separar Hellas del imperio otomano. Al principio, las fronteras solo incluían el sur del país actual y las islas del Egeo. Si consideramos que el dominio otomano, que se remontaba al siglo XV, era de carácter «colonial» (sin entrar ahora en los matices), entonces la Grecia liberada —al igual que los nuevos estados que surgieron contemporáneamente en Latinoamérica— era una estructura poscolonial. Aun así, fue el resultado de una revolución de independencia no del todo autónoma: contaba

con el apoyo de las grandes potencias y carecía de una base masiva. Con respecto a las grandes potencias, Grecia entabló una relación de dependencia aún más intensa que los nuevos estados latinoamericanos. El estado griego fue reconocido legal e internacionalmente en el protocolo de Londres, de febrero de 1830. Pero esta realidad era poco más que un caparazón exterior, sin contenido social y cultural: «Ahora existía un estado griego. Pero la nación griega aún se tenía que crear».1449

De forma contemporánea, en 1830-1831, surgió el estado de Bélgica en lo que tradicionalmente habían sido los Países Bajos del sur. A diferencia de los griegos, los ciudadanos de Bruselas y su entorno no podían lamentarse por haber sido gobernados por extranjeros durante varios siglos. El impulso respondía a la política puesta en práctica por el rey Guillermo I tras la reunificación posnapoleónica del reino en 1815, una política que —a juicio de los belgas— era autocrática. En el seno de los Países Bajos tampoco había equivalente a la posibilidad de ideologizar la batalla de unos europeos libres contra el despotismo oriental, que tanta publicidad y apoyo había aportado al caso griego. Bélgica, más que Grecia, fue el fruto de una revolución. Entre el tumulto que la revolución francesa de julio de 1830 desató en amplias partes de Europa, en el mes de agosto también estallaron disturbios en Bruselas; primero en la Ópera, durante una representación de *La muette de Portici*, de Aubers. Siguieron levantamientos en otras ciudades. Los Países Bajos enviaron tropas. El movimiento revolucionario se radicalizó en unas pocas semanas y eligió como objetivo la plena segregación de los Países Bajos, que pudo lograr (a diferencia de Grecia frente al imperio otomano) sin intervención militar extranjera. Pese a todo, el zar y el rey de Prusia habían amenazado con acudir en ayuda de su homólogo el rey Guillermo, y durante un tiempo, la crisis internacional provocada por el caso belga vivió una escalada peligrosa. Pero al igual que Grecia, para llegar a existir, Bélgica también necesitó

el reconocimiento formal de las grandes potencias.1450 De nuevo, el papel principal como «partera» lo interpretó Gran Bretaña.

Con mucha menos atención de la opinión pública internacional, en 1804, en el *pashalik* de Belgrado —una provincia fronteriza del imperio otomano, donde vivían unas 370.000 personas—, la población cristiana de origen serbio se había alzado contra las tropas otomanas locales, los jenízaros. Estos habían escapado en gran medida al control de Estambul y en su régimen imperaba el terror.1451 Tras un conflicto largo y complicado, en 1830 el sultán reconoció la autonomía del principado de Serbia; pero Serbia no dejó por ello de formar parte del imperio otomano. En 1867 —al tiempo que ocurrían sucesos similares en Canadá— se llegó a un punto en el que los serbios ya no debían temer que ningún soberano extranjero se inmiscuyera en sus asuntos internos: las últimas tropas turcas se retiraron.1452 Como estado independiente en el sentido del derecho internacional, Serbia no fue reconocida por las grandes potencias hasta el Congreso de Berlín, en 1878. Lograron la misma condición Montenegro y Rumanía (que había ido oscilando entre los protectorados ruso y otomano). Bulgaria sacó partido de la devastadora derrota del sultán en la guerra ruso-turca de 1877-1878, pero como principado siguió debiendo tributos a la Sublime Puerta, y no recibió el reconocimiento internacional como estado independiente (con un zar como soberano) hasta la revolución de los Jóvenes Turcos en el imperio otomano (1908-1909).1453

Todas estas nuevas estructuras políticas, ¿eran «estados nacionales» en un sentido *interior*? No lo parece. Haití, pasados cien años de existencia estatal, todavía miraba hacia «un pasado preocupante y un presente lamentable»; se había quedado rezagado tanto en la formación de instituciones políticas como en el desarrollo económico.1454 En la zona sur y central del continente americano, en el medio siglo posterior a la independencia, no cabe hablar de ningún proceso de

consolidación tranquila. En su mayoría, estos países no lograron la estabilidad política hasta la década de 1870, que fue en todo el mundo un período de centralización y reforma del poder estatal. Al principio, Grecia estuvo en cierto sentido bajo la tutela de Baviera. Las grandes potencias habían importado de Múnich, como monarca, a un príncipe de 17 años, Otón, que era hijo del rey Luis I. Grecia vivió varios golpes de estado (en 1843, 1862 y 1909) y solo a partir de 1910, con el primer ministro liberal Eleftherios Venizelos, gozó de instituciones más estables.1455 Ni siquiera Bélgica era un modelo de estado nacional unitario: el nacionalismo gubernamental, que pretendía distanciarse de los Países Bajos, había establecido en la Constitución el francés como lengua oficial única; pero en la década de 1840 se encontró con la oposición del nacionalismo etnolingüístico flamenco. El «movimiento flamenco» buscaba la igualdad de derechos culturales en el conjunto del país y aspiraba a la unidad transfronteriza de la lengua y la cultura neerlandesas.1456

Unificación hegemónica

La unión voluntaria de aliados es un modelo históricamente antiguo de formación de los estados. Cuando no existe un único poder dominante, la consolidación territorial del estado se produce mediante una federación «policefálica» de ciudades o cantones. Los Países Bajos o Suiza son ejemplos de tal unificación a partir de una policentralidad equilibrada.1457 En ambos países, las bases se habían sentado mucho antes del siglo XIX. Incluso después de 1800, frente a vecinos que eran grandes estados, mantuvieron un carácter federal que reveló poseer la flexibilidad suficiente para mitigar las tensiones sociales y religiosas. Sin embargo, si hacia 1900 los Países Bajos —que en la Edad Moderna eran objeto de admiración y curiosidad—, Suiza desarrolló su peculiaridad: sobre todo, se atuvo a su laxa constitución federal, con gran autonomía de los cantones, y siguió ampliando su democracia, inusualmente directa.1458 El caso de Estados Unidos, desde el punto de vista

de la tipología, es complicado. El país surge por el fruto de una combinación de independencia revolucionaria y federación policéfala (los fundadores del movimiento de independencia hispanoamericano no tuvieron esta ocasión). El nuevo estado apuntó desde el principio a ir incorporando nuevos territorios a la Unión. La Ordenanza del Noroeste (*Northwest Ordinance*) de 1787, documento básico de la era fundacional, ya estableció reglas precisas para ello. En Europa no se ha dado un caso parecido: el de un estado con mecanismos de ampliación incorporados.

La formación de estados nacionales que predominó en la Europa de la época no siguió el modelo policéfalo, sino el *hegemónico*, en el que un poder regional con la supremacía toma la iniciativa, recurre a medios militares y acuña un nuevo estado con su propio sello.1459 Esta unificación hegemónica «desde arriba» no fue una novedad de Europa en la Edad Contemporánea. El estado militar Qin, que geográficamente estaba situado en los márgenes del mundo estatal chino, fundó la primera dinastía ya en 221 a. C. y logró unificar el imperio chino. De hecho, Quin muestra ciertas semejanzas con la Prusia de los siglos XVIII y XIX: un sistema militar relativamente tosco (aunque a partir de 1815, en Prusia fue menos terrible que antes), que sin embargo podía acceder a la cultura y la técnica de una civilización nuclear vecina (la China oriental, la Europa occidental). Igual que Prusia tuvo la hegemonía en la unificación de Alemania, en Italia, incluso algo antes, la tuvo el pequeño reino fronterizo de Piamonte-Cerdeña. El papel le correspondía porque era el único estado de Italia bajo un gobierno autóctono, ya que el resto del país estaba regido por Austria, España y el Vaticano. En Prusia, como en Piamonte-Cerdeña, hubo presidentes realistas y especialmente hábiles —Bismarck y Cavour— para avivar las discrepancias internacionales y ganar terreno para su propia política de unificación. Los italianos fueron los primeros en tener éxito: en febrero de 1861 se constituyó el nuevo Parlamento panitálico.

Austria se retiró de Venecia en 1866, y la capital se trasladó a una Roma «conquistada» de forma más bien simbólica al papa Pío IX, con lo que en 1871 se concluyó la formación exterior del estado nacional. La anexión de Roma no fue posible hasta que la derrota de Napoleón III en la batalla de Sedán privó al papa de un protector fiable y se hizo regresar al destacamento francés de la ciudad. Pío IX se retiró al Vaticano y, con rencor, amenazó con excomulgar a todos los católicos que participaran en la política nacional.1460

Pese a todas las semejanzas tipológicas, los procesos de unificación de Italia y Alemania muestran algunas diferencias.1461

Uno. En Italia, este proceso, a pesar de que había arraigado profundamente entre los intelectuales, se organizó peor que en Alemania. No hubo pasos de integración preparatorios, como la Zollverein (Unión Aduanera) o la Norddeutscher Bund (Confederación Alemana del Norte), y en todo caso, la formación interior de la nación, «entendida como la integración económica, social y cultural de un espacio de comunicación»,1462 estaba mucho menos avanzada que en Alemania. Tampoco en el ámbito del pensamiento había casi nada que uniera a todos los italianos desde la Lombardía hasta Sicilia, aparte de la fe católica; pero desde 1848, la Iglesia llevaba un rumbo de colisión con el nacionalismo italiano.

Dos. La causa básica de que faltaran las premisas estructurales para la unidad nacional era que hacía varios siglos que Italia estaba intervenida por fuerzas externas. Italia tuvo que liberarse de regímenes de ocupación extranjeros, mientras que Alemania solo tuvo que sacudirse la influencia del emperador Habsburgo, aunque fuera —como se ha dicho con solo un punto de exageración— a costa de una guerra civil alemana.1463 Sin embargo, la resolución militar fue inmediata: la batalla de Königgrätz (Sadová), el 3 de julio de 1866, fue la fecha decisiva de la formación del estado nacional de la «pequeña Alemania». Prusia era una potencia militar

independiente de un calibre muy distinto al de Piamonte-Cerdeña. Fue capaz de imponer por la fuerza la unidad de Alemania en el ámbito internacional, mientras que el Piamonte tuvo que apoyarse en coaliciones en las que siempre era el socio más débil.

Tres. En Italia, la unificación «desde arriba» —pues Cavour intentó forzarla en el campo de batalla (aliado con la Francia de Napoleón III), pero sobre todo en la mesa de negociaciones— gozó del apoyo de un movimiento popular nacionalista más fuerte y se acompañó de más debates públicos que en Alemania. Desde luego, en Italia no se llegó a constituir el estado completamente «desde abajo», y el movimiento de revolución nacional —encabezado por el carismático Giuseppe Garibaldi— no se privó de manipular a las «masas». No se convocó una asamblea nacional para dotarse de una Constitución. La constitución, las leyes y el orden burocrático de Piamonte-Cerdeña, que en buena medida se apoyaban aún en el sistema de prefectos del tiempo de la ocupación napoleónica, se trasladaron sin más al nuevo estado. La «piamontización» topó con mucha resistencia. En Alemania, hacía algunos siglos que las cuestiones constitucionales (en sentido lato) figuraban en el centro del debate político. Ya el Sacro Imperio Germánico, en la Edad Moderna —que no tuvo paralelo en Italia—, fue menos una unión forzosa que un orden acordado y revisado constantemente. Este fue el caso, más aún, de la Confederación Germánica surgida del Congreso de Viena, que vino a representar el marco estatal de una nación emergente bajo garantía internacional. La tradición constitucional alemana era de tendencia descentralizadora y federal, e incluso la posición dominante de Prusia (primero desde 1866 en la Confederación Alemana del Norte, y desde 1871 en el imperio) tuvo que tenerlo en consideración, así como tomar en cuenta, todavía por bastante tiempo, el sentimiento antiprusiano del sur. Para el nuevo «imperio», el carácter federal del estado era «el hecho central de su existencia»

(Nipperdey).1464 En Italia no quedó nada similar al constante dualismo de Prusia y el Reich; el PiamonteCerdeña de Cavor resultó absorbido por completo en la unidad del estado italiano. Por otro lado, las diferencias interiores en el desarrollo socioeconómico siguieron siendo un problema grave (como aún lo son hoy). Entre el norte acomodado y el sur empobrecido nunca se logró una verdadera unidad.

Cuatro. En Italia, la resistencia interior fue mayor y duró más. Los príncipes alemanes se dejaron obsequiar y la población les siguió. En Sicilia y la zona sur del continente, en cambio, hubo guerra civil durante toda la década de 1860, dirigida por la clase baja rural coaligada con algunos notables del lugar. Oficialmente se hablaba de *brigantaggio* o bandolerismo. Se combatía con acciones de guerrilla (eran típicas las emboscadas a caballo) y las víctimas favoritas eran todos aquellos considerados colaboradores del norte y del nuevo orden. La crueldad tanto de las acciones de los insurgentes como de las represalias de sus oponentes no recuerda tanto a una guerra de unificación «regular» como al desenfreno de la guerra española de 1808-1813. Probablemente, en la guerra de los *briganti* hubo más muertes que en todas las demás guerras libradas en suelo italiano entre 1848 y 1861.1465

¿Sucedió algo similar en otras partes del mundo? ¿Hubo también en Asia algún «fundador de imperios», un Bismarck? Como paralelo asiático distante puede citarse la unificación de Vietnam por el emperador Gia Long, que sentó la base territorial del Vietnam moderno. Gia Long, que residía en el centro geográfico del país, en Huê, se contentó con repartirse el poder con los fuertes príncipes regionales del norte (Hanói) y sur (Saigón). Eso no debía suponer un gran inconveniente. Fue más grave que se renunciara a la (re)construcción de una burocracia central fuerte, que en Vietnam, bajo la influencia china, había arraigado hondamente. El nuevo imperio también descuidó sus fuerzas armadas. Los sucesores de Gia Long no corrigieron la negligencia. Esto contribuyó a debilitar un país

que, pocas décadas después, se las tendría que ver con la Francia imperial.1466 La intervención colonial, que comenzó con la conquista francesa de Saigón en 1859, retrasó el desarrollo del estado nacional vietnamita durante más de cien años.

Evolución hacia la autonomía

Junto a la desvinculación de un imperio por vía revolucionaria —fenómeno que (con la salvedad de los Balcanes) no se dio *dentro de* Europa en todo el siglo XIX, y en el siglo XX, en los años de paz, solo en 1921 con el Estado Libre de Irlanda— existe otra vía, la de la obtención progresiva de la autonomía en un marco imperial ya existente; o incluso la de la separación pacífica. En 1905, Suecia y Noruega rompieron su unión dinástica sin guerras, sin convulsiones internas ni tensiones internacionales de gravedad. Sucedió así tras un proceso (de tres décadas de duración) de distanciamiento político progresivo y formación de la identidad nacional por ambos bandos. En Suecia, ninguna fuerza relevante quería luchar por la unidad y la opinión pública tan solo mostraba un compromiso tibio. Esta separación de común acuerdo adoptó la forma de plebiscito sobre la independencia de Noruega, la parte más joven de la unión. El pueblo noruego, en la votación popular, retiró al rey sueco la corona de Noruega que le había cedido un príncipe danés y mantenía por unión personal.1467

Los ejemplos más importantes de la autonomía evolutiva, con diferencia, son los que se dieron dentro del imperio británico. Salvo las colonias canadienses, todos los asentamientos coloniales de emigrantes británicos fueron *posteriores* a la revolución de independencia de Estados Unidos (1783): Australia, poco a poco, a partir de 1788; la provincia de El Cabo, a partir de 1806; Nueva Zelanda, desde 1840. Así pues, tanto los colonos como los rectores del imperio en Londres tuvieron tiempo para aprender las lecciones de la guerra de Independencia estadounidense. Hasta la secesión de Rodesia del Sur (futura Zimbabue), en 1965, los asentamientos de

origen británico nunca protagonizaron una revolución. En Canadá (dicho con más corrección, hasta 1867: en la Norteamérica británica) se llegó a un punto crítico en la segunda mitad de la década de 1830. Hasta este momento, las oligarquías locales controlaban con firmeza el poder en las diversas provincias. Se elegían parlamentos (*assemblies*) que, sin embargo, ni siquiera controlaban las finanzas. Los conflictos principales enfrentaban al gobernador con las familias que dominaban el comercio. En la década de 1820, los parlamentos se fueron abriendo a políticos que se rebelaban contra la oligarquía y aspiraban a una progresiva democratización de la vida política. Se consideraban representantes, sobre todo, de los «agricultores independientes» (*independent cultivators of the soil)* y defendían ideas políticas similares a la coetánea «democracia jacksoniana» (desde 1829 en Estados Unidos). En 1837 se produjeron varias sublevaciones violentas simultáneas que no buscaban desvincularse del imperio británico, sino derrocar a las fuerzas políticas dominantes en cada colonia. Estos levantamientos espontáneos no llegaron a formar una rebelión organizada y fueron objeto de una represión brutal.

El gobierno británico podría haber dejado las cosas así.1468 No obstante, se dio cuenta de que en Canadá el conflicto podía ser más que meramente superficial y envió una comisión de investigación encabezada por lord Durham. Aunque Durham no se quedó mucho tiempo en el país, su *Report on the Affairs in British North America*, de enero de 1839, supuso un análisis de los problemas canadienses.1469 Sus recomendaciones marcaron un hito en la historia de la política constitucional del imperio británico. El informe de Durham —transcurridos apenas veinte años del éxito de los movimientos de independencia en Hispanoamérica y de la doctrina Monroe de 1822— partía de que los días del dominio imperial en América estaban contados, salvo que se actuara con una gestión política hábil. Al mismo tiempo, Durham trasladaba a América las experiencias más recientes de la India, donde, a finales de la

década de 1820, se había iniciado un período de reformas ambiciosas. Los caminos que se siguieron en la India y Canadá fueron del todo distintos; pero la idea fundacional de que el imperio, para pervivir, necesitaba de reformas constantes, ya no se volvió a borrar de la historia del imperio británico. Lord Durham expresó la convicción de que las instituciones políticas británicas eran idóneas para las colonias de asentamientos de ultramar y que debía permitirse que esas mismas instituciones sirvieran a la creciente autodeterminación de los súbditos coloniales. En el contexto imperial, esto suponía una innovación drástica, solo siete años después de que, en la metrópoli británica, la Ley de Reforma de 1832 abriera (aunque fuera aún de forma muy tímida) el país a la democracia. En concreto, lord Durham recomendaba introducir el «gobierno responsable», es decir, una Cámara Baja del estilo de Westminster, que eligiera al gabinete gubernamental y tuviera asimismo el poder de destituirlo.1470 El informe de Durham es uno de los documentos clave en la historia universal del constitucionalismo. Estableció el principio del equilibrio de intereses entre los colonos y la metrópoli imperial, en el marco de instituciones democráticas y reformables. El poder y la distribución de tareas debía negociarse constantemente entre los órganos de representación local y los gobernadores enviados por Londres. Algunos ámbitos (sobre todo, la política militar y de Exteriores) se reservaban para la metrópoli, y las leyes canadienses o australianas no eran vigentes hasta que recibían la aprobación del Parlamento de Londres. Pero lo más importante era que había surgido un marco de política constitucional que permitía a los «dominios» (como se dio en llamar, con el tiempo, a las colonias con un «gobierno responsable») evolucionar hasta convertirse en protoestados nacionales.

Este proceso adoptó formas particulares en Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Para Australia, también fue un hito de particular relevancia la confederación de varias colonias

independientes en un único estado común, objetivo que se logró en 1901. Los dominios (salvo Sudáfrica, que fue un caso especial) no fueron estados nacionales oficialmente independientes hasta el estatuto de Westminster, de 1931, y desde entonces solo quedaron ligados simbólicamente al antiguo centro colonial (sobre todo, al reconocer como jefe de estado al monarca británico). Pero durante toda la segunda mitad del siglo XIX, estos países vivieron estadios de progresiva democratización e integración social que cabe denominar como una combinación de formación interior de la nación con una *demora* del devenir exterior como estado nacional. Por esta vía de autonomización evolutiva en el marco de un imperio liberal surgieron algunos de los estados de instituciones más estables y política social más avanzada del mundo, aunque les quedó la carga de la privación de derechos y la exclusión de las respectivas poblaciones autóctonas.1471 Este proceso quedó cerrado, en buena medida, antes de la primera guerra mundial.1472

Vías especiales: Japón y Estados Unidos

No todos los casos de formación de un estado nacional en el siglo XIX se pueden clasificar en las categorías precedentes. Algunos de los procesos más espectaculares fueron únicos y no tuvieron paralelo. Dos países de Asia nunca se habían integrado en imperios mayores y, por lo tanto, se hallaban en situación de transformarse a sí mismos como la Europa occidental, sin invertir energía para resistirse al imperialismo: Japón y Siam. Los dos eran independientes en materia de política exterior (en el caso de Siam, para ser más precisos: desde mediados del siglo XVIII) y nunca cayeron bajo el dominio colonial europeo. No está nada claro, por lo tanto, que se los pueda considerar «nuevos estados nacionales» en el sentido *interior* de la adquisición de la soberanía. Aunque ninguno de los dos tuvo que luchar contra el dominio extranjero, sin embargo sí se reformaron bajo una presión informal muy considerable, que ejercieron sobre todo Gran Bretaña, Francia y

Estados Unidos. El impulso reformista, en los dos casos, fue la inquietud por la supervivencia de la propia comunidad y la propia dinastía en un mundo en el que parecía natural que Occidente se inmiscuyera en los asuntos internos de los estados *no* occidentales. En 1900, Japón era uno de los estados nacionales más densamente integrados del mundo: con un sistema de gobierno centralista y unitario, de rigor prácticamente francés; autoridades regionales que no eran más que receptoras de las órdenes del gobierno central; un mercado interior que funcionaba bien; y una homogeneidad cultural extraordinariamente elevada, puesto que en Japón (fuera de los aborígenes ainu del extremo norte) no había minorías étnicas ni lingüísticas; y no había vestigios de los conflictos interreligiosos o interconfesionales que sacudieron muchos países europeos durante el siglo XIX. Esta uniformidad compacta fue el resultado de un proceso de reforma completo, que se inició en 1868 y se ha denominado renovación o restauración Meiji. Fue el caso más llamativo de formación de una nación en todo el siglo XIX, más extremo aún que en el caso de Alemania.

Ahora bien, el proceso no fue asociado a una ampliación territorial. Japón no salió de su archipiélago hasta 1894 (salvo una expedición fracasada de su Marina a la isla china de Taiwán, en 1874). Hasta 1854, Japón —desde que decidió aislarse en la década de 1630— apenas practicó una «política exterior» en el sentido tradicional. Mantuvo relaciones diplomáticas con Corea, pero no con China; y con un solo país europeo, los Países Bajos (que en el siglo XVII eran la potencia europea más visible en el sureste y el este asiático). Esto no significa que careciera de soberanía *de facto*. Si el Japón de la Edad Moderna hubiera querido «participar en el juego», sin duda —como China— habría sido reconocido como actor soberano hasta por la misma Europa.

En el caso de Japón, por lo tanto, la formación exterior del estado nacional significa que el país, tras la «apertura» de principios de la década de 1850, intentó desempeñar un papel

cada vez más importante en la escena internacional. En el interior, hasta la restauración Meiji, se atuvo al orden que habían establecido, en sus rasgos esenciales, príncipes guerreros regionales como Hideyoshi Toyotomi y, sobre todo, Tokugawa Ieyasu; gracias a una política inteligente, a finales del siglo XVII había consolidado un sistema político con un grado de integración nunca alcanzado hasta entonces en el archipiélago. No resulta fácil comprender el aspecto territorial de este orden a partir de las categorías europeas. El país se dividía en cerca de 250 principados (*han*), encabezados siempre por un daimio o príncipe (*daimyō*). Los daimios no eran soberanos independientes de su territorio. Administraban una región en principio autónoma, pero en relación feudal con la más poderosa de las casas principescas, la de los Tokugawa, presidida por el sogún. La legitimidad genuina correspondía a la corte imperial de Kioto, que sin embargo carecía por completo de poder. El sogún de Edo (Tokio), en cambio, era una figura intramundana, sin funciones sacras ni el aura señorial. No podía remitir su poder a ninguna teoría sobre la gracia divina o el mandato celestial. Los daimios, por su parte, no estaban organizados como estamento. No había un Parlamento en el que pudieran hacer frente, en formación cerrada, a sus superiores. Este sistema —de apariencia tan netamente fragmentada que recuerda al mosaico de Centroeuropa durante el Sacro Imperio Germánico (y aún a la época de la Confederación Germánica)— se integraba nacionalmente por un sistema que obligaba a los príncipes a residir, de forma rotatoria, en la corte del sogún en Edo. En lo esencial, este sistema de rotación también contribuyó claramente a la prosperidad de las ciudades y un sector comercial urbano, en particular en Edo. El desarrollo de un mercado nacional ya estaba muy avanzado en el siglo XVIII. El Japón de la Edad Moderna ya contaba con un equivalente funcional de la Unión Aduanera alemana.

Al mismo tiempo que las élites políticas en el norte de Alemania, en los círculos de influencia política de Japón se

comprendió que, en un mundo que se transformaba con gran celeridad, era insostenible seguir apostando por el particularismo de un estado pequeño. En Japón, esto tampoco derivó en una solución federada decidida por todos en libertad, que habría obligado a los principados territoriales a abolirse a sí mismos. En estas circunstancias, solo cabía pensar en una solución hegemónica. El imperio insular del gobierno Tokugawa (el *bakufu*) ya estaba políticamente unificado en los límites de la zona de asentamiento japonesa. La cuestión era de quién saldrían los impulsos de centralización. Los causantes del cambio, a la postre, no fueron hombres del *bakufu*, sino círculos de los samuráis (servidores nobles con privilegios) de dos daimiatos periféricos del sur de Japón, Choshu y Satsuma. Desde esa periferia geográfica y política, con el apoyo de funcionarios de quien hasta ahora tenía solo una importancia ceremonial —el emperador—, se hicieron con el poder en la capital. La restauración Meiji de 1868 lleva este nombre porque, después de varios siglos de postergación, se restauró la autoridad de la casa imperial y el joven emperador pasó a ocupar la posición central del sistema político, bajo una divisa gubernamental elegida con cuidado: «Meiji» («gobierno ilustrado»). Los samuráis rebeldes no gozaban de legitimidad ni según el pensamiento político tradicional ni según los procedimientos democráticos. Tras la ficción o la petulancia de actuar en nombre del emperador se ocultaba la simple usurpación. En realidad se trató de una revolución que, al cabo de pocos años, comportó una reforma radical de la política y la sociedad japonesas. Esta revolución tampoco se hizo «desde arriba» en el sentido en que hubiera surtido un efecto socialmente conservador o frenado un movimiento popular revolucionario. Los samuráis modernizadores abolieron pronto la propia condición del samurái, con todos sus privilegios. Podemos hablar, en consecuencia, de la revolución de mayor alcance de las décadas centrales del siglo XIX; una revolución que se llevó a término sin terror ni guerra civil. En algunos

principados se suscitó resistencia, que fue quebrantada por la fuerza militar; pero nada que se asemejara siquiera al drama y la violencia de la guerra austro-prusiana de 1866, la guerra franco-prusiana de 1871 o la guerra en el norte de Italia (entre el Piamonte y Francia, por un lado, y Austria, por otro).1473 A los daimios se los convenció en parte, en parte se los sometió a presión, en parte se los indemnizó. En suma: en Japón, con un empleo de la violencia relativamente escaso, se llevaron a término transformaciones de gran alcance: una convergencia pacífica de formación nacional interior *y* exterior, en un espacio internacional protegido, situado fuera del sistema de estados europeo; además, el país no sufrió ni la sumisión colonial ni invasiones militares de importancia.1474

Japón tuvo en común con Estados Unidos el aislamiento frente la política de poder europea. En el resto, las trayectorias políticas fueron diferentes. En Estados Unidos no había estructuras «feudales» que hubiera que romper. Los estados rebeldes de Norteamérica recibieron el reconocimiento diplomático de Francia ya en 1778, y de la antigua metrópoli imperial, Gran Bretaña, en 1783. Así pues, desde el principio, en lo que atañía al exterior Estados Unidos fue un estado soberano. En su interior contaba con una integración notablemente positiva, en diversos planos; se sostenía en una conciencia de ciudadanía unitaria de su élite política; y en todos los respectos, parecía estar a la altura del mundo moderno. Que este principio esperanzador no se tradujera en una evolución nacional armónica y continua es una de las grandes paradojas del siglo XIX. Precisamente en un país que creía haber dejado atrás el militarismo y la maquiavélica *Realpolitik* del Viejo Mundo, estalló la segunda guerra más destructiva (la primera fue la rebelión Taiping, en China, de 1850 a 1864) entre el final de las guerras napoleónicas, en 1815, y el inicio de la primera guerra mundial. *Por qué* fue así no es una cuestión que se pueda dilucidar aquí. En cualquier caso, la expansión hacia el oeste (apenas controlable política y legalmente) y la creciente

divergencia entre una sociedad basada en la esclavitud (en los estados del sur) y una sociedad cimentada en el capitalismo del trabajo libre (en el norte) llegaron a un punto en que la secesión de los once estados sureños debe entenderse como un hecho no contingente, sino estructuralmente «programado».1475 A este punto se llegó en 1861, es decir, en clara inmediatez temporal con el término de la unificación italiana y el inicio (en 1862) de una dinámica político-militar que condujo a la fundación del imperio alemán en 1871. La prehistoria de la guerra civil estadounidense, sin embargo, se asocia a una lógica mucho más fatalista que los procesos de unificación italiana y alemana, en los que mucho dependió de la habilidad táctica y la suerte del jugador de personas como Bismarck y Cavour. La secesión del sur, entre 1855 y 1860, se tornó cada vez más inevitable.

La secesión destruyó, para empezar, la unidad de Estados Unidos como estado nacional. El carácter no preestablecido de los cambios históricos solo entra en juego como *resultado* de las grandes confrontaciones. En vísperas de la batalla de Königgrätz, en 1866, muchos contemporáneos (si no la mayoría) esperaban que el triunfo caería del lado de Austria. Por qué venció Prusia se pudo comprender a posteriori: los factores decisivos fueron la estrategia ofensiva móvil de Von Moltke, su infantería, mejor armada, y la formación superior de los reclutas prusianos. Aun así, la batalla se decidió por poco. Por ello, resulta admisible permitirse la conjetura de qué habría sucedido si la guerra civil estadounidense hubiera terminado en tablas. *En este caso*, el norte habría tenido que aceptar la división de la Unión. Si la confederación sureña hubiera podido seguir desarrollándose en condiciones de paz, el régimen esclavista se habría convertido en la segunda gran potencia de poder económico e influencia internacional en terreno norteamericano; en 1862 el gobierno liberal de Gran Bretaña empezó a mirar con buenos ojos esta perspectiva, antes de que el transcurso de la guerra demostrara que era ilusoria.1476

Antes que los malogrados levantamientos nacionales de Polonia (1830 y 1867) y Hungría (1848-1849), la secesión frustrada de los estados del sur fue el caso más impresionante de fracaso en el intento de obtener la independencia como estado en el siglo XIX.

Tras el fin de la guerra civil, en 1865, fue necesario, en cierto sentido, refundar Estados Unidos. De forma casi simultánea con la (penosa) construcción de una Italia liberal desde 1861, con la reforma Meiji de Japón desde 1868 y con la «fundación del imperio interior» en Alemania, Estados Unidos —que se había salvado como estado unitario, pero en su interior aún distaba mucho de la unidad— emprendió una nueva fase de construcción nacional. La reincorporación del sur en el período denominado «reconstrucción» (1867-1877) coincidió con un impulso renovado de expansión hacia el oeste. También a este respecto, Estados Unidos fue un caso singular. Durante la fase más intensiva de la formación interior de la nación, tuvo que superar tres procesos de integración *de forma simultánea*: (1) la unión de los antiguos estados esclavistas; (2) la incorporación del Medio Oeste, por detrás de una frontera que se iba cerrando poco a poco; y (3) la integración social de millones de inmigrantes europeos. La refundación del estado nacional estadounidense, después de 1865, recuerda sobre todo al modelo de la unificación hegemónica. Desde la perspectiva pura y dura de la política de poder, Bismarck fue el Lincoln de Alemania, aunque no emancipase a nadie. La reintegración del enemigo de la guerra civil, que había presentado la rendición militar, se desarrolló en Estados Unidos sin transformar el sistema político ni abandonar las vías del proceso constitucional tradicional. Esto pone de relieve que el constitucionalismo, en la cultura política de Estados Unidos, ocupa una centralidad simbólica absoluta. La más antigua de las grandes constituciones del mundo ha sido, al mismo tiempo, la más estable y más integradora.

Centros abandonados

Por último, nos fijaremos en una situación novedosa del siglo XIX: el abandono de los centros imperiales. Durante la descolonización, a partir 1945, lo experimentaron varios países europeos: Francia, los Países Bajos, Bélgica, Gran Bretaña y Portugal. En un momento u otro, todos ellos debieron asumir la realidad de que ya no poseían un imperio. Gran Bretaña habría podido hallarse en esa situación tras perder la guerra de Independencia de Estados Unidos, pero al consolidar la posición en la India y hacerse con otras colonias y bases en el océano Índico, pudo compensar geopolíticamente la pérdida norteamericana. España no gozó de esta oportunidad. Tras la emancipación de las repúblicas americanas, su imperio quedó reducido a las colonias de Cuba y las Filipinas. Aunque Cuba (sobre todo) acabó siendo una colonia rentable, desde la década de 1820 España se vio enfrentada a la necesidad de dejar atrás el papel de centro de un imperio y transformarse en un estado nacional europeo. Fue un caso particular de formación del estado nacional por contracción, más que por expansión. Durante medio siglo, España logró un éxito comparativamente escaso, pues la situación política no se estabilizó hasta 1874. Y poco después, la conmoción causada por la derrota de 1898 en la guerra contra Estados Unidos —que comportó la pérdida de Cuba y las Filipinas— volvió a sumir al país en la turbulencia. Quien realmente descendió de categoría en el siglo XIX, y dejó de ser un imperio, no fueron los supuestos «enfermos» del Bósforo y el mar Amarillo, sino España. Cuba, Puerto Rico, las Filipinas y la isla de Guam, en el Pacífico, fueron el jugoso botín colonial de Estados Unidos; como una hiena, también el imperio alemán, pese a que no había tenido papel alguno en la guerra, se lanzó a por algunos bocados.1477 España quedó muy decepcionada con Inglaterra, que no la apoyó frente a Estados Unidos; y entendió que se referían a ella cuando, el primer ministro británico lord Salisbury pronunció, en mayo de 1898, un discurso sobre naciones con vida y naciones moribundas. 1898 supuso un trauma que marcó la política

interior española durante varias décadas.[1478]

Un caso similar, y a la vez algo distinto, fue el de Portugal. Con la independencia de Brasil, el imperio portugués quedó reducido a Angola, Mozambique, Goa, Macao y Timor. Su posición en el mundo sufrió una mengua algo menos radical que la de España. Aun así, en 1820 el imperio contaba con 7,3 millones de habitantes; y en 1950, con 1,65 millones.[1479] Solo las regiones africanas conservaron cierta importancia. El país sufrió un golpe doloroso cuando, en 1890, Gran Bretaña exigió que Portugal se retirara de las zonas comprendidas entre Angola y Mozambique. Pese a todo, Portugal tuvo cierto éxito en la formación de un «tercer» imperio en África: Angola y Mozambique, colonizadas hasta entonces solo en las zonas costeras, quedaron ahora por vez primera, como se decía en la jerga contemporánea del derecho internacional, sometidas a una «ocupación real».[1480] Así pues, el primer país posimperial de Europa no fue Portugal, sino España después de perder América. Al mismo tiempo que se avecinaba la «era del imperialismo», los descendientes de Cortés y Pizarro debieron aprender a sobrellevar la penosa vida sin imperio.

Si uno se pregunta qué estados nacionales de los que aún existen hoy surgieron en la escena internacional entre aproximadamente 1800 y 1914, el balance es el siguiente. En una primera oleada, entre 1804 y 1832, se formaron Haití, el imperio de Brasil, las repúblicas de Iberoamérica, Grecia y Bélgica. En una segunda oleada, en el tercer cuarto de siglo, aparecieron, por unificación hegemónica, el imperio alemán y el reino de Italia. En 1878, en el Congreso de Berlín, las grandes potencias crearon nuevos estados en los Balcanes antaño otomanos. La Unión Sudafricana, creada en 1910, era *de facto* un estado independiente, cuyas relaciones con Gran Bretaña eran mucho más laxas que las de los otros dominios. Es difícil determinar la auténtica condición de esos otros dominios, entre la realidad y las ficciones del derecho internacional. Hacia 1870 gobernaban sus propios asuntos internos mediante los órganos

de una democracia representativa, pero aún no eran soberanos, según el derecho internacional. La independencia de común acuerdo fue un proceso, de varias décadas de duración, que en su mayoría concluyó en la primera guerra mundial. La inmensa contribución que Canadá, Australia y Nueva Zelanda —más voluntaria que forzada—, tanto en hombres como en ayuda económica, prestaron a la victoria de los aliados imposibilitó que, a partir de 1918, se las siguiera considerando algo similar a colonias. Los nuevos estados nacionales que en vísperas de la primera guerra mundial habían surgido en el planeta no eran todos hijos de «la sangre y el hierro». Alemania, Italia y Estados Unidos lo eran, pero otros no: Japón, Canadá, Australia.

3. ¿QUÉ MANTIENE UNIDOS LOS IMPERIOS?

Un siglo de imperios

Solo unos pocos *nuevos* estados nacionales lograron abrirse paso en la Europa del siglo XIX, en un mundo dominado por los imperios. Si volvemos la mirada hacia Asia y África, el panorama se radicaliza. Aquí los imperios triunfaron. Entre 1757-1764 —batallas de Plassey y Baksar, cuando la Compañía de las Indias Orientales hizo su primera aparición en la India como gran potencia militar— y 1910-1912 —cuando los imperios coloniales se adueñaron simultáneamente de dos importantes estados de tamaño medio, Corea y Marruecos— el número de entidades políticas independientes se redujo en los dos continentes, con una intensidad sin precedentes históricos. Resulta prácticamente imposible detallar con exactitud cuántas entidades de esa índole (reinos, principados, sultanatos, federaciones tribales, ciudades-estado, etc.) había hacia mediados del siglo XVIII en África y en algunas regiones de Asia muy fragmentadas (como la India posterior a la descomposición del imperio mogol, o Java y la península de Malaca). El moderno concepto occidental de «estado» es demasiado rígido y preciso para hacer justicia a mundos políticos tan policéntricos y jerarquizados. Pero sí cabe afirmar que, en África, los varios miles de entidades políticas que probablemente aún existían en

1800 dieron paso, un siglo más tarde, a unas cuarenta regiones coloniales administradas por separado por franceses, británicos, portugueses, alemanes y belgas. Lo que se conoce como el «reparto de África» entre las grandes potencias coloniales fue exactamente lo contrario, desde el punto de vista africano: una fusión y amalgama sin miramientos de los ámbitos de poder; una gigantesca concentración política. Si en 1879 los africanos gobernaban aún el 90 % de la extensión del continente, en 1912 este porcentaje se había reducido a un resto minúsculo.1481 En esas fechas, no había en todo el continente africano ni una sola estructura política que cumpliera con los criterios de definición de un estado nacional. Solo Etiopía —pese a la heterogeneidad étnica y la debilidad de su integración administrativa, y aunque en última instancia solo se mantenía unida por la abrumadora personalidad del emperador Menelik II (hasta que enfermó de gravedad en 1909) — seguía siendo un actor autónomo en materia de política exterior, que suscribía acuerdos con varias grandes potencias europeas y, con la tolerancia de estas, ponía en práctica su «propio imperialismo africano».1482

En Asia, la concentración de poder fue menos radical; a fin de cuentas, este era el continente donde se forjaron los *antiguos* imperios. Pero aquí también triunfaron los grandes sobre los pequeños. La India, en el siglo XIX, quedó sometida por primera vez en su historia a un poder central que abarcaba todo el subcontinente. Ni siquiera el imperio mogol en la época de su mayor extensión, hacia 1700, había sojuzgado el extremo sur, que en cambio no escapó al control británico. En las islas indonesias, los holandeses —desde el gran levantamiento de Java en 1825-1830, dirigido por algunos aristócratas— fueron pasando progresivamente del «gobierno indirecto», que aún habría dejado cierto margen de conspiración a los príncipes locales, al directo, es decir, un poder centralizado y homogeneizador.1483 El imperio zarista se apoderó, desde 1855, de extensas zonas al este del mar Caspio (el

«Turquestán»), y al norte y este del río Amur, y puso fin a la independencia de los emiratos islámicos de Bujará y Jiva. Los franceses lograron agregar al fin Vietnam, en 1897 (que a su vez estaba formado por los paisajes históricos de la Cochinchina, Annam y Tonkín) a Camboya y Laos, para formar «L'Indochine», una estructura sin base en la historia de la región. En 1900, Asia estaba sometida con firmeza a los imperios.

China era, y siguió siendo *por sí sola*, uno de estos imperios. El nuevo estado nacional de Japón, al anexionarse la isla de Taiwán a expensas de China, en 1895, se convirtió a su vez en un poder colonial que adoptaba los métodos del modelo occidental y pronto se abismó en su propia gran visión geopolítica de liderazgo panasiático. Solo Siam y Afganistán conservaron una independencia más bien precaria. No obstante, Afganistán era exactamente lo contrario de un estado nacional: era (como aún lo es hoy) una federación tribal laxa. Siam, gracias a las reformas emprendidas por monarcas previsores desde mediados del siglo XIX, había adoptado muchos rasgos de estado nacional, tanto en el interior como hacia el exterior; pero todavía era una nación sin nacionalismo. En la interpretación pública y oficial, la nación se componía de quienes guardaban lealtad al rey absolutista. Solo en la segunda década del siglo XX empezaron a difundirse ideas de una identidad específicamente tailandesa o de la nación como una comunidad de ciudadanos.[1484]

Para Asia y África, el siglo XIX no fue —aún menos que para Europa— un siglo de estados nacionales. Entidades antaño independientes y no sometidas a ninguna autoridad superior quedaron absorbidas por los imperios. Ni un solo país africano o asiático pudo liberarse de la prisión imperialista antes de la primera guerra mundial. Egipto, que desde 1882 fue gobernada por los británicos, logró en 1922 un gobierno propio, bastante amplio (aunque más limitado que el de Irlanda en las mismas fechas) y basado en un constitucionalismo de tipo europeo. Fue un caso único durante décadas. El proceso de descolonización

africana no empezó hasta 1951, en Libia, y 1956, en el Sudán. En el Oriente Medio, tras la disolución del imperio otomano, se formaron «mandatos» situados bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones, que sin embargo Gran Bretaña y Francia gobernaron *de facto* como si fueran protectorados. De aquí surgieron más adelante los primeros nuevos estados de Asia, empezando con Irak, en 1932; sin embargo, todos eran estructuras muy débiles, necesitadas de una constante «protección» exterior.

El primer nuevo estado nacional de Asia —que, por su historia, ya aportaba un nivel alto de integración— habría podido ser Corea, que, con el hundimiento de Japón en 1945, perdió de golpe a su señor colonial. Pero como en el inicio de la Guerra Fría el país quedó repartido, no se dio una evolución «normal». En Asia, el verdadero retroceso de los imperios europeos no empezó hasta 1947 (un año después de que las Filipinas se independizaran de Estados Unidos) con la proclamación de la República India. Para Asia y África, la auténtica era de la independencia de los estados nacionales fueron los veinte años posteriores al fin de la segunda guerra mundial. Esta independencia se había preparado de formas completamente distintas durante la última etapa colonial: intensamente en las Filipinas y la India, pero nada en Birmania, Vietnam o el Congo belga. Solo en la India —donde en 1885 ya se había formado un Congreso Nacional capaz de reunir en su seno a los nacionalistas moderados— se constata que las raíces de la emancipación como estado nacional se extienden hasta el siglo XIX. Todo esto nos lleva a una conclusión sencilla: la gran época del estado nacional fue el siglo XX. En el siglo XIX, la forma de organización territorial dominante en todo el mundo no fue el estado nacional, sino el imperio.1485

Esta conclusión arroja dudas sobre el difundido tópico de «imperios inestables frente a estados nacionales estables». Es un tópico que se remonta a una idea básica de la retórica nacionalista, según la cual la nación es algo natural y original,

mientras que el imperio del cual se emancipa es una relación impuesta y artificial. Tanto en la antigüedad china como en la occidental se desarrolló el concepto de que los imperios estaban sujetos a un destino cíclico, pero se trata de una ilusión óptica. Como *en un momento u otro*, todos los imperios sucumben, se ha creído poder descubrir pronto el *germen* de su decadencia.1486 Como en el caso de los imperios, a diferencia de en la aparición relativamente reciente del estado nacional, disponemos de tres milenios con mucho material informativo sobre sus declives, se le ha prestado especial atención. Los europeos del siglo XIX previeron en tono despectivo, triunfalista o elegíaco la caída de los imperios terrestres asiático, que, a su juicio, no podrían sobrevivir en la dura competencia internacional de la época moderna. Ninguna de las profecías acertó. El imperio otomano no se disolvió hasta acabada la primera guerra mundial. Cuando el último zar halló un mal fin y su primo Hohenzollern cortaba leña en el exilio, aún había un sultán. Todos los especialistas en los estudios otomanos están de acuerdo en borrar de su vocabulario una palabra tan cargada de valor como «decadencia». En China, la monarquía cayó en 1911; pero tras cuatro décadas de revueltas, el partido comunista chino logró, desde 1949, devolver el imperio prácticamente a la extensión máxima que había alcanzado, hacia 1760, con el emperador Qianlong de la dinastía Qing.

Al igual que el imperio de los Habsburgo, que sobrevivió tanto a la revolución de 1848-1849 (que puso en peligro su pervivencia, sobre todo, en Hungría) como a la derrota frente a Prusia en 1866, los otros imperios también superaron fases de riesgo durante el siglo XIX: China, la rebelión Taiping (1850-1864) y los levantamientos musulmanes (1855-1873), que fueron todavía más peligrosos para la cohesión imperial; el imperio zarista superó la derrota en la guerra de Crimea (1856). El imperio otomano sufrió su golpe más duro en la devastadora guerra interimperial con Rusia, de 1877-1878, en la que perdió la mayor parte de los Balcanes. Como los Balcanes habían sido

un bastión geopolítico del imperio —más incluso que el núcleo original de los turcos, la Anatolia—, cabe decir que el golpe fue el más grave que tuvo que resistir cualquier imperio en el siglo XIX desde la independencia de Latinoamérica. Aun así, el imperio troncal todavía pervivió durante varias décadas y, en su interior, vivió procesos que prepararon la estructura para un estado nacional relativamente estable y exento de crisis: la República de Turquía, fundada en 1923. Si se añade que los imperios coloniales europeos lograron superar las *dos* guerras mundiales, llama más la atención el carácter de persistencia y regeneración de los imperios que su vulnerabilidad. Si partimos de los períodos decisivos en su formación, se adentraron en la Edad Contemporánea como «reliquias» de los siglos XV (imperio otomano), XVI (Portugal y Rusia) o XVII (Inglaterra, Francia, Países Bajos y la China Qing como conclusión de una historia imperial que se había iniciado en el siglo III a. C.). Desde la perspectiva de principios del siglo XX, estos imperios, junto a la Iglesia católica y la monarquía japonesa, figuraban entre las instituciones políticas más antiguas del mundo.

Los imperios no habrían podido perdurar de no haber dispuesto, por un lado, de una considerable fuerza de cohesión, y por otro, de la capacidad de adaptarse a nuevos contextos. Los más exitosos —en el siglo XIX, el imperio británico— fueron capaces incluso de dar una forma decisiva a esas circunstancias en su propio espacio; es decir, impusieron condiciones ante las que otros se vieron obligados a ajustarse.

Tipos: imperio frente a estado nacional

Desde el punto de vista de la *tipología*, ¿qué diferencia un imperio de un estado nacional? Un posible criterio de diferenciación es la forma en que ven el mundo las élites que los sostienen o defienden como idea; en otras palabras: las estructuras de justificación que se plantean en defensa de esas dos formas de ordenación política.1487

Uno. El estado nacional se considera rodeado de otros estados nacionales de estructura similar y fronteras fijadas con

claridad. El imperio, en cambio, halla sus fronteras exteriores (menos claramente delimitadas) donde topa con la «naturaleza salvaje», los «bárbaros» u otro imperio. Entre sí mismo y el imperio vecino, un imperio suele optar por disponer de una franja de seguridad. Cuando las fronteras interimperiales carecen de esa zona de amortiguación, la seguridad militar suele ser extraordinaria (es el caso de la frontera habsburguesa-otomana en los Balcanes, o las fronteras entre los imperios soviético y estadounidense en Alemania y Corea).[1488]

Dos. El estado nacional, que en un caso ideal se corresponde con una nación, se proclama homogéneo e indivisible. El imperio, en cambio, hace hincapié en la heterogeneidad y en diferencias de toda clase, y solo busca la integración cultural en el plano más elevado de la élite imperial. En los imperios terrestres, el centro y la periferia también son netamente distinguibles entre sí. A su vez, las periferias difieren entre sí por algunos criterios, como el nivel de desarrollo económico-social y la intensidad del dominio que ejerce el centro (gobierno directo o indirecto, o relación de suzeranía). En los tiempos de crisis, el centro no pierde su importancia nuclear porque, en el peor de los casos, se da por supuesto que podrá sobrevivir *sin* las periferias; esta idea se ha confirmado a menudo desde la Edad Moderna.

Tres. Con independencia de su forma constitucional (ya sea democrática o aclamatoria-autoritaria), el estado nacional cultiva la idea de que su poder político está legitimado «desde abajo». El poder se ejerce con justicia, se dice, cuando sirve a los intereses de la nación o el pueblo. El imperio, incluso en el siglo XX, se tiene que conformar con la legitimación «desde arriba», por ejemplo con símbolos que aseguren la lealtad, el establecimiento de la paz interior (*pax*), servicios de la administración o la distribución de beneficios especiales entre los grupos de clientes. Es fruto de la integración forzosa, no de la consensuada: «es intrínsecamente antidemocrático»,[1489]

«una unión soberana sin base en la comunidad».1490 Casi siempre, cuando las potencias coloniales abrieron un espacio para la elección y la competencia política entre los súbditos, se inició en el segmento afectado una dinámica de emancipación irreversible.

Cuatro. Al estado nacional se pertenece directamente como ciudadano; la *citizenship* es una condición general de igualdad de derechos e inmediación estatal. La nación no se concibe como una unión de súbditos, sino como una sociedad de ciudadanos.1491 En el imperio, en lugar de una ciudadanía común, existe una jerarquía progresiva de derechos. Si existe como tal, la ciudadanía imperial, que permite acceso directo a la comunidad metropolitana, está limitada, en la periferia, a sectores reducidos de la población. En el estado nacional, si ansían conseguir derechos especiales, las minorías tienen que batallar por ello; en cambio el imperio se basa desde el principio en la atribución de derechos y deberes especiales.

Cinco. En el estado nacional, los rasgos culturales comunes —lengua, religión, prácticas de la vida cotidiana— tienden a ser compartidos por toda la población. En un imperio, se limitan a la élite del centro imperial y a sus sucursales en las colonias. En los imperios, las diferencias entre «grandes tradiciones» universales y «pequeñas tradiciones» locales suelen mantenerse; en el estado nacional tienden a difuminarse, sobre todo por la influencia homogeneizadora de los medios de masas. Además, los imperios muestran más propensión al pluralismo religioso y lingüístico (o sea, acostumbran a tolerar más la pluralidad, de forma consciente) que los estados nacionales.

Seis. Sin embargo, la élite central del imperio, cuya civilización se supone que es superior, se siente llamada a alguna clase de *mission civilisatrice* que pretende crear en la periferia un estrato social culto, pero por aculturación. Es raro que se produzcan extremos como la plena asimilación de las capas cultas indígenas (Francia, al menos en la teoría) o su exterminio (el imperio nazi en la Europa oriental). La misión civilizadora se

entiende como una gracia generosa. Los procesos similares de los estados nacionales —por ejemplo, universalizar la escolarización, lograr que funcione el orden policial, ofrecer servicios públicos elementales— se consideran más bien un deber del conjunto de la nación, y a la postre también el cumplimiento de derechos de la ciudadanía.

Siete. Para describir su propia génesis, el estado nacional recurre a los orígenes primitivos de la nación correspondiente o incluso a un ancestro biológico común (que posiblemente es inventado, pero al final se le concede crédito). En su formulación más clara, construye una «nación tribu» (*tribe nation*).1492 El imperio, en cambio, se refiere a los actos de fundación de los legisladores y reyes conquistadores, y a menudo se sirve también de la idea de una *translatio* o continuación imperial (la Compañía de las Indias Orientales y, más adelante, la reina Victoria serían sucesoras de la dinastía mogol de la India). A los imperios, por lo tanto, les resulta difícil (re)construir su propia historia; sobre todo, desde el auge de la historiografía nacionalista, que, como norma general, se organiza dando por supuestas las continuidades.

Ocho. El estado nacional afirma poseer una relación especial con un territorio determinado, visible en lugares del recuerdo expresamente señalados y, en ocasiones, sacralizados. La «inviolabilidad» del geocuerpo nacional es una «creencia básica del nacionalismo moderno».1493 El imperio, en cambio, se relaciona con el territorio de una forma más extensiva que intensiva; primordialmente, la tierra, para el imperio, es una superficie en la que puede ejercer su poder. El colonialismo de asentamientos, que a menudo muestra rasgos protonacionalistas, tiende por el contrario a una relación intensiva con el terreno; esta es una de las causas de tensiones con los gobiernos imperiales, además de una raíz importante del nacionalismo colonial.

Interludio teórico: dimensiones de la integración imperial

Es ventajoso comprender los estados nacionales e imperios,

para empezar, según las distintas «lógicas» en las que se fundamentan y los significados que se les adscriben. Como punto de partida complementario, cabe preguntarse por los respectivos modos de integración: ¿qué mantiene unido a un estado nacional típico?, ¿y a un imperio?

Los imperios son estructuras de formación de poder *a gran escala*. Se los podría definir como las entidades políticas más grandes que pueden darse en unas condiciones tecnológicas y geográficas dadas. Los imperios son poliétnicos, multiculturales y políticamente centrífugos. Son estructuras compuestas. La integración imperial tiene una dimensión horizontal y una vertical. Horizontalmente, los diversos segmentos territoriales del imperio deben vincularse con el centro; verticalmente, hay que asegurar el poder y la influencia en las sociedades colonizadas. La integración *horizontal* requiere antes que nada instrumentos de coerción y potencial militar. Todos los imperios se basan en la amenaza latente y constante del recurso a la violencia, además de imponer un orden legal y reglamentario. Aunque los imperios no se caracterizaran por el uso constante del terror, aunque al menos el imperio británico de los siglos XIX y XX se atuviera a las reglas básicas del estado de derecho (cuando no se dedicaba a sofocar levantamientos), sin embargo el imperio se halla siempre bajo la sombra del estado de excepción. El estado nacional, en el peor de los casos (que es infrecuente), debe contar con la revolución y la secesión; el imperio no puede descartar nunca la rebelión de los clientes y súbditos descontentos. No puede haber presencia imperial sin la capacidad de reprimir los levantamientos. El estado colonial preservó esta capacidad, por lo tanto, hasta fechas muy tardías. Los británicos aún lo podían hacer en la India durante la segunda guerra mundial y en Malasia, hasta la década de 1950. Los franceses se empeñaron seriamente en recuperar este poder en Vietnam, acabada la segunda guerra mundial, pero no lo lograron; y en Argelia lo perdieron en 1954. Los imperios no se apoyan tan solo en los recursos del poder local; se reservan la

posibilidad de intervenir desde el centro, cuyo símbolo principal es la tropa expedicionaria de castigo. Uno de sus principios es desplegar unidades especiales formadas por extranjeros: cosacos, sijs, gurjas, *tirailleurs sénégalais* o las tropas polacas en las guerras de los Habsburgo contra los italianos, en lo que suponía una forma de globalizar la violencia. Esto engendraba a veces frutos curiosos. En la fuerza de intervención francesa en México combatieron, por el bando francés, 450 hombres de las tropas de élite egipcias que Saíd Pachá, el soberano de Egipto, había «prestado» a determinado precio a su protector en materia de política exterior, Napoleón III. Los egipcios se quedaron hasta el final, cubrieron la retirada francesa y estuvieron entre las tropas imperiales más condecoradas.1494

El transporte y la transmisión de informaciones a través de largas distancias fueron necesidades constantes de los imperios.1495 Antes de que se introdujera la telegrafía, a partir de 1870 aproximadamente, las noticias no viajaban más rápido que los portadores y mensajeros. Todo esto ya indica que, antes de la Edad Contemporánea, en los imperios, incluso cuando la correspondencia estaba muy bien organizada (como en el imperio español del siglo XVI o la Compañía de las Indias Orientales), la cohesión interna era extremamente laxa para los criterios actuales. Pero no está del todo claro que las modernas técnicas de comunicación estabilizaran los imperios. Los poderes coloniales no siempre lograron monopolizar la transmisión de las noticias. Sus oponentes usaron métodos similares y levantaron contrasistemas de comunicación, desde el tam-tam hasta internet.

El hecho de si se logró instaurar una burocracia compleja como instrumento de integración de un imperio depende tanto del estilo y el sistema político del centro imperial como de las exigencias funcionales *in situ*. El imperio chino de la dinastía Han dispuso de una administración mucho más intensiva que el imperio romano coetáneo, de la primera época imperial; no por ello el resultado de la integración fue claramente distinto en

ambos casos. Los imperios modernos también varían extraordinariamente en su grado de burocratización, e igualmente en la forma y la medida de la vinculación personal e institucional del aparato estatal metropolitano y periférico. Solo raramente, o quizá nunca (con la salvedad de China) se ha dispuesto de una administración unitaria en toda la extensión de un imperio. El imperio británico, que pudo defender su cohesión durante varios siglos, estaba regido por una confusa variedad de instancias que, en el mejor de los casos, se unían bajo la teórica competencia general del gabinete gubernamental de Londres. En el imperio francés de ultramar la situación no era muy distinta: la diversidad institucional contradecía cualquier concepto de un estado claro y «cartesiano».

A diferencia de un estado nacional, que se corresponde con algo similar a una sociedad nacional, un imperio representa una unión política, pero no social. Los imperios carecen de una «sociedad conjunta». Por ello, el modo de integración de los imperios se puede caracterizar como una integración política *sin* integración social. Los lazos sociales eran más estrechos entre los funcionarios enviados para un período de servicio limitado (es decir, los cuadros superiores, por debajo del plano de los virreyes y gobernadores). Hasta que los cargos del servicio colonial quedaron supeditados a pruebas de capacitación competitivas, las relaciones familiares y el patrocinio fueron la clave para conseguir esos puestos, en cualquier lugar. Según los casos, una persona podía ser enviada a un cargo imperial exterior como promoción o como castigo.

Los lazos existentes entre el medio autóctono y los colonos inmigrados, en cambio, eran mucho más débiles. Aquí se constatan, de forma repetida y muy variada, procesos de criollización social, con el nacimiento de identidades específicas de los colonos. Esta voluntad de autonomía fue especialmente fuerte cuando se dirigía (como en la América española) contra los descendientes de buena condición en el país de origen;

también cuando la distancia social entre los emigrantes y la metrópoli era particularmente grande, como en la (antigua) colonia penal de Australia. Por lo general, las sociedades de colonos no llegaban a poder reproducirse a sí mismas por falta de la suficiente masa demográfica. Quedaban como comunidades locales de extranjeros, de carácter insular y fragmentado, como las que caracterizan las ciudades que eran bases del comercio o sedes de la administración; pero también cuando la población de los colonos era escasa y estaba muy diseminada (como en la Kenia de hacia 1890). Cuando hablamos de las barreras étnicas y raciales, los lazos de unión todavía eran mucho más flojos. Algunos imperios (de forma variable a lo largo del tiempo) permitieron o facilitaron el ascenso de los súbditos coloniales en las jerarquías administrativas, militares y eclesiales; otros fueron siempre exclusivos en materia de etnia y raza. En los imperios europeos esta exclusividad tendió a crecer durante el siglo XIX. En algunos casos (por ejemplo, las colonias alemana y belga en África) fue de carácter absoluto. En la Edad Moderna, un caso único fue el reclutamiento sistemático de extranjeros en la élite militar del imperio otomano y el Egipto mameluco; en el siglo XIX dejó de existir. Por lo general, no es correcto equiparar la «colaboración política», estructuralmente imprescindible para el funcionamiento del aparato del estado en las colonias, con la integración social que se constata, por ejemplo, en la conducta matrimonial. Las relaciones sociales horizontales no formaban parte de la masilla de unión de los imperios.

Sí que tuvo importancia, en cambio, recurrir a los símbolos para la integración. Los estados nacionales se caracterizan por generar una identidad mediante símbolos de toda clase. En los imperios, este recurso es al menos igual de relevante, porque debe servir como equivalente funcional de otras fuerzas de unión más débiles. El monarca y la monarquía, como lugares de condensación simbólica, tenían la doble ventaja tanto de atraer a los europeos de las colonias como de impresionar a los

nativos. Así parecía ser, como mínimo. No se sabe hasta qué punto la proclamación de la reina Victoria como emperatriz de la India en 1876 entusiasmó *de corazón* a muchos indios. En cualquier caso, su abuelo Jorge III fue de utilidad para los rebeldes norteamericanos como símbolo *negativo*. En todas partes donde existía, la monarquía se desplegaba como foco de integración: en el estado Habsburgo —donde, en ocasión del aniversario del emperador en 1898, se esperaba que un patriotismo imperial (*Reichspatriotismus*) centrado en el anciano Francisco José contrarrestara el nacionalismo emergente—, en el guillerminismo, en el imperio zarista; con gran habilidad en el imperio Qing, con las minorías budistas y musulmanas; con torpeza en el imperio japonés, donde se obligó a los súbditos chinos (taiwaneses) y coreanos a profesar el culto al *tennō*, que culturalmente les resultaba extraño y repulsivo. Otro símbolo popular fueron las fuerzas armadas; en el caso británico, antes que nada, la omnipresente Royal Navy. La capacidad cohesionadora de los símbolos, como quizá de otras formas de solidaridad afectiva, pero no regida primordialmente por los intereses, se puso de manifiesto durante las dos guerras mundiales, cuando los dominios de Canadá, Australia y Nueva Zelanda (y a su manera, Sudáfrica) apoyaron a Gran Bretaña en una medida que no se puede explicar tan solo por la constitución formal del imperio y las relaciones de poder vigentes.

Por último, quedan por mencionar aún otros cuatro elementos de integración horizontal: (a) los lazos religiosos o confesionales, (b) la importancia del derecho para la unificación de los imperios más extensos, como el romano o el británico, (c) mercados relacionados a gran distancia, y (d) la forma dada a las relaciones exteriores del imperio. Este último punto no es el menos importante. Los imperios siempre han asegurado y defendido militarmente sus fronteras: contra los imperios vecinos, contra los piratas y bandidos de otra índole, y contra los «bárbaros» y sus omnipresentes disturbios. Pero contra las

actividades *comerciales* de los extraños se protegieron con medidas muy diversas. El comercio libre —que Gran Bretaña permitió en su imperio desde mediados del siglo XIX, y además exigió a los otros— era un caso novedoso y extremo. En su mayoría, los imperios, siempre que disponían de la fuerza organizadora precisa, practicaban alguna clase de control «mercantilista» de la economía exterior. Algunos —como el imperio chino desde la primera época Ming hasta la guerra del Opio, o, durante períodos prolongados, el español— limitaron el campo de acción de los terceros a las actividades realizadas en enclaves estrechamente vigilados. Otros, como por ejemplo el imperio otomano, toleraron o incluso fomentaron la diáspora comercial imponible (de griegos, armenios, parsis, etc.). Francia concedía monopolios de comercio colonial, que contaban también con su protección. En el siglo XIX, la política británica del libre comercio contribuyó a socavar los imperios que aún permanecían cerrados, aunque no pudo impedir el retorno del neomercantilismo en el siglo XX. La política generalizada de las preferencias arancelarias, los bloqueos comerciales y las zonas monetarias fomentaron, en las décadas de 1930 y 1940, la reintegración de los imperios británico y francés, así como un aumento de la agresividad por parte de los nuevos imperialismos militaristas y fascistas.

Diferenciar la integración horizontal y *vertical* es necesario, entre otras cosas, porque los imperios se ordenan radialmente, a diferencia de las federaciones o las configuraciones hegemónicas.1496 Las distintas periferias mantienen escasos contactos entre sí; la metrópoli se esfuerza por lograr que todas las corrientes de información y decisión pasen por el ojo de la aguja imperial; los movimientos de liberación quedan aislados unos de otros. Esta tendencia centralizadora, estructuralmente necesaria, obstaculiza la formación de una clase alta de ámbito panimperial y, con ello, de una integración horizontal de base amplia. La lealtad de los súbditos imperiales, por lo tanto, también *hay* que buscarla localmente; es el objetivo básico de la

integración vertical. En su mayoría, los mecanismos de integración horizontal son duales y poseen también una faceta vertical: el «reciclaje» de la violencia al reclutar localmente a los policías y soldados cipayos, la conexión simbólica con las concepciones autóctonas de la legitimidad del poder, la observación y espionaje de la sociedad sometida a través del gobierno colonial. Es insoslayable delegar el poder, de forma controlada, colaborando con los notables de posición más arraigada o con nuevas «élites colaboracionistas» de muy diversa índole, a las que se privilegiaba.

Cuanto mayores son las diferencias raciales y culturales, ya sean percibidas o «construidas», más claramente se constata una dialéctica entre la necesidad de inclusión política y la tendencia a la exclusión sociocultural. El club de los blancos queda cerrado al potentado local, que posee utilidad política, y este se lo toma a mal. A la inversa, los colonos siguen siendo socios comerciales útiles aun después de la emancipación política. Esta fue la base del modelo del «dominio», que funcionó bien para las dos partes. Se refleja asimismo en el hecho de que Gran Bretaña y Estados Unidos, desde la guerra que les enfrentó en 1812 (y a pesar de esta), mantuvieron estrechas relaciones económicas; y, aunque después de algunas turbulencias, en el último tercio del siglo XIX fueron construyendo, paso a paso, una «relación especial» muy completa. En el otro extremo del espectro tipológico están los órdenes coloniales sin ninguna integración vertical; sobre todo, las sociedades esclavistas del Caribe británico y francés en el siglo XVIII.

Las fuentes de *desintegración* se pueden derivar, hipotéticamente, de la reevaluación de los contextos integradores. Pero los imperios no suelen perecer (como se sabe ya desde la antigüedad) por efecto tan solo de la disolución interna, sino por una *combinación* de erosión interior y agresión exterior. Por decirlo más claro: los enemigos más temibles de un imperio han sido siempre *otros* imperios. Es llamativo que los

imperios se disuelvan en su mayoría en unidades menores, como *regna* o estados nacionales, y solo raramente se produzca un paso directo hacia estructuras federales o hegemónicas. Los planes de naciones transoceánicas —como los concebidos en las reformas borbónicas de la América española desde 1760, o hacia 1900 por el ministro de las Colonias británico Joseph Chamberlain— fracasaron invariablemente. Solo tuvieron éxito algunos intentos (no todos) de federación *dentro* de un marco imperial mayor, como fueron los de Canadá (1867) y Australia (1901); durante la descolonización hubo planes de federación para la península de Malaca y el África central británica, pero se fueron al traste.

Por resumir lo dicho hasta aquí al respecto del «tipo ideal»: un imperio es una agregación de poder extensa y multiétnica, con una estructura asimétrica de centro y periferia que se realiza mediante una praxis autoritaria; se mantiene unido por el aparato de coerción, la política de símbolos, y la ideología universalista del estado imperial y la élite imperial que lo sostiene. Entre la élite imperial no se produce una integración social y cultural; no hay una sociedad imperial homogénea ni una cultura imperial común. En el plano internacional, el centro no concede a las periferias que desarrollen relaciones exteriores autónomas.[1497]

Es incuestionable que las relaciones imperiales exigen siempre «regateos» y acuerdos. Un imperio no es un cuartel gigantesco; en todas partes se hallan nichos para la resistencia y campo para un despliegue de testarudez. En todos los planos sociales de un imperio, si las condiciones son favorables, se puede vivir bien y con seguridad. No por eso hay que olvidar que todo imperio posee un carácter coercitivo fundamental. Un imperio al que muchos (o todos) se adhieren de forma voluntaria no es tal imperio, sino —como la OTAN— una asociación hegemónica con miembros principalmente autónomos y un *primus inter pares* en el centro.

4. IMPERIOS: TIPOS Y COMPARACIONES

Los imperios se diferencian por su extensión en el mapa mundial, su total demográfico, el número de periferias y el rendimiento económico de estas. Los Países Bajos, con Indonesia, poseyeron durante todo el siglo la que (por detrás de la India), fue la colonia económicamente más exitosa de su época. Como no poseían ninguna otra colonia, salvo Surinam, su «imperio» fue de un calibre muy distinto al de, por ejemplo, el imperio británico, que era de ámbito mundial. Lo mismo cabe decir, en un sentido muy distinto, del joven imperio colonial alemán, que nació en 1884: se trataba de una colección de territorios escasamente poblados de África, China y los mares del Sur, superfluos para la metrópoli. Los Países Bajos eran un país pequeño con una colonia grande y rica; con Alemania pasaba lo contrario. En ninguno de los casos podemos aplicar ideas de una expansión verdaderamente global. En el siglo XIX solo tuvieron «imperios mundiales» los británicos y, en otra medida, los franceses. El imperio zarista era tan extenso y étnicamente tan diverso que también representaba un «mundo» por sí solo; en la Edad Media, el «imperio mundial» de los mongoles no había sido mucho mayor.

Leviatán y Behemot

No es posible traducir limpiamente la definición típica e ideal propuesta más arriba en una tipología completa. Los fenómenos imperiales, incluso en un único siglo, son demasiado diversos tanto espacial como temporalmente. Pero si nos fijamos en algunos puntos, podemos extraer diferencias entre las variantes.

A menudo, la diferencia entre imperios continentales y marítimos se contempla como la más importante de todas; no solo como una distinción académica, sino como un antagonismo profundo en el mundo político. Especialistas en la geografía política y filosófica, de sir Halford Mackinder a Carl Schmitt, incluso han querido ver en este conflicto (supuestamente inevitable) entre las potencias terrestres y las marítimas un rasgo fundamental de la moderna historia universal. Ahora bien, ya hace tiempo que se da por sentado, en gran medida *sin pruebas*, que ambos tipos de imperios resultan incomparables. Las concepciones cortas de miras, más bien hanseáticas de la «historia de ultramar» han impedido aprovechar la experiencia histórica de Rusia y China, de los imperios otomano y Habsburgo —no digamos ya los casos de Napoleón y Hitler— para un análisis comparativo de los imperios. Diferenciar entre los imperios de tierra y mar no siempre es unívoco ni útil. En los casos de Inglaterra y Japón, *todo* estaba, de un modo u otro, en «ultramar». El mismo imperio romano ya fue las dos cosas a un tiempo: el señor del Mediterráneo, pero también de territorios de interior hasta llegar a la Bretaña y el desierto arábigo. Un imperio marítimo, en forma *pura*, debe entenderse como una red de puertos fortificados enlazada trascontinentalmente. En la Edad Moderna, solo lo lograron los portugueses, holandeses e ingleses, que, hasta finales del siglo XVIII, se contentaron con controlar cabezas de puente y el entorno inmediato. El imperio mundial español del siglo XVI ya contó con un componente continental, pues para consolidar el dominio de las regiones americanas tuvo que emplear técnicas de administración

territorial. La Compañía de las Indias Orientales tuvo que desarrollar técnicas similares después de reforzar, en la década de 1760, el control sobre Bengala.

Cuando las colonias de bases se ampliaron para formar colonias territoriales, o se completaron con estas, surgieron en todas partes problemas de control para cuya solución la distancia geográfica de los subcentros con el centro general europeo fue meramente secundaria. La descentralización —uno de los puntos fuertes del imperio británico— fue un fruto obligado de la dificultad de transmitir las noticias antes de la telegrafía. El imperio británico, desde la conquista de la India, fue una estructura anfibia, Leviatán y Behemot en uno. La India y Canadá eran imperios terrestres subordinados de un carácter propio, países gigantescos que —de un modo similar a lo que ocurrió con el imperio zarista— en el transcurso del siglo XIX crecieron gracias a lo que los geopolíticos han considerado la energía moderna del poder terrestre imperial: el ferrocarril.1498 En la era de las máquinas de vapor, la logística no favoreció de forma especial a ninguno de los dos tipos básicos de transporte, ni el terrestre ni el marítimo. Cambiaron de naturaleza los viajes *tanto* por tierra *como* por mar, con un claro aumento de la celeridad y el volumen del transporte. En la era preindustrial, era más fácil y rápido recorrer las grandes distancias por mar que por tierra. Al terminar el siglo XIX estalló una guerra mundial en la que se enfrentaron los recursos de dos enormes masas continentales. Los aliados no se impusieron por ninguna superioridad natural de las potencias marítimas, sino porque la capacidad marítima civil les permitió acceder a la industria y la producción agraria, de base terrestre, de América, Australia y la India.1499 Entre tanto, no se materializó el gran duelo de los buques de guerra para el que Alemania y Gran Bretaña se habían estado preparando durante años.

Pese a todo, no hay que pasar por alto algunas diferencias entre las formas «puras» de los imperios terrestre y marítimo. La

«xenocracia» o gobierno extranjero adquiere un sentido distinto cuando determina la relación entre viejos vecinos que cuando se instala de un modo inesperado tras una invasión. En la inmediatez geográfica, puede formar parte de un tira y afloja prolongado, por ejemplo como el que ha caracterizado la relación entre Polonia y Rusia a lo largo de los siglos. En los imperios terrestres, hay que hacer un esfuerzo mayor para justificar e imponer una pretensión de soberanía global: fusiones dinásticas frutos de la unión personal (con lo que el emperador austríaco pasaba a ser rey de Hungría, el zar ruso, rey de Polonia, o el emperador chino, gran kan de los mongoles) o también la integración administrativa mediante una administración provincial unitaria (como en el imperio otomano) o por una organización universalizadora (como el partido comunista en la Unión Soviética imperial). La secesión de partes de un imperio continuo tiende a ser más peligrosa para el centro que una tendencia criolla a la autonomía al otro lado del mar: reduce la extensión del imperio en cuanto gran potencia y puede permitir que surja o un nuevo vecino hostil o un estado satélite de un imperio rival. La geopolítica de los imperios terrestres es, por lo tanto, ligeramente distinta a la de los marítimos. Pese a todo, no hay que olvidar que tanto Gran Bretaña como España, durante la «época de collado» revolucionaria, aplicaron una inmensa fuerza militar en el intento de no perder América.

Colonialismo e imperialismo

En este capítulo manejamos a menudo el concepto artificial de «periferia», que posee un sentido algo más amplio que el término más habitual de «colonia». En el siglo XIX, las élites dominantes de los imperios continentales (ruso, Habsburgo, chino, otomano) habrían rechazado con indignación la idea de que regían sobre «colonias», mientras otros (por ejemplo, los alemanes) estaban ciertamente orgullosos de «poseer» colonias. En Gran Bretaña se habría insistido en que la India no era una colonia normal, sino un caso sui géneris; en Francia se habría

trazado una divisoria entre Argelia, como parte de la República Francesa, y las colonias como tales. Por otro lado, una definición *estructural* de la «colonia» debe ser tan precisa que excluya las periferias de otra clase.1500

En el concepto de «colonia», a finales del siglo XIX, resuena la idea de atraso en el desarrollo socioeconómico en comparación con la metrópoli. Pero las regiones polacas del imperio zarista, Bohemia, en la monarquía Habsburgo, o Macedonia, en el imperio otomano, no eran en ningún caso zonas subdesarrolladas; y sin embargo, no cabe duda de que eran periferias dependientes cuyo destino político se decidía en San Petersburgo, Viena y Estambul. En el imperio británico, hacia 1900, había pocas semejanzas entre, por ejemplo, Canadá y Jamaica; las dos eran periféricas, en relación con Gran Bretaña, pero la primera era un protoestado nacional, que se regía a sí mismo democráticamente, y la segunda una colonia de la corona, en la cual el gobernador (como representante del ministro de las Colonias, en Londres) ejercía plenos poderes casi ilimitados. En muchos sentidos, el dominio de Canadá se asemejaba antes a un estado nacional europeo que a una colonia caribeña o africana del mismo imperio. Lo mismo cabe afirmar de periferias del imperio zarista. Difícilmente cabe atribuir el mismo tipo de dependencia a Finlandia (que durante la mayor parte del siglo XIX fue un gran ducado semiautónomo, ocupado por tropas rusas, en el que una minoría de grandes comerciantes y terratenientes suecos —en un principio, de lengua alemana— dictaban el tono social) y el Turquestán (que fue conquistado en la década de 1850 y, tras caer Taskent en 1865, fue tratado como lo más semejante a una colonia asiática de Gran Bretaña o Francia, más que otras regiones del imperio zarista).1501 No todas las periferias de los imperios eran colonias, y no en todos los imperios había «fronteras» (*frontiers*) coloniales igual de dinámicas. El colonialismo es solo *un* aspecto de la historia imperial del siglo XIX.

La rápida conquista y reparto del continente africano, un nuevo

lenguaje más jactancioso en la política internacional, y el acelerado aumento de los negocios (con apoyo político) de los bancos europeos y las sociedades de capital que aprovechaban los recursos de ultramar hicieron que, hacia finales de siglo, algunos observadores tuvieran la impresión de que el mundo entraba en una nueva fase de su desarrollo: la fase del «imperialismo». Se escribieron muchos análisis inteligentes sobre este fenómeno. Sobre todo el libro *Imperialism: A Study* (1902), del economista y publicista británico John A. Hobson, todavía se puede leer hoy como un diagnóstico profundo y en parte profético de su época.1502 Esta bibliografía, que también recibió aportaciones destacadas de marxistas como Rosa Luxemburg, Rudolf Hilferding y Nikolái Bujarin, quería descubrir antes que nada las causas de la nueva dinámica expansiva global de Europa (o al menos, de «Occidente»).1503 Aunque hubiera diferencias en los detalles del análisis, se estaba de acuerdo en que el imperialismo expresaba las más modernas tendencias de la época. Solo el versátil científico social austríaco Joseph A. Schumpeter objetó, en 1919, que a su entender el imperialismo era una estrategia política de las élites preburguesas y antiliberales, o de fuerzas capitalistas que huían del mercado mundial.1504 La posición tiene elementos acertados. No hay que elegir entre extremos. Frente a la conmoción ante lo nuevo que impresionó a los contemporáneos, hoy cabe reconocer con más claridad continuidades a largo plazo de procesos de expansión europeos y no europeos.1505 Detrás de estos procesos expansivos había motivos y fuerzas motrices muy diversas. Por ello, es conveniente manejar un concepto descriptivo del imperialismo que no nos ate a una explicación determinada (política, económica o cultural). Por «imperialismo» cabe entender entonces la suma de acciones que apuntan a la conquista y preservación de un imperio. Esto permite hablar de un imperialismo romano, mongol o napoleónico. El imperialismo se caracteriza por un tipo especial de política que atraviesa fronteras, hace caso omiso del statu

quo, es intervencionista, despliega rápidamente las fuerzas armadas, se arriesga a la guerra, dicta la paz. La política imperialista se basa en una jerarquía de los pueblos, divididos siempre entre fuertes y débiles, y en la mayoría de casos con una graduación cultural o racial. Los imperialistas consideran que su civilización es superior y, por lo tanto, tienen derecho a gobernar sobre otros.

Las teorías «clásicas» sobre el imperialismo, hacia 1900, planteaban la afinidad entre el imperialismo y la fase contemporánea del capitalismo; se trataba de un caso particular de la época, pero de un peso particular. En el transcurso de la larga sucesión de imperios e imperialismos, hacia 1760 se inició, con la guerra de los Siete Años, una «primera era del imperialismo global».1506 La segunda era del imperialismo global se inició hacia 1880 y concluyó en 1918; y una tercera (y por ahora la última) empezó en 1931 con el asalto de Japón sobre Manchuria y duró hasta 1945. La segunda era, denominada a menudo «neoimperialista», surgió por la fusión de varios procesos en principio independientes: (a) la integración de la economía mundial aumentaba a pasos agigantados (como aspecto de la «globalización»); (b) había nuevas tecnologías para intervenir y sojuzgar; (c) en el sistema de estados europeo se habían venido abajo los mecanismos de preservación de la paz; (d) en la política internacional ascendían las interpretaciones próximas al darwinismo social. En comparación con la primera era, también fue novedoso que la política imperialista no la emprendieran solo las grandes potencias, o dicho de otro modo: que las grandes potencias permitieran disfrutar de porciones del «pastel» imperial a países europeos más débiles. El rey belga Leopoldo II pudo incluso situarse por encima de los órganos estatales de su propio país y logró que la Conferencia de Berlín sobre África, en 1884, le cediera el «Estado Libre del Congo» como una colonia personal.1507

A menudo se ha afirmado que el neoimperialismo fue una

consecuencia directa de la industrialización. Resulta demasiado simplista. Fuera de África, los procesos de expansión territorialmente más completos se desarrollaron *antes* de que sus potencias imperiales se industrializaran: la expansión del imperio zarista en Siberia, en el mar Negro, en las estepas y en el Cáucaso; la expansión Qing en el Asia central, de 1720 a 1760; la conquista británica de la India, hasta 1818. La India no destacó como mercado para la industria británica hasta *después* de haber sido conquistada. De forma similar, los británicos no fueron adquiriendo progresivamente el control de la península de Malaca *para* acceder al caucho; que pronto fuera un productor importante ya es una historia distinta. Pero hubo conexiones indirectas: las ventas de la industria algodonera de Lancashire en América hicieron entrar en el tesoro británico plata mexicana que ayudó a financiar las conquistas indias de lord Wellesley.1508 La industrialización no necesariamente empuja a una política imperialista. Si la capacidad industrial se hubiera traducido directamente en poderío internacional, entonces en 1860 Bélgica, Sajonia y Suiza habrían sido grandes potencias agresivas. Buscar materias primas y mercados de venta «asegurada» por el estado —una expectativa que se frustró una y otra vez— fue un motivo de cierta importancia, en ocasiones; en Francia, por ejemplo, tuvo cierto peso de forma temporal. Pero solamente en el siglo XX los gobiernos entendieron que controlar recursos en el extranjero era una tarea *nacional* de suma relevancia. El petróleo fue el detonante principal de esta revaloración estratégica de los recursos naturales, que se inició poco antes de la primera guerra mundial. Hasta entonces, la explotación de recursos, al igual que la inversión directa de capitales, había sido un asunto de las empresas privadas (que con ello, eso sí, se garantizaban la protección de sus gobiernos en una medida inaudita). La política imperialista de la segunda era del imperialismo global se dirigía, en gran parte, a exigir concesiones de canales, trenes, minería, madera y plantaciones

favorables a los intereses privados de las empresas europeas.1509 En el último tercio del siglo XIX, se notó en todas partes la nueva estructuración conjunta de la economía mundial. La globalización económica no fue el fruto inmediato de la política estatal: la relación era recíproca. Las materias primas ya no se robaban, sino que se adquirían mediante una mezcla de sistemas de extracción (como las plantaciones) e incentivos comerciales: la «combinación de los mecanismos de sumisión» se modificó, incluyendo variaciones según de qué tipo fuera la colonia.1510

¿Qué efectos inmediatos tuvo la industrialización en los métodos de la guerra imperial? La conquista de la India hacia 1800 todavía se llevó a término con la tecnología militar preindustrial. De hecho, los principales adversarios de Wellesley, los marathas, poseían una artillería superior (mantenida por mercenarios alemanes), solo que no sabían sacarle todo el provecho.1511 La tecnología industrial no entró en el juego de forma decisiva hasta la aparición de las cañoneras a vapor; se utilizaron por primera vez en la primera guerra anglo-birmana de 1823-1824, y en 1841, en la guerra del Opio de los británicos contra China.1512 Una segunda fase de la conquista colonial se realizó bajo el signo de una innovación relativamente simple (para lo habitual en Europa), la ametralladora (la primera, la Maxim Gun, inventada en 1884), que causó masacres en los enfrentamientos de la década de 1890 entre las tropas europeas y nativas.1513 No tenía tanta importancia el nivel absoluto del desarrollo industrial y tecnológico de cada metrópoli, sino su posibilidad de ejercer la coerción in situ. El poderío industrial debía traducirse en superioridad local *caso por caso*; de otro modo, Gran Bretaña no se habría llevado la peor parte en la segunda guerra afgana (1878-1880), ni Estados Unidos en una larga serie de intervenciones del siglo XX (Vietnam, Irán, Líbano, Somalia, etc.).

No todos los imperialismos mostraron el mismo grado de

actividad en el siglo XIX, y la diferenciación no se corresponde con la separación entre potencias marítimas y terrestres. En el sistema de estados europeo hubo tres grandes potencias que se mostraron activas, en el ámbito imperial, durante *todo* el siglo XIX: el Reino Unido, Rusia y Francia. Alemania entró en el colonialismo en 1884, pero en el tiempo de Bismarck aún no practicó una *Weltpolitik* deliberada. Con el cambio de siglo, esta «política mundial» fue el nuevo lema del guillerminismo, al cual el reducido imperio colonial pronto le quedó pequeño. Austria era una gran potencia, pero de segunda categoría desde la victoria de Prusia en 1866-1871, y un imperio, pero que no practicaba una política imperial expansiva. Países que habían dejado de ser grandes potencias, como los Países Bajos, Portugal y España, cuidaban de sus viejas posesiones coloniales, a las que no añadieron nada esencial. Los imperios chino y otomano, antaño belicosos y dinámicos, se mostraron a la defensiva contra los europeos (China, relativamente menos que el imperio otomano). Japón, desde 1895, fue un actor imperialista muy activo. Los imperios del siglo XIX se diferencian por el grado de intensidad de su imperialismo. Lo que a primera vista, o desde una perspectiva teórica muy abstracta, puede parecer un imperialismo unitario, se descompone, cuando nos fijamos con más atención, en toda una pluralidad de imperialismos.

5. IMPERIOS: CASOS CORRIENTES Y CASOS EXTREMOS

La monarquía Habsburgo

En la realidad histórica no encontramos un imperio típico. Incluso una tipología clara se frustra ante la diversidad de criterios posibles. Sin embargo, cabe definir los casos particulares comparando sus peculiaridades.

Un caso extremo fue el imperio de los Habsburgo.[1514] Territorialmente estaba saturado y repleto: un imperio en el centro de Europa, el único con problemas para acceder al mar (por el puerto militar de Trieste) y sin una flota de guerra relevante.[1515] En el Congreso de Viena, Metternich consideró

que Austria había llegado a su extensión ideal y se resistió a todos los intentos de incorporar más regiones.1516 Sin embargo, se dejó imponer la Lombardía y Venecia, y pronto Austria estaba acariciando la idea de ser una potencia italiana. Lo fue en efecto hasta 1866. La ocupación de Bosnia-Herzegovina en 1878, y su anexión en 1908 —con la que se inicia la escalada definitiva hacia la primera guerra mundial— no fueron tanto un acto reflexivo de «construcción del imperio» como un golpe antiserbio y antirruso de un partido belicista e irresponsable en la corte de Viena.1517 Nadie quiso recibir en el imperio a los casi dos millones de eslavos del sur que alteraban el delicado equilibrio de los grupos nacionales; en esta situación de desconcierto, hubo que incorporar a Bosnia-Herzegovina en una categoría especial, la de *Reichsland*.

En ningún otro imperio está tan fuera de lugar el concepto de «colonia» como en la monarquía de los Habsburgo. Ni siquiera hubo la clase de colonias «interiores» en situación de desventaja que representaba Irlanda en relación con Inglaterra. Pese a todo, el estado «imperial y real» («k. u. k.», por *kaiserlich und königlich*) muestra numerosas características de un imperio típico.1518 Era un imperio multiétnico de escasa integración, una suma de regiones con identidades propias a menudo de raigambre histórica. El caso más particular era el de Hungría, que se consideraba a sí misma una *Kronland* específica; en 1867 se optó por la solución constitucional del llamado «compromiso austrohúngaro», que creó una «monarquía dual» a la que Hungría se sumó con un Parlamento bicameral y un gobierno propios, como reino semiautónomo (con la representación, en Budapest, de un archiduque habsbúrguico). En adelante, tras los austríacos-alemanes, ningún otro grupo nacional gozó de una posición en el imperio más fuerte que la de los magiares. Con el dualismo, Hungría disponía de un lugar en el seno del imperio comparable al que los dominios del Canadá (surgidos en el mismo año de 1867) tenían en el imperio británico. En ambos casos, se tenía la impresión de que

la vinculación imperial no era coercitiva. Los húngaros, como los canadienses, podían hacer carrera en sus imperios. La metrópoli no obstaculizaba seriamente el desarrollo económico y algunos costes estatales se compartían.1519 Al igual que el imperio británico, la monarquía del Danubio no se transformó en una federación. Después de 1867, el estado conjunto se tornó más heterogéneo. Las nacionalidades eslavas se consideraron (no sin razón) como las perdedoras del compromiso e, interiormente, se distanciaron del imperio; para empezar, les parecía que el monarca no juzgaba sobre sus intereses con ecuanimidad. Hasta el final, la integración de Austria-Hungría fue típicamente imperial: no se aspiraba a una identidad y una cultura panimperiales y el horizonte de la integración social horizontal fue siempre de lo más limitado. El imperio solo se mantenía unido en la cúspide: por el simbolismo de la monarquía y por un cuerpo de oficiales cosmopolita que era tan heterogéneo como las huestes españolas de la Edad Moderna o el ejército británico en la India. Pese a todo, la mayoría de sus habitantes no lo percibían como un estado militar. Solo los italianos del reino lombardo-véneto tenían la impresión de estar sometidos a una tiranía xenócrata. En una región dividida, como Galitzia, el mando austríaco se caracterizó por ser mucho más liberal (y mucho más ilustrado, en relación con el numeroso grupo demográfico de los judíos) que el de las zonas rusas y prusianas. Las nacionalidades que pertenecían al imperio de los Habsburgo contemplaban con bastante recelo las relaciones mutuas. La famosa «cuestión de las nacionalidades» no aludía tanto a la relación de las periferias con el centro (como en el imperio zarista) como a la vecindad conflictiva de periferias mutuamente entrelazadas; así, por ejemplo, Hungría sufría problemas explosivos con sus propias minorías.1520

El imperio de los Habsburgo era el único imperio en el que ya no había ni el vestigio de una ««frontera con los bárbaros» que aún estuviera abierta. Tampoco había ya ningún colonialismo

de asentamientos. Pese a toda la diversidad, étnica y culturalmente el imperio era mucho más uniforme no ya que los imperios ultramarinos de las potencias occidentales, sino también que los imperios ruso y otomano. Aunque las diferencias entre lenguas, costumbres y recuerdos históricos fueron tornándose cada vez más claras a medida que aumentaba la conciencia nacional, en Viena todos los súbditos del emperador tenían la piel blanca y en su gran mayoría eran católicos. La principal minoría religiosa —la de los serbios ortodoxos— solo representaba en 1910 un escaso 3,8 % de la población; los musulmanes, solo el 1,3 %.1521 Compárese con el cerca de 40 % de no musulmanes que había en un imperio otomano que oficialmente era musulmán (antes de las grandes pérdidas territoriales de los Balcanes, a partir de 1878); el 29 % de no ortodoxos del imperio zarista, oficialmente cristiano-ortodoxo (en 1897); o incluso con el imperio británico, en el que estaban representados todos los colores de piel y todas las religiones del mundo y la fe religiosa más abundante era el hinduismo.1522 Incluso si en Viena, Budapest o Praga se quería considerar a los eslavos del sur o a la minoría rumana como «bárbaros», no encajaban con la imagen que en los discursos europeos occidentales, rusos o chinos se daba de los (nobles o no tan nobles) «salvajes». El imperio de los Habsburgo, tanto geográfica como culturalmente, era una estructura multiétnica de la Europa occidental. El hecho de que, en principio, en toda su extensión imperasen la ley y la igualdad entre los ciudadanos, lo convirtió en el más «moderno» y «civil» de los imperios.1523 Pero no en todos los sentidos: como hecho peculiar, la formación nacional estaba más avanzada entre húngaros y checos, como mínimo, que entre los austríacos alemanes. En 1914, estos últimos todavía no eran una nación, y menos aún, la dirigente. En el resto del mundo, bajo el caparazón de la metrópoli dormitaba un estado nacional de la nacionalidad titular, que tras la pérdida de las periferias podía alzarse sobre sus propios pies: eso permitió que, después de la

primera guerra mundial, del imperio otomano surgiera (con asombrosa rapidez) la república de Turquía. No fue así en la monarquía del Danubio. A este respecto, era uno de los imperios más anticuados; por ello mismo, no es de extrañar que fuera de los primeros en desaparecer del mapa.
El hundimiento llegó a través de una secesión general para la que solo existe un único paralelo: el fin de la Unión Soviética en 1990-1991. Se derivó de la derrota militar al concluir una guerra mundial que, por el contrario, tendió a reforzar la cohesión del imperio británico. Pese a todo, la comparación más adecuada es precisamente esta con el imperio británico: bajo el paraguas de la monarquía del Danubio, lombardos, húngaro y checos habían avanzado tanto en la formación interior de su nación que (al igual que Australia, Nueva Zelanda y Canadá) pudieron salir de su pasado imperial como estados nacionales con capacidad de supervivencia política y económica y con peso internacional, todo ello sin grandes convulsiones violentas. No cabe afirmar lo mismo, con la misma decisión, sobre los estados que sucedieron al imperio otomano en el Oriente Medio y los Balcanes. En el otro extremo del espectro se halla el imperio chino. Desde la Edad Moderna, solo una secesión ha tenido éxito: la de la Mongolia Exterior (1911), un estado que, tras una frágil autonomía inicial, fue el satélite más duradero de la Unión Soviética (durante setenta años) y solo en 1991 pudo retomar la independencia perdida en 1690.1524
Los cuatro imperios de Francia
Durante siglos, la casa de los Habsburgo y Francia rivalizaron por la primacía en el continente europeo. En 1809, Napoleón todavía llevó a la monarquía austríaca al borde del colapso e hizo ocupar Viena militarmente. Fue el choque de dos imperios (casi por completo) continentales. La bibliografía no suele incluir al imperio napoleónico, por su corta vida, en las comparaciones entre imperios; pero aun así fue un imperio de suma pureza. Pese a la primacía del aspecto militar —al que acabó subordinándose toda la política en los dieciséis años de

Napoleón, y que se expresó ante todo en una búsqueda constante de dinero y reclutas—, cabe reconocerle perfiles sistémicos de imperio.1525 De hecho, dos de las características típicas en general de los imperios fueron especialmente marcadas. En primer lugar, Napoleón no tardó en crear una élite de gobierno genuinamente imperial, a la que fue situando por toda Europa, con rotación entre los puestos. El núcleo lo formaban las familias Bonaparte y Beauharnais, de donde surgieron los mariscales en los que Napoleón puso más confianza y una casta de administradores profesionales a los que se podía enviar donde hiciera falta.1526 El *Empire* napoleónico —el último y más notable de los absolutistas ilustrados— fue una estructura estática en extremo, en la que un aparato estatal erigido de forma similar en todas partes se proponía modernizar en el interés general, pero sin conceder ni voto ni acción institucional a los súbditos afectados. Como todo imperio, el napoleónico también tuvo que apoyarse en la colaboración de las élites y los gobernantes locales, sin los cuales no habría podido movilizar los recursos de las sociedades sometidas. Pese a todo, no se les concedió ni siquiera un mínimo de representación formalizada (según el modelo británico).1527 Ninguno de los imperios de los siglos XVIII y XIX estuvo más centralizado que el napoleónico. Una orden o una ley de París adquirían validez de inmediato en todo el imperio.

En segundo lugar, todo el proyecto de la expansión napoleónica se caracterizó por una viva arrogancia cultural que no era fácil encontrar —ni siquiera entre europeos y no europeos— antes de la época de pleno desarrollo del racismo. Esta arrogancia, que nacía de la convicción de que la Francia posrevolucionaria y secular suponía la cúspide universal de la civilización y convertía la Ilustración en realidad, se percibía con menos nitidez en las zonas centrales del imperio, identificadas por Michael Broers como la Francia oriental, los Países Bajos, la Italia septentrional y los estados de la Confederación del Rin;

pero se notaba claramente en el «imperio exterior», al que pertenecían por ejemplo Polonia, España e Italia al sur de Génova.1528 Allí, los franceses se comportaron como una fuerza de ocupación militar, trataron con sumo desprecio a la población del lugar, considerada ineficaz y «supersticiosa», y ni siquiera intentaron disimular las condiciones de explotación colonial. El imperio napoleónico fue mucho más allá que ningún otro en su voluntad de lograr la uniformidad cultural. Napoleón, influido por los conceptos de Europa y las utopías de la paz de la Ilustración, sostuvo (al menos en sus memorias) que había soñado con una Europa unificada «regida en todo lugar por los mismos principios, el mismo sistema».1529 En primer lugar se debía «afrancesar» a las élites, allí donde no eran ya francesas; y luego someter a los pueblos a una radical *mission civilisatrice* que los librara del yugo de la religión y el localismo. En España, el procedimiento ya topó con sus límites en 1808.1530

En octubre de 1813, el imperio napoleónico murió en el campo de batalla, en las inmediaciones de Leipzig. El imperio francés de ultramar del siglo XIX, fundado con la conquista de Argel en 1830 —un caso típico de distracción oportunista frente a los problemas de la política interior— fue una aventura completamente nueva.1531 Igual que se suele hablar de un *primer* y un *segundo* imperio británico —separados por la independencia de Estados Unidos en 1783—, podríamos distinguir entre cuatro imperios franceses (aunque los historiadores del país todavía no lo han hecho):

1. El primer imperio sería el del Antiguo Régimen, cuyo centro de gravedad estaba en el Caribe, y que concluyó, como muy tarde, con la independencia de Haití en 1804. La dirección era netamente mercantilista, se basaba poco en la emigración y su economía residía en buena medida en el trabajo de los esclavos.
2. El segundo imperio fue el de la Francia-Europa conquistada en una serie de guerras relámpago.
3. El tercero, de índole colonial, se levantó a partir de 1830

sobre la base de las pocas colonias que se devolvieron a Francia en 1814-1815 (por ejemplo, Senegal), y estuvo dominado por Argelia hasta la década de 1870. 4. El cuarto imperio —el primero que surgió por ampliación del anterior— fue de carácter *mundial* y multicontinental, duró de la década de 1870 a la de 1960, y tuvo como centro de gravedad geográfica el norte y oeste de África, así como Indochina.

De esta historia imperial en cuatro etapas, quedan vestigios precisamente del primer caso; sobre todo, los departamentos de ultramar de Guadalupe y la Martinica, plenamente integrados en la Unión Europea. Los imperios posnapoleónicos fueron desde el principio hasta el final reacciones ante el imperio británico, de cuya sombra no salieron nunca. Incluso la invasión de Argelia —que internacionalmente se pudo vender bien como una acción de castigo contra un «estado canalla» de secuestradores y piratas musulmanes— fue en realidad el intento de adentrarse en un vacío de la política de poder del que Gran Bretaña aún no se había apoderado. A pesar de que los británicos controlaban Gibraltar desde 1713, habían encerrado a la flota napoleónica en el Mediterráneo y poseían desde 1814 (*de facto*, desde 1802) la isla de Malta como colonia de la corona y base naval, sin embargo hasta ocupar Egipto en 1882 no persiguieron intereses coloniales en el marco mediterráneo. La historia colonial francesa padeció durante mucho tiempo el trauma de ocupar un papel secundario.

Ahora bien, si no se compara con la competencia británica, su expansión colonial fue muy exitosa. Aunque a gran distancia del británico, entre los imperios de ultramar del siglo XIX, el francés fue el segundo en importancia. La superficie respectiva (en 1913: el imperio británico, 32,3 millones de kilómetros cuadrados, y Francia, 9,7 millones)1532 es un poco engañosa, porque el área de Gran Bretaña incluye los dominios, y la de Francia, la gran extensión desértica del Sahara reclamado por Argelia. El imperio británico, en 1913, contaba con posesiones relevantes en *todos* los continentes, mientras que Francia solo

las tenía en el norte de África (Argelia, Túnez, Marruecos), el África occidental y central, Madagascar, el sureste asiático (desde 1887, Indochina, es decir, Vietnam y Camboya; desde 1896, también Laos), el Caribe (Guadalupe, Martinica), el Pacífico sur (Tahití o Bikini, entre otras) y Sudamérica (Guayana). En Asia, el interés colonial de Francia no fue mucho más allá de Indochina. En el África oriental y meridional, Francia estaba tan poco presente como en Norteamérica y Australia. Incluso en África, donde se centraban las posesiones francesas, Gran Bretaña gozaba de la ventaja de hallarse establecida colonialmente desde Egipto en el norte hasta el Cabo de Buena Esperanza en el sur, en las costas occidental y oriental, y también en la importante isla de Mauricio, en el océano Índico.

Las conquistas posteriores tampoco supusieron que Argelia perdiera el primer lugar entre las colonias francesas. Cronológicamente, Argelia se sitúa en una periodización más completa. La invasión original topó contra una resistencia autóctona bien organizada, dirigida por el emir Abd al-Qadir (1808-1883), quien, de forma temporal —de 1837 a 1839— logró erigir un contraestado argelino, de carácter ya protonacional, con sus propios sistemas judicial y tributario.1533 Como tan a menudo en la historia del imperialismo europeo (y de la «frontera» norteamericana), los agresores se impusieron solo por la desunión de las fuerzas nativas. Abd al-Qadir se rindió en 1847; tras pasar cuatro años en prisión, el resto de su vida fue tratado con cierto respeto por los franceses, como un «enemigo noble», un destino similar al de Shamil, el jefe de la resistencia musulmana en el Cáucaso, una figura bastante parecida a Al-Qadir.

Durante la propia fase de conquista, el número de emigrantes franceses y de otros países (sobre todo, España e Italia) a Argelia creció con rapidez: de 37.000 personas en 1841 a 131.000 diez años después.1534 La mayoría se establecieron en las ciudades y solo unos pocos actuaron como pioneros

agrarios. Aunque la conquista y colonización de Argelia había empezado en un punto en el que los europeos solo se habían asentado en el extremo sur del continente africano (llama la atención la plena simultaneidad con la gran marcha de los bóers), la década de 1880, que tan fatal resultó para toda África, también marcó un punto de inflexión en Argelia. Napoleón III, que en Asia y México se comportó como un aventurero imperialista, no cedió nunca por completo al afán de poder de los colonos y, al menos sobre el papel, reconoció a las tribus argelinas la propiedad de las tierras. Al terminar el segundo imperio, en 1870, esta barrera se suprimió. En ese momento, la república dio libertad para que los *colons* erigieran un estado para sí mismos, es decir, les permitió lo que el poder colonial de los británicos en El Cabo les había negado a los bóers. En 1871-1872, se suprimió el último gran levantamiento de los argelinos con una brutalidad que recuerda a la represión del *Mutiny* de los cipayos en la India, en 1857. En la década de 1880, por lo tanto, la población nativa empezó a perder tierras en gran escala: por apropiación punitiva, por medidas judiciales o engaños con apariencia de legalidad. La población europea en Argelia ascendió de las 280.000 personas de 1872 a 531.000 veinte años después. Si el segundo imperio apostó por abrir nuevas tierras por medio de las sociedades de capital, la Tercera República propagó el modelo del colono campesino propietario de su propia tierra. Se buscaba copiar la Francia rural en el marco de la colonia.

No hubo ninguna colonia «típicamente» europea. Argelia tampoco lo fue. Aun así, interpretó un papel especialmente destacado en la economía emocional de Francia y se halló en el origen de un enfrentamiento de intensidad renovada entre Europa y el mundo islámico. En casi ninguna otra colonia se trató con tanto desprecio los intereses de la población autóctona. Tanto en un sentido logístico como en el histórico, el norte de África, con respecto a Europa, no se halla propiamente en «ultramar». Pertenecía a la esfera espacial del imperio

romano, una circunstancia de la que los defensores del colonialismo sacaron partido sin descanso. El fuerte conflicto cultural que surgió en Argelia con el islam es una paradoja, porque desde la Edad Moderna (y hasta el día de hoy), Francia ha mantenido contactos con el mundo islámico mejores y más estrechos que ningún otro país europeo.1535 En la vecina Marruecos, la confrontación con el islam no se produjo: desde 1912, el residente general, el mariscal Hubert Lyautey, puso en práctica una política socialmente conservadora, con una intervención mínima en la sociedad local, y supo contener la influencia de los colonos (relativamente escasos).1536

La posición de los colonos argelinos representa una segunda paradoja. Desde el punto de vista local, era una posición de fuerza; pero no buscaban la independencia política, es decir, no siguieron los impulsos «normales» entre los colonos. A diferencia de los colonos británicos de Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, no aspiraban a formar un estado similar a los «dominios» de Gran Bretaña. ¿Por qué no? *En primer lugar*, los colonos, por su relativa debilidad demográfica, dependieron del principio hasta el fin de la protección del ejército francés. En cambio, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, desde aproximadamente 1870, se apoyaron en fuerzas de seguridad reclutadas en el país. *En segundo lugar*, a partir 1848, Argelia no era una colonia; jurídicamente era una parte más del estado francés. Sin embargo, el decidido centralismo de Francia no preveía autonomías políticas de ninguna clase, esto es, ninguna solución intermedia. Ello comportó que entre los franceses de Argelia se formara una conciencia no tanto nacional como tribal, comparable a la de los ingleses protestantes en Irlanda del Norte. Además, en Argelia el nacionalismo local pesó más que en casi cualquier otra colonia europea: tras la humillante derrota contra Prusia, en 1870-1871, Argelia debía servir como arena de la regeneración nacional por medio de la colonización.1537 *En tercer lugar*, la economía colonial argelina era dependiente y precaria. Desde 1870 se organizó ante todo

con pequeñas empresas y sin una base exportadora fiable, más allá del vino; en cambio, los dominios británicos producían y exportaban cereales, algodón y carne en gran escala.
Fuera de Argelia, el imperio colonial francés era relativamente reciente. Solo con la conquista de territorios extensos en el África occidental y, desde allí, el avance hacia el este (en la región de los estados actuales de Malí, Níger y el Chad) se logró una base territorial desde la cual se confiaba en poder competir con el imperio británico. Pero en 1898, cuando las tropas coloniales británicas y francesas chocaron en Fachoda, en el alto Nilo, los franceses se retiraron, en lo que ponía de manifiesto la relación real de las fuerzas respectivas. Si en el cinturón de las sabanas africanas se podía obtener poco provecho económico, en cambio Vietnam demostró ser desde el principio una colonia productiva, de explotación fructífera. En el proceso progresivo de pérdida de la independencia de los tres estados que constituían Vietnam (Cochinchina, Annam y Tonkín), el año decisivo fue 1884. Pero incluso después la resistencia, notable hasta esa fecha, persistió. Solo hacia el cambio de siglo cabe decir que Vietnam y las otras dos partes de Indochina habían quedado «pacificadas». En las cuatro décadas posteriores, Indochina se convirtió en el campo de acción principal, en todo el imperio, de los bancos, las empresas mineras y las sociedades agrarias.1538 Pero aquí también se pusieron de relieve los límites de la economía colonial, por ejemplo, en el hecho de que no se pudo sacar a Indochina de la zona monetaria asiática. No se logró introducir nunca el franco; siguieron usándose la piastra de plata y otras divisas menores. Así, Indochina (al igual que China, con su independencia) siguió rigiéndose por el patrón de la plata, que estaba expuesto a oscilaciones extraordinarias.1539 Por este motivo, así como por el subdesarrollo del sector crediticio, la ramificación de las actividades de los bancos franceses no fueron solo un signo de la agresividad del imperialismo financiero, sino también el resultado de graves problemas de

adaptación. Entre todas las colonias francesas, Indochina fue la que generó más beneficios para la economía privada. A la exportación se sumaba un mercado interior relativamente grande, en una región muy poblada. Así, Vietnam no solo tenía una conexión directa con Marsella, sino que también actuaba como base de los intereses económicos franceses en Hong Kong, China, Singapur, Siam, la Malasia británica y las Indias Orientales Neerlandesas. Indochina no solo generó beneficios elevados para determinadas empresas francesas, sino que contribuyó a la prosperidad general del capitalismo francés.1540

En conjunto, las colonias francesas se integraron en el sistema global con mucha más debilidad que las británicas: ni de Francia surgió un movimiento de colonos significativo (con la excepción del objetivo argelino), ni París fue un centro de primer orden, comparable con Londres, en la circulación del capital internacional. Los flujos de capital principales no se dirigían al imperio colonial, sino en todo caso hacia Rusia y luego hacia España e Italia. Francia también fue muy activa en los préstamos al imperio otomano, Egipto y China. Algunos de estos créditos mejoraron las posibilidades de venta de la industria francesa, en particular de la producción armamentística; pero en su conjunto eran la expresión de un imperialismo financiero independiente. La geografía de los intereses financieros de Francia no se correspondía con la del imperio formal, menos aún que en el caso británico. Francia no tenía una tradición colonial y ultramarina antigua, semejante a la inglesa o neerlandesa. Su propia Compañía de las Indias Orientales, en la Edad Moderna, nunca alcanzó el nivel de la gran competencia inglesa y neerlandesa. Hasta los años posteriores a la primera guerra mundial, la opinión pública francesa mostró un interés relativamente escaso por las cuestiones coloniales. Así, en la política colonial tuvieron un papel especialmente decisivo los *lobbies*, sobre todo el ejército colonial, la Marina y los geógrafos. Por otro lado, también hubo

menos críticas al colonialismo y el imperialismo que por ejemplo en Gran Bretaña. En la década de 1890 se forjó un consenso social en torno a la idea de que las colonias eran buenas para la nación (por descontado), pero también una ocasión excelente para difundir en el mundo la propia superioridad cultural por medio de una *mission civilisatrice*.1541

Un aspecto asombroso del imperialismo francés fue la esterilidad política. El país de los *citoyens* no exportó ninguna democracia. Los regímenes coloniales, en su mayoría, fueron inusualmente autoritarios. Por otro lado, la descolonización, ya más adelante, solo se desarrolló con pocas fricciones en el África occidental. Y en cualquier caso, la historia inicial de la expansión francesa topó con muchos más fracasos que la británica. El hecho de que, en 1882, Gran Bretaña arrebatara Egipto precisamente a Francia —delante de sus narices— fue un golpe particularmente doloroso. El efecto cultural más destacado de la expansión francesa fue la difusión de la lengua, que cuajó sobre todo en el África occidental. En el resto de casos, la vía de la asimilación tan solo estaba abierta a unos pocos miembros de las clases cultas no europeas, en proceso de formación en las colonias; e iba asociada a la expectativa de una transformación cultural radical. Esto no permitió que surgiera ninguna cultura imperial genuinamente integradora. Por todo ello, el imperio francés, una vez concluido, tampoco se pudo trasladar a una comunidad solidaria de organización laxa al estilo de la Commonwealth británica.

Colonias sin imperialismo

También hubo posesiones coloniales sin relación con un imperio. Un caso extremo fue el del Congo *belga* (porque Francia también tuvo su colonia congolesa: el Congo-Brazzaville, creado a partir de 1880 por la iniciativa personal del aventurero Pierre Savorgnan de Brazza).1542 El estado belga no se hizo cargo de la colonia —en la jerga del derecho internacional: se la anexionó— hasta 1908, después de que se

descubrieran numerosos abusos del rey Leopoldo II. Este monarca fue uno de los imperialistas más ambiciosos y crueles de su época (aunque no pudo hacer realidad sus otros planes). El Congo, con Leopoldo, no tuvo el más mínimo desarrollo como colonia. Fue un simple objeto de explotación. La población, desprotegida frente a todas las clases posibles de violencia y arbitrariedad, fue forzada a trabajar con suma dureza y entregar cuotas ciertamente elevadísimas de los productos exportables (caucho o marfil, entre otros). Los cuantiosos beneficios se destinaron a los bolsillos del rey y las obras públicas que hoy aún embellecen Bélgica. Henry Morton Stanley, el explorador y periodista de origen galés, que luego trabajó en Estados Unidos, fue el primer europeo que atravesó África de este a oeste a la altura del Congo, en 1877; más adelante, por encargo de Leopoldo, clarificó la situación con expediciones armadas en una zona en la que (al menos al principio) topó con poca resistencia autóctona. Desde 1886, la Force Publique —un ejército inusitadamente brutal, compuesto por mercenarios africanos y ampliado más tarde con guerreros locales— se encargó de mantener el orden en el Congo. Además se involucró en enfrentamientos especialmente sangrientos con los tratantes de esclavos suajilis (denominados a menudo «árabes»), que causaron decenas de miles de muertos. El aparato estatal del «Estado Libre» del Congo —un nombre eufemístico, desde luego— fue siempre en extremo rudimentario. Prácticamente no había colonos belgas. Las grandes empresas concesionarias, que en fases posteriores se repartieron entre sí las riquezas del Congo, tampoco generaron oportunidades de empleo para los belgas después de 1908. En cuanto a los africanos, apenas entraban siquiera en el campo de visión de la población belga. A diferencia de lo ocurrido en los imperios francés y británico, casi nadie accedió a la metrópoli para recibir una educación superior. Las transferencias culturales, en ambas direcciones, quedaron en cero.[1543] Como los intereses belgas en ultramar eran

insignificantes, en la gran diplomacia del imperialismo los belgas tampoco tuvieron ningún papel destacado; a lo sumo, en la financiación del ferrocarril chino.

Los Países Bajos tampoco poseían un *imperio* colonial, pero sí una colonia en la que el peso de la administración era muy grande. Entre aproximadamente 1590 y 1740, fueron la mayor de las fuerzas individuales del comercio mundial y poseyeron un *seaborne empire* con bases que iban desde el Caribe hasta Japón. En el siglo XIX ya no quedaba gran cosa, fuera de la Indias Orientales Neerlandesas. En la década de 1880, los Países Bajos fueron el único país de la Europa occidental que no participó en el reparto de África. Más aún: en 1872 habían vendido sus últimas posesiones en la Costa de Oro (Ghana) a los británicos. Los neerlandeses estaban satisfechos con su papel de potencia colonial en contracción, no en expansión. Desarrollaron una imagen de sí mismos en la que se distinguían de las grandes potencias, agresivas y avariciosas, por ser una nación que practicaba un colonialismo suave, orientado al progreso, reducido, pacífico y neutral.1544 La única forma de expansión fue por el refuerzo de los controles sobre las islas indonesias. Allí se habían consolidado desde principios del siglo XVII (Batavia la fundaron en 1619), pero el control verdaderamente eficaz sobre las islas mayores requirió un proceso de varios siglos. Esta conquista, muy lenta, no culminó y concluyó hasta la guerra de Aceh (1873-1903), que, frente a una resistencia muy resuelta, acabó situando bajo dominio neerlandés la punta septentrional de la isla de Sumatra. Esta guerra, que costó unas 100.000 vidas —y fue controvertida en los Países Bajos—, respondía en primer lugar a factores internacionales; se tenía temor a la intervención sucesiva de estadounidenses, británicos, y luego alemanes o japoneses.1545 Como tan a menudo en la historia de la expansión, fue un caso de defensa agresiva, no la expresión de pánico a perder los frutos del colonialismo. Si dio la impresión de que los Países Bajos también se sumaban a la intensificación

del juego imperialista (en contra de su propia imagen de sí mismos), no fue porque tuviera causas nuevas.1546 La gran y rica colonia de Indonesia —tras la India británica, sin duda, la segunda en importancia de todas las posesiones europeas en Asia y África— interesaba por las mismas razones por las que ya había interesado *antes* de 1870. Los Países Bajos eran «un gigante colonial, pero un enano político».1547

Hacia 1900 hubo cambios en los métodos de la actuación colonial; y no solo en el caso de los neerlandeses. En África, la conquista colonial había quedado cerrada en casi todas partes con el cambio de siglo, y, en condiciones de mayor paz, las grandes potencias coloniales pasaron a una política colonial sistemática y menos violenta. El objetivo era, por doquier, lo que la teoría colonial francesa llamaba *mise en valeur*, «poner en valor». En el imperio colonial africano de los alemanes, sobre todo en el África oriental, esto se hizo después de 1905, en la «era Dernburg», a la que se ha dado el nombre del ministro de las Colonias de aquel momento.1548 En la Malasia británica se observan cambios parecidos hacia esta misma época. La «puesta en valor» más concienzuda, y estudiada con más detalle por otras potencias coloniales, tuvo lugar en Indonesia: entre 1891 y 1904, hasta 25 delegaciones de estudiosos franceses visitaron las Indias Orientales Neerlandesas para profundizar en los misterios de cómo emplear provechosamente la mano de obra indígena.1549 Entre las dos guerras mundiales, cuando el colonialismo llegó a su estadio de madurez en todo el mundo, las Indias Orientales Neerlandesas podían considerarse como un *ejemplo* de colonia, tanto en lo bueno como en lo malo. La India, que había desempeñado ese papel en el siglo XIX (pese a que era muy atípica en muchos aspectos), se había avanzado mucho a casi todas las demás colonias, por obra de un movimiento de liberación muy activo, y ya estaba de camino hacia un futuro nuevo. En cambio, las Indias Orientales Neerlandesas representaban la continuidad dentro del cambio colonial.

Entre 1830 y 1870, Indonesia había sido explotada de una forma extrema en beneficio de la metrópoli, por medio del nuevo «sistema de cultivo», de cargas elevadas y obligatorias. Una quinta parte de los ingresos netos del Tesoro neerlandés procedían directamente de la colonia. En las tres décadas posteriores a 1870, hubo una retirada del saqueo tan drástico de los campesinos indonesios; en 1901 —a poco de que se acabara la guerra de Aceh, muy costosa para la potencia colonial— se proclamó incluso una supuesta «política ética». Esto significó, ante todo, que el estado colonial invirtió por vez primera en Indonesia; sobre todo, en la construcción de infraestructuras: ferrocarriles, abastecimiento de electricidad, irrigación (una técnica especialmente desarrollada en la tradición local, en particular en Java). También hubo los primeros pasos hacia un colonialismo próximo al estado del bienestar, fenómeno que en la India no se llegó a dar y que en África apenas influyó hasta después de 1945.1550 Casi ninguna otra potencia colonial del siglo XIX largo invirtió tanto dinero en lo que hoy se llama «desarrollo» como invirtieron los neerlandeses en Indonesia después de 1901. Fue un éxito: si la economía de Indonesia hubiera seguido creciendo como hizo entre 1900 y 1920, hoy sería uno de los países más ricos de Asia.1551 Este crecimiento, sin embargo, no se debía ante todo a la política del estado colonial, sino al gran empeño y al espíritu emprendedor de los pueblos del archipiélago indonesio. Como en todo el mundo colonial, sin embargo, también en Indonesia —incluso en la fase de reformas posterior a 1901— se hizo muy poco por la formación educativa y profesional de la población autóctona. No haberse ocupado suficientemente —haberlo hecho mucho menos que en Europa— de la cualificación de las personas (el «capital humano») de las colonias fue quizá el mayor de los pecados de omisión del colonialismo europeo.

Imperios privados

Tales modos de formación de un imperio —en última instancia,

sometidos al control de una metrópoli autónoma y propulsados, en lo esencial, por la proyección de poder del centro a las periferias— se pueden describir como formaciones «primarias» de los imperios. Casi nunca tenían detrás ninguna «gran estrategia» de *empire-building*. Cuando el historiador sir John Robert Seeley, en una expresión famosa de 1883 (es decir, poco después de la ocupación plenamente planificada de Egipto), comentó que el imperio británico se había conquistado «en un arranque de distracción», tenía cierta razón, a este respecto; y su hallazgo se aplica asimismo a otros imperios europeos.

Pese a todo, numerosos casos se apartaron del modelo. Los imperios no siempre se ampliaron por vías militares. En 1803, Estados Unidos adquirió la Luisiana a los franceses y, de golpe, duplicó su territorio, y con ello abrió nuevos espacios extensos a la colonización mediante asentamientos y la fundación de nuevos estados federados. En 1867, Estados Unidos compró Alaska al imperio zarista. En 1878, Suecia vendió la isla de San Bartolomé a Francia, después de que Estados Unidos e Italia hubieran rehusado la oferta.[1552] Estas acciones fueron la equivalencia decimonónica al intercambio pacífico de territorios por medio de los matrimonios dinásticos (por ejemplo, Bombay formó parte de la dote de la princesa portuguesa Catalina, cuando, en 1661, se casó con Carlos II de Inglaterra).

Entre los modos de ampliación pacíficos también figuraba situarse uno mismo bajo una protección superior, por ejemplo, para hacer frente a un vecino hostil. Fue la vía elegida entre otros por el soberano de Bechuanaland (hoy, Botsuana), que solicitó que su país fuera anexionado por Gran Bretaña —y le fue concedido—, antes que estar bajo el amenazador gobierno de la British South Africa Company, empresa privada de Cecil Rhodes.[1553] La sumisión «voluntaria», fuera por hallarse en un triángulo similar o con el reconocimiento directo del vasallaje, es uno de los mecanismos más antiguos y difundidos de ampliación de los imperios. El sistema hegemónico de Estados Unidos tras la segunda guerra mundial todavía muestras sus

huellas; el moderno historiador noruego Geir Lundestad lo ha denominado *empire by invitation* («imperio por invitación»).

Amparados por la dinámica imperial de las grandes potencias surgieron igualmente imperios privados. El del rey Leopoldo II en el Congo no fue el único. En Brunéi y Sarawak (norte de Borneo), la familia Brooke se estableció como dinastía que gobernaba sobre una zona de por lo menos 120.000 kilómetros cuadrados. El aventurero inglés James Brooke arribó a la isla en 1839, y en 1841 la casa del sultán (ajena al dominio neerlandés) le concedió el título de rajá. En los años siguientes se hizo con el control de un territorio extenso. Tras la muerte de James, en 1868, el segundo rajá —su sobrino Charles Brooke, que gobernó hasta 1917— siguió ampliando sus dominios. El tercer rajá se rindió a los japoneses en 1941. Los Brooke no eran una banda de ladrones manifiestos, pero organizaron un considerable flujo de salida de la riqueza de Sarawak, depositado en parte en Gran Bretaña. Se hizo poco por lograr un desarrollo económico de largo plazo. Los Brooke consideraban que el cambio social era perjudicial para los nativos, pero permitieron que las empresas extranjeras explotaran los recursos naturales. Al menos, Sarawak se dotó de una mínima apariencia estatal, a diferencia del Congo del rey Leopoldo II.1554

En otros lugares hubo intentos de erigir dominios sin apenas presencia estatal. Cecil Rhodes, que había amasado una fortuna colosal con los diamantes de Sudáfrica, tuvo bastante éxito en su empeño de levantar un imperio económico privado en el sur del continente. Para el gobierno británico, resultaba cómodo y barato ceder la zona comprendida entre Bechuanaland y el río Zambeze (Rodesia del Sur, hoy Zimbabue) a la British South Africa Company, que recibió una concesión real (*Royal Charter*) en 1889 y era financiada principalmente por Rhodes y otros magnates de la minería en Sudáfrica. La sociedad prometía «desarrollar» la zona y, sobre todo, asumir los costes por sí misma. En 1891 se permitió a

esta compañía ampliar las actividades a las tierras situadas al norte del Zambeze (Rodesia del Norte, hoy Zambia). Rhodes y su empresa no buscaban el poder territorial en sí. Su objetivo central era la explotación en régimen de monopolio de las reservas de metales nobles (conocidas o posibles) e incorporar el negocio de la minería al espacio económico sudafricano. Para ello necesitaban controlar la región. «Si no ocupamos nosotros la zona» —dijo Cecil Rhodes en 1889, expresando con suma concisión la lógica del *scramble for Africa*—, «algún otro la ocupará».1555 Rhodes hizo que sus planes fueran aún más agradables para el gobierno de Londres al abrir los territorios «rodesios» (el nombre se popularizó hacia 1895) a los colonos británicos. El método del «gobierno de una compañía» (*company rule*), que había fracasado antes en las posesiones alemanas del suroeste de África, fue objeto de fuertes críticas de los misioneros, que lamentaban la ausencia de un paternalismo colonial más amistoso con los nativos; pero a juicio de otros blancos locales, era una simbiosis acertada del gran capital y los colonos, en un marco de relaciones semejantes a las de un protectorado privado.1556

A menudo, las grandes plantaciones y los terrenos de las sociedades concesionarias eran espacios sin estado, en los que el derecho del país solo tenía una vigencia indirecta (como en las haciendas de la Elbia oriental).1557 Los misioneros, en ocasiones, adquirían tanta influencia que erigían auténticos protectorados de su misión. Aun tras el fin de las «compañías privilegiadas» (*chartered companies*) en Asia, y por último de la Compañía de las Indias Orientales en la India en 1858, surgieron allí nuevas agencias semioficiales de colonización. La más importante fue la Compañía Ferroviaria del Sur de Manchuria (South Manchurian Railway Company o SMR), que tras la guerra ruso-japonesa de 1905 se apoderó del extremo sur de Manchuria y los sectores meridionales de los ferrocarriles rusos de la zona. La SMR se convirtió en un poder colonial que gozó del apoyo del estado japonés, que levantó aquí

la colonia ferroviaria más lucrativa de la historia, centro de gravedad de toda la economía del noreste chino, y al mismo tiempo sede de las principales instalaciones de la industria pesada en el continente asiático oriental.1558

Formaciones secundarias de imperios

Entre las formaciones de imperios no europeos, solo una tuvo un éxito espectacular (hasta 1945): la del imperio japonés, a partir de 1895. Pero no debemos pasar por alto algunos otros casos que, en sus respectivas regiones, tuvieron un gran efecto durante cierto tiempo. Podríamos hablar de una formación secundaria de los imperios, y definirla como la agresión militar y la ampliación del poder territorial con ayuda de la tecnología militar europea y fuera del control de los gobiernos europeos. África —que luego sería la víctima principal de la formación de imperios *ajenos*— fue precisamente, en la primera mitad del siglo, una escena de lo más activa en estas formaciones secundarias. En una época en la que (según una distinción planteada por Christoph Marx) los europeos habían empezado la expansión africana bajo tres formas —(a) como la radicalización de una «frontera» convertida ahora en conquista, en Sudáfrica; (b) como intervención militar, en Argelia; y (c) como la transformación de una «frontera» comercial en una militar, en Senegal—1559, aparecieron de modo independiente al sur del Sahara, en el cinturón de la sabana, diversas estructuras estatales extensas y expansivas, con una fuerte militarización y una estructura central, que cumple con varios de los rasgos de nuestra definición de imperio. Eran imperios impulsados por las razones de la yihad, cuya cohesión territorial se basaba en dos elementos comunicativos que no se hallaban más al sur del continente: la escritura y la presencia de monturas para los jinetes.1560

Otros imperios embrionarios se desarrollaron sin islam ni caballería: el de Ganda (en Buganda) construyó desde la década de 1840 una flota de piraguas de guerra y se hizo con un dominio casi imperial del lago Victoria y sus inmediaciones, que

incluía aprovechar la mano de obra de los pueblos más débiles.1561 En tales acciones se solía recurrir a tecnologías poco modernas, incluso antiguas. El poder militar de los bóers, a principios del siglo XIX, se basaba en una infantería montada provista con mosquetes. También el califato de Sokoto, formado a grandes rasgos entre 1804 y 1845, se apoyaba en la caballería y los mosquetes.1562 En todos estos casos, no había ninguna relación directa con la revolución industrial de Europa. Sin embargo, la distancia tecnológica ya era menor cuando se levantó el imperio musulmán del jeque Umar Tal, en el alto Senegal, en las décadas de 1850 y 1860.

La expansión de Egipto es un ejemplo especialmente bueno de formación secundaria de un imperio. Entre los hechos más llamativos de la historia imperial del siglo XIX figura que el Egipto independiente, aproximadamente entre 1813 y 1882, poseyó un imperio propio que era más que una simple esfera de influencia. Si tenemos en cuenta que el imperio japonés solo duró unos cincuenta años (de 1895 a 1945), el caso egipcio también merece cierta atención.1563 El pachá Mehmet Alí, de oscuro origen albanés, fue *de facto* desde 1805 el soberano pleno de Egipto. Desde el principio, no se contentó con gobernar el país a lo largo del Nilo. No se ha podido demostrar si llegó a planear ocupar el lugar del sultán como califa universal del islam. Sea como fuere, el pachá empezó a formar un imperio que entabló una relación contradictoria con el imperio otomano (aunque Mehmet Alí nunca puso en duda la suzeranía otomana). Por un lado, desafió abiertamente al sultán, acusándolo de ser un sátrapa rebelde. Por otro, el sultanato veía una amenaza mayor en el movimiento wahhabí de Arabia, de corte puritano, fundamentalista y contrario a la modernización, fundado por el jeque Muhammad ibn Abd al-Wahhab. Los wahhabíes, que ansiaban regresar a la fe pura y las prácticas ideales del profeta y los cuatro califas ortodoxos del siglo VII, y tildaban de heréticos a todos sus opositores, emprendieron una guerra santa contra todos los demás

musulmanes, incluido el sultán otomano. El jeque denunciaba que el sultán era la fuente de los males más graves y llamaba a los musulmanes a derrocarlo. Para la muerte de su fundador, en 1792, el movimiento había expulsado a los otomanos de amplias zonas de la península arábiga, con una mezcla de celo religioso y habilidad militar. En 1803 y 1805 llegaron a ocupar La Meca y Medina, y en 1807 se interrumpió el acceso de las caravanas de peregrinos otomanos a los Santos Lugares. Por todo ello, el sultán agradecía la ayuda de Mehmet Alí en la lucha contra los wahhabíes. Por su parte, Mehmet Alí albergaba planes ambiciosos para la modernización de Egipto que no eran compatibles con una versión fundamentalista del islam. El sultán encargó a Mehmet Alí que equipara una expedición contra los wahhabíes, en lo que de paso fue el punto de partida de la formación del imperio egipcio. En 1813, el ejército egipcio había reconquistado los Santos Lugares y el puerto de Yeda; un año después, el poder wahhabí se derrumbó, aunque todavía no el movimiento ni su resistencia.

El resultado geopolítico de este triunfo situó al soberano de Egipto en la orilla oriental del mar Rojo. Con ello, Mehmet Alí entró en rumbo de colisión con una potencia que, en un principio, había saludado su actuación contra los imprevisibles wahhabíes: Gran Bretaña. En 1839, los británicos ocuparon el puerto de Adén, en el Yemen, y presionaron al pachá para que abandonara Arabia. La historia diplomática lo ha denominado «segunda crisis de Mehmet Alí». En 1840, el pachá tuvo que ceder. Que en 1831-1832 hubiera atacado directamente al imperio otomano en Siria puso de manifiesto su fortaleza militar (en diciembre de 1832, el ejército otomano sufrió una derrota aplastante en las inmediaciones de Konya), pero también su vulnerabilidad política. Cuando llegó el momento, cada uno por sus razones, Gran Bretaña, Austria y Rusia optaron por mantener al imperio otomano, y solo Francia apoyó a Mehmet Alí. En septiembre de 1840, una escuadra naval británica bombardeó las costas de Siria y el Líbano, defendidas

por tropas egipcias. Poco después hubo un desembarco de tropas austríacas y británicas en Siria, al tiempo que se acercaba un ejército turco. Ante esta presión, Mehmet Alí aceptó una solución de compromiso: se lo reconocería como soberano hereditario de Egipto, pero debía renunciar a todas las conquistas y reclamaciones relativas al imperio otomano.1564

Este acuerdo no tuvo impacto en la política ni la posición de Egipto en África. En tiempos de Mehmet Alí y sus sucesores, el poder del régimen «turco-egipcio» de El Cairo se expandió por todo el Sudán. La conquista la llevó a cabo un ejército mixto, con un sector de las tropas instruido a la europea y un sector de soldados procedentes de los mercados de esclavos de África. Pasado el tiempo, sin embargo, el pachá comprendió que los campesinos egipcios, reclutados mediante el servicio militar obligatorio, eran soldados mejores que los esclavos africanos. Los egipcios explotaron los recursos minerales del Sudán, sobre todo el oro, impusieron a los sudaneses tributos de tipos e importes del todo inusuales y reprimieron sin piedad la resistencia local. En la zona de «frontera», nuevos caudillos hicieron su aparición en el mercado de la violencia, a costa igualmente de la población.

El jedive Ismaíl eligió precisamente la opresión de la esclavitud como excusa para adentrarse aún más en el Sudán: fue una justificación «políticamente correcta» de cara a Europa. Ismaíl se sirvió para ello del legendario general Charles Gordon —que había cobrado fama en la década de 1860, luchando contra la rebelión Taiping, en China— para llevar el control gubernamental más al sur de las tierras sudanesas. En 1881, hubo un levantamiento contra la continua expansión egipcia, así como contra la prohibición del comercio esclavista. Se trataba de un movimiento revolucionario y mesiánico, que consideraba a su guía Muhammad Ahmed como el ansiado Mesías o Mahdi. En poco tiempo se hizo con el control de la mayor parte del Sudán, y en 1883 aniquiló a un ejército dirigido

por los británicos. El asesinato de Gordon que, entre tanto, había quedado aislado por completo —tras excederse en la interpretación de su tarea y haber subestimado de forma imperdonable a sus adversarios—, ejecutado por partidarios del Mahdi, puso fin al imperio egipcio de África. Sin embargo, la estructura de gobierno que había erigido el Mahdi era laxa y se apoyaba por entero en su carismática autoridad; al morir este, en 1885, se vino abajo, y una sequía agravó la situación de tal modo que, en 1898, lord Kitchener apenas halló resistencia en la (re)conquista del territorio. El movimiento del Mahdi había nacido como respuesta a las incursiones europeo-egipcias. Mostraba muchos rasgos típicos de una reacción antiimperialista; por ejemplo, tildar a los invasores de foráneos (en este caso, «turcos») y heréticos en materia de religión. 1565

El mundo de los estados indios de finales del siglo XVIII se caracterizaba por una volatilidad parecida, pero se dieron condiciones distintas. Los estados que se formaron en tierras del imperio mogol (que se descompuso con rapidez tras la muerte del gran mogol Aurangzeb en 1707) no merecen la calificación de «imperios», en su mayoría. Aun así, algunos combinaron la expansión territorial con el gobierno sobre campesinos sometidos a tributos y con medidas elementales de formación de un estado (que, en más de un aspecto, recuerdan a Mehmet Alí en Egipto). El sultanato de Mysore en tiempos de Haidar Ali y su hijo Tipu, que podría haber seguido una evolución de estilo «egipcio», chocó con la emergente potencia militar de la Compañía de las Indias Orientales y resultó destruido en 1799. El maharajá Ranjit Singh, del Punyab, mostró más cautela y táctica. Como anteriormente Tipu, trajo oficiales europeos para reformar sus tropas y, sobre esta base, fundó un estado sij que temporalmente fue poderoso y obligó a tributarle a comunidades más débiles; he aquí una faceta imperial. A diferencia de los imperios yihadíes de la sabana africana, en la expansión de los sijs —que los llevó hasta Peshawar, al pie del Hindukush— la religión no interpretó

ningún papel. Ranjit Singh formó una élite típicamente imperial, y por lo tanto, «cosmopolita», integrada por sijs, musulmanes e hindúes. Sin embargo, en tiempos de Ranjit Singh los británicos ya eran tan poderosos que el nuevo estado solo perduró mientras resultó útil como franja de seguridad frente a los imprevisibles afganos. Tras la muerte del autocrático maharajá en 1839 —que, a diferencia de Mehmet Alí en Egipto, no había creado instituciones capaces de sobrevivirle—, el estado sij fue anexionado en 1849 y se convirtió en provincia de la India británica.1566

Colonialismo interior en Estados Unidos

Cabe interpretar como un caso muy peculiar de formación secundaria de un imperio —pero el más exitoso con diferencia— el de la expansión de Estados Unidos a través del continente norteamericano.1567 Si Estados Unidos nació en 1783 siendo uno de los estados más extensos del mundo, en los setenta años posteriores todavía triplicó la superficie estatal. Para Thomas Jefferson y otros muchos amigos de las proyecciones geopolíticas, avanzar hasta el Misisipi en la década de 1790 era un objetivo de primer orden. Al otro lado del río estaba el enorme territorio de la Luisiana, que llegaba desde los Grandes Lagos (por el norte) hasta el golfo de México (por el sur), con capital en el «sur profundo», La Nouvelle-Orléans. En 1862, Francia tomó posesión de la zona, de forma más nominal que fáctica, pues no pensaba colonizarla en serio. El desinterés francés era tan pronunciado, de hecho, que el rey francés devolvió al español la parte de Luisiana que había retenido tras el tratado de París (1763). Carlos III recibió el regalo sin entusiasmo y los españoles tardaron mucho en tomar posesión de la zona.1568 Desde el norte, los comerciantes americanos ya habían llegado hasta el Misisipi y se habían formado intereses comerciales considerables. En 1801 —¡en secreto!— España cedió otra vez el territorio a Francia. Bonaparte, que primero había pensado en enviar una gran expedición militar al Misisipi y durante un tiempo se imaginó Luisiana como la joya de la

corona imperial, dio marcha atrás en abril de 1803. Cuando el presidente Jefferson ordenó al embajador en París que solicitara negociaciones para el traspaso de la desembocadura del Misisipi, el primer cónsul —que, ante el inminente estallido de otra guerra con Gran Bretaña, estaba interesado en mantener buenas relaciones con Estados Unidos— ofreció a buen precio *toda* la Luisiana, es decir, todos los territorios franceses de Norteamérica. Los negociadores estadounidenses no se lo hicieron repetir y el 20 de diciembre La Nouvelle-Orléans pasó a manos del gobierno federal de Estados Unidos.

Desde el punto de vista jurídico, se trataba de una anexión. Los cerca de 50.000 blancos que vivían en la Luisiana, que primero habían sido franceses, luego españoles y de nuevo franceses, quedaron sometidos a Estados Unidos sin que se les preguntara ni una sola vez por su opinión (no digamos, en el caso de los indios). Con una firma y costes muy favorables, la república más extensa del mundo acababa de duplicar su superficie. Al mismo tiempo se ponía fin a la presencia en suelo norteamericano del que por entonces era el estado militar más poderoso del mundo. A los veinte años exactos de haberse sacudido su propio pasado colonial, Estados Unidos contaba con una colonia propia; es un caso de formación secundaria de un imperio, sin el empleo de la fuerza militar. Surgieron muchos de los problemas típicos de la adquisición de una colonia: una población de otra cultura (de lengua francesa) rechazaba quedar sometida a otro estado y consideraba como un acto hostil la introducción del derecho de Estados Unidos, fundamentalmente distinto al español y francés, pues se basaba en el derecho consuetudinario inglés (la *Common Law*). En la Luisiana de antes de 1803, por ejemplo, las personas libres poseían los mismos derechos de ciudadanía fueran de la raza que fuesen, mientras que la nueva práctica jurídica estadounidenses negaba casi por completo tales derechos en cuanto se sospechaba que había siquiera algo de sangre «de color».[1569] En 1812, en Washington, el Congreso otorgó la

condición de estado federal al primero de los territorios (en total) en los que se debía dividir la antigua Luisiana francesa. Pero Luisiana solo se «americanizó» despacio. Siguieron llegando algunos emigrantes de Francia, y varios miles de Cuba, adonde muchos responsables de las plantaciones habían huido de la revolución haitiana, pero ahora su situación se había tornado incómoda por la guerra de Independencia de España frente a Francia. Nueva Orleans, cuya planificación urbana respondía a la de una típica capital colonial francesa, repartió en barrios separados (incluso durante la explosión económica de la década de 1830) a los estadounidenses de lengua inglesa y los «criollos» de lengua francesa. Pese a la dureza de las leyes raciales estadounidenses, aquí la «barrera del color» se trazó con menos crudeza que en el resto del sur de Estados Unidos. Como ha escrito Donald Meinig en su monumental interpretación geohistórica de la historia del país, Luisiana era exactamente lo que, por la visión que tenían los estadounidenses de sí mismos, nunca aceptarían que era: «una colonia imperial». Esto quizá no habría sido compatible con la ideología imperante si, en realidad, se hubiera liberado de alguna forma de servidumbre a los habitantes del estado. Pero eran «personas de otra cultura que no aceptaban libremente ser estadounidenses».[1570] En ello no se diferenciaban de los primeros nativos del país, los indios.

La cuestión de si se puede hablar de un «imperialismo» estadounidense —sea con la conquista de las Filipinas a partir de 1898 o por las numerosas intervenciones en Centroamérica y el Caribe en las primeras décadas del siglo XX— ha sido muy polémica. Si algunos autores entienden que Estados Unidos es una potencia antiimperialista *por definición*, otros consideran que ha desarrollado más que nadie el imperialismo capitalista.[1571] Donald Meinig ha separado el debate del enredo ideológico al apuntar —de forma convincente— a un paralelismo estructural entre Estados Unidos y otras estructuras imperiales. Hacia mediados del siglo XIX, Estados

Unidos —según la tesis central de Meinig— era *cuatro* cosas al mismo tiempo: un grupo de sociedades regionales, una federación, una nación y un imperio.1572 ¿Por qué un imperio? Estados Unidos mantenía un poderoso aparato militar con fuertes y controles de carretera, entre otros elementos, para someter a los indios y defenderse de ellos. No se toleraba que hubieran zonas especiales, ni siquiera con un mínimo de autonomía. No había protectorados para las tierras de los nativos ni enclaves parecidos a los de los estados principescos de la India británica. En relación con los nativos, durante los años de las grandes guerras indias, la América blanca se halló en una situación parecida a la del imperio zarista frente a los pueblos de las estepas kazajas. Aquí el centro imperial también reclamó para sí el derecho a una soberanía general, se crearon costosas instalaciones militares y se fomentó la presencia de colonos armados en la frontera. Los kazajos, sin embargo, eran más numerosos, estaban menos divididos y no se dejaron tratar con una arbitrariedad absoluta. Su autoafirmación cultural (y en parte también militar) fue sostenida, lo que puso de manifiesto el carácter poliétnico del imperio zarista. Hoy los kazajos poseen su propio estado (nacional). A juicio de Meinig, la política de la apropiación de tierras y la ocupación por la fuerza militar justifica que se hable del carácter imperial de Estados Unidos. Sería demasiado simple (y deformaría el punto de vista de Meinig) considerar que la descripción de Estados Unidos se acaba en ese rasgo. Estados Unidos era una nación en expansión organizada de forma federal, a la que no se pertenecía por una genealogía nacional compartida. Todos los habitantes blancos y negros de Estados Unidos eran, de un modo u otro, «advenedizos». El mito del «crisol» de culturas, por alejado de la realidad que estuviera, nunca se correspondió con la percepción básica nacional. Pero la figura básica del nacionalismo europeo —la dicotomía nosotros/otros— nunca entró en consideración. El «nosotros» nunca se pudo determinar de forma unitaria. Los estadounidenses del siglo XIX estaban

obsesionados con una jerarquía muy elaborada de las diferencias, y la categoría de la «raza» les resultaba imprescindible, pero a la vez inestable;1573 su concepción del mundo se guiaba por una cuadrícula típicamente imperial, que en la realidad se correspondía con las diversas prácticas de la segregación.

6. *PAX BRITANNICA*

Nacionalismo imperial y visión global

Entre los imperios del siglo XIX, el británico fue el mayor con diferencia, pero no solo por la extensión y el total de la población.1574 También se diferenciaba por su esencia de todos los otros. Gran Bretaña era lo que se puede llamar un «estado nacional imperial»: un estado nacional que, por efecto de sus tendencias interiores, ya se había unido políticamente, y ya había consolidado y pacificado las fronteras territoriales antes del período imperial; con el tiempo, sus políticos habían aprendido a definir los intereses nacionales como imperiales, y a la inversa. La historiografía más reciente ha llamado la atención sobre la idea de que no se debe exagerar la homogeneidad nacional del Reino Unido. Hasta el día de hoy, ha sido una casa compartida por cuatro naciones distintas: ingleses, escoceses, galeses y norirlandeses. Desde el punto de vista de la historia imperial, la situación tampoco ha sido muy distinta. Los escoceses mostraron un grado de actividad desproporcionado en el imperio británico, en calidad de comerciantes, soldados y misioneros por igual. Se ha hablado incluso de que el imperio británico enmascaraba colonias escocesas. La posición de los irlandeses fue ambivalente. Por un lado, a la población católica de la isla, tras la anexión al Reino Unido, en 1801, no le faltaban razones para sentirse discriminada casi colonialmente; por otro, muchos irlandeses (incluidos católicos) participaron con entusiasmo en las actividades del imperio británico.1575 Pese a estas diferencias, que destacan sobre todo desde la propia perspectiva británica, el hecho fundamental es que, de cara al mundo, Gran Bretaña

era percibida como un estado nacional imperial cerrado.

Durante mucho tiempo, las clases altas y los intelectuales británicos se han congratulado ante la convicción de que el país estaba libre del virus del nacionalismo. El nacionalismo era propio —afirmaban— de los europeos del continente, de mente estrecha, un británico pensaba de forma cosmopolita. Según eso, Gran Bretaña vendría a ser un estado nacional sin nacionalismo. Hoy no se diría así. Lo característico fue una paradoja: hubo un nacionalismo *imperial*. Surgió en la década de 1790, como un sentimiento nacional, que extraía la energía ante todo de los éxitos imperiales de la época.1576 El (varón) británico veía una muestra de superioridad en el arte de la conquista, el éxito comercial y el bienestar que aportaba el dominio británico a todo aquello con lo que entraba en contacto. Según esta concepción de sí mismos, los británicos no solo eran superiores frente a los pueblos de color —necesitados de una dirección que los disciplinara y civilizara al tiempo—, sino también frente a los estados europeos, ninguno de los cuales actuaba en ultramar con una suerte ni remotamente comparable a la propia. Este imperialismo particular se mantuvo durante todo el siglo XIX. Su ocasional fortalecimiento «jingoísta» es menos importante que el hecho de su continuidad fundamental. El nacionalismo imperial se asoció con la conciencia mesiánica de un protestantismo en el que tenían gran importancia valores como el liderazgo y la fortaleza de carácter. La idea de que los ingleses eran un instrumento de la Providencia para la mejora del mundo actuó como una especie de *basso ostinato* de la concepción de sí mismos que tenían aquellos grupos de población que miraban más allá de su entorno local. Al igual que los franceses tras la revolución, los británicos se sentían como si fueran una nación «general», cuyos frutos culturales tenían validez universal y cuyos portadores, por consiguiente, gozaban del derecho de difundirlos por todo el mundo.

Así pues, la relación de Gran Bretaña con el mundo, en el

conjunto del siglo XIX, tuvo un carácter netamente marcado de misión civilizadora. El tópico de que se debía liberar a los pueblos enajenados por las supersticiones no cristianas y sometidos por el despotismo casi siempre logró el efecto deseado. En Gran Bretaña nació la idea de la «intervención humanitaria» y allí se reflexionó —John Stuart Mill— sobre el problema de la intervención interestatal de un modo que no ha perdido vigencia.1577 La cuarta guerra contra el estado indio de Mysore, que concluyó en 1799 con la victoria sobre el sultán Tipu, ya no se interpretó como los conflictos anteriores (enfrentamientos de la política de poder), sino que se reelaboró propagandísticamente como una lucha de liberación frente a un tirano musulmán. Para la concepción que los británicos tenían de sí mismos fue mucho más importante, sin embargo, la lucha pública contra el tráfico de esclavos, que en 1807 culminó con el triunfo parlamentario de los contrarios a la esclavitud. En las décadas posteriores, la Marina real asumió como un deber principal apresar los barcos esclavistas de terceros países y poner en libertad a los presos de a bordo. El hecho de que este panintervencionismo también favoreciera los intereses estratégicos nacionales se entendió como un grato efecto secundario. Aun así, no se trató tanto del dominio mundial de los mares como, en palabras de Schumpeter, de una «policía del tráfico marítimo».1578 El núcleo ideológico de la actitud británica para con el mundo fue una *civilizing mission* que se debía llevar a cabo con medios pragmáticos y sin fanatismo dogmático. En el mejor de los casos, bastaría echar un vistazo al modelo británico para quedar convencido de que era insuperable.

Los éxitos reales del imperio británico, por descontado, no se pueden explicar recurriendo tan solo a una autosugestión colectiva. El auge imperial de un pequeño archipiélago del mar del Norte se inició por la suma de tres factores: (1) la decadencia de la hegemonía comercial neerlandesa y los éxitos comerciales de la Compañía de las Indias Orientales; (2) un

incremento del poder global en la guerra de los Siete Años, reforzado en el tratado de París, de 1763; (3) la transición al dominio territorial sobre amplias regiones de Asia capaces de ofrecer un tributo financiero sustancial. Ante este telón de fondo había un país que organizaba las finanzas estatales de la nación mejor que ningún otro país del mundo, y cuya élite política había resuelto invertir sumas elevadas y continuadas en una flota real que permitiera combatir con éxito a Napoleón (al menos, en el mar). Ya en la década de 1760, la élite británica había sido la primera de Europa en aprender a pensar de forma global. Si hasta entonces solo se había tratado de unas pocas posesiones dispersas por el mundo, ahora surgía la visión de un imperio globalmente cohesionado: *the Empire*. En la metrópoli se concebían soluciones para los problemas que se consideraban de aplicación universal.1579 Se pensaba en el poder marítimo, pero con la mirada puesta en un posible dominio territorial; en esto se distinguía de la anterior concepción del imperio universal entre los Habsburgo. Al terminar la guerra de los Siete Años, apareció por vez primera la idea de un país cuya expansión —no tanto de su dominio como de su influencia— parecía carecer de límites. La pérdida de las trece colonias de Norteamérica fue un contratiempo amargo. Pese a todo, se pudo salvar la continuidad del imperio porque la Compañía de las Indias Orientales emprendió, ya antes de 1783, una enérgica reforma de su dominio *en* la India (todavía no *sobre* el país) sobre una base renovada y sólida.1580

La Navy, libre comercio y el «sistema imperial» británico

Aun así, durante las guerras napoleónicas, no todo salió a pedir de boca de Gran Bretaña: hubo que asumir derrotas en 1806, en Buenos Aires, y en 1812, contra Estados Unidos. Con Napoleón en Santa Elena, cuando la amenaza se había desvanecido del continente europeo (salvo la especie de guerra fría que se libró durante varias décadas en Asia, en contra de Rusia: el *Great Game* o «gran juego»), el imperio británico

adquirió la forma de madurez. ¿En qué cimientos se apoyaba?
Uno. El crecimiento demográfico de las islas británicas, superior a la media, y la inusual predisposición a emigrar de amplios sectores de la población (por dejar a un lado a quienes fueron enviados por la fuerza a Australia u otros destinos), dieron a Gran Bretaña una dinámica demográfica de la que no hacía gala ningún otro país europeo. Con una población ante todo británica, y la correspondiente huella cultural, estaban junto a Estados Unidos, en primera línea, Canadá, y luego el resto de dominios. Hacia 1900 se hallaban otros grupos más reducidos de expatriados británicos en la India, Ceilán y Malasia,[1581] en Kenia y Rodesia, también en colonias portuarias como Hong Kong, Singapur y Shanghái. Así surgió un *British World* de notable coherencia cultural, unido por la lengua, la religión y el estilo de vida; era una comunidad anglosajona global en una diáspora muy extendida, pero nunca aislada.[1582]
Dos. Con la guerra de los Siete Años, Gran Bretaña ya se había asegurado la posición dominante en los océanos. Tras el gran choque con la Francia napoleónica, emergió como poseedora de la única flota de guerra capaz de actuar en todo el mundo. Debe hacerse hincapié, con plena insistencia, en que esto fue el fruto directo de una movilización única de recursos económicos. Entre 1688 y 1815, el Producto Nacional Bruto británico se triplicó, mientras que la captación de impuestos se multiplicó por 15. El gobierno británico disponía de un porcentaje de la renta nacional que duplicaba el que se manejaba en Francia. Como además los impuestos, durante el siglo XVIII, se fueron trasladando de forma indirecta a gravar el consumo, los británicos se sentían menos exigidos fiscalmente que los franceses. En 1799 se introdujo, como medida de emergencia, un impuesto sobre la renta que se conservó acabada la guerra; el impuesto no tardó en gozar de una amplia aceptación pública y se convirtió en una de las grandes columnas de soporte del estado británico. Entre los receptores de los medios públicos se destacaba, en primer lugar, la Royal Navy.[1583] Su capacidad

de entrar en acción se basaba en la creación planificada de toda una red mundial de bases. A finales del siglo XIX, no había curso de agua ni estrecho importante en el mundo en el cual la Royal Navy no tuviera algo que decir.1584

La Navy utilizó esta posición en contadas ocasiones para estrangular el tráfico marítimo por razones estratégicas (¡cuán fácil habría sido hacerlo así en Gibraltar, Suez, Singapur o la Ciudad del Cabo!) y obstaculizar el comercio no británico. Su objetivo general era más bien mantener *abiertas* las vías de transporte e impedir los bloqueos *ajenos*. Durante todo el siglo XIX, Gran Bretaña abogó por el principio del *mare liberum*. Su superioridad marítima no se apoyaba solo en ventajas materiales, sino que obedecía también a causas políticas: como las actividades de la Royal Navy no se antojaban amenazadoras para los gobiernos europeos, no había razón para entrar en una carrera armamentística. En la segunda mitad del siglo XIX, Francia, Rusia, Estados Unidos, Alemania y Japón reforzaron su poderío naval (mientras que los Países Bajos, que se habrían podido permitir una flota de vapores, renunciaron a desarrollarla), pero Gran Bretaña siguió situada en cabeza y a distancia de los otros. En esta primacía de la Royal Navy tuvo un peso decisivo, asimismo, la calidad de su logística. Por último, la superioridad militar en los océanos y mares del mundo gozaba del apoyo de una flota comercial completa y eficiente. En 1890, Gran Bretaña aún disponía de más tonelaje de barcos civiles que todo el resto del mundo junto.1585 Las navieras y el transporte naval contribuyeron considerablemente a equilibrar las cuentas británicas; en este ámbito se acumularon algunas fortunas cuantiosas.

El dominio de los mares hizo innecesario mantener al mismo tiempo un número relevante de tropas terrestres. El principio de *No standing armies*! no perdió validez. La defensa nacional era extraordinariamente débil; en vísperas de la primera guerra mundial, la sección más numerosa de las tropas terrestres del Reino Unido era el ejército indio (paradójicamente, uno de los

mayores ejércitos permanentes del mundo, durante todo el siglo XIX). El ejército indio, que se creó a partir de 1770, sobre la base de un mercado evolucionado de mercenarios indios, cumplía varios fines a la vez. Junto a la burocracia, era el segundo «marco de acero» (en palabras dichas por el primer ministro británico David Lloyd George en 1922) que mantenía unida la colosal extensión de la India, pero actuaba también como tropa de asalto móvil que se podía destinar a los avances coloniales en otras regiones de Asia y África, e incluso como policía en el Asentamiento Internacional de Shanghái. Aquí aún había soldados sijs en 1925, cuya actuación provocó protestas multitudinarias entre los chinos.1586

Tres. Gran Bretaña, hasta entrado el último cuarto del siglo XIX, disponía de la economía nacional más eficiente del mundo. Hacia 1830 se había convertido en el *workshop of the world* («taller del mundo»). Su industria ligera abastecía mercados en todos los continentes. La mayoría de los buques de hierro, los trenes y la maquinaria textil se fabricaba en Gran Bretaña. El país ofrecía mercancías que no se podían hallar en otros lugares. Con estas mercancías se difundieron patrones de consumo que arraigaron culturalmente y, a su vez, ampliaron y estabilizaron la demanda de esos bienes. La elevada productividad de la economía británica posibilitaba, además, ofrecer los productos exportables a buen precio, mejor que el de cualquier competencia. Por otro lado, créditos accesibles hacían más accesible la exportación. Las empresas privadas aprovecharon las oportunidades que les ofrecía el imperio; y, fiel a su credo liberal, el estado se contuvo sobremanera en su propia acción económica exterior. De hecho, los comerciantes británicos podían confiar en que el estado ejerciera presión in situ menos que sus colegas franceses o (desde 1871) alemanes, pese a que la diplomacia británica, y sus cónsules en todo el mundo, obtenían la información precisamente de esos comerciantes. A menudo, las actividades de los comerciantes contribuían a crear la clase de inestabilidad que luego se usaba

como excusa para la intervención «política».1587 En una especie de reacción en cadena, se llegó a una acumulación constante de nuevos intereses y posibilidades, y nuevas clases de inversión de riesgo, de todo lo cual se sacó partido. Dentro de la estructura formal del imperio surgieron en ocasiones imperios económicos privados que apenas se preocupaban por los límites de la soberanía británica oficial.

A diferencia de los imperios del siglo XVIII, el *British Empire* de la época neovictoriana fue un sistema universal de apertura de posibilidades al capitalismo. Con ello se distinguía fundamentalmente de las estructuras imperiales mercantilistas, que se cerraban a otros países mediante los instrumentos de control externo de la economía y los monopolios y se organizaban como maquinarias de guerra económica contra los imperios vecinos. Esta operación de autodesmantelamiento político-económico —o, por formularlo en positivo, de liberalización— es la contribución principal del estado británico al surgimiento de un sistema imperial británico que iba mucho más allá de las zonas colonizadas formalmente.

La liberalización corrió por una doble vía. En la primera vía se derogaron, en 1849, las leyes de Navegación (*Navigation Acts*), una legislación originaria del siglo XVII que preveía que todas las importaciones que entraran a Inglaterra (o Gran Bretaña en su caso) se debían transportar en navíos que pertenecieran o bien a ciudadanos ingleses, o bien a ciudadanos del país de origen de la mercancía importada. Con ello se había pretendido perjudicar, en origen, a los intermediarios neerlandeses. Pero a mediados de siglo, se había restaurado la libertad económica en el mar.

La segunda vía fue la abolición de los aranceles cerealísticos (es decir, de las leyes de los Cereales, *Corn Laws*, que los determinaban), un tema clave en la política interior británica de la década de 1840. Los aranceles eran más recientes. No se habían introducido hasta 1815, para evitar que la sobreproducción y las importaciones hundieran el mercado de

los cereales. Se prohibió la entrada de trigo siempre que el precio del mercado interior estuviera por debajo de un determinado nivel. Este arancel protegía los intereses de los agricultores, pero topó con la resistencia creciente de la industria, que entendía que mantener artificialmente elevados los precios de los alimentos se traducía en una reducción de la demanda de productos industriales. Además, se criticó fuertemente el sistema como símbolo de los privilegios aristocráticos. Sir Robert Peel, líder de los conservadores, en su mayoría proteccionistas, apeló a los intereses del conjunto de la nación —ante la clara oposición de su propio partido— y, como primer ministro, en 1846, impuso la abolición de los aranceles, que se hizo efectiva tres años después. Otra serie de medidas de liberalización del comercio exterior siguió en los años cincuenta, la fase de despegue del libre comercio; y muy pronto, por encima de las diferencias entre los partidos, el fin de las leyes de los Cereales se convirtió en símbolo nacional indiscutido del progreso económico.1588

Fue un rasgo singular, o más aún, revolucionario, que Gran Bretaña adoptara estas medidas unilateralmente, sin esperar ninguna contraprestación de sus socios comerciales. Aún así, desató una reacción en cadena; la imagen resulta apropiada porque el Reino Unido nunca convocó una gran conferencia internacional para decidir sobre un nuevo «orden económico mundial». La rápida expansión del libre comercio comportó que, ya a mediados de la década de 1860, se abolieran en Europa la mayoría de los aranceles interestatales. Así, Europa se convirtió en una zona de libre comercio que se extendía desde los Pirineos hasta la frontera rusa. En el interior del imperio británico también se impuso el libre comercio. Como signo evidente del fortalecimiento de los dominios, hacia finales de siglo estos lograron abrir espacio para una política arancelaria propia e independiente. Allí donde el mercado mundial libre —que Gran Bretaña, entre tanto, dominaba por su productividad superior— chocaba con barreras comerciales, se respondía con

un intervencionismo enérgico tras el cual estaba la élite británica en su conjunto.[1589] Cerrar el mercado propio —como habían recomendado hacer para defenderse de la inundación de productos británicos, en 1791, el ministro de Economía de Estados Unidos, Alexander Hamilton, y en 1841, el economista suabo Friedrich List— se consideraba, según la doctrina estatal británica, la expresión de un atraso tan incivilizado como inaceptable. Las repúblicas de Latinoamérica, en la década de 1820; el imperio otomano, en 1838; China, en 1842; Siam, en 1855, y Japón, en 1858, se vieron obligados —en su mayoría, bajo la amenaza o el uso de la violencia militar— a firmar acuerdos de libre comercio por los que renunciaban casi por completo a proteger sus mercados con aranceles. Desde la perspectiva británica, se les obligaba por su propio bien. El sistema se ha bautizado acertadamente con el concepto paradójico de «imperialismo del libre comercio».[1590]

Este sistema de libre comercio global abrió posibilidades extraordinarias para los intereses británicos. Ahora bien, como se apoyaba en un antimonopolio estricto, con condiciones iguales para todos, en principio estaba igual de abierto a los ciudadanos de otras nacionalidades. A medida que las economías europeas y americanas se iban fortaleciendo, menos eran las ventajas de las que disponía una industria británica cada vez menos superior (el sector financiero era más robusto). Aunque a partir de 1878, en su mayoría, los estados europeos volvieron a los aranceles, y aunque Estados Unidos nunca (hasta el día de hoy) ha dejado de ser esencialmente proteccionista —por mucho que sí haya exigido la apertura de mercados *ajenos*—, el Reino Unido no abandonó el libre comercio. Gozaba de un consenso social muy amplio —que llegaba, mucho más allá de los *lobbies*, hasta la clase trabajadora— y a finales de siglo se había convertido en un pilar de la cultura política británica y elemento emocional básico de la propia imagen nacional.[1591] La obstinación en este unilateralismo es tan sorprendente como su aparición a

mediados de siglo.

Con su sistema imperial de alcance mundial, Gran Bretaña ejerció una especie de hegemonía «benigna», en oposición a la egoísta y explotadora. Permitía disponer sin coste de «bienes públicos» (*public goods*): garantizaba la ley y el orden en los océanos (incluida la lucha contra los vestigios de la piratería), protegía el derecho a la propiedad por encima de las fronteras nacionales y culturales, daba libertad a las migraciones, imponía un régimen arancelario igualitario y generalizado, así como un sistema de tratados de libre comercio que, en virtud de la «cláusula de la nación más favorecida», obligaba a casi todos los países. Esta cláusula —el mecanismo jurídico más destacado de la liberalización global— establecía que las condiciones más favorables de cualquier acuerdo se aplicaban automáticamente a todos los participantes.1592

Costes y beneficios del imperio británico

Entre 1985 y 1990, se suscitó una polémica en la historiografía al respecto de si el imperio británico había «valido la pena». Un grupo de investigadores estadounidenses había utilizado muchos datos empíricos para concluir que, a la postre, el imperio había sido un colosal acto de despilfarro.1593 Con ello se esperaba dejar sin base las tesis marxistas según las cuales el capitalismo británico tenía una «necesidad objetiva» de expansión, el imperio había sufrido una explotación a gran escala, etc. Acabado el debate, podemos llegar a un juicio más matizado. Para empezar, el imperio, para un gran número de empresas e incluso para sectores económicos enteros, no cabe duda de que fue rentable durante mucho tiempo: hubo una privatización de los beneficios con una socialización de los costes. Con los negocios imperiales, en el plano individual, se había ganado mucho dinero; para demostrar cuánto, habría que estudiar los archivos empresariales. Como la economía nacional británica era la única del mundo en la que el comercio de ultramar poseía una importancia crucial, la posición económica de Gran Bretaña en el mundo quedó definida con

más claridad que en todos los demás países europeos por medio de las relaciones financieras y comerciales globales. Esta clase de relaciones con el que se dio en llamar «imperio dependiente» (con la excepción de la India) fueron, aun así, mucho menos importantes que las relaciones económicas con el continente europeo, Estados Unidos y los dominios. El imperio —cabría resumir— se aprovechó de la economía británica sin que esta llegara a depender del imperio. Por eso mismo, cuando se inició la descolonización (con la independencia de la India, en 1947) el efecto negativo sobre la economía británica fue asombrosamente escaso.

Si centramos la cuestión de los beneficios del imperio en la que era, con distancia, la mayor de sus colonias —la India—, el resultado es bastante claro: gracias a un sistema tributario colonial bien organizado, a largo plazo la India se financió sola los costes de la xenocracia; es decir, pagó con sus propios medios el aparato administrativo y militar británico. Como el mercado de la India se mantuvo abierto, por mecanismos políticos, a determinadas clases de exportaciones británicas, y como a largo plazo la India generó un déficit comercial que ayudó mucho a equilibrar la balanza de pagos británica, la «joya de la corona» del imperio, en el medio siglo anterior a 1914, no fue en ningún caso un negocio ruinoso.1594

Si no nos atenemos tanto a la contabilidad ni nos limitamos a la relación económica de coste y beneficio, destacan tres puntos:

1. Aun siendo cierto que grandes sectores de la población británica mostraron poco interés por el imperio, pese a todo aún había varios millones que sentían «orgullo» y lo consumían como un objeto de prestigio (*status good*). También se deleitaban con la pompa imperial cuando esta no lograba impresionar a los «nativos» sino solo a ellos mismos.1595

2. El imperio creó numerosas posibilidades de empleo, sobre todo en el campo militar. En particular, las oportunidades que ofreció a los emigrantes, desde el punto de vista económico,

fueron una posibilidad de emplear la mano de obra más productivamente que en la economía británica. En la cuestión social, representaron una válvula de escape que canalizaba la presión social hacia el exterior. Este efecto no solía ser fruto de una manipulación. La emigración era, en la mayoría de casos, una decisión personal. El imperio creó nuevas posibilidades.

3. El imperio permitió que Gran Bretaña —desde su propio punto de vista— desarrollara una política exterior muy racional. La ventaja de la situación insular (hallarse naturalmente atados a unos vecinos que no se eligen) se acrecentó.

La política británica tenía más margen de actuación que la de cualquier otra gran potencia. El Reino Unido podía forjar alianzas, si así le convenía, pero también se podía permitir mantener la distancia. En la política internacional, Gran Bretaña tenía pocos «amigos», pero no los necesitaba; en consecuencia, intentó no contraer deberes que pudieran resultar fatales. Durante el siglo XIX, esta política de gestión de las distancias la pusieron en práctica los gobiernos con independencia del partido que los integrase. Cuando Gran Bretaña sí que suscribió acuerdos diplomáticos, hacia el fin de siglo —la alianza con Japón en 1902, la Entente Cordiale con Francia en 1904, la entente anglo-rusa de 1907—, no lo hizo nunca con formulaciones que exigieran la asistencia automática en caso de guerra. Incluso en la primera guerra mundial, el imperio no se sumó (el 4 de agosto de 1914, Gran Bretaña declaró la guerra en nombre de *todo* el imperio) por los mecanismos de una alianza fatal, sino porque así lo decidió. La posesión del imperio hizo que el «aislamiento espléndido» (*splendid isolation*) fuera una opción favorable en materia de política exterior (aunque solo podía funcionar con un equilibrio de poderes en el continente europeo). Los recursos del imperio siempre estuvieron a disposición y la política británica nunca se alejó de un pragmatismo que mantenía abiertas las puertas a un cambio de rumbo. Al iniciarse la primera guerra mundial, por lo tanto, Gran Bretaña *no* estaba aislada. El valor del

imperio se puso de manifiesto por vez primera, de un modo inigualable, entre 1914 y 1918.1596

No hay que ser un apologista del imperialismo para constatar que el imperio británico, en el contexto comparativo de la historia imperial de los siglos XIX y XX, representó un éxito. Superó la crisis mundial de la «época de collado» y las dos guerras mundiales del siglo XX, que supusieron el hundimiento de otros muchos imperios. Además, padeció pocos reveses de gravedad. Antes de la segunda guerra mundial, no se perdió ningún territorio importante que hubiera estado bajo control británico. (Por eso mismo, la conquista de Singapur por el ejército japonés, en febrero de 1942, supuso una conmoción tan profunda.) Las retiradas de las posiciones avanzadas insostenibles sirvieron para redondear los perfiles del imperio. Así, en 1904 partió de la India un ejército expedicionario, dirigido por sir Francis Younghusband, que avanzó hasta Lhasa (donde no halló las «armas rusas» que se suponía estaban allí) y suscribió allí un acuerdo de protectorado sobre el Tíbet, un país cuya suzeranía pretendía China con más vaguedad que éxito real en la política de poder. Lord Curzon, el ambicioso virrey de la India, había sido la fuerza motriz que impulsaba la aventura. Pero Londres no tenía ningún interés en adquirir obligaciones (ni siquiera mínimas) hacia un país de casi nula relevancia estratégica y económica, y no reconoció el dudoso éxito de sus *men on the spot.*1597

La clase política británica también mostró mucha habilidad para adaptarse a los cambios en las circunstancias exteriores. Por ejemplo, en el último tercio del siglo XIX, cuando nuevas grandes potencias accedieron a la escena política mundial y la posición económica de Gran Bretaña empeoró en comparación. Es cierto que ya no se pudo mantener la hegemonía británica a nivel mundial (la situación en la que nada de verdadera importancia podía ocurrir contra la voluntad del imperio británico), pero aun así, y aunque fuera con cierto esfuerzo, los políticos británicos hallaron el modo de emprender un curso

medio entre conservar las posiciones a la defensiva y aprovechar las nuevas oportunidades económicas y territoriales.[1598] En el conjunto del siglo XIX «largo», el imperio británico mostró varias caras y experimentó varias metamorfosis. Se mantuvo claramente como el imperio más exitoso de la época y, tras la primera guerra mundial, bajo la égida de la Sociedad de Naciones, pudo ampliar incluso el territorio que controlaba gracias a los «mandatos» (por ejemplo en Irak, Jordania y Palestina).

Factores de estabilidad

Además de los ya mencionados, hay otros factores que ayudan a explicar el éxito relativo del imperio británico:

Uno. Como han puesto de relieve Anthony G. Hopkins y Peter Cain, la causa impulsora de la expansión británica no fueron los intereses industriales de la metrópoli, sino un sector financiero con sede en la *City* londinense, estrechamente relacionado con la voluntad modernizadora de los grandes agricultores. En Londres tenían su sede los bancos más influyentes y las empresas aseguradoras más destacadas del mundo. La *City* financiaba la navegación marítima y el comercio exterior de todas las naciones imaginables. Era el punto central del negocio internacional de los préstamos privados. Quien deseaba invertir en China, Argentina o el imperio otomano, lo hacía pasando por el centro financiero de Londres. La libra esterlina era la divisa más importante del mundo y los mecanismos del estándar de oro, en lo esencial, se mantenían en marcha desde Londres. El sector financiero tiene la ventaja, frente al industrial, de hallarse menos ligado a un territorio concreto; por eso mismo, es también menos «nacional». El centro financiero londinense congregaba capitales venidos de todas partes del mundo. Así, la *City* no era meramente el centro económico del antiguo imperio colonial, ni siquiera de la esfera de influencia política de Gran Bretaña, mucho más extensa; era un centro de control global de los flujos de capital y mercancías que no tuvo competencia hasta el ascenso de Nueva York.[1599]

Dos. Con el paso del tiempo, los gestores del imperio británico —que, al iniciarse nuestra época, habían aprendido la lección de los funestos errores de la crisis norteamericana de la década de 1770— desarrollaron un instrumentario muy diverso de intervenciones y lo pusieron a prueba en numerosos casos prácticos. El principio básico del intervencionismo, en una época en la que el concepto de «intervención» no tenía una carga tan negativa como hoy,[1600] era optimizar el uso de los medios. (Esto no es un rasgo natural en todos los imperios, como pone de relieve la actuación de Estados Unidos en el siglo XX, que ha tendido a recurrir relativamente pronto a la violencia militar masiva.) El imperio británico mantuvo siempre la violencia en la reserva y desplegó un virtuosismo extraordinario en la construcción de estructuras de presión. Los militares y diplomáticos británicos fueron maestros en el uso de toda clase de formas de coerción y chantaje. Siempre que se lograba el objetivo deseado con la mezcla de «persuasión y presión», no era necesario recurrir a medios más onerosos. Fueron especialmente efectivos en ejercer presión concertada con una tercera potencia, de preferencia, Francia, como se hizo en 1857 contra Túnez y 1858-1860 contra China; Siam, en cambio, acertó algo más a provocar el enfrentamiento mutuo de los europeos.[1601] La política británica seguía la máxima de ejercer la influencia tanto tiempo como se pudiera, y solo después de haber agotado esa clase de posibilidades informales, pasar al dominio colonial formal. Una de las coyunturas favoritas de los imperialistas británicos fue guiar discretamente a los gobernantes autóctonos mediante «residentes» y otros varios «consejeros». Esto podía llegar a convertirse en pura ficción: a partir de 1882, Egipto fue *de facto* una colonia británica; pero antes de 1914 no hubo anexión que cuestionara la teórica suzeranía del sultán de Estambul, y durante todo ese tiempo, el trono estuvo ocupado por un monarca local, con ministros locales en el gobierno. El sumo representante de Gran Bretaña —de hecho, la autoridad más poderosa del país, que

dictaba instrucciones al gobierno— lucía el modesto título de «cónsul general» y, oficialmente, carecía de facultades para mandar. Este protectorado velado posibilitó, en la práctica, una intervención casi tan directa como por ejemplo en las colonias de la corona de régimen autocrático.1602

Tres. El carácter de la política británica en el siglo XIX, aristocrático en su conjunto —muy distinto, por ello, del estilo político burgués de por ejemplo Francia—, facilitó ejercer la solidaridad entre las distintas élites, por encima de las fronteras. La integración imperial fue mucho más fácil que, digamos, en el imperio francés, por medio de la incorporación subordinada de las élites locales en el aparato imperial (aunque a veces fuera meramente simbólica).1603

Cuatro. La clase imperial británica, sobre todo hacia finales del siglo XIX, no mostraba una actitud menos racista que otros señores coloniales de Europa o América del Norte. Hacía mucho hincapié en la diferencia social entre las personas de distinto color de piel. El racismo de la élite británica, sin embargo, no llegó prácticamente nunca a los extremos del exterminio. Este quedó reservado al racismo de los colonos, como durante un tiempo ocurrió en Australia. Los levantamientos —como la rebelión de los Cipayos de 1857, en la India— sí podían sufrir una represión brutal, en la que el racismo hizo que se bajaran algunas barreras psicológicas. Pese a todo, en el imperio británico del siglo XIX no se llegó nunca a utilizar como instrumento de dominio las masacres colectivas o el genocidio (como sí se hizo por ejemplo en el Congo del rey Leopoldo II o en el África suroccidental alemana de 1904 a 1908). Se alcanzó un momento crítico con la que se ha dado en llamar «controversia del gobernador Eyre». En octubre de 1865, los jamaicanos de la pequeña ciudad de Morant Bay se enfrentaron con la policía colonial con ocasión de ciertos procedimientos judiciales; ello derivó en una protesta de pequeños campesinos que costó la vida a varios blancos. El gobernador Edward Eyre, con un temor paranoico a un «gran levantamiento de los negros» —un

«segundo Haití»— puso en marcha una imponente maquinaria represiva. Durante la «pacificación» de la isla, que se logró mediante una semana de terror, murieron unos 500 jamaicanos; muchos más fueron azotados públicamente o torturados de otra manera; miles de casas quedaron reducidas a cenizas. La represión del levantamiento despertó una polémica pública en Gran Bretaña que se extendió durante casi tres años. Para algunos, el gobernador Eyre debía ser celebrado como un héroe que había salvado la colonia para la corona e impedido que se masacrara a los blancos de la isla; para otros, era un asesino incompetente que había olvidado cuál era su deber. Quizá ningún otro debate dividió y excitó tan profundamente a la opinión pública victoriana. Los intelectuales más destacados del país tomaron partido. Thomas Carlyle defendió al gobernador con un libelo racista; John Stuart Mill encabezó el bando de los opositores liberales, que solicitaban un castigo severo. En la opinión pública se impusieron los liberales, pero Edward Eyre no recibió más castigo que el de ser apartado del servicio colonial (y a la postre, aunque con reticencia, incluso recibió una pensión otorgada por el Parlamento).1604 Pese a todo, 1865 fue una fecha importante en la lucha contra el racismo, comparable a la gran decisión de acabar con el tráfico de esclavos, de 1807. La vigilancia de la opinión pública ya nunca menguó y, en adelante, las páginas más duras del libro negro del colonialismo ya no fueron escritas por británicos.1605 Una vez concluida la primera guerra mundial (y más aún, en la década de 1930), cuando en Alemania e Italia el racismo se radicalizó, ya había dejado de ser aceptable en los salones de Gran Bretaña. No es que se hiciera caso omiso de la raza (ni siquiera hoy es así), pero la discriminación que perduró tanto en las colonias como en las mismas islas británicas ya no tuvo como consecuencia crímenes de estado.

Así pues, ¿qué fue la *Pax Britannica* (mirándola desde una perspectiva actual, *analítica*, y no según la retórica política de

sus contemporáneos)?1606 Para empezar, resulta más fácil decir qué *no fue*. A diferencia del imperio romano o el imperio sino-manchú del siglo XVIII, el imperio británico no representaba una civilización mundial completa, un *orbis terrarum*. Salvo en Australia y Nueva Zelanda, Gran Bretaña no poseía un monopolio imperial sin competencia en ningún continente; en todas partes y en todas las épocas se vio envuelta en rivalidades con otras potencias. Su imperio no fue un bloque territorial homogéneo, sino una compleja red de ejercicio mundial del poder, es decir, una estructura con nodos más densos y espacios intermedios no sujetos a control. A diferencia de Estados Unidos en la época de la *Pax Americana* —después de la segunda guerra mundial, cuando técnicamente era capaz de reducir a escombros cualquier rincón del planeta—, en el siglo XIX Gran Bretaña no gozaba de una capacidad de intervención militar que le permitiera someter todos los continentes; si en 1849, una parte de la opinión pública británica exigió intervenir para salvar a los revolucionarios húngaros, en realidad habría sido difícilmente realizable. Podía actuar, hasta cierto punto, como el gendarme de los océanos, pero no como un auténtico «policía mundial».

Durante todo el período de 1815 a 1914 (sin tener ahora en cuenta el hecho de que, a partir de 1870 aproximadamente, Gran Bretaña perdió algo, aunque no mucho, de su poderío en la escena internacional), la *Pax Britannica* significó sobre todo: (a) la capacidad de defender el mayor de los imperios coloniales del mundo e incluso de ampliarlo con cautela, sin guerras con otras potencias; (b) la capacidad de ejercer una influencia informal entre fuerte y dominante más allá de las fronteras de su imperio colonial formal, en muchos países ajenos al sistema de estados europeo (China, el imperio otomano, Latinoamérica), usando las disparidades en el desarrollo económico; ello se aseguraba luego con privilegios contractuales (los «tratados desiguales») y la constante amenaza, como una espada de Damocles, de la intervención militar (la «política de las

cañoneras»);[1607] y (c) la capacidad de poner a disposición de la comunidad internacional servicios (un orden de libre comercio, un sistema monetario, reglas del derecho internacional) cuyo uso no estaba limitado a la ciudadanía británica. El imperio británico fue único en el hecho de que su núcleo territorialmente definido (el «imperio formal») estaba rodeado por otros dos círculos concéntricos: la esfera (de márgenes imprecisos) en la que Gran Bretaña podía ejercer una influencia «informal», pero notable, y el espacio global de un régimen de derecho internacional y economía mundial marcado por los británicos, pero no sometido a su control. Por colosal que fuera la extensión global del imperio británico, durante los decenios de mediados de siglo, cuando el Reino Unido era la única potencia mundial, no bastaba con encerrar en sí toda la actividad económica británica. De haber sido de otro modo, entonces la política del libre comercio transimperial y «cosmopolita» no habría podido perdurar. Esta es otra paradoja imperial: para la Gran Bretaña de la época de la industrialización y la *Pax Britannica* clásica, el imperio fue menos importante para la economía que *antes* de «perder» Estados Unidos y *después* de que empezara la crisis económica mundial de 1929.

7. ¿CÓMO SE VIVE EN LOS IMPERIOS?

Desde que existen los imperios, su valoración ha oscilado entre dos extremos: frente a la retórica militarista y triunfante, o la apaciguadora y paternalista, de los partidarios, se alzaba la retórica de la libertad frente a la opresión, por parte de los que se resistían al gobierno ajeno (en el siglo XIX se los llamaba «nacionalistas»). Estas dos posiciones básicas, de gran antigüedad, se repiten en las controversias actuales. Unos ven en los imperios máquinas violentas para imponer la opresión material y el enajenamiento cultural; se trata de interpretaciones cuyos rasgos básicos se desarrollaron ya en la era de la descolonización.[1608] Se oponen los que, dado el carácter caótico de la presente situación mundial, concluyen

que los imperios, en zonas como África, el Asia central o los Balcanes, habrían contribuido más a la paz y un moderado bienestar que la confusión de estados nacionales inmaduros. No es fácil resolver la cuestión de cómo «se vive» en los imperios, dada la tensión entre tales interpretaciones divergentes. La propaganda imperialista ha puesto un velo sobre la realidad y, a la inversa, no todo lamento de que el imperio es una «cárcel de los pueblos» responde a un insoportable pesar real. A ello se añade una segunda complicación, relacionada con la primera. Las estructuras imperiales o las *situationes coloniales* no impregnan *el total* de la vida en un imperio o una colonia. Por ello, tiene poco sentido contemplar el mundo colonial como una esfera cerrada en sí, en vez de (como se hace en este libro) situarlo bajo el punto de vista general del estudio de la historia universal. Es difícil hallar el punto medio. Los críticos clásicos del colonialismo en la era de la descolonización acertaban al describir las relaciones coloniales como deformadoras *en general*. Tanto el colonizador típico-ideal como el colonizado padecían —si comparamos con un estándar normal ficticio— daños en su personalidad. Por otro lado, tan solo reforzaríamos la fantasía por la que el colonizador se cree omnipotente si entendemos que, en un marco colonial, la vida entera queda sujeta a una relación forzosa con un poder extranjero. Desde la perspectiva del método, aquí nos enfrentamos también a la relación entre estructura y experiencia. A este respecto, la diversa dirección de los análisis de los imperios causa choques. Una teoría estructural —como la que caracteriza por ejemplo la tradición interpretativa marxista— no suele dejar ningún sitio a la realidad vital y la situación psicológica concretas en los imperios. Desde que las energías críticas del marxismo han vuelto la mirada al poscolonialismo, nos hallamos con el efecto contrario: una fijación exclusiva en el nivel «micro» de los individuos (o grupos pequeños, en el mejor de los casos) ha enmascarado del todo las relaciones mayores; y ya no se

pueden comprender las fuerzas que marcaban en primer lugar las experiencias, identidades y discursos.

Pese a todo, es posible afirmar alguna generalidad sobre las experiencias más típicas y difundidas en los imperios del siglo XIX:

Uno. En la mayoría de los casos, las regiones se añaden a los imperios por medio de un acto de violencia inicial. Puede tratarse de una guerra de conquista que se arrastre por mucho tiempo, o también de una masacre local que, por lo general, no «sucede» sin más y en muchas ocasiones se instrumentaliza como demostración de poder con afán de intimidación.1609 El conquistador, de este modo, instaura un terror literalmente paralizador; si tiene éxito, demuestra la superioridad de su fuerza; apoya simbólicamente su pretensión de dominio y empieza a desarmar a la población (lo cual es necesario para establecer su propio monopolio de la violencia). Allí donde los imperios no han entrado a hurtadillas, tras la acción discreta de los acuerdos comerciales o el avance inicial de los misioneros, al principio se da una experiencia violenta y traumática. A menudo, esta violencia no irrumpe en un estado idílico de paz paradisíaca, sino que afecta a sociedades que ya estaban muy marcadas por su propia violencia interior. Tal fue el caso, por ejemplo, de la India del siglo XVIII, cuando muchos de los estados que sucedieron al imperio mogol guerreaban entre sí; o de amplias zonas de África, agitadas por el tráfico de esclavos tanto europeo como árabe. A menudo, a la violencia de la fase de conquista sucede, de hecho, la paz colonial.

Dos. La toma de poder del imperio no necesariamente supone la decapitación política de las sociedades indígenas y la sustitución completa de las autoridades locales por las foráneas. De hecho, en su conjunto este ha sido un caso más bien excepcional. Como ejemplos radicales destacan la conquista española de América, en el siglo XVI, y la sumisión de Argelia a partir de 1830. A menudo, los poderes imperiales empiezan por buscar la colaboración voluntaria de la élite local,

a la que se le transfiere o confía (aunque solo sea por ahorrar costes) una parte de las funciones de gobierno. Esta estrategia, que adquiere muchas formas, se denomina «gobierno indirecto» (*indirect rule*). Pese a todo, incluso en los casos extremos, en los que la práctica de gobierno ya existente apenas parece modificarse con la llegada de los nuevos señores, el poder autóctono se resiente. La llegada del imperio siempre supone una pérdida de valor de la autoridad política local. Incluso aquellos gobiernos que —como el gobierno chino, una vez acabada la guerra del Opio en 1842—, pese a la presión exterior no tuvieron que hacer nuevas concesiones territoriales de especial importancia, sufren una pérdida de legitimidad ante su propia comunidad política. Esto los hace más vulnerables y les obliga a contar con una resistencia que —como en el caso del movimiento Taiping, desde 1850—, no empezó siendo «antiimperialista». A la inversa, el agresor imperial también debe hacer frente a un problema de legitimidad. El poder colonial siempre empieza siendo ilegítimo: una usurpación. En cuanto comprendían que era así, los señores coloniales se esforzaban por dotarse de una legitimidad al menos rudimentaria, ganándose el respeto bien por su eficacia, bien por el uso de recursos simbólicos locales. Pero solo raramente —y por lo general, solo allí donde las diferencias culturales no eran muy grandes, como por ejemplo en el imperio de los Habsburgo— el tiempo va limando el carácter usurpador del dominio imperial. Sin movilizar el capital simbólico de la monarquía, casi nunca es posible. Cuando las sociedades que se suman a un imperio no eran «acéfalas» (como en algunas zonas de Siberia o el África central), conocían el poder de los reyes o caudillos. En este caso, las potencias coloniales intentan abrigarse con el mando de la soberanía imperial u ocupar directamente el papel de los monarcas autóctonos. Desde 1870, la Francia republicana no pudo hacerlo, y esto siempre le supuso un inconveniente en el terreno de la política simbólica.

Tres. La adición a un imperio supone también la anexión a un

espacio de comunicación más extenso. En el interior de un imperio, los flujos de comunicación tienen una estructura típicamente radial: del centro a la periferia. También había, por descontado, lazos de comunicación entre las diversas colonias o ámbitos periféricos de los imperios (aunque muchos casos no han sido descubiertos por la historiografía hasta fechas recientes), pero casi nunca fueron los dominantes. Las metrópolis imperiales controlaban de muchas formas los medios de comunicación y hostigaron con particular recelo los contactos directos entre los súbditos de colonias distintas. Siempre que la técnica lo permitía y la represión estatal no lo vetaba, las élites de la periferia hicieron uso de las nuevas posibilidades comunicativas. Se reconoce fácilmente por el uso de las lenguas imperiales.1610 El plurilingüismo ha sido prácticamente el caso normal a lo largo de la historia. Solo lo ha oscurecido la equiparación —que se inicia en la Edad Moderna y alcanza el desarrollo pleno en el siglo XIX— de una nación con una cultura nacional monolingüe. Así, entre las capas cultas del mundo musulmán era habitual manejar tres lenguas: el árabe, el persa y el turco. El trilingüismo suponía además una diferenciación funcional: el árabe era la lengua del Corán —un texto no traducible— y el persa disfrutaba de un especial prestigio literario, además de ser la *lingua franca* en un territorio muy extenso, que iba desde las provincias orientales del imperio otomano hasta el Ganges. Sería simplificar en demasía una realidad más compleja considerar que la introducción de las lenguas imperiales no era más que el dictado impositivo de un «imperialismo cultural» europeo. A menudo, en las potencias imperiales se debatía sobre con cuánta intensidad había que europeizar el sistema educativo autóctono. En la India y Ceilán hubo una discusión muy completa y ambiciosa al respecto, en los primeros años del siglo XIX, sin que se llegara a una conclusión clara.1611 A veces, la lengua de cultura extranjera no se imponía de ningún modo, sino que se adoptaba libremente. Durante la corta ocupación

francesa de Egipto, de 1798 a 1802, no solo hubo experiencias agradables con los franceses; sin embargo, en el transcurso del siglo XIX, el francés se convirtió en la segunda lengua de cultura del país. Se trata de un caso temprano de adopción de la lengua de una nación que, según se consideraba, estaba a la cabeza de la cultura de Europa. Y el francés mantuvo esa categoría incluso tras la ocupación británica de 1882. También en el imperio zarista —como sabe cualquier lector de Lev Tolstói —, el francés se mantuvo durante mucho tiempo como el idioma de prestigio de la aristocracia. Por otro lado, incorporarse a un imperio tampoco suponía adoptar de inmediato la lengua de la metrópoli.

Cuatro. La interconexión con círculos económicos mayores solía ser anterior a la anexión a un imperio. A menudo (aunque no siempre), los imperios cortaban esos lazos de circulación erigiendo en torno de sí barreras arancelarias mercantilistas, intentaban introducir nuevas mercancías o bloqueaban las rutas de las caravanas o el transporte marítimo. Pero siempre abrieron posibilidades para sumarse a *nuevos* contextos económicos. En el siglo XIX, esto se refiere al «mercado mundial», que a largo plazo iba creciendo en volumen y densidad. En vísperas de la primera gran guerra mundial, solo unas pocas regiones del mundo eran ajenas del todo a ese mercado global. La conexión con ese mercado —mejor dicho: con los diversos mercados mundiales— se producía de formas muy diversas. Siempre creaba nuevas relaciones de dependencia, a la vez que, a menudo, hacía surgir nuevas oportunidades. Cada imperio es un espacio económico propio. La anexión nunca deja intactas las relaciones locales.

Cinco. Las dicotomías entre culpables y víctimas, colonizadores y colonizados, sirven a lo sumo como una aproximación cruda a unos modelos. Constituyeron una especie de contradicción fundamental en las sociedades colonizadas. Solo en algunos casos extremos —como por ejemplo las sociedades esclavistas del Caribe durante el siglo XVIII—, la contradicción fue tan

dominante que describe con acierto la realidad social; pero incluso aquí estaban las clases intermedias de las *free persons of colour* o *gens de couleur*. Las sociedades que se sumaban a los imperios, por lo general, tenían una organización jerárquica previa, y el contacto con el imperio la hacía tambalearse. El imperio distinguía entre amigos y enemigos; dividía las élites locales y hacía que los diversos bandos lucharan entre sí; buscaba colaboradores a los que había que pagar. El aparato estatal colonial necesitaba personal autóctono en todos los niveles; los necesitó en gran cantidad, hacia finales del siglo XIX, para manejar los telégrafos, ferrocarriles y aduanas. La vinculación con los mercados mundiales creó nichos para el ascenso social en el comercio y la producción capitalista. Con frecuencia, los aprovecharon grupos minoritarios, como por ejemplo los chinos en el sureste asiático. Cuando se introdujo la legislación europea sobre la propiedad del suelo, esto comportó, invariablemente, cambios radicales en las relaciones de propiedad y la estratificación rural. En pocas palabras: con la excepción de casos extremos de gobierno indirecto moderado (en el norte de Nigeria o el Sudán anglo-egipcio, por ejemplo), la anexión a un imperio supuso modificaciones sociales de gran alcance; a veces, a los pocos años se produjo algo similar a una revolución social.

Seis. En la frontera cultural de un imperio que avanza, cambian las identidades tanto personales como colectivas. Sería demasiado simple ver aquí una mera transición desde una idea de uno mismo unívoca y armoniosa a formas de socialización y personalidad «múltiples» y quebradas. Que surgiera lo que hoy se denomina a veces una «hibridación» no necesariamente fue un rasgo inconfundible de las constelaciones imperiales y coloniales. A este respecto resulta más útil un concepto sociológico anterior, el de los «roles». Toda situación social se vuelve más compleja cuando se le añaden nuevos factores. El repertorio de roles se amplía y, con ello, también se hace más necesario, para muchas personas, dominar varios roles. Un rol

típico de las colonias, por ejemplo, es el de mediador e intérprete. La situación de las mujeres se altera cuando se introducen nuevas concepciones de la conducta o el trabajo femeninos. A menudo, tales ideas fueron importadas por misioneros cristianos. La «identidad» es una categoría dinámica: esa clase de identidad se reconoce especialmente bien cuando se forma en actos de demarcación. Esto no fue peculiar de las situaciones coloniales. Pero quizá se puede afirmar en general que, para quien gozaba del poder imperial, era importante poder ordenar claramente en «pueblos» la confusa diversidad demográfica del territorio. Los estados nacionales tienden a la uniformidad étnica y cultural y emplean medios políticos para reforzarla. En los imperios, por el contrario, se tiende a hacer hincapié en la diferencia. Entre los críticos poscoloniales, se ha denunciado a menudo como un ataque grave contra la igualdad de todos los seres humanos; pero no deberíamos limitarnos a la valoración moral. A finales del siglo XIX, el desarrollo de los estereotipos nacionales se reforzó, sin duda, por la influencia de las doctrinas raciales. Pero obedecía a diversas causas. Los sistemas de poder colonial intentaron poner orden en la confusión mediante la creación artificial de «tribus». Desarrollaron complejos sistemas de categorización para clasificar la población sometida. La ciencia etnológico-antropológica, que floreció en la segunda mitad del siglo XIX, fue una ayuda de gran influencia; y el censo demográfico sirvió para dotar de peso material a esas taxonomías. Ciertos grupos sociales se definieron primero en la teoría y solo luego surgieron en la realidad.1612 Los estados coloniales crearon *primero* la diferencia y *luego* pusieron gran empeño en ordenarla. Esto sucedió con diversos grados de diferenciación. La presencia de los franceses en Argelia se construyó en torno de la oposición simple entre los «buenos» bereberes y los árabes «degenerados».1613 En la India británica, en cambio, se elaboró toda una cuadrícula ordenadora de un refinamiento pedantesco.

La categorización y estereotipación de los súbditos coloniales, pese a todo, no fue un proyecto exclusivo del poder. Los pueblos de los imperios adoptaron en parte las identidades que se les habían reservado, pero ofrecieron mucha resistencia e invirtieron mucha energía en construir una etnicidad propia. El nacionalismo —en tanto idea desarrollada en Europa e importada desde aquí— se injertó, en numerosos casos, en procesos de formación étnica que ya estaban en marcha; los consolidó a la vez que se iba adaptando y modificando. Las autoridades coloniales se hallaban ante un dilema. Por un lado, según el principio del «divide y vencerás», alimentaban las diferencias entre los distintos grupos nacionales; por otro lado, debían evitar que los conflictos entre estos grupos escalasen hasta el punto de resultar violentos y de difícil control. Las identidades colectivas no siempre eran manipulables por el estado colonial y, desde luego, tampoco poseían siempre una definición étnica. En el siglo XIX, fuera de Europa, esto se vio poco. Tras la primera guerra mundial se puso de manifiesto el amplio espectro de posibilidades de forjar una solidaridad antiimperial. El movimiento de liberación indio —en la fase que empezó con la primera campaña de Mohandas K. Gandhi, en 1919— carecía de base tanto étnica como religiosa; y la idea de que el territorio indio debía contar con un estado musulmán propio no maduró como fruto de un proceso prolongado, sino que surgió después de 1940 en el círculo inmediato del futuro fundador de Pakistán. Desde mediados del siglo XIX, los imperios fueron escena de procesos de formación de la identidad colectiva. Estos procesos —debatidos como «cuestión de las nacionalidades» en la era tardía de algunos imperios— no quedaban sujetos a la dirección de nadie. El hecho de que algunas protonaciones relativamente compactas —como el Egipto de 1882, el Vietnam de 1884 o la Corea de 1910— fueran sometidas a una potencia imperial y, al acabar la era colonial, pudieran reconectar con su antigua historia «cuasinacional» es bastante excepcional. En el resto de casos,

los propios imperios generaron, sin buscarlo, las mismas fuerzas que luego se volverían en contra de ellos.

Siete. Entre las experiencias políticas que se podían vivir en un imperio, la más común y más importante fue que la política solo era posible como resistencia.1614 Para los imperios, en la periferia no hay ciudadanos, solo súbditos; los «dominios» del imperio británico fueron la gran excepción a este respecto. Fue raro que se rompiera esta regla general. Los húngaros lo consiguieron en 1867, en el imperio de los Habsburgo; los bóers (de una forma muy particular) en la Unión Sudafricana, fundada en 1910. Solo se concedieron los derechos de ciudadanía a un pequeño número de habitantes no blancos en el imperio francés, después de 1848: en las «viejas colonias» (*vieilles colonies*) de Guadalupe, la Martinica, la Guyana y Reunión, así como en cuatro ciudades de la costa de Senegal.1615 Incluso cuando las élites colaboracionistas se integraban en el aparato estatal imperial, se les impedía participar en las decisiones de mayor nivel. Solo eran cadenas de transmisión de los auténticos centros de decisión y de poder hacia las sociedades dependientes. Los imperios solo raramente crearon instituciones que dieron la posibilidad de articular los intereses locales. Así pues, pese a todas las diferencias de detalle, un imperio se reduce a una única cadena de mando. A veces se relajaba por medio de *men on the spot* de carácter fuerte; cuando los responsables de la política imperial eran inteligentes, procuraban que las órdenes fueran realizables, en principio, y que las exigencias no fueran excesivas. No había que tensar de más el arco, de forma que el imperio, a ojos de los súbditos, no fuese un mero aparato del terror. El estadismo imperial, que siempre debe buscar la relación óptima entre costes y beneficios, crea intereses arraigados, es decir, alimenta la idea de que es más provechoso vivir en el seno del imperio que fuera de este.1616 Esto no cambia el hecho de que la población autóctona queda excluida de la participación política reglada. En los «consejos legislativos» de las colonias de la

corona británicas se dio entrada a unos pocos miembros de las élites, pero no pasó de ser una patraña pseudoestamental. Todos los imperios del siglo XIX fueron, de principio a fin, sistemas autocráticos. Como en las variantes «ilustradas» del absolutismo europeo occidental de la Edad Moderna, esto no excluía cierta seguridad legal. Esto tuvo particular desarrollo en el imperio británico; aunque sería exagerado describirlo como un pleno estado de derecho, sin embargo en general imperaba una especie de legalidad básica y el mando estaba sujeto a reglas (*rule-bound command*).1617 Esto no impedía que se denegaran a la población local derechos elementales como los que amparaban a los blancos en el mismo país, o que en la práctica, a menudo les resultara difícil acceder al sistema legal. Pese a todo, hacia 1900 había diferencia (mínima, pero real) entre ser un africano en el Congo del rey Leopoldo o en la Uganda británica.

El siglo XIX fue una era de los imperios y culminó en una guerra mundial en la que se enfrentaron imperios. Todos los partidos en guerra movilizaron en su ayuda los recursos de las periferias dependientes. Cuando se carecía de tales periferias (como en el caso de Alemania, que a partir de 1914 ya no se pudo beneficiar de sus colonias), anexionarse nuevos territorios casi coloniales se convirtió en un objetivo bélico destacado. Al acabar la guerra, solo se disolvieron algunos imperios, pero no los más grandes ni más importantes. Alemania perdió sus colonias, escasas y sin relevancia económica; se las repartieron las grandes potencias de la coalición vencedora. El imperio de los Habsburgo —un agregado multiétnico intraeuropeo, sin posesiones coloniales y, por este hecho, un fenómeno singular— se descompuso en sus unidades integrantes. El imperio otomano dio origen a Turquía, por un lado, y las antiguas provincias árabes por el otro, convertidas ahora en «mandatos» (casi colonias) de Gran Bretaña y Francia. Rusia tuvo que renunciar a Polonia y el Báltico, pero bajo la dirección bolchevique logró agregar de nuevo a la gran mayoría de los

pueblos no rusos del imperio zarista, formando una «unión» imperial. 1919 no supuso el fin de la era de los imperios.
Sin duda, varias generaciones de historiadores no yerran al entender que el «ascenso» del nacionalismo y la formación de los estados nacionales es uno de los rasgos fundamentales del siglo XIX. Pero la conclusión necesita muchas precisiones. Tras la formación de numerosas nuevas repúblicas en Latinoamérica, antes de 1830, la formación de estados nacionales adoptó un ritmo muy lento. En todo el mundo solo hubo una pequeña excepción: los Balcanes. En el resto ocurrió lo contrario: en Asia y África desaparecieron entidades políticas (que no siempre cabe calificar de «estados») en gran número, absorbidas por la expansión de los imperios. A la inversa no ocurrió: ninguna nación pequeña logró liberarse de la relación imperial coercitiva. En la Europa del siglo XIX, ninguno de los numerosos movimientos nacionalistas lograron ayudar a su comunidad a obtener la independencia frente a un imperio; la única excepción, hasta cierto punto, sería la de Italia. Polonia continuó repartida; Irlanda, como parte del Reino Unido; Bohemia, bajo la corona de los Habsburgo. Menos aún sucedió que los movimientos nacionales destruyeran un imperio.
En Europa, el nacionalismo logró muy pocos frutos políticos tangibles; y aún tuvo menos éxito, en un principio, en Asia y África. Ello debe distinguirse del hecho de que, en nombre de la «nación» se forjó una solidaridad que representa una novedad del siglo XIX desde dos puntos de vista. Por un lado, los intelectuales nacionalistas (y sus seguidores) prepararon, en el marco de los imperios, la independencia como estado nacional que muchos países lograron en algún momento entre 1919 y, pongamos, 1980. Los grandes movimientos de protesta de 1919 en Egipto, la India, China, Corea y algunos otros países afroasiáticos ya tenían una motivación nacionalista.1618 Por otro lado, en estados ya independientes y consolidados el nacionalismo también se convirtió en la retórica dominante de la propia descripción.1619 Así, la gente empezó a entenderse

como parte de una «nación» francesa, inglesa/británica, alemana o japonesa; creó un cosmos simbólico correspondiente; se esforzó por diferenciarse de otras naciones; se convenció de estar en competencia con ellas; rebajó el umbral de tolerancia hacia las ideas y personas «extranjeras». Esto sucedió en un mundo en el que, al mismo tiempo, las relaciones de intercambio entre los miembros de naciones distintas se multiplicaron e intensificaron. Hubo nacionalismos de varias clases tanto en los imperios como en los estados nacionales. El «orgullo» por el propio imperio —no pocas veces, avivado con afán propagandístico— se convirtió con el cambio de siglo en un sentimiento habitual en las metrópoli y parte integrante de la propia concepción nacional. *En el interior* de los imperios, el nacionalismo no se dirigió tan solo contra la estructura del dominio imperial, esto es, no tenía como diana única el colonialismo. También podía actuar como instrumento de oposición entre grupos subordinados, sobre todo si se reforzaba con identificaciones religiosas. Ello causó la partición del imperio de los Habsburgo en 1918-1919 o de la India en 1947.

En la opinión pública actual, palabras como «imperio» despiertan resonancias de poder ilimitado. Incluso en la «era de los imperios» (según el concepto de Eric J. Hobsbawm), que llegó a la culminación de su desarrollo hacia 1900, hay que introducir restricciones en la idea. Los imperios de la *Edad Moderna* (con la salvedad de China) eran antes redes económicas y políticas, de cohesión laxa, que estados densamente cohesionados o bloques económicos bien sellados. Incluso el imperio español del siglo XVI, que se menciona a menudo como ejemplo temprano de dominio territorial transoceánico, se apoyaba en gran medida en la autonomía local. En todos los imperios fue necesario imponer controles mercantilistas frente al contrabando generalizado. Los imperios no fueron creados por las naciones. Sus élites (igual que, con frecuencia, el proletariado imperial de los navíos o las plantaciones) estaban formadas por personas originarias de

muy distintos países. Hacia 1900, la mayoría de los imperios había vivido una fuerte «nacionalización». Gracias a las técnicas y los medios del poder de la época, su cohesión era mayor, lo que los hacía más controlables. Las regiones que producían para la exportación estaban estrechamente integradas en la economía mundial, a menudo, como pequeños enclaves cuya zona de influencia fue perdiendo cada vez más interés para los imperios (cuyos gobiernos solo le prestaban atención si allí se estaban incubando problemas). En cualquier caso, de un modo u otro, los imperios siempre dependieron de acuerdos negociados con las élites locales, de equilibrios frágiles que no se podían estabilizar por el mero recurso de la violencia o la amenaza: la violencia era cara, costaba de justificar y causaba problemas incalculables. En el «club de los imperialistas» se tenía por «modernos» a aquellos imperios que centralizaban y racionalizaban la administración, lograban más eficacia y rentabilidad en la explotación de los recursos económicos y se esforzaban por difundir la «civilización». Era una acción plagada de riesgos, sin embargo. Las reformas afectaban a los equilibrios y siempre provocaban *una u otra* forma de resistencia, cuya intensidad era difícil pronosticar.[1620] Sirvió como aviso el ejemplo de Norteamérica en la década de 1760. Por otro lado, a algunos grupos concretos les ofrecían nuevas oportunidades materiales y culturales, a veces también políticas. A largo plazo, estos grupos podían acabar siendo los difusores de una modernización *rival*, siendo élites y fuerzas contrarias que, a la postre, miraban más allá de los imperios. Así, en los imperios otomano y chino, las iniciativas centralizadoras consolidaron a los notables de las capitales provinciales.[1621] En China, en 1911, esto incluso contribuyó a la caída de la monarquía. Por ello, los centros imperiales no descartaron intervenir poco en los ámbitos sensibles del derecho, las finanzas, la educación y la religión. Los británicos, por ejemplo, tendieron a este conservadurismo en la India, a partir de 1857, y más adelante allí donde ejercían el gobierno

indirecto. La «luz del imperio» no desapareció con ello del repertorio de las posibilidades históricas. En determinadas circunstancias, el estado nacional podía resultar más pesado para sus ciudadanos, y no digamos para los que entre estos pertenecían a minorías étnicas o religiosas, que más de un imperio para sus súbditos.

Capítulo 9
Sistemas de poder, guerras, internacionalismos

Entre dos guerras mundiales

1. EL SINUOSO CAMINO HACIA EL SISTEMA DE ESTADOS MUNDIAL

Los actores de la política exterior de los estados, ya sea en todo el planeta o en el seno de sus grandes regiones —en este capítulo hablaremos de «espacios de orden»—, forman entre todos un «mundo de los estados», independientemente de la clase y densidad de sus relaciones mutuas. Si estas relaciones se ajustan a cierto orden y regularidad, cabría hablar de un «*sistema* de estados» o «sistema internacional» (*international system*). Entre los diversos sistemas de esta índole que ha habido a lo largo de la historia, el mejor conocido es el de la Europa contemporánea, entre 1770 y 1914, aproximadamente.1622 Si este sistema de estados se mantiene unido por medio de instituciones *y* de compromisos normativos de tendencia pacifista, sin llegar al grado de integración de una federación de estados o un estado federal, se emplea el concepto de «comunidad de estados» (*international society*).1623 Un ejemplo sobre el uso de esta nomenclatura: en la segunda conferencia de paz de La Haya, en junio de 1907, no se reunieron solo las grandes potencias que hacía varias décadas que formaban un «sistema de estados» propio, sino los representantes de un total de 44 estados. Ello congregó en una misma sala de conferencias a casi todos los estados independientes del mundo que, en un momento dado, estaban reconocidos como tales: el *mundo* de los estados.1624 Pese a todo, en este congreso no se logró acordar instituciones y convenciones que verdaderamente fomentaran la paz. En La Haya, por lo tanto, no surgió una *comunidad* de estados.

Las dos fases de paz en Europa

El sistema de estados europeo fue, por un lado, una ficción inscrita en el pensamiento de las élites de la política exterior de los diversos países que guiaba su actuación; por otro, una

realidad observable. A lo sumo desde el Congreso de Viena ya no existió ningún sistema natural en el que se generasen, más o menos automáticamente, estados de equilibrio; fue una relación reglada entre los estados integrantes, necesitada de una gestión política. El buen estadismo (al menos, en la teoría) consistía en defender los intereses nacionales solo hasta el punto en el que no se amenazaba de gravedad el funcionamiento del todo. Esto se logró durante cuatro décadas: un período largo en la historia de la política internacional.

A ello siguió, en Europa, una fase de dieciocho años —de 1853 a 1871— en la que se libraron cinco guerras con participación de grandes potencias: la guerra de Crimea (1853-1856), la guerra italiana (que enfrentó en 1859 a dos bandos, el de Francia y Piamonte-Cerdeña frente al de Austria), la guerra prusiano-danesa (1864), la guerra austro-prusiana (1866) y la guerra franco-prusiana (1870-1871). Austria se vio envuelta en cuatro de estas guerras; Prusia, en dos, como Francia; Gran Bretaña y Rusia, solo en la guerra de Crimea. Esta última contienda supuso un duro golpe a la solidaridad europea, y las guerras de unificación de Italia y Alemania fueron causadas por maniobras de *Realpolitik* en franca contradicción con el régimen de la paz posnapoleónica.

La primera de esta serie de guerras se diferencia de las otras cuatro por dos factores. Por un lado, la guerra de Crimea respondía a unos objetivos menos marcados. Surgió, según ha escrito uno de sus mejores conocedores, «por una cadena de múltiples errores, falsas conclusiones, deficiencias de interpretación, sospechas erróneas e ideas irracionales sobre el enemigo, más que por cálculos fríos y mala voluntad».[1625] A este respecto destaca que, en los diversos sistemas políticos, actuaban fuerzas belicistas: en Rusia, un zar cruel y mal informado, Nicolás I, ya al final de su reinado, que dirigía la política exterior como un diletante; en Francia, un aventurero político, el emperador Napoleón III, que pretendía ser más popular en su país mediante arriesgadas maniobras de política

exterior de especial valor propagandístico y simbólico; y en Gran Bretaña, la opinión pública de una prensa de larga orientación antirrusa, capaz de ejercer presión sobre una clase política tan segura de sí misma (pero en los primeros años de la década de 1850, carente de unanimidad) como la británica. Por otro lado, la guerra de Crimea, aunque su origen fuera contingente y cortoplacista, respondía a una lógica de intereses económicos y geopolíticos que iba más allá del marco del sistema de estados europeo. El estallido se produjo en la periferia europea porque, en el fondo, se trataba de si el imperio otomano debía quedar bajo la protección de Rusia o bien como zona de ampliación económica de Gran Bretaña, colchón estratégico y garante de la conexión con la India (¡aún no se había abierto el Canal de Suez!). La guerra de Crimea, en esencia, fue el conflicto de las dos únicas grandes potencias que, en aquel momento, poseían grandes intereses en Asia. Su desarrollo y su resultado pusieron de relieve las debilidades militares de los dos grandes adversarios, Rusia y Gran Bretaña. El atraso del imperio zarista quedó patente, pero también surgieron muchas dudas al respecto de la superioridad de Gran Bretaña como supuesta única gran potencia mundial.1626 En todo caso, la primavera de 1854, cuando se inició la guerra entre el imperio zarista en un bando, e Inglaterra y Francia en el otro, marca una cesura profunda en la historia internacional del siglo XIX. Desde 1815, por primera vez, la guerra parecía una opción tan viable que llegó a ocurrir en realidad.

Esta fase intermedia de belicosidad en la historia europea terminó en 1871. Si tenemos en cuenta que las guerras civiles más importantes del siglo con diferencia —la de Secesión en Estados Unidos (1861-1865), más la rebelión Taiping (1850-1864) y los levantamientos musulmanes (1855-1873) en China— también corresponden al tercer cuarto del siglo XIX, se constata que nos hallamos en un período mundial de estallidos de violencia, cuya simultaneidad en los diversos continentes, sin embargo, no responde a causas comunes.1627 El período

posterior nos sitúa ante una gran paradoja. A lo sumo desde 1871 dejó de haber en Europa hasta las instituciones más simples y los valores más elementales de preservación de la paz; y pese a ello, en Europa la paz imperó durante 43 años (al menos, si seguimos la pauta habitual entre los historiadores, que no incluye la guerra ruso-turca de 1877-1878, librada sobre todo en el territorio de la actual Bulgaria). No resulta asombroso que la primera guerra mundial estallara, sino que lo hiciera *tan tarde*. La interpretación «sistémica» de la política europea que el historiador estadounidense Paul W. Schroeder ha propuesto para el período de 1815 a 1848 puede explicar de forma convincente por qué en *ese* tiempo se mantuvo la paz en Europa: en pocas palabras, el sistema de estados europeo creció hasta formar una comunidad de estados.1628 Es mucho más difícil explicar la estabilidad internacional de Europa en la era de la segunda industrialización, carrera armamentística y nacionalismo militante generalizado. Todas las crisis internacionales que aún no dieron origen a guerras deben estudiarse por separado.1629 Como argumentos generales cabe proponer:

Uno. Durante mucho tiempo, ninguna gran potencia europea se armó *a la ofensiva* para una guerra intraeuropea. Es una excepción, en parte, la rivalidad naval de Gran Bretaña y Francia durante las décadas de 1850 y 1860, en la que fue la primera carrera armamentística de la historia, que no destacó por la acumulación cuantitativa de material, sino, cualitativamente, por la búsqueda de las tecnologías más modernas.1630 La fundación de un poderoso estado nacional alemán en el corazón de Europa no supuso por sí sola otra carrera de armamento. El mariscal de campo Von Moltke, sumo estratega del imperio alemán, extrajo de los acontecimientos de 1870-1871 la lección de que los intereses de Alemania se defenderían mejor con un armamento de intención disuasoria. Esto no cambió hasta 1897, cuando el almirante Alfred Tirpitz, el emperador Guillermo II y las fuerzas «pronavales» de la

opinión pública alemana impulsaron la construcción de una flota de combate que, por una parte, participaba de una corriente del sistema internacional (tendente a disolver la hegemonía marítima británica en un nuevo equilibrio de poder), y por otra parte «era desde el principio una ofensiva claramente dirigida contra Inglaterra».1631 Gran Bretaña aceptó el desafío y en los dos países —en Alemania, por cierto, sin que la tradición naval ocupara un lugar central en su cultura— se adoptó la Marina como símbolo de la unidad de la nación, su magnitud y su poderío tecnológico. El nuevo entusiasmo por la Marina se apoyaba en todo el mundo (también en Alemania) en la autoridad de un historiador y teórico militar estadounidense, el oficial naval Alfred Thayer Mahan.1632 Desde entonces, la política europea vivió sus primeras experiencias con las carreras armamentísticas de aceleración industrial, a las que se sumaron todas las grandes potencias.1633 A la disuasión defensiva se le incorporó ahora, de forma sistémica, la voluntad ofensiva. A diferencia de lo que ocurrió después de 1945, cuando el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki daba por lo menos cierta idea de adónde podía llevar una guerra del máximo nivel tecnológico, desde el cambio de siglo la carrera armamentística no anticipó el futuro con realismo.

Dos. Por razones que no cabe atribuir al «sistema», en Europa no surgió ningún vacío de poder que hubiera podido inducir a alguien a emprender una política exterior agresiva. Este fue el paradójico fruto de una formación de estados nacionales plenamente exitosa en Alemania e Italia, pero también en Francia, que se recobró con rapidez de la catástrofe militar de 1871. Ningún estado se hundió. El imperio otomano fue siendo expulsado de los Balcanes hasta 1913, pero nunca se vino abajo de tal forma que diera pie a hacer realidad las fantasías de reparto de sus vecinos. En 1920, en la paz de Sèvres, estas fantasías culminaron de nuevo en planes de limitar la nueva Turquía a su tronco anatolio. El gran esfuerzo militar de

Turquía en tiempos de Mustafá Kemal (Atatürk) puso fin con rapidez a unas visiones a las que temporalmente se había sumado incluso Estados Unidos. En la paz de Lausana de 1923, las grandes potencias aceptaron que el estado nacional turco fuera la fuerza política principal del este del Mediterráneo. Aún más importante fue la posición de Austria-Hungría en el mundo de los estados europeos. Su evolución interior era contradictoria: el desarrollo económico de numerosas regiones era impresionante, pero al mismo tiempo crecía la tensión entre las nacionalidades. Esto no tuvo efecto sobre la posición internacional de Austria-Hungría. Según todos los criterios imaginables, la monarquía de los Habsburgo siguió siendo, durante todo el siglo, la segunda gran potencia más débil de Europa. En las cuatro décadas que precedieron a la primera guerra mundial, Austria-Hungría tuvo la fuerza necesaria para conservar un lugar estable en Europa, pero sin poder emprender nada contra sus dos rivales principales, Alemania y Rusia. Esta optimización no buscada del poderío de Austria estabilizó la Europa centro-oriental y no dejó sitio a ninguna clase de imperialismos «centroeuropeos», como los que hacían soñar a algunos en Berlín (y también en Viena). La primera guerra mundial no fue el resultado del hundimiento del imperio de los Habsburgo; en realidad, fue exactamente lo contrario.

Tres. A consecuencia de la política de Bismarck, a partir de 1871, en Europa ya no podían darse duelos entre potencias. Todas las guerras concebibles podían ser solo enfrentamientos entre coaliciones. Estas guerras entre alianzas, sin embargo, desde los puntos de vista tanto político como militar, requieren una preparación mucho más lenta y penosa, y todos los estadistas de Europa tenían claro que la siguiente guerra en Centroeuropa no dejaría intacta a ninguna de las grandes potencias.1634 El «equilibrio competitivo de las alianzas»,1635 desde 1871, adolecía de falta de confianza y mecanismos de conciliación, pero se mantuvo en pie porque todas las coaliciones se habían concebido defensivamente: no hubo un

«equilibrio del terror», como a partir de 1945, solo de la desconfianza. Solo tras el cambio de siglo, cuando las fantasías de la batalla final se tornaron más virulentas y, con las novedades de los Balcanes, los estados pequeños de la región manipularon la falla más peligrosa de la política europea —la que separaba Austria de Rusia— se introdujo en el sistema una inestabilidad fatal.1636

Cuatro. La peculiar relación entre Europa y ultramar también actuó como factor de contención de los conflictos. En lo esencial, el sistema de estados europeo esperaba diversas funciones de la periferia. Podía servir como «válvula de seguridad» de las tensiones intraeuropeas y, a la inversa, como «catalizador» de conflictos que luego revertían sobre Europa; también como campo de experimentación de nuevas armas. Las potencias imperiales podían reconocer que su extensión era «excesiva» y suponía un riesgo, y contener su dinámica expansiva; ello explica la entente anglo-rusa al respecto de Asia, en 1907. Todo ello se hizo realidad en diversos momentos y lugares. El aspecto decisivo, sin embargo, fue otro: el aislamiento de la periferia por razones de seguridad chocaba con su creciente integración económica. El aislamiento se mantuvo durante todo el siglo, y los intentos de trasladar a la competencia por las colonias las reglas no escritas del funcionamiento del sistema de estados europeo —como hizo Bismarck en la Conferencia de Berlín sobre África, de 1884-1885— fracasaron a largo plazo.1637 Nótese que se trata de un argumento sistémico. En el horizonte de actuación de los actores, sobre todo de Gran Bretaña y Rusia, no se podía distinguir con claridad entre Europa y el resto del mundo. Así pues, una de las razones de peso por las que Gran Bretaña continuó apoyando al imperio otomano fue que actuar en contra del sultán (que además exhibía el título religioso de califa) habría sembrado la discordia entre millones de musulmanes de la India.

Dualismo global

A diferencia de diversos acuerdos de paz de la Edad Moderna, en los que también se regularon los intereses coloniales, en el Congreso de Viena solo se ordenó el mundo de los estados europeos. El resto del mundo quedó fuera del foco, con la salvedad de que el tráfico de esclavos se consideró de forma secundaria. El mero hecho de que el imperio otomano no se sentara a la mesa de la conferencia puso de manifiesto el planteamiento estrictamente europeo. Solo esto posibilitó que la «cuestión oriental» surgiera como un problema especial, situado fuera de los acuerdos de los aparatos del Congreso. Por ello mismo, todos los mecanismos acordados en ese momento —ya fueran intervenciones contrarrevolucionarias o la organización de encuentros diplomáticos para resolver conflictos puntuales— se aplicaron solo a Europa. A los pocos años, la exclusión de la periferia tuvo consecuencias prácticas. Bajo dirección británica, las grandes potencias —incluida la más reaccionaria de todas, Rusia— intervinieron en el Mediterráneo oriental en contra de todos los convenios válidos para Europa: actuaron a favor de un movimiento revolucionario que se dirigía contra la dinastía más antigua del mundo contemporáneo: la casa de Osmán, en el trono desde el siglo XIV. Aun así, la entrada en la cuestión griega no tuvo repercusiones en la relación mutua de las potencias europeas.

En muchos sentidos, el aislamiento de Europa frente a una periferia conflictiva, según se decidió en el Congreso de Viena, fue una idea genial que contribuyó a la paz.1638 Resonó un eco en 1823, cuando el presidente James Monroe dio a conocer su conocida doctrina, según la cual las dos Américas (también la del sur, por lo tanto) «no deben ser consideradas en adelante como objetivos de futura colonización por ninguna potencia europea».1639 Entre 1814 y 1823, en ambos lados del Atlántico, se produjo por lo tanto una deliberada desglobalización de la política internacional. Frente a la gran crisis mundial de la precedente «época de collado», cuando los sucesos revolucionarios de Norteamérica, Francia y el Caribe

tuvieron efectos hasta en Sudáfrica, China y el sureste asiático, ahora las relaciones de la *política* internacional se fragmentaron (no así la creación de una red económica, que siguió avanzando).

A largo plazo, no obstante, esto también adquirió otro significado: durante la Edad Moderna no se logró crear un orden legal conjunto entre las potencias asiáticas y europeas. Solo se reconoció que los otros eran un sujeto legal, en principio, del mismo rango; así, los acuerdos o juramentos tenían valor más allá de las fronteras culturales. En el nuevo orden de 1814-1815, los europeos también renunciaron a tomar la iniciativa sobre tal sistema legal global. No se dieron las premisas, por lo tanto, que asegurarían una paz mundial. En ultramar, la conciencia legal de los europeos no incluía ni siquiera el compromiso de validez del derecho internacional europeo, que era un avance notable de la civilización. Fuera de Europa no se aplicó estrictamente ni el *ius ad bellum*, que exigía justificar legalmente una guerra, ni el *ius in bello*, que regulaba los combates y debía evitar que se produjeran excesos. En una época de creciente disparidad global y una percepción cada vez más nítida de las diferencias étnicas y culturales, la globalización del derecho solo pudo consistir en la imposición progresiva de los conceptos legales europeos, que, además, en la práctica, siempre se interpretaban a favor de los europeos.1640

La separación conceptual entre Europa y los otros territorios hizo que las conquistas e intervenciones en ultramar no estuvieran sujetas a las restricciones (por entonces, todavía mínimas) que regulaban la acción bélica en Europa. También carecían de validez las reglas normativas del sistema de estados que habrían podido obstaculizar o mitigar las formas más crudas de la apropiación de tierras en ultramar por parte de los occidentales; por ejemplo, en 1860, cuando Rusia (mediante extorsión) se anexionó amplios territorios al norte del Amur; el *scramble* del África central; la actuación italiana en la

Tripolitania, o la sumisión de las Filipinas a Estados Unidos. Que esta separación se mantuviera incluso en la fase culminante de la agresividad imperialista tuvo la consecuencia adicional de preservar el efecto de blindaje, en lo que respectaba a Europa. Desde la década de 1870, las grandes potencias se habituaron a situar sus reflexiones sobre el equilibrio de poder no solo en la escena intraeuropea, sino en la mundial; esta forma de pensar halló su plena expresión durante la Guerra Fría, desde 1945-1947. A finales del siglo XIX, hubo una oposición de tendencias contradictorias: por un lado, la conciencia creciente de que todas las relaciones internacionales debían verse como elementos de un único sistema global; por otro, la perdurable separación conceptual entre la «periferia» y la escena de la «verdadera» política europea (intraeuropea).1641 Las diversas potencias imperiales vivieron choques en diversas zonas del mundo: en todas las regiones de África, en China, en el sureste asiático, en el Pacífico sur, incluso en Venezuela (en el invierno de 1902-1903). A todos estos conflictos imperiales, sin embargo, se les halló una solución o algún modo de contener sus efectos; entre otras razones, porque se observaron las reglas *no escritas* del «juego» imperialista, como por ejemplo el principio de que, si una de las potencias imperiales veía frustradas sus ambiciones en un lugar, se le ofrecería «compensación» en otro (o se le permitiría tomársela). Algunas de las tensiones imperiales alimentaron una desconfianza duradera entre los gobiernos europeos, pero ninguna afectó a Europa de vuelta actuando como causa directa de una guerra.1642

El sistema de estados europeo de las décadas previas a la primera guerra mundial no se desestabilizó desde fuera. Asia, África y América interpretaron un papel cada vez mayor en el global de los cálculos políticos de los gobiernos europeos, sin que ese cálculo les hiciera suponer que era inevitable una gran guerra entre imperios. Theodor Schieder ha afirmado incluso que el sistema de estados europeo de las cinco grandes

potencias, en el medio siglo anterior a 1914, formó una «supremacía mundial» colectiva.[1643] ¿Es una proposición acertada? En dos aspectos, sin duda lo es. Por un lado, Gran Bretaña, Rusia y Francia habían adquirido intereses considerables fuera de las fronteras geográficas de Europa; en otras palabras: dominaban grandes territorios en otros continentes, o influían claramente sobre ellos. (Desde 1884 cabe decir lo mismo del imperio alemán, pero en mucha menor medida.) Por otro lado, los cinco estados de la pentarquía europea sumaban el mayor potencial del mundo en capacidad industrial y poderío militar, y estaban dispuestos a intervenir en ultramar haciendo uso de esas posibilidades (con la excepción de Austria-Hungría).

Esto no significa, aun así, que solo Europa había logrado el importante logro cultural de las «relaciones internacionales» y el resto del mundo permanecía atrapado en su propia anarquía sangrienta.[1644] El sistema de estados europeo nunca gozó de la «supremacía» en el sentido de actuar internacionalmente como una corporación única o, al menos, un colectivo unánime. El sistema de estados como tal no era un «actor» en la escena internacional. El «concierto de las potencias» tenía lugar en los salones. Los principales congresos diplomáticos de la época no fueron convocados por un sistema en sí, sino por un poder «negociador» que llevaba consigo la defensa de sus propios intereses. Los convenios decisivos sobre los intereses de ultramar se establecieron, sin excepción, de forma bilateral. Solo en un caso hubo una acción colectiva fuera de Europa: la liberación de las misiones diplomáticas que había sitiado en Pekín el levantamiento de los *yihetuan* (bóxers), en el verano de 1900, por medio de una tropa expedicionaria integrada por ocho potencias. En esta tropa, Estados Unidos y Japón ya desempeñaron papeles de liderazgo, y Austria-Hungría emprendió la acción política más ambiciosa de toda su historia.[1645] Desde un punto de vista político, el imperialismo europeo fue poco más que la suma de los distintos

imperialismos. La mecánica de este sistema funcionó —cuando en efecto funcionó— solo entre las cinco grandes potencias *en tanto que* actores europeos, no entre ellas como imperios multicontinentales. El sistema como tal no estaba siendo soporte de la «política mundial».

2. ESPACIOS DE ORDEN

Los europeos y norteamericanos, en su expansión imperial, no avanzaron en espacios que carecieran de una estructura política. Toda oposición simplista entre Europa y el «resto» es insuficiente. Para empezar: dentro de Europa también existían, desde luego, relaciones de dependencia casi coloniales. La historia tradicional de la diplomacia menciona las que denomina «estados europeos menores», de forma pasajera, y ha mostrado poco interés por sus márgenes de actuación en un mundo de grandes potencias. La economía de Portugal, por ejemplo, dependió extraordinariamente de Gran Bretaña: en 1870, el 80 % de las exportaciones portuguesas iban a las islas británicas. Portugal abastecía de *sherry* y corcho a los consumidores británicos. En ocasiones se trabajaba en condiciones de una explotación brutal, que en la propia Gran Bretaña ya no resultaban posibles; por ejemplo, cuando empresas británicas empleaban a niños portugueses para cortar con hojas de afeitar los corchos para botellas, pagando por pieza.1646 Esta clase de externalización de los riesgos y los trabajos de bajo coste son siempre un indicador importante de asimetría en el sistema-mundo.

América

América era un espacio de orden sujeto a principios de ordenación propios. En la década de 1820, las colonias españolas se separaron de la metrópoli y los efectos de la doctrina Monroe se fueron desplegando progresivamente; a la postre, el Nuevo Mundo estuvo más distante del Viejo Mundo de cuanto lo había estado en varios siglos. Durante un breve momento histórico, hacia 1806-1807, Gran Bretaña tuvo la tentación de hacerse con la herencia de los colonizadores

españoles en la región de La Plata, entre otras; pero de hecho, Gran Bretaña nunca volvió a intentar intervenir fuera de las regiones coloniales que aún conservaba en América. En este continente, en la lucha entre España y sus súbditos rebeldes, el Reino Unido permaneció neutral. Durante las guerras de Independencia, el comercio británico floreció; en 1824 Latinoamérica ya absorbía el 15 % de todas las exportaciones británicas. Londres se apresuró a reconocer las nuevas repúblicas, más aún cuando, ya entonces, los diplomáticos de Estados Unidos procuraban ampliar la influencia del norte. Pronto se instauró un marco legal internacional que otorgaba a los ciudadanos británicos en Latinoamérica la protección de las leyes británicas, y, aunque no obligaba a los estados latinoamericanos a optar por las importaciones británicas, sí les exigía que impusieran a los comerciantes de las islas un arancel no superior al que se imponía a los representantes más favorecidos de cualquier otro país. Bajo este régimen relativamente ligero de un «imperialismo informal», Gran Bretaña pudo seguir siendo el socio comercial exterior más destacado de muchos estados latinoamericanos, hasta que, hacia finales de siglo, Estados Unidos fue apoderándose de ese papel.1647

En la década de 1830, Latinoamérica ya desapareció de la vista de la diplomacia internacional. Durante veinte años había sido, por detrás de Europa o junto a esta, el continente más turbulento del planeta; y precisamente en esa época había despertado gran interés en el extranjero, gracias a Alexander von Humboldt y otros viajeros.1648 Ni un solo país del subcontinente se vio envuelto en la política de poder intraeuropea. En Sudamérica tampoco se desarrolló, durante todo el siglo, una rivalidad agresiva entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Gran Bretaña no siempre logró traducir con éxito su peso económico en influencia política. Así, la diplomacia británica, con sus métodos de presión habituales, no logró poner fin a la esclavitud en Brasil (un país con el que,

por otro lado, mantenía buenas relaciones). Los diversos estados latinoamericanos no se unieron formando un sistema de estados definido. Entre los productos de la escisión del imperio español, en parte arbitrariamente definidos, tendió a imperar la anarquía. Incluso el «Libertador» Simón Bolívar acabó sus días desesperado por el particularismo de sus compatriotas. No hubo un panamericanismo genuino de peso que no estuviera instrumentalizado por Estados Unidos. Muchas fronteras estatales fueron objeto de disputa. Apenas se hizo nada para defender al subcontinente frente al exterior; casi ningún país poseía una Marina de guerra capaz de entrar en combate.1649

Un episodio que, sin llegar a ser característico, era sin embargo posible fue la espeluznante «guerra de la Triple Alianza», que entre 1864 y 1870 enfrentó a Paraguay por un lado y, por el otro, Brasil, Argentina y Uruguay. Fue la guerra interestatal que más bajas causó en toda la historia de Sudamérica. El pequeño Paraguay, bajo el mando de tres dictadores desde 1814, se había convertido en lo que David Landes ha descrito como «una Esparta ilustrada»: igualitaria, disciplinada, muy armada y con una población comparativamente poco analfabeta.1650 Que Brasil violara la frontera con Uruguay dio al dictador Francisco Solano López una ocasión para poner en marcha su ejército, bien instruido, contra las tropas de segunda clase de Brasil y Argentina. Las primeras batallas terminaron con una catástrofe para los aliados, a los que se unió también Uruguay; pero desde 1867, la maquinaria bélica de la extensa Brasil —veinte veces más poblada que Paraguay— adquirió plena velocidad. Al acabar la guerra, que Paraguay demoró con una defensa pertinaz, había perdido la vida más de la mitad de la población del país, en lo que constituye el porcentaje de bajas (tanto militares como civiles) de todas las guerras de la Edad Moderna y Contemporánea.1651 La guerra fue el acontecimiento central de la historia nacional de Paraguay, la fecha más destacada en el recuerdo colectivo y un punto de

inflexión en la historia del subcontinente. Argentina también padeció graves daños económicos y militares y perdió la posición de cabeza (indiscutida hasta entonces) en La Plata. Brasil confirmó la superioridad regional.[1652] La guerra del Pacífico o «del Salitre» (1879-1883), que libró Chile contra Perú y Bolivia, le proporcionó a Chile, como vencedora, unas ricas reservas de nitratos, y tuvo para los implicados consecuencias similares a las de la guerra de la Triple Alianza. Para la sociedad chilena, que vivió una movilización sin precedentes, fue la experiencia colectiva más impresionante desde la independencia. En Perú, donde los invasores fueron combatidos por guerrillas, se puso en marcha un proceso de descomposición estatal violenta.[1653] En su conjunto, sin embargo, es asombroso que Latinoamérica, pese a la volatilidad de la situación —que cabe describir, tanto en la política interior como en la internacional, como de «fragmentación y debilidad de los poderes del orden»— se mantuviera relativamente en paz.[1654]

Los estados de Sudamérica no crearon ningún sistema de seguridad conjunto; los de Centroamérica fueron entrando, cada vez más, en la órbita de Estados Unidos. Aquí la rivalidad entre Gran Bretaña y Estados Unidos tuvo cierto peso, al menos indirectamente, pues los británicos eran los principales acreedores de México y, por lo tanto, podían ejercer cierta influencia política. El gobierno de Estados Unidos temía que, de esta manera, Londres pudiera apoderarse de la provincia mexicana de California. Ahora bien, hay muchas más pruebas de que Estados Unidos había planeado desde hacía tiempo la anexión de California. El presidente James K. Polk jugaba al juego del imperialismo bastante antes de que los europeos lo hubieran aprendido. Ejerció tanta presión militar sobre México que este acabó retirándose; entonces presentó ante el Congreso pruebas de un ataque mexicano y obtuvo una declaración de guerra.[1655] A finales del verano de 1847, un ejército expedicionario estadounidense llegó a la Ciudad de México. En

Estados Unidos se alzaron voces poderosas —como la del propio presidente— que exigían la anexión de todo México. Excepcionalmente, en este caso los *men on the spot*, que por lo general tienden a aumentar la presión, moderaron la ambición maximalista de sus clientes. Pese a todo, el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo (febrero de 1848) fue un dictado. A cambio de una compensación mínima, México se vio obligado a renunciar a territorios que hoy componen los estados de Arizona, Nevada, California, Utah y partes de Nuevo México, Colorado y Wyoming.

Estados Unidos y Gran Bretaña estuvieron a punto de chocar no por causa de México y California, sino más al sur, por Centroamérica. Allí, Gran Bretaña empezó dominando en mundo de los estados local, cuya organización era débil. Con el rápido crecimiento de Estados Unidos en el comercio asiático, la anexión de California y Oregón (también en 1848) y el hallazgo de oro en California, la atención del norte se dirigió hacia la zona de tránsito de Centroamérica. En 1850 los intereses mutuos se ajustaron (sin ninguna participación de los centramericanos) en un acuerdo entre un enviado británico y el ministro de Exteriores estadounidense (tratado de Clayton-Bulwer). Afirmaba que ni Gran Bretaña ni Estados Unidos adquirirían nuevas colonias en la región y que ninguna parte construiría un canal que atravesara el istmo sin la aprobación de la otra. Con ello, Gran Bretaña reconocía simbólicamente a Estados Unidos como un igual en Centroamérica. Sobre esta base, Estados Unidos no dejó de ampliar su influencia en la zona en los decenios posteriores. En las décadas de 1870 y 1880, hubo varios desembarcos de tropas de combate estadounidenses en Panamá —que era provincia de Colombia—, con el fin de «restaurar el orden» y «proteger a los ciudadanos estadounidenses».[1656] Con el tiempo, el equilibrio entre Estados Unidos y Gran Bretaña desapareció. En 1902, el Congreso estadounidense decidió, de forma unilateral, construir un canal a través de Panamá. Cuando Colombia mostró su

desacuerdo con el precio fijado para los terrenos del canal, los interesados en el proyecto arreglaron, con el apoyo de Estados Unidos, la «independencia» de un nuevo estado de Panamá. Acto seguido, la zona del canal se dio en arriendo a Estados Unidos. Las tareas de construcción empezaron en 1906, con la contratación de varios cientos de trabajadores de España (a los que siguieron otros 12.000 españoles, italianos y griegos). El Canal se abrió a la navegación en agosto de 1914.1657

En Sudamérica, tras la independencia, el mapa político cambió muy poco. Surgió un mosaico de estados débilmente constituidos que, más o menos, fueron buscando una nación propia. Ninguno de estos estados (tampoco Brasil, un caso distinto por su pasado portugués) logró imponerse como fuerza hegemónica en el continente. Tampoco lo consiguieron ni Gran Bretaña ni (hasta la década de 1890) Estados Unidos. Las grandes potencias establecieron relaciones clientelares con los distintos estados, pero no tuvieron ningún papel ordenador en un contexto mayor, como habría correspondido a una hegemonía. Nadie quiso recordar los sueños de una gran federación hispanoamericana, similar a la de Estados Unidos, que se enarbolaron en la era de la liberación. Se imitó a la diplomacia europea, firmando tratados secretos entre diversas partes, pero no se llegó a ninguna forma de organización supraestatal, ni siquiera a alguna clase de «concierto» latinoamericano. En comparación con los puntos culminantes del enfrentamiento militar en Europa, los estados latinoamericanos, en el siglo XIX, mantuvieron entre sí relaciones relativamente pacíficas. *A este respecto*, que se careciera de grandes potencias continentales representó más bien una ventaja que un inconveniente. Ahora bien, el sur también careció de fuerzas militares y estatales capaces de oponerse a la dominancia de Estados Unidos, que hacia el fin de siglo era incontestable.

Las famosas palabras del presidente Monroe, «¡América para los americanos!», surtieron verdadero efecto y se convirtieron en

«doctrina» en las décadas posteriores al fracaso de Francia en México, en 1867. La crisis venezolana de 1895-1896 fue la primera ocasión en la que Estados Unidos trasladó también al sur de Centroamérica sus ambiciones de liderazgo frente a Gran Bretaña, con amenazas de guerra. En 1904, el presidente Theodore Roosevelt complementó la doctrina Monroe con un «corolario» que atribuía a Estados Unidos el derecho a una intervención «civilizadora» en toda Sudamérica. Con ello se daba la vuelta a la posición original de Monroe. Si este había prestado su apoyo a las revoluciones latinoamericanas, Roosevelt quería actuar en contra de ellas. Monroe quería mantener el sur libre de militares, Roosevelt confiaba en la superioridad de las armas norteamericanas. El «corolario de Roosevelt» no hacía más que reconocer una práctica vigente: entre 1898 y 1902, las tropas estadounidenses habían intervenido en veinte ocasiones.1658

En la década de 1890, por lo tanto, no surgió un sistema de estados americano plenamente desarrollado, sino la hegemonía, por lo general de carácter «benigno», de Estados Unidos, superior militar y económicamente. Esta hegemonía, a menudo, se quedó en la virtualidad. Estados Unidos no pudo imponer todas sus intenciones. Así, los diversos regímenes que ocuparon el poder en Brasil mantuvieron siempre buenas relaciones con Estados Unidos sin que este país lograse imponerles los privilegios económicos que pretendía. En el siglo XIX, la idea de una zona de libre comercio panamericana se quedó en nada.1659 Gracias entre otros factores al paraguas de Estados Unidos —esto también se debe constatar—, Latinoamérica, a diferencia de Asia y África, se libró de las dos guerras mundiales. Los dos estados de Norteamérica tampoco formaron en el siglo XIX un «sistema» de estilo europeo. Ya en 1817 se produjo un hecho de la mayor importancia: se acordó —en una de las primeras medidas de desarme bilateral— desmilitarizar los Grandes Lagos. En 1842, todas las disputas fronterizas quedaron resueltas, y después la relación entre Estados Unidos

y la Canadá británica se normalizó, creándose una vecindad tan pacífica como fría, en lo que supuso un polo de tranquilidad en la turbulenta historia internacional del siglo XIX.

Asia

En otras partes del mundo, los europeos se encontraron con configuraciones estatales más antiguas, que ni quisieron ni al mismo tiempo pudieron desmontar. En el sur de Asia, durante el siglo XVIII, franceses y británicos (al final, solo estos últimos) entraron con éxito en el juego de poder con los estados que sucedieron al imperio mogol. La conquista británica de la India solo se puede explicar como un acceso al poder desde el interior del mundo de los estados indios, con el apoyo de formas de organización de las fuerzas armadas y la administración civil que los británicos o bien trajeron consigo, o bien desarrollaron in situ experimentalmente. Cuando el dominio británico ya era plenamente estable (es decir, desde la anexión del Punyab en 1849), el pluralismo de los estados indios no pasaba de ser aparente. Quedaban unos 500 estados principescos sobre los que la Compañía de las Indias Orientales (y su sucesora desde 1858, la corona británica) no tenía un dominio *directo*; aun así, no estaban en situación de desplegar una política exterior y militar independiente. Un maharajá que se hubiera acercado, por ejemplo, a los rusos, habría sido desposeído del cargo de inmediato. La sucesión al trono necesitaba de la aprobación de las autoridades coloniales.1660 Los británicos también hicieron todo lo posible para que los lazos entre los distintos estados principescos fueran lo más débiles posibles. Las asambleas principescas panindias, que desde 1877 se fueron celebrando a grandes intervalos con una ingente pompa ceremonial, no eran más que rituales de homenaje feudal a una monarca ausente y sus representantes virreinales; carecían por completo de contenido político.

En la península de Malaca, los británicos actuaron durante mucho tiempo en el seno del plural mundo de los estados principescos autóctonos, que nunca quedaron sometidos a una

autoridad imperial (como había sucedido en la India con el imperio mogol). En 1896, los cuatro estados de la costa oriental de la península constituyeron los Estados Federados de Malasia (EFM), con capital en Kuala Lumpur; convivían con los Estados No Federados de Malasia y con las Colonias del Estrecho. Antes de que Japón atacara la zona en 1941, no se creó ninguna estructura administrativa única para toda la Malasia británica. A diferencia de en África, aquí los británicos practicaron la anexión en muy pocas ocasiones; todavía se usó mucho tiempo el arte diplomático de los «residentes» en las cortes de los sultanes malayos. Esto obedecía también al hecho de que en el sureste asiático, los representantes de la corona británica controlaron en general los acontecimientos, y los subimperialismos (como el de la antigua Compañía de las Indias Orientales en la India o el de Cecil Rhodes en Sudáfrica) no interpretaron un papel destacado. Aunque la independencia de los distintos estados era poco más que teórica, en este caso no se barrió del todo el pluralismo precolonial de los ámbitos de gobierno. Tras la independencia, sin embargo, este no se recuperó. El mosaico de la era colonial se redujo, desde la década de 1960, a tan solo dos estados soberanos: Malasia y Singapur. La Indochina francesa, en cambio, volvió a descomponerse durante el proceso de emancipación en tres entidades históricas: Vietnam, Laos y Camboya. Si añadimos Birmania y Siam —que, tras una profunda crisis interior, habían vuelto a ser grandes potencias en la segunda mitad del siglo XVIII—,[1661] se constata algo asombroso: en el sureste asiático continental, la era del colonialismo no revolucionó el mundo de los estados precolonial. La pentarquía del *hinterland* de la India, que surgió de forma casi simultánea a la europea, todavía pervive hoy.

En China y Japón, europeos y norteamericanos toparon con sistemas políticos de una gran complejidad que no pudieron someter colonialmente. Los contextos geopolíticos, sin embargo, eran muy distintos. Japón nunca se integró sólidamente en

ninguna clase de orden «internacional». Nunca había sido parte de un imperio mayor ni tampoco de un sistema de estados de fuerzas más o menos equivalente, como lo hubo en la Europa moderna, pero también en la India y la península de Malaca durante el siglo XVIII. Después de que el país se «cerrara», en la década de 1630, todavía hubo relaciones intensas con China en los ámbitos comercial, artístico y del conocimiento; desde el punto de vista cultural, en consecuencia, Japón era un miembro importante del orden mundial chino.1662 Pero la «apertura» de Japón comportó un «choque de civilizaciones» particularmente radical. Antes de la llegada del comodoro Perry, los japoneses tenían algo de información sobre la política internacional europea, pero solo teórica. Apenas tenían experiencia en el trato diplomático con otros países. La apertura se desarrolló con métodos relativamente suaves. Japón no fue sometida militarmente ni quedó sujeta a un régimen de ocupación (no tuvo esta experiencia hasta 1945). Estados Unidos y, acto seguido, Gran Bretaña (que no tardó en liderar el proceso) solo impusieron que sus ciudadanos pudieran acceder al archipiélago y obtuvieron la misma clase de privilegios comerciales que ya se conocían en otras partes del mundo durante la década de 1850; fue en el tratado de Harris, de 1858.1663 Para no haberse encontrado nunca con problemas ni remotamente similares, los negociadores japoneses hicieron un gran papel. Tenían la desventaja adicional de que, por causas internas, el gobierno del sogún ya estaba muy debilitado. Japón, en consecuencia, no fue arrancado de una integración en un mundo estatal ya existente, sino introducido en el mundo de los estados modernos en unas condiciones comparativamente favorables. En la realidad, el proceso quedó concluido en la década de 1870, y esto recibió la confirmación jurídica en 1895, cuando las grandes potencias aceptaron poner fin a los «tratados desiguales» negociados entre 1858 y 1871 (una meta que China no logró, para sus propios tratados, hasta 1942).1664 Con ello, el gobierno Meiji cumplió con uno

de los objetivos cruciales de su política exterior: hacer de Japón un sujeto de pleno derecho bajo la legislación internacional.

En China, la situación era mucho más complicada que en Japón.1665 Durante muchos siglos, el imperio chino había construido un orden mundial propio que mantuvo su funcionalidad política. Este orden mundial (al que Japón nunca perteneció institucionalmente) era una alternativa monocéntrica, plenamente desarrollada, al sistema de estados policéntrico de la Europa moderna. En varios sentidos, el orden chino era más «moderno» que este último. Por ejemplo, contaba con un concepto más abstracto de pertenencia territorial: se desconocían la posesión dinástica y las «tierras de la corona» (en la Europa del siglo XIX, por mencionar un solo caso, Luxemburgo todavía lo era con respecto a la casa neerlandesa de los Orange), al igual que la figura «feudal» de los derechos de gobierno solapados. En el siglo XVII, en el Asia oriental y central (que deben verse como una unidad geopolítica) todavía había fuertes elementos de policentralidad. Si imaginamos un corte temporal hacia 1620, veremos, junto al imperio Ming, una serie de vecinos poderosos no sometidos a este: los manchúes al norte, los mongoles al noroeste, los tibetanos al sur. Cuando se acabó de forjar el gran imperio sino-manchú, hacia 1760, los soberanos de Pekín tenían al imperio zarista (que se reforzaba con rapidez) por vecino independiente, pero el resto de países colindantes eran más débiles, tributarios y sometidos a diversas formas de vasallaje simbólico. Este orden mundial era un sistema en el sentido laxo: constaba de elementos aislados y reconocibles con relaciones mutuas explícitamente reguladas. Pero no era análogo al sistema de estados europeo, pues toda su configuración radial se orientaba hacia la corte china y las ideas de soberanía e igualdad de derechos de los diversos integrantes no interpretaban papel alguno. La razón de estado china estaba profundamente inscrita en el pensamiento jerárquico, aunque, por experiencia histórica, disponía de un repertorio de actuaciones más amplio que la mera gestión del

vasallaje. Para los chinos, en suma, la adaptación al nuevo orden estatal internacional del siglo XIX resultaría mucho más difícil que para los japoneses, indios o malayos.

Entre 1842 y 1895 hallamos un período llamativo que en Occidente se había tendido a denominar con el eufemismo de «ingreso de China en la familia de las naciones». A diferencia de lo ocurrido con Japón, China sí fue objeto de varias guerras: de 1839 a 1842, de 1858 a 1860 y en 1884-1885. De hecho, que los japoneses tuvieran un conocimiento claro de la primera de esas guerras —la del Opio de 1839-1842— les ayudó en la táctica negociadora y les dejó claros los riesgos de una resistencia excesiva. Con el tratado sino-japonés de 1871 —el primer acuerdo suscrito entre los dos vecinos en el ámbito del derecho internacional— se selló institucionalmente la apertura de China. Los «tratados desiguales» abrieron el país al comercio internacional. Los extranjeros gozaron de inmunidad ante la justicia china y del derecho a establecerse en determinadas ciudades portuarias. Paso a paso, el antiguo cinturón de vasallaje del imperio Qing se fue «descolonizando», en un proceso que llegó a su término provisional entre 1910 (cuando Japón se anexionó Corea) y 1912 (independencia de Mongolia). La incorporación de China en el orden estatal mundial fue netamente más lenta y dificultosa que la de Japón; en este caso sí se produjo un auténtico choque entre imperios.

La situación se agravó porque China, a juicio de los europeos y americanos, se hallaba situada en un «estadio de civilización inferior» al de Japón y, por lo tanto, merecía ser tratada con más desdén. A diferencia de los casos de Japón o la India, además, en China se produjo una carrera internacional por las bases coloniales y las concesiones económicas. Pese a todo —con la excepción de algunos momentos breves, como tras la derrota del movimiento de los bóxers, en 1900-1901, o durante el paso del imperio a la monarquía, en el otoño e invierno de 1911-1912—, China nunca dejó de actuar como un estado soberano. En la mayoría de los casos, también interpretó un

papel activo en la reformulación de sus relaciones exteriores, aunque fuera desde una posición de debilidad. El sistema de los «tratados desiguales» no fue tan solo una mera imposición de Occidente. Desde la perspectiva china, existía una tradición de trato con los «bárbaros», a los que, para mantenerlos a distancia, convenía otorgar zonas de residencia claramente definidas y negociar con ellos solo a través de los jefes de sus comunidades; tal era la función exacta que cumplían los puertos de los tratados y los cónsules extranjeros. Al iniciarse la década de 1890, China había logrado una posición relativamente estable en la jerarquía internacional; subordinada, pero no sometida hasta el extremo.

En ese punto, la guerra sino-japonesa de 1894-1895 vino a poner de manifiesto la extrema debilidad militar de China. Fue algo inesperado; hasta entonces nadie, ni siquiera los japoneses, sospechaban esa realidad.[1666] Con esta guerra, en la que China perdió casi por completo la influencia en Corea —que tradicionalmente era el principal de sus estados tributarios—, desaparecieron los restos del antiguo orden mundial «sinocéntrico» en el Asia oriental. Al menos, así parecía, hasta que historiadores japoneses han seguido la pista de continuidades que pervivían bajo la superficie de las guerras y los acuerdos. Desde entonces, el orden sinocéntrico en el Asia oriental dio paso, de un modo mucho más discreto de lo que se había supuesto hasta la fecha, a una nueva constelación dominada por Occidente y Japón en una relación de cooperación antagónica. Sobre todo en lo que respectaba al comercio intraasiático (que para China siguió siendo mucho más importante que el de Europa y Estados Unidos) se formaron formas híbridas entre el «tributo» y el «comercio». Si observamos por una vez los puertos de los tratados desde la perspectiva asiática, se ven menos como cabezas de puente para que el capitalismo occidental «penetrase» en una economía china pasiva e improductiva, que como «puntos repetidores» entre sistema económicos distintos, pero no incompatibles entre

sí.[1667] Además, los modos de pensar del «orden mundial chino», pulidos durante siglos, no desparecieron de un día para otro por el supuesto «asalto de Occidente». Corea, por ejemplo, trató las primeras incursiones extranjeras en el marco tradicional de las relaciones sino-coreanas, y mientras resultó posible, hubo en el país fuerzas poderosas que se esforzaban por no irritar a la corte Qing. Hasta la víspera de 1905, cuando Japón declaró Corea como un protectorado, las élites apenas acertaron a imaginarse una alternativa a la suzeranía china, aunque el envío de tributos ya había concluido en 1895 y desde entonces una contracorriente de modernización había calificado a China de país «bárbaro» y marginal en el «mundo civilizado».[1668] La guerra ruso-japonesa, que comportó una «transformación completa del mundo de los estados» y cuyos efectos llegaron hasta el corazón de Europa,[1669] puso el punto final al orden mundial chino. A continuación, durante cuatro décadas, Japón intentó instaurar en la región un espacio de ordenación propio (que en la segunda guerra mundial fue bautizado como «gran esfera de prosperidad del Asia oriental»). La primera guerra mundial no tuvo especial influencia en la continuidad de este proceso. La historia internacional del Asia oriental se estructura entre 1905 y 1945.

3. GUERRAS: PAZ EN EUROPA, GUERRAS EN ASIA Y ÁFRICA

Los observadores de la época y los teóricos políticos del pasado reciente han dedicado mucha reflexión a la cuestión de qué constituye una «gran potencia». En su mayoría, estas reflexiones llevan a un punto esencial más simple: una gran potencia es un estado que otras grandes potencias reconocen en principio como un igual, un estado «capaz de dar satisfacción». Esto sucede cuando este, en caso de necesidad, está preparado para defender sus intereses por medios militares, o cuando sus vecinos confían en ello. Aunque por ejemplo la capacidad económica y la extensión territorial son criterios importantes para la condición de gran potencia, en el siglo XIX el lugar que cada uno ocupaba en la jerarquía

internacional se decidió muchas veces en el campo de batalla. La condición de gran potencia y el éxito militar tenían una correlación mucho más estrecha que en la segunda mitad del siglo XX. Que un gigante económico como el Japón actual apenas tenga relevancia militar habría sido inimaginable hacia 1900. Al terminar la guerra civil, Estados Unidos creció económicamente con gran rapidez y acumuló mucho prestigio exterior, pero sus aspiraciones como gran potencia solo se confirmaron cuando derrotó a España en 1898. Japón venció a China en 1895, y ello le valió el respeto como factor de poder regional en el Asia oriental; pero no entró en el círculo de las grandes potencias hasta que venció al imperio zarista en 1905. En 1871, «Alemania» —que hasta entonces había sido sobre todo una categoría cultural— atrajo sobre sí la atención como gran potencia de la noche a la mañana.

A la inversa, los reveses y las catástrofes militares pusieron de manifiesto, en más de una ocasión, el vacío de una apariencia. China, el imperio otomano y España dejaron de poder aspirar a ser consideradas una «potencia» por sus derrotas militares. El prestigio de Austria nunca se recuperó del todo de la debacle de Königgrätz, en 1866; Rusia, con las derrotas de 1856 y 1905, se vio inmersa en graves crisis interiores. En Francia, la posición internacional y la autoestima quedaron tan dañadas por los hechos de 1870-1871, que los traumáticos acontecimientos de Sedán arrojaron durante décadas una sombra sobre la política exterior francesa y alimentaron el afán de revancha. Incluso Gran Bretaña, que entre 1899 y 1902 se vio en un gran apuro para imponerse ante los bóers (muy inferiores en los aspectos de personal y material), fue objeto de una dura autocrítica en la fase culminante de la competencia entre los imperialismos. Al examinar en su conjunto el período de 1815 a 1914, solo tres potencias vieron aumentar sin freno su poderío político y militar: Prusia/Alemania, Estados Unidos y Japón.

Detrás de estos cambios en la jerarquía de los estados militares más poderosos del mundo se hallan tendencias más generales

en la historia de la violencia. Se pueden observar mejor en un marco temporal que comprende desde la Revolución Francesa hasta la primera guerra mundial.

Organización y tecnología armamentística

Uno. La tendencia más general y abarcadora de la época fue la aplicación sistemática del conocimiento a los problemas de eficacia militar; conocimiento de índole organizativa, por un lado, y también técnica. Los organizadores de los ejércitos y los comandantes del campo de batalla sabían desde antaño, y no solo en Europa, que la guerra no se agota en los rituales bélicos expresivos, sino que exige gestionar con maña unos recursos limitados. El clásico chino Sun Zi (Sun Tzu), del siglo V a. C., formuló reglas estratégicas que en el siglo XX aún se tomaban en consideración. Una novedad del siglo XIX fue la concentración, flexibilización y, al mismo tiempo, sistematización de las estructuras de mando. Este fue el principal secreto del éxito del renacer de Prusia entre las potencias, que se basó en la completa reforma del ejército emprendida entre 1807 y 1813 como reacción inmediata al colapso de 1806. Prusia fue el primer estado que elevó a un nivel de racionalidad superior la vieja relación de liderazgo y seguidismo entre el mando y la tropa. Encabezados por un «sumo comandante» real, el saber y la autoridad militares se concentraron en un Ministerio de Guerra (más adelante, también en un Estado Mayor) como responsable de la planificación estratégica, que además garantizaba la continuidad de la preparación militar en los tiempos de paz. El Estado Mayor —una de las principales innovaciones militares del siglo XIX— fue decisivo por ir más allá del heroísmo romántico de la era napoleónica, que ahora solo cabía desplegar en las guerras coloniales. Los oficiales prusianos ya no eran ante todo combatientes con capacidad de liderazgo; como correspondía a los tiempos, eran profesionales de amplia formación, que desarrollaban el «oficio» de la guerra como un arte de raíz científica. La organización del ejército prusiano,

sobre todo desde la década de 1860, dio un perfil del todo novedoso al oficial de profesión. Esto implicaba también preparar con cuidado a los comandantes de distinto rango para que pudieran decidir racionalmente en el campo de batalla. El ejército debía ser un contexto de comunicación densa en el cual los oficiales subordinados estuvieran al cabo del plan conjunto y, en caso de necesidad, pudieran reaccionar con flexibilidad respetando su espíritu. Al racionalizar la estructura del ejército, Prusia ya había reforzado extraordinariamente su potencial militar antes incluso de disponer de los grandes recursos militares industriales. La condición aristocrática no se traducía directamente en un rango militar. La profesionalización hizo que solo los príncipes de la casa gobernante (pero no siempre, ni siquiera ellos) se libraran de la exigencia de un incremento general de la propia competencia. Con todo ello, la organización militar prusiana —sobre todo tras las victorias de 1864, 1866 y 1870-1871— se convirtió en todo el mundo en el modelo de modernidad de las fuerzas armadas.1670 Los japoneses pusieron especial empeño en el aprendizaje; Gran Bretaña y Estados Unidos no adaptaron el modelo prusiano a sus necesidades hasta el cambio de siglo.

Dos. En todas las culturas, el conocimiento técnico se ha manifestado con especial claridad en el material bélico. No debemos contemplar separadamente, en la historia militar, las facetas del *software* y el *hardware*. Los ejércitos de Napoleón y Suvorov todavía lucharon en lo esencial —antes de las grandes innovaciones militares del siglo XIX— con la tecnología armamentística de la Edad Moderna; en las fuerzas armadas de la era napoleónica se constatan líneas de continuidad con el siglo XVIII.1671 Desde el punto de vista de la historia militar, también nos las tenemos que ver con una auténtica «época de collado». La superioridad de estos ejércitos (ante todo, del francés) no se basaba en la ventaja tecnológica frente a los adversarios, sino en la mayor celeridad, la flexibilidad de las unidades menores y una novedosa integración de la artillería en

los acontecimientos del campo de batalla. Que la bayoneta —un arma de fuego empleada como lanza— siguiera interpretando un papel extraordinario pone de relieve el escaso alcance y la vulnerabilidad a las condiciones meteorológicas de las armas habituales de la infantería. Las grandes novedades tecnológicas del armamento no surtieron efecto antes de mediados del siglo XIX. El fusil, inventado por el oficial francés Claude-Étienne Minié en 1848, fue adoptado en la década siguiente por todos los ejércitos europeos y sustituyó al mosquete como equipamiento típico del infante.[1672] Con el paso de los años, se fue mejorando la precisión y la velocidad de disparo de las armas de la infantería, que eran más fáciles de manejar y generaban menos humo. En el ámbito de la artillería se amplió el espectro de los diversos calibres. La potencia de tiro también aumentó, así como la movilidad y la seguridad del retroceso. Las Marinas de guerra de las potencias se beneficiaron de otras mejoras de la artillería naval, que posibilitaron emplazar a bordo calibres que en tierra apenas se podían controlar. Con el progreso de las tecnologías del hierro y el acero, los barcos de guerra aumentaron de tamaño, pero al mismo tiempo fueron más ligeros y maniobrables. En el transcurso del siglo XIX, «la antigua economía del arsenal semiestatal» dio paso a todo «un complejo armamentístico industrial».[1673] Esto sucedió en numerosos estados nacionales que ahora competían entre sí en poderío militar y preparación para el combate. Desde mediados de siglo, las diferencias *cuantitativas* en el armamento adquirieron una influencia decisiva en los resultados de las guerras. Las carreras armamentísticas se convirtieron en un rasgo característico permanente de las relaciones internacionales.[1674]

Tres. El hecho de que el material militar avanzado solo se podía producir en las instalaciones industriales más modernas —solo en unos pocos países, por lo tanto— no impidió que el nuevo armamento de la infantería se difundiera por todo el mundo. En algunos casos, el potencial industrial se tradujo directamente

en superioridad militar, por ejemplo durante la guerra civil estadounidense, pues los estados del Sur, aunque en el campo táctico solían superar a los del Norte, no podían competir con ellos industrialmente. Sin embargo, mientras un gobierno cualquiera dispusiese de medios para adquirir el armamento avanzado, había un comercio internacional dispuesto a satisfacer su demanda. Empresas como Krupp en Alemania o Armstrong en Inglaterra hicieron negocios en todo el mundo. Ya en la Edad Moderna, no fue nada raro que se difundiera la tecnología del armamento europeo. Forjadores y cañoneros portugueses, alemanes y de otras nacionalidades proporcionaron mosquetes y cañones de estilo europeo a compradores indios, chinos y japoneses, entre otros. El imperio otomano había ido adquiriendo de forma sistemática las armas europeas y la tecnología correspondiente.1675 Esta difusión mundial perduró durante el siglo XIX.
En el campo de la tecnología militar se fue abriendo una brecha entre Occidente y el «resto», pero solo lentamente. Los chinos, tras haber sido derrotados en la guerra del Opio, en 1842, quedaron marcados por el estigma de ser un ejército de opereta, a juicio de los europeos; pero demostraron ser capaces de erigir fortificaciones portuarias que en 1858 pusieron en un aprieto a británicos y franceses. El fusil francés Lebel, de 1885 (y el Mauser alemán, al año siguiente), fue el primer fusil funcional con cargador que se podía recargar con rapidez. El emperador etíope Menelik II (al que Humberto I de Italia tuvo la ligereza de calificar de «simio africano») compró, en los primeros años de la década de 1890, 100.000 fusiles Lebel y dos millones de cartuchos. Con ayuda del ingeniero suizo Alfred Ilg —consejero próximo durante muchos años— puso en marcha incluso la propia producción de armamento. Cuando Italia quiso hacer realidad el sueño de un imperio colonial en el este de África, Menelik infligió a los invasores —el 1 de marzo de 1896, en la batalla de Adua— la derrota más grave que hubiera sufrido nunca una potencia europea en una guerra de conquista

colonial. La artillería de Menelik causó más muertes de soldados italianos, en un solo día, que toda la guerra de unificación italiana de 1859 a 1861.1676

En 1900, los tiradores bóers eran tan expertos en el uso de fusiles Mauser y de ametralladoras que los británicos sufrieron pérdidas inesperadamente graves. En la guerra ruso-turca de 1877-1878 los otomanos no estuvieron en inferioridad técnica; destacaron muy singularmente en la construcción de trincheras.1677 En la guerra ruso-japonesa que se libró en 1904-1905 en Manchuria, el «David» japonés opuso al «Goliat» ruso un arsenal más moderno y un ejército organizado y entrenado según los modelos europeos. En muchos sentidos, Japón actuó como un país más «occidental» y «civilizado» que Rusia, y la opinión pública internacional fue del mismo parecer; así, es una simplificación excesiva considerar que la guerra ruso-japonesa fue un choque entre «Europa» y «Asia».1678 En 1894-1895, China —favorita de la opinión pública mundial— ya pagó un precio muy elevado por haber descuidado el armamento moderno, en comparación con Japón. Los dos grandes barcos de guerra chinos carecían de balas para los cañones Krupp y de pólvora para las piezas Armstrong. China no se había ocupado lo más mínimo por el cuerpo médico de las fuerzas armadas, que en Japón era modélico. La competencia de los oficiales chinos era muy escasa, por lo general; no había una estructura de mando unitaria y se daba a los soldados un trato tan miserable que apenas había moral de combate.1679 Varios notables estadistas chinos ya habían reconocido, en la década de 1860, la necesidad de modernizar el ejército e incluso habían iniciado la producción de armamento propio. Pero la cuestión no se reducía a procurarse armas; también era importante saber manejarlas.

Guerras coloniales y guerrillas

Cuatro. Incluso en la fase culminante de las conquistas europeas en el mundo, el imperialismo no suponía que los europeos se enfrentaran a «salvajes» indefensos y desarmados.

Esencialmente, los europeos —como ya ocurría en la Edad Moderna— se hicieron con ventajas militares *locales* que luego supieron aprovechar. En el balance global, sin embargo, no cabe duda de que a largo plazo acabaron venciendo a todos sus rivales militares, salvo a Japón y Etiopía. En su conjunto, el siglo XIX fue una época catastrófica de guerras coloniales para los no europeos; una clase de guerra que se dio en todo el mundo, por ejemplo, contra los indios de Norteamérica. Estas contiendas también supusieron una catástrofe para muchos soldados europeos que padecieron los rigores del clima hasta perder la vida en gran número. En el siglo XIX, salvo que uno fuera enviado a Canadá, Australia o el Cabo de Buena Esperanza, debía lidiar con enfermedades tropicales, una alimentación pésima, una vida de barracas miserable, estancias demasiado prolongadas y escasas posibilidades de regresar.

No es fácil delimitar la categoría de «guerra colonial».1680 Esto tiene que ver también con el hecho de que en la misma bibliografía bélica de esa época no se las distinguía claramente de otras formas de violencia, como por ejemplo la acción policial. Con la formación de los aparatos policiales coloniales, *después* de la primera guerra mundial, la distinción se difuminó todavía más. Las guerras coloniales, según parecería a primera vista, tenían el fin de someter regiones «extranjeras». Pero ¿acaso no cabe afirmar lo mismo de las guerras napoleónicas o de la guerra franco-prusiana, que acabó por dar a los alemanes el control de la Alsacia-Lorena? Por su *resultado*, algunas guerras coloniales supusieron la incorporación de nuevas regiones a la economía mundial, pero este casi nunca fue el *motivo* principal de la conquista. La violencia militar no abre por sí sola nuevos mercados de venta; no se ganan clientes matándolos. Antes de 1914, además, hubo pocas guerras por causa de materias primas de utilidad industrial, y cuando esto sucedió, en su mayoría enfrentaron a estados nacionales, como la ya mencionada guerra del Salitre (1879-1883), que opuso a Chile contra Perú y Bolivia.

Igualmente, hubo grandes regiones por las que o en las que se libraron guerras coloniales que carecían de interés económico, como Afganistán o el Sudán. Así pues, debe añadirse otro criterio: se trata de guerras «extrasistémicas», que ocurrían fuera del sistema de estados europeo. Por ello mismo, se emprendían sin hacer caso del «equilibrio de poder» y prestando poca (o nula) atención a las escasas reglas del derecho internacional humanitario vigentes a la sazón. En las guerras coloniales, por lo tanto, «no se hacían prisioneros», y los que acababan como tales no podían esperar nada bueno. Así había ocurrido ya durante las *guerres sauvages* de la Edad Moderna (y aun de épocas anteriores), como en las guerras indias del siglo XVIII en Norteamérica, en las que se consideró irrelevante la diferenciación entre combatientes y civiles. Con el paso del siglo, a medida que se iba asentando el repertorio de la categorización racista, fue más fácil y frecuente que las guerras coloniales se ideologizaran como una lucha contra las «razas inferiores». A efectos prácticos, ello significaba que los europeos confiaban en imponerse siempre, pero estaban dispuestos a librarlas con los métodos más crueles de los que, por otro lado, corrían a desdeñar como «salvajes».1681

Esto hizo tanto más traumática la decepción ocasional frente a las expectativas de victoria: en 1879, en Isandlwana (Zululandia), murieron más oficiales británicos que en la batalla de Waterloo; en 1890, cuando el general Custer fue derrotado por los siux en Wounded Knee; o en 1896, en Adua, cuando los italianos se enfrentaron a etíopes armados con ametralladoras y perdieron a la mitad de sus hombres. La ideologización racista perdía utilidad cuando la lucha se libraba contra blancos y la guerra colonial, por lo tanto, no buscaba la conquista, sino frenar o deshacer una secesión. No fue el caso tan solo de la guerra de los bóers, sino también de la de Cuba, inmediatamente antes. En esta isla había surgido, entre los criollos (los habitantes de origen español nacidos en Cuba), un movimiento revolucionario al estilo del «Home Rule», que

aspiraba a lograr una condición similar a la de los «dominios» en el imperio británico. Como el imperio español no preveía esa posibilidad y Madrid no dio el brazo a torcer, en 1895 estalló una gran guerra en cuya fase más intensa, en 1897, España desplegó a 200.000 hombres contra un número de insurgentes mucho menor; una desproporción, dicho sea de paso, que además arruinó al fisco español.

Hay varios paralelos entre las guerras de Sudáfrica y Cuba. La crueldad con la que se procedió contra los adversarios —en su mayoría, blancos— fue típica de las guerras de naturaleza colonial. Los españoles —dirigidos por el infame capitán general de Cuba, Valeriano Weyler y Nicolau, que admiraba la devastadora campaña del general Sherman en Georgia, en 1864, y fue pionero en la lucha contra las guerrillas filipinas— encerraron en 1896-1897 a la población rebelde de la isla (de todas las razas) en «campos de concentración» en los que más de 100.000 personas perdieron la vida por la desnutrición y la desatención.1682 Los británicos, encabezados por Horatio Kitchener y Alfred Milner, intentaron quebrantar la moral de combate de sus rivales sudafricanos con la misma clase de *concentration camps* —en los que se internó a 116.000 miembros de la nación bóer y muchos de sus ayudantes negros — y también con el fusilamiento de prisioneros y rehenes.1683 Un joven periodista llamado Winston Spencer Churchill, que acababa de regresar de un viaje por Sudáfrica, recomendó a los estadounidenses emplear métodos similares en las Filipinas, lo que no tardó en suceder (aunque no solo por el consejo de Churchill).1684 En las guerras contra los *herero* y *nama*, a partir de 1904, los alemanes también levantaron campos. La esencia brutal de estos procesos no era novedosa; solo la idea de los campos. Hay un ejemplo en la guerra anglo-zulú de 1879. En este caso, la iniciativa no partió de Londres, sino de un *man on the spot*, sir Bartle Frere, sumo comisario de Gran Bretaña para Sudáfrica. Su objetivo era liberar Zululandia del «tirano» Ketchwayo, desmilitarizar a los zulúes y someterlos al

gobierno indirecto de caudillos dóciles controlados por un residente británico; el modelo de la India, en suma.1685 En la guerra anglozulú de 1879, ningún bando partía con una ventaja militar clara; pero no fue un enfrentamiento noble entre castas guerreras. Cuando los británicos empezaron a temer la derrota, reaccionaron a actos de crueldad zulúes asesinando prisioneros, reduciendo *kraals* a cenizas y confiscando el ganado, base de la subsistencia de los zulúes.1686

La mera interpretación «racial» no basta para explicar la brutalidad de las guerras coloniales. Lo que sucedió entre blancos en las guerras balcánicas de 1912-1913 no se queda atrás con respecto al horror de las contiendas coloniales coetáneas. Los prisioneros de guerra no gozaban de ninguna protección y se recurrió al terror de forma sistemática para los fines de homogeneización étnica. Las guerras del cambio de siglo en Cuba, Sudáfrica, Aceh y las Filipinas, y antes en Argelia, Zululandia o el Cáucaso no fueron «pequeñas». Pese a todo, perduraba la idea de que las guerras coloniales no son, en lo esencial, más que «expediciones de castigo». Esa clase de movimientos militares menores se dio *en todas partes*. Solo para el caso británico ya se han contado, entre 1869 y 1902, cuarenta guerras coloniales y expediciones de castigo; en su mayoría, guerras ofensivas sin provocación previa; unas pocas, acciones para liberar a rehenes europeos (como en 1868 en Etiopía).1687 La superioridad tecnológica de los invasores coloniales era abrumadora, en particular en África. Ello tuvo efectos dramáticos el 2 de septiembre de 1898, en la batalla de Omdurman, cuando las fuerzas anglo-egipcias de Kitchener perdieron a 49 muertos y 382 heridos, mientras que su rival, el ejército del Mahdi —que combatió heroicamente pero no sabía qué hacer con sus ocho cañones Krupp y varias ametralladoras — perdió entre 11.000 y 16.000 hombres. Los británicos abandonaron el campo de batalla sin preocuparse por los sudaneses moribundos o heridos.1688 No siempre la técnica *más reciente* era también la más exitosa. Para la conquista

francesa de gran parte del África occidental, fueron decisivos el movimiento rápido de la caballería y el uso de bayonetas. La ametralladora —muy habitual e importante para las posteriores guerras británicas en África, al igual que en la invasión británica del Tíbet en 1904 (la «misión de Younghusband»)— apenas tuvo relevancia aquí.1689 Las guerras coloniales se integraron en algunos contextos logísticos más amplios que facilitaron el éxito: transporte con vapores, ferrocarril, comunicación por telegrafía y medicina tropical. A veces, se construyeron vías férreas con el único fin de transportar a las tropas, como en el Sudán o la frontera noroccidental de la India. Si nos preguntamos por factores que en la mayoría de las guerras coloniales actuaran a favor de los europeos y norteamericanos, cabe mencionar dos: la mejor organización logística y la capacidad de reclutar tropas auxiliares autóctonas, del estilo de los cipayos indios.

Cinco. El arma de los débiles, en muchos casos, fueron las guerrillas. Aquí no hallamos grandes diferencias entre Europa y el resto del mundo. Los coreanos ya se habían resistido así en 1592 contra los samuráis de Hideyoshi.1690 A partir de una guerra de guerrillas, casi nunca surgía un orden civil estable; y estas espirales de violencia, por otro lado, casi nunca se interrumpían por sí solas. En la España de 1808 a 1813 —el caso original de la guerra de guerrillas—, los guerrilleros, como simples bandidos, también se dirigieron contra la población civil que, según la leyenda, decían y debían proteger.1691 Las tropas regulares eran reticentes a asociarse con partisanos. El militar profesional desconfía del «filibustero», tanto en el mar como en la tierra, incluso cuando —como los ingleses y los guerrilleros españoles— ambos combaten por la misma causa. Desde el punto de vista de la población civil, no había tanta diferencia, porque las tropas, de la clase que fueran, tomaban por la fuerza lo que necesitaban. A menudo, es difícil distinguir a los partisanos de lo que, desde Eric Hobsbawm, se denominan «rebeldes sociales» (o «rebeldes primitivos»).1692 La

rebeldía social del tipo «Robin Hood» se caracteriza por sus objetivos y sus actores, y la «guerra menor» de la emboscada u otras sorpresas negativas es una de sus formas de actuar. Casi todos los rebeldes sociales emplean esta clase de métodos, pero no necesariamente es así a la inversa: no todo guerrillero es también un rebelde (o un bandido) social. Ambos factores estuvieron muy ligados entre los rebeldes de Nian, que entre 1851 y 1868 privaron al gobierno Qing del control efectivo de varias provincias del norte de China. La infantería de Nian, armada con lanzas, y su caballería ligera, armada con espadas, fueron una de las guerrillas más eficaces del siglo XIX; al gobierno Qing le costó un esfuerzo supremo eliminar también, una vez frenada la rebelión Taiping de 1864, a estos rivales apenas relacionados con los anteriores. Los comandantes de Qing intentaron detener a los jinetes de Nian con canales y fosas, un método que los españoles repitieron a gran escala en Cuba, de 1895 a 1898. Al mismo tiempo, los Qing se esforzaron por tratar bien a la población de las aldeas, que en su mayoría apoyaba a los rebeldes, y ganarse su confianza. Pero a la postre, la diferencia decisiva fue técnica, como en muchas de las guerras libradas por los europeos en África: Li Hongzhang, quien, después de que la corte acabara cediéndole la campaña contra Nian, puso aquí la primera piedra de su posterior carrera como principal estadista de China, desplegó en los ríos del norte de China cañoneras recién traídas de Occidente y, además, formó una tropa de élite bien pagada, de mayor motivación y lealtad que las fuerzas de combate convencionales del régimen Qing.[1693] A los pocos años aparecieron partisanos en Europa, pero no como rebeldes sociales, sino como órganos de defensa nacional: los *franc-tireurs* de la guerra franco-prusiana, de escaso efecto militar.[1694]

Seis. La Revolución Francesa había introducido en 1793 la *levée en masse*, esto es, la movilización de toda la población (masculina) bajo un espíritu de entusiasmo patriótico. Se ha hablado a este respecto del nacimiento de la «guerra total», lo

cual, aunque no es falso, es pese a todo una exageración.1695 El servicio militar obligatorio injertó las energías de un nacionalismo novedoso en la dinámica derivada de los movimientos de masas sociales y religiosos de épocas anteriores. Pese a todo, la leva en masa —o mejor dicho: su mito— se puede entender de varios modos: como expresión de una voluntariedad espontánea y entusiasta, como el deber de todos los ciudadanos varones de participar en la defensa militar, o como la movilización de todas las fuerzas (incluidas las civiles) para una guerra. Si después de 1815 aún hubo alguna leva en masa durante el siglo XIX, sería la breve movilización de la guerra franco-prusiana de 1870-1871 (que tuvo como consecuencia la instauración del servicio militar obligatorio en Francia). El mito de la omnipresencia de los francotiradores franceses cobró vida luego entre las fuerzas armadas alemanas y en 1914 se usó como excusa para perpetrar atrocidades preventivas contra la población civil de Bélgica y el norte de Francia. Las verdaderas movilizaciones masivas se dan sobre todo en las guerras civiles: en la guerra de Secesión estadounidense, y en China durante la rebelión Taiping, en la que, en unos pocos años desde 1850, un líder carismático de inspiración religiosa, Hong Xiuquan, había reunido un colosal séquito armado. En Europa, los poderes gobernantes no tardaron en procurar conducir el peligroso impulso de una movilización militar masiva por vías de disciplina institucional. Napoleón también tuvo el cuidado de no fiarse del entusiasmo. Sus ejércitos no llegaron hasta los confines de Europa llevados por el ardor patriótico. El núcleo de sus fuerzas de combate eran, a la postre, veteranos curtidos; más que ciudadanos en uniforme, una clase especial de profesionales de la violencia. El centro organizativo de todo el imperio napoleónico era una gigantesca maquinaria de reclutamiento, que alcanzaba por completo tanto el imperio en sí como los estados satélites; desde el punto de vista de los súbditos de todas las nacionalidades, en el gobierno

napoleónico nada era más repulsivo que la obligación de entregar jóvenes a la maquinaria bélica francesa: una cosecha humana que produjo un máximo de fruto en 1811, con la «carne de cañón» para el proyecto de la invasión de Rusia.1696

A todo el que quiso prestar atención, las guerras de la «era de la revolución» le enseñaron lecciones sobre el modo de movilizar a poblaciones numerosas. Este fue un nuevo saber de la «época de collado», sobre el que reflexionó el teórico militar Carl von Clausewitz. Milicias populares, guerrilleros y tropas irregulares de toda índole, sin embargo, representaban una amenaza potencial para *cualquier* orden político y social. Así, en general los gobiernos se cuidaron de «darles correa». Merece el nombre de «guerra total» no la «guerra popular» en sí, sino más bien la organización burocrática en el marco del monopolio estatal de la violencia. Y solo las nuevas tecnologías de la comunicación, disponibles desde la década de 1860 en los países de técnica avanzada, crearon las posibilidades de propaganda, coordinación y utilización planificada de los recursos productivos que permitían mantener esa totalidad a lo largo de varios años.1697 La primera guerra total, por lo tanto, fue la guerra civil estadounidense; y en el siglo XIX no hubo ninguna otra. La época preparó los ingredientes para la guerra total, pero no tuvo que sufrir las consecuencias hasta 1914.

Siete. Esto no debería llevarnos a la conclusión errónea de que las guerras del siglo XIX fueron menos temibles que las de otras épocas. Las estadísticas de muertos, heridos y, menos aún, afectados de la población civil no permiten generalizar. Un hecho sí es seguro: las huestes napoleónicas fueron más numerosas que cualquier ejército de la Edad Moderna. Las pocas *grandes* guerras del siglo XIX fueron las tales dimensiones napoleónicas. En 1812, Napoleón dirigió contra Rusia un ejército de 611.000 hombres, al que el zar contestó con otros 450.000. En marzo de 1853, se dice que había a las puertas de Nankín un ejército Taiping de 750.000 hombres. En Königgrätz, en 1866, combatieron unos 250.000 soldados en

cada bando. Dos semanas después de que Francia declarase la guerra el 16 de julio de 1870, Von Moltke había enviado a la frontera francesa a 320.000 soldados preparados para el combate; detrás aguardaban un millón de reservistas y tropas auxiliares. También sumaba 320.000 hombres el ejército que los británicos habían enviado a Sudáfrica en octubre de 1899. En el invierno de 1904-1905, los japoneses presentaron 375.000 hombres contra los rusos en el sur de Manchuria (Port Arthur).1698 Así pues, la magnitud napoleónica perduró hasta la primera guerra mundial.

Solo en el otoño de 1914 se abrió una nueva dimensión de la masacre de masas. En la mayor batalla de la guerra civil estadounidense, que se desarrolló entre el 1 y el 3 de julio de 1861 en las inmediaciones de Gettysburg (Pensilvania), el número de muertos y heridos ascendió a 51.000 (en coincidencia exacta con el total de bajas de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, 1962-1975). En la más sangrienta de las guerras intraeuropeas libradas entre 1815 y 1900, la franco-prusiana de 1870-1871, perdieron la vida 57.000 soldados; en la guerra de Crimea, de 1853-1856, unos 53.000. En la batalla por el fortín ruso de Port Arthur, en el extremo sur de Manchuria, cayeron entre agosto de 1904 y enero de 1905 casi 100.000 hombres.1699 En su momento, se consideró un caso inaudito y espeluznante, pero pocos años después, en los campos de batalla de Flandes, la cifra se superó con mucho. Aun así, la guerra que anticipó más claramente la primera guerra mundial, entre 1815 y 1913, fue la ruso-japonesa.1700

Los horrores de la guerra no se pueden cuantificar para establecer una historia limpia de su evolución. Fueron desde el espanto de la batalla invernal franco-rusa de Eylau (febrero de 1807) y los excesos de las guerrillas y su represión en España (a partir de 1808), que Goya describió tan angustiosamente, pasando por las masacres de muchas guerras coloniales, hasta el fuego incesante de una artillería precisa que, en 1904-1905, ante Mukden y Port Arthur, ya presagió Verdún. Un rasgo

llamativo del siglo XIX fue que la capacidad letal creció, más que nunca, a un ritmo más acelerado de lo que mejoraba la atención médica. Desde 1851, la introducción de las jeringas permitió administrar dosis mayores de opiáceos como analgésicos; fue un gran avance. Un joven empresario de Ginebra, Henri Dunant, que el 24 de junio de 1859 se había hallado en el campo de batalla de Solferino, al sur del lago de Garda, quedó tan impresionado por los padecimientos que vio que dio el impulso fundacional al Comité Internacional de la Cruz Roja.1701 Si después de 1871 no se vieron «ejércitos de tullidos» como los producidos por la primera guerra mundial, no fue tanto porque hubiera menos heridos, sino porque las posibilidades de sobrevivir eran extraordinariamente escasas.1702 Aun a pesar de todos los horrores de la guerra, descritos literariamente por Erckman-Chatrian en la novela *Histoire d'un conscrit de 1813* (1864), por Tolstói, por Stephen Crane en *The Red Badge of Courage*, sobre la guerra civil estadounidense (1895), entre 1815 y 1914 el siglo XIX fue en Europa una época relativamente poco violenta, un interludio tranquilo entre la Edad Moderna y el siglo XX. Las pocas guerras que se libraron no fueron ni prolongadas ni «totales». La diferenciación entre los combatientes y la población civil se observó con más atención que en las contiendas europeas anteriores y posteriores, y más que en el mundo extraeuropeo. Se trata de uno de «los grandes logros culturales del siglo, que ha pasado demasiado inadvertido» (Dieter Langewiesche).1703

Poderío naval y guerras navales

Ocho. La guerra naval requiere medios y conocimientos que no se difunden con la misma facilidad con que lo hacen la pericia y los instrumentos de la infantería. Aquí se combinaron dos innovaciones técnicas. Por un lado, la parsimoniosa sustitución de los buques movidos por el viento o el carbón. En 1848 se botó el último gran velero de guerra de la Royal Navy, pero en la década de 1860, los buques insignia británicos de África y el Pacífico seguían siendo veleros. La segunda innovación fue la

«revolución del acorazado» (*ironclad revolution*): a partir de 1858, en este caso con más rapidez, se impusieron los cascos metálicos. A ello se sumó pronto la construcción de torres de artillería giratorias, un paso decisivo frente a los barcos de guerra de madera, de menor movilidad. Las nuevas posibilidades técnicas generaron un curioso malentendido que se tradujo en que los acorazados austríacos e italianos, cuando chocaron en Lissa, en el Adriático, en 1866, recuperaron las embestidas (un método que ya era inusual desde mediados del siglo XVIII). En esta época, ya apenas quedaba nada de las magníficas estructuras de madera y el romanticismo de los grandes veleros de los tiempos de Nelson: los oficiales no eran caballeros, sino especialistas militares; la tripulación no había sido forzada a alistarse mediante el secuestro o los azotes con el famoso látigo de nueve correas.[1704]

Hasta 1870, aparte de Occidente, solo el imperio otomano y Japón poseían barcos de la nueva clase. China había empezado a formar una flota de guerra moderna en 1866, mediante adquisiciones en el extranjero y edificaciones propias en astilleros estatales de nueva construcción. En 1891 habían entrado en servicio 95 barcos modernos y numerosos cadetes de Marina habían sido instruidos por profesores extranjeros.[1705] Con ello, China podía aspirar a un papel de gran potencia regional. Los observadores occidentales se mostraron muy impresionados por la modernización militar de China, centrada en la Marina.[1706] Pero la flota de guerra china estaba integrada por buques de todas las clases posibles y dividida en cuatro secciones independientes, sometidas a los distintos gobernadores de las provincias costeras. No había ningún concepto estratégico superior que permitiera desplegarla unitariamente.[1707] Que en 1895, la flota china quedara por debajo de la japonesa y que el gigante asiático, durante más de medio siglo, no exhibiera aspiraciones marítimas no debe oscurecer un fenómeno asombroso: a diferencia de, por ejemplo, el imperio otomano, que se introdujo

pronto en la cultura de la navegación por el Mediterráneo, China carecía de tradición como potencia naval. Las famosas expediciones de alta mar del almirante Zheng He, a principios del siglo XV, carecían de utilidad orientadora en el siglo XIX. Tras la guerra del Opio, para la cual no se había preparado en lo más mínimo, China tuvo que desplegar un nuevo concepto de defensa marítima del país (que no iba en contra de los «tratados desiguales») y adquirir para ello las armas y conocimientos necesarios; supuso un desafío descomunal que, sin embargo, casi superó con éxito.

La situación de Japón era similar y a la vez distinta. Después de que fracasara una invasión de Corea en 1592, que no se fue a pique en el mar —como la Armada española en su intento de asaltar Inglaterra en 1588—, sino en batallas terrestres de lo más sangrientas, Japón renunció a disponer de fuerzas de combate navales. Apenas tenía ocasión para sentirse amenazado, aunque desde la guerra del Opio, numerosos barcos occidentales navegaron por las aguas del archipiélago. Por ello, el 2 de julio de 1853, el comodoro Perry pudo entrar en la bahía de Tokio con sus cuatro vapores armados, sin hallar ningún obstáculo (ni haber pedido autorización, desde luego). El mayor de sus barcos era entre seis y siete veces más voluminoso que cualquier navío que los japoneses pudieran ofrecer o incluso hubieran visto nunca.[1708] Al igual que los más previsores gobernadores provinciales de China, entre la élite japonesa ya hubo quien, antes de que irrumpiera la restauración Meiji, reconoció la necesidad de construir una flota poderosa. Así se hizo a partir de 1868 (en particular, de mediados de la década de 1880), como una de las principales prioridades nacionales, en paralelo —y en competencia— al crecimiento del ejército. El secreto del éxito en el ascenso de Japón a gran potencia fue el armamento de la flota, y no solo el factor que se menciona más a menudo: la industrialización. Al mismo tiempo que se creó la flota de guerra, surgió también una marina mercante (de iniciativa privada, pero con apoyo

estatal) que en 1910 ya era la tercera del mundo, por detrás de la británica y la alemana.[1709] La enorme compensación impuesta a China tras la guerra de 1895 (que proporcionó pingües beneficios a los acreedores occidentales) es comparable, por su efecto, a la indemnización aportada por Francia en 1871, y contribuyó mucho al proceso de armamento japonés.[1710] Si hacia 1860 partía de cero, en un plazo brevísimo Japón se convirtió en una potencia marítima, que los días 27 y 28 de mayo de 1905, en aguas de la isla de Tsushima, en el estrecho de Corea, libró (y venció) la mayor batalla naval del mundo desde la de Trafalgar en 1805. Rusia, la segunda potencia naval de Europa, sufrió tal derrota —frente a barcos excelentes, tripulaciones bien instruidas, una táctica magistral y algo de suerte— que en este caso es justo describirla con el calificativo tópico de «aplastante».[1711]

La época de los acorazados de guerra, con sus bloqueos de la costa y batallas destructoras, fue sorprendentemente corta. Empezó en la década de 1860 y terminó en la segunda guerra mundial. Desde entonces, los dispositivos centrales de la guerra naval fueron los portaaviones y los submarinos (atómicos). La era de los acorazados no llegó a ver los duelos decisivos entre las potencias europeas para los que estas habían estado armándose y planeando durante decenios. En la primera guerra mundial hubo una batalla que no decidió nada, en aguas de Skagerak (31 de mayo a 1 de junio de 1916); durante la segunda guerra mundial no hubo ninguna batalla naval clásica en el Atlántico, y ya en 1942 Alemania retiró de alta mar a los buques de superficie. Las últimas batallas navales de la historia se desarrollaron en el Pacífico. En octubre de 1944, estadounidenses y japoneses se encontraron en la colosal batalla del golfo de Leyte. Pero la batalla de Midway, entre los mismos rivales, ya había puesto de relieve que la época «nelsoniana» del choque de flotas había pasado: fue una pura batalla entre portaaviones. En ello radica una ironía histórica: la era de la guerra naval de superficie, que había sido una

especialidad europea desde la batalla de Salamina, terminó con el choque de las dos nuevas grandes potencias *extraeuropeas* del cambio de siglo. Japón, pese a no tener tradición marítima, dominó la técnica y la estrategia de la guerra naval en el marco de sus posibilidades industriales, comparativamente limitadas, y fue, por detrás de Estados Unidos, la segunda gran potencia naval de la primera mitad del siglo XX.

4. LA DIPLOMACIA COMO INSTRUMENTO POLÍTICO Y ARTE INTERCULTURAL

Visiones, mecanismos, normas

En la reflexión europea del siglo XIX sobre las relaciones internacionales se distinguen dos corrientes contrarias, ambas arraigadas en pensamientos anteriores: la idea de una paz mundial regulada y el principio egoísta de la razón de estado. Como ya hemos visto, en 1814-1815 el orden de Viena halló una ingeniosa combinación de ambas tendencias: la seguridad del estado individual debía garantizarse mitigando los conflictos de común acuerdo en un sistema de estados. El principio de la razón de estado regresó al primer plano con el renacer del ideario de la política de poder, pasada la mitad del siglo. El liberalismo cosmopolita, cuyo portavoz más destacado había sido el británico Richard Cobden, había confiado en que la libertad de movimiento de las personas, mercancías y capitales incrementara el bienestar de todos y fomentara una convivencia pacífica duradera de las naciones. El libre comercio, la limitación del armamento y cierta medida de moral internacional —Cobden se había opuesto con vehemencia a que Gran Bretaña interviniera en China en 1856— debían sacar al mundo del sangriento caos previo de las épocas precedentes.[1712] En la práctica política de Gran Bretaña, la nación que lideraba el libre comercio, el programa adolecía de cierta contradicción. Estadistas como lord Palmerston no tenían reparos en *imponer* la ansiada libertad. Hasta 1860, esto se logró, en lo esencial. El último gran acto de esta clase de «imperialismo del libre comercio» fue la apertura de Corea, que

fue en cierto modo de segundo orden, pues fue Japón, no habiendo transcurrido ni dos décadas desde su propia apertura, el que se presentó allí como pionero del «mundo civilizado». El acuerdo de Kanghwa, suscrito por Japón y Corea en 1876, fue una copia de los «tratados desiguales» que el propio Japón se había visto obligado a firmar.1713 El liberalismo cosmopolita ya no volvió a desaparecer de la reflexión sobre las relaciones internacionales; hoy se ha convertido en la doctrina —o al menos, la retórica— imperante en los foros internacionales. Pero su influencia se hundió en el último cuarto del siglo XIX, cuando el ideario imperialista del continente europeo se radicalizó, del cosmopolitismo se pasó a la *Realpolitik* y (a partir de 1878) se recuperaron los aranceles.

Esta concepción del mundo era compartida por la gran mayoría de las clases políticas de los estados más poderosos, incluido Estados Unidos, pero solo en contadas ocasiones se formuló abiertamente.1714 Era una concepción sombría y fatalista, que constaba de los siguientes elementos:

1. La lucha por la propia supervivencia imperaba no solo en la sociedad y la naturaleza, según predicaba la teoría, a la sazón extraordinariamente popular, del «darwinismo social», sino también en la escena internacional. No moverse significaba la ruina. Solo el que crecía y se expandía tenía una oportunidad de perdurar frente a la competencia. Los sistemas políticos debían estructurarse de modo que preparasen al país lo mejor posible para la batalla de los gigantes. (Y en dirección inversa, la retórica cada vez más competitiva en las cuestiones de política mundial favoreció una lectura de la doctrina de Darwin que hacía hincapié en el factor de conflicto de la «selección natural».)1715

2. En estos enfrentamientos, solo podían tener éxito los que combinaran cuatro elementos: potencia industrial, capacidad de innovación científico-técnico, posesiones coloniales y espíritu de lucha nacional.

3. El planeta se iba «cerrando» sin descanso. Cada vez había

menos espacios abiertos a la expansión que ofrecieran salida a las nuevas fuerzas dinámicas. Los conflictos internacionales derivaron en buena medida en batallas por los repartos y peleas por un nuevo reparto de lo ya repartido.

4. Los más débiles en la arena de las naciones no necesariamente debían perecer materialmente (la fórmula repetida de las «naciones moribundas» no siempre debía entenderse a la letra), pero con su impotencia habían puesto de manifiesto que no eran capaces de tomar el destino en sus propias manos. Eran incapaces de decidir por sí solos, política y culturalmente, y por lo tanto podían considerarse afortunados si quedaban bajo tutelaje colonial.

5. Viendo los resultados de la competencia internacional, se ponía de relieve —no sin cierta tautología— la superioridad de la «raza blanca». La «raza anglosajona», por su éxito abrumador, estaba particularmente llamada a liderar al resto de la humanidad. Al menos desde el punto de vista británico o norteamericano, ni siquiera en el caso de los europeos del sur o los eslavos se podía confiar en su capacidad de establecer el orden. Las razas no blancas tenían potenciales diversos de aprendizaje y moldeo; aun así, no se las podía clasificar en jerarquías estáticas. Se pedía tener especial cuidado con la «raza amarilla». Demográficamente era muy fuerte y se caracterizaba por la laboriosidad y un sentido comercial muy agresivo (a lo que se añadía, en el caso de Japón, la ética guerrera feudal). Si Occidente no tenía cuidado, sufriría la amenaza del «peligro amarillo».1716

6. La batalla planetaria, concebida cada vez más en términos raciales, suponía que el estado nacional militarizado ya no podía seguir siendo la única y más completa entidad para la resolución de conflictos. Los pueblos anglosajones de todo el mundo debían reforzar su mutua solidaridad; bajo dirección rusa, los eslavos se reunieron en el paneslavismo; los alemanes aprendieron a pensar en una «Panalemania» que iba más allá de las fronteras del imperio de Bismarck.

Esta forma de pensar no hizo inevitable, pero sí posible, la primera guerra mundial. Se fantaseó y se habló de una contienda. El pensamiento darwinista social no se limitó a «Occidente» (como empezó a denominarse a sí mismo cada vez con más frecuencia); fue en sí mismo un fenómeno que atravesó fronteras y apareció de varias formas distintas, pero interrelacionadas entre sí.[1717] Entre las víctimas de la agresión imperialista también halló arraigo esta clase de forma de pensar, aunque no se adoptó del todo el equipaje ideológico del darwinismo social occidental. Japón, que a lo sumo desde 1863 creía gozar de relaciones excelentes con las grandes potencias occidentales, quedó conmocionado al ver que Francia, Rusia y Alemania le negaban algunos de los frutos de la victoria militar de 1895, actuando de forma concertada en lo que en la historia diplomática se conoce como «triple intervención» (o triple alianza del este asiático). De cara a la opinión pública japonesa, esto desacreditó las ideas de la armonía internacional y su lugar fue ocupado por ideologías de esfuerzo heroico y belicosidad nacional.[1718] En China, sometida a una presión imperialista muy distinta (para empezar, del propio Japón) el nacionalismo emergente entonó un tono trágico. Se entendía que, en el mundo descarnado del cambio de siglo, corría peligro la supervivencia de China como estado y de los chinos como pueblo. El sistema Qing debía acometer una reforma interna destinada, como objetivo principal, a consolidar a China en la lucha de las naciones por la supervivencia. Así lo proponía por ejemplo Liang Qichao, un estudioso y periodista de referencia en la época, que en otras cuestiones adoptaba una posición netamente modernizadora y que, en el sentido europeo del término, no pertenecía a la «derecha» política.[1719] En el contexto musulmán, ocurrió algo muy parecido con otra figura intelectual no menos compleja y contradictoria, Sayyid Jamal al-Din «al-Afghani», que buscaba igualmente caminos para superar el letargo de la tradición e insuflar nuevas energías políticas en los pueblos del islam; entre sus ideas estaba la de

propagar la unidad panislámica.[1720]
Estas visiones del mundo internacional como una selva arraigaron en el final de un siglo que había visto surgir una red diplomática global. En la actualidad, incluso el más pequeño y pobre de los países mantiene embajadas y otras representaciones en todo el mundo; los ministros celebran encuentros sin cesar y los jefes de estado acuden a cumbres. Esta forma de la diplomacia es un producto de los años posteriores a la primera guerra mundial. El siglo XIX la preparó, universalizando las teorías y prácticas europeas del trato diplomático; si la diplomacia «se inventó» en la Italia del Renacimiento o entre los estados principescos de la antigua India es irrelevante, a este respecto. Dentro de Europa, la estructura diplomática estaba difundida desde el siglo XVI. La única potencia no cristiana que participó durante mucho tiempo en esa red fue el imperio otomano. Venecia, Francia, Inglaterra y el emperador en Viena tenían allí a representantes permanentes. En las relaciones transculturales no había una práctica universalmente unitaria. En el norte de África, los cónsules franceses llevaron a cabo una diplomacia flexible, adaptada a las condiciones locales.[1721] Durante toda la Edad Moderna, Japón solo dejó entrar en el país a los legados neerlandeses (ni siquiera a los chinos). China canalizó los contactos exteriores mediante el rito suntuoso de las misiones tributarias, que en ocasiones también enviaron Portugal, los Países Bajos y Rusia. Junto a ello hubo un contacto duradero no muy distinto del diplomático, pero menos costoso: el de los «supercargos», sumos representantes de las compañías de las Indias Orientales en Cantón y los «comerciantes Hong» allí residentes, próximos al gobierno. Esta práctica se mantuvo hasta la guerra del Opio.
En ninguna de estas situaciones de contacto cultural moderno hubo insistencia en la igualdad simbólica por ninguna de las partes. Esto se transformó con la «nueva diplomacia» de la «era de la revolución», de protocolo más suelto y basada en la

simetría y la igualdad de derechos. Como momento simbólicamente muy intenso destaca la negativa de lord Macartney —jefe de la primera misión enviada a China por Gran Bretaña, en 1793— a realizar el tradicional *koutou* (es decir, postrarse por nueve veces) frente al emperador Qianlong. Un inglés libre no pensaba humillarse ante un déspota oriental. El emperador sorprendió al tomárselo con calma y salvó la situación haciendo *como si* el enviado del rey inglés hubiera cumplido adecuadamente con los rituales prescritos.1722 A fin de cuentas, Macartney había inclinado la rodilla, cumplimentando con ello un gesto ceremonial típico de las cortes europeas, que no se puso en cuestión hasta aquellos mismos años, por efecto de la Revolución Francesa.1723 En el Magreb, después de la Revolución Francesa, los cónsules se negaron a repetir los ritos de sumisión habituales hasta entonces, como besar la mano de un soberano musulmán, sin rito correspondiente por la otra parte. Si los diplomáticos europeos, hasta entonces, habían aceptado en principio las prácticas locales, desde la década de 1790 se entendió que las reglas de juego de la diplomacia europea tenían vigencia universal. Esto no se pudo imponer de inmediato en todas partes. El carácter tributario de los presentes estatales no se borró sin más, sino que se transformó en regalos «prácticos» (el propio lord Macartney llevó a los decepcionados chinos los prosaicos frutos de la industria del acero británica). También en los aspectos menores se atendió a la reciprocidad, por ejemplo del intercambio de regalos. La observación de las normas más universales implicaba, entre otras cosas, tomarse el reconocimiento diplomático más en serio que antes. A ojos de los europeos, esto contribuyó a deslegitimar a estados cuya existencia soberana se había aceptado tácitamente hasta entonces, pero sobre cuya legitimidad cabía tener dudas ahora. Esto afectó por ejemplo al bey de Túnez.

Hacia 1860 se había desarrollado ya el reglamento (en parte escrito, en parte tácito) de la diplomacia moderna. También se

esperaba de potencias orientales como China y el imperio otomano que permitieran que se instalaran en sus capitales representantes permanentes y que ellos mismos los enviaran a las capitales europeas. Los legados debían tener acceso directo a la jefatura del estado y los círculos más altos del gobierno; pero esto suponía un procedimiento inaudito en China, por ejemplo, donde ningún mortal tenía «derecho» a acercarse al emperador. Los ministerios de Exteriores, que hasta entonces solo habían existido en Europa, debían difundirse y servir para canalizar los contactos diplomáticos. Esto tampoco resultaba natural en todas partes; hasta en un país tan centralizado como China, los gobernadores generales de las provincias costeras metieron mucha baza en la política exterior hasta el final del imperio, en 1911, incluso después de que se creara un departamento de Exteriores, el Zongli Yamen, en 1860 (un auténtico Ministerio de Exteriores no lo hubo hasta 1901). En las embajadas también se contaba con que hubiera agregados militares, que no siempre estuvieron por encima de toda sospecha de espionaje. La inmunidad de los diplomáticos era tradicional en muchas regiones, pero ahora se hizo hincapié en ello de forma explícita. En adelante, atacar a un diplomático (del rango que fuera) podía ser un *casus belli*. En 1867 Gran Bretaña envió un cuerpo expedicionario a Etiopía con el fin de liberar al cónsul, retenido junto con otros varios rehenes. No se debía repetir más lo sucedido en 1824 (en situación de guerra, sin embargo), cuando el gobernador de Sierra Leona fue derrotado por los ashanti y su cráneo se veneró como objeto de culto de ritos africanos.[1724] El conflicto más terrible de todos los que afectaron directamente a los cuerpos diplomáticos fue el sitio de las embajadas de Pekín en el verano de 1900, durante el levantamiento de los bóxers, conflicto que, tras el asesinato de dos legados, uno alemán y uno japonés, derivó en una guerra internacional. Es de suponer que las milicias de los campesinos rebeldes, toleradas por la corte china y a la postre incluso reforzadas por soldados regulares del país, habrían

causado un baño de sangre entre los representantes occidentales y japoneses, si las trincheras y protecciones improvisadas hubieran cedido antes de la llegada del ejército expedicionario, el 14 de agosto. A partir de entonces, en Pekín y los alrededores, hubo durante décadas un destacamento militar encargado de proteger a los diplomáticos. Pero no solo los «bárbaros» de los países «de color» violaban las convenciones diplomáticas. Durante la Revolución Francesa, varios diplomáticos extranjeros fueron asaltados por multitudes, y los enviados de Portugal y la Santa Sede incluso fueron encarcelados temporalmente; y a la inversa, en Roma y Rastatt se dio muerte a enviados franceses.1725 La nueva diplomacia de la revolución rompió con todas las reglas antiguas: los representantes franceses, por ejemplo, se inmiscuyeron a menudo en la política interior de los países que los acogían.

El nuevo conjunto de reglas diplomáticas y formas de conducta internacional recibió elogios como producto normal de una era de civilización avanzada. Tras la apertura de los países no europeos, se firmaban tratados con la voluntad específica que estos nuevos estándares de la civilización se reconocieran en la teoría y respetaran en la práctica.1726 Algunos elementos del conjunto eran explosivos porque autorizaban a desviarse de la norma general de no inmiscuirse en los asuntos internos de otro país. Esto podía dar origen a situaciones difíciles, por ejemplo si los diplomáticos europeos apoyaban a los grupos cristianos en las polémicas religiosas. Desde más o menos 1860, los representantes de las potencias occidentales actuaron en todas partes en defensa de los misioneros europeos y norteamericanos. A veces lo hacían con reticencia, porque muchos misioneros, sabedores de esa protección, se dejaban llevar y provocaban irreflexivamente a la población autóctona. En ocasiones los estados europeos se erigían en protectores de minorías cristianas y entraba en juego la alta política. El segundo imperio francés lo hizo en el Líbano y la Siria otomanas. El intento del imperio zarista de intervenir en la

disputa religiosa del Levante europeo fue la causa inmediata de la guerra de Crimea.1727

Una segunda razón para intervenir fue la voluntad de proteger la propiedad extranjera. Desde el siglo XVII, en Europa los derechos de los comerciantes de otros países quedaron formulados cada vez con más claridad. El problema se volvía tanto más peliagudo cuando más extensa era la brecha entre el desarrollo de cada país, y cuanto mayor era la proporción de las inversiones asumida por extranjeros. Las instalaciones portuarias, fábricas, minas (más adelante, refinerías de petróleo) y propiedades inmobiliarias en manos extranjeras se protegieron con nuevas leyes. El sistema chino de los primeros tratados, a partir de 1842, no se debe interpretar tan solo (según apunta el nacionalismo chino) como una punta de lanza de la agresión imperialista, sino también como un intento relativamente exitoso de contener las ambiciones extranjeras. Perdió el efecto desde 1895, cuando cada vez más las inversiones extranjeras se localizaron fuera de los puertos de los tratados y a las autoridades chinas «de tierra adentro» les iba resultando más difícil protegerlas. Las grandes potencias se vieron tentadas de tomar en sus propias manos la seguridad de las inversiones. Así ocurrió siempre que el ferrocarril se construía bajo concesión directa a un grupo extranjero o era financiado principalmente por acreedores de otro país.

Un problema relacionado emergía cuando un estado endeudado no cumplía con sus obligaciones financieras o no lo hacía a tiempo. Casi ningún país —Venezuela fue una excepción— lo hizo con intención provocadora. Pero cuando pasaba, había nuevos medios de control económico exterior: se crearon órganos de supervisión internacional (en los que también estaban representados los bancos como acreedores privados) que sometían las finanzas estatales a apoderados extranjeros y destinaban directamente a la caja de los acreedores ingresos estatales importantes (por ejemplo, de aduanas o de los impuestos sobre la sal). Así sucedió, con sus diferencias, entre

1876 y 1881 en el imperio otomano, en Egipto y Túnez. En 1907 también se habían instaurado formas de gestión internacional de la deuda estatal en China, Serbia y Grecia.1728 En el siglo XIX, la bancarrota estatal de los países endeudados ocupó el lugar de las antiguas insolvencias dinásticas. Sin embargo, en un contexto de imperialismo financiero con voluntad de intervención, suponía una estrategia muy arriesgada y un destino desagradable. Nadie se atrevía aún a dar el paso revolucionario de expropiar las posesiones extranjeras, como se hizo más adelante en la Unión Soviética, en México en la década de 1930 o en China después de 1949. Frente a infracciones locales menores o la no devolución de préstamos privados —causas de conflicto típicas del siglo XIX en regiones como China y Latinoamérica—, Gran Bretaña, la principal nación inversora del mundo, se comportó con relativa mesura, en comparación con la práctica de Estados Unidos en el siglo XX. Primero, los interesados debían esforzarse por sí mismos por recuperar el dinero (igual que hoy muchas corporaciones multinacionales practican en buena medida su propia diplomacia). El estado británico, con la Royal Navy como instrumento de amenaza más efectivo, podía imponer puntos de vista legales (por ejemplo, cuando se reclamaban compensaciones), pero intentaba contener la espiral de violencia que podría derivarse de un exceso de celo.1729

Para países como China, Japón o Siam, era una novedad inaudita hallarse de pronto con diplomáticos extranjeros que, por un lado, insistían en la igualdad de condición protocolaria, pero a menudo venían acompañados por el abrumador afán autoritario de las grandes potencias. En la propia Europa, durante esta misma época, la diplomacia siguió evolucionando, pero con relativa parsimonia. Los aparatos de la política exterior crecían despacio: en vísperas de la primera guerra mundial, los servicios diplomáticos y consulares del Reino Unido empleaban a un total de 414 personas, de las que menos de 150 eran diplomáticos de carrera. A muchos nuevos cónsules se los envió

a las dos Américas o los países no coloniales de Asia, donde a menudo, más que como simples representantes, actuaban como cónsules imperiales que cumplían con labores casi diplomáticas; con frecuencia, se convertían en los típicos *men on the spot* con enormes poderes y márgenes de actuación. Los cónsules británicos en China, por ejemplo, tenían derecho a exigir una cañonera.

Personal

Como, en comparación con el mundo actual, había pocos estados, los aparatos diplomáticos siguieron siendo poco numerosos. Se dice que la fundación de las repúblicas latinoamericanas, en la década de 1820, duplicó de golpe la carga de trabajo del Foreign Office británico. Pero en adelante el número de estados independientes creció despacio, por lo que la experiencia tardó en repetirse. Los departamentos de Exteriores de las capitales contaban con poco personal. Hacia 1870, la plantilla del Ministerio de Economía francés multiplicaba por quince la del Ministerio de Exteriores. En Europa, la política exterior no dejó de ser un dominio de la aristocracia. Incluso en los sistemas de gobierno democráticos, salvo en las situaciones de crisis aguda, se practicaba fuera de los órganos de control parlamentario. La jerarquía interna de la comunidad diplomática reflejaba la importancia variable de los países en los sistemas de estados. Los pequeños perdieron relevancia. Desde 1815, países como los Países Bajos, Dinamarca, Suecia o la Confederación Helvética fueron adoptando una posición de neutralidad que hacía casi prescindible la política exterior en su sentido habitual. Para los representantes de las grandes potencias, los destinos más codiciados fueron, durante mucho tiempo, las capitales de la pentarquía. Incluso hacia mediados de siglo, el gobierno francés pagaba a su representante en Washington (con rango de «enviado») la séptima parte del salario que recibía su embajador en Londres. Las sedes europeas en Estados Unidos no adquirieron condición de embajadas hasta 1892. Apenas había

representantes en un páramo diplomático como Teherán, donde había una legación británica desde 1809 (pero no hubo una francesa hasta 1855). Tras un primer intento frustrado, más temprano, el imperio otomano desarrolló una red permanente de enviados en la década de 1830. El intercambio de enviados entre Estambul y Teherán, en 1859, fue el primer ejemplo de relaciones diplomáticas «modernas» en el seno del mundo musulmán. En 1860, China fue obligada a enviar representantes diplomáticos a Europa, pero los eligió de un rango claramente inferior en la jerarquía. Solo Japón, que se esforzaba por equipararse a Occidente tanto en la práctica como en los símbolos, se lanzó con entusiasmo al nuevo juego de la diplomacia. En 1873 ya había nueve legaciones japonesas en las capitales europeas y en Washington. En 1905-1906, algunas grandes potencias reforzaron su representación en Tokio, convirtiendo las legaciones en embajadas, un signo claro del ascenso de Japón en la política mundial.1730 La introducción del telégrafo creo posibilidades de comunicación del todo novedosas para la política exterior, pero no de un día para otro. Cuando Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Rusia, en marzo de 1854, en la Sublime Puerta de Estambul no lo supieron hasta más de dos semanas después, porque la difusión telegráfica acabó en Marsella y desde allí la noticia tuvo que continuar en barco.1731 Veinte años más tarde, en cambio, casi todo el mundo estaba conectado. Las nuevas vías de comunicación tuvieron el efecto adicional, al principio, de acortar los informes y despachos diplomáticos: era demasiado caro transmitir internacionalmente relaciones completas y detalladas.

En relación con el mundo extraeuropeo, una de las tareas principales de la diplomacia en el siglo XIX consistió en negociar acuerdos de todas las clases posibles: tratados comerciales, de protectorado, de fronteras... El concepto del tratado regido por el derecho internacional no era del todo desconocido fuera de Europa (China ya había suscrito uno con

Rusia en 1689), pero en numerosas situaciones acarreó malentendidos por las diferencias culturales. La mera tarea de traducción podía ser muy espinosa y luego, en el momento de la aplicación de un tratado, suponer complicaciones graves. Un buen ejemplo al respecto es el tratado de Waitangi, suscrito por un representante de la corona británica el 6 de febrero (la actual fiesta nacional de Nueva Zelanda) de 1840 con un gran número de jefes neozelandeses —al final, unos 500—, que supuso la base para la declaración de la soberanía británica. No fue un dictado brutal de carácter imperialista, sino que estuvo impregnado por el humanitarismo británico de la época. Sin embargo, se convirtió en el elemento más controvertido de la política neozelandesa, porque el texto inglés y el maorí diferían abiertamente. A tenor de la relación de fuerzas militares, Gran Bretaña no habría podido «tomar posesión» de Nueva Zelanda sin el asentimiento de los maoríes, porque (a diferencia de lo ocurrido dos años más tarde en China) no les había vencido en una guerra, y el firmante del tratado por parte británica, el capitán William Hobson, disponía tan solo de un puñado de policías. Con el tiempo, la interpretación del documento supuso más de una sorpresa desagradable para los maoríes.[1732]

Con respecto a las sociedades sin escritura, de África o el sur del Pacífico, la brecha conceptual era especialmente profunda por naturaleza. Las ideas europeas sobre la vigencia y validez de los tratados, así como sobre la imposición de sanciones, no se entendían sin más en todas partes. Pero en la relación con las culturas asiáticas que estaban familiarizadas con su propia correspondencia diplomática continental tampoco faltaron los malentendidos. Los acuerdos individuales se amontonaban formando series de crecimiento descontrolado que afectaban a numerosas partes a la vez. A principios del siglo XX, el sistema de los «tratados desiguales», que diversas potencias fueron suscribiendo con el imperio chino, se había tornado tan laberíntico que casi nadie podía conocerlos al detalle (quizá, en el mejor de los casos, los juristas *chinos* más especializados,

responsables de rehusar las demandas extranjeras). Ya en 1868, en mitad de la confusión por el cambio de régimen, el nuevo gobierno imperial de Japón recurrió al derecho internacional (que de hecho acababa de conocer) contra las intenciones intervencionistas de Estados Unidos y los gobiernos europeos.1733

El carácter impenetrable de la serie de tratados quedó aún más de manifiesto por el hecho de que algunos se mantuvieron en secreto. En Europa, las décadas previas a la primera guerra mundial fueron el punto culminante —y el punto final— del secretismo diplomático. Tal clase de prácticas topó con resistencia frente a una «nueva diplomacia» de legitimidad pública, que defendió sobre todo Woodrow Wilson. En Rusia, el nuevo gobierno bolchevique publicó documentos de los archivos zaristas y los estatutos de la Sociedad de Naciones prohibieron, en 1919, los tratados secretos. Como elemento novedoso —o mejor dicho, recuperado— de las relaciones internacionales, en la segunda mitad del siglo XIX, destacaron los encuentros personales entre monarcas, a menudo escenificados con gran pompa. Napoleón III, Guillermo II o Nicolás II se deleitaron representando esas ocasiones para un nuevo público de masas.1734 Pese a todo, la irradiación mundial de esta teatralidad no era muy grande. Los monarcas no visitaron ni una sola vez las colonias propias; solo Guillermo II, en 1898, acudió a la Palestina otomana. El primer monarca británico que se desplazó a la India fue Jorge V en 1911-1912, para hacerse coronar también como emperador de la India pasado un año de su propio acceso al trono de Inglaterra. Los encuentros con colegas no europeos fueron ciertamente raros. Ningún gobernante europeo se vio con la emperatriz viuda Cixi o con Meiji Tennō, que no obstante recibió en 1906 la Orden de la Jarretera, como consecuencia casi inmediata del tratado de alianza suscrito con Gran Bretaña en 1902.1735 Los orientales tuvieron que desplazarse a Europa. El primer sultán otomano en viajar por la Europa cristiana fue Abdülaziz (*r.* 1861-1876),

durante seis semanas de 1867, con ocasión de la exposición universal de París; la importancia de este viaje radica sobre todo en que le acompañaba también su sobrino, el futuro sultán Abdulhamid II (un soberano mucho más influyente), que quedó impresionado y marcado por lo que vio. La delegación fue recibida en persona por Napoleón III en la Gare de Lyon. Luego Abdülaziz se encontró con la reina Victoria en el castillo de Windsor y visitó las cortes de Bruselas, Berlín y Viena.[1736] En 1873, el sah Naser al-Din (*r.* 1848-1896) fue el primer monarca persa que recorrió los países de los infieles.[1737] El rey siamés Chulalongkorn viajó por Europa en 1897 y 1907 y se reunió con la reina y muchos de sus homólogos varones. Practicó una política que perseguía a conciencia dotar a su país de un mayor valor simbólico, concediendo órdenes, y recibió con bastante enojo que Gran Bretaña se negara a honrarlo con la Orden de la Jarretera.

En cuanto a otros miembros de las familias imperiales y reales, las relaciones transculturales fueron algo más densas. Aunque la reina Victoria no viajó a la India, sí lo hizo el príncipe heredero Eduardo (futuro Eduardo VII). La emperatriz Eugenia asistió a la inauguración del Canal de Suez tras viajar a bordo de su yate de lujo. Chulalongkorn hizo que dos hijos de su numerosa prole se formaran como cadetes en Prusia. La dinastía Qing tuvo que enviar un príncipe a las capitales europeas, para «expiar» el levantamiento de los bóxers; en 1905, los príncipes herederos de Japón quedaron encantados con Guillermo II. La «internacional de los monarcas» quedó limitada a Europa. El Nuevo Mundo quedaba fuera de su órbita desde que, en 1889, también Brasil había pasado a ser una república. Con una conducta estudiada, los presidentes de Estados Unidos mostraron que se podían medir con los monarcas europeos; el primer caso paradigmático es el de Theodore Roosevelt. Se cuenta que el emperador Meiji —que, revestido de una ceremonia casi inigualada, recibió a un gran número de visitantes extranjeros durante sus 44 años de reinado— dejó

una impresión especialmente honda en Ulysses S. Grant, héroe de la guerra civil estadounidense y expresidente de condición burguesa y carácter modesto, que le visitó en 1877.1738 Esta clase de encuentros «interculturales» habrían sido más frecuentes si se hubiera podido esperar de ellos algún fruto. Los europeos del siglo XIX cultivaron la vieja imagen del «potentado oriental» simple y degenerado, que ya solo servía como materia para las operetas. *El micado* (1885), de Gilbert y Sullivan, era una fantasía japonesa sin ninguna relación con la figura real del enérgico y capacitado emperador Meiji. Pero esto no tenía ninguna importancia. En la percepción tópica de los europeos, los sultanes otomanos parecían encarnar en su propia persona al «enfermo del Bósforo». Los clichés no dejaron apreciar los logros de gobernantes ilustrados como los reyes Mongkut y Chulalongkorn de Siam o Mindon de Birmania. En el caso de Mindon, la opinión pública se interesó sobre todo por un detalle pintoresco: los embajadores británicos todavía se descalzaron en su presencia durante varias décadas, como estaba mandado. Cuando el gobierno británico-indio de Calcuta lo prohibió, en 1875, al mismo tiempo retiró el reconocimiento diplomático a Birmania. La cuestión del calzado fue una de las razones de anexionarse el resto del estado birmano.1739

La falta de respeto a los soberanos era reflejo de una falta de respeto por sus países. El derecho internacional, que acrecentó su importancia en 1845 y desde la década de 1840 fue perfeccionado sobre todo por los juristas británicos y fomentado por la política de este país, no protegía a los territorios extraeuropeos. También dejaba espacios sin regular, sobre todo en el mar. Así, los capitanes de los barcos balleneros que pescaban en la misma zona llegaron a acuerdos detallados para resolver los casos de conflicto, en cuanto al descubrimiento y la posesión última de las presas.1740 En un tiempo de dominio británico de los mares, no había un derecho marítimo que amparase a los más débiles frente a los más fuertes. La expansión europea del siglo XIX se sirvió preferiblemente de la

forma legal del «protectorado», según el modelo inglés. En origen, esto solo significaba que un estado había confiado la defensa de sus relaciones exteriores a un protector; pero en la práctica colonial, instaurar un protectorado suponía «una forma velada de anexión».1741 Esta variante legal era la preferida porque aseguraba que el protector se beneficiaría de todas las oportunidades de explotación económica, sin cargar por ello con la responsabilidad de administrar la zona sometida. Mientras no surgía un tercero —otra potencia colonial— que rechazaba este régimen, el derecho internacional no oponía nada a su instauración. A menudo ocurría que, en contra de la doctrina legal, se declaraban protectorados sobre comunidades que ni con la mejor voluntad cabía calificar de estatales. En el otro extremo del espectro, cabía la posibilidad de que se borrara del mapa a un estado ya asentado desde hacía siglos, con una legitimidad tan estable al menos como la de la mayoría de los estados europeos. Corea, con carácter estatal continuo desde el siglo XIV, fue declarado protectorado japonés en 1905, y en 1907 quiso protestar formalmente por esta degradación en la segunda conferencia de paz de La Haya. Pero la presidencia no permitió hablar al representante coreano, poniendo de relieve con claridad que consideraba a Corea como un país ora ilegal, ora inexistente. La política de poder impondría esta conclusión. Corea fue anexionada por los japoneses en 1910 y fue una colonia hasta 1945. Pese a todo, esta clase de decisiones, adoptadas a menudo por los ministros o en el círculo reducido de una cumbre de grandes potencias, fueron siendo objeto cada vez más del debate público.

Es casi un lugar común afirmar que el período comprendido entre más o menos 1815 y 1870 fue la época clásica de la política exterior como puro duelo de poder librado entre expertos de origen aristocrático. *Hasta entonces*, la perspectiva dinástica había obstaculizado con frecuencia el desarrollo de una política exterior «realista», y la profesionalización de la diplomacia estaba recién iniciada. *Después* se produjo la

interferencia plebeya de la prensa y la presión de los votantes. Napoleón (I) mantuvo al pueblo alejado de las decisiones sobre la paz y la guerra, igual que hicieron sus grandes adversarios William Pitt (hijo) y el príncipe Metternich. En cambio Napoleón III ya jugó con los sentimientos de las multitudes. Escenificó crisis de gran efecto público y ordenó realizar conquistas coloniales (por ejemplo, en Vietnam) para aumentar su popularidad. Bismarck, que no se dejó influir por nadie en materia de política exterior, sacó aun así en ocasiones la carta de la movilización nacional, por ejemplo en 1870, cuando la declaración de guerra de Napoleón le dio una excusa muy útil para unir patrióticamente a los alemanes. Quien fue su oponente político durante mucho tiempo, el británico Gladstone, tendió hacia una política exterior moralista e idealista, a diferencia de Bismarck, y emprendió campañas públicas como respuesta a injusticias y masacres cometidas en Italia y Bulgaria. Rusia se vio barrida por grandes olas de sentimiento imperialista en 1877, cuando los entusiastas del paneslavismo impulsaron al zar Alejandro II a declarar la guerra al imperio otomano, pese a que, a juicio del zar, ello no favorecía los intereses nacionales;1742 la marejada se repitió más adelante en Japón, en 1895, y en Estados Unidos, en 1898. En Estados Unidos, el sentimiento «jingoísta» fue más allá que casi todo lo vivido en Europa en los años del «neoimperialismo».1743

En todas partes se daba la suma de dos factores: el nacionalismo y la prensa. En estas condiciones, fue cada vez más difícil conectar y desconectar a propósito las reacciones públicas (como gustaba de hacer Bismarck). Podía darse la situación de que la política creara expectativas nacionalistas en la opinión pública de las que luego apenas se podía liberar. Fue un buen ejemplo de ello la segunda crisis de Marruecos, en 1911, en la que Alfred von Kiderlen-Wächter, el secretario de estado de Exteriores alemán, tuvo la temeridad de fomentar el belicismo con ayuda de los medios de comunicación.1744 La

política arcana y la diplomacia secreta clásicas habían dejado atrás el clímax de su eficacia con el cambio de siglo. Así, las negociaciones de paz ruso-japonesas, tras la guerra de 1904-1905, contaron con la mediación del presidente Theodore Roosevelt y se desarrollaron en buena medida ante la emergente opinión pública mundial. Todas las partes implicadas se vieron en la necesidad de manejar a la prensa con habilidad.

Resistencia

Esto también fue cierto en algunas partes de la que se dio en llamar «periferia». En la India, en Irán y en China, la resistencia antiimperialista de la época dejó de lado las acciones militares (que no llevaban a ninguna parte) y se sirvió de formas de agitación más modernas. En Irán, ya en 1873 algunos notables y expertos coránicos habían protestado por el hecho de que el gobierno del sah hubiera otorgado al barón Julius de Reuter (propietario de la agencia de noticias de este nombre) una concesión muy amplia para el tendido del ferrocarril y otros proyectos de inversión. El fenómeno se repitió con una implicación muy superior de las masas persas: en el invierno de 1891-1892, estallaron protestas por todo el país contra el monopolio de la producción, venta nacional y exportación del tabaco, que el sah había confiado a un empresario británico. Participaron incluso las mujeres del sah y las minorías no musulmanas. A principios de 1892 la concesión fue anulada por completo, aunque con una compensación tan exorbitante que Irán se vio obligado a pedir su primer préstamo en el extranjero. Fue la primera protesta exitosa de la historia contemporánea del país. Los religiosos musulmanes, los comerciantes y amplios sectores de la población urbana fueron a una contra la política del gobierno. El telégrafo permitió coordinar el procedimiento táctico incluso a larga distancia.[1745]

En 1905 se constató por vez primera en toda Asia el surgimiento de esta clase de contraopinión pública

nacionalista. El medio más importante era el boicot. En 1905 se organizaron en la India grandes boicots contra Gran Bretaña. En China, el primer movimiento masivo moderno en la historia del país fue un boicot extendido por casi toda la nación contra las mercancías y los barcos de Estados Unidos, en respuesta al endurecimiento de la práctica inmigratoria del país norteamericano; solo habían pasado unos años desde el anacrónico estallido de violencia de la guerra de los bóxers. El legado británico apuntó en 1906 una «conciencia de solidaridad nacional que en China es nueva por entero».1746 En el imperio otomano, después de que Austria se anexionara Bosnia y Herzegovina —dos provincias otomanas que, de hecho, estaban bajo control austríaco desde 1878—, hubo grandes acciones de protesta en octubre de 1908. Poco después de que llegaran las primeras noticias de la anexión, se congregaron en Estambul —no poco agitado ya por la revolución de los Jóvenes Turcos— multitudes enojadas que bloquearon el acceso a los negocios austríacos. El boicot se extendió a otras ciudades del imperio. No terminó hasta 1909, cuando la Sublime Puerta reconoció la anexión, pero Austria-Hungría aceptó indemnizarla por ello.1747 Decir que todos estos movimientos de protesta, no relacionados entre sí de forma pública, eran «nacionalistas» es una caracterización demasiado superficial. Siempre hubo causas y factores específicos de cada lugar. Aun así, es evidente que por detrás de estos movimientos de nuevo cuño no estaba solo el enfado espontáneo y los intereses materiales inmediatos, sino sobre todo —y esto los vincula a todos— una conciencia cada vez más poderosa de algo similar a una «justicia internacional». Si no vemos la huella de estas nuevas pretensiones y normas hasta el pensamiento del presidente Woodrow Wilson y la conferencia de paz de París de 1919, pasamos por alto su origen no occidental, en las reacciones asiáticas y también africanas al imperialismo europeo. A diferencia de casi todos los «movimientos de resistencia primaria», con los que las sociedades no europeas se

defendieron contra las invasiones iniciales de los europeos, estas protestas fueron esencialmente pacíficas y tuvieron un éxito llamativo. Las alianzas improvisadas entre diversos estratos de las jerarquías sociales urbanas (los campesinos estaban poco involucrados) tuvieron más efecto que la mera diplomacia de los gobiernos. Entre los estados de la época anterior a 1914, de todos los países afroasiáticos solo Japón gozó de la influencia internacional para, por ejemplo, proteger a sus ciudadanos de la discriminación racial en Occidente. Pero incluso esta influencia era muy limitada, como se puso dolorosamente de manifiesto en la conferencia de paz de 1919.1748

5. INTERNACIONALISMOS Y UNIVERSALIZACIÓN DE LAS NORMAS

La concentración e integración de la comunidad de estados no respondió solo a la difusión de las relaciones interestatales de tipo europeo, junto con las normas correspondientes del derecho internacional. En la segunda mitad del siglo también crecieron mucho las redes privadas o no gubernamentales de carácter transnacional. No era una novedad del siglo XIX, por descontado. En Europa, tanto el Renacimiento como la Reforma y la Ilustración, aunque no fueron de corte «transnacional», sí fueron discursos y movimientos intelectuales que llegaron más allá de sus fronteras; la música y la pintura, las ciencias naturales y la tecnología nunca se habían detenido en las lindes de un país. Desde mediados del siglo XIX, aproximadamente, se incrementó el número y el alcance de las iniciativas transnacionales no estatales. Hay análisis estadísticos de la frecuencia de fundación de las organizaciones no gubernamentales internacionales (ONGI). Hasta 1890, más o menos, hubo muy pocas; el número de fundaciones se multiplicó luego, alcanzó en 1910 el punto culminante (que no fue superado hasta 1945) y retrocedió de nuevo en los últimos años previos a la primera guerra mundial.1749 En casi todas estas iniciativas cabría explicar una historia propia, porque

fueron muy diversas en sus fines, su organización y su base de apoyo.

La Cruz Roja

La más exitosa de todas estas organizaciones fue la Cruz Roja de Henri Dunant. Debió este resultado a una concepción genial de la división del trabajo: mientras el Comité Internacional, en Ginebra, se concentraba en observar con espíritu crítico la situación mundial y verificar el cumplimiento de la Convención de Ginebra, acordada en 1864 («Convención para la mejora de las condiciones de los soldados heridos en el campo de batalla»), y los documentos posteriores, en los diversos países se fundaron a partir de 1863 sociedades nacionales de la Cruz Roja; primero en Wurtemberg y Baden, en 1863, y en 1870 se habían difundido ya por todos los estados del oeste y el norte de Europa. Antes de la primera guerra mundial se desarrolló una organización muy extensa y con gran diferenciación interna que, aun así, se libraba de los males de la burocratización. Cientos y miles de voluntarios se sumaron a ella con entusiasmo. La organización era lo bastante laxa para poder aprovechar aportaciones económicas y compromisos personales de toda clase y magnitud. La relación entre los estilos de organización nacionales y la dirección básica internacionalista representó un problema que ha ido necesitando de soluciones constantes. Durante la fase inicial de la Cruz Roja surgieron problemas de asimetría. En la guerra alemana de 1866, Prusia adoptó la Convención de Ginebra, pero Austria no; en 1894-1895, Japón se comprometió unilateralmente a respetar las reglas de Ginebra, pero China no. En la década de 1870 surgió el problema de si la Convención de Ginebra debía aplicarse también en las guerras civiles (como las de los Balcanes, en aquel momento). En la cuestión balcánica, la respuesta fue un *sí*, pues allí esta interpretación protegía sobre todo a los rivales del imperio otomano, que en Occidente tenía fama de ser especialmente «cruel»; pero antes de la primera guerra mundial, en su mayoría, las grandes potencias

respondieron que *no*. Al mismo tiempo, en el enfrentamiento entre el imperio musulmán del sultán y sus adversarios en los Balcanes se planteó la duda de si los principios del comité ginebrino, entendidos en origen como «cristianos», también debían ser válidos fuera del Occidente cristiano. La respuesta consistió en hacer hincapié en el carácter humanitario y suprarreligioso del ideario de la Cruz Roja y del derecho bélico internacional. Ya en los sangrientos tumultos de las guerras balcánicas, desde 1875, cuando hubo ataques musulmanes contra personas que portaban los símbolos de la Cruz Roja, se iniciaron negociaciones improvisadas sobre el simbolismo alternativo de la Media Luna Roja.1750 La idea de la Cruz Roja también tuvo efectos muy lejos de Europa. En China había una larga tradición de filantropía local. En el siglo XIX revivió impulsada por nuevas fuerzas sociales que vieron en ello una ocasión de mejorar la propia reputación. Como en la guerra de los bóxers, en 1900, hubo que lamentar numerosas víctimas civiles y muchas personas quedaron sin hogar, comerciantes ricos de Jiangnan (en la región del bajo Yangzi) enviaron material de ayuda hacia el norte e hicieron trasladar al sur a víctimas de las zonas catastróficas, para atenderlas. Fue el primer caso de socorro transregional a gran escala en China. La Cruz Roja sirvió como modelo y durante la década siguiente ya surgió un activismo propio de la Cruz Roja china.1751

El humanitarismo de algunos ciudadanos de Ginebra y la Cruz Roja que surgió de ello marcan una etapa importante en el desarrollo de una «conciencia social internacional».1752 Como precedente destaca el movimiento por la abolición del tráfico de esclavos y la esclavitud. El humanitarismo fue un movimiento contrario a tendencias poderosas de la época: un correctivo moral contra el minimalismo normativo de la anarquía de los pueblos y estados.

Internacionalismos políticos

También se concebían a sí mismos como contrapotencias y contrapesos los diversos internacionalismos políticos no

estatales de la época. Por ejemplo, la Primera Internacional, fundada por Karl Marx en 1864, y la Segunda Internacional, más completa y estable, del movimiento obrero y sus partidos socialistas (fundada en París, en 1889). Las dos quedaron restringidas a Europa; en Estados Unidos no existió un socialismo de organización extensa e influencia política.1753 En Japón, el único país no occidental con una emergente base industrial para las organizaciones de esta índole, los primeros socialistas, como el destacado teórico del imperialismo Kōtoku Shūsui, sufrieron una persecución brutal. Un partido socialdemócrata fundado en 1901, y su prensa rudimentaria, fueron reprimidos en el acto.1754 En China, el socialismo, al igual que el anarquismo, que allí arrancó con gran fuerza, no salió de los pequeños círculos intelectuales hasta la primera guerra mundial, y desde 1921 se conectaron con la revolución mundial por medio de agentes de la Tercera Internacional (Komintern). Aun en sus distintas variantes, el socialismo fue desde el principio un movimiento transnacional. Los socialistas «tempranos» del sansimonismo ya habían llegado hasta Egipto. Cómo y cuándo se «nacionalizaron» los diversos movimientos socialistas antes de 1914, en sus respectivos contextos políticos, ha sido siempre un gran tema de la historiografía. En 1914, esta nacionalización se impuso al internacionalismo. El anarquismo, gemelo del socialismo en la era de nacimiento de ambos movimientos, nunca arraigó con la misma fuerza. En todas partes se centró en la política de los exiliados y la acción conspirativa; era transfronterizo por esencia.

El movimiento feminista —para empezar, la lucha de las propias mujeres por lograr derechos burgueses y políticos— fue en principio más móvil y capaz de expandirse que el movimiento obrero socialista, pues este último requería al menos los rudimentos de un proletariado industrial. Así, el feminismo político no surgió como efecto derivado de la industrialización, sino, en casi todos los casos, donde «la democratización estaba en el orden del día de los hombres».1755 Como no tardó en

darse la misma situación en Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, en estos países también nacieron organizaciones sufragistas; igualmente en Japón, ya en 1919, en la misma época en la que, además de la cuestión del sufragio, también se discutía vivamente sobre la imagen cultural de la «nueva mujer» (como en China y Europa).1756 En varios sentidos, pues, el feminismo fue más internacional que el movimiento obrero; podía aspirar a una base social todavía más numerosa; y no era tan fácil denunciarlo y reprimirlo por poner en peligro la estabilidad política. Antes de 1914, no hubo organizaciones defensoras de los derechos de las mujeres en el mundo colonial (salvo en los dominios británicos), ni tampoco en el ámbito musulmán no colonial; pero sí en China (1913). En varios países, las mujeres ya empezaron a conquistar pequeños espacios públicos fuera del hogar, en círculos reducidos, antes de 1920; a menudo, por medio del compromiso caritativo, que se distanció de la tradicional atención religiosa a los pobres.1757

Como en la mayoría de las otras redes transnacionales, en el caso del feminismo también es una simplificación concebir el conjunto de su historia, desde los principios mismos, como un fenómeno transfronterizo. Reviste más interés preguntarse por el umbral pasado el cual las diversas conexiones aisladas se concentran y consolidan formando estructuras. Cuando se trata de movimientos, la tarea del historiador es relativamente fácil, porque puede buscar la cristalización organizativa. La Segunda Conferencia Internacional de las Mujeres, celebrada en Washington D. C. en 1888, representó uno de estos umbrales. De ella emergió la primera organización de mujeres transnacional duradera que no se concentraba en un objetivo único: el Consejo Internacional de las Mujeres (ICW, por sus siglas inglesas). El Consejo fue, desde el principio, más que una reunión de sufragistas; más bien se esperaba que sirviera como paraguas de toda clase de asociaciones feministas nacionales. En 1907, el ICW afirmaba hablar en nombre de entre cuatro y

cinco millones de mujeres. En esa fecha, como países ajenos a Europa y Norteamérica, solo estaban representados Australia y Nueva Zelanda; Sudáfrica se sumó en 1908. Durante muchos años —con algunas breves interrupciones, sirvió de 1893 a 1936— la presidenta fue lady Aberdeen, una aristócrata escocesa que, en el momento de ser elegida por primera vez, vivía en Canadá como esposa del gobernador general británico. Por descontado, como en todas las organizaciones generalistas de esta clase, pronto hubo escisiones y fundaciones de otros grupos. El ICW tuvo fama de conservador y poco conflictivo; desde el punto de vista de muchas mujeres, también se situó cerca de la nobleza y la monarquía. Pese a todo, cumplió el importante servicio de congregar a mujeres de muchos países y haber impulsado el trabajo político en sus naciones de origen. El internacionalismo feminista empezó en 1888 su historia ininterrumpida.1758

Es llamativo que fuera necesario empezar de nuevo, porque antes ya había existido un primer movimiento feminista internacional. Había surgido hacia 1830, alimentado por las numerosas polémicas sobre el papel de las mujeres en la sociedad y la política, promovidas por ejemplo por Mary Wollstonecraft o algunas voces del primer socialismo. En esta época, George Sand representó un nuevo tipo de mujer emancipada y visible para la opinión pública; Louise Otto-Peters empezó una polifacética carrera periodística; la socialista Flora Tristan hizo un análisis crítico de la emergente sociedad industrial; Harriet Taylor formuló ideas claves que luego pasaron a *On the Subjection of Women* (*El sometimiento de las mujeres*, 1869), de su esposo y viudo John Stuart Mill, la defensa de la libertad más enfática de toda la filosofía liberal. En el continente europeo, este primer movimiento feminista culminó en la revolución de 1848; pero también acabó aquí. La política de la reacción sofocó el feminismo público en Francia, Alemania y Austria. Nuevas leyes prohibieron a las mujeres participar en las reuniones políticas. Como también se

reprimieron asociaciones con las que las mujeres habían colaborado (por ejemplo, del socialismo o de la Iglesia libre), la infraestructura civil quedó destruida.

Paradójicamente, este retroceso, que acabó en muchas tragedias personales, sirvió de acicate al feminismo *internacional*: algunas representantes destacadas de la primera generación lograron huir a países más libres —sobre todo, Estados Unidos— donde dieron continuidad a su labor. En Norteamérica ya había organizaciones de mujeres que se vieron revitalizadas y reforzadas por esta afluencia de Europa. Pese a todo, el impulso no perduró. A mediados de la década de 1850 se alcanzó el clímax de la actividad. Luego hubo desavenencias sobre la esclavitud (muchas feministas creían que combatirla era más prioritario que la lucha por los derechos de las mujeres); además, como en las décadas de 1850-1860, casi toda la política europea se nacionalizó, de allí no surgieron nuevos impulsos de internacionalización. Al iniciarse la década de 1860, las asociaciones del feminismo internacional se habían debilitado. Así, las iniciativas que surgieron al cabo de un cuarto de siglo supusieron un nuevo principio.1759 Así fue, al menos, en el plano de los movimientos organizados. Se sabe poco sobre las redes personales informales con las que las mujeres se relacionaron durante todo el siglo, por ejemplo a través del Atlántico, como viajeras, misioneras, institutrices, artistas y empresarias.1760 Con el paso del tiempo, el imperio británico también se convirtió en un espacio de percepción y acción para la solidaridad femenina. Las feministas victorianas se comprometieron con la mejora de la situación legal de las mujeres indias; en China, muchas mujeres británicas y estadounidenses que fueron testigos de la costumbre del vendado de pies a la fuerza apoyaron las campañas en contra.1761

A diferencia de los movimientos obrero y feminista, el pacifismo, desde el principio, no buscó representación en los sistemas políticos nacionales.1762 Aunque podía luchar desde dentro

contra la militarización de algunos estados nacionales (sin apenas logros dignos de mención), en el plano internacional su posibilidad de influir era mínima. El miedo a la guerra y la crítica de la violencia son corrientes antiguas en el pensamiento europeo, pero también en el indio o el chino. Después de 1815, en una Europa cansada de guerras, estos empeños —algunos, con raíces religiosas anteriores (como los cuáqueros y menonitas)— cobraron nueva fuerza, inicialmente en Gran Bretaña.1763 Para surtir efecto ante la opinión pública, el pacifismo necesita vivencias bélicas manifiestas o bien una visión intensa y creíble del espanto de guerras *futuras*. En la década de 1860, esto le dio fuerzas y atrajo nuevos adeptos en Europa. En 1867 se celebró en Ginebra el primer Congreso de la Paz y la Libertad, al que siguieron otros varios encuentros similares, de escala limitada. En 1889, el pacifismo empezó a ser un *lobby* internacional. Ese año se reunieron en París 310 activistas que participaron en el primer Congreso Universal de la Paz. Hubo otros 23 congresos hasta 1913; en septiembre de 1914 se debía haber celebrado en Viena el vigésimo cuarto.

Este movimiento pacifista internacional llegó a la cumbre de su relevancia impulsado por unas tres mil personas de todo el mundo.1764 Era un proyecto europeo con ramificaciones noratlánticas; aparte, solo había sociedades pacifistas en Argentina y Australia. Para las colonias, que no emprendían guerras por sí mismas, el pacifismo era una actitud internacional de escasa relevancia (más adelante, la política no violenta de Gandhi fue una estrategia de desobediencia interior). En Japón, que desde 1868 trabajó a conciencia en la ampliación de sus fuerzas armadas, fue una causa asumida por autores aislados y su círculo más inmediato, que no tuvo mayor efecto. El primer representante del pacifismo japonés fue Kitamoru Tōkoku (1868-1894). Como casi todos los demás pacifistas, se inspiró en el cristianismo, a la sazón proscrito en el país, y estuvo a punto de ser acusado de alta traición. El filósofo chino Kang Youwei esbozó en 1902, exiliado en la India,

una grandiosa utopía de la paz mundial —en el *Libro de la gran comunidad* (*Datongshu*)—, que no se publicó al completo hasta 1935 y careció de efecto político.1765 China y el imperio otomano no representaban una amenaza para otros estados, sino que debían esforzarse por mantener un mínimo poder militar tal que les permitiera defenderse. Allí el pacifismo no revestía interés político.

El pacifismo del siglo XIX, como (a diferencia de los movimientos obrero y feminista) no poseía una clientela y una base social «natural», sino que obedecía a las convicciones éticas individuales, dependía de la fuerza carismática de figuras aisladas. Por ello fue crucial que la novela *Die Waffen nieder*! (¡*Abajo las armas*!, 1889), de Bertha von Suttner, de gran eficacia retórica, alcanzara el éxito internacional; que el fabricante de explosivos sueco Alfred Nobel instaurase un premio a la preservación de la paz, que se concedió —como los otros premios Nobel— desde 1901, cuando recayó en Henri Dunant y el político francés Frédéric Passy (en 1905 se le concedió a Bertha von Suttner); y que el magnate del acero Andrew Carnegie donara en 1910 una parte de su inmensa fortuna para los objetivos del mantenimiento de la paz y la comprensión entre las naciones. Las corrientes principales del pacifismo no aspiraban tanto al desarme como a la creación de una jurisdicción arbitral internacional. No depositaban especial esperanza en que el mundo en general se tornase pacífico, sino que se conformaban con una propuesta realista: el establecimiento de mecanismos de consulta elementales, que habían dejado de existir en el anárquico mundo de los estados posterior a la guerra de Crimea.

La actividad del movimiento pacifista internacional fue especialmente densa en la década de 1890, en un contexto de belicismo irresponsable en Europa y de refuerzo de la agresividad imperialista en África y Asia. Su principal éxito fue la celebración de la primera conferencia de paz de La Haya, en 1899, precisamente cuando las grandes potencias caían sobre

China, Estados Unidos emprendía una guerra de conquista colonial en las Filipinas y en Sudáfrica se iniciaba la gran guerra entre los bóers y los británicos. A diferencia del círculo fundacional de la Cruz Roja, una conferencia de esta clase no podía ser una mera reunión de particulares. El impulso formal debía darlo un gobierno. Llamativamente, lo dio el gobierno más autoritario de Eurasia, el del imperio zarista. No lo hizo por razones morales de amor a la paz. La intensificación de la carrera armamentística había situado a Rusia en apuros económicos y experimentó con una solución novedosa. Hubo una segunda conferencia de paz de La Haya en 1907. Las dos aportaron novedades destacadas en el derecho internacional, pero no lograron poner en pie los ansiados mecanismos de arbitraje. Las conferencias no pretendían reformar el sistema de estados internacional y tampoco se situaban en la tradición de los grandes congresos de paz. Reflejaba la distribución del poder (real o percibida) en el sistema de estados; en 1899, solo seis de los 26 estados representados se hallaban fuera de Europa: Estados Unidos, México, Japón, China, Siam e Irán. Las conferencias de paz surgieron por la intensa cooperación internacional no tanto entre los estados como entre figuras individuales, como si dijéramos, un ambiente pacifista transnacional. Tuvieron el problema de que no accedieron de verdad al plano de la gran política de poder y el «espíritu de La Haya» no transformó genuinamente el pensamiento de los grupos de decisión.1766

En la segunda mitad del siglo XIX, si los gobiernos prestaron atención a las relaciones internacionales más allá del duelo de poderes militares, no lo hicieron en busca de la paz, sino de la «mecánica» del internacionalismo.1767 En la medida en que el derecho internacional podía ser medio e instrumento de tal concentración por debajo del plano de la «gran» política, se logró completar una transición «del derecho de coexistencia al de cooperación», cuyo objetivo era «que los estados lograran metas supraestatales de forma solidaria».1768 Los tratados más

vinculantes, que se apoyaron en conferencias de expertos que se reunían periódicamente, se anticiparon a un derecho supranacional que aún no existía. El resultado fue un gran desarrollo normativo, sin precedentes históricos, en numerosos ámbitos de la técnica, la comunicación y el tráfico económico transfronterizo. En nuestro capítulo sobre el tiempo ya hemos hablado de la unificación del horario mundial.1769 En la misma época se simplificaron y acordaron en gran parte del mundo pesos y medidas, el correo postal (Unión Postal Universal, 1874; Convención Postal Universal, 1878), anchos de vía y horarios del ferrocarril, acuñación de moneda y muchos otras cuestiones.1770 En gran parte del mundo, pero no en todo: los sistema de funcionamiento específicos tenían grados de complejidad diversos y la resistencia política y cultural fue asimismo diversa. A fin de cuentas, resulta más fácil homogeneizar el correo postal internacional que la interminable variedad de monedas y medios de pago del planeta. No todos los procesos de homogeneización y adaptación iniciados en el siglo XIX se pudieron concluir antes de que terminase nuestra época, es decir, hacia la primera guerra mundial; algunos se arrastran hasta nuestros días. Lo importante es que en el siglo XIX se percibió la necesidad de estas reglas y se dieron los primeros pasos para que se hicieran realidad. No puede extrañarnos que amplias zonas del mundo aún no estuvieran integradas de esa manera. Hasta nuestros días, China nunca ha dispuesto de un moneda de plena compatibilidad internacional. Aquí, la segunda mitad del siglo XIX también tuvo una prolongada continuidad en el siglo XX.

Por el lado del pasado, las conexiones son pocas. La Edad Moderna europea conoció numerosas formas de universalismo filosófico y científico, pero fuera de las relaciones comerciales del «sistema-mundo moderno» (Immanuel Wallerstein), solo creó unos pocos lazos sistémicos transeuropeos. Su herencia se halla menos en las conexiones directas que en la recuperación de programas anteriores. Así surgieron nuevas propuestas para

crear una lengua auxiliar universal y unitaria, que retomaban reflexiones ya planteadas por Leibniz. El resultado más conocido —además del «volapük», inventado por un sacerdote de Constanza, Johann Martin Schleyer— fue el «esperanto», presentado a la opinión pública por el oftalmólogo polaco Ludwik Lejzer Zamenhof en 1887. En 1912 había más de 1.500 grupos que hablaban esperanto, en su gran mayoría en Europa y Norteamérica. Este globalismo lingüístico no logró perder el carácter sectario; el esperanto no se convirtió en un fenómeno viable.1771

Otra iniciativa que, a largo plazo, fue mucho más exitosa, se remontaba mucho más atrás de la Edad Moderna: la recuperación de la antigua idea de los Juegos Olímpicos. La obsesión de unos pocos —al principio, sobre todo, ingleses filohelénicos y entusiastas del deporte, a los que se sumó el anglófilo barón francés Pierre de Coubertin— fructificó en 1896 en la primera olimpiada contemporánea, y luego fue creciendo hasta convertirse en uno de los movimientos globales más abarcadores y prestigiosos, y de gran importancia económica. De Coubertin no se había inspirado, en ningún caso, en la contemplación filosófica de una futura paz mundial. En realidad el joven aristócrata estaba convencido de que Alemania había vencido en la guerra de 1870-1871 por la superioridad de su educación gimnástica. En 1892 había dejado tras de sí este nacionalismo atlético y promovía la competencia entre deportistas de diversas naciones.1772 La difusión transfronteriza de otras formas deportivas (en particular, de dos deportes de equipo que hoy se practican comercialmente en todos los continentes: el fútbol y el críquet) empezó en ambos casos en el último tercio del siglo XIX.1773

Como la mayoría de las dicotomías, la oposición entre una política de poder belicista y el empeño pacífico y civil de los internacionalistas no estatales es demasiado simple para ser del todo convincente. En realidad hubo niveles intermedios, sobre todo intentos de los gobiernos nacionales para servirse

del internacionalismo en pro de su propia política exterior («internacionalismo a beneficio de la nación», según dijo ya en 1908 el pacifista Alfred H. Fried).1774 Suiza y, en especial, Bélgica siguieron estrategias de internacionalización como elementos de su política exterior nacional, por ejemplo celebrando congresos científicos y económicos con participación internacional y no dejando pasar ninguna ocasión para plantearse como sede de organizaciones o actos internacionales.1775 El período decisivo en la fundación de las OGI (organizaciones gubernamentales internacionales) fue la década de 1860, el mismo en el que nació una ONG tan destacada como la Cruz Roja. Desde 1865, cuando se creó la Unión Telegráfica Internacional, hasta 1914 se fundaron más de treinta organizaciones de esta índole.1776 En su mayoría, también incluían las colonias en sus esferas de actuación. Fueron aún más numerosas las conferencias técnicas que aspiraban a coordinar los nuevos sistemas de transporte y comunicación, como la telegrafía o los servicios regulares de navegación a vapor, o a equiparar las normas del derecho civil, por ejemplo para asegurar el tráfico monetario transfronterizo. La serie de conferencias internacionales de salud pública que se inició ya en 1851 adquirió especial importancia.

Desde la perspectiva de la guerra, la paz y la política internacional, el siglo XIX empieza en 1815. Sigue a un siglo XVIII largo que se caracterizó por un empleo extraordinario de la violencia militar en varias zonas del mundo: Europa, la India, el sureste asiático o el Asia central. En el continente europeo, los cien años comprendidos entre 1815 y 1914 fueron una época inusualmente pacífica, en comparación con las épocas precedente y posterior. Las guerras interestatales fueron escasas y estuvieron limitadas espacial y temporalmente; el número de víctimas fue bajo en relación con las tropas y con la población civil. Las grandes guerras civiles estallaron en América y China, no en Europa. El arte bélico se vio revolucionado por la técnica armamentística, el ferrocarril (por

primera vez en Italia, en 1859), la organización del Estado Mayor y el servicio militar obligatorio. El potencial de todo ello no se descargó hasta 1914. La «gran guerra» que se inició ese año fue tan prolongada, entre otras razones, porque los contendientes principales disponían de medios esencialmente similares. Todavía era posible emprender campañas relámpago, pero no guerras relámpago con el éxito de las napoleónicas, capaces de hundir al adversario en un plazo de días. En el siglo XIX, la ventaja técnica y organizativa de Europa y Norteamérica se hizo valer ante todo a partir de 1840 allí donde ninguna carrera armamentística podía redundar en un equilibrio: frente a las culturas militares preindustriales de Asia, África, Nueva Zelanda y el interior de Norteamérica. La guerra colonial «asimétrica» se convirtió en una de las formas de violencia características de la época. Otra fue la guerra de apertura, una acción más bien parcial, que no aspiraba a conquistar territorios sino a lograr docilidad política y reorientar hacia Occidente la política exterior. El poder militar se concentró en los arsenales y las manos de un número cada vez menor de «grandes potencias». Con la excepción de Japón (a partir de 1880, aproximadamente), se hallaban en el norte geográfico y el «Occidente» cultural. Pese a todas las diferencias regionales en la distribución del poder, que por ejemplo hicieron que el Egipto imperial de Mehmet Alí pareciera un factor militar más que respetable, era la primera vez en varios siglos que, en toda África, en todo el mundo musulmán y el continente euroasiático al este de Rusia, no había ni una sola gran potencia capaz de defender con éxito sus fronteras o proyectar su poder más allá de las propias fronteras nacionales o imperiales. Incluso el imperio otomano había perdido definitivamente esta capacidad tras la guerra de 1877-1878 contra Rusia. Brasil era un poder regional fuerte, pero nada más.

En una época en la que la migración, el comercio, la coordinación monetaria y, más adelante, las transferencias de capital dieron origen a contextos de alcance global, no se creó

ningún orden político igualmente global. Ni siquiera el más extenso de los imperios europeos —aunque de forma temporal gozó de dominio económico y de aceptación como modelo normativo— distaba mucho de ser un imperio universal creador de un orden propio. En 1814-1815, las grandes potencias europeas acordaron un orden pacífico asombrosamente exitoso. En cambio, entre esas mismas potencias, en su carácter de imperios con intereses en ultramar, predominó la anarquía (aunque no estallaron grandes guerras interimperiales y la rivalidad franco-británica, que había marcado el siglo XVIII hasta la batalla de Waterloo, tampoco dio paso a nuevas guerras).

Los antiguos órdenes regionales que siempre habían existido en la historia de los estados resultaron disueltos y absorbidos. El mundo de los estados indio desapareció en el vientre del imperio británico. El antiguo orden mundial chino, perfeccionado por la dinastía Qing en el siglo XVIII, se hundió con la colonización de la tradicional periferia tributaria. Japón todavía no tenía ni la voluntad ni la fuerza necesarias para formar un nuevo orden propio; solo lo consiguió a partir de 1931 y, después de catorce años, se desvaneció dejando tras de sí una cantidad de víctimas colosal. Así pues, el siglo XIX, fuera del ámbito europeo de validez del orden de Viena, y tras la guerra de Crimea también en Europa, se caracterizó por una especie de anarquía regulada cuya ideología dominante, en 1900, era un liberalismo internacional de concepción racial y socialdarwinista. La regulación persistió en el espacio prepolítico y partió de numerosas iniciativas (privadas o, a veces, técnico-administrativas) de unificación, solidaridad y armonía internacional. Todo ello no bastó para impedir la primera guerra mundial y, apenas una década después de acabada la guerra, empezaron a esfumarse de nuevo las esperanzas de haber aprendido la lección de la catástrofe y haber hallado el camino hacia un orden pacífico viable.

Capítulo 10
Revoluciones

De Filadelfia a San Petersburgo pasando por Nankín

1. REVOLUCIONES: ¿DESDE ARRIBA, DESDE ABAJO, DESDE DÓNDE MÁS?

Conceptos filosóficos y estructurales de «revolución»

Más que en ninguna otra época, en el siglo XIX, la política fue revolucionaria: una política en la que no se defendían «derechos antiguos», sino que se miraba hacia el futuro y se elevaban los intereses particulares (por ejemplo, de una «clase» concreta o una coalición de clases) a intereses de toda una nación e incluso de la humanidad. En Europa, la «revolución» se convirtió en una idea central del pensamiento político y la vara de medir que separó por primera vez la «izquierda» de la «derecha». Todo el siglo XIX *largo* fue una era de revoluciones. Resulta de lo más evidente si nos fijamos en el mapa político. Entre 1783 (cuando emergió en Norteamérica la mayor república del mundo) y la crisis casi universal del final de la primera guerra mundial desaparecieron del mapa histórico algunas de las organizaciones estatales más antiguas y poderosas del mundo: los estados coloniales español y británico de América (al menos, al sur del Canadá), el Antiguo Régimen de la dinastía borbónica en Francia, las monarquías de China, Persia, el imperio otomano, el imperio zarista, Austria-Hungría y Alemania. Hubo acontecimientos de consecuencias revolucionarias desde 1865, en los estados sureños de Estados Unidos, y desde 1868, en Japón, y en general allí donde el poder colonial derrocó a las élites locales y estableció un «gobierno directo». En todos estos casos, no se dio el simple cambio del personal estatal en el seno de una estructura institucional perdurable, sino que surgieron nuevos órdenes con nuevas bases de legitimación. Quedó vetado el retorno al mundo anterior a estas refundaciones: en ningún lugar se restauraron las condiciones prerrevolucionarias.

El nacimiento de Estados Unidos, en 1783, fue la fundación

más temprana de un estado de nuevo tipo. Los disturbios revolucionarios que llevaron a este resultado se habían iniciado ya a mediados de la década de 1760. Y con ellos, en lo esencial, también se inicia la «era de la revolución». Pero ¿una era de revolución o de revoluciones? Las dos denominaciones tienen su razón de ser. Desde el punto de vista de la filosofía de la historia, se prefiere el singular; desde una perspectiva estructural, el plural. Los que iniciaron y vivieron las revoluciones en Norteamérica y Francia veían sobre todo la singularidad de lo nuevo. Para ellos, lo que ocurrió en 1776 en Filadelfia y en 1789 en París carecía de precedentes en toda la historia de la humanidad. Cuando las trece colonias proclamaron su independencia de la corona británica y en Francia se formó espontáneamente una asamblea nacional que dotó al país de una constitución, la historia pareció pasar a un nuevo estado de agregación. Las anteriores convulsiones violentas solo habían redundado en la modificación exterior de las condiciones ya existentes, pero los revolucionarios estadounidenses y franceses hicieron saltar por los aires el horizonte del tiempo, abrieron una vía de progreso lineal, fundaron la primera convivencia social basada en el principio formal de la igualdad e hicieron que los responsables políticos rindieran cuentas (de forma regulada y privados de la tradición y el carisma) frente a una comunidad de ciudadanos. Con estas dos revoluciones, por muy distinta que fuera su intención, empezó la Edad Contemporánea de la política; en ellas nada miraba hacia el pasado, nada quedaba de la Edad Moderna. Impusieron nuevas varas de medir con las que todo se verificaba. Solo desde las dos revoluciones de la Ilustración, los defensores de lo existente cargaron con la etiqueta de superados, contrarrevolucionarios o reaccionarios, o tuvieron que reinventar su actitud como la de un «conservadurismo» deliberado.

Las revoluciones —la francesa más que la estrategia— se polarizaron a lo largo de nuevas líneas de división: ya no entre

bandos de la élite o grupos religiosos, sino entre concepciones del mundo. Al mismo tiempo —y creando una contradicción que no se resolvió nunca— reivindicaron la reconciliación humana. Según ha escrito Hannah Arendt, «nada caracteriza tanto la modernidad de la revolución, probablemente, como el hecho de exigir desde dentro la defensa de la causa de la humanidad».1777 La autora cita a alguien que vivió e influyó en *las dos* revoluciones. En 1776, el inglés Thomas Paine ya había establecido ese nuevo tono y relacionado un tema predilecto de la Ilustración europea —el progreso de la «raza humana»— con las protestas locales de un grupo de súbditos británicos: «La causa de América es, en gran medida, la causa de toda la humanidad».1778 Si leemos literalmente los programas de las revoluciones francesa y estadounidense, desde entonces toda revolución que se considere como tal incluye el «*pathos* de un nuevo principio» (Arendt)1779 y la pretensión de representar más que los intereses egoístas de quienes protestan. Desde esta perspectiva, una revolución es un acontecimiento local que pretende un efecto universal. Y todas las revoluciones posteriores han sido, en cierto sentido, imitativas, porque se alimentan del potencial de las ideas que se originaron en las revoluciones de 1776 y 1789.

Este concepto filosófico de «revolución» es ciertamente muy limitado, y lo será aún más cuando se exija que las revoluciones deben ampararse siempre en la bandera de la «libertad» y defender el «progreso». Además generaliza una pretensión de universalidad que fue un invento de Occidente, sin paralelos en otras culturas. Se hallan muchos más casos, con una difusión más amplia, cuando no se pregunta por los objetivos y su base filosófica, ni por el papel especial de las grandes revoluciones en la filosofía de la historia, sino por los acontecimientos observables y sus consecuencias estructurales.1780 En este caso, una revolución es un caso de protesta colectiva con particular trascendencia: un cambio de sistema radical con la participación de personas ajenas a los círculos de los anteriores

titulares del poder. En la definición cautelosa de un científico social que pone cuidado en mantener afilados los útiles conceptuales, una revolución supone el «éxito al derrocar a las élites que gobernaban hasta entonces por parte de nuevas élites [...] que, tras hacerse con el poder (recurriendo a mucha violencia y la movilización de las masas, en una mayoría de casos), transforman radicalmente la estructura social (y con ella, la del gobierno)».1781

Aquí no se dice nada sobre un momento de la filosofía de la historia y el *pathos* de la modernidad se desvanece. En este sentido, ha podido haber revoluciones en casi todas partes y en todas las épocas. En el conjunto de la historia documentada, desde luego, los cortes radicales han sido muchos; incluidos hitos en los que mucha gente ha creído que todo lo conocido se estaba poniendo patas arriba o incluso destruyendo. Si hubiera una estadística sobre tales cambios radicales, probablemente mostraría que los cortes más profundos suelen deberse más a menudo a las conquistas militares que a las revoluciones. Los conquistadores no solo derrotan a un ejército; ocupan el país sometido, aniquilan o desposeen a por lo menos una parte de la élite que gobernaba y se sitúan en su lugar, introducen leyes extranjeras, a veces también una religión. Así ocurría aún en todo el mundo durante el siglo XIX. La conquista colonial, por lo tanto, a tenor de sus consecuencias, tendió a ser «revolucionaria» en un sentido específico, nada exagerado. Para que los conquistados no la percibieran como una irrupción traumática tuvo que proceder con sumo cuidado y lentitud. Incluso allí donde las viejas élites pervivieron, quedaron degradadas al hallarse bajo una nueva casta dominante. Así pues, la llegada al poder de nuevos señores coloniales extranjeros, de resultas de una invasión militar (más raramente, de negociaciones) tuvo en muchos casos carácter de revolución para los africanos, asiáticos o isleños del Pacífico sur. La idea todavía se puede ampliar un paso más: *a más largo plazo*, el colonialismo fue revolucionario sobre todo porque *tras*

la conquista creó un margen de acción para el ascenso de *nuevos* grupos en la sociedad autóctona, lo que sentó las bases de una segunda oleada de revoluciones. En muchos países, la auténtica revolución social y política solo se produjo durante la descolonización o después de ella. Hay una discontinuidad revolucionaria *tanto* al principio *como* al final de los tiempos coloniales.

Que la conquista bélica también pueda provocar una «revolución» era una idea que los europeos de los siglos XVIII y XIX tenían más presente que nosotros. La toma de China por los manchúes, que se inició con la caída de la dinastía Ming en 1644 y duró varios decenios, fue descrita y calificada por numerosos periódicos europeos, hasta los primeros años del siglo XIX, como un caso especialmente radical de «revolución». En el antiguo lenguaje político de Europa, el concepto de revolución estaba estrechamente ligado al ascenso y la caída de los imperios. En ello intervenían varios factores, que Edward Gibbon resumió magníficamente entre 1776 y 1788 (¡precisamente cuando se iniciaba la «era de las revoluciones») en su estudio sobre el ascenso y la caída del imperio romano, al volver la mirada a la antigüedad tardía en el Mediterráneo y la Edad Media euroasiática. Son factores como la agitación interior y cambios de las élites, amenazas militares exteriores, secesiones en la periferia del imperio, difusión de ideas y valores subversivos. No fueron otros los ingredientes de la política revolucionaria durante la «época de collado». La vieja concepción política europea comprendía una idea compleja de las macrotransformaciones radicales que llevó a una interpretación de los acontecimientos novedosos del último tercio del siglo XVIII. Sería simplificar en exceso oponer aquí una nueva interpretación «lineal» de la historia frente a una antigua idea cíclica: ¿qué fue la batalla de Waterloo, en 1815, sino la conclusión de un *ciclo* de hegemonía francesa? Quien buscara modelos «precontemporáneos» en forma pura los seguiría encontrando en adelante. En perfecta simultaneidad

con los hechos revolucionarios de Francia, en la actual Nigeria se desarrolló un drama que parecería copiado directamente del libro de Gibbon: la desintegración del imperio de Oyo por las luchas entre las élites en el centro y los disturbios en las provincias.1782

El siglo XIX *cronológico*, entre 1800 y 1900, no ocupa un lugar especialmente destacado en los relatos habituales sobre la historia de las revoluciones. Esos años fueron testigos de las *consecuencias* de las revoluciones de Norteamérica y Francia, pero según parece, no vieron nacer nuevas «grandes» revoluciones. Se diría que, en 1800, los dados revolucionarios ya se habían lanzado y que todo lo posterior no sería sino imitación, la repetición sin brillo de un principio heroico ya distante: la farsa posterior a la tragedia, una rutina de alborotos menores tras la gran revolución de 1789. Según esta perspectiva, la historia no volvió a engendrar nada inaudito hasta la Rusia de 1917. En Europa, el siglo XIX no fue una era de revoluciones, sino una centuria rebelde; una época de protestas extendidas que en general no subieron a los escenarios de la política nacional. En Europa transcurrió sin apenas revoluciones, sobre todo el período de 1849 a 1905, el año de la primera revolución rusa; la única salvedad fue la Comuna parisina de 1871, de corta vida y fracasada. La estadística confirma esta impresión. En la Europa de 1842 a 1891, Charles Tilly ha contado un total de 49 «situaciones revolucionarias», cuando de 1792 a 1841 se habrían dado 98.1783 Y en la mayoría de estas situaciones, el potencial no se transformó en acciones de efecto perdurable.

Variantes y casos dudosos

Sin embargo, si nos atenemos al concepto estructural de revolución y vamos más allá de las revoluciones fundacionales de Norteamérica y Francia, el mito de su carácter incomparable deja de deslumbrarnos y podemos ver también quiebras sistémicas y acciones de violencia colectiva de diversas clases. Surgen al respecto dos preguntas preliminares:

Uno. ¿Hay que reservar la denominación de «revoluciones» para las que tuvieron éxito, o cabe aplicar el nombre a aquellos asaltos al poder que, siendo más o menos espectaculares, no alcanzaron sus objetivos? Uno de los mejores panoramas sociológicos sobre las teorías de la revolución las define así: «Revolución es el *intento* de grupos subordinados de transformar las bases sociales del poder político».1784 Es decir, se incluyen también los intentos de concepción radical y grandes dimensiones. Por otro lado, ¿acaso el «éxito» y el «fracaso» son alternativas claramente distintas en todos los casos? ¿No surgen también victorias de las derrotas? Cuando una revolución triunfante degenera en violencia independiente, ¿acaso aquella no está destruyendo sus propios fundamentos? A menudo, la cuestión del éxito y el fracaso es demasiado académica. En el siglo XIX, la gente veía las cosas con más dinamismo, atendían más a la *cualidad revolucionaria* de unas tendencias que impulsaban, recibían con agrado o temían. El historiador puede seguir este camino atendiendo a la movilización *real*. Si hay movimientos (que *además* deben ser siempre movimientos populares) que aspiran a superar un sistema y, como mínimo, ascienden al escenario de la política nacional hasta formar un *contrapoder*, aunque sea temporalmente, debemos hablar de revolución. Por mencionar los dos ejemplos más destacados del siglo XIX: como hubo en efecto una Asamblea Nacional en la Paulskirche de Fráncfort, y como hubo gobiernos rebeldes que, aunque fuera brevemente, ocuparon al poder con su propia fuerza militar en Baden, Sajonia, Budapest, Roma, Venecia y Florencia, lo que sucedió en Europa en 1848-1849 fue una revolución. E igualmente en China, entre 1850 y 1864, se produjo la *revolución* Taiping, y no solo, como es habitual llamarla en Occidente, la «rebelión Taiping», pues durante varios años los sublevados armaron un contraestado complejo que, en muchos aspectos, era una variante invertida del orden existente.

Dos. La conmoción grave o la eliminación exitosa de las

relaciones de poder existentes, ¿tiene que proceder siempre «de abajo» (es decir, de aquellos miembros de una sociedad cuyos intereses no se tienen en cuenta por lo general, y que recurren a la violencia colectiva porque, a tenor del poder organizado del estado y las élites, no les queda otro remedio)? ¿O debemos permitir que haya revoluciones que vengan *desde arriba* (cuando sectores de la élite existente emprenden una reforma del sistema que va más allá de la mera cosmética)? La figura de la «revolución desde arriba» es ambigua, salvo que uno quiera emplearla sin rigor, como una simple *façon de parler*.1785 La propia revolución, cuando se «cotidianiza», como es inevitable que ocurra, puede perder su impulso colectivo y dar paso a un régimen burocrático que imponga algunos objetivos de la revolución mediante los instrumentos del poder estatal, a menudo sin contar con los revolucionarios de la primera hora (o contra ellos, o incluso a expensas de ellos). Napoleón y Stalin fueron *esta clase* de «revolucionarios desde arriba». No se debe confundir con una huida hacia delante conservadora: profilaxis antirrevolucionaria mediante la modernización y el refuerzo del estado. Estadistas netamente antijacobinos como Otto von Bismarck, sobre todo en la fase como presidente del gobierno de Prusia, o Camillo de Cavour en Italia fueron «revolucionarios blancos» de esta índole. Vieron que solo podrían conservar la iniciativa si no se obstinaban en contra de los tiempos; una idea típica de la clase dirigente inglesa. Pese a todo: estas revoluciones «blancas» no pusieron en marcha una genuina sustitución de las élites, sino que a lo sumo cooptaron nuevos grupos para la élite (por ejemplo, la burguesía de talante nacional-liberal) y no salvaron lo existente por la reinvención, sino ampliando el contexto: Bismarck preservó Prusia *dentro de* Alemania, y Cavour proyectó el Piamonte sobre la superficie general de Italia. Por ello, postular sustituciones revolucionarias «blancas» es una propuesta imprecisa y de alcance limitado.

Pese a todo, en el siglo XIX hubo *un* caso límite en el que una

élite subdominante reinventó la totalidad del sistema político y social de su país, y con ello se reinventó también a sí misma. Fue el experimento más radical de una revolución «desde arriba» que, al mismo tiempo, desdeñaba ese nombre y legitimaba a sí misma como supuesta recuperación de un estado anterior: la restauración Meiji, a partir de 1868, en Japón. No figuraba en el horizonte perceptivo de la mayoría de los comentaristas de la política europea, y cuanto se supo de ella no tuvo ninguna influencia en la comprensión europea de las revoluciones y reformas. En Japón —un país en el que las élites se sentían menos amenazadas por el espectro de una revolución social «roja» que por las consecuencias incalculables de una apertura forzosa a Occidente—, lo que por su efecto supuso un cambio de rumbo abrupto se disfrazó como «renovación» o «restauración» del orden político so guisa de legitimidad imperial. Durante dos siglos y medio, la corte imperial de Kioto había vivido en la sombra y la impotencia, mientras la autoridad real la ejercía el caudillo militar más poderoso del país, el sogún, en Edo (Tokio). En 1868, el sogunato cayó y cedió el lugar a una corte imperial que recobraba la actividad.1786 Los impulsores del cambio no fueron los príncipes territoriales que integraban la antigua élite *dominante*, sino pequeños círculos de sus vasallos privilegiados, los samuráis, una nobleza militar de segundo orden, asalariada con estipendios de viaje, que en el siglo XIX apenas realizaba ya servicios que no fueran administrativos.

Esta clase de renovación, que ni partía de motivos antirrevolucionarios ni en ningún caso propagaba principios universales, supuso un incremento tan rápido de la eficiencia en el país que se convirtió en un hito no menos decisivo que las revoluciones estadounidense y francesa en sus respectivos países. Sin embargo, su contexto histórico no era el de una rebelión frente a la injusticia y el déficit de participación, sino un «ponerse en forma» de una nación emergente para una competencia global cuyas reglas novedosas no solo se

reconocieron desde el principio, sino que se intentaron aprovechar en beneficio propio. Así, el contenido social de la restauración Meiji fue incomparablemente más radical que la «formación nacional» prusiano-alemana del período bismarckiano. Después de un conflicto militar breve entre el sogunato y las fuerzas imperiales, una oligarquía diminuta se hizo con el poder estatal e inició una reforma política interior que, aun sin desmontar por completo las jerarquías sociales existentes, ciertamente fue en contra de los intereses de la clase samurái, de la que procedían los oligarcas Meiji sin apenas excepciones. En el caso japonés, por su singularidad, se desdibujan tanto la categoría europea de revolución como la idea de una revolución «desde arriba». La restauración Meiji debe situarse en otra categoría histórica: fue la iniciativa de autofortalecimiento más radical y exitosa del siglo XIX, y debemos ubicarla en el contexto comparativo de parecidas estrategias estatales de esta época.[1787] Considerarla como el equivalente japonés de una «revolución burguesa» tiene sentido, formalmente, en la medida en que puso fin al Antiguo Régimen feudal en el país; no se puede afirmar lo mismo de ninguna de las «revoluciones desde arriba» europeas. Apenas se mostró respeto por los derechos populares y tuvieron que pasar dos décadas hasta que las clases medias y bajas hallaron algún modo de expresar su voz en el sistema político de Japón. La victoria de la estrategia Meiji ni siquiera necesitó movilizar a las masas populares fuera de un mundo laboral cada vez más disciplinado. En la restauración Meiji no fueron revolucionarios ni los motivos ni los métodos, pero quizá sí las *consecuencias*: una ruptura con el pasado, ideológicamente disfrazada, que de pronto abrió nuevas posibilidades de futuro y, al mismo tiempo, el ascenso al centro del poder de una élite que llevaba mucho tiempo siendo periférica.

Desde la perspectiva de las experiencias de crisis colectivas, deben mencionarse aún otros cuatro casos que no se corresponden claramente con la categoría de la «revolución».

Representan casos dudosos o de transición que, por ello mismo, ponen aún más de relieve la particularidad de las revoluciones reales.

Una *revolución al abrigo de la historia*: el levantamiento vietnamita de Tay Son. En la primavera de 1773, tres hermanos de Tay Son, un pueblo situado en la región central de Vietnam, iniciaron un movimiento de protesta que sacudió el país más que ningún otro acontecimiento de la historia nacional antes del siglo XX. Predicaban la igualdad de ricos y pobres, quemaron listas de tributos, repartieron entre los pobres los bienes (pero no las tierras) de las casas acomodadas, atravesaron el norte del país (Tonkín) con un ejército campesino de 100.000 hombres, derrocaron a la dinastía Lê (que gobernaba desde hacía más de trescientos años), repelieron la ayuda enviada a los Lê desde China y Siam, y atacaron los reinos vecinos de Laos y Jemer. Los dos bandos contaron con mercenarios y «piratas» franceses, portugueses y chinos. La guerra y el hambre causaron la muerte de cientos de miles de personas. Después de que los líderes de Tay Son se hicieran con el control de todo Vietnam, introdujeron un régimen tiránico que reprimió con brutalidad sobre todo a la minoría china. Perdieron el apoyo popular, y otro grupo de caudillos puso fin a su dominio y, en 1802, instauró de la dinastía Nguyen en la ciudad de Huê.[1788]

Guerras civiles menores. Los panoramas historiográficos suelen pasar por alto estas contiendas, pero no faltaron ni en Europa ni en su entorno próximo. Tras la muerte de Fernando VII, el último monarca español con arrebatos absolutistas, una gran parte de España se convirtió en un campo de batalla entre 1833 y 1840, con la primera guerra carlista.[1789] Se enfrentaron un liberalismo parlamentario con una forma clásica de contrarrevolución. Los carlistas, que tenían su baluarte principal en el País Vasco, querían una España unida por el catolicismo, erradicar todas las tendencias liberales y «modernas», y entronizar al pretendiente Carlos V (que por

mentalidad seguía viviendo en el siglo XVI) en el lugar de su sobrina, la reina Isabel II (*r.* 1833-1868). En 1837 y 1838 se vivió el choque de dos ejércitos cuya guerra trajo a la memoria los horrores de los años de la ocupación napoleónica. El carlismo no se rindió, pese a resultar derrotado en 1840, siguió combatiendo con guerrillas e hizo preparativos de golpes de estado. La monarquía constitucional no se consolidó de nuevo en el poder hasta 1876, tras haber derrotado definitivamente otra campaña del «estado dentro del estado» que el carlismo representaba (en el País Vasco, Navarra y zonas de Cataluña).1790 Portugal vivió una guerra civil de 1832 a 1834; aunque la magnitud de los combates fue algo menor, la brutalidad del choque sí fue comparable a la de las guerras carlistas. Luego aún hubo una serie de revueltas menores hasta 1847.1791 En el Líbano otomano, una combinación de conflictos sociales, tensiones entre las confesiones religiosas y los deseos intervencionistas de las potencias extranjeras desató hostilidades locales a partir de 1840, que en 1858-1860 se convirtieron en una guerra civil con miles de muertos y entre decenas y cientos de miles de refugiados. La contienda no concluyó con la caída de un Antiguo Régimen o la resistencia de una contrarrevolución posrevolucionaria, sino con una especie de acuerdo constitucional negociado internacionalmente, con el que se inicia, en 1861, la historia independiente del estado libanés (que sin embargo aún reconocía los derechos de intervención y protectorado de Francia).1792

Las *revueltas campesinas* desaparecieron de Europa (salvo en los Balcanes) después de haber estallado una vez más en 1848-1849: al este de la monarquía de los Habsburgo, por el sur hasta Sicilia, también en el sur y el centro de Alemania. A menudo los objetivos y los modos de actuar fueron plenamente realistas y acordes con los tiempos; no necesariamente fueron estallidos de violencia sanguinaria y retrógrada, según se complacieron en calificarlos desde las ciudades (incluidos los historiadores). A excepción de los escasos países de Europa en

los que los intereses campesinos podían expresarse a través de su representación en el Parlamento, los campesinos recurrieron repetidamente a la violencia o a acciones de especial peso simbólico. Cabía esperar tal forma de protesta, en principio, en todas las sociedades agrarias. Adquirieron grandes dimensiones por ejemplo en México entre 1820 y 1855, con una fase de especial intensidad entre 1842 y 1846.1793 En Japón, donde las condiciones políticas eran más estables, se amontonaron revueltas en la década de 1830, que fue dura en los planos económico y ecológico; también en la de 1880, en circunstancias ya muy distintas y ante todo en coalición con la política urbana.1794 El Próximo y Medio Oriente vivió entre 1858 y 1902, en sus diversos países, una serie de revueltas campesinas que en su mayoría se enfrentaban a las fuerzas «modernizadoras»; sobre todo, a un estado que recaudaba impuestos más sistemáticamente que nunca, y a terratenientes ausentes que intentaban obtener más beneficios de una economía que, como no se había reformado estructuralmente, no se había tornado más productiva, y con ello elevaban la presión explotadora.1795

La *resistencia anticolonial* puede adoptar formas y tener consecuencias de carácter revolucionario.1796 Estados Unidos y las repúblicas latinoamericanas surgieron de esa clase de situaciones. Desde el levantamiento griego contra el dominio otomano (1821-1826), la gran guerra de Java (1825-1830), la resistencia de los kazajos contra la colonización rusa (que se inició en esos mismos años), pasando por la rebelión de los *khoikhoi* (u «hotentotes») en el Cabo de Buena Esperanza (1850-1858; este proceso contribuyó mucho a la formación de los estereotipos raciales del «negro» y el «blanco» y fomentó la solidaridad definida por el color de la piel), la sublevación polaca de 1863, el levantamiento jamaicano de 1865 y las revueltas de Creta (1866-1869), se formó una larga cadena de protestas contra el dominio extranjero que se extendió hasta la nueva gran oleada de disturbios anticoloniales o antiimperiales

de 1916-1919 en Irlanda, India, Egipto, China, Corea y el Asia interior. Pese a todo, la resistencia anticolonial solo resulta *revolucionaria* cuando persigue instaurar un nuevo *orden* independiente, como por ejemplo un estado nacional. Antes de la primera guerra mundial, esto se dio en pocas ocasiones fuera de Europa; uno de los pocos ejemplos es la revuelta de Urabi en Egipto, de 1881-1882.1797

Las revoluciones, como son una variedad particularmente importante de los «procesos acelerados»,1798 no se reparten de forma equilibrada en el continuo del tiempo. A menudo se acumulan en concentraciones críticas del cambio histórico, y por ello se tiende a usarlas como hitos de la periodización; en especial, desde la Revolución Francesa de 1789. Desde mediados del siglo XVIII se pueden observar crisis profundas de los sistemas políticos (o incluso hundimientos de estados) en diversas regiones del mundo; por ejemplo, en el período aproximado de 1550 a 1700 (por citar solo las más destacadas), en Japón, el imperio otomano, Inglaterra, China y Siam. Ocurrieron sin haberse influido o afectado directamente. La caída (temporal) de la dinastía Estuardo en Inglaterra, en 1649, y el derrocamiento (definitivo) de la dinastía Ming en China, en 1644, no compartieron ninguna causa. Se ha expuesto la idea de que esta simultaneidad casual debe explicarse por razones de fondo, ocultas a los contemporáneos; entre ellas podría haber tenido especial peso un similar desarrollo demográfico.1799 En nuestra época, las conexiones resultan mucho más visibles, en principio. Aproximadamente entre 1765 y 1830, los fenómenos revolucionarios se sucedieron con tal claridad en escenarios diversos que se puede hablar de una «era de las revoluciones» compacta.1800 Aunque las ramificaciones imperiales llegaron a todos los continentes, los focos de interacción de los disturbios se hallaban en América y la Europa continental. Por ello, la imagen más apropiada es la de un «Atlántico revolucionario». Una *segunda* agrupación de tumultos y revoluciones se da entre 1847 y 1865. Aquí se

sitúan las revoluciones de Europa (1848-1851), la revolución Taiping en China (1850-1864), el *Mutiny* o rebelión de los Cipayos en la India (1857) y, como caso particular, la guerra civil estadounidense (1861-1865). Estos procesos tuvieron un efecto mutuo mucho más débil e indirecto que los acontecimientos del Atlántico revolucionario. Así, no hablamos de una segunda era compacta de revoluciones, sino de una coincidencia de megacrisis separadas, enlazadas por conexiones «transnacionales» bastante débiles. Una *tercera* oleada de revoluciones sacudió Eurasia tras el cambio de siglo: Rusia en 1905, Persia en 1905, Turquía en 1908, China en 1911. La segunda revolución rusa, de febrero de 1917, nacida en las circunstancias especiales de la guerra mundial, y en ciertos aspectos pertenece aún a este grupo; también la revolución mexicana, que se inició en 1910 y duró toda una década. Aquí la influencia mutua de los diversos acontecimientos volvió a ser más intensa que hacia mediados de siglo, pues fueron la expresión de un trasfondo temporal compartido.

2. EL ATLÁNTICO REVOLUCIONARIO

Las revoluciones nacionales y el contexto atlántico

Las revoluciones siempre poseen raíces locales. Surgen de la percepción de personas y grupos reducidos: cuando estos perciben injusticias, alternativas y posibilidades de actuación. Estas percepciones particulares dan origen a actos de desobediencia colectiva, movimientos enteros que crecen, hacen salir a sus adversarios, forman su propia dinámica. En casos excepcionales sucede lo que la teoría marxista considera la norma de las revoluciones: clases enteras se convierten en agentes históricos. Como en los tiempos modernos las revoluciones se han visto a menudo como actos fundacionales de las naciones y los estados nacionales, la historia de las revoluciones es, por esencia, historia nacional: la nación se «inventa» en el empeño revolucionario compartido. Esta imagen narcisista, sin embargo, no encaja en el hecho de que la revolución dependa de condiciones ajenas a ella misma y que,

en más de un caso, no hubiera podido nacer sin ayuda externa. En Europa, el concepto moderno de la revolución es más limitado que una concepción anterior que incluía también la guerra y la conquista; deja de lado la dimensión exterior e internacional, descuida las raíces que no sean locales y hace excesivo hincapié en cómo el conflicto nace y se desata en el seno de una sociedad determinada (es decir, en el carácter endógeno de las revoluciones).1801 En casos extremos, la historiografía de las revoluciones se ha centrado tanto en el interior que no logra explicar siquiera algunos acontecimientos centrales. ¿Es posible (como intentó hacer Hippolyte Taine, 1828-1893) valorar debidamente la fase del Terror (1793-1794) en la Revolución Francesa sin tomar en consideración la amenaza de guerra, que a todas luces avivó el terror y se usó para justificar su reinado?1802 Es sorprendente cuánto se tardó en situar la Revolución Francesa en su contexto internacional, y por lo tanto europeo: primero lo hizo el historiador prusiano Heinrich von Sybel en su *Geschichte der Revolutionszeit* («Historia de la era de la revolución», 1853-1858), y en Francia hubo que esperar a los estudios de Albert Sorel, a partir de 1885.1803 Esta perspectiva aún no ha llegado a ser la dominante: cada cierto tiempo se olvida y hay que volver a insistir en su necesidad. En la historiografía sobre la revolución estadounidense también ha prevalecido mucho tiempo un «narcisismo histórico nacional», que en el propio país se suele conocer como «excepcionalismo».1804 Según esta tesis fundamental, los rebeldes de Nueva Inglaterra dieron la espalda a un Viejo Mundo corrupto y, en sobrio aislamiento, engendraron una comunidad de perfección singular. Como a juicio de los protagonistas (y de los posteriores historiadores nacionalistas), las revoluciones suelen considerarse casos únicos, la comparación entre revoluciones —que siempre relativiza y priva de su encanto al mito de la singularidad— tampoco recibió gran atención hasta que los filósofos de la historia y los sociólogos comparatistas empezaron a tomársela

en serio.1805

La idea de que no podemos limitarnos a contemplar las grandes revoluciones de la «época de collado» en Europa y América como casos del todo independientes tiene un doble origen. Por un lado, desde la década de 1940, varios historiadores (sobre todo de Estados Unidos y México) propusieron tratar de forma unitaria toda la historia del Nuevo Mundo. Pese a las diferencias en la historia colonial y demográfica, con esta concepción panamericana se buscan, por debajo de las peculiaridades nacionales, los rasgos en común de la experiencia histórica. Por otro lado, en las décadas de 1950 y 1960 surgió la visión de una «civilización atlántica» común, una idea que, en el pico de la Guerra Fría, adquirió en algunos autores fuertes tintes anticomunistas o también antieuroasiáticos: de alguna manera, «Occidente» se habría expandido a través del océano. Pero la perspectiva transatlántica está justificada en lo esencial sin necesidad de compartir esa ideologización. El francés Jacques Godechot y el estadounidense Robert R. Palmer desarrollaron simultáneamente un concepto muy similar (salvo en algunos matices) de una era atlántica de la «revolución» que abarca las dos grandes revoluciones de Norteamérica y Francia.1806 Hannah Arendt abordó el mismo tema desde un punto de vista filosófico. Hasta la década de 1980 no se empezó a (re)descubrir también un Atlántico «negro» paralelo al Atlántico «blanco», y a considerar en común tanto el norte de cuño británico como el sur de cuño español y portugués.1807 Otro impulso para interpretar que la «era de la revolución» de la «época de collado» no fue tan solo (y en el mejor de los casos) una correlación de hechos paneuropea procedió de Leipzig. Allí, Walter Markov, especialista sobre la «izquierda» en la Revolución Francesa, y luego su discípulo y continuador Manfred Kossok crearon un centro de historia comparada de las revoluciones, en el que confluyen las tradiciones de Karl Marx y del poco convencional historiador de Leipzig Karl Lamprecht.1808 Kossok desarrolló

un concepto de «ciclos revolucionarios» que le permitió comprender las interacciones entre los revolucionarios de distintos países y regiones y, al mismo tiempo, mediante la idea de un ciclo de principio y fin claramente marcados, llegar a una periodización de la historia universal relativamente bien fundamentada.1809

Norteamérica, Inglaterra, Irlanda

¿De qué revoluciones se trata, cómo son sus respectivas estructuras temporales y cómo se relacionan entre sí cronológicamente? No siempre es fácil afirmar con rotundidad cuándo empezó y concluyó una revolución en tanto que serie de hechos (y no solo como situación potencialmente revolucionaria). Tampoco el resultado es siempre unívoco. La revolución estadounidense1810 llegó a su clímax el 4 de julio de 1776, cuando las colonias rebeldes (salvo Nueva York) aprobaron la conocida «Declaración de Independencia». Con ello, la abrumadora mayoría de los hasta entonces súbditos británicos de Norteamérica rechazaron para siempre la pretensión soberana de la corona británica. Por descontado, la declaración de independencia no salió de la nada. Fue el punto de culminación de una resistencia coordinada contra el poder colonial británico que se había iniciado ya en marzo de 1765 con protestas contra la «ley del Timbre» (*Stamp Act*). El gobierno de Londres decidió cobrar un impuesto a periódicos y documentos de toda clase, sin consultarlo con los colonos, y ello agravó las tensiones ya existentes entre las colonias y la metrópoli y derivó en asaltos violentos contra representantes del estado colonial.1811 La crisis por la ley del Timbre movilizó a los norteamericanos —en cuyas sociedades antiaristocráticas habían arraigado desde hacía tiempo las ideas republicanas— más que ningún acontecimiento político anterior.1812 Creó un nuevo sentimiento de unidad entre las élites de las distintas colonias, que se diferenciaban sustancialmente entre sí por sus formas de gobierno y estructuras sociales. La crisis británico-estadounidense se agravó, derivó en una guerra económica y al

final, en abril de 1775, en un enfrentamiento militar entre el imperio británico y el ejército de las colonias continentales, a cuya cabeza se situó el general George Washington. El Congreso Continental que aprobó la declaración de independencia (redactada en lo esencial por Thomas Jefferson) se celebró en mitad de la guerra. Así, la formulación pública de las razones de la independencia fue un acto principalmente simbólico.

De facto, el año crucial fue 1781, por dos sucesos: por un lado, las colonias se pusieron de acuerdo en los «artículos de confederación», una especie de constitución de la federación estatal que se fundaba con ello (aún no un estado federal); por otro, el 18 de octubre el ejército británico se rindió en las inmediaciones de Yorktown, en Virginia. En el tratado de paz de París, de 1783, Gran Bretaña reconoció, admitiendo en gran parte las condiciones de los rebeldes, la independencia de Estados Unidos de América. Eso convirtió al país en estado reconocido según el derecho internacional y capaz de actuar con plena autonomía. Parece muy razonable situar aquí el punto final del proceso revolucionario; sin embargo, el debate sobre la organización interior siguió siendo intenso durante muchos años. La nueva Constitución federal no entró en vigor hasta junio de 1788, y en la primavera de 1789 se formaron los órganos principales del estado, como la presidencia, con George Washington como primer titular. Por lo tanto, la revolución estadounidense duró de 1765 a 1783; pero la formación del nuevo estado independiente, que fue su fruto más notable, no concluyó hasta pocos meses antes de que en París se tomara la Bastilla.

El siguiente acto del drama de la revolución circunatlántica no se desarrolló en Francia, sino en Gran Bretaña. Entre 1788 y 1791, hubo levantamientos sin relación mutua en Irlanda, Yorkshire y Londres, que supusieron un desafío al orden imperante en las islas de mayor calado que nada de lo vivido hasta entonces en ese siglo. Sería falaz oponer una Francia en ebullición a una Inglaterra pacífica. En junio de 1780, en

Londres, quien viviera lo que se dio en llamar «disturbios de Gordon» (que, en un principio, se dirigían contra nuevas concesiones a los católicos del país) tendría sin duda la impresión de que se cocía un gran cambio allí mismo, y no en el continente. Las revueltas de Gordon causaron daños colosales en el centro de Londres. Las fuerzas armadas tuvieron que esforzarse para restaurar el orden y a la postre se condenó a muerte a 59 insurrectos, de los que se ahorcó a 26.1813 En Irlanda, los disturbios fueron una respuesta directa a los acontecimientos de la otra orilla del Atlántico. Tampoco se consiguió sofocarlos sin una laboriosa intervención de un ejército que reclutó incluso a católicos. Desde 1789, por influencia de la Revolución Francesa, hasta 1798, Irlanda fue un foco de rebelión nacional. Un destacado historiador de Irlanda ha calificado el levantamiento de 1798, que gozó del apoyo de la Francia revolucionaria, como el «episodio de violencia concentrada más fuerte de la historia del país».1814 Es probable que la revuelta costara la vida de unas 30.000 personas (entre todos los bandos). El castigo a los rebeldes fue implacable y duró hasta 1801. Solo en 1798-1799 se dictaron más de 570 penas de muerte.1815

Pero nos estamos anticipando un poco: también en Inglaterra, como en muchos países del continente, surgieron simpatizantes de la fase inicial de la Revolución Francesa que exigieron una reforma radical (a veces, incluso republicana) del sistema político, de modo que resultara más racional. Este radicalismo, en su mayoría, se limitó a una guerra pública de opúsculos de autores favorables o contrarios a la revolución; pero no acabó en revueltas, como en 1780.1816 Estas discrepancias fueron desviándose hacia la cuestión de la amenaza de una guerra con Francia, que se hizo realidad desde febrero de 1793. La crítica al sistema se podía considerar un caso de alta traición, exactamente igual que en Francia. Al radicalismo de muchos intelectuales y artesanos, se sumó en los años de guerra, económicamente más duros, una agitación constante en las

zonas rurales. El estado británico intentó imponer la calma con leyes de excepción y una represión dura (pero en ningún modo comparable al Terror francés). Hacia 1801 ya habían desaparecido los últimos vestigios del desafío cuasirrevolucionario y surgió un nuevo consenso nacional marcado por el patriotismo antifrancés.1817 Aunque en Gran Bretaña no llegó a producirse un cambio político radical, el país tuvo mucho que ver con los acontecimientos revolucionarios. Algunas de las voces que aportaron más ideas a la época revolucionaria —desde clásicos ya fallecidos, como John Locke, a autores muy vivos como el periodista y agitador Thomas Paine, cuya obra *El sentido común* (1776) dio un empujón poderoso a la revolución estadounidense en el momento preciso— procedían de Gran Bretaña. La clase política se situó en el otro bando y emprendió guerras, no siempre con el mismo éxito, tanto contra los revolucionarios estadounidenses *como* contra los franceses. Durante los años de agitación, la oligarquía británica halló la manera de defender su posición de privilegio.

A la «casi revolución» británica de las décadas de 1780 y 1790 siguieron treinta años en los que los conservadores defendieron el sistema; este cedió el paso a un cauteloso reformismo «desde arriba» que, tras una primera reforma de los derechos de voto, en 1832, marcó tendencia para el resto del siglo. En algunos países del continente europeo (pero solo unos pocos) imperó una calma similar, o incluso mayor. Sobre todo en Rusia se hizo caso omiso de las corrientes revolucionarias de la época. Allí reinó hasta su muerte (1796) la zarina Catalina II, que no se dejó impresionar por los hechos revolucionarios de Occidente. En 1774 se reprimió un gran levantamiento campesino en la periferia suroriental del imperio, encabezado por Yemelián Pugachov; en adelante, el poder central del zarismo no vivió nuevos desafíos revolucionarios durante más de un siglo. Sin duda, el temor a que se repitiera un levantamiento similar, que había costado la vida a varios

cientos de nobles, se mantuvo como factor determinante en el telón de fondo de la política. Rusia resistió la invasión de la *grande armée* napoleónica en 1812 sin contagiarse de ideas del liberalismo occidental. En 1825, aprovechando la confusión posterior a la muerte del zar Alejandro I, una conjuración de nobles dio un golpe de estado con el fin de liberalizar la autocracia, pero el golpe se vino abajo a los pocos días. En su mayoría, los «decembristas» purgaron el fracaso en el exilio de Siberia.

Francia

En Europa, el caos revolucionario no se inició con el asalto al fortín parisino de la Bastilla, el 14 de julio de 1789. Había empezado en la primavera de 1782, en la ciudad-estado de Ginebra, con enfrentamientos entre partidos locales. Ginebra ya había vivido varias situaciones turbulentas durante el siglo XVIII, pero la sublevación de 1782 fue más sangrienta que todas las precedentes y solo la sofocó la intervención conjunta de Francia, Cerdeña y el cantón de Berna.1818 Pero fueron más graves —y afectaron más a la cadena transnacional de las acciones revolucionarias— los sucesos de los Países Bajos. Aquí, como tan a menudo, la revolución y la guerra iban de la mano; y una vez más, entre las partes belicosas figuró Gran Bretaña. Tras un siglo de relaciones pacíficas, a finales de 1780 el Reino Unido atacó la república neerlandesa, cuyo poder ya hacía tiempo que era un sombra de lo que había sido, por un motivo que en sí ya era un problema heredado de la revolución: Gran Bretaña estaba furiosa porque las colonias rebeldes de Norteamérica, con las que estaban en guerra, se abastecían en aguas del Caribe gracias a barcos neerlandeses. La guerra fue breve y, como era de esperar, fue un desastre militar para los Países Bajos. Hizo surgir el movimiento de los «Patriotas»: ciudadanos interesados por la política e influidos por la revolución estadounidense (y, en general, las ideas de la Ilustración), que encarnaban un nacionalismo seguro de sí mismo y aspiraban a derrocar al estatúder hereditario

Guillermo V y su séquito. Por razones de política interior, más que exterior, el movimiento de los Patriotas era de filiación antibritánica y profrancesa, y este hecho adquirió mucha importancia a partir de algo que aparentaba ser una minucia. Un cuerpo de voluntarios de los Patriotas detuvo a la esposa del estatúder, que era hermana del rey de Prusia, Guillermo II; y Prusia, con ayuda de Londres, intervino en 1787 con un ejército de 25.000 hombres.1819 La mujer fue liberada y el estatúder —pese a su incompetencia— recobró el puesto; los Patriotas desaparecieron en la clandestinidad o huyeron al extranjero. Lo más decisivo fue lo siguiente: la opinión pública francesa, acostumbrada al enfrentamiento con Inglaterra y Prusia, entendió que el hecho de que el gobierno de Luis XVI fuera incapaz de socorrer a los Patriotas neerlandeses (sobre todo, por la penuria económica que lo acosaba) dañaba gravemente el prestigio de la monarquía francesa.

Las causas primarias de la Revolución Francesa no se encuentran en la política exterior. Fue un proceso «casero», como han puesto de relieve todas las corrientes de la historiografía revolucionaria, cada una con sus matices.1820 Aun así, la dinámica de los contrastes sociales, la fuerza de las ideas radicales o la voluntad nacional de un «pueblo» que se encontraba a sí mismo no bastan para explicar por qué la monarquía francesa experimentó, desde mediados de la década de 1780, una erosión tan intensa de su legitimidad. El paso de una situación (potencialmente) revolucionaria a un proceso real de acción revolucionaria debe explicarse teniendo en cuenta *tanto* la fortaleza de la dinámica rebelde *como* la debilidad del blanco de su ataque. Aquí entra en juego la argumentación historiográfica que, además de los conflictos sociales y la radicalización ideológica toma en consideración el modo en que un país intenta defender su sitio en el sistema internacional.1821 En 1763 Francia había perdido la batalla por la hegemonía: el enfrentamiento con Gran Bretaña que se había acabado globalizando como guerra de los Siete Años.

Aunque en las negociaciones de paz de París los británicos no fueron poco generosos, Francia fue expulsada definitivamente de Norteamérica y su posición en la India quedó muy debilitada. La guerra de Independencia de las colonias inglesas de Norteamérica ofreció a los arquitectos de la política exterior francesa una ocasión para vengarse de su viejo rival. En 1778, el rey francés y los rebeldes antimonárquicos firmaron una alianza contra Gran Bretaña, en condiciones bastante ventajosas para los norteamericanos; la alianza, cuya única base era estratégica, supuso al mismo tiempo el primer reconocimiento oficial de los rebeldes por parte de una gran potencia europea. Al año siguiente, también España se sumó a la alianza. Este apoyo de la Europa continental ayudó a los norteamericanos a superar varios momentos críticos. Sobre todo en 1781, cuando la flota francesa, aunque brevemente, se hizo con el control del espacio noratlántico y con ello dejó aisladas a las tropas británicas de América.1822

El tratado de París, de 1783, fue un grave revés para Inglaterra, solo veinte años después del triunfo de 1763, que además reforzó la posición de Francia en el mundo. Sin embargo, la de Francia fue una victoria pírrica: a cambio de la victoria de los aliados norteamericanos y algunos triunfos ante todo simbólicos en la guerra naval contra la Armada más poderosa del mundo, el estado francés pagó con una bancarrota inminente. El lamentable fracaso francés en los Países Bajos, en 1787, arrojó luz sobre esta situación desesperada, pero igualmente lo habría hecho cualquier otra crisis. Aunque sin duda la penuria del fisco no fue la causa más profunda de la Revolución Francesa, desde la perspectiva de la historia de los acontecimientos supuso un impulso crucial para la serie de desafíos que empezaron a acosar a la monarquía. Como el sistema impositivo no daba margen a incrementar rápidamente los ingresos y, además, la dinastía era demasiado débil para anular sus deudas *ipso facto*, esta se vio obligada a consultar con los notables del país. No obstante, estos no abordaron la

crisis con pragmatismo, sino que impusieron formalizar el proceso de consulta convocando los Estados Generales, un órgano representativo que no se había vuelto a reunir desde 1614. Así se puso en marcha una dinámica de exigencias crecientes a la corona. Pronto se sumaron otras tendencias igualmente conflictivas: peleas entre bandos en la corte, disturbios entre la población rural de las provincias y en la capital entre el «pueblo», enfrentamientos entre los nobles y los plebeyos de la clase acaudalada. Desde el momento en que el gobierno mostró hallarse en una posición de debilidad y dispuesto a emprender reformas, se abrieron nuevas brechas entre la oposición, que en un principio no se había dirigido tanto contra el sistema de poder en sí como contra la incompetente gestión de Luis XVI. Ante la perspectiva de los cambios, los diversos grupos y personas pugnaron por imponer sus propios intereses. En la competencia por los beneficios y las posiciones, se puso de manifiesto que en realidad el régimen era incapaz de reformarse. Los historiadores siguen debatiendo al respecto de cuánto peso tuvieron las cuestiones de política exterior y colonial en el tiempo comprendido entre el gran estallido de la revolución, en 1789, y el principio de los enfrentamientos militares entre Francia y las distintas grandes potencias europeas, en abril de 1792.1823 Una cosa sí está clara: después de que, entre 1787 y 1789, la posición de Francia en materia de política exterior quedara debilitada —tanto de hecho como simbólicamente— y ello contribuyera en mucho al hundimiento del Antiguo Régimen, las nuevas fuerzas políticas tenían que proponerse como objetivo destacado corregir esa situación; más aún, cuando esas fuerzas se expresaron con una retórica nacionalista cada vez más marcada. Así, la posterior expansión militar de la época napoleónica no se apartaba en nada de la lógica de la rivalidad global con Gran Bretaña.

¿Cuándo empezó la Revolución Francesa y cuándo terminó? No hubo un precedente turbulento como el que representó, en

Norteamérica, el período de 1765 (crisis de la ley del Timbre) a 1776 (con el gran paso revolucionario de la Declaración de Independencia). Podríamos decir que la crisis terminal del Antiguo Régimen se inició en este mismo año de 1776, cuando el ministro de Exteriores Vergennes se impuso frente a las advertencias del gran ministro Turgot, que cayó en mayo, con su política —a la postre fatal— de intervención en América.1824 Pero también podríamos empezar en 1783, cuando se vieron las *consecuencias* de esa política. Antes de 1789, en Francia no se produjeron actos de violencia revolucionaria comparables a los sucesos de 1765 en Norteamérica. El «punto de no retorno» revolucionario se alcanzó el 17 de junio de 1789, cuando el Tercer Estado constituyó los Estados Generales como Asamblea Nacional. En este momento, el rey y el gobierno perdieron toda la fuerza que aún les quedaba. Para los mismos contemporáneos, esta extraordinaria aceleración de unos acontecimientos inauditos —los más conspicuos, en Versalles y París— fue lo que dio a la Revolución Francesa un carácter del todo novedoso. En tiempos de paz casi nunca se había dado una compresión similar del espacio y el tiempo, tampoco en Norteamérica, después de 1765. Aquí no hará falta describir el posterior desarrollo de la revolución dentro de Francia, un proceso de varios estadios que fue vedando posibilidades (por ejemplo, en el verano de 1792, la de una monarquía parlamentaria) y a la vez abriendo nuevos horizontes.1825 Cuándo *terminó* la revolución es una cuestión irremediablemente polémica. La fase «caliente», de mayor violencia revolucionaria, se inició en agosto de 1792 y duró casi dos años, hasta la caída de Robespierre, a finales de julio de 1794. Pero no se dieron condiciones políticas relativamente estables hasta noviembre de 1795, con el gobierno del Directorio y la constitución de agosto de aquel mismo año (*Constitution de l’an III*). ¿Cuándo acabó la revolución? ¿Cuando el general Bonaparte tomó el poder, el 9 de noviembre (18 de brumario) de 1799, o con la creación de un entorno pacífico en

materia de política exterior (con la paz de Amiens, entre Gran Bretaña y Francia, en marzo de 1802), o solo cuando Napoleón quedó derrotado, en abril de 1814? Desde la perspectiva de la historia universal, esta última opción es la más razonable. El efecto mundial de la Revolución Francesa se desplegó despacio y quienes lo difundieron por múltiples países (desde Egipto a Polonia y España) fueron, en un principio, los ejércitos napoleónicos.

Haití

En el mismo año de 1804 en que Bonaparte se vistió la corona imperial, Jean-Jacques Dessalines se proclamó emperador Jacques I de la colonia antaño más rica de Francia. Con ello puso fin (en este caso, indudablemente) a un proceso revolucionario que estaba relacionado muy directamente con el francés y transcurrió casi en paralelo a este. La revolución en la colonia de Santo Domingo, que ocupaba la mitad occidental de la isla antillana de La Española (con unas fronteras que en el siglo XVIII eran ya casi idénticas a las del moderno estado de Haití), debe entenderse como una consecuencia inmediata de la Revolución Francesa. Antes incluso de que, en el campo ideológico, se llegara a la guerra civil universal entre los revolucionarios y sus oponentes (que el político y periodista Edmund Burke no solo había previsto en 1790, en sus *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, sino que él había ayudado a ponerla en marcha), los hechos de París prendieron la mecha de un proceso revolucionario en el remoto Caribe, que se desarrolló entre 1791 y 1804. Por su violencia, esta revolución dejó muy atrás las de Norteamérica y Francia.[1826] Como lo acontecido aquí se conoce mucho menos que las revoluciones francesa y estadounidense, convendrá hacer una breve aclaración previa.

La situación de partida en esta colonia azucarera, por descontado, era muy distinta a la de Norteamérica y Francia. En la década de 1780 había en Santo Domingo una sociedad esclavista prototípica, dividida en tres clases: una gran mayoría

de esclavos negros (en 1789, unos 465.000), muchos de los cuales todavía habían nacido en África; una élite dominante blanca, formada por unas 31.000 personas, que eran amos de las plantaciones, capataces asalariados o funcionarios coloniales; y entre medio, unas 28.000 *gens de couleur*, negros con condición de libres, algunos de los cuales habían alcanzado un bienestar considerable e incluso poseían plantaciones con sus propios esclavos.1827 En este triángulo tuvieron lugar tres revoluciones simultáneas: (1) los dueños de las plantaciones, de ideología conservadora, se rebelaron contra el nuevo régimen de París, que era contrario a la esclavitud; (2) un levantamiento genuino de la población esclava, la más numerosa del mundo fuera de Estados Unidos y Brasil; y (3) el intento de las *gens de couleur* de acabar con el dominio de los blancos en una sociedad profundamente marcada por la discriminación racial. En ningún otro país de los afectados por el contexto revolucionario atlántico se congregó tanta explosividad social como en Santo Domingo. Aquí no se luchaba por cuestiones constitucionales o la instauración de principios legales, sino ante todo por la mera supervivencia en una sociedad de brutalidad extrema. Entre las grandes revoluciones de la época, la haitiana es la que cabe calificar más claramente de revolución social, pero no solo por sus causas, sino también por sus consecuencias. La revolución estadounidense no creó un tipo de sociedad completamente nuevo ni aniquiló por completo ninguna de las clases del orden colonial; de hecho, a la luz de las pruebas es razonable sostener que el cambio social vivido durante el período de la llamada «revolución del mercado» (de 1815 a 1848, aproximadamente) fue más profundo que las modificaciones de la estructura social de la época revolucionaria, desde 1765.1828 En el caso de la Revolución Francesa, los efectos sociales fueron más importantes: ante todo, los privilegios de la aristocracia se abolieron, los campesinos quedaron liberados de obligaciones feudales, la Iglesia perdió mucho peso como factor social (por ejemplo, como

gran terrateniente), y se crearon las bases legales y administrativas adecuadas por las formas económicas del capitalismo burgués (este último logro se adscribe en particular a la era napoleónica). Pero en ninguna de las dos «grandes» revoluciones se destruyó, además de un orden político, todo un sistema social. En Haití, sí. Tras una larga serie de masacres y guerras civiles, los esclavos se impusieron y el sistema colonial de las castas dio paso a una sociedad igualitaria de pequeños campesinos afroamericanos libres.
Este drama se desarrolló en un campo de fuerza de efecto internacional. En Francia, los paladines ilustrados de los derechos humanos universales abogaron por la liberación de los esclavos de las colonias. Al mismo tiempo, nada más iniciarse la revolución, en el país surgió la duda de cómo debían participar los franceses de las colonias y —este era el punto más polémico— las *gens de couleur* en la democratización de la política francesa. En enero de 1790, en Santo Domingo se inició un proceso participativo por el que los blancos podían elegir una asamblea colonial de representantes.1829 Antes incluso, en octubre de 1789, una delegación de las *gens de couleur* se presentó en la Asamblea Nacional parisina. Los acontecimientos de Francia y los de la isla antillana se caracterizaron por una interacción directa, pero los problemas de comunicación impidieron que también la coordinación fuera directa. En noviembre de 1791, cuando llegaron a Santo Domingo tres comisarios enviados por la Asamblea Nacional con la tarea de trasladar ordenadamente la nueva política parisina (que sin embargo era por completo contradictoria), aún no sabían que en agosto había estallado en la colonia una rebelión de los esclavos que costó sobremanera sofocar.1830
En abril de 1792 se llegó a un hito de gran fuerza simbólica, cuando en París la Asamblea Nacional declaró el principio de la igualdad de derechos políticos para los ciudadanos blancos y las *gens de couleur* (los negros libres). Esto aún no suponía la libertad de los esclavos, pero sí que viera la luz el principio de

que los derechos de la ciudadanía no podían jerarquizarse de acuerdo con el color de la piel. Los diversos grupos revolucionarios de París no pretendían, en ningún caso, dar la independencia a su colonia más valiosa. Bajo la dirección de un antiguo esclavo, François Dominique Toussaint Louverture (o L'Ouverture, 1743-1803), que había ascendido sirviendo al gobierno revolucionario francés, se produjo una compleja combinación de la lucha revolucionaria con un cauteloso movimiento independentista. Es posible que Francia hubiera tolerado la independencia de Haití si se le hubiera garantizado que la isla seguiría interpretando su papel en el sistema comercial transatlántico francés. Al parecer, Toussaint Louverture —que había llegado a la cima del poder en 1797, tras ser nombrado gobernador de Santo Domingo— comprendió que no era aconsejable optar por la ruptura económica total con Francia. Por otro lado, Toussaint también supo navegar hábilmente entre Francia y las dos potencias que intervinieron en contra de la revolución, España (que controlaba la mitad oriental de La Española) y Gran Bretaña. En 1798, los británicos renunciaron al intento de conquistar la isla, que habría supuesto muchas bajas.[1831] Napoleón puso fin al experimento de Toussaint. Dio marcha atrás a la decisión que había adoptado en 1794 la Convención parisina, que abolía la esclavitud en todas las posesiones coloniales. Después de firmar la paz con Gran Bretaña en abril de 1802, como primer cónsul, Napoleón envió una expedición militar al Caribe para terminar con el proyecto de autonomía de Toussaint Louverture: el gobernador fue detenido y murió poco después en la prisión. En cambio, no se logró reinstaurar la esclavitud. Los negros se defendieron y, en 1803, el ejército francés sufrió una derrota aplastante en una guerra de guerrillas extraordinariamente destructiva. El 1 de enero de 1804, Haití se proclamó estado independiente. Francia no lo reconoció (y renunció con ello a la posibilidad de reconquistarlo por la fuerza) hasta 1825. Aunque se enfrentó a las dos mayores

potencias militares de la época, Gran Bretaña y Francia (unidas de forma excepcional, en esta ocasión), la mayoría demográfica de Haití consiguió acabar con la institución de la esclavitud, con tres siglos de historia en la isla. Ahora bien, la revolución y las intervenciones bélicas causaron una desolación de tal calibre que complicaron sobremanera la construcción de una nueva sociedad libre y próspera.

El curso de los acontecimientos en Haití no provocó más reacciones en cadena revolucionarias. En ninguna otra sociedad esclavista se repitió, durante el siglo XIX, el espectáculo de una revolución con la que los esclavos se daban a sí mismos la libertad. En Francia, Haití actuó como señal de advertencia contra una indulgencia excesiva en la cuestión de la esclavitud. Así, el país que en 1794 había anunciado la emancipación total no liberó al resto de sus esclavos hasta 1848 (es decir, quince años después que Gran Bretaña, antaño contrarrevolucionaria). En todas las sociedades esclavistas —y muy en particular en los estados del sur de Estados Unidos— se encargó pintar en las paredes el espectro del gran «levantamiento negro» que amenazaba con estallar en cuanto se hiciera una mínima concesión a los esclavos. Hasta la guerra civil —más de medio siglo después de los hechos de Haití—, los propagandistas sureños recordaron que los abolicionistas franceses (los *Amis des Noirs* o «amigos de los negros») habían abierto la caja de Pandora de las sublevaciones de esclavos. A la inversa, los abolicionistas estadounidenses recalcaban que solo suprimiendo la esclavitud se podría erradicar el peligro para siempre.[1832]

A diferencia de las revoluciones francesa y estadounidense, la haitiana no se produjo en una sociedad marcada por las culturas de la escritura y la imprenta. Hay algunos testimonios personales de los revolucionarios, pero no muchos; y solo unas pocas declaraciones programáticas expresas. De hecho, hasta las intenciones de una figura de múltiples facetas como Toussaint Louverture se conocen, en parte, solo por lo que se

colige de sus hechos. Los historiadores han aplicado mucho ingenio, en fechas recientes, a valorar todas esas fuentes dispersas, y con ello han añadido una cara del todo novedosa a la «era de las revoluciones».1833 La escasez del material discursivo ha contribuido a que, en la historia de las revoluciones, se haya tardado mucho en tomarse en serio la de Haití. *Esta* revolución no parecía emitir ningún pensamiento político universalizable, más allá de la llamada a liberar a los esclavos de todos los países. Esto no es falso. Pero también hay que admitir que la revolución del Caribe francés compartía, desde el principio, el discurso de la libertad que se hallaba en la base de toda la revolución atlántica. La crítica al absolutismo, tanto en la Norteamérica británica como en Francia, había vuelto una y otra vez sobre el tópico del yugo esclavista del que había que liberarse. El ilustrado inglés Samuel Johnson había expresado su asombro ante el hecho de que pidieran la libertad a voz en grito precisamente los que tenían esclavos.1834 Algunos de los padres fundadores de Estados Unidos poseían esclavos, y no dejaron de serlo (aunque George Washington sí dio la libertad a todos los suyos) y la Constitución estadounidense de 1787, así como las adiciones posteriores, guardaron silencio sobre el problema de la esclavitud. Solo en Haití —y en ningún otro sitio— el programa de la discriminación racial primero, y luego el de la emancipación de los esclavos, adquirió una importancia inmediata para los implicados activamente en la revolución. Los negros y mulatos, víctimas de un rígido sistema de opresión, se apropiaron de las ideas, los ideales y los símbolos de la Revolución Francesa con el fin de situarse en un nuevo universo de ciudadanía de carácter «daltónico», como en efecto se proclamó en 1794.1835 En consecuencia, la reintroducción de la esclavitud, en 1802-1803, provocó una guerra de liberación de magnitud apocalíptica. Y el colonialismo, que fuera de Haití perduró en todas partes, todavía mantuvo fuera del orden del día histórico durante otro medio siglo la contradicción entre la norma de la

igualdad legal y su negación práctica.

Latinoamérica y Norteamérica en comparación

El efecto *espiritual* de los principios de 1776 y 1789 no topó con límites ni temporales ni espaciales.1836 En casi todo el mundo (quizá con la excepción de Japón), y en todas las épocas subsiguientes, se apeló a la libertad, la igualdad, la autodeterminación y los derechos humanos y civiles. Una contracorriente del pensamiento occidental, desde el coetáneo británico Edmund Burke hasta el historiador francés François Furet, lo ha valorado a la inversa y ha querido ver en el radicalismo jacobino los orígenes de la «democracia totalitaria» (en palabras de Jacob L. Talmon, que señala especialmente a Rousseau) e incluso de toda forma de fanatismo y fundamentalismo. El efecto mundial *inmediato*, perceptible en interacciones concretas, fue mucho más restringido. Como ya hemos visto, se terminó a las puertas de Rusia.1837 En China, la Revolución Francesa no tuvo resonancias claras, en lo esencial, hasta 1919; y en ese mismo momento, por razones obvias, también se despertó el interés por la guerra de liberación antiimperial de las colonias estadounidenses. Al líder revolucionario Sun Yatsen (1866-1925) le habría gustado verse como el George Washington de China. En la India, algunos opositores al régimen británico confiaron en vano en recibir el apoyo de Francia; y al revés, el temor a una invasión francesa se usó con habilidad táctica como excusa para la conquista preventiva de amplias zonas del subcontinente. Esta conquista la encabezó Richard Wellesley, hermano de Arthur Wellesley, acreditado en la guerra contra Napoleón y duque de Wellington desde 1814.1838 Fuera o al margen de la zona de interacción atlántica, la Revolución Francesa ejerció su efecto más profundo por medio de la expansión napoleónica por el Próximo y Medio Oriente. De hecho, en Egipto, en el imperio otomano e incluso en el lejano Persia, la expansión militar napoleónica fue (como es lógico) mucho más importante que la propia revolución. Llamó la atención de golpe, en 1798, con la invasión

francesa de Egipto. La ocupación francesa quebrantó siglos de mando de los mamelucos y, de esta forma, abrió un espacio para nuevos individuos y grupos que se hicieron con el poder tras la retirada francesa, en 1802. El imperio otomano era un socio acreditado de los británicos, como factor de seguridad en el Mediterráneo oriental, que ahora cobraba importancia de nuevo. Aquí fracasó el intento del sultán Selim III (*r.* 1789-1807), que casualmente había ascendido al trono en el mismo año del hito revolucionario, de eliminar la influencia conservadora de los militares jenízaros, que se oponían a toda posible reforma; solamente lo consiguió el segundo de sus sucesores, el sultán Mahmud II, en 1826. Pese a todo, presionado por la intensificación de las actividades diplomáticas y militares, el sultán Selim empezó una política de modernización militar; Irán siguió al poco tiempo con un programa similar. Pero en ningún lugar del mundo islámico, ni de toda Asia y África, la Revolución Francesa desató movimientos revolucionarios independientes «desde abajo».[1839] ¿Cómo encaja Latinoamérica en este cuadro?[1840] Fue la cuarta área limítrofe con el Atlántico que se vio envuelta en el proceso revolucionario de la «época de collado». Sin embargo, la implicación en el proceso global fue distinta según cada región. En Norteamérica, las colonias que luego formarían Canadá se mantuvieron leales a la corona británica. En el resto de colonias esclavistas del Caribe, la situación fue más tranquila que en Santo Domingo; y en las demás islas antillanas francesas, los hechos adquirieron un curso propio. En contraste, destaca como uno de los rasgos más llamativos de Hispanoamérica (dejando de lado Brasil, que recorrió un camino especial con una derivación de la corona portuguesa) que el imperio colonial español, con la excepción de Cuba, se hundiera por completo. En un plazo de pocos años, un imperio colosal se deshizo en un mosaico de repúblicas autónomas. El propio estado nacional español también fue, según se mire, un producto de la descomposición de su imperio. Desde el punto de vista

temporal, este proceso —al que corresponde preferiblemente el nombre de «revoluciones de independencia» (en plural)— fue el último de los grandes impulsos de transformación del espacio atlántico. Respecto de sus fechas, predomina el consenso: de 1810 a 1826.[1841] Las tres grandes revoluciones podrían servirnos como puntos de partida. Haití inspiró espanto allí donde la esclavitud tenía mucho peso y, en particular, donde los mulatos libres (denominados «pardos» en el lenguaje americano de la época) empezaron a perseguir sus propias metas políticas. Aunque sirvió más como mal augurio que como modelo, Haití también actuó como lugar de refugio de los sublevados contra los españoles. La Revolución Francesa tampoco funcionó como un modelo inmediato. Los líderes de las revoluciones de independencia hispanoamericana eran en su mayoría criollos, es decir, blancos de origen español nacidos en el Nuevo Mundo. Típicamente pertenecían a la clase más acaudalada y eran terratenientes o miembros del patriciado urbano. Por mucha simpatía que pudieran sentir por los objetivos liberales de la fase inicial de la Revolución Francesa, el radicalismo jacobino tenía que resultarles amenazador. Por otro lado, armar a las masas populares, aunque en ocasiones pudiera resultar imprescindible, les provocaba recelo y desconfianza.

Que en la América española también había potencial para grandes protestas populares se puso de manifiesto entre 1780 y 1782, con el levantamiento que dirigió José Gabriel Condorcanqui —que se hacía llamar Inca Túpac Amaru II—. Aunque situada en la otra punta del mundo, esta sublevación muestra ciertas semejanzas con la rebelión (algo anterior) de Pugachov en Rusia. Se apoyaba en una coalición amplia, pero poco cohesionada, de las fuerzas más diversas, y bebía de las fuentes de una cultura popular segura de sí misma. Pese a que también se dirigía contra el poder español (que la sofocó brutalmente), los motivos de esta sublevación no se identifican sin más con las aspiraciones autonomistas de la oligarquía

criolla. La magnitud de la rebelión (se refleja con especial claridad, una vez más, en el número de víctimas) fue impresionante: se dice que murieron unos 100.000 indios y 10.000 españoles.1842 El jacobinismo y la leva en masa eran poco atractivos para los «libertadores» de Latinoamérica. Y no se podía contar con el apoyo de una Francia revolucionaria porque en los años decisivos de la guerra por la libertad, tras el fin del imperio napoleónico, Francia había vuelto a la restauración.

La conexión entre las transformaciones de Francia y de Latinoamérica no fue tanto la sustancia revolucionaria como la política de poder. Para hallar las raíces de las revoluciones tanto de Estados Unidos como de la independencia latinoamericana hay que remontarse a la década de 1760. Por razones emparentadas, pero propias de cada caso, tanto el estado británico como el español intentaron, de forma simultánea, consolidar su autoridad y reformar el aparato de gobierno local con el fin de controlar más de cerca las colonias americanas y permitir que la metrópoli sacara más partido de su potencial económico. Gran Bretaña, con Jorge III recién coronado (en 1760), fracasó estrepitosamente a los pocos años. España, con Carlos III (*r.* 1759-1788), topó con una menor resistencia de los colonos y empezó teniendo más éxito. Esto obedeció a varias razones. Primero, el sistema de gobierno español en América siempre había sido más homogéneo y centralista, por lo que un administrador capaz podía imponer con más facilidad sus reformas. Además, los criollos sudamericanos no estaban tan cerca de la Ilustración y su discurso crítico con la autoridad, y por otro lado estaban menos habituados a expresar su voluntad en órganos representativos. Por estos y muchos otros motivos, el sistema colonial español no se vino abajo ya en el tercer cuarto del siglo XVIII, como el británico. De hecho, se mantuvo firme hasta que, en 1808, la invasión napoleónica de España derrocó a la propia monarquía borbónica.

Si el levantamiento norteamericano se dirigía contra un

gobierno imperial que se percibía como cada vez más injusto y despótico, en Hispanoamérica la crisis se anudó en el momento preciso en que había dejado de existir tal centro imperial.1843 En esta situación de vacío imperial, dos tendencias pasaron al primer plano: por un lado, los diversos patriotismos criollos que se habían ido formando, con el paso del tiempo, en el seno del imperio español, y que eran mucho más marcados que los caracteres de las distintas colonias de la Norteamérica británica; por otro lado la voluntad de seguir manteniendo vínculos políticos laxos con España, solo que en el marco de nuevos estados constitucionales y liberales. En cierto sentido, esto reflejaba como un espejo el desarrollo de los acontecimientos anteriores en Norteamérica. Al iniciarse el conflicto, los «criollos» (el nombre también resulta idóneo para este caso) de las trece colonias rebeldes de Norteamérica todavía se sentían británicos, en su gran mayoría. Muchos de ellos tardaron en pasar de una sólida identidad británica a una americana, por el momento aún muy insegura.1844 La resistencia fue tanto más decidida cuanto menos se dirigía contra el rey (como figura real y simbólica) y más contra la omnipotencia a la que aspiraba el Parlamento de Londres, que se arrogaba el derecho a gravar con impuestos arbitrarios a los americanos sin ofrecerles nada más que la huera ficción de una *virtual representation*. En el caso español, en cambio, la formación de identidades separadas había avanzado bastante más.

En cuanto a los criollos hispanoamericanos, centraron sus esperanzas (mientras el reaccionario Fernando VII era preso de Napoleón) en el gobierno alternativo de las zonas no ocupadas de España. En el corazón de este gobierno figuraban las Cortes de Cádiz, reunidas en septiembre de 1810. Fueron la primera asamblea nacional de España y, desde el principio, se concibieron como un cuerpo de representantes de *todo* el mundo hispánico, incluyendo las colonias.1845 Sin embargo, las Cortes —en las que, como era de prever, los americanos

contaron con muy pocos diputados— demostraron ser tan rígidas, en cuestiones como por ejemplo la política comercial, como lo había sido unas décadas antes el Parlamento británico. Así, el ideal de una federación imperial española, aunque plenamente concebible en teoría, no se podía hacer realidad fuera del absolutismo. Las Cortes tampoco acertaron a abolir el comercio de esclavos o la esclavitud, ni más en general a abordar los problemas de la multietnicidad de las sociedades americanas. Pese a todo: el temprano experimento del estado constitucional español —que, para lo habitual en la Europa de la época, fue muy ambicioso— sirvió precisamente para habituar a los criollos tanto al uso de las constituciones escritas (la Constitución de Cádiz, de 1812, fue el modelo formal del exuberante constitucionalismo de la Latinoamérica del siglo XIX) como a la práctica de una participación política más amplia (por ejemplo, sin limitar el derecho de sufragio masculino a los propietarios).

La emancipación de Hispanoamérica se desarrolló menos linealmente que la de la América británica. La región era más extensa; la logística, más dificultosa; la oposición entre campo y ciudad, más marcada; el apego a la monarquía, más arraigado; y las élites criollas se hallaban partidas en dos, a menudo rayando incluso en la guerra civil. Desde el punto de vista *espacial*, hubo varias guerras de independencia, de lazos mutuos bastante laxos, libradas por ejércitos y milicias distintas. Desde la perspectiva *temporal*, las guerras vivieron dos fases.[1846] Primero, todo lo recién iniciado, tanto a un lado del Atlántico como en el otro, quedó hecho trizas en mayo de 1814, de la noche a la mañana, con el regreso del neoabsolutista Fernando VII. La lucha por la independencia guiada por hombres como Simón Bolívar, José de San Martín y Bernardo O'Higgins solo llegó a sus cimas de heroísmo en la resistencia militar contra el intento (que se inició entonces, al principio con gran éxito) de reconquista de las colonias que ya se habían escapado.[1847] Hacia 1816, parecía que los españoles

habían sofocado la resistencia (con la excepción, ante todo, de Argentina). En muchos lugares del continente, los rebeldes habían pasado a la defensiva y la reacción puso en marcha sus tribunales penales. Este fue el punto más bajo de la cuestión revolucionaria; después, poco a poco, empezó una segunda fase de guerras de liberación, en la que los caudillos comenzaron a interpretar un papel ominoso: su poder descansaba sobre el hecho de asegurar un botín tanto a sus bandas armadas como a los seguidores civiles, sin prestar interés alguno a la creación de instituciones estatales. El proceso revolucionario, en su conjunto, tuvo mucha más diversidad social que el del norte del continente, donde la revolución de la élite no incluyó ni rebeliones campesinas ni levantamientos populares, como los que hubo por ejemplo en el México rural; sublevaciones que, a menudo, no tenían nada que ver con la presencia colonial española, sino ante todo con la defensa de un estilo de vida amenazado.1848 Pero la última serie de victorias militares en los países situados al sur de Nueva España/México se debió a la debilidad española, pues el ejército mostraba escaso entusiasmo por la reconquista americana, y sin la ayuda del ejército, los liberales no habrían podido obligar a Fernando VII a restaurar la Constitución en 1820. Entre esos tiempos revueltos, se retrasó el envío de nuevas tropas expedicionarias. Por otro lado, que en el intento de reconquista de América los españoles usaran los métodos franceses contra las guerrillas locales (métodos que habían experimentado poco antes en sus mismas carnes) muestra una vez más que el Atlántico revolucionario actuó como un marco común de aprendizaje.

Pasemos por último al contexto internacional: a partir de 1788, los rebeldes norteamericanos contaron con apoyo militar directo del exterior; pero los insurgentes hispanoamericanos no, ni siquiera de Estados Unidos. A diferencia de lo sucedido en Haití, ninguna gran potencia se inmiscuyó directamente en el proceso. La Royal Navy tendió un paraguas protector sobre el Atlántico, pero los enfrentamientos militares decisivos se

libraron entre los criollos y los representantes de la restauración española, sin la irrupción de terceros que se dio en las otras revoluciones. Aun así, no podemos pasar por alto que al principio, hacia 1810, el temor a que Francia se apoderase también de las colonias españolas fue determinante. Desaparecida la monarquía española, en Latinoamérica nadie ansiaba convertirse en súbdito de Napoleón. En fases posteriores, el respaldo «privado» no fue nimio. En diversos lugares combatieron mercenarios y voluntarios ingleses e irlandeses (entre 1817 y 1822 llegaron a Sudamérica 5.300), que se convirtieron en un factor militar relevante;1849 filibusteros estadounidenses actuaron contra los barcos españoles, con la tolerancia de su gobierno; y comerciantes británicos ofrecieron un apoyo financiero que, a largo plazo, representaba una buena inversión en la apertura de nuevos mercados.

En toda América, las revoluciones de independencia tuvieron dos consecuencias esenciales (o al menos, tendieron a ello): los súbditos se convirtieron en ciudadanos de nuevos estados, y la estructura de las viejas sociedades jerárquicas se tambaleó.1850 La pluralidad colonial dio paso, en la América septentrional y la hispana, a dos paisajes políticos distintos: aquí, a una diversidad aún mayor, reforzada por la soberanía de los diferentes estados nacionales; allí, a un estado federal cuya dinámica fundamental era la expansión hacia el oeste y el sur, también a expensas de México y en general de la civilización de cuño español (la guerra hispano-estadounidense de 1898 se sitúa en esta misma línea de fuga). En el norte, como en el sur, siguieron existiendo dos grandes estados no revolucionarios: aquí el imperio de Brasil (república, desde 1889), allí el dominio de Canadá, integrado en el imperio británico. En el norte, como en el sur, la revolución política no desembocó directamente en condiciones estables; pero en el norte, la situación de base era más favorable, porque la guerra de independencia no había sido al mismo tiempo una guerra

civil y porque en el norte no había equivalente a los «pardos», la extensa clase de los mulatos libres, cortejada temporalmente tanto por los republicanos como por los monárquicos.1851 En el norte, los indios y negros habían quedado apartados por completo: la política nacional siguió siendo de los blancos. En el sur, donde el estado colonial había traducido la diversidad de colores de piel en una jerarquía de estados legales, el conflicto trazaba líneas más complejas. En el norte siguió habiendo un equilibrio más claro entre la ciudad y el campo, mientras que en el sur, los años de guerra desembocaron en una «ruralización del poder».1852 En las décadas posteriores, la «frontera» norteamericana contribuyó a cierta democratización de la propiedad de las tierras. En Sudamérica, en cambio, el poder era un monopolio de unas oligarquías terratenientes que imponían su sello en las políticas *nacionales* de un modo que en Estados Unidos nunca se dio, ni siquiera antes de la guerra civil, cuando las fuerzas agrarias de los estados del sur alcanzaron su máxima capacidad de influencia.

Uno de los grandes logros del joven Estados Unidos, que no se repitió al sur del continente, fue evitar la militarización y el militarismo. La «nación armada» (*nation in arms*) de la época revolucionaria no se transformó en una dictadura militar. No hubo fuerzas militares independientes, del estilo de los caudillos, que cobraran importancia. A diferencia de Sudamérica y partes de Europa, Norteamérica no fue un continente de golpes militares.1853 Entre los estados de Hispanoamérica, muchos no se estabilizaron interiormente hasta las décadas de 1860 o incluso 1870, en parte como consecuencia de su mayor grado de integración en la economía mundial.1854 Si quisiéramos delimitar una fase de máxima estabilidad política en la América Central y del Sur, serían las tres décadas comprendidas entre 1880 y el principio de la revolución mexicana, en 1910. Cuando empezaron las guerras de independencia latinoamericanas, Estados Unidos ya había logrado una notable estabilización posrevolucionaria. En 1800,

cuando se eligió a Thomas Jefferson como tercer presidente del país, la Unión entró en un período de consolidación.1855 En parte, la consolidación fue engañosa o temporal. En particular quedaron dos cuestiones sin resolver: (1) cómo podrían coexistir en un solo estado dos tipos de sociedad tan distintos: la sociedad esclavista del sur y el capitalismo del norte, basado en el trabajo asalariado; y (2) de qué forma se debían integrar los nuevos estados federales sin desnivelar el delicado equilibrio constitucional. La guerra civil, que se inició en 1861, no fue una pura sorpresa. Vista en retrospectiva, parece haber sido mucho más «inevitable» que por ejemplo la primera guerra mundial. Al iniciarse la contienda, seguían vigentes varios problemas derivados de los años revolucionarios. El hecho de que los padres fundadores desaprovecharan la ocasión de resolver para siempre la cuestión de la esclavitud posibilitó que, a finales de la década de 1850, aún se pudiera exigir seriamente la restauración del tráfico de esclavos africanos, prohibido en 1807; y que un político juicioso como Abraham Lincoln estuviera convencido de que el sur pretendía imponer la esclavitud en los estados libres del norte.1856 Así pues, en cierto sentido, la guerra civil fue la última ramificación de la revolución. De hecho, aun a riesgo de abusar mucho del concepto de revolución, podría plantearse la hipótesis de un ciclo de disturbios revolucionarios que habría durado toda una centuria: desde la crisis de la ley del Timbre, en 1765, a la derrota de la Confederación, en 1865.

El final de las revoluciones de independencia hispanoamericanas se aproxima temporalmente a las revoluciones europeas de 1830-1831, que, como un Jano bifronte, miraban tanto al pasado como al futuro. También se las debe considerar como parte —y conclusión— de la «era de la revolución». A la estela de unos disturbios surgidos entre los artesanos de París, a finales de julio de 1830, hubo un estado de revolución en Francia, el sur de los Países Bajos (aquí nació la Bélgica independiente), Italia, Polonia y algunos estados de la

Confederación Germánica (en particular Kurhessen, Sajonia y Hannover). El resultado fue más bien modesto. Las fuerzas de la restauración, que en la Europa continental se habían hecho con el poder después de 1815, perdieron algo de fuelle aquí y allá, pero solo en Francia fueron derrotadas políticamente; e incluso aquí solo ganaron espacio de acción política los grupos sociales (ya los llamemos «notables» o «burguesía liberal») que ya *antes* de la revolución de julio habían formado el núcleo de las élites posrevolucionarias de Francia.1857 En 1830 hubo una revolución más política que social. En algún aspecto se asemejaba a la de 1789-1791: trajo a la memoria la idea del estado constitucional, de origen revolucionario, y se amparó claramente en la retórica y el simbolismo de la «gran revolución» en su fase prejacobina. Pero el mundo visual, de estilo heroico, de la lucha en barricadas urbanas no debería engañarnos: a menudo siguió habiendo formas de protesta rural, sin mucha relación directa con los acontecimientos de las ciudades, de las que como mínimo se puede afirmar que fueron «premodernas».1858

Integración transatlántica

Las revoluciones atlánticas compartían una experiencia básica novedosa, que impedía por completo volver a las condiciones prerrevolucionarias: la politización duradera de círculos de población más amplios. En todas partes, la política dejó de ser exclusiva de las élites. Y siempre pervivió algo, incluso cuando la transición de salida del proceso, el enfriamiento del calor revolucionario, evolucionara en una dirección muy distinta.1859 La politización se canalizó con particular éxito en Estados Unidos, en la dirección de las instituciones representativas, aunque con exclusión de la población no blanca. Donde este intento de reconstrucción casi democrática fracasó —como en la Francia del interludio del Directorio (1795-1799) y en varios estados de Latinoamérica—, los nuevos sistemas autoritarios ya no pudieron prescindir de cierta legitimación por parte del «pueblo», aunque solo fuese por

aclamación. El «bonapartismo» no supuso volver al Antiguo Régimen; incluso la restauración borbónica, desde 1814, aceptó elementos heredados de la era posterior a 1789, como el pensamiento constitucional (en forma de *charte constitutionnelle*) y la nueva aristocracia creada por Napoleón a partir de sus generales y favoritos. Canceló el instrumento más temible de entre los surgidos de la revolución: la máquina de reclutamiento napoleónica, que tantas vidas había costado.1860 Aparte de en España, Kurhessen y partes de Italia, la «reacción» no quería borrar por completo las huellas de la revolución. El simple carisma no bastaría para sostener un orden posrevolucionario, según entendió a la perfección Napoleón, gran constructor de instituciones. Bolívar también lo vio y —a pesar de varias tentaciones dictatoriales, que se le ofrecieron en los años de triunfo— batalló incansablemente por la legalidad del estado de derecho y la limitación suprapersonal del poder personal. Pese a todo, no pudo evitar que su Venezuela natal, y algunos otros estados del continente, sufrieran varias décadas sometidas al dominio de los caudillos.1861 En tales condiciones, la politización de las masas se redujo a mantener satisfecha a la propia y escasa clientela.

Las revoluciones atlánticas surgieron a partir de una red de relaciones que se habían ido forjando a ambos lados del océano desde los tiempos de Colón. Se solapaban varias capas de integración:

1. la integración administrativa en el seno de los grandes imperios de España, de Inglaterra/Gran Bretaña y de Francia, así como en los imperios menores de Portugal y los Países Bajos;
2. la integración demográfica derivada de la emigración al Nuevo Mundo, sobre todo del este hacia el oeste, pero también de la reemigración en el sentido contrario, especialmente del personal colonial;
3. la integración derivada del comercio, desde la venta de pieles

en el norte al tráfico de esclavos de Angola hacia Brasil en el sur, que se organizaban según las reglas competitivas de un mercantilismo nacional que cada vez costaba más imponer, y que primero se vio alterada por la piratería endémica (en declive desde 1730 aproximadamente); este comercio creó algo similar a una cultura de consumo común para la región atlántica (embrión del moderno «consumismo» occidental), cuya interrupción mediante boicots de raíz política se empleó ahora por primera vez como arma de las relaciones internacionales;1862

4. la integración provocada por las transferencias culturales de muy diversa índole, desde la transmisión de las formas de vida del África occidental, pasando por la difusión de las prácticas performativas en toda la región, hasta la reproducción modificada de los estilos arquitectónicos más allá del Atlántico;1863

5. la integración derivada de la difusión de bases normativas comunes o similares de una «civilización atlántica» por medio de libros, opúsculos y periódicos; el autor y crítico literario inglés William Hazlitt ya había escrito en 1828 que la Revolución Francesa era una consecuencia tardía de la invención de la imprenta.1864

Este quinto punto no carece de importancia para comprender las revoluciones atlánticas, aunque la idea en sí misma, sin atender a los intereses subyacentes, no basta para explicar suficientemente la acción política. Desde la perspectiva de la historia de las ideas, todas las revoluciones atlánticas fueron hijas de la Ilustración. Como la Ilustración era de origen europeo, sus efectos al otro lado del océano deben describirse primero como un colosal proceso de adopción y recepción. Algunas voces americanas (a las que también se prestó oídos en Europa) tomaron la palabra desde la década de 1760; muchas, en respuesta enfurecida a autores europeos (como el naturalista Buffon y, más adelante, el filósofo Hegel) que se habían expresado despectivamente sobre la naturaleza y la

cultura del Nuevo Mundo: fue el caso de Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, los autores de los *Federalist Papers* (aparecidos entre 1787 y 1788) o el teólogo mexicano fray Servando Teresa de Mier.1865 También Simón Bolívar —que, junto con el polifacético erudito Andrés Bello, que vivió muchos años en Londres, fue el más destacado pensador político de Latinoamérica en esa época— insistió siempre en llevar a América los programas de la Ilustración europea, pero no sin alteraciones. A este respecto se podía remitir a Montesquieu, que había pedido adaptar las leyes de cada país a sus circunstancias concretas. En el conjunto de la Ilustración atlántica se formaron centros y periferias. En comparación con Francia o Escocia, España fue un escenario secundario, desde el punto de vista intelectual, incluso en la fase de la política reformista anticlerical de Carlos III. Pese a todo, fue un signo de los tiempos que se orientara la mirada más allá de las fronteras culturales intraeuropeas. Con frecuencia se ha llamado ya la atención sobre el hecho de que los ingleses y los colonos norteamericanos, pese a sus habituales diferencias religiosas, compartían una tradición legal común y convicciones comunes sobre la individualidad y sus garantías.1866 En la guerra de opiniones del interior de Estados Unidos, numerosos opúsculos —y en particular, la Declaración de Independencia— mostraron que John Locke y su concepto del contrato social, Algernon Sidney y su doctrina de la resistencia, o las teorías de anteriores filósofos morales escoceses como Francis Hutcheson y Adam Ferguson eran bien conocidas en Norteamérica.1867 Thomas Paine, corsetero de profesión y filósofo autodidacta, que no había llegado al Nuevo Mundo hasta noviembre de 1774 y se convirtió en uno de los periodistas más influyentes de todos los tiempos, concentró el radicalismo político británico en su rompedora obra de 1776, *El sentido común*, fruto de un cosmopolitismo atlántico que se expresó de un modo aún más llamativo en su posterior *Los derechos del hombre* (1791-1792).

En comparación con los frutos constatables del «despotismo

ilustrado» en Europa, el nuevo país estadounidense encarnó un progreso ilustrado hecho realidad. Si en la «época de collado» cupiera hablar de reyes filósofos, más que en Federico II de Prusia o José II de Austria y el singular Napoleón, habría que buscarlos en los tres primeros sucesores de George Washington en la presidencia de Estados Unidos: John Adams, Thomas Jefferson y James Madison. En la América de lengua inglesa también se prestó mucha atención a los autores franceses, ante todo a Montesquieu, Rousseau y una voz muy crítica con el colonialismo, la del *abbé* Raynal (bajo el nombre de este abate escribió también Denis Diderot). En Latinoamérica tampoco se tardó en conocer a estos *philosophes*. Un joven procedente de una casa rica de Caracas como Simón Bolívar leyó sus obras y también las de Hobbes y Hume, Helvecio (Helvétius) y Holbach; probablemente no fue del todo inusual.1868 En México, en la década de 1790, todo el mundo (del virrey abajo) estudiaba lo que tenían que decir los espíritus críticos de Europa; solo que sin ponerlo en práctica de inmediato.1869 Por decirlo aún más en general, el *zeitgeist* de la fe en el progreso atrapó no solo a los intelectuales en su sentido estricto, sino también a partes del mundo de los negocios, a ambos lados del Atlántico.1870 Así, para muchos americanos, visitar Londres —conservadora en materia *política* y centro mundial de la modernidad *económica*— resultaba tan emocionante como la impresión directa de la París agitada y revolucionaria.

La revolución no es una cena de gala, según escribió en 1927 el joven Mao Zedong, que algo sabía al respecto. Y lo mismo cabe decir de las revoluciones atlánticas. Ninguna fue una revolución pacífica como la que se vivió de 1989 a 1991 entre el río Elba y el desierto de Gobi. Resulta ocioso plantear aquí estadísticas. Las víctimas del Terror francés, entre 1793 y 1794, se han estimado en hasta 50.000 en todo el país (a las que se deben sumar los entre 150.000 y 200.000 muertos de la guerra civil de la Vendée, de 1793 a 1800),1871 deben contemplarse junto a las víctimas, más numerosas, de las guerras europeas de

1792 a 1815 (incluyendo el espantoso Terror que se vivió en España, en todos los bandos, de 1808 en adelante), los cientos de miles de muertos en Latinoamérica desde la sublevación de Túpac-Amaru en 1780 hasta el final de las guerras de liberación y civiles (libradas en ocasiones como guerras totales, sin freno a la destrucción),1872 y los que perdieron la vida en el caldero revolucionario más hirviente de la época, el de Santo Domingo/Haití, entre ellos decenas de miles de simples soldados de los ejércitos expedicionarios francés y británico, la mayoría de los cuales murieron por las enfermedades tropicales. Es razonable comparar favorablemente la revolución de Thomas Jefferson y George Washington con la de Maximilien Robespierre; en Estados Unidos no hubo un proceso similar de matanza de los supuestos traidores. Aun así, no debemos olvidar que la guerra de Independencia de Estados Unidos, entre 1775 y 1781, exigió a los británicos un grado de movilización que superaba al de cualquier contienda precedente y, en cierto sentido, se convirtió en la primera guerra moderna, que causó, tan solo en el bando de los rebeldes, unas 25.000 muertes.1873 Por otro lado, produjo más refugiados y emigrantes que toda la Revolución Francesa.1874 Pero a diferencia de, por ejemplo, la guerra ruso-otomana —al tomar el puerto fortificado de Ochákov (Özi) en 1789, murieron miles de turcos en una sola tarde—, la población civil no sufrió masacres similares. El segundo cuarto del siglo XIX, por el contrario, fue una etapa inocua en la historia del mundo, hasta que en 1850-1851 se inició en China la gran carnicería de Taiping.

Gran Bretaña ocupó un lugar único en el gran campo revolucionario atlántico. A lo sumo desde 1763 era la fuerza militar más poderosa de todo aquel marco. El intento de someter a los obstinados británicos de las colonias desató la reacción en cadena (si aceptamos por ahora tal grado de simplificación) de la sucesión de revoluciones. Gran Bretaña estuvo implicada en todas ellas. Libró guerras contra todas las revoluciones de la época, salvo las latinoamericanas, pero

incluso aquí hubo pronto una acción militar —la ocupación británica de Buenos Aires en 1806— que tuvo un considerable efecto de movilización. Aun con todo ello, el sistema político británico permaneció intacto, no se resquebrajó por la protesta social y las acciones subversivas ni en las zonas rurales ni en las nuevas ciudades de la revolución industrial, completó (entre 1775 y 1815) la mayor movilización económica y militar anterior a la primera guerra mundial, y supo seleccionar a sus líderes de forma que alcanzaran el poder políticos inusualmente capaces como William Pitt (el Joven, que fue primer ministro entre 1783 y 1806, de forma casi ininterrumpida), el más peligroso de los adversarios de Napoleón. ¿Fue entonces Gran Bretaña —que al mismo tiempo experimentó una transformación económico-social especialmente rápida— un polo de quietud conservadora en un mundo de revoluciones?

El Reino Unido también participó en el movimiento revolucionario europeo de 1830. Entre el verano de 1830 —cuando, al poco de morir el rey Jorge IV, llegaron las noticias de la revolución de julio en Francia— y junio de 1832 —cuando el Parlamento acabó por aprobar un paquete de leyes reformistas en un clima de extrema tensión—, Gran Bretaña vivió la crisis política interior más grave de todo su siglo XIX. Los tiempos de mayor propensión revolucionaria no fueron ni la década de 1790 ni 1848; se dieron tres lustros después de que se pusiera fin a más de veinte años de guerra. Al sumarse las secuelas no solventadas de la guerra con los efectos de la primera industrialización, la insatisfacción con el orden imperante creció sobremanera. Entre 1830 y 1832 estallaron disturbios en amplias zonas del sur y el este de Inglaterra, así como en Gales; la ciudad portuaria de Bristol sufrió una intensa destrucción; el castillo de Nottingham quedó reducido a cenizas; los obreros y la clase media formaron guardias, milicias populares y sindicatos (*unions*). Si en la primavera de 1832, el duque de Wellington, el más señero de los políticos conservadores, se hubiera enfrentado directamente con el estado de ánimo de la

opinión pública, con el apoyo de un rey reaccionario (como el príncipe Polignac había hecho dos años antes en Francia), es posible que la casa de Hannover hubiera seguido los pasos de la dinastía borbónica francesa.1875 En cambio, el duque ayudó al primer ministro del partido *whig*, Charles Grey (segundo conde de Grey), a obtener una mayoría favorable a sus leyes reformistas. Más importante aún que el contenido de la reforma —que ampliaba cautelosamente el derecho de sufragio entre los varones y mejoraba la representación parlamentaria de las ciudades industriales en auge— fue el mero hecho que se emprendiera.1876 La reforma desde arriba se adelantó a la revolución desde abajo. Además supuso dar con una nueva receta de éxito para estabilizar la política, y que el régimen oligárquico y conservador que Pitt defendía se viera sustituido por una nueva actitud que, más allá de las diferencias entre los partidos, prestaba oídos a las voces del mundo rural, incluidos, cada vez más, los que aún estaban excluidos del derecho al sufragio. Esto no fue bastante para todos. La decepción ante los límites de la reforma dio origen al movimiento popular del cartismo (*Chartism*), que engendró frutos intelectuales, pero en 1848 fracasó políticamente, pues ni dio el salto a la revolución violenta ni logró aliados suficientes entre las fuerzas reformistas de las capas medias.

Otra forma de revolución británica ya había logrado en 1807 su primer gran éxito: el abolicionismo —como lucha organizada de un colosal movimiento ciudadano contra el tráfico de esclavos— consiguió que el Parlamento británico prohibiera la trata. En 1834 se aprobó suprimir la esclavitud en todo el imperio. Esto equivalía a una revolución de la moral y el sentido de la justicia, el rechazo radical a una institución que, durante siglos, se había considerado natural y favorable a los respectivos intereses «nacionales». El origen de esta revolución específicamente británica tiene fecha: 1787, con la aportación de unos pocos activistas religiosos (en su mayoría, cuáqueros) y radicales del humanitarismo. Su organizador más constante y

exitoso fue un clérigo anglicano, Thomas Clarkson; y su portavoz parlamentario más destacado, el político y *gentleman* evangélico William Wilberforce. En la fase culminante de su eficacia, el abolicionismo fue un movimiento activo en todo el país, que empleaba una variada serie de técnicas de agitación sin violencia; fue el primer movimiento de base amplia de la historia europea, encabezado en lo esencial por comerciantes (como el empresario ceramista Josiah Wedgwood) y en el que, a diferencia de la Revolución Francesa, los nobles renegados apenas tuvieron papel alguno.1877 Aunque el abolicionismo no acabó con el sistema político de ningún estado territorial, sí puso fin a una institución coercitiva (y a la ideología y el orden legal en que esta se apoyaba) que había formado parte de los fundamentos del mundo atlántico en la Edad Moderna.1878

Las revoluciones no surtieron su efecto mutuo tan solo a través de los libros y los discursos abstractos. Hubo futuros revolucionarios que se formaron in situ. Benjamin Franklin —el estadounidense más conocido en la Europa de la época, gracias a sus experimentos en las ciencias naturales— encarnó la «nueva América» en su función como legado diplomático en París, entre 1776 y 1785. El marqués de Lafayette, «héroe de dos mundos», fue uno de los muchos voluntarios europeos que lucharon en la guerra de independencia de Estados Unidos; y en la primera fase de la Revolución Francesa se erigió en líder de los políticos moderados, tras haber quedado marcado por los principios constitucionales norteamericanos, la amistad con George Washington y las enseñanzas personales de Thomas Jefferson. Lafayette no tardó en oírse decir que Francia debía imitar el modelo estadounidense, no «esclavista». Huyó de Francia, aterrizó en cárceles prusianas y austríacas (se lo tenía por un radical peligroso) y a la postre acabó siendo para muchos (como el joven Heinrich Heine, que lo conoció en París, como un anciano temperamental) la encarnación de los ideales revolucionarios puros.1879 Las distintas revoluciones, por descontado, recorrieron caminos propios. Así, en Francia se

prestó mucha menos atención a los *checks and balances* (equilibrio de poderes) entre los órganos estatales y mucha más a articular una voluntad nacional indivisa, en el sentido de Jean-Jacques Rousseau. Aquí, los norteamericanos fueron mejores alumnos de Montesquieu que sus compatriotas franceses, que no hallaron la vía hacia una democracia liberal duradera hasta finales de la década de 1870. Al menos, la Constitución del Directorio, de 1795, se acercó a las ideas americanas más que sus precedentes revolucionarias, y el general Bonaparte fue celebrado por muchos como un nuevo George Washington.[1880] En adelante, las dos revoluciones se fueron reflejando mutuamente en el espejo, hasta que, en el siglo XIX, se fue abriendo una brecha mental cada vez más amplia entre América y Europa.

La posterior restauración también mostró signos de una experiencia, a menudo directa, de la revolución. En Francia, la era revolucionaria, desde el juramento del Juego de Pelota hasta Waterloo, había durado solo 26 años. En casos como los de un Talleyrand, servidor destacado de los sucesivos regímenes franceses, ocupó los años centrales de su vida; otros, como Goethe, Hegel, Friedrich von Gentz y sus coetáneos generacionales más longevos, la observaron de principio a fin. Un Alexander von Humboldt había escuchado a Edmund Burke en Londres antes incluso de la Revolución Francesa, mantuvo conversaciones científicas con Thomas Jefferson, fue presentado a Napoleón, predicó en Europa a favor de las guerras de independencia latinoamericanas y, en marzo de 1848, a punto de cumplir los ochenta años, participó en las asambleas revolucionarias de Berlín.[1881]

La «era de las revoluciones» se presenta como una gran paradoja desde que la historia económica ha retrasado la industrialización hasta entrado el siglo XIX. La tesis limpia, popularizada sobre todo por Eric Hobsbawm, de la «doble revolución» —la política en Francia, la industrial en Inglaterra— ya no es sostenible. La modernidad *política* empieza con los

grandes textos de la «era de la revolución», sobre todo con la Declaración de Independencia de Estados Unidos (1776), su Constitución (1787), el decreto francés de abolición de la esclavitud en las colonias (1794) o el discurso de Bolívar en Angostura (1819). Estos documentos proceden de una época en la que, en Gran Bretaña, la revolución industrial apenas había tenido efectos revolucionarios. Los nuevos conflictos sociales de la industrialización no alimentaron la dinámica de la revolución atlántica. Cuanto esta pudiera tener de «ciudadana», no tenía nada que ver con la industria.

3. LAS CONVULSIONES DE MEDIADOS DE SIGLO

No hubo una segunda «era de las revoluciones», salvo que la situemos en los años tormentosos de 1917 a 1923, cuando se produjeron revoluciones y sublevaciones en Rusia, Alemania, Irlanda, Egipto, España, Corea y China y surgieron varios nuevos estados tanto en Europa como en el Oriente Próximo. Hacia mediados del siglo XIX hubo grandes estallidos de violencia colectiva en diversas partes del mundo. Los más importantes fueron las revoluciones de 1848-1849 en Europa, la revolución Taiping en China (1850-1864), la gran rebelión, o motín, de la India (1857-1859), y la guerra civil estadounidense (1861-1865).1882 La relativa simultaneidad de estos acontecimientos en un lapso de diecisiete años permite verlos, en cierta forma, como una agrupación revolucionaria. Se diría que el mundo en su conjunto se vio sacudido por una crisis grave. Cabe suponer que la red global se había vuelto más densa desde la era de las revoluciones atlánticas. El acontecer revolucionario en diversos lugares del mundo, por lo tanto, podría estar estrechamente interrelacionado. No fue así, sin embargo. A la agrupación revolucionaria de mediados de siglo le faltó el carácter espacial unitario de la revolución atlántica. Las revoluciones se mantuvieron en contextos subcontinentales; no fueron meramente *nacionales*, porque la revolución de 1848 sobrepasó de inmediato las fronteras nacionales, la India y China aún no eran estados nacionales, y en Estados Unidos la

precaria unidad nacional estaba siendo cuestionada. Cada crisis, por lo tanto, se debe describir en un principio de forma mutuamente independiente.

1848-1849 en Europa

En su desarrollo, las revoluciones europeas de 1848-1849 repitieron el modelo que (por entonces, sin precedentes) se había dado tras la revolución francesa de julio de 1830: el salto inusualmente rápido de las protestas a medios políticos muy distintos entre sí en muchas partes de Europa.1883 Antaño, los historiadores se contentaban con ayudarse de la imagen naturalista del incendio de propagación rápida, del fuego devorador, que desde luego no explica nada ni puede sustituir a una investigación más precisa de los mecanismos de reacción. En cualquier caso, esta vez la revolución no fue difundida a otros países por las huestes de un estado revolucionario, como pasó a partir de 1792. Fueron noticias (a menudo, solo rumores) que promovían la acción revolucionaria como respuesta a problemáticas objetivas. Y podía suceder con tanta rapidez porque, desde el otoño de 1847, mucha gente esperaba un estallido revolucionario. Esto pudo reactivar un repertorio de retóricas, dramatizaciones y formas de acción —por ejemplo, erigir barricadas, instrumento emblemático de la insurrección urbana— del que ya se disponía en la cultura política del oeste y el sur de Europa desde 1789, renovado además en 1830. Las fuerzas de lo establecido también creían saber, desde 1789 y 1830, cómo «funcionaba» una revolución, e hicieron los preparativos correspondientes. Sin duda, la reacción mutua de los centros revolucionarios, muy sensible al principio, no duró mucho tiempo. Las distintas revoluciones se localizaron, adquirieron cada una su peculiar constelación de poderes y coloración ideológica, y recorrieron su propio camino, sin ayudarse apenas mutuamente. Al mismo tiempo, todas formaron parte de un contexto temporal sincrónico y cabe compararlas entre sí.1884 Las distintas revoluciones de 1848-1849 no se agregaron formando una única gran

revolución europea, pero en cierto sentido Europa se convirtió en un único «espacio de comunicación», una «unidad de acción continental», como lo había sido por última vez durante las guerras napoleónicas.1885 Algunos escenarios y acontecimientos especiales, aunque a menudo fueron de «intención» local, se integraron en contextos y horizontes europeos; las ideas políticas, los mitos y las imágenes de los héroes circularon por toda Europa.1886 Los sucesos revolucionarios afectaron a Suiza (que en 1847 vivió la guerra del Sonderbund, una verdadera guerra civil entre cantones protestantes y católicos), Francia, los estados alemanes e italianos, todo el estado multiétnico de la monarquía de los Habsburgo, también los Balcanes, en las zonas fronterizas del imperio otomano. Los Países Bajos, Bélgica y Escandinavia se vieron afectados porque aceleraron los procesos de reforma. En total, fue el movimiento político con más participantes, de geografía más extensa y más violento de la Europa del siglo XIX. La revolución movilizó con frecuencia a grandes sectores de la población, y es aconsejable diferenciar entre varias revoluciones parciales simultáneas: movimientos de protesta campesina, movimientos cívicos constitucionales, acciones de protesta de las capas urbanas inferiores, y por último, movimientos revolucionarios nacionales que en ocasiones se apoyaban en amplias alianzas sociales.1887 Entre estas revoluciones parciales no siempre había una conexión inmediata: los campesinos que robaban madera y los notables de la ciudad que convertían banquetes en foros políticos no tenían mucho en común.1888 El ejemplo del robo de madera no se ha elegido al azar. Muestra que *casi todos* los conflictos latentes en 1848 se tornaron virulentos. La cuestión del acceso a los recursos forestales era un motivo de protesta recurrente: «Allí donde había bosques, había sublevaciones por los bosques».1889 Y en Europa, los bosques abundaban.

Si lo miramos desde la perspectiva cronológica de, ante todo, la primavera de 1848, cuando en muchos países el poder parecía

estar «en las calles», es asombroso que todas las revoluciones fracasaran. Fracasaron en el sentido en que casi ninguno de los grupos de actores logró imponer de forma duradera sus propios objetivos. Sin embargo, aquí diferenciar es más importante que quedarse en tal veredicto, generalizador en exceso: el «fracaso», en efecto, adoptó diversos grados y formas. Si la diferenciación es *social*, quien más ganó fueron los agricultores. En el imperio de los Habsburgo, donde la anterior «liberación campesina» había pasado sin dejar huella, y también en algunos estados alemanes, los campesinos se libraron de la condición servil. Allí donde su situación legal ya había mejorado antes, los procesos de emancipación se aceleraron hasta llegar a su fin; las compensaciones, por ejemplo, se redujeron hasta niveles realistas.1890 Cuando los agricultores alcanzaban esos objetivos, perdían el interés en la revolución; su descontento se había dirigido solo contra los terratenientes, no contra la monarquía del absolutismo tardío, cuyo poder querían restringir los movimientos cívicos constitucionalistas. A diferencia de muchos agricultores, las capas campesinas más pobres, a las que los gobiernos no hicieron concesiones, estuvieron entre los perdedores de la revolución. Lo mismo les ocurrió a las capas inferiores urbanas, contra las que se dirigió el peso de la represión. En su conjunto, llama la atención cuántos ganadores hubo entre los que, en apariencia, habían salido «perdiendo». La nobleza (salvo donde estaba tan debilitada como en Francia) pudo conservar su posición, en general; las burocracias estatales aprendieron mucho sobre cómo tratar con una población politizada y cómo usar los medios con habilidad; y la burguesía económica halló una creciente comprensión estatal, al menos para sus intereses comerciales.1891

Si diferenciamos *regionalmente*, veremos que, en Francia, la revolución golpeó menos drásticamente que en otros lugares. Se borraron las últimas huellas de una monarquía legítima. Por primera vez desde 1799 volvió la república. Tres años después,

cuando Luis Napoleón dio un golpe de estado y se nombró a sí mismo emperador y heredero político de su tío, cayó la república, pero en ningún modo se produjo una restauración de un estado anterior. El segundo imperio fue una reedición modernizada del bonapartismo original y, en cierto sentido, una síntesis de todas las tendencias de la cultura política de Francia desde que acabó el gobierno del Terror, en 1794.1892 El régimen del presidente Luis Napoleón (posteriormente, como emperador Napoleón III) empezó reprimiendo con dureza a todos los adversarios, pero con el paso del tiempo se mostró del todo dispuesto a liberalizarse y dio paso a un marco en el que la sociedad capitalista burguesa de Francia se podía desarrollar con tranquilidad. En cambio, fue espectacular la derrota de los revolucionarios en Hungría, donde la autonomía nacional figuraba en el centro de todas las peticiones. Como los revolucionarios húngaros fueron los únicos que se habían armado suficientemente, aquí el conflicto tenía todos los números para crecer hasta estallar como guerra entre Hungría y el obstinado poder imperial de Austria. Rusia acudió en ayuda de esta, por solidaridad antirrevolucionaria. En Hungría, la revolución acabó en agosto de 1849, con la capitulación militar oficial. El país quedó sometido a una venganza feroz. Había que borrar todas las huellas de la revolución, con el pleno asentimiento de algunos potentados húngaros. Los oficiales húngaros fueron juzgados por tribunales de guerra; abundaron las condenas a trabajos forzados, a cuyo carácter penoso se unía el de estar encadenado (era el equivalente austríaco del destierro a las islas tropicales). Sumando las víctimas del bando austríaco, entre 1848 y 1849 perdieron la vida en Hungría unos 100.000 soldados, a los que hay que añadir miles de campesinos muertos en las regiones rurales del Danubio por los choques entre nacionalidades.1893

Si, por último, situamos el «fracaso» de la revolución de 1848 en un horizonte temporal más prolongado, este se relativiza claramente. Solo cabe hacer conjeturas al respecto de adónde

habría conducido el triunfo de las revoluciones. Francia habría seguido siendo una república, sin duda, aún con contrastes por resolver. Si hubieran vencido los rebeldes italianos y húngaros, el imperio de los Habsburgo en cuanto estado multiétnico se habría descompuesto; y en Alemania, se habría acelerado la tendencia al estado constitucional y una participación política más amplia. Pero debemos distinguir entre los efectos que produjo la revolución *según se dio* y los que *podrían* haberse producido de haber triunfado. Las oligarquías conservadoras que sobrevivieron a la tormenta reaccionaron con una política neoabsolutista que no dejó lugar a dudas sobre dónde estaba ahora el poder (incluyendo un poder militar recién reforzado) pero, aun así, se mostraron dispuestas a hacer algunas concesiones. Entre estas, señalemos varias de diverso cuño: Napoleón III buscó la aclamación popular; Austria tranquilizó a las clases altas de Hungría con el «compromiso» de 1867 (inconcebible si, un año antes, Austria no hubiera sido derrotada militarmente por Prusia); la constitución del imperio alemán, en 1871, aprobó el derecho de sufragio masculino universal. Una segunda consecuencia, a largo plazo también irreversible, fue que muchos grupos sociales aprendieron a verter la nueva experiencia de la politización (a menudo, sorprendente para ellos mismos) en formas institucionales más sólidas. Así, los años de las revoluciones europeas supusieron un punto de inflexión en el paso «de los modos heredados de violencia colectiva a la defensa organizada de los propios intereses».1894

Las revoluciones de 1848 no fueron un acontecimiento *global*. Aquí radica su gran paradoja: el mayor movimiento revolucionario europeo del período comprendido entre 1789 y 1917 tuvo repercusiones mundiales muy limitadas. En Europa no se entendió como un faro. A diferencia de la Revolución Francesa, no formuló nuevos principios universales. Hacia 1848, el contacto perdurable entre la Europa continental y el resto del mundo era menos frecuente y denso que el de medio

siglo antes y medio siglo después; en consecuencia, las vías de transmisión eran más inusuales y estrechas. La principal era la emigración transatlántica. Estados Unidos acogió con gusto a quienes huían del «48» y lo interpretó como la confirmación de un propio carácter progresista superior al de Europa. Lajos Kossuth llegó al país norteamericano en 1851, después de huir a través del imperio otomano, y fue recibido como un héroe; aunque el emperador Francisco José le otorgó el perdón en 1867, permaneció hasta su muerte exiliado en la Italia septentrional. Carl Schurz, que había participado en la sublevación del Palatinado y Baden de 1849, emigró a Estados Unidos y llegó a ser uno de los líderes más influyentes del recién fundado Partido Republicano, general en la guerra civil, senador desde 1869 y ministro de Interior del gobierno federal de 1877 a 1881. Gustav von Struve, no tan adaptable ni exitoso como Schurz, actuó como militar tanto en el sur de Baden como en el valle de Shenandoah, y se mostró orgulloso de haber participado en *dos* grandes guerras por la libertad de la humanidad. Un pez revolucionario menor, el director de orquesta sajón Richard Wagner, no volvió a poner el pie en Alemania hasta 1864.1895 Es difícil calcular hasta qué punto la emigración salida de Centroeuropa, que se intensificó desde mediados de siglo, respondió a motivos económicos. Pero no cabe duda de que con la revolución se produjo una considerable «fuga de cerebros» desde los países más liberales de Europa al Nuevo Mundo, y de que muchos emigrantes llevaron consigo sus ideales políticos.1896

En 1848-1849, Gran Bretaña y Rusia, las dos potencias situadas en los extremos de Europa y puentes principales de paso a los otros continentes, se implicaron en los sucesos revolucionarios con menos intensidad que en la «época de collado», cuando el ejecutor de la Revolución Francesa entró en Moscú con 110.000 hombres. Rusia vivió 1848 en paz. En Inglaterra, el cartismo, un movimiento de organización laxa, de las gentes humildes, que pretendía proteger los derechos

antiguos frente al «gobierno arbitrario», había llegado a su momento culminante en 1842 y se avivó de nuevo en 1848, aunque sin dar frutos. Pese a todo, las ideas y expresiones del radicalismo no desaparecieron por completo de la cultura política británica. Las orientaciones no radicales de la opinión pública británica se felicitaron, en 1848, por la superior eficacia de las propias instituciones. Las naciones más turbulentas de los dos grandes imperios —irlandeses y polacos, respectivamente— permanecieron en relativa calma, en comparación con la Europa occidental de la época. Aun así, varios cientos de rebeldes irlandeses fueron castigados con el destierro a las colonias. Es un primer indicio de interconexiones imperiales.1897 Como ya había hecho a menudo en el pasado, el gobierno británico recurrió al cómodo medio de la deportación (*transportation*), para liberarse de forma incruenta de los agitadores. Pero entre tanto, muchos habitantes de las colonias veían con desagrado que se abusara de sus países empleándolos como prisiones remotas del estado británico. En 1848-1849 hubo protestas intensas, con miles de manifestantes, contra los barcos de presos que arribaban a Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Así, cuando el estado británico mantenía a raya de este modo tanto a los cartistas como a los irlandeses rezongones, también desataba reacciones desagradables en otros puntos del imperio.

Otra conexión entre el imperio mundial y la inexistencia de revoluciones en la patria se debió a las finanzas. Los gobernantes de Londres entendieron que había que evitar, a cualquier precio, elevar la carga fiscal de las clases medias. Ello podía tener consecuencias diversas. Donde se incrementaba la carga tributaria de las colonias (como en 1848 en Ceilán), podían desatarse protestas de una clase que ya se conocía en Europa y que no había forma de controlar mediante la represión. Donde el estado colonial abarataba su presencia reduciendo el personal (como en Canadá), los colonos más seguros de sí mismos podían llenar el vacío. En la India, entre

los motivos para anexionarse el Punyab en 1848-1849 estaba el de que con ello se pacificaba una frontera ciertamente agitada y por lo tanto se reducirían los costes de la defensa. Aunque desde las revoluciones europeas no saltaron chispas que prendieran en la periferia del imperio británico, los adversarios del imperio recurrían a las noticias de Europa cuando al fin les llegaban, al cabo de varios meses (recordemos que aún no había un cableado telegráfico internacional). En Ceilán, entre los francocanadienses y en los círculos radicales de Sídney se hallaban ecos de la retórica revolucionaria francesa. Si, pese a todo, los conflictos imperiales de 1848-1849 nunca crecieron hasta provocar estallidos políticos, aun así en el imperio británico hubo algo similar a una política posrevolucionaria de intensificación de los conflictos. Se concedió más margen de acción a las *assemblies* (asambleas de representantes coloniales) a la vez que se reforzaba el control de los gobernadores sobre el aspecto crucial de las finanzas. Las concesiones simbólicas se combinaron con una autoridad más firme.

La revolución Taiping en China

No hay indicios de que los rebeldes de Taiping tuvieran la menor noticia de las revoluciones de 1848 en Europa; e igualmente a la inversa. Ahora bien, si a mediados del siglo XIX no había observadores chinos en Europa que hubieran podido informar de los sucesos políticos de la época, en cambio hacia 1850 sí había cónsules, misioneros y comerciantes europeos en Hong Kong y los puertos abiertos en 1842 mediante el tratado de Nankín, es decir, relativamente cerca de los hechos. Pero averiguaron poco. Las primeras noticias, que aún se basaban en simples rumores, son de agosto de 1850, cuando el movimiento Taiping empezó a actuar en la remota provincia de Guangxi. El interés de Occidente no se intensificó hasta 1854; luego no se supo nada más durante cuatro años, hasta 1858, durante la segunda guerra del Opio, en que se retomó el contacto pasajeramente. La información y las noticias no se

multiplicaron hasta después de 1860, cuando el movimiento estaba en retroceso y ya solo luchaba por la supervivencia.1898 Así, los líderes del movimiento rebelde más numeroso, con mucho, de su siglo no supieron nada sobre los acontecimientos de Europa; y los europeos, en su mayoría, no tuvieron noticias reales sobre la magnitud de los hechos. Por lo tanto, hay que descartar una interacción directa. Aunque en el bando Taiping lucharon algunos mercenarios occidentales, no consta que hubiera entre ellos participantes de 1848. A mediados del siglo XIX, nada conectaba los mundos mentales de los revolucionarios europeos y chinos, pero aun así, *los dos* tienen que encontrar un lugar en la historia universal del siglo XIX.
¿Qué fue la rebelión Taiping? Fue por lo menos tan revolucionaria como la revolución del 48, porque durante cierto tiempo erigió un contraestado y, en algunas provincias chinas, estuvo a punto de aniquilar a la vieja élite social.1899 El movimiento Taiping, que cubrió China de guerra civil durante casi quince años, se origina en la iluminación carismática de su fundador, el profético Hong Xiuquan, nacido en el seno de una familia campesina en 1814, en el remoto sur del país. Hong sufrió una crisis personal tras suspender las pruebas provinciales de acceso al ejército imperial. Había experimentado visiones que, por la lectura de textos cristianos (traducidos a su lengua), adoptaron una dirección distinta a la tradicional china. En Cantón, en 1847, buscó las enseñanzas de un misionero evangélico estadounidense. De cuanto averiguó, Hong Xiuquan llegó a la conclusión de que él no era sino el hermano menor de Jesucristo, a quien Dios había encargado difundir la fe verdadera. Pronto se le añadió la ambiciosa misión de liberar China de los manchúes. En Occidente también hubo movimientos políticos de origen carismático. La secta de los mormones, en Norteamérica, surgió así, y el apocalipsis de la batalla final entre las fuerzas de la oscuridad y los defensores de un orden mundial renovado también se constata en los márgenes extremos de la Revolución Francesa. Un rasgo

peculiar de China fue que el despertar de una sola persona, al cabo de unos pocos años, hubiera dado paso a un movimiento de masas colosal. Esto no habría sido posible si de antemano no hubiera existido la posibilidad de una revolución social en el suroeste de China (donde se congregó el movimiento en un principio) y luego también en otras regiones del país (que pronto se vieron arrolladas por él). Al objetivo político de expulsar a los foráneos de la etnia manchú, se sumaron cada vez más programas de reforma social radical. En las regiones del sur y el centro que cayeron en manos de los rebeldes de Taiping hubo expropiaciones a gran escala, se persiguió a los funcionarios y terratenientes y se aprobaron nuevas leyes. El Taiping Tianguo («Reino Celestial de la Gran Paz»), proclamado a principios de 1851, eligió en 1853 como capital Nankín, la antigua ciudad imperial de la dinastía Ming. Durante algunos años hizo realidad un contramodelo alternativo al orden confuciano heredado que, sin embargo, no fue tan igualitario o protosocialista como lo ha querido presentar más adelante la historiografía oficial de la República Popular China. Aun así, se atisba en qué dirección habría ido China si Taiping se hubiera terminado imponiendo.

El extraordinario éxito militar de Taiping se explica por la debilidad inicial de las fuerzas de combate imperiales y porque Hong Xiuquan se acompañó de varios subjefes más capacitados para la dirección militar y administrativa que el profeta, que tendía a la confusión. Entre estos seguidores —que no tardaron en recibir títulos regios según el antiguo modelo chino de los «reinos rivales»: rey del Norte, del Este, etc.—, con el tiempo, surgieron fuertes rivalidades. Si los movimientos revolucionarios europeos de 1848-1849 se vieron debilitados por las disensiones interiores, esto es aún más cierto en el caso de Taiping, que por estas peleas perdió a varios líderes con buenas dotes comunicativas, que habían actualizado las visiones divinas de Hong Xiuquan con nuevas iluminaciones. En 1853, las tropas Taiping habían llegado a la vista de las

murallas de Pekín, de donde ya había huido la corte Qing. Sin embargo, el comandante dio la vuelta, al parecer porque no había recibido ninguna «orden celestial» de tomar la capital. Aquello dio al traste con la gran oportunidad del movimiento. En 1856, el equilibrio de fuerzas empezó a invertirse. La dinastía Qing, dada la situación de emergencia, había permitido que algunos grandes funcionarios regionales armaran nuevos ejércitos y milicias que eran muy superiores a las tropas imperiales oficiales y lograron, paso a paso, forzar la retirada de los Taiping. El gobierno Qing contrató a mercenarios occidentales, sobre todo británicos y franceses, con la aquiescencia de los gobiernos europeos, y ello no decidió la guerra, pero reforzó al bando imperial. En 1864, la capital celestial de Nankín fue reconquistada por las tropas imperiales, entre un colosal baño de sangre. La brutalidad con la que las tropas Taiping actuaban contra sus adversarios, y la voluntad de exterminio con la que estos respondían, no tuvieron parangón en la historia del siglo XIX. Bastará mencionar dos ejemplos entre los muchos posibles. Cuando los Taiping conquistaron la ciudad de Nankín, en marzo de 1853, perdieron la vida unos 50.000 soldados manchúes y familiares de estos, por masacres y suicidios. Cuando las tropas Qing recuperaron Nankín, en junio de 1864, se calcula que la limpieza de la ciudad causó 100.000 muertes en tan solo dos días; muchos huyeron de un destino implacable mediante el suicidio.[1900] Se ha estimado que, en tres provincias muy pobladas del este de China —Jiangsu (con Nankín), Zhejiang y Anhui—, el total de habitantes se redujo un 43 % entre 1851 y 1864.[1901] La violencia desenfrenada con la que se combatía en China otorga al conflicto la gravedad de una auténtica guerra civil. Todos los líderes de Taiping o hallaron la muerte en los enfrentamientos o fueron ejecutados por condena judicial, incluido el hijo quinceañero del «rey celestial» Hong Xiuquan. Este último murió en Nankín, por efecto de una enfermedad o quizá de un envenenamiento. La práctica del exterminio general de los

«bandidos», como se los denominaba, no fue la consecuencia de una crueldad natural entre los chinos, sino el fruto de decisiones políticas. A diferencia de los revolucionarios europeos, los Taiping sufrieron una derrota *total*. Después de 1864, el primer año de alivio, no pudo haber en China ni acuerdos ni reconciliaciones.

Desde el punto de vista occidental, algunas personas (en particular, misioneros) vieron en Taiping la fundación de una nueva China cristiana. Otros desconfiaban de ellos, pues temían que sembraran un caos incontrolable, y se pusieron de lado de la quebrantada dinastía Qing. En China, durante varias décadas, imperó una especie de tabú contra el recuerdo del movimiento. Los perdedores supervivientes evitaron darse a conocer como expartidarios de Taiping; los vencedores vivieron con la convicción (bien fundada) de haber exterminado para siempre al movimiento. Resulta asombroso que apenas hay signos de que China quedara profundamente traumatizada por el episodio, pese al radicalismo de sus programas y a las masacres descomunales. El líder revolucionario Sun Yatsen se remitió, en alguna ocasión, a los rebeldes Taiping, pero solo la historiografía del partido comunista desarrolló una imagen histórica oficiosa, que hablaba de una lucha antifeudal y antiimperialista de campesinos empobrecidos; en la China actual se ha tomado distancia frente a esta interpretación. También ha quedado superada, por su parcialidad, la interpretación opuesta de los años de la Guerra Fría, que veía en Taiping un primer movimiento «totalitario».

En lo que respecta a la historia universal, hay muchos aspectos de interés.

Uno. El movimiento Taiping se diferencia de todos los movimientos populares de la historia china anterior porque la inspiración fue occidental. Aunque en su sincrética *Weltanschauung* (visión del mundo) confluyeron algunos otros elementos, sin la presencia de los misioneros europeos y americanos y las primeras conversiones locales en el sur del

país, la revolución no habría adquirido la forma que adquirió. Entre los gobernantes y la élite cultural de China, hacia mediados de siglo, no se sabía casi nada sobre el cristianismo. En consecuencia, el mundo de las ideas de Taiping les resultaba del todo extraño; y su peculiar amalgama de religiones populares chinas, confucianismo y protestantismo evangélico, incomprensible. Además, la crisis económica del suroeste de China, que llevó muchos adeptos hacia el movimiento, era en parte consecuencia de la progresiva apertura de China, desde 1842, a un comercio exterior descontrolado. El opio y el efecto de hostigamiento de las importaciones sobre la economía china causaron un rechazo social que contribuyó a que surgiera una situación revolucionaria. Así pues, aunque no de forma exclusiva, la revolución Taiping *también* fue un fenómeno de la globalización.

Dos. Es innegable que hay paralelismos entre Taiping y otros movimientos de renacer religioso de otras partes del mundo. Pero en Taiping hay hechos singulares: la pronta militarización del movimiento, el éxito bélico y el objetivo (completamente terrenal) de derrocar un orden político existente. El movimiento Taiping tuvo una inspiración carismática, pero no fue una secta mesiánica que anunciara la liberación previa al fin del mundo. Se orientaban hacia el mundo interior, en plena consonancia con la tradición china.

Tres. Por su programa, la revolución Taiping no se asemeja a las europeas. La idea de que una dinastía podía perder el «mandato celestial» por su incapacidad no procedía de fuentes occidentales, sino que era idea común del pensamiento estatal de la antigua China. En el país, nadie pensaba por entonces en los derechos humanos y ciudadanos, en proteger la propiedad privada, en la soberanía popular, en la división de poderes o en constituciones. Aun así, en el seno del movimiento Taiping se formularon planes para una modernización de las infraestructuras y la economía, que, claramente inspirada por las experiencias de la Hong Kong británica, apuntaba hacia el

futuro. Se debieron sobre todo a Hong Rengan (el «rey escudo», una especie de canciller del Taiping Tianguo), un primo de Hong Xiuquan que se había formado en Hong Kong, entre misioneros, por lo que estaba familiarizado con Occidente. Hong Rengan podía imaginarse una China cristiana como parte de la comunidad internacional, lo que lo situaba muy por delante de la mayoría de los representantes oficiales del estado chino, que aún se aferraban a la imagen de un «Reino Medio» único y superior. Hong ya quería introducir el ferrocarril, la navegación a vapor, un sistema postal, protección de las patentes, seguros y bancos de estilo occidental, y no limitaba su realización al estado, sino que pedía el compromiso público de los particulares («personas prósperas e interesadas en los asuntos públicos»).1902 No era un programa inadecuado para las necesidades de China. Como las revoluciones europeas, iba más allá del horizonte de futuro del Antiguo Régimen.

Cuatro. La represión de la rebelión Taiping no desató una oleada de refugiados como la que se dio en Europa después de 1848-1849. A fin de cuentas, ¿dónde podrían haber huido? Hay indicios de que algunos de ellos lograron escapar, sobre todo al sudeste asiático; entre los que se dirigieron al extranjero por la vía del tráfico de culis (que se iniciaba entonces), tuvo que haber bastantes exrevolucionarios que, por su pasado, ya no se sentían seguros en su país. Pero la revolución Taiping no se exportó y los antiguos combatientes no persiguieron los viejos fines en los nuevos entornos.

La gran sublevación de la India

En la primavera de 1857, las tropas Qing huían en retirada ante las huestes Taiping en muchos frentes de China. El hecho de que en otros lugares (por ejemplo, en la provincia de Hubei) las fuerzas imperiales se consolidaran no se reconoció hasta más adelante como el inicio de un cambio de tendencia. En 1857, la supervivencia de la dinastía (y con ella, del sistema imperial tradicional) pendía de un hilo. En Estados Unidos, al otro lado del Pacífico, 1857 fue un año que marcó el futuro.

Debido al empeoramiento acumulativo de varios conflictos, el norte y el sur llegaron a un «punto sin retorno», a partir del cual ya era fatal que las tensiones se resolvieran de forma violenta. A algunos observadores clarividentes no les pasó por alto, e intuyeron que se acercaba una guerra civil como la que, en efecto, estalló cuatro años más tarde.1903 Así, no solo la monarquía más antigua de la Tierra amenazaba con irse a pique: también la mayor de todas las repúblicas, que en diversos aspectos era asimismo la más avanzada, se hallaba al borde de una crisis existencial. El estado más extenso de Eurasia también atravesaba una época de especial inseguridad: en Rusia, los gobernantes dudaban de sí mismos, tras la derrota en la guerra de Crimea. El zar Alejandro II y sus consejeros pasaron el año de 1857 trazando planes para la emancipación de los siervos, que ya se concebía como inevitable.1904 No parecía que una gran sublevación campesina estuviera a punto de estallar, pero era urgente adoptar reformas preventivas.

En la India contemporánea se pudo vivir qué le sucedía a un imperio cuando su periferia se rebelaba. Los británicos habían expandido el dominio del subcontinente tras un siglo de campañas militares en las que apenas habían sufrido reveses. Creían hallarse firmemente asentados en el poder y se congratulaban con la convicción no solo de que los súbditos indios aceptarían su soberanía, sino de estar beneficiándolos al hacerlos partícipes de una civilización superior. Al cabo de unas pocas semanas, cambió la realidad y la valoración que de ella se hacía. En julio de 1857, los británicos habían perdido el control de amplias zonas del norte de la India, y al menos los más pesimistas temían que el imperio no lograría retener en su seno la mayor colonia del mundo. En Gran Bretaña se habló del «motín» de la India (*Mutiny*), un nombre que aún se utiliza. No se han borrado de la mitología de los recuerdos imperiales imágenes espeluznantes como las de la masacre de Kanpur (Cawnpore), de julio de 1857, que costó la vida a varios cientos

de mujeres y niños europeos y angloindios.1905 En la India se tiende a recordar más la brutalidad con que se reprimió a los rebeldes —varios cientos, si no miles, fueron ejecutados a cañonazos, y a algunos musulmanes les cosieron pieles de cerdo antes de colgarlos— y se habla de la Gran Sublevación, una denominación que es preferible.1906 En el campo de la política, se ha debatido durante mucho tiempo si la sublevación marca el inicio del movimiento de independencia de la India. Aquí no es preciso decidir al respecto; lo importante es que se trató de una rebelión, no de una revolución. Los sublevados no tenían más programa que volver a la situación anterior a la conquista británica. A diferencia de los revolucionarios americanos y europeos, e igualmente de la revolución Taiping, no esbozaron visiones sobre un nuevo orden adaptado a los desafíos de su presente. Y a diferencia de Taiping, nunca lograron levantar un contraestado duradero, más allá de una breve ocupación militar. Pese a todo, vale la pena situar la sublevación india en la serie de las grandes convulsiones de mediados de siglo.

La gran sublevación de la India, a diferencia de otras rebeliones anteriores y posteriores, no empezó como protesta de la población rural, sino como una rebelión de soldados (de ahí que se la denomine también «rebelión de los Cipayos»). Este era un peligro constante en un aparato militar en el que, en 1857, prestaban servicio 45.000 británicos junto a 232.000 indios.1907 La agitación se coció en el ejército de Bengala, el mayor de los tres ejércitos de la Compañía de las Indias Orientales. Hacía unos quince años que estaba aumentando la insatisfacción entre las tropas indias (los «cipayos»); en origen, por rumores según los cuales los soldados se verían obligados a convertirse al cristianismo. En 1856 se ordenó un despliegue del ejército en ultramar, lo que podría exigir violar sus preceptos religiosos, situación que espoleó aún más los temores. Desde hacía cierto tiempo, las castas elevadas de las provincias del noroeste, que hasta entonces habían

representado la columna vertebral del ejército indio de Gran Bretaña, habían perdido algunos privilegios. Muchos miembros de esa élite militar procedían del estado principesco de Awadh (también llamado Oudh), cuya anexión aún era reciente. Fuera de Awadh, además, esta anexión se había considerado especialmente arbitraria. En el propio Awadh, se unió a los soldados sublevados una coalición singularmente diversa de las distintas fuerzas sociales: campesinos, terratenientes (*taluqdar*) y artesanos, entre otros. El inicio de la sublevación tiene una fecha exacta: el 10 de mayo de 1857. En esa fecha, tres regimientos de cipayos de la ciudad de Meerut, no lejos de Delhi, se amotinaron después de que se encadenara a algunos camaradas por haberse negado a usar unos nuevos cartuchos fabricados con una grasa animal inaceptable por razones religiosas (tanto para los hindúes como para los musulmanes). Los soldados asesinaron a los oficiales europeos y marcharon sobre Delhi. La revuelta se difundió con una velocidad vertiginosa. Hubo más ataques contra oficiales europeos y sus familias, derivados no solo de la rabia espontánea, sino también concebidos para lograr una radicalización táctica. *Luego* ya no se podía volver a la situación normal. Desde el punto de vista británico, lo más grave fue que los rebeldes bloquearan la gran carretera (Great Trunk Road) que enlazaba Bengala con el paso de Jáiber. En esas fechas, más o menos, la contraofensiva británica cobró más impulso. Como ocurría en China simultáneamente (pero a mucha mayor escala), el asedio y la conquista de las ciudades era el factor militar decisivo. Los británicos emplearon tropas que hicieron venir de otros escenarios: de Persia, de China (donde se preparaba la segunda guerra del Opio) y de Crimea. Con la caída de Lucknow, el 1 de marzo de 1858, el poder colonial dio un paso determinante. Las últimas batallas se concentraron en la India central, donde el *rani* de Jhansi, a la cabeza de la caballería, se lanzó heroicamente contra los británicos. A principios de julio de 1858, el gobernador declaró el fin de la sublevación.

Los rebeldes indios nunca llevaron al estado colonial británico a un punto tan próximo al hundimiento como los de Taiping (cuyo efecto se vio reforzado por la rebelión independiente de Nian) a la dinastía Qing. Aunque entre la población india el odio al gobierno foráneo estaba muy difundido, fuera de Awadh la sublevación nunca logró el apoyo de una base social tan amplia como Taiping, sino que se mantuvo mucho más localizada regionalmente. No involucró a todo el sur de la India y los otros dos ejércitos de cipayos, los de Bombay y Madrás, apenas se vieron afectados. En la propia Bengala (la zona de los alrededores de Calcuta), la presencia militar británica era tan intensa que se mantuvo la calma. En el Punyab, que no fue anexionado hasta 1848, contó a favor del estado colonial que la clase alta y los combatientes sijs de la zona habían recibido un buen trato. Tras la sublevación, pasaron a ser el núcleo del ejército indio británico. Junto con las tropas de las Tierras Altas escocesas y los gurjas del Himalaya nepalí, siguieron siendo las más notables de entre las «razas marciales», viriles y heroicas, en las que la opinión pública británica confiaba para la seguridad del imperio.
Gracias a una presencia mucho mayor en los medios de comunicación —por ejemplo, las noticias del excelente corresponsal del *Times* William Howard Russell, quien más adelante narró también la guerra civil estadounidense—, la opinión pública internacional estuvo mucho mejor informada sobre los hechos de la India que sobre la situación del interior de China.1908 La India, en lo que atañe a la técnica de las comunicaciones, estaba más avanzada que China. Ya había conexiones telegráficas en el interior, que los británicos empleaban (salvo que los rebeldes las cortasen) con fines tanto militares como propagandísticos. Luego las letras británicas dieron luz a una ingente producción memorística de la que no disponemos en China. Así, tenemos más información sobre las circunstancias concretas de la gran sublevación que sobre la revolución Taiping. Esta duró claramente más que la rebelión

de los Cipayos: en China, catorce años, en la India tan solo doce meses. Tampoco nos consta que la sublevación india, al igual que la Taiping, despoblara territorios completos y exterminara a la clase superior. Los orígenes de ambos movimientos fueron distintos: en la India, se inició en el motín como tal; en China lo que en principio era un movimiento civil, ante la presión del adversario, se convirtió pronto en una tropa militar. Mientras que en China el impulso original fue la inspiración cristiana, la sublevación india respondió al temor a una cristianización forzosa. Pero en la India, el milenarismo religioso también tuvo cierto papel, más en el caso de los musulmanes que de los hindúes. Los predicadores musulmanes, en vísperas de la revuelta, habían profetizado el final del dominio británico. En la fase de mayor agitación, se convocó la yihad en muchos lugares, con una llamada que movilizó a amplios sectores de la población, pero dejó sin aclarar si se refería también contra los indios no musulmanes. Los líderes con mayor claridad estratégica, sin embargo, evitaron en lo posible debilitarse con el enfrentamiento entre musulmanes e hindúes.1909 Desde luego, la sublevación no fue —en contra de las sospechas de algunos británicos contemporáneos— el resultado de una conjuración musulmana de gran alcance, quizá incluso mundial. Pero aun así no hay que olvidar la dimensión religiosa que subyace en algunos mitos indios del levantamiento popular patriótico.
Las rebeliones de la India y China tenían una faceta patriótica. Con respecto a los levantamientos europeos, se asemejan sobre todo al húngaro de 1848-1849. Quizá cabría denominarlos «protonacionalistas», aunque en la India no está claro cómo se habría superado la tradicional división del subcontinente en el caso de que la rebelión hubiera tenido éxito. Los movimientos de protesta de la India y China fracasaron de un modo más estrepitoso que las revoluciones europeas de 1848-1849. En todos los casos, el orden imperante emergió fortalecido de los desafíos, en un principio. En la India, la Compañía de las Indias

Orientales se disolvió y el dominio del territorio se trasladó directamente a la corona. Aquí el Antiguo Régimen colonial perduró hasta 1947; la dinastía Qing también se salvó, pero solo hasta 1911. En China, el renacido estado Qing emprendió algunas reformas tímidas durante el período de la restauración Tongzhi, de naturaleza más militar que política o incluso social. En la India, el gobierno británico fue conservador de carácter y de intención, se apoyó aún más que antes en las élites tradicionales y mantuvo una distancia interior hacia los indios todavía mayor y cada vez más marcada por el pensamiento racial. Entrado el nuevo siglo tuvo que reaccionar ante nuevas exigencias de la élite india. En ninguno de los dos casos puede decirse que las fuerzas «reaccionarias» se hubieran impuesto ante las portadoras del «progreso». Ni el «rey celestial» Hong Xiuquan ni un Nana Sahib (llamado en realidad Govind Dhondu Pant), el más conocido de los líderes de la sublevación india (o al menos, el que peor reputación tenía en el extranjero), eran el tipo de personas que habría podido modernizar el país. Aquí acaban, por lo tanto, las analogías con Europa.

Guerra civil en Estados Unidos

En el caso de la guerra civil estadounidense, el juicio no puede quedar abierto, como en los casos anteriores.[1910] De todos los grandes conflictos intrasociales de mediados de siglo fue aquel en el cual las fuerzas del progreso moral y político obtuvieron una victoria más clara; una victoria, por otro lado, asociada con el objetivo «conservador» de preservar un estado nacional ya existente. A diferencia de la India y China: la rebelión de los cipayos y el reducido número de príncipes que les ofrecieron apoyo no habría podido sustituir la gran estructura cohesiva formada por los aparatos del gobierno y las fuerzas armadas británicas. No era previsible que la sublevación diera origen a una «Prusia india» que hubiera podido asumir la función británica como unificadora del subcontinente. Así, una India «liberada» probablemente habría dado paso otra vez a los estados pequeños del siglo XVIII. Aún es más difícil imaginarse

una China gobernada por los rebeldes de Taiping. Sin duda, no habría sido una democracia liberal —pese a los planes de Hong Rengan—, sino un estado teocrático autoritario; con el tiempo, quizá solo una variante del orden confuciano sin los elementos manchúes. Pero los Taiping tendían tanto a la división interna que apenas cabe imaginar que el imperio se hubiera mantenido unido. Y si China hubiera dado paso a una pluralidad de estados nacionales en el siglo XIX, ¿estos habrían podido sobrevivir económicamente? Hay razones para ponerlo en duda.

En Estados Unidos, en cambio, el resultado es claro. La victoria del Norte en 1865 evitó la formación duradera de un tercer gran estado independiente en territorio norteamericano, y destruyó la institución que, en el contexto americano de la época, se identificaba con todos los elementos conservadores o reaccionarios. Las coordinadas políticas de Estados Unidos eran muy distintas a las de la Europa contemporánea. Hacia 1850 o 1860, la «derecha» política no defendía el poder autoritario, la monarquía neoabsolutista o los privilegios de la clase aristocrática, sino la esclavitud. ¿Hay que estudiar la guerra civil estadounidense bajo el problemático encabezamiento de las «revoluciones», como hicieron algunos observadores coetáneos (como Karl Marx o el joven periodista francés Georges Clemenceau)?1911 La historiografía estadounidense ha debatido mucho al respecto desde la década de 1920; un análisis comparativo añade a la cuestión una dimensión adicional.1912 Algo parecido ocurrió con el movimiento Taiping. Desde el punto de vista estrictamente confuciano, se trató de bandidos sin legitimidad que merecían ser aniquilados; posteriormente, los sinomarxistas calificaron a los rebeldes de Taiping de predecesores de la revolución (aunque no «burgueses») que se inició de verdad con la fundación del Partido Comunista Chino en 1921.1913 Pero si se afirma que los acontecimientos de 1848-1849 en Europa fueron revolucionarios, hay que aseverar lo mismo de los de Taiping. Su revolución también fracasó. Pero la convulsión

social iniciada por los rebeldes de Taiping fue al menos tan radical como todo lo que aconteció en Europa en 1848-1849. No inauguró un nuevo orden social, pero destruyó los pilares del viejo orden. El Antiguo Régimen chino se hundió ya en 1911, el centroeuropeo se vino abajo en 1918-1919.

La guerra civil estadounidense, si se analiza en la dimensión de la violencia y la muerte que acarreó, solo se puede comparar con la revolución Taiping, que fue mucho más violenta aún. Los hechos de 1848-1849 en Centroeuropa o de 1857-1858 en la India palidecen junto a aquellos acontecimientos monstruosos. Más aún que en otros casos, en lo que atañe a la guerra civil estadounidense hay que distinguir entre la naturaleza revolucionaria de las causas y las consecuencias. La chispa inmediata de la guerra civil fue el desarrollo de dos interpretaciones perfectamente enfrentadas de la Constitución estadounidense, es decir, el más importante vínculo simbólico que había cohesionado la Unión desde 1787. Las tensiones entre las élites políticas del sur y el norte, en las décadas precedentes, se habían aliviado gracias a un sistema bipartidista bastante robusto, capaz de superar las contradicciones regionales (en Estados Unidos se las llamaba «sectoriales»). Este sistema se polarizó regionalmente en la década de 1850: los republicanos representaban al norte, los demócratas al sur. Cuando se supo que, a finales de 1860, el nuevo presidente sería el antiesclavista Abraham Lincoln, los representantes de un nuevo nacionalismo sureño empezaron a poner en práctica su programa. Cuando Lincoln asumió el cargo, a finales de enero de 1861, siete estados federados del sur habían declarado que abandonaban Estados Unidos. En febrero formaron un nuevo estado nacional: los Estados Confederados de América, y acto seguido se apoderaron de las propiedades federales de su territorio. En su discurso de toma de posesión, del 4 de marzo, Lincoln manifestó claramente que defendería la unidad nacional y consideraría la secesión del sur como un acto de rebeldía.[1914] La guerra se inició el 14 de

abril, después de que el sur atacara Fort Sumter, un fuerte de tropas federales situado en una isla, frente a la costa de Carolina del Sur.

Las causas del conflicto —que han sido objeto de debate entre los historiadores desde los mismos hechos— no fueron las típicas de la historia revolucionaria europea. No se trataba del levantamiento de sectores demográficos perjudicados económica y socialmente, como por ejemplo una revuelta de esclavos, una sublevación campesina o una protesta obrera. Evidentemente, tampoco se trataba de liberarse de una monarquía autocrática; aunque Barrington Moore acierta al escribir que abolir la esclavitud fue «un acto al menos tan importante como derrocar la monarquía absolutista en la guerra civil inglesa y la Revolución Francesa».1915 Los dos bandos afirmaban estar buscando la «libertad»: el norte quería libertad para los esclavos, el sur, la libertad de poder mantenerlos.1916 Fueran cuales fuesen las causas profundas del conflicto (un desarrollo económico desigual entre el norte y el sur, el choque de dos distintas formaciones de la identidad nacional, una relación inexperta y demasiado emocional con instituciones políticas novedosas, el antagonismo entre un sur «aristocrático» y un norte «burgués», etcétera): la guerra civil no obedece a la típica lucha europea por el estado constitucional. Fue más bien el conflicto *pos*revolucionario derivado de un paso anterior, incompleto, hacia el estado constitucional. No se combatía *por* una constitución, sino por los márgenes de acción de diversos modelos sociales en el seno de una constitución ya existente. La unión nacional que definía la constitución de 1787 se había visto socavada por la divergencia de los intereses regionales.1917 La revolución americana del siglo XVIII había quedado incompleta, y de ello nació la disposición a luchar en una guerra civil, que a la postre fue mucho más allá de las respectivas élites del poder; aquella revolución garantizaba la libertad de los hombres blancos, pero pasaba por alto la falta de libertad de los afroamericanos.

Desde el punto de vista de la historia de los acontecimientos, la guerra civil se inició cuando los que se aferraban a preservar esa contradicción rompieron la nación unitaria de la época de la independencia y formaron un estado propio.1918 Los años de la guerra civil se dividen en muchas historias. *Una* de las que podemos explicar es la historia de cómo el sur, pese a su gran inferioridad material, empezó con muy buen pie y no tuvo que retroceder ante el norte, más poderoso, hasta mediados de 1863. *Otra* historia sería la de la movilización de sectores cada vez más amplios de la sociedad en ambos bandos; una *tercera*, la del impresionante liderazgo de Abraham Lincoln, quien (si se acepta usar tales superlativos) fue la principal «personalidad de la historia universal» del siglo XIX. La guerra terminó en abril de 1865, con la rendición de las últimas tropas confederadas.1919

El fracaso del levantamiento colectivo de amplios sectores de la población blanca del sur desembocó en consecuencias que cabe calificar de revolucionarias. El estado independiente que el sur formó en 1861 quedó destruido, al igual que su aparato militar. La decimotercera enmienda de Lincoln garantizó constitucionalmente la libertad de los esclavos en todo el país. Que cuatro millones de personas pasaran de ser esclavos sin derechos a ciudadanos debe considerarse como uno de los hitos sociales más profundos que cabe imaginar, aunque luego, en la práctica, la discriminación perviviera durante muchos años. La liberación de los afroamericanos marcó, durante décadas, el carácter del sur y la mentalidad de su población. La vieja élite esclavista no quedó materialmente erradicada, pero perdió la propiedad de los esclavos sin compensación y, en la inmediata posguerra, quedó excluida de las decisiones sobre el nuevo orden nacional. Los vencedores no usaron la justicia para vengarse del bando perdedor, como hicieron los generales imperiales de la dinastía Qing contra los rebeldes de Taiping, los británicos contra los indios sublevados y el ejército de los Habsburgo contra los húngaros en 1849. Jefferson Davis,

presidente de la Confederación alternativa, perdió la ciudadanía, pasó dos años en la cárcel y murió en la pobreza. Robert E. Lee, el líder militar de los estados sureños y el estratega más brillante de toda la guerra civil, se convirtió en abogado de la reconciliación y acabó sus días como rector de una universidad. No fueron consecuencias graves para un acto declarado de alta traición. El sur, con sus paisajes desolados y ciudades arruinadas —las más afectadas, Atlanta, Charleston y Richmond—, quedó sometido en un principio a una ocupación militar. Pero esta no tardó en dar paso a un nuevo orden civil apoyado en una amnistía general que, tras ser aprobada por el sucesor de Abraham Lincoln (asesinado el 15 de abril de 1865), perdonó a casi todos los cargos destacados de la Confederación.1920 Todos los que vivieron en el sur durante los primeros años de la posguerra o llegaron allí por el motivo que fuera tuvieron la impresión de haber superado una época de cambio radical. La clase que antaño dominaba el sur quedó enormemente debilitada. La guerra y la abolición la privaron de más de la mitad de su antigua fortuna. Antes de 1860, la oligarquía de las plantaciones era más rica que la élite económica del norte. Desde 1870, cuatro quintas partes de los millonarios de Estados Unidos vivían en los antiguos estados del norte.1921

Que los esclavos liberados no desaprovecharan las ocasiones de tomar el destino en sus propias manos fue un hecho novedoso de por sí.1922 El proceso ya había empezado en los últimos dos años de la guerra civil. El ejército del norte acogió en total a 180.000 afroamericanos; en el sur, las derrotas militares de la Confederación hicieron aumentar los disturbios entre los esclavos. En la situación abierta al terminar la guerra, diversos grupos sociales combatieron (con los medios de la legislación, antes que con las armas) por su posición respectiva en el orden de posguerra: los propietarios de las grandes plantaciones, que se estaban arruinando; los granjeros blancos que habían empleado a pocos o ningún esclavo; los que habían recibido la

libertad antes de 1865; los exesclavos. Esto sucedió en el marco político de una «reconstrucción» dirigida por el norte.

La intervención reformadora del gobierno federal en los estados del sur no alcanzó la fase culminante en la posguerra inmediata, sino entre 1867 y 1872, en el período de la «reconstrucción radical». Redujo el poder de la vieja oligarquía sureña e incrementó la participación política, pero dejó en gran medida intacta su posición económica y social, incluso en las grandes plantaciones. Aunque a lo sumo en 1877 el partido republicano cedió en el intento de imponer una nueva distribución del poder en el sur, y acabó llegando a un acuerdo con la élite sureña (uno de los grandes acuerdos pacificadores de la época, junto al «compromiso» austro-húngaro de 1867 y la fundación del imperio alemán a partir de la federación de los estados principescos en 1871): era inconcebible volver a la situación *previa* a 1865 y, en este sentido, el paso fue revolucionario. En 1860 nadie habría imaginado que, a finales de la década de 1870, habría afroamericanos en cargos electos en casi todos los niveles. Aun así, la población negra no se hallaba en situación de aprovechar a fondo las nuevas posibilidades. La emancipación política no fue pareja a la emancipación económica y social; la mayoría de los blancos no cambiaron de forma de pensar ni dejaron atrás la discriminación y la persecución de origen racista.1923 A este respecto, la guerra civil no dejó de ser una «revolución inconclusa».1924 También decepcionó la esperanza de que las mujeres (de cualquier color de piel) ampliaran sus derechos políticos. Aun así, en un sentido más general, en las décadas de 1860 y 1870 surgieron impulsos que muchos historiadores han calificado también de «revolucionarios»: después de varias décadas en las que dominó el *laisser-faire*, el estado adoptó un papel más activo (sobre todo en el plano federal) y desarrolló más competencias, como por ejemplo la creación de un sistema bancario estatal que unificó unas condiciones monetarias que antes eran caóticas; una política arancelaria, más agresiva en

cuanto al comercio exterior, similar a la que aún se practica hoy desde el país; mayores inversiones gubernamentales en infraestructuras; y una regulación más estricta de la expansión hacia el oeste. Este «sistema americano», como se lo dio en llamar, fue una premisa política importante para que Estados Unidos pasara a ser la principal potencia económica. Todo ello se percibe a condición de que consideremos la guerra civil y la reconstrucción como una época unitaria, que fue de 1861 a 1877 (igual que debemos considerar la Revolución Francesa y la era napoleónica como un continuo que se extendió de 1789 a 1815).[1925]

4. REVOLUCIONES EUROASIÁTICAS DESPUÉS DE 1900

México, de reojo

El tercer cuarto del siglo XIX fue, en todo el mundo (con la relativa excepción de África) una época de crisis grandes, a menudo violentas. Los desafíos de tipo revolucionario contra el orden existente empezaron en 1847 en Europa y acabaron en 1873 con la derrota aplastante de las últimas grandes sublevaciones de musulmanes en el suroeste de China, debidas a tensiones tanto étnicas como religiosas.[1926] Es la época en la que se produjeron también las guerras intraeuropeas más graves, desde Crimea hasta Sedán, del período general de 1815 a 1914. Tras la conmoción, muchos países del mundo entraron, de forma casi simultánea, en una fase de consolidación estatal que, en varios casos, adoptó la forma particular de la construcción integradora de un estado nacional. Durante varias décadas, el mundo permaneció más calmado, hasta que en Rusia triunfó una nueva clase de revolucionarios que imaginaban la revolución como un proceso que iba más allá de las fronteras nacionales, como una revolución mundial. Con la fundación de la Internacional Comunista en 1919 se empezó a intentar favorecer esa revolución mediante el envío de emisarios y ayuda militar. Fue un planteamiento del todo novedoso en la historia de las revoluciones. En el siglo XIX, solo los anarquistas habían intentado algo similar, pero habían

fracasado del todo. Durante un tiempo, el más famoso de los anarquistas, Mijaíl Bakunin, pareció hallarse en todos los focos de crisis de Europa, pero no logró nada. Exportar las revoluciones sin que mediara una conquista militar (como el caso francés a partir de 1792) fue una novedad del siglo XX. Característicamente, el último gran acontecimiento revolucionario de Europa hasta entonces, la Comuna parisina de 1871, quedó completamente aislada y, aunque hubo otras semejanzas, no se repitió el modelo de difusión paneuropea de 1830 y 1848. Fue un interludio local, surgido de la guerra franco-prusiana, y la demostración de que la sociedad francesa, aunque habían pasado más de ochenta años desde su gran revolución, aún no había logrado una paz plena.

A vista de pájaro, es fácil pasar por alto revoluciones «menores» que parecían hallarse en la «periferia». Si las evaluamos con los criterios europeos, no queda claro si triunfaron o fracasaron. Todas se desarrollaron en el período de 1905 a 1911 y su grado de violencia no fue tan espectacular como el de las convulsiones de mediados de siglo. Hay una excepción: la revolución de México, que duró de 1910 a 1920, y aún necesitó toda la década de los veinte para contener en cierta medida sus consecuencias. La revolución mexicana no tardó en convertirse en una guerra civil que atravesó varias fases distintas y causó la muerte de uno de cada ocho mexicanos: una cima del horror en la historia de las revoluciones, comparable solo a la rebelión Taiping en el este de China.[1927] La revolución mexicana fue una «gran» revolución acorde al modelo francés. Poseía una base social amplia y en origen fue un levantamiento campesino, pero fue mucho más allá. Aniquiló un Antiguo Régimen —en este caso, no una monarquía absoluta, sino una oligarquía petrificada con el paso del tiempo— y erigió en su lugar un sistema «moderno» de partido único, que duró hasta hace unos pocos años. En este caso llama la atención, además de la intensa movilización del campesinado, que no hiciera falta defenderse frente a un enemigo exterior. Ciertamente, Estados

Unidos se inmiscuyó, pero no hay que exagerar su importancia. A diferencia de lo ocurrido más adelante entre los campesinos de China o Vietnam, los mexicanos no combatieron ante todo contra señores coloniales o intrusos imperiales. Otra peculiaridad de la revolución mexicana, que la diferencia de las «grandes» revoluciones de Norteamérica, Francia, Rusia y China (desde la década de 1920) es la ausencia de una teoría revolucionaria expresa. Nunca adquirió notoriedad internacional un Jefferson, Sieyès, Lenin o Mao mexicano, y los revolucionarios del país nunca afirmaron estar buscando la felicidad del resto del mundo (ni siquiera de los países vecinos). Por ello, la revolución mexicana, pese a su gran violencia y su larga duración, fue solo un acontecimiento local o nacional.

Rasgos comunes y procesos de aprendizaje en Eurasia

Es algo que cabe afirmar también de las revoluciones «menores» que se produjeron en Eurasia tras el cambio de siglo. Hubo cuatro series de acontecimientos:

1. la revolución rusa de 1905, que en realidad se desarrolló, temporalmente, entre 1904 y 1907;
2. la que a menudo se denomina «revolución constitucional» persa, que se inició en diciembre de 1905, dio origen a la primera constitución persa un año más tarde y acabó en 1911, cuando se suspendió el proceso de parlamentarización;
3. la revolución de los Jóvenes Turcos, en el imperio otomano, que empezó en junio de 1908, cuando oficiales rebeldes obligaron al sultán Abdulhamid II a restaurar la constitución suspendida en 1878; esta revolución no *terminó*, de hecho, sino que fue el principio de un largo proceso de transformación del sultanato al estado nacional turco;

4- la revolución «Xinhai», en China: se inició en octubre de 1911, como una sublevación militar provincial, que supuso el hundimiento inmediato y relativamente incruento de la dinastía Qing y, el 1 de enero de 1912, la fundación de una república china; terminó en 1913, cuando asumió el poder Yuan Shikai, alto dignatario del Antiguo Régimen que se volvió en contra de

los revolucionarios de 1911 y dirigió la república hasta 1916 como presidente dictatorial.
Las sociedades y los sistemas políticos en los que se desplegaron estas cuatro revoluciones se distinguen en múltiples aspectos, por descontado. Sería irresponsable incluirlas todas en una categoría unitaria. Además, no actuaron como motor unas de otras: el momento decisivo nunca fue una revolución precedente en un país vecino. Por desarrollar un ejemplo: la revolución persa no fue el detonante principal de la rebelión de los Jóvenes Turcos en 1908. Pese a todo, pueden establecerse algunas cadenas de efectos con las que cabe jugar. Así, es probable que el imperio zarista hubiera gozado de más estabilidad política si no hubiera perdido de un modo vergonzosamente claro la guerra contra Japón, en 1904-1905 (igual que Luis XVI quedó en ridículo en 1787 al ser incapaz de actuar en la crisis de los Países Bajos). Si el imperio zarista no se hubiera visto aún más debilitado por la guerra y la revolución de 1905, probablemente en 1907 no habría acordado con el imperio británico la delimitación de las respectivas esferas de influencia en Asia. Y sin este acuerdo, los oficiales otomanos en Macedonia no habrían sentido tanto pánico ante la posibilidad de que las grandes potencias acordaran también un reparto del imperio otomano como sintieron a la postre, en lo que supuso el último impulso de su rebelión.
Aunque las revoluciones euroasiáticas no se multiplicaron por un efecto dominó inmediato, sus actores conocían el repertorio de las posibilidades revolucionarias. Y, antes que nada, conocían la historia reciente de sus propios países. La constitución de 1876, que los Jóvenes Turcos lograron restaurar, la habían arrancado al sultán de su época, en una especie de «revolución desde arriba», varios «Jóvenes Otomanos» del gobierno y la administración. Así, los Jóvenes Turcos retomaron la idea de que una transformación radical debía proceder de miembros ilustrados de la élite. En China, los rebeldes de Taiping no sirvieron de modelo para los años

inmediatamente anteriores a 1911. La actividad revolucionaria de principios de siglo se remontaba a dos iniciativas que habían fracasado pocos años antes: en 1898, parte del funcionariado intentó que la corte emprendiera un ambicioso programa de reformas («Reforma de los Cien Días»); y en 1900-1901 se produjo el levantamiento de los bóxers, que no alcanzó a proponer ninguna perspectiva constructiva. El movimiento reformista de 1898 representaba un ejemplo de transformación a partir de una base social pequeña; el levantamiento de los bóxers, de la falta de contención de la cólera popular descontrolada.

Los revolucionarios euroasiáticos conocían en diversa medida la historia de las revoluciones europeas. Los Jóvenes Otomanos (intelectuales y destacados funcionarios reformistas del período aproximado de 1867 a 1878) se habían sentido admirados por la Revolución Francesa (no por el Terror, que se desaprobaba) y lo mismo hicieron, a su estela, los Jóvenes Turcos del cambio de siglo.[1928] Hubo obras fundamentales de la Ilustración europea prerrevolucionaria (por ejemplo, de Rousseau) traducidas a diversas lenguas orientales. En China, la revolución estadounidense era más popular que la francesa; pero había poca bibliografía histórica traducida sobre las dos. En su mayoría, los intelectuales del cambio de siglo consideraban singularmente modélicas las políticas de modernización emprendidas enérgicamente «desde arriba», y sobre todo la del zar Pedro el Grande.[1929] Un modelo aún más importante, tanto en China como en el imperio otomano, era el del Japón Meiji.[1930] Allí, una élite ilustrada, sin derramar sangre, había enriquecido y fortalecido el país, creando una civilización aceptable para Occidente. Los revolucionarios chinos veían como modelo y objetivo inmediato, en parte, las instituciones políticas de Centroeuropa y Norteamérica, y en parte su asimilación (en cierta medida, asiatización), de un modo parecido al de Japón, aunque no necesariamente a la japonesa en todos los detalles.[1931] Japón también despertaba

una simpatía especial entre los Jóvenes Turcos, porque acababa de infligir una severa derrota a Rusia, el archienemigo de los otomanos. Observaban con atención cuanto sucedía en las «vecinas» Rusia y Persia y publicaban comentarios al respecto en su propia prensa. En ambas revoluciones, las protestas populares tuvieron mucho peso, más del que los Jóvenes Turcos habían previsto para su propio escenario. Pero los cambios que veían en los países próximos, sobre todo en Rusia, los convencieron de que la antigua estrategia de los Jóvenes Otomanos, de ejercer presión desde el interior del aparato de gobierno, resultaría insuficiente.[1932]

Las revoluciones de Persia, el imperio otomano y China no fueron imitaciones imperfectas de los modelos occidentales, y tampoco se copiaron mutuamente. Esto no excluía la posibilidad de aprender de los otros casos. Hubo varias «transferencias», aunque nunca fueran absolutamente decisivas. Así, los trabajadores persas de los pozos petrolíferos de Bakú (en el Azerbaiyán ruso) llevaron ideas revolucionarias a Tabriz.[1933] La revolución china de 1911 halló mucho respaldo entre los chinos acaudalados del exterior que habían conocido las ventajas de una política económica comparativamente liberal en Estados Unidos o las colonias de la Europa occidental. Este aprendizaje podía seguir también caminos más complicados. El príncipe japonés Saionji Kinmochi, del noble clan Fujiwara, llegó a París en marzo de 1871 con la intención de estudiar francés y Derecho. Fue testigo de la Comuna, se quedó diez años en la capital francesa y regresó a Japón convencido de que el país necesitaba las libertades fundamentales burguesas, sin ceder al peligro de un poder popular inmoderado.[1934] Este amigo de Georges Clemenceau fue ministro en repetidas ocasiones y presidente del gobierno; no solo fue uno de los representantes más destacados de las élites liberales del país, sino que fue el estadista que más años vivió en la era fundacional del Japón moderno.

En el cuarteto de las revoluciones de finales de siglo, Rusia

supuso un caso singular, en cierta faceta: como resultado sobre todo de la política modernizadora del ministro de Hacienda Witte, su economía estaba mucho más desarrollada que la de los otros tres países. Solo en Rusia existía ya un proletariado industrial lo suficientemente numeroso y organizado para poder defender políticamente sus propios intereses. En ninguno de los países asiáticos habría podido darse una manifestación como la del 9 de enero de 1905 (el «domingo sangriento» de San Petersburgo), cuando 100.000 obreros se acercaron al Palacio de Invierno para entregar, con ánimo pacífico, una petición al zar. A consecuencia de la masacre con la que las tropas zaristas pusieron fin a la manifestación, se inició una huelga sin precedentes en todo el imperio ruso, de Riga a Bakú, en la que se calcula que participaron más de 400.000 personas.1935 Aún mayor fue la huelga general que, desde octubre de 1905, concentró el malestar creciente en numerosas partes del imperio. Donde aún no había suficiente industria y los trenes eran tan escasos que una huelga de ferrocarriles apenas surtía efecto, se recurrió a los boicots: es decir, la huelga de comerciantes y consumidores con que ya había demostrado su gran eficacia en Persia y China (aquí, hasta la década de 1930). Pero si la revolución rusa de 1905, a tenor de su composición social, fue más «moderna» que los movimientos paralelos de los otros tres países asiáticos, en otros sentidos resultaban tan próximas que la comparación es razonable. En su conjunto, las semejanzas entre las cuatro revoluciones son al menos tan notables como las diferencias; e incluso donde se constatan diferencias en la situación de partida y los caminos de la evolución nacional, la comparación puede arrojar luz sobre las respectivas peculiaridades.

Despotismo y constitución

Las cuatro revoluciones se alzaron contra una clase de autocracias a la antigua que nunca habían existido en la Europa occidental. En Rusia y Asia no se desconocían por completo las tradiciones de limitación de la autoridad por medio

del Derecho, pero su desarrollo era claramente más débil que en Occidente. La nobleza y otros grupos de terratenientes de la élite no poseían la fuerza necesaria para ejercer un contrapeso contra el poder absoluto del gobernante, como en el feudalismo europeo occidental (o el japonés). La posición relativa de los monarcas en los respectivos sistemas políticos era más indiscutida que la de Luis XVI, por no hablar de Jorge III de Inglaterra. Es decir, se trataba de despotismos en los que el gobernante tenía la última palabra y no debía rendir cuentas ante ninguna asamblea de los estados ni parlamento. Esto no significaba necesariamente que en realidad pudieran ejercer el poder con absoluta arbitrariedad. Esto dependía mucho (más que en otros sistemas) de las cualidades personales de cada monarca. El sultán Abdulhamid II era el representante más claro del tópico occidental de un déspota. En febrero de 1878 puso fin al período de tímida parlamentarización del imperio otomano, iniciada tan solo dos años antes; envió de vacaciones al Parlamento (hasta ese momento, bastante inútil) y dejó en suspenso la constitución de 1876.1936 Desde entonces gobernó como un autócrata bastante activo. El zar Nicolás II (*r.* 1894-1917) no se quedó muy atrás. La imagen que tenía de sí mismo como monarca no hizo concesiones a las corrientes liberales de la época. Nicolás quizá fue, en su conjunto, un soberano menos capacitado que Abdulhamid; estableció menos sintonía con las grandes tendencias de su tiempo y en los últimos años fue cayendo cada vez más en un extraño oscurantismo.1937 En Persia, el sah Naser al-Din fue apartado del trono por un atentado, tras medio siglo de reinado (*r.* 1848-1896). Apenas había introducido ninguna reforma, pero aun así acertó a someter a las tribus (notoriamente inquietas) y con ello mantuvo al país relativamente unido.1938 Le sucedió su hijo Muzaffar al-Din (*r.* 1896-1907), de carácter blando y dubitativo, que se convirtió en un juguete de los bandos de la corte. Le sucedió su hijo, más cruel y tiránico, Muhammad Ali Sah (*r.* 1907-1909). Fue la única ocasión, en las cuatro

revoluciones, en las que hubo una sucesión real cuando el proceso revolucionario ya estaba en marcha. El hecho de que el nuevo sah adoptara una actitud enteramente inflexible y se negara a realizar incluso concesiones mínimas agravó mucho la situación en Persia.

En China, la era de los autócratas poderosos había terminado, como muy tarde, con la muerte del emperador Daoguang, en 1850. Los cuatro emperadores que todavía le sucedieron o fueron incompetentes para los asuntos de estado o no mostraron interés por ellos. Desde 1861, el papel de autócrata lo interpretó una mujer, la emperatriz viuda Cixi (1835-1908), una mujer de colosal energía que supo defender hábilmente los intereses de la dinastía. Desde el punto de vista formal, Cixi venía a ser una usurpadora y, por lo tanto, nunca fue tan inalcanzable como los grandes emperadores Qing del siglo XVIII. Gobernó, literalmente, como el «poder por detrás del trono» —se cuenta que se sentaba tras una cortina que hoy todavía se expone en Pekín— para dos emperadores débiles. A su sobrino, el emperador Guangxu (*r.* 1875-1908), lo tuvo bajo arresto domiciliario desde 1898, cuando el joven se había atrevido a mostrar su simpatía por los reformadores liberales; se sospecha que, poco antes de que Cixi muriera, en 1908, lo hizo envenenar. Después de Cixi, el trono quedó esencialmente vacío. Le correspondió a un sobrino nieto de la viuda, Puyi, de tres años; asumió la regencia su padre, que era hermanastro del emperador difunto. Cuando estalló la revolución de 1911, este príncipe Qun ocupaba *de facto* el poder real. Era un hombre estrecho de miras, que practicó en la corte una agresiva política promanchú que le distanció de los jefes de la burocracia.

Así pues, autócratas como tales, en vísperas de las respectivas revoluciones, solo había en Rusia y el imperio otomano, y hasta cierto punto en Persia. Frente a estos sistemas políticos, los revolucionarios —este es el principal rasgo en común entre todos ellos— blandían la idea de la constitución.[1939]

Exactamente igual que en Europa, el quid de su programa político era la exigencia de una constitución. Había familiaridad con los modelos europeos. En el imperio otomano y en Persia, gozaba de especial fama la constitución belga de 1831, que preveía una monarquía parlamentaria.1940 Las fuerzas republicanas que no se contentaban con una monarquía constitucional semejante a la monarquía de Julio francesa o del imperio alemán (desde 1871) tendían a ser minoritarias entre las corrientes revolucionarias; solo en China fueron dominantes. Después de más de doscientos cincuenta años de gobierno «extranjero», bajo la dinastía manchú, no quedaban ni siquiera los restos clandestinos de alguna dinastía local a la que se pudiera recurrir como alternativa a la Qing; el hecho de que tampoco hubiera una alta nobleza excluía otras posibilidades de ascender a la dignidad imperial. Las cuatro revoluciones produjeron constituciones. Aunque, como era de esperar, hubo préstamos de los modelos occidentales, los redactores se esforzaron mucho por hacer justicia a las peculiaridades de sus respectivas culturas políticas. El constitucionalismo fue una estrategia política genuina, por lo tanto, y no una mera copia oportunista o torpe de Europa. Un modelo muy conocido y admirado fue la constitución japonesa de 1899, debida ante todo al experimentado estadista Itō Hirobumi, que parecía haber logrado una fusión ejemplar de los elementos adoptados y autóctonos. Japón también parecía haber demostrado que la constitución podía convertirse, de hecho, en símbolo político unificador de una nación emergente. No era tan solo el plan organizador de las instituciones estatales, sino todo un logro cultural del que se podía estar orgulloso. En Japón no se había adoptado explícitamente el concepto europeo de la soberanía popular; esta era, a grandes rasgos, la principal diferencia con respecto a Europa occidental. Todas las tradiciones constitucionales que se estaban forjando en Asia tuvieron que lidiar con esta cuestión: ¿en qué otras fuentes de legitimidad, terrenales o religiosas, podía apoyarse el

poder político?

Las reformas como desencadenante de las revoluciones

La Revolución Francesa de 1789 no se vio precedida por un aumento de la represión y la marginación, sino en realidad por un intento cauteloso —sobre todo, del ministro Turgot— de abrir y modernizar el sistema. En consecuencia, se ha planteado la hipótesis —confirmada también por la Unión Soviética de Mijaíl Gorbachov— de que las revoluciones son más fáciles cuando el Antiguo Régimen emite unos primeros signos de liberalización, que en cierta medida despiertan una espiral de expectativas crecientes. A este respecto, los puntos de partida de las revoluciones del este fueron distintos. El sultán no era el tirano que describía la propaganda de sus adversarios. Dio continuidad a algunas reformas introducidas antes de sus años de gobierno, como por ejemplo la ampliación del sistema educativo y la modernización de las fuerzas armadas. Abdulhamid II, sin embargo, no hizo ninguna concesión en materia de participación política. En Persia, en vísperas de la revolución, tampoco había apenas signos de reforma. En las décadas precedentes, el sah había retirado algunas medidas, en particular cuando desataban protestas; pero no se había mostrado nada dispuesto a transformar el sistema. Rusia y China eran más parecidas en esta faceta. No por perspicacia, sino en respuesta a la presión exterior, el zar Nicolás II había anunciado, en el verano de 1904, unas ligeras reformas. Pero en vez de contener con ello la agitación pública, como esperaba, aquella señal —esperada durante mucho tiempo— de concesiones mínimas no hizo sino incrementar las actividades de la oposición a la autocracia.[1941] Cuando el rey Luis XVI decidió convocar los Estados Generales también dio un fuerte impulso al debate público.

China constituía toda una sorpresa, pues se alejaba especialmente del tópico del despotismo oriental. En el extranjero, la emperatriz viuda tenía fama de ser la más partidaria de la «línea dura» entre todos los monarcas asiáticos.

En el imperio chino, la vida de los opositores era más peligrosa que en ningún otro lugar. En 1898 Cixi todavía había reprimido sin compasión un movimiento de reforma moderado. Pero la derrota catastrófica en la guerra de los bóxers, en 1900, había convencido a la emperatriz viuda de la necesidad de poner a prueba las instituciones del estado chino, promover con más decisión la modernización del país e incluir algunos sectores de la clase superior en la toma de decisiones políticas. Esta participación existía en el imperio zarista desde 1864, bajo la forma de los *zemstva*, órganos de administración rural autónoma en los niveles de las gobernaturas y los círculos, que debían atender a los intereses de la población local, en todo lo relativo a la educación, la asistencia médica o la construcción de carreteras, etcétera. Los *zemstva* eran independientes, hasta cierto punto, de la burocracia estatal. Surgieron de unas elecciones celebradas desde 1865, en las que no solo la nobleza tenía derecho a sufragio. Así, los campesinos podían enviar a sus propios representantes (aunque desde 1890, ya no por elección directa). La institución de los *zemstva* llevó a una politización de distintos sectores de la población, pero también a una división interna en bandos que se combatían mutuamente. Donde las fuerzas radicales ganaban la partida, durante los primeros años del siglo XX los *zemstva* se convirtieron en foros de oposición. Pero no era fácil reconciliar los rudimentos de una parlamentarización local con una autocracia sin constitución y un aparato estatal a su servicio creciente y más seguro de sí mismo. Antes de 1914, Rusia no se encaminaba hacia un refuerzo del autogobierno.[1942]

En China siempre había sido inconcebible practicar la política fuera de la burocracia. El principio de la representación era desconocido. Por ello, supuso una ruptura radical con la tradición que la emperatriz viuda, en noviembre de 1906, sin que la oposición tuviera las fuerzas precisas para coaccionarla, prometiera emprender los trabajos previos de una constitución; y que la corte, a finales de 1908, anunciara que en un plazo de

nueve años se completaría una transición a un gobierno constitucional. En octubre de 1909 hubo asambleas provinciales (reservadas a los varones de la élite, como ocurría también en los antiguos órganos europeos de esa índole). Nunca se había visto nada similar en toda la historia de China. Por primera vez surgían foros legales en los que se podía hablar libremente sobre los problemas de la provincia e incluso del país. Tuvo al menos la misma importancia toda una serie de reformas que los principales funcionarios de la dinastía Qing emprendieron en la primera década del nuevo siglo: establecieron ministerios especializados, reprimieron el cultivo de opio, tendieron vías férreas, promovieron con más ahínco las universidades y otros centros de estudio y, sobre todo, abolieron el sistema de pruebas estatales por el que, desde hacía más de 800 años, se elegía a la cúspide del aparato estatal, en una competencia entre los mejores. La abolición de estos exámenes transformó de la noche a la mañana el carácter del estado chino y, al mismo tiempo, el de la clase social superior. En ningún otro de los países que estamos comparando aquí se anunciaron e hicieron realidad, en vísperas del proceso revolucionario, reformas tan radicales y también visionarias. La monarquía más antigua del mundo —quizá impresionada por lo que estaba pasando en Rusia desde 1905— demostró ser especialmente capaz de aprender la lección.[1943] Tanto más poderosa resulta entonces la ironía de que ningún otro gobierno del Antiguo Régimen desapareciera de la faz de la tierra con tanta celeridad como el chino.

Intelligentsia

Detrás de cada revolución hay una coalición particular de las fuerzas sociales. Aquí los cuatro casos difieren, para empezar, porque sus formas sociales tradicionales eran del todo distintas. Pese a todo, hay rasgos en común. En todas partes, la *intelligentsia* fue uno de los factores impulsores. Surgió en Rusia, donde se acuñó el concepto, en el primer cuarto del siglo XIX, con la reforma educativa de Alejandro I, moderadamente

ilustrada. Para amplios sectores de la nobleza, la formación cultural pasó a ser «una parte imprescindible del proyecto vital».1944 En un principio, actuaron como modelo los ilustrados de la Europa occidental, y las influencias de la Ilustración y más delante de un idealismo heroico-romántico según llegó a la cultura de las élites rusas, ciertamente cosmopolitas. La *intelligentsia* se pudo desarrollar desde la década de 1860, a pesar de la censura, en parte por la protección que ofrecía el origen acomodado de muchos de sus miembros. La aparición de profesiones libres y cierto desarrollo de las instituciones educativas (que siguieron siendo restringidas y elitistas, en comparación con la Europa occidental) amplió la base de reclutamiento más allá de los círculos aristocráticos. Fue adoptando un perfil cada vez más antiestatal: la *intelligentsia* frente al funcionariado. El estilo de vida de la contracultura y la comunidad «nihilista», surgida en la misma década, también estuvo marcado por los símbolos de protesta (en los otros tres países orientales con revoluciones en proceso fueron más débiles). Tras el asesinato del zar Alejandro II, el 1 de marzo de 1881 —perpetrado por un grupo terrorista surgido en el seno del movimiento intelectual de los *naródniki* («amigos del pueblo»)—, fue más común considerar a la *intelligentsia* como una fuerza radical de oposición *política*.1945

En el imperio otomano —que en cierta manera, se puede comparar con Prusia o los estados alemanes del sur a principios del siglo XIX—, las actitudes reformistas e ilustradas se constataron hacia mediados de siglo sobre todo entre la alta burocracia estatal. Aquí, la *intelligentsia* crítica fue, en un principio, un grupo especialmente próximo al estado, hasta que el retroceso autoritario del sultán Abdulhamid II convirtió la crítica de las circunstancias presentes en un asunto peligroso. En adelante, el servicio estatal ofreció poco margen a los espíritus independientes. Muchos se marcharon al exilio, también en la Europa occidental. Las actividades revolucionarias las dirigieron sobre todo los miembros de esta

diáspora exiliada.

En el caso persa, la *intelligentsia* también tuvo cierto peso, aunque menor. Para empezar, en Persia la secularización (entendida como separación de religión y política) había avanzado menos, y con más lentitud, que en el imperio otomano. Los expertos legales y teológicos chiíes, en particular los de mayor rango (*mujtahides*) preservaron su capacidad de influencia cultural general mejor que los religiosos suníes. Durante el siglo XVIII, esa influencia ya se había reforzado, y con la dinastía Qajar (desde 1796) cobró aún más fuerza que con los safávidas.1946 Pero los equivalentes a la *intelligentsia* europea no se hallaban, como en el imperio otomano, en el ala liberal de la burocracia estatal, sino entre grupos más cerrados de las altas esferas religiosas.

En China, fuera de los *literati* (la élite de los funcionarios eruditos, definida claramente por el éxito en las pruebas de selección), nunca había habido margen para una *intelligentsia* crítica e independiente. La crítica se formulaba *siempre* desde la propia burocracia. Después de que, desde 1842, surgieran en territorio chino regiones en las que la autoridad nacional no tenía poder directo (primero, la colonia británica de Hong Kong), se desarrollaron allí los rudimentos de la prensa moderna y los primeros espacios para el razonamiento crítico.1947 Pero mientras el sistema de exámenes pervivió y determinó los planes vitales de muchos jóvenes chinos, la *intelligentsia* libre solo pudo desarrollarse muy limitadamente; su historia, en lo esencial, es posterior a 1905.1948 En esta época también se incrementó la posibilidad de estudiar en el extranjero y varios miles de chinos corrieron a aprovecharla. La *intelligentsia* revolucionaria no surgió en China a partir de una burocracia estatal reformista (la fallida propuesta de reforma de 1898 se hizo desde una posición exterior) ni, como en Rusia, a partir de una élite cultural orientada hacia Occidente; y no había un clero como en Persia. El concepto chino de *intelligentsia* (*zhishi fenzi*) solo se puede aplicar a círculos de estudiantes

nacionalistas, formados desde 1905 y sobre todo en Japón. Su organización más importante era el Tongmenghui, una «alianza jurada» revolucionaria que aportó mucho al programa de la revolución y dio origen al Kuomintang, el Partido Nacionalista de Sun Yatsen. Durante el siglo XX, la *intelligentsia* no tuvo en casi ningún otro país del mundo un efecto tan poderoso sobre la historia como en China, en particular desde aproximadamente 1915. En la revolución de 1911 no participaron de forma directa los intelectuales que vivían mayoritariamente en el exilio (algunos en Shanghái o Hong Kong); a diferencia de las otras tres revoluciones, la *intelligentsia* china tuvo capacidad de influir, pero en la escena de los hechos estaba poco representada. Donde más importante fue en Rusia y en Irán. En el imperio otomano la iniciativa de la primavera de 1908 se transfirió de los revolucionarios exiliados (entre los que había también revolucionarios armenios) a un grupo de oficiales de la Macedonia otomana; después de que la revolución triunfara, el movimiento de los Jóvenes Turcos se reclutó entre estos últimos.1949

Marcos militares e internacionales

Ninguna de las cuatro revoluciones fue un golpe de estado militar. En Rusia y Persia, los militares fueron leales al orden antirrevolucionario. Si en Rusia las fuerzas armadas se hubieran puesto de parte de los obreros en huelga, los campesinos sublevados o las nacionalidades más agitadas de las zonas fronterizas, el régimen autocrático no habría podido sobrevivir. En la flota del mar Negro hubo gran inquietud, pero no una asonada general. Solo en el acorazado *Potemkin* los marinos se amotinaron, asumieron el mando y se hermanaron, en el puerto de Odesa, con grupos radicales locales. El 16 de junio de 1905, el ejército sofocó el motín con una brutalidad aún más salvaje que la empleada en el «domingo sangriento» de San Petersburgo. Se dice que a las pocas horas habían muerto más de 2.000 personas.1950 En Persia no había un ejército netamente subordinado al poder estatal civil. Después de que el

príncipe heredero Abbas Mirza muriera a edad temprana, en 1833, se puso fin al intento de una reforma militar modernizadora. En 1879, el sah Naser al-Din organizó una brigada de cosacos al mando de oficiales rusos, después de haber conocido ese cuerpo durante un viaje a Rusia. Estos cosacos formaban una especie de guardia pretoriana que, además de defender sus propios intereses y los del sah, también atendían a la voluntad de Rusia. En junio de 1908, Muhammad Ali Sah utilizó a los cosacos (poco más de 2.000 hombres, por entonces) para dar un golpe de estado que ahuyentó al Parlamento y, con eso, puso fin a la primera fase de la revolución.

La diferencia con el imperio otomano y China difícilmente podría haber sido mayor.1951 En ambos países, los oficiales supusieron fuerzas decisivas para el triunfo de la revolución. Las situaciones de partida eran similares. Tanto el sultán Abdulhamid como la dinastía Qing (en este último caso, mediante un proceso iniciado entre dos y tres décadas más tarde) fundaron academias de guerra, trajeron al país consejeros militares e intentaron formar al menos a algunas unidades con los criterios europeos de instrucción, espíritu de combate y armamento. Esta última meta la hicieron realidad, pero no lograron asegurarse de que la nueva generación de oficiales, especialmente patrióticos, guardara lealtad a los gobiernos centrales. El movimiento de los Jóvenes Turcos, en el que, al principio, los círculos de militares emigrados tuvieron muy poco peso, se convirtió en un gran peligro para el sultanato cuando las organizaciones civiles lograron establecer un diálogo con los oficiales.1952 La presión militar hizo que, el 23 de julio de 1908, Abdulhamid restaurase la vigencia de la constitución y con ello renunciara (al menos, sobre el papel) al absolutismo. Ocurrió algo muy similar en el caso chino, cuando las ideas avanzadas del Tongmenghui revolucionario, en Japón, despertaron interés entre los oficiales de las ramas modernizadas del ejército del imperio Qing. En China, para

combatir a los rebeldes de Taiping, se habían organizado milicias regionales. Los nuevos ejércitos surgidos desde la década de 1890 tampoco estaban concentrados en la capital —donde seguían destacadas las tropas manchúes, en ese período ya bastante inservibles, desde el punto de vista militar—, sino en las capitales provinciales. Allí fue habitual que los oficiales trabaran una relación de proximidad con los funcionarios y otros notables locales. Esta alianza fue funesta para la dinastía.1953

Por azar, se descubrieron actividades subversivas entre los militares de Hankou (como había ocurrido en 1908 en la Salónica otomana), lo que desencadenó un motín más bien improvisado en varias provincias. La revolución china de 1911 adoptó la forma de una defección de la mayoría de las provincias con respecto a la casa imperial.1954 Esto determinó la constelación de poder de los años posteriores: la voluntad de autonomía de las élites del poder civil y militar en las provincias constituyó, durante más de veinte años, la tendencia fundamental dominante en la política china. El sistema turco estaba mucho más centralizado. Aquí, a partir de 1908, los líderes militares fueron ocupando las posiciones centrales de la autoridad. El hecho de que el imperio otomano se viera implicada en la primera guerra mundial —a diferencia de China, cuya participación fue sobre todo nominal— y que, nada más terminar las hostilidades, tuviera que librar otra guerra, ahora contra Grecia, consolidó aún más la posición de los militares. Mientras que en el imperio otomano, uno de los generales más exitosos, Kemal Pachá (más adelante, Atatürk), acabó «civilizando» las fuerzas armadas y pudo dirigir las energías militares hacia la construcción de un estado nacional republicano y civil, la militarización de China continuó hasta mediados del siglo XX. Para describir lo que se desarrolló en el imperio otomano y China no sería correcto hablar de «dictadura militar». Enver Pachá, el militar más influyente en el gobierno de los Jóvenes Turcos, que en 1913 controlaba el país con

firmeza, tuvo la fuerza suficiente para hacer que el imperio otomano entrara en la primera guerra mundial en 1914, en el bando de las potencias centrales; pero nunca poseyó el poder absoluto ni pasó de ser *primus inter pares* en un grupo heterogéneo de militares y civiles con poder. En China, a los pocos meses, un poderoso burócrata y reformador militar de la era Qing, Yuan Shikai, ascendió a la presidencia. De 1913 a 1915 gobernó dictatorialmente, de hecho, protegido por el ejército, pero no solo. Yuan no había perdido la vieja desconfianza china frente a la autonomía de los armados. Solo después de su muerte, en 1916, el país se descompuso en un mosaico de dominios militares.1955

Las coaliciones sociales que servían de base a estas revoluciones tenían diverso grado de amplitud. La participación más activa del «pueblo» se dio en Rusia. Los opositores a la autocracia de intención revolucionaria se hallaban en un espectro entre la nobleza liberal y los campesinos míseros que, tras la liberación, padecían por los efectos de las hambrunas y el elevado coste de los pagos compensatorios. En China, la revolución fue tan rápida que no hubo tiempo para que la dinámica se trasladara de las ciudades a las zonas rurales. Antes de 1911, en algunas zonas de China abundaron las protestas campesinas, pero la dinastía Qing no fue expulsada del trono por las sublevaciones rurales, como sí ocurrió, antes de 1644, con la caída de la dinastía Ming. En Rusia, debido a su mayor adelanto económico y social, las «fuerzas burguesas» fueron más importantes que en otros procesos revolucionarios. En Persia, los vendedores de los bazares participaron activamente en los boicots. En China, en realidad, no cabe hablar de «burguesía» antes de 1911. Pero si en Rusia, como reconoció el propio Lenin, era difícil aplicar la etiqueta de la «revolución burguesa», se ajusta todavía menos a los casos de Persia, China y el imperio otomano. Ninguna de las cuatro revoluciones se puede separar de su contexto internacional. En todos los casos, los regímenes existentes cayeron derrotados

por el ejército o la política exterior: Rusia, por la guerra ruso-japonesa; China, por la invasión de los bóxers, en 1900; el imperio otomano, por los nuevos reveses en los Balcanes; Persia, por los cazadores de concesiones extranjeras y el avance de británicos y rusos en sus respectivas áreas de influencia. En materia de política exterior, los cuatro países estaban a la defensiva. Los revolucionarios esperaban que, al transformar o incluso aniquilar los sistemas políticos existentes no solo resolverían sus propios problemas materiales, se respetarían las libertades civiles y tendrían ocasión de participar en las decisiones políticas; también confiaban en que un estado consolidado se podría plantar con más energía y éxito ante las imposiciones de las grandes potencias y el capitalismo extranjero. Esto no se aplica tanto en el caso de Rusia que, por sí sola y en comparación con los otros tres países, era una potencia imperial agresiva. Aquí, a la inversa, la protesta se debía a las críticas ante una política exterior onerosa y a la postre de escaso éxito.

Resultados de los procesos revolucionarios

¿Adónde llevaron las cuatro distintas revoluciones? En ninguno de los casos se produjo un retorno al orden preexistente. El futuro de Rusia, a medio plazo, era la revolución bolchevique. En Turquía e Irán se establecieron, en los primeros años de la década de 1920, regímenes autoritarios, no comunistas, que buscaban el desarrollo económico. En China, un régimen de esta índole, el gobierno del Kuomintang, logró una estabilización menos completa a partir de 1927; el proceso de desintegración política a largo plazo, intensificado por la revolución de 1911, no se detuvo ni corrigió hasta el triunfo de una segunda revolución, la comunista de 1949 en adelante. Pero ¿cuáles fueron los frutos de las revoluciones a corto plazo, pensando aún en el horizonte del siglo XIX? En Rusia, los rudimentos de transición hacia el estado constitucional, que temporalmente habían sido más que un mero «constitucionalismo aparente» (Max Weber), se cortaron en junio

de 1907, con el golpe de estado del primer ministro Stolypin, que contaba con el apoyo del zar. La Duma estatal (por decirlo con más precisión, la segunda Duma) se desmanteló; era la representación popular electa que el zar había concedido durante la revolución de 1905. Le sucedió la tercera Duma, elegida con un derecho de sufragio en extremo desigual, que por lo tanto fue muy dócil y titubeante. La cuarta Duma estatal (1912-1917) apenas tuvo ninguna relevancia. El proceso de parlamentarización había quedado decisivamente cortado en 1907. El parlamentarismo que, en un plazo de muy pocos años, había cobrado auge en Persia sufrió un revés igual de duro. Aquí el Majles («Parlamento») había llegado a ser una institución central en la vida política del país, más que en ningún otro lugar de Asia; lo dirigía una tríada de comerciantes de los bazares, clérigos liberales e *intelligentsia* laica que reapareció de nuevo en la revolución islámica de 1979.[1956] El golpe de estado del sah, en junio de 1908, se llevó a término con suma brutalidad y minuciosidad. Si en Rusia, la disolución de la segunda Duma solo derivó en la apatía general, en cambio la resistencia contra el sah y sus cosacos dio origen a una guerra civil que, en el norte del país, no se detuvo hasta la intervención de tropas rusas, en el invierno de 1911. Los políticos constitucionalistas y los activistas revolucionarios fueron expulsados de sus puestos y ejecutados o deportados, todo ello a gran escala.[1957] Los paralelos con la Hungría de 1849 son evidentes, aunque entonces los rusos dejaron que los Habsburgo acometieran la venganza contra los revolucionarios. Sin embargo, el parlamentarismo ya había arraigado en la cultura política e Irán, pese a los diversos cambios de régimen, se ha seguido considerando a sí mismo como un país constitucional por principio.

El caso de China era muy distinto. Allí, antes de 1911, la petición de más eficacia estatal, tanto en el interior como hacia el exterior, había sido mucho más importante que la exigencia de democratización. Desde 1908, China se dio varias

constituciones; pero el Parlamento como institución nunca ha arraigado (salvo en Taiwán a partir de la década de 1980). La revolución de 1911 no creó instituciones parlamentarias estables ni, lo que era aún más necesario, un mito sobre la soberanía parlamentaria que cupiera activar crucialmente. Ningún otro Antiguo Régimen cayó tan rápida y silenciosamente como el chino; en ningún otro lugar una república surgió tan directamente a partir de sus ruinas; pero en ningún otro lugar se dio tan poca responsabilidad a la única fuerza que, en tales circunstancias, podría haber mantenido unido el país: el ejército. La revolución eliminó la censura y el conformismo institucional de origen estatal. Con ello, aunque no creó instituciones estables, al menos abrió las ciudades de China a cierta clase de «modernidad».

A este respecto, la evolución turco-otomana fue más exitosa. Las transiciones fueron más fluidas. El viejo sultán Abdulhamid continuó en el trono durante un año más, hasta que sus sucesores intentaron expulsar a los nuevos gobernantes. Mehmed V (*r.* 1909-1918) fue el primer monarca constitucional de la historia otomana sin ambiciones políticas. Las dinastías Romanov y Qing no gozaron de este final dulce. Sin embargo, el período de libertad y pluralismo que se había iniciado en 1908 terminó en 1913, tras el éxito de un atentado contra Mahmud Şevket Pachá, uno de los líderes de los Jóvenes Turcos. Al mismo tiempo, el imperio se vio en dificultades muy graves en el exterior, por la guerra balcánica.[1958] Pese a todo, la revolución de los Jóvenes Turcos no llevó a una restauración provisional (como en Rusia y Persia) ni a una desintegración territorial del territorio central (como en China tras el interludio de Yuan Shikai, desde 1916), sino, tras superar obstáculos y dar algunos rodeos, a la formación de una de las comunidades más resistentes y humanas de Eurasia en el período de entreguerras: la república kemalí. En su balance final, Atatürk, que ciertamente no fue un demócrata, fue más un educador que un seductor de su pueblo; no fue belicoso ni un Mussolini a

la turca. El proceso de la revolución turcootomana exhibe, con ello, la lógica más clara de las cuatro revoluciones euroasiáticas. Su desarrollo fue *relativamente* constante y continuo y halló un objetivo tranquilizador en el kemalismo de la década de 1920. En cambio, hacia 1925, cuando esta meta ya se había alcanzado, Rusia (la Unión Soviética) y China entraron en una nueva fase de su tormentosa historia. En Persia, en ese mismo año, el hombre fuerte del ejército del país, Reza Khan, depuso a la dinastía Qajar, que se había tornado puramente ornamental, y se nombró a sí mismo primer sah de la dinastía Pahlavi. En los veinte años en los que *de facto* gobernó en solitario, desde que ascendió a ministro de Guerra en 1921 hasta que fue desterrado en 1941, Reza encarnó más claramente que sus contemporáneos Kemal Atatürk en Turquía y Chiang Kaishek en China (quien, desde 1926, ocupó varios puestos de liderazgo político y militar) el tipo del dictador militar violento, pero con cierta voluntad modernizadora. Ahora bien, a diferencia de Atatürk, ni creó instituciones ni tuvo visión política; la debilidad de Irán le hizo depender mucho más de las grandes potencias, que al final lo derrocaron por su inclinación proalemana.1959 La historia iraní del siglo XX, consecuencia de la revolución de 1905-1911, fue más discontinua que la turca. Varios objetivos importantes de los revolucionarios no se cumplieron. En 1979 (diez años antes de que en Rusia se volviera a revolucionar el sistema), en Irán se produjo una segunda revolución orientada hacia un programa antiliberal. Solo Turquía vivió sin nuevas revoluciones, de forma más o menos simultánea al México posrevolucionario tras la fase de transición de 1908-1913.

Las cuatro revoluciones euroasiáticas de poco después de 1905 no estallaron de golpe en circunstancias de petrificación. Las fantasías europeas que surgieron en el siglo XVII, sobre la calma mortal que imponían los sanguinarios «déspotas orientales», distorsionaban la realidad. En toda Eurasia, las sociedades no se habían agitado menos que las europeas: había

toda clase de protestas y violencia colectiva.1960 En Irán, por ejemplo, que había proporcionado el grueso de las referencias para el concepto del despotismo oriental en Occidente, hubo sublevaciones repetidas de distintos grupos demográficos que, exactamente igual que en la Europa de la Edad Moderna, intentaban imponer sus intereses mediante la presión y la teatralidad: tribus nómadas y pobres urbanos, mujeres, mercenarios y esclavos negros, a veces el «pueblo» en su conjunto, sobre todo en protestas contra los extranjeros.1961 En otros países asiáticos, las diferencias no eran muy grandes. En China, el estado tendió a tener a la población mejor controlada que en los países musulmanes. Por un sistema de responsabilidad colectiva (*baojia*), se exigía a familias o aldeas enteras la reparación de una infracción de las normas. Pero esto solo podía funcionar mientras la burocracia seguía siendo relativamente eficiente y las personas no se veían arrastradas hacia las situaciones más arriesgadas por la desesperación. Después de 1820, como muy tarde, estas premisas empezaron o no cumplirse, y China resultó cada vez más difícil de gobernar.1962 Así pues, las revoluciones *también* fueron la respuesta a problemas de gobernabilidad. A su vez, estos problemas estaban condicionados *también* por la dinámica de los conflictos sociales y la transformación de los valores culturales, causadas en parte por la múltiple desestabilización exterior de los países «periféricos» y económica y socialmente «atrasados».

No puede sobrestimarse el enorme efecto que el pensamiento constitucional de la Europa occidental tuvo en Oriente —de Rusia a Japón— y cuán creativamente se fue adaptando a las circunstancias particulares de cada país.1963 El movimiento constitucional otomano de 1876 había emitido la primera señal importante; y Japón, desde 1889, puso de manifiesto que una constitución no era un simple trozo de papel, sino que podía servir —también en el contexto asiático— como un símbolo eficaz de integración nacional. La retórica y la práctica del

constitucionalismo puso en marcha, invariablemente, la lucha por el estado. Ya no se consideraba que la autoridad era dada por la naturaleza; se podía iniciar un conflicto por esta y reformarla institucionalmente. El poder dinástico ya no se daba por sentado, había llegado al fin de su era. Empezaba la era de las ideologías y la política de masas.

Capítulo 11
El estado

«Gobierno mínimo», pompa soberana y un futuro de servidumbre

1. ORDEN Y COMUNICACIÓN: EL ESTADO Y LA POLÍTICA

En el siglo XIX, la diversidad de las formas políticas fue la mayor de toda la historia. Entre la plena ausencia de estatalidad de las pequeñas comunidades de cazadores y los distintos sistemas políticos de los imperios y estados nacionales se extendía un ancho espectro de formas políticas. Hasta la llegada del colonialismo europeo (que se produjo en fechas muy distintas, según el lugar del mundo en que pensemos) imperó una gran multiplicidad de clases y formas de generar y ejercer el poder y de regular los asuntos de la vida comunitaria, sin por ello corresponderse con el «estado» institucionalmente cristalizado propio de la Europa moderna. Estas variantes de la política preestatal fueron siendo absorbidas progresivamente (y al menos, modificadas) por un estado colonial que adoptó formas muy distintas según los casos. Solo se puede hablar de una difusión universal (pero no unitaria ni absoluta) de «el estado» europeo en los años anteriores a la primera guerra mundial; pero nunca en 1770, 1800 o incluso 1830. El siglo XIX empezó con la herencia de las nuevas formaciones estatales que se crearon en todo el mundo durante la Edad Moderna. Hoy se sabe que las monarquías «absolutas» de Europa (quizá con la excepción del zar Pedro) no fueron tan absolutas ni tuvieron tanta libertad de movimientos como se complacieron en afirmar los apologistas contemporáneos y varios historiadores posteriores. Incluso los soberanos «absolutos» estaban atrapados en redes de mutua obligación. Debían tener miramientos con la Iglesia o la nobleza terrateniente, no podían desatender sin más los conceptos del Derecho establecido, necesitaban mantener a los cortesanos de buen humor y debían vivir con el hecho de que ni siquiera la conducta más autoritaria bastaría con toda certeza para llenar las arcas estatales. Las monarquías europeas de mediados del siglo XVIII

fueron el resultado de una evolución que no se había iniciado antes del siglo XVI. Lo mismo cabe afirmar de los sistemas monárquicos de Asia, que tampoco procedían de pasados muy remotos; antes bien, tenían la forma que habían adquirido en el siglo XVIII, como fruto de la formación imperial militar, relativamente reciente. Los sistemas políticos de Eurasia hacia mediados del siglo XVIII eran en su mayoría monarquías jóvenes, de la Edad Moderna. La venerable oposición —descrita con particular agudeza por Montesquieu en 1748, en *De l'esprit des lois* (*El espíritu de las leyes*)— entre las monarquías moderadas de la Europa occidental y los despotismos inmoderados del imperio zarista hacia el este no es una aberración, pero exagera la impresión conjunta de un espectro diverso de estatalidad monárquica en la Eurasia de la Edad Moderna, un espectro que no cabe dividir dicotómicamente en dos zonas, una occidental y una oriental.1964

Otra novedad de la Edad Moderna fue el estado colonial europeo en ultramar, que en un principio se limitó al hemisferio occidental, pero que desde la década de 1760 se trasladó también hacia la India. Aunque era una copia y esqueje de las formas estatales europeas, además se adecuaba a las circunstancias locales. Este tipo de estado también pervivió en el siglo XIX, aun atravesando una multiplicidad de cambios. Cuando se vino abajo en Norteamérica, en la década de 1770, al cabo de poco empezó un proceso del todo novedoso y del mayor alcance: el auge del estado constitucional republicano. La mayor diversidad de formas políticas en todo el mundo se alcanzó hacia mediados del siglo XIX. Antes nunca se habían dado, en una misma época, expresiones tan netamente distintas del poder político. *Luego*, por todo el mundo, los estados se transformaron en estados nacionales territorialmente definidos, es decir, pasaron a ser de un mismo tipo relativamente unitario, que se podía asociar con distintas formas constitucionales, tanto democráticas como dictatoriales. Tras la plenitud formal del siglo XIX, el siglo XX se caracterizó

por aún más homogeneidad. En la segunda mitad del siglo XX el estado constitucional legitimado por sufragio se convirtió en la única norma aceptada mundialmente. Con la desaparición de las dictaduras de los partidos comunistas (camufladas bajo el eufemismo de «democracias populares») solo pervivió *un único* contramodelo «no occidental», fundado conscientemente sobre principios propios: la república islámica de cuño teocrático.

Diferenciación y simplificación

El siglo XIX fue, también en la historia de la organización del poder político, un estadio de transición entre la diferenciación y una nueva simplificación. Al mismo tiempo fue el punto de partida de cuatro grandes procesos que no se desplegaron en todo el mundo hasta el siglo XX: la formación de naciones, la burocratización, la democratización y el desarrollo del estado del bienestar. Desde la perspectiva de la Europa de entreguerras, el siglo XIX tenía que parecer la auténtica edad de oro del estado: por las revoluciones de Norteamérica y Francia, ligadas a principios del bien común, con capacidad ordenadora y una relativa garantía de participación, que hasta 1914 lograron contener el potencial militar durante mucho tiempo, oponiéndose con ello a los dos extremos de la experiencia política: el despotismo y la anarquía.

Estas fueron las grandes líneas de la evolución de los estados en el siglo XIX:

• construcción de estados industriales militarizados, con una nueva capacidad de crear imperios;

• invención de la «moderna» burocracia estatal;

• ampliación y sistematización de la capacidad tributaria del estado con respecto a la «sociedad»;

• redefinición del estado como proveedor de «bienes públicos» (asistencia social, prestaciones sociales, construcción de infraestructuras, etcétera);

• surgimiento del estado constitucional y de derecho, acompañado por el nuevo concepto de la «ciudadanía» (*citizenship*) con aspiración legítima a la defensa de los intereses

privados y participación en los asuntos políticos;
• descrédito de la idea de que el nacimiento legitima para gobernar, lo que socava el concepto de la monarquía como forma política «normal», aunque esta, en la práctica, todavía pervivió considerablemente;
• nacimiento de la dictadura como formalización de las relaciones clientelares o ejercicio de un gobierno tecnocrático por aclamación.

No todas estas tendencias partieron de Europa y se fueron propagando paso a paso por todo el mundo gracias a una exportación deliberada o una difusión discreta. Algunas se originaron por entero *fuera* de Europa: el moderno estado constitucional nació en Norteamérica sobre la base de la revolución gloriosa de 1688 en Inglaterra y la teoría política en la que esta se fundamentaba. La dictadura posmonárquica floreció primero en Sudamérica. También sería desequilibrado considerar que todas estas grandes tendencias se desarrollaron «a espaldas de los súbditos». El desarrollo estatal no fue un proceso automático, independiente de las decisiones políticas y los cambios sociales. Esto se constata, como muy tarde, cuando hay que responder a la pregunta de por qué en *este* lugar concreto determinada gran tendencia se hizo realidad de un modo muy distinto y más intenso que en *aquel* otro lugar.

El problema se agudiza cuando dejamos de considerar que los estados de estilo europeo occidental fueron la norma histórica. De esta manera, los sistemas políticos del África precolonial dejan de ser «primitivos» o «atrasados» aunque no se correspondan en nada con el modelo de estado europeo. En África, «estado» no significaba disponer del control militar claro sobre un territorio netamente definido en el que una única autoridad reclamaba la «soberanía» y esperaba de ello recibir obediencia. África se organizó mucho más como un mosaico de deberes, que se solapaban y transformaban con celeridad, entre gobernantes subordinados y superiores. En la península arábiga tampoco hubo ninguna organización «estatal» (en el

sentido europeo) hasta bien entrado el siglo XIX, pero sí hubo relaciones complejas entre una diversidad de tribus subordinadas (de un modo casi imperceptible durante mucho tiempo) a la soberanía otomana. Se ha hablado a este respecto de «cuasiestados tribales».1965

En la península de Malaca, el paisaje político también era policéntrico, aunque fragmentado de otro modo, en principados (sultanatos). Era un microcosmos dentro del mosaico más general del sureste asiático, en el que solo el colonialismo definió relaciones de poder inequívocas sobre una base territorial.1966 Considerar que el estado europeo representaba la «normalidad» supondría dar por sentado que la historia de estas regiones tendía necesariamente a la conquista y reordenación colonial. Pero, en realidad, el colonialismo no fue un amable *telos* de la evolución histórica, sino que, desde el punto de vista de los afectados, a menudo fue una intervención brutal.

Es igual de problemático tratar el «monopolio de la violencia» por el estado no solo como una exigencia teórica ideal, sino como una descripción concreta de un estado de cosas. En algunas zonas del mundo, el «monopolio de la violencia» nunca ha sido una categoría con sentido; en Afganistán, por ejemplo, ni siquiera lo es hoy en día. En los grandes imperios, pervivieron hasta el último cuarto del siglo XIX algunas minorías armadas autónomas que no obedecían a ningún mando militar central, como por ejemplo los cosacos del Don en el imperio zarista.1967 En la década de 1820, la piratería, aunque se la daba por extinta, prosperó de nuevo en el Caribe a la estela de las guerras de independencia latinoamericanas, y hasta la década siguiente las Marinas de guerra de Gran Bretaña y Estados Unidos no lograron reprimirla (y no sin esfuerzo).1968 Así pues, el monopolio de la violencia no es un rasgo definidor del estado «moderno» que exista con igual naturalidad en todas partes; es una condición histórica de carácter extremo, a la que solo se ha aspirado y que solo se ha

conseguido provisionalmente. En los tiempos revolucionarios, el monopolio de la violencia no tardaba en irse a pique. El estado chino, por ejemplo, se empeñó durante todo el siglo XVIII en desarmar a la población y mantenerla en calma, una labor que se le dio relativamente bien. Pero a partir de 1850, en las revoluciones Taiping, millones de sublevados recurrieron a la violencia contra el estado Qing. Para los revolucionarios casi nunca ha sido un problema recurrir a las armas. Los monopolios de la violencia solo se pueden sostener mientras un estado central domestica a las élites guerreras y se transmite a una mayoría de la población la impresión de que ello permite garantizar efectivamente la ley y el orden. Cuando no es así, se abren mercados para la violencia privada. A partir de este punto, la violencia puede pasar muy rápido de la socialización a la privatización. En una de las democracias más estables, la de Estados Unidos, las dos fuerzas estaban estrechamente entretejidas. Esto nos lleva aún a otra conclusión: la «fortaleza» de un estado no siempre es una variable *independiente* de su desarrollo. Sería idealizar en demasía considerar que el estado tiende intrínsecamente a aumentar su racionalidad, a tornarse «objetivo». El estado moldea a la sociedad, pero al mismo tiempo depende de la guerra y la revolución, de la base productiva de su poder financiero y de la lealtad de sus «servidores».

Tipos de órdenes políticos

Se han propuesto numerosas tipologías posibles de los sistemas políticos. Dependerá de en qué criterios de diferenciación se amparen primordialmente. Una posibilidad razonable pasa por preguntarse dónde radica el poder en cada orden político, y con qué intensidad y de qué modo se ejerce. De esta forma podríamos diferenciar entre los sistemas en los que el poder se ejerce «extensivamente», con el fin de organizar a un gran número de personas en un territorio vasto (como por ejemplo un gran imperio) y aquellos en los que un «poder intensivo» sobre un marco más reducido incrementa el nivel de la actividad política de sus habitantes (por ejemplo, en una polis).

También sería útil diferenciar entre el «poder autorizado», en el cual las órdenes se transmiten por una jerarquía de posiciones superiores e inferiores, y el «poder disperso», en el que la cadena de mando no se reconoce claramente, sino que aquel actúa a través de restricciones más sutiles, como por ejemplo un ordenamiento legal o reglas ideológicas. Esta segunda diferenciación no se puede aplicar solamente a sistemas políticos en su conjunto, sino también a organizaciones aisladas, como una administración, Iglesia o escuela.1969 Un criterio que responde bien a una era de transición como el siglo XIX es el del control del poder. La doctrina política más influyente del siglo en todo el mundo, el liberalismo, tenía en esta clase de control una de sus metas principales. Aunque antes de la primera guerra mundial el liberalismo no se había impuesto en casi ningún país (de forma coherente con la concepción ideal de sus defensores), había pese a todo una tendencia, constatada en muchas regiones del mundo, a reducir la arbitrariedad individual en el ejercicio del poder y obligar a rendir cuentas. Hacia 1900, desde este punto de vista, cabe distinguir los siguientes tipos básicos de órdenes políticos.

Las *autocracias*, en las que la voluntad de un solo príncipe que gobernaba con la ayuda de personal consejero tenía el valor supremo (también en el marco de un orden legal dado, desde luego) se habían vuelto escasas. Todavía se daban condiciones de absolutismo en el imperio zarista, en el imperio otomano (se restablecieron en 1878) o en Siam. No por ello se trataba siempre de sistemas especialmente atrasados. El rey Chulalongkorn de Siam fue uno de los gobernantes más absolutos de la época, y aun así actuó como un déspota ilustrado: adoptó toda una serie de decisiones que protegieron los intereses generales del país y lo acercaron a la modernidad.

En una monarquía, los ministros también podían gozar de plenos poderes casi ilimitados, como por ejemplo el cardenal Richelieu o, en el Portugal de la década de 1760, el marqués de Pombal. Pero por débil que fuera el monarca, siempre

necesitaban su simpatía. Las *dictaduras* son sistemas posrevolucionarios o posrepublicanos, en los que una persona (en su mayoría, rodeada de un grupo reducido de ayudantes y de otros dirigentes subordinados) posee un margen de acción similar al de un monarca absoluto; pero sin estar sancionado por la tradición, la legitimidad dinástica o la bendición religiosa. El dictador —un tipo conocido en Europa desde la Antigüedad— se aferra al poder con la violencia o la amenaza de emplearla, y también porque se apoya en una clientela (de diversa extensión). No puede prescindir del control de las fuerzas armadas y la policía, a los que les va bien en el sistema. Pretende ocupar el cargo de por vida y debe traducir en instituciones perdurables las circunstancias particulares por las que ascendió al poder, como un golpe de estado o la aclamación. En la Europa posterior a Napoleón, apenas se hallan ejemplos de este tipo. El más similar es el del mariscal de campo (más adelante, duque) Juan Carlos de Saldanha, que intervino repetidamente en la política portuguesa entre 1823 y el año de su muerte, 1876, aunque a largo plazo no logró tanto el mando personal como la construcción de una «democracia oligárquica».1970 Solo con la revolución bolchevique de 1917 y su nueva forma de dictadura del partido, y con el ascenso de gobernantes de derechas en Italia (Benito Mussolini, en 1922) y España (Miguel Primo de Rivera, en 1923) comenzó en este continente una era de las dictaduras, que en la misma década se vio también en el Asia no colonial (Irán, China). En el siglo XIX la única arena de los dictadores fue Hispanoamérica. Un ejemplar especialmente señero de esta especie fue Porfirio Díaz, presidente de México de 1876 a 1911, un hombre que rompió el círculo vicioso del estancamiento económico y la inestabilidad política, pero redujo al mínimo la participación de la población en las decisiones políticas y paralizó la vida pública. Porfirio no fue un caudillo militar, un tirano asesino como Juan Manuel de Rosas, que entre 1829 y 1852 (con especial brutalidad de 1839 a 1842) sometió Argentina mediante policía secreta, espías y

escuadrones de la muerte;1971 y tampoco fue el típico caudillo de la América Central y del Sur: un enemigo de las instituciones, sin interés por el desarrollo económico, que usaba el negocio de la violencia sobre todo para recompensar a su camarilla inmediata y se ofrecía como «protector» de los propietarios. A diferencia del caudillo típico, Díaz era precisamente un obseso de la estabilidad, pero no transformó su bien engrasada máquina de patrocinio en un aparato estatal capaz de resistir las crisis.1972 Otro presidente fuerte surgido de las fuerzas armadas, Julio Argentino Roca, en Argentina, fue más perspicaz; en las décadas de 1880 y 1890, pasando por encima de los partidos y las elecciones, supo reforzar la eficacia del sistema político de su país y prepararlo para una «democracia» elitista.1973

En las *monarquías constitucionales* —al menos, en la forma que este tipo de estado había adoptado hacia 1900—, una constitución escrita preveía cierta medida de representación y participación parlamentaria; pero no podía derribar un gobierno elegido por un príncipe. El ejecutivo no surgía del Parlamento ni estaba en verdad obligado a justificarse ante él. El monarca interpretaba un papel relativamente activo y, por lo general, se requería que actuara como juez entre los numerosos grupos de poder informales en los que la élite política se dividía. Hubo sistemas de esta clase, por ejemplo, en el imperio alemán, en Japón (cuya constitución de 1889 tomó prestados varios elementos sustanciales de la constitución imperial alemana de 1871), y en Austria-Hungría a partir de la década de 1860 (aunque aquí el parlamentarismo era mucho menos funcional que en el Imperio Alemán; entre otras cosas, a consecuencia de la profunda fragmentación étnica de los súbditos).

Los *sistemas con responsabilidad parlamentaria* podían contar con un jefe de estado monárquico (como en Gran Bretaña o los Países Bajos) o republicano (como en la Francia de la Tercera República). Esto era secundario con respecto al hecho de que el ejecutivo se constituía a partir de un Parlamento electo y podía

ser igualmente depuesto por la cámara. Como forma especial de este tipo estaba el dualismo estadounidense de presidente y Congreso. Pero aunque aquí el presidente no ascendía al poder a partir de la asamblea de los representantes populares, sino a partir de unas elecciones (por sufragio directo o indirecto), la presidencia estaba sometida a una limitación temporal y nunca, ni siquiera en épocas de guerra, se convirtió en una dictadura presidencial. La revolución estadounidense no engendró napoleones.

Tras estudiar materiales de todo el mundo, la antropología política ha mostrado con qué suma diversidad surgen diferencias de poder en el seno de las sociedades y se ponen en marcha y desarrollan procesos políticos que sirven para hacer realidad objetivos bien de la colectividad, bien de algunos grupos particulares. Resulta más difícil establecer las «cosmologías» políticas, los mundos conceptuales, de aquellas sociedades con una escasa o nula tradición escrita. Pero no solo había ideas complejas de la «política» en las grandes tradiciones literarias del pensamiento político (China, la India, la Europa cristiana, el islam). Desde esta perspectiva, en vez de una mirada estática a las instituciones relacionadas con el «estado» hay que fijarse en el acontecer dinámico en el seno de los ámbitos y espacios políticos. Y esto pone en duda que valga la pena toda la empresa de tipificar las formas estatales y la idea de adscribir siempre un estado a un territorio determinado.1974 Para completar las cuatro formas ya vistas de ejercicio del poder y sus límites, cabe añadir una quinta categoría que recoja la gran cantidad de distintas posibilidades de institucionalización relativamente débil. Por usar el nombre más difundido, se trata de *relaciones de vasallaje*, de patrón y cliente, en las que, por su ascendencia (en esto se distinguen de las dictaduras), un príncipe, un caudillo o un *big man* (en ocasiones, el papel lo han interpretado mujeres) ofrece protección y sirve como foco de unidad simbólica de la comunidad. Aquí también se pueden hallar personas

destacadas en puestos aislados, pero no una jerarquía funcionarial relativamente independiente de las personas. El principio dinástico y la sacralización del gobernante son menos claros que en las formas más estables y complejas de monarquía; y es más fácil usurpar el poder. La legitimidad del gobernante procede en parte de una capacidad de liderazgo demostrada; el control de su ejercicio del poder se basa en la deliberación y la valoración de ese rendimiento. En esta forma de entender la política, la realeza hereditaria es más extraña que la selección del jefe mediante sufragio o aclamación. En los primeros años del siglo XIX, había sistemas políticos de este tipo en todos los continentes (incluidas las islas del Pacífico), en circunstancias culturales muy diversas. El colonialismo europeo se pudo «acoplar» con relativa facilidad, y terminada la fase de la conquista, los europeos podían intentar situarse como el patrón supremo de la cadena de vasallaje.1975

Visión y comunicación

Estas tipologías permiten congelar una instantánea ordenada, pero a continuación hay que preguntarse qué clase de proceso político prevén. A este respecto, todavía cabe establecer otras dos diferenciaciones entre los sistemas políticos. Por un lado, se acompañan de visiones e imágenes de una totalidad política; los ideólogos del sistema (pero también un número mayor de las personas que viven en ellos) no las ven tan solo como estructuras de una distribución desigual del poder, sino como marcos de pertenencia. En el siglo XIX, la nación se fue convirtiendo, cada vez más, en la mayor unidad concebible en la que vivir la identificación. Pero en otras circunstancias también perduraron otras ideas, como la del vínculo paternalista entre un soberano y sus súbditos, o, como en el caso chino, de la unidad cultural de un gran imperio, que equiparaba civilización e imperio. Salvo un puñado de anarquistas, nadie se imaginaba que el caos pudiera ser una condición política ideal. La integración del orden ideal se podía desarrollar por varios medios. En el siglo XIX, la religión —que

todavía definía la concepción del mundo de una mayoría— era una masilla de unión especialmente fuerte.

Por otro lado, los sistemas políticos exhibían diversas formas de comunicación; y es preciso preguntarse cuáles fueron las formas dominantes y características. Esta comunicación se desarrollaba internamente, en el seno de los aparatos de gobierno, por ejemplo entre un monarca y los principales funcionarios. También podía transmitirse en gabinetes, o en círculos no oficiales de la élite (como los clubes británicos o las «sociedades patrióticas» del imperio zarista). Pero además —y esto, en el siglo XIX, fue cada vez más importante— podía enlazar a los políticos con sus seguidores y electores. Los reyes y emperadores siempre se habían presentado ante su pueblo, en particular con una distancia ceremonial, de seguridad; en otras ocasiones se interpretaba el papel de un soberano invisible o ausente, como los emperadores chinos desde 1820 aproximadamente. Napoleón III fue de los primeros en destacar en esa apelación al pueblo, más que su tío, que había gobernado más despóticamente y en solitario. También Guillermo III —a quien la constitución apenas exigía atender a las opiniones de sus súbditos— habló en asambleas públicas más a menudo que ningún otro monarca Hohenzollern.1976 Un rasgo novedoso del siglo XIX fue que los políticos se presentaran directamente ante sus partidarios y electores, hablando con ellos, pidiéndoles el escaño. Esta política adquirió carácter de normalidad primero en Estados Unidos, con la presidencia de Thomas Jefferson (1801-1809), y luego en especial desde la «revolución jacksoniana» (la presidencia de Andrew Jackson, 1829-1837), cuando en vez de la política elitista de la generación fundacional se recurrió a una versión más populista o de «democracia de base», y al escepticismo con que los ciudadanos contemplaban las «facciones» sucedió una aceptación de la competencia entre los partidos.1977 El número de los cargos electos se multiplicó extraordinariamente; ahora hasta los jueces eran electos, en gran medida. Salvo en

Suiza, en Europa la práctica democrática todavía siguió siendo oligárquica durante mucho tiempo, incluso en Gran Bretaña hasta 1867. El derecho de sufragio era más restrictivo que en Estados Unidos.

Por descontado, las revoluciones provocaron estallidos de implicación popular. En los tiempos *no revolucionarios*, las campañas electorales —otro de los «inventos» del siglo XIX— permitieron la comunicación directa entre los políticos y la ciudadanía. Fue pionero William Ewart Gladstone en 1879-1880, con la campaña que realizó en su circunscripción electoral escocesa (la «Midlothian Campaign»). Hasta entonces, las campañas británicas habían sido las veladas de amigos en círculos reducidos que Charles Dickens satirizó en *Los papeles del club Pickwick* (1837). Gladstone fue el primer político europeo (imitado en el bando conservador por Disraeli) que consideró que la democracia exigía actos multitudinarios, con independencia de las acciones de protesta particulares. El tono de sus mítines era de un despertar casi religioso. El orador agitaba al público, replicaba enérgicamente a quien le interrumpía y luego se daba un baño de masas entre sus partidarios.1978 Para Gladstone, esos actos —si se manejaban con responsabilidad— formaban parte de la educación política de un electorado cada vez más numeroso. La tenue frontera con la demagogia se cruzaba allí donde —como en el caso de un Juan Manuel de Rosas, en Argentina— el dictador y su esposa, una Evita del siglo XIX, se dirigían contra los adversarios discursos de carácter incendiario (ajenos a los fines institucionales, como los de la campaña electoral) ante la plebe urbana: una forma primitiva y personalista de manipulación política, que en Europa se conocía desde la Antigüedad, pero solo era habitual en circunstancias revolucionarias.1979 Un rasgo nuevo y característico del siglo XIX fue contener la agitación como forma de campaña electoral integrada en el funcionamiento regular de un sistema político.

2. REINVENCIÓN DE LA MONARQUÍA

A mediados del siglo XIX, varias décadas después de la Revolución Francesa, la monarquía todavía era la forma estatal dominante en todo el mundo. Había reyes y emperadores en todos los continentes. En Europa, las nuevas repúblicas de la Edad Moderna y la «era de las revoluciones» desaparecieron en un nuevo (y último) proceso de «monarquización».1980 Si, como se ha escrito, la decapitación de Luis XVI destruyó la base de la monarquía como forma de orden y conciencia en Europa, entonces todavía vivió luego una larga y alegre agonía. Inmediatamente después de 1815, entre los principales estados de Europa, Suiza era el único sin realeza. El sentimiento promonárquico se cultivaba hasta en Australia, pese a que ningún rey británico pisó el país hasta 1954 (a diferencia de una serie de príncipes, desde 1867); y en 1901, cuando las colonias australianas crearon la federación nacional, nadie pensó en instaurar un régimen republicano.1981 Hubo gobernantes con miles de súbditos, y otros con varios cientos de millones; autócratas con poder inmediato y príncipes que debían contentarse con un papel meramente ceremonial. Lo que tenían en común un pequeño reino del Himalaya o una isla de los mares del Sur con el jefe de estado coronado en Londres o San Petersburgo eran ante todo dos cosas: por un lado, la legitimación dinástica, que permitía heredar la corona real o imperial; por otro, el aura del trono, que otorgaba a su poseedor, independientemente de sus rasgos personales, un mínimo de respeto y veneración.

La monarquía en la revolución colonial

Tras las etiquetas de «reino» o «monarquía» se escondía una enorme abundancia de formas políticas. Incluso los casos estructuralmente similares se diferenciaban entre sí por el distinto engaste cultural de la institución monárquica. Mientras que los zares rusos, de gobierno absoluto, cultivaron la irradiación sacra hasta el final de la dinastía Romanov, y el último de los zares, Nicolás II, aún mantuvo y celebró un acuerdo de devoción compartida entre el emperador

todopoderoso y el pueblo ruso,[1982] desde 1830 los monarcas de Francia o Bélgica solo conservaron el papel rutinario de los reyes burgueses. La Iglesia ortodoxa rusa proclamó con diligencia la santidad de los zares; en los países católico-romanos, la Iglesia se contuvo más; el protestantismo, en todo caso, solo preveía un concepto bastante abstracto de Iglesia estatal. En el sudeste asiático hallamos un bonito ejemplo de la gran diversidad de las monarquías. A principios del siglo XIX, existían allí:

- En Birmania, Camboya o Siam, reinos budistas, en los que los monarcas vivían en mundos palaciegos cerrados y, por las cargas protocolarias o la presencia de consejeros muy poderosos, apenas podían adoptar iniciativas políticas;
- en Vietnam, un reino inspirado en el modelo chino, en el cual el gobernante era la cúspide de una compleja pirámide funcionarial y estaba acostumbrado a contemplar los pueblos vecinos como «bárbaros» que había que civilizar;
- sultanes musulmanes en el mundo malasio, muy policéntrico, cuya posición con respecto al entorno era mucho menos elevada que la de otros gobernantes de la región y que, por lo general, reinaban con poca pompa sobre capitales situadas junto al mar o los ríos y sus respectivas zonas de influencia; y
- no hay que olvidar a los gobernadores coloniales europeos, sobre todo en Manila y Batavia, que actuaban como representantes de los monarcas europeos; hasta los enviados de los Países Bajos, un país austero y republicano, intentaron expandir la pompa principesca.[1983]

Junto a las revoluciones, en el siglo XIX el principal enemigo de los reyes fue el gobierno colonial europeo. En muchas zonas del mundo, los europeos destruyeron las monarquías locales, a las que, cuando no aniquilaron del todo, debilitaron sin remedio. Este fue el efecto más habitual de la invasión colonial europea. Los reyes autóctonos quedaban situados bajo «protección». Se les solía permitir que conservaran gran parte de sus ingresos y siguieran desarrollando una esperanza de vida principesca y la

función religiosa que hubieran podido tener. Al mismo tiempo, se les podaban las competencias políticas, se les privaba del control de las fuerzas armadas y los privilegios heredados en materia de jurisprudencia (como decidir sobre la vida y la muerte de los súbditos). El proceso de sometimiento de los reyes (y caudillos) no europeos al gobierno indirecto fue lento y solo concluyó poco antes de la primera guerra mundial. En 1912, el sultanato marroquí fue la última monarquía importante que, sin perder el rango o la dignidad, quedó sometida a un «residente» colonial.[1984] El hecho de que una potencia colonial optara por el gobierno indirecto o directo no dependía de principios ni de planes estratégicos generales. Según las circunstancias locales, específicas de cada caso, el despotismo administrativo colonial elegía un camino u otro.[1985]

En ocasiones, se cometían errores de apreciación graves. En Birmania, el rey Mindon introdujo hasta su muerte, en 1878, una serie de reformas estabilizadoras que aspiraban a impedir que se usara la excusa favorita para la intervención imperial: el «caos» y el «vacío de poder». Pero *después de* la era de Mindon, el gobierno arbitrario de sus sucesores provocó dificultades económicas que, unidas a la creciente presión de los intereses económicos británicos, abrieron paso a la política intervencionista de Gran Bretaña. Los británicos temían ante todo que la monarquía reinante en Mandalay no pudiera (o no quisiera) desatender los intereses de terceros en lo que se consideraba una esfera de influencia británica. En 1885, se declaró la guerra al reino de la Birmania Superior. Tras vencer la última resistencia, el país quedó anexionado y, en los años siguientes, sometido a la administración de la Birmania Inferior (que ya hacía tiempo que era británica) y, con ello, a la de la India británica. La monarquía fue abolida. El *error* de apreciación de los británicos radicó en que una de las funciones tradicionales del rey birmano había sido mantener controlado al numeroso clero budista. Al desaparecer las estructuras

monárquicas, de golpe todo el mundo monacal se quedó privado de poder y de valor. Así, ya no había nadie capacitado para nombrar al jefe de la jerarquía religiosa. No fue de extrañar, por lo tanto, que toda la etapa colonial estuviera marcada por la agitación de los monjes budistas, un grupo demográfico muy influyente que nunca depositó la confianza y el apoyo en el estado colonial.1986

En los territorios coloniales más extensos no se impuso ningún sistema unitario. Los británicos lo habían hecho así en la India, donde (a) algunas provincias quedaban bajo el gobierno directo de la Compañía de las Indias Orientales y, desde 1858, de la corona; (b) cerca de otros 500 territorios dispersos por toda la India conservaron sus maharajás, nizams, etcétera; (c) algunas regiones fronterizas quedaron sometidas al control específico del ejército.1987 En la década de 1880, los franceses destruyeron el gobierno imperial de Vietnam, sin acoger a su personal administrativo ni adoptar sus símbolos. En otras regiones de la Federación Indochina actuaron con más flexibilidad: en Laos y Camboya, las dinastías autóctonas conservaron el cargo, aunque tuvieron que aceptar que Francia regulara la sucesión real. Al igual que en África, los sistemas de gobierno indirecto incluían matices sutiles. A las potencias coloniales no les resultó fácil manipular el carisma de los gobernantes. Así, el rey Norodom I (*r.* 1859-1904) y sus ministros perdieron gran parte de su poder a partir de 1884, y el rey, de gran fuerza de carácter, vio reducido su papel al de protagonista de los rituales de corte; pero los gobernantes coloniales siempre temieron que estallaran disturbios promonárquicos y fueron conscientes de que derrocar a un rey muy venerado podía desatar reacciones incontrolables entre la población camboyana.1988 La monarquía de Camboya fue una de las pocas que, en Asia, sobrevivió a la era colonial y, con el rey Norodom Sihanouk (que reinó, con interrupciones, de 1941 a 2004), no tuvo un papel menor en la historia del país en la posguerra.

Una de las líneas de continuidad más claras de toda la historia colonial se halla en la península de Malaca. Aquí, ninguno de los sultanes era lo bastante fuerte como para poder resistir eficazmente la influencia británica. Los británicos apostaron por cooperar estrechamente con las élites nobles y reales de la zona, cuyos privilegios fueron recortados mucho menos que los de los príncipes indios. En una región en la que el poder político era ante todo un tejido complejo (y no, como en el resto de Asia, una jerarquía claramente delimitada) reforzaron la soberanía de los sultanes en sus respectivos estados, simplificaron las normas de sucesión (en la cual, en la práctica, casi nunca intervinieron), reforzaron ideológicamente el liderazgo de los gobernantes malasios en una sociedad multicultural, cada vez más dominada económicamente por los chinos, y por último abrieron la administración a los príncipes de las familias sultánicas (mucho más de lo que hicieron en casos similares en la India). Así pues, en la península de Malaca, la era colonial consolidó la monarquía, antes que debilitarla; y aun así, en la transición a la independencia, en 1957, en Malasia no había una única monarquía central, sino que coexistían nueve tronos.[1989] El ejemplo malasio, aunque supuso una forma fascinante y extrema de gobierno indirecto, fue desde luego una excepción. Solo en Marruecos se encuentran paralelos; y en este país, la monarquía también ha sobrevivido con más éxito que en casi todo el resto del mundo musulmán. Fuera de Europa, donde las monarquías perduraron, no siempre lo hicieron por las vías de la tradición. Los nuevos contactos engendraron nuevos modelos de poder y nuevas posibilidades de apropiación de los recursos. Cuando los reyes o caudillos lograron entrar en el comercio exterior (o incluso monopolizarlo), en ocasiones reforzaban su posición. Así ocurrió en Hawái, donde ya en las décadas de 1820 y 1830 —esto es, mucho antes de que Estados Unidos se anexionara el archipiélago en 1898—, los reyes y caudillos compraban productos de lujo extranjeros con los beneficios de comerciar

con la madera de sándalo, y decoraban su persona y sus residencias con objetos de prestigio que reportaron una elevación sin precedentes de la realeza.1990

En su conjunto, muy pocas monarquías superaron la era colonial; y las que lo hicieron, fue en condiciones de gobierno indirecto, marcadas por la propia debilidad. Después de la independencia nunca se ha restaurado a una dinastía que hubiera sido derrocada. Un corto número de monarcas resurgieron, tras la descolonización, como presidentes republicanos; por ejemplo el *kabaka* de Buganda entre 1963 y 1966. Las casas reales e imperiales de Asia y África que perduraron hasta el último cuarto del siglo XX (y a veces, hasta nuestros días) se hallan principalmente en países que no se sometieron al dominio imperial: en particular, Japón y Tailandia, así como Afganistán (hasta 1973) y Etiopía (hasta 1974). Las monarquías asiáticas no fueron una simple escenificación artística, estados «teatrales» sin historia ni evolución, atrapados en un punto muerto estético de costumbres sin consecuencias.1991 En las tradiciones no musulmanas de Asia, el gobernante tenía la tarea de mediar espiritualmente con las potencias superiores; le correspondía respetar la etiqueta heredada y vigilar que se emplearan las formas de comunicación correctas en la corte y entre la corte y la población. Los espectáculos reales contribuían a la cohesión simbólica de los súbditos. Casi nunca eran simples caparazones ceremoniales, como en la restauración de la monarquía francesa entre 1815 y 1830, empeñada en disimular una legitimación a todas luces deficiente por medio de la escenificación nostálgica.1992 Los monarcas asiáticos, al igual que los europeos, necesitaban legitimarse sobre todo por sus obras. El rey debía ser «justo» y ordenar su país de manera que se pudiera vivir en él de forma civilizada. Alimentadas por fuentes muy distintas, las doctrinas del buen estadismo intramundano influyeron mucho en las expectativas con las que se recibía a los gobernantes, tanto en China como en la

India y, por último, allí donde estas dos grandes tradiciones confluían: en el sureste asiático. El buen rey o emperador debía controlar recursos, rodearse de administradores fiables, armar un ejército poderoso y domeñar la fuerza de la naturaleza.1993 La propia monarquía era inmune a toda crítica, pero el ocupante concreto del trono debía acreditar su valía. Precisamente porque la monarquía debía cumplir varios deberes y satisfacer expectativas diversas, el hecho de que la revolución colonial la aboliera abrió agujeros muy profundos en las redes de significado de las sociedades asiáticas. Las transiciones fueron especialmente difíciles donde faltaba un mínimo de conexión monárquica con el repertorio de símbolos del pasado y donde, tras el fin del estado colonial, la centralización nacional se redujo a las fuerzas armadas o a un partido comunista.

Hacia 1800, la era de los déspotas ilimitados y la pura arbitrariedad había concluido. Masacres como las perpetradas por Iván IV (el Terrible, *r.* 1547-1584), el fundador de la dinastía Ming (Ming Taizu, el emperador Hongwu, *r.* 1368-1398) o el sultán otomano Murad IV (*r.* 1623-1640) no se repitieron. El ejemplo más difundido en Europa de un «monstruo sanguinario» fue el de Shaka, déspota militar sudafricano. Los europeos que lo visitaron desde 1824 refirieron sin excepción que, ante sus mismos ojos, con un simple movimiento de la mano, Shaka había ordenado ejecuciones. El déspota replicaba a eso, ante los británicos inquietos, que el sistema carcelario de Gran Bretaña, según se lo habían descrito, le parecía mucho peor.1994 Shaka fue una gran excepción. En África, la oposición simple entre una monarquía europea sujeta al Derecho y la tradición y la omnipotencia total de otros países tampoco se compadece con la realidad. Los reyes zulúes y otros gobernantes africanos quizá gozaran de un margen de acción superior al de los príncipes europeos, a la hora de someterse al Derecho y la tradición; o quizá no. Su legitimación se apoyaba en efecto en una reserva de poder arbitrario, pero los clanes y

sus linajes principales siempre fueron factores de poder semiautónomos con los que el rey tenía que contar, y su control sobre los recursos económicos de su pueblo (en particular, el ganado) era muy limitado.1995 En el sureste asiático, durante la transición del siglo XVIII al XIX —es decir, en la época precolonial—, los sistemas monárquicos extremadamente personales ya habían dado paso a órdenes más institucionalizados y menos personalistas.1996 En China, con su poderosa tendencia burocrática, el emperador siempre no podía imponer su voluntad estructuradora sin lidiar antes con el aparato funcionarial. Los emperadores que ocuparon el trono tras la abdicación del gran Qianlong en 1796 lo hicieron con mucho menos éxito que sus predecesores del siglo XVIII. Al concluir el siglo XIX, el sistema político de China consistía *de facto* en un frágil equilibrio a cuatro bandas, entre la emperatriz viuda Cixi, los príncipes manchúes de la corte, la cúspide de los funcionarios chinos en la capital y determinados gobernadores generales que controlaban bases de poder en sus provincias semiautónomas. Además estaban vigentes las leyes y estatutos generales del estado Qing, así como el vestigio del modelo de roles del imperio chino, al que Cixi solo podía hacer justicia limitadamente. Este también era un sistema de *checks and balances*, pero no en el sentido del equilibrio de poderes de Montesquieu.

Monarquía constitucional

La monarquía restringida y regulada para impedirle excesos no fue un invento europeo, pero la monarquía constitucional se concibió y puso a prueba primero en Europa, y desde allí se importó a otras zonas del mundo. Pero, incluso en la historia europea, es imposible definir de manera inequívoca la categoría de «monarquía constitucional». La mera existencia de una Constitución escrita no es un indicio fiable sobre la práctica política. Son relativamente claros los casos en los que, en todos los ámbitos políticos, la voluntad del monarca posee una fuerza definitiva. En este caso se habla de «autocracia» y se cita como

ejemplos, junto a la Francia de hacia 1810-1814 (mientras aún hubo asambleas de representantes), sobre todo Rusia hasta 1906 y el imperio otomano entre 1878 y 1908. En cambio, se habla de «absolutismo» cuando el poder omnímodo del monarca está limitado por fuerzas estamentales y, por lo general, este no pude intervenir en política tan activamente como un perfecto autócrata. Son las condiciones que se dieron por ejemplo en Baviera y Baden hasta 1818, y en Prusia hasta 1848. Cuando, tras una fase intermedia de liberalización (provisional) se introducen de nuevo esas condiciones, se suele hablar de «neoabsolutismo»; es un ejemplo Austria entre 1852 y 1861: en lo esencial, un caso de despotismo reformista burocrático con tendencia liberalizadora. En el grupo de los estados constitucionales, a los historiadores les gusta distinguir entre constitucionalismo *monárquico* y *parlamentario*. En el primer caso se establece un equilibrio precario entre monarca y Parlamento, del que puede salir ganando cualquiera de los dos bandos. En la «monarquía parlamentaria» no hay duda, ni en la teoría ni en la práctica, de que la soberanía corresponde solo al Parlamento. El monarca no gobierna por sí solo, lo hace como *king-in-parliament*.1997

Esta soberanía parlamentaria —que se hizo tan fuerte que excluía hasta una jurisdicción adoptó independiente— fue una especialidad británica, que en el siglo XIX, nadie siguió fuera de su imperio: un proceso particular que no se exportó. Solo en Gran Bretaña se superó definitivamente el autoritarismo constitucional, que en la Europa continental aún penetró en la atmósfera de los estados constitucionales del siglo XIX, consecuencia tardía del absolutismo. Solo en Gran Bretaña, un país *sin* Constitución escrita, quedó meridianamente claro —a lo sumo, desde que la reina Victoria ascendió al trono en 1837 — que el monarca debía obedecer la Constitución incluso en tiempos de crisis.1998 La reina Victoria fue una de las más aplicadas de la historia: leía montañas de expedientes, se interesaba por estar al corriente de todos los temas imaginables

y expresó su opinión sobre casi todas las cuestiones políticas. Pero se cuidó de intervenir en los asuntos políticos más allá de lo tradicional, así como de contradecir la opinión mayoritaria en el Parlamento. Al igual que su actual sucesora, tenía un poco de margen a la hora de nombrar el gobierno si el resultado electoral o las condiciones de liderazgo en los partidos eran poco claros, un margen que utilizó con mucha contención, sin provocar ninguna crisis constitucional. La reina Victoria confiaba mucho en algunos de «sus» primeros ministros, en particular lord Melbourne y Benjamin Disraeli, pero durante cuatro mandatos tuvo que tratar con un primer ministro que personalmente le desagradaba: William Ewart Gladstone. Sin embargo, no tenía forma de evitarlo.

El grado de «absolutismo» de un sistema monárquico se puede reconocer por el grado de desarrollo del cargo de primer ministro como mediador e impulsor político. En el imperio zarista, por ejemplo, nunca se consiguió. Bismarck, que, como presidente del gobierno prusiano se lamentó de no poder controlar suficientemente a los otros ministros, incluyó una posición reforzada del canciller en la Constitución imperial de 1871. Pero la posición del primer ministro solo quedó verdaderamente a salvo de ataques con la solución británica del gobierno de un gabinete ministerial, según se fue desarrollando paso a paso desde los reinados de Guillermo III y María II (1689-1702). En el siglo XIX —como se hace aún en la actualidad— el Parlamento elegía entre sus miembros a un jefe de gobierno que, apoyado en la mayoría parlamentaria, se podía oponer al monarca con seguridad. Al mismo tiempo, el gabinete en su conjunto debía rendir cuentas ante el Parlamento. El rey no podía expulsar ni al primer ministro ni a ningún otro miembro del gabinete sin la aprobación del Parlamento. Las decisiones del Consejo de Ministros se ajustaban al principio de la responsabilidad colectiva: las decisiones mayoritarias vinculaban a la totalidad del gobierno. Un ministro que no estaba de acuerdo con la opinión de sus colegas podía disentir

libremente en el consejo, pero en público quedaba sometido a la disciplina de grupo. *De hecho*, el gabinete se convirtió en el más fuerte de los órganos estatales. El problema típico de la evolución constitucional de la Europa continental fue el «dualismo» entre el Parlamento y el monarca, y esta solución ocurrente permitió superarlo. El *cabinet government* fue una de las innovaciones políticas más importantes del siglo XIX, aunque no se difundió fuera de la civilización británica hasta el siglo XX.

En una monarquía parlamentaria, en particular con un sistema de un único ganador por circunscripción, como en Gran Bretaña, el Parlamento puede actuar, en el caso ideal, como un mecanismo eficaz de «selección de líderes» (Max Weber). En la Gran Bretaña del siglo XIX nunca hubo un ejecutivo del todo incompetente, lo que supuso una ventaja adicional en la competencia internacional del país. La fortaleza del Parlamento y el gobierno también se traduce en el principio de que las cualidades personales del monarca tienen una importancia relativamente escasa. A Gran Bretaña no le hizo falta superar esa prueba en ese período, porque a la reina Victoria, después de 64 años en el trono, no la sucedió su hijo Eduardo VII (*r.* 1901-1910) hasta 1901; este fue un rey menos idóneo, por cierto. Tuvo menos suerte el imperio alemán, cuya Constitución lo hacía depender más de la persona del monarca. Aunque el papel de Guillermo II (*r.* 1888-1918) no se debe ni sobrestimar ni demonizar, sus numerosas apariciones públicas e intervenciones políticas raramente tuvieron un resultado constructivo.1999

En contra de lo que afirma una leyenda pertinaz, la sucesión de la realeza no siempre fluyó más racionalmente en Europa que en Asia, donde la práctica de matar a los hermanos no coronados pertenecía al pasado. Europa solo tenía la ventaja de poseer una gran reserva de casas reinantes y de una nobleza habituada a la vida de la corte, con lo que, en caso de necesidad, se podía importar una nueva dinastía. Con la

refundación de estados monárquicos como Bélgica y Grecia, se hizo imprescindible, y casas principescas como la de Sajonia-Coburgo-Gotha actuaron como proveedoras fiables de personal dinástico. En Asia no se daba esa movilidad: no había una circulación panasiática de príncipes ni de princesas y las dinastías gobernantes tenían que regenerarse por sí mismas. En el siglo XIX, la monarquía, en cuanto forma de estado, se benefició en todo el mundo del hecho de que en algunos de los países más importantes el trono estuvo ocupado por gobernantes competentes y de larga vida, a los que no les faltó energía ni experiencia para cumplir con su tarea: la reina Victoria, en Gran Bretaña y el imperio británico (*r.* 1837-1901), Francisco José I en Austria[-Hungría] (*r.* 1848-1916), Abdulhamid II en el imperio otomano (*r.* 1876-1909), Chulalongkorn en Siam (*r.* 1868-1910) o el emperador Meiji en Japón (*r.* 1868-1912). Donde los reyes poseían poder, formalmente, pero personalmente eran poco capaces y se rodearon de ministros débiles (como hizo Víctor Manuel II de Italia, *r.* 1861-1878), la monarquía se quedó por debajo de sus posibilidades reales.

Nuevos esbozos de monarquía: la reina Victoria, el emperador Meiji, Napoleón III

El carácter extraordinario de los gobernantes «victorianos» se asoció con cierto renacer de la monarquía. La tendencia universal a derrocar a la realeza halló contrapeso sobre todo en la política simbólica. Esto adquirió formas muy diversas: el emperador Guillermo II recurrió a la prensa, la fotografía y, desde el cambio de siglo, al cine (y a la inversa, estos medios lo utilizaron a él) y gracias a sus numerosas apariciones en público se convirtió en la primera (y última) estrella mediática de los emperadores y reyes alemanes.[2000] Luis II de Baviera (*r.* 1864-1886) habría valido para ese papel, pero vivió en una época menos desarrollada en cuanto a los medios de comunicación. Sin embargo, cabe afirmar que Luis fue uno de los primeros monarcas que supo «salir» del ajetreo de una corte

que ya supo reconocer como obsoleta.2001 Si Luis se enamoró de una música situada en la vanguardia de su época, la de Richard Wagner, Guillermo II lo hizo de la técnica más novedosa, sobre todo si tenía que ver con la guerra, y no solo se rodeó de la vieja nobleza prusiana, sino que (como apuntó Walther Rathenau) se sentía particularmente bien entre los «grandes burgueses radiantes, amables hanseáticos y americanos ricos».2002 Los zares se atuvieron a la imagen tradicional del emperador y, en conflicto con las ideas coetáneas de la política racional, cultivaron una política de símbolos que hacía hincapié en el aura sacra del soberano; pero sin desdeñar en ningún caso los nuevos medios de comunicación. En otros tres casos, todos ellos de perfiles muy singulares, la monarquía se rediseñó del todo y se adecuó a las circunstancias del siglo XIX: los de la reina Victoria, el emperador Meiji y Napoleón III.2003

En 1837, con la coronación de Victoria, el prestigio de la monarquía británica había llegado a su punto más bajo. Con el apoyo de su capacitado esposo Alberto (que a partir de 1857 llevó un título que nunca se había usado antes, el de príncipe consorte), con el tiempo Victoria se labró la fama de madre de la nación, concienzuda en cuanto hacía y modélica en la vida familiar. Tras morir Alberto en 1861, se retiró durante muchos años de las labores de representación y se quedó escondida en sus posesiones escocesas. La opinión pública no permaneció indiferente, y si algunas voces aisladas incluso pusieron en duda el futuro de la monarquía, ello demuestra tan solo cuánto había crecido el papel y el peso de la familia real en el equilibrio emocional de la nación. Según lo formuló el periodista Walter Bagehot en su influyente libro *The English Constitution* (1865), la monarquía, en tanto parte de la maquinaria estatal británica, no ostentaba el poder, sino que procuraba, de forma simbólica, la confianza ciudadana y el espíritu de comunidad.2004 Pero Bagehot sobrestimó la debilidad momentánea de la monarquía británica. En 1872, Victoria emergió de la reclusión de la viudez

y, gracias a su sincero interés por los asuntos públicos, a su reputación cada vez más creíble de hallarse «por encima de las clases» y, en buena parte, a una propaganda política cuidadosamente orquestada, se convirtió en una reina genuinamente popular. Varios de sus nueve hijos y 40 nietos pasaron a los tronos de Europa. Cuando Benjamin Disraeli la ascendió a emperatriz de la India, en 1876, se convirtió en una especie de reina del mundo, profundamente identificada con el imperialismo británico, que ella apoyaba. Aun así, de joven Victoria ya estaba convencida de que la India debía formar parte de su reino y concebía con seriedad sus propios deberes hacia los pueblos del subcontinente. El sexagésimo aniversario de su reinado, en 1897, despertó una pasión monárquica de la que la casa real inglesa nunca había gozado, entre gentes de todas las clases sociales y convicciones políticas. Al morir la reina, en 1901, la mayoría de los británicos ya no podía recordar los tiempos sin Victoria. Los críticos de la monarquía habían enmudecido casi del todo. Victoria, Alberto y sus consejeros habían adecuado la institución real a los nuevos tiempos, tanto en sus funciones políticas como en su irradiación simbólica.2005 Como mujer situada en la cúspide de la principal potencia del mundo, representaba más el cuidado matriarcal que un papel mayor de las mujeres en la política y la vida pública; pese a todo, su presencia política independiente, como mujer en un mundo de hombres, solo tuvo parangón en la de otra emperatriz viuda: Cixi, en China, contemporánea suya, aunque algo más joven. Si en origen se hallaba más cerca de los elementos liberales de la política británica, hacia el final de su vida Victoria apoyaba más a los conservadores. Pero se mostró moderada frente a las formas extremas del imperialismo agresivo y también legó a su familia una historia de asistencia a las capas más pobres de la sociedad británica.2006

A primera vista, el imperio *japonés* parece orbitar por vías distintas a las de las monarquías europeas. En Japón las

primeras estructuras centralizadas se documentan hacia finales del siglo VII d. C., es decir, un par de siglos antes que la monarquía inglesa (anglosajona), si aceptamos que su historia comienza con Alfredo el Grande (*r.* 871-899). Pese al gran modelo del imperio chino (anterior en otros 800 años), la institución japonesa del *tennō* arraigó desde el principio en las peculiaridades culturales y políticas del archipiélago. En el siglo XIX también se desarrolló con independencia del paisaje monárquico de Europa, que por su parte solo incorporó al emperador Meiji, en el mejor de los casos, mediante actos simbólicos.2007 No tenía relaciones de parentesco con la clase real europea, a diferencia de su único colega americano, el emperador Pedro II de Brasil, que era primo del emperador austríaco. Los soberanos asiáticos solo podían apropiarse del repertorio de modelos de los príncipes de Europa por medio de la literatura, como hizo por ejemplo el sah Naser al-Din, que aprendió a admirar a Pedro el Grande, Luis XIV y Federico II a partir de la lectura de sus biografías.2008 La solidaridad practicada entre los distintos monarcas no superaba las fronteras de las civilizaciones. En su viaje por Europa, que lo llevó de una capital a otra en 1867, el sultán Abdülaziz solo se sintió tratado con fraternidad y sin resentimiento por el emperador Francisco José.2009

El emperador japonés era una personalidad retirada, no un «rey burgués» de corte europeo occidental; no era el jefe de una sociedad cortesana que se mostrara con transparencia. No obstante, hay varios paralelos con Europa. A diferencia de la institución imperial china —que hasta su fin en 1911 se mantuvo leal a su propia concepción de sí misma, originada en el siglo XVII—, el imperio Meiji era el fruto de una época revolucionaria, había renacido bajo el signo de la modernidad. Al igual que la monarquía británica, en el siglo XIX la japonesa se revalorizó espectacularmente. Hacia 1863, cuando la realeza británica había perdido bastante crédito por los abusos de su cargo y la inmoralidad, la corte japonesa seguía en Kioto, en la

situación de impotencia a la que ya se había acostumbrado. El gobierno del país estaba centrado en torno del sogún, en Edo. Pero a la muerte del emperador Meiji, en 1912, el trono volvía a ser la fuente principal de legitimidad política y la estrella fija más brillante en el cielo de los valores nacionales. Sobre el papel, pero también de hecho, el *tennō* tenía más poder en el sistema político japonés que la reina Victoria en el británico. Pero ambos tenían en común que la monarquía se había asegurado una función central como instancia de cohesión para las respectivas culturas nacionales. En el caso japonés, esto era (más aún que en Gran Bretaña) el resultado de una revitalización deliberada de la monarquía.

A este respecto hay que hacer dos distinciones. Por un lado, el emperador, con el edicto revolucionario del 3 de enero de 1868, que proclamó la «restauración» del poder imperial, se convirtió en la institución central del estado japonés; es decir, lo que en Gran Bretaña era el Parlamento. En adelante, el poder político solo podía considerarse mínimamente legitimado cuando se ejercía en el nombre y por encargo del joven príncipe llamado Mutsuhito, que había ascendido al trono con dieciséis años, con el lema gubernamental de «Meiji». Los autores de la restauración Meiji usaron al emperador como legitimador de su régimen, que, en lo esencial, era una usurpación; y hallaron en él una personalidad fuerte, que en principio estaba de acuerdo con sus ideas, pero nunca se dejó instrumentalizar con apatía. Al terminar el siglo, Japón era un estado constitucional con una cabeza imperial inusualmente poderosa, una posición que los dos sucesores del emperador Meiji ya no cumplieron igual de soberanamente (en los dos sentidos de la palabra). Por otro lado, se tardó un tiempo en formar el aparato simbólico del imperio, que se concibió como una institución marcadamente *nacional*. A su semejanza, la nación se debía unificar superando todas las barreras sociales y regionales; el emperador debía promover la disciplina y obediencia entre la población, actuar como portador de una cultura nacional homogénea —opuesta a

la pluralidad de las culturas populares— y transmitir un punto de vista en el que los súbditos se pudieran reconocer otra vez.
El emperador no fue lo que había sido el sogún de la casa Tokugawa entre 1600 y 1868: el sumo señor feudal que coronaba una pirámide de privilegios y dependencias. Debía ser el emperador de *todo* el pueblo japonés, instrumento y agente de educación de los japoneses en su forma específica de la modernidad. De cara al exterior, el *tennō* encarnaba precisamente este Japón moderno, y lo hizo con notable éxito. La actuación de la corte se convirtió en una mezcla de elementos del Japón antiguo (auténticos unos, otros «inventados») y préstamos del simbolismo y la práctica de las monarquías europeas contemporáneas. El emperador aparecía en parte con vestimentas japonesas, en parte con uniformes y trajes de estilo europeo, y se lo fotografiaba y presentaba ante su pueblo y la opinión pública internacional de esa forma, con una personalidad oficial dual. Su vida familiar monógama fue una novedad llamativa, en contraste con el harén de sus predecesores. Se tardó un tiempo en hallar estrategias simbólicas eficientes para el nuevo emperador. Era necesario crear primero los nuevos símbolos, desde los emblemas imperiales hasta el himno nacional, y luego transmitírselos a la población.
El hecho de que el emperador Meiji, con viajes minuciosamente preparados, fuera el primer monarca japonés que visitó en persona las distintas partes del país obedecía a la intención de acercar a los súbditos la nueva cultura política nacional.[2010] En una época en la que los medios de masas todavía no podían crear una conciencia nacional, estos encuentros directos entre el emperador y el pueblo lograban crear un nuevo sentimiento de pertenencia. Haber visto al emperador significaba participar en la solidaridad y el resurgimiento de la nación. En la década de 1880, la monarquía japonesa descansó, literalmente. Tokio se reformó como metrópoli imperial: un punto central de la nación, ritual y simbólico, y escenario de representaciones

públicas que no tenían nada que envidiar a las de las capitales de Occidente. Fue la suma ordenada de dos elementos: el espectáculo de la monarquía y la disciplina de una población a la que se transmitían normas y que se civilizaba por medio de instituciones como la escuela y el ejército.2011 A este respecto, Japón apenas se distinguía de las monarquías y repúblicas de Occidente. El caso de Japón destaca por una instrumentalización particularmente hábil de un gobernante viajero y luego asentado en su capital. Cuando el sistema político centralizado funcionó bien y el poder quedó atado en Tokio, el emperador ya no necesitó ponerse en camino otra vez; en cambio, en un sistema más heterogéneo como el del imperio ruso, era aconsejable que el zar buscara de vez en cuando el contacto personal con la nobleza provincial, aun cuando salir de palacio suponía el riesgo de sufrir atentados (como el que padeció en 1866 Alejandro II, que a la postre fue asesinado por revolucionarios en 1881). En el caso de Abdulhamid II, esas tensiones acarrearon una división en la imagen del monarca, tanto en la de sí mismo como en la exterior. Por un lado, el sultán quería aparecer y ser visto como un monarca «más moderno», cuyo estado se adentraba más profundamente en la vida cotidiana de los súbditos otomanos; pero la obsesión del sultán por su seguridad personal hizo que se mostrara ante sus pueblos menos que sus predecesores y que tampoco visitara nunca países extranjeros. En esta situación se requería una política simbólica ambiciosa, que compensara la falta de visibilidad,2012 por ejemplo haciendo hincapié en la función religiosa del sultán como califa de todos los creyentes.

El atractivo de la dignidad de califa era más supranacional y, por ello, más útil para los objetivos panislámicos que para la construcción de una identidad imperial o incluso nacional. En Japón, en cambio, la monarquía fue el factor de cohesión cultural más destacado de un estado nacional emergente. En el imperio alemán posterior a 1871, aunque su concepción era mucho más federal y menos unitaria que la del Japón Meiji, el

emperador Guillermo I (*r.* 1861-1888) desempeñó un papel parecido al nipón, pese a que su figura personal era menos brillante. Tampoco hubo apenas culto casi religioso al emperador ni se elevó la «lealtad al emperador» a criterio supremo de toda la lealtad política. En Gran Bretaña, la monarquía renovada de la reina Victoria también tuvo mucho éxito como fuerza de integración, incluso desde la perspectiva de Escocia, una región especialmente apreciada por la reina. En el imperio británico, la fuerza cohesiva de la monarquía actuó menos que en las islas, pero la pervivencia de la Commonwealth —que hasta el día de hoy se mantiene unida en lo esencial por la simpatía hacia la corona británica— pone de manifiesto que la idea de la corona imperial perdura y ha sido capaz de adaptarse más allá de las fronteras. El segundo gran imperio colonial de los europeos, el de la Tercera República francesa, no logró que las antiguas colonias siguieran unidas a la «madre» patria de forma voluntaria y duradera.

La tercera forma *nueva* de la monarquía en el siglo XIX también cumplió antes que nada una función cohesiva. El imperio de Napoleón III (*r.* 1852-1870) fue el régimen de un arribista que supo aprovechar el mito de su tío, pero nunca consiguió hacer olvidar que era un «intruso» en el sentido de que no procedía de ninguna de las grandes casas reales de Europa. Napoleón hizo realidad lo que Yuan Shikai no pudo lograr en la China de 1915: en la situación posrevolucionaria de una república recién fundada, pasar de presidente electo a emperador. Aun a pesar de su pasado golpista, Napoleón III fue respetado en los círculos de los gobernantes europeos. Algunos monarcas ilustrados lo consideraban un modelo de autócrata ilustrado.2013 Gran Bretaña reconoció su régimen de inmediato, ante todo por razones de política exterior; y a la inversa, Napoleón III, que había crecido lejos de la vida cortesana, se apropió pronto de las reglas de la exhibición de pompa monárquica y de la etiqueta correcta. Poder recibir en París a la reina Victoria y al príncipe consorte Alberto fue un triunfo, y la primera visita de

un monarca inglés reinante a la capital francesa desde 1431; no fue un encuentro cortesano entre primos de sangre azul, sino una visita política, de estado, como las modernas.2014 Napoleón III, al igual que, aunque de un modo muy distinto, el emperador Meiji, supo sacar provecho de una revolución. A diferencia del japonés, sin embargo, no suscribió una alianza con una élite revolucionaria, sino que se había asegurado el poder por sus propias fuerzas: primero, en diciembre de 1848, al ser elegido presidente de la república; tres años más tarde, con un golpe militar, y al cabo de otros doce meses, creando un imperio hereditario. Así pues, Napoleón era un *self-made man*, que no pudo actuar como Mutsuhito dieciséis años después basándose en la continuidad institucional del cargo de emperador.

No hay consenso entre los historiadores al respecto de qué carácter tuvo el gobierno de Napoleón III; a menudo se emplean los conceptos de cesarismo y bonapartismo.2015 Los historiadores se muestran de acuerdo con algunos comentaristas contemporáneos, como Karl Marx y el periodista prusiano Constantin Frantz, en que se trató de un tipo de régimen *moderno*. La modernidad del sistema político de Napoleón III (pasando ahora por alto las bases sociales de su régimen) fue triple. *En primer lugar*, el presidente y posterior emperador acató la retórica posrevolucionaria de la soberanía popular y situó la raíz más honda de su legitimidad en un plebiscito de diciembre de 1851, en el cual el golpista había obtenido la aprobación de más del 90 % de los más de ocho millones de franceses con derecho a voto. El emperador consideraba que debía rendir cuentas ante el pueblo, y en la Constitución de 1852 incluyó su derecho a consultar al pueblo en cualquier momento. Podía estar bastante seguro de gobernar en sintonía con los deseos de una gran parte de la población francesa, en particular del campo. Esta monarquía hacía derivar su legitimidad de la población, pero se esforzó más que ninguna de sus precedentes en seguir gozando de su

aprobación mediante actos públicos solemnes, ceremonias y fiestas de gala.2016 *En segundo lugar*, en comparación con los regímenes habituales a mediados del siglo XIX, era moderno que, habiendo empezado con años sangrientos y de represión feroz de la oposición, se trabajara por desarrollarlo constitucionalmente, de forma tímida desde 1861, enérgica desde 1868. Luis Napoleón dio continuidad a la historia constitucional de Francia y esto le permitió, desde los primeros años de la década de 1860, emprender una liberalización ordenada del sistema, que concedió a otros órganos estatales derechos y márgenes de actuación crecientes —sin que el emperador siguiera teniendo un papel dominante—. Así se pudo reducir, desde dentro del sistema, la posición del monarca, que en un principio era casi omnipotente. *En tercer lugar*, el emperador contaba que el estado debía participar activamente en la creación de condiciones favorables al bienestar económico. Este concepto del estado activo le llevó tanto a comprometerse con la renovación de París como a adoptar una serie de medidas de política económica. En esta última materia, el régimen también practicó un intervencionismo sin precedentes.2017

Hay algunos paralelos claros con Japón. Aunque en el archipiélago faltaba la idea de la soberanía popular (que un emperador europeo como Francisco José tampoco aceptó nunca),2018 el proyecto Meiji también culminó en una Constitución preparada al detalle como cumbre de la cohesión estatal nacional; y el intervencionismo económico del gobierno en los primeros años de la década de 1880 recuerda una concepción básica de la política económica que Napoleón III fue el primero en desarrollar. La monarquía japonesa también se encargó a sí misma la tarea de «civilizar» una nación atrasada, para lo que empleó medidas decididamente autoritarias; y sin embargo, nadie habría calificado al emperador Meiji de «dictador». La etiqueta tampoco se debe aplicar sin más a Napoleón III (como se ha hecho a menudo), pues lleva a

confusión se si se basa en el concepto de dictadura propio del siglo XX, con su movilización constante de la población y la represión sistemática (o incluso el asesinato) de los opositores al sistema durante períodos de tiempo prolongados. Por lo general, Napoleón III pudo imponer su voluntad sin obstáculos. Debía tener en consideración muchos intereses, así como a los aristócratas y *grands bourgeois* que ya habían servido al estado francés durante la restauración (1814-1830) y la monarquía de Julio (1830-1848). Los bonapartistas genuinos escaseaban, incluso en el círculo inmediato del emperador. El gobierno territorial de Francia se sostenía sobre el plano de los prefectos, responsables de todas las tareas de gobierno y administración en el nivel de los *départements*. Estos prefectos estaban sometidos a una gran cantidad de obligaciones locales, y además debían tratar con los consejos electos de cada departamento. Aunque el jefe de estado permaneció en ese cargo hasta su muerte (una premisa importante en la definición de «monarquía»), en los departamentos hubo elecciones regulares y se practicó lo que hoy se denominaría una «democracia dirigida»: había candidatos oficiales y se dificultaba la victoria de sus rivales. Aun así, con el paso del tiempo, por una dialéctica de propia consolidación y de concesiones del emperador, la oposición ensanchó considerablemente sus campos de acción y expresión.[2019] El referéndum de mayo de 1870, celebrado en condiciones de relativa libertad, puso de manifiesto el amplio apoyo del que pese a todo gozaban Napoleón III y su gobierno, en particular en las zonas rurales y entre la burguesía. Puso de relieve también que el emperador había sabido perfilarse como agente de prosperidad y baluarte contra la revolución social. En 1870, cuando el sistema napoleónico cayó víctima de la política internacional —y la propia incompetencia diplomática—, no se encaminaba tanto a proseguir con la «liberalización» interior, como se afirma a menudo sin precisión, como a consolidar algo tan contradictorio como una democracia vertical e iliberal con ropajes

monárquicos.2020

Las cortes

En el siglo XIX hubo una tendencia universal a la unión de monarquía y estado nacional. Algunas naciones nacieron precisamente en actos de fundación regia. En Egipto, una nueva dinastía (fundada de hecho en 1805, aunque el carácter hereditario no se confirmó hasta 1841, con un *firman* del sultán de Estambul) sentó las bases de un estado nacional moderno. El creador de la dinastía, Mehmet Alí (*r.* 1805-1848), era un general más bien austero y modesto, que aún no desarrolló la sociedad cortesana exuberante, de estilo híbrido oriental y occidental, que sí hubo desde 1849 con sus sucesores.2021 El moderno Siam/Tailandia también fue en gran medida la creación de un déspota ilustrado, el rey Chulalongkorn (también llamado Rama V). Menelik II (*r.* 1889-1913) interpretó un papel parecido en Etiopía. En Europa, en cambio, después de Napoleón I, las cabezas coronadas casi nunca tomaron la iniciativa para emprender cambios de calado. Después de 1815, ningún monarca europeo —quizá con la salvedad limitada de Napoleón III y de Alejandro II de Rusia (*r.* 1855-1881)— fue por su propio impulso un gran transformador, reformador o constructor nacional. En cambio, los estados nacionales, una vez creados, buscaron la legitimación monárquica y toleraron figuras extrañas como la de Leopoldo II de Bélgica (*r.* 1865-1909), un aventurero imperial sin escrúpulos que intentó asegurarse el cetro por encima de la interminable querella interior entre el liberalismo y el catolicismo político. A los gobernantes de los imperios multiculturales les resultaba más difícil y tenían que hallar el modo de conjugar su papel integrador sobre imperios en proceso de expansión territorial (Rusia) o de reducción (imperios de los Habsburgo y otomano) con tendencias centrífugas en los planos étnico y nacional. No tenían ocasión de suscribir un compromiso monárquico-nacional como el de Gran Bretaña hacia finales de siglo, un caso especial que reportó un poderoso impulso imperial a las

islas. Ahora bien, la identificación más intensa entre monarquía y nación no se produjo en Europa, sino en Japón, con una fusión simbólica que, con el nieto del emperador Meiji, el emperador Shōwa (Hirohito, *r.* 1926-1989), contribuyó a la catástrofe de Asia en la segunda guerra mundial.

El hecho de que la monarquía perviviera en muchas zonas del mundo permitió la última floración de la antigua forma social de la corte. Hubo cortes desde Pekín, Estambul y el Vaticano hasta la pequeña ciudad turingia de Meiningen, cuya capilla de música (*Hofkapelle*) llegó a ser, en la década de 1880, en tiempos del duque Jorge II, una de las mejores orquestas de Europa (en 1885 estrenó la cuarta sinfonía de Johannes Brahms). En Alemania abundaron, hasta 1918. En numerosas ciudades de residencia de los príncipes, la corte era el centro de gravedad de la alta sociedad local. En otros lugares, los potentados desposeídos del poder político también se permitieron (siempre que pudieron) la pompa y el protocolo de la vida cortesana. A este respecto, la India, con sus maharajás, no era muy distinta de Alemania, con los «reyezuelos» de los que habló Bismarck.

Quien había revivido la vida cortesana en Europa había sido precisamente el general de la revolución: Bonaparte. A los pocos años de que se destruyera la corte borbónica, hacia 1802 y en adelante, Napoleón reintrodujo la vida de la corte, que sus hermanos y estatúderes copiaron en sus residencias de Ámsterdam, Kassel y Nápoles. Se confeccionaron nuevas libreas, se introdujeron nuevos títulos, cargos y jerarquías, se creó una nueva corte militar, se entronizó a toda una emperatriz que, el día de su coronación, el 2 de diciembre de 1804, llevó un manto de raso dorado, con un bordado de abejas como símbolo de un imperio diligente y productivo. Napoleón, que tenía poco interés personal en la pompa, escenificó el conjunto por pura funcionalidad: para mantener ocupado y controlado a su séquito, incluida Josefina, su esposa aventurera. Además creía que los franceses se dejaban

deslumbrar por la pompa, igual que los «salvajes».2022 El propio emperador cultivó una imagen de sí mismo como de un sobrio adicto al trabajo, un tópico tomado que remitía a Federico el Grande y que antes ya había perfeccionado en China el emperador Yongzheng (*r.* 1712-1735). En Estados Unidos, el segundo presidente, John Adams, ya intentó crear cierta atmósfera de corte y erigió en el Potomac una copia, aunque deslucida, del palacio de St. James. No tardó en desmontarla de nuevo su sucesor, Thomas Jefferson, de carácter más distendido; tras haber enviudado, fue un presidente sin «primera dama».2023 Las cortes de tipo europeo —esta es su diferencia principal con respecto a las formas orientales— cuentan con una familia imperial o real y una pareja de soberanos que hacen apariciones públicas. Japón adoptó este simbolismo occidental con el fin de mostrar de un modo manifiesto su aspiración a ingresar en la modernidad global.2024 Y a la inversa, pareció que el imperio chino ponía especialmente de relieve su decadencia y envejecimiento por no tener en la jefatura de estado una burguesía ostensiva que hiciera gala hasta su fin de elementos exóticos como eunucos y concubinas.

3. DEMOCRACIA

Si la monarquía, ya fuera un simple ornamento o el punto de concentración real del poder, fue omnipresente en el siglo XIX, en cambio las huellas de la democracia son más difíciles de hallar. Ni siquiera está del todo claro que, hacia 1900, pudiera influir directamente sobre su propio destino político una parte de la población mundial más numerosa que la que podía hacerlo un siglo antes. En la Europa occidental y América, ciertamente era así; pero la limitación de las posibilidades de participación que trajo consigo el colonialismo no se puede traducir a una cifra, y sigue representando la gran incógnita. Los sistemas políticos del mundo precolonial no eran democracias liberales en las que todos los ciudadanos poseyeran por principio los mismos derechos políticos y

estuvieran en general protegidos de la arbitrariedad estatal. Pero en muchos casos, al menos entre las élites, el margen de discusión y negociación en los asuntos públicos era mayor que en las condiciones autoritarias que el colonialismo introdujo. Durante el siglo XIX, la democracia progresó en el mundo, pero no se impuso en todas las circunstancias; y ni siquiera en los estados de funcionamiento más democrático del siglo XIX se aplicaban los criterios estables de la democracia de masas que hoy son corrientes en la mayor parte de Europa.

Las revoluciones estadounidense y francesa formularon el ideal de la soberanía popular y lo incluyeron en sus constituciones. En particular en Francia, en la estela de Jean-Jacques Rousseau, se formularon ideales tan ambiciosos de expresión y dominio ilimitado de la voluntad popular que, hasta el día de hoy, todavía no se han hecho realidad casi nunca. Los padres de la Constitución estadounidense, por descontado, ya contrarrestaron la tiranía de una voluntad mayoritaria indivisa mediante el principio de control y equilibrio mutuo de los órganos estatales, y se protegieron (a veces incluso con miedo) frente a una expresión no filtrada de la voluntad de los electores. La elección indirecta del presidente mediante los compromisarios, que a tenor de las dimensiones del país también obedecía a razones logísticas, pervive hoy como reliquia de aquella actitud. En Europa, el Terror de 1793-1794 también arraigó profundamente. Así, incluso aquellos propietarios que ansiaban superar el absolutismo principesco de cualquier color (es decir, también el neoabsolutismo posrevolucionario de Napoleón) temían todavía más la «anarquía» y el «gobierno de la chusma», y tomaron sus precauciones al respecto. Pese a todo, una vez que vio la luz, el doble ideal —voluntad de los electores traducida en política lo más fidedignamente posible y posibilidad de que el «pueblo» soberano cesara a cualquier tipo de gobierno— siguió siendo una vara de medir por la que, de un modo u otro, se orientó toda la política. Esta fue la auténtica novedad del siglo XIX: una

revolución de las expectativas políticas *y también* de los temores. La batalla por los sistemas políticos adoptó una dinámica nueva. La cuestión central de la política ya no era cuán «justo» debía ser un gobernante y cómo podía preservar mejor los «antiguos derechos» de su propio grupo social. Ahora se trataba de quién podía y debía participar en las decisiones sobre el bien común, y con cuánto peso y en qué decisiones.

Hasta el día de hoy sigue resultando muy difícil indicar cuán «democrático» es un determinado país.2025 A menudo es complicado distinguir la fachada democrática de la realidad no tan democrática. Además, los criterios se mezclan con frecuencia sin la debida claridad: por ejemplo, el criterio formal de las posibilidades de participación prescritas por la ley con el «historial de derechos humanos» (*human rights record*), que hoy es el listón preferido para determinar la cualidad moral de un sistema dado. La cuestión, difusa y excesiva, de la democracia se puede subdividir en varios aspectos, en lo que respecta al siglo XIX. Además es aconsejable partir de un concepto amplio de «democracia». Si aplicamos criterios estrictos y consideramos, por ejemplo, que exige el sufragio general e igualitario *de la mujer*, entonces en la Europa del siglo XIX no hallaremos ni un solo estado democrático; si partimos de un criterio que desde la perspectiva actual no es nada exagerado, como el derecho de sufragio activo para más del 45 % de la población masculina adulta, hacia 1890 solo lo habría cumplido una minoría de los países europeos.2026

Estado de derecho y esfera pública

Tanto histórica como lógicamente, a toda limitación liberal del poder en un sistema político subyace el ideal del estado de *derecho.* En todos los sistemas políticos, sea cual sea su contexto cultural, proteger al individuo frente a la arbitrariedad de la autoridad es un bien especialmente valioso. El gobierno no se debe ejercer solo con medidas aisladas y arbitrarias, sino de acuerdo con las leyes conocidas en general (idealmente, con todas las leyes en vigor). Algunas de estas leyes, en particular

las que tienen que ver con la sanción religiosa, no debería poder modificarlas ni siquiera el más poderoso de los gobernantes, pues también deberían regir para él. Esta idea del poder sometido a la ley no es una invención europea. Ya se encuentra tempranamente en China y el mundo islámico, por ejemplo. Sin embargo, la interpretación ambiciosa del imperio de la ley, como algo que se refleja de hecho en la práctica política del país hasta que resulta cada vez más natural, se desarrolló en Inglaterra. El núcleo del concepto inglés, plenamente elaborado a mediados del siglo XVIII, lo constituían tres puntos: (a) independencia de la justicia, ejercida por juristas debidamente organizados y reclutados, que defienden un saber legal de antiguo (derecho consuetudinario o *common law*); (b) la posibilidad fundamental de protestar legalmente contra las medidas de la administración estatal; (c) el respeto, en la legislación parlamentaria y las sentencias judiciales, a los derechos de libertad individual, como la inviolabilidad de la persona y la propiedad, o la libertad de prensa.2027 En la zona continental de Europa tardó más en difundirse una cultura legal parecida; se trató de los derechos fundamentales mucho menos y mucho más tarde que en el ámbito de la civilización británica. «Estado de derecho», al empezar el siglo XIX, significaba antes que nada la independencia de la justicia, entendida como inamovibilidad de los jueces, transparencia pública de la situación jurídica y actuación ajustada a derecho en todas las administraciones. La propiedad fue en general lo primero que se protegió legalmente.

Estas formas propias del estado de derecho en la vida cotidiana burguesa podían convivir normalmente con un sistema político de condiciones «no democráticas» e incluso preconstitucionales. Así, en los estados alemanes se respetaba en buena medida el estado de derecho antes incluso de que se impusiera el principio de la restricción constitucional del gobierno. Según algunos teóricos de finales del siglo XVIII, entre los rasgos del «despotismo ilustrado» figuraba respetar este imperio de la ley,

lo que lo diferenciaba de la tiranía. En Rusia ocurrió algo similar: con las reformas de la década de 1860 fue surgiendo una conciencia de la «legalidad» (*zakonnost'*) en la vida cotidiana que convivió durante medio siglo con un sistema autocrático.

Los conceptos europeos del estado de derecho, en principio, se trasladaron también a los imperios coloniales. Incluso cuando, hacia finales del siglo XIX, las leyes de origen racista fueron excluyendo de su aplicación a la población autóctona, los súbditos negros y mulatos (sobre todo de la corona británica) tenían posibilidades de gozar de un juicio justo ante tribunales independientes, o no mucho menos justo, al menos, que los habitantes de las islas británicas. Que tantos líderes de, por ejemplo, la lucha por la independencia de la India de principios del siglo XX fueran juristas se explica precisamente por la importancia de una esfera legal cada vez menos politizada en el funcionamiento de la sociedad colonial. Aquí, los juristas eran mediadores destacados. Al mismo tiempo, tenían acceso a un cosmos de normas universalizadas a las que se sometían también los propios señores coloniales. Por lo menos en el imperio británico, el despotismo colonial (ya escaso de por sí) quedó limitado por el estado de derecho. En situaciones de estado de excepción, como durante la gran sublevación de 1867 en la India o la rebelión jamaicana de 1865, esas garantías legales quedaron canceladas, desde luego; y aun así, el concepto británico de la *rule of law* se difundió por todos los continentes por medio del imperio. Pese a los matices coloniales, el derecho británico no necesariamente fue menos ventajoso para los no europeos que el derecho local de territorios vecinos sometidos a un poder autóctono. Así, la prensa china libre no nació en el ámbito dominado por el imperio chino, sino en enclaves coloniales como Hong Kong o el Asentamiento Internacional de Shanghái, en los que imperaban los conceptos legales británicos. En la interpretación francesa de la ley, según se fue desarrollando en el siglo XIX, se concedió menos valor a la legalidad del estado.[2028] El control jurídico de

la administración, en Francia, nunca fue tan intenso como en Gran Bretaña; y en las colonias francesas, los derechos legales otorgados a los no europeos eran mucho más limitados y estaban menos protegidos.

Entre las muchas particularidades legales de Estados Unidos, la más importante fue la existencia de un Tribunal Supremo (*Supreme Court*), que en 1803 asumió las tareas de un Tribunal Constitucional. Entre los estados constitucionales europeos, ninguno tenía esta clase de protector independiente de la Constitución, que diera a la evolución constitucional una dinámica propia, marcada por las interpretaciones de esa corte, con independencia de la política. También faltaba una instancia suprema con visibilidad pública, a la que apelar contra las sentencias judiciales o administrativas. Sin embargo, algunas decisiones del Tribunal Supremo polarizaron la opinión pública y contribuyeron a agravar los conflictos políticos. En 1857, la sentencia del caso de Dred Scott determinó que los negros no podían ser ciudadanos de Estados Unidos; ello favoreció que se eligiera como presidente a un abolicionista como Abraham Lincoln y actuó por lo tanto como causa inmediata de la guerra civil.2029 La cultura política de Estados Unidos se caracterizó por el hecho de que ni siquiera las sentencias del Tribunal Supremo se aceptaran sin crítica, como la promulgación de los principios abstractos del estado.

En Estados Unidos, la novedosa condición política y legal del *citizen* fue fruto de la revolución de la década de 1770: los súbditos de la corona británica se convertirían en ciudadanos de una república americana. Hacia 1900, el concepto de ciudadanía (*citizenship*) se había difundido en Europa.2030 A este respecto, a finales del siglo XIX la situación se diferenciaba del rudimentario estado de derecho de la Prusia o Austria tardoabsolutistas. La pluralidad de derechos se había transformado en una misma ley para todos. Para introducir una condición de ciudadano válida para todos se requería un estado nacional, con su comunicación compacta y tendencias

homogeneizadoras. La ciudadanía fue uno de esos inventos occidentales que han demostrado una neutralidad cultural que permite su universalización. Así, a partir de 1868, el Japón Meiji reformó las leyes para dar a todos los (varones) japoneses la misma condición de ciudadanos sometidos al mismo derecho nacional. Algunos derechos estaban garantizados por el estado: libertad para elegir la profesión, derecho a transferir las propiedad, libertad para marcharse del campo a vivir en la ciudad. También en otros aspectos, el Japón de hacia 1890 se había convertido en un estado de derecho con poco que envidiar a los modelos occidentales.2031

Estrechamente relacionado con la propagación de la democracia está el nacimiento de una «esfera pública» como espacio de sociabilidad y comunicación tanto escrita como oral, situada en un espacio intermedio entre la intimidad de un hogar «privado» y la escenificación estatal sujeta a reglas ceremoniales. Hoy aún se debate sobre este concepto de «opinión pública» o *public sphere*, a menudo a partir del clásico de Jürgen Habermas *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (*Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, 1962), pero esas polémicas carecen de relevancia para nuestras páginas. Son demasiado complejas, pues conciben la esfera pública como elemento de una «sociedad civil» entendida aún más en general; estas teorías interpretan la esfera pública como una premisa necesaria para las formas políticas democráticas, no como su resultado. Así cabría resumir un modelo habitual: incluso en un estado autoritario pueden surgir espacios públicos como resultado de una evolución social autónoma. Pero los espacios públicos de esta índole, cuando se limitan a ensanchar la esfera de un público formado por «estetas», tienden a asumir algunas funciones del estado y promover la exposición de ideas críticas con el poder. Habermas planteó un modelo general, sin apenas anclaje en el tiempo y el espacio. Para él, el siglo XVIII, en la Europa occidental, fue la era de formación y a la vez de prosperidad de esa esfera pública

«burguesa».[2032] En el siglo XIX, su principio, la crítica pública, fue perdiendo peso. La esfera pública perdió su carácter típicamente «intermedio» en la medida en que su punto de partida, la esfera privada, fue socavada por el peso manipulador de los medios de comunicación de masas. Al culminarse el proceso, el *citoyen* capaz de razonar en público se había convertido en un consumidor cultural pacificado.[2033] Esta segunda parte de la argumentación de Habermas, más pesimista, ha sido objeto de poca atención entre los historiadores; el renovado interés por la historia de la comunicación ha hecho que, por el contrario, las huellas de la formación de la opinión pública se investigaran con afán. Los hallazgos han sido de una riqueza extraordinaria, casi imposible de resumir en un común denominador. Pero los siguientes elementos parecen estar claros:

Uno. Hay una relación de interacción directa entre la tecnología de los medios y la intensidad de la comunicación. Donde quiera que se daban las condiciones técnicas y económicas necesarias para una cultura de la imprenta, la formación de la esfera pública no estaba lejos. Por eso mismo, en el mundo musulmán, no cabe hablar de una opinión pública antes del siglo XIX, es decir, antes de la difusión de la imprenta. El desarrollo tecnológico, no obstante, no actuó por sí solo como desencadenante. Podía suceder que la técnica estuviera disponible, pero no hubiera una demanda suficiente de productos impresos.

Dos. La comunicación pública y su contenido subversivo dan un salto adelante en las épocas revolucionarias. Se puede discutir sobre si la comunicación engendra la revolución o si ocurre a la inversa; parece más seguro constatar, sencillamente, la simultaneidad de los fenómenos. Así, en todo el marco atlántico, la «época de collado» revolucionario de hacia 1800 experimentó un auge de la comunicación impresa y, al mismo tiempo, de radicalización crítica.[2034] Algo parecido se observa durante el brote revolucionario que vivió Eurasia poco

después de 1900.

Tres. Los espacios públicos que se abrieron en el siglo XIX fuera de Occidente no necesariamente respondían a una voluntad de imitación. Ya se había hablado mucho sobre el bienestar público en marcos institucionales como las burocracias (por ejemplo, de China o Vietnam), iglesias, monasterios o comunidades clericales, o en estructuras feudales (como en Japón, donde los portavoces de los intereses regionales competían entre sí). Bajo el dominio colonial europeo, algunas de esas estructuras comunicativas fueron reprimidas; otras se trasladaron a contextos más o menos clandestinos, ocultos a los señores coloniales; algunas surgieron entonces, como la *intelligentsia* de Bengala, y se convirtieron en un factor más de la política colonial. En regímenes coloniales relativamente liberales, como el de Gran Bretaña en la península de Malaca, pudo surgir una esfera pública autóctona, de particular vivacidad, en la que se expresaba una gran diversidad de opiniones políticas (incluidas las de voces muy críticas con el colonialismo).2035

Cuatro. Podían formarse esferas públicas en planos espaciales sumamente diversos. Convivían y se solapaban microesferas públicas en las que, a menudo, los rumores y el saber de oídas eran más importantes que la palabra escrita; y podían integrarse en esferas mayores. Las esferas de los eruditos y la religión cruzaban con relativa facilidad las fronteras políticas. Valgan como ejemplos la cultura cristiana y latina de la Edad Media europea y el ecumenismo de la cultura clásica china, que por lo menos hasta el siglo XVIII comprendía también Corea, Vietnam y Japón. La Inglaterra y la Francia del siglo XVIII poseían una esfera pública *internacional*: todo cuanto tenía importancia política e intelectual se desplegaba en las grandes escenas metropolitanas de Londres y París. Pero esto fue una excepción, más que una regla. Allí donde un centro único dominaba con menos fuerza o los medios de la represión estatal estaban concentrados en esa clase de centro, surgieron esferas

públicas distantes de la corte y los gobiernos: en las capitales provinciales de Rusia, China o el imperio otomano, o en las numerosas ciudades de nueva fundación de Estados Unidos, un país descentralizado que tardó bastante en reconocer Nueva York como centro de gravedad cultural.2036 A menudo, un primer paso adelante era la formación de un espacio de comunicación en el que se pudiera tratar de las cuestiones del poder, la condición social y el interés «general» por encima de las fronteras locales, superando con ello la segmentación política.2037 En las sociedades menos igualitarias —como en las regiones hinduistas de la India, con la división en castas— no se podía ni pensar en la «igualdad», idealizada en Europa, entre los participantes en la comunicación. Las instituciones de estilo europeo que se introdujeron en esta época, no obstante, dieron un nuevo significado a las diferencias de condición entre personas y grupos y poco a poco acabaron llevando a nuevas reglas de competencia. En la India del siglo XIX se hablaba incesantemente de lo *public*. A principios del siglo XIX, se fundaron entre la élite anglohablante (primero, de Bengala) muchas asociaciones que criticaban al estado colonial y expresaban sus opiniones en medios escritos. A veces, el poder colonial —que no era omnipotente— quedaba inerme ante la intensidad de los disturbios civiles y las querellas legales. Los tribunales se convirtieron en una nueva arena de la lucha por la condición social, y hubo procesos espectaculares que despertaron gran interés público.2038

Cinco. En sus estadios iniciales, la opinión pública no se manifestaba siempre (solo) como crítica política expresa. El interés por la «sociedad civil» ha orientado la atención hacia las formas prepolíticas de propia organización «social». En Europa o América, podían presentarse como clubes, iniciativas ciudadanas con un fin concreto o comunidades religiosas. En 1831-1832, Alexis de Tocqueville dejó constancia de la abundancia de tales asociaciones en Estados Unidos.2039 En China —a partir de 1860, cuando la capacidad de control del

estado se fue debilitando aún más— fue típico que algunos proyectos filantrópicos, como por ejemplo hospitales, reunieran a miembros acomodados de las élites ajenas a la burocracia. En los países musulmanes, las fundaciones religiosas podían interpretar un papel similar de integración y movilización. A menudo, había poca distancia entre la organización de estos procesos (inicialmente, sin especial intención política) y el compromiso en otras cuestiones de interés personal y relevancia general. Pero no perdamos de vista las proporciones. El grado de politización duradera de la población urbana era muy diversa. Solo en unos pocos países de Europa alcanzó un nivel de democracia comunitaria como la que se practicaba en Estados Unidos. Además, la esfera pública local siguió siendo un asunto en general muy elitista, en Europa, en Asia y en el mundo en general.

Constitución y participación

El proceso de «constitucionalización de Europa» (según lo ha denominado el gran politólogo Samuel E. Finer) se inició, partiendo de modelos influyentes (la Constitución estadounidense de 1787, la francesa de 1791, la española de las Cortes de Cádiz en 1812), con la caída definitiva de Napoleón, y puede darse por concluida en lo esencial con la constitución del imperio alemán, en 1871.2040 No fue un proceso limitado a Europa. Durante el siglo XIX, donde se redactaron más constituciones fue en la América Latina: solo en Bolivia fueron once, entre 1826 y 1880, y diez en Perú, entre 1821 y 1867; aunque ello no necesariamente se tradujo en una cultura política que respetara de hecho las constituciones.2041 La Constitución de 1889 fue el punto de culminación de la construcción del estado Meiji como híbrido de Europa y Japón. Hacia el cambio de siglo, se vivió una nueva oleada de constitucionalización en los países más grandes de la Eurasia oriental. Con las reformas de Morley y Minto, en 1909, incluso la India británica (pese a estar sometida aún a un riguroso poder autocrático) emprendió un camino de desarrollo

constitucional propio que, a través de muchas etapas, llevó en 1950 a la constitución de la República de la India.2042

Aquí no será necesario describir en detalle la historia del estado constitucional en Europa.2043 El hecho determinante es que, en vísperas de la primera guerra mundial —es decir, tras todo un siglo de constitucionalización—, todavía escaseaban los países europeos que habían adoptado la democracia constitucional con elecciones generales y un gobierno de la mayoría que rindiera cuentas ante un Parlamento: Suiza, Francia, Noruega, desde 1911 Suecia y, también desde 1911 (cuando se redujo el poder de la Cámara de los Lores, aristocrática y no electa, con menos de 600 miembros), Gran Bretaña.2044 En todo el mundo, el bastión principal de las democracias eran, en esos años, las colonias neoeuropeas de los asentamientos de ultramar: Estados Unidos, Canadá, Terranova, Nueva Zelanda, la federación australiana y Sudáfrica (aunque aquí la mayoría de la población, de raza negra, quedaba excluida del voto o se le dificultaba ejercer ese derecho).2045 El hecho de que, en materia de política, los logros más notables se produjeran en la periferia colonial es una gran paradoja de un siglo en el que Europa, comprometida con la idea de progreso, imprimió su sello sobre el mundo con más fuerza que nunca. El imperio británico, a ojos de muchos pueblos del mundo, podía ser visto como un aparato represivo e inhabilitador; pero también podía actuar como un trampolín a la democracia. En los dominios «blancos» y liberales del imperio, las sociedades de colonos podían recorrer el camino a la democracia moderna con más celeridad que la metrópoli, con sus potentes tradiciones aristocráticas y oligárquicas. En las colonias «de color», en cambio, no funcionó tal trampolín hacia el «gobierno responsable» en el plano nacional. Pese a todo, la India y Ceilán entraron en una dinámica constitucional en principio parecida. Bajo la presión del movimiento de liberación nacionalista, en 1935 Londres aprobó la «Ley del gobierno de la India»: una Constitución completa y escrita, que preveía

posibilidades de participación autóctona en el plano provincial, y de la que, más adelante, la India independiente conservó muchos elementos. El imperio se regía autoritariamente, y aun así, en el caso de la mayor de sus colonias, creó un marco para el desarrollo independiente de un estado constitucional y democrático.

En la Europa del siglo XIX, la democratización del derecho de sufragio no corrió necesariamente en paralelo con la parlamentarización del sistema político. Por dar un ejemplo conocido: en el imperio alemán, desde 1871, todos los hombres de 25 años o más podían votar en las elecciones al Reichstag. En esa misma fecha, en Inglaterra y Gales, el sufragio aún era censitario, restringido a los propietarios de determinado nivel. Incluso tras la reforma electoral de 1867, que por primera vez concedió el derecho de sufragio activo a un número mayor de trabajadores, el censo electoral solo acogía al 24 % de los varones adultos de las zonas rurales (los condados), y en las ciudades, al 45 %.2046 Sin embargo, los electores ingleses decidieron constituir un Parlamento que formaría el núcleo del sistema político y gozaba de un poder muy superior al del Reichstag de elección democrática. En Inglaterra, la parlamentarización se produjo antes que la democratización, y en Alemania fue a la inversa (y no en todas partes: en Prusia, hasta 1918, el Parlamento regional se eligió de acuerdo con un sufragio de extrema desigualdad, que dividía la población en tres clases). La historia del derecho de sufragio es muy técnica y compleja, en cualquier país. Tiene una dimensión territorial importante, porque incluso un derecho de sufragio «igualitario», según se repartan los distritos electorales, puede derivar en resultados de lo más distintos. También es importante si cada circunscripción envía a un diputado o varios, y si pervive alguna clase de sobrerrepresentación estamental (como en Inglaterra, que tuvo durante mucho tiempo escaños especiales para los representantes de las universidades). Los sistemas electorales proporcionales (como el de Alemania hoy) eran

inusuales en el siglo XIX; antes de 1914 solo se habían implantado en Bélgica, Finlandia y Suecia.2047 El concepto del voto «secreto» también era más flexible que hoy. Era fácil ejercer presión sobre los votantes, sobre todo en las zonas rurales y en particular con los servidores y otras personas dependientes. El primer país que aprobó el voto secreto fue Francia, en 1820; los otros países tardaron mucho más, en general. Hasta más allá de 1900 aún se estuvo discutiendo sobre las ventajas e inconvenientes del voto secreto. En Austria, no se instauró legalmente hasta 1907.2048

Lo más habitual fue que el derecho de sufragio se expandiera *paso a paso* entre la ciudadanía. En ocasiones era el fruto de una lucha revolucionaria, a veces una concesión gubernamental. Las diversas reformas del sufragio siempre estuvieron ligadas a reflexiones básicas de naturaleza estratégica. En un país sin revoluciones en la Edad Contemporánea, como Gran Bretaña, las tres reformas del derecho de sufragio (1832, 1867 y 1884) suponen hitos en su historia política. La reforma de 1884 no solo significó una considerable ampliación de los electores, que ascendió ahora a cerca de un 60 % de los varones adultos; y no solo puso fin al control que *de facto* tenía la clase terrateniente sobre la composición de las dos cámaras del Parlamento, sino que además eliminó numerosas excepciones y peculiaridades que habían caracterizado hasta entonces las votaciones británicas, convertidas por vez primera en un *sistema* electoral racional. En el Reino Unido, el sufragio universal (entre los *hombres*) no se aprobó hasta 1918.2049 Con la expansión del electorado se transformaron tanto la composición social del Parlamento como la forma del trabajo parlamentario. El electorado multitudinario que surgió en Francia en 1848, en el imperio alemán en 1871 y en Gran Bretaña tras la reforma (todavía no *universal*) de 1884 requirió nuevos métodos de organización de los partidos políticos, distintos a la democracia elitista de los notables. Para 1900, en la mayoría de los estados constitucionales de Europa

se habían formado partidos definidos programáticamente; algunos de ellos (como apuntó el sociólogo Robert Michels en su estudio sobre la sociología de los partidos en la democracia moderna, de 1911), con tendencia al abultamiento burocrático y una oligarquización interior. Al mismo tiempo, junto al caballero metido en política, surgió un nuevo tipo de político profesional, que sin embargo no fue el dominante hasta que los diputados empezaron a recibir dietas de las que podían vivir. En Alemania, esto no ocurrió antes de 1906. El modo en que «el diputado» pasó a ser también una figura social de la percepción pública se distingue con especial claridad en la Francia de la Tercera República.2050 El diputado se convirtió en una figura con peso propio, que, cuanto más se perfilaba, más se distanciaba de la representación directa. Precisamente en Francia esto tenía su importancia, puesto que, desde la gran revolución, había arraigado mucho la idea de una transmisión directa de la voluntad popular (aunque fuera en un plebiscito «bonapartista» a favor de una persona, y no de una ley). El acto de votar siempre ha tenido una importancia simbólica especial, variable con el tiempo y según los contextos de las diversas culturas políticas. Como votante, uno podía tener sentimientos de lo más distintos: sentirse como un «soberano» o como una simple «oveja». Es un buen tema para una historia comparativa de las culturas políticas.2051

Hay una gran excepción que arroja sombras sobre la historia de éxito de la expansión continua de las posibilidades de participación democrática. Aunque Estados Unidos era la mayor y más antigua de las democracias modernas, en la práctica a sus habitantes les costaba mucho ejercer sus derechos como ciudadano. La situación es particularmente confusa porque el derecho de sufragio, por lo general, se regulaba en el ámbito de los distintos estados federales (como ocurre aún hoy en día). Las dificultades empezaban (y empiezan aún hoy) por la inclusión en el censo electoral, e iban desde las restricciones de propiedad (cuyo efecto se fue reduciendo

mucho con el tiempo) y de residencia en el estado concernido hasta la pura exclusión racista. Antes de la guerra civil, los negros casi nunca gozaban del derecho de sufragio, tampoco donde no había esclavitud. Tras la guerra, no era tan fácil justificar esta situación. No por eso faltaron las ocurrencias (sobre todo después de que, en 1877, concluyera oficialmente la etapa de la reconstrucción) para obstaculizar que los afroamericanos liberados ejercieran el derecho de voto, mediante abusivas disposiciones *ad hoc*. También se pusieron muchos obstáculos al voto de los nuevos emigrantes tildados de «incivilizados», ya vinieran de Europa (por ejemplo, Irlanda) o de Asia (China, Japón).2052 Así, la democratización de la ciudadanía estadounidense sufrió un grave retroceso a los pocos años de acabarse la guerra civil. Si bien, en comparación, Estados Unidos siguió siendo uno de los países más democráticos del mundo, le resultaba muy difícil armonizar los principios universales de su sistema republicano con las realidades de una sociedad «multicultural» y fragmentada racialmente.

Democracia local y socialismo

Salvo en Inglaterra, con su añeja tradición parlamentaria, la idea de la representación conjunta y homogénea de una nación en un Parlamento central fue una novedad del siglo XIX. También era inaudita una segunda idea: que la práctica de la representación no solo reflejara las jerarquías existentes, sino que las propias relaciones sociales se pudieran modificar por medio de las leyes electorales. La importancia de estas grandes cuestiones, ciertamente, no debe desviarnos de los acontecimientos subnacionales: para la mayoría de las personas, la regulación política de su ámbito vital cotidiano es más relevante que la alta política de una capital lejana. La administración local adquiría formas aún mucho más diversas que el orden de los sistemas políticos panestatales. Podía hallarse (como en el modelo inglés) en manos de «jueces de paz» (*Justices of the Peace*) patriarcales, surgidos de las clases altas

locales; o (como el modelo napoleónico) ejercerse a través de funcionarios del estado central, o funcionar como una democracia de base local, al estilo de Estados Unidos (tan admirado por Tocqueville). Allí donde el estado central (si lo había) se abstenía de actuar o carecía de la capacidad de hacerlo se abrían repetidamente espacios para una formación limitada de consensos de tipo deliberativo, esto es, democrático. Podía ser el caso (como en Rusia) de una comunidad campesina de redistribución que acordaba cómo usar la tierra comunitaria. Algo similar ocurría en la democracia de los grupos locales de élites poco jerarquizadas internamente, como por ejemplo los senados hanseáticos, las reuniones consultivas realizadas entre los notables sirios del imperio otomano (que no eran oficiales, pues no contaban con el reconocimiento del estado, pero tampoco eran perseguidas como actos ilegítimos), o las sesiones del ayuntamiento del sector chino de Shanghái, que se fundó en 1905 (y, en un sentido formal, fue la primera institución de la historia china que funcionaba democráticamente).2053

En la primera etapa de Estados Unidos, la política también tenía un carácter patricio y elitista, sobre todo en las ciudades del este. Con la «revolución jacksoniana» de la década de 1830 se impuso una nueva concepción de la democracia. Ya no se reservó la responsabilidad política a la clase propietaria (terratenientes, en su mayoría). Se prescindió de la vieja idea —tomada del republicanismo europeo— de que solo la propiedad garantizaba la independencia y cualificaba para un juicio político mesurado; en adelante, la autonomía del ciudadano debía radicar en la posesión de la propia persona. Esto hizo surgir una nueva forma de democracia. En buena medida, la ciudadanía activa dejó de estar reservada a las clases propietarias. Como signo de cuánta energía se invertía entonces en la política, la participación llegó a porcentajes inusualmente elevados (a menudo, de más del 80 %). Según constató el joven jurista francés Alexis de Tocqueville en su estudio del país, Washington D. C. no era la escena principal de esta clase de

política. Debía su fuerza al autogobierno de las comunidades locales, que elegían a sus propias autoridades (jueces, *sheriffs*, etcétera), con un modelo radicalmente contrario al centralismo autoritario que Napoleón había introducido en la Europa occidental. Como apuntó Tocqueville, esta clase de democracia iba mucho más allá del mero derecho de sufragio. Era una innovación *social* que daba al principio de igualdad —que los revolucionarios franceses habían formulado en abstracto y negativo, con el fin de abolir privilegios estamentarios— un sentido positivo de propia atribución del poder por parte de una ciudadanía que gozaba de los mismos derechos personales. En esa época, la tensión entre libertad e igualdad, que Tocqueville diagnosticó con la mirada de un aristócrata liberal europeo, no supuso ningún problema para la mayoría de los habitantes (blancos) de Estados Unidos. Lo que en Europa se acabaría denominando «democracia de masas» surgió en Estados Unidos durante las décadas de 1820 y 1830.[2054] Su eficacia democrática, sin embargo, quedó debilitada en parte por el federalismo característico de Estados Unidos, es decir, por la faceta territorial de su constitución. ¿Cuán representativo era el Congreso? No tardó en haber choques entre intereses «regionales»: los de los estados esclavistas frente a los libres. Hasta poco antes de la guerra civil, los estados esclavistas dominaron la política nacional, lo que hizo de Estados Unidos, en su conjunto, una república esclavista. Los estados del sur se impusieron una y otra vez, desde la la *Gag Rule* o «ley mordaza» —que se puso en práctica en la Cámara de Representantes entre 1836 y 1844 e impidió debatir sobre la esclavitud— hasta la ley de Kansas-Nebraska, de 1854. Gracias a la «cláusula de las tres quintas partes», disponían de una mayoría estructural: para la distribución de los impuestos directos y de los escaños de la Cámara de Representantes, se sumaba al número de personas libres tres quintas partes del número de los esclavos.[2055]

Con la «democracia jacksoniana», Estados Unidos abrió una vía

política del todo novedosa en la historia universal, por segunda vez desde 1776. Esta clase de «democracia de masas», sobrecargada a veces de una retórica de la libertad muy competitiva (y en ocasiones, también violenta), no existió en ningún lugar de Europa antes del último tercio del siglo XIX; tampoco en Francia, donde la fuerza de los prefectos locales perduró por encima de varios cambios de régimen e incluso de la introducción del derecho de sufragio universal. Una vez más, la vía estadounidense se separó en particular de la británica. En Gran Bretaña, entre las dos leyes de reforma de 1832 y 1867, llegó a su apogeo el predominio de una élite de *gentlemen*, compuesta por terratenientes, banqueros e industriales. Era una oligarquía de extrema homogeneidad en la percepción cultural de sí misma, cohesionada por redes sociales densas, que ciertamente no era rígida como una casta, sino que permitía el ascenso por sus márgenes, y que desarrolló una concepción de la política muy integradora. A partir de 1832, en principio, supo actuar en condiciones de un parlamentarismo «moderno». El Parlamento había alcanzado la plena soberanía desde el momento en que la corona ya no era capaz de mantener a un primer ministro contra la voluntad de la mayoría de la cámara; estos tiempos habían acabado desde la década de 1830. En adelante, Gran Bretaña fue más que una monarquía constitucional: fue una monarquía parlamentaria, en la que, por cierto, la Iglesia también pasó a interpretar un papel político más débil que el que todavía tendió a mantener durante mucho tiempo en otros muchos países del continente europeo. Pero al mismo tiempo, los políticos de Westminster apenas tuvieron que virar su atención hacia un electorado masivo, «anónimo» y distante de ellos en las cuestiones sociales y culturales, porque la reforma de 1832 solo había ampliado el electorado del 14 % al 18 % de los varones adultos. Así pues, en Gran Bretaña, las décadas intermedias del siglo XIX fueron una etapa de procedimientos democráticos sin una legitimación democrática *amplia*, pero a la vez, también el principio de una

convicción cada vez más general de que las «clases medias» desempeñarían en adelante un papel político de importancia.2056 En la cuestión democrática, tanto en el plano local como en el nacional, Estados Unidos llevaba una ventaja que no se recuperó (ni siquiera en los estados políticamente más avanzados de Europa) hasta casi medio siglo más tarde.

La inmensa mayoría de las mujeres quedaba excluida de la ciudadanía activa. El primer estado federal estadounidense que aprobó el sufragio femenino fue Wyoming, en 1869 (en el país en general, solo en 1920); el primer estado soberano fue Nueva Zelanda, en 1893 (primero como derecho de voto activo; como derecho pasivo a ser elegidas, a partir de 1919), y su aprobación fue objeto de atención y festejos en todo el mundo. En Europa, el primer país que instauró el voto femenino fue Finlandia, en 1906, cuando aún formaba parte del imperio zarista, y le siguió Noruega en 1913; en ambos casos, se necesitaba a las mujeres por el potencial de legitimación nacionalista.2057 Los movimientos sufragistas surgieron antes, y con más ímpetu, donde también se había combatido por ampliar el derecho de sufragio masculino. En Alemania, sin embargo, el sufragismo era más débil que por ejemplo en Gran Bretaña y el avance se debió a una «concesión» de las autoridades, en 1867-1871.2058

La democracia se construyó desde abajo en diversa medida. En el ámbito local, el proceso básico de transformación de las costumbres en derechos no se dio solo en las sociedades posrevolucionarias como la estadounidense; y tampoco es una peculiaridad de Occidente. En el período Tokugawa tardío, cuando en Japón casi nadie podía imaginarse una asamblea nacional, se fueron ampliando los espacios de participación local sin que uno pudiera remontarse a una tradición de propia gestión de las ciudades y sin que se hubiera dado aún una revolución política: las familias más arraigadas tuvieron que aceptar, cada vez con más frecuencia, las pretensiones de las «nuevas familias» en ascenso.2059 Tras la restauración Meiji de

1868, que empezó apostando por una descentralización administrativa, hubo que trazar de nuevo las fronteras entre el gobierno local y el nacional. Al principio, se reclamó desde todas partes la celebración de asambleas rurales, que fueron aprobadas en muchas prefecturas desde 1880. Pero al mismo tiempo, el gobierno central emprendió una retirada política: limitó las actividades públicas no sujetas a control, vigiló la prensa y los nuevos partidos políticos, en 1883 prohibió la elección popular de los alcaldes de pueblos y ciudades, que desde entonces respondieron a un nombramiento. Esto despertó protestas vigorosas. En 1888 se regularon legalmente las relaciones entre el aparato estatal central y los pueblos: los alcaldes podían ser electos, pero bajo la estricta vigilancia de las autoridades superiores.[2060] Pese a todo, perduraron muchas más posibilidades de participación que con el Antiguo Régimen anterior a 1868. La situación se certificó simbólicamente en 1890 con las primeras elecciones generales de la historia de Japón, que llenó el Parlamento de representantes de la clase media alta. Con ello entró en la esfera de la acción política una «nueva clase» sin orígenes samuráis, que hasta entonces nunca había sido central en la política.[2061] Aún se necesitó otro medio siglo para que el Parlamento, repetidamente amenazado con la disolución por el gobierno imperial, se afirmara como contrapeso del ejecutivo.

Los movimientos políticos y asociaciones cívicas sirvieron (no solo en Estados Unidos y Gran Bretaña) como escuelas de democratización, que, también en su sistema de funcionamiento interno, permitían interactuar mutuamente sin depender de la condición social de cada uno. En un principio, la exigencia de igualdad se formuló a menudo desde aquellos ambientes, grupos y organizaciones que reunían a personas *objetivamente* iguales que expresaban y practicaban ese valor en el mutuo trato social. Les resultaba más fácil lograr sus metas en las arenas políticas más amplias y más conflictivas. Este fue el núcleo político del socialismo y de los movimientos

«de base» relacionados. Tiene lógica, en esta línea, considerar que la primera socialdemocracia alemana no fue tanto un partido político en el sentido actual como un movimiento asociativo.[2062] El socialismo fue un nuevo lenguaje de solidarización entre los carentes de privilegios, que surgió cuando las clases inferiores perdieron la seguridad estamental y se entendió como insuficiente la existencia políticamente amorfa de la miseria no organizada. En el ámbito institucional, el socialismo (antes de bolchevizarse) fue un partido de vanguardia golpista, que *tanto* defendía unos intereses colectivos en la lucha de clases *como* ensayaba la democracia. El socialismo europeo fue democratizador. En esto coincidieron tanto el socialismo «utópico» premarxista, representado por autores como Robert Owen, Charles Fourier o Pierre-Joseph Proudhon, como la variante no violenta del anarquismo (con la figura destacada del príncipe ruso, que luego emigró a Suiza, Piotr Kropotkin)[2063] y por último también un gran número de los partidos (en su mayoría, declaradamente marxistas) que en 1889 formaron la Segunda Internacional. Hacia 1900, los ideales originales de descentralización económica, ayuda mutua, producción cooperativa y, en ocasiones, vida comunitaria con renuncia a la propiedad privada burguesa se habían debilitado. Pero sus miembros no renunciaron a expresar los deseos e ideas individuales mediante partidos y sindicatos que actuaban, hacia fuera, como defensores de unos intereses, y hacia dentro, como comunidades solidarias capaces de generar confianza. Aunque antes de 1914, los partidos obreros no llegaron al poder en ningún país de Europa, después de la primera guerra mundial los procesos de democratización se beneficiaron para empezar de la formación de una mentalidad democrática en numerosas corrientes del socialismo europeo durante el siglo XIX. Antes de la guerra ya había en Europa y en los dominios británicos una socialdemocracia cada vez más consolidada, en la que grupos importantes habían renunciado a la expectativa de una revolución marxista. En

Alemania fueron los «revisionistas» de Eduard Bernstein y sus compañeros de batalla; en Gran Bretaña eran simpatizantes de un «nuevo liberalismo» que (a diferencia del antiguo) ya no consideraba que la cuestión social fuera una carga pesada, sino un aspecto central de la política.2064 El liberalismo social y el socialismo democrático convergieron en una interpretación reformista de la política, pero solo en determinados países del centro, el oeste y el norte de Europa; no en las condiciones de la autocracia rusa, que prácticamente obligó a sus adversarios a la radicalización revolucionaria; y tampoco en Estados Unidos, donde el socialismo organizado no alcanzó a ser importante y la aproximación intelectual entre una doctrina social liberal y una moderadamente socialista no tuvo consecuencias políticas hasta el *New Deal* de la década de 1930.2065

4. ADMINISTRACIÓN

La democracia, en su variante constitucionalmente regulada, escaseaba en todo el mundo incluso en vísperas de la primera guerra mundial. Faltaba también en grandes estados de estructura republicana como China o México. En cambio, estaba mucho más difundido el estado no como arena de participación, sino como agencia de gobierno.2066 El «estado» se puede definir de formas muy diversas, estrictas o laxas. En todo el mundo, muchas sociedades pequeñas «carecían de estado» en el sentido en que no disponían de personal auxiliar ni siquiera en la casa gobernante. En otros casos, aunque se contaba con una plantilla reducida, era inestable y con escasa diferenciación institucional. Así, a menudo había pocas ocasiones de organizar «tareas estatales» sobre una base más o menos regular. El estado no solo tenía una presencia débil en las sociedades que, según el calificativo habitual a finales del siglo XIX, eran «primitivas». En Estados Unidos —que, en muchos sentidos, era una sociedad política especialmente moderna— tampoco se quería saber gran cosa del estado de tipo europeo, como autoridad que exigía obediencia. En la imagen que de sí mismos tenían los ciudadanos

estadounidenses, toda autoridad que no estuviera legitimada por la voluntad ilustrada del electorado había quedado completamente relegada. Debía rendir cuentas el *gobierno*, no *el estado*, en el viejo sentido europeo del término. Solo con el cambio de siglo, algunos teóricos de las ciencias políticas se atrevieron a hablar de un «estado» estadounidense como categoría abstracta.2067 El hecho de que la ideología imperante de la ausencia de estado (que en cierto sentido se remontaba a antiguas concepciones inglesas de la ley) entrase hasta cierto punto en contradicción con la realidad es un tema distinto. Precisamente en la «frontera» y, en particular, con la nueva ordenación territorial de las regiones añadidas por el oeste, el gobierno federal y las autoridades de los nuevos territorios (al principio, a menudo, con escasa legitimación democrática) desempeñaron una labor clásica de ordenación política del espacio.

Una definición más precisa del estado hace hincapié en la diferenciación conceptual entre el «estado» y la «sociedad». Esto supone una ruptura moderna con las antiguas teorías políticas de Europa y doctrinas similares de otras muchas regiones del mundo, pues se aleja de la idea —o mejor, imagen— patriarcal del estado como un hogar familiar, o también como un cuerpo regido por la cabeza. Si separamos como dos esferas distintas el estado y la sociedad, ya no se sostiene la concepción de todo el país como una gran familia. El gobernante como sumo padre de familia, que cuida, castiga y merece respeto; esta idea, que John Locke había atacado con vehemencia en su *Primer tratado sobre el gobierno civil* (1689) y acabó desacreditando, ya estaba en retirada en la Europa del siglo XVIII, pero aún se mantuvo por ejemplo en la retórica estatal del imperio tardío de China.

Burocracia «racional»

Un estado así entendido, como instancia exterior a la sociedad, se desarrolló por varias vías distintas en la Europa de la Edad Moderna. No hubo un «absolutismo» unitario bajo el cual todas las sociedades europeas (o siquiera las más grandes) siguieran

la misma evolución.2068 Este estado moderno contaba inevitablemente con una burocracia que cumplía, ante todo, tres funciones. Por un lado, debía administrar el territorio para asegurar la cohesión de la estructura estatal general. En segundo lugar, debía procurar que el tesoro del estado no se vaciara, sobre todo las arcas que pagaban las guerras de los gobernantes, porque el estado europeo moderno fue, antes que nada, un estado guerrero. En tercer lugar, el «estado», antes de la era de la división de poderes (que se fue introduciendo en Norteamérica y Europa desde finales del siglo XVIII), era el responsable de la justicia. Aun así, en la Europa anterior a 1800, el estado nunca tuvo una jurisdicción plena en todos los ámbitos. Incluso en los sistemas más centralistas de poder absoluto, los tribunales reales e imperiales nunca fueron responsables *de todo*; siguió habiendo enclaves de justicia particular en ciudades, estamentos, determinadas corporaciones (como las universidades) y la aristocracia de terratenientes locales (como los «tribunales patrimoniales» de Prusia). Las iglesias, los monasterios y otras instituciones religiosas solían aplicar a sus miembros un derecho propio con leyes especiales. En el mundo islámico, el derecho secular y el espiritual no tenían una separación clara, o al menos existía una amplia zona de solapado. En la China imperial del siglo XVIII —donde, a falta de una Iglesia oficialmente reconocida, no había equivalente al derecho canónico europeo— el monopolio estatal de la justicia era más marcado que en la mayor parte de Europa. Los funcionarios de menor nivel desplegados por el emperador —que, a finales del siglo XVIII, en el conjunto del imperio sino-manchú, eran solo unos pocos en cada distrito (*xian*)— eran generalistas a los que correspondía dispensar justicia en todos los casos imaginables. Las condenas a muerte debían ser verificadas y aprobadas personalmente por el emperador. Desde el punto de vista de la estatalización abstracta, la justicia Qing, antes de (digamos) 1800, era «más moderna» que la europea. Es difícil saber si, además, la

vinculación legal del poder era igual de notable. Pero desde 1740 había un corpus de leyes penales laicas comparable en todo punto a los códigos europeos contemporáneos.2069

Desde Max Weber, la sociología histórica ha estado de acuerdo en que, en la Europa moderna y contemporánea, el personal que administraba los patrimonios se convirtió en la burocracia racional que aún conocemos hoy. Esta transición se produjo en el siglo XIX y se originó en la Revolución Francesa, que, paradójicamente, erigió un estado burocrático que dejaba muy atrás, por escala y eficiencia, al del derrocado absolutismo borbónico.2070 Napoleón difundió este modelo estatal fuera de las fronteras de Francia. En cada país de Europa, la transición se produjo con su propio ritmo y grado de perfección.2071 En ello tenía que ver la cultura política general de cada país, así como su sistema político y las premisas infraestructurales necesarias para que nacieran aparatos de comunicación bien integrados y de funcionamiento poco conflictivo. Incluso cuando, en todos estos aspectos, las diferencias no fueron muy grandes, aun así no hubo dos burocracias estatales idénticas. Por ejemplo, a mediados del siglo XIX, la burocracia bávara se ordenaba con mucho menos autoritarismo y una jerarquización menos rígida que la prusiana.2072 En Francia y amplias zonas de Alemania, fueron típicos los funcionarios burgueses o de la nueva nobleza; en los países del centro y el este de Europa, de Austria a Rusia, se erigieron grandes administraciones estatales en las que hallaron ocupación, sobre todo, los miembros de una nobleza menor y desclasada. Como en toda esta extensa región —con la limitada salvedad de Hungría— no funcionaban instituciones representativas capaces de someter al ejecutivo a un control eficaz, la segunda mitad del siglo XIX fue allí la gran era del dominio burocrático en el seno de los sistemas monárquico-autoritarios; así pues, se vivieron circunstancias más «asiáticas» que «europeas» en el sentido moderno.2073

A finales del siglo XIX, la burocracia estatal «racional» no se había implantado de hecho en toda Europa, pero al menos

había triunfado como idea normativa. Desde entonces, la administración estatal moderna se apoyaba en una ética de servicio de los «servidores del estado», y los gobernantes se consideraban responsables de dotarlos adecuadamente a partir de los impuestos. De este modo, la corrupción no era deseada ni (si los ingresos de los funcionarios eran suficientes) necesaria. La administración debía ser independiente de los partidos. Estaba sometida a la ley y, por principio, a la supervisión. Las jerarquías intraburocráticas eran transparentes. El ascenso se guiaba por requisitos conocidos por todos: a veces, por los años de servicio, a veces, según el rendimiento. Los funcionarios debían elegirse por su conocimiento especializado o sus diplomas de formación específica, no por nepotismo ni otras «relaciones». Se excluía la compra de cargos. La administración trabajaba por escrito y almacenaba archivos. Internamente, aun en el marco de las leyes generales del país, regía un derecho disciplinario específico.2074

No cabe establecer criterios rígidos para determinar, en cada caso en concreto, cuándo se había erigido un estado eficiente según el criterio moderno. Desde el punto de vista pragmático y a grandes rasgos, nos hallamos ante las realidades de un estado moderno:

• cuando no hay bandas de salteadores que aterroricen a la población civil y se ha impuesto una autoridad policial estatal efectiva, esto es, el «monopolio de la violencia» por parte del estado;

• cuando los jueces son nombrados y pagados por el estado, pero este no los puede destituir y en su práctica de servicio no están sometidos a las reglas de ninguna otra institución estatal;

• cuando la administración de Hacienda, que recauda impuestos tanto indirectos como directos, obtiene regularmente fondos para el estado, y las exigencias fiscales del estado son consideradas legítimas por la población (en el sentido de que los recaudadores no se arriesgan a recibir una paliza o no hay una

evasión fiscal generalizada);2075
• cuando solo se puede acceder al funcionariado demostrando una competencia especializada;
• cuando la corrupción no impera como un hecho natural en el contacto entre la población y los funcionarios estatales, sino que es un mal punible.

Esta clase de burocracia estatal —que, desde el último tercio del siglo XIX, se copió cada vez con más frecuencia en las grandes empresas de la economía privada— fue un invento europeo, con raíces especialmente profundas en Prusia y la Francia napoleónica. Pero no hay que olvidar que fuera de Europa también había tradiciones burocráticas imponentes —por ejemplo, en China, Japón y el imperio otomano—, que no cabe apresurarse a desacreditar con la etiqueta de «precontemporáneas» o «patrimoniales». En el siglo XIX, estas tradiciones confluyeron con las influencias occidentales. Los resultados fueron muy diversos. Bastarán cuatro ejemplos al respecto: la India británica, China, el imperio otomano y Japón.

Burocracias asiáticas: la India y China

Las colonias europeas del siglo XIX, en comparación con las metrópolis respectivas, estaban poco burocratizadas. El estado colonial tenía dos facetas. En una, a menudo era la primera institución que —con la ayuda de medios de control centralizados como las fuerzas armadas, la policía, las aduanas y la hacienda— daba vida a un territorio como entidad regida unitariamente. El estado colonial llevó consigo leyes, y también jueces que dictaban sentencia de acuerdo con esa legislación (y a menudo, leyes específicas de las colonias). Realizaba estadísticas de población, la clasificaba en categorías (como las étnicas o religiosas) que hasta entonces no habían sido habituales, pero que a partir de ese momento cuajaban en normas que empezaban a dar forma a la realidad. Así, hubo una definición administrativa de las «tribus», las comunidades religiosas o (en la India) incluso «castas» enteras, por ejemplo con el fin de delimitar distritos administrativos, clasificar

estadísticamente o elegir líderes autóctonos que quisieran colaborar con el estado colonial. En muchas zonas de África, la India o el Asia central, esto solo fue posible después de que se establecieran aparatos estatales de tipo europeo. En la otra faceta, el estado colonial no fue nunca un monstruo todopoderoso: contaba con tan poco personal, que solo raramente se logró «estatalizar» por completo los territorios coloniales extensos.

Todo esto se aplica también a la mayor de las colonias: la India. Aquí, la relación numérica entre el personal europeo y los súbditos indios era incluso particularmente desfavorable. Aun así: en la India —y en el mundo colonial del siglo XIX, *solo* allí— se organizó una de las burocracias de mayor escala de la época. Hacia 1880, la India estaba más burocratizada que las islas británicas. Lo decisivo no es el punto de vista cuantitativo. La burocracia india no ofrecía los servicios de soporte de una moderna administración territorial: un poder ejecutivo meramente instrumental bajo dirección política. Era más bien el núcleo de un sistema de gobierno cuya mejor descripción es la de una «autocracia burocrática». En este sentido, el estado colonial indio se asemejaba más al sistema político del imperio chino que a cualquier orden político europeo. Los paralelos van aún más allá. Tanto la burocracia estatal china como el Servicio Civil Indio (SCI) tenían por centro un cuerpo relativamente reducido de altos funcionarios muy cualificados y con gran prestigio social. Fuera de la capital, en el rango inferior de la jerarquía, estaban presentes como magistrados de distrito: en China, los *zhixian*, y en la India, los *collectors*. Las tareas propias de ambos puestos eran muy similares.2076 *Zhixian* y *collectors* unían en su persona las funciones de jefe de la administración local, recaudadores de impuestos y jueces; ambos contaban con una formación específica para sus cargos y habían sido elegidos tras aprobar exámenes competitivos. Tales exámenes existían en China desde hacía muchos siglos. En Europa se tenía noticia de esa práctica, que en el siglo XVIII

había despertado mucha admiración; y se diría que los británicos, al introducir esas pruebas, se fijaron en el modelo chino no solo para el servicio indio y colonial, sino también para el sumo funcionariado de la propia Gran Bretaña (de rango ministerial), según una propuesta de expertos, formulada en 1854 y llevada a término a partir de 1870.

La burocracia colonial británica de la India no se plantó encima de un paisaje político carente por completo de estado. Sin embargo, el imperio mogol y los estados que lo sucedieron no habían sido estructuras tan netamente burocratizadas como China y Vietnam. Disponían de jerarquías de escribas y una cancillería desarrollada, pero no una organización de servicio estructurada con todo rigor. Por ello, el SCI solo se pudo apoyar limitadamente en los recursos locales ya existentes. Su precedente inmediato era la administración de la Compañía de las Indias Orientales. En el siglo XVIII, la Compañía había llegado a ser una de las organizaciones de estructurada más compleja del mundo, pero en muchos aspectos estaba anclada en la Edad Moderna. Los cargos que debía ocupar se otorgaban por patrocinio, no según criterios de rendimiento objetivo. Esto era lo habitual en los estados europeos de la Edad Moderna. En Francia, la racionalización napoleónica del estado no había tardado en cambiar ese hábito por una estructura de carrera abierta al talento. En Gran Bretaña, hasta 1871, los puestos de oficial en el ejército todavía se podían comprar, y solo hacia esa época se convirtió en regla general el seleccionar mediante pruebas de idoneidad a los funcionarios de los ministerios (salvo en el Foreign Office, que seguía dominado por la aristocracia). En la India esto ya ocurría en 1853, es decir, poco antes de que se pusiera fin a la Compañía de las Indias Orientales, eliminada tras la gran sublevación de 1857.2077

El Servicio Civil Indio era, junto con el ejército, el segundo gran pilar de apoyo del gobierno británico en el subcontinente. Si juzgamos una organización por la medida en la que cumple *sus propios fines*, hay que concluir que el SCI, al menos hasta la

primera guerra mundial, fue un aparato muy exitoso. Los impuestos indios fluyeron con fuerza hacia el tesoro colonial, y tras la sublevación de 1857 se logró una notable paz interior (no solo mediante la presión militar). Gracias a los salarios elevados y su gran prestigio, el SCI se convirtió en la élite del cuerpo civil del imperio británico. Los rigores de la existencia tropical se compensaban por el bienestar material que el SCI proporcionaba, junto a la posibilidad de retirarse pronto y regresar a la patria como un caballero bien situado. En la actualidad, la burocracia india todavía muestra huellas de sus orígenes coloniales. Como después de la primera guerra mundial se puso en marcha una lenta indianización del servicio, a partir de 1947 la República de la India no se vio en la obligación de eliminar el SCI como símbolo de una era colonial superada, y perduró con el nombre de Servicio Administrativo de la India.2078

En la India, la burocracia era un injerto europeo, pero que no copiaba el modelo europeo a la letra, sino que se desarrolló experimentalmente, para adecuarlo a las condiciones específicas del país. China no fue colonizada. Solo hubo aparatos estatales coloniales de cierta importancia en las zonas marginales controladas por Japón: desde 1895 en Taiwán, y desde 1905 (a gran escala, desde 1931) en Manchuria. La antigua tradición burocrática de China, con estas salvedades, no se vio sometida a la injerencia colonial hasta el final del siglo XIX. Sus viejas formas institucionales terminaron en 1905, cuando el gobierno Qing canceló los exámenes estatales. Aun así, cierto burocratismo mental perduró en las circunstancias de la nueva república, y también a partir de 1949, bajo el gobierno del Partido Comunista Chino. Hasta el día de hoy, las jerarquías del estado y el partido, diseminadas por todo el país, son la gran estructura de cohesión de este vasto territorio. La burocracia estatal china llegó a la máxima eficiencia durante la Edad Moderna, en las décadas centrales del siglo XVIII, y en esa época era la burocracia más «racionalmente» organizada del

mundo, la más completa, la más experimentada y la que tenía encomendado un mayor número de tareas.2079

Desde la perspectiva europea de finales del siglo XIX, China se había tornado un ejemplo de burocratismo anticuado, incapaz de responder a las exigencias del mundo contemporáneo. Los observadores de unos países occidentales que, en ocasiones, solo hacía unas décadas que habían dejado atrás el problema de la corrupción, desdeñaban ahora a los «mandarines» chinos por dejarse sobornar.2080 El hecho de que no hubieran logrado modernizar económicamente el país también alimentaba las dudas sobre la racionalidad del estado chino. En parte, estas valoraciones contemporáneas están justificadas. La burocracia china adolecía de diversas deficiencias: la escasez de los salarios hacía que los funcionarios aceptaran de hecho «prebendas»; la formación esencialmente literaria y filosófica de los candidatos —pese a cierto afán reformista—2081preparaba mal a los funcionarios para las exigencias de las modernas estructuras técnicas; la compra de cargos (derivada de las penurias financieras del estado) dejó acceder al aparato a personas sin idoneidad; y tras la muerte del emperador Jiaqing en 1820, faltó una cabeza monárquica fuerte capaz de imponer honradez y disciplina al aparato burocrático. A todo ello se añadieron problemas más generales: la dinastía Qing fracasó en el intento de reformar dos pilares del estado: las fuerzas armadas y la hacienda. El ejército acertó a defender las fronteras del imperio en el Asia interior, pero fue incapaz de hacer frente a las grandes potencias europeas; y el sistema tributario, basado en un impuesto territorial fijo, acabó dejando al estado imperial empobrecido sin remedio.

Habría sido aún más pobre si la decadencia financiera de la dinastía no se hubiera frenado gracias al único ejemplo de trasplante de las prácticas administrativas europeas. Desde 1863, el norirlandés Robert Hart (sir Robert, desde 1893) organizó la Aduana Marítima Imperial (AMI) desde su posición de inspector general. Hart llegó a este cargo por la presión

occidental y como avalador de las potencias del comercio mundial. Pero era un funcionario de alto nivel en la jerarquía china, por lo que, formalmente, se hallaba subordinado al emperador chino, e interpretó su papel como mediador entre dos culturas comprometido con las dos. La Aduana se apoyaba en auxiliares chinos y contaba incluso con una especie de jerarquía china en la sombra; pero en lo esencial era una imitación del Servicio Civil Indio que se apoyaba sobre un cuadro de especialistas administrativos europeos bien pagados. En total, era menor que el SCI y estaba menos dominada por los británicos que su homólogo indio. La Aduana demostró un funcionamiento excelente que permitió que el estado chino se beneficiara del creciente comercio exterior. Ello no habría sido posible con las técnicas heredadas de la administración de los distritos chinos (básicamente, poder sobre los campesinos). Solo a partir de 1895 las grandes potencias gozaron de acceso *directo* a los ingresos de la Aduana, lo que descontentó sobremanera a sir Robert Hart. La Aduana fue, por una parte, un instrumento de las grandes potencias, que aseguraba que, gracias a los «tratados desiguales», China solo dispusiera de una soberanía aduanera limitada; por otra parte, era un órgano del estado chino, que trabajaba según principios administrativos de Occidente, como insobornabilidad, regularidad, tenencia de libros transparente, etcétera.2082

La Aduana de Hart tuvo una capacidad de irradiación reducida sobre el resto de la administración estatal china. Solo tras el cambio de siglo el gobierno Qing introdujo reformas administrativas que, aunque tuvieron continuidad en los primeros años de la república, fueron poco exitosas. Pese a todo, sería erróneo aceptar sin más la caricatura despectiva de la burocracia china del siglo XIX. Esta burocracia —al igual que la vietnamita— no era simplemente «precontemporánea». Combinaba dos facetas. Por un lado, se regía por normas impersonales, que iban más allá de las redes clientelares y familiares, con lo que la selección de la plantilla era en gran

medida meritocrática. En Corea se demostró incluso que esos principios eran compatibles con el acceso continuo de una aristocracia hereditaria a los puestos más altos de la administración.2083 En un caso ideal, la práctica administrativa se regía por la eficacia y la procedencia, rendía cuentas en los propios órganos burocráticos y, hasta cierto punto, actuaba conforme a derecho. Todo esto son criterios sociológicos de «modernidad». Por otro lado, este aparato funcionarial actuaba sobre una sociedad impregnada de unos profundos principios éticos de justicia, en la que no se partía de la igualdad de todos los súbditos o ciudadanos (según es premisa en la administración «moderna») y en la que la acción se debía guiar en buena parte por las relaciones de dependencia familiar (sobre todo, la sumisión de los hijos a los padres), según la interpretación confuciana. Esta contradicción interna era el problema principal de las burocracias de tipo chino en una época de transición en casi todo el mundo hacia el estado racional.2084 Además, la burocracia tradicional no sabía tratar con los grupos politizados de raíz patriótica y no hallaba recursos útiles en el conocimiento heredado. Así, no supo qué hacer ante los movimientos revolucionarios que aparecieron en China hacia el cambio de siglo.

Burocracia asiáticas: el imperio otomano y Japón

Durante el siglo XIX, la tradición burocrática de China demostró ser bastante resistente a la influencia occidental. La estructura interna de la administración estatal, al igual que sus valores, cambiaron poco. Aun así, la burocracia logró cumplir hasta poco antes de su fin con una de sus tareas principales: la cohesión territorial del imperio. En cambio, el imperio otomano recorrió un camino de transformación más largo. Aquí, durante el mismo período, el servicio de escribas tradicional (*kalemiye*) dio paso a lo que desde la década de 1830 se denominó «funcionariado civil» (*mülkiye*). Para ello no solo se copiaron los modelos europeos, y en particular el francés, el más cercano en varios aspectos. En los círculos del ministerio de Exteriores,

con mayor contacto con el extranjero, se tenía especialmente clara la necesidad de la reforma. Pero la reforma adquirió una dinámica propia, intraotomana, que llevó al desarrollo (de nuevo, no solo imitativo) de nuevas normas, nuevos modelos de los papeles que interpretar y nuevas concepciones de la profesionalidad administrativa. En el imperio otomano —como en Europa y China—, la práctica del patrocinio, vigente desde hacía siglos, tampoco desapareció de la noche a la mañana, sustituida por una selección de las plantillas racional y regida por criterios objetivos. Las dos orientaciones y actitudes coexistieron e influyeron la una en la otra.2085 Las reformas de Tanzimat, a partir de 1839, hicieron de la nueva función pública la élite dominante del imperio. Se trataba de un cuerpo constituido (hacia 1890) por un mínimo de 35.000 funcionarios de carrera. Mientras que cien años antes los varios miles de escribas se habían concentrado en Estambul, en 1890 solo una minoría de los altos funcionarios de nuevo cuño trabajaba en la capital. Es decir, la burocracia otomana solo se dispersó territorialmente muy tarde: hasta la segunda mitad del siglo XIX no emprendió un camino que ya hacía varios siglos que caracterizaba a China.2086 Por un lado, se carecía de la experiencia china; pero por el otro, el funcionariado otomano se podía permitir ser «más moderno» que el chino, pues este, por su intensa «dependencia del camino», no tenía tanta libertad para abandonar las vías antiguas y su transformación requería de energías extraordinarias.

En Japón la burocracia moderna también surgió en el triángulo formado por las circunstancias tradicionales, los modelos occidentales y las propias ansias de modernización. Desde la era Tokugawa la competencia administrativa era considerable y, a diferencia de China y el imperio otomano, estaba más concentrada en los dominios principescos (*han*) que en el ámbito estatal central. Tras la restauración Meiji de 1868 surgió la necesidad de formar una burocracia nacional, panjaponesa (una necesidad más poderosa que la de los demás

países, de hecho comparable solo a la de la Francia revolucionaria). Allí los conocimientos administrativos de los samuráis —que, bajo el gobierno pacífico de los sogunes Tokugawa, habían cambiado la espada por la pluma— pasaron a aplicarse en ámbitos más extensos. Ya en 1878, tan solo diez años después de que se iniciara la restauración Meiji, la administración estatal se había racionalizado por completo en todo el país, según el modelo francés (el sistema de administración especializada introducido por Bonaparte durante el Consulado, en el cual los órganos consultivos y cualquier clase de autogobierno interpretaba solo un papel secundario). Una nueva y completa jerarquía de cargos —de la que el país en su conjunto nunca había dispuesto en toda su historia— se extendía desde las cancillerías de la jefatura de estado, pasando por los gobernadores de las prefecturas de nueva creación, hasta llegar a los jefes de aldea en el ámbito local.2087 En 1881 (no mucho más tarde que en Gran Bretaña, por lo tanto) se instauraron pruebas para la selección de los altos funcionarios, que en seguida marginaron el factor tradicional del patrocinio; solo los puestos de la cúspide siguieron estando reservados al gobierno, con un procedimiento que en Europa también se consideraba lógico. Hacia el cambio de siglo, la administración estatal japonesa se había convertido en un ejemplo de manual de la «burocracia racional» de Max Weber. Ni siquiera en Europa abundaban los aparatos administrativos de estructura tan claramente moderna. Pero como en Japón (al igual que en Prusia, Austria o Rusia) la modernización de la burocracia fue anterior a la formación de una esfera pública crítica y de los partidos políticos, se corría el peligro de un burocratismo descontrolado en cuanto la dirección política de los oligarcas Meiji relajó la vigilancia frente al aparato. A principios del siglo XX se vieron las consecuencias de este proceso.

Durante las primeras década de la era Meiji, este peligro aún fue relativamente escaso. Ello obedecía asimismo al origen

revolucionario del nuevo orden político. Como la dirección del régimen Meiji no estaba legitimada por la tradición, ni (como en la Francia revolucionaria hasta Napoleón) por una aprobación desde abajo, representativa o plebiscitaria, tuvo que demostrar con los hechos su capacitación y facultad para gobernar. Ello incluía desarrollar una ética de servicio público que fuera más allá de las relaciones «feudales» de patrón y cliente, y poner en pie una burocracia netamente guiada por el objetivo de lograr que la nación japonesa pudiera competir económica y militarmente entre las grandes potencias. Se combinó la tradición administrativa de los samuráis con préstamos de la gestión estatal británica, francesa y alemana. Al igual que el caso otomano, el resultado no fue la mera importación del estado europeo. Japón halló una forma propia de modernidad burocrática. Aunque en realidad fue tan solo media modernidad, pues al sistema Meiji le resultaban ajenas las ideas de los derechos de libertad personal y de la soberanía popular (en Japón nunca surgió nada parecido a la figura teórica europea del «contrato social»). Eso permitió que, en una época de racionalización burocrática, perviviera un patriarcalismo monárquico. La Constitución de 1889 se distanció de sus modelos europeos en que declaraba la figura del *tennō* como «sacra e inviolable» y aseveraba que había heredado su poder omnímodo de sus antepasados imperiales.2088

Para fundamentar esta concepción del estado colectivista u organicista, en la etapa Meiji tardía se recurrió a la idea de una esencia nacional japonesa (*kokutai*) que el erudito confuciano Aizawa Seishisai había expuesto en 1825.2089 Según esta teoría, el emperador era un patriarca que encabezaba un «estado familiar» (*kazoku kokka*) que respondía a una única voluntad nacional y en el cual los súbditos debían lealtad y obediencia al emperador y los órganos políticos nombrados por este.2090 La burocracia japonesa, que formalmente era una de las «más racionales» del mundo, desempeñaba sus funciones

menos como servicio a la ciudadanía que para cumplir con objetivos nacionales decretados desde arriba. Un estado autoritario modernizado —a este respecto abundaron los paralelos con el imperio alemán posterior a 1871— facilitaba sobremanera la prosperidad de una burocracia racional. La administración estatal era moderna, en buena medida, incluso cuando no lo eran el sistema político en el que se insertaba ni la ideología de este. En última instancia, por lo tanto, tiene su importancia que la burocratización se produzca en el marco de una cultura política y un sistema político liberales o no.

¿*Estatalización plena*?

Esta solo es *una* vía de análisis de la estatalidad burocrática. Otra no menos relevante se fija en cómo se nota la presencia de la burocracia en los distintos planos de la vida política. Aquí surge una cuestión siempre importante: ¿cómo se expresa el «estado» en las zonas rurales? Es decir, en el triángulo de la autorregulación campesina, la hegemonía de la clase superior local y la intervención de los órganos inferiores de la jerarquía estatal, ¿qué forma adquieren las relaciones?2091 En un nivel superior, para muchos países, la siguiente fue una cuestión crucial durante la segunda mitad del siglo XIX: ¿cómo llevar a cabo la integración administrativa en los estados más extensos, ya fueran naciones o imperios? Hubo antiguas federaciones imperiales, como en China o el territorio de los Habsburgo (que no se mantenía unido por la administración civil, sino, sobre todo, por la militar), que lograron mantenerse unidas. En Alemania, a partir de 1866, cuando se fundó la Confederación Alemana del Norte —y a mayor escala tras el establecimiento del imperio alemán en 1871—, o en Japón a partir de este mismo año —cuando el sistema de los principados feudales (*han*) se abolió, en parte por la presión de las revueltas campesinas contra el dominio de los señores, y el país se dividió en prefecturas, según el modelo francés— hubo que hacer un esfuerzo enorme para conseguir una cohesión y unificación administrativa.2092 Cuando estos procesos se contemplan no

desde el centro de la nación, sino desde las respectivas periferias, se ven mejor los obstáculos y los límites de la centralización estatal. Por ello, valdrá la pena observar la fundación del imperio «interior» alemán desde el punto de vista de uno de los estados pequeños que lo constituyeron; la unificación Meiji, desde la perspectiva de uno de los *han* que dio origen a una prefectura; o la historia política de la China del imperio tardío desde la atalaya de una única provincia.2093
En Europa, la época de transición del estado tradicional al racional también fue el siglo XIX, y no la Edad Moderna.2094 Con la transición se asociaba, invariablemente, la formación de burocracias y la ampliación de la acción estatal. Este proceso se notó en casi todo el mundo. No era consecuencia de la industrialización; de hecho, no fue raro que la antecediera. Alexander Gerschenkron ha señalado que cuando un país iba más atrasado en el proceso de industrialización, el papel iniciador y ordenador del estado se incrementaba. Rusia y Japón son buenos ejemplos al respecto. La expansión de las instituciones y actividades estatales se llevó a cabo por varios caminos diversos. Las burocracias se diferencian por su eficiencia (su capacidad de elaborar la información) y por la rapidez con la que toman y ejecutan decisiones. Las burocracias más pesadas, como la de los Habsburgo, necesitaron mucho tiempo para su reforma interior. Cuando la sociedad se organizaba muy bien a sí misma, incluso en la construcción de una economía de mercado capitalista, un estado magro podía ser más eficaz que una burocracia muy poblada en todos los niveles y ferozmente reguladora. Así lo pone de relieve el ejemplo de Gran Bretaña. El proceso de burocratización no solía desarrollarse de forma estable y continua; hubo incluso fases de retroceso. En Estados Unidos, durante la guerra civil, el estado creció con fuerza en el norte. La reconstrucción, acabada la contienda, fue un intento de expandir esa clase de estado hacia el sur. El fracaso de la reconstrucción significó, entonces, que en el sur se

consolidaron las fuerzas anticentralistas y hostiles al estado. En el último cuarto del siglo XIX, en el norte hubo un desarrollo intenso del capitalismo liberal que hizo retroceder las peticiones de un estado regulador.[2095] En Europa esto fue mucho menos habitual: el estado como «vigilante nocturno», que se replegaba por su propio ideario político, solo existió de forma excepcional fuera de Gran Bretaña. En 1914, muchos países de Europa cumplían ya, al menos parcialmente, con cinco características de la burocratización: (1) servir al estado se consideraba un trabajo que merecía un salario regular; (2) el personal estatal se seleccionaba (también para los ascensos) según un criterio de competencia; (3) las distintas autoridades se combinaban para crear jerarquías funcionariales, diferenciadas y con división del trabajo, con estructuras de mando sólidas («canales oficiales»); (4) los departamentos se integraban para formar una administración nacional (en los estados federales, esto era más dificultoso y se ejecutaba solo parcialmente); (5) había una «división de poderes» entre la política parlamentaria y el ejecutivo burocrático, una separación que, sin embargo, se reducía mucho en la jefatura del estado.[2096]

Ni siquiera en Europa, sin embargo, se puede afirmar que se produjo una plena estatalización de las sociedades, similar a la actual. Muchos ámbitos de la vida todavía no estaban regulados por leyes y normativas. Aún no había normas industriales, ordenanzas contra la contaminación acústica, obligación de obtener un permiso de construcción para cualquier obra, ni siquiera la escuela era obligatoria en general. En todo el mundo, la burocratización del estado se produjo en circunstancias técnicas y comunicativas apenas transformadas. El carácter escrito de la administración, que en China se practicaba ya en épocas en las que en Europa casi nadie pensaba en ello, se había convertido en un principio general. La administración suponía papeleo, puesto que tampoco la telegrafía, por el reducido caudal de datos que puede transmitir, permitió adelantar mucho en la gestión territorial.

La omnisciencia y omnipotencia del estado topaba con las barreras de la logística.
El desarrollo de las burocracias solo se puede documentar aproximadamente. El estado «crece» cuando el ritmo de ampliación de los puestos de servicio público supera el crecimiento demográfico. Con este criterio, el estado chino se encogió; y en algunas colonias, el aumento del personal también estuvo por debajo del incremento de la población. En un país administrado a fondo, como Alemania, la cifra de los empleados públicos solo empezó a ascender con claridad a partir de 1871: entre 1875 y 1907 se triplicó. Este aumento, sin embargo, se debió al desarrollo desproporcionado de los servicios postales y de transporte, pues en esas mismas fechas, la cifra de funcionarios con un empleo genuinamente administrativo retrocedió (al igual que la del sector educativo).2097 Algo muy similar ocurrió en las colonias, sobre todo en las británicas y francesas. Allí, dejando de lado el ejército y la policía, la mayoría de los empleos de servicio público, tanto entre los europeos como entre la población autóctona, se centraba en el ferrocarril, el correo y las aduanas.
El estado intervenía en los ámbitos sociales más diversos. Para recaudar impuestos, necesitaba un sistema monetario que funcionara mínimamente; y en el espacio colonial (por ejemplo, en muchas zonas de África) primero tenía que crearlo. La comercialización y la construcción estatal también se necesitaban mutuamente. No hay que exagerar la celeridad y el alcance con los que se racionalizó el sistema financiero en Europa. Se tardó mucho tiempo en disponer de presupuestos regularmente, hasta que el estado aprendió no solo a contar sus ingresos y tareas, sino también a prever y planear al menos en parte. En la Europa del siglo XIX esto se vio favorecido por el hecho de que hubo que financiar pocas guerras; en el siglo anterior, las guerras habían supuesto tanto el objetivo principal como el gran riesgo del presupuesto público (y un ámbito en el que Gran Bretaña, con su colosal capacidad estatal de

recaudación tributaria, dejaba atrás a todos sus rivales). Eran especialmente complejos (y aún lo son) los sistema financieros federales, en los que se recaudaban impuestos distintos en niveles distintos y, en algún momento, se requería plantear el problema de la ecualización.2098 Cuando los gobiernos del siglo XIX se endeudaban, como los príncipes de la Edad Moderna, intentaban evitar depender en demasía de banqueros concretos. Gran Bretaña fue el primer país en introducir una gestión reglada de la deuda estatal, más allá de los negocios *ad hoc*. La política económica recurrió regularmente a cubrir los agujeros del presupuesto estatal con deuda pública. Ello tuvo el efecto adicional de que los inversores capitalistas se interesaron por el bienestar del estado. El conflicto entre los contribuyentes y los acreedores —a cuyos bolsillos el dinero recaudado afluía como servicio de la deuda— se libró en público en más de una ocasión.

En el siglo XIX, el estado aún no se concebía —y ello, en todo el mundo— como un motor de redistribución. Los impuestos casi nunca se utilizaban como instrumento de intervención estratégica en la estratificación social. En el dilema entre un «gobierno barato» o unos servicios públicos estatales caros, no solo el sector liberal de los contribuyentes se decantó por la austeridad. Cuando en las últimas décadas del siglo la política adquirió un fervor nacionalista tanto en Europa como en Japón, pasó a primer plano un nuevo dilema entre el estado ahorrativo y el rearme militar. Aunque la carga fiscal fue creciendo, en vísperas de la primera guerra mundial el porcentaje de los ingresos estatales no superó en casi ningún punto de Europa el 15 % del PNB, y en Estados Unidos estuvo claramente por debajo del 10 %.2099 Hoy en día se considera natural que la «cuota estatal» represente cerca del 50 % del PNB, pero ese incremento no se produjo hasta después de las dos guerras mundiales. Una de las innovaciones más importantes de la política fiscal del siglo XIX fue el impuesto sobre la renta de carácter directamente proporcional. En Gran

Bretaña estuvo en vigor desde 1842, de forma continua, y demostró ser un instrumento útil para ir aprovechando discretamente el creciente bienestar de las capas económicas medias y altas. Entre 1864 y 1900, cuatro países europeos introdujeron este impuesto.2100 No obstante, en Gran Bretaña el impuesto sobre la renta no se concibió como medida de redistribución y de reforma social, sino en relación directa con el paso al libre comercio. La eliminación de las aduanas provocó una reducción de los ingresos que el nuevo impuesto compensó, a la vez que el libre comercio volvía a favorecer el crecimiento y el aumento del bienestar.2101 Por último, otro rasgo moderno de los sistemas fiscales —en particular, los surgidos en Occidente y Japón— fue que los contribuyentes, al menos en los años de paz, pudieron olvidarse del aumento arbitrario y repentino de los tributos. Los impuestos se elevaron de acuerdo con la legislación (un presupuesto estatal es por su forma una variedad de ley, a fin de cuentas), con una determinación espacial y temporal clara de la validez de esas leyes. El estado fiscal y el estado de derecho se necesitaban mutuamente.

5. MOVILIZACIÓN Y DISCIPLINA

Servicio militar obligatorio

Napoleón había mostrado cómo un estado bien organizado podía movilizar no solo dinero, sino también los recursos humanos. La movilización militar general de los varones jóvenes se había logrado en los casos excepcionales de las comunidades que estaban constituidas como formaciones de combatientes y que veían en la guerra su principal razón de ser; fue el caso de los zulúes, con el rey Shaka, en la década de 1820, o de determinados grupos y tribus de jinetes en Norteamérica y el Asia central. Durante la Edad Moderna se habían difundido sobre todo cuatro formas de organización militar: (1) el ejército de mercenarios; (2) el caudillo con una clientela de saqueadores; (3) las huestes feudales (como las banderas manchúes de la dinastía Qing o los rashput de la India); (4) las

guardias pretorianas, cuya intervención en política solía centrarse en las capitales, como los jenízaros en Estambul. De estas cuatro formas, en el siglo XIX las más habituales fueron el caudillo —sobre todo en Latinoamérica, después de la independencia, y en China desde 1916, por las condiciones similares de desintegración de un sistema imperial— y el ejército de mercenarios —este ante todo en la India, con sus numerosos mercados de trabajo militares, y también en algunas zonas de África—. Precisamente en la India, el dominio europeo se basaba en el ejército, y este gozaba de prioridad en la asignación de fondos. Desde finales del siglo XVIII, los británicos se procuraron tropas mercenarias leales, a las que se consintió y pagó bien. La cultura militar británica y la india se fundieron para formar el mundo marcial de los cipayos. Hasta 1895, las fuerzas armadas estuvieron descentralizadas y los distintos ejércitos se vigilaban mutuamente. Tras la gran sublevación de 1857, los británicos se apoyaron aún más que antes en los sijs del Punyab, que representaban cerca de la mitad de las unidades permanentes. Al terminar el servicio activo se asentaban como colonos militares y asumían labores auxiliares como la cría caballar. Los sijs, en una etapa en la que aumentaba el servicio militar obligatorio, fueron quizá la más condecorada de las tropas profesionales.2102

Una de las innovaciones del siglo XIX fue el ejército popular que permanecía en los cuarteles también en tiempos de paz.2103 Esto requería igualdad entre la ciudadanía, pero al mismo tiempo era un medio por el cual el estado fomentaba el desarrollo de esa igualdad. El servicio militar obligatorio, imprescindible para que pudiera haber un ejército popular, establece una compleja relación de interacción con el desarrollo de las naciones y estados nacionales. En las guerras revolucionarias, los franceses lucharon por vez primera como ciudadanos por su patria, y no como súbditos por su rey. Aquí nació el ideal de la «nación en armas». Pero no podía surgir esta relación novedosa entre el estado y la sociedad sin instaurar el

servicio militar obligatorio en los tiempos de paz. La diferencia entre la guerra y la paz es importante, a este respecto, porque la movilización espontánea de las masas populares en circunstancias bélicas no es lo mismo que reclutar regular y rutinariamente a generaciones enteras de jóvenes. El servicio obligatorio no necesariamente hacía que uno se sintiera *soldat citoyen*. Tras el principio en la etapa jacobina, el servicio militar obligatorio tardó en imponerse y chocó con una gran resistencia. Pero al estallar la primera guerra mundial, Gran Bretaña ya era la única gran potencia que aún confiaba la dotación del ejército a los voluntarios.

El servicio militar obligatorio no siempre estaba asociado con la democracia y la justicia. En Francia, hasta 1872, los ciudadanos acomodados casi siempre pudieron comprar la exclusión; había un mercado de sustitutos, de precio fluctuante. En 1905 aún había profesiones enteras (maestros, médicos, abogados, etcétera) que se libraban del servicio obligatorio. El ejército francés, hasta entrada la época de la Tercera República, fue menos un ejército de ciudadanos que de suplentes. En Prusia, que había instaurado pronto este deber y ensalzaba su cumplimiento como un «honor nacional», la institución despertó menos el entusiasmo ansiado que la ingeniosidad para librarse de aquella pesada obligación. Solo desde 1871, con el imperio, el ejército se convirtió de hecho en una «escuela nacional» muy concurrida, un importante mecanismo de socialización para casi todas las capas de la población.[2104] En Rusia, el servicio militar formaba parte de una obligación general de servicio a los zares que se formalizó en los primeros años del siglo XVIII. Antes de la guerra de Crimea, quien entraba en la maquinaria militar desde fuera de la nobleza debía servir durante veinte años; hubo reclutamientos entre casi todos los pueblos del imperio. Pero al principio el servicio obligatorio no fue *general*; este se instauró oficialmente en 1874.[2105] El ejército del zar, como el de los Habsburgo, era muy distinto de un ejército *nacional*; antes al

contrario, estaba integrado por soldados de todos los grupos étnicos y lingüísticos imaginables. Lo mismo ocurrió con el ejército que Mehmet Alí organizó en Egipto desde la década de 1820 con miras a las campañas del Sudán y Arabia. Sobre la base de una amplia movilización forzosa, Egipto se transformó en un estado militar agresivo. Los *felahin*, simples campesinos egipcios, no lo hacían de buen grado. El cuerpo de oficiales que los dirigía no estaba formado por egipcios, sino por hombres de lengua turca (circasianos, kurdos, albaneses y turcos), instruidos a su vez por franceses que les enseñaron las bases de la guerra moderna. Mehmet Alí no pretendía con ello que los campesinos participasen como ciudadanos *activos* en su proyecto —autoritario y dinástico— de formación de la nación egipcia.2106

En el imperio otomano de la segunda mitad del siglo, las diferencias fueron escasas. La modernización militar partió de domeñar a la incontrolable unidad especial de los jenízaros (1826), una guardia que reclutaba en el seno del imperio a sus propios hombres, de religión no musulmana (aunque luego se convirtieron), y que había decaído hasta formar una casta privilegiada ya casi incapaz de entrar en acción. Con las reformas de Tanzimat, en la década de 1840, se emprendió una política que unificó la condición de los súbditos varones y eliminó instancias intermedias para aproximar el estado a la población. Una de las medidas fue instaurar el servicio militar obligatorio y general, introducido progresivamente a partir de 1843, en lo que supuso también una intervención clara del estado en la sociedad. Como en muchos países europeos, en el imperio otomano también hubo excepciones para determinados grupos demográficos, como por ejemplo los nómadas o los habitantes de Estambul. A los no musulmanes se los gravó con un impuesto especial, pero no tuvieron que ingresar en el ejército hasta 1909. El servicio militar, que en la práctica podía exigir muchos más años de los que la ley preveía, era objeto de odio y temor; la incorporación real de reclutas, de hecho, fue

relativamente baja. Después del cambio de siglo, el ejército otomano siguió basándose en el campesinado musulmán y sedentario de las provincias centrales de Anatolia. Al concluir el siglo, se contaba con un cuerpo de oficiales competente que acabó siendo el factor más activo de la política turca; pero el ejército otomano nunca llegó a ser una verdadera «escuela nacional».2107

Aparte de en Prusia-Alemania, probablemente fue en Japón donde el servicio militar alcanzó más importancia. Fue un caso contrario por completo a las huestes étnicamente heterogéneas de los grandes imperios continentales; desde 1873, el ejército japonés se basó en el servicio militar obligatorio (tres años con las tropas, cuatro en la reserva) según el modelo francés: una tropa nacional organizada de la que cabía comprar la exclusión. A diferencia de en todos los demás casos de instauración del servicio militar obligatorio, en Japón la medida tenía un fin netamente revolucionario. El reformador del ejército Meiji, Yamagata Aritomo, impuso con ello su voluntad frente a la de los que preferían convertir a los antiguos samuráis en una tropa profesional neofeudal. Al formar un ejército a partir del servicio obligatorio se evitaba la formación de una caballería autónoma y, al mismo tiempo, se aprovechaba la oportunidad para vincular a la población con el nuevo régimen y utilizar sus energías para fines nacionales. El prestigio del ejército ascendió enormemente tras las victorias de 1895 y 1905. El militarismo de Japón a principios del siglo XX no supuso tanto la continuidad de las viejas tradiciones guerreras como la consecuencia de un reinicio inspirado en los modelos de Francia y Prusia.2108 Por encima de todo, el servicio militar obligatorio hizo que el ejército también tuviera visibilidad en la vida civil durante los tiempos de paz.

Policía

El ejército aglutinó la movilización con el disciplinamiento de un determinado grupo demográfico. En los tiempos de paz, quien debía procurar el orden y la disciplina eran los jueces

penales y la policía; el ejército solo intervenía también en caso de disturbios revolucionarios, o en las zonas rurales (por ejemplo de Rusia) donde no solía haber tanta policía como en la ciudad. En el transcurso del siglo, el estado fue prescindiendo —en Europa, antes que en el resto del mundo— de los actos espectaculares de castigo público. Dejó de escenificar un teatro del horror y la intimidación por medio de las ejecuciones ritualizadas. El humanitarismo se consolidaba y fue convirtiendo en intolerables aquella clase de prácticas, que a partir de mediados de siglo desapareció de la Europa occidental: en los países alemanes, en 1863, en Gran Bretaña, en 1868.2109 La ejecución de penas de estilo «moderno» y no «contemporáneo» terminó allí donde el verdugo estatal desapareció de la vida pública en su doble papel de trabajador y artista de entretenimiento. La lógica de los mercados también actuó en contra de la normalidad de las ejecuciones públicas, porque en muchas ciudades la vecindad con el cadalso perjudicaba los precios inmobiliarios, a la sazón en ascenso. La violencia estatal no letal —en la Europa de hoy, también inimaginable— tardó bastante más en acabar. El zar Nicolás I prohibió en 1845 el castigo del azote público; pero la práctica siguió estando tan difundida que, hasta el cambio de siglo, fue motivo de protesta de los activistas proderechos humanos, así como de los nacionalistas que temían que ello perjudicara el prestigio de Rusia como país «civilizado».2110

Cuando los órganos del orden público desarrollaron una presencia intensa en la sociedad, el estado pudo recurrir a medios de intimidación más sutiles. El siglo XIX abrió el paso a la policía. Francia fue el primer país de Europa que —ya hacia 1700— contó con agentes de policía profesionales sometidos a la dirección de un gobierno central.2111 En Gran Bretaña, el primer *sistema* policial se inició en Londres; pero la vigilancia de las zonas rurales siguió dependiendo de las instancias locales más que en el continente. Hasta 1848, la policía de Berlín no recibió uniformes, signo claro de su transformación

en una tropa reconocible. En cuanto a los controles estatales en las zonas de campo, acostumbraba a encargarse la gendarmería, una autoridad especial, que nació en Francia y ganó peso durante la revolución. Adquirió una organización definida poco antes de 1800, y sirvió de modelo al resto de Europa: la gendarmería fue copiada tanto en todo el imperio napoleónico como también fuera de él. En materia de política, fue una de las exportaciones más importantes de Francia durante todo el siglo XIX.2112 En muchos países, la policía y la gendarmería fueron la herencia más perdurable del imperio napoleónico: los gobiernos de la restauración se mostraron muy dispuestos a acoger ese legado de sus antecesores.

La irradiación del modelo policial francés llegó más allá de Europa. Japón —que, bajo la impresión de la guerra franco-prusiana, había copiado la organización militar en particular de Alemania— imitó ante todo a Francia en lo relativo a la policía. En 1872 el primer ministro de Justicia japonés ya había enviado a Europa a ocho jóvenes colaboradores con la misión de estudiar y comparar los diversos sistemas policiales. Al poco de volver la delegación se creó la primera estructura policial moderna de Japón, primero solo para la capital, Tokio. Los observadores acertaron al considerar que el sistema francés era el de organización más clara; además, hacía poco que el Ministerio de Justicia ya había seleccionado Francia como ejemplo modélico para la creación del nuevo cuerpo judicial japonés. Durante los veinte años siguientes, Japón reprodujo el sistema policial francés, con algunas modificaciones, por ejemplo: la gendarmería fue la base de la *Kenpeitai* japonesa.2113 Cuando Japón inició la expansión imperial, también adoptó la costumbre francesa (desconocida en el imperio británico) de controlar las colonias mediante la policía militar. La *Kenpeitai* asumió esta función en Taiwán y más adelante en Corea. Hasta 1945 no paró de crecer hasta convertirse en una tropa brutal que aterrorizó a la población civil de todas las zonas sometidas al imperio bélico japonés.

En 1881, Japón había terminado de aprender en el sector de la policía; lo que se produjo a continuación fueron ampliaciones del sistema importado. Japón se tomó más en serio que ningún país de Europa la profesionalización y formación de la policía. El país quedó cubierto por una densa red de comisarías. La policía fue el medio más importante con el que el gobierno Meiji impuso de hecho sus numerosas reformas, al impedir que el nuevo Japón hallara alguna resistencia en sus estadios iniciales. El cambio social debía ser una imposición desde arriba. La policía se encargó de que la población no se cruzara en el camino del gobierno.2114 El cuerpo destacó ante todo en la persecución de los partidos políticos mal vistos y las organizaciones del primer movimiento obrero. Fue menos eficaz en la supresión de las protestas espontáneas, que se acumularon hacia el cambio de siglo. En 1912, año de la muerte del emperador Meiji, el policía japonés típico no era una versión asiática del amable Bobby londinense, sino un agente directo del estado central. Por entonces, Japón era una de las sociedades con mayor presencia policial en todo el mundo.

Probablemente que no hubiera ninguna colonia europea en la que, durante el siglo XIX, no se introdujese un mínimo de policía moderna de estilo europeo, sobre todo en las ciudades. Para mantener el orden en las zonas rurales, los señores coloniales casi siempre colaboraron con las élites autóctonas y se fiaron en parte en las relaciones de patrones y clientes, y en parte en los mecanismos de responsabilidad colectiva. Que en las colonias asiáticas estallaran constantes sublevaciones locales que cogían del todo por sorpresa a las autoridades coloniales pone de manifiesto cuán poco se sabía, en los estados más extensos de carácter agrícola, sobre los acontecimientos del campo.2115 Da igual si eran colonias como la India e Indonesia, que hacía mucho que estaban bajo control europeo, o si, como el África tropical o el norte de Vietnam, no fueron colonizados hasta la década de 1880: en ambos casos, la presencia de la policía colonial no se notó con fuerza hasta la

década de 1920. En esas fechas, en las ciudades se vivía la inquietud; los obreros estaban levantiscos y lanzaban un desafío a las autoridades coloniales. El control sobre las zonas rurales también se incrementó claramente, por cierto, en un país no colonial como China, donde los tímidos intentos de formación estatal del gobierno del Kuomintang (1927-1937) incluían un servicio policial en las áreas de campo, que no había existido nunca hasta entonces. Antes de 1920, solo excepcionalmente, por ejemplo en la Cochinchina (Vietnam del Sur), la población local tuvo experiencia con el control policial, y las administraciones rurales participaron en cadenas de mando burocráticas de tipo japonés o europeo continental.

El desarrollo mundial de las fuerzas policiales en los siglos XIX y XX proporciona buenos ejemplos de transferencias de toda clase: no solo de las metrópolis a las colonias, o como importaciones independientes desde países como Siam y Japón, sino también a través de diversos territorios de un mismo imperio. Así, en Egipto, tras la ocupación británica de 1882, empezaron por introducirse (haciendo caso omiso de las circunstancias locales) las estructuras fundamentales de la policía *india*. Las formas de imponer el orden colonial, de otra índole, también podían revertir sobre Europa. La legislación penal india redactada en 1835 por el famoso historiador Thomas Babington Macaulay durante su período de servicio como ministro de Justicia de la India, entró en vigor en 1860 y hoy sigue vigente en parte; era tan precisa y coherente, que en las islas británicas, con su tradición del derecho consuetudinario, no había un modelo similar; solo en la década de 1870, a su estela, surgió un derecho penal inglés con un grado semejante de sistematización.2116 Igual que en la India el estado había intervenido de forma soberana como conquistador militar, legislador y autoridad policial, en Gran Bretaña algunos conservadores entendían que el estado también debía reforzar su naturaleza coercitiva frente a la retórica democrática imperante.2117 En Gran Bretaña, las

fuerzas contrarias a ese autoritarismo colonial conservaron la fuerza precisa para que el sistema de representación nacional no sucumbiera a la amenaza. Pero críticos del imperialismo como el clarividente John Atkinson Hobson siguieron inquietos ante la idea de que nueve décimas partes de los habitantes del imperio continuaran viviendo bajo el yugo de un «despotismo político británico» que también amenazaba con envenenar el clima político de la patria.2118 El colonialismo siempre conllevó un desafío autoritario frente al liberalismo metropolitano; y a este respecto, se exigió de forma repetida un aumento del poder policial.

La policía de Estados Unidos hundía sus raíces en Inglaterra: primero en su antigua tradición de los vigilantes nocturnos de la comunidad (de carácter voluntario), tradición que habían heredado las colonias americanas; luego en el importante impulso de modernización de la policía británica que en 1829 había dado origen a la policía metropolitana de Londres, con los Bobbies uniformados. Este modelo fundamental se adoptó en las grandes ciudades de Estados Unidos con una demora de entre dos y tres décadas.2119 Las ciudades del este no se dotaron de sus primeros cuerpos de policía permanente, uniformada y asalariada hasta la década de 1850. Estos no tardaron en adquirir matices específicos de Estados Unidos. En el país no había una policía estatal, como en Francia y luego en Gran Bretaña. Además, aún se tardó algunas décadas en cumplir con otro criterio de la «racionalidad» burocrática: la independencia política; hasta entonces, la policía había actuado en muchos casos como medio para ejercer una política partidista en las ciudades. La extrema descentralización de la policía estadounidense comportó que hubiera grandes diferencias en su despliegue regional; algunas zonas (sobre todo junto a la «frontera») carecían de policía casi por completo y los diversos ámbitos jurisdiccionales se sucedían como un mosaico sin unidad. Era muy difícil perseguir a los criminales que atravesaban los límites de una jurisdicción. A menudo, por el

mero hecho de haber pasado a la siguiente ciudad ya no se los podía demandar. Esto creó un nicho de mercado que aprovecharon agencias de detectives privados como la de Allan Pinkerton, la más conocida de todas, fundada en 1850. Los hombres de Pinkerton empezaron protegiendo ferrocarriles y diligencias; en la década de 1890 se hicieron tristemente conocidos por sus ataques contra los huelguistas. El monopolio de la violencia era incompleto y ello creó más espacio que en ningún otro país para los servicios policiales privados, a los que era difícil controlar judicialmente. En Estados Unidos, la policía no se concibió como un órgano de un «estado» jerárquico, sino como parte de la autonomía administrativa local. Es un caso del todo opuesto al de los sistemas francés o japonés. Pero el contraste con Inglaterra también era llamativo. Un policía inglés de finales del siglo XIX se veía a sí mismo como un representante de la ley, según se preveía en la constitución no escrita y en la *common law*; el policía estadounidense se sentía menos vinculado a la ley y entendía representar una «justicia» definida ante todo por la situación. La encarnación más inconfundible de este tipo era el *marshall* del Oeste norteamericano.2120 A menudo este también era el único representante local de un poder estatal distante. Universalmente era más típico el reparto de tareas entre la policía o gendarmería y el ejército. La idea de que el ejército no debía desplegarse para mantener el orden en el interior del país era una de las nuevas máximas de la cultura política, pero en pocos países. Históricamente, la policía es más reciente que el ejército, surgió por la subdivisión de las funciones del orden y desempeñó un papel menos destacado en los procesos de construcción estatal. Su labor no consistía tanto en erigir como en gestionar el monopolio de la violencia por parte del estado.

Disciplina y asistencia

Aunque los aparatos estatales del siglo XIX, en lo que atañe a su organización, eran débiles en comparación con las posibilidades de intervención de las autoridades de hoy, en

ocasiones actuaban en ámbitos de la vida cotidiana de los que el estado (europeo) de finales del siglo XX se ha retirado en buena parte. Era el reflejo directo de la diversa criminalización de los comportamientos. Así, históricamente ha habido una total variabilidad en si un estado intentaba o no imponer la conformidad religiosa, o en qué medida se sentía llamado a ser el guardián de la «moralidad» privada de sus súbditos y ciudadanos. Al menos en la Europa protestante (en particular en Gran Bretaña), en el siglo XIX se constata una moralización de las tareas estatales y, en consecuencia, también de la actividad policial. En la Inglaterra victoriana y eduardiana, hubo una obsesión por combatir el «vicio» legal y policialmente. La prostitución, el alcoholismo y los juegos de azar estuvieron en el punto de mira de las autoridades, y ello no solo para proteger a la mayoría acomodada de tal trasgresión de las reglas, sino también como deber moral de propia civilización. El derecho penal se convirtió, más que nunca, en un medio de difusión de las virtudes, también con el tácito objetivo nacionalista de garantizar la «salud» moral de la comunidad nacional.2121 En 1859, John Stuart Mill había clamado en contra de esa invasión de la esfera privada, en su ensayo *Sobre la libertad*; poco después de 1900, en el contexto austríaco, Karl Kraus puso de manifiesto las contradicciones de «la moralidad y la criminalidad».2122 Que la polémica fuera necesaria demuestra que existía una práctica contradictoria de gran peso.

En el espacio colonial también se utilizó la criminalización como medio de control y exclusión. En la India británica, algunas de las tribus y castas en las que se clasificaba a los indios llevaban la etiqueta de «criminalidad hereditaria». En 1947, al concluir el período colonial, incluían al menos a 128 grupos, en su mayoría migrantes, que sumaban unos 3,5 millones de personas (cerca del 1 % de la población total). Estas *criminal tribes* estaban sometidas a una dura persecución por el estado colonial. Era una minoría cuya definición estable obedeció a la interacción de los actos reales (por ejemplo, conductas criminales transmitidas

de generación en generación) con la etiqueta oficial. En 1871 una «ley de las tribus criminales» determinó la posición de estos grupos en relación al estado colonial. Entre los métodos de control había registros policiales, la obligación de residir en determinados pueblos y trabajos forzosos en la preparación de tierras para el cultivo. Las analogías con los zíngaros de Centroeuropa saltan a la vista. Las tribus criminales no eran una simple invención nacida de un afán clasificador descontrolado. Hoy se considera probable que estos grupos hubieran sido parte de las tribus nómadas del Asia central, que en el siglo XVIII fueron víctimas de la descomposición política que siguió al fin del imperio mogol y desde entonces cayeron en un círculo vicioso de marginación.[2123]

A las tribus criminales de la India no había que «educarlas». Quedaban fuera de la esfera en la que la «civilización» era posible y deseable. Algo similar podía pasar también allí donde —casi simultáneamente con el endurecimiento de las medidas de coerción en la India— se recurrió a la criminalización para contener en lo posible las consecuencias de la política de emancipación. En Alabama, que había sido uno de los mayores estados esclavistas del sur de Estados Unidos, empezaron a abundar los presos en su gran mayoría negros, sobre todo desde 1871, tras la guerra civil y el período de la reconstrucción. Se aprobaron nuevos delitos. Tras un breve interludio de libertad, la población negra se veía sometida a una nueva amenaza: la cárcel. Se instauró un *convict lease system* («sistema de arriendo de convictos») que, desde unas prisiones gestionadas con ánimo de lucro, ofrecía mano de obra barata a las nuevas industrias y minerías del sur.[2124]

Del arsenal disciplinario de los estados europeos, Japón tomó sobre todo la idea de la cárcel como espacio de vigilancia *y* de educación. Para ello hizo falta reformar en profundidad el derecho penal. En el período Tokugawa tardío, muchos opositores que dieron con sus huesos en la cárcel describieron las terribles condiciones que vivieron allí, en mazmorras muy

primitivas, similares a las que abundaban en otros muchos países. Entonces todavía no había un código penal público y conocido. Los primeros códigos del estilo, poco marcados aún por la influencia occidental, aparecieron en 1870 y 1873. Las primeras leyes penales Meiji todavía especificaban en detalle los castigos corporales; por ejemplo, el número de azotes en relación con la gravedad de la conducta. En la década de 1870 ganó partidarios la idea de que había que mejorar la conciencia subjetiva de los presos mediante trabajos de utilidad. En 1880 entró en vigor el primer código penal guiado por modelos occidentales —redactado, de hecho, por un jurista francés —.2125Por primera vez se seguía el principio fundamental de que no podía haber castigos sin la previa prescripción legal (*nulla pœna sine lege*) y las penas no variaban según la condición social. Desde la década de 1880, además, se trabajó para incorporar sistemáticamente la educación en la cárcel.2126 Aquí Japón fue por delante de los países europeos. La reforma carcelaria se convirtió en uno de los puntos favoritos de los programas políticos de todo el mundo, para demostrar que se formaba parte de la «civilización moderna» y que el estado nacional sabía actuar de acuerdo con los tiempos. Quien, por ejemplo en la China del cambio de siglo, se preocupaba por el progreso del país, solía defender la construcción de «cárceles modelo» al estilo de las de Europa o Norteamérica.2127

¿En qué medida el estado del siglo XIX fue ya un estado asistencial? En Europa, la vieja política de los «pobres y mendigos» se fue desmontando, con el tiempo. En Francia los planes de la revolución —un sistema de protección pública, financiado por el estado y de base igualitaria— no llegaron a hacerse realidad. Los hospitales, hospicios y otras casas de la caridad comunitarias, tan características del Antiguo Régimen, siguieron existiendo, cada vez más bajo el patrocinio de filántropos privados. Los gobiernos de la Europa central y occidental construyeron algunos complejos nuevos; a menudo,

los hospitales se erigieron cerca de las «casas de trabajo» y los manicomios. La ayuda asistencial y la disciplina social se mezclaban de un modo apenas separable. A las iniciativas propias de la población trabajadora se les ponían muchos impedimentos mientras no se les permitió la libertad de asociación. A partir de 1848, esta fue la base, en muchos países de la Europa continental, de la creación de sindicatos, asociaciones de consumidores y mutuas de seguros. En Gran Bretaña, hacía tiempo que existían las *friendly societies*, de fines muy similares. En Europa, el estado adoptó un perfil aún más controlador que antes, pero el gasto financiero dedicado a las labores de asistencia no parece haber ascendido claramente hasta finales del siglo XIX. En algunos países, como Inglaterra, incluso descendió, si se mide por el porcentaje de ayuda social con respecto al Producto Nacional Bruto.2128 Solo a partir de 1880 los gobiernos se ocuparon de regular mediante leyes y ordenanzas la asistencia *general* (y no solo la de algunas profesiones, como la minería), e intentaron implicar en ello a las instituciones privadas y eclesiásticas.2129 La ayuda a los pobres se fue sustituyendo progresivamente con las transferencias del «estado del bienestar» y programas de seguridad social obligatoria.2130

La redefinición de las tareas estatales empezó con la creación de seguros públicos frente a los riesgos del trabajo asalariado. El primer paso internacional lo marca el seguro de accidente y enfermedad laboral, introducido en 1883-1884 en el imperio alemán, al que siguió en 1889 un seguro de vejez e invalidez. En seguida, el emergente estado del bienestar quedó en manos de burocracias y redes de intereses, porque se favoreció una solución marcadamente estatal, antes que ideas alternativas de solidaridad comunitaria. De hecho, el seguro social de Bismarck se acompañó de un veto a los sindicatos y la socialdemocracia («Ley de los socialistas», 1878). Uno de los objetivos del canciller imperial era debilitar los fondos de previsión del movimiento obrero, gestionados

autónomamente.[2131] El estado del bienestar no contaba desde el principio con un paquete asistencial completo. Para crear el seguro de desempleo (que existía en Dinamarca desde 1907 y en Gran Bretaña desde 1911), Alemania esperó hasta 1927.[2132] La cronología de la transición a una asistencia social de gestión burocrática, financiación estatal, regulación legal y ambición notable muestra un panorama muy desigual, si se quiere distinguir entre las diversas clases de seguro y protección. A este respecto, no todas las democracias fueron más rápidas que los sistemas autoritarios o semiautoritarios. En la Francia democrática, por ejemplo, la época de la seguridad social no empezó hasta 1898, con la aprobación del seguro de accidentes obligatorio. Los gobiernos y los grupos de «expertos sociales» (grupos reducidos, que surgieron precisamente entonces) se observaban mutuamente con atención, en los diversos países europeos, y también se aprendía entre sistemas e incluso cruzando las fronteras transatlánticas.[2133]

Esto no conllevó una unificación de los sistemas. Antes bien, en el paso del siglo XIX al XX, en Europa se formaron «tres mundos» de estado del bienestar: un modelo escandinavo, que financiaba la seguridad social por redistribución; un modelo británico, cuyo objetivo principal era evitar la pobreza mediante servicios básicos costeados con los impuestos; y un modelo europeo continental, financiado por las aportaciones personales y más determinado por la condición social (por ejemplo, al dispensar un trato especial a los funcionarios).[2134] A pesar de estas diferencias, cabe afirmar que solo en Europa, Nueva Zelanda y Australia, y en ninguna otra región del mundo, el alivio tradicional de la pobreza —de corte comunitario, filantrópico, religioso-eclesial o de las autoridades— se trasladó, por una dinámica interior, a una nueva interpretación de los deberes del estado. En Estados Unidos —donde la caridad privada gozaba de mucho prestigio, pero destinar dinero a los pobres se consideraba un despilfarro—, hubo varias

adaptaciones locales de los modelos europeos, pero los programas más ambiciosos de estado del bienestar no se pusieron en marcha hasta la década de 1930. Japón, que en otros aspectos se apresuraba a seguir a Europa, también se tomó su tiempo para el desarrollo de un estado social: no introdujo un seguro de desempleo hasta 1947, el último de los grandes países industriales. Como vestigio ideológico del siglo XIX, en muchos lugares se mantuvo durante mucho tiempo la exigencia de que el receptor de la ayuda demostrase su «moralidad». Desde el punto de vista de la historia universal, el estado asistencial y del bienestar pertenece al siglo XX. En esta época se produce también el fenómeno único de que en los países económicamente atrasados con un socialismo de estado se erigen sistemas de seguridad social generales (aunque operan a un nivel material muy bajo). En un país como China, que atravesó esta fase a partir de 1949, todavía no se ha reconstruido un nuevo sistema, pese a que la etapa de liberalización se inició hacia 1978.

6. AUTOFORTALECIMIENTO: POLÍTICA DE UNA PERIFERIA A LA DEFENSIVA[2135]

Percepciones del atraso

El estado del siglo XIX fue, más que nunca, un estado reformista. En los últimos años del Antiguo Régimen, algunos gobernantes y ministros ya habían reconocido la necesidad de mejorar la eficiencia del aparato estatal, elevar con ello la disponibilidad de recursos y, en lo posible, ampliar también la base de lealtad entre la población. El estado de Federico II de Prusia, como el austríaco de María Teresa y José II y, sobre todo, el de su hermano Pedro Leopoldo (que luego sería emperador durante un período muy breve) en la etapa como gran duque de la modélica e ilustrada Toscana (1765-1790) fueron esa clase de estados reformistas; el ministro Turgot habría querido sumar a Francia; y la España de Carlos III, a partir de 1760, emprendió la revisión general del enorme imperio de ultramar (en un proceso que, a medio plazo, no

careció de éxito). En China, por ejemplo, también fue habitual la idea de que el estado, cada cierto tiempo, requería una renovación planificada. El emperador Yongzheng había emprendido hacia 1730 la que por entonces era la última revisión de la maquinaria burocrática. En el siglo XIX, los impulsos de transformación reformista vinieron sobre todo de los gobernantes asentados, más que del exterior. La competencia internacional elevó la presión. Por descontado, la reforma interior también estuvo relacionada con la revolución. Desde 1789 se había podido extraer lecciones claras sobre los costes de *no emprender* las reformas necesarias, y se tendía a concluir que, con estas, quizá las revoluciones se podían prevenir. A la inversa, alguna revolución fracasada también podía llevar a que se reaccionara a las exigencias con reformas. Las revoluciones de 1848 no carecieron por completo de consecuencias.

Aun así, las reformas típicas del siglo XIX respondieron a la percepción de haber quedado rezagado. Los ajustes que los Borbones realizaron en su imperio colonial a partir de 1759 ya pretendían, entre otros fines, superar la mala fama del «atraso» de España y hacerse merecedores del respeto de la opinión pública ilustrada de Europa. La percepción era especialmente clara cuando se asociaba a un fracaso bélico. En 1806, el año de la gran derrota de Prusia contra Napoleón, una parte de la élite del poder comprendió que, si el viejo orden quería sobrevivir, debía emprender una renovación. El mismo efecto tuvo la guerra de Crimea para el imperio zarista, y más de cuarenta años después, la derrota de 1900 frente a la tropa expedicionaria internacional en la guerra de los bóxers llevó a la misma conclusión al imperio Qing. Los contenidos de estas reformas fueron distintos en cada caso, pero tenían en común la necesidad de regir la práctica estatal mediante normas más racionales y más sujetas a la influencia igualadora de las leyes. Las derrotas bélicas, por lo tanto, podían acarrear reformas que iban *más allá del ejército*. Se difundió mucho la idea de que un

aparato militar no podía ser mejor que el marco civil del estado en el que se insertaba. Así lo entendieron los reformadores prusianos, rusos y —en este caso, demasiado tarde— chinos, todos ellos en la necesidad de convertir la debilidad en fortaleza.

Detrás subyacía la percepción de un problema aún más general. Anteriormente, nunca tan pocas sociedades habían actuado como la vara de medir de todas las demás. Se había intentado copiar de forma ante todo superficial la apariencia de los estados y las civilizaciones más suntuosos; por ejemplo, cuando la Francia del Rey Sol halló imitadores en muchos lugares del continente europeo. En la Edad Moderna también había surgido un concepto similar al del progreso político. En la Inglaterra anterior a 1700 no se desconocía que el gran competidor mercantil y militar —los Países Bajos— había regulado de forma modélica algunos aspectos comerciales, sociales y políticos. Pero eran percepciones muy limitadas de la diferencia que no solían saltar por encima de las fronteras entre civilizaciones. El entusiasmo de los jesuitas y algunos teóricos del cameralismo de los siglos XVII y XVIII por el estado chino del emperador Qing, que (a su entender) se regía con sabiduría y buen orden, no llegó a provocar transformaciones en Europa. Y la apertura temporal del imperio otomano hacia los estilos de construcción y decoración de la Europa occidental durante la «era de los tulipanes» (1718-1730) fue un episodio sin continuidad.2136

Un rasgo novedoso del siglo XIX fue que la civilización europea occidental se convirtió en modelo para gran parte del resto del mundo. Pero «Europa occidental» significaba antes que nada Gran Bretaña, de la que, en 1815, se decía por doquier que era el país más rico y poderoso del mundo. Pese al fracaso de Napoleón y la constante inestabilidad política, Francia también estaba entre los ejemplos a seguir. Paso a paso, también se sumó Prusia, que sin embargo aún tardó muchas décadas en liberarse de su imagen como estado militar espartano en el

margen oriental de la civilización, en el que incluso el mayor de sus reyes —que prefería hablar en francés— se había hallado incómodo.

Fuera de este núcleo europeo occidental, la evolución de los estados, durante todo el siglo XIX, la determinó ante todo el afán de las élites gobernantes por adoptar de forma preventiva elementos de la cultura occidental con el fin, precisamente, de armarse contra Occidente. El zar Pedro el Grande ya había practicado esa política hacia 1700 e intentó hacer que Rusia fuera más fuerte, interior y exteriormente, tanto *con* como *contra* Europa. Un siglo después, la necesidad de repeler a la Francia napoleónica desencadenó los primeros intentos de autofortalecerse mediante una modernización defensiva. Había empezado el imperio otomano, en tiempos del sultán Selim III (*r.* 1789-1807), impresionado por la expansión rusa en el sur, con Catalina II, y la invasión napoleónica de Egipto, en 1798. Estas reformas toparon con una poderosa resistencia interior y el primer tanteo no dio gran fruto. Las reformas emprendidas en Prusia a partir de 1806 —en el ejército, la organización estatal, el derecho y la educación— fueron menos contestadas y, por ello, más exitosas. La construcción de un estado militar en Egipto, que Mehmet Alí inició simultáneamente (desde 1805), es otra de las facetas de este momento de la historia universal.

El éxito de la expansión militar egipcia puso de manifiesto las debilidades del imperio otomano. Las grandes potencias tuvieron que socorrer a los otomanos frente a su vasallo Mehmet Alí, y antes, bajo la protección de las mismas potencias, ya se había privado al imperio de Grecia. Ambos hechos contribuyeron a que el sultán y los principales estadistas del imperio iniciaran en 1839 una atrevida y ambiciosa política de reformas, denominadas «Tanzimat».[2137] Durante un cuarto de siglo, la política otomana emprendió cambios continuos: se reformaron la educación (haciendo retroceder en parte los contenidos islámicos) y la administración estatal, se hicieron modificaciones legales

encaminadas hacia una ciudadanía unitaria, se fue aliviando la discriminación de los no musulmanes y se elevaron los ingresos del estado, no con saqueos *ad hoc*, sino reduciendo la recaudación delegada y reestructurando los impuestos. Las personalidades de la Sublime Puerta que encabezaban el movimiento reformista conocían la sociedad occidental por propia experiencia y se formaron sus propias ideas sobre el objetivo, la extensión y las posibilidades de hacer realidad una occidentalización parcial en las condiciones otomanas. Tanto Mustafá Resid Pachá (1800-1858) como Ali Pachá (1814-1871) y Fuad Pachá (1815-1869), los pachás más notables de la generación reformista, habían sido durante un tiempo embajadores en París o Londres o ministros de Exteriores. El grupo de los que podían combinar el saber occidental y el oriental era muy poco numeroso, lo que dotó sus iniciativas de un carácter marcadamente centralista y dirigista. La reforma no se originó en dinámicas de la sociedad civil. Pero en condiciones adecuadas, se podría haber desarrollado bien, si los impulsos reformistas de Estambul le hubiera creado espacio. Así lo demuestran, de un modo impresionante, los ejemplos de ciudades como Salónica y Beirut.2138

Reformas

La conciencia de atraso, para la que siempre se encontraban motivos, también estuvo detrás de muchas reformas y proyectos reformistas de la segunda mitad del siglo. Entre tanto, el admirado y temido Occidente frente al cual se intentaba reaccionar no se quedó inalterado. Sobre todo en la segunda mitad de la década de 1860 hubo cambios no revolucionarios, pero sí muy notables en los sistemas políticos de Gran Bretaña, Francia, Prusia y Austria-Hungría. Hubo reformas en casi todas partes.2139 En los márgenes de Europa y fuera de ella, la apreciación reticente de la momentánea superioridad de Occidente y una admiración genuina por algunos de sus logros civilizadores se mezclaron en diverso grado con la confianza básica en la reformabilidad de las

propias instituciones. A menudo se asociaba también la esperanza de poder salvar para los nuevos tiempos los propios valores culturales fundamentales. Este fue el contexto de las reformas del zar Alejandro II —esencialmente, la abolición de la servidumbre en 1861 y la reorganización de la justicia en 1864 —,2140de los primeros intentos, muy cautelosos, de reestructuración en China —después de que la dinastía Qing venciera a los rebeldes de Taiping en 1864—, y en particular el «formateo» radical de Japón a partir de 1868, así como la modernización de Siam, que en cierta medida fue como una hermana pequeña de la restauración Meiji.2141 En todos estos casos, hubo grandes debates entre los círculos de poder y la emergente opinión pública. Aún no disponemos de un estudio comparativo sobre esas polémicas. En lo esencial se trataba del alcance, la intensidad y la factibilidad de la «occidentalización». Los partidarios de Occidente chocaron con los de lo autóctono («nativistas»), ya fueran rusos eslavófilos u ortodoxos del confucianismo. Los gobernantes, que antes apenas habían tenido que prestar atención a esta clase de cuestiones, debían realizar ahora cálculos políticos arriesgados. No había experiencia suficiente para pronosticar las consecuencias de los cambios. ¿Hasta qué precio se debía pagar? ¿Quién saldría ganando con las reformas y quién perdiendo? ¿Qué sector ofrecería más resistencia? ¿Cómo se podría proteger la política exterior? ¿Cómo se debían financiar las reformas? ¿De dónde se tomaría el personal cualificado para imponerlas en las distintas regiones y los diversos ámbitos de la vida? Aunque las respuestas fueron distintas en cada caso, la semejanza de los problemas permite la comparación, en principio.

Todas estas reformas pertenecen a la historia de los estados, y ello en un doble sentido: a la historia del estado europeo, que se difundió por el mundo aprovechando las diversas líneas de fractura,2142 pero también a la historia de la movilización de los recursos estatales como respuesta a los graves problemas de supervivencia en las posiciones periféricas de la política

internacional, del capitalismo global y de la irradiación civilizadora de la Europa occidental. Las estrategias elegidas fueron muy distintas entre sí y no tuvieron el mismo grado de éxito. Por celeridad y alcance, el cambio de sistema del Japón Meiji no tuvo parangón, y además se convirtió en un modelo admirado en todas partes.[2143] La modernización defensiva del imperio zarista, en cambio, fue una operación de mantenimiento de corte conservador. En el imperio otomano, la era de reformas desembocó en el nuevo absolutismo de Abdulhamid II, un monarca ilustrado para algunos historiadores, pero no para todos. En China hubo varias fases de renovación (1862-1874, 1898, 1904-1911) que sin embargo no dotaron de solidez al estado y la sociedad. En Egipto, la occidentalización, cuando gobernaron los sucesores de Mehmet Alí, terminó en la bancarrota estatal y la conquista colonial (1882). En México, el período reformista que se extiende de mediados de la década de 1850 a mediados de la de 1870 se integra en este mismo contexto. Como la Tanzimat, no logró consolidarse y crear estructuras representativas. Incluso el más liberal de sus estadistas, Benito Juárez (1806-1872), buscó amparo a partir de 1867 en medidas autoritarias *ad hoc*. Al igual que Abdulhamid II en el imperio otomano, aquí Porfirio Díaz se hizo con el gobierno en solitario, a mediados de la década de 1870, y lo ocupó hasta la primera década del nuevo siglo. Antes de la era de Díaz se promulgó un gran número de leyes reformistas, muchas de las cuales no se hicieron realidad. Aun así, se logró reducir la influencia de la Iglesia —la principal adversaria de los liberales mexicanos— y se instauró respeto al principio de la igualdad de todos los ciudadanos («blancos») ante la ley. La vida ya no estuvo tanto bajo la tutela de las autoridades ni laicas ni espirituales.[2144] Otro ejemplo de absolutismo posterior a las reformas es el de la Rusia de Alejandro III (*r.* 1881-1894). Se cancelaron muchas de las novedades de su predecesor asesinado; se conservaron (en buena medida) las reformas de la justicia, de gran éxito, que

fueron tanto expresión como garantía de una ambiciosa cultura legal en el imperio zarista tardío; pero se ampliaron las facultades de la policía. Los modelos occidentales, sobre todo el del liberalismo, se contemplaban ahora con mucho más escepticismo, en paralelo exacto al imperio otomano desde 1878. En ambos casos, se reforzó la autocracia de los monarcas y se agudizó la represión política interior.2145

Las reformas se acompañaron de nuevas visiones del futuro, pero en pocos casos fue así desde el principio. En el ejemplo otomano, se ha podido constatar que solo en la tercera década de la Tanzimat la concepción original de la reforma (como una restauración, acorde con los tiempos, de antiguos equilibrios precarios) dio paso a una visión de futuro que se marcó la meta de erigir un sistema definitivamente *nuevo*. Con el nuevo fin se cambiaron también los medios. En vez de una combinación flexible de viejas y nuevas técnicas de gobierno, se recurrió ahora a un centralismo más estricto y una nueva imperiosidad que no buscaba tanto el acuerdo con las élites locales (como había sucedido aún en las fases anteriores de la reforma).2146

La demora de algunos proyectos de reforma permitió aprender de otros. Los grandes visires y los teóricos estatales de la época de Tanzimat todavía estuvieron expuestos directamente a los modelos originales de la Europa occidental: apenas tenían ante los ojos nada que no fueran Francia y Gran Bretaña. En cambio, los líderes Meiji ya pudieron dejarse impresionar por las consecuencias a largo plazo de las reformas prusianas, y en particular, por la fortaleza militar de Prusia. Se imaginaban en el papel de un «comprador racional» que inspecciona críticamente la diversidad de los modelos del mundo exterior. Casi ninguno de los países menores de Asia y África gozó de tanta libertad de elección. El bey Ahmad de Túnez (*r.* 1837-1855), de tendencia reformista, tuvo que organizar su ejército con la ayuda de Francia, aunque esta lo amenazaba desde la vecina Argelia, porque París hubiera recibido muy mal que se optara por la asistencia británica.2147 Pero cuando el

mundo pudo darse cuenta de la medida del éxito de la renovación japonesa, surgió un nuevo modelo para terceros. A la élite china, por razones culturales muy arraigadas, le costaba mucho reconocer la superioridad militar de Japón. En los últimos años de la era Qing, sin embargo, Japón se había equiparado al Occidente europeo y norteamericano como referencia para las reformas chinas, desde el punto de vista local (para algunos, incluso lo había superado). A lo sumo desde la victoria de Japón contra Rusia, en 1905, el país nipón brilló en toda Asia como el único que había podido romper el hechizo de la invencibilidad de Europa.

7. ESTADO Y NACIONALISMO

Estado fuerte, estado débil

En la teoría política del siglo XIX —al menos, en la europea— desapareció la idea del estado fuerte. En la Edad Moderna, los principales teóricos habían reflexionado sobre cuál sería la fortaleza máxima de un estado (en particular, monárquico). Un estado *fuerte* parecía un objetivo atractivo pues se esperaba de él que pudiera contener la anarquía de los intereses particulares, deshacer los enclaves de poder y hacer realidad el bien público con determinación. En el siglo XVIII se añadieron más justificaciones del poder absoluto, complementadas con doctrinas de la buena administración de los príncipes ilustrados con funcionarios que atienden al interés general: el cameralismo y la *Polizeywissenschaft* («ciencia política») ofrecieron planes importantes para la construcción del estado. Algo parecido ocurrió, en esa misma época, en China, en cuya cultura política hacía dos siglos que se libraba una batalla entre el centralismo y la descentralización. Allí, la antigua tradición de la teoría de la buena administración llegó a una nueva cumbre en el siglo XVIII. Los tres grandes emperadores de la dinastía Qing, que reinaron sucesivamente de 1664 a 1796, fueron autócratas decididos, cuya energía y competencia no tenía nada que envidiar a las de Federico II de Prusia o José II de Austria. Definieron su papel imperial ampliamente y, al

mismo tiempo, se empeñaron sin descanso en asegurar e incrementar la eficiencia del aparato funcionarial. El estado dejaba campos de acción, no era en ningún caso el Levitán «totalitario» que a veces había presentado la vieja sinología; pero su liberalismo (sobre todo, permitir que hubiera nichos de economía de mercado) no respondía a una limitación institucional del poder, sino a la graciosa generosidad de un autócrata sumamente poderoso.

En el siglo XIX, las doctrinas del estado fuerte desaparecieron de la discusión pública. Incluso el régimen napoleónico, nada apocado en general en las cuestiones de propaganda, no se presentaba clara y deliberadamente como un sistema de mando moderno. La actitud imperante, al menos hasta el último cuarto del siglo, fue un liberalismo que se esforzaba por determinar las «fronteras de la acción estatal» (Wilhelm von Humboldt, 1792). Ni siquiera los conservadores aparecían abiertamente como defensores de un poder neoabsolutista «desde arriba», sino más bien como partidarios nostálgicos del romanticismo estamentista, próximo a la nobleza. Y los socialistas y anarquistas, que durante mucho tiempo apenas discreparon en este punto, dedicaron pocas reflexiones al estado, pues entendían que la revolución, tras eliminar el sistema burgués y capitalista, haría surgir un «reino de la libertad».

Pese a esta doctrina de desconfianza en la omnipotencia estatal, compartida también fuera de los círculos políticos liberales, la evolución real nos habla de un estado que cada vez tenía más medios a su disposición. Liberales tan distintos entre sí como Herbert Spencer (*The Man against the State*, «El hombre contra el estado», 1884) y Max Weber creían que debían advertir contra una nueva servidumbre, en la que se corría el riesgo de caer a consecuencia del crecimiento estatal, la burocratización y —a juicio de Weber— un capitalismo con tendencia a petrificarse. Esta acumulación de poder imperial, no suficientemente teorizada durante mucho tiempo, se acogió bien en otro campo de la reflexión —y aquí viene la paradoja—: en los programas

del nacionalismo. El estado recibió una nueva legitimación indirecta a través de la nación. Aunque ya ni siquiera el monarca más reaccionario se atrevía a seguir sosteniendo que «el estado soy yo», sin embargo sí arraigó la idea de que el estado era la nación: a la nación le iba bien lo que le iba bien al estado. Así, la base de legitimación del poder estatal se desplazó. El estado nacional tenía su propia clase de razón: ya no era el derecho legítimo, explicable por su arraigo histórico, de una dinastía de príncipes, o la armonía orgánica de un «cuerpo político», sino los «intereses nacionales». *Quién* definía esos intereses y los traducía en política se consideraba secundario. Mientras los políticos, al menos en Europa, seguían la interpretación del nacionalismo del influyente Giuseppe Mazzini, los intereses de una nación —orden democrático en el interior y paz entre los pueblos— parecían poderse alcanzar simultáneamente. En el transcurso del tercer cuarto del siglo aumentó el escepticismo hacia esta concepción armónica y utópica (que renació temporalmente con la formación de la Sociedad de Naciones en 1919) y se evidenció que el estado nacional podía asociarse con sistemas políticos de lo más diversos. Dos aspectos eran decisivos: la homogeneidad interior de la nación —que se expresaba en todos los planos de cohesión posibles, de la política lingüística o la unidad religiosa hasta la integración infraestructural mediante la construcción del ferrocarril— y la capacidad militar de cara al exterior. El nacionalismo, por lo tanto, también adquirió una especial importancia en la teoría del estado. La teoría estatal «pura» no se recuperó hasta el momento de fundamentación del estado del bienestar.

Nacionalismo dividido y legitimidad estatal

La acumulación del poder estatal, que se fue produciendo durante todo el siglo y se intensificó en el último cuarto, se distribuyó desigualmente en todo el mundo; en lo esencial, porque la industrialización se había difundido de una forma extremamente desequilibrada. Si durante la Edad Moderna los

estados de Eurasia se consolidaron en un gran arco simultáneo que se extendía desde España hasta Japón y sobre bases sociales similares, en cambio, la acumulación de poder del siglo XIX se concentró en tres regiones del mundo, en las que aparecieron las «grandes potencias»: Europa entre los Pirineos y los Urales, Estados Unidos y, algo más tarde, Japón. El fortalecimiento del estado no fue un fruto de la evolución humana, sino de una redistribución global de los desequilibrios. Los que se debilitaban o, en comparación con otros, quedaban atrás se tornaban más vulnerables. Que se abrieran esas brechas tuvo como consecuencia el imperialismo. Los estados débiles corrían el peligro de verse erosionados desde el exterior, o incluso sometidos. Los europeos de la Edad Moderna se habían figurado el estado «oriental» como un «despotismo» que lo trituraba todo. Pero no lo era, ni siquiera en China, con su vigorosa burocracia. Irónicamente, los gobernantes asiáticos del siglo XIX intentaron compensar su debilidad esforzándose por asimilar la energía burocrática y centralista del estado nacional europeo.

El nacionalismo se partió en dos. Por un lado, se convirtió en la doctrina del estado nacional de Occidente, único, poderoso, compacto y guiado por una lógica muy particular. Por otro lado, también sirvió como programa defensivo. Quien ya había perdido la independencia por una conquista colonial, no podía hacer otra cosa —y esto no sucedió a gran escala hasta después de la primera guerra mundial— que librar una batalla defensiva de raíz nacionalista en el marco del gobierno colonial. En otros casos, el nacionalismo defensivo requería una política de consolidación en todos los ámbitos posibles. Así, hubo una relación dialéctica entre el nacionalismo expansivo y el defensivo. Las dos formas, cada una a su modo, eran capaces de despertar un efecto movilizador extraordinario, bajo la bandera de la solidaridad entre «ausentes» que no se conocían en persona, y lanzar a la arena política grupos sociales que hasta entonces no habían tenido ocasión de participar en ella.

Esto se relacionaba con una dialéctica aún más general: la de nacionalización e internacionalización. A diferencia de lo que implicaba su propia imagen, los estados nacionales no persiguieron en solitario, en ningún caso, todo su potencial interior. El nacionalismo como ideología y programa no tardó en difundirse transnacionalmente, por ejemplo con la adopción de las ideas de Mazzini en toda Europa o el culto a los héroes nacionales de la lucha por la libertad, como el húngaro Lajos Kossuth. Durante la segunda mitad del siglo XIX, esta transferencia directa de ideas la desencadenó el hecho de que los nacionalismos reaccionaron unos ante otros y se trabaron relaciones de antagonismo. La concentración de los contextos interiores reales de las naciones, y el ascenso de una retórica de demarcación y superioridad nacional, sin embargo, estaba estrechamente relacionada con la multiplicación e intensificación de los contactos internacionales en muchos planos. Los estados nacionales dieron respuestas distintas a esta contradicción. Para Gran Bretaña, por ejemplo, hacía tiempo que el imperio se consideraba natural. En estas circunstancias, una estrategia posible era simplificar el mosaico de la presencia global estrechando los lazos de las diversas colonias con la metrópoli. Así lo intentó en el cambio de siglo —aunque sin éxito— el ministro de las Colonias. Joseph Chamberlain imaginaba que un imperio con vínculos laxos daría paso a una especie de superestado nacional: una federación de todos sus miembros «blancos».[2148] El imperio alemán se hallaba en una situación muy distinta. Se había fundado precisamente en un momento de gran impulso globalizador y, desde un buen principio, tuvo que ajustar sobre todo la política económica exterior a este contexto. Esta fue una de las razones por las que el imperio alemán se convirtió en un estado militar e industrial de primera categoría: sus políticos y empresarios aprovecharon las posibilidades de la internacionalización en beneficio del interés nacional.[2149]

Ciudadanos modélicos y poderes intermedios

La idea de la democracia, ya fuera en el sentido directo de Rousseau o el indirecto y representativo de la tradición británica, supuso en cualquier caso una simplificación de los mecanismos políticos. El inglés Jeremy Bentham, ilustrado de cuño «utilitarista», quizá lo expresó con particular claridad, pero fue un concepto básico de todos los programas democráticos: controlar el poder en la modernidad exigía racionalizar y eliminar poderes intermedios. El pueblo y los gobernantes debían hallarse lo más frente a frente posible. Debían estar unidos por la representación: democrática (como relación de voto y delegación según procedimientos regulados) o en la *unio mystica* según la cual un monarca o un dictador afirmaba estar encarnando una *nación*, un derecho que el «pueblo» nacional apoyaba o por aclamación o de un modo meramente «virtual». El sistema político de los estados nacionales, por lo tanto, se apoya en principio en la homogeneidad de la nación (de jerarquía plana) y la simplicidad de los mecanismos constitucionales.

Los estados nacionales, o los imperios en proceso de modernización, también aspiran a la unificación discursiva cuando establecen normas del «ciudadano ideal» o «modélico», y se esfuerzan por hacerlas realidad. Antes de la Edad Contemporánea, el debate sobre la organización política, en muchas civilizaciones, giraba en torno de la figura del gobernante ejemplar, sus capacidades, sus virtudes, su piedad. En la modernidad, el debate se fija en el modelo del ciudadano estándar, que se puede tipificar de formas muy diversas, pero del que como mínimo se espera que encuentre un equilibrio entre cuidar los intereses privados y servir a la nación en su conjunto. Hacia el cambio de siglo, la esfera pública de múltiples países acogió reflexiones al respecto de cómo debían actuar, acorde con los tiempos, un británico o un francés, un chino o un egipcio (o de qué podía significar, en esa época, ser «británico», «francés», «chino» o «egipcio»). Eran controversias sobre la identidad nacional, pero también sobre las normas del

comportamiento «civilizado». En el siglo XIX aún no se había llegado a los excesos colectivos que, en el siglo XX, condenaron a la exclusión material y la persecución a los «traidores a la patria», los «enemigos de clase» y las minorías «raciales».

Pese a todo, la uniformidad y simplicidad de las naciones y los «organismos nacionales» quedaron como ilusión irrealizable. Los imperios no podían eliminar por arte de magia el carácter multiétnico. En ningún lugar se dio el paso radical de introducir una ciudadanía imperial «ajena a las razas». En todas partes donde se intentó, la nacionalización de los imperios no tardó en chocar contra los límites de su propio carácter contradictorio. En los sistemas coloniales, las jerarquías políticas solo podían ser complejas. Casi siempre tenían que delegar algunas tareas de orden y soberanía. Esto también significaba que los gobiernos coloniales, en ocasiones, debían ceder su propia financiación. En algunas colonias del sureste asiático, las minorías chinas, que actuaban organizadas en *gongsi* compactos (ligas, sociedades secretas) que ayudaban al estado colonial a obtener su propia financiación.2150 Los *gongsi* no se integraban en un sistema de gobierno formal, pero el estado no podía funcionar sin ellos. Incluso en las situaciones en las que la participación democrática era inexistente, este era un modo de defender intereses organizados de nueva creación.

Sin embargo, también en las sociedades civiles de Occidente se desvaneció el ideal del gobierno simple y el estado reducido. Proliferaron nuevas instancias intermedias entre el pueblo y los gobernantes; no ya los viejos estamentos, sino burocracias, partidos políticos que eran organizaciones cada vez más compactas (en el caso de Estados Unidos, «maquinarias» locales), más sindicatos de diversa índole, toda clase de *lobbies* y grupos de interés, Iglesias (desacralizadas y redefinidas para la defensa de intereses particulares), y por último, medios de comunicación de masas con afán de incrementar su independencia. Los sistemas políticos del liberalismo clásico,

racionales y simples, se tornaron bastante complejos. Antes de la primera guerra mundial, en algunos lugares ya se habían plantado las bases de los elementos corporativistas que pasarían al primer plano en la década de 1920, no solo en Europa.

Parte 3
Temas

Capítulo 12
Energía e industria

¿Quién liberó a Prometeo, cuándo y dónde?

1. INDUSTRIALIZACIÓN

Si hacia 1910, amplias partes del mundo tenían un aspecto bien distinto al de hacia 1780, la causa principal de esa transformación material del planeta fue la industria. En el siglo XIX el modo de producción industrial y las formas sociales relacionadas con este se difundieron por incontables regiones del globo. Ahora bien, no fue una época de industrialización uniforme y equilibrada. En algunos lugares arraigó y en otros no, empezó tarde o no llegó ni a intentarse; localmente las circunstancias determinaron que surgiera una nueva geografía de centros y periferias, con regiones dinámicas y otras estancadas. Pero ¿qué es la «industrialización»? Este concepto de apariencia tan simple aún es objeto de polémicas.

Controversias

Aunque el concepto de la industrialización ya estaba en uso desde 1837, y el de la «revolución industrial», documentado por primera vez en 1799 (y consolidado en un ensayo muy digno de 1884), los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo en una definición unitaria.[2151] Las discusiones sobre la industrialización se ramifican hasta lo imposible: no hay una única cuestión en la que se pueda concentrar el debate; siempre hay que empezar por aclarar de qué se está debatiendo. La situación se complica aún más porque cada historiador aporta sus propios conceptos de la teoría económica. Así, para algunos la industrialización es un proceso de crecimiento económico mesurable, impulsado ante todo por las novedades tecnológicas; para otros es más importante la transformación institucional, en la que reconocen una concausa, e incluso proponen sustituir el concepto de «revolución industrial» por el

del «revolución institucional».[2152] En los estudios sobre la industrialización hay consenso en dos puntos: por un lado, los cambios sociales y económicos de origen industrial, que hacia 1900 se constataban en todos los continentes, se remontarían a una explosión innovadora que tuvo origen en Inglaterra, a partir de 1760 (y en esto estarían de acuerdo incluso los que consideran que las innovaciones no fueron tan radicales y, por lo tanto, consideran exagerado el concepto de *revolución* industrial). Por otro lado, nadie discute que la industrialización, al menos en sus principios, siempre fue un fenómeno regional (nunca nacional). A este respecto, incluso los que conceden un valor especial al marco regulador institucional y legal que en el siglo XIX podían preparar los estados nacionales, aceptan que la industrialización está estrechamente asociada a la explotación de los recursos locales y que, a largo plazo, no necesariamente tiene que grabar su impronta sobre toda una sociedad nacional. Hacia 1920, solo unos pocos países del mundo eran «sociedades industriales». Incluso en países europeos como Italia, España o Rusia, las islas del desarrollo industrial no irradiaron hasta marcar al conjunto de la sociedad.[2153]

Las controversias más interesantes giran sobre las siguientes cuestiones:

Uno. Nuevas y más refinadas valoraciones de un material estadístico que es muy fragmentario han puesto de relieve que el crecimiento de la economía inglesa, en el último cuarto del siglo XVIII y el primero del XIX, fue más lento e irregular de lo que suponían los partidarios de la teoría del estallido original. Ha resultado difícil hallar datos que demuestren una aceleración radical del crecimiento económico, incluso en los «sectores punteros», como por ejemplo la industria algodonera. Pero si la propia industrialización, en los años de su inicio «revolucionario» en Inglaterra, empezó de forma pausada y paulatina, entonces surge la cuestión de a qué elementos más antiguos estaba dando continuidad. Algunos historiadores se

remontan incluso a la Edad Media y ven una serie de estallidos de progreso en cuya continuidad se enmarca la «revolución industrial».

Dos. Incluso los más escépticos y empeñados en rebajar la importancia cuantitativa de la revolución industrial tienen que reconocer el hecho de que hay incontables testimonios cualitativos de contemporáneos que vieron en la difusión de la industria y sus consecuencias sociales un momento de ruptura y el principio de una «nueva era». Esto no fue así solo en Inglaterra y los países europeos que, poco después, siguieron su camino, sino en todo el mundo, allí donde se introdujo la «gran» industria, se crearon nuevos regímenes de trabajo y se formaron nuevas jerarquías sociales. Así, cuando se analiza y describe la industrialización, hay que plantearse también cómo se relacionan los aspectos cuantitativos y cualitativos. Los representantes de la que se conoce como «escuela económica institucionalista», que se concibe a sí misma como una alternativa (no demasiado radical) a la teoría neoclásica dominante, han planteado una distinción útil entre los factores cualitativos: las restricciones «formalizadas» de la actividad económica (sobre todo en los contratos, leyes y demás) y las que no se han formalizado (como las convenciones, los valores y las normas heredados en cada cultura).2154 Esta perspectiva de la industrialización es bienvenida, sin duda, en tanto que es más rica y diversa. Pero aún se corre el peligro de que un exceso de aspectos y factores sobrecargue el panorama y haya que renunciar a la elegancia de un modelo explicativo «austero».

Tres. La industrialización se ha considerado casi universalmente como el rasgo más claro de que la trayectoria histórica de Europa fue única. El hecho de que, a finales del siglo XIX, fuera evidente que entre las grandes regiones del planeta había diferencias sin parangón en materia de bienestar y nivel de vida en general, se remonta *de facto* y en primer lugar a que en algunas sociedades la transformación social e industrial cuajó, y en otras no.2155 De ello se han derivado

varios problemas. Algunos autores se centran en las causas del «milagro europeo» (Eric L. Jones) y por lo general llegan a la conclusión de que Inglaterra, Europa, Occidente (o la unidad que aquí se considere más relevante) disfrutaron de ventajas naturales y geográficas, económicas y culturales que, en teoría, *no se dieron* en otras culturas. Es un punto de vista acreditado que se remonta a los estudios que, poco después de 1900, Max Weber dedicó a la historia de la economía mundial y la ética económica de las grandes religiones universales. Otros autores giran la tortilla, buscan condiciones de partida similares (sobre todo en China) y se preguntan por qué allí no se llegó a dar un salto autónomo a un nuevo nivel de productividad económica.2156 Si las posibilidades de partida fueron en efecto similares, habría que explicar por qué no se aprovecharon.

Cuatro. En los manuales, la descripción más habitual de la industrialización coincide con Walt W. Rostow en que una economía nacional tras otra alcanzaban un «umbral de despegue» (*take-off*) a partir del cual mantenían una trayectoria, estable y orientada hacia el futuro, de crecimiento «autosostenido». De este modo, se obtienen una serie de fechas de ruptura que marcan el principio de la economía moderna en cada país. Aunque sea una aproximación, la idea todavía resulta útil. Hoy no se suele aceptar otra suposición de Rostow, según la cual un modelo estándar de industrialización se fue repitiendo en todos los países, aunque con distinta cronología, por razones de lógica interna. Topa con el hecho de que la aceleración de la dinámica económica siempre la alimentaban causas específicas internas (endógenas) *y también* externas (exógenas). La dificultad estriba en calcular las proporciones exactas en cada caso. Como fuera de Inglaterra no hay ningún caso de industrialización que «recuperase el terreno perdido» sin que hubiera al menos cierta transferencia de tecnología, en la historia de este proceso siempre interpretan algún papel las relaciones «transnacionales». En la Gran Bretaña del siglo XIX ya abundaban los espías industriales de Europa y Estados

Unidos. Muchos indicios revelan que la ausencia de una industrialización amplia, al menos antes de 1914, en países como la India, China, el imperio otomano o México, se explican en buena medida por la ausencia de las condiciones políticas y culturales precisas para una importación exitosa de la tecnología. Solo la adopción de nuevos conocimientos sobre gestión y producción habría podido modernizar las tradiciones manufactureras, muy desarrolladas (según ya había sucedido antes en un país de artesanos, como Francia).2157 Los únicos procesos de industrialización regional (y en ocasiones, también nacional) se diferencian por el grado de su autonomía. En un extremo del espectro se sitúa la implantación de modos de producción industriales, impulsados por capital extranjero, que casi nunca irradiaban más allá de enclaves pequeños; en el otro, la posibilidad de que el proceso de industrialización se extendiera con éxito a toda una economía nacional bajo control autóctono, sin apenas intervención «colonial». Así sucedió en Japón (y, fuera del Atlántico norte, en el siglo XIX *solo* en Japón).

Teorías clásicas de la industrialización

Las controversias actuales entre los especialistas no deben ocultar que, en las últimas tres décadas, apenas se ha añadido nada nuevo a los conceptos antiguos o «clásicos» de la industrialización. Estas concepciones tienen en común concebir la industrialización como parte de una transformación socioeconómica de mayor alcance.

Karl Marx y los marxistas (desde 1867): La industrialización se entiende como transición del feudalismo al capitalismo por medio de la acumulación y concentración del capital, la organización de las fábricas y la instauración de relaciones de producción basadas en el trabajo libre asalariado y la apropiación de los excedentes del trabajo por los dueños de los medios de producción, lo que se completó más adelante con teorías sobre la transformación del capitalismo competitivo en monopolista (u organizado).2158

Nikolái Kondrátiev (1925) y Joseph A. Schumpeter (1922 y 1939): Industrialización como proceso de crecimiento, de estructura cíclica, de una economía capitalista *mundial* con sectores punteros cambiantes, que conecta con procesos más antiguos.2159

Karl Polanyi (1944): Industrialización como parte de una «gran transformación» más general, en la que una esfera de mercado se vuelve autónoma y se separa del trueque «integrado» en los contextos sociales de una economía que solo aspira a cubrir las necesidades, y supera la dependencia de la economía frente a las circunstancias exteriores (sociales, culturales y políticas).2160

Walt W. Rostow (1960): Industrialización como proceso demorado en el tiempo, pero completado universalmente, a través de cinco estadios, el más importante es el tercero (el *take-off*): se despega hacia un crecimiento duradero y «exponencial», que sin embargo no tiene por qué estar asociado con una determinada transformación cualitativa de la sociedad (es decir, puede darse con independencia del sistema o poca relación con el contexto).2161

Alexander Gerschenkron (1962): Industrialización como proceso en que los «rezagados» aprenden a superar obstáculos aprovechando las ventajas de imitar y creando formas y vías de desarrollo específicas de cada nación (diversidad en el marco de un proceso conjunto en general unitario).2162

Paul Bairoch (1963): Industrialización como continuación de una revolución agraria precedente y posterior difusión lenta de formas económicas industriales por el mundo, con la marginalización de las economías que no se industrializan.2163

David S. Landes (1969): Industrialización como proceso de auge económico impulsado por la interacción de la innovación tecnológica y la demanda creciente, que, en la segunda mitad del siglo XIX, llegó a ser un modelo de evolución paneuropeo por la imitación del país pionero, Gran Bretaña.2164

Douglass C. North y Robert Paul Thomas (1973):

Industrialización como fruto del proceso, de varios siglos de duración, por el que en Europa se fue armando un marco institucional que garantizaba el derecho a la propiedad privada, lo que permitía usar los recursos con eficacia.2165

No todas estas teorías se plantean la misma cuestión exactamente y tampoco todas recurren al concepto de la revolución industrial.2166 En común (salvo en el caso de North y Thomas) comparten una cronología que, a grandes rasgos, sitúa el período de 1750 a 1850 como marco aproximado de la gran transición. Algunos autores hacen hincapié en la radicalidad y profundidad de la ruptura (Marx, Polanyi, Rostow, Landes); como si dijéramos, consideran que fue una fase «candente». Otros autores la ven más «fría» y destacan que la prehistoria fue larga y la transición, lenta (Schumpeter, Bairoch, North y Thomas). La situación *previa* a la transformación se caracteriza diversamente: como modo de producción feudal, sociedad agraria, tradicional o precontemporánea. La situación final (provisional) también se describe de distintas maneras: capitalismo en general, capitalismo *industrial*, mundo científico-industrial o (en el caso de Karl Polanyi, que se interesa menos por la industria que por los mecanismos de regulación en el seno de las sociedades) como imperio del mercado.

Por último, las teorías también se diferencian en hasta qué punto sus autores originales las *aplican* globalmente. En este sentido, los teóricos suelen usar un enfoque más amplio que los historiadores. Marx preveía que, en muchas zonas del mundo, el capitalismo industrial arrasaría el feudalismo y resultaría en un progreso homogéneo; solo en sus últimos años insinuó que podría haber también un modo de producción distinto, específico de Asia. Entre los teóricos más recientes, Rostow, Bairoch y Gerschenkron han sido los más dispuestos a pronunciarse por ejemplo sobre Asia (aunque Rostow lo hace de un modo muy esquemático, menos atento a las singularidades estructurales de las vías nacionales). No todos los autores

dieron importancia a la cuestión dicotómica de por qué Occidente se dinamizó y Oriente (se supone) se quedó estático, es decir, el problema de «¿por qué Europa?», que se ha debatido una y otra vez desde la Ilustración tardía y Hegel. Solo North y Thomas (de un modo bastante implícito) y sobre todo David Landes (en particular en estudios posteriores) han considerado que era una cuestión central.2167 Bairoch no concibe espacios de civilización cerrados, comparables en calidad de mónadas, sino que, en la línea de Fernand Braudel, atiende con especial detalle a las interacciones entre economías (que, en lo relativo a los siglos XIX y XX, tematiza como «subdesarrollo»). A diferencia de lo que hacía Rostow hacia las mismas fechas, no supone que todo el mundo acabará siguiendo el mismo modelo de desarrollo, sino que hace hincapié en las divergencias. Gerschenkron puede aplicar bien a Japón su modelo de compensación y recuperación del atraso en el desarrollo; la ausencia de industrialización le interesa tan poco como a Schumpeter (a diferencia de a Max Weber, por cierto, a quien Schumpeter debe tanto en general).2168

La diversidad de las teorías que se han presentado desde la obra pionera de Adam Smith sobre la riqueza de las naciones (1776) refleja la complejidad de la problemática, pero también obliga a llegar a conclusiones como la que Patrick O'Brien expuso con sobrio realismo en 1998: «Casi tres siglos de investigación empírica y reflexión de las mejores mentes de la historia y las ciencias sociales no han generado una teoría general de la industrialización, de ninguna clase».2169 Como economista, O'Brien lamentaba que fuera así, pero como historiador, no le hacía tan infeliz. ¿Qué esbozo conjunto podría hacer justicia a la diversidad de los hechos y, al mismo tiempo, preservar la elegancia y simplicidad de la buena teoría?

La revolución industrial en Gran Bretaña

Un crecimiento del Producto Interior Bruto del 8 % anual, como el que experimentó China hacia el año 2000 (cuando el crecimiento de los países industriales desde 1950, en el

promedio a largo plazo, fue del 3 %) era del todo inimaginable en la Europa del siglo XIX. En la medida en que la prosperidad de la China actual se debe sobre todo a la expansión industrial, y solo secundariamente a los sectores «postindustriales» de los servicios y las telecomunicaciones, se constata que la revolución industrial continúa hasta la actualidad y, de hecho, con fuerza renovada: la industria nunca ha sido más revolucionaria que hoy en día. Ciertamente, este no es el concepto de revolución industrial que usan los historiadores.2170 De acuerdo con estos, se trató de un proceso complejo de reforma económica que, aproximadamente entre 1750 y 1850 —no viene de una década arriba o abajo—, tuvo lugar en la isla de Gran Bretaña (no en Irlanda). Todo lo demás debería llamarse «industrialización» y en principio se puede determinar formalmente como un crecimiento del producto per cápita real de una economía nacional de más del 1,5 % anual, sostenido a lo largo de varias décadas. Idealmente, a esto correspondería un incremento igual o superior del promedio de los ingresos reales de la población.2171 Este crecimiento se basa en un nuevo régimen de la energía, que aprovecha las fuentes fósiles para la producción material y emplea más eficazmente las fuentes ya conocidas. También es característico que, a la hora de organizar la producción, las grandes empresas mecanizadas (las fábricas), aunque no eliminan a todos los demás sistemas, alcanzan la posición dominante. La industrialización suele enmarcarse en los contextos «capitalistas», pero no es imprescindible: en el siglo XX, durante algún tiempo, varios países «socialistas» se industrializaron con éxito. Por otro lado, sería exagerado esperar que la industria se introdujera en *todos* los ámbitos de una economía nacional. Hoy esto puede parecer natural, pero en el siglo XIX casi nunca ocurrió. En ese período, no hubo en el mundo ni una sola «sociedad industrial» modernizada por completo. Hacia 1910, salvo Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, muy pocos países podrían describirse

adecuadamente (ni siquiera de forma aproximada) como «sociedades industriales». No obstante, entonces sí había instalaciones industriales de importancia, y algunos signos de un crecimiento de base industrial, en sociedades principalmente agrarias como la India, China, Rusia o España. Así pues, también se debería hablar de «industrialización» cuando el proceso se limita a unos pocos sectores o regiones.

No todas las vías de generación de riqueza para las naciones pasan por la industria. Países con un éxito económico evidente como los Países Bajos, Dinamarca, Australia, Canadá y Argentina compartían con los países muy industrializados el hecho de aplicar las nuevas tecnologías en todos los ámbitos de la producción y transporte, y que, a finales del siglo XIX, cerca de la mitad del empleo se producía fuera del sector agrícola. Y aun así, sería vano buscar aquí «regiones industriales». Tampoco hay siempre una base industrial por debajo de todo gran aparato militar, al que sostenga a largo plazo a la vez que puede satisfacer las necesidades básicas de la vida civil. Para los fines de la historia universal, es importante aclarar el orden de prioridad de cada aspecto. El hecho económico esencial de la modernidad no es el crecimiento industrial por sí mismo, sino la mejora general de las condiciones de vida en el mundo (según se deducen, por ejemplo, de la esperanza de vida) en un marco de polarización ascendente entre los extremos de riqueza y pobreza entre las diversas regiones del planeta.

La revolución industrial tuvo lugar en Inglaterra. Solo allí las condiciones se combinaron de un modo que hizo posible un nuevo nivel de rendimiento económico. Es fácil enumerar qué factores tuvieron un gran peso en el cambio: la existencia de un gran espacio económico nacional, libre de divisiones arancelarias; paz interior desde mediados del siglo XVII; una geografía favorable para los costes del transporte, y en particular de la navegación costera; una tradición muy desarrollada de mecánica y producción de herramientas de precisión; un comercio colonial extenso, que facilitaba la

adquisición de materias primas y ofrecía mercados para la exportación; una agricultura inusualmente productiva, que podía permitirse liberar mano de obra; afán de mejora (*improvement*) en buena parte de la élite social, y en círculos concretos (sobre todo, de disidentes religiosos), incluso una actitud netamente emprendedora.2172

En comparación con otros países, entre esa larga lista destacan ante todo tres puntos:

Uno. En Inglaterra, a consecuencia del crecimiento económico que se vivió durante todo el siglo XVIII, hubo una demanda interna inusualmente grande de bienes «selectos» (los situados *entre* las necesidades vitales primarias y el lujo exquisito). Las capas medias, en proceso de desarrollo gradual, fueron motores de un consumo que no se restringía, como en la Europa continental, a la aristocracia y a los comerciantes más acaudalados. Los observadores franceses en particular llamaron la atención sobre este fenómeno propio de las islas británicas: a diferencia de en Francia, en Gran Bretaña ya existía una especie de mercado de masas para las manufacturas.2173

Dos. Gran Bretaña, a principios del siglo XVIII, participaba en el comercio de ultramar con más intensidad que ningún otro país de Europa, incluso que los Países Bajos. En especial las tres colonias de Norteamérica fueron compradoras cada vez más destacadas de los bienes industriales británicos, cuyo mercado interior no podía absorber por sí solo la creciente producción. A la inversa, los lazos de la navegación y el comercio internacional (coloniales o no) se aseguraban el acceso a una materia prima esencial, el algodón, que al principio venía ante todo de las Indias Occidentales y luego, hasta mediados del siglo XIX, lo producían a buen precio, en gran parte, los africanos esclavizados en las nuevas tierras anexionadas por los estados del sur de Estados Unidos. Este comercio no fue una causa última de la revolución industrial, pero sí un factor complementario importante, sin el cual las novedades

tecnológicas no habrían podido desplegar en plenitud su efecto económico. En una «economía nacional» cerrada, los *inputs* de la revolución industrial habrían resultado mucho más caros. En el siglo XIX, Gran Bretaña amplió su papel como «taller del mundo» al actuar como principal punto de organización y distribución del comercio con las materias primas y los productos semielaborados que se requerían para la industrialización del continente europeo; esta función de intermediario también hundía sus raíces en la Edad Moderna. Se trata de conceptos que aún precisan una investigación más exhaustiva. No obstante, no cabe duda de que la revolución industrial no se puede explicar prescindiendo del contexto económico internacional; no fue un producto «casero».[2174]

Tres. Francia y China también contaban con una gran tradición científica y mucha experiencia tecnológica. En Inglaterra y Escocia, sin embargo, los ámbitos separados de la «teoría» y la «práctica» se habían aproximado más que en otros sitios. Paso a paso, empezó a desarrollarse una lengua común de la resolución de problemas; la física de Newton ofrecía un pensamiento fácil de trasponer a la práctica; y se crearon instituciones que consolidaban el proceso de las innovaciones técnicas (en especial, el derecho de patentes). Por eso solo podía nacer en Gran Bretaña otro rasgo definitorio de la industrialización: la *normalización* de las novedades técnicas. A diferencia de en épocas pasadas, las oleadas de la innovación no se interrumpían o perdían sin consecuencias. Los «grandes» inventos no eran excepciones solitarias, sino que surgían en parte de un proceso lento y progresivo de reflexión y mejora, y a su vez generaban otros inventos derivados o complementarios. Las técnicas se ponían en práctica hasta que se aprendían. El saber importante nunca se perdía. Este gran proceso era como un torrente que, aunque avanzaba a impulsos, no se interrumpía, y su traslado a una cultura técnica empezó en Inglaterra donde, ya en los primeros años del siglo XVIII, se alcanzó un nivel de competencia técnica inusualmente alto y

difundido, que se estabilizó con la revolución industrial. Todo esto no sucedía en un país aislado. En el siglo XVIII, el conocimiento científico y técnico circulaba en toda Europa y también hacia la otra orilla del Atlántico norte, y el liderazgo tecnológico no perduró como un monopolio de los ingleses. En muchos ámbitos, los ingenieros y científicos franceses, alemanes, suizos, belgas o norteamericanos no tardaron en igualar, o incluso superar, a los colegas británicos.2175

Hacia 1720, si un observador con experiencia internacional hubiera imaginado el futuro utópico de la Revolución Industrial, y se le hubiera preguntado dónde era de esperar que se haría realidad primero, sin duda habría mencionado Inglaterra, luego los Países Bajos y Flandes, el norte de Francia, el centro de Japón, el delta del Yangzi en China, y posiblemente también las regiones de Boston y Filadelfia. Todas estas zonas tenían en común que, con sus variantes, la economía se había puesto en movimiento: había un aprecio general, y en clara expansión, del carácter trabajador y diligente; una productividad agrícola elevada y a la vez creciente; producción agraria para el mercado, muy especializada, a menudo relacionada con técnicas ambiciosas de procesado y perfeccionamiento; el recurso frecuente a los mercados de exportación; y una industria de producción textil eficiente, organizada en parte en hogares campesinos, en parte en «manufacturas» más amplias. Esto sucedía en condiciones institucionales de trabajo libre, sin esclavitud ni servidumbre; una cierta garantía de la propiedad del capital productivo —menos pronunciada en Japón y China —, y prácticas comerciales «burguesas» —por ejemplo, la confianza entre los socios comerciales y la fiabilidad de los contratos—. Hacia 1720, en algunos aspectos, Inglaterra iba en cabeza, pero ni entonces ni más adelante fue un caso único, una isla de energía desbordante en un mar de estancamiento agrario. Esta hipótesis es plausible, pero aún no se ha confirmado suficientemente para todas las regiones mencionadas; habrá que esperar a nuevos estudios. Como base

teórica, se ha propuesto el concepto de «revolución industriosa». Se ha observado que, durante la revolución industrial, la producción creció, pero los ingresos reales aumentaron en la misma medida. La teoría afirma que esto ya ocurría, antes de que empezara la industrialización, en el noroeste de Europa, en Japón y en la Norteamérica colonial: los consumidores tenían más aspiraciones, luego más demanda, y estaban dispuestos a trabajar más que antes para satisfacerla. Se producía más para poder consumir más. La revolución industrial pudo aprovechar esta dinámica movida por la demanda. Esto significa asimismo que, probablemente, la carga que soportaban los obreros manuales ya había aumentado antes de que se iniciara la industrialización; no se incrementó de golpe cuando los felices campesinos desaparecieron en fábricas oscuras.2176

Continuidades

Un aspecto particular de este concepto más general de la revolución industriosa es la «protoindustrialización», que se descubrió en los primeros años de la década de 1970 y aún es objeto de estudio. Por simplificarlo mucho, se trata de una expansión de la producción de bienes en hogares campesinos, destinados a mercados translocales.2177 Típicamente, esta producción se desarrollaba fuera de las antiguas organizaciones gremiales urbanas, aunque la organizaban empresarios urbanos (por ejemplo, con un sistema de subcontratación) y requería que se cumplieran dos condiciones: que sobrara mano de obra y que las familias campesinas estuvieran dispuestas a autoexplotarse. Prosperó especialmente donde la constelación de fuerzas locales dejaba a los campesinos cierto campo de acción para decisiones «emprendedoras», aunque también hubo casos en los que los terratenientes «feudales» promovían el desarrollo de las manufacturas caseras sin que lo estorbara el colectivismo de una comunidad rural.2178 Se han detectado varias formas de protoindustria en numerosos países, incluidos Japón, China o la India, así como Rusia, un caso en el que se ha estudiado particularmente bien el ejemplo del algodón y las

pequeñas herrerías. La suposición de que se trataba de un estadio de transición necesario para la industrialización no se ha confirmado. En Inglaterra, precisamente, el modelo no parece encajar demasiado bien. La revolución industrial no creció regular y linealmente a partir de una protoindustrialización amplia.2179 Los primeros tres cuartos del siglo XVIII, en Inglaterra y el sur de Escocia, fueron años de desarrollo productivo tan vivaz que la instalación de las primeras máquinas de vapor en la producción a gran escala no se entendió como una novedad rupturista, sino como la continuación coherente de tendencias anteriores. Desde luego, además de la protoindustria, también hubo un gran aumento de la producción y la productividad en sectores manuales o manufactureros, por ejemplo entre los fabricantes de cuchillos y tijeras de Sheffield.2180 En ocasiones, la protoindustrialización facilitó la posterior industrialización organizada en fábricas. Otras veces, las condiciones protoindustriales se estabilizaron sin crear una dinámica que acabara haciéndolas superfluas.

Si buscamos continuidades a un plazo aún más largo, la revolución industrial se enmarca en una prolongada serie de impulsos que habían recorrido partes de la vida económica del oeste y el sur de Europa desde la Edad Media; también vivieron fases de una prosperidad económica extraordinaria el Próximo y Medio Oriente islámico a finales del primer milenio, China con la dinastía Song (siglos XI y XII) y de nuevo con los emperadores Qing (en el siglo XVIII), o la costa del sureste asiático entre hacia 1400 y 1650. Cuando se compara la revolución industrial con las fases de progresión de los ciclos anteriores, su efecto de crecimiento no resulta tan insólito. Sí fue novedoso que la revolución industrial y los procesos de industrialización nacional y regional que se le sumaron fundaron una tendencia ascendente *estable a largo plazo*, en torno de la cual oscilaban las fluctuaciones cíclicas propias de las «ondas largas» y coyunturas. Con la revolución industrial y las transformaciones

sociales asociadas terminó la época de una economía estacionaria por principio, en la que los incrementos de la productividad y el bienestar, al cabo de un tiempo, quedaban anulados por fuerzas contrarias (en particular, el crecimiento de la población). Al combinarse con procesos demográficos que en buena parte respondían a una dinámica propia, la revolución industrial y las industrializaciones consiguientes permitieron liberarse definitivamente, ya durante la primera mitad del siglo XIX, de la «trampa malthusiana».2181

Frente a las objeciones presentadas desde dos campos completamente distintos —el de los escépticos con la cuantificación del crecimiento y el de los partidarios de una «revolución institucional» basada en factores culturales—, sigue siendo razonable afirmar que la revolución industrial inglesa tuvo un carácter único. Sin embargo, la imagen técnica del «despegue», tomada de la aeronáutica, dibuja un panorama demasiado radical. Por un lado, el dinamismo económico no se hundía de repente en el estancamiento: ya durante todo el siglo XVIII, la economía británica se apuntó un crecimiento constante y prolongado. Por otro lado, el crecimiento de las primeras décadas del siglo XIX no fue tan espectacular como se había supuesto durante mucho tiempo.2182 Solo con los años se suprimieron en Gran Bretaña determinados frenos a la nueva dinámica, de los que se pudo liberar pasado medio siglo, aproximadamente. Las primeras décadas del siglo XIX fueron un período de agravamiento de los conflictos sociales, de transición; más un período de incubación de la industrialización que su plena «consagración». El crecimiento económico apenas logró equipararse al aumento de la población; pero al menos, el auge demográfico no supuso —como casi siempre en la historia precedente— un descenso en el estándar de vida existente. El sufrimiento de algunos grupos de obreros llegó a su punto más duro, sin duda. Las nuevas tecnologías —entre ellas, usar el carbón como fuente de energía— se difundieron despacio. Hasta 1815 todavía imperaron

condiciones de guerra, con la carga financiera que ello suponía para el país. Con un sistema político anticuado, sin cambios sustanciales desde 1688, los gobiernos tenían pocas posibilidades de crear instituciones que se adecuaran a las nuevas exigencias económicas y sociales. Solo fue posible a partir de la reforma de 1832. Esta puso freno a la influencia de los «intereses» descontrolados en la toma de decisiones políticas, en particular de los deseos especiales de terratenientes y comerciantes monopolistas. El libre comercio y la regulación automática de la oferta de dinero mediante el estándar del oro elevaron la racionalidad del sistema. Solo después del año simbólico de 1851, cuando la exposición universal del Palacio de Cristal fue ocasión del debut público del Reino Unido industrial, se efectuó la transición de la revolución industrial a la verdadera industrialización británica. Solo después crecieron visiblemente los ingresos per cápita, las máquinas de vapor se convirtieron en el medio de transmisión energética más importante de las fábricas, los barcos y los raíles, y una tendencia descendente de los precios de los alimentos hizo tambalearse el monopolio del poder de la aristocracia terrateniente.2183

La ventaja inicial de Gran Bretaña frente al continente europeo no se debe exagerar. Los famosos inventos británicos se difundieron pronto y ya en 1851, en el Palacio de Cristal, al mundo le quedó claro que, en la ingeniería mecánica, Estados Unidos había superado a Gran Bretaña.2184 Aunque al principio se prohibió exportar la técnica británica, no tardó en conocerse en el continente y en Norteamérica, sobre todo por medio de trabajadores e ingenieros británicos.2185 Para la escala temporal de la historia económica, un «atraso» de tres o cuatro décadas no resulta espectacular. En ocasiones, los propios inventos necesitaban ese período para poder desarrollarse y difundirse. Se ha intentado repetidamente hallar la fecha precisa de inicio de cada «despegue» nacional; pero en gran medida, es un problema falso. En algunos países, la

industrialización empezó en efecto de golpe, pero en otros pasó casi inadvertida; en algunos, la economía se puso a crecer de inmediato, en otros se necesitaron varios intentos. Allí donde el estado asumió la industrialización —como en Rusia desde más o menos 1885, con el ministro de Hacienda Serguéi J. Witte— la ruptura fue más honda que donde no la asumió. La secuencia de los distintos países europeos está bastante clara, incluso si se renuncia a una datación exacta: Bélgica y Suiza se industrializaron temprano, Francia empezó desde 1830, Alemania a partir de 1850, los demás mucho más tarde. Más que establecer una hilera, importa la imagen de conjunto, que pone de relieve una contradicción fundamental. Por un lado, cada país europeo emprendió su propia vía de desarrollo industrial. En ningún caso hubo un «modelo británico» que se copiara sin más; para los contemporáneos, por cierto, tampoco estaba nada claro que existiera. Las circunstancias británicas fueron tan singulares que una imitación así de directa difícilmente habría sido posible.2186 Si lo miramos con más distancia, en cambio, podemos reconocer que, entre la diversidad de las vías nacionales, se fue entretejiendo una red de industrialización paneuropea. Pasado el medio siglo, la industrialización obtuvo en casi todas partes el apoyo de los gobiernos, mientras que el tráfico comercial y los convenios internacionales (entre otras cosas, sobre libre comercio) contribuyeron a la integración de un mercado paneuropeo, y la homogeneidad cultural del continente facilitó progresivamente el intercambio técnico y científico.2187 Hacia 1870, algunas economías europeas habían avanzado tanto que empezaron a disputar mercados a la industria británica. En esta época también se evidenció en general qué *otras* condiciones eran imprescindibles para una industrialización exitosa, *además* de las ventajas naturales: por una parte, una reforma agraria que liberase a los campesinos de las obligaciones extraeconómicas; por otra, inversiones en la creación de «capital humano» —es decir, en el sistema educativo—, en todo el espectro que va

desde la alfabetización masiva hasta los centros estatales de investigación. Que una mano de obra bien formada puede compensar la falta de tierra y recursos naturales es una lección que no ha perdido su vigencia y que se aprendió por vez primera en algunos europeos y en Japón durante el último tercio del siglo XIX.2188

El modo de producción industrial contaba con la ventaja de que, al menos en un sentido, *no* era revolucionario: no erradicó todas las formas anteriores de creación de valor dejando en su lugar un mundo radicalmente nuevo. En otras palabras: la industria se desarrolló (y sigue desarrollándose) en una gran variedad de formas y le resulta fácil subordinar a los modos de producción no industriales, sin tener que destruirlos necesariamente. La gran industria, con miles de trabajadores en un único complejo fabril, fue en casi todas partes la excepción, no la regla: aunque la producción en masa —probablemente, un invento de los chinos, que en campos como la cerámica o la arquitectura de madera llevaban siglos probando a producir con división del trabajo, modularidad y fabricación en serie—2189fue conquistando siempre nuevos ámbitos, pese a ello se mantuvo lo que se ha denominado «producción flexible».2190 Donde tuvo más éxito, la industrialización se desplegó en una dialéctica de centralización y descentralización.2191 Solo la política estalinista de planificación central del proceso de industrialización creó, desde finales de la década de 1920, un contramodelo radical (de éxito limitado). A finales del siglo XIX, el motor eléctrico, que se puede construir de todos los tamaños, y por descontado los enchufes eléctricos, dieron un nuevo impulso a la producción de las pequeñas empresas. El modelo básico era el mismo en todas partes, también en Japón, la India o China: en torno de las grandes empresas, con sus fábricas llamativas, se congregaban anillos de pequeños proveedores y competidores. Cuando el estado no intervenía, las condiciones laborales de estas últimas empresas solían ser peores que las de la gran

industria, con sus procedimientos regulados, la necesidad de trabajadores especializados y, en ocasiones, su disposición patriarcal.

La segunda revolución económica

Se ha hablado a menudo de una «segunda revolución industrial», sobre todo en referencia a que, a finales del siglo XIX, los sectores punteros del algodón y el hierro fueron sustituidos por el acero (el «Big Steel», en una dimensión muy superior a la de la fase inicial anterior a 1880), la química y la electricidad. Este desplazamiento se asoció a un desplazamiento paralelo de la dinámica industrial, de Gran Bretaña a Alemania y Estados Unidos, que habían adquirido una ventaja considerable en las nuevas tecnologías.2192 Pero más que limitarse al plano tecnológico, interesa, como ha hecho Werner Abelshauser, hablar de una «segunda revolución Económica», vista más en general.2193 Aquí surgieron las «corporaciones» modernas que llegarían a ser la forma empresarial dominante del siglo XX. Este nuevo impulso transformador, que se remonta a las décadas de 1880 y 1890, fue aún más importante que la revolución industrial original, a juicio de Abelshauser; entre otras razones, porque tuvo un efecto global *inmediato*, mientras que la primera revolución industrial solo desplegó despacio el efecto remoto. En este momento de ruptura, del último cuarto del siglo XIX, se añadieron varios elementos a la aparición de nuevas tecnologías principales: la *plena* mecanización de la producción en las economías más avanzadas, que supuso eliminar los «núcleos» preindustriales; la transición del empresario como propietario individual al administrador asalariado como forma social y tipo cultural predominante; como factor relacionado con el anterior, el ascenso de las sociedades mercantiles anónimas, que se financian por medio de la Bolsa; la creciente burocratización de la gestión económica privada y la aparición del «oficinista» (*white-collar worker*); la concentración económica y la formación de carteles que hacen retroceder el mecanismo clásico de la

competencia; la aparición de corporaciones multinacionales que, con el respaldo de las marcas, toman el control mundial de la venta de sus mercancías y, con ese fin, fundan redes de mercadotecnia global en colaboración con numerosos socios locales.

Fue ante todo este último punto el que hizo que la transformación del modo de producción industrial adquiriese una relevancia universal. En China, por ejemplo, en la década de 1890 hicieron su aparición multinacionales estadounidenses y europeas como la Standard Oil of New Jersey o la British-American Tobacco Corporation (BAT), que empezaron a entrar en el mercado de los bienes de consumo más directamente que nunca. Como corporaciones de integración «vertical», controlaban sus propias fuentes de materia prima, la elaboración y la venta de los productos. La industria se convirtió en el *business*, un nuevo complejo de gestión transnacional en el que las empresas industriales cooperaban y se entrelazaban más estrechamente que nunca con la banca. En Estados Unidos adquirió primero la dimensión de *Big Business*. Japón, que no había empezado a industrializarse hasta mediados de la década de 1880, contaba aquí con una particular ventaja de salida: algunas de las grandes casas comerciales de la era Tokugawa habían sobrevivido en la nueva era reinventándose, en cierta medida, como *zaibatsu*: empresas muy diversificadas, a menudo de propiedad familiar, que reunían partes extensas de la economía bajo un control oligopolista. Se asemejaban menos a los grandes conglomerados de integración vertical que, a finales del siglo XIX, se repartían determinados sectores de la industria de Estados Unidos, como *holdings* de escasa cohesión interna. Desde aproximadamente 1910, los grandes *zaibatsu*, como Mitsui, Mitsubishi o Sumitomo, se organizaron con más rigidez y centralidad; de este modo Japón se convirtió, junto con Estados Unidos y Alemania —pero no Gran Bretaña o Francia—, en un país de grandes corporaciones de integración vertical *y* horizontal.[2194]

La gran divergencia

El debate de las últimas dos o tres décadas sobre la industrialización —que se ha desplegado primordialmente en revistas y volúmenes colectivos y aún no ha dado el fruto de una nueva síntesis— se distancia de los grandes esbozos teóricos de antaño.[2195] La investigación ha adoptado un punto de vista más modesto y específico y suele atenerse a los conceptos convencionales de crecimiento. El teórico más influyente de la historia universal de las décadas de 1970 y 1980, Immanuel Wallerstein, no se sumó al debate. Cita una larga serie de objeciones (bastante conocidas) contra el concepto de la revolución industrial, que considera «del todo engañoso» porque nos separaría de la verdadera cuestión central: la del desarrollo de la economía mundial en su conjunto.[2196] Paradójicamente, hacia el año 2000 el tema de la industrialización retomó la gran teoría a partir de una investigación histórica muy intensa, solo que no centrada en Europa. Los expertos regionales averiguaron que China y Japón, pero también partes de la India y del mundo musulmán de los siglos XVII y XVIII, en ningún caso respondían al estereotipo del Asia pobre y estancada que las ciencias sociales europeas, pese a disponer de datos muy insuficientes, habían perpetuado desde sus inicios. Desde luego, allí también se dieron algunas de las condiciones necesarias para la revolución industrial. Entre tanto, algunos autores se han dejado llevar por un afán de justicia, han pasado al otro extremo y describen una imagen tan brillante del Asia moderna que el «milagro europeo» parece ser una ilusión óptica, mentiras de la propaganda europea o el fruto de un encadenamiento de hechos casual, sin necesidad interna: se afirma incluso que, *de hecho*, la revolución industrial debería haberse dado en China.[2197] No se puede llegar tan lejos. Pero la nueva valoración del «Asia precontemporánea» ha insuflado nueva vida en la cuestión de «¿por qué Europa?», en la que casi parecía haberse dicho todo. Ya no es suficiente con enumerar listas de ventajas y logros de

Europa (desde el Derecho romano y el cristianismo, pasando por la imprenta, las ciencias exactas, el racionalismo económico y el sistema de estados competitivo, hasta la «imagen individualista del ser humano») y luego generalizar la ausencia de todo ello en otros lugares. Cuanto más se aproximan las etapas precontemporáneas de Europa y Asia, menos destacan las diferencias mutuas, cuantitativas y cualitativas, y más enigmático resulta que, hacia mediados del siglo XIX, el mundo viviera una «gran divergencia», que separó manifiestamente dos bloques económicos de «vencedores» y «perdedores».2198 Si hasta ahora el éxito de Europa parecía hallarse programado en lo más profundo de su ventajosa situación geográfica y ecológica (en la línea de Eric L. Jones)2199 o su particular inclinación cultural (como en la tradición de Max Weber, en David Landes o la mayoría de los demás autores), ahora emerge de nuevo la cuestión detectivesca de qué constituye en realidad la diferencia *específica* de Europa.

El punto temporal en el que se constató de hecho el efecto de esta diferencia se remonta en el tiempo, hasta fechas más tempranas del siglo XIX, cuanto más énfasis se hace en la relativa «decadencia de Asia». Durante unos años, se ha hecho empezar la singularidad de Europa bastante pronto, incluso en la «Edad Media» (por ejemplo Eric L. Jones, y en fechas recientes aún Michael Mitterauer). Pero otros historiadores, y hay buenas razones para hacerlo así, consideran que en esa época —en particular en el siglo XI— tanto China como algunas partes del mundo musulmán estaban más avanzados cultural y socioeconómicamente. Así, ahora, con abundancia de pruebas, se tiende a situar de nuevo el momento de la divergencia en la época que se suele asociar con la revolución industrial: la gran divergencia no llegó hasta el siglo XIX. El tema ha adquirido una actualidad y urgencia que no poseía hace veinte años, porque *ahora* parece que la brecha socioeconómica entre Europa y Asia se está empezando a cerrar. El ascenso de China y la India (al caso de Japón ya nos hemos habituado y no

genera inquietud) se percibe en Europa como parte de la «globalización». En realidad, el proceso esconde *auténticas* revoluciones industriales, que recuperan, sin repetirla, la experiencia de Europa en el siglo XIX.

2. REGÍMENES ENERGÉTICOS: EL SIGLO DEL CARBÓN

La energía como leitmotiv *cultural*

En 1909, Max Weber se sintió obligado a tocar todas las teclas de la crítica y la polémica contra las «teorías culturales de la energía», como la que había hecho famosa Wilhelm Ostwald, químico, filósofo y premio Nobel aquel mismo año. Según Ostwald, citado por Weber, «todo impulso cultural… nace de nuevas condiciones energéticas», y el «trabajo cultural consciente» está impulsado «por el afán de preservar la energía libre».2200 Precisamente cuando las ciencias sociales luchaban por emancipar su método del de las ciencias naturales, su tema primordial, la cultura, se encerraba en una concepción teórica monista. Aun así, podemos considerar que la energía es un factor de primer orden en la historia material, sin por ello caer en la trampa teórica identificada por Weber. En los tiempos de Weber, aún no existía la disciplina de la historia del medio ambiente, la que más nos ha enseñado la importancia de este factor, ante el telón de fondo de nuestros actuales problemas energéticos.

Las teorías culturales energéticas encajan bien con el siglo XIX. Que la energía fluyese, probablemente, el concepto de las ciencias naturales que más ocupó a los científicos y atrajo el interés de la población en general. Desde los experimentos iniciales con electricidad animal, que habían permitido a Alessandro Volta construir la primera fuente de corriente eléctrica en 1800, se había pasado, a mediados de siglo, a una completa ciencia de la energía. Sobre esta base se erigieron sistemas cosmológicos, sobre todo desde que Hermann Helmholtz, en 1847, presentó su famoso tratado *Über die Erhaltung der Kraft* («Sobre la conservación de la energía»). La nueva cosmología ya no partía de las conjeturas de la filosofía

natural romántica. Se apoyaba con firmeza sobre la base de la física experimental y formulaba sus leyes de modo que resistieran la prueba empírica. Después de que en 1831 Michael Faraday hubiera demostrado la inducción electromagnética y construyera la primera dínamo, el escocés James Clark Maxwell descubrió los principios y las ecuaciones básicas de la electrodinámica y describió la abundancia de los fenómenos electromagnéticos.2201 La nueva física de la energía, que se desarrolló en estrecha interacción con la óptica, tuvo toda clase de aplicaciones técnicas. Una figura clave de la época como William Thompson (desde 1892, lord Kelvin, el primer lord del mundo de las ciencias) brilló al mismo tiempo como gestor científico y político imperialista, estudioso de las bases de la física y tecnólogo práctico.2202 Además de la técnica de la corriente de bajo voltaje, empleada en la transmisión de noticias transcontinentales (con la que empezaron a ganar dinero, por ejemplo, los hermanos Siemens), se desarrolló la corriente de alto voltaje, desde que, en 1866, Werner Siemens descubrió el principio dínamo-eléctrico.2203 Desde los héroes de los inventos, como Siemens o el estadounidense Thomas Alva Edison, hasta los aficionados a la electrónica, miles de especialistas contribuyeron a la electrificación de zonas cada vez más extensas del mundo. Desde la década de 1880, funcionaron centrales eléctricas y se tendieron sistemas de corriente urbanos. En la década siguiente se fabricaron motores trifásicos en serie, a buen precio y en gran número.2204 Pero ya en el primer lustro, la práctica cotidiana se pudo beneficiar de los principales inventos de producción y generación de la energía. Porque la máquina de vapor no era otra cosa: un aparato para convertir la materia muerta en energía técnicamente útil.2205

La energía se convirtió en un *leitmotiv* de todo el siglo. Lo que antaño se conocía como un simple poder elemental, sobre todo en forma de fuego, se convirtió ahora en una energía invisible, pero de gran rendimiento y posibilidades inimaginadas. La

imagen guía del siglo XIX no fue el mecanismo, como en la Edad Moderna, sino la interrelación dinámica de fuerzas. Otras disciplinas siguieron ese camino. La economía política ya lo había hecho, y con mucho más éxito que la teoría cultural energética tan criticada por Max Weber. Desde 1870, la economía neoclásica se vio aquejada de una especie de «envidia de la física» y en adelante usó abundantemente las ideas de la energía.2206 Irónicamente, en el preciso momento en que la energía animal perdió peso en la economía, se descubrió que el cuerpo humano también rebosaba de energía: se entendía que un universo de energía ilimitada (y que, como había mostrado Helmholtz, no desaparecía) debía incluir también el cuerpo. La economía política clásica todavía usaba un concepto filosófico abstracto, el de «fuerza de trabajo», pero bajo la influencia de la física termodinámica, dio paso al «motor humano», que, como combinación de los sistemas nervioso y muscular, se podía adecuar a los procedimientos de trabajo planificados; además, la relación entre el gasto y la producción de energía se podía determinar experimentalmente con exactitud. Karl Marx ya estaba bajo la influencia de Helmholtz desde mediados de siglo, con su concepto de la «fuerza de trabajo», y al principio de su carrera, Max Weber también se ocupó con detalle de las cuestiones psicofísicas del trabajo industrial.2207

No fue casualidad que, en el siglo XIX, europeos y norteamericanos se sintieran tan fascinados por la energía. En uno de sus aspectos cruciales, la industrialización era un cambio del régimen energético. Toda actividad económica necesita un aporte de energía. Carecer del acceso a una energía asequible era uno de los cuellos de botella más peligrosos que podía experimentar una sociedad. Una sociedad preindustrial, incluso cuando era relativamente rica en recursos, y en cualquiera de las condiciones culturales imaginables, podía aprovechar pocas fuentes de energía, aparte de la mano de obra humana: agua, fuego, leña y turba, y también animales de tiro que convertían su alimento en fuerza muscular. En el marco de

estas restricciones, la provisión de energía dependía de ampliar la tierra cultivada o la tala de madera, o emplear cultivos más nutricios; y siempre se corría el peligro de que el aumento de la energía disponible no bastara para compensar el crecimiento de la población. Las sociedades se diferenciaban por la proporción en que utilizaban las formas de energía disponibles. Se ha calculado que, en la Europa de hacia 1750, la leña representaba cerca de la mitad del consumo energético, mientras que en la China de la misma época no pasaba del 8 %. A la inversa, en China, la fuerza de trabajo humana era varias veces más importante que en Europa.2208

Explotación de los combustibles fósiles

Con la industrialización también se desarrolló —ciertamente, no de un día para el otro, sino progresivamente— una nueva fuente de energía fósil: la del carbón. En Europa se usaba cada vez más desde el siglo XVI, y en Inglaterra, más que en otros lugares.2209 No se debería exagerar la celeridad del cambio. En el conjunto de Europa, a mediados del siglo XIX, el carbón tan solo representaba un porcentaje mínimo de la energía. Solo a partir de entonces se redujo el porcentaje de las fuentes de energía tradicionales, y las fuentes modernas —primero el carbón, luego el petróleo, y a su lado también la energía hidráulica, que se benefició de los diques y nuevos tipos de turbinas— incrementaron su importancia radicalmente.2210 La pluralidad de formas de energía que conocemos hoy es una herencia de la industrialización. Durante muchos siglos el combustible principal había sido la madera, que en el siglo XIX todavía se empleaba en Europa en cantidades que a nuestros ojos resultarían increíbles.2211 Junto al ascenso del carbón y el descenso de la madera, hasta la segunda mitad del siglo se continuó utilizando el viento para el transporte y la molienda. El gas combustible se obtenía, al principio, del carbón; los primeros faroles de gas de las calles de las grandes ciudades consumían esta clase de gas. El gas natural, que hoy cubre una cuarta parte de las necesidades energéticas mundiales, aún no

se usaba en el siglo XIX. A diferencia del carbón, que la humanidad conoce desde antiguo, la historia del petróleo parte de una fecha precisa: el 28 de agosto de 1859, en Pensilvania, se llevó a cabo la primera perforación exitosa de un yacimiento con intención comercial. Una década después de la fiebre del oro californiana, la acción desató acto seguido una fiebre por el oro negro. Desde 1865, John D. Rockefeller, que entonces era un joven hombre de negocios, hizo del petróleo la base del *Big Business*. En 1880, la Standard Oil Company, fundada por Rockefeller diez años antes, controlaba el creciente mercado petrolífero mundial casi como un monopolio; una posición que nadie había alcanzado en solitario en el mercado del carbón. Al principio, el petróleo se refinaba sobre todo para obtener aceites lubricantes y queroseno (un combustible empleado en lámparas y hornos). En el balance energético mundial, el petróleo no adquirió verdadero peso hasta la difusión del automóvil, a partir de 1920, aproximadamente; entre los combustibles más usados en todo el mundo, el carbón alcanzó la máxima importancia relativa en la segunda década del siglo XX.2212 La energía animal siguió teniendo demanda: la del camello y el asno, como medios de transporte (su rentabilidad es inusualmente alta), el buey y el búbalo en la agricultura, el elefante (indio) en la selva tropical. La «revolución agraria» de Europa incluyó un proceso de sustitución de la fuerza humana por caballerías. En Inglaterra, el número de caballos se duplicó entre 1700 y 1850. En la agricultura inglesa, la energía ecuestre disponible por trabajador subió un 21% entre 1800 y 1850, es decir, en la fase culminante de la revolución industrial. Solo a partir de 1925 se redujo en Gran Bretaña el número de caballos por hectárea, un desarrollo que en Estados Unidos —pionero en este proceso— se había iniciado varias décadas atrás. La sustitución de los caballos por tractores amplió la superficie cultivable sin necesidad de añadir nuevas parcelas, porque se necesitó menos terreno para la plantación de pienso (hierba, avena).2213 Pese a todo, hacia 1900 Estados

Unidos todavía destinaba una cuarta parte de la superficie agraria a la alimentación de los caballos. Las economías asiáticas del arroz, en las que la tracción animal apenas tenía importancia y la mecanización era difícil, no contaban con la posibilidad de liberar esa reserva y modernizar e incrementar la eficiencia de su agricultura.

La civilización industrial del siglo XIX se basaba en aprovechar los combustibles fósiles y convertir la energía obtenida, cada vez con mayor eficacia, para fines técnicos y mecánicos.2214 La introducción de la máquina de vapor, con su elevado consumo de carbón, puso en marcha una espiral autónoma: solo los ascensores y ventiladores con propulsión a vapor eran capaces de llegar a las minas subterráneas más profundas y extraer de ellas el carbón. El desarrollo inicial de las máquinas de vapor, de hecho, obedeció a que se buscaban bombas que drenasen mejor los pozos de las minas. La primera bomba de vapor, de funcionamiento imperfecto, se construyó en 1697. En 1712 se instaló en una mina de carbón la primera bomba de vapor, de Thomas Newcomen (que, de hecho, fue la primera máquina de vapor de pistones).2215 El ingeniero James Watt (1736-1819) y su socio comercial y capitalista Matthew Boulton (1728-1809) hicieron su debut con una máquina de vapor mejor y más pequeña, pero no en una fábrica textil, sino en una mina de estaño de Cornualles, una zona remota de Inglaterra que luego no tuvo particular peso industrial, pero que fue el campo de experimentación más fructífero de las primeras máquinas de vapor. El infatigable James Watt dio con el hito técnico decisivo en 1784, al construir una máquina que no solo podía generar un movimiento vertical, sino también rotatorio, y con una eficiencia inusitada.2216 Ahí empieza la madurez técnica de la máquina de vapor como motor de la maquinaria, aunque durante todo el siglo XIX se fue elevando la eficiencia (el porcentaje de energía liberada que podía aprovecharse mecánicamente) y reduciendo el consumo de carbón.2217 En 1785 se aplicó por vez primera la máquina de Watt a la hilatura

del algodón. Sin embargo, aún se tardó varias décadas para que la máquina de vapor se convirtiera en la fuente de energía principal de la industria ligera. En 1830, la mayor parte de las fábricas textiles de Sajonia —una de las mayores regiones industriales del continente— recurría ante todo a la energía hidráulica. En muchos lugares, el paso al vapor solo fue rentable cuando una conexión ferroviaria permitía traer el carbón a bajo precio.2218 La minería del carbón fue la clave de la industrialización. Explotar las minas con métodos técnicos avanzados —la máquina de vapor— y poder transportar el carbón hasta el lugar de su consumo con medios económicos —también de propulsión a vapor, en el tren o la navegación— fue una condición clave para el éxito industrial en general.

Japón halló muchas dificultades para proveerse de carbón, pues disponía de pocas reservas propias. No es de extrañar, pues, que en el archipiélago el período de la máquina de vapor fuera inusualmente breve. La primera máquina de vapor instalada en tierra firme (y no en un barco) entró en funcionamiento en 1861, en una fundición estatal de Nagasaki; se había importado de los Países Bajos. Hasta ese momento, la mayor parte de la energía de uso industrial procedía de las ruedas hidráulicas; así se impulsaban (como en Inglaterra, en un principio) las primeras hilaturas de algodón. Las diversas formas de energía coexistieron durante un tiempo. Cuando la industrialización japonesa cobró impulso, a mediados de la década de 1880, las fábricas adquirieron máquinas de vapor en el plazo de unos pocos años; a mediados de la década siguiente, se había llegado al máximo cuantitativo del uso industrial de vapor. La economía japonesa fue de las primeras en utilizar a gran escala la electricidad, de origen en parte hidráulico, en parte carbonero, y muy ventajosa para la industria. En la década de 1860, cuando se pusieron en marcha las primeras máquinas de vapor de Japón, el país tenía un retraso energético, en comparación con Gran Bretaña, de unos ochenta años, pero en 1900 había recuperado por entero la desventaja.

Japón había completado el desarrollo energético de Occidente a cámara rápida.2219

El desarrollo de la producción carbonera, a la luz de las estadísticas, sirve por un lado como indicador del nivel de desarrollo industrial, pero también resulta revelador sobre las causas de esas transformaciones. Las cifras se deben evaluar con cierto escepticismo, porque nadie ha intentado siquiera calcular, por ejemplo, la producción de las minas no mecanizadas de China (aunque también hay que reconocer que esta producción no tuvo prácticamente nunca un uso industrial). La producción hullera mundial vivió un punto de inflexión a mediados del siglo XIX: entre 1850 y 1914 creció de un máximo de 80 millones de toneladas anuales a más de 1.300 (es decir, en seis décadas se multiplicó por 16). Al iniciarse el período, el mayor productor, con mucha diferencia, era Gran Bretaña, con un 65 % de la extracción; en vísperas de la primera guerra mundial, había cedido esta posición a Estados Unidos (43 %) y ocupaba el segundo lugar (25 %) por delante de Alemania (15 %). Estos tres productores iban muy por delante de todos los demás. Algunos aumentaron su cuota y, en el plazo de unos pocos años, establecieron una minería respetable, sobre todo Rusia, la India y Canadá; pero incluso el mayor de estos productores secundarios —Rusia— solo representó, en el promedio de 1910-1914, el 2,6 % de la extracción mundial.2220 Algunos países y regiones, como Francia, Italia o el sur de China, tuvieron que suplir la insuficiencia de sus reservas naturales con la importación de excedentes de regiones próximas, como Gran Bretaña, la cuenca del Ruhr o Vietnam.

Si en la década de 1860 se había podido augurar que las reservas carboníferas del mundo se agotarían de forma inminente, medio siglo después la apertura de muchos yacimientos nuevos proporcionaba una oferta suficiente y provocó, de paso, la fragmentación de un mercado del carbón en el que Gran Bretaña ya no pudo seguir defendiendo su

antigua posición de dominio.[2221] Algunos gobiernos reconocieron la necesidad de una política energética, pero no todos. Rusia no alcanzó a organizar una base minera *suficiente* porque el gobierno de Serguéi J. Witte —ministro de Hacienda desde 1892 y arquitecto de la modernización del zarismo tardío— fomentó de forma unilateral proyectos de alta tecnología en la industria del acero y la maquinaria.[2222] En Japón, en cambio, el estado desarrolló la minería al mismo paso de la industria, y aunque el país no poseía ni de lejos las grandes reservas de Estados Unidos o China, en la primera fase de la industrialización (a partir de 1885) la producción nacional bastó al menos para cubrir la propia demanda. Solo en una segunda fase, cuando la industria metalúrgica había progresado más, la calidad del carbón japonés fue insuficiente. Esta es una de las razones por las que Manchuria adquirió mucho interés como colonia: allí había reservas carboníferas de mayor valor y más adecuadas para la coquización; a partir de 1905, esas minas fueron explotadas en la colonia ferroviaria de la Compañía Ferroviaria del Sur de Manchuria.[2223] Hay pocos ejemplos más claros de «imperialismo por los recursos»: someter a otros países para apropiarse de las materias primas necesarias para la industria.[2224]

China representa el ejemplo de la situación colonial contraria. La carestía energética era un problema crónico de un país muy poblado y desforestado casi por completo en muchas regiones. El norte y el noroeste de China contienen reservas colosales de carbón que ni siquiera hoy se han explotado más que en parte. No eran yacimientos desconocidos ni permanecieron sin uso; ya muy pronto se emplearon en la producción de hierro a gran escala. De hecho, hay estudios rigurosos que apuntan que, hacia el año 1100, la producción de hierro en China sería superior a la de toda Europa (salvo Rusia) hacia 1700.[2225] Aún no sabemos por qué la producción no continuó. En cualquier caso, la extracción de carbón en la China de los siglos XVIII y XIX fue escasa, más aún porque los yacimientos del noroeste

estaban lejos de los centros comerciales que se habían formado en la proximidad de la costa tras la apertura de 1842 como puertos de los tratados. China carecía de la ventaja de Inglaterra: recorridos cortos y buenas vías fluviales que permitían obtener carbón a bajo precio. A partir de 1895, cuando las grandes compañías iniciaron sus actividades con la ayuda de maquinaria, los pozos mineros del país, bajo el control de empresas japonesas, exportaron la producción directamente a Japón o la destinaron a las fábricas de hierro y acero próximas, que también estaban en manos niponas. Pero si aproximadamente desde 1914, las emergentes conurbaciones industriales de China —sobre todo, Shanghái— padecieron una carestía energética que probablemente frenó su desarrollo industrial, no se debió tan solo a una producción insuficiente y la explotación colonial, sino también al caos político del país, que, por ejemplo, inutilizó repetidamente el sistema ferroviario. En potencia, China era un coloso de la energía, pero en la primera fase de su industrialización solo pudo usar muy limitadamente las fuentes fósiles propias. No disponía de un gobierno central que, como el japonés, hubiera podido dar prioridad a las cuestiones del abastecimiento de energía en la gestión de la política económica y la expansión industrial.

Una brecha energética global

En su conjunto, para los primeros años del siglo XX se había abierto en el mundo una profunda brecha energética. Hacia 1780, *todas* las sociedades del planeta dependían de la energía de la biomasa. Se diferenciaban entre sí por la diversidad de preferencias que habían desarrollado o de las condiciones naturales particulares en las que tenían que desenvolverse. Hacia 1910 o 1920, en cambio, el mundo se dividía en una minoría —con acceso a las fuentes de energía fósiles y las infraestructuras necesarias para su uso— y una minoría que, en una situación de carestía cada vez más amenazadora, debían arreglárselas con las energías tradicionales. Cuando se examina la distribución mundial de la extracción de carbón, se

percibe claramente la distancia entre «Occidente» y el resto del mundo: en 1900, a Asia le correspondía escasamente un 2,82 % de la producción; a Australia, un 1,12 %; y a África, un 0,07 %.2226 Con el desglose por países, hay cambios significativos. En el promedio de 1910 a 1914, Japón fue un productor más destacado que AustriaHungría, y la India le seguía a corta distancia.2227 El consumo per cápita de la energía que se ofrecía comercialmente ascendía hacia 1910, probablemente, a una cifra cien veces mayor en Estados Unidos que en China. Las nuevas tecnologías hidroeléctricas permitieron que los países con abundancia de agua elevaran a un nivel desconocido el viejo principio del molino de agua. Si la máquina de vapor empezó siendo una fuente de energía más eficiente que la rueda hidráulica, esta ya invirtió la situación en la segunda mitad del siglo XIX, con el desarrollo de la turbina.2228 A partir de la década de 1880, la técnica de las turbinas y los pantanos ofreció a países como Suiza, Noruega y Suecia, y a determinadas regiones de Francia, una ocasión de compensar su escasez de carbón. Fuera de Europa, solo Japón aprovechó las nuevas posibilidades. En determinadas condiciones ecológicas, no había ninguna clase de alternativas. En el Próximo y Medio Oriente, así como en África, había regiones muy extensas sin reservas de carbón ni agua útil para generar energía. Un país como Egipto, que poseía poco carbón y apenas podía usar la lenta corriente del Nilo para mover ruedas hidráulicas, se hallaba en franca desventaja, por ejemplo, con respecto a Japón, con su abundancia de agua. Durante la primera fase de la industrialización, cuando se instalaron empresas de elaboración para la economía exportadora y se mecanizaron en parte las instalaciones de irrigación, Egipto tuvo que confiar principalmente en la propulsión humana y animal.2229 Y en los primeros años del siglo XX, cuando empezó a extraerse petróleo precisamente en el Oriente Medio —por ejemplo, en un país de industrialización casi nula como Persia, que inició la exportación de petróleo en 1912—, se

destinó enteramente al extranjero, sin ninguna conexión con las actividades económicas locales.

La máquina de vapor tuvo muchas aplicaciones. No se introdujo solo en la producción industrial de mercancías. En los Países Bajos, se recurrió a las bombas de vapor hacia 1850 (relativamente tarde) para el drenaje y desecación de los pólderes. En 1896, el 41 % de las superficies desecadas todavía se drenaba con molinos de viento. Las máquinas de vapor eran más costosas, pero no compensaban por su mayor eficiencia, sino por su mayor manejabilidad. Eso hizo que, con el tiempo, fuera desapareciendo el escenario de los molinos de viento holandeses, que conocemos por numerosas pinturas de los siglos XVII y XVIII. En general, parece razonable considerar que el cambio del régimen energético es uno de los rasgos más importantes de la industrialización. Pero no fue un cambio abrupto y revolucionario, ni llegó tan pronto como es de suponer si centramos la mirada en Gran Bretaña. El paso a una industria de la energía de base principalmente mineral no se dio en todo el mundo hasta el *siglo XX*, después de que Rusia, Estados Unidos, México, Irán, Arabia y otros países explotaran yacimientos de petróleo y este se utilizara, junto al carbón, como la nueva fuente de energía de las economías industriales.2230

Occidente, con su abundancia de energía, se presentaba ante el resto del mundo como especialmente «enérgico». Los héroes culturales de la época no eran ociosos contemplativos, ascetas religiosos ni eruditos tranquilos, sino los que practicaban una *vita activa* cargada de energía: conquistadores infatigables, viajeros intrépidos, investigadores inquietos, imperiales capitanes de la economía. Allí donde hacía su aparición, el carácter occidental impresionaba, aterraba o fanfarroneaba con un dinamismo personal que pretendía ser un eco del excedente de energía de su sociedad de origen. La superioridad *de facto* de Occidente se naturalizó y se fue elaborando como superioridad antropológica. El racismo de la época no atendía tan solo al

color de la piel. Ordenaba las «razas humanas» en una escala de potencial de energía física y espiritual. El mundo no europeo, a lo sumo hacia el cambio de siglo, se caracterizó por percibir Occidente como un mundo «joven», y el de la tradición y los gobernantes propios, como «viejo», pasivo e inerte. Los patriotas de las generaciones más jóvenes de los países no europeos se consideraban obligados, antes que nada, a dinamizar la propia sociedad, despertar las energías que dormitaban y dotarlas de una dirección política. En el imperio otomano surgieron los Jóvenes Turcos; en China, el periódico que, desde 1915, emitió los impulsos más claros de renovación política y cultural se llamaba *Nueva Juventud* (*Xin qingnian*). Hacia esta época, en casi toda Asia, se descubrió la utilidad del nacionalismo (y en ocasiones, de la revolución socialista) como vehículo de propia energización.

3. VÍAS DEL (NO) DESARROLLO ECONÓMICO

Aunque no ha existido ni existe una referencia estadística unívoca para medir el grado de industrialización, en vísperas de la primera guerra mundial estaba más o menos claro quién formaba parte del «mundo industrializado» y quién no. Si se considera en cifras absolutas de producción industrial, en ese campo solo hallaremos dos colosos: Alemania y el Reino Unido, seguidos a una distancia considerable por Rusia y Francia, y en una tercera categoría, Austria-Hungría e Italia. Según el rendimiento industrial per cápita, la secuencia es algo distinta: Gran Bretaña encabezaba la clasificación por delante de Alemania; Bélgica y Suiza tenían el mismo nivel de industrialización que el imperio alemán, y les seguían Francia y Suecia, a mayor distancia. Ninguno de los otros países de Europa alcanzaba siquiera un tercio del nivel de producción per cápita británico; según este criterio, Rusia quedaba relegada al extremo inferior, junto con España y Finlandia.2231 Por descontado, estas cifras —a menudo, estimaciones— no nos dicen nada sobre los *ingresos* per cápita y el nivel de vida que, en promedio, cabe esperar de cada país. Y una observación más

matizada de Europa nos muestra que no podemos afirmar que existiera una «Europa industrial» opuesta como un todo al resto del mundo (salvo Estados Unidos), de economía no modernizada.

De cara a la exportación, sobre todo en Latinoamérica

Hacia 1880, la geología imperial —una ciencia de sentido eminentemente práctico— había buscado yacimientos minerales en todos los continentes: manganeso, el más importante de los purificadores de acero, en la India y Brasil; cobre en Chile, México, Canadá, Japón y el Congo; estaño en la península de Malaca e Indonesia. Entre el siglo XVII y la primera guerra mundial, México fue el principal productor de plata del mundo; Sudáfrica había pasado a serlo del oro. Chile era la fuente más destacada de salitre, por entonces imprescindible para la fabricación de explosivos, y en 1879-1883 incluso libró una guerra contra Perú y Bolivia por las reservas de salitre de la región fronteriza. Muchos de estos recursos naturales también abundaban en Norteamérica, el continente mejor provisto con materias primas para la industria. Fuera de Europa, los yacimientos especiales no solían originar un desarrollo industrial al estilo de la Europa occidental. A menudo, se explotaban con capital extranjero desde enclaves dirigidos a la exportación, sin que en su conjunto ello tuviera un efecto transformador en la correspondiente economía nacional. Lo mismo sirve para la producción y exportación de las materias primas agrarias de uso industrial: el caucho para la fabricación de neumáticos, el aceite de palma para los jabones, etcétera. Aun así, en las dos décadas anteriores a la primera guerra mundial, la Malasia británica se convirtió en una colonia relativamente rica gracias al estaño y el caucho. Aquí, la producción de materias primas no estaba solo en manos de corporaciones internacionales, sino que la minoría china también tuvo una función emprendedora notable.

La novedosa demanda de las industrias de Europa y Estados

Unidos dio vida a sectores de producción exportadora en muchos países del mundo, algunos colonizados formalmente, otros no. En Latinoamérica, esto puso fin a varios siglos de dominancia de los metales nobles en el comercio con el resto del mundo. En muchos países, nuevos productos ocuparon el lugar de la plata y el oro en el comercio exterior. En Perú, el país clásico de la plata, a partir de 1890 cobró especial importancia el cobre, que la industria eléctrica necesitaba en gran cantidad; en 1913 representaba una quinta parte de las exportaciones. En Bolivia se hundió la significación de la plata y ascendió la del estaño: en 1905, el estaño representaba el 60 % de la exportación boliviana. Chile había entrado en el mercado mundial como productor de cobre, pero luego pasó al salitre, que en 1913 sumaba el 70 % de su venta exterior.2232 Pese a la gama de productos, muchas economías latinoamericanas siguieron caracterizándose por concentrar la exportación en pocos de ellos. Y aunque la exportación generaba prosperidad —también la de materias primas agrarias como el café, el azúcar, las bananas, la lana o el caucho—, este modelo de crecimiento asociado a la exportación hacía que, cuanto mayor fuera la concentración en pocos productos, más se padeciera por las oscilaciones de precio de los mercados mundiales. Así, en la década de 1880 (antes incluso de que se iniciara la gran expansión mundial de la producción de materias primas tropicales) Perú ya sufrió el hundimiento de la previa explosión del guano. En 1914, solo Argentina había logrado diversificar las exportaciones de modo que disminuyeran los riesgos. En esas fechas, era el exportador más exitoso de Latinoamérica: aunque solo representaba el 10 % de la población del continente, recibía casi un tercio de los ingresos a cuenta de la exportación.2233 Otros dos factores influían asimismo en el éxito macroeconómico de la orientación exportadora: (1) si la producción se desarrollaba en empresas familiares con mucha mano de obra, los ingresos de la exportación se quedaban en el país y se distribuían entre la sociedad de forma relativamente

igualitaria; o bien (2) si predominaban las plantaciones y la minería, con jornaleros mal pagados y en propiedad de empresarios extranjeros que sacaban del país la mayor parte de los beneficios. En general, las estructuras del segundo tipo eran menos favorables que las del primero para el desarrollo de la sociedad y la economía. Si en condiciones del segundo tipo se daba crecimiento, a menudo se limitaba a enclaves aislados, sin efecto vivificador sobre otros ámbitos de la economía. Solo Sudáfrica supuso una excepción mayor a esta regla.2234

No todos los países emplean bien sus oportunidades cuando se industrializan. En el siglo XX se han dado varios ejemplos de estrategias de industrialización que, al no tener en cuenta las particularidades locales, han fracasado. En el caso de las economías exportadoras, se plantea la cuestión —siempre y en todos los continentes— de si los beneficios del sector exportador se invierten en la producción industrial o, lo que es lo mismo, si el incremento de la productividad en los enclaves exportadores se traslada a los sectores económicos sin exportación. No se puede hablar de que comenzara a surgir una industrialización relativamente independiente hasta que esas industrias sirven de preferencia al mercado interior; en Latinoamérica, no fue así antes de 1870. En algunos países los beneficios de la exportación se repartieron en la sociedad de forma que creció el poder adquisitivo nacional. La expansión del ferrocarril resolvió problemas de transporte que habían sido endémicos y la adopción de las tecnologías eléctricas solventó cuellos de botella energéticos. Como en casi todo el mundo, la precursora del desarrollo industrial fue la industria textil incluso donde se daban localmente materias primas como el algodón o la lana. La ropa es una necesidad general, y cuando los gobiernos de la periferia intentaron imponer aranceles, lo hicieron en primer lugar contra las exportaciones textiles. Además, el grado relativamente alto de urbanización de algunas zonas de Latinoamérica creó un mercado espacialmente concentrado, en cuyas proximidades se asentaron las fábricas textiles. En 1913,

la más industrializada de todas las repúblicas latinoamericanas era Argentina (donde, por cierto, la industria textil era secundaria), seguida por Chile y México. En todo el subcontinente, no obstante, apenas había industria pesada. Dominaba la producción alimentaria, por lo general organizada en empresas pequeñas, seguida por la rama textil. Aunque esta industrialización inicial redujo la importación de bienes de consumo, frente a la de las máquinas (incluidas las vías férreas y otro material ferroviario), y la demanda de productos de lujo solo seguía satisfaciéndose desde Europa, no se formó en ninguno de estos países una estructura industrial más compleja. En un país extenso como Brasil no fue posible salir del círculo vicioso de la pobreza y fomentar la industria por medio de una demanda interior creciente. Ningún país del continente desarrolló una producción industrial que pudiera exportarse; la artesanía y la protoindustria (que estaban muy difundidas) tampoco representaron un paso previo a una inmediata industrialización autónoma. Temporalmente se lograron tasas de crecimiento elevadas, por ejemplo en Brasil, pero no se tradujeron en un crecimiento económico general. En muchos de los países más pequeños, no había siquiera una industrialización rudimentaria.2235 Aún no se ha logrado dar respuesta a la cuestión de por qué los países latinoamericanos no lograron sumarse a la dinámica industrializadora de Europa occidental, Norteamérica o Japón *antes* del período de entreguerras, cuando el estado promovió experimentos con una industrialización sustitutiva de las importaciones.

China: inicio bloqueado

No pretendemos aquí dar la vuelta al mundo recopilando sistemáticamente los indicios de una industria emergente. Bastará con atender a los casos más importantes. Hemos visto la cuestión de la «gran divergencia» (¿por qué la India y China no vivieron una revolución industrial propia *antes* de 1800?), pero no reviste menos interés el hecho de por qué, poco más de cien años después, *sí* empezaron a industrializarse. En China,

con su gran tradición de producción premecánica y una protoindustrialización difundida, no hubo un paso directo de las formas tradicionales de la tecnología y la organización a la producción fabril moderna. Hasta 1895 no se permitió que los extranjeros levantaran empresas industriales en territorio chino (ni siquiera en los puertos de los tratados); las pocas que pese a todo existieron no fueron relevantes. En esta primera fase de la industrialización china, el gobierno tomó la dirección. La corte no lo hizo, pero muchos gobernadores de provincias iniciaron desde 1862 una serie de grandes proyectos que recurrieron, todos ellos, a la tecnología y la asesoría extranjeras: primero, fábricas de armamento y astilleros; en 1878, una gran explotación de carbón en el norte de China; poco después, hilaturas de algodón, y en 1889, la fundición de hierro de Hanyang, en la provincia de Hubei. El objetivo principal de esta política era la defensa militar: el 70 % del capital correspondía a empresas de importancia militar. Calificar de fracasos todas estas iniciativas tempranas sería simplificar en demasía. En su mayoría demostraron que China era plenamente capaz de adoptar la tecnología moderna. En sus primeros años, Hanyang, que empezó a producir en 1894, fue la mayor y más moderna fundición de hierro y acero de toda Asia. Es cierto que no hubo coordinación entre los proyectos, y que ninguno representó un motor de crecimiento en el marco de una estrategia de industrialización ni siquiera regional. Antes de la guerra sino-japonesa de 1894-1895, que también supuso un gran revés en este campo, China había comenzado a industrializarse, pero aún no estaba en vías de una transformación industrial *plena.*[2236]

A partir de 1895, el panorama se complicó y dinamizó. Sociedades de Gran Bretaña, Japón y otros países instalaron fábricas en Shanghái, Tianjín, Hankou y otras grandes ciudades. El estado intervenía muy poco, pero los empresarios chinos no se conformaron con que los extranjeros dominasen el sector emergente, y más moderno, de su economía: en casi

todos los sectores entraron en competencia con los intereses extranjeros.2237 La navegación a vapor se había introducido pronto en China, ya en la década de 1860, primero por iniciativa del estado, luego de firmas privadas. La industria de la seda, que desde el siglo XVIII había sido una de las ramas más notables de la exportación china, tampoco tardó en utilizar las nuevas técnicas de propulsión. Como la competencia japonesa hizo lo mismo, pero empeñándose con más rigor en elevar la calidad y poder producir para el mercado mundial, en la segunda década del siglo XX el archipiélago había ganado la batalla por los clientes internacionales. En China, el sector más destacado de la industria —dejando a un lado los complejos mineros y acereros del sur de Manchuria, que crecían con rapidez, pero estaban en manos japonesas desde 1905— también era la hilatura de algodón. En 1913, de los husos instalados en fábricas sobre territorio chino, un 60 % pertenecía a empresarios chinos, un 27 %, a europeos, y un 13 %, a japoneses. En vísperas de la primera guerra mundial, la industria algodonera china todavía estaba relativamente poco desarrollada: China contaba con 866.000 husos, por los 2,4 millones de Japón y 6,8 millones de la India (más o menos como en Francia). La cifra ascendió explosivamente durante la guerra, hasta llegar a 3,6 millones. Entre 1912 y 1920, la industria china moderna tuvo una de las tasas de crecimiento más altas del mundo.2238 En 1920 se habían colocado los cimientos económicos de la industrialización de China, débiles, pero ampliables. El caos interior de la era de los caudillos militares, la ausencia de gobiernos tanto capaces de actuar con energía como orientados a la exportación, y en tercer lugar la política imperialista de Japón fueron las razones principales de que el «despegue» de la economía china en su conjunto todavía tardara más de medio de siglo en producirse. El rasgo característico de la historia de la industrialización china, antes del gran auge de 1980 en adelante, no fue tanto el desarrollo moderado de la era imperial tardía como que, desde 1920, el

proceso ya iniciado se frenó.

La idea de que la nueva fabricación masiva de tejidos de algodón baratos en Inglaterra complicó mucho la vida a los hiladores y tejedores de China y la India, lo que impidió que pudieran intentar una industrialización autónoma, no se sostiene con tal grado de generalización. En China, aunque se carecía de protección arancelaria, los tejidos locales aguantaron relativamente bien en los mercados locales y regionales. En los primeros años del siglo XX, el hilo de algodón de las nuevas fábricas de los puertos de los tratados (importado, pero no tan directamente del extranjero) fue acaparando la demanda de las hilaturas manuales, pero los tejedores se adaptaron al hilo de máquina y pudieron seguir trabajando. En cuanto a la India, la tesis de la inundación de los mercados asiáticos ha sido objeto de debate desde hace tiempo, bajo el encabezado de la «desindustrialización». El punto de partida de la tesis es la observación de que los tejedores indios del siglo XVIII eran capaces de producir telas de algodón de todas las calidades y en grandes cantidades, y que los productos de más calidad eran muy demandados en Europa. En una medida algo menor, esto también es válido para la exportación de las telas de algodón chinas. Que el estampado de estos productos asiáticos se realizara a menudo en Europa hizo que en el Viejo Mundo hubiera interés por los productos de algodón, y con ello una demanda que luego satisfarían los productos de la revolución industrial. Hacia 1840, las telas de Lancashire ya habían expulsado del mercado nacional a las importaciones asiáticas; el *gentleman* inglés ya no se vestía con una tela fina importada de Oriente, como era el nanquín. Al empezar la industrialización europea, por lo tanto, se produjo una sustitución de los productos importados de Asia, que fue posible económicamente porque Gran Bretaña, gracias a su tecnología, disponía de ventajas competitivas.[2239] Esta expulsión de los mercados de la exportación —vista desde la perspectiva de la India y China—, que también vivió la industria

textil otomana en la primera mitad del siglo XIX, tuvo consecuencias catastróficas para regiones de Asia especializadas en la exportación de tejidos. Pero esto no significa que la producción para el mercado local también fuera destruida por la importación de telas europeas. Aquí hay que establecer diferencias regionales. Bengala se vio muy afectada por la crisis exportadora, mientras que los tejedores del sur de la India, que trabajaban para el mercado interior, pudieron sobrevivir bastante más tiempo. Además, los tejidos importados no alcanzaron nunca el nivel de calidad de la producción india más exquisita, por lo que el mercado de lujo quedó aún durante mucho tiempo en manos de los productores nacionales. Como en China, en la India también se impuso el hilo de máquina, pues su precio, cada vez más bajo, era inferior incluso al de las familias de hiladores caseros que trabajaban en condiciones de extrema autoexplotación. El tejido casero sobrevivió, sobre todo, porque los mercados (en la jerga de los economistas) se «segmentaron», es decir, no hubo una competencia general entre las telas importadas y las de producción nacional.2240

India: la relatividad del «atraso»

A diferencia de en China, la industria india del algodón, que fue surgiendo desde 1856 en Bombay y otros lugares, apenas contó con capital extranjero. Los fundadores de las primeras industrias eran comerciantes *indios* que habían pasado a invertir también en la producción.2241 El estado colonial y la industria británica no recibían con agrado esta competencia, pero tampoco pusieron obstáculos insuperables en su camino. La caída general del precio de la plata, que no se pudo contener por medios políticos, tuvo la consecuencia de que, en el último cuarto del siglo XIX, la rupia india perdió cerca de un tercio de su valor. Las hilaturas de algodón indias, nada rezagadas desde la perspectiva técnica, pudieron aprovecharlo para hacer retroceder de los mercados asiáticos el hilo británico, más costoso. Si solo nos fijamos en el comercio entre Europa y Asia, subestimamos la vitalidad de los productores asiáticos en su

contexto cercano. Sobre todo gracias a las exportaciones a China y Japón, la industria india multiplicó por nueve su cuota en el mercado mundial de hilo de algodón, pasando del 4 % de 1877 al 36 % de 1892.2242 La industria india moderna no fue el fruto ante todo de una importación de capital y tecnología de signo colonial. Su razón de fondo principal fue que la India experimentó un proceso de comercialización general desde el siglo XVIII, por el que los mercados se expandieron, se crearon fortunas mercantiles y —pese a que se podía disponer en abundancia de mano de obra barata— hubo nuevos estímulos para las mejoras tecnológicas.2243 Hay consenso entre los historiadores: antes de la primera guerra mundial la industria, que en la India también estaba muy concentrada geográficamente, solo interpretó un papel marginal. Aun así, cuando se establecen analogías cuantitativas con Europa, la India no sale tan mal parada. Los 6,8 millones de husos de 1913 no distan tanto de los 8,9 millones del imperio zarista.2244 Desde una perspectiva meramente cuantitativa, la industria india del algodón no era nada impresentable. A diferencia de China o Japón, había nacido sin ninguna intervención del estado.

Mientras que en China la primera industria del hierro y el acero (que después de la primera guerra mundial quedó en su mayoría bajo control japonés) respondía por entero a la iniciativa de las autoridades, en la India se originó como obra de un solo hombre: Jamsetji Tata (1839-1904), uno de los grandes emprendedores del siglo XIX. Por su biografía, fue un estricto coetáneo del barón del acero alemán August Thyssen, nacido en 1842. Tata había hecho dinero en la industria textil. Después de visitar acerías estadounidenses, se animó a contratar a ingenieros norteamericanos para que buscasen un sitio adecuado cerca de las minas de carbón y hierro del este de la India. Aquí, en Jamshedpur, se alzó la gran acería de la familia Tata. Desde el principio se publicitó también como una empresa patriótica y recaudó capital de muchos miles de

inversores privados. El fundador ya había anticipado la necesidad de que la India adquiriese la independencia tecnológica y proporcionó el capital inicial para el Indian Institute of Science. Desde que empezaron a producir, en 1911, las acerías de Tata se esforzaron para que su producto tuviera la máxima calidad internacional. Los encargos gubernamentales fueron importantes desde los comienzos de una empresa que, con la primera guerra mundial, se adentró en la vía del éxito. En 1914, sin embargo, el caso singular de la Tata Iron and Steel Company no bastaba para constituir todo un «sector» de la industria pesada, igual que ocurría en China con la producción de hierro y acero de la siderúrgica estatal de Hanyang en Hankou.

El caso de la India puede servirnos para reflexionar sobre el modelo más general de los estudios sobre la industrialización. El concepto del «atraso» es relativo y se debe aclarar a qué entidades se hace referencia. En un punto temporal dado, incluso a finales del siglo XIX, no cabe duda de que las regiones social y económicamente «atrasadas» de Europa no iban por delante de las más dinámicas de la India o China. La vara de medir el éxito económico fueron unas pocas grandes regiones de crecimiento de Europa y Norteamérica. En la India, las decisiones empresariales —no las estatales— habían comportado que, hacia 1910 o 1920, hubiera en distintos ámbitos una producción fabril de grandes empresas —aquí habría que mencionar también la industria del yute, dominada en su mayoría por el capital británico—, así como un proletariado industrial que aprendió a defender sus intereses. La industrialización y otros muchos procesos que se suelen reunir bajo el título de «modernización» ya estaban en marcha en la India urbana. Nunca se podrá averiguar si, como pretenden los nacionalistas y los marxistas, la India se habría desarrollado «mejor» desde el punto de vista económico sin el dominio colonial. En la sociología occidental han sido muy populares durante mucho tiempo las argumentaciones

culturalistas que veían en la estructura social (el sistema de castas), las mentalidades o la orientación religiosa (el hinduismo, hostil con el beneficio económico) obstáculos fundamentales para el desarrollo autónomo e incluso la imitación exitosa del exterior; pero los éxitos de la India en materia de alta tecnología a finales del siglo XX obligan a poner en duda esas hipótesis. De forma paralela, también se ha afirmado repetidamente que «el confucianismo», cuyas convicciones se consideraban asimismo hostiles al afán de lucro, entorpeció el desarrollo económico «normal» tanto en el siglo XIX como en tiempos anteriores. Desde los impresionantes éxitos económicos de países sínicos como Taiwán, Singapur y la República Popular de China (más Japón y Corea del Sur, sociedades de inspiración «confuciana» indirecta), se ha invertido el argumento como quien no quiere la cosa y se ha ensalzado el mismo «confucianismo» como base cultural de un capitalismo específico del este de Asia. Que el mismo instrumentario teórico sirva por igual para explicar el éxito y el fracaso invita al escepticismo. Hoy muchos historiadores rehúsan la cuestión de por qué países como la India o China *no* se desarrollaron según el modelo que «en realidad» deberían haber seguido. Queda pendiente la tarea de describir con detalle su trayectoria particular.[2245]

Japón: la industrialización como proyecto nacional

Si en los casos de la India y China hace más de un siglo que se debate sobre la cuestión de por qué, pese a contar con diversas condiciones de partida favorables, su desarrollo económico no siguió la vía esperada, en el caso de Japón se formula la pregunta de por qué allí sí que «funcionó».[2246] A mediados del siglo XIX, la sociedad japonesa era muy urbana y comercial. Había una tendencia clara a la integración en un mercado nacional. Las fronteras estatales estaban definidas de manera unívoca por su condición insular. En el interior reinaba la paz y no se requerían costosas medidas de defensa frente al exterior. El país estaba inusualmente bien gestionado, hasta el nivel

inferior del ámbito local. Se tenía experiencia de manejar la limitación de los recursos naturales. El nivel de desarrollo cultural de la población, a juzgar por el índice de personas que sabían leer y escribir, era inusitadamente alto y no solo en comparación con Asia. Además, Japón contaba con condiciones excelentes para adaptarse a las nuevas tecnologías y nuevas formas de organizar la producción.

Aun así, sería superficial ver tan solo en todo ello una lógica objetiva del progreso industrial. Las condiciones de partida de Japón no eran necesariamente mejores en todo que en algunas *partes* de China o la India. Lo decisivo fue el carácter de la industrialización japonesa: el hecho de ser un proyecto *político* realizado en común por el estado y los empresarios. La caída del sogunato Tokugawa, sustituido por el orden Meiji en 1868, no fue tanto el resultado de transformaciones de la economía y la sociedad como una reacción al enfrentamiento súbito del país con Occidente. La industrialización de Japón, que no empezó sino a partir de este momento, formaba parte de una política ambiciosa de renovación nacional, la más completa y de mayor envergadura que se emprendió en todo el siglo XIX, sin que se hubiera formulado expresamente un plan estratégico. Tras estudiar cuidadosamente a los estados más poderosos de Occidente, la élite japonesa había aprendido que el desarrollo industrial podía ser clave para la fortaleza nacional. En consecuencia, los primeros proyectos industriales, como en China —pero con coordinación central y una presión extranjera más débil— fueron iniciados por el gobierno de Tokio y, al principio, fomentados con una costosa cantidad de divisas. Esto se hizo sin apenas participación del capital extranjero. A diferencia del imperio zarista de la misma época, que tomó prestado mucho dinero en los mercados de capital de la Europa occidental, y en particular en Francia; y a diferencia del imperio otomano y China, a los que esos créditos les fueron impuestos en condiciones poco ventajosas, Japón evitó depender de los acreedores extranjeros mientras todavía no tuvo la soberanía

plena (por efecto de los «tratados desiguales») y aún era económicamente vulnerable, es decir, hasta entrada la década de 1890. En el propio país se disponía tanto de capital movilizable como de la voluntad política para invertirlo productivamente. Sin ninguna influencia europea (al parecer, fue un caso único en el mundo extraeuropeo), el Japón Tokugawa ya había introducido la práctica del «préstamo interbancario», que más adelante sería de gran ayuda en la financiación de los proyectos de desarrollo. Desde 1879, y con gran rapidez, se formó un sistema bancario moderno que también ofreció a la industria una ayuda financiera flexible. Este sistema bancario, como en general la política económica y financiera de la primera etapa de la industrialización japonesa, fue en gran parte obre de Matsukata Masayoshi, uno de los grandes magos económicos de la época, que, nacido en el seno de una familia samurái caída en la miseria, también fue durante muchos años ministro de Hacienda.2247

La política fiscal del estado Meiji gravó sistemáticamente una agricultura que, al mismo tiempo, estaba incrementando sus cosechas. El sector agrario fue la fuente más destacada de capital en la primera fase de la industrialización japonesa. Desde 1876, cerca del 70 % de los ingresos estatales provenían del impuesto territorial; una gran parte de ellos se invirtieron en industria e infraestructuras. Esta fue una diferencia clave con la China contemporánea, donde la agricultura se estancó y el gobierno, por su debilidad administrativa, apenas podía aprovecharse de los excedentes que pese a todo pudiera haber. Japón gozaba de otras ventajas. Su población era lo bastante numerosa como para generar una demanda interior. Pronto también se empezó a vender de forma sistemática en los mercados extranjeros, en particular de la seda, sin que por ello el desarrollo japonés —como el latinoamericano— se guiara exclusivamente por el modelo de crecimiento orientado a la exportación. En muchas regiones (por ejemplo, en la de Osaka), aún pervivió durante bastante tiempo una protoindustria

eficiente, además de la producción fabril, sobre todo de bienes de algodón, con máquinas de vapor. Esta fue una de las grandes diferencias entre el Manchester inglés y el «Manchester oriental», que en otros aspectos se parecían mucho.2248

El estado Meiji no tenía la intención de erigir una economía estatal duradera. Después de los primeros movimientos de impulso, la mano pública se fue retirando poco a poco de la mayoría de los proyectos industriales, entre otras razones, para aliviar la presión sobre el presupuesto. Los pioneros de la iniciativa privada también veían la industrialización como un proyecto patriótico de todo Japón, y se movieron más por el servicio a la patria que intentando maximizar el beneficio individual; entre los fundadores de la industria japonesa, el lujo espectacular al estilo de Estados Unidos (*conspicuous consumption*, según lo denominó el sociólogo Thorstein Veblen) estaba mal visto. Esta disposición nacional tuvo entre otras la consecuencia de que las valiosas lecciones sobre cómo navegar en la economía mundial —un conocimiento que los japoneses tuvieron que apresurarse a adquirir desde 1858— se compartían con rapidez y generosidad entre las empresas, facilitando mucho su difusión. Tanto el gobierno como los capitalistas ambicionaron —e hicieron realidad— una estructura industrial amplia y diversificada, que diera a Japón la máxima independencia posible de las importaciones: por un lado, ello respondía a las necesidades de la seguridad nacional, y por otro, los oligarcas Meiji aspiraban a consolidar su escaso respaldo popular por medio del progreso material. Así, la industrialización de Japón no fue el fruto automático de las condiciones de la era Tokugawa. Necesitó la conmoción de la apertura del país, que, entre otras consecuencias, al principio acarreó la inundación del mercado nacional con productos industriales extranjeros, pero luego adquirió cierta lógica propia, cuando desde 1868 surgió un aparato estatal que utilizó de manera sistemática las posibilidades existentes. Al mismo tiempo, hubo suficientes empresarios privados que se animaron

a invertir. En una primera fase, era inevitable que Japón dependiera de la tecnología occidental, las máquinas importadas y los asesores invitados. A menudo, la técnica se mejoró y adoptó a las circunstancias nacionales; en pocos países el estado se empeñó tan resuelta y rápidamente por importar tecnología.2249 En numerosos casos, la industria japonesa de la era Meiji no se contentó con adoptar tecnologías *simples*, sino que entró en los mercados en el nivel internacional más exigente. Un ejemplo paradigmático es la industria relojera. El buque insignia fue Seiko («Precisión»), fundada en 1892, que en seguida aprendió a fabricar mecanismos de gran calidad.

No hay sitio para estudiar aquí el otro gran milagro de la industrialización extraeuropea, Estados Unidos, que en el plazo de una generación (hacia 1870-1900) se convirtió en la primera potencia mundial (y tampoco una asombrosa historia de éxito en Europa: Suecia, con una industrialización ejemplar a partir de 1880), pero sí es necesario hacer dos precisiones. En los estados del norte de Estados Unidos, no esclavistas, la industrialización se desarrolló, con más fuerza aún que en Japón, sobre la base de una «revolución industriosa» y un crecimiento manifiesto de los ingresos per cápita que hoy se suele denominar *market revolution* (hacia 1815-1850); el comercio internacional, sin embargo, tuvo aquí más peso que en Japón.2250 Así, en el caso de Estados Unidos tampoco hay que dramatizar la irrupción de la industrialización, sino reconocer las continuidades de largo plazo. La industrialización estadounidense también se desplegó en su mayoría según la acción libre de las fuerzas privadas del mercado capitalista, pero no solo. El gobierno federal, que entre 1861 y 1913 estuvo en manos republicanas —solo hubo dos interludios de presidencia demócrata— buscó la industrialización como proyecto político y consideró que era su deber favorecer el funcionamiento del patrón oro y la integración y protección arancelaria del mercado nacional.2251 Algunos economistas

liberales consideraban viable y preferible que la industrialización transcurriera sin ninguna ayuda estatal pero, desde el punto de vista histórico, fue una gran excepción. En ningún caso se opusieron dos grandes modelos de industrialización: uno occidental, liberal, y uno oriental, estatalista.

4. CAPITALISMO

En los últimos veinte años, la historiografía de muchos países ha transformado por completo nuestra imagen de la industrialización mundial. En muchas regiones del mundo, el siglo XVIII ha cobrado visibilidad como un período dinámico, de movimiento comercial. Los mercados se concentraron y ampliaron, y se estimuló una producción especializada para mercados próximos y lejanos, en muchos casos para la exportación internacional o incluso trascontinental. El estado —ni siquiera el «despotismo oriental» descrito a menudo en Europa con tintes oscuros— no solía intervenir para ahogar esta vivacidad económica, que, a fin de cuentas, en muchos casos le reportaba mayores ingresos. El crecimiento demográfico y la vulnerabilidad de casi todas las sociedades del mundo a las fuerzas «malthusianas» de efecto contrario hicieron que, en general, no se produjera un incremento genuino y estable de los ingresos per cápita. Así pues, quizá se deba decir, con más precisión: en esta época, muchas economías estaban *en movimiento*, y en algunas hubo un ascenso lento de los ingresos per cápita; pero ninguna de ellas (salvo la inglesa desde el último cuarto del siglo XVIII) exhibió un *dinamismo calculado* que permita afirmar que «crecía» en el sentido moderno de la palabra. Esta nueva imagen del siglo XVIII también difumina la cronología habitual. En algunos casos, la «revolución industriosa» se prolongó bastante más allá de 1800 y el término típico de la Edad Moderna. Hubo transformaciones, pero raramente en forma de *sprint*, como se tendía a pensar. Aun así, parece que Alexander Gerschenkron acertó al advertir que los procesos de industrialización más tardíos tuvieron un

desarrollo temporal más abrupto y comprimido que los de la primera y segunda generación; así lo atestiguan los casos de Suecia, Rusia y Japón. Igual que la primera revolución industrial, la inglesa, las industrializaciones posteriores tampoco surgieron de la nada: supusieron ante todo la modificación del ritmo y el paso dentro de un movimiento económico más general. Aunque la industrialización se inició en un marco regional (y, cada vez más, nacional), el resultado casi nunca fue el dominio pleno de la gran industria. Lo que Marx denominó «pequeña producción de mercancías» tendió a pervivir con notable tenacidad y a veces estableció una relación simbiótica con el mundo de las fábricas. Naturalmente, las primeras generaciones de obreros llegaban de las zonas rurales y con frecuencia siguieron estando muy vinculadas con ellas. Las fábricas y minas actuaron como imanes de la urbanización, pero también de un círculo de trabajo migrante entre el campo y el lugar de producción.

El nuevo sistema, desde mediados de siglo, se conoció con el nombre de «capitalismo». Karl Marx —que no solía emplear el sustantivo, sino hablar del «modo de producción capitalista»— analizó en *El capital. Crítica de la economía política* (1867-1894) este sistema como una *relación* de capital, un antagonismo entre los poseedores de la fuerza de trabajo y los propietarios de los medios de producción material. En forma simplificada, interpretada por autoridades como Friedrich Engels o Karl Kautsky, y modificada en torno del cambio de siglo por Rudolf Hilferding o Rosa Luxemburg, el análisis marxista del capitalismo fue la doctrina predominante en el movimiento obrero europeo. El concepto de capitalismo no tardó en ser adoptado asimismo por voces menos críticas con el nuevo sistema que Marx y sus partidarios. Poco después de 1900, los estudios y debates de economistas «burgueses», pero aun así influidos por Marx, dieron origen a una teoría compleja, sobre todo en Alemania, cuyos representantes principales fueron Werner Sombart y Max Weber.[2252] Estas teorías tenían en

común que separaban el concepto de capitalismo de su relación directa con la industria del siglo XIX. Más que designar un determinado estadio de la evolución económica, se entendió por «capitalismo» una variante casi universal de la actividad económica que, en algunos autores, se remonta incluso a la Antigüedad europea. También se crearon tipologías: capitalismo agrario, comercial, industrial, financiero, etcétera. Estos modelos de los economistas alemanes no marxistas renunciaban a partir, como Marx, de una idea «objetiva» del valor del trabajo, según la cual solo el trabajo crea un valor mesurable. Pero tampoco se sumaron a la doctrina económica de la «utilidad marginal», que desde más o menos 1870 se hizo ortodoxa entre los autores británicos o austríacos, construida en torno del modo en que quienes participan en el mercado valoran la «utilidad subjetiva» y jerarquizan sus preferencias decisorias.

La teoría del capitalismo del cambio de siglo, que adoptaba matices diversos en Weber, Sombart y otros autores, no descuidaba las instituciones y era capaz de captar bien la transformación histórica. Aunque no negaba la contradicción entre el capital y el trabajo, hacía más hincapié que Marx en la estructura empresarial de la producción capitalista y también en las ideas y mentalidades, la «actitud económica» que mantenía el sistema en funcionamiento. Los representantes principales de esta teoría tenían una orientación tan histórica que incluso desatendieron un tanto el análisis de su presente. Aunque Sombart hizo comentarios repetidos sobre la vida económica de su tiempo, y aunque Max Weber siempre estuvo atento a la actualidad (desde sus primeros estudios empíricos sobre la Bolsa, la prensa y el trabajo en la Prusia rural), su investigación se centró durante muchos años en la Edad Moderna. Aquí Weber halló los orígenes de la «ética protestante», y Sombart, un «capitalismo comercial» que ya había adquirido complejidad. De Marx a Weber, el capitalismo fue un tema central del análisis que las ciencias sociales

hicieron de la época. Las teorías al respecto —entre las que debemos incluir las teorías imperialistas del socialismo y el liberalismo radical, estrictamente coetáneas con los trabajos de Max Weber, Werner Sombart y otros miembros de la «joven escuela historicista» de la economía alemana—[2253]están entre las descripciones más elaboradas que el siglo XIX tardío hizo de sí mismo. Aun así, ello no dio origen a una interpretación unitaria del concepto, hasta el punto de que en 1918 (todavía en vida de Max Weber) un estado de la cuestión afirmó haber hallado 111 definiciones de «capitalismo» en la bibliografía.[2254] Esta indeterminación no ha supuesto que podamos prescindir del concepto. Desde los clásicos, no solo se ha mantenido en la tradición marxista, sino que también lo emplearon los apologetas del sistema. La teoría económica ortodoxa sí lo evitaba y prefería el eufemismo de la «economía de mercado». Los cambios experimentados desde hace un par de décadas han hecho renacer el concepto de capitalismo. Igual que la industria en desarrollo, el empobrecimiento del primer protectorado o la sumisión del mundo a un racionalismo comercial calculador hizo surgir originalmente el interés por este tema, ahora lo han despertado la presencia global de las corporaciones transnacionales y el fracaso de todas las alternativas *no* capitalistas: las que hicieron que el socialismo se vaciara desde dentro, como en China, o las que vivieron su fin por efecto de una revolución, como en la Unión Soviética y su esfera de influencia. Desde la década de 1990, se ha intentado un sinnúmero de veces describir el «capitalismo global» y desarrollar una teoría que lo explique, pero aún carecemos de una nueva síntesis.[2255] Hoy las tipologías se ven de otro modo que hace cien años. Sobre todo se investigan las diferencias entre los capitalismos regionales: el europeo (con diversas subdivisiones, por ejemplo, el «renano»), el estadounidense, el asiático oriental, etcétera. Muchos de los actuales teóricos del capitalismo se centran casi exclusivamente en el presente, sin la profundidad histórica de los clásicos, y pasan por alto lo que

ya Fernand Braudel y algunos de sus discípulos, en la estela de Werner Sombart, habían estudiado y descrito como una primera forma de capitalismo «global»: el comercio mundial de la Edad Moderna, que partía de Europa, pero no era practicado solo por los europeos.

Personalmente me encuentro en sintonía con muchos de los observadores, que antes de 1920, más o menos, al comentar su presente, calificaron el siglo XIX como una etapa nueva, de dinamismo inaudito, en el desarrollo del capitalismo; y entiendo que se puede seguir a Sombart, Braudel o Wallerstein cuando interpretan el capitalismo como un proceso a largo plazo cuyos inicios se remontan mucho más allá del siglo XIX. ¿Qué se puede afirmar en general, por lo tanto, sobre el capitalismo del siglo XIX?2256

Uno. El capitalismo no puede ser un simple fenómeno de intercambio y circulación. El comercio remoto con productos de lujo puede generar y multiplicar fortunas, pero no funda un sistema económico novedoso; para ello se requiere una organización singular de la producción, que no surgió hasta el siglo XIX.

Dos. El capitalismo es un sistema económico de esta índole. Se basa en *producir* con división del trabajo para mercados regidos y organizados por *empresarios* individuales o corporativos que obtienen beneficios y los quieren «acumular», es decir, destinarlos en buena medida a nuevas inversiones productivas.2257

Tres. El capitalismo está asociado a una mercantilización general, que transforma cosas y relaciones; no lo convierte «todo» en una mercancía vendible en el mercado, pero sí todos los factores de producción. Esto vale para la tierra, pero también para el capital y el conocimiento, y sobre todo para la mano de obra. No puede haber capitalismo sin un «*trabajo asalariado* libre» y con movilidad espacial. A menudo, el capitalismo ha encontrado formas de integrar el trabajo no libre en la periferia de su sistema, pero no puede admitirlo en el

núcleo. La esclavitud y otras formas de atadura «extraeconómica» contradicen su lógica propia de la disponibilidad ilimitada.

Cuatro. Como sistema económico, el capitalismo posee la flexibilidad precisa para utilizar las *tecnologías* y los modos de organización más productivos (el mercado pone a prueba su eficiencia). En el siglo XIX, además de la producción industrial en fábricas, esto incluía la agricultura a gran escala, cada vez más mecanizada, sobre todo el tipo de la gran empresa de *farming* norteamericana. El capitalismo agrario puede ir antepuesto al capitalismo industrial, como «revolución agrícola» preparatoria, pero puede existir igualmente a su lado y en simbiosis con este.2258 Desde finales del siglo XIX, ambas formas se han aproximado dentro de una agroindustria de ámbito internacional que controla toda la cadena, desde la producción original a la venta, pasando por la elaboración.2259

Cinco. La famosa cuestión marxista de la «transición del feudalismo al capitalismo» es un problema en buena medida académico, que a lo sumo se plantea en algunos países de la Europa occidental y para Japón. En muchos países donde el capitalismo decimonónico fue especialmente exitoso —Estados Unidos, Australia o la minería sudafricana— no había «feudalismo»; tampoco en China, que hacia finales del siglo XX forjó una variedad particular de capitalismo estatal. El tema se debe formular más en general, no solo como la creación de un marco institucional favorable al capitalismo. Las circunstancias de este marco se obtienen ante todo mediante la legislación, es decir, por obra del estado. Pero el estado no es un hijo de los mercados. Aunque, desde luego, los mercados también pueden surgir de forma «espontánea», por la iniciativa autónoma de los sujetos económicos, y seguir creciendo de ese modo, su «libertad de acción» es el resultado de una voluntad estatal de *laisser-faire*, vale decir de una «política ordenadora». En el siglo XIX, el libre comercio fue una creación de la élite política británica. A finales del siglo XX, en China, una dictadura de

partido, socialista, estableció un sistema económico capitalista. Los aparatos estatales han dado seguridad a los negocios capitalistas por medio de minuciosas codificaciones legales «burguesas» —desde el código napoleónico de 1804 hasta el código civil alemán de 1900, que aún se considera modélico en diversos lugares del mundo—; más aún, de esa forma han hecho posible que existieran. Se empieza por el fundamento jurídico de todo capitalismo: la garantía estatal de la propiedad privada. En el Asia oriental, sin embargo, esta función la cumplimentó durante mucho tiempo un poderoso lazo de confianza extraestatal (de la sociedad civil) entre los sujetos económicos. Desde la minería alemana hasta la industrialización china, el estado también intervino durante mucho tiempo en empresas híbridas, públicas y privadas.

Seis. Los lazos de unión entre el capitalismo y el *territorio* son especialmente controvertidos. A todas luces, el emergente capitalismo global, surgido a partir de 1945, actúa «transnacionalmente» y tiene menos necesidad de las formas anteriores de anclaje local concreto. La producción es cada vez más móvil, y en el contexto de internet y las telecomunicaciones avanzadas, muchos negocios se pueden gestionar desde casi cualquier lugar del mundo. El capitalismo comercial de la Edad Moderna en ultramar, de comerciantes privados y compañías privilegiadas, tejió una red comercial que a menudo solo tenía un arraigo muy débil en la metrópoli neerlandesa o inglesa. En el siglo XIX, en cambio, la proximidad entre el capitalismo y el estado territorial (nacional) fue especialmente notoria. El capitalismo, antes de que pudiera superar las fronteras nacionales, se aprovechó de la integración de los mercados nacionales, respaldada por el estado; por ejemplo, en Francia, en Alemania (desde la Unión Aduanera de 1834), en Japón (desde 1868). Desde el punto de vista de la Europa continental y Estados Unidos, el libre comercio puro fue un episodio restringido al tercer cuarto del siglo XIX. El *Big Business*, que emergió desde aproximadamente 1870, durante la segunda

revolución económica, tiene a menudo un alcance global, pero bajo el cosmopolitismo general (en el sector financiero, mucho más marcado que en la industria) muestra un marcado estilo nacional.2260

Siete. La territorialización, en el proceso de industrialización, también tiene que ver con el carácter material de la industria. El gran comerciante de la Edad Moderna depositaba sus activos productivos (ya fueran de propiedad personal o en asociación con otros) en barcos y mercancías transportables. Las estructuras técnicas de la fase inicial de la era de la industria aportaron nuevas posibilidades de inversión material de mayor duración. Minas, fábricas y redes ferroviarias contaban con un ciclo de utilización más prolongado que el período típico de retorno del capital en el comercio al por mayor y ultramarino de la Edad Moderna. El capital quedaba unido a la producción de un modo que hasta entonces solo se había visto en la construcción. Además, se asoció a una intervención sin precedentes en el medio ambiente; ningún otro sistema económico ha transformado la naturaleza tan radicalmente como el capitalismo industrial del siglo XIX.

Ocho. Esta materialización del capital se correspondía, por otro lado, con un ascenso claro de su movilidad. Desde una perspectiva puramente técnica, fue el fruto de una mejor integración de los mercados financieros y monetarios. La transferencia de los valores monetarios desde las colonias —que a finales del siglo XVIII todavía suponía un grave problema práctico para los británicos que estaban en la India— se simplificó cada vez más en el transcurso del siglo XIX, gracias al perfeccionamiento de los medios de pago internacionales. El ascenso de la City londinense a mercado mundial del capital y la red se tornó más densa con el desarrollo de centros subordinados en Europa, Norteamérica y, a finales de siglo, también en Asia. Los bancos y las aseguradoras de Gran Bretaña (y con el tiempo, de otros países) ofrecían servicios financieros para todo el mundo. A partir de 1870, el capitalismo

descubrió el instrumento de la exportación de capital, en otras palabras: las inversiones en ultramar. Esto sí continuó siendo durante mucho tiempo una especialidad británica. Al mismo tiempo que hubo una ampliación temporal del plazo de amortización o devolución de las deudas, hubo una espacial, en los horizontes de planificación; no solo se planeaba con vistas a un futuro más largo, sino también a través de distancias mayores. La industria textil de Europa tuvo que organizar desde un buen principio la adquisición de materias primas en países remotos. La industria eléctrica se desplegó inicialmente como respuesta al desafío tecnológico de la telegrafía de larga distancia, y ya empezó vendiendo sus productos en todo el mundo. Es razonable reservar el concepto de «capitalismo global» para la época posterior a 1945 o incluso 1970, pero en 1913 ya habían surgido en distintos países capitalismos nacionales con un radio de acción global. La industrialización, entendida en concreto como el desarrollo de la producción fabril mecanizada empleando las fuentes de energía disponibles en cada lugar, fue siempre un proceso regionalmente específico. En cambio, el capitalismo del siglo XIX se puede entender como un sistema económico que, con el paso del tiempo, fue posibilitando cada vez más que la acción empresarial ingresara en ámbitos de interacción de gran extensión espacial y tendencia a la globalidad.

Capítulo 13
Trabajo

La base material de la cultura

Desde siempre, el ser humano, con muy pocas excepciones, ha trabajado.2261 Si un adulto no lo hacía, era porque pertenecía a una minoría, *fuera cual fuese* la sociedad: un enfermo, un impedido, o, si le sonreía la fortuna, miembro de las pocas élites ociosas que no se dedicaban ni siquiera a la guerra o el sacerdocio. Como el trabajo se halla en incontables circunstancias y condiciones, es mucho más difícil generalizar al respecto que sobre sistemas muy organizados como la «industria» o el «capitalismo». Una historia del trabajo solo puede ser la de sus circunstancias típicas; cuando se dispone de datos especialmente abundantes, quizá también una historia de la carga de trabajo y su distribución entre los sexos.2262 Si el trabajo no se analiza como una categoría abstracta, sino como un aspecto de unas condiciones de vida siempre concretas, nos resultan incontables mundos laborales. Un carnicero de Bombay, en 1873 —del cual tenemos noticia por un procedimiento judicial— vivía en uno de estos mundos particulares. Sin duda vivía en otro muy distinto una cantante de ópera de la Italia de los días de Rossini, cuando concluyó la transición del mecenazgo a la libre ocupación en un mercado de cantantes. Y de nuevo, sería muy distinto el mundo de un culi chino, enviado a una mina sudafricana como obrero barato; o el de un médico naval, que no podía faltar en ninguno de los viajes del barco.2263

El trabajo produce cosas. La más frecuente, la comida, de modo que es probable que la cocina haya sido la inversión de fuerza de trabajo más difundida y a la que más tiempo se le ha dedicado en total en el conjunto de la historia. No todos los trabajos se orientan hacia el mercado, como muestra este ejemplo, ni todos los trabajos se reparten en un mercado. El trabajo puede darse en el hogar, en el marco más amplio de una comunidad rural, o en el seno de organizaciones de

estructura más compleja, como una fábrica, una autoridad municipal o un ejército. La idea del «puesto de trabajo» regular surgió en el siglo XIX en Europa; una gran parte del trabajo se realizaba (y realiza) de forma «irregular». Por lo general, el trabajo sigue un desarrollo estandarizado, sigue las vías de los «procesos laborales». Se trata de procesos de naturaleza social: en su mayoría, suponen la cooperación directa con otros e indirectamente siempre están asociados con el sistema social. Ciertos procesos y puestos de trabajo están en un nivel concreto de una jerarquía social. Las relaciones de dominio y poder determinan en qué medida el trabajo se elige o es impuesto. Cuando la estandarización de los procesos laborales se asocia con una conciencia definida en primer lugar por el trabajo, surge una «profesión». El trabajador que deriva la identidad de la profesión no busca tan solo la aprobación de quien lo contrata, sino que se exige un mínimo nivel de calidad en su propio trabajo. Estos criterios también se pueden definir corporativamente. En otras palabras: los que practican una profesión controlan o monopolizan su ámbito laboral, regulan el acceso «aparte del mercado» y, a menudo, buscan asimismo la protección estatal. De esta forma aparecen nichos de ocupación en los que la pertenencia a una profesión (a una corporación, un gremio, una asociación profesional, etcétera) llega a constituir una especie de capital con cuya ayuda se puede obtener ingresos.[2264]

Ante esta variedad de posibilidades, resulta difícil buscar tendencias generales para todo un siglo y todo el mundo.[2265] Pero hacerlo reviste especial importancia porque el propio siglo XIX reflexionó sobre el trabajo con una atención muy peculiar. Allí donde culturalmente se valoraba mucho el trabajo —como en la Europa occidental y Japón—, las nuevas posibilidades del capitalismo ofrecieron ocasión de desarrollarlo. En Occidente, el «trabajo» se convirtió al mismo tiempo en un valor destacado y una de las categorías favoritas de la descripción de uno mismo. La ociosidad dejó de ser una meta a la que aspirar, incluso

entre las élites. Las reinas se dejaban ver en público con sus labores. En la teoría económica, así como en algunas escuelas de la antropología, el modelo imprescindible fue el *homo faber*. La doctrina del valor del trabajo (o doctrina del valor «objetivo») de la economía política clásica situaba en la creatividad y el esfuerzo físico la fuente de la creación de valor, una doctrina que también se alzó en axioma del socialismo. A partir de aquí, era lógico exigir que los trabajadores recibieran buen trato y buenos salarios. Algunos fueron más allá e intentaron imaginar el trabajo como purificador de la humanidad; al trabajo alienado y explotado del capitalismo se le oponía la utopía del trabajo liberado. Con la creciente difusión de las máquinas, surgió un tema característico: la superioridad del trabajo manual. Críticos de las máquinas como William Morris —fundador del movimiento británico Arts and Crafts, escritor, socialista utópico e influyente diseñador— regresaron tanto en la teoría como en la práctica a los ideales amenazados de una artesanía precontemporánea. Hacia finales de siglo, cuando en algunas zonas de Europa y en Estados Unidos la jornada laboral volvió a reducirse (tras haber aumentado en la fase inicial de la industrialización), se presentó el problema del tiempo libre y cómo delimitar el trabajo remunerado y la ausencia de trabajo, día a día, en el año y en la vida. Hartmut Kaelble ha defendido que Europa se caracterizó por trazar la distinción con un rigor inusual.[2266] Pero incluso en Europa coexistieron conceptos muy diferentes del «trabajo» y no resulta tan sencillo definir la interpretación «típicamente europea».[2267] Aún nos faltan estudios sobre la ética del trabajo en las civilizaciones no europeas durante el siglo XIX. Tales investigaciones quizá concluirían que la actitud hacia el trabajo no solo —y a menudo, ni siquiera principalmente— se diversifica de acuerdo con las barreras culturales. Por un lado, tienden a ser específicas de cada estrato; por otro, los estímulos externos y un marco institucional favorable despertaban la energía laboral en las circunstancias más diversas. Un buen

ejemplo es la reacción rápida y exitosa de muchos campesinos del África occidental frente a las nuevas posibilidades de producir para la exportación. Los sectores eficientes que ya existían en la era precolonial —como el algodón— se adecuaron al cambio de las circunstancias, y se crearon otros nuevos.2268 Por último, en todas o en la mayoría de las civilizaciones, las ideas del trabajo se asociaban y siguen asociando con expectativas de lo más diversas en cuanto a la forma «justa» de tratar a un trabajador.2269

1. EL PESO DEL TRABAJO RURAL

Predominio del campo

En todo el mundo —Europa incluida— el sector de más empleo durante el siglo XIX fue la agricultura.2270 Solo en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, la sociedad industrial se impuso en toda Europa —también en la Unión Soviética— como tipo de sociedad predominante. Pero el dominio duró poco. Hacia 1970, el sector de los servicios superó al trabajo industrial en el porcentaje del empleo total. Así, la sociedad industrial clásica ha sido un momento pasajero en la historia universal. Solo en unos pocos países —Gran Bretaña, Alemania, Bélgica y Suiza— la industria fue el sector de mayor ocupación durante más de medio siglo. En los Países Bajos, Noruega, Dinamarca, Grecia e incluso en Francia, nunca llegó a esa posición; en Italia, España, Checoslovaquia, solo durante períodos breves. La sociedad industrial se acelera todavía más si dirigimos la mirada fuera de Europa: incluso en los países de mayor eficiencia industrial —Estados Unidos y Japón— la industria nunca superó la ocupación en los sectores terciario y primario. Allí, por descontado, como en otros muchos países, había zonas de especial concentración industrial. Pero en 1900, el trabajo industrial solo era más importante que el agrario en muy pocos países del planeta, como Gran Bretaña, Alemania o Suiza.2271 En gran parte del mundo, el peso de la agricultura se incrementó durante el siglo XIX, porque el avance de las «fronteras» se tradujo sobre todo en más territorio de

explotación agrícola.[2272] En ocasiones, la figura del pionero se correspondía con el dueño de una plantación o un rancho extenso, pero más a menudo eran pequeños campesinos: en las mesetas de China, en África, en la estepa kazaja, en Birmania o en Java. En el sureste asiático en su conjunto se ha hablado de un siglo de «acampesinamiento» (*peasantization*): hacia 1900, las llanuras estaban repartidas en una miríada de parcelas diminutas.[2273] Los campesinos no habían «estado ahí», sin más, «de toda la vida» (o, por decirlo con más precisión, desde la revolución neolítica); muchos «se hicieron» campesinos en el propio siglo XIX.

Hacia 1900 o 1914, la mayor parte de la población mundial trabajaba en la agricultura, en la tierra, con la tierra. Por lo general bregaban al aire libre y dependían de los elementos. Que el trabajo empezara a realizarse a cubierto cada vez con más frecuencia fue una de las grandes novedades del siglo XIX. Para los que procedían de las zonas rurales, la primera impresión de una fábrica tuvo que ser la de una *casa* de trabajo. Al mismo tiempo, debido a las mejoras técnicas de la minería, la faena también se tornó más «subterránea» y se hizo a más profundidad. Ni siquiera las tendencias más difundidas del siglo —en particular, la urbanización— hicieron que se tambaleara la fortaleza de la agricultura. Otras tendencias contrarias, y no menos «modernas», incluso se reforzaron. La expansión de la economía mundial entre 1870 y 1914 (en particular desde 1896) animó a producir a gran escala para la exportación agraria. Los intereses agrícolas ejercieron una enorme influencia política, también en los países más «desarrollados». Aunque el peso de la nobleza terrateniente decreció un tanto, los grandes hacendados dominaron la élite política de Gran Bretaña hasta el último cuarto del siglo. En numerosos países del continente, los magnates de la agricultura siguieron llevando la voz cantante. En Francia, todos los regímenes, tanto monárquicos como republicanos, tuvieron que prestar atención a un pequeño campesinado

poderoso; en Estados Unidos, los intereses agrícolas estuvieron muy bien representados en el sistema político.

La mayoría de la población mundial trabajaba el campo. ¿Qué significaba esto? Muchas disciplinas han atendido a esta cuestión desde hace tiempo: la historia agraria, la sociología agraria, la etnología o el estudio del folclore (muy relacionado con la anterior). En la Europa precontemporánea y gran parte del mundo, durante el siglo XIX, no hubo necesidad de una «historia agraria» específica: los campesinos y la sociedad rural eran *per se* el tema central de la historia social y económica.[2274] Entre los cuantiosos debates que han surgido desde los estudios pioneros del ruso Aleksandr Chayánov, en los primeros años de la década de 1920, desde el punto de vista de la historia universal resulta especialmente interesante el de la racionalidad, que se desarrolló en la década de 1970.[2275] Enfrentó a partidarios de la «economía moral» con defensores de la «teoría de la decisión racional». Según los primeros, los campesinos son hostiles al mercado, se mueven en un nivel de subsistencia, prefieren la propiedad comunitaria a la individual, actúan como una comunidad a la defensiva frente al mundo exterior y evitan los riesgos. Su ideal es la justicia en el marco tradicional, más las relaciones de solidaridad mutua, también entre propietarios y arrendatarios, patrones y dependientes. Vender la tierra se considera el último recurso. Según la segunda teoría, los campesinos son pequeños empresarios en potencia. Aprovechan las oportunidades del mercado que se les ofrecen, pero no necesariamente aspiran a maximizar el lucro, sino más bien a asegurarse la existencia material por los propios medios, sin tener que confiarse del todo a la solidaridad del grupo. El avance del capitalismo, se nos dice, conllevó una diferenciación entre campesinados que, en un principio, habían sido socialmente bastante homogéneos.

Todos estos enfoques hacen referencia a otros ejemplos, de modo que la base empírica es convincente y la comparación no nos permite decidir con claridad. En determinadas situaciones

históricas, hallamos campesinos de espíritu emprendedor, en otras impera el tradicionalismo comunitario. En nuestro contexto, lo importante es que las clasificaciones específicas de cada cultura o región no nos llevan muy lejos. No existen campesinos «típicos» de la Europa occidental o Asia. Podemos hallar actitudes emprendedoras y mercantiles tanto en la Renania como en el norte de China o el África occidental. En Japón, ya en el siglo XVII, resulta vano buscar el arquetipo «asiático» del campesino que solo produce para sí mismo en una aldea aislada. Los agricultores, que modificaban la plantación según las posibilidades del mercado, usaban las técnicas de irrigación más modernas, empleaban las mejores semillas y se esforzaron siempre a consciencia por mejorar la productividad; no encajan con la imagen del aldeano arcaico que no alcanza a liberarse de los ciclos vitales más estáticos y angostos.2276

Pueblos y aldeas

Las situaciones laborales directas y concretas de cada zona rural se distinguían por múltiples aspectos. La naturaleza favorecía determinados cultivos y excluía otros, decidía la cantidad de cosechas y la duración de la añada. Obtener tubérculos en secano requería una organización del trabajo diferente a la de la agricultura irrigada, en particular la cultura del arroz, de tipo intensivo y hortícola, en el este y el sureste de Asia, que exigía faenar directamente en el agua. La distribución del trabajo en el hogar también adquiría formas muy diversas y podía variar entre sexos o generaciones. Las grandes líneas de separación transcurrían entre dos situaciones extremas. Por un lado, podía ser que toda la familia, niños incluidos, participara del trabajo en el campo y, posiblemente, el tiempo libre se emplease en la producción artesanal en casa. Por otro, los trabajadores migrantes se alejaban de sus familias y vivían en comunidades provisionales y puramente masculinas, sin integrarse en las estructuras de aldea.

Ha habido pueblos en la mayoría de las sociedades agrarias. Su función ha sido más o menos acentuada. En un caso extremo,

el pueblo representaba muchas cosas al mismo tiempo: «Una comunidad económica, fiscal y religiosa, que defiende la paz y el orden en el interior de sus fronteras y custodia la moral pública y privada de sus habitantes».2277 Las instituciones de los pueblos se desarrollaban con particular fuerza donde intervenía al menos uno de estos dos factores: (1) el pueblo funcionaba como unidad administrativa, por ejemplo, como punto de coordinación de la recaudación de impuestos estatales, o incluso estaba legalmente reconocido como una corporación propia; (2) la comunidad rural disponía de tierras comunitarias de uso compartido o —como en la *obshchina* rusa— se distribuían y redistribuían por decisión colectiva. Este segundo punto no era tan habitual como pudiera parecer. En la economía intensiva de los pequeños campesinos del norte de China, casi todas las tierras eran de propiedad privada. El estado, cuyos órganos solo descendían hasta el nivel del distrito, no pedía los impuestos al pueblo en tanto que corporación, sino que se dirigía a un garante elegido entre la comunidad, el *xiangbao*, que era el responsable de cobrar por los medios que mejor le parecieran.2278 Por ello, en el norte de China, las comunidades rurales conservaron una estructura débil, en comparación con Europa. En el sur de China, se hacían cargo de las tareas de integración y coordinación estructuras de clanes extensas, que podían ser idénticas a un asentamiento cerrado, pero no tenían que serlo necesariamente. Sería un error considerar que esos clanes representaban *per se* un estadio de desarrollo más atrasado o incluso «primitivo»; de hecho podían servir de marco a una agricultura especialmente eficiente. Las comunidades de los templos, con sus propiedades compartidas, cumplían una función similar, no solo en China.

La posición de una comunidad rural en Eurasia, por lo tanto, podía ser de lo más diversa. En Rusia —hasta la reforma agraria de 1907, con Stolypin como presidente del gobierno— tuvo un papel dominante como comunidad de redistribución igualitaria, con escasa presencia de la propiedad privada de las

parcelas. En Japón era una comunidad de solidaridad multifuncional, que se mantenía unida por la ideología del «espíritu comunitario» (*kyōdotai*). En gran parte de China, exhibió poca cohesión, sobre todo donde faltaban los vínculos de clan y el porcentaje de trabajadores sin tierras era elevado.2279 El ejemplo japonés nos lleva también a la importante cuestión de cómo se estabilizaba entre los campesinos una élite rural. En Japón, como en muchos lugares de la Europa occidental, se lograba con la primogenitura: el hijo mayor heredaba la granja. En China, y en parte también en la India, la propiedad privada se iba dividiendo con las herencias, lo que dificultaba mantener la continuidad incluso de una explotación agrícola modesta.2280

Otra dimensión no menos importante de la existencia campesina era el acceso a la tierra. ¿Quién era el «propietario»? ¿Quién poseía los derechos de uso (o quiénes, probablemente jerarquizados)? ¿Qué estabilidad tenían esos derechos, se podían heredar, por ejemplo? ¿Se conocía la institución del arriendo (con sus múltiples variantes),2281 y en qué medida se utilizaba? ¿El arrendatario pagaba una suma fija o un porcentaje de la cosecha? ¿De qué forma se hacían las cesiones? En otras palabras, ¿hasta qué punto se había monetarizado la economía rural? ¿Seguía habiendo servicios no económicos («feudales»), que se exigían a los campesinos, en particular trabajos para los señores del lugar, pero también para el estado (por ejemplo, en la construcción de caminos y calles, o de diques)? ¿Se podía comerciar libremente con la tierra? ¿Cómo se organizaba ese mercado?

Un último parámetro de importancia es el grado de mercantilización de la producción. ¿Se producía para mercados próximos o lejanos? ¿Existía acaso una red de relaciones de intercambio locales, por ejemplo mediante un mercado periódico, en una población rural que actuara de centro de referencia? ¿Cuánto se especializaban los agricultores, quizá incluso a expensas de su propio abastecimiento? ¿Llevaban la

cosecha ellos mismos al mercado o había intermediarios? E igualmente: ¿qué contactos regulares había entre los campesinos y los no campesinos? Estos «otros» podían ser habitantes de la ciudad, pero también nómadas en la vecindad. Entre los residentes de las ciudades estaban también los *absentee landlords*, terratenientes representados en los pueblos por un agente, con los que los campesinos no compartían ningún rasgo cultural. A los grandes propietarios locales se los podía ver en la iglesia o el templo, pero los magnates de la ciudad y grandes dueños de tierras arrendadas vivían en un mundo totalmente distinto.

La India como ejemplo

Un aspecto particular de esta diversidad de las formas de vida agrarias es que no se pueden distribuir fácilmente en categorías de Este y Oeste o según los continentes. Tomaremos como punto de partida una sociedad campesina plenamente desarrollada y, a primera vista, típica. Nos hallamos en 1863. El 93 % de la población del país (de cerca de un millón de personas) vive en comunidades rurales de menos de 2.000 habitantes. Casi todos pertenecen a alguna familia: una parte, a familias extensas con varias generaciones; algo más de la mitad, a familias nucleares. Casi todo el mundo posee tierras, de las que no hay carestía. El 15 % de la superficie se emplea como campos, pastos y huertos frutales, el resto son bosques y prados silvestres. Si alguien necesita tierras, no se quedará sin ellas, las puede obtener de su comunidad. No hay terratenientes ni relaciones de arriendo. Algunos campesinos son más ricos que otros, pero no hay nobleza ni una clase de señores. Los agricultores labran la tierra casi exclusivamente para su propio sustento. Producen los alimentos que consumen y ellos mismos se tejen la mayor parte de su ropa, fabrican su propio calzado, los utensilios de la casa, los muebles. Hay graneros para protegerse de las hambrunas. Hay pocas ciudades que hayan necesitado un mercado para aprovisionarse. No es difícil obtener dinero para los impuestos,

mediante la venta de ganado. No hay ferrocarriles ni apenas caminos aptos para los carros; no hay empresas manufactureras ni protoindustria, no hay bancos. El 98 % de la población es analfabeta. Aunque en teoría profesan una «religión superior», la vida cotidiana está dominada por la superstición. Es una vida con pocas expectativas y estímulos de mejora, ni razones para trabajar más de lo necesario; es raro que un agricultor labre más tierras de las que necesita para alimentar a su familia. La naturaleza de la región es rica, no se ve miseria. La renta nacional per cápita se calcula en cerca de un tercio de la renta de los habitantes de la Alemania de esa época.

Lo que aquí se expone como un idilio campesino igualitario no es la sociedad «típicamente asiática» de un asentamiento de agricultores autárquicos, según se la imaginaba en la Europa de mediados del siglo XIX: archipiélagos de aldeas autosuficientes, compuestas de hogares asimismo autosuficientes, habitados por una población inmóvil sometida a un control exterior laxo. Tampoco se describe una fértil región subtropical africana. Se trata de Serbia, en la época de su primer censo relativamente fiable.2282

Ahora bien, esta forma de sociedad campesina no fue representativa ni de Europa ni de Asia. Pasemos a la India —que en la Europa del siglo XIX se consideraba el prototipo de campesinado arcaico— como segundo ejemplo de la gran diversidad de las sociedades agrícolas euroasiáticas, y la imagen que obtenemos podría ser la siguiente:2283 la unidad básica de la vida rural era el poblado. Su sociedad se estructuraba en jerarquías que casi siempre incluían grupos de alta condición, en particular miembros de las castas superiores o el ejército. Desde luego, estos grupos no siempre eran además terratenientes. Era raro que se abstuvieran por completo de hacer trabajos manuales —como el típico señor (*dizhu*) de los pueblos chinos—, pero siempre actuaban como los «gestores» letrados de la vida aldeana y lideraban la vida cultural. La

brecha social más profunda en un típico poblado de la India no era la que separaba —como en China— a unos señores parasitarios que vivían de arrendar sus tierras frente a, por otro lado, los azacanes, ya fueran arrendatarios o dueños de parcelas pequeñas; sino la que separaba a los que poseían unos derechos de uso de la tierra relativamente estables (a menudo, una mayoría en el poblado) y los desposeídos, una capa inferior de jornaleros. En el poblado indio, típicamente, no mandaban terratenientes (que vivieran en la ciudad o en residencias rurales lujosas), y tampoco señores de propiedades más modestas (como en China), sino un grupo *dominante* de los agricultores que concentraban en sus manos la mayoría de los recursos (tierras, bienes, dinero prestadizo). Esta posición no era el reflejo automático de su pertenencia a una casta superior pero tendía a corresponderse con esta. Por regla general también labraban tierras, y no necesariamente propias, sino también arrendadas. En principio, el derecho colonial consideraba libres a todos los campesinos. En la India del siglo XIX la esclavitud a gran escala era casi inexistente; los vestigios de la esclavitud doméstica se extinguieron tras la abolición de 1848 —quince años después de que la esclavitud se aboliera legalmente en el resto del imperio británico—. Pese a todo, los miembros más débiles de la jerarquía rural podían caer en situaciones de dependencia (al igual que en China) por efecto de los préstamos.

El primer objetivo de los campesinos indios era asegurar la subsistencia de la propia familia. Sin embargo, dando continuidad a procesos iniciados antes de la era colonial (que empezó en Bengala a partir de 1760), también se siguieron desarrollando relaciones comerciales que sobrepasaban los límites de los pueblos. En algunos casos, la concentración en los cultivos comerciales (*cash crops*), en particular el añil y el opio para el mercado chino, llevó a especializarse de cara a la exportación. Pero en su conjunto esto fue menos característico de la India (o de China) que de algunas zonas del Nuevo Mundo,

el sureste asiático o África, en las que, durante la segunda mitad del siglo XIX, ganaron terreno los monocultivos para la exportación. El poblado indio, por lo general, estaba abierto a la ciudad y participaba de redes comerciales. Intermediarios urbanos compraban los excedentes rurales y los llevaban al mercado. En su mayoría, los productores campesinos estaban en situación de decidir pensando en el mercado, pero con límites. Las relaciones de propiedad, las condiciones naturales (que hubiera o no irrigación, por ejemplo) y el poder de los grupos dominantes no les dejaba actuar como «empresarios autónomos» según pretende la «teoría de la decisión racional». La condición colonial de la India quedó de manifiesto en las primeras décadas posteriores a 1760, por las consecuencias materiales de las destructivas guerras de conquista y por un ascenso perceptible de la carga fiscal media. A más largo plazo, el dominio colonial tuvo un triple efecto: (1) regularización de la exigencia fiscal en un nivel elevado, pero calculable; (2) lenta imposición en el campo del trato regulado por contratos privados verificables ante los tribunales coloniales; (3) trato preferente a los grupos dominantes en el poblado, con lo que el poder colonial ni acepta el igualitarismo agrario ni cede privilegios claros a la aristocracia (ya existente o de nueva creación).

Las estructuras sociales de la India precolonial experimentaron durante el siglo XIX múltiples transformaciones que, una y otra vez, provocaron crisis, como ponen de relieve los numerosos movimientos de protesta. Fue el fruto de la interacción entre, por un lado, procesos económicos y sociales autónomos, y por otro, el estado colonial, al que en ningún caso cabe considerar el causante único de todas las transformaciones. La sociedad agraria india era lo bastante flexible para adaptarse a las nuevas exigencias, pero no engendró una dinámica conducente a otra agricultura muy distinta, de tipo «capitalista». Desde la perspectiva histórica, habría sido ingenuo esperarlo así, puesto que incluso si nos dejamos llevar por la fantasía y no por los

hechos, resulta difícil imaginar en la India una repetición de la revolución agraria del noroeste de Europa. En este punto se asemejaban la agricultura india, la china y quizá también la javanesa: no cabía esperar un cambio radical porque era fácil disponer de mano de obra barata, había pocas oportunidades de introducir máquinas para racionalizar el trabajo y no se daba la combinación de pastos y campos de labor característica de la Europa noroccidental.

Tipos de empresas

Al haber ido entremezclando aquí comparaciones con China se habrá podido ver que las dos mayores sociedades agrícolas del mundo se parecían bastante. En principio, los campesinos eran personas libres, destinaban una parte de la producción al mercado y la unidad principal de su economía era el hogar familiar —a menudo, con una actividad protoindustrial adicional—, que se podía complementar con un número no muy elevado de sirvientes y trabajadores asalariados. Tres de estos rasgos suponen también una cierta afinidad con la Europa occidental, al menos con Francia y con Alemania al oeste del Elba; y marcan aún más las diferencias con aquellas partes del mundo en las que, en el siglo XIX, se seguía trabajando en plantaciones, latifundios o grandes haciendas con mano de obra esclava o servil. Por lo tanto, sería erróneo suponer que hubo una brecha entre un Oeste libre y un Este de servidumbre. La estructura agraria de China (con sus numerosas variantes regionales) era con mucho más libre que el orden rural del este de Europa.

Resulta complejo clasificar la diversidad de la producción agraria y la vida rural porque hay que atender a muchos criterios que no se armonizan con facilidad. Ocurre así incluso cuando solo se presta atención a los tres criterios más importantes: (1) bases ecológicas y biológicas (¿*qué* se cultiva?); (2) forma empresarial y régimen de trabajo (en un marco de organización del trabajo, ¿*quién* tiene margen de acción y *en qué*?); (3) relaciones de propiedad (¿*a quién* pertenece la tierra,

quién la usa de hecho, y *quién* se beneficia de ello y *de qué* modo?). Por mencionar solo un ejemplo: el cultivo de arroz en campos irrigados resulta dificultoso a gran escala (a diferencia del algodón o el trigo), pero se puede desarrollar bajo relaciones de propiedad muy diversas: propiedad individual de parcelas pequeñas, arriendo, propiedades de clanes o templos...

De acuerdo con el primer punto de vista, podemos distinguir por ejemplo entre arrozales inundables, economía mixta agrícola y ganadera, horticultura, etcétera.2284 Al combinar el segundo y tercer criterio obtenemos una tipología como:

a) economía señorial (se combina una producción de subsistencia para cubrir las propias necesidades con trabajo no recompensado en los dominios de un señor que también domina políticamente);

b) empresa familiar arrendataria (frente a un terrateniente rentista);

c) empresa familiar en terreno propio pequeño (*family smallholding* o «minifundio familiar»);

d) plantación (producción de capital intensivo, para la exportación, de plantas tropicales, que emplea mano de obra extranjera y, a menudo, de etnias distintas a la local);

e) latifundio capitalista (en el que el agricultor contrata asalariados).2285

Sin embargo, la transición, sobre todo entre (b) y (c), era fluida: un arrendatario con relación hereditaria —ya fuera en Java o en la Renania— poseía la tierra aunque no fuera su propietario legal.

Durante todo el siglo, el trabajo rural siguió siendo manual en casi todo el mundo. A este respecto, muchas zonas de Europa no se diferenciaron de Asia, África y Latinoamérica.2286 La condición de clase también generó rasgos comunes a través de las culturas: un trabajador agrícola asalariado de una hacienda de Polonia o Pomerania no era sustancialmente distinto al de la India, aunque en cada lugar estuviera integrado en jerarquías y medios culturales diferentes.2287 Las experiencias y

circunstancias de sus vidas se asemejaban, en lo fundamental, por la inseguridad elemental de la propia existencia y la necesidad de ir migrando. En el siglo XIX, como en las épocas anteriores, el conocimiento agrícola se fue difundiendo a gran distancia a través de la migración. Estos paralelos y lazos de unión, sin embargo, no se traducen necesariamente en una solidaridad transnacional. A diferencia de los sectores de la industria o el transporte, que vieron emerger un primer movimiento obrero de orientación internacional, entre los campesinos no había conexiones muy extensas, no existía ninguna «internacional campesina». Los trabajadores agrícolas y los campesinos de Bihar no sabían nada de sus compañeros de México o de Mecklemburgo. La vida cotidiana de los trabajadores del campo se transformó más despacio que la de los trabajadores urbanos o de las nuevas zonas rurales dedicadas a la industria o la minería.

Si el trabajo se estaba transformando, ¿cómo y cuándo ocurrió así por influencia de procesos globales? Hablando en general, la expansión de la demanda internacional de productos agrarios (en particular tropicales) no necesariamente tuvo un efecto liberalizador sobre las condiciones de trabajo en el campo. La teoría económica liberal predecía que el comercio internacional liquidaría los sistemas «feudales» de las eras precontemporáneas, liberaría a las personas de los yugos arcaicos y despertaría en ellas un espíritu emprendedor y diligente. A veces sucedió así; sobre todo, donde los pequeños productores agrícolas pudieron aprovechar la posibilidad de vender en los nuevos mercados de ultramar sin la interposición de intereses económicos extranjeros. A largo plazo, no obstante, esto solo prometía éxito cuando el gobierno autóctono (como en Japón) promovía explícitamente la exportación y creaba las condiciones legales e infraestructurales más idóneas, o cuando un régimen colonial, a menudo para fomentar la estabilidad política, tomaba partido a favor de los campesinos locales frente a las compañías de las plantaciones extranjeras. Si no se

cumplían estas condiciones, a la postre, los intereses foráneos solían acabar imponiéndose.

Plantaciones

La abolición legal de la esclavitud en las colonias europeas, Estados Unidos y Brasil no supuso en ningún caso el final de las plantaciones como forma empresarial. Productos tan codiciados como el café, el té o las bananas se cultivaban en su mayoría en plantaciones (a veces en competencia con pequeños propietarios de otras regiones del mundo, a los que no siempre eliminaban). Desde 1860, aproximadamente, surgieron *nuevos* sectores de plantaciones: azúcar en Natal (Sudáfrica), caucho en Malasia y en Cochinchina (sur de Vietnam), tabaco en Sumatra. La plantación era un sistema innovador, «moderno», que los europeos habían introducido a gran escala en el Nuevo Mundo desde aproximadamente 1600. Hacia 1900 experimentó otro auge. No eran el fruto de la lenta continuidad de procesos locales, sino que se fundaban y organizaban por intervención extranjera, aunque algunos empresarios autóctonos también sacaron partido de las nuevas oportunidades y entraron en el negocio, por ejemplo en Java y Ceilán.2288 Una nueva plantación suponía una irrupción tan fuerte en la sociedad local como una nueva fábrica. El capital y la gestión de las plantaciones fundadas a finales del siglo XIX procedían invariablemente de Europa o Norteamérica. Aspiraban a un cultivo racional y científico que optimizara las cosechas. Para ello requerían unos pocos especialistas y el resto eran trabajadores no cualificados. Como las plantaciones se instalaban en zonas de baja densidad demográfica, con frecuencia los trabajadores se reclutaban lejos. En las grandes plantaciones de tabaco de la Sumatra oriental, por ejemplo, se prefería a los chinos, a los que se alojaba en campamentos. En el mejor de los casos, los asalariados eran «libres» solo en teoría. Por lo general se les pagaba a destajo, el contratista también los explotaba, y con frecuencia estaban sometidos a una reglamentación y disciplina tan estricta que sus condiciones

apenas se diferenciaban de las de muchas plantaciones de esclavos. Abandonar el puesto de trabajo se consideraba un delito punible.2289 Hacia 1900 era raro que fueran de propiedad familiar. En su mayoría pertenecían a sociedades mercantiles que en ocasiones hacían inversiones muy cuantiosas (hasta en ferrocarriles o puertos propios) y observaban con atención el mercado mundial. La plantación colonial era una forma evolucionada a partir de la esclavista, sin innovaciones radicales. Era un instrumento que el capitalismo global empleó casi exclusivamente en los países tropicales. A diferencia de la industria, era infrecuente que la economía de las plantaciones se asociara con proyectos de desarrollo económico más generales.2290

Las plantaciones incluían a menudo un componente industrial, cuando la elaboración del producto original se realizaba en el mismo lugar. El paradigma de esta empresa integrada es la plantación de caucho, porque los árboles se pueden explotar del año y aseguran que la producción sea continua, independiente de las estaciones. Esto asimila todavía más la plantación a la fábrica. La oleada de instauración de plantaciones que vivieron hacia 1900 el sureste asiático y África, sin embargo, no fue el principio del triunfo irresistible del emergente *agribusiness* global. Durante todo el siglo XX las plantaciones coexistieron y compitieron con la agricultura exportadora de pequeños campesinos. La economía de las plantaciones también era global en el sentido de que *tanto* la mano de obra *como* el capital procedían de varios países. En 1913, en Sumatra, región clave en este nuevo proceso, solo la mitad de las inversiones en esta forma empresarial estaba en manos neerlandesas. También participaban capitales británicos, estadounidenses, franco-belgas y suizos.2291 Las plantaciones se organizaban en terrenos adquiridos a los príncipes locales de modo que las autoridades perdían toda influencia sobre las condiciones que imperaban en las extensas regiones dedicadas a tal fin. Pero también la ley del estado colonial neerlandés podía aplicarse

solo de forma limitada y, de hecho, a menudo no tenía vigencia. Así surgió un espacio legal especial; en cierto sentido, una justicia específica de las plantaciones (que exhibe semejanzas con el dominio patrimonial, diferenciado del estatal, de las grandes fincas al este del Elba).2292 Desde unas pocas décadas antes, también se hallan condiciones similares, por ejemplo en el suroeste de la India.

Haciendas

La plantación no era la única manera de reaccionar a las posibilidades de la exportación con una organización empresarial a gran escala. En Egipto, en el siglo XIX, el poder político permitió la formación de fincas muy extensas: el estado transfería poblados endeudados a altos dignatarios que, a cambio, respondían garantizando el pago de los impuestos. Eso hizo que la tierra se concentrara en manos de una clase estatal próxima al pachá. Contribuyó a ello otra causa: los sistemas de irrigación del Nilo llevaban siglos en decadencia y se necesitaba renovar la infraestructura con la aplicación de ingeniería moderna y organizada con criterios de gran empresa. En esas fincas se cultivaban *cash crops* —los productos más comerciales, en particular algodón y caña de azúcar—, que permitieran a los propietarios obtener a corto plazo los elevados ingresos necesarios para financiar las inversiones y asegurar la recaudación de los impuestos. Además de los *felahin* del lugar, a menudo se reclutaba mano de obra de sitios más lejanos. Que Egipto, desde la década de 1820, se convirtiera en uno de los principales exportadores de algodón del mundo no obedeció tanto a que la iniciativa extranjera forzase la «incorporación» del país a la economía mundial, como a la política de Mehmet Alí y sus partidarios. La organización de las fincas egipcias era similar a la de las plantaciones, pero sin que el capital extranjero fuera mayoritario.2293

No toda la agricultura a gran escala del siglo XIX respondía antes que nada al contexto de la economía mundial. En Latinoamérica, la tarea de los «peones» de las «haciendas» no se

hacía en régimen de esclavitud ni de trabajo asalariado. La hacienda se construía sobre el modelo de una familia patriarcal. A menudo, los peones contraían con su patrón una relación casi de parentesco: de padrinazgo. Entre ellos había obligaciones extracontractuales mutuas, relaciones de «economía moral» ajenas al mercado. Materialmente, a menudo la hacienda se estructuraba como un mundo cerrado. El dominio del señor se asemejaba a una fortificación protegida, rodeada por los poblados de los peones. A diferencia de las plantaciones, las haciendas de finales del siglo XIX solían emplear poco capital y trabajar con tecnologías atrasadas. La dependencia de los peones no se fundaba tanto en la coerción directa como en deudas contraídas con el «hacendado», que recuerdan a las relaciones crediticias entre los campesinos humildes y las élites poderosas de los pueblos chinos o indios. Como la plantación (esclavista), la hacienda también era un vestigio de la Edad Moderna y la era colonial. A menudo se ha considerado la hacienda como una estructura «feudal», para caracterizarla como el polo opuesto a la plantación; pero no tiene por qué ser así. La hacienda se dirigía más al propio abastecimiento que a la producción exportadora. Las relaciones laborales tenían muchos matices no económicos. Estos vínculos fueron uno de los factores que contribuyeron a que los campesinos no se convirtieran en ciudadanos libres y capaces de ejercer sus derechos en las repúblicas latinoamericanas. No tuvieron ocasión de beneficiarse de las promesas de libertad de los tiempos de la independencia y la mayoría de sus movimientos de protesta fracasaron.2294

En el caso de México, los años de hacia 1820 a 1880 supusieron una fase de transición en la historia de las haciendas.2295 Con el desmantelamiento del estado colonial, los indios habían perdido un poder que (aunque con poca fiabilidad) los protegía. Los liberales que gobernaron en el siglo XIX, con su ideología de progreso, veían en los indios ante todo un obstáculo para que México se desarrollara a semejanza de

Europa (y más tarde, Estados Unidos). Por ello, no tuvieron ningún miramiento con la población nativa. Si la hacienda colonial aún se apoyaba sobre cierto equilibrio entre los intereses del hacendado y los de las comunidades indígenas, la política de la época republicana —acelerada tras el acceso al poder del dictador Porfirio Díaz, en 1876— liquidó en su mayor parte la propiedad comunitaria de los indios y los dejó a merced del afán de lucro de los hacendados. No por ello la hacienda se convirtió en pilar de la economía exportadora, comparable a las plantaciones del sureste asiático o Brasil. Sin embargo, históricamente, la hacienda no fue un simple callejón sin salida. A partir de 1860, con el tendido del ferrocarril, se inició también la lenta industrialización de México. Algunas haciendas aprovecharon la ocasión para introducir contratos laborales más libres, más división del trabajo en la producción, una gestión más profesional y menos paternalismo en las relaciones sociales.2296 Estas haciendas modernizadas, a menudo especialmente extensas, convivían con una diversidad de empresas menores que aún funcionaban como en la era colonial. En su conjunto, durante el siglo XIX, la hacienda latinoamericana fue una mónada cerrada en la que el patrón continuaba actuando en general a su antojo. Aunque con frecuencia la legislación era muy progresista, la policía y la justicia casi nunca actuaban a favor de los peones, que, además, se habían visto privados de aquellas estructuras de la comunidad rural que les aseguraban la existencia. No se puede calificar a los peones de «proletariado sin tierras», como los trabajadores de las plantaciones, o equipararlos a los trabajadores migrantes de la Prusia oriental, de Chile o de África. Seguían viviendo en un solo lugar y centrados en la vida de «su» hacienda, pero no eran campesinos ligados a un poblado como los de Rusia, la Europa occidental o la India. Esto no significa que en Latinoamérica no hubiera un proletariado de migrantes sin tierra y —esto es decisivo— sin oportunidad de acabar convirtiéndose en propietarios; en

Argentina eran un fenómeno recurrente.2297 Era frecuente que allí los trabajadores (y los arrendatarios) fueran italianos o españoles. Un rasgo característico era que faenaban solos; al menos, las mujeres y los hijos solían quedarse en la ciudad.

2. LUGARES DE TRABAJO: LA FÁBRICA, LA OBRA, LA OFICINA

Talleres

El trabajo se puede categorizar según el lugar en que se desarrolla. En el siglo XIX, muchos de los lugares de trabajo habían cambiado poco con respecto a los tiempos anteriores. En Europa —y más aún en Asia y África— los artesanos autónomos realizaron su labor en condiciones muy similares a las de la Edad Moderna, hasta que a finales del siglo XIX se introdujo el motor eléctrico y se expandió la producción industrial a gran escala. Los artesanos se diferenciaban de un «simple» trabajador porque los gremios, las corporaciones y otras instituciones colectivas (que en China o el imperio otomano existieron antes que en Europa) transmitían el conocimiento y regulaban el mercado. En la competencia con la industria emergente, algunos artesanos vieron devaluarse su capacidad productiva; por otro lado, abundan los ejemplos de artesanos que se adaptaron a nuevas circunstancias del mercado. Visto en su conjunto, la artesanía y los talleres de los maestros no se hicieron tan prescindibles en el siglo XIX como en el XX. También en Europa, la ropa («de calidad») procedía en su mayoría de un sastre, los zapatos, de un zapatero, y la harina, de un molino. Un concepto ampliado de la artesanía y los oficios manuales debe incluir también formas mixtas de autoayuda, esfuerzo colaborativo y cooperación profesional. Así fue como siguieron levantándose las casas particulares en la mayor parte del mundo, desde los simples entramados de madera de la Europa occidental hasta la diversidad de las casas africanas.2298 La construcción de las viviendas era «preindustrial» y algunas de sus rutinas laborales lo siguen siendo hoy.

En el siglo XIX surgieron artesanías nuevas, y algunas otras recibieron un nuevo significado. Los herreros hallaron trabajo en toda la centuria, porque el número de caballos se mantenía o incluso aumentaba; y al mismo tiempo, adquirieron un sentido nuevo en la industria. La industria pesada, con sus acererías, parecía ser la reinvención de la forja en un nivel energético más elevado y sin artesanos individuales. En muchas culturas, el herrero —por su fortaleza corporal, el dominio del fuego y la creación de armas y útiles de trabajo— gozaba de un gran prestigio e incluso de una condición mítica; en otras, como en la India, era una labor de las castas inferiores. En amplias zonas del África subsahariana, la herrería era un arte relativamente nuevo: la tradición no se forjó hasta el siglo XVIII y la época de prosperidad fue la comprendida más o menos entre 1820 y 1920. Los herreros fabricaban objetos útiles, pero también bellos, como por ejemplo joyas —que se acumulaban como fuente de prestigio— o, donde el estado no tenía el monopolio de acuñar la moneda, también dinero. El puesto de trabajo les concedía mucha autonomía y podían controlar por sí solos casi todo el proceso de producción. La imagen del herrero de pueblo es engañosa: a menudo, trabajaban para satisfacer una demanda no solamente local. En el Congo, muchos tenían una clientela socialmente diversa y multiétnica que abarcaba un territorio extenso.[2299] La necesidad de conseguir la materia prima también llevaba al herrero a moverse en círculos comerciales más amplios y a cultivar numerosos contactos sociales.

Astilleros

Algunos lugares de trabajo adquirieron una forma totalmente nueva en el siglo XIX. Un ejemplo son los astilleros, un espacio que —a diferencia de la fábrica— se conocía en muchas civilizaciones, desde hacía milenios, como centro de cooperación artesanal. En la Edad Moderna, la construcción de barcos ya se convirtió en uno de los principales sectores económicos a gran escala en países como Inglaterra, Francia o los Países Bajos.

Entonces lo dominaban los carpinteros. Luego fue una de las ramas líderes de la industrialización. En 1900 era una de las industrias más destacadas de Gran Bretaña, que había adquirido una posición preponderante en el mundo, en particular gracias a la eficiencia de las atarazanas escocesas. El sector tuvo que soportar una transformación radical de su tecnología, aunque esta no se produjo de repente. En 1868, en Gran Bretaña, el tonelaje total de los navíos de hierro botados aquel mismo año superó por primera vez el de los barcos nuevos de madera.2300 Los carpinteros de ribera y los nuevos técnicos y obreros de la construcción de hierro se organizaban socialmente de diversas formas. Los carpinteros, por ejemplo, todavía actuaban en gremios cerrados y durante un tiempo vivían y trabajaban en común.2301 La transición de la madera al hierro no se dio en todas partes, pero tampoco fue una especialidad occidental; la industria naval indonesia la completó con éxito en la misma época en que los arsenales de su metrópoli colonial se rendían ante la competencia británica.2302 El trabajo en los astilleros era una actividad ante todo masculina y relativamente poco cualificada. En muchos países fue el caldo de cultivo de una temprana organización política de los trabajadores, a menudo asociados con otros grupos de obreros de una ciudad portuaria. En algunos países, como en China, el trabajo en los astilleros y arsenales fue el núcleo primigenio del proletariado industrial.

Fábricas

La gran novedad del siglo XIX fue sobre todo la fábrica, en su doble condición de gran centro de producción y de espacio de interacción social.2303 Aquí surgieron formas de cooperación y jerarquías de poder que, más adelante, se difundieron en gran parte de la sociedad. La fábrica era un mero lugar de producción, separado materialmente de los hogares. Requería nuevas costumbres y ritmos laborales y una clase de disciplina que restringía bastante el contenido real de la idea del trabajo asalariado «libre». La fábrica se organizaba con división del

trabajo, adecuándose de modos muy distintos a las posibilidades de los obreros. Desde el principio, se experimentó con métodos para incrementar la productividad, hasta que el estadounidense Frederick Winslow Taylor —ingeniero y además pionero en la asesoría empresarial— derivó de todo ello una teoría de la optimización psicofísica, el «taylorismo», que debía acelerar el proceso laboral y someter la gestión a un control más firme y una planificación «científica».

Allí donde se instalaba por primera vez, la fábrica también era novedosa en un sentido muy concreto: no había necesidad de situarla en una ciudad. Con frecuencia era al contrario: en torno de las fábricas crecían ciudades. A veces, las fábricas quedaban como un complejo específico situado en el «campo», como por ejemplo en Rusia, donde en 1900 cerca del 60 % de las plantas estaban emplazadas fuera de ciudades.2304 En casos extremos, los nuevos asentamientos fabriles se cerraban como una especie de «institución total» en la que el empresario proporcionaba comida y alojamiento en un entorno mayoritariamente aislado del resto de la sociedad.2305 No ocurrió solo en Rusia. En Sudáfrica, la minería de los diamantes introdujo los *closed compounds* en 1885, «complejos cerrados» en los que los mineros negros estaban encerrados como en un cuartel o una prisión.2306 Pero el concepto de un mundo fabril autónomo *no solo* fue negativo. En ocasiones, empresarios de espíritu patriarcal y filantrópico como Robert Owen en Escocia, Ernst Abbe en Jena o Zhang Jian en Nantong (sur de China), se esforzaron por introducir mejoras sociales por medio de comunidades industriales modélicas.2307

La primera generación de obreros (u obreras) no siempre se contrataba en la vecindad. En la región ucraniana de la cuenca del Donéts (*Donbass*), que en origen no era urbana, los trabajadores confluían desde puntos muy distantes.2308 Cuando los empresarios delegaban el proceso de selección en contratistas locales, a menudo se tendían redes muy extensas para atraer hacia las fábricas a trabajadores agrícolas de

diversa procedencia. Casi siempre mediaba un contrato de cumplimiento forzoso cuando una dirección culturalmente ajena se enfrentaba a una multitud de obreros no cualificados sin que existieran de antemano las estructuras de un mercado laboral. El contratista autóctono, a cambio de un estipendio, «proporcionaba» la mano de obra deseada, con un sueldo fijo y para un tiempo determinado. Era el responsable de su buena conducta, y por lo tanto, a menudo se encargaba de las funciones disciplinarias. Con frecuencia también actuaba como prestamista imponiendo a sus dependientes créditos poco ventajosos. En esta fase inicial de desarrollo de la industria ligera, no se solía esperar de los obreros mucho más que una habilidad protoindustrial básica. Así pues, el contratante apenas tenía que buscar especialistas. Este sustituto del mercado laboral existía por ejemplo en China, Japón, la India, Rusia o Egipto.2309 Entre las primeras exigencias del movimiento obrero de estos países figuraba la prohibición del odiado contrato de cumplimiento forzoso. Pero desde el punto de vista de la gestión, este control indirecto de los obreros dificultaba llevar a cabo una política de personal propia, por lo que a partir de cierto momento ya no se defendió ese contrato. Por norma general, por lo tanto, fue un fenómeno de transición. Cuando este circuito organizado entre los pueblos y las fábricas demoró la aparición de una fuerza de trabajo industrial estable y distanciada de las zonas de campo, los obreros mantuvieron durante mucho tiempo rasgos de la mentalidad rural.

Por encima de todas las variantes regionales y culturales, la fábrica siempre implicó la misma clase de imposiciones para los obreros. Para poner de manifiesto las «penalidades de la primera fase del trabajo industrial» (Jürgen Kocka), además de los ejemplos más conocidos de Inglaterra o Alemania, podemos mencionar algunos de la India o Japón. En Japón, el número de hilaturas de seda mecanizadas se cuadruplicó entre 1891 y 1899. La mayoría estaban en los distritos centrales del país, donde también se criaban los gusanos de seda. Las obreras —la

presencia masculina era casi nula— procedían por lo general de familias campesinas de arrendatarios pobres. Muchas aún eran niñas: casi dos tercios no habían cumplido los veinte años.[2310] En su mayoría pasaban menos de tres años en la fábrica. Las elegían contratistas que también se encargaban de pagar los salarios (por norma, directamente a las familias, en el campo). En las fábricas les aguardaban unas condiciones laborales espantosas: se alojaban en dormitorios colectivos bajo vigilancia, comían un arroz de mala calidad con una pizca de verdura, trabajaban de quince a diecisiete horas diarias con pausas muy breves, sufrían violencia sexual... La tarea era monótona, pero exigía concentración constante; abundaban los accidentes en las calderas en las que se hervían los capullos de seda. Esas fábricas eran nidos infames de la tuberculosis. No eran mucho mejores las condiciones de trabajo en la industria del algodón, que experimentó un auge en esa misma época y no tardó en ser un foco de empleo femenino aún más importante que las plantas sederas. Uno de los rasgos característicos del sector algodonero eran los turnos de noche agotadores. Hasta 1916 fueron habituales las jornadas de catorce horas. Entre un ruido atronador y un ambiente con suspensión de fibras peligrosas, las mujeres se azacaneaban sin asegurar en máquinas que se cobraban una víctima tras otra. Los supervisores imponían la disciplina con bastones y látigos; los primeros estímulos positivos no se fueron introduciendo hasta 1905. En la industria algodonera las obreras y los obreros también vivían en enormes dormitorios carcelarios, mal aireados, a menudo sin ropa de cama propia. Prácticamente no había asistencia médica. Las condiciones eran aún más insanas que en la industria sedera; las enfermedades eran la primera causa de que tres cuartas partes de las mujeres pasaran menos de tres años en la fábrica.[2311]

La diversidad era interminable, porque la organización en «fábricas» arraigaba en medios de lo más distintos, pero en cualquier caso, la aparición de las primeras plantas

industriales siempre representaba un punto de inflexión radical: ponía patas arriba el mercado laboral, abría nuevas posibilidades vitales y creaba jerarquías de clases inéditas.2312 La inflexión no la producía la primera fábrica en instalarse, sino la primera que perduraba a largo plazo y, en especial, era tan grande que podía irradiar el efecto organizativo. El umbral decisivo era probablemente la consolidación de una fuerza de trabajo a tiempo completo: muchos de los que se convirtieron en obreros industriales, desde entonces, ya no fueron ninguna otra cosa.2313

Nuestra visión del trabajo en el siglo XIX ha estado dominada durante mucho tiempo por un «sector puntero» como la siderurgia del hierro y el acero, es decir, por la «industria pesada». Quien haya podido ver el cuadro *Eisenwalzwerk*, de Adolph von Menzel («Taller de laminación de hierro», completado en 1875), probablemente lo recuerde como la quintaesencia de la época.2314 Pero en 1913, la producción de acero todavía era bastante escasa en todo el mundo: en algunos países, regional, y aun así, concentrada en unas pocas zonas. Estados Unidos era el mayor productor mundial, con gran diferencia (31,8 millones de toneladas), seguido por Alemania (17,6 millones), y a mucha distancia Gran Bretaña (7,7 millones), Rusia y Francia (4,8 y 4,7 millones, respectivamente) y Austria-Hungría (2,6 millones). Japón quedaba por debajo de las 300.000 toneladas. En muchos países se contaba una única acerería (como la de la familia Tata en la India, o la fundición de Hanyeping en China), sin una industria sectorial de gran peso en la ocupación. En toda África y en el sureste asiático, en el Próximo y Medio Oriente (incluido el imperio otomano) no se producía acero; tampoco en los Países Bajos, en Dinamarca ni en Suiza.2315 En todo el mundo, solo una ínfima minoría de los obreros conoció la forma de producción más espectacular de la primera era industrial.

Canales

Un lugar de trabajo menos novedoso, pero apenas menos

emblemático de la época (y con una mayor difusión geográfica que la industria pesada) fueron las grandes obras. Desde la construcción de las pirámides, la Gran Muralla china y las catedrales del medioevo, naturalmente, había habido otros grandes proyectos. En el siglo XIX fueron más numerosos y más habituales en diversos continentes, y afectaban más espacio. Ya no servían tan solo para la monumentalidad del culto y la representación magnífica de los gobernantes, sino para crear infraestructuras de base en las que se apoyaba la vida social.

Antes del ferrocarril llegaron los canales. Los canales ingleses del siglo XVIII todavía no fueron construidos por un «protectorado» estable, sino por trabajadores migrantes, a menudo de origen extranjero, empleados por contratistas. En Estados Unidos, las ocho décadas de 1780 a 1860 (muy en particular, las de 1820 y 1830) fueron la gran era de la canalización. En esta época se abrieron en Estados Unidos y Canadá 44 canales; en 1860 Estados Unidos contaba con unos 6.800 kilómetros navegables.2316 A mediados del siglo XIX, estas obras estaban entre las industrias más avanzadas. Se requería invertir grandes capitales, emplear tecnología avanzada y al mismo tiempo organizar y disciplinar a ingentes multitudes de obreros. En la construcción de canales hallamos algunas de las «empresas de gran escala» de la época. Abría nuevos mercados y exigía estrategias comerciales novedosas. Al mismo tiempo era una actividad de gran importancia simbólica: la tierra ya no quedaba reservada a campesinos y mineros; el capitalismo también excavaba en ella arterias profundas. Suponía un mundo laboral distinto, transformado, a menudo especialmente penoso. El siglo XIX no vivió solo la transición del taller a la fábrica. Un ejército de trabajadores en su mayoría no cualificados, llegados de los lugares más diversos, confluyó en las obras de apertura de los canales norteamericanos: desempleados de las zonas rurales, nuevos inmigrantes, esclavos, negros libres, mujeres, niños. Estas personas carecían

del poder y la condición precisos para controlar sus condiciones laborales. Tenían pocas oportunidades de crear solidaridad, y esa clase de trabajo no engendró «movimientos» obreros organizados. Ya desde la perspectiva geográfica, se trataba de trabajadores marginales. Su mundo vital se reducía a la obra y el campamento.

En comparación con las obras de regulación fluvial del siglo XVIII, la apertura de los canales era un fenómeno monstruoso. Había que desmontar terrenos, desecar marismas, excavar el cauce artificial, consolidar taludes, dinamitar rocas, fabricar ladrillos y levantar muros, construir esclusas, puentes y acueductos. En promedio, un peón cavador llenaba unas setenta carretillas diarias.2317 En verano se trabajaba de doce a catorce horas por día, en invierno, de ocho a diez. A diferencia de la faena agrícola, aquí el trajín era tan pesado como monótono. Como a los contratistas se les pagaba por obra hecha, imponían a los obreros casi la misma presión que las industrias. No había más ayuda tractora que los caballos; las máquinas no fueron significativas hasta la posterior apertura del Canal de Suez. El proyecto más dificultoso fue el del canal de Erie, para el que, entre 1817 y 1825, se excavaron un total de 584 kilómetros entre Albany y Buffalo; era un proyecto de suma importancia económica.2318 Los obreros padecieron incontables accidentes y brotes de enfermedades infecciosas: malaria (transmitida por los mosquitos), disentería, fiebre tifoidea, cólera. La asistencia médica era rudimentaria. No había protección para los incapacitados ni los parientes de los fallecidos. La construcción de los canales representó una amarga base material del ascenso de Estados Unidos.

La construcción más espectacular de la época fue la del Canal de Suez.2319 En noviembre de 1854 Egipto otorgó a Ferdinand de Lesseps una primera concesión que le daba poderes para crear la sociedad financiera precisa para un proyecto que se venía estudiando desde 1846. El 25 de abril de 1859 empezaron oficialmente las obras, en la playa de Port Saíd, tras casi dos

años de mediciones. El 12 de agosto de 1865 llegó al mar Rojo el primer convoy naval, de barcos carboneros. En febrero de 1866, la zona del Canal de Suez quedó delimitada; en julio de 1868 se inauguró un servicio de trenes entre Ismailía y El Cairo. El 16 de agosto de 1869, cuando se hizo entrar el agua del mar Rojo en la cuenca de los Lagos Amargos, culminó —tras más de diez años de trabajo— la parte principal de la construcción del canal, de 162 kilómetros de longitud. El 20 de noviembre de 1869 el Canal de Suez se abrió a la navegación.

El canal fue un proyecto privado francés, en el que el gobierno de Egipto participó aportando la mitad del capital, a expensas de un endeudamiento tan enorme que, en 1882, fue una de las causas de la ocupación británica. Fue una de las mayores obras del siglo, de organización compleja. La encabezaba un director general que vivía como un príncipe y mandaba sobre una jerarquía de administrativos e ingenieros estructurada según el modelo de los Puentes y Caminos franceses (*Ponts et Chaussées*). El medio natural presentó dificultades distintas a las que se vivieron en la obra de los canales norteamericanos. Las temperaturas extremas obligaron a proporcionar agua a los obreros. Ya en abril de 1859, una empresa holandesa instaló varios sistemas de desalación, propulsados por máquinas de vapor, que sin embargo resultaron inviables por el excesivo consumo de carbón. Luego se trajo agua de Damieta con ayuda de barcazas y camellos. El primer *firman* del pachá de Egipto había decretado que cuatro quintas partes de los obreros debían ser egipcios. La *corvée* —trabajo forzoso y sin salario de la población civil, sin que mediara condena— era una tradición ya antigua en Egipto, pero solo era habitual que los *felahin* trabajasen en las instalaciones de riego de su propia región. Esto no era necesariamente un signo de atraso «oriental». En Francia, hasta 1836, todos los campesinos tenían la obligación de participar durante tres días en el mantenimiento de las calles de la vecindad; en Guatemala, hasta la década de 1920, esa labor se imponía a los indios (con un salario).[2320] Al

iniciarse las obras del canal se hizo venir a *felahin* de todo el país. La sociedad constructora empezó pidiendo obreros libres, pensando en la repercusión pública en Francia. Se colgaron anuncios en todas las mezquitas, estaciones de tren y comisarías de policía, y se repartieron volantes en las aldeas. Las solicitudes llegaron hasta el Alto Egipto, Siria y Jerusalén. El proceso tuvo poco éxito y la mayoría de los que se presentaron salieron huyendo al ver las espantosas condiciones de trabajo, como el tener que excavar en el fango de un lago poco profundo. Aún fue más difícil contratar a trabajadores europeos (por ejemplo de Malta). Hubo planes incluso de emplear hasta 20.000 chinos, una idea llamativa, pues la «exportación de culis» no había hecho más que empezar.

Cuando todo lo demás falló, De Lesseps y el jedive recurrieron a la *corvée*: en enero de 1862 se comenzó a utilizar el trabajo forzoso a gran escala. Aunque el pachá mantuvo su promesa de aportar mano de obra, los subcontratistas (franceses) de la sociedad no respetaron su parte. Los sueldos eran insuficientes y, cuando se pagaban, a menudo se hacía en francos y céntimos franceses, sin utilidad en el país. No se atendía a los enfermos ni accidentados y era normal trabajar diecisiete horas al día. Creció el descontento y los *felahin* huían. La imposición de estos trabajos en Egipto causó una gran irritación en la opinión pública británica y se convirtió en un arma notable con la que el gobierno de Londres intentó sabotear la construcción del canal. ¡Si en Rusia se había liberado a los siervos, y en Estados Unidos, a los esclavos! Bajo la presión de Gran Bretaña, el sultán, como teórico soberano del pachá, prohibió seguir empleando la *corvée*. En julio de 1864, Napoleón III dictó un laudo arbitral que fue aceptado por las dos partes: a finales de 1864 las empresas francesas dejarían de utilizar trabajadores forzados, pero la autoridad egipcia los seguiría ocupando en funciones auxiliares. No hay datos sobre el número total de *felahin* que participaron en la obra. Se calcula que cada mes llegaban unos 20.000 campesinos nuevos y que,

en total, unos 400.000 tomaron parte en la construcción del canal.[2321] Las tareas más importantes, sin embargo, las realizaron trabajadores empleados en libertad. Los *felahin* solo podían destinarse, por períodos breves de tiempo, a labores próximas a sus lugares de resistencia. Cuando venían del Alto Egipto, la mitad del tiempo de servicio se perdía en el viaje.[2322] La obra del canal combinó recursos de cuatro países: carbón de Inglaterra para las bombas y dragas de vapor (a finales de 1867, cuando se llegó a la última etapa de la construcción —técnicamente, la más complicada— se consumían 12.250 toneladas mensuales de carbón), madera de Croacia y Hungría para las barracas de los campamentos, y de Francia, equipo técnico y pequeñas piezas de hierro estandarizadas. Con el tiempo, el alojamiento de los obreros mejoró, aunque se mantuvo una estricta separación de campamentos: uno europeo, para los ingenieros, y un «poblado árabe» (de tiendas) para los trabajadores. Desde el principio hubo que ir buscando soluciones a los problemas de salud. Varios hospitales de la nueva ciudad de Ismailía —fundada para la ocasión— o situados en las mismas obras, además de ambulancias, atendían también a los egipcios. La prevención higiénica, el alojamiento y la manutención fueron mejorando claramente con el tiempo, entre otras razones para privar de fundamento a los críticos británicos y de otros países. En su conjunto surgió un colosal sistema técnico y administrativo que acertó a manejar con éxito el encargo. La inauguración solemne del canal se celebró del 16 al 20 de noviembre de 1869, en presencia de la emperatriz Eugenia y la corte que viajaba con ella, del emperador austríaco Francisco José y de varios príncipes herederos europeos. Gran Bretaña envió a su embajador en la Sublime Puerta, mientras que el sultán otomano mandó legados de rango inferior. Ismailía, donde vivían a lo sumo 5.000 almas, acogió a 100.000 visitantes. El jedive invitó, corriendo él con los gastos, a miles de huéspedes; las agencias de viaje organizaron excursiones turísticas al acontecimiento del siglo, oradores y

editoriales de prensa compararon a un De Lesseps cargado de condecoración con los principales héroes de la historia.2323 Giuseppe Verdi, por cierto, no había perdido de vista el encargo de su famosa ópera *Aída*, pero solo presentó la composición cuando el canal ya se había inaugurado. Se estrenó ante un público internacional en la Nochebuena de 1871, en El Cairo.

Ferrocarriles

Mientras las multitudes de *felahin* iban paleando arena en el desierto, en muchas partes del mundo se tendieron vías férreas y construyeron estaciones de tren. En todos los continentes, en principio, construir la red ferroviaria suponía las mismas dificultades técnicas. Exigía estudiar y medir con precisión el terreno, tenía en los puentes y túneles el hueso más duro de roer, y creó un nuevo oficio: el ingeniero civil especializado en el ferrocarril. Había que mover más tierra que con las carreteras construidas hasta entonces. No era raro que hubiera que coordinar simultáneamente hasta 15.000 trabajadores. El tren, como los canales, combinaba el trabajo manual puro —a fuerza de pala, pico y hacha— con el uso de técnicas de energía avanzadas, como las grúas a vapor.2324 Cuando se concluyó el Ferrocarril Transcontinental, que iba de Chicago a Sacramento (California), pasando por Omaha (Nebraska) —en 1869, es decir, al mismo tiempo que el Canal de Suez—, se habían puesto en marcha auténticos ejércitos de trabajadores, equiparables a las huestes que habrían participado en una guerra civil menor. De hecho, la construcción del ferrocarril captó a muchos soldados recién desmovilizados del conflicto que acababa de terminar. También se ocupó a unos 100.000 chinos. Cuando se propuso por vez primera utilizar esta mano de obra, se plantearon dudas sobre su resistencia física. «¡Pero han construido la Gran Muralla!», replicó el ingeniero en jefe Charles Crocker.2325 Los chinos dependían de contratistas y se organizaban en cuadrillas (*gangs*) de entre doce y veinte hombres, con un cocinero propio y un capataz (*headman*) como responsable exterior. Demostraron ser muy hábiles, no solo

llevando a término los planes occidentales, sino también resolviendo con ingenio dificultades que iban surgiendo en el camino. Los chinos se cuidaban de su propia alimentación. La costumbre de beber té y agua caliente les protegió frente a muchas enfermedades que diezmaban a los obreros euroamericanos, lo que redujo las ausencias laborales. A diferencia de otro grupo también numeroso, el de los irlandeses, el alcohol no suponía un problema. Solo se fumaba opio el domingo y no eran amigos de huelgas ni de peleas violentas. Aunque se los apreciaba por la minuciosidad con que trabajaban, sin embargo se los despreciaba por su raza. Una cuadrilla habilidosa podía tender hasta tres millas de raíles en un día. Detrás de ellos iban los martilladores y atornilladores, cuyo coro metálico recuerda al de los nibelungos de Richard Wagner en *El oro del Rin* (una ópera compuesta entre 1853 y 1857, período de un primer auge de la siderurgia en Centroeuropa). Por cada milla de raíles había que clavar 4.000 clavos con tres martillazos cada uno. El Ferrocarril Transcontinental, que desde mayo de 1869 permitía viajar de Nueva York a San Francisco en solo siete días, fue el último gran proyecto de ingeniería que se realizó en Estados Unidos con un uso mayoritario del trabajo manual.

Los grandes proyectos del ferrocarril se hicieron realidad en obras móviles de naturaleza transnacional.2326 Antes de 1860, la financiación del tren fue primordialmente de capital francés y británico; más adelante cobraron peso las fuentes complementarias «nacionales». Los materiales, el trabajo manual y el conocimiento técnico no solían ser de origen plenamente autóctono. Los ingenieros y planificadores de Europa y Norteamérica coparon en todo el mundo los cargos superiores de la jerarquía laboral ferroviaria. También se cortejaba a los trabajadores especializados con experiencia. Solo unos pocos países tendieron las vías férreas al tiempo que ellos mismos disponían de la industria pesada y la maquinaria necesarias. Ni siquiera el ministro de Hacienda Witte —que

pretendía construir el Transiberiano con los medios de la propia Rusia, y lo consiguió en buena parte— pudo prescindir del todo del acero americano. Para las obras de la Siberia occidental se reclutó a campesinos locales. Cuanto más avanzaba la línea hacia el este, el terreno resultaba más difícil y escaseaba la población local. Se contrató mano de obra de la Rusia europea, también a numerosos tártaros de Kazán, y además extranjeros, en particular italianos. En el sector del río Ussuri se desplegó a soldados, así como a unos 8.000 trabajadores migrantes chinos, coreanos y japoneses. Se trajo a presos de Ucrania y otras partes del imperio, que a veces, pasado un tiempo, se convertían en asalariados corrientes. El empleo de internos de cárceles y campos de castigo anticipaba la posterior práctica estalinista.2327

En Rodesia, la construcción del ferrocarril se concentró en los años de 1892 a 1910. La mano de obra era una tropa heterogénea, llegada de todo el mundo, incluidos no pocos italianos y griegos. Los trabajadores blancos más especializados se reclutaban en Gran Bretaña; los menos cualificados, en Sudáfrica. Muy a menudo —y también en Rodesia— el ferrocarril fue el sector privado que más empleo proporcionaba, durante mucho tiempo, solo por detrás de la agricultura. En la India sucedió lo mismo. Los ferrocarriles indios fueron el proyecto de construcción técnica más importante de Asia en el siglo XIX y, al mismo tiempo, la inversión única de capital más cuantiosa de todo el imperio británico. En 1901, la India poseía la quinta red ferroviaria más extensa del mundo, tras Estados Unidos, el imperio zarista, Alemania y Francia. Con sus 40.800 kilómetros se aproximaba a la francesa (43.600 kilómetros) y superaba las redes de Gran Bretaña (35.500 kilómetros) y la monarquía del Danubio (37.500 kilómetros).2328 La construcción de la red india, que se inició en 1853 y duró cinco décadas, dio empleo a una cantidad de trabajadores que venía a triplicar la de las obras británicas: más de diez millones de personas. En el año de mayor afanosidad, en 1898, había

desplegados para el ferrocarril 460.000 indios al mismo tiempo.[2329] Esta densidad, única en el mundo, se explica en parte por el elevado porcentaje de mujeres y niños. Se prefería ocupar a familias enteras a las que se podía ofrecer salarios mínimos. Procedían en buena parte de la clase inferior de campesinos sin tierras, a menudo incluso sin lazos con los poblados. Muchos eran, en cierto sentido, «profesionales» del trabajo no cualificado, que iban de obra en obra, allí donde los necesitaran. No poseemos estadísticas detalladas al respecto, pero es de creer que el tendido del ferrocarril en la India costó un número de víctimas exorbitante. Era más peligroso que la peor de las fábricas.[2330]

En todos los continentes, la construcción del ferrocarril hizo surgir nuevos mercados de trabajo, de un alcance supralocal, en ocasiones incluso global. Muchas de las grandes obras se procuraron mano de obra no cualificada en la gran reserva de la sociedad agrícola asiática. El funcionamiento de los trenes requería asimismo personal sumamente especializado: maquinistas, cobradores, mecánicos. Esto generó nuevas oportunidades de cualificación y ascenso; en las colonias, la población autóctona se enfrentaba además a una «barrera de color» que fue cambiando, pero nunca se levantó del todo. El ascenso podía estar asociado con ambiciones nacionalistas. En México, antes incluso de la revolución, que empezó en 1910, los trabajadores autóctonos se procuraron así acceso a labores más cualificadas en los ferrocarriles, que se financiaban desde Estados Unidos. En todo el mundo se formó un nuevo *habitus* del «ferroviario», siempre similar, y especialmente marcado donde los trenes eran estatales y el *funcionario* ferroviario podía representar la autoridad pública.

Barcos

El barco fue otro lugar de trabajo típico del siglo XIX.[2331] En nuestra época —donde un puñado de hombres puede manejar un superpetrolero— cuesta hacerse a la idea. Pero mientras se navegó a vela, se necesitaron grandes tripulaciones, formadas

en su mayoría por un protectorado naval no cualificado. Tiempo antes de la industrialización, en la navegación oceánica lo normal ya era que se trabajara asalariado.2332 En las primeras décadas de la introducción del vapor, la demanda de personal no varió gran cosa. De hecho, como al mismo tiempo se incrementó el volumen general de todas las clases de navegación —también en el tráfico interior, en ríos como el Rin, el Yangzi o el Misisipi (Mark Twain describió con precisión el trabajo cotidiano en ese medio en su libro de memorias *Vida en el Misisipi*, de 1883)—, el barco como lugar de trabajo alcanzó en el siglo XIX el punto culminante de su importancia histórica.2333 Los navíos siguieron siendo lo que habían sido en la Edad Moderna: un espacio cosmopolita con tripulantes de todo el mundo. Junto con el ejército y las plantaciones, también era el trabajo más cargado de violencia. Estados Unidos no prohibió los azotes a bordo hasta 1850. La Royal Navy británica autorizó a usar el látigo de nueve correas —instrumento de castigo especialmente brutal— hasta mediados de la década de 1870. En la marina mercante, los oficiales también recurrían a la violencia directa contra los marinos. A fin de cuentas, el barco era un espacio social de estructura extremadamente jerárquica y segmentada: en un lado, el alcázar, esfera no señalizada del capitán; en el otro, la cubierta de proa, infierno de la marinería.

Pese al romanticismo asociado a *Moby Dick*, los buques balleneros eran uno de los lugares de trabajo más desagradables que uno pudiera imaginar, junto con las minas de tipo precontemporáneo (que hacia 1900 todavía eran notoriamente peligrosas en un país por lo demás tan moderno como Estados Unidos) o las islas peruanas del guano, en las que se recoge el excremento de las aves marinas. En particular, si los caladeros principales no se hallaban cerca de los puertos, una cuestión en la que Australia partía con ventaja. Hacia 1840 no era inusual que las expediciones balleneras durasen cuatro años con visitas a tierra meramente ocasionales. El récord lo

ostentó el *Nile*, que arribó de regreso al puerto de Connecticut en abril de 1869, después de once años de ausencia. La comida solía ser infame; el alojamiento, extraordinariamente reducido y compartido entre una treintena de hombres (o más); la asistencia médica, mínima; y la disciplina de un capitán omnipotente, rigurosa. En esas condiciones, los marinos emprendían una pesca peligrosa, que los dejaba con cadáveres de hasta diez toneladas de peso, de los que todo se aprovechaba. El fuego alimentado con piel de ballena ardía sin descanso bajo las gigantescas calderas de grasa. No había refugio seguro contra el aceite. Las escenas de la pesca se compararon una y otra vez con el infierno. La decadencia de esta pesca se debió, *entre otros* motivos, a que en otros sectores surgieron oportunidades laborales menos desagradables.2334

Oficinas y hogares

La oficina no es un invento del siglo XIX: en la medida en que había burocracia, el funcionario debía sentarse en algún sitio; así que en todas las civilizaciones que han desarrollado sistemas de escritura ha existido también alguna forma de despacho. En el Palacio Imperial de Pekín se puede ver todavía hoy la espartana sala de trabajo de los altos funcionarios y uno se puede imaginar que hace muchos siglos no debía de tener un aspecto muy distinto. También hubo necesidad de «funcionarios privados» antes del siglo XIX cronológico. Las grandes compañías de las Indias Orientales tenían en Londres y Ámsterdam centros administrativos que debían controlar una cantidad ingente de escritos y requerían para ello secretarios y oficiales.2335

Un aspecto nuevo del siglo XIX, en particular desde 1870 aproximadamente, fue la burocratización de las empresas a partir de determinadas dimensiones. Así surgió una categoría social cada vez más importante: la del empleado de oficina (hombre o mujer). Pero esta categoría —conocida también con la imagen inglesa del «trabajador de cuello blanco»— es solo formal: describe la relación laboral de los que no tenían que

ensuciarse las manos con la faena. Dentro de esa categoría hay una gran variedad, desde un director gerente asalariado hasta un humilde tenedor de libros, así como la actividad femenina de las secretarias, que proliferaron con la difusión de la máquina de escribir, desde mediados de la década de 1870. Cuanto más baja era la posición en la jerarquía, se iba reduciendo el margen dispositivo y aumentaba la parte meramente ejecutiva de la actividad. También había oficinistas en las grandes empresas industriales, sobre todo en la contabilidad y en un departamento emergente como el de la ingeniería. En sectores como el comercio al por mayor o el transcontinental, en los bancos y los seguros, donde apenas había obreros, representaban la categoría laboral predominante. La expansión de los trabajadores de cuello blanco creó nuevas jerarquías funcionales y de género. El mercado laboral de las mujeres creció con más rapidez en este sector «terciario» —que incluía también la venta al por menor, ya fuera en tiendas pequeñas o en grandes almacenes— que en el «secundario» de la producción industrial. No por ello cabe afirmar con precisión —aunque se hiciera en nuestra propia época— que el mundo laboral se hubiera feminizado, porque a menudo las mujeres hallaban empleo en oficios *de nueva creación*. Apenas tenían ocasión de ascender a puestos superiores. Las mujeres trabajaban donde un gerente masculino tenía a bien emplearlas.2336

Fuera de Europa y Norteamérica, los primeros oficinistas estuvieron en las sucursales de las compañías neerlandesas. Como todas estas agencias necesitaban moverse en contacto con un mundo empresarial que les resultaba extraño, casi nunca podían evitar el situar también en las funciones de gerencia a trabajadores autóctonos. Por descontado, a esta mano de obra, como aún se hace hoy con el «personal local», se le pagaba significativamente peor. Sin embargo, a menudo eran esenciales para el resultado de los negocios. El tipo del *comprador*, [La voz, de origen portugués, se ha tomado prestada en muchas lenguas europeas. El autor también habla de ellos en la sección «Pobreza y riqueza». (*N. del t.*)] aunque tuvo formas similares en otros países, fue especialmente característico en

China. En origen era un comerciante local de buena reputación y cierto capital propio, empleado provisionalmente por una empresa europea o norteamericana. Buscaba contactos comerciales, respondía de la fiabilidad de los proveedores y clientes locales y era asimismo la autoridad responsable de un equipo de colaboradores locales que él mismo seleccionaba y remuneraba.2337 En la década de 1920 hubo empresas chinas de mayor tamaño, en un principio ante todo bancos, que se organizaron combinando los principios empresariales autóctonos y los occidentales. De esta raíz surgió la clase local de los trabajadores de cuello blanco. En Japón, con su salto hacia el desarrollo económico moderno y su burocratización precoz de la economía urbana, el proceso concluyó algunas décadas antes.

Mientras que la existencia del oficinista se convirtió en una forma típica de los países occidentales con la ampliación del sector de los servicios y la burocratización de la gran industria, en cambio, el servicio doméstico era uno de los oficios más antiguos del mundo. Sin embargo, la investigación histórica no ha descuidado tantísimo y tan gravemente ningún otro campo de la vida laboral: son muchas las zonas del mundo sobre las que ni siquiera existen estudios. La servidumbre es una constante en los hogares de los poderosos y los ricos, siempre y en todo lugar; su simple número ya era un indicador de condición social. En todas las civilizaciones, la vida de la corte era posible gracias al servicio de miles de personas; y esta situación apenas se modificó mientras siguió habiendo cortes y «grandes casas», es decir, en todo el mundo, durante todo el siglo XIX. A ello se añadió la demanda de un servicio regular (cocineras, niñeras, cocheros) para las casas de la burguesía urbana de muchos países, una demanda que crecía con rapidez. Con el tiempo desaparecieron algunas variantes de la actividad doméstica. Al iniciarse el siglo XIX, muchos intelectuales de condición sencilla aún tenían que buscar empleo como tutores privados; así lo hizo por ejemplo el poeta Friedrich Hölderlin, que nunca ocupó otra posición.2338 Con el desarrollo de una mejor educación pública, hacia finales de siglo ese oficio casi se había perdido en Occidente. Hacia esta

misma época tampoco abundaban ya los músicos como parte del servicio cortesano, en el papel de Joseph Haydn en la corte del príncipe Esterházy. Era una excepción el imperio zarista, donde hacia 1850, los señores más influyentes aún tenían entre la servidumbre a cuartetos de cuerda e instrumentistas de orquesta. (Luis II de Baviera aún tuvo también un cuarteto cortesano propio.)2339

En cambio, otras formas de empleo adquirieron más importancia. La burguesía media y alta de Europa se separaba con especial claridad de la pequeña burguesía por el hecho de tener personal doméstico; al menos, una criada. Era un signo de lujo (aun modesto, si era solo una) y uno de los símbolos de estatus más meridianos de las sociedades occidentales.2340 Aunque las condiciones de trabajo fueron de explotación en muchos casos, y se formularon quejas muy razonables, sin embargo la posición de una criada representaba para las muchachas campesinas una oportunidad de acceder con relativa seguridad al mercado laboral urbano. Como alternativa a la industria —o peor, a la prostitución—, una vida de lavar y cocinar bien podía ser aceptable. En las grandes ciudades rusas, por ejemplo, a finales de siglo la mayoría de las chicas que emigraban del campo no entraban en la industria, sino en el servicio doméstico. En el Moscú de 1882, casi el 40 % de los hogares contaban con servidumbre; en Berlín eran al menos un 20 %.2341 En el transcurso del siglo, el servicio doméstico fue aumentando su peso cuantitativo. En 1911 era la categoría de empleo más numerosa de las recogidas por el censo británico: había 2,5 millones de sirvientes; fuera de la agricultura solo había 1,2 millones de obreros en las minas y canteras.2342 En Estados Unidos, en el tercer cuarto del siglo XIX, el servicio doméstico era con diferencia la ocupación más frecuente entre las mujeres; también en el noreste urbano, es decir, la región económicamente más desarrollada del país. Para las mujeres negras, una pequeña minoría, apenas había otras alternativas.2343

Como en las casas menos acomodadas, la criada solía ser la única empleada fija del hogar, su función y sexo la diferenciaban de la servidumbre jerarquizada de las «casas principales». Durante el siglo XIX parece haberse producido una tendencia general a la feminización del trabajo doméstico, pero en ningún sitio se percibe con tanta claridad como en algunos países de Europa. Los puestos femeninos de los hogares urbanos resultaban especialmente atractivos donde, a la vez que el trabajo agrícola había perdido relevancia, las nuevas oportunidades de empleo en los servicios y la industria aún no se habían desplegado suficientemente.2344 Fuera de Europa y Norteamérica, numerosos hogares todavía mantuvieron una servidumbre extensa en la que abundaban los hombres. Cuando el empleo no se regulaba tan solo mediante la oferta y demanda del mercado, tener que sostener a un gran número de vasallos y dependientes podía representar una carga elevada en el presupuesto del hogar. En algunas sociedades, la transición entre la familia y el personal era más fluida que en Europa, por ejemplo donde —como en China— había concubinas y la adopción era un proceso habitual y sencillo. En las colonias, hasta el más humilde representante blanco del estado o la economía privada disponía de una multitud de «chicos» y otros criados. En Asia y África, la enorme disponibilidad de mano de obra barata era una de las ventajas más apreciadas por los beneficiarios de la vida colonial.

El servicio doméstico era una ocupación bastante local, siempre que en la zona no faltaran candidatos predispuestos y adecuados. Una criada o un mayordomo tenían que saber entenderse correctamente y sin fricciones con los «señores» y sus huéspedes: parte del brillo de la burguesía debía reproducirse en su personal. En algunas ocasiones, más bien excepcionales, los hogares burgueses de Europa también daban empleo a un único sirviente africano (denominado en el ámbito alemán «moro de cámara»). La globalización del servicio doméstico —por la que en Berlín abundan las limpiadoras

polacas, y en los estados del golfo Pérsico, las criadas filipinas— es un fenómeno de finales del siglo XX. En pequeña medida, sin embargo, ya en el siglo XIX hubo una migración laboral inversa: Europa (y en particular, Gran Bretaña) exportó institutrices a todo el mundo, que fueron agentes destacadas de transferencia cultural. Se las valoraba como ama de llaves y educadoras de los hijos pequeños no solo en los hogares de los europeos expatriados, sino también en las familias más acomodadas de Oriente, donde se entendía que los príncipes y otros menores debían aprender inglés, francés, piano o los modales occidentales de sentarse a la mesa. En Europa (y no solo), la institutriz ocupaba un lugar destacado en la jerarquía de la servidumbre. Esta labor era una de los más prestigiosas que podían ejercer las mujeres «honorables» de la clase media, que tenían pocas oportunidades de trabajar como profesoras en escuelas secundarias o centros universitarios.2345

3. VÍAS DE LA EMANCIPACIÓN EN EL MUNDO LABORAL: ESCLAVOS, SIERVOS Y CAMPESINOS LIBERADOS

Trabajo libre

El trabajo, según la teoría económica liberal —cuyas ideas (al menos, las principales) proceden del siglo XIX—, es libre y solo obedece a las leyes de la oferta y la demanda en el mercado. La gente no está obligada a trabajar, sino que responde a «estímulos». Si con ello se pretendiera ofrecer una descripción de la realidad, hay que hacer algunas salvedades con respecto al siglo XX. El gulag soviético, su equivalente chino y el sistema de campos del nacionalsocialismo fueron los mayores complejos de trabajo forzoso que ha conocido la historia. Solo hace unas pocas décadas que el mundo se ha liberado en gran parte de esos colosales sistemas de trabajo obligatorio, aunque en la estela de la globalización también han ganado terreno nuevas formas de trabajo muy coercitivo, de dominio foráneo, denominadas a veces como «nueva esclavitud». El siglo XIX también fue una época de transición a este respecto. Se inició una tendencia a la libertad en el trabajo que era históricamente

novedosa. El trabajo «libre» solo se puede definir con relativa claridad desde la perspectiva formal y jurídica. Debe entenderse por ello una relación acordada sin presión exterior directa, en la que el empleado cede su fuerza de trabajo al empleador a cambio de una compensación monetaria y, por lo general, por un tiempo específico. Esta relación puede ser concluida por cualquiera de las partes, en principio, y en ningún caso otorga al empresario otros derechos sobre la persona del trabajador.

Hacia 1900, esta concepción del trabajo se consideraba natural en la mayor parte del mundo; cien años antes, no era así, de ningún modo. Lo mismo se puede decir si empleamos una definición más amplia, que vaya más allá del trabajo asalariado: el trabajo libre es el que se presta sin limitar la libertad civil y la autonomía material del trabajador. Durante la Edad Moderna, la esclavitud (en sus numerosas formas) fue una institución social importante en medio mundo: en la América del Norte y del Sur, más el Caribe, en África y en todo el ámbito musulmán. En lo esencial, no había esclavitud en China, Japón y Europa, aunque Europa la practicaba con enorme vigor en el Nuevo Mundo. Si partimos de un concepto más general de las relaciones de servidumbre y sujeción, hallaremos un espectro más amplio de casos, que comprende otras cuatro formas además de la esclavitud: siervos; siervos temporales (*indentured service*); siervos por deudas (*debt bondage*); trabajadores forzados como castigo penal (*penal servitude*).2346 Se trata de conceptos con cierta validez universal, pero ante todo occidentales, porque las líneas de separación entre las categorías eran menos claras en otros contextos sociales que en una Europa educada, siglo tras siglo, en la univocidad del Derecho romano. En el sureste asiático, por ejemplo, la transición entre los distintos matices —desde la dependencia a la esclavitud— era mucho menos abrupta.

Pero al menos *una* de estas formas básicas sí existió en casi todo el mundo. En la Europa de hacia 1800, las deudas casi nunca generaban servidumbre (aunque pronto acarrearon

prisión), pero sí pervivía el régimen de los siervos. En la India ocurría a la inversa. Australia, al principio, no era sino una colonia penal. En 1800, aun después de que la Revolución Francesa encendiera un faro de libertad, no todas las formas de privación de libertad legalmente sancionadas habían caído en el descrédito. Los principales estados nacionales liberales, con sistemas políticos constitucionales, como Francia y los Países Bajos, no abolieron la esclavitud en sus imperios coloniales hasta 1848 y 1863, respectivamente: Francia, durante una revolución, y los Países Bajos, porque las plantaciones de Surinam amenazaban con perder la rentabilidad y la reproducción de la población esclava pasaba por dificultades. La tortuosa imposición del trabajo libre, surcada de atascos y retrocesos (como cuando Napoleón reintrodujo la esclavitud en el imperio colonial francés, en 1802), fue un proceso complicado, que en el espacio euroatlántico, donde esa imposición era especialmente necesaria, se puede subdividir en varios hilos.

Esclavitud[2347]

Durante la Edad Moderna, los europeos dieron nueva vida en sus colonias americanas a la esclavitud (que en Occidente había desaparecido en su mayoría). Lo hicieron a gran escala y, sobre esta base, levantaron una economía de plantaciones muy productiva. La mano de obra esclavizada se trajo de África, después de que los nativos de las distintas regiones americanas fallecieran o se comprobara que no eran aptos para el trabajo intensivo que se buscaba, y de que fracasaran los experimentos con trabajadores de las clases inferiores europeas.[2348] Esta economía de las plantaciones, tropical y subtropical, producía mercancías para el consumo de lujo europeo, como azúcar y tabaco, además de algodón, que fue la materia prima principal de la primera fase de la industrialización europea y norteamericana. La primera crítica contra la esclavitud y el tráfico de esclavos transatlántico —de los que dependían unas plantaciones que devoraban a sus trabajadores— surgió en el

medio cultural de la heterodoxia protestante, sobre todo entre los cuáqueros. Ello dio origen a un amplio movimiento abolicionista en las dos orillas anglófonas del Atlántico.2349 Logró su primer éxito (y doble) en 1808, cuando, de forma mutuamente independiente, Gran Bretaña y Estados Unidos declararon ilegal el comercio de esclavos internacional. Desde entonces, Estados Unidos no importó más esclavos; Gran Bretaña impidió la entrada de nuevos esclavos, detuvo el tráfico en los barcos ingleses y se arrogó el derecho de dirigir su armada contra los transportes esclavistas de terceros países.

La esclavitud en sí no desapareció con eso. Quedó destruida en primer lugar en Santo Domingo/Haití durante la revolución de 1791 a 1804. En todos los demás casos, no desapareció a consecuencia de la revolución de esclavos, sino por la presión de las fuerzas liberales en la opinión pública de las respectivas metrópolis. La ilegalización de la esclavitud en las colonias europeas se inició en 1834, en el imperio británico, y se cerró en 1886 en Cuba. En las repúblicas latinoamericanas, la esclavitud ya quedó prohibida durante las guerras de independencia; pero en todos esos países, los esclavos no representaban un porcentaje significativo de la población. En Brasil, los últimos sometidos recibieron la libertad en 1888. En Estados Unidos, la emancipación se prologó durante más de ocho décadas. La primera colonia norteamericana que se declaró en contra de la esclavitud fue Pensilvania, en 1780. Durante las décadas posteriores, todos los estados del norte, uno tras otro, fueron aprobando leyes contra la esclavitud. Al mismo tiempo el sistema esclavista de los estados del sur no solo se consolidó, sino que, a consecuencia de la explosión mundial del algodón, logró allí el punto culminante de su importancia económica. El tema de la difusión de la esclavitud en las zonas del oeste del continente que se iban añadiendo a la federación se convirtió en una polémica central en materia de política exterior y, en última instancia, en 1861 llevó a la secesión de los estados del sur y el inicio de la guerra civil;

concluida esta, los esclavos de Estados Unidos quedaron legalmente emancipados.
Donde millones de esclavos africanos trabajaban en el sector más dinámico de la economía, la esclavitud era de todo menos un simple vestigio atrofiado de la Edad Moderna. En el sur de Estados Unidos, en Brasil, Cuba y algunas otras islas antillanas fue, mientras pervivió, la institución social básica. Eran sociedades esclavistas por principio, en las que la relación de señores y esclavos se expresaba en todos y cada uno de los aspectos de la vida cotidiana y determinaba la conciencia social. La esclavitud, independientemente de cómo la quiera uno entender, es una forma de existencia total; los esclavos no pueden definirse a sí mismos por ningún otro factor, y lo mismo se aplica a los dueños, que deben el sustento —más o menos lujoso— a la esclavitud. Por su esencia, sin embargo, en el mundo atlántico la esclavitud era una relación laboral, y se debe analizar en este contexto.
En la interpretación derivada del Derecho romano, que era la habitual en el marco atlántico, los esclavos eran una propiedad material de sus dueños. El señor tenía el derecho de utilizar la capacidad de trabajo de los esclavos sin límite temporal, así como de imponer ese uso con medios violentos; y no tenía ningún deber de darles por ello comida o salario. Las leyes generales del país no se aplicaban a los esclavos, o solo con muchas restricciones. Por ello, por norma general, carecían de toda protección frente a la violencia del señor. Los esclavos podían ser vendidos a terceros sin tener en consideración su contexto familiar; esta práctica surtió efectos devastadores en la exitosa novela *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe (1851-1852). La condición de esclavo solía ser de por vida y a menudo se transmitía por vía materna. La resistencia y la huida se consideraban delitos que se castigaban con suma dureza. Este fue el modelo básico de la esclavitud atlántica: una forma de dependencia que, vista ante el panorama histórico mundial, fue inusualmente dura y privadora de derechos. Los

historiadores han debatido mucho al respecto de si la vida real de los esclavos se correspondía siempre con el extremo más penoso de esa condición. Mientras que los abolicionistas, por su irritación moral y por necesidad táctica, presentaron a los esclavos como simples objetos, estudios más recientes han puesto de relieve la plenitud cultural de la vida de los esclavos en sus comunidades y, con ello, han demostrado que incluso con la esclavitud pervivía cierto margen para la acción y las decisiones vitales personales.2350 Aun así, es un hecho crucial que, durante la primera mitad del siglo XIX, y en algunos casos incluso después —en Occidente, no en el Asia oriental—, millones de personas trabajaron en condiciones que no podían distar más del ideal de «libertad» económica y moral que propagaba el liberalismo de la época. No lo hacían en los ámbitos más arcaicos y atrasados de las respectivas economías. Hoy se puede tener por demostrado que la plantación esclavista, tanto en el Caribe en vísperas de la abolición británica como en el sur de Estados Unidos antes de la guerra civil, fue un modo de producción eficiente y provechoso, y por lo tanto, desde el punto de vista económico, racional.2351

No había ningún camino corto y directo que llevara de la esclavitud a la libertad. Los antiguos esclavos liberados a golpe de pluma no empezaban de pronto a gozar de nuevos derechos positivos y una base económica de subsistencia. En ningún sitio los esclavos pasaron a ser *de facto* ciudadanos con todos sus derechos. En las colonias, en un principio, no dejaron de ser súbditos coloniales equiparables a «menores de edad», como los demás habitantes que fueron «libres» antes que ellos; aunque en las posesiones británicas había alguna posibilidad de que pudieran defender legalmente sus intereses. En Estados Unidos, en 1870 se había introducido en todos los estados federales el derecho de sufragio masculino universal, independiente del color de piel. En el sur, desde la década de 1890, este derecho quedó anulado casi del todo por leyes discriminatorias específicas (con procesos de registro

incomprensibles, exigencia de mínimos de propiedad o formación, etcétera).2352 Aún tuvo que pasar todo un siglo de arduo combate, desde el final de la guerra civil, para que los negros pudieran ejercer de hecho sus derechos civiles principales. En la mayoría de los procesos de emancipación, los antiguos señores recibieron compensaciones: por ejemplo, los antiguos esclavos siguieron prestándoles ciertos servicios durante un período de transición. A menudo, el estado pagó sumas elevadas para la redención.

Solo en Estados Unidos el final de la esclavitud se combinó con la derrota militar de la élite esclavista.2353 Aquí las consecuencias fueron similares a las de una revolución socialista que impusiera, como castigo, una enajenación de la propiedad privada. Pero ni siquiera en Estados Unidos los libertos pasaron a ser de inmediato asalariados en la industria o campesinos independientes que labraban tierras propias. Habitualmente, las grandes plantaciones dieron paso a sistemas de aparcería (*share-cropping*), en los que el plantador tendía a seguir siendo el propietario del terreno y el antiguo esclavo, ahora arrendatario, debía compartir con él los frutos de su trabajo.2354 En efecto, en general la aristocracia de las plantaciones sureñas perdió el derecho de propiedad sobre las personas, pero no sobre la tierra y otras cosas. Así, los esclavos de las plantaciones pasaron a ser una clase inferior, sin tierras y sometidos a una clara discriminación racial, que se ganaba un sustento cada vez más precario con labores asalariadas o la aparcería. Este estrato social inferior no tardó en incluir también a «blancos pobres» (*poor whites*), con lo que las barreras de clase y raza se mezclaron.2355 En Haití, las plantaciones habían quedado materialmente destruidas durante la revolución, con lo que el conjunto de la economía azucarera desapareció de una colonia que tiempo atrás había sido muy rentable. Hasta el día de hoy, la agricultura del país se caracteriza por la producción en parcelas pequeñas. En el Caribe británico y francés, la producción a gran escala tampoco

pudo continuar sin interrupción. En algunas islas, los propietarios lograron retener en su poder las plantaciones azucareras, pero no las cultivaron tanto los exesclavos como nuevos trabajadores («culis») con contratos de cumplimiento forzoso, traídos de la India. Por lo general, aquí el esclavo pasaba a ser un pequeño campesino de parcela, en una situación en conjunto menos discriminada que la de los antiguos esclavos del sur de Estados Unidos, y con una mínima protección del Derecho británico.2356

La libertad, según un análisis general de las experiencias de emancipación, no era una cuestión de todo o nada: se producían en diversos grados y formas. La cuestión de si una persona era libre o no era académica en comparación con la cuestión, más realista, de *cuán* libre era, *en qué* podía utilizar su libertad y *de qué* seguía excluido o pasaba a quedar excluido.2357 Otra diferencia crucial era la de si a los esclavos, como en Brasil, se los «soltaba en libertad», sin ninguna asistencia, o si alguien se ocupaba de ellos desinteresadamente. Los exesclavos estaban debilitados y eran especialmente vulnerables, no tenían aliados naturales en la sociedad y necesitaban algo de cojín frente a los rigores de la lucha por la existencia en una economía de mercado.

Siervos

En la Europa cristiana, en particular al norte de los Alpes, no hubo esclavos desde la Edad Media. La forma característica del trabajo sin libertad era la servidumbre.2358 Al iniciarse el siglo XIX, esta institución perduraba sobre todo en Rusia, tras haberse endurecido en el siglo anterior. Para dar una impresión aproximada de su alcance, recordemos que en 1860, en Estados Unidos casi cuatro millones de personas vivían en régimen de esclavitud (lo que equivalía al 33 % de la población de los estados del sur y el 13 % del total del país). La población esclava de Brasil llegó a su punto culminante en la década de 1850, con unos 2,25 millones de personas (el 30 % de la población total, lo que demográficamente lo acerca mucho al

sur de Estados Unidos).2359 Pues bien, la cifra de siervos en el imperio zarista (por cierto, casi exclusivamente en la Rusia *europea*) era más alta: en 1858 había 11,3 millones de siervos sometidos a señores privados, más 12,7 millones de campesinos estatales, no necesariamente libres. La servidumbre representaba cerca del 40 % de la población masculina de Rusia, y más del 80 %, si se añade a los campesinos del estado.2360 La principal diferencia demográfica entre Rusia y los estados del sur de Estados Unidos, en la misma época, era la concentración de la mano de obra servil. En Rusia no era infrecuente que una única hacienda dispusiera de varios cientos de siervos, en Estados Unidos no abundaban las plantaciones de esas dimensiones. Además, en los estados del sur estadounidense, mucho más urbanizados, había un porcentaje mucho mayor de blancos que no poseían ningún esclavo. Muchos contaban con tan solo unos pocos esclavos, por ejemplo en el servicio doméstico. En 1860, solo el 2,7 % de los propietarios de esclavos en los estados sureños poseían más de cincuenta esclavos; en la misma fecha, un 22 % de la nobleza terrateniente (*pomeshchiki*) disponía de más de cien siervos.2361

Los siervos no eran esclavos.2362 Los siervos rusos podían acogerse, la mayoría de las veces, a determinados derechos sobre la tierra, y además de su propio trabajo en la hacienda, podían realizar actividades económicas para el propio abastecimiento. Como por lo general se trataba de campesinos locales, el siervo típico, a diferencia del esclavo, no había sido arrancado de un mundo de origen situado a gran distancia. Los siervos seguían integrados en la cultura campesina y vivían en su propia comunidad rural. Las funciones de hombres y mujeres, en el caso de los siervos, estaban separadas con particular claridad. Los siervos tenían acceso a la jurisdicción patrimonial del señor, mientras que los esclavos, normalmente, no podían invocar ningún tribunal. En el entorno legal europeo se otorgaba a los siervos ciertos derechos consuetudinarios de

los que no gozaban los esclavos. El siervo, en suma, era un campesino, y el esclavo, no. Es mejor no hacer generalizaciones sobre el efecto de los dos sistemas. La esclavitud tendía a ser más dura que la servidumbre, pero no necesariamente sería así en todos y cada uno de los casos. A los siervos en sentido estricto —con sumisión hereditaria, según la convención rusa— se los podía comprar, regalar e incluso perder en la mesa de juego. Y no estaban «atados al terrón», en principio eran móviles y, por lo tanto, poco menos disponibles que los esclavos estadounidenses.

Ambos sistemas quedaron superados de forma estrictamente sincrónica. Así pues, cabe considerarlos como dos hilos de un mismo proceso que, sin ser global, sí se extendió entre los Urales y Texas. La servidumbre rusa también era rentable y económicamente viable. En ninguno de los dos países el capitalismo poseía ya la fuerza precisa para actuar como la fuerza de mayor capacidad disolvente, aunque los representantes de un nuevo pensamiento liberal capitalista esperaban que los modos de producción basados en el trabajo forzoso no tardarían en chocar contra el límite de sus posibilidades de expansión. En la Europa occidental, en el norte de Estados Unidos, y también en la opinión pública del imperio zarista, que se orientaba sobre todo hacia el modelo de la civilización occidental, imperaba a mediados del siglo XIX la convicción de que la servidumbre permanente de un ser humano —que no había sido condenado a ello por sus delitos— era una reliquia repulsiva de los tiempos pasados en el mundo moderno. El decreto zarista que abolió la servidumbre en 1861 fue, en el contexto ruso, una iniciativa casi tan revolucionaria como la declaración emancipatoria de Abraham Lincoln el 1 de enero de 1863, aunque el decreto ruso no atacaba tan frontalmente a los propietarios y las disposiciones se implantaron con su colaboración.

En el momento de la emancipación, a los esclavos negros parecían aguardarles unas expectativas de futuro favorables,

porque el Norte victorioso puso en práctica una política, durante la reconstrucción, que debía ayudar a los exesclavos a procurarse un lugar respetable en la sociedad. En comparación con esta, dejar atrás la servidumbre fue un proceso más lento y gradual. No tuvo la sencillez radical del nuevo comienzo estadounidense, que se apoyaba en principios generales que valían para todos los casos, sino que creó una serie compleja y confusa de deberes y derechos escalonados temporal y espacialmente, expresada en textos abstrusos cuya interpretación jurídica tendió a perjudicar a los campesinos.[2363] Mientras que los antiguos propietarios de las «almas» rusas obtuvieron compensaciones generosas, a los campesinos liberados se los cargó con toda una sucesión de restricciones que siguieron dificultándoles bastante la vida. Hasta 1905, por la presión revolucionaria, no se decretó la anulación de todos los pagos compensatorios pendientes; en 1907 se condonó legalmente el pago de las últimas deudas.

Desde la perspectiva de un año como 1900, los dos procesos emancipatorios se distinguían menos de lo que se habría podido esperar a mediados de la década de 1860. Los dos confirmaron la regla de que, aunque se hubieran abolido la esclavitud y la servidumbre, no fueron sustituidas de inmediato por la igualdad y el bienestar, sino por formas nuevas, quizá algo menos opresivas, de dependencia y pobreza. En Estados Unidos, la reconstrucción, cargada de buenas intenciones, no tardó en fracasar, y se restauró la dominancia política de los dueños de las plantaciones. Se pagó caro no haber proporcionado tierras propias a los antiguos esclavos, mientras que en Rusia los campesinos adquirieron los derechos legales sobre cerca de la mitad de las tierras que habían sido propiedad de la nobleza terrateniente. Así pues, Rusia se tornó labradora, hasta el punto de que en lugar del viejo problema surgió una «cuestión campesina»; en cambio los exesclavos estadounidenses no tuvieron ninguna ocasión de convertirse en campesinos. En el siglo XX, desde las reformas agrarias de

Stolypin en 1907, se fueron encadenando los experimentos para resolver la cuestión campesina, aunque por lo general no en beneficio de los propios labradores. Los tímidos intentos de posibilitar el desarrollo de una economía de tipo capitalista, con empresas grandes y medianas, se interrumpieron brutalmente con la colectivización de 1928.2364 La emancipación de 1861 tampoco fue una revolución cultural. Dejó inalteradas las costumbres de unos pueblos nada idílicos, no moderó la crudeza de las costumbres y contribuyó poco a elevar el nivel educativo y reducir el consumo de vodka en las zonas rurales. Así pues, la «emancipación», en el sentido poderoso que le dio la Ilustración europea occidental, es un concepto demasiado fuerte. En Estados Unidos, los antiguos esclavos, una vez concluida la reconstrucción, tampoco recibieron casi ayudas para acceder a una mejor educación.

Liberación campesina

Según la interpretación liberal, los siervos rusos carecían de libertad en dos sentidos: por un lado, eran objetos propiedad de un señor; por otro, estaban integrados en el colectivismo de la comunidad rural. En 1861 se anuló la primera atadura, en 1907, la segunda. Con respecto al resto de Europa, es más difícil indicar *de qué* se liberó a los campesinos. El intento de construir tipos (como el del «siervo ruso») no debe llevarnos a simplificar de más y distinguir entre un Occidente con libertad y un Oriente servil. Hubo grados de falta de libertad que no cabe pasar por alto ni siquiera al buscar las tendencias más generales. Así, a mediados del siglo XVIII, la situación habitual de los campesinos de Holstein o Mecklemburgo no se diferenciaba radicalmente de la de los labradores rusos. En 1803, el periodista Ernst Moritz Arndt todavía empleó una palabra tan dura como «esclavitud» para caracterizar las circunstancias de su tierra natal, la isla báltica de Rügen.2365

Con el término de «liberación de los campesinos» se suele denominar el lento proceso que acarreó que, hacia 1870 (a lo sumo, hacia 1900), en su gran mayoría los labradores de

Europa se transformaran en lo que no eran un siglo atrás: ciudadanos con los mismos derechos que los demás; sujetos económicos con libertad de elegir su residencia y actividad; contribuyentes fiscales y arrendatarios que no debían a nadie servicios laborales ajenos a los contractuales (ni «desmesurados», es decir, ilimitados). Esa libertad no se asociaba necesariamente con propiedad de tierras. A un arrendatario inglés le iba mejor que a un pequeño propietario rural del norte de España. La clave era un acceso relativamente seguro a la tierra en condiciones de explotación económica favorables. Un alquiler estable a largo plazo era conveniente. Pero no cuando, en un contexto de abundancia de la mano de obra, el terrateniente hiciera competir entre sí a los pequeños arrendatarios de modo que la renta se encarecía mucho (*rack rent* o «alquiler torturador»). Este último era un sistema «moderno» con el que campesinos totalmente libres podían toparse en Europa o en China. Al desaparecer los vestigios de una «economía moral» que aún incluía cierta asistencia patriarcal, la existencia de las familias de labradores quedaba plenamente acoplada al acontecer del mercado (salvo que los gobiernos, como se ha hecho en Europa hasta hoy, utilizaran la «política agraria» para proteger a los campesinos).

Liberar al campesinado fue un fenómeno de toda Europa. Si se lo define desde la perspectiva jurídica, se extiende hasta el edicto rumano de liberación de 1864; desde el punto de vista factual, se prolonga algo más. Algunas regiones de Europa quedaron excluidas. En Inglaterra, según comentó Max Weber con sarcasmo, «la tierra» ya había sido «liberada de los campesinos» por los *enclosures* del siglo XVIII.2366 Al empezar el siglo XIX, la estructura social de los campos ingleses comprendía tres peldaños: grandes terratenientes, grandes arrendatarios y labradores. Algo similar ocurría en el oeste de Andalucía, donde los grandes latifundios, que en parte procedían de la Edad Media, eran cultivados en su mayoría por «jornaleros» que podían representar tres cuartas partes de la

población campesina.[2367] La liberación campesina supuso que la sociedad rural se adaptara a funciones generales, sociales y políticas que se acababan de formar. El «estamento» campesino perdió su carácter especial. Está más o menos claro qué fuerzas estaban detrás de este proceso, pero no tanto cuáles fueron su combinación particular y sus causas primarias. Jerome Blum, en gran experto del tema en la perspectiva paneuropea, ha visto en la liberación de los campesinos —desde la primera ley de emancipación del ducado de Saboya, en 1771— el último triunfo del despotismo ilustrado.[2368] Solo excepcionalmente, afirma este autor, la emancipación no la impulsó y llevó a cabo un régimen absolutista; sobre todo fue el caso de la Francia revolucionaria. Pero precisamente la Revolución Francesa, difundida por Napoleón, fue el motor inicial de las iniciativas estatales. A menudo, derrotas militares que pusieron el temor en el cuerpo a los regímenes monárquicos fueron la causa de que estos dirigieran la atención hacia la cuestión campesina. Prusia eliminó la servidumbre en 1807, tras su derrota contra Francia. Más adelante, el fracaso en la guerra de Crimea desencadenó en Rusia el paquete de reformas que incluía la liberación de los siervos; y en Estados Unidos, la liberación de los esclavos tuvo como causa la guerra civil.

El proceso de la liberación campesina en su conjunto también se alimentó de otras fuentes; sobre todo, de un ansia de libertad entre los labradores que se remontaba mucho más allá de la Revolución Francesa y que ya había batallado por obtener un mayor campo de acción en el opresivo contexto «feudal» de los diversos sistemas del Antiguo Régimen.[2369] A principios del siglo XIX, el temor a las revueltas campesinas no se había disuelto. Corría directamente en paralelo al miedo de los propietarios de las plantaciones a las sublevaciones de los esclavos: después de la sangrienta revolución de Haití se vivieron otras en Jamaica (en 1816 y 1823) y en Virginia (la «rebelión de Nat Turner», en 1831). La liberación campesina fue casi siempre un acuerdo reformista. La solución radical de

Francia, que enajenó a la aristocracia terrateniente, no se repitió en otros lugares. Las clases latifundistas sobrevivieron a este proceso y, aunque hacia 1900, en la mayoría de los países europeos, ocupaban una posición en el espectro social y de política interior más débil que un siglo atrás, esto solo raramente se debió a la pérdida de sus privilegios como terratenientes. Para muchos latifundistas, de hecho el margen de acción se amplió y las alternativas se definieron con más claridad: podían pasar a la producción agrícola a gran escala en sus propias tierras, o retirarse a vivir pasivamente de las rentas de las tierras. Otras intenciones e intereses alimentaron el proceso —de asombrosa convergencia— de la liberación de los campesinos europeos. Antes de la Revolución Francesa, la corona austríaca en particular había intentado aumentar la participación del estado en los excedentes del campo a expensas de la nobleza. En aquel momento, y con frecuencia también después, quienes desarrollaron e implantaron estas estrategias fueron miembros de la nobleza administrativa, distantes del campo. Pero también los miembros de la élite terrateniente, en determinadas circunstancias, optaron por un rumbo reformista; sobre todo cuando con ello buscaban obtener el respaldo político del campesinado, por ejemplo en Polonia, para contener los efectos de la división, o en la resistencia húngara frente a los Habsburgo.

Por último, la evolución social general creó también nuevas condiciones de base. La servidumbre —sobre todo la «segunda» servidumbre, reinstaurada en la Europa oriental en el siglo XVII — fue entre otras cosas una reacción a la escasez de mano de obra; lo mismo cabe afirmar de la esclavitud en las plantaciones del Nuevo Mundo. El rápido crecimiento demográfico de Europa en el siglo XIX eliminó este problema. Al mismo tiempo, el crecimiento urbano y la primera industrialización crearon nuevas posibilidades de ocupación para las gentes del campo. Los mercados de trabajo se flexibilizaron y no necesitaron tanta estabilización coercitiva (que, además, cada vez suscitaba más

rechazo ideológico). Con la liberación de los campesinos, una gran parte de la población rural quedó liberada de las obligaciones no económicas con respecto a su señor, en todos los países en los que, en el siglo XVIII, pervivía la dependencia de tipo más o menos «feudal». Los resultados fueron diversos. En Francia la situación del campesinado vivió una mejora clara; en Austria, el cambio también fue relativamente positivo. Prusia y Rusia hicieron menos concesiones a los labradores. En el otro extremo de la escala estuvieron Pomerania, Mecklemburgo y Rumanía, donde los campesinos apenas acabaron el siglo mejor de cómo lo habían empezado. Los grandes «perdedores» —además de la nobleza francesa prerrevolucionaria— fueron los millones de personas que no lograron dejar atrás la condición de labradores sin tierra. A los antiguos señores y propietarios de los esclavos el cambio les afectó mucho menos. Salieron ganando la mayoría de los campesinos y, a todas luces, la burocracia estatal. Al terminar la liberación, los campesinos europeos tenían una relación más directa con el estado, sin necesidad de convertirse en agricultores estatales. La «vieja» libertad de los campesinos europeos se había vivido en los pueblos y en la relación con los señores; la «nueva» libertad del siglo XIX no podía superar el marco regulado por el estado. Con el tiempo, incluso los liberales más acérrimos reconocieron que los mercados agrícolas necesitaban, más que ningún otro, la regulación política. En el último cuarto del siglo nació la política agraria de la que ha dependido, desde entonces, la existencia de los campesinos europeos.

4. LA ASIMETRÍA DEL TRABAJO ASALARIADO

Una transición lenta

Al terminar la emancipación de los campesinos, en las zonas rurales se habían formado dos roles predominantes: el del empresario agrícola (ya fuera grande o pequeño) y el del trabajador asalariado. Eran dos variantes muy distintas del trabajo «libre». Sin embargo, la libertad del mercado solo indirectamente tenía que ver con las antiguas utopías de la

liberación campesina. Esta genealogía todavía no explica la aparición del concepto del trabajo «libre» fuera del contexto que, simplificadamente, cabe describir como de transición del feudalismo al capitalismo. El historiador legal Robert J. Steinfeld ha contado una historia distinta para Inglaterra y Estados Unidos. Considera que la transición decisiva al trabajo en libertad se dio allí donde los empleados tenían la posibilidad de abandonarlo, es decir, donde alejarse del puesto laboral ya no se perseguía penalmente. El punto de partida de esta historia no es la esclavitud ni la servidumbre, sino una forma de obligación laboral que llegó al Nuevo Mundo con las colonias y los asentamientos de europeos: la servidumbre temporal del *indentured service*.2370 Con este sistema, los trabajadores empeñaban la propia fuerza laboral, para un período de varios años, a cambio de que se les anticipara el coste del transporte transatlántico. En la cultura legal inglesa, desde el principio, esta forma de privación voluntaria de los propios derechos personales despertó recelo. La norma social del «inglés libre por nacimiento», surgida en el siglo XVII y difundida con rapidez, chocaba con estas formas de empleo servil.

Desde 1830, más o menos, el choque se hizo especialmente llamativo en Estados Unidos, a causa de la crítica creciente contra la esclavitud. En las colonias americanas ya había habido trabajo libre desde los primeros años del siglo XVIII; pero durante mucho tiempo siguió siendo más la excepción que la regla, entre las diversas variantes de los acuerdos laborales contractuales. Precisamente esta forma contractual, junto con la limitación temporal, era la diferencia principal entre el *indentured service* y, por otro lado, la esclavitud o la servidumbre. Además, la servidumbre temporal no se veía como una reliquia de tiempos arcaicos, lo cual es cierto: desde la perspectiva de la historia social y legal, era sin duda una forma «moderna» de relación laboral. Todo esto facilitó dejar atrás el sistema. Como efecto anejo a la crítica a la esclavitud, se puso sobre todo en cuestión si el *indentured service* se podía

considerar de verdad como una relación asumida en plena libertad. En lo esencial, preocupaba esto, y no cómo se tratara a los trabajadores. A diferencia de lo que pasó con la esclavitud, aquí no hubo defensas públicas de esta práctica. Así pues, tras quedar deslegitimada retóricamente en la década de 1820, ya en la década siguiente también se le puso fin de hecho. En el pensamiento legal angloamericano, se daba por sentado que el trabajo libre debía representar la normalidad. Los tribunales estadounidenses partieron del principio —por vez primera, en 1821— de que las obligaciones laborales debían asumirse voluntariamente y que ello dejaba de ser así cuando un trabajador ansiaba abandonar su puesto y se le impedía materialmente hacerlo. Esta interpretación revertió a su vez sobre el tema de la esclavitud, reforzando las críticas. En el norte de Estados Unidos, el *free labor* se convirtió en un grito de guerra contra la sucesión del sur. Al mismo tiempo, quedó deslegitimado por principio el uso de la violencia física contra los trabajadores. Esto tenía más consecuencias: la jurisprudencia de Estados Unidos se adelantó a la de Inglaterra al considerar nula la distinción entre el trabajador que regía su propio hogar y el mozo, la criada o la sirvienta mantenidos en la casa del señor.2371

Junto a esto cabe explicar otras historias. Una sería la de la evolución del trabajo libre en el Derecho burgués de la Francia posrevolucionaria, según se expresó en el *Code Napoléon* y halló gran resonancia en Europa. Otra afectaría al desarrollo de la legislación alemana sobre la servidumbre (*Gesinderecht*). Incluso avanzada la época de la gran industrialización, en Prusia y otros estados alemanes aún pervivían muchas limitaciones extraeconómicas de la libertad de la servidumbre. Es cierto que el derecho de los señores a castigar a sus servidores quedó cancelado en todo el Reich por la ley introductoria del Código Civil de 1896, pero en forma debilitada (por ejemplo, con la facultad de castigar «indirectamente») pervivió en la práctica judicial hasta el fin del imperio. En otras

palabras: sin duda los castigos siguieron siendo habituales.[2372]

La interpretación de Robert Steinfeld es particularmente interesante por esto mismo, porque sitúa el siglo XIX como fase decisiva en el desarrollo del trabajo libre. Pero ¿en qué sentido? La historia de Steinfeld comprende una segunda parte. El trabajo libre no predominó como sucesor inmediato del *indentured service*. Aquí también hubo una fase de transición, como en la esclavitud y en la servidumbre (sobre todo en la rusa). Ni siquiera en la industria inglesa desapareció de un día para otro la coerción extraeconómica o, por ser más preciso: no monetaria. El Derecho positivo y, de hecho, la jurisprudencia dieron a los empresarios y empleadores agrarios los medios para imponer una continuidad en las relaciones laborales (por ejemplo, con procedimientos de retención «cautelar»). Así, durante varias décadas, entre las relaciones laborales libres pervivieron vestigios de la coercitivas.

Desde que Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman demostraron, en un famoso estudio de 1974, que el trabajo esclavo —en contra de lo que pensaban los economistas clásicos—, tanto en las plantaciones como en la artesanía y la industria, podía ser al menos tan eficiente y racional como el trabajo libre,[2373] ha perdido plausibilidad la idea de un cambio lineal de la coerción a la libertad. No se puede seguir pensando que el trabajo libre y el impuesto no tenían nada que ver el uno con el otro, que pertenecían a épocas distintas y representaban mundos sociales del todo diferentes. Es más razonable la idea de un continuo en el cual los trabajadores estuvieron expuestos a diferentes combinaciones de una serie de formas de coacción.[2374] Esto traslada hacia delante el gran punto de inflexión histórica del siglo XIX. La coerción no económica no desapareció del trabajo industrial asalariado, ni siquiera en Inglaterra, hasta por lo menos después de 1870; en otros países sobre los que se han hecho menos estudios es probable que ocurriera incluso después. Aparte, aunque se hubiera

ilegalizado, algunas funciones de la servidumbre temporal conservaron su utilidad. Los que emigraban a las sociedades neoeuropeas buscaban la protección de compatriotas que ya residían allí. Si los chinos no tardaron en tener sus propias Chinatowns, entre los llegados a Estados Unidos desde la Europa del sur, los patrones semilegales interpretaron un papel como intermediarios laborales, protectores (y también explotadores) no muy distinto del de los contratistas que, fuera de Europa, organizaron en muchos lugares el flujo de la primera generación de trabajadores que acudió en masa a las ciudades.2375 No era el trabajo libre que se describe en la teoría liberal. Además, la relación laboral indirecta que se acaba de mencionar, con los contratistas como «amortiguadores», no era exclusiva de los países no europeos. El *impresario* que en Italia, hasta finales del siglo XIX, procuraba las cantantes a los dueños de los teatros de la ópera no era sino uno de estos contratistas.2376

Mercado laboral sin equilibrio

Hacia el fin de siglo, se añadió un nuevo factor: el ascenso del movimiento obrero organizado. Solo las posibilidades que se iban formando poco a poco de oponerse, con exigencias colectivas, a los poderosos propietarios del capital, fueron corrigiendo el desequilibrio básico del mercado laboral. El primer hito verdaderamente crucial fue la aprobación de las distintas leyes nacionales que autorizaron la negociación colectiva (*collective bargaining*).2377 El ascenso del trabajo libre, colmado de obstáculos, presenta aquí una paradoja: solo al limitarse la libertad del mercado mediante la formación de monopolios de la negociación en la parte obrera, los trabajadores pudieron liberarse de los medios de presión del comprador de la fuerza de trabajo; en particular, de la posibilidad de enfrentar a los obreros valiéndose de la competencia por los puestos y de rescindir sus contratos de un día para otro. El trabajo libre, en gran medida, nace de la limitación (propia de un estado social) de una libertad

contractual irrestricta. La mera introducción de los contratos en las relaciones laborales no fue capaz de impedir o eliminar la «indignidad de la clase asalariada» (Robert Castel). Un obrero que no contaba más que con su fuerza de trabajo material era un ser sin garantías ni derechos y, por lo tanto, comparable a su antípoda: el esclavo. La libertad pura del mercado laboral, por lo tanto, tenía que ser inestable. Después de algunas décadas se pusieron las bases del estado del bienestar, por la interacción de tres factores: las protestas obreras, la voluntad de las élites de prevenir revoluciones y la concepción moral de pequeños grupos reformistas. Algunos empresarios filantrópicos fueron los primeros en comprender que la libertad laboral sin restricciones contribuían en poco a la integración social. El estado del bienestar inicial, según se desarrolló en la década de 1880, sistematizó esta atención sustituyéndola por un principio verdaderamente novedoso, que provocó toda una «revolución silenciosa»: el seguro obligatorio.2378 Detrás había una idea de sociedad que no era una simple acumulación de individuos, sino una pluralidad de colectivos con muchas tensiones. Socialistas y conservadores coincidieron, en principio, en esta concepción. Solo esto permitió ir armando un estado del bienestar que iba más allá del liberalismo clásico. En realidad, no todos los autores del liberalismo clásico (ante todo el británico y francés) habían sido tan individualistas y «manchesterianos» en su ideario y su acción. Así, el «nuevo liberalismo» se pudo sumar a la tendencia general de la época a la corrección estatal del trabajo. En la definición de la «cuestión social», durante las dos o tres décadas anteriores a la primera guerra mundial, hubo un cierto consenso básico en los países más industrializados de Europa. La seguridad social, que en Alemania se inició como proyecto conservador de estabilización del sistema, fue adoptada en Gran Bretaña, a partir de 1906, por un gobierno *liberal*.2379

El trabajo asalariado en libertad, aunque hoy nos parezca que es una relación laboral «natural», no parecía lo más deseable en

todas las circunstancias. Sobre todo en las sociedades agrarias, la «proletarización» se veía —y no faltaban razones para ello— como un descenso social. En los medios rurales del sureste asiático, por ejemplo, donde el trabajo estaba muy valorado, la vinculación con la propia tierra era fuerte y las relaciones tradicionales entre patronos y clientes no se percibían como excesivamente explotadoras, la idea de que valía la pena decidirse a «buscar» trabajo fue calando muy despacio y solo después de que se formaran los primeros mercados laborales urbanos en zonas próximas. Durante mucho tiempo, se prefirió estar empleado en una casa rica y regirse por relaciones de dependencia ajenas al mercado.[2380] Para los débiles, en lo esencial, solo hay dos estrategias básicas de supervivencia: o apoyarse en los ricos o solidarizarse con otros débiles. La primera opción, por lo general, fue la más segura. Además, aunque los gobiernos coloniales se mostraron bastante dispuestos a abolir la esclavitud, vacilaron ante la posibilidad de que surgiera una clase de trabajadores sin tierras, que políticamente era probable que causase disturbios (salvo en enclaves tan controlados como los de la economía de las plantaciones). Un campesino sedentario sin ambiciones políticas ni quejas acumuladas, que se procuraba el sustento, trabajaba para la exportación y pagaba impuestos con regularidad, era a finales del siglo XIX el ideal de la mayoría de los regímenes del mundo, ya fueran coloniales o no. En cambio, el «trabajo libre asalariado» se recibía en el campo como una innovación sospechosa. En la industria se veía de otro modo, aunque los socialistas no fueron los únicos en dudar de que lo mejor, en las condiciones de un mercado asimétrico, fuera la plena libertad individual.

Capítulo 14
Redes

Alcance, densidad, agujeros

La «red» es una metáfora tan expresiva como engañosa. Las redes crean relaciones en dos dimensiones. Estructuran el espacio en plano: las redes no tienen relieve. En las ciencias sociales, el análisis de redes, aunque es muy útil, corre siempre el peligro de pasar por alto o subestimar la tercera dimensión, la vertical. A ello se añade que la red es una estructura relativamente democrática: todos sus nodos, en principio, tienen el mismo valor. Esto tampoco es muy provechoso para el estudio histórico, salvo que se conceda que en una red pueden surgir centros más poderosos y periferias más débiles, con lo cual los nodos podrían ser más o menos «densos». Sin embargo, no todas las redes tienen que construirse como una telaraña, relacionada con un único centro que sostiene todo el resto de la estructura. Las redes urbanas o comerciales tienen tan a menudo una forma básica policéntrica como monocéntrica. La metáfora de la red resulta útil, sobre todo, porque permite representar una diversidad de puntos de cruce y contacto; y también porque dirige la atención sobre lo que no se integra en la red. Toda red tiene agujeros, y la poderosa fascinación actual por las relaciones y conexiones inusuales y no detectadas hasta ahora no puede hacernos olvidar las manchas oscuras de los mapas que dibujan la naturaleza despoblada o las extensiones de campo.

Una red consta de relaciones que han logrado cierta medida de regularidad y permanencia. Las redes son configuraciones reproducibles de interacciones o nexos *repetidos*, por lo que son estructuras de una consistencia «media»: ni relaciones únicas o casuales, ni instituciones de organización consolidada, aunque estas instituciones pueden surgir de a partir de relaciones en forma de red. Una de las características sobresalientes del siglo XIX fue la multiplicación y aceleración de estas interacciones repetidas, en especial por encima de las fronteras de los estados

nacionales y a menudo también entre grandes regiones o continentes. Aquí también debemos ser más precisos en cuanto al tiempo: las seis décadas comprendidas entre mediados de siglo y la primera guerra mundial se caracterizaron por una formación de redes sin precedentes. Esto llama aún más la atención porque muchas de estas redes se destruyeron de nuevo durante la guerra y en las décadas posteriores se reforzaron las fuerzas particularistas. Si denominamos esta formación de redes mundiales «globalización» (definición laxa de este concepto tan ambiguo), entonces el período de, digamos, 1860 a 1914 vivió un claro impulso globalizador. Ya lo hemos visto en dos ejemplos: la migración intercontinental y la expansión renovada de los imperios coloniales.2381 El presente capítulo ahondará en aspectos que también han ido emergiendo aquí y allá: transportes, comunicación, comercio y relaciones financieras.

El pensamiento en términos de redes fue un enfoque novedoso del siglo XIX.2382 En el siglo XVII, William Harvey había descubierto que el cuerpo era un sistema de circulación; en el XVIII, el médico y teórico fisiócrata francés François Quesnay trasladó el modelo a la economía y la sociedad.2383 El paso siguiente era la red. En 1838 Friedrich List esbozó una red de vías férreas, un auténtico «sistema de transporte nacional» para toda Alemania. Fue una visión atrevida del futuro. Antes de 1850, no cabe hablar de una *red* ferroviaria en ningún país del continente europeo. List determinó el esquema fundacional de la planificación y cuando las líneas se tendieron de hecho y los trenes empezaron a circular, los críticos se apoderaron de la imagen reinterpretándola como una tela de araña que ponía en peligro a unas víctimas que esperaba ahogar. Luego la imagen de la red se usó como forma de representar visualmente una ciudad, aunque la red (o la telaraña) aún compitieron durante un tiempo con el «laberinto» y, sobre todo en Estados Unidos, con la «cuadrícula» (*grid*). Que hoy las sociedades se interpreten como redes también hunde sus raíces en el siglo XIX, aun

cuando la plenitud de sentido (pensemos en la «red social») se añadió mucho más tarde. Quizá la experiencia *cotidiana* más intensa de la integración en una red (y de la dependencia de redes que funcionan, pero pueden sufrir averías) llegó con la conexión de los hogares a diversos sistemas de gestión central: agua del grifo, gas de la cañería, corriente del enchufe.2384 Aquí también se daba una diferencia entre el telégrafo y el teléfono. El telégrafo no dejó de ser un aparato oficial, que nadie colocaba en su salón, pero el teléfono —aunque la introducción fue lenta— se convirtió en un objeto de instalación y uso privados. A principios del siglo XX, solo una minoría ínfima de la población mundial estaba conectada, en este sentido específico, a sistemas técnicos. Se aduce a menudo el ejemplo de que «la India» formaba parte de la red telegráfica internacional, pero de hecho la gran mayoría de los indios no tuvo constancia ni vivencia *directa* de ello (aunque es cierto que la influencia *indirecta* de sistemas como el ferrocarril y la telegrafía sobre los flujos del comercio y la información sí alcanzaba la vida cotidiana). Debemos diferenciar las posibilidades potenciales de las realizables. En la década de 1870, era factible de hecho dar la vuelta al mundo (al norte del Ecuador) usando tan solo vehículos propulsados a vapor, sin porteadores, caballos, camellos o el esfuerzo de los propios pies: Londres-Suez-Bombay-Calcuta-Hong Kong-Yokohama-San Francisco-Nueva York-Londres. Uno piensa en el caballero Phineas Fogg, de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne (1872) —inspirado en el excéntrico empresario estadounidense George Francis Train, que intentó establecer ese récord en 1870, y en 1890 lo rebajó a 67 días—, o en la periodista estadounidense Nellie Bly, que en 1889-1890 necesitó solo 72 días. Pero, aparte de ellos, ¿quién emprendía tales viajes?2385

1. TRANSPORTE Y COMUNICACIÓN2386

Buques de vapor

En la historia del transporte, a menudo no hay modo de evitar

cierto determinismo tecnológico moderado. Los nuevos medios de transporte no surgen como fruto de un deseo cultural, sino porque a alguien se le ocurre construirlos. Si luego la cultura los acepta, los rechaza o los carga con tal o cual significado o función, es otra historia. Salvo en los caminos de sirga —por los que las embarcaciones se arrastran desde tierra, mediante la fuerza muscular—, la navegación, a diferencia del transporte por tierra, siempre ha empleado energías no orgánicas: el viento y las corrientes del agua. La propulsión a vapor complementó estas energías ya utilizables. En dos regiones del mundo que estarían entre las pioneras de la industrialización —Inglaterra (con el sur de Escocia) y el nordeste de Estados Unidos— el buque de vapor se benefició de una previa modernización del panorama del transporte. Antes de los buques y trenes de vapor ya se instaló un sistema de canales ramificados, por iniciativa de propietarios privados que, con vista comercial, querían incrementar con ello el valor de sus terrenos. En Inglaterra, el auge del entusiasmo por los canales, que además fueron un objeto de inversión muy habitual, se alcanzó entre 1791 y 1794. Los canales ayudaron a crear una demanda de transporte que luego el ferrocarril podía satisfacer *aún mejor*. La «era de los canales» (*canal age*), de la que han hablado algunos historiadores, se extiende hasta los primeros años del ferrocarril. En parte, los dos medios de transporte compitieron, en parte se combinaron para crear sistemas mayores. A mediados del siglo XIX, los cursos de agua del interior de Gran Bretaña acogían a más de 25.000 lanchas de mercancías. En ellos vivía una población móvil, casi anfibia, de no menos de 50.000 personas, un tercio de las cuales hallaban empleo en las grandes compañías de los canales.[2387] La sirga la efectuaban sobre todo caballos, mientras que en Asia aquel trabajo tan penoso todavía lo realizaban en su mayoría personas: hasta la década de 1940, los barcos pequeños remontaban los rápidos del alto Yangzi (que hoy han sido engullidos por la Presa de las Tres Gargantas) tirados por «culis».

Los buques de vapor eran demasiado grandes para los estrechos canales del siglo XVIII; pero como podían moverse sin problemas en aguas calmadas, supusieron un gran impulso a la construcción de canales más anchos y largos. El desarrollo de algunas ciudades entró en una nueva fase con la conexión a un canal de gran capacidad: así ocurrió con Nueva York, tras la apertura del Canal de Erie en 1825, o con Ámsterdam, tras concluirse el canal del mar del Norte en 1876. En los Países Bajos ya se había creado una red de canales cerrada que servía al mismo tiempo para el transporte y para regular el agua. Se hizo entre 1814 y 1848, en parte por el interés personal del rey Guillermo I, y fue posible porque los Países Bajos, desde la época de la ocupación francesa, contaban con un cuerpo de ingenieros competente.2388 Que los Países Bajos gozaran de un sistema de canales desarrollado retrasó la expansión del ferrocarril. En Estados Unidos, los primeros ferrocarriles se concibieron como meras vías de acceso a los canales. En los ciudad de Nueva York, el tren tuvo prohibido hasta 1851 competir con los canales estatales en el transporte de mercancías.2389

El buque de vapor no dependía de la energía exterior, sino que la llevaba a bordo: carbón y, desde que en 1910 se introdujo el motor diésel en la navegación, cada vez más el gasóleo. Esta independencia frente a las condiciones ambientales, mayor que la de los barcos a vela, lo hacía especialmente adecuado para el tráfico costero, los lagos interiores encalmados, los ríos corriente arriba y los canales. Al emanciparse de los caprichos del viento, por primera vez en la historia la navegación pudo organizarse con horarios. Ello mejoró las características de la red del transporte acuático: las relaciones que formaban la red se habían vuelto fiables y predecibles. En un principio, la navegación a vapor no empezó a adquirir importancia en el contexto global, sino en el tráfico interior de Europa y Norteamérica. La década del cambio —cuando el barco de vapor se impuso en estas regiones que lideraban la técnica y la

economía— fue la de 1830. Por entonces, en Glasgow ya zarpaba un vapor cada diez minutos.[2390] En 1826 se inauguró un servicio regular de vapores entre Viena y Budapest, que desde 1829 gestionó la famosa Sociedad de Navegación a Vapor del Danubio (DDSG, en sus siglas alemanas). En 1850 el servicio tenía 71 barcos en funcionamiento y el trayecto duraba unas catorce horas.[2391] La oferta de una nueva capacidad de transporte interactuaba con nuevos tipos de demanda. Así, la expansión de la navegación a vapor en el Misisipi y el golfo de México estaba estrechamente interrelacionada con el auge del algodón en las plantaciones esclavistas.

No todos los vapores comerciales formaban parte de una red. De hecho, era un medio idóneo como punta de lanza para penetrar en regiones poco explotadas todavía comercialmente. En estas constelaciones, eran instrumentos periféricos de la difusión del sistema del comercio mundial capitalista. Pero no necesariamente tenían que estar bajo el control extranjero. Desde la década de 1860, el gobierno chino logró cumplir el objetivo de impedir que los extranjeros monopolizaran el transporte en los grandes ríos y las costas del país. Para ello emprendió iniciativas de navegación propias, que luego completó la economía privada.[2392] En 1860, bajo presión, China había tenido que aceptar la libre navegación por sus aguas; pero las sociedades de navegación británicas (y más adelante, japonesas) no gozaban de una ventaja tan clara en China como en la India. Aquí, los navieros locales no lograron hacerse con una posición firme en el mercado. Entre otras razones, porque los armadores británicos con presencia en el país recibían subvenciones estatales muy cuantiosas por su papel en el reparto del correo postal. La India colonial y la China semicolonial tenían en común que las fuerzas autóctonas, ya fueran privadas o estatales, nunca lograron levantar una flota *de ultramar* autónoma. A este respecto Japón volvió a representar la gran excepción en el mundo afroasiático. Su éxito nacional halló a la vez expresión y una concausa en el

hecho de que, a lo sumo en 1918, la construcción naval hubiera alcanzado un nivel mundial en todos los ámbitos, civil y militar, hasta ser una potencia naval de primera categoría.2393 En el resto de Asia, las nuevas relaciones de dependencia tecnológica y económica se evidenciaron en el hecho de que todo el comercio de ultramar de estas regiones —y de Latinoamérica— fue desarrollado por sociedades navieras extranjeras. En toda Asia y África —con la citada salvedad de Japón— no se logró organizar una presencia propia en el mercado del transporte internacional que no dependiera de europeos o norteamericanos. En característico que en la India, la familia Tata lograse un relativo éxito en el sector de la siderurgia, pero su intento de asentar en el mercado una línea de navegación (que la uniera, sobre todo, con Japón) fracasó frente a la competencia británica.2394 Desde que, en 1828, lord William Bentinck llegó a Calcuta a bordo de un vapor, para tomar posesión de su cargo como gobernador general, los británicos dieron un valor especial, tanto en la práctica como en el simbolismo, al barco de vapor como heraldo de una nueva época.

La primera línea de vapores oceánicos cruzaba el Atlántico norte. El avance técnico fue tan notable que, poco después de mediados de siglo, el trayecto de Bristol a Nueva York se redujo a catorce días, y no se logró acortarlo de nuevo significativamente hasta varias décadas después.2395 El inicio de la gran oleada migratoria al Nuevo Mundo creó entonces una demanda de pasajes del todo novedosa por sus dimensiones. Esto no se repitió en otras partes del mundo. Aquí la fuerza impulsora de la expansión marítima fueron los servicios postales de vapores subvencionados; primero, en la India. Ninguna potencia imperial y colonial creyó poder prescindir de distribuir por sí misma el correo entre la metrópoli y las colonias. Bismarck también lo vio así y buscó el apoyo económico del servicio postal alemán. La apertura del Canal de Suez, en 1869, volvió a insuflar más vida en el transporte de

pasajeros entre Europa y Asia. Aparte, las navieras hicieron negocio con el transporte de las exportaciones tropicales. Si Estados Unidos, pocos años después de mediados de siglo, se convirtió en el país con más navegación del mundo —gracias a sus extensas vías interiores—, Gran Bretaña defendió su posición como líder en las rutas *de ultramar*. En 1914, el tonelaje de la flota del comercio mundial correspondía, en un 45 %, a Gran Bretaña y sus colonias, seguida del Imperio Alemán (11 %) y de Estados Unidos (9 %); Japón llegaba al 3,8 %, poco menos que Francia (4,2 %) y más que los Países Bajos, que habían dominado los mares en el siglo XVII (3,2 %).2396

No imaginemos el comercio marítimo mundial como una red equilibrada en toda la geografía. Algunas regiones muy extensas, como el norte de Asia, no se habían integrado: solo contaban con un puerto libre de hielo, el de Vladivostok, fundada en 1860. Según el criterio del tonelaje de los buques que zarpaban de sus aguas, en 1888 los puertos de ultramar más importantes eran Londres, Nueva York, Liverpool y Hamburgo. Hong Kong —la puerta del mercado chino y, al mismo tiempo, punto de trasbordo importante para el sudeste asiático, donde hoy se produce el mayor tráfico de contenedores del mundo— ocupaba un notable séptimo lugar, pero en la lista tardaba en haber otro puerto de Asia.2397 Las rutas marítimas principales eran: (1) de Japón a los puertos del Atlántico y el mar del Norte, pasando por Hong Kong, el estrecho de Malaca (Singapur), el norte del océano Índico, el mar Rojo, el Canal de Suez y el estrecho de Gibraltar; (2) de Australia al Cabo de Buena Esperanza y, rodeando la costa occidental de África, hacia Europa. El Atlántico lo atravesaba la línea marítima más extensa de todas, (3) la de Nueva York y Londres/Liverpool, y otra enlazaba (4) Europa con Río de Janeiro y los puertos de La Plata. Por último, había una conexión importante en el Pacífico, (5) de San Francisco y Seattle a Yokohama, el puerto principal de Japón.2398 La navegación global, aunque en 1900 tenía ramificaciones que llegaban hasta las islas más remotas del

océano Pacífico, estaba geográficamente muy concentrada.

El sector también estaba concentrado. Esta fue la gran época de las navieras privadas (el estado, aunque en el *Fin de Siècle* hubo un gran entusiasmo por el «poder naval» de toda clase, en general se dedicó a ello mucho menos que al ferrocarril), algunas de las cuales eran las sociedades anónimas con más capital de su tiempo. Se caracterizaban por la regularidad y puntualidad del transporte, un buen servicio con diversidad de tarifas y —pese a algún accidente espectacular como el hundimiento del colosal *Titanic* en las cercanías de Terranova, el 14 de abril de 1912— un nivel de seguridad que en la era de la vela apenas se habría podido imaginar, incluso en la primera década de los vapores transoceánicos, que sufrieron más tropiezos. Las grandes navieras —como la Holland-America Lijn, la Norddeutsche Lloyd, la Hamburg-AmerikaLinie (o HAPAG), Cunard, Alfred Holt o la Peninsula & Oriental Line— encarnaban al mismo tiempo un capitalismo de alcance global, un estadio de notable perfección técnica y el ejemplo de «civilización superior» del viaje sofisticado. Los lujosos «palacios flotantes», según una imagen típica de la publicidad, fueron un emblema de la época desde la década de 1880.2399 La competencia nacional entre las grandes líneas se fue moderando desde la década de 1860 por los repartos del mercado y «conferencias de navieras» que actuaban como un cártel y comportaron, sobre todo, una estabilización de los precios.

Todavía no se trataba de una red de transporte global, por mucho que la navegación mundial, dominada por la Europa noroccidental y Estados Unidos, llegara a todas las costas del mundo entre los paralelos 40° sur y 50° grados norte y las incluyera en un horario mundial; no, al menos, si usamos como vara de medir el tráfico aéreo de la segunda mitad del siglo XX.2400 Solo el tráfico aéreo superaría la diferencia entre tierra y mar, al desarrollarse entre aeropuertos situados en su mayoría —y también algunos de los más importantes— en el

interior. Casi ninguna gran ciudad del mundo carece hoy de conexión aérea y la frecuencia de los contactos es muy superior a la del punto culminante del transporte de pasajeros. Además, el monopolio inicial —europeo y norteamericano— se ha roto. Desde la década de 1970, incluso el país más pequeño del mundo disponía de una compañía aérea nacional; solo con el hundimiento de Swissair, en 2001, se puso de manifiesto un cambio de tendencia hacia la privatización y la reducción del peso de la soberanía nacional. Así pues, el impulso globalizador más fuerte de la historia del transporte se produjo después de la segunda guerra mundial, y en particular desde la década de 1960, cuando los vuelos de largo recorrido dejaron de ser exclusivos de los políticos, directores de empresa y millonarios privados. La base técnica de esta evolución fue la propulsión a chorro en el transporte de pasajeros. Desde 1958, cuando entraron en servicio los Boeing de tipo 707, vivimos en la era de los *jets*, una realidad que no se imaginaron ni siquiera los visionarios más atrevidos del siglo XIX.

El ferrocarril como red tecnológica

El efecto globalizador del ferrocarril fue menor que el de la navegación a vapor (algo posterior). El sistema ferroviario está limitado espacialmente.[2401] La tecnología era tan novedosa que el mundo no estaba preparado para ella, mientras que los buques de vapor se pudieron integrar en la vieja infraestructura general de la navegación, con una transición de varias décadas. Cuando llegaron las tecnologías basadas en el carbón, ya había puertos, pero no estaciones ni vías. El ferrocarril, una vez construido, dependía de las condiciones meteorológicas menos que el barco. No tenía nada que temer con las tormentas, el hielo de los puertos o el descenso del agua en épocas de sequía. Podía circular de un modo más fiable y regular y, por ello, encajaba mejor en las rutinas de la producción. Solo el ferrocarril pudo garantizar que las grandes ciudades, en proceso de crecimiento, recibieran siempre la comida necesaria; y esto, a su vez, permitió prosperar a las ciudades. En el

transporte de mercancías, el tren era menos arriesgado. El hundimiento de un tren podía provocar pérdidas de enorme valor, pero un accidente de tren no solía destruir grandes fortunas. Así, el coste de los seguros se redujo mucho. Los ferrocarriles, además, solieron contar con una participación mayor del estado, en comparación con las líneas marítimas; no en Gran Bretaña, cierto es, pero sí por ejemplo en Bélgica, algunos estados alemanes, China o Japón. Hubo formas mixtas: en los Países Bajos, tras varias décadas de experimentación, se comprobó que la iniciativa privada no era suficiente para cerrar la red; no hubo un tren estatal hasta la ley de 1875, que creó un sistema estatal cuya organización (y reglamento de funcionamiento) se importó en pleno de Alemania.2402

No siempre está claro qué cabe entender por una *red* de líneas de ferrocarril. En particular en el mundo no europeo hubo diversas líneas solitarias, sin ninguna unión sistémica con otras. Por ejemplo, el ferrocarril de Yunnan, de construcción francesa, que llevaba del puerto norvietnamita de Haiphong a la capital provincial china de Kunming. En África, las líneas desconectadas eran la regla general. En ocasiones franqueaban tramos fluviales no navegables, como en los ríos Congo, Níger y Nilo. Sí hubo una red bidimensional en el sur del continente; cuando se terminó de construir, en 1937, al menos unía El Cabo con la franja de extracción de cobre de Rodesia del Norte (Zambia).2403 El Transiberiano, aunque recibe algunas líneas secundarias, trazaba y sigue trazando una raya solitaria en el paisaje. Al este de Omsk solo cumplía fines estratégicos: no transportaba emigrantes en cantidad ni permitía aprovechar económicamente una zona interior. En la Rusia europea había una red, pero no en Siberia. En China, donde se construyeron ferrocarriles de forma continua desde 1897, algunos tramos deseables —y posibles— todavía quedaron muchos años sin hacerse realidad, por lo que aquí hay que hablar de una red fragmentaria con algún cabo suelto, en particular en la zona

montañosa al sur del río Yangzi.2404 Las regiones del interior de Asia no quedaron conectadas hasta el siglo XX; el Tíbet, hasta 2006. En Siria y el Líbano, los trenes controlados por las sociedades francesas tenían un ancho de vía distinto al otomano, de forma que los dos sistemas no se pudieron conectar.2405 No todo lo que a primera vista parece una «red» lo es al mirar por segunda vez.

En los estados que construyeron la primera generación de ferrocarriles, que todavía no podían importar un paquete técnico completo —aunque de hecho, después las tecnologías todavía tuvieron muy a menudo un carácter nacional específico —,2406el tendido ferroviario demostró ser una de las primeras tecnologías de red, con las que hubo que ir recabando experiencia en la práctica.2407 La construcción y el funcionamiento de los ferrocarriles movilizó un gran número de conocimientos especiales: tecnologías del hierro y el acero, construcción de maquinaria, minería, telecomunicaciones, geología, arquitectura de puentes, túneles y estaciones, organización de grandes obras, financiación, gestión del personal, coordinación de horarios... Sobre todo al principio, hizo falta improvisar; solo después se adquirió una base «científica». Al mismo tiempo que las cuestiones técnicas aguardaban a su solución, surgieron también problemas legales, por ejemplo con la expropiación de terrenos y la compensación que se debía pagar por ello. Además, el ferrocarril siempre fue un tema político con un sentido oculto de carácter militar. Una peculiaridad del sistema ferroviario de Estados Unidos (y en parte de Gran Bretaña) fue que las consideraciones estratégicas tuvieron mucho menos peso que en la Europa continental. Por ello el estado, salvando el interludio de la guerra de Secesión, renunció tranquilamente a entrar a fondo en el tema.

Hacia 1880 ya se había completado la red ferroviaria que conocemos hoy (y que desde entonces, se ha reducido en parte) en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Austria-Hungría, y

veinte años después, también en el resto de Europa. El hecho de que la tecnología se expandiera más allá de las fronteras nacionales dificultó, desde el principio, que hubiera desarrollos individuales. La única posibilidad era, en lo esencial, insistir en un ancho de vía nacional específico. George Stephenson, el «padre» de los ferrocarriles, ya había definido una norma de «4 pies y 8,5 pulgadas», que también se exportó al extranjero gracias al predominio de la tecnología ferroviaria británica. Los Países Bajos, Baden y Rusia empezaron optando por una anchura superior, a la cual, a la postre, solo se atuvo Rusia. Con una pequeña pausa para cambiar la distancia entre ejes, en 1910 se podía ir en tren, en principio, de Lisboa a Pekín. Ese mismo año, Corea (donde se había iniciado una gran explosión ferroviaria en 1900) se conectó a la línea transcontinental de larga distancia. Con eso se completó la unificación en la tecnología del transporte no solo de Europa, sino de Eurasia.

Ferrocarril e integración nacional

El ferrocarril —novedoso monstruo sobre ruedas cuya velocidad resultaba al principio difícil de calcular y que ofrecía experiencias del todo inauditas con sus ventanas hacia un paisaje que desaparecía como una exhalación— se interpretó como un prototipo de la modernidad y, allí donde llegaba, desencadenaba polémicas sobre si tal modernidad era deseable o no.2408 En Francia, por ejemplo, la «cuestión del ferrocarril» fue un tema central, durante la década de 1840, en los debates de las élites sobre el futuro del país. Frente a la intensa resistencia inicial, que procedía sobre todo del conservadurismo católico, al final hubo consenso en que su construcción favorecería el bienestar del país.2409 Algunas décadas después, cuando el ferrocarril desencadenó reacciones parecidas en otras partes del mundo, hacía tiempo que en Europa se habían olvidado los miedos propios y se hizo mofa de los orientales, atrasados y supersticiosos. El primer proyecto ferroviario de China —los 16 kilómetros del tren de Wusong, cerca de Shanghái— se desmanteló de nuevo en 1877, un año después

de su construcción, porque la población local temía que se destruiría la armonía de las fuerzas naturales (*fengshui*). En Occidente, fue objeto de chanzas al considerarse una muestra de rechazo primitivo de la modernidad. Pero, al cabo de unos pocos años, la idea de que el ferrocarril era muy positivo también triunfó plenamente en China. En los primeros años del siglo XX, miembros de las clases superiores de las provincias recaudaron mucho dinero para, con afán patriótico, adquirir las concesiones que estaban en manos de extranjeros. En la primavera de 1911, que el gobierno imperial intentara centralizar la política ferroviaria de todo el estado —es decir, tomar medidas que en Europa se habrían considerado racionales— se convirtió en el desencadenante principal de la caída de la dinastía Qing. Los poderes regionales y centrales lucharon por el control de una tecnología moderna, que arrojaba beneficios no solo para los financieros y proveedores extranjeros, sino también para los propios chinos. En China, el ferrocarril escribió la historia con letras grandes.

En esta época, poco después de su tardía entrada en la era del ferrocarril, China ya era capaz de construir y gestionar sus propios trenes. Hasta entonces, la mayoría de las conexiones, aunque tendían a quedar como propiedad del gobierno chino, se habían financiado con capital extranjero y construido con ingenieros de fuera del país. Como primera excepción destaca una línea de especial complejidad técnica, la que unió Pekín y Kalgan (Zhangjiakou), en el noroeste. Se completó en 1909 y sirvió para unir el tren estatal con las caravanas comerciales de Mongolia. Este tren de Pekín a la provincia de Suiyuan fue el primer proyecto de construcción plenamente independiente. Los expertos extranjeros lo valoraron como un logro técnico de primer orden, más aún, porque se había efectuado con la relativa contención de los costes. Las máquinas y los vagones, sin embargo, no eran de producción china. Un símbolo parecido de resistencia frente al control y la influencia de Europa —y de motivación geoestratégica aún más clara, frente a los intereses

directos de franceses y británicos en la región— fue el tren del Hiyaz, que iba de Damasco a Medina, pasando por Ammán y con una ramificación hacia Haifa. Durante los cerca de quince años anteriores a la primera guerra mundial, el imperio otomano emprendió, en sus provincias árabes, el último intento de salvarse por sus propios medios. El resto de los ferrocarriles del imperio —como el famoso tren de Bagdad— había sido obra de europeos, pero el tren del Hiyaz debía financiarse, construirse y funcionar con medios exclusivamente otomanos. Aquí no se tuvo tanto éxito como el caso ya mencionado de China: el porcentaje de los ingenieros extranjeros, dirigidos por un jefe de obra alemán, fue muy superior al del tren de Pekín a Suiyuan.2410 Aun así, el mensaje estaba claro: un estado no europeo demostraría su competencia si era capaz de crear sus propias estructuras tecnológicas satisfaciendo los criterios de Occidente. Por descontado, esta era también la receta de Japón, una receta que en otras circunstancias parecía igual de conveniente, pero no era fácil de llevar a cabo.

A diferencia de la navegación y el transporte aéreo, el ferrocarril, en última instancia, era un mecanismo de integración *nacional*. (En 1828, Goethe ya había asegurado a Johann Peter Eckermann que no le daba «miedo [...] que Alemania no se unifique; nuestras buenas carreteras y futuros ferrocarriles aportarán lo suyo».2411) Sobre todo, integró mercados nacionales, a veces incluso los creó. Este aspecto se reconoce bien en las diferencias en los precios regionales. Hoy el pan cuesta más o menos lo mismo en toda la geografía de una economía nacional (pongamos, en el caso de Alemania, una ciudad septentrional como Kiel y una meridional como Augsburgo). Pero en 1870, el precio del trigo, en la ciudad de Nueva York o en Iowa, se diferenciaba en un 69 %, y en 1910, todavía en un 19 %.2412 El carácter internacional y transfronterizo del ferrocarril salta a la vista *en Europa*: la conexión de las redes nacionales para formar un sistema de transporte (casi) paneuropeo fue un logro muy notable.2413

Trajo consigo la instauración de normas en todo el continente —como cierto grado de disciplina horaria y puntualidad— y estandarizó la experiencia de muchos viajes. Pero como el ferrocarril no puede cruzar el mar y ni siquiera la visionaria idea de Napoleón —un túnel que cruzara bajo el Canal de la Mancha— se pudo hacer realidad hasta finales del siglo XX, el efecto globalizador es limitado. Incluso el Transiberiano, cuyo volumen de pasajeros siempre ha sido irrelevante, no era más que una Ruta de la Seda moderna: una vía estrecha que enlazaba partes del mundo muy remotas, sin capacidad para crear una red de importancia cuantitativa. Los sistemas ferroviarios asiáticos, en la medida en que los hubo, tampoco se conectaron entre sí (con la excepción de la línea de Siberia-Manchuria-Corea). El sistema indio, cortado por el norte por la insuperable mole del Himalaya, nunca se prolongó hasta Afganistán, para que Rusia no lo usara como puerta de entrada de una invasión de la India. En la medida en que los trenes era un instrumento de «imperialismo ferroviario», fuera de la India no se vio necesidad de formar redes en el sentido en que las constituían los ferrocarriles nacionales de Europa; redes que, por otro lado, deberían conectar lugares de escasa relevancia estratégica y económica.2414

En Europa, los gobierno procuraron que la política ferroviaria beneficiara a los intereses nacionales. Francia y Alemania compitieron con sus trenes durante todo un siglo,2415 y en los escenarios de conflicto anteriores a la primera guerra mundial, tuvo un gran papel la relación entre el ferrocarril y la movilización de los ejércitos. En muchas partes del mundo, como Latinoamérica (con la salvedad de Argentina, que disponía de una red extensa, aunque radial con centro en Buenos Aires), el Asia central y África, el tren nunca dejó una huella tan profunda en la sociedad como en la Europa occidental, Estados Unidos, la India o Japón. El transporte terrestre tradicional —en carros, a pie o con las caravanas— no tuvo rival durante mucho tiempo; de hecho, ofrecía ventajas frente a un ferrocarril

oneroso e inflexible. Las sociedades asiáticas o africanas, que siempre habían tenido buenos motivos para prescindir de «la rueda», siguieron haciéndolo entre tanto.2416 Estas regiones, en no pocos casos, se saltaron la era del ferrocarril y, en el siglo XX, pasaron directamente de una larga historia de transporte de tracción humana o animal a la era del todoterreno y el avión. Pero el efecto integrador del ferrocarril también podía quedar cortado si no se enlazaba suficientemente con los ríos, canales y carreteras. En el imperio zarista, a partir de la década de 1860, la política de transporte se centró en el tren, pero no acertó a construir buenas carreteras por las que se pudiera acceder a las estaciones. Si las estepas rusas y siberianas tendían a ser intransitables, el ferrocarril por sí solo no mejoró gran cosa; y los costes del transporte variaban extraordinariamente de una región a otra, en lo que era un signo claro de un bajo nivel de integración.2417

El telégrafo mundial

En el tercer cuarto del siglo surgió una red importante con el cableado del mundo.2418 Con ello se inició la era del telegrama, que duró varias décadas, hasta que el coste de la telefonía de larga distancia se hizo relativamente asequible. También en muchas correspondencias privadas de esta época se mezclan las epístolas de papel con la parquedad verbal del telegrama.2419 La caída definitiva del telegrama la pusieron, ya en el último cuarto del siglo XX, el telefax, la telefonía por satélite y el correo electrónico. Conectar el mundo era un desafío técnico extraordinario, pues barcos especializados tuvieron que tender cables submarinos (gruesos y tan protegidos como se pudiera) a lo largo de muchos miles de kilómetros de océano; y la logística de la conexión terrestre no siempre era mucho más sencilla. A diferencia de la construcción de los ferrocarriles y canales, aquí no se necesitó una mano de obra multitudinaria; la técnica era menos invasiva y afectaba menos a los panoramas urbanos. Hacia mediados de la década de 1880, el mundo estaba conectado de una forma

muy específica. Además de los espectaculares cables transoceánicos, no hay que olvidar las numerosas conexiones de corta distancia. Cada ciudad mediana (al menos en Europa y Norteamérica) poseía su servicio de telegrafía y si el cine de Hollywood recurrió tan a menudo a la imagen del telegrafista solitario en una estación perdida del Medio Oeste de Estados Unidos, lo hizo con realismo. Era frecuente que las vías férreas y los cables de telecomunicaciones se tendieran justos. En las regiones apartadas, las conexiones terrestres solo se podían reparar con relativa facilidad si se llegaba a ellas en tren. En Australia, el primer telégrafo se inauguró incluso pocos meses *antes* que la primera línea de ferrocarril.2420 La telecomunicación se basaba en el principio de que la información debía poder viajar más rápido que las personas y los objetos. Este fin se puede alcanzar con una diversidad de medios. El gran nuevo medio de efecto globalizador del siglo XIX fue el telégrafo, no el teléfono. La historia del teléfono se inicia entre tres y cuatro décadas más tarde, con la inauguración de las primeras centralitas en Nueva York (1877-1878) y París (1879), y poco después, la instalación de conexiones interurbanas (1884 en Estados Unidos, 1885 en Francia). Al principio no se buscó una red intercontinental. El teléfono, según se desarrolló a finales de la década de 1870, fue al principio un medio técnico de muy corto alcance, que solo se usaba en el interior de una ciudad (por ejemplo, desde 1881, ya hubo algunos aparatos en Shanghái). La historia inicial es ante todo estadounidense. Poco a poco, en las décadas de 1880 y 1890, las posibilidades de la telecomunicación fueron mejorando no solo en las ciudades (de Estados Unidos), sino también entre ellas. La evolución técnica se aceleró a partir de 1900, y de nuevo desde 1915. No obstante, las conexiones entre Norteamérica y el resto del mundo no fueron posibles, por razones técnicas, hasta entrada la década de 1920; no fueron fiables hasta la de 1950, ni relativamente asequibles para el común de las gentes hasta finales de la década de 1960. La

técnica original se desarrolló casi por completo en los laboratorios Bell, y luego AT&T disfrutó de una especie de monopolio (en la medida en que se podía, dada la legislación de Estados Unidos contra los *trusts*). Bell y AT&T poseían las patentes principales y las comercializaron internacionalmente.
En casi todo el mundo, las redes telefónicas nacionales, nacidas a principios del siglo XX, estuvieron gestionadas por sociedades monopolísticas estatales.2421 El teléfono se empezó a utilizar pronto en los medios que también habían adoptado el telégrafo sin gran demora. El primer grupo de usuarios fue de corredores de bolsa de Nueva York, que no tardaron en manejarse con los primeros aparatos de Alexander Graham Bell.2422 La producción en serie del modelo estándar posterior, de Thomas Alva Edison, no empezó hasta 1895. En 1900 había en Estados Unidos un teléfono cada 60 habitantes, aproximadamente; en Suecia, un aparato cada 115 habitantes, en Francia, uno cada 1.216, y en Rusia, uno cada 7.000. En esta época, una institución como el Banco de Inglaterra ya tenía número.2423 En 1910, Estados Unidos ya iba camino de ser una sociedad telefónica; el peso de los telegramas en el intercambio personal de mensajes ya iba en retroceso. En Europa, el teléfono no adquirió relevancia cultural hasta después de la guerra. En esta tecnología, la instalación de una red funcional requirió un tiempo inusualmente largo. Por lo general, ya había redes nacionales a finales de la década de 1920, pero aún se tardó varias décadas —por razones más políticas que técnicas— en poder realizar cómodamente conversaciones entre sistemas nacionales. La mera introducción de la telefonía pública en un país (en 1882 en la India, en 1899 en Etiopía, o en 1908 en Turquía) no dice gran cosa sobre la importancia real del medio.2424 Además, se quiso usar para algunos objetivos para los que resultó ser poco adecuado. En 1914, la instalación de las conexiones para los teléfonos de campaña no logró mantener el ritmo de avance del ejército alemán en el frente occidental, y se disponía de un número insuficiente de

aparatos. Así, la tecnología de la comunicación no pudo ofrecer la rápida y perfecta coordinación de las tropas que el plan Schlieffen preveía y requería para su éxito.2425

Aunque el telégrafo no revolucionó la vida privada de sus usuarios tanto como hicieron luego el teléfono e internet, sin embargo adquirió una importancia suma en los negocios, las fuerzas armadas y la política. El presidente Abraham Lincoln ya se dirigió a sus tropas, durante la guerra civil, con lo que se ha denominado «correos T».2426 Hacia 1800 —*antes* de que se dispusiera de la técnica— ya se podía imaginar un mundo conectado por el cable. Un primer paso fue la transmisión de señales ópticas, como la que hizo instalar Muhammad Ali en 1823 entre Alejandría y El Cairo, y el gobierno ruso en la década de 1830 entre San Petersburgo y Varsovia.2427 El telégrafo eléctrico se puso a prueba en 1837, y en 1844 el código Morse ya tenía uso comercial. En el tercer cuarto del siglo XIX, se tendió cable submarino en todo el mundo. Desde que se pudo llegar por cable hasta la India (1870), China (1871), Japón (1871), Australia (1871), el Caribe (1872), todas las grandes ciudades de Sudamérica (la última, en 1875), el sur y el este de África (1879) y el África occidental (1886), la información comercial adquirió una densidad sin precedentes, en poco tiempo, aunque la red planetaria no quedó cerrada hasta octubre de 1902, con la inauguración de un cable a través del Pacífico.2428 A finales de la década de 1880, las noticias empresariales públicas, como por ejemplo los datos de la Bolsa y cotizaciones de precios (cuya velocidad de transmisión se puede medir como el tiempo que transcurre entre que se dan a conocer y que se publican al otro lado de la «línea»), se podían tener en Londres dos o tres días después. Los mensajes privados solían llegar a su destinatario en el plazo de un solo día. En 1798, la noticia de que Bonaparte había invadido Egipto tardó 62 días en llegar a Londres, poco menos de lo que habría necesitado hacia 1500. En 1815, el gabinete de Londres tardó solo dos días y medio en saber que Napoleón

había sido derrotado en Waterloo; pero Nathan Mayer Rothschild había recibido la noticia a las 24 horas, por medio de su servicio privado. El 8 de enero de 1815, en la batalla de Nueva Orleans, miles de soldados británicos y estadounidenses murieron porque sus comandantes no sabían que, el 24 de diciembre, los bandos adversarios habían suscrito la paz en Gante. En vísperas del servicio telegráfico, para que una carta llegara a Londres desde Nueva York hacían falta 14 días; desde Ciudad del Cabo, 30; desde Calcuta, 35; desde Shanghái, 56, y desde Sídney, 60. Que Lincoln había sido asesinado en Washington D. C. el 15 de abril de 1865 —un año antes de la inauguración del cable trasatlántico—, se supo en la capital británica trece días después de que ocurriera; pero en marzo de 1881, solo se tardó doce horas en saber que el zar Alejandro II había sufrido un atentado en San Petersburgo.2429

A partir de entonces, los mercados se respondían mutuamente con más rapidez y el nivel de los precios tendió a igualarse. Como los encargos se podían comunicar a corto plazo, en muchos sectores dejó de ser necesario mantener reservas cuantiosas in situ; esto benefició sobre todo a las empresas menores. Pero la telegrafía también facilitó el ascenso de la gran empresa. Ahora los grandes conglomerados económicos podían distribuir sus sedes, y las funciones comunicativas, que antes se confiaban a los agentes, se podían ejercer desde la misma empresa. Con el tiempo, los intermediarios y *brokers* empezaron a ser prescindibles. La política también se vio afectada. La telegrafía aumentó la presión no solo sobre los diplomáticos del servicio exterior, sino también sobre los centros de decisión —por ejemplo, gabinetes gubernamentales— de las capitales. La reacción ante las crisis internacionales se volvió más veloz y las grandes cumbres acortaron su duración (aunque no solo por este motivo). Los mensajes en clave se podían descodificar mal o generar malentendidos. Los cuarteles militares y las embajadas no tardaron en tener telegrafistas que manejaban prolijos «libros de claves» vulnerables al espionaje. La inquietud

porque alguien leyera los mensajes confidenciales o descifrara el código no siempre era infundada.2430 La comunicación también se vio empañada por nuevos miedos y dio nuevas posibilidades (aunque no siempre fáciles de llevar a la práctica) de censurar.

Jerarquía y subversión en la telegrafía

El uso militar y político del nuevo medio reflejó en parte el hecho de que al principio fuera ante todo británico (igual que más adelante el teléfono fue estadounidense). En 1890, unos dos tercios de las líneas telegráficas del mundo estaban en posesión británica, en particular en manos de la Eastern Telegraph Company y otras empresas privadas concesionarias del estado. El cable estadounidense iba en segundo lugar, mientras que Alemania contaba con escasamente el 2 % de todas las líneas. Junto a los 156.000 kilómetros de cable perteneciente a las empresas privadas británicas, había solo 7.800 de propiedad estatal, sobre todo en la India. Las líneas bajo control directo de los gobiernos eran poco más de una décima parte del total mundial.2431 El temor a que Gran Bretaña utilizara este monopolio para estrangular las comunicaciones ajenas, o espiarlas, no se confirmó. Además, Gran Bretaña no siempre defendió con éxito ese control. En el Atlántico norte, poco antes de la primera guerra mundial, cada vez más líneas pasaron a manos estadounidenses. Pronto se puso de manifiesto que había que regular detalladamente el acceso a las redes. En la guerra de Crimea, cuando este medio se desplegó por primera vez, los comandantes británicos y franceses se vieron bombardeados por un caos de telegramas contradictorios de los políticos civiles.2432 A este respecto, por lo tanto, el telégrafo no igualó mucho, sino que tendió a crear nuevas jerarquías. Solo las autoridades más destacadas se podían permitir el acceso a la comunicación telegráfica y, por descontado, los representantes exteriores recibieron más presión e instrucciones más directas de las centrales capitalinas. Se acercaba el fin de la diplomacia autónoma.2433

En cambio, la autonomía se tornaba desagradable cuando era impuesta: cuando alguien quedaba aislado de la telegrafía o —como ocurrió a menudo en la guerra de Crimea— literalmente cortado. En septiembre de 1898, en uno de los «duelos» más famosos de la historia de las rivalidades imperiales —aunque en realidad los «gallos» estuvieron compartiendo una botella de champaña—, cuando las tropas británicas y francesas chocaron en Fachoda (Sudán), el comandante británico, el general Kitchener podía acceder al telégrafo por Omdurmán, a diferencia de su oponente, el comandante Marchand; los británicos utilizaron esa ventaja para organizar una escenificación amenazadora, diplomática y militar, que debilitó decisivamente a Marchand.2434

En otras circunstancias, el telégrafo podía usarse también subversivamente. Permitió coordinar movimientos de protesta política en espacios más amplios; por ejemplo, en la India, en 1908 (como un año antes en Estados Unidos), la comunidad virtual de los propios telegrafistas organizó una huelga nacional que paralizó la vida comercial y administrativa entre Lahore y Madrás, Karachi y la Mandalay birmana. El cable también fue un *objeto* de política internacional, e incluso intraimperial. Canadá se esforzó, durante dos décadas, por disponer de un cable del Pacífico que le conectara con sus vecinos occidentales; pero el gobierno de Londres quiso conservar la constelación imperial clásica, en la que los contactos de las diversas periferias debían pasar por la metrópoli, y obstaculizó repetidamente la emancipación de Canadá en su política de comunicación.2435 El cableado del mundo, que se prolongó durante dos décadas, no estuvo asociado con ninguna transferencia de tecnología a los atrasados o imitadores. La propiedad del material y el conocimiento de cómo había que utilizarlo quedaron en manos de pocos inventores e inversores.

Junto a los nuevos medios eléctricos, no deberíamos olvidar los «viejos». El tráfico epistolar también se incrementó mucho. Entre 1871 y 1913, el volumen de la correspondencia del

Imperio Alemán pasó de 412 millones de envíos a 6.800, y las cartas internacionales se multiplicaron por un factor parecido.[2436] La comunicación internacional nunca había sido tan densa, en Europa, como lo fue en el verano de 1914. En aquella fecha aún faltaba mucho para que, en principio, se pudiera llegar por carta a todos los habitantes del planeta. En la periferia de la propia Europa, el servicio postal ya empezaba a disminuir claramente. Una gran parte de la población rural rusa siguió careciendo de buzones y servicio de correos. En cambio, otro coloso territorial como Estados Unidos estaba completamente cubierto por el servicio postal, incluida la «frontera», ya en vísperas de la guerra civil; los medios de comunicación y la alfabetización crearon una espiral ascendente de mutua alimentación.[2437]

Otra nueva tecnología en red, por último, fue el suministro de electricidad. También apareció en escena en la gran década rupturista de 1880, y fue otra de las causas que contribuyeron a que se cableara el mundo, desde los hogares aislados hasta los sistemas más extensos. Se partía de sistemas de alumbrado simples, en unas pocas grandes ciudades, y unas primeras transmisiones de corriente a distancia (en 1891, de Lauffen am Neckar hacia Fráncfort); pero en la década de 1920 ya se contaba con grandes sistemas de producción y distribución de la energía. Si Gran Bretaña había sido la pionera de la telegrafía global, y Estados Unidos, la cuna del teléfono, el centro mundial de la electricidad estaba en Alemania, más en concreto en Berlín, la «metrópoli eléctrica».[2438] Las grandes estandarizaciones, como la unificación anterior de los sistemas ferroviarios, tuvieron que esperar hasta después de 1914. Hasta entonces imperó en todas partes un caos de tensiones y frecuencias. Las redes eléctricas aún no superaban el radio regional, en esta época. Las condiciones políticas y técnicas precisas para crear vínculos energéticos en territorios extensos no se dieron hasta la década de 1920; y la necesidad de una regulación internacional no se puso de relieve hasta la primera

Conferencia Mundial de la Energía, de 1924.

2. COMERCIO

Mercado mundial, mercados regionales, nichos

Desde la perspectiva occidental, durante mucho tiempo, la evolución de la economía en la Edad Moderna y Contemporánea se ha visto como una expansión de contactos y relaciones que surgían de un centro único: Europa. También ha dado impulso a esta concepción la memorable imagen del desarrollo por fases de un «sistema-mundo moderno» (Immanuel Wallerstein). Desde la perspectiva actual, sin embargo, es más plausible considerar que la economía mundial que emergió en el siglo XVII y principios del XVIII fue policéntrica: varios capitalismos comerciales florecieron al mismo tiempo en distintas partes del mundo, siempre asociados al ascenso de la producción para mercados distantes.2439 El comercio europeo dominó en el Atlántico y, desde cerca de mediados del siglo XVIII, hizo retroceder a la competencia asiática. Sin embargo, sería simplificar en demasía imaginarse la economía mundial que a partir de la década de 1840 se reestructuró bajo el signo del libre comercio como una *única* red universal.2440 El mercado mundial es una ficción teórica bastante abstracta. Había muchos mercados, según las mercancías (que también podían ser seres humanos), y un número cada vez mayor de ellos se extendió tanto, geográficamente, que se los puede denominar mercados *mundiales*. Pero ninguno se puede aislar de su geografía específica, ninguno daba a la vuelta al planeta con perfección geométrica.

Los subsistemas regionales retuvieron una dinámica propia (o la recuperaron). Entre 1883 y 1928, el comercio creció en el interior de Asia mucho más rápido que entre Asia y Occidente.2441 A su vez, los subsistemas regionales desarrollaron su propia distribución interna de los roles, que no fue dirigida mayoritariamente desde Europa ni por europeos. A partir de 1800 —no antes—, por ejemplo, en Asia surgió un mercado internacional de arroz: Birmania, Siam e Indochina lo

exportaban, Ceilán, la península de Malaca, las Indias neerlandesas, las Filipinas y China lo *importaban*.2442 La demanda de arroz no era tanto un indicador de pobreza como el fruto de la especialización regional y, en parte, del elevado hábito de consumo (en todas las sociedades asiáticas, el arroz se considera un cereal de gran valor, comparable al trigo en Europa). Ni siquiera la técnica más moderna comportó obligatoriamente que las formas económicas y de transporte «precontemporáneas» desaparecieran de los mercados transfronterizos. El comercio de los juncos del gran puerto de Cantón con el sudeste asiático, por ejemplo, no era una herencia de la «antigua China», sino el resultado inmediato del monopolio comercial que el emperador Qianlong había concedido a la ciudad en 1757. En el siglo XIX, estas embarcaciones no eran obsoletas, igual que no lo eran los *daus* árabes del océano Índico. Los barcos europeos no ganaron mucho terreno, salvo en el transporte del algodón y el opio. El comercio del sudeste asiático siguió bajo control chino.2443

Desde el punto de vista de la historia del comercio, el siglo XIX, en más de un aspecto, prolongó la Edad Moderna. Los comerciantes europeos de los siglos XVII y XVIII ya habían logrado organizar con gran éxito el comercio intercontinental, por encima de las barreras culturales. Las «compañías privilegiadas» habían representado una innovación de lo más eficiente, sobre todo en el comercio asiático, y no decayeron porque fueran deficientes, sino por el recelo ideológico del liberalismo. Experimentaron un renacimiento (de dimensiones modestas) en la colonización de África, a partir de la década de 1870. Además de las grandes organizaciones burocráticas (la Compañía de las Indias Orientales británica y la Vereenigde Oostindische Compagnie neerlandesa), también prosperaron, sobre todo en el espacio atlántico, mercaderes individuales con intereses comerciales en varios continentes. En el siglo XVIII, el núcleo de este grupo lo formaron los *gentlemanly capitalists* de Londres y los puertos del sur de Inglaterra, más un número

desproporcionado de escoceses y una cantidad creciente de norteamericanos. Las redes comerciales que esas personas tejieron en la era de los veleros y el mercantilismo anticiparon en buena medida el comercio mundial del siglo XIX.2444 El modo y la frecuencia de la comunicación se pueden describir, en el mejor de los casos —desde la perspectiva de 1900, con el pleno despliegue del cable—, como «precontemporáneos». Las grandes organizaciones comerciales y redes de negocios de los distintos empresarios se mantenían cohesionadas y en movimiento gracias a una correspondencia incesante: eran *empires in writing*.2445 Concebir el siglo XIX limitándose a la faceta de la industrialización y los industriales oculta la importancia crucial del comercio. Los mercaderes siguieron siendo los que más contribuían a tejer la red de la economía global. En la medida en que se adaptaron a las nuevas circunstancias y, a la vez, ayudaron a dar forma a esas circunstancias, enlazaron mercados distantes, conectaron sistemas de producción distintos —como la fábrica textil y la plantación algodonera—, acumularon capital —que podía recalar en los bancos y la industria— y crearon una necesidad transnacional de armonización y regulación que llevaron a nuevas prácticas de coordinación y el desarrollo de un Derecho mercantil transfronterizo.

Los comerciantes no solo sabían organizarse en Occidente. En China, las redes comerciales contribuyeron al florecimiento comercial del siglo XVIII, pues lograron dar un uso óptimo a la división del trabajo en las distintas provincias del imperio. Tales redes, que en cualquier caso exigían gran pericia con la escritura, se basaban sobre todo en la solidaridad nacida de un origen compartido (que se entendía más local que familiar). Hubo determinados sectores en los que toda China estaba en manos de comerciantes de una ciudad concreta. Las técnicas comerciales tendían a ser muy parecidas tanto en el Este como en el Oeste; en ambos lugares, la asociación era un instrumento importante para reunir capital y competencias. Las

hubo tanto en Europa como en China o el imperio otomano.[2446] Una diferencia destacada era que, en la Europa occidental, el capitalismo comercial no contaba solo con la tolerancia del estado, sino que este lo promovía expresamente por diversos medios. En su mayoría, las redes comerciales extraeuropeas pervivieron en el siglo XIX y se adecuaron a los nuevos desafíos. No desaparecieron de un día para otro en cuanto el capitalismo occidental llegó a la «periferia». Uno de sus rasgos característicos fue una estrecha vinculación con la producción protoindustrial. Algunas de estas redes —como el comercio al mayor de telas de algodón en el interior de China, en la segunda mitad del siglo XIX— se ocuparon de la distribución de productos surgidos de una gran diversidad de contextos productivos y «grados» de desarrollo industrial: industria casera autóctona, inicios de la producción fabril china e importaciones industriales.[2447]

Otro elemento estructural que perduró del siglo XVIII fueron los nichos en los que minorías étnicas y religiosas realizaban negocios que unían países y continentes: armenios, griegos en el imperio otomano y Egipto, parsis en la India y Asia central, también irlandeses y escoceses en el mundo británico. A muchos de estos grupos —judíos, que iban cobrando cada vez más importancia—, el siglo XIX les ofreció nuevas oportunidades de negocio que utilizaron con energía. El creciente predominio europeo en amplias zonas del comercio mundial no impidió que los comerciantes hindúes de la provincia de Sind (en el moderno Pakistán) siguieran consolidando sus antiguos lazos con el Asia central y se asentaran como intermediarios entre los intereses chinos, británicos y rusos. Esta fue una especialidad de la comunidad comercial shikapuri. Otra red, formada y gestionada por mercaderes de Hyderabad, aprovechó que en las últimas décadas del siglo XIX se produjo un auge del turismo europeo para especializarse en la venta de tejidos exóticos y artesanía oriental, y situó sus establecimientos a lo largo de las nuevas

rutas turísticas. Estos grupos de comerciantes se mantenían unidos por lazos de parentesco, aunque algunos eran ficticios. No habrían podido lograr tanto éxito como tuvieron hasta los años de entreguerras si no hubieran observado con atención el rápido cambio de los mercados y hubieran extraído las lecciones correctas. Las fronteras políticas carecían de importancia para estos mercaderes de orientación «transnacional».2448 Las redes comerciales transfronterizas estaban muy relacionadas con las del interior de la India o China. El ascenso de redes panindias y la expansión de las actividades a distancia de grupos aislados de comerciantes fueron dos caras de la misma moneda, tanto como la mayor rapidez de la circulación entre las provincias chinas y la extensión de los vínculos económicos del interior de China hacia el sudeste asiático o las Américas.2449 En suma: asiáticos y africanos, como trabajadores, fueron imprescindibles para la nueva economía mundial europeizada, pero como comerciantes también pudieron pervivir y adaptarse en muchos casos. En la industria y la banca, en cambio, les resultó mucho más difícil liberarse de las posiciones subordinadas. Al iniciarse la primera guerra mundial, solo Japón había logrado que su industria fuera cada vez más competitiva frente a la de europeos y norteamericanos en los mercados terceros de Asia, y que sus firmas comerciales y sus navieras extendieran el campo de acción bastante más allá del propio archipiélago.

Viejos modelos, nuevos focos

Entre 1840 y 1913, la estadística documenta una expansión media sin precedentes del volumen del comercio mundial, que no fue superada hasta los «años dorados» de la posguerra, de 1948 a 1971. El *valor* del comercio mundial, a precios constantes, se decuplicó entre 1850 y 1913.2450 El volumen, que entre 1500 y 1820 solo creció a poco menos del 1 % anual —¡y aún gracias!—, ascendió de 1820 a 1870 al 4,18 %, y de 1870 a 1913 al 3,4 %.2451 En su inmensa mayoría, el comercio internacional, en esta gran fase de expansión, se realizó entre

europeos o entre estos y los habitantes de las colonias de asentamientos neoeuropeos. Europa (incluida Rusia) y Norteamérica sumaron, en el promedio de los años 1876-1880, tres cuartas partes del total del comercio interestatal; y en 1913, esta proporción apenas había variado.2452 Era ante todo un intercambio entre economías con un nivel de ingresos relativamente alto. La demanda europea de productos tropicales retrocedió un tanto desde la década de 1820, en comparación con el siglo XVIII, cuando el azúcar había despertado especial atracción en Europa. En cambio, ganaron peso las importaciones de alimentos y materias primas industriales de las zonas templadas. Solo mediada la década de 1890 se inició una nueva explosión de la exportación de productos tropicales desde Asia, África y Latinoamérica.

Allí donde las empresas importadoras y exportadoras de Occidente volvían la mirada hacia los mercados de venta no occidentales, se encontraban sin apenas excepción con estructuras comerciales autóctonas, con las que debían colaborar para poder introducirse en los mercados asiáticos (y en menor medida, los africanos). La venta directa de los productos occidentales fue impensable hasta el cambio de siglo. En todas partes hubo que encontrar mecanismos complicados de mediación entre las distintas culturas económicas. También en Latinoamérica, donde las vallas culturales no eran tan altas como en el Asia oriental, había casas europeas de importación y exportación que, por lo general, como no dominaban el mercado por completo, se veían obligadas a trabajar con comerciantes al mayor españoles y criollos que tenían un mejor conocimiento del mercado y más relaciones comerciales. A veces, como en China, estos tenían problemas de pago que afectaban a los europeos y añadían riesgo al negocio. El telégrafo debilitó la posición de las grandes casas comerciales, porque ahora también se podía entrar en el mercado con menos capital inicial y muchas empresas más pequeñas, europeas y autóctonas (a menudo dirigidas por nuevos inmigrantes, por ejemplo italianos

o españoles) aprovecharon esas oportunidades.2453 Era más sencillo cuando los clientes eran los gobiernos extraeuropeos, con los que se podía negociar directamente la venta del material armamentístico o ferroviario.

De nuevo, el caso de las *importaciones* desde lo que más adelante sería el «Tercer Mundo» fue distinto. Aquí, el capital occidental había podido hacerse con el control directo de la producción primaria en plantaciones y enclaves mineros. En estos casos, no debían tratar tanto con mercaderes locales, autónomos y seguros de sí mismos, como con una mano de obra dependiente. La difusión de los enclaves exportadores debilitó a los empresarios autóctonos cuando estos no lograron hacerse un hueco propio. Sin embargo, se hicieron hueco más a menudo de lo que se había pensado, según se ha demostrado sobre todo con respecto a Latinoamérica.2454 La producción exportadora de la periferia siempre fue una forma económica mucho más claramente «nueva», para la cual el *hinterland* local tenía poca relevancia. En estas estructuras «duales», por lo general, la conexión con ultramar era más fuerte que el vínculo con la propia economía «nacional». Lo que con acierto se ha denominado «europeización» de la economía mundial en los primeros tres cuartos del siglo XIX2455 no ocurrió solo mediante una difusión uniforme de la influencia europea, sino porque las empresas europeas (a) entraban en redes comerciales autóctonas ya existentes, o (b) instalaban cabezas de puente de la producción exportadora, o (c) reestructuraban extensas zonas de «frontera», como Australia, Nueva Zelanda o Argentina, según los criterios europeos (aquí, podría decirse que *todo* el país venía a ser como una colosal cabeza de puente).

En su conjunto, cuanto sucedió en el comercio mundial del siglo XIX no se puede describir tan solo por medio de contactos concretos. Por detrás y a su lado hay que observar también otros procesos. (1) Se eliminaron las barreras aduaneras, sobre todo en Europa, el imperio británico, China, el imperio otomano, etcétera.2456 (2) Surgió una nueva demanda a

consecuencia de procesos que a largo plazo iban elevando el nivel de ingresos, como la industrialización o la conquista de «fronteras» productivas. (3) El ferrocarril abrió nuevas vías de acceso. (4) Bajaron los costes de transporte, tanto de personas como de bienes. Este último punto es de especial importancia. El tiempo ahorraba dinero. La inauguración del Canal de Suez en 1869 redujo en un 41 % el trayecto entre Londres y Bombay. Cruzar el Atlántico norte en barco pasó de durar un promedio de 35 días, hacia 1840, a solo 12, en 1913. La mejora de los barcos de vela, en primer lugar, y la posterior transición hacia los buques de vapor, más el incremento de la eficacia con los buques de hierro y el perfeccionamiento de los motores, redujeron el coste de los portes y (aunque en menor medida) los pasajes oceánicos. En 1906, el precio del transporte por unidad de masa entre Gran Bretaña y la India equivalía a tan solo un 2 % de lo que suponía en 1793. Al mismo tiempo, enviar una tonelada de productos de algodón de Liverpool a Bombay costaba solo entre 2 y 3 veces lo que valía enviarlos por tren desde Manchester a Liverpool (45 kilómetros).2457 Los efectos de esta revolución del transporte, en principio, fueron iguales en todo el mundo.

El sistema del comercio mundial del siglo XIX, en sus conexiones básicas, ya se había completado a mediados del siglo XVIII: el Atlántico norte y sur, por igual, estaba cruzado por numerosas relaciones comerciales permanentes; el comercio de pieles integraba las latitudes septentrionales de Eurasia y América; el comercio marítimo entre Europa y Asia iba del mar del Norte al mar de la China Meridional y la bahía de Nagasaki; en la Eurasia continental abundaban las vías comerciales; los desiertos eran cruzados por caravanas; el Pacífico, por los galeones de Manila españoles. Solo Australia y algunas partes del sur de África aguardaban todavía a su integración en los contextos globales. Las formas organizadoras del comercio, por otro lado, no vivieron una auténtica revolución hasta la aparición de las corporaciones

multinacionales, ya a finales del siglo XIX. Como en el siglo XVIII, personalidades y familias emprendedoras crearon redes de negocio muy extensas, cada vez más próximas al comercio, además: por ejemplo, la casa Rothschild, cuyo imperio financiero se convirtió en un «actor europeo» a partir de 1830 aproximadamente; o el «grupo de inversión» de sir William Mackinnon, que hasta su hundimiento en la década de 1890, comprendía todos los campos posibles entre los astilleros escoceses, la importación y exportación india o la navegación costera en el África oriental.2458

El capitalismo comercial europeo y norteamericano no barrió sin más las redes comerciales ya existentes en ultramar, y como allí los productos de la industrialización occidental no necesariamente los tenían que difundir las organizaciones comerciales occidentales, al final las exportaciones de las economías industriales dieron un fuerte impulso al comercio autóctono en muchas partes del mundo. De hecho sucedió incluso que se desarrollaron *nuevos* sectores dinámicos de mercado en los que europeos y norteamericanos no tenían presencia; por ejemplo, el comercio de algodón y carbón entre Japón y China.2459 El «ascenso de Asia», que hoy se proclama con incredulidad y asombro, es menos sorprendente si tenemos en cuenta que las infraestructuras comerciales del Asia oriental se han ido desarrollando de forma continuada desde por lo menos el siglo XVIII, y que el imperialismo y el comunismo chino las dañaron, pero no las destruyeron. La expansión general del mercado durante la segunda mitad del siglo XIX creó oportunidades que no aprovecharon tan solo los habitantes de Occidente.

Pese a las notables continuidades con respecto a la Edad Moderna, ¿qué había de nuevo en las redes comerciales del siglo XIX?

Uno. El comercio mundial, antes de 1800, no se limitaba en ningún caso a los bienes de lujo ligeros y onerosos. El algodón en bruto, el azúcar o los productos textiles indios ya eran objeto

de un comercio internacional masivo en el siglo XVIII. Pero solo con la revolución del transporte, y la consiguiente caída en picado de los precios, se pudo trasladar productos como el trigo, el arroz, el hierro o el carbón a esa escala, de forma que también dominaran el comercio mundial por su valor. En la Edad Moderna, si el comercio generaba grandes rendimientos, era a menudo porque las importaciones carecían de competencia en las regiones receptoras: hacia 1780, solo salía té de China, y azúcar, casi exclusivamente del Caribe. Ochenta años después, también valía la pena transportar a gran distancia mercancías que se producían en muchos lugares. En los grandes puertos se reunían productos de todo el mundo, literalmente, y había muchos menos monopolios «naturales» (que no fueran concesión estatal) que en épocas precedentes, y por lo tanto, más competencia.2460

Dos. Sin este factor del transporte masivo, resultaría inexplicable la expansión del comercio internacional, que alcanzó una escala sin precedentes tanto en valor como en volumen. Solo con las puntas de crecimiento del tráfico de mercancías —en la década de 1850 y de nuevo entre 1896 y 1913— el comercio exterior adquirió en todo el mundo y para numerosas sociedades una importancia decisiva, que ya no afectó solo al estándar de vida de los ricos. Esta expansión fue en paralelo a la integración de los mercados. Se reconoce por la convergencia creciente de los precios internacionales de las mercancías. Antes de 1800, la formación de precios, a un lado y otro del océano, apenas mantenía ninguna relación sistemática. En el transcurso del siglo XIX se fue forjando una relación cada vez más estrecha entre las oscilaciones de precio de los mercados más distantes entre sí; los niveles de los precios se fueron aproximando.2461 Este fenómeno se debió, en sus tres cuartas partes, a la caída de los costes del transporte, y en el otro cuarto, a la eliminación de las barreras arancelarias.2462

La integración de los mercados no siempre transcurrió adecuándose a las fronteras políticas. Bombay, Singapur o

Hong Kong, por ejemplo, formaban parte de la economía británica de ultramar. Sus precios mantenían una correlación más directa con los de Londres que con los precios de sus propias zonas de influencia en la India, la península de Malaca o China.

Tres. Como una gran parte de las mercancías remitidas intercontinentalmente —desde el algodón en crudo y el hierro al aceite de palma y el caucho— entraban en la producción industrial como materias primas, las «cadenas productivas» se hicieron más complicadas: entre el productor primario y el consumidor final se acumularon las etapas de elaboración.2463 Además, como en Asia, África y Latinoamérica no había una industria consolidada, la creación de valor se concentró más en los principales países industriales. Si la Europa de la Edad Moderna traía productos terminados de ultramar (pañuelos de algodón fino de la India, té y telas de seda de China, azúcar del Caribe, listo para el consumo), ahora la elaboración también se realizaba cada vez más en las metrópoli. *Aquí* el algodón se hilaba a máquina, el café en grano se tostaba, el aceite de palma se convertía en margarina o jabón. Algunos de estos productos terminados se vendían de nuevo en los países de origen de las materias primas, como por ejemplo los artículos de algodón en la India. Hoy es un fenómeno corriente, pero en el siglo XIX era novedoso.

3. DINERO Y FINANZAS

Estandarizaciones

Aún fue más radical la formación de sistemas extensos en otros dos ámbitos: el dinero (la moneda) y las finanzas. Aquí, más que en el comercio, estuvo el gran salto de eficiencia y racionalización de los europeos, incluso frente a economías que hacía poco tiempos estaban casi al nivel de las europeas. Las relaciones complejas entre las divisas, la coexistencia de distintos tipos de dinero y la dificultad para establecer relaciones predecibles entre ellos siempre suponen fricciones y costes adicionales. Así era en la Europa de la Edad Moderna y

así seguía siéndolo por ejemplo en China hasta 1935. El retraso de este país en el siglo XIX y principios del siglo XX tuvo, entre sus causas más importantes, que en el imperio chino, pese a los numerosos intentos, no se lograra simplificar el caótico sistema doble de las monedas de plata y de cobre; que los billetes fiables se difundieran muy despacio; y que siguieran en circulación los medios de pago extranjeros más diversos (incluso a finales del siglo XVIII, la moneda estándar del delta del Yangzi era el cárolus español). Antes de 1914, cuando se introdujo el «dólar de Yuan Shikai», en China no había ni los rudimentos de una moneda nacional unitaria. Los billetes tampoco tenían validez fuera de cada provincia. No hubo un banco central hasta 1928, que además, por la guerra civil y la exterior, solo pudo funcionar de forma rudimentaria.2464 Estas eran las condiciones características de gran parte del mundo.

Ello contrasta con la creación de espacios monetarios nacionales en la Europa del siglo XIX. En el caso de los estados nacionales recién formados, esto fue bastante complejo. Fue decisiva la combinación del saber económico especializado, voluntad política e intereses locales. La integración de los mercados nacionales y el crecimiento económico, que habitualmente se adscriben solo a la industrialización, no habrían sido posibles sin esta otra circunstancia, que no tiene nada de secundaria.2465 Solo la estandarización y la existencia de garantías de estabilidad creíbles reforzaron algunas divisas occidentales —en particular, la libra esterlina— hasta que estuvieron en condiciones de actuar internacionalmente. Las reformas de la moneda y las divisas siempre han sido sumamente complejas. Había que adoptar modelos exitosos y era imprescindible que hubiera bancos con voluntad de distribuir y gestionar la nueva moneda. La dificultad de lograr la unificación nacional también se percibía, de manera indirecta, en que pervivía la división de los mercados crediticios. En Italia, por ejemplo, la diferenciación regional de los tipos de interés pervivió varias décadas después de 1862,

cuando se introdujo la lira como moneda oficial.[2466] El paso siguiente —desde el punto de vista de la lógica, aunque en la práctica solo se pudo hacer realidad en sincronía con la unificación nacional— fue la armonización *internacional* de las divisas. Pero vayamos con cautela, sin dar por descontado un proceso universal de integración cada vez más extensa. En el siglo XVIII, el mayor ámbito unitario del mundo, en materia monetaria y fiscal, era el imperio español. La disolución del imperio, entre 1810 y 1826, fragmentó esa unidad, anuló los beneficios que se derivaban de ella, y situó a los nuevos estados ante el problema de crearse un sistema monetario y financiero propio. Como el reajuste no se consiguió de golpe, en casi todos los casos supuso una fuente de inestabilidad política e ineficiencia económica, lo que a su vez originó un círculo vicioso.[2467]

En gran parte de Europa, no hubo una divisa unitaria *de facto* hasta la Unión Monetaria Latina, de 1866, que simplificó mucho los negocios y viajes. Pero este no era el objetivo principal de la unión monetaria, que respondió sobre todo a dos estímulos: por un lado, Francia deseaba imponer en el continente la hegemonía de su sistema monetario «bimetálico», de oro y plata; por el otro, había que rehacer el equilibrio entre los precios del oro y la plata, destruido por el hallazgo de oro en Norteamérica y Australia, que abarató mucho este metal.[2468] Otro objetivo políticoeconómico —que por primera vez se buscaba internacionalmente— fue la estabilidad de los precios. La moneda de la Unión Monetaria Latina —que reunía a Francia, Bélgica, Suiza e Italia, y luego también a España, Serbia y Rumanía— era de hecho un estándar de plata, porque cada país definía sus propias unidades monetarias con relación a un peso de plata determinado. Una novedad «extrasistémica» e imprevista provocó el colapso de esta estructura: se descubrieron nuevas minas de plata que redujeron mucho su precio e inundaron los países de la Unión Monetaria Latina. Parecía razonable apostar por un nuevo sistema basado en el

patrón alternativo del oro, pero la plata demostró una asombrosa capacidad de pervivencia.

Plata

Los sistemas monetarios internacionales del siglo XIX fueron los primeros intentos coordinados entre varios estados de controlar el flujo de metales nobles que corría por el planeta desde la década de 1540.2469 Incluso los países que procuraban reglamentar estrictamente sus relaciones exteriores (económicas o de otros ámbitos), como Japón y en particular China, se hallaban conectados a esos flujos y padecían —a menudo, sin poder entender las causas— los efectos inflacionarios o deflacionarios de la circulación global de las monedas y metales. Hablamos de consecuencias que podían afectar hasta la política. La guerra del Opio, que enfrentó a Gran Bretaña y China de 1839 a 1842, tuvo como causa principal los problemas de la plata. Durante todo el siglo XVIII, China había obtenido grandes cantidades de plata a cambio de sus exportaciones (ante todo, seda y té), que insuflaron nueva vida en la economía nacional. Pero a principios del siglo XIX este flujo se invirtió, después de que los británicos encontraran por fin una mercancía que sí interesaba a los chinos: el opio, que se cultivaba en los territorios indios de la Compañía de las Indias Orientales. Esta decisión, por cierto, también tuvo consecuencias en lugares muy remotos: desde aproximadamente 1780, la dificultad notable de vender algo a los chinos se convirtió en el motor principal de la explotación de los recursos vírgenes del Pacífico, como por ejemplo los bosques de sándalo de las islas Fiyi y Hawái. Cuanta más relevancia cobró el opio indio como bien importado desde China, más disminuyó la presión económica y ecológica sobre el Pacífico.

En cuanto a la propia China, el emergente comercio del opio invirtió su forma de integrarse en la economía mundial. En adelante, China pagó plata por el opio. Ello provocó una primera crisis deflacionaria grave, que afectó el sur de China hasta el nivel de los poblados, y que, naturalmente, puso en

peligro la recaudación tributaria del estado. En esta situación, la corte imperial resolvió bloquear la importación del opio, que a fin de cuentas siempre había sido un contrabando ilegal. A juicio de Gran Bretaña, se llegó al *casus belli* cuando un delegado imperial se incautó de opio británico en Cantón y lo hizo destruir. Poco antes de esta medida, el principal representante británico en la ciudad no había vacilado en declarar ese cargamento propiedad de la corona británica. De esta forma, el problema ascendió a conflicto de estado. La economía sino-india de la plata y el opio, por descontado, se desarrollaba en contextos más globales, que requieren de una explicación más compleja que la mera denuncia contra los corruptores británicos del pueblo chino —por mucho que estos actuaran sin escrúpulos—: desde 1820, el mercado de la exportación de la seda y el té chinos había descendido, lo que redujo la entrada de plata en el país; al mismo tiempo, la producción de plata en Sudamérica vivía años de escasez, lo que hizo aumentar el precio del metal y elevó el atractivo de China como fuente de plata. Así pues, la guerra del Opio, aun con toda su agresividad, no fue la única causa de la crisis económica de China en la década de 1830.2470

El destino económico de la India también se vio muy marcado por la plata. Las reservas chinas —que en origen habían sido extraídas de las minas de la América hispana— fluyeron en gran cantidad en la India, como productora de opio, a partir de 1820 aproximadamente. Pronto se añadió la plata de las minas descubiertas poco antes en Norteamérica, que se utilizó también para pagar las crecientes exportaciones indias (té y añil). Durante la guerra civil estadounidense, cuando se detuvo el abastecimiento trasatlántico de algodón a la industria europea, Egipto y la India aprovecharon el filón. La India parecía capaz de absorber una cantidad ilimitada de plata, como la China del siglo XVIII. Al poder colonial británico ya le iba bien, porque ello facilitaba el avance de la monetarización de la economía rural y la recaudación del impuesto territorial

en la que se apoyaba el dominio europeo. Sin embargo, desde 1876, el precio de la plata fue bajando sin cesar, y con él, el tipo de cambio de la rupia india. Esto abarató e incrementó la exportación de los productos agrarios indios, sin que el gobierno nacional pudiera hacer nada al respecto, porque la ideología imperante del libre comercio impedía realizar incrementos arancelarios de cualquier clase. El gobierno indio se vio en dificultades para seguir pagando los elevados salarios prometidos a sus funcionarios y transfiriendo a Londres la recaudación tributaria habitual (*home charges*). Los mecanismos de la plata, en particular, habían creado una trampa entre ingresos inflexibles y gastos ascendentes, de la que el gobierno de Calcuta se liberó en 1893, adoptando una medida radical que contradecía plenamente la idea de la libre acción de las fuerzas del mercado: cerró las fábricas de moneda indias, en las que hasta entonces, cualquiera había podido convertir en rupias una mínima cantidad de plata. En adelante, la India tuvo una moneda manipulada, en la que el valor nominal de la rupia ya no se correspondía con el valor de sus metales. El valor nominal lo decidía el ministro de la India, en Londres. Con ello, la India salió del juego global de las fuerzas monetarias y la metrópoli británica halló otra posibilidad más de sacar partido de la economía india.2471 El ejemplo indio muestra la relevancia del mercado libre de la plata, que en su conjunto fue el factor de globalización más destacado desde la Edad Moderna hasta finales del siglo XIX (en China hasta la crisis económica mundial, que allí llegó en 1931). También pone de manifiesto cómo los grandes estados occidentales —y solo ellos— lograron intervenir en este juego de fuerzas.

Oro

Ante los riesgos de la plata, los estados y los inversores se refugiaron en la seguridad del oro. Fue más bien casual que la más poderosa (con diferencia) de las economías nacionales, la británica, ya empleara de hecho el oro como patrón desde el siglo XVIII. En la Inglaterra medieval, la «libra esterlina» todavía

se definía legalmente como una libra de peso de plata esterlina. Desde 1774, las monedas legales fueron las de oro: las famosas «guineas», así denominadas por la región de procedencia principal de ese metal noble. En el uso cotidiano, pronto arrumbaron a la plata. Tras las guerras Napoleónicas, el gobierno británico se distinguió por optar claramente por el patrón oro, una decisión sin igual en la Europa de la época. En 1821, Gran Bretaña aprobó legalmente un sistema monetario coherente: la fábrica de moneda (Royal Mint) debía cambiar oro sin limitaciones, a un precio fijo; el Banco de Inglaterra (y por delegación, cualquier otro banco británico) estaba obligado a cambiar los billetes por oro. No había ninguna clase de restricciones a la entrada y salida de oro. Esto significaba que el oro actuaba como reserva de todo el volumen de dinero del país. Hasta los primeros años de la década de 1870, Gran Bretaña fue el único país del mundo con este sistema. Tras el fracaso del contramodelo de la Unión Monetaria Latina, poco después de que echara a andar, la alternativa bimetálica tampoco se impuso, y uno a uno, los diversos estados nacionales europeos fueron pasando al patrón oro: Alemania, Dinamarca y Suecia, en 1873; dos años después, Noruega; en la década de 1880, Francia y los demás miembros de la Unión Monetaria Latina.
En todos los países surgieron grandes debates sobre los pros y contras del modelo del oro. No solo en Francia hubo divergencias entre la teoría y la práctica. De hecho, Estados Unidos contaba con el patrón oro desde 1879, aunque con polémica; el Congreso no lo aprobó oficialmente hasta 1900. Rusia, que había entrado en el siglo XIX con un patrón de plata y luego imprimió muchos billetes sin cobertura, se pasó al oro en 1897. Japón hizo lo mismo en ese mismo año, después de aprovechar la elevada reparación de guerra arrancada a China en 1895 para crear una reserva de oro en su banco central. Como tan a menudo en el Japón de la época, ello respondía también a la voluntad de sumarse a las prácticas del «mundo civilizado», frente a una China (desde la perspectiva nipona)

atrasada que seguía aferrada al arcaico patrón de plata. Pero no solo Japón reaccionó así. Casi todos los países, en particular los extraeuropeos, se veían en inferioridad con respecto a Gran Bretaña. Pasar al patrón oro significaba gozar de más respecto internacional y ponía de manifiesto la disposición a aceptar las reglas de juego occidentales. En algunos casos, esto se asociaba con la esperanza de recibir inversiones extranjeras; ello tuvo especial efecto en Rusia, que al acabar el imperio zarista era el país más endeudado del mundo.2472 Con la decisión rusa de optar por el oro, todas las grandes economías nacionales de Europa participaban de la misma clase de sistema. La integración del continente, en este ámbito, fue aún mayor que la del libre mercado en la década de 1860, a la cual el imperio zarista nunca se había unido. Pero si observamos la situación con más detalle, veremos diferencias. Salvo Gran Bretaña, casi todos los estados —incluso naciones acreedoras de finanzas tan sólidas como el Imperio Alemán y Francia— habían dotado a sus autoridades monetarias con instrumentos para, en caso de necesidad, defender las propias reservas de oro. Se habían previsto situaciones de excepción en las que se renunciaba a responder estrictamente con oro de todo el papel moneda. El modelo británico no se podía imitar a la letra: ninguno de los estados continentales (con la salvedad de Francia) era un exportador neto de capital y ninguno contaba con una estructura bancaria tan completa como la inglesa.

El patrón oro como orden moral

Los automatismos técnicos con los que se logró la estabilidad de precios y monedas con el patrón oro no nos interesan aquí.2473 Desde el punto de vista de la formación de redes, lo que nos atañe es:

Uno. Gran Bretaña introdujo el patrón oro en el siglo XVIII un poco por azar. En los años siguientes, el sistema no pareció mostrar ventajas claras e inherentes frente al orden bimetálico. Un momento importante en la adopción progresiva del patrón oro en los diversos países europeos fue el hecho de que la Gran

Bretaña victoriana —pero nótese bien: no principalmente *a causa* del patrón oro— pasó de ser la mayor potencia industrial al principal centro financiero del mundo. Cuando le siguió Alemania, una potencia industrial de nuevo cuño, desató una reacción en cadena. A quien deseaba hacer negocios comerciales y bancarios con Gran Bretaña y Alemania, le convenía sumarse a su mismo sistema monetario. Aquí también se mezclaban puntos de vista pragmáticos y la búsqueda de prestigio. El oro parecía «moderno», la plata no.

Dos. Se tardó bastante en lograr que el sistema monetario internacional del patrón oro funcionara adecuadamente. De hecho, no se consiguió hasta los primeros años del siglo XX y al cabo de poco el sistema quedó destruido de nuevo por la primera guerra mundial.

Tres. El patrón oro, como mecanismo de regulación internacional, vigente desde Norteamérica a Japón, no era simplemente el aparato abstracto de los manuales de economía. Era, en palabras del historiador económico Barry Eichengreen, «una institución de construcción social cuya capacidad de supervivencia dependía del contexto en el cual estuviera funcionando».2474 Esta institución requería de los gobiernos implicados la voluntad —tácita o explícita— de hacer cuanto fuera necesario para defender la convertibilidad de la moneda, es decir, que hubiera consonancia político-económica. Esto significaba por ejemplo que nadie debía ni siquiera pensar en devaluar o revalorizar; se presuponía que, en un sistema internacional muy competitivo, las crisis financieras se debían resolver de común acuerdo y con ayuda mutua. Así sucedió por ejemplo en la crisis de Baring, de 1890, cuando un gran banco privado británico se declaró en bancarrota y el mercado de Londres solo pudo mantener la liquidez gracias al rápido apoyo de los bancos estatales de Francia y Rusia. En años posteriores hubo varios casos similares en distintos países. En principio, era más difícil conseguir estos acuerdos internacionales entonces que hoy, pues se daban en una época en la que aún

no había teléfono y los altos cargos públicos no se reunían regularmente. Pese a todo, el sistema pervivió gracias a la solidaridad profesional —hablar de «confianza» sería excesivo— entre los gobiernos y los bancos centrales. En el sistema internacional de 1914, por lo tanto, había mucha más convergencia de intereses y un espíritu de cooperación mucho más firme en el campo de la política monetaria que en los de la diplomacia y las fuerzas armadas. Esta divergencia de los distintos planos de las relaciones internacionales —la política del poder y el prestigio se hizo autónoma— fue uno de los rasgos más importantes de la globalidad durante el cuarto de siglo anterior al estallido de la primera guerra mundial.

Cuatro. El patrón oro no funcionó de veras en todo el mundo. No incluía a los países con un sistema basado en la plata, como China, y las divisas coloniales, como se ha visto en el ejemplo indio, eran independientes de la intervención extranjera. El bloque más numeroso de países de la periferia no colonial que experimentaron con el patrón oro fueron los estados de Latinoamérica. Antes de la década de 1920, por lo general, estos países carecieron de bancos centrales y de instituciones financieras privadas relativamente capaces de sobrevivir a una crisis. Ninguna entidad podía interceptar el flujo de entrada y salida del dinero en metálico propio de los mercados. La opinión pública no confiaba especialmente en que esos estados fueran capaces de responder de su papel moneda con oro. Los países sudamericanos —pero también los del sur de Europa— se vieron obligados varias veces a congelar la convertibilidad del oro y permitir una devaluación de sus divisas. En más de una ocasión, esto obedeció también a la presión de grupos de las élites que estaban interesadas en la inflación, por ejemplo los terratenientes o exportadores (a menudo, eran ambas cosas a la vez). Las oligarquías preferían divisas débiles y el caos monetario, y con asombrosa frecuencia lograron imponerse a sus socios de capital extranjero y los acreedores foráneos. Las reformas monetarias, por lo tanto, tendieron a emprenderse con

desgana y a fracasar; algunos países nunca se sumaron al patrón oro, en otros como Argentina o Brasil no se fue más allá de las formalidades y declaraciones hueras. Pese a toda la «hegemonía» de Gran Bretaña, nunca logró que dieran el brazo a torcer. La diferencia con Japón es ilustrativa. Nunca fue un gran exportador de materias primas y los intereses específicos de la exportación tuvieron un escaso peso político. En cambio, Japón tenía interés por las importaciones, para acelerar la modernización, y en consecuencia también prefería una moneda estable. Dadas todas esas circunstancias, Japón era un candidato ideal para el patrón oro.2475

Además, no olvidemos que el funcionamiento del patrón oro necesitaba del libre comercio, como el sistema instaurado en el tercio central del siglo XIX. Tras el cambio de siglo, paradójicamente, la que entonces ya era la primera economía del mundo —la estadounidense— fue un factor de inestabilidad. Su colosal sector agrícola, que no estaba apoyado por una banca rural bien desarrollada, tenía una demanda de oro periódica y muy elevada, que apretaba mucho a los países europeos con reservas de este metal. Así pues, no basta con celebrar el patrón oro con un avance puro de las redes y la globalización. También hay que ver los riesgos inherentes a este sistema fuertemente anglocéntrico. Sobre todo, que la periferia de la economía mundial, tan colonial como no colonizada, no estaba integrada o solo de forma indirecta o frágil.

En cierto modo, el patrón oro era una especie de orden moral. Universalizaba los valores del liberalismo clásico: la persona que defiende sus intereses con autonomía, un marco económico general de carácter fiable y predecible, y un estado muy poco activo. El funcionamiento del sistema exigía que los participantes se rigieran por estas normas y compartieran también la «filosofía» en la que se integraban. A la inversa, el éxito del sistema monetario confirmó que la concepción liberal del mundo era útil para las necesidades prácticas de la vida.2476 Sin embargo, el sistema no era intocable, porque

estaba anclado a las condiciones naturales y, en parte, condiciones precapitalistas. Sin las enormes reservas de oro que desde 1848 se encontraron en las «fronteras» de tres continentes, no habría adquirido la forma que adoptó. El hallazgo de minas de oro y plata, por su parte, aunque más adelante se gestionó con principios capitalistas (sobre todo en Sudáfrica) no fue planeado ni previsible, sino que actuó como una fuerza externa. En origen, en California, Nevada y Australia, se debió al «primitivo» afán de enriquecimiento de una economía simple de buscadores de oro.2477 Una reacción en cadena relacionó a los toscos buscadores con los refinados caballeros de la sala de juntas del Banco de Inglaterra. Las consecuencias del sistema se notaron también más allá. La estabilidad dinámica de la Belle Époque anterior a 1914, que desde la perspectiva de nuestros días se suele describir en términos muy elogiosos, también se debió a que la población trabajadora estaba sometida a una disciplina muy rígida, que en el siglo XX solo se ha repetido en los sistemas totalitarios. Al movimiento obrero aún le faltaba fuerza para defender sus ingresos y, menos aún, batallar por un aumento de los salarios reales. Las crisis a corto plazo se podían capear rebajando los salarios. En la que fue literalmente la «edad de oro» del capitalismo, es cierto que a los trabajadores europeos y norteamericanos les fue mejor que en épocas anteriores. También allí donde se podían embolsar los incrementos de productividad en la «frontera», y en los enclaves tropicales de exportación cuya expansión la gestionaban campesinos (y no los culis de las plantaciones), quienes no poseían más que su fuerza de trabajo podían salir adelante. Pero a menudo, el peso de las adaptaciones recaía sobre la espalda de los que económicamente eran más débiles. El patrón oro era un mecanismo y un símbolo de un sistema económico que, paradójicamente, se asociaba con la sumisión paralela tanto del capital como del trabajo a las leyes «de hierro» de la mecánica económica.2478

Exportación de capital

Si el siglo XIX fue una época de formación de redes en la economía mundial, ello es cierto no solo del comercio (régimen de libre comercio) y la moneda (patrón oro), sino también de un tercer ámbito: los mercados financieros internacionales.2479

En este caso, como en las relaciones monetarias (pero no en el comercio), la discontinuidad con la Edad Moderna fue más intensa que la continuidad. El sistema bancario europeo «moderno» fue surgiendo progresivamente desde el siglo XVI. Instrumentos como el endeudamiento estatal a largo plazo y la financiación de gobiernos extranjeros estaban bien desarrollados; ambos se asociaban, por ejemplo, en la considerable suscripción extranjera de la deuda pública británica. También existían ya conexiones de ultramar: el gobierno de Estados Unidos, recién independizado el país, buscó préstamos de largo plazo en el mercado de capitales de Ámsterdam, que había sobrevivido bien al hundimiento de la hegemonía comercial neerlandesa. La transferencia libre de capital dentro de Europa que se formó durante el siglo XVIII quedó muy limitada por las guerras del período de 1792 a 1815. En adelante, los mercados de capital, con una mayor participación del estado, se reconstruyeron más bien como mercados *nacionales* y solo en una fase posterior experimentaron una nueva integración internacional.2480

El «cosmopolitismo» de la Edad Moderna solo afectó a Europa. Ningún gobernante o ningún particular de Asia o África habría pensado en buscar dinero en Londres o París, en Ámsterdam o Amberes. Esto cambió en el siglo XIX, en particular en la segunda mitad. En paralelo a las decenas de millones de europeos y asiáticos que emigraron a ultramar, entre 9.000 y 10.000 millones de libras esterlinas se invirtieron en el extranjero, por encima de las fronteras políticas.2481 Estas sumas, que procedían de unos pocos países europeos —muy señaladamente, Gran Bretaña—, recalaron en casi todo el mundo. Adoptaron tres formas: préstamos de gobiernos

extranjeros, créditos a particulares extranjeros e inversiones directas de empresas europeas en otros países.

La exportación de capital fue en lo esencial una innovación de la segunda mitad del siglo XIX. Hacia 1820 había muy poca inversión en el extranjero, y toda en manos británicas, neerlandesas o francesas.2482 A partir de 1850 se fueron forjando, paso a paso, las condiciones necesarias para los negocios financieros internacionales: se crearon instituciones financieras específicas en los países acreedores y deudores, una nueva clase media acumuló ahorros, se difundió la conciencia de las oportunidades de invertir en el extranjero. Sobre todo, en estas fechas surgió el singular conglomerado de activos líquidos y la capacidad de gestionarlos que se conoce como «la City» de Londres.2483 En 1870, Gran Bretaña y Francia eran los únicos países del mundo con inversiones significativas en el extranjero (los Países Bajos habían desaparecido). Durante la gran explosión de la exportación de capital, que se inició hacia 1870, se sumaron otras naciones acreedoras: Alemania, Bélgica, Suiza, Estados Unidos. Pero en vísperas de la primera guerra mundial, aunque ya hacía mucho que Gran Bretaña había dejado de estar a la cabeza de la industria, sin embargo seguía siendo la fuente más destacada de inversiones en el extranjero (con un 50 %, casi exacto, del total mundial, y seguida a gran distancia por Francia y Alemania). Estados Unidos solo contaba por entonces con el 6 % de las inversiones, no era un factor clave en el mercado mundial del capital. En el siglo XIX, el capital británico fue omnipresente. Financió el canal de Erie, los primeros ferrocarriles (de Argentina a Japón) y guerras como la de Estados Unidos contra México en 1848. Durante mucho tiempo ocupó una posición muy destacada, que Estados Unidos solo llegaría a tener brevemente (hacia 1960).

Sería inadecuado imaginarse la estructura básica de los flujos de capital como una red. A diferencia de lo que ocurría con el comercio, la relación no era recíproca. El capital no se intercambiaba, sino que fluía de los centros a las periferias. El

flujo inverso que venía desde los países deudores y objeto de la inversión no era la misma clase de capital prestadizo, sino beneficios que desaparecían en los bolsillos de los dueños del capital. Es decir, era una constelación imperial típica, cuya asimetría saltaba a la vista. La exportación de capital, además, se dirigía mucho mejor desde el escaso número de centros originarios; por otra parte —de nuevo, a diferencia del comercio —, como requería que en todo el mundo se crearan instituciones modernas, había pocas analogías con la cooperación entre los comerciantes europeos y las redes comerciales autóctonas ya existentes. También fueron considerables las diferencias entre los flujos de capital, por un lado, y las redes monetarias por el otro, por mucho que fueran la base necesaria para realizar negocios financieros en el extranjero. Antes de 1914, la circulación del capital inversor no estaba regulada por ninguna clase de acuerdos internacionales. No había controles del capital en ninguna parte, ningún paralelo a las aduanas, con las que manejaba el comercio, ninguna limitación a las transferencia. Solo había que pagar los respectivos impuestos nacionales sobre los rendimientos del capital (si tales impuestos existían). En Alemania y Francia, desde 1871, los gobiernos tenían derecho a impedir la emisión pública de un préstamo extranjero (lo que casi nunca ocurría); en Gran Bretaña y Estados Unidos ni siquiera disponían de este recurso.

A diferencia de nuestros días, los *gobiernos* no solían conceder créditos a otros países, y no se conocía la ayuda al desarrollo, por descontado. Un Estado que necesitaba dinero no se dirigía a algún ministerio de Londres, París o Berlín, sino al mercado libre del capital. Para los proyectos de más calado solían responder consorcios bancarios, ya existentes o creados para la ocasión. A menudo esto reunía a bancos de distintas nacionalidades, como en el caso de las obligaciones del Estado chino (a partir de 1895). Todos los grandes bancos de la época tenían sucursales en Londres, donde se suscribían la mayoría

de los préstamos internacionales. La cuantía de las reparaciones de guerra —a menudo, elevadísima, como las que exigió Japón tras derrotar a China en la guerra de 1894-1895— también debía buscarse en el mercado privado de capital.

Aunque los gobiernos europeos no actuaran como acreedores o donantes, sin embargo sí facilitaron el negocio de la banca prestándole apoyo diplomático y militar. Muchos créditos fueron impuestos a deudores reticentes, como China o el imperio otomano. Cuando los gobiernos de Gran Bretaña o Francia estaban detrás de unas negociaciones crediticias era más difícil resistirse a las condiciones del acuerdo, aun siendo desfavorables. También se requirió la intervención diplomática para obtener garantías de los prestatarios. Mientras que, desde la década de 1890, los bancos rusos y alemanes colaboraron estrechamente con sus gobiernos nacionales, en cambio entre los grandes bancos británicos y el gobierno de Whitehall se mantuvo cierta distancia. Los grandes banqueros británicos de la época nunca fueron marionetas de la política de Londres, y a la inversa, a veces el Estado británico —en particular, en su encarnación como gobierno de la India— se mantuvo apartado con firmeza de los intereses económicos y bancarios privados. Las grandes finanzas y la política internacional no se solapaban por completo. Si no, por ejemplo, ¿cómo se explicaría que en 1887 los banqueros franceses exportaran mucho capital a Rusia mientras el imperio zarista todavía estaba aliado con Alemania?[2484] Pero en muchos casos, los límites entre los intereses económicos privados y las estrategias estatales se difuminaban, sobre todo donde los créditos al extranjero estaban sujetos a autorización o las concesiones y los encargos eran fruto de los «buenos oficios» de la diplomacia. En algunos casos espectaculares —como los de China en 1913 o el imperio otomano en 1910, cuando ambos gobiernos estaban debilitados por revoluciones— la petición de préstamos se aprovechó para ejercer una presión ingente. A sus receptores les debió importar relativamente poco qué parte de esa forma de imperialismo

financiero era estatal y qué parte, privada.
La gran exportación de capital que se vivió desde 1870 se debía a que entre los pequeños inversores (sobre todo en Gran Bretaña y Francia) se forjó la expectativa de que en ultramar y en Rusia se podían obtener rendimientos no solo elevados, sino también relativamente seguros. El cuadro ideal de estas inversiones era un país en proceso de modernización, que demandara muchos productos de la industria occidental (en particular del ferrocarril) y, siendo políticamente estable, se hallara en una situación de debilidad que le obligara a aceptar y cumplir las condiciones de sus acreedores. Este ideal no siempre se hacía realidad. Rusia, Australia y Argentina se aproximaban. En los casos de China, el imperio otomano, Egipto o Marruecos, el típico accionista europeo (el «cortador de cupones», en palabras de Lenin) debía confiar en que las grandes potencias apoyaran suficientemente a los gobiernos débiles de esos países o bien, en caso de una crisis, resarcieran a los acreedores. ¿Se cumplieron estas expectativas financieras? Entre 1850 y 1914, en promedio, los préstamos concedidos a los diez principales países acreedores no ofrecieron una rentabilidad superior a la de los propios bonos estatales.2485
Japón fue un deudor muy fiable. Se convirtió en el prestatario modélico, que gozaba de la confianza del mercado financiero, pero tuvo que contraer deuda exterior para equilibrar el crónico déficit de su balanza de pagos, y además tuvo que financiar las costosas guerras contra China y Rusia (aunque en el caso chino, en 1895 Japón pudo imponer unas reparaciones de guerra exorbitantes). Al terminar el siglo, el Banco de Japón era lo bastante fuerte como para acudir en auxilio del Banco de Inglaterra, en caso de necesidad. Sin embargo, el gobierno japonés tuvo cuidado de no firmar nunca préstamos bajo presión ni sin la preparación debida, ni de excederse en la petición; entre 1881 y 1895 también fue casi imposible realizar inversiones empresariales en el archipiélago. Japón, en suma,

no fue un cliente «fácil» y, con el tiempo, fue capaz de negociar condiciones crediticias favorables. Gracias a esta política de prudencia, y gracias igualmente al hecho de que la reforma de su sistema tributario y la existencia (sin igual en Asia) de un sistema de cajas de ahorro permitieron movilizar fondos nacionales, Japón no fue presa fácil del imperialismo financiero europeo.2486 En el mundo islámico, en cambio, uno de los obstáculos fundamentales con los que topó su desarrollo económico fue la ausencia de un sistema bancario eficiente bajo control autóctono, un sistema que tampoco se formó cuando se intensificaron los contactos con Occidente.2487 Así pues, la presión *interior* para que se contrajera deuda exterior fue inusualmente alta, y no se podía oponer gran cosa a los intentos occidentales de hacerse con la supremacía financiera.

Dadas las condiciones de la estadística en el siglo XIX (corregidas hoy solo en parte), la exportación de capital se documenta mucho peor que el comercio transfronterizo. Al final, solo hay una información precisa en los archivos de los bancos implicados. Las cifras de la exportación de capital «británico» gestionadas desde la City de Londres son extraordinariamente elevadas, pero no recogen solo capital con origen en las propias islas británicas. Inversores de terceros países canalizaron su inversión en ultramar por la vía de Londres, en buena parte, porque no les quedaba otro remedio, al carecer de instituciones financieras propias. Hacia 1850, cerca de la mitad del capital *británico* invertido en el extranjero tenía como destino Europa; un cuarto, Estados Unidos; detrás, Latinoamérica; por último, el propio imperio británico. A partir de 1865, aproximadamente, hubo una redistribución que se mantuvo en lo esencial estable hasta 1914. Las nuevas emisiones de este período fueron, en un 34 %, a Norteamérica (Estados Unidos y Canadá), un 17 %, a Sudamérica; un 14 %, a Asia; un 13 %, a Europa; un 11 %, a Australia y Nueva Zelanda; y otro 11 %, a África (en su mayor parte, a Sudáfrica).2488 Llama la atención cómo mengua la importancia

de Europa y asciende la de Estados Unidos como destino principal de las inversiones británicas. El 40 % (casi exactamente) fue a países del imperio británico. Entre ellos, la India siempre fue importante; Australia fue el prestatario más significado del imperio hasta 1890, cuando la relevó una Canadá en auge. Numerosas colonias pequeñas de África o el Caribe recibieron muy poco capital. Aun así, para las colonias la exportación de capital supuso que los grandes proyectos no debían depender exclusivamente de los recursos locales. La transformación de Calcuta en una perla arquitectónica de Oriente, hacia 1800, se financió tan solo con los impuestos indios. Pero sin más recursos, el ferrocarril indio no podría haber alcanzado la enorme extensión que tuvo finalmente.

Pocas décadas después de que se iniciara la novedosa práctica de la exportación de capital surgieron en todo el mundo vínculos de capital que también integraban en gran medida al «sur global». Fue un proceso muy amplio, como podrá de relieve una comparación con el presente. Del total de las inversiones extranjeras en el mundo (no solo las británicas, cuyas cifras indicábamos más arriba), en 1913-1914 no menos del 42 % se habían realizado en Latinoamérica, Asia y África. En 2001 solo eran el 18 %. El porcentaje de Latinoamérica cayó bruscamente del 20 al 10 %; el de África, del 10 al 1 %; el de Asia, en cambio, ha mantenido constante su 12 % (en 1913-1914 como en 2001).2489 En términos absolutos, el capital de hoy asciende a cifras incomparables con las de hace cien años. Pero su distribución geográfica no se ha ampliado, antes al contrario, se ha concentrado extraordinariamente en la Europa occidental y Norteamérica. La red de capital global no se volvió más equilibrada y densa, como pasó por ejemplo con las redes del comercio o (desde 1950) del tráfico aéreo. Entre tanto, Latinoamérica ha desaparecido de los flujos financieros en buena parte, y África, casi por completo. En cambio, hoy hay flujos ingentes de capital que se dirigen a las metrópolis de Norteamérica y la Europa occidental desde regiones que en

1913 solo eran «periferias» del sistema financiero mundial (los grandes productores árabes de petróleo o China). El siglo XX vivió una desglobalización de las finanzas mundiales. Los países pobres acceden a las fuentes externas de capital peor que antes de la primera guerra mundial. La buena noticia es que, desde entonces, el colonialismo ha quedado atrás; la mala, que hoy el desarrollo económico resulta mucho más dificultoso sin la participación del capital extranjero.

Tanto si fue en forma de «inversión de cartera» (es decir, préstamos) o por la inversión directa de empresas que utilizaban su capital: antes de 1914, la mayor parte de las inversiones británicas en el extranjero —y probablemente, de las europeas en su conjunto— no se dirigió a la instalación de industrias, sino a las infraestructuras: ferrocarriles, puertos, conexiones de telegrafía, etcétera. La exportación de capital, que *en sí misma* no solía integrarse en redes, fue una condición previa decisiva para que se formaran las redes de comunicación en todo el mundo. Por descontado, lo que se financiaba era, en gran parte, era la exportación de la ingeniería mecánica europea. Aunque no todos, muchos de los créditos estaban asociados directamente a contratos comerciales. Sabemos muy poco sobre la forma en que —en paralelo al comercio— los sistemas financieros *autóctonos* se conectaban con los flujos internacionales de capital. En su mayor parte, no cabe duda de que la importación de capital terminaba en las arcas estatales y los proyectos de modernización de la economía privada. Los circuitos de la financiación del campo (especialmente importantes para las sociedades agrarias) se alteraron poco antes de 1910, aproximadamente, sobre todo allí donde pervivían instituciones crediticias autóctonas de la época anterior al contacto con Occidente. Aunque en Occidente este fuera un tópico muy difundido, no todos los créditos de Asia y África venían de la «usura».2490

Deudas

La exportación de capital de las cinco décadas anteriores a la

primera guerra mundial proyectó sobre el plano internacional la diferencia entre acreedores y deudores.2491 En adelante hubo *países* acreedores y deudores. No pocos países deudores pusieron empeño en lograr capital. En la década de 1870, los grandes bancos americanos enviaron representantes a Londres y las plazas financieras del continente europeo para captar fondos para inversiones, en particular en infraestructuras americanas.2492 Para los que buscaban capital, era aconsejable negociar bien los intereses, los plazos y las modalidades de pago. Muchos gobiernos de ultramar —además de Japón, por ejemplo, el México de Porfirio Díaz, a partir de 1876— se esforzaron mucho por consolidar su reputación de socios financieros fiables, que pagaban sus deudas puntualmente. Un país codiciado como objeto de inversión podía albergar la esperanza de dirigir hacia sí un flujo continuado de capital extranjero en condiciones soportables.2493 En otros casos, los países dependientes vivieron catástrofes económicas por la combinación de un afán de lucro desmedido de los europeos y la incuria y el despilfarro de los no europeos. Egipto, en el tercer cuarto del siglo XIX, fue uno de estos casos. El gobierno empezó metiendo en el Canal de Suez doce millones de libras esterlinas, que no dieron ningún fruto económico para el país, y luego tuvo que vender sus acciones al gobierno británico por cuatro millones. Ferdinand de Lesseps le había endilgado (literalmente) a Saíd Pachá este compromiso colosal, y en 1875 el primer ministro británico Benjamin Disraeli aprovechó la amenaza del colapso financiero del jedive para dar un golpe de estado que, de pronto, implicó a Gran Bretaña en la política egipcia —junto a Francia, hasta entonces mucho más influyente— y a la vez preparó un buen negocio para las arcas estatales británicas. Como no era inminente ninguna sesión parlamentaria que hubiera podido aprobar el préstamo, el primer ministro lo solicitó a la casa Rothschild, que exigió una comisión de 100.000 libras. Sin duda, las circunstancias del Canal de Suez eran sumamente

complejas y Disraeli tuvo que reconocer pronto que la cuota británica de las acciones (un 44 %) no llegaba a ser una participación de control. Cuán bueno sería el negocio, Disraeli no lo pudo prever: las acciones decuplicaron su valor, hasta los 40 millones de libras.2494

En tiempos de Ismaíl, Egipto se excedió en más campos que el de la financiación del Canal. El jedive era innecesariamente generoso en las concesiones a los extranjeros y aceptaba préstamos con tasas de interés verdaderamente altas y tasas de emisión inusualmente bajas. Entre 1862 y 1873 Egipto suscribió préstamos por un valor nominal de 68 millones de libras (a las que había que sumar los intereses), pero solo recibió el pago real de 46 millones.2495 Aun así, Ismaíl no fue tan derrochador e irresponsable como han afirmado hasta hoy las voces satíricas y críticas de otros países, que se complacían en presentarlo como un potentado oriental de opereta. En parte, los medios también se destinaron a proyectos útiles como la construcción de ferrocarriles o la mejora del puerto de Alejandría.2496 El quid del problema estaba en otra parte: el sistema tributario egipcio, rígido y anticuado, no permitía que el gobierno se beneficiara de la expansión de los sectores más dinámicos de la economía, y los ingresos derivados de la exportación de algodón retrocedieron claramente a partir de 1865, cuando concluyó la guerra civil estadounidense. En 1876 el estado egipcio tuvo que anunciar la bancarrota. En los años siguientes, su sistema financiero quedó sometido al control casi absoluto de Gran Bretaña y Francia. La administración egipcia de la deuda estatal (*Commission de la Dette*) creció hasta formar un gran departamento del gobierno central egipcio, en el que trabajaban casi exclusivamente extranjeros.2497 Solo faltaba un paso para que los británicos se hicieran con el poder del país, casi colonialmente, en 1882. Así pues, el destino de Egipto como deudor fue aún más duro que el del imperio otomano, que en 1875 ya tuvo que declararse insolvente y fue sometido a una administración extranjera de la deuda, pero algo menos

invasiva.

La incapacidad de devolver los créditos suscritos con acreedores extranjeros no fue ninguna especialidad «oriental». Todos los países de Latinoamérica pasaron por ello en algún momento, y también los estados del sur de Estados Unidos (antes de la guerra civil), Austria (en cinco ocasiones), los Países Bajos, España (siete veces), Grecia (por duplicado), Portugal (cuatro veces), Serbia y Rusia.2498 En cambio, algunos países de fuera de Europa con una deuda muy elevada la pagaron escrupulosamente, sobre todo China, cuyos bonos ferroviarios no entraron en crisis hasta los años de confusión política de la década de 1920. Sin embargo, China no lo hizo del todo por su propia convicción. Desde la década de 1860, los aranceles del comercio exterior estaban gestionados por una autoridad que, sin ser un simple instrumento de las potencias imperiales, estaba muy influida por Europa. A finales de la década de 1890, bajo la presión extranjera, se autorizó a la Aduana Marítima Imperial a pagar con los ingresos de su departamento directamente a los bancos acreedores extranjeros, sin pasar por el ministerio de Hacienda chino.

El sistema de los estados se caracterizó por un nuevo tipo de crisis que ya era frecuente en Latinoamérica desde 1825, y lo fue en todo el mundo como muy tarde desde la década de 1870: la crisis crediticia internacional. En su mayoría, se trató de conflictos entre gobiernos no europeos y acreedores privados europeos, pero casi nunca carecieron de consecuencias políticas y diplomáticas. Los acreedores querían, antes que nada, recuperar el dinero. Pero esto solo era posible, en el mejor de los casos, cuando intervenían los gobiernos por ambas partes. Así, la circulación internacional de bonos se acompañaba siempre de una tendencia a la intervención del imperialismo financiero. Contraer deudas se había vuelto inevitable, pero también un asunto arriesgado para casi todos los implicados.2499 Sin embargo, durante casi un siglo entero —de 1820 a 1914— los bonos internacionales no

experimentaron crisis crediticias tan *radicales* que no se pudieran resolver mediante una intervención; la red no sufrió desgarros graves. Este fenómeno fue característico del siglo XX: en 1914, las arcas del Estado mexicano quedaron vacías (a consecuencia de la revolución, no de la primera guerra mundial); en 1918, el nuevo poder soviético repudió las obligaciones exteriores del zar; y después de 1949, la República Popular de China repitió exactamente este proceso y decretó la cancelación unilateral de todas las deudas suscritas con acreedores «imperialistas». Este radicalismo financiero habría sido inimaginable en el siglo XIX.

Capítulo 15
Jerarquías

La verticalidad en el espacio social

1. ¿UNA HISTORIA SOCIAL GLOBAL?

La «sociedad» tiene muchas dimensiones. Una de las principales es la jerarquía.[2500] En su mayoría, las sociedades se ordenan de una forma *objetivamente* desigual: algunos de sus miembros disponen de más recursos y oportunidades que otros, realizan labores físicamente menos agotadoras, disfrutan de más respecto y hallan antes la obediencia a sus deseos y órdenes. Los miembros de las sociedades, por lo general, las perciben *subjetivamente* como un haz de relaciones de superioridad y subordinación. Muchas civilizaciones de numerosas épocas han soñado con la utopía de una sociedad de iguales; pero se trataba precisamente de utopías, porque chocaban con la realidad vital, interpretada como una jerarquía en la que cada cual procuraba encontrar su lugar propio. En la era victoriana, incluso en una sociedad tan claramente moderna como la británica, la imagen de la sociedad como una sucesión de escalones estaba difundida incluso entre la clase obrera.[2501]

La «jerarquía» es tan solo uno de los varios enfoques posibles de la historia social. Este estudio analiza clases y estratos sociales, grupos y medios, formas de las familias y relaciones de los sexos, estilos de vida, roles e identidades, el conflicto y la violencia, relaciones comunicativas y mundos simbólicos colectivos. Muchos de estos aspectos son aptos para la comparación entre sociedades geográficamente distantes. En algunos casos vale la pena partir de la hipótesis de que, en el siglo XIX, pudo haber influencias y transferencias por encima de las distancias y las fronteras de civilización. Es más fácil y probable demostrar estas transferencias en los ámbitos de las conexiones económicas, los contenidos culturales y las instituciones políticas, que en el campo de la formación de estructuras sociales. La sociedad surge de la práctica cotidiana de tiempos y espacios *concretos*. También depende de las

condiciones ecológicas locales: la vida comunitaria en la selva tropical por fuerza será distinta que la del desierto o las costas del Mediterráneo. Pekín y Roma se hallan más o menos en la misma latitud geográfica, y sin embargo con el paso de los siglos han dado vida a formas sociales muy distintas entre sí. El marco ecológico define las posibilidades, pero no explica por qué unas, y no otras, se hacen realidad.

A ello se añade otra dificultad. En el transcurso del siglo XIX, se acabó dando por sentado que, en el seno de sus propias fronteras políticas, cada *Estado* nacional debía corresponderse con una *sociedad* nacional característica. En parte, fue así. Los Estados nacionales se desarrollaron a menudo a partir de vinculaciones sociales anteriores. Las sociedades empezaron a verse a sí mismas como «naciones» solidarias y después buscaron una forma política adecuada. A la inversa, toda sociedad está muy marcada por su marco político. La evolución *continua* del Estado influye mucho sobre las formas sociales. La forma original de esta influencia es el Derecho, en la medida en la que una autoridad estatal le proporciona vigencia. Por ello, es especialmente fácil caracterizar las sociedades «nacionales» a través de sus instituciones legales específicas. Alexis de Tocqueville apuntó, en 1835, un ejemplo del derecho sucesorio. Las instrucciones legales para el reparto de los bienes de un propietario difundo pertenecen «al Derecho civil, pero deberían situarse en lo más alto de cualquier institución política, puesto que tienen un efecto increíble en el orden social de los pueblos, que se revela en las leyes políticas. Además, actúan sobre la sociedad de un modo más seguro y uniforme; por así decir, afectan a las generaciones antes de su nacimiento».[2502] Así, surgen tipos de sociedades agrarias por completo distintos según si el primogénito hereda todas las tierras y la empresa (como en Inglaterra) o si estas se reparten por igual entre todos los hijos (China).

Aunque la voluntad del legislador puede dar forma a una sociedad en un ámbito jurisdiccional delimitado, no es sencillo

(ni, a menudo, aconsejable) hacer afirmaciones generales sobre la sociedad china, o alemana, o estadounidense. Por ejemplo, en el caso de Alemania, hacia 1800 no está nada claro que se pueda hablar de *una* sociedad.2503 Para la China contemporánea, se han descrito diez «sociedades regionales» distintas.2504 La sociedad egipcia, por ejemplo, estaba tan rigurosamente estratificada según criterios étnicos y culturales que no puede hablarse de ninguna «sociedad común» con un mínimo de coherencia: la élite egipcio-otomana, de lengua turca, gobernaba sobre una mayoría demográfica de lengua árabe a la que la unían poco más que los impuestos.2505 Las colonias británicas que se federaron para formar Estados Unidos eran, en el fondo, trece países distintos, con formas sociales e identidades regionales específicas.2506 Esta situación cambió poco durante las décadas posteriores; algunas peculiaridades incluso se acentuaron. En 1860, en Estados Unidos pervivían diferencias extraordinarias entre los estados neoingleses del norte, el sur de los estados negreros, la pacífica California y la «frontera» del interior del continente. En una medida que hoy apenas imaginamos, en numerosas partes del mundo pervivieron formas sociales antiguas o hasta arcaicas, en nichos ecológicos, técnicos o institucionales, mucho después de que hubieran sido formas avanzadas o dominantes.2507

Aún son más dudosas las generalizaciones sociológicas sobre el plano superior, supranacional, de las «civilizaciones». Los historiadores, acostumbrados a apreciar los matices y detectar los cambios en el tiempo, no se encuentran cómodos con las macroconstrucciones estáticas del tipo de «la sociedad» europea, india o islámica. Numerosos intentos de determinar las particularidades culturales o sociales de Europa pecan de yuxtaponer esos fantasmas y suponer (sin pruebas) que fuera de Europa se carecía de tal o cual privilegio clave del Viejo Continente. En el peor de los casos, los tópicos sobre Europa tampoco están mucho más elaborados que los referidos a «la sociedad» india o china.2508

Panoramas generales

Hasta hoy, carecemos de descripciones conjuntas y sintéticas de la historia social del siglo XIX en Europa o Estados Unidos, vistos en su conjunto. Ello no obedece a la falta de estudios, sino a la dificultad que representa ordenar y elaborar conceptualmente la gran abundancia de datos. Naturalmente, será mucho más difícil aún esbozar esa clase de síntesis para partes del mundo en las que muchas cuestiones empíricas aún no se han aclarado y no se pueden aplicar sin más los conceptos de la sociología y la historia social originarios de Occidente. Sería sumamente presuntuoso pensar en una historia social del mundo para todo un siglo. No tendría un objeto claramente delimitable, puesto que no cabe identificar una «sociedad mundial» uniforme ni para 1770 o 1800, ni tampoco para 1900 o 1920. En el propio siglo XIX, sin embargo, se actuó al respecto con menos prudencia. Partiendo del concepto ilustrado del progreso, algunos grandes pensadores de la época desarrollaron teorías sobre la evolución social a las que, a menudo, se les otorgó validez general, para todo el mundo y toda la humanidad. En el siglo XVIII, algunos filósofos de la historia, economistas y filósofos morales escoceses —como Adam Ferguson y Adam Smith— plantearon que la especie humana había ido superando estadios de subsistencia material cada vez más segura, desde los cazadores y recolectores, pasando por los pastores y agricultores, hasta llegar a la vida de su presente, en las «sociedades comerciales» del primer capitalismo. La escuela histórica alemana retomó esas reflexiones en el siglo XIX, mientras que en Francia Auguste Comte desarrolló un modelo de estadios de la evolución humana en el que ponía en primer plano el progreso intelectual. Karl Marx y sus discípulos creyeron reconocer una sucesión obligatoria en la serie de la sociedad primitiva, esclavista, feudal y burguesa o capitalista. El propio Marx apuntó en alguna ocasión posterior que quizá en Asia hubo una desviación frente a esta vía normal, la del «modo de producción asiático». Otros

autores no imaginaron tanto una estructura de estadios evolutivos, que se sucedían como bancales, sino que pensaron en grandes transiciones, en las que reconocieron tendencias fundamentales del propio siglo XIX. En la década de 1870, el filósofo inglés Herbert Spencer diagnosticó el paso de una sociedad «militar» a una «industrial», una idea que enmarcó en una teoría compleja del crecimiento social mediante fases de diferenciación e integración renovada. El historiador legal sir Henry Maine, que también conocía bien la India, observó que en numerosas sociedades del mundo, las relaciones de estatus dejaban paso a las contractuales. Ferdinand Tönnies, uno de los fundadores de la Sociología en Alemania, vio una tendencia evolutiva de la «comunidad» a la «sociedad»; Max Weber estudió la «racionalización» de muchos ámbitos vitales, desde la economía y el estado a la música; para Émile Durkheim, la «solidaridad mecánica» de las sociedades estaba siendo relevada por la «orgánica». Aunque algunos autores —al menos, Maine, Durkheim y Weber— mostraron interés por las realidades «extraeuropeas», no es de extrañar que todas estas teorías fueran «eurocéntricas», según era habitual en la época. En su mayoría, no obstante, se hizo de un modo más inclusivo que exclusivo: a los rezagados de las civilizaciones no europeas, en principio y sin que importaran su color de piel o religión, se los consideraba capaces de sumarse al modelo general del progreso social. Solo hacia finales de siglo —por lo general, no entre los autores importantes de verdad— la idea de la modernización se limitó con criterios racistas, y se afirmó que los «primitivos» (como se decía entonces) y a veces también los «orientales» eran incapaces, por naturaleza e irremediablemente, de obtener «grandes logros culturales».2509

¿*Del estamento a la clase*?

Los esquemas de la sociología de (finales) del siglo XIX, y la terminología en la que se formularon, no han desaparecido de los debates actuales. Sin embargo, se han vuelto demasiado generales y la ciencia histórica no puede utilizarlos para

describir cambios concretos. Los historiadores atienden a sus propios panoramas generales o «grandes narraciones» de la industrialización, la urbanización y la democratización. Como esquema de interpretación del siglo XIX, en este contexto hallamos el modelo de transición de una «sociedad estamental» (o «feudal y estamental») a una «sociedad de clases» o «burguesa». La oposición antitética deriva de la polémica de la Ilustración contra el orden monárquico-feudal y en el siglo XIX fue uno de los modelos básicos con los que las sociedades se describieron a sí mismas. Según este modelo, hacia el final de la Edad Moderna el principio organizativo fundamental de las sociedades europeas se modificó: en lugar de una estratificación inamovible —de grupos de condición social claramente definida, con derechos, deberes e indicadores simbólicos particulares de cada uno—, surgió una sociedad en la que las perspectivas vitales y la ubicación en la jerarquía de clases y trabajos la determinaban la posesión de propiedad privada y la situación en el mercado. En comparación con el orden estamental, era mucho más fácil que se produjeran ascensos o descensos sociales. Para que se diera esta movilidad era necesario que existiera formalmente la igualdad legal.2510

Este modelo se originó en la Europa *occidental* y, ya desde el principio, no se podía aplicar por igual a todas las regiones de Europa. Incluso Gran Bretaña, pionera de la «modernidad», no termina de encajar. Hacia 1750 Inglaterra ya era antes una «sociedad comercial» (en el sentido de Adam Smith) que una sociedad estamental como las del continente. En las Tierras Altas escocesas, por el contrario, sin pasar por una fase estamental, las antiguas estructuras de los clanes gaélicos —no tan distintas de algunas formas sociales africanas— desembocaron directamente, en el último cuarto del siglo XVIII, en las relaciones del capitalismo agrario.2511 Un ejemplo claro de sociedad europea sin estamentos era Rusia. En la Rusia del siglo XVIII, en efecto, no había estamentos comparables a los franceses o alemanes: grupos corporativos con una condición

jurídica definida, base territorial, tradiciones legales locales con arraigo y opciones de participación política. La división de la sociedad (y, en un sentido más estricto, de la élite que servía al Estado) en clases jerárquicas y la asignación de los privilegios colectivos partía del propio Estado. Por lo tanto, los derechos de cada grupo también podían ser cancelados por el monarca.2512 La sociedad rusa era relativamente abierta; servir al Estado permitía el ascenso social y los habitantes urbanos que no eran campesinos no podían definirse de forma clara y estable en oposición a otros segmentos de la sociedad. El Estado zarista persistió en el intento de imponer un sistema de categorías sociales jurídicamente definidas, pero siempre chocó con la plasticidad de la atribución real del estatus. Por todo ello, se ha afirmado que la sociedad del imperio zarista tardío sufría de una «falta de estructura» general y la ausencia de conceptos de orden social ampliamente reconocidos.2513

A tenor de las diversas situaciones de partida de cada una de las regiones, el modelo del paso «del estamento a la clase» no describe con plenitud la transformación social de Europa.2514 A principios del siglo XIX, no en toda Europa las sociedades se dividían ante todo según un criterio «estamental». En el resto del mundo, hacia 1800, era poco frecuente encontrar sociedades estamentales. El concepto se puede aplicar sobre todo al Japón Tokugawa, con su profunda brecha simbólica y legal entre la nobleza (los samuráis) y la gente común, aunque allí los estamentos carecían de la función representativa que poseían por ejemplo en el Sacro Imperio Romano Germánico o en Francia.2515 Por lo demás, en Asia los criterios estamentales de la jerarquización social estaban menos marcados que en Centroeuropa. En varios casos —en particular, en Siam— una brecha profunda separaba a los nobles (*nai*) de la gente común (*phrai*), pero los dos grupos estaban sometidos al poder ilimitado del rey.2516 En China, hacía tiempo que la retórica estatal propagaba la idea de una distribución de la sociedad en cuatro grupos: eruditos,

campesinos, artesanos y comerciantes; ahora bien, esto no cristalizó en una división estricta en categorías legales y sistemas de privilegios, y en la realidad histórica del siglo XVIII se le solaparon jerarquías más elaboradas. Donde quiera que imperaban condiciones tribales —en África, el Asia central, Oceanía, la Norteamérica india— también nos las tenemos que ver con un principio organizativo muy distinto al de la sociedad estamental. Otro modo de diferenciación más fue el de las sociedades hinduistas de castas, donde las jerarquías se formaban por las reglas endogámicas, la comensalía y los tabús de pureza. Aunque hoy el concepto de la casta está bajo la sospecha de ser un fantasma del Estado colonial y la etnología occidental, sin embargo está claro que en el subcontinente indio había importantes formas sociales precontemporáneas que seguían reglas de ordenación distintas a la de la sociedad estamental de la antigua Europa. Aun así es cierto que estas reglas se reforzaron con intención tradicionalista: cuando los británicos expandieron su dominio a la isla de Ceilán, a partir de 1796, contemplaron las relaciones sociales de la isla a través de un cristal indio e introdujeron una especie de sistema de castas que allí no había existido hasta entonces.[2517]

La sociedad estamental de la vieja Europa no se trasladó sin mengua a las colonias de ultramar. En la Norteamérica británica, predominaron desde el principio las diferencias más elaboradas que caracterizaban a la sociedad de las islas. Allí nunca pudieron arraigar las aristocracias con privilegios estamentales, y la imagen social imperante era la del igualitarismo protestante, con una jerarquía interior muy poco estridente. En todas los asentamientos de los colonos en América, la inclusión y la exclusión étnica interpretó un papel que en Europa no pudo tener nunca. El principio de igualdad, en Norteamérica, solo valió para los blancos. En Hispanoamérica, el sociógrafo más atento de la «época de collado», Alexander von Humboldt, ya puso de manifiesto al acabar la época colonial que en las sociedades étnicamente

mezcladas, el color de la piel era el criterio sumo de jerarquización.2518 Los elementos estamentales que, en el siglo XVI, se transfirieron desde España a través del Atlántico, y que ayudaron a que surgiera una nobleza de «conquistadores», pronto quedaron superados por este nuevo principio de jerarquización. En la segunda mitad del siglo XIX, los mexicanos todavía definían primordialmente su propio lugar en la sociedad (y el de los demás) por el color de la piel y la «mezcla de sangre», y solo secundariamente por la profesión o la clase social.2519

En muchas áreas, la historia social *global* del siglo XIX es idéntica a la historia de las migraciones y está muy relacionada con la formación de diásporas y «fronteras» que, a su vez, eran el resultado de migraciones.2520 Las sociedades neoeuropeas de ultramar o bien se refundaron a partir de 1780 (Australia, con poca resistencia de la población autóctona, Nueva Zelanda, con mucha) o bien siguieron engrosándose con la creciente inmigración europea y pasaron de ser regiones periféricas despobladas a ser grandes sociedades y estados (Estados Unidos, Canadá, Argentina). En ninguno de estos casos hubo una exportación plena de las estructuras sociales europeas. Los estratos nobiliarios, que se podrían haber reproducido socialmente como tales, nunca arraigaron en los asentamientos coloniales británicos. En el otro extremo del espectro, la capa inferior de los muy pobres no tuvo una representación desproporcionada, salvo en los casos de huida de la miseria, como después de la Gran Hambruna de Irlanda. Australia fue un caso especial, porque los primeros asentamientos (en Nueva Gales del Sur) fueron de transportes de presos.2521 Pero una clase inferior que se separa del marco de su jerarquización original deja de serlo en la situación social abierta de la frontera colonizadora. En las colonias, hubo que crear y negociar de nuevo las concepciones del mundo y las diferenciaciones sociales.2522 Había más posibilidades de ascender socialmente que en Europa. Además de a personas de los estratos inferiores,

la migración trasatlántica también llevó a las colonias neoeuropeas a clases medias de las sociedades europeas, junto con nobles desclasados o menos privilegiados que sus familiares. Los emigrantes europeos construyeron nuevas sociedades dejando a un lado el orden estamental de la vieja Europa y este fue uno de los procesos más destacados de la historia social universal del siglo XIX.

En el siglo XIX, coexistió en las sociedades de todo el mundo una diversidad de reglas de jerarquización. Las sociedades se diferenciaban entre sí, entre otras cosas, por las relaciones de propiedad y los ideales dominantes del ascenso social. Resulta casi imposible establecer una clasificación clara que a la vez recoja la mayoría de las posibilidades. Junto a las sociedades de propietarios, con igualdad legal y reguladas por el mercado —sociedades «burguesas», que desde el punto de vista de la Europa occidental y central, así como de Norteamérica, fueron el tipo más característico del siglo XIX—, hubo residuos de las sociedades estamentales (por ejemplo Japón hasta cerca de 1870), sociedades tribales, sociedades teocráticas con el clero como estrato social dominante (por ejemplo en el Tíbet), sociedades con una élite meritocrática (China, Vietnam precolonial), sociedades esclavistas (sur de Estados Unidos hasta 1863-1865, Brasil hasta 1889, vestigios en Corea),[2523] «sociedades plurales» coloniales, en las que, en un marco de dominio colonial, convivían diversos grupos étnicos, y por último sociedades móviles en las «fronteras» de explotación de nuevos territorios. Las transiciones fueron fluidas, y las formas mixtas, lo más habitual. Será más facil comparar si no hacemos una lista de perfiles de las jerarquías, sino de las diversas posiciones jerárquicas. Lo haremos a partir de dos ejemplos extraídos primero de la perspectiva europea: nobleza y burguesía.[2524]

2. LA ARISTOCRACIA, EN DECLIVE (MODERADO)

Internacionalidad y nacionalización

El siglo XIX fue la última época en la que uno de los grupos

sociales más antiguos interpretó un papel importante: la nobleza. En el siglo XVIII, la nobleza europea todavía «no encontró competencia en el plano social, por así decir».2525 Hacia 1920, la situación era muy distinta. En esa época, la aristocracia ya no estaba en la primera línea de la política ni era la fuerza cultural imperante, en ningún país de Europa. Este descenso de la aristocracia europea fue en parte consecuencia de las revoluciones de finales del siglo XVIII y, de nuevo, las de principios del siglo XX; y en parte el resultado de una relativa devaluación de la propiedad rural como fuente de riqueza y prestigio. Allí donde las revoluciones derrocaron monarquías, la nobleza perdió la protección imperial y real. Pero también en Gran Bretaña, donde la aristocracia superó los puntos de inflexión del sistema conservando sin gran problema una influencia mayor que en ningún otro país, la población con títulos de par o caballero perdió lo que venía a ser un monopolio sobre los puestos claves del poder ejecutivo. Desde 1908, con tan solo dos excepciones, todos los primeros ministros británicos procedían de familias burguesas. En Europa, la decadencia de la antiquísima institución de la nobleza tuvo lugar durante un período relativamente breve: entre 1789 y 1920, aproximadamente. Los dos puntos temporales, por descontado, no están unidos por una línea descendente regular. Antes de la fase definitiva de la primera guerra mundial, la situación política de la nobleza en Europa se agravó radicalmente al este del Rin. El siglo XIX, en su conjunto, fue «una época buena para la aristocracia».2526

La nobleza es un fenómeno universal que, con excepción de las sociedades «segmentarias», se halla en casi todo el mundo: una pequeña minoría de la población, que concentra en su mano los medios del poder, puede acceder con gran facilidad a los recursos económicos (tierras y mano de obra), desdeña el trabajo manual (con la salvedad de la guerra y la caza), practica un estilo de vida selecto con hincapié en el honor y la distinción, y lega los privilegios a sus herederos de generación

en generación. A menudo, los nobles se consolidan formando aristocracias. A lo largo de la historia, estas aristocracias han sido diezmadas una y otra vez por la guerra, llegando a veces a desaparecer. La conquista colonial de la Edad Moderna, en la mayoría de los casos, topó con aristocracias a las que destruyó o degradó sobremanera (política y económicamente). Así sucedió por vez primera en México, en el siglo XVI, con la nobleza azteca, y luego repetidamente por todo el planeta. Pero también podía ocurrir que las aristocracias mantuvieran la existencia material y distinción simbólica al incorporarse, en posiciones subordinadas, a los imperios más extensos. A partir de 1680, por ejemplo, la casa imperial manchú de los Qing, que ya dominaba a la propia nobleza manchú, sometió a la aristocracia mongola y la ligó mediante relaciones de vasallaje. El «gobierno indirecto» de los imperios europeos fue una técnica de dominio similar. Otros imperios impidieron la supervivencia de las aristocracias. El imperio otomano sojuzgó al poder feudal cristiano que controlaba los Balcanes y no permitió que surgiera otra élite señorial. Eso diferenció por ejemplo a serbios y búlgaros en el conjunto de Europa: a principios del siglo XIX carecían de aristocracias y en cambio sus campesinos, para lo habitual en la Europa «oriental», eran relativamente libres.[2527] Donde la nobleza pervivió bajo dominio extranjero, en muchos casos se le negó la posibilidad de participar en la política, por ejemplo en la Italia previa a la unificación, de modo que allí no había nobles con experiencia en el desempeño de cargos públicos.

En la Europa del siglo XVIII, a diferencia de por ejemplo el mundo árabe, había terminado la época de la nobleza caballeresca. Aun sin esta función primordial, hacia 1800, e igualmente hacia 1900, no había la más mínima duda de quién pertenecía a la aristocracia en cada uno de los países de Europa. Solo en Inglaterra, donde la adscripción social era inusualmente flexible, más de una persona tuvo que preguntarse si en su proceso de ascenso había superado ya el

umbral crítico.[2528] Allí donde, hasta la primera guerra mundial, pervivieron ciertos privilegios legales —sobre todo en la mitad oriental del continente—, no había confusión posible con respecto a las dimensiones de la nobleza y su elaborada jerarquía interior. En otros casos, las fronteras las marcaban los títulos, las denominaciones complementarias y otros elementos simbólicos. Ningún otro grupo social daba tanto valor a la distinción como la nobleza. La condición de noble debía ser unívoca y manifiesta.

Junto a algunas élites transnacionales muy poco numerosas —como la cúspide del clero católico o las altas finanzas judías—, la aristocracia fue el segmento de mayor orientación internacional de las sociedades europeas del siglo XIX. Se conocían entre sí, podían establecer una valoración mutua de la posición ajena, compartían toda una serie de normas de conducta e ideales culturales, hablaban francés cuando la ocasión así lo requería y contraían matrimonio en un mercado transnacional. Cuanto más alta era la posición y más cuantiosa la fortuna, más profunda era la integración en esta clase de redes extensas. Por otro lado, la nobleza —al estar especialmente ligada a la propiedad de tierras, la agricultura y la vida rural— solía tener un fuerte arraigo local y menos movilidad que otros sectores de la sociedad. Entre estos dos planos estaba el plano intermedio de la jerarquía nobiliaria *nacional*. Este plano de solidaridad y formación de la identidad se vio reforzado en el siglo XIX. Gracias a las nuevas técnicas de la comunicación, la nobleza consolidó la internacionalización, pero al mismo tiempo intensificó su carácter nacional.[2529] Esta base permitió que surgiera un nacionalismo *conservador* junto al nacionalismo liberal, sobre todo en Prusia-Alemania.

Tres vías en la historia de la nobleza europea: Francia, Rusia, Inglaterra

En Francia, la Revolución privó a la nobleza de todos sus títulos y privilegios. Una vez concluida aquella, los antiguos derechos no se restauraron, en su mayoría; sobre todo, los de los

émigrés, de modo que en muchos casos solo quedaron títulos «vacíos». Aunque no deberíamos subestimar a los terratenientes nobles, la aristocracia francesa solo interpretó un papel secundario en una sociedad inusualmente «burguesa». A la nobleza que había sobrevivido al Antiguo Régimen se le añadió en tiempos de Napoleón (que a su vez procedía de la pequeña nobleza corsa) una nueva aristocracia a la que la antigua aristocracia contemplaba con una mezcla de desdén y admiración, y tildaba a menudo de arribista; en su mayoría sus miembros eran militares condecorados a los que se otorgó derechos de mayorazgo y que formaron el núcleo de una nueva élite hereditaria.2530 En tiempos del Antiguo Régimen habría sido inconcebible que el hijo de un molinero —como sucedió en 1807— ascendiera a «duque de Dánzig» por sus servicios como mariscal. Durante el siglo XIX, a la estela del modelo napoleónico, el ennoblecimiento se usó generosamente en casi todo Europa, en parte como medio de patrocinio estatal. Napoleón creó asimismo una selección de servidores recompensados con la Legión de Honor, una especie de cuerpo de élite posfeudal sin derechos hereditarios, que luego se tradujo sin dificultad a formas republicanas. A partir de 1830, en Francia no había ninguna institución central en torno de la cual pudiera congregarse la nobleza, como se hacía en Inglaterra, en torno del Parlamento, y en la mayoría de los otros países, en torno de la corte imperial o real. Ni el «rey burgués» Luis Felipe ni el dictador imperial Napoleón III crearon una estructura cortesana extensa ni apoyaron su propio dominio y prestigio en una poderosa aristocracia de corte; en 1870 desaparecieron, junto con el emperador, los últimos vestigios de la vida cortesana. En la medida en que aún era identificable, la nobleza francesa, durante los dos primeros tercios del siglo XIX, no fue una clase por sí misma como lo fue más al este de Europa. En Francia era más fácil encontrarse con el tipo del noble empobrecido que en ningún otro país europeo (salvo Polonia). La clase social que llevaba la voz cantante estaba

formada por propietarios ricos de origen muy diverso, los líderes de opinión locales que en Francia no tardaron en ser denominados «notables».2531 A partir de 1880, aproximadamente, esta clase heterogénea, aristocrático-burguesa, que tendía a residir en ciudades de provincias, fue quedando relegada. En ningún otro gran país de Europa, la nobleza gozaba de tan escasa superioridad —en poder y propiedades— en el decisivo plano local como en la Francia de la Tercera República.2532

En el otro extremo del espectro europeo se encontraba la nobleza rusa, cuya composición era particularmente heterogénea.2533 Dependía (y siguió dependiendo) de la corona más que en otros grandes países e imperios de Europa. Solo el «estatuto de la nobleza», aprobado por Catalina II en 1785, liberó a los nobles de la estricta tutela estatal, les concedió plenos derechos de propiedad y los equiparó legalmente con, por ejemplo, la nobleza de la Europa occidental. Sin embargo, el estado y la casa imperial siguieron siendo los principales terratenientes del país, con gran diferencia. Desde los tiempos de Pedro el Grande, los zares habían ido regalando a la nobleza tierras y «almas» (es decir, siervos). La nobleza rusa era comparativamente «joven»; el ennoblecimiento era un procedimiento fácil que a finales del siglo XIX se practicó a gran escala. Algunos de los principales terratenientes no poseían su fortuna y sus privilegios sino desde hacía unas décadas, a veces incluso años. También había mucha «pequeña» nobleza, de una condición que por ejemplo en Inglaterra no se habría tenido por noble. El difuso panorama de una «clase superior» apoyada en la propiedad latifundista se corresponde más bien con la idea de la *nobilitas* en la antigua Europa. La abolición de la servidumbre, en 1861, no perjudicó gravemente la riqueza y la posición social de los grandes terratenientes; no fue comparable al fin de la esclavitud en el sur de Estados Unidos, en 1865. Como la reforma no se terminó de llevar a la práctica y el dominio político de los antiguos señores quedó intacto, los

terratenientes no hallaron especial estímulo en convertirse en grandes productores agrarios capitalistas.
Volviendo a la nobleza inglesa, era netamente distinta tanto de la francesa como de la rusa. En su conjunto era la clase nobiliaria más rica de Europa; en el ámbito legal, gozaba de menos privilegios, comparativamente; pero estaba presente en los lugares de mando de la política y la sociedad. La herencia beneficiaba a los primogénitos, con lo que se podía confiar en que las grandes fortunas no se dividirían. Los hijos menores y sus familias se veían arrastrados a la periferia de la sociedad aristocrática. Ahora bien, la nobleza inglesa se asemejaba poco a las castas. El único derecho perfectamente definido era el sentarse en la Cámara Alta como «par del reino». En 1830 había unos 300 cabezas de familia de esta alta nobleza; en 1900 eran más de 500.[2534] Ya en la década de 1780, siendo primer ministro William Pitt (el Joven), el gobierno había aumentado el ritmo del ennoblecimiento. Ascender a la baja nobleza caballeresca era relativamente fácil. Un aspecto que aún no está claro es cuántos nuevos ricos victorianos compraron tierras por motivos de prestigio.[2535] Era indispensable contar con una «casa de campo» donde representar el contacto social. A la inversa, incluso los mayores terratenientes se complacían en participar en los asuntos «burgueses».
La nobleza inglesa había desarrollado un ideal social del *gentleman* que mostró un efecto integrador extraordinario e hizo que los estilos de vida y la cultura fueran homogéneos en las islas y en todo el imperio, algo que no ocurría con las élites nobles de la Europa continental, cuya definición formal solía ser más estricta.[2536] El *gentleman* fue un ideal educativo cada vez más generalizado en la sociedad. La «sangre azul» apenas tenía ningún peso. Aunque los requisitos para ser noble eran innatos, el descendiente varón todavía tenía que socializarse y aprender a ser un «caballero» en las escuelas de élite y las universidades de Oxford y Cambridge. También podía ser un *gentleman* el que, sobre la base de un bienestar económico

(heredado o no) adoptara y practicara el estilo de vida, los valores y los matices de conducta asociados con ese ideal. Los colegios privados (denominados *public schools*) de Eton, Harrow o Winchester, instituciones centrales de la integración de la élite, no daban la formación estamental que se podía recibir en las «academias de caballería» del continente en la Edad Moderna, y tampoco una educación principalmente intelectual; se trataba de formar un carácter por encima de las clases, burgués y aristocrático, y con una tendencia cada vez más militar e imperial, a medida que avanzaba el siglo.2537 Esta clase de educación se subordinaba a un principio de exigencia: en la sociedad inglesa, la nobleza lo tenía fácil, pero debía enfrentarse a la competencia. La nobleza inglesa, que solo legalmente se distinguía de la escocesa e irlandesa, se esforzó repetidamente por contar con aliados de otros estratos sociales. No dependía de ninguna corona y la reina Victoria no se alzaba sobre ninguna nobleza cortesana; la propia aristocracia se repartía labores de liderazgo en muchos ámbitos de la sociedad y a cambio de realizarlas esperaba obtener deferencia y agradecimiento. No era una expectativa de obediencia autoritaria, sino una actitud que se podía canalizar a través de las instituciones de la vida política y que se fue democratizando paso a paso.2538 En Gran Bretaña es donde estuvo más claro que la nobleza no era una condición legal determinada con exactitud, sino una disposición mental: la seguridad de marcar la pauta.

Estrategias de supervivencia

Cuando la nobleza europea se vino abajo, no fue porque no hubiera probado, con distinto éxito, diversas estrategias de supervivencia.2539 La más exitosa solía pasar por dejar atrás la tradicional mentalidad rentista (precisamente en una época en la que, más o menos desde 1880, el rendimiento de la agricultura encadenaba años a la baja en muchas partes de Europa) y abrirse a los negocios burgueses, dedicarse a los porfolios de inversión, fusionarse socialmente con la burguesía

acomodada (en la que ya había una tendencia clara a la adquisición de tierras —de antiguos caballeros, o la que el estado compraba a la Iglesia en los países latinos, etcétera— y un estilo de vida similar al de la nobleza rural), practicar una política de familias para impedir la dispersión de las propiedades y, por último, adoptar papeles de liderazgo nacional, sobre todo allí donde había pocos candidatos más para esos puestos.

Aunque estas estrategias, combinadas diversamente en toda Europa, pudieran dar su fruto inmediato en algunos casos, la nobleza europea, hacia el cambio de siglo, había perdido su antigua función de liderazgo cultural. En lugar del mecenazgo aristocrático, que había sostenido el arte y la música europeas hasta los días de Haydn y Mozart, el arte empezó a gestionarse según la economía de mercado. Los músicos se financiaban por medio de las salas de concierto de la ciudad; los pintores, con las exposiciones públicas y el mercado del arte, a la sazón en sus inicios. En la literatura, los protagonistas aristocráticos empezaron a escasear. Perduraron aún, por ejemplo, en los melancólicos relatos de Antón Chéjov sobre el ocaso de la nobleza rural rusa. Solo unos pocos pensadores principales, como Friedrich Nietzsche o Thomas Carlyle, siguieron propagando —o renovaron— los ideales de la vida aristocrática, aunque desligados de una base social concreta y relacionados con la nobleza de espíritu y acción, no con la de cuna.

En general los imperios no fueron un campo de juego para la aristocracia europea. Solo se puede afirmar sin reservas con respecto al imperio británico; en cambio, el imperio colonial francés, con Napoleón III y en la Tercera República, tuvo un color decididamente burgués. En el imperio británico, los puestos más destacados de la administración y las fuerzas armadas siguieron siendo ocupados prioritariamente, como antaño, por los nobles. Estos consideraban que una de sus especialidades era superar la brecha civilizadora y política de la sociedad colonial aparentando una particular afinidad anímica

con los aristócratas asiáticos y africanos al servicio de los más altos fines imperiales.[2540] Así ocurría en especial en la India, el más estable de los dominios de la nobleza; en África y otros lugares, cobraron ventaja los especialistas burgueses. Cierto romanticismo de la decadencia aseguraba a los súbditos no europeos del imperio un mínimo de simpatía transcultural.[2541] En el sur de Estados Unidos, antes de la guerra civil, había una variante especial de la conciencia aristocrática. Aquí la élite que poseía las grandes plantaciones esclavistas, numéricamente escasa, soñaba con desempeñar el papel de una clase dominante «natural». Los esclavistas se veían a sí mismos como señores feudales neomedievales. El distanciamiento frente al trabajo corporal, el desdén por la supuesta vulgaridad «materialista» del norte industrial y el libre ejercicio de los derechos señoriales sobre los dependientes, todo ello parecía permitir esta nueva floración de una caballería anacrónica.[2542] En comparación con el «aristocidio»[2543] que se vivió a partir de 1917, el siglo XIX fue una especie de otoño dorado de la nobleza europea, en particular de la de más alta condición. El aburguesamiento del mundo avanzaba sin descanso, pero sin radicalidad. En otras partes del mundo, la aristocracia sí se hundió: en Norteamérica tras la guerra civil, en México durante la revolución (desde 1910) y en las tres grandes sociedades de Asia.[2544]

La India: ¿una nobleza rural neobritánica?

En la India, los príncipes y sus séquitos feudales fueron perdiendo sus viejas funciones en una región tras otra. Sin embargo, tras la Gran Sublevación de 1857, se abandonó la política decididamente antiprincipesca. La utopía de una India «burguesa», según la habían soñado en las década de 1820 y 1830 los utilitaristas ingleses, que durante un tiempo fueron muy influyentes, perdió su atractivo. En adelante, los británicos se esforzaron por feudalizar su dominio, al menos exteriormente. Si los maharajás y *nizams* estaban desarmados y situados bajo una tutela financiera, y se comportaban

lealmente, no tenían nada que temer. Servían como ornamentos con los que el carácter burocrático del Estado colonial se vestía un disfraz pintoresco.2545 Se inventó una nueva nobleza, propia de la India, cuya figura culminante sería la reina Victoria, emperatriz ausente del país. El romanticismo caballeresco de la era victoriana, que en las islas británicas se expresó en la arquitectura neogótica y alguna que otra reconstrucción de los torneos, en la India se escenificó con mucha más pompa y sobre un escenario mucho más extenso.

¿Qué descripción detallada habría que hacer de la «nobleza» india? Es una cuestión compleja. Como en otras partes del mundo, los británicos —o por lo menos, los nobles que muy pronto hallaron empleo en la «burguesa» Compañía de las Indias Orientales— buscaron un homólogo indio, una «nobleza terrateniente» local; pero no les resultó fácil. Esto se debía a que en la Europa occidental el Derecho había seguido un camino particular. Los teóricos europeos de la Edad Moderna habían reconocido el problema al apuntar que en Asia, en lo esencial, no existía la propiedad privada de la tierra, pues todo estaba sometido a la propiedad superior del monarca. Entre los teóricos más conocidos del «despotismo oriental», y antes que todos, Montesquieu, la cuestión se exageró mucho, afirmando incluso que en los países asiáticos había una absoluta inseguridad de la propiedad privada agrícola (y de otros tipos). Pero esto no era falso del todo. Aunque en los diversos países de Asia las circunstancias legales eran distintas, era infrecuente hallar una asociación tan firme —sin ninguna irrupción del soberano— como la que se daba en la mayoría de Europa entre un terreno particular y una familia aristocrática particular. En Asia, la condición social y los ingresos de la clase alta se basaban mucho menos en la propiedad directa de la tierra que en una enfeudación (a menudo, pasajera) o la recaudación delegada (cuando el soberano encargaba a particulares o grupos la gestión tributaria local). En vísperas de que la Compañía de las Indias Orientales tomara el poder, los

zamindares de Bengala (que fueron motivo de debates prolijos entre los británicos contemporáneos) no formaban una «nobleza terrateniente» segura e intocable, como en Inglaterra, sino una élite rural que gozaba de sinecuras (aunque, sin duda, practicaban un estilo de vida señorial y de hecho ostentaban el poder en los poblados). Desde el punto de vista británico, se trataba de una seudoaristocracia que podía utilizarse como garante presente y futura de la estabilidad social en el campo. Durante cierto tiempo se empeñaron en convertirla en una aristocracia «genuina», según debía corresponder a una zona rural «civilizada», aunque sin dejarle los antiguos poderes policiales y judiciales.2546

Sin embargo, el aparente ascenso de los zamindares bengalíes, a los que se concedió derechos ejecutables sobre las tierras, no hizo más que preparar su caída. Algunos no fueron un rival para las fuerzas del mercado que el Estado colonial liberaba por entonces; otros tuvieron que aprender en sus carnes que los británicos eran inflexibles en sus exigencias financieras y no se arredraban ante la expropiación. Algunas viejas familias quedaron arruinadas, otras surgieron de entre los mercaderes. La condición de los zamindares no se estabilizó dando origen a una nobleza hereditaria de tipo europeo y tampoco se hizo realidad la esperanza de que harían progresar la agricultura bengalí con inversiones y métodos de cultivo científicos, como los «dueños reformistas» (*improving landlords*) de estilo inglés. A principios del siglo XX, en Bengala y otras zonas de la India, no fueron los zamindares, sino campesinos «medios» con tierras, los que se alzaron como clase dominante del campo (y cada vez más, también como base social del emergente movimiento por la independencia). Hacia 1920, en la India, el modo de vida y de pensamiento señorial no era menos marginal que en Europa.

Japón: la transformación de los samuráis

Japón siguió un camino del todo peculiar.2547 En ningún otro gran país del mundo, un grupo de condición privilegiada experimentó una transformación similar. Los samuráis eran el

equivalente japonés a la nobleza europea. En origen, habían sido guerreros al servicio de un señor con quien trababan una estrecha alianza de lealtad y mutua utilidad. Cuando el país se pacificó, en torno a 1600, la función bélica dejó de resultar necesaria, pero la mayoría siguieron al servicio o bien del sogún o bien de alguno de los 260 príncipes feudales (daimios) entre los que se había repartido el archipiélago. Los samuráis se integraron en la sutil jerarquía con la que el sogunato regulaba su poder. Se les otorgaron muchas distinciones simbólicas y, en una época en la que ya no había guerras que librar, quedaron estilizados como una selecta «nobleza guerrera». Muchos samuráis trocaron la espada por el pincel y asumieron labores administrativas. De este modo, el sector administrativo de Japón pasó a ser uno de los más extensos del mundo (aunque no por ello el más eficiente en todos los ámbitos). Sin embargo, muchos samuráis y sus familias no tenían —literalmente— nada que hacer. Algunos trabajaron como maestros, otros como guardabosques o porteros, otros incluso practicaron en secreto el comercio que tanto desdeñaban. Pero se aferraron a sus privilegios con más vehemencia que nunca: al derecho a llevar su apellido, lucir dos espadas y una ropa especial, montar a caballo y exigir que los no samuráis les cedieran el paso en la calle. Con su larga serie de derechos especiales hereditarios, los samuráis estaban muy cerca de la nobleza europea. Sin embargo, representaban un porcentaje de la población mucho mayor: a principios del siglo XIX, como un 5 o 6 %. Eran cifras similares a las de dos países excepcionales como Polonia y España, pero muy superiores al valor habitual en Europa, claramente inferior al 1 % (por ejemplo, en la Alemania de principios del siglo XIX representaban un 0,5 % que luego siguió reduciéndose).2548 Así pues, que los samuráis carecieran de una función significativa fue un problema social grave —ya desde el simple punto de vista cuantitativo— ligado a un gran coste social. La diferencia principal con respecto a la nobleza europea radicaba en la distancia con la agricultura. Por

lo general, no les habían dado tierras, y de hecho, ni siquiera las poseían con títulos de propiedad reconocidos. Era muy habitual que se les pagara con estipendios, calculados en arroz y, por lo general, satisfechos también en especie. El típico samurái, por lo tanto, no controlaba ninguno de los tres factores de producción: ni la tierra, ni el trabajo, ni menos aún el capital. En consecuencia, era por principio un sector especialmente vulnerable de la sociedad japonesa.

Cuando los problemas crónicos de Japón se agravaron por el enfrentamiento con Occidente, a partir de 1853, la iniciativa de la transformación nacional partió en primer lugar de samuráis de los principados más alejados de la casa Tokugawa. Este mismo grupo reducido, que en 1867-1868 derrocó el sogunato y empezó a construir el nuevo orden Meiji, comprendió que los samuráis, como sector demográfico, solo podrían sobrevivir si abandonaban su condición anticuada. En todo caso, al desposeer a los príncipes y poner patas arriba los daimiatos, desapareció el marco institucional más relevante de sus vidas. Desde 1869, paso a paso, los samuráis fueron perdiendo los privilegios que definían su condición. Económicamente, el golpe más duro fue eliminar los estipendios (al principio, mitigado por el pago con bonos del Estado); y desde la perspectiva simbólica, la humillación más dolorosa vino en 1876, cuando perdieron los privilegios de la espada (que ya parecían ajenos a la época). Ahora los samuráis debían procurarse su propio sustento. En 1871 esto se favoreció con una base legal que en Francia se había aprobado ya en 1790: la libertad para elegir el propio oficio. Los últimos levantamientos de protesta se produjeron en 1877; luego los samuráis dejaron de ofrecer resistencia.[2549]

Esta política trajo penalidades para muchos samuráis y sus familias, que la política social del Estado solo mitigó en parte. Los valores y mitos de los samuráis pervivieron, pero en la década de 1880 su estamento se había desvanecido como componente social reconocible. Una nueva alta nobleza, que el Estado Meiji moldeó a semejanza del *peerage* británico, fue

antes que nada un producto artificial, «napoleónico», que acogió a los restos de las familias daimiales y de la antigua nobleza cortesana de Kioto. Los oligarcas —que en los años del cambio de poder, en 1867-1868, eran en su mayoría hombres jóvenes, de menos de cuarenta años— también se premiaron a sí mismos con esta condición. En el nuevo sistema político, que desde 1890 preveía una segunda cámara similar a la Cámara de los Lores, esta nobleza interpretó un papel destacado como mediador entre el distante *tennō* y la «gente común».

China: declive y transformación de los «mandarines»

Las circunstancias chinas eran las más similares a las europeas; en más de un aspecto, el país incluso se había adentrado más en la modernidad. En el siglo XVIII ya había un mercado de compraventa de tierras, con muy pocas restricciones. Ya casi no existían las cargas feudales y las obligaciones de servir a señores particulares. No había modo de cimentar legalmente que una familia determinada controlara de forma permanente un terreno determinado, pero los títulos de propiedad, una vez adquiridos, solían estar a salvo —como en Europa— de la intervención estatal. Aun así, ¿cabe ver en los funcionarios eruditos de China —que en Europa, hasta la época de Max Weber, se denominaron a menudo «literati»— un equivalente a la nobleza europea? En muchos sentidos, sin duda. Los funcionarios eruditos tenían el control efectivo sobre la mayor parte de las tierras cultivadas y formaban la clase culturalmente dominante —y mucho menos discutida, a este respecto, que la nobleza europea de la Edad Moderna—. La diferencia principal radicaba en que la propiedad privada de la tierra se podía comprar y vender, pero la condición social no se heredaba; el estatus y la propiedad de tierras estaban separados casi por completo. El acceso a la clase que en chino se denomina *shenshi* (y en inglés se ha traducido con frecuencia como *gentry*, una clase privilegiada por debajo de la alta nobleza), y que representaba cerca del 1,5 % de la población (un caso intermedio entre Europa y Japón), se

lograba aprobando los exámenes estatales, que se celebraban regularmente.[2550] Había nueve grados de aprobado; solo el que lograba por lo menos el inferior podía disfrutar de la reputación y los beneficios tangibles de un *shenshi*, como por ejemplo la exención fiscal y la dispensa de castigos corporales. El *shenshi* (y su familia) figuraban entre la clase alta del ámbito local, en el cual se le confiaban labores de dirección. Donde existían organizaciones de clan, pertenecía a la élite interna. Participaba del mundo social y cultural del caballero confuciano (*qunzi*), cuyo armazón normativo se asemejaba bastante al del *gentleman* inglés. Los funcionarios imperiales se seleccionaban tan solo entre los que habían superado la prueba más exigente, por lo general, habían sido examinados personalmente por el emperador en la capital. En la sociedad de la China imperial, muy consciente de las jerarquías, el objetivo sumo de una familia era situar a uno de estos funcionarios en la corte o en el gobierno provincial.

La historiografía ha comparado repetidamente el éxito de Japón con el fracaso de China. Japón transformó productivamente el choque de la «apertura» en un gran programa de modernización y formación nacional; China, por el contrario, leyó mal el signo de los tiempos y dejó perder la oportunidad de renovarse y consolidarse. Hay mucho de cierto en esta idea. La inmovilidad de China tuvo varias causas. Además del desinterés por el mundo exterior, que obedecía a razones «culturales», no fue menos importante que a partir de aproximadamente 1820 no hubiera un liderazgo imperial fuerte y que el equilibrio del aparato estatal, entre los dignatarios manchúes y los funcionarios *han*, fuera muy frágil; cualquier impulso de reforma profunda amenazaba este equilibrio delicado. Pero también cabe leer la historia de otro modo, más experimental. La cuestión principal sería la siguiente: en Japón, la intervención exterior fue más suave —la apertura que inició el comodoro Perry se desarrolló sin derramar sangre, mientras que la guerra del Opio, de 1839 a 1842, fue sumamente

violenta—, pero desencadenó efectos mucho más intensos que en China. ¿Por qué fue así? Podemos ofrecer dos respuestas. En la primera, la élite funcionarial china, en lo relativo a los problemas fronterizos, tenía mucha experiencia en tratar con toda clase de agresiones externas. En cambio, los samuráis japoneses, desorientados por los bárbaros de narices largas que venían del mar, carecían de esquemas de comprensión y reglas de conducta para enfrentarse a ellos, y se vieron obligados a emprender una reorientación radical. En la medida en que, en China, las amenazas externas no llegaron al centro mismo del poder, en Pekín (aunque en 1860 estuvo a punto de pasar, y el palacio de verano fue saqueado y destruido), se entendió que los viejos métodos de repeler a los extranjeros no habían perdido su vigencia. Es decir, no se produjo una desorientación que hiciera imprescindible reflexionar desde cero sobre los problemas. No hubo un «punto sin retorno» hasta que la dinastía fue humillada por la invasión de las Ocho Potencias, en 1900, durante la guerra de los bóxers. En la segunda respuesta, el aparato funcionarial y el estrato social que le correspondía, el de los *shenshi*, no estaba tan debilitado como los samuráis en Japón. A fin de cuentas, exactamente en la misma época en la que Japón experimentó cambios tan radicales, la clase dominante de China había sobrevivido material y políticamente —aunque con muchas víctimas, pues fue un conflicto social espantoso— a la revolución Taiping. Además, en 1860 se había logrado establecer con las grandes potencias agresivas —Gran Bretaña, Francia y Rusia— una especie de *modus vivendi* que, durante más de tres décadas, redujo la presión externa, militar y política, sobre China. Cuando el viejo orden de Japón se vino abajo, el de China parecía haberse recuperado sin necesidad de llevar a cabo reformas demasiado desestabilizadoras.

En 1900, cuando se alcanzó un punto en el que ya hubo que comprender que estaba en peligro la supervivencia no ya de la dinastía, sino de todo el imperio, un sector decisivo en la

cúspide del Estado chino —tanto entre los chinos *han* como entre los manchúes— estaba dispuesto a emprender reformas radicales.2551 Abolir el sistema de los exámenes, en vigor desde hacía muchos siglos —y único mecanismo, hasta ese momento, de selección de las élites—, equivalió en buena medida a la abolición del estatus de los samuráis, tres décadas antes. Con esta iniciativa, en China, como en Japón, elementos activos de la élite privaban de base a su propia formación social. Por otro lado, la reforma china careció tanto del carácter sistemático de las medidas Meiji como de un margen de acción en materia de política exterior en el que la reforma pudiera hacerse realidad. La dinastía cayó en 1911, y con ello, la nobleza manchú (que era poco numerosa) perdió de un día para el otro todos sus privilegios.2552 En adelante, asimismo, cientos de miles de familias de la pequeña nobleza *han* quedaron privadas tanto de su antigua fuente de honor y prestigio como la de la posibilidad de trabajar en el servicio estatal central. Los funcionarios eruditos de la gran época imperial —sabios, prácticos e interesados por el bien común (según la teoría, pero no raramente también en realidad)— dieron paso, en poco tiempo, a una clase de terratenientes deslucidos y parasitarios; no solo daban esta imagen, sino que de hecho se correspondían con ella. Al mismo tiempo —con más precisión, desde que empezó el Movimiento por la Nueva Cultura, en 1915—, la nueva *intelligentsia* de las grandes ciudades de China se opuso con vehemencia al conjunto de la concepción del mundo que los funcionarios eruditos habían encarnado y representado. Abandonada por el Estado, despreciada por los intelectuales políticos y hostigada por los campesinos (a quienes la enfrentaba un conflicto estructural), la antigua clase alta de la China imperial pasó a ser uno de los elementos más vulnerables de la sociedad china. Ya no podían resolverlo aboliendo su propia clase, como los samuráis. Los que fueron objeto de la hostilidad de los marxistas chinos —que desde la década de 1920 combatieron a esta «clase

terrateniente»— carecían de los medios materiales precisos para defenderse y de la visión de un futuro nacional para cuya materialización pudieran buscar aliados. A partir de 1937, la segunda guerra sino-japonesa los debilitó todavía más, y la vieja clase alta del mundo rural chino ya no pudo oponer nada a la revolución comunista de los campesinos, de finales de la década de 1940.

Los *shenshi* chinos no eran una aristocracia guerrera en el sentido europeo o japonés. La selección no era por nacimiento y estamental, sino meritocrática. Las posiciones de élite no perduraban tanto tiempo en una misma familia; a menudo, el ciclo de ascenso y caída familiar solo se podía prolongar unas pocas generaciones. La continuidad entre la élite no dependía de la genealogía, sino de la fortaleza de aquellas instituciones próximas al Estado que no cesaban de ir seleccionando. Los *shenshi* se asemejaban a una aristocracia «clásica» por su cercanía al gobernante, su papel de sostén del Estado y su concepción del mundo agonal —aunque no dirigida hacia el certamen físico de la guerra y la caza, sino a la competencia intelectual por el dominio del canon formativo heredado—. Por último, compartían con aquella el control de las tierras y la reticencia al trabajo manual. En conjunto, las semejanzas parecen pesar más que las diferencias. Los *shenshi* eran, en muchos sentidos, un equivalente funcional de una clase nobiliaria europea. Como la nobleza europea, también salieron relativamente bien parados del siglo XIX. Al extinguirse la amenaza Taiping, en 1864, la competencia social directa era incluso más débil que en Europa. La «burguesía» emergente del país representó un desafío por la hegemonía mucho menos intensa que en situaciones análogas en Europa. En China, las amenazas principales procedían más bien de las revueltas campesinas y el capitalismo *extranjero*. La estación de término de los *shenshi* fue el año de 1905, comparable a lo que supusieron 1790 para la nobleza francesa, 1873 para los samuráis o 1919 para la aristocracia alemana. Los *shenshi*

también eran una élite terrateniente en declive: la más numerosa del mundo.

Los destinos de las élites aristocráticas o semiaristocráticas se debieron en parte a sus propias decisiones, y en parte a cambios más generales. Aquí se cruzaron dos tendencias opuestas. Por un lado se demostró que la irradiación de los ideales nobles era limitada. En Estados Unidos y Australia se formaron sociedades que, de un modo históricamente novedoso, eran inmunes a la nobleza. Los imperios coloniales tampoco estabilizaron a la nobleza sino de forma temporal. En la Edad Moderna, la expansión colonial de Europa había ampliado una inmensidad el campo geográfico de operaciones de la nobleza europea. Pese a cierta solidaridad transcultural entre los nobles, la aristocracia no europea casi nunca adoptó la concepción del mundo y de los roles de la europea. En comparación, el «paquete» cultural de la burguesía europea era un producto mucho más atractivo y exportable. Las nuevas colonias de finales del siglo XIX ya no estuvieron marcadas por la aristocracia. En las colonias de África y el sudeste asiático de todas las potencias europeas, a partir de 1875 predominó el tipo del funcionario burgués, e incluso en la India la máscara feudal no bastaba más que para disimular el carácter burocrático del Estado colonial. Por otro lado, algunos cambios generales se dejaron sentir. La «Internacional» de la aristocracia vivió el principio de su fin cuando los servicios diplomáticos y de exteriores de las grandes potencias ya no fueron ocupados casi en exclusiva por príncipes, condes y lores. La política exterior de Estados Unidos y la República Francesa ya era cuestión de burgueses, con muy pocas excepciones, antes de 1914. En el siglo XIX, la formación de los estados condujo en casi todas partes a una distancia mayor entre los órganos centrales del Estado y una noble que ya tenía dificultades para controlar los propios recursos locales del poder. Cuando el Estado empleaba a aristócratas, lo hacía en calidad de meros «servidores». Al mismo tiempo, se fue reduciendo el acceso de la

nobleza a las antiguas fuentes agrarias de ingresos, poder y prestigio: hubo emancipaciones campesinas de toda clase, los privilegios locales se difuminaron y los beneficios agrícolas menguaron en una época de transformación industrial y expansión de la economía mundial; todo ello contribuyó a limitar el despliegue de las capas nobiliarias. La nobleza no se hundió del todo, ni siquiera en los primeros años del siglo XX, allí donde se la consideraba como parte de una «élite» estamentalmente poco marcada, y en este contexto, pudo fraguar alianzas sociales y políticas con pragmatismo y menos secretismo.

3. BURGUESES Y CUASIBURGUESES

Fenomenología del burgués

El siglo XIX, según parece, fue el siglo de los burgueses y la burguesía, por lo menos en Europa.2553 Entre una nobleza que, al experimentar un relativo retroceso, ofrecía un acuerdo de clase entre los más acaudalados, y una clase trabajadora asalariada que en el último tercio del siglo se había organizado políticamente, gozaba de autonomía cultural y había completado el camino «de la plebe al proletariado» (Werner Conze), se abría en las ciudades un espacio social con valores propios y estilos de vida distintivos. Las mansiones que durante las dos décadas anteriores a la primera guerra mundial surgieron en muchas ciudades de Europa son vestigios visibles de este mundo perdido de una burguesía que exhibía sus propios signos de distinción y prestigio. A qué personas y por qué razones se puede aplicar la categoría de «burgués» no es una cuestión que se pueda determinar por criterios objetivos tales como el origen familiar, los ingresos o la profesión que se ejerce.2554 Muchos estudios y debates nos han llevado tan solo a la siguiente tautología: eran «burgueses» quienes se tenían por tales y expresaban esta convicción en su práctica vital. Algunos escépticos radicales han puesto en duda el concepto en sí de «burguesía», pero bien cabrá identificar burgueses concretos y cadenas generacionales completas de familias indudablemente

burguesas tanto en la ficción literaria (Thomas Mann, *Los Buddenbrook*, 1901) como en la realidad histórica.[2555] La burguesía como estrato o clase escapa a las definiciones. Se ha llegado a preguntar si «la burguesía» no es acaso un mito.[2556]

Resulta más sencillo afirmar qué *no es* un burgués: no es un señor feudal (cuya concepción de sí mismo se basa en la propiedad de tierras y la genealogía) ni un obrero (que trabaja con sus manos en una posición dependiente). Salvo por esto, la categoría del «burgués» es más abarcadora que ningún otro constructo de ordenación social. Si pensamos en los años próximos a 1900, comprende desde las personas más ricas del mundo —industriales, banqueros, navieros, magnates del ferrocarril— hasta jueces o profesores, con un salario suficiente, pero no opulento. Incluye a los que ejercen las «profesiones liberales» con un nivel de calificación universitario (lo que en inglés se denomina sencillamente *professions*), como por ejemplo médicos o abogados;[2557] también al tendero, al zapatero independiente o al policía. Hacia 1900 se les añadió un nuevo tipo, el de los empleados «de cuello blanco»; se trata de una figura situada al límite, pues se mueve en un contexto de dependencia, pero concede gran importancia al hecho de que, al trabajar en la gran sala de atención del banco o el departamento de contabilidad de una empresa industrial, no se ensucia las manos. En una época en la que un número creciente de grandes empresas eran dirigidas no por el propietario, sino por un gerente asalariado, surgieron también empleados «ejecutivos», grandes burgueses que gozaban de un amplio margen de acción en su trabajo cotidiano y que podían mirar de igual a igual a los más celosos guardianes de los valores burgueses.[2558]

El concepto de «burguesía» también resulta muy engañoso porque se dispersa con suma facilidad en los destinos vitales individuales. El burgués aspira al «medro» y a nada teme tanto como a lo contrario: a caer en la clase baja. Un aristócrata arruinado sigue siendo un aristócrata, pero un burgués en la

ruina es un desclasado.[2559] Un burgués exitoso debe su posición a la independencia y los propios logros; no nace con todo a favor desde la cuna. La sociedad, a ojos del burgués, es una escalera. Él mismo se encuentra en algún lugar intermedio, siempre con ansias de subir más. La ambición no se reduce a ascender personalmente, lograr el bienestar de su familia y defender sus intereses de clase inmediatos. El burgués quiere organizar y moldear, tiene un alto concepto de su responsabilidad y, mientras las circunstancias se lo permitan, querrá contribuir a orientar la vida social.[2560] Aun en el peor *bourgeois* brilla siempre una chispa del *citoyen*. La cultura burguesa, más que casi ningún otro sistema de valores no religioso, «aspira a ser universal»[2561] y, con ello, empuja a ir más allá de sus portadores sociales originales. El burgués siempre tiene a mucha gente por debajo de sí, hacia la cual adopta una pose de superioridad, de «reservarse para algo mejor», y por lo general siempre tiene a otros, aunque sean pocos, por encima. Mientras hay élites no burguesas —una nobleza o un clero prestigioso (pensemos también en los ulemas musulmanes)—, el burgués nunca está en la cúspide de la jerarquía social, ni siquiera el más rico. Solo en unas pocas sociedades ocurrió así en el siglo XIX: en Suiza, en los Países Bajos, en Francia a partir de más o menos 1870, o en la costa oriental de Estados Unidos. La sociedad «más burguesa» es aquella en la que los burgueses determinan las reglas de su mutua competencia en *todos* los ámbitos. En el siglo XX, este ha tendido a ser el caso más normal, pero en el XIX era la excepción, en todo el mundo.

El siglo XX, sin embargo, también vivió una profunda caída de la burguesía como clase, con un desaburguesamiento y, al mismo tiempo, una desfeudalización de sociedades enteras: un drama que se desarrolló desde 1917 en Rusia, y que pronto se repetiría en Centroeuropa y, desde 1949, en China. A la burguesía y a los vestigios de la aristocracia se los midió por el mismo rasero revolucionario. En el siglo XIX, en cambio, en

Europa podía resultar difícil ser burgués, pero nunca verdaderamente arriesgado. Antes de 1917, en Europa, la burguesía como grupo social nunca padeció el destino que se le infligió a una parte de la nobleza francesa desde 1789. La revolución bolchevique destruyó las formas de vida que se le oponían con una radicalidad muy superior a la de las revoluciones anteriores. El mundo de la burguesía económica rusa, que solo surgió a partir de 1861 y no pudo desplegarse sino a lo largo de cinco décadas, daba la impresión —desde la atalaya de la década de 1920— de ser una civilización hundida.2562 Y antes de la inflación que padecieron Alemania y Austria una vez acabada la primera guerra mundial —el golpe más duro que recibió la burguesía clásica en Europa—, así como de la crisis económica mundial de 1929 y años posteriores, nunca una parte tan amplia del colectivo burgués se vio privada del puntal de su aspiración a un estándar de vida «distinguido». Para la burguesía, el siglo XIX también fue una época comparativamente positiva.

Pequeña burguesía

¿Hasta dónde alcanzaba la burguesía? Hasta nuestros días, impera la confusión por la proximidad terminológica entre la burguesía «genuina» y la «pequeña burguesía» de los tenderos y artesanos autónomos. ¿Qué tenían en común un magnate del acero y un deshollinador, que formalmente son «burgueses» los dos? Primero llaman la atención las diferencias. Es fácil distinguir a primera vista los caracteres sociales de la «gran» y la «pequeña» burguesía; los dos grupos siguieron vías de desarrollo distintas. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, en muchos países de Europa, los burgueses con más propiedades y formación cultural se distanciaron mental y políticamente de una pequeña burguesía que en ese momento luchaba por distinguirse de los obreros industriales. A su vez, la pequeña burguesía se manifestó con diversos grados de claridad. Francia se convirtió por entero en una nación de pequeños burgueses; en cambio Rusia, donde escaseaban las ciudades medianas y

pequeñas, solo pudo sostener el nuevo estrato de los capitalistas fundadores y los dignatarios cultos sobre el fino colchón de una pequeña burguesía muy reducida.

Es particularmente difícil definir el concepto de la «pequeña» burguesía. En Gran Bretaña y Estados Unidos siempre se ha preferido el concepto de la «clase media» (*middle class*), que aun así no apareció en un diccionario norteamericano hasta 1889;[2563] pero esto tampoco resuelve para satisfacción general la denominación del sector intermedio de la sociedad. La unidad y homogeneidad de esa clase media no está tan clara, ni siquiera en Estados Unidos, donde el consenso burgués fue desde el principio más amplio que en Europa. Se ha intentado descubrir —con mucha insistencia, pero sin lograr un resultado generalizable— la membrana social entre la «clase media baja» y la «clase media alta». Además, raramente se ha podido evitar trazar líneas de separación internas, por ejemplo en Inglaterra, entre una «clase media capitalista» y una «no capitalista» o «profesional»; en Alemania existe una distinción similar, pero no exacta, entre la «burguesía económica» y la «culta».[2564] El concepto de «clase media» tiene menos contenido cultural que el de «burguesía». Esto lo hace aplicable a un número mayor de contextos y más adecuado para una historia social universal. No todos los miembros de una clase media portan consigo al completo un sistema de valores burgués. Resulta especialmente útil diferenciar entre los diversos ambientes o medios, es decir, las esferas de convivencia y las convicciones básicas compartidas. Así, Hartmut Kaelble ha propuesto diferenciar un medio burgués en sentido estricto, el de la clase media alta, y uno de la pequeña burguesía.[2565] No se trata de grupos delimitados con toda precisión, sino más bien de campos de fuerza social con márgenes imprecisos, que se pueden solapar e influir mutuamente. También podemos imaginar estos medios más en concreto, como contextos de la vida local. Primero se forman —con matices de composición y cultura específicos de cada ciudad— los medios del trato social, los matrimonios y las

asociaciones, y luego, quizá, los estratos y las clases translocales.

Aún no se ha explorado a fondo el tema de la historia social *global* de la pequeña burguesía. No es de extrañar, puesto que en el siglo XIX las vidas de sus miembros fueron casi exclusivamente locales.2566 Su radio de acción económico no solía pasar más allá de la vecindad de una «sociedad de la presencia»: se conocía a toda la clientela en persona. Socialmente, después del viaje de juventud en compañía —motivo de tantos poemas del Romanticismo— casi nunca cruzaban una frontera, y su cultura también tenía un alcance limitado. La pequeña burguesía fue un estrato especialmente poco internacional, aunque en 1899 se celebrase un primer congreso mundial de los *petits bourgeois*: menos móvil que las clases inferiores migrantes, y sin las redes internacionales de la aristocracia (con sus extensos lazos familiares) y la gran burguesía (con sus contactos empresariales a gran distancia). Estos lazos con el terruño hacen que el concepto de la pequeña burguesía sea difícil de trasladar de un contexto a otro. ¿Qué se gana al describir con un mismo concepto a un platero de Isfahán o al dueño de una tetería de Hankou? Por otro lado, los diversos matices despectivos asociados con lo «pequeñoburgués» varían también de un contexto a otro.

Bajo la categoría de «pequeña burguesía», demasiado general y nunca libre del todo de los matices despectivos, hay muchos artesanos locales con sus propios valores y un orgullo particular, basado en la seguridad con que desempeñan su oficio.2567 Estas culturas artesanas basadas en el valor —que en ocasiones, como en partes de la India, poseían una exclusividad similar a la de las castas— han existido en todo el mundo, y con frecuencia han gozado de más estima que la esfera del comercio: esferas fijas y estables del medio social, apoyadas en el monopolio del conocimiento práctico, que ninguna clase superior pudo discutir o sustituir. Su saber tradicional puede escapar mejor que los privilegios legales o la

propiedad confiscable a la pérdida de valor que pueden traer las revoluciones políticas: siempre se necesitan artesanos y garantes de los servicios básicos. Estos servicios se pueden poner en duda cuando llega la producción mediante máquinas, pero no se tornan superfluos. Desde este punto, el pequeño productor exhibe una perseverancia que se opone al miedo a la proletarización del pequeño burgués. La pequeña burguesía (en un sentido amplio) no necesariamente mira con devoción hacia los rangos superiores de la jerarquía social; no se mueve por la ambición de generar y transmitir una cultura más elevada. Por ello, no invierte mucho capital cultural en formación, sino que se relaciona con esta pragmáticamente, en la medida en que —como formación profesional, ante todo— puede ser útil para sus hijos.

En verdad, la pequeña burguesía es capaz de actuar colectivamente en el ámbito político. Cuando controla canales importantes de la circulación social, puede ejercer más poder que algunos grandes industriales. Las huelgas de los vendedores de un bazar o los boicots de los pequeños comerciantes de las ciudades portuarias chinas siempre han representado una presión política intensa. Cuando estas acciones se dirigían contra intereses extranjeros, se convertían en una de las primeras formas de expresión de la política nacionalista. La gran experiencia internacional de la pequeña burguesía era la guerra. Junto a los campesinos y obreros representaban el grueso de los ejércitos europeos (también en las colonias). Los suboficiales, como cabos y sargentos, eran pequeñoburgueses por origen y forma de actuar; un suboficial era un pequeñoburgués en uniforme. Es habitual que las estructuras militares reflejen fielmente la jerarquía de la sociedad civil, poniéndola aún más de manifiesto. En casi ningún otro campo puede observarse mejor el «ascenso» de la burguesía —variopinto y con sus matices propios en cada país— que en la lucha por la patente de oficial y el reconocimiento del mando militar aristocrático.2568

Respetabilidad

La auténtica burguesía (el medio de la «clase media alta», en la terminología de Hartmut Kaelble) estaba compuesta por personas con un horizonte mental más amplio que el de los pequeñoburgueses, que administraban capitales —también el capital cultural del conocimiento académico— y no necesitaban ensuciarse las manos. «El burgués —afirma con suficiencia Edmond Goblot en un ensayo aún no superado, publicado en la década de 1920— lleva guantes».2569 Este era un elemento del *habitus* específico de la burguesía. En su modo de actuar tampoco faltaba cuidar la buena reputación. Aunque en alguna ocasión se haya sometido al código aristocrático del duelo, el típico burgués no busca el honor, como el noble, sino la respetabilidad. Quiere ser respetable a ojos de *los otros* burgueses, sobre todo, pero también a los de la clase alta (a la que no se quiere dar ninguna ocasión para el desdén) y de sus inferiores sociales (de los que se espera un trato deferente y el reconocimiento como líderes de opinión). El afán de respetabilidad se encuentra en la clase media, pero no solo en la europea. Económicamente se expresa en la solvencia. El burgués dispone de ingresos bastante asegurados y, cuando necesita dinero, transmite al acreedor la impresión de que el crédito no se va a perder. Un burgués respetable cumple con las leyes y con las normas morales. Sabe qué es lo que «no se hace» y se comporta de acuerdo con ello. La mujer burguesa rehúye la ociosidad, pero también el trabajo físico fuera de la propia casa. La mujer y las hijas del burgués no necesitan buscar un empleo al servicio de otros; en las familias de la alta burguesía es al contrario: su nivel económico les permite tener al servicio en su casa.

La «respetabilidad», por lo tanto —como el modelo de carácter del *gentleman* inglés— era un ideal cultural móvil que se podía aprender. Podían aspirar a él tanto los europeos como los no europeos. En la Sudáfrica urbana del siglo XIX, por ejemplo, las capas medias blancas y negras se asemejaban por compartir

ese afán, hasta que el creciente racismo dificultó cada vez más la convergencia.2570 Un mercader árabe, chino o indio también cultivaba la distancia frente al trabajo manual, concedía un gran valor a las virtudes domésticas (exigibles, con peculiaridades, incluso en la poligamia), hacía hincapié en el carácter ejecutivo de su actividad, contaba y planeaba según las reglas del cálculo mercantil racional, y se esforzaba por actuar acorde con su buena fama. El *habitus* «burgués» no tiene por qué estar siempre asociado con los supuestos culturales de Occidente. El surgimiento de clases medias ingentes —que en total suman cientos de millones de personas— en países como Japón, la India, China o Turquía desde el último tercio del siglo XX no puede explicarse suficientemente como la mera exportación de formas sociales occidentales; sin la base autóctona, es inconcebible.

Durante el siglo XIX, la alta burguesía fue minoritaria en todo el mundo. El porcentaje de los burgueses «propietarios y cultos» en el total demográfico de un país nunca superó el 5 % aproximado que se ha calculado para Alemania (y a lo sumo llegaba a un 15 % si se incluía la pequeña burguesía no agrícola).2571 En Estados Unidos se le opuso una tradición influyente (hasta nuestros días) por la que el país se concibe como una sociedad integrada solamente por la clase media. El pueblo de Estados Unidos, según escribía el historiador Louis Hartz en 1955, era «una especie de encarnación nacional del concepto de la burguesía».2572 El estudio de la historia social ha desmontado este mito de la ausencia de clases —hermano del mito del «crisol»— y detallado las especificidades y diferencias de la situación y la concepción del mundo de la burguesía estadounidense. La gran burguesía estadounidense se distinguía de los estratos inferiores con la misma nitidez que su homóloga europea.2573 Hacia 1900, con la salvedad de unos pocos países y regiones (como Inglaterra, los Países Bajos, Bélgica, Suiza, el norte de Francia, Cataluña, el oeste de Alemania o el nordeste de Estados Unidos), la burguesía todavía

representaba la excepción en un mundo no burgués; era así en general en Occidente, y no digamos ya en el ámbito universal. En la «era burguesa», los burgueses «propietarios y cultos» eran una minoría ínfima entre la población mundial. Los burgueses y la burguesía estaban repartidos por el globo con suma desigualdad. Sin embargo, esta distribución no respondía al esquema simple de «Occidente y los demás». Europa *como un todo* no había entrado en una era burguesa y, a la inversa, fuera de Europa y Norteamérica también hubo algunos brotes de desarrollo burgués o cuasiburgués.

La universalidad de las clases medias en la sociedad

En este punto es donde la historia social universal empieza a resultar interesante. Sin duda, la burguesía y los burgueses fueron productos de la cultura urbana de la Europa occidental y del comercio a larga distancia de la Edad Moderna, que en el siglo XIX evolucionaron en el contexto del capitalismo industrial y el ideario revolucionario de la igualdad. Del mismo modo, las ideas (y en parte también la práctica real) de «las sociedades burguesas» fueron una de las facetas más destacadas del peculiar camino de acceso de Europa (la Europa occidental) en la Edad Contemporánea. En ningún otro lugar del mundo, sino en la Europa occidental y las sociedades de colonos neoeuropeas parece haberse dado la convicción de que el sector medio de la jerarquía social podía imponer sus ideales y forma de vivir a la sociedad en su conjunto. Aun así, vale la pena preguntar dónde y cómo, fuera del Occidente noratlántico, se fundaron en el siglo XIX ambientes sociales que se asemejaran a la «clase media» occidental o tuvieran roles equivalentes. Los comentarios que siguen no suman un panorama de la burguesía «extraeuropea».2574 Arrojan luz sobre algunas analogías y relaciones y las ilustran mediante ejemplos tomados en su mayoría del contexto asiático. Aquí se habían formado, durante la Edad Moderna, culturas mercantiles que no eran menos complejas ni fructíferas que las europeas de su época.2575 Como muy tarde en la década de 1920, aquí

también surgieron, en muchas regiones, burguesías embrionarias en el campo de tensión entre el capitalismo y la educación superior, que además —y esto era nuevo— pensaban con categorías de política nacional. En muchas partes de África, en esta misma época, se iniciaron igualmente procesos similares de reestructuración social. Ahora bien, en el África subsahariana, las discontinuidades sociales tendieron a ser más marcadas que en Asia, por dos razones. Por un lado, el control de los europeos sobre los sectores emergentes de la economía moderna (minería, plantaciones) era aún más completo que en la mayor parte de Asia; en el nuevo sistema económico, a los africanos no se les reservaba más papel que el de trabajadores asalariados o proveedores agrarios. Por otro lado, la aparición de los misioneros cristianos en África provocó una ruptura sociocultural mucho más profunda que en casi toda Asia: solo la misión, con su oferta educativa, hizo surgir una nueva élite culta de orientación occidental, mientras que en el este y el sudeste asiáticos el saber y la cultura autóctonos se transformaron en el marco de procesos complejos.2576 Así pues, buscamos cuasiburgueses en el Asia del siglo XIX.

A grandes rasgos, en el siglo XIX (en particular desde mediados de siglo) el peso relativo de las capas sociales medias se incrementó en muchas partes del mundo. Esto tenía que ver tanto con el crecimiento demográfico, que favorecía que aumentara la diferenciación social, como con la expansión general del comercio y la actividad empresarial a larga y corta distancia, un proceso al que ningún continente fue ajeno; de hecho, afectó incluso al África subsahariana bastante antes de que se iniciara allí la conquista colonial.2577 Los comerciantes y los banqueros, expertos en el intercambio y la circulación, hicieron avanzar en muchos contextos culturales este proceso que a ellos les generaba beneficios. Un tercer factor condicionante fue la formación de las administraciones estatales, que crearon nuevas oportunidades de empleo en el nivel medio de la jerarquía, para los funcionarios que, sin ser

nobles, eran cultos o por lo menos habían recibido formación escolar. En el siglo XIX, eran burgueses aquellos grupos que se situaban a sí mismos en una posición de «terceros», en el margen o el centro (vertical) de las jerarquías sociales.

Esta composición del cuadro social no era inteligible por sí sola. Las sociedades podían imaginarse a sí mismas, desde su interior, como igualitarias y fraternales, como dicotómicas (arriba/abajo, integrados/ marginados), o como una gradación elaborada de condiciones y estamentos. La idea de formar un tercer grupo entre la élite y la masa campesina o la plebe urbana —en otras palabras, ocupar una posición central cargada de sentido— no fue característica hasta el siglo XIX, después de que el siglo XVIII, en muchos países europeos y asiáticos, actuara preparando el terreno y reforzando a la burguesía económica. Ahora el mercader o el banquero no solo era tolerado en la práctica y apreciado en secreto, sino que además se lo reconoció «en la teoría» de la estructura de valores dominante en la sociedad. Esta nueva evaluación del estrato medio no supone automáticamente el «ascenso de la burguesía». A veces, el traslado del foco hacia los grandes comerciantes y los notables era apenas perceptible y solo se reconocía en algunos detalles del trato social. Pero la tendencia era universal: con respecto a épocas anteriores, adquirieron más importancia las actividades, los estilos de vida y las mentalidades que tenían que ver más con el comercio y el conocimiento no canónico que con la agricultura, la vida rural y las ortodoxias culturales, y que además iban más allá del alcance y el horizonte de las «vistas desde el campanario».

Los sujetos de estas actividades, estilos de vida y mentalidades —es decir, los cuasiburgueses— eran a menudo (aunque no siempre) fuerzas sociales nuevas y sin tradición, que definían su propia identidad social con los valores de la competencia y el logro personal, más que por la adaptación a una jerarquía de estatus dada. Aspiraban a acumular y consolidar su riqueza en bienes muebles, aunque muchos, por motivos de prestigio y

seguridad, invertían en parte en inmuebles; es lo contrario que el proceso de «feudalización» de la burguesía en los países europeos, que ha sido un tema muy debatido entre los historiadores. En Asia, los grupos cuasiburgueses nunca tuvieron el poder, pero a pesar de su escasez numérica, a menudo eran influyentes y contribuyeron a la modernización de sus sociedades. Esto sucedió con frecuencia sin un programa consciente ni un «carácter burgués» expreso y estudiado. Aprovecharon las técnicas avanzadas de producción y organización comercial, invirtieron en sectores pujantes (como la producción agrícola para la exportación o la minería mecanizada) y utilizaron procedimientos de movilización de capitales que iban más allá de las posibilidades legadas por la tradición autóctona. Estos burgueses, por su efecto objetivo, fueron pioneros económicos con una mentalidad calculadora y empresarial. No obstante, casi nunca actuaron como representantes deliberados del liberalismo económico o incluso político. Esto los ocultó a la vista de los europeos contemporáneos, así como de los historiadores que primero buscan la retórica liberal y luego encuentran a los burgueses que le corresponden.

En todo caso, los cuasiburgueses de Asia no se habrían podido permitir un liberalismo antiestatal, porque mantenían una relación ambivalente con el Estado. Como ocurría con la burguesía económica de cualquier otro lugar, su objetivo era doble. Por un lado, querían organizarse con las menores trabas posibles y controlar por sí solos el funcionamiento del mercado. La economía china del siglo XVIII, por ejemplo, había sido esta clase de economía de mercado, y no es casualidad que, cuando una burguesía china pudo conquistar de nuevo más margen de acción, fuera precisamente entre 1911 y 1927, cuando el Estado chino estaba más débil de lo que había estado casi nunca y de lo que jamás volvería a estar.[2578] Por otro lado, las capas medias comerciales de muchos países asiáticos dependían del Estado, con el que en ocasiones habían

establecido una relación simbiótica: como contribuyentes fiscales y banqueros, lo financiaban, y a cambio gozaban de su amparo. El Estado, ya fuera autóctono o colonial, debía protegerlos de su entorno, a menudo desfavorable, y garantizarles un mínimo de seguridad jurídica. Aquí el espectro de las posibilidades era muy amplio. Iba desde favorecer a minorías comerciales cediéndoles un monopolio, en algunas colonias europeas del sudeste asiático —por ejemplo, los comerciantes chinos con el monopolio del opio—,2579hasta asegurar la libertad de acción exterior mediante un Estado colonial de *laisser-faire*, sin apenas intervención, como en el Hong Kong británico. En la mayoría de los casos la proximidad al Estado era mayor que en la Europa occidental. Ciertamente, las burguesías asiáticas que surgieron hacia finales del siglo XIX no las formaban, en su mayoría, clases de servidores del Estado; y tampoco habían cobrado vida por la acción directa del Estado, sino que tenían tras de sí sus propias historias de éxito mercantil. Sin embargo, sí eran colectivos específicos, «nichos» comerciales protegidos al principio por el Estado. En el siglo XIX, en la mayor parte del mundo no se daban las condiciones institucionales para que surgieran sistemas autónomos de regulación privada del mercado.

En consecuencia, en todo el ámbito global fueron muy escasas las «sociedades burguesas» plenamente desarrolladas, y especialmente con un sistema político «aburguesado». Lo más característico —no solo en las colonias, sino también en los países independientes de Asia, así como en la periferia meridional y oriental de Europa— fue lo que Iván T. Berend, que centró la mirada en los países del este de la Europa central, denominó «sociedad dual»:2580 una coexistencia asimétrica de élites (burguesas) nuevas y antiguas, cada vez con más peso económico de la burguesía, pero sin que las antiguas élites perdieran la preponderancia política y en parte tampoco la función de liderazgo cultural —aun cuando las capas medias de la sociedad, diligentes, entregadas a la educación y muy

disciplinadas, la considerasen a menudo como decadente y falta de eficiencia.

Minorías mercantiles en una economía mundial creciente

No todos los cuasiburgueses de fuera de Occidente se orientaron hacia la economía mundial, pero sus funciones de interconexión fueron sin duda uno de sus rasgos más llamativos. Sociedades enteras de comerciantes —como los suajili en el África oriental— pudieron perdurar durante mucho tiempo adaptándose a las cambiantes circunstancias exteriores.2581 Los cuasiburgueses actuaban en buena medida en los campos del comercio y las finanzas, campos en los que algunas familias ya se habían enriquecido notablemente en el siglo XVIII. Así ocurrió por ejemplo entre los comerciantes de la India (*bania*), de quienes los británicos siguieron dependiendo en parte incluso cuando otros grupos especializados autóctonos (como los funcionarios indoislámicos) ya hacía tiempo que resultaban prescindibles; o los mercaderes de Hong Kong, que antes de la guerra del Opio se habían encargado del comercio chino con los europeos. Estos grupos habían sufrido diversamente con la expansión del comercio exterior europeo (y en particular, británico) en Asia a partir de 1780, y habían perdido con ello parte de su bienestar y prestigio: los comerciantes indios, por los monopolios comerciales de la Compañía de las Indias Orientales; sus colegas chinos, a la inversa, porque en China se fue socavando (hasta eliminarse) el monopolio imperial del comercio exterior y, con la apertura del país a un libre comercio limitado, las antiguas familias mercantiles, acostumbradas a la burocracia parasitaria y la práctica de monopolios inflexibles, no supieron encontrar un nuevo acomodo.2582 Estos grupos de mercaderes «de la Edad Moderna» no hallaron por lo general una vía directa para convertirse en una burguesía «contemporánea», igual que los príncipes del comercio europeo, habitualmente, no pasaron a ser empresarios industriales. En todas partes —salvo en Japón y el oeste de la India, donde los comerciantes parsis de Bombay

y los alrededores pusieron en pie una industria algodonera—, incluso hacia 1900, hubo poco margen de acción para implicarse en la inversión industrial. El ferrocarril, que tanto impulso había dado a los emprendedores privados en muchos países de Europa y en Estados Unidos, se hallaba en su mayoría en manos extranjeras. Aun así, había una posibilidad de acceder a la producción capitalista: mediante las plantaciones, que no exigían una tecnología muy onerosa. La burguesía cingalesa en la Ceilán colonial, que pertenece a las formaciones burguesas más antiguas y perdurables de Asia —en nuestros días, la política de Sri Lanka todavía la dominan algunas de las familias que se abrieron paso en el siglo XIX—, debe su ascenso a esta implicación temprana en la economía de las plantaciones. Algunas dinastías mercantiles árabes de la península de Malaca e Indonesia también invirtieron en este mismo sector.2583

Los cuasiburgueses no europeos ejercieron a menudo la función intermediaria del «comprador» desde que se iniciaron los contactos comerciales con Europa.2584 Así adquirieron experiencia con las redes comerciales autóctonas y pudieron acoplar esas mismas redes a la economía mundial. Sin ellos no habría sido posible el intercambio entre culturas comerciales tan distintas como por ejemplo la india o la china (la palabra *comprador* procede de los lazos sino-portugueses en la Edad Moderna) y la occidental. Explotaron fuentes de financiación y aprovecharon los contactos con socios comerciales en el territorio interior. Solo en China, los compradores pasaron de ser unos 700 en 1870 a cerca de 20.000 hacia 1900.2585 A menudo, esta función la desempeñaron minorías religiosas o étnicas (judíos, armenios, parsis en la India, griegos en el Oriente Próximo).2586 Esto, por cierto, no fue peculiar del ámbito «extraeuropeo»; en Hungría, por ejemplo, donde una nobleza poderosa mostró poco interés por la vida económica moderna, los empresarios judíos y alemanes ocuparon un lugar central en la burguesía comercial emergente.2587 De ellos

partió, en especial, la iniciativa de sumar Hungría a la economía mundial. En China, los negocios de intermediación quedaron en manos chinas: se especializaron en ello grupos de comerciantes chinos en los Puertos de los Tratados. Pero fuera de China, en todos los países del sudeste asiático, hubo minorías chinas en el sector mercantil y en parte en la minería (estaño en la península de Malaca) y las plantaciones. Formaron por sí solos jerarquías de riqueza y prestigio que iban desde una familia de tenderos chinos en un poblado del interior a los capitalistas multifuncionales y multimillionarios de Kuala Lumpur, Singapur o Batavia.2588 En la colonia neerlandesa de Java, a principios del siglo XIX, casi todo el comercio interior estaba en manos chinas. El poder colonial basó casi por completo la explotación de la isla en una minoría que había dominado la vida comercial de Batavia, la capital de la colonia, desde su misma fundación en 1619. Aunque más adelante se vivió en Java una intervención más activa de los intereses europeos, la minoría china (con menos del 1,5 % de la población) siguió siendo imprescindible para el sistema colonial y a su vez sacó partido de ello; hasta que concluyó el dominio neerlandés, en 1949, no dejó de ser el lazo de unión entre las empresas extranjeras y la población javanesa.2589 Las minorías comerciales también desarrollaron negocios a más distancia, aunque siempre como «terceros». Así, la exportación rusa de trigo desde Odesa a Estados Unidos, a principios del siglo XIX, la controlaban familias mercantiles griegas, originarias en su mayoría de la isla de Quíos.2590

La posición de estas minorías no estaba exenta de crisis y daba poca ocasión a una actitud confiadamente burguesa. Los griegos de Quíos, cuando se introdujo el libre comercio en el imperio otomano, en 1838, fueron degradados a agentes de empresas occidentales y adoptaron en gran número la nacionalidad británica o francesa. A partir de 1900, más o menos, los *compradores* chinos —de etnia puramente china— fueron siendo sustituidos por «gestores chinos» empleados por

las grandes casas de importación y exportación japonesas y occidentales establecidas en la costa de China. Pese a la protección estatal, hubo repetidos ataques y expropiaciones. Con el auge del nacionalismo entre la mayoría de la población, los asaltos fueron más virulentos, un proceso que en el siglo XX se volvió dramático. En el siglo XIX no se produjeron ataques tan radicales como los que supusieron expulsar de Egipto a las minorías europeas tras la Crisis de Suez, de 1956, o la gran matanza de chinos en Indonesia en 1964.[2591] Los gobiernos coloniales europeos solían proteger a las minorías de las que dependían sus ingresos tributarios. Que fuera de Europa los cuasiburgueses se hallaran en situación de debilidad tanto frente a la sociedad local como frente a las fuerzas del mercado mundial no les impidió ampliar su margen de acción y aprovechar las posibilidades de realizar una política empresarial autónoma. Sin embargo, se cuidaron de las relaciones de dependencia desequilibradas y a menudo distribuyeron la riqueza acumulada entre la familia próxima o extensa, como mecanismo de seguridad. Los estrechos lazos familiares que aún caracterizan hoy muchas variantes del capitalismo asiático demostraron ser útiles para minimizar los riesgos. Otra estrategia fue diversificar al máximo los negocios: comercio, producción industrial, préstamos, agricultura, bienes raíces urbanos. Si podemos definir la burguesía por rasgos económicos tales como la independencia, la iniciativa personal con poco apoyo del Estado y la necesidad de actuar en entornos muy arriesgados, hay que reconocer que estos hombres «hechos a sí mismos» en la «periferia» de la economía mundial los cumplían en gran medida.[2592]

Modernidad y política

Fuera de Europa, los grupos que podemos calificar como cuasiburgueses casi nunca se expresaron políticamente a la ofensiva y con seguridad en sí mismos. En política no influyeron mucho y socialmente tendieron a hallarse aislados. Cuando además eran minorías claramente reconocibles, como

los griegos en el imperio otomano o los chinos en el sudeste asiático, tenían pocas posibilidades —y a menudo poca voluntad— de integrarse en su medio social. Optaron por desarrollar una cultura minoritaria propia tanto más fuerte, lo que es característico de las sociedades de nicho cuasiburguesas. Este encapsulamiento, sin embargo, estaba en tensión con su propio afán de apertura y conexión con las tendencias y las ideas normativas universales. También se constata una contradicción similar entre la burguesía judía de la Europa occidental, en cuyo seno interactuaban la asimilación al medio, la adopción convencida de valores culturales universales, y el deseo de preservar la solidaridad vivida en la comunidad religiosa judía. Si buscamos una orientación general, que se repitiera en varias partes del mundo, fue menos la ambición de poder político y hegemonía cultural autónoma que la de «civilización». En Asia y África, desde finales del siglo XIX (como ya antes, entre los judíos de la Europa occidental, desde los tiempos de Moses Mendelssohn) ser burgués significó sumarse a un gran proceso de «civilización» de las costumbres y las formas de vida. Este proceso no necesariamente se consideraba emanado de Europa ni se traducía solamente en el papel de imitador dependiente. Por inconfundible que fuera el proceso civilizador en ciudades como París, Londres o Viena, los cuasiburgueses de fuera de Europa tenían la suficiente confianza en sí mismos para verlo como una tendencia general de la época, en la que tenían intención de participar. Ciudades como Estambul, Beirut, Shanghái o Tokio se modernizaron, y los intelectuales (autóctonos) que escribían sobre ello también creaban, al mismo tiempo, la ciudad como «texto».2593

En todo el mundo, los miembros de las «clases medias» se reconocían mutuamente por su voluntad de ser «modernos». A este respecto, los adjetivos que limitaban frente a la ambición universalista de la modernidad eran secundarios. La modernidad podía adquirir matices «ingleses», «rusos», «otomanos» o «japoneses», pero lo crucial era su carácter

indivisible. Solo así se podía evitar una diferenciación fatal entre la modernidad genuina y la imitación. El programa de las modernidades «múltiples», que ya se esbozó a finales del siglo XIX y hoy interpreta un papel clave en la sociología contemporánea, era un regalo envenenado para las élites cuasiburguesas que emergían en Asia. La modernidad debía poseer un atractivo cultural neutral y transnacional, para poder mostrarse con autoridad y ser comprensible por doquier; debía ser una lengua simbólica unitaria, aunque con dialectos locales.2594

Cuando las «clases medias» —como ocurrió primero en la India o, hacia 1920, también en Indonesia o Vietnam— se hallaban en bandos distintos de la divisoria colonial, la relación era ambivalente. Los socios podían convertirse en competidores económicos y culturales. Los asiáticos o africanos europeizados, aunque pudieran ser muy útiles como mediadores culturales, ponían patas arriba el sistema de valores de los europeos «modernos». El afán modernizador de los nativos se rechazó con particular intensidad, y los insultos resultaron especialmente hirientes. Que se les negara el reconocimiento como burgueses con los mismos derechos —y como ciudadanos, más en general — convirtió precisamente a algunos de los asiáticos más occidentalizados en enemigos acérrimos del colonialismo. Las clases medias de Asia y África no practicaron una *política* nacionalista propia hasta después de 1900 (en realidad, tras la primera guerra mundial), cuando grandes oleadas de protesta sacudieron el mundo imperial desde Irlanda y las periferias de Rusia, pasando por Egipto, Siria y la India, hasta llegar a Vietnam, China y Corea. Incluso en Japón, el país con la constitución más avanzada de Asia, solo hacia esta época lograron que se empezara a oír su voz en un sistema político que hasta entonces habían dominado los líderes Meiji, que procedían de la cultura caballeresca de los samuráis. En general, para abrir más espacio a una política burguesa de la «sociedad civil» se necesitó el impulso de las revoluciones del

siglo XX (incluida la descolonización, después de 1945).

Sin duda, elementos de la «sociedad civil» ya se habían difundido en el ámbito prepolítico mundial antes de esas fechas. El asociacionismo europeo, que por el este llegó hasta las ciudades provinciales de Rusia, halló correspondencia en otras partes del mundo. Los comerciantes acomodados de China, el Medio Oeste o la India mostraron su compromiso filantrópico ayudando en caso de catástrofes, fundando hospitales, recaudando dinero para la construcción de templos o mezquitas, y dando apoyo a predicadores, eruditos y bibliotecas; con frecuencia lo hicieron poniéndose de acuerdo por encima de los límites regionales.2595 La filantropía organizada fue a menudo un punto de partida inocuo para una dedicación más amplia por los asuntos públicos, así como un lugar de encuentro entre los particulares de las «capas medias» de la sociedad y los aristócratas o los representantes del poder estatal. Otro elemento propio de la sociedad civil fueron los gremios urbanos, que por ejemplo en la metrópoli de Hankou, en la China central, fueron adquiriendo cada vez más funciones a partir de 1860, aproximadamente, y se convirtieron en destacados núcleos de cristalización de una nueva comunidad que no era específicamente «burguesa», sino que englobaba a personas de varios estratos.2596

«Burgueses cultos»

Algunos tipos sociales próximos a la «burguesía» eran más fáciles de universalizar que otros. Un profesor de secundaria del Imperio Alemán afín al «protestantismo cultural», o un «cortador de cupones» de la Tercera República francesa que vivía de las rentas de los bonos de Rusia eran fenómenos muy locales, menos «exportables» que por ejemplo un empresario pionero de la industria y la banca, que a más tardar hacia 1920 ya existía en todas partes, aunque en algunos países fueran poco numerosos. Ahora bien, si los burgueses comerciantes estaban en todo el mundo, en cambio el «burgués culto» fue un fenómeno específico de Centroeuropa, más aún, de Alemania: el

Bildungsbürger.2597 Esto no se debía tan solo al contenido de la educación que recibía, en forma lingüística o en idiomas estéticos y filosóficos incomprensibles en otros lugares. También tenía que ver con el valor relativo de la «formación» en la sociedad. La burguesía culta se creó en Alemania sobre la base de la reforma educativa neohumanista que se implantó a partir de 1810, con frecuencia pasando por la casa parroquial protestante, y ganó terreno para desplegarse en oposición a las prioridades poco intelectuales de la nobleza y a las formas y los motivos de la cultura aristocrática. El burgués solo podía hacer valer sus aspiraciones y su superioridad mediante la cultura porque los valores de las élites que venían de la Edad Moderna estaban en otros ámbitos (lo que no excluye que los nobles pudieran tener un conocimiento y una competencia práctica extraordinarios, por ejemplo en la vida musical de los tiempos de Haydn y Mozart, que no estaba reducida a un solo estrato social). Por descontado, hicieron falta unas condiciones determinadas para que personas sin arraigo en la genealogía y la tradición pudieran ascender socialmente, convertirse en creadores y guardianes de una cultura nacional y propagar un ideal vital de perfeccionamiento por medio de la propia formación. La más importante de estas condiciones previas fue la «estatalización de las clases cultas», que en Alemania estaba particularmente avanzada: bajo el patrocinio estatal, se produjo una asociación duradera entre «profesión» y «educación» y se crearon oportunidades de ascender en el «servicio público» que no obedecían las leyes de un mercado laboral libre.2598 Bastaba con ir a Suiza o a Inglaterra (por no hablar de Estados Unidos) para hallar una regulación de las «profesiones de cultura» regulada por la economía de mercado, y no por el Estado. Por otra parte, que el sistema se apoyara sobre el Estado tampoco garantizaba que se pudiera formar una clase culta homogénea. En el imperio zarista, los altos funcionarios de la administración estatal, en particular los juristas, no basaban «la confianza en sí mismos en la educación superior,

sino en su lugar en la jerarquía de la tabla oficial de cargos.2599

La burguesía culta fue una planta tan inusual que no hay razón de preguntarse por qué no floreció *en otras partes*; de hecho, el propio concepto alemán de *Bildung* tiene fama de intraducible: «educación», «formación», «cultura»... Pero, desde luego, en muchas de las civilizaciones que se comunicaban por escrito había ideales de educación filosóficoliteraria y perfeccionamiento espiritual que pueden tomarse por variantes de ese concepto. El propio perfeccionamiento del mundo intramundano que forjaba el carácter de acuerdo con la tradición también se podía entender como una obligación personal en Asia; en la China imperial tardía fue un objetivo perseguido asimismo por los comerciantes, que no se diferenciaban gran cosa del concepto europeo-alemán de la *Bildung*. En Japón, en los últimos tiempos de la era Tokugawa, se llegó a un acercamiento similar entre la cultura de los samuráis y la de los habitantes urbanos dedicados al comercio (*chōnin*): ambos compartían valores y preferencias.2600

Pongamos en relación los dos contextos, y preguntémonos: ¿por qué no surgió en China —el candidato más claro— una clase equivalente a la «burguesía culta» alemana? Pues bien, este grupo social no podía surgir donde la élite establecida ya se definía a sí misma por medio de la formación cultural y, además, monopolizaba las instituciones y los modos de expresión de esta educación. Tal era el caso de la China imperial tardía, donde hasta el final de los exámenes del funcionariado, en 1905, y de la dinastía, en 1911, la formación canónica nunca se vio desafiada por un ideal todavía superior. La tradición confuciana tenía todos los ases en la mano. Solo se la podía expulsar y destruir por medio de una revolución cultural, que se produjo de hecho después de que, hacia mediados de siglo, fracasaran los movimientos reformistas de los propios mandarines. En 1915 se desató un ataque general contra la concepción del mundo de la antigua China. No surgía

de la burguesía económica ni de los funcionarios del Estado, sino que lo emprendieron representantes de una *intelligentsia* radical e iconoclasta, que vivía de un mercado literario naciente o trabajaba en las nuevas instituciones educativas de tipo occidental. Muchos procedían del mandarinato caído.2601 En China, por lo tanto, no emergió una «burguesía culta» políticamente indiferente o quietista, sino una *intelligentsia* muy politizada y concentrada en las grandes ciudades, que fue la cuna de casi todos los líderes de la posterior revolución comunista. Es evidente que había ciertas similitudes con los bohemios europeos y su *habitus* de una subcultura antiburguesa.2602 Como la occidentalización intelectual de China, sin embargo, también se vio frenada por las circunstancias de la época, no se desarrolló un mundo educativo y cultural nuevo, propio y distinto del tradicional.

Para que hubiera surgido una «burguesía culta» también habría sido necesario que la orientación intelectual se liberase del contexto omnipresente de la religión. La *Bildungsbürgertum* europea, incluso en la forma del protestantismo cultural alemán, era hija de la Ilustración y sus críticas a la religión. Solo en este caso podía encajar que se ensalzaran los contenidos laicos elevándolos incluso a culto a la formación cultural, a la concepción del arte como una religión o la sustitución de la religión por la ciencia. En otros contextos religiosos, como el islámico o el budista, la separación de ámbitos no había llegado tan lejos. Aquí, la orientación general en el mundo seguía dependiendo en gran medida del criterio religioso; las obligaciones religiosas apenas se relativizaban ni perdían su rigor en nombre de un estilo de vida «culto». Así pues, el «burgués culto» como exponente mesurado de un consenso sobre el gusto y los valores de la alta cultura fue una creación rara, específica de Centroeuropa. En muchos otros contextos culturales y políticos, tendía a haber un antagonismo claro entre los representantes de la ortodoxia y los protagonistas radicales de una *intelligentsia* crítica con la

tradición autóctona e influida por las tradiciones disidentes occidentales (como el anarquismo o el socialismo).

Burguesía colonial y burguesía cosmopolita

En el siglo XIX, las burguesías de las colonias occidentales eran relativamente débiles. En su conjunto, el colonialismo contribuyó poco a la exportación de la burguesía europea. Con las excepciones de Canadá y Nueva Zelanda, las sociedades europeas se reprodujeron en las colonias de un modo fragmentario e incompleto. Era inevitable que surgieran distorsiones en la transferencia, porque en las colonias *todos* los europeos interpretaban automáticamente el papel de señores. Hasta el último de los empleados blancos del Estado colonial o de una empresa privada se hallaba —por categoría social y a menudo también por ingresos— por encima de *toda* la población colonizada, salvo los jefes principescos (si los había). Las burguesías coloniales, por lo tanto, fueron variantes grotescas de las clases burguesas de las metrópolis europeas, que además culturalmente dependían mucho de estas. Solo en algunas colonias que no fueron de asentamientos los europeos no llegaron al número suficiente para formar una *society* local. Los perfiles sociales de las diversas colonias eran muy diversos entre sí. En la India, donde los británicos se dedicaron relativamente poco a la economía privada, las formas de vida burguesas se concentraban en particular en el aparato estatal colonial, que solo en sus estratos superiores estaba dominado por la aristocracia. En la sociedad local, de carácter mixto, que formaban los funcionarios, oficiales militares y hombres de negocios, se distinguía entre *official British* y *unofficial British*. Tras la Gran Sublevación de 1857, se fueron aislando cada vez más según el color de la piel. Los miembros de la familia circulaban entre la India y Gran Bretaña y, por lo general, ni se «aindiaban» ni el foco de gravedad de la familia, por muchas generaciones que pasaran, se trasladaba a la India.[2603] Los europeos no eran colonos, sino residentes temporales (*sojourner*). La situación se reproducía en pequeño en la Malasia

británica, donde aun así los colonos representaban un porcentaje de la población mayor que en el resto del Asia británica.2604

Sudáfrica, a su manera, era un caso único, porque aquí el descubrimiento de oro y diamantes posibilitó que en las zonas de explotación minera surgiese en poco tiempo una plutocracia empresarial muy reducida, la «gran» burguesía económica aislada de los «señores del Rand», como Cecil Rhodes, Barney Barnato o Alfred Beit. Estos archimillonarios no se integraban en una burguesía más diversa ni se relacionaban en especial con los burgueses asentados desde antaño en El Cabo. En su mayoría, las jerarquías «blancas» de los asentamientos coloniales solo tenían vínculos indirectos con los mecanismos de reproducción social de las metrópolis. No eran una simple copia de las relaciones imperantes en la sociedad de origen. Era habitual que se acomodaran a vivir de forma permanente en las colonias y desarrollaran sentimientos localistas y chovinistas. En la colonia francesa con más peso de los asentamientos, Argelia, las tierras de cultivo utilizadas a finales del siglo XIX para plantar cereales y viñas estaban relativamente dispersas y poco concentradas. De ahí surgió una sociedad de *colons* campesinos y pequeñoburgueses muy distanciada social y mentalmente de la burguesía de las grandes ciudades francesas. Argelia fue un ejemplo paradigmático de una colonia de pequeñoburgueses en la que, a pesar de toda la discriminación, emergió una creciente clase media autóctona, formada por comerciantes, propietarios de tierras y funcionarios del Estado.2605

Otro rasgo característico de los burgueses es su carácter doméstico. Esto no siempre se asociaba con una determinada variedad de familia, la monógama de dos generaciones propia de Centroeuropa. Pero los rasgos básicos están claros: la esfera doméstica queda netamente separada de la pública y constituye un refugio en el que no se admite a los extraños. Entre la burguesía de vida más acomodada, hay una línea de separación

entre el espacio privado y uno semipúblico, que transcurre por dentro de la vivienda: a los invitados se los recibe en el salón o en el comedor, pero no acceden a las habitaciones interiores. Así ocurría por igual en una familia burguesa de la Europa occidental o en un hogar otomano. La distribución de funciones específicas en salas específicas de la casa también se encuentra, en el siglo XIX, en Europa o en las ciudades del imperio otomano.2606 Donde los grupos burgueses emergentes miraban hacia Europa, sus residencias se colmaron de utensilios occidentales: mesas, sillas, cubiertos metálicos, incluso chimeneas abiertas al estilo inglés. Pero siempre había una selección. Japón se resistió a la silla, China, al cuchillo y el tenedor. La ropa ajustada y apenas colorida de la burguesía europea se convirtió en el traje público de todo el mundo «civilizado» y el que aspiraba a formar parte de él, pero a menudo se reservaba para la esfera pública, y en la intimidad se seguía vistiendo la ropa autóctona tradicional. La burguesía global se manifestó en la unificación sartorial del planeta, a cuya difusión (incluso en los países que más distaban de la burguesía) los misioneros contribuyeron con su idea definida del vestir «decente». Las particularidades locales también podían exhibir un sentido «burgués»: en el imperio otomano, el sombrero —con su diversidad de formas y materiales— siempre había sido un símbolo de condición social, hasta que en 1829 el sultán Mahmud II declaró el fez como gorro obligatorio de todos los súbditos y funcionarios del Estado.2607 Este objeto oriental, con su uniformidad indiferenciada, adquirió el sentido de la *égalité* burguesa. El decreto por el que el Tanzimat, en 1839, declaró la igualdad de todos los súbditos otomanos independientemente del grupo al que pertenecieran se había anticipado diez años en la cabeza de los varones del país.

Un fenómeno afectó por igual a las burguesías de Oriente y Occidente: ya durante la Edad Moderna, el Atlántico había sido integrado en las redes comerciales por los negociantes europeos y americanos, e igual hicieron los marinos y mercaderes árabes,

en esa misma época, con el océano Índico. Las grandes compañías comerciales neerlandesas o inglesas, manejadas de arriba abajo por el patriciado burgués, también habían conectado los continentes. La novedad del siglo XIX fue el nacimiento de una nueva burguesía *cosmopolita*. Esto se puede entender de dos maneras. Por una parte, con el tiempo fue surgiendo, en los países más ricos de Occidente, una capa de rentistas que vivían de los beneficios de un capital empleado a gran distancia. El mercado mundial de capitales que se formó desde mediados del siglo XIX posibilitó que los inversores de Europa (burgueses o, por descontado, de otra condición) sacaran partido de negocios realizados en todo el mundo: desde los bonos estatales egipcios o chinos a las minas de oro de Sudáfrica, pasando por los ferrocarriles argentinos.2608 A este respecto, el cosmopolitismo no radicaba tanto en la diversidad y el alcance transfronterizo de la acción empresarial como en sus consecuencias: un consumo de los réditos que fluían de todas partes del mundo hacia las metrópolis, pues quienes se beneficiaban de esta globalización inversora estaban en los apartamentos de París y las mansiones de extrarradio inglesas. Por otra parte, existía lo que podríamos llamar «utopía fallida del cosmopolitismo burgués».2609 El liberalismo comercial se había planteado —como ideal que tuvo su máximo efecto hacia mediados de siglo— el libre tráfico de las mercancías entre países y continentes, sin coerción estatal ni el obstáculo de los fronteras nacionales, impulsado por emprendedores de diversas religiones y colores de piel. En el último tercio del siglo, el nacionalismo, el colonialismo y el racismo acabaron con esta visión.

La burguesía cosmopolita no llegó a integrarse nunca en una formación social real, con conciencia comunitaria. El creciente nacionalismo de las burguesías lo impidió, y el desigual desarrollo económico de las distintas partes del mundo privó de base real a esta clase de cosmopolitismo. Quedaron empresarios con una base nacional; muchos se convirtieron en

auténticos «operadores internacionales», otros en aventureros, y otros (aunque la separación no fue estricta) en estrategas de las corporaciones. En todos los continentes se explotaron las materias primas, se dieron créditos, se ampliaron los medios de transporte. Hacia 1900, la gran burguesía empresarial británica, alemana o norteamericana, o incluso la belga o suiza, actuaba en campos de una extensión que habría sido inimaginable para las élites anteriores. En este plano del naciente capitalismo global, en cambio, no pudo establecerse nadie que actuara de los países no occidentales. Antes de la primera guerra mundial, incluso las corporaciones japonesas (con la excepción de algunas navieras) limitaron la expansión a su ámbito de dominio e influencia coloniales en la China continental.2610

En diversos momentos de los siglos XIX y XX, algunas sociedades cruzaron un umbral que no es fácil determinar, ya fuera en el plano regional o incluso el nacional, en el cual una multitud de elementos sociales «intermedios» (las *middling sorts*, en la lengua de los estudios sociales angloamericanos del siglo XVIII) dio origen a una especie de formación social que, por el alcance de su solidaridad, iba más allá del propio barrio o ciudad. Esta se congregaba en torno de instituciones determinadas (en Alemania, por ejemplo, el centro de educación secundaria de corte humanista), reflexionaba sobre un horizonte de valores compartido y creaba una conciencia social propia que también se expresaba políticamente. En Francia, este umbral de cohesión de los burgueses se cruzó en la década de 1820; en el nordeste de Estados Unidos o la Alemania urbana, hacia mediados de siglo (aunque la burguesía alemana siguió siendo mucho más heterogénea que por ejemplo la francesa).2611

En tanto que época de transición, el siglo XIX fue testigo del ascenso del mundo burgués y su concepción de la vida, pero no necesariamente de su triunfo. En Europa el proceso chocó con el crecimiento de la clase obrera. Que una parte de esta se

«aburguesara» no siempre reforzó a la burguesía, y a finales de siglo, en algunos países europeos y en Estados Unidos, algunos grupos de personas bien situadas entre los asalariados llegaron a estar peligrosamente cerca de los burgueses, aun cuando en el campo político casi nunca lograron una independencia similar a la del movimiento obrero. La propia cultura burguesa adoptó aspectos propios de la cultura de masas, aun antes de que, a partir de la primera guerra mundial, la industria del ocio hallara más arraigo. Junto a la alta cultura clásica de la burguesía, y la emergente cultura de masas, con el cambio de siglo un tercero saltó a la arena cultural: la vanguardia. Pequeños círculos artísticos —como el de los compositores de Viena en torno de Arnold Schönberg, que enarbolaron la bandera de la «emancipación de la disonancia»— se retiraron de la gran esfera pública burguesa y estrenaron sus obras en actuaciones privadas. En Múnich, Viena o Berlín, en la década de 1890, algunos artistas plásticos optaron por la «secesión» frente a las corrientes estéticas dominantes. Fue una reacción casi inevitable al carácter museístico e histórico que había cobrado la cultura burguesa, de la que la producción artística del momento se hallaba más lejos que nunca. Por último, a principios del siglo XX, la sociabilidad burguesa se vio socavada por la urbanización de los extrarradios, expandida primero por el ferrocarril y luego sobre todo por el coche. El burgués clásico es un habitante de la ciudad, no de las urbanizaciones periféricas. Cuando las ciudades se empezaron a diseminar y deformar, la comunicación burguesa perdió la intensidad.

Así pues, no necesariamente fue la «conmoción» de la primera guerra mundial lo que puso fin a una *belle époque* de los nobles y las clases medias acomodadas. Las tendencias desintegradoras ya actuaban antes de 1914. La crisis de la burguesía europea en la primera mitad del siglo XX se trasladó a la rápida expansión de las sociedades de clase media a partir de 1950, que cambió los ideales de virtud y respetabilidad de la burguesía «clásica» por el consumismo. Las clases medias

también prosperaron mucho (en número e influencia) allí donde la burguesía del siglo XIX había sido muy débil. Los gobiernos comunistas frenaron este proceso, aunque el «comunismo gulash» no era incompatible con el *habitus* burgués y el estilo de vida de la *nomenklatura* parodiaba los modelos de la alta burguesía o incluso la aristocracia (pensemos en la caza de los cuadros principales). En los países de la Europa oriental y en China, la historia de la burguesía solo pudo recomenzar a partir de 1990. Algunas líneas se remontan al siglo XIX.

Una historia social universal del siglo XIX puede ocuparse de muchas más tareas de las aquí esbozadas. Por ejemplo, puede preguntarse qué posiciones adoptaban los guardianes del saber y los «trabajadores del saber» en diversos espacios sociales; por ejemplo, según se formó el tipo del «intelectual» y se adoptó, con modificaciones, en otras partes del mundo, un proceso que parece haberse acelerado poco después de 1900.2612 Puede interesarse por el desarrollo de los roles sexuales y las formas de la familia; su extraordinaria variabilidad dificulta sobremanera las generalizaciones.2613 Sigue debatiéndose si había un modelo típicamente europeo de familia y relaciones de parentesco, y qué transformaciones específicas experimentó en el siglo XIX; la cuestión solo se podrá aclarar mediante una comparación extensiva.2614 No cabe duda de que los ideales europeos de la familia no se difundieron «por todo el mundo» con facilidad y actuando de modelo. Las ventajas de la técnica europea, o de su modo de librar una guerra, saltaban a la vista y se deseaba copiarlas; pero no así las de formas extrañas de reproducción social y biológica. Estos elementos básicos de lo social «viajan» con muchas dificultades. Los gobiernos coloniales siempre han mostrado más recelo ante ellos que en los otros ámbitos; los intentos de reforma estatales y de instancias privadas no empezaron a gran escala hasta ya entrado el nuevo siglo.2615 Incluso la lucha contra los modelos que más se apartaban de las normas europeas, y que más repulsión causaban entre los cristianos —la poligamia y el

concubinato— se libró con poco entusiasmo, se dejó a los misioneros y raramente tuvo el éxito esperado.

Capítulo 16
Conocimiento

Multiplicación, concentración, distribución

El «conocimiento» es una sustancia particularmente volátil. Como dimensión social, distinta de los diversos conceptos que ha definido la filosofía, es un invento de una ciencia con apenas cien años de historia, la Sociología del conocimiento. Situó en el centro de la sociedad lo que la filosofía idealista había denominado «espíritu» (*Geist*) y lo puso en relación con prácticas vitales y posiciones sociales. El «conocimiento» es un concepto algo menos laxo que el de «cultura», que todo lo abarca. Para nuestros fines, excluiremos aquí la religión y las artes.2616 En este capítulo, «conocimiento» se refiere a los recursos cognitivos que, en el mundo real, sirven para resolver problemas y dominar situaciones vitales. Es una decisión previa que se corresponde bien con el siglo XIX. Por lo menos en Europa y Norteamérica, surgió una interpretación racionalista e instrumental del conocimiento: debía servir para algún propósito. Debía favorecer el control de la naturaleza, aumentar la riqueza de sociedades enteras por medio de la técnica, liberar de «supersticiones» las concepciones del mundo y, en todos los sentidos posibles, resultar útil. La multiplicación y el perfeccionamiento del saber ponía de relieve mejor que ningún otro criterio el progreso que, a juicio de las élites europeas, caracterizaba su época.

De la «res publica literaria» al moderno sistema de las ciencias

El nacimiento de la «moderna sociedad del conocimiento» se ha situado en un largo período de la Edad Moderna que habría durado hasta 1820, aproximadamente.2617 Los cien años posteriores le dieron continuidad. Una vez esta sociedad del conocimiento vio la luz, vino su ampliación, institucionalización, cotidianización e incluso los primeros pasos de la globalización. La continuidad no se debe exagerar, sin embargo. Por abordar solo el campo de la «ciencia»: hasta el siglo XIX, el concepto no se completó por primera vez con

aspectos que hoy consideramos muy propios de esta disciplina. La clasificación de las materias que aún se emplea en la actualidad se remonta a esta época. Se crearon las modernas formas institucionales de obtención y difusión del conocimiento: la universidad como centro de investigación, el laboratorio, el seminario de ciencias sociales. La relación entre la ciencia y sus aplicaciones técnicas o médicas se hizo más estrecha. El desafío de la ciencia a las concepciones del mundo religiosas cobró aún más importancia. Muchas denominaciones de las disciplinas —como la «Biología», un término empleado por vez primera en 1800, o la «Física»— se impusieron entonces. El «científico» (también una palabra nueva: en inglés se acuñó en 1834) se convirtió en un tipo social independiente, que, pese a solaparse en más de un punto con los «eruditos» o los «intelectuales» (otra palabra de nuevo cuño en este siglo), no se confundía con ellos. La ciencia en su conjunto se diferenció con más claridad que nunca de la filosofía, la teología y otras ramas del saber tradicional.

Hacia mediados del siglo XIX, los científicos compartían un concepto de ciencia que renunciaba a la vieja «aspiración a la estricta generalidad, necesidad incondicional y verdad absoluta» y pasaba a hacer hincapié en el carácter reflexivo del saber, su validez condicional, intersubjetividad y autonomía en el seno de un sistema social específico de las ciencias.[2618] La vieja comunidad imaginaria de los eruditos —la *res publica litteraria*, que el historiador de la cultura Peter Burke ha descrito como una *clericy* o «clerecía», en el sentido de «conjunto de los hombres doctos», en la línea de Samuel Taylor Coleridge— dio paso a una «comunidad científica» con criterios de pertenencia más rigurosos.[2619] El científico se veía como un «profesional», especialista de un campo netamente delimitado, un tipo distinto del «intelectual» que, con mucho talento expresivo, se dirige a una opinión pública más amplia y está más comprometido políticamente. Se había abierto el camino hacia las «dos culturas», y solo unos pocos naturalistas como Alexander von

Humboldt, Rudolf Virchow o Thomas H. Huxley hallaron y encontraron audiencia para sus ideas sobre las cuestiones extracientíficas. Hacia finales del siglo XIX, los gobiernos empezaron a interesarse más que nunca por la ciencia; la política científica se desarrolló como un nuevo sector de la actividad estatal sistemática. La gran industria, por ejemplo en el ámbito de la química, también empezó a concebir cada vez más la investigación científica como uno de sus propios deberes. Por último, las relaciones entre la ciencia y, por otro lado, la guerra y la expansión imperial también se tornaron más estrechas que nunca.

Autoridad de la ciencia

En vísperas de la primera guerra mundial, en muchos países ya había madurado institucionalmente el sistema moderno de las ciencias, en lo esencial según se lo conoce aún hoy. La ciencia se había convertido en una fuerza de interpretación del mundo y una instancia cultural de extraordinario prestigio. Quien no observaba los criterios de la argumentación y la fundamentación científica se tenía que defender. Incluso los cristianos tuvieron que hacer concesiones al pensamiento científico. En todas las escuelas pasó a ser una materia obligatoria. La ciencia también se convirtió en la profesión de un número inaudito de personas (en su gran mayoría, hombres, todavía). Si en los siglos XVII y XVIII muchos héroes de la «revolución científica» aún vivieron *para* la ciencia sobre la base material de otros ingresos —hasta llegar a Alexander von Humboldt, que dedicó la fortuna heredada a satisfacer su interés por la investigación—, hacia 1910 se vivía de la ciencia. El aficionado había cedido el terreno, en múltiples campos, al especialista. Ya nadie podía obtener reconocimiento como científico diletante, como el Goethe que también estudió morfología, anatomía y los colores.

Todo esto solo es aplicable a zonas de Europa y a Estados Unidos. Sin embargo, enfocar la cuestión desde la historia universal no alterará especialmente el panorama conjunto. Así

como la industria moderna, basada en el uso de la energía fósil, nació en Europa, también la ciencia, que ahora domina sin competencia. La perspectiva de la historia universal, no obstante, puede situar la evolución occidental en un contexto comparativo y dirigir la atención hacia los efectos mundiales de la explosión del saber occidental. Sin embargo, antes hay que ampliar el concepto de «conocimiento» más allá de la ciencia. En la medida en que la ciencia se concibe a sí misma como una actividad comunicativa que transmite sus resultados a una opinión pública extensa, depende de sistemas simbólicos que permitan trasladar intelectualmente el contenido especializado. Las matemáticas —que, dicho sea de paso, a partir de hacia 1875 también cobraron peso en la expresión de las ciencias *económicas*— y algunas lenguas naturales de difusión trascontinental garantizaron la movilidad del significado científico. Ahora bien, las lenguas, claro está, también son el medio principal de transmisión de otras muchas clases de saber, aparte de la ciencia organizada. Por lo tanto, no podemos ocuparnos de la historia de la ciencia en el siglo XIX sin tratar de la lengua en general y los diversos idiomas. La difusión y el uso de las lenguas, a fin de cuentas, es un signo claro de la geografía en perpetua transformación de los (des)equilibrios políticos y culturales.

1. LENGUAS MUNDIALES: COMUNICACIÓN A GRAN ESCALA

En el siglo XIX, algunos grandes ámbitos lingüísticos se expandieron aún más allá de donde habían llegado durante la Edad Moderna. Hacia 1910, las «lenguas mundiales» (el concepto cobra auténtico sentido por entonces) habían alcanzado una distribución bastante similar a la de nuestros días. A este respecto hay que diferenciar dos aspectos, aunque en la práctica la separación no siempre resulte obvia. No es lo mismo que una mayoría de la población adopte una lengua extranjera como medio de comunicación principal de su vida cotidiana (adoptándola como una lengua materna de segundo orden), o si aquella sigue siendo una lengua «extranjera»

aunque se la utilice para determinados fines funcionales: comercio, estudio, culto religioso, administración o contacto transcultural. La formación de imperios político-militares facilita la expansión de las lenguas, sin imponerlas necesariamente. Así, durante la Edad Moderna, el persa y el portugués se difundieron en Asia más allá del estricto poder colonial de Portugal o Irán. Por otro lado, imperios de vida relativamente breve, como el imperio mongol de la Edad Media o el japonés de la primera mitad del siglo XX apenas dejaron huellas lingüísticas perdurables. Y a su vez, en Indonesia, aunque la época colonial duró tres siglos, el neerlandés no logró mantenerse frente a las lenguas autóctonas; a diferencia de lo que hicieron los británicos en la India, los neerlandeses nunca se habían esforzado porque surgiera una clase culta y culturalmente europeizada.

El portugués se mantuvo en torno del océano Índico, como lengua común de una comunidad mercantil multicultural, hasta la década de 1830. La «persafonía» que floreció en el Asia meridional, occidental y centro-occidental entre los siglos XIII y XVII se quebró como ecúmene literaria en el siglo XVIII.2620 No obstante, hasta la misma década de 1830, el persa siguió funcionando con el viejo papel de lengua de la administración y el comercio bastante más allá de las fronteras iraníes. Estas dos lenguas, el portugués y el iraní, cedieron su sitio al inglés, que en 1837 fue declarado única lengua oficial en la India y que, a más tardar con la Apertura de China en 1842, se convirtió en el idioma principal de los mares orientales (aparte del chino). La difusión de la lengua portuguesa quedó reducida, a finales de siglo, a Portugal, Brasil y los ámbitos lusófonos del sur de África. El español quedó como herencia de la era colonial en la América del Sur y Central; la extensión geográfica del mundo hispanoparlante no sufrió grandes cambios durante el siglo XIX. El chino, a pesar de la emigración de los culis, apenas se difundió fuera del país: aunque continuó siendo la lengua interna de las comunidades chinas de ultramar, no irradió

hacia el medio exterior como lengua de cultura. El hecho de que los chinos de ultramar procedieran en su mayoría de las provincias de Fujian y Cantón, cuyos dialectos resultan casi incomprensibles para los hablantes del mandarín, ayudó a que el chino quedara encapsulado en sus comunidades.

Vencedores de la globalización lingüística

El alemán solo gozó de una difusión colonial modesta y apenas tuvo repercusiones dignas de mención. Sin embargo, en la estela de la fundación del Imperio, en 1871, y de su constante prestigio literario y científico, consolidó su presencia en la Europa centro-oriental, donde estaba presente desde el siglo XVIII. En efecto, siguió siendo la lengua administrativa del imperio de los Habsburgo y, hasta el final del imperio zarista, fue una de las lenguas de comunicación principales de la comunidad erudita de Rusia, junto con el francés y el latín. La Academia de Ciencias de San Petersburgo publicaba buena parte de sus textos en alemán. Además, en las fronteras en las que el Imperio Alemán puso en práctica una política de germanización, también se incrementó el uso obligatorio de esta lengua germánica.

El ruso se expandió mucho más. Fue una consecuencia directa de la formación del imperio zarista y la rusificación cultural que le acompañó desde mediados del siglo XIX. El ruso era la única lengua oficial del imperio. Se impuso en todas partes, aun con la resistencia popular, por igual a los polacos que a los habitantes sometidos en el Cáucaso. Junto al simbolismo de los zares, el ruso fue el elemento básico de cohesión cultural del imperio. A diferencia del ejército de los Habsburgo, cuya composición étnica era sumamente heterogénea, las fuerzas armadas del zar constaban en su gran mayoría de soldados de lengua rusa.2621 En esta época el ruso también fue la lengua de expresión de una literatura clásica de categoría mundial. Pero, en su conjunto, no está claro que el imperio zarista fuera una comunidad lingüística cohesionada. Sobre todo en las provincias bálticas del noroeste y los países musulmanes del

sur, el ruso no penetró más allá de los círculos de los funcionarios civiles y los colonos de origen ruso.

En una época en la que la lengua francesa fue perdiendo peso, poco a poco, como lengua habitual del estudio y la cultura europeas, el número de francoparlantes del imperio colonial se incrementó. Además, en la provincia de Quebec, aunque en 1763 dejó de pertenecer al imperio francés, la lengua francocanadiense perduró. Pero entre todas las regiones trasatlánticas que Francia había controlado alguna vez, a finales del siglo XIX solo en esta el francés estaba difundido fuera de las élites como lengua coloquial (y hoy sigue siendo la lengua materna de cerca del 80 % de la población). En las colonias africanas y asiáticas, la situación era distinta. Se calcula que en Argelia, cuando ha pasado casi medio siglo desde el fin de la era colonial, casi una cuarta parte de la población del país habla o entiende el francés.2622 En todos los estados que habían constituido el imperio colonial de Francia en el África occidental, hoy el francés es una lengua oficial (en Camerún, junto con el inglés), pero probablemente en la vida cotidiana solo la usa un 8 % escaso de la población.2623 Doscientos años después de la revolución que lo separó de Francia, Haití sigue aferrándose al francés como lengua oficial. Hacia 1913, a un viajero que recorriera el mundo el francés le habría resultado la lengua más útil (solo por detrás del inglés); esto era consecuencia tanto de la renovada expansión colonial de Francia, a partir de 1870 aproximadamente, como del gran prestigio cultural del que Francia gozaba, en particular, entre las élites del Próximo y Medio Oriente. Desde 1834, el francés formaba parte del programa de instrucción de la élite militar otomana; en Egipto, el francés se conservó entre la clase alta aun después de que Gran Bretaña ocupara el país en 1882.2624 A finales del siglo XIX hubo una «francofonía» que, aunque se extendía hasta las islas del Pacífico, no equivalía a un imperio mundial de la lengua. Las culturas eran autónomas porque el control político había debilitado en demasía las

fuerzas de cohesión.

El gran vencedor lingüístico de la globalización, en el siglo XIX, fue el inglés. Hacia 1800 ya se lo respetaba en toda Europa como una lengua de negocios, poesía y ciencia, pero en ningún caso ostentaba un liderazgo destacado. En cambio, a lo sumo hacia 1920 ya era la lengua más difundida en la geografía mundial y la que marcaba la pauta cultural. Según cálculos muy aproximados, en el período de 1750 a 1900 la mitad de las publicaciones «influyentes» en materia de ciencias (naturales) y de técnica ya habían visto la luz en inglés.[2625] En 1851 Jacob Grimm, el lingüista más destacado de su tiempo, ya comentó que ninguna otra lengua mostraba tanta fuerza.[2626] En Norteamérica (donde, aunque a veces se haya dado pábulo a la leyenda, el alemán nunca tuvo ocasión de convertirse en la lengua nacional de Estados Unidos) había arraigado tanto como en Australia, Nueva Zelanda y el Cabo de Buena Esperanza. En todos estos casos, el inglés era la lengua de los colonos y los invasores, y se mostró poco abierta a las lenguas de los nativos, que además nunca gozaron de relevancia oficial. En la India, la situación era otra. En la década de 1830, el inglés ya se había convertido en la lengua estándar de la jurisprudencia superior, mientras que los tribunales locales seguían trabajando en la lengua autóctona (a menudo, con ayuda de traductores). En la India y Ceilán, el inglés no se difundió por medio de colonos europeos ni a consecuencia de una furiosa política de anglicación de la potencia colonial, sino por la combinación de prestigio cultural y ventajas concretas para la propia carrera, que hacían aconsejable dominar el inglés.[2627] Las nuevas capas cultas surgieron primero en torno de Bengala y las metrópolis coloniales de Bombay y Madrás, y luego en otras regiones del subcontinente. En la década de 1830 hubo una intensa polémica entre «anglicistas» y «orientalistas» sobre los beneficios e inconvenientes de educar en inglés o una de las lenguas autóctonas.[2628] En 1835, los anglicistas se impusieron en el ámbito de la alta política, pero en la práctica

fue posible llegar a acuerdos pragmáticos. La exportación del idioma británico fue al mismo tiempo una importación voluntaria por parte de los ciudadanos y los intelectuales indios, que con ello esperaban sumarse a circuitos de comunicación más extensos. En el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX el inglés se difundió por el sudeste asiático y África con los administradores coloniales y los misioneros británicos. En el ámbito del Pacífico (las Filipinas, Hawái) la influencia estadounidense fue clave.2629 Pero en el siglo XIX, la carrera mundial de la lengua inglesa recibió más impulso británico que estadounidense. El fenomenal triunfo del inglés según lo conocemos hoy —en la formación profesional, los negocios, los medios de comunicación de masas, la música pop, la ciencia y la política internacional—, en cambio, sí que voló en alas del dinamismo estadounidense, ya a partir de 1950.

La transferencia lingüística como vía de sentido único

Fuera de los ámbitos coloniales también crecieron la presión y los estímulos para aprender lenguas europeas. El Estado chino, que en la época Qing contaba con tres lenguas oficiales (chino, manchú y mongol), nunca sintió la necesidad de fomentar el estudio de esas lenguas extranjeras. Paradójicamente, este fue uno de los motivos de la gran competencia lingüística que mostraron los misioneros jesuitas durante la Edad Moderna. Muchos desarrollaron tal conocimiento del chino que pudieron actuar como intérpretes imperiales en el contacto con las legaciones diplomáticas de Rusia, Portugal, los Países Bajos y Gran Bretaña. Como los exjesuitas que se quedaron en China tras la abolición de la orden no sabían inglés, en la primera toma de contacto diplomático con los enviados ingleses, en 1793, primero hubo que traducir sus palabras al latín, para que los jesuitas las pudieran entender. A partir de 1840, cuando hubo que realizar conversaciones diplomáticas de mucho más alcance, no había intermediarios como los citados. Al principio, China carecía de personal con dominio de otras lenguas, lo que añadió otro inconveniente más a la asimetría

general entre China y Occidente. Durante mucho tiempo, la casa imperial se aferró a la vieja política Qing de impedir, en lo posible, que los «bárbaros» estudiaran la lengua china. En el imperio otomano también faltaron, hasta principios del siglo XIX, los estímulos para estudiar lenguas europeas. Sin embargo, como los otomanos enviaron legados permanentes a las principales capitales europeas desde 1834 (China, solo a partir de 1877), algunos de los grandes políticos reformistas de Tanzimat aprovecharon la ocasión para familiarizarse con los conocimientos lingüísticos y culturales desde sus puestos en el extranjero. La nueva élite del poder otomano no procedía tanto del ejército y los ulemas (los doctores de la ley) como del servicio de traducción estatal y las cancillerías diplomáticas.[2630] El gobierno Qing solo varió el rumbo tras caer derrotado en la segunda guerra del Opio, en 1860. En 1862 se fundó en Pekín la escuela de traductores Tongwenguan, que fue, de hecho, la primera institución cultural del Estado chino ajustada a modelos occidentales. Tenía la doble misión de formar hablantes de inglés y traducir bibliografía técnica occidental: una auténtica labor de pioneros, porque durante la traducción fue necesario —como algunas décadas antes, en el turco otomano— empezar por crear el vocabulario técnico.[2631] También algunos de los grandes astilleros y arsenales estatales nacidos en esta época contaron con departamentos de lenguas extranjeras. Sin embargo, el canal principal de transmisión de estos idiomas fueron las escuelas y universidades misioneras. En la conferencia de paz de París de 1919, China impresionó al aparecer con una joven guardia de diplomáticos muy capacitados y con gran dominio de las lenguas extranjeras.

Japón tenía mucha experiencia en los contactos lingüísticos con China; el chino clásico había sido la lengua culta más prestigiosa hasta que concluyó la era Tokugawa. Antes de 1854 hubo en Nagasaki jerarquías de traductores especializadas en el contacto con los Países Bajos, claramente diferenciadas del

resto de estudios eruditos. Por el ojo de la aguja del comercio neerlandés —el único permitido— el conocimiento europeo se abrió paso en un Japón cerrado. A partir de 1800, el gobierno japonés fue viendo que el neerlandés no era la lengua más importante de Europa y entonces se incrementaron las traducciones del ruso o el inglés.2632 Además, desde el siglo XVII, Japón había conocido numerosas de las versiones en chino clásico de los textos médicos y científicos occidentales que los jesuitas elaboraron en China con la colaboración de los eruditos autóctonos.2633 Así pues, los «estudios holandeses» (*rangaku*), en los que desde la década de 1770 las materias de ciencias naturales tuvieron más peso, no fueron la única cadena de transmisión del saber occidental al Japón aislado. La importación renovada e intensificada del saber occidental en la era Meiji solo fue posible porque, además de contratar a expertos occidentales, se desarrolló sistemáticamente la competencia traductora.

En el siglo XIX, las lenguas extranjeras europeas solo entraron de forma tardía y esporádica en los cánones educativos estatales de los países no europeos, aunque no era raro que estos fueran multilingües y exigieran a los estudiantes conocimientos de (por ejemplo) turco, árabe y persa. Durante mucho tiempo, el estudio de Europa fue una pequeña reserva de especialistas imprescindibles, pero no especialmente valorados, cuyo modelo original eran los dragomanes del imperio otomano, un grupo reducido de intérpretes y traductores al servicio del estado, entre los cuales predominaron, hasta 1821, los griegos cristianos.2634 A la inversa, en Europa nadie había pensado en otorgar a un idioma no occidental el honor de ser «lengua de estudio». Los expertos europeos tendían a considerar que lenguas como el persa o el sánscrito (que solo se conoció en el Viejo Continente desde finales del siglo XVIII) eran de suma perfección. Pero si alguna vez pudieron llegar a representar una competencia seria para el griego o el latín (quizá hacia 1810 o 1820), la ocasión no

cuajó.2635 El humanismo europeo de los *Gymnasien* alemanes, *lycées* franceses y *public schools* británicas no fue más allá de Grecia y Roma, ni la educación europea, de Occidente. Solo en nuestros días se constata que el chino se enseña en un número claramente creciente de institutos de secundaria alemanes.

Híbridos lingüísticos: pidgin

Las lenguas mundiales —aquellas con las que uno se podía entender también fuera de su región de origen— solían extenderse laxamente sobre una diversidad de lenguas y dialectos locales. Incluso en la India, una vez concluido el período colonial, no más de un 3 % de la población entendía el inglés (en la actual República India, lo comprende cerca del 30 %).2636 En muchos casos, la comunicación se facilitaba con formas híbridas simplificadas. Era raro que estas sustituyeran a las lenguas originales; su mera existencia pone de manifiesto la capacidad de resistencia de las lenguas autóctonas frente a las coloniales. No pocos híbridos eran más antiguos que el colonialismo. Aun después de que en 1713, con la paz de Utrecht, el francés sustituyera a la lengua habitual hasta entonces en los contratos y las negociaciones diplomáticas —el latín—, en el Mediterráneo oriental y en Argelia siguió usándose la *lingua franca*, una especie de italiano híbrido.2637 En otras partes del mundo, como en el Caribe o el África occidental, las lenguas criollas llegaron a ser sistemas lingüísticos independientes.2638

El *pidgin* asiático de base inglesa, denominado en origen «jerga cantonesa», surgió como segunda lengua en las costas del sur de China desde aproximadamente 1720, como fruto de un proceso lento. Tras la apertura de China, se utilizó en todos los Puertos de los Tratados para la comunicación entre los comerciantes europeos y los chinos. El hecho de que naciera porque los comerciantes occidentales no querían, no eran capaces o no tenían ocasión de aprender el chino se acabó olvidando. El carácter risible del *pigdin*, con formas reducidas y no flectivas («*Likee soupee*?»), se convirtió en un elemento

esencial del tópico racista del «primitivismo» chino. A la inversa, la voluntad de contradecir esa fama humillante fue un estímulo destacado para que, a principios del siglo XX, intelectuales chinos (en particular, de ideario nacionalista) estudiaran lenguas extranjeras. Al mismo tiempo, el *pidgin* fue perdiendo peso. Aun así, cuando se mira con distancia, se constata que hacia el cambio de siglo este había dado paso a un «inglés de la costa de China» ya maduro, perfectamente útil para la comunicación en aquel medio. Era un híbrido de numerosas fuentes lingüísticas (entre ellas, también el malayo, el portugués o el persa) que ofrecía un vocabulario rico para la realidad de la vida en el litoral de China.2639

Al igual que en la India, aquí saber comunicarse bien en una lengua europea no suponía tanto someterse a un imperialismo lingüístico como dar un paso importante hacia la igualdad y aceptación de la propia cultura. El *pidgin* siguió siendo una lengua de los negocios, mientras que los intelectuales interesados por Occidente aprendían inglés correcto. En China el *pidgin* desapareció durante el siglo XX; incluso en Hong Kong no quedan más que vestigios lexicales. La lengua culta china ha superado sin merma el contacto con Occidente; en Japón no hubo ni rudimentos de una lengua franca. Además el chino clásico continuaba sirviendo para fines prácticos en la zona de irradiación de la cultura china. En 1905, cuando Phan Boi Chau, el más famoso patriota vietnamita de su tiempo, visitó al gran intelectual chino Liang Qichao en su exilio de Tokio, no hablaban ninguna lengua en común. Pero como Phan Boi Chau dominaba el chino clásico —pues hacía siglos que era el medio de comunicación de los mandarines vietnamitas— Phan y Liang pudieron sostener lo que Phan describió, en sus memorias, como una «conversación en pincel».2640

El conocimiento viaja en el equipaje de las lenguas. La expansión de grandes ámbitos lingüísticos durante el siglo XIX reforzó el pluralismo lingüístico local y la necesidad práctica de ser multilingüe en un momento en el que otro idioma exigía

atención, pero también abrió espacios de comunicación horizontales y facilitó con ello el desplazamiento del saber. El colonialismo y la globalización crearon sistemas lingüísticos cosmopolitas. En la civilización china, que nunca perdió la capacidad de resistencia y el carácter unitario de la lengua culta, esto supuso una transformación menos radical que allí donde (como en el sur de Asia) en los siglos precedentes las lenguas locales habían quitado terreno a la lengua superior, el sánscrito, y ahora conquistaban *nuevos* campos de significado entre las élites. La India, que en el plano lingüístico estaba fragmentada, se volvió a unificar comunicativamente mediante la apropiación del inglés.2641

Límites de la integración lingüística

Ahora bien, no debemos formarnos una idea exagerada del efecto integrador fuera de unas élites poco numerosas. En Europa, la homogeneidad lingüística en el interior de las fronteras de los estados nacionales también fue un proceso, en varios casos, del siglo XIX. Por encima de la diversidad de los idiomas regionales, la lengua nacional se erigía en ideal de la compresión y medida de la corrección; pero el proceso fue lento.2642 Esto afectó incluso a la centralista Francia. En 1790, un estudio oficial constató que, en su mayoría, la población francesa hablaba y leía en lenguas distintas del francés: celta, alemán, occitano, catalán, italiano o flamenco. En 1893, todavía uno de cada ocho alumnos de entre 7 y 14 años no hablaba francés.2643 La divergencia aún era claramente mayor en Italia. Allí, en la década de 1860, menos del 10 % de la población comprendía sin dificultad el italiano toscano que, al formarse el Estado nacional, se declaró lengua oficial.2644 En los Estados que sucedieron al imperio colonial español, la situación no siempre fue distinta. En el México de Porfirio Díaz, el Estado no pensó en crear escuelas para la población india y mestiza. En 1910 había 2 millones de indios —el 14 % de la población total— que no hablaban español.2645 Mientras en toda Europa los estudiosos documentaban las

distintas lenguas en diccionarios (que complementaban con neologismos), las describían en gramáticas y estandarizaban la ortografía, la pronunciación y los registros estilísticos en obras normativas, mientras naciones enteras se concebían para empezar como comunidades lingüísticas y difundían su imagen como tales, y mientras se empezó a entender que una lengua culta cuidada era un logro básico de toda nación, en la práctica fue distinto: en muchas regiones la lengua popular todavía estaba directamente ligada al lugar de nacimiento. Cuando los científicos e intelectuales de los países *asiáticos* —en el imperio otomano, a partir de 1862, y con más fuerza desde el cambio de siglo; en China, a partir de 1915— pusieron en marcha reformas simplificadoras de la lengua, la escritura y la literatura, con la intención de salvar la profunda brecha de separación entre la cultura de la élite y la popular, actuaron igual que se hizo en Europa en esa misma época o unas pocas décadas antes; pero no cabe hablar de una imitación directa. En la Europa del siglo XIX, la brecha lingüística entre la élite y el pueblo, entre la lengua escrita y la oral, todavía era mucho más profunda de lo que hoy tenderíamos a imaginar. La diglosia no era particular de las colonias o las sociedades de especial heterogeneidad étnica. Pero los Estados nacionales, a las pocas décadas, las consideraron inaceptables y pusieron todo su empeño en imponer la uniformidad de la lengua nacional o, como mínimo, preservar su apariencia exterior. Tras la segunda guerra mundial, varios movimientos regionales y nacionales —de Cataluña a los Balcanes, pasando por Gales— han actuado en la dirección contraria.

2. ALFABETIZACIÓN Y ESCOLARIDAD

Entre los procesos culturales básicos y cruciales del siglo XIX figura la difusión de la comprensión lectora entre amplias capas de la población. La alfabetización masiva se inició varios siglos atrás en muchas de las sociedades, se desarrolló con ritmos de lo más diverso según las regiones y localidades, y no debemos correr a asociarla sin más con otros procesos básicos como la

formación del Estado, de las confesiones protestantes o de la sociedad del conocimiento, o incluso con la industrialización.2646 El concepto de la «alfabetización» y sus resultados se ha entendido con matices diversos, también en las lenguas de escritura no alfabética; puede resultar útil recurrir a una palabra inglesa de difícil traducción, *literacy*. Estos conceptos designan estados que no son absolutos, sino siempre relativos. Cubren un espectro que va desde la capacidad de firmar un documento de matrimonio, pasando por la costumbre de leer habitualmente textos sagrados o la práctica de escribir cartas personales, hasta la participación activa en la vida literaria. Pero en general está claro de qué se trata, en lo esencial: de manejar la técnica cultural de la lectura (y secundariamente, también de la escritura), lo que posibilita participar en círculos comunicativos más amplios que los de la comunidad presencial (oral y auditiva). Quien sabe leer, se convierte en miembro de una esfera pública supralocal. Al mismo tiempo, queda sometido a nuevas posibilidades de manipulación y control exterior. En 1914, la población masculina de Europa había llegado a un nivel de alfabetización que permitía que los soldados (de todos los bandos) comprendieran las instrucciones de uso de sus armas, recibieran la propaganda de sus superiores militares y transmitieran a sus familias las noticias del frente.

Alfabetización general en Europa

En el siglo XIX, la alfabetización general empezó siendo un proceso de la historia cultural europea. En este continente, que ya hacía tiempo que usaba masivamente la imprenta —como en China, pero sin influencia mutua—, tuvo raíces aquí y allá que se remontaban a la era de la Reforma o la «Ilustración popular», de intención práctica y pedagógica, del siglo XVIII. El siglo XIX continuó estas tendencias y en parte las llevó a su conclusión. En la historia de la educación general, esta época —no aún la «sociedad del conocimiento» de la Edad Moderna— sentó las bases de nuestro tiempo. Más allá del aspecto funcional de las

nuevas capacidades, la alfabetización adquirió nuevos significados simbólicos, como expresión de progreso, civilización y cohesión nacional, al crear una comunidad imaginada cuyos miembros, además de poder comunicarse más, también eran ahora más dirigibles hacia metas comunes.2647 En 1920, la población masculina de los principales países europeos, y una parte de la femenina, sabía leer y escribir. Antes de que nadie pueda formarse la impresión de que una Europa culta se alzaba sobre un resto del mundo inculto, es preciso observar las diferencias dentro de la propia Europa. En 1910, solo Gran Bretaña, los Países Bajos y Alemania tenían una tasa de alfabetización del 100 %. Francia contaba un 87 %; Bélgica, el menos letrado de los países europeos «avanzados», con un 85 %. Los valores del sur de Europa eran claramente inferiores: 62 % en Italia, 50 % en España, solo un 25 % en Portugal.2648 En la periferia oriental y suroriental de Europa la situación era similar a la del sur. Pero también había tendencias comunes a toda Europa: en el conjunto del continente, el porcentaje de analfabetos (hombres y mujeres) entre la población total fue cayendo de forma bastante continuada, sin estancarse nunca. Algunos países, como por ejemplo Suecia, progresaron con especial rapidez a partir de un analfabetismo inicial alto.

El punto de inflexión de esta tendencia general se sitúa, en toda Europa, hacia 1860. Hasta este momento, solo Prusia estaba cerca de haber eliminado casi por completo la incapacidad de leer. A partir de entonces, el proceso se aceleró. Esto no solo se reflejó en datos estadísticamente constatables, sino también en el clima social en general. Hacia el cambio de siglo, el analfabetismo había dejado de ser lo esperable en toda Europa, también en los Balcanes y Rusia. En general se consideró que aprender a leer y escribir era un objetivo político deseable y el estado normal al que debía aspirar la sociedad. La posibilidad de relacionarse con la palabra escrita se difundió más allá de la nobleza y las clases medias urbanas, hasta llegar al artesanado urbano y rural, a los trabajadores cualificados y a un número

cada vez mayor de campesinos.[2649] Ahora bien, las diferencias regionales no desaparecieron del todo. En particular en los imperios de la Europa continental siguieron siendo muy considerables. En Vorarlberg (Austria Anterior), el censo de 1900 reflejó una tasa de analfabetismo del 1 %; en otra región del imperio de los Habsburgo, la Dalmacia, era en esa misma fecha del 73 %.[2650] Todavía se tardó bastante en que la lectura y la escritura llegaran al último pueblo ruso o serbio, siciliano o peloponesio.

La alfabetización no llegó de un día para el otro. Fue un proceso lento, que no afectó de golpe a los Estados nacionales en toda su extensión. Empezó en grupos pequeños. Algunos miembros de una familia —por lo general los más jóvenes, al principio— sabían leer y otros no. Esto tenía consecuencias sobre la autoridad paterna. Los pueblos, los vecindarios y las parroquias fueron cambiando poco a poco la mezcla de sus técnicas culturales. Sería demasiado simple contar que hubo una transición general de la oralidad a la alfabetización. Dominar la escritura también otorgaba, como en tiempos anteriores, una nueva autoridad cultural. Ahora bien, la oralidad persistió, aunque perdiera alguno de sus espacios de uso. El hecho de que, desde aproximadamente 1780, los intelectuales urbanos de Europa empezaran a recopilar cuentos, leyendas y poemas populares, y los pusieran por escrito dotándolos de una naturalidad muy artificiosa, ya es un indicio de que la tradición oral estaba dejando de ser lo habitual. En Alemania lo hicieron así por ejemplo Johann Gottfried Herder (con varias colecciones de poesía popular, a partir de 1778), luego Achim von Arnim y Clemens Brentano, con *Des Knaben Wunderhorn* (*El cuerno mágico del muchacho*, 1805-1808), y los hermanos Grimm con la primera colección de *Kinder- und Hausmärchen* (*Cuentos infantiles y del hogar*, 1812), que sería uno de los clásicos más perdurables de la literatura alemana.[2651] Solo se puede redescubrir lo que ya es «extraño» o lo está empezando a ser. La alfabetización masiva empezó en las ciudades y, a menudo, solo

se trasladó con gran lentitud a la sociedad rural. En la fase de transición hacia la alfabetización general, la brecha cultural entre la ciudad y el campo se amplió. Además, los parámetros de la educación se transformaron. Solo el que leía en cantidad y sin esfuerzo podía formar parte del cosmos de significado de la alta cultura. No obstante, la difusión de la capacidad lectora incrementó la demanda de productos de lectura sencilla, desde los almanaques campesinos hasta la novela popular. Los historiadores de la lectura han estudiado con minuciosidad todo el espectro de posibilidades comprendido entre los dos extremos de la «alta cultura» y la «cultura popular».2652

Las élites recibieron de forma contradictoria la alfabetización masiva. Por un lado, ilustrar a la «gente sencilla», eliminar «supersticiones» por medio de la lectura racionalizadora y, por descontado, estandarizar las prácticas culturales se consideraban actos de «civilización» desde arriba, que imponían la modernidad y fomentaban la integración nacional. Por otro lado, la emancipación cultural de las masas continuaba mirándose con desconfianza —decreciente, desde luego, en todas partes—, porque enseguida se acompañó de la reclamación de mejoras sociales y políticas; muy pronto se vio en las asociaciones educativas obreras. Este temor de los poseedores del poder y la cultura no carecía de fundamento. La alfabetización, en cuanto «democratización» del acceso al contenido comunicativo escrito, suele provocar cambios en las jerarquías de poder y prestigio y abre nuevas posibilidades de atacar el orden existente.2653 La preocupación de las élites culturales se extendía también a las cuestiones de «género». Se creía que leer sin freno ni mesura ilusiones fantásticas podía conducir —en particular, a las lectoras— a excesos de la imaginación erótica; fue un tema de la literatura satírica hasta bastante después de *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert (1856), y una inquietud de los guardianes masculinos de la moral.2654

Las campañas de alfabetización general fueron una iniciativa

estatal, en su mayoría. El instrumento básico era la escuela elemental, aunque muchos gobiernos de Europa siguieron dejándola en manos de las iglesias. Cuanto más débil era el Estado, más fuerte continuó siendo el papel educador de las instituciones religiosas, aunque fuera tan solo la función callada de la escuela dominical. Visto de otro modo: el Estado, las iglesias y los proveedores privados competían ofreciendo sus servicios en un pujante mercado educativo. No solo en Europa ocurría así. El sistema educativo inglés, por ejemplo, muestra semejanzas con el sistema contemporáneo de los países musulmanes: en ambos casos, la educación primaria estaba en buena parte en manos de instituciones religiosas cuyos objetivos de aprendizaje no eran muy disímiles: leer, escribir, internalizar los valores morales y proteger a los niños de las «malas influencias» de su entorno cotidiano. Las diferencias eran de grado, más que de principio: en Inglaterra había menos aprendizaje de memoria, menos recitación de textos sagrados, una orientación práctica algo más clara y escuelas algo mejor equipadas en cuanto a los medios de apoyo y el mobiliario.[2655]
La educación popular no se podía *imponer* por completo. Solo podía ser exitosa cuando se asociaba con los intereses y deseos de los educandos. Las dificultades que se vivieron en todos los países del mundo —en distintos momentos del siglo XIX y aun del XX— a la hora de instaurar la educación obligatoria de hecho, y no solo legalmente, ponen de manifiesto la extraordinaria importancia de la colaboración paterna. Para que la alfabetización masiva fuera posible, tenían que cumplirse determinadas *condiciones* económicas. Sería incorrecto subestimar el genuino afán formativo de amplios sectores demográficos de muchas sociedades, pues la *motivación* para aprender uno mismo a leer y escribir, y hacer que los hijos aprendan, no se reduce al deseo de obtener más beneficios y ventajas materiales. Aun así, solo a partir de cierto umbral de bienestar las familias podían liberar a los niños de la producción y asumir el coste de la asistencia regular a la

escuela. La educación popular en la escuela, con un horario presencial fijo y tareas que debían resolverse con independencia de los ritmos de la economía local, solo era posible donde el trabajo infantil ya no era imprescindible para la supervivencia de un hogar. Solo en el último cuarto del siglo XIX se impuso en Europa (en general) la disposición a confiar a los niños de entre siete y doce años, aproximadamente, al mundo particular de la «escuela», donde maestros profesionales (aunque su profesionalidad fuera objeto de polémicas repetidas) ejercían una autoridad casi por entero autónoma.2656 Pero no hay que perder de vista cuál era la asistencia *real*. En 1895, en Gran Bretaña, solo ocupaba regularmente sus pupitres el 82 % de los niños en edad escolar inscritos en un centro educativo.2657 En muchos otros países de Europa, el porcentaje era muy inferior.

La «era de la lectura» en Estados Unidos

¿Hubo procesos similares fuera de Europa? La compresión escolar obtenida en países como México, Argentina o las Filipinas no era radicalmente inferior a la del sur de Europa o los Balcanes.2658 En lo que atañe a la alfabetización, falta mucho que hacer en el campo de los estudios comparativos. Aún carecemos de datos estadísticos sobre el conjunto del siglo XIX en muchas partes del mundo. Desde luego, no ocurre así en el caso de Norteamérica. Las colonias norteamericanas alcanzaron muy pronto un nivel de alfabetización similar al de los países más avanzados de Europa. El aumento de la inmigración en el siglo XIX hizo que se equiparase la comprensión lectora en inglés con la «americanización». Los emigrantes, de origen lingüístico sumamente diverso, debían aprender lo antes posible a escribir en inglés. Algunos recién llegados, en especial los católicos, aceptaron el imperativo de la alfabetización, pero crearon sus propias instituciones educativas, en las que se daba una estrecha combinación de aprendizaje, religión y solidaridad étnica. Desde la década de 1840, en Estados Unidos se extendió la sensación de que se había entrado en una «era de la lectura», que se apoyaba en el

rápido crecimiento de la prensa y la producción de libros. Estados Unidos, y sobre todo el nordeste, fue el lugar de una poderosa «cultura de la imprenta».

La tasa de alfabetización entre los varones, en los estados de Nueva Inglaterra, ascendía al 95 % ya en 1860, y además se daba un factor inaudito en el mundo: allí las mujeres ya habían llegado a un nivel similar. Que el promedio nacional (un valor de por sí poco satisfactorio en el caso de Estados Unidos) fuera muy inferior se debía menos a cierto atraso entre los habitantes blancos del oeste y el sur que a la escasa alfabetización de la población negra e india. Algunos esclavos y esclavas aprendían a leer la Biblia con sus señoras. Pero normalmente no se permitía que los esclavos se acercasen a la lectura y la escritura; siempre se sospechó de los esclavos que sabían escribir que podrían ser los cabecillas de una sublevación. En cambio, pese a cierta discriminación, los esclavos libres del norte ya mostraron interés por la comunicación escrita antes de la guerra civil. En las dos décadas anteriores a la contienda, varios cientos de autobiografías muestran su voluntad de expresarse literariamente. En 1890, la tasa de alfabetización de los afroamericanos, para el total de la nación, era del 39 %; en 1910 ya era del 89 %, aunque en 1930 había caído al 82 %.[2659] Es decir, esta minoría estaba más alfabetizada que cualquier población negra de extensión comparable en África y que numerosas regiones rurales del este o el sur de Europa. Después de que, en la década de 1870, se restaurase la hegemonía blanca en los estados del sur, los afroamericanos tuvieron que batallar comunitariamente por su formación, frente a un entorno blanco hostil y un Estado que, en el mejor de los casos, se mostraba indiferente.[2660] Con el otro segmento étnico desfavorecido de la sociedad estadounidense ocurría algo parecido. Algunos pueblos indios —aun con gran resistencia— utilizaron la capacidad lectoescritora como instrumento de propia afirmación cultural. Fue más lejos que nadie la nación cheroqui, cuya lengua tuvo forma escrita desde

1809, como base para la adquisición simultánea del dominio leído y escrito del cheroqui y el inglés. En muchas partes del mundo hallamos procesos similares: primero, había que dotar a las lenguas de un alfabeto y una compilación léxica (a menudo, aunque no siempre, lo hicieron los misioneros), y luego se traducían pasajes de la Biblia que se usaban como ejercicio y la base con la que, mediante la escritura, se enriquecía la comunicación oral.

Las antiguas culturas literarias de Asia

De nuevo, la situación fue distinta en las civilizaciones que siempre habían otorgado un gran valor a la escritura y la erudición. Estas incluyen los países islámicos, con su intensa relación con la letra del Corán y las obras de comentario jurídico-teológico, y también los países de la civilización sínica, al amparo de China. En el Egipto de 1800, se calcula que menos de un 1 % de la población sabía leer; en 1880, a consecuencia de la política autóctona de modernización, la cifra había subido hasta el 3 o 4 %. De acuerdo con el censo de 1897 —el primero en Egipto desde que se inició la Edad Moderna y Contemporánea— en el país sabían leer 400.000 personas, es decir, cerca del 6 % de la población de más de siete años de edad (sin contar nómadas ni extranjeros).2661

Hacia 1800, en la sociedad japonesa la letra escrita ya tenía una importancia muy notable, incluso en comparación con los países europeos más avanzados a este respecto. La población urbana ya contaba con un mercado literario de masas desde el siglo XVII. Para poder cumplir con su cometido, todos los samuráis y los numerosos supervisores rurales tenían que ser literatos y estar versados en la lectura de los signos chinos. Las autoridades no solían tener miedo a los súbditos cultos; algunas casas principescas consideraban su deber elevar el nivel moral y técnico de la población en general. En las primeras décadas del siglo XIX, la formación elemental ya salió del círculo de las familias rurales más notables. Al terminar la era Tokugawa (en 1867) hasta un 45 % de los chicos y hasta un

15 % de las chicas recibían clases regulares de lectura y escritura fuera de casa; y algunos autores hablan de cifras aún más altas.2662 Todo ello fue ajeno a la más mínima influencia europea; los misioneros tenían vetado entrar en el país desde la década de 1630. El gobierno Meiji, desde que en 1871 se fundó el Ministerio Nacional de Educación, tuvo entre sus prioridades principales seguir desarrollando el sistema educativo en todos los niveles, desde la escuela rural hasta la universidad, en todo el país y bajo una supervisión estatal centralizada. Muchos maestros y escuelas de la era Tokugawa fueron integrados en el nuevo sistema, que preveía cuatro años de curso obligatorio. En ese momento se estudiaron también los modelos occidentales, de los que se adoptó algún elemento; pero en su aislamiento precontemporáneo, Japón ya se había orientado hacia la educación estatal y dotó de notas propias a su sistema educativo (más que, por ejemplo, a las fuerzas armadas, reformadas en la misma época). En 1909, ya al final de la era Meiji, el número de analfabetos entre los reclutas de veinte años había caído, en casi todas las partes del país, por debajo del 10 %, lo que era un éxito sin igual en toda Asia.2663

Hacia 1912, la población japonesa compartía puesto en la cúspide mundial de la alfabetización. En China —cuyo manual básico de aprendizaje, usado durante siglos, se había creado hacia el año 500— la situación parece haberse estancado durante el siglo XIX en un nivel comparativamente alto para las sociedades precontemporáneas. En el siglo XVII, la China Qing heredó de una rica tradición literaria la veneración por la palabra escrita —más aún, ennoblecida por la caligrafía—, los medios técnicos para la producción y difusión de libros de toda clase, y también un panorama muy diverso, nada sistemático y apenas regulado por el Estado, de clases privadas y de escuelas comunitarias, asistenciales, de clanes y de templos. En su mayoría eran colegios de un solo maestro, nacidos de iniciativas locales, que elegían al personal docente entre la numerosa reserva de unos 5 millones de personas de gran formación

cultural que habían tropezado en alguno de los peldaños del sistema de exámenes y, por lo tanto, no habían podido acceder al selecto grupo de los funcionarios titulados. Muchos trabajaban como profesores particulares en los hogares de la clase alta.2664 A falta de estadísticas, debemos partir de fuentes cualitativas y anecdóticas que, pese a todo, permiten llegar a la siguiente conclusión: entre el 30 y el 45 % de la población masculina, y entre el 2 y el 10 % de la femenina, tenían al menos conocimientos básicos de lectura y escritura.2665 Por descontado, esto no quiere decir que satisficieran la exigencia comunicativa de las élites cultas, pero comprendían un repertorio básico de ideogramas con los que podían leer inscripciones y edictos con los que el Estado dirigía sus incitaciones, advertencias o prohibiciones a sus súbditos, y a menudo también textos clásicos en versiones simplificadas. El Estado imperial colaboró, hasta cierto punto, en la creación y financiación de las escuelas, pero no instituyó una autoridad escolar general como la que poco a poco se fue desarrollando en Europa desde el siglo XIX. Hacía siglos que la legitimidad del sistema político y social descansaba en el hecho de que el acceso a la educación —y con ello, al bienestar y una condición social más cómoda— no estaba reservado a los descendientes de las familias de clase alta. Había que mantener abiertos unos canales de ascenso que en la Europa de la Edad Moderna solo ofrecía la Iglesia. La práctica educativa era de lo más flexible. Por ejemplo, las clases elementales de los campesinos se concentraban en los meses que requerían menos trabajo en el campo.

¿Por qué la cultura china de la educación se quedó atrasada?

El sistema chino de la escuela elemental, como más en general los planes educativos institucionales, se quedó estancado en el siglo XIX, y hasta cierto punto dejó de ser competitivo. La estructura educativa tradicional, aunque en determinados campos había sido muy productiva, no incluía en sí misma el potencial de modernización que sí poseía, por ejemplo, la

estructura homóloga del Japón Tokugawa. Después de mucha vacilación, el gobierno imperial acabó reconociéndolo. En 1904 publicó una ordenanza educativa nacional y declaró su intención de constituir un sistema educativo nacional, trimembre, a semejanza de los modelos occidentales y, sobre todo, el japonés (que a su vez se inspiraba en el europeo). Un año después, el viejo sistema de asignación de estatus y selección de funcionarios mediante exámenes estatales se canceló de forma abrupta y sin un plan de transición.2666 Corea, que junto a China y Vietnam era la tercera sociedad asiática con una tradición de exámenes antigua, ya había dado un paso igual de radical sorprendentemente pronto: en 1894.2667 La descomposición del poder estatal y central de China, que se inició con la revolución de 1911 y no se pudo frenar durante todo el período republicano (hasta 1949), frustró que los planes del cambio de siglo se hicieran realidad. En la actualidad, China es una sociedad sumamente escolarizada, caracterizada por un sistema educativo diferenciado y netamente orientado hacia la eficiencia, que ha combinado la ayuda internacional con el propio saber y experiencia, con un éxito extraordinario en los *rankings* comparativos. Pero esto es fruto de la política implantada por el Partido Comunista desde 1978. El atraso internacional en que se incurrió desde 1800 no se corrigió hasta doscientos años después.

Ahora bien, ¿por qué China se quedó atrás? Cabe mencionar tres motivos.

Uno. El sistema educativo tradicional estaba estructurado por completo «desde arriba». La formación, de la clase que fuera, dependía de las pruebas estatales. Aunque no se esperaba que la inmensa mayoría de los alumnos de origen campesino se sometiera algún día a los procedimientos rigurosamente formalizados de los exámenes, sí que debían memorizar los escritos más sencillos del canon confuciano en cuanto habían aprendido una selección básica de caracteres. Esta concepción unitaria de la educación no dejaba lugar a las necesidades de

cualificación específicas de cada uno de los estratos sociales. Aun así, la escuela estaba muy integrada en la vida cotidiana. No había análogo de la idea europea de la escuela como un espacio distinto y separado de la vida cotidiana (una idea que la China actual ha llevado al extremo). Sin embargo, la materia de las clases se distanciaba cada vez más de la práctica vital, hasta quedar curricularmente congelada. Esto supuso una transitoria pérdida de creatividad que contrastaba con las polémicas que anteriormente habían rodeado a la definición del currículum en China.

Dos. La deficiente capacidad de competencia internacional de la educación china se puso se manifiesto por vez primera con las derrotas militares que a partir de 1842 sufrió un imperio indiscutido hasta entonces. Pero el análisis de las causas de la debilidad militar y el estancamiento económico de China se demoró durante décadas. A los funcionarios eruditos que gobernaban y administraban el imperio, nada les resultó más difícil que admitir que la formación cultural que era la base misma de su condición social e identidad personal no podía ser ajena a la flaqueza de China y, por lo tanto, necesitaba adaptarse a unas exigencias distintas. Pronto se reconoció la superioridad del «conocimiento occidental» (*xixue*) en algunos campos, pero no se estaba preparado para otorgar el mismo valor a su cultura. El hecho de que fuera el conocimiento de unos agresores e invasores, y que los misioneros cristianos que habían sido los principales responsables de su importación actuaran a menudo sin el debido tacto, contribuyó a que la desconfianza fuera general. A partir de 1860 un pequeño círculo de intelectuales se abrió a Occidente y el Estado instituyó departamentos de traducción. Sin embargo, la mayoría de los mandarines, durante la segunda mitad del siglo XIX, se aferraron al estéril dogma de la oposición entre un «conocimiento occidental» y uno «oriental».[2668] En 1904-1905, cuando se apoderó del estado de ánimo la sensación de grave crisis nacional, la tradición china pasó a considerarse

inservible, y a la inversa, el saber occidental se elevó a la categoría de panacea. Se declaró urgente importar este saber, sobre todo por la vía de un Japón al que se admiraba a regañadientes; a toda prisa y con pánico se adoptó el sistema educativo japonés (o al menos algunos de sus elementos). Durante todo el período republicano (1912-1949), los intelectuales chinos y los reformadores de la educación lidiaron con las dificultades de asimilar e integrar un conocimiento de origen muy distinto. Unos intentaron salvar partes valiosas de la tradición poniéndola a prueba con los métodos de la crítica de las fuentes; otros vieron la salvación en un marxismo antioccidental de cuño bolchevique, o en una conversión radical a los valores occidentales. En cualquier caso, en cuanto a la debilidad del Estado chino, ninguna de las soluciones se pudo traducir en una política aplicable a todas las regiones del país. A partir de 1949, la República Popular tuvo que afrontar de cero los problemas básicos del país en materia de política educativa y formación intelectual.

Tres. El Estado imperial tardío ya no disponía de los recursos ni económicos ni administrativos para ocuparse de la educación. La extensión del país, el desarrollo tradicionalmente débil de un sistema educativo eclesiástico-religioso como tercera fuerza junto a la educación doméstica y la estatal, la ausencia de burocracia en el nivel de los pueblos, y la fragilidad fiscal del gobierno central impedían emprender una política decidida a la estela del Japón Meiji.2669

Estado escolar y escuela estatal

El análisis que empieza por un indicador de conocimiento como el nivel de alfabetización no tarda en ampliarse y dar pie a un estudio comparativo de la educación institucional en general. Aquí se constatan ante todo dos hechos. Por un lado, hasta el siglo XIX no se empieza a concebir las numerosas formas que adoptan el aprendizaje práctico y la instrucción moral en todas las sociedades como un *sistema* educativo y a ordenarlo como tal. Hasta el siglo XIX, en efecto, no adquirieron un significado

práctico, tanto en Europa como en otros lugares, ideas como las de que las variantes escolares debían estandarizarse y estructurarse en cursos sucesivos, que los alumnos se dispondrían en clases según su edad, que los maestros debían contar con una formación y certificación especial, y que estas novedades debían ser dirigidas y supervisadas desde un ministerio específico. Por otro lado, el Estado, en competencia con los proveedores privados (incluidas las comunidades religiosas) empezó a aspirar a tener el monopolio educativo sobre los niños y jóvenes «en edad escolar». En algunos países, como Francia o los Países Bajos, la cuestión del control estatal o eclesial sobre el sistema educativo levantó ampollas poderosas en la política interior. El monopolio educativo estatal, incluso en la centralista Francia, tardó mucho en hacerse realidad; y en algunas de las sociedades más destacadas de Occidente, como Estados Unidos y Gran Bretaña, nunca se ha completado ni siquiera de forma aproximada. En la Europa continental, el peso de las escuelas privadas está creciendo, y en cualquier caso ese monopolio nunca ha sido un rasgo definido de la «sociedad occidental». Donde se llevó más lejos fue en los Estados del «socialismo real» del siglo XX; ahora bien, desde la década de 1990, cuando la República Popular China aflojó la mano en el control estatal, se ha disparado enormemente el número de analfabetos (que no saben leer un mínimo de 1.500 caracteres).2670

La aspiración estatal a la soberanía sobre la educación formal de los niños fue una novedad revolucionaria del siglo XIX. Los hijos de las clases bajas y medias quedaron «sujetos» por primera vez a los órganos escolares del Estado; la instrucción de los ricos fue organizándose cada vez más en común, en instituciones educativas, y menos mediante ayos y tutores domésticos. Según la expresión que ha aplicado Thomas Nipperdey a los países alemanes, aparecieron un «Estado escolar» y una «sociedad escolar».2671 Aquí se notaba con especial claridad, pero la tendencia era universal, y Alemania,

en particular Prusia, fue objeto de una atención detallada y una imitación complacida. Los procedimientos organizativos y burocráticos de Prusia se tuvieron por especialmente valiosos, pero no tanto el ambicioso idealismo —históricamente, del todo singular— de la primera etapa reformista, cuando se pretendía reinventar Prusia como un Estado netamente formado y cultural, un *Bildungsstaat*. No es menos cierto que, mediado el siglo, la propia política prusiana se había despedido también de este ideal venerable.2672 Los gobiernos del mundo instauraron un sistema educativo público con intenciones diversas y prioridades asimismo distintas: disciplinar a la población, crear «ciudadanos modélicos» para un «Estado modélico»,2673 incrementar la fuerza militar, forjar una cultura nacional homogénea, cohesionar culturalmente los imperios, o fomentar el desarrollo económico mediante la cualificación del «capital humano». Esta perspectiva «desde arriba» debe acompañarse necesariamente de la visión «desde abajo». Independientemente de lo que ambicionaran las élites estatales, en muchas sociedades del mundo sus habitantes veían en una educación más sólida la promesa de una vida mejor. La utopía del ascenso mediante la formación se tradujo en una demanda de oportunidades que debieron satisfacer el Estado, la Iglesia, los filántropos o la propia ayuda.

Los gobiernos coloniales fueron los menos ambiciosos y complacientes. En el extremo inferior del espectro, el Estado colonial no se preocupó lo más mínimo de la educación y cedió toda iniciativa a los misioneros. Así ocurrió por ejemplo en el Estado Libre del Congo (desde 1908: Congo belga), donde al iniciarse la descolonización, en 1960 —después de unos ochenta años de dominio colonial— no había ninguna élite educada a la europea y solo había vestigios de alfabetización en algunas lenguas locales. La situación era más positiva en colonias como Nigeria (británica de 1851-1862) y Senegal (francés desde 1817), pero las escuelas secundarias escaseaban sobremanera. En Argelia, el sistema educativo estatal competía

con las escuelas coránicas, que las autoridades coloniales apenas controlaban; imperaba el dualismo educativo.[2674] En el otro extremo estaban las Filipinas, dominadas desde 1898 por Estados Unidos: en 1919 ya se había alcanzado una tasa de alfabetización del 50 %. Las grandes colonias de los europeos en Asia estaban claramente por debajo: 8 % en Indonesia, 10 % en la Indochina francesa, 12 % en la India británica.[2675] La India queda fuera del marco colonial general, porque aquí el poder colonial promovió también la enseñanza media y superior, incluso antes de la primera guerra mundial, aunque en comparación con el número de habitantes, benefició solo a unos pocos estudiantes. En 1817 ya se había abierto en Calcuta el Hindu College, en 1857 se abrieron universidades en Calcuta, Bombay y Madrás, en 1882 en Lahore y en 1887 en Allahabad. Pero no eran centros de enseñanza e investigación consolidados, sino ante todo instalaciones de examen que otorgaban toda clase de grados y diplomas a los estudiantes de los *colleges* dispersos por muchas regiones. En estos *colleges* se enseñaban casi exclusivamente «artes liberales», es decir, la educación europea postobligatoria. El interés británico se centraba en disponer de una clase india culta, asimilada a la cultura inglesa, que pudiera emplear en la administración del país. Le daban mucho menos valor a la formación científica y técnica. Solo después de que el virrey lord Curzon aprobara la Ley de Universidades de la India (1904), algunos centros indios —también en estados principescos como Baroda y Hyderabad, que no estaban sometidos a la burocracia del Raj y a veces emprendían proyectos de modernización singularmente ambiciosos— crearon departamentos de investigación. Sea como fuere, la investigación que se realizaba al amparo del dominio británico tenía ante todo una orientación práctica; la teoría y la investigación pura hallaban más dificultades. En el marco colonial, se fomentaron sobre todo las ciencias útiles, como la botánica, que podía aprovecharse en la agricultura.[2676]

Los gobiernos independientes de Asia lo tenían que ver distinto y aspiraron a establecer un sistema científico de base amplia. En Japón se reconoció pronto la importancia de la competencia técnica; en China, un número escaso de reformadores luchó en vano durante décadas contra el orgullo cultural «humanista» de la mayoría funcionarial. Solo algunas escuelas y universidades misioneras americanas, surgidas después de 1911 en Pekín y Shanghái, dieron mucho peso a la ciencia y la técnica. En el imperio otomano de finales del siglo XIX, donde se levantaron numerosas «escuelas nuevas» cuya arquitectura también era imponente, chocaban asimismo dos tendencias opuestas: el sistema de la educación superior ¿debía servir ante todo para formar a servidores del estado sobre una base islámica o para instruir a prácticos en materia técnica y económica, es decir, personas «productivas»? Hasta el cambio de siglo predominó la formación de los funcionarios.2677 Al igual que en China (mucho menos en Japón), en el imperio otomano las instituciones extranjeras (a menudo, misioneras) representaron una competencia poderosa para las iniciativas estatales. Ofrecían lenguas extranjeras y a menudo gozaban de mejor fama que las escuelas públicas. La presencia de escuelas y universidades extranjeras no fue tanto un ejemplo de agresión cultural imperialista como un estímulo para que el Estado autóctono ampliase y mejorase su propia oferta educativa.2678 Sin embargo, sería erróneo extraer conclusiones sobre «el mundo islámico» en su conjunto. En Irán, por ejemplo —por su dimensión, el segundo estado musulmán no colonial del mundo— apenas hubo hasta entrada la primera década del siglo XX ninguna muestra de las reformas educativas que ya habían transformado visiblemente Egipto o el imperio otomano. El sistema educativo seguía estando bajo el control único de los ulemas y el Estado no intervenía.2679

La escolarización del mundo

La escolarización de la sociedad fue un programa europeo y norteamericano de principios del siglo XIX que, con el tiempo,

se fue alzando en meta de la política estatal en todo el mundo. La escuela se convirtió en uno de los instrumentos más importantes de la plena estatalización de las sociedades, pero también, al mismo tiempo, en un foco del compromiso ciudadano. Un factor decisivo era (y sigue siendo) si el funcionamiento de las escuelas lo financiaba el estado (o las comunidades locales) o bien directamente los padres. Los porcentajes de escolarización y alfabetización siguen siendo, para las organizaciones internacionales, indicadores destacados del desarrollo social, es decir, lo que en la jerga de la Europa del siglo XIX se denominaba «grado de civilización» de un país. La escuela reunía tres aspectos: el de la socialización (el centro escolar como fragua de personas y formadora de tipos sociales determinados), el de la política (que, en lo esencial, tenía que ver con la relación entre el Estado laico y las instituciones educativas religiosas) y, por último, el de la salvaguarda y difusión del saber. La idea de que la ciencia, como fuente de conocimientos, fuerza productiva y potencia vital de la sociedad, requería una escuela bien estructurada que cualificara sistemáticamente a los futuros científicos, contribuyó a que la novedosa sociedad del conocimiento del siglo XIX superase a su predecesora de la Edad Moderna. Sin embargo, las vías de evolución de los centros educativos fueron muy distintas entre sí, incluso entre las principales naciones científicas de la época. En Francia, Gran Bretaña, Prusia-Alemania y Estados Unidos, se forjaron concepciones distintas, sobre todo, de los estadios superiores de la educación. La etapa secundaria recibió en Alemania más peso propio y atención estatal que en ningún otro país; sobre todo entre los pioneros de la política educativa, Prusia y Baviera, con su original invención del *Gymnasium* (instituto) humanístico, al que, desde mediados de siglo, acompañaron otras formas más próximas a las asignaturas prácticas. El *Gymnasium*, estandarizado como institución desde la década de 1830, formó la base del auge de la ciencia alemana a partir del Imperio. En Gran Bretaña, por

mencionar un modelo extremadamente distinto, había varias escuelas privadas de gran eficiencia, pero antes de la ley educativa de 1902 no había nada que se pudiera calificar de educación secundaria *sistematizada.*2680 En el ámbito de la educación (en este época, solo pasó también en el campo militar) Alemania se convirtió en una inspiración para el mundo; y no solo en la secundaria, sino también en las universidades.

3. LA UNIVERSIDAD COMO EXPORTADORA DE LA CULTURA EUROPEA

La discontinuidad entre la universidad moderna y la contemporánea

En el siglo XIX surgió la universidad contemporánea, con sus tres dimensiones: (a) como centro de formación, que ordena, preserva y difunde el conocimiento; (b) como espacio de investigación, que genera *nuevo* conocimiento; y (c) como instancia de socialización, formación del carácter y descubrimiento del propio yo para jóvenes que ya han superado la escolarización obligatoria. En la mayoría de los países de Europa, la reordenación de la formación universitaria y la investigación científica antecedió a la de la enseñanza secundaria. Los sistemas educativos se pusieron en marcha «desde arriba». La universidad como corporación autónoma de expertos era una institución venerable, característica de la Europa latina. En otras civilizaciones, como por ejemplo la china y la islámica, ya había antes del contacto con Occidente entidades no menos eficaces para la obtención y difusión del conocimiento: monasterios, centros religiosos de estudios superiores o academias de reunión informal de los eruditos (como las *shuyuan* chinas). En la Edad Moderna, los «foros de debate intelectual riguroso» no fueron ninguna singularidad de Europa.2681 Ante la diversidad de las culturas eruditas, la universidad europea de cuño medieval llamaba la atención por ser relativamente independiente de los poderes externos y haberse creado como espacio con un *Derecho* propio.

El Estado chino, por mencionar un caso situado en el otro extremo, no toleró ninguna *res publica* semiautónoma de portadores del conocimiento. En parte, los eruditos estaban muy integrados en el aparato estatal, muchos de ellos, por ejemplo, como funcionarios de la academia imperial de Hanlin, en Pekín; pero en parte se reunían también en círculos semiprivados que el emperador siempre contempló con desconfianza. En China no había corporaciones de sabios legalmente protegidas, tales que quizá incluso hubieran podido contar con una representación política propia, como ocurría con las universidades inglesas, con diputados propios en el Parlamento.

Estas instituciones «precontemporáneas» fueron desapareciendo a lo largo del siglo XIX; en China y Japón, en las décadas comprendidas entre 1870 y 1910, aunque entre tanto, en Japón se formaron también (en paralelo al sistema educativo estatal) academias privadas con unos contenidos menos occidentalizados. Solo en el mundo islámico perduraron algunas de estas instituciones, en particular las escuelas religiosas independientes del Estado (madrazas), no sin modificaciones. La escuela teológica y jurídica de Al-Azhar («la resplandeciente»), en El Cairo, se considera la universidad más antigua del mundo.[2682] La universidad europea, en cambio, se reformó *radicalmente* en el siglo XIX y se difundió por todo el mundo con esta nueva forma. La universidad *moderna*, como espacio de *producción* de conocimiento laico, surgió a partir de 1800 en estrecha relación con el auge de los Estados nacionales en Europa, y se propagó en el último tercio del siglo como una de las instituciones básicas del mundo moderno. Los autores, los años y el lugar del invento se pueden precisar con exactitud: un puñado de aristócratas reformistas (Vom Stein, Hardenberg) y filósofos idealistas (Fichte, Hegel, Schleiermacher) —con Wilhelm von Humboldt como lazo de unión entre los dos grupos — en Berlín, a partir de 1803, y en particular de 1806, cuando el Estado prusiano se había desmoronado. De golpe, el vacío de

poder local permitió una libertad de acción inesperada, en la que se ofrecieron soluciones no ortodoxas para salvar el Estado y la nación. Aunque la universidad moderna, que surgió entonces —su prototipo fue la Universidad de Berlín, fundada en 1810—, conservaba muchos rituales y símbolos de su pasado medieval, en lo esencial fue una reinvención revolucionaria en la Era de las Revoluciones.2683

Con la nueva universidad también se perfilaron tipos sociales específicos: por ejemplo, el *don* inglés, miembro de la república erudita de los centros universitarios de Oxford o Cambridge, ajeno al mundo exterior, o el *Ordinarius* alemán, que gobernaba con autoridad las instituciones y sus huestes de ayudantes.2684 Sobre todo destaca «el estudiante», que en Europa reemplazó a la figura anterior del *scholaris* o «escolar» (en el sentido de estudiante de una escuela universitaria). Las consecuencias todavía se perciben hoy. En algunos países, el observador no académico comienza a tener noticia de las universidades cuando los estudiantes llaman la atención con acciones políticas. La cadena asociativa «estudiante-juventud-rebelión» se forjó por vez primera en el siglo XIX. En Alemania las asociaciones de estudiantes (*Burschenschaften*) hicieron su primera aparición pública en 1815 y se erigieron en factor político por medio de la protesta estudiantil. En Francia se ha hablado del «nacimiento del estudiantado como grupo social» durante las tres décadas posteriores a 1814.2685 En todas las revoluciones francesas del siglo XIX, los estudiantes tuvieron un papel destacado. Luego, en muchos países, los estudiantes y graduados de las instituciones educativas «modernas» se convirtieron en activistas radicales y cada vez más nacionalistas. Después de la guerra de Crimea surgió un movimiento estudiantil en las cinco universidades que había por entonces en el imperio, al principio aún sometidas a una tutela estricta; los primeros disturbios se produjeron en 1861.2686 En la India, en 1905, los estudiantes colideraron las protestas masivas contra la división de Bengala, un

acontecimiento fundacional en la historia del nacionalismo indio. En la colonia japonesa de Corea, los estudiantes encabezaron el movimiento de protesta que estalló en todo el país en marzo de 1919, contra la ocupación colonial, y al que se sumaron más de dos millones de coreanos.2687 Dos meses después, en China, los disturbios estudiantiles del «Movimiento del 4 de mayo» se convirtieron en una señal de antiimperialismo y revolución cultural con la que el proceso revolucionario entró en una nueva fase. En todas partes, este activismo requería que las universidades hubieran surgido a semejanza de modelos occidentales, donde había margen para que se formase la conciencia política.

Las universidades en el marco colonial

Antes de 1800, fuera de Europa solo se habían fundado universidades de tipo europeo en el Nuevo Mundo. En la América hispana, siguieron ligadas a un sistema de control eclesiástico de la vida cultural. En Norteamérica, las fundaciones coloniales fueron tanto más libres que solo por su número ya llamaban la atención. Si en la Inglaterra actual solo hay dos universidades fundadas antes de 1800, en Estados Unidos son trece. En Canadá, en cambio, el interés por las universidades fue mucho menor. En las Antillas no españolas no se puso empeño para disponer de universidades propias; los hijos de las élites criollas recibían la educación superior en Europa. En la América portuguesa no hubo ni un solo centro de esta índole; la primera universidad brasileña no se inauguró hasta 1922. Desde que en 1636 se fundó un *college* en las inmediaciones de Boston (que tres años más tarde recibiría el nombre de un mecenas, el clérigo John Harvard), las colonias inglesas del Atlántico norte fueron, junto a Europa e Hispanoamérica, el tercer centro de desarrollo universitario del mundo. Antes de la revolución estadounidense las universidades de Yale, Princeton, Columbia, Pensilvania o Rutgers ya habían nacido. Estas instituciones educativas tenían cada una un carácter propio y una diversidad de formas

de organización; solo tenían en común una notable independencia frente a las autoridades políticas. Ninguna copió sin modificaciones el modelo de Oxford y Cambridge, y las universidades escocesas, así como las academias presbiterianas y no conformistas, fueron casi tan influyentes como aquellas. También las unía la relativa pobreza de medios. Un legado generoso como el de John Harvard era muy excepcional. Aunque muchas recibieron donaciones de terrenos, esto ocurría en un rincón del mundo donde había tierra en abundancia, que al principio no era muy valiosas. Así, los primeros *colleges* tuvieron que buscar toda clase de financiación, en primer lugar, con las tasas universitaria. Cuantitativamente, el profesorado era muy modesto. Se calcula que entre 1750 y 1800, en la suma de todos los centros del país, no trabajaron más de 210 profesores. Junto al objetivo básico de formar a los clérigos, la preparación para otros oficios académicos se fue abriendo paso muy despacio.2688

Solo a partir de mediados del siglo XIX se difundieron en todo el mundo la idea y la práctica de la universidad. En las colonias de asentamientos del imperio británico, de carácter semiautónomo, tanto las autoridades coloniales como los notables de las ciudades consideraron que era cuestión de honor dotarse de universidades, aunque durante mucho tiempo no hubiera posibilidad de emanciparse de los grandes modelos británicos. En 1850 se fundó en Sídney la primera universidad de Australia; en 1869, la primera de Nueva Zelanda. En las colonias «de color» de las potencias europeas, se crearon universidades cuando las autoridades lo consideraron aconsejable para formar al personal cualificado autóctono. Los hijos de los colonos y los funcionarios coloniales, en cambio, eran enviados a continuar su educación en las metrópolis. Durante mucho tiempo, las universidades coloniales estuvieron infrafinanciadas y limitadas por la imposibilidad de otorgar títulos de doctorado. También eran coloniales porque los europeos siempre encabezaban la jerarquía académica,

independientemente de sus capacidades personales. Incluso en una colonia relativamente antigua y muy próxima a la metrópoli, como Argelia, no hubo una universidad plena hasta 1909. La universidad de Hanói, que luego cobraría fama y fue la creación más original de la política colonial francesa en el ámbito de la educación superior, se fundó en 1917. En la medida en que en el mundo colonial hubo universidades que se destacaran por su prestigio y ambición frente a una diversidad de centros de educación secundaria y terciaria, ello se produjo a partir del cambio de siglo, y en particular después de la primera guerra mundial. En Egipto, numerosos establecimientos educativos independientes se combinaron en 1908 para formar la Universidad Egipcia (privada). En el África occidental, las ideas que en el siglo XX llevaron a la fundación de universidades ya habían sido formuladas por africanos desde 1865; pero en las colonias británicas del África tropical no se crearon universidades eficientes hasta la década de 1940. La oferta universitaria más extensa de todos los países coloniales fue la de las Filipinas estadounidenses, donde, a semejanza de los centros norteamericanos de ingeniería y agricultura, se inauguró en 1908 una universidad estatal en Manila; también había varias universidades privadas, algunas dirigidas por misioneros.

En ninguna colonia surgió un sistema de educación superior que imitara el modelo alemán. El modelo inglés —*colleges* democráticos, de gestión autónoma bajo el techo poco riguroso de un complejo universitario— tampoco se exportó a Asia y África. Las universidades coloniales tenían una estructura autoritaria y sus planes de estudio solían depender de los currículos de las metrópolis y los objetivos específicos de las autoridades coloniales. En ocasiones, los gobernantes coloniales renunciaban a la fase superior del sistema educativo. En las universidades neerlandesas, sobre todo en la antigua «Rijksuniversiteit» de Leiden, hubo centros relevantes de estudios asiáticos; pero a diferencia de la India británica y la

Indochina francesa, la investigación casi nunca se realizaba en la propia Indonesia. Antes de la segunda guerra mundial, los neerlandeses no pensaron en dar respuesta a las necesidades de formación de una élite indonesia. La visión británica —brevemente propagada durante el régimen del virrey lord Curzon— de una «ciencia imperial» en la que debían participar todos los talentos del imperio no halló el más mínimo eco en el espacio colonial neerlandés. Solo en 1946, tres años antes de la independencia del país, se inauguró una «Universidad Provisional de Indonesia», con facultades de Derecho, Medicina y Filosofía, núcleo original de la posterior «Universitas Indonesia».2689

Tradiciones eruditas y nuevos enfoques en el Asia no colonial

En su conjunto, la adopción ajena de los modelos europeos de universidad, fuera de las colonias neoeuropeas, no se inició antes del cambio de siglo. Los países políticamente independientes de Asia y África no fueron una excepción a esta regla. Durante la era colonial británica, Sudáfrica ya disponía de más establecimientos de educación superior que cualquier otro país africano, pero los cimientos del sistema universitario que aún pervive hoy se colocaron de 1916 en adelante. En el Oriente Próximo, el Líbano supuso un caso especial. Allí la educación superior se asentó antes que en ningún otro país de la región, pero no por iniciativa del Estado central otomano, sino por implantación de los misioneros. Tras una serie de precedentes, en 1910 se creó la American University of Beirut, de carácter protestante. Simultáneamente se fundó la Université Saint-Joseph, bajo dirección jesuita; en origen había sido un centro de estudios teológicos, pero en la década de 1880 se le añadió una escuela de Medicina cuyo título fue reconocido por el Estado laico de la Tercera República francesa.2690 En la zona turca del imperio otomano, la nueva fundación más destacada fue la Universidad de Estambul (1900), que no tuvo éxito hasta este intento —el cuarto— y se inspiraba expresamente en el modelo de las universidades

europeas y norteamericanas. Contaba con cinco facultades y, a diferencia de la universidad libanesa, las ciencias naturales gozaron de importancia desde el principio.2691 La Universidad de Estambul no suponía dar continuidad a instituciones otomanas anteriores. Sus precedentes no eran tanto las escuelas tradicionales, jurídicas y religiosas, como los círculos semiprivados (a menudo, de vida efímera) en los que los particulares se habían familiarizado con el conocimiento occidental y su relación con la tradición autóctona.

En China, el proceso de desarrollo de la educación superior se desarrolló en el mismo período y de forma muy similar. Allí las primeras universidades surgieron a partir de 1895; la Universidad Imperial (núcleo de la futura Universidad de Pekín), en 1898. Las instituciones de la erudición tradicional prácticamente habían desaparecido en 1911, cuando se inició la revolución; pero pervivieron —una vez más, como en el imperio otomano— algunos de los valores e ideas asociados con la erudición clásica. Así, hubo gran resistencia contra la especialización por materias, porque el sabio confuciano, hasta el fin de los exámenes estatales, en 1905, tenía que demostrar su competencia en casi todos los ámbitos del saber. Sin embargo, en la China imperial no faltaba la actitud crítica; por un lado, había un método elaborado de examen filológico de la tradición, por otro, el derecho a la crítica política cuando un alto dignatario —hasta el mismo emperador— se desviaba de los principios de los textos clásicos. Pero la autoridad cultural de la alta burocracia estatal, que hasta el final del sistema dictaba las tareas de los exámenes estatales, se consideraba inapelable. La crítica franca, extraburocrática, formulada por ejemplo en las academias privadas locales, aún tenía que abrirse paso hacia el espacio público de las nuevas universidades.2692 En todos los países donde faltaba la concepción de la universidad como una corporación autónoma, este ha sido un proceso lento y penoso, que en parte no ha concluido ni siquiera hoy, y aún topaba con más obstáculos

cuando había poca experiencia de debates públicos.
Las universidades chinas recurrían a fuentes diversas. La Universidad Imperial de 1898 se inspiraba en la Universidad de Tokio, que a su vez bebía de los modelos académicos franceses y alemanes. Durante la primera guerra mundial, cuando Japón intensificó la política de agresión contra China, un sector de la emergente *intelligentsia* universitaria china se alejó de los modelos japoneses para acercarse a los europeos y norteamericanos. Las universidades misioneras —algunas de las cuales, tras la primera guerra mundial, destacaron también por su elevado nivel científico— ya se orientaban hacia estas fuentes. Hasta la década de 1920 no emergió en China un paisaje universitario diversificado y, con este, una «comunidad académica». El impulso reformista más poderoso partió de un erudito destacado, Cai Yuanpei, quien desde 1917, en su calidad de rector, transformó la Universidad de Pekín en una institución plenamente dedicada a la investigación, con lo cual respetaba también el principio (poco atendido en la mayoría de las universidades coloniales) de la unidad de la enseñanza y la investigación. En condiciones exteriores sumamente difíciles, en la China de la República surgió una vida académica que dio frutos excelentes (también en la Academia Sinica, fundada en 1928). Pero los preparativos de la era imperial tardía solo habían sido rudimentarios. Aunque con raíces profundas en la tradición erudita, las bases de la China actual como nación científica no se sentaron hasta los primeros años de la República.
En toda Asia, solo Japón mostró un comportamiento distinto. Las condiciones precontemporáneas no eran necesariamente más favorables allí que en China, que la recepción del conocimiento europeo no se interrumpió tan drásticamente en Japón como en la China de finales del siglo XVIII, cuando se cortó el flujo de información que llegaba a través de los jesuitas. A principios del siglo XIX, los «Estudios Holandeses» dieron paso a una apertura mayor a las ciencias europeas. Desde la

década de 1840 se podía estudiar Cirugía y Medicina occidentales en Edo (Tokio). A partir de 1868, el gobierno Meiji intentó sacar el máximo partido, sistemáticamente, del saber occidental. Con esta premisa se inauguró en 1877 la Universidad de Tokio, que se centraba por completo en las ciencias occidentales y prescindía de la literatura japonesa y china. Aunque no debemos pasar por alto las iniciativas privadas, el Estado japonés impulsó más que ningún otro gobierno asiático el desarrollo universitario. El decreto imperial sobre universidades, del 18 de marzo de 1886, determinaba expresamente que los numerosos centros que se fundarían en adelante debían impartir las artes y ciencias «que sean requeridas para beneficio del Estado».2693 En Japón se desplegó un sistema de educación superior muy diversificado, cuyo núcleo era un número creciente de universidades de buen tamaño. Tras la primera guerra mundial, el sistema japonés solamente lo superaban Estados Unidos y unos pocos países europeos. Pese a que la posición del Estado era inusualmente fuerte, los profesores universitarios de la era Meiji tardía (digamos, desde 1880) no eran simples mecanismos de transmisión de las órdenes superiores. Con la organización externa de las universidades francesas y, ante todo, alemanas, también adoptaron sus valores como espacio apolítico de investigación y debate. La élite académica de la era Meiji se conectó asimismo, de un modo fascinante, con dos tradiciones «mandarinas»: si por un lado enlazó con la confianza personal y la tendencia a la autonomía de los eruditos chinos clásicos (cuyos imitadores japoneses, desde luego, casi nunca fueron funcionarios), también heredó el hábito autoritario, y al mismo tiempo el orgullo, de los «mandarines» universitarios alemanes, por usar la denominación de Fritz K. Ringer.2694 Sin embargo, se les pagaba como a los mandarines chinos, no como a los alemanes: mal.2695

Ideal y modelo de la universidad investigadora

El ideal de una investigación con financiación fiable, libre de la

exigencia de utilidad inmediata y provista de los medios materiales necesarios para su funcionamiento (laboratorios, bibliotecas, centros de investigación externos) fue un elemento crucial del concepto de «universidad» en la Europa continental del siglo XIX; pero a la vez representa un proceso particular, mucho más difícil de exportar o importar que el marco más general de la universidad como institución educativa. Algunas universidades de la Edad Moderna —en primer lugar, Leiden— ya se concibieron como centros de investigación. Sin embargo, el modelo de la universidad investigadora como un todo no surgió hasta la «época de collado», más precisamente, entre las décadas de 1770 y 1830, en la Alemania protestante: en Gotinga, en Leipzig y, por último, en el Berlín de Wilhelm von Humboldt y Friedrich Schleiermacher.2696 Ahora bien, no todas las universidades alemanas fueron de esa índole. Lo que halló repercusión en todo el mundo fue el ejemplo de unos pocos que llamaron la atención sobre sí por los frutos de su trabajo. En lo esencial, el modelo pasaba por centralizar tareas que estaban diseminadas entre la república de los estudiosos. Aunque en Alemania siguió habiendo otros espacios de investigación no universitaria, que a finales del siglo XIX incluso se ampliaron (con el Instituto Imperial Físico-Técnico o la Sociedad Emperador Guillermo, entre otros), no obstante los reformistas alemanes no renunciaron a su idea básica: la investigación debía pasar de las academias a las universidades y las «escuelas» independientes hasta la fecha debían integrarse como institutos y seminarios bajo el techo universitario.

Con ello, la universidad adquirió fines mucho más amplios que anteriormente. Por vez primera se convirtió en la institución dominante de la ciencia, junto a las academias, las sociedades de sabios (como la Royal Society, la principal entidad de los naturalistas ingleses), los museos o los jardines botánicos; y fue el marco cultural de referencia a partir del cual se formaban las comunidades académicas.2697 Además ofreció posibilidades de investigar materias para las que no necesariamente se les veía

una aplicación útil. Gracias a esto, se pudo separar de la Física experimental dominante el nuevo campo de la Física teórica, cuya gran era empezó hacia el cambio de siglo.2698 Este modelo de la universidad investigadora fue el artículo de exportación cultural más importante de Alemania desde la Reforma (junto con la música clásica romántica, en este caso, incluyendo Austria), un complejo cultural de efecto universal, aunque este se distribuyó sin ninguna igualdad. Tampoco hay que perder de vista las desventajas del modelo alemán. Como concluir con éxito la educación secundaria (en el caso alemán, aprobar el Abitur) daba acceso a la educación superior, el riesgo de saturación de la universidad era inherente al sistema. En la Alemania imperial, la burguesía culta y los especialistas técnicos eran el producto de un sistema educativo dirigido por completo por el Estado (aunque descentralizado en los diversos Länder), lo cual contribuyó a que gran parte de la élite alemana tuviera una fijación iliberal por el Estado. La formación general —«educación liberal»— que en Gran Bretaña y Estados Unidos se considera hasta hoy como un deber del sector educativo terciario concluía al acabar la secundaria y dejar el *Gymnasium*. La universidad alemana formaba especialistas. Ningún otro sistema llevó tan lejos la especialización en disciplinas separadas, tanto en la investigación como en la enseñanza.2699

Europa adopta con demora el modelo alemán

En Europa, la receta alemana no fue objeto de una imitación entusiasta e inmediata. Hacia 1800, el progreso científico (dejando a un lado las salvedades individuales) se concentraba en Francia, Gran Bretaña y los países alemanes. Italia y los Países Bajos habían quedado rezagados por detrás de los tres. Escandinavia aportó innovaciones de calado en Lingüística y Arqueología; Rusia, aportaciones aisladas pero importantes en las ciencias naturales (como la tabla periódica de los elementos, de Mendeléyev, 1869). Entre las tres principales naciones científicas hubo cambios en la jerarquía relativa, a juicio de

muchos observadores de la propia época. En Francia y Gran Bretaña siguieron produciéndose descubrimientos científicos de importación, pero en ambos países se lograban, con más frecuencia que en Alemania, fuera de las estructuras universitarias. Con Napoleón, se crearon *grandes écoles* ambiciosas, de organización autoritaria, que sirvieron como fragua de los cuadros para la burocracia y la ingeniería, pero no dejaban suficiente espacio para las ciencias naturales y las Humanidades. En Inglaterra, Oxford y Cambridge, que tradicionalmente se habían concebido a sí mismas como instituciones de formación clerical, se mantuvieron alejadas de las ciencias naturales y no mostraron interés por disponer de laboratorios científicos. Detrás estaba la idea —que también se daba por sentada en China— de que la *higher education* se lograba mediante el estudio de textos, y era algo muy distinto de la *practical education* que se daba en hospitales, tribunales o museos. En consecuencia, la primera ciencia natural que se asentó en las universidades fue la Geología, que equivalía a leer en el «libro de piedra de la naturaleza».

En las ciencias inglesas, los caballeros sabios —como Charles Darwin, hijo de un médico y especulador acaudalado, y nieto de Josiah Wedgwood, uno de los grandes empresarios pioneros de la industrialización inglesa— conservaron una importancia que en Alemania se había extinguido con Alexander von Humboldt. Un fenómeno singular fue el de Gregor Mendel, cuyos geniales descubrimientos en materia de Genética se hicieron en la apartada abadía agustina de Brünn (Brno) y durante más de décadas no tuvieron efecto en la esfera pública científica. Las sociedades científicas, de las que aún se fundaron algunas durante el siglo XIX, conservaron un peso enorme durante mucho tiempo en las ciencias francesas e inglesas. Como en la Edad Moderna, para las ciencias naturales británicas Londres fue un centro mucho más relevante que Oxford y Cambridge. Aquí tenían la sede todas las sociedades de sabios que, dentro de sus ámbitos de acción respectivos, actuaban por todo el

imperio. Los procesos de modernización de la educación superior nacieron en instalaciones especiales de la Universidad de Londres o bien en los centros de nueva formación, que se iban abriendo paso poco a poco, como el de Manchester (1851).

Aún no existían los premios Nobel; los primeros se concedieron en 1901. Tampoco había aún *rankings* cuantificadores. La reputación se debía forjar con el trato personal, cada vez más frecuente, entre los expertos. Este intercambio tuvo desde el principio una dimensión tanto nacional como internacional. Antes de que se fundara el Estado nacional alemán, sus científicos ya formaban una comunidad que estaba bien integrada en Europa gracias a los frutos de su trabajo y al empeño diplomático-científico de Alexander von Humboldt. Desde mediados de siglo, aproximadamente, las respectivas comunidades científicas de cada país se tenían bajo mutua observación. La ciencia se convirtió en una arena pública de competencia nacional, por ejemplo entre los microbiólogos Louis Pasteur y Robert Koch. En 1896, cuando Wilhelm Röntgen dio a conocer el descubrimiento de los rayos X, el emperador Guillermo II envió un telegrama al futuro ganador de un premio Nobel dando gracias a Dios por aquel triunfo de la patria alemana.[2700] Al mismo tiempo, también fueron quedando patentes las conexiones entre ciencia, técnica, industria y poder nacional. Entre la opinión pública británica se consideró que en la Exposición Universal de París de 1867 el país había interpretado un papel muy deficiente. En Francia, la derrota de 1871 frente al nuevo Imperio Alemán se atribuyó también al retraso de su educación y su ciencia. Pero la petición de que el Estado abriera grandes universidades de «tipo alemán» no se pudo hacer realidad hasta la consolidación de la Tercera República, en 1880. En 1896 se sentaron las bases legales del sistema universitario moderno de Francia.

En esta misma época, sin embargo, el imperativo investigador que caracterizaba a la universidad alemana desde la «época de collado» encontró menos eco fuera de su país de origen.[2701] El

sistema moderno de la educación superior, por ejemplo, no surgió antes en Francia que por ejemplo en Japón; y en cuanto a Gran Bretaña, la estructura descentralizada de la vida académica dificultó, hasta bien entrado el siglo XX, hablar siquiera de un *sistema* universitario. Cambridge y Oxford modernizaron su estructura docente desde mediados de siglo, y renunciaron tanto a conceder títulos sin un examen previo como a exigir el celibato a los profesores, pero hasta después de la primera guerra mundial no fueron centros de investigación que hicieran hincapié en las ciencias naturales. El elevado coste de los nuevos estudios de laboratorio, además, exigía una planificación económica centralizada que iba más allá del presupuesto concreto de cada *college* o facultad. Hasta nuestros días, las escuelas técnicas superiores especializadas han tenido menos importancia en Gran Bretaña que en Alemania, Francia, Suiza —la Escuela Politécnica Federal de Zúrich, fundada en 1858, representó el prototipo de estas instituciones— o Japón. El título de *Philosophiæ doctor* (literalmente, «doctor en Filosofía, pero al principio se aplicaba por igual a las ciencias naturales) no se introdujo en Cambridge hasta 1919, cuando ya hacía mucho que era habitual en Alemania y Estados Unidos.2702 También se tardó mucho en lograr que Oxford y Cambridge no seleccionaran al personal docente según sus criterios particulares, lo que actuaba como una barrera rigurosa contra la penetración de ideas frescas.

El ascenso de las universidades en Estados Unidos

La universidad alemana entendida como centro de investigación, por lo tanto, se adoptó en las otras naciones científicas de Europa con un retraso extraordinario (de al menos medio siglo) y no sin modificaciones. Pero fuera de Europa su influencia cristalizó antes. El segundo país del mundo en acoger la universidad investigadora como forma especialmente notable de la educación superior fue Estados Unidos. Ahora bien, no hay que sobreestimar el rendimiento de las universidades norteamericanas, no ya antes de que

concluyera la era colonial, sino incluso antes de la guerra civil. Uno de sus historiadores más destacados ha descrito el período de 1780 a 1860 como un «falso amanecer» y sitúa el genuino despegue hegemónico de la investigación universitaria estadounidense a partir de 1945.[2703] Hasta las dos décadas posteriores a la guerra civil no se formaron comunidades científicas en torno de las grandes materias, algo que ya había ocurrido en Francia, Alemania y Gran Bretaña desde la década de 1830. Llegados a este punto, en Estados Unidos se estudió a fondo el modelo alemán de la universidad investigadora. La primera universidad completa del otro lado del Atlántico fue la Johns Hopkins, en Baltimore, fundada en 1876. No obstante, a otros lugares llegó con mucho más retraso. La investigación se consideraba en general como un lujo prestigioso, no como el núcleo esencial de una universidad.[2704]

El espectacular ascenso de algunas de las universidades estadounidenses habría tardado aún mucho en producirse si no se hubieran aprovechado del auge económico del último cuarto del siglo. Las universidades estadounidenses, desde los tiempos de John Harvard y Elihu Yale, dependían de fundaciones y de donaciones de particulares. De 1850 en adelante, más o menos, las clases acaudaladas empezaron a mostrarse dispuestas a dejarse ver en el fomento filantrópico de los estudios académicos. Desde 1880, cuando las fortunas del país vivieron una multiplicación literalmente explosiva, creció también la voluntad de perpetuarse como fundadores. Ahora no solo se hacían donaciones anónimas, como la de John D. Rockefeller a la Universidad de Columbia; sino que surgieron centros que aún hoy lucen el nombre de barones del hierro, el acero o el tabaco. A menudo también intervenían motivos religiosos. Los nuevos edificios universitarios se construían con un estilo uniforme, de carácter neogótico; y a veces también de gusto mediterráneo, como en Palo Alto, por deseo de la familia Stanford. Los primeros *colleges* estadounidenses eran sencillos, también desde el punto de vista constructivo. Ahora se

necesitaban grandes extensiones y espacios en los que dar cabida a nuevas bibliotecas, laboratorios e instalaciones deportivas. El orgullo de los burgueses acaudalados se expresó —más que en Europa— mediante magníficos edificios universitarios, que destacaron con claridad entre la arquitectura urbana incluso en grandes ciudades como Chicago. La influencia alemana se reflejó sobre todo en la ambición del enfoque investigador y la estructura de las materias y facultades. En cambio, a diferencia de lo que ocurría en Alemania, la planificación, orientación y financiación estatales se limitó a las universidades fundadas por el Estado, que eran una minoría. Las universidades punteras, que entonces crecieron con rapidez, crearon su propia burocracia interna. Los profesores, cuyo prestigio social se incrementó en este período, eran considerados internamente como empleados subordinados a la dirección. Los rectores actuaban, cada vez más, como empresarios. El orgullo por la propia institución se combinaba, entre administradores, profesores y alumnos, con una concepción fría, de economía de mercado, de la formación y la ciencia. Así, en Estados Unidos, a finales del siglo XIX, se desarrolló un *nuevo* modelo conjunto que hizo de sus universidades investigadoras un fenómeno trasatlántico netamente inconfundible.2705

Japón: importación a medias del modelo alemán

En comparación con Estados Unidos, las universidades japonesas, en vísperas de la primera guerra mundial, todavía no se habían consolidado. Todas las ciencias que se consideraban más o menos modernas estaban representadas en Tokio o alguna otra universidad imperial, pero faltaba la financiación abundante de la que se beneficiaban los centros estadounidenses y algunos de los alemanes. Las facultades que gozaron de más apoyo fueron las de Medicina e Ingeniería. En estos campos, la ciencia japonesa logró también los primeros éxitos que podía mostrar en el extranjero. En otros ámbitos, la dependencia de la ciencia occidental todavía era tan intensa

que no se iba más allá de la mera repetición de los contenidos canónicos. Entre tanto, cientos y miles de japoneses habían estudiado en Europa y Estados Unidos. Los que, a su regreso, ocuparon posiciones académicas de responsabilidad empezaron por imitar a los maestros occidentales, en ocasiones hasta en los pequeños detalles. En la estructura de las diversas disciplinas, el papel de los consejeros occidentales empezó teniendo un gran peso que fue retrocediendo en el período Meiji tardío; en total se recurrió a quizá unos ocho mil de estos expertos.2706 Muchos de estos asesores y profesores extranjeros dieron un impulso decisivo a sus disciplinas; no solo en el caso de las ciencias naturales y la medicina, sino también en la Jurisprudencia o en la Historia. En este último campo, Ludwig Riess, discípulo del historiador berlinés Hans Delbrück, pasó algunos años en la Universidad Imperial (de 1887 a 1902) e interpretó un papel destacado como profesor, intermediario y fundador de varias instituciones especializadas. Como no se podía realizar contratos sistemáticos en el extranjero, y desarrollar la carrera en Japón, a pesar de los buenos sueldos, no era ningún sueño personal extendido, en muchos casos la selección dependía de la suerte y el azar. El ejemplo del mismo Ludwig Riess también pone de manifiesto los límites de la transferencia.2707 En Japón se adoptó el positivismo crítico con las fuentes de la escuela alemana de historiografía (que no desentonaba con la crítica textual importada a su vez de China), pero sin el programa filosófico y las técnicas de redacción literaria del historicismo alemán, lo que impedía acceder a un público amplio. La historia quedó como una disciplina especializada que no se atrevió a ocuparse de los nuevos mitos nacionales del orden Meiji, de creación contemporánea, como por ejemplo la genealogía imperial ficticia. A diferencia de en la admirada Alemania, en Japón la historia no fue la gran ciencia orientadora de las Humanidades ni la preferida de una opinión pública culta y liberal.

Otro punto débil del primer sistema universitario japonés fue la

jerarquización extrema, con la universidad de Tokio a la cabeza de forma indiscutida. Esto impidió la competencia que imperaba por ejemplo entre las universidades estadounidenses, pero también en el sistema alemán, más descentralizado y federal, cuyo mercado laboral comprendía no solo el Imperio, sino también Austria, Praga y la Suiza alemana. Aun así, la opinión pública científica internacional tuvo claro, a lo sumo en la década de 1920, que en el Asia oriental ya se había empezado a desarrollar un sistema científico dirigido a la investigación. Además de la estructura organizativa de la universidad europea, se comenzaba a adoptar el imperativo investigador. A este respecto había una diferencia entre Japón y China, por un lado, y el imperio otomano, por otro. El historiador de la ciencia turco Ekmeleddin Ihsanoğlu ha defendido que el esfuerzo de la élite reformista otomana (notable y anterior en varias décadas a iniciativas similares en China y Japón) por apropiarse del conocimiento occidental, mediante traducciones y «adquisiciones» (de expertos europeos, por ejemplo) se detuvo antes de cruzar el umbral de la actitud experimental y la cultura investigadora sin prejuicios.2708

4. MOVILIDAD DEL CONOCIMIENTO Y TRADUCCIONES

Diversidad de los modelos de recepción

La ciencia que floreció gracias a estas nuevas formas de organización era de origen europeo. Solo unos pocos elementos del saber no europeo entraron en los grandes esquemas de estructuración de lo que, hacia 1900, era la concepción universal de la ciencia. Mientras que en la Edad Media, el estudio de la naturaleza era superior entre los árabes que en el Occidente latino contemporáneo, y los antiguos indios fueron excelentes matemáticos y lingüistas, la ciencia europea del siglo XIX debía a los no europeos menos que la descripción natural de la Edad Moderna, que sin la ayuda de los expertos locales, en Asia no habría podido llevar a término sus grandes colecciones, clasificaciones y estudios cartográficos. En el siglo XVIII los europeos todavía creían que tenían cosas que aprender

de los asiáticos, por ejemplo en las tecnologías textiles o la práctica agraria (fertilizantes, rotación de cultivos…).2709 En el siglo XIX, disminuyó la predisposición a confiar que el otro poseyera conocimientos técnicos valiosos. El colonialismo «científico» del cambio de siglo llegó a menudo a ideas agronómicas que los campesinos locales manejaban desde hacía mucho, o cometió errores contra los que estos le habrían podido advertir fácilmente. El conocimiento del terreno de los líderes locales, así como las capacidades de los trabajadores autóctonos, se usaron durante el apogeo del colonialismo para la construcción de casas y caminos; pero ya no se tuvo en cuenta casi ningún otro saber ajeno.

Sería ingenuo quedarse en una valoración romántica del «saber local» (según se lo denomina hoy a menudo) de las culturas extraeuropeas, y sería injusto reprochar en general a la Europa en expansión que reprimiera ese conocimiento: sencillamente, hizo caso omiso de su existencia. Las élites de Asia y África admitieron la importancia del saber que llegaba de Europa y cada vez más, también de Estados Unidos, en materia de ciencias naturales y tecnología. Se esforzaron por absorberlo, someterlo a prueba, traducirlo a las lenguas y los esquemas mentales no occidentales, mediar entre ese saber y las propias tradiciones y experiencias. Cada conjunto de conocimientos topó con un grado de resistencia distinto. Algunos «viajaron» con más facilidad y rapidez que otros. La antigua idea de que las ciencias europeas se habían «difundido» por el mundo en un proceso en cierto modo natural, debido a su «superioridad» inherente, no es del todo falsa, pero sí demasiado simple, y pasa por alto las distintas circunstancias culturales y políticas del contacto y la transmisión de los saberes.2710

El historiador de la ciencia Nakayama Shigeru ha estudiado varios modelos de esta clase de transferencia en el Asia oriental. Como las *matemáticas* europeas y las japonesas eran sistemas de estructura y notación cerrada, y por ello incomparables, las matemáticas japonesas no tardaron en desaparecer del mapa a

partir de 1868, cuando se produjo la Renovación Meiji. No sucedió así porque estas fueran «más primitivas», sino porque a los matemáticos japoneses adoptar el nuevo sistema les resultaba más práctico y económico en su conjunto que modificar el otro. El caso de la medicina fue muy distinto. En él pervivieron, en paralelo y sin conexión mutua, la teoría local (china y japonesa) y la importada de Occidente. Los dos sistemas de conocimiento nunca se amalgamaron. Cuando hubo (y hay) conexión, se dio en la práctica, no en la teoría. En Japón, sin embargo, todas las decisiones sobre transferencias estaban marcadas por el empeño de liberarse de China, la vieja maestra, y convertirse en el pupilo modélico de la modernidad occidental. Por ello, la medicina autóctona no tardó en perder la condición de ciencia, ya durante la era Meiji: nunca se pudo estudiar en las nuevas universidades y quedó degradada a la condición de arte popular (al que se seguía recurriendo). En la astronomía, Nakayama encuentra un tercer modelo. Ya en el siglo XVII, los misioneros jesuitas habían introducido la astronomía europea en China. Pero los datos y métodos de cálculo que portaban se pudieron incorporar sin grandes problemas a la astronomía de los calendarios chinos. La posición tradicional de los astrónomos de la corte como puntales de la legitimidad imperial quedó consolidada por las aportaciones de los jesuitas. Después de dos siglos y medio, a nadie se le ocurrió la idea de que la ciencia celestial occidental era superior o más «moderna». Si la astronomía tradicional desapareció no fue ante todo porque hubiera sucumbido en una competencia entre ideas, sino porque perdió la función social. Cuando tanto en China como en Japón se eliminaron los cargos de astrónomo de la corte y guardián del calendario estatal —¡solo a finales del siglo XIX!— su tiempo había pasado. Jóvenes astrónomos que se habían formado en Europa y América no tardaron en constituir una nueva disciplina en las nuevas universidades. Hasta entonces, no obstante, la ciencia importada había reforzado la tradición autóctona.2711

Las vías de difusión del conocimiento occidental fueron sinuosas e impredecibles. Las comunidad internacional de investigadores que hoy nos parece tan natural no surgió hasta finales del siglo XX. En el siglo XIX, las culturas extraeuropeas no solo tuvieron que apropiarse de los estados de la cuestión de cada ciencia, sino de concepciones científicas del mundo en su conjunto. Los jesuitas ya habían dado a conocer entre los eruditos chinos de los siglos XVII y XVIII algunos elementos de la geometría euclidiana y la física de Isaac Newton, pero no se dispuso de traducciones completas de los *Principios* de Newton y los *Elementos* de Euclides hasta la década de 1860.[2712] En esta época en que misioneros protestantes y eruditos chinos, en estrecha colaboración, iniciaron proyectos de traducción ambiciosos, se comenzó por buscar información compacta en los *manuales* occidentales, que de por sí ya eran un resumen condensado y accesible de los resultados de investigaciones más específicas. Estos textos divulgativos fueron los primeros en traducirse. En los primeros años del siglo XX, casi todos los científicos chinos estaban ya capacitados para leer la bibliografía especializada inglesa o alemana. Desde la perspectiva occidental, los contemporáneos (y voces posteriores) ridiculizaron estos empeños por «ponerse al día», que a menudo acababan en callejones sin salida. Pero también se puede mirar de otro modo: gracias a la perseverancia de culturas tradicionalmente eruditas, países como Japón, China o el imperio otomano lograron, en tan solo unas pocas décadas, la meta notable de recibir el conocimiento occidental. El proceso solo gozó del apoyo planificado del Estado, con sus posibilidades económicas, en Japón. Allí donde, como en China, la transferencia recayó sobre todo en los hombros de los misioneros, las iniciativas fueron privadas.

Desde el simple punto de vista lingüístico, la tarea era de lo más dificultosa. La adaptación de la terminología científica, latina en su mayoría, ya vivió una fase inicial en la Edad Moderna, que sin embargo no fructificó en nomenclaturas

siempre estables. En la China del siglo XIX, las decisiones terminológicas de los jesuitas fueron objeto de muchas críticas y correcciones. Como en Japón, con frecuencia varios traductores trabajaban en común en una misma disciplina. A menudo se tardaba mucho, y se necesitaban debates complejos para forjar lenguajes especializados de léxico fijo. En Filosofía y Teología, en la Jurisprudencia y las Humanidades, las dificultades conceptuales aún eran mayores. Ideas como «libertad», «derecho» o «civilización», asociadas siempre a semánticas oscuras de origen occidental, no se podían trasladar unívoca y directamente al japonés, chino, árabe o turco. Estas culturas y lenguas tenían un mundo semántico propio, no menos complejo. El nuevo concepto occidental no se podía traducir mecánicamente, sino que debía ser interpretado en el concepto del receptor y casi siempre se le adherían matices de sentido de los que en origen carecía. En 1870, tan solo la palabra inglesa *liberty* fue reproducida trasladada por lexicógrafos y traductores chinos de cuatro modos distintos (con sus correspondientes caracteres chinos), cada uno con sus connotaciones específicas. Solo paso a paso se fue aceptando como traducción normal una de estas soluciones, *jiyu* («que sigue sus intenciones sin limitación»).2713

Entre los nuevos conceptos para los que no se estaba preparado y con los que hubo que lidiar estaba la idea misma de «ciencia». Tomemos de nuevo China como ejemplo. El vocabulario clásico tenía varias expresiones que se acercaban a la «ciencia» occidental sin corresponderse estrictamente con ella. El concepto tradicional *zhizhi* significaba «extender el conocimiento al máximo» y *gezhi* «investigar y ampliar». Todo erudito chino del siglo XIX sabía que estas expresiones verbales, que incluían por igual el carácter *zhi* («saber, conocimiento»), debían verse en el contexto de la filosofía neoconfuciana del siglo XII. Desde la década de 1860 *gezhi* se fue consolidando como traducción de «ciencia», pero también de «filosofía natural». Pero también entró en escena un concepto importado por vía del japonés, *kexue*,

que a partir de más o menos 1920 se impuso hasta acabar siendo la traslación estándar de nuestros días. *Kexue* hace menos hincapié en el proceso de transmisión del conocimiento que en la categorización del saber, en particular su organización curricular. A partir de 1915, este término causó insatisfacción entre los líderes del Movimiento por la Nueva Cultura, quienes optaron por subrayar el carácter novedoso de la concepción moderna de «ciencia» adoptando temporalmente un préstamo fonético directo, *saiyinsi*. Este concepto posconfuciano de la ciencia, que ahora se parafraseaba con toda una serie de palabras distintas, debía transmitir, además del componente de un *sistema* de conocimiento, también la idea de un resurgir moral: dejar de dormitar en una tradición estéril y renovar la civilización y la nación china mediante la ilustración y la crítica.[2714]

¿*La ciencia a cambio del arte y el irracionalismo*?

Más que nunca, y más que desde mediados del siglo XX, durante el siglo XIX largo el flujo del conocimiento circuló por el mundo a través de una vía única. Las ciencias naturales occidentales desvalorizaron el saber natural de otras partes del mundo. Entonces ni siquiera se mostró interés por la medicina y la farmacología de la India y China (que sin embargo han sido redescubiertas en Occidente desde mediados del siglo XX y están recuperando cada vez más influencia). Del Este hacia el Oeste solo fluyeron impulsos estéticos y religiosos. Aquí no se trataba de saber, cuya universalidad transcultural estaba garantizada por los procedimientos verificables de la investigación y la crítica científica, sino de respuestas asiáticas (más adelante, también africanas) a la búsqueda occidental de una nueva espiritualidad y nuevas fuentes de inspiración artística. Los indios, chinos o japoneses no difundieron su cultura en Occidente por sí mismos; tampoco los habitantes de Benín, en el África occidental, donde una «expedición de castigo» británica se apoderó en 1897 de un gigantesco tesoro de objetos de marfil y bronce que causó sensación en Europa.

Fueron los artistas y filósofos occidentales los que se pusieron en movimiento y adaptaron sus hallazgos a sus propias necesidades. Pensadores y poetas románticos como Friedrich W. J. Schelling y Friedrich Creuzer se entusiasmaron por los «misterios» orientales. La antigua literatura de la India, en sánscrito, fue traducida a las lenguas europeas desde la década de 1780 y, durante varias décadas, despertó gran interés entre los intelectuales. Arthur Schopenhauer se sintió fascinado por los libros clásicos del hinduismo, también de reciente traducción. Ralph Waldo Emerson, el filósofo más destacado de Norteamérica en su época, se adentró en el pensamiento religioso de la India, criticó la ambición absoluta del cristianismo y el racionalismo ilustrado y pidió que Occidente se tomara en serio al Oriente y se aproximara espiritualmente a él.2715

En 1857 algunos pintores japoneses —en primer lugar, Takahashi Yuichi— empezaron a practicar la técnica europea del óleo y desencadenaron una primera oleada de interés nipón por el arte occidental. Esa misma década, llegaron a Europa los primeros grabados japoneses, en el equipaje de viajeros y diplomáticos; en 1862 hubo una primera exposición pública. Todavía no se trataba de colecciones ni muestras representativas que permitieran ver un panorama general del arte japonés antiguo y reciente. Pero algunos grabados de maestros como Hokusai o Hiroshige ya provocaron una emoción perdurable en artistas y críticos. El «japonismo» que emergió de estos encuentros era nuevo. El material de fuera de Europa ya no se usaba solo como decoración o vestimenta, como los elementos chinos y turcos de las diversas modas orientales del siglo XVIII o el Oriente norteafricano como escenario exótico de los motivos del harén y el desierto en la pintura francesa del período aproximado de 1830 y 1870 (Eugène Delacroix, Jean Auguste Dominique Ingres, Eugène Fromentin, entre otros). El arte japonés daba respuestas a problemas con los que la vanguardia europea de la época estaba lidiando. Varios artistas

que estaban en cabeza del movimiento de la modernidad europea se sintieron muy próximos a lo que los japoneses habían hecho con total independencia de ellos. En la misma época, por lo tanto, llegaron al máximo tanto el entusiasmo europeo por el arte japonés como la pasión japonesa por el arte europeo. La fascinación japonesa por la estética occidental fue retrocediendo después de que Ernest Fenollosa —un autor influyente en los dos ámbitos, el este y el oeste— llamara la atención sobre el valor de la tradición propia de los japoneses y se pusiera en cabeza de un movimiento que, con ayuda de la política cultural estatal, impulsó una renovación patriótica de la pintura genuinamente japonesa. Así, un japonófilo estadounidense fundó el neotradicionalismo japonés. Los escritos de Fenollosa también despertaron mucho eco en Europa y, desde la crítica de arte, dieron una base al interés por Japón.2716

También fue importante, aunque sin marcar una época, la influencia del Asia oriental en la música. Durante mucho tiempo pervivió el viejo prejuicio de que la música china era insoportable para los oídos occidentales; pero este solo se apoyaba en las impresiones de algunos viajeros y su intento imperfecto de recoger aquellos sonidos exóticos en la notación europea. La música extraeuropea no se pudo conocer en Europa hasta que la técnica lo permitió, con la invención del fonógrafo en 1870. Giacomo Puccini y Gustav Mahler, por ejemplo, escucharon con atención grabaciones de música asiática (oriental). Puccini aplicó el estudio a sus óperas *Madame Butterfly*, de 1904, y *Turandot*, de 1924-1925, y Mahler a la *Lied von der Erde* («La canción de la Tierra», 1908) y su novena sinfonía (1909). En la música del género ligero, sobre todo, el tema se redujo a crear un ambiente oriental con la instrumentación y la selección de tiembres coloridos. Con frecuencia derivó en una propuesta tópica, pero en manos de maestros como Giuseppe Verdi (*Aida*, 1871), Camille Saint-Saëns (*Suite argelina*, 1881) o Nikolái RimskiKórsakov

(*Sheherazade*, 1888) produjo hallazgos refrescantes. La influencia asiática fue más intensa donde el material sonoro exótico se importó y, al integrarse en la tonalidad occidental, la conmocionó. Aquí el pionero fue Claude Debussy, que, en la Exposición Universal de París de 1889, tuvo ocasión de emocionarse al escuchar por vez primera la auténtica música gamelán de Java.2717

La fascinación europea por Asia llegó a su máximo en el período aproximado de 1860 a 1920. En décadas posteriores, el interés volvió a menguar. Concluida la primera guerra mundial, Europa debía prestarse mucha atención a sí misma; al mismo tiempo, el Asia «oriental» pareció perder buena parte de su encanto exótico por la incipiente modernización de sus ciudades, los movimientos de protesta antiimperialista, las revoluciones y, en varios lugares, la emergencia de potencias militares. Cuando los intelectuales europeos del *Fin de Siècle* volvieron la mirada hacia Asia (y solo lo hizo una pequeña minoría), mostró poco interés por la actualidad asiática. En una crisis que, a juicio de muchos, parecía afectar tanto al cristianismo como a la concepción del mundo racionalista de las ciencias naturales, Asia atraía con la ignota profundidad de sus diversas formas de «sabiduría», a las que se recurrió o desde la crítica de la cultura o como esperanza de salvación individual frente a la oferta espiritual de Occidente. En la editorial de Eugen Diederichs, paladín de una reforma vital conservadora, el sinólogo y misionero Richard Wilhelm publicó traducciones muy acertadas (desde la perspectiva tanto filológica como literaria) de las conversaciones de Confucio, del tratado de Laozi (Lao Tse) y otros textos del antiguo canon chino. A nivel internacional, también en la India y Ceilán, fue especialmente influyente la que se dio en llamar «teosofía». Era una versión sincrética del ocultismo tradicional, combinado con ingredientes de las más diversas tradiciones de Asia y el Oriente Próximo, desde la Cábala a los Vedas del hinduismo, más una pizca de racismo ario, que Helena Petrovna Blavatsky divulgó y

predicó desde 1875 con una aparatosidad estrafalaria.[2718] Rudolf Steiner —fundador de las escuelas Waldorf— surgió de este medio místico, pero desde 1912 se independizó y creó su propia Sociedad Antroposófica, de doctrinas más moderadas.

De esta forma, un «Asia» indiferenciada se convirtió en fuente de doctrinas de salvación que eran el prototipo de un irracionalismo que se oponía con afán polémico a un racionalismo occidental que parecía extenderse incluso hasta la frialdad teológica del protestantismo cultural. Europa no esperaba recibir esta clase estímulos del islam, una religión cuya corriente central es bastante racionalista. Se apreciaba su estética, por la poesía y la arquitectura, pero se lo despreciaba como religión y concepción del mundo. Así, en el último tercio del siglo XIX se creó una situación paradójica: las élites del mundo no occidental se empeñaban con denuedo en adquirir la tecnología y las ciencias avanzadas de Occidente, que consideraban un logro universal de la época.[2719] Al mismo tiempo, con ello aspiraban a recuperar un retraso civilizador que se percibía como doloroso, y a armar a sus países contra la supremacía de las grandes potencias occidentales. Esto también incluía que un estrato social culto de cuño occidental, en países como la India y (unas décadas más tarde) China criticara con suma severidad el irracionalismo y la «superstición» de las propias tradiciones.[2720] A la inversa, al mismo tiempo algunas minorías de la intelectualidad europea y norteamericana utilizaron la «sabiduría oriental» para enfrentarse al racionalismo de la cultura científica occidental. El contrapunto irónico —establecido por Max Weber en su estudio tardío sobre la ética económica de las religiones mundiales— pasó inadvertido a la opinión pública. A saber, Weber veía un motor del dinamismo económico occidental en la tensión que surgía entre la orientación hacia el mundo interior y hacia el mundo trascendente. A su modo de ver, la India estaba demasiado atenta a las esperanzas de salvación espiritual, y la China precontemporánea, demasiado poco. Con

el cambio de siglo, China era más importante que nunca para el pensamiento occidental, en varios campos. Al mismo tiempo, actuó como pantalla de proyección del irracionalismo europeo, una función histórica que apenas parecía dejarle posibilidad de lograr un desarrollo autónomo. Asia, venerada por su «espiritualidad», estaba sin embargo alejada sin remedio del mundo, según este punto de vista, sin presente ni futuro. Solo Mohandas K. Gandhi —el posterior «Mahatma», al que no se prestó atención en Occidente hasta 1915, cuando regresó de haber pasado varios años en Sudáfrica— logró, a ojos de los europeos, unir la apariencia de profeta y santo asiático con una política de poder de los desposeídos.

5. CIENCIAS HUMANAS DE LO PROPIO Y LO AJENO

En 1900, las ciencias habían conquistado una autoridad cultural inaudita en varios países de Europa, en Estados Unidos, en Japón o en la India.[2721] Habían ido surgiendo «comunidades de eruditos», primero reducidas, luego cada vez más numerosas, que se constituyeron como disciplinas. La gran mayoría de los científicos del mundo ya no eran aficionados, sino profesionales asalariados, que trabajaban en universidades, centros de investigación estatales o la industria. El sistema educativo de las sociedades del conocimiento más avanzadas incluía ahora tanto las ciencias «puras» como las «aplicadas», en lo que era una diferencia de nuevo cuño. La formación en matemáticas y lenguas (clásicas), como propedéutica de utilidad universal, permitió instruir a las nuevas generaciones para la expansión adicional del sistema científico en muchos campos. Ahora bien, que se multiplicara el número de científicos no suponía que se incrementara en la misma medida el volumen conjunto de creatividad. Con el auge de la ciencia se dio un crecimiento desproporcionado de los científicos mediocres, que practicaban su disciplina de un modo rutinario. La aparición de genios apenas depende de la forma en que se dirige la sociedad.[2722]

Ciencias sociales y ciencias humanas

La expansión de la ciencia institucionalizada comprendió, además de las ciencias naturales y la medicina —que a principios del siglo XX había dejado de entenderse como un arte esencialmente manual—, también las ciencias sociales y las humanas. Estos conceptos se habían acuñado antes, pero no lograron popularidad en la opinión pública científica hasta finales del siglo XIX. Antes de la *Einleitung in die Geisteswissenschaften* (*Introducción a las ciencias del espíritu*, 1883) del filósofo alemán Wilhelm Dilthey, apenas se hablaba de este concepto. Otros conceptos similares fueron los de «las Humanidades» (*the humanities*) o las «ciencias humanas» (*sciences humaines*).2723 El concepto de las «ciencias sociales» es anterior en algunas décadas. Desde el principio, no se planteó como un supraconcepto general que abarcase discursos más antiguos como el de la «estadística» (en el sentido de «descripción del Estado») o la economía política, sino que designaba ante todo la ambición «científica» de trasladar este carácter científico del estudio contemporáneo de la naturaleza a la «sociedad», con una intención práctica y, de preferencia, reformista. Si dejamos a un lado a los primeros teóricos venidos de la filosofía, como Auguste Comte o Herbert Spencer, esto tuvo un traslado más empírico que teórico (por ejemplo con Lorenz von Stein, uno de los primeros representantes de la Asociación de Política Social o *Verein für Socialpolitik*, fundada en Alemania en 1873). Karl Marx, estudioso incansable de la realidad social, fue uno de los pocos cuyas obras fueron más allá de esta oposición.

Antes de 1890 no se intentó definir la identidad común de las disciplinas de las ciencias sociales en contraste con otros ámbitos científicos.2724 Solo a partir de aquí se instauraron en Europa y Estados Unidos muchas cátedras de «Sociología». Entre tanto, la sociología y la economía siguieron estando muy interrelacionadas, sobre todo en dos tradiciones alemanas, la marxista y la de la escuela histórica de la «economía nacional» (que llega hasta Max Weber). A partir de 1870, en muchos

países las ciencias económicas se alejaron de la vieja economía política —que partía de la producción y el trabajo en el contexto social— forjando nuevas teorías del equilibrio y el interés marginal que se interesaban en primer lugar por la estructura de las necesidades subjetivas e individuales y por el suceso de los mercados. El acontecer económico se separó de las circunstancias sociales. Ello formaba parte de una diferenciación general de las disciplinas de las ciencias sociales, también de la sicología, que se desarrolló a lo largo de las cuatro décadas anteriores a la primera guerra mundial.2725 En 1930, la brecha abierta entre la sociología y la economía se había hecho casi insuperable (salvo en Alemania, donde pervivían los últimos restos de una «escuela histórica» más próxima a la realidad social y la economía política. Esta oposición también era una ruptura entre una ciencia económica conforme con el sistema y una sociología que se mostraba crítica con las facetas oscuras del proceso capitalista y aspiraba a actuar como reformadora social. En Japón, las ciencias sociales occidentales se recibieron con la desmesura característica. Para los primeros sociólogos y estudiosos del Estado, la «comunidad» era más importante que la «sociedad»: el colectivo, más que la persona. Colaboraron con el gran proyecto de la integración neotradicionalista de la nación emergente por medio de un Estado fuerte y evitaron someter a la crítica científica los nuevos mitos de la era Meiji, en particular el culto al emperador y la ficción de que la comunidad japonesa era una gran «familia».2726

Desde mediados del siglo XIX, se inició la reforma universitaria de las disciplinas de las ciencias sociales, primero en Alemania y Francia; en Gran Bretaña aún siguió dominando durante un tiempo el individualismo del «caballero sabio». Que las «ciencias» humanas se volvieran académicas era una novedad. Hacía más de dos milenios, por ejemplo, que había historiadores en Europa y China, pero nunca se había enseñado Historia como una ciencia metódica en una institución educativa. Los

primeros profesores de Historia que todavía se recuerdan en la historiografía actual se encuentran a partir de 1760 en la universidad de Gotinga (a la sazón, la más prestigiosa de Alemania); pero además enseñaban política o las teorías dedicadas al estudio del Estado contemporáneo («estadística», «*Polizeywissenschaft*»). En esta misma época Edward Gibbon, el historiador más destacado de la Europa coetánea, escribió su monumental *Decadencia y caída del Imperio Romano* (1776-1788) desde su cómoda posición como tutor privado de una familia acomodada junto al lago de Ginebra. En Gran Bretaña, un historiador notable no llegó a una cátedra universitaria hasta 1866: William Stubbs. Si en la cuestión de las cátedras de historia, Alemania había dado el primer paso otra vez (marcó época la contratación de Leopold Ranke en Berlín, donde enseñó de 1834 a 1871), aún se tardó varias décadas en que la Historia se estableciera como disciplina académica en todos los países europeos, a la estela de Alemania. En Rusia ocurrió relativamente pronto: el notable historiador Serguéi Mijáilovich Soloviov creó escuela en Moscú desde 1850. En Francia empezó un proceso similar en 1868, con la fundación de la École Pratique des Hautes Études, donde se practicaban estudios históricos «científicos» al estilo de la escuela de Ranke. Incluso Jules Michelet, que era entonces (y lo sigue siendo hoy) el más famoso de los historiadores franceses del siglo XIX, destacó principalmente como orador y escritor, pero muy poco como profesor. Después de que en 1851, por razones políticas, Luis Napoleón lo privara de sus puestos en el Archivo Nacional y el Colegio de Francia, Michelet vivió de las ganancias de sus publicaciones.

La profesionalización de la ciencia histórica fue, en Europa y Estados Unidos, un fenómeno posterior a 1860.2727 En las disciplinas estéticas, el proceso equivalente fue algo más largo. En Europa hubo críticos intelectualmente rigurosos, en materia de literatura, arte y música, desde al menos mediados del siglo XVIII.2728 Pero solo poco antes de 1900 surgieron, *además* de

estos discursos públicos más libres —no en su lugar— de literatos, periodistas, expertos particulares, clérigos, músicos profesionales, etcétera, también las disciplinas universitarias del estudio científico del arte, la música y las diversas filologías nacionales. La separación de crítica y ciencia era menos neta que en la historia. En el mejor de los casos, con la filología y la edición metódicas, que se centraron primero en las fuentes antiguas y medievales, el estudio erudito se diferencia del razonamiento estético. A medida que las naciones se definían cada vez más sobre una herencia cultural compartida, se confió a los críticos literarios, en su calidad de *historiadores* de la literatura, un papel nuevo y más elevado: a la historia política se le yuxtapuso la historia de la poesía nacional, y no sin frecuencia, como en el caso de los alemanes, la lengua y la literatura fueron un núcleo de cohesión nacional más destacado que la historia de la pertenencia a un espacio político común, que era poco brillante. Así la *Historia de la literatura nacional poética de los alemanes* (1835-1842) del historiador y político liberal Georg Gottfried Gervinus, fue una de las obras fundamentales de la época.

Orientalismo y etnología

En el margen del auge de las ciencias del espíritu, surgieron también ciencias sobre las *otras* civilizaciones.[2729] En la vida universitaria europea nunca han interpretado un papel central. Hasta el día de hoy, ha sido más importante la reafirmación de las propias raíces, que se veían en parte en la Antigüedad grecorromana, en parte en las formaciones sociales de la temprana Edad Media, interpretadas como el nacimiento de la propia nación. Los contactos con otros pueblos y civilizaciones, desde luego, siempre han despertado en Europa la curiosidad por lo «extraño». Junto al embellecimiento ideológico de la agresión europea, en la Edad Media y la Moderna hay una producción literaria ingente en la que los europeos —muchos de ellos, viajeros sin relación directa con las acciones imperiales— informan de sus vivencias y experiencias e intentan describir

con precisión a los otros, en cuanto a sus diferencias con Europa, y entender sus costumbres, sistemas sociales y religiones. Los europeos en particular se especializaron en los estudios lingüísticos. Desde el siglo XII se prestó una atención continua a la lengua y la literatura árabes, en especial al Corán. El chino se conoció desde 1600, gracias a los misioneros jesuitas. Donde se mantenían contactos regulares con el imperio otomano —por ejemplo, en Venecia o Viena— no tardó en haber expertos en turco. En el Nuevo Mundo, poco después de la conquista los misioneros empezaron a estudiar sistemáticamente las lenguas indias. El sánscrito, la vieja lengua de cultura de la India, se (re) descubrió para Europa —y en cierto sentido, también para la India— desde la década de 1780, con ayuda de fuentes locales, en Calcuta y en París, y fue objeto de un detallado estudio filológico.2730 Desde 1822, cuando Jean-François Champollion descifró los jeroglíficos, se pudo leer el egipcio faraónico. En 1802 Georg Friedrich Grotefend ya había encontrado una primera clave para descifrar la escritura cuneiforme (del persa antiguo).
A lo largo de varios siglos surgió una colección diversa de descripciones de viaje, estudios geográficos, enciclopedias botánicas, diccionarios, gramáticas y traducciones como suma de incontables empeños individuales, realizados a menudo fuera de los grandes centros de la erudición. Solo el arabismo y el estudio de otras lenguas del Oriente Próximo, relevantes para la Teología bíblica, quedaron anclados en cátedras universitarias de instituciones como Leiden y Oxford, ya desde la Edad Moderna. Aun así, la percepción conjunta que se tenía en Europa del mundo extraeuropeo desde la Edad Media estaba cargada de erudición. Por lo general, las descripciones de viajes tampoco eran informes ingenuos de aventuras fascinantes y fábulas increíbles, sino textos surgidos de la pluma de observadores que viajaban equipados con el saber más avanzado de su tiempo. Esta curiosidad intelectualmente ambiciosa por el mundo exterior fue, en la Edad Moderna, una

peculiaridad de los europeos. Otras civilizaciones no colonizaron en ultramar ni enviaron (fuera de unas pocas legaciones diplomáticas) viajeros a lugares remotos. Los musulmanes, salvo por algunos informes otomanos, mostraron poco interés por los países de los infieles. El Estado japonés disuadía a los habitantes del archipiélago, con la amenaza de castigos severos, de abandonar las islas. Aunque algunos eruditos chinos estudiaban a los «bárbaros» que accedían a la corte imperial, hasta principios del siglo XIX no escribieron descripciones propias sobre la periferia no china en el seno del propio imperio Qing. Antes de 1800, e incluso hacia 1900, la cuantiosa producción escrita europea sobre las civilizaciones ajenas se correspondió con muy pocos textos que lanzaran una mirada externa sobre Europa.2731 No surgió un «orientalismo» fuera de Europa; y en Asia y África solo empezó a haber un «occidentalismo» desde finales del siglo XX.

En los primeros años del siglo XIX, el orientalismo europeo transformó su carácter. Se dividió con más claridad aún en disciplinas regionales: sinología, arabismo, estudios iraníes, etcétera. Al mismo tiempo se definió más rigurosamente que antes como un estudio de los textos antiguos que aspiraba a imitar la fría naturaleza científica que ya había alcanzado su modelo: la filología grecolatina. Ello derivó en desinterés por el Oriente contemporáneo. Todo lo que en Asia parecía tener algún valor se remontaba muy atrás en el pasado y solo se podía comprender con vestigios materiales y fragmentos de transmisión dudosa, sobre los cuales la arqueología egipcia o asiática se reservaba el monopolio de la interpretación. El antiguo Egipto fue redescubierto por la gran tropa de científicos que Bonaparte había llevado consigo a la expedición del Nilo, en 1798. Con ello se puso en marcha una historia continua de la egiptología en la que franceses y británicos, alemanes e italianos interpretaron, durante mucho tiempo, un papel más relevante que los propios egipcios. En Mesopotamia las primeras excavaciones arqueológicas se iniciaron en la segunda

década del siglo. El impulso lo dieron los funcionarios consulares británicos, como ocurrió también más adelante en Anatolia e Irán.2732 Estos cónsules eran personas cultas que, en su mayoría, tenían poco que hacer y por tanto pudieron desempeñar en el estudio del Próximo Oriente un papel similar al que tuvieron los oficiales en la India, que antes de 1860 formaron una parte notable de los estudiosos del pasado del país.2733

En 1801, Thomas Bruce —el séptimo conde de Elgin, a la sazón embajador británico ante la Sublime Puerta— ya obtuvo el permiso del gobierno otomano para enviar de Atenas a Londres una gran parte del friso del Partenón ateniense, muy dañado por venecianos y turcos (los «mármoles de Elgin»). Cien años después, los museos públicos y los coleccionistas privados, apoyados por una arqueología cada vez más profesional desde mediados de siglo, habían acumulado cantidades ingentes de «antigüedades» orientales en las metrópolis de Europa, que se custodiaron y expusieron junto a los tesoros de la Antigüedad grecorromana. Manuscritos de todas las culturas llenaron los departamentos especiales de las grandes bibliotecas de Occidente. Allí donde, como en el Asia oriental, no había acceso directo a los bienes culturales autóctonos, los objetos artísticos (muy pocos de piedra, pues escaseaban en un ámbito donde predominaron las construcciones de madera) se adquirieron en el mercado, pero también se consiguieron mediante saqueos a gran escala. Así ocurrió en China durante la segunda guerra del Opio (1858-1860), que coronó con el Palacio de Verano imperial desvalijado y reducido a cenizas; y también durante la ocupación extranjera de Pekín, una vez derrotado el levantamiento de los bóxers, en el verano de 1900. Poco después del cambio de siglo, cientos de miles de documentos de los siglos IV a XI fueron «adquiridos» por un precio simbólico y transportados a las bibliotecas y museos europeos desde las grutas de Dunhuang (en la moderna provincia de Gansu, en el noroeste de China). Sin embargo, la arqueología no era una

ciencia exclusivamente colonial, sino que también podía (y puede) servir para crear significados nacionales. En este caso, dispensa títulos de autenticidad nacional al descubrir profundas raíces culturales muy anteriores a las invasiones históricas documentadas por escrito.

La apropiación material de Asia, el norte de África y Centroamérica por los europeos (y norteamericanos), que se inició en el siglo XIX, arrancó del olvido desértico o tropical numerosos vestigios del pasado; es probable que salvara a otros de la destrucción, y además sentó las bases para el conocimiento científico de las tumbas egipcias y la cerámica china, la escultura maya y los templos camboyanos, las inscripciones persas y los relieves babilónicos. En el siglo XIX casi nunca se formularon en voz alta dudas sobre si la actuación occidental era correcta; a veces los gobiernos autóctonos se mostraron de acuerdo con las excavaciones y el traslado al extranjero de los tesoros culturales. Solo cuando ya había concluido la era colonial se ha puesto de manifiesto la problemática legal y moral de este saqueo científico.

Si hacia 1780 había en Europa muy pocos especialistas con el conocimiento lingüístico preciso para acceder a las religiones, filosofías, literaturas y documentos históricos de fuera de Europa, y los objetos orientales quedaban enterrados en la heterogénea diversidad de los «gabinetes de curiosidades» o «cámaras de las maravillas» (*Wunderkammern*) principescos, hacia 1910 un orientalismo de finas subdivisiones especializadas gestionaba y multiplicaba un fondo colosal de objetos de «otras» civilizaciones en Francia, Alemania, Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos. En los campos de la arqueología, el orientalismo y una disciplina nueva, el comparatismo religioso (fundado en Oxford, en la década de 1870, por el sajón Friedrich Max Müller), se produjeron algunos de los logros más titánicos de las ciencias humanas del siglo XIX. Las sociedades extraeuropeas de la época, si carecían de escritura, no se organizaban en Estados capaces de defenderse

y no vivían en ciudades, no podían ser analizadas con los métodos filológicos de los estudios orientales. De estos «pueblos primitivos», como se los denominaba entonces, se responsabilizó la nueva ciencia de la etnología, que se fue perfilando desde la década de 1860. En sus primeros decenios, su dirección teórica era muy evolucionista: presuponía que la humanidad en general avanzaba a través de una serie de estadios evolutivos y buscaba los vestigios de aquellas relaciones sociales antiguas que los habitantes del Occidente «civilizado» habían dejado atrás hacía mucho tiempo; pero esas huellas preservadas les permitían reconocer su propio pasado. Muchos de los primeros etnólogos no viajaron por el mundo. Algunos ordenaban e interpretaban los útiles y las armas, las vestimentas y los objetos culturales que recopilaban las expediciones científicas y los ejércitos coloniales; otros buscaban modelos básicos ocultos en los mitos de los pueblos. La ambición a contribuir a una «ciencia general del ser humano» —una «antropología» plena— fue desapareciendo con el tiempo y se especializaron en el estudio minucioso de etnias concretas.

Gracias a Bronisław Malinowski (polaco) y a Franz Boas (emigrado de Westfalia a Estados Unidos), que trabajaron de forma independiente, la Etnología (que Boas denominaba antropología) pasó de ser una colección de conjeturas sobre la base de materiales aislados y anecdóticos a una ciencia de procedimiento netamente empírico, centrada en la observación participativa de los etnólogos durante períodos de tiempo prolongados. Hacia 1920, este cambio de paradigma se había completado. Entonces ya resultaba posible (y habitual) describir la lógica singular de las distintas sociedades no occidentales. Esto tuvo un efecto paradójico: por un lado, la etnología (*Völkerkunde,* en su denominación alemana) presentaba un discurso comparativamente poco racista, pese a su múltiple relación con el colonialismo. La doctrina del «relativismo cultural», de Franz Boas, destacó por ser una respuesta de peso

al *Zeitgeist* racista. Pero, por otro lado, la transición del evolucionismo universal de finales del siglo XIX al estudio de casos específicos de principios del siglo XX aislaba a las sociedades sin escritura del contexto de la historia de la especie humana, las convertía en casos singulares y las relegaba a un rincón apartado de la historia y la sociología. Esto también contribuyó a cierto aislamiento de la etnología/antropología entre las ciencias, algo menos frente a la sociología según la practicaba Émile Durkheim en Francia. Solo desde la década de 1970 la antropología influyó sobre las otras ciencias sociales y humanas. En esas fechas, en lo esencial, ya se había completado la fase heroica de descripción y clasificación mundial de etnias desconocidas hasta entonces; había durado aproximadamente de 1920 a 1970.

Se ha discutido mucho al respecto de si los estudios orientales, la arqueología y la etnología han actuado como cómplices del colonialismo y el imperialismo.[2734] No se puede dictar una sentencia general. No cabe duda de que la mera existencia de los imperios ofreció posibilidades de expansión favorables para muchas ciencias, como por ejemplo la botánica, la zoología o la medicina tropical.[2735] Pero salvo a este respecto, el balance es heterogéneo.[2736] Por un lado, desde la perspectiva de principios del siglo XXI confunde la arrogante seguridad con la que los científicos europeos daban por sentada la superioridad incontestable de su propia civilización. Este punto de partida, sin embargo, fue confirmado por los grandes éxitos de la interpretación organizada de los otros. Estos éxitos también fueron en buena medida de naturaleza práctica, puesto que a quien contaba con buenos mapas, conocimientos lingüísticos y la comprensión de las costumbres y los usos ajenos le resultaba más fácil conquistar, gobernar y explotar a esos otros. Hasta aquí, aunque sus representantes concretos no lo buscaran, el orientalismo y la etnología produjeron un saber útil para el dominio colonial. Por otro lado, no está claro cuánta importancia real tuvo este conocimiento, ni hasta qué punto se

utilizó para fines prácticos. Solo después de la primera guerra mundial hubo intentos políticos de organizar el poder colonial de acuerdo con una base «científica», y aun en estos casos de consulta especializada, se confió ante todo en los economistas, no en los etnólogos. Antes de 1914, los etnólogos —y en particular, los aficionados— tuvieron un papel propio en las administraciones coloniales sobre todo donde se intentaba someter a los súbditos del imperio colonial a un orden jerárquico.

Por entonces no abundaban los etnólogos que trabajaran in situ, y cuando su número se incrementó, después de la primera guerra mundial, a menudo actuaron como críticos feroces de las prácticas del gobierno colonial.[2737] La filología oriental, por su parte, ofrecía poco saber que se hubiera podido aplicar directamente en la práctica colonial. Esto, a su vez, ha provocado el reproche de que *precisamente* porque la disciplina se concebía a sí misma como apolítica se la pudo integrar «objetivamente» en el dominio occidental del mundo; y esto sería grave si se pudiera comprobar que la supremacía del saber occidental, apoyada colonialmente, hubiera privado a asiáticos y africanos de su autonomía y su voz. Pero no es fácil encontrar ejemplos de que se reprimiera el conocimiento autóctono sobre la *propia* civilización. De hecho, la recuperación científica de las tradiciones indias fue un proyecto compartido al principio por indios y europeos, que se pudo continuar sin ruptura tras la independencia de la India, en 1947. En países no coloniales de Asia como Japón, China o Turquía, ahora con el ejemplo de la historiografía, familiarizarse con el procedimiento crítico de la concepción rankeana de la historia comportó que la relación con el propio pasado se volviera más plural y, en general, se incrementase claramente el nivel científico. Así pues, el despliegue de las ciencias occidentales de los «otros», durante el siglo XIX, parece haber actuado menos como una irrupción imperialista en las culturas vivas del saber ajeno que como un impulso fundacional de las Humanidades globalizadas de

nuestros días.

La geografía como ciencia imperial

Si hubo una disciplina que actuó como cómplice de la expansión europea, sería ante todo la Geografía.[2738] Durante las tres primeras décadas del siglo XIX, la geografía pasó de ser una descripción de los países a partir de una colección de datos a ser un discurso complejo sobre los contextos naturales y sociales de la Tierra, en el marco de paisajes y espacios claramente delimitados. Las figuras claves de su fundación no se situaron en las proximidades del colonialismo europeo. Alexander von Humboldt —que había estudiado las condiciones de la América hispana tardocolonial más a fondo que nadie— fue uno de los críticos contemporáneos más feroces. Desde la universidad de Berlín, Carl Ritter, el gran enciclopedista del saber geográfico, puso en práctica un relativismo cultural mucho antes de que Franz Boas lo describiera como actitud, y defendió la equivalencia de las diversas formas culturales y sociales del planeta. Sin embargo, no todo el mundo adoptó tanta distancia con la política. Napoleón, que promovió cuanto pudo la geografía, ya disponía de geógrafos de cámara que acompañaron con su ciencia la formación del imperio. Durante todo el siglo, hallamos componentes geográficos en un gran número de las empresas imperiales. Era frecuente que los conquistadores recibieran clases de cartografía y geografía durante su instrucción bélica. Cartógrafos oficiales creaban los mapas de los nuevos territorios ocupados. Geógrafos especialistas ayudaban a delimitar las fronteras, aconsejaban sobre la mejor ubicación de las bases, y aparecían como expertos en los recursos minerales (junto a los geólogos), el transporte o la agricultura. Estas funciones se acompañaron de un interés notable por la geografía en las opiniones públicas nacionales. Una formación culta incluía estudiar la geografía de los otros continentes, y la expansión imperial contó con la aprobación entusiasta de los aficionados inscritos en las asociaciones geográficas. A partir de 1880, en las metrópolis

coloniales europeas surgió una geografía colonial específica. En especial en el imperio británico se dieron las condiciones adecuadas para establecer visiones verdaderamente globales de la exploración y la «valorización». Con la permeabilidad característica de Gran Bretaña entre las empresas privadas y estatales, por ejemplo la Real Sociedad Geográfica (Royal Geographical Society), fundada en 1830, se convirtió en una especie de gestor organizativo de los viajes de exploración y recopilación del saber geográfico de todo el mundo. La utilidad imperial no siempre estuvo en un primer plano, pero nunca se la ignoró. De todas las ciencias, la geografía fue la más entrelazada con la expansión imperial de Occidente.2739

Esto no comporta que se pueda reprochar a la geografía en general que colaborase con la opresión de los pueblos extranjeros. Como disciplina, entró muy tarde en las universidades: en Gran Bretaña, no antes de 1900; en Alemania, Francia y Rusia, en el último tercio del siglo. Durante mucho tiempo fue una hermana menor de la historia, que gozaba de más prestigio, pero en el transcurso del siglo —bajo el signo del «historicismo»— tomó distancia con todo lo que se asemejaba a una determinación naturalista de la libertad humana. Humboldt todavía consideraba conjuntamente los aspectos de la geografía física y la cultural; no se separaron hasta más adelante, aun sin abandonar el paraguas común de la misma disciplina. Esta separación, aunque era necesaria, creó un problema de identidad irresoluble y situó a la geografía entre dos aguas: las de las ciencias naturales rigurosas, muy próximas a la Física, y las de las «auténticas» ciencias del espíritu. Además, aparte de los geógrafos específicamente coloniales, no todos los representantes de la disciplina se pusieron al servicio directo del proyecto imperial. Para muchos, su labor principal era describir el propio marco nacional.

La relación entre la expansión y la exploración es más estrecha y antigua. Los viajes a ultramar y la voluntad de apoderarse de tierras y colonizarlas eran dos caras de la misma moneda desde

los tiempos de Colón. Los descubridores y los conquistadores provenían del mismo medio cultural europeo. Habían tenido una formación similar y compartían objetivos similares e ideas similares sobre la posición y la misión que correspondía a su propio país, al cristianismo o a toda Europa en el mundo. En el siglo XVIII llegó a considerarse una expectativa natural que las grandes potencias debían contribuir a que sus Estados descorrieran los velos del planeta. Gran Bretaña y Francia pusieron en marcha proyectos de circunnavegación del globo con preparación científica y un equipamiento abundante. El imperio zarista expresó su ambición de ascender a la misma categoría, tanto imperial como científica, al emprender este mismo camino (misión de Kruzenshtern, 1803-1806). En Estados Unidos, el equivalente de estas operaciones marítimas lo representó atravesar por vez primera el continente de este a oeste, un proceso iniciado durante esos mismos años (1803-1806) por el presidente Thomas Jefferson. La expedición, encabezada por Meriwether Lewis y William Clark, desarrollaría tareas científicas que hasta en los detalles recordaban a los viajes de exploración marítima desde los tiempos del capitán James Cook.

El tipo del «descubridor» estuvo en un compromiso desde el principio. Colón y Vasco da Gama ya habían recurrido a la violencia. A lo largo de cuatro décadas, sin embargo, hubo al menos el mismo número de viajes de estudio que lograron sus metas sin violencia. Y ocurrió así en algunos de las más notables, como los de Alexander von Humboldt, Heinrich Barth o David Livingstone. La era del neoimperialismo, no obstante, hizo florecer por última vez la figura del viajero como «conquistador». Bismarck, el rey Leopoldo II de Bélgica o la República Francesa utilizaron los viajes de investigación (de un nivel de competencia científica muy diverso) para comunicar in situ su toma de posesión de territorios africanos o del sudeste asiático. Henry Morton Stanley, periodista experto, fue seleccionado por el rey Leopoldo para ser su hombre en África,

y encarnó este tipo con especial resonancia en los medios de varios continentes (con tres expediciones por África entre 1870 y 1889). En la generación posterior, Sven Hedin, que en 1894 había iniciado una larga carrera como explorador del Asia central, fue el sueco más famoso de su tiempo; fue condecorado con toda clase de órdenes, medallas de oro y doctorados honoríficos, y gozó de un acceso ilimitado a monarcas y jefes de gobierno de Oriente y Occidente. Sven Hedin, que no dejó de ser un hombre del siglo XIX, encarnaba de nuevo las contradicciones de la relación de Europa con Oriente. Hedin tenía conocimientos lingüísticos excelentes y se había formado en Alemania como experto en cartografía e investigación geográfica. La organización y financiación de sus grandes expediciones, la última de las cuales concluyó en 1935, demostró su talento como gestor científico. Hedin estaba convencido de que Europa era superior en general a Oriente. Era un nacionalista sueco (y también alemán) y un militarista, se hallaba netamente situado en la derecha política, y gustaba de participar en los planes e hipótesis geopolíticos sobre la función del «vacío de poder» centroasiático en la lucha de las grandes potencias. Ahora bien, también fue uno de los primeros investigadores occidentales que, sobre todo después de la primera guerra mundial, se tomó muy en serio la joven ciencia china —que lidiaba por obtener reconocimiento internacional— y cooperó con expertos chinos. Hoy goza de gran prestigio en China; es un caso no atípico de fama póstuma, pues no pocos exploradores científicos europeos, aun a pesar de haber actuado al servicio de los imperios, han sido acogidos en el universo de la memoria nacional de los países postimperiales.2740

Estudio del folclore y descubrimiento de la vida rural nacional

Entre los «otros» que, en el siglo XIX, pasaron a ser objeto de los estudios rigurosos, también tuvieron su papel los habitantes del propio país. Las élites racionalistas de la Era de la Revolución concibieron la forma de vida y pensamiento de los

campesinos, las clases inferiores urbanas y los vagabundos como obstáculos a la modernización social y vestigios de una estructura mental «supersticiosa». Si los partidarios del filósofo utilitarista Jeremy Bentham, al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, defendieron que las tradiciones hinduistas y musulmanas de la India no merecían pervivir, los administradores civiles y militares del imperio napoleónico no mostraron más comprensión por las creencias populares de los católicos italianos o españoles. Las actitudes y acciones que se dirigieron en Europa contra el «salvajismo interior» no son esencialmente distintas de las emprendidas en las colonias. Tanto aquí como allí las autoridades predicaron y practicaron una «educación para el trabajo».2741 Quizá en un sitio se confió más en el Estado, en otro en las medidas coercitivas. Pero la intención y el resultado fueron similares: el capital humano se volvió más eficaz, lo que se relaciona con un afán genuino (a menudo, de raíz cristiana) por «elevar» el grado de civilización de las clases inferiores. El Ejército de Salvación, que se fundó en 1865 en Londres y acabó actuando a nivel internacional, fue un ejemplo de este empeño caritativo de civilización; si en ultramar hubo «misiones para los paganos», en la Europa protestante les acompañó una «misión interior» en ayuda de los más débiles socialmente. Un fenómeno paralelo a estos casos de política social temprana, ya fueran de origen oficial o filantrópico, fue el respeto por las formas de vida del «pueblo», respeto que a veces bordeó la glorificación. Johann Gottfried Herder fue el pionero intelectual de esta actitud. A principios del siglo XIX, los estudiosos de la lengua, historiadores del Derecho o recopiladores de la «poesía popular» cobraron más fuerza.

El Romanticismo social podía apuntar a focos políticos muy diversos. En el caso del gran historiador francés Jules Michelet, se concebía como admiración radical hacia los creadores de la nación y la revolución; Wilhelm Heinrich Riehl —que publicó una *Historia natural del pueblo alemán como fundamento de una*

política social alemana, en cuatro volúmenes, entre 1851 y 1869 — partía de la desconfianza hacia la destrucción social provocada por la urbanización y la industria. Ambos autores, Michelet y Riehl, describieron casi contemporáneamente y desde puntos de partida muy distintos la vida de las clases inferiores, en su actualidad y su pasado, con una simpatía y detallismo inusuales hasta entonces (Michelet le añadió una atención particular hacia la historia de las mujeres). Con su labor, Riehl fue uno de los fundadores de lo que en Alemania se denominó «Volkskunde», un estudio del «espíritu de los pueblos», y sus costumbres, derivado del Romanticismo conservador.2742 Riehl halló admiradores sobre todo en Rusia, que vieron en su obra la confirmación de sus preferencias políticas (en realidad, contrarias a las del alemán). Los campesinos recién liberados de la servidumbre, con sus arcaicas comunidades rurales, fueron sometidos a una notable estilización por los intelectuales urbanos de clase alta, que los convirtieron en sujetos revolucionarios. Con estos *naródniki* o «amigos del pueblo» empieza un nuevo capítulo en la historia del radicalismo ruso.2743

En las artes europeas los elementos del folclore popular también fueron objeto de una atención renovada. El exotismo exterior de la apropiación orientalizadora corrió casi en estricto paralelo con el folclorismo interior. Lo que se inició como la búsqueda de nueva inspiración en la música anónima de la gente sencilla —y, al mismo tiempo, de un estilo nacional característico— no tardó en revelarse como un lenguaje musical exportable. Así surgió, dentro de Europa, un orientalismo musical. Hubo compositores franceses enamorados del colorido español (Georges Bizet, *Carmen*, 1875; Édouard Lalo, *Sinfonía española*, 1874), y el sonido «típicamente húngaro» de los cíngaros, que Joseph Haydn ya conocía y que el cosmopolita Franz Liszt (originario del Burgenland) elevó a marca nacional con sus *Rapsodias húngaras* para piano, a partir de 1851, no disonaba en absoluto con la lengua musical de un Johannes

Brahms (hamburgués con residencia en Viena). En 1904, insatisfecho con la formación de un cliché nacional romántico que ya resultaba *kitsch*, el joven Béla Bartók y su compatriota Zoltán Kodály emprendieron la búsqueda de la auténtica música de la población rural húngara, pero también de las minorías no magiares que vivían dentro del reino de Hungría (integrado en el imperio de los Habsburgo). Emplearon los métodos de la etnomusicología incipiente, que pronto se aplicaron también a la producción musical extraeuropea. Bartók y Kodály, desde luego, integraron sus hallazgos en obras cultas de exquisito refinamiento. Bartók, que como compositor fue más allá del Romanticismo,[2744] también fue un investigador de primera categoría con respecto a los «otros» del interior de Europa. Su obra etnomusicológica puso de manifiesto que también se podía estudiar el folclore sin ajustarlo a una ideología nacionalista y *völkisch*.

En el siglo XIX, el uso de la escritura permitió que muchas personas, en todo el planeta, participaran en formas de comunicación a gran distancia. Esto fue fruto de la creciente alfabetización y la mayor disponibilidad de medios impresos. La alfabetización avanzó de una forma extremadamente desigual, pues dependía del nivel de bienestar, los objetivos políticos, la voluntad de los misioneros y la ambición educativa de cada persona o grupo. En su mayoría requirió de impulsos locales, que luego hubo que hacer perdurables trasladándolos a alguna clase de sistema apoyado institucionalmente, hasta concluir en la educación general obligatoria. La difusión de las lenguas mundiales también amplió los círculos de la comunicación, al menos para los que pudieron aprovechar las posibilidades de adquirir otros idiomas; posibilidades adicionales, ya que la expansión de las lenguas europeas se realizó superponiéndose a los mundos lingüísticos ya existentes, no reemplazándolos.

El acceso al conocimiento también se simplificó. Aun así, debía adquirirse —o diríamos mejor, *ganarse*— con esfuerzo. Mientras que conectar una radio o un televisor y seguir su programación

resulta sencillo y asequible para un analfabeto, la lectura es una técnica cultural que exige mucho. A este respecto, las tecnologías del siglo XX han rebajado el nivel de la exigencia cultural, pero también el umbral de la participación (por lo menos, pasiva) en la comunicación. Ahora bien, ¿a qué conocimiento se tenía más acceso? En el ámbito de los contenidos, es más difícil hacer generalizaciones para todo el mundo. En el siglo XIX el conocimiento ordenado, situado por encima de la vida cotidiana, que ahora se empezaba a denominar en general «ciencia», experimentó una multiplicación sin precedentes. Cada vez había más científicos que generaban esta clase de saber. Esto sucedía dentro de instituciones —antes que nada, la universidad— que no eran tan solo un marco para la actividad erudita de personas aisladas —como las academias en la Europa de la Edad Moderna—, sino centros dotados de medios propios que aspiraban a adquirir nuevos conocimientos de forma planificada y sistemática. Con ello, la ciencia tuvo efecto más allá de sí misma, porque ámbitos enteros del discurso social se redefinieron y organizaron ahora como ciencias: a finales de siglo, la crítica literaria (y la crítica textual filológica, muy vigorosa en Europa) dieron paso a la ciencia literaria; a la recopilación de palabras y la descripción gramatical sucedieron primero una historia de la lengua que buscaba regularidades, y luego, con Ferdinand de Saussure (*Curso de lingüística general*, 1916) una ciencia lingüística que postulaba la existencia por antonomasia de estructuras profundas de la lengua. Antes de 1800 no habían existido en Europa «ciencias» sociales y humanas, en el sentido de disciplinas formadas. En 1910 ya se había establecido el sistema de las disciplinas y el repertorio de las instituciones científicas que aún conocemos hoy. Hubo grandes demoras; empezó a asentarse en algunos países de Europa, algo después en Estados Unidos, pero no de forma local y desconexa, sino en un proceso de internacionalización creciente.

Antes de 1910 también habían surgido multitud de

«comunidades científicas» transfronterizas, en las que la información circulaba con rapidez, se competía por gozar de prioridad y se formaban criterios de valoración de la calidad y distribución de prestigio. Eran círculos dominados exclusivamente por hombres. Poco a poco también fueron entrando investigadores no occidentales; primero algunos científicos japoneses, y tras la primera guerra mundial, siempre despacio, también de la India o China. En las ciencias naturales se impusieron estándares transnacionales. Así, cuando en el período de entreguerras hubo intentos de establecer una ciencia específicamente «alemana», «japonesa» o (en la Unión Soviética) «socialista», resultaron risibles y anacrónicos. Esto no excluye que muchos científicos sintieran el impulso de lograr que sus trabajos beneficiaran a sus países. Pese a toda la transnacionalidad de las infraestructuras comunicativas y los criterios de lo que era buena ciencia, los científicos de todo el mundo se sentían en deuda con sus instituciones nacionales (muy en particular, durante la primera guerra mundial), y los expertos en Humanidades, herederos de la vieja retórica, actuaron antes que nada en la arena pública de sus propios países. Había una tensión entre el carácter internacional y el carácter nacional de la ciencia.

Capítulo 17
«Acción civilizadora» y exclusión

1. EL «MUNDO CIVILIZADO» Y SU «MISIÓN»

Durante miles de años, determinados grupos humanos se han considerado más valiosos que sus vecinos.2745 Los habitantes de la ciudad desdeñaban a los del campo, los grupos sedentarios a los nómadas, los que sabían escribir a los analfabetos, los pastores a los cazadores y recolectores, los ricos a los pobres, los que practicaban cultos complejos a los «paganos» y animistas. La idea de que existen varios niveles de refinamiento de la vida y la reflexión se encuentra muy difundida entre las regiones y las épocas. En muchas lenguas se expresa con palabras que se corresponden, más o menos, con el concepto paneuropeo de «civilización». Esta noción solo adquiere sentido mediante una tensión insoluble con la noción contraria. La civilización impera donde se ha derrotado a los «bárbaros» y «salvajes». Para ser reconocible como tal, la civilización necesita a su contrario. Si la «barbarie» desapareciera del mundo, no habría criterio para la necesidad de medirse que tienen los civilizados, ya sea a la ofensiva, con indulgencia, o a la defensiva, con inquietud. Los menos civilizados son necesarios para el gran espectáculo de la civilización, pues calificar a un grupo de civilizado no es un proceso autista y cerrado en sí mismo. Se necesita el reconocimiento ajeno, que puede llegar por varias vías. Los motivos preferidos por los civilizados son la admiración, la veneración y el agradecimiento tranquilo; con la envidia ajena también se puede vivir; si los bárbaros muestran odio y agresividad, la civilización se tiene que aprestar a la defensa. Un grupo se considera especialmente valioso a partir de la interacción entre la observación de uno mismo y la de las reacciones ajenas hacia uno, que pueden ser de diferente índole. Los civilizados son conscientes de que los propios logros viven bajo una amenaza constante. Un asalto de los bárbaros o un levantamiento de la plebe (los «bárbaros interiores») puede

arruinar la civilización en cualquier momento; aún supone un peligro mayor —por cuanto es más difícil detectarlo— la relajación del esfuerzo moral, el afán de exquisitez cultural y la cautela para no perder de vista la realidad. En China, en Europa y en otros lugares, esto se ha designado como «decadencia» o «corrupción» en su sentido lato: la «fortuna» mengua fatalmente cuando se pierde la fuerza de satisfacer los ideales elevados.

Así pues, la «civilización», en el sentido normativo de refinamiento constituido en sociedad, es una noción universal, no limitada temporalmente a la modernidad. A menudo se asocia con la idea de que a los civilizados les corresponde la tarea —o más aún, la obligación— de difundir sus valores culturales y su «modo de vida». Esto puede obedecer a diversos motivos: a liberarse de un entorno bárbaro, propagar una doctrina que se concibe como la única verdadera, o sin más, hacer el bien a los bárbaros. La idea de la «misión civilizadora» se alimenta de todos estos motivos. No hay que limitar el concepto de «misión» a la difusión de una creencia religiosa; debe entenderse ante todo como la convicción de ser un elegido y atribuirse uno mismo la responsabilidad de transmitir a otros las propias normas e instituciones, o también forzarle a adoptarlas con un grado mayor o menor de coacción. Presupone que uno está convencido de que el modo de vida propio posee un valor superior.

La «misión civilizadora» y sus contradicciones

Podemos hallar misiones civilizadoras en la relación de la antigua alta cultura china con los diversos «bárbaros» de su entorno. También la hallaremos en la Antigüedad europea y en todas las religiones expansivas. Pero la idea nunca fue tan poderosa como en el siglo XIX. En la Europa de la Edad Moderna, se puede interpretar la Reforma protestante como un gran movimiento de civilización de una cultura «corrupta», y a la inversa, entender la Contrarreforma como un intento defensivo de recuperar una iniciativa civilizada renovada.

Monumentos culturales como la Biblia de Lutero o las grandes iglesias barrocas se pueden ver como el instrumento de misiones civilizadoras. Pero la dinámica misionera de la Edad Moderna no se debe valorar especialmente, en particular no en su relación con la expansión europea en ultramar. Los imperios de la Edad Moderna no solían estar marcados por ideas misioneras. Salvo la monarquía española, nadie soñó con instaurar una cultura imperial homogénea.2746 Para los neerlandeses y los ingleses, *imperium* significaba una empresa comercial que apenas requería de regulación moral. El empeño misionero solo causaría problemas sociales y desequilibraría la frágil ficción de la armonía imperial. Los gobiernos coloniales, en consecuencia, tendieron a no tolerar la acción misionera en sus dominios hasta finales del siglo XVIII; y en los reinos ibéricos, las misiones católicas perdieron buena parte del apoyo del Estado colonial durante la segunda mitad del siglo XVIII. La idea de que las leyes europeas debían trasladarse también a la población autóctona, más allá de las comunidades de colonos europeos, casi nunca se sopesó y prácticamente nunca se llevó a cabo.

En la Edad Moderna todavía faltaba la convicción que en todo el mundo solo había una civilización de referencia: la europea. Esta globalización de las normas civilizadoras fue una novedad del siglo XIX largo. Presuponía que los viejos equilibrios militares, económicos y culturales entre Europa y los otros continentes —en especial Asia— ya no tenían vigencia. Por un lado, la misión civilizadora global de los europeos fue un arma ideológica para la conquista imperial del mundo. Por otro lado, no se podía difundir tan solo mediante cañoneras y tropas expedicionarias. Los éxitos de la misión civilizadora del siglo XIX reposaban sobre otras dos condiciones previas: por una parte, la convicción (no solo entre los representantes de las élites del poder europeo, sino también entre toda clase de agentes particulares de la globalización) de que el mundo sería un lugar mejor si el mayor número posible de no europeos

adoptaban los logros de una civilización superior; y por otra, la aparición en numerosas «periferias» de fuerzas sociales que compartían esta misma concepción. El ideal original de la misión civilizadora era estrictamente eurocéntrico y, en su ambición de absolutismo, se dirigía contra toda forma de relativismo cultural. Era por lo tanto inclusiva: los europeos no querían reservarse para sí mismos su civilización superior, sino que los demás también debían poder participar de ella. Además, políticamente era polimorfa: la civilización debía producirse tanto dentro como fuera de los sistemas coloniales. Podía preceder al acto de apropiación europea de las tierras, ser independiente de este o servirle de justificación a posteriori. La retórica de la civilización —como entidad valiosa y como acción de civilizar— podía acompañar por igual a una toma de poder y una formación estatal independientes de Europa. Se basaba en la concepción optimista del progreso y de la creciente aproximación entre las culturas del mundo. Servía por lo demás para justificar y acompañar como propaganda toda clase de «proyectos» que afirmaban ir en pos de ese progreso. No había problema en «civilizar» no solo a los bárbaros o los que tenían otro credo, sino también la flora, la fauna y los paisajes. El colono y sus desmontes, el cazador de piezas mayores, el regulador de los ríos fueron figuras emblemáticas de esta civilización omnipresente del planeta. Los grandes oponentes a los que había que derrotar eran la naturaleza y el caos, las tradiciones y los fantasmas y espectros de la «superstición» de toda índole.

La teoría y la práctica de la misión civilizadora tienen una historia. Empieza a finales del siglo XVIII, poco después de que el concepto de «civilización» se convirtiera en una categoría central en la descripción que las sociedades europeas hacían de sí mismas; primero, en Francia y Gran Bretaña. Hacia mediados del siglo XIX entró en una fase en la que el prestigio de la civilización europea había alcanzado el máximo fuera de Europa. En las décadas de en torno a 1900, se hizo más

hincapié que nunca en una misión civilizadora que, sin embargo, a la luz de los medios de presión de la política imperialista —a los que por entonces se recurría con plena intensidad—, resultaba cada vez más hipócrita. La primera guerra mundial dañó el prestigio y el aura del «hombre blanco».2747 Aun así, la misión civilizadora no quedó enterrada, en ningún caso. A partir de 1918, todas las potencias coloniales pasaron a un colonialismo de intervención (que buscaba el «desarrollo» de las colonias), versión aumentada y ajustada a la época de la misión civilizadora, que luego halló continuidad a partir de 1960, aproximadamente, en las políticas desarrollistas de los gobiernos nacionales y organizaciones internacionales. En la «época de collado», hacia 1800, la misión civilizadora empezó a desplegarse en la práctica a gran escala. En cuanto a la historia de las ideas, esto presupone dos cosas: por un lado, la confianza de la Ilustración europea tardía en la pedagogía, esto es, la fe en que las verdades, una vez reconocidas, estaban ahí para ser enseñadas y aplicadas; y por otro, la formulación de modelos graduados universales de la evolución humana, desde la sencillez de las condiciones primitivas hasta el pleno despliegue de una sociedad civil basada el Derecho y la laboriosidad. A partir de aquí se dibujaban varias opciones. Quien prefería confiar en el funcionamiento automático del proceso evolutivo se mostraba menos activista e intervencionista que quien sentía el impulso de actuar de forma militante contra la barbarie del mundo.

La «acción civilizadora» también se aplicó a las propias sociedades. Historias nacionales en pleno, como por ejemplo la argentina, se construyeron a partir de la oposición entre civilización y barbarie —*Civilización y barbarie* se titula, precisamente, un texto del posterior presidente Domingo Faustino Sarmiento, que vio la luz en 1845 y marcó época —.2748Las periferias nacionales, tanto en los Estados nacionales antiguos como en los de reciente formación, se consideraban zonas culturalmente marginales por ser vestigios

de estadios de evolución anteriores. Cuanto quedaba en las Tierras Altas escocesas de la arcaica estructura de los clanes se convirtió en folclore para los turistas del sur. Escocia, que en la década de 1770 aún se había podido «descubrir» como una especie de África del norte, se convirtió en un museo de historia social al aire libre en la época de la exposición del Palacio de Cristal (1851). Desde el norte de Italia, se dirigió (y aún se dirige) una mirada más severa hacia zonas fronterizas como Cerdeña, Sicilia y el Mezzogiorno. Tras la formación del Estado nacional italiano, a medida que crecía la decepción por la integración dificultosa de estas zonas marginales, más se aproximó el lenguaje con que se hablaba de ellas desde el norte a la retórica imbuida de racismo que se empleaba para África.2749 Las clases inferiores de las grandes ciudades de la industrialización aparecían también como «tribus» ajenas a las que era preciso inculcarles un mínimo de comportamiento civilizado —léase: burgués— con la presión del Estado y el mercado, más la caridad privada y la persuasión religiosa.

Diferencias nacionales: las variantes bávara, francesa y británica

Las misiones civilizadoras también tuvieron encarnaciones específicas en cada país. Los alemanes no poseyeron hasta 1884 ningún imperio colonial de ultramar en el que hubieran podido aplicar su «labor cultural» (como se la denominaba entonces). La concepción alemana de la educación, propia del período clásico y romántico, era un programa de refinamiento del propio yo, no sin una gran dosis de utopía política. A falta de bárbaros concretos, el proceso de civilización se realizaba individualmente, de forma reflexiva, dirigida hacia el propio interior. Pero cuando los alemanes tuvieron de golpe la oportunidad de participar en un proyecto civilizador más extenso, lo hicieron con particular afán. En 1832, las grandes potencias situaron el Estado de Grecia, recién creado, bajo tutela bávara. Se eligió como rey a un príncipe bávaro y se lo dotó de una burocracia bávara y una ideología bávara de

reformas «elevadoras». Padeció la contradicción de que, concluido el dominio de los turcos, se quería restaurar la *Hellas* clásica —el sueño de todo bachiller del *Gymnasium*—, pero no parecía haber duda de que los griegos «contemporáneos» eran completamente inútiles para esa labor tan noble. Más adelante, la regencia bávara se retiró y los griegos se libraron por fin de su rey Otón, al que no apreciaban, y lo enviaron al exilio a Franconia.2750 Es una ironía de la historia que, poco después, los griegos dieran con una variante propia de la misión civilizadora. La denominaron «la gran idea» (*megali idea*) y la dirigieron contra los turcos, a los que se quería arrebatar la mayor extensión posible del antiguo territorio helénico; y en 1919, cuando —animados por Gran Bretaña y por la gran concepción que tenían de sí mismos— cometieron el gran error de atacar al ejército turco, sufrieron una derrota aplastante. Entre los numerosos fracasos de las misiones civilizadoras, el hundimiento del afán expansivo de Grecia tras la primera guerra mundial fue un caso especialmente espectacular.

Anteriormente, la misión civilizadora que Napoleón había emprendido a caballo tuvo efectos desiguales. Toda la expansión napoleónica, que se inició con las campañas de Italia y Egipto, se acompañó desde el principio de una propaganda que la presentaba como una colosal empresa de liberación. La misión fracasó en Egipto, y luego en España y en el Caribe francés. En 1820, los esclavos ya liberados en las islas de las Antillas se vieron sometidos de nuevo a la esclavitud. En cambio, en los estados de la Confederación del Rin, el régimen francés tuvo un efecto global de modernización y civilización genuinas. Aquí los franceses introdujeron leyes e instituciones de corte burgués y suprimieron vestigios de tradiciones de épocas ya pasadas. La influencia indirecta de Francia tuvo un efecto similar en Prusia e incluso, más débilmente, en el imperio otomano. La acción civilizadora francesa se caracterizó por su *estilo*. En las regiones ocupadas de Europa —en particular, cuando toparon con culturas populares marcadas

por el catolicismo— los oficiales militares y los funcionarios civiles franceses trataron con extrema arrogancia y franco desprecio a la población autóctona, que se les antojaba atrasada. Los regímenes de ocupación eran sumamente racionales y eficientes y, al mismo tiempo, adoptaban una distancia extrema con sus súbditos. En Italia, por ejemplo, el dominio francés casi nunca estableció relación con la población local, más allá de los reducidos círculos de los colaboracionistas.[2751]

La Francia napoleónica fue la primera encarnación de un Estado civilizador autoritario en la Europa occidental. El Estado se convirtió en instrumento de una transformación planificada de la pervivencia del Antiguo Régimen, tanto dentro del país como fuera de sus fronteras. El objetivo de las reformas ya no era, como en la Edad Moderna —por lo menos antes de que apareciera la figura del enérgico y subversivo emperador José II — corregir injusticias concretas; ahora se trataba de hacer realidad un orden completamente nuevo. Esta variante «napoleónica» de la remodelación tecnocrática desde arriba no se limitó a Francia, sino que se encuentra en otros varios lugares del mundo colonial. Así, lord Cromer, que después de que Gran Bretaña ocupase Egipto en 1882 fue un estatúder casi todopoderoso, también representa una figura de aire napoleónico, por su preferencia por la fría racionalidad administrativa, pero con la diferencia de que él ya no pensaba en absoluto en «liberar» a la población autóctona. En 1798, Napoleón quería difundir la Ilustración en Egipto. A partir de 1882, a Cromer solo le interesaba mantener en paz un país de importancia estratégica como paso entre Asia y África y consolidar sus bases fiscales; en lo esencial, se trataba de perfeccionar las técnicas de gobierno empleadas en la India con posterioridad a la Gran Sublevación, en otro contexto. La «civilización» de Egipto solo sirvió a los intereses de la potencia ocupante y carecía de toda ambición revolucionaria.[2752] Por otro lado, la posterior política colonial de Francia, en su

conjunto, no procedió siempre al estilo «napoleónico». En el mejor de los casos, se avanzó un poco en instaurar un Estado racional y educativo en el África occidental. Pero aquí el Estado también tuvo que llegar a acuerdos, y no con los colonos (como en Argelia), sino con los agentes del poder local; acuerdos que demuestran que el gobierno directo distó de ser impecable.

A diferencia del intervencionismo del Estado napoleónico, hostil a la religión y la Iglesia, la misión civilizadora británica, al principio, obedecía a un fuerte impulso religioso. Su primer defensor acreditado, Charles Grant —con un cargo destacado en la Compañía de las Indias Orientales, escribió la influyente *Observaciones sobre el estado de la sociedad entre los súbditos asiáticos de Gran Bretaña* (1792)— fue un representante del auge evangélico en la era de la Revolución Francesa. Los protestantes se exigían a sí mismos comprometerse con la «mejora» moral de los indios, en una especie de romanticismo colonial específicamente británico. A ello se añadió la forma singular de la Ilustración tardía británica, el utilitarismo de Jeremy Bentham, no muy distante de la concepción napoleónica del Estado por su intención racionalizadora y su preferencia por el autoritarismo.2753 En la India esta alianza peculiar entre evangélicos piadosos y utilitaristas en general indiferentes a la religión logró eliminar prácticas tan repulsivas como la de quemar vivas a las viudas —el *sati*, abolido en 1829, después de que esta costumbre, que causaba cientos de víctimas cada año, se hubiera tolerado durante setenta años en Bengala, bajo gobierno británico.2754 Los intentos de civilizar la India al estilo occidental llegaron al máximo en la década de 1830 y concluyeron en 1857, con la conmoción de la Gran Sublevación.

En esta época, los misioneros también hallaron ocasión para actuar en muchos otros campos. Pasada la mitad del siglo, se dibujó un modelo característicamente británico de la misión civilizadora, que no era tanto un patrón que imponer en toda circunstancia como un conglomerado de actitudes. Era un

modelo muy influido por el sentimiento de responsabilidad cristiano-protestante, que halló su expresión más clara en la conocida figura de David Livingstone, viajero por África, misionero y mártir. La difusión de los valores laicos de Occidente también fue aquí, ante todo, una obra de los misioneros. El Estado y las sociedades misioneras cristianas estaban más alejados entre sí que el imperio colonial francés, donde Napoleón III utilizó la misión católica como instrumento directo de su política imperial; ni siquiera la Tercera República desdeñó la colaboración con los misioneros en las colonias. En el imperio británico, los misioneros siguieron aspirando a una transformación radical de la vida cotidiana de sus protegidos y convertidos cuando el Estado colonial ya se mostraba mucho más distante de esa clase de objetivos.[2755] Entre las numerosas sociedades misioneras protestantes, no todas creían que su deber consistía en modificar otros elementos, aparte de la fe de aquellos a los que evangelizaban. Pero la mayoría no separaban radicalmente la religión y la vida civil. El típico misionero británico de finales del siglo XIX ofrecía un surtido amplio: la Biblia y el abecé, el jabón y la monogamia. Una segunda característica de las palabras y los hechos de los educadores británicos de la humanidad fue la universalización creciente de su programa. A lo sumo desde mediados de siglo, detrás del empeño con que se dirigía a los diversos pueblos estaba la confianza de ayudar a que la civilización en sí emergiera. Aunque la *mission civilisatrice* francesa competía con su propia canto a la universalidad, en realidad su base era más patriótica. El universalismo de la acción civilizadora británica reflejaba que la presencia del imperio británico se distribuía por todo el mundo —sus barcos, misioneros, productos de exportación—, pero también que los británicos se identificaban más que nadie con dos prácticas normativas cuyo radio de acción era ilimitado por naturaleza: el derecho internacional y el libre mercado.

Civilizar mediante el Derecho

Hacia mediados de siglo, el viejo *ius gentium* se transformó en un estándar legal de la civilización, de vinculación universal. En el siglo XIX, el medio principal de los procesos de civilización transcultural fue el Derecho. Era más eficaz que la religión porque sus importadores podían adecuarlo a las necesidades locales incluso allí donde las normas y los valores autóctonos siempre se habían mostrado inmunes a los intentos de invasión religiosa. En Japón, las misiones cristianas (de la confesión que fuera) nunca llegaron a arraigar de verdad —ni siquiera después de que se cancelara el veto al cristianismo, en 1873—, en cambio se adoptaron muchos elementos de los sistemas legales europeos. En el mundo islámico, con su estrecha concordancia de las creencias y la ley, la resistencia contra los intentos de cristianización fue al menos tan intensa como en Japón; pero aquí también, en países no coloniales como el imperio otomano y Egipto (antes de la ocupación británica de 1882), se introdujeron componentes trasladables del Derecho europeo. El prestigio y la eficiencia del Derecho derivan de su doble naturaleza: por una parte, es un instrumento político en manos de las autoridades legisladoras; por otra, un producto de la evolución autónoma («anónima», según se complacían en llamarla los teóricos legales del Romanticismo alemán) de las valores ideales de una sociedad. Esta doble naturaleza del Derecho, entre la evolución y la construcción, también se puso de relieve en el contexto colonial. Aquí el Derecho, más su imposición por medio de jueces y policías, fue a menudo un arma afilada de la agresión cultural. Prohibir la lengua local, por ejemplo, estuvo entre las medidas más odiadas de las autoridades en toda la historia del colonialismo. Esta clase de medidas siempre acabó representando un gol en propia meta y nunca tuvo el efecto «civilizador» que se buscaba. Ahora bien, entre las ventajas del imperio británico, cuando se lo compara con otros imperios coloniales, figuraba la tradición legal inglesa, abierta y capaz de irse adaptando, cuya aplicación pragmática en muchas colonias dejó espacio para los acuerdos y la

coexistencia con las costumbres legales del lugar. La portaba una conciencia legal que no tenía parangón en Europa: preveía que los gobernantes debían rendir cuentas no solo ante los superiores, sino también ante una opinión pública legal y moralmente vigilante y hacía de esto uno de los rasgos principales de la civilización. Un «estándar de la civilización» aplicable internacionalmente, por lo tanto, era el equivalente internacional al «imperio de la ley» en el interior de la sociedad.2756

El «estándar de la civilización» de la era victoriana, a juicio de los coetáneos, pertenecía menos al aspecto construido del Derecho que al evolutivo.2757 Surgió, con el paso del tiempo, como precedente etnocéntrico de los derechos humanos actuales, y debía entenderse como un repertorio básico de normas de vigencia universal, que, en conjunto, hacían hincapié en qué significaba ser miembro del «mundo civilizado». Estas normas se hallaban en muchos campos de la regulación jurídica. El espectro iba desde prohibir los castigos corporales más crudos hasta el comportamiento aceptable en el trato internacional de los Estados. Esto incluía que los gobiernos intercambiaran embajadores y, por lo menos en el plano simbólico, se trataran como iguales. La faceta evolutiva de esta interpretación de leyes con validez transcultural era considerar que fue el fruto de un largo proceso de evolución civilizadora en Europa, y que sus «naciones punteras» —antes de 1870, con frecuencia, esto equivalía tan solo a Gran Bretaña y Francia— estaban llamadas a ser las garantes de este estadio de perfección legal.2758 La pretensión de autoridad moral de Europa, según esta versión, derivaba del éxito de la propia educación. ¿Acaso en el siglo XVIII no se había dejado atrás la brutalidad pública de las guerras de religión, se había privado al Derecho penal de sus rasgos arcaicos (al menos, en lo que atañía a las personas de raza blanca) y se habían forjado reglas practicables para las relaciones civiles?

Hasta entrada la década de 1870, los teóricos legales europeos

emplearon la vara de medir del «estándar de la civilización» para criticar los usos «bárbaros» de los países no europeos; pero aún no se pensaba en traducirla en una acción inmediata a gran escala. Incluso la «apertura» de China, Japón, Siam y Corea mediante la guerra (o una política de exhibición amenazadora de las cañoneras) se concibió menos como parte de una misión civilizadora general en esa región del mundo que como una respuesta práctica a la necesidad de facilitar las relaciones interestatales. El sistema de los Puertos de los Tratados, establecido en China en 1842, representó un acuerdo para Occidente, no un triunfo. China se vio obligada a conceder a los extranjeros el privilegio de la extraterritorialidad, pero no se la coaccionó para que modificara todo su sistema legal. La occidentalización del Derecho chino ha sido un proceso muy prolongado, que no se inició antes de 1900 y que hoy todavía no ha concluido. En el siglo XIX, el paso posterior a esa clase de «apertura» fue la exigencia occidental de reforma de algunos ámbitos legales concretos. Entre ellos, los de la propiedad y la herencia, pero en países como Brasil o Marruecos, por la influencia occidental, el Derecho matrimonial también se alineó más con las costumbres «civilizadas».

La acción civilizadora del mercado y la violencia

El segundo gran vehículo de la misión educadora victoriana fue el mercado. La utopía liberal según la cual los intereses moderarían las pasiones era uno de los elementos clave del pensamiento civilizador victoriano. Los mercados, según la ortodoxia liberal, hacían que las naciones fueran pacíficas, las castas guerreras, superfluas, las personas, diligentes, emprendedoras y ambiciosas. En el siglo XIX se añadió la idea de que el mercado era un mecanismo «natural» de producción de riqueza y distribución de las oportunidades. Para ello se necesitaría solo, se decía, suprimir tradiciones perjudiciales y renunciar a que las autoridades intervinieran de forma inadecuada en los circuitos naturales. En tal caso, las capacidades humanas se multiplicarían al máximo, fueran

cuales fuesen las condiciones culturales de partida. El liberalismo clásico presuponía que todo el mundo respondería con entusiasmo a los estímulos del mercado. Por medio del transporte a vapor y la comunicación telegráfica, los mercados se expandirían cada vez más a esferas de actividad. La «revolución comercial» (*trade revolution*) victoriana se notaría en todo el planeta. No todos los economistas de mediados del siglo XIX compartían este optimismo ingenuo. Los observadores más perspicaces de la realidad social no tardaron en constatar que no necesariamente la economía de mercado perfeccionaba al ser humano y elevaba el nivel moral general. El mercado civilizaba a algunos, a otros los dejaba como estaban, y en un tercer grupo hacía aflorar las facetas más desagradables de la naturaleza humana. Según lo entendieron John Stuart Mill y algunos de sus contemporáneos, el *homo œconomicus* también necesitaba cierta preparación y formación. Políticamente, este era un argumento de doble filo. Quería proteger de la conmoción que causaría un enfrentamiento súbito de las culturas económicas precontemporáneas con una competencia irrestricta. Por otro lado, de ello se podía derivar la necesidad de un colonialismo tutelar que paso a paso situara a los no europeos en el camino de la modernidad económica. La práctica colonial que se realizó bajo la etiqueta de «educación para el trabajo» —y que en esta forma no era lo buscado por reformadores como Mill— solía suponer mucho trabajo y muy poca educación. Esta pedagogía económica colectiva, sin embargo, también tuvo resultados positivos: la ayuda al desarrollo de la época poscolonial.

Economía de mercado, Derecho y religión fueron los tres pilares sobre los cuales se levantaba la variante del proyecto más poderoso de misión civilizadora, con efecto en todo el mundo: la variante británica. En el caso francés —con su misma insistencia, en ningún otro— se añadió la asimilación a la alta cultura del poder colonial.2759 Las diversas iniciativas de «acción civilizadora» no se diferencian solo según las naciones,

sino también por la época, los ejecutores, las circunstancias locales y la profundidad que se atribuía a la brecha cultural. Cuando esta brecha se percibía como insalvable y se entendía que los candidatos a ser civilizados eran incapaces de ascender hasta el nivel genuino de la «alta cultura», se llegaba al punto de considerarlos inútiles, prescindibles y, desde la perspectiva «civilizadora», casos sin remedio. Las consecuencias previsibles eran la expulsión, la marginación y, en último extremo, el exterminio material. Ahora bien, incluso en tiempos del neoimperialismo, estas situaciones fueron más bien excepcionales. A ninguna potencia colonial le interesaba perpetrar genocidios sistemáticos en época de paz. No obstante, en el Estado Libre del Congo, bajo dominio belga, se perpetraron atrocidades extraordinarias desde la década de 1880; las tropas alemanas actuaron igualmente contra los pueblos herero y nama, en 1904-1905, en el África suroccidental alemana; y algunas de las guerras coloniales de la época —por ejemplo, la conquista estadounidense de las Filipinas— se ejecutaron con tal brutalidad consciente que numerosos historiadores han empleado literalmente el concepto de «genocidio».2760

Asistencia y seguridad en uno mismo

La misión civilizadora, como proyecto de reforma vital colectiva, se hallaba entre dos extremos de nula intervención. El humanitarismo de una Europa solícitamente moral coexistía con el motivo del abandono de los «salvajes» o «primitivos», cuya extinción se aceptaba con impasibilidad y un fatalismo arrogante. Hacia el cambio de siglo se habló con frecuencia de las «razas moribundas» de las periferias imperiales, pueblos cuya pérdida no se debía impedir; no en vano ciertos economistas especialmente insensibles ya habían interpretado la hambruna irlandesa de 1846-1850 como una necesaria crisis de adaptación.2761 Por otro lado, en determinadas circunstancias, todas las potencias europeas preferían la política de «gobierno indirecto», que evitaba deliberadamente

tales intervenciones tan crudas en las estructuras sociales autóctonas. Allí donde se ejercía este poder indirecto, se dejaba a los nativos en paz, siempre que se mantuvieran en paz, pagaran los impuestos, atendieran a los «consejos» de los agentes coloniales y fueran fiables en la entrega de los productos para la exportación. A menudo, el Derecho local podía continuar sin cambios, incluidos los usos penales más «bárbaros». Las autoridades coloniales frenaban a los misioneros más celosos, y a veces mantenían relaciones de respeto mutuo con las clases altas locales, cuyo exotismo y colorido no querían que se perdiera por la monotonía de la occidentalización. De esta índole fue la relación de los británicos con los príncipes indios y los sultanes malayos, así como el trato que Francia dio a la élite indígena del Protectorado de Marruecos desde 1912.2762

En tales circunstancias, las misiones civilizadoras solo podían perjudicar los equilibrios de poder establecidos y los acuerdos de coexistencia cultural, porque en el núcleo de esas misiones yacía la intención de remodelar radicalmente sociedades enteras, en todos los aspectos de su modo de vida. Es asombroso con qué seguridad en sí mismos muchos misioneros —que a menudo se hallaban lejos de la protección imperial y en una posición de minoría vulnerable— consideraron que esa reforma total era posible. Pero en general, las misiones civilizadoras fueron un programa —y también la obra— de minorías. En las propias sociedades europeas, los reformadores civiles estaban rodeados por mayorías «incivilizadas»: campesinos, clases inferiores urbanas, pueblos errantes. Las metrópolis en crecimiento eran la meta de migraciones que despertaban una combinación ambivalente de sentimientos: el rechazo y la voluntad de transformación filantrópica. Analistas como Friedrich Engels o Henry Mayhew vieron muy pocas diferencias entre los habitantes de los suburbios ingleses y las masas pobres de las colonias. Mayhew estableció una estrecha analogía entre los «nómadas urbanos» sin propiedades de su

país y los auténticos nómadas de los remotos desiertos. Desde la perspectiva de las minorías burguesas reformistas, los «bárbaros interiores» eran poco menos extraños y temibles que los salvajes exóticos. Esto no fue una particularidad europea. En México, los «científicos» liberales —una élite de la administración, que tomó por modelo las oligarquías urbanas y los eficientes aparatos estatales de Europa— emprendieron una prolongada campaña contra los indios de las zonas rurales y su ideal —supuestamente atrasado— de la propiedad comunitaria de la tierra. Los miembros de esta élite eran racistas y consideraban que los indios eran netamente inferiores por razones biológicas, y por lo tanto ineducables.2763 También burócratas e intelectuales urbanos de Tokio, Estambul o El Cairo contemplaban las regiones campesinas de sus respectivos países como un mundo salvaje y remoto.

El estallido más espectacular de «salvajismo» en el seno de un mundo que se sentía orgulloso de su refinamiento civilizado se produjo durante el levantamiento de la Comuna de París, en 1871. Los *communards* fueron sojuzgados con una violencia que tenía poco que envidiar a las acciones de castigo con las que los británicos replicaron a la Gran Sublevación india de 1857. Cuatro mil de los supervivientes fueron deportados a Nueva Caledonia, una colonia recién incorporada del Pacífico sur, donde los rebeldes derrotados fueron sometidos a un programa de civilización muy similar al que se aplicaba en esa misma época a la población canaca autóctona.2764 Desde el punto de vista del sector civilizado del siglo XIX, la barbarie se escondía en todas partes, bajo formas muy diversas, y exigía medidas correctoras en todos los rincones del mundo. Solo allí donde la mayoría demográfica correspondía claramente a los blancos, la civilización podría imponerse con éxito desde una posición de superioridad incontestada; sobre todo, frente a los indios norteamericanos, acabadas las guerras indias, o también en las Filipinas, donde Estados Unidos ya puso en marcha programas de reforma sistemática antes de la primera guerra

mundial.
La lengua de la civilización y la acción civilizadora fue el idioma dominante en el siglo XIX. En torno al cambio de siglo, se vio socavada (o al menos puesta en duda) por un racismo que, en sus variantes más extremas, no confiaba en que los otros fueran educables. Concluida la primera guerra mundial, en una atmósfera en la que la retórica racista se moderó en casi todo el mundo —pero no en Alemania ni la Europa centro-oriental—, el pensamiento civilizador vivió un renacimiento antes de que, en la década de 1930, italianos, japoneses y alemanes empezaron a propagar que eran una raza superior y, por la ley del más fuerte, tenían derecho a practicar un colonialismo que podía prescindir hasta del mínimo de simpatía por los colonizados, algo insoslayable para la relación transformativa de la misión civilizadora. Así, de la misión civilizadora victoriana salieron varios caminos distintos hacia el futuro. Uno de ellos terminó, en el siglo XX, en el punto extremo donde la ficción del carácter civilizado propio quedaba desenmascarada por la negación de la humanidad de los otros. Otro llevó desde los inicios del «desarrollo colonial» (durante el colonialismo tardío) hasta la ayuda al desarrollo de la segunda mitad del siglo XX, organizada en el nivel no solo nacional, sino también internacional. Un tercer camino desembocaba en la indiferencia, donde, por empeño que se hubiera puesto, la misión civilizadora individual fracasaba. El civilizador optimista se arriesgaba siempre a que su esfuerzo resultara vano. Los británicos vivieron este momento en 1857, cuando «la India» (así se percibió en Gran Bretaña: como unidad colectiva) demostró ser radical y dolorosamente «ingrata» e «ineducable», después de varias décadas de reforma británica. Los misioneros vivieron una y otra vez experiencias similares: la cristianización que habían introducido no pasaba de ser superficial, o, a la inversa, era tan completa que la población convertida se alejaba de la protección misionera. Los movimientos de autonomía política, de varias clases, se interpretaron a menudo como

efectos involuntarios de la difusión del pensamiento occidental. Asiáticos y africanos emplearon el Derecho que los europeos les habían enseñado para criticarlos, y dirigieron los sublimes principios legales del universalismo contra la culpable política colonial. Las lenguas europeas propagadas no sin esfuerzo se usaron como instrumentos de la retórica antiimperialista.

El siglo XIX destaca entre la sucesión histórica porque nunca antes —y, desde la primera guerra mundial, nunca más de un modo tan natural— las élites cultas y dominantes de Europa estuvieron tan seguras y convencidas de ir a la cabeza del progreso y encarnar una civilización de referencia universal. O dicho a la inversa: el éxito de Europa en la creación de riqueza material, en el dominio científico-técnico de la naturaleza y en la expansión (con apoyo militar y económico) de su poder y su influencia hizo surgir un sentimiento de superioridad que se expresaba simbólicamente en el discurso de la «civilización» europea universal. Hacia finales de siglo se introdujo una nueva denominación: la «modernidad».2765 La palabra no tenía plural; solo en los últimos años del siglo XX se empezó a hablar de «modernidades múltiples». El concepto de la «modernidad» no ha dejado de ser ambiguo. Nunca ha habido un acuerdo al respecto de en qué punto histórico debía empezar esa modernidad. La noción se empleó pronto con dos significados de alcance distinto. Por un tiempo designó a la civilización europea (occidental) en su conjunto, como algo distinto de todas las demás culturas por su carácter «moderno». Pero luego también se prestó atención a las contradicciones existentes en el seno de la propia Europa, contradicciones que, de nuevo, se hallaban en dos planos distintos. Primero «modernidad» y «modernismo» designaron una actitud de enfrentamiento vanguardista de círculos reducidos que querían dejar atrás el tradicionalismo y la estrechez de miras de la mayoría. Este era el sentido de los diversos movimientos «modernos» de renovación artística. En nombre de la modernidad iban más allá de las normas estéticas aceptadas. En segundo lugar, no se

podía pasar por alto la heterogeneidad geográfica de la propia Europa. Hacia 1900, en muchos países del continente, a lo sumo serían «modernos» los modos de vida, la conciencia y el gusto de las élites urbanas; el campo vegetaba con pereza. Había extensas regiones que, desde la perspectiva intelectual, burguesa y aristocrática de Londres, París, Ámsterdam, Viena, Berlín, Milán, Budapest, y también de Boston o Buenos Aires, no estaba claro si transmitían civilización o si más bien la necesitaban con cierta urgencia. Los Balcanes, Galitzia o Sicilia, Irlanda o Portugal, las sociedades rústicas de la «frontera» del continente americano, ¿pertenecían acaso al «mundo civilizado»? ¿En qué sentido formaba parte de «Occidente»?

El orgullo arrogante de creerse los más civilizados y tener derecho a difundir esa civilización por todo el mundo —más aún, el deber de hacerlo— fue en cierto sentido pura ideología. Esta se empleó en incontables casos para justificar la agresión, la violencia y el robo. En toda forma de misión civilizadora dormitaba un «imperialismo de la civilización».[2766] Por otro lado, sin embargo, no debemos perder de vista que las sociedades de la Europa occidental, y también las neoeuropeas, se caracterizaban por un dinamismo y una creatividad desbordantes. La asimetría de la iniciativa histórica caía temporalmente del lado de Occidente y los otros no parecían ver ningún futuro ante sí que no pasara primero por una penosa imitación de Occidente. Según afirmaba la doctrina occidental del salto civilizador, o quedaban atrapados en un pasado «sin historia» o luchaban contra la carga de sus plúmbeas tradiciones. Hacia 1860 había razones fundadas para ver el mundo así. Hacia 1920, las diferencias materiales entre los países occidentales más ricos y las sociedades más pobres de otras regiones del mundo habían crecido aún más. Al mismo tiempo, sin embargo, se empieza a poner en duda la pretensión universalista de Occidente, con fuerzas que, a finales de la primera guerra mundial, todavía eran muy débiles. La Sociedad de Naciones, fundada en 1919, aún no representó un foro como

el que supuso la ONU a partir de 1945. La promesa de 1919 —cuando el presidente estadounidense Woodrow Wilson habló vagamente de la «autodeterminación de los pueblos» y despertó esperanzas de emancipación en muchas zonas del mundo— se desvaneció sin consecuencias.2767 Los imperios coloniales de las potencias vencedoras perduraron. Europa quedó desprovista de su magia; la forma en que se había descuartizado a sí misma fue contemplada con asombro desde el exterior, pero al principio tuvo pocas consecuencias concretas. Las dudas surgidas en el interior (Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, 1918-1922) y las exigencias formuladas desde el exterior —sobre todo, el ascenso del imperio japonés— todavía no pusieron en peligro la soberbia de la civilización europea y norteamericana. Mahatma Gandhi, el principal adversario asiático de Occidente en el período de entreguerras, expresó el problema con fina ironía cuando, al preguntarle un periodista qué pensaba sobre la «civilización occidental», replicó: «Sería una buena idea».2768 Pero Gandhi, como casi todos los demás líderes nacionalistas del movimiento de liberación de la India, no vaciló en situarse del lado de sus oponentes británicos cuando a finales de la década de 1930 Occidente volvió a resquebrajarse y el desafío nacionalsocialista, con su odio racial, amenazaba con ir mucho más allá de la petulancia civilizadora británica.

2. EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS Y «SUPREMACÍA BLANCA»

Esclavos en Occidente, no en el Asia oriental

En 1800 la barbarie todavía anidaba en el núcleo de la civilización. Los Estados que se tenían a sí mismos por los más civilizados del mundo toleraban que, en sus ámbitos de jurisdicción, lo que incluía también los imperios, la esclavitud perdurase. En 1888, un siglo después de que se fundaran los primeros grupúsculos antiesclavistas en Filadelfia, Londres, Manchester y Nueva York, la esclavitud se había declarado ilegal en todo el Nuevo Mundo y muchos países de otros

continentes. Faltaba solo un paso para llegar a la situación actual, en la que la esclavitud se considera legalmente un crimen contra la humanidad. Los vestigios de una institución que hacía siglos que representaba la base de muchos sectores económicos del continente americano y el Caribe no desaparecieron de la noche a la mañana. Las consecuencias mentales y sociales de la esclavitud aún persistieron durante décadas, e incluso hoy muchas son reconocibles. En África, de donde habían salido los esclavos para las plantaciones de América, hubo restos de esclavitud y de tráfico de esclavos hasta bien entrado el siglo XX. Hasta la década de 1960 —todo un siglo después de la abolición de la esclavitud en Estados Unidos— no imperó en el mundo islámico un consenso general contra la legitimidad jurídica y aceptabilidad social de la esclavitud. El último Estado del mundo que la prohibió fue la Mauritania musulmana, en 1981.2769

Aun así, 1888 supone un gran hito en la historia de la humanidad. Hacia finales de siglo, la institución que contradecía más que ninguna otra el espíritu liberal de la época había perdido casi toda la legitimidad (salvo en la esfera cultural islámica), se había proscrito y en general había desaparecido. Aún había algunas sociedades con esclavos, pero desde que Brasil decidió declarar ilegal la esclavitud, ya no quedaban sociedades esclavistas como tales. Se hundió un último vestigio del siglo XVII, época del primer gran auge de los sistemas negreros; en la zona de influencia de Occidente ya no se admitía tratar a las personas como una propiedad comerciable y heredable.

Aunque en Occidente la gente se felicitaba por haber dejado atrás la barbarie del trabajo y el tráfico de los esclavos, en un gran proceso de autocivilización, de modo que por fin se había logrado una sociedad genuinamente cristiana, también debe hacerse hincapié en que la esclavitud no caracterizó al mundo entero hasta el siglo XVIII y principios del XIX. La tendencia a una mayor libertad en las relaciones laborales se había

invertido en la Europa de los siglos XVI y XVII, tanto en sus colonias de ultramar como en las regiones orientales del este del Elba (con la «segunda servidumbre»). Pero en esa misma época, en China y Japón apenas había condiciones de esclavitud dignas de mención. (No así en Corea, donde la esclavitud no se abolió hasta 1894, bajo la influencia japonesa.2770 En el confuciano Vietnam fue menguando poco a poco durante el siglo XVIII.) Además, en la Edad Moderna, la gran era de renacimiento de la esclavitud en Occidente, el sistema no se había reintroducido. En el siglo XVIII, por lo tanto, en principio no había esclavos en las civilizaciones china y japonesa —sí en la occidental—. El budismo, cuya influencia era especialmente fuerte en el sudeste asiático, se hallaba más distante de la esclavitud que en islam o la Iglesia cristiana. Sin embargo, las leyes abolicionistas no se aprobaron hasta el siglo XIX. En 1874, cuando el budista Siam, después de un proceso de varias décadas de retroceso del trabajo forzado y una extrema estigmatización social, aprobó un primer decreto abolicionista (que aún así no afectaba a todos los esclavos; la supresión no fue completa hasta 1908), ocurrió menos por una presión directa de Occidente que a consecuencia de un renacer del budismo, inspirado en la vida ejemplar de Buda, más la voluntad de la monarquía siamesa de consolidar su emergente imagen de modernidad. A principios del siglo XX, la monarquía despótica ilustrada de Siam, que perduró hasta 1932, decidió dar una nueva identidad al antiguo país esclavista: la esencia de Tailandia se definió precisamente por la ausencia de la esclavitud.2771

Reacciones en cadena

Sin embargo, estos análisis comparativos eran muy infrecuentes en el Occidente del cambio de siglo. Se desdeñaba tanto a las sociedades orientales (con la salvedad de Japón) que no se estaba preparado para reconocer el notable salto histórico que habían dado. También se pasó por alto un segundo punto en la complacencia contemporánea sobre el final de la

esclavitud: el hecho de que este resultado no había sido un fruto del reino autónomo del progreso, sino que no se habría llegado tan lejos sin la disposición de muchas personas a convertir las sensaciones morales en acción política. La esclavitud fue objeto de un combate activo. Sus oponentes de Europa y América tuvieron que asumir algunos reveses, y a veces lograron victorias escasas y precarias, porque la esclavitud era defendida por intereses poderosos. No «murió con el paso del tiempo», no se desvaneció por haber quedado anticuada. Su destino estuvo asociado con las grandes convulsiones de la época. Las grandes derrotas de la esclavitud no llegaron en los tiempos de paz, sino en relación con revoluciones, guerras civiles y estridentes rivalidades internacionales.

A finales del siglo XIX, terminar con la esclavitud en su propia casa otorgó a los europeos y norteamericanos una nueva justificación para su misión civilizadora. Se entendía que el «mundo civilizado» había demostrado una vez más su superioridad y, con ello, el derecho al liderazgo universal. Sobre todo frente al mundo islámico, que aún no consideraba escandalosa la esclavitud, se podía adoptar (no sin motivo) una actitud segura de superioridad moral. En África, la batalla europea contra la esclavitud se usó como uno de los motivos y justificaciones más destacados de las intervenciones militares. Sobre todo por su oposición frontal a la esclavitud, el colonialismo se veía como una fuerza de progreso. La intención de luchar contra la esclavitud también en la orilla africana del Atlántico reunió a imperialistas progresistas, abolicionistas blancos y antiesclavistas afroamericanos.2772 Los occidentales se adentraron hasta el interior del continente para poner fin al tráfico y destruir el poder político de los propietarios de esclavos. En las colonias conquistadas durante la era del neoimperialismo no se reintrodujo la esclavitud. Era muy habitual que el trabajo se hiciera bajo una severa coacción, pero en los dominios europeos de ultramar no se toleró el

tráfico de esclavos ni se recogió la condición esclava en el Derecho colonial. Si en la Edad Moderna los europeos todavía mantuvieron una gran distancia entre el ámbito legal propio, en el continente, y las condiciones legales imperantes en las colonias de ultramar, al menos en este ámbito el neoimperialismo introdujo un marco legal unitario. En ningún lugar de los imperios británico, neerlandés, francés o italiano se permitía comprar, vender o regalar seres humanos, ni imponerles castigos corporales graves sin la autorización del Estado, es decir, como cumplimiento de una sentencia judicial.

El retroceso de la esclavitud y el tráfico de esclavos se desarrolló como una reacción en cadena trasatlántica, en la que todas las acciones locales adquirían un sentido adicional en un contexto más amplio. Los abolicionistas británicos fueron aún más allá y se vieron a sí mismos, desde el principio, como activistas de un proyecto universal. Después de lograr la prohibición de la esclavitud en los ámbitos de su propio dominio, enviaron delegaciones a los Estados negreros y organizaron congresos internacionales.[2773] Tanto partidarios como defensores de la esclavitud observaron con atención la escena internacional y se esforzaron por ir reevaluando la cambiante relación de fuerzas. La reacción en cadena no fue constante y continua. Entre las varias etapas de la emancipación hubo etapas largas de estancamiento e incluso revitalización de la esclavitud. Así, la posición histórica de la revolución haitiana resultó del todo ambigua. Por un lado, en la colonia francesa de Santo Domingo, que en 1804 pasó a ser el Estado independiente de Haití, la década de 1790 fue testigo de la destrucción revolucionaria y completa del sistema esclavista. En el espacio atlántico, allí donde los esclavos tuvieron noticia del acontecimiento, este actuó como faro de liberación. Pero en los demás lugares, los sucesos de la antigua colonia azucarera fortalecieron la esclavitud. Los dueños de las plantaciones francesas de Santo Domingo huyeron a las Jamaica británica o la Cuba española y ayudaron a expandir la economía esclavista

local. Gracias a esta fuente de capital y de energía migratoria, Cuba pasó de ser un rincón olvidado del mundo colonial a dedicarse a exportar para el *agrobusiness*.2774 Los contrarios a toda concesión a los esclavos insatisfechos, allí o en el sur de Estados Unidos, aprovecharon para argumentar que sin la relajación vivida durante los años de la Revolución Francesa, los esclavos no habrían tenido ocasión de emprender una protesta militante.

El modelo del endurecimiento de los sistemas esclavistas como reacción al avance de la emancipación se repitió en las décadas de 1830 y 1840. Tras un breve período de transición, con una semiesclavitud ya muy menguada, en 1838 la abolición cobró fuerza legal en las colonias británicas del Caribe y en Sudáfrica, lo que trajo la libertad a 800.000 niños, mujeres y hombres. Era una emancipación de origen estatal, no como en Haití, el fruto de una guerra revolucionaria. Sin embargo, las consecuencias sociales y económicas que repercutieron en las Indias Occidentales británicas no fueron muy distintas. Después de que, en islas como Jamaica, Barbados, Trinidad o Antigua, se disolviera la propiedad de las plantaciones a gran escala, la agricultura local volvió a la economía de subsistencia del pequeño campesinado. Las islas dejaron de ser exportadoras y productoras de riqueza para el imperio. Las indemnizaciones pagadas por el Tesoro británico fluyeron a manos de propietarios que por lo general eran de tipo «ausente», vivían en la propia Inglaterra y no reinvirtieron esos medios en el Caribe. (En Sudáfrica, en cambio, las compensaciones alimentaron en su mayoría la economía local y tuvieron un efecto revitalizador.) Los apologistas de la esclavitud, de nuevo sobre todo en el sur de Estados Unidos, vieron confirmarse la paradoja de que el avance moral de la emancipación —*supuesto* avance, a su entender— había acarreado un retroceso económico aún más perjudicial para todos los implicados. Las circunstancias de la emancipación en el Caribe británico reforzaron en los propietarios de las plantaciones la

determinación de evitar que el suceso se repitiera.2775

«Antislavery»: la respuesta británica a la Revolución Francesa

En la «Era de la Razón» solo unos pocos europeos se enfrentaron a la esclavitud y el tráfico de esclavos, que durante el siglo XVIII no dejaron de aumentar su importancia en el espacio atlántico. Algunas voces críticas aisladas (como las de Montesquieu, el *abbé* Raynal o Condorcet) no pueden hacer olvidar que la esclavitud casi nunca resultó disonante para las percepciones morales e incluso las teorías del Derecho natural de la Ilustración. Como la esclavitud afectaba casi exclusivamente a los africanos, ello tenía que ver también, en el fondo, con la tradición europea de rechazo y desdén hacia todos los negros. Aunque los ilustrados todavía defendían la unidad de la especie humana, y no, como los teóricos raciales del siglo XIX, quisieron dividir la humanidad en razas del todo distintas, sin embargo para los europeos de la Edad Moderna las personas de piel negra eran forasteros por antonomasia, aún más lejanos que árabes o judíos.2776

El humanitarismo que, en la década de 1780, llevó a la fundación de las primeras asociaciones de agitación antiesclavista, no derivó de la filosofía más exquisita de la época, sino de otras dos fuentes: por un lado, la renovación del pensamiento cristiano sobre la fraternidad humana, entre algunas voces marginales de la religión establecida, y por otro un nuevo patriotismo que no reducía la superioridad de la propia nación a los ámbitos del poder militar y la eficiencia económica, sino que además quería actuar como faro moral y legal del mundo. Este humanitarismo patriótico y cristiano fue un fenómeno particular de Gran Bretaña. Era más una actitud que una doctrina expresa, y empezó animando a pocos activistas, entre ellos, desde el principio, también algunos exesclavos negros como Olaudah Equiano (1745-1797).2777 Pero pronto halló gran resonancia en una opinión pública británica que, de hecho, con el movimiento antiesclavista entró en una nueva fase de su desarrollo. *Antislavery* se convirtió en

un lema que, en la fase culminante del movimiento, sumó a cientos de miles de personas en acciones pacíficas extraparlamentarias. En un sistema político en el cual el Parlamento soberano aún estaba controlado por una oligarquía muy reducida, dieron dinero para apoyar a esclavos huidos, acudieron a actos masivos en los que se hablaba del horror de los buques negreros trasatlánticos y las condiciones de las plantaciones caribeñas, firmaron peticiones para los legisladores de Westminster. Mediante boicots comerciales —por ejemplo, contra el azúcar caribeño— ejercieron presión material sobre los intereses esclavistas. En estas circunstancias, los miembros de las cámaras parlamentarias, que se habían informado sobre los detalles del tráfico de esclavos en sesiones muy completas, aprobaron la prohibición de la trata esclavista bajo bandera británica, en marzo de 1807, con el 1 de enero de 1808 como fecha de entrada en vigor. En 1792 ya se había estado a punto de tomar esta decisión, que ahora, en el segundo intento, sí prosperó. El poeta Samuel Taylor Coleridge puso palabras a lo que muchos pensaban: las conquistas de un Alejandro o un Napoleón resultaban modestas en comparación con haber derrotado al tráfico de esclavos.2778 La investigación histórica está de acuerdo en que esta destrucción espectacular de una institución imperial que estaba en la base de uno de los grandes sistemas esclavistas no se puede explicar atendiendo solo a causas y motivos económicos.2779 La economía de las plantaciones, con mano de obra esclava, había alcanzado un máximo de eficacia y rentabilidad hacia finales del siglo XVIII; algunos propietarios habían amasado fortunas inmensas; desde el punto de vista de la economía nacional, tampoco se necesitaban cambios en la práctica imperante. Ideas como las que defendía Adam Smith —para quien el trabajo libre era más productivo que el impuesto— distaban mucho de ser mayoritarias entre los economistas británicos. Si un número suficiente de los miembros de la élite política —sin intereses directos en las Indias Occidentales— se

decantó por el cambio, la clave hay que buscarla en los ideales. En conjunto, formaron parte de la respuesta ideológica de Gran Bretaña a la Revolución Francesa y Napoleón.

La Revolución —al menos en su fase inicial, antes del Terror— enarboló una bandera universalista y humanitaria a la que no se podía responder convincentemente reafirmando sin más los intereses particulares de cada nación. A la «Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano», una ideología defensiva y conservadora solo podía hacerle frente si definía un campo propio de universalismo transnacional. Uno de estos campos era la esclavitud. Aquí la Asamblea Nacional revolucionaria, en París, se había mostrado vacilante y poco consecuente, porque igual que en el Parlamento británico, los intereses de las plantaciones pesaban mucho. En 1794 la Convención había acabado declarando ilegal la esclavitud en todas las posesiones francesas, y había concedido la ciudadanía a todos los varones de Francia, independientemente del color de la piel. Pero en 1820, Napoleón Bonaparte, como Primer Cónsul, restableció la legalidad de la esclavitud y el tráfico de esclavos. Así pues, en el plazo de unos pocos años, Francia había dejado de ser la líder de la opinión y había recaído en los usos egoístas del Antiguo Régimen. Durante los años previos a la decisión parlamentaria de 1807 —es decir, en pleno enfrentamiento con Napoleón—, la opinión pública patriótica británica había tomado la iniciativa ideológica. Para ello se pudo basar en el hecho de que en el Reino Unido imperaban las garantías *institucionales* más sólidas del mundo contra la arbitrariedad, ya fuera monárquica o republicana. Solo hacía falta trasladar esas garantías a las colonias.

Estos motivos políticos podían combinarse fácilmente con razones personales. La intervención personal en pro del buen fin del abolicionismo permitió que muchos hombres —y mujeres, pues abundaban en este movimiento— pusieran de relieve su compromiso cívico antes de que el sistema político británico viviera su proceso de democratización, y, al mismo

tiempo, les ayudó a aliviarse de un peso que cada vez se sentía más como una culpa colectiva. La retórica estudiada de los líderes abolicionistas apuntaba claramente aquí: a la identificación con las víctimas, para lo cual habían ido desbrozando el terreno tanto la «novela sentimental» del siglo XVIII como una temática contemporánea no menos popular, la de la liberación (Beethoven, *Fidelio*, 1805).2780

La estrategia de los principales abolicionistas en los medios de comunicación mezclaba llamamientos morales y humanitarios con argumentos que hacían valer los intereses militares e imperiales de la nación.2781 Inevitablemente, el gran enfrentamiento global con Francia afectaba a todos los ámbitos de la política británica. En 1815, este factor desapareció del mapa. El tráfico de esclavos se había limitado mucho desde que los británicos habían dejado de participar. Y la Royal Navy, como reina de los océanos, consideró que tenía derecho a detener también a los barcos de terceros países, para inspeccionarlos y, si hallaba esclavos a bordo, ponerlos en libertad sin atender a de quién fueran propiedad. Esto causó muchas complicaciones diplomáticas, por ejemplo con Francia, pero —aunque al tráfico de esclavos no se le pusiera fin— también evitó que otros aprovecharan el vacío comercial que había abierto la retirada británica. Igualmente, en 1807 el Congreso estadounidense prohibió que los ciudadanos del país participaran en el tráfico de esclavos africanos y con ello vetó la introducción legal de más esclavos. El impulso moral del primer abolicionismo fue lo bastante fuerte como para que una parte de la opinión pública británica siguiera aborreciendo la esclavitud en tiempos posteriores, cuando el imperialismo se acentuó. «*Antislavery*» siguió siendo un lema con gran capacidad de movilización. Por ejemplo, cuando en 1901 la empresa chocolatera Cadbury —para horror de sus propietarios cuáqueros— averiguó que el cacao que importaba de la isla atlántica portuguesa de Santo Tomé era producido por esclavos, los grupos proderechos humanos dirigieron una protesta

encendida contra Cadbury y contra Portugal, hasta que el Foreign Office se vio obligado a buscar una solución diplomática.[2782]

La India: abolición en una sociedad de castas

La abolición de la esclavitud en el imperio británico transcurrió, cuando se observa con más detalle, por varias vías. En el Caribe debilitó la economía de las plantaciones, pero los propietarios británicos, gracias a las indemnizaciones, recuperaron la inversión. En Sudáfrica, los blancos (bóers, pero también británicos) cuya producción agrícola había dependido de la explotación de los esclavos entendieron que las nuevas leyes eran un ataque contra su posición. La Gran Marcha de los bóers hacia el interior del país, iniciada a mediados de la década de 1830, fue entre otras cosas una respuesta a tres factores: a la nueva retórica humanitaria de la década anterior, al hecho de que la política de equiparación legal socavara la autoridad patriarcal, y a la liberalización de las condiciones laborales en el Cabo de Buena Esperanza.[2783] En el paisaje social de la India, en extremo heterogéneo, la abolición solo se pudo ir imponiendo paso a paso desde los primeros años de la década de 1840. Aquí, a diferencia de en el Caribe, no había un sistema esclavista unitario y de estructura conocida. Las fronteras entre los esclavos como propiedad ajena y otras formas de dependencia extrema eran difíciles de precisar. Los códigos legales y los usos del Derecho consuetudinario de las distintas sociedades incluían grados matizados de la falta de libertad. Había esclavitud doméstica y trabajo forzoso en el campo; se vendía a las mujeres para que realizaran servicios sexuales, se entregaba a los niños a extraños en caso de hambruna; la servidumbre de los deudores insolventes solía bordear la esclavitud, en particular si los padres transmitían la deuda a sus descendientes.

En estas condiciones, tanto los reformistas británicos como los indios tuvieron que proceder con cautela y con estrategias específicas para cada región. En las zonas islámicas, donde la

esclavitud estaba muy arraigada, se evitaba provocar en exceso a las élites dominantes. Donde era mayoritario el hinduismo, se planteaba un problema en extremo difícil: ¿a partir de qué punto podía calificarse como una forma de esclavitud la sumisión de las castas inferiores? No siempre se actuaba tan claramente como en el Estado de Kerala, donde, a principios del siglo XIX, los miembros de estas castas podían ser vendidos, comprados, empeñados y algunos incluso morir a manos de sus dueños sin que a estos se los castigara. Hasta nuestros días, la sociedad india es especialmente vulnerable a la servidumbre por deudas y el trabajo infantil seudoesclavizado. En su conjunto, sin embargo, antes de mediados de siglo ya se inició en la India un lento proceso de emancipación. Como hito legal destaca el año de 1843. Desde entonces los tribunales indios se negaron a admitir reclamaciones basadas en la condición a todas luces esclavizada del deudor.2784 En las décadas siguientes, muchos de los trabajadores que abandonaron el país con contratos de cumplimiento forzoso lo hicieron para huir de las condiciones aún más penosas de una esclavitud en lenta retirada.

La abolición francesa y neerlandesa

Pese a la intensa presión británica, Francia pospuso la abolición hasta 1848. Hasta entonces, los gobiernos franceses no fueron más allá de las buenas palabras necesarias para calmar a los británicos. El abolicionismo humanitario encontró poco apoyo en la opinión pública francesa. La administración colonial de la época de la Restauración (1815-1830) actuó en clara sintonía con los intereses de las plantaciones. En el Caribe —salvo en Haití, claro— se instauró de nuevo, algo más moderado, el sistema negrero del Antiguo Régimen; en la isla azucarera de Reunión, en el océano Índico, se creó toda una economía de plantaciones (en estricto paralelo temporal con lo que se hizo en la isla española de Cuba). Antes de la era del libre comercio, siguió siendo posible reservar para los productores coloniales el mercado del azúcar francés.

Paradójicamente, en 1825, el gobierno de Carlos X —especialmente reaccionario incluso para lo habitual en la Europa de la Restauración— suscribió un acuerdo bilateral de libre comercio con Haití y fue el primer Estado europeo que reconoció a la disidente república negra (eso sí, a cambio de indemnizaciones exorbitantes para los terratenientes franceses expulsados de la isla).2785 La Monarquía de Julio, que sucedió al poder borbónico en 1830, puso fin al tráfico de esclavos que en secreto había seguido surtiendo las colonias francesas —y había causado muchos enfrentamientos con Gran Bretaña—, ató más corto a las plantaciones y se orientó más hacia el modelo político de la Gran Bretaña contemporánea que al pasado del Antiguo Régimen.

Pero solo durante la revolución de 1848 un pequeño grupo de antiesclavistas, encabezados por Victor Schoelcher —un hijo de un empresario, que en 1829-1830 había visto el padecimiento de los esclavos en el Caribe—, logró imponer la abolición legal de la esclavitud. El éxito del abolicionismo francés en 1848 se explica porque la esclavitud tenía cada vez menos defensores fuera del grupo estricto de los que se beneficiaban de ella. Muchos intelectuales destacados —de Tocqueville a Lamartine o Víctor Hugo— habían dado su apoyo a la causa abolicionista en la década de 1840. A ello se añadió que el nuevo régimen republicano solo pudo controlar la situación de las colonias por la vía de someter a las élites de las plantaciones. La república primero, y luego la monarquía de Napoleón III, adoptaron el papel estilizado de soberanos patriarcales y bienintencionados que regían sobre súbditos coloniales de color.2786 En Francia nunca hubo un movimiento especialmente numeroso y perseverante contra la esclavitud.

El último país de la Europa occidental en abolir la esclavitud fueron los Países Bajos en sus escasas posesiones americanas, ante todo el Surinam. Aquí también hubo un período de transición, con situaciones de semiesclavitud, que duró hasta 1873. Como en los casos de Gran Bretaña y Francia (pero no de

Estados Unidos y Brasil) los propietarios de los esclavos fueron compensados por el Tesoro estatal. El coste de estas indemnizaciones se detrajo directamente de los ingresos enviados desde las Indias Orientales Neerlandesas, que se habían incrementado mucho en las décadas centrales del siglo, por efecto del nuevo «sistema de cultivo». Así pues, el trabajo forzoso en Indonesia costeó la liberación de los esclavos caribeños.2787

La abolición de la esclavitud en las colonias de la Europa occidental fue una reacción en cadena demorada. Después de que Gran Bretaña se adelantara, ya ningún otro país europeo que pretendiera ser «civilizado» podía seguir permitiéndose durante mucho tiempo quedar fuera de la dinámica abolicionista. La emancipación de los siervos de Rusia, en 1861, debe verse en el contexto de esta tendencia paneuropea. Fue un proyecto estatal, mucho más que en otros países. Allí no interpretaron ningún papel crucial ni los levantamientos campesinos ni un movimiento público a favor de una condiciones laborales más libres. La servidumbre, a juicio del zar Alejandro II y sus asesores era no solo una mancha negra en el prestigio internacional del imperio, sino también una institución que dificultaba la modernización social.

El fin de la esclavitud en Estados Unidos

En Estados Unidos, el proceso fue del todo distinto.2788 En ningún otro lugar había una sociedad esclavista tan estable como en los Estados del sur. Desde el simple punto de vista demográfico había experimentado un crecimiento inmenso, aun a pesar de que se dejaron de traer nuevos esclavos de África. En vísperas de la guerra civil, vivían en Estados Unidos 4 millones de esclavos; en 1840 solo eran 2,5 millones.2789 Los negros vivían en *la misma sociedad* que los blancos, mientras que los abolicionistas británicos y de la Europa continental que luchaban por la suerte de los esclavos del otro lado del océano apenas trabaron ningún contacto con africanos. El movimiento abolicionista hacía campaña en los Estados del norte, donde no

había esclavitud, pero no tenía ocasión de desplegarse en el sur. Antes de la guerra civil, en los Estados del sur se fue formando una mentalidad de barrera, tanto mental como política, que no aceptaba ninguna crítica al sistema. En su mayoría, los blancos que no eran propietarios de esclavos también se solidarizaron electoralmente con una idea del «Sur» de origen propagandístico, y defendieron condiciones sociales de las que no recibían beneficios directos. Al menos, la existencia del dueño de la gran plantación era un ideal de vida de muchos blancos que no pertenecían a la élite dominante. Los abolicionistas del norte, que no emprendieron su cruzada militante hasta los primeros años de la década de 1830, con gran participación de las mujeres y los afroamericanos, movilizaron una base social menor que los antiesclavistas británicos en la fase culminante de sus diversas campañas, antes de 1833. Batallaban en una situación aún más difícil que sus predecesores británicos porque el norte y el sur de Estados Unidos entretejían una red de vínculos mucho más estrechos que los que enlazaban Gran Bretaña y las remotas colonias azucareras. Además, la sociedad del norte de Estados Unidos era mucho más racista que la de Gran Bretaña a principios del siglo XIX y seguía bajo la impresión de su propio pasado negrero.

Los abolicionistas estadounidenses, al verse enfrentados a una apología más elaborada de la esclavitud, apelaron a fuentes religiosas más radicales y ocuparon una posición más fanática que sus colegas británicos en el espectro ideológico del país. Muchos estaban casi obsesionados con la convicción de que practicar la esclavitud —o simplemente tolerarla con cobardía— era un pecado punible. Como a menudo se preocuparon más por impedir el mal de la esclavitud que por la integración de los negros en la sociedad americana, las propuestas de resolver el problema repatriando a África a los esclavos liberados halló consenso mucho más allá de los reducidos núcleos abolicionistas; el rechazo a la esclavitud podía ir de la mano de

rechazar la presencia de población negra en Estados Unidos.2790 Pero los radicales congregados en torno del periodista William Lloyd Garrison descartaron tales planes.2791 Los abolicionistas estadounidenses se encontraron, incluso en el norte del país, con más resistencia de la que había habido nunca en Gran Bretaña. Esta resistencia podía ser materialmente violenta —con ataques contra las obras y las personas abolicionistas—, pero también una conjura de silencio. Tras la «crisis de Misuri», de 1819 a 1821, las fuerzas políticas que lideraban el país se pusieron secretamente de acuerdo en convertir en tabú la cuestión de la esclavitud. Entre 1836 y 1844 en el Congreso hubo incluso un veto expreso (*gag rule*) a toda consideración del tema. Durante mucho tiempo, por lo tanto, Estados Unidos careció de la voluntad política reformista que en Gran Bretaña asociaba la cuestión de la esclavitud con la del derecho de sufragio y que desembocó en el gran paquete de reformas de 1832-1833.

La lucha de los abolicionistas blancos y negros contra la esclavitud no habría causado por sí sola la guerra civil, y sin la guerra civil, probablemente esta «institución peculiar» todavía habría perdurado bastante tiempo. Los Estados del norte no iniciaron la guerra específicamente para poner fin a la esclavitud. Que Lincoln proclamara la emancipación el 1 de enero de 1863 —el hito crucial en la historia afroamericana del siglo XIX— no era una simple cuestión de principios, sino que tenía también una faceta pragmática: pretendía utilizar la resistencia negra en beneficio del propio esfuerzo militar. En origen, Lincoln no había sido abolicionista, solo se mostró públicamente en contra de la esclavitud desde 1854.2792 La esclavitud le había parecido inmoral desde el principio, pero durante mucho tiempo no encontró ninguna alternativa, dado que no esperaba que los negros fueran capaces de vivir con los mismos derechos en una sociedad mayoritariamente blanca. Por otro lado, Lincoln también había sido siempre partidario de que cada cual cosechara el fruto de su propio trabajo y pudiera

crecer como persona. Cuando accedió a la presidencia, Lincoln empezó mostrándose cauteloso con la plena emancipación, pero luego dio el paso con su decisión característica. Aun cuando en Estados Unidos la abolición no culminó un proceso constante de disposición reformista de las autoridades y de movilización pública, sino que fue una consecuencia secundaria de los acontecimientos bélicos, el problema de la esclavitud sí estaba en el origen de la guerra civil. Fue la causa principal por la que las instituciones débiles del Estado central —presidencia, Congreso y Tribunal Supremo— no lograron contener por más tiempo las tendencias centrífugas de las regiones. Los pros y contras de llevar la esclavitud a las zonas que se estaban conquistando por el Oeste se debatieron durante cuatro décadas, de 1820 a 1860; fue el tema central, no declarado, de la política interior estadounidense. El proceso revolucionario trasatlántico —en el que se incluyen tanto la revolución de Haití, la prohibición de la esclavitud en todas las colonias francesas (anunciada en 1794 y retirada en 1802) y la abolición británica— había socavado la base de la esclavitud al mismo tiempo que en el sur profundo de Estados Unidos, lejos de la costa oriental, la economía de las plantaciones estaba en claro auge.

Si dejamos de lado ahora el principio lincolniano de la irrevocabilidad de la constitución federal, esto habría podido conducir a la coexistencia de dos Estados constitucionalmente diferenciados en el territorio estadounidense, si los negreros sureños no hubieran ejercido una influencia dominante en la política nacional, desde George Washington hasta la elección de Abraham Lincoln. Antes de la guerra civil, el sur se había enrocado en el intento de obligar al norte a abandonar sus principios morales antiesclavistas. Así, en 1850 el Congreso aprobó una ley que autorizaba a las autoridades federales a perseguir a los esclavos huidos también en los Estados libres y, con uso de la violencia, devolverlos a sus propietarios en el sur (Ley del esclavo fugitivo). Hubo varias provocaciones de este

estilo. Querían dejar claro que la unidad normativa de la Unión —un mito emotivo cultivado desde los tiempos de la fundación— estaba rota. La guerra civil surgió en este contexto tenso y complejo. Al principio, los dos bandos interpretaron el papel del inocente perseguido. Los dos campos dirigieron la mirada claramente hacia el exterior. Para el norte, en proceso de industrialización, pese a que realmente había habido varios conflictos políticos con Gran Bretaña, este seguía siendo el punto de referencia principal en materia de política y cultura; en cambio las élites del sur sentían más afinidad con las otras élites negreras que aún pervivían en Brasil y Cuba. La emancipación proclamada por Lincoln también tuvo un efecto claro en la política exterior, porque con ello la opinión pública británica se puso claramente de lado del norte. Si el gobierno de lord Palmerston —bajo la presión de Napoleón III, entre otros factores— había sopesado intervenir en la guerra civil, la declaración de Lincoln desencadenó manifestaciones masivas en Gran Bretaña en las que, después de treinta años, la llama moral del movimiento abolicionista prendía de nuevo e impedía todo paso de Londres que favoreciera a los Estados del sur.2793

Brasil en comparación con Estados Unidos

En Haití y Estados Unidos, el fin de la esclavitud se acompañó de una violencia enorme. En el resto de las colonias del Caribe y las nuevas repúblicas de Hispanoamérica, donde la mayoría de las leyes de abolición se aprobaron en la década de 1850, el proceso fue más pacífico; también en el imperio zarista, cuyo decreto de emancipación vio la luz en 1861. En Cuba y Brasil la violencia también fue relativamente escasa. No hay consenso entre los historiadores al respecto de si la esclavitud latinoamericana fue menos brutal para los afectados que la del Caribe y Estados Unidos. En Brasil la mortalidad de los esclavos fue netamente superior que el sur de Estados Unidos, hasta el final mismo del sistema, lo que parece ser un argumento en contra. Como sea, está claro que, tanto en Brasil,

políticamente independiente, como en la colonia española de Cuba, la esclavitud contó con el apoyo de fuerzas poderosas; de otro modo, no habría durado hasta 1886 y 1888 respectivamente. En Brasil, a principios de la década de 1880, los propietarios esclavistas todavía defendían su propiedad con las armas en la mano. Igualmente, la resistencia de los esclavos no cejó, ni en público ni clandestinamente, pero la represión era lo bastante severa para que no se produjeran levantamientos de gran calado. En Cuba, donde el tráfico aún introdujo africanos hasta mediados de la década de 1860, la cuestión de la liberación de los esclavos se entrelazó con el programa general de las guerras de independencia de 1868 a 1878. La guerra fracasó, pero tanto los criollos sublevados como el gobierno español se acercaron a los esclavos con la expectativa de darles la libertad.[2794]

En comparación con Cuba —y todos los demás sistemas de Hispanoamérica—, Brasil era el segundo de los dos grandes sistemas esclavistas del mundo occidental, solo por detrás del sur de Estados Unidos. La abolición de la esclavitud no se produjo de golpe, como en Estados Unidos, sino con la «Ley de oro» que la infanta regente Isabel firmó en 1888, como espectacular último acto de gobierno de la monarquía, al final de un proceso de progresiva pérdida de importancia de la esclavitud durante el cual ya se habían realizado numerosas emancipaciones. Por efecto de la presión británica, en 1831 Brasil había promulgado una ley que prometía la libertad a todas las personas que llegaban al país en calidad de esclavos. Pero la ley se esquivó con incontables trampas por la vía del tráfico ilegal. En la década de 1840, incluso se incrementó la entrada de esclavos por esta vía. No hubo medidas eficaces contra la importación de esclavos hasta 1850, entre otras razones por el temor a que los barcos negreros propagaran el cólera. En consecuencia, el precio de los esclavos ascendió y las liberaciones se estancaron. En Brasil la manumisión siempre había sido mucho más fácil que en el sur de Estados Unidos y

había más probabilidades de lograr la libertad. Mientras los comerciantes y traficantes traían reemplazos de África, para los dueños de los esclavos brasileños era económicamente racional permitirles que compraran la libertad para adquirir nuevos esclavos con ese dinero. En Estados Unidos la posibilidad se perdió cuando se dejó de importar esclavos, en 1808, y los precios subieron mucho; en Brasil ocurrió lo mismo. Hacia mediados de siglo, aunque con gran diversidad regional, la importancia de la esclavitud para la economía brasileña empezó a menguar, primero en las ciudades, luego en las plantaciones azucareras, que se iban modernizando (con molinos de vapor) y recibiendo mano de obra libre contratada por inversores británicos, y por último también en las regiones cafeteras. A diferencia de en el sur de Estados Unidos, en el momento de su abolición, la esclavitud ya no era una institución económica potente. Se mantenía en los sectores y las regiones poco productivos, técnicamente atrasados y con redes de transporte deficientes.

El hecho de que el camino hacia la abolición fuera relativamente pacífico se debió a la coincidencia de tres factores. En primer lugar, el centro de gravedad de la economía se trasladó de la producción azucarera del nordeste hacia los cafetales en expansión del sur, donde los inmigrantes del sur de Europa tenían un papel cada vez mayor. La esclavitud perduró más donde el mercado laboral era insaciable, pero los empresarios veían cada vez más claras las ventajas del trabajo de los inmigrantes libres. En segundo lugar, Brasil era la única región de América al sur de California en la que el abolicionismo (desde la década de 1860) se expandió más allá de los intelectuales, los políticos liberales y los empresarios capitalistas, conquistando una masa de partidarios entre las clases medias urbanas y los trabajadores libres (tanto inmigrantes como nativos del país). En tercer lugar, la población esclava estaba distribuida por las distintas regiones de Brasil, pese a la formación de centros de gravedad

económicos. Por lo tanto, la cuestión no dio origen a una polarización simple entre regiones libres y carentes de libertad, como había ocurrido en Estados Unidos, donde culminó en el intento de secesión.2795 En mayor medida que en el Caribe y el sur de Estados Unidos, en sus últimas décadas de existencia, la esclavitud como *forma de trabajo* había quedado obsoleta. Pese a todo, no desapareció sin más. La abolición sin indemnizaciones (como en Estados Unidos, a diferencia del Caribe británico) fue objeto de luchas de poder en el marco de la política interior de una monarquía constitucional, en las que vencieron los que entendían que un futuro Estado nacional moderno —y aquí debe entenderse también: de estilo anglosajón— solo podía basarse en una república sin esclavos.2796 En última instancia, como en Estados Unidos, la decisión también se decantó hacia ese lado por las huelgas masivas de los propios esclavos, que de forma espontánea abandonaron las plantaciones por miles.

Así pues, la larga historia del ascenso y la caída de la esclavitud y la «segunda» servidumbre en la civilización «occidental» llegó a su conclusión definitiva en la década de 1880. Más adelante surgieron, no en el hemisferio occidental sino en Eurasia, los campos de concentración y exterminio de los nacionalsocialistas —el ministro de Armamento de Hitler, Albert Speer, habló después de 1945 del «Estado esclavista» de las SS — y de los comunistas soviéticos y chinos. A la postre, estos fueron aún más destructivos que la clásica esclavitud africana; no se basaban en el *comercio* de esclavos y el trabajo no era un fin, sino un mero corolario de la opresión organizada.2797 Pero en Occidente ni siquiera los peores reaccionarios y antihumanitarios han pensado en legitimar de nuevo la esclavitud como institución social y relación social «normal».

¿*Emancipación en el mundo musulmán*?

La evolución de la esclavitud en el mundo musulmán tomó otro curso. Contaba con la aprobación tradicional, pero en el siglo XVIII sufrió un retroceso. En el segundo tercio del siglo XIX, sin

embargo, en muchos lugares creció la demanda de productos para la exportación y se volvió a emplear a muchos esclavos para darle respuesta. No fueron característicos los grandes complejos de plantaciones, sino la posesión de esclavos a pequeña escala. Un ejemplo relevante es el auge del algodón egipcio en las décadas de 1860 y 1870, provocado por la guerra civil estadounidense, que cortó el abastecimiento algodonero de las fábricas europeas. Simples campesinos egipcios tuvieron ocasión de hacerse con esclavos negros del continente. Al mismo tiempo creció la demanda estatal de trabajadores forzados y soldados esclavos, y en amplios sectores de Egipto se tuvo a concubinas de la zona del mar Negro como símbolo de estatus. También en Anatolia, Iraq o las regiones musulmanas de la India era habitual encontrar esclavos en las tareas domésticas o agrícolas. Se cree que en los países islámicos, el uso de servidumbre en la producción empezó a menguar desde la década de 1880.2798 Sin embargo, las ideas de los intelectuales que lideraban la opinión —en este caso, sobre todo, juristas religiosos—, y el sistema de valores general de la sociedad, no eran tan contrarios a la esclavitud como lo habían sido en el Occidente atlántico. Las propuestas de abolición súbita y radical de la esclavitud nunca gozaron de influencia política. Una excepción temprana fue la del bey de Túnez, Ahmad al-Husain, que en 1846 —dos años antes que Francia y como primer soberano de la historia musulmana— sentó las bases para la erradicación en su país. En el caso de Ahmad se unieron convicciones personales con el empeño de dotar a un país débil de mayor prestigio ante la gran potencia abolicionista, Gran Bretaña, y a la vez privar a Francia de cualquier excusa para que interviniera en los dominios de Túnez. El bey Ahmad, que visitó París a finales de 1846, tuvo el placer de recibir de los liberales franceses palabras de admiración como paladín «civilizado» de la libertad.2799

Pero Ahmad fue solo una excepción. En el imperio otomano, los liberales autóctonos, como el gran visir Midhat Pachá, solo se

impusieron a corto plazo. El sultán Abdulhamid II fue muy reticente a combatir el tráfico de esclavos de África y el Cáucaso y tampoco puso fin a la antigua práctica de la servidumbre en el harén. En 1903 aún había 194 eunucos y casi 500 mujeres en su serrallo sultánico.2800 La esclavitud no retrocedió claramente hasta la revolución de los Jóvenes Turcos, en 1908, aunque después de 1915, una parte de los armenios que sobrevivieron fueron reducidos a una condición que no distaba gran cosa de la esclavitud. En Egipto, el jedive Ismaíl, que en otros aspectos mostraba abiertamente mucha simpatía por los valores occidentales, fue el mayor propietario de esclavos del país. Solo con la ocupación británica, a partir de 1882, se puso fin a todas las formas de esclavitud. Irán se sumó pronto, como otros Estados del Oriente Medio, a la convención de Bruselas contra el tráfico de esclavos, de 1890. Pero lo que en verdad comportó la prohibición de la esclavitud, en 1928-1929, fue la modernización laica y radical del sah Reza, a imitación de Turquía.2801 Frenada por las diferencias de opinión entre las numerosas escuelas de Derecho locales, en las zonas musulmanas del mundo la abolición se desarrolló de un modo más lento y moderado que en Occidente. Por lo demás, no todos los actos de abolición obedecían a la presión occidental. Hubo también una base autóctona, con respaldo en algunas lecturas del Corán, que sin embargo antes de la primera guerra mundial casi nunca pudo ser el fundamento de una intervención legal enérgica por parte del Estado nacional.

Después de la esclavitud: las transiciones

¿Qué vino después de la esclavitud? En el caso ideal, el momento inspirador de la liberación, que se simboliza en la destrucción de las cadenas, debe trasladarse al orden jurídico-político y a las estructuras sociales que garanticen la nueva libertad. Estos sistemas y estructuras pueden crearse con ayuda de los antiguos esclavos, pero no solo así. El marco del Estado colonial o nacional que recibió a los libertos con su nueva condición de ciudadanos también se tenía que reformar.

Y aún había que cambiar las mentalidades: pasar del desprecio (o en el mejor de los casos, una simpatía condescendiente) a la plena disposición a considerar a los exesclavos no como «seres humanos» en abstracto, sino como ciudadanos del mismo Estado y miembros útiles de la misma sociedad. Esta utopía liberal apenas se hizo realidad durante el siglo XIX. Algunos de los primeros abolicionistas ya lo intuyeron, relativizaron los éxitos locales y se marcaron metas más ambiciosas basadas en la idea de una misión civilizadora universal. Según rezaba la reflexión fundamental, el mundo solo estaría seguro ante los bárbaros cuando la esclavitud hubiera sido erradicada sin excepción. Algunos de los defensores de la abolición británica de la esclavitud fueron especialmente activos en la fundación de la Sociedad por la Civilización de África (African Civilization Society), en 1840. Buena parte del *establishment* victoriano, desde el príncipe consorte Alberto hasta varias docenas de parlamentarios, apoyaron esta asociación. Una de las primeras acciones de la sociedad fue enviar una expedición antiesclavista a la zona del Níger, en el África occidental, en 1841-1842. Este viaje aventurero —que no estaba libre de segundas intenciones imperialistas— topó con incontables dificultades sobre el terreno y no pudo hacer realidad sus elevados propósitos. Pero es relevante como ejemplo claro de aquella conciencia misionera universal que impulsó a algunos antiesclavistas a principios del siglo XIX.2802

Las acciones espectaculares de esta clase —como los posteriores viajes africanos del misionero David Livingstone— derivaban de los impulsos de liberación originales, cristianos, humanitarios y patrióticos, de los primeros abolicionistas. Pero tales impulsos tuvieron poca importancia a la hora de establecer el sistema posterior a la emancipación. Aquí casi siempre era necesario resolver los problemas localmente, sin apenas transferencias transnacionales. La diversidad de la evolución posterior dificulta sobremanera la comparación.2803

Los estudios microhistóricos de casos aislados son los más

acreditados: estudian destinos vitales documentados, la transformación de una plantación esclavista concreta en un mosaico más o menos dependiente de parcelas de pequeños campesinos; o la transición, casi imperceptible para los afectados, de la esclavitud a otras formas legales de relación forzada. Cuando se opta por un término general se habla de «sociedades postemancipatorias».2804 Estas sociedades se diferencian entre sí por rasgos objetivos tales como el número y porcentaje de esclavos en el total de la población, la variante e intensidad del racismo imperante, las posibilidades de ascender o adquirir propiedades, el peso de la violencia, la diversidad de expectativas vitales de hombres y mujeres, en suma: los «grados de libertad».2805

La economía de las plantaciones no se destruyó en todas partes. En Haití desapareció, y con ella la actividad exportadora; el país experimentó una caída drástica del producto nacional. En Jamaica —que siguió siendo una colonia británica— ocurrió algo parecido, pero menos radical. En la Trinidad británica, las plantaciones recobraron la producción a las pocas décadas, pero no con el trabajo de los exesclavos locales, sino con mano de obra traída de Asia con los contrato de cumplimiento forzoso (*indentured service*); ocurrió algo parecido en la isla británica de Mauricio, en el océano Índico. Cuba, que entró en la fase postemancipación ochenta años después que Haití, tomó a su vez un camino distinto. Aquí, en un país especialmente marcado por la economía de las plantaciones, se notaron los efectos de la transformación de la tecnología azucarera y de la llegada de numerosos inmigrantes blancos, venidos de España. La producción de azúcar se redujo mínimamente durante la etapa de la emancipación y al cabo de pocos años superó los valores predecentes.2806 Estos cambios se produjeron en medios agrarios. Incluso en el sur de Estados Unidos, a la emancipación no le sucedió directamente una industrialización a gran escala.

Los resultados de la emancipación recibieron valoraciones

diversas entre cada uno de los grupos. Los exesclavos tenían intereses distintos a los de sus expropietarios, los gobiernos coloniales y los abolicionistas tenían sus propias expectativas. La emancipación de los esclavos —uno de los proyectos reformistas más ambiciosos del siglo XIX— se acompañó de decepciones incontables e inusualmente poderosas. A veces, tal decepción era hipócrita. Los mismos regímenes coloniales que se quejaban de cuán difícil resultaba erradicar la esclavitud en África mostraban pocos escrúpulos a la hora de instaurar nuevas condiciones de falta de libertad, ya fuera por las diversas formas del trabajo forzoso (en el imperio colonial francés la *corvée* no se prohibió hasta 1946), presión tributaria o intervención en la agricultura. Ahora bien, esta ausencia de libertad no solía cristalizarse en estructuras estables de sumisión extrema. Los sistemas coloniales europeos, que vivían bajo la doble presión de la insatisfacción en las colonias y la crítica franca en la opinión pública de las metrópolis, tuvieron que aceptar correcciones moderadas. Así, después de la primera guerra mundial es mucho más infrecuente hallar condiciones de trabajo forzoso y excesos de violencia. Sería erróneo subestimar la profunda ruptura política y moral que supuso la abolición de la esclavitud, en cuanto reforma legal y reconocida, allí donde se produjo. En 1910, con excepciones menores, se había logrado prohibir la esclavitud al sur del Sahara.[2807]

La sociedad racista postemancipatoria en el sur de Estados Unidos

En Estados Unidos, la abolición de la esclavitud se acompañó de un incremento de las posibilidades de actuación más radical que en cualquier otro país del mundo. Durante la guerra civil, cientos de miles de afroamericanos ya habían tomado su destino en sus propias manos, habían combatido por la Unión (ya fuera como «negros libres» del norte o como esclavos huidos del sur), le habían prestado otros servicios bélicos, o se habían apoderado de tierras sin dueño en el sur. Cuando se proclamó la emancipación, los negros americanos ya habían iniciado una

gran sublevación.[2808] En la transición a la libertad, los exesclavos adoptaron nuevos nombres, cambiaron de lugar de residencia, reunieron la familia dispersa y buscaron vías de independencia económica. Si antes no gozaban de libertad de expresión, ahora podían hablar en público sin disimulo. Las instituciones de la comunidad negra que hasta entonces habían sido clandestinas, tales como iglesias, escuelas o sociedades funerarias, dejaron de actuar en secreto. Como esclavos, los negros eran propiedad de sus señores y carecían de derechos legales propios. Ahora ya no estaban limitados a la pequeña esfera doméstica, sino que podían firmar contratos de mutua obligación, declarar ante tribunales e incluso formar parte de un jurado, expresar o voto o presentarse para los cargos públicos electos.[2809]

Pero las grandes perspectivas fructificaron en lo contrario: una discriminación racial estricta. A finales de la década de 1870, las mayoría de las expectativas de los tiempos de la emancipación habían quedado frustradas. En la década de 1880, en los antiguos Estados esclavistas del sur, la relación entre las razas empeoró radicalmente. A partir de 1890, los afroamericanos no quedaron esclavizados de nuevo, pero se vieron sometidos a un sistema racial de discriminación y restricciones extremas, mientras los blancos practicaban el terror y los linchamientos. Ya no cabía hablar de que ejercieran los derechos ciudadanos. Fuera de la esclavitud solo han existido tres regímenes con un sistema tan crudamente racista: en el sur de Estados Unidos entre las décadas de 1890 y 1920, en Sudáfrica a partir de 1948 y en Alemania desde 1933 (y durante la segunda guerra mundial, en la Europa ocupada por los alemanes). Si dejamos de lado el caso de Alemania, es posible establecer una comparación aproximada entre Estados Unidos y Sudáfrica porque los primeros pasos del apartheid sudafricano se dieron en pleno siglo XIX.[2810] En 1903, W. E. B. Du Bois, el intelectual afroamericano más destacado de su tiempo, pronosticó que el problema del siglo XX sería la

segregación racial (que designó con un sintagma que se hizo famoso: *the color line*).2811 Donde la predicción se cumplió con especial intensidad, a la esclavitud sucedió la «supremacía blanca»: privilegios para grupos definidos por el color de su piel, impuestos por la fuerza de forma tanto estatal como paraestatal.

Aunque las condiciones jerárquicas de las sociedades esclavistas habían sido obvias —el trabajo manual recaía casi exclusivamente en los esclavos y libertos, y las posibilidades de ascenso de estos dos grupos demográficos eran muy escasas—, tras la emancipación los exesclavos compitieron directamente en el mercado laboral con los «blancos pobres». En circunstancias políticas de libertad, los negros defendían sus propios intereses políticos, sin tener que contentarse con seguir a los líderes blancos. Al doble desafío, algunos sectores de la sociedad blanca respondieron con discriminación, desdén y violencia. El racismo era una premisa de este pensamiento y las estructuras correspondientes, que a su vez lo potenciaron. En lugar del racismo opresor de la sociedad esclavista surgió el racismo marginador de la supremacía blanca. Esta actitud ya estuvo muy difundida en la sociedad del norte de Estados Unidos, que durante la era de la revolución renunció a sus leyes esclavistas; en el «Nuevo Sur» de finales del siglo XIX, se amplió y radicalizó, socavando la decimocuarta enmienda de la constitución de Estados Unidos, que declara que toda persona «nacida o naturalizada» en el país es un ciudadano con los mismos derechos legales. Esta afirmación no se tradujo en una legislación estatal y, después de que las últimas tropas federales se retiraran del sur, la minoría negra se quedó sin la protección que le habría podido proporcionar un Estado central de espíritu algo menos racista. El nuevo sistema racista del sur —cuyo símbolo es el Ku-Klux-Klan, activo desde 1869— alcanzó la virulencia máxima hacia el cambio de siglo, se fue moderando desde la década de 1920 y no cayó hasta los años sesenta, con el movimiento por los derechos civiles.2812

Sudáfrica, Estados Unidos, Brasil: ¿dónde surgieron sistemas racistas?

Aunque las diferencias con Sudáfrica son tan grandes que no se puede establecer una comparación plena, hay ciertas relaciones cruzadas que son reveladoras. Los procesos de ambos países, entre los que apenas hubo influencia mutua, no fueron sincrónicos. La liberación de los esclavos en Sudáfrica se produjo casi tres décadas antes que la del sur de Estados Unidos. En 1914, sin embargo, los dos países ya disponían de las ideologías e instrumentos de la jerarquización y marginación racial. A partir de la década de 1920, Sudáfrica fue más allá que el sur de Estados Unidos, al convertir el apartheid en un principio fundamental de la legislación nacional. Así pues, el sistema racista no se pudo eliminar hasta que se produjo un cambio en el centro mismo del poder —que llegó en 1994— y no fue, como en Estados Unidos tras la segunda guerra mundial, un proceso de transformaciones «graduales» de la legislación y la jurisprudencia federales. En ambos casos tuvieron mucha importancia los movimientos negros pro derechos civiles, que contaron con el apoyo de liberales blancos. En ambos países, los sistemas racistas de los primeros años del siglo XX tenían raíces históricas muy anteriores. Las ideologías del «trabajo libre» —representadas en un caso por el norte industrial, en el otro por la presencia británica en El Cabo— entraron en conflicto con la voluntad de los bóers y la oligarquía de las plantaciones sureñas, que aspiraban a una democracia puramente blanca, supremacista y basada en la opresión racial y el monopolio del poder político. Las guerras de 1861 a 1865 en Estados Unidos y de 1899 a 1902 en Sudáfrica —ambas, guerras de secesión— se decidieron a favor de las fuerzas del capitalismo liberal: de forma aplastante en Estados Unidos, muy ajustada en Sudáfrica. Al cabo de una década y media, en Estados Unidos, y de cerca de la mitad de este tiempo en Sudáfrica, los dos bandos blancos respectivos llegaron a acuerdos a expensas de la población negra. En 1910, el imperio

británico dio autonomía a los colonos blancos de Sudáfrica. En un proceso de reunificación «nacional» —restringida a los blancos— la mayoría negra de la población se vio privada de los derechos que había poseído o al menos se le habían prometido. En Estados Unidos, el norte, una vez concluida la Reconstrucción en 1877, renunció a impedir que los Estados del sur privaran de sus derechos a la población negra y erigieran «barreras de color». En el norte de Estados Unidos, desde luego, pese a toda la discriminación real en la vida cotidiana, en principio nunca se les volvió a vetar el derecho de sufragio. La discriminación legal siguió siendo una peculiaridad legal que no llegó a convertirse en norma nacional.2813 En los primeros años del siglo XX, el humanitarismo que hubo impulsado los procesos de abolición (en Sudáfrica de forma más bien indirecta, como importación colonial de los movimientos británicos) había desparecido de su política. La batalla contra la «supremacía blanca» duró muchos décadas. La democracia indistinta para todas las razas que había cobrado visibilidad en los programas políticos de mediados del siglo XIX había padecido un retroceso que, tanto en Sudáfrica como en el sur de Estados Unidos, costó un gran esfuerzo recuperar.

En el que —junto al sur de Estados Unidos— fue el otro gran caso de esclavitud masiva en el siglo XIX no se constituyó una supremacía blanca. Que en Brasil la esclavitud perdurase mucho más que en todo el resto del continente latinoamericano obedece a varias causas. Entre ellas, no tuvo poco peso el hecho de que los brasileños no hubieran librado una guerra de independencia contra el poder colonial y, por lo tanto, no se reclutó a soldados negros, como hicieron sus vecinos contra los españoles. Siempre hubo resistencia entre los esclavos, pero faltó la figura del africano armado con aprobación de los blancos, que podía exigir compensaciones por sus servicios. Con ello también faltó una fuente importante de «modernización» de la política. Pero ¿por qué después de 1888 no se instauró en Brasil un sistema racista formalizado? Tras el

fin de la esclavitud, que coincidió con una transición pacífica de la monarquía a la república, se inició un largo debate sobre la identidad nacional y racial del país y las posibilidades de modernizarlo. En Brasil la emancipación había sido más fácil y el mestizaje no se sancionaba tan estrictamente como en Estados Unidos; en consecuencia, el color de la piel y la condición social no necesariamente iban de la mano, y la conciencia social estaba menos habituada a las oposiciones crudamente dicotómicas. En los proyectos de modernización de parte de la élite blanca, los exesclavos liberados no tardaron en contar con un sitio propio.

Otro factor aún más importante fue la estrategia de sustituir a los esclavos, en los sectores más dinámicos de la economía, por emigrantes venidos de Europa. Estos emigrantes no participaban de los mismos mercados laborales que los exesclavos, que en buena medida pasaron a la marginalidad económica. Es decir, no se generó la situación de competencia que en todo el mundo fue uno de los sustentos típicos del racismo. En Brasil, la cuestión racial nunca fue un foco de conflictos en la política territorial. Ninguna región se definió —como hizo el sur de Estados Unidos— por una identidad racial que la predispusiera a la secesión. Antes al contrario, la élite se esforzó por cultivar un nacionalismo inclusivo y propagar el mito de que el antiguo sistema esclavista había sido particularmente poco riguroso. Esto permitió construir la historia nacional como una continuidad prolongada entre la era colonial, la monarquía y la república. La situación material de los negros en el Brasil postemancipatorio no era en absoluto mejor que la que pudieran tener en Alabama o Sudáfrica. El Estado no se ocupó de ellos, sencillamente. Si bien no hubo equivalente a la Reconstrucción estadounidense, tampoco hubo una reacción que generase un apartheid oficial y las autoridades no se consideraban garantes de la estanqueidad racial. Solo la debilidad del Estado posibilitó que mucha violencia racista se perpetrara sin castigo, pero estos actos no

fueron una emanación directa del sistema estatal. Los abolicionistas no lograron influir en el orden social postemancipatorio.2814 En Cuba, a fin de cuentas, blancos y negros habían luchado juntos en la guerra de independencia; además, en la economía azucarera había más mestizaje. Así pues, la política cubana, tras el fin de la esclavitud, prestó menos atención a las razas que otras sociedades postemancipatorias, no digamos Estados Unidos. En la isla no hubo lugar a la supremacía blanca.2815

Todos los procesos que llevaron a la abolición de la esclavitud en Occidente tuvieron un rasgo en común: además de los motivos humanitarios y cristianos, los impulsó la esperanza —propia de una concepción liberal de la economía— de que en condiciones de libertad del mercado laboral, los exesclavos emplearían su fuerza de trabajo en beneficio de la producción agrícola exportable con el mismo éxito que antes, si no más, pero ahora con estímulos positivos. Los economistas y políticos veían la emancipación como un gran experimento. A los antiguos esclavos se les daba la posibilidad de demostrar su «racionalidad» —su valor humano según los criterios de una era ilustrada— comportándose como el *homo œconomicus* de la teoría económica liberal: con diligencia, afán de lucro y capacidad de ahorro. Así lo debían facilitar las transiciones organizadas de la esclavitud a la libertad, que en muchos casos se designaron como «años de formación» (la *apprenticeship* del imperio británico). La concesión de plenos derechos civiles y políticos terminaría coronando este proceso de adquisición de la «personalidad moral».2816 A menudo, la realidad fue otra. Los esclavos liberados mostraron preferencias inesperadas. Por ejemplo, prefirieron la seguridad de controlar una pequeña parcela antes que trabajar por un salario en una explotación grande; muchos optaron por una estrategia mixta. El resultado fue menos relación con el mercado de la producción agrícola, en comparación con los tiempos de la economía de las plantaciones, muy orientada a la exportación. Otra clase de

decepción fue la que vivieron los reformistas confiados en que los exesclavos aspirarían a imitar sus ideales de la vida familiar burguesa. Ambos casos parecían indicar que los negros africanos, debido a sus peculiaridades antropológicas, no estaban a la altura de la racionalidad de los mercados ni de las normas «civilizadas» del modo de vida personal. Esto no llegó a desembocar en el racismo, pero sí reforzó las tendencias racistas. El gran experimento de la emancipación colmó pocas de las expectativas —ilusorias y egocéntricas— de sus paladines liberales.2817

3. XENOFOBIA Y «LUCHA DE RAZAS»

Ascenso y caída del racismo virulento

Hacia 1900, la palabra «raza» era habitual en muchas lenguas de todo el mundo. El clima de opinión universal estaba impregnado de racismo.2818 Por lo menos en el «Occidente» global, que en la era del imperialismo se había extendido por todos los continentes, muy poca gente ponía en duda la idea de que la humanidad estaba dividida en razas y que estas razas, por motivos biológicos, tenían capacidades distintas y, en consecuencia, un distinto derecho a dar forma autónoma a su existencia. Hacia 1800, estos ideales eran exclusivos de unos pocos grupos eruditos, aunque la práctica de las colonias y del tráfico de esclavos trasatlántico no pasaba por alto los colores de la piel. Para 1880 ya se habían convertido en un elemento básico del imaginario colectivo de las sociedades occidentales. Hacia 1930 el racismo era en todo el mundo un poco menos aceptable que unas décadas antes. En el Occidente «blanco», los afroamericanos —aunque tuvieran una apariencia burguesa y acomodada— aún tenían dificultades para conseguir una habitación de hotel, pero al menos desde el punto de vista científico, el concepto de «raza» se aceptaba menos acríticamente. En la conferencia de paz de París de 1919, Japón intentó incorporar una cláusula contra la discriminación racial en los estatutos de la recién fundada Sociedad de Naciones. La iniciativa fracasó, sobre todo por la resistencia de Estados

Unidos y de los dominios británicos, pero al menos este hecho pone de relieve que entre tanto las prácticas y los discursos racistas se tenían ya por más discutibles.2819 La retórica y la práctica racista de los nacionalsocialistas, a partir de 1933, toparon con más rechazo entre la opinión pública mundial del que habrían encontrado hacia el cambio de siglo, y no se consideraron un problema global, sino —con una negligente minimización— como una manía *alemana*. Para el año 2000, el racismo estaba desacreditado en todo el mundo, en muchos países se castiga penalmente su apología y cualquier pretensión de cientificidad se tachaba de risible. El ascenso y la caída del racismo como fuerza de especial peso histórico llenan el período temporal de entre 1860 y 1945 —desde el punto de vista de la historia universal, un período breve—. Este ciclo macabro abarca los siglos XIX y XX.

En 1900, la «raza» era un tema central no solo en aquellos países en los que «el hombre blanco» (según se decía) representaba la mayoría de la población. Las minorías blancas que dominaban en las colonias veían con preocupación que, a su juicio, las razas «inferiores» amenazaran su derecho a la supremacía. En Japón y China, algunos grupos intelectuales se estaban apropiando del vocabulario de la teoría racial europea. Se tomaba en serio el uso de «raza» como concepto científico. Los biólogos y etnólogos lo usaban con singular profusión y también se extendió a las disciplinas anejas. Cuando se hablaba de los «pueblos», no se hacía en referencia a comunidades unidas por la voluntad política (*demos*), como en las décadas precedentes, sino cada vez más en alusión a la comunidad de origen, de raíz biológica (*ethnos*). El discurso racial también permeaba en la «izquierda» política. Los socialistas desarrollaron incluso su propia *eugenesia*, disciplina que pretendía planificar una «herencia genética sana» para, se decía, lograr el advenimiento de una sociedad igualitaria ideal. Ahora bien, en su mayoría, el pensamiento racista era propio de la «derecha» política. Contradecía ideas ilustradas como la

igualdad natural del ser humano, sus derechos naturales por nacimiento, o su aspiración a la libertad, la paz y la felicidad. El pensamiento racista tendía a ser más colectivista que individualista; sobre todo en Alemania, los conceptos de *Volk* y *völkisch* («pueblo» y un adjetivo específico de este campo semántico) fueron los más habituales, aunque las teorías «de los pueblos» y las racistas no eran idénticas en todo. Incluían la idea «darwinista social» de una guerra de razas en la que era necesario someter a «los más débiles». Se corría el peligro de que los blancos perdieran esa guerra: algunos de los primeros teóricos raciales eran pesimistas y en las colonias, con actitud de «melancolía imperial», muchos esperaban que el hombre blanco caería agotado por el rigor de los trópicos.2820

El pensamiento racista cultivaba aversiones y objetos de odio: judíos y personas de otro color de piel, demócratas, socialistas y feministas. Jefes de estado, estudiosos y la plebe, que no tenían nada más en común, podían compartir las ideas racistas. Las teorías raciales tenían obsesión por el cuerpo y la corporalidad. Se hablaba de la sociedad como un «organismo nacional» amenazado por enemigos y parásitos. La vieja fisiognomía del siglo XVIII reapareció como doctrina sobre la expresión corporal de la «inferioridad» racial y la predisposición criminal (que algunos criminólogos sostenían que era hereditaria). El pensamiento racista causó, posibilitó o simplificó el exterminio en el Estado Libre del Congo, el África suroccidental alemana o el Amazonas, pogromos contra los judíos en el imperio zarista, ataques contra los inmigrantes de otras etnias, linchamientos sádicos en el sur de Estados Unidos. La agresividad y el temor estaban muy relacionados. El simple «odio racial» no fue nunca la causa única —ni, por lo general, la más importante— de estos actos violentos. Sin haberlo buscado, las multitudes asesinas y los catedráticos inocentes que no habían matado ni a una mosca actuaban como cómplices del proceso de fabricación de una raza y una nación «puras». En el último tercio del siglo XIX cronológico se inició una breve era de

racismo virulento, que sentó las bases de la matanza alemana de los judíos europeos, aunque no la hizo inevitable, ya que después de la primera guerra mundial se añadieron otros factores de radicalización.

Teorías raciales, antes y después de la revolución

En una segunda fase, el gran complejo de la teoría racial y la acción de motivación racista se debe ir descomponiendo con paciencia. Aquí no hay lugar para hacerlo. Deberían distinguirse variantes de racismo según los *métodos* empleados, como por ejemplo:

1. racismo represivo, generador de clases inferiores;
2. racismo segregador, que genera «guetos»;
3. racismo excluyente, que cierra las fronteras de los Estados nacionales;
4. racismo exterminador, que aspira a aniquilar al «enemigo racial».

Había distintas maneras de proceder con la «raza» en los argumentos y narraciones. El panorama debería ampliarse con toda una serie de conexiones transnacionales. Así como hacia 1900 la «raza» era la categoría favorita de los intelectuales occidentales para organizar en macrocuadros las relaciones entre pueblos y Estados, los diversos racismos nacionales y particulares también reaccionaron mutuamente, y los teóricos (sobre todo, los que creían en la posibilidad de «criar» a los seres humanos) se unieron en agrupaciones transfronterizas.[2821]

El racismo como forma extrema de un etnocentrismo generalizado —que sitúa los rasgos decisivos de la diferenciación entre los seres humanos no en los comportamientos culturales y variables, sino en características biológicas, heredables e inalterables— surgió durante la Edad Moderna, cuando se intensificaron por todo el globo los contactos entre las sociedades. Esta clase de racismo no fue en ningún caso la concepción del mundo dominante entre los europeos (ni siquiera entre los marinos y los conquistadores coloniales) hasta muy entrado el siglo XVIII. Si en las relaciones

de los viajes hallaremos muchos comentarios despectivos sobre los grupos humanos no europeos, también encontraremos muchas expresiones de respeto y admiración. Los viajeros se interesaron más por los usos y costumbres que por el fenotipo de otros pueblos. Las actitudes racistas —todavía no las teorías raciales expresas— surgieron en los medios del tráfico de esclavos trasatlántico, de las plantaciones americanas y de las sociedades de inmigrantes del hemisferio occidental, jerarquizadas de acuerdo con el color de la piel. La primera apología de la esclavitud de formulación racista, completa y basada en la antropología de la época, fue *La historia de Jamaica* (1774), de Edward Long, que era propietario de una plantación. Aunque el racismo no fue la causa de la esclavitud, a finales del siglo XVIII y en particular en la primera mitad del siglo XIX se usó cada vez más para justificarla.2822 En muchas «fronteras» de la expansión europea las diferencias entre los colonos y la población autóctona, durante buena parte del siglo XIX, todavía se interpretaron en un contexto más cultural que biológico. Las relaciones entre la esclavitud y la asignación de rasgos raciales fueron muy flexibles. A lo largo de la historia, numerosos sistemas esclavistas no se han apoyado primordialmente en las peculiaridades corporales. Son buenos ejemplos de ello la esclavitud de la Antigüedad grecorromana, o la variante militar del imperio otomano, que se abastecía de hombres en los Balcanes y la región del mar Negro. En las dos Américas también había esclavos cuyo color de piel era más claro que el de algunos de sus propietarios y vigilantes europeos.2823

En el último cuarto del siglo XIX, la comparación y clasificación se puso de moda entre los intelectuales europeos como procedimiento científico. Se hicieron propuestas para dividir la humanidad en «tipos». La anatomía comparada y la frenología (es decir, la medición de los cráneos para extraer conclusiones sobre el grado de inteligencia de una persona) dotó a esa empresa de un barniz científico acorde con los criterios de la

época. Algunos autores fueron tan lejos como para, apartándose conscientemente de la doctrina cristiana de la Creación, defender que las razas tenían orígenes distintos (poligénesis) y poner en duda la afinidad básica entre blancos y negros a la que apelaban los abolicionistas. La clasificación racial fue la ocupación favorita de muchos anatomistas y antropólogos hasta mediados del siglo XX. Los gobernantes coloniales intentaban introducir así un orden en la confusa diversidad de sus súbditos. Al igual que la frenología, fue un tema popular durante todo el siglo XIX, manifiesto en las ferias universales y las exposiciones coloniales (como los *Völkerschauen* alemanes). Algunos de los conceptos acuñados antes de 1800 pervivieron sin flaquear: «la raza amarilla», «negro» (adoptado también en las lenguas anglogermánicas: en inglés *Negro*, en alemán *Neger*), «caucásico» (término que se remonta al naturalista de Gotinga Johann Friedrich Blumenbach y que hoy aún se utiliza en Estados Unidos como eufemismo por «blanco»). La clasificación racial originó una confusión que aún no se ha resuelto, en particular desde que la palabra inglesa *race* se aplicó también a las naciones: «the Spanish race», por ejemplo. En 1888, tan solo en la bibliografía estadounidense, el número de «razas» existentes variaba entre 2 y 63.2824 Las taxonomías de la Ilustración tardía y los primeros intentos de establecer asimismo una jerarquía entre los tipos raciales o subespecies humanas generaron de por sí, en el peor de los casos, racismos represivos y explotadores, pero no el racismo exterminador. Ello tampoco legitimaba la exigencia de segregar los modos de vida de acuerdo con «barreras de color», que fue característica del racismo de hacia 1900 y posterior, pero en la práctica colonial tuvo un papel secundario hasta aproximadamente mediados del siglo XIX. La evolución del racismo en el siglo XIX no fue una mera prolongación sin rupturas de los procesos del siglo XVIII.

Las teorías raciales del siglo XIX eran posrevolucionarias. Presuponían lazos más tenues que los del cristianismo, pero

sobre un mundo en el que las jerarquías ya no se concebían como parte de un orden divino o natural. Aparecieron menos en la mayor de las potencias coloniales, Gran Bretaña, que en Francia y Estados Unidos. Como el pensamiento político británico nunca ha hecho hincapié en el igualitarismo, la tensión entre las promesas teóricas de igualdad y la desigualdad real nunca se ha sentido allí con tanta fuerza como en los países de la Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano y la Declaración de Independencia. A partir de 1815, más o menos, fue posible esbozar teorías raciales de un nuevo tipo, con dos premisas. La primera, despedirse del ambientalismo, la idea de que el medio ambiente pude influir de forma duradera en la naturaleza humana, también en sus variaciones fenotípicas.2825 Entre tanto, el concepto de «perfeccionamiento» desapareció del pensamiento racial hasta el último tercio del siglo, cuando renació como biotecnología eugenésica. En adelante, los conceptos raciales vivieron en tensión con la idea de la misión civilizadora. La segunda premisa fue reclamar una vigencia de la teoría mucho más general que la defendida por los naturalistas de la Ilustración tardía. En este punto, la «raza» se convirtió en una categoría de la filosofía de la historia, una supuesta clave universal para interpretar mejor la historia y el presente, que hacía la competencia directa a otros términos clave como «clase», «Estado», «religión» o «espíritu nacional».

Un rasgo llamativo de este pensamiento racial —Alexis de Tocqueville fue uno de los primeros en observarlo— fue una propensión mucho más fuerte al determinismo y, con ello, a marginar la política y la aspiración a dar forma activa a la historia.2826 Solo a partir de 1815, y en particular tras las revoluciones de 1848-1849 —que inquietaron a los conservadores— surgieron teorías universales de base racial o, desde un punto de vista más crítico, sistemas de ilusión cerrados. Ante todo con dos autores: el médico escocés Robert Knox, con su colección de conferencias *Las razas de los*

hombres (1850) quiso alertar a sus contemporáneos sobre lo que, a su entender, era el trasfondo racial de los conflictos políticos de su tiempo.2827 La influencia de Knox fue considerable, pero aún influyó más el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855) del conde francés Arthur de Gobineau, convencido hasta la obsesión de los peligros del mestizaje. Gobineau y Knox fueron solo dos autores tempranos y destacados en el panorama de los discursos raciales europeos y norteamericanos, que aumentó con rapidez desde mediados de siglo, aproximadamente. Los científicos nunca habían renunciado al tema, aunque uno de los más notables, Alexander von Humboldt, siempre fue netamente contrario a toda clase de teoría racial. Luego la revolución de la biología y la antropología por Charles Darwin y sus primeros continuadores alteró los parámetros del debate.2828

Entre los principales autores del pensamiento racista posterior a la Era de la Revolución, los estudiosos y escritores alemanes tuvieron un peso relativamente bajo. En la nueva situación de una Europa transformada por los acontecimientos vividos entre 1789 y 1815 —en la que ya no primaba la dinámica revolución-contrarrevolución, sino la propia afirmación nacional—, algunas voces buscaron a la estela del filósofo Johann Gottlieb Fichte (*Discursos a la nación alemana*, 1807-1808) una unidad étnica, «del pueblo» (*völkisch*), que por el momento no se podía constituir por medio de la acción política. Inspirados por una nueva historiografía que se interesaba en especial por los orígenes, como por ejemplo el origen del Estado romano, se entregaron a fantasías y conjeturas sobre «el componente germánico» de los alemanes.2829 La categoría de lo «germánico» era híbrida, una mezcla ambigua de factores culturales y biológicos que luego se pudo interpretar de varias maneras. En manos de los nacionalistas románticos, sirvió para demostrar la superioridad del propio pueblo frente a los vecinos del este (los eslavos) y del oeste y el sur, pero en última instancia también

frente a las antiguas culturas de referencia de Grecia y Roma. Incluso en Inglaterra, que nunca había sido ni sería un territorio fértil para el pensamiento racista extremo, la teoría ya no se contentaba con derivar el presente con la comunidad y la legislación del Medioevo normando (bajo el lema de la «antigua constitución»), sino que buscaba las raíces nacionales en los anglosajones paganos. En una época de lenta expansión de la industrialización, ya no solo en los países «germánicos» de Europa se empezó a investigar las raíces precristianas del propio «carácter nacional» e imaginar al respecto. Así surgieron nuevas «epopeyas nacionales» como el *Kalevala* finlandés (cuya redacción final es de 1849), que el médico y recopilador de poemas Elias Lönnrot compuso como un mosaico en verso a partir de las fuentes originales.

Casi todos los países de Europa (aunque precisamente Finlandia, no) quedaron fascinados por su propia teoría de los orígenes «indogermánicos» o «arios», lo que al principio tenía más que ver más con las raíces comunes de sus lenguas que con vínculos biológicos. Su éxito se fundaba en una contraposición engañosamente simple entre «arios» y «semitas». Esta antinomia conceptual, que la ciencia de la época dignificó, fue reivindicada luego por los antisemitas que, con ello, querían excluir a los judíos («no arios») de la comunidad cultural europea. Aun así, el mito ario también despertó resistencia. En Gran Bretaña no se acogió con ningún entusiasmo la idea de estar emparentados con los indios, menos aún tras la Gran Sublevación de 1857, tras la cual se prefería ver a la India como un «otro» lo más distante posible.2830 No todo el pensamiento racista era antinómico (o «de codificación binaria»). Había quien se devanaba los sesos sin pausa sobre los matices: los colores de la piel, los porcentajes de «mestizaje sanguíneo», las escalas de «salvajes» más o menos nobles (entre los británicos, los más nobles eran los guerreros y «varoniles»).2831 Sea como fuere, el racismo suponía reflexionar sobre las diferencias, más o menos simplificadas.

El racismo dominante y sus oponentes

A partir de la década de 1850 cabe hablar de un racismo *dominante*. Aunque en Occidente y sus colonias la distribución era muy desigual, no faltaba en ningún sitio y fue uno de los modelos de concepción del mundo más influyentes de la época. De una preferencia de *outsiders* y minorías se pasó a un esquema ordenador que marcó la percepción no solo de las élites políticas y culturas; en casos particulares también se logró conquistar al electorado masivo emergente. Parecía natural mirar a las «razas inferiores» con (en el mejor de los casos) una condescendencia bienintencionada. Se podían formular en público con impunidad expresiones de un racismo extremo, que en 1820 habrían sido impensables y en 1960, motivo de escándalo. La producción racista llegó a su culminación con el escritor británico Houston Stewart Chamberlain, yerno de Richard Wagner, cuya obra *Die Grundlagen des 19. Jahrhunderts* («Fundamentos del siglo XIX», 1899), que fue leída en toda Europa al poco de publicarse, ejerció una gran influencia sobre la ideología racial nacionalsocialista.2832 Sobre todo en los círculos del racismo austríaco, en la línea de Gobineau, se empezó a hablar sin descanso de la raza y la sangre. La política internacional también podía interpretarse como una «guerra de razas», por ejemplo, en el caso de la influyente Liga Panalemana (Alldeutscher Verband), como conflicto fatal entre el mundo «germánico» y el «eslavo». Asia parecía amenazar con el «peligro amarillo» de los trabajadores baratos de China y la marcha de las columnas japonesas.2833

Desde luego, también hubo ejemplos de personas que, como ha afirmado David Brion Davis, se libraron del «racismo oficial de la cultura occidental».2834 En una dramática intervención en ocasión de los escándalos de la bahía jamaicana de Morant, John Stuart Mill se posicionó contra la polémica racista de su colega de escritura Thomas Carlyle.2835 Otros expresaron dudas sobre la idea de que la civilización moderna pudiera

provenir de los germanos o los «arios». W. E. B. Du Bois, como figura señera de los intelectuales afroamericanos, y Franz Boas como fundador de la etnología y la antropología cultural en Estados Unidos (aunque había nacido en Alemania) libraron durante décadas campañas contra un racismo que se las daba de científico.2836 Rudolf Virchow también se opuso, con su autoridad como gran naturalista. Y los fundadores de la sociología como nueva ciencia —Émile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel y Vilfredo Pareto— se mostraron desde el principio en contra del espíritu de la época, al no aceptar factores biológicos ni genéticos en sus explicaciones. En esta generación de pioneros también hubo sociólogos con una base racial, como el austríaco Ludwig Gumplowicz, pero desde el punto de vista científico llegaron a un callejón sin salida. Tras la primera guerra mundial empezó asimismo la caída de la respetabilidad científica de las clasificaciones raciales, al menos en Gran Bretaña y Estados Unidos.2837

Estado, racismo y política con los foráneos

Otro rasgo más del racismo dominante tras la década de 1860 fue su carácter estatal. Los racismos anteriores habían tenido el carácter de conductas personales; el de esta época aspiraba de por sí a hacerse realidad como sistema racial. Para ello necesitaba la ayuda del Estado; en otras palabras, los racistas debían conquistar el poder estatal. Esta meta solo se alcanzó en el sur de Estados Unidos, en la Alemania nacionalsocialista (la Italia fascista y el Japón del período aproximado de 1931 a 1945 mostraron tendencias parecidas, pero no llegaron a ser Estados plenamente constituidos como racistas) y en la antigua colonia de Sudáfrica. Las colonias europeas no fueron estados plenamente racistas que hubieran elevado el racismo *oficial* a principio rector de la ideología y la práctica. En general imperó la regla de que los súbditos coloniales, que en su mayoría también eran contribuyentes fiscales, pero menos valiosos que los blancos, debían ser tratados «con decencia».

Como novedad del último tercio del siglo XIX, los gobiernos de

los Estados nacionales —y, en menor medida, los imperios— consideraban que debían procurar la homogeneidad cultural y «pureza» étnica en el interior de sus fronteras. Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, las clases inferiores vieron incrementarse mucho la libertad para elegir residencia a través de las fronteras estatales. Desaparecieron muchas restricciones de paso.2838 Hacia finales de siglo, la tendencia se invirtió. Se reintrodujeron los pasaportes y los controles de entrada y salida, y los Estados nacionales erigieron muros de documentación de diversa altura. Gran Bretaña siguió siendo una excepción liberal. Antes de la primera guerra mundial, los ciudadanos del Reino Unido no tenían carnets de identidad. Podían abandonar su país sin el permiso de las autoridades y convertir el dinero a divisas extranjeras, sin limitación. A la inversa, no se impedía la entrada de extranjeros, que podían vivir en las islas sin dar parte a la policía. Entre las colonias del imperio británico tampoco se necesitaban apenas formalidades. En la Europa continental, hacia finales de siglo, se fueron trazando líneas de separación cada vez más marcadas entre ciudadanos y extranjeros. Se regularon administrativa y legalmente la entrada en el país, la estancia, la nacionalidad y la naturalización. No se trataba tanto de la influencia del racismo en expansión como del resultado de una actividad estatal cada vez más amplia, asociada con la intensificación de los flujos migratorios en toda Europa.2839 La consolidación interior de los Estados nacionales exigía plantear con más claridad la cuestión de la pertenencia al «pueblo de la nación». La recuperación de los aranceles en el continente, a finales de la década de 1870, mostraba ámbitos en los que los gobiernos habían podido regular los flujos transfronterizos. En el caso de las personas, surgía la cuestión de quién debía ser excluido como «indeseado» y en qué lugar se situaba a cada cuál en la escala de méritos para la nacionalización.

En gran parte de Europa, hacia finales de siglo, creció la predisposición a contemplar a los forasteros con desconfianza o

incluso hostilidad. Aun así, los Estados nacionales no se cerraron en banda contra la inmigración y los criterios de inclusión no se guiaron en exclusiva por la raza. No solo fue así en una Gran Bretaña que seguía en gran medida abierta al movimiento. También la Francia de la Tercera República, impregnada de un elevado sentimiento patriótico, puso pocos obstáculos a la inmigración. El crecimiento de la población arraigada era inusualmente bajo, lo generó cierta impresión de crisis demográfica; desde mediados del siglo XIX, fueron llegando oleadas de trabajadores extranjeros que se fueron agrupando en comunidades de extranjeros bien predispuestos a la asimilación. Las campañas xenófobas no llegaron nunca a tener una influencia clara en la legislación nacional. Francia confiaba mucho en la fuerza integradora de su lengua, sus escuelas y su ejército.2840 También en el Imperio Alemán, donde la derecha política se agitaba con mucha más intensidad en pro de una concepción racial de la nación y, en los años previos a la primera guerra mundial, se incitó al temor frente a la entrada de gran número de polacos y judíos, el Estado nacional tampoco se convirtió en un «Estado racista» en materia de política de inmigración. En 1913 se reformaron los criterios de la nacionalidad sin que una mayoría favorable a la adopción de criterios raciales y biológicos se impusiera en el Parlamento. Tampoco se trasladaron al derecho del Imperio prácticas administrativas de las colonias de carácter racista, como por ejemplo obstaculizar los «matrimonios interraciales».2841

Racismo excluyente

A diferencia de en Europa, en las sociedades democráticas de Norteamérica y Oceanía, con mucha inmigración, el racismo excluyente sí logró mayorías políticas.2842 Se dirigía sobre todo contra los asiáticos. Los chinos llegaban a Estados Unidos por varias vías: como buscadores en oro, en California; como obreros del ferrocarril; como culis en las plantaciones de Hawái. Luego muchos de ellos acudieron en tropel a las ciudades, donde trabajaban como cocineros o lavanderos y vivían en

comunidades propias. Si primero se los acogió positivamente, por ser muy laboriosos, luego los estadounidenses se fueron volviendo en su contra y exigieron que se parase la inmigración de China. Con expresiones que recordaban claramente los ataques contra los negros después de la emancipación, se denigraba cada vez más a los chinos como seres «semicivilizados» incapaces de adaptarse al entorno de Estados Unidos. Los líderes sindicales temían un *dumping* salarial. Se recurrió a la excusa de las prostitutas orientales para limitar la entrada de mujeres chinas y, con ello, obstaculizar el crecimiento de la comunidad china de Estados Unidos. Sobre todo en California, hubo asaltos con muertos y heridos, al estilo de los pogromos. En 1882, los partidarios de un veto federal a la inmigración se impusieron en el Congreso, que aprobó una Ley de exclusión de los chinos por la cual prácticamente se impedía la entrada de chinos durante un mínimo de diez años. Fue la primera de una larga serie de medidas similares, toda una política de exclusión a la que no se puso fin hasta 1943.[2843] Los ataques contra los japoneses aún fueron un poco más feroces. Por lo general no llegaban a Estados Unidos mediante el tráfico de culis, sino en proyectos de emigración de su propio gobierno. A diferencia de los chinos, actuaban en ámbitos económicos en los que competían directamente con los estadounidenses blancos y, por lo tanto, despertaron una resistencia aún más intensa.

En Australia ocurrió como en la zona oeste de Estados Unidos (adonde acudió la mayoría de los inmigrantes asiáticos). Desde la década de 1880, la emigración de Asia a Australia también provocó movilizaciones sindicales y polémicas electorales. La histeria de la «extranjerización» llegó a tal intensidad que las fantasías sobre la inminente invasión asiática se convirtieron en un género específico en el mercado editorial.[2844] A los asiáticos que ya estaban en el país se los trató mejor que en Estados Unidos: gozaban de cierta protección estatal y en gran parte conservaron sus derechos civiles. Sin embargo, la política

favorable a una «Australia blanca» tenía más respaldo oficial que las tendencias semejantes de Estados Unidos. Durante aproximadamente un siglo, de la década de 1860 a la de 1960, las colonias australianas (y luego la Federación) actuaron contra la inmigración multitudinaria de los no blancos. En lo esencial, se alegaba la voluntad de evitar que esas personas formaran una subclase social, pero los argumentos fueron cobrando tintes racistas cada vez más estridentes y, a partir de 1901, se aprobaron medidas restrictivas de la inmigración.[2845] Canadá pasó en 1910 a la política de una «Canadá blanca». Paraguay ya había aprobado una ley muy restrictiva en 1903, y en 1897 la colonia de Natal, en Sudáfrica, intentó prohibir la inmigración india, en este caso, amparándose en la población africana.

Esta exclusión en el ámbito del Pacífico, que en Estados Unidos se concentró en la costa oeste, fue (juntamente con la discriminación racial del sur de Estados Unidos y algunas prácticas coloniales) la concreción más radical del racismo generalizado del cambio de siglo. Se apoyaba en ideas de una superioridad blanca cuyo valioso núcleo esencial había que proteger de invasiones de extranjeros. En el caso de Estados Unidos, el problema se complicaba porque las primeras generaciones inmigradas (de mayoría anglo-irlandesa-alemana) se enfrentaban desde la década de 1880 a una nueva oleada migratoria (del sur y el este de Europa) y la población ya asentada miraba con recelo a la que estaba llegando. Esto dio ocasión a debates interminables sobre las jerarquías de los colores de piel y la competencia cultural.[2846] Fue la primera vez que Estados Unidos percibió una contradicción en la concepción de sí mismo que aún no ha desaparecido: un país que, seguro de su plena superioridad, se concibe como el salvador de los pueblos del mundo, al mismo tiempo está dominado por el temor a que esos mismos pueblos lo infecten y arruinen.[2847]

Racismo no occidental: China

Por descontado, según las ideas de la época, todo Estado nacional soberano tenía derecho a determinar quién podía vivir dentro de sus fronteras. En China decenas de miles de personas salieron a la calle para protestar contra las restricciones para emigrar a Estados Unidos, pero también porque el país no había tenido ocasión de replicar con la misma moneda. En 1860 se había obligado a China a aceptar la libre entrada de extranjeros. Así pues, no faltaban los motivos para hacer salvedades legales con los foráneos, pero no había base para un racismo excluyente. No había una minoría étnica que hubiera sido esclavizada con anterioridad. Durante muchos siglos, los judíos (un número reducido de ellos) fueron súbditos bien integrados del emperador. No había una hostilidad contra los judíos que pudiera dar origen al antisemitismo. Aun así, en China no es difícil hallar discursos sobre la «raza».2848 Antes al contrario, el país podría servir como ejemplo de que en el siglo XIX el racismo no fue exclusivo de Occidente. Los prejuicios raciales que hoy —en una situación mundial marcada por el sentimiento de culpa poscolonial— que se consideran un defecto específico de la conciencia occidental blanca también se manifestaron claramente en sociedades no occidentales. El caso de China es aún más interesante para el siglo XIX, porque tradicionalmente eran prejuicios poco desarrollados.

La China imperial conocía toda clase de estereotipos sobre los «bárbaros» y había tomado nota de las particularidades físicas de todos los pueblos extranjeros con los que uno podía encontrarse en las fronteras del Imperio. Sin embargo, se entendía que, aunque el bárbaro era un ser culturalmente deficiente, no tenía culpa en ello y se les podía hacer el favor de civilizarlo. En el pensamiento tradicional de China nunca se dio el paso de la diferencia cultural a la biológica. La situación cambió a finales del siglo XIX, a consecuencia de los nuevos contactos con Occidente. En comparación con los pueblos asiáticos vecinos, con los que se había tratado durante siglos, los europeos y norteamericanos resultaban aún más extraños,

por cultura y apariencia física; si se añade que la aparición de los occidentales fue en extremo agresiva, la combinación facilitó que en las antiguas concepciones de los «bárbaros» se injertaran elementos de la no menos antigua demonología de la religión popular. Así, se hablaba de «diablos extranjeros» (*yang guizi*) o «bárbaros pelirrojos» (*hongmaofan*). Estos estereotipos negativos se trasladaron también, de forma indirecta, a los africanos, aunque por norma general los chinos no tenían ocasión de toparse con visitantes de África. Sin embargo, parecía un consuelo que hubiera otras víctimas del imperialismo europeo que, a juicio de los señores coloniales, estuvieran aún por debajo de los chinos.

No hubo un racismo chino hasta que, hacia finales del siglo XIX, se difundieron en China las teorías raciales occidentales. Una segunda premisa fue la destrucción de la concepción del mundo sinocéntrica, debido a la derrota militar frente a Japón, en 1895, que se percibió como catastrófica. Al buscar un nuevo sentido al lugar de China en el mundo, los portavoces de la intelectualidad encontraron atractiva la idea de la guerra de las razas (*zong*). Se puso afán en establecer jerarquías de las razas, como ya hacía más de cien años que era costumbre en Europa. Inevitablemente, los africanos, a los que se aplicaban los mismos prejuicios más graves de los «blancos», siempre ocupaban el rango inferior. Algunas voces pedían eliminar sus peculiaridades físicas mediante la migración, cambios en la alimentación, mestizaje y esterilización. La «raza amarilla» (como dijo, generalizando, hasta que hacia 1915 concluyó una etapa provisional de armonía sino-japonesa) no era en ningún caso inferior por naturaleza a la blanca. Blancos y «amarillos», en realidad, estaban enredados en una batalla por la supremacía mundial. En Europa, estas ideas estaban representadas por la extrema derecha del espectro político, pero en China eran características de los reformadores del cambio de siglo. La liberalización política y la modernización social debían servir para fortalecer a China para la guerra de las razas. Para

este fin, se quería derrocar a la dinastía Qing; el hecho de que estuviera encabezada por la dinastía manchú (no *han*) no había tenido un gran peso en las críticas iniciales. A través de la lente de la teoría racial, ahora los extranjeros manchúes parecían ser una raza inferior contra la que era justo actuar con todos los medios posibles. Estas amenazas de los intelectuales, durante la revolución de 1911, en algunos lugares de China derivaron en masacres perpetradas no solo contra soldados manchúes vencidos, sino también contra sus familias (aunque no en todo el país y no como estrategia de los revolucionarios).2849

Otro tema racial, por último, fue convertir la figura ancestral del Emperador Amarillo desde el héroe de un culto mítico al antecesor biológico de la «raza amarilla»; aun así, en China este motivo nunca adquirió la relevancia que tuvo el embellecimiento paralelo de la genealogía imperial japonesa, transformado en uno de los pilares básicos del culto al emperador desde la era Meiji. El ejemplo chino muestra que el pensamiento racista nacido en Europa ni se podía imponer fácilmente a otras sociedades que no habían llegado a esas ideas por su propia evolución, ni se difundía allí sin más, por sí mismo. Hizo falta que grupos especiales de fuera de Europa (en su mayoría, pequeños círculos de intelectuales) tuvieran noticia de esas teorías, las estudiaran y las adaptaran para aplicarlas según sus propios fines. El discurso de las razas no empezó a moverse sin fronteras hasta que se formuló en el idioma universalista de las ciencias (naturales) y, con ello, adquirió apariencia de objetivo e incontestable. A su vez, esta movilidad requería de un clima de opinión singular, como fue el de finales de siglo, cuando incluso los negros americanos que defendían los derechos humanos y civiles y los (proto)panafricanistas consideraban natural pensar con las categorías de la diferencia «racial» y apoyaban sus proyectos políticos en la supuesta uniformidad de la, según se la denominaba, «raza negra» (*negro race*).

4. ANTISEMITISMO

La emancipación judía

En las sociedades europeas de la Edad Moderna, los extranjeros por antonomasia fueron los judíos. La historia de los judíos durante el siglo XIX se puede contar y explicar de diversas maneras y requiere diferenciar tiempos y lugar. Una perspectiva posible sería la de la civilización y la exclusión. El siglo XIX fue una época de éxitos sin precedentes en la historia de la comunidad religiosa judía. Como ha descrito el gran historiador Jacob Katz, aproximadamente entre 1770 y 1870 las comunidades judías de la Europa occidental vivieron en su modo de vida conjunto un cambio más profundo que el de todos los demás grupos de la población europea comparables por su magnitud: cambió «la esencia de toda su vida social», en suma, experimentaron una revolución social.[2850] En esta época hubo un movimiento reformista ilustrado en el seno del judaísmo, que se inició en la década de 1770, con Moses Mendelssohn y algunos contemporáneos más jóvenes, y transformó por completo el modo de entender la religión, las formas de trato personal en el seno de la comunidad y la actitud para con la evolución social de Europa. Esta autorreforma judía, que algunos de sus protagonistas interpretaron como autocivilización, supuso adaptarse con mesura al entorno a la vez que se preservaba el núcleo de la identidad judía.

El proceso condujo a la emancipación, es decir, la mejora de la situación legal de los judíos (a veces, incluso la equiparación) porque las fuerzas liberales y progresistas de los gobiernos de la Europa occidental optaron por apoyar las reformas. Sobre todo en Alemania y Francia, la emancipación de los judíos fue vista como un proceso de «civilización» e integración guiado por el Estado. Esta interacción de impulsos internos y externos puso a una parte cada vez más numerosa de la población judía en situación de poder aprovechar las oportunidades económicas de una Europa en vías de modernización.[2851] En toda Europa, al oeste del imperio zarista, cayeron los muros de los guetos en los que los judíos habían vivido hasta entonces. Se les abrieron

carreras en la economía y las profesiones liberales, y mucho menos al servicio del Estado, que siguió vetándoles el acceso en gran medida. Una minoría activa y exitosa de la emergente burguesía europea era de religión judía. Un judío, Benjamin Disraeli, llegó a ser primer ministro de la primera potencia mundial y pudo usar el título de conde de Beaconsfield. Hombres de origen judío —algunos, bautizados en el cristianismo— llegaron a la cumbre de la vida cultural del continente: Felix Mendelssohn-Bartholdy adquirió fama europea como compositor y director de orquesta; Giacomo Meyerbeer dominó los escenarios operísticos en la generación situada entre el enmudecimiento de Rossini y el ascenso de Verdi; Jacques Offenbach creó el género de la opereta satírica, al que además llevó a la culminación.

La hostilidad antigua, de motivos principalmente religiosos, no desapareció de la noche a la mañana. Incluso los artistas más destacados toparon con aversión y rechazo. Los judíos pobres de las zonas rurales eran los más vulnerables. Siguió habiendo ataques contra los judíos. Pero fueron menguando, por ejemplo, pasado el primer tercio de siglo. Nunca antes, los judíos de la Europa occidental gozaron de tanta seguridad como en las décadas intermedias del siglo XIX. Ahora no estuvieron bajo la protección personal de príncipes caprichosos, como los «judíos de corte» de la Edad Moderna, sino bajo la protección del Derecho.

Ascenso del antisemitismo

A partir de 1870, más o menos, en casi toda Europa se acentuó de nuevo la polémica contra los judíos. Los adversarios de los judíos pasaron al ataque.[2852] Sobre todo en Francia y Alemania, la vieja imagen teológica de los judíos no se abandonó por completo, sino que se completó con argumentos laicos y racionalistas. Las acusaciones de que los judíos se aprovechaban y protagonizaban una modernidad desconcertante crecieron hasta formar teorías de la conspiración. Además de reprocharles inferioridad moral, desde

el punto de vista nacionalista se los acusó de deslealtad. Bajo la influencia del nuevo pensamiento de raíz biológica, se fue armando una construcción de los judíos como «raza» propia. Quien pensaba y escribía así, quería decir que la asimilación judía era una maniobra engañosa, que la conversión personal al cristianismo carecía de importancia y que los judíos nunca cambiarían. Ahora bien, antes de la primera guerra mundial, entre las numerosas facetas del antisemitismo europeo, la racista no fue la dominante.

La cuestión no se reducía a los libros y panfletos de intelectuales, entre los que hay que contar por ejemplo a Richard Wagner con *El judaísmo en la música* (*Das Judenthum in der Musik*, de 1850, aunque la versión influyente fue la edición revisada de 1869). Surgieron partidos y asociaciones antisemitas. A menudo se había acusado a los judíos de cometer arcaicos asesinatos rituales; tras muchas décadas de retroceso, estas acusaciones crecieron de nuevo, sobre todo en las zonas rurales. En Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania los judíos apenas tenían que temer aún los ataques contra la vida y la propiedad. Lo característico era un antisemitismo cotidiano, de rechazo e insultos, como en algunos establecimientos de baños alemanes, que se presentaban como «sin judíos» (*judenfrei*). Pero el antisemitismo también topó con resistencia política y social. En Gran Bretaña e Italia, se había desarrollado muy poco y en realidad era poco «socialmente aceptable». En Francia y Alemania, no siempre fue en aumento. En Alemania, a finales de la década de 1870 era más virulento que una década más tarde. En Francia, hacia el cambio de siglo, se vivió un retroceso importante con el «caso Dreyfus», cuando la izquierda y la burguesía de centro se defendieron contra un complot militar de raíz antisemita.2853

La agitación antisemita también se intensificó en Hungría y Austria, según el ejemplo alemán, pero con gran peso de las circunstancias locales. Donde se expresó con más violencia fue en el imperio zarista, en cuyo territorio polaco vivía la mayoría

de los judíos europeos. Aquí se produjo una situación especialmente contradictoria. Por un lado, los judíos de la región no se habían visto afectados por el movimiento de reforma interior, en buena parte, y tampoco habían recibido ayuda de un Estado favorable a la emancipación —con la salvedad de la Galitzia austríaca—. De hecho, los zares habían practicado una discriminación próxima al apartheid y la situación material de los «judíos orientales» tendía a ser desesperada. Por otro lado, en el imperio zarista había unos pocos empresarios judíos de gran éxito, que se correspondían con el tópico del «plutócrata», y los judíos tuvieron un papel destacado en la dirección de los grupos revolucionarios emergentes. Así, el este fue caldo de cultivo de un antisemitismo brutal, menos fundado en criterios racistas y biológicos que en factores sociales y contrarios a la modernización. En varias oleadas de pogromos, sobre todo de 1881 a 1884 y de 1903-1906, numerosos judíos perdieron la vida (solo en 1905, que fue un año terrible, más de 3.000) o se les hirió y saqueó. Estos desmanes se produjeron ante todo en la ciudad, de forma «espontánea», pero las autoridades tendieron a ocultarlos o, como mínimo, a no castigarlos. Muchos judíos optaron por emigrar a toda prisa. Nació el sionismo: la idea de que los judíos (orientales) debían establecer un nuevo «hogar» en Palestina. Su texto fundacional lo escribió Theodor Herzl, periodista y corresponsal en el extranjero (*El Estado judío*, 1896), aunque principalmente bajo la impresión del caso Dreyfus y los disturbios antisemitas en Francia.
A finales del siglo XIX, para los judíos, la región más peligrosa del mundo era la zona más occidental del imperio zarista. Aquí el antisemitismo no fue una mera copia del alemán o el austríaco, sino que adquirió autonomía ideológica. En 1902-1903 vio la luz un documento funesto, los *Protocolos de los sabios de Sión*, que trazaba planes para la conquista judía del mundo. Luego se demostró que se había tratado de una falsificación, pero este producto —paranoide hasta el extremo—

del antisemitismo ruso se difundió por todo el mundo, en particular tras la primera guerra mundial.2854 Entre los lectores impresionados que contribuyeron a la divulgación del texto estuvieron Adolf Hitler y también el fabricante de automóviles estadounidense Henry Ford. Ford no fue una excepción antisemita en Estados Unidos, donde, en el último cuarto del siglo XIX, los judíos padecieron una discriminación social generalizada y, en ocasiones, actos de violencia física.2855

No se ha hallado una explicación simple para el ascenso del antisemitismo en Europa, que fue contemporáneo, pero nada uniforme en su distribución geográfica. Si en 1910, alguien hubiera aventurado que, treinta años más tarde, los judíos sufrirían atrocidades masivas, habría apuntado a Rusia, Rumanía o incluso Francia, pero solo secundariamente a Alemania.2856 Había varios antisemitismos, con sus respectivas características nacionales. El discurso hostil surgía primero en la opinión pública y hallaba resonancias muy distintas en cada nación, según fueran las circunstancias económicas, sociales y políticas. Luego había también un plano supranacional. Los conceptos raciales más antiguos ya se habían desarrollado en lo que era la esfera pública mundial del momento, pues la experiencia de las «relaciones raciales» que cada cual tenía en sus viajes al extranjero o en la emigración se podía trasladar a otros contextos. Los científicos eugenésicos y los «higienistas raciales» también se organizaron internacionalmente. Ahora bien, el antisemitismo solo fue «transnacional» en un sentido limitado; a veces era principalmente local. Hacia 1900 tenía mucha importancia en Viena, que desde 1897 estuvo gobernada por el alcalde antisemita Karl Lueger, pero no necesariamente en otras ciudades de Austria.

Un caso particular: la Europa continental

Había antisemitismo donde había judíos, pero no necesariamente el hecho de que hubiera judíos provocaba

reacciones antisemitas. En el imperio otomano tardío, por ejemplo, no se formó entre los musulmanes un antisemitismo similar al fenómeno europeo; en todo el Oriente musulmán, los judíos no experimentaron nada parecido al ascenso de la hostilidad de raíz religiosa. Hasta la primera guerra mundial, los judíos gozaron de la protección del Estado otomano. El peligro estaba en el antisemitismo *cristiano*, que se notó en casi todas las ocasiones en las que, durante el siglo XIX, el poder otomano fue de retirada: en Serbia, Grecia, Bulgaria o Rumanía. La violencia se intensificó en paralelo contra los judíos y los musulmanes. En los nuevos Estados balcánicos, los judíos estuvieron expuestos a la persecución de sus vecinos cristianos, las autoridades y las iglesias (en particular, la Iglesia ortodoxa). Los judíos estaban muy integrados en las redes financieras y de comercio a larga distancia de la ecúmene otomana. Cuando un territorio quedaba aislado de esas redes y se constituía de nuevo como un Estado insular, de mayoría campesina, la población judía veía amenazada su existencia económica. Numerosos judíos de los Balcanes, cuando no emigraron a Francia, Palestina o Estados Unidos, hallaron refugio en las tierras del sultán.[2857] La opinión pública internacional no desconocía el asedio que padecían los judíos en los Balcanes postotomanos. En 1878, en el Congreso de Berlín, las grandes potencias impusieron a los Estados balcánicos cláusulas de protección para las minorías no cristianas. Pero, como ninguna gran potencia estaba dispuesta a defender por la fuerza a los judíos de terceros países, esto no pasó de ser una amenaza de papel; sin embargo, al menos se inventó un nuevo instrumento del Derecho internacional: la protección de minorías, que permitía pensar en la posibilidad de restringir la soberanía nacional en nombre de los derechos humanos.[2858]

El antisemitismo, en la que forma que adoptó aproximadamente entre 1870 y 1945, fue un desarrollo específico de la Europa continental, donde vivían, hacia 1900, unas cuatro quintas

partes de los cerca de 10,6 millones de judíos de todo el mundo.2859 En Gran Bretaña —por lo menos, antes de que en la década de 1880 acudieran como refugiados de la Europa oriental— había pocos judíos: hacia 1860 eran cerca de 60.000, frente al medio millón de los Estados alemanes. Los miembros de la fe judía que no podían pronunciar un juramento cristiano gozaron de plenos derechos civiles desde 1846, varias décadas más tarde que en Francia, la pionera de la emancipación judía. En 1858 también pudieron ser elegidos parlamentarios, de nuevo después que en Francia, pero antes que en Alemania, donde la emancipación legal plena no llegó hasta 1871, con la fundación del Imperio Alemán. En Gran Bretaña, desde luego, nunca hubo una «cuestión judía» al estilo de la que se planteaba en la Europa continental. El Derecho inglés de la Edad Moderna no contaba con «leyes para judíos», no los discriminaba como extranjeros, no les obligaba a vivir en guetos y, en lo esencial, solo les imponía las mismas restricciones que imperaban para los que no eran miembros de la Iglesia de Inglaterra (como los católicos o los protestantes no conformistas). A principios del siglo XIX, los judíos no contaban con todos sus derechos, pero eran ciudadanos británicos. Por lo tanto, la emancipación no fue nunca, como en Alemania, un proceso largo de integración estatal de una minoría única en la sociedad burguesa, sino un acto constitucional, realizado en el plano del Estado central: repetir la equiparación de derechos legales que se había otorgado a los católicos.2860 A tenor de estas premisas, antes de 1914, en las islas británicas no surgió —a diferencia de Francia o Alemania— un antisemitismo elaborado a conciencia y organizado; y lo mismo cabe afirmar, en principio, de los asentamientos coloniales británicos y las sucursales estatales de ultramar. Hubo algunos actos de resentimiento social, pero a la vista del hecho de que no se predicó ni practicó una violencia antisemita general, apenas cabe otorgarles importancia. No pecamos de una minimización culpable cuando, desde el punto de vista comparativo,

constatamos que el antisemitismo de la esfera británica tuvo una intensidad relativamente baja.

¿Tuvo el antisemitismo también efectos lejanos? En Japón, donde se copiaron igualmente las torpezas de Europa, hubo un antisemitismo de imitación aun sin la presencia real de judíos en el país. Los *Protocolos de los sabios de Sión*, traducidos en 1924, reforzaron el temor (ya existente) a una conspiración y avivaron un nacionalismo xenófobo que hacía tiempo que se daba en círculos reducidos del país: se afirmaba que los judíos eran cómplices de un Occidente que, supuestamente, negaba el derecho de Japón a existir.[2861] En China, la reacción fue la contraria. En 1904, cuando se tradujo la obra de Shakespeare *El mercader de Venecia*, se conoció por primera vez el tópico europeo del judío, pero despertó simpatía, se lo consideró una víctima que invitaba a la solidaridad universal de los oprimidos. En China no hubo un antisemitismo fantasma, como en Japón.

Antisemitismo y jerarquías raciales

Sería superficial interpretar el antisemitismo europeo posterior a 1870 como una aplicación directa de las teorías raciales. Algunos de los primeros teóricos raciales ya habían apuntado contra los judíos, como por ejemplo Robert Knox, en 1850, que los describió como parásitos culturalmente estériles.[2862] Otros fundadores del discurso racial, como por ejemplo Gobineau, no fueron antisemitas. Las ideas básicas del racismo biológico se aplicaron mucho antes en Estados Unidos contra los negros, que contra los judíos en Alemania o Francia.[2863] Antes de la primera guerra mundial, el antisemitismo no se apoyaba principalmente en el racismo; y cuando lo hacía, era más a consecuencia de una teoría racial que como *forma* de tal teoría.[2864] Para que que el antisemitismo se creara una base social, tuvieron que activarse potenciales de una crisis social y hacer su aparición rechazos políticos en el proceso de la democratización y la búsqueda de las identidades nacionales.[2865]

El antisemitismo del siglo XIX largo no se tradujo en sistemas

racistas. Antes al contrario: se eliminó la segregación de judíos en los guetos, propia de la Edad Moderna, sin que se introdujera un nuevo apartheid formalizado. Los judíos de Europa ya no vivieron bajo la espada de Damocles de la expulsión; al menos, fuera del imperio zarista. La principal limitación del desplazamiento de los judíos en esta época fue la concentración de sus asentamientos en un «rayón» o distrito específico —colosal, no obstante: entre el mar Báltico y el mar Negro—, que se introdujo en 1791 y se consolidó con el Estatuto de los Judíos, de 1804.2866 En el imperio zarista, los judíos, al igual que otros grupos no ortodoxos, no gozaron de igualdad civil. Algunos de los impedimentos legales pervivieron, otros se fueron suavizando o fueron cancelados durante la época de reformas de Alejandro II, a partir de 1856. Tras el asesinato del zar reformista, en 1881, la situación legal de los judíos volvió a empeorar. Antes de la revolución de 1917 no disfrutaron de una emancipación civil similar a la francesa o alemana. Hacia 1880, además de Rusia, Rumanía era el único país de Europa en el que los judíos —pese a la presión internacional del Congreso de Berlín, en 1878— seguían sometidos a leyes degradantes específicas.2867 Los últimos grandes guetos judíos fueron eliminados a partir de mediados de siglo: en 1852 en Praga, en 1870 en Roma. El antisemitismo en Europa, al oeste de Polonia, fue —como la agresión contra los afroamericanos tras la guerra civil— un fenómeno posterior a la emancipación. Se enmarca en el contexto de una delimitación más definida entre los «nacionales» (la mayoría) y los «extranjeros» (minorías errantes o cosmopolitas). Hacia 1900 se podía recurrir, para todos estos casos tan distintos de exclusión, a un vocabulario racista de justificación, en la teoría y en la práctica. Esta inclusión no siempre tuvo corolarios imperiales. En la lógica del racismo radical (ya lo encontramos en Robert Knox), el dominio imperial evita el contacto innecesariamente estrecho con las personas de otras etnias. Antes de la guerra de exterminio que emprendieron los

alemanes en la Europa oriental a partir de 1941, en la historia del imperialismo y el colonialismo nunca había habido casos en los que el poder sobre otros pueblos se ejercitara con el fin de hostigar o aniquilar por motivos racistas. A su manera, el colonialismo siempre tenía algunos tonos constructivos. En el siglo XIX, la expansión colonial había respondido mucho más a la misión civilizadora que al racismo. A la inversa: fueron precisamente racistas radicales los que defendieron devolver a África a los americanos negros o, más adelante, deportar a Madagascar a los judíos europeos. En 1848, la anexión estadounidense de territorios mexicanos *aún más extensos* fracasó por el miedo a una invasión étnica, y hasta finales de la década de 1890, la ideología de la «supremacía blanca» tendió a contener la posible expansión territorial de Estados Unidos, pues se quería evitar la contaminación por el trato con las «razas inferiores».2868 Asimismo, la promesa de independencia que se les planteó a los filipinos —una promesa única por lo temprana que fue, desde la perspectiva de la historia colonial— no se debía solo a razones de filantropía. Algunos de sus defensores ansiaban separar lo antes posible a Estados Unidos de una colonia «racialmente ajena».2869

Dos emancipaciones en peligro

Gracias a George M. Fredrickson, podemos profundizar un poco más en la comparación entre las dos emancipaciones de Norteamérica y Centroeuropa.2870 La abolición de la esclavitud y la liberación de la gran mayoría de los judíos europeos de su existencia desamparada en los guetos requirió ayuda externa: allá, los abolicionistas, aquí, los representantes ilustrados de la alta burocracia estatal. Ambos tenían en común concebir la reforma también como una misión civilizadora: sin perder la distancia debida con la mayoría social dominante, había que conseguir que los afroamericanos se «elevaran», y los judíos, «mejoraran» su nivel cultural. En Estados Unidos, el programa no se pudo intentar implantar hasta que terminó la guerra civil y se inició la «Reconstrucción Radical». La integración de la

minoría judía en esta sociedad también transcurrió bajos signos diversamente (des)favorables. En el intervalo entre la extinción del antiguo odio a los judíos y la aparición del moderno antisemitismo, la resistencia ideológica contra los judíos fue relativamente escasa. No fue ni remotamente similar al racismo que hostigaba a todos los negros de Estados Unidos, también a los «libres» del norte. Este racismo se intensificó cuando se le puso fin a la Reconstrucción, en 1877, casi el mismo en que emergió el doble brote del discurso antisemita (en Alemania y Francia) y los pogromos (en el imperio zarista). En ambos lados del Atlántico, la crisis económica internacional (a partir de 1873) y la caída de las fuerzas liberales en la política interior (por lo menos en Estados Unidos, en Alemania tras la ruptura de Bismarck con los liberales, y en el imperio zarista) agravaron la situación. Judíos y negros perdieron con ello a unos aliados importantes.

La minorías judías de los Estados nacionales europeos eran más vulnerables que la de los afroamericanos. Es cierto que muchos judíos se habían abierto paso hasta los escalones más destacados y prestigiosos de la burguesía culta y económica. Ahora bien, precisamente estos éxitos tendieron a provocar resentimiento en la mayoría de la población, y en cambio nadie envidiaba la situación de inferioridad de estatus de casi todos los afroamericanos en la jerarquía. Desde el punto de vista de los «supremacistas blancos», no era necesario combatir activamente contra *the negroes*, solo había que mantenerlos controlados mediante la privación de derechos y la intimidación. Era tanto más fácil constatar que alguien pertenecía al grupo de los negros cuanto más hincapié se hacía en el tabú y la persecución de la sexualidad interracial. La insistencia estricta en la «pureza» de la «raza blanca (aria)» fue importada por el antisemitismo europeo con varias décadas de demora. Como a los judíos no se los podía reconocer por su aspecto, hubo que destinar mucho más esfuerzo a intentar que la «biología racial» aparentara ser científica; en Estados Unidos,

en cambio, el simple criterio cotidiano del color de piel ya era suficiente. Por último, los contactos de la diáspora afroamericana con el África colonizada no se consideraron lo bastante amenazadores como para avivar el temor a que perjudicaran los intereses nacionales. En cambio, los variados contactos internacionales de las comunidades judías fueron motivo de fantasías del nacionalismo *völkisch* sobre supuestas conspiraciones del capital judío y la revolución mundial. En Alemania, como en Estados Unidos, las mayorías de la población dirigieron su hostilidad contra los que contradecían la visión del propio carácter nacional. Si los afroamericanos no resultaban lo bastante modernos para una sociedad obsesionada por la modernidad, en cambio, los judíos eran demasiado modernos para las capas centrales de la sociedad alemana.2871 Hacia el cambio de siglo, los dos estereotipos se combinaron por los flujos migratorios de los «judíos del caftán», más pobres y con apariencia oriental-precontemporánea.

Los afroamericanos del sur de Estados Unidos vieron empeorar su situación apenas una década después de que Abraham Lincoln los liberase; en el caso de los judíos alemanes, el Imperio Alemán en su conjunto les ofreció seguridad material y oportunidades de mejora relativamente buenas. Inmediatamente después de la primera guerra mundial, comenzó una nueva época —fatídica— en la historia de los judíos europeos. Durante la guerra civil de Rusia y Ucrania, en 1919-1920, las tropas y milicias de los contrarrevolucionarios «blancos» perpetraron ataques masivos contra la población judía, a la que se atribuyó a menudo simpatías por los bolcheviques. Estos crímenes no fueron la simple continuación del modelo ya conocido de las oleadas de pogromos, sino que fueron mucho más allá —en número de víctimas y sadismo de las masacres— de las prácticas anteriores a 1914. Durante el siglo XIX, la destrucción de comunidades judías al completo por una *soldateska* desatada había sido una excepción escasa.2872

En la década de 1920, cuando la posición de los afroamericanos

ya había empezado un lento proceso de mejora, se cernió —también sobre Alemania y partes de la Europa centro-oriental, en particular Rumanía— un antisemitismo exterminador que hasta entonces solo había sido una amenaza retórica aislada, sin la colaboración de los recursos del poder estatal. Entre el antisemitismo anterior a 1914 y la política que puso en práctica el nacionalsocialismo desde 1933 no había ningún camino *directo*.2873

Capítulo 18
Religión

Hay buenas razones para situar la religiosidad, la religión y las diversas religiones en el punto central de *una* de las historias universales del siglo XIX.[2874] Solo para algunos países de la Europa occidental resulta adecuado —aunque se haga con cierta frecuencia en los manuales— tratar la religión como uno entre varios subpuntos de la «cultura» y limitarse a su organización y constitución como Iglesia. Durante el siglo XIX, la religión fue, en todo el mundo, una fuerza existencial de primer orden, fuente de orientación vital personal, punto de cristalización de las entidades comunitarias y formación de las identidades colectivas, principio de estructuración de la jerarquización social, motor de luchas políticas y campo de planteamiento de ambiciosos debates intelectuales. La enorme diversidad de realización de estas posibilidades, más la abrumadora cantidad de bibliografía de múltiples disciplinas —desde la historia de las religiones, pasando por la antropología, hasta las distintas filologías orientales—, hace imposible la meta de una presentación global, aunque sea muy aproximada. En el siglo XIX, la religión todavía era la forma de creación de sentido más importante de la vida cotidiana, es decir, el centro de toda la cultura intelectual. La religión abarcaba un espectro que iba desde la Iglesia universal hasta cultos locales con pocos participantes. Como forma de expresión cultural unitaria, comprendía por igual a les élites alfabetizadas y las masas cuya comunicación religiosa se basaba en la palabra oral y las imágenes; de hecho, a menudo era el vínculo de unión más importante entre los dos grupos. En el transcurso del siglo XIX, solo en circunstancias sociales muy infrecuentes, la religión —según se formula en la teoría sociológica— se convirtió en un subsistema funcionalmente diferenciado junto a otros sistemas como el Derecho, la política o la economía, es decir, en una esfera delimitable con relativa claridad y que se puede describir de acuerdo con una lógica interna, en particular en todos sus

modelos de reproducción, renovación y crecimiento.

1. CONCEPTOS Y CONDICIONES DE LO RELIGIOSO

Imprecisiones y desambiguación

Los fenómenos religiosos, desde un punto de vista mundial, no encajan formando una gran historia conjunta perceptible para el observador —como se constata por ejemplo en los macroprocesos de la urbanización, industrialización o alfabetización, por muchas diferencias de espacio y tiempo que se puedan reconocer. La afirmación de que el siglo XIX en su conjunto fue una era que dejó atrás la religión no se sostiene y por ahora no hay perspectivas de más «panorama general» que esta historia de la secularización.2875 Otra de las contextualizaciones en principio plausibles también simplifica en exceso la cuestión. Sin duda, la expansión de los europeos por el planeta, a partir del siglo XVI —conquistadora y colonizadora, exploradora y misionera— sentó las bases para que se propagaran las religiones más importantes de Europa; pero mirando atrás desde 1900 o 1914, la influencia religiosa del cristianismo en el mundo era muy inferior al poder político-militar de Europa y también de Occidente como totalidad. En muchas sociedades no occidentales que durante el siglo XIX quedaron unidas con Europa por comunicaciones regulares y emprendieron una occidentalización del estilo de vida que aún perdura, el cristianismo no ha logrado arraigar. El cristianismo se globalizó sin llegar a ser la religión dominante en el mundo. Esto fue consecuencia de los movimientos de resistencia y renovación con los que la ofensiva cristiana se encontró en todas partes. Pero el cambio religioso no puede verse solo como un proceso conflictivo de expansión y reacción, sino, entre otras circunstancias, también como el fruto de interrelaciones y una historia compartida, o como «transformación análoga» en Occidente y otras partes del mundo, alimentada siempre por fuentes locales y con pocos o ningún vínculo mutuo.2876 Así, procesos como la formación de los Estados nacionales y la difusión masiva de la producción impresa establecieron

interacciones (en principio, similares en todo el mundo) con los cambios en el ámbito religioso.

El concepto de «religión» es claramente impreciso, y Max Weber, uno de los pioneros de la sociología comparada de las relaciones, lo sabía y nunca se enredó en dar una definición. A algunas preguntas ya antiguas nunca se les ha podido dar una respuesta unívoca, empezando por el problema de distinguir entre la religión «auténtica», por un lado, y por otro, la «superstición» o los casos dudosos de las pseudorreligiones «filosóficas». El «confucianismo» chino, por ejemplo, que carece de una Iglesia, de ideas del más allá y la salvación, o de rituales obligatorios, ¿es acaso una «religión», como se afirma a menudo en los manuales occidentales? ¿Qué se puede decir de otro caso intramundano, como la masonería? ¿Podemos denominar «religión» a todo «culto» o movimiento religioso, o deben plantearse determinados requisitos como la complejidad de la concepción del mundo, la organización y la práctica religiosa? ¿Qué papel interpretan la forma en que los adeptos se perciben a sí mismos, o el reconocimiento ajeno como religión? ¿En qué circunstancias, cuando las creencias convencionales pierden peso, es justificado ampliar el concepto de religión al de «religión artística» o «política»?2877 No hace falta ir tan lejos como algunos teóricos de la religión que tan solo se interesan por los discursos sobre religión y creen que los fenómenos religiosos son indiscernibles en la realidad histórica. Este escepticismo radical, como parte del «giro lingüístico» de la historiografía, va demasiado lejos. El foco en el carácter construido de los nombres y conceptos puede acabar fácilmente en negar su efecto práctico en la vida. ¿Qué significa, para alguien que cultiva una identidad como «hindú», oír que se le diga que el «hinduismo» es un «invento» europeo? Es un hecho que el concepto de religión se creó en la Europa del siglo XIX, pero sería problemático colegir de ello que «no existen» religiones y que el concepto es un simple instrumento ordenador impuesto por un Occidente arrogante con voluntad

«hegemónica».2878
Sin embargo, lo siguiente es cierto: el concepto abstracto y de afán universal de la «religión» es un producto de intelectuales europeos del siglo XIX, en particular de orientación protestante.2879 Incluía la idea de que, más allá del trío de cristianismo, judaísmo e islam, existía una pluralidad de religiones, una idea que fue concebible en Europa a partir de 1600, por dar una fecha aproximada; pero con frecuencia estaba asociada con una segunda idea tácita: que el cristianismo era la religión más avanzada desde el punto de vista evolutivo y, con ello, la única verdaderamente universal. Este concepto solía combinar cuatro elementos:

1. la existencia de un texto sagrado central (como la Biblia o el Corán) o de un canon claramente definido de textos sagrados;
2. el impulso de exclusividad, es decir, el carácter inequívoco de la lealtad religiosa y la propia identificación con una religión que es «posesión» de uno;
3. la separación frente a otras esferas de la vida;
4. cierta distancia objetivadora frente a los compañeros de viaje que actúan como líderes carismáticos (aunque esto no necesariamente tiene que derivar en la formación de una Iglesia jerárquica).2880

Hacia finales del siglo XIX, este concepto de religión llegó a otros mundos culturales, no solo a través de los canales del colonialismo. No siempre carecía de atractivo. Había razones que aconsejaban reinterpretar, concentrar y sistematizar las teorías y prácticas religiosas existentes como una «religión» ajustada a los modelos prototípicos del cristianismo y el islam.
En China, por ejemplo, a lo largo de los siglos solo se había hablado del *jiao*, un concepto que solía plantearse en plural y cabría traducir aproximadamente como «doctrinas» o «corrientes». A finales del siglo XIX, a través de Japón, se importó un concepto de religión más general, adoptado en el léxico chino como *zongjiaoin*. El carácter antepuesto, *zong*, significa «antepasado» o «clan», pero también «modelo» o «gran

maestro». El neologismo trasladó el énfasis de la simultánea pluralidad de enseñanzas hacia la profundidad histórica de la transmisión tradicional. Pero con ello se llegó también al límite de la adaptación —lo que reviste al caso chino de un singular interés—. La élite china, en efecto, se negó a convertir el «confucianismo» (*ru*) en una religión de credo confuciano (*kongjiao*), según habían intentado hacer algunos eruditos de la era imperial tardía y también, finalmente, la dinastía Qing, en 1907.2881 «Confucio» —icono de la «sabiduría china» creado por los jesuitas hacia 1700, a partir de una tradición muy compleja— fue reelaborado con cierto éxito por Kang Youwei y sus combatientes, que lo elevaron a símbolo del «ser chino», y poco después, de la nación china).2882 Tras ser destronado revolucionariamente por Marx y Mao, a finales del siglo XX vivió un renacimiento asombroso y, con la fundación del primer «Instituto Confucio» (Seúl, 2004), pasó a ser el santo patrono de la política cultural exterior de la República Popular de China. Pero durante el imperio (hasta 1911) y la república (1912-1949) fracasaron todos los intentos de imponer un confucianismo de Estado análogo al sintoísmo estatal de Japón (del que pronto hablaremos). El concepto europeo de religión topó aquí con un límite a su exportabilidad, y en China se dio la paradoja de que, sin ser siempre conscientes de ello, los creadores de opinión en materia de cultura se decantaron por una construcción *más antigua*, a la que los europeos no eran ajenos: el Confucio «filosófico», que los jesuitas habían rehabilitado frente al neoconfucianismo de la época. En cambio, en otros lugares, el concepto de «religión» importado de Europa tuvo efectos sociales (y a veces, políticos) de gran calado. En el islam, el budismo y el hinduismo, hubo intentos de lograr un perfil más definido como religión, en el cual se combinaban siempre la tradición y una imaginación renovada. En el islam, por ejemplo, esto llevó a hacer más hincapié en la saría (*sharia*) como ley religiosa vinculante; en el hinduismo, a canonizar con más intensidad los textos vedas, en oposición a otros escritos de la tradición

clásica.2883 En el siglo XX, muchos nuevos Estados nacionales han sustituido la diversidad jerarquizada de credos, propia de la Edad Moderna, por la idea de una religión oficial. Eso hizo posible que hubiera una nueva clase de minorías religiosas entre ciudadanos que formalmente eran iguales, y a la vez una nueva clase de conflictos religiosos que no era fácil resolver por medio de leyes especiales para cada grupo. Los procesos con los que se definió la intensidad y se acentuó el carácter inequívoco de las religiones transcurrieron, por lo general, con la vista puesta en otras religiones; a menudo, en enfrentamiento directo con estas. Este reordenación interactiva del panorama religioso global no empezó, a gran escala, hasta el siglo XIX.

«Grandes religiones mundiales»

El discurso público de nuestros días todavía está marcado por una herencia del siglo XIX, la idea de las «religiones mundiales», que se alzan como montañas entre el paisaje general de lo religioso. Una gran diversidad de orientaciones religiosas quedaron condensadas, en la nueva teoría de las religiones, para formar macrocategorías como el «budismo» o el «hinduismo». Estas «religiones mundiales» —entre las que se contaban también el cristianismo, el islam, el judaísmo y, no sin frecuencia, el confucianismo— permitieron establecer una cartografía general de lo religioso, irlo adscribiendo a las «civilizaciones» y crear mapas mundiales de las «grandes religiones». Las relaciones menos claras se han designado a menudo, hasta hace poco, con la etiqueta de «religiones naturales» o «primitivas». Los especialistas tomaban como base la cuadrícula aproximada de las religiones mundiales para elaborar clasificaciones más detalladas, ya fuera de orientaciones confesionales o de tipos sociológicos de religión. Detrás del concepto de las «religiones mundiales» se escondía una presuposición fundamental, que hoy todavía determina la imagen occidental del islam, sobre todo: todos los no europeos se hallaban presos de la religión, las sociedades «orientales» y «primitivas» se definían y comprendían, antes que nada, por

medio de la religión. Solo a los europeos ilustrados les había sido posible —se decía— romper las cadenas intelectuales de lo religioso y contemplar «desde fuera», relativizándola, incluso su propia fe: el cristianismo.2884 En el siglo XIX, esta tesis de la primacía de lo religioso en las sociedades extraeuropeas tenía cierto sentido. Por un lado —con la relativa excepción de China, por su rico legado historiográfico— los filólogos occidentales accedían a estas sociedades, en primer lugar, por los textos religiosos; entre 1879 y 1910, Max Müller publicó una famosa colección de traducciones, en cincuenta volúmenes, titulada precisamente *Sacred Books of the East*. Por otro lado, a ojos de los europeos, la resistencia más decidida contra la conquista colonial procedía de los dignatarios religiosos y movimientos de inspiración religiosa. Esta tesis, desde luego, contribuyó a una prolongada pérdida del carácter material, histórico y político de la mirada que se dirigía a estas sociedades. Las equiparaciones tópicas («la India hinduista», «la China confuciana») sugieren hasta hoy una limitación de la modernización religiosa, a juicio de Occidente, que sería la única civilización del planeta que ha declarado que la religión es un asunto privado y habría fundado la imagen de sí sobre una «modernidad» laica. El discurso de las «religiones mundiales» no es falso. Pero no debe llevarnos a considerar los distintos ámbitos religiosos como esferas cerradas en las que se completaban procesos autónomos, sin apenas influencia exterior. Por último, el discurso trae consigo otro plano de significado: la dramatización de la política religiosa: las visiones de un choque de las culturas presuponen esa clase de idea de bloques religiosos poderosos.

Revolución y ateísmo

En Europa, el siglo XIX empezó con un ataque general a la religión. En revoluciones anteriores, las élites habían perdido el poder y se había colgado a los gobernantes. Los ataques de los revolucionarios franceses contra la Iglesia y la religión en sí, preparados por las críticas antirreligiosas y la polémica antieclesiástica de corrientes radicales de la Ilustración, no

tenía precedentes y era uno de los aspectos más extremos del gran cambio revolucionario. Las propiedades de la Iglesia se nacionalizaron ya a finales de 1789. Aunque en junio de 1879 los diputados clericales, como representantes del primer estado, permitieron que los «Estados Generales» (divididos en tres estamentos) dieran paso a la Asamblea Nacional revolucionaria, la Iglesia no tardó en caer como factor de poder. El catolicismo perdió la condición de religión estatal, y el clero, buena parte de sus ingresos tradicionales. Todos los monasterios quedaron disueltos, un proceso que ya se había iniciado antes en el imperio de los Habsburgo, con el emperador José II. Con la Constitución Civil del clero, de 1790, se llegó a la ruptura con el papa, concebido ahora como un monarca extranjero más, entre otros muchos. Los sacerdotes, o por lo menos una parte de ellos, ya habían pasado a estar a sueldo del Estado —sin mayor oposición—. Ahora los legisladores revolucionarios dieron un paso más. El clero fue declarado funcionariado estatal y ubicado en la nueva jerarquía administrativa. Eran elegidos por órganos laicos y debían jurar lealtad al Estado. Esto abrió una profunda brecha entre los eclesiásticos que aceptaban jurar y los que no, y entre la Iglesia francesa (constitucional) y la romana, y fue la base para la persecución a la que se vio expuesto, en años posteriores, un sector del clero francés. No obstante, eran conflictos inocuos si se comparan con las guerras civiles de religión que se libraron en la Francia de la Edad Moderna.

Este ataque contra la religión organizada, de una radicalidad sin precedentes, fue una evolución particular de Francia, cuya consecuencia principal, a largo plazo, fue terminar con el monopolio del catolicismo. Los revolucionarios estadounidenses ya se habían liberado antes de la sumisión a la Iglesia estatal anglicana, pero no atacaron los fundamentos de la religión cristiana como se hizo en Francia con las acciones de «descristianización», cuya violencia iconoclasta, sin embargo, se moderó ya en 1793, a instancias de Robespierre, tras

organizarse como un «Culto al Ser Supremo» estatal. En Norteamérica, los representantes de la Iglesia no fueron perseguidos materialmente. La revolución atlántica en su conjunto no había legado hostilidad contra la Iglesia ni un ateísmo de patrocinio estatal. Bonaparte, como Primer Cónsul, ya llegó a un acuerdo con la Santa Sede (Concordato de 1801), por necesidades tácticas, para neutralizar a un enemigo poderoso; y en adelante respetó al papa como factor de poder en la diplomacia europea. Con la restauración de la monarquía, a partir de 1815, la Iglesia recuperó buena parte de su influencia. Napoleón III la trató con cuidado porque tenía a sus partidarios más leales en las zonas rurales católicas. El laicismo —como separación consecuente de Iglesia y Estado— no fue piedra angular de la política francesa hasta la Tercera República, y aun así distó de ser un ateísmo de imposición estatal. La radicalidad del proceso contra la religión organizada en la Francia de la década de 1790 anticipaba sucesos del siglo XX: no se vuelve a encontrar (en modos aún más violentos) hasta la Unión Soviética, el México revolucionario y, más adelante, las dictaduras comunistas posteriores a la segunda guerra mundial. Durante el siglo XIX, en cambio, no volvió a haber ninguna ofensiva revolucionaria comparable contra la religión en sí; ningún Estado del mundo se declaró ateo.

Tolerancia

La revolución atlántica dejó tras de sí una herencia menos espectacular, pero de efecto perdurable: la tolerancia religiosa.2885 La idea fundamental ya se había concebido en la Europa de las guerras de religión, en los siglos XVI y XVII. Desde Pierre Bayle y John Locke perteneció a los puntales del pensamiento ilustrado y pronto se aplicó no solo a las relaciones entre religiones en Europa, sino también a la equiparación de derechos de las religiones extraeuropeas.2886 En 1791 —de forma simultánea en Francia (Constitución del 3 de septiembre) y Estados Unidos (Primera Enmienda)— se estableció en las leyes fundamentales el principio de que el

Estado no debía dictar las creencias privadas de sus ciudadanos ni favorecer a una comunidad religiosa por encima de otras. Así, Estados Unidos garantizó desde el principio la libertad de acción religiosa, aunque para la carrera política, durante mucho tiempo resultó ventajoso ser protestante.2887 En Gran Bretaña aún se tardó varias décadas en reconocer la plena igualdad civil de los católicos (1829) y judíos (1846, 1858). En el continente europeo, la libertad religiosa, junto con la de prensa, fue uno de los objetivos principales de los liberales. A los judíos de Alemania se los autorizó primero en 1862 en Baden, luego en 1869 en la Confederación Alemana del Norte. El último gran país en proclamar un edicto de tolerancia fue el imperio zarista, que prometió la «libertad de conciencia». De ella se aprovecharon sobre todo los musulmanes, así como ramas sectarias de la Iglesia ortodoxa rusa; pero no los judíos. El islam ya había conseguido una situación legal asegurada con Catalina II, en 1773, en lo que fue el primer paso de la retirada de la persecución estatal. La Iglesia católica no se decidió a reconocer la libertad religiosa hasta 1965, durante el Concilio Vaticano II.

El hecho de que la tolerancia religiosa se codificara primero en los países de la «Ilustración aplicada» —Estados Unidos y Francia— y que ello pusiera en marcha un proceso que desembocó en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (1948), no significa que en otras partes del mundo se desconociera la práctica del pluralismo religioso. En la Edad Moderna, Europa, con sus feroces guerras y conflictos de religión, fue una excepción en un panorama en el que predominaba la pluralidad religiosa pacífica. En los imperios multiétnicos de las dinastías musulmanas no se habría podido practicar una islamización agresiva, que además habría entrado en contradicción con las viejas costumbres políticas. El propio profeta Mahoma había llegado a varios acuerdos con «gentes del Libro» de la península Arábiga. Los otomanos ofrecieron «protección» a los grupos

demográficos no musulmanes (los *millets*: sobre todo, cristianos, judíos y parsis, con la salvedad de los campesinos cristianos de los Balcanes) cuya actividad económica beneficiaba al Estado, a cambio de exigencias de tipo tributario. En el imperio mogol de la India, una dinastía de conquistadores musulmanes regía sobre una mayoría no musulmana dividida en numerosas corrientes religiosas. Aquí, el sentido de Estado exigía una política de tolerancia como la que se practicó con singular habilidad sobre todo en el siglo XVI. Que la dinastía del emperador Aurangzeb (*r.* 1658-1707), el único guerrero yihadista de los soberanos mogoles, se apartara de tal uso e intentara imponer la saría en todo el imperio contribuyó a que surgieran las tensiones que acabaron derribando el poder mogol al inicio del siglo XVIII. En principio, sin embargo, el islam excluía la plena equiparación de otras religiones con la verdad única que se había revelado a Mahoma, el «sello de los profetas». La magnanimidad para con los otros reforzaba la primacía del islam, pero no hay que idealizar el pluralismo religioso de los imperios islámicos. A los no musulmanes se los toleraba y en general se impedía que se los persiguiera, pero solo como súbditos de segunda clase. Aun así, la diferencia con la exclusión brutal de las otras religiones en la Europa occidental de la Edad Moderna es evidente. Hacia 1800, las minorías religiosas aún vivían mejor en el Oriente musulmán que en el Occidente cristiano.

En China los conquistadores manchúes, próximos por su origen al chamanismo del norte de Asia, practicaron una política calculada de equilibrio y mediación entre las diversas escuelas de pensamiento y corrientes religiosas. Cultivaron con especial cuidado el budismo de cuño lamaísta, que tenía un específico peso político entre los mongoles y tibetanos. Aun así hubo grandes tensiones estructurales entre el Estado Qing y sus súbditos musulmanes, cuya posición en la jerarquía de las minorías había empeorado en comparación con la época Ming (1368-644). Las sociedades africanas «tradicionales» se

caracterizaban en general por la hospitalidad hacia lo ajeno, que se reconocía también en la apertura a las influencias religiosas externas; en el siglo XIX esto facilitó mucho las misiones tanto islamizadoras como cristianizadoras.2888 Como la idea de la tolerancia religiosa está asociada al estado constitucional moderno, en todos estos casos no se puede aplicar en sentido estricto. Ahora bien, la coacción religiosa no era el estado normal de las sociedades no occidentales, antes de verse sometidas a la influencia del liberalismo europeo. En la Edad Moderna —que en materia de política religiosa empieza con la expulsión de la Corona de Castilla de todos los judíos (1492) y musulmanes (1502) que no aceptaran el bautismo forzoso—, Europa, en comparación con el resto del mundo, aceptaba mal la diversidad religiosa.

2. SECULARIZACIONES

¿*Descristianización en Europa*?

El siglo XIX se ha descrito a menudo como una era de «secularización».2889 Hasta mediados del siglo XIX, esta palabra designaba sobre todo transferencias del mundo eclesiástico al privado, por ejemplo amortizaciones de tierras. Pero luego adquirió un nuevo sentido, asociado a la merma de la influencia religiosa sobre el pensamiento, la organización de las sociedades y la política de los Estados. En el caso de Europa, muy a grandes rasgos, se ha intentado determinar la trayectoria de una descristianización que se inició con la Ilustración y la Revolución Francesa y dura hasta nuestros días. Aquí los historiadores han llegado a resultados muy diversos, en parte según fuera su concepto de «religión». Hugh McLeod, un historiador inglés de las religiones en el ámbito del comparatismo, ha diferenciado seis campos de secularización: (1) la creencia personal; (2) la participación en las prácticas religiosas; (3) el papel de la religión en las instituciones públicas; (4) su importancia para la opinión pública periodística; (5) su contribución a la formación de la identidad personal y colectiva; (6) la conexión con las creencias populares

y la cultura de masas. En el caso de Europa occidental entre 1848 y 1914, McLeod llega a las siguientes conclusiones: en sus dos primeros aspectos, la secularización se manifestó con especial claridad en Francia, Alemania e Inglaterra. El porcentaje de los que asistían regularmente a los servicios religiosos y participaban en la comunión o la eucaristía retrocedió mucho. No es una cuestión cuantificable, pero es la impresión global que se deriva de toda una maraña de observaciones. Al mismo tiempo ascendió la parte de los que expresaban abiertamente la indiferencia, el rechazo o la hostilidad hacia la fe cristiana, y no solo en los pequeños círculos intelectuales. Esto ocurrió en los tres países por igual, básicamente.

Fueron mayores las diferencias en cuanto a la importancia pública de la religión. En Francia, la separación entre Estado e Iglesia fue la más brusca, en particular desde la década de 1880; al mismo tiempo, los católicos construyeron con éxito un propio «mundo alternativo». La Inglaterra victoriana se caracterizó por una secularización «latente» que no se acompañó de una ideología secularizadora explícita. Oficialmente el país se las daba de piadoso y practicante. La piedad que se complacía en exhibir un estadista de primer orden como William Ewart Gladstone (1809-1898), que a menudo afirmó deber sus decisiones políticas a la inspiración divina, contrastaba abruptamente con la indiferencia religiosa de otro destacado político de la generación anterior, lord Palmerston (1784-1865). En Alemania, donde la oposición entre protestantes y católicos seguía siendo muy intensa, las Iglesias, que contaban con una financiación muy sólida, se aseguraron un papel de inusual protagonismo en el sistema educativo y asistencial.2890 La orientación religiosa tenía las raíces más profundas, con diferencia, en todo lo relacionado con la cultura popular. Incluso el que no asistía regularmente a la iglesia o no se contaba entre los creyentes seguía aferrado a los rudimentos de una concepción del mundo religiosa, reconocía y utilizaba

los símbolos religiosos, prestaba atención a los ciclos festivos y, en tiempos de crisis, buscaba ayuda en la religión. El nacionalismo y el socialismo también ofertaban una concepción del mundo general, pero nunca lograron sustituir a la cristiana. En los tres países se formaron subculturas cristianas —y más aún, en los Países Bajos—, más flexibles que nunca, a las que se adscribían partidos políticos confesionales (no en Gran Bretaña). La gran mayoría de la población europea occidental (incluidas las comunidades judías) seguía unida como mínimo a las formas religiosas exteriores.2891 La fuerza de absorción del cristianismo «oficial» era tan potente que hasta un agnóstico declarado como Charles Darwin fue honrado con un funeral estatal cristiano, celebrado en la abadía de Westminster (aunque es cierto que el arzobispo de Canterbury presentó sus disculpas).2892

Simbolismo y Derecho

La secularización de la Europa occidental ¿fue reflejo de una tendencia general? Sabemos poco sobre el desarrollo de la piedad individual en muchas partes del mundo. Donde la ley religiosa y los controles informales hacían que la participación en la vida religiosa comunitaria fuera de hecho obligatoria, y también donde la religiosidad se expresaba menos en actos de culto convencional que en relaciones personales entre maestros y discípulos, la cuantificación de la asistencia a los servicios religiosos ya no resulta indicadora. Sin embargo, hay apreciaciones, por ejemplo, de la magnitud de la población monástica. En la Europa católica, entre Portugal y Polonia, había hacia 1750 un mínimo de 200.000 monjes y 150.000 monjas, la cifra más alta desde la Reforma; suponía el 0,3 % del total de la población europea al oeste de Rusia.2893 En los países budistas, la segunda gran esfera de la cultura monacal, las cifras eran muy distintas. En Birmania, al parecer, el número de monjes se mantuvo constante a lo largo del siglo, o incluso se incrementó; en 1901 eran monjes un 2,5 % de la población masculina.2894 Decenas de miles de hombres con el

hábito azafranado, seleccionados entre todos los estratos de la población y nada apartados de la vida mundana, ayudaban a cohesionar la sociedad burguesa. En el Tíbet, hacia 1800, se calcula que los monasterios acogían a unas 760.000 personas, una cifra increíble: el doble que la suma de toda la Europa prerrevolucionaria.2895 Hacia 1900 el país de la cima del mundo seguía siendo una teocracia dominada por los monasterios, con el Dalai Lama como líder espiritual y político; pero no vivía en paz, sino que había conflictos constantes entre los diversos monasterios y sectas. El dominio monacal no necesariamente era exclusivo de Oriente, pues hacia la misma época y casi hasta el fin del período colonial, los monjes españoles fueron la fuerza política más poderosa de las Filipinas. La revolución de independencia de 1896-1898 se dirigió sobre todo contra su primacía, que era impopular. Ahora bien, incluso en el Tíbet cabe hablar de cierta forma de secularización: el decimotercer Dalai Lama (denominado en el Tíbet «el Gran Decimotercero», r. 1894-1935) no fue en ningún caso un soñador ajeno al mundo, sino un rey sacerdote, pragmático en su interpretación de la realidad, que comprendió pronto las ventajas de contar con un Estado nacional y trazó planes para abandonar la esfera de influencia china (con apoyo británico, pero sin someterse colonialmente) hacia una modernidad independiente.2896

En cuanto al aspecto secularizador de la retirada de símbolos religiosos del espacio público, la distancia entre Europa y Asia fue escasa. Mientras hubo monarquías que invocaran al menos en parte la sanción religiosa, se realizaron ritos religiosos estatales. El sultán Abdulhamid II (que al mismo tiempo llevaba el título de califa) interpretó este papel de una forma tan calculada como los dos últimos zares o como el emperador Francisco José en Viena. En cambio, donde las revoluciones derrocaron a la monarquía, se cortó la sacralización del poder. Desde 1912, en China no hubo emperador que pudiera efectuar los ritos del Templo del Cielo y, tras el fin del califato-sultanato,

los símbolos laicos de la república kemalí ocuparon el lugar de la forma en que la antigua dinastía se representaba a sí misma religiosamente.

La cuestión de la secularización se planteaba —y se plantea hasta hoy— sobre todo donde no había una separación clara entre el Derecho laico y el eclesiástico. En estas condiciones —de las que Egipto es un buen ejemplo— era secularista el que, frente a la autoridad de una ley religiosa (como la saría) pretendía crear un espacio para leyes laicas similares a las de Europa. Aquí la reforma legal, impulsada por intelectuales autóctonos con el apoyo del protectorado, fue el primer paso de una secularización global del Estado; a su vez esta se vio como parte de un proceso de modernización general que aspiraba a convertir al orden de las sociedades modernas el caos previo de competencias y de normativas legales.2897 La secularización del Estado, que en realidad empieza a partir de 1826 con algunos reformadores otomanos, se convirtió en un tema central del mundo islámico.2898 Los países postimperiales, empezando por la República de Turquía con Kemal Atatürk, se transformaron en su mayoría, en el siglo XX, en órdenes laicistas, un proceso reversible, como puso de manifiesto dramáticamente la revolución de Jomeini en Irán, en 1979.

Fervor religioso en Estados Unidos

Aunque se han planteado muchas dudas al respecto de si, de acuerdo con la mayoría de los criterios de Hugh McLeod, las tendencias secularizadoras se impusieron fuera del mundo occidental, al fijarnos en Estados Unidos veremos que en «Occidente» también se siguieron varias vías. En la Europa occidental, la secularización moderada que se vivió a partir del cambio de siglo no fue en ningún caso la continuidad lineal de la decadencia de los religioso hacia 1800. A la época de la revolución, en la cual los espíritus más notables —de Kant a Goethe pasando por Jefferson— se distanciaron sin estrépito de la fe en los poderes sobrenaturales, en nombre del Romanticismo le siguió un redescubrimiento de lo religioso en

gran parte de la intelectualidad europea. A las subclases depauperadas de los centros de la primera industrialización se les atribuyó «impiedad», no sin razón; pero el *habitus* burgués, por lo menos en los países protestantes, incluía una nueva cultura de la piedad y la moralización cristiana. Una de sus consecuencias fue, como se ha visto en el capítulo anterior, el exitoso movimiento antiesclavista. La dinámica religiosa de Inglaterra, uno de los países pioneros de las nuevas tendencias, se concentró fuera de la iglesia estatal anglicana —a la que se reprochaba esterilidad intelectual y corrupción moral—, en los grupos de renovación evangélica y, más adelante, en oposición dentro de la propia Iglesia de Inglaterra. Allí donde se asentaron, las confesiones evangélicas hicieron hincapié en la ubicuidad de los conflictos espirituales; la intervención continua del diablo en los acontecimientos del mundo, que se debía combatir; el carácter pecaminoso inherente a todo individuo; la certeza del advenimiento de un Juicio Final; la posibilidad de salvarse por creer en Jesucristo, y la autoridad inamovible del texto Bíblico. Para el desarrollo personal era fundamental vivir el despertar y regresar al cristianismo «vivido» y genuino; por ello, se tenía el deber de ponerse a prueba en el mundo.2899

Este movimiento de despertar (*evangelical revival*), que contaba con muchas ramificaciones, se puso en marcha en la década de 1790. A las pocas décadas, también se empezó a crear una agitación reformista entre el *establishment* de la Iglesia anglicana. En la segunda mitad del siglo este afán exaltado «se enfrió» y dio paso a las tendencias de secularización ya descritas, que en Inglaterra solo se desarrollaron un poco más ocultas que en el resto de Europa. En Estados Unidos, hacia la misma época, había comenzado un movimiento de renovación protestante, como continuación de la cadena de movimientos energizantes que había atravesado el siglo XVIII. La nueva explosión religiosa de la joven república se desarrolló simultáneamente con una movilización profética de los indios

del noroeste de Estados Unidos de entonces, bajo el príncipe guerrero Tecumseh (1768-1813) y su hermano, el inspirado Tenskwatawa. El «despertar» (*awakening*, según lo denominaron los historiadores posteriores) de principios del siglo XIX se intensificó hasta dar pie a una autocristianización colosal de los norteamericanos, que, a diferencia de en Europa, nunca quedaron contenidos por una Iglesia oficial, sino que preservó su dinámica en un paisaje fluido de Iglesias y sectas. Entre 1780 y 1860, cuando la población de Estados Unidos se multiplicó por ocho, el número de las comunidades cristianas pasó de 2.500 a 52.000 (en torno del factor 21).2900 Este *revival* permanente, que en lo esencial se mantiene hasta nuestros días, hizo de Estados Unidos un país intensamente cristiano que se concibe a sí mismo como una nación materialmente «civilizada» en la que al mismo tiempo impera el mayor pluralismo religioso posible.2901 Inmigrantes de todo el mundo buscaron estabilizar su identidad por medio de la religión, pues la migración en general no solo difunde espacialmente las formas religiosas, sino que a menudo también las modifica y profundiza en las prácticas asociadas con ellas. Los irlandeses llevaron su catolicismo por todo el mundo, y la Iglesia de Irlanda envió sacerdotes. Gracias a la inmigración de Irlanda y el sur de Europa, el porcentaje de católicos en la población total de Estados Unidos pasó del 5 en 1850 al 17 % en 1906.2902 La tendencia secularizadora, que en la Europa protestante de finales de siglo era inconfundible, no se repitió en Estados Unidos, ni en los ambientes protestantes ni en los católicos. El caso de Estados Unidos muestra también que la revitalización religiosa, el «entusiasmo» de la crítica ilustrada, no necesariamente conduce a un retorno a la teocracia, el control social fanático y el irracionalismo en otros ámbitos de la vida. Una profunda emoción religiosa también puede tener efectos moderados cuando la diferencia entre el marco privado y el público ya se ha asentado y vuelto estable.

Religión, Estado, nación

En el siglo XIX, Europa entró en un camino particular en la medida en que solo aquí la influencia de la Iglesia en la política interior de los Estados nacionales se convirtió en un conflicto central de la época. En lo esencial, esto no tenía que ver con el carácter laico del Estado moderno; este ya quedó garantizado, después de mucho batallar, al acabar la Era de las Revoluciones. En 1870, cuando la república de Italia se anexionó los Estados Pontificios, desapareció de Europa la última teocracia. Solo en Rusia, la Iglesia ortodoxa y el zarismo formaron una simbiosis, que sin embargo distanció a la Iglesia de la emergente opinión pública liberal del imperio zarista, sin ofrecer a cambio, en última instancia, un auténtico apoyo al dominio imperial. La monarquía y la Iglesia cayeron juntas en 1917, con la revolución. Los conflictos de la Europa occidental continental (Gran Bretaña solo de un modo atípico, pues estaba afectada por el problema del *home rule* o la autonomía de la Irlanda católica) se produjeron por una combinación cambiante de tres factores: la aversión que, por principio, sentía hacia la Iglesia católica el liberalismo que alcanzó la influencia máxima en las décadas centrales del siglo XIX; (2) el nuevo fortalecimiento del papado, sobre todo con Pío IX (*r.* 1846-1878), que se posicionó explícitamente contra las tendencias nacionalistas y liberales de su época y, a la vez, intensificó el mando sobre las iglesias nacionales; (3) las tendencias homogeneizadoras de la formación de Estados nacionales, que hicieron inaceptable (incluso a juicio de los políticos no liberales) que desde Roma se controlase, de forma externa y «ultramontana», a una parte de la población. Los católicos (por ejemplo, en Estados Unidos) también cayeron en un duradero conflicto de lealtad trasatlántica: como ciudadanos de una democracia (más aún, si eran de origen italiano), muchos no podían reprimir la simpatía por la fundación de un Estado nacional liberal en Italia; como miembros de la Iglesia de Roma, en principio debían lealtad a la lucha del papado

contra ese mismo Estado nacional.2903

En Europa se volvió repetidamente sobre tres puntos: el derecho a nombrar los obispos, el reconocimiento del matrimonio civil y la influencia sobre el sistema educativo. Esta combinación de conflictos derivó, en las décadas de 1860 y 1870, en una batalla casi paneuropea entre la Iglesia y el Estado. En países como Bélgica y los Países Bajos, sobre todo la cuestión escolar estuvo durante décadas en lo más alto del orden del día en la política interior.2904 Hoy se ve que todos estos combates se libraron ya a la retirada. En palabras del gran historiador eclesiástico Owen Chadwick, el período de 1850 a 1859 representó «los últimos años del poder católico en Europa».2905 El poder político del papado se hundió en 1859, cuando la alianza de sus dos potencias protectoras, Austria y Francia (dirigida por un Napoleón III que distaba de ser devoto) se deshizo. En cada uno de los Estados nacionales, con el tiempo, se fue llegando a acuerdos. Para 1880, estas luchas entre las Iglesias y la «cultura» se habían apagado. La Iglesia católica, sin embargo, encontró dificultades para adaptarse al mundo moderno incluso después del pontificado del terco Pío IX («Pio Nono»), lo que tampoco es de extrañar en una institución que aún se permitía una autoridad tan prestigiosa como la de la Inquisición y que hasta 1929 tuvo un cargo denominado «Gran Inquisidor».

La defensa contra la deslealtad «transnacional», real o supuesta, de la Iglesia católica tuvo una imagen especular en las aproximaciones, de lo más diversas, entre la religión y el nacionalismo. Donde hubo una visión relativamente unitaria del propio futuro nacional, no hubo gran dificultad en que se le diera una legitimación religiosa. Donde faltaba el consenso, los conceptos rivales de nación se reflejaban en formas confesionales distintas. Ciertamente, fue un proceso singular de Europa, con poca correspondencia en otros lugares. Hubo nacionalismos que adoptaron una posición de neutralidad en materia religiosa y no podían ser eficaces de otro modo: por

ejemplo, el nacionalismo panindio, que emergió en la década de 1880 y se fundaba sobre la base —siempre frágil e inestable— de la unidad por encima de las fronteras de las grandes comunidades religiosas, en particular hindúes y musulmanes. El nacionalismo chino, desde sus inicios hacia el cambio de siglo hasta nuestros días, tampoco se ha caracterizado por el contenido religioso. Estados Unidos fue un país netamente cristiano, pero con una separación estricta de la Iglesia y el Estado, en la que nunca hubo Iglesias con privilegios muy arraigados y el Estado no subvencionaba la religión. La diversidad de las sectas y confesiones protestantes, a la que se añadieron el catolicismo y la fe judía, impidió la filiación específica del país a una religión. El nacionalismo estadounidense tenía una gran carga cristiana pero, al mismo tiempo, supraconfesional. Su núcleo era una vaga convicción de que la América blanca había sido elegida para hacer avanzar la historia de la Salvación. Por lo tanto, no podía estar ligado de forma unívoca a una confesión, como hizo el nacionalismo protestante del Imperio Alemán incluso después de la *Kulturkampf* o «lucha cultural» contra el catolicismo (es decir, desde 1879, aproximadamente). La versión estadounidense debía agradar por igual a los metodistas y mormones, baptistas y católicos.

Entre los nacionalismos del siglo XIX, el más claramente religioso fue el japonés. La élite japonesa sentía una enorme desconfianza hacia el cristianismo, incluso en la era Meiji. Durante mucho tiempo, pareció que el cristianismo había desaparecido por completo del país, desde que fue erradicado —literalmente— a principios del siglo XVII. Fue del todo sorprendente que, en 1865, se descubrieran en la zona de Nagasaki comunidades que totalizaban unos 60.000 «cristianos autóctonos», cuyos fieles habían preservado una fe clandestina durante más de doscientos años. Pero esto fue más una curiosidad que el inicio de una nueva cristianización de Japón. Después de que en 1873 se levantara el veto al cristianismo, las

misiones católicas, protestantes y ortodoxas rusas siguieron fracasando en el empeño. Desde más o menos 1890, el nacionalismo se intensificó y el cristianismo, estigmatizado como «no japonés», perdió todavía más relevancia pública. La élite japonesa movilizó sus propios recursos religiosos para dotar al recién creado Estado imperial de una legitimación tanto nacionalista como religiosa. Para este fin se situó al sintoísmo, la tradición nativa, en el centro de la vida religiosa nacional. Antes de 1868, los templos sintoístas y los budistas coexistían más o menos en pie de igualdad. Los incontables santuarios locales que, diseminados por todo el país, servían para honrar a los espíritus divinos (*kami*), también estaban integrados en la vida cotidiana de muchas personas. La nueva oligarquía Meiji determinó estructurar el caos en una jerarquía nacional y convertir esta reorganización como sintoísmo nacional en la base de un nuevo culto al emperador. En la cúspide de la pirámide se colocó el santuario de Ise, dedicado a la diosa Amaterasu, antepasada mítica de la familia imperial y, al mismo tiempo, deidad protectora de toda la nación. Los santuarios imperiales y nacionales contaron con un generoso apoyo económico del gobierno central; cada hogar quedó asociado oficialmente a uno de ellos y los sacerdotes adquirieron la condición de funcionarios del Estado. Se crearon nuevos santuarios; en primer lugar, el de Yasukuni, en Tokio, en el que luego se honraría a los fallecidos en combate. El paisaje religioso de Japón, hasta entonces fragmentado y disociado de la política, se estructuró nacionalmente con una regulación estatal. Al budismo se lo desdeñó y hostigó, en una especie de *Kulturkampf* japonesa contra sus monasterios y templos. Al cabo de pocos años se había cerrado una quinta parte de los templos budistas y decenas de miles de monjes y monjas se vieron obligados a llevar una existencia laica. Se destruyó un gran número de tesoros artísticos y objetos de culto del budismo. Si el Museo de Bellas Artes de Boston posee hoy la mayor colección japonesa de arte budista fuera de Asia,

ello obedece a que los coleccionistas norteamericanos aprovecharon el momento y salvaron de la destrucción incontables objetos a un precio muy favorable. Las nuevas religiones carismáticas que surgieron a principios del siglo XIX también tuvieron que subordinarse al sintoísmo estatal.

El Estado japonés intervino en la vida religiosa más que en ningún otro país del mundo en el siglo XIX. El sintoísmo estatal unificó las prácticas religiosas por medio de un nuevo calendario ritual y una liturgia única para todo el país. El clero sintoísta se sirvió de apoyo destacado al nuevo orden político. En Japón se inventaron nuevas religiones a instancias del Estado y la nueva sacralización del poder fue mucho más allá de las alianzas de trono y altar imaginables incluso en los países más conservadores de Europa. Con ello se sentaron las bases de un nacionalismo belicoso que entre 1931 y 1945 vio en la guerra de agresión el cumplimiento de un mandato divino para un pueblo elegido para gobernar.[2906] El sintoísmo estatal no fue el resultado de una transferencia externa. Los jóvenes líderes de la Restauración Meiji comprendieron que el objetivo de la integración nacional difícilmente se podría llevar a término sin una centralización ideológica controlada por el Estado. La idea del Estado nacional les resultaba vagamente conocida a través de la Europa contemporánea. Pero en su plano ideológico no se sirvieron de las recetas de la Europa nacionalista, sino sobre todo de la idea autóctona del *kokutai*, resucitada por el erudito Aizawa Seishisai en la década de 1820. Según esta, Japón se había caracterizado, desde la edad de oro de la antigüedad, por fundir con armonía el Estado y la religión.[2907] El *kokutai* como mito de una «esencia nacional» se interpretó religiosamente asociado a la figura cohesiva, ahora ensalzada, del emperador Meiji; no se distaba mucho de interpretar este concepto unitario en una línea racista y del nacionalismo *völkisch*. Al crearse este nacionalismo integral, Japón no iba por detrás de Occidente, sino que se había adelantado a su tiempo.

El sintoísmo como proyecto de integración nacional de la era

Meiji establece una relación paradójica con otras tendencias de la época. Fue un culto prescrito, con pocas exigencias de fe o «piedad» para quienes lo practicaban; más una «ortopraxis» que una ortodoxia teológicamente elaborada. En la medida en que se adapta bien a una historia del enfriamiento del sentimiento religioso, fue lo contrario a los movimientos del «despertar». Por otro lado, por el hecho de aspirar a ser la religión nacional, en vez de una entre otras (sin ser tampoco una de las «grandes religiones mundiales»), el sintoísmo estatal contradecía la pluralización moderna del concepto religioso. Al someterse completamente a los fines estatales, representaba también la antítesis de una religiosidad más personal, que ve en lo religioso una esfera (entre otras) de lo social. El contraste con China —donde el Estado del imperio tardío y la república (1912-1949) invirtió poco en materia de religión— no podría ser mayor; salvo que uno quiera considerar que el marxismo de Estado (o «maoísmo») del período de 1949 a 1976-1978 tuvo las mismas funciones que el sintoísmo estatal.

3. RELIGIÓN E IMPERIO

Pluralismo religioso

Las conquistas añaden súbditos con religiones distintas a las del poder imperial. Así quedaron sometidos los judíos al imperio romano, los cristianos coptos a Egipto (desde el siglo VII, bajo dominio árabe), los cristianos ortodoxos de los Balcanes a un gobierno musulmán (desde el siglo XVI), los aztecas politeístas a señores católicos, y los católicos de Irlanda a la soberanía protestante. La formación de imperios multirreligiosos alcanzó su último punto culminante durante el siglo XIX. Aparte del imperio otomano —que en el transcurso del siglo perdió a buena parte de los súbditos cristianos, por la reducción territorial, y por ello mismo, por simples razones demográficas, aumentó la islamización— no hubo otros imperios musulmanes. En cambio, los musulmanes formaban grupos numerosos y de fuerte identidad en los imperios de Gran Bretaña, Rusia, Francia, los Países Bajos y China. Como muy

tarde tras la anexión de Egipto y amplios territorios del África de cuño islámico al sur del Sahara, el monarca que reinaba sobre más súbditos musulmanes fue la reina Victoria, que a su vez era la emperatriz de la gran mayoría de los hindúes. En Ceilán y Birmania había mayorías budistas sometidas a británicos y franceses, respectivamente. En África, en zonas del sudeste asiático o las islas del Pacífico sur, los europeos fueron topándose con una diversidad de expresiones religiosas que les causó confusión y no alcanzaron a describir sino lentamente. La primera impresión de los europeos fue que se trataba de pueblos *sin* religión y, por lo tanto, según fuera el punto de vista, o bien necesitados de la misión cristiana o bien inmunes a todo intento de «civilización».2908 Desde la década de 1860 se consolidó el concepto colectivo de «animismo», como formulación más neutral del término de «idolatría», habitual en la Edad Moderna y aborrecido como antagónico de todos los monoteísmos. Lo había acuñado Edward Burnett Tylor, uno de los fundadores de la etnología.2909

Por debajo de la superficie regulada de las «religiones mundiales» organizadas pervivían en todas partes —también en la Europa cristiana— creencias populares locales de toda clase, con las que los guardianes de las diversas ortodoxias solían llegar a pactos, aunque tanto los ilustrados secularizadores como los misioneros religiosos tendían a despreciar por principio todo acuerdo con la «superstición». En las colonias solía haber jerarquías religiosas complejas, en absoluto ordenadas según relaciones claras de autoridad. Cuanto más acostumbrados estaban los europeos a las jerarquías eclesiásticas transparentes, con su cadena de mando vertical, más difícil les resultaba encontrar entre el «caos» de órdenes y hermandades, templos y santuarios los medios para imponer su propia política religiosa. Un objetivo destacado de todos los controles religiosos imperiales tenía que ser crear relaciones de subordinación fiables. En esto, el Estado otomano de la Edad Moderna fue especialmente exitoso. El sultán-califa insistía en

canalizar todo contacto con los súbditos no musulmanes a través de sus líderes religiosos, que por su parte disfrutaban de una considerable autonomía en nichos del sistema garantizados por pactos. A su vez, hizo que las minorías religiosas se unieran formando «Iglesias».2910 A los líderes religiosos se les podía pedir cuentas con gran brutalidad. Cuando llegaron a Estambul las noticias del levantamiento griego de 1821, el gobierno otomano hizo colgar en el acto al patriarca Gregorio V, que no había participado en la sublevación.

¿Qué significado debe otorgarse al hecho de que los cristianos gobernaran sobre más súbditos no cristianos que en ninguna época anterior? Aunque era fácil que la misión civilizadora que se habían atribuido —y era la justificación principal de los ideólogos imperiales— se reformulara como una misión religiosa, las potencias coloniales no emprendieron prácticamente nunca una política activa de conversión de sus súbditos al cristianismo. Se ofrecían servicios religiosos para los cristianos y, desde luego, la fachada ritual de los gobiernos coloniales tenía elementos innegablemente cristianos. En el resto de aspectos, la lógica del gobierno extranjero sobre poblaciones que solían pertenecer a grupos religiosos distintos era preservar la paz en el país evitando las provocaciones religiosas. Los imperios de finales de siglo tendían a poseer una estructura más neutral, en la cuestión religiosa, que los Estados nacionales. Tras la Gran Sublevación de 1857, la reina Victoria proclamó ante los príncipes y pueblos de la India que, a partir del siguiente mes de noviembre, el Raj no se inmiscuiría en los asuntos de las comunidades religiosas indias.2911 En los acuerdos que se cerraron a partir de 1870 con los sultanes de la península de Malaca también se incluyeron cláusulas de no injerencia. Tales promesas no siempre se mantuvieron, pero tanto los británicos como los neerlandeses actuaron con especial cuidado en el trato con el islam. Por descontado, la jerarquización y la burocratización aspiraban a permitir que, a largo plazo, la confusión inicial se pudiera supervisar

mejor.[2912] Era algo circunstancial de los imperios: tras la primera división de Polonia, en 1772, María Teresa instituyó en Galitzia como nuevo puesto de nombramiento estatal el de sumo rabino, encargado de supervisar a sus correligionarios.[2913] En el protectorado del Tíbet, el gobierno Qing organizó, en el siglo XVIII, la jerarquía de los lamas e intentó remodelarla como un dócil instrumento de control. Entre los otros muchos métodos con los que se ha intentado manipular las estructuras religiosas sin privarlas de su fuerza, estaba la de intervenir en la elección de los cargos superiores; los gobiernos de Europa también procuraban que se les preguntara la opinión sobre los nuevos obispos católicos. Los musulmanes fueron súbditos especialmente difíciles de contentar, en parte porque muchos, en su calidad de comerciantes y peregrinos, poseían contactos fuera de las colonias. En consecuencia, a no pocos poderes coloniales les pareció conveniente aislar a «sus» musulmanes del resto de la comunidad de los fieles, por ejemplo limitando la posibilidad de peregrinar a La Meca.[2914]

Al esforzarse por mantener un buen contacto con líderes religiosos «de fiar», los gobernantes imperiales podían caer en situaciones paradójicas. En el ámbito islámico, por ejemplo, se desconfiaba bastante de las órdenes místicas sufíes como socios de la cooperación. Los funcionarios coloniales preferían autoridades autóctonas, sedentarias y con apariencia de «racionalidad». En Senegal, sin embargo, los franceses fueron viendo, antes de 1914, que para mantener el orden interior era preferible no colaborar con los «caudillos», sino con los marabutos, líderes espirituales de las hermandades sufíes; eran poco manejables, pero menos corruptos que los jefes, disfrutaban de más prestigio entre la población y, en consecuencia, eran más capaces de imponerse.[2915] Ya fueran el imperio británico, el zarista o el colonial francés, la política religiosa formaba parte de las tareas imprescindibles y de largo plazo del Estado colonial. Si aquí, desde la posición imperial, se

cometían errores, podían estallar levantamientos de muy difícil contención. Toda la historia imperial del siglo XIX —incluida la sino-manchú— estuvo imbuida del temor a la sublevación de los musulmanes. Desde el punto de vista de Occidente, «la rebelión del islam» —que ha hecho fortuna como título a partir de una epopeya en verso de Percy Bysshe Shelley (*The Revolt of Islam*, 1818), que sin embargo se refiere a la Revolución Francesa— no empieza con el triunfo del ayatolá Jomeini en 1979 o los ataques del 11 de septiembre de 2001, sino con los movimientos musulmanes militantes de hacia 1800. De un modo u otro, los imperios siempre han intentado intervenir en el mapa religioso y las jerarquías correspondientes de las colonias, pero sin alterarlos en lo fundamental. De vez en cuando hubo bautismos y conversiones forzosas al cristianismo, pero en general se las tenía por indeseadas y se procuraba que no ocurrieran. Fuera de las colonias propias, no obstante, una gran potencia europea podía causar disturbios deliberadamente al intervenir en un imperio oriental como protectora de las minorías cristianas. Rusia lo hizo así con los griegos en el imperio otomano y Francia con los cristianos en las montañas del Líbano (como respuesta, el sultán Abdulhamid II se declaró protector de todos los musulmanes bajo dominio cristiano). En los dos casos la situación derivó en conflictos internacionales y guerra. Agitar las minorías religiosas, étnicas o en proceso de formación nacional de los imperios rivales también formó parte de la estrategia alemana en la primera guerra mundial, frente al imperio británico, y de la británica, frente al imperio otomano (con «Lawrence de Arabia»).2916 Ya se había puesto a prueba en el Gran Juego anglo-ruso del siglo XIX.

Misioneros: motivos y fuerzas motrices

Entre las líneas principales de una historia universal de la religión en el siglo XIX hay que ocuparse del ascenso y la caída de las misiones cristianas.2917 El empeño misionero de los europeos en la Edad Moderna, pese a sus inmensas

consecuencias culturales —pensemos en la función de puente entre Europa y Asia que hicieron los jesuitas en China durante los siglos XVII y XVIII—, fue modesto desde el punto de vista cuantitativo. En Asia, los poderes coloniales europeos y los gobernantes autóctonos no permitieron ni buscaron las conversiones masivas; África aún quedaba fuera del campo de acción de las misiones. En los siglos XVII y XVIII, cerca de un millón de personas llegaron a Asia con la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, pero solo cerca de un millar eran clérigos cuya misión, además, era defenderse frente a la competencia del catolicismo.2918 El siglo XIX, en cambio, fue la gran época de apertura de nuevos ámbitos para las misiones, con intención de cristianizar a colectivos amplios o incluso pueblos enteros. La nueva misión fue un fenómeno protestante, surgido primero en Gran Bretaña y poco después en Estados Unidos, a partir del exceso de energía del «renacer evangélico»; hubo precedentes hacia 1700, como la misión del pietismo de Halle en la colonia danesa de Tranquebar, en el sudeste de la India). A diferencia de la Edad Moderna, cuando se intentó convertir a la fe cristiana a los soberanos extranjeros, aquí se trató sobre todo de una ambiciosa «misión entre paganos». Si queremos concretar una fecha inicial, más que en la fundación de las diversas sociedades misioneras (como la Sociedad Misionera Baptista, de 1792; la Sociedad Misionera de Londres, de 1795, inicialmente aconfesional; o la Sociedad Misionera de la Iglesia, anglicana, de 1799) hay que fijarse en la apertura de la India británica a los misioneros en el estatuto renovado de la Compañía de las Indias Orientales, de 1813. En adelante, cada vez entraron en la India más comerciantes y misioneros, y la apertura de los mercados de mercancías y almas se realizaba al mismo tiempo. La segunda gran región misionera de Asia fue el imperio chino, forzado a abrirse por los Tratados «desiguales» de 1858-1860; desde 1807 —en condiciones más limitadas y peligrosas— ya habían actuado misioneros desde las factorías de Cantón y el enclave portugués

de Macao.2919 Hacia 1900 había en toda China unos 2.000 misioneros.

En África, la presencia misionera se constituyó más despacio y aún menos centralizada; se inició hacia 1800 en el sur y el oeste del continente. Aquí, por descontado, no había un gobierno central que pudiera autorizar la entrada. Hacia mediados de siglo, todo el espectro de las confesiones e Iglesias protestantes tenía representación en África. En la década de 1870 —ya en vísperas de la gran invasión europea— la actividad misionera se volvió a incrementar y poco después quedó atrapada en el remolino de la conquista militar; aunque las misiones sacaron partido de ello, también se tuvieron que enfrentar a nuevos problemas.2920 La misión católica —que, como la Iglesia romana en general, tardó en recuperarse de la Era de las Revoluciones— siguió los pasos protestantes unas décadas más tarde, en todas partes, sobre todo con el apoyo de Napoleón III y su ambición de intervenir en la política mundial y colonial. Hacia 1870 estaba activa en todo el mundo y fue considerada por los misioneros protestantes —aun más numerosos— como una rival peligrosa.

En la misión protestante del siglo XIX había muchas novedades. Se basaba en la idea fundamental de que ansiaban salvar de la perdición eterna a miles de «paganos»; y en China, según anunciaba sin descanso la propaganda misionera, a «millones». Movilizó a decenas de miles de hombres y mujeres —mucho peor preparados que los modernos cooperantes de la ayuda al desarrollo— para cumplir tareas a menudo materialmente muy duras en remotas zonas tropicales. Aún cabía acabar en el martirio: durante el levantamiento anticristiano de los bóxers, en China, perdieron la vida más de 200 misioneros o familiares de estos. La misión fue un logro colosal de una organización de la «sociedad civil» del todo peculiar, basada en iniciativas voluntarias. La mayoría de las sociedades misioneras protestantes valoraban la independencia del Estado y las Iglesias oficiales y dependían de los donativos.

Por ello, también fueron las primeras organizaciones que hicieron un arte de la captación de fondos. A los patrocinadores de la metrópoli había que contentarlos, motivarlos una y otra vez y convencerlos del fruto espiritual de sus donaciones. La misión también era una mezcla de «negocios» y planificación logística.

Hoy la historia de las misiones es un campo de estudio muy extenso, que pronto se convierte en historia del cristianismo fuera de Europa. La relación entre los misioneros y la población autóctona se concibe cada vez más como una interacción simétrica que conviene iluminar desde diversos puntos de vista.2921 Es fácil arrojar dudas sobre las generalizaciones, con ejemplos de las diversas sociedades misioneras y de lugares especiales. Resulta sobre todo polémica la cuestión de hasta qué punto los misioneros fueron «cómplices» de la expansión imperial y el dominio colonial. No cabe dar una respuesta única que sea aceptable en general. La extraordinaria expansión del sistema misionero, por descontado, resulta inconcebible sin el clima global de la época, de la conquista del mundo por los europeos. Hay muchos casos en los que el avance de los misioneros en zonas conocidas fue el preludio de la toma de posesión política. Con frecuencia, los misioneros eran receptores directos de la protección imperial. Pertenecían a la «sociedad blanca» de las colonias, pero al menos en las británicas se hallaban en un estrato inferior, debido a su típica apariencia pequeñoburguesa, considerada socialmente de segunda. Por otro lado, los misioneros persiguieron sus propios fines, que no siempre coincidían con los de unos aparatos coloniales de los que *no* formaban parte, ni con los intereses de los colonos particulares. Desde la perspectiva del Estado colonial, los misioneros eran bienvenidos cuando creaban escuelas y, en lo posible, también les buscaban la financiación. Generaban mucho menos entusiasmo entre los gobernadores o —en un país no colonial, como China— los cónsules cuando, según una protesta habitual, actuaban «irresponsablemente» al

sembrar la agitación entre la población autóctona y luego confiar en que los representantes de los gobiernos europeos los salvaran del peligro. Donde aparecieron movimientos nacionalistas (en primer lugar, en la India), siempre se sospechó que tal o cual misionero los apoyaba.

Las numerosas sociedades misioneras diferían en sus convicciones teológicas, objetivos, métodos y disposición a afrontar riesgos. Era diferente optar por vestirse con ropas chinas —como hacían los miembros de la fundamentalista Misión al Interior de China (China Inland Mission)— para evangelizar en los poblados de las provincias más alejadas de la costa, o conservar la vestimenta europea, con sus marcas simbólicas, y concentrar en las ciudades la prédica por la educación superior y la asistencia sanitaria. Los misioneros del siglo XIX fueron casi tan cosmopolitas como los jesuitas que los precedieron en la Edad Moderna. Las iglesias evangélicas de lengua inglesa fueron desde el principio un proyecto transatlántico y la labor misionera tendió a realizarse en cooperación, superando las diferencias de doctrina y reforzando las características comunes ecuménicas. Los misioneros del continente europeo tenían organizaciones propias, pero también se integraban en las sociedades anglosajonas. Era infrecuente que las sociedades misioneras tuvieran una composición puramente nacional y, al menos durante los tres primeros cuartos del siglo XIX, la identidad nacional de sus miembros fue una cuestión secundaria. Muchos misioneros no tenían ningún motivo para acomodarse a las ambiciones imperiales de gobiernos extranjeros. La Sociedad Misionera de la Iglesia empezó empleando a más alemanes y suizos que británicos.[2922] Incluso en 1914, cuando las tendencias nacionales se habían intensificado, más de una décima parte de los 5.400 misioneros protestantes que había en la India procedían de la Europa continental.[2923]

No era inusual que se emprendiera una migración aventurera atravesando numerosas fronteras culturales. Una biografía tan

asombrosa como la de Samuel Isaac Joseph Schereschewsky, sin ser lo habitual, tampoco era extraordinaria. En los primeros años del siglo XIX, los anglicanos emprendieron una misión entre los judíos de las regiones polacas controladas por Prusia, Rusia y Austria, en lo que ya era, de por sí, un proyecto «transnacional». Uno de los convertidos fue Samuel Schereschewsky, formado como rabino en Lituania y muy influido por la Ilustración judía (Haskalah). El joven estudió Teología en Breslavia y de allí logró llegar a Estados Unidos, momento en que ingresó en la comunidad baptista (no antes). Continuó la formación teológica y luego solicitó participar en una misión de la Iglesia episcopalista (anglicana, por lo tanto) en China. En 1859 llegó a Shanghái, entre 1862 y 1874 estuvo en Pekín y en 1877 fue nombrado primer obispo anglicano de Shanghái. Schereschewsky llegó a ser uno de los grandes sinólogos de la época. Se le debe buena parte de la primera traducción del Antiguo Testamento del hebreo al chino, que hoy sigue siendo la más utilizada. Siempre se mantuvo a mucha distancia de la política imperial y no compartió el entusiasmo proselitista de su contemporáneo J. Hudson Taylor, que había fundado en 1865 la Misión al Interior de China y se presentaba como un profeta. Bajo el amplio paraguas de las misiones había lugar para caracteres de lo más distintos.2924

Balance de las misiones

Apenas cabe plantear un balance conjunto del éxito de las misiones cristianas. Las estadísticas sobre conversiones se deben manejar siempre con desconfianza. La meta utópica de atraer a pueblos enteros al rebaño universal de los cristianos solo se hizo realidad de forma extraordinaria. Las conversiones, por lo demás, no necesariamente eran definitivas: en Ceilán, a partir de 1796, los británicos moderaron las limitaciones legales y muchos protestantes de la isla volvieron al budismo o al hinduismo.2925 Cuando la misión logró sus metas, a menudo fue donde la vinculación con el Estado colonial era especialmente débil; en el caso de la India se constata con

claridad.[2926] Los grupos marginales y desfavorecidos de la sociedad local, al igual que las mujeres, tendían a reaccionar más receptivamente. En la India, después de varios siglos de afanosa actividad misionera, solo se había convertido el 2 % de la población. En China, la diferencia entre el esfuerzo gigantesco y el resultado magro es aún más llamativa. (Está por demostrar si el nuevo renacimiento del cristianismo en China se remonta a raíces precomunistas.) Los mayores éxitos se lograron en el África occidental y meridional. Aquí surgieron Iglesias indígenas —igual que, en esta misma época, entre los maoríes neozelandeses— que, a menudo con apoyo misionero, no tardaron en desarrollar una vida propia, tanto teológica como comunitaria. Sin duda, las misiones han aportado una contribución decisiva en la globalización del cristianismo. El avance misionero ha engendrado numerosas Iglesias autónomas, sin ninguna clase de dependencia frente a las institución europea matriz, si las hubo. El anglicanismo global de nuestros días, por ejemplo, es producto de la expansión imperial pero hace mucho que ha dejado atrás el pasado del imperio.[2927]

Desde el punto de vista de los objetos del celo misionero, la situación resulta algo distinta. Lo que más temían los gobiernos, y en particular las autoridades locales de los países asiáticos, era la llegada de los misioneros. Estos pensaban de forma distinta que los diplomáticos o soldados con los que se habían tenido que ver. No se regían por la lógica transcultural ya conocida de la política de poder, sino que pretendían derribar las relaciones existentes. Los misioneros parecían seres venidos de otra planeta. Desafiaban la autoridad de los gobernantes locales y se establecían como contrapoderes in situ, sobre todo cuando se podían apoyar en la amenaza de las cañoneras imperiales. Incluso cuando no aspiraban a ello expresamente, los misioneros siempre ponían en cuestión las jerarquías sociales existentes. Liberaban esclavos, reunían en torno de sí a los elementos marginales de las sociedades

autónomas, revalorizaban la posición de las mujeres y —como ya había hecho Bonifacio once siglos antes— socavaban el prestigio de los sacerdotes, sanadores o chamanes. Los misioneros eran huéspedes por propia invitación, no sabios a los que se hubiera pedido que vinieran, como hizo la China del primer período Tang con los monjes budistas. Si se les daba la bienvenida de acuerdo con las reglas habituales de la hospitalidad, no tardaban en quebrantar la convención: se quedaban y empezaban a cambiar las reglas del juego social.

La actividad misionera suele imaginarse en condiciones coloniales o de una «ausencia de Estado», por ejemplo en África o el Pacífico sur. Pero Estados relativamente sólidos como el imperio otomano también se enfrentaron al desafío de esta nueva clase de fundamentalistas, que no desaprovechaban ocasión para dárselas de representantes de una civilización «superior». Esta militarización ideológica, propia ante todo de las misiones protestantes estadounidenses, llegó a su máximo apogeo hacia el cambio de siglo, unos años en los había 15.000 misioneras y misioneros de las diversas Iglesias y sociedades misioneras norteamericanas evangelizando en el extranjero. El Estado otomano se hallaba en una situación comparativamente favorable, porque el Tratado de Berlín, de 1878, le había concedido el derecho a oponerse a la conversión de los musulmanes; China, desde 1860, carecía de esta posibilidad. Sin embargo, lo más aconsejable era tratar con tacto a los misioneros, porque estos también actuaban como periodistas y gozaban de buenas relaciones con la prensa occidental, de modo que podían dañar gravemente la imagen exterior del imperio. Desde la perspectiva otomana aún se podía confiar hasta cierto punto en los misioneros católicos —como enviados del papa de Roma, que era considerado un homólogo del sultán en su papel como califa—. En cambio los protestantes, y en particular los estadounidenses, sembraban mucha confusión con sus maneras tan enérgicas; no solo aparecían como rivales religiosos, sino que se proponían también una meta secular

semejante a la del Estado otomano tardío: la creación de una clase media culta.2928

Los misioneros no causaron los mismos efectos que los representantes del capitalismo internacional, que en el plazo de unos pocos años podían reestructurar países enteros e integrarlos en la economía mundial con división del trabajo. Se movían en circunstancias locales y específicas. Aquí levantaban una iglesia, allí una escuela, y solo con esto transformaban la organización de los espacios comunitarios. Intervenían directamente sobre las biografías, pero no por la vía indirecta de fuerzas abstractas como «el mercado mundial» o «el Estado colonial». A algunos de los afectados se les abrían nuevas posibilidades que podían llegar hasta el extremo de recibir formación en la metrópoli; otros adquirieron nuevos objetivos vitales en la defensa frente a la invasión misionera. Los efectos de las misiones, por lo tanto, fueron bastante más allá de los círculos de los prosélitos y simpatizantes. La mera aparición de los misioneros no bastaba para «modernizar» las sociedades locales. Llevaban en su equipaje espiritual —en especial las «misiones de fe», bíblicas y fundamentalistas— un Occidente distinto al del liberalismo, la reforma y el dominio técnico de la naturaleza. En cualquier caso, para las sociedades autóctonas, suponía un desafío sin precedentes a los valores que se daban por sentados. La aportación histórica más importante de las misiones cristianas, en algunos países, fue contribuir a la introducción de las ciencias occidentales, incluida la medicina. En China, sobre todo, los misioneros protestantes hicieron una aportación colosal, desde mediados de siglo, a la transferencia de conocimientos. Solo una pequeña parte de sus traducciones fueron escritos de contenido cristiano; la mayoría tenían que ver con la ciencia, la técnica y cuestiones prácticas de la vida social. En China, desde aproximadamente la década de 1920, la ciencia llegó a un estadio en el que pudo independizarse del impulso inicial de los misioneros. En Latinoamérica (en particular en Brasil) y en Corea, donde las misiones

protestantes no llegaron hasta la década de 1880, estas desempeñaron un papel similar. En Corea, las misiones (en su mayoría estadounidenses) tuvieron tanto éxito (más que en China y no digamos que en Japón) porque representaban una alternativa de oposición moderada al confucianismo oficial y la pesada carga de la hegemonía cultural china, sin por ello ser cómplices del imperialismo occidental (en 1910, Japón se anexionó Corea). Aumentó su atractivo el hecho de que usaran el inglés y también el coreano —despreciado por la vieja élite— y con ello abrieran un espacio cultural en el que elaborar el nacionalismo emergente. En 1884 empezó un proceso tortuoso por el que la actual Corea del Sur es uno de los países más cristianizados de Asia: casi un tercio de la población sigue este credo.

4. REFORMA Y RENOVACIÓN

Carisma y formación estatal

Más aún que el siglo XVIII, en materia de religión el siglo XIX fue un siglo de reformas y nuevos puntos de partida. Muchos, aunque no todos, se pueden explicar con el tópico de los «desafíos de la modernidad». Muchos, pero no todos fueron respuesta a la hegemonía mundial de los europeos. Igual que varios temas esenciales del pietismo —entendido aquí en un sentido general, no restringido a Alemania— fructificaron en los diversos movimientos evangélicos del siglo XIX, en el mundo islámico el siglo XVIII fue una época en la que fuera de las jerarquías eclesiásticas establecidas (a las que no cabe aplicar el nombre de «Iglesia») surgieron movimientos de renovación que, como el pietismo, buscaban recuperar las raíces genuinas de la piedad.2929 Estas corrientes fervorosas se originaban menos en los centros del saber islámico que en determinadas periferias, por ejemplo el sudeste asiático, el Asia central o el desierto arábigo (que el siglo XVIII era zona de frontera con el imperio otomano, pero a la vez era la más antigua de las regiones musulmanas). El más conocido de estos movimientos es el wahhabismo, que debe su nombre al belicoso predicador

Muhammad ibn Abd al-Wahhab (1703-1791), que declaró heréticas casi todas las variantes del islam de la época y exigió una purificación radical de la religión islámica. Como entre 1803 y 1813 la furia religiosa de los wahhabíes los llevó a dañar gravemente incluso los santos lugares de La Meca y Medina, despertaron la irritación de gran parte del mundo islámico.
La importancia de este movimiento está menos en su originalidad teológica (modesta) que en su éxito en la forja estatal. El fundador se alió con un gobernante local para crear un Estado militante de renovación islámica. En 1808, Muhammad Ali, el pachá de Egipto, con la aquiescencia del sultán otomano, conquistó el primer Estado wahhabí del desierto y puso fin al experimento de forma provisional. Pero a finales de 1902 la casa wahhabí de Saúd empezó a resurgir y se fue organizando paso a paso hasta crear, en los primeros años de la década de 1920, el Reino de Arabia Saudí. Los lugares más santos del islam quedaron de nuevo, en 1925, bajo control wahhabí.2930 A diferencia de las formas posteriores del islam militante —de la India, el norte y este de África o el Cáucaso— el wahhabismo inicial no se concebía como un movimiento de resistencia frente a Occidente, que a finales del siglo XVIII no tenía ni la menor influencia en Arabia. Que una escisión heterodoxa concluyera en la fundación de un Estado propio fue un hecho más excepcional que habitual. La energía religiosa del mundo islámico, en el siglo XIX, surgió mucho más de la tensión entre las estructuras estatales —ya fueran coloniales, como en la India, Indonesia o Argelia, o autóctonas, como en Irán y el imperio otomano— y las órdenes y hermandades móviles e institucionalmente menos solidificadas.2931
Otros ejemplos de intentos de formación estatal a partir del carisma religioso fueron el movimiento Taiping, en China, y el mormonismo, en Estados Unidos. Taiping —que apareció por vez primera en 1850, con Hong Xiuquan como profeta— fue un movimiento de revolución social que creó una concepción del mundo compleja a partir de la propaganda misionera

protestante y la tradición de las sectas chinas.2932 En el campo político, la formación de un Estado Taiping fracasó, pero los mormones lograron imponerse. Esta «Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días», según el nombre que eligió para sí misma y aún se utiliza hoy, la creó en 1830 un profeta estadounidense, Joseph Smith. Al igual que Hong Xiuquan —que siete años más tarde, en otras circunstancias, fundó Taiping—, Smith también tuvo visiones en su juventud, que entendió como una llamada profética. Tras ser asesinado por una multitud hostil, en 1844, su sucesor Brigham Young emprendió un éxodo aventurero con varios millares de seguidores, entre 1847 y 1848, hasta asentarse en la región deshabitada del Gran Lago Salado. Otros conversos emigraron a la zona, incluso desde Gran Bretaña y Escandinavia, y en 1860 había 40.000 mormones en el Estado Federal de Utah. Pero no se les permitió organizar un Estado teocrático propio. Utah se fundó como territorio situado bajo el control directo del presidente de Estados Unidos y entre 1857 y 1861 (en exacta simultaneidad con la fase culminante de la guerra del gobierno Qing contra los rebeldes de Taiping) la región mormona estuvo bajo una ocupación militar federal. Si la doctrina Taiping se puede entender como un cristianismo con autoctonía (muy lejano de las fuentes bíblicas, desde luego), el mormonismo también fue una versión del credo cristiano adaptado a las circunstancias locales por su creador, que incluso legó un libro sagrado propio.2933 Hoy en día su denominación como «cristianos» sigue siendo objeto de polémica. Ya en la época fundacional, a muchos contemporáneos les parecieron tan ajenos como un «islam americano», en particular por la llamativa característica de la poligamia. El mormonismo, sin embargo, dio respuesta a la cuestión de por qué la Biblia no dice nada sobre América. En la medida en que —con conjeturas ciertamente aventuradas— plantea que en los tiempos del Antiguo Testamento se produjo una emigración a América e inscribe el territorio americano en el plan bíblico de la

salvación, es la más americana de todas las religiones de Estados Unidos.
En otros lugares del mundo también surgieron movimientos proféticos, algunos de los cuales caracterizados por la creencia mesiánica de que el fin del mundo estaba próximo. El movimiento del Mahdi, en Sudán (1881-1898), fue de esta índole, al igual que el de la Danza de los Espíritus, entre los indios septentrionales del Medio Oeste estadounidense (1889-1890); el «babismo» de Sayyid Ali Muhammad Shirazi, conocido como «El Bab», que apareció en Irán en 1843; o el movimiento que, entre 1905 y 1907, inspiró la «rebelión Maji-Maji» contra el poder colonial en el África oriental alemana. Muy a menudo, la resistencia contra la invasión imperial (o la intensificación del dominio colonial) fue encabezada por profetas y las expectativas milenaristas le dieron alas.2934
Todos estos movimientos prometían una transformación radical de la situación. No pretendían adaptarse al «mundo moderno», sino derrocarlo y recrear las circunstancias de acuerdo con su propio criterio. También hubo política radical sin mesianismo, no obstante: a veces, comunidades religiosas compactas, de la clase que fueran, respondían con actos de resistencia a la presión religiosa exterior. Fue el caso de los monjes budistas, bien organizados, de algunas partes del sudeste asiático; aunque eran ajenos al mesianismo, fueron una fuente de resistencia eficaz contra las potencias coloniales.2935
En el ámbito de la religión puede resultar problemático hacer una dicotomía entre rebeliones y reformas, o entre movimientos mesiánicos cuya aspiración de futuro se identifica a menudo con un mítico pasado de gloria, y doctrinas y prácticas religiosas adaptadas de forma cuidadosa y racional a los cambios de los tiempos. Sin embargo, esta diferenciación se torna más plausible cuando, al estudiar los ejemplos, se constata que un único movimiento pasa del primer polo al segundo. Así ocurrió con el babismo, herejía chií de Irán. El propio Sayyid Ali Muhammad Shirazi había abogado, al modo

tradicional, por un nuevo gobierno de los representantes elegidos por Dios en la Tierra, y había intentado hacerlo realidad. Después de que, por apostasía y rebelión política, fuera colgado en 1850, el movimiento no se descompuso, sino que vivió una reforma paulatina como herencia transmisora del carisma original. Uno de los combatientes del Bab, Mirza Husain Ali Nuri, conocido como Bahaullah, asumió esta tarea durante las varias décadas de exilio en el imperio otomano. En ocasiones se designó a sí mismo como el Mesías universal —Cristo renacido, Mahdi y Zoroastro en una sola persona—, pero por lo demás se esforzó por replantear la doctrina del movimiento con categorías más cosmopolitas y ajustadas a la modernidad. A su muerte, en 1890, el mesianismo chií había puestos las bases del moderno bahaísmo, religión que a partir de 1910 se difundió también en Europa y América. Hoy tiene su principal centro espiritual y organizador en Haifa (Israel) y es, junto al mormonismo y el sijismo (de los sijs indios) una de las pocas creaciones religiosas del siglo XIX que han perdurado. Bahaullah, junto a Kang Youwei, el forjador de la utopía de la «Gran Comunidad», fue uno de los grandes «pensadores transversales» de finales del siglo XIX, capaces de superar las fronteras culturales. Como rasgos modernos del bahaísmo destacan aprobar el Estado constitucional y la democracia parlamentaria, defender la ampliación de derechos para las mujeres, rechazar el nacionalismo religioso, renunciar a la doctrina de la guerra santa, procurar la paz mundial y abrirse a la ciencia.2936

Modernidad y modernización

Este último punto de la apertura a la ciencia quizá fuera el criterio más importante de la modernidad religiosa; y quizá sigue siéndolo, a tenor de la polémica de principios del siglo XXI entre los darwinistas y sus opositores, los «creacionistas» bíblicos. No todas las facetas del conocimiento científico eran conocidas o asequibles por igual para los laicos. La modernización religiosa, según este criterio, significa no

rechazar de plano la ciencia contemporánea como fuente de verdad. Las ciencias naturales plantearon enormes desafíos a los fieles de todas las confesiones y religiones del mundo, mediante la demostración astronómica de la pluralidad de los mundos, la inaudita expansión cronológica de la geología y la paleontología, y sobre todo la teoría de la evolución, de Charles Darwin, radicalizada y defendida de forma militante por algunos de sus adeptos, como Thomas H. Huxley en Inglaterra o Ernst Haeckel en Alemania.2937 La relación entre la fe y el conocimiento, al menos en Europa, se convirtió en un tema central de las concepciones del mundo filosóficas, y la armonía entre religión y ciencia, a la que aún se aspiraba en la Alemania Biedermeier y la Inglaterra de principios de la era victoriana, ya nunca ha dejado de ser problemática. Las pseudorreligiones posdeístas y explícitamente racionalistas no han servido de puente duradero: ni la condición del conocimiento elevada a credo (la «religión de la ciencia»), ni las diversas doctrinas secretas del siglo XIX (con frecuencia basadas en la masonería), ni la «religión social» que el socialista utópico francés Claude Henri de Saint-Simon esbozó hacia 1820 (y que tras su muerte, se practicó durante varias décadas en forma de secta), en la que científicos y artistas dotan a la nueva era industrial de una base moral moderna para, con ello, permitir su pleno despliegue productivo. Sobre todo en México, Brasil y Bengala —por motivos del todo distintos—, el «positivismo» de Auguste Comte se entendió como una doctrina laica de la salvación (el propio maestro la elevó en su obra tardía a «religión de la humanidad»): un mensaje del Progreso de raíz científica, en el que el liberalismo político y el *laisser-faire* económico quedaban subordinados a un sistema tecnocrático de estructuración. Comte confiaba en que su doctrina triunfaría en la Europa occidental, pero también intentó —en vano— convencer al pachá Muhammad Ali, porque durante un tiempo los sansimonianos habían intentado llevar a la realidad sus utopías de las comunas. El positivismo no se hizo popular allí, sino

donde se concibió como una concepción del mundo global que permitía salir del atraso.2938

Problemas similares a los que supuso la revisión científica de la historia bíblica de la Creación se dieron en las Humanidades con el estudio histórico. Las artes, la filosofía y la ciencia se analizaron desde la perspectiva de su proceso de formación y sus premisas, y se concibieron como despliegue de significados a lo largo del tiempo. En paralelo a la crítica literaria, surgió un estudio histórico sobre el lento desarrollo de las «literaturas nacionales». Kant todavía se limitó a esbozar el pensamiento filosófico antiguo a grandes rasgos; a los pocos años de su muerte, Hegel pronunció detalladas lecciones al respecto. La religión tampoco se libró del estudio historicista. Para muchas comunidades e iglesias, el choque entre las ideas religiosas y el nuevo modo de abordar lo histórico representó un problema. En el judaísmo, tradicionalmente ajeno a la idea de reforma, la irritación fue aún mayor que en las confesiones cristianas. Desarrollar una relación con la historia y la temporalidad se convirtió en el quid de la modernización de la fe judía.2939 En el cristianismo, la crítica histórica de la Biblia tuvo más consecuencias, pero quizá no tan dramáticas. En la medida en que se trató de una investigación de las fuentes y la transmisión textual del Antiguo Testamento, según la llevaron a cabo los historiadores y teólogos cristianos, afectaba directamente también a la forma en que los judíos se concebían a sí mismos. La historización del cristianismo avanzó (asimismo entre una opinión pública culta que ahora era más amplia) menos gracias a polémicas agresivas como la del libro de David Friedrich Strauss *Nueva vida de Jesús* (*Das Leben Jesu*, 1835) que gracias al paciente trabajo de una filología textual científicamente respetable. Con sus métodos, se logró un conocimiento cada vez más preciso de los hechos históricos, y al mismo tiempo se llegó a interpretaciones muy distintas entre sí, que tomaban, todas ellas, una distancia relativizadora. La teología protestante liberal y la historia eclesiástica del siglo XIX

tendieron a retratar a Jesús como un maestro moral de valores trascendentes. Cuando se le añadió el estudio histórico de la religión, que sitúa el cristianismo en el contexto de otras religiones, surgió la imagen contraria de Jesús como un profeta oriental que instaba al mundo a cambiar de rumbo para evitar un colapso próximo.2940 El hecho de que los estudiosos europeos también sometieran a la crítica historicista (o al historicismo crítico) los relatos fundacionales de otras religiones como la islámica o la budista se interpretó allí como un desafío y un ataque desacralizador, raíz de los reproches actuales al «orientalismo».

Sería erróneo construir una oposición simple entre un Occidente, donde se había canalizado la religión por las vías tranquilas de la racionalidad burguesa, y el resto del mundo, no cristiano, donde el dinamismo religioso se invertía solo en fervor militante, culto a líderes carismáticos y guerras santas. En el siglo XIX hubo en efecto tradiciones inflexibles que no evolucionaban sin recibir antes desafíos carismáticos, pero tanto en Oriente como en Occidente. La Iglesia católica del pontífice Pío IX se definió expresamente en contra de la herencia de la Ilustración, y el papa en persona era casi tan reaccionario como lo representaban, con ánimo de polémica, los liberales europeos. A León XIII, su sucesor (*r.* 1878-1903), le legó una mentalidad de catolicismo a la defensiva. León, aun siendo también muy conservador, se atrevió a emprender una apertura cautelosa, afrontó cuestiones sociales de la época e intentó hallar una tercera vía entre el capitalismo de *laisser-faire* y el socialismo. En su conjunto, la Iglesia siguió resistiendo al cambio.

En la misma época de estos dos largos pontificados, en el islam, la renovación modernizadora adquirió una gran relevancia. Empezó a emerger en la década de 1840. Fue un movimiento reformista de múltiples ramificaciones, que abarcó todo el mundo musulmán (desde el norte de África al Asia central y a la península de Malaca e Indonesia) y marcó un punto importante

en la historia de las ideas del siglo XIX. Impulsado por eruditos legales y religiosos, y en ocasiones también líderes políticos de muy diversa formación, sus miembros compartían la inquietud ante la posibilidad de que, en una era de hegemonía mundial de Europa, el islam quedaría reducido por sus propias deficiencias a la defensiva intelectual y ello no haría sino agravar su debilidad política. Entre los modernizadores más conocidos internacionalmente estuvieron el carismático Sayyid Jamal al-Din, «al-Afghani» (1838-1897), que fue recorriendo sin descanso los países musulmanes; Muhammad Abduh, en Egipto, un político muy señalado en la jerarquía espiritual y (a diferencia de Al-Afghani) teórico sistemático; el filósofo y educador sir Sayyid Ahmad Khan, en el norte de la India; y el intelectual Ismaíl Gasprinski, tártaro de Crimea. El movimiento buscó acuerdos entre el corpus de la tradición islámica (defendido en todas partes por grupos ortodoxos) y las exigencias, y también oportunidades, del mundo moderno. Lucharon para disponer de espacios para la crítica, en los que se pudiera reinterpretar las fuentes textuales islámicas. En sus debates —que a partir de 1870, con el auge de la prensa musulmana, cobraron una relevancia sin precedentes en la esfera pública— se reflexionaba sobre la necesidad y las posibilidades de la modernización social, el gobierno constitucional, el acercamiento a la ciencia moderna, los contenidos y métodos de la enseñanza, y los derechos de las mujeres.2941 Entre las docenas de pensadores que tomaron la palabra —incluidas algunas mujeres— prácticamente no había ningún librepensador que quisiera criticar la esencia misma del islam. Se pretendía combatir, con pruebas de lo contrario, la idea instalada en Europa de que el islam era un dogma rígido y tiránico. En la lengua del islam se tenían que poder afirmar cosas nuevas.

Los modernizadores islámicos no se contentaban con la teoría. Muchos se comprometieron sobre todo con el campo de la enseñanza y la educación. Por ejemplo, el erudito Sayyid Ahmad Khan, un juez de profesión que desarrolló una carrera

mucho más polifacética. Aspiraba a combinar la formación de la identidad musulmana con los roles modélicos del *gentleman* inglés, y para ello fundó, en 1875, una especie de Cambridge indio: el Colegio Universitario Anglo-Oriental Mahometano (en nuestros días, Universidad Musulmana de Aligarh, en el estado indio de Uttar Pradesh), cuya primera meta era la formación de los funcionarios más destacados de la administración del Estado colonial. En lo que respectaba a la inscripción de alumnos y el crecimiento, fue todavía más exitosa una red de escuelas superiores de teología, de orientación reformista, que pretendía ante todo formar a los ulemas para que fueran de utilidad espiritual a sus comunidades. Se la ha denominado «movimiento de Deoband» por la primera de sus madrazas (escuelas coránicas), fundada en 1867 en Deoband (norte de la India). En los años posteriores se abrieron filiales en gran parte del subcontinente. Con ello, el caos habitual de las instituciones religiosas tradicionales de la India musulmana quedó sometido a cierta estructuración más rígida, aunque siempre con distancia frente al Estado colonial: no se lo necesitaba como fuente de financiación y, además, solía contemplar con desconfianza esta clase de iniciativas de la «sociedad civil» musulmana.2942 En 1900 no faltaba realismo en el hecho de prever un gran futuro a las tendencias modernizadoras del islam, muy distintas unas de otras. Su decadencia en la era del nacionalismo secular (por ejemplo, kemalí), el fascismo y el socialismo bolchevique ya pertenece a otra época —y a la historia de las oportunidades perdidas.

En los heterogéneos mundos religiosos de la India no musulmana, surgieron en el siglo XIX movimientos reformistas que, a menudo, aspiraban a renovar y ampliar la cultura, y no solo a purificar la religión.2943 Algunas figuras fueron conocidas bastante más allá de la India, como por ejemplo Ram Mohan Roy, Ramakrishna Paramahamsa o su pupilo Svami Vivekananda, que a principios de la década de 1890 alcanzó fama mundial con una concepción de lo absoluto monista, que

dio un carácter más universal al hinduismo.[2944] El sentimiento de neta superioridad con el que los cristianos (de cualquier confesión) tendían cada vez más a encarar a las élites cultas de Asia también forzó al otro lado a identificarse más claramente con su propia religión, lo que quizá contribuyó a que el «hinduismo» (el concepto no apareció hasta principios del siglo XIX) se perfilara más como doctrina unitaria e institución social. Amparándose siempre en los propios recursos culturales, los movimientos reformistas reaccionaron de diversa manera a los nuevos impulsos: a los estudios orientales (que se practicaban también en muchos lugares de la India), al cristianismo ofrecido por los misioneros, y por último unos a otros, puesto que, como el cristianismo y el islam, las fuerzas modernizadoras también provocaron respuestas neoortodoxas. Excepcionalmente, el impulso vino directamente desde el exterior, como en Ceilán en la década de 1880, cuando teósofos estadounidenses reinventaron el budismo junto con pupilos cingaleses: escribieron un catecismo, restauraron monumentos religiosos, popularizaron símbolos budistas.[2945] Las alternativas básicas a la problemática de la época se movían en todas partes entre un espectro que iba de la defensa militante frente a lo extraño y ajeno, a una adaptación amplia a lo que se consideraban las fuerzas dominantes de su tiempo. Nos interesan menos los extremos que las variadas soluciones intermedias que requieren más matices que la simple oposición de «tradición» y «modernidad».

Comunicación religiosa

Junto a la ciencia, la religión fue una de las grandes creadoras de redes comunicativas extensas. Sería banal calificar tales redes de «transnacionales», pues muchas de las que hoy existen abarcan más que los modernos Estados nacionales, y sin apenas excepción son más antiguas. No necesariamente dependen de estructuras nacionales. Superan las fronteras existentes y crean otras nuevas. Perduran no solo en la forma de iglesias oficiales. Las órdenes místicas del islam, a lo largo

de los siglos, han generado y desarrollado redes colosales, de China al Asia central y al Mediterráneo.[2946]
Aparte de las «fronteras» de la conversión cristiana e islámica —y de un acontecimiento singular como fue el Parlamento Mundial de las Religiones, que se reunió en 1893 como parte de la Exposición Universal de Chicago («Columbian Exhibition»)—, en el siglo XIX la comunicación religiosa tendió a producirse en el marco de una las esferas únicas de cada religión.[2947] Algunas de estas esferas eran bastante extensas y se beneficiaron de los nuevos medios de transporte de la época. Desde muchas partes de Asia y África, los musulmanes peregrinaron en barcos de vapor hasta los santos lugares de Arabia o viajaron a centros de erudición como El Cairo, Damasco o Estambul. En la península de Malaca la multiplicación de los viajes a La Meca creó los rudimentos de una industria similar a la turística.[2948] El peregrinaje a los santuarios islámicos del imperio zarista o las romerías en la Europa católica (en 1858, las apariciones marianas hicieron de la pequeña ciudad de Lourdes, en los Pirineos franceses, un centro de peregrinaje) fueron más asequibles gracias al ferrocarril. La nueva logística del transporte transformó a Roma en destino habitual de multitudes piadosas y facilitó que la ciudad trabajara su imagen como «Ciudad Eterna».[2949] Pío IX, que prácticamente nunca salió de Roma y declaró la guerra al espíritu de la época de la modernidad, fue paradójicamente el creador de la iglesia pontificia global. Al ser menos un burócrata que un pastor de almas, buscó el contacto con los fieles y fue el primer papa en invitar al Vaticano a obispos de todo el mundo. En 1862, algunos años antes del Concilio Vaticano I (1869-1870), se reunió en Roma la inaudita cifra de 255 obispos. La ocasión también era en cierta medida «global»: se declaró santos a 26 religiosos que medio siglo antes habían padecido martirio en Japón.[2950] Esta canonización, por cierto, se produjo un año después de que, en la última gran persecución de cristianos «a la vieja usanza» —en el siglo XX se

produjo la represión por parte de los aparatos estatales ateos—, perdieran la vida como mártires muchos misioneros y convertidos.

Los nuevos medios de comunicación del siglo XIX hicieron el resto para acelerar la circulación religiosa. Así, uno de los factores que ayudó a convertir Roma en capital mundial del capitalismo fue que los periódicos extranjeros empezaron a destacar allí a corresponsales. La Santa Sede se tornó noticiosa. El líder mormón Brigham Young, que reunía en su persona los papeles de señor teocrático, jefe de una secta y hombre de negocios, no tardó en reconocer los signos de la época y pronto hizo instalar en Utah conexiones telegráficas. Los trenes a Salt Lake City favorecieron la llegada tanto de tentaciones corruptoras como del ejército federal de Estados Unidos, pero también obligaron a los mormones —como pretendía el ilustrado líder de la secta— a mirar más allá de su propio mundo.2951 En la segunda mitad del siglo XIX la imprenta, que ya se había vuelto más económica y técnicamente más sencilla, posibilitó por vez primera publicar millones de ejemplares de la Bibia y satisfacer a los pueblos exóticos con Biblias en múltiples idiomas. Las traducciones que tuvieron que preceder a este fenómeno se cuentan, vistas en su conjunto, entre los grandes logros de la transferencia intercultural del siglo XIX. En los ambientes católicos menos próximos a la Biblia empezaron a difundirse en gran número almanaques, opúsculos y tratados baratos, que dieron un impulso comunicativo a nuevas formas de religiosidad popular, al margen de la Iglesia oficial. También florecieron religiones populares allí donde la ortodoxia correspondiente veía disminuir su capacidad de control. El nuevo público de masas atento a la materia religiosa no habría podido surgir si en el siglo XIX no se hubiera reducido el analfabetismo. Acercar la Biblia a nuevos lectores fue, tanto en Europa como en las zonas misioneras, una de las grandes razones por las que el protestantismo se involucró en el sistema educativo. Donde la

avalancha discursiva del cristianismo en expansión hizo ponerse a la defensiva, se pudo recurrir a la misma imprenta como arma de resistencia. Esto ayuda a explicar que, tras varios siglos de escepticismo, en el último tercio del siglo XIX los ulemas islámicos adoptaran este medio y lo utilizaran para sus propios fines.2952

Conclusión

El siglo XIX en la historia

«Una historia universal y general resulta necesaria, pero imposible, a tenor del estado actual de la investigación. [...] Pero no desesperemos; los estudios individuales siempre son instructivos, muy en particular, en la historia, pues en lo más profundo siempre se encuentra un elemento vivo que posee un significado universal».2953 Así escribía Leopold von Ranke en 1869, y sigue estando en lo cierto. En este libro se ha intentado poner un ladrillo en el muro «imposible» de la historia universal (aunque no fuera «general»). Al final, lector y autor deben volver a sus «estudios individuales», sin pretender pasar a generalizaciones aún más ambiciosas. Desde la cumbre, las vistas son impresionantes. Sin embargo, como ha preguntado Arno Borst, ¿cuánto tiempo puede un historiador permanecer en una cima?2954 Las siguientes observaciones no son la quintaesencia de toda una época ni conjeturas sobre el espíritu de la época. Se plantean como un último comentario, no como un compendio.

Autodiagnósticos

En el capítulo inicial se ha descrito el siglo XIX como una época de particular reflexión sobre sí misma. Desde Adam Smith en la década de 1770 hasta Max Weber en los primeros decenios del siglo XX ha habido intentos grandiosos de comprender el mundo coetáneo en su conjunto y situarlo en el curso histórico de larga duración. No solo en Europa surgieron diagnósticos de esta clase. Los hallamos dondequiera que las sociedades generaron el tipo del erudito o el intelectual, donde los pensamientos se ponían por escrito y eran objeto de debate, donde la observación y la crítica dieron impulso a reflexiones de alcance sobre el propio mundo vital y sus condiciones espaciales y temporales más en general. Tales reflexiones no siempre adoptaron una forma que facilite identificarlas, desde nuestra perspectiva actual, como diagnósticos coetáneos o «teorías de la era contemporánea».2955 Podían presentarse

como toda clase de géneros: como historia contemporánea, por ejemplo la del egipcio Abd al-Rahman al-Jabarti, que vivió la ocupación napoleónica de su país y la describió con detalle;2956 o el famoso historiador de la Antigüedad Barthold Georg Niebuhr, que también pronunció charlas sobre su propia época, la «Era de la Revolución»; como toma de posición sobre los acontecimientos políticos del momento, por ejemplo en el ensayo de Georg Wilhelm Friedrich Hegels *Sobre el proyecto de reforma inglés*, de 1831, o la apasionante polémica de Karl Marx contra Luis Napoleón por pasar de presidente electo a dictador por aclamación (*El 18 de brumario de Luis Napoleón*, de 1852); como un estudio de filosofía y crítica de la cultura y la civilización, por ejemplo en Madame de Staël (*De l'Allemagne*, 1813), Alexis de Tocqueville (*La democracia en América*, 1835-1840) o el traductor y reformador educativo Rifaa alTahtawi (con el informe sobre su estancia en París entre 1826 y 1831, publicado en 1834);2957 como diario, por ejemplo en los hermanos Edmond y Jules de Goncourt (diario que cubre de 1851 a 1896) o el poeta y médico militar japonés Mori Ōgai (sobre su estancia en Europa de 1884 a 1888);2958 como autobiografía, por ejemplo en Frederick Douglass, intelectual negro, defensor de los derechos civiles y antiguo esclavo (con tres volúmenes de memorias, el más importante de los cuales es *My Bondage and My Freedom*, «Mi servidumbre y mi libertad», de 1855) o el historiador estadounidense Henry Adams (*La educación de Henry Adams*, edición personal en 1907 y de mercado en 1918); o, por último, como periodismo de gran difusión, por ejemplo en John Stuart Mill, cuyos diagnósticos contemporáneos se encuentran más en breves escritos ocasionales que en las obras principales y más completas, o en Liang Qichao, que durante tres décadas comentó y ayudó a conformar los hechos políticos y culturales de China.

La sociología, según emergió hacia 1830 sobre bases más antiguas, pretendía interpretar su realidad contemporánea.

Ofreció —en un principio, asociada aún con la economía política y la etnología, otra novedad de la época— modelos fundamentales de comprensión de la época sobre los que hoy aún se debate: por ejemplo, la transición del estatus al contrato como principios organizativos de la sociedad (así lo hizo el historiador del Derecho sir Henry Maine en *El Derecho antiguo*, 1861) o la oposición similar de «comunidad y asociación» en el libro de este título de Ferdinand Tönnies (1887). Karl Marx analizó el capitalismo como una formación social de origen histórico, y Friedrich Engels fue añadiendo, hasta su vejez, muchas glosas perspicaces al devenir contemporáneo. Antes John Stuart Mill ya había resumido la economía política clásica en su gran síntesis *Principles of Political Economy*, de 1848. Herbert Spencer explicó por qué proceso evolutivo la barbarie militarista había dado paso al industrialismo pacífico, aunque se corría el riesgo de recaer (*Principios de sociología*, vol. 1, 1876). Fukuzawa Yukichi situó a Japón en el proceso general de evolución de la civilización (*Bummeiron no gairyaku*, «Esbozo de una teoría de la civilización», 1875);2959 el armenio iraní Malkom Khan interpretó la modernidad europea a la luz de los valores islámicos (*Daftar-i Tanzimat*, «Libro de la reforma», 1858).2960 Filósofos y críticos como Friedrich Schlegel, Heinrich Heine (en particular, en *Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania*, 1835), Ralph Waldo Emerson o Matthew Arnold, Friedrich Nietzsche y, al final de nuestra época, Karl Kraus o Rabindranath Tagore dejaron constancia de las contradicciones y sensibilidades culturales de su tiempo.2961 Los abundantes autoanálisis del siglo XIX deben ser el punto de partida para comprender la firma distintiva de la época.

Modernidad

A ello se añaden las propuestas interpretativas de la sociología actual, que giran en torno del concepto de «modernidad».2962 En su mayoría también tienen algo que decir sobre el pasado y por ello, ya sea de forma explícita o entre líneas, también

abordan el siglo XIX. Sin embargo, a menudo se generaliza sobre el conjunto de la Edad Moderna y Contemporánea de Europa: una categoría como «individualización» apenas se puede fijar en una etapa de la línea temporal. Casi todo el discurso moderno de la sociología limita sus referencias a la tradición y las costumbres de Europa (occidental) y Estados Unidos. Se ha dado un paso importante con el programa teórico de las «modernidades múltiples», difundido desde 2000 por el gran sociólogo Shmuel Noah Eisenstadt. Las diferenciaciones en el seno de la modernidad, según Eisenstadt, emergen en lo esencial en el siglo XX. En el siglo XIX nuestro autor observa sobre todo una divergencia entre las vías que siguieron Estados Unidos y Europa hacia la modernidad, con lo cual no cabe hablar de un «Occidente» homogéneo; en la cultura no occidental solo reconoce las características de la modernidad en Japón.2963 De hecho resulta en efecto difícil hallar vías hacia la modernidad que sean autónoma e inconfundiblemente indias, chinas, islámicas del Oriente Próximo o africanas y puedan oponerse al modelo hegemónico de la Europa occidental. Estas diferenciaciones no empezaron a notarse hasta después del cambio de siglo, y primero se percibieron en la historia de las ideas, no directamente en las estructuras.

Si los historiadores de nuestros días quieren dar sentido a la categoría de la «modernidad», les aguarda una tarea ambiciosa: tienen que guiarse por las teorías de máximo nivel que ofrece la sociología, tener en mente la propia interpretación que hizo el siglo XIX de sí mismo y, al mismo tiempo, lograr una mayor precisión espacial y temporal que la que posee actualmente el concepto. Las ideas generales del «sujeto burgués», la «diferenciación funcional» en el seno de las sociedades o la «sociedad civil» no serán útiles de verdad si se puede especificar su referencia a la realidad histórica. Todos los intentos de plantear que la modernidad se desarrolló espontáneamente no antes del siglo XIX son y serán discutibles. Las bases intelectuales de la modernidad se pusieron en la Edad Moderna

europea: las primeras, en tiempos de Montaigne, las últimas, durante la Ilustración.

¿Qué debe entenderse primordialmente por «modernidad»? ¿Acaso el inicio de un largo período de crecimiento de los ingresos per cápita; una gestión de la vida racional y responsable ante otros; la transición de la sociedad estamental a la de clases; la ampliación de la participación política; la regulación legal de las relaciones del poder político y el trato social; el desarrollo de una capacidad destructiva sin precedentes; la reorientación de las artes desde la imitación de la tradición a la destrucción creativa de las normas estéticas? No hay un concepto de modernidad que pueda captar todos estos aspectos (y otros) con un equilibrio neutral, y una mera lista de características seguiría siendo insatisfactoria. Los conceptos de la modernidad siempre establecen prioridades y (aunque no sean monotemáticos) distribuyen jerárquicamente los diversos aspectos. Por lo general, tampoco pasan por alto que solo en pocos casos históricos todos esos aspectos surgieron de forma armónica. Basta con observar con detalle a un pionero de la modernidad como Francia para hallar ejemplos de discrepancias y demoras. Los filósofos ilustrados fueron los pensadores más «modernos» de su siglo, y la Revolución Francesa, sobre todo en la fase temprana de la ejecución del rey y el inicio del Terror, representan para muchos historiadores y teóricos (hasta nuestros días) una fuente especialmente relevante de modernidad política. Pero por otro lado, en Francia, hasta bien entrado el siglo XIX, pervivieron formas sociales arcaicas, fuera de París y unas pocas grandes ciudades más, que en esa misma época ya eran mucho más inusuales en Inglaterra, los Países Bajos o el sudoeste de Alemania.2964 Además, desde que empezó la gran revolución, Francia tardó noventa años en desarrollar las condiciones políticas de la democracia burguesa. El «nacimiento» de la modernidad en la historia de las ideas vivió un proceso largo hasta traducirse en instituciones y mentalidades que se aproximan a las

definiciones de modernidad en la teoría social. La experiencia del siglo XIX, y más aún del XX, también nos ha enseñado que la modernidad económica puede acompañarse de sistemas políticos autoritarios; así lo indican hasta hoy las interpretaciones habituales del Imperio Alemán. La innovación estética resulta improbable cuando imperan condiciones de represión extrema (Dmitri Shostakóvich y Anna Ajmátova serían las excepciones que confirmaron la regla durante el estalinismo) pero, en el caso contrario, no necesariamente florece donde las condiciones políticas son las más modernas de la época. Hacia 1900, la capital de la anticuada y moribunda monarquía de los Habsburgo era un centro cultural más destacado que Londres y Nueva York, metrópolis de la democracia y el capitalismo liberal.

A ello se añade otro problema relativo a la «modernidad»: ¿nos interesa acaso, antes que nada, el «nacimiento» de lo moderno, según se produjo una única vez en sus condiciones temporales y espaciales específicas? ¿Es suficiente con que los principios modernos llegaran a existir en algún lugar y algún momento? ¿O nos preguntamos por la difusión y el efecto, por el momento en el que se puede decir que una sociedad es moderna o se ha «modernizado plenamente»? ¿Con qué comparaciones vamos a establecer esos grados de modernidad? La modernidad en su pleno desarrollo (lo «ultramoderno») ya no es minoritaria o insular, se ha convertido en la forma de vida imperante. Ya no quebranta normas y revoluciona, como en la fase inicial después de su «nacimiento», sino que se ha vuelto cotidiana y ya provoca tendencias de oposición contramodernas o posmodernas. Como el concepto de «modernización», a finales del siglo XX, ha dejado paso al de «modernidad», ya apenas se plantean preguntas sobre la extensión de su vigencia o el carácter de ese sistema moderno. En 1910 no podríamos etiquetar como predominantemente modernos a muchos países del mundo: lo serían Gran Bretaña, los Países Bajos, Bélgica, Dinamarca, Suecia, Francia, Suiza, Estados Unidos, los

dominios británicos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y con algunas limitaciones Japón y Alemania. Incluso en la Europa situada al este del Elba, en los casos de España e Italia surgirían dudas sobre la madurez de su modernidad. Pero ¿qué se ha ganado con esas valoraciones?

Una vez más: principio y final de un siglo

La historiografía actual puede evitar que la retórica política sobre Europa la empuje a plantear afirmaciones esencialistas sobre la «esencia» del continente. Hoy se halla en la afortunada situación de poder dejar atrás las viejas querellas político-ideológicas sobre la imagen de Europa. Ya casi nunca se trata de que esta imagen debería ser católica o bien protestante, romana o bien germánica (o también eslava), socialista o bien capitalista liberal. La bibliografía histórica está en gran medida de acuerdo en cuáles fueron las principales características y tendencias de Europa durante el siglo XIX largo; con el tiempo, ha pasado a ser un simple tema de manual.2965 En cambio, por lo general no alcanza a aclarar hasta qué punto esos rasgos y procesos fundamentaron que Europa tuviera un papel histórico singular, pues aún no recurre casi nunca a la posibilidad de compararla con el resto del mundo. Hartmut Kaelble sí lo ha hecho acertadamente en más de una ocasión, aunque usando sobre todo a Estados Unidos como sociedad de referencia; pocos autores han seguido sus pasos, hasta la fecha. Pero debemos constatar, con Jost Dülffer: «Europa no se puede representar o comprender desde sí misma».2966 Solo la comparación —también con Japón o China, Australia o Egipto— nos permitirá determinar el perfil singular de Europa. El proceso da aún más fruto cuando lo emprenden los propios no europeos, pues les llaman la atención particularidades culturales que los europeos damos por naturales.2967 La perspectiva histórica universal es distinta y debe renunciar a toda posibilidad de mirada exterior o excéntrica: el mundo en su conjunto no se puede oponer comparativamente a nada.

¿Qué otra imagen del siglo XIX obtenemos cuando no limitamos

la mirada a Europa? Lo primero en que se debe hacer hincapié es que la referencia típica a un siglo XIX largo, que llegaría desde la década de 1780 hasta la primera guerra mundial, sigue siendo una conjetura o construcción auxiliar útil, pero no se puede dar por supuesta como una forma de pasado natural y de validez universal. Incluso cuando dejamos de aferrarnos estrictamente a fechas tan europeas como las de 1789 y 1914, hay historias nacionales y regionales que quedan completamente fuera de este cuadro. Fuera de Europa, cuando el cuadro encaja, a veces es por razones del todo ajenas a Europa.2968 Así, la historia documentada de Australia empieza en 1788, pero con un convoy de presos que no guarda relación alguna con la Revolución Francesa. En la historia *política* de China, el período comprendido entre la abdicación del emperador Qianlong, en 1796, y la revolución de 1911 posee cierto carácter unitario; pero las razones son dinásticas e internas, sin relación con las actividades de los europeos en el Asia oriental. Son numerosos los casos en los que hay que preferir otra periodización. En Japón, como ciclo histórico cerrado destaca el comprendido entre la apertura del país, en 1853, y el colapso del imperio, en 1945. El siglo XIX latinoamericano se extiende desde las revoluciones de independencia del decenio de 1820 (cuyas causas se remontan a la década de 1760) hasta la víspera de la crisis económica mundial de 1929. En Estados Unidos, la guerra civil cerró en la década de 1860 una primera época que se había iniciado con la crisis transatlántica de los años sesenta del siglo anterior. No cabe duda de que allí la nueva era de la historia política no terminó en 1914 ni en 1917-1918, sino en 1941 o 1945; y en cuanto a otro punto de vista importante en la historia social, el de las «relaciones raciales», no concluyó hasta los años sesenta. Para toda África —con la excepción de Egipto y Sudáfrica— son igual de irrelevantes el siglo XIX cronológico y el «largo». Aquí, la invasión colonial de la década de 1880 inauguró una época que duró hasta bastante después de las dos guerras mundiales:

hasta la fase culminante de la descolonización, en la década de 1960. De ello se sigue que una periodización de la historia universal no puede trabajar con los cortes netos ni de una única historia nacional ni tampoco de la europea. El principio y el final del siglo XIX deben quedar abiertos.

De los diversos hilos narrativos de este libro se puede colegir, sin embargo, la siguiente solución pragmática (como cuando, a partir de los fragmentos poéticos de Hölderlin, creamos versiones aptas para la lectura): Una nueva época empezó, poco a poco, en la década de 1760, con una crisis política múltiple en todo el ámbito atlántico, la implantación de Gran Bretaña en la India y el desarrollo de nuevas técnicas de producción. Terminó durante la década de 1920, cuando se notaron las heterogéneas consecuencias de la primera guerra mundial (que en el Asia oriental y Latinoamérica también fueron positivas) y en todo el mundo colonial y las regiones sometidas a Occidente de algún otro modo (con la excepción del África tropical) emergieron movimientos por la autonomía nacional. La transformación del poder soviético, que pasó de ser una fuerza revolucionaria mundial a una potencia neoimperialista también fue un proceso de enorme alcance. En una extensión de dominio colosal, la principal corriente ideológica disidente del siglo XIX, el socialismo, había cristalizado en un Estado propio, la Unión Soviética, que llevó a cabo una reorganización sin precedentes e introdujo en la política mundial nuevas polaridades; y al principio, también una agitación revolucionaria mundial de un nuevo tipo. La primera guerra mundial había destruido el prestigio de Occidente y sembrado muchas dudas sobre sus aspiraciones a dominar al resto de la humanidad o, por lo menos, pretender tutelarlo y civilizarlo. Muchas de las redes de interrelación global de la preguerra se habían debilitado.[2969] El nuevo orden político de las conferencias de paz de 1919 no se malogró del todo, pero muchas expectativas no se confirmaron en la realidad; Wilson no había creado una paz perpetua. Las fuerzas regenerativas

del capitalismo, al menos en Europa, parecían desbordadas. Al liberalismo en sus múltiples aspectos —el económico, el internacional, el moral de la ética personal, el constitucional de la política interior— se le exigieron cuentas con severidad y perdió influencia mundial.2970 La década de 1920 fue el paso decisivo en la transición del siglo XIX a una nueva era.

Cinco características

¿Cómo se puede caracterizar un siglo tan largo, y tan abierto en sus extremos, como el siglo XIX, desde el punto de vista de la historia universal (una perspectiva entre las varias posibles)? No se trata de resumir el contenido de este libro en unas pocas frases, ni contribuirá gran cosa a nuestra comprensión repetir sin más los conceptos claves con los que suele describir (adecuadamente) las tendencias principales de la época: industrialización, urbanización, formación de Estados nacionales, colonialismo, globalización y algunos otros. En su lugar proponemos cinco puntos de vista menos típicos.

(1) El siglo XIX fue una era de *incremento asimétrico de la eficiencia*. Este aumento se produjo sobre todo en tres ámbitos. Por un lado, en el primero de estos ámbitos, la productividad laboral ascendió en una medida netamente superior a la de los procesos de crecimiento de etapas anteriores. Aunque en este caso la estadística no ha podido responder al desafío de cuantificarlo con precisión, nadie discute que la cantidad de bienes materiales producidos per cápita (en relación a la población mundial) era claramente superior en 1900 que un siglo antes. Los ingresos per cápita se incrementaron, la humanidad se tornó materialmente más rica, por primera vez en la historia se hizo realidad un crecimiento a largo plazo que, aunque oscilara coyunturalmente, mantenía estable una tendencia al alza. Este proceso bebía de dos fuentes. La primera fue la introducción y difusión del modo de producción industrial, caracterizado por una refinada división del trabajo, la organización fabril y el empleo de maquinaria propulsada con carbón. La industrialización varió según modelos regionales. Se

distribuyó muy desigualmente por los continentes e incluso allí donde había surgido y estaba más avanzada —en la Europa noroccidental y los estados del norte de Estados Unidos— se concentraba en determinados «focos industriales». La tecnología industrial de los años iniciales poseía una simplicidad genial. Reposaba en gran medida en principios científicos conocidos desde hacía mucho. Con el tiempo, en algunos países de Europa y en Estados Unidos se desarrollaron hábitos de innovación, así como estructuras de mercado y condiciones legales en las que cabía aplicar de forma rentable esas innovaciones. En el transcurso del siglo este desembocó en sistemas de producción del conocimiento y de formación del «capital humano» capaces de reproducirse a sí mismos mediante la investigación aplicada en los centros superiores (estatales o privados) y los procesos internos de la propia industria. El invento crucial del siglo XIX, según ha afirmado agudamente el filósofo Alfred North Whitehead, fue haber «inventado el método de inventar».2971

La segunda fuente de multiplicación de la riqueza se suele pasar por alto. En efecto, no solo ayudó la industria, sino también la conquista de nuevos territorios arables en las «fronteras» de todos los continentes: en el Medio Oeste de Estados Unidos o en Argentina, en Kazajistán o en Birmania. Esta incorporación también se asoció a visiones específicas de la modernidad, pues no toda la modernidad se concibió industrialmente. También hubo una especie de «revolución agrícola» que, sobre todo en Inglaterra, fue anterior a la «revolución industrial». Más adelante, en paralelo a una industrialización que se difundía despacio, hubo también un uso mucho más extensivo del terreno agrícola, lo que en algunas de las zonas de «frontera» se acompañó de un aumento de la productividad de los empresarios particulares. Los productos de esta «frontera» no solían destinarse al consumo local, sino que entraban en un flujo intercontinental que ya no se limitaba a los bienes de lujo. La tecnología industrial se

aplicó al sector del transporte con el barco de vapor y el ferrocarril, lo que hizo bajar rápidamente los costes y favoreció la expansión de este comercio con los productos clásicos de la «frontera», como el arroz, el trigo, el algodón o el café. Esta ampliación de la «frontera» agrícola estaba relacionada con la industrialización en la medida en que creció la demanda de materias primas y había que alimentar a la clase obrera industrial que había emigrado de las zonas rurales. Pero la industrialización de la producción agrícola en sí no se produjo hasta el siglo XX.

Un segundo ámbito en el que se constató el incremento de la eficiencia fueron las fuerzas armadas. La capacidad letal por combatiente aumentó. Esto no fue un consecuencia directa de la industrialización, sino que los dos procesos corrieron en paralelo. Además de las innovaciones en la técnica armamentística, la mejora del saber organizativo y del arte de la estrategia también contribuyeron de por sí a elevar la eficiencia militar. Además, se necesitaba la voluntad política de concentrar recursos estatales en la esfera militar. Las diferencias en el nivel de eficacia militar se pusieron de manifiesto por ejemplo en las guerras de la unificación alemana, en las numerosas guerras coloniales de la época o en la guerra ruso-japonesa. En 1914 hubo un choque entre aparatos militares a los que apenas se podía someter al control político. Veámoslo de otro modo: estos aparatos, con su lógica interna, ya fuera real o imaginada —un caso famoso es el plan de guerra del jefe del Estado Mayor alemán, Alfred von Schlieffen—, multiplicaron la peligrosidad de una política exterior incompetente e irresponsable. A su vez, la guerra mundial posibilitó nuevos incrementos de la eficiencia en muchos campos, por ejemplo en la organización de la economía de guerra de Alemania, Gran Bretaña o Estados Unidos. Al terminar el siglo, la distribución de la potencia militar en el mundo era más desigual que nunca. Había pasado a ser idéntica a la potencia militar; hacia 1850 no era así, desde

luego. Ya no había grandes potencias que no fueran industriales. Pese a determinados éxitos militares momentáneos de los afganos, etíopes o bóers sudafricanos, fuera de Europa tan solo Japón podía dar una réplica al poder armamentístico de Occidente. Esta forma específicamente militar de la brecha conocida como «Gran Divergencia» no se empezó a cerrar, poco a poco, hasta la década de 1950, con la guerra de Corea, en la que China resistió frente a Estados Unidos, y la victoria de los vietnamitas contra los franceses en Dien Bien Phu (1954).

Un tercer ámbito de incremento de la eficiencia fue el control cada vez más firme de los aparatos estatales sobre la población de su propia sociedad. Las normas administrativas aumentaron; las administraciones locales asumieron competencias; las autoridades censaron y clasificaron a la población, sus bienes inmuebles y su capacidad fiscal; los impuestos se recaudaron de un modo más regular y más justo, y a partir de un número creciente de fuentes; los sistemas policiales se reorganizaron de arriba abajo. No hubo una correlación unívoca entre la forma del sistema político y la intensidad con la que las autoridades regían la vida. Hoy todavía existen democracias con una administración ubicua y despotismos cuya presencia en la base social es muy ligera. En el siglo XIX surgieron nuevas tecnologías de «gobernanza» local que eran imprescindibles para el servicio militar obligatorio y para el estado social («del bienestar») y escolar. El Estado empezó a convertirse en un nuevo Leviatán que, sin embargo, no necesariamente sería monstruoso. Este refuerzo de la eficiencia de la acción estatal también tuvo una distribución de lo más asimétrica. En Japón la presencia del Estado era más intensa que en China; en Alemania, más que en España. El Estado colonial casi siempre mostró la voluntad de someter a sus súbditos a censos y reglamentos, pero a menudo le faltaron los recursos personales y económicos precisos. El concepto de Estado nacional que surgió en la Europa del siglo XIX —en cuyo modo ideal la forma del Estado, el territorio y la cultura

(lengua) debían ser congruentes— mantenía una relación de condicionamiento mutuo con la intervención estatal. Los miembros de una nación querían ser tratados por igual como ciudadanos libres de un colectivo homogéneo, en ningún caso como súbditos. Aspiraban a que su país gozara de reconocimiento y prestigio en el mundo. Pero en el nombre de la unidad nacional, el interés nacional y el honor de la nación se vieron sometidos a una furia reguladora de las autoridades que en tiempos anteriores habrían considerado inaceptable.

Hubo incrementos parciales de la eficiencia en muchos lugares del globo. La industrialización no fue, desde luego, una variable independiente y causa última de todas las otras formas de dinamismo. Las «fronteras» agrícolas estaban más difundidas que los focos de la industrialización, Washington y Suvórov, Napoleón y Wellington libraron guerras preindustriales. Las tres esferas mencionadas de mayor eficiencia, la economía, las fuerzas armadas y el Estado, no se condicionaban mutuamente de un modo fijo. En el imperio otomano empezó a existir una burocracia estatal «moderna» sin que hubiera una base industrial considerable. En las décadas posteriores a la guerra civil, Estados Unidos era un gigante económico, pero en el campo militar, un enano. Rusia se industrializó y mantuvo un ejército colosal, pero no está claro hasta qué punto el Estado, antes de 1917, controlaba de verdad la sociedad, en particular la rural. En lo esencial, solo quedan Alemania, Japón y Francia como ejemplos modélicos de Estados nacionales plenamente formados en todas las facetas. Gran Bretaña, con un ejército terrestre de dimensiones muy modestas y un gobierno local escasamente burocratizado fue un caso singular, igual que Estados Unidos. Aun así: el ascenso de Europa, Estados Unidos y Japón, en comparación con el resto del mundo —que en el siglo XIX fue un hecho más incontestable que en cualquier otra fase de la historia, anterior o posterior—, se debió a toda una serie de factores. Además, como mínimo hasta la primera guerra mundial, fue una historia de éxito autosuficiente. Los

países dominantes sacaban provecho de un orden que ellos mismos habían creado: la economía mundial liberal. Aquí se apoyaba un crecimiento económico que daba buenos réditos que a su vez financiaban la posición como potencia internacional. El imperialismo también podía ser una buena invasión. Incluso cuando la expansión colonial no en todos los casos era muy rentable para la economía nacional, ante las condiciones de superioridad militar el coste de conquistar y administrar una colonia era relativamente bajo. Desde el punto de vista político, el imperialismo valía la pena siempre que costara poco o nada al Erario público; y económicamente, creaba grupos de interesados que le prestaban apoyo político.

(2) Sobre el aumento de la movilidad como característica de la época hará falta decir poco más, pues se ha tratado directamente en los capítulos precedentes. Toda la historia documentada desborda de movimiento: viajes, pueblos que migran, campañas militares, comercio con lugares remotos, difusión de religiones, lenguas y estilos artísticos. En el siglo XIX hubo tres novedades.

La primera: el gran salto que dio la movilidad humana. Antes de nuestra época no se conocen ejemplos de migraciones de calado hacia América del Norte y del Sur, Siberia o Manchuria. La intensidad de las migraciones del período aproximado de 1870 a 1930 tampoco se ha repetido desde entonces. Es un rasgo global especialmente llamativo de esta época. La circulación de mercancías también llegó a un nivel inaudito: en lugar del comercio de bienes de lujo en la Edad Moderna, cuyos magnates traían a Occidente seda, especias, té, azúcar y tabaco, hubo un transporte masivo y de largas distancias de alimentos básicos y materias primas industriales. Lo demuestran las cifras más generales de la expansión del comercio mundial, que van más allá del incremento de la producción. Fue la primera vez que también se movilizó capital en cantidades considerables. Antes de mediados de siglo, si por ejemplo un príncipe necesitaba dinero se lo pedía prestado a

particulares ricos. Las compañías de Indias de la Edad Moderna («compañías privilegiadas») necesitaron de medidas de financiación más complejas de lo habitual en su tiempo; pero solo a partir de 1860, más o menos, existió algo parecido a un mercado mundial de capital. El capital «fluyó» por todo el globo, impulsado en particular por la instalación de múltiples redes ferroviarias, más que por la economía fabril; además, dicho sea de paso, tampoco fluía ya (tan solo) de manera material, como tesoros en las bodegas de los barcos. Había empezado la era de la liquidez. El barco de vapor y el ferrocarril favorecieron el desplazamiento de bienes y personas, y el telégrafo (más adelante, el teléfono), la transmisión de informaciones.

Estas novedades técnicas —esta fue la segunda novedad— también tuvieron como consecuencia la aceleración de todas las formas de circulación. Dentro de muchas ciudades también se iba más rápido: de la urbe de los peatones se pasó a la de los tranvías. Sería casi trivial ver en esta aceleración un signo de la época. Pero resulta difícil sobrestimar la ruptura que supuso en la historia de la experiencia humana, pues por primera vez se tenía posibilidad de viajar con más rapidez y fiabilidad que los caballos y, en el mar, de no depender del capricho de los vientos. Hacia 1910, el tren se había establecido en todos los continentes, tuvieran industria o no. Era ciertamente más probable que los habitantes de la India, por ejemplo, trabajaran en el tendido del ferrocarril o viajasen en uno de ellos, que no que vieran una fábrica desde dentro.

En tercer lugar, por primera vez la movilidad contó también con una base de infraestructuras. Aunque no debemos subestimar la complejidad del entramado de difusión de las noticias en el imperio inca, el imperio universal mongol del siglo XIII o el servicio de diligencias postales de la era Biedermeier, sin embargo la instalación de los sistemas ferroviarios, la fundación de navieras activas en todo el mundo y el cableado del planeta representan un grado nuevo de aplicación técnica y solidez organizativa. Más que nunca, la movilidad ya no fue tan solo la

forma de vida de las poblaciones nómadas, la solución de emergencia de los refugiados y expulsados, o el gaje del oficio marino. Fue una dimensión de vida social organizada cuyo ritmo se diferenciaba del de la vida cotidiana local. El siglo XX ha dado continuidad directa a estas tendencias. El concepto clave de la «globalización» es adecuado aquí, siempre que la interpretamos (sin por ello agotar los usos reales y posibles del concepto) como la movilización acelerada de los recursos por encima de las fronteras entre Estados y civilizaciones.

(3) Otra característica destacada del siglo XIX se podría describir, de forma algo oscura en apariencia, como una *condensación asimétrica de las referencias*. También cabría hablar del «incremento de las transferencias y percepciones interculturales», en una formulación más accesible pero menos precisa de la misma noción. Se trata de lo siguiente: en el siglo XIX aumentó también la movilidad de las ideas y de los contenidos culturales en general (más allá de los fragmentos de información que podía transmitir el telégrafo). Tampoco desdeñemos lo que se lograba hacer al respecto en épocas anteriores. Por ejemplo, la difusión del budismo desde la India hacia muchas regiones del Asia central, oriental y suroriental fue un proceso de migración cultural inmenso y con múltiples ramificaciones; a menudo —literalmente— tras los pasos de los monjes ambulantes. La novedad del siglo XIX fue la ampliación de las posibilidades mediáticas con las que la gente podía tener noticia de otros desde grandes distancias y por encima de las fronteras culturales. Esto incluía también que el volumen de las traducciones fue superior al de cualquier tiempo pasado: no solo dentro de Europa, donde el siglo XVIII ya había sido una gran era de la traducción, sino también en intercambios lingüísticos más dificultosos entre las letras de Europa y las de otras regiones lingüísticamente muy distintas. Hacia 1900, las grandes bibliotecas de Occidente habían puesto a disposición de sus lectores los textos básicos de la tradición asiática. A la inversa, se contaba con traducciones japonesas, chinas o

turcas de manuales europeos de numerosos ámbitos del saber, así como una selección de textos de filosofía política, derecho o teoría económica. Leer lenguas europeas —en especial, inglés o francés— permitiría a las élites cultas de Oriente acceder de forma directa a las ideas de Occidente.

Ahora bien, la *condensación de las referencias* no se limita a una mutua ampliación de los horizontes. El sociólogo estadounidense Reinhard Bendix apuntó cuán importante ha sido el «efecto de la exhibición» en la historia, esto es, la existencia de «sociedades de referencia» que actúan como modelos para la limitación, pero también para la diferenciación.2972 En el siglo XVIII, Francia, con su tensión entre la corte y los salones, actuó como tal punto de referencia para buena parte de Europa. Bastante antes, Vietnam, Corea o Japón se habían orientado hacia China. A este respecto, en el siglo XIX ocurrieron dos cosas. Por un lado, creció la importancia cuantitativa de este guiarse por el exterior. Si gran parte de la población mundial seguía sin saber nada de nada sobre los países extranjeros, o asociaba con estos ideas de lo más vagas, las élites cultas observaron el mundo exterior con más atención que nunca. Por otro lado, la referencia se volvió monopolar. En vez de una diversidad de centros culturales con valor de modelo, «Occidente» quedó como única magnitud cultural de referencia en todo el mundo. «Occidente» no significa en ningún caso Europa en su conjunto; y Estados Unidos solo ascendió a ejemplo de civilización hacia finales de siglo. Así, en China, Japón, México o Egipto, hacia 1870 o 1880, por «Occidente» se entendía en primer lugar Gran Bretaña, en segundo lugar Francia. Allí donde, como en el Japón Meiji, causó impresión la eficacia militar y científica del Estado de Bismarck, también Alemania adquirió esta importancia.

Dentro de los límites de Europa asimismo había periferias de cuya pertenencia a la civilización occidental no se estaba seguro. Rusia, con su larga experiencia como posición avanzada del cristianismo, todavía se consideraba una periferia en el siglo

XIX, en comparación con el Occidente francés, británico o alemán. Las polémicas que se libraron aquí entre los «occidentalistas» y los «eslavófilos» se asemejaban a los polos fundamentales de los debates del imperio otomano, Japón o China. El espectro de las actitudes posibles iba desde el entusiasmo genuino por la civilización occidental —asociado inevitablemente con una posición crítica, incluso iconoclasta, con respecto a la tradición propia— hasta el desprecio por defectos occidentales como la veneración del materialismo, la superficialidad y la arrogancia. En su mayoría, las reflexiones de los intelectuales y los estadistas «periféricos» se movían en un ambiente dual. Se discutía sin descanso al respecto de si, y de qué modo, uno se podía apropiar de los logros de Occidente en materia de técnica, fuerzas armadas y economía sin tener que capitular por ello culturalmente. En China se acuñó como respuesta una fórmula afortunada, la del *ti-yong*: el conocimiento occidental para el saber aplicado (*yong*), el conocimiento chino como sustancia cultural (*ti*). Con la convicción de que el modelo de la civilización occidental —con todas sus diferencias internas, que no pasaban por alto a los observadores— exigía una reacción, surgieron distintas estrategias de defensa por la vía de la modernización: desde las reformas de Tanzimat, en el imperio otomano, hasta el gobierno tecnócrata del Porfiriato, en México. Por lo general, tales intentos estaban motivados por la idea de que era útil aprender de Occidente, pero también pesaba el empeño de reforzarse a tiempo para así poder protegerse de la conquista militar y la colonización. En ocasiones se logró este fin, pero en otros muchos casos, no.

Los patriotas liberales se hallaban en una situación especialmente difícil. En el mundo extraeuropeo no faltaban, aunque fuera en círculos muy reducidos. En cuanto liberales, leían con pasión a Jean-Jacques Rousseau y François Guizot, a John Stuart Mill y Johann Kaspar Bluntschli, y fomentaban la libertad de prensa y de asociación, la tolerancia religiosa, las

constituciones y los órganos estatales representativos. Pero, en cuanto patriotas o nacionalistas, debían oponerse a ese mismo Occidente del que procedían las ideas mencionadas. En la práctica, ¿cómo se podía separar el Occidente «bueno» del «malo»? ¿Cómo se lograba importar controladamente la cultura, o hasta las finanzas, restándole el imperialismo? Ese fue el gran dilema de los políticos periféricos del siglo XIX. Pero en el momento en que el imperialismo atacaba, se había hecho demasiado tarde y los márgenes de elección y acción se reducían radicalmente.

La condensación de la red de referencia no era tan inocente como una mera adquisición de conocimientos, ni tan libre de contradicciones que podamos resumirla en el crudo concepto del «imperialismo cultural». En la mayoría de casos se trataba de política, aunque no siempre con un resultado claramente predecible. La fuerza de los señores coloniales europeos prácticamente nunca bastaba para obligar a los nuevos súbditos, en contra de su voluntad, a adoptar el principal de todos sus productos de exportación cultural: el cristianismo. La condensación de las referencias no solo fue asimétrica porque una relación colonial sea desequilibrada por naturaleza. También lo fue por otras dos razones. En primer lugar, por motivos políticos, las grandes potencias europeas abandonaron repetidamente a los reformadores occidentalizantes del este y el sur, si con ello les parecía favorecer los propios intereses nacionales e imperiales. Hacia el cambio de siglo, en Asia y África casi nadie creía ya que Occidente tuviera interés por la verdadera modernización de las colonias y aquellos países independientes de la periferia que se habrían podido aplicar, *avant la lettre*, la etiqueta de «países emergentes». La utopía de la asociación modernizadora de Oriente y Occidente, que cobró especial popularidad en las décadas de 1860, 1870 y 1880 —esto es, la fase de las reformas tardías de Tanzimat, del jedive Ismaíl y del «período Rokumeikan» de Japón,2973 había dado paso a una profunda desconfianza hacia Europa. En segundo

lugar, aunque en Occidente se sabía más sobre el mundo extraeuropeo —gracias a la aparición de las filologías orientales, las ciencias de la religión y la etnología—, ello apenas se tradujo en efectos prácticos. Mientras que en Oriente se adoptaba cuanto se podía, desde los sistemas legales occidentales hasta su arquitectura, en Europa y en Estados Unidos casi nadie pensó en atribuir un carácter modélico a las prácticas de Asia y África. Los grabados policromos japoneses o los bronces del oeste de África hallaron admiradores entre los estetas occidentales, pero nadie propuso —como se había hecho en el siglo XVIII— ajustar al modelo de China la organización de los Estados europeos occidentales. La transferencia cultural, en la teoría, era en cierta medida recíproca, pero en la práctica, una vía de un solo sentido.

(4) Otro rasgo característico de nuestra época fue la *tensión entre igualdad y jerarquía*. Jörg Fisch acierta al describir uno de los procesos centrales de Europa en la segunda mitad del siglo XIX como «la implantación progresiva de la igualdad legal al eliminar las distintas discriminaciones y emancipar a los grupos discriminados».2974 La tendencia a la igualdad legal se asoció con la transición a principios de estratificación social por los que se redujo la importancia del origen familiar para el ascenso social; así, la posición de cada cual y su familia en la escala social pasó a depender cada vez más de la posición en el mercado. Al abolirse la esclavitud durante la guerra de Secesión, el sector trasatlántico de Occidente —que antes ya se había caracterizado por dar poco peso a la jerarquización estamental— se sumó a la tendencia a la igualdad *general*.

Los europeos estaban plenamente convencidos de que su concepto del orden social era perfecto y universalmente válido. En cuanto las élites de las civilizaciones de fuera de Europa conocían el pensamiento legal europeo, comprendían que era al mismo tiempo específico del continente y universalizable. Ello implicaba, según la situación y la convicción política personal, en parte una buena ocasión, en parte una amenaza. Era así, en

particular, en cuanto al valor de la igualdad. Cuando los europeos denunciaban la inferioridad social de las mujeres, la esclavitud o la represión de las minorías religiosas en las civilizaciones extraeuropeas, les planteaban un desafío que podía llegar a explotar con violencia. A consecuencia de ello debía producirse una transformación radical de las relaciones del poder social: limitar el patriarcado, desmontar la clase de los señores esclavistas, eliminar el monopolio religioso o eclesiástico. Las ideas sobre la igualdad social no eran exclusivas de Europa, sin embargo; las hubo en numerosas sociedades «segmentarias» y en muchos otros lugares, so guisa de utopías de derrocamiento, nivelación y hermanamiento. En la forma que adquirieron en la Europa moderna y contemporánea —ya se basaran en el humanitarismo cristiano, el Derecho natural, el utilitarismo o el socialismo—, la noción de igualdad se convirtió en un arma inusitadamente afilada en el campo de la política interior. Era inevitable que se produjeran reacciones conservadores, habitual que hubieran batallas culturales entre los modernistas y los tradicionalistas.

Por descontado, en Occidente no todo se ajustaba al ideario de la igualdad. Al principio de igualdad se opusieron nuevas jerarquizaciones. Las hallamos por ejemplo en el sistema de las relaciones internacionales. En Europa, la Paz de Westfalia de 1648 cambió por una nueva jerarquía simplificadora la antigua variedad finamente matizada de relaciones de subordinación y privilegios especiales; aunque esto no basta para afirmar sin más que de golpe surgiera un «sistema westfaliano» de grandes potencias soberanas que, según se ha dicho, habría pervivido hasta 1914 o incluso 1945.[2975] Solo en el siglo XIX, en particular tras la turbulencia geopolítica de la década de 1860, veremos desaparecer de la escena europea a muchos Estados pequeños y medianos —de forma provisional, como se pondría de manifiesto a partir de 1950—. Solo entonces se quedó con todo la famosa pentarquía de las «grandes potencias». Quien no podía seguir el ritmo de la carrera armamentística, dejaba de

contar en la política mundial. Estados como los Países Bajos, Bélgica o Portugal quedaron degradados a una condición de amos coloniales de segunda categoría. En Europa, los débiles se habían tornado irrelevantes, como se puso de relieve en 1914, cuando el Imperio Alemán no tuvo reparo en quebrantar la neutralidad de Bélgica.

Para los Estados no europeos —por descontado, con la salvedad de Estados Unidos— solo se preveían las posiciones más bajas de la escala. Aquí quedó relegada, por ejemplo, una antigua superpotencia del siglo XVI como era el imperio otomano. Tan solo Japón —gracias a un esfuerzo nacional sin parangón, a una política exterior inteligente y a un tanto de suerte— pudo ascender hasta el círculo exclusivo de las grandes potencias, aunque a expensas de China y Corea, después de una de las guerras más sangrientas de la época, y no sin ofensas y humillaciones simbólicas de los actores principales de la política mundial, todos «blancos». Y aún no obtuvo el reconocimiento formal como gran potencia hasta la conferencia de Washington, de 1921-1922, donde se admitió su enorme poderío naval en el Pacífico.

Probablemente, otro de los fracasos del principio de igualdad fueron las nuevas jerarquizaciones «secundarias» del último tercio del siglo. Poco después de que los derechos civiles de los judíos en la Europa occidental se equiparasen a los de los demás grupos, estos fueron objeto de discriminación social. En Estados Unidos, poco después de que se aboliera la esclavitud, se consolidaron nuevas prácticas segregadoras. Las nuevas diferencias de condición se formularon primero con el léxico de la «civilización» o el «mundo civilizado» frente a la barbarie, más adelante en una jerga racista que en Occidente apenas se cuestionó. La cancelación racista del principio de igualdad marcó el clima internacional durante todo un siglo: desde aproximadamente la década de 1860 hasta la descolonización. A este respecto, solo la revolución silenciosa de la conciencia normativa internacional, que fue derivando hacia los derechos

humanos, el antirracismo, la generalización del principio de soberanía y el fortalecimiento del derecho a la autodeterminación de las naciones, ha permitido ir alejándose del siglo XIX desde la década de 1960.

(5) Por último, el siglo XIX fue un siglo de emancipación. Esto apenas sorprenderá. Se puede leer repetidamente que hubo una «Era de las Revoluciones» —ya comprenda entre 1789 y 1849, o ya abarque el siglo entero, hasta las revoluciones rusas de 1905 y 1917— e igualmente que la «emancipación y participación» fueron tendencias básicas de la época.2976 Con ello siempre se hace alusión a Europa. Es menos habitual que el concepto de la «emancipación» —que procede del Derecho romano y es netamente europeo— se aplique al mundo en su conjunto. Por emancipación entendemos «liberar a grupos sociales, a instancias de ellos mismos o ajenas, de la tutela espiritual, legal, social o política, de la discriminación o de un dominio percibido como injusto».2977 El concepto, además, se aplica a menudo a la liberación nacional frente al dominio extranjero de un Estado vecino o un imperio. Así pues, ¿deberíamos generalizar y universalizar la noción idealista de un Benedetto Croce, que en 1932 consideraba que el impulso de libertad fue una fuerza motriz decisiva del siglo XIX en Europa?2978 En parte, sí. Algunos procesos de emancipación tuvieron éxito: aportaron más libertad e igualdad de derechos, aunque solo más raramente desembocaron en la igualdad real. La esclavitud como institución legal desapareció de los países occidentales y de sus colonias. Al oeste del imperio zarista, los judíos europeos gozaron de la mejor situación legal y social que habían tenido nunca. En Europa, los campesinos quedaron liberados de las cargas feudales. La clase obrera luchó hasta lograr la libertad de asociación y, en muchos países de Europa, también el derecho de sufragio. En cuanto a la emancipación de las mujeres, el balance es más complejo. No fue tema de los debates públicos hasta el siglo XIX. En lo que respectaba a los derechos políticos y las oportunidades que podían aguardarles,

los dominios británicos y Estados Unidos fueron los pioneros en todo el mundo. No cabe generalizar sobre si la situación de las mujeres, en sus relaciones y en la familia, mejoró o no, ni siquiera en el caso de Europa. La familia burguesa también conllevaba restricciones.

Si suponemos que en las revoluciones de la época también se peleaba por la emancipación, entonces saltan más a la vista los éxitos que los fracasos; aunque quizá sea una ilusión óptica, puesto que la historia tiende a acordarse más de los vencedores. Hubo casos ambiguos, como la Revolución Francesa después de 1789: sus primeros objetivos de carácter democrático representativo no se hicieron realidad de forma perdurable hasta la Tercera República, después de muchos cambios de sistema; y el modelo de democracia directa de la dictadura jacobina sucumbió y solo se recuperó brevemente durante la Comuna de París, en 1871. Las revoluciones de 1848-1849 también tuvieron efectos poco unívocos. No supusieron un fracaso total, al menos, si los comparamos con auténticos fracasos totales y sin consecuencia alguna, como el levantamiento de Túpac-Amaru en Perú o la Rebelión Taiping en China. En la interacción entre la revolución, por un lado y, por otro lado, tanto las reformas para prevenir nuevas rebeliones como la moderación posrevolucionaria de los impulsos renovadores, por lo menos en Europa (como mínimo al oeste del imperio zarista) se logró ampliar poco a poco la participación garantizada constitucionalmente. Lo hizo más fácil el hecho de que el gobierno representativo tuviera aquí raíces históricas más profundas que en ningún otro lugar del mundo. Pero en vísperas de la primera guerra mundial no es que hubiera muchas democracias en el sentido que tiene el término desde finales del siglo XX. No en todo Estado que se dio una forma republicana —como la mayoría de los países latinoamericanos y, desde 1912, China— se garantizó con ello también la sustancia de la política democrática. La esfera colonial, que geográficamente era extensísima, quedó repartida

entre los dominios británicos —en lo esencial, se trataba de Estados nacionales independientes—, donde ciertamente había democracias de calidad, y las colonias de sistema autocrático sin excepción en lo que por entonces se denominaba «el mundo de color».

En conjunto, incluso para Europa, el panorama es ambiguo y contradictorio. En 1913, si se echaba la mirada atrás hacia las tendencias de las últimas décadas, cabía hablar de una mayor difusión de la democracia, pero no de un triunfo irresistible; y ya habían pasado los mejores días del liberalismo político. Aun así, fue un siglo de emancipación, dicho sin adornos: de insurrección contra autoridades coercitivas e incapacitantes. Las estructuras del poder tradicional se perpetuaron de un modo menos automático que en épocas anteriores. La evolución de la federación estadounidense demostró que, pese a todos los malos augurios de la teoría, un Estado de gran tamaño podía pervivir con un sistema constitucional participativo. Muy lejos de Europa, el absolutismo monárquico había entrado en crisis; si en el imperio zarista la situación parecía ser menos grave, su caída, en 1917-1918, fue tanto más dramática. Donde perduró el modelo de la legitimación por gracia de Dios (como en Rusia) hizo falta redoblar el esfuerzo propagandístico para lograr que la población lo aceptara sin disgusto. Las monarquías más poderosas —como el imperio japonés— no fueron la continuación ininterrumpida de lo antiguo, sino deliberadamente neotradicionalistas. La teoría constitucional de Europa halló adeptos entusiastas en gran parte del Asia y África no coloniales. El mayor imperio del mundo, el británico, admitía en sus dominios que sus gobiernos venían a ser Estados de derecho y constitucionales; y poco antes de la primera guerra mundial, también se mostró dispuesto a hacer unas primeras concesiones constitucionales en la India. Una y otra vez, la presión a favor de la emancipación se produjo «desde abajo», desde el «pueblo», que gracias a las grandes revoluciones del principio de nuestra época se había convertido

no solo en un mito al que se apelaba a menudo, sino también en un actor político real. Los esclavos ofrecían resistencia, con actos cotidianos pero que iban sumando a favor de su propia liberación. La población judía de la Europa occidental no se quedó meramente a la espera de que una autoridad ilustrada les hiciera concesiones graciosas, sino que puso en marcha un programa ambicioso de propia reforma. Los intereses sociales se organizaron sobre una base permanente; nunca antes había existido nada similar a los sindicatos o a los partidos de masas de corte socialista.

Incluso en la fase culminante del colonialismo y el imperialismo, podía aplicarse en parte el concepto de emancipación. Aunque tras las guerras de conquista, en muchas colonias siguieron tiempos tranquilos y a veces se instaló de hecho algo no muy distinto a una paz bajo dominio extranjero, las bases de legitimación de los gobiernos coloniales eran frágiles. Ello obedecía a una cuestión puramente pragmática. El recurso típico de la justificación era la misión civilizadora, fácilmente mesurable por sus resultados. Los colonizados podían aceptar la retórica autocomplaciente de los colonizadores cuando su intervención se traducía en efecto en los beneficios prometidos: paz y seguridad, algo más de bienestar, algunas mejoras en la atención sanitaria y más oportunidades de formación (que no exigieran una plena enajenación cultural). A fin de cuentas, el dominio extranjero ha sido habitual a lo largo de la historia. Hasta aquí, el colonialismo europeo, desde el punto de vista de los colonizados, no era *per se* más negativo que cualquier otro dominio extranjero: el de los mogoles en la India, los otomanos en Arabia, los manchúes en China, etcétera. Ahora bien, si las promesas de mejora no se cumplían o, peor, la situación vital de los colonizados se agravaba, la legitimidad se desvanecía pronto. Antes de la primera guerra mundial ya había ocurrido así en muchos lugares. Los movimientos de liberación del que luego se denominaría «Tercer Mundo» —los consideremos o no

nacionalistas en esta época, los primeros años del siglo XX— surgieron como respuesta a esta falta de credibilidad. A los intelectuales críticos de las colonias o el exilio no les resultó difícil poner de manifiesto las contradicciones entre los principios de Occidente, supuestamente universales, y las condiciones de la práctica colonial, a menudo lamentables. Por ello, tras la Era de las Revoluciones el colonialismo fue ideológicamente inestable (y por lo demás, objeto de discusión en la opinión pública de las potencias coloniales)2979, y antes de todo el programa nacionalista, el afán de emanciparse de ese poder ya fue un elemento de unos sistemas coloniales construidos sobre la desigualdad, la injusticia y la hipocresía — sobre lo que Alfred Russel Wallace, al saldar cuentas con su época en 1898, describió como «el egoísmo desvergonzado de las naciones más civilizadas».2980

El siglo XIX no concluyó abruptamente en agosto de 1914, antes de Verdún, en 1916, o cuando Lenin llegó a la estación de tren de Finlandia, en Petrogrado, en abril de 1917. La historia no es un teatro en el que pronto pueda caer un telón. En otoño de 1918, no obstante, muchos ya se habían dado cuenta de que «el mundo de ayer» (según el título que dio Stefan Zweig a sus memorias, publicadas póstumamente en 1944) se había desvanecido. En Europa, unos lo contemplaban con nostalgia, otros vieron la posibilidad de un nuevo comienzo una vez pasada una «belle époque» desenmascarada. El presidente estadounidense Woodrow Wilson y sus partidarios en todo el mundo confiaban en haber superado definitivamente un pasado desacreditado. Los años veinte fueron una década de reorientación en todo el mundo, un período bisagra, al menos en cuanto a la política. Económicamente resultaron ser el preludio de la Gran Depresión, una crisis que sería todavía más global que la guerra reciente. Desde el punto de vista cultural, en Europa continuaron las vanguardias de la preguerra, mientras que en otros lugares, como por ejemplo en China y Japón, fueron años de novedades estéticas. Está por ver si,

desde la perspectiva histórica, sería acertado calificar el período de 1914 a 1945 como una «segunda guerra de los Treinta Años». En cualquier caso, esta sugerente analogía solo valdría para Europa. Veámoslo de otro modo. Entre 1918 y 1945, se hallaron en todo el mundo muy pocas —inusualmente pocas— soluciones constructivas y duraderas a los problemas del momento. La guerra mundial había puesto sobre la mesa algunos conflictos del siglo XIX, pero el período de entreguerras pudo ofrecer soluciones para pocos de esos problemas (de los que aún persistían). Muchas de las cuestiones que se habían planteado en el siglo XIX conservaron la virulencia después de 1945. Numerosas tendencias continuaron a largo plazo, desde finales del siglo XIX hasta finales del XX. La segunda posguerra empezó de nuevo, no siempre con éxito, pero en su conjunto con más éxito que la primera. Una parte de los más viejos entre los que a partir de 1945 volvieron a buscar nuevas vías habían nacido y se habían socializado en el siglo XIX. Muchos ya habían ocupado posiciones de influencia en la política en 1919 y los años posteriores, o al menos habían podido adquirir experiencia política, como por ejemplo Winston Churchill, Konrad Adenauer, John Foster Dulles, Stalin, Yoshida Shigeru y Mao Zedong; o bien, como John Maynard Keynes y Jean Monnet, habían tenido eco como consejeros. Grandes artistas que ya habían marcado la época anterior a 1914 continuaron con su labor. El siglo XIX había preparado el camino para las catástrofes de 1914 en adelante; Hannah Arendt y otros autores se lo reprocharon.2981 Pero también desarrolló tradiciones —el liberalismo, el pacifismo, la noción de los sindicatos o del socialismo democrático, que después 1945 no habían caducado ni caído en desgracia por entero. Mirando atrás desde 1950, el año de 1910 —en el año en el que el carácter del ser humano se transformó, según un apunte ingenioso de Virginia Woolf— parecía ser un pasado muy remoto. Pero en muchos sentidos, era más próximo que los horrores de los años de guerra más recientes.

Epílogo

Desde que, hacia finales del siglo XX, se ha reavivado el interés por la historia universal, la teoría ha ido por delante de la práctica (al menos en mi país, Alemania). Se ha debatido sobre las posibilidades y los principios de la historiografía universal y se han revisado las tradiciones historiográficas más diversas. Pero aún hay muy pocos análisis de historia universal. Sobre todo nos faltan retratos globales de las distintas épocas, lo que cabría denominar «síntesis», si no corriéramos con ello el peligro de dar a entender que son lo contrario de los análisis, esto es, simples destilados del saber de manual. La única representación de época reciente, de carácter global, que ha surgido de la pluma de historiadores de lengua alemana y es en verdad exigente es la *Weltgeschichte* de los siglos XV a XIX de Hans-Heinrich Nolte, publicada en 2005. Después de haber intervenido en la discusión teórica con mis propias aportaciones, sentí la necesidad —más bien, el deber— de poner a prueba mis propias recetas. Después de leer el libro de cocina, ya era hora de cocinar.

Este volumen ha surgido de forma anacrónica: como empresa individual, sin la participación de terceros ni estudio en colaboración con otros profesionales de las ciencias del espíritu. No he seguido la invitación del director de una colección, no he presentado un proyecto previo, no se ha supervisado mi labor, se me ha dispensado de redactar informes de cuentas. Sin embargo, el libro debe su existencia a apoyos externos muy generosos. Como historiador especializado en la Edad Contemporánea cuya época favorita es la Ilustración, hasta ahora había trabajado menos sobre el siglo XIX que en las épocas que lo enmarcan. Solo la invitación de Henk L. Wesseling, a la sazón rector del Netherlands Institute for Advanced Study (NIAS) en Wassenaar, a pasar con mi familia el curso académico de 2001-2002 en esta institución ejemplar, me dio el valor y la tranquilidad necesarios para animarme a esta empresa aventurada y adentrarme en la lectura de los estudios

más recientes sobre el siglo XIX. En el verano de 2002 dejé el NIAS con gran cantidad de anotaciones y el esbozo de un posible libro. No obstante, en los años siguientes, ocupado por el curso normal de la universidad, me resultó imposible continuar con la redacción. En 2005 pude retomar el trabajo, pues me correspondió por turno un semestre sabático al que pude añadir otro semestre de licencia financiado a medias por el rector de la Universidad de Constanza y el proyecto especial de investigación «Norm und Symbol». Además, durante dos semestres más, el rector me concedió la reducción de cuatro horas de mi calendario de docencia semanal. Aún no estaba claro que el libro se pudiera concluir. Lo salvó la hospitalidad de la Fundación Carl Friedrich von Siemens Stiftung, que me invitó a ser *fellow* de la institución durante el año académico de 2007-2008. Allí gocé de la tranquilidad precisa para completar el manuscrito y actualizarlo al máximo. Quiero expresar mi sentida gratitud a la junta de la Fundación y en particular a su director, Heinrich Meier. Junto a Henk Wesseling, han sido los principales padrinos de este libro.

Durante su desarrollo, el proyecto solo puso a prueba en público algunas secciones breves. Las «lecciones anuales» de las sedes del Instituto Histórico Alemán de Washington D. C. y Londres, más una conferencia en el Centro Max Weber de la Universidad de Erfurt me ofrecieron ocasión para presentar algunas de mis ideas. Quiero expresar mi agradecimiento a los (antiguos) directores de esas instituciones: Christof Mauch, Hagen Schulze y Hans Joas. Cuando me inquietaban las dudas ante la magnitud del proyecto de escribir una historia universal adecuada a su época, Sven Beckert, Sebastian Conrad, Andreas Eckert y Peer Vries —modélicos todos ellos tanto en la teoría como en la práctica de este arte— me animaron a continuar. Cuando concluí la primera versión, los colegas de mi magnífico grupo de trabajo en historia global e internacional de la Universidad de Constanza me aportaron valiosos consejos; en especial Boris Barth, Bernd-Stefan Grewe, Valeska Huber y

Niels P. Petersson. David Bruder revisó todo el manuscrito para darle una redacción final y me advirtió de varios errores y torpezas. También asumió gran parte del laborioso trabajo de los índices. Ilona Tomic preparó el libro para la imprenta con mucho cuidado, fiabilidad y paciencia.

Un proyecto como este no se puede hacer realidad sin buenas bibliotecas. Las bibliotecas universitarias de Constanza y mi lugar de residencia, Friburgo de Bresgovia, poseían los materiales que yo necesitaba o me pudieron proporcionar gran parte de lo que faltaba. En etapas iniciales y posteriores me fueron de gran ayuda la Biblioteca Real de La Haya, las bibliotecas de la Universidad de Leiden y la Biblioteca Estatal de Baviera. Este es el quinto libro que publico con la casa C. H. Beck. Quiero expresar mi agradecimiento al editor Wolfgang Beck, a ErnstPeter Wieckenberg (por el que llegué a la editorial en 1998), a Detlef Felken y en particular a Raimund Bezold, que durante más de dos años ha acompañado también este libro como excelente revisor y corrector. Gracias de corazón merece también Jens Malte Fischer, por haberme ilustrado y entretenido durante mi estancia en Múnich, aula E 2, los miércoles de 4 a 6 de la tarde. Mi familia ha aguardado la conclusión del trabajo con (im)paciencia. El trabajo en marcha ha acompañado a Philipp durante sus primeros seis años de colegio, y desde el principio él ha insistido en que este tenía que ser su libro. Y a nadie le debo más que a Sabine Dabringhaus.

Múnich, septiembre de 2008

Abreviaturas

AER American Economic Review

AES Archives européennes de sociologie

AHR American Historical Review

AJS American Journal of Sociology

AKG Archiv für Kulturgeschichte

CSSH Comparative Studies in Society and History

EcHR Economic History Review

EHR English Historical Review

EREcH European Review of Economic History

GG Geschichte und Gesellschaft

GWU Geschichte in Wissenschaft und Unterricht

HAHR Hispanic American Historical Review

HEI History of European Ideas

HJ Historical Journal

HJAS Harvard Journal of Asiatic Studies

HZ Historische Zeitschrift

IHR International History Review

IJMES International Journal of Middle Eastern Studies

IRSH International Review of Social History

JAfH Journal of African History

JAH Journal of American History

JAS Journal of Asian Studies

JbLA Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas

JBS Journal of British Studies

JEEcH Journal of European Economic History

JEH Journal of Economic History

JESHO Journal of the Economic and Social History of the Orient

JGH Journal of Global History

JGO Jahrbücher für Geschichte Osteuropas

JICH Journal of Imperial and Commonwealth History

JInterdH Journal of Interdisciplinary History

JLAS Journal of Latin American Studies

JMEH Journal of Modern European History

JMH Journal of Modern History

JPH Journal of Pacific History

JPS Journal of Peasant Studies

JSEAS Journal of Southeast Asian Studies

JTS Journal of Turkish Studies

JWH Journal of World History

LARR Latin American Research Review

LIC Late Imperial China

MAS Modern Asian Studies

NPL Neue Politische Literatur

P&P Past & Present

PHR Pacific Historical Review

VSWG Vierteljahresschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte

WP World Politics

ZHF Zeitschrift für historische Forschung

Bibliografía citada

En obras con más de dos autores o editores, se cita solo al primero. Para múltiples lugares de publicación, solo se indica el primero. El título abreviado empleado en las notas se marca en letra cursiva, y las diversas entradas de un mismo autor se ordenan alfabéticamente de acuerdo con este título abreviado.

- Abelshauser, Werner: «*Umbruch* und Persistenz. Das deutsche Produktionsregime in historischer Perspektive», en: GG 27 (2001), pp. 503-523.
- Abernethy, David B.: The Dynamics of *Global Dominance*. European Overseas Empires, 1415-1980, New Haven (CT), 2000.
- Abeyasekere, Susan: *Jakarta*. A History, Singapur, 1989.
- Abrahamian, Ervand: *Iran*. Between Two Revolutions, Princeton (NJ), 1982.
- Abu-Lughod, Janet L.: *Cairo*. 1001 Years of the City Victorious, Princeton (NJ), 1971. —: *New York*, Chicago, Los Angeles. America's Global Cities, Minneapolis (MN), 1999. —: *Rabat*: Urban Apartheid in Morocco, Princeton (NJ), 1981.
- Abun-Nasr, Jamil M.: A History of the *Maghrib* in the Islamic Period, Cambridge, 1987. —: *Muslim Communities of Grace*. The Sufi Brotherhoods in Islamic Religious Life, Londres, 2007.
- Acham, Karl, «*Einleitung*», en: Acham (ed.), Geschichte der österreichischen Humanwissenschaften, vol. 4, Viena, 2002, pp. 5-64. —, y Winfried Schulze: «*Einleitung*», en: Acham y Schulze (eds.), Theorie der Geschichte, vol. 6: Teil und Ganzes, Múnich, 1990, pp. 9-29.
- Achilles, Walter: *Deutsche Agrargeschichte* im Zeitalter der Reformen und der Industrialisierung, Stuttgart, 1993.
- Ackroyd, Peter, *London*. The Biography, Londres,

2000. [Hay traducción al castellano: *Londres: una biografía*, trad. Carmen Font Paz, Barcelona: Edhasa, 2002.]

- Adams, Willi Paul: Die *USA vor 1900*, Múnich, 1999.
- Adamson, Bob: *China's English*. A History of English in Chinese Education, Hong Kong, 2004.
- Adas, Michael: The *Burma Delta*. Economic Development and Social Change on an Asian Rice Frontier, Madison (WI), 1974. —: *Contested Hegemony*. The Great War and the Afro-Asian Assault on the Civilizing Mission Ideology, en: JWH 15 (2004), pp. 31-63. — (ed.): *Islamic and European Expansion*. The Forging of a Global Order, Filadelfia, 1993. —: *Machines* as the Measure of Men. Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance, Ithaca (NY), 1989.
- Adelman, Jeremy: *Frontier Development*. Land, Labour, and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914, Oxford, 1994. —: *Republic of Capital*. Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World, Stanford (CA), 1999. —: *Sovereignty* and Revolution in the Iberian Atlantic, Princeton (NJ), 2006. —, y Stephen Aron: «*From Borderlands* to Borders. Empires, Nation-States, and the Peoples In Between in North American History», en: AHR 104 (1999), pp. 814-841.
- Adler, Jeffrey S.: *Yankee Merchants* and the Making of the Urban West. The Rise and Fall of Antebellum St. Louis, Cambridge, 1991.
- Afary, Janet: The *Iranian Constitutional Revolution*, 1906-1911. Grassroots Democracy, Social Democracy, and the Origins of Feminism, Nueva York, 1996.

- Ageron, Charles-Robert: *Histoire de l'Algérie contemporaine*, vol. 2: De l'insurrection de 1871 au déclenchement de la guerre de libération (1954), París, 1979.
- Agoston, Gabor: *Guns for the Sultan*. Military Power and the Weapons Industry in the Ottoman Empire, Cambridge, 2005.
- Ahrweiler, Hélène, y Maurice Aymard (eds.): *Les Européens*, París, 2000.
- Ajayi, J. F. Ade (ed.): *General History of Africa*, vol. 6: Africa in the Nineteenth Century until the 1880s, París, 1989.
- Albertini, Rudolf von: *Europäische Kolonialherrschaft* 1880-1940, Zúrich, 1987[3].
- Aldcroft, Derek H. y Anthony Sutcliffe (eds.): *Europe* in the International Economy 1500-2000, Cheltenham, 1999. —, y Simon P. Ville (eds.): The *European Economy*, 1750-1914. A Thematic Approach, Manchester, 1994.
- Aldrich, Robert: *Greater France*. A History of French Overseas Expansion, Basingstoke, 1996.
- Alexander, Manfred: Kleine *Geschichte Polens*, Stuttgart, 2003.
- Alexander, Paul, *et al.* (eds.): In the *Shadow* of Agriculture. Non-Farm Activities in the Javanese Economy, Past and Present, Ámsterdam, 1991.
- Ali, Imran: The *Punjab* under Imperialism, 1885-1947, Princeton (NJ), 1988.
- Alleaume, Ghislaine: «An *Industrial Revolution* in Agriculture? Some Observations on the Evolution of Rural Egypt in the Nineteenth Century», en: Proceedings of the British Academy 96 (1999), pp. 331-345.
- Allen, Larry: The *Global Financial System* 1750-2000, Londres, 2001.

- Amado, Janaina, *et al.*: *Frontier in Comparative Perspective*. The United States and Brazil, Washington (DC), 1990.
- Amanat, Abbas: *Pivot* of the Universe. Nasir al-Din Shah Qajar and the Iranian Monarchy, 1831-1896, Berkeley (CA), 1997.
- Amaral, Samuel: The *Rise of Capitalism* on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870, Cambridge, 1998.
- Ambrose, Stephen E.: *Nothing Like It* in the World. The Men Who Built the Transcontinental Railroad, 1863-1869, Nueva York, 2000.
- Amelung, Iwo: *Der Gelbe Fluß* in Shandong (1851-1911). Überschwemmungskatastrophen und ihre Bewältigung im China der späten Qing-Zeit, Wiesbaden, 2000. —, *et al.* (eds.): *Selbstbehauptungsdiskurse* in Asien. China – Japan – Korea, Múnich, 2003.
- Amin, Camron Michael, *et al.* (eds.): The *Modern Middle East*. A Sourcebook for History, Oxford, 2006.
- Amino, Yoshihiko: «Les *Japonais et la mer*», en: Annales HSS 50 (1995), pp. 235-258.
- Amitai, Reuven, y Michal Biran (eds.): *Mongols*, Turks, and Others. Eurasian Nomads and the Sedentary World, Leiden, 2005.
- Amsden, Alice H.: The *Rise of «the Rest»*. Challenges to the West from LateIndustrializing Economies, Oxford, 2001.
- Anastassiadou, Meropi: *Salonique* 1830-1912. Une ville ottomane à l’âge des réformes, Leiden, 1997.
- Andaya, Barbara Watson, y Leonard Y. Andaya: A History of *Malaysia*, Londres, 1982.
- Anderson, Bonnie S.: *Joyous Greetings*. The First International Women’s Movement, 1830-1860,

Nueva York, 2000.

- Anderson, Clare: *Convicts* in the Indian Ocean. Transportation from South Asia to Mauritius, 1815-1853, Basingstoke, 2000.
- Anderson, Eugene N.: The *Food of China*, New Haven (CT), 1990. —, y Pauline R. Anderson: *Political Institutions* and Social Change in Continental Europe in the Nineteenth Century, Berkeley (CA), 1967.
- Anderson, Fred: *Crucible* of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1754-1766, Nueva York, 2000.
- Anderson, Matthew S.: The *Eastern Question* 1774-1923, Basingstoke, 1966. —: The *Rise of Modern Diplomacy* 1450-1919, Londres, 1993.
- Anderson, Perry: *Lineages* of the Absolutist State, Londres, 1974. [*El estado absolutista*, trad. Santos Juliá, Madrid: Siglo XXI de España, 1979, 2007^{10}.]
- Anderson, Robert D.: *European Universities* from the Enlightenment to 1914, Oxford, 2004.
- Appleby, Joyce: *Inheriting the Revolution*. The First Generation of Americans, Cambridge (MA), 2000.
- Applegate, Celia: «A *Europe of Regions*. Reflections on the Historiography of Subnational Places in Modern Times», en: AHR 104 (1999), pp. 1157-1182.
- Aravamudan, Srinivas: *Guru English*. South Asian Religion in a Cosmopolitan Language, Princeton (NJ), 2006.
- Arendt, Hannah: *Elemente und Ursprünge* totaler Herrschaft, Fráncfort, 1955. [*Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Madrid: Taurus, 1974; Alianza, 2006.] —: *Über die Revolution*, Múnich, 1968. [*Sobre la revolución*, trad. Pedro Bravo, Madrid: Revista de Occidente,

1967; Alianza, 2013.]

- Ariès, Philippe, y Georges Duby (eds.): *Geschichte des privaten Lebens*, 5 vols., Fráncfort, 1989-1993. [*Historia de la vida privada*, trad. Francisco Pérez Gutiérrez, 5 vols., Madrid: Taurus, 1987, 2000.]
- Arjomand, Saïd Amir: «*Constitutions* and the Struggle for Political Order. A Study in the Modernization of Political Traditions», en: AES 33 (1992), pp. 39-82.
- Armitage, David, y Michael J. Braddick (eds.): The *British Atlantic World*, 1500-1800, Basingstoke, 2002.
- Arnold, David: *Colonizing the Body*. State Medicine and Epidemic Disease in Nineteenth-Century India, Berkeley (CA), 1993. —: *Police Power* and Colonial Rule. Madras 1859-1947, Delhi, 1986. —: *Science*, Technology and Medicine in Colonial India, Cambridge, 2000.
- Arrighi, Giovanni: The *Long Twentieth Century*. Money, Power, and the Origins of Our Times, Londres, 1994. [*El largo siglo XX: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, trad. Carlos Prieto del Campo, Tres Cantos (Madrid): Akal, 1999.]
- —, *et al.* (eds.): The *Resurgence of East Asia*. 500, 150 and 50 Year Perspectives, Londres, 2003.
- Arrington, Leonard J.: *Brigham Young*. American Moses, Nueva York, 1985.
- Asad, Talal: *Formations* of the Secular. Christianity, Islam, Modernity, Stanford (CA), 2003.
- Asbach, Olaf: «Die *Erfindung* des modernen Europa in der französischen Aufklärung», en: Francia 31/2 (2005), pp. 55-94.
- Asch, Ronald G. (ed.): Der europäische *Adel* im Ancien Régime. Von der Krise der ständischen Monarchien bis zur Revolution (ca. 1600-1789),

Colonia, 2001. —: *Europäischer Adel* in der Frühen Neuzeit. Eine Einführung, Colonia, 2008.

- Ascher, Abraham: *P. A. Stolypin*: The Search for Stability in Late Imperial Russia, Stanford (CA), 2001. —: The *Revolution of 1905*. A Short History, Stanford (CA), 2004.
- Atiyeh, George N. (ed.): The *Book* in the Arab World. The Written Word and Communication in the Middle East, Albany (NY), 1995.
- Atkins, Keletso E.: The *Moon is Dead*! Give Us Our Money! The Cultural Origins of an African Work Ethic, Natal, South Africa, 1843-1900, Portsmouth (NH), 1993.
- Atwill, David G.: The *Chinese Sultanate*. Islam, Ethnicity, and the Panthay Rebellion in Southwest China, 1856-1873, Stanford (CA), 2005.
- Aubin, Hermann, y Wolfgang Zorn (eds.): *Handbuch* der deutschen Wirtschafts— und Sozialgeschichte, vol. 1, Stuttgart, 1971.
- Augstein, Hannah Franziska: *Race*. The Origins of an Idea, 1760-1850, Bristol, 1996.
- Aung-Thwin, Michael: «*Spirals* in Early Southeast Asian und Burmese History», en: JInterdH 21 (1991), pp. 575-602.
- Auslin, Michael: *Negotiating with Imperialism*. The Unequal Treaties and the Culture of Japanese Diplomacy, Cambridge, 2004.
- Austen, Ralph A.: *African Economic History*. Internal Development and External Dependency, Londres, 1987.
- Austin, Alvyn J.: *China's Millions*. The China Inland Mission and Late Qing Society, 1832-1905, Grand Rapids (MI), 2007.
- Austin, Gareth, y Kaoru Sugihara (eds.): *Local Suppliers of Credit* in the Third World, 1750-1960,

Basingstoke, 1993.

- Ayalon, Ami: «*Political Journalism* and Its Audience in Egypt, 1875-1914», en: Culture & History 16 (1997), pp. 100-121. —: The *Press in the Arab Middle East*. A History, Nueva York, 1995.
- Aydin, Cemil: The *Politics of Anti-Westernism* in Asia. Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought, Nueva York, 2007.
- Baczko, Bronislaw: *Ending the Terror*. The French Revolution after Robespierre, Cambridge, 1994.
- Bade, Klaus J., *et al.* (eds.): *Enzyklopädie Migration* in Europa. Vom 17. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Paderborn 2007. [Hay versión en inglés: *The encyclopedia of migration and minorities in Europe*, Cambridge: Cambridge University Press, 2011.] —: *Europa* in Bewegung. Migration vom späten 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Múnich, 2000. [*Europa en movimiento: las migraciones desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días*, trad. Mercedes García Garmilla, Barcelona: Crítica, 2003.]
- Badran, Margot: *Feminists*, Islam and Nation. Gender and the Making of Modern Egypt, Princeton (NJ), 1995.
- Bagehot, Walter: The *English Constitution* [1867], ed. R. H. S. Crossman, Londres, 1964. [*La constitución inglesa*, estudio de J. Varela Suanzes-Carpegna, trad. Adolfo Posada, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.]
- Baguley, David: *Napoleon III* and His Regime. An Extravaganza, Baton Rouge (LA), 2000.
- Bagwell, Philip S.: The *Transport Revolution* from 1770, Londres, 1974.
- Bähr, Jürgen: *Bevölkerungsgeographie*, Stuttgart, 2004[4].

- Bailey, Harold (ed.): The *Cambridge History of Iran*, 7 vols., Cambridge, 1968-1991.
- Bailey, Paul: *Reform the People.* Changing Attitudes towards Popular Education in Twentieth-Century China, Edimburgo, 1990.
- Bailyn, Bernard: *Atlantic History.* Concept and Contours, Cambridge (MA), 2005.
- Baines, Dudley: *Migration* in a Mature Economy. Emigration and Internal Migration in England and Wales, 1861-1900, Cambridge, 1985.
- Bairoch, Paul: *De Jéricho à Mexico.* Villes et économie dans l'histoire, París, 1985[2]. —: *Les trois révolutions agricoles* du monde développé. Rendements et productivité de 1800 à 1985, en: Annales ESC 44 (1989), pp. 317-353. —: *Révolution industrielle* et sous-développement, París, 1963. —: *Victoires* et déboires, 3 vols., París, 1997.
- Baker, Alan R. H.: *Geography and History.* Bridging the Divide, Cambridge, 2003.
- Baker, Christopher J., y Pasuk Phongpaichit: A History of *Thailand*, Cambridge, 2005.
- Baker, Lee D.: *From Savage to Negro.* Anthropology and the Construction of Race, 1896-1954, Berkeley (CA), 1998.
- Bakhash, Shaul: *Iran.* Monarchy, Bureaucracy and Reform under the Qajars, 1858-1896, Londres, 1978.
- Baldasty, Gerald J.: The *Commercialization of News* in the Nineteenth Century, Madison (WI), 1992.
- Baldwin, Peter: *Contagion* and the State in Europe, 1830-1930, Cambridge, 1999.
- Balfour, Sebastian: The *End of the Spanish Empire*, 1898-1923, Oxford, 1997. [*El fin del Imperio Español* (1898-1923), trad. Antonio Desmonts, Barcelona: Crítica, 1997.]

- Ball, Michael, y David Sunderland: An *Economic History of London* 1800-1914, Londres, 2001.
- Ballantyne, Tony: *Orientalism* and Race. Aryanism in the British Empire, Basingstoke, 2002.
- Banga, Indu (ed.): The *City in Indian History.* Urban Demography, Society, and Politics, Nueva Delhi, 1991.
- Bank, Jan, y Maarten van Buuren: *1900* – The Age of Bourgeois Culture, Assen, 2004.
- Banner, Stuart: *How the Indians* Lost Their Land. Law and Power on the Frontier, Cambridge (MA), 2005.
- Banti, Alberto M.: *Il Risorgimento italiano*, Roma, 2004.
- —, y Paul Ginsborg (eds.): *Il Risorgimento*, Turín, 2007.
- Banton, Michael: *Racial Theories*, Cambridge, 1987.
- Barclay, Harold B.: The *Role of the Horse* in Man's Culture, Londres, 1980.
- Bardet, Jean-Pierre, y Jacques Dupâquier (eds.): *Histoire des populations de l'Europe*, vol. 2: La révolution démographique 1750-1914, París, 1998. [*Historia de las poblaciones de Europa*, vol. 2. La revolución demográfica, 1750-1914, Madrid: Síntesis, 2001.]
- Barfield, Thomas J.: The *Nomadic Alternative*, Engelwood Cliffs (NJ), 1993.
- Barkan, Elazar: The *Retreat of Scientific Racism.* Changing Concepts of Race in Britain and the United States between the World Wars, Cambridge, 1991.
- Barker, Hannah, y Simon Burrows (eds.): *Press*, Politics and the Public Sphere in Europe and North America, 1760-1820, Cambridge, 2002.
- Barker, Theo, y Anthony Sutcliffe (eds.):

Megalopolis. The Giant City in History, Basingstoke, 1993.

- Barlow, Tani E. (ed.): *Formations* of Colonial Modernity in East Asia, Durham (NC), 1997.
- Barman, Roderick J.: *Citizen Emperor*. Pedro II and the Making of Brazil, 1825-1891, Stanford (CA), 1999.
- Barnes, David S.: The *Making* of a Social Disease. Tuberculosis in NineteenthCentury France, Berkeley (CA), 1995.
- Barney, William L.: *Battleground* for the Union: The Era of the Civil War and Reconstruction, 1848-1877, Englewood Cliffs (NJ), 1990. — (ed.): A *Companion* to Nineteenth-Century America, Malden (MA), 2001.
- Barrett, Thomas M.: At the *Edge of Empire*. The Terek Cossacks and the North Caucasus Frontier, 1700-1860, Boulder (CO), 1999.
- Barrow, Ian J.: *Making History*, Drawing Territory. British Mapping in India, c. 1756-1905, Nueva Delhi, 2003.
- Barry, John M.: The Great *Influenza*. The Epic Story of the Deadliest Plague in History, Nueva York, 2004.
- Barshay, Andrew E.: The *Social Sciences* in Modern Japan. The Marxian and Modernist Traditions, Berkeley (CA), 2004.
- Bartal, Israel: The *Jews of Eastern Europe*, 1772-1881, Filadelfia, 2005.
- Barth, Boris: *Die deutsche Hochfinanz* und die Imperialismen. Banken und Außenpolitik vor 1914, Stuttgart, 1995.
- —, y Jürgen Osterhammel (eds.): *Zivilisierungsmissionen*. Imperiale Weltverbesserung seit dem 18. Jahrhundert, Constanza, 2005.

- Barth, Volker: *Mensch versus Welt*. Die Pariser Weltausstellung von 1867, Darmstadt, 2007.
- Bärthel, Hilmar: *Wasser für Berlin*, Berlín, 1997.
- Bartholomew, James R.: The *Formation of Science* in Japan. Building a Research Tradition, New Haven (CT), 1989.
- Bartky, Ian R.: *Selling the True Time*. Nineteenth-Century Timekeeping in America, Stanford (CA), 2000.
- Bartlett, Richard A.: The *New Country*. A Social History of the American Frontier 1776-1890, Nueva York, 1976.
- Barton, David: *Literacy*. An Introduction to the Ecology of Written Language, Malden (MA), 2007[2].
- Bary, William T. de, *et al.* (eds.): *Sources of Chinese Tradition*, 2 vols., Nueva York, 1960.
- Bassin, Mark: *Imperial Visions*. Nationalist Imagination and Geographical Expansion in the Russian Far East, 1840-1865, Cambridge, 1999.
- Baud, Michiel, y Willem van Schendel: «Toward a *Comparative History* of Borderlands», en: JWH 8 (1997), pp. 211-242.
- Bauer, Arnold J.: *Goods*, Power, History. Latin America's Material Culture, Cambridge, 2001.
- Bauer, Franz J.: *Das «lange» 19. Jahrhundert*. Profil einer Epoche, Stuttgart, 2004.
- Bauman, Zygmunt: *Society under Siege*, Cambridge, 2002.
- Baumgart, Winfried: *Europäisches Konzert* und nationale Bewegung. Internationale Beziehungen 1830-1878, Paderborn, 1999.
- Bawden, C. R.: The Modern History of *Mongolia*, ed. revisada, Nueva York, 1989.
- Baxter, James C.: The *Meiji Unification* through the Lens of Ishikawa Prefecture, Cambridge (MA), 1994.

- Baycroft, Timothy, y Mark Hewitson (eds.): *What is a Nation?* Europe 1789-1914, Oxford, 2006.
- Bayly, C. A.: *Empire and Information.* Intelligence Gathering and Social Communication in India, 1780-1870, Cambridge, 1996. —: «The *First Age* of Global Imperialism, c. 1760-1830», en: JICH 26 (1998), pp. 28-47. —: Die *Geburt der modernen Welt.* Eine Globalgeschichte, 1780-1914, Fráncfort, 2006. [*El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914: conexiones y comparaciones globales*, trad. Richard García Nye, Madrid: Siglo XXI, 2010.] —: *Imperial Meridian.* The British Empire and the World 1780-1830, Londres, 1989. —: *Indian Society* and the Making of the British Empire, Cambridge, 1988. —: *Rulers, Townsmen and Bazaars.* North Indian Society in the Age of British Expansion, 1770-1870, Cambridge, 1983.
- Beachey, R. W.: A History of *East Africa*, 1592-1902, Londres, 1996.
- Beales, Derek, y Eugenio F. Biagini: The *Risorgimento* and the Unification of Italy, Londres, 2002[2].
- —, y Edward Dawson: *Prosperity and Plunder.* European Catholic Monasteries in the Age of Revolution, 1650-1815, Cambridge, 2003.
- Beasley, William G.: *Japan Encounters the Barbarian.* Japanese Travellers in America and Europe, New Haven (CT), 1995. —: *Japanese Imperialism* 1894-1945, Oxford, 1989. —: The *Meiji Restoration*, Stanford (CA), 1973. — (ed.): *Select Documents* on Japanese Foreign Policy 1853-1868, Londres, 1955.
- Beck, Hanno: *Alexander von Humboldt*, 2 vols., Wiesbaden, 1959-1961. [*Alexander von Humboldt*, trad. Carlos Gerhard, México: Fondo de Cultura

Económica, 1971.]

- Becker, Ernst Wolfgang: *Zeit der Revolution*! Revolution der Zeit? Zeiterfahrungen in Deutschland in der Ära der Revolutionen 1789-1848/49, Gotinga, 1999.
- Becker, Frank (ed.): *Rassenmischehen* – Mischlinge – Rassentrennung. Zur Politik der Rasse im deutschen Kolonialreich, Stuttgart, 2004.
- Beckert, Sven: «*Emancipation and Empire*. Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War», en: AHR 109 (2004), pp. 1405-1438. —: *The Monied Metropolis*. New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie, 1850-1896, Cambridge, 2001.
- Beckett, J. V.: The *Aristocracy* in England, 1660-1914, Oxford, 1986.
- Beinart, William, y Peter Coates: *Environment and History*. The Taming of Nature in the USA and South Africa, Londres, 1995. —, y Lotte Hughes: *Environment and Empire*, Oxford, 2007. Beinin, Joel, y Zachary Lockman: *Workers on the Nile*. Nationalism, Communism, Islam and the Egyptian Working Class, 1882-1954, Princeton (NJ), 1987.
- Belich, James: *Making Peoples*. A History of the New Zealanders from Polynesian Settlement to the End of the Nineteenth Century, Honolulu, 1996. —: The *New Zealand Wars* and the Victorian Interpretation of Racial Conflict, Montreal, 1986.
- Bell, David A.: The *First Total War*. Napoleon's Europe and the Birth of Modern Warfare, Londres, 2007. [*La primera guerra total: la Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, trad. Álvaro Santana Acuña, Madrid: Alianza, 2012.]

- Beller, Steven: *Franz Joseph*. Eine Biographie, Viena, 1997.
- Bellman, Jonathan (ed.): The *Exotic* in Western Music, Boston, 1998.
- Bello, David Anthony: *Opium* and the Limits of Empire. Drug Prohibition in the Chinese Interior, 1729-1850, Cambridge (MA), 2005.
- Bender, Thomas: *A Nation among Nations*. America's Place in World History, Nueva York, 2006. — (ed.): *Rethinking American History* in a Global Age, Berkeley (CA), 2002.
- Bendix, Reinhard: *Könige oder Vo*lk. Machtausübung und Herrschaftsmandat, 2 vols., Fráncfort, 1980.
- Benedict, Carol: *Bubonic Plague* in Nineteenth-Century China, Stanford (CA), 1996.
- Bengtsson, Tommy, *et al.*: *Life under Pressure*. Mortality and Living Standards in Europe and Asia, 1700-1900, Cambridge (MA), 2004. —, y Osamu Saito (eds.): *Population* and Economy. From Hunger to Modern Economic Growth, Oxford, 2000.
- Benjamin, Walter: Das *Passagenwerk*, en: Benjamin, Gesammelte Schriften, ed. Rolf Tiedemann, vol. 5/1 y 5/2, Fráncfort, 1982. [*Libro de los pasajes*, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2005.]
- Bensel, Richard Franklin: The *Political Economy* of American Industrialization, 1877-1900, Cambridge, 2000. —: *Yankee Leviathan*. The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877, Cambridge, 1990.
- Bentley, Michael (ed.): *Companion* to Historiography, Londres, 1997.
- Benton, Lauren: *Law and Colonial Cultures*. Legal Regimes in World History, 1400-1900, Cambridge, 2002. —: «The *Legal Regime* of the South Atlantic

World, 1400-1750. Jurisdictional Complexity as Institutional Order», en: JWH 11 (2000), pp. 27-56.

- Berelowitch, Wladimir, y Olga Medvedkova: Histoire de *Saint-Pétersbourg*, París, 1996.
- Berend, Iván T.: *History Derailed.* Central and Eastern Europe in the Long Nineteenth Century, Berkeley (CA), 2003.
- Bérenger, Jean: *Geschichte des Habsburgerreiches* 1273 bis 1918, Viena, 1995. [*El imperio de los Habsburgo, 1273-1918*, trad. Godofredo González, Barcelona: Crítica, 1992.]
- Bereson, Ruth: The *Operatic State*. Cultural Policy and the Opera House, Londres, 2002.
- Berg, Christa, *et al.* (eds.): *Handbuch* der deutschen Bildungsgeschichte, vol. 3 (1987), vol. 4 (1991), Múnich.
- Berg, Maxine: The *Age of Manufactures* 1700-1820, Londres, 1985. [*La era de las manufacturas, 1700-1820: una nueva historia de la revolución industrial británica*, trad. Montserrat Iniesta, Barcelona: Crítica, 1987.] —, y Kristine Bruland (eds.): *Technological Revolutions* in Europe. Historical Perspectives, Cheltenham, 1998.
- Berger, Klaus: *Japonismus* in der westlichen Malerei 1860-1920, Múnich, 1980.
- Berger, Peter L.: The *Capitalist Revolution.* Fifty Propositions about Prosperity, Equality, and Liberty, Nueva York, 1986. [*La revolución capitalista: cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad*, trad. Agustín Aguilar, 2.ª ed., rev., Barcelona: Península, 1991.]
- Berger, Stefan (ed.): A *Companion* to Nineteenth-Century Europe, 1789-1914, Malden (MA), 2006.
- Bergère, Marie-Claire: *L'Âge d'or* de la bourgeoisie chinoise 1911-1937, París, 1986. —: Histoire de

Shanghai, París, 2002. —: *Sun Yat-sen*, París, 1994.

- Bergmann, Werner: Geschichte des *Antisemitismus*, Múnich, 2002.
- Berkes, Niyazi: The Development of *Secularism in Tur*key, Nueva York, 1998[2].
- Berlin, Ira: *Generations of Captivity*. A History of African-American Slaves, Cambridge (MA), 2003. —: *Many Thousands Gone*. The First Two Centuries of Slavery in North America, Cambridge (MA), 1998.
- Berlioz, Hector: *Memoiren*, ed. Frank Heidlberger, Kassel, 2007. [*Memorias*, trad. José Vega Merino, 2 vols., Madrid: Taurus, 1985.]
- Berman, Marshall: *All That is Solid* Melts into Air. The Experience of Modernity, Nueva York, 1982. [*Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, trad. Andrea Morales Vidal, Madrid: Siglo XXI de España, 1988; Barcelona: Anthropos, 2013]
- Bermeo, Nancy, y Philip Nord (eds.): *Civil Society* Before Democracy. Lessons from Nineteenth-Century Europe, Lanham (MD), 2000.
- Bernand, Carmen: Histoire de *Buenos Aires*, París, 1997.
- Bernecker, Walther L.: Kleine *Geschichte Haitis*, Fráncfort, 1996. —: *Sozialgeschichte Spaniens* im 19. und 20. Jahrhundert. Vom Ancien Régime zur Parlamentarischen Monarchie, Fráncfort, 1990. —, *et al.*: Kleine *Geschichte Brasiliens*, Fráncfort, 2000. —, *et al.*: Eine kleine *Geschichte Mexikos*, Fráncfort, 2004. —, *et al.* (eds.): *Handbuch* der Geschichte Lateinamerikas, 3 vols., Stuttgart, 1992-1996. —, *et al.* (eds.): *Lateinamerika 1870-2000*. Geschichte und Gesellschaft, Viena, 2007.
- Bernhardt, Christoph (ed.): *Environmental Problems* in European Cities in the 19th and 20th Century,

Münster, 2001.

- Bernier, Olivier: *The World in 1800*, Nueva York, 2000.
- Bessière, Bernard: Histoire de *Madrid*, París, 1996.
- Best, Geoffrey: *War and Soci*ety in Revolutionary Europe, 1770-1870, Londres, 1982.
- Bethell, Leslie (ed.): The *Cambridge History of Latin Americ*a, 11 vols., Cambridge, 1984-1995. [*Historia de América latina*, trad. Ángels Solà, 16 vols., Barcelona: Crítica, 1990-2002.]
- Betts, Raymond F.: *Assimilation* and Association in French Colonial Theory, 1890-1914, Nueva York, 1970.
- Beyer, Peter: *Religions in Global Society*, Londres, 2006.
- Beyrau, Dietrich, *et al.* (eds.): *Reformen* im Rußland des 19. und 20. Jahrhunderts. Westliche Modelle und russische Erfahrungen, Fráncfort, 1996. —, y Manfred Hildermeier: «*Von der Leibeigenschaft* zur frühindustriellen Gesellschaft (1856 bis 1890)», en: Gottfried Schramm (ed.): Handbuch der Geschichte Russlands, vol. 3/1: 1856-1945, Stuttgart, 1983, pp. 5-201.
- Beyrer, Klaus: Die *Postkutschenreise*, Tubinga, 1985. —, y Michael Andritzky (eds.): *Das Netz*. Sinn und Sinnlichkeit vernetzter Systeme, Heidelberg 2002.
- Bhagavan, Manu: *Sovereign Spheres*. Princes, Education, and Empire in Colonial India, Nueva Delhi, 2003.
- Bhatia, Bal Mokand: *Famines in India*, Delhi, 1991^3.
- Bhatt, Chetan: *Hindu Nationalism*. Origins, Ideologies and Modern Myths, Oxford, 2001.
- Bickers, Robert: *Britain in China*. Community,

Culture and Colonialism 1900-1949, Manchester, 1999.

- Bickford-Smith, Vivian, *et al.*: *Cape Town* in the Twentieth Century, Claremont, 1999.
- Biernacki, Richard: The *Fabrication of Labor*. Germany and Britain, 1640-1914, Berkeley (CA), 1995.
- Billingsley, Philip: «*Bakunin* in Yokohama. The Dawning of the Pacific Era», en: IHR 10 (1998), pp. 32-570.
- Billington, Ray Allen: *Westward Expansion*. A History of the American Frontier, Nueva York, 1949.
- Bilson, Geoffrey: A *Darkened House*. Cholera in Nineteenth-Century Canada, Toronto, 1980.
- Bird, James: The *Major Seaports* of the United Kingdom, Londres, 1963.
- Birmingham, David: A Concise History of *Portugal*, Cambridge, 1993. [*Historia de Portugal*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995; Tres Cantos (Madrid): Akal, 2005[2].]
- Bitsch, Marie-Thérèse: *Histoire de la Belgique*. De l'Antiquité à nos jours, Bruselas, 2004.
- Black, Antony: The History of *Islamic Political Thought*: From the Prophet to the Present, Edimburgo, 2001.
- Black, Jeremy: *War and the World*. Military Power and the Fate of Continents 1450-2000, New Haven (CT), 1998.
- Blackbourn, David: The *Conquest of Nature*. Water, Landscape and the Making of Modern Germany, Londres, 2006. —: *History of Germany* 1780-1918. The Long Nineteenth Century, Malden (MA), 2003[2].
- Blackburn, Robin: The *Overthrow* of Colonial Slavery, 1776-1848, Londres, 1988.

- Blacker, Carmen: The *Japanese Enlightenment*. A Study of the Writings of Fukuzawa Yukichi, Cambridge, 1964.
- Blackford, Mansel G.: The *Rise of Modern Busi*ness in Great Britain, the United States, and Japan, Chapel Hill (NC), 1998[2].
- Blaise, Clark: Die *Zähmung* der *Ze*it. Sir Sandford Fleming und die Erfindung der Weltzeit, Fráncfort, 2001.
- Blake, Robert: *Disraeli*, Londres, 1966.
- Blanning, Timothy C. W. (ed.): The *Eighteenth Century*. Europe 1688-1815, Oxford, 2000. —: The *French Revolutionary W*ars 1787-1802, Londres, 1996. — (ed.): The *Nineteenth Century*. Europe 1789-1914, Oxford, 2000. — (ed.): The *Oxford Illustrated History* of Modern Europe, Oxford, 1996.
- Bled, Jean-Paul: *Wien*. Residenz, Metropole, Hauptstadt, Viena, 2002.
- Blickle, Peter: Von der *Leibeigenschaft* zu den Menschenrechten. Eine Geschichte der Freiheit in Deutschland, Múnich, 2003.
- Blight, David W.: *Race and Reunion*. The Civil War in American Memory, Cambridge (MA), 2001.
- Blom, J. C. H., y E. Lamberts (eds.): History of the *Low Countries*, Nueva York, 1999.
- Blum, Jerome: The *End of the Old Order* in Rural Europe, Princeton (NJ), 1978. —: *In the Beginni*ng. The Advent of the Modern Age. Europe in the 1840s, Nueva York, 1994. —: «The *Internal Structure* and Polity of the European Village Community from the Fifteenth to the Nineteenth Century», en: JMH 43 (1971), pp. 541-576.
- Blumin, Stuart M.: The *Emergence of the Middle Cla*ss. Social Experience in the American City, 1760-1900, Cambridge, 1989.

- Blussé, Leonard, y Femme Gaastra (eds.): On the *Eighteenth Century* as a Category of Asian History, Aldershot 1998.
- Boahen, A. Adu (ed.): *General History of Africa.* vol. 7: Africa under Colonial Domination 1880-1935, París, 1985.
- Bock, Gisela: *Frauen* in der europäischen Geschichte. Vom Mittelalter bis zur Gegenwart, Múnich, 2005.
- Böckler, Stefan: «*Grenze.* Allerweltswort oder Grundbegriff der Moderne?», en: Archiv für Begriffsgeschichte 45 (2003), pp. 167-220.
- Bockstoce, John R.: *Whales, Ice, and Men.* The History of Whaling in the Western Arctic, Seattle, 1986.
- Bodnar, John: *The Transplanted.* A History of Immigrants in Urban America, Bloomington (IN), 1985.
- Boeckh, Katrin: *Von den Balkankriegen* zum Ersten Weltkrieg. Kleinstaatenpolitik und ethnische Selbstbestimmung auf dem Balkan, Múnich, 1996.
- Boemeke, Manfred F., *et al.* (eds.): *Anticipating Total War.* The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999.
- Boer, Pim den: *Europa*: De geschiedenis van een idee, Ámsterdam, 1999.
- Bohr, Paul Richard: *Famine in China* and the Missionary. Timothy Richard as Relief Administrator and Advocate of National Reform, 1876-1884, Cambridge (MA), 1972.
- Boles, John B. (ed.): A *Companion* to the American South, Malden (MA), 2002. —: *The South* through Time. A History of an American Region, Englewood Cliffs (NJ), 1995.
- Boli, John, y George M. Thomas (eds.): *Constructing*

World Culture. International Nongovernmental Organizations since 1875, Stanford (CA), 1999.

- Bolton, Kingsley: *Chinese Englishes*. A Sociolinguistic History, Cambridge, 2003.
- Bonnett, Alastair: The *Idea of the West*. Culture, Politics and History, Basingstoke, 2004.
- Boomgaard, Peter: *Children* of the Colonial State. Population Growth and Economic Development in Java, 1795-1880, Ámsterdam, 1989. —: «*Forest Management* and Exploitation in Colonial Java, 1677-1897», en: Forest and Conservation History 36 (1992), pp. 4-21. —: *Frontiers of Fear*. Tigers and People in the Malay World, 1600-1950, New Haven (CT), 2001.
- Booth, Anne: The *Indonesian Economy* in the Nineteenth and Twentieth Centuries. A History of Missed Opportunities, Londres, 1998.
- Bordo, Michael D., *et al.* (eds.): *Globalization* in Historical Perspective, Chicago, 2003. —, y Roberto Cortés-Conde (eds.): *Transferring Wealth* and Power from the Old to the New World. Monetary and Fiscal Institutions in the Seventeenth through the Nineteenth Centuries, Cambridge, 2001.
- Borruey, René: Le port moderne de *Marseille*. Du dock au conteneur 1844-1974, Marsella, 1994.
- Borscheid, Peter: *Das Tempo-Virus*. Eine Kulturgeschichte der Beschleunigung, Fráncfort, 2004.
- Borst, Arno: *Barbaren*, Ketzer und Artisten. Welten des Mittelalters, Múnich, 1990[2].
- Bosbach, Franz, y John R. Davis (eds.): Die *Weltausstellung von 1851* und ihre Folgen, Múnich, 2002.
- Bose, Sugata: *A Hundred Horizons*. The Indian Ocean in the Age of Global Empire, Cambridge

(MA), 2006. —, y Ayesha Jalal: *Modern South Asia*. History, Culture, Political Economy, Nueva York, 2004[2].

- Bossenbroek, Martin: «The *Living Tools* of Empire. The Recruitment of European Soldiers for the Dutch Colonial Army, 1814-1909», en: JICH 23 (1995), pp. 26-53.
- Bouche, Denise: *Histoire de la colonisation française*, vol. 2:Flux et reflux (1815-1962), París, 1991.
- Bouchet, Ghislaine: *Le cheval à Paris* de 1850 à 1914, Ginebra, 1993.
- Boudon, Jacques-Olivier: *Histoire du Consulat et de l'Empire* 1799-1815, París, 2000. —, *et al.*: *Religion et culture* en Europe au 19e siècle (1800-1914), París, 2001.
- Bourdé, Guy: *Urbanisation* et immigration en Amérique Latine. Buenos Aires (XIX[e] et XX[e] siècles), París, 1974.
- Bourdelais, Patrice, y Jean-Yves Raulot: *Une peur bleue*. Histoire du choléra en France, 1832-1854, París, 1987.
- Bourguet, Marie-Noëlle: *Déchiffrer la France*. La statistique départementale à l'époque napoléonienne, París, 1988.
- Bourguignon, François, y Christian Morrison: «*Inequality* among World Citizens, 1820-1992», en: AER 92 (2002), pp. 727-744.
- Bowen, H. V.: «*British Conceptions* of Global Empire, 1756-1783», en: JICH 26 (1998), pp. 1-27. —: The *Business of Empire*. The East India Company and Imperial Britain, 1756-1833, Cambridge, 2006.
- Bowen, John R.: *Religions in Practice*. An Approach to the Anthropology of Religion, Boston, 2006[3].

- Bowen, Roger W.: *Rebellion* and Democracy in Meiji Japan. A Study of Commoners in the Popular Rights Movement, Berkeley (CA), 1980.
- Bowler, Peter J., y Iwan Rhys Morus: *Making Modern Science*. A Historical Survey, Chicago, 2005. [*Panorama general de la ciencia moderna*, trad. Joan Soler, Barcelona: Crítica, 2007.]
- Boyce, Gordon, y Simon P. Ville: The Development of *Modern Business,* Basingstoke, 2002.
- Boyce, Robert W. D.: «*Imperial Dreams* and National Realities. Britain, Canada and the Struggle for a Pacific Telegraph Cable, 1879-1902», en: EHR 115 (2000), pp. 39-70.
- Boyer, Richard E., y Keith A. Davis: *Urbanization* in Nineteenth-Century Latin America, Los Angeles, 1973.
- Brading, D. A.: The *First America*. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1867, Cambridge, 1991.
- Bradley, Joseph: *Muzhik and Muscovite*. Urbanization in Late Imperial Russia, Berkeley (CA), 1985.
- Brancaforte, Charlotte L. (ed.): The *German Forty-Eighters* in the United States, Nueva York, 1989.
- Brandt, Hartwig: *Europa 1815-1850*. Reaktion, Konstitution, Revolution, Stuttgart, 2002.
- Brandt, Peter, *et al.* (eds.): *Handbuch* der europäischen Verfassungsgeschichte im 19. Jahrhundert. Institutionen und Rechtspraxis im gesellschaftlichen Wandel, vol. 1: Um 1800, Bonn, 2006.
- Brantlinger, Patrick: *Dark Vanishings*. Discourse on the Extinction of Primitive Races, 1800-1930, Ithaca (NY), 2003.
- Braudel, Fernand: *Grammaire* des civilisations

[1963], París, 1993. [Puede verse *Las civilizaciones actuales: estudio de historia económica y social*, trad. J. Gómez y Mendoza y Gonzalo Anes, Madrid: Tecnos, 1986.] —: *Schriften* zur Geschichte, 2 vols., Stuttgart, 1992-1993. [Véase *Escritos sobre la historia* y *Carlos V y Felipe II*, trad. Mauro Armiño, Madrid: Alianza, 1991 y 1999.] —: *Sozialgeschichte* des 15. bis 18. Jahrhunderts, 3 vols., Múnich, 1985. [*Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, trad. Isabel Pérez-Villanueva, 3 vols., Madrid: Alianza, 1984.]

- Braunthal, Julius: *Geschichte der Internationale*, vols. 1-3, Hannover, 1961-1971.
- Bray, Francesca: The *Rice Economies*, Oxford, 1986.
- Breen, T. H.: The *Marketplace* of Revolution. How Consumer Politics Shaped American Independence, Oxford, 2004.
- Breman, Jan: *Taming the Coolie Beast*. Plantation Society and the Colonial Order in Southeast Asia, Delhi, 1989.
- Brenner, Michael: Geschichte des *Zionismus*, Múnich, 2002. —, *et al.* (eds.): *Two Nations*. British and German Jews in Comparative Perspective, Tubinga, 1999.
- Breuer, Stefan: *Der Staat*. Entstehung, Typen, Organisationsstadien, Reinbek, 1998.
- Breuilly, John: *Nationalism* and the State, nueva ed., Manchester, 1993. [*Nacionalismo y estado*, trad. José M. Pomares, Barcelona: Pomares-Corredor, 1990.]
- Brewer, John, y Roy Porter (eds.): *Consumption* and the World of Goods, Londres, 1993.
- Breyfogle, Nicholas B.: *Heretics* and Colonizers. Forging Russia’s Empire in the South Caucasus, Ithaca (NY), 2005.

- Bridge, Francis R.: The *Habsburg Monarchy* among the Great Powers, 1815-1918, Nueva York, 1990.
- —, y Roger Bullen: The *Great Powers* and the European States System, 1815-1914, Harlow, 1980.
- Briese, Olaf: *Angst* in den Zeiten der Cholera. Seuchen-Cordon, 4 vols., Berlín, 2003.
- Briggs, Asa: *Victorian Cities*, Harmondsworth, 1968. —, y Peter Burke: A Social History of the *Media*. From Gutenberg to the Internet, Cambridge, 2002. [*De Gutenberg a Internet: una historia social de los medios de comunicación*, trad. Marco Aurelio Galmarini, Madrid: Taurus, 2002.]
- Brim, Sadek: *Universitäten* und Studentenbewegung in Russland im Zeitalter der großen Reformen 1855-1881, Fráncfort, 1985.
- Brocheux, Pierre, y Daniel Hémery: *Indochine*. La colonisation ambiguë (1858-1954), París, 1995.
- Brody, Hugh: The *Other Side of Eden*. Hunter-Gatherers, Farmers and the Shaping of the World, Londres, 2001.
- Broers, Michael: *Europe* under Napoleon 1799-1815, Londres, 1996. —: The *Napoleonic Empire* in Italy, 1796-1814. Cultural Imperialism in a European Context? Basingstoke, 2005.
- Broeze, Frank: *Brides* of the Sea. Port Cities of Asia from the 16th-20th Centuries, Honolulu, 1989. —: *Gateways* of Asia. Port Cities of Asia in the 13th-20th Centuries, Londres, 1997. —: «*Underdevelopment* and Dependency. Maritime India during the Raj», en: MAS 18 (1984), pp. 429-457.
- Bronger, Dirk: *Metropolen*, Megastädte, Global Cities. Die Metropolisierung der Erde, Darmstadt, 2004.

- Brook, Timothy: The *Confusions of Pleasure*. Commerce and Culture in Ming China, Berkeley (CA), 1999.
- —, y Bob Tadashi Wakabayashi (eds.): *Opium Regimes*. China, Britain, and Japan, 1839-1952, Berkeley (CA), 2000.
- Brooks, Jeffrey: *When Russia Learned to Read*. Literacy and Popular Literature, 1861-1917, Princeton (NJ), 1985.
- Broome, Richard: *Aboriginal Victorians*. A History Since 1800, Crows Nest (Nueva Gales del Sur), 2005.
- Brötel, Dieter: *Frankreich im Fernen Osten*. Imperialistische Expansion und Aspiration in Siam und Malaya, Laos und China, 1880-1904, Stuttgart, 1996. —: «*Frankreichs indochinesisches Empire* in der neuen Forschung», en: Jahrbuch für Europäische Überseegeschichte 1 (2001), pp. 87-129.
- Brower, Daniel R.: The *Russian City* between Tradition and Modernity, 1850-1900, Berkeley (CA), 1990. —: *Turkestan* and the Fate of the Russian Empire, Londres, 2003.
- —, y Edward J. Lazzerini (eds.): *Russia's Orient*. Imperial Borderlands and Peoples, 1700-1917, Bloomington (IN), 1997.
- Brown, Christopher Leslie: *Moral Capital*. Foundations of British Abolitionism, Chapel Hill (NC), 2006.
- Brown, Howard G.: *War*, Revolution and the Bureaucratic State. Politics and Army Administration in France, 1791-1799, Oxford, 1995.
- Brown, L. Carl (ed.): *Imperial Legacy*. The Ottoman Imprint on the Balkans and the Middle East, Nueva

York, 1996.

- Brown, Lucy: *Victorian News* and Newspapers, Oxford, 1985.
- Brown, Richard D.: *The Strength of a People*. The Idea of an Informed Citizenry in America, Chapel Hill (NC), 1996.
- Brown, Richard Maxwell: *No Duty to Retreat*. Violence and Values in American History and Society, Nueva York, 1991.
- Browne, Janet E.: Charles *Darwin*. A Biography, 2 vols., Nueva York, 1995-2002. [*Charles Darwin: una biografía*, trad. Julio Hermoso, 2 vols., Valencia: Publicacions de la Univeristat de València, 2008-2009.]
- Brownlee, John S.: *Japanese Historians* and the National Myths, 1600-1945, Vancouver, 1997.
- Bruford, Walter H.: The *German Tradition of Self-Cultivation*. «Bildung» from Humboldt to Thomas Mann, Londres, 1975.
- Bruhns, Hinnerk, y Wilfried Nippel (eds.): *Max Weber* und die Stadt im Kulturvergleich, Gotinga, 2000.
- Brunn, Gerhard, y Jürgen Reulecke (eds.): *Metropolis Berlin*. Berlin als deutsche Hauptstadt im Vergleich europäischer Hauptstädte 1870-1939, Bonn, 1992.
- Brunner, Otto, *et al.* (eds.): *Geschichtliche Grundbegriffe*. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland, 8 vols., Stuttgart, 1972-1797.
- Brustein, William I.: *Roots of Hate*. Anti-Semitism in Europe Before the Holocaust. Cambridge, 2003.
- Bryant, G. J.: «*Indigenous Mercenaries* in the Service of European Imperialists. The Cause of the Sepoys in the Early British Indian Army,

1750-1800», en: War in History 7 (2000), pp. 2-28.

- Buchanan, Francis: A *Journey* from Madras through the Countries of Mysore, Canara, and Malabar, 3 vols., Londres, 1807.
- Buchheim, Christoph: *Industrielle Revolutionen*. Langfristige Wirtschaftsentwicklung in Großbritannien, Europa und in Übersee, Múnich, 1994.
- Buettner, Elizabeth: *Empire Families*. Britons and Late Imperial India, Oxford, 2004.
- Bull, Hedley: The *Anarchical Society*. A Study of Order in World Politics, Londres, 1977.
- —, y Adam Watson (eds.): The *Expansion* of International Society, Oxford, 1984.
- Bullard, Alice: *Exile* to Paradise. Savagery and Civilization in Paris and the South Pacific, 1790-1900, Stanford (CA), 2000.
- Bulliet, Richard W.: The *Camel* and the Wheel, Nueva York, 1975. —: The Case for *Islamo-Christian Civilization*, Nueva York, 2004.
- Bulmer-Thomas, Victor: The *Economic History of Latin America* since Independence, Cambridge, 1994.
- —, *et al.* (eds.): The *Cambridge Economic History of Latin America*, 2 vols., Cambridge, 2006.
- Bumsted, J. M.: A *History of Canada*, Toronto, 1992. —: A *History of Canadian Peoples*, Toronto, 1998. —: The *Peoples of Canada*. A Post-Confederation History, Toronto, 1992.
- Burbank, Jane, y David L. Ransel (eds.): *Imperial Russia*. New Histories for the Empire, Bloomington (IN), 1998.
- Burckhardt, Jacob: *Werke*. Kritische Gesamtausgabe, Múnich, 2000 y ss.
- Burke, Peter: *Papier und Marktgeschrei*. Die Geburt

der Wissensgesellschaft, Berlín, 2001. [*Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Didedot*, trad. Isidro Arias, Barcelona: Paidós Ibérica, 2002.] — (ed.): The Cambridge Modern History, vol. 13: *Companion Volume*, Cambridge, 1979.

- Burnett, D. Graham: *Masters* of All They Surveyed. Exploration, Geography, and a British El Dorado, Chicago, 2000.
- Burns, E. Bradford: A History of *Brazil*, Nueva York, 1980[2].
- Burri, Monika, *et al.* (eds.): Die *Internationalität der Eisenbahn* 1850-1970, Zúrich, 2003.
- Burrow, John W.: The *Crisis of Reason*. European Thought, 1848-1914, New Haven (CT), 2000.
- Burrows, Edwin G., y Mike Wallace: *Gotham*. A History of New York City to 1898, Oxford, 1999.
- Burton, Antoinette (ed.): *After the Imperial Turn*. Thinking with and through the Nation, Durham (NC), 2003. —: *Burdens of History*. British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture, 1865-1915, Chapel Hill (NC), 1994.
- Bush, Michael L. (ed.): *Serfdom* and Slavery. Studies in Legal Bondage, Londres, 1996. —: *Servitude* in Modern Times, Cambridge, 2000.
- Bushman, Richard L.: The *Refinement* of America. Persons, Houses, Cities, Nueva York, 1992.
- Bushnell, David, y Neill Macaulay: The *Emergence of Latin America* in the Nineteenth Century, Nueva York, 1994[2]. [*El nacimiento de los países latinoamericanos*, trad. José Gómez Borrero, Madrid: Nerea, 1989.]
- Butcher, John G.: The *British in Malaya* 1880-1941. The Social History of a European Community in Colonial South-East Asia, Kuala Lumpur, 1979.

- Butler, Jon: Awash in a *Sea of Faith*. Christianizing the American People, Cambridge (MA), 1990.
- Buzan, Barry, y Richard Little: *International Systems* in World History. Remaking the Study of International Relations, Oxford, 2000.
- Byres, Terence J.: *Capitalism from Above* and Capitalism from Below. An Essay in Comparative Political Economy, Basingstoke, 1996. —: «Historical Perspectives on *Sharecropping*», en: JPS 10 (1983), pp. 7-40.
- Cahan, David (ed.): *From Natural Philosophy* to the Sciences. Writing the History of Nineteenth-Century Science, Chicago, 2003.
- Cain, Peter J.: *Hobson* and Imperialism. Radicalism, New Liberalism, and Finance 1887-1938, Oxford, 2002.
- —, y A. G. Hopkins: *British Imperialism*, 2 vols., Londres, 2001[2].
- Calhoun, Craig: *Nationalism*, Minneapolis (MN), 1997. [*Nacionalisme*, trad. cat., Catarroja: Afers, 2008.]
- Cameron, Rondo: A Concise *Economic History* of the World. From Paleolithic Times to the Present, Nueva York, 1997[3]. [*Historia económica mundial: desde el Paleolítico hasta el presente*, trad. Miguel Ángel Coll, Madrid: Alianza, 2005[4].]
- Campbell, Gwyn: An Economic History of *Imperial Madagascar*, 1750-1895, Cambridge, 2005.
- Campbell, Judy: «*Smallpox* in Aboriginal Australia, 1829-1831», en: Australian Historical Studies 20 (1983), pp. 536-556.
- Campbell, Peter R. (ed.): The *Origins* of the French Revolution, Basingstoke, 2006.
- Cannadine, David: The *Decline and Fall* of the British Aristocracy, New Haven (CT), 1990. —:

Ornamentalism. How the British Saw Their Empire, Londres, 2001. —: The *Rise and Fall* of Class in Britain, Nueva York, 1999.

- Canny, Nicholas (ed.): *Europeans* on the Move. Studies on European Migration, 1500-1800, Oxford, 1994.
- Cao Shuji, *Zhongguo yimin shi* [Historia de las migraciones en China], vol. 6: Qing-Minguo shiqi [Era Qing y república], Fuzhou, 1997.
- Caplan, Jane, y John Torpey (eds.): *Documenting Individual Identity*. The Development of State Practices in the Modern World, Princeton (NJ), 2001.
- Caramani, Daniele: *Elections in Western Europe* since 1815. Electoral Results by Constituencies, Londres, 2004.
- Cárdenas, Enrique, *et al.* (eds.): An *Economic History* of Twentieth-Century Latin America, vol. 1, Basingstoke, 2000.
- Careless, James M. S.: *Frontier and Metropolis*. Regions, Cities, and Identities in Canada before 1914, Toronto, 1989.
- Carey, Brycchan: *British Abolitionism* and the Rhetoric of Sensibility. Writing, Sentiment, and Slavery, 1760-1807, Basingstoke, 2005.
- Caron, François: *Histoire des chemins de fer en France*, 2 vols., París, 1997-2005.
- Caron, Jean-Claude: *Générations romantiques*. Les étudiants de Paris et le Quartier Latin (1814-1851), París, 1991.
- —, y Michel Vernus: *L'Europe au XIX*e siècle. Des nations aux nationalismes 1815-1914, París, 1996.
- Carosso, Vincent P.: *The Morgans*. Private International Bankers, 1854-1913, Cambridge (MA), 1987.

- Carr, Raymond: *Spain* 1808-1975, Oxford, 1982. [*España 1808-1975*, trad. Juan Ramón Capella y otros, 4.ª ed. rev., Barcelona: Ariel, 1988.]
- Carter, Paul: The Road to *Botany Bay*. An Essay in Spatial History, Londres, 1987.
- Casanova, José: *Public Religions* in the Modern World, Chicago, 1994. [*Religiones públicas en el mundo moderno*, trad. Montserrat Gutiérrez Carreras, Madrid: PPC, 2000.]
- Cassels, Alan: *Ideology* and International Relations in the Modern World, Londres, 1996.
- Cassirer, Ernst: Die *Philosophie der Aufklärung* [1932], Hamburgo, 1998. [*Filosofía de la Ilustración*, trad. Eugenio Imaz, México: Fondo de Cultura Económica, 1943.]
- Cassis, Youssef: *Capitals of Capital*. A History of International Financial Centres, 1780-2005, Cambridge, 2005.
- Castel, Robert: Die *Metamorphosen* der sozialen Frage. Eine Chronik der Lohnarbeit, Constanza, 2000.
- Cattaruzza, Marina: *Arbeiter* und Unternehmer auf den Werften des Kaiserreichs, Wiesbaden, 1988.
- Cayton, Mary Kupiec, *et al.* (eds.): *Encyclopedia* of American Social History, 3 vols., Nueva York, 1993.
- Ceadel, Martin: The *Origins of War Prevention*. The British Peace Movement and International Relations, 1730-1854, Oxford, 1996.
- Ceaser, James W.: *Reconstructing America*. The Symbol of America in Modern Thought, New Haven (CT), 1997.
- Cecco, Marcello de: *Money and Empire*. The International Gold Standard, 1890-1914, Oxford, 1974.
- Çelik, Zeynep: *The Remaking of Istanbul*. Portrait of

an Ottoman City in the Nineteenth Century, Seattle, 1986.

- Chadwick, Owen: A *History of the Popes* 1830-1914, Oxford, 1998.
- Chakrabarti, Malabika: The *Famine of 1896-1897* in Bengal. Availability or Entitlement Crisis? Nueva Delhi, 2004.
- Chandavarkar, Rajnarayan: *Imperial Power* and Popular Politics. Class, Resistance and the State in India, c. 1850-1950, Cambridge, 1998.
- Chandler, Alfred D., jr.: *Scale and Scope*. The Dynamics of Industrial Capitalism, Cambridge (MA), 1990. [*Escala y diversificación: la dinámica del capitalismo industrial*, trad. Jordi Pascual, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1996.] —: The *Visible Hand*. The Managerial Revolution in American Business, Cambridge (MA), 1977. [*La mano visible: la revolución de la gestión en la empresa norteamericana*, trad. Ángeles Conde, Barcelona: Belloch, 2008.]
- —, *et al.* (eds.): *Big Business* and the Wealth of Nations, Cambridge, 1997.
- Chandler, Tertius, y Gerald Fox: *3000 Years* of Urban Growth, Nueva York, 1974.
- Chang Chung-li: The *Chinese Gentry*. Studies on Their Role in NineteenthCentury Chinese Society, Seattle, 1955.
- Chang Hao: *Liang Ch'i-ch'ao* and Intellectual Transition in China, 1890-1907, Cambridge (MA), 1971.
- Chang Hsin-pao: *Commissioner Lin* and the Opium War, Cambridge (MA), 1964.
- Chang Kwang-chih (ed.): *Food in Chinese Culture*. Anthropological and Historical Perspectives, New Haven (CT), 1977.

- Chanock, Martin: *Law*, Custom and Social Order. The Colonial Experience in Malawi and Zambia, Cambridge, 1985. —: «A *Peculiar Sharpness*. An Essay on Property in the History of Customary Law in Colonial Africa», en: JAfH 32 (1991), pp. 65-88.
- Charbonneau, Hubert, y André Larose (eds.): The Great *Mortalities*. Methodological Studies of Demographic Crises in the Past, Lieja, 1979.
- Charle, Christophe: *Histoire sociale de la France* au XIX^e siècle, París, 1991. —: *Le siècle de la presse* (1830-1939), París, 2004.
- —, *et al.* (eds.): *Transnational Intellectual Networks*. Forms of Academic Knowledge and the Search for Cultural Identities, Fráncfort, 2004. [*Redes intelectuales trasnacionales: formas de conocimiento académico y búsqueda de identidades culturales*, Barcelona: Pomares, 2007.]
- Chartier, Roger, *et al.*: *La ville des temps modernes*. De la Renaissance aux révolutions, París (= Histoire de la France urbaine, 3), 1980.
- Chaudhuri, Binay Bhushan (ed.): *Economic History of India* from Eighteenth to Twentieth Century, Nueva Delhi, 2005.
- Chaudhuri, K. N.: *Asia* before Europe. Economy and Civilization of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750, Cambridge, 1990. —: *Trade* and Civilisation in the Indian Ocean. An Economic History from the Rise of Islam to 1750, Cambridge, 1985.
- Chen Feng: Die *Entdeckung des Westens*. Chinas erste Botschafter in Europa 1866-1894, Fráncfort, 2001.
- Cheong, Weng Eang: The *Hong Merchants* of Canton. Chinese Merchants in Sino-Western trade, Richmond 1997.

- Chew, Sing C.: *Ecological Degradation*: Accumulation, Urbanization, and Deforestation, 3000 B. C. – A. D. 2000, Walnut Creek (CA), 2001.
- Chi Zihua: *Hongshizi yu jindai Zhongguo* [La Cruz Roja y la China moderna], Hefei, 2004.
- Chidester, David: *Savage Systems*. Colonialism and Comparative Religion in Southern Africa, Charlottesville (VA), 1996.
- Chiu, T. N.: The *Port of Hong Kong*. A Survey of Its Development, Hong Kong, 1973.
- Ch'oe, Yŏng-ho, *et al.* (eds.): *Sources of Korean Tradition*, vol. 2: From the Sixteenth to the Twentieth Centuries, Nueva York, 2000.
- Christian, David: *Maps of Time*. An Introduction to Big History, Berkeley (CA), 2004. [*Mapas del tiempo: introducción a la «gran historia»*, trad. Antonio-Prometeo Moya, Barcelona: Crítica, 2005.]
- Chudacoff, Howard P.: The Evolution of *American Urban Society*, Englewood Cliffs (NJ), 1981[2].
- Church, Roy A., y E. A. Wrigley (eds.): The *Industrial Revolutions*, 11 vols., Oxford, 1994.
- Cikar, Jutta R. M.: *Fortschritt durch Wissen*. Osmanisch-türkische Enzyklopädien der Jahre 1870-1936, Wiesbaden, 2004.
- Çizakça, Murat: A Comparative Evolution of *Business Partnerships*. The Islamic World and Europe, Leiden, 1996.
- Clancy-Smith, Julia A.: *Rebel and Saint*. Muslim Notables, Populist Protest, Colonial Encounters (Algeria and Tunisia, 1800-1904), Berkeley (CA), 1994.
- —, y Frances Gouda (eds.): *Domesticating the Empire*. Race, Gender, and Family Life in French and Dutch Colonialism, Charlottesville (VA), 1998.
- Clarence-Smith, William Gervase: *Islam* and the

Abolition of Slavery, Londres, 2006. —: The *Third Portuguese Empire*, 1825-1975. A Study in Economic Imperialism, Manchester, 1985.

- Clark, Christopher M.: *Kaiser Wilhelm II*, Harlow, 2000. —: *Preußen*. Aufstieg und Niedergang 1600-1947, Múnich, 2007.
- —, y Wolfram Kaiser (eds.): *Culture Wars*. Secular-Catholic Conflict in Nineteenth-Century Europe, Cambridge, 2003.
- Clark, Gregory: A *Farewell to Alms*. A Brief Economic History of the World, Princeton (NJ), 2007.
- Clark, Ian: The *Hierarchy of States*. Reform and Resistance in the International Order, Cambridge, 1989. —: *International Legitimacy* and World Society, Oxford, 2007.
- Clark, Peter: *British Clubs* and Societies 1580-1800. The Origins of an Associational World, Oxford, 2000. — (ed.): The *Cambridge Urban History* of Britain, 3 vols., Cambridge, 2000-2001.
- Clark, William: *Academic Charisma* and the Origins of the Research University, Chicago, 2006.
- Clarke, Prescott, y J. S. Gregory: *Western Reports* on the Taiping. A Selection of Documents, Londres, 1982.
- Clarkson, L. A., y E. Margaret Crawford: *Feast* and Famine. Food and Nutrition in Ireland, 1500-1920, Oxford, 2001.
- Clive, John: *Macaulay*. The Shaping of the Historian, Nueva York, 1973.
- Clodfelter, Michael: The *Dakota War*. The United States Army versus the Sioux, 1862-1865, Jefferson (NC), 1998.
- Clogg, Richard: A Concise History of *Greece*, Cambridge, 1992. [*Historia de Grecia*, trad. Helena

Aixendri Boneu, Madrid: Cambridge University Press, 1998.]

- Coates, Peter: *Nature*. Western Attitudes since Ancient Times, Berkeley (CA), 1998.
- Cochran, Sherman G.: *Encountering Chinese Networks*. Western, Japanese, and Chinese Corporations in China, 1880-1937, Berkeley (CA), 2000.
- Cohen, Patricia Cline: *A Calculating People*. The Spread of Numeracy in Early America, Chicago, 1982.
- Cohen, Paul A.: *Between Tradition and Modernity*. Wang T'ao and Reform in Late Ch'ing China, Cambridge (MA), 1974. —: *History in Three Keys*. The Boxers as Event, Experience, and Myth, Nueva York, 1997.
- Cohen, Robin: *Global Diasporas*. An Introduction, Londres, 1997. — (ed.): The Cambridge Survey of *World Migration*, Cambridge, 1995.
- —, y Paul Kennedy: *Global Sociology*, Basingstoke, 2007[2].
- Cohn, Bernard S.: An *Anthropologist* among the Historians and Other Essays, Delhi, 1987. —: *Colonialism* and Its Form of Knowledge. The British in India, Princeton (NJ), 1996.
- Cole, Joshua: The *Power of Large Numbers*. Population, Politics, and Gender in Nineteenth-Century France, Ithaca (NY), 2000.
- Cole, Juan R.: *Colonialism* and Revolution in the Middle East. Social and Cultural Origins of Egypt's Urabi Movement, Princeton (NJ), 1993. —: *Modernity* and the Millenium. The Genesis of the Baha'i Faith in the Nineteenth-Century Middle East, Nueva York, 1998.
- Colley, Linda: *Britons*: Forging the Nation

1707-1837, New Haven (CT), 1992.

- Collier, Simon, y William F. Sater: A History of *Chile*, 1808-1994, Cambridge, 1996. [*Historia de Chile, 1808-1994*, trad. Milena Grass, Madrid: Cambridge University Press, 1998.]
- Comaroff, Jean, y John L. Comaroff: *Of Revelation and Revolution*, 2 vols., Chicago, 1991-1997.
- Comaroff, John L., y Jean Comaroff: *Ethnography* and the Historical Imagination, Boulder (CO), 1992.
- Connelly, Owen: The *Wars of the French Revolution* and Napoleon, 1792-1815, Londres, 2006.
- Conner, Patrick: *Oriental Architecture* in the West, Londres, 1979.
- Connor, Walker: *Ethnonationalism*. The Quest for Understanding, Princeton (NJ), 1994. [*Etnonacionalismo*, trad. María Corniero, Madrid: Trama, 1998.]
- Conrad, Peter: *Modern Times*, Modern Places, Londres, 1998.
- Conrad, Sebastian: *Globalisierung* und Nation im Deutschen Kaiserreich, Múnich, 2006.
- —, *et al.* (eds.): *Globalgeschichte*. Theorien, Ansätze, Themen, Fráncfort, 2007.
- —, y Shalini Randeria (eds.): *Jenseits des Eurozentrismus*, Fráncfort, 2002.
- —, y Dominic Sachsenmaier (eds.): *Competing Visions* of World Order. Global Moments and Movements, 1880s-1930s, Nueva York, 2007.
- Conway, Stephen: The *British Isles* and the War of American Independence, Oxford, 2000.
- Conze, Werner, *et al.* (eds.): *Bildungsbürgertum* im neunzehnten Jahrhundert, 4 vols., Stuttgart, 1985-1992.
- Cook, David: *Understanding Jihad*, Berkeley (CA), 2005.

- Coombes, Annie E.: *Reinventing Africa*. Museums, Material Culture and Popular Imagination in Late Victorian and Edwardian England, Londres, 1994.
- Cooper, Frederick, *et al.*: *Beyond Slavery*. Explorations of Race, Labor, and Citizenship in Postemancipation Societies, Chapel Hill (NC), 2000.
- Cooper, Sandi E.: *Patriotic Pacifism*. Waging War on War in Europe, 1815-1914, Nueva York, 1991.
- Cooper, William J., y Thomas E. Terrill: The *American South*. A History, 2 vols., Nueva York, 1996[2].
- Cope, R. L.: «Written in *Characters of Blood*? The Reign of King Cetshwayo Ka Mpande, 1872-79», en: JAfH 36 (1995), pp. 247-269.
- Coquery-Vidrovitch, Catherine: *Africa*. Endurance and Change South of the Sahara, Berkeley (CA), 1988. —: *Histoire des villes d'Afrique noire*, París, 1993. —: *L'Afrique* et les Africains au XIX^{e} siècle. Mutations, révolutions, crises, París, 1999.
- Corbin, Alain (ed.): *L'Invention du XIX^{e} siècle*. Le XIX^{e} siècle par lui-même (littérature, histoire, société), París, 1999. —: *Meereslust*. Das Abendland und die Entdeckung der Küste, Berlín, 1990.
- Corfield, Penelope J.: *Time* and the Shape of History, New Haven (CT), 2007.
- Corvol, Andrée: *L'Homme aux bois*. Histoire des relations de l'homme et de la forêt (XVII^{e}-XX^{e} siècle), París, 1987.
- Cosgrove, Denis: *Apollo's Eye*. A Cartographic Genealogy of the Earth in the Western Imagination, Baltimore (MD), 2001.
- Costa, Pietro: *Civitas*. Storia della cittadinanza in Europa, 4 vols., Roma, 1999-2001.
- Coulmas, Florian: *Japanische Zeiten*. Eine Ethnographie der Vergänglichkeit, Reinbek, 2000.

- Countryman, Edward: The *American Revolution*, Nueva York, 2003[2].
- Craib, Raymond B.: *Cartographic Mexico*. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes, Durham (NC), 2004.
- Craig, Lee A., y Douglas Fisher: The *European Macroeconomy*. Growth, Integration and Cycles, 1500-1913, Cheltenham, 2000.
- Cranfield, Geoffrey A.: The *Press and Society*. From Caxton to Northcliffe, Londres, 1978.
- Crary, Jonathan: *Techniques of the Observer*. On Vision and Modernity in the Nineteenth Century, Cambridge (MA), 1990. [*Las técnicas del observador: visión y modernidad en el siglo XIX*, trad. Fernando López García, Murcia: CENDEAC, 2008.]
- Croce, Benedetto: *Geschichte Europas* im neunzehnten Jahrhundert [1932], Fráncfort, 1979. [*Historia de Europa en el siglo XIX*, trad. Juan Chabas, Madrid: M. Aguilar, 1933; trad. Atilio Pentimalli Melacrino, Barcelona: Ariel, 1996, 2011.]
- Cronon, William: *Changes in the Land*. Indians, Colonists, and the Ecology of New England, Nueva York, 1983. —: *Nature's Metropolis*. Chicago and the Great West, Nueva York, 1991.
- Crook, David P.: *Darwinism*, War and History. The Debate over the Biology of War from the «Origin of Species» to the First World War, Cambridge, 1994.
- Crook, J. Mordaunt: The *Rise of the Nouveaux Riches*. Style and Status in Victorian and Edwardian Architecture, Londres, 1999.
- Crosby, Alfred W.: *Ecological Imperialism*. The Biological Expansion of Europe, Cambridge, 1986. [*Imperialismo ecológico: la expansión biológica de Europa, 900-1900*, trad. Montserrat Iniesta,

Barcelona: Crítica, 1988.]

- Crossick, Geoffrey, y Serge Jaumain (eds.): *Cathedrals of Consumption*. The European Department Store, 1850-1939, Aldershot, 1999.
- Crossley, Pamela Kyle: *Orphan Warriors*. Three Manchu Generations and the End of the Qing World, Princeton (NJ), 1990. —: A *Translucent Mirror*. History and Identity in Qing Imperial Ideology, Berkeley (CA), 1999.
- Crouzet, François: A History of the *European Economy*, 1000-2000, Charlottesville (VA), 2001.
- Crystal, David: *English* as a Global Language, Cambridge, 1997.
- Cullen, Michael J.: The *Statistical Movement* in Early Victorian Britain. The Foundations of Empirical Social Research, Nueva York, 1975.
- Cunningham, Hugh: Die *Geschichte des Kindes* in der Neuzeit, Düsseldorf, 2006.
- Curtin, Mary Ellen: *Black Prisoners* and Their World. Alabama, 1865-1900, Charlottesville (VA), 2000.
- Curtin, Philip D.: *Cross-cultural Trade* in World History, Cambridge, 1984. —: *Death by Migration*. Europe's Encounter with the Tropical World in the Nineteenth Century, Cambridge, 1989. —: *Disease* and Empire. The Health of European Troops in the Conquest of Africa, Cambridge, 1998. —: «*Location* in History. Argentina and South Africa in the Nineteenth Century», en: JWH 10 (1999), pp. 41-92. —: The Atlantic *Slave Trade*. A Census, Madison (WI), 1969. —: The *World* and the West, Cambridge, 2000.
- Curwen, Charles A.: *Taiping Rebel*. The Deposition of Li Hsiu-ch'eng, Cambridge, 1977.
- Cushman, Jennifer Wayne: *Fields from the Sea*.

Chinese Junk Trade with Siam during the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries, Ithaca (NY), 1993.

- Cvetkovski, Roland: *Modernisierung* durch Beschleunigung. Raum und Mobilität im Zarenreich, Fráncfort, 2006.
- D'Agostino, Peter R.: *Rome in America*. Transnational Catholic Ideology from the Risorgimento to Fascism, Chapel Hill (NC), 2004.
- Dabringhaus, Sabine: *Geschichte Chinas* 1279-1949, Múnich, 2006. —: *Territorialer Nationalismus*. Historisch-geographisches Denken in China 1900-1949, Colonia, 2006.
- Dahlhaus, Carl: Die *Musik des 19. Jahrhunderts*, en: Dahlhaus, Gesammelte Schriften in zehn Bänden, vol. 5, Laaber, 2003, pp. 11-390.
- Dahrendorf, Ralf: *LSE*. A History of the London School of Economics and Political Science, 1895-1995, Oxford, 1995.
- Dalrymple, William: The *Last Mughal*. The Fall of a Dynasty, Delhi, 1857, Londres, 2006. [*El último mogol: la caída de una dinastía: Delhi, 1857*, trad. Victoria Gordo del Rey, Barcelona: Belacqva, 2008.] —: *White Mughals*. Love and Betrayal in Eighteenth-Century India, Londres, 2002.
- Daly, Jonathan W.: *Autocracy* under Siege. Security Police and Opposition in Russia, 1866-1905, DeKalb (IL), 1998.
- Daly, Martin, y Carl Petry (eds.): The *Cambridge History of Egypt*, 2 vols., Cambridge, 1998.
- Daly, Mary E.: The *Famine in Ireland*, Dundalk, 1986.
- Danbom, David B.: *Born in the Country*. A History of Rural America, Baltimore (MD), 1995.
- Daniel, Ute (ed.): *Augenzeugen*.

Kriegsberichterstattung vom 18. zum 21. Jahrhundert, Gotinga, 2006. —: *Hoftheater*. Zur Geschichte des Theaters und der Höfe im 18. und 19. Jahrhundert, Stuttgart, 1995.

- Dann, Otto: *Nation* und Nationalismus in Deutschland 1770-1990, Múnich, 1994[2]. —: «*Zur Theorie* des Nationalstaates», en: Deutsch-Norwegisches Stipendienprogramm für Geschichtswissenschaften, Bericht über das 8. deutschnorwegische Historikertreffen in München, Mai 1995, Oslo, 1996, pp. 5970.
- Danziger, Raphael: *Abd al-Qadir* and the Algerians. Resistance to the French and Internal Consolidation, Nueva York, 1977.
- Darwin, John: *After Tamerlane*. The Global History of Empire Since 1405, Londres, 2007. —: «*Imperialism* and the Victorians. The Dynamics of Territorial Expansion, en: EHR 112 (1997), pp. 614-642.
- Das, Sisir Kumar: A *History of Indian Literature*, vol. 8: 1800-1910. Western Impact – Indian Response, Nueva Delhi, 1991.
- Dasgupta, Partha: An *Inquiry* into Well-Being and Destitution, Oxford, 1993.
- Daumard, Adeline: *Les bourgeois* et la bourgeoisie en France depuis 1815, París, 1991.
- Daunton, Martin J.: *Progress* and Poverty. An Economic and Social History of Britain 1700-1850, Oxford, 1995. —: *Trusting Leviathan*. The Politics of Taxation in Britain, 1799-1914, Cambridge, 2001. —: *Wealth* and Welfare. An Economic and Social History of Britain 1851-1951, Oxford, 2007.
- —, y Rick Halpern (eds.): *Empire and Others*. British Encounters with Indigenous Peoples, 1600-1850, Filadelfia, 1999.

- David, Saul: The *Indian Mutiny* 1857, Londres, 2002.
- Davies, Norman: *God's Playground*. A History of Poland. vol. 2: 1795 to the Present, Oxford, 1981.
- Davies, Sam, *et al.* (eds.): *Dock Workers*. International Explorations in Comparative Labour History, 1790-1970, Aldershot, 2000.
- Davis, Clarence B., y Kenneth E. Wilburn, jr. (eds.): *Railway Imperialism*, Nueva York, 1991.
- Davis, David Brion: *Inhuman Bondage*. The Rise and Fall of Slavery in the New World, Oxford, 2006. —: *Slavery and Human Progress*, Nueva York, 1984.
- —, y Steven Mintz (eds.): The *Boisterous Sea* of Liberty. A Documentary History of America from Discovery through the Civil War, Oxford, 1998.
- Davis, John A. (ed.): *Italy* in the Nineteenth Century 1796-1900, Oxford, 2000.
- Davis, Lance E., y Robert A. Huttenback: *Mammon* and the Pursuit of Empire. The Economics of British Imperialism, Cambridge, 1986.
- Davis, Mike: Late Victorian *Holocausts*: El Niño Famines and the Making of the Third World, Nueva York, 2001. [*Los holocaustos de la era victoriana tardía: el niño, las hambrunas y la formación del tercer mundo*, trad. Aitana Guia i Conca e Ivano Stocco, Valencia: Universitat de València, 2006.]
- Davison, Graeme: The Rise and Fall of *Marvellous Melbourne*, Melbourne, 1979.
- Davison, Roderic H.: *Reform* in the Ottoman Empire, 1856-1876, Princeton (NJ), 1963.
- —, y Clement Dodd: *Turkey*. A Short History, Huntingdon (TX), 1998^3.
- Day, Jared N.: *Urban Castles*. Tenement Housing and Landlord Acitivism in New York City, 1890-1943, Nueva York, 1999.

- Deák, István: The *Lawful Revolution*. Louis Kossuth and the Hungarians 1848-1849, Nueva York, 1979.
- Dean, Warren: With *Broadax* and Firebrand. The Destruction of the Brazilian Atlantic Forest, Berkeley (CA), 1995.
- Debeir, Jean-Claude, *et al.*: *Prometheus* auf der Titanic. Geschichte der Energiesysteme, Fráncfort, 1989.
- Dehio, Ludwig: *Gleichgewicht* oder Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Geschichte [1948], Darmstadt, 1996.
- Dehs, Volker: *Jules Verne*. Eine kritische Biographie, Düsseldorf, 2005. [*Jules Verne*, trad. Ana Valero Martín, Madrid: Edaf, 2005.]
- DeJong Boers, Bernice: «*Tambora 1815*. De geschiedenis van een vulkaanuitbarsting in Indonesië», en: Tijdschrift voor Geschiedenis 107 (1994), pp. 371-392.
- Delaporte, François: *Disease* and Civilization. The Cholera in Paris, 1832, Cambridge (MA), 1986.
- Deloria, Philip J., y Neal Salisbury (eds.): A *Companion to American Indian History*, Malden (MA), 2004.
- Delort, Robert, y François Walter: *Histoire de l'environnement européen*, París, 2001.
- Demel, Walter: *Der europäische Adel*. Vom Mittelalter bis zur Gegenwart, Múnich, 2005.
- Deng Gang: *Maritime Sector*, Institutions, and Sea Power of Premodern China, Westport (CT), 1999.
- Dennis, Richard: *English Industrial Cities* of the Nineteenth Century. A Social Geography, Cambridge, 1984.
- Denoon, Donald (ed.): The *Cambridge History of the Pacific Islanders*, Cambridge, 1997. —: *Settler Capitalism*, Oxford, 1983.

- —, y Philippa Mein-Smith: A *History of Australia*, New Zealand and the Pacific, Oxford, 2000.
- Deringil, Selim: The *Well-Protected Domains*. Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, Londres, 1998.
- Desnoyers, Charles: *A Journey to the East*, Ann Arbor (MI), 2004.
- Dettke, Barbara: *Die asiatische Hydra*. Die Cholera von 1830/31 in Berlin und den preußischen Provinzen Posen, Preußen und Schlesien, Berlín, 1995.
- Devine, T. M.: The *Great Highland Famine*. Hunger, Emigration and the Scottish Highlands in the Nineteenth Century, Edimburgo, 1988. —: The *Scottish Nation* 1700-2000, Nueva York, 1999.
- Dickens, Charles: *American Notes* for General Circulation [1842], ed. Patricia Ingham, Londres, 2000. [*Notas de América*, trad. Beatriz Iglesias, Barcelona: Ediciones B, 2005; B de Bolsillo, 2012.]
- Diesbach, Gislain de: *Ferdinand de Lesseps*, París, 1998.
- Dikötter, Frank: *Crime*, Punishment and the Prison in Modern China, Nueva York, 2002. —: The *Discourse of Race* in Modern China, Londres, 1992. —: *Exotic Commodities*. Modern Objects and Everyday Life in China, Londres, 2006.
- Dingsdale, Alan: *Mapping Modernities*. Geographies of Central and Eastern Europe, 1920-2000, Londres, 2002.
- Dinnerstein, Leonard: *Antisemitism in America*, Nueva York, 1994.
- Dipper, Christof: «*Übergangsgesellschaft*. Die ländliche Sozialordnung in Mitteleuropa um 1800», en: ZHF 23 (1996), pp. 57-87.
- Dobbin, Christine: *Asian Entrepreneurial Minorities*.

Conjoint Communities in the Making of the World Economy 1570-1940, Richmond, 1996.

- Dodds, Klaus, y Stephen A. Royle: «*Rethinking Islands*», en: Journal of Historical Geography 29 (2003), pp. 487-498.
- Dodgshon, Robert A.: *Society* in Time and Space. A Geographical Perspective on Change, Cambridge, 1998.
- Doel, H. W. van den: *Het Rijk van Insulinde*. Opkomst en ondergang van een Nederlandse kolonie, Ámsterdam, 1996.
- Doeppers, Daniel F.: «The Development of *Philippine Cities* before 1900», en: JAS 31 (1972), pp. 769-792.
- Doering-Manteuffel, Anselm: *Die deutsche Frage* und das europäische Staatensystem 1815-1871, Múnich, 1993. —: «*Internationale Geschichte* als Systemgeschichte. Strukturen und Handungsmuster im europäischen Staatensystem des 19. und 20. Jahrhunderts», en: Wilfried Loth, y Jürgen Osterhammel (eds.): Internationale Geschichte, Múnich, 2000, pp. 93-115.
- Dohrn-van Rossum, Gerhard: Die *Geschichte der Stunde*. Uhren und moderne Zeitrechnung, Múnich, 1992.
- Domínguez, Jorge I.: *Insurrection* or Loyalty: The Breakdown of the Spanish American Empire, Cambridge (MA), 1980. [*Insurrección o lealtad: la desintegración del Imperio español en América*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985.]
- Donald, David Herbert: *Lincoln*, Nueva York, 1995.
- Dong, Madeleine Yue: *Republican Beijing*. The City and Its Histories, Berkeley (CA), 2004.
- Dormandy, Thomas: The *White Death*. A History of Tuberculosis, Londres, 1999.

- Dossal, Mariam: *Imperial Designs* and Indian Realities. The Planning of Bombay City, 1845-1875, Bombay, 1996.
- Doumani, Beshara: *Rediscovering Palestine*. Merchants and Peasants in Jabal Nablus, 1700-1900, Berkeley (CA), 1995.
- Dowd, Gregory Evans: *A Spirited Resistance*. The North American Indian Struggle for Unity, 1745-1815, Baltimore (MD), 1992.
- Dowe, Dieter, *et al.* (eds.): *Europa 1848*. Revolution und Reform, Bonn, 1998.
- Doyle, Michael W.: *Empires*, Ithaca (NY), 1986.
- Doyle, Shane: «*Population Decline* and Delayed Recovery in Bunyoro, 1860-1960», en: JAfH 41 (2000), pp. 429-458.
- Doyle, William: The Oxford History of the *French Revolution*, Oxford, 2002[2].
- Drake, Fred W.: China Charts the World. *Hsu Chi-yü* and His Geography of 1848, Cambridge (MA), 1975.
- Drescher, Seymour: *From Slavery to Freedom*. Comparative Studies in the Rise and Fall of Atlantic Slavery, Basingstoke, 1999. —: The *Mighty Experiment*. Free Labor versus Slavery in British Emancipation, Oxford, 2002.
- —, y Stanley L. Engerman (eds.): A Historical Guide to *World Slavery*, Nueva York, 1998.
- Driver, Felix: *Geography Militant*. Cultures of Exploration and Empire, Oxford, 2001.
- —, y David Gilbert (eds.): *Imperial Cities*. Landscape, Display and Identity, Manchester, 1999.
- Druett, Joan: *Rough Medicine*. Surgeons at Sea in the Age of Sail, Nueva York, 2000.
- Dublin, Thomas: *Transforming Women's Work*. New

England Lives in the Industrial Revolution, Ithaca (NY), 1994.

- Dubois, Laurent: *Avengers* of the New World. The Story of the Haitian Revolution, Cambridge (MA), 2004. —: A *Colony of Citizens*. Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804, Chapel Hill (NC), 2004.
- Duchhardt, Heinz: *Balance of Power* und Pentarchie. Internationale Beziehungen 1700-1785, Paderborn, 1997. —: *Europa am Vorabend der Moderne* 1650-1800, Stuttgart, 2003.
- Dudden, Alexis: *Japan's Colonization of Korea*. Discourse and Power, Honolulu, 2005.
- Duggan, Christopher: The *Force of Destiny*. A History of Italy since 1796, Londres, 2007.
- Dülffer, Jost: Im *Zeichen der Gewalt*. Frieden und Krieg im 19. und 20. Jahrhundert, Colonia, 2003. —: *Regeln* gegen den Krieg. Die Haager Friedenskonferenzen 1899 und 1907 in der internationalen Politik, Fráncfort, 1981.
- —, *et al.*: *Vermiedene Kriege*. Deeskalation von Konflikten der Großmächte zwischen Krimkrieg und Erstem Weltkrieg, Múnich, 1997.
- Dülmen, Richard van, y Sina Rauschenbach (eds.): *Macht des Wissens*. Die Entstehung der modernen Wissensgesellschaft, Colonia, 2004.
- Dumoulin, Michel, *et al.*: *Nouvelle histoire de Belgique*, 2 vols. Bruselas, 2006.
- Dunlap, Thomas R.: *Nature and the English Diaspora*. Environment and History in the United States, Canada, Australia and New Zealand, Cambridge, 1999.
- Dunlavy, Colleen A.: *Politics* and Industrialization. Early Railroads in the United States and Prussia, Princeton (NJ), 1994.

- Dunn, John: «*Africa* Invades the New World. Egypt's Mexican Adventure, 1863-1867», en: War in History 4 (1997), pp. 27-34.
- Dupâquier, Jacques: *Histoire de la population française*, vol. 3: De 1789 à 1914, París, 1988.
- —, y Michel Dupâquier: *Histoire de la démographie*. La statistique de la population des origines à 1914, París, 1985.
- Duroselle, Jean-Baptiste: *Tout empire périra*. Une vision théorique des relations internationales, París, 1992.
- Dutton, George: The *Tây Son Uprising*. Society and Rebellion in Eighteenthcentury Vietnam, Honolulu, 2006.
- Duus, Peter: The *Abacus* and the Sword. The Japanese Penetration of Korea, 1895-1910, Berkeley (CA), 1995. — (ed.): The *Japanese Discovery of America*. A Brief History with Documents, Boston, 1997.
- Duverger, Maurice (ed.): *Le concept d'empire*, París, 1980.
- Dyos, H. J., y D. H. Aldcroft: *British Transport*. An Economic Survey from the Seventeenth Century to the Twentieth, Leicester 1969.
- —, y Michael Wolff (eds.): The *Victorian City*. Images and Realities, 2 vols., Londres, 1973.
- Earle, Peter: The *Pirate Wars*, Londres, 2003. [*Piratas en guerra*, trad. Olga Sala Villagrasa, Barcelona: Melusina, 2004.]
- Easterlin, Richard A.: *Growth Triumphant*. The Twenty-First Century in Historical Perspective, Ann Arbor (MI), 1997. —: «*How Beneficent is the Market*? A Look at the Modern History of Mortality», en: EREcH 3 (1999), pp. 257-294. —: «The *Worldwide Standard of Living* since 1800», en: Journal of

Economic Perspectives 14 (2000), pp. 7-26.
- Eastman, Lloyd E.: *Family*, Fields, and Ancestors. Constancy and Change in China's Social and Economic History, 1550-1949, Nueva York, 1988.
- Eber, Irene: The *Jewish Bishop* and the Chinese Bible. S. I. J. Schereschewsky (1831-1906), Leiden, 1999.
- Eberhard-Bréard, Andrea: «*Robert Hart* and China's Statistical Revolution», en: MAS 40 (2006), pp. 605-629.
- Eckermann, Johann Peter: *Gespräche* mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens [1836-48], ed. Ernst Beutler, Múnich, 1976. [*Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida*, ed. y trad. Rosa Sala Rose, Barcelona: Acantilado, 2005.]
- Eckhardt, William: *Civilizations*, Empires and Wars. A Quantitative History of War, Jefferson (NC), 1992.
- Edelmayer, Friedrich, *et al.* (eds.): *Globalgeschichte* 1450-1620, Viena, 2002.
- Edney, Matthew H.: *Mapping an Empire*. The Geographical Construction of British India, 1765-1843, Chicago, 1997.
- Edsall, Nicholas C.: *Richard Cobden*. Independent Radical. Cambridge (MA), 1986.
- Eggebrecht, Arne, *et al.*: *Geschichte der Arbeit*. Vom alten Ägypten bis zur Gegenwart, Colonia, 1980.
- Eggert, Marion: Vom Sinn des Reisens. *Chinesische Reiseschriften* vom 16. bis zum frühen 19. Jahrhundert, Wiesbaden, 2004.
- —, y Jörg Plassen: *Kleine Geschichte Koreas*, Múnich, 2005.
- Eichengreen, Barry: *Vom Goldstandard* zum Euro. Die Geschichte des internationalen Währungssystems, Berlín, 2000. [*La globalización del capital: historia del sistema monetario*

internacional, trad. María Esther Rabasco, Barcelona: Antoni Bosch, 2000.]

- —, y Ian W McLean: «The *Supply of Gold* under the Pre-1914 Gold Standard», en: EcHR 47 (1994), pp. 288-309.
- Eichenhofer, Eberhard: *Geschichte des Sozialstaats* in Europa. Von der «sozialen Frage» bis zur Globalisierung, Múnich, 2007.
- Eichhorn, Jaana: *Geschichtswissenschaft* zwischen Tradition und Innovation, Gotinga, 2006.
- Eickelman, Dale F. (ed.): *Muslim Travellers*. Pilgrimage, Migration, and the Religious Imagination. Berkeley (CA), 1990. —: «*Time* in a Complex Society. The Maroccan Example», en: Ethnology 16 (1974), pp. 39-55.
- Eisenstadt, Shmuel N.: Die *Vielfalt* der Moderne, Weilerswist, 2000.
- Eklof, Ben, *et al.* (eds.): *Russia's Great Reforms*, 1855-1881, Bloomington (IN), 1994.
- Eldem, Edhem, *et al.*: The *Ottoman City* between East and West. Aleppo, Izmir, and Istanbul, Cambridge, 1999.
- Elleman, Bruce A.: *Modern Chinese Warfare*, 1795-1989, Londres, 2001.
- Ellerbrock, Karl-Peter: *Geschichte der deutschen Nahrungs- und Genußmittelindustrie* 1750-1914, Stuttgart, 1993.
- Elliott, John H.: *Empires* of the Atlantic World. Britain and Spain in America 1492-1830, New Haven (CT), 2006. [*Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, trad. Marta Balcells rev. autor, Madrid: Taurus, 2006.]
- Ellis, Richard: *Mensch und Wal*. Die Geschichte eines ungleichen Kampfes, Gütersloh, 1993.

- Elman, Benjamin A.: A Cultural History of *Civil Examinations* in Late Imperial China, Berkeley (CA), 2000. —: *From Philosophy to Philology*. Intellectual and Social Aspects of Change in Late Imperial China, Cambridge (MA), 1984. —: A Cultural History of *Modern Science* in China, Cambridge (MA), 2006. —: *On Their Own Terms*. Science in China, 1550-1900, Cambridge (MA), 2005.
- —, y Alexander B. Woodside (eds.): *Education and Society* in Late Imperial China, 1600-1900, Berkeley (CA), 1994.
- Elson, Robert E.: The *End of the Peasantry* in Southeast Asia. A Social and Economic History of Peasant Livelihood, 1800-1990s, Basingstoke, 1997.
- Eltis, David: The *Rise of African Slavery* in the Americas, Cambridge, 2000. —: «The *Volume* and Structure of the Transatlantic Slave Trade. A Reassessment», en: William and Mary Quarterly 58 (2001), pp. 17-46.
- Elvert, Jürgen: *Geschichte Irlands*, Múnich, 1999[3].
- Elvin, Mark: *Another History*. Essays on China from a European Perspective, Broadway (Nueva Gales del Sur), 1996. —: The Retreat of the *Elephants*. An Environmental History of China, New Haven (CT), 2004.
- Elvin, Mark, y Liu Ts'ui-jung (eds.): *Sediments of Time*. Environment and Society in Chinese History, Cambridge, 1998.
- Elwin, Verrier: *Myths of the North-East Frontier* of India, Itanagar, 1993.
- Emery, Edwin: The *Press and America*. An Interpretative History of Journalism, Englewood Cliffs (NJ), 1954[2]. [*El periodismo en los Estados Unidos*, trad. José Silva, México: F. Trillas, 1966.]

- Emmer, Pieter C. (ed.): *Colonialism and Migration.* Indentured Labour before and after Slavery, Dordrecht, 1986. —: De *Nederlandse slavenhandel*, 1500-1850, Ámsterdam, 2003[2].
- Emsley, Clive: *Gendarmes and the State* in Nineteenth-Century Europe, Oxford, 1999.
- Ener, Mine: *Managing Egypt's Poor* and Politics of Benevolence, 1800-1952, Princeton (NJ), 2003.
- Engelhardt, Ulrich: «*Bildungsbürgertum*». Begriffs- und Dogmengeschichte eines Etiketts, Stuttgart, 1986.
- Engelsing, Rolf: *Analphabetentum* und Lektüre. Zur Sozialgeschichte des Lesens in Deutschland zwischen feudaler und industrieller Gesellschaft, Stuttgart, 1973.
- Engerman, Stanley L. (ed.): The *Terms of Labor.* Slavery, Serfdom, and Free Labor, Stanford (CA), 1999.
- —, y João César das Neves: «The *Bricks* of an Empire 1415-1999. 585 Years of Portuguese Emigration», en: JEEcH 26 (1997), pp. 471-509.
- —, y Robert E. Gallman (eds.): The *Cambridge Economic History of the United States*, vol. 2: The Long Nineteenth Century, Cambridge, 2000.
- Epkenhans, Michael, y Gerhard P. Gross (eds.): *Das Militär* und der Aufbruch in die Moderne 1860 bis 1890, Múnich, 2003.
- Erbe, Michael: *Revolutionäre Erschütterung* und erneuertes Gleichgewicht. Internationale Beziehungen 1785-1830, Paderborn, 2004.
- Erdem, Y. Hakan: *Slavery* in the Ottoman Empire and Its Demise 1800-1909, Basingstoke, 1996.
- Ertman, Thomas: *Birth of the Leviathan.* Building States and Regimes in Medieval and Early Modern Europe, Cambridge, 1997.

- Escher, Anton, y Eugen Wirth: Die *Medina von Fes*, Erlangen, 1992.
- Esdaile, Charles J.: *Fighting Napoleon*. Guerrillas, Bandits, and Adventurers in Spain, 1808-1814, New Haven (CT), 2004. [*España contra Napoleón: guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*; trad. Ignacio Alonso Blanco, Barcelona: Edhasa, 2006.]
- Esenbel, Selçuk: «The *Anguish* of Civilized Behavior. The Use of Western Cultural Forms in the Everyday Lives of the Meiji Japanese and the Ottoman Turks During the Nineteenth Century», en: Japan Review 5 (1994), pp. 145-185.
- Esherick, Joseph W.: The Origins of the *Boxer Uprising*, Berkeley (CA), 1987. — (ed.): *Remaking the Chinese City*. Modernity and National Identity, 1900-1950, Honolulu, 1999. —, y Mary Backus Rankin (eds.): *Chinese Local Elites* and Patterns of Dominance, Berkeley (CA), 1990. —, y Ye Wa: *Chinese Archives*. An Introductory Guide, Berkeley (CA), 1996.
- Esping-Andersen, Gøsta: The *Three Worlds* of Welfare Capitalism, Cambridge, 1990. [*Los tres mundos del estado del bienestar*, trad. Begoña Arregui Luco, València: Edicions Alfons El Magnànim, 1993.]
- Esposito, John L. (ed.): The *Oxford History of Islam*, Oxford, 1999.
- Etemad, Bouda: *La possession* du monde. Poids et mesures de la colonisation (XVIII^e^-XX^e^ siècles), Bruselas, 2000.
- Etherington, Norman: The *Great Treks*. The Transformation of Southern Africa, 1815-1854, Harlow, 2001. — (ed.): *Missions and Empire*, Oxford, 2005.

- Evans, David C., y Mark R. Peattie: *Kaigun.* Strategy, Tactics, and Technology in the Imperial Japanese Navy, 1887-1941, Annapolis (MD), 1997.
- Evans, Eric J.: The *Forging* of the Modern State. Early Industrial Britain 1783-1870, Londres, 1996[2].
- Evans, Richard J.: *Death in Hamburg.* Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1910, Oxford, 1987. —: *Rituale der Vergeltung.* Die Todesstrafe in der deutschen Geschichte 1532-1987, Berlín, 2001.
- Everdell, William R.: *The First Moderns.* Profiles in the Origins of TwentiethCentury Thought, Chicago, 1997.
- Ewald, Janet J.: «*Crossers of the Sea.* Slaves, Freedmen, and Other Migrants in the Northwestern Indian Ocean, c. 1750-1914», en: AHR 105 (2000), pp. 69-91. —: *Soldiers*, Traders, and Slaves. State Formation and Economic Transformation of the Greater Nile Valley, 1700-1885, Madison (WI), 1990.
- Ewans, Martin: *European Atrocity*, African Catastrophe. Leopold II, the Congo Free State and Its Aftermath, Londres, 2002.
- Fabian, Johannes: *Im Tropenfieber.* Wissenschaft und Wahn in der Erforschung Zentralafrikas, Múnich, 2001. —: *Time and the Other.* How Anthropology Makes Its Objects, Nueva York, 1983.
- Fage, J. D., y Roland Oliver (eds.): The *Cambridge History of Africa*, 8 vols., Cambridge, 1975-1986.
- Fahmi, Halid: *All the Pasha's Men.* Mehmed Ali, His Army and the Making of Modern Egypt, Cambridge, 1997.
- Fahmy, Khaled: «An *Olfactory Tale* of Two Cities. Cairo in the Nineteenth Century», en: Jill Edwards (ed.), Historians in Cairo. Essays in Honor of

George Scanlon, Kairo 2002, pp. 155-187.

- Fairbank, John K., y Denis Twitchett (eds.): The *Cambridge History of China*, Cambridge, 1978 ss.
- Faragher, John Mack: *Sugar Creek*. Life on the Illinois Prairie, New Haven (CT), 1986.
- Farah, Caesar E. (ed.): *Decision Making* and Change in the Ottoman Empire, Kirksville (MO), 1993. —: The Politics of *Interventionism* in Ottoman Lebanon, 1830-1861, Oxford, 2000.
- Farnie, Douglas A.: The *English Cotton Industry* and the World Market 1815-1896, Oxford, 1979. —: East und West of Suez. The *Suez Canal* in History, 1854-1956, Oxford, 1969. —y David J. Jeremy (eds.): The *Fibre* that Changed the World. The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s, Oxford, 2004.
- Faroqhi, Suraiya: *Approaching Ottoman History*. An Introduction to the Sources, Cambridge, 1999. —(ed.): The *Cambridge History of Turkey*. vol. 3: The Later Ottoman Empire, 1603-1839, Cambridge, 2006. —: *Herrscher über Mekka*. Die Geschichte der Pilgerfahrt, Múnich, 1990. —: *Kultur und Alltag* im Osmanischen Reich. Vom Mittelalter bis zum Anfang des 20. Jahrhunderts, Múnich, 1995. —: The *Ottoman Empire* and the World Around It, Londres, 2004.
- Farr, James R.: *Artisans* in Europe, 1300-1914, Cambridge, 2000.
- Federico, Giovanni: *Feeding the World*. An Economic History of Agriculture, 1800-2000, Princeton (NJ), 2005. [Solo se ha traducido su *Breve historia económica de la agricultura*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011.]
- Federspiel, Howard M.: *Sultans, Shamans, and*

Saints. Islam and Muslims in Southeast Asia, Honolulu, 2007.

- Fehrenbacher, Don E.: The *Slaveholding Republic*. An Account of the United States Government's Relations to Slavery, Nueva York, 2001. —: *Slavery*, Law, and Politics. The Dred Scott Case in Historial Perspective, ed. abrev., Oxford, 1981.
- Feinstein, Charles H.: *An Economic History of South Africa*. Conquest, Discrimination and Development, Cambridge, 2005.
- Feldbauer, Peter, *et al.* (eds.): *Die vormoderne Stadt*. Asien und Europa im Vergleich, Múnich, 2002.
- Feldenkirchen, Wilfried: *Siemens*. Von der Werkstatt zum Weltunternehmen, Múnich, 2003.
- Fenske, Hans: Der moderne *Verfassungsstaat*. Eine vergleichende Geschichte von der Entstehung bis zum 20. Jahrhundert, Paderborn, 2001.
- Ferguson, Niall: Die Geschichte der *Rothschilds*. Propheten des Geldes, 2 vols., Stuttgart, 2002.
- Fernández-Armesto, Felipe: *Civilizations*, Londres, 2000. [*Civilizaciones: la lucha del hombre por controlar la naturaleza*, trad. Jesús Cuéllar, Madrid: Taurus, 2002.]
- Ferro, Marc (ed.): *Le livre noir* du colonialisme, XVIe-XXIe siècle, París, 2003. [*El libro negro del colonialismo: siglos XVI al XXI, del exterminio al arrepentimiento*, trad. Carlo Caranci, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.]
- Fetscher, Iring, y Herfried Münkler (eds.): *Pipers Handbuch* der politischen Ideen, 5 vols., Múnich, 1986-1993.
- Findlay, Ronald, y Kevin H. O'Rourke: *Power and Plenty*. Trade, War, and the World Economy in the Second Millenium, Princeton (NJ), 2007.
- Findley, Carter V.: *Ottoman Civil Officialdom*. A

Social History, Princeton (NJ), 1989. —: The *Turks* in World History, Oxford, 2005.

- Finer, Samuel E.: The *History of Government* from the Earliest Times, 3 vols., Oxford, 1997.
- Fink, Carole: *Defending the Rights of Others*. The Great Powers, the Jews, and International Minority Protection, 1878-1938, Cambridge, 2004.
- Finke, Roger, y Rodney Stark: The *Churching of America*, 1776-1990. Winners and Losers in Our Religious Economy, New Brunswick (NJ), 20025.
- Finnane, Antonia: *Changing Clothes in China*. Fashion, History, Nation, Nueva York, 2008.
- Finscher, Ludwig: *Streicherkammermusik*, Kassel, 2001.
- Finzsch, Norbert: Die *Goldgräber* Kaliforniens. Arbeitsbedingungen, Lebensstandard und politisches System um die Mitte des 19. Jahrhunderts, Gotinga, 1982. —: *Konsolidierung* und Dissens. Nordamerika von 1800 bis 1865, Münster, 2005.
- Fisch, Jörg: *Die europäische Expansion* und das Völkerrecht. Die Auseinandersetzungen um den Status der überseeischen Gebiete vom 15. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Stuttgart, 1984. —: *Europa* zwischen Wachstum und Gleichheit 1850-1914, Stuttgart, 2002. —: *Geschichte Südafrikas*, Múnich, 1990. —: *Tödliche Rituale*. Die indische Witwenverbrennung und andere Formen der Totenfolge, Fráncfort, 1998.
- Fisch, Stefan: *Stadtplanung* im 19. Jahrhundert. Das Beispiel München bis zur Ära Theodor Fischer, Múnich, 1988.
- Fischer, Wolfram: *Expansion*, Integration, Globalisierung. Studien zur Geschichte der Weltwirtschaft, Gotinga, 1998. — (ed.): *Handbuch*

der europäischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte, 5 vols., Stuttgart, 1980-1993.

- —, *et al.* (eds.): The *Emergence* of a World Economy, vol. 2: 1850-1914, Wiesbaden, 1986.
- Fischer-Tiné, Harald, y Michael Mann (eds.): *Colonialism* as Civilizing Mission. Cultural Ideology in British India, Londres, 2004.
- Fisher, Michael H.: *Counterflows to Colonialism.* Indian Travellers and Settlers in Britain 1600-1857, Delhi, 2004. —: *Indirect Rule in India.* Residents and the Residency System, 1764-1858, Delhi, 1991.
- Flandrin, Jean-Louis, y Massimo Montanari (eds.): *Food.* A Culinary History from Antiquity to the Present, Nueva York, 1999. [*Historia de la alimentación*, trad. del francés de Lourdes Pérez *et al.*, Gijón: Trea, 2004.]
- Fleming, Peter: Die *Belagerung zu Peking.* Die Geschichte des Boxeraufstandes, Stuttgart, 1961.
- Fletcher, Joseph: «*Integrative History.* Parallels and Interconnections in the Early Modern Period, 1500-1800», en: JTS 9 (1985), pp. 37-57.
- Flores, Dan: «*Bison Ecology* and Bison Diplomacy. The Southern Plains from 1800-1850», en: JAH 78 (1991), pp. 465-485.
- Floud, Roderick, *et al.*: *Height*, Health and History. Nutritional Status in the United Kingdom, 1750-1980, Cambridge, 1990.
- —, y Paul Johnson (eds.): The *Cambridge Economic History of Britain*, 3 vols., Cambridge, 2004.
- Fluck, Winfried: *Das kulturelle Imaginäre.* Eine Funktionsgeschichte des amerikanischen Romans 1790-1900, Fráncfort, 1997.
- Fluehr-Lobban, Carolyn: *Race and Racism.* An Introduction, Lanham (MD), 2006.

- Flynn, Dennis O., *et al.* (eds.): *Global Connections* and Monetary History, 1470-1800, Aldershot, 2003.
- —, *et al.* (eds.): *Pacific Centuries*. Pacific and Pacific Rim History since the Sixteenth Century, Londres, 1999.
- —, y Arturo Giráldez: «*Cycles of Silver*. Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century», en: JWH 13 (2002), pp. 391-427.
- Foerster, Roland G. (ed.): Die *Wehrpflicht*. Entstehung, Erscheinungsformen und politisch-militärische Wirkung, Múnich, 1994.
- Fogel, Joshua A.(ed.): *Sagacious Monks* and Bloodthirsty Warriors. Chinese Views of Japan in the Ming-Qing Period, Norwalk (CT), 2002.
- Fogel, Robert W.: The *Escape* from Hunger and Premature Death, 1700-2100. Europe, America, and the Third World, Cambridge, 2004. [*Escapar del hambre y la muerte prematura, 1700-2100: Europa, América y el Tercer Mundo*, trad. Sandra Chaparro, Madrid: Alianza, 2009.] —: The *Slavery Debates*, 1952-1990. A Retrospective, Baton Rouge (LA), 2003. —: *Without Consent or Contract*. The Rise and Fall of American Slavery, Nueva York, 1989.
- —, y Stanley L. Engerman: *Time on the Cross*. The Economics of American Negro Slavery, Boston, 1974. [*Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, trad. Arturo Roberto Firpo, Madrid: Siglo XXI de España, 1981.]
- Fogelson, Robert M.: The *Fragmented Metropolis*. Los Angeles, 1850-1930, Cambridge (MA), 1967.
- Fohlen, Claude, y François Bédarida: *Histoire générale du travail*, vol. 3: L'Ère des révolutions (1765-1914), París, 1960. [*Historia general del trabajo*, vol. III: *La era de las revoluciones*, trad.

Joaquín Romero Maura, Barcelona: Grijalbo, 1965.]

- Fohrmann, Jürgen, *et al.*: *Gelehrte Kommunikation*. Wissenschaft und Medium zwischen dem 16. und 20. Jahrhundert, Viena, 2005.
- Foner, Eric: The Story of *American Freedom*, Nueva York, 1998. [*La historia de la libertad en EE.UU.*, trad. Albino Santos Mosquera, Barcelona: Península, 2010.] — (ed.): The *New American History*, ed. rev., Filadelfia, 1997. —: *Reconstruction*. America's Unfinished Revolution, 1863-1877, Nueva York, 1988.
- —, y John A. Garraty (eds.): The *Reader's Companion* to American History, Boston, 1991.
- Forbes, Geraldine Hancock: *Positivism* in Bengal. A Case Study in the Transmission and Assimilation of an Ideology, Calcuta, 1975.
- Foreman-Peck, James: A History of the *World Economy*. International Economic Relations since 1850, Brighton, 1983. [*Historia económica mundial: relaciones económicas internacionales desde 1850*, trad. Esther Rabasco y Luis Toharia, Madrid: Prentice Hall, 1995; trad. anterior en Ariel, 1985.]
- Förster, Stig: *Die mächtigen Diener* der East India Company. Ursachen und Hintergründe der britischen Expansionspolitik in Südasien, 1793-1819, Stuttgart, 1992. —: «Der *Weltkrieg* 1792-1815. Bewaffnete Konflikte und Revolutionen in der Weltgesellschaft», en: Jost Dülffer (ed.), Kriegsbereitschaft und Friedensordnung in Deutschland 1800-1914, Münster, 1995, pp. 17-38.
- —, *et al.* (eds.): *Bismarck*, Europe and Africa. The Berlin Africa Conference 1884-1885 and the Onset of Partition, Oxford, 1988.
- —, y Jörg Nagler (eds.): *On the Road* to Total War.

The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871, Cambridge, 1997.

- Forsyth, James: A History of the *Peoples of Siberia*. Russia's North Asian Colony, 1581-1990, Cambridge, 1992.
- Fortes, Meyer, y E. E. Evans-Pritchard (eds.): *African Political Systems*, Londres, 1967.
- Fortna, Benjamin C.: *Imperial Classroom*. Islam, the State and Education in the Late Ottoman Empire, Oxford, 2003.
- Foster, Roy F.: *Modern Ireland*, 1600-1972, Londres, 1988.
- Foucault, Michel: Die *Ordnung der Dinge*. Eine Archäologie der Humanwissenschaften, Fráncfort, 1971. [*Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, trad. Elsa Cecilia Frost, México: Siglo XXI, 1968; Madrid: Siglo XXI de España, 2006.]
- Foucher, Michel: *Fronts et frontières*. Un tour du monde géopolitique, París, 1991.
- Fox-Genovese, Elizabeth, y Eugen D. Genovese: The *Mind of the Master Class*. History and Faith in the Southern Slaveholders' Worldview, Cambridge, 2005.
- Fragner, Bert G.: Die «*Persophonie*». Regionalität, Identität und Sprachkontakt in der Geschichte Asiens, Berlín, 1999.
- Frangakis-Syrett, Elena: «The *Greek Merchant Community* of Izmir in the First Half of the Nineteenth Century», en: Daniel Panzac (ed.), Les villes dans l'Empire ottoman, vol. 1. Marsella, 1991, pp. 391-416.
- Frank, André Gunder: *ReOrient*. Global Economy in the Asian Age, Berkeley (CA), 1998. [*Re-orientar: la economía global en la era del predominio asiático*,

trad. Pablo Sánchez León, València: Publicacions de la Universitat de València, 2008.]

- Fraser, Derek: The *Evolution* of the British Welfare State. A History of Social Policy since the Industrial Revolution, Basingstoke, 2003[3].
- Fraser, J. T. (ed.): The *Voices of Time*, Amherst (MA), 1981[2].
- Fraser, W. Hamish, y Irene Maver (eds.): *Glasgow*, vol. 2: 1830 to 1912, Manchester, 1996.
- Frédéric, Louis: *La vie quotidienne au Japon* au début de l'ère moderne (1868-1912), París, 1984.
- Fredrickson, George M.: *Racism*. A Short History, Princeton (NJ), 2002. —: *White Supremacy*. A Comparative Study in American and South African History, Nueva York, 1981.
- Freehling, William W.: The *Road to Disunion*, 2 vols., Oxford, 1990-2007.
- Freeman, Christopher, y Francisco Louçã: *As Time Goes By*. From the Industrial Revolutions to the Information Revolution, Oxford, 2001.
- Freeman, Michael J.: *Railways* and the Victorian Imagination, New Haven (CT), 1999.
- Freitag, Ulrike: «*Arabische Buddenbrooks* in Singapur», en: Historische Anthropologie 11 (2003), pp. 208-223. —: *Indian Ocean Migrants* and State Formation in Hadhramaut. Reforming the Homeland, Leiden, 2003.
- Freund, Bill: The *African City*. A History, Cambridge, 2007.
- Frevert, Ute: *Die kasernierte Nation*. Militärdienst und Zivilgesellschaft in Deutschland, Múnich, 2001. — (ed.): *Militär und Gesellschaft* im 19. und 20. Jahrhundert, Stuttgart, 1997.
- —, y Heinz-Gerhard Haupt (eds.): Der *Mensch* des 19. Jahrhunderts, Fráncfort, 1999. [*El hombre del*

siglo XIX, trad. José Luis Gil Aristu, Madrid: Alianza, 2001.]

- Frey, Linda, y Marsha Frey: The History of *Diplomatic Immunity*, Columbus (OH), 1999.
- Freyre, Gilberto: Das *Land in der Stadt*. Die Entwicklung der urbanen Gesellschaft Brasiliens, Stuttgart, 1982.
- Fried, Michael: *Menzels Realismus*. Kunst und Verkörperung im Berlin des 19. Jahrhunderts, Múnich, 2008.
- Friedberg, Aaron L.: The *Weary Titan*. Britain and the Experience of Relative Decline, 1895-1905, Princeton (NJ), 1988.
- Frieden, Jeffry A.: *Global Capitalism*. Its Fall and Rise in the Twentieth Century, Nueva York, 2006. [*Capitalismo global: el trasfondo económico de la historia del siglo XX*, trad. Juanmari Madariaga, Barcelona: Crítica, 2007, 2013.]
- Friedgut, Theodore H.: *Iuzovka and Revolution*, 2 vols., Princeton (NJ), 1989-1994.
- Friedrichs, Christopher R.: The *Early Modern City* 1450-1750, Londres, 1995.
- Friel, Ian: *Maritime History* of Britain and Ireland, c. 400-2001, Londres, 2003.
- Frost, Lionel: The *New Urban Frontier*. Urbanisation and City-Building in Australasia and the American West, Kensington (Nueva Gales del Sur), 1991.
- Fry, Michael: The *Scottish Empire*, Phantassie, 2001.
- Fueter, Eduard: Die *Schweiz* seit 1848. Geschichte – Politik – Wirtschaft, Zúrich, 1928.
- Fujitani Takashi: *Splendid Monarchy*. Power and Pageantry in Modern Japan, Berkeley (CA), 1996.
- Fukutake Tadashi: *Asian Rural Society*. China, India, Japan, Seattle, 1967.

- Fukuzawa Yukichi: Eine autobiographische *Lebensschilderung*, Tokyo 1971.
- Fung, Edmund S. K.: The *Military Dimension* of the Chinese Revolution. The New Army and Its Role in the Revolution of 1911, Vancouver, 1980.
- Funkenstein, Amos: *Jüdische Geschichte und ihre Deutungen*, Fráncfort, 1995.
- Gado, Boureima Alpha: Une histoire des famines au *Sahel*. Étude des grandes crises alimentaires (XIX^{e}-XX^{e} siècles), París, 1993.
- Galison, Peter: *Einsteins Uhren*, Poincarés Karten. Die Arbeit an der Ordnung der Zeit, Fráncfort, 2002. [*Relojes de Einstein, mapas de Poincaré: los imperios del tiempo*, trad. Javier García Sanz, Barcelona: Crítica, 2005.]
- Gall, Lothar: *Bismarck*. Der weiße Revolutionär, Berlín, 1980. —: *Bürgertum in Deutschland*, Berlín, 1989. —: *Bürgertum*, liberale Bewegung und Nation. Ausgewählte Aufsätze, Múnich, 1996. —: *Europa* auf dem Weg in die Moderne 1850-90, Múnich, 1997^{3}. —: *Krupp*. Der Aufstieg eines Industrieimperiums, Berlín, 2000. — (ed.): *Stadt und Bürgertum* im Übergang von der traditionalen zur modernen Gesellschaft, Múnich, 1993.
- Gallarotti, Giulio M.: The *Anatomy* of an International Monetary Regime. The Classical Gold Standard, 1880-1914, Nueva York, 1995.
- Galloway, J. H.: The *Sugar Cane Industry*. An Historical Geography from the Origins to 1914, Cambridge, 1989.
- Gammer, Moshe: *Muslim Resistance* to the Tsar. Shamil and the Conquest of Chechnia and Daghestan, Londres, 1994.
- Garavaglia, Juan Carlos: *Les hommes de la pampa*. Une histoire agraire de la campagne de Buenos

Aires (1700-1830), París, 2000.

- Gardet, Louis, *et al.*: *Cultures and Time*, París, 1976.
- Gardiner, John: *The Victorians*. An Age in Retrospect, Londres, 2002.
- Garrioch, David: The *Formation of the Parisian Bourgeoisie*, 1690-1830, Cambridge (MA), 1996.
- Gasster, Michael: *Chinese Intellectuals* and the Revolution of 1911. The Birth of Modern Chinese Radicalism, Seattle, 1969.
- Gaubatz, Piper Rae: *Beyond the Great Wall*. Urban Form and Transformation on the Chinese Frontiers, Stanford (CA), 1996.
- Gay, Hannah: «*Clock Synchrony*, Time Distribution and Electrical Timekeeping in Britain 1880-1925», en: P&P 181 (2003), pp. 107-140.
- Geertz, Clifford: *Agricultural Involution*. The Processes of Ecological Change in Indonesia, Berkeley (CA), 1963. —: *Local Knowledge*. Further Essays in Interpretive Anthropology, Nueva York, 1983. [*Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*, trad. Alberto López Bargados, Barcelona: Paidós Ibérica, 1994.] —: *Negara*. The Theatre State in Nineteenth-Century Bali, Princeton (NJ), 1980. [*Negara: el Estado-teatro en el Bali del siglo XIX*, trad. Albert Roca Álvarez, Barcelona: Paidós Ibérica, 1999.]
- Geggus, David: *Slavery*, War and Revolution. The British Occupation of Saint-Domingue, 1793-1798, Oxford, 1982.
- Geisthövel, Alexa, y Habbo Knoch (eds.): *Orte der Moderne*. Erfahrungswelten des 19. und 20. Jahrhunderts, Fráncfort, 2005.
- Gelder, Roelof van: Het Oost-Indisch avontuur. *Duitsers* in dienst van de VOC (1600-1800),

Nimega, 1997.
- Gelvin, James L.: The *Modern Middle East*. A History, Nueva York, 2005.
- Genovese, Eugene D.: *Roll, Jordan, Roll*. The World the Slaves Made, Nueva York, 1972.
- Georgeon, François: *Abdulhamid II*. Le Sultan Calife, París, 2003.
- Geppert, Alexander C. T.: «*Welttheater*. Die Geschichte des europäischen Ausstellungswesens im 19. und 20. Jahrhundert. Ein Forschungsbericht» en: NPL (2002), pp. 10-61.
- Geraci, Robert P., y Michael Khodarkovsky (eds.): *Of Religion and Empire*. Missions, Conversion, and Tolerance in Tsarist Russia, Ithaca (NY), 2001.
- Gerhard, Dietrich: Das *Abendland* 800-1800. Ursprung und Gegenbild unserer Zeit, Friburgo de Br., 1985.
- Gernsheim, Helmut: *Geschichte der Photographie*. Die ersten 100 Jahre, Fráncfort, 1983.
- Gerschenkron, Alexander: *Economic Backwardness* in Historical Perspective, Cambridge (MA), 1962. [*El atraso económico en su perspectiva histórica*, trad. M.ª Soledad Bastida, Barcelona: Ariel, 1968.]
- Gestrich, Andreas, *et al.*: *Geschichte der Familie*, Stuttgart, 2003.
- Gestwa, Klaus: *Proto-Industrialisierung* in Rußland. Wirtschaft, Herrschaft und Kultur in Ivanovo und Pavlovo, 1741-1932, Gotinga, 1999.
- Geulen, Christian: Geschichte des *Rassismus*, Múnich, 2007. [*Breve historia del racismo*, trad. Elena Bombín Izquierdo *et al.*, Madrid: Alianza, 2009.] —: *Wahlverwandte*. Rassendiskurs und Nationalismus im späten 19. Jahrhundert, Hamburgo, 2004.
- Geyer, Dietrich: *Der russische Imperialismus*.

Studien über den Zusammenhang zwischen innerer und auswärtiger Politik 1860-1914, Gotinga, 1977.

- Geyer, Martin H., y Johannes Paulmann (eds.): The *Mechanics* of Internationalism. Culture, Society, and Politics from the 1840s to the First World War, Oxford, 2001.
- Geyer, Michael, y Charles Bright: «*Global Violence* and Nationalizing Wars in Eurasia and America. The Geopolitics of War in the Mid-Nineteenth Century», en: CSSH 38 (1996), pp. 619-657.
- —, y Charles Bright: «*World History* in a Global Age», en: AHR 100 (1995), pp. 1034-1060.
- Ghosh, Suresh Chandra: The *History of Education* in Modern India, 1757-1998, Hyderabad, 2000[2].
- Giedion, Siegfried: Die Herrschaft der *Mechanisierung*. Ein Beitrag zur anonymen Geschichte, Fráncfort, 1982.
- Giesecke, Michael: Die *Entdeckung der kommunikativen Welt*. Studien zur kulturvergleichenden Mediengeschichte, Fráncfort, 2007.
- Gildea, Robert: *Barricades* and Borders. Europe 1800-1914, Oxford, 1996.
- Giliomee, Hermann: The *Africaners*. Biography of a People, Londres, 2003.
- Gillard, David: The *Struggle for Asia*, 1828-1914. A Study in British and Russian Imperialism, Londres, 1977.
- Gilley, Sheridan, y Brian Stanley (eds.): The *Cambridge History of Christianity*, vol. 8: World Christianities, c. 1815-c. 1914, Cambridge, 2006.
- Gilmour, David: *Curzon*, Londres, 1995. —: The *Ruling Caste*. Imperial Lives in the Victorian Raj, Londres, 2005.
- Ginsborg, Paul: *Daniele Manin* and the Venetian

Revolution of 1848-49, Cambridge, 1979.

- Girault, René: *Diplomatie européenne* et impérialismes. Histoire des relations internationales contemporaines, vol. 1: 1871-1914, París, 1979.
- Girouard, Mark: *Die Stadt*. Menschen, Häuser, Plätze. Eine Kulturgeschichte, Fráncfort, 1987. —: The *English Town*, New Haven (CT), 1990.
- Glazier, Ira A., y Luigi de Rosa (eds.): *Migration* across Time and Nations. Population Mobility in Historical Contexts, Nueva York, 1986.
- Gluck, Carol: *Japan's Modern Myths*. Ideology in the Late Meiji Period, Princeton (NJ), 1985. —: «The *Past in the Present*», en: Andrew Gordon (ed.), Postwar Japan as History, Berkeley (CA), 1993, pp. 64-95.
- Goblot, Edmond: *Klasse und Differenz*. Soziologische Studie zur modernen französischen Bourgeoisie [1925], Constanza, 1994. [*La barrera y el nivel: estudio sociológico de la burguesía francesa moderna*, trad. del francés de Dolores Beltrán de Felipe, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2003.]
- Göçek, Fatma Müge: *Rise of the Bourgeoisie*, Demise of Empire. Ottoman Westernization and Social Change, Nueva York, 1996.
- Godechot, Jacques: *France* and the Atlantic Revolution of the Eighteenth Century, 1770-1799, Nueva York, 1965. [*Las revoluciones (1770-1799)*, trad. Pedro Jofre, Barcelona: Labor, 1969.]
- Godlewska, Anne, y Neil Smith (eds.): *Geography and Empire*, Oxford, 1994. —: *Geography Unbound*. French Geographic Science from Cassini to Humboldt, Chicago, 1999.
- Goehrke, Carsten: *Russischer Alltag*. vol. 2: Auf

dem Weg in die Moderne, Zúrich, 2003.

- Goldblatt, David: *The Ball is Round*. A Global History of Football, Londres, 2006.
- Goldstein, Melvyn C.: A History of *Modern Tibet*, 1913-1951. The Demise of the Lamaist State, Berkeley (CA), 1989.
- Goldstein, Robert Justin (ed.): The *War for the Public Mind*. Political Censorship in Nineteenth-Century Europe, Westport (CT), 2000. —: *Political Censorship* of the Arts and the Press in Nineteenth-Century Europe, Basingstoke, 1989.
- Goldstone, Jack A.: *Revolution and Rebellion* in the Early Modern World, Berkeley (CA), 1991. —: «The *Problem* of the "Early Modern" World», en: JESHO 41 (1998), pp. 249-284.
- Gollwitzer, Heinz: *Die gelbe Gefahr*. Geschichte eines Schlagworts. Studien zum imperialistischen Denken, Gotinga, 1962. —: *Geschichte* des weltpolitischen Denkens. 2 vols., Gotinga, 1972-1982.
- Gong, Gerrit W.: The *Standard of «Civilization»* in International Society, Oxford, 1984.
- Goodman, Bryna: *Native Place*, City, and Nation. Regional Networks and Identities in Shanghai, 1853-1937, Berkeley (CA), 1995.
- Goodman, David G., y Masanori Miyazawa: *Jews in the Japanese Mind*. The History and Uses of a Cultural Stereotype, Lanham (MD), 2000.
- Goody, Jack: The *East in the West*, Cambridge, 1996. —: *Food* and Love. A Cultural History of East and West, Londres, 1998. —: The *Theft of History*, Cambridge, 2006. [*El robo de la historia*, trad. Raquel Vázquez Ramil, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2011]
- Goonatilake, Susantha: *Toward a Global Science*.

Mining Civilizational Knowledge, Bloomington (IN), 1998.

- Goor, Jurrien van: *De Nederlandse koloniën*. Geschiedenis van de Nederlandse expansie 1600-1975, La Haya, 1994.
- Gosewinkel, Dieter, y Johannes Masing (eds.): Die *Verfassungen* in Europa 1789-1949, Múnich, 2006. —: *Einbürgern* und Ausschließen. Die Nationalisierung der Staatsangehörigkeit vom Deutschen Bund bis zur Bundesrepublik Deutschland, Gotinga, 2001.
- Gott, Richard: *Cuba*. A New History, New Haven (CT), 2004. [*Cuba: una nueva historia*, trad. Juan María López de Sá, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2007.]
- Gottschang, Thomas, y Diana Lary: *Swallows* and Settlers. The Great Migration from North China to Manchina, Ann Arbor (MI), 2000.
- Gouda, Frances: *Dutch Culture Overseas*. Colonial Practice in the Netherlands Indies, 1900-1942, Ámsterdam, 1995.
- Gould, Eliga H.: «*A World Transformed*? Mapping the Legal Geography of the English-Speaking Atlantic, 1660-1825», en: Wiener Zeitschrift zur Geschichte der Neuzeit 3 (2003), pp. 24-37. —: The *Persistence of Empire*. British Political Culture in the Age of the American Revolution, Chapel Hill (NC), 2000.
- —, y Peter S. Onuf (eds.): *Empire and Nation*. The American Revolution in the Atlantic World, Baltimore (MD), 2005.
- Grab, Walter (ed.): Die *Französische Revolution*. Eine Dokumentation, Múnich, 1973.
- Grabbe, Hans-Jürgen: Vor der großen *Flut*. Die europäische Migration in die Vereinigten Staaten

von Amerika 1783-1820, Stuttgart, 2001.

- Gradenwitz, Peter: *Musik* zwischen Orient und Okzident. Eine Kulturgeschichte der Wechselbeziehungen, Wilhelmshaven, 1977.
- Gradmann, Christoph: *Krankheit im Labor*. Robert Koch und die medizinische Bakteriologie, Gotinga, 2005.
- Graf, Friedrich Wilhelm: Die *Wiederkehr* der Götter. Religion in der modernen Kultur, Múnich, 2004.
- Graff, Harvey J.: The *Legacies* of Literacy. Continuities and Contradictions in Western Culture and Society, Bloomington (IN), 1987.
- Graham, Richard: *Independence* in Latin America. A Comparative Approach, Nueva York, 1994[2].
- Gran-Aymerich, Ève: *Naissance de l'archéologie moderne*, 1798-1945, París, 1998. [*El nacimiento de la arqueología moderna, 1798-1945*, trad. Inés Sancho-Arroyo, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001.]
- Grandner, Margarete, y Andrea Komlosy (eds.): Vom *Weltgeist* beseelt. Globalgeschichte 1700-1815, Viena, 2004.
- Gransow, Bettina: *Geschichte der chinesischen Soziologie*, Fráncfort, 1992.
- Grant, Jonathan A.: *Rulers*, Guns, and Money. The Global Arms Trade in the Age of Imperialism, Cambridge (MA), 2007.
- Grant, Susan-Mary: The *War for a Nation*. The American Civil War, Nueva York, 2006.
- Grassby, Richard: The *Idea of Capitalism* before the Industrial Revolution, Lanham (MD), 1999.
- Graves, Joseph L.: The *Emperor's New Clothes*. Biological Theories of Race at the Millennium. New Brunswick (NJ), 2001.
- Grebing, Helga (ed.): *Geschichte der sozialen Ideen*

in Deutschland, Essen, 2000.

- Green, William A.: *British Slave Emancipation*. The Sugar Colonies and the Great Experiment, 1830-1865, Oxford, 1976. —: «*Periodization* in European and World History», en: JWH 3 (1992), pp. 13-53.
- Greene, Jack P., y Jack R. Pole (eds.): A *Companion* to the American Revolution, Malden (MA), 2000.
- Greenhalgh, Paul: *Ephemeral Vistas*. The «Expositions universelles», Great Exhibitions and World's Fairs, 1851-1939, Manchester, 1988.
- Gregor-Dellin, Martin: *Richard Wagner*. Sein Leben, sein Werk, sein Jahrhundert, Múnich, 1983. [*Richard Wagner: su vida, su obra, su siglo*, trad. Ángel-Fernando Mayo Antoñanzas, Madrid: Alianza, 1983, 2001.]
- Gregory, Cedric E.: A Concise History of *Mining*, Lisse, 2001.
- Gregory, Desmond: *Brute New World*. The Rediscovery of Latin America in the Early Nineteenth Century, Londres, 1992.
- Gregory, Paul R.: *Before Command*. An Economic History of Russia from Emancipation to the First Five-Year Plan, Princeton (NJ), 1994.
- Grell, Ole Peter, *et al.* (eds.): *Health Care* and Poor Relief in 18th and 19th Century Northern Europe, Aldershot, 2002.
- Grewal, J. S.: The *Sikhs* of the Punjab, Cambridge, 1990.
- Grewe, Wilhelm G.: *Epochen* der Völkerrechtsgeschichte, Baden-Baden, 1988[2]. —(ed.): *Fontes historiae iuris gentium*, 3 vols. (en 5 tomos), Berlín, 1988-1995.
- Grigg, David: The *Agricultural Systems* of the World. An Evolutionary Approach, Cambridge, 1974. —:

The *Transformation* of Agriculture in the West, Oxford, 1992.

- Grossi, Verdiana: *Le pacifisme européen* 1889-1914, Bruselas, 1994.
- Grove, Eric: The *Royal Navy* since 1815. A New Short History, Basingstoke, 2005.
- Grove, Richard H.: *Ecology*, Climate and Empire. Colonialism and Global Environmental History, 1400-1940, Cambridge, 1995. —: *Green Imperialism*. Colonial Scientists, Ecological Crises and the History of Environmental Concern, 1600-1800, Cambridge, 1995.
- Grübler, Arnulf: The Rise and Fall of *Infrastructures*. Dynamics of Evolution and Technological Change in Transport, Heidelberg, 1990. —: *Technology* and Global Change, Cambridge, 1998.
- Gründer, Horst: *Geschichte der deutschen Kolonien*, Paderborn, 2004[5]. —: *Welteroberung* und Christentum. Ein Handbuch zur Geschichte der Neuzeit, Gütersloh, 1992.
- —, y Peter Johanek (eds.): *Kolonialstädte*. Europäische Enklaven oder Schmelztiegel der Kulturen?, Münster, 2002.
- Grüttner, Michael: *Arbeitswelt* an der Wasserkante. Sozialgeschichte der Hamburger Hafenarbeiter 1886-1914, Gotinga, 1984.
- Gruzinski, Serge: Histoire de *Mexico*, París, 1996. [*La ciudad de México: Una historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 2004, 2014.]
- Gugerli, David (ed.): *Vermessene Landschaften*. Kulturgeschichte und technische Praxis im 19. und 20. Jahrhundert, Zúrich, 1999.
- —, y Daniel Speich: *Topografien* der Nation. Politik, kartografische Ordnung und Landschaft im 19.

Jahrhundert, Zúrich, 2002.

- Guha, Sumit: *Environment and Ethnicity* in India, 1200-1991, Cambridge, 1999. —: *Health and Population* in South Asia. From Earliest Times to the Present, Londres, 2001.
- Guibernau, Montserrat: *Nationalisms*. The Nation-State and Nationalism in the Twentieth Century, Cambridge, 1996. [*Los nacionalismos*, trad. Carles Salazar, Barcelona: Ariel, 1996.]
- Gullick, J. M.: *Malay Society* in the Late Nineteenth Century. The Beginnings of Change, Kuala Lumpur 1987.
- Gump, James O.: The *Dust* Rose Like Smoke. The Subjugation of the Zulu and the Sioux, Lincoln (NE), 1994.
- Gupta, Narayani: *Delhi* between Two Empires 1803-1931. Society, Government and Urban Growth, Delhi, 1981.
- Gupta, Partha Sarathi, y Anirudh Deshpande (eds.): The *British Raj* and Its Indian Armed Forces, 1857-1939, Delhi, 2002.
- Gutiérrez, David G.: *Walls and Mirrors*. Mexican Americans, Mexican Immigrants and the Politics of Ethnicity, Berkeley (CA), 1995.
- Guy, Donna J., y Thomas E. Sheridan (eds.): *Contested Ground*. Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire, Tucson (AZ), 1998.
- Gyory, Andrew: *Closing the Gate*. Race, Politics, and the Chinese Exclusion Act, Chapel Hill (NC), 1998.
- Haarmann, Harald: *Weltgeschichte der Sprachen*. Von der Frühzeit des Menschen bis zur Gegenwart, Múnich, 2006.
- Haber, Stephen (ed.): *How Latin America Fell Behind*. Essays on the Economic Histories of Brazil

and Mexico, 1800-1914, Stanford (CA), 1997.

- Habermas, Jürgen: *Strukturwandel* der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft, Neuwied, 1962. [*Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, trad. Antoni Domènech, Barcelona: Gustavo Gili, 1981, 2004.]
- Habib, S. Irfan, y Dhruv Raina (eds.): *Social History of Science* in Colonial India, Oxford, 2007.
- Hachtmann, Rüdiger: *Epochenschwelle* zur Moderne. Einführung in die Revolution von 1848/49, Tubinga, 2002.
- Häfner, Lutz: *Gesellschaft* als lokale Veranstaltung. Die Wolgastädte Kazan' und Saratov (1870-1914), Colonia, 2004.
- Hagen, Mark von: «*Empires*, Borderlands, and Diasporas. Eurasia as AntiParadigm for the Post-Soviet Era», en: AHR 109 (2004), pp. 445-468.
- Haines, Michael R., y Steckel, Richard H.(eds.): A *Population History* of North America, Cambridge, 2000.
- Haines, Robin F.: *Emigration* and the Labouring Poor. Australian Recruitment in Britain and Ireland (1831-60), Londres, 1997.
- Haj, Samira: «*Land*, Power and Commercialization in Lower Iraq, 1850-1958. A Case of «"Blocked Transition"», en: JPS 2 (1994), pp. 126-163.
- Halecki, Oskar: *Europa*. Grenzen und Gliederung seiner Geschichte, Darmstadt, 1957.
- Hall, Catherine: *Civilising Subjects*. Metropole and Colony in the English Imagination, 1830-1867, Cambridge, 2002.
- Hall, D. G. E.: A History of *South-East Asia*, Basingstoke, 1981[4].

- Hall, John Whitney, *et al.* (eds.): The *Cambridge History of Japan*, 6 vols., Cambridge, 1989-1999.
- Hall, Peter: *Cities in Civilization.* Culture, Innovation, and Urban Order, Londres, 1998.
- Halliday, Stephen: The *Great Stink* of London. Sir Joseph Bazalgette and the Cleansing of the Victorian Capital, Stroud (Gloucestershire), 1999.
- Halperin-Donghi, Tulio: The *Aftermath* of Revolution in Latin America, Nueva York, 1973.
- Haltern, Utz: Die *Londoner Weltausstellung* von 1851. Ein Beitrag zur Geschichte der bürgerlich-industriellen Gesellschaft im 19. Jahrhundert, Münster, 1971.
- Hamilton, C. I.: *Anglo-French Naval Rivalry*, 1840-1870, Oxford, 1993.
- Hamilton, Carolyn: *Terrific Majesty*. The Powers of Shaka Zulu and the Limits of Historical Invention, Cambridge (MA), 1998.
- Hamilton, Gary G.: *Commerce* and Capitalism in Chinese Societies, Londres, 2006.
- Hamm, Michael F. (ed.): The *City in Late Imperial Russia*, Bloomington (IN), 1986.
- Hammitzsch, Horst (ed.): *Japan-Handbuch*, Stuttgart, 1984[2].
- Hamnett, Brian: *Juárez*, Harlow, 1994. [*Juárez: el benemérito de las Américas*, trad. Michel Angstadt, Madrid: Biblioteca Nueva, 2006.]
- Hampsher-Monk, Iain (ed.): The *Impact* of the French Revolution. Texts from Britain in the 1790s, Cambridge, 2005.
- Hancock, David: *Citizens of the World.* London Merchants and the Integration of the British Atlantic Community, 1735-1785, Cambridge, 1996.
- Haneda Masashi, y Miura Toru (eds.): *Islamic Urban Studies.* Historical Review and Perspectives,

Londres, 1994.

- Hanes, Jeffrey E.: The *City as Subject*. Seki Hajime and the Reinvention of Modern Osaka, Berkeley (CA), 2002.
- Hanioğlu, M. Şükrü: A *Brief History* of the Late Ottoman Empire, Princeton (NJ), 2008. —: *Preparation* for a Revolution. The Young Turks, 1902-1908, Oxford, 2001. —: The *Young Turks* in Opposition, Nueva York, 1995.
- Hanley, Susan B.: *Everyday Things* in Premodern Japan. The Hidden Legacy of Material Culture, Berkeley (CA), 1997.
- —, y Yamamura Kozo: Economic and Demographic Change in *Preindustrial Japan*, 1600-1868, Princeton (NJ), 1977.
- Hannaford, Ivan: *Race*. The History of an Idea in the West, Washington (DC), 1996.
- Hansen, Mogens Herman (ed.): A Comparative Study of Thirty *City-State Cultures*, Copenhague, 2000.
- Hanssen, Jens, *et al.* (eds.): The *Empire in the City*. Arab Provincial Capitals in the Late Ottoman Empire, Wurzburgo, 2002. —: Fin-de-siècle *Beirut*. The Making of an Ottoman Provincial Capital, Oxford, 2006.
- Hao Yen-p'ing, The *Commercial Revolution* in Nineteenth-Century China. The Rise of Sino-Western Mercantile Capitalism, Berkeley (CA), 1986.
- Hardach-Pinke, Irene: Die *Gouvernante*. Geschichte eines Frauenberufs, Fráncfort, 1993.
- Hardacre, Helen: *Shinto and the State*. 1868-1988, Princeton (NJ), 1989.
- —, y Adam L. Kern (eds.): *New Directions* in the Study of Meiji Japan, Leiden, 1997.

- Hardiman, David: *Feeding the Baniya*. Peasants and Usurers in Western India, Delhi, 1996. —: «*Usury*, Dearth and Famine in Western India», en: P&P 152 (1996), pp. 113-156.
- Harding, Colin, y Simon Popple: *In the Kingdom of Shadows*. A Companion to Early Cinema, Londres, 1996.
- Hardtwig, Wolfgang: *Genossenschaft*, Sekte, Verein in Deutschland, vol. 1, Múnich, 1997.
- —, y Klaus Tenfelde (eds.): *Soziale Räume* in der Urbanisierung. Studien zur Geschichte der Stadt München im Vergleich 1850 bis 1933, Múnich, 1990.
- Harlow, Barbara, y Mia Carter (eds.): *Archives of Empire*, 2 vols., Durham (NC), 2003.
- Harrison, Mark: *Climates and Constitutions*. Health, Race, Environment and British Imperialism in India, 1600-1850, Nueva Delhi, 1999. —: *Public Health* in British India. Anglo-Indian Preventive Medicine 1859-1914, Cambridge, 1994.
- Hartley, Janet M.: A *Social History* of the Russian Empire 1650-1825, Londres, 1999.
- Harvey, David: The Condition of *Postmodernity*. An Enquiry into the Origins of Cultural Change, Oxford, 1989.
- Hastings, Adrian (ed.): A *World History of Christianity*, Londres, 1999.
- Haumann, Heiko: Geschichte der *Ostjuden*, Múnich, 1999[5].
- Hauner, Milan: *What Is Asia to Us*? Russia's Asian Heartland Yesterday and Today, Boston, 1990.
- Haupt, Heinz-Gerhard: *Sozialgeschichte Frankreichs* seit 1789, Fráncfort, 1989.
- —, y Geoffrey Crossick: Die *Kleinbürger*. Eine europäische Sozialgeschichte des 19.

Jahrhunderts, Múnich, 1998.

- Hausberger, Bernd, y Gerhard Pfeisinger (eds.): Die *Karibik*. Geschichte und Gesellschaft 1492-2000, Viena, 2005.
- Haussig, Hans-Michael: Der *Religionsbegriff* in den Religionen. Studien zum Selbst- und Religionsverständis in Hinduismus, Buddhismus, Judentum und Islam, Bodenheim, 1999.
- Hawes, C. J.: *Poor Relations*. The Making of a Eurasian Community in British India 1773-1833, Richmond, 1996.
- Hay, Stephen N.: *Asian Ideas* of East and West. Tagore and his Critics in Japan, China, and India. Cambridge (MA), 1970.
- Hayami Akira: The *Historical Demography* of Pre-modern Japan, Tokio, 1997.
- —, *et al.* (eds.): *Economic History of Japan*, 1600-1990, vol. 1: Emergence of Economic Society in Japan, 1600-1859, Oxford, 2004.
- Hayhoe, Ruth: *China's Universities*, 1895-1995. A Century of Conflict, Nueva York, 1996.
- Hays, Jo N.: The *Burdens of Disease*. Epidemics and Human Response in Western History, New Brunswick (NJ), 1998.
- Headrick, Daniel R.: When *Information* Came of Age. Technologies of Knowledge in the Age of Reason and Revolution, Oxford, 2000. —: The *Invisible Weapon*. Telecommunications and International Politics, 1851-1945, Nueva York, 1991. —: The *Tentacles* of Progress. Technology Transfer in the Age of Imperialism, 1850-1940, Nueva York, 1988. —: The *Tools* of Empire. Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century, Nueva York, 1981. [*Los instrumentos del imperio: tecnología e imperialismo*

europeo en el siglo XIX, trad. Javier García Sanz, Madrid: Alianza, 1989.]

- Heathcote, T. A.: The *Military in British India*. The Development of British Land Forces in South Asia, 1600-1947, Manchester, 1995.
- Heerma van Voss, Lex, y Marcel van der Linden (eds.): *Class* and Other Identities. Gender, Religion and Ethnicity in the Writing of European Labour History, Nueva York, 2002.
- Heffer, Jean: The *United States* and the Pacific. History of a Frontier, Notre Dame (IN), 2002.
- Heideking, Jürgen: *Geschichte der USA*, Tubinga, 2003[3].
- Heilbroner, Robert L.: The *Nature and Logic* of Capitalism, Nueva York, 1985. [*Naturaleza y lógica del capitalismo*, trad. Montserrat Gurguí, Barcelona: Península, 1990, 2003.]
- Helmstadter, Richard J. (ed.): *Freedom and Religion* in the Nineteenth Century, Stanford (CA), 1997.
- Hemming, John: *Amazon Frontier*. The Defeat of the Brazilian Indians, Londres, 1987.
- Henare, Amiria J. M.: *Museums*, Anthropology and Imperial Exchange, Cambridge, 2005.
- Henkin, David M.: The *Postal Age*. The Emergence of Modern Communications in Nineteenth-Century America, Chicago, 2006.
- Hennessy, Alistair: The *Frontier in Latin American History*, Londres, 1978.
- Henning, Joseph M.: *Outposts of Civilization*. Race, Religion, and the Formative Years of American-Japanese Relations, Nueva York, 2000.
- Hennock, Ernest P.: The *Origin of the Welfare State* in England and Germany, 1850-1914. Social Policies Compared, Cambridge, 2007.
- Henze, Dietmar: *Enzyklopädie* der Entdecker und

Erforscher der Erde, 5 vols., Graz, 1978-2004.
- Henze, Paul B.: *Layers of Time*. A History of Ethiopia, Nueva York, 2000.
- Herbert, Christopher: *War of No Pity*. The Indian Mutiny and Victorian Trauma, Princeton (NJ), 2008.
- Herlihy, Patricia: *Odessa*. A History, 1794-1914, Cambridge (MA), 1991.
- Herr, Richard (ed.): *Themes* in Rural History of the Western World, Ames (IA), 1993.
- Herren, Madeleine: *Hintertüren zur Macht*. Internationalismus und modernisierungsorientierte Außenpolitik in Belgien, der Schweiz und den USA 1865-1914, Múnich, 2000.
- Herrigel, Gary: *Industrial Constructions*. The Sources of German Industrial Power, Cambridge, 1996.
- Herrmann, David G.: The *Arming of Europe* and the Making of the First World War, Princeton (NJ), 1996.
- Herzfeld, Michael: *Anthropology*. Theoretical Practice in Culture and Society, Malden (MA), 2001.
- Hevia, James L.: *Cherishing Men from Afar*. Qing Guest Ritual and the Macartney Embassy of 1793, Durham (NC), 1995. —: *English Lessons*. The Pedagogy of Imperialism in Nineteenth-Century China, Durham (NC), 2003.
- Heyden, Ulrich van der, y Joachim Zeller: *Kolonialmetropole Berlin*. Eine Spurensuche, Berlín, 2000.
- Hibbert, Christopher: *Queen Victoria* in Her Letters and Journals, Londres, 1984.
- Hight, Eleanor M., y Gary D. Sampson (eds.): *Colonialist Photography*. Imag(in)ing Race and Place, Londres, 2002.

- Higman, B. W.: *Slave Populations* of the British Caribbean, 1807-1834, Baltimore (MD), 1984.
- Higonnet, Patrice: *Paris*. Capital of the World, Cambridge (MA), 2002.
- Hildebrand, Klaus: *Das vergangene Reich*. Deutsche Außenpolitik von Bismarck bis Hitler, Stuttgart, 1995. —: *No Intervention* – die Pax Britannica und Preußen 1865/66-1869/70. Eine Untersuchung zur englischen Weltpolitik im 19. Jahrhundert, Múnich, 1997.
- Hildermeier, Manfred: *Bürgertum* und Stadt in Rußland 1760-1870. Rechtliche Lage und soziale Struktur, Colonia, 1986.
- Hilton, Boyd: *A Mad, Bad, and Dangerous People*? England 1783-1846, Oxford, 2006.
- Hinde, Andrew: *England's Population*. A History since the Domesday Survey, Londres, 2003.
- Hine, Robert V., y John Mack Faragher: The *American West*. A New History, New Haven (CT), 2000.
- Hinsley, F. Harry: *Power and the Pursuit of Peace*. Theory and Practice in the History of Relations between States, Cambridge, 1963.
- Hirschhausen, Ulrike von, y Jörn Leonhard (eds.): *Nationalismen* in Europa. West- und Osteuropa im Vergleich, Gotinga, 2001.
- Hiskett, Mervyn: The Course of *Islam in Africa*, Edimburgo, 1994.
- Ho Ping-ti: *Studies* on the Population of China, 1368-1953, Cambridge (MA), 1959.
- Hoare, James E.: *Japan's Treaty Ports* and Foreign Settlements. The Uninvited Guests, 1858-99, Londres, 1994.
- Hobsbawm, Eric J.: Die *Blütezeit* des Kapitals. Ein Kulturgeschichte der Jahre 1848 bis 1875, Múnich,

1977. [*La era del capital, 1848-1875*, trad. A. García Fluixá *et al.*, Barcelona: Crítica, 1998, 2012 (anteriormente, *La era del capitalismo*, Guadarrama, 1977 y Labor, 1987).] —: *Das imperiale Zeitalter* 1875-1914, Fráncfort, 1989. [*La era del imperio, 1875-1914*, trad. Juan Faci Lacasta, Barcelona: Crítica, 1998, 2012 (anteriormente *Era del imperio (1875-1914)*, Labor, 1989).] —: *Europäische Revolutionen*, Zúrich, 1962. [*La era de la revolución, 1789-1848*, trad. Felipe Ximénez de Sandoval, Barcelona: Crítica, 1997, 2012 (anteriormente, *Las revoluciones burguesas: Europa 1789-1848*, Guadarrama, 1964, y Labor, 1987).] —: *Industrie und Empire*. Britische Wirtschaftsgeschichte seit 1750, 2 vols., Fráncfort, 1969. [*Industria e imperio: una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, trad. Gonzalo Pontón, Barcelona: Ariel, 1977. Hay ed. rev.: *Industria e imperio: historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*, Crítica, 2001.] —: *Sozialrebellen*, Neuwied, 1962. [*Rebeldes primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, trad. Joaquin Romero Maura, Barcelona: Crítica, 2013; Ariel, 1968.]

- Hobson, John A.: *Imperialism*. A Study [1902], Londres, 19883.
- Hobson, John M.: The *Eastern Origins* of Western Civilisation, Cambridge, 2004.
- Hobson, Rolf: *Maritimer Imperialismus*. Seemachtideologie, seestrategisches Denken und der Tirpitzplan 1875 bis 1914, Múnich, 2004.
- Hochreiter, Walter: *Vom Musentempel zum Lernort*. Zur Sozialgeschichte deutscher Museen 1800-1914, Darmstadt, 1994.
- Hochschild, Adam: *Bury the Chains*. The British

Struggle to Abolish Slavery, Londres, 2005. [*Enterrad las cadenas: profetas y rebeldes en la lucha por la liberación de los esclavos de un imperio*, trad. José Luis Gil Aristu, Barcelona: Península, 2006.]

- Hochstadt, Steve: *Mobility* and Modernity. Migration in Germany, 1820-1989, Ann Arbor (MI), 1999.
- Hodgson, Marshall G. S.: The *Venture of Islam*. Conscience and History in a World Civilization, 3 vols., Chicago, 1974.
- Hoensch, Jörg K.: *Geschichte Ungarns* 1867-1983, Stuttgart, 1984.
- Hoerder, Dirk: *Cultures in Contact*. World Migration in the Second Millenium, Durham (NC), 2002.
- —, y Leslie Page Moch (eds.): *European Migrants*. Global and Local Perspectives, Boston, 1996.
- Hoffenberg, Peter H.: *An Empire on Display*. English, Indian, and Australian Exhibitions from the Chrystal Palace to the Great War, Berkeley (CA), 2001.
- Hoffman, Philip T., *et al.*: «*Real Inequality* in Europe since 1500», en: JEH 62 (2002), pp. 322-355.
- Hofmeister, Burkhard: *Australia* and Its Urban Centres, Berlín, 1988. —: Die *Stadtstruktur*. Ihre Ausprägung in den verschiedenen Kulturräumen der Erde, Darmstadt, 1996[3].
- Hohenberg, Paul M., y Lynn Hollen Lees: The *Making of Urban Europe*, 1000-1950, Cambridge (MA), 1985.
- Holden, Robert H.: *Armies* Without Nations. Public Violence and State Formation in Central America, 1821-1960, Oxford, 2004.
- Hölscher, Lucian: Die Entdeckung der *Zukunft*, Fráncfort, 1999. [*El descubrimiento del futuro*, trad. Carlos Martín Ramírez, Tres Cantos (Madrid): Siglo

XXI de España, 2014.]

- Holt, Thomas C.: The *Problem of Freedom*. Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938, Baltimore (MD), 1992.
- Homans, Margaret: *Royal Representations*. Queen Victoria and British Culture, 1837-1876, Chicago, 1998.
- Homberger, Eric: *Mrs. Astor's New York*. Money and Social Power in a Gilded Age, New Haven (CT), 2002.
- Hopkins, A. G. (ed.): *Global History*. Interactions Between the Universal and the Local, Basingstoke, 2006. — (ed.): *Globalization* in World History, Londres, 2002.
- Hopkins, Donald R.: *Princes* and Peasants. Smallpox in History, Chicago, 1983.
- Hoppen, K. Theodore: The *Mid-Victorian Generation* 1846-1886, Oxford, 1998.
- Horden, Peregrine, y Nicholas Purcell: The *Corrupting Sea*. A Study of Mediterranean History, Oxford, 2000.
- Horel, Catherine: Histoire de *Budapest*, París, 1999.
- Hörisch, Jochen: Der *Sinn* und die Sinne. Eine Geschichte der Medien, Fráncfort, 2001.
- Horn, Eva, *et al.* (eds.): *Grenzverletzer*. Von Schmugglern, Spionen und anderen subversiven Gestalten, Berlín, 2002.
- Horowitz, Roger, *et al.*: «*Meat* for the Multitudes. Market Culture in Paris, New York City, and Mexico over the Long Nineteenth Century», en: AHR 109 (2004), pp. 1055-1083.
- Horton, Mark, y John Middleton: *The Swahili*. The Social Landscape of a Mercantile Society, Oxford, 2000.
- Hösch, Edgar: Geschichte der *Balkanländer*. Von

der Frühzeit bis zur Gegenwart, Múnich, 1988.

- Hounshell, David A.: *From the American System* to Mass Production, 1800-1932. The Development of Manufacturing Technology on the United States, Baltimore (MD), 1984.
- Hourani, Albert: *Arabic Thought* in the Liberal Age 1798-1939, Londres, 1962. —: Die *Geschichte der arabischen Völker*, Fráncfort, 1992. [*La historia de los árabes*, trad. Aníbal Leal, Barcelona: Zeta, 2010; *Historia de los pueblos árabes*, trad. Blanca Ribera, Barcelona: Ariel, 1992]
- —, *et al.* (eds.): The *Modern Middle East*. A Reader, Londres, 1993.
- Howard, Michael: *War in European History*, Londres, 1976.
- Howe, Anthony: *Free Trade* and Liberal England, Oxford, 1997.
- Howe, Christopher: The *Origins* of Japanese Trade Supremacy. Development and Technology in Asia from 1540 to the Pacific War, Londres, 1996.
- Howe, Stephen: *Empire*. A Very Short Introduction, Oxford, 2002. —: *Ireland* and Empire. Colonial Legacies in Irish History and Culture, Oxford, 2000.
- Howland, Douglas, R.: *Translating the West*. Language and Political Reason in Nineteenth-Century Japan, Honolulu, 2002.
- Hoxie, Frederick E.: A *Final Promise*: The Campaign to Assimilate the Indians, 1880-1920, Lincoln (NE), 1984.
- Hroch, Miroslav: Das *Europa der Nationen*. Die moderne Nationsbildung im europäischen Vergleich, Gotinga, 2005.
- Hsiao Kung-chuan: *A Modern China* and a New World. K'ang Yu-wei, Reformer and Utopian, 1858-1927, Seattle, 1975. —: *Rural China*. Imperial

Control in the Nineteenth Century, Seattle, 1960.

- Hsü, Immanuel C. Y.: The Rise of *Modern China*, Nueva York, 2000[6].
- Huang, Philip C. C.: The *Peasant Economy* and Social Change in North China, Stanford (CA), 1985. —: The *Peasant Family* and Rural Development in the Yangzi Delta, 1350-1988, Stanford (CA), 1990.
- Huber, Valeska: «The *Unification of the Globe by Disease*? The International Sanitary Conferences on Cholera, 1851-1894», en: HJ 49 (2006), pp. 453-476.
- Hucker, Charles O.: A *Dictionary* of Official Titles in Imperial China, Stanford (CA), 1985.
- Huenemann, Ralph William: The *Dragon* and the Iron Horse. The Economics of Railroads in China, 1876-1937, Cambridge (MA), 1984.
- Huerkamp, Claudia: Der *Aufstieg der Ärzte* im 19. Jahrhundert. Vom gelehrten Stand zum professionellen Experten. Das Beispiel Preußens, Gotinga, 1985.
- Huff, Toby: The Rise of *Early Modern Science*. Islam, China, and the West, Cambridge, 2003[2].
- Huffman, James L.: *Creating a Public*. People and Press in Meiji Japan, Honolulu, 1997.
- Hughes, Thomas P.: *Human-Built World*. How to Think about Technology and Culture, Chicago, 2004. —: *Networks of Power*. Electrification in Western Society, 1880-1930, Baltimore (MD), 1983.
- Hugill, Peter J.: *Global Communications* since 1844. Geopolitics and Technology, Baltimore (MD), 1999. —: *World Trade* since 1431. Geography, Technology, and Capitalism, Baltimore (MD), 1993.
- Humboldt, Alexander von: *Essai politique* sur le Royaume de la NouvelleEspagne [1808], 3 vols., París, 2.ª ed., 1825-1827. [*Ensayo político sobre el*

reino de la Nueva España, trad. Vicente González Arnao [1836], México: Porrua, 1966; ed. Vito Alessio Robles, México: Pedro Robredo, 1941.] —: *Reise durchs Baltikum* nach Russland und Sibirien 1829, ed. Hanno Beck, Stuttgart, 1984[2]. —: *Relation historique* du voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, 3 vols., París, 1814-1825. [*Del Orinoco al Amazonas: viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Barcelona: Booket, 2005; trad. Francisco Payarols, Barcelona: Labor, 1988.] —: *Studienausgabe*, ed. Hanno Beck, 7 vols., Darmstadt, 1989-1993.

- Humboldt, Wilhelm von: *Werke*, ed. Andreas Flitner, 5 vols., Darmstadt, 1960-1981.
- Hunt, Michael H.: The Making of a *Special Relationship*. The United States and China to 1914, Nueva York, 1983.
- Hunter, Louis C.: A History of *Industrial Power* in the United States, 1780-1930, vol. 1: Waterpower in the Century of the Steam Engine, Charlottesville (VA), 1979.
- Hurewitz, Jacob C. (ed.): *Diplomacy* in the Near and Middle East. A Documentary Record, 1535-1956, 2 vols., Nueva York, 1956.
- Hurt, R. D.: *Indian Agriculture* in America. Prehistory to the Present. Lawrence (KS), 1987.
- Hurtado, Albert L.: *Indian Survival* on the California Frontier, New Haven (CT), 1988.
- Huston, James L.: *Securing the Fruits of Labor*. The American Concept of Wealth Distribution, 1765-1900, Baton Rouge (LA), 1998.
- Hwang, Kyung Moon: *Beyond Birth*. Social Status in the Emergence of Modern Korea, Cambridge (MA), 2005.
- Hyam, Ronald: *Britain's Imperial Century*

1815-1914. A Study of Empire and Expansion, Basingstoke, 1993[2].

- Iggers, Georg G., y Q. Edward Wang: A Global History of *Modern Historiography*, Harlow, 2008.
- Igler, David: «*Diseased Goods*. Global Exchanges in the Eastern Pacific Basin, 1770-1850», en: AHR 109 (2004), pp. 693-719.
- İhsanoğlu, Ekmeleddin: *Science*, Technology and Learning in the Ottoman Empire. Western Influence, Local Institutions, and the Transfer of Knowledge, Aldershot, 2004.
- Ikegami, Eiko: «*Citizenship* and National Identity in Early Meiji Japan, 1868-1889. A Comparative Assessment», en: IRSH 40, Supplement 3 (1995), pp. 185-221. —: The *Taming of the Samurai*. Honorific Individualism and the Making of Modern Japan, Cambridge (MA), 1995. [*La domesticación del samurái: el individualismo honorífico y la construcción del Japón moderno*, trad. Hugo Antonio Pérez Hernáiz, Barcelona: Anthropos, 2012.]
- Iliffe, John: The *African Poor*. A History, Cambridge, 1987. —: *Africans*. The History of a Continent, Cambridge, 1995. [*África, historia de un continente*, trad. María Barberán, Madrid: Cambridge University Press, 1998 (hay una 2.ª ed. rev., Tres Cantos, Madrid: Akal, 2013).] —: *East African Doctors*. A History of the Modern Profession, Cambridge, 1998. —: *Famine in Zimbabwe* 1890-1960, Gweru (Zimbabue), 1990. —: A Modern History of *Tanganyika*, Cambridge, 1979.
- Imhof, Arthur E.: Die *Lebenszeit*. Vom aufgeschobenen Tod und von der Kunst des Lebens. Múnich, 1988.
- İnalcık, Halil, y Donald Quataert (eds.): Economic and Social History of the *Ottoman Empire*, 2 vols.,

Cambridge, 1994.

- Ingrao, Charles W.: The *Habsburg Monarchy* 1618-1815, Cambridge, 2000[2].
- Inikori, Joseph E.: *Africans* and the Industrial Revolution in England. A Study in International Trade and Economic Development, Cambridge, 2002.
- Inkster, Ian: *Science* and Technology in History. An Approach to Industrial Development, Basingstoke, 1991.
- Inwood, Stephen: A History of *London*, Londres, 1998.
- Irick, Robert L.: Ch'ing Policy toward the *Coolie Trade*, 1847-1878, San Francisco, 1982.
- Irokawa Daikichi: The *Culture of the Meiji Period*, Princeton (NJ), 1985.
- Irschick, Eugene F.: *Dialogue and History*. Constructing South India; 1795-1895, Berkeley (CA), 1994.
- Irving, Robert G.: *Indian Summer*. Lutyens, Baker, and Imperial Delhi, New Haven (CT), 1981.
- Isenberg, Andrew C.: The *Destruction of the Bison*. An Environmental History, 1750-1920, Cambridge, 2000.
- Isichei, Elizabeth: A *History* of African Societies to 1870, Cambridge, 1997.
- Jackson, Carl T.: *Oriental Religions* and American Thought. Nineteenth-Century Explorations, Westport (CT), 1981.
- Jackson, James Harvey: Migration and Urbanization in the *Ruhr Valley*, 1821-1914, Atlantic Highlands (NJ), 1997.
- Jackson, Kenneth T.: *Crabgrass Frontier*. The Suburbanization of the United States, Nueva York, 1985.

- Jackson, R. V.: The *Population History* of Australia, Fitzroy (Victoria), 1988.
- Jacobs, Wilbur R.: *On Turner's Trail*. 100 Years of Writing Western History, Lawrence (KS), 1994.
- Jacobson, Matthew Frye: *Barbarian Virtues*. The United States Encounters Foreign Peoples at Home and Abroad, 1876-1917, Nueva York, 2000. —: *Whiteness* of a Different Color. European Immigrants and the Alchemy of Race, Cambridge (MA), 1998.
- Jacoby, Karl: *Crimes* against Nature. Squatters, Poachers, Thieves, and the Hidden History of American Conservation, Berkeley (CA), 2001.
- Jäger, Jens: *Photographie*. Bilder der Neuzeit. Einführung in die Historische Bildforschung, Tubinga, 2000.
- James, John A., y Mark Thomas (eds.): *Capitalism* in Context, Chicago, 1994.
- Janich, Nina, y Albrecht Greule (eds.): *Sprachkulturen* in Europa. Ein internationales Handbuch, Tubinga, 2002.
- Janku, Andrea: *Nur leere Reden*. Politischer Diskurs und die Shanghaier Presse im China des späten 19. Jahrhunderts, Wiesbaden, 2003.
- Jannetta, Ann Bowman: The *Vaccinators*. Smallpox, Medical Knowledge, and the «Opening» of Japan, Stanford (CA), 2007.
- Jansen, Harry S.: «*Wrestling with the Angel*. Problems of Definition in Urban Historiography», en: Urban History 23 (1996), pp. 277-299.
- Jansen, Marius B.: *China in the Tokugawa* World, Cambridge (MA), 1998. —: The Making of *Modern Japan*, Cambridge (MA), 2000.
- Janssen, Helmut: Die *Übertragung von Rechtsvorstellungen* auf fremde Kulturen am

Beispiel des englischen Kolonialrechts. Ein Beitrag zur Rechtsvergleichung, Tubinga, 2000.

- Jardin, André: Alexis de *Tocqueville*. Leben und Werk, Fráncfort, 1991.
- Jasanoff, Maya: *Edge of Empire*. Conquest and Collecting in the East, 1750-1850, Nueva York, 2005.
- Jayawardena, Kumari: *Nobodies* to Somebodies. The Rise of the Colonial Bourgeoisie in Sri Lanka, Nueva York, 2002.
- Jelavich, Barbara: History of the *Balkans*, 2 vols., Cambridge, 1983. —: *Russia's Balkan Entanglements* 1806-1914, Cambridge, 1991.
- Jelavich, Charles, y Barbara Jelavich: The *Establishment* of the Balkan National States, 1804-1920, Seattle, 1977.
- Jen Yu-wen: The *Taiping* Revolutionary Movement, New Haven (CT), 1973.
- Jennings, Francis: *Founders of America*, Nueva York, 1993.
- Jensen, Lionel M.: *Manufacturing Confucianism*. Chinese Traditions and Universal Civilization, Durham (NC), 1997.
- Jeremy, David J. (ed.): *International Technology Transfer*. Europe, Japan and the USA, 1700-1914, Aldershot, 1991. —: *Transatlantic Industrial Revolution*. The Diffusion of Textile Technologies between Britain and America, 1790-1830, Oxford, 1981.
- Jersild, Austin: *Orientalism* and Empire. North Caucasus Mountain Peoples and the Georgian Frontier, 1845-1917, Montreal, 2002.
- Jessenne, Jean-Pierre: *Révolution* et Empire 1783-1815, París, 2002.
- Jeurgens, Charles: *De Haarlemmermeer*. Een studie

in planning en beleid 1836-1858, Ámsterdam, 1991.

- Johnson, James H.: *Listening in Paris*. A Cultural History, Berkeley (CA), 1995.
- Johnson, Linda Cooke: *Shanghai*. From Market Town to Treaty Port, 1074-1858, Stanford (CA), 1995.
- Johnson, Lonnie R.: *Central Europe*. Enemies, Neighbors, Friends, Nueva York, 1996.
- Johnson, Paul: The *Birth of the Modern*. World Society 1815-1830, Nueva York, 1991.
- Johnson, Robert Eugene: *Peasant and Proletarian*. The Working Class of Moscow in the Late Nineteenth Century, Leicester 1979.
- Johnston, William: The *Modern Epidemic*. A History of Tuberculosis in Japan, Cambridge (MA), 1995.
- Joll, James: The *Second International* 1889-1914, Londres, 1974. [*La Segunda Internacional: 1889-1914*, trad. Juan Faci *et al.*, Barcelona: Icaria, 1976.] —: Die *Ursprünge* des Ersten Weltkriegs, Múnich, 1988.
- Jones, Charles A.: *International Business* in the Nineteenth Century. The Rise and Fall of a Cosmopolitan Bourgeoisie, Brighton, 1987.
- Jones, Emrys: *Metropolis*. The World's Great Cities, Oxford, 1990. [*Metrópolis: las grandes ciudades del mundo*, trad. Juan García-Morán Escobedo, Madrid: Alianza, 1992.]
- Jones, Eric L.: *The European Miracle*. Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia, Cambridge, 1981. —: *Growth Recurring*. Economic Change in World History, Oxford, 1988.
- —, *et al.*: *Coming Full Circle*. An Economic History of the Pacific Rim, Boulder (CO), 1993.

- Jones, Geoffrey: *Multinationals* and Global Capitalism. From the Nineteenth to the Twenty-First Century, Oxford, 2005.
- Jones, Howard: *Union in Peril*. The Crisis over British Intervention in the Civil War, Chapel Hill (NC), 1992.
- Jones, Jacqueline: *The Dispossessed*. America's Underclasses from the Civil War to the Present, Nueva York, 1992.
- Jones, Kenneth W.: Socio-Religious *Reform Movements* in British India, Cambridge, 1990.
- Jones, William C.: The *Great Qing Code*, Oxford, 1994.
- Jordan, David P.: Die *Neuerschaffung von Paris*. Baron Haussmann und seine Stadt, Fráncfort, 1996.
- Jordan, Teresa: Cowgirls. *Women of the American West*, Lincoln (NE), 1982.
- Jordan, Winthrop D.: *White over Black*. American Attitudes toward the Negro, 1550-1812, Nueva York, 1968.
- Jourdan, Annie: *L'Empire de Napoléon*, París, 2000. —: *La révolution*, une exception française?, París, 2004.
- Judge, Joan: *Print and Politics*. «Shibao» and the Culture of Reform in Late Qing China, Stanford (CA), 1996.
- Juergens, George: *Joseph Pulitzer* and the New York World, Princeton (NJ), 1966.
- Jungnickel, Christa, y Russell McCormmach: *Intellectual Mastery* of Nature. Theoretical Physics from Ohm to Einstein, 2 vols., Chicago, 1986.
- K'ang Yu-wei: *Ta T'ung Shu*. Das Buch von der Großen Gemeinschaft, Düsseldorf, 1974.
- Kaczyńska, Elżbieta: Das größte *Gefängnis* der

Welt. Sibirien als Strafkolonie zur Zarenzeit, Fráncfort, 1994.

- Kaderas, Christoph: Die *Leishu* der imperialen Bibliothek des Kaisers Qianlong (reg. 1736-96), Wiesbaden, 1998.
- Kaelble, Hartmut: «Der Wandel der *Erwerbsstruktur* in Europa im 19. und 20. Jahrhundert», en: Historical Social Research 22 (1997), pp. 5-28. — (ed.): The *European Way*. European Societies during the Nineteenth and Twentieth Centuries, Nueva York, 2004. —: *Industrialisierung* und soziale Ungleichheit. Europa im 19. Jahrhundert. Eine Bilanz, Gotinga, 1983. [*Desigualdad y movilidad social en los siglos XIX y XX*, trad. Victoriano Albillos *et al.*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994.]
- Kaiwar, Vasant: «*Nature*, Property and Polity in Colonial Bombay», en: JPS 27 (2000), pp. 1-49.
- Kale, Madhavi: *Fragments of Empire*. Capital, Slavery, and Indian Indentured Labor Migration in the British Caribbean, Filadelfia, 1998.
- Kalland, Arne, y Brian Moeran: *Japanese Whaling*. End of an Era?, Londres, 1992.
- Kanwar, Pamela: *Imperial Simla*. The Political Culture of the Raj, Delhi, 1990.
- Kapitza, Peter (ed.): *Japan in Europa*. Texte und Bilddokumente zur europäischen Japankenntnis von Marco Polo bis Wilhelm von Humboldt, 2 vols., Múnich, 1990.
- Kappeler, Andreas: *Rußland* als Vielvölkerreich. Entstehung, Geschichte, Zerfall, Múnich, 1992.
- Karabell, Zachary: *Parting the Desert*. The Creation of the Suez Canal, Londres, 2003.
- Karady, Victor: The *Jews of Europe* in the Modern Era. A Socio-Historical Outline, Budapest, 2004.

- Karateke, Hakan T., y Maurus Reinkowski (eds.): *Legitimizing the Order*. The Ottoman Rhetoric of State Power, Leiden, 2005.
- Karl, Rebecca E.: *Staging the World*. Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century, Durham (NC), 2002.
- Karpat, Kemal H.: *Ottoman Population*, 1830-1914. Demographic and Social Characteristics, Madison (WI), 1985. —: The *Politicization* of Islam. Reconstructing Identity, State, Faith, and Community in the Late Ottoman State, Oxford, 2001.
- Kasaba, Resat (ed.): The *Cambridge History of Turkey*, vol. 4: Turkey in the Modern World, Cambridge, 2008.
- Kaschuba, Wolfgang: Die *Überwindung* der Distanz. Zeit und Raum in der europäischen Moderne, Fráncfort, 2004.
- Kashani-Sabet, Firoozeh: *Frontier Fictions*. Shaping the Iranian Nation, 1804-1946, Princeton (NJ), 1999.
- Kassir, Samir: Histoire de *Beyrouth*, París, 2003.
- Kato Shuichi: *Geschichte der japanischen Literatur*, Darmstadt, 1990.
- Katsu Kokichi: *Musui's Story*. The Autobiography of a Tokugawa Samurai, Tucson (AZ), 1993.
- Katz, Jacob: *Out of the Ghetto*. The Social Background of Jewish Emancipation, 1770-1870, Cambridge (MA), 1973. —: Vom *Vorurteil* bis zur Vernichtung. Der Antisemitismus 1700-1933, Múnich, 1980.
- Kaufmann, Stefan: *Kommunikationstechnik* und Kriegführung 1815-1945. Stufen telemedialer Rüstung, Múnich, 1996. — (ed.): *Ordnungen der Landschaft*. Natur und Raum technisch und

symbolisch entwerfen, Wurzburgo, 2002.
- Kaur, Amarjit: *Economic Change* in East Malaysia. Sabah and Sarawak since 1850, Basingstoke, 1998.
- Kavanagh, Thomas W.: *Comanche* Political History. An Ethnohistorical Perspective, 1706-1875, Lincoln (NE), 1996.
- Kazemi, Farhad, y John Waterbury (eds.): *Peasants and Politics* in the Modern Middle East, Miami (FL), 1991.
- Keddie, Nikki R.: *Iran* and the Muslim World. Resistance and Revolution, Basingstoke, 1995. —: *Modern Iran*. Roots and Results of Revolution, New Haven (CT), 2006. [*Las raíces del Irán moderno*, trad. Joan Trejo, Barcelona: Belacqva, 2006; reed. como *El Irán moderno*, Barcelona: Verticales de Bolsillo, 2007.] —: *Qajar Iran* and the Rise of Reza Khan, 1796-1925, Costa Mesa (CA), 1999.
- Keegan, Timothy: *Colonial South Africa* and the Origins of the Racial Order, Charlottesville (VA), 1996.
- Keene, Donald: *Emperor of Japan*. Meiji and His World, 1852-1912, Nueva York, 2002. —: The *Japanese Discovery of Europe*, 1720-1830, ed. rev., Stanford (CA), 1969.
- Keirstead, Thomas: «*Inventing Medieval Japan*. The History and Politics of National Identity», en: Medieval History Journal 1 (1998), pp. 47-71.
- Keith, Arthur Berriedale (ed.): *Selected Speeches* and Documents on British Colonial Policy, 1763-1917, 2 vols., Oxford, 1961. — (ed.): *Speeches* and Documents on Indian Policy, 1750-1921, vol. 1, Londres, 1922.
- Kellett, John R.: The *Impact of Railways* on Victorian Cities, Londres, 1969.

- Kelly, David, y Anthony Reid (eds.): *Asian Freedoms*. The Idea of Freedom in East and Southeast Asia, Cambridge, 1998.
- Kennedy, Dane: *Islands of White*. Settler Society and Culture in Kenya and Southern Rhodesia, Durham (NC), 1987. —: The *Magic Mountains*. Hill Stations and the British Raj, Berkeley (CA), 1996.
- Kennedy, Paul M.: *Aufstieg und Fall* der großen Mächte. Ökonomischer Wandel und militärischer Konflikt von 1500 bis 2000, Fráncfort, 1989. [*Auge y caída de las grandes potencias*, trad. J. Ferrer Aleu, Barcelona: Plaza & Janés, 1989; reed. Barcelona: DeBolsillo, 2004.] —: The Rise and Fall of *British Naval Mastery*, Londres, 1983. —: «The *Costs and Benefits* of British Imperialism, 1846-1914», en: P&P 125 (1989), pp. 186-199.
- Kennedy, Roger G.: *Orders from France*. The Americans and the French in a Revolutionary World, 1780-1820, Nueva York, 1989.
- Kent, Neil: The *Soul of the North*. A Social, Architectural and Cultural History of the Nordic Countries, 1700-1940, Londres, 2000.
- Kenwood, A. G., y A. L. Lougheed: The *Growth* of the International Economy 1820-1990, Londres, 1999[4]. [Hay trad. de una edición anterior: *Historia del desarrollo económico internacional*, trad. Emilio de la Fuente, Madrid: Istmo, 1973, 1992.]
- Kern, Stephen: The *Culture* of Time and Space, 1880-1918, Cambridge (MA), 1983.
- Kerr, Ian J.: *Building* the Railways of the Raj, 1850-1900, Delhi, 1997.
- Kershaw, Roger: *Monarchy in South-East Asia*. The Faces of Tradition in Transition, Londres, 2001.
- Keyssar, Alexander: The *Right to Vote*. The Contested History of Democracy in the United

States, Nueva York, 2000.

- Khater, Akram Fouad: *Inventing Home*. Emigration, Gender, and the Middle Class in Lebanon, 1870-1920, Berkeley (CA), 2001.
- Khazanov, Anatoly M.: *Nomads* and the Outside World, Madison (WI), 1994^2.
- Khodarkovsky, Michael: *Russia's Steppe Frontier*. The Making of a Colonial Empire, 1500-1800, Bloomington (IN), 2002.
- Khoury, Philip S., y Joseph Kostiner (eds.): *Tribes* and State Formation in the Middle East, Londres, 1991.
- Kiernan, Victor G.: The *Lords of Human Kind*. European Attitudes to the Outside World in the Imperial Age, Harmondsworth, 1972.
- Kieser, Hans-Lukas: *Der verpasste Friede*. Mission, Ethnie und Staat in den Ostprovinzen der Türkei, 1839-1938, Zúrich, 2000.
- Kim Key-hiuk: The *Last Phase* of the East Asian World Order. Korea, Japan, and the Chinese Empire, 1860-1882, Berkeley (CA), 1980.
- Kimmel, Michael S.: *Revolution*. A Sociological Interpretation, Cambridge, 1990.
- Kindleberger, Charles P.: A *Financial History* of Western Europe, Londres, 1984. [*Historia financiera de Europa*, trad. Antonio Menduña *et al.*, Barcelona: Crítica, 1988.] —: «The *Rise of Free Trade* in Western Europe», en: JEH 35 (1975), pp. 20-55.
- Kinealy, Christine: A *Death-Dealing Famine*. The Great Hunger in Ireland, Londres, 1997. —: The *Great Irish Famine*. Impact, Ideology and Rebellion, Basingstoke, 2002.
- King, Anthony D.: *Colonial Urban Development*. Culture, Social Power and Environment, Londres,

1976. —: *Global Cities*. Post-Imperialism and the Internationalisation of London, Londres, 1990.

- King, Charles: The *Black Sea*. A History, Oxford, 2004.
- King, Michael: The *Penguin History of New Zealand*, Auckland, 2003.
- Kingston, Beverley: The *Oxford History of Australia*, vol. 3: 1860-1900. Glad, Confident Morning, Melbourne, 1988.
- Kingston-Mann, Esther: *In Search of the True West*. Culture, Economics, and Problems of Russian Development, Princeton (NJ), 1999.
- Kiple, Kenneth F.: The *Caribbean Slave*. A Biological History, Cambridge, 1984. — (ed.): The Cambridge World History of *Food*, Cambridge, 2000. — (ed.): The Cambridge World History of *Human Disease*, Cambridge, 1993. —: *A Movable Feast*. Ten Millennia of Food Globalization, Cambridge, 2007.
- Kirby, David: The *Baltic World* 1772-1993. Europe's Northern Periphery in an Age of Change, Londres, 1995. —: A Concise History of *Finland*, Cambridge, 2006.
- Kirch, Patrick V.: *On the Road* of the Winds. An Archaeological History of the Pacific Islands before European Contact, Berkeley (CA), 2000.
- Kirimli, Hakan: *National Movements* and National Identity among the Crimean Tatars (1905-1916), Leiden, 1996.

- Kirsch, Martin: *Monarch* und Parlament im 19. Jahrhundert. Der monarchische Konstitutionalismus als europäischer Verfassungstyp. Frankreich im Vergleich, Gotinga, 1999.
- Klaits, Joseph, y Michael H. Haltzel (eds.): The *Global Ramifications* of the French Revolution, Cambridge, 1994.
- Klein, Bernhard, y Gesa Mackenthun (eds.): *Das Meer* als kulturelle Kontaktzone. Räume, Reisende, Repräsentationen, Constanza, 2003.
- Klein, Herbert S.: *African Slavery* in Latin America and the Caribbean, Nueva York, 1986. [*La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, trad. Graciela Sánchez Albornoz, Madrid: Alianza, 1986.] —: A Concise History of *Bolivia*, Cambridge, 2003. [Consta una *Historia general de Bolivia*, trad. Josep M. Barnadas, La Paz (Bolivia): Juventud, 1982.] —: A *Population History* of the United States, Cambridge, 2004. —: The Atlantic *Slave Trade*, Cambridge, 1999.
- Klein, Kerwin Lee: *Frontiers* of Historical Imagination. Narrating the European Conquest of Native America, 1890-1990, Berkeley (CA), 1997.
- Klein, Martin A.: *Slavery and Colonial Rule* in French West Africa, Cambridge, 1998.
- Klein, Milton M. (ed.): The *Empire State*. A History of New York, Ithaca (NY), 2001.
- Klein, Thoralf, y Frank Schumacher (eds.): *Kolonialkriege*. Militärische Gewalt im Zeichen des Imperialismus, Hamburgo, 2006.
- Kleinschmidt, Harald: *Geschichte der internationalen Beziehungen*. Ein systemgeschichtlicher Abriß, Stuttgart, 1998.
- Klier, John D.: *Imperial Russia's Jewish Question*,

1855-1881, Cambridge, 1995.

- —, y Shlomo Lambroza (eds.): *Progroms*. Anti-Jewish Violence in Modern Russian History, Cambridge, 1992.
- Knight, Alan: The *Mexican Revolution*, 2 vols., Lincoln (NE), 1986. —: «The *Peculiarities* of Mexican History. Mexico Compared to Latin America, 1821-1992», en: JLAS, Supplement 24 (1992), pp. 99-144.
- Knight, Franklin W.: «The *Haitian Revolution*», en: AHR 105 (2000), pp. 103-115. — (ed.): The *Slave Societies* of the Caribbean, Londres, 1997.
- —, y Peggy K. Liss (eds.): *Atlantic Port Cities*. Economy, Culture, and Society in the Atlantic World, 1650-1850, Knoxville (TN), 1991.
- Knöbl, Wolfgang: *Polizei* und Herrschaft im Modernisierungsprozeß. Staatsbildung und innere Sicherheit in Preußen, England und Amerika 1700-1914, Fráncfort, 1998.
- Knox, Paul L., y Peter J. Taylor (eds.): *World Cities* in a World-System, Cambridge, 1995.
- Koch, Hannsjoachim: Der *Sozialdarwinismus*. Seine Genese und sein Einfluß auf das imperialistische Denken, Múnich, 1973.
- Kocka, Jürgen: *Arbeitsverhältnisse* und Arbeiterexistenzen. Grundlagen der Klassenbildung im 19. Jahrhundert, Bonn, 1990. —: *Weder Stand noch Klasse*. Unterschichten um 1800, Bonn, 1990. —: Das lange *19. Jahrhundert*. Arbeit, Nation und bürgerliche Gesellschaft, Stuttgart, 2002.
- —, y Ute Frevert (eds.): *Bürgertum* im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich, 3 vols., Múnich, 1988.
- —, y Claus Offe (eds.): Geschichte und Zukunft der *Arbeit*, Fráncfort, 2000.

- Koebner, Richard, y Schmidt, Helmut Dan: *Imperialism*. The Story and Significance of a Political Word, 1840-1960, Cambridge, 1964.
- Koenig, William J.: The *Burmese Polity*, 1752-1819. Politics, Administration, and Social Organization in the Early Kon-baung Period, Ann Arbor (MI), 1990.
- Kohlrausch, Martin: Der *Monarch im Skandal*. Die Logik der Massenmedien und die Transformation der wilhelminischen Monarchie, Berlín, 2005.
- Kolchin, Peter: *American Slavery*, 1619-1877, Londres, 1993. —: A *Sphinx* on the American Land. The Nineteenth-Century South in Comparative Perspective, Baton Rouge (LA), 2003. —: *Unfree Labor*. American Slavery and Russian Serfdom, Cambridge (MA), 1987.
- Kolff, Dirk H. A.: *Naukar*, Rajput and Sepoy. The Ethnohistory of the Military Labour Market in Hindustan, 1450-1850, Cambridge, 1990.
- Köll, Elisabeth: *From Cotton Mill* to Business Empire. The Emergence of Regional Enterprises in Modern China, Cambridge (MA), 2003.
- Komlos, John: «Ein *Überblick* über die Konzeptionen der Industriellen Revolution», en: VSWG 84 (1997), pp. 461-511. —: «The *Industrial Revolution* as the Escape from the Malthusian Trap», en: JEEcH 29 (2000), pp. 307-331.
- König, Hans-Joachim: Kleine *Geschichte Lateinamerikas*, Stuttgart, 2006.
- König, Wolfgang: Geschichte der *Konsumgesellschaft*, Stuttgart, 2000. —: *Wilhelm II*. und die Moderne. Der Kaiser und die technisch-industrielle Welt, Paderborn, 2007.
- —, y Wolfhard Weber: *Netzwerke*, Stahl und Strom. 1840 bis 1914, Berlín, 1990.
- Koning, Niek: The *Failure* of Agrarian Capitalism.

Agrarian Politics in the UK, Germany, the Netherlands and the USA, 1846-1919, Londres, 1994.

- Konvitz, Josef W.: *Cities and the Sea*. Port City Planning in Early Modern Europe, Baltimore (MD), 1978. —: The *Urban Millenium*. The City-Building Process from the Early Middle Ages to the Present, Carbondale (IL), 1985.
- Korhonen, Pekka: «The *Pacific Age* in World History», en: JWH 7 (1996), pp. 41-70.
- Körner, Axel (ed.): *1848*. A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848, Basingstoke, 2000.
- Kornicki, Peter: The *Book in Japan*. A Cultural History from the Beginnings to the Nineteenth Century, Leiden, 1998. — (ed.): *Meiji Japan*. Political, Economic and Social History 1868-1912, 4 vols., Londres, 1998.
- Kosambi, Meera: *Bombay* in Transition. The Growth and Social Ecology of a Colonial City, 1880-1980, Estocolmo, 1986.
- Koselleck, Reinhart: *Vergangene Zukunft*. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten, Fráncfort, 1979. [*Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona: Paidós Ibérica, 1993.] —: *Zeitschichten*. Studien zur Historik, Fráncfort, 2000.
- Koskenniemmi, Martti: The *Gentle Civilizer* of Nations. The Rise and Fall of Modern International Law 1870-1960, Cambridge, 2002.
- Kossmann, E. H.: The *Low Countries* 1780-1940, Oxford, 1978.
- Kossok, Manfred: *Ausgewählte Schriften*, 3 vols., Leipzig, 2000. —: *Revolutionen* der Weltgeschichte. Von den Hussiten bis zur Pariser Commune,

Stuttgart, 1989.

- —, y Werner Loch (eds.): *Die französische Julirevolution* von 1830 und Europa, Berlín (RDA), 1985.
- Kostal, Rande W.: A *Jurisprudence of Power*. Victorian Empire and the Rule of Law, Oxford, 2006.
- Koven, Seth: *Slumming*. Sexual and Social Politics in Victorian London, Princeton (NJ), 2004.
- Kowner, Rotem (ed.): The Impact of the *Russo-Japanese War*, Londres, 2007.
- Kraay, Hendrik, y Thomas Whigham (eds.): *I Die with My Country*. Perspectives on the Paraguayan War, 1864-1870, Lincoln (NE), 2004.
- Kracauer, Siegfried: *Jacques Offenbach* und das Paris seiner Zeit (= Schriften, vol. 8), Fráncfort, 1976^2. [*Jacques Offenbach y el París de su tiempo,* trad. Lolo Ábalos, Madrid: Capitán Swing, 2015.]
- Kramer, Lloyd S.: *Lafayette* in Two Worlds. Public Cultures and Personal Identities in an Age of Revolutions, Chapel Hill (NC), 1996.
- Kramer, Paul A.: The *Blood of Government*. Race Empire, the United States, and the Philippines, Chapel Hill (NC), 2006.
- Krauss, Marita: *Herrschaftspraxis* in Bayern und Preußen im 19. Jahrhundert. Ein historischer Vergleich, Fráncfort, 1997.
- Krech, Shepard: The *Ecological Indian*. Myth and History, Nueva York, 1999.
- —, *et al.* (eds.): *Encyclopedia* of World Environmental History, 3 vols., Nueva York, 2004.
- Kreiner, Josef (ed.): *Der Russisch-Japanische Krieg* (1904/05), Gotinga, 2005.
- Kreiser, Klaus: *Der osmanische Staat* 1300-1922, Múnich, 2001. —: *Istanbul*. Ein historisch-

literarischer Stadtführer, Múnich, 2001.

- —, y Christoph K. Neumann: Kleine Geschichte der *Türkei*, Stuttgart, 2003.
- Krell, Alan: *The Devil's Rope*. A Cultural History of Barbed Wire, Londres, 2002.
- Kreuzer, Helmut: *Boheme*. Analyse und Dokumentation der intellektuellen Subkultur vom 19. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Stuttgart, 1971.
- Kriger, Colleen E.: *Pride of Men*. Ironworking in Nineteenth-Century West Central Africa, Portsmouth (NH), 1999.
- Kroen, Sheryl: *Politics and Theater*. The Crisis of Legitimacy in Restoration France, 1815-1830, Berkeley (CA), 2000.
- Krüger, Peter (ed.): *Das europäische Staatensystem* im Wandel. Strukturelle Bedingungen und bewegende Kräfte seit der Frühen Neuzeit, Múnich, 1996.
- —, y Paul W. Schroeder (eds.): *The Transformation* of European Politics, 1763-1848. Episode or Model in Modern History?, Münster, 2002.
- Kuban, Doğan: *Istanbul*. An Urban History, Istanbul 1996.
- Kudlick, Catherine J.: *Cholera* in Post-Revolutionary Paris. A Cultural History, Berkeley (CA), 1996.
- Kuitenbrouwer, Marten: *The Netherlands* and the Rise of Modern Imperialism. Colonies and Foreign Policy, 1870-1902, Nueva York, 1991.
- Kulke, Hermann, y Dietmar Rothermund: *Geschichte Indiens*, Múnich, 1998[2].
- Kumar, Ann: *Java* and Modern Europe. Ambiguous Encounters, Richmond, 1997.
- Kumar, Deepak: *Science* and the Raj, 1857-1905,

Delhi, 1997.

- Kumar, Dharma, y Tapan Raychaudhuri (eds.): The *Cambridge Economic History of India*. 2 vols., Cambridge, 1982.
- Kume Kunitake: The *Iwakura Embassy*, 1871-73. A True Account of the Ambassador Extraordinary & Plenipotententary's Journey of Observation through the United States of America and Europe, ed. Graham Healey *et al.*, 5 vols., Matsudo, 2002.
- Kundrus, Birthe: *Moderne Imperialisten*. Das Kaiserreich im Spiegel seiner Kolonien, Colonia, 2003.
- Kuran, Timur: *Islam and Mammon*. The Economic Predicaments of Islamism, Princeton (NJ), 2004.
- Kurzman, Charles (ed.): *Modernist Islam*, 1840-1940. A Sourcebook, Oxford, 2002.
- Kwan, Man Bun: The *Salt Merchants* of Tianjin. State Making and Civil Society in Late Imperial China, Honolulu, 2001.
- Kwong, Luke S.K.: «The Rise of the *Linear Perspective* on History and Time in Late Qing China», en: P&P 173 (2001), pp. 157-190.
- Kynaston, David: The *City* of London, vol. 1: A World of Its Own, 1815-1890, Londres, 1994.
- La Berge, Ann F.: *Mission and Method*. The Early Ninteenth-Century French Public Health Movement, Cambridge, 1992.
- Laak, Dirk van: «*Infra-Strukturgeschichte*», en: GG 27 (2001), pp. 367-393.
- Labanca, Nicola: *Oltremare*. Storia dell'espansione coloniale italiana, Bolonia, 2002.
- Laband, John: *Kingdom in Crisis*. The Zulu Response to the British Invasion of 1879, Manchester, 1992.
- Labisch, Alfons: *Homo hygienicus*. Gesundheit und

Medizin in der Neuzeit, Fráncfort, 1992.
- Labourdette, Jean-François: Histoire du *Portugal*, París, 2000.
- Lackner, Michael, *et al.* (eds.): *New Terms* for New Ideas. Western Knowledge and Lexical Change in Late Imperial China, Leiden, 2001.
- Lademacher, Horst: Die *Niederlande*. Politische Kultur zwischen Individualität und Anpassung, Berlín, 1993.
- LaFeber, Walter: The *American Age*. United States Foreign Policy at Home and Abroad since 1750, Nueva York, 1989.
- Lai, Cheung-chung (ed.): *Adam Smith across Nations*. Translations and Receptions of The Wealth of Nations, Oxford, 1999.
- Lake, Marilyn, y Henry Reynolds: Drawing the *Global Colour Line*: White Men's Countries and the International Challenge of Racial Equality, Cambridge, 2008.
- Lamar, Howard R. (ed.): The New *Encyclopedia* of the American West, New Haven (CT), 1998.
- —, y Leonard Thompson (eds.): The *Frontier in History*. North America and Southern Africa Compared, New Haven (CT), 1981.
- Landes, David S.: *Der entfesselte Prometheus*. Technologischer Wandel und industrielle Entwicklung in Westeuropa von 1750 bis zur Gegenwart, Colonia, 1973. [*Progreso tecnológico y Revolución industrial*, trad. Francisca Antolín Fargas, Madrid: Tecnos, 1979.] —: *Revolution in Time*. Clocks and the Making of the Modern World, Cambridge (MA), 1983. [*Revolución en el tiempo: el reloj y la formación del mundo moderno*, trad. María Pons Irazazábal, Barcelona: Crítica, 2007.] —: *Wohlstand und Armut* der Nationen. Warum die

einen reich und die anderen arm sind, Berlín, 1999. [*La riqueza y la pobreza de las naciones*, trad. Mirta Jajam de Waitzman, Buenos Aires: Javier Vergara, 1999; *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, trad. Santiago Jordán, Barcelona: Crítica, 2000.]

- Langewiesche, Dieter (ed.): *Demokratiebewegung* und Revolution 1847 bis 1849. Internationale Aspekte und europäische Verbindungen, Karlsruhe, 1998. —: *Europa* zwischen Restauration und Revolution 1815-1849, Múnich, 1993[3]. —: «*Fortschrittsmotor Krieg*. Krieg im politischen Handlungsarsenal Europas im 19. Jahrhundert und die Rückkehr der Idee des bellum iustum in der Gegenwart», en: Christina Benninghaus *et al.* (eds.): Unterwegs in Europa. Beiträge zu einer vergleichenden Sozial- und Kulturgeschichte, Fráncfort, 2008, pp. 23-40. —: «Eskalierte die *Kriegsgewalt* im Laufe der Geschichte?», en: Jörg Baberowski (ed.), Moderne Zeiten? Krieg, Revolution und Gewalt im 20. Jahrhundert, Gotinga, 2006, pp. 12-36. — (ed.): *Liberalismus im 19. Jahrhundert*. Deutschland im europäischen Vergleich, Gotinga, 1988. —: *Liberalismus in Deutschland*, Fráncfort, 1988. —: *Nation*, Nationalismus, Nationalstaat in Deutschland und Europa, Múnich, 2000. —: «*Neuzeit*, Neuere Geschichte», en: Richard van Dülmen (ed.), Das Fischer-Lexikon: Geschichte, Fráncfort, 2003, pp. 466-489.
- Langford, Paul: *A Polite and Commercial People*. England 1727-1783, Oxford, 1992.
- Langfur, Hal: The *Forbidden Lands*. Colonial Identity, Frontier Violence, and the Persistence of

Brazil's Eastern Indians, 1750-1830, Stanford (CA), 2006.

- Langley, Lester D.: The *Americas* in the Age of Revolution, 1750-1850, New Haven (CT), 1996.
- Lapidus, Ira M.: A History of *Islamic Societies*, Cambridge, 1988.
- Lappo, Georgij M., y Fritz W. Hönsch: *Urbanisierung Russlands*, Berlín, 2000.
- Laslett, Peter: «*Social Structural Time*. An Attempt at Classifying Types of Social Change by Their Characteristic Paces», en: Tom Schuller, y Michael Young (eds.), The Rhythms of Society, Londres, 1988, pp. 17-36.
- Latham, A. J. H.: *Rice*. The Primary Commodity, Londres, 1998.
- Lattimore, Owen: *Inner Asian Frontiers* of China, Nueva York, 1940.
- Laubach, Ernst: «Der *Vertrag von Waitangi* und seine Bedeutung in der neuseeländischen Geschichte und Politik», en: Saeculum 51 (2000), pp. 228-249.
- Lauren, Paul Gordon: *Power and Prejudice*. The Politics and Diplomacy of Racial Discrimination, Boulder (CO), 1988.
- Laurens, Henry: *L'Expédition d'Égypte* 1798-1801, París, 1989.
- Lavedan, Pierre: *Histoire de l'urbanisme à Paris*, París, 1993[2].
- Lavely, William, y R. Bin Wong: «Revising the *Malthusian Narrative*. The Comparative Study of Population Dynamics in Late Imperial China», en: JAS 57 (1998), pp. 714-748.
- Law, Robin: *Ouidah*. The Social History of a West African Slaving «Port» 1727-1892, Athens (OH), 2004. —: The *Oyo Empire*, c. 1600-c. 1836. A West

African Imperialism in the Era of the Atlantic Slave Trade, Oxford, 1977.
- Lawton, Richard, y Robert Lee (eds.): *Population and Society* in Western European Port-Cities, c. 1650-1939, Liverpool, 2002.
- Layton, Susan: *Russian Literature* and Empire. Conquest of the Caucasus from Pushkin to Tolstoy, Cambridge, 1994.
- Lê Thành Khôi: *Histoire du Viêt Nam* des origines à 1858, París, 1982.
- LeDonne, John P.: The *Russian Empire* and the World 1700-1917. The Geopolitics of Expansion and Containment, Nueva York, 1997.
- Lee Chong-sik: The Politics of *Korean Nationalism*, Berkeley (CA), 1963.
- Lee, Erika: *At America's Gates*. Chinese Immigration During the Exclusion Era, 1882-1943, Chapel Hill (NC), 2003.
- Lee, James Z., y Cameron D. Campbell: *Fate and Fortune* in Rural China. Social Organization and Population Behavior in Liaoning 1774-1873, Cambridge, 1997.
- —, y Wang Feng: *One Quarter of Humanity*. Malthusian Mythology and Chinese Realities, 1700-2000, Cambridge (MA), 1999.
- Lee Ki-baik: A New History of *Korea*, Cambridge (MA), 1984.
- Leedham-Green, Elisabeth S.: A *Concise History* of the University of Cambridge, Cambridge, 1996.
- Leerssen, Joep: *National Thought* in Europe. A Cultural History, Ámsterdam, 2006.
- Lees, Andrew: *Cities Perceived*. Urban Society in European and American Thought, 1820-1940, Manchester, 1985.
- —, y Lynn Hollen Lees: *Cities* and the Making of

Modern Europe, 1750-1914, Cambridge, 2007.

- Leeuwen, Richard van: *Waqfs* and Urban Structures. The Case of Ottoman Damascus, Boston, 1999.
- Lemberg, Hans: «Zur *Entstehung* des Osteuropabegriffs im 19. Jahrhundert. Vom "Norden" zum "Osten" Europas», en: JGO 33 (1985), pp. 48-91.
- Lemon, James T.: *Liberal Dreams* and Nature's Limits. Great Cities of North America since 1600, Toronto, 1996.
- Lenger, Friedrich: *Industrielle Revolution* und Nationalstaatsgründung (18491-870er Jahre), Stuttgart, 2003.
- Leonard, Jane Kate: *Wei Yuan* and China's Rediscovery of the Maritime World, Cambridge (MA), 1984.
- Leonard, Thomas C.: *News for All*. America's Coming-of-Age with the Press, Nueva York, 1995. —: The *Power of the Press*. The Birth of American Political Reporting, Nueva York, 1987.
- Leonhard, Jörn: *Liberalismus*. Zur historischen Semantik eines europäischen Deutungsmusters, Múnich, 2001.
- Lepenies, Wolf: *Die drei Kulturen*. Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft, Múnich, 1985. —: *Sainte-Beuve*. Auf der Schwelle zur Moderne, Múnich, 1997.
- Lepetit, Bernard: *Les villes* dans la France moderne (1740-1840), París, 1988.
- Lesaffer, Randall (ed.): *Peace Treaties* and International Law in European History, Cambridge, 2004.
- Levine, Bruce C.: *Half Slave* and Half Free. The Roots of Civil War, ed. rev., Nueva York, 2005. —:

The *Spirit of 1848*. German Immigrants, Labor Conflict, and the Coming of the Civil War, Urbana (IL), 1992.
- Levy, Jack S.: *War* in the Modern Great Power System, 1495-1975, Lexington (KY), 1983.
- Levy, Leonard W.: *Emergence of a Free Press*, Nueva York, 1985.
- Lewis, Bernard: The *Emergence* of Modern Turkey, Oxford, 1968[2].
- Lewis, Martin W., y Kären E. Wigen: The *Myth of Continents*. A Critique of Metageography, Berkeley (CA), 1997.
- Leyda, Jay: *Dianying*. An Account of Films and the Film Audience in China, Cambridge (MA), 1972.
- Li, Lillian M.: *Fighting Famine in North China*. State, Market and Environmental Decline, 1690s-1990s, Stanford (CA), 2007.
- —, *et al.*: *Beijing*. From Imperial Capital to Olympic City, Basingstoke, 2007.
- Liauzu, Claude: *Histoire des migrations* en Méditerranée occidentale, París, 1996.
- —, *et al.*: *Colonisation*. Droit d'inventaire, París, 2004.
- Licht, Walter: Working for the *Railroad*. The Organization of Work in the Nineteenth Century, Princeton (NJ), 1983.
- Lichtenberger, Elisabeth: *Europa*. Geographie, Geschichte, Wirtschaft, Politik, Darmstadt, 2005. —: Die *Stadt*. Von der Polis zur Metropolis, Darmstadt, 2002.
- Lieberman, Victor (ed.): *Beyond Binary Histories*. Re-imagining Eurasia to c. 1830, Ann Arbor (MI), 1999. —: *Strange Parallels*. Southeast Asia in Global Context, c. 800-1830, vol. 1: Integration on the Mainland, Cambridge, 2003.

- Liebersohn, Harry: *Aristocratic Encounters*. European Travelers and North American Indians, Cambridge, 1998.
- Liedtke, Rainer, y Stephan Wendehorst (eds.): The *Emancipation* of Catholics, Jews and Protestants. Minorities and the Nation State in NineteenthCentury Europe, Manchester, 1999.
- Lieven, Dominic: *Abschied* von Macht und Würden. Der europäische Adel 1815-1914, Fráncfort, 1995. — (ed.): The *Cambridge History of Russia*, vol. 2: Imperial Russia, 1689-1917, Cambridge, 2006. —: *Empire*. The Russian Empire and Its Rivals, Londres, 2000. —: *Nicholas II*. Twilight of the Empire, Nueva York, 1993. —: *Russia* and the Origins of the First World War, Londres, 1983.
- Lieven, Michael: «"*Butchering* the Brutes all over the Place". Total War and Massacre in Zululand, 1879», en: History 84 (1999), pp. 614-632.
- Limerick, Patricia Nelson: The *Legacy of Conquest*. The Unbroken Past of the American West, Nueva York, 1987. —: *Something in the Soil*. Legacies and Reckonings in the New West, Nueva York, 2000.
- Lin Man-houng: *China Upside Down*. Currency, Society, and Ideologies, 1808-1856, Cambridge (MA), 2006.
- Lincoln, Abraham: *Speeches and Writings*, 2 vols., ed. Don E. Fehrenbacher, Nueva York, 1989.
- Lincoln, W. Bruce: The *Great Reforms*. Autocracy, Bureaucracy, and the Politics of Change in Imperial Russia, DeKalb (IL), 1990. —: *Nikolaus I*. von Rußland, 1796-1855, Múnich, 1981. —: In the *Vanguard of Reform*. Russia's Enlightened Bureaucrats, 1825-1861, DeKalb (IL), 1982.
- Linden, Marcel van der, y Jürgen Rojahn (eds.): The *Formation* of Labour Movements, 1870-1914. An

International Perspective, 2 vols., Leiden, 1990.

- Lindert, Peter H.: *Growing Public*. Social Spending and Economic Growth since the Eighteenth Century, vol. 1: The Story, Cambridge, 2004. —: «*Poor Relief* Before the Welfare State. Britain Versus the Continent, 1780-1880», en: EREcH 2 (1998), pp. 101-140.
- Lindig, Wolfgang, y Mark Münzel: *Die Indianer*, 2 vols., Múnich, 1985[3].
- Lipsey, Richard G., *et al.*: *Economic Transformations*. General Purpose Technologies and Long-term Economic Growth, Oxford, 2005.
- Lipson, Charles: *Standing Guard*. Protecting Foreign Capital in the Nineteenth and Twentieth Centuries, Berkeley (CA), 1985.
- Lis, Catharina: *Social Change* and the Labouring Poor. Antwerp 1770-1860, New Haven (CT), 1986.
- Liss, Peggy: *Atlantic Empires*. The Network of Trade and Revolution, 1713-1826, Baltimore (MD), 1983.
- Little, Daniel: *Understanding Peasant China*. Case Studies in the Philosophy of Social Science, New Haven (CT), 1989.
- Litwack, Leon F.: *Been in the Storm so Long*. The Aftermath of Slavery, Nueva York, 1979.
- Livi-Bacci, Massimo: *Europa* und seine Menschen. Eine Bevölkerungsgeschichte, Múnich, 1999. [*Historia de la población europea*, trad. María Pons, Barcelona: Crítica, 1999.] —: *Population* and Nutrition. An Essay on European Demographic History, Cambridge, 1991. [*Ensayo sobre la historia demográfica europea: población y alimentación en Europa*, trad. Juana Bignozzi, Barcelona: Ariel, 1988.] —: A Concise History of *World Population*, Oxford, 1997[2]. [*Historia mínima de la población mundial*, trad. Atilio Pentimalli, Barcelona: Ariel,

2002[2].]

- Livingstone, David N.: The *Geographical Tradition*, Oxford, 1992.
- Livois, René de: *Histoire de la presse française*, 2 vols., Lausana, 1965.
- Lockwood, Jeffrey A.: *Locust*. The Devastating Rise and Mysterious Disappearance of the Insect that Shaped the American Frontier, Nueva York, 2004.
- Lockwood, William W., jr.: The *Economic Development of Japan*, Princeton (NJ), 1968.
- Logan, William Stewart: *Hanoi*. Biography of a City, Seattle, 2000.
- Lombard, Denys: *Le carrefour javanais*. Essai d'histoire globale, 3 vols., París, 1990.
- Lombardi, Mary: «The *Frontier* in Brazilian History. A Historiographical Essay», en: PHR 44 (1975), pp. 437-457.
- Look Lai, Walton: The *Chinese in the West Indies*, 1806-1995. A Documentary History, Kingston (Jamaica), 1998.
- Lorcin, Patricia: *Imperial Identities*. Stereotyping, Prejudice and Race in Colonial Algeria, Londres, 1995.
- Lorenz, Richard (ed.): Das *Verdämmern* der Macht. Vom Untergang großer Reiche, Fráncfort, 2000.
- Losty, Jeremiah P.: *Calcutta*. City of Palaces. A Survey of the City in the Days of the East India Company 1690-1858, Londres, 1990.
- Louis, W. Roger (ed.): *Imperialism*. The Robinson and Gallagher Controversy, Nueva York, 1976. — (ed.): The *Oxford History of the British Empire*, 5 vols., Oxford, 1998-1999.
- Love, Eric T. L.: *Race over Empire*. Racism and U. S.Imperialism, 1865-1900, Chapel Hill (NC), 2004.
- Lovejoy, Paul E.: *Transformations* in Slavery. A

History of Slavery in Africa, Cambridge, 2002[2].

- Low, D. A. (ed.): The *Indian National Congress*. Centenary Hindsights, Delhi, 1988.
- Lu, David J.: *Japan*. A Documentary History, 2 vols., Armonk (NY), 1997.
- Lucassen, Jan (ed.): *Global Labour History*. A State of the Art, Berna, 2006.
- Lüddeckens, Dorothea: Das *Weltparlament* der Religionen von 1893. Strukturen interreligiöser Begegnung im 19. Jahrhundert, Berlín, 2002.
- Ludden, David: An *Agrarian History* of South Asia, Cambridge, 1999. —: *Peasant History* in South India, Delhi, 1985.
- Lufrano, Richard John: *Honorable Merchants*. Commerce and Self-Cultivation in Late Imperial China, Honolulu, 1997.
- Luhmann, Niklas: Die *Gesellschaft* der Gesellschaft, 2 vols., Fráncfort, 1997.
- Lukowski, Jerzy T.: The *European Nobility* in the Eighteenth Century, Basingstoke, 2003.
- Lundgreen, Peter (ed.): *Sozial- und Kulturgeschichte* des Bürgertums. Eine Bilanz des Bielefelder Sonderforschungsbereichs (1986-1997), Gotinga, 2000.
- Lunn, Jon: *Capital and Labour* on the Rhodesian Railway System, 1888-1947, Basingstoke, 1997.
- Lustick, Ian: *State-Building Failure* in British Ireland and French Algeria, Berkeley (CA), 1985.
- Luthi, Jean-Jacques: *La vie quotidienne en Égypte* au temps des khédives, París, 1998.
- Lynch, John: *Argentine Dictator*. Juan Manuel de Rosas, 1829-1852, Oxford, 1981. —: *Caudillos* in Spanish America, 1800-1850, Oxford, 1992. [*Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850*, trad. Martín Rasskin Gutman, Madrid: MAPFRE, 1993.]

—: *Simón Bolívar*. A Life, New Haven (CT), 2006. [*Simón Bolívar*, trad. Alejandra Chaparro, Barcelona: Crítica, 2006, 2010.] —: The *Spanish American Revolutions* 1808-1826, Nueva York, 1986[2]. [*Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, trad. Javier Alfaya *et al.*, Barcelona: Ariel, 2004.]

- Lynch, Martin: *Mining* in World History, Londres, 2002.
- Lynn, Martin: *Commerce* and Economic Change in West Africa. The Palm Oil Trade in the Nineteenth Century, Cambridge, 1997.
- Lyons, Francis S. L.: *Internationalism in Europe* 1815-1914, Leiden, 1963.
- Lyons, Martyn: *Readers* and Society in Nineteenth-Century France. Workers, Women, Peasants, Basingstoke, 2001.
- MacDermott, Joseph P.: A Social History of the *Chinese Book*. Books and Literati Culture in Late Imperial China, Hong Kong, 2006.
- Macfarlane, Alan, y Iris Macfarlane: *Green Gold*. The Empire of Tea, Londres, 2003. —: The *Savage Wars of Peace*. England, Japan and the Malthusian Trap, Oxford, 1997.
- Macintyre, Stuart: A Concise History of *Australia*, Cambridge, 1999.
- MacKenzie, John M.: The *Empire of Nature*. Hunting, Conservation and British Imperialism, Manchester, 1988. —: *Orientalism*. History, Theory and the Arts, Manchester, 1995.
- Mackerras, Colin P.: The Rise of the *Peking Opera* 1770-1870. Social Aspects of the Theatre in Manchu China, Oxford, 1972.
- MacLeod, Roy, y Milton Lewis (eds.): *Disease*, Medicine, and Empire. Perspectives on Western

Medicine and the Experience of European Expansion, Londres, 1988.

- MacPherson, Kerrie L.: A *Wilderness* of Marshes. The Origins of Public Health in Shanghai, 1843-1893, Hong Kong, 1987.
- MacRaild, Donald M., y David E. Martin: *Labour in British Society*, 1830-1914, Basingstoke, 2000.
- Maddison, Angus: *Chinese Economic Performance* in the Long Run, París, 1998. —: *Contours* of the World Economy, 1-2030 AD. Essays in Macroeconomic History, Oxford, 2007. —: The *World Economy*. A Millennial Perspective, París, 2001. [*La economía mundial: una perspectiva milenaria*, trad. M.A. Roncalés, Madrid: Mundi-Prensa, 2002.]
- Maheshwari, Shriram: The *Census Administration* Under the Raj and After, Nueva Delhi, 1996.
- Maier, Charles S.: *Among Empires*. American Ascendancy and Its Predecessors, Cambridge (MA), 2006. —: «*Consigning the Twentieth Century* to History. Alternative Narratives for the Modern Era», en: AHR 105 (2000), pp. 807-831.
- Major, Andrew J.: «*State and Criminal Tribes* in Colonial Punjab. Surveillance, Control and Reclamation of the "Dangerous Classes"», en: MAS 33 (1999), pp. 657-688.
- Major, John: *Prize Possession*. The United States and the Panama Canal, 1903-1979, Cambridge, 1993.
- Mak, Geert: *Amsterdam*. Biographie einer Stadt, Berlín, 1997.
- Malanima, Paolo: *Economia preindustriale*. Mille anni, dal IX al XVIII secolo, Milán, 1995. —: *Uomini*, risorse, tecniche nell'economia europea dal X al XIX secolo, Milán, 2003.

- Malcolm, Noel: *Bosnia*. A Short History, Londres, 1994.
- Malia, Martin: *Russia* under Western Eyes. From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum, Cambridge (MA), 1999.
- Mallon, Florencia: *Peasant and Nation*. The Making of Postcolonial Mexico and Peru, Berkeley (CA), 1995.
- Mandler, Peter: The *Fall and Rise* of the Stately Home, New Haven (CT), 1997.
- Manela, Erez: The *Wilsonian Moment*. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism, Oxford, 2007.
- Mann, Kristin: *Marrying Well*. Marriage, Status and Social Change among the Educated Elite in Colonial Lagos, Cambridge, 1985.
- Mann, Michael: *Geschichte Indiens*. Vom 18. bis zum 21. Jahrhundert, Paderborn, 2005. —: The *Sources of Social Power*, vol. 2: The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914, Cambridge, 1993. [*Las fuentes del poder social*, vol. 2: *El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, trad. Pepa Linares, Madrid: Alianza, 1997.]
- Manning, Patrick: *Slavery* and African Life. Occidental, Oriental and African Slave Trades, Cambridge, 1990.
- Manrique, Luis Esteban G.: *De la conquista a la globalización*. Estados, naciones y nacionalismos en América Latina, Madrid [Biblioteca Nueva], 2006.
- Mantran, Robert: Histoire *d'Istanbul*, París, 1996.
- —, *et al.*: *Histoire de l'Empire Ottoman*, París, 1989.
- Mardin, Şerif: The *Genesis of Young Ottoman Thought*. A Study in the Modernization of Turkish Political Ideas, Princeton (NJ), 1962.
- Marichal, Carlos: A Century of *Debt Crises* in Latin

America. From Independence to the Great Depression, 1820-1930, Princeton (NJ), 1989.

- Markovits, Claude: The *Global World* of Indian Merchants, 1750-1947. Traders of Sind from Bukhara to Panama, Cambridge, 2000.
- —, *et al.*: A History of *Modern India*, 1480-1950, Londres, 2002.
- —, *et al.* (eds.): *Society and Circulation.* Mobile People and Itinerant Cultures in South Asia 1750-1950, Delhi, 2003.
- Marks, Steven G.: *How Russia Shaped the Modern World*, Princeton (NJ), 2003. —: *Road to Power.* The Trans-Siberian Railroad and the Colonization of Asian Russia, 1850-1917, Ithaca (NY), 1991.
- Markus, Andrew: *Australian Race Relations*, 1788-1993, St. Leonards, 1994.
- Marr, David G. (ed.): *Reflections from Captivity.* Phan Boi Chau's «Prison Notes» and Ho Chi Minh's «Prison Diary», Athens (OH), 1978. —: *Vietnamese Anticolonialism* 1885-1925, Berkeley (CA), 1971.
- Marrus, Michael R.: *The Unwanted.* Euopean Refugees from the First World War through the Cold War, Filadelfia, 2002[2].
- Marsden, Ben: *Watt's Perfect Engine.* Steam and the Age of Invention, Cambridge, 2002.
- —, y Crosbie Smith: *Engineering Empires.* A Cultural History of Technology in Nineteenth-Century Britain, Basingstoke, 2005.
- Marshall, Peter J.: The *Making* and Unmaking of Empires. Britain, India, and America c. 1750-1783, Oxford, 2005.
- Martin, David: *On Secularization.* Towards a Revised General Theory, Aldershot, 2005.
- Martin, Vanessa: *Islam and Modernism.* The Iranian Revolution of 1906, Londres, 1989. —: The *Qajar*

Pact. Bargaining, Protest and the State in Nineteenth-Century Persia, Londres, 2005.

- Martin, Virginia: *Law and Custom* in the Steppe. The Kazakhs of the Middle Horde and Russian Colonialism in the Nineteenth Century, Richmond, 2001.
- Marx, Anthony W.: *Making Race* and Nation. A Comparison of South Africa, the United States, and Brazil, Cambridge, 1998.
- Marx, Christoph: *Geschichte Afrikas*. Von 1800 bis zur Gegenwart, Paderborn, 2004. —: «*Grenzfälle*. Zu Geschichte und Potential des Frontierbegriffs», en: Saeculum 54 (2003), pp. 123-143.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels: *Werke*, 43 vols., Berlín (RDA), 1957-1990.
- Mason, R. H. P.: *Japan's First General Election* 1890, Cambridge, 1969.
- Masuzawa Tomoko: The *Invention* of World Religions, Chicago, 2005.
- Mathias, Peter: The *First Industrial Nation*. An Economic History of Britain 1700-1914, Londres, 1969.
- Matis, Herbert: Das *Industriesystem*. Wirtschaftswachstum und sozialer Wandel im 19. Jahrhundert, Viena, 1988.
- Matsusaka, Yoshihisa Tak: The Making of *Japanese Manchuria*, 1904-1932, Cambridge (MA), 2001.
- Matthew, Colin (ed.): The *Nineteenth Century*. The British Isles, 1815-1901, Oxford, 2000.
- Matthew, H. C. G.: *Gladstone* 1809-1898, Oxford, 1997.
- Mawer, Granville Allen: *Ahab's Trade*. The Saga of South Seas Whaling, Nueva York, 1999.
- May, Henry F.: The *Enlightenment in America*, Oxford, 1976.

- Mayaud, Jean-Luc, y Lutz Raphael (eds.): *Histoire de l'Europe rurale contemporaine*, París, 2006.
- Mayer, Arno J.: *Adelsmacht* und Bürgertum. Die Krise der europäischen Gesellschaft 1848-1914, Múnich, 1984. [*La persistencia del Antiguo Régimen: Europa hasta la gran guerra*, trad. Fernando Santos Fontenla, Madrid: Alianza, 1984.]
- Mayer, Harold M., y Richard C. Wade: *Chicago*. Growth of a Metropolis, Chicago, 1970.
- Mayer, Henry: *All on Fire*. William Lloyd Garrison and the Abolition of Slavery, Nueva York, 1998.
- Mayer, Ruth: *Diaspora*. Eine kritische Begriffsbestimmung, Bielefeld 2005.
- Mayhew, Henry: *London Labour* and the London Poor, 4 vols., Londres, 1861-1862.
- Maylam, Paul: *A History* of the African People of South Africa, Londres, 1986. —: *South Africa's Racial Past*. The History and Historiography of Racism, Segregation, and Apartheid, Aldershot, 2001.
- Maza, Sarah C.: The *Myth of the French Bourgeoisie*. An Essay on the Social Imaginary, 1750-1850, Cambridge (MA), 2003.
- Mazlish, Bruce: *Civilization* and Its Contents, Stanford (CA), 2004.
- Mazower, Mark: Der *Balkan*, Berlín, 2002. [*Los Balcanes*, trad. Jordi Beltrán Ferrer, Barcelona: Mondadori, 2001.] —: *Salonica*. City of Ghosts. Christians, Muslims and Jews 1430-1950, Nueva York, 2004. [*La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, trad. Santiago Jordán, Barcelona: Crítica, 2009.]
- McCaffray, Susan Purves, y Michael S. Melancon (eds.): *Russia* in the European Context, 1789-1914.

A Member of the Family, Nueva York, 2005.

- McCalman, Iain (ed.): An Oxford Companion to the *Romantic Age*. British Culture 1776-1832, Oxford, 1999.
- McCarthy, Justin: *Death and Exile*. The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims, 1821-1922, Princeton (NJ), 1995.
- McClain, James L.: *Japan*. A Modern History, Nueva York, 2002.
- —, *et al.* (eds.): *Edo and Paris*. Urban Life and the State in the Early Modern Era, Ithaca (NY), 1994.
- —, y Wakita Osamu (eds.): *Osaka*. The Merchants' Capital of Early Modern Japan, Ithaca (NY), 1999.
- McCord, Edward A.: The *Power of the Gun*. The Emergence of Modern Chinese Warlordism, Berkeley (CA), 1993.
- McCreery, David J.: The *Sweat* of Their Brow. A History of Work in Latin America, Nueva York, 2000.
- McCusker, John J., y Russell R. Menard: The *Economy of British America*, 1607-1789, Chapel Hill (NC), 1985.
- McEvedy, Colin, y Richard Jones: *Atlas* of World Population History, Londres, 1978.
- McFadden, Margaret H.: *Golden Cables* of Sympathy. The Transatlantic Sources of Nineteenth-Century Feminism, Lexington (KY), 1999.
- McKendrick, Neil, *et al.*: The *Birth of a Consumer Society*. The Commercialization of Eighteenth-Century England, Londres, 1983.
- McKeown, Adam: *Chinese Migrant Networks* and Cultural Change. Peru, Chicago, Hawaii, 1900-1936, Chicago, 2001. —: «*Global Migration*, 1846-1940», en: JWH 15 (2004), pp. 155-189.

- McLeod, Hugh: *Secularisation* in Western Europe 1848-1914, Nueva York, 2000.
- McLynn, Frank: *1759*. The Year Britain Became Master of the World, Londres, 2004.
- McMichael, Philip: *Settlers* and the Agrarian Question. Foundations of Capitalism in Colonial Australia, Cambridge, 1984.
- McNeill, John Robert: *Something New Under the Sun*. An Environmental History of the Twentieth-Century World, Nueva York, 2000. [*Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, trad. José Luis Gil Aristu, Madrid: Alianza, 2003.]
- —, y William H. McNeill: The *Human Web*. A Bird's-Eye View of World History, Nueva York, 2003. [*Las redes humanas: una historia global del mundo*, trad. Jordi Beltrán, Barcelona: Crítica, 2004, 2010.]
- McNeill, William Hardy: *Europe's Steppe Frontier*, 1500-1800, Chicago, 1964. —: *Plagues* and Peoples, Harmondsworth, 1976. [*Plagas y pueblos*, trad. Homero Alsina Thevenet, Madrid: Siglo XXI de España, 1983.] —: The *Pursuit of Power*. Technology, Armed Force, and Society since A. D. 1000, Oxford, 1982. [*La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.*, Madrid: Siglo XXI de España, 1988.] —: The *Shape* of European History, Nueva York, 1974.
- —, *et al.* (eds.): *Berkshire Encyclopedia* of World History, 5 vols., Great Barrington (MA), 2005.
- McPherson, James M.: *Abraham Lincoln* and the Second American Revolution, Nueva York, 1990. —: *Battle Cry* of Freedom. The American Civil War, Nueva York, 1988.
- Mead, W. R.: A Historical Geography of *Scandinavia*, Londres, 1981.

- Mehl, Margaret: *History and the State* in Nineteenth-Century Japan, Basingstoke, 1998.
- Mehnert, Ute: *Deutschland*, Amerika und die «gelbe Gefahr». Zur Karriere eines Schlagworts in der großen Politik, 1905-1917, Stuttgart, 1995.
- Mehra, Parshotam: *An «Agreed» Frontier*. Ladakh and India's Northernmost Borders, 1846-1947, Delhi, 1992.
- Mehrotra, Arvind Krishna (ed.): A History of *Indian Literature in English*, Londres, 2003.
- Meinig, Donald W.: The *Shaping of America*. A Geographical Perspective on 500 Years of History, 4 vols., New Haven (CT), 1986-2004.
- Meissner, Jochen, *et al.*: *Schwarzes Amerika*. Eine Geschichte der Sklaverei, Múnich, 2008.
- Melinz, Gerhard, y Susan Zimmermann (eds.): *Wien – Prag – Budapest*. Blütezeit der Habsburgermetropolen. Urbanisierung, Kommunalpolitik, gesellschaftliche Konflikte (1867-1918), Viena, 1996.
- Mendo Ze, Gervais, *et al.*: *Le Français* langue africaine. Enjeux et atouts pour la francophonie, París, 1999.
- Merchant, Carolyn: The *Columbia Guide* to American Environmental History, Nueva York, 2002.
- Merki, Christoph Maria: Der holprige *Siegeszug des Automobils* 1895-1930. Zur Motorisierung des Straßenverkehrs in Frankreich, Deutschland und der Schweiz, Viena, 2002.
- Messerli, Alfred, y Roger Chartier (eds.): *Lesen und Schreiben* in Europa 1500-1900. Vergleichende Perspektiven, Basilea, 2000.
- Metcalf, Barbara Daly: *Islamic Revival* in British India. Deoband, 1860-1900, Princeton (NJ), 1982.

- Metcalf, Thomas R.: *Ideologies of the Raj*, Cambridge, 1994. —: *Imperial Connections*. India in the Indian Ocean Arena, 1860-1920, Berkeley (CA), 2007.
- Meyer, David R.: *Hong Kong* as a Global Metropolis, Cambridge, 2000.
- Meyer, James H.: «*Immigration*, Return, and the Politics of Citizenship: Russian Muslims in the Ottoman Empire, 1869-1914», en: IJMES 39 (2007), pp. 15-32.
- Meyer, Jean, *et al.*: *Histoire de la France coloniale*. Des origines à 1914, París, 1991.
- Meyer, Michael A.: *Response to Modernity*. A History of the Reform Movement in Judaism, Detroit (MI), 1988.
- Meyer, Michael C., y William H. Beezley (eds.): The *Oxford History of Mexico*, Oxford, 2000.
- —, y William L. Sherman: The Course of *Mexican History*, Nueva York, 1991[4].
- Michael, Franz: The *Taiping Rebellion*, 3 vols., Seattle, 1966-1971.
- Michel, Bernard: Histoire de *Prague*, París, 1998.
- Middell, Matthias: *Weltgeschichtsschreibung* im Zeitalter der Verfachlichung und Professionalisierung. Das Leipziger Institut für Kultur- und Universalgeschichte 1890-1990, 3 vols., Leipzig, 2005.
- Miers, Suzanne, y Richard L. Roberts (eds.): The *End of Slavery* in Africa, Madison (WI), 1988.
- Migeod, Heinz-Georg: *Die persische Gesellschaft* unter Nāsiru'd-Dī Šāh (1848-1896), Berlín, 1990.
- Mill, John Stuart: *Collected Works*, 33 vols., ed. John M. Robson, Toronto, 1965-1991.
- Miller, Aleksej I., y Alfred J. Rieber (eds.): *Imperial Rule*, Budapest, 2004.

- Miller, James R.: *Skyscrapers* Hide the Heavens. A History of Indian-White Relations in Canada, Toronto, 1989.
- Miller, Joseph C.: «The *Significance* of Drought, Disease and Famine in the Agriculturally Marginal Zones of West-Central Africa», en: JAfH 23 (1982), pp. 17-61.
- Miller, Rory: *Britain and Latin America* in the Nineteenth and Twentieth Centuries, Harlow, 1993.
- Miller, Shawn William: An *Environmental History* of Latin America, Cambridge, 2007.
- Miller, Stuart Creighton: «*Benevolent Assimilation*». The American Conquest of the Philippines, 1899-1903, New Haven (CT), 1982.
- Millward, James A.: *Eurasian Crossroads*. A History of Xinjiang, Nueva York, 2007.
- Millward, Robert: Private and Public *Enterprise* in Europe. Energy, Telecommunications and Transport, 1830-1990, Cambridge, 2005.
- Milner, Anthony: The *Invention of Politics* in Colonial Malaya, Cambridge, 1995.
- Milner, Clyde A., *et al.* (eds.): The Oxford History of the *American West*, Nueva York, 1994.
- —, y Allan G. Bogue (eds.): *A New Significance*. Re-Envisioning the History of the American West, Nueva York, 1996.
- Minami Ryoshin: *Power Revolution* in the Industrialization of Japan, 1885-1940, Tokio, 1987.
- Mintz, Sidney W.: *Sweetness* and Power. The Place of Sugar in Modern History, Nueva York, 1985.
- Mirowski, Philip: *More Heat than Light*. Economics as Social Physics, Physics as Nature's Economics, Cambridge, 1989.
- Mishra, Girish: An *Economic History* of Modern India, Delhi, 1998[2].

- Misra, Bankey Bihari: The *Bureaucracy in India*. An Historical Analysis of Development up to 1947, Delhi, 1977.
- Mitchell, Allan: The Great *Train Race*. Railways and the Franco-German Rivalry 1815-1914, Nueva York, 2000.
- Mitchell, Brian R.: International Historical Statistics. *Africa*, Asia and Oceania. 1750-1988, Nueva York, 1995. —: International Historical Statistics. The *Americas*, 1750-1988, Nueva York, 1993[2]. —: International Historical Statistics: *Europe*, 1750-1988, Basingstoke, 1992[3].
- Mitchell, Timothy: *Colonising Egypt*, Berkeley (CA), 1991.
- Mitterauer, Michael, *Warum Europa*? Mittelalterliche Grundlagen eines Sonderwegs, Múnich, 2003. [*¿Por qué Europa?: fundamentos medievales de un camino singular*, trad. Elisa Renau, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2008.]
- Moch, Leslie Page: *Moving Europeans*. Migration in Western Europe since 1650, Bloomington (IN), 1992.
- Mock, Wolfgang: *Imperiale Herrschaft* und nationales Interesse. «Constructive Imperialism» oder Freihandel in Großbritannien vor dem Ersten Weltkrieg, Stuttgart, 1982.
- Moe, Nelson: The *View from Vesuvius*. Italian Culture and the Southern Question, Berkeley (CA), 2002.
- Mokyr, Joel: The *Gifts of Athena*, Princeton (NJ), 2002. —: The *Lever of Riches*. Technological Creativity and Economic Progress, Nueva York, 1990. [*La palanca de la riqueza: creatividad tecnológica y progreso económico*, trad. Esther

Gómez Parro, Madrid: Alianza, 1993.]

- Moltke, Helmuth von: *Briefe* über Zustände und Begebenheiten in der Türkei aus den Jahren 1835-1839 [1841], ed. Helmut Arndt, Nördlingen, 1987.
- Mommsen, Wolfgang J.: 1848. *Die ungewollte Revolution*. Die revolutionären Bewegungen in Europa 1830-1849, Fráncfort, 1998. —: *Bürgerstolz* und Weltmachtstreben. Deutschland unter Wilhelm II. 1890-1918, Berlín, 1995. —: «*Das Britische Empire*. Strukturanalyse eines imperialistischen Herrschaftsverbandes», en: HZ 233 (1981), pp. 317-361. —: *Das Ringen um den nationalen Staat*. Die Gründung und der innere Ausbau des Deutschen Reiches unter Otto von Bismarck 1850 bis 1890, Berlín, 1993. —: *Der europäische Imperialismus*. Aufsätze und Abhandlungen, Gotinga, 1979. —: *Großmachtstellung* und Weltpolitik. Die Außenpolitik des Deutschen Reiches 1870-1914, Berlín, 1993. —: *Imperialismustheorien*. Ein Überblick über die neueren Imperialismusinterpretationen, Gotinga, 1987[3].
- —, y Jürgen Osterhammel (eds.): *Imperialism and After*, Londres, 1986.
- Monkkonen, Eric H.: *America Becomes Urban*. The Development of US Cities and Towns, 1780-1980, Berkeley (CA), 1988. —: *Police* in Urban America, 1860-1920, Cambridge, 1981.
- Monnett, John H.: *Tell Them We Are Going Home*. The Odyssey of the Northern Cheyennes, Norman (OH), 2001.
- Montanari, Massimo: Der *Hunger* und der Überfluß. Kulturgeschichte der Ernährung in Europa, Múnich, 1993. [*El hambre y la abundancia: historia*

y cultura de la alimentación en Europa, Barcelona: Crítica, 1993.]

- Montel, Nathalie: *Le chantier* du Canal de Suez (1859-1869). Une histoire des pratiques techniques, París, 1998.
- Moore, Barrington: *Soziale Ursprünge* von Diktatur und Demokratie. Die Rolle der Grundbesitzer und Bauern bei der Entstehung der modernen Welt, Fráncfort, 1969. [*Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: El señor y el campesino en el mundo moderno*, trad. Jaume Costa *et al.*, Barcelona: Península, 1973; Ariel, 2015.]
- Moorehead, Caroline: *Dunant's Dream*. War, Switzerland and the History of the Red Cross, Londres, 1998.
- Morelli, Federica: «*Entre ancien et nouveau régime*. L'Histoire politique hispanoaméricaine du XIX^{e} siècle», en: Annales HSS 59 (2004), pp. 759-781.
- Moreman, T. R.: The *Army in India* and the Development of Frontier Warfare, 1849-1947, Basingstoke, 1998.
- Moretti, Franco (ed.), *Il romanzo*, vol. 3: Storia e geografia, Turín, 2002.
- Morris, Donald R.: The *Washing of the Spears*. A History of the Zulu Nation under Shaka and Its Fall in the Zulu War of 1879, Londres, 1965.
- Morris-Suzuki, Tessa: *Re-inventing Japan*. Time, Space, Nation, Nueva York, 1998. —: The *Technological Transformation* of Japan. From the Seventeenth to the Twenty-First Century, Cambridge, 1994.
- Morse, Edward S.: *Japanese Homes* and Their Surroundings [1886], Boston, 1986.
- Mosk, Carl: *Japanese Industrial History*.

Technology, Urbanization, and Economic Growth, Armonk (NY), 2001.

- Mosley, Paul: The *Settler Economies*. Studies in the Economic History of Kenya and Southern Rhodesia 1900-1963, Cambridge, 1983.
- Mosse, George L.: Toward the *Final Solution*, Nueva York, 1978. —: Die Geschichte des *Rassismus* in Europa, Fráncfort, 1990.
- Mote, Frederick W.: *Imperial China* 900-1800, Cambridge (MA), 1999.
- Motyl, Alexander J.: *Imperial Ends*. The Decay, Collapse, and Revival of Empires, Nueva York, 2001. —: *Revolutions*, Nations, Empires. Conceptual Limits and Theoretical Possibilities, Nueva York, 1999.
- Moya, José C.: *Cousins* and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930, Berkeley (CA), 1998.
- Mukherjee, S. N.: *Calcutta*. Essays in Urban History, Calcuta, 1993.
- Mumford, Lewis: *Die Stadt*. Geschichte und Ausblick, Colonia, 1963. [*La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, trad. Enrique Luis Revol, Logroño: Pepitas de Calabaza, 2012 (trad. publicada antes en Buenos Aires: Infinito, 1966).] —: *Technics* and Civilization, Nueva York, 1934. [*Técnica y civilización*, trad. Constantino Aznar de Acevedo, Madrid: Alianza, 1971.]
- Münch, Peter: *Stadthygiene* im 19. und 20. Jahrhundert. Die Wasserversorgung, Abwasser- und Abfallbeseitigung unter besonderer Berücksichtigung Münchens, Gotinga, 1993.
- Münkler, Herfried: *Imperien*. Die Logik der Weltherrschaft. Vom Alten Rom bis zu den

Vereinigten Staaten, Berlín, 2005.

- Munn, Nancy D.: «The *Cultural Anthropology* of Time. A Critical Essay», en: Annual Review of Anthropology 21 (1992), pp. 93-123.
- Munro, J. Forbes: *Maritime Enterprise* and Empire. Sir William Mackinnon and His Business Network, 1823-93, Woodbridge (Suffolk), 2003.
- Murphy, Craig N.: *International Organization* and Industrial Change. Global Governance since 1850, Cambridge, 1994.
- Nadel, Stanley: *Little Germany*. Ethnicity, Religion, and Class in New York City, 1845-80, Urbana (IL), 1990.
- Nakayama Shigeru: Academic and Scientific *Traditions* in China, Japan and the West, Tokio, 1984.
- Nani, Michele: *Ai confini della nazione*. Stampa e razzismo nell'Italia di fine ottocento, Roma, 2006.
- Naquin, Susan, y Evelyn S. Rawski: *Chinese Society* in the Eighteenth Century, New Haven (CT), 1987.
- —, y Yü Chün-fang (eds.): *Pilgrims* and Sacred Sites in China, Berkeley (CA), 1992. —: *Peking*. Temples and City Life, 1400-1900, Berkeley (CA), 2000.
- Nash, Gary B.: *First City*. Philadelphia and the Forging of Historical Memory, Filadelfia, 2002.
- Nash, Roderick: *Wilderness and the American Mind*, New Haven (CT), 1982[3].
- Nasson, Bill: The *South African War*, 1899-1902, Londres, 1999.
- Navarro Floria, Pedro: «*Sarmiento* y la frontera sur argentina y chilena. De tema antropológico a cuestión social (1837-1856)», en: JbLA 37 (2000), pp. 125-147.
- Navarro García, Luis (ed.): *Historia de las Américas*, 4 vols., Madrid [Alhambra Longman], 1991.

- Neal, Larry: The Rise of *Financial Capitalism*. International Capital Markets in the Age of Reason, Cambridge, 1990.
- Nee, Victor, y Richard Swedberg (eds.): The *Economic Sociology* of Capitalism, Princeton (NJ), 2005.
- Needell, Jeffrey D.: A *Tropical «belle époque»*. Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro, Cambridge, 1987.
- Needham, Joseph: The *Grand Titration*. Science and Society in East and West, Londres, 1969. [*La gran titulación: ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*, trad. Rosa Martínez Silvestre *et al.*, Madrid: Alianza, 1977.]
- Neff, Stephen C.: *War* and the Law of Nations. A General History, Cambridge, 2005.
- Nelson, Marie C.: *Bitter Bread*. The Famine in Norrbotten 1867-1868, Estocolmo, 1988.
- Neubach, Helmut: Die *Ausweisungen* von Polen und Juden aus Preußen 1885/86, Wiesbaden, 1967.
- Newbury, Colin: *Patrons*, Clients and Empire. Chieftaincy and Over-rule in Asia, Africa and the Pacific, Oxford, 2003.
- Newhall, Beaumont: *Geschichte der Photographie*, Múnich, 1989. [*Historia de la fotografía*, trad. Homero Alsina Thevenet, Barcelona: Gustavo Gili, 1984, 2001.]
- Newitt, Malyn: A History of *Mozambique*, Londres, 1996.
- Nichols, Roger L.: *American Indians* in U. S. History, Norman (OK), 2003.
- Nickel, Herbert J.: *Soziale Morphologie* der mexikanischen Hacienda, Wiesbaden, 1978. [*Morfología social de la hacienda mexicana*,

Wiesbaden: Franz Steiner, 1978; *Idem*, trad. Angélica Scherp *et al.*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996[2].]

- Nickerson, Thomas, y Owen Chase: The *Loss of the Ship «Essex»*, Sunk by a Whale, ed. Nathaniel Philbrick, Nueva York, 2000.
- Nipperdey, Thomas: *Deutsche Geschichte 1800-1866*. Bürgerwelt und starker Staat, Múnich, 1983. —: *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 vols., Múnich, 1990-1992.
- Nish, Ian H.: The *Origins* of the Russo-Japanese War, Londres, 1985.
- Nishiyama Matsunosuke: *Edo Culture*. Daily Life and Diversions in Urban Japan, 1600-1868, Honolulu, 1997.
- Nitschke, August, *et al*. (eds.): *Jahrhundertwende*. Der Aufbruch in die Moderne 1880-1930, 2 vols., Reinbek, 1990
- Noiriel, Gérard: *Immigration*, antisémitisme et racisme en France (XIX[e]-XX[e] siècle). Discours publics, humiliations privées, París, 2007.
- Nolte, Hans-Heinrich: *Weltgeschichte*. Imperien, Religionen und Systeme. 15.-19. Jahrhundert, Viena, 2005.
- Nolte, Paul: «*1900*. Das Ende des 19. und der Beginn des 20. Jahrhunderts in sozialgeschichtlicher Perspektive», en: GWU 47 (1996), pp. 281-300. —: «Gibt es noch eine *Einheit* der Neueren Geschichte?», en: ZHF 24 (1997), pp. 377-399.
- Nordman, Daniel: *Frontières* de France. De l’espace au territoire, París, 1998.
- North, Douglass C.: *Understanding* the Process of Economic Change, Princeton (NJ), 2005.
- —, y Robert Paul Thomas: The *Rise* of the Western

World. A New Economic History, Cambridge, 1973. [*El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica (900-1700)*, trad. Javier Faci Lacasta, Madrid: Siglo XXI de España editores, 1978.]

- North, Michael: Das *Geld* und seine Geschichte. Vom Mittelalter bis zur Gegenwart, Múnich, 1994. — (ed.): *Kommunikationsrevolutionen*. Die neuen Medien des 16. und 19. Jahrhunderts, Colonia, 20012.
- Northrup, David: *Africa's Discovery* of Europe. 1450-1850, Nueva York, 2002. —: *Indentured Labour* in the Age of Imperialism, 1834-1922, Cambridge, 1995.
- Norton, Mary Beth, *et al.*: A *People* and a Nation. A History of the United States, Boston, 2001^{6}.
- Nouzille, Jean: *Histoire des frontières*. L'Autriche et l'Empire Ottoman, París, 1991.
- Nuckolls, Charles: «The *Durbar Incident*», en: MAS 24 (1990), pp. 529-559.
- Nugent, Walter: *Crossings*. The Great Transatlantic Migrations, 1870-1914, Bloomington (IN), 1992. —: *Into the West*. The Story of Its People, Nueva York, 1999.
- Nussbaum, Felicity A. (ed.): The *Global Eighteenth Century*, Baltimore (MD), 2003.
- Nutini, Hugo G.: The *Wages of Conquest*. The Mexican Aristocracy in the Context of Western Aristocracies, Ann Arbor (MI), 1995.
- Nwauwa, Apollos O.: *Imperialism*, Academe and Nationalism. Britain and University Education for Africans 1860-1960, Londres, 1997.
- O'Cadhla, Stiofán: *Civilizing Ireland*. Ordnance Survey 1824-1842. Ethnography, Cartography, Translation, Dublin 2007.

- O’Gráda, Cormac: *Ireland*. A New Economic History 1780-1939, Oxford, 1995. —: *Ireland’s Great Famine*. Interdisciplinary Perspectives, Dublín, 2006.
- O’Brien, Patrick K.: «*Historiographical Traditions* and Modern Imperatives for the Restoration of Global History», en: JGH 1 (2006), pp. 3-39. — (ed.): *Industrialisation*. Critical Perspectives on the World Economy, 4 vols., Londres, 1998.
- —, y Armand Clesse (eds.): *Two Hegemonies*. Britain 1846-1914 and the United States 1941-2001, Aldershot, 2002.
- O’Rourke, Kevin H., y Jeffrey G. Williamson: *Globalization* and History. The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy, Cambridge (MA), 1999. [*Globalización e historia: la evolución de la economía atlántica en el siglo XIX*, trad. Montse Ponz, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006.]
- O’Rourke, Shane: The *Cossacks*, Manchester, 2007. —: *Warriors* and Peasants. The Don Cossacks in Late Imperial Russia, Basingstoke, 2000.
- Oakes, James: *The Radical and the Republican*. Frederick Douglass, Abraham Lincoln, and the Triumph of Antislavery Politics, Nueva York, 2007.
- Ochsenwald, William: The *Hijaz Railroad*, Charlottesville (VA), 1980. —: *Religion*, Society and the State in Arabia. The Hijaz under Ottoman Control, 1840-1908, Columbus (OH), 1984.
- Offen, Karen: *European Feminisms*, 1700-1950. A Political History, Stanford (CA), 2000.
- Offer, Avner: «The *British Empire*, 1870-1914. A Waste of Money», en: EcHR 46 (1993), pp. 215-238. —: The *First World War*. An Agrarian Interpretation, Oxford, 1989. — (ed.): *In Pursuit* of the Quality of

Life, Oxford, 1996.
- Ogilvie, Sheilagh C., y Markus Cerman (eds.): European *Proto-Industrialization*. An Introductory Handbook, Cambridge, 1996.
- Okey, Robin: The *Habsburg Monarchy* c. 1765-1918. From Enlightenment to Eclipse, Basingstoke, 2001. —: *Taming Balkan Nationalism*. The Habsburg «Civilizing Mission» in Bosnia, 1878-1914, Oxford, 2007.
- Oldenburg, Veena Talwar: The Making of *Colonial Lucknow*, 1857-1877, Delhi, 1989.
- Olender, Maurice: Die *Sprachen des Paradieses*. Religion, Philologie und Rassentheorie im 19. Jahrhundert, Fráncfort, 1995. [*Las lenguas del Paraíso: arios y semitas, una pareja providencial*, Barcelona: Seix Barral, 2001.]
- Oliver, Roland, y Anthony Atmore: *Africa Since 1800*, Cambridge, 2005. [*África desde 1800*, trad. Carlo A. Caranci, Madrid: Alianza, 1997. (y trad. Sergio Aguirre Mac-Kay, Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1977).]
- —, y —: *Medieval Africa* 1250-1800, Cambridge, 2001.
- Oliver, W. H. (ed.): The *Oxford History of New Zealand*, Oxford, 1981.
- Olsen, Donald J.: The *City* as a Work of Art: London, Paris, Vienna. New Haven (CT), 1986.
- Omissi, David E.: The *Sepoy* and the Raj. The Indian Army, 1860-1940, Basingstoke, 1994.
- Osmani, S. R. (ed.): *Nutrition* and Poverty, Oxford, 1992.
- Osterhammel, Jürgen (ed.): *Asien* in der Neuzeit. Sechs historische Stationen, Fráncfort, 1994. —: *China* und die Weltgesellschaft. Vom 18. Jahrhundert bis in unsere Zeit, Múnich, 1989. —:

Die *Entzauberung* Asiens. Europa und die asiatischen Reiche im 18. Jahrhundert, Múnich, 1998. —: «*Expansion* und Imperium», en: Peter Burschel *et al.* (eds.), Historische Anstöße. Festschrift für Wolfgang Reinhard, Berlín, 2002, pp. 371-392. —: «*Ex-zentrische Geschichte*. Außenansichten europäischer Modernität», en: Jahrbuch des Wissenschaftskollegs zu Berlin 2000/2001, Berlín, 2002, pp. 296-318. —: «*Forschungsreise* und Kolonialprogramm. Ferdinand von Richthofen und die Erschließung Chinas im 19. Jahrhundert», en: AKG 69 (1987), pp. 150-195. —: *Geschichtswissenschaft* jenseits des Nationalstaats. Studien zu Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich, Gotinga, 2001. —: «*Globalgeschichte*», en: Hans-Jürgen Goertz (ed.), Geschichte. Ein Grundkurs, Reinbek, 20073, pp. 592-610. —: *Kolonialismus*. Geschichte – Formen – Folgen, Múnich, 2006[5]. — (ed.): *Weltgeschichte*, Stuttgart, 2008.

- —, *et al.* (eds.): *Wege* der Gesellschaftsgeschichte, Gotinga, 2006.
- —, y Niels P. Petersson: Geschichte der *Globalisierung*. Dimensionen – Prozesse – Epochen, Múnich, 2007[4].
- Ostler, Nicholas: *Empires of the Word*. A Language History of the World, Londres, 2005.
- Östör, Ákos: *Vessels of Time*. An Essay on Temporal Change and Social Transformation, Delhi, 1993.
- Otto, Frank: Die *Entstehung eines nationalen Geldes*. Integrationsprozesse der deutschen Währungen im 19. Jahrhundert, Berlín, 2002.
- Overton, Mark: *Agricultural Revolution* in England. The Transformation of the Agrarian Economy 1500-1850, Cambridge, 1996.

- Owen, Norman G.: «The *Paradox* of Nineteenth-Century Population Growth in Southeast Asia. Evidence from Java and the Philippines», en: JSEAS 18 (1987), pp. 45-57.
- —, *et al.*: The *Emergence* of Modern Southeast Asia. A New History, Honolulu, 2005.
- Owen, Roger: *Lord Cromer*. Victorian Imperialist, Edwardian Proconsul, Oxford, 2004. —: The *Middle East* in the World Economy 1800-1914, Londres, 1981.
- Özmucur, Süleyman, y Şevket Pamuk: «*Real Wages* and Standards of Living in the Ottoman Empire, 1489-1914», en: JEH 62 (2002), pp. 293-321.
- Pagden, Anthony: *Lords* of all the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800, New Haven (CT), 1995. [*Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, trad. M. Dolors Gallart Iglesias, Barcelona: Península, 1997.]
- Paine, Sarah C. M.: *Imperial Rivals*. Russia, China and Their Disputed Frontier, 1858-1924, Armonk (NY), 1996. —: The *Sino-Japanese War* of 1894-1895. Perceptions, Power, and Primacy, Cambridge, 2003.
- Paine, Tom: *Common Sense* [1776], ed. Isaac Kramnick, Harmondsworth, 1976.
- Palairet, Michael: The *Balkan Economies* c. 1800-1914. Evolution without Development, Cambridge, 1997. —: «*Rural Serbia* in the Light of the Census of 1863», en: JEEcH 24 (1995), pp. 41-107.
- Palais, James B.: «A Search for *Korean Uniqueness*», en: HJAS 55 (1995), pp. 409-425. —: *Politics and Policy* in Traditional Korea, Cambridge (MA), 1991.

- Palmer, Robert R.: Das *Zeitalter* der demokratischen Revolution, Fráncfort, 1970.
- Pamuk, Şevket: The *Ottoman Empire* and European Capitalism, 1820-1913. Trade, Investment and Production, Cambridge, 1987.
- Panda, Chitta: The Decline of the *Bengal Zamindars*. Midnapore, 1870-1920, Delhi, 1996.
- Pankhurst, Richard: The *Ethiopians*, Oxford, 1998.
- Pantzer, Peter (ed.): Die *Iwakura-Mission*. Das Logbuch des Kume Kunitake über den Besuch der japanischen Sondergesandtschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz im Jahre 1873, Múnich, 2002.
- Panzac, Daniel: Les *corsaires barbaresques*. La fin d'une épopée 1800-1820, París, 1999. —: *Population et santé* dans l'empire ottoman (XVIII^{e}-XX^{e} siècles), Istanbul 1996. —: *Quarantaines* et lazarets. L'Europe et la peste d'orient (XVII^{e}-XX^{e} siècles), Aix-en-Provence, 1986.
- —, y André Raymond (eds.): *La France et l'Égypte* à l'époque des vicerois 1805-1882, El Cairo, 2002.
- Papayanis, Nicholas: *Coachmen* of Nineteenth-Century Paris. Service Workers and Class Consciousness, Baton Rouge (LA), 1993.
- Papin, Philippe: Histoire de *Hanoi*, París, 2001.
- Parissien, Steven: *Bahnhöfe der Welt*. Eine Architektur- und Kulturgeschichte, Múnich, 1997.
- Parker, Linda S.: *Native American Estate*. The Struggle over Indian and Hawaiian Lands, Honolulu, 1989.
- Parsons, Neil: *King Khama*, Emperor Joe and the Great White Queen. Victorian Britain through African Eyes, Chicago, 1998.
- Pasquier, Thierry du: *Les baleiniers français* au XIX^{e} siècle (1814-1868), Grenoble, 1982. [El autor

también ha estudiado *Les baleiniers basques*, París: S.P.M., 2000.]

- Patriarca, Silvana: *Numbers and Nationhood*. Writing Statistics in NineteenthCentury Italy, Cambridge, 1996.
- Patterson, Orlando: *Slavery and Social Death*. A Comparative Study, Cambridge (MA), 1982.
- Paul, Rodman W.: The *Far West* and the Great Plains in Transition 1859-1900, Nueva York, 1988.
- Paulmann, Johannes: *Pomp und Politik*. Monarchenbegegnungen in Europa zwischen Ancien Régime und Erstem Weltkrieg, Paderborn, 2000.
- Peck, Gunther: *Reinventing Free Labor*. Padrones and Immigrant Workers in the North American West, 1880-1930, Cambridge, 2000.
- Peebles, Patrick: The History of *Sri Lanka*, Westport (CT), 2006.
- Peers, Douglas M.: «*Colonial Knowledge* and the Military in India, 1780-1860», en: JICH 33 (2005), pp. 157-180. —: Between *Mars* and Mammon. Colonial Armies and the Garrison State in India 1819-1835, Londres, 1995.
- Pelzer, Erich (ed.): *Revolution und Klio*. Die Hauptwerke zur Französischen Revolution, Gotinga, 2004.
- Pennell, C. R.: *Morocco* since 1830. A History, Londres, 2000. [*Breve historia de Marruecos*, trad. Catalina Martínez Muñoz, Madrid: Alianza, 2009 (anteriormente, *Marruecos: del imperio a la independencia*, Madrid: Alianza, 2006).]
- Penny, H. Glenn: *Objects of Culture*. Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany, Chapel Hill (NC), 2001.
- Pepper, Suzanne: *Radicalism* and Education

Reform in Twentieth-Century China. The Search for an Ideal Development Model, Cambridge, 1996.

- Perdue, Peter C.: *China Marches West*. The Qing Conquest of Central Eurasia, Cambridge (MA), 2005.
- Pérennès, Roger: *Déportés* et forçats de la Commune. De Belleville à Noumea, Nantes, 1991.
- Perkin, Harold: The *Origins* of Modern English Society 1780-1880, Londres, 1969.
- Perkins, Kenneth J.: A History of *Modern Tunisia*, Cambridge, 2004. [*Historia del Túnez moderno*, trad. María del Mar Llinares García, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2010.]
- Perlin, Frank: The *Invisible City*. Monetary, Administrative and Popular Infrastructures in Asia and Europe, 1500-1900, Aldershot, 1993.
- Pernau, Margrit: *Bürger mit Turban*. Muslime in Delhi im 19. Jahrhundert, Gotinga, 2008.
- Petermann, Werner: Die *Geschichte der Ethnologie*, Wuppertal, 2004.
- Peterson, Merrill D.: *Lincoln* in American Memory, Nueva York, 1994.
- Petersson, Niels P.: *Anarchie* und Weltrecht. Das Deutsche Reich und die Institutionen der Weltwirtschaft, ca. 1880-1930, Gotinga, 2009.
- Pétré-Grenouilleau, Olivier (ed.): *From Slave Trade to Empire*. Europe and the Colonisation of Black Africa 1780s-1880s, Londres, 2004.
- Petrow, Stefan: *Policing Morals*. The Metropolitan Police and the Home Office, 1870-1914, Oxford, 1994.
- Pflanze, Otto: *Bismarck*, 2 vols., Múnich, 1997-1998.
- Philipp, Thomas, y Guido Schwald (eds.): *Abd-al-Rahman al-Jabarti's History of Egypt*, 3 vols.,

Stuttgart, 1994.
- Philippot, Robert: *Les zemstvos*. Société civile et état bureaucratique dans la Russie tsariste, París, 1991.
- Phillips, Gordon A., y Whiteside, Noel: *Casual Labour*. The Unemployment Question in the Port Transport Industry, 1880-1970, Oxford, 1985.
- Phillipson, Robert: *Linguistic Imperialism*, Oxford, 1992.
- Pieper, Renate, y Peer Schmidt (eds.): *Latin America* and the Atlantic World [= El mundo atlántico y América Latina (1500-1850)], Colonia, 2005.
- Pierenkemper, Toni: *Wirtschaftsgeschichte*, Múnich, 2005.
- Pietrow-Ennker, Bianka: «*Wirtschaftsbürger* und Bürgerlichkeit im Königreich Polen. Das Beispiel vom Lodz, dem "Manchester des Ostens"», en: GG 31 (2005), pp. 169-202.
- Pietschmann, Horst (ed.): *Atlantic History*. History of the Atlantic System 1580-1830, Gotinga, 2002.
- Pike, David L.: *Subterranean Cities*. The World beneath Paris and London, 1800-1945, Ithaca (NY), 2005.
- Pilbeam, Pamela M.: The *1830 Revolution* in France, Basingstoke, 1991. —: The *Middle Classes* in Europe 1789-1914. France, Germany, Italy and Russia, Basingstoke, 1990.
- Pinol, Jean-Luc: *Le monde des villes* au XIX^{e} siècle, París, 1991.
- Pitts, Jennifer: A *Turn to Empire*. The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France, Princeton (NJ), 2005.
- Planhol, Xavier de: *Le paysage animal*. L'Homme et la grande faune. Une zoogéographie historique, París, 2004. —: *Les fondéments* géographiques de

l'histoire de l'Islam, París, 1968. —: *Les nations* du prophète. Manuel géographique de politique musulmane, París, 1993. [*Las naciones del Profeta: manual de geografía política musulmana*, trad. Juan Vivanco, Barcelona: Bellaterra, 1998.]

- Plato, Alice von: *Präsentierte Geschichte*. Ausstellungskultur und Massenpublikum im Frankreich des 19. Jahrhunderts, Fráncfort, 2001.
- Plunz, Richard: A History of *Housing* in New York City. Dwelling Type and Social Change in the American Metropolis, Nueva York, 1990.
- Pocock, J. G. A.: The *Discovery* of Islands. Essays in British History, Cambridge, 2005.
- Pohl, Hans: *Aufbruch* zur Weltwirtschaft, 1840-1914. Geschichte der Weltwirtschaft von der Mitte des 19. Jahrhunderts bis zum Ersten Weltkrieg, Stuttgart, 1989.
- Poignant, Roslyn: *Professional Savages*. Captive Lives and Western Spectacle, New Haven (CT), 2004.
- Polachek, James M.: The *Inner Opium War*, Cambridge (MA), 1992.
- Polanyi, Karl: The *Great Transformation* [1944], Boston, 1957. [*La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, trad. Julia Varela *et al.*, Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1989.]
- Poliakov, Léon: *Der arische Mythos*. Zu den Quellen von Rassismus und Nationalismus in Europa, Viena, 1971.
- Pollard, Sidney: *Peaceful Conquest*. The Industrialization of Europe 1760-1970, Oxford, 1981. [*La conquista pacífica: la industrialización de Europa, 1760-1970*, trad. Jordi Pascual, Zaragoza: Prensas Universitarias, 1991.]
- Pollock, Sheldon: «The *Cosmopolitan Vernacular*»,

en: JAS 57 (1998), pp. 6-37.
- Polunov, Aleksandr Ju.: *Russia* in the Nineteenth Century. Autocracy, Reform, and Social Change, 1814-1914, Armonk (NY), 2005.
- Pomeranz, Kenneth: The *Great Divergence*. China, Europe, and the Making of the Modern World Economy, Princeton (NJ), 2000.
- Pomian, Krzysztof: *Europa* und seine Nationen, Berlín, 1990. —: *Sur l'histoire*, París, 1999. [*Sobre la historia*, trad. Magalí Martínez Solimán, Madrid: Cátedra, 2007.]
- Pooley, Colin G. (ed.): *Housing Strategies* in Europe, 1880-1930, Leicester, 1992.
- Port, Michael H.: *Imperial London*. Civil Government Building in London; 1850-1915, New Haven (CT), 1995.
- Porter, Andrew: *Atlas* of British Overseas Expansion, Londres, 1991. —: *European Imperialism* 1860-1914, Basingstoke, 1994. —: *Religion versus Empire*? British Protestant Missionaries and Overseas Expansion, 1700-1914, Manchester, 2004.
- Porter, Bernard: The *Absent-minded Imperialists*. Empire, Society and Culture in Britain, Oxford, 2004. —: The *Lion's Share*. A Short History of British Imperialism 1850- 1995, Londres, 1996^{3}.
- Porter, Roy: Die *Kunst des Heilens*. Eine medizinische Geschichte der Menschheit von der Antike bis heute, Heidelberg, 2000. [*Breve historia de la medicina: las personas, la enfermedad y la atención sanitaria. De la Antigüedad hasta nuestros días*, trad. Irene Cifuentes *et al.*, Madrid: Taurus, 2003.] —: *London*. A Social History, Londres, 1994.
- Porter, Theodore M., y Dorothy Ross (eds.): The *Modern Social Sciences* (= The Cambridge History of

Science, vol. 7), Cambridge, 2003.

- Pot, Johan Hendrik Jacob van der: *Sinndeutung* und Periodisierung der Geschichte. Eine systematische Übersicht der Theorien und Auffassungen, Leiden, 1999.
- Potter, David M.: The *Impending Crisis*, 1848-1861, Nueva York, 1976.
- Potter, Simon J.: «*Communication* and Integration. The British and Dominions Press and the British World, c. 1876-1914», en: JICH 31 (2003), pp. 190-206. —: *News* and the British World. The Emergence of an Imperial Press System, 1876-1922, Oxford, 2003.
- Pounds, Norman J. G.: *Hearth* and Home. A History of Material Culture, Bloomington (IN), 1989. [*La vida cotidiana: historia de la cultura material*, trad. Jordi Ainaud, Barcelona: Crítica, 1992, 1999.] —: An *Historical Geography* of Europe 1800-1914, Cambridge, 1985. [*Geografía histórica de Europa*, trad. Juan Faci, Barcelona: Crítica, 2000.]
- Prak, Maarten (ed.): *Early Modern Capitalism*. Economic and Social Change in Europe, 1400-1800, Londres, 2001.
- Prakash, Gyan: *Another Reason*. Science and the Imagination of Modern India, Princeton (NJ), 1999. — (ed.): The *World of the Rural Labourer* in Colonial India, Delhi, 1994.
- Prendergast, Christopher: *Paris* and the Nineteenth Century, Oxford, 1992.
- Price, Don C.: *Russia* and the Roots of the Chinese Revolution, 1896-1911, Cambridge (MA), 1974.
- Price, Jacob M.: «*Economic Function* and the Growth of American Port Towns in the Eighteenth Century», en: Perspectives in American History 8 (1974), pp. 121-186.

- Price, Pamela G.: «*Acting in Public* versus Forming a Public. Conflict Processing and Political Mobilization in Nineteenth-Century South India», en: South Asia 14 (1991), pp. 91-121. —: *Kingship* and Political Practice in Colonial India, Cambridge, 1996.
- Price, Roger: The *French Second Empire*. An Anatomy of Political Power, Cambridge, 2001. —: *People* and Politics in France, 1848-1870, Cambridge, 2004.
- Pröve, Ralf: *Militär*, Staat und Gesellschaft im 19. Jahrhundert. Múnich, 2006.
- Prucha, Francis Paul: The *Great Father*. The United States Government and the American Indians, ed. abreviada, Lincoln (NE), 1986.
- Prude, Jonathan: The Coming of *Industrial Order*. Town and Factory Life in Rural Massachusetts, 1810-1860, Cambridge, 1983.
- Purcell, Victor: The *Chinese* in Southeast Asia, Kuala Lumpur 1965[2].
- Pusey, James Reeve: *China and Charles Darwin*, Cambridge (MA), 1983.
- Quataert, Donald (ed.): *Consumption Studies* and the History of the Ottoman Empire, Nueva York, 2000. —: The *Ottoman Empire*, 1700-1922, Cambridge, 2000. —: *Ottoman Manufacturing* in the Age of the Industrial Revolution, Cambridge, 1993. —: *Social Desintegration* and Popular Resistance in the Ottoman Empire, 1881-1908. Reactions to European Economic Penetration, Nueva York, 1983.
- Rabibhadana, Akin: The Organization of *Thai Society* in the Early Bangkok Period, 1782-1873, Ithaca (NY), 1969.
- Rabinbach, Anson: The *Human Motor*. Energy,

Fatigue, and the Origins of Modernity, Nueva York, 1990.

- Radkau, Joachim: *Natur* und Macht. Eine Weltgeschichte der Umwelt, Múnich, 2000. —: Das Zeitalter der *Nervosität*. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler, Múnich, 1998.
- Rahikainen, Marjatta: *Centuries of Child Labour*. European Experiences from the Seventeenth to the Twentieth Century, Aldershot, 2004.
- Raina, Dhruv: *Images and Contexts*. The Historiography of Science and Modernity in India, Nueva Delhi, 2003.
- Rallu, Jean-Louis: *Les populations océanniennes* aux XIX^e^ et XX^e^ siècles, París, 1990. —: «*Population* of the French Overseas Territories in the Pacific, Past, Present and Projected», en: JPH 26 (1991), pp. 169-186.
- Ralston, David B.: *Importing the European Army*. The Introduction of European Military Techniques and Institutions into the Extra-European World, 1600-1914, Chicago, 1990.
- Ramachandran, Ranganathan: *Urbanization* and Urban Systems in India, Delhi, 1989.
- Rangarajan, Mahesh: *Fencing the Forest*. Conservation and Ecological Change in India's Central Provinces 1860-1914, Delhi, 1996.
- Ranke, Leopold von: *Aus Werk und Nachlaß*, vol. 4: Vorlesungseinleitungen, ed. Volker Dotterweich y Walther Peter Fuchs, Múnich, 1975. —: *Die großen Mächte* [1833], ed. Ulrich Muhlack, Fráncfort, 1995.
- Rankin, Mary Backus: *Elite Activism* and Political Transformation in China, Zhejiang Province, 1865-1911, Stanford (CA), 1986. —: «*Managed by the People*. Officials, Gentry, and the Foshan

Charitable Granary, 1795-1845», en: LIC 15 (1994), pp. 1-52.

- Raphael, Lutz: *Recht und Ordnung*. Herrschaft durch Verwaltung im 19. Jahrhundert, Fráncfort, 2000. [*Ley y orden: dominación mediante la administración en el siglo XIX*, trad. Jesús Alborés, Madrid: Siglo XXI, 2008.]
- Rasler, Karen A., y William R. Thompson: *War* and State Making. The Shaping of the Global Powers, Boston, 1989.
- Rathenau, Walther: *Der Kaiser*. Eine Betrachtung, Berlín, 1919. [*El Kaiser*, trad. Emilio Halffter, Madrid: Compañía General de Artes Gráficas, [1.ª mitad del siglo XX].
- Ratzel, Friedrich: *Politische Geographie*, Múnich, 1897.
- Raulff, Ulrich: *Der unsichtbare Augenblick*. Zeitkonzepte in der Geschichte, Gotinga, 1999.
- Ravina, Mark: *Land and Lordship* in Early Modern Japan, Stanford (CA), 1999. —: The *Last Samurai*. The Life and Battles of Saigo Takamori, Hoboken (NJ), 2004.
- Rawlinson, John L.: *China's Struggle* for Naval Development, Cambridge (MA), 1967.
- Rawski, Evelyn S.: *Education* and Popular Literacy in Ch'ing China, Ann Arbor (MI), 1979. —: The *Last Emperors*. A Social History of the Qing Imperial Institutions, Berkeley (CA), 1998.
- Raymond, André: *Grandes villes arabes* à l'époque ottomane, París, 1985. —: *Le Caire*, París, 1993.
- Read, Donald: The *Power of News*. The History of Reuters, 1849-1989, Oxford, 1992.
- Reardon-Anderson, James: *Reluctant Pioneers*. China's Expansion Northward, 1644-1937, Stanford (CA), 2005.

- Reclus, Élisée: *L'Homme et la terre*. Histoire contemporaine [1908], 2 vols., París, 1990. [*El hombre y la tierra*, vers. A. Lorenzo, 6 vols., Barcelona: Maucci, 1909; 2 vols., Madrid: Doncel, 1975.] —: *Nouvelle géographie* universelle, 19 vols., París, 1876-1894. [Hubo una *Nueva geografía universal: la tierra y los hombres*, adapt. dir. D. Martín Ferreiro, 11 vols., Madrid: El Progreso Editorial, 1888-1893, y una *Novísima geografía universal*, trad. y adapt. Vicente Blasco Ibáñez, 6 vols., Madrid: La Edit. Española-Americana, 1907.]
- Reed, Bradly W.: *Talons and Teeth*. County Clerks and Runners in the Qing Dynasty, Stanford (CA), 2000.
- Reichardt, Rolf: Das *Blut der Freiheit*. Französische Revolution und demokratische Kultur, Fráncfort, 1998. [*La revolución francesa y la cultura democrática: la sangre de la libertad*, trad. Carlos Martín Ramírez, Madrid: Siglo XXI de España, 2002.]
- Reichert, Ramón: Der *Diskurs der Seuche*. Sozialpathologien 1700-1900, Múnich, 1997.
- Reid, Anthony: «An *Age of Commerce* in Southeast Asian History», en: MAS 24 (1990), pp. 1-30. —: *Charting the Shape* of Early Modern Southeast Asia, Chiang Mai, 1999. —: «*Humans and Forests* in Pre-Colonial Southeast Asia», en: Environment and History 1 (1995), pp. 93-110. — (ed.): The *Last Stand* of Asian Autonomies. Responses to Modernity in the Diverse States of Southeast Asia and Korea, 1750-1900, Basingstoke, 1997. — (ed.): *Sojourners* and Settlers. Histories of Southeast Asia and the Chinese, Honolulu, 2001.
- Reid, Donald Malcolm: *Whose Pharaohs*? Archaeology, Museums, and Egyptian National

Identity from Napoleon to World War I, Berkeley (CA), 2002.

- Reid, Richard: «The *Ganda* on the Lake Victoria. A Nineteenth-Century East African Imperialism», en: JAfH 39 (1998), pp. 349-363.
- Reimers, David M.: *Other Immigrants*. The Global Origins of the American People, Nueva York, 2005.
- Reinhard, Marcel, *et al.*: *Histoire générale* de la population mondiale, París, 1968. [*Historia de la población mundial*, trad. Francisco Sanuy Gistau, Barcelona: Ariel, 1966.]
- Reinhard, Rudolf: Weltwirtschaftliche und politische *Erdkunde*, Breslavia (Wrocław), 1929[6].
- Reinhard, Wolfgang: Geschichte der europäischen *Expansion*, 4 vols., Stuttgart, 1983-1990. —: *Lebensformen* Europas. Eine historische Kulturanthropologie, Múnich, 2004. —: Geschichte der *Staatsgewalt*. Eine vergleichende Verfassungsgeschichte Europas von den Anfängen bis zur Gegenwart, Múnich, 1999. — (ed.): *Verstaatlichung* der Welt? Europäische Staatsmodelle und außereuropäische Machtprozesse, Múnich, 1999.
- Reinkowski, Maurus: Die *Dinge der Ordnung*. Eine vergleichende Untersuchung über die osmanische Reformpolitik im 19. Jahrhundert, Múnich, 2005.
- Reiter, Herbert: Politisches *Asyl* im 19. Jahrhundert. Die deutschen politischen Flüchtlinge des Vormärz und der Revolution von 1848/49 in Europa und den USA, Berlín, 1992.
- Reps, John W.: The *Making of Urban America*. A History of City Planning in the United States, Princeton (NJ), 1965.
- Reséndez, Andrés: *Changing National Identities* at the Frontier. Texas and New Mexico, 1800-1850,

Cambridge, 2005.

- Rétif, André: *Pierre Larousse* et son oeuvre (1817-1875), París, 1975.
- Reulecke, Jürgen: «Die *Mobilisierung* der "Kräfte und Kapitale". Der Wandel der Lebensverhältnisse im Gefolge von Industrialisierung und Verstädterung», en: Reulecke (ed.): Geschichte des Wohnens, vol. 3: 1800-1918. Das bürgerliche Zeitalter, Stuttgart, 1997, pp. 15-144. —: Geschichte der *Urbanisierung in Deutschland*, Fráncfort, 1992[3].
- Reynolds, Douglas R.: *China*, 1898-1912. The Xinzheng Revolution and Japan, Cambridge (MA), 1993.
- Rhoads, Edward J. M.: *Manchus and Han*. Ethnic Relations and Political Power in Late Qing and Early Republican China, 1861-1928, Seattle, 2000.
- Ribbe, Wolfgang: *Geschichte Berlins*, 2 vols., Múnich, 1987.
- Ribeiro, Darcy: *Amerika* und die Zivilisation. Die Ursachen der ungleichen Entwicklung der amerikanischen Völker, Fráncfort, 1985. [*Las Américas y la civilización: proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, trad. del portugués de Renzo Pi Hugarte, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972[2]; Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.]
- —, y Gregory Rabassa: The *Brazilian People*. The Formation and Meaning of Brazil, Gainesville (FL), 2000.
- Rich, Norman: The *Age of Nationalism* and Reform 1850-1890, Nueva York, 1977[2]. —: *Great Power Diplomacy* 1814-1914, Nueva York, 1992.
- Richards, Edward G.: *Mapping Time*. The Calendar

and Its History, Oxford, 1998.

- Richards, Eric: «How Did *Poor People* Emigrate from the British Isles to Australia in the Nineteenth Century?», en: JBS 32 (1993), pp. 250-279.
- Richards, John F.: The *Mughal Empire*, Cambridge, 1993. —: The *Unending Frontier*. An Environmental History of the Early Modern World, Berkeley (CA), 2003.
- Richardson, Peter: *Chinese Mine Labour* in the Transvaal, Londres, 1982.
- Richter, Daniel K.: *Facing East* from Indian Country: A Native History of Early America, Cambridge (MA), 2001.
- Richthofen, Ferdinand Freiherr von: *China*. Ergebnisse eigener Reisen und darauf begründeter Studien, 5 vols., Berlín, 1877-1912.
- Rickard, John: *Australia*. A Cultural History, Harlow, 1996[2].
- Ricklefs, M. C.: A History of *Modern Indonesia* since c. 1300, Basingstoke, 2001[3].
- Ridley, Jane: *Edwin Lutyens*. His Life, His Wife, His Work, Londres, 2003.
- Rieger, Bernhard: *Technology* and the Culture of Modernity in Britain and Germany, 1890-1945, Cambridge, 2005.
- Riekenberg, Michael: *Ethnische Kriege* in Lateinamerika im 19. Jahrhundert, Stuttgart, 1997. —: *Gewaltsegmente*. Über einen Ausschnitt der Gewalt in Lateinamerika, Leipzig, 2003.
- Riesenberger, Dieter: *Für Humanität* in Krieg und Frieden. Das Internationale Rote Kreuz 1863-1977, Gotinga, 1992.
- Riley, James C.: *Rising Life Expectancy*, Cambridge, 2001.
- Ringer, Fritz K.: *Die Gelehrten*. Der Niedergang der

deutschen Mandarine 1890-1933, Stuttgart, 1983. [*El ocaso de los mandarines alemanes: catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, trad. José M. Pomares, Barcelona: Pomares-Corredor, 1995.] —: *Education and Society* in Modern Europe, Bloomington (IN), 1979.

- Rittaud-Hutinet, Jacques: *Le cinéma* des origines. Les frères Lumière et leurs opérateurs, Seyssel, 1985.
- Ritter, Carl: *Einleitung* zur allgemeinen und vergleichenden Geographie, Berlín, 1852. —: Die *Erdkunde* im Verhältniß zur Natur und zur Geschichte des Menschen, 2.ª ed., 19 vols., Berlín, 1822-1859.
- Ritter, Gerhard A., y Klaus Tenfelde: *Arbeiter* im Deutschen Kaiserreich 1871 bis 1914, Bonn, 1992.
- Rivet, Daniel: *Le Maroc* de Lyautey à Mohammed V. Le double visage du protectorat, París, 1999.
- Roach, Joseph: *Cities of the Dead*. Circum-Atlantic Performance, Nueva York, 1996.
- Robb, Graham: The *Discovery of France*. A Historical Geography from the Revolution to the First World War, Nueva York, 2007.
- Robb, Peter: «*Peasants' Choices*? Indian Agriculture and the Limits of Commercialization in Nineteenth-Century Bihar», en: EcHR 45 (1992), pp. 97-119.
- Robbins, Richard G.: *Famine in Russia*, 1891-1892. The Imperial Government Responds to a Crisis, Nueva York, 1975.
- Roberts, Andrew: *Salisbury*. Victorian Titan, Londres, 1999.
- Roberts, J. A. G.: *China to Chinatown*. Chinese Food in the West, Londres, 2002.
- Roberts, John M.: *Twentieth Century*. The History of the World, 1901 to 2000, Nueva York, 1999.

- Robertson, Bruce Carlisle: *Raja Rammohan Ray*. The Father of Modern India, Delhi, 1995.
- Robinson, David: *Muslim Societies* in African History, Cambridge, 2004.
- Robinson, Francis: *Islam* and Muslim History in South Asia, Nueva Delhi, 2000.
- Robinson, Michael E.: *Korea's Twentieth-Century Odyssey*. A Short History, Honolulu, 2007.
- Rock, David: *Argentina*, 1516-1987. From Spanish Colonization to Alfonsín, Berkeley (CA), 1987. [*Argentina, 1516-1987: desde la colonización española hasta Alfonsín*, trad. Néstor Míguez, Madrid: Alianza, 1988.]
- Rodger, Nicholas A. M.: The *Command of the Sea*. A Naval History of Britain 1649-1815, Londres, 2004.
- Rodger, Richard (ed.): *European Urban History*. Prospect and Retrospect, Leicester, 1993.
- Rodgers, Daniel T.: *Atlantic Crossings*. Social Politics in an Progressive Age, Cambridge (MA), 1998.
- Rodríguez O., Jaime E.: «The *Emancipation* of America», en: AHR 105 (2000), pp. 131-152. —: The *Independence of Spanish America*, Cambridge, 1998. [*La independencia de la América española*, trad. Miguel Abelardo Camacho, México: El Colegio de México, 2008[2].]
- Roediger, David R.: *Working Toward Whiteness*. How America's Immigrants Became White, Nueva York, 2005.
- Rogan, Eugene L.: *Frontiers of the State* in the Late Ottoman Empire. Transjordan, 1850-1921, Cambridge, 1999.
- Rogin, Michael Paul: *Fathers and Children*. Andrew Jackson and the Subjugation of the American Indians, Nueva York, 1975.

- Rogowski, Ronald: *Commerce and Coalitions*. How Trade Affects Domestic Political Alignments, Princeton (NJ), 1989.
- C. G.: *Wilhelm II.*, 3 vols., Múnich, 1993-2008.
- Röhl, Wilhelm (ed.): *History of Law* in Japan since 1868, Leiden, 2005.
- Rohrbough, Malcolm J.: *Aspen*. The History of a Silver Mining Town, 1879-1893, Nueva York, 1986. —: *Days of Gold*. The California Gold Rush and the American Nation, Berkeley (CA), 1997.
- Rokkan, Stein: *Staat*, Nation und Demokratie in Europa, ed. Peter Flora, Fráncfort, 2000.
- Romein, Jan: The *Watershed* of Two Eras. Europe in 1900, Middletown (CT), 1978.
- Rosanvallon, Pierre: *La démocratie inachevée*. Historie de la souveraineté du peuple en France, París, 2000. —: *Le sacre du citoyen*. Histoire du suffrage universel en France, París, 1992. —: Der *Staat in Frankreich* von 1789 bis in die Gegenwart, Münster, 2000.
- Rosen, Charles: The *Classical Style*. Haydn, Mozart, Beethoven, Londres, 1971. [*El estilo clásico: Haydn, Mozart, Beethoven*, trad. Elena Giménez Moreno *et al.*, Madrid: Alianza, 1986, 2014^{2}.] —: The *Romantic Generation*, Cambridge (MA), 1995.
- Rosen, George: A *History of Public Health*, Nueva York, 1958.
- Rosenberg, Charles E.: The *Cholera Years*. The United States in 1832, 1849, and 1866, Chicago, 1962.
- Rösener, Werner: Die *Bauern* in der europäischen Geschichte, Múnich, 1993. [*Los campesinos en la historia europea*, trad. Enrique Gavilán, Barcelona: Crítica, 1995.]
- Rosner, Erhard: *Medizingeschichte Japans*, Leiden,

1989.

- Ross, Dorothy: The *Origins* of American Social Science, Cambridge, 1991.
- Ross, Robert, y Gerard J. Telkamp (eds.): *Colonial Cities*, Dordrecht, 1985. —: *Status* and Respectability in the Cape Colony, 1750-1870. A Tragedy of Manners, Cambridge, 1999.
- Rossabi, Morris: *China and Inner Asia*. From 1368 to the Present Day, Londres, 1975.
- Rosselli, John: *Singers* of Italian Opera. The History of a Profession, Cambridge, 1992.
- Rostow, Walt W.: The *World Economy*. History and Prospect, Austin (TX), 1978.
- Rotberg, Robert I.: *The Founder*. Cecil Rhodes and the Pursuit of Power, Nueva York, 1988.
- Roth, Ralf: Das *Jahrhundert der Eisenbahn*. Die Herrschaft über Raum und Zeit 1800-1914, Ostfildern, 2005.
- Rothblatt, Sheldon: The *Revolution of the Dons*. Cambridge and Society in Victorian England, Londres, 1968.
- —, y Björn Wittrock (eds.): The *European and American University* since 1800. Historical and Sociological Essays, Cambridge, 1993. [*La universidad europea y americana desde 1800: las tres transformaciones de la universidad moderna*, trad. José M. Pomares, Barcelona: Pomares-Corredor, 1996.]
- Rothermund, Dietmar (ed.): *Aneignung* und Selbstbehauptung. Antworten auf die europäische Expansion, Múnich, 1999. —: *Indiens wirtschaftliche Entwicklung*. Von der Kolonialzeit bis zur Gegenwart, Paderborn, 1985.
- Rothfels, Nigel: *Savages and Beasts*. The Birth of the Modern Zoo, Baltimore (MD), 2002.

- Rouleau, Bernard: *Paris*. Histoire d'un espace, París, 1997.
- Roussillon, Alain: *Identité et modernité*. Les voyageurs égyptiens au Japon (XIX^{e}-XX^{e} siècle), Arlés, 2005.
- Rowe, William T.: *Hankow*, 2 vols., Stanford (CA), 1984-1989. —: *Saving the World*. Chen Hongmou and Elite Consciousness in EighteenthCentury China, Stanford (CA), 2001.
- Rowley, Charles D.: The *Destruction* of Aboriginal Society, Harmondsworth, 1974.
- Royle, Edward: *Revolutionary Britannia*? Reflections on the Threat of Revolution in Britain, 1789-1848, Manchester, 2000.
- Rubinger, Richard: *Popular Literacy* in Early Modern Japan, Honolulu, 2007.
- Rubinstein, William D. (ed.): *Wealth* and the Wealthy in the Modern World, Londres, 1980.
- Ruble, Blair A.: *Second Metropolis*. Pragmatic Pluralism in Gilded Age Chicago, Silver Age Moscow and Meiji Osaka, Cambridge, 2001.
- Ruedy, John: *Modern Algeria*. The Origins and Development of a Nation, Bloomington (IN), 1992.
- Rüegg, Walter (ed.): Geschichte der *Universität* in Europa, 4 vols., Múnich, 1993-2008.
- Ruggiero, Guido de: Geschichte des *Liberalismus* in Europa, Múnich, 1930. [*Historia del Liberalismo europeo*, trad. Carlos G. Posada, Albolote (Granada): Comares, 2005 (antes Madrid: Pegaso, 1944).]
- Rupp, Leila J.: *Worlds of Women*. The Making of an International Women's Movement, Princeton (NJ), 1997.
- Russell, William Howard: *Meine sieben Kriege*. Die ersten Reportagen von den Schlachtfeldern des 19.

Jahrhunderts, Fráncfort, 2000.

- Rustemeyer, Angela: *Dienstboten* in Petersburg und Moskau 1861-1917. Hintergrund, Alltag, soziale Rolle, Stuttgart, 1996.
- Rutherford, Susan: The *Prima Donna* and Opera, 1815-1930, Cambridge, 2006.
- Ruthven, Malise, y Azim Nanji: *Historical Atlas of Islam*, Cambridge (MA), 2004.
- Ryan, James R.: *Picturing Empire*. Photography and the Visualization of the British Empire, Londres, 1997.
- Ryan, Mary P.: *Civic Wars*. Democracy and Public Life in the American City during the Nineteenth Century, Berkeley (CA), 1997.
- Sabel, Charles F., y Jonathan Zeitlin (eds.): *World of Possibilities*. Flexibility and Mass Production in Western Industrialization, Cambridge, 1997.
- Sachs, Jeffrey D. (ed.): *Developing Country Debt* and the World Economy, Chicago, 1989. —: *Tropical Underdevelopment*, Cambridge (MA), 2001.
- Sahlins, Marshall D.: *Anahulu*. The Anthropology of History in the Kingdom of Hawaii, vol. 1: Historical Ethnography, Chicago, 1992.
- Sahlins, Peter: *Forest Rites*. The War of the Demoiselles in Nineteenth-Century France, Cambridge (MA), 1994.
- Said, Edward W.: *Orientalism*, Londres, 1978. [*Orientalismo*, trad. María Luisa Fuentes, Madrid: Libertarias, 1990; Madrid: Debate, 2002; Barcelona: DeBolsillo, 2003]
- Samson, Jane (ed.): The *British Empire*, Oxford, 2001.
- Samson, Jim (ed.): The *Cambridge History of Nineteenth-Century Music*, Cambridge, 2002.
- Sanneh, Lamin: *Abolitionists Abroad*. American

Blacks and the Making of Modern West Africa. Cambridge (MA), 1999. —: The *Crown* and the Turban. Muslims and West African Pluralism, Boulder (CO), 1997. [*La corona y el turbante: el islam en las sociedades del África occidental*, trad. Albert Roca Álvarez, Barcelona: Bellaterra, 2001.] —: *Disciples of all Nations*. Pillars of World Christianity, Nueva York, 2007.

- Sarasin, Philipp: *Stadt der Bürger*. Bürgerliche Macht und städtische Gesellschaft. Basel 1846-1914, Gotinga, 1997[2].
- Sarmiento, Domingo Faustino: *Barbarei und Zivilisation*. Das Leben des Facundo Quiroga [1845], Fráncfort, 2007. [Por ejemplo, *Obras selectas*, ed. Diana Sorensen, Madrid: Espasa Calpe, 2002; o *Facundo: civilización y barbarie*, ed. Roberto Yahni, Madrid: Cátedra, 1990]
- Sartorius von Waltershausen, August: Die *Entstehung* der Weltwirtschaft. Geschichte des zwischenstaatlichen Wirtschaftslebens vom letzten Viertel des achtzehnten Jahrhunderts bis 1914, Jena, 1931.
- Sassoon, Donald: The *Culture* of the Europeans. From 1800 to the Present, Londres, 2006.
- Satre, Lowell J.: *Chocolate on Trial*. Slavery, Politics, and the Ethics of Business, Athens (OH), 2005.
- Saunders, David: *Russia* in the Age of Reaction and Reform 1801-1881, Londres, 1992.
- Sautter, Udo: *Geschichte Kanadas*. Von der europäischen Entdeckung bis zur Gegenwart, Múnich, 1992.
- Sayer, Derek: The Coasts of *Bohemia*. A Czech History, Princeton (NJ), 1998.
- Scarr, Deryck: The History of the *Pacific Islands*. Kingdoms of the Reefs, Basingstoke, 1990.

- Schalenberg, Marc: *Humboldt auf Reisen?* Die Rezeption des «deutschen Universitätsmodells» in den französischen und britischen Reformdiskursen (1810-1870), Basilea, 2002.
- Schama, Simon: *Patriots* and Liberators. Revolution in the Netherlands, Londres, 1977.
- Scheffler, Thomas: «*"Fertile Crescent"*, "Orient", "Middle East". The Changing Mental Maps of Southwest Asia», en: European Review of History 10 (2003), pp. 253-272.
- Schenda, Rudolf: *Volk ohne Buch*. Studien zur Sozialgeschichte der populären Lesestoffe 1770-1910, Fráncfort, 1970.
- Schendel, Willem van, y Henk Schulte Nordholt (eds.): *Time Matters*. Global and Local Time in Asian Societies, Ámsterdam, 2001.
- Scherrer, Jutta: *Kulturologie*. Rußland auf der Suche nach einer zivilisatorischen Identität, Gotinga, 2003.
- Scherzer, Kenneth A.: The *Unbound Community*. Neighborhood Life and Social Structure in New York City, 1830-1875, Durham (NC), 1992.
- Schieder, Theodor: *Nationalismus* und Nationalstaat. Studien zum nationalen Problem im modernen Europa, Gotinga, 1991. —: *Staatensystem* als Vormacht der Welt 1848-1918, Fráncfort, 1977.
- Schilling, Heinz: *Die neue Zeit*. Vom Christenheitseuropa zum Europa der Staaten 1250 bis 1750, Berlín, 1999.
- Schinz, Alfred: *Cities in China*, Berlín, 1989.
- Schivelbusch, Wolfgang: Die Geschichte der *Eisenbahnreise*. Zur Industrialisierung von Raum und Zeit im 19. Jahrhundert, Múnich, 1977. —: *Lichtblicke*. Zur Geschichte der künstlichen

Helligkeit im 19. Jahrhundert, Múnich, 1983.

- Schlaffer, Heinz: Die kurze *Geschichte der deutschen Literatur*, Múnich, 2002.
- Schleier, Hans: Geschichte der deutschen *Kulturgeschichtsschreibung*, 2 vols., Waltrop, 2003.
- Schlögel, Karl: *Im Raume* lesen wir die Zeit. Über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik, Múnich, 2003. [*En el espacio leemos el tiempo: sobre historia de la civilización y geopolítica*, trad. José Luis Arántegui, Madrid: Siruela, 2007.]
- Schlör, Joachim: *Nachts in der großen Stadt*. Paris, Berlin, London 1840-1930, Múnich, 1991.
- Schmale, Wolfgang: *Geschichte Europas*, Viena, 2000.
- Schmid, André: *Korea* between Empires, 1895-1919, Nueva York, 2002.
- Schmidt, Manfred G.: *Sozialpolitik* in Deutschland. Historische Entwicklung und internationaler Vergleich, Opladen, 1998.
- Schmidt, Nelly: *L'Abolition de l'esclavage*. Cinq siècles de combats, XVI^{e}XX^{e} siècle, París, 2005.
- Schmidt, Peer: «Der *Guerrillero*. Die Entstehung des Partisanen in der Sattelzeit der Moderne. Eine atlantische Perspektive 1776-1848», en: GG 29 (2003), pp. 161-190.
- —, *et al.*: *Kleine Geschichte Spaniens*, Stuttgart, 2002.
- Schmidt-Glintzer, Helwig: «*Eurasien* als kulturwissenschaftliches Forschungsthema», en: Wolfgang Gantke *et al.* (eds.): Religionsbegegnung und Kulturaustausch in Asien, Wiesbaden, 2002, pp. 185-199. —: *Geschichte der chinesischen Literatur*, Berna, 1990.
- Schmidt-Nowara, Christopher: *Empire and Antislavery*. Spain, Cuba, and Puerto Rico,

1833-1874, Pittsburgh, 1999.

- Schmied, Gerhard: *Soziale Zeit*. Umfang, «Geschwindigkeit» und Evolution, Berlín, 1985.
- Schmoeckel, Matthias: Die *Großraumtheorie*. Ein Beitrag zur Geschiche der Völkerrechtswissenschaft im Dritten Reich, insbesondere der Kriegszeit, Berlín, 1994.
- Schneer, Jonathan: *London 1900*. The Imperial Metropolis, New Haven (CT), 1999.
- Schneider, Ronald M.: *Latin American Political History*. Patterns and Personalities, Boulder (CO), 2007.
- Schneider, Ute: Die *Macht der Karten*. Eine Geschichte der Kartographie vom Mittelalter bis heute, Darmstadt, 2004.
- Schölch, Alexander: *Ägypten den Ägyptern*! Die politische und gesellschaftliche Krise in den Jahren 1878-1882 in Ägypten, Zúrich, 1972. —: «*Ägypten* in der ersten und Japan in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts. Ein entwicklungsgeschichtlicher Vergleich», en: GWU 33 (1982), pp. 333-346. —: «*Der arabische Osten* im 19. Jahrhundert 1800-1914», en: Ulrich Haarmann (ed.): Geschichte der arabischen Welt, Múnich, 2001^{4}, pp. 365-431.
- Scholte, Jan Aart: *Globalization*. A Critical Introduction, Basingstoke, 2000.
- Schoppa, R. Keith: *Xiang Lake*. Nine Centuries of Chinese Life, New Haven (CT), 1989.
- Schorkowitz, Dittmar: *Staat und Nationalitäten* in Russland. Der Integrationsprozess der Burjaten und Kalmücken, 1822-1925, Stuttgart, 2001.
- Schrader, Abby M.: *Languages of the Lash*. Corporal Punishment and Identity in Imperial Russia, DeKalb (IL), 2002.
- Schramm, Gottfried: *Fünf Wegscheiden* der

Weltgeschichte, Gotinga, 2004.

- Schreiber, Ulrich: Die *Kunst der Oper*, 3 vols., Fráncfort, 1988-2000.
- Schröder, Hans-Christoph: Die *Amerikanische Revolution*. Eine Einführung, Múnich, 1982.
- Schröder, Iris, y Sabine Höhler (eds.): *Welt-Räume*. Geschichte, Geographie und Globalisierung seit 1900, Fráncfort, 2005.
- Schroeder, Paul W.: «The Nineteenth-Century *International System*. Changes in the Structure», en: WP 39 (1986), pp. 1-26. —: The *Transformation* of European Politics 1763-1848, Oxford, 1994.
- Schroeter, Daniel J.: *Merchants of Essaouira*. Urban Society and Imperialism in Southwestern Morocco, 1844-1886, Cambridge, 1988.
- Schudson, Michael: The *Good Citizen*. A History of American Civic Life, Nueva York, 1998.
- Schularick, Moritz: *Finanzielle Globalisierung* in historischer Perspektive, Tubinga, 2006.
- Schulin, Ernst: Die *Französische Revolution*, Múnich, 2004^{4}.
- Schulte Nordholt, Henk: The *Spell of Power*. A History of Balinese Politics 1650-1940, Leiden, 1996.
- Schultz, Hans-Dietrich: «*Deutschlands "natürliche Grenzen"*. "Mittellage" und "Mitteleuropa" in der Diskussion der Geographen seit Beginn des 19. Jahrhunderts», en: GG 15 (1989), pp. 248-291. —: «*Raumkonstrukte* der klassischen deutschsprachigen Geographie des 19./20. Jahrhunderts im Kontext ihrer Zeit», en: GG 28 (2002), pp. 343-377.
- Schultz, Kirsten: *Tropical Versailles*. Empire, Monarchy, and the Portuguese Royal Court in Rio de Janeiro, 1808-1821, Nueva York, 2001.

- Schulze, Hagen: *Staat und Nation* in der europäischen Geschichte, Múnich, 1994. [*Estado y nación en Europa*, trad. Ernest Marcos, Barcelona: Crítica, 1997.]
- Schulze, Reinhard: «The *Birth of Tradition* and Modernity in 18th and 19thCentury Islamic Culture. The Case of Printing», en: Culture and History 16 (1997), pp. 29-72. —: «*Die islamische Welt* in der Neuzeit (16.-19. Jahrhundert)», en: Albrecht Noth, y Jürgen Paul (eds.): Der islamische Orient. Grundzüge seiner Geschichte, Wurzburgo, 1998, pp. 333-406.
- Schulze, Winfried: «Die *Zahl der Opfer* der Französischen Revolution», en: GWU 59 (2008), pp. 140-152.
- Schumpeter, Joseph A.: *Aufsätze zur Soziologie*, Tubinga, 1953. —: History of *Economic Analysis*, Londres, 1954. [Historia del análisis económico, trad. Manuel Sacristán, Barcelona: Ariel, 1971, 2012.] —: *Konjunkturzyklen.* Eine theoretische, historische und statistische Analyse des kapitalistischen Prozesses, 2 vols., Gotinga, 1961. [*Ciclos económicos: análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista,* trad. Jordi Pascual, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.]
- Schwab, Raymond: *La renaissance orientale*, París, 1950.
- Schwarcz, Vera: The *Chinese Enlightenment.* Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919, Berkeley (CA), 1986.
- Schwebell, Gertrud C. (ed.): Die *Geburt des modernen Japan* in Augenzeugenberichten, Múnich, 1981.
- Schwentker, Wolfgang: Die *Samurai*, Múnich, 2003.

[*Los samuráis*, trad. Mª Carmen Arias Rodríguez, Madrid: Alianza, 2005, 2015.] —: *Max Weber in Japan*. Eine Untersuchung zur Wirkungsgeschichte 1905-1995, Tubinga, 1998.

- Scott, Hamish M.: The *Birth* of a Great Power System, 1740-1815, Harlow, 2006.
- Scott, James C.: *Seeing Like a State*. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed, New Haven (CT), 1998.
- Scott, Rebecca J.: *Degrees of Freedom*. Louisiana and Cuba after Slavery, Cambridge (MA), 2005.
- Scott, Tom (ed.): The *Peasantries* of Europe from the Fourteenth to the Eighteenth Centuries, Londres, 1998.
- Sdvizkov, Denis: Das *Zeitalter der Intelligenz*. Zur vergleichenden Geschichte der Gebildeten in Europa bis zum Ersten Weltkrieg, Gotinga, 2006.
- Searing, James F.: *West African Slavery* and Atlantic Commerce. The Senegal River Valley, 1700-1860, Cambridge, 1993.
- Searle, Geoffrey R.: *A New England?* Peace and War 1886-1918, Oxford, 2004. —: *Morality* and the Market in Victorian Britain, Oxford, 1998.
- Seavoy, Ronald E.: *Famine* in Peasant Societies, Nueva York, 1986.
- Seely, Robert: The *Russian-Chechen Conflict*, 1800-2000. A Deadly Embrace, Londres, 2001.
- Seidensticker, Edward: *Low City*, High City. Tokyo from Edo to the Earthquake, Londres, 1983.
- Seidl, Wolf: *Bayern in Griechenland*. Die Geburt des griechischen Nationalstaats und die Regierung König Ottos, Múnich, 1981.
- Semmel, Bernard: *Jamaican Blood* and Victorian Conscience. The Governor Eyre Controversy, Westport (CT), 1962. —: The *Liberal Ideal* and the

Demons of Empire. Theories of Imperialism from Adam Smith to Lenin, Baltimore (MD), 1993.

- Sen, Amartya: The *Argumentative Indian*. Writings on Indian Culture, History and Identity, Londres, 2005. [*India contemporánea: entre la modernidad y la tradición*, trad. Horacio Pons, Barcelona: Gedisa, 2007.]
- Sennett, Richard: *Flesh and Stone*. The Body and the City in Western Civilization, Nueva York, 1994. [*Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, trad. César Vidal, Madrid: Alianza, 1997.]
- Seton-Watson, Hugh: *Nations and States*. An Inquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism, Londres, 1977. —: The *Russian Empire* 1801-1917, Oxford, 1967.
- Shang Keqiang, y Liu Haiyan: *Tianjin* zujie shehui yanjiu [Estudios sobre la sociedad de las Concesiones en Tianjín], Tianjín, 1996.
- Shannon, Richard: *Gladstone*, 2 vols., Londres, 1982-1999.
- Shao Qin: *Culturing Modernity*. The Nantong Model, 1890-1930, Stanford (CA), 2003.
- Sharma, Arvind (ed.): *Modern Hindu Thought*. The Essential Texts, Oxford, 2002.
- Shaw, Stanford J.: *Between Old and New*. The Ottoman Empire under Sultan Selim III, 1789-1807, Cambridge (MA), 1971. —: The *Jews of the Ottoman Empire* and the Turkish Republic, Nueva York, 1991.
- Sheehan, James J.: *Museums* in the German Art World. From the End of the Old Regime to the Rise of Modernism, Oxford, 2000.
- Shih, Vincent Y. C.: The *Taiping Ideology*. Its Sources, Interpretations, and Influences, Seattle,

1967.
- Shimazu Naoko: *Japan, Race and Equality*. The Racial Equality Proposal of 1919, Londres, 1998.
- Shipps, Jan: *Mormonism*. The Story of a New Religious Tradition, Urbana (IL), 1985.
- Showalter, Dennis: The *Wars of German Unification*, Londres, 2004.
- Siddiqi, Asiya: «*Ayesha's World*. A Butcher's Family in Nineteenth-Century Bombay», en: CSSH 43 (2001), pp. 101-129.
- Sieferle, Rolf Peter, *et al.*: Das *Ende der Fläche*. Zum gesellschaftlichen Stoffwechsel der Industrialisierung, Colonia, 2006.
- Siegrist, Hannes, *et al.* (eds.): *Europäische Konsumgeschichte*. Zur Gesellschaftsund Kulturgeschichte des Konsums (18. bis 20. Jahrhundert), Fráncfort, 1997.
- Siemann, Wolfram: *Vom Staatenbund* zum Nationalstaat. Deutschland 1806-1871, Múnich, 1995.
- Silberman, Bernard S.: *Cages of Reason*. The Rise of the Rational State in France, Japan, the United States, and Great Britain, Chicago, 1993.
- Silva, K. M. de: A History of *Sri Lanka*, Londres, 1981.
- Simey, T. S., y M. B. Simey: *Charles Booth*. Social Scientist, Oxford, 1960.
- Simmons, I. G.: An *Environmental History* of Great Britain. From 10 000 Years Ago to the Present, Edimburgo, 2001.
- Simonton, Deborah: A History of *European Women's Work*, 1700 to the Present, Londres, 1998.
- Singaravélou, Pierre: *L'École Française d'Extrême-Orient* ou l'institution des marges (1898-1956), París, 1999.

- Singer, James D., y Melvin Small: *Resort to Arms*. International and Civil Wars, 1816-1980, Beverly Hills, 1982.
- Singh, Chetan: *Natural Premises*. Ecology and Peasant Life in the Western Himalaya, 1800-1950, Delhi, 1998.
- Sinor, Denis: «*Introduction*. The Concept of Inner Asia», en: Sinor (ed.): The Cambridge History of Early Inner Asia, Cambridge, 1990, pp. 1-18.
- Skinner, G. William: *Chinese Society* in Thailand. An Analytical History, Ithaca (NY), 1957. — (ed.): The *City* in Late Imperial China, Stanford (CA), 1977.
- Skocpol, Theda: *States* and Social Revolutions, Cambridge, 1979.
- Slatta, Richard W.: *Cowboys* of the Americas, New Haven (CT), 1990. —: *Gauchos* and the Vanishing Frontier, Lincoln (NE), 1983.
- Slezkine, Yuri: *Arctic Mirrors*. Russia and the Small Peoples of the North, Ithaca (NY), 1994.
- Slotkin, Richard: The *Fatal Environment*. The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890, Nueva York, 1985. —: *Regeneration* through Violence. The Mythology of the American Frontier, 1600-1860, Middletown (CT), 1973.
- Smallman-Raynor, Matthew, y Andrew D. Cliff: *War Epidemics*. A Historical Geography of Infectious Diseases in Military Conflict and Civil Strife, 1850-2000, Oxford, 2004.
- Smelser, Neil J., y Paul B. Baltes (eds.): *International Encyclopedia* of the Social and Behavioral Sciences, 26 vols., Ámsterdam, 2001.
- Smil, Vaclav: *Creating the Twentieth Century*. Technical Innovations of 1867-1914 and Their Lasting Impact, Oxford, 2005. —: *Energy* in World

History, Boulder (CO), 1994.

- Smith, Andrew B.: *Pastoralism in Africa*. Origins and Development Ecology, Londres, 1992.
- Smith, Anthony D.: *Nationalism* and Modernism, Londres, 1998. [*Nacionalismo y modernidad: un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo*, trad. Sandra Chaparro, Tres Cantos (Madrid): Istmo, 2000.]
- Smith, Crosbie: The *Science of Energy*. A Cultural History of Energy Physics in Victorian Britain, Londres, 1998.
- —, y M. Norton Wise: *Energy and Empire*. A Biographical Study of Lord Kelvin, Cambridge, 1989.
- Smith, David A., *et al.* (eds.): *States* and Sovereignty in the Global Economy, Londres, 1999.
- Smith, Jeremy: *Europe and the Americas*. State Formation, Capitalism and Civilizations in Atlantic Modernity, Leiden, 2006.
- Smith, Joseph: The *Spanish-American War*. Conflict in the Caribbean and the Pacific, 1895-1902, Harlow, 1994.
- Smith, Mark M.: *Debating Slavery*. Economy and Society in the Antebellum American South, Cambridge, 1998. —: *Mastered by the Clock*. Time, Slavery and Freedom in the American South, Chapel Hill (NC), 1997.
- Smith, Michael Stephen: The *Emergence* of Modern Business Enterprise in France, 1800-1930, Cambridge (MA), 2006.
- Smith, Richard J.: *China's Cultural Heritage*. The Qing Dynasty, 1644-1912, Boulder (CO), 1994[2].
- Smith, Thomas C.: The *Agrarian Origins* of Modern Japan, Stanford (CA), 1959. [*Los orígenes agrarios en el Japón moderno*, trad. Angel Zamora de la

Fuente, México: Pax, 1964.] —: «*Peasant* Time and Factory Time in Japan», en: P&P 111 (1986), pp. 165-197.

- Smith, Woodruff D.: Politics and *the Sciences of Culture* in Germany, 1840-1920, Nueva York, 1991.
- Snouck Hurgronje, Christiaan: *Mekka* in the Latter Part of the Nineteenth Century. Daily Life, Customs and Learning, Leiden, 1931.
- Snowden, Frank M.: *Naples* in the Time of Cholera, 1884-1911, Cambridge, 1995.
- Sohrabi, Nader: «*Global Waves*, Local Actors. What the Young Turks Knew about Other Revolutions and Why It Mattered», en: CSSH 44 (2002), pp. 45-79. —: «*Historicizing Revolutions*. Constitutional Revolutions in the Ottoman Empire; Iran, and Russia, 1905-1908», en: AJS 100 (1995), pp. 1383-1447.
- Solé, Robert: *Le grand voyage de l'obélisque*, París, 2004. [*El gran viaje del obelisco: de Luxor a París*, trad. Carme Camps, Barcelona: Edhasa, 2007.]
- Sombart, Werner: *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus*?, Tubinga, 1906. [¿*Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos*?, trad. Javier Noya Miranda *et al.*, Madrid: Capitán Swing, 2009.]
- Somel, Seluk Akin: The *Modernization of Public Education* in the Ottoman Empire 1839-1908. Islamization, Autocracy and Discipline, Leiden, 2001.
- Sondhaus, Lawrence: *Naval Warfare*, 1815-1914, Londres, 2001.
- Sorin, Gerald: *A Time for Building*. The Third Migration, 1880-1920, Baltimore (MD), 1992.
- Soto, Hernando de: The *Mystery of Capital*. Why Capitalism Triumphs in the West and Fails

Everywhere Else, Nueva York, 2000. [*El misterio del capital: por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo*, trad. Mirko Lauer *et al.*, Barcelona: Península, 2001.]

- Souçek, Svat: A *History of Inner Asia*, Cambridge, 2000.
- Spang, Rebecca L.: «*Paradigms* and Paranoia. How Modern is the French Revolution?», en: AHR 108 (2003), pp. 119-147. —: The Invention of the *Restaurant*. Paris and Modern Gastronomic Culture, Cambridge (MA), 2000.
- Spate, O. H. K.: The *Pacific* since Magellan, 3 vols., Londres, 1979-1988.
- Speirs, Ronald, y John Breuilly (eds.): *Germany's Two Unifications*. Anticipations, Experiences, Responses, Basingstoke, 2005.
- Spellman, William M.: *Monarchies* 1000-2000, Londres, 2001.
- Spence, Jonathan: *Chinas Weg* in die Moderne, Múnich, 1995. [*En busca de la China moderna*, trad. Jordi Beltrán Ferrer, Barcelona: Tusquets, 2011.] —: *God's Chinese Son*. The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan, Nueva York, 1996.
- Spence, Mark David: *Dispossessing the Wilderness*. Indian Removal and the Making of the National Parks, Nueva York, 1999.
- Sperber, Jonathan: «*Bürger*, Bürgertum, Bürgerlichkeit, Bürgerliche Gesellschaft. Studies of the German (Upper) Middle Class and Its Sociocultural World», en: JMH 69 (1997), pp. 271-297. —: The *European Revolutions* 1848-1851, Cambridge, 2005^2.
- Spiekermann, Uwe: *Basis der Konsumgesellschaft*. Entstehung und Entwicklung des modernen Kleinhandels in Deutschland 1850-1914, Múnich,

1999.

- Spiro, Melford E.: *Buddhism* and Society. A Great Tradition and Its Burmese Vicissitudes, Berkeley (CA), 1982[2].
- Stadler, Peter: *Cavour*. Italiens liberaler Reichsgründer, Múnich, 2001.
- Stafford, Robert A.: *Scientist of Empire*. Sir Roderick Murchison, Scientific Exploration and Victorian Imperialism, Cambridge, 1989.
- Staiger, Brunhild, *et al.* (eds.): Das große *China-Lexikon*, Darmstadt, 2003.
- Stampp, Kenneth M.: *America in 1857*. A Nation on the Brink, Nueva York, 1990.
- Standage, Tom: The *Victorian Internet*. The Remarkable Story of the Telegraph and the Nineteenth Century's Online Pioneers, Londres, 1998.
- Stanley, Peter: *White Mutiny*. British Military Culture in India, 1825-1875, Londres, 1998.
- Staples, John R.: *Cross-Cultural Encounters* on the Ukrainian Steppe. Settling the Molochna Basin, 1783-1861, Toronto, 2003.
- Starrett, Gregory: *Putting Islam to Work*. Education, Politics, and Religious Transformation in Egypt, Berkeley (CA), 1998.
- Stearns, Peter N.: The *Industrial Revolution* in World History, Boulder (CO), 1993.
- Steckel, Richard H., y Jerome C. Rose (eds.): The *Backbone* of History. Health and Nutrition in the Western Hemisphere, Cambridge, 2002.
- —, y Roderick Floud (eds.): *Health* and Welfare during Industrialization, Chicago, 1997.
- Stedman Jones, Gareth: An *End to Poverty*. A Historical Debate, Londres, 2005. Steinberg, David Joel *et al.* (eds.): In Search of *Southeast Asia*. A

Modern History, Honolulu, 1987.

- Steinberg, John W., *et al.* (eds.): The *Russo-Japanese War* in Global Perspective. World War Zero, Leiden, 2005.
- Steinfeld, Robert J.: *Coercion*, Contract and Free Labor in the Nineteenth Century, Cambridge, 2001. —: The *Invention of Free Labor*. The Employment Relation in English and American Law and Culture, 1350-1870, Chapel Hill (NC), 1991.
- Steinhardt, Nancy Shatzman: *Chinese Imperial City Planning*, Honolulu, 1990.
- Stephan, John J.: The *Russian Far East*. A History, Stanford (CA), 1994.
- Stephanson, Anders: *Manifest Destiny*. American Expansionism and the Empire of Right, Nueva York, 1998[2].
- Stern, Fritz: *Gold und Eisen*. Bismarck und sein Bankier Bleichröder, Fráncfort, 1978.
- Sternberger, Dolf: *Panorama* oder Ansichten vom 19. Jahrhundert [1938], Fráncfort, 1974.
- Stevenson, David: *Der Erste Weltkrieg* 1914-1918, Düsseldorf, 2006.
- Stewart, James Brewer: *Holy Warriors*. The Abolitionists and American Slavery, ed. rev., Nueva York, 1997.
- Stiegler, Bernd: *Philologie des Auges*. Die photographische Entdeckung der Welt im 19. Jahrhundert, Múnich, 2001.
- Stierle, Karlheinz: Der Mythos von *Paris*. Zeichen und Bewußtsein der Stadt, Múnich, 1993.
- Stietencron, Heinrich von: Der *Hinduismus*, Múnich, 2001.
- Stinchcombe, Arthur L.: *Economic Sociology*, Nueva York, 1983. —: *Stratification* and Organization. Selected Papers, Cambridge (MA), 1986. —: *Sugar*

Island Slavery in the Age of Enlightenment. The Political Economy of the Caribbean World, Princeton (NJ), 1995.

- Stites, Richard: *Serfdom*, Society, and the Arts in Imperial Russia. The Pleasure and the Power, New Haven (CT), 2005.
- Stöber, Rudolf: *Deutsche Pressegeschichte*. Einführung, Systematik, Glossar, Constanza, 2000.
- Stocking, George W.: *After Tylor*. British Social Anthropology, 1888-1951, Londres, 1996. —: *Victorian Anthropology*, Nueva York, 1987.
- Stokes, Eric: The *English Utilitarians* and India, Oxford, 1959.
- Stoler, Ann Laura: *Capitalism* and Confrontation in Sumatra's Plantation Belt, 1870-1979, New Haven (CT), 1985.
- Stolleis, Michael, y Yanagihara Masaharu (eds.): *East Asian and European Perspectives* on International Law, Baden-Baden, 2004.
- Stone, Bailey: *Reinterpreting the French Revolution*. A Global-historical Perspective, Cambridge, 2002.
- Stone, Irving: The *Global Export* of Capital from Great Britain, 1865-1914. A Statistical Survey, Nueva York, 1999.
- Strachan, Hew: The *First World War*, vol. 1: To Arms, Oxford, 2001. [*La Primera Guerra Mundial*, trad. Silvia Furió Castellví, Barcelona: Crítica, 2004.]
- Strachey, Lytton: *Eminent Victorians* [1918], ed. definitiva, Londres, 2002. [*Victorianos eminentes*, trad. Dámaso López García, Madrid: Aguilar, 1989; Madrid: Valdemar, 1998.]
- Streets, Heather: *Martial Races*. The Military, Race and Masculinity in British Imperial Culture, 1857-1914, Manchester, 2004.

- Stuchtey, Benedikt: *Die europäische Expansion* und ihre Feinde. Kolonialismuskritik vom 18. bis in das 20. Jahrhundert, Múnich, 2008. — (ed.): *Science* across the European Empires 1800-1950, Oxford, 2005.
- Sugihara Kaoru: «*Japan as an Engine of the Asian International Economy*, c. 1880-1936», en: Japan Forum 2 (1989), pp. 127-145. — (ed.): *Japan*, China, and the Growth of the Asian International Economy, 1850-1949, Oxford, 2005.
- Sugiyama Shinya, y Linda Grove (eds.): *Commercial Networks* in Modern Asia, Richmond, 2001.
- Sullivan, Michael: The *Meeting of Eastern and Western Art*, Berkeley (CA), 1989.
- Sunderland, Willard: *Taming the Wild Field*. Colonization and Empire on the Russian Steppe, Ithaca (NY), 2004.
- Sundhaussen, Holm: *Geschichte Serbiens*. 19.-21. Jahrhundert, Viena, 2007.
- Suny, Ronald Grigor: *Looking toward Ararat*. Armenia in Modern History, Bloomington (IN), 1993.
- Sutcliffe, Anthony (ed.): *Metropolis* 1890-1940, Londres, 1984. —: *Paris*. An Architectural History, New Haven (CT), 1993. —: Towards the *Planned City*. Germany, Britain, the United States and France 1780-1914, Oxford, 1981.
- Sutherland, Donald M. G.: The *French Revolution and Empire*. The Quest for a Civic Order, Malden (MA), 2003.
- Suzuki Toshio: *Japanese Government Loan Issues* on the London Capital Market 1870-1913, Londres, 1994.
- Swedberg, Richard: *Max Weber* and the Idea of Economic Sociology, Princeton (NJ), 1998.

- Sweetman, John: The *Oriental Obsession*. Islamic Inspiration in British and American Art and Architecture 1500-1920, Cambridge, 1988.
- Sylla, Richard, y Gianni Toniolo (eds.): *Patterns* of European Industrialization. The Nineteenth Century, Londres, 1991.
- Szreter, Simon, y Graham Mooney: «*Urbanization*, Mortality, and the Standard of Living Debate. New Estimates of the Life at Birth in NineteenthCentury British Cities», en: EcHR 51 (1998), pp. 84-112.
- Szücs, Jenö: Die drei historischen *Regionen* Europas, Fráncfort, 1990.
- Szyliowicz, Joseph S.: *Education and Modernization* in the Middle East, Ithaca (NY), 1973.
- Taguieff, Pierre-André: *Le racisme*, París, 1997.
- Tahtawi, Rifa'a Rafi' al-: *Ein Muslim entdeckt Europa*. Rifa'a al-Tahtawi. Bericht über seinen Aufenthalt in Paris 1826-1831, ed. Karl Stowasser, Múnich, 1989.
- Takaki, Ronald T.: A Different *Mirror*. A History of Multicultural America, Boston, 1993. —: *Strangers* from a Different Shore. A History of Asian Americans, Nueva York, 1989.
- Takebayashi Shiro: Die Entstehung der *Kapitalismustheorie* in der Gründungsphase der deutschen Soziologie, Berlín, 2003.
- Takenaka Toru: «*Wagner-Boom* in Meiji-Japan», en: Archiv für Musikwissenschaft 62 (2005), pp. 13-31.
- Tamaki Norio: *Japanese Banking*. A History, 1859-1959, Cambridge, 1995.
- Tanaka, Stefan: *Japan's Orient*. Rendering Pasts into History, Berkeley (CA), 1993. —: *New Times* in Modern Japan, Princeton (NJ), 2004.
- Tanner, Albert: *Arbeitsame Patrioten* – wohlanständige Damen. Bürgertum und

Bürgerlichkeit in der Schweiz 1830-1914, Zúrich, 1995.

- Tarling, Nicholas (ed.): The *Cambridge History of Southeast Asia*, 2 vols., Cambridge, 1992. —: *Imperialism* in Southeast. «A Fleeting, Passing Phase», Londres, 2001. —: *Southeast Asia*. A Modern History, Oxford, 2001.
- Taruskin, Richard: The Oxford History of *Western Music*, 6 vols., Oxford, 2005.
- Taylor, Jean Gelman: The *Social World of Batavia*. European and Eurasian in Dutch Asia, Madison (WI), 1984.
- Taylor, Miles: «The *1848 Revolution* and the British Empire», en: P&P 166 (2000), pp. 146-180. —: The *Decline* of British Radicalism, 1847-1860, Oxford, 1995.
- Taylor, P. J. O. (ed.): A *Companion* to the «Indian Mutiny» of 1857, Delhi, 1996.
- Tedlow, Richard S.: *New and Improved*. The Story of Mass Marketing in America, Nueva York, 1990.
- Teich, Mikuláš, y Roy Porter (eds.): The *Industrial Revolution* in National Context, Cambridge, 1996.
- —, y — (eds.): The *National Question* in Europe in Historical Context, Cambridge, 1993.
- Temperley, Howard (ed.): *After Slavery*. Emancipation and its Discontents, Londres, 2000. —: *British Antislavery* 1833-1870, Londres, 1972. —: *White Dreams*, Black Africa. The Antislavery Expedition to the River Niger, 1841-1842. New Haven (CT), 1991.
- Teng Ssu-yü, y John K. Fairbank (eds.): *China's Response to the West*, Cambridge (MA), 1954. —: The *Nien Army* and Their Guerilla Warfare, 1851-1868, París, 1961.
- Tenorio Trillo, Mauricio: *Argucias de la historia*.

Siglo XIX, cultura y «América Latina», Ciudad de México, 1999. —: *Mexico* at the World's Fairs. Crafting a Modern Nation, Berkeley (CA), 1996.

- Terwiel, Barend J.: «*Acceptance* and Rejection. The First Inoculation and Vaccination Campaigns in Thailand», en: Journal of the Siam Society 76 (1988), pp. 183-201. —: A History of *Modern Thailand*, 1767-1942, St. Lucia (Queensland), 1983.
- Teuteberg, Hans Jürgen (ed.): *Durchbruch zum modernen Massenkonsum*, Münster, 1987.
- Thant Myint-U.: The Making of *Modern Burma*, Cambridge, 2001.
- Thelin, John R.: A History of *American Higher Education*, Baltimore (MD), 2004.
- Therborn, Göran: «*Globalizations*. Dimensions, Historical Waves, Regional Effects, Normative Governance», en: International Sociology 15 (2000), pp. 151-179.
- Theye, Thomas: Der geraubte *Schatten*. Eine Weltreise im Spiegel der ethnographischen Photographie, Múnich, 1989.
- Thom, Martin: *Republics*, Nations and Tribes, Londres, 1995. [*Repúblicas, naciones y tribus*, trad. Consuelo Fernández Cuartas, Gijón: Trea, 1999.]
- Thompson, Dorothy: *Queen Victoria*. Gender and Power, Londres, 2001.
- Thompson, E. P.: The *Making* of the English Working Class, Londres, 1963. [*La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. Elena Grau, Barcelona: Crítica, 1989 (y *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra: 1780-1832*, trad. Ángel Abad, Barcelona: Laia, 1977).] —: «*Time*, Work-discipline and Industrial Capitalism», en: P&P 38 (1967), pp. 56-97.

- Thompson, F. M. L. (ed.): The *Cambridge Social History of Britain*, 3 vols., Cambridge, 1990.
- Thongchai Winichakul: *Siam Mapped.* A History of the Geo-Body of a Nation, Honolulu, 1994.
- Thornton, Russell: *American Indian Holocaust* and Survival. A Population History since 1492, Norman, 1987.
- Tilchin, William N.: *Theodore Roosevelt* and the British Empire. A Study in Presidental Statecraft, Basingstoke, 1997.
- Tilly, Charles: *Coercion*, Capital, and European States, AD 990-1992, Oxford, 1992. [*Coerción, capital y los estados europeos (990-1990)*, trad. Eva Rodríguez Halfter, Madrid: Alianza, 1992.] —: The Politics of *Collective Violence*, Cambridge, 2003. [*Violencia colectiva*, trad. Joan Quesada, Barcelona: Hacer, 2007.] —: *Democracy*, Cambridge, 2007. [*Democracia*, trad. Raimundo Viejo Viñas, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2010.] — (ed.): The *Formation of National States* in Western Europe, Princeton (NJ), 1975. —: Die europäischen *Revolutionen*, Múnich, 1993. [*Las revoluciones europeas, 1492-1992*, trad. Juan Faci, Barcelona: Crítica, 1995, 2000.] —, y Wim P. Blockmans (eds.): *Cities* and the Rise of States in Europe, A. D. 1000 to 1800, Boulder (CO), 1994.
- Tilly, Chris, y Charles Tilly: *Work* under Capitalism, Boulder (CO), 1998.
- Tilly, Louise A., y Joan W. Scott: *Women*, Work and Family, Nueva York, 1987.
- Tinker, Hugh: A *New System of Slavery.* The Export of Indian Labour Overseas, 1830-1920, Londres, 1974.
- Tipton, Frank: The *Rise of Asia.* Economics, Society and Politics in Contemporary Asia, Basingstoke,

1998.

- Tobler, Hans Werner: *Die mexikanische Revolution*. Gesellschaftlicher Wandel und politischer Umbruch, 1876-1940, Fráncfort, 1984.
- Toby, Ronald P.: *State and Diplomacy* in Early Modern Japan. Asia in the Development of the Tokugawa Bakufu, Stanford (CA), 1984.
- Tocqueville, Alexis de: Über die *Demokratie* in Amerika [1835-40], trad. Hans Zbinden, Múnich, 1976. [P. ej., *La democracia en América*, ed. crít. y trad. Eduardo Nolla, Madrid: Trotta, 2010.]
- Todorov, Nikolaj: The *Balkan City*, 1400-1900, Seattle, 1983.
- Todorova, Maria: «Der *Balkan* als Analysekategorie. Grenzen, Raum, Zeit», en: GG 28 (2002), pp. 470-492.
- Toennes, Achim: «*Die "Frontier"*. Versuch einer Fundierung eines AnalyseKonzepts», en: JbLA 35 (1998), pp. 280-300.
- Toeplitz, Jerzy: *Geschichte des Films*, 1895-1927, Múnich, 1975.
- Toledano, Ehud R.: *State and Society* in Mid-Nineteenth-Century Egypt, Cambridge, 1990.
- Tombs, Robert: *France* 1814-1914, Londres, 1996. —: The *Paris Commune*, 1871, Londres, 1999.
- Tomlinson, B. R.: The *Economy of Modern India* 1860-1970, Cambridge, 1993.
- Tone, John L.: *War and Genocide* in Cuba, 1895-1898, Chapel Hill (NC), 2006. [*Guerra y genocidio en Cuba, 1895-1898*, trad. Nicolás Santos *et al.*, Madrid: Turner, 2008.]
- Toniolo, Gianni: An *Economic History* of Liberal Italy 1850-1918, Londres, 1990.
- Topik, Steven C.: «*Coffee Anyone*? Recent Research on Latin American Coffee Societies», en: HAHR 80

(2000), pp. 225-266. —: «*When Mexico Had the Blues*. A Transatlantic Tale of Bonds, Bankers, and Nationalists, 1862-1910», en: AHR 105 (2000), pp. 714-738.

- —, *et al.* (eds.): *From Silver to Cocaine*. Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000, Durham (NC), 2006.
- Torp, Cornelius: Die *Herausforderung* der Globalisierung. Wirtschaft und Politik in Deutschland 1860-1914, Gotinga, 2005.
- Torpey, John: The *Invention of the Passport*. Surveillance, Citizenship and the State, Cambridge, 2000.
- Tortella, Gabriel: «*Patterns of Economic Retardation* and Recovery in SouthWestern Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en: EcHR 47 (1994), pp. 1-24. —: The Development of *Modern Spain*. An Economic History of the Nineteenth and Twentieth Centuries, Cambridge (MA), 2000. [*El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid: Alianza, 1994, 2011[3].]
- Totman, Conrad: *Early Modern Japan*, Berkeley (CA), 1993. —: A *History of Japan*, Oxford, 2000.
- Touchet, Elisabeth de: *Quand les Français armaient le Japon*. La création de l'arsénal de Yokosuka 1865-1882, Rennes, 2003.
- Townshend, Charles: *Making the Peace*. Public Order and Public Security in Modern Britain, Oxford, 1993.
- Tracy, James D. (ed.): *City Walls*. The Urban Enceinte in Global Perspective, Cambridge, 2000.
- Trautmann, Thomas R.: *Aryans* and British India, Berkeley (CA), 1997.

- Traxel, David: *1898*. Year One of the American Century, Nueva York, 1998.
- Trebilcock, Clive: The *Industrialization* of the Continental Powers 1780-1914, Harlow, 1981.
- Trentmann, Frank: *Free Trade Nation*. Commerce, Consumption, and Civil Society in Modern Britain, Oxford, 2008. — (ed.): *Paradoxes* of Civil Society. New Perspectives in Modern German and British History, Nueva York, 2000.
- Trigger, Bruce, y Wilcomb E. Washburn (eds.): The *Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 1: North America, en 2 tomos, Cambridge, 1996.
- Trocki, Carl A.: *Opium and Empire*. Chinese Society in Colonial Singapore, 1800-1910, Ithaca (NY), 1991. —: *Opium*, Empire and the Global Political Economy. A Study of the Asian Opium Trade, 1750-1950, Londres, 1999.
- Troebst, Stefan: *Kulturstudien* Ostmitteleuropas. Aufsätze und Essays, Fráncfort, 2006.
- Troeltsch, Ernst: Der *Historismus* und seine Probleme. 1. Buch: Das logische Problem der Geschichtsphilosophie, Tubinga, 1922 (= Gesammelte Schriften, vol. 3).
- Trotha, Trutz v.: *Koloniale Herrschaft*. Zur soziologischen Theorie der Staatsentstehung am Beispiel des «Schutzgebietes Togo», Tubinga, 1994. —: «*Was war der Kolonialismus*? Einige zusammenfassende Befunde zur Soziologie und Geschichte des Kolonialismus und der Kolonialherrschaft», en: Saeculum 55 (2004), pp. 49-95.
- Tsang, Steve Yui-sang: A Modern History of *Hong Kong*, Londres, 2004.
- Tsunoda Ryusaku, *et al.* (eds.): *Sources of Japanese*

Tradition, 2 vols., Nueva York, 1958.

- Tsurumi, E. Patricia: *Women* in the Thread Mills of Meiji Japan, Princeton (NJ), 1990.
- Tuan Yi-fu: *Space and Place*. The Perspective of Experience, Minneapolis, 1977.
- Tulard, Jean: *Napoleon* oder der Mythos des Retters, Tubinga, 1978. [*Napoleón*, trad. Jordi Terré, Barcelona: Crítica, 2012.]
- Turfan, Naim: *Rise of the Young Turks*. Politics, the Military and Ottoman Collapse, Londres, 2000.
- Turley, David: The Culture of *English Anti-Slavery*, 1780-1860, Londres, 1991.
- Turnbull, C. Mary: A History of *Singapore* 1819-1975, Kuala Lumpur, 1977.
- Turner, B. L., *et al.* (eds.): *The Earth* as Transformed by Human Action. Global and Regional Changes in the Biosphere over the Past 300 Years, Cambridge, 1990.
- Turner, Bryan: «Outline of a *Theory of Citizenship*», en: Sociology 24 (1990), pp. 189-217.
- Turner, Frederick Jackson: The *Frontier* in American History, nueva ed., Tucson (AZ), 1986. [*La frontera en la historia americana*, trad. Rafael Cremades Cepa, Madrid: Edic. Castilla, 1961, 1976.]
- Turner, Michael E., *et al.*: *Farm Production* in England 1700-1914, Oxford, 2001.
- Turrell, Robert Vicat: *Capital and Labour* on the Kimberley Diamond Fields 1871-1890, Cambridge, 1987.
- Tutino, John: «The *Revolution in Mexican Independence*. Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajio, 1800-1855», en: HAHR 78 (1998.), pp. 367-418.
- Tyrrell, Ian: «*Peripheral Visions*. Californian-

Australian Environmental Contacts, c. 1850s-1910», en: JWH 8 (1997), pp. 275-302. —: *True Gardens* of the Gods. Californian-Australian Environmental Reform, 1860-1930, Berkeley (CA), 1999.

- Ullmann, Hans-Peter: Der deutsche *Steuerstaat*. Geschichte der öffentlichen Finanzen vom 18. Jahrhundert bis heute, Múnich, 2005.
- Umar Al-Naqar: The *Pilgrimage Tradition* in West Africa. A Historical Study with Special Reference to the Nineteenth Century, Jartum, 1972.
- Unruh, John D.: *The Plains Across*. The Overland Emigrants and the TransMississippi West, 1840-60, Urbana (IL), 1979.
- Uribe-Uran, Victor M.: «The *Enigma* of Latin American Independence. Analyses of the Last Ten Years», en: LARR 32 (1997), pp. 236-255. —: «The *Birth of a Public Sphere* in Latin America during the Age of Revolution», en: CSSH 42 (2000), pp. 425-457.
- Urlanis, Boris Z.: *Bilanz* der Kriege. Die Menschenverluste Europas vom 17. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Berlín (RDA), 1965. [*Las guerras y la población*, trad. M. Kuznetsov, Moscú: Progreso, *ca*. 1968.]
- Utley, Robert M.: The *Indian Frontier* of the American West 1846-1890, Albuquerque (NM), 1984. —: The Lance and the Shield. The Life and Times of *Sitting Bull*, Nueva York, 1993.
- Van Young, Eric: The *Other Rebellion*. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821, Stanford (CA), 2001. [*La otra rebelión: la lucha por la independencia de México, 1810-1821*, trad. Rossana Reyes Vega, México: Fondo de Cultura Económica, 2006.]

- Van Zanten, David: *Building Paris*. Architectural Institutions and the Transformation of French Capital, 1830-1870, Cambridge, 1994.
- Vance, James E.: *Capturing the Horizon*. The Historical Geography of Transportation since the Transportation Revolution of the Sixteenth Century, Nueva York, 1986. —: The *Continuing City*. Urban Morphology in Western Civilization, Baltimore (MD), 1990.
- Vandervort, Bruce: *Indian Wars* of Mexico, Canada and the United States, 1812-1900, Nueva York, 2006. —: *Wars* of Imperial Conquest in Africa, 1830-1914, Londres, 1998.
- Vanthemsche, Guy: *La Belgique et le Congo*. Empreintes d'une colonie, 1885-1980, Bruselas, 2007.
- Varisco, Daniel Martin: *Reading Orientalism*. Said and the Unsaid, Seattle, 2007.
- Vaughan, Megan: Creating the *Creole Island*. Slavery in Eighteenth-Century Mauritius, Durham (NC), 2005.
- Vec, Miloš: *Recht und Normierung* in der industriellen Revolution. Neue Strukturen der Normsetzung in Völkerrecht, staatlicher Gesetzgebung und gesellschaftlicher Selbstnormierung, Fráncfort, 2006.
- Veenendaal, Augustus J., jr.: *Railways* in the Netherlands. A Brief History, 1834-1994, Stanford (CA), 2001.
- Veer, Peter van der (ed.): *Conversion* to Modernities. The Globalization of Christianity, Nueva York, 1996. —: *Imperial Encounters*. Religion and Modernity in India and Britain, Princeton (NJ), 2001.
- Ven, G. P. van de, *et al.*: *Leefbar laagland*.

Geschiedenis van de waterbehersing en landaanwinning in Nederland, Utrecht, 1993.

- Venturi, Franco: *Roots of Revolution*. A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth-century Russia, Chicago, 1960. [*El populismo ruso*, trad. Esther Benítez, Madrid: Revista de Occidente, 1975; Madrid: Alianza, 1981.]
- Verley, Patrick: *L'Échelle du monde*. Essai sur l'industrialisation de l'Occident, París, 1997. —: *La révolution industrielle*, París, 1997[2].
- Verrier, Anthony: Francis *Younghusband* and the Great Game, Londres, 1991.
- Veysey, Laurence R.: The *Emergence* of the American University, Chicago, 1965.
- Vierhaus, Rudolf, *et al.* (eds.): *Frühe Neuzeit* – Frühe Moderne? Forschungen zur Vielschichtigkeit von Übergangsprozessen, Gotinga, 1992.
- Vigier, Philippe: *Paris* pendant la monarchie de juillet 1830-1848, París, 1991.
- Viglione, Massimo (ed.): *La Rivoluzione Italiana*. Storia critica del Risorgimento, Roma, 2001.
- Vincent, David: The Rise of *Mass Literacy*. Reading and Writing in Modern Europe, Cambridge, 2000.
- Viotti da Costa, Emília: The *Brazilian Empire*. Myths and Histories, Chicago, 1985.
- Virchow, Rudolf: *Sämtliche Werke*, ed. Christian Andree, Berlín y Hildesheim, 1992 ss.
- Vital, David: *A People Apart*. The Jews in Europe 1789-1939, Oxford, 1999.
- Vittinghoff, Natascha: Die Anfänge des *Journalismus in China* (1860-1911), Wiesbaden, 2002. —, y Michael Lackner (eds.): *Mapping Meanings*. The Field of New Learning in Late Qing China, Leiden, 2004.
- Vögele, Jörg: *Sozialgeschichte* städtischer

Gesundheitsverhältnisse während der Urbanisierung, Berlín, 2001. —: *Urban Mortality Change* in England and Germany, 1870-1913, Liverpool, 1998.

- Voigt, Fritz: *Verkehr*, 2 vols. en 4 tomos, Berlín, 1965-1973.
- Voigt, Johannes: *Geschichte Australiens*, Stuttgart, 1988.
- Volkov, Shulamit: *Antisemitismus als kultureller Code*, Múnich, 2002[2]. —: Die *Juden* in Deutschland 1780-1918, Múnich, 2002[2].
- Voll, John Obert: *Islam*. Continuity and Change in the Modern World, Syracuse (NY), 1994[2].
- Vormbaum, Thomas: *Politik und Gesinderecht* im 19. Jahrhundert, Berlín, 1980.
- Voth, Hans-Joachim: *Time and Work* in England 1750-1830, Oxford, 2001.
- Vries, Jan de: *European Urbanization*, 1500-1800, Cambridge (MA), 1984. [*La urbanización de Europa, 1500-1800*, trad. Ramón Grau, Barcelona: Crítica, 1987.] —: «The *Industrial Revolution* and the Industrious Revolution», en: JEH 54 (1994), pp. 249-270. —, y Ad van der Woude: The *First Modern Economy*. Success, Failure, and Perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815, Cambridge, 1997.
- Vries, Peer H. H.: *Via Peking* back to Manchester. Britain, the Industrial Revolution, and China, Leiden, 2003.
- Wade, Richard C.: The *Urban Frontier*. The Rise of Western Cities, 1790-1830, Urbana (IL), 1996.
- Waechter, Matthias: Die *Erfindung* des amerikanischen Westens. Die Geschichte der Frontier-Debatte, Friburgo de Br., 1996.
- Wahrman, Dror: *Imagining the Middle Class*. The Political Representation of Class in Britain, c.

1780-1840, Cambridge, 1995.

- Wakabayashi, Bob Tadashi: *Anti-Foreignism* and Western Learning in EarlyModern Japan. The «New Theses» of 1825, Cambridge (MA), 1991.
- Waley-Cohen, Joanna: *Exile* in Mid-Qing China. Banishment to Xinjiang, 1758-1820, New Haven (CT), 1991.
- Walker, Brett L.: «The *Early Modern Japanese State* and Ainu Vaccinations. Redefining the Body Politic 1799-1868», en: P&P 163 (1999), pp. 121-160.
- Walker, David R.: *Anxious Nation*. Australia and the Rise of Asia, 1850-1939. St. Lucia (Queensland), 1999.
- Wallace, Alfred Russel: The *Wonderful Century*. Its Successes and Its Failures, Londres, 1898.
- Waller, Philip (ed.): The *English Urban Landscape*, Oxford, 2000.
- Wallerstein, Immanuel: The *Modern World-System III*. The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840s, San Diego (CA), 1989. [*El moderno sistema mundial. III, La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, trad. Jesús Albores, Madrid: Siglo XXI de España, 1999, 2010.]
- Walsh, Margaret: The *American West*. Visions and Revisions, Cambridge, 2005.
- Walter, François: *Les figures paysagères de la nation*. Territoire et paysage en Europe (16e-20e siècle), París, 2004.
- Walter, Michael: «Die *Oper* ist ein Irrenhaus». Sozialgeschichte der Oper im 19. Jahrhundert, Stuttgart, 1997.
- Walton, John K.: The *English Seaside Resort*. A Social History 1750-1914, Leicester, 1983. —: *Fish and Chips* and the British Working Class,

1870-1940, Leicester, 1992.

- Walvin, James: *Fruits of Empire*. Exotic Produce and British Taste, 1660-1800, Basingstoke, 1997.
- Wang Guanhua: *In Search of Justice*. The 1905-1906 Chinese Anti-American Boycott, Cambridge (MA), 2001.
- Wang Gungwu: *The Chinese Overseas*. From Earthbound China to the Quest for Autonomy, Cambridge (MA), 1997. — (ed.): *Global History* and Migrations, Boulder (CO), 1997.
- Wang Sing-wu: The Organization of *Chinese Emigration*, 1848-1888, San Francisco, 1978.
- Ward, David: *Poverty*, Ethnicity, and the American City, 1840-1925. Changing Conceptions of the Slum and the Ghetto, Cambridge, 1989.
- —, y Olivier Zunz (eds.): The *Landscape of Modernity*. Essays on New York City, 1900-1940, Nueva York, 1992.
- Ward, J. R.: «The *Industrial Revolution* and British Imperialism 1750-1850», en: EcHR 47 (1994), pp. 44-65. —: *Poverty* and Progress in the Caribbean 1800-1960, Londres, 1985.
- Ward, Kevin: A History of *Global Anglicanism*, Cambridge, 2006.
- Wasserman, Mark: *Everyday Life* and Politics in Nineteenth-Century Mexico. Men, Women, and War, Albuquerque (NM), 2000.
- Wasson, Ellis A.: *Aristocracy* and the Modern World. Basingstoke, 2006.
- Waswo, Ann: *Japanese Landlords*. The Decline of Rural Elite, Berkeley (CA), 1977.
- Watenpaugh, Keith David: *Being Modern* in the Middle East. Revolution, Nationalism, Colonialism, and the Arab Middle Class, Princeton (NJ), 2005.
- Waters, Malcom (ed.): *Modernity*. Critical Concepts,

4 vols., Nueva York, 1999.

- Watkins, Harold: *Time Counts*. The Story of the Calendar, Londres, 1954.
- Watt, John R.: The *District Magistrate* in Late Imperial China, Nueva York, 1972.
- Watts, David: The *West Indies*. Patterns of Development, Culture and Environmental Change since 1492, Cambridge, 1987. [*Las Indias Occidentales: modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492*, trad. Rosendo Gallego, Madrid: Alianza, 1992.]
- Watts, Sheldon: *Epidemics* and History. Disease, Power and Imperialism, New Haven (CT), 1997. [*Epidemias y poder: historia, enfermedad, imperialismo*, trad. Carlos Gardini, Barcelona: Andrés Bello, 2000.]
- Wawro, Geoffrey: The *Austro-Prussian War*. Austria's War with Prussia and Italy in 1866, Cambridge, 1996. —: The *Franco-Prussian War*. The German Conquest of France in 1870-1871, Cambridge, 2003. —: *Warfare* and Society in Europe, 1792-1914, Londres, 2000.
- Way, Peter: *Common Labor*. Workers and the Digging of North American Canals, 1780-1860, Baltimore (MD), 1993.
- Weaver, John C.: The *Great Land Ru*sh and the Making of the Modern World, 1650-1900, Montreal, 2006.
- Webb, James L. A.: *Desert Frontier*. Ecological and Economic Change along the Western Sahel, 1600-1850, Madison (WI), 1995.
- Webb, Walter Prescott: The *Great Frontier*, Austin (TX), 1964.
- Weber, Adna Ferrin: The *Growth of Cities* in the Nineteenth Century. A Study in Statistics, Nueva

York, 1899.

- Weber, David J.: The *Spanish Frontier* in North America, New Haven (CT), 1992. [*La frontera española en América del Norte*, trad. Jorge Ferreiro, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.]
- Weber, Eugen: *Peasants into Frenchmen*. The Modernization of Rural France, 1870-1914, Londres, 1977.
- Weber, Max: *Wirtschaftsgeschichte*. Abriß der universalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, Berlín, 1981[4]. [*Historia económica general*, trad. Manuel Sánchez Sarto, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1942, 1974.] —: Gesammelte Aufsätze zur *Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1968[3].
- Weber, Petra: *Sozialismus als Kulturbewegung*. Frühsozialistische Arbeiterbewegung und das Entstehen zweier feindlicher Brüder Marxismus und Anarchismus, Düsseldorf, 1989.
- Webster, Anthony: *Gentlemen Capitalists*. British Imperialism in Southeast Asia 1770-1890, Londres, 1998.
- Wedewer, Hermann: Eine *Reise nach dem Orient*, Ratisbona, 1877.
- Weeks, Theodore R.: *From Assimilation* to Antisemitism. The «Jewish Question» in Poland, 1850-1914. DeKalb (IL), 2006.
- Wehler, Hans-Ulrich: Deutsche *Gesellschaftsgeschichte*, 5 vols., Múnich, 1987-2008.
- Weichlein, Siegfried: «*Nationalismus* und Nationalstaat in Deutschland und Europa. Ein Forschungsüberblick», en: NPL 51 (2006), pp. 265-352.
- Weintraub, Stanley: *Queen Victoria*. Eine Biographie, Zúrich, 1987. —: *Uncrowned King*. The

Life of Prince Albert, Nueva York, 1997.

- Weis, Eberhard: Der *Durchbruch des Bürgertums* 1776-1847, Fráncfort, 1982.
- Weismann, Itzchak: The *Naqshbandiyya*. Orthodoxy and Activism in a Worldwide Sufi Tradition, Londres, 2007.
- Wellenreuther, Hermann: *Von Chaos und Krieg* zu Ordnung und Frieden. Der Amerikanischen Revolution erster Teil, 1775-1783, Münster, 2006.
- Wells, Roger: *Wretched Faces*. Famine in Wartime England 1793-1801, Gloucester, 1988.
- Welskopp, Thomas: Das *Banner der Brüderlichkeit*. Die deutsche Sozialdemokratie vom Vormärz bis zum Sozialistengesetz, Bonn, 2000.
- Wende, Peter: *Das britische Empire*. Geschichte eines Weltreichs, Múnich, 2008. — (ed.): *Große Revolutionen* der Geschichte. Von der Frühzeit bis zur Gegenwart, Múnich, 2000.
- Wendorff, Rudolf: *Zeit und Kultur*. Geschichte des Zeitbewußtseins in Europa, Opladen, 1980[2].
- Wendt, Reinhard: Vom *Kolonialismus* zur Globalisierung. Europa und die Welt seit 1500, Paderborn, 2007.
- Wennerholm, Eric: *Sven Hedin*, Wiesbaden, 1978.
- Werdt, Christophe von: «*Halyč-Wolhynien* – Rotreußen – Galizien. Im Überlappungsgebiet der Kulturen und Völker», en: JGO 46 (1998), pp. 69-99.
- Werlen, Benno: *Sozialgeographie*. Eine Einführung, Berna, 2000.
- Wernick, Andrew: *Auguste Comte* and the Religion of Humanity. The Posttheistic Program of French Social Theory, Cambridge, 2001.
- Wesseling, H. L.: *Europa's koloniale eeuw*. De koloniale rijken in de negentiende eeuw,

1815-1919, Ámsterdam, 2003. —: *Imperialism and Colonialism*. Essays on the History of European Expansion, Westport (CT), 1997. —: «*Les guerres coloniales* et la paix armée, 1871-1914. Esquisse pour une étude comparative», en: Histoires d'outre-mer. Mélanges en l'honneur de Jean-Louis Miège, vol. 1, Aix-en-Provence, 1992, pp. 105-126. —: *Teile und herrsche*. Die Aufteilung Afrikas, 1880-1914, Stuttgart, 1999.

- West, Elliott, The *Contested Plains*. Indians, Goldseekers and the Rush to Colorado. Lawrence (KS), 1998.
- West, James L., y Jurii A. Petrov (eds.): *Merchant Moscow*. Images of Russia's Vanished Bourgeoisie, Princeton (NJ), 1998.
- Westney, D. Eleanor: *Imitation* and Innovation. The Transfer of Organizational Patterns to Meiji Japan, Cambridge (MA), 1987.
- Wheeler, Tom: *Mr. Lincoln's T-Mails*. The Untold Story of How Abraham Lincoln Used the Telegraph to Win the Civil War, Nueva York, 2006.
- Whelan, Yvonne: *Reinventing Modern Dublin*. Streetscape, Iconography and the Politics of Identity, Dublín, 2003.
- White, Jerry: *London* in the Nineteenth Century. A Human Awful Wonder of God, Londres, 2007.
- White, Richard: The *Middle Ground*. Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815, Cambridge, 1991. —: «It's Your *Misfortune* and None of My Own». A History of the American West, Norman (OK), 1991.
- Whited, Tamara L.: *Forests* and Peasant Politics in Modern France, New Haven (CT), 2000.
- Whitehead, Alfred North: *Science* and the Modern World [1925], Nueva York, 1967.

- Whiteman, Jeremy J.: *Reform*, Revolution and French Global Policy, 1787-1791, Aldershot, 2003.
- Whitrow, G. J.: *Time in History*. The Evolution of Our General Awareness of Time and Temporal Perspective, Oxford, 1988.
- Wiebe, Robert H.: The *Search for Order*, 1877-1920, Londres, 1967.
- Wigen, Kären: The Making of a *Japanese Periphery*, 1750-1920, Berkeley (CA), 1995.
- Wilcox, Donald J.: The *Measure of Times Past*. Pre-Newtonian Chronologies and the Rhetoric of Relative Time, Chicago, 1987.
- Wilentz, Sean: The *Rise of American Democracy*. Jefferson to Lincoln, Nueva York, 2005.
- Wilkinson, Endymion: *Chinese History*. A Manual, Cambridge (MA), 1998.
- Wilkinson, Thomas O.: The *Urbanization of Japanese Labor*, 1868-1955, Amherst (MA), 1965.
- Will, Pierre-Étienne: *Bureaucratie* et famine en Chine au XVIII^e siècle, París, 1980.
- —, y R. Bin Wong: *Nourish the People*. The State Civilian Granary System in China 1650-1850, Ann Arbor (MI), 1991.
- Williams, Brian G.: The *Crimean Tatars*. The Diaspora Experience and the Forging of a Nation, Leiden, 2001.
- Williams, Michael: *Americans and Their Forests*. A Historical Geography, Cambridge, 1989. —: *Deforesting the Earth*. From Prehistory to Global Crisis, Chicago, 2003.
- Williamson, Jeffrey G., y Peter H. Lindert: *American Inequality*. A Macroeconomic History, Nueva York, 1980.
- Willms, Johannes: *Paris*. Hauptstadt Europas 1789-1914, Múnich, 1978.

- Wilson, A. N.: The *Victorians*, Londres, 2002.
- Wilson, David M.: The *British Museum*. A History, Londres, 2002.
- Wilson, Thomas M., y Hastings Donnan: «*Introduction*», en: Wilson y Donnan (eds.), Border Identities. Nation and State at International Frontiers, Cambridge, 1998, pp. 1-30.
- Wimmer, Andreas: *Die komplexe Gesellschaft*. Eine Theorienkritik am Beispiel des indianischen Bauerntums, Berlín, 1995.
- Winant, Howard: *The World Is a Ghetto*. Race and Democracy since World War II, Nueva York, 2001.
- Winchester, Simon: *A Crack* in the Edge of the World. The Great American Earthquake of 1906, Nueva York, 2005. —: *Krakatau*. Der Tag, an dem die Welt zerbrach, 27. August 1883, Múnich, 2003.
- Windler, Christian: «*Grenzen vor Ort*», en: Rechtsgeschichte 1 (2002), pp. 122-145. —: *La diplomatie* comme expérience de l'autre. Consuls français au Maghreb (1700-1840), Ginebra, 2002.
- Winkle, Stefan: *Geißeln* der Menschheit. Kulturgeschichte der Seuchen, Düsseldorf, 1997.
- Winkler, Heinrich-August: Der lange *Weg nach Westen*, 2 vols., Múnich, 2000.
- Winseck, Dwayne R., y Robert M. Pike: *Communication and Empire*. Media, Markets, and Globalization, 1860-1930, Durham (NC), 2007.
- Winston, Brian: *Media Technology* and Society. A History from the Telegraph to the Internet, Londres, 1998.
- Wirtschafter, Elise Kimerling: *Structures of Society*. Imperial Russia's «People of Various Ranks», DeKalb (IL), 1994.
- Wirz, Albert: *Sklaverei* und kapitalistisches Weltsystem, Fráncfort, 1984.

- Wischermann, Clemens, y Anne Nieberding: *Die institutionelle Revolution*. Eine Einführung in die deutsche Wirtschaftsgeschichte des 19. und frühen 20. Jahrhunderts, Stuttgart, 2004.
- Witte, Els, *et al*. 2006, *Nouvelle histoire de Belgique*, vol. 1: 1830-1905, Bruselas, 2006.
- Witzler, Beate: *Großstadt und Hygiene*. Kommunale Gesundheitspolitik in der Epoche der Urbanisierung, Stuttgart, 1995.
- Wobring, Michael: Die *Globalisierung* der Telekommunikation im 19. Jahrhundert. Pläne, Projekte und Kapazitätsausbauten zwischen Wirtschaft und Politik, Fráncfort, 2005.
- Woerkens, Martine van: *Le voyageur étranglé*. L'Inde des Thugs, le colonialisme et l'imaginaire, París, 1995.
- Wolmar, Christian: *Fire and Steam*. A New History of the Railways in Britain, Londres, 2007. —: The *Subterranean Railway*. How the London Underground Was Built and How It Changed the City Forever, Londres, 2004.
- Woloch, Isser: *Napoleon and His Collaborators*. The Making of a Dictatorship, Nueva York, 2001. —: The *New Regime*. Transformations of the French Civic Order, 1789-1820s, Nueva York, 1994. —(ed.): *Revolution* and the Meanings of Freedom in the Nineteenth Century, Stanford (CA), 1996.
- Wong, R. Bin: *China Transformed*. Historical Change and the Limits of European Experience, Ithaca (NY), 1997. —: «*Entre monde et nation*. Les régions braudéliennes en Asie», en: Annales HSS 56 (2001), pp. 5-41.
- Wood, Gordon S.: The *American Revolution*. A History, Nueva York, 2002. [*La revolución norteamericana*, trad. Isabel Merino, Barcelona:

Mondadori, 2003.] —: The Americanization of *Benjamin Franklin*, Nueva York, 2004. —: The *Radicalism* of the American Revolution. A History, Nueva York, 1992.

- Woodruff, William: *Impact of Western Man*. A Study of Europe's Role in the World Economy 1750-1960, Londres, 1966.
- Woodside, Alexander B.: *Lost Modernities*. China; Vietnam, Korea, and the Hazards of World History, Cambridge (MA), 2006. —: *Vietnam* and the Chinese Model. A Comparative Study of Nguyen and Ch'ing Civil Administration in the First Half of the Nineteenth Century, Cambridge (MA), 1971.
- Woolf, Stuart J.: «The Construction of a *European World View* in the Revolutionary-Napoleonic Years», en: P&P 137 (1992), pp. 72-101. —: A History of *Italy* 1700-1860. The Social Constraints of Political Space, Londres, 1979. —: *Napoleon's Integration of Europe*, Londres, 1991.
- Worden, Nigel, *et al.*: *Cape Town*. The Making of a City, Hilversum, 1998.
- Wortman, Richard S.: *Scenarios of Power*. Myth and Ceremony in Russian Monarchy. From Peter the Great to the Abdication of Nicholas II (edición en un solo volumen), Princeton (NJ), 2006.
- Woud, Auke van der: *Het lege land*. De ruimtelijke orde van Nederland, 1798-1848, Ámsterdam, 1987.
- Woude, A. M. van der, *et al.* (eds.): *Urbanization* in History. A Process of Dynamic Interactions, Oxford, 1990.
- Wray, William C.: *Mitsubishi* and the N.Y.K., 1870-1914. Business Strategy in the Japanese Shipping Industry, Cambridge (MA), 1984.
- Wright, Denis: *The Persians amongst the English*. Episodes in Anglo-Persian History, Londres, 1985.

- Wright, Gavin: «The *Origins* of American Industrial Success, 1879-1940», en: AER 80 (1990), pp. 651-668.
- Wright, Gwendolyn: The *Politics of Design* in French Colonial Urbanism, Chicago, 1991.
- Wright, James Leitch: *Creek*s and Seminoles. The Destruction and Regeneration of the Muscogulge People, Lincoln (NE), 1986.
- Wright, Mary C.: The *Last Stand* of Chinese Conservatism. The T'ung-Chih Restoration, 1862-1874, Stanford (CA), 1957.
- Wrigley, E. A.: *People*, Cities and Wealth, Oxford, 1987. —: *Poverty*, Progress, and Population, Cambridge, 2004.
- Wrobel, David M.: The *End of American Exceptionalism*. Frontier Anxiety from the Old West to the New Deal, Lawrence (KS), 1993.
- Wunder, Bernd: Geschichte der *Bürokratie* in Deutschland, Fráncfort, 1988. —: *Europäische Geschichte* im Zeitalter der Französischen Revolution, 1789-1815, Stuttgart, 2001.
- Wyatt, David K.: *Thailand*. A Short History, New Haven (CT), 1984.
- Xiang Lanxin: The *Origins of the Boxer War*. A Multinational Study, Londres, 2003.
- Yalland, Zoë: *Boxwallahs*. The British in Cawnpore 1857-1901, Norwich, 1994.
- Yamada Keiji (ed.): The *Transfer of Science* and Technology between Europe and Asia, 1780-1880, Kioto, 1994.
- Yapp, Malcolm E.: The *Making* of the Modern Near East, 1792-1923, Londres, 1987.
- Yelling, J. A.: *Slums* and Slum Clearance in Victorian London, Londres, 1986.
- Yen Ching-hwang: *Coolies* and Mandarins. China's

Protection of Overseas Chinese during the Late Ch'ing Period (1851-1911), Singapur, 1985.

- Yergin, Daniel: *Der Preis*. Die Jagd nach Öl, Geld und Macht, Fráncfort, 1991. [*La historia del petróleo*, trad. María Elena Aparicio Aldazábal, Barcelona: Plaza & Janés, 1992.]
- Yoda Yoshiie: The *Foundations of Japan's Modernization*. A Comparison with China's Path towards Modernization, Leiden, 1996.
- Yonemoto, Marcia: *Mapping Early Modern Japan*. Space, Place, and Culture in the Tokugawa Period (1603-1868), Berkeley (CA), 2003.
- Yoshitake Oka: *Five Political Leaders* of Modern Japan, Tokio, 1986.
- Young, David C.: The *Modern Olympics*. A Struggle for Revival, Baltimore (MD), 1996.
- Young, Ernest P.: The *Presidency of Yuan Shih-k'ai*. Liberalism and Dictatorship in Early Republican China, Ann Arbor (MI), 1977.
- Young, G. M.: *Portrait* of an Age. Victorian England, Oxford, 1977 [1936].
- Young, Michael: The *Metronomic Society*. Natural Rhythms and Human Timetables, Londres, 1988.
- Young, Robert J. C.: *Postcolonialism*. An Historical Introduction, Oxford, 2001.
- Zachernuk, Philip S.: *Colonial Subjects*. An African Intelligentsia and Atlantic Ideas, Charlottesville (VA), 2000.
- Zagorin, Perez: How the Idea of *Religious Toleration* Came to the West, Princeton (NJ), 2003.
- Zamagni, Vera: The *Economic History of Italy*, 1860-1990, Oxford, 1993.
- Zanden, Jan L. van: «*Wages* and the Standard of Living in Europe, 1500-1800», en: EEcH 2 (1999), pp. 175-197.

- Zastoupil, Lynn, y Martin Moir (eds.): The *Great Indian Education Debate*. Documents Relating to the Orientalist-Anglicist Controversy, 1781-1843, Richmond, 1999.
- Zeleza, Paul Tiyambe: A Modern *Economic History of Africa*, vol. 1: The Nineteenth Century, Dakar 1993.
- Zernack, Klaus: *Polen und Russland*. Zwei Wege in der europäischen Geschichte, Berlín, 1994.
- Zerubavel, Eviatar: *Time Maps*. Collective Memory and the Social Shape of the Past, Chicago, 2003.
- Zeuske, Michael: *Schwarze Karibik*. Sklaven, Sklavenkultur und Emanzipation, Zúrich, 2004. —: *Sklaven* und Sklaverei in den Welten des Atlantiks, Berlín, 2006. —: *Sklavereien*, Emanzipationen und atlantische Weltgeschichte. Essays über Mikrogeschichten, Sklaven, Globalisierungen und Rassismus, Leipzig, 2002.
- Zhang Hailin: *Suzhou* zaoqi chengshi xiandaihua yanjiu [Estudios sobre la primera modernización urbana en Suzhou], Nanjing (Nankín), 1999.
- Ziegler, Dieter: *Die Industrielle Revolution*, Darmstadt, 2005.
- Zimmerman, Andrew: *Anthropology* and Antihumanism in Imperial Germany, Chicago, 2001.
- Zimmermann, Clemens: Zeit der *Metropolen*, Fráncfort, 1996. [*La época de las metrópolis: urbanismo y desarrollo de la gran ciudad*, trad. M.ª Concepción Janué i Miret, Tres Cantos (Madrid): Siglo XXI de España, 2012.]
- Zimmermann, Ekkart: *Krisen*, Staatsstreiche und Revolutionen. Theorien, Daten und neuere Forschungsansätze, Opladen, 1981.
- Zöllner, Reinhard: *Geschichte Japans*. Von 1800 bis zur Gegenwart, Paderborn, 2006. —: *Japanische*

Zeitrechnung. Ein Handbuch, Múnich, 2003.

- Zürcher, Erik J. (ed.): *Arming the State*. Military Conscription in the Middle East and Central Asia, Londres, 1999. —: *Turkey*. A Modern History, Londres, 1993.

El autor

Jürgen Osterhammel (nacido en 1952 en Wipperfürth, Renania del Norte-Westfalia) es un historiador alemán especializado en historia china y mundial. Es profesor emérito de la Universidad de Constanza.

Osterhammel comenzó su carrera académica como estudiante de investigación en la London School of Economics en 1976/77, donde estudió y trabajó con el profesor Ian Nish. En 1980 obtuvo su doctorado en Historia Moderna en la Universidad de Kassel.

Dos años más tarde, Osterhammel comenzó como miembro del Instituto Histórico Alemán en Londres. Entre 1986 y 1990, fue profesor titular de ciencias políticas en la Universidad de Friburgo (Alemania). Osterhammel trabajó luego durante siete años como profesor de historia moderna en la Fern Universität Hagen, una universidad a distancia y la universidad con la matrícula más alta de Alemania. También trabajó como profesor de historia moderna en el Instituto Superior de Estudios Internacionales en Ginebra antes de asumir el mismo puesto en la Universidad de Constanza (Alemania) en 1999. En 2001-2002, Osterhammel fue miembro del Instituto Holandés de Estudios Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales. En 2014, fue elegido miembro correspondiente de la Academia Británica.

Notas

[←1]

J. R. McNeill/W. H. McNeill, *Human Web* (2003).

[←2]

Para la situación historiográfica actual, véase Sebastian Conrad/Andreas Eckert, «Globalgeschichte, Globalisierung, multiple Modernen: Zur Geschichtsschreibung der modernen Welt», en: Conrad *et al.*, *Globalgeschichte* (2007), pp. 7-49; Osterhammel, *Globalgeschichte* (2007[3]).

[←3]

Acham/Schulze, *Einleitung* (1990), p. 19.

[←4]

Así se titula un artículo de Tony Judt en la *New York Review of Books*, 21 de septiembre de 2000.

[←5]

Bayly, *Geburt der modernen Welt* (2006). (Esta traducción no siempre es afortunada, por lo que recomiendo la lectura del original: *The Birth of the Modern World 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Oxford, 2004.) Mi reseña: «Baylys Moderne», en: *NPL* 50, (2005), pp. 7-17.

[←6]

En el subtítulo de un libro anterior se hablaba de «historia de conexiones y comparación entre civilizaciones»: Osterhammel, *Geschichtswissenschaft* (2001).

[←7]

J. M. Roberts, *Twentieth Century* (1999), p. xvii.

[←8]

Hobsbawm: *Europäische Revolutionen* (1962), *Blütezeit* (1977) y *Das imperiale Zeitalter* (1989).

[←9]

Bayly, *Geburt der modernen Welt* (2006), pp. 248 y ss.

[←10]

Ibíd., p. 16.

[←11]

La dialéctica de integración y diferenciación es un lugar común de la sociología funcionalista: para los historiadores la fórmula suena útil, pero debe llenarse de contenido.

[←12]

Bayly, *Geburt der modernen Welt* (2006), pp. 564-609. Que conceptos como el de la «gran aceleración», por sugerentes que sean, también son son arbitrarios, lo demuestra el hecho de que (de forma contemporánea e independiente de Bayly) otro autor intente resumir con ello no la época de 1890-1914, sino todo el siglo XX: Christian, *Maps of Time* (2004), pp. 440-464.

[←13]

Fernand Braudel, «Zum Begriff der Sozialgeschichte» [1959], en: Braudel., *Schriften*, vol. 1 (1992), pp. 167-182, aquí 181.

[←14]

Acham, *Einleitung* (2002), p. 16.

[←15]

Mitterauer, *Warum Europa*? (2003), p. 9.

[←16]

Resume muchos argumentos P. H. H. Vries en *Via Peking* (2003).

[←17]

Süddeutsche Zeitung, 24 de junio de 2006.

[←18]

Süddeutsche Zeitung, 9 de noviembre de 2007; 28 de mayo de 2008.

[←19]

Gluck, *Past in the Present* (1993), p. 80.

[←20]

Citado en Blight, *Race and Reunion* (2001), p. 1.

[←21]

Peterson, *Lincoln* (1994), pp. 320 y ss.

[←22]

Schreiber, *Kunst der Oper*, vol. 1 (1988), pp. 28-36; Mackerras, *Peking Opera* (1972), p. 11.

[←23]

J. H. Johnson, *Listening in Paris* (1995), p. 239.

[←24]

Walter, *Oper* (1997), p. 37. Para la dimensión no global, pero al menos europea de la historia de la ópera, véase el número especial de *JMEH* 5:1 (2007).

[←25]

Habla de la «*magnet city*» Scherer, *Quarter Notes* (2004), p. 128.

[←26]

Burns, *Brazil* (1980), p. 335.

[←27]

Papin, *Hanoi* (2001), p. 238.

[←28]

Bereson, *Operatic State* (2002), pp. 132 y ss.

[←29]

Roger Parker, «The Opera Industry», en: Jim Samson, *Cambridge History of Nineteenth-Century Music* (2002), pp. 87-117, aquí 88.

[←30]

Takenaka, *Wagner-Boom* (2005), pp. 15, 20.

[←31]

Cfr. Rutherford, *Prima Donna* (2006).

[←32]

Schlaffer, *Geschichte der deutschen Literatur* (2002), p. 120.

[←33]

Véase también el capítulo VI.

[←34]

Pomian, *Sur l'histoire* (1999), p. 347; Fohrmann *et al.*, *Gelehrte Kommunikation* (2005), pp. 326 y ss.

[←35]

Esherick/Ye (1996), *Chinese Archives*, pp. 7, 10.

[←36]

Cfr. la descripción del sistema archivístico turco en Faroqhi, *Approaching Ottoman History* (1999), pp. 49-61.

[←37]

D. M. Wilson, *British Museum* (2002), p. 118 (Ilustr. 19: foto de la construcción de hierro fundido).

[←38]

La biblioteca del Parlamento japonés no se convirtió en la más importante del país hasta 1948, cuando incorporó los fondos de la antigua Biblioteca Imperial.

[←39]

MacDermott, *Chinese Book* (2006), p. 166.

[←40]

Kornicki, *Book in Japan* (1998), pp. 364, 382, 384, 407 y ss., 410, 412.

[←41]

Para las épocas de la historia del libro entre los árabes véase George N. Atiyeh, «The Book in the Modern Arab World: The Cases of Lebanon and Egypt», en: Atiyeh, *Book* (1995), pp. 233-253.

[←42]

Sheehan, *Museums* (2000), pp. 9 y ss.

[←43]

Plato, *Präsentierte Geschichte* (2001), pp. 35 y ss.

[←44]

Hochreiter, *Musentempel* (1994), p. 64.

[←45]

Para las colecciones de antigüedades de la India y Egipto entre 1750 y 1850, véase Jasanoff, *Edge of Empire* (2005).

[←46]

D. M. Reid, *Whose Pharaohs*? (2002), pp. 104-106.

[←47]

En la tradición alemana de los estudios otomanos es habitual emplear el topónimo de «Istanbul», nombre oficial de la ciudad desde 1930, y así lo haré también en este libro. En el siglo XIX era un uso corriente en el registro cotidiano de la lengua turca. En las fuentes occidentales abundan otras formas como «Stambul» o «Stamboul» [el «Estambul» usado en esta traducción]. Los historiadores de la diplomacia, en cambio, prefieren hablar hasta hoy de «Constantinopla».

[←48]

Cfr. Anja Laukötter, «Das Völkerkundemuseum», en: Geisthövel/Knoch, *Orte der Moderne* (2005), pp. 218-227; sobre la política y la cultura de las colecciones y exposiciones, con ejemplos tomados en particular de Escocia y Nueva Zelanda, es excelente Henare, *Museums* (2005), en especial los caps. 7 y 8.

[←49]

Penny, *Objects of Culture* (2001), p. 2.

[←50]

Zimmerman, *Anthropology* (2001), pp. 173 y ss.

[←51]

Véase la descripción del saqueo de la ciudad de Benín, en el África occidental, por una «expedición de castigo» en 1897, que terminó con el robo de los famosos «bronces de Benín» y su traslado al Museo Británico: Coombes, *Reinventing Africa* (1994), pp. 9-28.

[←52]

P. Conrad, *Modern Times* (1998), p. 347.

[←53]

Véase la conmovedora historia de un grupo de aborígenes australianos que en la década de 1880 fueron expuestos en Bruselas, París, Gotemburgo, Moscú, Wuppertal y Estambul, entre otras ciudades: Poignant, *Professional Savages* (2004).

[←54]

La bibliografía al respecto es muy cuantiosa; se destacan: Greenhalgh, *Ephemeral Vistas* (1988); Hoffenberg, *An Empire on Display* (2001); Tenorio Trillo, *Mexico* (1996); V. Barth, *Mensch versus Welt* (2007).

[←55]

Geppert, *Welttheater* (2002), p. 1.

[←56]

Todavía es fundamental Haltern, *Londoner Weltausstellung* (1971); véase además, Bosbach/Davis, *Weltausstellung von 1851* (2002).

[←57]

Panorama general en Headrick, *Information* (2000), pp. 142 y ss.

[←58]

Sayer, *Bohemia* (1998), p. 96.

[←59]

Rétif, *Pierre Larousse* (1975), pp. 165 y ss.

[←60]

Cykar, *Fortschritt durch Wissen* (2001), pp. 35 y ss., 74-76.

[←61]

Kaderas, *Leishu* (1998), en esp. pp. 257-280.

[←62]

Schumpeter, *Economic Analysis* (1954), pp. 519 y ss.

[←63]

Stierle, *Paris* (1998), pp. 108 (cita), 113, 128.

[←64]

Essai politique sur l'île de Cuba, publicado en el volumen tercero de la *Relation historique* (1814-1825) de Von Humboldt. Como traducción alemana: Humboldt, *Studienausgabe*, vol. 3 (1992).

[←65]

Buchanan, *Journey* (1807).

[←66]

K. Marx/Engels, *Werke*, vol. 2 (1970), p. 233.

[←67]

Mayhew, *London Labour* (1861-1862), vol. 1, p. iii.

[←68]

Entre las numerosas publicaciones destaca: *Les ouvriers européens*, París, 1855.

[←69]

Es un realismo que también se encuentra en otros géneros, como en la pintura o las óperas de un Giuseppe Verdi.

[←70]

Lepenies, *Die drei Kulturen* (1985), p. vi.

[←71]

Es fenomenal, como historia mundial de la novela en el siglo XIX, la recopilación de Moretti, *Il romanzo*, vol. 3 (2002).

[←72]

Fluck, *Das kulturelle Imaginäre* (1997), p. 260.

[←73]

Schmidt-Glintzer, *Geschichte der chinesischen Literatur* (1990), pp. 490-493.

[←74]

Kato, *Geschichte der japanischen Literatur* (1990), pp. 497, 533-539; Hammitzsch, *Japan-Handbuch* (1984), cols. 893-900, 1052-1058.

[←75]

Los historiadores alemanes de la Europa oriental suelen denominar al imperio multiétnico de los zares con el apelativo, lingüísticamente correcto, de «imperio de Rusia»; para facilitar la lectura, hablaré por igual de «imperio ruso» e «imperio zarista», como hacen también autoridades como Kappeler, *Rußland* (1992).

[←76]

Sobre la mayoría de estos autores, la obra estándar y sin competencia internacional es D. Henze, *Enzyklopädie* (1978-2004).

[←77]

Más sobre estos autores en Osterhammel, *Ex-zentrische Geschichte* (2002).

[←78]

Cfr. Robertson, *Raja Rammohan Ray* (1995); el diario de Li Gui se ha traducido al inglés: Desnoyers, *A Journey to the East* (2004).

[←79]

Wang Xiaoqiu, «A Masterful Chinese Study of Japan from the LateQing Period: Fu Yunlong and his *Youli Riben tujing*», en: J. A. Fogel, *Sagacious Monks* (2002), pp. 200-217. Estos «volúmenes» son más específicamente *juan*, «fascículos» de la encuadernación china.

[←80]

Cfr. Das, *History of Indian Literature* (1991), pp. 83 y ss., 100 y ss., 132 y ss.

[←81]

Cfr. Keene, *Japanese Discovery of Europe* (1969); y véase también más adelante, el capítulo III.

[←82]

Godlewska/Smith, *Geography and Empire* (1994).

[←83]

Sobre la faceta irracional de los viajes de exploración, véase Fabian, *Im Tropenfieber* (2001); Driver, *Geography Militant* (2001).

[←84]

Como buenas introducciones a la historia moderna de la cartografía, véase Headrick, *Information* (2000), pp. 96-141; U. Schneider, *Macht der Karten* (2004).

[←85]

Yonemoto, *Mapping Early Modern Japan* (2003), pp. 173 y ss.

[←86]

Sobre el ascenso de la erudición *kaozheng*, véase Elman, *From Philosophy to Philology* (1984), pp. 39-85.

[←87]

Con suma intensidad en los tiempos de Napoleón, véase Godlewska, *Geography Unbound* (1999), pp. 149-190.

[←88]

Cfr. Dabringhaus, *Territorialer Nationalismus* (2006), pp. 57 y ss.

[←89]

Dahrendorf, *LSE* (1995), pp. 3 y ss., 94 y ss.; D. Ross, *Origins* (1991), p. 123.

[←90]

Schwentker, *Max Weber in Japan* (1998), pp. 62-64.

[←91]

Gransow, *Geschichte der chinesischen Soziologie* (1992), en esp. pp. 51 y ss.

[←92]

Cfr. Lai, *Adam Smith across Nations* (1999).

[←93]

Ho Ping-ti, *Studies* (1959), p. 97.

[←94]

Hanley/Yamamura, *Preindustrial Japan* (1977), p. 41; Hayami, *Historical Demography* (1997), pp. 21-38.

[←95]

Karpat, *Ottoman Population* (1985), p. 22.

[←96]

Livi-Bacci, *World Population* (1997), p. 30.

[←97]

Con detalles sobre el desarrollo de las autoridades estadísticas en las ciudades europeas: Dupâquier/Dupâquier, *Histoire de la démographie* (1985), pp. 256 y ss.

[←98]

P. C. Cohen, *A Calculating People* (1982), p. 176.

[←99]

En lo que sigue parto de Cohn, *An Anthropologist* (1987), pp. 231-250.

[←100]

Maheshwari, *Census Administration* (1996), pp. 62 y ss.

[←101]

Cfr. Joshua Cole, *Power of Large Numbers* (2000), pp. 80-84.

[←102]

Bourguet, *Déchiffrer la France* (1988), pp. 68 y ss., 97 y ss.

[←103]

Cfr. Cullen, *Statistical Movement* (1975), pp. 45 y ss.

[←104]

Patriarca, *Numbers* (1996), p. 4.

[←105]

Así el estudio, ante todo de historia de las ideas, de R. D. Brown, *The Strength of a People* (1996).

[←106]

Stöber, *Deutsche Pressegeschichte* (2000), p. 164.

[←107]

Ibíd., pp. 136 y ss.

[←108]

Robin Lenman, «Germany», en: Goldstein, *War for the Public Mind* (2000), pp. 35-79.

[←109]

Sobre el «libelo sedicioso», véase L. W. Levy, *Emergence of a Free Press* (1985), en esp. cap. 1.

[←110]

Bumsted, *Peoples of Canada* (1992), pp. 1 y ss.

[←111]

Macintyre, *Australia* (1999), p. 118; Rickard, *Australia* (1996), p. 93.

[←112]

Carr, *Spain* (1982), p. 287.

[←113]

R. J. Goldstein, *Political Censorship* (1989), pp. 34-43 (y tabla 2.1., p. 35), no siempre del todo fiable.

[←114]

R. Price, *French Second Empire* (2001), pp. 171-187; Charle, *Le siècle de la presse* (2004), p. 111.

[←115]

Robert Justin Goldstein, «France», en: Goldstein, *War for the Public Mind* (2000), p. 156; Livois, *Histoire de la presse française* (1965), vol. 2, p. 393.

[←116]

Lothar Höbelt, «The Austrian Empire», en: R. J. Goldstein, *War for the Public Mind* (2000), pp. 226 y ss.

[←117]

Beyrau/Hildermeier, *Von der Leibeigenschaft* (1983), p. 90.

[←118]

Bayly, *Empire and Information* (1996), p. 239.

[←119]

Abeyasekere, *Jakarta* (1989[2]), pp. 59 y ss.

[←120]

De preferencia, Janku, *Nur leere Reden* (2003), por ejemplo p. 179.

[←121]

Huffman, *Creating a Public* (1997), p. 222.

[←122]

Judge, *Print and Politics* (1996), p. 33.

[←123]

Vittinghoff, Journalismus in China (2002), en esp. pp. 73 y ss.

[←124]

Ayalon, *Press in the Arab Middle East* (1995), p. 30.

[←125]

Christoph Herzog, «Die Entwicklung der türkisch-osmanischen Presse im Osmanischen Reich bis ca. 1875», en: Rothermund, *Aneignung* (1999), pp. 15-44, aquí 31, 34.

[←126]

Ayalon, *Press in the Arab Middle East* (1995), p. 41.

[←127]

Ayalon, *Political Journalism* (1997), pp. 103, 108.

[←128]

Véase el estudio ejemplar sobre Alepo: Watenpaugh, *Being Modern* (2005), pp. 70 y ss.

[←129]

W. König/Weber, *Netzwerke* (1990), pp. 522-525; Smil, *Creating the Twentieth Century* (2005), pp. 204-206.

[←130]

T. C. Leonard, *Power of the Press* (1987), pp. 137 y ss. sobre los inicios y la intensificación posterior del «escarbar» periodístico.

[←131]

T. C. Leonard, *News for All* (1995), p. 47.

[←132]

Para una buena caracterización del periódico, Emery, *Press and America* (1962), pp. 225-235.

[←133]

Livois, *Histoire de la presse française* (1965), vol. 1, p. 274.

[←134]

Juergens, *Joseph Pulitzer* (1966), p. vii.

[←135]

Cranfield, *Press and Society* (1978), pp. 160, 220.

[←136]

Emery, *Press and America* (1962), p. 345.

[←137]

Para Estados Unidos, véase Baldasty, *Commercialization of News* (1992), pp. 59 y ss.; para Gran Bretaña, *cfr*. L. Brown, *Victorian News* (1985), pp. 16 y ss.

[←138]

Huffman, *Creating a Public* (1997).

[←139]

Para una selección de sus textos, Russell, *Meine sieben Kriege* (2000). Véase también Daniel, *Augenzeugen* (2006).

[←140]

Headrick, *Tools* (1981), p. 158. Véase también, más adelante, el capítulo XIV.

[←141]

S. J. Potter, *Communication* (2003), p. 196; Standage, *Victorian Internet* (1998), que se mueve en el campo de la divulgación, pero tiene su utilidad.

[←142]

Read, *Power of News* (1992), pp. 7, 32, 40 (cita); véase también S. J. Potter, *News* (2003), pp. 16-35, 87-105; para la historia empresarial de las sociedades de cableado y las agencias de noticias, *cfr.* Winseck/Pike: *Communication and Empire* (2007), en esp. caps. 6 y 7.

[←143]

Sobre los corresponsales extranjeros, véase L. Brown, *Victorian News* (1985), cap. 10.

[←144]

Briggs/Burke, *Media* (2002), pp. 155-163.

[←145]

No puedo ocuparme aquí de los aparatos prefotográficos de observación técnica ; véase al respecto Crary, *Techniques of the Observer* (1990). Paso por alto la cuestión compleja de la relación de la fotografía y la pintura «realista». Sobre esto véanse por ejemplo las notas de Fried, *Menzels Realismus* (2008), pp. 277-283.

[←146]

Hörisch, *Sinn* (2001), pp. 227-229.

[←147]

T. C. Leonard, *Power of the Press* (1987), p. 100.

[←148]

Gernsheim, *Geschichte der Photographie* (1983), p. 154.

[←149]

Newhall, *Geschichte der Photographie* (1989), p. 90.

[←150]

M. Davis, *Late Victorian Holocausts* (2001), pp. 147 y ss.

[←151]

Jäger, *Photographie* (2000), pp. 48, 51.

[←152]

Stiegler, *Philologie des Auges* (2001), pp. 136-141.

[←153]

Sobre la fotografía etnográfica, es fundamental el siguiente catálogo de una exposición: Theye, *Schatten* (1989), en esp. pp. 61 y ss.

[←154]

Gernsheim, *Geschichte der Photographie* (1983), p. 584.

[←155]

Cfr. J. R. Ryan, *Picturing Empire* (1999), pp. 73 y ss.

[←156]

Véanse los ejemplos de Gernsheim, *Geschichte der Photographie* (1983), p. 212.

[←157]

Faroqhi, *Kultur und Alltag* (1995), pp. 285 y ss.

[←158]

Un ejemplo especialmente acertado al respecto: «Ayshe Erdogdu, Picturing Alterity: Representational Strategies in Victorian-Type Photographs of Ottoman Men», en: Hight/Sampson, *Colonialist Photography* (2002), pp. 107-125.

[←159]

Sobre la historia de los inicios del cine, véase también Hörisch, *Sinn* (2001), pp. 284-292.

[←160]

Rittaud-Hutinet, *Le cinéma* (1985), pp. 32, 228-239.

[←161]

Leyda, *Dianying* (1972), p. 2.

[←162]

Harding/Popple, *Kingdom of Shadows* (1996), p. 20.

[←163]

Leyda, *Dianying* (1972), p. 4.

[←164]

Toeplitz, *Geschichte des Films* (1975), p. 25.

[←165]

Véase también, más adelante, el capítulo XVI.

[←166]

J. M. Roberts, *Twentieth Century* (1999), p. 3.

[←167]

Divulgativo, pero no carente de interés: Bernier, *The World in 1800* (2000).

[←168]

Pot, *Sinndeutung* (1999), p. 52, donde alude a autoridades como Jan Romein, Lucien Febvre y R. G. Collingwood.

[←169]

Tanaka, *New Times* (2004), p. 112.

[←170]

En cuanto a las teorías sobre el tiempo, véase Kwong, *Linear Perspective* (2001).

[←171]

Kirch, *On the Road* (2000), pp. 293 y ss.

[←172]

Lo detalla la obra de referencia de nuestros días: Strachan, *First World War*, vol. 1 (2001).

[←173]

Cfr. Manela, *Wilsonian Moment* (2007).

[←174]

Véase Eichhorn, *Geschichtswissenschaft* (2006), pp. 145-152.

[←175]

Para los distintos usos del término de «modernidad», véase una visión de conjunto en Corfield, *Time* (2007), pp. 134-138.

[←176]

Así lo supone Wolfgang Reinhard, «The Idea of Early Modern History», en: Bentley, *Companion* (1997), pp. 281-292, aquí 290.

[←177]

Cfr. P. Nolte, *Einheit* (1997).

[←178]

Hobsbawm: *Europäische Revolutionen* (1962), *Blütezeit* (1977) y *Das imperiale Zeitalter* (1989).

[←179]

E. Wilkinson, *Chinese History* (1998), pp. 196 y ss. Sobre las ventajas prácticas del calendario gregoriano, véase Watkins, *Time Counts* (1954), p. 47.

[←180]

Además del clásico de Watkins, la mejor historia moderna de los calendarios es la de E. G. Richards, *Mapping Time* (1998).

[←181]
Ibíd., p. 114.

[←182]

Cfr. Gardet *et al.*, Cultures and Time (1976), pp. 201, 208.

[←183]

E. G. Richards, *Mapping Time* (1998), p. 236.

[←184]

Wilcox, *Measure of Times Past* (1987), p. 8.

[←185]

Tanaka, *New Times* (2004), p. 11.

[←186]

Brownlee, *Japanese Historians* (1997), p. 209.

[←187]

Coulmas, *Japanische Zeiten* (2000), p. 127; Zöllner, *Japanische Zeitrechnung* (2003), p. 9; Tanaka, *New Times* (2004), pp. 5 y ss., 9.

[←188]

Zerubavel, *Time Maps* (2003), pp. 89 y ss., habla de *firstism* («antesquenadismo»). Para Europa, véase también Hölscher, *Zukunft* (1999).

[←189]

Keirstead, *Inventing Medieval Japan* (1998).

[←190]

Así lo denomina Pot, *Sinndeutung* (1999), p. 63.

[←191]

Troeltsch, *Historismus* (1922), pp. 756, 765.

[←192]

Según Raulff, *Der unsichtbare Augenblick* (1999), p. 19.

[←193]

Barry, *Influenza* (2004).

[←194]

En alemán se constata por el paso progresivo de una *frühe Neuzeit*, una fase temprana, con el adjetivo en minúscula, a la «Frühe Neuzeit» por antonomasia, en mayúscula [«Edad Moderna»].

[←195]

So Wigen, *Japanese Periphery* (1995), p. 19. La autora piensa en 1868, fecha central de la historia de Japón en el siglo XIX.

[←196]

Recientemente, Hans-Heinrich Nolte ha planteado una gran época de la historia universal que se extendería del siglo XV hasta el XIX: *Weltgeschichte* (2005).

[←197]

Cfr. Green, *Periodization* (1992), pp. 36, 46, 50, 52 y ss. (Lo confirma el análisis del sistema-mundo de Wallerstein).

[←198]

Schilling, *Die neue Zeit* (1999), pp. 10-15.

[←199]

Gerhard, *Abendland* (1985; la primera edición inglesa es de 1981), y ya se encuentran reflexiones similares en Otto Brunner (1956). Pero son mucho menos estáticos, y en todos los sentidos superiores intelectualmente, los numerosos trabajos de Otto Hintze (1861-1940), que no prestan ninguna atención a lo que tradicionalmente han sido adscripciones a las distintas épocas.

[←200]

Braudel, *Sozialgeschichte* (1985).

[←201]

Macfarlane, *Savage Wars of Peace* (1997); A. Reid, *An Age of Commerce* (1990), pp. 5 y ss.; Reid, *Charting the Shape* (1999), pp. 1-14, en esp. 7.

[←202]

Véase también un planteamiento sucinto del problema en Peter Feldbauer, «Globalgeschichte 1450-1620. Von der Expansions-zur Interaktionsgeschichte», en: Edelmayer *et al.*, *Globalgeschichte* (2002), pp. 23-32.

[←203]

El concepto de un siglo XVIII «largo» (hacia 1680-1830) ya se defiende en Osterhammel, *Entzauberung* (1998), pp. 31-37. Sobre el sentido ampliado del siglo XVIII véanse las colecciones de Blussé/Gaastra, *Eighteenth Century* (1998); Nussbaum, *The Global Eighteenth Century* (2003); Grandner/ Komlosy, *Weltgeist* (2004).

[←204]

Quataert, *Ottoman Empire* (2000), p. 54; Kreiser, *Der osmanische Staat* (2001), pp. 36 y ss.

[←205]

Según la versión más autorizada: Totman, *Early Modern Japan* (1993); también J. W. Hall, *Cambridge History of Japan*, vol. 4 (1991).

[←206]

R. Oliver/Atmore, *Medieval Africa* (2001).

[←207]

Reinhart Koselleck, «Einleitung», en: Brunner *et al.*: *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 1 (1972), pp. xiii-xxvii, aquí xv.

[←208]

Nitschke *et al.*, *Jahrhundertwende* (1990). Esta publicación se basaba en un programa radiofónico del mismo título, emitido en 1989 y acompañado de materiales muy completos.

[←209]

El concepto no se debe emplear ingenuamente, sin tener en consideración la rica historia que lo acompaña. Sobre la concepción que se tenía de los victorianos en Gran Bretaña una vez concluida esa era, véase Gardiner, *The Victorians* (2002).

[←210]

G. M. Young, *Portrait* (1977, primera edición de 1936), p. 151.

[←211]

Sin olvidar a Searle, *A New England?* (2004).

[←212]

Rudolf Vierhaus, «Vom Nutzen und Nachteil des Begriffs “Frühe Neuzeit”. Fragen und Thesen», en: ders. *et al.*, *Frühe Neuzeit* (1992), p. 21.

[←213]

También se puede preguntar uno, «al revés», por el nuevo inicio de la década de 1840. Lo hace convincentemente Blum en *In the Beginning* (1994), el último libro de un gran historiador social.

[←214]

Cfr. Bayly, *Geburt der modernen Welt* (2006), pp. 110 y ss., con más claridad en los escritos anteriores, cuando Bayly aún no incorporaba una interpretación particular de la globalización: *First Age* (1998).

[←215]

Se ve claramente en F. Anderson, *Crucible* (2000); McLynn, *1759* (2004); y sobre todo en una obra magistral: Marshall, *Making* (2005), pp. 86-157.

[←216]

Palmer, *Zeitalter* (1970, primera edición inglesa de 1959-1964); Godechot, *France* (1965). Para el trasfondo véase Bailyn, *Atlantic History* (2005), pp. 15, 24-30.

[←217]

Bayly, *Imperial Meridian* (1989), p. 164; sobre todo para el contexto militar global: Förster, *Weltkrieg* (1995); Michael Duffy, «World-Wide War and British Expansion, 1793-1815», en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 2 (1998), pp. 184-207.

[←218]

A este respecto debemos ver la fundación de Estados Unidos, la revolución de Haití y la independencia de los países de América del Sur y Central como un proceso conjunto e interrelacionado, por ejemplo con Langley, *The Americas* (1996).

[←219]

Véase Meinig, *Shaping of America*, vol. 2 (1993), pp. 81-96.

[←220]

C. A. Bayly, «The British and Indigenous Peoples, 1760-1860: Power, Perception and Identity», en: Daunton/Halpern, *Empire and Others* (1999), pp. 29-31. Véase también, más adelante, el capítulo VII.

[←221]

Hay un modelo de ello en Dipper, *Übergangsgesellschaft* (1996).

[←222]

Maddison, World Economy (2001), p. 27; y del propio Maddison, *Contours* (2007), pp. 73 y ss.

[←223]

Wrigley, *People* (1987), p. 3.

[←224]

Ibíd., pp. 10 y ss.; J. R. McNeill, *Something New Under the Sun* (2000), pp. xxiii, 298; Smil, *Energy* (1994), pp. 156 y ss.

[←225]

Foucault, *Ordnung der Dinge* (1971), pp. 269 y ss.

[←226]

C. Rosen, *Classical Style* (1971); y Rosen, *Romantic Generation* (1995).

[←227]

Cfr. P. Nolte, *1900* (1996), p. 300.

[←228]

J. R. McNeill, *Something New Under the Sun* (2000), p. 14; es ilustrativo Smil, *Energy* (1994), p. 233 (gráfico 6.5).

[←229]

Stearns, *Industrial Revolution* (1993), pp. 87 y ss.

[←230]

Smil, *Creating the Twentieth Century* (2005), pp. 33-97 («The Age of Electricity»).

[←231]

Cfr. A. D. Chandler, *Visible Hand* (1977), cap. 5 y *passim*; Zunz, *Making America Corporate* (1990), pp. 40 y ss.

[←232]

Woodruff, *Impact* (1966), p. 150 (tabla IV/1).

[←233]

Nugent, *Crossings* (1992), p. 12.

[←234]

En otras palabras: La década de 1880 inauguró lo que Therborn ha denominado «cuarta oleada de globalización»: Therborn, *Globalizations* (2000), p. 161.

[←235]

Esta apreciación habitual no la comparte Richard Taruskin en su magna historia de la música occidental, cuando argumenta detalladamente que la música del siglo XIX no concluyó hasta los años de la primera guerra mundial. Para Taruskin, el *Fin de Siècle* «largo» —con Mahler, Debussy, Scriabin, el Richard Strauss de las primeras óperas, el Schönberg de los *lieder* de Gurre o el Stravinski de los ballets rusos— es una época de incremento «maximalista» del impulso expresivo romántico. El autor considera que el siglo XX no empieza hasta que se reducen los medios artísticos, se recurre a la ironía, el pastiche y el constructivismo en contextos de neoclasicismo, nueva objetividad y dodecafonía. Véase Taruskin, *Western Music*, vol. 4 (2005), pp. 448, 471.

[←236]

La comparación entre la India e Italia se establece en Antony Copley, «Congress and Risorgimento: A Comparative Study of Nationalism», en: Low, *Indian National Congress* (1988), pp. 1121; véase también Marr, *Vietnamese Anticolonialism* (1971), p. 47.

[←237]

A. Black, *Islamic Political Thought* (2001), pp. 295-299, 301-304.

[←238]

Establecer las fechas de la evolución intelectual de Kang Youwei es complicado; véase Hsiao Kung-chuan, *A Modern China* (1975), p. 56.

[←239]

Cfr. el gran estudio de R. W. Bowen, *Rebellion* (1980).

[←240]

Como teoría nunca se ha elaborado con detalle; véase sobre todo Fernand Braudel, «Geschichte und Sozialwissenschaften: Die lange Dauer» [1958], en: Braudel, Schriften, vol. 1 (1992), pp. 49-87.

[←241]

J. Goldstone, *Problem* (1998), p. 269.

[←242]

Koselleck, *Zeitschichten* (2000), p. 21. Recientemente Charles Tilly ha expuesto ideas parecidas en varias publicaciones.

[←243]

Para una diferenciación original entre estos modos de cambio histórico, Laslett, *Social Structural Time* (1988).

[←244]
Véase Koselleck, *Vergangene Zukunft* (1979), p. 132.

[←245]

Schumpeter, *Economic Analysis* (1954), pp. 738-750.

[←246]

Resumen estos enfoques Rasler/Thompson, *Great Powers* (1994). Como representantes destacados de esta forma de pensar están George Modelski, Joshua S. Goldstein y Ulrich Menzel.

[←247]

Hay un resumen conciso en Schmied, *Soziale Zeit* (1985), pp. 144-163.

[←248]

Gardet *et al.*, *Cultures and Time* (1976), p. 212.

[←249]

Aung-Thwin, *Spirals* (1991), pp. 584, 590, 592, 595.

[←250]

Cfr. Osterhammel, *Entzauberung* (1998), pp. 390-393. Hacia 1900 los intelectuales japoneses veían el resto de Asia (y en particular, Corea) desde una perspectiva similar.

[←251]

Con especial eficacia en Fabian, *Time and the Other* (1983), donde se habla de «negar la contemporaneidad» («denial of coevalness»).

[←252]

Para una breve introducción, véase Östör, *Vessels of Time* (1993), pp. 12-25.

[←253]

Visiones de conjunto en Wendorff, *Zeit und Kultur* (1980), y J. T. Fraser, *Voices of Time* (1981); la obra clásica es Needham, *Grand Titration* (1969), pp. 218-298.

[←254]

Es uno de los temas principales de Galison, *Einsteins Uhren* (2002).

[←255]

Cfr. Blaise, *Zähmung der Zeit* (2001).

[←256]

Dohrn-van Rossum, *Geschichte der Stunde* (1992), p. 319.

[←257]

Bartky, *Selling the True Time* (2000), pp. 93, 114.

[←258]

Whitrow, *Time* (1988), p. 164.

[←259]

Bartky, *Selling the True Time* (2000), pp. 139 y ss., 146.

[←260]

Galison, *Einsteins Uhren* (2002), pp. 153, 162 y ss.

[←261]

Landes, *Revolution in Time* (1983), pp. 97, 287.

[←262]

Mumford, *Technics* (1934), p. 14.

[←263]

Coulmas, *Japanische Zeiten* (2000), pp. 142, 233.

[←264]

Kreiser, *Istanbul* (2001), p. 181.

[←265]

E. P. Thompson, *Time* (1967).

[←266]

Gay, *Clock Synchrony* (2003), pp. 112, 136.

[←267]

Voth, *Time and Work* (2001), p. 257 y *passim*. Aquí también se resumen y valoran estudios anteriores.

[←268]

Ibíd., pp. 47-58.

[←269]

David Landes ha dado una respuesta clara a la cuestión en su gran obra sobre la historia de los relojes: «El reloj no creó el interés por medir el tiempo, el interés por el tiempo llevó a la invención del reloj» (*Revolution in Time*, 1983, p. 58)

[←270]

Sobre el concepto (desarrollado sin mucha precisión) de la metronomización, véase Young, *Metronomic Society* (1988). Sobre la mecanización, véase la obra clásica del teórico e historiador de la arquitectura Sigfried Giedion (*Mechanisierung*, 1982, primera edición inglesa de 1948).

[←271]

Para el ejemplo de una tribu seminómada de Marruecos: Eickelman, *Time* (1974), en esp. pp. 45 y ss., y para un ejemplo de la Bali actual: Henk Schulte Nordholt, «Plotting Time in Bali: Articulating Plurality», en: Schendel/Schulte Nordholt, *Time Matters* (2001), pp. 57-76.

[←272]

A principios del siglo XX ya lo puso de relieve Bronisław Malinowski, fundador de la etnología funcionalista. *Cfr.* Munn, *Cultural Anthropology* (1992), pp. 96, 102-105.

[←273]

T. C. Smith, *Peasant Time* (1986), pp. 180 y ss., 184-189, 194 y ss.

[←274]

M. M. Smith, *Mastered by the Clock* (1997), pp. 5-7.

[←275]

Se ha recopilado y comentado mucho material al respecto, sobre todo de la Europa occidental, en Borscheid, *Tempo-Virus* (2004), en especial caps. 5-7; Kaschuba, *Überwindung* (2004); sigue siendo útil Kern, *Culture* (1983), pp. 109-130.

[←276]

Véase la fenomenología histórica del viaje en tren en Schivelbusch, *Eisenbahnreise* (1977); Freeman, *Railways* (1999); Borscheid, *Tempo-Virus* (2004), cap. 5.

[←277]

Cvetkovski, *Modernisierung* (2006), pp. 192, 222, 236 y ss., 242 y ss.

[←278]

Berlioz, *Memoiren* (2007), pp. 503 y ss.

[←279]

Koselleck, *Zeitschichten* (2000), p. 153.

[←280]

Además de Koselleck: E. W. Becker, *Zeit der Revolution* (1999), pp. 14-16, que tiene continuación en numerosos trabajos de Lucian Hölscher.

[←281]

Litwack, *Been in the Storm so Long* (1979), p. 172 y *passim*.

[←282]

Shih, *Taiping Ideology* (1967), p. 75.

[←283]
Schlögel, *Im Raume* (2003), p. 22.

[←284]

Koselleck, *Zeitschichten* (2000), p. 9, y similar en p. 90.

[←285]

Harvey, *Postmodernity* (1989), p. 240.

[←286]

La referencia básica en cuanto a la historia de la disciplina es Livingstone, *Geographical Tradition* (1992), y véase también Marie-Claire Robic, *Geography*, en: T. M. Porter/Ross, *Modern Social Sciences* (2003). pp. 379-390.

[←287]

Con el ejemplo del mapa suizo de Dufour: Gugerli/Speich, *Topografien* (2002), p. 76.

[←288]

Cfr. por ejemplo Dabringhaus, *Territorialer Nationalismus* (2006), pp. 57 y ss.

[←289]

Esta historia se hizo más conocida gracias a una novela de Sten Nadolny, *El descubrimiento de la lentitud* (1983).

[←290]

Japón es el único país no europeo para el que existe una edición casi completa de todas las fuentes informativas europeas conocidas hasta alrededor de 1830: Kapitza, *Japan in Europa* (1990), que incluye también pasajes de Kaempfer.

[←291]

En cuanto a la organización de los viajes de exploración, véanse los estudios modélicos sobre Murchison: Stafford, *Scientist of Empire* (1989).

[←292]
A. v. Humboldt, *Relation historique* (1814-1825).

[←293]

Este viaje de Wilhelm von Humboldt se tradujo en «Los vascos, o apuntes sobre un viaje por Vizcaya y el País Vasco francés en la primavera del año de 1801» («Die Vasken...», en *Werke*, vol. 2, 1961, pp. 418-627). [Hay una trad. castellana de Miguel de Unamuno: *Los vascos*, Navarra: Astero, 2006.]

[←294]

Los libros de viajes de Isabella Birds se reimprimieron, todavía en 1997, en una edición de doce volúmenes (*Collected Travel Writings*).

[←295]

Cfr. Cosgrove, *Apollo's Eye* (2001), p. 209 (e ilustr. p. 210).

[←296]

Es clásico Carter, *Botany Bay* (1987), en esp. pp. 4-33.

[←297]
Barrow, *Making History* (2003), pp. 101, 103.

[←298]

M. W. Lewis/Wigen, *Myth of Continents* (1997), p. ix.

[←299]

Ibíd., p. 181; Foucher, *Fronts et frontières* (1991), p. 156.

[←300]

M. W. Lewis/Wigen, *Myth of Continents*, p. 172.

[←301]

J. D. Legge, «The Writing of Southeast Asian History», en: Tarling, *Cambridge History of Southeast Asia* (1992), pp. 1-50, aquí 1.

[←302]

Sinor, *Introduction* (1990), en esp. p. 18.

[←303]

El texto de Mackinder se publicó en *Geographical Journal* 23 (1904), pp. 421-437.

[←304]

M. W. Lewis/Wigen, *Myth of Continents* (1997), p. 65; y sobre todo Scheffler, *«Fertile Crescent»* (2003). Said, en *Orientalism* (1978), deconstruyó el concepto de Oriente como un ejemplo modélico de «*othering*» europeo; la obra ha tenido un gran eco, pero también ha sido objeto de críticas importantes y muy razonables.

[←305]

Una selección del texto de Fukuzawa en: Lu, *Japan*, vol. 2 (1997), pp. 351-353. Véase también Tanaka, *Japan’s Orient* (1993), con materiales en su mayoría posteriores a 1890.

[←306]

Es excelente Sven Saaler, «Pan-Asianismus im Japan der Meiji-und der Taisho-Zeit: Wurzeln, Entstehung und Anwendung einer Ideologie», en: Amelung *et al.*, *Selbstbehauptungsdiskurse* (2003), pp. 127-157.

[←307]

C. Ritter, *Erdkunde*, vol. 1: *Der Norden und Nord-Osten von HochAsien* (1832[2]), p. xv.

[←308]
C. Ritter, *Einleitung* (1852), p. 161.

[←309]

Sobre el desarrollo de la terminología geográfica descriptiva, *cfr.* Godlewska, *Geography Unbound* (1999), pp. 41-45.

[←310]

Véase en general C. Ritter, *Erdkunde*, vol. 1: Der Norden und NordOsten von Hoch-Asien (1832^{2}), pp. 63 y ss.

[←311]

C. Ritter, *Erdkunde*, vols. 1 (1832), 2 (1833), 3 (1835).

[←312]

Ratzel, *Politische Geographie* (1897), cap. 11-28, sobre las islas y el cap. 24. Esta sección de obra es más valiosa que las tristemente famosas «leyes fundamentales del crecimiento espacial de los Estados» (caps. 8-10).

[←313]

Reclus, *L'Homme et la terre*, vol. 1 (1990), p. 123.

[←314]

Ibíd., pp. 348-353.

[←315]

W. D. Smith, *Sciences of Culture* (1991), pp. 154-161; Petermann, *Geschichte der Ethnologie* (2004), pp. 583 y ss.

[←316]

Bonnett, *Idea of the West* (2004), pp. 14 y ss.

[←317]

Bulliet, *Islamo-Christian Civilization* (2004), pp. 5 y ss.

[←318]

Véase más adelante el capítulo XVII.

[←319]

Asbach, *Erfindung* (2005); Woolf, *European World View* (1992).

[←320]

Boer, *Europa* (1999), pp. 99-110.

[←321]

Ibíd., pp. 181 y ss. (en esp. el mapa de la p. 182).

[←322]

Schroeder, *Transformation* (1994), en esp. pp. 575-582.

[←323]

Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens* (1972-1982), vol. 2, pp. 83 y ss.

[←324]

Pflanze, *Bismarck*, vol. 2 (1998), p. 426.

[←325]

Cfr. el mapa de Lichtenberger, *Europa* (2005), p. 43.

[←326]

Malia, *Russia* (1999), p. 92.

[←327]

Bassin, *Imperial Visions* (1999), pp. 37 y ss.

[←328]

Hauner, *What Is Asia to Us?* (1990), cap. 2-4.

[←329]

Cfr. Malia, *Russia* (1999), p. 165.

[←330]

Seguimos aquí a Kreiser/Neumann, *Türkei* (2003), p. 283. Otra propuesta sitúa el punto de inflexión en la paz de Karlowitz, con Austria (1699).

[←331]

Nouzille, *Histoire de frontières* (1991), p. 254, véase también Hösch, *Balkanländer* (1988), p. 91.

[←332]

Está bien ilustrado en Ruthven/Nanji, *Historical Atlas of Islam* (2004), p. 89.

[←333]

Para las conferencias posteriores a 1856, *cfr*. Baumgart, *Europäisches Konzert* (1999), pp. 155 y ss.

[←334]

Una de las pocas excepciones es J. Fisch, *Europa* (2002), pp. 228-235.

[←335]

Mazower, *Balkan* (2002), p. 158; Todorova, *Balkan* (2002), p. 145.

[←336]
Werlen, *Sozialgeographie* (2000), p. 215.

[←337]

Por ejemplo, para Escocia, véase Withers, *Geography* (2001), pp. 142 y ss.; para Tailandia, Thongchai, *Siam Mapped* (1994); para México, Craib, *Cartographic Mexico* (2004).

[←338]

Se ha formado una bibliografía extensa sobre la fenomenología y la psicología de la concepción del espacio. Pero aún destaca uno de los pioneros de este campo, sobre todo con su obra principal: Tuan, *Space and Place* (1977).

[←339]

Richter, *Facing East* (2001), p. 11 y *passim*.

[←340]

Rowe, *Saving the World* (2001), p. 356.

[←341]

Eggert, *Chinesische Reiseschriften* (2004), p. 283.

[←342]
J. K. Leonard, *Wei Yuan* (1984), pp. 121 y ss.

[←343]

Drake, *Hsu Chi-yü* (1975), valoración general en pp. 67 y ss.

[←344]

Cfr. Karl, *Staging the World* (2002).

[←345]

Toby, *State and Diplomacy* (1984), pp. 161-167.

[←346]

Véase Beasley, *Japan Encounters the Barbarian* (1995), y una vívida documentación del empeño en Pantzer, *Iwakura-Mission* (2002), y véase también Duus, Japanese *Discovery of America* (1997). Para las impresiones contemporáneas de los escasos diplomáticos chinos de alto rango en Occidente, *cfr*. Chen Feng, *Entdeckung des Westens* (2001).

[←347]

Konvitz, *Urban Millenium* (1985), pp. 82-85.

[←348]

Los tipos (a) a (d), según A. R. H. Baker, *Geography and History* (2003), caps. 2-5, una obra fundamental.

[←349]

Así se plantea en la presentación tradicional de la geografía histórica de la Edad Moderna y Contemporánea, por ejemplo en Pounds, *Historical Geography* (1985).

[←350]

En la geografía histórica se ha forjado entre tanto un «discurso sobre las islas» no poco llamativo; véanse al respecto las propuestas de temas y lecturas de Dodds/Royle, *Rethinking Islands* (2003). *Cfr.* asimismo Pocock, *Discovery* (2005), que ha redefinido las islas británicas —desde las islas del Canal hasta las Shetland— como «el archipiélago atlántico» (p. 78).

[←351]

Fernández-Armesto, *Civilizations* (2000), *passim*. Se parte de la concepción de Braudel de las «civilizaciones» como espacios: *Grammaire* (1993), pp. 40-43. Otro autor notable procede regionalmente, antes que de forma sistemática: Richards, *Unending Frontier* (2003).

[←352]

Al respecto véase también la gran obra de F. Walter, *Les figures paysagères de la nation* (2004).

[←353]

Citado por A. R. H. Baker, *Geography and History* (2003), p. 112.

[←354]

Es una de las tesis principales de Elvin, *Elephants* (2004).

[←355]

Es básico Dunlap, *Nature* (1999).

[←356]

Según Cain/Hopkins, *British Imperialism* (2001^2).

[←357]

Se trata de una de las ideas metódicas más destacadas de un nuevo comparatismo que intenta mejorar su sentido de las proporciones; véase por ejemplo Pomeranz, *Great Divergence* (2000), p. 10 y *passim*. Para las posibilidades de la historia regional (desde el punto de vista específico de las identidades regionales), véase Applegate, *Europe of Regions* (1999).

[←358]

Werdt, *Halyč-Wolhynien* (1998), p. 98.

[←359]

Entre la bibliografía general, que crece con rapidez: B. Klein/Mackenthun, *Das Meer* (2003), donde se trata una diversidad de aspectos. Por desgracia se empieza a afianzar un concepto desafortunado como el de los «*seascapes*» («paisaje marítimo»), pese a que el ser humano puede modelar la naturaleza terrestre, pero no el mar.

[←360]

Horden/Purcell, *Corrupting Sea* (2000), p. 25, una obra de las dimensiones de la de Braudel.

[←361]

C. King, *Black Sea* (2004); Herlihy, *Odessa* (1991); Farnie, *Suez Canal* (1969).

[←362]

Los principales representantes de este mediterranismo son Horden/ Purcell, *Corrupting Sea* (2000), p. 461 y ss. y *passim*; quien más claramente se ha opuesto a la tesis de la homogeneidad ha sido el antropólogo estadounidense Michael Herzfeld.

[←363]

K. N. Chaudhuri, *Trade* (1985); *Chaudhuri*, Asia (1990).

[←364]

También según Wong, *Entre monde et nation* (2001), p. 11.

[←365]

Cfr. J. de Vries, «Connecting Europe and Asia: A Quantitative Analysis of the Cape-Route Trade, 1497-1795», en: Flynn *et al.*, *Global Connections* (2003), pp. 35-106, aquí 69 (tabla 2.5). El enfoque es magistral.

[←366]

Sobre las numerosas formas de movilidad: Bose, *A Hundred Horizons* (2006).

[←367]

Kirch, *On the Road* (2000), pp. 293, 300, 302.

[←368]

Sobre el Pacífico, la obra clásica es la de Spate, *Pacific* (1979-1988); vuelve a ser la obra de un geógrafo histórico, pero por desgracia no va mucho más allá de 1800.

[←369]

Yasuo Endo, «Ein Meer namens Daitoyo. Das Konzept des Pazifiks aus japanischer Sicht 1660-1860», en: Klein/Mackenthun, *Das Meer* (2003), pp. 201-22, aquí 210.

[←370]

Tal es la sombría conclusión de Scarr, *Pacific Islands* (1990), pp. 134-144.

[←371]

Cfr. Flynn *et al.*, *Pacific Centuries* (1999); E. L. Jones *et al.*, *Coming Full Circle* (1993).

[←372]

Korhonen, *Pacific Age* (1996), p. 44.

[←373]

Heffer, *United States* (2002), pp. 249 y ss.; a pesar del título este libro, en realidad, nos ofrece ante todo una historia del Pacífico moderno.

[←374]

Es fundamental Brading, *First America* (1991), pp. 447 y ss., también para aclarar la cuestión del «patriotismo».

[←375]

Cfr. por ejemplo Zeuske, *Schwarze Karibik* (2004).

[←376]

Para visiones de conjunto sobre la bibliografía: Bailyn, *Atlantic History* (2005); Pietschmann, *Atlantic History* (2002), donde el siglo XVIII se extiende, con buenas razones, hasta 1830; Armitage/Braddick, *British Atlantic World* (2002; son cruciales las pp. 11-27, 233-249). Un sociólogo se ha atrevido a formular una ambiciosa síntesis teórica: Jeremy Smith, *Europe and the Americas* (2006).

[←377]

Cfr. sobre todo los trabajos de Nicholas Canny (y su entorno).

[←378]

Sin embargo, ya disponemos de «integraciones parciales». Por ejemplo se ha podido determinar los «límites del mundo de la Edad Moderna», en el Atlántico norte y sur, según la extensión de conceptos legales generales: Gould, *A World Transformed?* (2003); Benton, *Legal Regime* (2000).

[←379]

Cifras de Bade *et al.*, *Enzyklopädie Migration* (2007), p. 210.

[←380]

P. D. Curtin, *Slave Trade* (1969), pp. 266 (ilustr. 266), 268 (tabla 77).

[←381]

Berlin, *Many Thousands Gone* (1998), pp. 95 y ss. (cita 95).

[←382]

Véase al respecto uno de los grandes clásicos modernos de la historiografía japonesa: Amino, *Les Japonais et la mer* (1995), p. 235, que sin embargo también hace hincapié en que los japoneses nunca desarrollaron una identidad marítima (como por ejemplo los británicos, que se hallaban en una posición similar).

[←383]

Lemberg, *Entstehung* (1985), en esp. p. 77 y ss.; Kirby, *Baltic World* (1995), p. 5; Mead, *Scandinavia* (1981), pp. 9-13, 210-212; J. Fisch, *Europa* (2002), p. 148.

[←384]

Con respecto a la diversidad de conceptos sobre la zona central de Europa, véase H.-D. Schultz, *Deutschlands «natürliche Grenzen»* (1989), así como su *Raumkonstrukte* (2002); para un mapa que traza las lindes de las distintas concepciones, véase Dingsdale, *Mapping Modernities* (2002), p. 18.

[←385]

Por ejemplo L. R. Johnson, *Central Europe* (1996).

[←386]

Berend, *History Derailed* (2003), p. xiv.

[←387]

Halecki, *Europa* (1957).

[←388]

Szücs, *Regionen Europas* (1990). Sobre la profundidad de las «dos Europas», *cfr*. Valerie Bunce, «The Historical Origins of the East-West Divide: Civil Society, Political Science, and Democracy in Europe», en: Bermeo/ Nord, *Civil Society* (2000), pp. 209-236.

[←389]

Cfr. Troebst, *Kulturstudien* (2006).

[←390]

Véase Scherrer, *Kulturologie* (2003), pp. 128-151. Se distinguen otros tres conceptos de «Eurasia» en Schmidt-Glintzer, *Eurasien* (2002), pp. 189-192.

[←391]

Hawes, *Poor Relations* (1996), pp. 10 y ss., 39, 152 y ss., 168 (sobre Skinner).

[←392]

Cfr. Buettner, *Empire Families* (2004).

[←393]

Fletcher, *Integrative History* (1985); Lieberman, *Binary Histories* (1999).

[←394]

Véase Osterhammel, *Entzauberung* (1998).

[←395]

Sobre todo Findley, *Turks* (2005), caps. 2-3; también Wong, *Entre monde et nation* (2001), pp. 18 y ss.

[←396]

Mote, *Imperial China* (1999), pp. 485 y ss.

[←397]

Son básicas las distintas contribuciones del editor en Skinner, *City* (1977). Sobre las macrorregiones como unidades de la historia social: Naquin/ Rawski, *Chinese Society* (1987), pp. 138-216.

[←398]

Meinig, *Shaping*, vol. 2 (1993), p. 3.

[←399]

Stefan Kaufmann, «Landschaft beschriften. Zur Logik des “American Grid System”, en: Kaufmann, *Ordnungen der Landschaft* (2002), pp. 7394, cita 78; también Schlögel, *Im Raume* (2003), p. 188.

[←400]
Reardon-Anderson, *Reluctant Pioneers* (2005), p. 72.

[←401]

Edney, *Mapping an Empire* (1997), p. 200; Bayly, *Empire and Information* (1996), pp. 303 y ss.; O'Cadhla, *Civilizing Ireland* (2007).

[←402]
Lappo/Hönsch, *Urbanisierung Russlands* (2000), p. 34.

[←403]

Así en Planhol, *Les fondéments* (1968).

[←404]

Cfr. J. C. Scott, *Seeing Like a State* (1998), pp. 37-47.

[←405]

Maier, *Consigning the Twentieth Century* (2000), pp. 808, 814, 816, que sin embargo exagera la recuperación de 1860 en adelante y al final solo reconoce el ferrocarril como nuevo factor.

[←406]

Charles Tilly, «Reflections on the History of European State-Making», en: Tilly, *Formation of National States* (1975), pp. 3-83, aquí 15.

[←407]

Lieberman, en *Strange Parallels* (2003), p. 455, habla de «tres consolidaciones de la zona continental después de 1750».

[←408]

Ratzel, *Politische Geographie* (1897), pp. 193 y ss.

[←409]

Kashani-Sabet, *Frontier Fictions* (1999), p. 23.

[←410]

R. Cohen, *Global Diasporas* (1997), p. 26, retomado en 177 y ss.; *cfr*. también, desde el punto de vista «poscolonial»,: R. Mayer, *Diaspora* (2005).

[←411]

R. Cohen, *Global Diasporas* (1997), caps. 2-6.

[←412]

Takaki, *Mirror* (1993), p. 247.

[←413]

Nadel, *Little Germany* (1990), p. 10; es un modelo de estudio de historia social.

[←414]

Está de moda afirmar que la «desterritorialización» es inherente a la la diáspora, pero es ir demasiado lejos.

[←415]

Por desgracia hay que renunciar aquí a entrar en los estudios del nuevo campo de la «sociología de las fronteras».

[←416]

Para el concepto véase Böckler, *Grenze* (2003).

[←417]

Nordman, *Frontières* (1998), pp. 486 y ss.

[←418]

T. M. Wilson/Donnan, *Introduction* (1998), p. 25, también 9; Windler, *Grenzen vor Ort* (2002), p. 143.

[←419]

Nordman, *Frontières* (1998), p. 40.

[←420]

Bitsch, *Belgique* (2004), p. 83.

[←421]

Es difícil hallar detalles sobre el establecimiento de fronteras en África. Pero para el África occidental es muy preciso John D. Hargreaves, «The Berlin Conference, West African Boundaries, and the Eventual Partition», en: Förster *et al.*, *Bismarck* (1988), pp. 313-320, aquí 314-317.

[←422]

Foucher, *Fronts et frontières* (1991), pp. 114, 135 y ss.

[←423]

Ibíd., p. 122.

[←424]

La frontera «natural» es un caso especial de frontera definida «por su contenido». Son interesantes las reflexiones generales de Burnett, *Masters* (2000), pp. 208 y ss.

[←425]

Kashani-Sabet, *Frontier Fictions* (1999), pp. 24-28.

[←426]

S. C. M. Paine, *Imperial Rivals* (1996), pp. 90 y ss.

[←427]

Thongchai, *Siam Mapped* (1994), pp. 68-80; es uno de los estudios más originales sobre la «construcción» de los espacios.

[←428]

Excelente (y con muchas referencias bibliográficas): Windler, *Grenzen vor Ort* (2002), pp. 138-145; Baud/Schendel, *Comparative History* (1997), en esp. 216 y ss.

[←429]

Khater, *Inventing Home* (2001), pp. 52-63.

[←430]

Rallu, *Les populations océanniennes* (1990), p. 222.

[←431]

Schmid, *Korea* (2002), p. 101; Etemad, *Possession* (2000), p. 312.

[←432]

Lavely/Wong, *Malthusian Narrative* (1998), p. 719, y véase también, para las fuentes, J. Z. Lee/Wang, *One Quarter of Humanity* (1999), pp. 149-157.

[←433]

Cfr. asimismo el ilustrativo gráfico de McEvedy/Jones, *Atlas* (1978), p. 349.

[←434]

Livi-Bacci, *World Population* (1997[2]), p. 31, tablas 1-3.

[←435]

Bähr, *Bevölkerungsgeographie* (2004[4]), p. 217 (tabla 23).

[←436]

Bardet/Dupâquier, *Histoire des populations de l'Europe* (1998), p. 469 (tabla 84); Marvin McInnis, «The Population of Canada in the Nineteenth Century», en: Haines/Steckel, *Population History* (2000), pp. 371-432, aquí 373 (tabla 9.1); M. Reinhard *et al. Histoire générale* (1968), pp. 391, 423, 426; R. V. Jackson, *Population History* (1988), p. 27 (tabla 6); *Meyers Großes Konversations-Lexikon*, vol. 12 (1905[6]), p. 695; vol. 18 (1907[6]), p. 185.

[←437]

Karpat, *Ottoman Population* (1985), p. 117 (tabla I.6). Con Egipto, 40,5 millones (1872/1874).

[←438]

Maddison, *Chinese Economic Performance* (1998), p. 47.

[←439]

Por ejemplo Rudolf G. Wagner, en el artículo «Taiping-Aufstand», en: Staiger *et al.*, *China-Lexikon* (2003), pp. 735-739, aquí 736.

[←440]

Cfr. J. Z. Lee/Wang, *One Quarter of Humanity* (1999), pp. 14-23.

[←441]

J. Z. Lee/Campbell, *Fate and Fortune* (1997), p. 70.

[←442]

Hanley/Yamamura, *Preindustrial Japan* (1977), p. 320.

[←443]

Totman, *History of Japan* (2000), pp. 326 y ss. El libro de Totman es la única síntesis occidental reciente sobre la historia de Japón que presta una atención suficiente a la demografía.

[←444]

Wolfram Fischer, «Wirtschaft und Gesellschaft Europas 1850-1914», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 5 (1985), pp. 1-207, aquí 14 (tabla 3).

[←445]

Para un panorama sobre las tasas de crecimiento en Europa: Tortella, *Modern Spain* (2000), p. 33 (tabla 2.2.).

[←446]

Saunders, *Russia* (1992), p. 270.

[←447]

Hay un intento similar para Europa en Bade, *Europa* (2000), p. 64. Me baso en los datos de Maddison, *World Economy* (2001), p. 241 (tabla B-10).

[←448]

Dupâquier, *Histoire de la population française* (1988), p. 293.

[←449]

Para un estado de la cuestión, Bardet/Dupâquier, *Histoire des populations de l’Europe* (1998), pp. 287-325.

[←450]

O'Gráda, *Ireland's Great Famine* (2006), p. 16.

[←451]

O'Rourke/Williamson, *Globalization* (1999), pp. 150-152.

[←452]

Cifras de McPherson, *Battle Cry* (1988), p. 854.

[←453]

Ricklefs, *Modern Indonesia* (2001[3]), p. 153.

[←454]

Cifras de J. Levy, *War* (1983), p. 90; Rasler/Thompson, *War* (1989), p. 13 (tabla 1.2).

[←455]

Ibíd.; Schroeder, *International System* (1986), p. 11; para un análisis secundario de los datos, Eckhardt, *Civilizations* (1992).

[←456]

Rallu, *Les populations océanniennes* (1990), p. 6; Etemad, *Possession* (2000), p. 133

[←457]

Thornton, *American Indian Holocaust* (1987), pp. 107-109; los cálculos más pesimitas son de Nugent, *Into the West* (1999), p. 35.

[←458]

Para un buen resumen y exposición de lo que se sabe hoy, Broome, *Aboriginal Victorians* (2005), pp. 79-93.

[←459]

R. V. Jackson, *Population History* (1988), p. 5 (tabla 1).

[←460]

Contiene muchos datos aislados, de muy diversa calidad, Ferro: *Livre noir* (2003).

[←461]

Etemad, *Possession* (2000), p. 103. Como Etemad (p. 104) también incluye la guerra del Rif, que libraron los españoles en Marruecos hasta la década de 1920, la cifra total será más bien de unas 280.000 personas. El libro no incluye la expansión rusa ni la japonesa.

[←462]

Ibíd., pp. 130, 134 (tabla 8), 135.

[←463]

Coquery-Vidrovitch, *L'Afrique* (1999), p. 22; Vanthemsche, *La Belgique et le Congo* (2007), pp. 40-42.

[←464]

Ruedy, *Modern Algeria* (1992), p. 93.

[←465]

S. Doyle, *Population Decline* (2000), p. 438.

[←466]

Para una presentación y valoración equilibradas, C. Marx, *Geschichte Afrikas* (2004), pp. 143-147.

[←467]

En lo que sigue me atengo a Bähr, *Bevölkerungsgeographie* (2004[4]), pp. 219-229; hay una buena explicación breve en Buchheim, *Industrielle Revolutionen* (1994), pp. 25-32.

[←468]

Bähr, Bevölkerungsgeographie (2004^{4}), p. 222.

[←469]

H. S. Klein, *Population History* (2004), pp. 77-79.

[←470]

Bardet/Dupâquier, *Histoire des populations de l'Europe* (1998), p. 149 (tabla 9).

[←471]

Livi-Bacci, *World Population* (1997[2]), p. 113.

[←472]

Véase, más adelante, el capítulo VII.

[←473]

Gelder, *Duitsers* (1997), pp. 14, 41, 64.

[←474]

Liauzu, *Histoire des migrations* (1996), pp. 66-73; Nicholas Canny, «In Search of a Better Home? European Overseas Migration, 1500-1800», en: Canny, *Europeans* (1994), pp. 263-283.

[←475]

Ibíd., p. 279.

[←476]

Como visión de conjunto, *cfr*. el estudio sociológico-histórico de Ribeiro, *Amerika* (1985).

[←477]

H. S. Klein, *African Slavery* (1986), p. 82; P. D. Curtin, *Slave Trade* (1969), p. 207 (tabla 62).

[←478]

Bernecker *et al.*, *Geschichte Brasiliens* (2000), pp. 131 y ss.

[←479]

H. S. Klein, *Slave Trade* (1999), p. 45.

[←480]

H. S. Klein, *Population History* (2004), p. 83.

[←481]

Gudmestad, *Troublesome Commerce* (2003), pp. 3 y ss., 8 (cifras).

[←482]

P. D. Curtin, *Slave Trade* (1969), p. 27 (n. 16).

[←483]

Meyer/Sherman, *Mexican History* (1991[4]), p. 218.

[←484]

Stanley L. Engerman/Barry W. Higman, «The Demographic Structure of the Caribbean Slave Societies in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», en: Knight, *Slave Societies* (1997), pp. 45-104, aquí 50 (tabla 2-1).

[←485]

Kaczyńska, *Gefängnis* (1994), pp. 24 y ss., 44, 53 y ss. (cifras totales).

[←486]

Jonathan W. Daly, «Russian Punishments in the European Mirror», en: McCaffray/Melancon, *Russia* (2005), pp. 161-188, aquí 167, 176.

[←487]

Waley-Cohen, *Exile* (1991).

[←488]

Bullard, *Exile* (2000), p. 17.

[←489]

Pérennès, *Déportés* (1991), p. 483.

[←490]

Bouche, *Colonisation française* (1991), p. 185 y ss.; para más detalles, Pérennès, *Déportés* (1991).

[←491]

Rickard, *Australia* (1996[2]), pp. 21-25; Marjory Harper, «British Migration and the Peopling of the Empire», en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 2 (1999), pp. 75-87, aquí 78.

[←492]

Como en el estudio específico de C. Anderson, *Convicts* (2000), que hace hincapié en la autonomía cultural de los convictos indios, que tampoco eran esclavos.

[←493]

Marrus, *The Unwanted* (2002[2]), p. 17.

[←494]
Reiter, *Asyl* (1992), pp. 28-33.

[←495]

Alexander, *Geschichte Polens* (2003), pp. 203 y ss.

[←496]

N. Davies, *God's Playground* (1981), pp. 276, 287-289.

[←497]

Reiter, *Asyl* (1992), p. 38.

[←498]

Cfr. Hanioğlu, *Young Turks* (1995), pp. 71-78.

[←499]

Suny, *Looking toward Ararat* (1993), pp. 67 y ss.

[←500]

La mejor biografía es la de Bergère, *Sun Yat-sen* (1994).

[←501]

Hsiao Kung-chuan, *A Modern China* (1975), pp. 409 y ss.

[←502]

M. C. Meyer/Sherman, *Mexican History* (1991[4]), pp. 498-500.

[←503]

Marrus, *The Unwanted* (2002[2]), p. 18.

[←504]

K. Schultz, *Tropical Versailles* (2001), pp. 4, 76.

[←505]

Todorov, *Balkan City* (1983), p. 328.

[←506]

B. G. Williams, *Crimean Tatars* (2001), pp. 106-108, 119, 138, 148; Kirimli, *National Movements* (1996), pp. 6-11.

[←507]

J. H. Meyer, *Immigration* (2007), pp. 16, 27 y ss.

[←508]

Jersild, *Orientalism* (2002), pp. 25 y ss.

[←509]

Utley, *Sitting Bull* (1993), pp. 182, 191, 231.

[←510]

Marrus, *The Unwanted* (2002^2), p. 23.

[←511]

Neubach, *Ausweisungen* (1967), p. 129 (cifra total) y *passim*.

[←512]

Shannon, *Gladstone* (1982-1999), vol. 2, pp. 166 y ss., 171.

[←513]

Karpat, *Ottoman Population* (1985), p. 49. Son cifras elevadas, pero hay que confiar en la gran autoridad de Karpat.

[←514]

McCarthy, *Death and Exile* (1995), p. 90 (tabla 90).

[←515]

Malcolm, *Bosnia* (1994), pp. 139 y ss.

[←516]

Mazower, *Salonica* (2004), pp. 298-304, 349.

[←517]

Boeckh, *Von den Balkankriegen* (1996), pp. 257-275, cifra total sumada a partir de los datos de las pp. 271 y ss. El libro no se ocupa de Rumanía ni Albania.

[←518]

En esta sección, sigo a Marrus, *The Unwanted* (2002[2]), pp. 27-39; Kappeler, *Rußland* (1992), pp. 220-224; Haumann, *Ostjuden* (1999[5]), pp. 84 y ss.

[←519]

Cfr. Klier/Lambroza, *Progroms* (1992).

[←520]

Marrus, *The Unwanted* (2002[2]), p. 32.

[←521]

Ibíd., p. 34; Fink, *Defending the Rights of Others* (2004), pp. 22-24, 27-30.

[←522]

Volkov, *Juden* (2002[2]), p. 58.

[←523]

Bade, *Europa* (2000), p. 69.

[←524]

Cfr. Hoerder, *Cultures* (2002), pp. 288-294, para los sistemas regionales de migraciones laborales en la Europa anterior a mediados del siglo XIX.

[←525]

Bade, *Europa* (2000), pp. 76 y ss.

[←526]

N. G. Owen, *Paradox* (1987), p. 48.

[←527]
Naquin/Rawski, *Chinese Society* (1987), p. 130.

[←528]

. Stephan, *Russian Far East* (1994), pp. 71-73, 79 y ss.

[←529]

. Gottschang/Lary, *Swallows* (2000), pp. 2, 38; se trata de un estudio modélico.

[←530]

. Adas, *Burma Delta* (1974), pp. 42-44, 85 y ss.

[←531]

. Brocheux/Hémery, *Indochine* (1995), pp. 121 y ss.

[←532]

. Woerkens, *Le voyageur étranglé* (1995), pp. 63 y ss.; A. J. Major, *State and Criminal Tribes* (1999).

[←533]

. Hoerder, *Cultures* (2002), pp. 381 y ss.; Macfarlane/Macfarlane, *Green Gold* (2003), pp. 141 y ss.

[←534]

. En lo que sigue me baso en Hoerder, *Cultures* (2002), pp. 306-321; Kappeler, *Rußland* (1992), pp. 52 y ss., 139-176.

[←535]

. Es la imagen que emplea James Forsyth en su espléndida presentación general: *Peoples of Siberia* (1992), p. 216.

[←536]

. Un trabajo interesante en toda su expansión, que emplea un concepto muy lato de nomadismo, derivado de los estudios franceses, es el de Ilja Mieck, «Wirtschaft und Gesellschaft Europas von 1650 bis 1850», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 4 (1993), pp. 1-233, aquí 72-74, véase también W. Reinhard, *Lebensformen* (2004), pp. 325-330. Para una buena introducción etnohistórica, Barfield, *Nomadic Alternative* (1993).

[←537]

. Paul, *Far West* (1988), p. 195.

[←538]

. A. K. S. Lambton, «Land Tenure and Revenue Administration in the Nineteenth Century», en: H. Bailey, *Cambridge History of Iran*, vol. 7 (1991), pp. 459-505, aquí 470 y ss.

[←539]

. Abrahamian, *Iran* (1982), pp. 141 y ss.

[←540]

. Donald Quataert, «The Age of Reforms», en: İnalcık/Quataert, *Ottoman Empire* (1994), vol. 2, pp. 759-943, aquí 768 y ss., 873 y ss.

[←541]

. La obra de referencia en cuanto a la arqueología etnológica y la historia ambiental es la de A. B. Smith, *Pastoralism in Africa* (1992), en esp. caps. 6-9.

[←542]

. «Grand nomadisme»: Planhol, *Les nations* (1993), pp. 313 y ss.

[←543]

. J. Fisch, *Geschichte Südafrikas* (1990), p. 92.

[←544]

. Véase al respecto la excelente obra de Zeleza, *Economic History of Africa* (1993), pp. 72, 117 y ss.

[←545]

. Austen, *African Economic History* (1987), p. 162.

[←546]

. David Eltis, «Trans-Atlantic Trade», en: Drescher/Engerman, *World Slavery* (1998), pp. 370-375, aquí 374.

[←547]

. Lovejoy, *Transformations* (2002[2]), p. 154; muy importante: Ewald, *Soldiers* (1990), pp. 53-56, 163-166.

[←548]

. Lovejoy, *Transformations* (2002^2), p. 155.

[←549]

. Todos los cálculos actuales han sido analizados por Clarence-Smith, *Islam* (2006), pp. 11-13; la cifra parte de la revisión más reciente de Lovejoy.

[←550]

. Manning, *Slavery* (1990), p. 83 (fig. 4.20).

[←551]

. Lovejoy, *Transformations* (2002[2]), p. 142, cuenta 3,46 millones de esclavos para la trata del comercio atlántico. Lo ha confirmado recientemente, en parte con otras fuentes, Eltis (*Volume*, 2001, p. 43, tabla 1), que propone 3,44 millones.

[←552]

. Newitt, *Mozambique* (1996), pp. 268-272; sobre Mauricio como mercado de esclavos, véase Vaughan, *Creole Island* (2005), pp. 103-108.

[←553]

. H. S. Klein, *Slave Trade* (1999), pp. 210 y ss. (Apéndice, tabla A.1.)

[←554]

. Es excelente el trabajo de historia local de R. Law, *Ouidah* (2004), pp. 189-203.

[←555]

. J. Fisch, *Geschichte Südafrikas* (1990), p. 103.

[←556]

. Así ocurría en Senegal: Searing, *West African Slavery* (1993), p. 166.

[←557]

. Manning, *Slavery* (1990), p. 84.

[←558]

. H. S. Klein, *Slavery and Colonial Rule* (1998), p. 55.

[←559]

. Lovejoy, *Transformations* (2002[2]), pp. 165 y ss.; Law, *Ouidah* (2004), p. 77.

[←560]

. *Cfr*. Isichei, *History* (1997), pp. 290-312.

[←561]

. En lo que sigue parto de fuentes diversas: Zeleza, *Economic History of Africa* (1993), pp. 73-75; Etemad, *Possession* (2000), pp. 264 y ss. (tabla 26); J. Fisch, *Geschichte Südafrikas* (1990), p. 405; Daly/Petry, *Cambridge History of Egypt* (1998), vol. 2, p. 7.

[←562]

. Zeleza, *Economic History of Africa* (1993), pp. 74 y ss.

[←563]

. Iliffe, *Tanganyika* (1979), pp. 138-140.

[←564]

. Según calcula Zeleza, *Economic History of Africa* (1993), p. 75.

[←565]

. Amsden, *Rise of «the Rest»* (2001), p. 21 (tabla 1.11).

[←566]

. Bade, *Europa* (2000), p. 127.

[←567]

. Para los detalles, Grabbe, *Flut* (2001), pp. 333-364.

[←568]

. Hoerder, *Cultures in Contact* (2002), p. 331.

[←569]

. Grabbe, *Flut* (2001), p. 94 (tabla 13).

[←570]

. Véase el gráfico de Michael R. Haines, «The White Population of the United States, 1790-1920», en: M. R. Haines/Steckel, *Population History* (2000), pp. 305-369, aquí 345 (figura 8.1.).

[←571]

. Ibíd., p. 346 (tabla 8.5).

[←572]

. Nugent, *Crossings* (1992), p. 43 (tabla 9).

[←573]

. Ibíd., pp. 29 y ss.

[←574]

. Ibíd., p. 30 (tabla 8).

[←575]

. Marvin McInnis, «The Population of Canada in the Nineteenth Century», en: Haines/Steckel, *Population History* (2000), pp. 417, 422 (cifras).

[←576]

. Nugent, *Crossings* (1992), pp. 137 y ss., 112.

[←577]

. Moya, *Cousins* (1998), contempla las dos orillas del Atlántico.

[←578]

. Rock, *Argentina* (1987), pp. 133-143.

[←579]

. Bernand, *Buenos Aires* (1997), pp. 194 y ss.

[←580]

. Galloway, *Sugar Cane Industry* (1989), p. 132.

[←581]

. Kale, *Fragments of Empire* (1998), p. 1.

[←582]

. Sobre la densidad de pasajeros: Northrup, *Indentured Labour* (1995), p. 85.

[←583]

. Ibíd., p. 9.

[←584]

. Ibíd., p. 149 (tabla 6.1); David Northrup, «Migration from Africa, Asia, and the South Pacific», en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 3 (1999), pp. 88-100, aquí 96.

[←585]

. Los cálculos se basan en Northrup, *Indentured Labour* (1995), pp. 156 y ss. (tabla A.1).

[←586]

. En lo siguiente, parto de Tinker, *New System of Slavery* (1974); Northrup, *Indentured Labour* (1995), pp. 59-70; A. J. H. Latham, «Southeast Asia: A Preliminary Survey», 1800-1914, en: Glazier/Rosa, *Migration* (1986), pp. 11-29.

[←587]

. P. C. Emmer, «The Meek Hindu: The Recruitment of Indian Indentured Labourers for Service Overseas, 1870-1916, en: Emmer, *Colonialism and Migration* (1986), pp. 187-207.

[←588]

. Para las primeras críticas de esta índole, véase Kale, *Fragments of Empire* (1998), pp. 28-37.

[←589]

. Philip D. Curtin, «Africa and Global Patterns of Migration», en: Wang Gungwu, *Global History* (1997), pp. 63-94, aquí 83.

[←590]

. Tinker, *New System of Slavery* (1974), p. 334.

[←591]

. Richardson, *Chinese Mine Labour* (1982), pp. 177 y ss. y *passim.*

[←592]

. G. William Skinner, «Creolized Chinese Societies in Southeast Asia», en: Reid, *Sojourners* (2001), pp. 51-93, aquí 52.

[←593]

. Para una buena introducción a la historia de la emigración china, véase Wang Gungwu, *The Chinese Overseas* (1997).

[←594]

. Skinner, *Chinese Society* (1957), pp. 30 y ss., cifras en 73.

[←595]

. Wang Sing-wu, *Chinese Emigration* (1978), pp. 50-53, cita en 62. Aunque se lo cita poco, incluso en la bibliografía especializada, es un estudio excelente.

[←596]

. Irick, *Coolie Trade* (1982), p. 183.

[←597]

. Sobre la política de protección de los culis en la era Qing tardía véase en general Yen Ching-hwang, *Coolies* (1985).

[←598]

. David Northrup, «Migration from Africa, Asia, and the South Pacific», en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 3 (1999), pp. 88-100, aquí 94 (tabla 5.3).

[←599]

. Según Hunt, *Special Relationship*, p. 64 (cálculos); para Europa: Baines, *Migration* (1985), p. 126.

[←600]

. Gyory, *Closing the Gate* (1998), p. 67.

[←601]

. Véase en general McKeown, *Chinese Migrant Networks* (2001).

[←602]

. McKeown, *Global Migration* (2004), p. 157.

[←603]

. Susan Naquin/Yü Chün-fang, «Introduction: Pilgrimage in China», en: Naquin/Chün-fang, *Pilgrims* (1992), pp. 19 y ss.

[←604]

. Faroqhi, *Herrscher über Mekka* (1990), pp. 223 y ss., 252 (tabla 7); Mary Byrne McDonnell, «Patterns of Muslim Pilgrimage from Malaysia, 1885-1985», en: Eickelman, *Muslim Travellers* (1990), pp. 111-130, aquí 115.

[←605]

. Umar Al-Naqar, *Pilgrimage Tradition* (1972), pp. 82 y ss.

[←606]

. Para Estados Unidos: Bodnar, *The Transplanted* (1985), pp. 117-143.

[←607]

. Hochstadt, *Mobility* (1999), p. 218.

[←608]

. E. Richards, *Poor People* (1993), pp. 251-253; R. F. Haines, *Emigration* (1997).

[←609]

. Es una de las tesis fundamentales de O'Rourke/Williamson, *Globalization* (1999), por ejemplo p. 165.

[←610]

W. Reinhard, *Lebensformen* (2004), p. 453. Véase también Michael Argyle, «Subjective Well-Being», en: Offer, *In Pursuit* (1996), pp. 18-45, donde se intenta desarrollar los parámetros de la felicidad.

[←611]

Bengtsson *et al.*, *Life under Pressure* (2004), p. 33.

[←612]

Como resumen, Zanden, *Wages* (1999), pp. 191-193.

[←613]

Hay cálculos algo distintos en G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), pp. 319 y ss., 324 y ss.

[←614]

Bourguignon/Morrison, *Inequality* (2002), pp. 731, 743.

[←615]

Véase también los cálculos —independientes de Maddison— de Bourguignon/Morrison, *Inequality* (2002), p. 728.

[←616]

Sobre la base de Maddison, véase: Easterlin, *Worldwide Standard of Living* (2000), p. 10.

[←617]

Lavely/Wong, *Malthusian Narrative* (1998), p. 723.

[←618]

Maddison, *World Economy* (2001), p. 30 (tablas 1-5a); véase también R. W. Fogel, *Escape* (2004), p. 2 (tabla 1-1).

[←619]

Además de Hanley, *Everyday Things* (1997), véase asimismo la comparación entre Japón e Inglaterra de Macfarlane, *Savage Wars of Peace* (1997).

[←620]

Imhof, *Lebenszeit* (1988), p. 63. Los estudios de Imhof, polifacéticos, son esenciales para esta temática.

[←621]

G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), pp. 45, 95 y ss.

[←622]

R. W. Fogel, *Escape* (2004), pp. 2 y ss., 8.

[←623]

Véase por ejemplo Szreter/Mooney, *Urbanization* (1998), pp. 108 y ss.

[←624]

Hans-Joachim Voth, «Living Standards and the Urban Environment», en: Floud/Johnson, *Cambridge Economic History of Britain* (2004), vol. 1, pp. 268-294, aquí 293.

[←625]

Hay buenos resúmenes en Siemann, *Vom Staatenbund* (1995), pp. 149-152; Wehler, *Gesellschaftsgeschichte*, vol. 2 (1987), pp. 281-296.

[←626]

R. W. Fogel, *Escape* (2004), pp. 11, 18, 35 y ss., 38, 40.

[←627]

Riley, *Rising Life Expectancy* (2001), p. 34; Imhof, *Lebenszeit* (1988), p. 84.

[←628]

Cameron Campbell, «Mortality Change and the Epidemological Transition in Beijing, 1644-1990», en: Liu Ts'ui-jung *et al.*, *Asian Population History* (2001), pp. 221-247, aquí 222 y ss., 243.

[←629]

Riley, *Rising Life Expectancy* (2001), p. 39.

[←630]

Hay una buena descripción en C. King, *Black Sea* (2004), pp. 168-172.

[←631]

D. Fraser, *Evolution* (2003), pp. 66-78; para Estados Unidos: G. Rosen, *History of Public Health* (1958), pp. 233-248.

[←632]

Burrows/Wallace, *Gotham* (1999), pp. 625-627.

[←633]

R. Porter, *London* (1994), pp. 265 y ss.

[←634]

Münch, *Stadthygiene* (1993), pp. 128 y ss., 132-136, 191.

[←635]

Weintraub, *Uncrowned King* (1997), pp. 430, 435: probablemente en realidad murió a causa de un cáncer estomacal; los rumores proceden del diagnóstico oficial.

[←636]

R. Porter, *London* (1994), pp. 263 y ss.; Inwood, *London* (1998), pp. 433 y ss.; Halliday, *Great Stink* (1999), pp. 84, 91-99. Una maravillosa historia urbana como historia de los olores, con el ejemplo de El Cairo, es la de Fahmy, *Olfactory Tale* (2002).

[←637]

El peso «cultural» de la suciedad lo enfatiza Verena Winiwarter, «Where Did All the Waters Go? The Introduction of Sewage Systems in Urban Settlements», en: Bernhardt, *Environmental Problems* (2001), pp. 106-119.

[←638]

Halliday, *Great Stink* (1999), p. 103.

[←639]

Wedewer, *Reise nach dem Orient* (1877), p. 216; sobre el abastecimiento de agua en Estambul antes de la modernidad hídrica de la ciudad, véase Kreiser, *Istanbul* (2001), pp. 58-64; para otras ciudades del Oriente Próximo: Raymond, *Grandes villes arabes* (1985), pp. 155-167.

[←640]

Dossal, *Imperial Designs* (1996), p. 116.

[←641]

Arnold, *Colonizing the Body* (1993), p. 167.

[←642]

MacPherson, *Wilderness* (1987), pp. 116 y ss., 120; Dikötter, *Exotic Commodities* (2006), 145.

[←643]

Así lo afirma Daunton, *Progress* (1995), p. 439.

[←644]

D. C. North, *Understanding* (2005), p. 97, ilustr. 7.10.; Richard H. Steckel/ Roderick Floud, «Conclusions», en: Steckel/Floud, Health (1997), pp. 423-449, aquí 430 y ss., cifras en 424 (tabla 11.1). La construcción retrospectiva de un Índice de Desarrollo Humano para Estados Unidos, por Steckel y otros, ve estancamiento entre 1830 y 1860 y luego un ascenso continuado.

[←645]

Ibíd., p. 436.

[←646]

Vögele, *Sozialgeschichte* (2001) pp. 84, 87 y ss.; Arnold, *Colonizing the Body* (1993), p. 167; Harrison, *Public Health* (1994), pp. 99 y ss.

[←647]

Vögele, Urban *Mortality Change* (1998), p. 213.

[←648]

Gloria Waite, «Public Health in Precolonial East-Central Africa», en: Feierman/Janzen, *Social Basis* (1992), pp. 212-231, utiliza sin embargo un concepto más amplio de lo «público» y, por lo tanto, encuentra elementos parecidos en la era precontemporánea.

[←649]

Labisch, *Homo Hygienicus* (1992), p. 134.

[←650]

G. Rosen, *History of Public Health* (1958), pp. 147-151.

[←651]

Huerkamp, *Aufstieg der Ärzte* (1985), pp. 177 y ss.

[←652]
Witzler, *Großstadt und Hygiene* (1995), pp. 131-138.

[←653]

Higman, *Slave Populations* (1984), pp. 262-264, 271 y ss., 328, 341.

[←654]

Riley, *Rising Life Expectancy* (2001), pp. 21-24.

[←655]

Un trato más bien anecdótico del tema en Dormandy, *White Death* (1999). Además véase sobre todo Barnes, *Making* (1995).

[←656]

Al respecto es brillante Hays, *Burdens of Disease* (1998), pp. 168-171.

[←657]
Kiple, *Human Disease* (1993), p. 403.

[←658]

Johnston, *Modern Epidemic* (1995), pp. 70 y ss., 73, 90, 135 y ss., 305-308 (estadísticas).

[←659]

S. Watts, *Epidemics* (1997) p. 25.

[←660]

Barry, *Influenza* (2004), pp. 398, 450.

[←661]

Kiple, *Human Disease* (1993), p. 1012.

[←662]

Kuhnke, Lives at Risk (1990), pp. 113-115.

[←663]

R. Porter, *Kunst des Heilens* (2000), p. 424.

[←664]

Jannetta, *Vaccinators* (2007), pp. 71, 145.

[←665]

Winkle, *Geißeln* (1997), pp. 893 y ss.; Smallman-Raynor/Cliff, *War Epidemics* (2004), pp. 452-469.

[←666]

Higman, *Slave Populations* (1984), pp. 278 y ss.

[←667]

D. R. Hopkins, *Princes* (1983), pp. 149-154.

[←668]

John R. Shepherd, «Smallpox and the Patterns of Mortality in Late Nineteenth-Century Taiwan», en: Liu Ts'ui-jung *et al.*, *Asian Population History* (2001), pp. 270-291.

[←669]

Kiple, *Human Disease* (1993), pp. 403 y ss.

[←670]

D. R. Hopkins, *Princes* (1983), pp. 194, 303.

[←671]

Huerkamp, *Smallpox Vaccination* (1985), pp. 622 y ss.

[←672]
D. R. Hopkins, *Princes* (1983), pp. 186, 189.

[←673]

Terwiel, *Acceptance* (1988).

[←674]

Se puede observar algo parecido incluso en las «periferias interiores», como por ejemplo en Hokkaidō, en el norte de Japón, donde el Estado japonés quiso «civilizar» a la población nativa de los ainu. Véase B. L. Walker, *Early Modern Japanese State* (1999), en esp. pp. 156 y ss.

[←675]

Para la historia de la primera bacteriología médica, véase Gradmann, *Krankheit im Labor* (2005), pp. 31 y ss.

[←676]

Riley, *Rising Life Expectancy* (2001), p. 113.

[←677]

Iliffe, *East African Doctors* (1998), p. 11.

[←678]

Rosner, *Medizingeschichte Japans* (1989), pp. 113-117; Nakayama, *Traditions* (1984), pp. 197-200.

[←679]

S. Watts, *Epidemics* (1997), p. 24.

[←680]

Para la extensión de la cuarentena en el siglo XVIII véase Panzac, *Quarantaines* (1986), pp. 31-56 (puertos), 61 (cordón en Francia), 67-78 sobre el cordón balcánico.

[←681]

Según Winkle, *Geißeln* (1997), pp. 498 y ss.

[←682]

Para detalles sobre las vías de difusión, Panzac, *La peste* (1985), pp. 134-173.

[←683]

Todavía eran cifras modestas en comparación con las muertes por enfermedad (tres cuartas partes del total de fallecidos) de la expedición francesa a Haití de 1802. *Cfr*. Laurens, *L'Expédition d'Égypte* (1989), p. 468.

[←684]

Moltke, *Briefe* (1987), pp. 146-151.

[←685]

Sobre el fin de la peste en el imperio otomano *cfr*. Panzac, *La peste* (1985), pp. 446 y ss., 509.

[←686]

Panzac, *Quarantaines* (1986), p. 79.

[←687]

Bickford-Smith, *Cape Town* (1999), p. 19.

[←688]

La obra de referencia, aún no superada, sigue siendo la de Hirst, *Conquest of Plague* (1953), en esp. pp. 254 y ss., 378 y ss. Sobre Australia *cfr.* Christabel M. Young, «Epidemics and Infectious Diseases in Australia prior to 1914», en: Charbonneau/Larose, *Mortalities* (1979), pp. 207-227, aquí 216.

[←689]

Terence H. Hull, «Plague in Java», en: N. G. Owen, *Death* (1987), pp. 210-234, aquí 210 y ss.

[←690]

Winkle, *Geißeln* (1997), pp. 511, 514.

[←691]

Papin, *Hanoi* (2001), p. 252.

[←692]

Jannetta, *Epidemics* (1987), p. 194.

[←693]

Benedict, *Bubonic Plague* (1996), pp. 25 y ss. El resto de la sección se basa en este excelente estudio.

[←694]

En adelante según Arnold, *Colonizing the Body* (1993), pp. 200-239.

[←695]

Ibíd., p. 203.

[←696]

Huber, *Unification of the Globe by Disease*? (2006).

[←697]

Echenberg, *Pestis Redux* (2002), pp. 432, 444 y ss.

[←698]

Rosenberg, *Cholera Years* (1962), p. 38.

[←699]

Kerrie L. MacPherson, «Cholera in China: An Aspect of the Internationalization of Infectious Disease», en: Elvin/Liu Ts'ui-jung, *Sediments of Time* (1988), pp. 487-519, aquí 498, 511. *Cfr.* Harrison, *Climates and Constitutions* (1999), pp. 190 y ss., sobre cómo en la India no se daba crédito a la teoría del agua, considerada monocausal y simple en exceso.

[←700]

La forma en que el cólera se fue acercando a la Europa occidental desde 1823 se describe de un modo impresionante en Dettke, *Die asiatische Hydra* (1995), pp. 26 y ss.

[←701]

Winkle, *Geißeln* (1997), p. 191.

[←702]

Bourdelais/Raulot, *Une peur bleue* (1987), p. 85.

[←703]

Rosenberg, *Cholera Years* (1962), p. 226.

[←704]

Ya lo afirmaba Strachey, *Eminent Victorians* (2002), pp. 132-136.

[←705]

Smallman-Raynor/Cliff, *War Epidemics* (2004), p. 417; Gruzinski, *Mexico* (1996), p. 413.

[←706]

Münch, *Stadthygiene* (1993), pp. 134 y ss.

[←707]

R. J. Evans, *Death in Hamburg* (1987), pp. 285 y ss.

[←708]

Rodney Sullivan, «Cholera and Colonialism in the Philippines, 1899-1903», en: MacLeod/Lewis, *Disease* (1988), pp. 284-300, aquí 284.

[←709]

Snowden, *Naples* (1995), pp. 247 y ss.

[←710]

Arnold, *Colonizing the Body* (1993), p. 161.

[←711]

R. J. Evans, *Death in Hamburg* (1987), pp. 293 y ss.

[←712]

Cfr. Delaporte, *Disease* (1986), pp. 10-18, 47 y ss., 97 y ss. (sobre la crisis del sentimiento de superioridad civilizador) y la monumental obra de Briese, *Angst* (2003). *Cfr.* también Reichert, *Diskurs der Seuche* (1997), estudio riguroso de la teoría del discurso.

[←713]

Vigier, *Paris* (1991), pp. 76, 80, 85, también Willms, *Paris* (1978), pp. 275-287.

[←714]

Kudlick, *Cholera* (1996), pp. 81 y ss.

[←715]

Arnold, *Colonizing the Body* (1993), p. 178.

[←716]

Baldwin, *Contagion* (1999), p. 140.

[←717]

Ibíd., pp. 43-45.

[←718]

Ibíd., p. 190.

[←719]

Kassir, *Beyrouth* (2003), p. 129.

[←720]

Sobre el ejemplo de Canadá: Bilson, *Darkened House* (1980), pp. 8 y ss.

[←721]

Es interesante Igler, *Diseased Goods* (2004), que también hace hincapié en la función de los marinos como portadores.

[←722]

Virchow, *Sämtliche Werke*, vol. 4 (1992), pp. 357-482, cita en p. 374, sobre el hambre y las epidemias: 420 y ss.

[←723]

Smallman-Raynor/Cliff, *War Epidemics* (2004), pp. 370 y ss.

[←724]

P. D. Curtin, *Disease* (1998), p. 177.

[←725]

W. H. McNeill, *Plagues* (1976), p. 261; P. D. Curtin, *Death by Migration* (1989) p. 13.

[←726]

Ibíd., pp. 62-68.

[←727]

Bowler/Morus, *Making Modern Science* (2005), p. 450; véase también Sternberger, *Panorama* (1974/1938), pp. 70-76.

[←728]

Para una excelente caracterización del «momento higienista» en la historia del siglo XIX, con el ejemplo de Francia, véase La Berge, *Mission and Method* (1992).

[←729]

Tabla en Easterlin, *Growth Triumphant* (1997), pp. 161 y ss.

[←730]

S. W. Miller, *Environmental History* (2007), p. 110; Sachs, *Tropical Underdevelopment* (2001), pp. 15-18.

[←731]

Winchester, *Crack* (2005), pp. 259 y ss., 271.

[←732]

Hubo reacciones idénticas al terremoto de mayo de 2008 en la provincia china de Sichuan, que favoreció la movilización de energías patrióticas.

[←733]

J. A. Lockwood, *Locust* (2004), pp. 83 y ss.

[←734]

Winchester, *Krakatau* (2003).

[←735]

DeJong Boers, *Tambora 1815* (1994), pp. 375-377, 382-385; Bade, *Europa* (2000), pp. 129-131.

[←736]

Kaiwar, *Nature* (2000), p. 25.

[←737]

Ali, *Punjab* (1988), pp. 8-61; Beinart/Hughes, *Environment and Empire* (2007), pp. 130-147. Fundamental para la relación entre el riego y la malaria: Radkau, *Natur* (2000), pp. 154-159.

[←738]

Véase este caso chino: Schoppa, *Xiang Lake* (1989).

[←739]

Amelung, *Der Gelbe Fluß* (2000), pp. 1 y ss., 28-37, 43 y ss., 55; Esherick, *Boxer Uprising* (1987), pp. 7 y ss.

[←740]

Amelung, *Der Gelbe Fluß* (2000), pp. 379-81; véanse también las consideraciones, algo distintas, de Elvin en *Elephants* (2004), pp. 115-124.

[←741]

T. N. Srinivasan, «Undernutrition: Concepts, Measurements, and Policy Implications», en: Osmani, *Nutrition* (1992), pp. 97-120, aquí 97.

[←742]

Wilhelm Abel, «Landwirtschaft 1648-1800», en: Aubin/Zorn, *Handbuch* (1971), pp. 524 y ss.; Woolf, *Italy* (1979), p. 279. En la década de 1840, incluso en los Países Bajos, pese a su riqueza, murieron de hambre 60.000 personas, y en Flandes otras 50.000.

[←743]

Wells, *Wretched Faces* (1988).

[←744]

Tortella, *Modern Spain* (2000), pp. 33 y ss.; Yrjö Kaukiainen, «Finnland 1860-1913», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 5 (1985), p. 274.

[←745]

Sobre las medidas de ayuda, Nelson, *Bitter Bread* (1988), pp. 117 y ss.

[←746]

Devine, *Great Highland Famine* (1988), pp. 33 y ss.

[←747]

En lo siguiente me baso en Daly, *Famine in Ireland* (1986); Kinealy, *Death-Dealing Famine* (1997) y *Great Irish Famine* (2002); O'Gráda, *Ireland* (1995), pp. 173-209, también 85, 97; O'Gráda, *Ireland's Great Famine* (2006); Clarkson/Crawford, *Feast* (2001)

[←748]

Robbins, *Famine in Russia* (1975), pp. 3, 10, 176 y ss.

[←749]

Robert McCaa, «The Peopling of Mexico from Origins to Revolution», en: M. R. Haines/Steckel, *Population History* (2000), pp. 241-304, aquí 288; Livi-Bacci, *Population* (1991), pp. 68 y ss.

[←750]

A. K. S. Lambton, «Land Tenure and Revenue Administration in the Nineteenth Century», en: Bailey, *Cambridge History of Iran*, vol. 7 (1991), pp. 459-505, aquí 469.

[←751]

Gado, Sahel (1993), pp. 67-88, 104.

[←752]

J. C. Miller, *Significance* (1982), pp. 21, 23, 25-31.

[←753]

Zeleza, *Economic History of Africa* (1993), pp. 35-40; Coquery-Vidrovitch, *Africa* (1988), p. 32.

[←754]

Harold Bolitho, «The Tempo Crisis», en: J. W. Hall *et al.*, *Cambridge History of Japan*, vol. 5 (1989), pp. 116-167, aquí 117-120; Totman, *Early Modern Japan* (1993), pp. 236-242.

[←755]

Ibíd., pp. 4, 6, 5 (Zitat), 504 y ss.

[←756]

Davis, *Holocausts* (2001), p. 7 (cifras).

[←757]

Wallace, *Wonderful Century* (1898), p. 375.

[←758]

Para las diversas hambrunas (incluidas las menores), aún es recomendable Bhatia, *Famines in India* (1991[3]).

[←759]

M. Davis, *Holocausts* (2001), p. 50.

[←760]

Bhatia, *Famines in India* (1991[3]), pp. 241 y ss.

[←761]

Ibíd., p. 9.

[←762]

Ludden, *Agrarian History* (1999), pp. 199-201. Para el papel de los prestamistas (y el hecho de que el Estado no actuara contra ellos), Hardiman, *Feeding the Baniya* (1996), pp. 57-61, 272 y ss. Para el significado general, véase también Seavoy, *Famine* (1986), pp. 241-285; una reinterpretación plausible, a la luz del *entitlement* de Amartya Sen, en Chakrabarti, *Famine of 1896-1897* (2004).

[←763]

En adelante me baso en L. M. Li, *Fighting Famine in North China* (2007), pp. 272-277, y para el contexto, también los caps. 8-10.

[←764]
Bohr, *Famine in China* (1972), pp. 13-26.

[←765]

Véase el caso estudiado por Rankin, *Managed by the People* (1994).

[←766]

Cfr. Will, *Bureaucratie* (1980).

[←767]

Will/Wong, *Nourish the People* (1991), pp. 75-92.

[←768]

Robert Tombs, «The Wars against Paris», en: Förster/Nagler, *On the Road to Total War* (1997), pp. 541-564, aquí 550.

[←769]

Crossley, *Orphan Warriors* (1990), pp. 132 y ss.

[←770]

El tema es inagotable, pero ha sido poco estudiado por los historiadores, por lo cual aquí podremos hacer pocos comentarios. Sigue siendo innovador Bairoch, *Les trois révolutions agricoles* (1989).

[←771]

Grigg, *Transformation* (1992), p. 19 (tabla 2.2).

[←772]

Federico, *Feeding the World* (2005), pp. 33 y ss. (tabla 4.1).

[←773]

Ibíd., pp. 18-19 (tablas 3.1, 3.2).

[←774]

Bairoch, *Victoires* (1997) vol. 1, p. 278.

[←775]

Bray, *Rice Economies* (1986), p. 95.

[←776]

Datos tomados de Pohl, *Aufbruch* (1989), pp. 99 y ss.

[←777]

Wolfram Fischer, «Wirtschaft und Gesellschaft Europas 1850-1914», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 5 (1985), pp. 1-207, aquí 137 y ss.; Grigg, *Transformation* (1992), p. 19 (diagrama 3.1).

[←778]

Sobre el concepto, véase Overton, *Agricultural Revolution* (1996), cap. 1. Hay una noción muy amplia que se refiere al conjunto de la transformación de las sociedades rurales en el transcurso de la industrialización (por ejemplo en Karl Marx, Richard H. Tawney y el matrimonio Hammond). No es la que empleamos en adelante.

[←779]

Ibíd., pp. 8, 206; un panorama general en Grigg, *Transformation* (1992).

[←780]

Hay nuevos estudios importantes que (confirmando tesis más antiguas) hacen hincapié en que el gran aumento de la productividad de la agricultura inglesa es posterior a 1800, con lo cual la revolución agrícola no sería un precedente de la «revolución industrial», sino un componente sincrónico de un proceso de transformación más amplio. Véase M. E. Turner *et al.*, *Farm Production* (2001).

[←781]

Bairoch, *Victoires* (1997) vol. 1, pp. 273 y ss.; Daunton, *Progress* (1995), p. 44; Robert C. Allen, «Agriculture During the Industrial Revolution», en: Floud/Johnson, *Cambridge Economic History of Britain*, vol. 1 (2004), pp. 96-116, aquí 96.

[←782]

Overton, *Agricultural Revolution* (1996), pp. 121 y ss., 124.

[←783]

Grigg, *Transformation* (1992), pp. 48-50.

[←784]

Para un buen panorama de la agricultura europea del siglo XVIII: Cameron, *Economic History* (1997[3]), pp. 109-114.

[←785]

Braudel, *Sozialgeschichte* (1985), vol. 1, p. 159; breve caracterización en Chaudhuri, *Asia* (1990), pp. 233-238.

[←786]

Huang, *Peasant Family* (1990), pp. 77 y ss.; Pomeranz, *Great Divergence* (2000), pp. 215 y ss.

[←787]

Bray, *Rice Economies* (1986), pp. 55, 205.

[←788]

Achilles, *Deutsche Agrargeschichte* (1993), p. 206.

[←789]

Wolfram Fischer, «Wirtschaft und Gesellschaft Europas 1850-1914», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 5 (1985), pp. 1-207, aquí 140 (tabla 38).

[←790]

Overton, *Agricultural Revolution* (1996), p. 131.

[←791]

Para 1700-1850: Robert C. Allen, «Agriculture during the Industrial Revolution», en: Floud/Johnson, *Cambridge Economic History of Britain*, vol. 1 (2004), pp. 103 y ss.

[←792]

Véase el panorama general, con especial atención al medio ambiente, de Dunlap, *Nature* (1999); para la India *cfr*. Markovits, *Modern India* (2002), pp. 306-308.

[←793]

Offer, *First World War* (1989), p. 404 y *passim*.

[←794]

Con alguna ligera modificación, tal es la interpretación de Koning, *Failure* (1994), en esp. pp. 71 y ss.

[←795]

Cfr. Stedman Jones, *End to Poverty* (2005).

[←796]

Véase el resumen de Kaelble, *Industrialisierung* (1983), p. 55; Colin Heywood, «Society», en: Blanning, *Nineteenth Century* (2000), pp. 47-77, aquí 57 y ss.; para datos cuantificadores, véase también Hoffman *et al.*, *Real Inequality* (2002), pp. 348, 351.

[←797]

D. Lieven, *Abschied* (1995), cap. 2.

[←798]

Al respecto es magnífico un estudio de historia tanto social como arquitectónica: J. M. Crook, *Rise of the Nouveaux Riches* (1999), en esp. pp. 37 y ss.; véase también Mandler, *Fall and Rise* (1997).

[←799]

Cfr. los estudios sobre Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos en Rubinstein, *Wealth* (1980); resúmenes para Estados Unidos en Lee Soltow, «Wealth and Income Distribution», en: Cayton, *Encyclopedia* (1993), vol. 2, pp. 1517-1531, y Ronald Story, «The Aristocracy of Inherited Wealth», en: ibíd., pp. 1533-1539 (cifra en p. 1.536).

[←800]

Williamson/Lindert, *American Inequality* (1980), pp. 75-77; Huston, *Securing the Fruits* (1998), pp. 339 y ss.

[←801]

Homberger, *Mrs. Astor's New York* (2002), pp. 1 y ss. y *passim*; Bushman, *Refinement* (1992), p. 413; Sarasin, *Stadt der Bürger* (1997[2]), cap. 4.

[←802]

G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), pp. 236, 298 y ss.

[←803]

Carosso, *The Morgans* (1987), p. 644. Hoy equivaldría a cerca de 800 millones de dólares estadounidenses.

[←804]

W. D. Rubinstein, «Introduction», en: Rubinstein, *Wealth* (1980), pp. 9-45, aquí 18-21; Cannadine, *Decline and Fall* (1990), pp. 90 y ss.; Beckert, *Monied Metropolis* (2001), p. 28.

[←805]

Naquin, *Peking* (2000), pp. 392-394 (plano de una de esas viviendas en p. 393).

[←806]

Abeyasekere, *Jakarta* (1989^2), p. 62.

[←807]

Sobre el estado de ánimo de los samuráis, es interesante McClain, *Japan* (2002), pp. 120-124.

[←808]

Ravina, *Land and Lordship* (1999), pp. 68 y ss.

[←809]

Un análisis de una muy clara concepción del *waqf*, en esp. del siglo XVIII, es Leeuwen, *Waqfs* (1999), en esp. p. 207, donde resumen las funciones integradoras.

[←810]

Iliffe, *African Poor* (1987), en esp. pp. 14, 29, 114, 124, 143, 148, 164 y ss. y *passim*.

[←811]

D. Lieven, *Abschied* (1995), p. 74; Freyre, *Land in der Stadt* (1982), p. 26; Abeyasekere, *Jakarta* (1989[2]), p. 37.

[←812]

Iliffe, *African Poor* (1987), pp. 65-81; para las condiciones estructurales de la vida nómada, véase Khazanov, *Nomads* (1992).

[←813]

George R. Boyer, «Living Standards, 1860-1939», en: Floud/ Johnson, *Cambridge Economic History* (2004), vol. 2, pp. 280-313, aquí 298 y ss.

[←814]

Özmucur/Pamuk, *Real Wages* (2002), pp. 316 y ss.; G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), p. 49 (tabla 3.5).

[←815]

Cfr. Lindenmeyer, *Poverty* (1996), pp. 142-144. Para un repaso sistemático sobre la asistencia a los pobres en la «Europa septentrional», incluidos Francia, Alemania y Rusia, Grell *et al*., *Health Care* (2002).

[←816]

Ener, *Managing Egypt's Poor* (2003), pp. 19-23.

[←817]

Braudel, *Sozialgeschichte* (1975), vol. 1, pp. 193 y ss.

[←818]

Al respecto es preferible la visión de conjunto de Wendt, *Kolonialismus* (2007), pp. 83-85, 184-190, 372 y ss.; ordenada por productos: Kiple, *Movable Feast* (2007).

[←819]

E. N. Anderson, *Food of China* (1988), pp. 97 y ss.

[←820]

Yves Péhaut, «The Invasion of Foreign Foods», en: Flandrin/Montanari, *Food* (1999), pp. 457-470, aquí 457-461.

[←821]

Peter W. Williams, «Foodways», en: Cayton, *Encyclopedia* (1993), vol. 2. pp. 1331-1344, aquí 1337.

[←822]

G. G. Hamilton, *Commerce* (2006), pp. 76 y ss.; Dikötter, *Exotic Commodities* (2006), pp. 222-224, 228 y ss., 231.

[←823]

J. A. G. Roberts, *China to Chinatown* (2002), cap. 6-7. Véase también Goody, *Food* (1998), pp. 161-171.

[←824]

Walvin, *Fruits of Empire* (1997), pp. 168-173.

[←825]

Ibíd., p. 30.

[←826]

Pohl, *Aufbruch* (1989), p. 111.

[←827]

Mintz, *Sweetness* (1985), pp. 78, 114-120, 133 y ss., 148 y ss., 180 y ss. El autor lo considera una particularidad británica.

[←828]

Galloway, *Sugar Cane Industry* (1989), p. 239.

[←829]

Vigier, *Paris* (1991), p. 316.

[←830]

D. J. Oddy, «Food, Drink and Nutrition», en: Thomson, *Cambridge Social History of Britain*, vol. 2, pp. 251-278, aquí 270 y ss.

[←831]

Hanley, *Everyday Things* (1995), p. 162.

[←832]

Mokyr, *Lever of Riches* (1990), p. 141.

[←833]
Pohl, *Aufbruch* (1989), pp. 106 y ss.

[←834]

Rock, *Argentina* (1987), pp. 171 y ss.

[←835]

Cronon, *Nature's Metropolis* (1991), pp. 207-212, 225-247. Para la consolidación comparativa de la cultura de la carne en América, véase Horowitz *et al.*, Meat (2004).

[←836]

Peter W. Williams, «Foodways», en: Cayton, *Encyclopedia* (1993), vol. 2, p. 1336; y D. J. Oddy, «Food, Drink and Nutrition», en: Thomson, *Cambridge Social History of Britain*, vol. 2, pp. 274 y ss.

[←837]

Ellerbrock, *Geschichte der deutschen Nahrungs-und Genußmittelindustrie* (1993), p. 235.

[←838]

Pounds, *Hearth and Home* (1989), pp. 394 y ss. Para Alemania antes de 1914 hay más detalles en Spiekermann, *Basis der Konsumgesellschaft* (1999).

[←839]

Benjamin, *Passagenwerk* (1982), vol. 5/1, pp. 83 y ss. Son básicos Crossick/Jaumain, *Cathedrals of Consumption* (1999); Spiekermann, *Basis der Konsumgesellschaft* (1999), pp. 363 y ss.

[←840]

Higonnet, *Paris* (2002), pp. 194-200.

[←841]

R. Porter, *London* (1994), p. 201.

[←842]

Burrows/Wallace, *Gotham* (1999), pp. 667 y ss.

[←843]

Bled, *Wien* (2002), p. 216.

[←844]

Seidensticker, *Low City* (1983), pp. 110-114.

[←845]

La explicación más prosaica en Jean-Robert Pitte, «The Rise of the Restaurant», en: Flandrin/Montanari, *Food* (1999), pp. 471-480; para una perspectiva más compleja, en la línea de la teoría de la cultura, Spang, *Restaurant* (2000), p. 150 (cita) y *passim*.

[←846]

Walton, *Fish and Chips* (1992), pp. 5, 8, 25.

[←847]

Hanley, *Everyday Things* (1997), p. 164; Nishiyama, *Edo Culture* (1997), pp. 164-178.

[←848]

W. König, *Konsumgesellschaft* (2000), p. 94.

[←849]

Tedlow, *New and Improved* (1990), pp. 14 y ss.; sobre Coca Cola, pp. 23-111 (tabla 2-2, p. 29, con conversión de galones a litros).

[←850]

W. König, *Konsumgesellschaft* (2000), pp. 94 y ss.

[←851]

McKendrick *et al.*, *Birth of a Consumer Society* (1983); Brewer/Porter, *Consumption* (1993).

[←852]

Brook, *Confusions of Pleasure* (1998), pp. 190-237, sobre la moda: pp. 218 y ss.

[←853]

Hannes Siegrist, «Konsum, Kultur und Gesellschaft im modernen Europa», en: Siegrist *et al.*, *Europäische Konsumgeschichte* (1997), pp. 3-48, aquí pp. 18 y ss.

[←854]

Freyre, *Land in der Stadt* (1982), p. 241. Para un simbolismo parecido del reloj de bolsillo véase más arriba, capítulo II.

[←855]

Bernand, *Buenos Aires* (1997), pp. 187-189, 198.

[←856]

Cohn, *Colonialism* (1996), p. 112 (también p. 123 y ss. sobre la posterior reorientalización de los uniformes militares de la India británica); Mukherjee, *Calcutta* (1993), p. 90.

[←857]
C. J. Baker/Phongpaichit, *Thailand* (2005), p. 100.

[←858]

Zachernuk, *Colonial Subjects* (2000), p. 30.

[←859]

Sobre el problema de los británicos y algunos indios con respecto a la «desnudez» en la India, *cfr*. Cohn, *Colonialism* (1996), pp. 129 y ss.

[←860]

A. J. Bauer, *Goods* (2001), pp. 130, 138-164; Needell, *Tropical «belle époque»* (1987), pp. 156 y ss. y *passim*. Needell habla del «fetichismo de los consumidores» en p. 156. Sobre Egipto, una compilación no tan completa como debería: Luthi, *La vie quotidienne en Égypte* (1998).

[←861]

Charlotte Jirousek, «The Transition to Mass Fashion Dress in the Later Ottoman Empire», en: Quataert, *Consumption Studies* (2000), pp. 201-241, aquí 208, 210, 223 y ss., 229.

[←862]

Abu-Lughod, *Rabat* (1981), p. 107.

[←863]

Seidensticker, *Low City* (1983), pp. 97, 10; Hanley, *Everyday Things* (1997), pp. 173-175, 196; destaca el excelente enfoque de Esenbel, *Anguish* (1994), en esp. pp. 157-165.

[←864]

Sobre Łódź: Pietrow-Ennker, *Wirtschaftsbürger* (2005), p. 200.

[←865]

Esenbel, *Anguish* (1994), pp. 168 y ss.

[←866]

Finnane, *Changing Clothes in China* (2008), p. 77. Es la obra de referencia sobre el tema.

[←867]

Nuckolls, *Durbar Incident* (1990); Cohn, *Colonialism* (1996), pp. 127-129.

[←868]

Al respecto resulta tan brillante como entretenido Dalrymple, *White Mughals* (2002).

[←869]

J. G. Taylor, *Social World of Batavia* (1984), pp. 112 y ss.; Abeyasekere, *Jakarta* (1989[2]), p. 75.

[←870]

Papin, *Hanoi* (2001), pp. 197, 200.

[←871]

Gwendolyn Wright, *Politics of Design* (1991), pp. 236-243.

[←872]

Cfr. Radkau, *Nervosität* (1998), pp. 17-23.

[←873]

Klaus Tenfelde, «Klassenspezifische Konsummuster im Deutschen Kaiserreich», en: Siegrist *et al.*, *Konsumgeschichte* (1997), pp. 245-266, aquí 256-259.

[←874]

Montanari, *Hunger* (1993), pp. 155 y ss., 189.

[←875]

Para una conceptualización completa (en parte, matemáticamente formalizada) de todos los aspectos de los estándares de vida, Dasgupta, *Inquiry* (1993).

[←876]

Así, la oposición contextual de ciudades y «campo» se concibe de un modo demasiado mecánico. Véase por ejemplo el caso de Brasil, donde en el siglo XIX la ciudad se oponía a la plantación: Freyre, *Land in der Stadt* (1982), p. 33 y *passim*.

[←877]

Cfr. H. S. Jansen, *Wrestling with the Angel* (1996).

[←878]

Bairoch, *De Jéricho à Mexico* (1985[2]), pp. 63 y ss., 129 y ss., ya aplica al Antiguo Oriente el concepto de urbanización.

[←879]

Hofmeister, *Stadtstruktur* (1996^3), propone doce tipos que a veces se solapan, como por ejemplo los de la ciudad «europea» y «angloamericana», como si el desarrollo urbano inglés pudiera comprenderse por separado del de la Europa continental.

[←880]

E. Jones, *Metropolis* (1990), p. 76.

[←881]

Coquery-Vidrovitch, *Histoire des villes* (1993), pp. 274, 276, 281-286; P. B. Henze, *Layers of Time* (2000), p. 154.

[←882]

Geertz, *Local Knowledge* (1983), p. 137.

[←883]

Kanwar, *Imperial Simla* (1990); D. Kennedy, *Magic Mountains* (1996).

[←884]

Kent, *Soul of the North* (2000), p. 320.

[←885]

Morse, *Japanese Homes* (1886), pp. 12 y ss.

[←886]

Seidensticker, *Low City* (1983), p. 263.

[←887]
Lepetit, *Les villes* (1988), p. 94.

[←888]

Martin Daunton, «Introduction», en: P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 3 (2000), pp. 1-56, aquí 6 y ss.

[←889]

Girouard, *English Town* (1990), p. 190.

[←890]

Cfr. Pike, *Subterranean Cities* (2005). Sobre la obsesión por las catacumbas de París desde Víctor Hugo, véase el estudio de teoría literaria de Prendergast, *Paris* (1992), pp. 74-101.

[←891]

En este punto de vista, a menudo olvidado, hace hincapié Dodgshon, *Society* (1998), p. 159; para la historia y la teoría de las infraestructuras es fundamental Grübler, *Infrastructures* (1990), que centra la atención en el transporte interurbano. Véase también Laak, *Infra-Strukturgeschichte* (2001).

[←892]

Un argumento interesante de De Soto, *Mystery of Capital* (2000): una de las causas de la «pobreza» del «Tercer Mundo» ha sido infravalorar de forma crónica las propiedades del suelo urbano.

[←893]

Chudacoff, *American Urban Society* (1981[2]), p. 37.

[←894]
Chartier *et al.*, *La ville des temps modernes* (1980), p. 567.

[←895]

Son cuestiones importantes, que la historia social y económica se ha tomado en serio en muy pocas ocasiones. Sin embargo, es ejemplar: Day, *Urban Castles* (1999).

[←896]

Destacan P. Clark, *British Clubs* (2000); Hardtwig, *Genossenschaft* (1997). Para China, véase Rankin, *Elite Activism* (1986) y la polémica que este libro despertó sobre los inicios de la «esfera pública» en China.

[←897]

Lees, *Cities Perceived* (1985), p. 79. Para Walter Benjamin, que hizo famosa la expresión, iba más allá del tópico, por descontado.

[←898]

David Ward/Olivier Zunz, «Between Rationalism and Pluralism: Creating the Modern City», en: Ward/Zunz, *Landscape of Modernity* (1992), pp. 3-15; Harvey, *Postmodernity* (1989); Berman, *All That is Solid* (1982).

[←899]

J. de Vries, «Problems in the Measurement, Description, and Analysis of Historical Urbanization», en: Woude *et al.*, *Urbanization* (1990), pp. 43-60, aquí 44. Es una excelente introducción a la teoría de la urbanización.

[←900] Hohenberg/Lees, *Making of Urban Europe* (1985), pp. 200-205.

[←901]

Reulecke, *Urbanisierung in Deutschland* (1992[3]), pp. 11 y ss.

[←902]

Hohenberg/Lees, *Making of Urban Europe* (1985), p. 244.

[←903]

Bairoch, *De Jéricho à Mexico* (1985[2]), pp. 340 y ss.

[←904]

E. A. Wrigley, «A Simple Model of London’s Importance in Changing English Society and Economy, 1650-1759», en: Wrigley, *People* (1987), pp. 133-156, cita en 146 (la primera edición es de 1967).

[←905]

Martin Daunton, «Introduction», en: P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 3 (2000), pp. 1-56, aquí 42.

[←906]

Gerhard Melinz/Susan Zimmermann, «Großstadtgeschichte und Modernisierung in der Habsburgermonarchie», en: Melinz/Zimmermann, *WienPrag-Budapest* (1996), pp. 15-33, aquí 23.

[←907]

Daniel R Brower, «Urban Revolution in the Late Russian Empire», en: Hamm, City in *Late Imperial Russia* (1986), pp. 319-53, aquí 325.

[←908]

Adler, *Yankee Merchants* (1991), pp. 1, 4 y *passim*.

[←909]

Olsen, *City* (1986), p. 4.

[←910]

El clásico sobre la historia universal de las ciudades sigue siendo Mumford, *Die Stadt* (1963), aunque muchos de sus juicios despiertan polémica (o quizá por esta misma razón). Una obra igualmente ambiciosa, estructurada como una serie de momentos urbanos, es la de P. Hall, *Cities in Civilization* (1998).

[←911]

Inwood, *London* (1998), pp. 270, 411; P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 2 (2000), p. 650 (tabla 19.1). Bairoch, *De Jéricho à Mexico* (1985[2]), p. 115, defiende que Roma llegó a contar hasta con 1,3 millones de habitantes: lo mismo que la ciudad más grande de Europa en 1823.

[←912]

A. F. Weber, *Growth of Cities* (1899), p. 122.

[←913]

T. Chandler/Fox, *3000 Years* (1974), p. 313.

[←914]

Ibíd., p. 321.

[←915]

Ibíd., p. 323. Londres se corrige según P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 2 (2000), p. 650 (tabla 19.1).

[←916]

Sobre la década de 1790 como gran fase de crecimiento de Nueva York, *cfr.* Burrows/Wallace, *Gotham* (1999), pp. 333-338.

[←917]

Weber, *Growth of Cities* (1899), p. 139.

[←918]

Kumar, *Java* (1997), p. 180.

[←919]

Maddison, *Chinese Economic Performance* (1998), p. 35, que en el caso de China se basa en Gilbert Rozman.

[←920]

Gilbert Rozman, «East Asian Urbanization in the Nineteenth Century: Comparisons with Europe», en: Woude *et al.*, *Urbanization* (1990), p. 65, tabla 4.2b.

[←921]

Ibíd., p. 64, tablas 4.1a/4.1b.

[←922]

Bairoch en: Bardet/Dupâquier, *Histoire des populations de l'Europe* (1998), p. 212 (tabla 21).

[←923]

J. de Vries, *European Urbanization* (1984), pp. 28, 39, 258 y ss.

[←924]

Ibíd., p. 84.

[←925]

J. de Vries, «Problems in the Measurement, Description and Analysis of Historical Urbanization», en: Woude *et al.*, Urbanization (1990), pp. 43-60, aquí 58 y ss.; H. S. Klein, *Population History* (2004), pp. 142 y ss.

[←926]

Lappo/Hönsch, *Urbanisierung Russlands* (2000), p. 38; Goehrke, *Russischer Alltag* (2003), p. 290; también Hildermeier, *Bürgertum* (1986), pp. 603 y ss.

[←927]

Paul Bairoch, «Une nouvelle distribution des populations: Villes et campagnes», en: Bardet/Dupâquier, *Histoire des populations de l'Europe* (1998), pp. 193-229, aquí 204 y ss.

[←928]

Palairet, *Balkan Economies* (1997), pp. 28 y ss.

[←929]

Skinner, *Chinese Society* (1957), pp. 68 y ss.

[←930]

Anthony Reid, «South-East Asian Population History and the Colonial Impact», en: Liu Ts'ui-jung *et al.*, *Asian Population History* (2001), pp. 45-62, aquí 55.

[←931]

En 1910, por tamaño, Bangkok era como doce veces la segunda ciudad de Siam: C. J. Baker/Phongpaichit, *History of Thailand* (2005), p. 99.

[←932]

Doeppers, *Philippine Cities* (1972), pp. 783 y ss., 791 y ss.

[←933]

Narayani Gupta, «Urbanism in South India: 18th-19th Centuries», en: Banga, *City in Indian History* (1991), pp. 121-47, aquí 137 y ss., 142; Mishra, *Economic History* (1998[2]), p. 23. Ramachandran, *Urbanization* (1989), pp. 61 y ss.

[←934]

Las cifras que siguen proceden en su mayoría de Chandler/Fox, *3000 Years* (1974), *passim*.

[←935]

M. Reinhard *et al.*, *Histoire générale* (1968), p. 426.

[←936]

Hofmeister, *Australia* (1988), pp. 54, 64-67.

[←937]
Monkkonen, *America Becomes Urban* (1988), p. 70.

[←938]

Ibíd., p. 81.

[←939]

A. F. Weber, *Growth of Cities* (1899), p. 450.

[←940]

Chudacoff, *American Urban Society* (1981[2]), p. 36.

[←941]

Monkkonen, *America Becomes Urban* (1988), p. 85.

[←942]
Abu-Lughod, *New York* (1999), p. 134.

[←943]

Boyer/Davis, *Urbanization* (1973), p. 7 (tabla 2).

[←944]

A. F. Weber, *Growth of Cities* (1899), p. 450.

[←945]

Bairoch, *De Jéricho à Mexico* (1985^2), p. 282.

[←946]

Bardet/Dupâquier, *Histoire des populations de l'Europe* (1998), pp. 193-229, aquí 227 (tabla 24); Karpat, *Ottoman Population* (1985), p. 103 (tabla 5.3).

[←947]

Ruble, *Second Metropolis* (2001), pp. 15 y ss., 25.

[←948]

T. O. Wilkinson, *Urbanization of Japanese Labor* (1965), pp. 63-65.

[←949]

Hohenberg/Lees, *Making of Urban Europe* (1996), p. 42; Meinig, *Shaping of America*, vol. 2 (1993), pp. 318-321.

[←950]

Kassir, *Beyrouth* (2003), p. 117.

[←951]

La idea es de C. Tilly, *Coercion* (1992), p. 51, expresada con aún más claridad en C. Tilly/Blockmans, *Cities* (1994), p. 6; *cfr*. además Hohenberg/ Lees, *Making of Urban Europe* (1985), pp. 169 y ss.

[←952]

Lemon, *Dreams* (1996), p. 78; G. B. Nash, *First City* (2002), pp. 45 y ss.

[←953]

Hohenberg/Lees, *Making of Urban Europe* (1985), p. 241.

[←954]

Coquery-Vidrovitch, *Histoire des villes d'Afrique noire* (1993), pp. 235-237.

[←955]

Kaffir, *Beyrouth* (2003), pp. 38, 101, 127; Hanssen, *Beirut* (2006), pp. 84 y ss.

[←956]

Cfr. también Lepetit, *Les villes* (1988), p. 51.

[←957]

George Modelski, «World Cities in History», en: W. H. McNeill, *Berkshire Encyclopedia* (2005), vol. 5, pp. 2066-2073, aquí 2066.

[←958]

Braudel, *Sozialgeschichte*, vol. 3 (1986), pp. 93 y ss.

[←959]

Paul Knox, «World Cities in a World System», en: Knox/Taylor, *World Cities* (1995), pp. 3-20, aquí 12.

[←960]

Snouck Hurgronje, *Mekka* (1931), p. 10.

[←961]

Coquery-Vidrovitch, *Histoire des villes d’Afrique noire* (1993), p. 244.

[←962]

Un análisis magistral en David D. Buck, «Railway City and National Capital: Two Faces of the Modern in Changchun», en: Esherick, *Remaking the Chinese City* (1999), pp. 65-89. El autor habla de «capital nacional» porque Changchun, de 1932 a 1945, fue la capital del estado de Manchukuo, simple títere de Japón. Sobre Nairobi: Karl Vorlaufer, «Kolonialstädte in Ostafrika. Genese, Funktion, Struktur, Typologie», en: Gründer/Johanek, *Kolonialstädte* (2002), pp. 145-201, aquí 164 y ss.

[←963]

Mommsen, *Das Ringen um den nationalen Staat* (1993), p. 230.

[←964]

Shannon, *Gladstone*, vol. 2 (1999), p. 572.

[←965]

Girouard, *English Town* (1990), pp. 289-291.

[←966]

Walton, *English Seaside Resort* (1983), pp. 5 y ss. y *passim*.

[←967]

Collier/Sater, *Chile* (1996), pp. 76-80, 161.

[←968]

Véase la modélica historia de la ciudad en Rohrbough, *Aspen* (1986), en esp. p. 13, 288 y ss.

[←969]

Según J. M. Price, *Economic Function* (1974).

[←970]

Mantran, *Istanbul* (1996), p. 258.

[←971]

Bled, *Wien* (2002), pp. 183 y ss.

[←972]

Cfr. Coquery-Vidrovitch, *Histoire des villes d’Afrique noire* (1993), pp. 297-306.

[←973]

K. Schultz, *Tropical Versailles* (2001), pp. 101 y ss.

[←974]

Raymond, *Le Caire* (1993), p. 298.

[←975]

Perkins, *Modern Tunisia* (2004), p. 14.

[←976]

Lo cita Ackroyd, *London* (2000), p. 520.

[←977]

Kuban, *Istanbul* (1996), p. 379.

[←978]

Naquin, *Peking* (2000), p. 684. Para una buena historia reciente de la ciudad, L. M. Li *et al.*, *Beijing* (2007).

[←979]

Dong, *Republican Beijing* (2004), pp. 90-100 sobre el «Pekín turístico».

[←980]

Berelowitch/Medvedkova, *Saint-Pétersbourg* (1996), pp. 317 y ss.

[←981]

Cfr. Reps, *Making of Urban America* (1965), pp. 240-262.

[←982]

Dickens, *American Notes* (2000/1842), p. 129.

[←983]

Gerhard Brunn, «Metropolis Berlin. Europäische Hauptstädte im Vergleich», en: Brunn/Reulecke, *Metropolis* (1992), pp. 1-39, aquí 13 y ss.; P. Hall, *Cities in Civilization* (1998), pp. 377, 386.

[←984]

Kenneth T. Jackson, «The Capital of Capitalism: The New York Metropolitan Region, 1890-1940», en: Sutcliffe, *Metropolis* (1984), pp. 319-353, aquí 347.

[←985]

Ball/Sunderland, *Economic History of London* (2001), p. 313.

[←986]

La más reciente visión de conjunto de la ciudad rechaza la tesis de que Londres decayera como centro industrial en el transcurso del siglo XIX: ibíd., pp. 55-66, en esp. 65; véase asimismo Martin Daunton, «Introduction», en: P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 3 (2000) pp. 1-56, aquí 45.

[←987]

Es excelente R. J. Morris, «The Industrial Town», en: Waller, *English Urban Landscape* (2000), pp. 175-208.

[←988]

Briggs, *Victorian Cities* (1968), p. 96. Según muestra Briggs, después de 1851 Manchester dejó en general de causar asombro (p. 112).

[←989]

Girouard, *English Town* (1990), pp. 249 y ss., 253 y ss.

[←990]

Sobre la imagen de Manchester, *cfr*. Lees, *Cities Perceived* (1985), pp. 63-68, también 49-51 (elogio de Manchester).

[←991]

Bairoch, *De Jéricho à Mexico* (1985[2]), p. 331 (tabla 15/1).

[←992]

Cfr. Konvitz, *Urban Millenium* (1985), pp. 98 y ss.

[←993]

Lichtenberger, *Die Stadt* (2002), pp. 41, 43.

[←994]

Véase Dennis, *English Industrial Cities* (1984), pp. 17 y ss.

[←995]

Jürgen Reulecke, «The Ruhr: Centralization versus Decentralization in a Region of Cities», en: Sutcliffe, *Metropolis* (1984), pp. 381-401, aquí 386.

[←996]

Hohenberg/Lees, *Urban Europe* (1985), pp. 188 y ss., 213, 234.

[←997]

Barrie Trinder, «Industrialising Towns 1700-1840», en: P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 2 (2000), pp. 805-829; David Reeder/Richard Rodger, «Industrialisation and the City Economy», en: ibíd., vol. 3 (2000) pp. 553-552, aquí 585 y ss. Sobre Lancashire como medio innovador es elocuente P. Hall, *Cities in Civilization* (1998), pp. 314 y ss., 334 y ss.

[←998]

Goehrke, *Russischer Alltag* (2003), pp. 292 y ss. De las facetas positivas: sobre Carl Scheibler en Łódź, véase Pietrow-Ennker, *Wirtschaftsbürger*, 2005, p. 187); y también Shao Qin, *Culturing Modernity* (2003).

[←999]

Lepetit, *Les villes* (1988), p. 123.

[←1000]

Lis, *Social Change* (1986), pp. 27 y ss. La conversión fue precedida por un principio frustrado de maquinización de la industria textil.

[←1001]

Véase F. W. Knight/Liss, *Atlantic Port Cities* (1991), y además, ante todo, Barry Higman sobre Jamaica (pp. 117-148).

[←1002]

L. Ray Gunn, «Antebellum Society and Politics (1825-1860)», en: M. M. Klein, *Empire State* (2001), pp. 307-415, aquí 319.

[←1003]

Fernadez-Armesto, *Civilizations* (2000), pp. 381-384.

[←1004]

Konvitz, *Cities and the Sea* (1978), p. 36.

[←1005]

Corbin, *Meereslust* (1990), pp. 239-243, 319 y ss.; Girouard, *English Town* (1990), p. 152.

[←1006]

Kreiser, *Istanbul* (2001), pp. 218-225.

[←1007]
Amino, *Les Japonais et la mer* (1995), p. 235.

[←1008]

Como excepciones recientes destacan dos valiosos volúmenes colectivos sobre las ciudades portuarias asiáticas, editados por Frank Broeze: *Brides* (1989) y *Gateways* (1997), véase también el especial 17:2 (2007) de la revista *Comparativ*.

[←1009]
Friel, *Maritime History* (2003), p. 198.

[←1010]

Hugill, *World Trade* (1993), p. 137.

[←1011]
Borruey, *Marseille* (1994), pp. 5, 10, *passim*.

[←1012]

Dyos/Aldcroft, *British Transport* (1969), p. 247.

[←1013]

Konvitz, *Urban Millennium* (1985), p. 65; R. Porter, *London* (1994), pp. 188 y ss.; para una descripción extraordinariamente detallada de los viejos *docklands* de Londres, véase Bird, Major *Seaports* (1963), pp. 366-390.

[←1014]
Grüttner, *Arbeitswelt* (1984), p. 19.

[←1015]

Dossal, *Imperial Designs* (1996), p. 172; Ruble, *Second Metropolis* (2001), pp. 222-226, en esp. 222; Abeyasekere, *Jakarta* (1989[2]), p. 48, 82; Chiu, Port *of Hong Kong* (1973), p. 425.

[←1016]

Bourdé, *Urbanisation* (1974), pp. 56-60.

[←1017]

Worden *et al.*, *Cape Town* (1998), p. 166; Bickford-Smith *et al.*, *Cape Town* (1999), p. 26.

[←1018]
Bergère, *Shanghai* (2002), p. 63.

[←1019]

John Butt, «The Industries of Glasgow», en: W. H. Fraser/Maver, *Glasgow*, vol. 2 (1996), pp. 96-140, aquí 112 y ss.

[←1020]

Así se afirma en un estudio famoso: J. M. Price, *Economic Function* (1974).

[←1021]

Robert Lee/Richard Lawton, «Port Development and the Demographic Dynamics of European Urbanization», en: Lawton/Lee, *Population and Society* (2002). pp. 1-36, aquí 17. Es importante el concepto del «trabajo ocasional»: Phillips/Whiteside, *Casual Labour* (1985).

[←1022]

Al respecto es extraordinario: Linda Cooke Johnson, «Dock Labour at Shanghai», en: S. Davies, *Dock Workers* (2000), pp. 269-289.

[←1023]

Marina Cattaruzza, «Population Dynamics and Economic Change in Trieste and Its Hinterland, 1850-1914», en: Lawton/Lee, *Population and Society* (2002), pp. 176-211, aquí 176-78; Herlihy, *Odessa* (1991), pp. 24 y ss., 248 y ss.

[←1024]

Panzac, *Les corsaires barbaresques* (1999), p. 226.

[←1025]

Auslin, *Negotiating with Imperialism* (2004), p. 97: murieron 18 británicos frente a unos 1.500 japoneses. Cuatro años antes, los franceses habían reducido Saigón a cenizas, como acto vandálico no provocado. Las tropas del primer Napoleón ya se habían conducido con igual rabia en las ciudades españolas (con la excepción de Madrid, que se libró de ello).

[←1026]

Robert Lee/Richard Lawton, «Port Development and Demographic Dynamics of European Urbanization», en: Lawton/Lee, *Population and Society* (2002), pp. 1-36, aquí 3.

[←1027]

Josef W. Konvitz, «Port Functions, Innovation and Making of the Megalopolis», en: T. Barker/Sutcliffe, *Megalopolis* (1993), pp. 61-72, aquí 64 y ss.

[←1028]

Para lo que sigue véase también Lees/Lees, *Cities* (2007), pp. 244-280.

[←1029]

Doeppers, *Philippine Cities* (1972), pp. 778, 785.

[←1030]

Como volumen ilustrado: Losty, *Calcutta* (1990). Para el trasfondo: P. J. Marshall, «Eighteenth-Century Calcutta», en: R. Ross/Telkamp, *Colonial Cities* (1985), pp. 87-104.

[←1031]

Cfr. Raymond F. Betts, «Dakar: ville impériale (1857-1960)», en: ibíd., pp. 193-206.

[←1032]
Whelan, *Reinventing Modern Dublin* (2003), pp. 38, 53, 92 y ss.

[←1033]
Irving, *Indian Summer* (1981), p. 42.

[←1034]

Papin, *Hanoi* (2001), pp. 233-246; Logan, *Hanoi* (2000), pp. 72, 76 y ss., 81, 89; Gwendolyn Wright, *Politics of Design* (1991), pp. 83, 162, 179.

[←1035]

Papin, *Hanoi* (2001), p. 251.

[←1036]

Entre toda una serie de intentos de definición, véase antes que nada, todavía, A. D. King, *Colonial Urban Development* (1976), pp. 18, 23-26, 33 y ss., así como su estudio (en exceso académico, sin embargo) *Global Cities* (1990), pp. 39-49; véase también el escepticismo con que trata las generalizaciones Franz Joseph Post, «Europäische Kolonialstädte in vergleichender Perspektive», en: Gründer/Johanek, *Kolonialstädte* (2002), pp. 1-25. Para una buena caracterización conjunta en un contexto inesperado: Beinart/Hughes, *Environment and Empire* (2007), pp. 148-166.

[←1037]

Así en E. Jones, *Metropolis* (1990), pp. 17 y ss.

[←1038]

Hamm, *City in Late Imperial Russia* (1984), p. 135; Bled, *Wien* (2002), p. 178; hubo otras capitales bajo ocupación militar: Ciudad de México en 1847-1848, Budapest en 1849-1852, Pekín en 1900-1902.

[←1039]

Häfner, *Gesellschaft* (2004), pp. 75 y ss.

[←1040]

Mantran, *Istanbul* (1996), p. 302.

[←1041]

Como estudio ejemplar de Salónica, véase Anastassiadou, *Salonique* (1997), pp. 58-75; además es básico Raymond, *Grandes villes arabes* (1985), pp. 101 y ss., 133 y ss., 175 y ss., 295 y ss.

[←1042]

Dalrymple, *Last Mughal* (2006), pp. 454-464, sobre las destrucciones.

[←1043]
N. Gupta, *Delhi* (1981), pp. 15, 17, 58-60.

[←1044]
Kosambi, *Bombay* (1986), pp. 38, 43, 44.

[←1045] Lichtenberger, *Die Stadt* (2002), pp. 240 y ss.

[←1046]

Sobre las dificultades para distinguir entre la segregación social y la étnica, con el caso de los irlandeses en las ciudades victorianas: Dennis, *English Industrial Cities* (1984), pp. 221-233.

[←1047]

Jacobson, *Whiteness of a Different Color* (1998).

[←1048]

Datos de Bronger, *Metropolen* (2004), pp. 174 (tabla 19: «megaciudades») y 191 (tabla 55: «ciudades globales»).

[←1049]

W. J. Gardner, «A Colonial Economy», en: Oliver, *Oxford History of New Zealand* (1981), pp. 57-86, aquí 67.

[←1050]

Para la importancia del «sistema de las agencias», *cfr*. por ejemplo Davison, *Marvellous Melbourne* (1979), p. 22.

[←1051]

Para más detalles pueden verse mis artículos «Konzessionen und Niederlassungen», «Pachtgebiete» y «Vertragshäfen», en: Staiger *et al.*, *China-Lexikon* (2003), pp. 394-397, 551-553, 804-808. También hubo regulaciones similares con Siam, Marruecos y el imperio otomano.

[←1052]

Como estudio de un caso que fue una variante modernizada de esos puertos comerciales, en Marruecos, Schroeter, *Merchants of Essaouira* (1988). Sin embargo, contra lo que afirma el autor, Essaouira no recuerda tanto a los Puertos de los Tratados posteriores a 1842 como al «antiguo comercio con China», el de Cantón a finales del siglo XVIII.

[←1053]

Osterhammel, *China* (1989), pp. 167, 176 y ss. entre otras.

[←1054]

Sobre los Puertos de los Tratados en Japón, *cfr.* Hoare, *Japan's Treaty Ports* (1994); también Henning, *Outposts of Civilization* (2000).

[←1055]

Como obra de referencia: Bergère, *Shanghai* (2002). Sobre Tianjín no hay ninguna monografía occidental, pero en chino sí hay una completa obra de Shang Keqiang/Liu Haiyan, *Tianjin* (1996).

[←1056]

Schinz, *Cities in China* (1989), p. 171.

[←1057]

Varios ejemplos en Esherick, *Remaking the Chinese City* (1999), y como estudio más completo de un caso: Zhang Hailin, *Suzhou* (1999).

[←1058]

Raymond, *Le Caire* (1993), pp. 297-304; es de otra opinión Fahmy, *Olfactory Tale* (2002).

[←1059]

Raymond, *Le Caire* (1993), p. 306.

[←1060]

Abu-Lughod, *Cairo* (1971), pp. 98, 104-106.

[←1061]

Fahmy, *Olfactory Tale* (2002), pp. 166-169.

[←1062]

Raymond, *Le Caire* (1993), pp. 306-315. T. Mitchell, *Colonising Egypt* (1991), ha planteado la teoría interesante —pero algo exagerada— de que Egipto se colonizó a sí mismo.

[←1063]

Kassir, *Beyrouth* (2003), pp. 158 y ss.; Çelik, *Remaking of Istanbul* (1986), en esp. caps. 3 y 5; Eldem *et al.*, *Ottoman City* (1999), pp. 196 y ss.; Seidensticker, *Low City* (1983). La idea de Chicago y Melbourne parte de una observación de la incansable viajera inglesa Isabella Bird, *cit.*, p. 60; M. E. Robinson, *Korea's Twentieth-Century Odyssey* (2007), p. 8.

[←1064]

Para Marruecos véase Abu-Lughod, *Rabat* (1981), pp. 32, 98 y ss.

[←1065]

Coquery-Vidrovitch, *Histoire des villes d'Afrique noire* (1993), pp. 248-252. Para los procesos similares en el África oriental, ibíd., pp. 226-229.

[←1066]

Me baso para lo siguiente en una obra monumental, un hito de la historia social de China: Rowe, *Hankow* (1984-1989).

[←1067]

Para el auge económico de Hong Kong, véase el excelente estudio de D. R. Meyer, *Hong Kong* (2000), caps. 4-5. Sobre los aspectos políticos y sociales de la condición colonial de la ciudad, *cfr*. Tsang, *Hong Kong* (2004), caps. 2, 4 y 5.

[←1068]
Citado por Rowe, *Hankow* (1984-1989), vol. 1, pp. 19, 23.

[←1069]

Gruzinski, *Mexico* (1996), pp. 326, 329, 332.

[←1070]
Heyden/Zeller, *Kolonialmetropole Berlin* (2000).

[←1071]

Cfr. David Atkinson *et al.*, «Empire in Modern Rome: Shaping and Remembering an Imperial City», en: Driver/Gilbert, *Imperial Cities* (1999), pp. 40-63.

[←1072]

Port, *Imperial London* (1995), pp. 7, 14 y ss., 17, 19, 23.

[←1073]

Schneer, *London 1900* (1999), en esp. cap. 3.

[←1074]

Abu-Lughod, *Cairo* (1971), p. 85.

[←1075]
Abu-Lughod, *Rabat* (1981), p. 117.

[←1076]
Lichtenberger, *Die Stadt* (2002), p. 153.

[←1077]

Para lo siguiente me baso en ibíd., pp. 154 y ss.

[←1078]
Chartier *et al.*, *La ville des temps modernes* (1980), p. 563.

[←1079]
Michel, *Prague* (1998), p. 202.

[←1080]
Woud, Het *lege land* (1987), pp. 324-328.

[←1081]
Sarasin, *Stadt der Bürger* (1997^2), pp. 247 y ss.

[←1082] Lichtenberger, *Die Stadt* (2002), p. 154.

[←1083]

Olsen, *City* (1986), p. 69.

[←1084]

Lavedan, *Histoire de l'urbanisme à Paris* (1993[2]), pp. 376, 494; con un sentido aún más claro de la estructuración espacial: Rouleau, *Paris* (1997), pp. 316 y ss.

[←1085]

Catherine B. Asher, «Delhi Walled: Changing Boundaries», en: Tracy, *City Walls* (2000), pp. 247-281, aquí 279 y ss.; N. Gupta, *Delhi* (1981), p. 79

[←1086]

Fleming, *Belagerung zu Peking* (1961), p. 210.

[←1087]

Steinhardt, *Chinese Imperial City Planning* (1990), pp. 178 y ss.; Naquin, *Peking* (2000), pp. 4-11.

[←1088]

L. C. Johnson, *Shanghai* (1995), pp. 81, 320.

[←1089]

Cuando una ciudad saltaba a la era del ferrocarril, resultaba relativamente fácil abrir nuevas puertas al tráfico rodado. Así ocurrió por ejemplo en la ciudad de Lanzhou (China occidental) en la década de 1930: Gaubatz, *Beyond the Great Wall* (1996), p. 53.

[←1090]

Carla Giovannini, «Italy», en: R. Rodger, *European Urban History* (1993), pp. 19-35, aquí 32.

[←1091]

Para una presentación excelente: Pounds, *Historical Geography* (1985), pp. 449-461; sobre las condiciones de un «sistema»: F. Caron, *Histoire des chemins de fer en France*, vol. 1 (1997), p. 281; con respecto a la técnica, W. König/Weber, *Netzwerke* (1990), pp. 171-201.

[←1092]

Kellett, *Impact of Railways* (1969), p. 290.

[←1093]

Dennis, *English Industrial Cities* (1984), pp. 128 y ss.; Brower, *Russian City* (1990), p. 53, y pp. 85 y ss. para una notable sociología de la inmigración urbana.

[←1094]

Kellett, *Impact of Railways* (1969), p. 18.

[←1095]
Mak, *Amsterdam* (1997), pp. 213-217.

[←1096]

Sutcliffe, *Paris* (1993), pp. 97 y ss.

[←1097]

Brower, *Russian City* (1990), p. 52, afirma que los constructores de estaciones habían pasado a decidir la forma de las ciudades, por encima de las autoridades correspondientes.

[←1098]

Cfr. el rico material de Parissien, *Bahnhöfe der Welt* (1997).

[←1099]

Pinol, *Le monde des villes* (1991), pp. 73 y ss.

[←1100] Kreiser, *Istanbul* (2001), p. 53; Kuban, *Istanbul* (1996), p. 369.

[←1101]
Frédéric, *La vie quotidienne au Japon* (1984), p. 336.

[←1102]
Vance, *Continuing City* (1986), p. 366.

[←1103]

Merchant, *Columbia Guide* (2002), p. 109.

[←1104]

K. T. Jackson, *Crabgrass Frontier* (1985), p. 41.

[←1105]

Çelik, *Remaking of Istanbul* (1986), pp. 90-95, 102.

[←1106]

Dennis, *English Industrial Cities* (1984), p. 125.

[←1107]

John Armstrong, «From Shillibeer to Buchanan: Transport and the Urban Environment», en: P. Clark, *Cambridge Urban History*, vol. 3 (2000), pp. 229-257, aquí 237.

[←1108]

Ball/Sunderland, *Economic History of London* (2001), p. 229.

[←1109]

Bouchet, *Le cheval à Paris* (1993), pp. 40, 45, 83 y ss., 123, 170-176, 215, 254-256. Junto a esta obra importante, véase también una historia social y organizativa de los cocheros: Papayanis, *Coachmen* (1993).

[←1110]

235. Dyos/Aldcroft, *British Transport* (1969), pp. 74 y ss.; Ball/Sunderland, *Economic History of London* (2001), pp. 204 y ss.; Beyrer, *Postkutschenreise* (1985), pp. 235-238.

[←1111]

236. Bartlett, *New Country* (1976), pp. 293, 298 y ss.

[←1112]

Kassir, *Beyrouth* (2003), pp. 144, 148 y ss.

[←1113]
Bouchet, *Le cheval à Paris* (1993), p. 214.

[←1114]

El *pedicab* o bicitaxi (combinación de *rickshaw* y bicicleta) no se inventó hasta la década de 1940.

[←1115]

Frédéric, *La vie quotidienne au Japon* (1984), p. 349.

[←1116]

Bairoch, *De Jéricho à Mexico* (1985[2]), p. 405; Merki, *Siegeszug des Automobils* (2002), pp. 39-40 (también tabla 1), 88 y ss., 95; Hugill, *World Trade* (1993), pp. 217-220.

[←1117]

Wolmar, *Subterranean Railway* (2004), caps. 1-7; sobre el metro de París *cfr*. Pike, *Subterranean Cities* (2005), pp. 47-68.

[←1118]
Gruzinski, *Mexico* (1996), pp. 321, 323.

[←1119]

Bradley, *Muzhik and Muscovite* (1985), pp. 55, 59.

[←1120]

K. T. Jackson, *Crabgrass Frontier* (1985), pp. 13 y ss.; Vance, *Continuing City* (1986), p. 369. Sobre la urbanización de extrarradio, la bibliografía sociológica y sociogeográfica es particularmente abundante.

[←1121]

Fogelson, *Fragmented Metropolis* (1967), p. 2.

[←1122]

Girouard, *Die Stadt* (1987), pp. 275-279, 282 (Taine); Girouard, *English Town* (1990), p. 270. La mejor presentación de los extrarradios residenciales es Olsen, *City* (1986), pp. 158-177.

[←1123]

Escher/Wirth, *Medina von Fes* (1992), p. 19.

[←1124]

H. J. Dyos/David A. Reeder, «Slums and Suburbs», en: Dyos/Wolff, *Victorian City* (1973), pp. 359-386. No todos los suburbios eran fruto de la industrialización; los de Dublín, de notoria mala fama, surgieron por la decadencia económica.

[←1125]
Pooley, *Housing Strategies* (1992), pp. 6, 328-332.

[←1126]

El ejemplo de Moscú lo analiza Brower, *Russian City* (1990), p. 79.

[←1127]

D. Ward, *Poverty* (1989), pp. 13, 15, 52.

[←1128]

Yelling, *Slums* (1986), pp. 153 y ss. Sobre el «descubrimiento» del suburbio inglés, véase también Koven, *Slumming* (2004).

[←1129]

Sobre las residencias urbanas de la nobleza, *cfr*. Olsen, *City* (1986), pp. 114-131; Lichtenberger, *Stadt* (2002), pp. 208-216.

[←1130]

Plunz, *Housing in New York City* (1990), pp. 60-66, 78-80.

[←1131]

Las circunstancias se describen en Vigier, *Paris* (1991), p. 314. Aunque hubo algunos alojamientos modélicos para los trabajadores, la cuenca del Rin tampoco supuso una excepción en el desolador panorama general de la vivienda de los obreros europeos. Véase Reulecke, *Urbanisierung in Deutschland* (1992^3), pp. 46, 98.

[←1132]

Frost, *New Urban Frontier* (1991), pp. 21 y ss., 34 y ss., 92 y ss., 100, 128 y ss.; *cfr*. asimismo Davison, *Marvellous Melbourne* (1979), pp. 137 y ss.

[←1133]
Inwood, *London* (1998), p. 372.

[←1134]

El tema se sondea con profundidad en: Schivelbusch, *Lichtblicke* (1983); Schlör, *Nachts in der großen Stadt* (1991).

[←1135]

Pounds, *Hearth* (1989), p. 388.

[←1136]

Frédéric, *La vie quotidienne au Japon* (1984), pp. 341-344.

[←1137]
Daniel, *Hoftheater* (1995), p. 370.

[←1138]

Schlör, *Nachts in der großen Stadt* (1991), p. 68.

[←1139]

Los maestros de tal descripción urbana son el sociólogo Richard Sennett y el historiador Karl Schlögel.

[←1140]
Oldenburg, *Colonial Lucknow* (1984), pp. 24, 36 y ss., 96 y ss.

[←1141]

Ruble, *Second Metropolis* (2001), pp. 221 y ss.; Frédéric, *La vie quotidienne au Japon* (1984), p. 340.

[←1142]

C. J. Baker/Phongpaichit, *History of Thailand* (2005), p. 72.

[←1143]

Conner, *Oriental Architecture* (1979), pp. 131-153.

[←1144]

Sweetman, *Oriental Obsession* (1988), pp. 218 y ss.

[←1145]

Una buena visión de conjunto en MacKenzie, *Orientalism* (1995), pp. 71-104.

[←1146]

Timothy Mitchell, «Die Welt als Ausstellung», en: S. Conrad/Randeria, *Jenseits des Eurozentrismus* (2002), pp. 148-176.

[←1147]

Girouard, *Die Stadt* (1987), pp. 291-293; Girouard, *English Town* (1990), pp. 229 y ss.

[←1148]

Para la historia en detalle: Solé, *Le grand voyage de l’obélisque* (2004).

[←1149]
Girouard, *Die Stadt* (1987), pp. 301-303.

[←1150]

Kassir, *Beyrouth* (2003), p. 141.

[←1151]

Briggs, *Victorian Cities* (1968), p. 115; C. Zimmermann, *Metropolen* (1996), p. 66.

[←1152]

Konvitz, *Urban Millennium* (1985), pp. 132 y ss.

[←1153]

Cfr. la hermosa descripción de Urbana (Illinois) en 1869, en: Monkkonen, *America Becomes Urban* (1988), p. 133.

[←1154]

Reps, *Making of Urban America* (1965), p. 380, también 349 y ss.

[←1155]

Ruble, *Second Metropolis* (2001), p. 216.

[←1156]

Bessière, *Madrid* (1996), pp. 135 y ss.

[←1157]

H. M. Mayer/Wade, *Chicago* (1970), pp. 117 y ss., 124.

[←1158]

Brower, *Russian City* (1990), p. 14.

[←1159]

Gruzinski, *Mexico* (1996), pp. 57, 59, 339 y ss.

[←1160]

C. Zimmermann, *Metropolen* (1996), p. 162, dice de Barcelona: «la mayor renovación urbana de todo el siglo XIX europeo».

[←1161]

Bernand, *Buenos Aires* (1997), pp. 209 y ss., 213. Un último ejemplo de imitación de Inglaterra fue la construcción, en 1878, de una prisión con la forma de un castillo medieval (p. 191).

[←1162]

Horel, *Budapest* (1999), p. 183.

[←1163]

Ibíd., pp. 93, 155, 174.

[←1164]

P. Hall, *Cities in Civilization* (1998), p. 737. Las pp. 707-745 son la mejor introducción al París de Haussmann; véase también Sutcliffe, *Planned City* (1981), pp. 132-134; el completo estudio de D. P. Jordan, *Die Neuerschaffung von Paris* (1996), y Van Zanten, *Building Paris* (1994).

[←1165]

Sutcliffe, *Paris* (1993), pp. 83-104, en esp. 86-88.

[←1166]

Sutcliffe, *Planned City* (1981), pp. 9 y ss.

[←1167]

Es modélico el análisis de S. Fisch, *Stadtplanung* (1988). Hubo paralelos asombrosos en Japón: *cfr*. Hanes, *City as Subject* (2002), en esp. pp. 210 y ss.

[←1168]

Irving, *Indian Summer* (1981) es la obra de referencia y contiene muchas ilustraciones. Sobre Lutyens y la tradición, pp. 82-87; sobre la persona *cfr*. Ridley, *Edwin Lutyens* (2003), en esp. pp. 209 y ss.

[←1169]

Este momento de la historia de la arquitectura está espléndidamente documentado en H. M. Mayer/Wade, *Chicago* (1970), pp. 124 y ss.

[←1170]

Bessière, *Madrid* (1996), p. 205.

[←1171]

E. Jones, *Metropolis* (1990), p. 76; Vance, *Continuing City* (1990), pp. 374-376; Girouard, *Die Stadt* (1987), pp. 319-322.

[←1172]

Para la identidad perdurable de la ciudad europea, véanse las importantes aportaciones de H. Häußermann y H. Kaelble en *Leviathan* 29 (2001).

[←1173]

Frost, *New Urban Frontier* (1991), p. 14.

[←1174]

Hay estudios recomendables en Esherick, *Remaking the Chinese City* (1999).

[←1175]

Cfr. Leeuwen, *Waqfs* (1999), en esp. pp. 206 y ss. Para otras particularidades, véase los detallados estudios de Haneda/Miura, *Islamic Urban Studies* (1994).

[←1176]

K. L. Klein, *Frontiers* (1997), pp. 145 y ss.

[←1177]

Para una breve presentación de este proceso historiográfico en los estudios americanos: Walsh, *American West* (2005), pp. 1-18.

[←1178]
R. White, *Middle Ground* (1991).

[←1179]

Cfr. T. Jordan, *Cowgirls* (1992).

[←1180]

En: F. J. Turner, *Frontier* (1986), pp. 1-38.

[←1181]

Al respecto es fundamental Waechter, *Erfindung* (1996), en esp. pp. 100-120; Jacobs, *On Turner's Trail* (1994); Wrobel, *End of American Exceptionalism* (1993).

[←1182]

Tiene especial importancia la abundante obra de Richard Slotkin.

[←1183]

Billington, *Westward Expansion* (1949), pp. 3-7.

[←1184]

W. P. Webb, *Great Frontier* (1964; primera edición de 1952).

[←1185]

Hennessy, *Frontier in Latin American History* (1978), pp. 22, 144, a lo que se debe añadir Toennes, *Die «Frontier»* (1998). Ha reelaborado con acierto el enfoque Cronon, *Changes in the Land* (1983).

[←1186]

W. H. McNeill, *Europe’s Steppe Frontier* (1964).

[←1187]

Me han resultado de especial utilidad Howard Lamar/Leonard Thompson, «Comparative Frontier History», en: Lamar/Thompson, *Frontier* (1981), pp. 3-13, en esp. 7 y ss.; C. Marx, *Grenzfälle* (2003); Walter Nugent, «Comparing Wests and Frontiers», en: Milner *et al.*, *American West* (1994), pp. 803-833; Hennessy, *Frontier in Latin American History* (1978); Careless, *Frontier and Metropolis* (1989), p. 40.

[←1188]

El punto de vista de la «historia compartida» (*shared history*) lo desarrolla de un modo impresionante E. West, *Contested Plains* (1998). «La “frontera” nunca separó cosas: las unía», afirma en la p. 13. Más recientemente se le ha opuesto la idea de una «tierra de frontera global» que sería una tierra de nadie irremediable en Bauman, *Society under Siege* (2002), pp. 90-94.

[←1189]

Véanse también las reflexiones de Maier, *Among Empires* (2006), pp. 78-111, en esp. la tipología de las «fronteras» en las pp. 99 y ss.

[←1190]

Moreman, *Army in India* (1998), pp. 24-31, y *passim*.

[←1191]

Mehra, *An «Agreed» Frontier* (1992).

[←1192]

Adelman/Aron, *From Borderlands to Borders* (1999), p. 816; el concepto se emplea de un modo algo distinto en Baud/Schendel, *Comparative History* (1997), p. 216.

[←1193]

Véase la última versión de su teoría del imperialismo: Ronald Robinson, «The Excentric Idea of Imperialism, With or Without Empire», en: Mommsen/Osterhammel, *Imperialism and After* (1986), pp. 267-289, aquí 273-776.

[←1194]

Lattimore, *Inner Asian Frontiers* (1940).

[←1195]

J. F. Richards, *Unending Frontier* (2003), pp. 5 y ss.

[←1196]

P. D. Curtin, *Location* (1999), pp. 49 y ss.; sobre la historia de la «frontera» en Australia, véase Rowley, *Destruction* (1974).

[←1197]

Adelman, *Frontier Development* (1994), pp. 21, 96.

[←1198]

Rohrbough, *Days of Gold* (1997), p. 1; E. West, *Contested Plains* (1998), p. xv. Para la historia social de la extracción de oro, véase también Finzsch, *Goldgräber* (1982); un panorama general en Nugent, *Into the West* (1999), pp. 54-65.

[←1199]

Hine/Farragher, *American West* (2000), pp. 36-38, 71-73, 79; es muy completo D. J. Weber, *Spanish Frontier* (1992).

[←1200]

Prucha, *Great Father* (1986), pp. 181 y ss.; Banner, *How the Indians* (2005), pp. 228-256.

[←1201]

Es un rasgo característico de la escuela de historiadores próxima a William Appleman Williams, que describe resumidamente Waechter, *Erfindung* (1996), pp. 318-328. Una buena reelaboración del enfoque en un historiador francés: Heffer, *The United States and the Pacific* (2002).

[←1202]

Son buenas visiones de conjunto: Richard White, «Western History», en: Foner, *New American History* (1997), pp. 203-230; entre numerosas colecciones destaca la de C. A. Milner/Bogue, *A New Significance* (1996).

[←1203]
Jennings, *Founders of America* (1993), p. 366.

[←1204]
Hurtado, *Indian Survivals* (1988), p. 1.

[←1205]

Lindig/Münzel, *Die Indianer* (1985^{3}) sigue siendo una buena guía; véase el vol. 1 (de W. Lindig).

[←1206]

Cfr. Dowd, *A Spirited Resistance* (1992).

[←1207]

Es básico Barclay, *Role of the Horse* (1980), pp. 166-188, que habla de la «reinvención del nomadismo ecuestre».

[←1208]

E. West, *Contested Plains* (1998), p. 78.

[←1209]

Hurt, *Indian Agriculture* (1987), p. 63, un libro excelente y muy detallado.

[←1210]
Isenberg, *Destruction of the Bison* (2000), pp. 25 y ss.

[←1211]

Lo expone con decisión E. West, *Contested Plains* (1998), p. 51.

[←1212]
Utley, *Indian Frontier* (1984), p. 29.

[←1213]

Sobre la movilidad fundamental del estilo de vida indio, *cfr.* Cronon, *Changes in the Land* (1983), pp. 37 y ss. y *passim*.

[←1214]

Kavanagh, *Comanche Political History* (1996), p. 61.

[←1215]

Krech, *Ecological Indian* (1999), en esp. pp. 123-149, sobre la tensión que se vivía entre preservar y cazar sin medida en la relación de los indios con los bisontes.

[←1216]
Isenberg, *Destruction of the Bison* (2000), p. 83.

[←1217]

Ibíd., pp. 121, 129, 137, 139 y ss.

[←1218]

Farragher, *Sugar Creek* (1986), pp. 22 y ss.

[←1219]

Nugent, *Into the West* (1999), p. 24.

[←1220]

Walsh, *American West* (2005), p. 46 (tabla 3.1).

[←1221]

Es fundamental al respecto una obra importante: Unruh, *The Plains Across* (1979).

[←1222]

Limerick, *Legacy of Conquest* (1987), p. 94.

[←1223]

Faragher, *Sugar Creek* (1986), p. 51.

[←1224]
Danbom, *Born in the Country* (1995), pp. 87, 93.

[←1225]
Nugent, *Into the West* (1999), pp. 83-85 (cita 85).

[←1226]

Gutiérrez, *Walls and Mirrors* (1995), p. 14; Walsh, *American West* (2005), p. 62. Hacia 1900 había en el sudoeste hasta 500.000 personas de origen mexicano.

[←1227]

Walsh, *American West* (2005), pp. 58 y ss., en esp. 68; Limerick, *Legacy of Conquest* (1987), p. 260.

[←1228]

Con más detalles: Walsh, American West (2005), p. 27.

[←1229]

Paul, *Far West* (1988), pp. 189, 199 y ss.; Hennessy, *Frontier in Latin American History* (1978), p. 146.

[←1230]

Nugent, *Into the West* (1999), p. 99.

[←1231]

Véase el volumen ilustrado de Axelrod, *Chronicle* (1993).

[←1232]

Unruh, *The Plains Across* (1979), pp. 189, 195-198.

[←1233]
Clodfelter, *Dakota War* (1998), pp. 2, 66 y ss.

[←1234]

Ibíd., p. 16.

[←1235]

Un mapa de la frontera militar en: Howard R. Lamar/Sam Truett, «The Greater Southwest and California from the Beginning of European Settlement to the 1880s», en: Trigger/Washburn, *Cambridge History of the Native Peoples of the Americas* (1996), parte 2, pp. 57-115, aquí 88 y ss.

[←1236]

La obra de referencia es: Vandervort, *Indian Wars* (2006); para una buena introducción: Michael Hochgeschwender, «The Last Stand. Die Indianerkriege im Westen der USA (1840-1890)», en: T. Klein/Schumacher, *Kolonialkriege* (2006), pp. 44-79. Las vivencias de la generación de las guerras indias se retratan con particular claridad en la siguiente biografía: Utley, *Sitting Bull* (1993).

[←1237]

Véase Peter Way, «The Cutting Edge of Culture: British Soldiers Encounter Native Americans in the French and Indian War», en: Daunton/Halpern, *Empire and Others* (1999), pp. 123-148.

[←1238]

Richard Maxwell Brown, «Violence», en: Milner *et al.*, *American West* (1994), pp. 293-425, aquí 396, 399, 412 y ss., 416; *cfr.* asimismo R. M. Brown, *No Duty to Retreat* (1991), pp. 41, 44, 48 y *passim*. Otros han replicado al sombrío panorama de Brown que la vida cotidiana en la «frontera» era mucho menos violenta que la vida en el interior de las actuales ciudades de Estados Unidos.

[←1239]

Richter, *Facing East* (2001), p. 67.

[←1240]

Para los primeros contratos, *cfr.* Prucha, *Great Father* (1986), pp. 7, 19 y ss., también 140 y ss., 165 y ss.

[←1241]

Ibíd., p. 44.

[←1242]
Citado por Hine/Faragher, *American West* (2000), p. 176.

[←1243]

Rogin, *Fathers and Children* (1975).

[←1244]

Richter, *Facing East* (2001), pp. 201-208, 235 y ss.

[←1245]
J. L. Wright, *Creeks* (1986), p. 282.

[←1246]

Hine/Faragher, *American West* (2000), pp. 179 y ss. Hoy los seminolas desarrollan una gran actividad económica; en 2006 compraron la cadena HardRockCafé, difundida en todo el mundo (*Süddeutsche Zeitung*, 8 de diciembre de 2006, p. 12).

[←1247]

Utley, *Indian Frontier* (1984), pp. 59 y ss.; Prucha, *Great Father* (1986), p. 97.

[←1248]

Ibíd., p. 83, sobre todo la descripción de la deportación de los indios («Indian Removal») en Prucha, pp. 64 y ss.

[←1249]
Hine/Faragher, *American West* (2000), p. 231.

[←1250]

Michael D. Green, «The Expansion of European Colonization to the Mississippi Valley, 1780-1880», en: Trigger/Washburn, *Cambridge History of the Native Peoples of the Americas* (1996), parte 1, pp. 461-538, aquí 533.

[←1251]

Sobre la prolongada resistencia apache: Vandervort, *Indian Wars* (2006), pp. 192-210.

[←1252]

Limerick, *Something in the Soil* (2000), pp. 36-64.

[←1253]

Para la historia de las alambradas: Krell, *The Devil's Rope* (2002), aquí p. 12.

[←1254]

Nugent, *Into the West* (1999), p. 100; Hine/Farraghar, *American West* (2000), pp. 324 y ss.

[←1255]

Meinig, *Shaping of America*, vol. 2 (1993), p. 100.

[←1256]
Utley, *Indian Frontier* (1984), p. 60.

[←1257]

Perdue, *China Marches West* (2005), pp. 292-299.

[←1258]

Prucha, *Great Father* (1986), p. 186; para un estudio ejemplar sobre los cheyennes del norte, Monnett, *Tell Them We Are Going Home* (2001).

[←1259]

Careless, *Frontier and Metropolis* (1989), p. 41. Para las relaciones entre indios y blancos en Canadá, *cfr.*: J. R. Miller, *Skyscrapers* (1989).

[←1260]

Cronon, *Changes in the Land* (1983), pp. 65 y ss., 69.

[←1261]

Donde se debatió de una forma más completa sobre la propiedad comunitaria de la tierra, en nuestra época, fue en Rusia. *Cfr.* Kingston-Mann, *In Search of the True West* (1999).

[←1262]
Hurt, *Indian Agriculture* (1987), p. 68.

[←1263]

Jennings, *Founders of America* (1993), pp. 304 y ss.

[←1264]

Hurt, *Indian Agriculture* (1987), pp. 78 y ss., 84 y ss., 90-92.

[←1265]

Lo ha hecho de un modo impresionante Parker, *Native American Estate* (1989).

[←1266]

M. D. Spence, *Dispossessing the Wilderness* (1999).

[←1267]

Hubo numerosas «fronteras», como demuestran los casos estudiados por Guy/Sheridan, *Contested Ground* (1998). En Argentina, mucho antes de F. J. Turner, Domingo Fausto Sarmiento desarrolló una doctrina propia sobre las fronteras. Véase Navarro Floria, *Sarmiento* (2000).

[←1268]

Hennessy, *Frontier in Latin American History* (1978), p. 84.

[←1269]

Garavaglia, *Les hommes de la pampa* (2000), p. 396.

[←1270]

Amaral, *Rise of Capitalism* (1998), pp. 286 y ss.

[←1271]

Hennessy, *Frontier in Latin American History* (1978), pp. 19, 92; Hoerder, *Cultures in Contact* (2002), p. 359.

[←1272]

Aunque en realidad parte del sur de Brasil, Ribeiro/Rabassa, *Brazilian People* (2000), pp. 293-303, contiene una reflexión particularmente lúcida sobre la historia social de los gauchos.

[←1273]

Otra de las raíces «genealógicas» del vaquero es el *pathfinder* norteamericano, que vivió años de auge entre 1820 y 1840. *Cfr.* Bartlett, *New Country* (1976), p. 88.

[←1274]

Slatta, *Gauchos* (1983), pp. 2, 5, 9, 22, 35, 180 y ss. Para una historia comparada de los pastores a caballo en América, véase Slatta, *Cowboys* (1990).

[←1275]

Como introducción, Lombardi, *Frontier* (1975).

[←1276]

Amado *et al.*, *Frontier in Comparative Perspective* (1990), p. 18.

[←1277]
Bernecker *et al.*, *Geschichte Brasiliens* (2000), p. 181.

[←1278]

Walter Nugent, «Comparing Wests and Frontiers», en: C. A. Milner *et al.*, *American West* (1994), pp. 828 y ss.

[←1279]

Sobre todo el vol. 2 de la trilogía: Hemming, *Amazon Frontier* (1987). Ahora Langfur, *Forbidden Lands* (2006), ha innovado en los métodos aplicados a la época anterior a 1830.

[←1280]

J. Fisch, *Geschichte Südafrikas* (1990), p. 179.

[←1281]

Cfr. Gump, *Dust* (1994).

[←1282]

Para las décadas de 1820 y 1830 en Sudáfrica es básico: Etherington, *Great Treks* (2001), en esp. caps. 5-9.

[←1283]

J. Fisch, *Geschichte Südafrikas* (1990), pp. 138 y ss.

[←1284]

Giliomee, *Africaners* (2003), pp. 186-190.

[←1285]

Leonard Thompson/Howard Lamar, «The North American and Southern African Frontiers», en: Thompson/Lamar, *Frontier in History* (1981), pp. 14-40, aquí 29.

[←1286]

Es un tema central en Feinstein, *Economic History of South Africa* (2005).

[←1287]

Allister Sparks, *The Mind of South Africa*, Londres, 1991, citado por Maylam, *South Africa's Racial Past* (2001), p. 55.

[←1288]

Ibíd., pp. 51-66.

[←1289]

P. D. Curtin, *Location* (1999), p. 67.

[←1290]

Ibíd., 74-76, 87-90; hay un análisis claro de los objetivos y valores principales de los bóers en Nasson, *South African War* (1999), pp. 47-49.

[←1291]

Cfr. Fredrickson, *White Supremacy* (1981), 179-198.

[←1292]

Sobre el concepto de «Eurasia», véase más arriba el capítulo III, además de Von Hagen, *Empires* (2004), en esp. pp. 454 y ss.

[←1293]

Véase por ejemplo Markovitz *et al.*, *Society and Circulation* (2003).

[←1294]

Barfield, *Nomadic Alternative* (1993), pp. 7-9 y *passim.*

[←1295]

Khazanov, *Nomads* (1994[2]), pp. 198-227.

[←1296]

Lo analiza y resume Perdue, *China Marches West* (2005), pp. 524-532.

[←1297]

Findley, *Turks* (2005), p. 93.

[←1298]

Visión de conjunto en Osterhammel, *China* (1989), pp. 86-105.

[←1299]
J. A. Millward, *Eurasian Crossroads* (2007), en esp. caps. 4-5.

[←1300]

Cfr. S. C. M. Paine, *Imperial Rivals* (1996), caps. 4-6.

[←1301]

Rogan, *Frontiers of the State* (1999), pp. 9-12; Kieser, *Der verpasste Friede* (2000), pp. 24, 43-44.

[←1302]

Ofrecen un panorama excelente la recopilación de Brower/Lazzerini, *Russia's Orient* (1997), y también, con más concisión: Moshe Gammer, «Russia and the Eurasian Steppe Nomads: An Overview», en: Amitai/Biran, *Mongols* (2005), pp. 483-502.

[←1303]

Seely, *Russian-Chechen Conflict* (2001), p. 32. La obra de referencia sobre el Cáucaso sigue siendo Gammer, *Muslim Resistance* (1994).

[←1304]

LeDonne, *Russian Empire* (1997), es el mejor estudio geopolítico del imperio zarista, aunque procede algo esquemáticamente según las fronteras occidental, meridional y oriental.

[←1305]

Khodarkovsky, *Russia’s Steppe Frontier* (2002), pp. 137-138.

[←1306]

En cuanto a la lucha contra los chechenos a partir de 1819, se ha hablado de un «terrorismo masivo próximo al genocidio»: Seely, *Russian-Chechen Conflict* (2001), p. 34.

[←1307]

Visiones de conjunto: LeDonne, *Russian Empire* (1997); D. Lieven, *Empire* (2000), pp. 208-213; Kappeler, *Rußland* (1992), pp. 99 y ss.

[←1308]

Ibíd., p. 136.

[←1309]

Barrett, *Edge of Empire* (1999); O'Rourke, *Cossacks* (2007), caps. 2-3; Alfred J. Rieber, «The Comparative Ecology of Complex Frontiers», en: Miller/Rieber, *Imperial Rule* (2004), pp. 177-207, aquí 188 y ss.

[←1310]
Kappeler, *Rußland* (1992), p. 162.

[←1311]

Forsyth, *Peoples of Siberia* (1992), p. 130; Rossabi, *China and Inner Asia* (1975), pp. 167-179; Jersild, *Orientalism* (2002), p. 36.

[←1312]

La obra estándar es ahora la de J. F. Richards, *Unending Frontier* (2003), pp. 463-546.

[←1313]

Forsyth, *Peoples of Siberia* (1992), pp. 123, 190 y ss.

[←1314]

Slezkine, *Arctic Mirrors* (1994), pp. 97-99.

[←1315]
Forsyth, *Peoples of Siberia* (1992), pp. 159 y ss., 163, 177-179, 181, 216-218.

[←1316]

Para lo que sigue, Kappeler, *Rußland* (1992), pp. 155-159.

[←1317]

Virginia Martin, *Law and Custom* (2001), pp. 34 y ss. (y también pp. 17-24 para una descripción precisa del nomadismo kazajo y su organización política).

[←1318]
Sunderland, *Taming the Wild Field* (2004), p. 223.

[←1319]

Véase también Staples, *Cross-Cultural Encounters* (2003), que estudia el caso de la llanura del río Molochna, al nordeste de Crimea.

[←1320]

Sobre la misión civilizadora, véase más adelante, capítulo XVII.

[←1321]

Se compara a Soloviov y Turner en Susi K. Frank, «“Innere Kolonisation” und Frontier-Mythos», *Konstanz*, 2004 (= SFB 485, «Diskussionsbeiträge», H. 43), pp. 3-6.

[←1322]
Jersild, *Orientalism* (2002), pp. 56, 87, 97.

[←1323]

Breyfogel, *Heretics* (2005), p. 2.

[←1324]

Sobre Rusia: Layton, *Russian Literature* (1994), y para el punto de vista de los siberianos Slezkine, *Arctic Mirrors* (1994), pp. 113-129.

[←1325]

Forsyth, *Peoples of Siberia* (1992), pp. 118, 120, 164-166, 176; sobre los buriatos es completo Schorkowitz, *Staat und Nationalitäten* (2001).

[←1326]

Al respecto es excelente Blackbourn, *Conquest of Nature* (2006), pp. 280 y ss.

[←1327]

J. C. Scott, *Seeing Like a State* (1998), pp. 181 y ss.

[←1328]

La imagen de la consolidación o congelación procede de la importante obra de Weaver, *Great Land Rush* (2006): «las fronteras se congelaron formando sociedades de colonos» (p. 69).

[←1329]

Para lo que sigue, me ajusto en parte a lo que expuse en Osterhammel, *Kolonialismus* (2006[5]), pp. 10-13.

[←1330]

Cfr. la definición teórica de McCusker/Menard, *Economy of British America* (1985), p. 21.

[←1331]
Marks, *Road to Power* (1991), pp. 196 y ss.

[←1332]
Véase Mosley, *Settler Economies* (1983), pp. 5-8, 237 (n. 1).

[←1333]

R. W. Fogel, *Without Consent or Contract* (1989), pp. 30 y ss.

[←1334]

Cfr. Mark Thomas, «Frontier Societies and the Diffusion of Growth», en: James/Thomas, *Capitalism in Context* (1994), pp. 29-49, aquí 31.

[←1335]
Adelman, *Frontier Development* (1994), p. 1.

[←1336]

Véase Stefan Kaufmann, «Der Siedler», en: Horn *et al.*, *Grenzverletzer* (2002), pp. 176-201, en esp. 180-186.

[←1337]

Se han estudiado numerosos casos históricos y etnológicos de todos los continentes. Es particularmente sistemático: Janssen, *Übertragung von Rechtsvorstellungen* (2000), pp. 86-134. Sobre África, por ejemplo los diversos trabajos de Martin Chanock.

[←1338]

Para la gestión política de la tierra en las colonias, es fundamental: Weaver, *Great Land Rush* (2006), pp. 216 y ss.

[←1339]
Dunlap, *Nature and the English Diaspora* (1999), p. 19.

[←1340]

Crosby, *Ecological Imperialism* (1986), pp. 217-269; M. King, *Penguin History of New Zealand* (2003), pp. 196 y ss.

[←1341]

Tyrrell, *Peripheral Visions* (1997), pp. 280 y ss.

[←1342]

Ibíd., pp. 286 y ss. Es más completo y menos incisivo su *True Gardens* (1999), en esp. caps. 2-4.

[←1343]

Tampoco hay síntesis bibliográficas comparables a las de J. F. Richards, *Unending Frontier* (2003), und J. R. McNeill, *Something New Under the Sun* (2000); por el momento, la fuente de información más notable es Krech *et al.*, Encyclopedia (2004).

[←1344]

Naquin/Rawski, *Chinese Society* (1987), pp. 130-133.

[←1345]

Para esta nueva valoración, brevemente, Coates, *Nature* (1998), pp. 129-134. Durante el Romanticismo alpino, y con posterioridad, también perduraron las actitudes de inquietud y temor hacia las montañas.

[←1346]

J. R. McNeill, *Something New Under the Sun* (2000), p. 229.

[←1347]

Chew, *Ecological Degradation* (2001), p. 133; porcentajes según John F. Richards, «Land Transformation», en: B. L. Turner *et al.*, *The Earth* (1990), pp. 163-178, aquí 173 (tabla 10-2).

[←1348]

J. R. McNeill, *Something New Under the Sun* (2000), p. 232; Delort/ Walter, *Histoire de l'environnement européen* (2001), p. 267.

[←1349]

La obra de referencia sobre el tema (en la que además se cuentan muchas otras historias) es: M. Williams, *Deforesting the Earth* (2003).

[←1350]
Elvin, *Elephants* (2004), p. 85.

[←1351]

Guha, *Environment and Ethnicity* (1999), pp. 62 y ss.

[←1352]

Elvin, *Elephants* (2004), p. 470. Elvin también recoge muchas diferencias regionales con respecto a la actitud cultural de los chinos hacia la madera, los árboles y los bosques.

[←1353]

Totman, *Early Modern Japan* (1993), pp. 226 y ss., 268 y ss.

[←1354]

A. Reid, *Humans and Forests* (1995), p. 102.

[←1355]

En lo siguiente, me baso en Boomgaard, *Forest Management* (1992).

[←1356]
Radkau, *Natur* (2000), p. 183.

[←1357]

Las ideas de consenso se pueden consultar en R. H. Grove, *Green Imperialism* (1995), en esp. caps. 6-8; Rangarajan, *Fencing the Forest* (1996); Beinart/Hughes, *Environment and Empire* (2007).

[←1358]

Resume la cuantiosa investigación M. Williams, *Deforesting the Earth* (2003), pp. 354-369.

[←1359]

Para un ejemplo del Himalaya: Singh, *Natural Premises* (1998), pp. 147 y ss., 153.

[←1360]

Guha, Environment and Ethnicity (1999), p. 167.

[←1361]

Para Estados Unidos, *cfr.*: Jacoby, *Crimes* (2001); para Francia: Whited, *Forests* (2000), en esp. cap. 3.

[←1362]

Para un panorama global, R. H. Grove, *Ecology* (1995), pp. 179-223.

[←1363]

M. Williams, *Deforesting the Earth* (2003), pp. 368 y ss.

[←1364]

Ibíd., pp. 371-79; es muy completo Dean, *Broadax* (1995), en esp. cap. 9.

[←1365]

Simmons, *Environmental History* (2001), p. 153.

[←1366]

John F. Richards, «Land Transformation», en: B. L. Turner *et al.*, *The Earth* (1990), pp. 163-178, aquí 169.

[←1367]

M. Williams, *Americans and Their Forests* (1989), pp. 332 y ss.

[←1368]

M. Williams, *Deforesting the Earth* (2003), p. 360.

[←1369]

J. L. A. Webb, *Desert Frontier* (1995), pp. 5, 11, 15 y ss., 22.

[←1370]

Para el historiador europeo del siglo XXI, resulta particularmente difícil acceder a este mundo en concreto; para una aproximación, véase Brody, *Other Side of Eden* (2001).

[←1371]
Mumford, *Die Stadt* (1963), pp. 268-274.

[←1372]
Boomgaard, *Frontiers of Fear* (2001), pp. 56, 111.

[←1373]

Ibíd., pp. 121, 125, 127.

[←1374]

Mackenzie, *Empire of Nature* (1988), p. 182.

[←1375]

Rothfels, *Savages and Beasts* (2002), pp. 44-80, en esp. 51 y ss., 57 y ss., 76-80.

[←1376]

Planhol, *Le paysage animal* (2004), p. 689.

[←1377]

Ibíd., pp. 705 y ss.

[←1378]

Beinart/Coates, *Environment and History* (1995), pp. 20-27.

[←1379]

Para la historia de la pesca de ballenas hasta cerca de 1800, *cfr*. J. F. Richards, *Unending Frontier* (2003), pp. 574-607.

[←1380]

Ray Hilborn, «Marine Biota», en: B. L. Turner *et al.*, The Earth (1990), pp. 371-385, aquí 377 (figura 21.7).

[←1381]

Mawer, *Ahab's Trade* (1999), pp. 23, 179, 213.

[←1382]
Ellis, *Mensch und Wal* (1993), pp. 99-110.

[←1383]

Ibíd., p. 22; Bockstoce, *Whales, Ice, and Men* (1986), pp. 24, 159.

[←1384]

Ibíd., p. 208.

[←1385]

Pasquier, *Les baleiniers français* (1982), pp. 28 y ss., 32 y ss., 194.

[←1386]

Mawer, *Ahab's Trade* (1999), pp. 319-321.

[←1387]

Bockstoce, *Whales, Ice, and Men* (1986), p. 324.

[←1388]
Ellis, *Mensch und Wal* (1993), p. 151.

[←1389]
Kalland/Moeran, *Japanese Whaling* (1992), p. 74.

[←1390]

Del presidente estadounidense Millard Fillmore al emperador japonés, 13 de noviembre de 1852, en: Beasley, *Select Documents* (1955), pp. 99101 (sobre la pesca de la ballena, 100).

[←1391]
Kalland/Moeran, *Japanese Whaling* (1992), p. 78.

[←1392]

Nickerson/Chase, k(2000).

[←1393]

La escena ya fue objeto de un famoso cuadro de Thédore Géricault en 1819, tres años después de que ocurriera.

[←1394]

Blackbourn, *Conquest of Nature* (2006), pp. 71-111.

[←1395]

Faust. Der Tragödie zweiter Teil, vv. 11.091-11.094. Véase un comentario en: Johann Wolfgang von Goethe, *Sämtliche Werke, Briefe, Tagebücher und Gespräche*, vol. 7/2, ed. Albrecht Schöne, Fráncfort, 1994, pp. 716 y ss.

[←1396]

J. R. McNeill, *Something New Under the Sun* (2000), pp. 188 y ss. (cita 189).

[←1397]
J. de Vries/Woude, *First Modern Economy* (1997), pp. 28 y ss., 31.

[←1398]

Ven *et al.*, *Leefbar laagland* (1993), pp. 152 y ss.

[←1399]
Woud, *Het lege land* (1987), pp. 83 y ss.

[←1400]
Jeurgens, *De Haarlemmermeer* (1991), pp. 97, 99, 167.

[←1401]
Ven *et al.*, *Leefbar laagland* 1993, p. 192.

[←1402]

Sobre este tema, es clásico: Nash, *Wilderness and the American Mind* (1982[3]).

[←1403]

Por ejemplo, el gobierno australiano en febrero de 2008 y el canadiense en junio de ese mismo año.

[←1404]

Véase un panorama histórico universal en la monumental obra de Hansen, *City-State Cultures* (2000).

[←1405]

Con la excepción de la guerra rusa en el Cáucaso, que se ajusta(ba) a antiguas líneas de conflicto imperiales.

[←1406]

Langewiesche, *Fortschrittsmotor Krieg* (2008).

[←1407]

Blanning, *French Revolutionary Wars* (1996), pp. 100 y ss.; para el texto, Grab, *Die Französische Revolution* (1973), pp. 171-173.

[←1408]

Duroselle, *Tout empire périra* (1992), pp. 67 y ss. (una teoría de las relaciones internacionales especialmente próxima a la historia).

[←1409]

Hay un buen esbozo en Girault, *Diplomatie européenne* (1979), pp. 13-19.

[←1410]

D. Geyer, *Der russische Imperialismus* (1977), pp. 47 y ss.

[←1411]

Joseph Smith, *Spanish-American War* (1994), pp. 32 y ss., 198.

[←1412]

Sobre la evolución de las comunicaciones en la gestión de las guerras, véase Kaufmann, *Kommunikationstechnik* (1996); sobre la transformación de la guerra en general (no solo desde el punto de vista tecnológico): Hew Strachan, «Military Modernization, 1789-1918», en: Blanning, *Oxford Illustrated History* (1996), pp. 69-93.

[←1413]

Cifras en P. M. Kennedy, *Aufstieg und Fall* (1989), p. 313 (tabla 1

[←1414]

Es brillante el compendio de Paul W. Schroeder, «International Politics, Peace, and War, 1815-1914», en: Blanning, *Nineteenth Century* (2000), pp. 158-209; y es similar en principio Doering-Manteuffel, *Internationale Geschichte* (2000), pp. 94-105. Schroeder y Doering-Manteuffel defienden tesis muy personales. El mejor manual «neutral» es Rich, *Great Power Diplomacy* (1992); uno muy breve: Bridge/Bullen, *Great Powers* (1980); y excelente para la época que llega hasta 1815 Scott, *Birth* (2006).

[←1415]

Sobre los que mejoraron y los que empeoraron su situación: Duchhardt, *Balance of Power* (1997), pp. 95-234.

[←1416]

M. S. Anderson, *Eastern Question* (1966), sigue siendo uno de los libros más notables sobre la historia internacional del siglo XIX.

[←1417]
Stadler, *Cavour* (2001); Gall, *Bismarck* (1980).

[←1418]

Para la política exterior alemana en el contexto europeo: Mommsen, *Großmachtstellung* (1993); Hildebrand, *Das vergangene Reich* (1995).

[←1419]

Mommsen, *Großmachtstellung* (1993), p. 107.

[←1420]

Girault, *Diplomatie européenne* (1979), pp. 151-169.

[←1421]

En una perspectiva a largo plazo: Gillard, *Struggle for Asia* (1977). Sin embargo, a partir de 1907 las tensiones entre rusos y británicos perduraron bajo otras formas.

[←1422]

Entre una bibliografía muy extensa, la mejor introducción sigue siendo: Joll, *Ursprünge* (1988).

[←1423]

Los cambios vividos en el Asia oriental entre aproximadamente 1895 y 1907 tuvieron una repercusión en el sistema internacional que es difícil sobrestimar. *Cfr.* Nish, *Origins* (1985).

[←1424]

Yapp, *Strategies* (1980), pp. 419-460; M. C. Meyer/Sherman, *Mexican History* (1991^{4}), pp. 385-401. Sobre las guerras coloniales, véase más adelante, capítulo IX.

[←1425]

Labanca, *Oltremare* (2002), pp. 108-122.

[←1426]

La narración de referencia es Wesseling, *Teile und herrsche* (1999). Para nuevos enfoques de la investigación, Pétré-Grenouilleau, *From Slave Trade to Empire* (2004).

[←1427]

Incluso el mejor de todos: Gildea, *Barricades* (1996), pp. 326 y ss.

[←1428]

Especialmente claro en J.-C. Caron/Vernus, *L’Europe au XIXe siècle* (1996).

[←1429]

Koebner/Schmidt, *Imperialism* (1964), p. 50.

[←1430]

Un motivo destacado en Winkler, *Weg nach Westen* (2000), ya desde el principio: vol. 1. p. 5.

[←1431]

Otto Dann, *Zur Theorie* (1996), p. 69. Esta clase de definición aún faltaba entre los «conceptos fundamentales» de Dann, *Nation* (1994[2]), pp. 11-21.

[←1432]

J. Voigt, *Geschichte Australiens* (1988), p. 114; M. King, *Penguin History of New Zealand* (2003), pp. 266 y ss.

[←1433]

La bibliografía sobre el nacionalismo es ya inabarcable. Para Europa, objeto principal de las investigaciones, cabe destacar entre las obras recientes: Von Hirschhausen/Leonhard, *Nationalismen* (2001), en esp. la ambiciosa introducción de los editores (pp. 11-45); también Leerssen, *National Thought* (2006); Baycroft/Hewitson, What *is a Nation?* (2006); para un estado de la cuestión, Weichlein, *Nationalismus* (2006).

[←1434]
H. Schulze, *Staat und Nation* (1994).

[←1435]

W. Reinhard, *Staatsgewalt* (1999), p. 443.

[←1436]

Sobre la cuestión de la «modernidad» y la formación de las naciones, así como del cambio de época de hacia 1800, véase Langewiesche, *Nation* (2000), pp. 14-34, que resume el tema y argumenta a favor de la tesis de la continuidad.

[←1437]

Idealmente se lo ha intentado comprender en el contexto de una oposición entre su «carácter perenne» (el concepto romántico de las naciones como entidades originales) y el «carácter moderno» (las naciones como fruto de una construcción): A. D. Smith, *Nationalism and Modernism* (1998), pp. 22 y ss.

[←1438]

Cfr. Guibernau, *Nationalisms* (1996), p. 48. Al hacer hincapié en la formación «interior» de la nación y en los factores «objetivos» (no adscritos), me diferencio de (*Ethnonationalism*, 1994), aunque tengo otros puntos de contacto con su concepto restrictivo del «Estado nacional».

[←1439]
W. Reinhard, Staatsgewalt (1999), p. 443.

[←1440]

Véase el mapa original en Buzan/Little, *International Systems* (2000), p. 261.

[←1441]

Schölch, *Ägypten den Ägyptern*! (1972); J. R. Cole, *Colonialism* (1993); Marr, *Vietnamese Anticolonialism* (1971), pp. 166 y ss.

[←1442]

E. Weber, *Peasants into Frenchmen* (1977).

[←1443]

Es similar, aunque no idéntica, la tipología de Schieder, *Nationalismus* (1991), pp. 110 y ss. (su libro sigue siendo el mejor sobre el tema del nacionalismo). No se confunda con las tipologías de la formación de las naciones, *cfr*. Hroch, *Europa der Nationen* (2005), pp. 41-45.

[←1444]
Breuilly, *Nationalism* (1993), caps. 4-7.

[←1445]

El concepto del ciclo de la revolución lo introdujo el historiador Manfred Kossok, de Leipzig. Véase también, más adelante, el capítulo X.

[←1446]

Como primera orientación: Wood, *American Revolution* (2002), pp. 17-30; Rodríguez O., *Independence of Spanish America* (1998), pp. 19-35; H. J. König, *Geschichte Lateinamerikas* (2006), pp. 103-203; para la comparación más general: Elliott, *Empires* (2006).

[←1447]

Dubois, *Avengers* (2004). Véase también, más adelante, el capítulo X.

[←1448]

El estudio clásico es el de J. Lynch, *Spanish American Revolutions* (1986^2), obra maestra de la narración historiográfica.

[←1449]

Seton-Watson, *Nations and States* (1977), p. 114.

[←1450]

Bitsch, *Histoire de la Belgique* (2004), pp. 79-86; Rich, *Great Power Diplomacy* (1992), pp. 59-61.

[←1451]

Jelavich, *Balkans*, vol. 1 (1983), pp. 196 y ss.

[←1452]
Sundhaussen, *Geschichte Serbiens* (2007), p. 130.

[←1453]
Jelavich/Jelavich, *Establishment* (1977), p. 195.

[←1454]

Bernecker, *Geschichte Haitis* (1996), p. 106.

[←1455]

Clogg, *Greece* (1992), p. 73. Véase también, más adelante, el capítulo XVII.

[←1456]

Bitsch, *Histoire de la Belgique* (2004), pp. 119 y ss.

[←1457]

El concepto de la «federación policéfala» se halla en Rokkan, *Staat* (2000), p. 219.

[←1458]

Blom/Lamberts, *Low Countries* (1999), p. 404; J. Fisch, *Europa* (2002), p. 171.

[←1459]

Para otro estilo de análisis, sin el concepto de hegemonía: Ronald Speirs/ John Breuilly, «The Concept of National Unification», en: Speirs/ Breuilly, *Germany's Two Unifications* (2005), pp. 1-25.

[←1460]
Seibt, *Rom* (2001).

[←1461]

Para un resumen sobre Italia: Gall, Europa (1997[3]), pp. 46-56; Beales/ Biagini, *Risorgimento* (2002[2]); un estado de la cuestión en: Banti, *Il Risorgimento italiano* (2004), pp. 133-55; y una síntesis de la investigación más reciente (con gran peso de la historia de la cultura): Banti/Ginsborg, *Il Risorgimento* (2007). Sobre Alemania, la bibliografía es muy numerosa; recientemente, Lenger, *Industrielle Revolution* (2003), pp. 315-381.

[←1462]

Ibíd., p. 348.

[←1463]

Blackbourn, *History of Germany* (2003[2]), p. 184.

[←1464]

Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, vol. 2 (1992), p. 85.

[←1465]

Francesco Leoni, «Il brigantaccio postunitario», en: Viglione, *La Rivoluzione Italiana* (2001), pp. 365-385.

[←1466]

N. G. Owen *et al.*, *Emergence* (2005), p. 115.

[←1467]

Kirby, *Baltic World* (1985), pp. 185-189.

[←1468]

Bumsted, *History* (1998), pp. 132-142.

[←1469]

Selección de textos en Keith, *Selected Speeches*, vol. 1 (1961), pp. 113-172.

[←1470]

Mansergh, *Commonwealth Experience* (1982[2]), pp. 34-46.

[←1471]
Véase al respecto los capítulos VII y XVII.

[←1472]

Es excelente, por ejemplo, el análisis de J. Voigt, *Geschichte Australiens* (1988), en esp. pp. 170-184.

[←1473]

La historia más dramática de la resistencia la narra Ravina, *Last Samurai* (2004), en esp. caps. 5-6.

[←1474]
M. B. Jansen, *Modern Japan* (2000), pp. 343-347.

[←1475]

El análisis que más me ha convencido es el de Potter, *Impending Crisis* (1976).

[←1476]

H. Jones, *Union in Peril* (1992); R. W. Fogel, *Without Consent or Contract* (1989), pp. 411-417, conjetura sobre una posible victoria de los Estados del sur.

[←1477]

Cfr. Dülffer *et al.*, *Vermiedene Kriege* (1997), pp. 513-525.

[←1478]

Carr, *Spain* (1982), pp. 347 y ss.; Balfour, *End of the Spanish Empire* (1997), pp. 44-46; A. Roberts, *Salisbury* (1999), p. 692.

[←1479]

Engerman/Neves, *Bricks* (1997), p. 479.

[←1480]

Clarence-Smith, *Third Portuguese Empire* (1985).

[←1481]

R. Oliver/Atmore, *Africa Since 1800* (2005), p. 118.

[←1482]
C. Marx, *Geschichte Afrikas* (2004), p. 70.

[←1483]

Ricklefs, *Modern Indonesia* (2001[3]), pp. 155-170.

[←1484]
C. J. Baker/Phongpaichit, *Thailand* (2005), p. 105.

[←1485]

Expongo detalladamente las razones en Osterhammel, *Geschichtswissenschaft* (2001), pp. 322-341.

[←1486]

Véanse por ejemplo los casos de decadencia imperial estudiados en Lorenz, *Verdämmern* (2000).

[←1487]

En lo siguiente, me ajusto a las sugerencias de clásicos de la teoría del nacionalismo como Benedict Anderson y Ernest Gellner, además de Calhoun, *Nationalism* (1997), pp. 4 y ss.; amplío lo contenido en Osterhammel, *Expansion* (2002).

[←1488]

Sobre las fronteras *cfr*. Münkler, *Imperien* (2005), pp. 16-18; también Osterhammel, *Geschichtswissenschaft* (2000) pp. 210-213, así como el capítulo III, más arriba.

[←1489]

Charles Tilly, «How Empires End», en: Barkey/von Hagen, *After Empire* (1997), p. 7.

[←1490]

M. W. Doyle, *Empires* (1986), p. 36.

[←1491]

Langewiesche, *Nation* (2000), pp. 32 y ss.

[←1492]

Thom, *Republics* (1995).

[←1493]
Langewiesche, *Nation* (2000), p. 23.

[←1494]
Dunn, *Africa* (1997), pp. 29, 33.

[←1495]

Como nueva visión de conjunto, que otorga un gran valor al papel de las empresas privadas: Winseck/Pike, *Communication and Empire* (2007).

[←1496]

Se ha destacado a menudo; por última vez en Motyl, *Revolutions* (1999), pp. 120-122. También se produjeron situaciones parecidas en Estados nacionales como España e incluso Francia.

[←1497]

Esta definición estructural se basa, con algún cambio, en las ideas de Motyl, *Imperial Ends* (2001), pp. 4, 15-27, y M. W. Doyle, Empires (1986), p. 19, 36, 45, 81. Véase también el breve y excelente S. Howe, *Empire* (2002), en esp. pp. 13-22.

[←1498]

Hacia 1900, estos tres países habían tenido una red similarmente extensa. *Cfr*. Woodruff, *Impact of Western Man* (1966), p. 253, tabla VI/1.

[←1499]

Véase Offer, *First World War* (1989).

[←1500]

Véase Osterhammel, *Kolonialismus* (2006[5]), pp. 16-22, y compárese con Von Trotha, *Was war der Kolonialismus*? (2004).

[←1501]

Kirby, *Baltic World* (1985), pp. 52, 79 y ss.; Brower, *Turkestan* (2003), pp. 26 y ss.

[←1502]

Cfr. Cain, *Hobson* (2002).

[←1503]

Sigue siendo de referencia Mommsen, *Imperialismustheorien* (1987^3); para las teorías «clásicas» hasta 1919, véase Semmel, *Liberal Ideal* (1993); un buen panorama sobre las nuevas interpretaciones historiográficas en Porter, *European Imperialism* (1994), caps. 1-5.

[←1504]

Schumpeter, *Aufsätze zur Soziologie* (1953), en esp. pp. 123-139. El concepto central es aquí «exportación monopolista».

[←1505]

Cfr. W. Reinhard, *Expansion* (1983-1990); Adas, *Islamic and European Expansion* (1993).

[←1506]

Bayly, *First Age* (1998). Véase también, más arriba, el capítulo II.

[←1507]

Wesseling, *Teile und herrsche* (1999), pp. 113-118.

[←1508]

J. R. Ward, *Industrial Revolution* (1994), p. 62.

[←1509]

Hay muchos ejemplos descritos con exactitud en Brötel, *Frankreich im Fernen Osten* (1996).

[←1510]

Abernethy, *Global Dominance* (2000), p. 101.

[←1511]
J. Black, *War and the World* (1998), p. 152.

[←1512]

Headrick, *Tools* (1981), pp. 20 y ss., 43-54.

[←1513]
Ibíd., p. 117.

[←1514]

La mejor síntesis para lo que sigue, hoy, es: Okey, *Habsburg Monarchy* (2001).

[←1515]

Para un breve esbozo de la posición de los Habsburgo en Europa: P. M. Kennedy, *Aufstieg und Fall* (1989), pp. 256-261.

[←1516]

Bérenger, *Geschichte des Habsburgerreiches* (1995), p. 565.

[←1517]

Sobre las desastrosas consecuencias: Bridge, *Habsburg Monarchy* (1990), pp. 288 y ss.

[←1518]

En la bibliografía reciente se constata una tendencia a diferenciar el «imperio» anterior a 1867, de la «monarquía» posterior a esa fecha, menos cohesionada; por ejemplo en Ingrao, *Habsburg Monarchy* (2000[2]); Okey, *Habsburg Monarchy* (2001).

[←1519]

Véase también la valoración de Hoensch, *Geschichte Ungarns* (1984), pp. 26-28.

[←1520]

Para un estudio especialmente atento a las diferencias del nacionalismo en el imperio de los Habsburgo, Okey, *Habsburg Monarchy* (2001), pp. 283-309.

[←1521]
Bérenger, *Geschichte des Habsburgerreiches* (1995), p. 665.

[←1522]
İnalcık/Quataert, *Ottoman Empire* (1994), vol. 2, p. 782; Kappeler, *Rußland* (1992), p. 234.

[←1523]

También D. Lieven, *Empire* (2000), pp. 184 y ss.

[←1524]
Bawden, *Mongolia* (1989), pp. 187 y ss.

[←1525]

Breves descripciones del imperio napoleónico: Boudon, *Histoire du consulat et de l'Empire* (2000), pp. 283-303; Wunder, *Europäische Geschichte* (2001), pp. 148-184.

[←1526]

Un brillante retrato de esta nueva clase gobernante en Woloch, *Napoleon and his Collaborators* (2001), en esp. pp. 156 y ss.

[←1527]
Broers, *Europe* (1996), en esp. pp. 125-138, 202-230.

[←1528]

Mapa, ibíd., p. 181.

[←1529]

Citado por Jourdan, *L'Empire de Napoléon* (2000), p. 120.

[←1530]

Paso aquí por alto el aspecto adicional de la integración económica; al respecto véase Woolf, *Napoleon's Integration of Europe* (1991), pp. 133-156.

[←1531]

Sobre el imperio colonial francés en general, Bouche, *Histoire de la colonisation française* (1991); J. Meyer *et al.*, *Histoire de la France coloniale* (1991); Aldrich, *Greater France* (1996); Liauzu *et al.*, *Colonisation* (2004); para la época posterior a 1880, siguen siendo útiles los capítulos sobre los diversos países en Von Albertini, *Europäische Kolonialherrschaft* (1987^3), así como en general las obras de Wesseling, que conoce muy bien Francia (*Europa's koloniale eeuw*, 2003).

[←1532]

Etemad, *La possession* (2000), pp. 231, 236 (tablas 21, 22). Véase también, más arriba, el capítulo IV.

[←1533]

Ruedy, *Modern Algeria* (1992), pp. 60, 62, 66; Danziger, *Abd al-Qadir* (1977), pp. 180-205 (pero Abd al-Qadir no fue occidentalizante: p. 200).

[←1534]

Ruedy, *Modern Algeria* (1992), p. 69 (tabla 3.1).

[←1535]

La consulta de referencia sobre la política adoptada con respecto a los musulmanes es Ageron, *Histoire de l'Algérie contemporaine* (1979), pp. 137-223.

[←1536]
Cfr. Rivet, *Le Maroc* (1999).

[←1537]

Es muy interesante la comparación de Lustick, *State-Building Failure* (1985).

[←1538]

Para un balance de la investigación: Brötel, *Frankreichs indochinesisches Empire* (2001).

[←1539]

Brocheux/Hémery, *Indochine* (1995), pp. 135 y ss. (Es la obra de referencia sobre la historia de Indochina).

[←1540]

Ibíd., pp. 164-175.

[←1541]

Wesseling, *Europa's koloniale eeuw* (2003), p. 190; sobre la ideología colonial francesa es útil: Aldrich, *Greater France* (1996), pp. 89-111.

[←1542]
Wesseling, *Teile und herrsche* (1999), pp. 90-94.

[←1543]

Actualmente, la historia de referencia del Congo es la de Vanthemsche, *La Belgique et le Congo* (2007). Además, sobre los crímenes cometidos en el país: Ewans, *European Atrocity* (2002).

[←1544]

H. L. Wesseling, «The Strange Case of Dutch Imperialism», en: Wesseling, *Imperialism and Colonialism* (1997), pp. 73-86, aquí 77.

[←1545]

Ricklefs, *Modern Indonesia* (2001[3]), pp. 186-188.

[←1546]

Todo lo que cabe calificar de imperialista en los Países Bajos se incluye en: Kuitenbrouwer, *The Netherlands* (1991).

[←1547]
Wesseling, *Europa's koloniale eeuw* (2003), p. 198.

[←1548] *Cfr*. Gründer, *Geschichte der deutschen Kolonien* (2004[5]), pp. 163-166.

[←1549]

Gouda, *Dutch Culture Overseas* (1995), p. 45.

[←1550]

Booth, *Indonesian Economy* (1998), pp. 149-54, 160; Doel, *Het Rijk van Insulinde* (1996), pp. 157-166.

[←1551]

Booth, *Indonesian Economy* (1998), p. 328.

[←1552]

Kent, *Soul of the North* (2000), pp. 368 y ss.

[←1553]

Cfr. Parsons, *King Khama* (1998), pp. 201 y ss.; Rotberg, *The Founder* (1988), pp. 486 y ss.

[←1554]
Tarling, *Imperialism* (2001), pp. 55-62; Kaur, *Economic Change* (1998).

[←1555]

Citado por Rotberg, *The Founder* (1988), p. 290.

[←1556]

Véase Shula Marks, «Southern and Central Africa, 1886-1910», en: Fage/ Oliver, *Cambridge History of Africa*, vol. 6 (1985), pp. 422-492, aquí 444-454; Rotberg, *The Founder* (1988), caps. 12-13.

[←1557]

Cfr. Breman, *Taming the Coolie Beast* (1989).

[←1558]

Matsusaka, *Japanese Manchuria* (2001), pp. 126-139.

[←1559]

C. Marx, *Geschichte Afrikas* (2004), p. 60.

[←1560]
Ibíd., pp. 72 y ss.

[←1561]

R. Reid, *Ganda* (1998), p. 362.

[←1562]

M. Last, «The Sokoto Caliphate and Borno», en: Ajayi, *General History of Africa* (1989), pp. 555-599, aquí 568 y ss.

[←1563]

Para lo siguiente, me baso en: Hassan Amed Ibrahim: «The Egyptian Empire, 1805-1885», en: Daly/Petry, *Cambridge History of Egypt*, vol. 2 (1998), pp. 198-216; Fahmy, *All the Pasha's Men* (1997), pp. 38-75.

[←1564]

Rich, *Great Power Diplomacy* (1992), pp. 69-74.

[←1565]

F. Robinson, *Muslim Societies* (2004), p. 170; y las pp. 169-181 para una descripción útil y concisa del Estado Mahdi.

[←1566]

Grewal, *Sikhs* (1990), pp. 99-128, que habla de un «imperio sij».

[←1567]

Para lo siguiente, Meinig, *Shaping of America*, vol. 2 (1993), pp. 4-23.

[←1568]

J. Meyer *et al.*, *Histoire de la France coloniale* (1991), pp. 209-213.

[←1569]

Meinig, *Shaping of America*, vol. 2 (1993), p. 17.

[←1570]

Ibíd., p. 23.

[←1571]

Véanse las posiciones contrarias de Klaus Schwabe y Tony Smith en Mommsen/Osterhammel, *Imperialism and After* (1986).

[←1572]
Meinig, *Shaping of America*, vol. 2 (1993), p. 170.

[←1573]

Véase por ejemplo Jacobson, *Whiteness of a Different Color* (1998).

[←1574]

La obra de referencia es Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 3 (1999), vol. 5 (también 1999, con un estado de la cuestión hasta la fecha); la mejor introducción sigue siendo la de Hyam, *Britain's Imperial Century* (1993²). Para datos y mapas, A. Porter, *Atlas* (1991); con ellos, todavía: Mommsen, *Das Britische Empire* (1981); y ahora también Wende, *Das britische Empire* (2008).

[←1575]

Al respecto Fry, *Scottish Empire* (2001); S. Howe, *Ireland* (2000), que además analiza las repercusiones hasta nuestros días.

[←1576]

Como tesis lo expuso primero Colley, *Britons* (1992).

[←1577]

John Stuart Mill, «A Few Words on Non-Intervention» [1859], en: Mill, *Collected Works*, vol. 21 (1984), pp. 109-124.

[←1578]
Schumpeter, *Aufsätze zur Soziologie* (1953), en esp. p. 128.

[←1579]

H. V. Bowen, *British Conceptions* (1998), p. 1.

[←1580]

Marshall, *Making* (2005), p. 228; también H. V. Bowen, *Business of Empire* (2006).

[←1581]

Un caso bien estudiado, de una de las «comunidades de expatriados» pequeñas, que en 1911 comprendía unas 3.500 personas: Butcher, *The British in Malaya* (1979), cifra p. 30; para Kenia: D. Kennedy, *Islands of White* (1987).

[←1582]

Una amplia perspectiva desde el punto de vista neozelandés: Pocock, *Discovery* (2005), en esp. pp. 181-198.

[←1583]

N. A. M. Rodger, *Command of the Sea* (2004), p. 579; Daunton, *Progress* (1995), pp. 518-520.

[←1584]

Véase el mapa en P. M. Kennedy, *British Naval Mastery* (1983), p. 207, también A. Porter, *Atlas* (1991), pp. 146 y ss. (con las estaciones de toma de carbón).

[←1585]
P. M. Kennedy, *British Naval Mastery* (1983), p. 151.

[←1586]

Kolff, *Naukar* (1990), sobre la formación del ejército indio; Metcalf, *Imperial Connections* (2007), pp. 68-101, sobre su despliegue fuera de la India.

[←1587]

Todo el espectro de las posibilidades con el ejemplo del sudeste asiático: Webster, *Gentlemen Capitalists* (1998).

[←1588]

Para los motivos de fondo, en materia de política interior: Hilton, *A Mad, Bad, and Dangerous People?* (2006), pp. 543-558; A. Howe, *Free Trade* (1997), destaca como aportación reciente al estudio del libre comercio.

[←1589]

Darwin, *Imperialism* (1997), pp. 627 y ss. El punto culminante fue el discurso de Palmerston del 25 de junio de 1850.

[←1590]
Gallagher/Robinson [1953], en: Louis, *Imperialism* (1976), pp. 53-72.

[←1591]

Frank Trentmann, «Civil Society, Commerce, and the “Citizen-Consumer”: Popular Meanings of Free Trade in Modern Britain», en: Trentmann, *Paradoxes* (2000), pp. 306-331; más completo, Trentmann, *Free Trade Nation* (2008).

[←1592]

Patrick K. O'Brien, «The Pax Britannica and American Hegemony: Precedent, Antecedent or Just Another History?», en: O'Brien/Clesse, *Two Hegemonies* (2002), pp. 3-64, en esp. 13 y ss., 16 y ss., 21.

[←1593]

L. E. Davis/Huttenback, *Mammon* (1988).

[←1594]

Offer, *British Empire* (1993), p. 228. *cfr.* asimismo P. M. Kennedy, *Costs and Benefits* (1989).

[←1595]
Cannadine, *Orientalism* (2001).

[←1596]

Offer, *First World War* (1989), pp. 368 y ss.

[←1597]

Gilmour, *Curzon* (1995), pp. 274-276, 287-290; Verrier, *Younghusband* (1991), pp. 179 y ss.

[←1598]
Friedberg, *Weary Titan* (1988).

[←1599]

Cain/Hopkins, *British Imperialism* (2001[2]), caps. 3-4; sobre la City y sus trabajadores: Kynaston, *City* (1994).

[←1600]

Lo indica Neff, War (2005), p. 217, que desarrolla toda una topología de la intervención internacional en el siglo XIX (pp. 215-249).

[←1601]

Perkins, *Modern Tunisia* (2004), p. 19; Hsü, *Modern China* (2000[6]), pp. 205-212; Wyatt, *Thailand* (1984), pp. 184 y ss.

[←1602]

Es básico Fisher, *Indirect Rule in India* (1991); sobre Egipto: Owen, *Lord Cromer* (2004), caps. 10-16.

[←1603]
Es la tesis de Cannadine, *Orientalism* (2001).

[←1604]

La obra de referencia sigue siendo Semmel, *Jamaican Blood* (1962); además véase C. Hall, *Civilising Subjects* (2002), pp. 23-27 y *passim*.

[←1605]

Como recopilación de material (de una cualidad muy diversa según las zonas): Ferro, *Le livre noir* (2003).

[←1606]

Véanse también las reflexiones de Hildebrand, *No Intervention* (1997), pp. 27 y ss.

[←1607]

Desde las obras de Ronald Robinson y John Gallagher, se lo ha designado también como «imperio informal». Para la definición, Jürgen Osterhammel, «Britain and China 1842-1914», en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 3 (1999), pp. 146-169, en esp. 148 y ss.

[←1608]

Georges Balandier, Albert Memmi y otros. Sobre estas interpretaciones clásicas: Young, *Postcolonialism* (2001).

[←1609]

Von Trotha, *Koloniale Herrschaft* (1997), pp. 37 y ss.

[←1610]

Véase también el capítulo XVI.

[←1611]
Zastoupil/Moir, *Great Indian Education Debate* (1999).

[←1612]

T. R. Metcalf, *Ideologies of the Raj* (1994), pp. 66 y ss.; Forsyth, *Peoples of Siberia* (1992), pp. 156 y ss.

[←1613]

Lorcin, *Imperial Identities* (1995).

[←1614]

Una buena narración breve de la historia de resistencia en Abernethy, *Global Dominance* (2000), pp. 254 y ss.

[←1615]

Aldrich, *Greater France* (1996), p. 212.

[←1616]

Maurice Duverger, «Le concept d’empire», en: Duverger, *Le concept d’empire* (1980), pp. 5-24, aquí 11.

[←1617]

Véase el estudio de historia legal: Chanock, *Law* (1985), p. 219.

[←1618]
Cfr. Manela, *Wilsonian Moment* (2007).

[←1619]

Es exhaustivo al respecto Bayly, *Geburt der modernen Welt* (2006), cap. 6.

[←1620]

Fue otro de los «dilemas del imperio» que descubrió D. Lieven, *Empire* (2000).

[←1621]

Se estudian acertadamente varios casos del imperio otomano en Hanssen *et al.*, *Empire in the City* (2002).

[←1622]

H. M. Scott, *Birth* (2006), defiende convincentemente que el sistema europeo empezó en la década de 1760 (pp. 121, 143 y ss.).

[←1623]

Las diferenciaciones clásicas proceden de Bull, Anarchical Society (1977), pp. 8 y ss.; son más complejas, y con una concreción histórica más sólida, las reflexiones de Buzan/Little, *International Systems* (2000), pp. 90 y ss. y *passim*.

[←1624]
Dülffer, *Regeln* (1981), p. 300.

[←1625]

Baumgart, *Europäisches Konzert* (1999), p. 343.

[←1626]

Para los detalles, Wawro, *Warfare* (2000), pp. 55-57.

[←1627]

Un panorama general en M. Geyer/Bright, *Global Violence* (1996).

[←1628]

Schroeder, *Transformation* (1994). Sobre la época anterior a 1815, Schroeder ha sido objeto de críticas más intensas. *Cfr.* Krüger/Schroeder, *The Transformation* (2002), y sobre todo la respuesta de Schroeder a sus críticos (pp. 323-332). Además es fundamental Dülffer *et al.*, *Vermiedene Kriege* (1997), uno de los libros más destacados sobre las relaciones internacionales en el siglo XIX.

[←1629]

Lo hace convincentemente F. R. Bridge, «Transformations of the European States System, 1856-1914», en: Krüger/Schroeder, *The Transformation* (2002), pp. 255-272.

[←1630]

C. I. Hamilton, *Anglo-French Naval Rivalry* (1993), pp. 273-274.

[←1631]
Mommsen, *Bürgerstolz* (1995), p. 305.

[←1632]

El famoso libro de Mahan (1890) lleva por título *The Influence of Seapower upon History 1660-1783*.

[←1633]

Una obra comparativa sobre la dinámica del armamento entre 1840 y 1914 (que va más allá de lo que promete su título): R. Hobson, *Maritimer Imperialismus* (2004).

[←1634]

Eberhard Kolb, «Stabilisierung ohne Konsolidierung? Zur Konfiguration des europäischen Mächtesystems 1871-1914», en: Krüger, *Das europäische Staatensystem* (1996), pp. 188-195, aquí 192.

[←1635]

I. Clark, *Hierarchy of States* (1989), p. 133.

[←1636]

D. Lieven, *Russia* (1983), pp. 40 y ss.

[←1637]
Mommsen, *Großmachtstellung* (1993), p. 69.

[←1638]

Schroeder, *International System* (1986), pp. 12-14.

[←1639]

James Monroe, discurso ante el Congreso, 2 de diciembre de 1823, citado según D. B. Davis/Mintz, *Boisterous Sea* (1998), p. 350.

[←1640]

Heinhard Steiger, «Peace Treaties from Paris to Versailles», en: Lesaffer, *Peace Treaties* (2004), pp. 59-99, aquí 66 y ss.

[←1641]

Para otro significado *cfr*. Kleinschmidt, *Geschichte der internationalen Beziehungen* (1998), pp. 312-317.

[←1642]

Véanse los casos estudiados por Dülffer *et al.*, *Vermiedene Kriege* (1997).

[←1643]
Schieder, *Staatensystem* (1977).

[←1644]

En fechas aún recientes, Baumgart, *Europäisches Konzert* (1999).

[←1645]

Xiang Lanxin, *Origins of the Boxer War* (2002).

[←1646]

Birmingham, *Portugal* (1993), pp. 133, 135.

[←1647]

D. A. G. Waddell, «International Politics and Latin American Independence», en: Bethell, *Cambridge History of Latin America*, vol. 3 (1985), pp. 197-228, aquí 199, 216-218; Alan Knight, *Britain and Latin America*, en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 3 (1999), pp. 122-145; Cain/ Hopkins, *British Imperialism* (2001²), pp. 243-274.

[←1648]

D. Gregory, Brute New World (1992).

[←1649]

Sondhaus, Naval Warfare (2001), p. 15.

[←1650]
Landes, *Wohlstand und Armut* (1999), p. 342.

[←1651]

Kraay/Whigham: *I Die with My Country* (2004), p. 1. Para las fechas alemanas, Wehler, *Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4 (2003), p. 944.

[←1652]

Hans Vogel, «Argentinien, Uruguay, Paraguay, 1830/1852-1904/1910», en: Bernecker *et al.*, *Handbuch*, vol. 2 (1992), pp. 694-698.

[←1653]

Collier/Sater, *Chile* (1996), p. 139; Riekenberg, *Ethnische Kriege* (1997), pp. 101-109.

[←1654]
H.-J. König, *Geschichte Lateinamerikas* (2006), p. 392.

[←1655]
LaFeber, *American Age* (1989), p. 110.

[←1656]

Ibíd., p. 164.

[←1657]

J. Major, *Prize Possession* (1993), pp. 34 y ss., 78 y ss. (cifras p. 83)

[←1658]
LaFeber, *American Age* (1989), p. 234.

[←1659]
Topik, *Trade* (1996), p. 209.

[←1660]
Fisher, *Indirect Rule in India* (1991), pp. 255-257.

[←1661]

Lieberman, *Strange Parallels* (2003), p. 302.

[←1662]

Véase un libro de la mayor importancia para la historia internacional de la Edad Moderna: M. B. Jansen, *China in the Tokugawa World* (1998), cap. 1.

[←1663]

Texto en: Lu, *Japan* (1997), vol. 2, pp. 288-292.

[←1664]

Auslin, *Negotiating with Imperialism* (2004). Aquí se puede ver una lista del total de 16 acuerdos de comercio y amistad. La obra occidental más importante sobre la soberanía limitada de Japón es la de Hoare, *Japan's Treaty Ports* (1994), en esp. caps. 4 y 8.

[←1665]

Para lo siguiente, Osterhammel, *China* (1989), caps. 9-10; Dabringhaus, *Geschichte Chinas* (2006), pp. 56-59, 145-157; de la bibliografía anterior sobre todo Kim Key-hiuk, *Last Phase* (1980).

[←1666]

S. C. M. Paine, *Sino-Japanese War* (2003).

[←1667]

Hamashita Takeshi, «Tribute and Treaties: Maritime Asia and Treaty Port Networks in the Era of Negotiations, 1800-1900», en: Arrighi *et al.*, *Resurgence of East Asia* (2003), pp. 17-50.

[←1668]
Schmid, *Korea* (2002), pp. 56 y ss.

[←1669]

Klaus Hildebrand, «“Eine neue Ära der Weltgeschichte”. Der historische Ort des Russisch-Japanischen Krieges», en: Kreiner, *Der Russisch-Japanische Krieg* (2005), pp. 27-51, aquí 43.

[←1670]

Howard, *War in European History* (1976), pp. 100 y ss.

[←1671]
Connelly, *Wars of the French Revolution* (2006), p. 115.

[←1672]

Wawro, *Warfare* (2000), p. 33.

[←1673]
Pröve, *Militär* (2006), p. 4.

[←1674]

Dieter Storz, «Modernes Infanteriegewehr und taktische Reform in Deutschland in der Mitte des 19. Jahrhunderts», en: Epkenhans/Gross, *Militär* (2003), pp. 209-230, aquí 217.

[←1675]

Agoston, *Guns for the Sultan* (2005), en su mayoría sobre los siglos XVII y XVIII; sobre el siglo XIX, Ralston, *Importing the European Army* (1990), pp. 4378, y sobre todo Grant, *Rulers* (2007).

[←1676]

Vandervort, *Wars of Imperial Conquest* (1998), pp. 158-166; para el bando etíope: Pankhurst, *Ethiopians* (1998), pp. 188-193.

[←1677]

Wawro, *Warfare* (2000), p. 127.

[←1678]

Sobre el efecto mundial de la guerra ruso-japonesa, *cfr*. Aydin, *Politics of Anti-Westernism* (2007), pp. 71-92; Kowner, *Russo-Japanese War* (2007).

[←1679]

S. C. M. Paine, *Sino-Japanese War* (2003), p. 182; Sondhaus, *Naval Warfare* (2001), pp. 133 y ss., 152.

[←1680]

Véanse las reflexiones de Dierk Walter, «Warum Kolonialkrieg?», en: Klein/ Schumacher, *Kolonialkriege* (2006), pp. 14-43, en esp. 17-26, así como los casos estudiados tanto en ese libro como en Moor/Wesseling, *Imperialism and War* (1989). Es importante Wesseling, *Les guerres coloniales* (1992).

[←1681]

Belich, *New Zealand Wars* (1986), pp. 323 y ss.

[←1682]

Tone, *War and Genocide* (2006), p. 193 (y en pp. 153-177, un retrato de Weyler); *cfr*. asimismo Everdell, *The First Moderns* (1997), pp. 116-126; Gott, *Cuba* (2004), pp. 93-97.

[←1683]
Nasson, *South African War* (1999), pp. 220-224.

[←1684]

Cfr. S. C. Miller, *«Benevolent Assimilation»* (1982), pp. 164, 208-210.

[←1685]

Laband, *Kingdom in Crisis* (1992), p. 14.

[←1686]
M. Lieven, *Butchering* (1999), p. 616.

[←1687]

Spiers, *Late Victorian Army* (1992), p. 335, y también pp. 272-300 para un buen análisis de esta forma de guerra. Wesseling ha contado, entre 1871 y 1914, 23 guerras coloniales británicas, 40 francesas y 32 neerlandesas (*Les guerres coloniales*, 1992, p. 108). Véase también C. Marx, *Geschichte Afrikas* (2004), pp. 133 y ss.

[←1688]
Vandervort, *Wars of Imperial Conquest* (1998), pp. 174-177.

[←1689]

Ibíd., p. 49.

[←1690]

Lee Ki-baik, *Korea* (1984), p. 212.

[←1691]

Esdaile, *Fighting Napoleon* (2004), p. 176.

[←1692]
Hobsbawm, *Sozialrebellen* (1962), en esp. cap. 2.

[←1693]

Teng Ssu-yü, *Nien Army* (1961).

[←1694]

Showalter, *Wars of German Unification* (2004), pp. 315-327.

[←1695]

Blanning, *French Revolutionary Wars* (1996), p. 101; más dramático y reciente, Bell, *First Total War* (2007).

[←1696]

Broers, *Europe* (1996), pp. 70-77; otra perspectiva en Connelly, *Wars of the French Revolution* (2006), p. 117.

[←1697]

Stig Förster/Jörg Nagler, «Introduction», en: Förster/Nagler, *On the Road* (1997), pp. 1-25, aquí 6 y ss.

[←1698]

Wawro, *Warfare* (2000), pp. 19. 89, 155 y ss.; Wawro, *Franco-Prussian War* (2003), pp. 75, 84; Nasson, *South African War* (1999), p. 75; Elleman, *Modern Chinese Warfare* (2001), p. 41.

[←1699]

McPherson, *Battle Cry* (1988), p. 664; Wawro, *Warfare* (2000), p. 155; Urlanis, *Bilanz* (1965), p. 99.

[←1700]

Sobre esta «primera guerra mundial» es muy completo J. W. Steinberg *et al.*, *Russo-Japanese War* (2005).

[←1701]
Moorehead, *Dunant’s Dream* (1998), pp. 1-7.

[←1702]
Steinbach, *Abgrund Metz* (2002), p. 45.

[←1703]

Langewiesche, *Kriegsgewalt* (2006), p. 27.

[←1704]
E. Grove, *Royal Navy* (2005), pp. 39-68.

[←1705]
Deng Gang, *Maritime Sector* (1999), p. 195 (tabla 4.3).

[←1706]

Véanse las pruebas en M. C. Wright, *Last Stand* (1957), p. 220.

[←1707]
Sondhaus, *Naval Warfare* (2001), pp. 3, 52, 73, 103, 133 y ss., 150-152.

[←1708]

M. B. Jansen, *Modern Japan* (2000), p. 277.

[←1709]

Simon Ville, «Shipping Industry Technologies», en: Jeremy, *International Technology Transfer* (1991), pp. 74-94, aquí 83 (tabla 5.2). Sobre la formación de la Marina de Guerra es básico: D. C. Evans/Peattie, *Kaigun* (1997), pp. 1-31.

[←1710]

Josef Kreiner, «Der Ort des Russisch-Japanischen Krieges in der japanischen Geschichte», en: Kreiner, *Der Russisch-Japanische Krieg* (2005), pp. 53-76, aquí 57.

[←1711]
D. C. Evans/Peattie, *Kaigun* (1997), p. 124.

[←1712]

La mejor biografía de uno de los políticos sin cartera más influyentes del siglo XIX es Edsall, *Richard Cobden* (1986).

[←1713]

Lee Ki-baik, *Korea* (1984), pp. 268 y ss.; W. G. Beasley, «The Foreign Threat and the Opening of the Ports», en: J. W. Hall, *Cambridge History of Japan*, vol. 5 (1989), pp. 259-307, aquí 307.

[←1714]

Para un resumen magistral, Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens*, vol. 2 (1982), pp. 23-82; véase también la descripción del estado de ánimo en la preguerra en Joll, *Ursprünge* (1988), pp. 265-307; Cassels, *Ideology* (1996), caps. 3-6. Los motivos se combinaron de forma especialmente completa en un geopolítico sueco poco conocido, Rudolf Kjellen (1864-1922).

[←1715]

Cfr. D. P. Crook, *Darwinism* (1994), p. 63.

[←1716]
Gollwitzer, *Die gelbe Gefahr* (1962).

[←1717]
A falta de bibliografía reciente de calidad, véase aún: Koch, *Sozialdarwinismus* (1973).

[←1718]

Gluck, *Japan's Modern Myths* (1985), p. 206.

[←1719]

Chang Hao, «Intellectual Change and the Reform Movement, 18908», en: Fairbank/Twitchett, *Cambridge History of China*, vol. 11 (1980), pp. 274-338, aquí 296-298; *cfr.* asimismo Pusey, *China and Charles Darwin* (1983), pp. 236-316 (crítico con Liang).

[←1720]

A. Black, *Islamic Political Thought* (2001), p. 304.

[←1721]

Visión de conjunto en Windler, *La diplomatie* (2002).

[←1722]
Sobre la misión de Macartney: Hevia, *Cherishing Men from Afar* (1995).

[←1723]
H. M. Scott, *Birth* (2006), p. 278.

[←1724]

Vandervort, *Wars of Imperial Conquest* (1998), p. 85.

[←1725]
H. M. Scott, *Birth* (2006), pp. 275 y ss.

[←1726]

Gong, *Standard of «Civilization»* (1984); Bull/Watson, *Expansion* (1984), caps. 8-12; Frey/Frey, *Diplomatic Immunity* (2002), pp. 384-421; Jörg Fisch, «Internationalizing Civilization by Dissolving International Society: The Status of Non-European Territories in Nineteenth-Century International Law», en: M. H. Geyer/Paulmann, *Mechanics* (2001), pp. 235-257; para Japón: Henning, *Outposts of Civilization* (2002).

[←1727]

Muy completo: Farah, *Politics of Interventionism* (2000).

[←1728]

R. Owen, *Middle East* (1981), pp. 122-135; Osterhammel, *China* (1989), pp. 211-218. Sobre el imperialismo financiero no se ha superado: Mommsen, *Der europäische Imperialismus* (1979), pp. 85-148. Un estudio modélico sobre Alemania: B. Barth, *Die deutsche Hochfinanz* (1995).

[←1729]

Excelente: Lipson, *Standing Guard* (1985), pp. 37-57.

[←1730]

M. S. Anderson, *Rise of Modern Diplomacy* (1993), pp. 103-111; Girault, *Diplomatie européenne* (1979), pp. 13-19.

[←1731]
Headrick, *Invisible Weapon* (1991), p. 17.

[←1732]

Con más detalles en M. King, *Penguin History of New Zealand* (2003), pp. 156-167; Belich, *Making Peoples* (1996), pp. 193-197.

[←1733]

Kinji Akashi, «Japanese "Acceptance" of the European Law of Nations: A Brief History of International Law inJapan, c. 1853-1900», en: Stolleis/ Yanagihara, *Perspectives* (2004), pp. 1-21, aquí 9.

[←1734]
Paulmann, *Pomp und Politik* (2000), pp. 295 y ss.

[←1735]
Keene, *Emperor of Japan* (2002), p. 632.

[←1736]

Georgeon, *Abdulhamid II* (2003), pp. 31-35.

[←1737]

Un buen estudio sobre la diplomacia intercultural: D. Wright, *The Persians amongst the English* (1985); véanse las pp. 121-140 sobre las dos visitas del sah, en 1873 y 1889.

[←1738]

Keene, *Emperor of Japan* (2002), p. 308.

[←1739]

D. G. E. Hall, *South-East Asia* (1981^4), pp. 629 y ss.

[←1740]

Mawer, *Ahab's Trade* (1999), pp. 97 y ss.

[←1741]
Grewe, *Epochen* (19882), p. 554.

[←1742]
Jelavich, *Russia's Balkan Entanglements* (1991), p. 172.

[←1743]

Este estado de ánimo se refleja bien en un libro periodístico: Traxler, *1898* (1998).

[←1744]

Dülffer *et al.*, *Vermiedene Kriege* (1997), pp. 615-639; Mommsen, *Großmachtstellung* (1993), pp. 213-227.

[←1745]

Nikki R. Keddie, «Iran under the Later Qajars, 1848-1922», en: H. Bailey, *Cambridge History of Iran*, vol. 7 (1991), pp. 174-212, aquí 195 y ss.; Keddie, *Qajar Iran* (1999), pp. 37-39.

[←1746]

Citado en Osterhammel, *China* (1989), p. 222. Sobre el boicot *cfr*. Wang Guanhua, *In Search of Justice* (2001).

[←1747]
Quataert, *Social Desintegration* (1983), pp. 121-145.

[←1748]

Lauren, *Power and Prejudice* (1988), pp. 57, 76-101; véase también el excelente estudio de Shimazu, *Japan, Race and Equality* (1998).

[←1749]

John Boli/George M. Thomas, «INGOs and the Organization of World Culture», en: Boli/Thomas, *Constructing World Culture* (1999), pp. 13-49, aquí 23 (diagrama 1.1).

[←1750]

Moorehead, *Dunant's Dream* (1998), p. 125; *cfr*. asimismo Riesenberger, *Für Humanität* (1992), pp. 35 y ss.

[←1751]

Chi Zihua, *Hongshizi yu jindai Zhongguo* (2004), pp. 52 y ss.

[←1752]

Así se formula en F. S. L. Lyons, *Internationalism* (1963), p. 263, una obra de referencia que no ha sido superada.

[←1753]

Véase sobre todo la bibliografía de hace unos años: Braunthal, *Geschichte der Internationale* (1961-1971); Joll, *Second International* (1974).

[←1754]

M. B. Jansen, *Making* (2000), p. 491.

[←1755]
Bock, *Frauen* (2005), p. 179.

[←1756]
McClain, *Japan* (2002), pp. 381 y ss.

[←1757]
El caso de Egipto: Badran, *Feminists* (1995), pp. 47-51.

[←1758]

Rupp, *Worlds of Women* (1997), pp. 15-21. Karen Offen considera que los años de 1878 a 1890 fueron la primera gran fase de internacionalización del feminismo: *European Feminisms* (2000), pp. 150 y ss.

[←1759]

B. S. Anderson, *Joyous Greetings* (2000), pp. 24 y ss., 204 y ss.

[←1760]

Cfr. McFadden, *Golden Cables* (1999), sobre todo apéndices A-F.

[←1761]
Sobre la India: Burton, *Burdens of History* (1994), caps. 4-5.

[←1762]

A veces no podía evitar tomar partido «nacional» frente a los agresores: Grossi, *Le pacifisme européen* (1994), pp. 219 y ss. (es la mejor obra general al respecto).

[←1763]
Ceadel, *Origins of War Prevention* (1996).

[←1764]

S. E. Cooper, *Patriotic Pacifism* (1991), p. 219 y ss.

[←1765]

K'ang Yu-wei, *Ta T'ung Shu* (1974), en esp. pp. 77 y ss.; al respecto es fundamental Hsiao Kung-chuan, *A Modern China* (1975), pp. 456 y ss.

[←1766]

Sobre la conferencia de La Haya Dülffer, *Regeln* (1981), sigue siendo el mejor estudio. Para una interpretación más optimista, como avance simbólico, véase I. Clark, *International Legitimacy* (2007), pp. 61-82.

[←1767]

Véase la importante recopilación de M. H. Geyer/Paulmann, *Mechanics* (2001).

[←1768]
Vec, *Recht und Normierung* (2006), p. 379.

[←1769]

Véase más arriba, capítulo II.

[←1770]

Se ocupa de algunos de estos procesos Martin H. Geyer, «One Language for the World», en: M. H. Geyer/Paulmann, *Mechanics* (2001), pp. 5592. Pero la mejor visión de conjunto es la de Murphy, *International Organization* (1994), pp. 46-118.

[←1771]
Forster, *Esperanto Movement* (1982), p. 22 (tabla 3).

[←1772]
D. C. Young, *Modern Olympics* (1996), pp. 68-70, 85.

[←1773]
Sobre el fútbol: Goldblatt, *The Ball is Round* (2006), pp. 85-170.

[←1774]
Citado por Herren, *Hintertüren zur Macht* (2000), p. 1.

[←1775]
Ibíd., en esp. la parte II, sobre Bélgica.

[←1776]

La lista en Murphy, *International Organization* (1994), pp. 47 y ss.

[←1777]
Arendt, *Über die Revolution* (1968), p. 10.

[←1778]
T. Paine, *Common Sense* (1976), p. 63.

[←1779]
Arendt, *Über die Revolution* (1968), p. 41.

[←1780]

Las «grandes» revoluciones son las que (a) llevaron a la consolidación de un poder estatal revolucionario y (b) su programa recibió atención global, al menos temporalmente.

[←1781]

E. Zimmermann, *Krisen* (1981), p. 142, un poco simplificado.

[←1782]

Law, Oyo *Empire* (1977), pp. 245 y ss.

[←1783]

C. Tilly, *Revolutionen* (1993), p. 346, tabla 14 (extrañamente, sin Alemania).

[←1784]
Kimmel, *Revolution* (1990), p. 6.

[←1785]

Una reelaboración teórica especialmente destacada es la de Moore, *Soziale Ursprünge* (1969), pp. 497-519; y pp. 270 y ss. para el caso de Japón.

[←1786]

Beasley, *Meiji Restoration* (1973); Zöllner, *Geschichte Japans* (2006), pp. 181 y ss.; para las fuentes, Tsunoda Ryusaku, *Sources of Japanese Tradition*, vol. 2 (1958), pp. 131-210. Para la renovación de la era Meiji como revolución o «restauración revolucionaria», con su interpretación personal, Eisenstadt, *Vielfalt* (2000), pp. 154-165.

[←1787]

Véase más adelante, capítulo XI.

[←1788]
Dutton, *Tây Son Uprising* (2006).

[←1789]

Aún hubo una segunda guerra carlista (1846-1849), y una tercera (1870-1875).

[←1790]

Carr, *Spain* (1982), pp. 184-195; P. Schmidt *et al.*, *Kleine Geschichte Spaniens* (2002), p. 335.

[←1791]
Labourdette, *Portugal* (2000), pp. 522-527.

[←1792]

Farah, *Interventionism* (2000), pp. 695 y ss.

[←1793]
Tutino, *Revolution in Mexican Independence* (1998).

[←1794]

McClain, *Japan* (2002), pp. 123 y ss., 193 y ss.

[←1795]

Lo afirma Edmund Burke III, «Changing Patterns of Peasant Protest in the Middle East, 1750-1950», en: Kazemi/Waterbury, *Peasants and Politics* (1991), pp. 24-37, aquí 30.

[←1796]

Véase también, más arriba, el capítulo VIII.

[←1797]

Schölch, *Ägypten den Ägyptern*! (1972); J. A. Cole, *Colonialism* (1993).

[←1798]

Jacob Burckhardt, «Die geschichtlichen Krisen», en: Burckhardt, *Werke*, vol. 10 (2000), p. 463.

[←1799]
Goldstone, *Revolution and Rebellion* (1991).

[←1800]
Véase también, más arriba, el capítulo II.

[←1801]

Una primera contra esta perspectiva tan interior vino de la sociología: Skocpol, *States* (1979), una de las obras clásicas de la historia comparada de las revoluciones.

[←1802]
Schulin, *Französische Revolution* (2004[4]), p. 37.

[←1803]

Sobre Sorel: *Pelzer, Revolution und Klio* (2004), pp. 120-141: en su conjunto, esta obra recopilatoria es muy útil para la historiografía de la Revolución Francesa.

[←1804]

Adams, *USA vor 1900* (1999), p. 166; más teórico Bender, *Rethinking American History* (2002).

[←1805]

Aquí los pioneros fueron Eugen Rosenstock-Huessy, *Die europäischen Revolutionen* (Jena, 1931) y Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution* (Nueva York, 1938).

[←1806]

Godechot, *France* (1965); Palmer, *Zeitalter* (1970).

[←1807]
Bailyn, *Atlantic History* (2005), pp. 21-40.

[←1808]
Middell, *Weltgeschichtsschreibung* (2005), en esp. vol. 3, pp. 999-1054.

[←1809]
Kossok, *Ausgewählte Schriften* (2000), en esp. vol. 2.

[←1810]

Como introducción sigue siendo válido H.-C. Schröder, *Amerikanische Revolution* (1982); sobre los estudios más recientes, Countryman, *American Revolution* (2003^2) y uno de los autores más influyentes sobre el tema: Wood, *American Revolution* (2002); de carácter distinto, enciclopédico: Greene/Pole, *Companion* (2000); Wellenreuther, *Von Chaos und Krieg* (2006).

[←1811]

Que la cuestión de los impuestos no fue solo un error táctico de Londres, sino que también se vio afectada por conceptos distintos del imperio, lo mostró ya Gould, *Persistence of Empire* (2000), pp. 110-136.

[←1812]
Wood, *Radicalism* (1992), p. 109.

[←1813]

Langford, *A Polite and Commercial People* (1992), pp. 550 y ss.

[←1814]
Foster, *Modern Ireland* (1988), p. 280.

[←1815]

Ibíd., p. 281.

[←1816]
Textos en Hampsher-Monk, *Impact* (2005).

[←1817]
Mark Philp, «Revolution», en: McCalman, *Romantic Age* (1999), pp. 17-26.

[←1818]
Godechot, *France* (1965), pp. 54 y ss.

[←1819]
Schama, *Patriots* (1977), pp. 120-131.

[←1820]

Para un buen análisis de las interpretaciones recientes según su fuerza explicativa, Spang, *Paradigms* (2003); *cfr*. además P. R. Campbell, *Origins* (2006).

[←1821]

Es fundamental Skocpol, *States* (1979).

[←1822]
Wellenreuther, *Von Chaos und Krieg* (2006), p. 603.

[←1823]

Véase en especial Whiteman, *Reform* (2003); y antes la visión de conjunto basada en la bibliografía ajena y no tan bien «enfocada», de B. Stone, *Reinterpreting the French Revolution* (2002).

[←1824]

W. Doyle, *French Revolution* (2002[2]), p. 66; para los detalles Whiteman, *Reform* (2003), p. 43 y ss.

[←1825]

Entre la inmensa cantidad de bibliografía sobre la Revolución Francesa: Reichardt, *Blut der Freiheit* (1998); Schulin, *Französische Revolution* (2004[4]); W. Doyle, *French Revolution* (2002[2]); sobre la unidad de la época de 1789-1815 (en la que también este libro hace hincapié) Jessenne, *Révolution* (2002), y con más ambición, Sutherland, *French Revolution and Empire* (2003).

[←1826]

Con brevedad en F. W. Knight, *Haitian Revolution* (2002); muy conciso: Oliver Gliech, «Die Sklavenrevolution von Saint-Domingue/Haiti und ihre internationalen Auswirkungen (1789/91-1804/25)», en: Hausberger/ Pfeisinger, *Karibik* (2005), pp. 85-99. La obra de referencia es Dubois, *Avengers* (2004).

[←1827]

Cifras de Dubois, ibíd., p. 30.

[←1828]

Para la «revolución del mercado» *cfr*. Sean Wilentz, «Society, Politics and the Market Revolution, 1815-1848», en: Foner, *New American History* (1997), pp. 61-64, en esp. 62-70.

[←1829]

Dubois, *Avengers* (2004), p. 78,

[←1830]
Ibíd., p. 125.

[←1831]

Cfr. Geggus, *Slavery* (1982), muy completo sobre este importante episodio de la guerra mundial atlántica.

[←1832]
Fox-Genovese/Genovese, *Mind of the Masterclass* (2005), p. 38.

[←1833]

Especialmente impresionante en Dubois, *Colony of Citizens* (2004), que se centra sobre todo en Guadalupe.

[←1834]

Citado en Davis, *Problem of Slavery* (1966), p. 3.

[←1835]
Dubois, *Colony of Citizens* (2004), pp. 7, 171 y ss.

[←1836]

Véanse los casos estudiados en Klaits/Haltzel, *Global Ramifications* (1994).

[←1837]

Sobre la Revolución Francesa como «catalizador de las culturas políticas en Europa»: Reichardt, *Blut der Freiheit* (1998), pp. 257-334.

[←1838]
Förster, *Die mächtigen Diener* (1992).

[←1839]

Cfr. Keddie, *Iran* (1995), pp. 233-249; Shaw, *Between Old and New* (1971); Laurens, *L'Expédition d'Égypte* (1989), en esp. pp. 467-473.

[←1840]

Visión de conjunto sobre las interpretaciones principales: Uribe-Uran, *Enigma* (1997).

[←1841]

La obra de referencia sigue siendo J. Lynch, *Spanish-American Revolutions* (1986[2]); sobre las distintas regiones véanse Bernecker *et al.*, *Handbuch*, vol. 2 (1992); para una nueva interpretación en el contexto atlántico, Adelman, Sovereignty (2006), en esp. caps. 5 y 7.

[←1842]

Elliott, *Empires* (2006), p. 360.

[←1843]

Ibíd., p. 374.

[←1844]

Wood, *Benjamin Franklin* (2004).

[←1845]
Rodríguez O., *Independence of Spanish America* (1998), p. 82.

[←1846]

Graham, *Independence* (1994^2), pp. 107 y ss.

[←1847]

J. Lynch, *Simón Bolívar* (2006), es una obra maestra.

[←1848]

Lo pone de manifiesto la monumental obra de Van Young, *Other Rebellion* (2001).

[←1849]

J. Lynch, *Simón Bolívar* (2006), p. 122.

[←1850]

Graham, *Independence* (1994[2]), pp. 142 y ss.

[←1851]
J. Lynch, *Simón Bolívar* (2006), p. 105.

[←1852]
Ibíd., p. 147.

[←1853]

Sobre la militarización (pos)revolucionaria de Latinoamérica, véase Halperin-Donghi, *Aftermath* (1973), pp. 17-24.

[←1854]

Colin Lewis, «The Economics of the Latin American State: Ideology, Policy and Performance, c. 1820-1945», en: A. A. Smith *et al.*, *States* (1999), pp. 99-119, aquí 106.

[←1855]

Finzsch, *Konsolidierung* (2005), pp. 25 y ss.

[←1856]

Ibíd., pp. 596 y ss.; D. B. Davis, *Inhuman Bondage* (2006), p. 262.

[←1857]

Kossok/Loch, *Die französische Julirevolution* (1985), en esp. pp. 5372; Axel Körner, «Die Julirevolution von 1830: Frankreich und Europa», en: Wende, *Große Revolutionen* (2000), pp. 138-157; Pilbeam, *1830 Revolution* (1991), en esp. p. 149.

[←1858]

Así ocurrió en un caso en los Pirineos franceses, 1829-1831: P. Sahlins, *Forest Rites* (1994).

[←1859]

Desde luego, en Francia se ha estudiado especialmente bien esta cuestión del «abandono» de la revolución; lo resume Jourdan, *La révolution* (2004), pp. 71-83.

[←1860]
Woloch, *New Regime* (1994), pp. 380-426.

[←1861]
Dominguez, *Insurrection* (1980), pp. 227 y ss.

[←1862]
Breen, *Marketplace* (2004), en esp. pp. 235 y ss.

[←1863]

Véase la fenomenal (aunque apenas citada) R. G. Kennedy, *Orders from France* (1989); también Roach, *Cities of the Dead* (1996).

[←1864]

«Life of Napoleon Buonaparte», en: *The Complete Works of William Hazlitt*, vol. 13, ed. P. P. Howe, Londres, 1931, p. 38.

[←1865]
Brading, *First America* (1991), pp. 583-602.

[←1866]

Para un resumen, Gould, *A World Transformed?* (2003); muchas contribuciones en Gould/Onuf, *Empire and Nation* (2005).

[←1867]

Sobre la recepción de la Ilustración europea *cfr*. May, *Enlightenment in America* (1976), aunque la periodización es algo esquemática.

[←1868]
J. Lynch, *Simón Bolívar* (2006), p. 28.

[←1869]
J. Lynch, *Spanish American Revolutions* (1986[2]), p. 27.

[←1870]

Es el tema principal de Liss, *Atlantic Empires* (1983), que pese al título es en lo esencial un estudio sobre las ideas de la economía política en América.

[←1871]
W. Schulze, *Zahl der Opfer* (2008), pp. 140-152, en esp. 149.

[←1872]

John Lynch afirma que los diez años de guerra en Venezuela fueron «una guerra total de violencia incontrolada»: *Spanish American Revolutions* (1986[2]), p. 220.

[←1873]

Conway, *British Isles* (2000), pp. 43 y ss.; Heideking, *Geschichte der USA* (2003^{3}), p. 56.

[←1874]

Langley, *The Americas* (1996), p. 61.

[←1875]
Royle, *Revolutionary Britannia?* (2000), pp. 67 y ss.

[←1876]
Hilton, *A Mad, Bad, and Dangerous People?* (2006), p. 421.

[←1877]
Panorama conjunto: Hochschild, *Bury the Chains* (2005).

[←1878]

Nos ocuparemos del tema con más amplitud en el capítulo XVII.

[←1879]

L. S. Kramer, *Lafayette* (1996), pp. 113 y ss.

[←1880]
Jourdan, *La révolution* (2004), p. 357.

[←1881]

Beck, *Alexander von Humboldt*, vol. 1 (1959), pp. 223 y ss.; ibíd., vol. 2 (1961), pp. 2 y ss., 194-200 (Humboldt, 1848).

[←1882]

En esa misma época también hubo otros movimientos de protesta a los que, para un análisis más completo, se debe prestar atención; por ejemplo el levantamiento mahdista de Bu Ziyan en 1849, en el Atlas argelino. Véase al respecto Clancy-Smith, *Rebel and Saint* (1994), pp. 92-124.

[←1883]

Para una perspectiva paneuropea, Hachtmann, *Epochenschwelle* (2002); Mommsen, *1848* (1998); Sperber, *European Revolutions* (2005[2]), que es la mejor obra general; véanse también las diversas aportaciones recogidas en Dowe *et al.*, *Europa 1848* (1998).

[←1884]

John Breuilly, «1848: Connected or Comparable Revolutions?», en: *Körner, 1848* (2000), pp. 31-49, aquí 34 y ss.

[←1885]

Dieter Langewiesche, «Kommunikationsraum Europa. Revolution und Gegenrevolution», en: Langewiesche, *Demokratiebewegung* (1998), pp. 11-35, aquí 32.

[←1886]

Lo muestra con brillantez Ginsborg, *Daniele Manin* (1979), una de las obras clásicas sobre 1848-1849.

[←1887]
Mommsen, *1848* (1998), p. 300.

[←1888]
Sperber, *European Revolutions* (2005[2]), p. 62.

[←1889]
Ibíd., p. 124.

[←1890]

Blum, *End of the Old Order* (1978), p. 371.

[←1891]
Balance en Hachtmann, *Epochenschwelle* (2002), pp. 178-181.

[←1892]
Tombs, *France* (1996), p. 395.

[←1893]

Deák, *Lawful Revolution* (1979), pp. 321-337 (cifras en p. 329).

[←1894]

Langewiesche, *Europa* (19933), p. 112.

[←1895]

Un currículo paradigmático: rebelión, exilio, rehabilitación. *Cfr.* Gregor-Dellin, *Richard Wagner* (1983), pp. 279 y ss.

[←1896]

Hachtmann, *Epochenschwelle* (2002), pp. 181-185; Brancaforte, *German Forty-Eighters* (1989); Levine, *Spirit of 1848* (1992); Wolfram Siemann, «Asyl, Exil und Emigration», en: Langewiesche, *Demokratiebewegung* (1998), pp. 70-91.

[←1897]
Para lo siguiente me baso en M. Taylor, *1848 Revolution* (2000).

[←1898]

Documentación excelente en Clarke/Gregory, *Western Reports* (1982).

[←1899]

La mejor presentación y análisis, sobre todo de los inicios, es la de J. Spence, *God's Chinese Son* (1996); y véase todavía Michael, *Taiping Rebellion*, vol. 1 (1966); Jen Yu-wen, *Taiping* (1973); Shih, *Taiping Ideology* (1967).

[←1900]

Spence, *God's Chinese Son* (1996), p. 171; Michael, *Taiping Rebellion*, vol. 1 (1966), p. 174.

[←1901]
Cao Shuji, *Zhongguo yimin shi* (1997), p. 469.

[←1902]

Michael, *Taiping Rebellion*, vol. 1 (1966), pp. 135-168. Las fuentes, ibíd., vol. 3 (1971), pp. 729-1.378, en esp. 754 y ss.

[←1903]
Stampp, *America in 1857* (1990), p.viii.

[←1904]

W. B. Lincoln, *Great Reforms* (1990), pp. 68 y ss.

[←1905]

P. J. O. Taylor, *Companion* (1996), p. 75.

[←1906]

Los acontecimientos se describen en toda historia general reciente, por ejemplo en M. Mann, *Geschichte Indiens* (2005), pp. 100-104; Markovits *et al.*, Modern India (2002), pp. 283-293. Una narración completa y bien investigada, aunque con parte de Romanticismo imperial: David, *Indian Mutiny* (2002). Para las fuentes, Harlow/Carter, *Archives of Empire* (2003), vol. 1, pp. 391-551; un estudio interesante de historia psicológica y de las mentalidades es Herbert, *War of No Pity* (2008).

[←1907]

Omissi, k(1994), p. 133. Tras el «motín», la relación pasó a ser de 2:1 (antes era de 5:1).

[←1908]

Los reportajes de Russell, asombrosamente imparciales y amistosos con los indios, se pueden ver parcialmente en Russell, *Meine sieben Kriege* (2000), pp. 149-188.

[←1909]

Cook, *Understanding Jihad* (2005), pp. 80 y ss.; Bose/Jalal, *Modern South Asia* (2004[2]), p. 74.

[←1910]

Para los hechos valdrá cualquier manual, por ejemplo Heideking, *Geschichte der USA* (2003[3]), pp. 157-175, o Norton *et al.*, People (2001[6]), pp. 387-424; completo y muy actualizado: Finzsch, *Konsolidierung* (2005), pp. 561-741.

[←1911]
McPherson, *Abraham Lincoln* (1990), en esp. pp. 6 y ss.

[←1912]

El sociólogo Barrington Moore, en su estudio comparativo de las vías de acceso a la modernidad, afirmó que la guerra civil estadounidense fue la «última revolución capitalista»: Moore, *Soziale Ursprünge* (1969), pp. 140 y ss., en esp. 193-190. El principal representante de la tesis revolucionaria es el gran historiador de la guerra civil McPherson: *Abraham Lincoln* (1990), en esp. pp. 3-22.

[←1913]

Pero una gran autoridad que no es marxista también ha empleado el concepto de la revolución: Jen Yu-wen, *Taiping* (1973).

[←1914]

A. Lincoln, *Speeches and Writings*, vol. 2 (1989), p. 218.

[←1915]
Moore, *Soziale Ursprünge* (1969), p. 188.

[←1916]
Foner, *American Freedom* (1998), p. 58.

[←1917]

Brevemente, véase John Ashworth, «The Sectionalization of Politics, 1845-1860», en: Barney, *Companion* (2001), pp. 33-46. La obra de referencia es Freehling, *Road to Disunion* (1990-2007).

[←1918]
Potter, *Impending Crisis* (1976); Levine, *Half Slave* (2005).

[←1919]
Sobre el transcurso de la guerra: McPherson, *Battlecry* (1988).

[←1920]

W. J. Cooper/Terrill, *American South*, vol. 2 (1996[2]), p. 373.

[←1921]

R. W. Fogel, *Slavery Debates* (2003), p. 63.

[←1922]

Es clásico Litwack, *Been in the Storm so Long* (1979).

[←1923]
Boles, *Companion* (2002), caps. 16-18.

[←1924]

Así en Eric Foner, que ha escrito el estudio general más respetado y completo de este episodio: *Reconstruction* (1988).

[←1925]

O incluso de 1848 a 1877, como en la obra de referencia de Barney, *Battleground* (1990), que emplea «1848» como fecha de inicio formal (*midcentury*).

[←1926]

Atwill, *Chinese Sultanate* (2005), p. 185: no fue un conflicto religioso puro y se produjo en buena medida por la provocación de chinos *han*.

[←1927]

Cifra de M. C. Meyer/Sherman, *Mexican History* (1991⁴), p. 552; las obras de referencia son Tobler, *Die mexikanische Revolution* (1984) y la más narrativa de A. Knight, *Mexican Revolution* (1986).

[←1928]

Sin embargo, Mardin, *Genesis of Young Ottoman Thought* (1962), pp. 169-71, hace hincapié en que la Revolución Francesa tardó varias décadas en tener efectos en el imperio otomano.

[←1929]

D. C. Price, *Russia* (1974).

[←1930]
Para China es fundamental Reynolds, *China* (1993).

[←1931]

Gasster, *Chinese Intellectuals* (1969), en esp. pp. 106 y ss.

[←1932]
Sohrabi, *Global Waves* (2002), p. 58.

[←1933]
Gelvin, *Modern Middle East* (2005), p. 145.

[←1934]

Yoshitake, *Five Political Leaders* (1986), pp. 180, 193, 222.

[←1935]

Ascher, *Revolution of 1905* (2004), p. 28. Es la reelaboración abreviada de una obra anterior en dos volúmenes (1988-1992).

[←1936]

Kreiser/Neumann, *Türkei* (2003), pp. 341 y ss.; Georgeon, *Abdulhamid II* (2003), pp. 87-89.

[←1937]

Cfr. D. Lieven, *Nicholas II* (1993).

[←1938]

La biografía estándar, que atiende en particular a los primeros años de gobierno: Amanat, *Pivot* (1997).

[←1939]

Es fundamental Arjomand, *Constitutions* (1992), pp. 49-57; Sohrabi, *Historicizing Revolutions* (1995).

[←1940]

Texto en Gosewinkel/Masing, *Verfassungen* (2006), pp. 1307-1322.

[←1941]

Ascher, *Revolution of 1905* (2004), pp. 16 y ss.

[←1942]

Janet M. Hartley, «Provinvial and Local Government», en: D. Lieven, *Cambridge History of Russia*, vol. 2 (2006), pp. 449-467, aquí 461-465; Philippot, *Les zemstvos* (1991), pp. 76-80.

[←1943]

Para más detalles sobre las reformas del período Qing tardío: Chuzo Ichiko, «Political and Institutional Reform, 1901-11», en: Fairbank/Twitchett, *Cambridge History of China*, vol. 11 (1980), pp. 375-415; también Reynolds, China (1993).

[←1944]

Sdvižkov, *Zeitalter der Intelligenz* (2006), p. 150.

[←1945]

Es un clásico Venturi, *Roots of Revolution* (1960), caps. 21-22; con más concisión, Sdvižkov, *Zeitalter der Intelligenz* (2006), pp. 139-183.

[←1946]

Cfr. Vanessa Martin, *Islam and Modernism* (1989), pp. 18 y ss.

[←1947]

P. A. Cohen, *Between Tradition and Modernity* (1974), estudia un caso.

[←1948]

Breve esbozo de historia social en Jürgen Osterhammel, «Die erste chinesische Kulturrevolution. Intellektuelle in der Neuorientierung (1915-1924)», en: Osterhammel, *Asien* (1994), pp. 125-142, aquí 127-130.

[←1949]

Sobre el ascenso de un ejército politizado en el movimiento antihamidí véase el análisis (algo confuso) de Turfan, *Rise of the Young Turks* (2000); pero sobre todo la obra de referencia típica en lengua inglesa sobre la revolución de los Jóvenes Turcos: Hanioğlu, Preparation (2001).

[←1950]

Ascher, *Revolution of 1905* (2004), pp. 57 y ss.

[←1951]
Keddie, *Qajar Iran* (1999), p. 59.

[←1952]

Zürcher, *Turkey* (1998), pp. 93 y ss.

[←1953]

Fung, *Military Dimension* (1980); pero sobre todo McCord, *Power of the Gun* (1993), pp. 46-79.

[←1954]

Para la historia de los hechos, *cfr*. J. Spence, *Chinas Weg* (1995), pp. 305-337.

[←1955]

Zu Yuan, figura fascinante de la transición del siglo XIX al XX: véase E. P. Young, *Presidency of Yuan Shih-k'ai* (1977).

[←1956]

Sobre este parlamentarismo temprano véase Abrahamian, *Iran* (1982), pp. 81-92.

[←1957]

Afary, *Iranian Constitutional Revolution* (1996), pp. 337-340.

[←1958]
Kreiser/Neumann, *Türkei* (2003), p. 361.

[←1959]

Sobre el régimen pahlaví hasta 1941 *cfr*. Gavin R. G. Hambly, «The Pahlavi Autocracy: Rixa Shah, 1921-1941», en: H. Bailey, *Cambridge History of Iran*, vol. 7 (1991), pp. 213-243.

[←1960]

Entre las investigaciones recientes se constata una tendencia a considerar la revolución como una variante (extrema) de (macro)violencia colectiva; véase por ejemplo C. Tilly, *Collective Violence* (2003).

[←1961]

Al respecto es magnífico Vanessa Martin, *Qajar Pact* (2005), sobre todo en la descripción de la acción de las mujeres (pp. 95-112).

[←1962]

Hsiao Kung-chuan, *Rural China* (1960), pp. 502 y ss.

[←1963]
Excelente: Gelvin, *Modern Middle East* (2005), pp 139-146.

[←1964]

Sobre la novedad de los «imperios de la pólvora» asiáticos, Finer, *History of Government* (1997), vol. 3, caps. 1-4; para lo demás Lieberman, *Beyond Binary Histories* (1999).

[←1965]

Ernest Gellner, «Tribalism and the State in the Middle East», en: Khoury/Kostiner, *Tribes* (1991), pp. 109-126, aquí 109.

[←1966]

Carl A. Trocki, «Political Structures in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries», en: Tarling, *Cambridge History of Southeast Asia*, vol. 2 (1992), pp. 79-130, aquí 81.

[←1967]

O'Rourke, *Warriors* (2000), p. 43.

[←1968]
Earle, *Pirate Wars* (2003), pp. 231 y ss.

[←1969]
M. Mann, *Sources* (1993), p. 6.

[←1970]

Birmingham, *Portugal* (1993), p. 125.

[←1971]

Cfr. J. Lynch, *Argentine Dictator* (1981), y las pp. 201-246 sobre Rosas y su gobierno del terror.

[←1972]

Una buena caracterización en A. Knight, *Peculiarities* (1992), pp. 102 y ss.; también M. C. Meyer/Sherman, *Course of Mexican History* (1991^{4}), pp. 453-457. Sobre el caudillismo clásico, anterior a 1850 aproximadamente, *cfr*. J. Lynch, Caudillos (1992), en esp. pp. 183-237 y 402-437. Sobre la violencia y la rudimentaria organización del Estado en la Hispanoamérica del siglo XIX véase ante todo Riekenberg, *Gewaltsegmente* (2003), pp. 35-79, y en particular 59-63 sobre los caudillos; sobre Centroamérica en concreto: Holden, *Armies* (2004), en esp. pp. 25-50.

[←1973]

R. M. Schneider, *Latin American Political History* (2007), p. 139. A diferencia de en el Uruguay vecino, en Argentina, después de Rosas, los caudillos quedaron sometidos a la oligarquía terrateniente.

[←1974]

Visión de conjunto en Herzfeld, *Anthropology* (2001), pp. 118-132.

[←1975]

Es básico Newbury, *Patrons* (2003), en esp. la recapitulación (pp. 256-284).

[←1976]

C. M. Clark, *Kaiser Wilhelm II.* (2000), p. 162. La biografía de referencia es J. C. G. Röhl, *Wilhelm II.* (1993-2008).

[←1977]
Schudson, *Good Citizen* (1998), p. 132.

[←1978]

H. C. G. Matthew, *Gladstone* (1997), pp. 293-312, en esp. 310 y ss.

[←1979]

J. Lynch, *Argentine Dictator* (1981), p. 112, también Bernand, Buenos Aires (1997), pp. 149 y ss., 155-157.

[←1980]

P. Brandt *et al.*, *Handbuch* (2006), p. 42.

[←1981]

Rickard, *Australia* (1996[2]), p. 113.

[←1982]

Wortman, *Scenarios of Power* (2006), p. 347.

[←1983]

El panorama de las formas monárquicas se describe en: D. J. Steinberg *et al.*, *Southeast Asia* (1987), pp. 57-91.

[←1984]

Pennell, *Morocco* (2000), pp. 158-163.

[←1985]

Para la India *cfr*. Fisher, *Indirect Rule in India* (1991).

[←1986]

Thant, *Modern Burma* (2001), pp. 209 y ss.; Kershaw, *Monarchy in South-East Asia* (2001), p. 25.

[←1987]

De los numerosos estudios sobre los Estados principescos de la India destaca el siguiente, del sudeste del país: P. G. Price, *Kingship* (1996).

[←1988]
Kershaw, *Monarchy in South-East Asia* (2001), p. 26.

[←1989]

Ibíd., pp. 28 y ss.

[←1990]

M. D. Sahlins, *Anahulu* (1992), pp. 76 y ss.

[←1991]

Por ejemplo Geertz, *Negara* (1988); se trata de un libro influyente, cuya parcialidad ha sido corregida por Schulte Nordholt en *Spell of Power* (1996), que sobre todo sitúa la propia imagen estática de Geertz en el contexto histórico (en esp. pp. 5-11).

[←1992]

Kroen, *Politics and Theatre* (2000).

[←1993]

A partir del ejemplo de Birmania es muy válido Koenig, *Burmese Polity* (1990), pp. 16-84.

[←1994]

Morris, *Washing of the Spears* (1965), pp. 79 y ss., 91, 98 y ss. Sobre Shaka y su demonización *cfr*. C. Hamilton, *Terrific Majesty* (1998).

[←1995]

Laband, *Kingdom in Crisis* (1992), pp. 22 y ss.; Cope, *Characters of Blood* (1995), pp. 266 y ss.; como obra clásica sobre las formas de la monarquía en África: Fortes/Evans-Pritchard, *African Political Systems* (1967), en especial Fortes sobre los zulúes (pp. 25-55).

[←1996]

David K. Wyatt, «The Eighteenth Century in Southeast Asia», en: Blussé/Gaastra, *Eighteenth Century* (1998), pp. 39-55, aquí 47.

[←1997]

Sobre la taxonomía de las formas constitucionales: Kirsch, *Monarch* (1999), pp. 412 y ss. (Schaubild); *cfr*. asimismo P. Brandt *et al.*, *Handbuch* (2006), pp. 41-51.

[←1998]

E. N. Anderson/Anderson, *Political Institutions* (1967), p. 35; una obra clásica.

[←1999]

C. M. Clark, *Kaiser Wilhelm II.* (2000), pp. 259 y ss.

[←2000]

Kohlrausch, *Monarch im Skandal* (2005), pp. 45 y ss.; sobre el interés de Guillermo por la técnica en general *cfr*. W. König, *Wilhelm II.* (2007), en esp. pp. 195-233 sobre el «emperador viajero» técnicamente mejor preparado.

[←2001]
Daniel, *Hoftheater* (1995), p. 369.

[←2002]
Rathenau, *Der Kaiser* (1919), p. 34.

[←2003]

Otro caso de esta serie, en el que aquí no podemos entrar, sería el del emperador Pedro II de Brasil (1825-1891, *r.* 1840-1889); véase al respecto la biografía de Barman, *Citizen Emperor* (1999).

[←2004]

Bagehot, *English Constitution* (1964), pp. 61, 82 y ss.

[←2005]

Entre la abundancia de bibliografía reciente sobresale: D. Thompson, *Queen Victoria* (2001); también Homans, *Royal Representations* (1998).

[←2006]

D. Thompson, *Queen Victoria* (2001), pp. 144 y ss.

[←2007]

Keene, *Emperor of Japan* (2002), pp. 632-635.

[←2008]

Amanat, *Pivot* (1997), p. 431.

[←2009]

Según la biografía de su sobrino, que le sucedió en el trono: Georgeon, *Abdulhamid II.* (2003), p. 33.

[←2010]

Fujitani, *Splendid Monarchy* (1996), p. 49.

[←2011]

Ibíd., p. 229: uno de los mejores libros en general sobre la monarquía del siglo XIX.

[←2012]

Deringil, Well-*Protected Domains* (1998), p. 18.

[←2013]

Según el joven sah de Persia: Amanat, *Pivot* (1997), p. 352.

[←2014]

Paulmann, *Pomp und Politik* (2000), p. 325, aquí pp. 301-331, para un análisis perspicaz de la visita.

[←2015]

Sobre la cuestión véase Kirsch, *Monarch* (1999), pp. 210 y ss. Un planteamiento original en Rosanvallon, *La démocratie inachevée* (2000), pp. 199 y ss., que considera a Luis Napoleón como un teórico del «cesarismo».

[←2016]

R. Price, *French Second Empire* (2001), p. 95; sobre la permanente *fête imperiale* véase Baguley, *Napoleon III.* (2000).

[←2017]

R. Price, *French Second Empire* (2001), p. 211.

[←2018]
Beller, *Franz Joseph* (1997), p. 52.

[←2019]

Price, *People* (2004), pp. 67-120, sobre las diversas orientaciones de la oposición.

[←2020]

A este respecto sigo a Rosanvallon, *La démocratie inachevée* (2000), pp. 199 y ss., en esp. 237 y ss.

[←2021]
Toledano, *State and Society* (1990), pp. 50 y ss.

[←2022]

Bernier, *The World in 1800* (2000), pp. 76, 78.

[←2023]

Ibíd., p. 150.

[←2024]
Fujitani, *Splendid Monarchy* (1996), pp. 182-185.

[←2025]

Para un buen análisis de los problemas metódicos, también con base histórica, véase C. Tilly, *Democracy* (2007), pp. 59-66.

[←2026]

Caramani, *Elections in Western Europe* (2000), p. 53, tabla 2.3.; Fenske, *Verfassungsstaat* (2001), p. 516.

[←2027]

Algo más brevemente, sigo a Raphael, *Recht und Ordnung* (2000), p. 28.

[←2028]
Rosanvallon, *Staat in Frankreich* (2000), p. 51.

[←2029]
Fehrenbacher, *Slavery* (1981).

[←2030]

Pero con muy distintas variedades nacionales de participación política. Véase la comparación de las diversas vías en B. Turner, *Theory of Citizenship* (1990).

[←2031]

Ikegami, *Citizenship* (1995), que hace hincapié en la importancia de la oposición y los movimientos de protesta.

[←2032]

Algunas investigaciones bien fundamentadas han adelantado el surgimiento de una «esfera pública» al estilo de Habermas; en el caso de Inglaterra, hasta la década de 1640: McKeon, *Secret History* (2005), p. 56 y *passim*.

[←2033]

Habermas, *Strukturwandel* (1962), pp. 157 y ss.

[←2034]

H. Barker/Borrows, *Press* (2002); Uribe-Uran, *Birth of a Public Sphere* (2000).

[←2035]

Para ello es fundamental: A. Milner, *Invention of Politics* (1995).

[←2036]

Junto a muchos estudios específicos de historia de las ciudades, más en general para Estados Unidos, véase por ejemplo M. P. Ryan, *Civic Wars* (1997); para China: Ranking, *Elite Activism* (1986).

[←2037]

P. G. Price, *Acting in Public* (1991), pp. 92 y ss.

[←2038]

Ibíd., p. 113. Para la diversidad de voces que se expresaron en (el sur de) la India, y que el poder colonial no podía controlar de ningún modo, es ejemplar Irschick, *Dialogue and History* (1994).

[←2039]

De la démocratie en Amérique, I/ii/4, citado según Tocqueville, *Demokratie* (1976), pp. 216-224.

[←2040]

Finer, *History of Government* (1997), vol. 3, pp. 1567 y ss.; para los textos constitucionales más notables, véase Gosewinkel/Masing, *Verfassungen* (2006).

[←2041]

Lista en Navarro García, *Historia de las Américas* (1991), vol. 4, pp. 164-173.

[←2042]

Para las revoluciones del cambio de siglo véase más arriba, capítulo X.

[←2043]

Cfr. Fenske, *Verfassungsstaat* (2001); concisamente: W. Reinhard, *Staatsgewalt* (1999), pp. 410-426; el panorama general de Europa, en el momento de mayor interés por las constituciones, lo narran Kirsch/ Schiera, *Verfassungswandel* (2001).

[←2044]

Fenske, *Verfassungsstaat* (2001), pp. 525 y ss. Ahora bien, Fenske destaca por no incluir a Gran Bretaña entre las democracias, alegando que su clase política seguía estando dominada, de un modo sin parangón, por la aristocracia.

[←2045]

J. Fisch, *Geschichte Südafrikas* (1990), pp. 203 y ss.

[←2046]
Hoppen, *Mid-Victorian Generation* (1998), p. 253.

[←2047]

Caramani, *Elections in Western Europe* (2000), p. 60.

[←2048]

Ibíd., p. 65.

[←2049]

Ibíd., p. 952; Searle, *A New England?* (2004), p. 133.

[←2050]

Rosanvallon, *La démocracie inachevée* (2000), pp. 299-302.

[←2051]
Destaca Rosanvallon, *Le sacre du citoyen* (1972).

[←2052]

La historia la cuenta Keyssar, *Right to Vote* (2000), pp. 105 y ss.

[←2053]

Sobre este último episodio *cfr*. Mark Elvin, «The Gentry Democracy in Chinese Shanghai, 1905-1914», en: Elvin, *Another History* (1996), pp. 140-165.

[←2054]

Ahora la obra de referencia es Wilentz, *Rise of American Democracy* (2005), caps. 9-14.

[←2055]

Fehrenbacher, *Slaveholding Republic* (2001), pp. 24 y ss., 76 y ss., 236 y ss.

[←2056]
Wahrman, *Imagining the Middle Class* (1995), caps. 9-11.

[←2057]

Fechas según Bock, *Frauen* (2005), p. 199.

[←2058]

Para la historia del sufragio femenino, ibíd., pp. 201-215.

[←2059]

T. C. Smith, *Agrarian Origins* (1959), p. 197.

[←2060]

M. W. Steele, «From Custom to Right: The Politicization of the Village in Early Meiji Japan», en: Kornicki, *Meiji Japan*, vol. 2 (1998), pp. 11-27, aquí 24 y ss.

[←2061]

Mason, *Japan's First General Election* (1969), p. 197.

[←2062]

Según Welskopp, *Banner der Brüderlichkeit* (2000).

[←2063]

Sobre el socialismo utópico y el anarquismo: P. Weber, *Sozialismus als Kulturbewegung* (1989).

[←2064]

Grebing, *Geschichte der sozialen Ideen* (2000), pp. 160-168.

[←2065]

Como diagnóstico de época, pero aún interesante: Sombart, *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* (1906).

[←2066]

Véanse aquí también las cuatro «figuras» del Estado en Rosanvallon, *Staat in Frankreich* (2000), p. 14.

[←2067]

Rodgers, *Contested Truths* (1987), pp. 146, 169.

[←2068]

Para diversas interpretaciones de estos caminos véase por ejemplo P. Anderson, *Lineages* (1974), que incluye también el imperio otomano, y Ertman, *Birth of the Leviathan* (1997).

[←2069]

W. C. Jones, *Great Qing Code* (1994).

[←2070]

H. G. Brown, *War* (1995), p. 9 y *passim*.

[←2071]

G. E. Aylmer, «Bureaucracy», en: Burke, *Companion Volume* (1979), pp. 164-200, sigue siendo un panorama excelente.

[←2072]

Krauss, *Herrschaftspraxis* (1997), p. 240 y *passim*.

[←2073]

Berend, *History Derailed* (2003), pp. 188 y ss., 259. No por casualidad, la monarquía de los Habsburgo, al menos hasta 1859, era conocida como «la China de Europa» entre los contemporáneos. Cita de Langewiesche, *Liberalismus in Deutschland* (1988), p. 72.

[←2074]

Para una buena caracterización de las formas europeas de «racionalización» estatal, Breuer, *Der Staat* (1998), pp. 175-189.

[←2075]

La legitimidad tributaria es un punto crucial, que también contribuye a la eficiencia del Estado, aunque a menudo se pasa por alto. *Cfr*. Daunton, *Trusting Leviathan* (2001).

[←2076]

Sobre China: Watt, *District Magistrate* (1972); la India: Gilmour, *Ruling Caste* (2005), pp. 89-104.

[←2077]

Ibíd., p. 43.

[←2078]

Misra, *Bureaucracy in India* (1977), pp. 299-308.

[←2079]

Buenas descripciones en R. J. Smith, *China's Cultural Heritage* (1994[2]), pp. 55-67; Hucker, *Dictionary* (1985), pp. 83-96. Para el margen de acción del Estado chino a principios del siglo XIX, con el buen ejemplo de la prohibición del opio: Bello, *Opium* (2005).

[←2080]

Una crítica de muchos tópicos sobre la «corrupción china»: Reed, *Talons and Teeth* (2000), pp. 18-25.

[←2081]

Elman, *Civil Examinations* (2000), pp. 569 y ss.

[←2082]

Osterhammel, *China* (1989), pp. 163 y ss.; revisa la bibliografía más reciente Eberhard-Bréard, *Robert Hart* (2006).

[←2083]

Hwang, *Beyond Birth* (2005), p. 334.

[←2084]

Woodside, *Lost Modernities* (2006), p. 3: su intepretación es de lo más estimulante.

[←2085]

Findley, *Ottoman Civil Officialdom* (1989), p. 292 y *passim*.

[←2086]

Findley, *Turks* (2005), p. 161.

[←2087]

Silberman, *Cages of Reason* (1993), p. 180.

[←2088]

Constitución del Imperio Japonés (1889), Preámbulo, capítulo 1 (artículo 3).

[←2089]

Wakabayashi, *Anti-Foreignism* (1991), y las pp. 147-277 para una traducción de las «nuevas tesis» de Aizawa.

[←2090]

Wolfgang Schwentker, «Staatliche Ordnungen und Staatstheorien im neuzeitlichen Japan», en: W. Reinhard, *Verstaatlichung der Welt?* (1999), pp. 113-131, aquí 126 y ss.

[←2091]

Al respecto véase el fundamental: Lutz Raphael, «L'État dans les villages: Administration et politique dans les sociétés rurales allemandes, françaises et italiennes de l'époque napoléonienne à la Seconde Guerre Mondiale», en: Mayaud/Raphael, *Histoire de l'Europe rurale contemporaine* (2006), pp. 249-281.

[←2092]

Un caso bien estudiado del Japón de la década de 1870: Baxter, *Meiji Unification* (1994). La presión de la protesta «desde abajo», y la precariedad de la política exterior japonesa, distinguieron el caso japonés del alemán. *Cfr.* Yoda, *Foundations of Japan's Modernization* (1996), pp. 72 y ss.

[←2093]

Baxter, *Meiji Unification* (1994), pp. 53-92.

[←2094]

Cfr. Breuer, *Der Staat* (1998); también M. Mann, *Sources of Social Power* (1993), pp. 444-475.

[←2095]

Bensel, *Yankee Leviathan* (1990), p. 367.

[←2096]

M. Mann, *Sources of Social Power* (1993), p. 472.

[←2097]
Wunder, *Bürokratie* (1988), pp. 72 y ss.

[←2098]
Ullmann, *Steuerstaat* (2005), pp. 56 y ss.

[←2099]

M. Mann, *Sources of Social Power* (1993), p. 366 (tabla 11.3).

[←2100]
Raphael, *Recht und Ordnung* (2000), p. 123.

[←2101]
Daunton, *Progress* (1995), p. 519.

[←2102]

Ali, *Punjab* (1988), pp. 109 y ss.; Heathcote, *Military in British India* (1995), pp. 126 y ss. Sobre el estado indio como guarnición militar, *cfr*. Peers, *Mars* (1995).

[←2103]

Véanse los casos estudiados en Frevert, *Militär und Gesellschaft* (1997); Foerster, *Wehrpflicht* (1994).

[←2104]

Frevert, *Die kasernierte Nation* (2001), pp. 193 y ss.

[←2105]

Dietrich Beyrau, «Das Russische Imperium und seine Armee», en: Frevert, *Militär und Gesellschaft* (1997), pp. 119-142, aquí 130-133.

[←2106]

Fahmy, *All the Pasha's Men* (1997), en esp. pp. 76 y ss.

[←2107]

Eric J. Zürcher, «The Ottoman Conscription System in Theory and Practice», en: Zürcher, *Arming the State* (1999), pp. 79-94, en esp. 86, 91.

[←2108]
McClain, *Japan* (2002), p. 161.

[←2109]

R. J. Evans, *Rituale der Vergeltung* (2001), pp. 379-400. Aun así en Francia todavía hubo, hasta 1939, ejecuciones públicas aisladas.

[←2110]

Schrader, *Languages of the Lash* (2002), pp. 49, 144 y ss.

[←2111]

Como visión de conjunto *cfr*. David Bayley, «The Police and Political Development in Europe», en: C. Tilly, *Formation of National States* (1975), pp. 328-379, en esp. 340-360; como sociología comparada del poder: Knöbl, *Polizei* (1998).

[←2112]

Emsley, *Gendarmes and the State* (1999).

[←2113]

Westney, *Imitation* (1987), pp. 40-44, 72 y ss.

[←2114]

Ibíd., pp. 94 y ss.

[←2115]

Con el ejemplo del sur de la India: Arnold, *Police Power* (1986), pp. 99, 147.

[←2116]

Clive, *Macaulay* (1973), pp. 435-466.

[←2117]

Townshend, *Making the Peace* (1993), pp. 23-29.

[←2118]
J. A. Hobson, *Imperialism* (1988[3]), p. 124.

[←2119]

Monkkonen, *Police* (1981), pp. 42, 46.

[←2120]

Excelente planteamiento en Eric H. Monkkonen, «Police Forces», en: Foner/ Garraty, *Reader's Companion* (1991), pp. 847-850.

[←2121]

Es el tema de Petrow, *Policing Morals* (1994).

[←2122]

Las contribuciones de Kraus a este tema aparecieron entre 1902 y 1907 en *Die Fackel* y se han recopilado en *Schriften*, vol. 1, Frankfurt a. M. 1987.

[←2123]

A. J. Major, *State and Criminal Tribes* (1999), pp. 657 y ss., 663; véase también T. R. Metcalf, *Ideologies of the Raj* (1994), pp. 122-125 y los caps. 3 y 4, completos sobre la categorización étnica.

[←2124]

Según M. E. Curtin, *Black Prisoners* (2000), pp. 1 y ss.

[←2125]

Karl-Friedrich Lenz, «Penal Law», en: W. Röhl, *History of Law in Japan* (2005), pp. 607-626, aquí 609 y ss.

[←2126]

Umemori Naoyuki, «Spatial Configuration and Subject Formation: The Establishment of the Modern Penitentiary System in Meiji Japan», en: Hardacre/Kern, *New Directions* (1997), pp. 734-767, en esp. pp. 744-746, 754, 759 y ss.

[←2127]

Dikötter, *Crime* (2002), pp. 56-58; pero los planes no se implantaron a gran escala hasta la república.

[←2128]

Lindert, *Growing Public* (2004), pp. 46 y ss.

[←2129]

Rosanvallon, *Staat in Frankreich* (2000), p. 104; Raphael, *Recht und Ordnung* (2000), p. 102; Lindert, *Poor Relief* (1998).

[←2130]

Al respecto es fundamental una obra de referencia como Lindert, *Growing Public* (2004), pp. 171 y ss.; véase también W. Reinhard, *Staatsgewalt* (1999), pp. 460-467.

[←2131]

Eichenhofer, *Geschichte des Sozialstaats* (2007), p. 54.

[←2132]

Las fechas, en una comparativa internacional, en: M. G. Schmidt, *Sozialpolitik* (1998), p. 180 (tabla 5).

[←2133]

Es el tema de Rodgers, *Atlantic Crossings* (1998), en esp. pp. 209 y ss. (sobre la seguridad social).

[←2134]

Esping-Andersen, *Three Worlds* (1990).

[←2135]

Sobre toda esta sección *cfr.*: P. D. Curtin, *World* (2000), pp. 128-191.

[←2136]

Al respecto Faroqhi, *Kultur und Alltag* (1995), p. 30.

[←2137]

Se resume en todas las historias del imperio otomano, con especial precisión en Davison/Dodd, *Turkey* (1998[3]), pp. 91-104; Kreiser/ Neumann, *Türkei* (2003), pp. 330-338; Hanioğlu, *Brief History* (2008), pp. 72-108. Aunque más modestos, en Irán también hubo impulsos reformistas influidos por el modelo otomano: Bakhash, *Iran* (1978).

[←2138]

Cfr. Anastassiadou, *Salonique* (1997); Hanssen, *Beirut* (2005).

[←2139]

Rich, *Age of Nationalism* (19772), pp. 145 y ss., establece paralelos interesantes entre las reformas contemporáneas, más o menos «liberales», de Gran Bretaña y Rusia.

[←2140]

W. B. Lincoln, *Great Reforms* (1990); Eklof *et al.*, *Russia's Great Reforms* (1994); Beyrau *et al.*, *Reformen* (1996).

[←2141]

Incluso Corea, el último país del Asia oriental que aún seguía en gran medida cerrado a Occidente, inició una política de reformas para «consolidarse». *Cfr.* Palais, *Politics and Policy* (1991).

[←2142]
W. Reinhard, *Verstaatlichung* (1999).

[←2143]

Se estudia un caso en Roussillon, *Identité et modernité* (2005).

[←2144]

Paul Wanderwood, «Betterment for Whom? The Reform Period, 1855-1875», en: M. C. Meyer/Beezley, *Oxford History of Mexico* (2000), pp. 371-396.

[←2145]

Polunov, *Russia* (2005), pp. 123 y ss., 174-189.

[←2146]

Maurus Reinkowski, «The State's Security and the Subjects' Prosperity: Notions of Order in Ottoman Bureaucratic Correspondence», en: Karateke/ Reinkowski, *Legitimizing the Order* (2005), pp. 195-212, aquí 206; Reinkowski, *Dinge der Ordnung* (2005), pp. 284, 287.

[←2147]

Perkins, *Modern Tunisia* (2004), pp. 14 y ss.

[←2148]

Cfr. Mock, *Imperiale Herrschaft* (1982).

[←2149]

Véase Torp, *Herausforderung* (2005).

[←2150]

Trocki, *Opium and Empire* (1991).

[←2151]

Pierenkemper, *Wirtschaftsgeschichte* (2005), pp. 21 y ss. Como introducción a este capítulo véase en particular Buchheim, *Industrielle Revolutionen* (1994).

[←2152]
Wischermann/Nieberding, *Die institutionelle Revolution* (2004), pp. 17-29.

[←2153]

Cfr. Pollard, *Peaceful Conquest* (1981).

[←2154]

Wischermann/Nieberding, *Die institutionelle Revolution* (2004), p. 26, según D. C. North.

[←2155]

Véase más arriba, capítulo V.

[←2156]

Pomeranz, *Great Divergence* (2000); P. H. H. Vries, *Via Peking* (2003). La cuestión la plantearon inicialmente en la década de 1950 historiadores económicos chinos.

[←2157]

Es la tesis, muy aclaradora, de Amsden, *Rise of «the Rest»* (2001), pp. 51 y ss.

[←2158]

En esta línea, como interpretación no dogmática, sigue siendo atractivo Hobsbawm, *Industrie und Empire* (1969), vol. 1, pp. 33-78.

[←2159]

Schumpeter, *Konjunkturzyklen* (1961, primera edición de 1939). Kondrátiev fue fusilado en septiembre de 1938 en una cárcel moscovita. Sus escritos completos no se publicaron en Occidente hasta 1998.

[←2160]

Polanyi, *Great Transformation* (1957). Hay ampliaciones influyentes de este enfoque tanto en la antropología de las comunidades campesinas como en la teoría de una «economía moral», de E. P. Thompson y James C. Scott.

[←2161]

Última versión de la teoría: Rostow, *World Economy* (1978).

[←2162]

Gerschenkron, *Economic Backwardness* (1962), con un buen análisis en Verley, *La Révolution industrielle* (1997[2]), pp. 111-114, 324, 326.

[←2163]

Bairoch, *Révolution industrielle* (1963); la última versión en: Bairoch, *Victoires* (1997), vol. 1.

[←2164]

Landes, *Der entfesselte Prometheus* (1973), obra magistral de síntesis histórica, que sigue siendo un libro fundamental sobre el tema.

[←2165]

D. C. North/Thomas, *Rise* (1973).

[←2166]

Schumpeter lo rechaza explícitamente: *Konjunkturzyklen* (1961, primera edición de 1939), vol. 1, p. 264. Max Weber solamente lo menciona al paso, cuando se expresa en contra del determinismo tecnológico; *cfr*. Swedberg, *Max Weber* (1998), pp. 149 y ss.

[←2167]

Landes, *Wohlstand und Armut* (1999).

[←2168]

Sylla/Toniolo, *Patterns* (1991), ponen a prueba la teoría de Gerschenkron país por país, pero hablan poco de Japón.

[←2169]

Patrick K. O'Brien: «Introduction», en: O'Brien, *Industrialisation* (1998), vol. 1, p. XLIII.

[←2170]

Es una excepción Stearns, *Industrial Revolution* (1993).

[←2171]

Según Easterlin, *Growth Triumphant* (1997), p. 31; E. L. Jones, *Growth Recurring* (1988), p. 13, que habla de un crecimiento «intensivo».

[←2172]

Un buen ejemplo de esta clase de análisis sigue siendo: Mathias, *First Industrial Nation* (1969).

[←2173]

Verley, *La Révolution industrielle* (1997), pp. 34-36.

[←2174]

Actualmente, quien va más lejos es: Inikori, *Africans* (2002); otras reflexiones con un resultado similar en Findlay/O'Rourke, *Power and Plenty* (2007), pp. 330-32, en esp. 339-32.

[←2175]

Mokyr, *Gifts of Athena* (2002), tras las huellas de un libro pionero: Jacob, *Scientific Culture* (1997); véase también, con especial interés por la transferencia y conexión con la historia universal: Inkster, *Science* (1991).

[←2176]

J. de Vries, *Industrial Revolution* (1994), en esp. pp. 255 y ss. Los historiadores económicos japoneses Akira Hayami y Osamu Saito ya habían planteado antes propuestas similares. Sobre Japón es completo: Hayami *et al.*, *Economic History of Japan* (2004), en esp. caps. 1, 9-11.

[←2177]
Ogilvie/Cerman, *Proto-Industrialization* (1996); Mager, *Protoindustrialisierung* (1988).

[←2178]

Por ejemplo en el imperio zarista: Gestwa, *Proto-Industrialisierung* (1999), pp. 345 y ss.

[←2179]

Según el cauteloso juicio de Daunton, *Progress* (1995), p. 169.

[←2180]

Especialmente relevante al respecto: M. Berg, *Age of Manufactures* (1985).

[←2181]

Komlos, *Industrial Revolution* (2000).

[←2182]

Findlay/O'Rourke, *Power and Plenty* (2007), p. 313, como formulación de un nuevo consenso en la historia económica.

[←2183]

Martin Daunton, «Society and Economic Life», en: C. Matthew, *Nineteenth Century* (2000), pp. 41-82, aquí 51-55.

[←2184]

Verley, *La Révolution industrielle* (1997[2]), p. 107.

[←2185]

Es fundamental Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution* (1981).

[←2186]

Cameron, *New View* (1985).

[←2187]

Craig/Fisher, *European Macroeconomy* (2000), pp. 257 y ss., 280, 309; Pollard, *Peaceful Conquest* (1981); Teich/Porter, *Industrial Revolution* (1996).

[←2188]

Una nueva teoría macrohistórica incluso ve aquí la causa última del crecimiento económico: «el crecimiento es el fruto, casi siempre, de inversiones que amplían cuanto las sociedades saben sobre la producción»; G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), pp. 197, 204-207.

[←2189]

Cfr. Ledderose, *Ten Thousand Things* (2000), en esp. pp. 2-4; sobre la producción masiva en Occidente es básico: Hounshell, *From the American System* (1984).

[←2190]
Sabel/Zeitlin, *World of Possibilities* (1997).

[←2191]

Sobre Alemania *cfr*. Herrigel, *Industrial Constructions* (1996).

[←2192]

Para una buena descripción de manual, Matis, *Industriesystem* (1988), pp. 248-265. El analista más influyente fue, durante mucho tiempo, A. D. Chandler, con *Visible Hand* (1977) y *Scale and Scope* (1990). Como estudio modélico de un proceso de transformación nacional, M. S. Smith, *Emergence* (2006), pp. 325 y ss. Recientemente Peter Temin *et al.* han propuesto un «paradigma» alternativo.

[←2193]

Werner Abelshauser, «Von der Industriellen Revolution zur Neuen Wirtschaft. Der Paradigmenwechsel im wirtschaftlichen Weltbild der Gegenwart», en: Osterhammel *et al.*, *Wege* (2006), pp. 201-218.

[←2194]

Blackford, *Rise of Modern Business* (1998[2]), pp. 103 y ss.; Boyce/Ville, *Modern Business* (2002), pp. 9 y ss.

[←2195]

O’Brien, *Industrialisation* (1998), es una recopilación excelente; y aún más completa: Church/Wrigley, *Industrial Revolutions* (1994).

[←2196]

Wallerstein, *Modern World-System III* (1989), p. 33.

[←2197]

Según Frank, *ReOrient* (1998), que impone sus tesis sin compasión; también J. M. Hobson, *Eastern Origins* (2004), que carece de seriedad y tiene unas deficiencias empíricas espantosas.

[←2198]

Es básico: Pomeranz, *Great Divergence* (2000); en esta línea: Blussé/ Gaastra, *Eighteenth Century* (1998), que resulta menos espectacular, pero es pionero desde el punto de vista empírico.

[←2199]
E. L. Jones, *European Miracle* (1981), p. 160.

[←2200]

M. Weber, *Wissenschaftslehre* (19683), p. 407.

[←2201]

C. Smith, *Science of Energy* (1998), en esp. pp. 126-169.

[←2202]

Para un retrato monumental de lord Kelvin y su época, C. Smith/Wise, *Energy and Empire* (1989). Aquí también interesa —como en Siemens— la gran importancia del telégrafo como desafío científico (pp. 445 y ss.).

[←2203]

Feldenkirchen, *Siemens* (2003[2]), pp. 55 y ss.

[←2204]

W. König/Weber, *Netzwerke* (1990), pp. 329-340; Smil, *Creating the Twentieth Century* (2005), cap. 2.

[←2205]

Imposible perder de vista la centralidad de este aparato en la historia técnica del siglo XIX, ahora con Wagenbreth *et al.*, *Dampfmaschine* (2002).

[←2206]

Mirowski, *More Heat than Light* (1989).

[←2207]
Rabinbach, *Human Motor* (1990).

[←2208]

Malanima, *Economia preindustriale* (1995), p. 98.

[←2209]

Malanima, *Uomini* (2003), p. 49. Véanse dos nuevas historias mundiales de la minería, que van más allá del carbón: C. E. Gregory, *Mining* (2001); M. Lynch, *Mining* (2002). Sobre el problema de la energía en la industrialización en general, véase Sieferle *et al.*, *Ende der Fläche* (2006), en esp. caps. 4-5.

[←2210]

Paolo Malanima, «The Energy Basis for Early Modern Growth, 1650-1820», en: Prak, *Early Modern Capitalism* (2001), pp. 51-68, aquí 67. Para la historia de la técnica es fundamental aquí Hunter, *Industrial Power* (1979).

[←2211]

Malanima, *Uomini* (2003), p. 45, calcula que en la Edad Moderna el consumo per cápita en Europa era de 2 kilos: una cifra mínima, en la que quizá influye la perspectiva del sur de Italia.

[←2212]

Grübler, *Technology* (1998), p. 250. Para la historia del petróleo antes de 1914: Yergin, *Der Preis* (1991), caps. 1-8.

[←2213]

Overton, *Agricultural Revolution* (1996), p. 126; Grübler, *Technology* (1998), p. 149 (ilus. 5.8).

[←2214]
Wrigley, *People* (1987), p. 10.

[←2215]

M. Lynch, *Mining* (2002), pp. 73 y ss. Sobre la técnica y la difusión internacional de las máquinas de Newcomen *cfr.* Wagenbreth *et al.*, *Dampfmaschine* (2002), pp. 18-23.

[←2216]

Marsden, *Watt's Perfect Engine* (2002), pp. 118 y ss.

[←2217]

Grübler, *Technology* (1998), p. 209 (ilustr. 6.3).

[←2218]
Wagenbreth *et al.*, *Dampfmaschine* (2002), p. 240.

[←2219]

Minami, *Power Revolution* (1987), pp. 53 y ss., 58, 331-333.

[←2220]

Pohl, *Aufbruch* (1989), p. 127 (tabla VI. 4), pasándolo a porcentajes.

[←2221]

Debeir *et al.*, *Prometheus* (1989), p. 177: junto a Smil, *Energy* (1994), el mejor estudio general de historia de la energía.

[←2222]
Trebilcock, *Industrialization* (1981), p. 237.

[←2223]
W. W. Lockwood, *Economic Development of Japan* (1968), p. 91.

[←2224]

Concepto de Sugihara Kaoru, «Japanese Imperialism in Global Resource History» (University of Osaka, Department of Economics, Working Paper 07/04), 2004, p. 13.

[←2225]

Pomeranz, *Great Divergence* (2000), p. 62.

[←2226]

R. Reinhard, *Erdkunde* (1929[6]), p. 119.

[←2227]

Pohl, *Aufbruch* (1998), p. 127 (tabla VI.4).

[←2228]

Smil, *Energy* (1994), p. 228.

[←2229]
Alleaume, *Industrial Revolution* (1999), p. 341.

[←2230]

Verley, *La Révolution industrielle* (1997[2]), pp. 492 y ss.

[←2231]

Wolfram Fischer, «Wirtschaft und Gesellschaft Europas, 1850-1914», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 5 (1985), p. 149 (tabla 42).

[←2232]

Bulmer-Thomas, *Economic History* (1994), pp. 58 y ss. Como balance de la historiografía *cfr*. Haber, *How Latin America Fell Behind* (1997); para un análisis la experiencia exportadora de cada país desde 1880 véase Cárdenas, *Economic History* (2000).

[←2233]

Bulmer-Thomas, *Economic History* (1994), p. 61.

[←2234]

Así lo explica Feinstein, *Economic History of South Africa* (2005), pp. 90-99.

[←2235]
Bulmer-Thomas, *Economic History* (1994), pp. 130-139.

[←2236]

Con más detalles: Osterhammel, *China* (1989), pp. 188-194; para la comparación de China y Japón: Yoda, *Foundations of Japan's Modernization* (1996), pp. 119-125.

[←2237]

Köll, *From Cotton Mill* (2003); Cochran, *Encountering Chinese Networks* (2000).

[←2238]
Osterhammel, *China* (1989), pp. 263 y ss.

[←2239]

Cfr. por ejemplo Inikori, *Africans* (2002), p. 428.

[←2240]

Dietmar Rothermund, «The Industrialization of India: Technology and Production», en: B. B. Chaudhuri, *Economic History of India* (2005), pp. 437-523, aquí 441 y ss.; Roy, *Economic History* (2000), pp. 123-131.

[←2241]

Farnie/Jeremy, *Fibre* (2004), p. 401, y en general 400-413 para la historia inicial de la industria del algodón india.

[←2242]

Ibíd., p. 418.

[←2243]

Roy, *Economic History* (2000), pp. 131-133.

[←2244]

Arcadius Kahan, «Rußland und Kongreßpolen 1860-1914», en: Fischer, *Handbuch*, vol. 5 (1985), pp. 512-600, aquí 538 (tabla 11).

[←2245]

Al respecto, muy estimulante: Chandavarkar, *Imperial Power* (1998), pp. 30-73.

[←2246]

Buenas introducciones: McClain, *Japan* (2002), pp. 207-245; Janet E. Hunter, «The Japanese Experience of Economic Development», en: O'Brien, *Industrialisation*, vol. 4 (1998), pp. 71-141. Los debates de los expertos están documentados en: Church/Wrigley, *Industrial Revolutions*, vol. 7 (1994).

[←2247]

Tamaki, *Japanese Banking* (1995), pp. 51 y ss.

[←2248]

Mosk, *Japanese Industrial History* (2001), p. 97. Es básico, sobre el ascenso de la industria algodonera japonesa, en el contexto mundial: Howe, *Origins* (1996), pp. 176-200.

[←2249]

Morris-Suzuki, *Technological Transformation* (1994), p. 73.

[←2250]

Como resumen: Sean Winlentz, «Society, Politics, and the Market Revolution, 1815-1848», en: Foner, *New American History* (1997), pp. 61-84; también los caps. 9-10 de Barney, *Companion* (2001).

[←2251]

Es la tesis central de Bensel, *Political Economy* (2000).

[←2252]

Takebayashi, *Kapitalismustheorie* (2003), pp. 155 y ss.

[←2253]

Cfr. Mommsen, *Imperialismustheorien* (1987[3]); Semmel, *Liberal Ideal* (1993).

[←2254]

Grassby, *Idea of Capitalism* (1999), p. 1.

[←2255]

Véase Leslie Sklair, artículo «Capitalism: Global», en: Smelser/Baltes, *International Encyclopedia*, vol. 3 (2001), pp. 1459-1463.

[←2256]

Desde el punto de vista de la teoría son especialmente estimulantes dos libros —que no pueden ser más distintos en cuanto a su valoración final— surgidos al principio de la más reciente polémica sobre el capitalismo: P. L. Berger, *Capitalist Revolution* (1986); Heilbroner, *Nature and Logic* (1985). La *longue durée* se ha formulado con especial cuidado (y en discrepancia con Braudel) en Arrighi, *Long Twentieth Century* (1994). Un excelente punto de partida para nuevos análisis es Richard Swedberg, «The Economic Sociology of Capitalism: An Introduction and Agenda», en: Nee/Swedberg, *Economic Sociology* (2005), pp. 3-40.

[←2257]

Con modificaciones, P. L. Berger, *Capitalist Revolution* (1986), p. 19.

[←2258]

Al respecto es fundamental Byres, *Capitalism from Above* (1996).

[←2259]

Sobre esto es paradigmático el surgimiento de Lever Brothers/Unilever y las actividades de ultramar de este grupo desde 1895.

[←2260]

Cfr. los perfiles nacionales de A. D. Chandler *et al*., *Big Business* (1997). Otro punto de vista interesante en Arrighi, *Long Twentieth Century* (1994), pp. 33 y ss., que considera «capitalismo» y «territorialismo» opuestos apenas reconciliables.

[←2261]

Para este capítulo ha sido muy estimulante, en varios puntos: Kocka/ Offe, *Arbeit* (2000), en esp. pp. 121 y ss.

[←2262]

Véase más arriba, capítulo V.

[←2263]

Siddiqi, *Ayesha's World* (2001); Rosselli, *Singers* (1992), caps. 3-4; Richardson, *Chinese Mine Labour* (1982); Druett, *Rough Medicine* (2000). Son estudios valiosos, que parten de los documentos personales para reconstruir mundos laborales específicos.

[←2264]
Chris Tilly/Tilly, *Work* (1998), p. 29.

[←2265]

Para un estado de la cuestión y bibliografía sobre este capítulo: Lucassen, *Global Labour History* (2006).

[←2266]
Kaelble, *Erwerbsarbeit* (1997), pp. 22-25.

[←2267]

Lo pone de manifiesto Biernacki, *Fabrication of Labor* (1995).

[←2268]

Cfr. Lynn, *Commerce* (1997), que estudia la producción y el comercio del aceite de palma, en esp. pp. 34-59.

[←2269]

Para África *cfr*. Atkins, *The Moon is Dead* (1993), p. 128.

[←2270]

Apenas hay intentos de trazar una historia global de la agricultura. Puede verse al menos una atlántica en Richard Herr, «The Nature of Rural History», en: Herr, *Themes* (1993), pp. 3-44; para un panorama magistral de la Europa rural (con otros temas secundarios), Hobsbawm, *Blütezeit* (1977), cap. 10.

[←2271]
Kaelble, *Erwerbsstruktur* (1997), pp. 8, 10.

[←2272]
Véase más arriba, capítulo VII.

[←2273]

Elson, End of the Peasantry (1997), pp. 23 y ss.

[←2274]

Para un breve repaso a la investigación: M. Kearney, «Peasants and Rural Societies in History», en: Smelser/Baltes, *International Encyclopedia*, vol. 16 (2001), pp. 11163-11171. Wimmer, *Die komplexe Gesellschaft* (1995), también ofrece una buena visión de conjunto sobre las teorías de la «sociedades agrarias». Una gran parte de la teoría se basa en ejemplos de Rusia y el sudeste asiático.

[←2275]

Hay un buen resumen en: Little, *Understanding Peasant China* (1989), pp. 29-67.

[←2276]

Hanley/Yamamura, *Preindustrial Japan* (1977), p. 332.

[←2277]

Blum, *Internal Structure* (1971), p. 542.

[←2278]
Huang, *Peasant Economy* (1985), pp. 225-228.

[←2279]

Para las comunidades rurales en Europa véase, además de Blum: Rösener, *Bauern* (1993), pp. 202-220; sobre Rusia Ascher, *Stolypin* (2001), pp. 153-164. Todavía no contamos con estudios comparativos sobre Asia; como estudio etnológico sobre Japón, China y la India, pero con poca profundidad histórica, *cfr*. Fukutake, *Asian Rural Society* (1967), así como Gilbert Rozman, «Social Change», en: J. W. Hall, *Cambridge History of Japan*,vol. 5 (1989), pp. 499-568, aquí 526 y ss. Por descontado, no hubo una única clase de pueblo europeo o japonés.

[←2280]
Fukutake, *Asian Rural Society* (1967), p. 4.

[←2281]

Solo en Japón, en 1885, una investigación halló más de veinte tipos distintos de arrendamiento. Waswo, *Japanese Landlords* (1977), p. 23.

[←2282]

Palairet, *Rural Serbia* (1995), pp. 41-43, 69 y ss., 78, 85-90.

[←2283]

En particular según Robb, *Peasants' Choices?* (1992); como síntesis excelente de los últimos estudios véanse los capítulos de Jacques Pouchepadass en: Markovits *et al.*, *Modern India* (2002), pp. 294-315, 410-431. Véanse también las precisiones regionales de M. Mann, *Geschichte Indiens* (2005), pp. 149-87; y Ludden, *Agrarian History* (1999).

[←2284]

Por ejemplo Grigg, *Agricultural Systems* (1974).

[←2285]
Stinchcombe, *Stratification* (1986), pp. 33-51.

[←2286]
Véase también, más arriba, el capítulo V.

[←2287]

Para la India *cfr*. Prakash, *World of the Rural Labourer* (1994).

[←2288]
Peebles, *Sri Lanka* (2006), p. 58.

[←2289]

Con más detalles sobre las condiciones laborales: Breman, *Taming the Coolie Beast* (1989), pp. 131 y ss.

[←2290]

Concisa descripción del tipo en Grigg, *Agricultural Systems* (1974), pp. 213-215.

[←2291]
Stoler, *Capitalism* (1985), p. 20.

[←2292]

Ibíd., pp. 25-36.

[←2293]

Alleaume, *Industrial Revolution* (1999), pp. 331, 335, 338, 342 y ss.; R. Owen, *Middle East* (1981), pp. 66-68.

[←2294]

Sobre México y Perú: Mallon, *Peasant and Nation* (1995).

[←2295]
Nickel, *Soziale Morphologie* (1978), pp. 73-83.

[←2296]

Ibíd., pp. 110-116. Sobre la «hacienda» en general véase también Wasserman, *Everyday Life* (2000), pp. 23-29, 70-72, 150-154.

[←2297]

Adelman, *Frontier Development* (1994), p. 130.

[←2298]

Para África es bueno: Zeleza, *Economic History of Africa* (1993), pp. 213-216.

[←2299]
Kriger, *Pride of Men* (1989), p. 119.

[←2300]

Friel, *Maritime History* (2003), p. 228.

[←2301]

Al menos fue así en Hamburgo hasta finales de siglo (en Inglaterra y Escocia, los gremios eran más débiles), *cfr*. Cattaruzza, *Arbeiter* (1988), pp. 118 y ss.

[←2302]

Peter Boomgaard, «The Non-Agricultural Side of an Agricultural Economy: Java 1500-1900», en: Alexander *et al.*, *Shadow* (1991), pp. 14-40, aquí 30.

[←2303]

El capítulo de Akos Paulinyis en Eggebrecht *et al.*, *Geschichte der Arbeit* (1980), pp. 206-234, ofrece una impresión muy clara de la realidad del funcionamiento de las fábricas en la primera fase de la industrialización. Pero los historiadores del trabajo tienden a pensar solo en el trabajo laboral urbano; como balance *cfr.* Heerma van Voss/Linden, *Class* (2002).

[←2304]

Bradley, *Muzhik and Muscovite* (1985), p. 16.

[←2305]

Cfr. R. E, Johnson, *Peasant and Proletarian* (1979), p. 26.

[←2306]

Turrell, *Capital and Labour* (1987), pp. 146-173.

[←2307]

Sobre el caso chino, menos conocido: Shao Qin, *Culturing Modernity* (2003).

[←2308]
Friedgut, *Iuzovka and Revolution* (1989-94), vol. 1, pp. 193 y ss.

[←2309]

Véase por ejemplo Beinin/Lockman, *Workers on the Nile* (1987), p. 25; Tsurumi, *Factory Girls* (1990), pp. 59-67.

[←2310]

Aquí debemos pasar por alto un tema importante, el del trabajo infantil. No disponemos de estudios al respecto, fuera del contexto europeo. Rahikainen, *Centuries of Child Labour* (2004), se ocupa de diez países europeos. La conclusión general podría ser que los niños trabajaron siempre y en todas partes, hasta que en la década de 1880, varios paíseos europeos (primero Gran Bretaña y Alemania) introdujeron leyes protectoras, aunque solo para el trabajo industrial (ibíd., pp. 150-157). Véase también Cunningham, *Geschichte des Kindes* (2006).

[←2311]

Johnston, *Modern Epidemic* (1995), pp. 74-80; Tsurumi, *Factory Girls* (1990), en esp. pp. 59 y ss.; para Alemania por ejemplo Kocka, *Arbeitsverhältnisse* (1990), pp. 448-461.

[←2312]

Análisis a gran escala: G. A. Ritter/Tenfelde, *Arbeiter* (1992), pp. 265 y ss.

[←2313]

Véase por ejemplo el caso de la Nueva Inglaterra durante la primera industrialización: Prude, *Industrial Order* (1983), pp. 76 y ss.

[←2314]

Sobre las condiciones laborales en las acerías, de Alemania y otros países, destaca: Kocka, *Arbeitsverhältnisse* (1990), pp. 413-436.

[←2315]

P. M. Kennedy, *Aufstieg und Fall* (1989), p. 310 (tabla 15); B. R. Mitchell, *Europe* (1992[3]), pp. 456 y ss.

[←2316]
Way, *Common Labor* (1993), p. 8.

[←2317]

La realidad laboral se describe ibíd., pp. 133-143.

[←2318]

Meinig, *Shaping of* America, vol. 2 (1993), pp. 318-321.

[←2319]

Para lo siguiente me baso en la excelente investigación (elaborada con los archivos de la Sociedad del Canal de Suez) de Montel, *Le chantier* (1998); para el contexto Karabell, *Parting the Desert* (2003); para la importancia del Canal tras la apertura: Farnie, *Suez Canal* (1969).

[←2320]

McCreery, *Sweat* (2000), pp. 117 y ss.

[←2321]

Montel, *Le chantier* (1998), p. 64.

[←2322]
Diesbach, *Ferdinand de Lesseps* (1998), p. 194.

[←2323]
Para una descripción completa de los festejos: ibíd., pp. 261-272.

[←2324] Sobre los trabajadores del ferrocarril en Alemania: Kocka, *Arbeitsverhältnisse* (1990), pp. 361-366.

[←2325]

Ambrose, *Nothing Like It* (2000), p. 150. El estudio más sistemático sigue siendo Licht, *Railroad* (1983).

[←2326]

Shelton Stromquist, «Railroad Labor and the Global Economy», en: Lucassen, *Global Labour History* (2006), pp. 623-647, en esp. 632-635.

[←2327]
Marks, *Road to Power* (1991), pp. 183-185.

[←2328]
Meyers Großes Konversations-Lexikon, Leipzig 1903^{6}, vol. 5, p. 505.

[←2329]

Kerr, *Building* (1997), pp. 200, 214 (tabla 2).

[←2330]

Ibíd., pp. 88-91, 157 y ss.

[←2331]

Está muy relacionado con el trabajo portuario, como hemos visto en el capítulo VI («Ciudades»). Al respecto es fundamental S. Davies *et al.*, *Dock Workers* (2000).

[←2332]

Más detalles en un lugar inesperado: Stinchcombe, *Sugar Island Slavery* (1995), pp. 57-88.

[←2333]

Esto se ha pasado a menudo por alto, pero no en una obra antigua que sigue resultando de utilidad: Fohlen/Bédarida, *Histoire générale du travail* (1960), pp. 166-173.

[←2334]

Voces citadas por Mawer, *Ahab's Trade* (1999), pp. XIV, 73-75, 230. Véase también, más arriba, el capítulo VII.

[←2335]

H. V. Bowen, *Business of Empire* (2006), cap. 6.

[←2336]

Simonton, *European Women's Work* (1998), p. 235.

[←2337]
Osterhammel, *China* (1989), pp. 185-188.

[←2338]

Muy brevemente, como bibliotecario de corte, en Hessen-Homburg.

[←2339]
Stites, *Serfdom* (2005), pp. 71-82; Finscher, *Streicherkammermusik* (2001), p. 84.

[←2340]

Gunilla-Friederike Budde, «Das Dienstmädchen», en: Frevert/Haupt, *Der Mensch* (1999), pp. 148-175; más general en: Simonton, *European Women's Work* (1998), pp. 96-111, 200-206.

[←2341]
Rustemeyer, *Dienstboten* (1996), p. 88.

[←2342]
MacRaild/Martin, *Labour in British Society* (2000), p. 21 (tabla 1.1).

[←2343]

Dublin, *Transforming Womens' Work* (1994), pp. 157-162.

[←2344]

L. A. Tilly/Scott, *Women* (1987), p. 69.

[←2345]

Sin duda cabría ir algo más lejos que el excelente libro de HardachPinke, *Gouvernante* (1993), pp. 206-240, que se ocupa sobre todo de las institutrices alemanas en el extranjero.

[←2346]

Sistematizo según Bush, Servitude (2000).

[←2347]

Este tema se retomará, desde otra perspectiva, en el capítulo XIII.

[←2348]

Eltis, *Rise of African Slavery* (2000), en esp. pp. 137 y ss.

[←2349]

Sobre la polémica al respecto, véase uno de los estudiosos de la esclavitud más señeros de nuestra época: Davis, *Inhuman Bondage* (2006), caps. 12-13; la presentación de Hochschild, *Bury the Chains* (2005), es vivaz pero ingenua.

[←2350]

A este respecto es pionero el clásico de Genovese, *Roll, Jordan, Roll* (1992).

[←2351]

Como balance del debate, véase Smith, *Debating Slavery* (1998).

[←2352]

Cooper/Terrill, *The American South* (1996[2]), vol. 2, pp. 517-519.

[←2353]

Véase también, más arriba, el capítulo X.

[←2354]

Un análisis sistemático en Byres, *Capitalism from Above* (1996), pp. 282-336.

[←2355]

El destino de los «desposeídos rurales», de cualquiera de las dos razas, lo describe de forma emocionante Jones, *The Dispossessed* (1992).

[←2356]

Ward, *Poverty* (1985), pp. 31 y ss.

[←2357]

Cfr. el excelente estudio comparado de Scott, *Degrees of Freedom* (2005).

[←2358]

Dejamos de lado la compleja cuestión de la relación terminológica con el sistema de señores y siervos que a partir de 1570 fue convirtiéndose en la forma principal de relaciones agrarias en Europa al este del Elba (*Gutsherrschaft)*.

[←2359]

Berlin, *Generations of Captivity* (2003), tabla 1 (apéndice); Drescher/Engerman, *World Slavery* (1998), pp. 169 y ss.

[←2360]

Kolchin, *Unfree Labour* (1987), p. 52 (tabla 3).

[←2361]

Ibíd., p. 54 (tablas 5, 6).

[←2362]

Cfr. Bush, *Servitude* (2000), pp. 19-27; Stanley L. Engerman, «Slavery, Serfdom and Other Forms of Coerced Labour: Similarities and Differences», en: Bush, *Serfdom* (1996), pp. 18-41, aquí: 21-26.

[←2363]

Kolchin, *Sphinx* (2003), pp. 98 y ss.

[←2364]

Kolchin, *Unfree Labour* (1987), pp. 359-375; Kolchin, «After Serfdom: Russian Emancipation in Comparative Perspective», en: Engerman, *Terms of Labour* (1999), pp. 87-115.

[←2365]

Blickle, *Leibeigenschaft* (2003), p. 119.

[←2366]

Weber, *Wirtschaftsgeschichte* (1981[4]), p. 106.

[←2367]

Teófilo F. Ruiz, «The Peasantries of Iberia, 1400-1800», en: Scott, *Peasantries* (1998), pp. 49-73, aquí 64.

[←2368]

Blum, *End of the Old Order* (1978), p. 373.

[←2369]

Es el argumento fundamental de Blickle, *Leibeigenschaft* (2003).

[←2370]

Véase más arriba, capítulo IV; también Northrup, *Indentured Labour* (1995).

[←2371]

Steinfeld, *Invention of Free Labor* (1991), pp. 4-7, 147 y ss., 155-157.

[←2372]
Vormbaum, *Politik und Gesinderecht* (1980), pp. 305, 356-359.

[←2373]
Fogel/Engerman, *Time on the Cross* (1974).

[←2374]
Steinfeld, *Coercion* (2001), p. 8.

[←2375]

Peck, *Reinventing Free Labor* (2000), en esp. pp. 84 y ss.

[←2376]
Rosselli, *Singers* (1992), p. 5.

[←2377]

Para detalles sobre los distintos países europeos y Estados Unidos, V. d. Linden/Rojahn, *Formation* (1990).

[←2378]

Castel, *Metamorphosen* (2000), pp. 189, 254 y ss.

[←2379]

Hennock, *Origin of the Welfare State* (2007), p. 338.

[←2380]
Elson, *End of the Peasantry* (1997), pp. 23 y ss.

[←2381]

Véase más arriba, capítulos V y VIII.

[←2382]

Ya se ha forjado una bibliografía teórica e histórica muy amplia sobre las redes y sistemas en red (aquí no será preciso entrar en esta diferenciación terminológica). Al respecto resulta especialmente instructivo el siguiente catálogo de una exposición: Beyrer/Andritzky, *Das Netz* (2002).

[←2383]

Lo que ello representó para la concepción de las ciudades ya lo puso de manifiesto Sennett, *Flesh and Stone* (1994), pp. 256-281.

[←2384]

Visión de conjunto de Europa en R. Millward, *Enterprise* (2005).

[←2385]

Dehs, *Jules Verne* (2005), pp. 211, 368.

[←2386]

La mejor obra general sigue siendo F. Voigt, *Verkehr* (1965-1973), vol. 2.

[←2387]
Bagwell, *Transport Revolution* (1974), pp. 17, 33.

[←2388] Woud, *Het lege land* (1987), pp. 115-132.

[←2389]

L. RayGunn, «*Ante bellum* Society and Politics (1825-1865)», en: M. M. Klein, *Empire State* (2001) pp. 307-415, aquí 312.

[←2390]

P. Clark, *Cambridge Urban History of Britain* (2000-2001), vol. 2, p. 718.

[←2391]
Bled, *Wien* (2002), p. 199.

[←2392]

Rawlinson, *China's Struggle* (1967).

[←2393]
C. Howe, *Origins* (1996), p. 268.

[←2394]
Broeze, *Underdevelopment* (1984), p. 445.

[←2395]

Hugill, *World Trade* (1993), p. 127.

[←2396]

R. Reinhard, *Erdkunde* (1929[6]), p. 194.

[←2397]

Sartorius von Waltershausen, *Weltwirtschaft* (1931), p. 269. Para el extraordinario ascenso de Hong Kong, que pasó de ser un «pueblo de pescadores» al puerto de embarque más importante de Asia, véase D. R. Meyer, *Hong Kong* (2000), pp. 52 y ss.

[←2398]

Mapas en Hugill, *World Trade* (1993), p. 136 (ilustr. 3-3); R. Reinhard, *Erdkunde* (1929[6]), p. 201.

[←2399]

Rieger, *Technology* (2005), pp. 158-192.

[←2400]

Hugill, *World Trade* (1993), pp. 249 y ss.

[←2401]

Así se concibe en su mayoría en la bibliografía; para Alemania es un buen resumen por ejemplo Roth, *Jahrhundert der Eisenbahn* (2005); para Gran Bretaña Wolmar, *Fire and Steam* (2007).

[←2402]
Veenendaal, *Railways* (2001), pp. 29, 50.

[←2403]
Mapa en: Fage/Oliver, *Cambridge History of Africa*, vol. 7 (1986), p. 82.

[←2404]

Huenemann, *Dragon* (1984), da detalles sobre el progreso de la construcción (pp. 252-257).

[←2405]
R. Owen, *Middle East* (1981), p. 246.

[←2406]

Sobre el «estilo tecnológico» nacional de la construcción de los primeros ferrocarriles estadounidenses y alemanes *cfr*. Dunlavy, *Politics* (1994), pp. 202-234.

[←2407]

François Caron, «The Birth of a Network Technology: The First French Railway System», en: M. Berg/Bruland, *Technological Revolutions* (1998), pp. 275-291.

[←2408]
Schivelbusch, *Eisenbahnreise* (1977); Freeman, *Railways* (1999).

[←2409]

F. Caron, *Histoire des chemins de fer en France*, vol. 1 (1997), pp. 84, 113, 169.

[←2410]

Ochsenwald, *Hijaz Railway* (1980), pp. 30 y ss., 152.

[←2411]
23 de octubre de 1828; Eckermann, *Gespräche* (1976), p. 702.

[←2412]

Ronald Findlay/Kevin H. O'Rourke, «Commodity Market Integration, 1500-2000», en: Bordo *et al.*, *Globalization* (2003), pp. 13-62, aquí 36.

[←2413]

Véanse las reflexiones iniciales de Florian Cebulla, «Grenzüberschreitender Schienenverkehr. Problemstellungen, Methoden, Forschungsüberblick», en: Burri *et al.*, *Internationalität* (2003), pp. 21-35.

[←2414]

Hay buenos estudios sobre diversos países en C. B. Davis, *Railway Imperialism* (1991).

[←2415]

A. Mitchell, *Train Race* (2000).

[←2416]
Bulliet, *Camel* (1975), pp. 216 y ss.

[←2417]

Cvetkovski, *Modernisierung* (2006), pp. 79, 167 y ss., 189.

[←2418]

Véase también, más arriba, los capítulos I y IX.

[←2419]

Un ejemplo sería la correspondencia de Karl Kraus.

[←2420]
Briggs/Burke, *Media* (2002), p. 134.

[←2421]

Hugill, *Global Communications* (1999), pp. 53 y ss.

[←2422]
Winston, *Media Technology* (1998), p. 53.

[←2423]

Ibíd., pp. 254 y ss.

[←2424]

Horst A. Wessel, «Die Rolle des Telephons in der Kommunikationsrevolution des 19. Jahrhunderts», en: North, *Kommunikationsrevolutionen* (2001²), pp. 101-127, aquí 104 y ss.

[←2425]

Strachan, *First World War* (2001), pp. 233 y ss.

[←2426]

Wheeler, *Mr. Lincoln's T-Mails* (2006).

[←2427]
Wobring, *Globalisierung* (2005), pp. 39 y ss., 80 y ss.

[←2428]

Sobre la construcción de la red *cfr*. Headrick, *Invisible Weapon* (1991), pp. 28-49.

[←2429]

Jorma Ahvenainen, «The Role of Telegraphs in the 19th-Century Revolution of Communications», en: North, *Kommunikationsrevolutionen* (2001^{2}), pp. 73-80, aquí: 75 y ss.; G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), pp. 306 y ss.; Ferguson, *Rothschilds*, vol. 1 (2002), p. 127.

[←2430]

Buenos ejemplos en: Roderic H. Davison, «Effect of the Electric Telegraph on the Conduct of Ottoman Foreign Relations», en: Farah, *Decision Making* (1993), pp. 53-66.

[←2431]

Headrick, *Invisible Weapon* (1991), pp. 38 y ss.; Jürgen Wilke, «The Telegraph and Transatlantic Communications Relations», en: Finzsch/ Lehmkuhl, *Atlantic Communications* (2004), pp. 107-134, aquí 116.

[←2432]

Nickels, *Under the Wire* (2003), p. 33.

[←2433]

Ibíd., pp. 44-46.

[←2434]

Headrick, *Invisible Weapon* (1991), pp. 84 y ss.

[←2435]

R. W. D. Boyce, *Imperial Dreams* (2000), p. 40.

[←2436]

Cornelius Neutsch, «Briefverkehr als Medium internationaler Kommunikation im ausgehenden 19. und beginnenden 20. Jahrhundert», en: M. North, *Kommunikationsrevolutionen* (2001^2), pp. 129-155, aquí: 131 y ss.

[←2437]

Cvetkovski, *Modernisierung* (2006), pp. 135 y ss., 149. Henkin, *Postal Age* (2006), caps. 1-2.

[←2438]

Hughes, *Networks of Power* (1983), p. 232, y 175-200; es uno de los libros más notables de historia de la técnica durante el cambio de siglo «largo».

[←2439]

Frank Perlin fue pionero de estas interpretaciones, véase la recopilación de sus influyentes ensayos en *Invisible City* (1993).

[←2440]

La rica bibliografía reciente sobre el libre comercio se concentra en particular en Gran Bretaña. Véase sobre todo A. Howe, *Free Trade* (1997). Es innovador sobre el libre comercio, como elemento central de la cultura política de Gran Bretaña: Trentmann, *Free Trade Nation* (2008), en esp. caps. 1-3. Para la perspectiva paneuropea, es clásico Kindleberger, *Rise of Free Trade* (1975).

[←2441]

Sugihara, *Japan as an Engine of the Asian International Economy* (1989).

[←2442]
Latham, *Rice* (1998).

[←2443]

Cushman, *Fields from the Sea* (1993), p. 66.

[←2444]

Hancock, *Citizens of the World* (1995), en esp. pp. 279 y ss. sobre el estilo de vida más integrador de los *gentlemen*.

[←2445]

Según H. V. Bowen, *Business of Empire* (2006), pp. 151 y ss., para la Compañía de las Indias Orientales.

[←2446]

Çizakça, *Business Partnerships* (1996).

[←2447]

Gary G. Hamilton/Chang Wei-An, «The Importance of Commerce in the Organization of China's Late Imperial Economy», en: Arrighi *et al.*, *Resurgence of East Asia* (2003), pp. 173-213.

[←2448]

Markovits, *Global World* (2000), sobre todo cap. 5.

[←2449]

Cfr. Claude Markovits, «Merchant Circulation in South Asia (18th to 20th Centuries): The Rise of Pan-Indian Merchant Networks», en: Markovits *et al. Society and Circulation* (2003), pp. 131-162; sobre las redes chinas, que tenían Hong Kong por centro, véase. D. R. Meyer, *Hong Kong* (2000), pp. 91-98.

[←2450]

Torp, *Herausforderung* (2005), p. 41; cifras más precisas en: Rostow, *World Economy* (1978), p. 67 (tabla II-7); Rogowski, *Commerce and Coalitions* (1989), pp. 21-60, expone una interpretación brillante de las consecuencias, aunque complicada en exceso para nuestros fines.

[←2451]

Maddison, *Contours* (2007), p. 81 (tabla 2.6).

[←2452]

Kenwood/Loughed, *Growth* (1999[4]), p. 80.

[←2453]
R. Miller, *Britain and Latin America* (1993), pp. 79, 83 y ss., 98.

[←2454]

Estado de la cuestión sobre un ejemplo (no poco generalizable): Topik, *Coffee Anyone?* (2000), en esp. 242 y ss.

[←2455]

Sydney Pollard, «The Europeanization of the International Economy 1800-1870», en: Aldcroft/Sutcliffe, *Europe* (1999), pp. 50-101.

[←2456]

Sobre los aranceles a la importación en todo el mundo, véanse los datos de Amsden, *Rise of «the Rest»* (2001), pp. 44 y ss. (tabla 2.3).

[←2457]

G. Clark, *Farewell to Alms* (2007), p. 309.

[←2458]

Ferguson, *Rothschilds* (2002); Munro, *Maritime Enterprise* (2003).

[←2459]

Sugihara, *Japan* (2005), caps. 2-4; más ejemplos, incluida Corea, en Sugiyama/Grove, *Commercial Networks* (2001), en esp. caps. 1, 3, 5, 6.

[←2460]

Findlay/O'Rourke, *Power and Plenty* (2007), pp. 307 y ss.

[←2461]
Torp, *Herausforderung* (2005), pp. 34-36.

[←2462]

Peter H. Lindert/Jeffrey G. Williamson, «Does Globalization Make the World More Unequal?», en: Bordo *et al.*, *Globalization* (2003), pp. 227-271, aquí 233.

[←2463]

Se estudian magistralmente varios casos en Topik *et al.*, *From Silver to Cocaine* (2006).

[←2464]

Akinobu Kuroda, «The Collapse of the Chinese Imperial Monetary System», en: Sugihara, *Japan* (2005), pp. 103-126, en esp. 106-113.

[←2465]

Cfr. el minucioso análisis de Otto, *Entstehung eines nationalen Geldes* (2002).

[←2466]

Toniolo, *Economic History* (1990), p. 59.

[←2467]

Leandro Prados de la Escosura, «The Economic Consequences of Independence in Latin America», en: Bulmer-Thomas *et al.*, *Cambridge Economic History of Latin America*, vol. 1 (2006), pp. 463-504, aquí 481 y ss.

[←2468]

Para un panorama general, M. North, *Das Geld* (1994), pp. 143-151.

[←2469]

Como balance de la investigación *cfr*. Flynn/Giráldez, *Cycles of Silver* (2002).

[←2470]

Lin Man-houng, *China Upside Down* (2006), p. 114. Sobre los orígenes de la guerra del Opio es clásico: Chang Hsin-pao, *Commissioner Lin* (1964).

[←2471]
Rothermund, *Indiens wirtschaftliche Entwicklung* (1985), pp. 56-58.

[←2472]

P. R. Gregory, *Before Command* (1994), p. 67.

[←2473]

Eichengreen, *Vom Goldstandard* (2000), pp. 45-50; también se ofrece una buena explicación en Frieden, *Global Capitalism* (2006), pp. 6 y ss., 1421, 48 y ss.

[←2474]
Eichengreen, *Vom Goldstandard* (2000), p. 51.

[←2475]

Cecco, *Money and Empire* (1974), p. 59; R. Miller, *Britain and Latin America* (1993), pp. 168, 174 y ss. (en el caso de Chile hay dudas sobre la influencia estabilizadora del extranjero); Richard Salvucci, «Export-led Industrialization», en: Bulmer-Thomas *et al.*, *Cambridge Economic History of Latin America*, vol. 2 (2006), pp. 249-292, aquí 256-260.

[←2476]

Al respecto véase también, con muchas diferenciaciones, Gallarotti, *Anatomy* (1995), pp. 207-217.

[←2477]

Sobre el abastecimiento de oro como variable independiente: Eichengreen/McLean, *Supply of Gold* (1994), en esp. p. 288: la cantidad de oro producida solo dependía de la demanda de una forma restringida; era ante todo una variable independiente basada en la oferta.

[←2478]

Aquí sigo a Frieden, *Global Capitalism* (2006), p. 121.

[←2479]

Véase la introducción, no del todo coherente, de Allen, *Global Financial System* (2001), pp. 8-9, 12.

[←2480]

Neal, *Financial Capitalism* (1990), p. 229.

[←2481]
Kenwood/Loughed, *Growth* (1999[4]), p. 6.

[←2482]

Fechas para 1825-1995 en: Maurice Obstfeld/Alan M. Taylor, «Globalization and Capital Markets», en: Bordo *et al.*, *Globalization* (2003), pp. 121-183, aquí 141 y ss. (tabla 3.2).

[←2483]

Cfr. Kynaston, *City* (1994).

[←2484]
Girault, *Diplomatie européenne* (1979), p. 39.

[←2485]

Peter H. Lindert/Peter J. Morton, «How Sovereign Debt Has Worked», en: Sachs, *Developing Country Debt* (1989), pp. 225-235, aquí 230.

[←2486]

Al respecto es excelente Suzuki, *Japanese Government Loan Issues* (1994), que también incluye una buena descripción del mercado de capital londinense (pp. 23 y ss.). Véase asimismo Tamaki, *Japanese Banking* (1995), pp. 87 y ss.

[←2487]

Kuran, *Islam and Mammon* (2004), pp. 13 y ss.

[←2488]

I. Stone, *Global Export* (1999), pp. 381, 409 (con redondeo).

[←2489]

Schularick, *Finanzielle Globalisierung* (2006), p. 44 (tabla 1.10, con redondeo).

[←2490]

G. Austin/Sugihara, *Local Suppliers of Credit* (1993), pp. 5, 13.

[←2491]

Véase más arriba, capítulo IX.

[←2492]
Kindleberger, *Financial History* (1984), p. 222.

[←2493]
Topik, *When Mexico Had the Blues* (2000).

[←2494]
Blake, *Disraeli* (1966), pp. 581-587.

[←2495]

R. Owen, *Middle East* (1981), p. 127, tabla 19.

[←2496]

Sobre el costoso embellecimiento de El Cairo en tiempos de Ismaíl, véase más arriba el capítulo VI.

[←2497]

R. Owen, *Middle East* (1981), pp. 130-135.

[←2498]

Sobre el problema de la bancarrota estatal antes de 1914: Petersson, *Anarchie* (2009), cap. 2.

[←2499]

Sobre Latinoamérica *cfr.* Marichal, *Debt Crises* (1989), zu Lateinamerika; sobre Asia no disponemos aún de visiones de conjunto similares.

[←2500]

Utilizo este concepto de «jerarquía», que según la teoría sociológica es impreciso, como sinónimo aproximado de una «estratificación» más precisa, pero demasiado técnica en sus resonancias. Aquí me interesan solo determinadas posiciones de las estructuras sociales (en particular, «arriba», «en el medio» o «fuera») que los implicados consideran «desiguales» o bien «imaginarias». Para el siglo XIX, hablar en general de «jerarquías» no debe suponer necesariamente entender que nuestra época se caracterizó, en todo el mundo, por una «diferenciación estratificadora» (Niklas Luhmann) ni negar procesos, que podrían tener constatación empírica, de transición a una «diferenciación funcional». Véase Luhmann, *Gesellschaft der Gesellschaft* (1997), vol. 2, cap. 4.

[←2501]

Cannadine, *Rise and Fall* (1999), pp. 88 y ss., 91, 99.

[←2502]

Tocqueville, *Demokratie* (1976), pp. 55 y ss. (parte I, cap. 3).

[←2503] Kocka, *19. Jahrhundert* (2002), p. 100.

[←2504]

Naquin/Rawski, *Chinese Society* (1987), pp. 138 y ss.

[←2505]

Toledano, *State and Society* (1990), pp. 157 y ss.

[←2506]

Resumen de tres tipos regionales en Heideking, *Geschichte der USA* (2003[3]), pp. 6-18.

[←2507]

Stinchcombe, *Economic Sociology* (1983), p. 245; se trata de un libro de lo más sugerente para la historia social, aunque sea poco conocido entre los historiadores. Hay buenos ejemplos de Francia en G. Robb, *Discovery of France* (2007).

[←2508]

Es el tema de Goody, *Theft of History* (2006).

[←2509]

Visión de conjunto en: Burrow, *Crisis of Reason* (2000), caps. 2.

[←2510]

Cfr. Gall, *Bürgertum* (1996), pp. 81 y ss. Para la precisión conceptual, Kocka, *Weder Stand noch Klasse* (1990), pp. 33-35.

[←2511] Devine, *Scottish Nation* (1999), pp. 172-183.

[←2512]

Wirtschafter, *Structures of Society* (1994), p. 148; Elise Kimerling Wirtschafter, «The Groups Between: raznochintsy, Intelligentsia, Professionals», en: D. Lieven, *Cambridge History of Russia* (2006), pp. 245-263, aquí 245.

[←2513]

Hartley, *Social History* (1999), p. 51.

[←2514]

Sobre la sociedad europea (occidental) de finales del siglo XVIII véase Christof Dipper, «Orders and Classes. Eighteenth-Century Society under Pressure», en: Blanning, *Eighteenth Century* (2000), pp. 52-90.

[←2515]

Véase el capítulo «Status Groups», en: M. B. Jansen, *Modern Japan* (2000), pp. 96-126.

[←2516]

Es una simplificación extrema. Para un ejemplo del extraordinario grado de complejidad (en comparación con la Europa de la época) de las jerarquías sociales, y para la descripción terminológica en el Asia de principios del siglo XIX, *cfr*. Rabibhadana, *Thai Society* (1969), pp. 97-170.

[←2517]

V. Das, «Caste», en: Smelser/Baltes, *International Encyclopedia*, vol. 3 (2001), pp. 1529-1532; Peebles, *Sri Lanka* (2006), p. 48.

[←2518]
A. v. Humboldt, *Studienausgabe*, vol. 4 (1991), pp. 162 y ss.

[←2519]
Wasserman, *Everyday Life* (2000), p. 12.

[←2520]
Véase más arriba, capítulos IV y VII.

[←2521]

Véase más arriba, capítulo IV.

[←2522]
Rickard, *Australia* (1996[2]), p. 37.

[←2523]

Corea fue la única sociedad esclavista del Asia oriental durante la Edad Moderna, y con vestigios importantes que perduraron hasta entrado el siglo XIX. *Cfr.* Palais, *Korean Uniqueness* (1995), p. 415.

[←2524]
Sobre obreros y campesinos, véase más arriba, capítulo XIII.

[←2525]

Walter Demel, «Der europäische Adel vor der Revolution: Sieben Thesen», en: Asch, *Adel* (2001), pp. 409-433, aquí 409. Véase también Lukowski, *European Nobility* (2003).

[←2526]

D. Lieven, *Abschied* (1995), p. 27. Para los motivos de la lenta decadencia de la nobleza, véase Demel, *Der europäische Adel* (2005), pp. 87-90.

[←2527]

Maria Todorova, «The Ottoman Legacy in the Balkans», en: L. C. Brown, *Imperial Legacy* (1996), pp. 46-77, aquí 60.

[←2528]
Beckett, *Aristocracy* (1986), p. 40.

[←2529]
Demel, *Der europäische Adel* (2005), p. 17.

[←2530]

Woloch, *Napoleon and His Collaborators* (2001), pp. 169-173.

[←2531]

En la historia del Próximo y Medio Oriente también se emplea este concepto, aunque con más referencia a un papel de mediador político entre el soberano y la población (un rol más o menos comparable al de los *shenshi* en China). Véase Albert Hourani, «Ottoman Reform and the Politics of Notables», en: ders. *et al.*, *Modern Middle East* (1993), pp. 83-109.

[←2532]

Haupt, *Sozialgeschichte Frankreichs* (1989), pp. 116 y ss.; Charle, *Histoire sociale de la France* (1991), pp. 229 y ss.

[←2533]

Una buena caracterización en D. Lieven, *Empire* (2000), pp. 241-244.

[←2534]
Beckett, *Aristocracy* (1986), p. 31.

[←2535]

En la polémica al respecto participaron sobre todo F. M. L. Thompson y William D. Rubinstein.

[←2536]

Asch, *Europäischer Adel* (2008), p. 298.

[←2537] Searle, *A New England?* (2004), pp. 37 y ss.

[←2538]

Cfr. Beckett, *Aristocracy* (1986), pp. 16-42, como visión de conjunto.

[←2539]

Maria Malatesta, «The Landed Aristocracy during the Nineteenth and Early Twentieth Centuries», en: Kaelble, *European Way* (2004), pp. 44-67.

[←2540]

Cannadine, *Ornamentalism* (2001), pp. 85 y ss.

[←2541]

Este motivo lo desarrolla Liebersohn, *Aristocratic Encounters* (1998), con el ejemplo de Estados Unidos y los comentarios sobre los caballeros indios formulados por nobles europeos de viaje.

[←2542]
Fox-Genovese/Genovese, *Mind of the Master Class* (2005), pp. 304-382.

[←2543]

Es el concepto tirando a dramático, pero no del todo infundado, de Wasson, *Aristocracy* (2006), p. 156.

[←2544]

Nutini, *Wages of Conquest* (1995), p. 322, defiende la tesis de que en México pervivió sin rival, desde los principios de la era colonial, una aristocracia que al final se apoyó en las grandes haciendas.

[←2545]

Al respecto es clásico: Cohn, *Anthropologist* (1987), pp. 632-682.

[←2546]

Panda, *Bengal Zamindars* (1996), p. 2.

[←2547]

Para lo siguiente me baso en Schwentker, *Samurai* (2003), pp. 95-116. Como interpretación (sobre todo de la era Tokugawa) también es muy interesante el libro de una socióloga que trabaja materias históricas: Ikegami, *Taming of the Samurai* (1995). Para hacerse una idea de cómo era la vida de un samurái de baja condición, véase Katsu Kokichi: *Musui's Story* (1993).

[←2548]
Demel, *Der europäische Adel* (2005), p. 88.

[←2549]

Ravina, *Last Samurai* (2004), pp. 191 y ss. El levantamiento no fue liderado por ninguna víctima directa de la Restauración Meiji, sino por uno de sus protagonistas principales.

[←2550]

Elman, *Civil Examinations* (2000), así como el clásico de la historia social Chang Chung-li, *Chinese Gentry* (1955), y también R. J. Smith, *China's Cultural Heritage* (1994^2), pp. 55-64, 71-75; Joseph W. Esherick/Mary Backus Rankin, «Introduction», en: Esherick/Rankin, *Chinese Local Elites* (1990), pp. 1-24.

[←2551]

Reynolds, China (1993), como panorama de conjunto.

[←2552]

Crossley, *Orphan Warriors* (1990).

[←2553]

Para Alemania (con unas pocas dudas): Kocka, *19. Jahrhundert* (2002), pp. 98-137. Para una instantánea completa de una típica sociedad «burguesa» de Europa véase Bank/Buuren, *1900* (2004); para un retrato de rigurosa base empírica del país «más burgués» del mundo: Tanner, *Arbeitsame Patrioten* (1995).

[←2554]

Entre una bibliografía abundantísima, véase Lundgreen, *Sozial-und Kulturgeschichte* (2000); Kocka/Frevert, *Bürgertum* (1988), con muchos ejemplos europeos, no solo alemanes; Gall, *Stadt und Bürgertum* (1993); como comparación crítica de la escuela de «Bielefeld» y la de «Fráncfort» *cfr*. Sperber, *Bürger* (1997).

[←2555]

Con el ejemplo de la familia Bassermann: Gall, *Bürgertum in Deutschland* (1989).

[←2556]

Maza, *Myth of the French Bourgeoisie* (2003).

[←2557]

Visión de conjunto en Pilbeam, *Middle Classes* (1990), pp. 74-106.

[←2558]

Cfr. Youssef Cassis, «Unternehmer und Manager», en: Frevert/Haupt, *Mensch* (1999), pp. 40-66.

[←2559]

Goblot, *Klasse und Differenz* (1994/1925), p. 37; es uno de los libros más ingeniosos que se hayan escrito nunca sobre la burguesía.

[←2560]

Daumard, *Les bourgeois* (1991), p. 261.

[←2561]

Jürgen Kocka, «Bürgertum und bürgerliche Gesellschaft im 19. Jahrhundert. Europäische Entwicklungen und deutscher Eigensinn», en: Kocka/ Frevert, *Bürgertum* (1988), vol. 1, pp. 11-76, aquí 31.

[←2562]

Cfr. J. L. West/Petrov, *Merchant Moscow* (1998), incluidas las fotografías.

[←2563]

Cindy S. Aron, «The Evolution of the Middle Class», en: Barney, *Companion* (2001), pp. 178-191, aquí 179.

[←2564]

Para Inglaterra: Perkin, *Origins* (1969), pp. 252 y ss.

[←2565]

Hartmut Kaelble, «Social Particularities of Nineteenth-und TwentiethCentury Europe», en: Kaelble, *European Way* (2004), pp. 276-317, aquí 282-284.

[←2566]

Sobre Europa (Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica): Haupt/Crossick, *Kleinbürger* (1998).

[←2567]

Farr, *Artisans* (2000), pp. 10 y ss.

[←2568]

Pilbeam, *Middle Classes* (1990), p. 172.

[←2569]

Goblot, *Klasse und Differenz* (1994/1925), p. 69.

[←2570]

R. Ross, *Status* (1999). Para otros ejemplos de «valores victorianos» entre las élites cultas de África, en este caso de Lagos: K. Mann, *Marrying Well* (1985).

[←2571]

Jürgen Kocka, «Bürgertum und bürgerliche Gesellschaft im 19. Jahrhundert. Europäische Entwicklungen und deutscher Eigensinn», en: Kocka/ Frevert, *Bürgertum* (1988), vol. 1, pp. 11-76, aquí 12; Jürgen Kocka, «The Middle Classes in Europe», en: Kaelble, *European Way* (2004), pp. 15-43, aquí 16. Son dos textos fundamentales sobre el tema.

[←2572]

Citado por Blumin, *Emergence of the Middle Class* (1989), p. 2. Esto recuerda de lejos al ideal contemporáneo de la «sociedad sin clases» que Lothar Gall elaboró para la Alemania de principios del siglo XIX.

[←2573]

Beckert, *Monied Metropolis* (2001).

[←2574]

Haría falta estudiar otros muchos casos con obras de la calidad de Pernau, *Bürger mit Turban* (2008).

[←2575]

Como primera visión de conjunto aún hay que ver Braudel, *Sozialgeschichte* (1985), vol. 2.

[←2576]

A. Adu Boahen, «New Trends and Processes in Africa in the Nineteenth Century», en: Ajayi, *General History of Africa* (1998), pp. 40-63, aquí 48-52.

[←2577]

Se sabe desde hace tiempo para el África occidental. Ahora véase también, con respecto a un emporio al que se ha prestado menos atención: G. Campbell, *Imperial Madagascar* (2005), pp. 161-212.

[←2578]

Bergère, *L'Âge d'or* (1986).

[←2579]

Trocki, *Opium and Empire* (1991).

[←2580]

Berend, *History Derailed* (2003), p. 196.

[←2581]

Al respecto es una monografía ejemplar: Horton/Middleton: *The Swahili* (2000).

[←2582]

Markovits *et al.*, *Modern India* (2002), pp. 320, 325 y ss.; Cheong, *Hong Merchants* (1997), pp. 303 y ss.

[←2583]

Jayawardena, *Nobodies* (2002), pp. 68 y ss.; Freitag, *Arabische Buddenbrooks* (2003), pp. 214 y ss.

[←2584]

Véase también, más arriba, el capítulo XIV.

[←2585]

Bergère, *L'Âge d'or* (1986), p. 47; Hao Yen-p'ing, *Commercial Revolution* (1986).

[←2586]
Dobbin, *Asian Entrepreneurial Minorities* (1996).

[←2587]

György Ránki, «Die Entwicklung des ungarischen Bürgertums vom späten 18. zum frühen 20. Jahrhundert», en: Kocka/Frevert, *Bürgertum* (1988), vol. 1, pp. 247-265, aquí 249, 253, 256.

[←2588]

Robert E. Elson, «International Commerce, the State and Society: Economic and Social Change», en: Tarling, *Cambridge History of Southeast Asia*, vol. 2 (1992), pp. 131-195, aquí 174.

[←2589]

Dobbin, *Asian Entrepreneurial Minorities* (1996), pp. 47, 69, 171.

[←2590]

Frangakis-Syrett, *Greek Merchant Community* (1991), p. 399.

[←2591]

En 1840, sin embargo, hubo una gran masacre de chinos en Java, que tuvo causas similares.

[←2592]

Véanse los comentarios sobre la política comercial de las familias mercantiles del norte de la India, antes de 1870, en Bayly, *Rulers, Townsmen and Bazaars* (1983), pp. 394-426.

[←2593]

Un buen ejemplo en Hanssen, *Beirut* (2006), pp. 213-235. Véase también, más arriba, el capítulo VI.

[←2594]

Son fundamentales las reflexiones de Watenpaugh, *Being Modern* (2005), pp. 14 y ss.

[←2595]

Rankin, *Elite Activism* (1986), pp. 136 y ss.; Kwan, *Salt Merchants* (2001), pp. 89-103; Freitag, *Indian Ocean Migrants* (2003), pp. 9, 238-242.

[←2596]

Rowe, *Hankow*, vol. 1 (1984), pp. 289 y ss.

[←2597]

Para la semántica sigue siendo básico: Engelhardt, *«Bildungsbürgertum»* (1986). Aunque tuvo muchos precedentes, el concepto no surgió hasta la década de 1920. En lo demás véase Conze *et al.*, *Bildungsbürgertum* (1985-1992), el vol. 1 para comparaciones intraeuropeas.

[←2598]

Peter Lundgreen, «Bildung und Bürgertum», en: Lundgreen, *Sozialund Kulturgeschichte* (2000), pp. 173-194, aquí 173.

[←2599]

Dietrich Geyer, «Zwischen Bildungsbürgertum und Intelligenzija: Staatsdienst und akademische Professionalisierung im vorrevolutionären Russland», en: Conze *et al.*, *Bildungsbürgertum* (1985-92), vol. 1 (1985), pp. 207-230, aquí 229.

[←2600]

Lufrano, *Honorable Merchants* (1997), pp. 177 y ss. El mismo concepto de «cultivarse a sí mismos» que Lufrano aplica a los comerciantes chinos aparece en una obra de referencia sobre la idea de cultura en Alemania: Bruford, *German Tradition of Self-Cultivation* (1975). Para Japón: Gilbert Rozman, *Social Change*, en: J. W. Hall *et al.*, *Cambridge History of Japan*, vol. 5 (1989), pp. 499-568, aquí 513. No está claro si la cultura mercantil del Japón del siglo XVIII fue más autónoma, menos «integrada» que la de la China contemporánea.

[←2601]

Véase por ejemplo Schwarcz, *Chinese Enlightenment* (1986).

[←2602]

Desde los puntos de vista de la historia de la cultura y la historia social, es importante Kreuzer, *Boheme* (1971).

[←2603]

Buettner, *Empire Families* (2004); para las anécdotas: Yalland, *Boxwallahs* (1994); para la comparación con los Puertos de los Tratados chinos, en nada aristocráticos, véase: Bickers, *Britain in China* (1999).

[←2604]

Se ha estudiado especialmente bien. Véase Butcher, *British in Malaya* (1979).

[←2605]

Ruedy, *Modern Algeria* (1992), pp. 99 y ss.

[←2606]
Quataert, *Ottoman Empire* (2000), p. 153.

[←2607]

Ibíd., p. 146. Véase también, más arriba, el capítulo V.

[←2608]

Para el panorama más reciente de este mundo financiero internacional: Cassis, *Capitals of Capital* (2005), pp. 74 y ss.

[←2609]

Me refiero a una interesante tesis de C. A. Jones, *International Business* (1987).

[←2610]
Wray, *Mitsubishi* (1984), p. 513.

[←2611]

Hay análisis modélicos de este proceso. Para Francia, Garrioch, *Formation of the Parisian Bourgeoisie* (1996); para Estados Unidos, Blumin, *Emergence of the Middle Class* (1989); Bushman, *Refinement* (1992).

[←2612]
Hay algunas referencias más adelante, en el capítulo XVI.

[←2613]

Como punto de acceso a la investigación: Gisela Bock, «Geschlechtergeschichte auf alten und neuen Wegen. Zeiten und Räume», en: Osterhammel *et al.*, *Wege* (2006), pp. 45-66.

[←2614]

Por ahora, muchas regiones carecen de síntesis de la investigación como la que existe para Europa: Gestrich *et al.*, *Geschichte der Familie* (2003).

[←2615]

Hay estudios excelentes en Clancy-Smith/Gouda, *Domesticating the Empire* (1998).

[←2616]

Sobre la religión véase el capítulo XVIII.

[←2617]

Dülmen/Rauschenbach, *Macht des Wissens* (2004).

[←2618]

H. Pulte, «Wissenschaft (III)», en: *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 12, Darmstadt, 2004, col. 921.

[←2619]

Burke, *Papier und Marktgeschrei* (2001), pp. 30 y ss.

[←2620]

Fragner, *«Persophonie»* (1999), p. 100.

[←2621]
Ostler, *Empires of the Word* (2005), pp. 438 y ss.

[←2622]

Ibíd., pp. 411 y ss.

[←2623]
Mendo Ze *et al.*, *Le Français* (1999), p. 32.

[←2624]

B. Lewis, *Emergence* (1968[2]), p. 84.

[←2625]

Crystal, *English* (1997), p. 73.

[←2626]
Citado ibíd., p. 66.

[←2627]

La cuestión de hasta qué punto el uso del inglés respondió a una «orden» desde arriba se discute con detalle en Phillipson, *Linguistic Imperialism* (1992).

[←2628]

Zastoupil/Moir, *Great Indian Education Debate* (1999), y en especial la introducción (pp. 1-72).

[←2629]

Crystal, *English* (1997), pp. 24 y ss., da una visión de conjunto (algo superficial) de región a región.

[←2630]
B. Lewis, *Emergence* (1968[2]), pp. 88, 118.

[←2631]

Adamson, *China's English* (2004), pp. 25 y ss.

[←2632]

Keene, *Japanese Discovery of Europe* (1969), pp. 78 y ss.

[←2633]

Elman, *Modern Science* (2006), pp. 86 y ss.

[←2634]

B. Lewis, *Emergence* (1968[2]), p. 87.

[←2635]

Este momento de la historia de las ideas lo descubrió Schwab, *La renaissance orientale* (1950).

[←2636]

Ostler, *Empires of the Word* (2005), p. 503.

[←2637]

H. M. Scott, *Birth* (2006), pp. 122 y ss.; Haarmann, *Weltgeschichte der Sprachen* (2006), p. 14.

[←2638]

Visión de conjunto: ibíd., pp. 309-334.

[←2639]
Bolton, *Chinese Englishes* (2003), pp. 146-196.

[←2640]

Marr, *Reflections from Captivity* (1978), pp. 30, 35.

[←2641]

Pollock, *Cosmopolitan Vernacular* (1998).

[←2642]

Sassoon, *Culture* (2006), pp. 21-40, sobre el ascenso de las lenguas nacionales en Europa.

[←2643]

Vincent, *Mass Literacy* (2000), pp. 138 y ss., 140.

[←2644]

Janich/Greule, *Sprachkulturen* (2002), p. 110.

[←2645]

M. C. Meyer/Sherman, *Course of Mexican History* (1991^4), p. 457.

[←2646]

Como introducción a la problemática: Ernst Hinrichs, «Alphabetisierung. Lesen und Schreiben», en: Dülmen/Rauschenbach, *Macht des Wissens* (2004), pp. 539-561, en esp. 539-542. La complejidad teórica del tema la muestra Barton, *Literacy* (2007^2); véanse los casos estudiados en Messerli/ Chartier, *Lesen und Schreiben* (2000).

[←2647]

Graff, *Legacies* (1987), p. 262; una obra de referencia no superada sobre el tema.

[←2648]

Tortella, *Patterns of Economic Retardation* (1994), p. 11 (tabla 6).

[←2649]

Vincent, *Mass Literacy* (2000), p. 11. Hay otros muchos estudios nacionales de similar calidad, como Brooks, *When Russia Learned to Read* (1985).

[←2650]

Graff, *Legacies* (1987), p. 295, tabla 7-2.

[←2651]

Del conjunto de Europa: Sassoon, *Culture* (2006), pp. 93-105.

[←2652]

Schenda, *Volk ohne Buch* (1970); Engelsing, *Analphabetentum* (1973); para Francia, los numerosos trabajos de Roger Chartier y Martyn Lyons.

[←2653]

Giesecke, *Entdeckung der kommunikativen Welt* (2007), p. 166.

[←2654]

M. Lyons, *Readers* (2001), pp. 87-91.

[←2655]

Starrett, *Putting Islam to Work* (1998), p. 36.

[←2656]

Vincent, *Mass Literacy* (2000), p. 56.

[←2657]

Gillian Sutherland, «Education», en: F. M. L. Thompson, *Cambridge Social History of Britain*, vol. 3 (1990), pp. 119-169, aquí 145.

[←2658]

Valoraciones para 1882 en Easterlin, *Growth Triumphant* (1997), p. 61 (tabla 5.1.).

[←2659]

William J. Gilmore-Lehne, «Literacy», en: Cayton, *Encyclopedia*, vol. 3 (1993), pp. 2.413-2.426, aquí 2419 y ss., 2422.

[←2660]

Graff, *Legacies* (1987), p. 365.

[←2661]

Ayalon, *Political Journalism* (1997), p. 105.

[←2662]

Gilbert Rozman, «Social Change», en: J. W. Hall *et al.*, *Cambridge History of Japan*, vol. 5 (1989), pp. 499-568, aquí 560 y ss.

[←2663]

Rubinger, *Popular Literacy* (2007), p. 184.

[←2664]

Pepper, *Radicalism* (1996), p. 52.

[←2665]

Rawski, *Education* (1979), p. 23.

[←2666]

P. Bailey, *Reform the People* (1990), pp. 31-40.

[←2667]

M. E. Robinson, *Korea's Twentieth-Century Odyssey* (2007), p. 11.

[←2668]

Esto se mantuvo hasta el fin del sistema: Elman, *Civil Examinations* (2000), pp. 597-600.

[←2669]

Alexander Woodside, «The Divorce between the Political Center and Educational Creativity in Late Imperial China», en: Elman/Woodside, Education and Society (1994), pp. 458-492, aquí 461.

[←2670]

Agencia DPA, 2 de abril de 2007.

[←2671]

Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866* (1983), p. 451.

[←2672]

Karl-Ernst Jeismann, «Schulpolitik, Schulverwaltung, Schulgesetzgebung», en: C. Berg *et al.*, *Handbuch*, vol. 3 (1987), pp. 105-122, aquí 119.

[←2673]

Al respecto véase un influyente análisis de Egipto en la línea de Foucault: T. Mitchell, *Colonising Egypt* (1991); pero véase la crítica de Starrett, *Putting Islam to Work* (1998), pp. 57-61.

[←2674]
Bouche, *Histoire de la colonisation française* (1991), pp. 257-259.

[←2675]

Wesseling, *Europa’s koloniale eeuw* (2003), p. 84.

[←2676]

D. Kumar, *Science* (1997), pp. 151-179; Ghosh, *History of Education* (2000[2]), pp. 86, 121 y ss.; Arnold, *Science* (2000), p. 160; Bhagavan, *Sovereign Spheres* (2003).

[←2677]

Somel, *Modernization of Public Education* (2001), pp. 173-179. Somel lo expresa con la fórmula «dualidad de modernismo tecnológico e islamismo» (p. 3). Sobre la arquitectura véase también Fortna, *Imperial Classroom* (2003), pp. 139-145.

[←2678]
Somel, *Modernization of Public Education* (2001), p. 204.

[←2679]

Szyliowicz, *Education and Modernization* (1973), pp. 170-178; Keddie, *Modern Iran* (2006), p. 29; Amin *et al.*, *Modern Middle East* (2006), pp. 43 y ss.

[←2680]

Ringer, *Education and Society* (1979), p. 206.

[←2681]

Cita de Goonatilake, *Toward a Global Science* (1998), p. 62, que aduce aquí el ejemplo de Benarés. Véase también Burke, *Papier und Marktgeschrei* (2001), pp. 64-67.

[←2682]

Para un estudio (implícitamente comparativo) de las instituciones del conocimiento islámicas véase Huff, *Early Modern Science* (2003[2]), pp. 147-179.

[←2683]

Björn Wittrock, «The Modern University: The Three Transformations», en: Rothblatt/Wittrock, *European and American University* (1993), pp. 303-362, aquí 304 y ss., 310 y ss.

[←2684]

Un admirable esbozo de carácter sociológico del «*Don*» es Rothblatt, *Revolution of the Dons* (1968), pp. 181-208.

[←2685]

J.-C. Caron, *Générations romantiques* (1991), p. 167.

[←2686]

Brim, *Universitäten* (1985), p. 154.

[←2687]

Lee Ki-baik, *Korea* (1984), p. 342; Lee Chong-sik, *Korean Nationalism* (1963), pp. 89-126.

[←2688]

John Roberts *et al.*, «Die Übernahme europäischer Universitätsmodelle», en: Rüegg, *Universität*, vol. 2 (1996), pp. 213-232.

[←2689]

Edward Shils/John Roberts, «Die Übernahme europäischer Universitätsmodelle», en: ibíd., vol. 3 (2004), pp. 145-196, en esp. 166, 169, 175, 181-184; para África es interesante: Nwauwa, *Imperialism* (1997).

[←2690]

Rüegg, *Universität*, vol. 3 (2004), p. 164.

[←2691]
İhsanoğlu, *Science* (2004), texto III, pp. 38 y ss.

[←2692]

Hayhoe, *China’s Universities* (1996), p. 13. Véase también Lu Yongling/ Ruth Hayhoe, «Chinese Higher Learning: The Transition Process from Classical Knowledge Patterns to Modern Disciplines, 1860-1910», en: Charle *et al.*, *Transnational Intellectual Networks* (2004), pp. 269-306.

[←2693]

Citado por Shils/Roberts, «Die Übernahme europäischer Universitätsmodelle», en: Rüegg, *Universität*, vol. 3 (2004), p. 192.

[←2694]

Ringer, *Die Gelehrten* (1983); B. K. Marshall, «Professors and Politics: The Meiji Academic Elite», en: Kornicki, *Meiji Japan*, vol. 4 (1998), pp. 296-318.

[←2695]

Bartholomew, *Science in Japan* (1989), pp. 84 y ss.

[←2696]

W. Clark, *Academic Charisma* (2006); véase también Schalenberg, *Humboldt auf Reisen*? (2002), pp. 53-75. La universidad de Humboldt no supuso una ruptura radical, sino que podía enlazar con las ideas reformistas de toda Europa bajo el «despotismo ilustrado», como muestra R. D. Anderson, *European Universities* (2004), cap. 2 (sobre Humboldt, cap. 4).

[←2697]

David Cahan, «Institutions and Communities», en: Cahan, *From Natural Philosophy* (2003), pp. 291-328, aquí 313-317.

[←2698]

Jungnickel/McCormmach, *Intellectual Mastery* (1986), vol. 2, pp. 166 y ss.

[←2699]

Konrad H. Jarausch, «Universität und Hochschule», en: C. Berg *et al.*, *Handbuch*, vol. 4 (1991), pp. 313-339, aquí 38 y ss.

[←2700]
R. D. Anderson, *European Universities* (2004), p. 292.

[←2701]

W. Clark, *Academic Charisma* (2006), p. 461.

[←2702]
Leedham-Green, *Concise History* (1996), p. 195.

[←2703]

John R. Thelin, «The Research University», en: Cayton, *Encyclopedia*, vol. 3 (1993), pp. 2037-2045, aquí 2037.

[←2704]
Veysey, *Emergence* (1965), p. 171.

[←2705]

Thelin, *American Higher Education* (2004), pp. 114, 116, 122-131, 153 y ss. Además, sobre el cambio de siglo no se ha superado Veysey, *Emergence* (1965).

[←2706]

Bartholomew, *Science in Japan* (1989), pp. 64, 68 y ss., 123.

[←2707]
Sobre Rieß *cfr*. Mehl, *History and the State* (1998), pp. 94-102.

[←2708]
İhsanoğlu, *Science* (2004), texto X, p. 53.

[←2709]
Goonatilake, *Toward a Global Science* (1998), pp. 53-55.

[←2710]

Véanse las reflexiones fundamentales de Raina, *Images and Contexts* (2003), pp. 176-191; y la excelente colección (de reimpresiones) de Habib/ Raina, *Social History of Science* (2007).

[←2711]

Nakayama, *Traditions* (1984), pp. 195-202.

[←2712]
Elman, *On Their Own Terms* (2005), p. 298.

[←2713]

Howland, *Translating the West* (2000), p. 97.

[←2714]

Wang Hui, «The Fate of "Mr. Science" in China: The Concept of Science and Its Application in Modern Chinese Thought», en: Barlow, *Formations* (1997), pp. 21-81, aquí 22 y ss., 30 y ss., 33, 56. Hay estudios excelentes sobre la transferencia del saber al chino en Lackner *et al.*, *New Terms* (2001), así como en Vittinghoff/Lackner, *Mapping Meanings* (2004).

[←2715]
C. T. Jackson, *Oriental Religions* (1981), p. 57.

[←2716]

Cfr. Sullivan, *Meeting of Eastern and Western Art* (1989), pp. 120-139, 209-229; véase también K. Berger, *Japonismus* (1980).

[←2717]

Cfr. Thomas Betzwieser/Michael Stegemann, «Exotismus», en: Ludwig Finscher (ed.), *Die Musik in Geschichte und Gegenwart*, 2.ª ed., «Sachteil», vol. 3, Kassel, 1995, pp. 226-240; Bellman, *The Exotic* (1998).

[←2718]

Hay una buena caracterización en Burrow, *Crisis of Reason* (2000), pp. 226-229; véase también Aravamudan, *Guru English* (2006), pp. 105-141.

[←2719]

Para la India: Arnold, *Science* (2000), p. 124; también es muy importante Yamada Keiji, *Transfer of Science* (1994).

[←2720]

Prakash, *Another Reason* (1999), pp. 6, 53.

[←2721]

Es especialmente el análisis de la India ibíd., pp. 52 y ss.

[←2722]
Bowler/Morus, *Making Modern Science* (2005), p. 338.

[←2723]

Alwin Diemer, «Geisteswissenschaften», en: *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 3, Basilea, 1974, col. 213.

[←2724]

Theodore M. Porter, «The Social Sciences», en: Cahan, *From Natural Philosophy* (2003), pp. 254-290, aquí 254. Véase también, más arriba, el capítulo I.

[←2725]

Dorothy Ross, «Changing Contours of the Social Science Disciplines», en: D. Porter/Ross, *Modern Social Sciences* (2003), pp. 205-237, aquí 208-214.

[←2726]
Barshay, *Social Sciences* (2004), pp. 40-42.

[←2727]

Breve visión de conjunto en Iggers/Wang, *Modern Historiography* (2008), pp. 117-133, donde, en otro lugar, se trata también el desarrollo de la historiografía en Asia durante el siglo XIX y principios del XX.

[←2728]

René Wellek, la gran autoridad de la materia, sitúa el principio de la crítica literaria hacia 1750. La crítica artística ya empezó en Europa con Giorgio Vasari (1511-1574).

[←2729]
Más al respecto en Osterhammel, *Entzauberung* (1998).

[←2730]

Aunque se han publicado numerosos estudios específicos más recientes, aún no se ha superado Schwab, *La renaissance orientale* (1950).

[←2731]

Entre ellos algunos clásicos: Tahtawi, *Ein Muslim* (1989); Pantzer, *Iwakura-Mission* (2002); Kume Kunitake, *Iwakura Embassy* (2002); Chen Feng, *Entdeckung des Westens* (2001); Parsons, *King Khama* (1998). Véase también Osterhammel, *Ex-zentrische Geschichte* (2002).

[←2732]
Gran-Aymerich, *Naissance de l’archéologie moderne* (1998), pp. 8386.

[←2733]
Peers, *Colonial Knowledge* (2005).

[←2734]

Said, *Orientalism* (1978), desencadenó el debate y sigue siendo el texto más importante que se generó. Para la discusión en inglés y árabe, *cfr*. Varisco, *Reading Orientalism* (2007).

[←2735]

Véanse los casos estudiados en Stuchtey, *Science* (2005).

[←2736]

La ambivalencia se ha elaborado especialmente bien a partir de un ejemplo francés: Singaravélou, *L'École Française d'Extrême-Orient* (1999), pp. 183 y ss.

[←2737]
Stocking, *Victorian Anthropology* (1987) y *After Tylor* (1996).

[←2738]

Véase también, más arriba, los capítulos I y III.

[←2739]

Stafford, *Scientist of Empire* (1989); Robert A. Stafford, «Scientific Exploration and Empire», en: Louis, *Oxford History of the British Empire*, vol. 3 (1998), pp. 224-319; Driver, *Geography Militant* (2001).

[←2740]
Wennerholm, *Sven Hedin* (1978).

[←2741]

S. Conrad, *Globalisierung* (2006), cap. 2.

[←2742]
Schleier, *Kulturgeschichtsschreibung* (2003), vol. 2, pp. 813-841.

[←2743]

Venturi, *Roots of Revolution* (1960), pp. 633 y ss.

[←2744]

Sin embargo, de joven Bartók había aprendido las maneras del virtuosismo romántico con su maestro István Thomán, uno de los discípulos aventajados de Liszt.

[←2745]

Para lo siguiente: B. Barth/Osterhammel, *Zivilisierungsmissionen* (2005); Mazlish, *Civilization* (2004); más concretamente para el sur de Asia: Fischer-Tiné/Mann, *Colonialism* (2004). Puede hallarse una buena visión de conjunto en un lugar inesperado: Costa, *Civitas*, vol. 3 (2001), pp. 457-499.

[←2746]

Pagden, *Lords* (1995), pp. 79 y ss.

[←2747]

Adas, *Contested Hegemony* (2004).

[←2748]

La centralidad de la oposición entre civilización y barbarie, más allá de Argentina, queda clara en Brading, *First America* (1991), pp. 621-647, y Manrique, *De la conquista a la globalización* (2006), pp. 147-166. Como edición comentada en alemán es excelente Sarmiento, *Barbarei und Zivilisation* (2007).

[←2749]

Nani, *Ai confini della nazione* (2006), pp. 97 y ss.; Moe, *View from Vesuvius* (2002).

[←2750]
Seidl, *Bayern in Griechenland* (1981).

[←2751]

Broers, *Napoleonic Empire* (2005), pp. 245 y ss. y *passim*.

[←2752]

R. Owen, *Lord Cromer* (2004), en esp. pp. 304 y ss.

[←2753]

Un clásico sobre el eco del utilitarismo en la India: Stokes, *English Utilitarians* (1959).

[←2754]

J. Fisch, *Tödliche Rituale* (1998), pp. 365 y ss. (para los cálculos del número de víctimas, pp. 236 y ss.). En el Nepal no colonial, ¡quemar a las viudas siguió siendo legal hasta 1920!

[←2755]

Véase la diferencia tipológica entre el «modelo de estado» de la colonización y el «colonialismo civilizador» de los misioneros: Comaroff/Comaroff, *Ethnography* (1992), pp. 198-205.

[←2756]

Por ejemplo en la Jamaica de 1865 (hechos de la bahía de Morant): Kostal, *Jurisprudence of Power* (2005), p. 463 y *passim*.

[←2757]

Gong, *Standard of «Civilization»* (1984).

[←2758]

Koskenniemi, *Gentle Civilizer* (2002), pp. 49, 73.

[←2759]

Betts, *Assimilation* (1970), sigue siendo la referencia.

[←2760]

Hay datos fiables en general sobre los crímenes coloniales en Ferro, *Le livre noir* (2003). En los últimos tiempos se ha prestado especial atención a los actos alemanes en el África suroccidental.

[←2761]

Brantlinger, *Dark Vanishings* (2003), pp. 94 y ss.

[←2762]
Rivet, *Le Maroc* (1999), pp. 36-77.

[←2763]
M. C. Meyer/Sherman, *Course of Mexican History* (1991^{4}), p. 457.

[←2764]

Bullard, *Exile* (2000), pp. 17, 121 y ss.

[←2765]
Véase también la «Conclusión» del presente libro.

[←2766]

El concepto, en Stephanson, *Manifest Destiny* (1998[2]), p. 80; se trata de una buena introducción a las ideas estadounidenses de la «acción civilizadora».

[←2767]

Manela, *Wilsonian Moment* (2007).

[←2768]

La cita corría hacia 1930, pero no se ha documentado el origen con claridad.

[←2769]

Clarence-Smith, *Islam* (2006), 146.

[←2770]

Palais, *Korean Uniqueness* (1995), p. 418.

[←2771]

Thanet Aphornsuvan, «Slavery and Modernity: Freedom in the Making of Modern Siam», en: Kelly/Reid, *Asian Freedoms* (1998), pp. 161-186, en esp. 177.

[←2772]
Sanneh, *Abolitionists Abroad* (1999).

[←2773]

Temperley, *British Antislavery* (1972), para una descripción precisa de este internacionalismo.

[←2774]

Gott, *Cuba* (2004), pp. 45 y ss.

[←2775]

Green, *British Slave Emancipation* (1976), sigue siendo la obra básica sobre el tema.

[←2776]
D. B. Davis, *Inhuman Bondage*, p. 79.

[←2777]

Los hechos se narran de forma emocionante, en tono muy biográfico, en Hochschild, *Bury the Chains* (2005); sobre las ideas de los abolicionistas británicos es profundo D. B. Davis, *Slavery and Human Progress* (1984), pp. 107-168; sobre el «egoísmo» de esta forma de pensar: C. L. Brown, *Moral Capital* (2006); y una obra muy completa sobre la «cultura» del movimiento: Turley, *English Anti-Slavery* (1991).

[←2778]
Coleridge, 1808, citado por C. L. Brown, *Moral Capital* (2006), p. 8.

[←2779]

Seymour Drescher es un representante especialmente influyente de este consenso, con numerosas publicaciones.

[←2780]

Carey, *British Abolitionism* (2005).

[←2781]
D. B. Davis, *Inhuman Bondage*, p. 236.

[←2782]

Satre, *Chocolate on Trial* (2005), pp. 77 y ss.

[←2783]

Keegan, *Colonial South Africa* (1996), pp. 35 y ss.

[←2784]

Dharma Kumar, «India», en: Drescher/Engerman, *Historical Guide* (1998), pp. 5-7.

[←2785]

Blackburn, *Overthrow* (1988), p. 480; Bernecker, *Geschichte Haitis* (1996), p. 69.

[←2786]

N. Schmidt, *L'Abolition de l'esclavage* (2005), pp. 221 y ss.

[←2787]

Emmer, *Nederlandse slavenhandel* (2003[2]), pp. 205 y ss.

[←2788]

Desde otra perspectiva véase también más arriba, capítulo X.

[←2789]

Cifras exactas en Berlin, *Generations of Captivity* (2003), apéndice, tabla 1.

[←2790]

Drescher, *From Slavery to Freedom* (1999), pp. 276 y ss.

[←2791]

Visión de conjunto en Stewart, *Holy Warriors* (1997); sobre el más famoso de los abolicionistas blancos, aunque quizá no el más influyente: H. Mayer, *All on Fire* (1998), una obra demasiado poco crítica, por desgracia.

[←2792]

Para acceder a la ingente bibliografía sobre Lincoln y la esclavitud: Oakes, *The Radical and the Republican* (2007), en esp. 43 y ss.

[←2793]

D. B. Davis, *Inhuman Bondage* (2006), pp. 317 y ss.

[←2794]

Zeuske, *Kleine Geschichte Kubas* (2000), pp. 124 y ss.; SchmidtNowara, *Empire and Antislavery* (1999).

[←2795]

Viotti da Costa, *Brazilian Empire* (1985), pp. 125-171; A. W. Marx, *Making Race* (1998), p. 64.

[←2796]
Bernecker *et al.*, *Geschichte Brasiliens* (2000), p. 210.

[←2797]

Para la comparación de la esclavitud y el holocausto, Drescher, *From Slavery to Freedom* (1999), pp. 312-338.

[←2798]

Clarence-Smith, *Islam* (2006), pp. 10 y ss.

[←2799]

Ibíd., pp. 100 y ss.

[←2800]

Ibíd., pp. 107 y ss.

[←2801]

Ibíd., p. 116.

[←2802]
Temperley, *White Dreams* (1991).

[←2803]

Fundamental para la comparación en el estudio de la esclavitud: Zeuske, *Sklaven* (2006), pp. 331-360. Zeuske tiende a ser escéptico al respecto, pero algunos autores, como por ejemplo Seymour Drescher, han aprovechado bien las posibilidades comparativas.

[←2804]

Por ejemplo F. Cooper, *Beyond Slavery* (2000); véanse también los importantes análisis regionales de Temperley, *After Slavery* (2000).

[←2805]

Según un estudio fundamental: R. J. Scott, *Degrees of Freedom* (2005).

[←2806]

Stanley Engerman, «Comparative Approaches to the Ending of Slavery», en: Temperley, *After Slavery* (2000), pp. 281-300, aquí 288-290.

[←2807]

Para los procesos de África, numerosos y entrelazados diversamente, véase la recopilación de Miers/Roberts, *End of Slavery* (1988), así como F. Cooper *et al.*, *Beyond Slavery* (2000), pp. 106-149 (para el dato de 1910: p. 119).

[←2808]

Hace hincapié en ello Berlin, *Generations of Captivity* (2003), pp. 248-259.

[←2809]

Ibíd., pp. 266 y ss.

[←2810]

Keegan, *Colonial South Africa* (1996), los encuentra incluso antes de 1850, y no solo después de la «revolución mineral».

[←2811]

Citado por Winant, *The World is a Ghetto* (2001), p. 32.

[←2812]

Las causas de este proceso no han dejado de ser objeto de intensas polémicas. Como resumen de las controversias: James Beeby/Donald G. Nieman, «The Rise of Jim Crow, 1880-1920», en: Bowles, *Companion* (2002), pp. 336-347.

[←2813]
Fredrickson, *White Supremacy* (1981), p. 197.

[←2814]

Winant, *The World is a Ghetto* (2001), pp. 103-105; A. W. Marx, *Making Race* (1998), pp. 79, 178-190; Drescher, *From Slavery to Freedom* (1999), pp. 146 y ss.

[←2815]

R. J. Scott, *Degrees of Freedom* (2005), pp. 253 y ss.

[←2816]

F. Cooper *et al.*, *Beyond Slavery* (2000), p. 18.

[←2817]

Drescher, *Mighty Experiment* (2002), pp. 158 y ss.; también Holt, *Problem of Freedom* (1992).

[←2818]

No hay una historia de las ideas consistente en torno del racismo; por el momento véase aún Mosse, *Rassismus* (1990). La mejor introducción general es Geulen, *Rassismus* (2007).

[←2819]

Shimazu, «Japan, Race and Equality» (1998); para una interpretación: Lake/Reynolds, *Global Colour Line* (2008), pp. 285-309.

[←2820]

Frank Becker, «Einleitung: Kolonialherrschaft und Rassenpolitik», en: Becker, *Rassenmischehen* (2004), pp. 11-26, aquí 13.

[←2821]

Christian Geulen, «The Common Grounds of Conflict: Racial Visions of World Order 1880-1940», en: S. Conrad/Sachsenmaier, *Competing Vision* (2007), pp. 69-96.

[←2822]

Así lo detalla uno de los grandes clásicos de la historia de las ideas del racismo: W. D. Jordan, *White over Black* (1968). Como ocurre a menudo, no está clara cuál fue la influencia de los autores. ¿Representaba de verdad Long a «los dueños de las plantaciones» o más bien a la «opinión pública británica»? Drescher, *From Slavery to Freedom* (1999), p. 285, pone en duda esto último.

[←2823]

Patterson, *Slavery and Social Death* (1982), p. 61.

[←2824]

Roediger, *Working toward Whiteness* (2005), p. 11; para la historia de las clasificaciones raciales véase sobre todo Banton, *Racial Theories* (1987); como panorama general: Fluehr-Lobban, *Race* (2006), pp. 74-103.

[←2825]
Augstein, *Race* (1996), p. XVIII.

[←2826]

El enfrentamiento de Gobineau y Tocqueville, en la década de 1850, puso de manifiesto con inaudita claridad las alternativas. *Cfr.* Ceaser, *Reconstructing America* (1997), cap. 6.

[←2827]
Banton, *Racial Theories* (1987), pp. 54-59.

[←2828]

Para una buena visión de conjunto sobre las teorías raciales biológicas del siglo XIX, Graves, *Emperor's New Clothes* (2001), pp. 37-127.

[←2829]
Hannaford, *Race* (1996), pp. 226 y ss., 232 y ss., 241.

[←2830]

Ballentyne, *Orientalism* (2002), p. 44; siguen siendo esenciales: Poliakov, *Der arische Mythos* (1971); Olender, *Sprachen des Paradieses* (1995); Trautmann, *Aryans* (1997).

[←2831]
Lorcin, *Imperial Identities* (1995); Streets, *Martial Races* (2004).

[←2832]

Hannaford, *Race* (1996), pp. 348 y ss.

[←2833]

Lauren, *Power and Prejudice* (1988), pp. 44 y ss.; Gollwitzer, *Die gelbe Gefahr* (1962); Mehnert, *Deutschland* (1995); Geulen, *Wahlverwandte* (2004), parte II.

[←2834]

D. B. Davis, *Inhuman Bondage* (2006), p. 76.

[←2835]

Véase más arriba, capítulo VIII.

[←2836]

L. D. Baker, *From Savage to Negro* (1998), pp. 99 y ss.

[←2837]
Barkan, *Retreat of Scientific Racism* (1991).

[←2838]

Torpey, *Invention of the Passport* (2000), pp. 91 y ss.

[←2839]

Completo (aunque centrado en particular en Europa): Caplan/Torpey, *Documenting Individual Identity* (2001).

[←2840]

Noiriel, *Immigration* (2007), pp. 135 y ss.

[←2841]

Gosewinkel, *Einbürgern* (2001), pp. 325-327.

[←2842]

Como panorama más general: Lake/Reynolds, *Global Colour Line* (2008).

[←2843]

Buena visión de conjunto en: Reimers, *Other Immigrants* (2005), pp. 44-70; también Takaki, *Strangers* (1989); Gyory, *Closing the Gate* (1998); para la experiencia china: E. Lee, *At America's Gates* (2003).

[←2844]
D. R. Walker, *Anxious Nation* (1999), p. 98.

[←2845]

La obra de referencia es: Markus, *Australian Race Relations* (1994).

[←2846]

Jacobson, *Whiteness* (1998).

[←2847]

Jacobson, *Barbarian Virtues* (2000), pp. 261 y ss.

[←2848]
Dikötter, *Discourse of Race* (1992).

[←2849]

Rhoads, *Manchus and Han* (2000), p. 204.

[←2850]

Katz, *Out of the Ghetto* (1973), p. 1; para una presentación general más reciente, sobre todo de la emancipación política: Vital, *A People Apart* (1999).

[←2851]

Como historia global de la reforma judía *cfr*. M. A. Meyer, *Response to Modernity* (1988).

[←2852]
Katz, *Vorurteil* (1980), p. 236.

[←2853]

La bibliografía es muy abundante; la resume Noiriel, Immigration (2007), pp. 207-286.

[←2854]

Como compendio de los estudios sobre el antisemitismo ruso: Marks, *How Russia Shaped the Modern World* (2003), pp. 140-175.

[←2855]

Sorin, *A Time for Building* (1992), p. 55; Dinnerstein, *Antisemitism in America* (1994), pp. 35 y ss.

[←2856]

Es similar Mosse, *Final Solution* (1978), p. 168.

[←2857]

Shaw, *Jews of the Ottoman Empire* (1991), pp. 187-206.

[←2858]

Fink, *Defending the Rights of Others* (2004), pp. 5-38.

[←2859]

Para una estadística de la difusión geográfica de la población judía en el mundo: Karady, *Jews of Europe* (2004), pp. 44 y ss.

[←2860]

Reinhard Rürup, «Jewish Emancipation in Britain and Germany», en: Brenner *et al.*, *Two Nations* (1999), pp. 49-61.

[←2861]

Goodman/Miyazawa, *Jews in the Japanese Mind* (2000), p. 81.

[←2862]
Poliakov, *Der arische Mythos* (1971), p. 267.

[←2863]

Fredrickson, *Racism* (2002), p. 72.

[←2864]

Geulen, *Wahlverwandte* (2002), p. 197.

[←2865]

Como nueva comparación europea en esta perspectiva: Brustein, *Roots of Hate* (2003).

[←2866]

Haumann, *Ostjuden* (1999[5]), pp. 81 y ss.

[←2867]

Ibíd., pp. 178 y ss.; Weeks, *From Assimilation* (2006), pp. 71 y ss.

[←2868]

Love, *Race over Empire* (2004), pp. 1-5, 25 y ss.

[←2869]

P. A. Kramer, *Blood of Government* (2006), pp. 356 y ss.

[←2870]
Fredrickson, *Racism* (2002), pp. 75-95.

[←2871]

Ibíd., p. 95.

[←2872]

Vital, *A People Apart* (1999), pp. 717 y ss., 725.

[←2873]

Esta es también la clara conclusión de Volkov, *Antisemitismus* (2000[2]), p. 57.

[←2874]

Este capítulo debe muchos estímulos importantes a un estudio sociológico excelente: Beyer, *Religions* (2006).

[←2875]

Sobre las *master narratives* en la historia de la religión desde la Edad Moderna, *cfr*. D. Martin, On Secularization (2005), pp. 123-140.

[←2876]

Sobre la «transformación análoga»: Beyer, *Religions* (2006), p. 56; como modelo de «historia entrelazada» entre Gran Bretaña y la India, Veer, *Imperial Encounters* (2001).

[←2877]

Hoy en día, uno de los principales representantes del concepto de «religión política» es el historiador Michael Burley.

[←2878]

Al respecto véase la convincente crítica de Graf, *Wiederkehr* (2004), pp. 233-238, también Beyer, *Religions* (2006), pp. 62 y ss.

[←2879]

Sobre los diversos conceptos de religión en las «religiones mundiales» véase Haussig, *Religionsbegriff* (1999).

[←2880]

J. R. Bowen, *Religions in Practice* (2006^3), pp. 26 y ss. (ampliado).

[←2881]

Jensen, *Manufacturing Confucianism* (1997), p. 186.

[←2882]

Hsiao Kung-chuan, *A Modern China* (1975), pp. 41-136.

[←2883]

Beyer, *Religions* (2006), pp. 83 y ss.

[←2884]
Masuzawa, *Invention* (2005), pp. 17-20.

[←2885]

Para el siglo XIX en Europa y América: Helmstadter, *Freedom and Religion* (1997). Para una comparación de los procesos de emancipación: Liedtke/ Wendehorst, *Emancipation* (1999).

[←2886]
Cassirer, *Philosophie der Aufklärung* (1998), p. 221.

[←2887]

Zagorin, *Toleration* (2003), p. 306.

[←2888]

Sanneh, *Crown* (1997), p. 9. Las misiones que intentaron convertir África al islam o al cristianismo son un tema central de Coquery-Vidrovitch, *L'Afrique* (1999).

[←2889]

En lo que sigue mi argumentación se orienta sobre todo hacia la historia social. Para un buen análisis de historia de las ideas (a partir del ejemplo de Francia), véase Lepenies, *Sainte-Beuve* (1997), pp. 317-362.

[←2890]

McLeod, *Secularisation* (2000), p. 285.

[←2891]
Ibíd., pp. 224, 262.

[←2892]

Browne, *Darwin*, vol. 2 (2002), p. 496.

[←2893]

Beales/Dawson, *Prosperity and Plunder* (2003), pp. 291 y ss.

[←2894]
Spiro, *Buddhism* (1982[2]), p. 284.

[←2895]

Joseph Fletcher, «Ch'ing Inner Asia», en: Fairbank/Twitchett, *Cambridge History of China*, vol. 10 (1978), pp. 35-106, aquí 99.

[←2896]

M. C. Goldstein, *Modern Tibet* (1989), pp. 41 y ss.

[←2897]
Asad, *Formations* (2003), pp. 210-212, 255.

[←2898]

Berkes, *Secularism in Turkey* (1998[2]), pp. 89 y ss.

[←2899]
Hilton, *A Mad, Bad and Dangerous People?* (2006), p. 176.

[←2900]
Butler, *Sea of Faith* (1990), p. 270.

[←2901]

Para un análisis del proceso conjunto, Casanova, *Public Religions* (1994), pp. 134 y ss.

[←2902]

Finke/Stark, *Churching of America* (2002[5]), p. 114 (tabla 4.1).

[←2903]

D’Agostino, *Rome in America* (2004), p. 52.

[←2904]

Cfr. la visión de conjunto paneuropea en C. M. Clark/Kaiser, *Culture Wars* (2003).

[←2905]
Chadwick, *History of the Popes* (1998), p. 95.

[←2906]
Hardacre, *Shinto* (1989), pp. 27 y ss.; McClain, *Japan* (2002), pp. 267-272.

[←2907]

Cfr. Wakabayashi, *Anti-Foreignism* (1991), para una traducción e interpretación de la fuente más importante.

[←2908]
Chidester, *Savage Systems* (1996), pp. 11-16.

[←2909]

Petermann, *Geschichte der Ethnologie* (2004), pp. 475 y ss.

[←2910]
Hösch, *Balkanländer* (1988), p. 97.

[←2911]
Keith, *Speeches* (1922), pp. 382-386.

[←2912]

Tarling, *Southeast Asia* (2001), pp. 320 y ss.; Gullick, *Malay Society* (1987), pp. 285 y ss.

[←2913]
Bartal, *Jews of Eastern Europe* (2005), p. 73.

[←2914]

Federspiel, *Sultans* (2007), pp. 99 y ss.

[←2915]

F. Robinson, *Muslim Societies* (2004), p. 187. Para la actitud fundamental de las hermandades sufíes hacia el gobierno colonial véase Abun-Nasr, *Muslim Communities of Grace* (2007), pp. 200-235.

[←2916]

Strachan hace hincapié en que los alemanes desarrollaron esta clase de subversión imperial, primero, como estrategia para una auténtica guerra «mundial»: Strachan, *First World War* (2001), p. 694; el cap. 9 es completo al respecto.

[←2917]

La presentación general de Gründer, *Welteroberung* (1992), es buena, pero ha quedado anticuada; desde la perspectiva británica, es excelente la visión de conjunto de Andrew Porter, «An Overview, 1700-1914», en: Etherington, *Missions and Empire* (2005), pp. 40-63. Para las fuentes: Harlow/Carter, *Archives of Empire* (2003), vol. 2, pp. 241-364 (se hace hincapié en la militancia de los misioneros). Aquí debemos dejar de lado la misión y expansión islámica, sobre todo en África; pero véase Hiskett, *Islam in Africa* (1994). Como reacción a la penetración cristiana también surgieron corrientes misioneras en el budismo, por ejemplo en Ceilán.

[←2918]
Tarling, *Southeast Asia* (2001), p. 316.

[←2919]

Para un panorama conciso, R. G. Tiedemann, «China and Its Neighbours», en: Hastings, *World History of Christianity* (1999), pp. 369-415, aquí 390-402.

[←2920]

Visiones de conjunto: KevinWard, «Africa», en: ibíd., pp. 192-237, aquí 203 y ss.; C. Marx, *Geschichte Afrikas* (2004), pp. 90-100; Coquery-Vidrovitch, *L’Afrique* (1999), pp. 212-232.

[←2921]

Es de referencia un gran estudio antropológico sobre Sudáfrica: Comaroff/ Comaroff: *Of Revelation and Revolution* (1991-1997). Entre la bibliografía más reciente sobre las estrategias misioneras destaca: A. Porter, *Religion versus Empire?* (2004); el punto de vista es muy distinto en C. Hall, *Civilising Subjects* (2002). Entre la abundancia de recopilaciones sobre la historia misionera, la principal es Veer, *Conversion* (1996).

[←2922]

Brian Stanley, «Christian Missions, Antislavery, and the Claims of Humanity, c. 1813-1873», en: Gilley/Stanley, *Cambridge History of Christianity* (2006), pp. 443-457, aquí 445.

[←2923]

Andrew Porter, «Missions and Empire, c. 1873-1914, en: ibíd., pp. 560-575, aquí 568.

[←2924]

Véanse las biografías de estos dos líderes misioneros: Eber, *Jewish Bishop* (1999); A. J. Austin, *China's Millions* (2007).

[←2925]
Peebles, *Sri Lanka* (2006), p. 53.

[←2926]

Robert Eric Frykenberg, «Christian Missions and the Raj», en: Etherington, *Missions and Empire* (2005), pp. 107-131, aquí 107, 112.

[←2927]

K. Ward, *Global Anglicanism* (2006).

[←2928]

Deringil, *Well-Protected Domains* (1999), pp. 113, 132.

[←2929]

Como descripción de este diverso paisaje religioso: Voll, *Islam* (1994[2]), cap. 3.

[←2930]

Cook, *Understanding Jihad* (2005), pp. 74 y ss.

[←2931]

John Obert Voll, «Foundations for Renewal and Reform: Islamic Movements in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», en: Esposito, *Oxford History of Islam* (1999), pp. 509-547, aquí 523, 525.

[←2932]

Véase más arriba, capítulo X.

[←2933]
Shipps, *Mormonism* (1985).

[←2934]

Amplia visión de conjunto en J. R. Bowen, *Religions in Practice* (2006[3]), pp. 216-228.

[←2935]

Reynaldo Ileto, «Religion and Anti-colonial Movements», en: Tarling, *Cambridge History of Southeast Asia*, vol. 2 (1992), pp. 198-248, aquí 199 y ss.

[←2936]

Al respecto véase el fascinante estudio sobre Bahaullah: J. R. Cole, *Modernity* (1998).

[←2937]

Nikolaas A. Rupke, «Christianity and the Sciences», en: Gilley/Stanley, *Cambridge History of Christianity* (2006), pp. 164-180.

[←2938]

Wernick, *Auguste Comte* (2001), muy crítico; para la recepción de Comte fuera de Europa: Forbes, *Positivism* (1975), en esp. 147-158.

[←2939]
Funkenstein, *Jüdische Geschichte* (1995), pp. 186-196.

[←2940]

John Rogerson, «History and the Bible», en: Gilley/Stanley, *Cambridge History of Christianity* (2006), pp. 181-196, aquí 195.

[←2941]

Es fundamental Kurzman, *Modernist Islam* (2002), en esp. la excelente introducción del editor, pp. 3-27; A. Black, *Islamic Political Thought* (2001), pp. 279-308; Hourani, *Arabic Thought* (1962), sigue siendo un clásico sobre el pensamiento islámico.

[←2942]

B. D. Metcalf, *Islamic Revival* (1992); F. Robinson, *Islam* (2000), pp. 254-264; Pernau, *Bürger mit Turban* (2008), pp. 219-224.

[←2943]

Para una visión de conjunto: Stietencron, *Hinduismus* (2001), pp. 8388; con más detalles: K. W. Jones, *Reform Movements* (1990), que incluye tanto las diferencias regionales como los movimientos musulmanes. El actual nacionalismo hindú tiene raíces en el siglo XIX: véase Bhatt, *Hindu Nationalism* (2001), caps. 2-3. Sobre el desarrollo de la idea de la «espiritualidad india» *cfr*. Aravamudan, *Guru English* (2006).

[←2944]
Como visión de conjunto: Sharma, *Modern Hindu Thought* (2002).

[←2945]

Peebles, *Sri Lanka* (2006), pp. 74 y ss.

[←2946]
El mejor ejemplo al respecto: Weismann, *Naqshbandiyya* (2007).

[←2947]
Lüddeckens, *Weltparlament* (2002).

[←2948]

Gullick, *Malay Society* (1987), p. 299.

[←2949]

Boudon *et al.*, *Religion et culture* (2001), pp. 39 y ss., 134; Chadwick, *History of the Popes* (1998), p. 113.

[←2950]

Ibíd., pp. 159, 181 y ss.

[←2951]
Arrington, *Brigham Young* (1985), pp. 321 y ss.

[←2952]

Esta es la tesis de F. Robinson, *Islam* (2000), pp 76 y ss.

[←2953]
Ranke, *Aus Werk und Nachlaß* (1975), p. 463.

[←2954]
Borst, *Barbaren* (1990[2]), p. 134.

[←2955]

Tal es el título de un libro del sociólogo Hans Freyer (*Theorie des gegenwärtigen Zeitalters*, Stuttgart, 1955).

[←2956]

Para una traducción inglesa completa de este texto importante véase Philipp/Schwald, *Abd-al-Rahman al-Jabarti's History of Egypt* (1994); en 1983, Arnold Hottinger editó una selección en alemán. Las notas siguientes solo harán alusión a referencias que podrían ser poco conocidas para los lectores de este libro.

[←2957]

Traducción en Tahtawi, *Ein Muslim entdeckt Europa* (1989).

[←2958]
Deutschlandtagebuch 1884-1888, trad. H. Schöche, Tubinga, 1992.

[←2959]

Blacker, *Japanese Enlightenment* (1964), pp. 90-100. Hay traducciones inglesas de textos importantes de Fukuzawa; en alemán, una biografía sumamente interesante (1971).

[←2960]

Lo indica A. Black, *Islamic Political Thought* (2001), pp. 288-291; Abrahamian, *Iran* (1982), pp. 65-69; para extractos de fuentes: Kurzman, *Modernist Islam* (2002), pp. 11-15.

[←2961]

Para un retrato impresionante de Tagore: Sen, *Argumentative Indian* (2005), pp. 89-120; sobre los ecos sigue siendo fundamental Hay, *Asian Ideas* (1970).

[←2962]

Hay decenas de teorías sobre la modernidad. Véase la antología de Waters, *Modernity* (1999). Para los historiadores, creo que son especialmente fructíferos los ensayos (muy diversos entre sí) de S. N. Eisenstadt, Anthony Giddens, Richard Münch, Alain Touraine, Johann P. Arnason, Stephen Toulmin y Peter Wagner.

[←2963]

Eisenstadt, *Vielfalt* (2000), caps. 1-3.

[←2964]

Hay numerosos ejemplos en el excelente libro de G. Robb, *Discovery of France* (2007).

[←2965]

Para buenos resúmenes: F. J. Bauer, *Das «lange» 19. Jahrhundert* (2004); Langewiesche, *Neuzeit* (2003).

[←2966]
Dülffer, *Im Zeichen der Gewalt* (2003), p. 245.

[←2967]

Cfr. Osterhammel, *Ex-zentrische Geschichte* (2002).

[←2968]
Véase también, más arriba, el capítulo II.

[←2969]

Adas, *Contested Hegemony* (2004).

[←2970]

Un diagnóstico clásico para Europa, publicado por vez primera en 1925 en Italia: De Ruggiero, *Liberalismus* (1930).

[←2971]
Whitehead, *Science* (1967), p. 96.

[←2972]
Bendix, *Könige oder Volk*, vol. 1 (1980), p. 17.

[←2973]

El «período Rokumeikan» se llama así por un edificio gubernamental, de estilo italiano, erigido por el arquitecto inglés Josiah Conder en Toyko (1881-1883), que contenía salas de baile, billar y lectura, y habitaciones para invitados. Véase Seidensticker, *Low City* (1983), pp. 68 y ss., 97-100.

[←2974]
J. Fisch, *Europa* (2002), p. 29.

[←2975]

Es un tema ampliamente difundido en la bibliografía de las ciencias políticas.

[←2976]
F. J. Bauer, *Das «lange» 19. Jahrhundert* (2004), pp. 41-50.

[←2977]

Martin Greiffenhagen, «Emanzipation», en: *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 2, Basilea, 1972, col. 447.

[←2978]
Croce, *Geschichte Europas* (1979), en esp. caps. 1.

[←2979]

Cfr. Stuchtey, *Die europäische Expansion* (2008).

[←2980]
Wallace, *Wonderful Century* (1898), p. 377.

[←2981]

Arendt, *Elemente und Ursprünge* (1955, primera edición de 1951, en Nueva York).